

Instituto Cervantes de Madrid

F.A.73

93-CAN

INSTITUTO DE BACHILLERATO
BIBLIOTECA
"CERVANTES"

R-10.721

HISTORIA

UNIVERSAL

II

(c) Instituto Cervantes de Madrid

R- 10721

CLICHY. — Impr. PABLO DUPONT, calle de Bac-d'Asnières, 12.

c) Instituto Cervantes de Madrid

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.º

INSTITUTO DE BACHILLERATO - BIBLIOTECA - "CERVANTES"
R-10.721

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Rebel sc.



(c) Instituto Cervantes de Madrid

HISTORIA

UNIVERSAL

POR

CÉSAR CANTÚ

LIGA DE CLASES DE BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.° ADOS

TRADUCIDA DEL ITALIANO CONFORME A LA ÚLTIMA EDICION DE TURIN

ÚNICA EDITION ESPAÑOLA COMPLETA, APPROBADA POR EL AUTOR, HECHA Á SU VISTA

Y CON SU COOPERACION

ILUSTRADA CON LÁMINAS, RETRATOS Y MAPAS.

NUEVA EDICION

TOMO SEGUNDO

INSTITUTO DE BACHILLERATO - BIBLIOTECA CERVANTES -

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6

—

1881

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

HISTORIA UNIVERSAL

NARRACION

INSTITUTO DE BACHILLERATO — BIBLIOTECA "CERVANTES"

LIBRO V

GUERRAS CIVILES

SUMARIO

ROMA : Conquistas exteriores, disidencias internas. — Ley agraria. — Las proscripciones. — Los triunviratos. — Las guerras civiles. — Triunfo de la plebe con el imperio. — Siglo de oro de la literatura romana. — Artes y ciencias. — INDIA : Siglo de oro de la literatura india.

CAPÍTULO PRIMERO

La España. — Pérgamo (1).

Sentada Roma triunfalmente sobre las ruinas de Cartago y de Corinto, podia proclamar el triunfo de la fuerza sobre la industria; ningun nuevo enemigo se presentaba capaz de sostener el tremendo duelo: y ni aun quedaba á los vencidos vigor para agitarse bajo el venablo de los soldados de Italia. Pero no por esto habia paz, y un pueblo, invicto siempre que se trató de defender su independencia, se atrevió á oponerse al gran vuelo de las águilas latinas. Háblo de los Españoles.

La naturaleza ha señalado los confines de la Península Ibérica, la cual ceñida por el Océano y el Mediterráneo, unida á la Europa por los Pirineos, solo está separada del África por el estrecho de Gibraltar. De naturaleza tropical al Mediodía, siente la España los rigores del Norte en las altas llanuras de la Castilla y entre los Pirineos, donde no obstante son fuentes de riqueza los árboles, los pastos y las minas de hierro, de plata y oro. Hesperia, ó sea occidental, la llamaron los Griegos; Hispania los Fenicios, y probablemente tomó el nombre de Iberia de los Iberos, que procedentes del Asia pasaron á poblarla.

En efecto, Varron supone primeros habitantes de ella á los Celtas, los Iberos y los Persas, nombre que les da equivocadamente en vez del de Persios ó Tracios, quizá raza céltica, que procedente de la Tesprotia y la Iliria habia llegado á Italia, donde fué conocida con el nombre de Umbríos, y que desalojada por los Pelasgos, se refugió en los contornos del lago de Constanza (*Brigantinus*) y entre el Ródano y el Iser, con el nombre de Alobróges, desde donde se extendió por las costas de España mas próximas al Pirineo, al Mediodía y al Poniente. Sus moradas se distinguen por la terminacion *briga*, consonante con la de *bria*, usada entre los Tracios inmediatos al Bósforo y al Ponto Euxino, segun enseña Estrabon á propósito de Selimbria, Mesembria y Goltiobria. Nombres semejantes se encuentran en todo el contorno de la España, desde las fuentes del Ebro hasta el Cabo Sagrado, lo que induce á suponer que aquellos pueblos se extendieron allí por medio del mar. Del parentesco de ellos con otros residentes en Italia son indicio los muchos nombres semejantes de

(1) Muchos contemporáneos describieron este período importantísimo, pero ninguno nos queda, ni siquiera los que de propósito lo trataron posteriormente. Los autores que hemos consultado son PLUTARCO en *Graco, Sila, Mario, Lúculo, Craso, Sertorio, Pompeyo, César, Caton de Utica, Ciceron, Bruto, Antonio*; APIANO, *De las guerras civiles*; y los compendios de VELEYO PATÉRCULO. De las *Historias* de Salustio quedan la *Catilinaria* y la *Yugurtina*, excelentes para revelar la situacion interior del país. De Brosses, traduciéndolo, suplió el intervalo entre los dos fragmentos, desde el año 79 al 67 á. C., obra bien pensada y de un período importantísimo. (*Hist. de la rép. romaine dans le cours du* VIIe *siècle, par* SALLUSTE. Dijon, 1777, 3 tom. en 4º.) Sirven tambien mucho para este período las *Oraciones* y las *Epístolas* de CICERON. Los *Comentarios* de CÉSAR son insignes por los hechos que apuntan y por el estilo.

Asimismo es importante para estos tiempos la *Hist. des révolutions arrivées dans le gouvernement de la république romaine* del ab. PERTOT. (Paris, 1796, 6 tom. en 12º.) MABLY en las *Observations sur les Romains* es superficial. Lástima que NIEBUHR no haya podido conducir hasta este período su *Romische Geschichte*.

Respecto de las costumbres véanse MEYNERS, *Historia de la decadencia de las costumbres y de la constitucion de los Romanos* (en aleman). Leipzig, 1782; MEIROTTO, *Costumbres y modo de vivir de los Romanos en las diversas épocas de la república*. Berlin, 1776 (en aleman); C. A. BÖTTIGER, *Sabina, ó la mañana de una dama romana*, Leipzig, 1806; MAZOIS, *Palais de Scaurus*. Paris, 1820.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

países en las dos penínsulas, tan antiguos que no pueden atribuirse á los campamentos romanos de épocas mas posteriores (1).

Ya antiguamente los colonos de Zacinto y Ardea, de raza palásgica, habian fundado en este país á Sagunto, ceñida como Tarragona de murallas ciclópeas, análogas á las de las ciudades de Toscana. De otros pueblos primitivos pretenden ser restos los Euscaldunac ó Vascos, que aun hoy conservan un idioma diverso de los otros indo-germanos, pero tambien de la misma familia. De la mezcla de los Celtas con los primeros se formaron los Celtíberos, raza guerrera, armada de grandes escudos galos y de largos venablos y espadas hechas de hierro, que endurecian dejándolo tomar de orin bajo de tierra; y reputaban fortuna el morir en una batalla.

El buen ganado, las lanas, los vinos, los aceites, los frutos, y principalmente el oro, la plata, el ámbar, el estaño y el mercurio atrajeron desde luego á los Fenicios á las riberas del Bétis. Cargaban sobre todo de plata, de cuyo metal daban los naturales grandes pedazos por cosas de vidrio y baratijas semejantes. Eran tambien muy célebres los linos, y las telas finas de Setábis (*Játiva*), y el acero de Bílbilis (*Calatayud*). Los Cartagineses trabajaban las minas de oro y plata, principalmente en los Pirineos, y extraían mineral por valor de cinco millones de francos al año. Los Romanos emplearon en el mismo objeto hasta cuarenta mil obreros. Poco producian las minas de oro en Astúrias, pero eran riquísimas las de mercurio en Cetóbriga (*Almaden*), que son todavía las mas abundantes de Europa. Los Romanos pagaban hasta cuatro mil francos por un carnero merino, y estimaban mucho las armas fabricadas en España.

Con razon, pues, hacian aprecio de la España los Fenicios, que, como se ha visto, fundaron en ella á Cádiz, despues á Málaga, Córdoba, Sevilla y otras en la playa y á la orilla de los rios, difundiendo en el país, con el comercio, el alfabeto y los elementos de la civilizacion. Tambien los Rodios, los Zacintios y los Focenses pasaron á este país para traficar, y fundaron á Rósas, Emporia (*Ampúrias*), Paleópolis y Sagunto.

Pero las poblaciones indígenas no estaban bien sometidas, y acaso para reprimir una sublevacion de los Turdetanos, acudieron las colonias fenicias á los Cartagineses, que fundaron despues riquísimos establecimientos y una fuerte
236-219. dominacion (2) sobre los montañeses de la parte oriental de los Pirineos y del Idubeba, sobre los del Ortospeda y del Ilipula, y sobre los de los grandes valles del Ebro inferior, del Bétis, del Ana, del Tajo y de la izquierda del Duero. Las tribus de allende este rio y del valle superior del Ebro, belicosas é incultas, se conservaron siempre independientes.

Los Romanos, cuando hicieron la guerra á Cartago, conquistaron esta rica península, que cuarenta años despues, terminada la segunda guerra púnica, fué dividida en dos provincias: al Levante la Tarraconense, y al Sudoeste la Lusitania ó Bética, con dos pretores que la gobernáran. Pero los Españoles, así como habian repugnado el yugo cartagines, rechazaron muy luego el romano, y seis años despues de haber cesado en la península la dominacion cartaginesa, principiaron contra los Romanos una guerra homicida, ya por la poblacion, en el país abundante, ya por la naturaleza de los lugares montuosos y de los habitantes, los cuales, varones y hembras, jóvenes y ancianos combatian, teniendo á gloria espirar sin exhalar un gemido, convirtiendo cada eminencia, cada matorral en una fortaleza, y haciendo aquella guerra sangrienta é interminable, que en nuestros dias debilitó el poder de Napoleon.

Se unian los Españoles en sociedades numerosas, cuyos individuos juraban vivir y morir juntos; y ni uno faltaba á su juramento ó sobrevivia á los demas. Una madre cántabra mató á su hijo ántes que dejarlo en poder de los enemigos: otro, por órden de su padre, con la muerte devolvió la libertad á sus progenitores encadenados. Espirando en la cruz los prisioneros entonaban canciones belicosas insultando á sus verdugos (1). Vencidos muchas veces, jamas sojuzgados, llevaban consigo el veneno para el caso de una derrota: si se hallaban reducidos á la esclavitud, mataban á sus amos ó echaban á pique las embarcaciones en que eran conducidos. Despues de haber sufrido una derrota, enviaron á decir á los Romanos vencedores: *Os dejarémos salir de España si nos dais un traje, un caballo y una espada por cabeza.*

Los Romanos empleaban, pues, contra ellos toda clase de armas, y especialmente aquellas en que sus enemigos eran ménos diestros, á saber: la astucia y la traicion. Suscitando contiendas entre ellos, armaban á hermanos contra hermanos; y cuando llegaba la ocasion propicia, los acometian. Lúculo en la Celtiberia, Servio Galba en la Lusitania, so capa de amistad, ofrecieron pingües terrenos á los indómitos Hispanos, y cuando los vieron establecidos en la seguridad de la paz, los degollaron, y Galba 151.
se glorió en Roma de la mantanza de treinta mil.

No hay que proguntar si los Españoles tomaban venganza de estos agravios; por tanto, la guerra de la península era tan temida, que los tribunos de la plebe solicitaban la exencion 196.
para sus protegidos, y no obteniéndola, los libraban de ella aprisionándolos. El cónsul Fulvio fué derrotado tan completamente por Caro, 185-179.
que aquel dia se consideró despues nefasto como el de la batalla de Cánnas. No obstante, Ca-

(1) Véase tom. I, pág. 642. — PETIT-RADEL, *Mém. de l'Institut*, t. VI. — GRASLIN, *De l'Ibérie, ou Essai critique sur l'origine des premières populations de l'Espagne*. Paris, 1838.
(2) V. tomo I, pág. 687.

(1) PLUT. en *Sertorio*. — APIANO, *Iber.*, 33, 72.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ton y Sempronio Graco, haciéndo la guerra por mucho tiempo en la España Citerior (*Castilla* y *Aragon*), y atacando á los Celtíberos en sus guaridas, oprimieron todo el país que se halla entre el Ebro y los Pirineos, y se alabaron de
195-178. haber tomado aquel cuatrocientas, y este trescientas ciudades. En la España Ulterior, Publio, Cornelio Escipion, Póstumo y otros sometieron á los Lusitanos, á los Turdetanos, á los Vacceos (*Portugal*, *Leon*, *Andalucía*), y pudieron gloriarse de haber sojuzgado toda la península.

Pero el duro dominio de los Romanos no dejaba que se arraigase allí la paz. Consideraban la España de la misma manera que en siglos posteriores consideró esta la América, es decir, como un país de donde extraer todo el oro que se pudiera; y era el mayor triunfo el del general que á su regreso llevase mas barras de este precioso metal. Los procónsules ademas, enviados allí para reprimir á aquellas fieras encadenadas, pero no sumisas, saciaban su avaricia ejerciendo el monopolio de los granos y produciendo el hambre en el país.

Viriato. 149. Presentóse como vengador de sus compatriotas el Lusitano Viriato, que siendo pastor y cazador se habia hecho excelente guerrillero, y que conocia todos los senderos, matorrales y torrentes: sabía reunir en un instante, y en otro instante dispersar su mesnada; y tan pronto aparecia en el fondo de los valles á desordenar al enemigo, como lo insultaba desde la cima de las sierras. Secundado tambien por los pueblos de la España Citerior, y especialmente por los Numantinos, llevando sus miras mas allá de lo que pudiera esperarse de un jefe de aventureros, se propuso coaligar á los Lusitanos y los Celtíberos, único modo de que la España pudiera oponerse al poder de Roma.

Guiando á los suyos de triunfo en triunfo, derrotó á cinco pretores, pero Metelo, Macedonio, que decia (frase frecuentemente repetida): *Si mi túnica supiese mis designios, la quemaria*, se le opuso con buena fortuna. Habiendo salido Retógenes, uno de los primeros ciudadanos de la asediada Nertóbriga, para entregarse
141. á los Romanos, los sitiados por venganza expusieron á su mujer y sus hijos en la brecha á los golpes del enemigo; pero Metelo hizo suspender el ataque, y abandonó la conquista que tenia segura. Tal acto de inesperada humanidad le concilió la voluntad de la España Tarraconense, que se apresuró á someterse. Pero sabiendo en medio de sus triunfos que se le llamaba y era sustituido por Quinto Pompeyo, hombre oscuro y su enemigo particular, no tuvo bastante generosidad para posponer su rencor al interes de Roma, y trató de enervar al ejército, dejando consumir los víveres y morir los elefantes, y destruyendo hasta los dardos. Quedaba sin embargo un poderoso núcleo de fuerza armada, si Pompeyo con su temeridad no hubiese empeorado la situacion, tanto que Viriato logró cercar con sus tropas á las del procónsul Fabio Serviliano. Habria podido pasarlo á cuchillo con su ejército, pero le propuso la paz, con la única condicion de que los Romanos, conservando lo restante de España, lo reconociesen como señor del país que dominaba. El Senado confirmó el pacto, y así consiguió Viriato, como anhelaba, un reino independiente á expensas de la república romana; y hubiera podido llegar á ser el Rómulo de España.

Pero Servilio Cepion, cónsul sin honor, solicitó de los Romanos el permiso de romper la paz, y obtenido el consentimiento, no logrando con una serie de pequeñas intrigas atraer á Viriato á un rompimiento, declaró abiertamente 141.
la guerra sin razon ni pretexto, y devastó el país. Despues de muchas vicisitudes, se vió obligado Viriato á pedir la paz; y habiendo exigido Cepion que se le entregasen los que habian excitado las revueltas en algunas ciudades, Viriato, aunque entre ellos se hallaba su suegro, aceptó el vil pacto, y permitió que se les cortase la mano derecha. Pero cuando el cónsul, ya mas audaz, le impuso por condicion el desarme de las tropas, sintió renacer su valor y renovó las hostilidades, si bien no desesperando de la paz, y enviando contínuos mensa-
140. jeros para tratar de ella. Cepion corrompió á varios de estos, los cuales degollaron al valeroso Lusitano y volvieron al campo romano reclamando su recompensa; entónces el cónsul respondió que los oficiales romanos no acostumbraban á favorecer á los asesinos de su general, y que cuando mas les concederia un salvoconducto. El Senado á su vez negó los honores del triunfo al infame Cepion.

Con la muerte de aquel gran capitan, temido de los enemigos, respetado de los suyos, cesó el acuerdo de las dos Españas, por lo cual la Lusitania se resignó al yugo; pero se hizo mas feroz la resistencia de Numancia, ciudad rodeada Numancia.
por tres costados de montañas, y al Mediodía por el rio Tera, y situada en el centro del país de los Arevacos, junto al nacimiento del Duero. En ella se habian refugiado los restos del ejército de Viriato; y allí, protegidos por dos rios, por grandes selvas y profundos valles, sostuvieron una noble y obstinada lucha, aunque apénas ascendia su número á ocho mil guerreros. Los mismos formidables legionarios temblaban al oir el nombre de los Numantinos, mucho mas que al de Aníbal y Filopémenes: Pompeyo se vió forzado á entrar en pactos con ellos, pactos que violó despues su sucesor: y el cónsul Mancino, atacado por cuatro mil de Numancia, despues de haber perdido veinte mil soldados, se vió cercado y tuvo que entregarse 137.
con todo su ejército.

No ménos generosos se mostraban en los tratos que fuertes en los combates. Habiendo entrado en su ciudad el cuestor Sempronio Graco para reclamar los libros de las cuentas que le habian quitado en el saqueo del campamento, no solo se los devolvieron, sino que lo colmaron de honores y le ofrecieron libre eleccion entre

(c) Instituto Cervantes de Madrid

todo el botin hecho, del cual no aceptó mas que un braserillo de incienso para quemarlo en honor de los dioses. Roma, por el contrario, faltaba á todos los tratados, rechazaba á los embajadores numantinos, y para eximirse de cumplir todo contrato, renovaba el ejemplo que habia dado cuando la guerra con los Samnitas, haciendo conducir á las puertas de Numancia al cónsul Mancino encadenado. Los Numantinos, como en otro tiempo Poncio, no le quisieron recibir, á no ser que con él, segun los pactos, se les entregase todo el ejército.

Encendida de nuevo la guerra, M. Emilio Lépido se vió obligado por el hambre á levantar el sitio de Numancia: los cónsules Fulvio y Calpurnio Pison hicieron pocos progresos; y por tanto gritaron á una voz las tribus de Roma, que la pequeña ciudad no podria ser domeñada sino por el vencedor de Cartago.

134. Fué, pues, nuevamente elegido cónsul Escipion Emiliano, no obstante que una ley reciente lo prohibia; y no concediéndosele permiso para levantar nuevas tropas, armó á quinientos voluntarios á caballo, que él llamaba el escuadron de sus amigos, y hasta unos cinco mil hombres de las diversas ciudades de Italia. Con estos, con la confianza que les inspiraba por sus precedentes victorias, con una disciplina en alto grado severa y activa, y con la táctica mas refinada, consiguió circunvalar á Numancia; rehusó la batalla que le presentaron várias veces en desesperadas salidas, y desechó toda propuesta de capitulacion. Retógenes Caraunio, abriéndose paso á viva fuerza, recorrió el país de los Arevacos buscando socorros y excitando conmociones; pero el terror habia cerrado los oídos de todos: Lutia, que dió muestras de escucharlo, fué sorprendida por Escipion y obligada á entregar cuatrocientos ciudadanos, á los cuales el héroe hizo cortar las manos con la ferocidad con que en Cartago habia hecho despedazar por los leones á los desertores italianos (*).

El hambre redujo á tal extremo á los Numantinos, que despues de haberse alimentado de los animales y de las cosas mas repugnantes, se devoraban unos á otros, y por último, pusieron fuego á la ciudad y se dieron mutuamente la muerte, de modo que solo cincuenta logró conservar vivos el vencedor para adornar su triunfo, en el cual no pudo ostentar tampoco botin alguno (**). La pequeña ciudad cayó mas gloriosamente que Cartago y Corinto, y la memoria de su resistencia vivió en el corazon de los Españoles, únicos entre las provincias romanas que despues de vencidos se acordaron de que tenian brazos y pechos.

Pérgamo. Conquista mas fácil, pero no ménos importante, fué la del reino de Pérgamo. Distinguian los antiguos la pequeña Misia, situada en la Propóntide hasta el monte Olimpo, de la grande, situada al Setentrion, y limitada por la Frígia y el mar Égeo. En la pequeña se hallaba Cícico, edificada en una isla de la Propóntide que Alejandro Magno unió al Continente, y llamada la Roma de Asia, la cual era admirable por su puerto, sus murallas y torres, y principalmente por el templo mayor, y estaba habitada por gente muelle y pacífica. Tambien formaban parte de este país Parso, que se cree patria del satírico Arquíloco; y Lampsaco, consagrada á Cibéles y á Príapo, cuyo culto era una escuela de obscenidades. Indignado Alejandro de aquellas costumbres, resolvió reducir á la nada la ciudad, y cuando vió salir de ella embajadores en actitud suplicante, juró no hacer lo que estos solicitasen: entónces Anaxímenes, jefe de la embajada, le rogó que arrasase la ciudad, por lo cual Alejandro se encontró comprometido por su propio juramento á perdonarla.

La principal ciudad de la gran Misia era Pérgamo, situada á orillas del Cayo, patria del médico Galeno, famosa por los hermosísimos tapices y por el papel membranoso que de ella tomo su nombre, papel que se inventó cuando Tolomeo prohibió exportar el papiro del Egipto, y en el cual estaban copiadas las mejores obras de la antigüedad, que en número de cien mil volúmenos adornaban la biblioteca real.

283 263 Durante las guerras entre Seléuco y Lisímaco, Pérgamo se convirtió en capital de un reino, gracias al eunuco Filetero, Paflagon, que de tesorero de Lisímaco se encumbró á la dignidad de príncipe, y conservó el poder veinte años. Su hermano ó sobrino Euménes que le sucedió, aumentó sus dominios en Asia á favor de las divisiones de los Seléucidas, y los consolidó con una señalada victoria sobre Antíoco. Su sucesor Atalo rechazó gloriosamente á los Galos, tomó el título de rey, é hizo alianza con Antíoco III en las guerras contra Aqueo, y con los Etolios contra el turbulento Filipo de Macedonia. Con esto se granjeó la amistad de los

(*) Lutia parece ser la actual Cantalucia, poblacion de unos 30 vecinos, á 7 leguas de Soria. La juventud de la antigua ciudad, prescindiendo de los peligros á que podia exponerla su conducta, resolvió dar auxilio á Numancia; pero los ancianos que habian sido de distinto parecer avisaron secretamente á Escipion, el cual poniéndose en marcha inmediatamente, se presentó delante de la ciudad y se hizo entregar cuatrocientos jóvenes. De Retógenes Caraunio no se vuelve á hacer mencion. (*N. del T.*)

(**) Segun la narracion de Floro, los Numantinos, despues de apurados todos los recursos y de haberse alimentado de cadáveres humanos, resolvieron romper por medio de sus enemigos y huir de aquel lugar de desolacion, pero el amor á sus esposas les retrajo de esta resolucion, y el veneno, el incendio y sus espadas fueron el último recurso contra la esclavitud. « Ciudad fué esta, dice el historiador, valerosísima, y aun felicísima en medio de sus desventuras... ella contuvo por largos años (por 20) el poder de un pueblo como el romano, apoyado por todas las fuerzas del orbe; y asediada por el mejor general, no le dejó cosa de que pudiera gloriarse, pues ni uno siquiera de los Numantinos sobrevivió para que lo pudiera presentar en Roma arrastrando cadenas. El botin, como de gente pobre, fué nulo; las armas fueron quemadas por ellos mismos, el triunfo fué solo en el nombre. » Plinio, sin embargo, dice que Escipion repartió á sus soldados 17,000 libras de plata que sacó de Numancia; y esto parece posible, pues que los Numantinos habian vencido muchas veces á las legiones romanas, apoderándose de los frutos de sus rapiñas; y todavía en el sitio donde se cree existió Numancia, junto al lugar actual de Garray á legua y media de Soria, se descubren, entre otras antigüedades, monedas de oro y plata y diversos objetos de metales preciosos que pertenecieron sin duda á los dominadores del mundo. (*N. del T.*)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

211. Romanos, á cuyos embajadores recibió espléndidamente cuando le fueron á pedir el simulacro de la gran madre Cibéles como recurso contra Aníbal. De natural generoso, de perspicaz ingenio, todo lo conseguia con su admirable actividad; en la segunda guerra macedónica tuvo el mando de la escuadra de Ródas, y evitó que Filipo atacase á Aténas, por lo cual esta ciudad le honró dando su nombre á una de las tribus atenienses. Arengando á los Beocios para que se uniesen á los Romanos, se fatigó tanto que murió. Tenia á la sazon ochenta y dos años; fué amigo y protector de las letras, y aun escritor; y el fomento que él y sus antecesores dieron á la industria, á las ciencias y á la arquitectura, hizo que aquel reino se elevase al nivel de los mas extensos.

Eumé-nes II. 198. No degeneró su hijo y sucesor Euménes II. Favoreció manifiestamente á los Romanos, espiando á Antíoco el Grande, y ayudándoles en las guerras contra él; por lo cual la batalla de Magnesia la valió de parte de aquel rey cuatrocientos talentos, y de la de los Romanos la adquisicion de las provincias que aquende el Tauro habia poseído Antíoco; de suerte que agregó á su reino el resto de la Misia, la Frigia Helespóntica y la grande, la Lidia, la Jonia, Telmeso en Licia, y en Europa Lisimaquia y el Quersoneso Tracio. Prúsias, merced á la estratagema de Aníbal, lo venció por mar y tierra, y ya lo habia puesto en grave apuro, cuando la
183. interposicion de Roma lo libertó de la guerra y de su fomentador.

Con tal proteccion venció á otros enemigos, y llegó á dominar la Frigia, la Misia, la Licaonía, la Lidia, la Jonia, y parte de la Caria; pero por una parte esta prosperidad aumentaba las dificultades que tenia que vencer para conducirse entre las renacientes guerras, y por otra la gratitud lo tenia en la dependencia de Roma. Esta concibió recelos de él en la guerra de Perseo, hasta el punto de aconsejar bajo mano á su hermano Atalo que reclamase para sí el reino de Pérgamo; pero este hermano generoso, cuando llegó á Roma de embajador, felicitó á los Romanos por su triunfo sobre Macedonia, pidió socorros contra los Galos amenazadores, y nada solicitó para sí. Euménes corrió á Roma á justificarse, pero se le intimó que retrocediera, y el Senado, primero ocultamente, y despues al descubierto, lo amenazaba, cuando murió. Tuvo por sucesor á su hermano Atalo II,
137 que se mostró mas tenazmente fiel á los Romanos, en todas los guerras del Asia Menor, y principalmente contra Prúsias, que empleaba ora la fuerza, ora la traicion para sostenerse y aumentar su territorio.

Atalo III. Al morir, dejó la corona á Atalo III, hijo de Euménes, el cual aunque educado por su tio en los mejores principios, se condujo como tirano é hizo matar á los parientes y amigos de su casa. Por esto le acometió despues tan insuperable remordimiento, que no salia del palacio, ni se afeitaba ni lavaba; y á cada momento nuevas sospechas le hacian cometer nuevos homicidios. Para distraer su soledad, fundia metales, en cuya operacion contrajo una fiebre, que libertó á Pérgamo de este monstruo insensato.

Fuese racionalmente ó por locura, declaró heredero de sus bienes al pueblo Romano (1): y el pueblo Romano, sutil gramático, interpretó que por bienes se entendia tambien el reino, y sin consideracion á las razones de su hermano natural Aristónico, ni á las reclamaciones de los príncipes vecinos, lo ocupó. Aristónico se preparó á defender su derecho, sostenido por los Tracios, por los Focenses y por las ciudades del reino que aborrecian la dominacion extranjera. Licinio Craso, cónsul y pontífice máximo, marchó contra él, y siendo en extremo avaro, pensó mas que en otra cosa en amontonar botin, de tal modo que cayó prisionero, y habiendo provocado la ira de un Tracio, fué muerto por este. El cónsul su sucesor, Perpenna, hombre oscuro y ni siquiera romano, corrió á vengarlo é hizo prisionero á Aristónico: luego Manio Aquilio venció la resistencia de los Pergameses, 130
envenenando hasta las fuentes de las ciudades sitiadas, y así la parte mayor y mas hermosa del Asia Menor quedó reducida á provincia con 129.
el nombre de Asia.

¡Con cuántas desgracias interiores, con cuántas guerras debia pagar Roma las arterias con que se proporcionó tan nueva herencia (2)!

CAPÍTULO II

Constitucion y economía de Roma.

Si Roma, república tan pequeña, pudo realizar tantas conquistas como hemos referido, y las mucho mayores que nos aprestamos á describir, fué porque supo sacar nuevos elementos de vida de cada uno de los países que conquistaba. Ya la historia fabulosa de sus principios indica que se formó abrigando á los fugitivos de todo el país, y admitiendo despues á los Sabinos, Etruscos y Latinos (3); y este fué precisamente el arte que continuó siempre ejerciendo. Pero para llegar á la plenitud del derecho civil, era necesario pasar por muchos grados, porque aquí tambien, como en la sociedad asiática, te-

(1) Populus romanus bonorum meorum hæres esto.

(2) En el tom. XII de las *Memorias de la Academia de inscripciones* insertó Sevin algunas *Recherches sur les rois de Pergame*. Tambien en el *Voyage pittoresque de la Grèce* de Choiseul Gouffier, 1809, tom. II, se hallan excelentes reflexiones sobre los monumentos de Pérgamo y de las costas é islas inmediatas.

(3) Illud sine ulla dubitatione maximè nostrum fundavit imperium, et populi romani nomen auxit, quod princeps ille creator hujus urbis Romulus fœdere sabino docuit, etiam hostibus recipiendis augori hanc civitatem oportere. Cujus auctoritate et exemplo numquam est intermissa a majoribus nostris largitio et communicato civitatis. » Cic. *pro Corn. Balbo*, XXXI.

« Quid aliud exitio Lacœdemoniis et Atheniensibus fuit quamquam armis pollerent, nisi quod victos pro alienigenis arcebant? At conditor noster Romulus tantum sapientia valuit ut plerosque populos eodem die hostes, dein cives haberet. » Tac., *Ann.*, lib. XI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nemos un pueblo privilegiado, que domina sobre el innominado vulgo; solamente que en Roma no se constituyó rodeándose de una barrera exclusiva, ni se convirtió en casta, sino que por el contrario, acogió elementos siempre nuevos en su seno.

Personas. En toda legislacion se distinguen las personas *capaces* y las *incapaces* de los derechos políticos ó civiles. Entre los Romanos, como en todo pueblo guerrero, solo competia la plenitud del derecho á quien estuviese en estado de llevar las armas. Por eso los jóvenes permanecian en tutela; y las mujeres, bajo la protestad del padre ó del marido, no podian poseer bienes, ni despues de enviudar venderlos sin autorizacion del tutor. Por el contrario, los patricios, descendientes de los primeros Quirites, ó que habian sido agregados á este órden por su mérito particular, ó como descendientes de personajes que habian ejercido cargos curules, esto es, la dictadura, el consulado, la pretura, la censura y el empleo de edil máximo, eran ciudadanos de pleno derecho (*cives optimo jure*), tenian el *jus imaginum*, es decir, el derecho de conservar en su casa y llevar en las pompas fúnebres las efigies de cera de los abuelos con inscripciones; ellos solos poseían el terreno público; se reunian en los comicios por curias con la lanza en la mano; solo ellos eran jueces y pontífices, y solo ellos podian tomar aquellos auspicios, sin los cuales no tenian autoridad las decisiones.

Un pueblo diferente era la plebe, con ricos y jefes, y reuniones propias, pero bajo la sujecion de los patricios (1); mas á consecuencia de las luchas entre patricios y plebeyos, se introdujeron estos poco á poco en la sociedad de aquellos, formando un órden distinto que gozaba la libertad de los bienes y de las personas, y que con el tiempo adquirió los derechos políticos, el primero de los cuales fué el reconocimiento de sus jefes, que con el nombre de Tribunos de la plebe eran tutores del pueblo. El *veto* de cada uno de ellos bastaba para suspender la ejecucion de los decretos del Senado: sus personas, como sagradas, eran inviolables: órganos infatigables de los plebeyos, sostenian sus reclamaciones y acusaban á los magistrados al terminar su encargo; y á fuerza de insistir en sus pretensiones, obtuvieron que fuesen reconocidos el derecho de propiedad y los matrimonios de los plebeyos, los cuales poco á poco fueron habilitados para obtener todos los empleos y hasta el consulado.

En otra parte hemos hablado del orígen de las tribus y de las curias. El número de las tribus, cada una de las cuales se dividia en diez curias con un curion, ó por decirlo así párroco, se aumentó despues hasta treinta y cinco (2): cuatro urbanas, llamabas *Palatina*, *Suburrana*, *Colina* y *Esquilina*, y las otras rústicas, señaladas con los nombres de familias ilustres ó de lugares inmediatos á Roma; y por haberse agregado á las primeras todos los individuos que no tenian bienes inmuebles, fueron siempre las rústicas las mas distinguidas.

Debilitada la aristocracia patricia, se dividió el pueblo en seis clases, á proporcion de las facultades, con el objeto de agregar las casas nobles al comun plebeyo, y proteger así las franquicias de este, dejando no obstante el gobierno á los patricios. En la primera entraban los que poseían mas de cien mil ases; en la segunda, los que tenian setenta y cinco mil; en la tercera, los poseedores de cincuenta mil; en la cuarta, los de veinticinco mil; en la quinta, los de doce mil quinientos; los demas estaban acumulados en la sexta: y los últimos de todos eran los *ærarii*, que contribuían al Estado con dinero, pero ni hacian servicio militar, ni emitian su sufragio. Esta distribucion indica ya que habia un censo, en el cual estaban inscritos todos los ciudadanos y el haber de cada uno, cuyo censo se renovaba cada cinco años.

Véase, pues, la nobleza de sangre reemplazada por la nobleza del dinero, y desde este momento pudo decirse que las cuestiones interiores de Roma se agitaron entre ricos y pobres, entre los propietarios y los que no lo eran; y los artificios con que antiguamente los nobles expulsaban á los plebeyos de sus tierras, los emplearon despues los ricos para expulsar á los pobres.

Comicios. Como es propio de los países republicanos, el supremo poder residia en la asamblea de todos los ciudadanos. Esta al principio se convocaba segun las curias de los Quirites; pero la plebe le opuso los comicios por *tribus*, convocados y presididos por los tribunos, y en los cuales no era necesario consultar los auspicios, privilegio de la aristocracia. En estas verdaderas asambleas populares se reunian las tribus para elegir los cargos inferiores de Roma y todos los de las provincias, el pontífice romano y demas sacerdotes, conferir la ciudadanía y juzgar algunas transgreciones que se redimian con multas.

Los comicios *curiados*, reunion inmediata por secciones locales, quedaron solo como una formalidad, conservada por respeto á los auspicios, para confirmar los testamentos y las leyes aceptadas por las tribus; pero el pueblo

(1) Es tan verdad esto, que despues de la toma de Véyos la plebe se propuso ir á establecerse allí.

(2)
1. Æmilia.
2. Aniensis.
3. Arniensis.
4. Claudia.
5. Crustumina.
6. *Collina*.
7. Cornelia.
8. *Esquilina*.
9. Fabia.
10. Falerina.
11. Galeria.
12. Horatia.
13. Lemonia.
14. Mæcia.
15. Menenia.
16. Oufentina.
17. *Palatina*.
18. Papiria.
19. Publilia.
20. Pollia.
21. Pomptina.
22. Pupinia.
23. Quirinia.
24. Romilia.
25. Sabatina.
26. Scaptia.
27. Sergia.
28. Stellatina.
29. *Suburrana*.
30. Terentina.
31. Tromentina.
32. Vejentina.
33. Veliua.
34. Veturia.
35. Voltinia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

no intervenia ya en ellos, y sus treinta curias solo estaban representadas por los treinta lictores, que en otro tiempo solian congregarlas.

Los comicios mayores eran los *centuriados*, en los cuales todo Romano de la ciudad ó del campo, que pagase cuota y sirviese en campaña, tenia entrada para elegir magistrados, aprobar las leyes, y tratar de los delitos de Estado y de la guerra. En suma, en ellos residia de hecho el poder legislativo, y ellos elegian el ejecutivo, juzgaban á quien lo ejercia, y aceptaban ó rechazaban las leyes propuestas (1).

Cada una de los seis clases en que estaban divididos los ciudadanos comprendia muchas centurias, á saber: la primera noventa y ocho, la segunda veintidos, la tercera y la cuarta veintiuna, la quinta treinta y una, y la última una sola. Cada centuria daba un solo voto colectivo, y por eso las que se componian de unos cuantos ricos, que eran las mas, predominaban sobre las últimas, en las cuales estaban acumulados los pobres. Las diez y ocho primeras, formadas de los ricos, podian militar á caballo, y por eso sus individuos se llamaban caballeros, á la manera que á causa de la lanza (*quir*) se habian llamado Quirites los nobles de la primera constitucion, de suerte que siempre le quedaba este título al que carecia de toda otra distincion política.

Cuantas mas centurias tenia una clase, con mas dinero contribuía al erario y con mas hombres al ejército, y mas votos tenia en los comicios: de esta suerte la primera clase por sí sola preponderaba sobre todas las demas juntas, y cuando votaban de acuerdo sus centurias, no habia necesidad de interrogar á las otras. Por tanto los ciudadanos gozaban autoridad diferente, segun la clase, autoridad que era tanto mayor cuanto mayores eran sus riquezas y menor el número de individuos de su centuria.

De la propia manera quedaron tambien los pobres reducidos á la nulidad en los comicios por tribus, en atencion á que los ricos, elegidos censores por las asambleas centuriadas cada cinco años, iban agregando á los pobres á las tribus urbanas que votaban las últimas, y conservando en las rústicas á los ricos. Y como el número de individuos nada importaba en el voto colectivo, las tribus ricas, muchas en número y escasas en personal, vencian á las pocas, aunque numerosísimas, de los pobres.

Caballeros. Así se constituyó el pueblo en dos órdenes, senatorial y plebeyo. Se le suele agregar el ecuestre, pero en esto reina gran incertidumbre. Algunos pretenden que los caballeros se derivan de aquellos que Rómulo eligió pora su guardia de á caballo; pero como órden distinto jamas aparecen en los primeros cinco siglos de Roma: por otra parte entónces no habia plebeyos ni nobles (1), de tal manera que acaso aquel título no significaba mas que una distincion accidental de personas ó de familias. Plinio el Mayor, testigo tardío, pero caballero sin embargo, dice qne los Gracos fueron los primeros que colocaron este órden entre la plebe y los padres, asignándole los juicios; y despues Ciceron lo consolidó con ocasion de los tumultos de Catilina, desde cuyo tiempo el órden ecuestre fué agregado al Senado y á la plebe.

Parece, pues, que al principio no comprendia sino á aquellos que podian militar á caballo, y la fama guerrera les dió importancia tambien en la ciudad, donde despues obtuvieron privilegios, bastantes para formar una especie de tercer óden. Á esto contribuyó especialmente la institucion de la censura, que cada cinco años expurgaba esta clase, rechazando de ella á los ménos dignos. Para entrar en ella, era menester haber nacido libre y honradamente, poseer un censo prefijado, ó haber merecido bien por acciones y virtudes personales.

Esta institucion perjudicó á la plebe, porque le arrancaba los miembros mas notables, acercándolos mas bien á la aristocracia. Pero en realidad no puede considerarse como cuerpo político, porque cada uno de sus individuos continuaba perteneciendo á la plebe ó al patriciado, y como cuerpo de caballeros no tenian participacion especial en el poder legislativo.

Es, pues, claro que el órden ecuestre no era de modo alguno estable, sino que podia uno ser inscrito ó excluido de él, puede decirse que al capricho de los censores. Pero tampoco los otros dos órdenes eran estacionarios, en atencion á que alguna vez se hacía adoptar un patricio por un plebeyo para conseguir los cargos reservados á la plebe, así como por la adopcion se podia penetrar en el patriciado.

Senadores. Los trescientos del Senado (2) fueron elegidos al principio por los reyes, despues por los cónsules, y en fin por los censores, sin consideracion á antigüedad ó nobleza de familia (3); pero los funcionarios cesantes y los mejores caballeros se anotaban para ser elegidos por los censores, quizá con condiciones de edad y de censo que no es fácil determinar. Formaban estos el consejo soberano de la república; custodiaban el tesoro, revisaban las cuentas, decretaban los gastos públicos, fijaban el impuesto para el ornato de la ciudad, asignaban las provincias á los magistrados, mantenian relaciones con el exterior, dando títulos de rey ó de aliado del pueblo romano; resolvian las cuestiones entre las ciudades aliadas ó súbditas; decidian de la paz y de la guerra, de las ligas y de las protecciones; levantaban y licenciaban las tropas, y

(1) Téngase presente lo que hemos dicho en el tom. I, pág. 603 y sig. Un buen texto define: « Comitia centuriata, ex censu et ætate; curiata, ex generibus hominum tributa, ex regionibus et locis. »

(1) Livio Salinator, plebeyo, y Claudio Neron, patricio, caballeros entrambos, fueron cónsules juntos.

(2) Sila hizo subir este número á cuatrocientos, y los triunviros lo aumentaron tanto, que eran mil en tiempo de Augusto, el cual los redujo á seiscientos.

(3) « Deligerentur ex (no ab como han leido algunos) universo populo, aditusque in illum summum ordinem omnium civium industriæ ac virtuti pateret. » Cic. *pro Sextio.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tenian autoridad sobre los generales; juzgaban en última apelacion, ó mas bien dirigian los juicios respecto de casos de Estado, asesinatos y envenenamientos; ejercian la suprema inspeccion religiosa, no pudiéndose introducir sin ellos nuevas deidades, dedicar templos, ni consultar los libros sibilinos; fallaban sobre las dudas de las leyes; y en los casos urgentes concedian á los cónsules poderes ilimitados. Sus determinaciones (*senatus consultum*), si bien no eran leyes, se tenian por obligatorias y no podian ser derogadas sino por el mismo Senado (1); pero los senadores modificaban en realidad la legislacion, interpretando ó suspendiendo las leyes.

Leyes. Primero se proponia una ley en el Senado; y aprobada por este, se promulgaba en tres mercados sucesivos, para que hasta los campesinos pudiesen tener noticia de ella. Entónces se convocaba en el dia prefijado al pueblo para el campo de Marte, se discutia, y se ponia á votacion. Para recoger los votos, hacíanse ciento noventa y tres puentecillos, segun el número de las centurias; cada uno al pasar por el suyo recibia unas tablillas, arrojando las cuales expresaba su voto, y estos se contaban despues colectivamente por centurias. Si se trataba de ley, la tablilla favorable llevaba las letras *U R*, la otra una *A*, esto es, *uti rogas* y *antiquo;* si de juicios, una la *C*, otra la *A*, y otra *N L*, esto es, *condemno*, *absolvo*, *non liquet*.

Ley era, pues, una deliberacion adoptada por patricios y plebeyos de acuerdo entre sí, ó por los comicios ó por centurias (2). Las resoluciones de la plebe aun por sí sola (*plebiscita*) eran obligatorias para todo el pueblo : y aun los plebíscitos son las leyes mas célebres del derecho romano, el cual no experimentó revolucion alguna súbita ni violenta, y gloriándose de permanecer fiel á los antiguos estatutos, jamas derogó las Doce Tablas (3), dejando que los magistrados supliesen sus defectos y las interpretasen, á cuyo objeto sirvió principalmente el Edicto de los pretores y de los ediles.

Era, por consiguiente, complicadísimo el sistema político, hallándose el poder legislativo unido al judicial, haciéndose leyes por tribus, por curias, por centurias, y variando estas mismas en los modos de iniciativa y de sancion.

Cónsules. En cuanto al gobierno, estaban á su cabeza dos cónsules, reyes anuales, elegidos entre los nobles ó entre la plebe, que presidian las reuniones del pueblo y del Senado, recogian los votos, hacian ejecutar los decretos, introducian los embajadores extranjeros, escogian los guerreros entre los ciudadanos y los aliados, nombraban los tribunos de las legiones, y eran omnipotentes en tiempo de guerra y cuando el Senado les confiaba la autoridad dictatorial para evitar algun peligro inminente á la república. Tenian igualmente la direccion de las ceremonias religiosas y de la hacienda, y si bien raras veces podian administrar personalmente la justicia, eran no obstante considerados como supremos custodios de las leyes, de la equidad y de la disciplina. Su cuidado, pues, debia consistir en captarse la amistad del Senado, que podia prorogarles el mando de los ejércitos, y dar ó negar las sumas necesarias, y tambien la del pueblo que debia servirlos en la guerra y examinar los gastos y los tratados concluidos por ellos con el enemigo. Miéntras que Roma se contentó con la Italia, el cónsul, si bien jefe del ejército, estaba sometido á la vigilancia del Senado; pero cuando se cruzaron los mares (como dice Polibio), los cónsules lo fueron todo, pretores, censores, ediles, pueblo y Senado : pactaban con los vencidos, imponian tributos y leyes, levantaban tropas, reinaban, en suma, y aprendian las peligrosas dulzuras del mando independiente.

Pretores. Los cónsules, como ántes los reyes, ejercian tambien funciones judiciales; pero cuando se dió participacion á los plebeyos en aquella suprema dignidad, intentaron los nobles cercenarla nombrando pretores que, elegidos siempre entre los patricios, administrasen justicia : sin embargo. poco tiempo despues, fué nombrado tambien un plebeyo para la pretura.

De la distincion entre ciudadanos y extranjeros nacian dos derechos, llamados el uno *civil* y el otro *de gentes :* aquel regulaba las prerogativas del ciudadano romano, y protegia sus acciones : el derecho de gentes (muy distinto del que hoy se indica con este nombre), abrazaba las relaciones sociales, el conjunto de los principios jurídicos en que todos los pueblos cultos convienen, y las reglas de la equidad natural (1). Para aplicar estos dos derechos, se eligieron en tiempo de la primera guerra púnica un pretor peregrino y otro urbano; despues se aumentó ese número hasta cuatro, ocho, y hasta diez y seis y mas. Sus funciones se resumian en la fórmula *do*, *dico*, *addico : daban* la accion, la excepcion, la posesion, los jueces, los árbitros, los tutores; *pronunciaban* sentencia en las cosas controvertidas y en los casos de posesion; *adjudicaban* en los casos de cesion, de derecho, de emancipacion y otros semejantes.

Gravados con tanta responsabilidad como lo estaban los magistrados romanos, en cuya bondad y saber confiaba demasiado la ley, debian, hasta por su propio interes al tomar posesion de su empleo, manifestar el método que pensaban seguir aquel año en toda la parte que la

(1) « Potestas in populo, auctoritas in senatu, » dice Ciceron.

(2) « Lex est quod populus romanus, senatorio magistratu interrogante, veluti consule, constituebat. Plebiscitum, quod populus, plebejo magistratu interrogante, veluti tribuno, constituebat. » GAYO.

(3) Aun en su tiempo decia Tito Livio : « In hoc inmenso aliarum super alias acervatarum legum cumulo fons omnis publici privatique juris est. »

(1) El Digesto enumera del modo siguiente las instituciones que comprendia este derecho. « Ex hoc jure gentium introducta bella, discretæ gentes, regna condita, dominia distincta, agris termini positi, ædificia collocata, commercium, emptiones, venditiones, locationes, conductiones, obligationes institutæ, exceptis quibusdam quæ à jure civili introductæ sunt. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

constitucion dejaba libre sin lastimar el derecho civil (1). Publicaban, pues, los pretores, haciéndolo redactar por hábiles jurisconsultos, un edicto, ó como diríamos hoy, un programa, conservando en él lo que encontraban bueno en los de sus antecesores; y así se verificaba la mejora progresiva de la legislacion, segun la opinion y las costumbres, sin necesidad de trastornos radicales; y la rigidez de la ley escrita se modificaba principalmente con las ficciones, con poner diversos nombres, con las excepciones y con la restitucion *in integrum* (2).

Pero como la constitucion romana (defecto notabilísimo), determinaba mal los límites de las diversas magistraturas, las cualidades personales daban al pretor mayor ó menor autoridad y facilidad para las usurpaciones; y llegaba ocasion en que siendo menester remedios mas prontos y eficaces, la constitucion se destruía á sí misma, confiriendo el poder absoluto á un dictador, que siendo magistrado, legislador y capitan, podia convertirse en tirano cuando quisiera. Y hubo quien quiso hacerlo; y Roma no quedó libre de Sila sino por la renuncia voluntaria de este, ni de César, sino por un asesinato.

Los censores ejercian una parte importantísina del poder consular. Al principio (como denota su nombre derivado del censo), no hacian mas que administrar las rentas de la república, llevar el catastro de la contribucion, y anotar en los registros á los Romanos segun el grado de caballeros, ciudadanos ó erarios. Dábales mucha influencia la facultad de inscribir y borrar á quien quisieran en los catálogos de senadores, de caballeros y de las diversas tribus, y el derecho de hacer pasar á uno de una clase á otra mas inferior, y aun á la de los erarios. Con esto llegaron tambien á erigirse en custodios de las buenas costumbres. El tutor ó socio infiel, el perjuro que faltaba al honor civil, el que se dedicaba á una profesion vergonzosa ó habia sido expulsado del ejército, era llamado á juicio por los censores, los cuales podian degradar, pero no rehabilitar. Sin embargo, cuando se dictaba esta sentencia solo por conviccion individual, un censor podia anular la nota impuesta por el otro.

Esta nota recaía sobre los que habian cometido acciones malas por su naturaleza, pero contra las cuales ninguna pena establecia la ley, como la ingratitud del cliente hácia el patrono, la excesiva indulgencia ó dureza con los hijos, el maltratar gratuitamente á los esclavos, la negligencia respecto de los padres, la embriaguez, la morosidad en el cumplimiento de los deberes religiosos ó de las exequias, el seducir ó abandonar á la juventud, y asimismo el celibato caprichoso, las uniones ilegales, la exposicion del hijo legítimo, y toda ofensa á la decencia y á la salud pública (1). Recaía tambien sobre el plebeyo agrícola que se hacía mercader ó artesano, y sobre el labrador que dejaba perder su viña. M. Emilio Lépido, cónsul, fué reprendido por haber alquilado una casa en seis mil sextercios (525 francos) y elevado demasiado las paredes de una quinta (2); L. Antonio fué excluido del Senado porque repudió á su mujer sin reunir un consejo de amigos (3); Publio Cornelio Runfio, entenado de Sila, fué degradado porque le encontraron en su casa mas de diez libras de plata en vajilla. Los censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso obligaron á los retóricos á que cerrasen sus escuelas, donde se enseñaba á declamar con descomedidas palabras, desconocidas de los grandes oradores. El mismo Enobarbo presentó querella contra su colega Licinio Craso, famoso orador, acusándolo de amar demasiado á una lamprea acostumbrada á venir á tomar las migajas de pan de la mano del amo, quien la adornaba de joyas, y cuando murió la lloró y la honró con un monumento; Craso se hizo absolver tomando el negocio á risa, y alabando en cambio á su colega Domicio, de quien dijo que era tan cuerdo, que no habia llorado la pérdida de tres mujeres.

Eran sobre todo rigorosos con los senadores, á quienes la ley rodeaba de precauciones para hacerlos respetables: no debian empobrecerse ni enriquecerse con arriendos, ni prestar mas de cuatrocientos francos, ni hacer el oficio de gladiadores, ni casarse con bailarinas, ni promover quimeras. El que convencia á un senador de un delito, ocupaba con arreglo á la ley su puesto. En los juicios no les bastaba tener muchos que afirmasen su buena conducta, como sucedia respecto de los demas, sino que se requerian disculpas directas.

Por lo que antecede se verá cuán confundidas estaban en Roma las atribuciones administrativas, judiciales y legislativas, de tal manera que es difícil asignar los oficios de cada magistratura.

Culto.

La autoridad religiosa no fué nunca de gran peso en Roma. Habia cuatro grandes colegios sacerdotales: los pontífices, los augures, los quindecenviros, y los epulones. El *rex sacrificulus*, nombrado para celebrar los ritos que antiguamente celebraban los reyes, era patricio pero de sencillo aparato, y muy inferior al pontífice máximo. Quince pontífices, supremos custodios de las cosas sagradas, decidian de las cuestiones que solian originarse bajo aquel sistema tradicional. Los quindecenviros, cuyo número fijó Sila, custodiaban los libros sibilinos, cuyos vaticinos interrogaban, eran inamovibles y estaban particularmente consagrados á Apolo. Lo siete epulones, número determinado

(1) « Jura reddebant: et ut scirent cives quod jus de quaqua re dicturus esset, seque præmunirent, edicta proponebant. » POMPONIO.

(2) Por ejemplo, suponian usucapta una cosa que no lo era, ó hija un hijo, ó que el muerto obraba; mudaban el nombre de herencia en el de posesion á favor de aquel á quien negaba la ley la primera, etc.

(1) DIONYSII *Exc.* MAJII, 64.
(2) VAL. MÁXIMO, VIII. — 1. VELEYO PATERC., II, 10.
(3) VAL. MÁXIMO, II, 9, 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tambien por el mismo Sila, hacian los honores del banquete de Júpiter.

Cuatro colegios inferiores comprendian los hermanos Arvales (1), los veinticinco Ticienses, los veinte Feciales, y los treinta Curiones que asistian á las asambleas de las curias. Á ninguno pertenecian los Arúspices, adivinos poco estimados, que leían en las entrañas de las víctimas lo que la prudencia de los padres consideraba conveniente para la patria. Otras congregaciones habia destinadas al culto especial de algunas divinidades, como los Galos á Cibéles; los Lupercios á Pan, los Salios á Marte, los Flámines á Júpiter; los Poticios á Hércules, y las Vestales á Vesta. Los tres flámines de Júpiter, Marte y Quirino representaban probablemente las tres razas unidas desde el principio para constituir la romana. Á todos ayudaban sacristanes, notarios, carniceros, músicos camilos, esto es, niños de ambos sexos.

Cada colegio tenia un *magister* ó jefe particular, y todos estaban sometidos al pontífice máximo, presidente de un consejo de cuatro miembros, elegido por todo el pueblo, é inamovible. Se elegian los sacerdotes entre los primeros ciudadanos y nobles, y los plebeyos solo se introdujeron entre ellos cuando se aumentó su número. El pontífice máximo fué siempre un patricio, hasta Tiberio Coruncanio en el siglo II á. C. Tambien los cuatro del consejo eran patricios, pero en el año 453 de Roma se les agregaron cuatro plebeyos; y luego en tiempo de Sila se aumentaron á quince y á diez y seis. De sus decisiones se apelaba á la asamblea del pueblo.

Parece que el sacerdocio no proporcionaba lucro, sino consideracion é influencia, y los gastos materiales eran satisfechos por las grandes familias, por los particulares que ofrecian sacrificios y por el Estado.

En un principio, cuando la constitucion se resentia del orígen oriental y eran indispensables los auspicios, los asumieron los nobles, sin que jamas los sacerdotes se constituyesen en un cuerpo compacto y preponderante, ántes bien la religion se acomodó enteramente á la política, sirviendo como todo lo demas al Estado, y sus ros, no perpetuos, eran al mismo tiempo ciudadanos y magistrados. Intervenia la reli- n con los ritos de los Feciales para proclamar la guerra y afirmar la paz; sancionaba todo acto público; preparaba con los augurios la ejecucion de las resoluciones; interrogaba ya los oráculos, ya los libros sibilinos, pero en ella se descubre siempre, no la inspiracion, sino la política. Por tanto, los satíricos se mofaban impunemente de los Augures (2); Cicero, miembro y panegirista de aquel colegio (1), se admiraba de que dos augures pudieran encontrarse en la calle sin reirse uno de otro en sus barbas; y Lelia preguntaba á su marido Q. Mucio Escévola, por qué no colocaba tambien en el sacro colegio á su criada Fabricia, que sabía con tanta oportunidad excitar y satisfacer el hambre de los pollos. No obstante el admitir nuevos dioses y el consagrar nuevos ritos era de la incumbencia del Senado.

Las seis vírgenes Vestales custodiaban el fuego sagrado de Vesta y los objetos misteriosos en que estaba fundada la salvacion de Roma (2). La extincion de aquel fuego se consideraba como una calamidad pública, y ningun portento aterró mas que este durante la segunda guerra púnica. Un lictor las precedia; cónsules y pretores al encontrarlas inclinaban las haces; iban en carroza, aun cuando la ley lo prohibia á todas las demas personas; tenian asiento separado en los espectáculos; su declaracion en juicio equivalia á un juramento; un reo de muerte que por casualidad encontrase á una, era absuelto; si se adornaban con mas esmero del que convenia á vírgenes, eran amonestadas por el pontífice; si descuidaban el culto, eran azotadas con varas en el interior del templo, y en fin, si faltaban á la castidad, se las sepultaba vivas, y se condenaba á muerte al cómplice.

Supersticiones.

Sería prolijo enumerar las supersticiones con que llenaban los Romanos su vida: á cada uno de sus actos mas pequeños y hasta mas repugnantes presidia una divinidad. Las tenian para cada parte de la casa, de la ciudad y del campo, para cada dia y cada hora. El tropezar en el umbral de la puerta, el derramar la sal, el chillido ó la vista de ciertos pájaros, el encuentro de una culebra, ¿qué mas? el oir un nombre siniestros los aterraba como pésimo pronóstico; asperjeaban la entrada de las casas para que los hechiceros no hiciesen mal de ojo á las nuevas esposas; enterraban serpientes bajo los cimientos; escribian nombres propicios en los dinteles en las puertas ó tenian urracas que los pronunciasen; clavaban murciélagos en las puertas; fijaban en los arquitraves clavos arrancados de los sepulcros, y ponian en los huertos obscenos Príapos para alejar de ellos los ladrones y los maleficios. El mismo gobierno, obtemperando á las preocupaciones populares, cambiaba el nombre de algunos países, como Malevento en Benevento; principiaba siempre las almonedas públicas en el lago Lucrino por

(1) MARINI, *Actas y monumentos de los hermanos Arvales*. Roma, 1795, 2 tom. en 4º. Portento de erudicion.

(2) Ennio llama á los Augures:

« Aut inertes, aut insani, aut quibus egestas imperat,
Qui sui quæstus causa fictas suscitant sententias,
Qui sibi semitam non sapiunt, alteri monstrant viam. »

Y Pacuvio:

« Majis audiendum quam auscultandum censeo. »

(1) « El derecho mayor y mas excelente en la república es el de los augures, pues que supera á la autoridad pública. No hablo de este modo porque yo sea Augur, sino porque así es verdad. ¿Qué cosa mas grande que el poder disolver los comicios y las asambleas convocadas por los magistrados supremos ó anularlas despues de verificadas? ¿qué mas superior que el ver interrumpida una empresa, si el augur señala otro dia? ¿qué mas magnífico que el poder de imponer á los cónsules la abdicacion de la magistratura? ¿qué mas religioso que conceder ó no la celebracion de la asamblea del pueblo, y abolir una ley si no es propuesta segun las fórmulas? Sin su autoridad, en suma, nada de cuanto hacen los magistrados en la ciudad ó fuera puede ser aprobado. » CIC., *De legibus*, II, 12.

(2) Véase, tom. I, pág. 535.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el próspero augurio del nombre; el grave Caton disputaba seriamente si un estornudo involuntario deberia anular la decision de una asamblea, y el Senado se disolvia cuando se contaba que habia hablado un buey.

Ciudadanía.

De lo dicho hasta aquí resulta que Roma era un municipio, y cuando se extendió al exterior, no fué tampoco mas que un conjunto de instituciones municipales. Impulsada por su instinto de desarrollo indefinido, al principio aceptaba en la ciudad á los advenedizos: despues (dicen que primeramente en el año 365, para recompensar á los de Céres por la hospitalidad concedida á sus dioses en la invasion gala) trasladó, por decirlo así, la ciudad al exterior; creó ciudadanos romanos fuera del territorio de Roma, y en seguida subdividió el derecho mismo de ciudadano segun ciertas reglas determinadas por las circunstancias de la concesion. Tambien en Grecia se habia concedido alguna vez la ciudadanía, pero como honor y excepcion, miéntras que Roma lo hacia por engrandecerse y para llegar á una asociacion de pueblos, mediante su incremento.

Desde sus principios concedió privilegios á las ciudades vencidas, en proporcion á su vecindario, por lo cual las siete colinas estaban cercadas de una corona de ciudades, que gozaban el derecho de sufragio, como los mismos Romanos, á saber: las de los Sabinos, Tusculo, Céres, Lanuvio, Aricia, Pedo, Nomento, Acerra, Anagni, Cúmas, Priverna, Fundi, Formia, Suessa, Trebuta, Arpino y otras. Entre estas, algunas eran *socii*, esto es, que se entregaron sin guerra, de manera que gozaban plenos derechos; otras *fœderati*, recibidas despues de vencidas y en condicion inferior.

Municipios.

Seguian á estas los municipios, gobernados por leyes propias, con el órden de decuriones y duumviros, correspondientes al Senado y á los cónsules, pero sin derecho de sufragio en Roma, á no ser que hubiesen sido inscritos en una tribu. Despues venian las cincuenta colonias fundadas ántes de la segunda guerra púnica, todas en la Italia Central, excepto tres, y otras veinte establecidas anteriormente entre el año 197 y el 177 (1), todas dotadas de la ciudadanía; pero sin voto (2), ó mas bien sin poder ejercer este derecho. Los antiguos habitantes permanecian allí como extranjeros; los nuevos poseían el derecho romano, ó solo el latino. Así como en otro tiempo los refugiados en Roma se hacian clientes de cualquier noble, del mismo modo se pusieron pueblos enteros bajo el patronato de cualquier familia, por ejemplo, lss Alóbroges de los Fabios, los Sicilianos de los Marcelos, los Boloñeses de los Antonios.

(1) En el año 197 se fundaron cinco colonias en la Campania y en la Apulia; seis en la Lucania y el Brucio en 194 y 193; otras en la Galia Cisalpina en 192 y 190; en 189 la de Bononia; en 181 las de Pisaura y Polencia; en 183 las de Mutina y Parma; en 181 las de Gravisca, Saturnia y Aquileya; en 180 la de Pisa, y en 177 la de Luca.

(2) Sigonio e tá por la negativa; por la afirmativa los mas modernos, como Ruperti y Madvig, *De jure colon.* (*Opusc. acad.*, página 228-245.)

Para vigilar mas atentamente la Península Itálica (1), la dividió el Senado en cuatro partes, asignando á cada una un cuestor provincial. Uno residia en Hostía, y tenia á sus órdenes la Etruria, la Sabina y el Lacio hasta el Líris; otro en Cáles, gobernando la Campania, el Samnio, la Lucania y los Brucios; el tercero gobernaba la Umbría, el Piceno, los Ferentinos y lo restante del país, hasta la frontera de la Apulia, y el cuarto tenia á su cargo la Apulia con la Calabria, bajo cuyo nombre estaban comprendidos los Salentinos, los Mesapios y los Tarentinos.

Derecho itálico.

Los Latinos ocupaban una situacion média entre los extranjeros y los ciudadanos, con prohibicion de celebrar asambleas generales, hacer la guerra y contraer matrimonio fuera del territorio, prohibicion que duró hasta la época en que se hizo extensiva la ciudadanía á todos los Italianos, conservando sus leyes y la exencion de tributos: libre constitucion municipal, que caracteriza á la Italia política. El municipio ó la colonia de derecho itálico tenia comicios propios y Senado (*curia*); duumviros con jurisdiccion en ciertas causas y hasta determinada suma, y ademas varios magistrados como el quinquenar, el censor ó curador, el defensor, los ediles y los actuarios. El que podia subir á estos empleos era municipal, y por consecuencia ciudadano romano, admisible á los honores de la metrópoli. Tales podian llegar á ser tambien los Latinos, ó dejando á sus hijos para que los representasen en la ciudad natal, miéntras ellos se trasladaban á Roma á desempeñar cualquiera magistratura, ó convenciendo de prevaricacion á algun magistrado romano, recurso de mucho peligro y de resultado incierto.

Por lo demas, el derecho itálico no conferia privilegio de ninguna especie al ciudadano aislado; no hacía mas que dar á la ciudad colectivamente considerada la propiedad quiritaria del terreno, y el *comercio*, de lo que nacian la exencion del impuesto predial, y la capacidad para la emancipacion, la usucapion y la vindicacion (2). Tambien se distinguia del de los colonos y de los municipios; y si bien con la variacion de la constitucion de Roma se alteraron las formas de estos gobiernos exteriores, se tuvo siempre por punto capital que solamente en la metrópoli se ejercian los verdaderos poderes nacionales; y cuando en ocasiones se dieron estos á algun pueblo, fué con la condicion de usar de ellos tan sólo en Roma.

Magistrados exteriores

Pero en último resultado los diversos derechos se reducian al de llenar las legiones romanas, y al de sufrir la dominacion cada dia peor

(1) Por Italia se entendia el país situado entre el Estrecho y una línea tirada desde la embocadura del Rubicon al puerto de Luni.

(2) Las ideas de Sigonio, Heinecio y otros respecto del *jus italicum* deben ceder el puesto á las mas exactas de Savigny en la introduccion á la *Geschichte Römischen Rechts in Mittelalter* (Heidelberg 1814-26), y en la ilustracion de la tabla de Heraclea; y toda la constitucion romana está mejor explicada en las obras recientes de Gotting, Walter, Drumann, Ruperti, *Handbuch der römischen Alterthümer*. Hannóver, 1842.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y mas onerosa de los magistrados (1). En el año de la derrota de Perseo, desde la cual principian verdaderamente los excesos de la autoridad pública y del carácter privado, el cónsul por la primera vez ordenó que los aliados de Preneste saliesen á recibirlo, y le preparasen alojamientos y caballos. Otra vez hizo azotar á los magistrados de una ciudad aliada, que no le habian preparado víveres en abundancia. Un pastor de Venosa, viendo que los esclavos llevaban en litera á un ciudadano romano, *¿ qué?* preguntó, *¿ está muerto?* y la broma le costó perder la vida de una paliza. Un censor, para adornar un templo que habia construido, quitó el techo al de Juno Lucina, el mas venerado de Italia. Al llegar el cónsul á Teano, su mujer dijo que queria lavarse en el baño de los hombres; y no habiéndose desocupado este con la prisa que se exigia, el marido mandó desnudar y azotar en la plaza pública al primer ciudadano, con lo cual aterrados los de Caleno, decretaron que ninguno se acercase á los baños miéntras hubiera un magistrado romano en la ciudad. Por un motivo análogo ordenó el pretor en Ferentino que se arrestase á los cuestores, uno de los cuales fué azotado con varas y el otro se libró de este oprobio precipitándose desde una altura (2).

Provincias.

Á condicion todavía mas humilde se hallaban reducidas las provincias. Conquistado un país, fingiendo Roma gratitud ó generosidad, lo dejaba algun tiempo gobernar por sus príncipes nacionales ó por los que le imponia; y despues, cuando lo veía habituado al yugo, derribaba á estos, y lo reducia á provincia. Tal era tambien el resultado que venian á tener todas sus alianzas con ciudades ó Estados libres. Su primer cuidado era afirmar su servidumbre, quitándoles toda fuerza pública y toda libertad constitucional, y singularmente descomponer aquellas confederaciones que tan cara le habian hecho pagar la victoria sobre la Etruria, la Galia y la Grecia. Una ficcion civil suponia que el suelo de la provincia pertenecia al pueblo romano, propietario supremo, y que los habitantes solo tenian el usufructo. Y aun cuando tal posesion era irrevocable, y se trasmitia por venta, cambio, donacion y sucesion, no era la propiedad cual la comprendian los Romanos; no era susceptible de emancipacion, de usucapion, ni tenia todas las condiciones de la romana, y aun entre los Romanos no podia comunicarse sino por los medios naturales y por la simple tradicion (3).

Un senadoconsulto determinaba la organizacion de las provincias, distinta en cada una de ellas, pero en todas dirigida á establecer la sumision mas absoluta. El antiguo derecho público y civil debia ceder el puesto á la legislacion nueva, y el poder soberano tenia que someterse á un magistrado de Roma, al cual pertenecian la jurisdiccion, la administracion, y frecuentemente hasta el mando militar. Los habitantes de las provincias pagaban un tributo sobre las tierras y un impuesto personal, y no eran admitidos en la milicia; solo á las ciudades se les dejaba una administracion propia, modelada por los estatutos antiguos, aboliendo no obstante las formas democráticas, y favoreciendo á la opulenta aristocracia.

Por ejemplo, la primera ley respecto de la Sicilia, fué dada por Marcelo; pero despues de la insurreccion de los esclavos, Rupilio la reformó, y Ciceron nos dice los principales puntos que abrazaba. Esta provincia comprendia diez y siete ciudades ó pueblos tributarios, esto es, aquellos cuyas tierras habian sido confiscadas y restituidas á los antiguos poseedores mediante una retribucion anual. Mesina, Taormina, Netina, eran ciudades aliadas; otras cinco gozaban inmunidades (1); el resto de la isla pagaba el diezmo de los bienes (2). Las tierras del dominio público pagaban la contribucion que cada cinco años establecian los censores; las sujetas á diezmo la pagaban como Hieron la habia establecido, y las exentas estaban obligadas á vender y llevar de su cuenta á Roma ochocientos mil modios de trigo á razon de cuatro sextercios por modio. Este *frumentum imperatum* servia para las distribuciones (3).

En cuanto á la justicia, las causas entre una ciudad y un ciudadano se juzgaban por el Senado de otra ciudad aceptable á las partes: las que ocurrian entre miembros de una misma ciudad, se resolvian segun les leyes de la misma; y las relativas á individuos de diversas ciudades, se decidian segun las leyes de Rupilio. Si un Romano demandaba en juicio á un Siciliano, era competente el tribunal siciliano; y por el contrario, era competente el tribunal romano cuando era Romano el demandado. Las disputas entre cultivadores y colectores del diezmo se decidian segun la ley de Hieron relativa á los cereales; otros negocios se resolvian por una especie de audiencia, formada de ciudadanos romanos.

Para gobernar las provincias, enviaba el Senado cónsules que habian terminado su cargo, y pretores, que exponian en un edicto de jurisdicion el modo con que pensaban gobernar, confirmando en parte los institutos anteriores, introduciendo otros nuevos y tomando de la metrópoli los que le parecian mas convenientes (4). Los acompañaban ordinariamente un

(1) Cic. *Pro lege Man.* : « Quod fanum nostris magistratibus religiosum, quam civitatem sanctam, quam domum satis clausam et munitam putatis fuisse?..... Difficile est dictu quanto in odio simus apud exteras nationes, propter eorum, quos cum imperio misimus, injurias et libidines. »

(2) *Tib. Graco*, en A. Gelio, X, 3.

(3) Gayo, *Inst.* L. II, 40, 46, 7, 27, 31, 21, etc.

(1) Verrina, II, 13, I, 65, V. 22.

(2) Verr. III, 6.

(3) Verr., IV, 21.

(4) Ciceron, nombrado procónsul de Cilicia, dice (*Ad fam.* III, 8.) : « Romæ composui edictum; nihil addidi, nisi quod publicani me rogarunt, ut de tuo edicto totidem verbis transferrem in meum. Diligentissime scriptum caput est quod pertinet ad minuendos sumptus civitatum : quo in capite sunt

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cuestor para exigir los impuestos, y un intendente ó director de rentas para cada provincia. En el tiempo en que nos hallamos con nuestra narracion, se introdujeron las *quæstiones perpetuæ* (1), por cuyo medio se dejaba continuar en el gobierno á los pretores despues de terminada su magistratura, con el título de vicepretores, próroga que fué uno de los golpes mas ruinosos para el Estado romano.

Si bien la constitucion que se daba á las provincias era las mas de las veces bastante literal, ofendíase el sentimiento nacional con el empeño de introducir los usos romanos y hasta la lengua donde no se hablase la griega, y aun en algunos puntos se mudaba la religion, ó si se toleraba la antigua, se prohibian las reuniones religiosas, como en Egipto y Judea.

Por espíritu fiscal se prohibia tambien algunas veces el cultivo de las plantas mas importantes, á fin de que no pudiesen competir con Roma, y así la vid y los olivos estaban prohibidos en los países transalpinos (2). Lo peor, sin embargo, fué que los gobernadores, ejerciendo pleno poder tanto en lo civil como en lo militar (*jurisdictio et imperium*), eran impulsados á la tiranía por el hecho de poder ser tiranos impunemente, tanto mas cuanto que tenian en su apoyo las tropas acontonadas en las provincias. Estas se hallaban tambien sujetas á un derecho de importacion y exportacion sobre las mercancías, y Roma misma y la Italia no quedaron exentas de él hasta el año 694 por la ley de Metelo Nepote. En los puertos de Sicilia tal derecho era la vigésima parte del valor (3).

Aun despues que el interes enseñó á Roma á captarse la voluntad de las provincias, en vez de desangrarlas é irritarlas con un yugo tan grave como injurioso, fueron siempre consideradas como dependientes, no como partes integrantes de la república, y jamas se les llamó á constituir un cuerpo social por medio de la representacion. Así es que aquellos diversos Estados, acostumbrados á una vida aislada, nunca pudieron establecer la unidad como la entendemos en los tiempos modernos. Exceptuando las treinta y cinco tribus establecidas alrededor del territorio primitivo de Roma, la administracion y la legislacion eran meramente locales, y no se sabía extender la accion de un gobierno central á todas las partes de un vasto dominio ni á todos los pormenores de los negocios públicos. Para este fin habrian sido necesarias una estricta vigilancia, una regulada gradacion de dependencias y rápidas comunicaciones, cosas de que carecian los antiguos imperios; por lo cual así las monarquías absolutas del Asia como Roma estaban obligadas á limitar su influencia á un círculo estrecho, abandonando la mayor parte de los intereses parciales ó á los agentes enviados por la metrópoli, ó á magistrados elegidos por los indígenas.

Habia, pues, en los países sujetos á Roma dos poderes: uno supremo que ordenaba, ejecutaba y juzgaba como le parecia, aun cuando no tendia por naturaleza á extender su intervencion mas allá de lo que creía conveniente al bien público; el otro ordinario, y mas ó ménos precario, pues que á las ciudades, ademas de la administracion local, se les dejaban la decision de algunas causas civiles y criminales, y la facultad de ejercer muchos actos verdaderamente legislativos por medio de asambleas políticas y judiciales; actos que los magistrados municipales llevaban á ejecucion. Tales asambleas, siempre que se mitiga la opresora direccion suprema, aspiran á la independencia, invocan derechos, ó extienden sus atribuciones, frecuentemente coligándose en una especie de régimen federativo; y esto es lo que sucedió segun veremos en la decadencia del imperio romano, como era menester que sucediese para madurar el elemento principal de la moderna civilizacion europea.

Bien dijo Séneca que *el Romano donde conquista allí habita* (1). Esparcíanse los Italianos en tropel por los países subyugados, atraídos por los empleos, por la agricultura, por el estímulo de las gabelas, y principalmente del tráfico, que fué siempre la vida de Italia. Así los encontramos en gran número establecidos en la Numidia, hasta el punto de bastar para defender á Cirta. Mitrídates hizo exterminar en un dia á ochenta mil en el Asia, cuando no habian pasado mas que cuarenta años desde que habia sido reducida á provincia: y todavía hay que agregar á estos los veteranos que se fijaban en los terrenos de los vencidos, que les tocaban en suerte, y tantas colonias como se enviaron para conservar en la obediencia los países, ocupando la mejor parte de ellos. Solamente España recibió veinticinco, las cuales difundieron la lengua, la civilizacion y el respeto al nombre de Roma.

Rentas

Con tantas conquistas crecieron las rentas de la república; y aun cuando el gobierno no tenia por base exclusiva la hacienda, como en Cartago, es no obstante digno de estudio el equilibrio que estableció en ellas.

Sacaba dinero: 1° Del tributo que se imponia, bien á los ciudadanos, que pagaban una contribucion territorial determinada por el Senado segun las necesidades públicas, contribucion

quædam nova, salutaria civitatibus, quibus ego magnopere delector. » Y mas extensamente á Atico, VI, 1: « Breve autem edictum est, propter hanc meam διαιρεσιν, quod duobus generibus edicendum putavi: quorum unum est provinciale, in quo est de rationibus civitatum, de ære alieno de usura, de syngraphis; in eodem omnia de publicanis: alterum, quod sine edicto satis commode transigi non potest, de hereditatum possessionibus, de bonis possidentis, vendendis, magistris faciundis, que ex edicto et postulari et fieri solent: tertium de reliquo jure dicundo αγραφον reliqui. Dixi, me de eo genere mea decreta ad edicta urbana accommodaturum »

(1) Últimamente se ha dicho que las *quæstiones perpetuæ* no se establecieron como jurisdiccion política al lado de la criminal, segun se ha creido hasta ahora, sino que tuvieron por objeto suplir á los tribunales.

(2) « Nos verò justissimi homines, qui transalpinas gentes oleam et vineam severe non sinimus, quo pluris sint nostra oliveta nostræque vineæ; quod quum faciamus, prudenter facere dicimur, juste non dicimur. » Cic., *De rep.*

(3) *Verr.*, II, 75.

(1) *De consolatione*, 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que dejó de ser necesaria desde la guerra con Perseo; bien sobre los aliados de Italia, que contribuían de diversos modos, segun los lugares; bien sobre las provincias, algunas de las cuales pagaban un impuesto agrario ó capitaciones groseras, ademas de los suministros en especie que con frecuencia debian hacer por vía de emolumentos para el gobernador, para proveer la capital, ó para atenciones particulares.

2º Ademas la república poseía terrenos (*ager publicus*) ya en Italia, principalmente en la Campania, ya en las provincias; y los cedia á los labradores, recibiendo el diezmo del grano recogido, el quinto de la leña, y una pequeña retribucion por el ganado.

3º En los puertos y en las fronteras se exigian gabelas por las mercancías; y sobre la compra y venta de los esclavos percibia el fisco una vigésima parte, que se guardaba en erario reservado para las mas apremiantes necesidades.

4º Finalmente pagaban otro impuesto los explotadores de minas, especialmente los que tenian las de plata en España, tan abundantes que, en tiempo de Polibio, cerca de Cartagena se ocupaban en ellas cuarenta mil hombres, y de una sola extraían al dia veintitres mil dracmas de plata, ó sean doce millones de francos al año (1).

Aquel sistema de agregaciones sucesivas de municipios era un obstáculo para la centralizacion económica; así es que en tiempo del dictador Sila, apénas llegaban los ingresos á cuarenta millones de francos: renta que puede compararse, mas bien que á la de nuestros gobiernos actuales, á la de los Estados Unidos de América, que apénas asciende á ciento treinta millones, porque una infinidad de gastos están á cargo de las provincias.

En las mayores necesidades se recurria á los empréstitos: hácia el fin de la primera guerra púnica, el censor Livio, apellidado por esto Salinator, introdujo el monopolio de lasal: alguna vez se alteró tambien la moneda, como en la primera guerra púnica, en que se la redujo á una quinta parte de su peso, conservando su valor: y en la segunda no pudiéndose satisfacer de otra manera á los acreedores, se ejecutó una doble operacion, por la cual los de la república perdieron la mitad de sus créditos, y los de los particulares una quinta parte. Concluidas las guerras, se pagaban las deudas con el botin y las contribuciones impuestas á los vencidos, hasta que el erario cayó en poder de los capitanes. Estos, luego que vencian á un Estado con las armas, arruinaban su hacienda con tributos exorbitantes, de manera que el pueblo, vejado hasta el extremo, se irritaba, facilitándose así á los Romanos la total sumision de un país, y conduciendo esta á nuevas conquistas.

Y verdaderamente toda la ciencia crematística de los Romanos consistia en la conquista, ignorando por lo demas de qué manera se crea, se consume, se cambia y distribuye la riqueza. Buscando Ciceron en el tratado *De la república* el principio y la mejor forma del gobierno, y los principales elementos de la vida de los pueblos, habla de la familia, de la instruccion pública, de la justicia y de la religion; pero de la economía solo trata incidentalmente; y aun cuando enumera la agricultura entre las primeras causas de la prosperidad de una nacion, le parece que el pueblo rebajaria su dignidad haciéndose el aduanero del universo (1): máxima en oposicion directa con el sistema de los modernos.

En los tiempos precedentes, cuidando los Romanos de conservar la libertad, procuraban la igualdad de las condiciones, de tal modo que la pobreza era decorosa, y coronado el arado (2); y reprimieron el lujo con leyes suntuarias, aun cuando entónces las artes estaban abandonadas como sórdidas á los esclavos, y el comercio solo consistia en aprovisionar la ciudad. Tomadas Cartago, Corinto, Siracusa, la Macedonia y Pérgamo, superabundaron en Roma las riquezas, acumuladas allí por tanto comercio y tantas conquistas. En Tarento se tomaron ochenta mil libras de oro, y tres mil talentos de plata; los tesoros de Perseo pasaban de cuarenta y cinco millones de francos: Escipion llevó de Cartago al tesoro ciento veinte mil libras de plata; Cepion condujo de Tolosa lo ménos cien mil libras de oro y otras tantas de plata: el Egipto, que rendia doce mil talentos á los Tolomeos, produjo mucho mas á Roma, y las conquistas de Pompeyo aumentaron los tributos del Asia hasta cien millones En sus cuatro triunfos presentó César el valor de sesenta y cinco mil talentos, ademas de dos mil ochocientas veintidos coronas de oro. Á Cartago se impuso en la primera guerra el tributo de dos mil doscientos talentos, en la segunda de diez mil, quince mil á Antíoco, mil á Filipo, y otros tantos á los Etolios, por lo cual cinco guerras solamente enriquecieron el erario en ciento setenta y cinco millones de francos. Al estallar la guerra civil, contenia el tesoro 1.920,829 libras de oro: y despues, hácia el fin de la edad que hemos empezado á describir, se calculaba en trescientos cincuenta á cuatrocientos cincuenta millones la renta general de las provincias romanas.

Los particulares ambicionaban á porfía las riquezas. Craso, que habia heredado de su padre trescientos talentos, llegó á poseer siete mil, ó sean treinta y ocho millones de francos, despues de haber disipado otros ocho en prodigalidades y banquetes. Lúculo y César se enriquecieron extraordinariamente arruinando á las provincias á título de donativos ó préstamos; posteriormente veremos al liberto Pala poseer siete millones de oro (cincuenta y nueve millones de francos), y otros tantos el filósofo Séneca, con quinientas mesas de cedro incrustadas de marfil, todas iguales, para los suntuosos festines en que se olvidaba de la sobriedad que

(1) Véase principalmente DUREAU DE LA MALLE, *Economie politique des Romains*.

(1) « Nolo eundem populum imperatorem esse et portitorem. »
(2) « Gandebat tellus vomere laureato. » PLINIO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

predicaba en sus escritos. En su consecuencia, se alzaron en Roma y en las posesiones soberbios palacios adornados de lechos y esculturas, y mesas preciosas por su materia y su trabajo, y estatuas y joyas como jamas hubo en pueblo alguno.

Una gente sin industria, ¿por qué medio habia de adquirir tantos tesoros? Cuando no podia robar mas, vendia con indignas adopciones su nombre ilustre, y por fin, vendió hasta la libertad, alistándose en las legiones, cuyos jefes, por atraerse su afecto, disimulaban sus hurtos y descuidaban la disciplina. Así cuando Roma fué dominada por un emperador, corrieron los Romanos á adularlo y á competir en la exageracion de las lisonjas.

Fuente abundantísima de lucro para los particulares era el arrendamiento de las contribuciones. Cada cinco años sacaban los censores á subasta las rentas de la república, y estando excluidos de aquel negocio los senadores, generalmente era obtenido por caballeros. Estos publicanos, como los llamaban, tenian en cada provincia subarrendadores, que recaudaban el dinero y les daban cuenta de él, y en esto, como en otras cosas, el delito en grande alcanzaba honor, y el pequeño llevaba la nota de infamia, porque los primeros eran ciudadanos de suposicion, á quienes los oprimidos no se atrevian á injuriar y raras veces osaban acusar, desahogando por el contrario la cólera impotente sobre los subalternos, insaciables sanguijuelas. No encontramos en parte alguna que comprendiesen los pueblos aquella forma moderna de revolucion, que consiste en negarse al pago de los impuestos.

Estos recaudadores con las vejaciones aumentaban la deuda de las provincias, y con enormes usuras absorbian las rentas de los años siguientes. Los habitantes de Salamina se obligaron con Escapcio, lugarteniente de Bruto, por el cuarenta y ocho por ciento al año: Ciceron se gloría de no haber permitido en su provincia mas del uno por ciento al mes, y al fin de año la acumulacion del interes al capital. Todas las providencias para moderar la usura fueron despreciadas ó eludidas.

Escribiendo Ciceron á su hermano Quinto, gobernador de Asia, le dice: « Se elogia tu dili» gencia por no haber dejado á las ciudades » contraer nuevas deudas, por haber saldado » muchas de las antiguas, y libertado al Asia » del peso de los donativos á los ediles. Uno de » nuestros nobles se queja de que le hayas arre» batado doscientos mil francos (1), impidiendo » que se suministre dinero para los juegos. Bien » me figuro que los publicanos opondrán fuerte » obstáculo á tus rectas intenciones; pero resis» tiéndolos, alejarémos de la república y de » nosotros un cuerpo hácia el cual nos hemos » confesado tan obligados y que hemos conside» rado como inherente al gobierno; y afloján» doles la brida, contribuiremos á la ruina de » aquellos cuya salud é intereses debemos ase» gurar. Las mortificaciones que sufren nuestros » aliados por parte de los publicanos las infiero » de los movimientos últimos de nuestros con» ciudadanos, que tratándose de abolir los pea» jes de Italia, se lamentaron no tanto de estos » cuanto de las injurias de los aduaneros. De » sus quejas se deduce el modo con que serán » tratados los aliados en los extremos del im» perio. Aquí se cree que para satisfacer á los » publicanos, principalmente en un arriendo de » tan gran provecho para ellos, y al mismo » tiempo impedir la ruina de los aliados, se » requiere nada ménos que una virtud di» vina (1). »

El dinero exigido por los publicanos entraba en el erario, y el Senado regulaba su distribucion, consultando poco al pueblo para los gasgastos lo mismo que respecto de la imposicion. Veinte cuestores velaban por el tesoro público y las rentas. Dos residian en Roma, atendian á la recaudacion de los impuestos de toda especie, al tesoro y á las cuentas, reprimiendo tambien las concusiones de los publicanos, y custodiaban las leyes y los decretos del Senado. Los otros en las provincias acompañaban á los cónsules y pretores para suministrar víveres y dinero á las tropas, recaudar los impuestos y los géneros que se debian á la república, y vender los despojos de los enemigos; conservaban tambien en depósito el dinero de los soldados; eran el segundo magistrado de la provincia, y en ausencia del pretor hacian sus veces miéntras llegaba su reemplazo. Las cuentas eran examinadas por los gobernadores, y luego depositadas en el tesoro general de Roma, y en los archivos de las provincios.

Tesoro. Guardábase el tesoro en el templo de Saturno, dividido en tres cajas: en la primera se ponian las rentas para los gastos ordinarios; en la segunda la vigésima parte sobre las emancipaciones legales y las ventas de los esclavos para las urgencias mayores; en la tercera el oro acuñado ó no, procedente de las conquistas. Los escribas del tesoro, aun cuando empleados subalternos, llegaban á ser muy importantes, en atencion á que siendo perpetuos, adquirian una práctica que los hacía indispensables á los cuestores, elegidos con frecuencia.

Armas. Se consideraban, pues, las armas, fuente primera del poder como de la riqueza de Roma; de manera que la disciplina militar era severí-

(1) Respecto del valor de las monedas y de los granos en este tiempo, véase la Nota A.

(1) Epístola 39ª del año 693. Aquellas cartas, y mas aun, las dirigidas á Atico, nos ofrecen muchas noticias relativas á esta materia, por ningun latino tratada de propósito. Véanse no obstante SIGONIO, *De antiquo jure provinciarum*, en el *Thes. antig.* de GREVIO, tom. II.

P. BURMANNI, *Vectigalia populi rom.* Leiden, 1734.

D. H. HEGEWISCH, *Ensayo sobre las rentas de Roma.* Altona, 1804.

K. BOSSE, *Bosquejo del estado de las rentas del imperio romano.* Brunswick, 1803. Dos partes.

Las dos últimas obras alemanas se refieren á los tiempos de la república y del imperio.

DE VILLENEUVE BARGEMONT, *Cours sur l'hist. de l'économie politique.* Paris; 1838.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sima, y suprema doctrina la de la guerra. Roma no tenia durante la paz milicia nacional ni extranjera, y ántes por el contrario estaba prohibido llevar armas : si ocurria, no obstante, un peligro, el cónsul ó el pretor urbano llamaban á todos á las armas, los cuales con el venablo ó con la espada eran colocados por los ediles ó por los triunviros criminales en los puestos amenazados y en las rondas : posteriormente introdujeron las facciones bandas de bárbaros ó esclavos armados. En cuanto á la guerra, cada ciudadano estaba obligado á ella si no tenia cuarenta y seis años, ó habia hecho diez y seis campañas á pié ó diez á caballo.

La legion, llamada así por formarse de hombres elegidos, se compuso primero de cuatro mil doscientos, despues de doce mil ochocientos, y cada cónsul levantaba dos. En batalla se disponia en cinco divisiones : primero los astatos, en seguida los príncipes, despues los triarios ó pilanos, y en fin, los rorarios y los accensos ó reclutas, y cada una comprendia quince manípulos, dos de los cuales formaban la centuria, y tres centurias la cohorte, imaginada por Mario para aumentar la fuerza (1). Los manípulos de las dos primeras líneas se componian de ciento veinte hombres, y de sesenta los de la tercera. La cohorte contaba treinta de frente, y diez de fondo, forma facilísima y conveniente para cualquier terreno ú operacion.

Las armas eran las flechas, las hondas y el terrible venablo de siete piés de largo, lanzado el cual se resolvian las batallas con la espada. Los triarios usaban un venablo algo mas largo, y la lanza y el sable eran tambien las armas ofensivas de la caballería; las defensivas eran el yelmo, la coraza y un ligero escudo. El nervio de los ejércitos era la infantería : la caballería, si bien en ocasiones formó un cuerpo separado, por lo regular no sirvió mas que para sostener por los flancos á los infantes, y la menor habilidad de los Romanos en esta arma les hizo difíciles las victorias contra los Númidas y los Partos. Los rorarios, honderos y arqueros empeñaban la accion, y despues de consumir los proyectiles, se retiraban al lado de la legion; entónces lanzaban sus javalinas los astatos, y miéntras atendian los enemigos á sacarlas de los escudos en que se habian clavado, los acometian con la espada. Si encontraban fuerte resistencia, entraban en combate de refresco los príncipes, y por último, los triarios, de manera que expuesto el enemigo á tres nuevos ataques, no podia ofrecer mucha resistencia. Los accensos ó reclutas componian el batallon de reserva.

Los soldados romanos llevaban consigo, ademas de los víveres, los palos para formar la trinchera, y donde quiera que se detenian fortificaban el campamento con un terraplen de forma cuadrada y un foso de diez piés de profundidad. En medio del campamento se extendia la tienda del capitan (*prætorium*), alrededor los oficiales, en seguida los restantes guerreros; y partian del centro cuatro calles rectas, hasta las puertas abiertas en la trinchera.

Se ocultaban con cuidado las intenciones del general, lo mismo á sus soldados que al enemigo. En las marchas iban en columnas; pero si temian un ataque, se ordenaban en línea, llevando en el centro los bagajes. El soldado romano caminaba veinte ó veinticuatro millas en cinco horas, con todo su equipaje y los palos, llevando un peso total de sesenta libras. Sin embargo, para evitar las rápidas transiciones de la inaccion á la fatiga, que matan á tantos de los nuestros, usaban en los ejercicios armas de doble peso que las que empleaban en las batallas, y aun en tiempo de paz se ocupaban en contínuas tareas, principalmente en abrir caminos. Volviendo Escauro con el ejército de las Galias, le hizo abrir canales en los territorios de Parma y de Plasencia, para impedir las inundaciones del Pó.

Los estatutos militares eran muy rigorosos. La ley Porcia eximia al ciudadano de los golpes, pero no al soldado. El que arrojaba las armas, desertaba de su puesto ó combatia sin órden, era condenado en juicio público; pero si el general lo tocaba con su baston, le era permitido huir, con tal que no se dejase ver mas en el campamento, donde todo soldado tenia órden de matarlo. Si un cuerpo habia mostrado cobardía, lo diezmaba el general, enviando al suplicio uno de los diez, y los demas al destierro y á la infamia.

El espíritu militar entraba en todo. Del Senado salian los generales como los embajadores; no ascendia á los supremos cargos de la república quien no hubiese hecho diez campañas, por lo cual las guerras se hacian con fines políticos, y las asambleas inspiraban ardor militar; el embajador conocia en la paz al pueblo contra quien despues iba á combatir, y los mismos que tomaban una resolucion en el consejo eran los que la ejecutaban en el campo. Para el desempeño de este doble ejercicio, se enseñaba á la juventud á arengar, discutir, conmover al pueblo, combatir y triunfar. Y el triunfo conducia al consulado; de manera que los generales ambicionaban las batallas, y el Senado hacía que se presentasen las ocasiones, interviniendo en los asuntos de las naciones extranjeras. Aquel que ántes habia mandado un ejército no desdeñaba servir en él. Al salir para una nueva campaña, elegia el general los tribunos, y estos los oficiales mas inferiores, por lo cual se estrechaba sólidamente la union entre los superiores y los soldados; siendo comunes el sentimiento y la esperanza que los movian. El entusiasmo por la patria y por la gloria les infundia bravura, y el espíritu de obediencia investia al jefe de una autoridad omnipotente.

Pero aquellos soldados, terror de los enemigos en el campo, eran con frecuencia víctimas de la ambicion de los nobles; sacrificaban su amor á los dioses penates, á su veneracion á las

(1) Véase tom. I, pág. 597.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

águilas legionarias: conducidos á combatir mas allá de los mares, no podian cultivar ya el campo de sus padres, y con frecuencia lo perdian por causa de la guerra ó de deudas; y al paso que erigian trofeos y fabricaban cadenas para los pueblos soberbios, ó allanaban caminos eternos para unir á los vencidos con la ciudad vencedora, venian siempre á dejar en tierra extraña los fatigados huesos sin tener quien los llorase.

Cuando se propuso la guerra contra Perseo, habló así un centurion ante los tribunos y el Senado: « Quirites, yo soy Espurio Ligústico » de la tribu crustumina, natural del territorio » sabino. Mi padre me dejó una yugada de tierra » y una casita, en la que nací, fuí educado y » habito todavía: él mismo me dió por mujer » á la hija de su hermano, que solo trajo por » dote la libertad, el pudor, y por añadidura » una fecundidad que bastaria para una casa » rica. Tengo seis hijos y dos hijas; estas últi- » mas están casadas; de los primeros, cuatro » tienen la toga viril, y los otros dos aun visten » la pretexta. Fuí alistado, siendo cónsules » P. Sulpicio y G. Aurelio, en el ejército de » Macedonia, en el cual serví dos años como » simple soldado contra Filipo; al tercer año, » T. Quincio Flaminio me alistó en recompensa » en el décimo órden de los astatos. Vencido » Filipo, y enviados á Italia los licenciados, fuí » voluntariamente á Esparta con el cónsul » M. Porcio, diligente examinador y juez de la » virtud del soldado: y como todos saben, él » me reputó digno de confiarme el primer ór- » den de los astatos de la primera centuria. Por » tercera vez hice el servicio voluntario en el » ejército contra los Etolios y el rey Antíoco, » en el cual se me dió por Marco Acilio el pri- » mer grado entre los príncipes de la primera » centuria. Rechazado el rey Antíoco, y sojuz- » gados los Etolios, fuimos enviados de nuevo » á Italia; luego alistados dos veces á sueldo en » las legiones que servian anualmente; despues » otra vez á España, una con Q. Fulvio Flaco, y » otra con T. Sempronio Graco. Fuí llevado por » Flaco al triunfo entre aquellos á quienes, por » honrar su valor, conducia consigo de la guerra. » Requerido por Graco, hice con él la campaña. » En pocos años fuí cuatro veces centurion pri- » mipilar; treinta y cuatro veces he sido hon- » rado con dones por mis capitanes; he recibido » seis coronas cívicas; he devengado en los » ejércitos veintidos pagas anuales, y ahora » paso de los cincuenta años. »

¡Infeliz! ¡y era llamado á nuevos combates! — He querido referir este discurso, tanto porque recuerda las guerras de las edades precedentes, cuanto para demostrar la condicion á que estaban reducidos los plebeyos romanos, que vivian de contínuo en los campamentos, y frecuentemente despues de treinta años de servicio no tenian siquiera, como nuestro veterano, un pedazo de tierra con que alimentar á su numerosa familia. Los mas solo vivian del dinero que se repartia en los frecuentes triunfos, y que disipaban con la imprevision tan general en los militares: de modo que los pocos que libraban de las guerras de Asia ó de España su mutilado cuerpo, pasaban en la miseria sus últimos dias.

Propiedades.

Y la miseria y la despoblacion eran los resultados de la constitucion que, como hemos repetido, habia llegado á fundarse sobre la aristocracia del dinero. El verdadero patriciado, el que dejaba á los plebeyos en la servidumbre, el que no concedia á la plebe matrimonios legales ni familia, el que reducia á la esclavitud al deudor, y hasta tenia derecho para descuartizarlo, habia sucumbido tiempo hacía ante los esfuerzos lentos de los plebeyos, que poco á poco habian adquirido el voto, y luego un puesto en todas las magistraturas. Los nobles de nacimiento (*ingenui*), se distinguian solamente por aquella ventaja que da la fama de las familias, y jamas se habló de abolir esta, ni habria valido la pena de hacerlo, cuando no se apoyaba mas que en la opinion. La diferencia consistia en las propiedades; y el plebeyo, igual en derechos al noble, sucumbia ante él por estar desprovisto de medios de hacerlos valer, y reducido á vivir de sus limosnas ó de las liberalidades públicas. Los nobles habian sabido apoderarse de la mejor parte de las tierras conquistadas al enemigo: despues, con la astucia y la legalidad, absorbieron tambien las pequeñas porciones que habian tocado á los plebeyos, y de este modo se aumentó el número de las grandes propiedades. No pudiendo, pues, dedicarse el plebeyo á las artes mecánicas, por ser oficio de esclavos, no le quedaba mas recurso que hacerse mendigo.

En Roma no preponderaba ya mas que la riqueza. Esta decidia del voto en las asambleas; esta conducia á los primeros cargos del Estado, dominaba en los comicios, llenaba el Senado y ocupaba los empleos, daba á los cónsules y pretores provincias que saquear, y hacía á los censores árbitros de las tierras de Italia, pues que podian quitar los bienes del Estado á los pobres que los tenian por un leve cánon, para darlos á los caballeros, los cuales en connivencia con los censores cesaban de pagar el cánon y se convertian en propietarios directos.

Pero ni siquiera los ricos eran todos igualmente privilegiados. El censo pesaba sobre los pequeños propietarios, porque miéntras sobre las tierras, sobre las casas, sobre los esclavos, sobre el ganado y sobre el bronce acuñado (*res mancipi*) se imponia una cuota que variaba en cada lustro, los grandes, al contrario, por los bienes adquiridos del modo dicho y sin título no pagaban impuesto, ni tampoco por las cosas de lujo (*res nec mancipi*) que constituían la fuente principal de su riqueza. Los nobles, quiero decir, los que habian entrado en el Senado y en los empleos, se enriquecieron de tal modo por los donativos que afluían á dicho cuerpo y por los inmensos provechos de las magistraturas y de las misiones en las provin-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cias, que renunciaron al lucro de la usura, y aun intentaron reprimirla en los caballeros, que eran los ricos no titulados. En compensacion se dieron á estos las posesiones quitadas á los pobres, ó el arriendo de las rentas. Los pequeños propietarios inscritos en la cuarta y en la quinta clase obtenian alguna ganancia del sueldo militar y de asistir como patronos á los extranjeros ó á los plebeyos que demandaban justicia (1); alguna vez tambien alcanzaban algun trozo del territorio conquistado; pero la masa del pueblo rey arrastraba su triste vida sumida en la pobreza.

Semejante desproporcion de riquezas en Roma, como en las demas repúblicas antiguas, se explica perfectamente recordando que no tenian industria ni comercio, ni mas arte que el de la guerra y la agricultura. Hoy decimos al mendigo: *Anda y trabaja :* decir esto á un ciudadano romano hubiera sido una injuria, hubiera sido tratarlo de esclavo. ¿Cómo podia prosperar allí el comercio, siendo su alma la lealtad, la buena fe, la paz y el respeto al derecho comun? En el interior estaban abandonadas las artes, como sórdidas, á los esclavos y á gente vil; las mujeres que tenian tienda se confundian con las siervas mas despreciadas, costumbre que duró hasta los tiempos de Constantino; y Ciceron dice que el negociar es un aumento de servidumbre, y que los mercaderes solo pueden prosperar mintiendo (2).

La sociedad, pues, no se componia mas que de propietarios y pobres, sin aquella clase média, hoy tan importante, de negociantes y artesanos, los cuales viven y se enriquecen con la industria y la acumulacion de sus productos. La economía de los primeros tiempos de Roma era la de un pueblo guerrero y agrícola, sin comercio. Las propiedades estaban muy divididas; eran pocas las tierras arrendadas, y en estas el cánon consistia en una parte alicuota de los frutos; pero la tierra, el capital destinado á labrarla, y con frecuencia, no solo los instrumentos, sino el mismo cultivador, eran propiedad de uno solo. En tal condicion no habia diferencia de interes entre el amo, el arrendador y el colono. Ni los economistas de entónces tenian que estudiar todos esos medios por los cuales buscan los nuestros el aumento de la riqueza nacional, como los convenios entre el amo y el trabajador, la medida de los salarios, el producto de los capitales, la influencia del precio de los víveres sobre el valor de los objetos, la norma del impuesto y de su reparto entre las diversas clases de renta.

Sin embargo, al principio se procuraba sacar de la tierra el mayor producto bruto, esto es, granos para comer, de modo que la poblacion creció, y el campesino no experimentó perjuicio. Posteriormente se aspiró tan solo al mayor producto líquido, convirtiendo las tierras labrantías en dehesas: por consecuencia, cuando despues de haber conquistado á Cartago y al Asia se engrandeció Roma, la poblacion libre y los productos de Italia se disminuyeron al mismo tiempo, aun cuando no se pagaban impuestos, y á pesar del menor número de gente que se dedicaba á la guerra, de la mejora de los utensilios, de la abundancia de los capitales y del aumento del lujo. Porque entónces precisamente los prados sustituyeron á los campos de grano, los esclavos á los labradores libres, y á los pequeños labradores los grandes, los cuales no aplicaban el excedente de los productos á los campos, sino que lo gastaban en la ciudad en lujo vano.

Plebe

Sin artes, sin propiedad, ¿qué podia hacerse de la plebe romana? Llevarla á la guerra, la cual por eso se perpetuaba, siendo útil tanto al Estado que pagaba con ella la deuda pública, como á los nobles que resarcian sus pérdidas despojando á los vencidos, como á los pobres que eran mantenidos ó morian, segun se decia, gloriosamente. Si por desgracia faltaban enemigos que combatir, el vulgo tenia que buscarse el pan, ó vendiendo su voto á los candidatos, ó mendigando la limosna pública, cohonestada con el nombre de liberalidades, ó recibiendo el trigo y la sal que espontáneamente se le daban y constituían su único alimento (1). Despues de los triunfos se distribuía bronce acuñado, ó se regalaban tierras lejanas, especialmente las de los Italianos que habian favorecido á Aníbal; y por último, se enviaban colonias á fundar una nueva patria.

Aquellos socorros eran efecto, no de la compasion ni de la generosidad, ni de la prevision del Senado, sino del miedo á los peligros presentes, y á veces de los clamores populares. Despues, cuando por resultado de la funesta victoria sobre Perseo se aumentó excesivamente el orgullo romano, ya no se cuidó el Senado de los padecimientos del vulgo. Para cultivar las extensas posesiones de los ricos, bastaban los esclavos; y el patricio, feliz y rodeado de comodidades, aplaudia á Caton que enseñaba que las mejores posesiones eran las dehesas, por la circunstancia de bastar un pastor esclavo para guardar un numeroso rebaño.

¿Qué recurso quedaba, pues, á los agricultores? Llevar sus inútiles brazos á Roma, donde sabian que de cuando en cuando se distribuían víveres; donde los ricos ostentaban generosidad arrojándoles un poco de lo superfluo; donde esperaban ser enviados á alguna colonia para convertirse á su vez en tiranos y decir al antiguo poseedor : *Vé á morirte de hambre* á otra tierra; donde á falta de otra cosa podian vender su voto á los candidatos, que se resarcian de estos gastos en sus pingües empleos.

Pero ¡ah! el Senado, seguro ya de su poder, y ensoberbecido con la humillacion de los reyes, no pensaba ya en halagar al vulgo : en medio siglo no se fundó ninguna colonia, y ni siquiera la inmortal ganancia del veto podia aprovechar

(1) Los honorarios se pagaban al patrono en dinero, y estaban fijados en 25 ases, ó sea 1 franco 25 céntimos.

(2) *De officiis*, I, 25.

(1) PLINIO, *Hist. nat.*, XXXI, 41.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al pueblo rey, desde que los censores habian reunido en la tribu esquilina á todos los pobres, cuyos sufragios muy raras veces eran necesarios, votando como votaban despues de las demas tribus. Poco á poco el Senado, extendiendo el poder de la aristocracia, como sucede siempre en las guerras prolongadas, prescindió de la obligacion de pedir el asentimiento de las tribus para sus decretos; y desde que triunfó del último sucesor de Alejandro, comenzó á dedicir á su talante de la paz y de la guerra.

14. Quedaban al pueblo los juicios : pero á fin de evitar los embrollos y acelerar las decisiones, se instituyeron cuatro tribunales permanentes, compuestos de senadores que examinaban los casos criminales, y principalmente las acusaciones de sublevacion, de concusion y de peculado, dirigidas contra los individuos del Senado. De esta manera ni podia haber peligro de que la plebe vendiese sus fallos, ni los nobles tenian por qué temerlos. Así los plebeyos que se libraban de la guerra estaban destinados á morir de hambre, no siendo ya necesarios, porque de los países conquistados afluían millares de esclavos, que fecundizaban la tierra con su comprado sudor, llenaban los palacios y las ciudades sirviendo al fausto y á los vicios del amo, y por los méritos que contraían en este oficio, adquirian la libertad como ciudadanos, llenando el vacío que habia dejado la antigua plebe romana (1).

En la época de que estamos tratando solo los libertos llenaban el foro; y un dia que con su gritería interrumpian á Escipion Emiliano, este, con el orgullo de un noble de antigua alcurnia, les gritó : *Silencio, hijastros de Italia. ¿Por ventura puedo temeros libres, yo que os he traido encadenados* (2)? Tambien Ciceron insultaba á aquella hez de la ciudad, á aquella plebe desnuda y hambrienta (3), la cual sin embargo, siendo numerosa y estando desprovista ó escasa de bienes, no aspiraba á obtener derechos, sino á adquirir posesiones, y podia llegar á ser un arma terrible en manos de un demagogo que se levantára á combatir la tiranía aristocrática.

Otra multitud acudia á Roma de las provincias y de los municipios para librarse de las vejaciones de los despóticos magistrados, para hacerse miembros de una nacion temida y grande, y con la esperanza de ascender hasta los primeros grados y disponer de la suerte de los reinos. Lo que mas creían merecerlo eran los Italianos, pues que con sus brazos se habian hecho las conquistas. Algunos obtenian la ciudadanía entregándose como esclavos á un Romano, que despues los manumitia; otros se hacian inscribir por fraude en los registros de los censores; pero como legalmente no podian conseguirlo sino los Latinos, toda la poblacion de Italia afluía al Lacio, y la del Lacio á Roma, que así lo absorbia todo. Los Samnitas y los Pelignos en 177 protestaron que no podian ya suministrar á los ejércitos el contingente, porque cuatrocientas de sus familias se habian trasladado á Fregela, ciudad latina. El mismo año declararon los Latinos por segunda vez que su ciudad y su campo se despoblaban por el contínuo movimiento de la poblacion hácia Roma. Esta, pues, rebosaba en hombres, tanto que en el censo de Cecilio Metelo se inscribieron trescientos diez y siete mil ochocientos veintitres aptos para las armas, y cinco años despues trescientos noventa mil setecientos treinta y seis; en 187 no se admitieron doce mil familias latinas, y en 172 fueron tambien rechazadas otras diez y seis mil personas.

Tal transicion, obra maestra de la política romana, producia el efecto de la sangre que desde las extremidades del cuerpo se traslada á las partes mas nobles para alimentar la vida; pero como la sangre, si sube con exceso, ocasiona obstruccion y muerte, así las inmigraciones, en vez de regenerar, perjudicaban á la nacion. El conceder pleno derecho á todos los pueblos italianos habria sido el único medio de salvacion, y el haberse opuesto á esto la nobleza romana por envidia contra las casas ilustres de este hermoso país, acortó la edad juvenil de Roma y arruinó la Italia.

Por toda esta comarca se habia difundido la pobretería de Roma, enviada á las colonias, y que ocupaba los mejores terrenos. Pero la situacion de las mismas colonias se habia empeorado, entregadas como presa á los caballeros, que usurpaban ó compraban las tierras, colocando en ellas esclavos en lugar de los cultivadores libres, y atendiendo exclusivamente al lucro, y libres del temor de los juicios, desde que en Roma habian sido confiados á la nobleza, ya no conocian freno para arruinar á los libres y oprimir á los siervos, que alguna vez se lanzaron á peligrosas sublevaciones.

(1) « Quid magis deformatum, inquinatum, perversum, conturbatum dici potest, quam omne servitium, permissu magistratus liberatum, in alteram scenam immissum, alteri propositum; ut alter confessus potestati servorum objiceretur, alter servorum totus esset? Si examen apum Indis in scenam venisset, haruspices acciendos ex Hetruria putaremus : videmus universi repente examina tanta servorum immissa in populum romanum septum atque inclusum, et non commovemur. » CICERON, De harusp. responsis.

(2) « Taceant, quibus Italia noverca est... Non efficietis ut solutos verear quos alligatos adduvi. » VAL. MÁXIMO VI, 2. — « Hostium armatorum toties clamore non territus, qui possum vestro moveri, quorum noverca est Italia? » VELEYO PATÉRCULO, II, 11.

(3) « Fex et sordes urbis ; concianalis hirudo ærari misera ac jejuna plebeculo. »

CAPÍTULO III

Leyes agrarias. — Los Gracos.

Si en medio de esta corrupcion se hubiese levantado alguno con el intento de mejorar las costumbres, de inspirar al pueblo el amor de la industria y de los campos, de sustituir á los esclavos trabajadores y á la plebe perezosa una clase laboriosa como la moderna, que rechaza la miseria con sus propios brazos, de reprimir

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el despotismo del Senado y la avidez de los caballeros, de hacerse el eco de los lamentos que resonaban desde las provincias y los municipios, de regularizar la afluencia de los esclavos é impedir la despoblacion, ¿no habria, á lo ménos por su intencion, merecido gratitud? Y no digo la gratitud de los contemporáneos, que raras veces perdonan el mérito, sino la de la posteridad. Pues bien, á tan alta empresa se dedicaron los Gracos: los contemporáneos los mataron, y la posteridad se contentó con repetir los insultos de la venganza patricia, sin dignarse distinguir las buenas intenciones de los medios desgraciados.

Reparto de tierras.

Para comprender las leyes agrarias, es necesario fijar bien la distincion entre los dominios privados y los públicos. Los terrenos conquistados se convertian en parte en propiedad pública (*ager publicus*), y se dividian en tres clases: los cultivados se asignaban á los colonos establecidos en ellos, ó eran vendidos ó arrendados por los censores; los incultos se abandonaban á quien quisiera utilizarlos, mediante el diezmo de los granos y el quinto de los frutos: los pastos quedaban para el aprovechamiento comun, pudiendo cada cual enviar á ellos sus ganados por una ligera cuota (*scriptura*). El que adquiria los terrenos cultivados, no era propietario absoluto de ellos, sino que pagaba un censo (*vectigal*). La distribucion, sin embargo, se hacía por los patricios, de manera que se quedaban con lo mejor; y acomodándose luego con los asentistas, que eran de su mismo órden, dejaban caer en el olvido el censo, y así no se podian ya distinguir sus bienes de los de propiedad particular. Ahora bien, la ley agraria, propiamente dicha, tenia por objeto repartir entre los plebeyos el terreno público usurpado por los grandes, los cuales se consideraban como sus poseedores inamovibles (1). Aun cuando la prolongada posesion confundia la variedad de orígen, el terreno público conservaba siempre en derecho un carácter de revocabilidad; tanto que el Senado, cuantas veces se le propuso la ley agraria, es decir, la equitativa reparticion de estos terrenos, la aceptó; pero tuvo la destreza de eludirla.

Como entre los antiguos la posesion era el único camino de hacerse independiente, la plebe romana no se elevó sino con la lenta adquisicion de la propiedad, mediante una serie de rogaciones de sus tribunos, inútilmente combatidas por los cónsules, adversarios habituales de las demandas de la plebe, á quien preferian dar posesiones en las colonias. Pero si Casio Icilio, Manlio Capitolino y otros no habian pro-
366. puesto sino que se diese pan á los soldados de la república, Licinio Estolon elevó la ley agraria á ley política, reclamando para el pueblo la tierra y el poder político, único medio en su concepto de remediar la pobreza de los plebeyos. Este tribuno, ademas de disminuir la usura y devolver á la circulacion gran cantidad de tierra, obtuvo, aunque con gran trabajo, para los plebeyos un puesto de cónsul, y el derecho á los auspicios. Su ley establecia que ninguno pudiera poseer mas de quinientas yugadas (125 hectáreas) de terreno, ni mas de cien cabezas de ganado mayor, teniendo obligacion de mantener cierto número de cultivadores libres (*villici*). Probablemente esta ley no se referia mas que á los campos públicos (1); pero si su autor la propuso como uno de tantos remedios contra el abismo que separaba á los ricos de los pobres, no parece que exigió la expropiacion legal de aquellos, contentándose con imponer una multa á quien poseyera mas de lo mandado. Esto, deteniendo algun tiempo el monopolio de los terrenos, introdujo un equilibrio, que hizo prosperar grandemente á la república. No tardó en eludirse semejante ley como hemos visto; pero habiéndose aumentado extraordinariamente las conquistas, los ciudadanos pobres tuvieron medio de salir de la miseria y establecerse en las colonias, que se fundaron en gran número. No obstante, en breve se enconó la llaga, y para remediarla se presentaron los Gracos.

Las familias acaudaladas de los Escipiones y de los Apios habian conocido la necesidad de aliarse con la familia ecuestre de los Sempronios; y Tiberio Sempronio Graco, que en su tribunado habia protegido al Asiático y al Africano, despues de la muerte de este fué reputado digno de casarse con su hija Cornelia, pedida en vano por un Tolomeo. Poco despues de haberse unido á ella, halló en el tálamo dos culebras, por cuyo motivo consternado, llamó á dos adivinos, quienes despues de consultar largamente acerca de este portento, ni le permitieron matar á las dos, ni dejarlas libres, pronosticando que la muerte del macho causaria la de Tiberio, y la de la de hembra la de Cornelia. Tiberio, que amaba mucho á esta y la veía jóven todavía, miéntras él era ya de edad avanzada, mató al macho, y tardó poco en morir. Esto dice Plutarco, que llena sus páginas de semejantes relaciones, las cuales muestran cuán supersticiosos son los hombres cuando pierden la religion.

Cornelia tuvo muchos hijos, pero solo le quedaron Tiberio, Cayo y Sempronia; y ambicionando ser llamada, no ya la hija de Escipion, sino la madre de los Gracos (2), los educó en

(1) El mismo nombre tuvieron las leyes encaminadas á fundar colonias repartiendo entre algunos ciudadanos ó aliados las tierras recientemente conquistadas ó dejadas al Estado. En los últimos tiempos de la república se llamaban tambien así las leyes que distribuian violentamente entre las colonias militares las propiedades públicas y particulares de Italia.

(1) En esto estoy de acuerdo con Niebuhr; pero equivocadamente considera este la ley Licinia como idéntica á la de los Gracos. V. *Revue de Législation*, 1846, agosto.

(2) HEEREN, *Historia de la revolucion de los Gracos*, en el tom. I de sus *Miscelánea históricas*. Trataron el mismo asunto el aleman D. H. HEGEWISCH. Altona, 1801;

ENGELBRECHT, *De legibus agrariis ante Gracchos*. Leiden, 1842;

R. W. NITZSCH, *Die Gracchen und ihre nächste Vergänger*. Berlin, 1847;

ANTONIN MACÉ, *Des lois agraires chez les Romains*. Paris, 1846;

RUDORFF, *De las leyes agrarias* (en aleman); es el trabajo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las artes mas exquisitas, de modo que pudiesen quitar á los Escipiones la primacía. Á una dama que le ostentaba cadenas de oro y collares, mostró ella sus hijos, diciendo : *Estos son mis joyas.* En seguida casó á Tiberio con la hija de Apio Pulcro, y á Sempronia con Escipion Africano el menor.

Cuando los Gracos entraron en los negocios, dejaron satisfecha la esperanza materna. En la elocuencia no tenian iguales : en las armas se amaestraron á las órdenes de su valiente cuñado, y Tiberio fué el primero que subió á la brecha de Cartago : y para administrar la república se habian hecho superiores á la corrupcion en la severa escuela de los estóicos, de donde habian tomado, acaso exageradas, pero generosas ideas acerca de la dignidad del hombre y de la igualdad de los derechos. En su porte, Tiberio se mostraba decoroso y afable; Cayo vivaz y fogoso : aquel hablaba con suavidad, de una manera estudiada y circunspecta : Cayo fué el primero que se paseó por la tribuna, brillante en la palabra, apasionado, y tan impetuoso que tenia tras de sí un flautista que le diese la entonacion cuando se exaltaba.

Tiberio Graco. 137. Siendo Tiberio cuestor en Numancia á las órdenes de C. Mancino, fué sorprendido el campamento (como ya hemos referido), y veinte mil hombres hubieran sido muertos si el cónsul no hubiese entrado en negociaciones. Los Numantinos, no obstante, se negaron á creer en otra palabra que no fuese la de Graco, á quien en efecto concedieron el permiso de sacar á salvo el ejército, dejando á los vencedores las tiendas de campaña (1). Habiendo sido cogidos en el saqueo sus registros, volvió á reclamarlos, y los Numantinos no solo se los devolvieron, sino que lo obsequiaron con un banquete público, y le permitieron escoger lo que quisiese de los despojos, de los que solo tomó el incienso destinado á los dioses.

La capitulacion que salvó á veinte mil ciudadanos, pareció indecorosa á Roma, la cual, imitando la conducta que habia observado despues de la derrota de las Horcas caudinas, se propuso entregar á todos los oficiales. Tiberio insistió en que el pacto se mautuviera en toda su integridad, y no habiéndolo conseguido, pidió que solo Mancino fuese entregado. Los parientes de los oficiales libertados quedaron muy agradecidos á Graco, que incurrió en mayor desgracia con los patricios, consejeros de aquella inicua legalidad.

Al regresar de Numancia, atravesando la Etruria, la vió despoblada de libres, y cultivada solo por esclavos; vió tambien acumulados en Roma los bienes en manos de pocos, miéntras los mas estaban sumidos en la miseria, y no disimulando su despecho, predicaba altamente que mentian los capitanes cuando exhortaban á los soldados á defender los sepulcros de sus abuelos; que era indigno que las fieras tuviesen abrigo, y faltase á los ciudadanos romanos, señores del mundo, un techo bajo el cual descansar, y una tierra en que ser sepultados.

Graco, de tan elevada parentela, no era impulsado á esto por afan de ilustrarse, sino mas bien por aquel patriotismo que era el ídolo de los Romanos, y por el deseo de asegurar á Roma la soberanía del mundo, no dejando perecer la robusta raza italiana que le habia dado ya tantas provincias. No se trataba, pues, de elevar la segunda clase á la altura de la primera, como en tiempo de Licinio Estolon, sino de dar incremento á la poblacion libre, la única que llenaba el ejército. Era ley aristocrática, si con las ideas de hoy la consideramos, y no es de admirar que fuese sostenida por aristócratas.

Lelio, amigo de Escipion, habia intentado la forma agraria; pero viendo que le era adversa la aristocracia, y conociendo los tiempos, se apartó del noble propósito, y obtuvo el título de prudente, que tantas veces es sinónimo de pusilánime. Tiberio, nombrado despues tribuno de la plebe, de acuerdo con su suegro Apio, con el sumo pontífice Craso, y con el famoso jurisconsulto Escévola, propuso por ley que ningun rico pudiera poseer mas de quinientas yugadas de tierras públicas; pero que los terrenos fuesen, no ya una posesion revocable, sino propiedad absoluta; que se indemnizase á los que quedáran perjudicados; y que de los terrenos sobrantes se formase un fondo público, que se repartiese entre los pobres y permaneciese inenajenable, único medio de impedir que volviesé á manos de los ricos. Á los beneficios de esta ley se agregaban tambien ciento cincuenta yugadas por cada hijo, lo cual es el primer ejemplo de remuneracion para favorecer los matrimonios. Primera ley agraria. 133.

No era por tanto Graco un utopista, ni pueden atribuirse á las teorías del comunismo aquellas leyes que constituían una propiedad y creaban propietarios. Graco no atacaba al derecho de propiedad, sino que deseaba extenderlo, impidiendo la concentracion de los terrenos, á fin de multiplicar el número de pequeños cultivadores, ó sea de soldados.

Ninguna ley tiene mas aspecto de equidad; y la plebe, á quien desde mucho tiempo ántes estimulaba Tiberio, confirmó con regocijo su proposicion, á pesar de la repugnancia del otro tribuno Octavio Cecina. Hay, no obstante, abusos tan arraigados (entiéndanlo los innovadores), que no se puede poner la mano en ellos sin que el Estado entero se resienta (1).

Los nobles podian alegar su prolongada posesion, durante la cual habian plantado, mejorado y edificado (2) : la suspension en el pago

mas completo y nuevo sobre tal materia. Véase una buena explicacion de la ley agraria en CASSAGNAC, *Hist. des classes nobles*; tom. I, 478. Paris, 1840,

(1) Véase pág. 3.

(1) « Volebant Gracchi agros populi dividere, quos nobilitas perperam possidebat; sed tam vetustam iniquitatem audere convelterе, periculosissimum. » S. AGUST. *De civ. Dei.*, III, 24.

(2) Con razon dice Floro, III, 13 : « Reduci plebs in agros unde poterat, sine possidentium eversione? Qui ipsi pars populi erant, et tamen relictas sibi à majoribus sedes, ætate, quasi jure hereditario, possidebant. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del censo habia hecho olvidar cuáles eran las tierras públicas, y cuáles las de dominio absoluto : los que por una larga serie de abuelos, ó por herencia, ó por dote los poseían á la sazon, eran poseedores de buena fe, y en sus operaciones habian contado con estas circunstancias. Quien pensase por consiguiente en una nueva distribucion del territorio público, tenia que encontrarse con la dificultad de distinguir los terrenos, con la necesidad de dar compensaciones, y con la oposicion de una clase poderosa.

Los que eran enemigos de toda novedad buena ó mala, y los que no sufrian ser turbados en sus posesiones, habian atraído á su partido al tribuno Octavio, el cual inutilizaba las proposiciones de su colega, porque el veto de uno de los dos impedia toda deliberacion. Tiberio no dejó nada por hacer para atraérselo; generoso y tierno, de irresistible voluntad, pero de dulce carácter, le ofreció pagarle de sus bienes lo que perdiese; le suplicó, lo abrazó hasta en público; pero encontrándolo obstinado, propuso su destitucion, á pesar de su sagrado carácter tribunicio. *Es inviolable el tribuno*: decia; *aunque incendie el arsenal y desmantele el Capitolio : pero no cuando amenaza al pueblo mismo. Sagrada era la dignidad real, y sin embargo nuestros abuelos expulsaron á Tarquino : sagradas sobre todas las cosas son las Vestales, y sin embargo, si pecan son enterradas vivas. Así, el tribuno que ofende al pueblo, no debe tener prerogativas sobre el pueblo mismo, ya que él mismo destruye el poder que le da la fuerza.*

Cuando las tribus principiaron á dar su voto para la destitucion de Octavio, Graco volvió á los ruegos y á las súplicas, y enterneció á su colega hasta hacerle verter lágrimas ; pero fuese obstinacion ú honradez, este persistió, y el voto de la décimaoctava tribu decidió que Octavio fuese degradado. Primer golpe dado á la sagrada autoridad tribunicia, y dado por un tribuno.

Ahora bien, quién es el hombre, quién es principalmente el demagogo que, puesto en la pendiente de las novedades, puede detenerse donde le acomode ? Tiberio hizo uso de toda la habilidad de un entendimiento ingenioso, y noc la sensatez y con el amor al órden procuró mitigar el ímpetu de una empresa tan resuelta; pero al fin, irritado de las tergiversaciones del Senado y de la perfidia de los oligarcas, que atentaban á su vida y hasta á su fama, volvió á proponer la ley Licinia en su antigua severidad, sin hacer ya mérito de compensacion por el exceso de las quinientas yugadas, y ordenando que en el acto fuesen expulsados los usurpadores del terreno público, dando al efecto facultades amplias á los triunviros elegidos para examinar el orígen de las propiedades.

Tiberio era verdaderamente el mejor individuo de la faccion plebeya, como los Escipiones lo eran de la patricia ; y movido á piedad en favor del pueblo, se elevó hasta la noble idea de la unidad italiana, proponiendo que se extendiese á toda la península el derecho de ciudadanía romana, habiendo comprendido sobre cuán angostas bases descansaba la inmensa mole del imperio. La sublevacion simultánea de toda Italia, que tardó poco en acontecer, mostró cuán conveniente habria sido aquella medida.

Miéntras maduraban sus magnánimos proyectos, se hizo elegir Tiberio triunviro, en compañía de Apio y de su hermano Cayo, para ejecutar la distribucion del terreno público ; y en seguida propuso que la herencia del rey de Pérgamo, legada al pueblo romano, no fuese ya administrada por el Senado, sino que se aprovecháran de ella los ciudadanos pobres, para que pudiesen comprar las herramientas, bestias y granos que requerian los nuevos campos ; ademas, que se rebajase el tiempo del servicio militar á la plebe ; que los caballeros tuviesen parte en los empleos jurídicos como los senadores, y que á todos los Italianos se concediera la ciudadanía.

Estas últimas demandas hubieran debido captarle la amistad del órden ecuestre y de los Italianos ; pero los caballeros, si odiaban á los patricios que limitaban su autoridad y los excluían de los cargos públicos, aun temian mas la ley agraria que los habia de despojar de los bienes usurpados, y á la par con ellos admitir al sufragio los socios romanos ó los antiguos italiotas. Favoreciéndolos, pues, no se conquistó Tiberio su favor, y se hizo sospechoso á la plebe, la cual, si bien solo tenia de qué felicitarse por tan favorable magistrado, vana no obstante como era y desunida, no sabia sostenerlo para efectuar sus proyectos, y daba oídos á las malignas insinuaciones de los nobles que denigraban al tribuno, y decian que se daba aire de el rey.

Conocia por tanto Tiberio el peligro á que iba á quedar expuesto apénas terminase su magistratura, por lo cual propuso que se le prorogase (contra la constitucion) el tribunado. Recordaba las amenazas de los patricios, se presentaba sombrío, mostraba á la plebe sus hijos, y la rogaba que les conservase su padre. Cuando llegó la época de los comicios para la eleccion, le acometió nuevo temor porque dos serpientes habian depositado los huevos en su yelmo, y aquella mañana no quisieron salir las gallinas de su gallinero ; él mismo, saliendo de su casa, tropezó en el umbral, y dos cuervos riñendo á su izquierda, dejaron caer del techo un guijarro, precisamente á sus piés. Así lo refiere Plutarco : pero mas serios temores debia producirle el verse blanco de los tiros de la aristocracia, unida y dispuesta á valerse de todos los medios para perderlo, miéntras que en su favor no quedaban sino el vulgo irresoluto y las tribus del campo, que por ser la época de la recoleccion no podian acudir á los comicios.

Congregados estos, los propietarios levantaron la voz contra el violador de la ley ; los senadores se presentaron armados ; los amigos de Ti-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

berio se prepararon á la defensa y se fué aumentando el tumulto. Entónces Tiberio, no pudiendo hacerse oir, se llevó la mano á la cabeza para indicar el peligro en que estaba; sus enemigos gritaron que pedia la corona, acometieron á la multitud inerme, y le mataron con sus partidarios, los cuales arrojados al Tíber sin honores de exequias, pagaron de este modo el breve é infausto amor que les habia tenido la plebe romana.

Entre los que favorecian el noble designio de Tiberio, algunos fueron procesados, otros asesinados; y Cayo Billio, sin mas forma de proceso, encerrado en un tonel lleno de culebras. Llamado á juicio el filósofo Blosio de Cúmas, sostuvo que habia amado á Graco y se habia mostrado pronto á ejecutar sus deseos. *¿ Y si hubiera mandado pegar fuego al Capitolio?* preguntó Escipion Nasica. *No lo hubiera mandado*, contestó el Cumano; *pero si tal hubiera sido su órden, yo lo hubiera obedecido, persuadido de que Tiberio no podia querer lo que no fuese útil al pueblo.*

Este Nasica, cuñado de los Gracos, se habia mostrado su mas encarnizado adversario: contra el parecer del cónsul Escévola, persuadió á los suyos á que acometiesen á la plebe desarmada; se puso á la cabeza de los que *amaban la república*, esto es, de los que la usufructuaban, y se atrevió á justificar con un decreto cuanto se habia hecho contra los Gracos y sus partidarios. Despreciaba tanto á la plebe, que al tomar la mano de un cultivador para solicitar su voto, sintiéndola callosa, le preguntó: *¿ Qué? ¿ acaso andas con las manos?*

No habiéndose extinguido con Tiberio la faccion popular, siempre que Nasica se presentaba en público, se le dirigian improperios, á pesar de su calidad de pontífice máximo, imputándole el delito de haber muerto á una persona sagrada en lugar sagrado; de suerte que el Senado, queriendo dar alguna satisfaccion al pueblo y librarse él mismo de una sujecion, le envió con una comision honrosa al Asia, de donde no volvió mas.

El Senado debia dar cumplimiento á la ley agraria; pero cuando llegó el caso, tantas dificultades se hicieron nacer acerca de la medida, sobre el orígen de la posesion, sobre el valor de las tierras, que no bastaban á resolverlas los
132. comisarios encargados de esta comision. Los socios italianos y latinos habian obtenido muchísima parte del terreno público, por lo cual irritados de ver que se trataba de disponer de él, recurrieron al Senado, que se alegró mucho de esta ocasion para oponerse á la ley agraria tan de mala gana aceptada. Los descontentos llamaron en su ayuda á Escipion Emiliano, el cual obtuvo que se revocase el nombramiento de los triunviros y se confiase el negocio al cónsul Tuditano; pero este encontró tambien tan embrollado el asunto, que aterrado marchó á la Iliria. La plebe, que ántes idolatraba á Escipion, se habia vuelto en contra suya, porque al oir la muerte de Tiberio habia proferido aquel verso de Homero: *Así perezca quien obre como él.* Mucho mas enconada á la sazon, cuando hablaba en la tribuna, lo confundia con susurros y recordaba sus soberbias palabras (1), y al fin lo acusó hasta de aspirar á la dictadura. Él la despreciaba elogiando sus méritos y los de Paulo Emilio, y siempre que se trataba de oponerse á leyes populares, volvia á Roma desde el campo, donde con su amigo Lelio vivia estudiando y distrayéndose. Una noche lo encontraron muerto en su casa: fueron inculpados por esta muerte los demagogos; pero el pueblo impidió todo procedimiento, temiendo comprometer á Cayo Graco. La muerte del mas obstinado aristócrata anunciaba que la lucha se renovaria mas violenta, mas apasionada y mas criminal. Muerte de Escipion el Africano. 129.

Y en efecto, los tribunos habiendo aprendido de Tiberio cuán formidable podia hacerse su autoridad, trataban de dilatarla. El tribuno Carbon, que no cesaba de echar en cara el asesinato de Graco, propuso que el tribunado se pudiese prorogar cuando acomodase al pueblo; pero no pasó la ley. Habiendo querido impedirle el censor Metelo Macedónico la entrada en el Senado, el tribuno C. Atinio lo cogió, y lo hiciera lanzar desde la roca Tarpeya como reo de lesa majestad, si otro tribuno no se hubiera opuesto; pero entónces se aprovechó la ocasion para hacer que se decretase que los tribunos tuviesen voto deliberativo en el Senado.

Cayo Graco se habia retirado como espantado de la muerte de su hermano, dedicándose á la elocuencia, en la que nadie le superó: sabio por lo demas, era hombre cuerdo, activo, desinteresado y enemigo de los placeres de la mesa, en que la juventud se perdia. Muchos lo juzgaban inepto, y lo acusaban de desaprobar á su hermano; pero en realidad se preparaba á vengarlo, á restaurar el poder de la plebe é im- 126.
poner terror á los ricos. Pidió primero la cuestura y pasó á Cerdeña, donde se granjeó la estimacion y el cariño del cónsul y de los soldados con su valor y exactitud. Negándose las ciudades á darle vestuario, él las supo persuadir: por consideracion únicamente á él envió grano Micipsa, rey de Numidia, con grave desagrado del Senado, que no quiso recibir á los mensajeros de aquel rey, y mudó las guarniciones. El Senado mismo, con el pretexto de socorrer á los Masiliotas, habia alejado tambien al violento Fulvio Flaco, uno de los triunviros nombrados para la reparticion de los terrenos, y el cual, habiendo alcanzado el consulado con mengua de los nobles, movia mares y montes para extender el derecho de ciudadanía y promover la ley agraria. Cayo Graco.

Pero de improviso se presenta Graco en Roma, 123
y llamado á juicio por los censores como desertor, les habla de esta manera: « Doce años he » servido en el ejército, aun cuando las leyes

(1) Véase mas arriba pág. 19.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» exigen solo diez. Nombrado cuestor, he per-
» manecido otros dos años al lado de mi gene-
» ral, aunque la ley me permitia retirarme des-
» pues de haber servido un año. Es verdad que
» ella me mandaba regresar con él ; pero tam-
» bien lo es que supone que un mismo cónsul
» no está en campaña en un mismo sitio sino
» durante su consulado. Si á vosotros os place
» tener tres años en Cerdeña á L. Aurelio Orés-
» tes, ¿ estaba yo obligado á obedecer órdenes
» que no me concernian ? Dulce era para el
» procónsul ejercer largo y absoluto imperio
» sobre obedientes legiones ; pero era duro para
» un cuestor perder en la ociosidad un tiempo
» útil. Me llaman los intereses de tantos infelices
» que imploran la distribucion de los terrenos,
» para la cual he sido nombrado. El objeto con
» que se me ha tenido alejado tanto tiempo de
» la capital, al pueblo romano toca indigarlo,
» á los Italianos deplorarlo. Vosotros, censores,
» tened á lo ménos consideracion al modo con
» que me he conducido en una isla donde
» la avaricia y la disolucion habian corrompido
» á los oficiales y soldados del nuevo ejército
» enviado allí. Ni nada acepté como regalo de
» los aliados, ni he permitido que hicieran
» gasto alguno por mi causa. No he convertido
» mi tienda en burdel para cubrir la crápula y
» la prostitucion de los jóvenes romanos : daba
» banquetes, pero en ellos, desterrada la licencia,
» reinaba la modestia de las palabras y de las
» acciones : no he recibido en ellos á ninguna
» mujer pública : no he aumentado en nada
» mis riquezas. Entre vuestros oficiales de Cer-
» deña y yo hallaréis esta diferencia : que yo
» vuelvo con la bolsa vacía, miéntras que ellos,
» despues de haberse bebido el vino que conte-
» nian las ánforas, las traen llenas de plata y
» oro (1). »

122. Este discurso produjo efecto ; Cayo fué absuelto y aclamado por el pueblo que creía volver á ver en él á Tiberio ; en consecuencia, cuando solicitó el tribunado, no solamente no tuvo necesidad de intrigar, sino que apénas bastaba el campo de Marte para la muchedumdre de Italianos que acudieron, y que desde las azoteas y tejados le daban el voto por aclamacion. Al año siguiente se le confirmó en esta dignidad.

Desgracia fué que Cayo viniese, no junto con su hermano, sino despues de él, y que el fin de este lo aterrase hasta el punto de impedirle proceder con segura resolucion, inspirándole odio contra el Senado, y propósito de contrariarlo de cualquier modo. Empeñado en hacer que triunfase la ley agraria y en favorecer á la plebe, en vez de dirigirse al Senado, segun era costumbre del orador que arengaba en los comicios, se volvia alguna vez al pueblo ; é imitándole otros, pasó á este la importancia que ántes tenia el Senado. Ademas á cada instante recordaba á su hermano *muerto á palos y arrojado al Tíber ; á sus amigos llevados á la muerte sin juicio, miéntras que ántes era costumbre que cuando uno era acusado de causa capital, fuese el pregonero muy temprano á la puerta de su casa y lo citase á son de trompeta, no votando ninguno ántes de esto en contrario.*

Por consiguiente, propuso que ninguna sentencia capital fuese válida sin la confirmacion del pueblo; y ademas que cada mes se hiciese una venta de grano á bajo precio, cada año una distribucion de terrenos, y que se aplicase á beneficio del pueblo la herencia de Atalo. Prohibió el alistamiento ántes de los diez y siete años, y mandó que á los soldados se diese el vestuario sin disminucion de la paga; en suma, hizo aceptar por partes la ley de su hermano. Si alguna vez tenia que desistir de una rogacion, mostraba hacerlo por respeto á Cornelia, su venerada y querida madre.

Cada vez mas osado, propuso luego que se agregasen á los senadores seiscientos caballeros: demanda excesiva que hizo para obtener una mas moderada, cual era que se despojase á los senadores del derecho de juzgar y se confiriese al órden ecuestre, que así se constituyó en un cuerpo político para equilibrar el poder del Senado (1) : hizo tambien partícipes á todos los Italianos de la plena ciudadanía. Queria con esto adquirir la amistad de los socios latinos, á fin de que cesáran en su oposicion; y en efecto, desde entónces hicieron causa comun con los pobres de Roma contra los nobles y el Senado. Con la ley frumentaria quiso granjearse el afecto de las tribus urbanas, el de los ciudadanos con la agraria, el de los caballeros con la judiciaria, y el de la Italia toda con la ventaja de la ciudadanía. En suma, opuso al Senado todas las fuerzas de la república y de la Italia, tanto que aquel cuerpo se vió precisado á ceder. Pero la distribucion de los granos agotaba el erario ; el confiar la judicatura á los caballeros dividia en dos partes la república, y sometia los senadores á los publicanos : y por otra parte los caballeros no se hicieron amigos suyos, disgustados de que se les hubiesen mermado las propiedades, miéntras que el pueblo veía de mala gana que otros participasen de sus derechos y del sufragio.

Conociendo Cayo cuán odiosa debia de ser para el Senado su autoridad, trataba de darle siempre consejos útiles y decorosos. Habiendo enviado el pro-pretor Fabio trigo de España, persuadió al Senado que lo vendiese, y enviára su importe á los Españoles para que no les fuese tan pesado el yugo de Roma. Despues se rodeó de artistas griegos, hizo fabricar graneros, y miéntras iba con los triunviros á medir la Italia, hizo abrir hermosos caminos con puentes, columnas militares y piedras para montar á caballo (2), presidiendo él mismo los tra-

(1) Este discurso nos ha sido conservado á fragmentos, principalmente por A. Gelio, XV, 12.

(1) Sobre este punto están en desacuerdo los autores. Paulo Manucio, *De legibus*, prueba que Plutarco y Tito Livio se engañaron, y sigue el parecer de Apiano, Veleyo, Asconio y Ciceron.

(2) Es muy posterior el uso de los estribos, por lo cual los Romanos, para montar á caballo con todo el peso de sus armas, tenian que poner el pié en cualquier eminencia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bajos. Propuso tambien enviar colonias á los puntos donde Roma poseía mayores territorios, y reedificar sus antiguas rivales, Capua, Tarento y Cartago.

Los senadores secundaron sus planes y le propusieron que fuese en persona á reedificar á Cartago, y establecer una colonia, que fué la primera que se tuvo fuera de Italia. Así lo hizo; pero tan luego como desapareció de la vista de la multitud, los senadores trabajaron por cuantos medios estuvieron á su alcance para derrotarlo. Hízose recaer sobre él la indignacion que habian excitado las culpas de Fulvio, hombre perverso é intrigante, acusado, al parecer con fundamento, del asesinato de Escipion. Para debilitarlo, aparentó el Senado favorecer á la plebe, y sobornó á su colega Druso para que propusiese leyes exorbitantemente populares. Si Cayo hablaba de enviar dos colonias, decia él que doce; si Cayo hablaba de distribuir los terrenos con una leve compensacion, él proponia que gratuitamente: hizo decretar que los generales no pudiesen apalear á los soldados, y siempre tenia cuidado de indicar que tales consejos partian del Senado, todo él lleno de cariño hácia la plebe; jamas pretendia puestos ú honores para sí, á diferencia de Graco que se nombraba para todas las comisiones, y era apto para desempeñarlas todas por su maravillosa laboriosidad.

Con estas falsas demostraciones, y con palabras ampulosas que causan efecto sobre el vulgo, el aura popular se dividió entre Druso y Graco, y se disminuyó la animosidad del pueblo contra el Senado, de suerte que cuando Graco regresó de la reconstruida Cartago, parecia extraño á la plebe. Pidió el tercer tribunado, y tan bien se manejaron sus colegas, que tuvo los votos en contra, siendo luego, para colmo de su desaire, elegido cónsul L. Opimio, su mortal enemigo. Este, habiendo recibido del Senado el encargo de *mirar por que la república no sufriera detrimento*, esto es, las facultades dictatoriales, ocupó el Capitolio, declaró á Cayo enemigo de la patria, puso á precio su cabeza, y en seguida embistió al frente de las tropas á Fulvio, que violento y valiente lo esperó, pero cayó muerto en el combate. Refugiado Graco en el bosque de las Furias, se hizo matar por un esclavo, único que permaneció fiel á su desventura (1). Tres mil fueron muertos aquel dia en el Aventino y arrojados al Tíber, otros perdieron la vida en el tormento; se les confiscaron los bienes, se prohibió el luto á las mujeres, y á la de Graco se la despojó hasta de su dote; y Opimio, vencedor de la primera guerra ó matanza civil, fundó el templo de la Concordia.

Muerte de Cayo Graco. 121.

La plebe, que tan cobardemente habia abandonado á su protector, apénas se repuso del abatimiento, manifestó su indignacion como pudo, primero escribiendo sus injurias en las paredes, despues erigiendo estatuas á los Gracos; consagrando los sitios donde fueron muertos, y ofreciéndoles las primicias de cada estacion. Cornelio, que en vano habia intentado apartar á Cayo de la empresa (1), soportó con dignidad aquella pérdida, diciendo que sus hijos tenian sepulcros dignos de ellos en lugares consagrados, y vivió mucho tiempo en Miseno, dando hospitalidad á literatos y Griegos, recibiendo á los enviados de los reyes, y complaciéndose en referir particularidades respecto de Escipion Africano, y las calamidades de sus hijos. Despues de su muerte se le dedicó una estatua con la inscripcion *Cornelia, madre de los Gracos*.

La particion de los terrenos estaba principiada, y el Senado no se atrevió á destruirla; pero con proposiciones astutas se eludió lo mejor que habia en las rogaciones de los Gracos. Los nobles indujeron á uno de los comisarios á decir que siendo dificilísima aquella reparticion segun la ley agraria, resultaria mayor beneficio obligando á los poseedores á pagar su precio, á fin de dividirlo entre los pobres, y estableciendo que mediante esta renta perpétua no pudiesen ya ser perturbados aquellos. Agradó la especiosa proposicion al pueblo y la adoptó, con lo cual reconoció como inenajenables los terrenos públicos, pero poco tardó otro tribuno en hacer que cesára aquel censo, diciendo que los nobles retribuían ya bastante sosteniendo su dignidad: y la plebe, sin terrenos ni rentas, se halló sumida en la primitiva miseria. La ley thoria abolió despues todos los efectos de la de los Gracos.

108

Las leyes agrarias tocaban, pues, los problemas que hoy mas se agitan entre nosotros, los del pauperismo, de los socorros públicos á la mendicidad, de la prision personal, del libre comercio del dinero y de la division de la propiedad en pequeñas porciones. Las propuestas por Licinio habian establecido la division de las posesiones y el equilibrio de los poderes, de donde emanaban la estabilidad y el poder de la república romana: derogadas despues, se disminuyeron la poblacion libre y los productos. Tiberio Graco quiso restablecerlas cuando, recientes aun é ilegales las usurpaciones de los ricos, no era necesario trastornar la sociedad, sino que se habria restablecido el equilibrio de las propiedades y riquezas entre los tres órdenes; pero la oligarquía se opuso á ello, y dió el primer ejemplo de aquellas guerras civiles, en las cuales debia perecer.

La enemistad entre la plebe y los nobles se enconó. Los caballeros, árbitros de los tribunales y arrendadores de las gabelas, podian tener en su dependencia al Senado, y oponerse á cualquiera reforma: por consiguiente, en vano la elocuencia de M. Antonio, de L. Craso y de otros tronaba contra los dilapidadores de las provincias, y en vano otros intentaban introducir

(1) « Así perecia el último Graco á mano de los patricios: pero dando el golpe mortal, lanzó polvo al cielo, y de aquel polvo nació Mario; Mario, no tan grande por haber exterminado á los Cimbros, cuanto por haber abatido en Roma la aristocracia de la nobleza. » Son palabras de Mirabeau. El demagogo moderno comprendia perfectamente al antiguo.

(1) Cornelio Nepote nos ha conservado dos cartas, en las que trataba de disuadir á Cayo de su propósito.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en estas mejor administracion. No obstante, entre los aliados del pueblo romano sobrevivia el pensamiento de poder tambien ellos entrar á la parte en la dominacion, y su sordo estremecimiento preludiaba una explosion, tan luego como se presentase un jefe que al arrojo agregase la habilidad.

CAPÍTULO IV

Los esclavos. — Guerras serviles.

Á los que ensalzan hasta las nubes los gobiernos y la libertad de los antiguos, y no tienen fe en esta santa ley del progreso, los hemos presentado la esclavitud; repugnante gangrena de la sociedad antigua, que se nos aparece bajo el manto sacerdotal de la India, entre la sábia opresion de los Egipcios, y en medio de las flores que la Grecia hizo germinar en todo su camino. Tambien en Roma abundaban los esclavos, los mas adquiridos en la guerra (1), parte vendidos ellos mismos por vicio ó por los acreedores, ó por la ley (*servi pœnæ*); parte nacidos en las casas (*vernæ*), y parte recogidos cuando niños en las acostumbradas exposiciones. Cuando se extendieron las conquistas, se llevaron á Roma como esclavas, principalmente de la Magna Grecia, muchas personas nobles é instruidas, cuyo número creció despues á millares en las guerras con Cartago, con la Iliria y con las Galias. Por las mismas razones que ahora tienen los plantadores de América, se cuidaba poco de hacer nacer en casa á los esclavos, creyéndose á estos ménos robustos, y pareciendo perdido el tiempo en que habia de estar la madre inactiva, y nutrirse el niño sin dar provecho.

Por la ley el esclavo era cosa, no persona, no hombre (2). Como propiedad ajena, no tenia representacion en la vida civil; no podia ser testigo, ni citar á nadie ante los tribunales, ántes por el contrario, ninguna injuria le alcanzaba, y solo el amo tenia derecho para considerarse insultado; tampoco podia testar, y su heredero natural era el amo, que lo sustituía tambien en la posesion de cualquiera herencia que se le dejaba. Los esclavos ejercian las artes y los oficios; ellos ó los libertos tenian las tiendas, y si ocurrian litigios, se dirigia la accion contra el propietario. Podia pertenecer á uno el dominio de un esclavo, á otro el usufructo, y el amo tenia facultad á su capricho para golpearlos, crucificarlos, matarlos de hambre y cometer cualquier infamia con su cuerpo. No eran legítimos los matrimonios entre ellos, ni eran de su propiedad sus hijos. La ley calculaba tambien con implacable precision el valor de un esclavo, y la indemnizacion que debia darse por su pérdida ó deterioro. Véase lo que dice la *Instituta* de Gayo: « Por el primer párrafo de la » ley aquilia, quien sin derecho mata á un hombre ó cuadrúpedo doméstico perteneciente á » otro, pagará al amo el valor máximo de este » objeto en el término de un año. No se debe tener en cuenta solamente el valor corporal, » sino tambien si la pérdida del esclavo ocasiona al amo un daño mayor que el valor de » aquel. Si mi esclavo fué instituido heredero, » y muerto ántes que por mi órden aceptase la » herencia, es menester ademas del precio, pagarme el valor de la herencia perdida. Del » mismo modo si de dos gemelos, ó de dos comediantes, ó de dos músicos, fuere muerto el » uno, se debe valuar el precio del muerto y la » disminucion que su muerte causa en el valor » del que sobrevivió, como si se mata á una mula » de una yunta, ó á un caballo de una cuadriga. » — El amo del esclavo muerto puede escoger » entre el procedimiento por la vía criminal, ó la » demanda de indemnizacion en virtud de la » ley aquilia (1). »

Mercado de esclavos.

Los esclavos eran llevados al mercado por los piratas ó especuladores, que se los proporcionaban con las malas artes que nuestros negreros (2). Su principal emporio fué Délos, donde bajo la tutela del dios se vendian millares de ellos cada dia, sacados principalmente de la Frigia y de la Capadocia. Los arrebatados á una nacion independiente eran preferidos, porque los hábitos de libertad conservaban en ellos aquella viveza que la servidumbre apaga. Poco era el precio de los esclavos de España, porque se libraban de la servidumbre con la muerte. En Sicilia el copero valia ménos que la copa:

(1) Dionisio de Halicarnaso, hablando de Servio Tulio, dice que los Romanos adquirian los siervos por medios muy legítimos κατὰ τοίς δικαιοτάτους τρόπους; porque ó los compraban en subasta, ó en Roma con el botin, ú obtenian permiso del general para tener los que habian cogido en la guerra, ó los compraban de quien los tenia por los medios sobredichos. Solo se lamenta de las emancipaciones que abundaban en los últimos tiempos de la república.

(2) Ulpiano (*Fragm.* 19, 1.) los cuenta entre las cosas *mancipivas*; Teofilo los llama sin persona, sin cabeza ἀπρόσωπαι, οἱ οὐδεμίαν πάλαι εἶχον λεφαλήν; y Floro *secundum genus hominum*. (*Hist.*, III, 20.) Ilpo, segun Séneca (*Controv.* X, 4) dice: *In servum nihil non domino licere*. Juvenal (*Sat.* V, 210) escribe esta infamia:

« Pone crucem servo. Meruit quo crimine servus
Supplicium? quis testis adest? quis detulit? audi:
Nulla satis de vita hominis cunctatio longa est.
O demens! ita servus homo est? Nihil fecerit: esto.
Sic volo, sic jubeo: stet pro ratione voluntas. »

(1) Gayo, III, 210, 212, 213.

(2) Heyne: « E quibus terris mancipia in Græcorum et Romanorum fora adducta fuerint. » Queremos tambien citar, por su conformidad con nuestros sentimientos, las siguientes palabras: « Desinamus aliquando laudibus extollere virtutem romanam omnis terrarum orbis vastatricem, et in generis humani calamitatem adultam et auctam! Quid enim? Unius populi victoris tantæ ut essent opes, alia post aliam provincia viris opibusque fuit exhausta! »

Las obras de Pignorio y Popma sobre los esclavos romanos, de Jugler sobre el tráfico de los esclavos entre los antiguos, y de Guillermo de Laon sobre la emancipacion, no son casi otra cosa mas que colecciones de textos. Reitemeier (*Gesch. und. Zustand der Sktaverei Leidengeschaft in Griechent.* Berlin, 1780) y Blair (*An inquiry into the state of slavery amongst the Romans*, Edimburgo, 1833) tienen mayor órden y mas extensas miras aun cuando se limitan á dos naciones. El P. de Saint-Paul, *Sur la constitution de l'esclavage en Occident pendant les derniers siècles de l'ère païenne* (Montpellier, 1837), es digno de nuestros tiempos, y nos hace desear que cumpla la promesa de tratar mas largamente del orígen de la esclavitud y de su destruccion.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por el contrario, se pagaban muy caros los lascivos Frigios; las graciosas Milesias costaban hasta dos mil ochocientos francos, miéntras en la Galia, en África y en la Tracia se podia tener una doncella por unos cuantos puñados de sal y un poco de vino.

Estaban los siervos en el mercado en una gran barraca (*catasta*) con várias divisiones, á semejanza de otras tantas jaulas, desnudos, con las manos atadas y un cartel en la frente, donde, por órden de los ediles, estaban apuntadas todas sus buenas ó malas cualidades (1). Los procedentes del Asia se distinguian por los piés blanqueados de greda. En galerías internas se exponian los mas superiores, y á los extranjeros en cuya docilidad no se podia confiar, se les presentaba atados de piés y manos y con el pileo en la cabeza.

El comprador iba á la plaza y decia al negociante : « Necesito un molinero, un prensador, » un secretario para el escritorio, una mujer » para la cama, un perro para la puerta, un » pedagogo para mi hijo : » miraba, tocaba, examinaba la fuerza y la inteligencia : el vendedor estaba obligado á declarar las enfermedades y defectos de su mercancía, si era inquieto, si acostumbraba á fugarse y á andar en devaneos. Posteriormente se estableció una tarifa segun la edad y la profesion : sesenta sueldos de oro por un médico, cincuenta por un copista, treinta por un eunuco menor de diez años, y cincuenta si era mayor (2).

Ilustres ciudadanos especulaban educando multitud de aquellos infelices; Caton los compraba endebles é ignorantes, y despues de robustecidos y adiestrados, los revendia; Pomponio Atico los formaba literatos. Algunos de los Estados Unidos de América, entre su decantada libertad, prohiben enseñar á leer á los negros, comprendiendo cuán precaria y opuesta á la naturaleza es aquella monstruosidad; pero los antiguos hacian literatos á los suyos : tan arraigada y sin remedio estaba entre ellos la esclavitud. Así, el siervo y el liberto eran el todo en Roma : allí, los amigos solo se veían en el foro y en las francachelas; las mujeres eran veneradas, no amadas; el esclavo, al contrario, era un ser instruido, fiel, inteligente, mejor aun que el perro; seguia al amo por todas partes, le prestaba mil servicios que á un libre le habrian repugnado, lo regocijaba con bufonadas, le componia las arengas que habia de pronunciar en el Senado, le reunia los textos con que habia de ganar las causas en el foro, y los pasajes con que podia compaginar un libro, y de esta suerte aspiraba á la emancipacion. Despues que era liberto y habia obtenido el birrete, la toga y el anillo, era aun mas útil á su amo que le habia dado su propio nombre, considerándolo como enteramente adicto á su interes ó á sus caprichos en los oficios domésticos, en los peligros, en los placeres y en los negocios de los clientes.

Su oficio.

En la casa ejercian los esclavos toda clase de funciones; eran labradores, pastores, cocineros, barberos, bañadores, zapateros, sastres y todo; algunos estaban junto á las puertas para ladrar, digámoslo así, cuando llegára un forastero; otros debian gritar las horas, siendo humanos relojes; otros molian, y para que estando hambrientos no se llevasen á la boca algun puñado de harina, se lo estorbaba una ancha tabla que llevaban alrededor del cuello; estos, á los piés del amo, limpiaban de los tapices orientales las sucias huellas de su intemperancia; aquellos servian de músicos, de bardajes (1) y de bufones; y á este fin se conservaban algunos enanos oprimiéndoles desde niños los miembros con fajas y hasta comprimiéndolos en estuches, de manera que no pudiesen desarrollarse. Julia, hija de Augusto, tenia uno no mayor de dos piés, y una esclava de igual tamaño. Eran tambien muy apreciados los hermafroditas, alguna vez artificiales (2).

Un esclavo robusto producia á su amo veinticinco céntimos al dia, y recibia al mes veinte litros de grano y veinticinco de un vinillo hecho segun la receta de Caton, con vinagre, agua dulce y agua de mar.

Tratamientos que sufrian.

Causa horror la idea de los tratamientos que sufrian. Acusado Pala de complicidad con algunos libertos, demostró que jamas se comunicaba con ellos sino por señas ó por escrito. Antonio y Cleopatra hacian en ellos los experimentos de los venenos. Polion hizo arrojar á las lampreas uno que le rompió un vaso, por lo que Augusto lo reprendió, no obstante que él mismo habia hecho colgar de una entena á uno que le habia comido una codorniz. Á los banquetes, en que invertian las noches enteras, hacian los Romanos asistir á los esclavos, en ayunas, de pié, y ay del que tosia, estornudaba, suspiraba, ó movia los labios. Algunos recreaban las cenas con atroces combates, y los señores aplaudian, silbaban y decian : *Hacéos allá, canalla, que vuestra sangre no me mánche la túnica.*

Séneca nos habla de la muchedumbre de jovencillos que, al salir de los banquetes, esperaban en las cámaras ultrajes á la naturaleza : legiones enteras de corrompidos, procedentes en su mayor parte del Asia y de Alejandría, que suministraba los mas famosos por la desvergüenza de costumbres y la viveza de genio, estaban dispuestas segun el país y el color, con tanto arte que todos tenian cuerpos esbeltos, cara cubierta del primer vello, y jamas se confundia uno de cabellos lacios con otro que

(1) « Impediti pedes, vinctæ manus, inscripti vultus. » Séneca.

(2) Justiniano, 520.

(1) « Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenuo flagitium est. »

(2) Séneca, *cp.* 47. Gori (*Descriptio columbarii*), Pignorio (*De servis*), Popma (*De servorum operibus Suppl. ad* Grævii *thesaur.* tom. III.) enumeran con nombres particulares veintitres especies de esclavas, y mas de trescientas de esclavos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los tuviera crespos. Algunos no viajaban sino con la cara teñida para que el sol y el frio no alterasen la delicada piel. Plinio y Quintiliano (1) refieren los artificios infames con que se ocultaban los defectos de los destinados á infames placeres, y con qué yerbas se retardaban los signos de la pubertad. Dion dice que toda dama tenia junto á sí esclavos desnudos; otras salian acompañadas de jóvenes libertinos, y ni aun la castigada lengua sacerdotal del Lacio basta para velar las torpezas de que las acusa Juvenal (2).

De noche se les encerraba en calabozos y grutas, donde en camas ó en el suelo se amontonaban hombres y mujeres. Cuando llegaban á viejos ó contraían enfermedades incurables, se les llevaba á la isla de Esculapio, á orillas del Tíber y allí se les abandonaba á la muerte. El emperador Claudio pensó remediar esta última crueldad mandando que el siervo así expuesto quedase libre : entónces los amos los mataban; y el emperador tuvo que declarar que esto sería castigado como homicidio.

Habiendo decretado el senadoconsulto Silaniano, en tiempo de Augusto, que cuando un esclavo matase á un ciudadano, todos los demas compañeros de aquel fuesen condenados á muerte, y habiendo sido muerto por un esclavo Pedonio Secundo, prefecto de Roma, por celos
61 d. C. de un bajo amor, algunos se opusieron á que se quitase la vida á cuatrocientos de aquellos, evidentemente inocentes; pero el jurisconsulto Casio, gran conocedor de lo justo y de lo injusto, se levantó en el Senado á reprender á estos innovadores. ¡ *Y qué!* exclamó. *¿ Buscarémos razones cuando ya han sentenciado nuestros antepasados, mas sabios que nosotros? ¿Es posible que entre cuatrocientos esclavos ninguno tuviese noticia del matador? Y sin embargo, ninguno lo descubrió ni lo prendió. Decís que morirán muchos; inocentes pero cuando se diezma un ejército por su falta de valor, ¿no corren la misma suerte los valientes que los cobardes? Todo grande ejemplo tiene algo de injusto; pero la injusticia cometida con algunos hombres está compensada con la utilidad que todos obtienen* (3). Por medio de tal razonamiento quedó á salvo la dignidad de la ley, y aquellos infelices fueron conducidos al suplicio entre una doble hilera de soldados, y entre los gritos del pueblo que maldecia la legalidad.

(1) PLINIO, XVI, 18; XXI, 26. — QUINTILIANO, II, 16; V, 12.

(2) « Sunt quas eunuchi imbelles, ac mollia semper
Oscula delectent, et desperatio barbæ,
Et quod abortivo non est opus. Illa voluptas
Summa tamen, quod jam calida matura juventa
Inguina traduntur medicis, jam pectine nigro.
Ergo spectatos ac jussos crescere primum
Testiculos, postquam cæperunt esse bilibres,
Tonsoris damno tantum rapit Heliodorus.
Conspicuus longe, cunctisque notabilis, intrat
Balnea, nec dubie, custodem vitis et horti
Provocat, a domina factus spado. Dormiat ille
Cum domina : sed tu jam durum, Postume, jamque
Tondendum eunucho Bromium committere noli. »
Sátira, VI, 366.

(3) TÁCITO, *An.*, XIV, 42 y sig.

Otros horrores nos revela el mismo edicto de Constantino, el cual guiado por nuevas luces, atreviéndose á hacer la guerra á lo pasado y á favorecer á la religion del porvenir, prohibió ahorcar á los esclavos, precipitarlos desde alturas, introducir en sus venas veneno, y quemarlos á fuego lento, ó dejarlos morir de hambre, ó podrirse despues de descuartizados (1).

Aquella monotonía de padecimientos se interrumpia una vez al año, cuando en la orgía de las Saturnales se les daba una libertad momentánea, como para hacerles sentir mas el peso de la severa disciplina habitual.

Respecto de las mujeres, era costumbre indeclinable el prostituirse ó á sus brutales señores ó á sus compañeros indistintamente, ó á los disolutos en los lupanares, abiertos por los amos como otra especulacion cualquiera. El severo Caton habia prefijado una tarifa para las caricias de sus esclavas. Jóvenes, eran ofrecidas á las ébrias voluptuosidades de los convidados; viejas, se insultaba su ignominia imprimiendo obscenos versos en su ajado pecho.

Ademas de las duras fatigas y de los confusos abrazos, debian someterse á los caprichos de las señoras, y miéntras estas se adornaban, muchas estaban á su lado, desnudas hasta la mitad del cuerpo, y cada una dedicada á cuidar de un adorno. La señora tenia preparado un hierro afilado, con el cual punzaba á las infelices en los brazos ó en el pecho á la menor falta, ó cuando su arte no alcanzaba á enmendarle los defectos naturales ó á reparar su belleza, marchitada por la edad ó por la disolucion.

Para conocer y estimar la sociedad antigua no basta considerar á los esclavos en su persona, y en la relacion individual con el amo; sino que es menester mirarlos como la parte activa de la poblacion de todos los países, como séres colocados por las instituciones, por las preocupaciones y por la costumbre fuera de la ley civil y humana, y sin embargo, indispensables para la subsistencia de todos. Escritores y estadistas están de acuerdo en todas la naciones cultas de la antigüedad en considerar como innoble y deshonroso el trabajo y la industria; Jenofonte dice que el hombre condenado á la fatiga no tiene tiempo para hacer nada por sí ni por la república, y se convierte en mal ciudadano y mal defensor de la patria; Ciceron cree vergonzosa é indigna de un libre toda profesion laboriosa, exceptuando apénas las mas elevadas como la medicina y la arquitectura, y solamente tolera el comercio cuando produce enormes ganancias. Ni aun la agricultura, el arte de los antiguos cónsules y dictadores, libraba del deshonor á los operarios dependientes.

La clase activa se componia, pues, casi enteramente de esclavos : Varron clasifica los instrumentos de agricultura en vocales, esto es, esclavos, semivocales ó sea las bestias, y mudos, ó sean las cosas inanimadas : Aristóteles nos dice que *el buey hace las veces de esclavo*

(1) *Cod. Teod.*, IX, 12

(c) Instituto Cervantes de Madrid

para el pobre (1); y Caton afirma que *para cultivar doscientas cuarenta yugadas de olivar se requieren trece esclavos, tres bueyes y cuatro asnos* (2). Los esclavos laboreaban las minas, trabajaban en los oficios y eran alquilados para las construcciones; tenian esclavos los templos, las ciudades y las corporaciones; ellos cumplian las órdenes de los magistrados, cuidaban de los acueductos, de los caminos y de los edificios, remaban en los buques, prestaban servicios en los ejércitos, siendo en ellos tanto mas necesarios cuanto ménos se conocian los auxilios de la mecánica, y eran por último objetos de que se usaba y abusaba con la negligencia que inspiran las cosas comunes y de poco precio. Por consiguiente, cuando admiremos la mole de Adriano, ó el Coliseo, ó la Via Apia, entre la maravilla que nos causen debe asaltarnos un sentimiento humano al pensar cuántos padres fueron arrancados de sus casas — de sus casas digo — para erigir aquellos monumentos del fausto romano.

Solamente por tales servicios merecen los esclavos, en la historia y en los libros de economía privada y pública de los antiguos, una mencion y aun esta escasa en razon del desprecio en que siempre fué tenido el trabajo: por lo demas, no ejercian en la sociedad funcion alguna, ni participaban de los elogios ni de la compasion de que eran objeto las glorias y las miserias del resto de los mortales.

Su emancipacion no era producto de un sentimiento de igualdad moral ó de fraternidad humana, sino del capricho, del orgullo y de la corrupcion. Las esclavas compraban el título de libertas con los artificios que hoy infaman á las libres. Los libertos eran ministros de seduccion, de maldades y de intrigas para los ricos, á quienes servian de acompañamiento en sus paseos, y de adorno en sus funerales; de suerte que su número crecia á medida de la corrupcion.

Cuán excesivo era el número de estos infelices, lo manifiesta claramente la necesidad de usar en las casas mas grandes un nomenclator para tener presentes sus nombres. Craso poseía quinientos albañiles que dedicaba al trabajo; un abogado no iba al foro sin llevar detras una muchedumbre de ellos; en el campamento de Cepion, compuesto de ochenta mil soldados, se contaban cuarenta mil esclavos; á retaguardia de las legiones de César, en las Galias, iban tantos, que las pusieron un dia en peligro; Cayo tenia cinco mil; y si aun quisiéramos dudar del aserto de Ateneo (3), que afirma que muchísimos (παμπολλοι) Romanos poseyeron diez y hasta veinte mil, nos queda el testamento en que se queja Claudio Isidoro de que por las muchas pérdidas que habia experimentado en la guerra civil, no dejaba mas que cuatro mil ciento cincuenta y seis esclavos, cinco mil seiscientos pares de bueyes, veinticinco mil cabezas de ganado menor, y seiscientos millones de sestercios (1). En cierta ocasion se propuso que se diera á los esclavos un traje particular; pero se advirtió que se corria demasiado peligro si llegaban á ver con esto cuán pocos eran los libres (2). Cuatrocientos de ellos con una granja cedió á su hijo una viuda africana particular, que se reservaba para sí la mayor parte del patrimonio (3).

Una vez sentado por principio que la industria, sin la cual no puede subsistir una sociedad, no debe ejercerse sino por esclavos, encontramos la razon por qué la servidumbre era mirada como un derecho natural, como un axioma político en la opinion de los ricos y de los sabios, quienes no sabian figurarse una sociedad civilizada sin esta plaga; y aun los mismos esclavos, cuando se sublevaban, no negaban el principio de su condicion; no hacian mas que protestar contra los excesos de los amos. Si recordamos que el espíritu suspicaz y exclusivo de las naciones antiguas veía un enemigo en cada extranjero, y en cada enemigo un objeto de presa, no extrañarémos que se gangrenase una llaga, para la cual ninguna mano mortal tenia remedio. De tiempo en tiempo, sin embargo, era necesaria una satisfaccion á la humanidad, una protesta contra la injusticia, un principio de justificacion á la Providencia.

Guerra servil.

Los esclavos abundaban principalmente en Sicilia, donde se acostumbraba á marcarlos; los proprietarios riquísimos y soberbios compraban ergástulos enteros, y escaseándoles el alimento los avezaban á robar, saltear caminos é invadir aldeas. Armados á la manera de los guerreros con mazas, lanzas y nudosos garrotes, cubiertos de pieles de lobo y acompañados de grandes mastines, vivian á cielo raso, de latrocinios y amenazas. Los pretores no se atrevian á refrenarlos vigorosamente por respeto á sus amos, que siendo caballeros romanos, tenian en su mano la administracion de justicia, de manera que habrian podido, llamándolos á cuentas, hacerles pagar caro el cumplimiento de su deber.

Entre aquellos amos se distinguia por la riqueza y la arrogancia un tal Demófilo de Enna, que poseía extensos campos, muchos ganados, muchísimos siervos, y *en su lujo y su crueldad rivalizaba con los Italianos que vivian en Sicilia.* Recorria este el país acompañado de una caterva de esclavos, de graciosos jovencillos, de aduladores, y no escaseaba las afrentas á los siervos, aun cuando fuesen personas bien nacidas y hechas prisioneras en la guerra. Marcábales el rostro con la punta de un puñal; tenia ademas encerrados y encadenados á varios en los ergástulos; enviaba á otros á apacentar los rebaños, dándoles el pan puramente necesario

(1) *Politica*, I.
(2) *De re rustica*, X, XI.
(3) Δειπνοσοφισται, VI.

(1) Suetonio en *Aug.*, 16. — Plinio, XXXIII, 10.
(2) « Quantum periculi immineret, si servi nostri nos numerare cœpisseut. » Séneca, *De Clementia*, I, 24.
(3) Apuleyo, *Apolog.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

para prolongar su desdicha; y no pasaba dia en que, por via de castigo ó de ejemplo, no hiciese apalear á alguno, miéntras que su mujer Megálida se deleitaba en sus suplicios y en los de sus siervas. Así fué que, á pesar del grande abatimiento y abyeccion en que les tenian los padecimientos, se resintieron de ellos, y habiéndose puesto de acuerdo, se sublevaron con el ímpetu de quien rompe una durísima cadena (1).

257. Ya cuando Roma meditó primeramente un desembarco en África, habia levantado cuatro mil Samnitas, obligándolos al remo, los cuales repugnándolo, se entendieron con tres mil esclavos para hacer un movimiento, y amenazaron la quietud de sus tiranos; pero Errio Potitio, capitan de los auxiliares, á quien habian tomado por director, les hizo traicion. Á la sazon, á la fama de la nueva sublevacion en Sicilia, respondió la simpatía de todos los esclavos en quienes la servidumbre no habia amortiguado enteramente los brios; y en Asia un tal Aris-
135. tónico, diciéndose hijo de Euménes, ocupó á Leuca, y desbaratado por los de Éfeso, se retiró al centro del Asia, donde llamó á los siervos á la libertad y reunió un numeroso ejército. En el Ática se insurreccionaron veinte mil trabajadores de minas; otros en Délos, otros en la Campania; y hasta en Roma ciento cincuenta mil siervos se conjuraron, no ya para proclamar la emancipacion y la igualdad de los hombres, voz que debia tardar siglo y medio en resonar desde una cabaña y un patíbulo para no morir jamas, sino para sacudir el intolerable yugo de la servidumbre.

Entre los esclavos de Sicilia habia uno lla-
Euno mado Euno, natural de Apamea en Siria, práctico en los encantos y adivinaciones, que daba á entender que se le revelaba el porvenir primero en sueños, y despues despierto; y como no en todas sus predicciones se engañaba, habia adquirido gran fama entre sus compañeros. Este unas veces ponia las manos sobre hierros candentes, y otras despedia llamas por la boca, admirando á los ignorantes: se jactaba de que se le habia aparecido la gran diosa Sira, prediciéndole que llegaria á ser rey; y se lo repetia á los campañeros y á su amo Antígenes. El amo se divertia con semejante capricho, y lo apellidaba el rey, presentándolo como tal á sus amigos, y preguntándole de qué modo trataria á cada cual cuando subiese al trono. Euno contestaba cosas extravagantes ó sensatas, y la compañía se reía, arrojándole alguno que otro de los relieves del pingüe banquete.

Cuando maduró la conjuracion, los amotinados, acordándose del adivino y del rey, corrieron á consultarlo, y Euno, con nuevos prestigios, respondió que los dioses consentian, y aun exhortaban á la rebelion. Fácilmente se cree lo que agrada: cuatrocientos esclavos se reunieron en masa: ¿y quién podia ser su jefe mejor que el rey Euno? Guiados por él entraron en Enna, entregándose á la matanza y al estupro, y no perdonando á doncellas ni á matronas. Allí se les unieron otros esclavos, degollando á sus amos y ayudando á matar á los de sus compañeros. Damófilo y su mujer fueron conducidos de una granja inmediata á la ciudad, expuestos en el teatro, juzgados allí con toda ceremonia, muerto luego afrentosamente aquel, y Megálida abandonada á las siervas, que hicieron en ella la mas completa carnicería. De su familia solo se respetó á una niña hija suya que, cuando veía maltratados á los siervos, los compadecia, los socorria en la prision, los curaba en las enfermedades y les daba alimentos cuando carecian de ellos.

Euno, gracias á su sagacidad y á su nombre de satisfactorio agüero, aclamado rey seriamente, como ántes lo habia sido por broma, vistió diadema y púrpura, declaró reina á su mujer, tomó el nombre de Antíoco, y llamó Sirios á los sublevados. Despues escogió para consejeros á los que habia encontrado mas diestros y astutos, entre ellos á un tal Aqueo, y ejerciendo ferozmente el dominio, propuso que se matára á todos los habitantes de Enna, á excepcion de los que supiesen y quisieran hacer armas. Semejante al emperador Cristóbal de Santo Domingo, en tres dias tuvo á sus órdenes mil setecientos hombres, armados del mejor modo que cada cual pudo; y se dedicó á infestar el país con la brutalidad natural en una tropa poco mejor que de bestias, y cuyos individuos no habian conservado de hombres mas que el instinto de la venganza. Despues, habiéndose aumentado su número hasta diez mil combatientes, se atrevió á esperar á campo raso á L. Ipseo, y en seguida á otros generales romanos, y mas de una vez salió vencedor.

En otra parte, el Cilicio Cleon sublevaba los esclavos, y cuando los Romanos esperaban que los dos partidos por cuestiones de supremacía se destrozáran mutuamente y dejáran la Sicilia libre de nuevo, Euno, que no debia carecer de discrecion, supo atraerse á Cleon y sometérselo con los cinco mil hombres que tenia á sus órdenes. En su consecuencia, un mes despues de la insurreccion, hallándose á la cabeza de veinte mil guerreros, se atrevió atacar á Mesina, de donde sin embargo lo rechazó el cónsul L. Calpurnio Pison (1).

Pero semejantes turbas allegadizas, aunque tengan el ímpetu feroz que da la victoria, fácilmente son envueltas por la astucia política ó vencidas por la calculada disciplina. Las conmociones que segun hemos dicho hubo en otros lugares, quedaron sofocadas, acudiendo á reprimirlas con tiempo y multiplicando los atroces suplicios. Pero en Sicilia continuaron las victo- 133.

(1) Refiere este tumulto Diodoro en los fragmentos.

(1) Este fué el autor de la ley *de repetundis* para poner freno á la rapacidad de los magistrados. Siendo pretor en Sicilia le envió dinero el Senado para comprar grano, y él lo cumplió con tanta lealtad, que devolvió la mayor parte de la suma recibida; por lo cual adquirió el título de *Frugi*. *Cic.* en *Verres*, III.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rias y la toma de ciudades por los esclavos, hasta que Rupilio asedió á Taormina, reduciéndola á tal angustia, que unos á otros se comian; y finalmente, el Sirio Serapion vendió la ciudadela, y los refugiados en ella fueron, despues de horribles tormentos, precipitados desde lo
132. alto de la fortaleza. Rupilio sitió tambien á Enna, en cuyo sitio murió Cleon en una tremenda salida, y tomada tambien por traicion esta plaza, veinte mil Sirios fueron pasados á cuchillo.

Euno, que carecia del valor indispensable á un jefe de partido, huyó con seiscientos hombres, los cuales viéndose perdidos, se matáron unos á otros; y él, preso en una gruta donde se habia ocultado con el cocinero, el panadero, el bañista y el bufon, fué encerrado en las prisiones de Morgantina, donde murió consumido de piojos. Rupilio restableció la tranquilidad en Sicilia, y dejamos á la consideracion del lector la manera de conseguirlo.

Las tempestades dejan una fuerte agitacion aun despues que se han calmado. Las conmociones, aunque menores, se repetian con frecuencia en Italia, tanto mas peligrosas, cuanto que los Cimbros habian pasado los Álpes, y despertaban la espantosa memoria de Breno. En Nocera se insurreccionaron treinta siervos, y fueron castigados; doscientos se levantaron en Capua y perecieron. Tito Minucio Vetio, caballero romano, hijo de un padre muy rico, se enamoró de una esclava ajena, y no pudiendo vivir sin ella, la tuvo á su disposicion por el precio de siete talentos áticos. Cuando llegó el plazo convenido, no hallándose con fondos, pidió treinta dias de próroga, trascurridos los cuales, no estando aun en situacion de satisfacer la deuda, y sintiéndose cada vez mas apasionado de la esclava, pensó en recurrir á la violencia. Con este objeto, compró á plazo quinientas armaduras, las hizo llevar al campo, exhortó á cuatrocientos esclavos para que se amotinasen, y á su cabeza tomó la corona, maltrató á sus acreedores, é invadió las ciudades, alistando á todo el que se le presentaba, matando á quien se negaba á seguirlo, y dando asilo á los siervos fugitivos. El Senado entónces adoptó prontas providencias, y Lucio Lúculo, despues de mucha resistencia, venció á Minucio, el cual se dió la muerte. Sus partidarios fueron muertos tambien, excepto Apolonio, que le habia hecho traicion.

101. Cuando Cayo Mario hacía la guerra á los Cimbros, habiendo recibido autorizacion del Senado para pedir auxilio de Ultramar, le pidió á Nicomédes, rey de Bitinia; pero este contestó que no estaba en disposicion de dárselo, porque la mayor parte de sus súbditos habian sido arrebatados por los exactores y vendidos como esclávos. Entónces el Senado prohibió que se esclavizára en las provincias á ningun libre de nacion aliada del pueblo romano, y mandó que aquellos que lo hubiesen sido, recobraran su libertad por medio de los procónsules y los pretores.

En consecuencia de este edicto, Licinio Nerva, pretor de la Sicilia, emancipó ochocientos en pocos dias. Entónces surgió en todos los demas la esperanza y el furor de libertad, por lo cual, asustada la *gente honrada*, hizo uso del dinero para que desistiese Nerva de su propósito. *El buen pretor*, rindiéndose á tales argumentos, comenzó á despedir con soberbia y malas palabras á cuantos se presentaban alegando títulos para ser emancipados. Irritados estos por el insulto, aun mas que por el perjuicio, conspiraron: treinta esclavos de dos hermanos ricos, con Oario á su cabeza, mataron á sus amos, y despues alborotaron los pueblos vecinos. Ciento veinte compañeros se les unieron ántes del alba, y ocupando un lugar fuerte, lo guarnecieron con ochenta mas que se les agregaron luego, armados por completo. Licinio Nerva acudió al peligro, pero no sirviéndole de nada la fuerza, se valió de la traicion. Prometió la impunidad á Gayo Titinio que estaba condenado á muerte, el cual con una pequeña banda de gente fiel se aproximó á la fortaleza de los revoltosos, fingiendo que se les pasaba para combatir con ellos contra sus comunes opresores. Los sublevados le creyeron, y lo nombraron jefe, y cuando á todos los tuvo á su disposicion, abrió las puertas á Nerva. La mayor parte de los sublevados pereció combatiendo; otros fueron precipitados desde lo alto del fuerte, y así se ahogó la rebelion en sangre.

Poco despues, habiendo llegado á noticia de Nerva que otros ochenta se habian sublevado matando á Pelonio, del órden ecuestre, y engruesando sus fuerzas cada dia, marchó hácia el monte Capriano, donde se habian hecho fuertes; pero pareciéndole duro el choque, se volvió hácia Heraclea; por lo cual, envalentonados ellos, recorrieron todos los alrededores, reunieron hasta ochocientos hombres bien pertrechados, derrotaron al pérfido Titinio, y con sus armas se reforzaron. Viéndose ya en número de seis mil, aclamaron por rey á uno de ellos llamado Salvio, hábil arúspice, tañedor de flauta y guia de procesiones, el cual, dejando las ciudades como puntos de molicie y recuerdos de la servidumbre, dividió á los redimidos en tres escuadras, con capitanes que batiesen el campo, y que despues del saqueo concurriesen á un lugar señalado.

Encontrándose al frente de dos mil caballos y veinte mil infantes, ejercitados en la guerra, y feroces con la reciente adquisicion de la libertad, atacó con ellos á Morgantina. El pretor, cogiéndolos de sorpresa, invadió entónces, y saqueó su campamento; pero rehaciéndose Salvio puso en fuga á los Romanos. Habia mandado que se perdonase la vida á los que cediesen las armas, y con esto los mas se rindieron; seiscientos solamente cayeron muertos, y cuatro mil quedaron prisioneros.

Tanto crédito le dió la victoria que duplicó el ejército, batió resueltamente la campaña, y anunció la libertad á cuantos vivian esclavos en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Morgantina. Pero los amos se le habian anticipado prometiendo lo mismo, por lo cual, pelearon los esclavos en defensa de la ciudad tan obstinadamente, que Salvio tuvo que retroceder. Apénas cesó el peligro, abolió el pretor la promesa de los amos, y en su consecuencia, los esclavos burlados salieron en tropel para unirse á los sublevados.

102. Otros levantaron tambien la cabeza en Segesta, en Lilibeo y otras partes, poniéndose á las órdenes del Cilicio Atenion, hombre fuerte y astrólogo, que en cinco dias reunió mil ; pero con mucha prudencia no acogia á todos los fugitivos, admitiendo solamente á los valientes y persuadiendo á los demas á que permaneciesen en sus ocupaciones, y le proporcionasen víveres é informes. Queria tambien que fuesen respetados el país y los animales, como un reino que los astros le habian prometido, y que dentro de poco iba á poseer. Asedió con mas de diez mil hombres el inexpugnable Lilibeo, pero advirtiendo que era trabajo perdido, dijo, que las estrellas le aconsejaban separarse al instante de aquella fortaleza. Al mismo tiempo entraron vajeles conduciendo cohortes mauritanas en auxilio de los sitiados que, saliendo de noche, atacaron á los revoltosos, haciendo en ellos gran carnicería; y este hecho aumentó la fama que Atenion tenia de profeta.

Los que tienen noticia de la sublevacion de los negros, ocurrida en nuestros dias en la mas hermosa de las Antillas, no han menester que me detenga á describir cuál era la condicion del país. Estando cerrados los tribunales, cada cual obraba á su capricho : hasta los libres, reducidos á la pobreza, cometian toda suerte de excesos, y nadie se determinaba á salir del recinto de los muros. Progresando Salvio, reunió en Leontino un ejército de treinta mil hombres, celebró la fiesta de los héroes Palicos, semidioses muy venerados en Sicilia; apellidándose Trifon, eligió para residencia el fuerte de Triocala, al rededor del cual edificó una ciudad de ocho estadios de circuito, con fosos, foro y palacio, eligió allí un consejo, y tomó los lictores, y las insignias de la majestad. Desde allí, este rey de los esclavos, émulo de los héroes, mandó á Atenion que viniera á unírsele; y aquel, posponiendo su dignidad al provecho comun, acudió con tres mil de los suyos, miéntras los demas recorrian los campos propagando la sublevacion (1).

La guerra se prolongaba, y era necesario un golpe decisivo. Licinio Léntulo llegó, pues, con catorce mil Romanos, ademas de ochocientos Bitinios, Tesalios y Acarnianos, seiscientos Lucanos y otros tantos reclutas á pacificar la Sicilia. Ignorando Atenion aquella guerra de partidas en que debe consistir la táctica de los sublevados, se propuso combatir en campo raso, y con cuarenta mil esclavos presentó la batalla á Licinio cerca de Scirtea. La disciplina prevaleció : veinte mil quedaron muertos, y los demas dispersos : herido Atenion, permaneció entre los cadáveres hasta que llegó la noche y huyó; y Triocala fué cercada.

El desaliento fué tan rápido como lo habia sido la confianza; ya se hablaba de entregarse á la misericordia de los amos; pero los mas resueltos disuadieron á sus compañeros de esta idea; todos convinieron en vender terriblemente la vida, ántes que consumirla entre lentos é insultados dolores, y precipitándose con la fuerza de la desesperacion sobre los Romanos, los desbarataron y rechazaron de Triocala.

Cneo Servilio, que sucedió en el mando á Léntulo, no hizo ningun progreso, miéntras que Atenion, sucesor del difunto Salvio, hacía prosperar la causa de los esclavos. Pero en su daño se adelantaba el cónsul C. Mario, precedido del espanto que infundia el vencedor de los Cimbros. Su colega Aquilio rechazó á los revoltosos, los venció muchas veces, y dió muerte en un duelo al mismo Atenion; los diez mil restantes se refugiaron en lugares fortificados; pero él los persiguió con obstinacion hasta arrojarlos de allí. Dícese que pereció en aquella guerra un millon de esclavos. No quedaban ya mas que mil, á las órdenes de Sátiro, los cuales se rindieron, y la magnanimidad romana los condenó á combatir con las fieras. Quisieron á lo ménos morir noblemente, y cuando se vieron en medio de la arena con las armas que se usaban en tales batallas, se colocaron cerca de los altares, y se mataron intrépidamente unos á otros; por último, Sátiro se clavó la espada en el pecho con gran contentamiento del Senado y del pueblo romano.

CAPÍTULO V

Guerras exteriores. — Mario. — Los Cimbros.

Las disensiones intestinas no habian suspendido las guerras exteriores de Roma. Dominaba esta entónces, ademas de la Italia propiamente dicha, la Sicilia, la Galia Cisalpina, la Liguria, la Cerdeña, la Córcega, las dos Españas, el territorio de Cartago, la Macedonia, la Acaya y el reino de Pérgamo, que formaban otras tantas provincias. Algunas ciudades vencidas pretendieron recobrar con la fuerza los derechos que les habian sido negados; pero el Senado apagó las primeras chispas, arrasando hasta los cimientos á Fregela, la primera que se habia declarado en abierta rebelion. Fulvio Flacco, impetuoso amigo de Graco, fué el primero que condujo las legiones romanas al otro lado de los Álpes para socorrer á los Masiliotas contra los Salios : posteriormente su sucesor Sextio Calvino dirigió con mas fortuna las operaciones,

Galia Meridional

(1) Es curiosa la identidad de muchas circunstancias de esta insurreccion con la de Santo Domingo despues de 1801. Allí igualmente se unia Sántos á Cristóbal, tenian la salvacion en los bosques, y eran perdidos cuando Leclerc ó Boudet los atraían á campo raso; iguales devastaciones, iguales perfidias; igual adhesion en las plantaciones vecinas, igual lucha y sucesiva conciliacion entre el jefe de los mulatos Pethion y el de los negros Cristóbal.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y fundó allí una ciudad llamada *Aquæ Sextiæ* (Aix de Provenza), que hizo conocer bien pronto
120. á los Masiliotas cuán imprudentes habian andado en llamar á semejantes vecinos. Para asegurar aquella posesion, fundó L. Licinio Craso
118. una colonia romana en Narbona, abriendo allí un puerto, donde se situó la escuadra, y al cual se dirigió el comercio de Italia, África y España con ruina de Marsella.

Bajo el pretexto habitual de defender á los Eduos contra los Alóbroges y Arvernos, hizo Roma atravesar los Álpes á sus soldados. Entónces era rey de los Arvernos Betulto, cuyo padre poseía tantas riquezas, que recorria á veces los campos en su carro esparciendo dinero; y en una ocasion mandó servir en un recinto de dos mil metros bebidas y manjares excelentes para todo el que quisiera presentarse allí en el discurso de muchos dias. Doliéndose un poeta de haber llegado tarde á otro banquete, el Arvernio (1) le arrojó una bolsa llena de oro, y así el bardo continuó cantando, que bajo los piés del rey nacian todos los bienes. Betulto fué vencido fácilmente por el cónsul Domicio, que habiéndole invitado á una conferencia, lo envió encadenado á Roma, donde sirvió de ornamento á su triunfo. Quinto Fabio, que mereció el sobrenombre de Alóbroge por haber terminado
Provenza. 124. aquella guerra, redujo la Galia Meridional á provincia consular, que equivale á decir, que debia enviarse á ella anualmente un cónsul con un ejército: lo cual demuestra cuán poco sincera se consideraba la sumision de los vencidos.

En las dos grandes islas vecinas á la España Tarraconense, vivian en grutas como salvajes
Islas Baleares. los Baleares, apacentando ganados, y hábiles, sobre todo en tirar la honda, á cuyo ejercicio los acostumbraban las madres, no dando á los niños el pan, sino colgándoselo en un punto donde tenian que cogerlo con aquella arma. Entregábanse tambien á la piratería, y se aventuraban á veces á pasar á tierra firme para hacer provisiones de aceite y vino. Con objeto de contenerlos y castigarlos por haber socorrido á los Cartagineses, armó Roma contra ellos una grande escuadra, y habiéndolos vencido, exterminó las
123. treinta mil almas á que ascendia la poblacion: en seguida, fundó allí dos ciudades, Palma y Polencia, colonizadas por Quinto Metelo, que obtuvo los honores del triunfo.

Deseando tambien estos honores Metelo Cecilio, invadió sin motivo la Dalmacia, y la subyugó
118. Quinto Metelo. fácilmente. Estos Metelos eran hijos de Quinto el Macedónico, citado por los historiadores á causa de su extraordinaria felicidad. Habiendo nacido de una ilustre familia, en una ciudad tambien ilustre, con una robustez á prueba de de las mas rudas fatigas, dotado de nobles cualidades, tuvo una mujer prudente y fecunda. De sus cuatro hijos, tres fueron cónsules, uno apellidado el Baleárico, y otro el Dalmático, por sus triunfos; casó bien á sus hijas; conoció á sus nietos, y mereció tambien el sobrenombre de Macedónico, obteniendo ademas honores, dignidades, mandos, favores, y cuanto puede apetecer un hombre. Sus únicos disgustos fueron el insulto que, segun hemos dicho, recibió del tribuno Atinio y la enemistad de Africano el menor; pero el ultraje del primero se convirtió para él en triunfo, y cuando Escipion hubo muerto, dijo á sus hijos: « *Id y honrad sus funerales, pues no veréis el féretro de un ciudadano mas ilustre.* » Murió príncipe del Senado, á una edad muy avanzada, y fué llevado á la pira por sus cuatro ilustres hijos.

Léjos de amortiguarse la memoria de los Gracos, suministraba á menudo pretextos para turbar la tranquilidad de los ricos. Llamóse á Opimio para que diese cuenta de los ciudadanos que habia matado, pero fué absuelto. Licinio Craso, cuñado de Graco, y yerno de aquel Mucio Escévola, augur, reputado como un oráculo de las leyes y como un prodigio de probidad y sabiduría, acusó á Papirio Carbon, quien despues de haber sido íntimo amigo de los Gracos, se habia convertido en protector de su asesino. Licinio Craso.

Era propio de las costumbres romanas el tener un enemigo declarado. Los jóvenes que entraban en la carrera pública por medio de las arengas, empezaban frecuentemente acusando á un personaje de nombradía, á quien hacian condenar, á fuerza de elocuencia, á la multa ó al destierro. Ciceron (1) cuenta entre los medios de adquirir gloria estas acusaciones juveniles, si bien aconseja preferir la defensa, pareciéndole, dice, cosa propia de un hombre cruel poner en peligro de muerte á otro, *máxime* si es inocente. *Pero en cuanto á defender á un reo* (continúa el moralista), *no puede haber escrúpulo de conciencia; pues el defensor sigue lo verosímil aun cuando parezca ménos verdadero.* Así, por pura conveniencia, disuadia á los jóvenes de la calumnia, el peor de todos los delitos, y consideraba el arte de la palabra como un mero ejercicio de destreza, donde no se debia atender sino al triunfo del asunto propio, y al abatimiento de un rival, que desde entónces con todos sus allegados se declaraba enemigo eterno del vencedor. Acusaciones por vía de ejercicio.

Licinio Craso, que debia hacerse célebre entre los oradores romanos, queriendo empezar tambien su carrera por una acusacion ruidosa, en que pudiese mostrar su habilidad en el arte de la palabra y su conocimiento de las leyes, atacó á Carbon, que unía al crédito y al poder una elocuencia sin igual. Turbóse al principio Craso hasta el punto de no serle posible continuar su arenga; pero habiendo cobrado ánimo, estrechó vivamente á su adversario, echándole en cara sus excesos, cuando seguia el partido de los facciosos, y las vilezas que habia cometido al volver al seno de las personas honradas;

(1) Creo apelativo el nombre de Λουερνιος que se lee en Ateneo, y lo corrijo mudándolo en Λουερνιος.

(1) *De officiis*, II, 10.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de suerte que el acusado se envenenó para evitar la condena. Pero el jóven no se olvidó la honra por ganar su causa; pues habiéndole llevado un esclavo ofendido una cajita que contenia los papeles de Carbon, Craso la devolvió á su dueño sin abrirla, enviándole tambien el esclavo.

C. Mario. 153? Pero otro hombre descollaba entre todos aquellos, para vengar en los nobles la sangre de los Gracos. Nació Cayo Mario de padres oscuros en Arpino, y no habiendo conocido hasta muy tarde la corrupcion y la cortesanía de Roma, conservó siempre algo de áspero y de agreste. En la guerra de Numancia mostró tanto denuedo, que habiéndosele preguntado á Escipion, quién era mas digno de sucederle, respondió que Mario. Esta palabra alentó la ambicion del Arpines, quien, obligado á abrirse por sí mismo el camino, como hombre nuevo sin clientela, se revistió de paciencia y sufrió muchos desaires hasta que obtuvo la cuestura y despues el tribunado. Entónces propuso un nuevo método de emitir los votos, con objeto de reprimir los manejos; y habiéndosele opuesto el cónsul 118. Cotta, Mario entró en el Senado, amenazándole si no desistia de su oposicion, é hizo arrestar á Metelo, príncipe de los senadores, favorable al cónsul.

Tanta osadía advirtió á los padres conscriptos y á la plebe, que hallarian en él un hombre 116. inaccesible al miedo y decidido á sostener sin consideracion alguna la causa de la muchedumbre. Nombrado pretor, limpió la España de bandidos; volvió luego á Roma; tomó parte en los negocios públicos, y aunque privado de riquezas y elocuencia, y ajeno á las intrigas políticas, todavía con su carácter firme, su infatigable pertinacia en el trabajo, y su género de vida popular, no tardó en adquirir ascendiente.

Hallábase entónces dividido el mando entre los patricios y los caballeros; pertenecian á los senadores el poder y la magistratura; á los caballeros el dinero, las tierras, los juicios; y consintiendo los unos en los excesos de los otros, caminaban á un mismo fin, el de deprimir á los plebeyos. Mario, hombre nuevo y poco acostumbrado al tumulto del foro, no sabía manejarse en las alternativas de lucha y de concordia de los dos partidos, y aparecia tan pusilánime en el manejo de los negocios civiles como era intrépido en la guerra. Conoció, pues, que la guerra le era necesaria para dominar, y una acababa de encenderse que era de peor naturaleza que las precedentes.

Numidia. Cuando los Romanos vencieron á Cartago, quedaron reducidas á provincia suya la Zeugitana y las pocas ciudades marítimas del Sudeste, que habian permanecido fieles á su rival (146). En África conservaron su indepen- 95. dencia la Cirenáica, que posteriormente fué cedida á los Romanos por su rey Apion (96); la Mauritania, que se extendia desde el Mediterráneo á la Getulia, y desde el Atlántico hasta el rio Molocath (Malva), donde reinaba Boco; y la Numidia, que estaba comprendida entre el mismo rio y el territorio cartagines. Esta se hallaba dividida en dos partes por el Ampságas, la oriental habitada por la tribu de los Masilos, y la occidental por los Masesilios, obedeciendo la primera á Masinisa, y la otra á Sifaz, rey pastor. Habiendo este sido víctima de su fidelidad á Cartago, se dieron sus Estados á Masinisa, de manera que las dos tribus no formaban mas que un pueblo, desde las orillas del Molocath hasta las fronteras de Cirene.

Á pesar de todos los esfuerzos de Masinisa para hacer adoptar á este pueblo una clase de vida mas culta, permaneció siempre pastor y vagabundo; y así los Romanos, que por primera vez encontraban una nacion de este carácter, la designaron con el nombre de *Nómadas*, convertido despues en el de Númidas, que jamas perteneció á ninguna de aquellas tribus, y que se perpetuó hasta que los Árabes aniquilaron la civilizacion africana.

Tuvo por sucesor Masinisa á su hijo Micipsa, siempre fiel á los Romanos, ó mas bien su vasallo, quien dejó al morir dos hijos, Jemsal y Aderbal; y con la mira de que su sobrino Yu- Yugurta. gurta, hombre de carácter emprendedor, no se prevaliese de su juventud para despojarlos, le concedió tambien una parte en el gobierno; y murió, recordándole los muchos beneficios que 119. le habia hecho y recomendándole sus dos hijos.

Pero ¿qué son el parentesco y el reconocimiento á los ojos de un ambicioso? Yugurta, intrépido en el campo de batalla, astuto en el consejo, de carácter orgulloso, el primero en herir al leon en la caza ó al enemigo en el combate, se habia granjeado el amor del pueblo que se deja siempre deslumbrar por la fuerza, y el de los Romanos, cuyas relaciones le habian convencido de que todo se podia alcanzar de ellos con dinero. Dispuesto á reinar solo, y despues de comprar muchos amigos en Roma, dió muerte á Jemsal; rodeó de asechanzas á Aderbal; le declaró abiertamente la guerra; y este príncipe, habiendo perdido el reino, se vió precisado, como único recurso, á refugiarse en Roma.

¡Triste asilo para el que no llevaba consigo mas que su derecho! Presentóse al Senado, recordando su alianza, los servicios de Masinisa, la iniquidad y los crímenes de Yugurta; é invocó su proteccion con el título de aliado; pero Yugurta habia enviado en pos de él embajadores, encargados no tanto de disculparlo cuanto de prodigar el oro, cultivando así la benevolencia de los amigos que se habia granjeado en Numancia, y adquiriendo otros nuevos. Valióle la intriga, y aunque algunas almas honradas tomaron la defensa de Aderbal, la mayor parte le negaron la herencia reclamada; y se nombraron comisionados que fuesen á dividir el Division de Numidia. reino entre los dos sobrevivientes, y recomendasen á Yugurta que respetára á su primo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Aunque en la division cupo la mejor parte á Yugurta, gracias á aquel Opimio, el asesino de Graco, que no pudo resistir al incentivo del oro, con todo, no queriendo sufrir compañero en el mando, provocó á su rival con incesantes ataques, le llamó al combate, y atacó á Cirta (*Constantina*), su capital. Estaban establecidos muchos mercaderes italianos en este emporio del África, los cuales se armaron, y reunidos á algunas tropas del país, rechazaron al sitiador.

Envió Aderbal apresuradamente comisionados al Senado romano, exponiéndole lo que pasaba; y este se contentó la primera vez con mandarle otros comisionados que juzgaron admisibles las excusas de Yugurta. Pero habiéndose estrechado despues el cerco, el peligro que corrian gran número de Italianos, hizo prevalecer el dictámen de las gentes honradas, y se decretó enviar inmediatamente un ejército. Precedió á este una nueva diputacion, al frente de la cual se encontraba Escauro, presidente del Senado, hombre de severidad catoniana, autor de una ley contra el excesivo lujo de los banquetes, y que hasta entónces habia gozado indebidamente la reputacion de muy íntegro. Á su llegada, citaron á Yugurta para que compareciese ante ellos en Utica; pero este, ántes de obedecer, hizo un
112. último esfuerzo contra Cirta, que se mantuvo firme. Presentándose entónces, y oidas las reconvenciones y amenazas de Escauro, le respondió con frívolas excusas, inculpando á Aderbal de haber atentado á sus dias; y ¡oh poder del oro! Escauro encontró excelentes sus razones y se volvió á Roma. Yugurta estrechó en seguida el asedio, y Aderbal, aconsejado por los Italianos, que conservase su existencia á cualquier precio, pues era seguro que Roma le devolveria sus Estados, entregó la ciudad bajo condicion de que se les perdonasen las vidas. Yugurta lo prometió; pero en cuanto se apoderó de Aderbal, le mandó degollar con todos los mercaderes italianos.

Temblaron de indignacion todas las personas honradas de Roma al oir tal atrocidad, y sin embargo los amigos ó los protectores comprados de Yugurta hubieran echado tierra á este asunto, si el tribuno Cayo Memmio no hubiese revelado al pueblo aquella indignidad, manifestando con tal evidencia la torpe venalidad de los patricios, que la plebe llamó á sí la causa, é intimidado el Senado, decretó la guerra, confiando la direccion al cónsul Calpurnio Bestia. Este miraba la guerra como un tráfico, y llevaba consigo á Emirio Escauro, decidido á venderse tambien : por lo que, despues de algunas vigorosas demostraciones, aceptaron una conferencia con Yugarta, le concedieron la paz con
111. ámplias condiciones, y el Senado, ya fuese por consideracion á Escauro, ó por complicidad, dió su consentimiento.

Quedaba sin embargo el tremendo clamor popular; y el tribuno Memmio, levantando enérgicamente su voz contra la descarada corrupcion, mandó comparecer á Yugurta en Roma para justificarse. Conociendo ya este las armas de que debia valerse, se presentó : Memmio le intimó en el juicio que nombrase á los que habia sobornado; pero el otro tribuno Cayo Rebio, á quien habia ganado, le mandó callar. ¿Qué mas? Habiendo Masiva, primo de Aderbal, defendido con calor á este, le hizo asesinar el rey númida en medio de la ciudad; y despues, al marcharse, dirigió á Roma una última mirada, y exclamó : *¡ Oh ciudad que no aguardas para venderte sino á encontrar un comprador !*

Rotas de nuevo las hostilidades, siguió la guerra con lentitud bajo la direccion del cónsul Albino y de su hermano Aulo : el primero fué 110.
desterrado por corrupcion, como tambien Calpurnio Bestia, Lucio Opimio y otros varios; y el segundo solo consiguió librarse de Yugurta 109.
pasando con su ejército por debajo de la horca. Para vengar semejante ultraje, confió el Senado el mando de las tropas á Quinto Cecilio Metelo, inaccesible á la compasion y al oro; este hizo á Yugurta una guerra de exterminio y empleó para combatirlo sus mismas armas, corrompiendo á los que le rodeaban, con lo que consiguió rechazarlo hasta los confines del gran desierto. Pidió entónces la paz el Númida, y se le impuso por condicion que entregase veinte mil libras de plata, todos sus elefantes, algunos caballos y armas, y los desertores, tres mil de los cuales fueron degollados, quemados vivos ó mutilados (1). Pero cuando oyó la órden de presentarse tambien él al procónsul, exclamó : *Un cetro pesa ménos que las cadenas;* y emprendiendo nuevamente la guerra disciplinó á los Gétulos, y sostuvo contra los Romanos á Bocco, su yerno, rey de Mauritania.

De mucho le valió á Metelo el tener en esta campaña por lugarteniente á Mario, quien, sin embargo, léjos de atribuir al general el mérito de sus proezas, trataba de suplantarlo, acusándolo en Roma de dar largas á una guerra que se podia terminar de un solo golpe. Tales dilaciones desagradaban á los caballeros, cuyo comercio permanecia entretanto interrumpido; por lo cual favorecieron á Mario : apoyóle ademas el pueblo bajo, á quien él habia alistado ántes que nadie en la milicia, por haberse disminuido el número de los propietarios, y al que halagaba lanzando invectivas contra la antigua nobleza, deshonrada por sus actos ante los hombres nuevos que debian su elevacion á sus propias virtudes.

Habiendo, pues, el plebeyo Mario solicitado el consulado, lo obtuvo, y puesto á la cabeza del ejército de Numidia, tomó á Capsa y pasó á cuchillo á sus habitantes, á pesar de haberles 109.
ofrecido la vida, continuando el curso de sus victorias precedido por el terror. Desalentado Bocco, determinó abandonar á Yugurta é implorar la amistad de los Romanos, quienes se la ofrecieron con tal que les probase su arrepentimiento por medio de servicios : y el ser-

(1) Orosio, V, 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vicio fué hacer traicion, despues de entablar una larga lucha consigo mismo (1) al que era á un tiempo su huésped y su suegro, entregándolo á Sila, que le envió á Roma.

107. Corrian anhelantes los ciudadanos á ver á aquel enemigo, durante cuya vida no habian esperado tener paz nunca; tan fecundo era en recursos, y de tal modo sabía unir la astucia al denuedo. Mario le llevó detras de su carro; y sus bramidos al verse encadenado y sirviendo de espectáculo á una insolente turba, hicieron decir á los Romanos que estaba loco. Llevado á la prision, para quitarle los zarcillos de oro, le desgarraron el lóbulo de la oreja; y en seguida le arrojaron desnudo en un calabozo, sin que él pronunciase mas que estas palabras : *¡ Qué frío está vuestro baño!* Allí, á los seis dias, murió de hambre. Dividióse la Numidia entre el infame Bocco y dos nietos de Masinisa, Jemsal y Yarba, reservándose Roma la parte colindante con su provincia.

Muerte de Yugurta. 106.

Habia llevado Mario de allí 3,700 libras de oro en barras, 5,775 de plata, y 28,700 dracmas en dinero. Este triunfo le acarreó mil envidias : los nobles sufrian mal de su grado á aquel hombre nuevo que los trataba groseramente, que alistaba á la ínfima plebe bajo sus banderas, y que preferia el brillo de las acciones al mérito de una sangre no contaminada y al mismo tiempo cobraban aliento los favorecedores de la causa popular, tanto que entónces, á propuesta de los tribunos, se transfirió al pueblo la eleccion de los pontífices, estableciéndose, ademas, que un senador degradado por el pueblo, no pudiera ser repuesto por el Senado; que todo aliado latino que, habiendo acusado á un senador, probase su culpabilidad, adquiriese la plenitud de los derechos de ciudadano romano; y hasta se volvió á poner en discusion la ley agraria. Un nuevo peligro vino á aumentar la importancia del vencedor de Yugurta, que fué la invasion de los pueblos septentrionales.

Los Cimbros.

La mas fuerte de las hordas címbricas establecidas al otro lado del Rhin, como hemos dicho ya (2), se habia fijado en la ribera del Océano Septentrional, en la península Címbrica, y á poca distancia de los Teutones del Báltico. Arrollados por una irrupcion tremenda del mar, descendieron en número de trescientos mil
113. guerreros hasta el Danubio, y habiéndolo atravesado cayeron sobre la Nórica, y asediaron á Noreya, llave de la Italia hácia los Álpes Tridentinos. Despues de vencer al cónsul Papirio Carbon, devastaron cuanto territorio hay desde el Danubio hasta el Adriático, desde los Álpes hasta las montañas de Tracia y Macedonia ; y cargados de botin, se internaron al cabo de tres años en los valles de los Álpes Helvéticos(1).

Las seis tribus de los Galos allí establecidas, 107.
al ver tan ricos despojos, sintieron despertarse su codicia, y unidas á los Cimbros se precipitaron sobre la Galia Central, y despues de haberla talado, cayeron sobre la nueva provincia romana. Allí alcanzaron una insigne victoria 106.
cerca del lago Lemano, donde el cónsul Casio fué muerto, y las legiones solo se libertaron de una destruccion completa sometiéndose á condiciones vergonzosas. Adelantándose el cónsul Servilio Cepion para vengar tal ultraje, volvió á tomar á Tolosa, abandonando al saqueo las inmensas riquezas que los Tectósagos habian acumulado allí, fruto de sus antiguas rapiñas, especialmente las del templo de Délfos (2), y envió aquellos tesoros á Roma ; pero apostó en el camino gente, que fingiendo ser bandidos los robasen por cuenta de él. Así se entendia la lealtad.

Acudiendo, no obstante, nuevas hordas de Galos, tanto Cepion como Manlio que corrió en su ayuda, sufrieron tal derrota, que solo con gran trabajo pudieron salvarse los dos generales y diez caballeros. Cumpliendo los vencedores un 105.
voto que habian hecho, destruyeron todo el botin; arrojaron al Ródano el oro, la plata y los caballos, y mataron á los prisioneros. Recordaron entónces los Romanos los desastres de Allia y el Capitolio, sitiado por los Galos Cimbros ; se consultó con supersticioso pavor á un tal Batabato que hacía el oficio de profeta; se erigió un templo á la Buena Diosa ; se llamó á las armas á todos los ciudadanos, y ninguno acertó á ver un Camilo sino en el general que acaba de llegar triunfante de la Numidia.

Prorogóse, pues, violando las leyes, el consulado á Mario, que le conservó durante cuatro 104.
años, y se puso en marcha hácia Provenza con tropas de refresco. Exigian las circunstancias mas habilidad que valentía; y recurriendo Mario á un medio grosero como él, hizo que su esposa le enviára una mujer de baja extraccion, oriunda de Siria, llamada Marta, que adivinaba lo futuro, y que sugeria ó aprobaba lo que Mario creía conveniente. Acostumbró ademas á la disciplina mas severa y á las fatigas á sus reclutas, haciéndoles ejecutar obras penosísimas, como lo fué el canal Mariano por donde entraban los buques en el Ródano, evitando el cieno y los guijarros acumulados en su embocadura.

Habiase dirigido una parte de los Cimbros hácia los Pirineos, pero encontrando tenaz resistencia en los Celtíberos y en el pretor Marco Fulvio, volvieron á Italia por la Helvecia y la Nórica, miéntras avanzaban al traves de los Álpes marítimos los Galos y los Teutones. Infundian pavor estos bárbaros por su gigantesca estatura, su torva mirada, y sus armaduras extravagantes; su rey Teutoboco saltaba por

(1) Salustio dice que Bocco, « remotis ceteris, dicitur secum ipse multa agitavisse, vultu, colore, ac motu corporis pariter atque animo varius : quæ scilicet, tacente ipso, occulta pectoris, oris immutatione patefecit : » lo que trae á la memoria al vicario de la provision de Manzoni, del cual « no se puede saber con exactitud lo que hacía, pues estaba solo, viéndose la historia obligada á adivinar; cosa á que afortunadamente se halla acostumbrada. »

(2) Tom. I, pág. 603.

(1) Ademas de Am. Thierry, *Hist. des Gaulois*, conviene tener presente el *Bellum cimbricum* de J. Müller (Zurich, 1772), ensayo juvenil de este laborioso historiador.

(2) Véase tomo I, pág. 674.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

encima de cuatro y hasta de seis caballos puestos de frente, y desafiaba con arrogancia á Mario á singular combate, el cual le respondia : *Si estás cansado de vivir, anda y ahórcate.*

Se estremecia de indignacion la juventud romana ante aquellas provocaciones : irritábase al oir decir á los Teutones cuando desfilaban por delante de sus trincheras : *Vamos en busca de vuestras mujeres ¿queréis que les llevemos algun mensaje vuestro?* Mario moderaba la impaciencia de sus soldados; pero cuando los vió animados por aquella larga espectativa del combate, los guió contra los Bárbaros, á quienes derrotó completamente cerca de *Aquæ Sextiæ.*

Batalla de Aix. 102.

Las mujeres de los Teutones, que solian seguirlos á la guerra y excitar su bravura, viéndolos vencidos, empuñaron las armas, é impidieron á los Romanos penetrar en el campamento, hasta que una nueva derrota hizo ascender casi á trescientos mil el número de Teutones muertos ó prisioneros. Fué abonado el valle con sus cadáveres, tanto que se le dió el nombre de Campos de la putrefaccion (*paurrières*). Elevóse á Mario una pirámide que duró hasta el siglo XV, y un templo á la Victoria, adonde, convertido el título en el de Santa Victoria, se dirigia anualmente una procesion, hasta que la revolucion aniquiló al mismo tiempo los recuerdos malos y los gloriosos (1). Entretanto atravesaban los Cimbros los Álpes, deslizándose desnudos por el hielo sobre sus broqueles; y bajando por el Tirol al valle del Adigio, asustaron al ejército del procónsul Catulo, de modo que muchos apelaron á la fuga sin parar hasta Roma. Entre estos se contó al hijo de Emilio Escauro, quien se suicidó por haberle mandado á decir su padre que no volviese á presentarse ante él.

Si los Cimbros vencedores hubieran continuado su marcha sobre Roma, esta se hubiera visto en el mayor apuro; pero como habian citado á los Teutones á orillas del Po, hicieron allí alto para aguardarlos. Pero las delicias del clima italiano, el pan, el vino, la carne cocida, enervaron su brutal fiereza, y en vez de los Teutones llegó Mario con un ejército envalentonado por la victoria. Habiéndole enviado los Cimbros diputados, amenazándole con caer sobre Roma, si no se les cedian aquellas tierras para sí y sus aliados, les respondió : *Vuestros aliados no necesitan ya de tierras, pues descansan y se pudren junto al Ceno.* Boyorix, su rey, fué en persona al campamento romano para asegurarse de que los Teutones habian sido hechos prisioneros, y para que Mario eligiera el sitio y el dia del formidable reto. Quedaron señalados los últimos dias de julio y una llanura cerca de Vercelli, donde los Cimbros no podian desplegar todas sus fuerzas, y donde la disciplina y la habilidad con que Mario supo sacar ventaja del sol y del viento, decidieron la victoria en favor suyo (2). Las mujeres cimbras, vestidas de luto, se atrincheraron en el campamento y pidieron que su pudor fuera respetado y que se las entregase como esclavas á las vírgenes sacerdotisas del fuego, pero viendo desechada su justa peticion, dieron muerte á sus hijos, y en seguida se ahorcaron, dejando sus cadáveres bajo la custodia de los mastines, á los cuales fué imposible alejar de aquel sitio, hasta que los exterminaron á flechazos.

Batalla de Vercelli. 30 de julio. 104.

Cuéntase que perecieron en aquella batalla ciento veinte mil Cimbros y solo trescientos Romanos; y aunque pertenecia al cónsul Catulo el principal mérito de semejante victoria, el favor popular la atribuyó á Mario, á quien se tributaron honores mas que humanos. En efecto, fué proclamado el tercer Rómulo, y comparado á Baco; y envanecido con su fortuna, no bebia sino en la copa de que, segun la tradicion, se habia servido aquel dios, despues de la conquista de las Indias. Los prisioneros fueron distribuidos entre las ciudades como esclavos públicos, ó destinados á los juegos en clase de gladiadores; y Mario, honrado con un sexto consulado, pudo desde entónces cuanto quiso.

CAPÍTULO VI

Guerra social. — Sila.

Mario ha sido retratado como un hombre furibundo, ávido de sangre, únicamente por el partido aristocrático, al cual no se limitó á reprimir sino que ademas insultó. Aun cuando nos sintamos poco inclinados, segun ha podido ver el lector, á adular á los héroes, nos parece sin embargo divisar en la conducta de Mario un sentimiento de interes en favor del ínfimo pueblo, en favor de los oprimidos, y en general de todos los Italianos, que en nuestro concepto no puede atribuir siempre á astucia, sino el que está acostumbrado á mirar á Roma solo con los ojos de los historiadores y oradores aristocráticos. Dotado de un carácter duro, que la educacion no habia moderado, y de un gran valor en la guerra, no descubrimos á pesar de todo que la aconsejase nunca, ántes bien se mostró por intervalos deseoso de sosiego. Era desgracia de Roma que nadie llegase á ser jefe del pueblo sino despues de exterminar á multitud de extranjeros, y acostumbrarse en los campamentos á un mando rígido, á una voluntad despótica, á la crueldad. Tales eran los defectos contraidos por Mario; pero no manchó su nombre con las bajezas y deslealtades, tan comunes en sus contemporáneos. El oro de Yugurta no ejerció sobre él influencia alguna : cuando su enemigo Sila fugitivo se refugió en su casa, él lo salvó; y exclamaba sin embargo: *El estruendo de las armas me ha impedido oir la voz de las leyes.*

(1) Aun hoy se muestran *lou deloubre de la Vittori.*

(2) Se cuestiona acerca del sitio en que se dió esta batalla; Cuveris, Cellario Burandi, Ferrari, Napione.... la colocan en Tasa, no léjos de Varcalli; Carli, Pignorio, Pauvinio, Walckenaer.... dicen con mayor fundamento que tuvo lugar en Verona.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Cornelio Sila. 137.

Este Sila, del que ya hemos hablado y nos queda mucho que hablar, descendia de la ilustre familia Cornelia, y como era costumbre entónces pasó su juventud en los excesos : despues, cuando la cortesana Nicópolis, que le amaba tiernamente, le dejó al morir todas sus riquezas, el gusto á los placeres se cambió en él en amor á la gloria. Mario, al cual estaba agregado como cuestor en la guerra de Numidia, le dejó en Italia, considerándole un afeminado; pero cuando Sila pasó á África con la reserva, se mostró intrépido en el combate, exacto en el cumplimiento de su deber, y mas hábil que Mario en el arte de conciliar los ánimos. Es verdad que desde que se sentaba á la mesa deponia su severo aspecto, para convertirse en convidado alegre y locuaz, sin querer oir hablar de negocios, y entregándose enteramente á bailarinas, cantoras é intrigas de amor. Con la idea de alejar de sí la envidia, atribuía á la fortuna el buen éxito de sus empresas, y procuró hacer ver en los comentarios que escribió de su vida, que las cosas ejecutadas de improviso le habian salido mejor que las meditadas; diciendo á Lúculo, á quien iban dirigidos, que nada tuviese por mas seguro que lo que los dioses le mandasen en sueños.

Hizo, no obstante, sombra á Mario, principalmente, porque Bocco, rey de Mauritania, presentó en el capitolio la ofrenda de un grupo que figuraba á este último entregando á Yugurta en manos de Sila; lo que parecia indicar que le atribuía la gloria de haber terminado aquella guerra. De aquí resultaron rencores que no debian apagarse ni aun con torrentes de sangre. Mario era violento; Sila de una crueldad calculada. Educado Mario entre plebeyos y campesinos, era grosero, hasta el punto de hacer construir por un artista romano y con piedras en bruto el templo dedicado á la memoria de la victoria alcanzada sobre los Cimbros : instruido Sila en las letras griegas, encubria sus vicios con agradables exterioridades, y merced á sus robos reunia libros, cuadros y vasos para hermosear sus palacios y la ciudad. Dejábase Mario arrastrar por su carácter impetuoso, sin saber adónde; Sila se adelantaba á pasos contados hácia un objeto fijo, cualquiera que fuese el camino que se propusiera seguir; ambos eran valientes en la pelea, y estaban ansiosos de honores. Obtuvo Mario seis consulados casi consecutivamente, empleando la intriga y el dinero : Sila solicitó la pretura, prometiendo espectáculos como aun no se habian visto; y en efecto, Bocco le proporcionó cien leones, á los que hizo combatir con hombres, acostumbrando á Roma á semejantes espectáculos, como en indemnizacion de los sacrificios humanos que acababa el Senado de prohibir.

Paralelo entre Mario y Sila.

99.

Abandonando Mario la guerra para ocuparse en los asuntos del Estado, se dedicó á favorecer el movimiento. Hemos visto que Roma, por medio de una ficcion legal, constituyó una ciudad fuera de su recinto, formando una clase de ciudadanos, no de sangre y de cohabitacion, sino de ideas y sentimientos. Los mejores derechos pertenecian á los socios de la confederacion latina, que fueron extendidos despues, por una ficcion semejante, á los demas Italianos. Los patricios, que se habian opuesto al principio á recibir en la ciudad las bandas latinas ó etruscas, defendian á la sazon vigorosamente las barreras de aquella otra ciudad inmaterial, de la igualdad del derecho, é impedian á los Latinos el ser ciudadanos, y á los Italianos confundirse con los Latinos; pero estos, que habian derramado su sangre por la prosperidad y grandeza de Roma, solicitaban que se les recompensase otorgándoles nuevos derechos, ó extendiendo los primitivos.

Hemos dicho ya que los plebeyos tuvieron el arte de asociar la causa de los Latinos á la de los pobres; pero el Senado creyó que con esta union padeceria la constitucion romana; pues los caminos públicos se verian siempre llenos de gente que iria á votar á Roma, prevaleciendo á causa de su número sobre los pocos ciudadanos verdaderos, de tal manera que dispondrian de la ciudad y de la república, y Roma perderia no solo su supremacía, sino hasta su libertad interior. ¿ Cómo, pues, conciliar la individualidad de Roma con la formacion de una gran sociedad italiana?

Cuestion era esta que se agitaba hacía mas de un siglo. Mario, resumiendo y exagerando las ideas de los Gracos, propuso que se distribuyesen entre los aliados las tierras que habian ocupado los Cimbros en el Norte de Italia, para oponer de este modo una barrera á futuras invasiones, y atraerse á los Lucanios, los Samnitas, los Marsos y los Pelignos, que se habian establecido allí en colonias. Unido estrechamente en un triunvirato despótico con el tribuno Saturnino y el pretor Gláucias, resucitó la ley de los Gracos, no tanto por favorecer al pueblo, como por hacer la guerra á Cecilio Metelo, su antiguo protector y jefe, de quien se habia declarado mortal enemigo. Cabeza este del partido senatorial, rechazó obstinadamente la ley agraria, lo que le valió ser desterrado; y el partido de Mario trastornó la república, dominó en los comicios y usurpó los derechos del pueblo bajo pretexto de defenderlos.

Aspiraba Gláucias al consulado, y encontrando en Memmio un competidor temible, Saturnino, que ya habia usado de este medio para conseguir el tribunado, le hizo asesinar. Este crímen hirió de muerte al partido popular, porque habiéndose investido á los cónsules de la autoridad absoluta, como en los casos de mayor peligro, fueron condenados á muerte Gláucias y Saturnino, se volvió á llamar á Metelo, y Mario se marchó despechado á la Capadocia y la Galacia, pretextando la necesidad de cumplir un voto hecho á la diosa Madre. De vuelta á Roma, hizo construir una gran casa; pero sus groseros modales impidieron que fuese frecuentada, experimentando la indiferencia pública de que son

(c) Instituto Cervantes de Madrid

víctimas en tiempo de paz los generales ilustres por la guerra.

Quejándose entónces los senadores de que se les hubiera quitado el poder judicial, trataban de arrancarlo de mano de los caballeros; suspiraba de contínuo la plebe por las leyes de Graco, cuya ejecucion nunca se verificaba: y los socios de Italia, por haber contribuido con su sangre y dinero á las conquistas de la república, querian tener parte en los votos y empleos. Los cónsules Licinio Craso y Mucio Escévola habian hecho adoptar una ley, disponiendo que todos los aliados que permaneciesen en Roma sin gozar de los derechos de ciudadanía, volviesen á su respectiva patria: era su objeto quitar á los tribunos un instrumento de sedicion; pero esta fué la primera chispa que encendió la guerra de los aliados, los cuales encontraron un protector en Livio Druso, hombre
Livio. Druso. hábil, elocuente y probo, que vió los males de la patria y procuró remediarlos.

Nombrado tribuno, propuso desde luego que se devolviese la judicatura á los senadores, compensando á los caballeros con admitir tres-
91. cientos de ellos en el Senado. Como acontece siempre con los partidos moderados, descontentó Druso á unos y á otros, excitándose algun tumulto, por lo que hizo arrestar al cónsul. Ocupóse despues en conciliarse la plebe, proponiendo distribuir el pan necesario á los pobres con el tesoro del templo de Saturno que contenia 1.630,823 libras de oro. Quiso tambien que se concediesen á los aliados todos los privilegios de ciudadanía; pero tuvo por adversarios á los senadores y caballeros, y aun á la misma plebe, irritada de ver convertidos á los súbditos en ciudadanos.

Los aliados, que habian acudido en tropel á Roma para sostener el voto de su protector, así que vieron desechada la propuesta, se volvieron á sus casas con la venganza en el corazon, dispuestos á arrancar por medio de la fuerza lo que no alcanzaban por la justicia, y á dar muerte á los cónsules en las ferias latinas. Habiendo tenido conocimiento de ello Druso, dió aviso al cónsul Filipo, aunque era su mas cruel enemigo; pero, pagándole este con ingratitud, le hizo asesinar. En el momento de espirar exclamó: *Nadie defenderá la patria con intenciones mas puras que las mias*. En efecto, siempre fué superior á la calumnia. Prometiéndole el arquitecto construir su casa de manera que nadie de la vecindad pudiera tener vistas á ella: *Constrúyela mas bien*, respondió, *de modo que mis acciones estén expuestas á las miradas de todos*.

Los caballeros consiguieron que fuesen derogadas todas las leyes de Druso, como hechas contra los auspicios; que se llamase á juicio á sus presuntos partidarios, y se declarase traidor á la patria á todo el que en adelante propusiese conceder los derechos de ciudadanía á los socios italianos. No quedaba, pues, á estos mas recurso para obtenerlos que la sedicion.

Guerra social. 91.

Adulados por los demagogos, á quienes tenia irritados la repulsa, habian formado ya entre sí planes que estallaron á la muerte de Druso. Los habitantes de Ascolí asesinaron al pretor Servilio, y á cuantos Romanos cogieron en su ciudad. Pompedio Silon, valiente capitan de los Marsos, se encaminó con diez mil hombres á sorprender y saquear á Roma, pero le detuvieron á la mitad del camino los ruegos de Cneo Domicio. Á los Marsos se unieron los Picentinos, los Marucinos, los Ferentinos, los Pelignos, los Campanios, los Hirpinos, los Apulios, los Lucanios, y sobre todo los Samnitas, formando una confederacion, que no carecia de valerosos y hábiles jefes, acostumbrados á las fatigas del campo y á las intrigas del foro.

Las disensiones inveteradas del país habian convencido á los insurrectos de que no era posible formar de él un solo Estado, sino que debian unirse los diversos que existian con el nudo de una poderosa alianza. Está se verificó bajo el nombre de Italia, que por la primera vez se dió entónces á una grande extension de territorio y fué inscrito en la bandera de los confederaciones (1) y aplicado á Corfirno, ciudad de los Pelignos, que se edificó para que sirviese de capital, con su foro, su curia y su Senado de quinientos miembros. En ella depositaron los aliados rehenes y acumularon armas, debiendo elegirse allí anualmente doce generales y dos cónsules.

Jamas habia sido amenazada Roma desde su engrandecimiento por enemigos tan cercanos; pues si la victoria hubiera sonreido á los rebeldes, todos los pueblos sometidos se hubieran levantado contra ella, reduciéndola á su humilde orígen. En este conflicto multiplicó las levas, y aumentó el número de los generales: el consul L. Julio fué enviado contra los Samnitas; y su compañero Publio Rutilio contra los Marsos; teniendo el primero por tenientes á Cneo Pompeyo, padre del Gran Pompeyo, C. Quinto Cepion, C. Perpena y Valerio Mesala; y el segundo á P. Léntulo, Cornelio Sila, T. Tidio, P. Licinio Craso y M. Marcelo, en una palabra, á todos los mas afamados por su valor. Cada uno con el título de procónsul, tuvo á su cargo una division distinta; autorizándoseles para obrar donde y como mejor les pareciese, aunque prestándose siempre mutuo apoyo. Olvidando los Etruscos sus antiguos esfuerzos por defender la independencia, desertaron de la causa italiana, y siguiendo el ejemplo de los Umbríos y de los príncipes de Oriente, enviaron socorros á Roma: el cuestor Sertorio acudió tambien con un cuerpo de Galos. — Guerra justísima, hasta en el concepto de un escritor romano, pues que en suma reclamaban el derecho de ciudadanos de la capital de un imperio, cuyos defensores eran.

Presenteyo, el Samnita Vetio Caton y el Marso pompedio Silon, haciendo la guerra con éxito,

(1) VITELIV, escrito segun el antiguo uso de Italia, de derecha á izquierda.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rechazaron á Pompeyo de Ascolí, derrotaron á Julio en el Samnio, hicieron huir á Perpena, y mataron ocho mil del ejército consular, entre ellos al mismo Rutilio. Á esta noticia Roma vistió luto, los magistrados depusieron las insignias de su dignidad, doblóse el número de centinelas, y las calles se pusieron en estado de defensa. Dividido el ejército de Rutilio entre Cepion y Mario, dejóse el primero engañar por Pompedio, quien viniendo con regalos y en compañía de sus hijos adonde él estaba, y aparentando rendirse, le atrajo á un desfiladero, donde encontró la derrota y la muerte. Mostró Mario en esta guerra una lentitud que no puede atribuirse á cobardía ni á la debilidad causada por los años. Quizá le faltaba resolucion para pelear contra aquellos Italianos que pretendian obtener á viva fuerza lo que él habia querido que se les concediese como una gracia, por lo cual se mantenia á la defensiva; y cuando Pompedio le dijo : *Si eres tan gran general como cuentan, acepta el combate*, él le respondió : *Si eres tan gran general como crees, oblígame á combatir á pesar mio.* En seguida, bajo pretexto de hallarse enfermo, entregó el mando y se volvió á Roma.

Aumentábase en tanto con las victorias el número de los aliados : abrazaron su partido los Umbríos y los Etruscos, y habiendo Aponio libertado á Acerra, donde se hallaba prisionero Oxinta, hijo de Yugurta, le trató con las deferencias debidas á un rey, de modo que los Númidas desertaban en tropel del ejército romano, siendo preciso por lo mismo volver á enviar á África su caballería. Armó Roma hasta los libertos, formando con ellos doce cohortes, que mandó de guarnicion á las ciudades marítimas, consiguiendo así poner en campaña todas las legiones contra los Umbríos y los Etruscos, y vencerlos, aunque á mucha costa.

Hacíase una guerra encarnizada, como lo son todas las de principios. Un general que habia sido vencido por los Romanos en el Piceno, convocó á sus amigos y se dió muerte : cuatro mil hombres que fueron cercados en el Apenino se dejaron morir de frío ántes que entregarse. Habia prometido Judacilio de Ascolí á su sitiada patria acudir á socorrerla en un dia señalado, para el cual se habia de combinar una salida, y aunque los sitiados no le secundaron, se abrió paso á la cabeza de ocho cohortes, penetró en la ciudad, acabó con toda la faccion romana y se defendió tenazmente ; viendo, luego, que no podia sostenerse por mas tiempo, dió un banquete en el vestíbulo del templo, bebió el veneno, se tendió cómodamente en su lecho, y los soldados encendieron debajo la pira « que debia quemar al mas valiente de los Ascolanos y á los dioses de la patria. » Un cuerpo de Romanos, descontento de su general, se arrojó sobre él y le dió muerte ; en seguida los soldados, como en expiacion, se precipitaron sobre los enemigos, matándoles diez y ocho mil.

Calcúlase en trescientos mil el número de los que sucumbieron en aquella guerra ; pero Roma conoció que con solo la fuerza no conseguiria cortar las cabezas renacientes de la hidra. Hizo, pues, Julio adoptar una ley que concedia los derechos de ciudadano romano á todos los Umbríos y Latinos que habian permanecido fieles : de donde resultó separarse muchos de la confederacion, tanto mas cuanto que la fortuna los habia abandonado, y Sila y Pompeyo los vencian y degollaban sin piedad. Por esto, habiendo pedido los aliados inútilmente nuevos socorros á Mitrídates, y no pareciéndoles ya Corfinio bastante segura, trasladaron la capital á Esernia, en el país de los Samnitas. Hallábanse ya sometidas á Servio Sulpicio y á Pompeyo los Marucinos, los Vestinos y los Pelignos, que vendieron á Vetio, su jefe. Conducíase á este prisionero ante el cónsul, cuando apoderándose de una espada uno de sus esclavos le hirió diciendo : *¡He libertado á mi señor ; á mi me toca ahora !* y se dió muerte.

Ley Julia. 89.

Los Marsos fueron subyugados á su vez, y Pompeyo se sostuvc al frente de veinte mil esclavos emancipados, hasta que pereció. Concediéronse, por último, á todos los socios los derechos de ciudadanía romana, quedando excluidos muy pocos Italianos. Así la equidad triunfaba del derecho rigoroso, y sobre aquel monton de sangrientas ruinas se proclamaba la igualdad de todos los Italianos.

Ley Platia. 88.

Pero el Senado, para eludirla, se valió de sutilezas legales, disponiendo que los nuevos ciudadanos se reuniesen en ocho tribus que votaban las últimas, y que de consiguiente no eran por lo comun escuchadas. Deseosos los Marsos, Umbríos y Etruscos de ejercer el derecho que habian adquirido, venian de sus municipios á llenar el foro ó el campo de Marte ; pero al ver que ó no se les consultaba, ó que su voto no era apreciado, temblaban de cólera, y pedian que el derecho se redujese á hecho. Halagábalos Mario, ya fuese por un sentimiento italiano, ya por ambicion, é hizo proponer á su amigo el tribuno P. Sulpicio que los Italianos agraciados con la ciudadanía fuesen distribuidos en las treinta y cinco tribus, y por lo tanto igualados á los demas ciudadanos.

Acudió Sila á impedir que pasase esta ley, distrayendo para ello al pueblo con solemnes fiestas, pero habiendo armado Sulpicio á sus satélites, entró en el templo de Cástor, donde estaba reunido el Senado, y lo dispersó. Allí cayó muerto el hijo de Pompeyo; y Sila se refugió en casa de Mario, su mortal enemigo, el cual absteniéndose de todo ultraje, se contentó con la promesa que le hizo Sila de suspender las fiestas anunciadas. Suprimidas estas, fué fácil á Sulpicio conseguir que se aprobase la ley, y el crédito de Mario se aumentó de tal manera que fué nombrado, como lo deseaba, para el mando del ejercito de Asia contra Mitrídates, rey del Ponto.

Indignóse Sila, á quien se habia conferido este mando, y volvió contra Roma el ejército que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

INSTITUTO DE BACHILLERATO
BIBLIOTECA
"CERVANTES"

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid



Drouais pinxt. Imp. Ch. Chardon aîné Paris Fd Delannoy sc

asediaba á los Samnitas en Nola, preparando las teas para incendiar la ciudad é insultando á los pretores que se le enviaron con objeto de aplacarlo. Sorprendido el pueblo sin armas, se defendió con tejas y piedras, armas terribles de la plebe; pero Sila prendió fuego á Roma, se apoderó de ella, condenó á muerte á Sulpicio, y puso á precio la cabeza de Mario, á pesar de las exclamaciones del jurisconsulto Escévola que decia : *Nunca declararé enemigo de Roma al que la ha salvado de los Cimbros.*

Sila ataca á Roma.

Habiéndose reunido los comicios, y usando Sila de la palabra, como sí no hubiera corrido una gota de sangre, propuso que ninguna ley fuese presentada al pueblo sin haber obtenido ántes la aprobacion del Senado; que los comicios no se reuniesen en adelante por tribus, sino por centurias; que nadie pudiera ejercer otra magistratura despues de haber sido tribuno, y que fuesen derogadas todas las leyes de Sulpicio. Enmudecia el Senado poseido de asombro; el pueblo manifestaba su descontento eligiendo magistrados opuestos á Sila, y este fingia complacerse de ello, como si tal conducta probase la libertad que habia restituido á sus elecciones. Con efecto, C. Octavio, amigo de Sila, tuvo por colega en el consulado á L. Cinna, su enemigo; el cual, sin embargo, habiendo subido al Capitolio y lanzando una piedra, dijo que si alguna vez manifestaba hostilidad contra Sila, se le arrojase de Roma, como él arrojaba aquella piedra.

Fuga de Mario.

Mandó entónces Sila perseguir al fugitivo Mario; y el vencedor de los Cimbros se vió reducido á huir, solo con su hijo y su yerno, de choza en choza, hasta que se embarcó en Ortea. Impelido á tierra en Circeo, anduvo errante mendigando su sustento, pasando la noche en los bosques, y ocultándose en los cañaverales del Líris para librarse de los enemigos enviados en su busca. Hallósele allí metido en el fango hasta los hombros, y echándole una cuerda al cuello, le llevaron á Minturno. No obstante, aquellos Italianos, acordándose de sus victorias y del interes que habia tomado por la causa de los aliados, no quisieron darle muerte, y probablemente inventaron la anécdota de que enviado un esclavo cimbro á inmolarlo en la prision, él le gritó : *¡ Miserable! ¿ te atreverás á matar á Cayo Mario?* y que el esclavo habia huido exclamando que no le era posible traspasar su pecho.

Los Minturnios por lo tanto dijeron : *Vaya adonde quiera á cumplir su destino : nosotros rogamos á los dioses que no nos castiguen por arrojar de nuestra ciudad á Mario tan necesitado y desnudo*, y le abandonaron en la playa. Allí encontró una nave que le trasladó á la isla Enaria, y luego á África, á cuyo punto su hijo Mario, salvándose de peligros no ménos inminentes, habia llegado tambien para impetrar el auxilio del Númida Jemsal. Hallábase protegido el fugitivo por la gloria de su nombre y ademas por el conocimiento que se tenia de que su partido abatido, pero no aniquilado, podia alzarse de nuevo, y vengarlo de un dia á otro; así fué que los magistrados romanos no se atrevieron á molestarle cuando le vieron sentado sobre las ruinas de Cartago : gran desgraciado sobre las ruinas de una gran ciudad desventurada (1).

Entretanto el jóven Mario era retenido prisionero, bajo apariencias de urbanidad, en la corte del rey de Numidia; hasta que, habiéndose enamorado de él una de sus mujeres, le ayudó á huir y á reunirse con su padre, en cuya compañía se embarcó para Italia. Allí habia defendido la causa de ambos Cornelio Cinna, firme y valeroso hasta pecar de imprudente, y que no obstante su juramento, hizo citar por medio del tribuno Virginio á Sila, para que diese cuenta de su conducta. No creyéndose, pues, seguro en Italia se embarcó para el Asia, con objeto de atraerse las legiones, venciendo á Mitrídates. Mas ya estaba dado el ejemplo : apoyándose Sila en los soldados, los habia acostumbrado á considerarse como hombres de tal ó cual general, no como defensores de la república : habia marchado un ejército contra la patria, señalando el camino por donde debian pasar César, Antonio y Augusto : habian principiado aquellas guerras civiles, en que se iba á combatir, no por la libertad, sino para entregarse en manos de un dueño.

CAPÍTULO VII.

La Bitinia, la Armenia, la Georgia, el Ponto. — Guerra civil.

Ahora exige el órden de nuestro relato que hablemos de muchos Estados menores que se habian formado en el Asia Anterior. Pertenecian á la Persia; pero cuando esta fué decayendo, varios gobernadores se declararon independientes, y en tal estado se conservaron á la caída de aquel imperio, por haber llevado Alejandro á otros puntos sus conquistas ántes de someterlos ó por haberse sublevado durante las guerras de sus sucesores. De este modo se formaron los reinos de Bitinia, Paflagonia, Pérgamo, Capadocia, Armenia y el Ponto; sin contar las repúblicas griegas de Heraclea, Sinope, Bizancio y otras vecinas; pequeños Estados, que experimentaron, como de costumbre, la influencia de los mas fuertes.

Heraclea.

Ya hemos hablado del reino de Pérgamo (2). Heraclea, colonia de Beocios (3), poderosísima en

(1) Como uno de los pocos pasajes poéticos de Plutarco puede leerse su novelesca descripcion de aquella fuga; y por el cúmulo de supersticiones que contiene, verán los hombres juiciosos cuán inconveniente es el consejo de formar á la juventud con la lectura de los *Hombres ilustres* de Plutarco.

(2) Véase ántes pág. 4.

(3) La peste asolaba la Beocia, y habiendo sido consultado el oráculo, respondió que se construyese una ciudad á orillas del Euxino en honor de Hércules. No quisieron obedecer aquellos hombres toscos; pero sufrieron la pena, pues entrando los Focidenses en su territorio, lo llevaron todo á sangre y fuego. Acudieron de nuevo al oráculo, y su respuesta fué que la misma cosa haria cesar la enfermedad y la guerra. Pensando que aludia á la colonia, enviaron una que fundó á Heraclea. — PAUSÁNIAS, V; Escoliasta de Apolonio; JUSTINO XVI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el mar, se negó á pagar el tributo que los Atenienses habian impuesto á todas las ciudades del Asia Menor bajo pretexto de mantener la escuadra comun. Enviado Lamaco para castigarla, taló su territorio; pero, sorprendido luego por una tempestad, se vió reducido á ponerse en manos de los Heracleos, que, en vez de tomar venganza, acogieron benignamente á los náufragos, les dieron libertad como prenda de paz. Primero fué gobernada Heraclea por la aristocracia, despues por el pueblo, y últimamente por tiranos; libre de estos, formó alianza con los Romanos, pero habiéndolos disgustado en la guerra contra Mitrídates, la destruyeron, y posteriormente fué poblada de nuevo por una colonia.

Bitinia. Situada la Bitinia entre el Bósforo de Tracia, el monte Olimpo y el Euxino, tenia por capital á Nicomedia, donde Constantino estableció mas adelante la sede del imperio, hasta que edificó á Bizancio. Pretendian los reyes de Bitinia ser descendientes de Nino, rey de Asiria, pero su
300. historia es incierta hasta Baso, que venció á Calanto, general de Alejandro Magno. Su sucesor Zipes repelió los ejércitos devastadores de Antíoco Soter, contra quien su hijo Nicomédes llamó al Asia á los Galos, y auxiliado de ellos venció á sus enemigos. Á su hijo Ziélas sucedió Prúsias, que en union de los Rodios devastó á Bizancio, é hizo la guerra á Euménes por consejo de Aníbal, hasta que para captarse la amistad de los Romanos les entregó este general: descendiendo luego de vileza en vileza, se presentó en Roma con el traje de liberto, permaneciendo en el umbral de la curia, y de-
257. clarándose esclavo de los padres conscriptos á quienes trataba de númenes salvadores. Obtuvo en recompensa vasos de plata, doscientos cincuenta buques apresados á Gencio, rey de Iliria, y la infamia debida á los que hacen traicion al infortunio, y se convierten en viles aduladores del poder. Nicomédes II imitó la maldad de sus antepasados, y al III le encontrarémos en guerra con Mitrídates.

Armenia. Estaba dividida la Armenia en grande y pequeña: la primera se extendia desde las montañas de la Georgia hasta el Alto Eufrátes: la
148. pequeña al Oriente, entre el Eufrátes y la Capadocia; y ambas estaban regadas por el Tígris y el Aráxes, rios de antiguo renombre. Si es verdad que se detuvo el arca de Noé en su montañas, debieron de formarse allí sociedades políticas desde muy temprano. Pretende Estrabon que rendia culto á los mismos dioses que la Persia y la Média; y Anais ó Tanais era allí especialmente honrada con templos riquísimos, y con la prostitucion, y segun el dicho de alguno, hasta con víctimas humanas.

Los Armenios han conservado bastantes tradiciones, aunque alteradas con la introduccion de los libros de los Hebreos. Desde muy antiguo tuvieron una escritura propia, leyeron y tradujeron libros griegos, caldeos y persas; y en la historia de Moises de Khoren es fácil encontrar muchas particularidades relativas á los pueblos del Asia, con tal que la crítica elimine las fábulas en que abunda. Cuéntase allí que Taglat, el mismo que el patriarca Togorma, nieto de Jafet, engendró á Heg, el cual saliendo de Babilonia, su patria, se estableció con su familia en las montañas de Armenia para libertarse de la tiranía de Belo, de Asiria, quien habiendo ido en su persecucion, encontró allí la muerte (1).

El sexto sucesor de Heg fué Aram, el cual alcanzó tanta gloria por sus proezas, que dió su nombre á la Armenia: venció á los Medos, ocupó la Asiria Septentrional, penetró hasta la Capadocia, donde fundó á Mozaca (*Cesarea*), y el Asirio Nino le concedió el primer puesto en Asia. Ofendida Semíramis de que Ara, hijo de Aram, hubiese desdeñado su amor, atacó sus Estados, y haciendo perecer al rey, se apoderó del territorio; por lo que la Armenia, si bien con príncipes propios, dependió de la Asiria hasta Baraoir, trígesimosexto sucesor de Heg, que se unió con Arbáces y Belésis contra Sardanápalo, llegando á ser de este modo príncipe absoluto. En tiempo del hijo de Baraoir se estableció en Armenia la poderosa familia de los Pagratidas, descendientes de un Hebreo conducido en clase de esclavo por Naducodonosor, y que se mantuvieron siempre en la categoría de los primeros sátrapas, llegando en el siglo IX á ser reyes de Armenia y de Georgia.

Recobró la Armenia su antiguo esplendor **Tigránes I. 565.**
por obra de Dikran, aliado de Ciro, cuyo hijo Vahakn ha sido celebrado por los poetas á causa de su fuerza prodigiosa, y colocado en el número de los dioses. El último príncipe de esta raza fué Vahe, que murió peleando contra Alejandro. Confió el monarca macedonio el gobier-
no de la Armenia al Persa Mitrino; pero durante **323.**
las turbulencias que se siguieron, sacudieron el yugo los naturales, y eligieron por su caudillo á Ardoátes. Despues de la muerte de este dominaron el país los reyes de Siria, pero Ar-
taxias se sublevó contra Antíoco el Grande, y con- **189.**
servó la corona en su familia, consolidando su autoridad con las conquistas.

No habia trascurrido mucho tiempo, cuando Mitrídates I, rey de los Partos, de la familia de los Arsácidas, habiendo vencido á los reyes de Siria y llenado de espanto el Asia, instituyó por rey de Armenia y de la Atropatena (*Agerbiyan*) á su hermano Vagarchag (Valarsáces), que estableció su residencia en Nísibe, conquistó **, 18.**
gran parte del Asia Menor y hasta del Cáucaso, y dió en seguida á sus súbditos sábias leyes. Tigránes II, su biznieto, concibió el de-
signio de someter toda el Asia; y despues de **95.**
conquistar la Siria y muchas provincias del Asia Menor, atacó á los Arsácidas que reinaban en Persia, subyugó la Mesopotamia, la Adiabena, la Atropatena, tomó el título de rey de los reyes que llevaban los monarcas partos, y dió mucho que hacer á los Romanos.

(1) J. KLAPROTH, *Tableaux historiques de l'Asie.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sus vicisitudes nos han sido referidas, y ya veremos cómo su hijo Artasvádes alegró con su suplicio el triunfo de Cleopatra y de Marco Antonio. Alejandro, hijo de estos dos, ocupó el trono de Armenia, cuyos habitantes repelieron en breve á los extranjeros; pero, bregando entre los ejércitos de los Partos y la política romana, se agotaron sus fuerza, y muchos señores, que residian en los castillos de las montañas, poco dispuestos á obedecer á jefes débiles, se hicieron independientes.

32 d. C. Á la muerte de Abgar, Anan, su hijo, gobernó desde Edesa una parte del reino; obedecia la otra á su sobrino Sanadrug, que logró exterminar la descendencia de Abgar, y reinó solo en Nísibe. Despues de dos siglos de agitaciones, 252. fué conquistada la Armenia por Ardechir, primer rey sasánida de Persia, bajo cuya obediencia permaneció veintiocho años.

Geor- gia. Fueron en gran parte comunes las vicisitudes de la Armenia á la Georgia, una de las mas antiguas naciones del Asia, cuya historia ha sido conservada en libros antiquísimos, con arreglo á los cuales, y especialmente á los documentos custodiados en los conventos de Mtsketha y de Gelathi, mandó el rey Vahktanh V redactar una crónica á principios del siglo pasado. Segun ella, descienden los Georgianos de Togorma, lo mismo que los Armenios y los demas pueblos que habitan entre el mar Negro y el Caspio. Kártlos, su hijo, vino á la Georgia, estableciéndose en la montaña llamada despues Armazdi, por el ídolo que se adoraba en aquel punto, al Norte de la cual edificó su hijo Mtskétos la ciudad de su nombre, que con el tiempo fué capital de la Georgia. Á su muerte se suscitaron largas guerras de familia, y cada país tenia su jefe; pero el de Mtsketha era considerado como superior á los demas, aun cuando no llevaba el título de rey (*mep'he*), ni el de jefe del pueblo (*eristhawi*), sino solamente el de padre de la casa (*mama sakli*).

Olvidóse entónces al Dios creador para adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas. Los Kasaris (*Escitas*) llegaron por el Daguestan hasta la Georgia, talándola y haciéndola tributaria; posteriormente la avasallaron los Persas en tiempo de Feridun, y la guarnecieron de castillos. Despues de la muerte de este, los gobernadores (*eristhawi*) de la Georgia no volvieron á prestar obediencia á la Persia, hasta que Kai-kaus, marchando contra los Lesguis, la subyugó de nuevo, cuando los Hebreos salian de Egipto. Habiéndose vuelto á rebelar mas adelante, la sujetó otra vez Kai-kosru, despues de prolongadas luchas, asolando las ciudades y colocando allí sátrapas; pero miéntras él estaba ocupado en otras guerras, la Georgia recobró su independencia.

606. Muchos de los Hebreos esclavos de Nabucodonosor se refugiaron en la Georgia, donde introdujeron, del mismo modo que los habitantes del Turan (1), palabras, creencias y ceremonias nuevas, cayendo el país en la barbarie, hasta el punto de no tener en cuenta los grados de parentesco para los matrimonios, de comer indistintamente todas las carnes, y de devorar los cadáveres. Los tiempos sucesivos á estos ofrecieron alternativas de sumision y de rebeldía con respecto á los Persas, hasta que Alejandro marchó en persona, segun las tradiciones locales, al Cáucaso, sometiendo el país, y quitando la vida á todos los extranjeros, á excepcion de las mujeres y niños menores de quince años, á quienes llevó esclavos. Nombró gobernador de los Georgianos al Macedonio Azon, con órden de adorar al sol, á la luna y á los cinco planetas, pero de servir únicamente al Creador invisible; religion inventada por él.

Al morir Alejandro, repartió su reino entre sus cuatro generales, Antíoco, Romo, Bicintio y Platon; el primero recibió la Asiria, la Armenia y los países orientales, donde edificó á Antioquía; el segundo los países del Occidente, donde fundó á Roma; Platon obtuvo la ciudad de Alejandría, y Bicintio la Grecia, la Georgia y los países septentrionales, y construyó á Bizancio.

Azon, que vino á ser súbdito de este último, mudó la religion, adorando á Atsi y Ait, ídolos de plata, y exterminó á los Georgianos, cuyo valor temia mucho. Farnawaz, descendiente de los antiguos reyes, huyendo de aquella tiranía, halló un tesoro, y habiéndose coligado con los reyes de la Imeretia y la Mingrelia, levantó un 280? ejército de Lesguis y de Oxos, y se proclamó rey con ayuda de Antíoco. Concedió á los Griegos que le habian favorecido empleos y el título de Aznauros, esto es, pertenecientes á Azon, título que aun lleva la nobleza georgiana, pretendiendo descender de ellos. Se erigió tambien estatuas, designándolas con su nombre persa de Armazdi (1), y dirigió felicitaciones al pueblo.

Sus sucesores, queriendo introducir la religion de los Magos, desagradaron á sus súbditos, lo que produjo sediciones y guerras, hasta que Arschak, último vástago de Farnawaz, fué destronado por los Armenios, que pusieron en su lugar á Aderki. Bajo su reinado nació Cristo, cuyos apóstoles Andres y Simon difundieron allí el Cristianismo. Dos ramas descendientes de Aderki reinaron separadamente hasta el siglo II, en que fueron reunidas. Atpargur se ligó con Kosro, rey de Armenia, contra los Sasánidas de la Persia, y los venció; pero habiendo muerto sin hijos varones, los grandes de la Georgia ofrecieron la corona al hijo del rey de Persia Mirian, que vino á ser jefe de la dinastía Kosroviana, cuya dominacion duró hasta principios del siglo VIII.

El Ponto. El reino del Ponto tomó su nombre del Euxino, que lo limitaba al Norte, y lindaba al Mediodía con la pequeña Armenia, y por los otros lados con la Cólquide y el rio Hális. El primer rey de 320. que la historia hace mencion es Artabazo, ascendido al trono por Darío, hijo de Histáspes, y segun se decia, uno de los siete que aspira-

(1) Conviene cotejar estas tradiciones con las que hemos deducido del *Shah-Nameh*, tom. I, pág. 385.

(1) Probablemente el *Ormuzd* de los Persas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ron á la tiara de Persia, despues de la muerte del falso Esmérdis (1). Le sucedió Ródobates, despues Mitrídates I, y en seguida Ariobarzánes, que volvió sus armas contra Artajérjes, para hacerse dueño del Ponto y de las provincias circunvecinas. Ariobarzánes murió en tiempo de Alejandro, que se apoderó del aquel reino, aunque no tardó en recuperarlo Mitrídates II.

229. Mitrídates IV hizo la guerra á los Galos : el V hostilizó á Sinope, que fué tomada luego por Farnáces I, su sucesor. Reclamaron los Romanos contra esta ocupacion; pero él, léjos de oirlos, atacó al rey de Pérgamo, aliado de aquellos, y sostuvo la guerra con intrepidez, hasta que precisado á pedir la paz, le fué concedida bajo condicion de renunciar á toda alianza con la Galacia, evacuar la Paflagonia, restituyendo los ciudadanos que se habia llevado, devolver á Ariarátes, rey de Capadocia, las tierras que le tenia usurpadas, y pagar trescientos talentosá Euménes.

187. Mitrídates VI hizo alianza con los Romanos, les proporcionó socorros en la tercera guerra púnica, y se mantuvo fiel á su causa, cuando la victoria de Aristónico contra Craso produjo la rebelion en casi todos los Estados del Asia. Vilmente asesinado, dejó este príncipe el reino á Mitrídates el Grande. Mitrídates VII Eupator, apellidado el Grande con tanto derecho como Pedro de Rusia, aunque la falta de historiadores particulares, y la desdeñosa negligencia de los extranjeros, no nos permiten mas que adivinar sus vastos proyectos, y las mejoras que queria introducir en su país. Habiendo ocupado el trono á la edad de doce años, hizo al estilo oriental perecer á su madre y á sus parientes mas próximos; habituó su cuerpo y espíritu al trabajo; se casó con su hermana Laodicea, á quien despues condenó á muerte, como culpada de traicion, y recorriendo el Asia, y estudiando sus costumbres, leyes y habitantes, mereció dominarla.

Mitrídates el Grande. 123.

Ademas del Ponto, habia heredado la Frigia y las pretensiones de sus antecesores respecto de los países vecinos. La Paflagonia tuvo reyes particulares hasta Pileménes II (121), á cuya muerte Mitrídates se apoderó de ella, no obstante la oposicion de los Romanos. La Capadocia estaba regida al principio como monarquía sacerdotal, y así que la sujetaron los Persas, considerando lo difícil que sería gobernarla, le dieron por jefe un gran feudatario de su casa real. El décimo de estos fué Ariarato, vencido por Pérdicas, general de Álejandro. Su hijo, que tenia el mismo nombre, huyó á Armenia, desde donde reapareció en los tumultos que se sucedieron, y pudo recobrar una parte de los dominios paternos. Quedó de este modo la Capadocia independiente, si bien no dejaron de molestarla con frecuencia los reyes del Ponto, hasta que Mitrídates, con el pretexto de vengar Nicomédes, rey de Bitinia, la muerte de su cuñado Áriarato, señor de aquel país, á quien él mismo habia hecho asesinar, lo subyugó, y dió muerte con su propia mano á su sobrino y competidor : tan poca atencion ponia aquel hombre ambicioso en los medios para alcanzar sus fines.

351 320.

Receloso Nicomédes del engrandecimiento de su vecino, mandó á Roma á un hijo supuesto de Ariarato, quien, alegando los servicios de su padre, inducia al Senado á favorecerle; pero Mitrídates envió personas que descubriesen el fraude, empleando quizá los mismos medios con que combatió Yugurta las pretensiones de los nietos de Masinisa. El hecho es que el Senado, para quien ambas partes eran sospechosas, declaró independientes la Capadocia y la Paflagonia, y comisionó en seguida á Sila para que se presentase á Mitrídates con el carácter de embajador, pero en realidad para oponerse á sus designios : no pudo sin embargo impedir que el rey del Ponto colocase á su hijo en el trono de Capadocia, y que á la muerte de Nicomédes de Bitinia se apoderase de sus Estados. Pero habiendo un hijo natural de Nicomédes implorado el socorro de Roma, se enviaron ejércitos que lo repusieron en el trono de Capadocia, y á Ariobarzánes en el de la Paflagonia, como dos centinelas contra el infatigable Mitrídates. 94.

Este, que deseaba hacía tiempo tener un motivo de rompimiento con los Romanos, reunió un grande ejército y derrotó á los Bitinios y á las legiones de Casio y Aquilio; y luego, sin pérdida de momento, obligó á los Romanos á evacuar la Frigia, la Misia, el Asia propiamente dicha, la Caria, la Licia, la Panfilia, la Paflagonia, la Bitinia y cuantos países habian sometido, ó eran sus aliados hasta la Jonia. Estas regiones que aborrecian el yugo de los Romanos, con especialidad desde que Mitrítades les habia enviado sus prisioneros sin rescate, ensalzaron hasta las nubes al libertador, al padre, al dios, al único monarca del Asia. Los habitantes de Laodicea, con objeto de obtener su amistad, le entregaron á Q. Apio, gobernador de la Panfilia, mandándoselo encadenado, precedido por burla de los lictores y con todas las insignias de su dignidad. Pusieron en sus manos los Lesbios á Aquilio, á quien como sublevador de la Capadocia, hizo atar pié con pié con un malhechor público, y conducir sobre un asno entre su séquito hasta Pérgamo, donde se le destiló oro en la boca en castigo de su avaricia.

Avaricia de los Romanos.

Este era en afecto el vicio que hacía execrable la dominacion de los Romanos. Todo se vendia en Roma, y los caballeros, para reembolsar el dinero gastado en comprar dignidades é influencias, desangraban los países, así súbditos como confederados. Insultado Sila por Estrabon César, le dijo : *Me valdré contra ti de la influencia que me da mi empleo*, y este le respondió : *Tienes razon en llamarlo tuyo, pues que lo has comprado*. Un jóven que en-

(1) Parece en efecto que se observaba allí el culto del fuego, y veremos á Mitrídates, despues de una victoria, mandar encender grandes hogueras en las montañas al estilo persa. El nombre de aquel gran rey rebela su raíz de Mitra, y los Romanos lo suavizaron convirtiéndolo en Mitrídates.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

traba en la carrera de la migistratura pasando ántes por la edilidad, debia gastar sin medida en esta, para merecer los favores sucesivos del pueblo; así contraía deudas y pensaba en los medios de pagarlas y de contraer otras nuevamente. Nombrado pretor urbano, no teniendo que fallar sino sobre asuntos de poca importancia, á la vista del Senado, de los censores y de los tribunos, sus robos habian de ser mezquinos; pero sabía que despues se le confiaria el mando de una provincia, y la hipotecaba anticipadamente á sus acreedores. En llegando á ella, robaba, dilapidaba, se ponia de acuerdo con los exactores y usureros; se apropiaba ropas, cuadros y estatuas, de manera que, al volver á Roma, podia tener un espléndido palacio, con una galería que le hiciese aparecer protector de las artes, sentarse en la silla de marfil del Senado, dominar á mil esclavos, ascender á la tribuna y ser nombrado cónsul.

Estaba abierto el camino de las reclamaciones; pero ¿ cómo fiarse, cuando los mismos reos eran los que juzgaban? Por querer el pretor Aulo Sempronio Aselo reprimir la usura, fué asesinado en la plaza pública, sin que nadie hiciese la menor pesquisa para descubrir al autor del delito. Mucio Escévola, cónsul en Ásia,
92. citó á los publicanos á dar severa cuenta de sus crueldades y concusiones; mandó encarcelar á algunos; crucificó á un esclavo, cómplice de ellos, y los Asiáticos instituyeron una fiesta anual en honor suyo. Pues bien, los caballeros le juraron un odio mortal, é impotentes contra
Rutilio. 92. él, descargaron su cólera sobre Publio Rutilio Rufo, cuyos consejos habia seguido en esta ocasion, y precisamente le acusaron del crímen que él les habia imputado, consiguiendo hacerle condenar. Al frente de sus acusadores se encontraba aquel Apicio, cuya glotonería ha quedado como proverbio. Escudado Rutilio por la filosofía contra la mala fortuna, se retiró á Asia, donde fué acogido como un libertador : los habitantes de Esmirna le adoptaron. y aunque fué vuelto á llamar por su patria, no quiso volver á ella, y escribió en su retiro la historia de Roma en lengua griega. Al fin, M. Plau-
89. tio Silano presentó una ley, por la cual cada tribu debia elegir anualmente quince jueces, sacados sin distincion de entre los senadores, caballeros ó pueblo ; pero esta ley, que arrebataba á los caballeros el privilegio de la judicatura, fué causa de la guerra civil.

¡ Calcúlese, pues, la alegría de las ciudades de Oriente, viéndose libertadas por Mitrídates de semejante azote ! Todas las ciudades libres del Asia le abrieron sus puertas : acogiéronle en medio de aclamaciones Mitilene, Éfeso y Magnesia, y derribaron los monumentos erigidos por los dominadores. Pero como habia establecidos en las provincias muchos ciudadanos ro-
Matanza de los Romanos. manos, pensó el rey del Ponto desembarazarse de ellos con un solo golpe; y en virtud de una órden secreta, y en un dia determinado, fueron asesinados todos los que se pudieron haber á las manos, hombres, mujeres, niños, y esclavos. 88. Dividiéronse sus bienes entre el tesoro y los asesinos ; se declaró libres á los esclavos que degollasen á sus amos; se perdonó la mitad de sus deudas al que matase á los acreedores, y se condenó á muerte á todo el que hubiera ocultado á un Italiano. Horrorízase la humanidad al considerar tales atrocidades. Unos fueron arrancados de los altares de Éfeso ó del templo de Esculapio en Pérgamo, adonde se habian refugiado; otros fueron cogidos miéntras huían á nado hácia Lésbos, llevando á sus hijos sobre sus espaldas; despedazaban los Caunios con prolongados tormentos á los niños en presencia de sus madres, de las cuales unas perdian la vida ante semejante espectáculo y otras la razon; y no queriendo ejecutar tan bárbara órden los Tralios, encargaron su cumplimiento á un Paflagonio, que degolló á los Romanos en el templo de la Concordia. Algunos escritores hacen ascender á ciento cincuenta mil el número de víctimas de aquella jornada (1).

Asegurado en lo interior, dirigióse Mitrídates á someter las ciudades comarcanas. Encontró en Cos inmensos tesoros, traídos de Egipto por Tolomeo Alejandro; é intentó inútilmente tomar á Ródas, donde se habian refugiado los que escaparon de la matanza. Su general Arquelao ocupó á Aténas, donde ó dió muerte, ó hizo cargar de cadenas á los partidarios de los Romanos, é invadió en seguida á Délos, cuya guarnicion fué sorprendida y pasada á cuchillo. Sometiéronse tambien á Mitrídates la Eubea, la Macedonia, la Tracia, la Grecia y las islas, hasta las Cícladas; de modo que le obedecian veinticinco naciones, en cuyo número figuraban los Rossanianos, que son los Rusos de hoy, y él entendia y hablaba las lenguas de todos estos pueblos.

Era su intencion hacer con los Bárbaros de los alrededores del Euxino lo que Aníbal habia hecho con los pueblos de África, de España y de la Galia : disciplinarlos contra Roma. Llamado ya en sus primeros años por los Griegos para oponerse á una irrupcion de los Escitas, los expulsó, sometió á muchos pequeños príncipes, y se ligó estrechamente con las tribus de los Sármatas y de los Germanos hasta el Danubio, dominando así desde las Cícladas hasta la Rusia, al mismo tiempo que confinaba por las posesiones de su hijo con las soledades de la Laguna Meótides. Contrajo alianza y vínculos de parentesco con Tigránes, rey de Armenia : de contínuo sacaba de las orillas del Istro, del Cáusaco, del Quersoneso Cimerio (*Crimea*), nuevas hordas que llevar contra los Romanos, suministrándole dinero para comprarlas las ciudades marítimas y del interior, enriquecidas

(1) V. PLUTARCO, en *Sila;* APIANO en el *Mitridático*; CICERON *pro lege Manilia* y *pro Flacco* : los *Excerpta* de DION y de MEMNON : TITO LIVIO, VELEYO PATERCULO, FLORO EUTROPIO, OROSIO, VALERIO MÁXIMO. Algunos han imputado á Rutilio Rufo el haber aconsejado esta barbarie á Mitrídates; pero Ciceron (*pro Rabirio Posthumo*) le disculpa, y nos dice que se salvó disfrazado de filósofo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con la pesca del Euxino, con la fertilidad de la Táuride, con los cambios con los Escitas, y principalmente con el comercio de la India, que se hacía por el Oxo, el Caspio y el Cáucaso. Custodiaba el Ponto Euxino con cuatrocientos bajeles, y meditaba abrirse al Norte paso para Italia.

Sila en Grecia.

Roma vió el peligro, y confió el mando del ejército al que habia combatido con mas ardor contra los insurrectos de Italia, á Cornelio Sila. Aterraron á la sazon á Mitrídates espantosos prodigios. Una estatua de la Victoria preparada por los moradores de Pérgamo, para que á su tránsito le ciñera las sienes con una corona, cayó de improviso, y la corona se hizo pedazos. Habiendo mandado prender fuego á un bosque consagrado á las Furias, se oyeron salir de él estrepitosas carcajadas, sin que se pudiera descubrir quién las daba; y como declarasen los sacerdotes que convenia sacrificar á aquellas crueles divinidades una vírgen, esta se puso tambien á reir, de modo que no se atrevieron á consumar el sacrificio (1). Aun mas temor debieron infundir en Mitrídates las palabras de Mario, el cual yendo en su busca en tiempo de su mas próspera fortuna, y siendo consultado acerca de la guerra, le habia respondido : *Haz de manera ¡oh rey! que seas mas fuerte que los Romanos, ó dobla el cuello á su albedrío.*

Con efecto, ¿cómo habia de poder resistir aquella reunion tumultuosa de Bárbaros á la disciplina romana? Experimentaron en Queronea tal derrota, que Sila escribió en sus comentarios que habia dado muerte á ciento diez mil, sin perder mas que doce soldados : y la campaña terminó con otras dos batallas no ménos sangrientas en la Beocia. Conviene añadir que en el primer ejército, mandado por Arquelao, se contaban hasta quince mil esclavos fugitivos que pelearon desesperadamente (2).

Guerra civil. 87.

Pero miéntras Sila vencia en estos parajes, su partido sucumbia en Italia. Cornelio Cinna, que, como ya hemos visto, se habia declarado en contra suya, queriendo granjearse el favor popular, propuso nuevamente distribuir á los socios italianos en las treinta y cinco tribus. Octavio, partidario incorruptible del Senado (3), se opusó á ello : acabaron por acudir á las armas, y las calles de Roma se inundaron de sangre italiana. Dícese que perecieron hasta diez mil hombres, y los demas se vieron obligados á salir de la ciudad con Cinna y seis tribunos. El Senado depuso á Cinna, y este, habiéndose colocado al frente de los Italianos para sostener *la causa de los aliados*, pudo reunir bastantes hombres y dinero con que formar treinta legiones, y llamó á los desterrados y á Mario. Asustado el Senado con el nuevo peligro, acrecentó las fuerzas de la ciudad : entretanto llegó Mario á Telamon, siendo alegremente recibido por los Italianos; proclamó libres á los esclavos y alistó bajo su bandera á los campesinos mas robustos. Sertorio, uno de los mas valientes generales, se declaró á su favor, y los tres resolvieron atacar á Roma de comun acuerdo. Rehusando Mario toda especie de título y distinciones, y caminando abatido y como agobiado bajo el peso de indecibles padecimientos, abrigaba sin embargo en su corazon, y disimulaban mal sus ojos, el pensamiento de atroces venganzas.

Vuelta de Mario.

Pelearon ciudadanos con ciudadanos ante los muros de Roma ; dos hermanos, militando en opuestas filas, lidiaron entre sí, cayendo uno herido mortalmente por el otro; entónces el homicida conoció á su hermano, y arrojándose en sus brazos y recogiendo su postrer suspiro, exclamó : *Nos han separado los partidos ; que nos reuna la hoguera;* y se atravesó con la espada fratricida (1). ¡ Terrible símbolo de la suerte de los Italianos!

Los cónsules eran poco á propósito para la defensa : Pompeyo Estrabon, que hacía la guerra á los insurrectos á orillas del Adriático, fué llamado, y procedió con tal irresolucion que se concibieron sospechas de que su designio era dejar que se destruyesen ambos partidos para dominar él solo. Enviáronse, pues, órdenes á Metelo Numídico de terminar lo mejor que pudiera la guerra contra los Samnitas, todavía no domados, y regresar cuanto ántes; pero cuando estaba para convenirse con ellos, les ofreció Mario condiciones mas ventajosas, y empuñaron nuevamente las armas, de modo que Metelo tuvo que volver sin ejército á Roma.

Toma de Roma.

Aumentábase entretanto la desercion en las filas de los Romanos, y habiéndose asegurado Mario la posesion de las ciudades marítimas y de Ostía, bloqueó á Roma, que se vió obligada á rendirse á causa del hambre, la peste y el levantamiento de los esclavos. Ántes de entrar, quiso Cinna que se le reconociese de nuevo por cónsul : Mario se detuvo á la puerta, diciendo, que no cumplia penetrar en la ciudad á un miserable proscrito como él lo era ; pero aun no habian votado todas las tribus su llamamiento, cuando entró, mandando á una turba de esclavos dar muerte á todos aquellos á quienes devolviese el saludo.

Comenzó entonces una horrible carnicería : el cónsul Octavio y los mas ilustres senadores fueron asesinados, ademas de los amos, contra quienes los esclavos partidarios de Mario ejercieron las mas espantosas venganzas. Citarémos como una excepcion los de Cornuto, que habiendo ayudado á este á huir á su casa de campo, ahorcaron un cadáver, al que fingieron ultrajar, salvando de este modo á su amo. Cátulo, cuyo crímen era haber tomado una parte muy activa en la victoria sobre los Cimbros, se envenenó para quitar á Mario el placer de darle

(1) Plutarco, como de costumbre.
(2) Plutarco, en *Sila*.
(3) Para probar Plutarco cuán rigoroso observador era de la justicia, cuenta que estimulado á restituir la libertad á los esclavos en tan gran peligro, protestó que no permitiria jamas que los siervos formasen parte de la patria, despues de haber expulsado de ella á Mario por la defensa de las leyes.

(1) Orosio, V, 9.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

muerte. Habiéndose dirigido al templo el cónsul y gran sacerdote Merula, se despojó de las cintas sagradas, y sentado en la cátedra pontifical, se hizo abrir las venas, muriendo en medio de horribles imprecaciones y salpicando con su sangre los altares. Refugióse el orador Marco Antonio, maravilla de su tiempo, como le llama Ciceron, en la casa de campo de un fiel amigo, quien gozoso de recibir á tal huésped, envió á su esclavo á la taberna por un vino mejor. Este cometió la imprudencia de descubrir al posadero el nombre de aquel á quien su señor habia dado asilo, y el posadero le denunció. Acudieron entónces los satélites de Mario, y aunque un momento los contuvo la elocuencia y majestad del orador, al fin le degollaron. Abrazó Mario al verdugo que le llevó aquella cabeza, y la hizo exponer en los rostros, donde durante tantos años habia defendido la justicia, y donde poco tiempo despues debia colgarse tambien la de otro ilustre orador.

Alborotándose los esclavos al ver que tardaba el pago de los sueldos ofrecidos por Cinna, los hizo reunir Mario en el foro, y allí asesinar á millares. Ebrio, aunque no harto de sangre, elegido cónsul por la sétima vez, no pudo sin embargo librarse de la terrible venganza de los remordimientos que procuró inútilmente sofocar por medio de la bebida, hasta que una enfermedad de poco tiempo le llevó á la tumba, siendo de edad de 70 años. Sucedióle su hijo Mario, el cual mandó degollar á cuantos senadores se hallaban en Roma, y nombrar cónsul á Valerio Flacco, hechura suya, el cual se concilió el favor popular decretando que los acreedores debian contentarse con el pago de la cuarta parte de la deuda. Pero era preciso impedir la vuelta de Sila.

Muerte de Mario, 13 de enero de 86

Habiendo sitiado este general á Aténas, de la cual Ariston se habia hecho tirano, y viendo que le faltaba dinero, hacía que le enviasen los despojos de todos los templos, repitiendo á los Anfictiones que estarian mas seguros en sus manos, miéntras que chanceándose con sus amigos les decia, que estaba cierto de la victoria, pues los mismos dioses pagaban sus tropas. Extremecíanse de ira los Griegos, y recordaban que Flaminio, Acilio y Paulo Emilio se habian abstenido de tocar á los objetos sagrados. Pero estos habian sido legalmente nombrados, tenian á sus órdenes tropas sobrias y disciplinadas, y dotados de un alma grande y acostumbrados á vivir frugalmente, hubieran considerado igual cobardía condescender con los soldados que temer al enemigo. Por el contrario, los actuales jefes debian su engrandecimiento á la violencia ó al dinero; y así tenian que contemporizar con sus fautores, y venderlo todo para comprar ya votos en la plaza pública, ya un apoyo en el ejército; Sila cabalmente habia sido el primero en dar el ejemplo en grande de estas corruptoras liberalidades.

Sila en Aténas. 87.

Acosados los Atenienses por el hambre, enviaron á Sila embajadores que hablaron de Teseo, Codro, Maraton y Salamina, á los cuales respondió : *Guardad esos bellos discursos para la escuela ; yo estoy aquí para castigar á los rebeldes, y no para aprender vuestra historia.* Habiendo tomado luego por asalto la ciudad, merced á los traidores que nunca faltaron en las guerras de Grecia, la inundó de sangre, y queria destruirla; pero se dejó ablandar, perdonando á los vivos en consideracion á los muertos. 1° de marzo.

Sin embargo, miéntras triunfaba en Grecia, se encontraba proscrito en su patria, y le era preciso defenderse de los ejércitos de la faccion contraria, enviados para hacerle la oposicion ó acaso para matarlo. El cónsul Flacco, destinado al gobierno del Asia, derrotó al frente de numerosas tropas proporcionadas por los aliados á los capitanes de Mitrídates. Llevaba de teniente á Fimbria, hombre odioso por su insaciable crueldad, el cual quiso asesinar en los funerales de Mario al augur Q. Escévola, y habiendo errado el golpe, le citó á juicio; y preguntando todos con extrañeza de qué podia acusarse á un hombre tan irreprensible, respondió que le hacía cargo de no haber recibido en el cuerpo todo el puñal (1). No faltaron imitadores de esta lógica.

Teniente á la sazon de Flacco, se sublevó contra él, le derrotó y dió muerte, y colocándose al frente de las fuerzas del Asia, permitia para sostenerse toda clase de excesos á sus soldados y partidarios. Habiendo hecho cierto dia levantar horcas, y notando que el número de estas excedia al de los delincuentes, hizo coger á la casualidad algunos de los espectadores para llenar los puestos vacíos. Á pesar de todo, como no estaba exento de valor, venció á los generales de Mitrídates, y apénas le dejó tiempo de refugiarse en Pitana, donde lo sitió. Tenia necesidad para conquistar esta fortaleza del socorro de la escuadra; pero Lúculo, que la mandaba, y que era del partido contrario á Mario y Fimbria, se negó á ayudarle, lo cual permitió al rey del Ponto buscar un asilo en Mitilene. Apoderóse entónces Fimbria de Pitana; puso en seguida sitio á Troya y aunque Sila le intimó que la pordonase, la tomó por asalto, pasó á cuchillo la poblacion, y destruyó los edificios, alabándose de haber exterminado mas en diez dias que Agamemnon en diez años. 86.

Mitrídates, viéndose entre dos enemigos, hizo proposiciones á Sila, que deseoso por una parte de intervenir en los negocios de Italia, y por otra de arrebatar á Fimbria la gloria de la empresa, le dió oídos y consintió en conferenciar con el rey en Dárdano, ciudad de la Troade. Acudió allí Mitrídates con veinte mil hombres, seiscientos caballos, multitud de carros falcados y sesenta naves ; Sila llevó solo dos legiones y doscientos jinetes ; pero este dictó las condiciones, y aquel no tuvo mas remedio que aceptarlas. Se convino en que el rey retiraria sus 85.

(1) Ciceron, *pro Roscio Amerino.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tropas de todas las ciudades que no le estaban sometidas ántes de la guerra; que devolveria al hijo natural de Nicomédes la Bitinia, á Ariobarzánes la Capadocia, y todos los prisioneros, sin exigir rescate; que pagaria dos mil talentos y proporcionaria á Sila ochenta bajeles equipados con quinientos arqueros; por último, que no mostraria ningun resentimiento contra las ciudades ni contra los ciudadanos que se habian declarado en favor de los Romanos.

¿ Qué me dejas, pues? preguntó Mitrídates. *Te dejo, respondió Sila, la mano que firmó la muerte de cien mil Romanos.* De este modo dió Sila feliz término en ménos de tres años á una de las guerras mas peligrosas, durante la cual recobró la Grecia, la Jonia, la Macedonia y el Asia; declaró libres y aliados á los Rodios, á los Magnesios, Troyanos y Chiotas; mató ciento sesenta mil hombres á Mitrídates, y á querer hacerlo, habria podido cogerle á él mismo y evitar así treinta años de guerra á su patria. Fimbria, que rehusaba someterse, fué atacado por él y reducido á tal extremidad, que se dió muerte.

Sila, miéntras llegaba el momento de lanzarse sobre la codiciada Italia, saqueaba el Asia, á la que impuso una contribucion de veinte mil talentos (cien millones de francos), enviando soldados para que viviesen á expensas de los que se habian manifestado enemigos, y captándose el afecto de los combatientes por la condescendencia que mostraba con sus rapiñas y excesos. Despues de haber despojado los templos de Délfos, de Olimpia y de Epidauro, se alojaban los Romanos en los palacios, gozaban las suntuosas molicies del Asia, baños, teatros, esclavos y serrallos: y miéntras que la escuadra despedida por Mitrídates se habia dividido en escuadrillas que con sus piraterías consumaban la ruina del país, los soldados de Sila, entregándose á toda especie de crueldades, robos y libertinaje, dirigian sus miradas hácia la Italia para causar allí otros tantos estragos.

CAPÍTULO VIII

Dictadura de Sila.

Mandaba en Roma despóticamente Cinna, el cual sin recoger los sufragios, se declaró á sí
81. mismo cónsul por tercera vez con Papirio Carbon y distribuyó los empleos á quien quiso; pero él mismo se encontró dominado por las turbas, que Mario habia acostumbrado á la sangre, y que al cabo le dieron muerte.

Adelantábase Sila precedido de una fama terrible, acompañado de soldados avaros de botin y de emigrados ansiosos de venganza. Miéntras estuvo de la otra parte de los mares, proclamó que su deseo era restablecer el órden y devolver á los senadores sus prerogativas; pero cuando llegó á Bríndis con ciento veinte bajeles, cuarenta mil veteranos y seis mil caballos, sin contar algunas tropas reclutadas últimamente en Macedonia y en el Peloponeso, escribió al Senado recordando sus hazañas en las guerras de Numidia y en las de los Cimbros, los Socios latinos y Mitrídates. *¿ Y cuál ha sido el premio?* añadia: *Mi cabeza ha sido puesta á precio, degollados mis amigos, obligada mi mujer á andar con sus hijos errante léjos de su patria, demolida mi casa, confiscados mis bienes, anuladas las leyes que se hicieron durante mi consulado. Pronto me veréis á las puertas de Roma con un victorioso ejército dispuesto á vengar mis ultrajes y castigar á los tiranos y á sus satélites.*

No habia mas recurso contra semejantes amenazas que levantar ejércitos, y Roma reunió cien mil hombres á las órdenes de los cónsules Norbano y Escipion; pero el ejército del primero fué derrotado, y el del otro se pasó á Sila, al cual se asoció tambien el jóven Cneo Pompeyo, con los muchos clientes que tenia en el Piceno, venciendo tres ejércitos que trataron de cerrarle el paso. Sila honró al afortunado jóven con el título de emperador, y le envió á triunfar á la Galia Cisalpina, á Sicilia y al África. Pompeyo emperador.

Los partidarios de Mario no sabian qué hacer en tal conflicto, viendo diariamente á las tropas y á la flor de los ciudadanos correr á alistarse bajo las banderas de Sila. Por temor de que los imitase Sertorio, excelente espada, le enviaron á España, y en seguida Carbon. Norbano y Mario reunieron todos sus esfuerzos para enderezar la nave zozobrante. Indujeron á Poncio Telesino, valeroso capitan, á que los socorriese con cuarenta mil Samnitas, resto de la guerra social; pero, aumentándose las deserciones con la de todos aquellos que se declaran siempre por el mas fuerte, tuvo que sucumbir el partido popular. Refugióse Mario en Preneste; libre Norbano á duras penas de las asechanzas de uno de sus oficiales, huyó á Ródas, donde se suicidó, temiendo que le entregasen al enemigo; y Carbon lleno de espanto se retiró á África.

Sila, con Pompeyo y sus soldados, vencia en todas partes; y habiendo entrado en Roma sin oposicion, reunió al pueblo quejándose de cuanto habia sufrido, sustituyó en los empleos sus amigos á los de Mario, y contentándose con dirigir amenazas, volvió al teatro de la guerra: guerra terrible en que por una y otra parte se derramaba sangre italiana, guerra en la cual los partidarios de Sila sabian que cuantos mas enemigos exterminasen, mas tierras y oro tendria su general á su disposicion con que recompensarlos. Acudió Telesino con sus valientes para sostener á Preneste; pero, informado de que se disponia el ejército de Sila á cortarle el paso, se encaminó derechamente á Roma, sabiendo que se hallaba indefensa, y declaró que no trataba de pelear en favor de Mario ni contra Sila, sino por la causa italiana, para vengar á los asesinados en la guerra social, y exterminar á Roma, la soberbia tirana de Italia. Todos los ciudadanos salieron con Sila ocupa á Roma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

armas, pero fueron rechazados; Sila, que llegó á la sazon, vió á los suyos en fuga, y él mismo estuvo á punto de perecer; pero habiéndose empeñado de nuevo el combate, alcanzó la victoria, y Telesino, último héroe de la causa italiana, sucumbió en la pelea.

Despues de la muerte de este, creyó Sila que no tenia ya enemigos, y aflojó la rienda á sus crueldades. Tres mil de aquellos Samnitas ofrecieron rendirse, y él los admitió bajo la condicion de que degollarian á aquellos de sus camaradas que no quisieran seguirlos: hiciéronlo así, y cuando doblado su número tornaron ante él, los llevó á Roma, y allí, encerrándolos á todos en el circo, los mandó asesinar. Habia reunido el Senado en el templo de Belona, próximo al sitio de la matanza, y como llegasen hasta allí los gritos de los degollados, dijo: *No os alteréis, no es nada: son unos cuantos facciosos que he mandado castigar*, y continuó su discurso.

¡Terrible exordio de crueldades inauditas! Apénas se hubo rendido Preneste, donde Mario puso fin á sus dias, estableció Sila un tribunal para juzgar á los Prenestinos que le habian sido contrarios, oyéndoles únicamente para dar alguna apariencia de legalidad á los asesinatos. Viendo luego que así se dilataba la terminacion del negocio, mandó encerrar juntos á muchos miles de ellos y degollarlos, asistiendo él en persona á tan horrible ejecucion y complaciéndose en presenciarla. Uno de aquellos infelices, á quien quiso salvar la vida, por pertenecer á una familia de la cual era huésped, le respondió con nobleza: *No quiero deber la vida al verdugo de mis compatriotas*, y se mezcló con los que caminaban á la muerte. Temiendo los habitantes de Norba, en Campania, una suerte semejante á la de los Prenestinos, incendiaron sus casas y perecieron en union de la patria.

Con esto acabó la guerra social, á que no se habia podido dar fin hasta entónces; concluyó tambien la guerra civil; y Sila, de vuelta á Roma, convocó los comicios, y dijo: *He vencido. Los que me obligaron á armarme contra la ciudad, expiarán hasta él último, á costa de su sangre, toda la que he derramado.*

¡Expiar con nuevas crueldades las pasadas! Viéronse al dia siguiente puestas de manifiesto tablillas en que estaban inscritos los nombres de cuarenta de los principales senadores y de mil seiscientos caballeros, entregados al hierro del primero que los encontrase. Cada asesino recibia dos talentos, ya fuera un esclavo que hubiese dado muerte á su amo, ya un hijo que hubiese quitado la vida á su padre: eran confiscados los bienes y declarados infames los hijos hasta la segunda generacion; y se consideraba reo de muerte á todo el que salvase la vida de un hermano, de un hijo, de un padre proscrito. Al siguiente dia fueron inscritos en las tablillas doscientos veinte mas, é igual número al dia inmediato: los malvados se aprovecharon de la ocasion para deshacerse de sus enemigos particulares, y la codicia vino al apoyo de la venganza, que fué atroz y careció de objeto. Los templos no libertaban del golpe de los asesinos: el delito de la mayor parte consistia en tener palacios, termas, jardines, cuadros, una opulenta herencia, una mujer hermosa. Leyendo un ciudadano las listas de proscripcion, encontró en ellas su nombre y exclamó: *¡Infeliz de mí! ¡Mi predio Albano me persigue!* Á pocos pasos de allí fué degollado. El senador Lucio Catilina, de quien tendremos que hablar mucho, habia quitado la vida á su hermano para obtener su herencia, y á fin de borrar su delito, hizo que Sila le incluyese en las tablillas, presentándole en compensacion otras cabezas, y entregándole un pariente de Mario, que fué azotado por las calles de Roma, y arrojado al Tíber, despues de cortarle las manos, las orejas y la lengua, y de machacarle los huesos. Mostró compadecerse de él un ciudadano llamado Marco Pletorio, y fué muerto en el acto. Catilina, que llevó su cabeza á Sila, obtuvo una recompensa, y luego se dirigió á lavar sus manos ensangrentadas en la pila del agua lustral á la entrada del templo de Esculapio.

Aquel Marat aristocrático, que creía que la república y las costumbres debian regenerarse con sangre, despues de haber muerto á nueve mil senadores, caballeros ó ciudadanos, declaró que solo habia proscrito á aquellos de cuyos nombres hacía memoria, y que en cuanto á los demas, ya les llegaria su turno. Entónces Cayo Metelo le dijo en el Senado: *Nosotros no intercedemos en favor de aquellos á quienes piensas matar; pero sí te suplicamos saques de la incertidumbre á los que quieres dejar con vida.* Habiendo respondido Sila friamente que aun no habia resuelto á qué personas debia perdonar, dijo Metelo: *Nombra á lo ménos aquellos á quienes no quieres dar muerte.* Y Sila contestó: *Lo haré.*

Las ciudades que se habian pronunciado en contra suya experimentaron tambien parte de su frenética venganza; unas fueron desmanteladas, otras obligadas á pagar enormes multas, otras vieron proscritos á todos sus moradores: especialmente la Etruria, exenta hasta entónces de colonias, fué entregada á la codicia de los soldados. En Espoleto, Interamna y Fiésole, fueron confiscados los bienes de todos; y una nueva ciudad destinada á ser rival de Fiésole fué edificada en el valle del Arno, y llamada Florencia por el nombre misterioso de Roma.

Entretanto Pompeyo hacia la guerra en Sicilia, que, abandonada por Perpenna, acabó por rendirse. Trasladóse Carbon de África á la isla Cosura, donde fué conducido á presencia de Pompeyo, quien olvidando sus antiguos beneficios, ó acordándose demasiado de ellos, le humilló, y en seguida le mandó dar muerte, si bien dejó á todos los demas el medio de huir. Amenazando exterminar á los habitantes de Himera, como fervientes partidarios de Mario y de Carbon, su primer magistrado Esteno le

(c) Instituto Cervantes de Madrid

manifestó que era injusto castigarlos á todos por el delito de uno solo. *¿Quién es ese uno?* preguntó Pompeyo. *Yo, que los excité contra Sila.* Movido Pompeyo al ver tanta generosidad, los perdonó.

Despues de haber aterrado á los Romanos con tantos suplicios, se retiró Sila al campo, rogando al Senado que eligiera á quien quisiese por interino. Recayó la eleccion en Valerio Flacco, su hechura, el cual de inteligencia con Sila propuso que se confiára á este la dictadura, que estaba olvidada hacia ciento viente años; y el Senado, con la acostumbrada libertad, le aclamó dictador, y le erigió una estatua ecuestre en el foro, donde aun goteaban sangre las cabezas de tantos ilustres ciudadanos. Él, como para insultar á la Providencia remuneradora, se apellidó *Afortunado*, y habiéndole nacido dos gemenos, los llamó *Fausto* y *Fausta*. — ¡Tanto dista de la verdad el que cree que las acciones hallan en la tierra su recompensa!

Sila dictador. 82.

Con Sila se consumó el triunfo de Roma sobre la Italia, de los nobles sobre los ricos. No se trataba ya, como en las leyes agrarias, del campo público, sino tambien de las propiedades particulares, que habian sido quitadas á sus dueños para remunerar con ellas á los soldados. Estos, en realidad, no eran ya ciudadanos, prontos en caso necesario á abandonar el campo para ir á combatir : el arriesgar la vida en expediciones lejanas, por la gloria y no por la defensa de la patria, habia dejado de considerarse como deber del ciudadano, y mucho ménos el lidiar contra otros ciudadanos. Fué, pues, indispensable estimularlos con donativos; y por la primera vez, despues de la conquista de Cartago, distribuyó el Senado á los que habian militado en África y en España dos yugadas de tierra por cada año de servicio; primer ensayo de colonias militares. Con iguales promesas se habia proporcionado Sila partidarios, obligándose de consiguiente á matar á los antiguos poseedores. Las inmensas fortunas acumuladas por los caballeros, merced al pillaje de las provincias, fueron á parar á manos de aventureros ó de senadores, que habian sostenido, aquellos con la espada y estos con la intriga, la causa de la aristocracia. Ciudades enteras cayeron para siempre, y en los campos sucumbió la poblacion libre que quedaba. Una vez poseedor tranquilo del poder, declaró Sila que queria restaurar la antigua república y restituir su vigor á las leyes primitivas; y en efecto, en los dos años de su dictadura, reformó el Estado, devolviendo su predominio al gobierno, destruyendo el que la plebe habia adquirido en tantos siglos, y reprimiendo en su orígen las pretensiones populares.

Leyes cornelias.

Regularizó la eleccion para las primeras magistraturas, fijando en ocho el número de pretores, y en veinte el de los cuestores; se podia llegar á la pretura ántes de haber sido cuestor, pero no al consulado, sin pasar primero por aquella. Ató las manos á los tribunos, privándoles de la autoridad legislativa con abolir los comicios por tribus y prohibirles que hablasen en pró ó en contra de la ley propuesta; y hasta contribuyó á que fuese ménos ambicionado este cargo, mandando que el que lo hubiese desempeñado una vez no pudiera aspirar á ningun otro. Limitó el poder de los gobernadores en las provincias, y puso freno a sus exacciones; restituyó al Senado la autoridad judicial y la eleccion de los pontífices, y quitó á los Latinos y á la mayor parte de las ciudades italianas el tan apetecido derecho de ciudadanía. Á fin de llenar el vacío que habian dejado tantos ciudadanos muertos en las guerras civiles, ó mas bien para rodearse de hombres adictos á su persona, emancipó é hizo ciudadanos á diez mil esclavos que llevaron todos su apellido de Cornelio. Habiendo sido quemados los libros Sibilinos, envió á recoger los fragmentos que existian en las ciudades de Ilion, Sámos y Eritrea, formando de ellos una nueva compilacion que confió á quince personas. Obligábase á todos á aceptar sus reformas, fuesen las que fueran. Un dia que halló alguna oposicion, contó la fábula siguiente : *Sintiéndose un aldeano molestado por los piojos, se quitó la ropa y mató los insectos : volvieron á picarle y él destruyó muchos mas que la vez primera : por último, viendo que no cesaba la picazon, los orrojó con vestido y todo al fuego : cuidad de que no os suceda lo propio.*

Y de que estaba dispuesto á llevar á cabo sus amenazas, es una prueba Ofella, que fiado en los importantes servicios que le habia prestado, osó contradecir al dictador, y este desde su tribunal ordenó á un centurion que le cortára la cabeza. En efecto, ¿no era dictador elegido por el pueblo y por el Senado, segun las formas legales, y árbitro, como tal, de la vida y hacienda de todos, de destruir ó edificar ciudades, de derrocar ó crear reyes? Mario se dejaba arrebatar por la fogosidad de la pasion; pero Sila mataba con regla y legalidad.

Sosteníase todavía el partido de Mario en África, donde Domicio Enobarbo le habia conseguido un aliado en el Númida Yarba. Enviado Pompeyo contra ellos, mató al primero, é hizo prisionero al segundo. Concibió celos el anciano Sila del victorioso jóven, y le ordenó que regresase : obedeció Pompeyo inmediatamente, y satisfecho con esto el dictador, le confirió el título de Grande, permitiéndole al fin, aunque no sin dificultad, el triunfo.

Continuaba Sila proclamándose dichoso, y como último desprecio á la humanidad conculcada, abdicó la dictadura, y vivió en clase de simple particular en medio de un pueblo al cual habia diezmado. Admírase indebidamente este acto como una muestra de valor (1). Habia

Abdicacion de Sila. 79.

(1) « Nada mas heróico puede imaginarse que su abdicacion. El ciudadano mas virtuoso y de mas celo por la libertad de su patria, ¿hubiera podido hacer mas por ella? Seguro que no. — El partidario mas ardiente de la libertad no hubiera podido

(c) Instituto Cervantes de Madrid

introducido en el Senado trescientos miembros, que eran hechuras suyas : prosperaban en Roma diez mil Cornelios, convertidos de esclavos en ciudadanos con una sola palabra pronunciada por él : se hallaban esparcidos por Italia ciento veinte mil veteranos, que primero habia conducido á la victoria y despues hecho propietarios, los cuales tenian interes en conservar una vida de la que dependia toda su fortuna : por último, la muchedumbre estaba poseida de terror ó avezada al yugo. Fué, pues, una escena de comedia y no otra cosa la que representó cuando, despues de reunir al pueblo, dijo : *Romanos, os devuelvo la autoridad que me habéis conferido sin límites, y os dejo gobernaros por vuestras propias leyes. Si alguno de vosotros quiere que rinda cuenta de mi administracion, estoy pronto á hacerlo.* Despidiendo en seguida á los lictores, se paseó como simple ciudadano, sin que nadie osára insultarlo. Solo un jóven aturdido le dirigió injurias, y él oyéndolas exclamó : *Este será causa de que ninguno abdique en adelante la dictadura.*

Dividiendo su tiempo en el retiro entre el estudio y los placeres, escribió sus comentarios, redactó un código para los habitantes de Pozzuoli, contrajo una infame amistad con el cómico Roscio, el bufon Sorix y Metrobio que hacía el papel de mujer en las comedias, pasando en su compañía los dias y las noches en beber, consultar adivinos, celebrar los ritos griegos, y hacer aun cosas peores. Por intervalos se despertaba su carácter feroz y el deseo de manifestar que no habia abdicado sino en apariencia; así, tardando en rendir cuentas el cuestor Granio, le hizo ahorcar junto á su lecho, donde le tenia postrado una extraña enfermedad de piojos que lo llevó al sepulcro.

Muerte de Sila. 78.

Celebró su victoria sobre Mitrídates con un triunfo que duró dos dias, tan espléndido que hacia tiempo no habia visto Roma otro igual. Llevâronse en él quince mil libras de oro, y ciento quince mil de plata, robadas á la Grecia y al Asia; ademas trece mil de oro y siete mil de plata, salvadas por Mario en el incéndio del Capitolio, y recobradas en Preneste; y ofreció juegos tan magníficos que quedaron desiertos los de Olimpia (1). Sus funerales tuvieron el aspecto de un nuevo triunfo. Llevado por cuatro senadores en un magnífico féretro, yendo alrededor los colegios de los sacerdotes y las Vestales, detras el Senado y los magistrados con las insignias de su dignidad, y por último los caballeros y sus veteranos, pasó de Cúmas á Roma, en medio de los himnos de alabanza que le cantaban alternativamente, de las exclamaciones de dolor, y de las coronas de oro que le enviaban las ciudades, las legiones y sus admiradores. Fué sepultado en el campo de Marte, como los antiguos reyes, de los cuales solo le faltó el nombre, y se pusó en su sepulcro una inscripcion diciendo que nadie le habia sobrepujado en dañar á sus enemigos, ni en hacer bien á sus amigos.

Dotado de insignes cualidades, tan hábil en la paz como en la guerra, en la sedicion como en el consejo, caminó siempre hácia un objeto determinado, la restauracion de la aristocracia : pero aun en vida suya vió caer muchas de sus leyes, y no bien hubo muerto, se desmoronó su edificio político, descomponiéndose la unidad que habia reconstruido con mano de hierro. El poder legislativo habia pasado del pueblo á los comicios centuriados, ó sea á los nobles; pero los patricios, á quienes pensó favorecer, eran plebe recientemente ennoblecida, viciada hasta la médula de los huesos. La única nobleza que quedaba á la sazon era la de los ricos; pero esta es siempre aristocracia ménos sólida, porque la movilidad del elemento que la constituye no permite á la opinion echar raíces : sus mismos partidarios debian hacer pasar en breve el poder á otros. Ni Sila, aspirando al restablecimiento de lo pasado con la aristocracia, ni los Gracos que trataban de conseguir este objeto por la democracia, habian visto la necesidad de un elemento intermedio, el único que hubiera podido mantener la paz con el equilibrio.

Aquellos soldados, á quienes él habia enseñado á enriquecerse con la espada y á sostener á los generales contra la patria, se habian aficionado á las empresas atrevidas y arriesgadas, que ofreciesen ocasion de envolverse en una nueva guerra civil, de robar, de proscribir. Á las muchas familias empobrecidas por esta les parecia que tardaba el momento de sublevar al Estado para reponerse de las pérdidas que habian sufrido. Las inmensas riquezas traídas de Asia excitaban á volver á desangrarla con los gobiernos, ó á saquearla con las armas; y la prosperidad del éxito alentaba á jóvenes audaces y de fortuna, como Lúculo, Craso, Pompeyo, César, convencidos con el ejemplo del dictador de que Roma podia sobrellevar un amo.

CAPÍTULO IX

Sertorio. — Segunda y tercera guerra mitridática.

Apénas habia cerrado Sila los ojos, cuando Emilio Lépido intentó derogar sus leyes y reanimar el partido italiano; pero Lutacio Cátulo, el otro cónsul, se le opuso con fervor y hasta con ferocidad; por lo que el Senado creyó que debia obligarles á jurar que no obrarian el uno contra el otro Enviado el primero á la Galia Narbonense, se detuvo en Etruria, alistando multitud de soldados, con los cuales se presentó en Roma para solicitar la confirmacion del consulado; pero puesto en fuga por Cátulo y Pompeyo, pasó á Cerdeña, y se proponia llevar la guerra á Sicilia, cuando su muerte libertó á la república del temor que pudiera inspirarle. Tambien M. Junio Bruto, que se habia insurreccionado en la Galia Cisalpina á favor de la-

hacer mas bello sacrificio. » *Hist. univ. de los literatos ingleses.*

(1) Plutarco y Apiano.

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

misma causa, fué hecho prisionero en Módena por Pompeyo, y decapitado; y los partidarios de Sila pudieron asegurarse el goce de sus bienes, en cuya defensa habian tomado las armas.

Con mucha mas energía era sostenido el partido de Mario y de los Italianos en España, donde Q. Sertorio unió hábilmente su causa á la de la independencia nacional. Pertenecia Sertorio á la clase plebeya de Norcia, y habia seguido las sendas por donde acostumbraban marchar los jóvenes romanos, el foro y la guerra; primero patrocinando causas, y combatiendo despues contra los Cimbros, en cuyo campamento se atrevió á penetrar como espía, arrojo que le conquistó el afecto de Mario. Militó con gran reputacion en España, y nombrado cuestor en la guerra de los aliados, levantó prontamente un ejército, perdió un ojo en el combate, y fué recibido en el teatro con estrepitosos aplausos. Mezclóse en los partidos políticos; se declaró por el de Mario, y luego, cuando lo vió declinar, corrió á la Iberia para impedir su ocupacion y proporcionar un asilo á sus amigos. Con este objeto compró el libre paso por sus montañas á los Alpinos, y á los que le censuraban por ello, respondió: *Nunca paga caro el tiempo quien medita proyectos grandiosos.*

Sertorio.

España.

Jamas la España se habia doblegado al yugo, ántes bien protestaba de contínuo sangrientamente contra sus dominadores. Enviado el cónsul Tito Didio á apaciguarla, trató bárbaramente á los naturales, y concibiendo sospechas de los que poco ántes habian sido conducidos á Colenda para formar allí una colonia, les prometió otras tierras; pero en cuanto llegaron al campamento con sus familias, mandó separar á los hombres de las mujeres y de los niños, y en seguida ordenó á sus legionarios que los degollasen. Hízose así: Roma aprobó aquella matanza; corrieron á las armas los Celtíberos; pero hubieron al fin de ceder y tascar el freno. Hallando, pues, Sertorio al país malísimamente dispuesto contra los gobernadores insolentes y codiciosos, supo granjearse el afecto de los Iberos tratándolos con cortesía, eximiéndolos de alojamientos y administrándoles justicia.

Dueño Sila de Roma, mandó á Cayo Annio para que expulsase á Sertorio; pero este se sostuvo en aquel país, á propósito para la defensa, hasta que, abrumado por el número, se trasladó á África, de donde no tardó en volver por haberle matado los Bereberes los soldados que llevó consigo. Otra vez repelido, pensaba pasar el Estrecho y dirigirse á las islas Atlánticas ó Afortunadas, donde, segun las relaciones de algunos mercaderes, se gozaba de deliciosa temperatura, soplaban vientos suaves y llenos de rocío, era el terreno fertilísimo, y crecian espontáneamente los frutos (1); pero aquella paz que buscaba desaparecia, como los sueños de la juventud, dejándole en su lugar terribles conflictos. Primeramente asedió en África á Tíngis (*Tanger*), y á pesar de los partidarios de Sila, la tomó y trató con generosidad. Llamado entónces por los Lusitanos contra Annio, rechazó sucesivamente con ocho mil hombres á seis generales que tenian á sus órdenes ciento veinte mil infantes, seis mil caballos y dos mil arqueros, y engrosado su ejército por los pueblos deseosos de libertad y por los descontentos de la conducta de Sila, derrotó á los Romanos, y constituyó en la Lusitania una república, con un Senado compuesto de los mas distinguidos Italianos refugiados en su campamento, entre quienes elegia los cuestores y las demas magistraturas, no concediendo sin embargo ninguna autoridad á los Españoles, aunque se servia de sus armas y de su brazo. Razon tenia en decir, comparando su Senado firme é independiente con el de Roma, sometido á Sila: *Roma no existe ya en Roma, sino donde yo me encuentro.*

Exento de las pasiones ruines que deshonraban á los demas jefes del pueblo, no se dejaba arrastrar ni ablandar por el deleite, el miedo ni la venganza: generoso en las recompensas, prudente en los castigos, dotado de un valor heróico, ningun Español conocia mejor que él los atajos y veredas; ningun cazador le vencia en correr por las montañas; no cedia á ningun capitan en el arte de variar la táctica segun el terreno y el enemigo, de evitar los encuentros, perseguir al adversario, atraerle á una emboscada, equilibrar el poder de los ejércitos con un puñado de valientes, hasta conducirlos á parajes donde la pesada legion no pudiese maniobrar libremente, y le faltasen los víveres y el agua. Vestido de espléndidas armas, cortaba las marchas al enemigo, molestaba los campamentos, asediaba á los sitiadores; unas veces se presentaba en las trincheras enemigas y retaba al general, otras atravesaba disfrazado por su campo; era, en una palabra, un nuevo Viriato.

Sabía al mismo tiempo ganarse el afecto de los Españoles: si peleaban, los proveía de hermosas divisas y de mucho dinero: reunió en Osca á los hijos de los principales ciudadanos, y los hizo educar en las artes liberales, vestir perfectamente, y galardonar del mismo modo; así miéntras que á él le servian de preciosos rehenes, gozaban sus padres viéndolos instruirse y difundir la civilizacion en el país natal. Tambien habia adoptado el traje, el idioma y las creencias de los Españoles; mantenia rigorosamente la disciplina; é informado de que una Española habia sacado los ojos á un soldado que queria violarla, y que la cohorte á que pertenecia pretendia vengarlo imitando su brutal ejemplo, la condenó toda á muerte para que sirviera de solemne escarmiento á las demas.

Era costumbre de los generales españoles tener escuderos adictos, que morian al morir ellos (1): Sertorio los tuvo á millares que en me-

(1) ¿Serán las Canarias? Es dudoso. La descripcion que de ellas hace Plutarco en *Sertorio* conviene con la de Homero, pero no se adapta al verdadero estado de ningun país de los entónces conocidos.

(1) Acontecia lo mismo entre los Galos, y los llamaban *Scutarii* (saldunes), Ces. *De bello galo.* III, 22. En Ceilan y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dio de los peligros no pensaban sino en salvarle á él. Para obtener pronta obediencia y un crédito sobrenatural, dijo que habia descubierto los huesos del Libio Anteo, cuya estatura era de sesenta codos, y recibido ademas de Diana el regalo de una cierva, por la cual se hacía revelar las cosas de que le informaban buenos espías, y sugerir lo que á su prudencia parecia oportuno. Otras veces indicaba su deber á los soldados por medio de parábolas que tanto poder tienen en los ánimos vulgares. Queriendo disuadirles de los combates precipitados, mandó traer un corcel vigoroso, y dijo á un hombre de los mas robustos que le arrancase la cola. Despues que este hubo empleado inútilmente todos sus esfuerzos, se la hizo quitar toda cerda á cerda por un débil anciano, demostrando así que la perseverancia vale mas que la violencia.

Metelo, uno de los mas hábiles generales, no alcanzó nada contra él, y Sila murió con el pesar de no poder destruir aquel nido, donde se refugiaban los descontentos que se alzaban en todas partes contra Roma. En efecto, el Asia volvia á levantar la voz contra las ávidas exacciones de los caballeros, cuyas usuras y ultrajes impelian á la rebelion; los senadores, árbitros de los juicios y seguros de la impunidad, saqueaban las provincias con actos que serian increibles, si no existiera el proceso de Vérres: entretanto los corsarios se enseñoreaban de los mares y devastaban las costas; los esclavos hacian resonar sus cadenas con formidable ruido, y Mitrídates disponia el Asia á renovar la sangrienta lucha.

Pom-peyo.

Contra tantas amenazas preparaba la fortuna á una de sus hechuras, á Pompeyo. Ya hemos hablado de los hechos de su padre, cuya avaricia le concitó el odio de los soldados hasta el punto de que se conjurasen para matarlo. Le salvó la prudente piedad de su hijo, si bien no pudo impedir que una vez muerto ultrajáran indignados su cadáver. Descendiente de un padre odiado, llegó á ser Pompeyo el ídolo del pueblo. Apénas libre de las persecuciones de Cinna y de Carbon, se vió acariciado por Sila, como persona á propósito para adquirirle parciales, sin hacerle sombra; y él secundó las crueldades del dictador llevado de la imitacion, no de su índole, y mostrándose generoso en algunas ocasiones. Cuando sometió el África, Sila se oponia á su triunfo; pero él le dijo: *Acuérdate de que se mira mas al sol naciente que al que está en su ocaso*: franqueza que agradó á Sila, tanto que exclamó: *Triunfa, triunfa.*

Pompeyo conocia perfectamente el arte de adquirir renombre, ese blanco de las medianías. En la guerra, se aprovechaba de la gloria de los demas generales: en tiempo de paz, cien voces amigas ó pagadas no cesaban de ensalzar sus méritos. De este modo se abrió camino hasta el poder supremo; pero cuando se trataba de asirlo, revelábase su carácter débil, permitiendo que se adelantasen á él aquellos cuya elevacion era obra suya; y miéntras él se recreaba con el humo, figurándose que el poder estribaba en los honores, sus émulos, ménos cuidadosos de las apariencias, obtenian la realidad.

Urgiendo á la sazon el peligro de Sertorio, que habia extendido su dominio por toda España, y tratándose de oponerle un general que aventajase á Metelo, fué propuesto Pompeyo, el cual poco ántes habia contraído méritos para ello apaciguando el tumulto promovido por Lépido: y aunque no parecia que tuviese edad ni pericia proporcionadas á tan ardua empresa, un decreto le confirió el mando de aquella provincia. Entretanto Sertorio, cuyas fuerzas se habian aumentado con un ejército que le llevó Perpenna, sitiaba á Laurona, y oyendo decir que Pompeyo se vanagloriaba de cogerlo en medio, respondió: *El discípulo de Sila deberia saber que un buen general mira mas hácia atras que hacia adelante.* Con efecto, Pompeyo fué quien se encontró cercado por todas partes, y tuvo que abandonar la ciudad, que fué tomada é incendiada á sus ojos en castigo de su jactancia. Incorporóse Pompeyo á Metelo; pero fué derrotado dos veces por fuerzas inferiores á las suyas; de modo que, reducido al último apuro, escribia al Senado instándole que le enviase hombres y dinero.

Sertorio hubiera podido entónces, nuevo Aníbal, atravesar la Galia y descender de los Álpes, tanto mas terrible cuanto que peleando por la causa nacional, hubiera encontrado en su opoyo la simpatía de los pueblos; pero amaba á su patria, donde tenia una madre á quien queria entrañablemente, y deseoso por lo mismo de regresar á Roma en paz, envió á decir á los dos generales que se someteria y licenciaria sus tropas, con tal que se aboliese el decreto de su proscripcion; propuesta que no fué aceptada.

Habia llegado hasta el Asia la fama de sus proezas, y Mitrídates, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, le envió embajadores que, comparándole á Pirro y Aníbal, le ofrecieron tres mil talentos y cuarenta galeras completamente equipadas para combatir á los Romanos en España, miéntras que él en Asia recobraba las provincias cedidas la celebrarse la paz. Sertorio, fiel á la causa de la patria, y considerándose depositario de su representacion, contestó: *No trato de acrecentar mi poder con detrimento de la república: que conserve Mitrídates á Bitinia y la Copadocia, pues no piensan disputárselas los Romanos; pero no consentiré que tome en el Asia Menor una pulgada de tierra mas de lo que se le ha concedido en los tratados.*

Al oir Mitrídates esta respuesta, exclamó: *Si manifiesta tanta exigencia hallándose proscrito y fugitivo en las riberas del Atlántico,*

en el reino de Tonquin se encuentran tambien los *vasallos del rey en este mundo y en el otro.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¿ qué haria si presidiera en Roma las deliberaciones del Senado? No obstante, cultivó su amistad, le envió los tres mil talentos y las galeras, y Sertorio, bajo la reserva expresada, le remitió un cuerpo de tropas.

Por su desgracia Sertorio tenia mas confianza en los Romanos que en los Bárbaros, y por contemporizar con los primeros, se enajenaba el afecto de los naturales. En aquella multitud de emigrados abundaban traidores, que para enemistarle con los pueblos, los sometian á pesados tributos y vejaciones. Exasperados al fin estos se sublevaron, y Sertorio en castigo mandó matar ó vender á los jóvenes reunidos en Osca. Entónces Perpenna, su teniente y promotor de la conjuracion, le asesinó en una cena, y marchó á entregar el ejército á Pompeyo, llevándole tambien las cartas que los partidarios de Sertorio le habian escrito desde Roma. Pompeyo condenó á muerte al traidor y á algunos de sus cómplices, y quemó las cartas por temor, decia, de ver comprometido á algun ciudadano ilustre : otros fueron asesinados por los naturales, ó arrastraron en África una existencia mísera é infame. La guardia española de Sertorio, segun su juramento, se mató ; y en un abrir y cerrar de ojos, quedó sometida toda la España. Esta facilidad con que terminó una guerra de diez años, prueba mas que los méritos de Pompeyo los de Sertorio.

Muerte de Sertorio 72.

Obtuvo, pues, Pompeyo por segunda vez los honores del triunfo ántes que su edad le permitiese tomar asiento en el Senado. Los caballeros, despues de haber militado el tiempo prescrito, se dirigian á la plaza, conduciendo su caballo ante los censores (1) como en el tiempo en que la inspeccion de estos magistrados se limitaba á examinar la armadura ; y luego que declaraban á las órdenes de quién habian combatido y el número de sus campañas, eran despedidos con censura ó con elogio. Tambien Pompeyo vestido con el traje consular y precedido por los lictores, se presentó, y cuando le preguntó el censor : *¿Has militado, oh Pompeyo el Grande, todas las veces que la ley prescribe?* respondió : *Todas, y bajo mi mando.* Al oir estas palabras, estallaron unánimes aplausos, y los mismos censores, en union de todo el pueblo, le acompañaron hasta su casa.

Segunda guerra de Mitridates.

Nuevos laureles preparaba en Asia la fortuna á su predilecto. Mitrídates no habia aceptado la paz de los Romanos sino para cobrar aliento y prepararse á nuevas guerras. Las que se hacian contra él eran muy diferentes de las que se dirigian contra ciudades afeminadas ó contra príncipes de una orgullosa impotencia. Se trataba de un rey que dominaba desde los confines de la Grecia hasta el Cáucaso, y á quien suministraban de contínuo la Escitia nuevas tropas, nuevo dinero el comercio del Ponto Euxino, y nuevos recursos su actividad prodigiosa y su natural indomable. Ocupada Roma en sus discordias intestinas, le habia dejado engrandecerse y prepararse á la lucha ; y tambien muchos ciudadanos, proscritos por ella, iban á ofrecerle su brazo, su habilidad ó su odio. Siempre que los demas reyes hacian la guerra á Roma, no parecian tener mas objeto que la paz ; así, temiendo los otros Estados verse abandonados en lo mas recio del peligro, no se atrevian á contar con ellos ; por el contrario, viendo en Mitrídates á un enemigo personal é implacable de Roma, las ciudades de Asia y Grecia se asociaron abiertamente con el Bárbaro que las llamaba á la libertad.

Empezó por castigar á los países que le habian sido hostiles, y sometió primeramente á los rebeldes de la Cólquide : luego, habiéndole estos pedido por rey á su hijo, receloso de que este príncipe los hubiese inducido á rebelarse, le hizo atar con cadenas de oro, y mandó darle muerte. En seguida armó tropas de tierra y una grande escuadra contra los habitantes de las riberas del Bósforo ; pero Murena, á quien Sila habia dejado de pretor en Asia, temiendo que fuesen sus miras ocupar la Capadocia, la invadió ántes, y á pesar de las protestas de Mitrídates, devastó las costas y los confines del Ponto. Intentó ademas tomar á Sinope, residencia del rey, esperando hacer allí tanto mal que mereciese el triunfo ; pero Mitrídades rechazó á los Romanos, y grandes hogueras encendidas en la cima de las montañas anunciaron que la Capadocia estaba libre de enemigos. 82. 81.

Continuó entónces sometiendo los pueblos de la costa del Bósforo, y parece que llamó á los Sármatas á Europa : y luego invadió el Asia, donde las concusiones de los exactores lo hacian mirar como libertador. Habiéndose visto aquella provincia en la necesidad de tomar á un premio exorbitante los veinte mil talentos para pagar á Sila, quedó á merced de los publicanos, los cuales llevaron su avaricia á tal extremo, que la contribucion subió en pocos años á ciento veinte mil talentos (660 millones de francos). Los infelices deudores yacian durante el invierno en el fango y en el verano al sol ; sepultábaselos en las cárceles, y otras veces se les daba tormento ; de modo que para saciar á los exactores, vendian las ofrendas de los templos, sus mujeres, sus hijas, sus pequeñuelos, y acababan por venderse á sí propios.

Mitrídates atrajo á su partido muchas ciudades descontentas : habiéndole enviado Sertorio varios oficiales y el procónsul Mario, hacía que este le precediera en sus expediciones como para justificarlas ; y advirtiendo que las armas por ser lujosas, no eran mas fuertes, mandó fabricar espadas y escudos como los de sus vencedores ; ejercitó sus tropas al estilo de Roma, se proporcionó buena caballería, y dirigió todos sus pensamientos á la guerra.

Por aquel tiempo murió Prúsias, rey de Bitinia, dejando á los Romanos en herencia el reino ; y á Mitrídates le pareció que se le venia á las manos la ocasion de invadir aquel país y la Ca-

(1) Véase el tomo I, pág. 604.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

padocia, de la cual habia sacado Tigránes, rey de Armenia, hasta trescientos mil hombres para poblar su ciudad de Tigranocerta (1).

Roma vió que para impedir este engrandecimiento, era inevitable desenvainar de nuevo la espada; y como la primera guerra habia enriquecido tan enormemente á Sila y á sus parciales, muchos ambicionaban el mando de esta, Lúculo. principalmente Lucio Lúculo. Este, partidario de Sila, estudioso, protector de todos los Griegos que residian en Roma; honrado, espléndido, puro, tanto como puede serlo un recaudador de contribuciones, en la primera expedicion habia mitigado la severidad de Sila, apagando el incendio siempre que pudo. Sila, al volver á Italia, le habia dejado en Asia para cobrar las contribuciones de la guerra, y al morir le confió la tutela de su hijo, deberes que desempeñó dignamente.

74. Deseoso á la sazon de obtener el mando contra Mitrídates, ganó á Pretia, célebre cortesana, que sabia sacar partido de sus gracias en provecho de sus amantes, la cual por medio de Cétego, árbitro entónces de la república y sometido á ella, alcanzó á Lúculo el mando del ejército. El Senado decretó tres mil talentos para la escuadra; pero Lúculo los rehusó diciendo que bastarian las naves de los aliados para librar de Mitrídates el mar. Siendo la primera vez que mandaba, resolvió instruirse en las armas, leyendo durante el tránsito á Polibio, Jenofonte y otros escritores militares, de cuya lectura no sé qué provecho sacaria; pero sacó el suficiente si aprendió de ellos el arte de aguardar con paciencia. Calculó que una muchedumbre formada de pueblos tan diferentes debia carecer muy en breve de víveres y disciplina, y dispersarse; de modo que no se necesitaba sino observarlos de cerca, impidiendo toda accion; empresa difícil tratándose de un ejército como el suyo, acostumbrado bajo las órdenes de Fimbria y Murena á la insubordinacion y al hurto, y mas enemigo de la inaccion que del peligro. No obstante, á su primer desembarco en Asia, habiendo sido acogido con grandes festejos en memoria de su antigua bondad, se dedicó con ahinco á desarraigar los abusos introducidos y contener la voracidad de los publicanos, reduciendo el interes al uno por ciento mensual, prohibiendo acumular los réditos al capital, y anulando los que excedian de este; así, en cuatro años se encontraron los bienes libres de hipotecas. Con esto, y con la generosidad que empleaba respecto de los vencidos, hizo entrar en su deber á muchas ciudades; y sus soldados, á los cuales habia disciplinado con gran trabajo, se quejaban de que induciendo á tantos á someterse voluntariamente, les privaba del placer de derramar sangre y de los frutos del saqueo.

Entretanto Mitrídates habia puesto en pié de guerra ciento cincuenta mil infantes, doce mil caballos, cien carros falcados, y cuatrocientas naves; de modo que acometia por diferentes puntos á sus enemigos, reducidos á la inaccion por la desigualdad de fuerzas; y mas de una vez derrotó y degolló á los ayudantes de Lúculo. Este, por el contrario, habia conocido la necesidad de mantenerse á la defensiva, y nunca se dejó arrastrar á la pelea por Mitrídates, sino cuando estuvo seguro de la victoria. Alcanzó una insigne en Cízico, de donde arrojó al rey, matándole miles de soldados; despues lo siguió Fuga de Mitrídates. al Helesponto y á las costas de la Bitinia, que no tardó en rendírsele, así como la Paflagonia y la Capadocia, y desbaratando con habilidad los 73. proyectos del enemigo, y envolviéndolo en los suyos, estrechó tan vivamente á Mitrídates, que abandonado este de su ejército, se vió precisado á refugiarse al lado de su yerno Tigránes, no 74. llevando consigo casi otra cosa mas que sus inmensos tesoros. Hasta hubiera caído en manos de los enemigos, á no haber tenido la precaucion de horadar los sacos del oro que iban detras de él, pues los soldados romanos y los Gálatas en recoger el que caía perdieron el tiempo, que en la guerra es todo.

Habia Mitrídates dejado en Farnacia sus mujeres, sus concubinas y sus hermanas, y para que no fueran presa del vencedor, envió al eunuco Báquides con órden de darles muerte. Entre ellas se encontraba Monima de Mileto, tan magnánima como hermosa, á la cual, aun niña, regaló el rey hasta quince mil monedas de oro sin conseguir seducirla. Por último, le habló de casamiento, y en cuanto se unió á él, fué puesta en el serrallo, donde no cesó de echar de ménos la libertad griega, comparándola con aquella fastuosa esclavitud. Cuando llegó el eunuco, y les dijo que eligiesen el género de muerte que mas les agradára, ella trató de ahorcarse con la banda real; pero como se rompiese, exclamó: *Maldito andrajo, ni para esto sirves.*

Tigránes, en cuya corte se refugió Mitrídates, Tigránes. habia llegado á ser el soberano mas poderoso del Asia Occidental. Meditando grandes proyectos, reprimió el poder de los Partos; hizo renunciar á los Árabes Chenitas á su vida nómada y los llamó cerca de sí en interes del comercio; trasladó luego de la Cilicia y de la Capadocia naciones enteras para poblar con ellas la Mesopotamia, y pactó con Mitrídates que en sus comunes expediciones el rey del Ponto se quedaria con las tierras, y para él serian el botin y los prisioneros. Cansados los Sirios de las sangrientas disensiones en que los últimos Seléucidas se habian disputado la corona cometiendo una serie de parricidios y experimentando una alternativa de triunfos y derrotas, sostenidos con la perfidia y con las armas de los extranjeros, principalmente del Egipto, eligieron por rey á Tigránes, quien, en diez y ocho años hizo que el país volviese á florecer, en especial desde la paz concertada con Sila.

(1) Tigranocerta, contra la opinion de d'Anville, parece deber colocarse en Amid, llamada aun por los Armenios Diknagerd. V. SAINT-MARTIN, *Mem. sur l'Armenie*, t. I, p. 170.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pero Mitrídates le instaba á romperla, y al efecto le envió una solemne embajada, á cuya cabeza iba Metrodoro de Chepsi, hombre de Estado distinguido, á quien tenia en tal veneracion, que le apellidaban padre del rey. Habiéndole llamado aparte Tigránes, le rogó que sinceramente le aconsejase lo que mas le convenia hacer; y Metrodoro, considerándose honrado con semejante confianza, le respondió que, como embajador, debia inducirle á unirse á su suegro, y como particular, á asociarse á un pueblo tan poderoso como el romano. Agradó la respuesta á Tigránes, y en la creencia de que Mitrídates honraria tambien la sinceridad de su ministro, se la comunicó. Metrodoro, á su vuelta, murió ó fué asesinado.

Tigránes, creyendo que podria mantenerse neutral entre ambos enemigos, envió socorros al rey del Ponto, pero sin declararse contra los Romanos; y cuando fué vencido Mitrídates, léjos de reunir todos los ejércitos para alejar á los vencedores, cuya actitud era amenazadora, dió sin duda asilo al ilustre fugitivo, pero lo hizo con frialdad, pues no quiso verlo ni celebrar con él ningun tratado. Empezó en seguida la guerra contra los Partos, sometió la Mesopota-
70. mia, venció á Cleopatra, último vástago de los príncipes de Siria, á quien dió cruelmente la muerte; conquistó la Fenicia, y se extendió hasta las fronteras del Egipto. Tomó entónces el título de rey de los reyes; en las marchas llevaba á su lado cuatro reyes en clase de escuderos, y en las audiencias los hacía asistir á su trono de pié con las manos cruzadas sobre el pecho. Pero el fausto no es la fuerza.

Veía Roma con disgusto á aquel poderoso monarca que le inspiraba poca confianza, y para buscarle pretextos de guerra, hizo que Lúculo reclamase de él á Mitrídates. Tigránes recibió la embajada con altanería, y no pareciéndole bastante sumisa, se negó á entregar á su suegro; ántes al contrario, le trató desde entónces con mas humanidad, escuchó sus consejos, y le puso al frente de diez y seis mil caballos para que tratase de restablecer su fortuna en el Ponto.

Pasó atrevidamente Lúculo el Tígris y el Eufrátes á la cabeza de quince mil hombres, y penetró en el corazon de la Armenia. El primero que llevó tal noticia á Tigránes fué ahorcado como impostor : despues, cuando el monarca la vió confirmada, exclamó : *Para embajadores son demasiados : para guerreros pocos*. Lúculo, que habia vencido á Mitrídates con la lentitud, triunfó de Tigránes con la rapidez. En
69. vano aconsejaba el suegro á Tigránes que evitase la batalla, prefiriendo talar el país de modo que el pequeño ejército de Lúculo pereciese de hambre : se dió el combate, y advertido Lúculo por uno de los suyos que aquel dia (6 de octubre) era de infausto agüero para los Romanos, á causa de la derrota de Cepion por los Cimbros, respondió : *Yo haré que de hoy en adelante se tenga por dia de feliz pronóstico.* En efecto, con aquel puñado de valientes derrotó á doscientos mil Bárbaros, en cuyo número se encontraban diez y siete mil caballeros vestidos de hierro.

Los Griegos que Tigránes habia trasladado al Asia, facilitaron á Lúculo la toma de Tigranocerta, y él los envió á su patria, dándoles dinero para el viaje, como habia hecho con Amiso en el Ponto, á la cual, como á Sinope, dió la independencia. Respetando las personas y propiedades, se ganó el afecto de los Bárbaros : las tribus árabes le rindieron homenaje como á su libertador : imitáronles los Sofenos y Gordianos; y hubiera llevado la guerra á los Partos, que vacilaban en la fidelidad, si los soldados no se hubieran negado á seguirle mas léjos.

Mostróse Tigránes tan cobarde en la desgracia cuanto orgulloso habia sido en la prosperidad; pero el indomable Mitrídates redoblaba sus esfuerzos para reunir un nuevo ejército en las llanuras al otro lado del Tauro. Alcanzáronle allí los Romanos y le derrotaron enteramente cerca de Artaxata, de donde consiguieron 68.
los dos reyes escaparse. Lúculo podia ya confiar en que anonadaria á los enemigos, cuando el ejército de comun acuerdo se negó á obedecerle. En vano iba de tienda en tienda suplicándoles uno á uno; por una parte Publio Clodio, cuñado suyo y adúltero, le enajenaba la voluntad de los soldados; por otra, se quejaban estos de no ganar nada con la guerra, y mostrándole las bolsas vacías le decian que fuera á pelear él solo, pues que él solo sacaba provecho.

Tal vez era verdad que Lúculo arrancaba enormes sumas á las ciudades que libraba del pillaje; lo cierto es que en Roma los publicanos exageraban la rapacidad del que habia puesto freno á la suya, tanto que el Senado pensó en darle un sucesor. El tribuno Manilio propuso á Pompeyo; Ciceron lo sostuvo, y el pueblo le Ley manilia. 67.
nombró, á pesar de la oposicion de los nobles.

Sucedió, pues, Pompeyo á Lúculo, no en la guerra, sino en el triunfo. Lúculo, diciendo que aquel afortunado jóven iba como los cuervos á cebarse en cadáveres, trató de despedirle por inútil para una empresa ya terminada. De aquí resultaron sinsabores : el jóven no permitió á nadie acercarse á Lúculo; derogó todo lo que este habia hecho, y no le dejó sino seiscientos soldados para volver á Roma. Habiendo obtenido el triunfo con bastante trabajo, retirado de los negocios y descontento de su familia, buscó distracciones, y se entregó á un lujo que ha quedado como proverbial. No se presentaba en el Senado sino para contrariar algun proyecto de Pompeyo, quien consiguió hacerle desterrar de Roma.

Aprovechóse Mitrídates de las disensiones acaecidas en consecuencia del reemplazo de Lúculo para entrar de nuevo en el Ponto, invadir la Capadocia y volver á abrir á los Bárbaros el camino del Cáucaso. Grave era el pe-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ligro que amenazaba á Roma, si comunicaciones mas fáciles hubiesen permitido á Mitrídates reunirse á los piratas y á Espartaco, que hostilizaban entónces á la república; pero la fortuna queria permanecer fiel á la medianía de Pompeyo. Rebelóse un hijo de Tigránes contra su padre, y derrotado por este, se pasó á los Romanos, y les sirvió de guia para conducir su ejército á Armenia.

Desanimado Tigránes, se dirigió á la tienda de Pompeyo, y allí, en presencia de su desnaturalizado hijo, se proclamó feliz en tener por vencedor á semejante héroe. Este, en recompensa, le devolvió la Armenia, bajo condicion de pagar
66. seis mil talentos, y abandonar la Capadocia, la Cilicia, la Siria y las posesiones fenicias. Habiéndose declarado amigo y socio de los Romanos, estos le proporcionaron socorros contra los Partos, y no solo dejó de prestar ayuda á Mitrídates, sino que prometió cien talentos al que le presentase su cabeza.

Tambien Mitrídates habia solicitado tratar con Pompeyo; pero los Romanos que militaban con él, temiendo verse sacrificados, le obligaron á romper todo convenio. Derrotado nuevamente á orillas del Eufrátes y abandonado de los suyos, huyó solo en medio de la noche. Al oir la noticia de la sumision de Tigránes, se refugió en la
65. Crimea, y sin perder nada de su valor antiguo, armó á los Albaneses, á los Iberos y á otros pueblos del Cáucaso; pero siguióle tambien allí Pompeyo, al cual no le costó trabajo derrotar aquellas hordas mal disciplinadas; despues sin aventurarse en la Hircania ni atreverse á penetrar en el Bósforo por el país de los Escitas, torció al Mediodía y sometió provincias abiertas y dispuestas á sufrir el yugo.

Creyendo ya muerto á Mitrídates, dirigió su ánimo á otro parte; y en una expedicion semejante á un paseo triunfal, ocupó la Siria y la Judea, dándolas á quien quiso, despues de lo cual meditaba un imprudente ataque contra los Árabes. Pero Mitrídates no habia muerto. Anciano como era, roido por una úlcera que le obligaba á permanecer oculto, pensaba nada ménos que en sublevar á todas las naciones bárbaras y arrastrar contra Roma á los Escitas, Galos y Partos, y dirigia con este objeto emisarios y embajadores á todas partes. Habiendo aparecido de nuevo en el Ponto, armó nueve cohortes, recobró muchas ciudades y envió sus hijas á los príncipes escitas para proporcionarse yernos y aliados. Pero haciendo traicion á estas los que las escoltaban, las entregaron á los Romanos, y Mitrídates, cuya intencion era conducir por el Bósforo Cimerio y al traves de la Escitia y la Panonia un ejército á la Galia, y con las hordas que allí encontrase caer sobre Italia, halló oposicion en sus oficiales, á quienes pareció temerario tal paso. Á la cabeza de los descontentos estaba Farnáces, el mas querido de sus hijos, el cual de acuerdo con los Romanos, se hizo proclamar rey; Mitrídates, despues de intentar inútilmente conmover á aquel hijo á quien la ambicion privaba de humanidad, se envenenó y envenenó á sus concubinas y dos de sus hijas, prometidas á los reyes de Chipre y de Egipto. Ellas perecieron; pero él habia contraido tal hábito con los contravenenos, que no sucumbió; por lo cual tuvo que recurrir á la espada. Los enemigos, que acababan de penetrar en la ciudad, le hallaron espirante, y su hijo Farnáces mandó con bárbara piedad curar su herida y conservarle para el triunfo; pero un Galo le degolló. Muerte de Mitrídates. 63.

Habia reinado sesenta y un años, ofreciendo un cúmulo de grandes virtudes y de enormes vicios. Ciceron no titubea en proclamarlo el mayor de los reyes, despues de Alejandro Magno; elogio que no parece excesivo, en vista de tantas victorias, de tan incansable laboriosidad, de tan inagotables recursos en la desventura, y sobre todo de la alegría con que el ejército y el pueblo romano acogieron la noticia de su muerte. Era, ademas de esto, hombre instruido; hablaba los idiomas de las veinte y cuatro naciones que le estaban sometidas; escribió en griego un tratado de botánica, y entendia de medicina, habiendo inventado el antídoto que aun lleva su nombre (1).

Los historiadores no acaban de enumerar las riquezas encontradas en los tesoros del rey: solo la ciudad de Telaura presentó dos mil copas de ónice, contorneadas de oro; treinta dias emplearon los comisarios de la república en hacer el inventario de los vasos de oro y de plata, las bridas y las sillas de montar guarnecidas de diamantes: en otros puntos se hallaron estatuas de oro macizas de los dioses y una del rey, que tenia ocho codos de alta; un juego de damas, hecho de dos únicas piedras finas, con tres piés de ancho y cuatro de largo, cuyas piezas eran tambien de piedras preciosas, y encima del cual habia una luna de oro, que pesaba treinta libras.

Despues de la muerte de Mitrídates, arregló Pompeyo á su gusto el Asia. Las costas septentrionales, Bitinia, Paflagonia y el Ponto, formaron la nueva provincia de Bitinia; las meridionales, Cilicia y Panfilia, constituyeron la de Cilicia; Ariobarzánes conservó la Capadocia; la Grande Armenia fué dada á Tigránes, la Judea á Hircano, el Bósforo á Farnáces, en premio de su parricidio, y otros pequeños Estados á príncipes dependientes. Distribucion del Asia.

Los Seléucidas, arrojados del trono de Siria por el descontento popular, habian esperado recobrarlo á la caída de Tigránes, con la ayuda de Pompeyo; pero el procónsul reprendió á Antíoco (último de aquella estirpe) que se atreviese á pedir lo que no habia sabido conservar, añadiendo, que los Romanos, al vencer á Tigrá-

(1) PLINIO, XXV, 2. Pueden consultarse sobre Mitrídates VAILLANT, *Imperium Achæmenidarum* en el t. II del *Imperium Arsacidarum*, obra fundada en las medallas; J. ERNESTO VOLTERSDORF, *Commentatio vitam Mithridatis magni per annos digestam sistens*, que mereció el premio de la sociedad de Gottinga en 1812. Por lo demas, es imposible ordenar sus hechos con precision cronológica.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nes, habian adquirido aquel reino, y que lo sabrian defender mejor que él contra los Árabes y los Judíos. En virtud de este derecho de conquista formó Pompeyo de la Siria y la Fenicia una nueva provincia con el nombre de Siria, que los Seléucidas perdieron para siempre, despues de haberla poseído doscientos setenta años.

Tracios y Escitas.

Los Tracios, molestos para la Macedonia y amenazadores para la república, habian sido derrotados al principio por Sila, y luego por Apio, procónsul de Macedonia; en seguida Curion los rechazó hasta el Danubio, y por último, completó su derrota M. Lúculo, miéntras que su hermano peleaba en Asia. Los Escitas, que se habian vuelto á presentar terribles en union de Mitrídates, desaparecieron con él á los ojos de la historia, y solo por efecto de la ignorancia ó en la poesía se ha extendido su nombre á todos los pueblos septentrionales. Vencidos por los Sármatas, se mezclaron tal vez con los Galos, impelidos por los Germanos, y todavía reciben de los Rusos el nombre parecido de Chudos ó Esciudos (1).

Roma habia quitado de en medio á todos los reyes bastante poderosos para hacerle frente; pero tenia en cambio por vecinos á los formidables Partos, que debian ponerla mas de una vez al borde del precipicio.

CAPÍTULO X

Los gladiadores. — Los piratas. — Creta.

La Italia no habia permanecido entretanto tranquila, y la inhumanidad que causó la guerra de los esclavos, produjo tambien la de los gladiadores. Desde que Roma habia empezado á complacerse en las luchas de los hombres entre sí y con las fieras (2), llegó á ser un arte el aprender á herir y á morir, y un oficio la educacion de aquellos infelices.

Luchas de fieras.

Despues de conquistada la Macedonia, condujo Metelo á Roma ciento cincuenta elefantes de guerra, que fueron muertos á flechazos en el circo, henchido de espectadores; Sila y Escauro introdujeron allí los primeros leones y panteras; luego Pompeyo, cuyo objeto era hacer ostentacion de sus triunfos y atraerse la plebe, expuso, ademas de otras muchas fieras, cuatrocientas diez panteras y seiscientos leones, trescientos quince de estos con sus melenas; tan multiplicadas estaban aun en la tierra aquellas razas feroces, que ha aniquilado la propagacion de la humana especie. César presentó en sus juegos hasta cuatrocientos leones de melena, hizo combatir cuarenta elefantes con quinientos soldados de á pie, y luego con otros tantos de á caballo; y en el circo de Flaminio fueron muertos treinta y seis cocodrilos despues de haber reñido entre sí. En la época de los emperadores se aumentó tan insensato lujo.

(1) Véase el Lib. III, cap. I.
(2) Véase el tomo I, pág. 764.

Gladiadores.

Puede uno sonreirse con estas locuras y compadecerlas, pensando en las de su siglo; pero la depravacion de la sociedad le hará gemir profundamente, cuando vea á los hombres impelidos á luchar con las fieras ó entre sí, para divertir á una plebe y una nobleza desapiadadas. Los sacrificios humanos que ejecutaban sobre los sepulcros los habitantes de Etruria y la Campania, pasarian probablemente á Roma con sus demas ritos; pero los Romanos, pueblo heróico, quisieron presenciar la resistencia y la victoria. Marco y Decio Bruto fueron los primeros que llamaron á los gladiadores para que combatiesen junto al féretro de su padre; los tres hijos del augur Emilio Lépido hicieron luchar once parejas de ellos en el foro durante tres dias; en seguida los hijos de Valerio Levino veinte y cinco, número que siguió aumentándose; Julio César presentó seiscientas cuarenta; Tito, delicia del género humano, mandó que continuasen las luchas por espacio de cien dias; y el buen Trajano se extendió á ciento veinte y tres, ofreciendo dos mil combatientes. Ni eran solo esclavos los que lidiaban; y cuando mas conculcada estuvo la dignidad humana en tiempo de los emperadores, hizo Neron pelear un dia en el anfiteatro á cuatrocientos senadores y quinientos caballeros; Cómmodo bajó en persona á la arena; en vano Marco Aurelio habia mandado usar armas despuntadas, porque el pueblo pedia sangre, y continuó embriagándose con aquellos espectáculos, hasta que un edicto de Constantino, y aun mas las razones de los cristianos y la paciencia heróica con que estos bajaban á encontrar la muerte por la integridad de sus creencias, pusieron fin á estas atrocidades de gente venal, atenta solo á proporcionar distraccion hiriendo y muriendo segun las reglas del arte. Los que se quejan de que los misterios de la pasion de Cristo, colocados hoy en el Coliseo, lo desfiguren, que recuerden cuánta sangre han ahorrado.

Maestros especiales (*lanistæ*) enseñaban en Roma á hombres libres y á ciudadanos el modo de dar y recibir la muerte divirtiendo al pueblo; pero mas aun que la diestra esgrima deleitaban al público los esclavos y prisioneros, conducidos de países no enervados por la civilizacion, y que desplegando en la arena gigantescos y vigorosos miembros, descargaban golpes, cuya ferocidad suplia por la maestría. Ricos empresarios tenian en sus casas una multitud de hombres escogidos, á quienes alimentaban y ejercitaban para este uso. Segun Petronio, se obligaban estos desgraciados por medio de la siguiente fórmula: *Juro sufrir la muerte en el fuego, en las cadenas, con el azote ó con la espada, y someter mi alma y mi cuerpo á la voluntad de Eumolfo, como verdadero gladiador.* El edil que debia ofrecer espectáculos al pueblo, el rico que queria atraerse su amistad y admiracion, se dirigian al empresario y trataban con él, ó puramente alquilando á los lidiadores ó comprándolos de su cuenta y riesgo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Las lides eran por lo tanto mas ó ménos sangrientas, pues en el primer caso, procuraba el empresario que saliesen de ellas sus hombres con el menor daño posible, miéntras que adquiria reputacion de generoso el que los exhibia, sometiéndolos por completo al arbitrio del pueblo.

« Habrá regalos de gladiadores (*munus gladiatorium*); el edil recompensará al pueblo por haberle elegido para desempeñar este cargo, ofreciéndole cincuenta parejas de acuchilladores. » Al oir tal anuncio saltaba de alegría el pueblo romano, y olvidando aquel dia á sus hermanos que morian al filo del puñal de los Españoles, ó á impulso de las máquinas de Cartago y de Corinto, olvidando que el dia anterior habia tenido hambre y que al siguiente volveria á tenerla, apénas lucia el sol se agolpaba al circo : dirigíanse allí mas despacio sus señores, á quienes dominaba él en el foro y servia en las casas; sucedian á estos las mas hermosas damas, que habian empleado tres horas en el tocador para presentarse mas seductoras y remediar los ultrajes de la edad y los excesos; llegando por último el que daba los juegos. Entónces subian hasta el cielo los aplausos, y él se complacia oyéndolos, pues la gratitud del pueblo romano debia recompensarle nombrándole á su tiempo cuestor y cónsul.

Pero, ¿por qué tardan los gladiadores? Un inmenso murmullo, fruto de la impaciencia, hace ondear tumultuosamente aquel concurso de espectadores. Al fin se presentan. ¡Qué robustos músculos! ¡Qué actitud de miembros! ¡Qué maestría de posiciones! El corazon del pueblo romano se regocija al pensar que pende de una señal suya la vida de aquellos contendientes.

Se da principio al combate. Empiezan á pelear con *arma lusoria*, con palos, mostrando inocentemente su habilidad en el herir y en parar los golpes del adversario; pero llega el momento de poner término á semejantes juegos de niños, que no se avienen con la majestad del pueblo romano. Ya blanden las verdaderas espadas : se enfurecen los ánimos, los golpes arrecian y el pueblo contempla con ansiedad las heridas, los cardenales, la sangre.

Uno de los dos sucumbe, y retirándose alza el dedo, en señal de pedir gracia. ¿Se ha portado valerosamente en la pelea? ¿Ha mostrado un generoso desprecio de la muerte? Entónces el pueblo romano le concede la vida, á fin de que pueda exponerla otra vez en obsequio suyo. Sino, ó si quiere el pueblo ver hasta donde llega su constancia, si desea divertirse en contar las boqueadas del muribundo y los sacudimientos de un cuerpo que exhala el alma en el vigor de la edad y en la plenitud de la vida, cierra el puño enderezando el pulgar hácia el combatiente, grita *recipe ferrum*, y el vencedor, obedeciendo la señal, lo degüella.

Apénas la trompeta anuncia la muerte de un gladiador, es este arrastrado al *spoliario*, donde el vencedor le quita las armas y el vestido y acaba de matarlo; miéntras que algun epiléptico acude á beber su sangre que borbota y que se cree capaz de curar tan terrible mal. El vencedor obtiene una corona de lentisco y una palma, y á veces la libertad; y equivale á la inmortalidad el aplauso tributado á él y á quien dió el espectáculo, así como se tiene por muerte la desaprobacion (1).

¡Ah! ¡qué sociedad aquella en que las vicisitudes políticas no nos ofrecen sino guerras, y si volvemos la vista para contemplar sus diversiones, no vemos tampoco mas que batallas y sangre!

Estos depósitos de gladiadores eran tambien un fondo de reserva para los facciosos, que comprando una banda de ellos, tenian á su disposicion gente acostumbrada á la sangre, y ajena al amor patrio y al doméstico. Capua era el principal emporio de este comercio; y Léntulo Buriato mantenia una infinidad, especialmente Galos y Tracios. Espartaco, uno de ellos, natural de Tracia y de raza númida, robusto y valiente como pocos, y superior por su dulzura y juicio á la situacion que ocupaba, elegido para presentarse en la arena, dijo á los compañeros : *Ya que es preciso combatir, ¿por qué no hacerlo mas bien contra nuestros opresores?* Espartaco.

Estas palabras produjeron el efecto de la chispa en la mina preparada. Doscientos se pusieron de acuerdo con él para huir, y no pudiendo verificarlo ocultamente, derribaron á viva fuerza á los que los custodiaban, se armaron de picas y cuchillos, cogidos en la tienda de un mercader, y luego de lo demas que encontraron á mano, y huyeron hácia el Vesubio. Otros rompieron las puertas de sus prisiones, y se les reunieron; gente toda resuelta y acostumbrada al manejo de las armas. Las tropas enviadas contra ellos fueron deshechas, como asimismo dos pretores romanos. Aumentándose hasta diez mil el número de sus soldados, atravesó Espartaco la Italia y penetró en la Galia Cisalpina, de donde eran la mayor parte de sus secuaces : allí y al otro lado de los Álpes pensaba establecerse; pero ansiosos algunos de saquear á Roma, se separaron del grueso del ejército, guiándolos Cnixo, y fueron derrotados por el cónsul Gelio.

Al anuncio de esta derrota, volvió atras Espartaco; atacó y deshizo al cónsul Léntulo que le perseguia, y luego al mismo Gelio : enorgullecido viendo huir ante él, despreciado esclavo, 72.
á las invictas legiones y á los dos jefes de Roma, mandó que no se diese cuartel á ningun romano, y con veinte mil hombres devastó la Italia y plantó sus reales en la Lucania. Allí reunió almacenes para su creciente ejército, y meditó acercarse al mar con objeto de dar por un lado la mano á los piratas que habian formado una nueva Cartago en medio de las olas,

(1) « Plausum immortalitatem, sibilum mortem videri necesse est » Cic. *pro Sextio*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y resucitar con la otra en Sicilia la guerra de los esclavos.

El Senado dió la comision de domeñarlo á Licinio Craso, principal sosten de las victorias de Sila; y él, conociendo la extension del peligro, pidió se mandase volver á Pompeyo de España y á Lúculo de Asia. Entretanto Memmio, lugarteniente suyo, atacó con dos legiones á Espartaco, el cual lo derrotó; pero acudiendo con otras diez Craso, diezmó á quinientos legionarios que se habian retirado ante los revoltosos, y destruyó á diez mil de estos.

El mismo Espartaco, al querer entrar en Sicilia, fué impelido hácia una península cerca de Reggio, donde lo encerró Craso. Oyendo que le proponian los suyos rendirse, mandó crucificar á un prisionero, y mostrándolo á las miradas de todos, dijo : *Hé ahí la suerte que os*
71. *aguarda, si no resistís;* en seguida, á favor de una tempestuosa noche, se abrió paso por medio de los batallones romanos. Temiendo Craso que marchase sobre Roma, le alcanzó, le derrotó, y doce mil trescientos insurgentes cayeron en aquella accion, heridos todos, ménos dos, por delante. El gladiador hubiera querido llevar los restantes á los montes, refugio de las revoluciones y de la libertad; pero envalentonados ellos por una ligera ventaja, le exigieron que los guiase contra Craso. Ántes de empezar el combate, degolló Espartaco su caballo, diciendo : *Si venzo, no me faltará otro; si soy vencido, no le necesitaré.* Y fué vencido despues de haber hecho prodigios de valor : cuarenta mil de los suyos perecieron; herido él, siguió peleando de rodillas, derribando á cuantos se le acercaban, hasta que, traspasado de mil dardos, cayó sobre un monton de cadáveres.

Muerte de Espartaco. 70.

Cinco mil fugitivos se volvieron á reunir en la Lucania, á tiempo que volvia á España Pompeyo, quien habiéndolos encontrado, los acometió y venció fácilmente; bastando esto para que quitase á Craso la gloria de haber puesto término á la guerra. Aquel mismo hombre que habia anunciado desde España la sumision de ochocientas sesenta y seis ciudades, escribió entónces al Senado : *Craso venció á los esclavos, yo he extirpado de raíz la rebelion;* y esta jactancia, apoyada por sus muchos parciales, hizo que se le proclamase la única persona capaz de salvar la patria, siendo reelegido cónsul por el ímpetu del aura popular.

Al contrario, Craso, que verdaderamente era acreedor al mérito de aquella victoria, compró á duras penas el consulado, distribuyendo entre el pueblo la décima parte de sus bienes, sirviéndole un banquete de diez mil mesas, y dando á cada ciudadano trigo para dos meses; de donde se originó su honda enemistad contra Pompeyo, y una lucha entre ambos funesta á la república. Negábase Pompeyo á despedir el ejército que habia vencido á Sertorio hasta despues del triunfo; Craso no queria licenciar el suyo, vencedor de los gladiadores, miéntras que permaneciese armado su colega, que amenazaba ser un nuevo Sila : el pueblo y el Senado, temerosos de ver renovarse la guerra civil, les rogaron, les suplicaron que desistiesen uno y otro; hízose intervenir á los sueños y los dioses; pero Pompeyo resistió hasta que Craso le fué á buscar, y le alargó la mano, y se reconciliaron entónces aparentemente.

Favoreciendo Pompeyo al pueblo, y restituyendo el poder á los tribunos, se habia hecho el hombre de Roma, tanto, que á ninguno mejor que á él pareció poderse confiar la expedicion contra los piratas. Eran estos un confuso hacinamiento de Cilicios, Sirios, Chipriotas, Panfilios, Ponticos, Isaurios y otros asiáticos, que parecian haberse propuesto vengar en la Italia los latrocinios que ejecutaban en sus patrias respectivas los publicanos. El abandono en que habia dejado Roma su marina despues de la destruccion de Cartago, y sus guerras interiores y exteriores, les animaron á la empresa; al paso que las vejaciones de los Romanos en el Asia Superior acrecentaban sin cesar las filas de los descontentos con nuevos fugitivos. Durante la guerra los habia tenido á sueldo Mitrídates, para que molestasen á los Romanos, y despues de hecha la paz, se les reunieron muchos licenciados de las escuadras reales. Los piratas.

Es síntoma de alguna dolorosa llaga social la facilidad con que todo rebelde halla secuaces. Hemos visto á los esclavos, luego á Sertorio y Espartaco, y ahora á estos; á los cuales no se unia solo la hez del pueblo, pues personas bien nacidas y acomodadas parecian honrarse de ir con ellos en corso; tenian arsenales, puertos, atalayas, remeros y pilotos expertísimos, buques de todas clases tan manígficos como terribles, con popas de oro, remos plateados y alfombras de púrpura.

Mas de mil barcos infestaban ya los mares, y no contentos con apresar los buques, se habian apoderado de mas de cuatrocientas ciudades, exigiéndoles enermes rescates, y profanado tambien templos por nadie violados hasta entónces. Introduciéndose luego tierra adentro, molestaban á la misma Italia; infestaban la via Apia; amenazaban á Roma, y los oradores debian avergonzarse cuando subian á la tribuna adornada con los rostros quitados á los vencidos Cartigeneses, cuando aquellos corsarios invadian á la sazon las quintas suburbanas, robando lo mas precioso que contenian, y llevándose doncellas y personajes, para sacar por ellos pingües rescates. Hasta cogieron dos pretores con sus insignias y lictores, llevándolos en triunfo con general escarnio; y siempre que alguno alegaba, para que le respetasen, que era romano, se mostraban enternecidos, le pedian humildemente que los perdonase, le devolvian su calzado y su toga, y despues, diciéndole que se volviese libre á la ilustre ciudad, le obligaban á bajar por la escala al mar y ahogarse.

Publio Servilio obtuvo derrotándolos el sobrenombre de Isaúrico, si bien no logró con esto domeñarlos. Marco Antonio los atacó de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nuevo cerca de la isla de Creta; pero perdió muchas naves, y vió á sus soldados colgados de las entenas con las cadenas que habia llevado para los piratas.

Semejante tumulto causaba singular disgusto á Roma, porque los corsarios facilitaban las comunicaciones entre sus enemigos desde las orillas del Atlántico á las de la laguna Meótides, y Espartaco y Mitrídates buscaban su apoyo; hasta se temia que, interrumpiendo las comunicaciones con la Libia, produjesen el hambre en Italia. Por lo tanto, el tribuno Gabinio, hechura de Pompeyo, cuyo poder deseaba aumentar, propuso una ley, decretando que fuesen exterminados, á cuyo fin se invistiera á un general con plena autoridad en todos los mares, hasta las columnas de Hércules, y en cuatrocientos estadios dentro de la costa; pudiendo alistar los soldados y marineros que creyese necesarios, y gastar del erario público sin rendir cuentas; autoridad que duraria tres años.

Ley gabinia. 67.

El Senado comprendió desde luego que Gabinio tenia puesta la mira en Pompeyo; pero el pueblo amaba ciegamente al favorito de la fortuna, y por otra parte, cansado de la tiranía de los oligarcas, propendia al dominio de uno solo, con tal que no se llamase rey: por eso habia apoyado á Graco, Mario, Sila, y á la sazon apoyaba á Pompeyo. Inútiles fueron los discursos de los oradores, las protestas de los cónsules, las advertencias de las personas cautas: el cónsul Calpurnio, que dijo á Pompeyo que si aspiraba á ser un Rómulo, encontraria tambien el fin de este, se libró á duras penas del furor popular, y á aquel se le otorgó el proconsulado del mar con quinientos bajeles, ciento veinte mil infantes, cinco mil caballos, y ademas veinticinco senadores por lugartenientes, dos cuestores, y dos mil talentos áticos anticipados.

¿Qué era lo que impedia ya á Pompeyo imitar á Sila y hacerse dueño absoluto de la república? Su medianía.

No habia dificultad en vencer con tan grandes fuerzas á gentes dispersas, y dar caza en todos los ángulos del mar á aquellas escuadrillas. Por otra parte, Pompeyo supo mostrarse humano (1): á cuantos se rindieron, les señaló tierras en la Acaya y en Cilicia, y con ellos pobló á Malo, Adana, Epifania y Pompeyópolis, que edificó sobre las ruinas de Soli. En ménos de cuatro meses se concluyó la guerra, devolviéndose la libertad á un gran número de prisioneros que extendieron por todas partes las alabanzas de su salvador, restituyendo al seno de su patria á los muchos que habian tenido que huir, y restableciendo la seguridad en todas las costas.

(1) « La avaricia no le hizo separarse del camino que se » habia propuesto, por correr al botin, ni la lujuria le arrastró á los deleites, ni la naturaleza humana á los goces, ni la » fama de un país á conocerlo, ni aun la fatiga al reposo: no » quiso ver siquiera los cuadros, las estatuas y demas adornos » de las ciudades griegas que á los otros les parecia bien » robar. Por lo que en todas partes se consideraba á Pompeyo, no como enviado de una nacion, sino como caído del » cielo; y se empezaba á creer que al fin habian existido » hombres en Roma capaces de tal desinteres, lo que á los » extranjeros habia parecido hasta entónces inconcebible. » Cic., *pro lege Manilia*, 14.

Creta habia servido siempre ventajosamente á los Romanos en sus batallas de mar y tierra, en particular suministrándoles arqueros y honderos contra Antíoco y los Galos. Recibiéronla, pues, como aliada los Romanos, por mediacion de Euménes; luego, segun su costumbre, le suscitaron quejas, pretextando que, infiel á la amistad, habia ayudado á Mitrídates primero, y despues á los corsarios. Su verdadera culpa consistia en el deseo de avasallarla; y aunque envió emisarios que la justificasen ó excusasen, se demostró en el Senado que no podrian limpiarse los mares de piratas, hasta que se convirtiese á Creta en provincia, y se decretó la guerra. Cecilio Metelo desembarcó, sin que nadie se lo impidiese, en la patria de Júpiter, y pronto fué dueño de Cidonia y de Lica; y se habia enseñoreado ya de la isla, cuando irritados los habitantes con sus severos tratamientos, llamaron á Pompeyo. Este, dispuesto siempre á recoger el fruto del trabajo ajeno, declaró públicamente que Creta estaba comprendida en la provincia que se le habia destinado, y que Metelo usurpaba el título de general, y no tenia autoridad para celebrar convenios. Octavio, lugarteniente enviado por él, se unió hasta con los piratas para poner trabas á las operaciones de Metelo; pero este, sin hacerle caso, prosiguió la conquista, y convirtió la isla en provincia. Sin embargo, todavía los admiradores de Pompeyo hicieron reflejar todo el brillo de aquel acontecimiento sobre su ídolo, diciendo « que habia preparado á fines del invierno, em» prendido en la primavera entrante, y concluí» do á mediados del verano, una guerra de tal » importancia, y tan continuada, que se exten» dia por tan dilatados países, y que tan » desastrosa era para todas las gentes y na» ciones (1). »

Creta. 66.

Vencedor, pues, de la Europa, del Asia, de los mares, obtuvo Pompeyo el mas espléndido triunfo que se habia visto hasta entónces. No bastó una procesion de dos dias para desplegar á los ojos del pueblo los despojos y nombres de los vencidos: el Ponto, la Armenia, la Capadocia, la Paflagonia, la Média, la Cólquide, la Iberia, la Albania, la Siria, la Cilicia, la Mesopotamia, la Fenicia, la Palestina, la Judea, la Arabia, los corsarios, mas de mil castillos, poco ménos de novecientas ciudades, ochocientas naves de piratas, treinta y nueve ciudades vueltas á poblar, las rentas públicas aumentadas desde cincuenta millones de dracmas á casi ochenta y dos, depositados en el erario veinte mil talentos, sin contar mil quinientas dracmas distribuidas á cada soldado. Ademas de los rehenes de los Albaneses, de los Iberos y del rey de Comagene, conducia Pompeyo trescientos veinticuatro prisioneros de clase distinguida,

Triunfo de Pompeyo. 62.

(1) Ciceron, *pro lege Manilia*, 12.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

entre los cuales se contaba el jefe de los piratas, el hijo traidor de Tigránes con su mujer y su hija, la mujer del mismo Tigránes, Aristóbulo, rey de los Hebreos, la hermana de Mitrídates con cinco hijos, y muchas mujeres escitas. En vez de hacer degollar á todos estos infelices, segun la costumbre romana, los restituyó á sus respectivas patrias, excepto Aristóbulo y Tigránes. Con esto, sus alabanzas subieron al cielo, y de comun acuerdo, se le confirmó el título de Grande, no obstante que quien lo habia merecido era su fortuna y no él, que no debia saberlo conservar (1).

CAPÍTULO XI

Pompeyo. — Los Caballeros. — Vérres, Caton, Craso y César.

La autoridad legal conferida por la ley gabinia á Pompeyo excedia á la que se ha dado á un general en ningun tiempo; y con razon se oponian á ella los patricios, diciendo que de aquel modo la república se convertia en monarquía, y que el mismo Sila no habia usurpado tanto á viva fuerza. Viendo Cátulo que no le daban oido, exclamó : *Huyamos, padres conscriptos, retirémonos, como nuestros padres, á alguna montaña ó roca que nos ofrezca asilo contra la servidumbre inminente.*

En efecto, ántes de aquella época, el poder público se compartia entre muchos magistrados opuestos el uno al otro, lo que impedia que cometiesen excesos ó dificultaba el que se pusiesen de acuerdo; pero tan sábia disposicion quedaba suspendida por las comisiones extraordinarias; y desde que se creyó que en los grandes peligros no se podia salvar la república sino confiando toda la autoridad á una sola persona, la libertad no existió mas que en el nombre.

Pompeyo disimulaba su ambicion, y cuando oyó que le llamaban para marchar contra Mitrídates, exclamó : *¡ Y qué ! ¡ ni un poco de reposo habrá ya para mí ! ¡ No he de poder vivir nunca tranquilo con mi esposa ! ¡ Dichoso el que pasa sus dias en la oscuridad !* Despues, cuando todos temian que *silaizase* (2), y volviera contra la república el ejército formado con el dinero de la república, lo licenció y atravesó la Italia como simple particular, acogido de todos con indecibles festejos, y agregándosele siempre nuevas fuerzas para acompañarle á Roma. Pero aunque tenia la vanidad de ser jefe de partido, y aunque hubiera podido fácilmente tiranizar á la república, cuya existencia se habia hecho tan precaria, le faltó ó la voluntad firme ó la habilidad para ello.

Habíase apartado desde el principio de los caballeros y de la causa italiana para asociarse con los patricios; por lo cual aquellos le aborrecieron como desertor, y estos le despreciaron. Pensó Sila crearse en él un amigo; y lisonjeó su mezquino orgullo; pero en su testamento, donde no olvidó á ninguno de sus amigos, no hizo mencion de Pompeyo. Este, sin embargo, siguió favoreciendo el partido aristocrático, hasta que habiendo perecido los veteranos de Sila, y viendo que recobraba su vigor la causa de los caballeros y de la plebe, se unió á ella, y se mostró su sosten principal.

Apénas cerró Sila los ojos, emplearon los tribunos todos sus esfuerzos á fin de recuperar la autoridad que habian perdido; y como la guerra de los piratas causase luego en Roma carestía, 74.
el cónsul Aurelio Cotta propuso, para remediar tantos males, que se devolviera á los tribunos su poder de otros tiempos, é hizo decretar que pudiesen en adelante desempeñar los primeros cargos de la república. Completó la obra Pompeyo proponiendo que se restituyese á la plebe la eleccion de sus tribunos, restableciendo los comicios por tribus, y quitando de nuevo la administracion de justicia á los senadores. Para conseguir esto último, se necesitaba mostrar al público la tiranía con que se trataba á las provincias desde que los senadores eran los únicos jueces de sus propios desafueros, y hacer que un gobernador inicuo fuese perseguido por un acusador de superior talento. Vérres y Marco Tulio Ciceron le parecieron á propósito para el caso.

Era este último un individuo del órden ecuestre, natural de Arpino, dotado de maravillosa elocuencia y de una flexibilidad de talento extraordinaria (1). Compuso al principio un poema en honor de su compatriota Mario, que le hubiera asegurado la reputacion de no mal poeta, á no haber llegado á ser luego orador eminente. Educado Ciceron con este objeto en la escuela de los retóricos y sofistas griegos, y habiendo aprendido las artes jurídicas con L. Crasso, Ciceron. 106.

(1) Elegantísima es la inscripcion que Pompeyo colocó en el templo de Minerva construido de órden suya en el Campo de Marte, la cual nos ha sido conservada por Plinio II, N. VII, 27. CNEIUS POMPEIUS MAGNUS IMPERATOR, BELLO TRIGINTA ANNORUM CONFECTO, FUSIS, FUGATIS, OCCISIS, IN DEDITIONEM ACCEPTIS HOMINUM CENTIES VICIES SEMEL, CENTENIS OCTOGINTA TRIBUS MILLIBUS; DEPRESSIS AUT CAPTIS NAVIBUS SEPTINGENTIS QUADRAGINTA SEX; OPPIDIS, CASTELLIS MILLE QUINGENTI VIGINTI OCTO IN FIDEM RECEPTIS; TERRIS A MÆOTIS LACU AD RUBRUM MARE SUBACTIS, VOTUM MERITO MINERVÆ.

(2) He formado esta voz siguiendo el ejemplo de Ciceron, el cual escribia á Ático (IX, 10) : « Hoc turpe Cnejus noster biennio ante cogitavit; ita syllaturit animus ejus, et proscripturit. » Y en una carta anterior (IX, 7): « Mirandum in modum Cnejus noster Syllani regni similitudinem concupivii : εἰδῶς σοί λέγω : nihil unquam minus obscure tulit. »

(1) C. Middleton en su *Vida de Ciceron* (Dublin, 1741, en 8º) describe la historia de aquel tiempo, pero es sobradamente parcial con su héroe. Ántes de él habia escrito Francisco Fabricio *Sebastiani Corrandi quæstura et M. T. Ciceronis historia*, donde, en buen latin, defiende al Arpínes contra Dion y Plutarco : cansa sin embargo con el uso de una perpétua alegoría, que estaba de moda en aquel tiempo, pues supone que un cuestor presenta las acciones de Ciceron como moneda corriente, en contraposicion con la falsa de los historiadores griegos. El mejor estudio de aquella época es el que puede hacerse en las Epístolas de Ciceron, principalmente de la manera que les ordenó y tradujo en aleman C. M. Wieland, Zurich, 1808, 6 tom., ó Viena, 1813, 12 tom. 8º en latin y aleman; y despues Car. G. Schiitz, profesor en Jena, con el título de *M. Ciceronis epistolæ ad Atticum, ad Q. Fratrem et quæ vulgo ad Familiares dicuntur temporis ordine disposite, etc.*, 1808, obra reimpresa en Milan en 12 tom. en 8º con la version de Cesari y notas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gran defensor del Senado, no se afilió en ningun partido, sino que evitando la completa manifestacion de sus pensamientos, se mantuvo en ese justo medio que hace adelantar, pero que no eleva hasta la cúspide. Defendió á Roscio Amerino, á quien un liberto de Sila queria presentar como reo de muerte para heredar sus despojos: y aunque Tulio en este caso no corria ningun peligro, y aduló con templanza al dictador, atribuyendo á sus demasiadas ocupaciones el que dejase prevaricar á sus dependientes, y diciendo que ninguno, por feliz que fuera, podia contar con la seguridad de no tener sino servidores fieles, agradó ver á un jóven levantarse en favor de la humanidad, que tan raras veces encontraba defensores (1), y oirle echar en cara la injusticia á los que se habian aprovechado de la proscripcion, y que dichosos á la sazon con sus quintas suburbanas, con sus habitaciones adornadas de vasos de Corinto y de Délos, de escalfadores que valian una finca, vajillas de plata, riquísimas telas, pinturas, estatuas, mármoles, y rodeados ademas de una multitud de cocineros, panaderos y mozos de litera, se paseaban en triunfo por el foro. Pompeyo creyó, pues, que le servirian de mucho la popularidad y elocuencia de Ciceron para dar el golpe á la aristocracia.

Vérres. El senador Vérres, amigo de los Metelos y de los Escipiones, habia pasado su juventud en los vicios; cuestor de Carbon, durante la guerra civil, se pasó al enemigo llevándose la caja; lugarteniente de Dolabela en Asia, y encargado de combatir á los piratas, fué él mismo en corso y cometió los mas atroces desmanes. Escauro los reunió todos en un libelo y se lo presentó, amenazándole con acusarle de ellos, si no le revelaba todas las culpas y faltas de Dolabela; y Vérres vendió á su jefe y hasta declaró en juicio contra él. Habiéndose enamorado en Lampsaco de la hija de Filodamo, ordenó á los lictores que se la llevasen: pero el padre y los hermanos de la jóven rechazaron semejante violencia, originándose un motin que con gran trabajo consiguieron calmar los caballeros y negociantes romanos; pero despues citó Vérres á Filodamo á su tribunal, y le condenó á muerte. Nombrado luego pretor de Roma, tomó asiento como juez y se dejó gobernar por una cortesana griega y un favorito que traficaron con las sentencias.

¿Qué habia de suceder yendo de procónsul, esto es, de árbitro á Sicilia?

Sicilia. Á pesar de todos los males que aquella isla habia sufrido, era aun la flor de las provincias. Habia enseñado ántes que nadie á los Romanos cuán grato es mandar á otras naciones (2), y sirviendo de escala para pasar á África, les habia facilitado la conquista de esta con el suministro de víveres; en recompensa de lo cual le devolvió Escipion el Africano los despojos que le habian robado los Cartagineses. El comercio la unia estrechamente á los Italianos; Roma la miraba como su granero, y como tal, ó mas bien como erario, la habia servido en la guerra social, proporcionándole telas, trigo y cueros, manteniendo, equipando y armando los ejércitos mas numerosos. Ciceron nos dice que el valor del trigo procedente del diezmo de un año importó nueve millones de sextercios, esto es, hasta tres millones de caíces; con cuyo dato pudiera calcularse el producto de toda la isla en treinta millones de caíces, ó sea cuatrocientos cinco millones de francos. Ricos é industriosos vecinos tomaban en arrendamiento heredades de mucha extension, y empleaban en ellas útilmente grandes sumas. El haber sacado Vérres del solo puerto de Siracusa en unos cuantos meses doce millones de sextercios, indica cuánto debia producir á la república, en país de tantos puertos, la vigésima parte de las mercancías importadas (1). Los Romanos, pues, deseaban á porfía usufructuarla, muchos se habian enriquecido en aquella provincia fértil y tan próxima á Roma, que podia considerarse como un barrio suyo. ¡Tan funesta es la amistad de los fuertes! La Sicilia habia olvidado su antigua grandeza, cayendo en ese abismo de opresion en que no queda á las almas envilecidas ni siquiera el valor de quejarse y la fuerza de manifestar su indignacion, sino que besan la servil cadena (2).

Vérres llegó á tiempo de hacer lo que no habian hecho las guerras cartaginesas ni las de los esclavos. Asegurándose el favor de los Sicilianos con dar la muerte á cuantos soldados de Sertorio buscaban asilo en aquella isla, obró allí á su antojo. Miéntras fué pretor, ni las leyes romanas, ni las constituciones patrias gobernaron la Sicilia; nadie pudo salvar cosa alguna de valor, sino lo que habia permanecido oculto á su indagadora rapacidad. Durante aquellos tres años pendieron los juicios de su voluntad; pagaba calumniadores, citaba, examinaba, sentenciaba, y en virtud de sus sentencias, fueron adjudicadas muchas propiedades patrimoniales á gente extraña; declarados adversarios muchos amigos fieles; entregados al tormento ó enviados al suplicio multitud de ciudadanos romanos; absueltos por dinero grandes malvados; personas honradas perseguidas y condenadas hallándose ausentes; puertos y ciudades bien fortificadas, abiertos á los corsarios; sentenciados á muerte los capitanes cuyas tropas se ha- 73 71.

(1) « Todos los que véis asistir á esta causa, creen que debe ponerse remedio á semejante superchería; pero no se atreven á hacerlo por la perversidad de los tiempos. » *Pro Roscio Amerino.*

(2) Cic., *In Verrem*, II.

(1) Cic., *In Verrem*, II.

(2) Me parece esta la idea que racionalmente se deduce de las ampulosas alabanzas de Ciceron: « Sic porro homines nostros diligunt, ut his solis neque publicanus, neque negotiator odio sit. Magistratuum autem nostrorum injurias ita multorum tulerunt, ut nunquam ante hoc tempus ad aram legum, præsidiumque vestrum publico consilio confugerint... Sic à majoribus suis accepterunt, tanta populi romani in Siculos esse beneficia, ut etiam injurias nostrorum hominum perferendas putarent. In neminem civitates ánte hunc (Verrem) testimonium publice dixerunt; hunc denique ipsum pertulissent si, etc., etc. » Id.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bian dejado vencer porque no las pagaba; perdidas ó vendidas ignominiosamente utilísimas escuadras; sin hablar de los incestos y violencias de que no podian librarse las esposas y las hijas de los Sicilianos.

Aun pasando en silencio la grosera ignorancia de Mummio, nunca tuvieron los Romanos verdadero amor ni recto gusto por las bellas artes; y el mismo Ciceron creyó deber excusarse por la estimacion que profesaba á las obras de pintura y escultura (1). Sin embargo, las grandes sumas que costaban á los aficionados y el disgusto que las ciudades vencidas de Grecia manifestaban al verse despojadas de ellas, les habian enseñado á apreciarlas y considerarlas un glorioso trofeo en la ciudad y un adorno señorial en los palacios. Pison, procónsul de la Acaya (omitiendo hablar de los gravámenes que impuso, de sus actos de tiranía, de su libertinaje, del cual ni matronas ni vírgenes pudieron librarse sino arrojándose á los pozos), despojó á Bizancio de las muchas estatuas que se habian conservado allí cuidadosamente aun en medio de los peligros de la guerra contra Mitrídates, y no hubo templos ni bosques sagrados en la Grecia cuyos simulacros y ornamentos no se llevase consigo (2).

Riquísima en obras maestras era con especialidad la Sicilia, griega tambien, corte de poderosos é ilustres reyes, floreciente por su comercio y madre de insignes artistas. Parecióle, pues, á Vérres buena coyuntura aquella para proporcionarse una de las galerías mas magníficas, y ántes de poner allí el pié se habia ya informado de los puntos donde se hallaban las obras mas estimables; en seguida, ó fijando él mismo los precios, ó las mas de las veces usando del fraude y la violencia, despojó de ellas al país. « En toda esa tan opulenta y anti-
» gua provincia (dice Ciceron) donde hay tantas
» ciudades, familias y riquezas, aseguro que no
» existe un solo vaso de plata, de Corinto ó de
» Délos, ni piedra preciosa, ni objeto de oro ó de
» marfil, ni estatuilla de bronce, mármol ú otra
» materia, ni pintura en madera ó en lienzo que
» él no haya examinado, llevándose lo que le
» agradaba. » Y protesta que dice esto, no por amplificacion oratoria ó para agravar la acusacion, sino porque tal es la verdad en términos precisos. Un libro entero de su accion contra Vérres trata de las obras de bellas artes robadas por este, y merece la pena de leerse, porque da á conocer así la multitud de obras insignes (3), que pasaron de la despojada isla á la galería de Vérres, como los medios de que se valió para apoderarse de ellas.

Viendo en una carta la señal de un magnífico sello, envió á buscar al dueño, y le exigió su anillo. Antíoco, hijo del rey de Siria, que habia ido á Roma á solicitar la amistad del Senado, tenia dispuesto regalar á Júpiter Capitolino un candelabro digno por el trabajo y la riqueza del sitio á que se le destinaba, y de la esplendidez del donante. Habiendo llegado el príncipe á Sicilia, le convidó Vérres á cenar, ostentando en la sala sus hermosísimos vasos de plata y una pompa verdaderamente régia. Á su vez convidó Antíoco al pretor y desplegó á sus ojos las riquezas asiáticas que consigo llevaba: vasijas de metal fino, una copa de extraordinaria magnitud hecha de una sola piedra preciosa y un jarro con el asa de oro. No cesó Vérres de manosear y encarecer tales trabajos, y de vuelta á su casa, envió á suplicar al rey que tuviese á bien prestárselos, para mostrarlos á sus plateros. Antíoco, sin concebir la menor sospecha, le dejó complacido, y hasta le confió aquel magnífico candelabro que con tal esmero conservaba. Pero cuando se trató de la devolucion, aplazó esta el pretor de uno á otro dia; acabando por pedirle aquellos objetos descaradamente. Negóselos el príncipe, y por último le dijo que le entregase el presente destinado al pueblo romano, y se quedase con lo demas, pero Vérres le intimó, no sé bajo qué pretexto, que saliese de la provincia ántes de anochecer.

Habia en Segesta una Diana, no ménos hermosa que venerada, robada ya una vez por los Cartagineses y devuelta luego por Publio Escipion. Prendóse de ella Vérres, la pidió, y como se la negasen, vejó á los habitantes y magistrados hasta impedirles el tráfico y poner obstáculos á la introduccion de víveres, tanto que resolvieron decirle, como menor mal, que se la llevára. Mirábanla, sin embargo, con tal devocion, que no hubo nadie en Segesta, ni libre ni esclavo, ni ciudadano ni extranjero, que se atreviera á tocarla; por lo que mandó Vérres venir del Lilibeo algunos operarios que, no sabiendo de qué se trataba, la trasladaron por un precio convenido. Imposible sería describir el furor de los hombres y los llantos de las mujeres que esparcian sobre ella aceites olorosos, la ceñian de coronas y la acompañaron quemando parfumes hasta la frontera; pero como no cesaban de lamentarse de que habia quedado tan solo el pedestal con el nombre inscrito de P. Escipion, mandó Vérres llevar tambien este.

Todavía era mas venerada en toda la isla la Céres de Enna, símbolo bellísimo de la civilizacion difundida por medio de la agricultura, y de cuyas aventuras se decia haber sido teatro aquella tierra. La estatua de mármol de la diosa no se libró de la codicia del pretor, que con esto ofendió mas á los Sicilianos que con el robo de sus bienes, con las contribuciones, las injusticias, los estupros y las violencias. Prohibió tambien celebrar la fiesta en conme-

(1) « Dicet aliquis : Quid? tu ista permagno æstimas? Ego vero ad meam rationem usumque non æstino : verumtamen à vobis id arbitror spectari oportere, quanti hœc eorum judicio, qui studiosi sunt harum rerum, æstimentur, quanti venire soleant etc. » Id., IV.

(2) Cic., *De provinciis consularibus*, IV.

(3) Entre ellas, un Apolo y un Hércules de Miron, un Hércules del mismo, un Cupido de Praxitéles; y Siracusa (dice el exagerado orador) perdió entónces mas estatuas que hombres en el asedio de Marcelo. (*Actio II in Verrem.*) En las *Memorias de la Academia de bellas letras*, t. IX, insertó Fangier una disertacion, titulada *La galería de Vérres.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

moracion de la toma de Siracusa por Marcelo, y la sustituyó con otra en honor suyo. — ¡Infeliz Sicilia obligada á festejar al triunfador ó al que la hacia objeto de sus saqueos!

Lo que mas excitó la indignacion fué el haberse atrevido á hacer azotar con las varas á un Romano. « Un ciudadano romano (exclamaba » Ciceron) fué azotado en el foro de Mesina, oh » jueces, sin que ningun gemido, sin que ninguna otra voz saliese de los labios de aquel » infeliz en medio del dolor y las heridas, sino » esta : *Soy ciudadano romano.* » Todos se horrorizaban al oir tal exceso, sin pensar en los miles de infelices hacinados en los ergástulos, y azotados hasta exhalar el último aliento, segun el capricho de sus amos ó la voluntad de sus carceleros; pero estos no eran ciudadanos, sino solamente hombres.

Tanto se permitia un pretor en el espacio de tres años, y á las puertas de Roma. Todos tenian noticias de estos desafueros; pero ninguno le acusaba : anualmente enviaba Vérres á Roma dos naves cargadas de despojos, y se jactaba de haber robado tanto que ya no era posible condenarlo. Los Sicilianos no se atrevian á pedir el remedio directamente al Senado; pero se dirigieron á Ciceron para que los defendiera : y aun despues de insinuada la acusacion, los pretores y lictores amenazaban al que acudiese en queja, y ponian obstáculos á las declaraciones de los testigos. No obstante esto, y aunque Vérres estaba protegido por altos personajes y patrocinado por el famoso Hortensio y por la omnipotencia del oro, Ciceron se atrevió á acusarlo. Cediendo á los ruegos de los habitantes de Siracusa y Mesina, reunió de todas partes pruebas, y á pesar de que Vérres hizo cuanto pudo para retardar el juicio, presentó el libelo contra él y desplegó toda su armoniosa elocuencia en las diversas fases del proceso, de modo que el Senado, para evitar la escandalosa declamacion de la tribuna, se apresuró á condenar á Vérres al destierro, y á que devolviese apénas cuarenta y cinco millones de sextercios á los Sicilianos que habian pedido ciento, ó sean veintiocho millones de francos (1).

Los discursos de Ciceron circularon, no obstante, manuscritos, y han quedado como testimonio de los excesos de la aristocracia y como justificacion del odio que le profesaban las provincias. Con una franqueza de que debemos elogiar á Ciceron, aunque al obrar así tenia bien guardadas las espaldas, reveló otras muchas prevaricaciones; arrancando la máscara á tantos nobles como habian cooperado á los delitos de Vérres, y sobre todo á Neron, que habia condenado á uno á muerte por haber protegido contra Vérres la honestidad de su hija. Así, aquel golpe, hiriendo de lleno á toda la nobleza, demostró el perjuicio de dejar la administracion de justicia al arbitrio del Senado.

Ciceron habia hecho ver tambien á los senadores que convenia juzgar severamente á Vérres, para probar que no eran sus únicos móviles la intriga y el favor, y que sabian condenar al malvado; recordó que poco ántes habia dicho Q. Cátulo que los padres conscriptos juzgaban mal é inicuamente, y que si en el presente caso tenian á bien dejar satisfecho al pueblo romano, este no desearia con tanto anhelo confiar la judicatura á los tribunos; y que el mismo Pompeyo, nombrado cónsul, habia obtenido universal aplauso por haber indicado que queria devolver á estos la jurisdiccion (1). Pero el consejo no fué escuchado y adquirió fuerza el partido democrático, de quien era dios Pompeyo por sus victorias, por su carácter, por su popularidad. Léjos de mostrar en medio de sus triunfos el exceso de lujo que se notaba en Lúculo y en otros que habian llegado de Asia, despreciaba á estos, dejando sin embargo que sus amigos se enriqueciesen y se insolentasen. Compadeciéndose de Aténas, dió cincuenta talentos para reconstruirla; detúvose en Ródas con objeto de oir á los filósofos, á cada uno de los cuales regaló un talento; cuando dedicó su teatro, ofreció públicos combates en que riñeron elefantes y perecieron quinientos leones : artes infalibles para atraerse el favor del pueblo, que ademas le compadecia por los agravios recibidos de su mujer Mucia, á quien tuvo que repudiar. Pero cuando subieron á las nubes sus alabanzas fué al restablecer los comicios por tribus, que devolvian á la plebe el derecho que suele confundir con la libertad; el de poderla vender.

Sostenian, pues, su medianía, haciéndole aparecer un gigante, los soldados á causa de los triunfos, los caballeros por las esperanzas que alimentaban, y el pueblo en atencion á las dádivas que recibia; y con tales lados pudo conseguir que los tribunos fuesen de nuevo elegidos por la plebe, y que los senadores dividiesen con los caballeros los juicios civiles, destruyendo así del todo la obra de Sila. Hasta la censura, suspensa durante las guerras civiles, fué puesta otra vez en vigor, y al residenciar á los senadores, quedaron borrados del álbum sesenta y cuatro.

Caton de Utica

Levantóse entónces Porcio Caton para reprender al siglo, para ver de resucitar lo pasado en nombre de la ley, no de la humanidad. Descendiente del antiguo censor y como él severo, habia dado nuevo temple á su inflexibilidad patricia con las doctrinas estóicas que habia aprendido en las escuelas de Antípatro de Tiro. Desde niño dió muestras de su índole obstinada y dura; era tardo en comprender, pero no olvidaba jamas lo que habia aprendido; y fué para él una fortuna el tener por maestro á Sarpedon, que á sus contínuas preguntas contestaba, no con los puños, sino con razones. Habiendo ido una vez con este á ver á Sila, y viendo sacar fuera de la casa cabezas cortadas de hombres

(1) *Actio*, V.

(1) *Actio*, I.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ilustres, preguntó á su maestro por qué no mataba alguno á aquel tirano; y como Sarpedon le respondiese que Sila era aun mas temido que odiado, dijo: *¿Por qué, pues, no me dan una espada con que librar á la patria?*

Los embajadores de los socios italianos que fueron á ver á Druso, con quien Caton habitaba, suplicaron á este que intercediese á su favor con su tio, pero él no respondió: insistieron aquellos y Caton permaneció mudo: le amenazaron con arrojarle por la ventana y hasta le tuvieron en el aire para dejarlo caer, sin que por eso vacilase un momento; tanto que dijeron: *Fortuna que sea un niño; pues de lo contrario es seguro que nuestra peticion no seria escuchada.*

Llegó, pues, á ser uno de esos hombres chapados á la antigua, que en la historia se distinguen de sus contemporáneos, como una vieja columna en medio de una serie de elegantes edificios. Amaba tanto á su hermano Cepion que á la edad de veinte años no habia nunca cenado, ni emprendido un viaje, ni siquiera dado una vuelta por la plaza sin él. Estudiaba la elocuencia, pero no le atormentaba el deseo de hacer gala de ella; y á los que le decian qu, los ciudadanos le censuraban por su silencio, respondia: *No importa, con tal que no censuren mi manera de vivir;* ó bien: *Ya empezaré á hablar cuando sepa decir cosas que no merezcan callarse.*

La insignificancia de las acusaciones que se le han dirigido, prueba cuán superior era á la corrupcion universal; y claro lo dió á entender el pueblo cuando queriendo pedir en los juegos florales que se bailase un paso obsceno, esperó á que Caton hubiese salido del teatro. Tambien el perverso tribuno Clodio, al tratar de subvertir todo linaje de honradez en la república, buscó un pretexto para enviar á Caton á Chipre, dando á entender que era el único cuya integridad le infundia respeto. Era proverbio corriente: *No lo creeria, aunque lo dijese Caton.*

Habiendo sido elegido cuestor, convirtió en empleo honroso un cargo que ántes servia solo de título para robar: pagó las deudas que el tesoro público tenia con los particulares; pero recaudó hasta el último as de las de estos para con el erario; y habiendo descubierto el finiquito de lo entregado á los sicarios y á los espías en tiempo de Sila, los denunció y obligó á devolver el dinero. El Gálata Deyotaro le ofreció grandes regalos para que se encargase de la tutela de sus hijos; pero él no los quiso recibir ni permitió que los aceptasen sus amigos. Por ostentosa imitacion de los antiguos iba á pié, miéntras que su séquito lo hacía á caballo, y se entretenia en hablar, acercándose ya á uno ya á otro; atravesaba la plaza vestido de sayo, aunque era pretor, y con los piés descalzos, como un esclavo, se dirigia á tomar asiento en el tribunal. Implacablemente severo allí, y fuera de allí, siempre se le encontraba dispuesto á reñir á la gente, aun tratándose de cosas de poca importancia. Lamentábase con frecuencia Ciceron de su inflexible austeridad, diciendo que habia tomado por costumbre hablar como si viviese en la república de Platon y no en medio de la corrupcion de Roma, y se burló de ella en la oracion que pronunció en defensa de Murena (1); pero no bien lo oyó Caton, cuando se contentó con exclamar: *¡ Qué ridículo cónsul tenemos!*

No faltaba nunca al Senado, ni adonde le llamaba su obligacion, sin desatender por eso á sus clientes. Habiéndose presentado como candidato para el consulado, no quiso apelar á los amaños que en tales casos se acostumbraban, y obtuvo una repulsa: por lo cual le reprendia Ci-

(1) Allí le echa en cara Ciceron su severidad estóica: y aunque le falta, como demasiadas veces, la sinceridad, es conveniente trasladar aquí sus palabras como testimonio de la idea que vulgarmente se tenia de los estóicos:

« A tí, oh Caton, te formó la naturaleza para la honradez, la gravedad, la templanza, la grandeza de alma, la justicia, grande y excelso en todas las virtudes. Agrégase á esto la doctrina, no moderada ni suave, ántes bien, segun mi opinion, algo dura y mas áspera de lo que permiten la verdad ó la naturaleza. Y en atencion á que no hablo á una multitud ignorante, ó en una asamblea de personas toscas, discurriré con un poco mas de franqueza sobre los estudios de la humanidad que á vosotros y á mí nos son conocidos y caros. Sabed, oh jueces, que las dotes egregias y divinas que véis en M. Caton, le son propias; las que reprendemos en él de vez en cuando, no las tiene de la naturaleza, sino de su escuela. Hubo en un tiempo un tal Zenon, hombre de grande ingenio, cuyos discípulos se llaman estóicos. Sus preceptos y opiniones son las siguientes: que el sabio no se deje conmover jamas por ninguna gracia, ni perdone ninguna culpa; que solo el necio y el atolondrado son misericordiosos; que no conviene al hombre dejarse aplacar; que solo los sabios, aunque contrahechos, son bellos, aunque pobres, ricos; y que si sirven, en la servidumbre son reyes. Y á nosotros que no somos sabios, nos llaman prófugos, desterrados, enemigos, perversos. Sostienen la igualdad de todos los pecados: cualquiera falta es una culpa nefanda, y peca igualmente el que degüella á su padre que el que quita la vida á un pollo. El sabio no opina nada, de nada se arrepiente, en nada se engaña, jamas muda de parecer.

» Aleccionado por autores muy eruditos, adoptó el ingeniosísimo Caton estas doctrinas, no como objeto de disputa, como lo hacen muchos, sino como regla de le vida. ¿Píden algo los publicanos? Él cuida bien de que la amistad no influya en la decision. ¿Acuden á tí suplicantes algunos infelices y desgraciados? Serías malo é inicuo si te dejases mover á compasion. ¿Confiesa alguno haber pecado é implora el perdon? Sería delito concedérselo. Pero se dirá, fué leve el pecado: todos los delitos son iguales. ¿Has dicho que tal negocio está fijo y determinado? No fuiste inducido á hablar así por el hecho, sino por la opinion: el sabio jamas opina. ¿Erraste al decir algo? Cree que lo has dicho con malicia. Tales son las consecuencias que emanan de aquella doctrina. He dicho en el Senado que llevaria el nombre de candidato consular. Pues bien, si lo dije colérico, responde que el sabio nunca se irrita. Si lo dije por efecto de las circunstancias, replica que es propio de malvados mentir; que es torpe mudar de dictámen, culpa doblegarse, delito compadecerse.

» Al contrario los nuestros (pues os confesaré que tambien yo, desconfiando cuando jóven de mi genio, pedí los socorros de la ciencia) aquellos de los nuestros, digo, que son discípulos moderados y templados de Platon y Aristóteles, aseguran que algunas veces vale para con el sabio la gracia; que es propio del hombre de bien campadecerse, que hay várias especies de delitos y de penas; que el hombre constante deja lugar para el perdon; que el sabio mismo opina á menudo sobre cosas que no sabe de cierto; que á veces se incomoda, se ablanda y doblega, corrige lo que dijo si no le parece tan justo como ántes, varía de modo de pensar; que todas las virtudes deben moderarse y ser dirigidas por un camino medio.

» Si así como tu naturaleza te ha enseñado, oh Caton, te hubiera la fortuna conducido á tales maestros, no serías por eso mejor, ni mas fuerte, templado ó justo, cosa verdaderamente imposible, pero sí algo mas propenso á la mansedumbre. » *Pro L. Mureæa.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ceron, diciéndole, que en la necesidad que sentia la república de un hombre de su temple, no habia sabido conducirse de modo que se colocase donde pudiera servirla. Otra vez, al salir fuera de la ciudad, encontró á Metelo Nepote, hombre malo y vendido á Pompeyo, que iba á intrigar por un destino; é inmediatamente retrocedió á pedir el tribunado, jurando que acusaria á cualquiera que emplease un sueldo en la compra de votos. Avergonzó tanto á Clodio, que aquel facineroso salió de la ciudad; y dándole gracias por ello Ciceron, contestó: *Dad gracias á la ciudad, por cuyo solo bien trabajo.*

Y sin embargo, no le faltaba su reverso: habiéndosele adelantado Metelo á pedir la esposa, que él queria, le persiguió Caton con sátiras virulentas. Por servir á un amigo, le cedió su esposa Marcia, volviéndola á tomar ya rica. ¡Tan dudosas y poco frecuentes eran las virtudes entre los antiguos! Cuanto mas que su adhesion á lo pasado no le permitia comprender los mejoramientos de que era susceptible lo presente; y obstinándose en hacer retroceder á la humanidad ansiosa de marchar adelante, consiguió detener por algun tiempo el movimiento que podia subvertirla,

Craso. De muy diversa índole fué Craso. Al principio favoreció á Mario; pero habiéndole este despues muerto á sus padres, se entregó en manos de Sila, al que ayudó no poco, si bien le ponia de mal humor la predileccion del dictator hácia Pompeyo. En las proposiciones de Sila habia aumentado su fortuna desde trescientos á siete mil talentos (39 millones de francos) comprando bienes confiscados, y creía que no podia llamarse rico el que no tuviese con qué mantener con su propio caudal un ejército. Poseía quinientos arquitectos y albañiles esclavos, y en los frecuentes incendios y allanamientos de entónces compraba los solares, fabricaba y volvia á vender ó daba en alquiler los trabajadores. Tambien alquilaba con una gran ganancia los esclavos, como escribanos, banqueros, administradores, agricultores. Viendo que no podia rivalizar con Pompeyo en la guerra, se proporcionó amigos de otros modos. Grande orador, estaba preparado á defender todas las causas, y siempre que se excusaban Marco Antonio, César, Ciceron ú Hortensio, él se levantaba á arengar. Poniendo su elocuencia á disposicion de todo el que necesitaba un patrono, se atraía el afecto de muchos; su casa estaba siempre abierta á sus amigos, á quienes daba banquetes con fina frugalidad y alegre cortesía; si necesitaban votos para las magistraturas, los ayudaba; y prestaba dinero sin usura aunque el dia señalado para la devolucion la exigia con inexorable exactitud.

Es verdad que al traves de aquel brillo se descrubria algo de mezquino, como suele acontecer con las personas advenedizas: deleitándose en la conversacion del Griego Alejandro, le llevaba consigo al campo y le prestaba un sombrero de viaje, que le exigia á la vuelta. Como quiera que fuese, habíase formado un partido poderoso en un país donde todo se vendia: en la guerra de los esclavos le acompañaron muchos por pura amistad, y como no era ni amigo estable ni irreconciliable enemigo, contribuía á perjudicar al partido á que se arrimaba.

César. Sobrepujaba con mucho á todos estos Julio César, uno de los personajes mas grandes de la antigüedad. Se gloriaba de descender de Vénus y de Anco Marcio, es decir, de los dioses y de un rey, lo cual le daba ánimo para aspirar á todo. Díscolo, audaz, predilecto de las damas, corredor de aventuras como todos los jóvenes nobles de su época, mas pródigo que ninguno, vendia, tomaba prestado para regalar y buscarse amigos, tanto que ántes de haber obtenido cargo alguno, debia mil trescientos talentos (siete millones de francos). Envolvíase con afectado desaliño en la toga mal ceñida; padecia de los nervios, al mismo tiempo que su estatura gigantesca, sus ojos de ave de rapiña y su natural altanería le mostraban capaz de actos esforzados y resueltos. Á los diez y siete años se atrevió á desobedecer á Sila, que queria obligarlo á repudiar á su mujer, hija de Cinna; el dictador le proscribió, pero le perdonó luego, gracias á las súplicas de los nobles y de las Vestales, diciendo: *En ese chico que se ciñe tan mal encontraréis muchos Marios.* Adivinaba con su sagacidad el golpe decisivo que César habia de dar á la aristocracia.

Despreciando este el perdon, ó desconfiando de que fuese sincero, pasó á Asia para esperar á que se disipase la tormenta, y habiendo caído en manos de piratas, léjos de acobardarse, los trató sin miramiento y los amenazó como si fuera su jefe y no su prisionero. Despues de ajustar su rescate en veinte talentos, dijo: *Es demasiado poco, os daré cincuenta; pero en cuanto me vea libre, os haré crucificar;* y cumplió su palabra.

De regreso á su patria, se declaró contra los partidarios de Sila, y comenzó su carrera acusando á Cornelio Dolabela, en otro tiempo gobernador de la Macedonia, cónsul y triunfador, imputándole el delito de malversacion. Dolabela habia robado lo suficiente para encontrar dos excelentes abogados que le defendieran: Q. Hortensio y C. Auralio Cota; pero las personas ilustradas admiraron el ingenio de aquel jóven que habia cultivado sus dotes naturales con una esmerada educacion; y el pueblo aplaudió el valor con que protegia la justicia y á los Griegos oprimidos contra los magistrados romanos. Desde entónces se presentó César como defensor de la humanidad entera contra los que se declaraban á favor de la privilegiada unidad de Roma.

Habiendo entrado en la senda de la política, castigó á los sicarios de Sila, sin considerar si habian obrado de órden del dictador; declaróse patrono de todos los oprimidos siendo cuestor, ayudó á las colonias latinas á recobrar los derechos que les habian sido mermados por el dic-

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA
BIBLIOTECA CIRCULANTE
TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tador: extendia sus cuidados hasta á los Bárbaros, hasta á los esclavos; y si bien como edil, ofrecia trescientas veinte parejas de gladiadores, no dejaba al pueblo la atroz satisfaccion de verlos espirar. Aunque las damas romanas, respetadas en la familia, no eran nada para la ciudad, segun la antigua constitucion, él rindió honores públicos á su tia Julia, viuda de Mario, y á su esposa Cornelia, recitando en la plaza su elogio fúnebre. Empezó, en fin, á abrir las vedadas barreras de la ciudad romana, que muy pronto el imperio y el cristianismo debian franquear á toda la humanidad.

Siendo edil, hizo reconstruir la via Apia, casi toda á su costa; para que se viesen cómodamente los juegos Megaleses, edificó un anchísimo teatro de madera con asientos, lo que, unido á la magnificencia del espectáculo y al gran número de gladiadores, le atrajo el favor del pueblo. En los funerales de Julia se atrevió á exponer la estatua de Mario; despues, viéndose apoyado por la plebe, hizo llevar al Capitolio una mañana las estatuas y los trofeos del vencedor de los Cimbros, que habian sido quitados de allí en tiempo de Sila. Los aficionados admiraban la delicadeza de aquel trabajo; el pueblo lloraba de alegría; se estremecian los nobles, acusándole de aspirar á igual poder que Mario, y Cátulo decia en pleno Senado: *César ataca la república, no ya con amenazas secretas, sino abiertamente;* y Ciceron: *Preveo en él un tirano; pero cuando le miro con aquella cabecilla tan bien arreglada y rascarse el cráneo con el dedo, no puedo persuadirme de que semejante hombre piense en destruir la república.*

CAPÍTULO XII

Condicion de la Italia. — Catilina.

Miserable estado del país.

Estos eran los principales personajes, y en medio de ellos se agitaba un infeliz pueblo. Los funestos ejemplos del poder ilimitado no permitian ya apreciar en todo su valor los atractivos de la libertad, y hacian á los soldados audaces y esclavos de los jefes que durante muchos años los habian guiado á la victoria. La guerra civil y las proscripciones habian dado nuevos dueños á todos los campos, de modo que la propiedad casi no se fundaba sino en la injusticia y la usurpacion. La campaña de Asia habia introducido un lujo corruptor, que unos mantenian y otros procuraban imitar oprimiendo á los pobres y saqueando las provincias. La venalidad de las magistraturas obligaba á los nobles á cargarse de deudas para obtenerlas, y de consiguiente á desquitarse como podian en las provincias y en los tribunales.

Entretanto la plebe habia aprendido en las largas guerras la licencia, el lujo, el robo. Volviendo cargada de botin, le habia despilfarrado con la loca prodigalidad del que lo adquiere sin trabajo; encontrándose luego tan pobre como ántes, sentia mas vivamente las privaciones, envidiaba á los ricos y deseaba nuevas guerras y tumultos, incapaz al propio tiempo de poseer y de sufrir á los que poseían. Aquel grau nombre de Roma que habia unido á patricios y plebeyos para cooperar á la gloria comun, perdió su magia desde que Mario y Sila condujeron á los unos á pelear contra los otros, y sellaron con la sangre las enemistades que hacian mirar á cada uno, no como individuo de la misma república, sino como miembro de un partido.

Las liberalidades de Sila habian rodeado de incertidumbre y de peligros la propiedad, y sus hechuras aumentaron sus bienes con las confiscaciones, los procesos y el asesinato (1). Expulsados primero los Italianos de las tierras patrimoniales, y despojados luego de todo por Sila, andaban errantes mendigando por los campos que habian poseído en otro tiempo, miéntras que en los montes vagaban, ora pastores, que se habian escapado del poder de sus amos, llevándose los ganados de estos, ora gladiadores fugitivos, prontos á vender su valor desesperado; los ménos fieros afluían á Roma para gozar allí los privilegios de vender su voto y vivir de donativos, dejando los campos desiertos. El país de los Volscos, de donde hemos visto salir ejércitos tan numerosos, no estaba habitado en tiempo de Tito Livio sino por esclavos de los Romanos y por las guarniciones (2); otro tanto sucedia al de los Ecuos, al Samnio, á la Lucania, al Abruzo (3).

Ni se crea que el gran número de colonias lograron repoblar la Italia. Habian aceptado este nombre algunos municipios por mera adulacion ó para parecerse mas á la ciudad capital (4); pero sin recibir ni emigrados, ni soldados. Aun cuando se enviase gente, era la mas pobre y holgazana de Roma, que habia invocado la ley agraria y los campos, pero que apénas conducida á estos, se entregaba de nuevo al ocio voluptuoso é indolente de la ciudad, y vendiendo por poco dinero el terreno obtenido, volvia á su fastuosa miseria. Lo mismo hacian los veteranos, á quienes por sus méritos se les concedia, no la facultad de mermar las desmedidas posesiones de los ricos, conforme á la intencion de los Gracos, sino la de decir al tranquilo labrador: *Véte de aquí, la pequeña heredad que alimentó á tu familia es mia* (5). Desperdiciando luego en poco tiempo aquella fácil adquisicion y embargado el campo por los usureros, volvian po-

(1) Segun Ciceron, un Roscio fué asesinado y el tro acusado de parricida por un favorito de Sila, para apoderarse d su hacienda.

(2) T. Livio, VI.

(3) Estrabon, VI, *passim*.

(4) A. Gelio, XVI, 13.— Tácito *Ann.*, XIV, 27. — Maffei, *Verona ilustrada*, V.— Denina, *Revoluc. de Italia*, II, 6.

(5) Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva,
Nos patriam fugimus.
Impius hæc tam culta novalia miles habebit?
Barbarus has segetes? En quo discordia cives
Perduxit miseros! en queis consevimus agros!
O Licida, vivi pervenimus, advena nostri
(Quod numquam veniti sumus) ut possessor agell
Diceret: Hæc mea sunt; veteres migrate coloni.
Virgilio, *Églogas*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bres como ántes, y mas que ántes viciosos y holgazanes, á pedir armas, tumultos y proscripciones.

Los que quebaban podian, pues, adquirir fácilmente inmensos bienes, por lo cual las tierras que no permanecieron incultas, fueron unidas en heredades de grande extension, arruinándose la clase mas útil, la de los labradores libres y pequeños propietarios, y eran herencia de un particular comarcas que dos siglos ántes habian dado materia al triunfo de un general (1). Caballeros y senadores procuraban sacar de sus dilatadas haciendas el mayor rédito con el menor gasto posible, convirtiéndolas en prados, para cuyo cultivo bastaba un corto número de brazos.

El que levantaba una bandera en medio de tanta confusion, podia estar seguro de arrastrar en pos de sí á una multitud, ansiosa de cambiar el órden de cosas existente. El que queria, por otra parte, no aventurar un motin, sino disponer una revolucion, tenia que principiarla subvirtiendo enteramente el órden de propietarios, fijando nuevas listas de proscripcion contra los que se habian aprovechado de las primeras, aflojando las riendas á la venganza, inundando la Italia de sangre. ¿ Y despues ? Despojados de sus propiedades los injustos poseedores, ¿ á quién devolverlas ? La guerra, la proscripcion y la miseria habian dado muerte ó hecho olvidar á los primitivos dueños, que llenando en el último caso los insalubres tugurios de Roma, alborotaban el foro, vivian de las limosnas públicas, ó exhalaban cuando mas algun lamento débil y aislado contra la fuerza que estaban acostumbrados á mirar como derecho.

César pensaba en promover el bien de estos, ora fuese efecto de su buena índole, ora aquella ambicion que le hacía decir que preferia ser el primero en una aldea que el segundo en Roma. Despues de derrotar, como hemos dicho, á los nobles, castigando á los sicarios de Sila, hirió á los caballeros acusando Rabirio, agente de estos, el cual, cuarenta años ántes, habia dado muerte al tribuno Apuleyo Saturnino, matándole cabalmente cuando el Senado acababa de llamar á todos los ciudadanos á armarse por la causa de Mario y Flacco; de modo que en la acusacion se trataba nada ménos que de cercenar al Senado el derecho de confiar el pleno poder á los cónsules, ó sea el poder hasta sobre las vidas de los tribunos, cuya oposicion cesaba al publicarse la ley marcial.

Acusacion de Rabirio.

Viendo los caballeros y senadores su comun peligro, se unieron y pagaron á Ciceron para que defendiese al acusado; pero la elocuencia de este, el horror que difundió contra los trastornadores de la tranquilidad pública, y los elogios prodigados á Mario, cuya memoria era siempre cara al pueblo (2), no hubieran bastado para salvar al reo, si Metelo Celer no hubiese arrancado del janículo el estandarte que permanecia allí fijo miéntras que el pueblo votaba en el campo de Marte, y quitado el cual, quedaba disuelta la asamblea (1). César comprendió que el fruto no estaba aun maduro.

Tambien el tribuno Rullo trató de declararse contra el mal universal, proponiendo una ley agraria, modelada por las anteriores. Esta ley encargaba su ejecucion á decenviros, no elegidos por todas las treinta y cinco tribus, sino solo por diez y siete, como en el nombramiento de los pontífices y augures, y sacadas á la suerte (2). Dió á estos decenviros el derecho de vender las propiedades del Estado en Italia, y fuera de Italia las reunidas despues del primer consulado de Sila. Ponia en almoneda las gabelas de los terrenos públicos, á fin de obtener desde luego un capital con que comprar tierras en Italia y fundar allí colonias donde reviviese la pequeña propiedad. Por último, confirmaba, por via de compensacion, todas las ventas del dominio público hechas desde el año 82, esto es, en tiempo de Sila, y hasta las usurpaciones.

Los ricos se asustaron al pensar que sus derechos de propiedad deberian ser examinados por el representante del pueblo, y volvieron á excitar á Ciceron para que atacase la ley. Ciceron, á quien faltó constancia y buena fe en política, como en filosofía, aunque al aceptar la magistratura suprema habia declarado que queria ser un cónsul popular, empleó su elocuencia compuesta toda de afectos en impugnar á Rullo : aduló al vulgo llamando á los Gracos varones clarísimos, ingeniosísimos, amantísimos de la plebe romana, que con sus consejos, su sabiduría y sus leyes habian consolidado tanta parte de la constitucion (3) : lisonjeó á los Romanos exaltando la grandeza de su república; pero añadiendo, que esta no habia comprado nunca con dinero el espacio donde fundar sus colonias, y que era indigno de tan gran madre trasladar á sus hijos á tierras adquiridas de otro modo que con la legitimidad de la espada. Mostró especialmente que obrando así, se repartirian unas tierras que habian sido teatro de gloriosas victorias (4), como la Campania, delicia

(1) Τότε μὲν πολίχνια, νῦν δέ κώμαι, κτήσεις ἰδιᾶτῶν. Etrabon, V.

(2) « C. Marium quem vere patrem patriæ, parentem, inquam, vestræ libertatis, atque hujusce reipublicæ possumus dicere. » Pro Rabirio, 10.

(1) Dion, 129. Véase la oracion de Ciceron *pro Rabirio*. En Michelet, *Hist. romaine*, están explicados estos pasajes, en que no han fijado su atencion la generalidad de los historiadores.

(2) Ciceron con todo el arte de un retórico confundió y oscureció estas leyes, haciendo de ellas siempre una cuestion personal.

(3) Despues, en los *Oficios*, dice por el contrario : « Tib. enim Graccus P. filius tamdiu laudabitur dum memoria rerum romanorum manebit : at ejus filii nec vivi probantur bonis, et mortui numerum obtinent jure cæsorum. » Y en la oracion *De harusp. resp.* : « Tib. Graccus convellit statum civitatis : qua gravitate vir? qua eloquentia? qua dignitate? nihil ut à patris avique Africani prestabili insignique virtute, præterquam quod à senatu desciverat, deflexisset. Secutus est C. Graccus : quo ingenio? quanta vi? quanta gravitate dicendi? Ut dolerent boni omnes, non illa tanta ornamenta ad meliorem mentem voluntatemque essent conversa. »

(4) « Os obligan á vender los campos de Atalo y de los Olim- « penos, agregados al pueblo romano por las victorias de Ser-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del mundo, y los campos de donde se sacaba el grano que se distribuía á las últimas clases; argumento que valia mas que ningun otro para con la muchedumbre, temerosa solo de que le faltase pan. Poniendo en juego con un arte delicado todos los subterfugios, y adulando á todas las preocupaciones, aseguraba que Rullo, odioso y feroz tribuno, distaba no poco de la equidad y templanza de Tiberio Graco; que con la ley agraria lo que se queria era entregar los campos á la plebe para privarla de la libertad, y que se enriqueciesen los particulares, despojando al público; y como el nombre de rey sonaba muy mal á los oídos de los Romanos, pretendió que la ley agraria convertiria á los decenviros en diez reyes; que meditaban erigir una nueva Roma, émula de esta, en Capua, ciudad que se habia atrevido ya á pedir que uno de los cónsules fuese de la Campania, y que orgullosa con su pintoresca situacion y territorio, se burlaba de Roma, fundada entre montes y valles, con malos caminos, sendas angostas, y una campiña pobre (1). De este modo triunfó.

Otro tribuno, Roscio Oton, propuso que se señalára á los caballeros un puesto distinto en los juegos; pero la idea desagradó tanto á los plebeyos, que ya se iba á pasar de los silbidos á un completo motin, cuando apareció Ciceron en la tribuna, y habló tan bien, confundió con tanto talento la ignorancia de la multitud, la cual se atrevia á alborotar, hasta cuando representaba el grande actor Roscio (2), que el pueblo dió su asentimiento á la ley de Oton.

Puede decirse en verdad, que los caballeros debieron á Ciceron su estado, pues trabajó constantemente por su elevacion; y en particular desde que fué cónsul, convirtió aquel cuerpo en un tercer órden medio entre los senadores y la plebe. En cambio, ellos le guardaban las espaldas; y por instigacion suya, cedia el pueblo á aquel árbitro de los afectos sus propias comodidades, sus placeres, y hasta sus venganzas. Habiendo mandado Sila que los hijos de los proscritos quedasen excluidos del Senado y de los honores públicos, procuraban estos infelices anular tan inicua ley; pero Ciceron se opuso, no bajo pretexto de justicia, sino mostrando la inoportunidad de rehabilitar al partido vencido, que en lo primero que pensaria sería en vengarse. Persuadió por lo tanto á los pacientes que era necesario que sufriesen en beneficio del mayor número, y los indujo á tolerar una injuria de que redundaba utilidad á la república, la cual, gobernándose á la sazon por los decretos de Sila, se conmoveria si estos se echaban por tierra; indicó ademas que, empleando á gentes, honradas y dignas sin duda, pero que habian perdido sus fortunas, se corria probablemente el riesgo de que quisiesen desquitarse (1). Tambien esta vez triunfó, y los que se habian enriquecido con las confiscaciones de Sila, depusieron el miedo, á pesar de las quejas que contra Ciceron se propalaban como favorecedor de los que mas habian prosperado con las vicisitudes pasadas, y que eran llamados los siete tiranos, á saber; los dos Lúculos, Craso, Cátulo, Hortensio, Metelo y Filipo (2).

Habiéndose cerrado los caminos legales, ¿cuál podia emprenderse para alcanzar la reforma sino el de la revolucion? Y al traves de la revolucion y de la sangre, pensó dirigirse á su fin el senador Lucio Sergio Catilina. Culto, instruido, afable, servicial con sus amigos, pero de corrompidas costumbres, habiéndose enamorado en los primeros años de su juventud de Aurelia Orestilla, viuda sin mas mérito que su hermosura, para poseerla, quitó de en medio á un hijastro; mas adelante, se casó con una hija que tuvo de ella; y ademas sedujo á una vestal, cuñada de Ciceron. Incansable en el trabajo, franco en la conversacion, pródigo de lo suyo, codicioso de lo ajeno, simulador y disimulador, pronto en las palabras, como en llevarlas á efecto, aspiraba al mando, y lisonjeaba su esperanza el buen éxito obtenido por Sila. Catilina

En tiempo de este, se habia señalado por su ferocidad en ejecutar los mandatos del dictador hasta excediéndose de los límites prescritos, de modo que alcanzó las primeras dignidades, llegando á ser cuestor, lugarteniente en muchas guerras, y por último, pretor en África, donde

» vilio, esforzado varon; ademas, los regios campos de Mace-
» donia, adquiridos parte por el valor de Flaminio y parte por
» el de Paulo Emilio, vencedor de Perseo; luego la rica y fertí-
» lísima campiña de Corinto, unida á las rentas del pueblo
» romano por la fortuna y el imperio de L. Mummio; los terre-
» nos de la España, cerca de Cartagena, poseídos por la egre-
» gia virtud de ambos Escipiones; la misma antigua Cartago,
» que despojada de techos y de muros, fué consagrada á la
» eterna memoria de los hombres por P. Africano, ya para indi-
» car el infortunio de los Cartagineses, ya para que quedase
» como testimonio de nuestra victoria, ó ya por otro cualquier
» motivo religioso. Vendidas estas insignias del imperio, ador-
» nada con las cuales os trasmitieron vuestros padres la repú-
» blica, os obligarán tambien á enajenar los campos que el
» rey Mitrídates poseía en la Paflagonia, en el Ponto, en la
» Capadocia: ¿y no se diria que siguen al ejército de Pompeyo
» con el asta del pregonero` esos que os proponen vender los
» campos mismos donde él hace ahora la guerra? » *De lege agraria*, I.

(1) Merece observarse, en la oracion contra Rullo, el juicio que emite Ciceron sobre la influencia de las localidades. « Las
» costumbres no se engendran en los hombres tanto por la raza
» y el orígen, como por las producciones del país y la manera
» de vivir. Los Cartagineses son fraudulentos y mentirosos, no
» á causa de su estirpe, sino por la naturaleza del lugar: sus
» puertos y el mucho trato con mercaderes y gente advenediza,
» los inclina al engaño, no proponiéndose mas objeto que la
» ganancia. Los Ligurios, que habitan en las montañas, son
» duros y agrestes, habiendo aprendido del terreno que nada
» produce sino á fuerza de cultivo y de graves fatigas. Los de
» la Campania son altivos por la buena calidad de sus tierras,
» la abundancia de sus frutos, y la salubridad, distribucion
» y hermosura de su ciudad. »

(2) Macrob. *Saturn.*, II, 10. Véanse las Oraciones contra Rullo y Pison.

(1) Se alabó de ello muchos años despues: « Ego adolescentes fortes et bonos, sed usos ea conditione fortunæ, ut si essent magistratus adepti, reipublicæ statum convulsuri viderentur... comitiorum ratione privavi. » In Pisonem, II.

(2) Aquel Ciceron que habia echado en cara á Rullo la ratificacion de las usurpaciones de Sila, sostuvo tres años despues la ley del Senado por la cual se confirmaba la posesion de las propiedades que traían su orígen del mismo Sila, y que autorizaba á arrendar las gabelas con objeto de comprar tierras para nuevos colonos (*Ad alt.* I, 19); y á fin de agradar á Pompeyo, apoyó la rogacion de Flavio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cometió tales vejaciones que se enviaron diputados á reclamar ante el Senado, *faltando poco* para que se les administrase justicia. No siendo suficientes las concusiones á sus prodigalidades, estaba abrumado de deudas; y no hallándose bastante poderoso ni rico para hacer olvidar los asesinatos é incestos con que se habia manchado, trataba de ver cómo trastornaba el órden en la república á fin de elevarse sobre sus ruinas.

Regalando á los necesitados, prestando dinero, favor, y en caso necesario el brazo y el delito, se habia rodeado de una multitud de amigos, algunos de ellos hombres de bien, atraídos por ciertas exterioridades de virtud, los mas sumidos en el vicio, oprimidos por la necesidad, estimulados de la ambicion ó de la avaricia; veteranos de Sila que habian disipado fácilmente sus fáciles adquisiciones; hijos de familia que se habian comido su herencia ántes de recibirla; Italianos despojados de sus bienes; provincianos arruinados, gente acostumbrada á vender su testimonio y su firma en los juicios ó su brazo en las contiendas civiles y que tenian puestos los ojos en los ricos, no aguardando mas que una señal para apoderarse de lo ajeno. Entre tales hombres, le daban autoridad á Catilina un alma vigorosa como pocas, y una profunda agudeza de ingenio que le hacía conocer á fondo su tiempo, como lo prueba aquel dicho suyo: *Veo en la república una cabeza sin cuerpo y un cuerpo sin cabeza; esta seré yo* (1).

Así, tanto por la fama vulgar, que atribuye siempre crímenes ó atrocidades á las asociaciones secretas, como por los amaños de los ricos, empeñados en desacreditarlo, se habian propagado acerca de Catilina y de sus parciales las mas horribles infamias: decíase que sellaban sus juramentos, bebiendo mutuamente su sangre; que sacrificaban víctimas humanas al águila argentina de Mario que habian hallado; que él enviaba sicarios á asesinar á este ó aquel por puro entretenimiento; que meditaba prender fuego á Roma y asesinar á la mayor parte de los senadores. Imposible nos es creer tan bajas é inútiles atrocidades, cuando consideramos que tomaron parte en la conjuracion personajes de alta categoría y que pertenecian al órden senatorial y al ecuestre, como fueron Antonio Geto, depuesto del consulado, Cneo Pison, vástago de ilustre familia, un Cetego, dos Silas, hijos del dictador, un Bestia Lentulo, el cual se jactaba de que los libros Sibilinos prometian el reino á tres Cornelios: Cinna, Sila y él; en fin, sin contar otros muchos jóvenes de mérito, Julio César y Craso, que ambicionaban apoderarse de la república, no destruirla (1). Catilina halagaba singularmente á los Italianos; porque ¿quién era el grande enemigo de la libertad italiana? Roma. ¿Quién construía y remachaba las cadenas de todos los pueblos? Aquella clase aristocrática que reunia en sí la nobleza, las riquezas, la administracion de justicia, y por consiguiente, las poderosas clientelas y las magistraturas. Tratábase, pues, nada ménos que de trastornar á fuego y sangre el gobierno, asesinar á los magistrados, incendiar á Roma, cuyas llamas serian la señal de la emancipacion de toda la Italia.

Daba ancho campo á sus esperanzas el estar distantes los ejércitos y Pompeyo. La conjuracion debia estallar el primer dia del año 690 de Roma; pero una casualidad la frustró. En el año siguiente fué tambien interrumpida por la muerte de Pison; mas habiéndose presentado Catilina á disputar el consulado á Ciceron, á este le valió el rumor sordo que ya cundia de aquella conspiracion, y Catilina se animó á precipitar los acontecimientos, y aumentó su faccion con caballeros, senadores, plebeyos, y toda clase de descontentos. 63 64.

Entre estos se contaba Quinto Curio, el cual se habia arruinado por hacer la corte á Fulvia, dama de buena familia, pero de pésima reputacion, que en cuanto él cesó de regalarla, cesó de prodigarle sus favores. Alimentando Curio grandes esperanzas con las promesas de Catilina, empezó á prometer á su amada montes y mares, y Fulvia, cayendo en sospechas, le sonsacó el secreto, y lo reveló á Ciceron.

Este, que decia: *Los jueces son tales cuales nosotros deseamos que sean*, habia tomado otras veces la defensa de Catilina, protestanto que lo haria declarar inocente, si era posible demostrar con palabras que reina la oscuridad á

(1) « Tam enim dixit, duo corpora esse reipublicæ, unum debile infirmo capite, alterum firmum sine capite: huic, cum ita de se meritum esset, caput se vivo non defuturum. » Cic., *pro L. Murœna*, 25. — Catilina está presentado como un monstruo en las *Catilinarias* de Ciceron y de Salustio; pero el primero de estos autores describe así su carácter: « Recordaréis que él » poseía, si no la realidad, la apariencia de las mayores virtu- » des. Rodeábase de una cuadrilla de perversos; pero afectaba » estar adicto á las personas mas estimables. Ávido de diso- » lucion, aplicábase con no menor ardor al trabajo y los negocios. El fuego de las pasiones destruía su corazon; pero se » complacia otro tanto en las fatigas de la guerra. No, nunca, » en mi sentir, ha existido en el mundo tal mezcla de pasiones » y gustos diferentes, contrarios y repugnantes. ¿Quién supo » mejor que él captarse el aprecio de los personajes mas ilustres? ¿Qué ciudadano sostuvo á veces partido mas honroso? » ¿Ha tenido jamas Roma un enemigo mas cruel? ¿Quién se » mostró mas disoluto en los placeres, mas incansable en las » fatigas, mas ansioso de rapiñas, mas pródigo de regalos? Pero » admirábase en él sobre todo el talento para atraerse una » turba de amigos, unirlos á sí con sus condescendencias, » partir con ellos cuanto poseía, servirlos á todos con su pro- » pio peculio, con su crédito, con sus fatigas, hasta con sus » delitos y su audacia. Dominaba su índole, acomodándola á » todas las circunstancias, doblegándola, amoldándola en todos » sentidos: era serio con los austeros, risueño con los alegres, » grave con los ancianos, amable con los jóvenes, audaz con » los malvados, disoluto con los libertinos. Dotado de este » carácter flexible y acomodaticio, se habia rodeado de hom- » bres perversos y atrevidos, como tambien de ciudadanos vir- » tuosos y firmes, aparentando una virtud que estaba léjos de » poseer... La culpa de haber sido amigos suyos es comun á » demasiadas personas, entre las cuales las hay honradísimas. » Yo propio estuve á punto de sêr engañado por él, creyendole » buen ciudadano, celoso en favor de los hombres de bien, » fiel y adicto amigo. » *Pro Cœlio Rufo*, 5.

(1) Ciceron, que en las *Catilinarias* representa á los conjurados como gente de la peor clase, dice en otro lugar: « Multi boni adolescentes illi (Calilinæ) homini nequam à que improbo studuerunt; *Pro Cœlio*, 4. » Y mas adelante: « Cum omnes omnibus exterris homines improbos audacesque collegerat, tum etiam multos fortes oiros et bonos, specie quadam virtutis assimulatæ, tenebat. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

medio dia. Pero á la sazon empleó contra él su actividad y elocuencia; y ardiendo en vivos deseos de conquistar un triunfo sin correr el peligro de las armas, levantó gran polvareda exagerando los riesgos con que amenazaba aquella conjuracion, y propuso contra Catilina diez años de destierro, ademas de la pena señalada contra los revoltosos (1). Conociendo Catilina la necesidad de obrar con prontitud, reunió cuanto dinero pudo, y lo envió á Mallio, soldado de Sila que disfrutaba fama de muy valiente y residia en Fiésole en Etruria, colonia compuesta de partidarios del dictador, á los cuales atrajo fácilmente á sus filas, constituyendo con ellos el núcleo de un grande ejército.

Instruido Ciceron por buenos espías y por Fulvia de cuantos pasos daba Catilina, descubrió la conjuracion al Senado, especificando el dia y la hora en que se debia prender fuego á Roma, asesinar á los senadores y á él, cónsul; y como consecuencia de esto, se le confirió la autoridad ilimitada, con la acostumbrada fórmula de que proveyese á fin de que la república no sufriera ningun detrimento.

Inmediatamente despachó gentes que contuvieran dentro de los límites del deber á las ciudades de Italia, dispuestas siempre á favorecer á cualquiera que amenazase á su tirana; llenó á Roma de patrullas, y prometió impunidad y galardon á los cómplices que hiciesen revelaciones. Reuniendo en seguida el Senado, y viendo que Catilina ne habia tenido reparo de presentarse allí, pronunció el célebre discurso en que con vigorosa invectiva echó en rostro á aquel sus designios, manifestando saberlo todo y haber á todo puesto remedio.

Catilina le escuchó sin moverse de su asiento, y despues advirtió tranquilamente á los senadores que no diesen crédito á las habladurías del cónsul, su enemigo capital, y que habia jurado arruinarlo á cualquier precio: villano advenedizo, que ni casa tenia que perder en aquel incendio, pronosticado por él para probar hasta dónde llegaba la burlada credulidad de los senadores. Estos, sin embargo, siguiendo el tono que les habia dado Ciceron, cortaron la palabra á Catilina, llamándole á gritos asesino, incendiario, parricida; de modo que no pudiendo él contenerse mas, exclamó: *Ya que me lanzáis á ello, apagaré ese incendio no con agua, sino con ruinas.*

Si Ciceron poseía los medios de convencer á Catilina, ¿por qué no le prendió? ¿por qué no le detuvo en la ciudad, en vez de excitarlo á que saliese de ella, casi á su pesar, y comenzase la guerra? Era quizá mas amenazadora la presencia de Catilina á la seguridad personal del cónsul, que no á la república el ejército á cuya cabeza iba á ponerse. Importaba tal vez ménos á Ciceron una batalla en que otros habian de lidiar (supongamos el éxito seguro), que un riesgo que él solo habia de correr.

(1) Dion, 139.

Como quiera que sea, Catilina, decidido á todo, salió de la curia y de la ciudad con trescientos cómplices, dejando recomendado á los que quedaron el quitar de en medio á sus mas encarnizados enemigos, y ántes que ninguno á Ciceron, y ofreciéndoles volver de Etruria con un ejército que haria temblar á los mas audaces. El Senado declaró entónces á Catalina y á Mallio enemigos de la patria, y decretó que Ciceron permaneciese en Roma encargado de su defensa, marchando Antonio, el otro cónsul, contra los revoltosos. Declaróse crímen de Estado reunirse á estos; y sin embargo, se les reunieron muchos, entre otros, el hijo de Aulo Fulvio, venerable senador, que habiéndole hecho seguir, y logrando alcanzarlo, en virtud de su autoridad paterna le condenó á muerte.

Tomando Catilina el mando del ejército de Etruria y las insignias del poder, adquirió cada dia nuevos secuaces: los pastores, esclavos de los caballeros, se sublevaron en el Abruzo y en la Apulia: las cumbres del Apenino se coronaron de soldados; y los veteranos de Sila suministraron armas á los labradores. Siendo muy importante que respondiese á aquel movimiento la Galia, solicitaron los conjurados que habian quedado en Roma á los embajadores de los Alóbroges para que sublevasen á sus paisanos; pero ellos, no solo descubrieron todo á Ciceron, sino que descendiendo por consejo suyo al vil oficio de espías, continuaron los manejos hasta obtener de los conjurados un contrato en que se hallaban las firmas de los principales. Ciceron, que se presentaba siempre en público con una gran coraza (1) para resguardarse de los puñales que imaginaba ver donde quiera, luego que tuvo en sus manos este documento, mandó prender á Lenulo, Cepario, Gabinio, Estatilio y Cetego, en casa del cual se encontraron armas y materias inflamables (2). Lentulo confesó que la carta dirigida á los Alóbroges estaba escrita de su puño, fiado en la ley Sempronia que permitia á un ciudadano romano esquivar la pena capital desterrándose voluntariamente; pero aquel mismo Ciceron que elogiaba el que los antiguos en la ciudad libre, no conservando ningun vestigio de crueldad régia, hubiesen querido proteger la libertad, no con el rigor de los suplicios, sino con la suavidad de las leyes (3), instaba ahora para que se hiciese sufrir á Lentulo la última pena; los senadores asentian á su consejo, que era tambien el del miedo; mas se oponian L. Neron y J. César. Este, particularmente, arguyó en contra con toda su fuerza, diciendo:

« La ira y la compensacion son malos conse-
» jeros. Nuestros padres perdonaron á los Ro-
» dios, por no parecer que obraban excitados

(1) « Illa lata insignisque lorica. » *Pro Muræna*, 25.

(2) Las personas de categoría no eran puestas en la cárcel, sino que se confiaban á algun magistrado ó ciudadano principal, ó se enviaban á una ciudad aliada ó á un municipio (*libera custodia*). Tambien habia cárceles para los simplemente acusados.

(3) *Pro C. Rabirio*, 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» de sus riquezas; y aunque los Cartagineses » violaban las treguas y los pactos, jamas los » imitaron. Así vosotros, cuidad ménos de la » culpa de Lentulo que de vuestra dignidad; » ménos de la ira que de la fama. Estos orado- » res os han descrito los horribles males que » provienen de la guerra civil. ¿Á qué fin? » ¿Son acaso necesarias palabras para hacer » que los demas sientan las injurias sufridas? » Pero el que se halla colocado en un alto pues- » to, debe guardarse bien de cometer excesos » de ninguna clase. Ni sé por qué se ha decre- » tado la simple muerte contra esos, sin añadir » la pena de azotes. ¿Tal vez porque los pro- » hibe la ley Porcia? Pero violáis otras leyes, » que mandan que á tales reos se les permita » destierro. ¿Qué temor puede existir con » tantas armas preparadas por nuestro cónsul? » Tened presente que todo mal ejemplo se ha » originado de buenos principios. Los Treinta » tiranos de Aténas empezaron condenando á » personas aborrecidas, y el pueblo se alegró » de ello; pero creciendo en osadía, mataron » á buenos y malos, segun les acomodó. Así, » segun recordamos, cuando Sila hizo ahorcar » á Damasipo y á otros miserables, todos le elo- » giaron por ello; pero aquel fué el principio » de la matanza que sabéis. De Ciceron y de » nuestra época no hay por qué temer esto; » pero si un cónsul imitándole desnuda la es- » pada, ¿quién le contendrá luego? »

Todo fué inútil: la seguridad del Estado, ó mejor dicho el miedo, era el supremo juez; y por toda respuesta á los razones de César, se dirigió la acusacion contra él, imputándole que estaba de acuerdo con los conjurados. Su amistad con Catilina y la interpretacion elástica de algunas cartas habrian bastado para ocasionarle un proceso, si no hubiese temido Ciceron que los muchos amigos de César, queriendo salvarlo, salvasen tambien á los demas. Así, cuando César salió del Senado, los satélites del cónsul corrieron tras él; pero Curion le cubrió con la toga, y Ciceron hizo señas de que le dejasen pasar. La acusacion se habia extendido tambien á Craso; pero quizá por igual razon no se intentó contra él ningun procedimiento.

Decidióse con respecto á los demas que el enemigo de la patria no era ciudadano, y por consiguente debia morir. Aunque al levantarse la sesion era ya tarde, el celoso cónsul se dirigió á las prisiones para presenciar el suplicio, y ejecutado este, anunció él mismo que *habian muerto*. Luego, al dia seguiente, pudo asegurar á los Quirites, *que la república, la vida de todos, los bienes, las fortunas, las esposas, los hijos, la residencia del clarísimo imperio, la afortunadísima y hermosísima ciudad, por especial amor de los dioses inmortales, en fuerza de sus fatigas, de su prudencia y de su peligro habia sido librada de las llamas, de los hierros, casi de las fauces de la muerte, y restituida á ellos* (1). Oido esto, los senadores y el pueblo le proclamaron padre de la patria, libertador y nuevo fundador de Roma; añadiendo que otros habian extendido los límites de la república; pero que él, en aquella noche, la habia salvado.

Destruir prisioneros era empresa fácil; pero no así domar á enemigos armados. Propúsose, pues, llamar de Asia á Pompeyo; y como esto quitaria á Ciceron la gloria de haber apagado el incendio, César sostuvo la proposicion con tal viveza, que habiéndose opuesto Caton, él, ayudado por los tribunos, le arrojó de la tribuna. En castigo, estos fueron exonerados, y depuesto César de la pretura, quien habiéndose sometido dócilmente al castigo, mereció que le dispensase de él el Senado.

Tampoco se dormia Catilina. Fiábase ya tanto en los partidarios que tenia en la ciudad, que no quiso admitir á los siervos que acudian á sus banderas, para que no pareciese que amalgamaba la causa de los ciudadanos con la de los esclavos. Desde Etruria se dirigió á la mal sosegada Galia; pero el cónsul Q. Metelo Celer, que estaba en acecho al pié de los Apeninos, le cerró el paso: Antonio llegó entónces por la espalda, cogiéndole en medio, de modo que tuvo que aceptar la batalla. Trabóse esta cerca de Pistoya, con un encarnizamiento superior á toda exageracion; y el mismo Catilina, peleando ferozmente, pereció, y con él sucumbieron tres mil conjurados, desplegando todos un valor digno de mejor causa.

Inútil es preguntar si Ciceron creció en jactancia, si ensalzaba su victoria, si decia: *¡Cedan las armas á la toga! ¡Oh afortunada Roma, que has nacido siendo yo cónsul!* Cuando cesó en la magistratura, queriendo dirigir al pueblo un largo discurso, y prohibiéndoselo el tribuno de la plebe, no juró, segun costumbre, que no habia hecho nada en daño de la república, sino que la habia salvado con su solo esfuerzo (1). Estas alabanzas le atraían la envidia de los malévolos, que le llamaban el tercer rey extranjero, despues de Tacio y Numa, y que aguardaban tiempo y lugar para pedirle estrecha cuenta de todo (2).

CAPÍTULO XIII

Primer triunvirato. — César en las Galias.

Pompeyo no habia tomado parte en estas turbulencias, pues se hallaba ocupado haciendo la

(1) *In Catilinam; ad Quirites.*

(1) « Quinto Cátulo, jefe de esta órden, me llamó, en Se- » nado pleno, padre de la patria; L. Getio, varon clarísimo » dijo que se me debia una corona cívica; siendo yo togado, » me dió el Senado testimonio, no como á muchos de haber » administrado bien, sino como á ninguno, de haber salvado » la república, y con un género especial de súplica abrió los » templos de los dioses inmortales. Al dejar la magistratura, » no habiéndome permitido el tribuno decir lo que tenia pre- » parado, sino sólo que jurase, juré sin vacilar que la repú- » blica y esta ciudad habian sido salvadas por mí. Todo el » pueblo romano allí reunido me concedió, no el parabien de » un dia solo, sino la eternidad y la inmortalidad, cuando tal » y tan grande juramento aprobó unánime. » *In L. Pisonem.*

(2) Sobre la conjuracion, de Catilina, ademas de los historia-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guerra en Asia contra Mitrídates. Su vuelta inspiraba temores de nuevos trastornos; pero él, aunque con la mira realmente puesta en apoderarse del mando, creía que lo lograria alejando toda sospecha respecto de sus intenciones. Despidiendo, por tanto, al ejército y despues de obtener los honores del triunfo, fingió separarse de los negocios públicos; y los que le habian obligado á dejar las armas no bien llegó á Italia, se oponian á la sazon á todos sus pasos. Eran estos Lúculo, que no pudiendo perdonarle que le hubiese arrebatado en Asia los laureles que se habia esforzado en adquirir, salia de su dulce retiró cada vez que se trataba de contradecirlo; Craso, que lleno de despecho por haber perdido por su causa el triunfo sobre Espartaco, ponia su oro en la balanza contra el crédito militar de Pompeyo; César, que desde sus primeros pasos le miró como un obstáculo; y Ciceron, á quien habia elevado sin conocerlo, y á quien trataba de abatir por celos, ahora que lo veía en tan inesperada altura (1).

Logró, no obstante, hacer elegir cónsules á dos amigos suyos, Q. Metelo y Afranio; pero este era inepto, y aquel le odiaba en secreto por haber repudiado á su hermana Mucia; así cuando Pompeyo propuso en el Senado que se confirmasen con un solo decreto sus operaciones en Asia, y que se distribuyesen tierras á sus soldados, ambas peticiones le fueron negadas. Hizo proponer de nuevo la misma cosa al pueblo por medio de un tribuno, y habiendo encontrado este una fuerte oposicion, arrestó al cónsul Metelo. Temiendo Pompeyo enemistarse con el Senado, hizo que se le dejase en libertad inmediatamente; pero no tuvo á ménos coligarse con el gran facineroso Publio Clodio, á quien por su influjo se concedió el consulado : acto que le enajenó el afecto de Ciceron y de muchos varones ilustres, quedándole únicamente el apoyo del partido popular.

61. Al dejar César la pretura habia obtenido el gobierno de la España Ulterior (Portugal y Andalucía); pero los acreedores no le hubieran dejado marchar á no presentarse Craso como fiador por él de ochocientos treinta talentos. En cuanto llegó á España, con razon ó sin ella dió principio á la guerra y llevó sus conquistas hasta las orillas del Océano, logrando desquitarse de modo que á su vuelta pudo pagar sus enormes deudas. Para obtener el consulado, renunció el ambicionado honor del triunfo, á cuyo fin se compuso de suerte con Craso y Pompeyo, jefes de partidos opuestos, que ganó su amistad, y formó con ellos una especie de triunvirato, que depositaba en manos de tres los negocios públicos. El Senado prodigó elogios á César porque habia disipado una peligrosa enemistad; pero Caton conoció que Roma no era ya libre. 60.

Por lo mismo, habiendo César obtenido el consulado y deseando tener por colega al literato Lucio Irro (1), hombre poco diestro en administracion, Caton persuadió á los senadores á que *dejando dormir la ley*, comprasen votos para Calpurnio Bíbulo, el cual fué elegido. Esto no impidió que ejerciese César una especie de dictadura con apariencias de gran popularidad. Propuso una ley agraria para que muchas tierras de la Campania, pertenecientes al Estado, se dividiesen entre los ciudadanos pobres que contasen por lo ménos tres hijos (2), y que si estas no bastaban, se comprasen de particulares, empleando á tal fin los tesoros traidos de Asia : proposicion sapientísima, en cuya virtud una muchedumbre ociosa y hambrienta debia convertir en terrenos productivos campos desiertos. Añadió que no queria dar un paso sin contar con el Senado, al cual dejaria la eleccion de los comisarios. 59.

Ninguno de los senadores se opuso abiertamente; pero aplazaban el asunto de un dia para otro; y quejándose de ello el cónsul, Caton, que le era siempre contrario, le dijo sin andarse en rodeos que la distribucion que proponia no ocasionaba perjuicios de ninguna especie por el momento, pero que podia producir males luego; y que no era grato al Senado verle ganarse á la multitud por medio de las riquezas públicas. Semejante respuesta animó á otros senadores y á Bibulo á rechazar la ley, bajo pretexto de que no convenia introducir novedades en la administracion.

Despechado César, convocó al pueblo, expuso el hecho ante él, y volviéndose en seguida á Pompeyo y á Craso, les pidió su dictámen claro y preciso en el asunto. Ellos le aseguraron, no solo que aprobarian, sino que emplearian todo su influjo para sostener aquella ley contra sus adversarios, *aun cuando*, añadia Pompeyo, *tuviese que defenderla con espada y escudo.* Imagínese el enardecimiento del pueblo : habiendo resistido Bíbulo obstinadamente, fueron rotas sus haces consulares, maltratados sus lictores y herida su persona; los demas callaron amedrentados, y la ley pasó.

dores, han hecho reflexiones en diversos sentidos Saint-Evremond, Saint-Réal, Mably, Gordon, Montesquieu, la Harpe, Vauvenargues, Napoléon (*Mém. de Sainte-Hélène*, 22 mars 1816) : Séran de la Tour escribió una buena historia de ella (París, 1749) y otra inferior un anónimo (Paris, 1752). Crebillon y Voltaire en Francia y Ben-Johnson en Inglaterra han sacado de la misma un argumento de tragedia, sin olvidar tampoco el drama burlesco de J. B. Casti.

(1) Escribió en efecto cartas al Senado, sin mentar para nada la grande empresa de Ciceron, el cual se lamentaba de ello : « Literas quas misisti, quamquam exiguam significationem tuæ erga me voluntatis habebant, tamen mihi scito jucundas fuisse... Ac ne ignores quia ego in tuis leteris desiderarim, scribam aperte, sicut et mea natura et nostra amicitia postulat. Res eas gessi, quarum aliquam in tuis literis et nostræ necessitudinis et reipublicæ causa gratulationem expectavi. Quam ego abs te prætermissam esse arbitror, quod verebare ne cujus animum offenderes : sed scilo ea, quæ nos pro salute patriæ gessimus, orbis terræ judicio ac testimonio comprobari. Quæ cum veneris, tanto consilio tantaque animi magnitudine à me gesta esse cognosces, ut tibi multo majori quam Africanus fuit, me non multo minorem quam Lælium, facile et in república et in amicitia adjunctum esse patiare. » Lib. V. *ad fam.*

(1) Ciceron le coloca entre los mejores historiadores de Roma : habia escrito la historia de la guerra de los Socios y la del consulado de Ciceron.

(2) Dion (XXXVIII, 1, 7) trata mejor que ningun otro la historia del consulado de J. César.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Catón era el único que persistia en la repulsa, aunque amenazado con el destierro; pero Cicerón, diciéndole que si él podia vivir sin Roma, no así podia Roma vivir sin él, le amansó de manera que hasta él mismo aprobó la ley. Retiróse Bíbulo de los negocios, y así César quedó dueño único de la autoridad (1), ligándose mas á Pompeyo por medio del matrimonio que contrajo con su bija, y haciendo que el Senado aprobase sus operaciones en Asia. En seguida se captó la amistad de los caballeros rebajando en una tercera parte la renta de las gabelas; vendió la alianza de Roma al rey de Egipto y á Ariovisto, rey de los Suevos; y luego se hizo dar por cinco años el gobierno de las provincias de la Galia y de la Iliria, donde podia proporcionarse gloria con las conquistas y preparar un ejército experimentado y adicto. Habiendo llegado á Roma la noticia de que los Helvecios de las montañas pretendian penetrar por Ginebra en la Galia, acudió César á salvar esta provincia, y en ocho dias ¡admirable rapidez! se encontró á orillas del Ródano.

Galia. Extendíase la antigua Galia desde el Rhin á los Pirineos, al Mediterráneo y al Pó, desde el Atlántico á la Germania; y constituían como un apéndice suyo la Bretaña y la Irlanda. Los pueblos toscos é ignorantes que le dieron nombre, despues de haber vagado mucho tiempo, viniendo de Asia, por la gran selva Ercinia, que ocupaba entónces el Norte de Europa y de Asia hasta las fronteras de la China (2), se establecieron en los bosques que rodean los Alpes, los Pirineos y las Cevenas, poblados de fieras, que hoy han desaparecido (3). Habitaban allí en cabañas, pintándose el cuerpo y la cara de encarnado y azul turquí para infundir espanto; y estaban divididos en escuadrones, constituyendo muchos de estos una tribu y muchas tribus una confederacion. Llegaron luego al país los Cimbros, que tambien eran Indo-germanos, aunque ménos incultos, y tenian artes propias, una constitucion social, una religion mas pura y una jerarquía de sacerdotes. Comenzó entre estos dos pueblos la lucha que hemos encontrado donde quiera entre invasores y naturales; y las razas se confundieron y se introdujo una nueva constitucion social, en que al principio prevaleció el druidismo de los Cimbros, siendo luego subyugado el poder teocrático por la democracia.

Algunos presentan á los Celtas y los Galos como dos pueblos distintos, aunque unidos por lazos de parentesco; otros no los distinguen sino por la mezcla diversa del elemento címbrico; pero, cualquiera que sea su orígen, en la historia aparecen confundidos.

Religion. Encontramos allí sin embargo dos religiones, ya asociadas, ya opuestas: una que conserva muchos vestigios de las primeras tradiciones, y que tiene semejanza con los arcanos de la Grecia; otra vulgar, llena de supersticiones y de locuras. En esta se prestaba culto á las fuerzas naturales; en aquella á una inteligencia infinita, eterna, creadora de la materia y de los dioses, cuyas facultades fueron despues personificadas. Teus ordenó la materia; Esus presidia á la guerra; Ogni era símbolo de la fuerza y la elocuencia; Kernus, Vodan y Belen figuraban otros poderes divinos. Consideraban sagrado el huevo, como otras tantas naciones, y lo colocaban en la boca de una serpiente mística. Creían que su anciano dios habia sacrificado á su hijo en expiacion de las culpas de los hombres.

Tenemos escasísimas noticias de su culto; solo sí sabemos que los antiguos le encontraban analogía con los ritos de los Persas (1). Así como el fuego era á los ojos de estos el símbolo de la Divinidad, la encina lo era á los de los Drúidas; y celebraban como fiesta nacional la cosecha de muérdago, que se hacía el sexto dia de la luna con la segur de oro. Tributaban tambien sacrificios humanos al tremendo Esus; y formando una gran jaula de mimbres, en figura de gigante, la llenaban de hombres, prendiéndole en seguida fuego. Creían indigno de la Divinidad encerrarla dentro de paredes; y cuando derrotaron á Cepion, la honraron arrojando al agua todo el botin, los caballos y soldados.

Al parecer, se alteró la idea de la unidad de Dios dos siglos ántes de Cristo, á lo ménos en la Galia Narbonense, donde se habian establecido los Romanos y donde trataban de introducir sus creencias, para arruinar á los Drúidas, defensores de la independencia de su patria. Quizá aluda á este país lo que César (cuyo testimonio por lo demas es poco atendible no tratándose de guerra) nos refiere, cuando dice que

(1) Deciase el año *del consulado de Julio y de César;* y los pasquines repetian:

« Non Bibulo quiddam nuper, sed Cæsare factum est:
Nom Bibulo fieri consule nil memini. »

(2) T. Le Maire, *Illustrat. des Gaules.* Paris, 1531.

G. Postei, *Hist. des expéditions depuis le déluge, faites par les Gauloys.* Paris, 1552.

P. F. Noel, *Hist. de l'état et république des Druides, Eubages, etc.* Paris, 1585.

M. Zuerii Doxornii, *Originum gallicarum liber.* Amsterdam, 1654.

P. Ægidii Lacarry, *Historia tum coloniarum á Gallia in exteras nationes missarum, tum exterarum nationum in Gallias deductarum.* Chiaramonte, 1677.

Pezron, *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes.*

T. Martin, *Eclaircissements sur les origines celtiques et gauloises avec les quatre premiers siècles des annales des Gaules.* Paris, 1744. — *Hist. des Gaules,* 1752.

Pellontier, *Hist. des Celtes.* Paris, 1770.

Jos. Balt. Gibert, *Mém. pour servir à l'histoire des Gaules et de la France.* Paris, 1744.

Jo. Dan. Soboepflini, *Vindiciæ celticæ.* Argentorato, 1754.

Cl. G. Bourdon de Sigrais, *Considérations sur l'esprit militaire des Gaulois.* Paris, 1774.

La Tour d'Auvergne-Corret, *Origines gauloises, celles des plus anciens peuples de l'Europe, puisées dans leur vraie source.* Paris, 1801.

J. Picot, *Hist. des Gaulois,* 1804.

Armstrong, *Gælic dictionary in tivo parts,* 1. *Gælic and English,* 2. *English and Gaelic.* Lóndres, 1825.

Am. Thierry, *Hist. des Gaulois,* 1825 y 1856.

De Courson, *Hist. des peuples bretons dans la Gaule et dans les iles Britanniques.* Paris, 1846.

(3) El *Bisonte* de que hab'a César es el zubri, y el *uri* el thur; dos especies de bueyes salvajes, que los escritores pólacos de la edad média indican como existentes en la Europa Oriental.

(1) Plinio y Clemente Alejandrino.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

encontró establecido en las Galias el politeísmo; y al estilo romano denomina sus dioses Júpiter (*Tu*, *Taranis*), Mercurio (*Ogmios*), Apolo (*Abellion*, *Belemon*, *Belenus*, *Peninus*), cuya figura era un ojo (1). Adoraban al sol; el 25 de diciembre celebraban sus misterios, disfrazándose con pieles y cabezas de animales; y le daban por compañera á Belisana ó Belinuncia, la luna, que los Latinos llamaron Vénus ó Minerva; como llamaron Marte á su Cámulo, apellidado *Chymon*, esto es, rico.

Drúidas. Hallamos tambien en este pueblo tres clases de personas: sacerdotes, guerreros y pueblo. Los primeros eran Drúidas: y aunque formaban una casta, como los orientales, podia unirse á ella cualquiera, aunque fuese extranjero, como hemos visto entre los Magos de Persia. Elegíase el gran druida á pluralidad de votos, y si se suscitaba alguna disputa, se decidia por la fuerza de las armas. Vestian de blanco, como los Magos, precedian al pueblo en el combate cantando himnos, y se reunian anualmente en Carnuto (*Chártres*).

Sacerdotisas. Fué costumbre especial en los Drúidas el comunicar sus doctrinas y ritos á mujeres dedicadas á los sagrados ministerios, y que tenian fama de santas é inspiradas. Vestidas tambien de blanco, con un ceñidor de metal, predecian el porvenir por la observacion de los fenómenos naturales y de las estrellas, pero mas por los sacrificios humanos. Cuando era conducido un prisionero, acudian descalzas y armadas de la espada, y derribándolo, lo arrastraban á un foso, junto al cual estaba de pié la principal de ellas, que le clavaba un cuchillo en el seno y deducia augurios del modo cómo saltaba la sangre; en seguida las otras le abrian el vientre y examinaban las entrañas (2). Algunas conservaban una perpétua virginidad; otras guardaban continencia en el matrimonio, ménos un dia del año en el cual buscaban la fecundidad: las de la ínfima clase servian á las otras. Nueve druidesas pronunciaban oráculos en las islas de Sena en la Armórica, pero solo los dirigian á marineros que hubiesen hecho la travesía con tal objeto: ejerciendo poder sobre la naturaleza, curaban las enfermedades, suscitaban ó aplacaban los vientos, y tomaban la figura que querian. Otras, que residian á la embocadura del Loira, debian una vez cada año, en el intervalo de una á otra noche, coronadas de hiedra y ramas verdes, demoler el techo de su templo, quitar los materiales, traer inmediatamente otros nuevos y reconstruirlo; si una dejaba caer alguno de aquellos sagrados materiales, se le arrojaban las demas encima, exhalando ahullidos, la asesinaban y esparcian por el suelo sus sangrientos miembros. Su título se reputó siempre honroso hasta que, con la propagacion del Cristianismo, cobraron mala fama, y se las aborrecia llamándolas lamias, pitonisas, hechiceras.

Doctrinas. El instituto de los Drúidas no les permitia escribir cosa alguna, sino solo retener en la memoria una porcion de versos que contenian su doctrina, la cual, conservándose en su memoria, pereció con esta. Prestar culto al dios ó á los dioses, abstenerse de hacer mal, mostrarse intrépidos en las ocasiones difíciles, esta era toda la doctrina práctica de los Drúidas. Los Galos creían en la inmortalidad del alma, tanto que ó sepultaban con el muerto, ó quemaban juntamente con él, sus libros de cuentas, como si debiese dar razon de ellos en la otra vida; hasta tomaban prestado dinero, obligándose á devolverlo en el otro mundo, y escribian cartas á los difuntos, depositándolas en los sepulcros ó sobre la pira (1). Poseían, como los demas colegios sacerdotales, conocimientos astronómicos y cosmogónicos; creían que Apolo habia morado entre ellos diez y nueve años, lo que corresponde á un ciclo de la luna; conocian la opacidad de esta: y Hecateo (2) dice, que los Drúidas de la Gran Bretaña descubrieron montes y rocas en aquel astro. Regulaban tambien el año por lunaciones, empezando los meses en el primer cuarto; su siglo era de treinta años, despues de los cuales coincidian el año civil y el solar, lo que prueba que intercalaban once lunas: y por esto se figura frecuentemente á los Drúidas con una luna creciente en la mano. Plinio elogia asimismo sus conocimientos filosóficos y sus progresos en la medicina (3); pero lo inundababan todo de supersticiones.

Bardos. Acompañaban sus bardos al ejército, exaltando el valor de este por medio de canciones, en las cuales eran alabados los antiguos héroes y se prometia gloria y felicidad al que cayese en el campo de batalla. Estos bardos pertenecian á la corporacion sacerdotal; pero no eran sacerdotes como los jueces (*vacies*, *sarronides*) ó los augures (*eubages*), é instruían ora las familias, ora las aldeas.

Parece que esta clase dominadora sucumbió bajo el poder de la de los guerreros, que elegian jefes civiles y militares, temporales ó vitalicios (4). Pero los Drúidas habian conservado aun gran parte del poder, pues elegian los ma-

(1) Contra el supuesto politeísmo de los Galos han escrito Chiniac en su *Discours sur la religion gauloise*, y Trémolièr en la *Revue d'Auvergne*, setiembre 1841. Este sostiene que los diversos nombres de dioses no indican sino cualidades del Dios único. *Teut* tiene la misma raíz que Ατος y Deus. *Hes*, latinizado *Esus*, significa fuego primordial. *Teutathes* se compone de *teut* gente, *tad* padre, y *hes*, ó sea, Dios padre de los hombres. *Taranis* de *taron* trueno, fuego, relámpago. *Belenus* de *bel* poder, autoridad. *Belisman* de *bel* predicho, *is* luz, y *mana* madre; madre de luz. *Ogmi* del celta *Ogma* letra, ó ciencia secreta.

(2) Estrabon, VI.

(1) César, *De bello gallico* VI; Val. Máximo II, 4.; Diodoro de Sicilia, VI, 9. — Dice César que los Germanos se diferenciaban mucho de los Galos, sobre todo en no tener Drúidas, ni ocuparse en sacrificios. (*D. b. g.*, VI, II, 21.) Tambien en otras partes insiste en la diferencia de los dos pueblos (I, 31) que sin embargo suponen idénticos Mézerai, Pelloutier y alguno de los modernos.

(2) Citado por Diodoro, III, 12.

(3) *Hist. nat.*, XXIV.

(4) Hay quien cree que el gallo fué el distintivo de los guerreros celtas, lo que hizo que los llamasen Galos los sacerdotes, así como los Bramanes dieron el nombre de *Sina*, ó sea leones, á la casta guerrera.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gistrados anuales de cada ciudad; y si bien estos ejercian autoridad plena, ni reunirse en consejo podian sin consentimiento de los Drúidas. Otro tanto acontecia con los tribunales de justicia; ademas, enseñaban en todos ramos, y dirigian á la juventud, ménos en las armas, pues los sacerdotes estaban exentos de la milicia y de pagar contribuciones. Se ve, pues, que deseando los Drúidas sobreponerse á los guerreros, favorecieron la formacion de los Comunes, con los que surgió el pueblo, adquiriendo por último el derecho de elegir sus reyes, y formando un gran número de Estados independientes.

Los conquistados permanecian en la esclavitud. Muchos del pueblo, que César iguala á los clientes romanos, se adherian á algun jefe guerrero; permaneciendo fieles servidores suyos hasta que tenian á bien abandonarlo. No usaban de nombres comunes; pero en cuanto es posible averiguar acerca de los orígenes de los pueblos, se advierten entre ellos tres grandes familias: los Anemóricos entre los Pirineos y el Garona, denominados Aquitanos por los Romanos; los Ligos ó Ligurios, desde el Mediterráneo hasta el Durence: desde este y los Pirineos Orientales hasta las orillas del Sena y el Marne habitaban los Galos propiamente dichos ó Celtas; y la mezcla de estos con los Germanos formó la nacion de los Belgas que ocupaba al Nordeste el territorio situado entre el Marne y el Rhin. En cuanto á la Galia propiamente dicha, mucho ántes de César se hallaba dividida en tres grandes regiones (1): la Celto-Bélgica, la Galia Céltica, propia ó central, y la Galia de los Aquitanos. Suddividíase cada una en muchos Estados independientes (*civitates*), y estos en aldeas (*pagi*) que tenian dietas cantonales en la capital; en unos el gobierno estaba en manos del pueblo; en otros de los nobles; otros eran monarquías electivas, con leyes y estatutos propios. Como en todas las sociedades primitivas, la familia era el elemento de la constitucion civil. Las familias de orígen comun formaban una tribu; várias tribus un pueblo, y los pueblos confederados una nacion. Dominaba en la tribu un jefe (*penkeneld*), en el pueblo un rey (*brenin*), y á veces en toda la confederacion un dictador (*pentyern*); pero todos con poderes limitados. Junto al jefe de tribu tenia asiento un consejo de jueces: los representantes de las tribus estaban junto al rey.

Cada año, en el mes de zerza (diciembre), la tercera noche de la luna, cuando se recogia el muérdago, se reunian los diputados de las naciones confederadas en el límite del país de los Carnutos, donde, bajo la presidencia del archidruida y en un sitio consagrado, celebraban la dieta general, deliberando acerca de los intereses comunes religiosos, civiles y morales (2), y obligándose á guardar un rigoroso sigilo. Cualquiera que recibía una noticia importante, debia comunicarla ántes á los magistrados, y estos podian imponerle silencio; pero si convenia propalarla, la difundian hasta las extremidades del reino, refiriéndola á gritos de uno en otro los labradores que trabajaban en los campos.

La union de muchos Estados dió orígen á confederaciones, entre las cuales las mas nombradas eran las de los Eduos en el Ródano Superior; la de los Arvernos en la prolongacion de las Cevenas; la de los Secuanos en el Jurá á la derecha del Ródano; la de los Bellovacos entre el Oise y el Sena, que podian poner sobre las armas ochocientos mil hombres; la de los Suesones, cuyas doce ciudades daban cincuenta mil combatientes, y ocuparon por algun tiempo el primer puesto en la Galia Septentrional; la de los Armóricos, en la Península entre el Sena y el Loira. Las enemistades y los celos impedian que aquellas pequeñas naciones se conviniesen entre sí; por el contrario, una á otra se miraban incesantemente con envidiosos ojos.

Todos eran propietarios, libres, guerreros; pues la hacienda suponia la libertad, y esta el derecho y el deber de combatir; habia, sin embargo, entre ellos tres grados. Una clara estirpe, y cargos públicos compensados con tierras concedidas por el rey, constituían al noble (*uchelur*, *eques*), al señor (*carl*, *tetrarca*.) Uníanse á este, como á jefe, los jóvenes de catorce años, que recibian de él tierras y mesa, y juraban que le serian adictos hasta la muerte (*ambacti*, *devoti*, *soldarii*). De condicion inferior era el huésped ó advenedizo (*alltud*, *advena*, *hospes*), á quien el propietario acogia y daba alguna tierra que cultivaba, pero sin poseerla. Los incapacitados de pagar sus deudas tenian que renunciar á la libertad (*oberati nexi*); y en grado inferior á ellos estaban los esclavos (1).

Indole.

Eran los Galos de natural vivo é inquieto, excelentes para la pelea y el ataque, pero no igualmente para oponer una continuada resistencia. Ni tampoco ignoraban las artes de la paz, pues habian aprendido de los Fenicios y los Griegos á extraer el metal y comerciar con él: templaban tan admirablemente el cobre como los Españoles el acero: los Biturigios y los Eduos elaboraban de un modo maravilloso el oro y la plata, é inventaron el chapeado y la manera de aplicar el estaño al cobre, imitando la plata: los Alesianos aprendieron despues á amalgamar la plata con el cobre y á hacer de esta mezcla adornos de caballos y de carros. Sus tejidos y tintes no eran despreciables, y se les atribuía el mérito de la invencion del arado de ruedas, del cedazo de crines y el uso de la marga como abono. No rodeaban sus ciudades de murallas, sino de ciertas empalizadas, peculiares suyas, dentro de las cuales se refugiaba

(1) No fué dividida así por él, quien encontró ya la *Gallia omnis divisa in tres partes*. (*De b. g.*, I, 1.) Nos vemos precisados á disentir de Am. Thierry en muchos puntos, cuya descripcion por lo demas referimos á la Aclaracion B.

(2) CÉSAR, *De bello gall.*, VI, 13

(1) Nos hemos servido de las constituciones posteriores, especialmente de las bretonas, para explicar y corregir lo que nos ha sido trasmitido por César.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la diseminada poblacion al primer rumor de guerra.

Se elegia por capitan al mas valiente, y los demas le seguian en clase de voluntarios, ménos en las guerras intestinas, pues entónces las levas eran forzosas, y se castigaba á los contumaces cortándoles las orejas y sacándoles los ojos. Cuando apremiaba el peligro, ordenaba el jefe el *consejo armado*, bando de alarma universal, en cuya virtud todos, sin excepcion, debian reunirse en el sitio designado para deliberar acerca de la guerra : el último que llegaba sufria el tormento en presencia de los demas. Llevaban consigo perros de caza, acostumbrados á luchar con los enemigos y á defender el bagaje.

Mataban á los prisioneros de guerra, colocándolos por blanco de sus dardos, decapitándolos despues, y llevando sus cabezas clavadas en las lanzas ó suspendidas del pretal de los caballos; y de vuelta á sus casas, las fijaban en las puertas, triste testimonio de valor, junto con las fieras que habian cazado. Otras veces las embalsamaban y conservaban cuidadosamente, disponiéndolas, segun el órden de los tiempos, como fastos para memoria de sus hijos; y tambien construían del cráneo copas para los sacrificios y los banquetes.

Hablaban con voz fuerte y áspera, sirviéndose de frases cortadas é hiperbólicas; pero cuando se acaloraban en la disputa, lo hacian con fácil abundancia de voces. El vino era su delicia, como sucede á la gente tosca, y exaltados con él, trababan pendencias (1). El hombre era dueño absoluto de la mujer y de los hijos. Si se encontraba asesinado algun magnate, eran sometidas al tormento sus mujeres, y á la menor sospecha se las condenaba á ser quemadas vivas. Sin embargo, en la época de César, y quizá solamente en los lugares que él estudió, existia la comunidad de bienes entre los conyuges : el marido señalaba á la mujer tanto como le traía en dote; y al que sobreviviese, le quedaba aquella cantidad con los frutos. En algunas naciones de la Bélgica, si un marido llegaba á dudar de la fidelidad de su mujer, cogia al niño recien nacido y lo abandonaba en una tabla á la corriente del rio : si nadaba, se desvanecia la sospecha; pero si se sumergia, la madre era considerada reo.

Habia, pues, entre ellos una mezcla de ferocidad y de civilizacion, cosa comun en los antiguos. Sin embargo, no podemos colocarlos entre los Bárbaros, ántes de la conquista romana, al ver su constitucion liberal, en la que todos los grados, hasta los sacerdotales, se conferian por votacion del pueblo; sus fábricas de alfombras y tejidos que aun para la misma Italia eran maravillosos (1); los colchones y lechos de pluma en que reposaban, miéntras que los Griegos y los Latinos se servian de la paja (2); los carros de plata, los caparazones esmaltados, los yelmos esclupidos y con figuras de bronce dorado, los collares y brazaletes de oro con que se adornaban los guerreros (3); el uso que hicieron de armas, adoptadas despues por el pueblo mas beliscoso, como tambien muchas máquinas artísticas (4), y naves mas á propósito para las evoluciones y para dirigirlas en las tempestades que las romanas (5); y por último, el número de quince mil á que ascendieron sus ciudades. Este pueblo no nos ha sido descrito sino por sus enemigos, los cuales pensaban en domarlo, no en conocerlo.

Edificios.

Acerca de sus edificios hemos dicho algo en otro lugar (6); de ellos hay abundancia especialmente en la Bretaña insular y la francesa. Los *cromlech* (7), recintos de piedras, á veces redondos y vastos, servian quizá de templos á la religion druídica; si eran mas pequeños y elípticos, se llamaban *mall*, y venian á ser capillas de canton y punto de reunion para los comicios particulares (8). Algunos son túmulos hasta de treinta y dos metros de altura y ciento de circunferencia en su base (9); otros son largas hileras de toscos obeliscos, alrededor de fuentes ó de piedras de sacrificios. El mas grandioso edificio druídico se elevaba á algunas millas de Rennes, en figura de una crujía rectilínea, de treinta y seis piés de larga y doce de ancha hácia el fondo. Son cinco tablas que cubren el templo, y dos mas bajas delante, distintas en proporciones. Un espacio de cerca de tres piés separa del edificio principal un perístilo; la entrada está debajo del primer techo, comprendida entre dos piedras que hacen de muros de division, y apénas tiene de ancha la tercera parte del mencionado patio. Tres aposentos que miraban al Nordeste debian servir

(1) Es curioso notar en César las semejanzas y las variedades entre los Galos antiguos y los modernos. Eran altos de estatura, « plerumque omnibus Gallis præ magnitudine corporum suorum, brevitas nostra contemptui est » (*De b. g.*, II), prontos en las resoluciones, ansiosos de novedades, fáciles en excitar guerras « (ut sunt Gallorum subita et repentina consilia, III. Cum intelligeret omnes fere Gallos nobis rebus studere, et ad bellum mobiliter celeriterque excitari, omnes autem homines natura libertati studere et conditionem servitutis odisse, II); » pero no bastante firmes luego para sufrir las calamidades y los reveses « (ut ad bella suscipienda Gallorum alacer ac promptus est animus, sic mollis ac minime resistens ad calamitates perferendas mens eorum est, III. Infirmitatem Gallorum veritas, quod sunt in consillis capiendis mobiles, et novis plerumque rebus student, IV). » Añade que eran muy amigos de oir novedades, y que frecuentemente tomaban determinaciones sobre cosas de poco momento, de que despues se arrepentian : « Est autem hoc gallicæ consuetudinis, ut et viatores etiam invitos consistere cogant, et quod quisque eorum de quaque re audierit aut cognoverit, quærant; et mercatores in oppidis vulgus circumsistat, quibusque ex regionibus veniant, quasque ibi res cognoverint, pronunciare cogant; et his rumoribus atque conditionibus permoti, de summis sæpe rebus consilia ineant, quorum eos è vestigio pœnitere necesse est, cum incertis rumoribus serviant, et plerique ad voluntatem eorum ficta respondeant. IV. »

(1) Estrabon, IV, *Vopisco*, 20.
(2) Plinio, VIII, 48.
(3) Oros., *Hist.* V, 10; Vegerio, *De re vestiaria*, II, 15, 18; Diod., V; T. Livio, VII, 10; Virgilio, *Æneid.*, VII, 660.
(4) Plin., VIII, 48; XVIII 11, 18; XXVIII, 12; XXIX, 2.
(5) César, *De bello gall.*, III, 8, 13.
(6) Tomo I, pág. 269.
(7) *Cron* círculo, *lech* piedras.
(8) Mahé, *Antiquités du Morbihan*. Manet, *Hist. de la Petite Bretagne*, t. I.
(9) Véase á Penhouet, *Esquisses sur la Bretagne*, 1819.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

para ceremonias misteriosas. Cuéntanse entre todas treinta y tres piedras, dos de las cuales son llamadas tradicionalmente por los aldeanos *berceau* y *poelon;* y todas juntas *Roche aux Fées.*

En 1835 se descubrieron monumentos druídicos en Bretaña hácia la punta de Primel. El que llaman *Bacheu-ar-ben*, ó sea campo de la tumba, presenta un recinto druídico de treinta y cinco piés de largo y tres y medio de ancho, compuesto de veinte enormes piedras, colocadas formando un cuadrilongo. Al Nordeste y hácia el mar, hay una piedra de cuatro piés de altura, aislada como un término y denominada *Maen-ar-bioh;* y á corta distancia una eminencia sonora que se prolonga por la arena, hasta llegar á ciertas ruinas llamadas *Castel-ar-saloa*, y que debia abrazar una grande extension. Los doctos de Francia continúan con un ardor digno de ser imitado las investigaciones acerca de esta clase de edificios que pronto podrán ofrecer cuantos ejemplos basten para formar una teoría completa. Mas notable que los demas monumentos parece el que en junio de 1846 se descubrió cerca de Meudon, y que es una colina llena de huesos humanos, con el tipo entre galo y címbrico, y al propio tiempo arneses domésticos, guerreros y religiosos. Debia de ser un pequeño sepulcro, destinado quizá á los cuerpos sacrificados allí mismo á su feroz divinidad (1)

Hemos visto cómo al lado de la fiera Galia se fundó la colonia jónica de Masilia, ejemplo de corrupcion y foco de discordia entre sus vecinos. Cuando despues los Romanos afirmaron su dominio así en la Galia Cisalpina como en la Provenza, infundieron terror á la independencia de aquel pueblo que un dia habia amenazado la suya; y ahora vemos marchar contra ella á un jóven, buen orador, alegre camarada, pálido,
68. acabado por los vicios y epiléptico, pero hábil en disponer los golpes por medio de la política y en darlos mortales con su espada.

Estado de la Galia en tiempo de César.

Cuando César se encargó del gobierno de la Narbonense, la teocracia de los Drúidas habia sucumbido con los Cimbros en la Bélgica, donde no tenian sino la colonia de Aduato; lo propio habia acontecido entre los Arvernos; y entre los Iberos de la Aquitania habia prevalecido la aristocracia feudal. Los Drúidas, para mantener su autoridad en la Céltica y combatir el espíritu de tribu, habian favorecido la formacion de las municipalidades libres en las grandes ciudades, que elegian sus jefes por toda la vida ó temporalmente.

Hallábase, pues, todo el territorio dividido en dos partidos: guiado el uno por los Druidas y los magistrados electivos de las ciudades, y el otro por jefes hereditarios de las tribus. En aquel ocupaban el primer lugar los Eduos (*Autun*), en este los Arvernos (*Auvernia*) y los Secuanos (*Franco Condado*); los cuales disputaban con las armas la preeminencia, é invocaban en las contiendas interiores la homicida intervencion extranjera. Ensoberbecidos los Eduos con la alianza del pueblo romano, interceptaron el Saona, é impidieron el comercio de cerdos á los Secuanos, quienes en venganza, llamaron de la Germania algunas tribus denominadas de los Suevos. Guiados estos por Ariovisto (*Eheren-fest*) pasaron el Rhin, é hicieron tributarios suyos á los Eduos; pero no ménos terribles para los aliados que para los enemigos, quitaron á los Secuanos una tercera parte de sus terrenos, segun costumbre de los conquistadores germanos, y pretendieron que les diesen otro tanto (1).

La comun desventura reconcilió á los Eduos y Secuanos, quienes para oponerse á los Suevos buscaron el auxilio de otros extranjeros. Ejercian el principal poder entre los Eduos dos hermanos: Dumnorix, uno de ellos, se coaligó con los Galos helvéticos, y los indujo á arrojarse desde sus montes sobre las llanuras de la Galia; el otro, Diviciaco, que era druida y habia huido de su patria para no presenciar su humillacion, fué á pedir auxilios á Roma, en nombre de la fraternidad establecida. El Senado aplazó la resolucion de dia en dia; y entretanto, el que habia resistido noblemente á Ariovisto, se dejó deslumbrar por las pompas y las artes romanas é imaginó que podria trasladarlas á su país; pero desgraciadamente confundió la civilizacion con Roma, y por amor á aquella se hizo cómplice é instrumento de la tiranía de esta.

Invasion de los Helvecios. 61.

Miéntras vacilaba el Senado, corrió la noticia de que los Helvecios se movian, terribles al par de los Cimbros y los Teutones. Residian aquellos entre el Rhin, el Jurá, el Ródano, el lago Lemano y los Álpes Apeninos, divididos en cuatro tribus de doce ciudades y cuatrocientas aldeas, y coaligados con muchos pueblos de los que hoy componen la Alsacia Meridional, la Suabia y la Baviera. Descontentos de una tierra por donde pasaban y adonde venian á combatir cuantos bárbaros devastaban el mundo, oyeron con gusto la instigacion de Orgetorix (2), uno de sus señores principales, y determinaron situarse á orillas del grande Océano. Quemando por lo tanto las ciudades y las aldeas, y cuantas provisiones no podian llevar consigo, marcharon con los socorros de los aliados, en número de quinientos mil, é hicieron correr la voz de que se querian establecer en el país de los Santones (*Saintes*) entre las bocas del Charente y del Garona, y en número de trescientos setenta y ocho mil se encaminaron á la Galia romana.

No bien el Senado tuvo noticia del movimiento, envió legados que hiciesen confirmar en su obediencia á las ciudades transalpinas y concertasen su defensa, admitiendo bajo su

(1) Véase la relacion que de él leyó M. Serres á la Academia de ciencias.

(1) En las memorias que dictó Napoleon en la isla de Santa Elena, se publicó un comentario sobre la guerra de las Galias; y es grato ver al gran general antiguo juzgado por el gran general moderno.

(2) *Or* colinas, *ced* ciento, *righ* rey: rey de las cien colinas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

proteccion á los Eduos, y los demas aliados; pero léjos de librarlos de la tiranía de Ariovisto, envió á este embajadores con grandes regalos, dándole el título de rey y prometiéndole que no le perturbaria en su dominio. Al llegar César á Ginebra, hizo cortar el puente que habia sobre el Ródano, reunió todas las fuerzas de la Galia Narbonense, reforzó los puestos, y entretuvo con palabras á los Helvecios, que solo le pedian libre paso. Viendo que se les cerraba este por aquella parte, se adelantaron por los valles del Jurá y subieron por la orilla del Saona, con la ayuda de Dumnorix y de los Eduos; pero dándoles alcance César, los derrotó y destruyó la tribu de los Tigurinos, y despues con otra señalada victoria se fortaleció contra los enemigos y los poco fieles amigos. Tuvieron los Helvecios que retroceder á sus montañas; y seis mil, alcanzados en la fuga, fueron hechos prisioneros y tratados como enemigos.

Son derrotados por César.

Llovian sobre César congratulaciones de todos los puntos de la Galia, y al mismo tiempo quejas contra la tiranía de Ariovisto. Sin embargo, la arrogancia y crueldad de este no hubieran determinado á César, á no mediar los intereses de su patria y los suyos. Ocupada la Secuania, únicamente el Ródano separaba á aquellos Germanos de las posesiones romanas, pretexto suficiente para quien habia ido á buscar á la Galia gloria, poder, esperanzas. Entablando Ariovisto conferencias con él, le trajo á la memoria el título de amigo que habia merecido de los Romanos; le prometió no causar daño alguno á la provincia, sino por el contrario pelear contra quien ellos quisiesen; y le recordó tambien con qué gente tenia que habérselas. En efecto, aquellos Germanos corpulentos é infatigables hacía cuatro años que no dormian bajo techado; y entre los Romanos corrian espantosas relaciones acerca de su gigantesca estatura, de modo que el que marchaba contra ellos, disponia ántes su testamento. César, sin embargo, rompió las hostilidades, y reanimando á los suyos, los condujo á Besanzon y presentó junto al Rhin la batalla á los Suevos. Las mujeres de estos, ejercitadas en adivinar por las vueltas de los rios y el murmullo de las olas, querian que se aplazase el combate hasta la luna nueva; con lo que cundió el desaliento entre los supersticiosos Germanos, y fueron completamente derrotados. Ariovisto perdió en aquella derrota dos mujeres y dos hijas, y él mismo, habiendo emprendido la fuga, murió á poco. De este modo venció César, en una sola campaña, á dos formidables enemigos.

Derrota de Ariovisto.

Regocijóse por ello la Galia; pero al ver que César no volvia á llevarse las legiones vencedoras y que por el contrario disponia del país como de una conquista, conservando los rehenes y recaudando contribuciones, conoció que no habia hecho sino mudar de amo. Cundió el descontento, y los pequeños Estados septentrionales se pusieron de acuerdo y se agruparon en derredor de los mayores, formando una alianza defensiva. Asombrado César, aumentó sus tropas, marchó contra la Bélgica, llamado allí por facciones opuestas á los descontentos, quizá por la de los Drúidas, y comenzó la guerra, que si bien facilitada por las disenciones intestinas, encontró dificultades en las selvas de las Ardenas, todavía intactas, en las lagunas impracticables, en los espesos bosques, de donde salian furibundos á centenares de miles los Suesones, los Bellovacos y los Nervios (*Picardía*, *Hainault*, *Flándes*), celosos de su salvaje independencia. Los Belgas no cejaban ante fuerzas superiores: cuando un soldado caía en la primera fila, otro lo reemplazaba inmediatamente: y eran hombres que, segun confesion del mismo César, hubieran podido, sin nota de temerarios, atravesar un ancho rio, saltar grandes fosos y acometer posiciones ventajosas: de tal modo allanaba el valor todas las dificultades.

No obstante, César venció: los Nervios fueron destruidos; los Aduáticos, resto de los Cimbros y Teutones que habian ido á morir á Italia, fingieron rendirse, enviando una porcion de sus armas; pero ocultaron las demas y acometieron á traicion á los Romanos. Derrotólos César, y habiendo tomado últimamente hasta la misma ciudad de Aduato (*Namur*), hizo vender como esclavos á cincuenta y tres mil hombres, en tanto que su teniente Craso subyugaba la Armórica.

Entónces, á fin de someter el resto de la Galia, penetró en los bosques y lagunas de los Menapios y los Morinos (*Zelanda*, *Güeldres*, *Gante*, *Brújas* y *Boulogne*), conquistó la Aquitania y acometió en seguida á los Venetos (*Vánnes*), robusta generacion anfibia que sacaba continuos socorros de la isla de Bretaña. No pudiendo maniobrar las naves de César entre los bajos donde aquellos hacian mover las suyas, y hundiéndose las trincheras á causa de lo cenagoso del terreno, le fué penosa aquella campaña; pero la perseverancia romana triunfó por fin. Otra horda de Germanos, los Usipetos y los Tenctoros, invadieron el país de los Mesapios, mas salióles César al encuentro, y sin dar oído á los embajadores que le enviaron, siendo así que él echaba siempre en cara á los que queria exterminar la violacion del derecho de gentes, los hizo prisioneros, cargándolos de cadenas y atacando de improviso á aquellos enemigos, los venció sin trabajo ni gloria. Pasando en seguida el Rhin sembró el espanto entre las naciones germánicas, y advirtiendo despues que el foco de los movimientos de la Galia era la isla de la Bretaña, determinó ir á extinguir la llama en su hogar. 56.

La isla (1), tan famosa hoy bajo el nombre de Bretaña

(1) Tácito atribuye á Agripa la gloria de haber descubierto que la Bretaña era una isla; y sin embargo ya Virgilio habia cantado:

« Et penitus toto divisos orbe Britannos. » Égl. I, 27.

Pero César describe mas exactamente la Bretaña, como una isla triangular, etc. *Britannia insula, natura triquetra*, etc. (*De bello gallico*, lib. V.) Tampoco él se atribuye su descubrimiento; al contrario, al nombrarla en el lib. IV, la llama

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Inglaterra y Escocia, fué denominada en un principio, segun las tradiciones nacionales, *país de las verdes colinas*, luego *isla de la miel*, y por último *Bryt* ó *Prydain*, de donde provino el nombre de Bretaña (1). La parte septentrional de los rios Forth y Clyde se llamaba *Alb-in*, país de las montañas; la meridional, hácia Oriente y Mediodía *Lloegr*, hácia Occidente *Kymru*, de los pueblos que habitaban en ellas, y que en latin se denominaron Cimbros y Logrienos. Estos Cimbros, habiendo llegado allí seis siglos ántes de J. C., rechazaron á los primitivos habitantes de orígen céltico, parte de los cuales se establecieron en las tierras occidentales y en la isla de Erin, llamada por los Romanos Hibernia (2); parte se retiraron á la Bretaña septentrional viviendo divididos en tres grandes confederaciones; los Mayatos en la llanura, los Albanos en el monte, al Norte del Forth, y los Celtas ó Caledonios en los bosques, al Mediodía de los montes Grampian (3). Allí se les dió el nombre genérico de Escoceses, ó sea extranjeros, que aplicaron luego á la Albania ó parte montuosa de la isla. Conservaron las costumbres nacionales, viviendo divididos en *clanes*, ó familias, descendientes quizá de un progenitor único, y donde el pobre y el rico vivian en comun, ignorantes de toda sabiduría extranjera, y alimentando el entendimiento con las empresas de sus abuelos, cantadas por los bardos en las veladas de los campos ó junto al hogar en el invierno.

Por el odio á la conquista y por las antipatías nacionales se mantenian separados de los Cimbros de las llanuras meridionales. Contra estos llegaron los Logrienos al mando de Hu el poderoso, que venian de las costas situadas al Sudoeste de las Galias; y así, de grado ó por fuerza, se redujeron los Cimbros á la costa occidental, que desde entónces se llamó Cambria, quedando á disposicion de los recien llegados la orilla del Levante y del Mediodía. Algunos siglos despues llegaron traficando por las costas de la Mancha los Belgas, pueblo compuesto de Cimbros, Cattos y otros Teutones y Celtas, y los Coranios que se trasladaron de las lagunas de los Países Bajos á las de la costa oriental de la isla, cerca de la desembocadura del Húmber.

Preténdese encontrar aun los restos de estos Cimbros en los habitantes del país de Gáles y de la Bretaña francesa, que se llaman á sí mismos Kimbros. Se equivoca, pues, quien cree hallar en su idioma el celta puro, estando por el contrario mezclado con el teuton; de modo que el que quiera remontarse de la lengua hablada al antiguo celta, debe ántes separar las voces de raíz teutónica; y mejor que el bajo breton convendria estudiar con tal objeto el erso de Escocia y el irlandes (1).

Guillermo Béntham (2) pretende establecer una diferencia esencial entre el idioma del país de Gáles y el irlandes, y dice que este último es de orígen fenicio ó semítico. Trata la cuestion valiéndose de las etimologías, método que los hombres mas versados en lingüística, esto es, en filología comparada, han abandonado ya á la plebe. Comparando muchos nombres de los países situados en las costas de España y de otros puntos, halló que los unos procedian de los Fenicios y los otros podian explicarse por medio del irlandes; de donde dedujo que las lenguas fenicia é irlandesa eran una sola. De este modo raciocina; pero hoy dia el argumento hubiera debido proceder de muy distinta manera; por ejemplo: el fenicio y el hebreo son, á no dudarlo, dialectos hermanos; compárese, pues, la estructura gramatical del hebreo y el irlandes, y el resultado nos dará resuelto el problema. El exámen de sus mismas pruebas demuestra mas y mas que el gales y el irlandes pertenecen á la familia etnográfica indo-europea. Lengua.

Mejor ha tratado esta última asercion el inglés Pritchard (3). Para demostrar la afinidad del celta con los idiomas indo-europeos, examina ántes las semejanzas de palabras, y prueba que las primeras y mas sencillas voces son idénticas, como tambien los nombres numéricos y las raíces de los verbos elementales; somete en seguida á un fino análisis al verbo, y de él resulta que su estructura interior es radicalmente igual. El verbo *ser* tiene maravillosas analogías con el verbo sustantivo persa. Ademas

(1) Para que aun los filósofos no muy profundos conozcan la diferencia que existe entre la verdadera lengua celta y el bajo breton, mezcla de celta, teuton y algunas voces latinas, presentaré aquí la Oracion dominical en ambas lenguas; y lo hago con tanto mas gusto, cuanto que veo se da demasiada importancia á ciertos sistemas introducidos por Thierry ó por los que le han seguido.

En bajo breton ó kimbro.

Hon tad pehini a son en eon,
Hoch ano bezet sanctifiet,
Roet deamp ho ruanteles,
Ho bolonte bezet gret en duor evel en eon
Roet deomp hon bara pebdeziec,
A perdonet deomp hon offansu evel ma perdonomp
dar ne pere ho devus hon offanset;
Ne bermettet ket e cuessomp e tentation ebet,
Oguen hon delivred a zruc.
Evelse bezet gret.

En gales de Escocia ó celta.

Ar nathairne ata at neamh,
Gorna bennaigte huinmsa.
Gu deig do rioghachdsa
Dentar do iholli air dtalmhuin mar ata air neamh,
Tab hair dhuinn annigh ar naran laitheamhuil,
Agas maith dhuinar ar bhfiacha, amhull mhatmuid.
dar bhfeicheam hnuibh,
Agas na leig ambnadheread sinu;
Achd saor sinn o ole
Oir is leatsa an rioghachd an cumhacd agas an gloir
gusiorraidh. Amen.

(2) *Galos y Cimbros.* Dublin, 1834.
(3) *Sobre el origen oriental de las naciones celtas.* Oxford, 1831, y Lóndres, 1386.

isla, diciendo que era poco ó nada conocida de los Galos (« insulæ magnitudo, neque quæ aut quantæ nationes incolerent, etc.; ») por lo que envió á explorar las costas á Cayo Voluseno con naves largas, y entretanto « à compluribus ejus insule civitatibus ad eum legati veniunt. »

(1) *Archeology of Wales.* — AGUSTIN THIERRY, *Hist. de la conquista de Inglaterra.*

(2) *Er-inn*, isla occidental.

(3) *Magh aite*, país llano, *alb*, montaña, *colyddon*, bosque.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el estudio del celta ilustró las otras lenguas de su misma familia. Muchísimos filólogos suponen que las inflexiones de los verbos han provenido de la aplicacion de los pronombres en las personas respectivas. Ahora bien, la tercera persona del plural en latin, persa, griego y sanscrito, concluye en *nt, nd*, ντι, ντο, *ti*, *nt*; y no se conocia ningun pronombre que explicase tales terminaciones; pero ilustró la cuestion el idioma celta, en el cual la tercera persona de plural acaba tambien en *nt*, y corresponde á su pronombre *hwynt* ó *ynt*.

Ja Kel (1) ha probado que todas las voces que nos han trasmitido los antiguos como celtas, son alemanas. Á la ciencia progresiva corresponde aclarar si esto depende de afinidad de familia ó de la confusion que los antiguos introdujeron en los idiomas de los Bárbaros. El conde de Volney fundó un premio de lingüística que se distribuye anualmente por la Academia francesa; y el año de 1836 fué concedido á Adolfo Pictet, de Ginebra, por una memoria sobre la *afinidad de las lenguas célticas con el sanscrito*, en la cual se establecen algunas verdades enunciadas ya por nosotros.

No conoció César la denominacion general de los últimos habitantes de la isla, sino solo la de las diferentes tribus, que así como en orígen, eran diversas en las costumbres. Los Belgas con los calzones anchos y el sayo eran agricultores y traficantes; los Cimbros vivian de carne y leche, se vestian con pieles de carnero, y habitaban cabañas de madera, rodeadas de arboles; los Galos, salvajes y desnudos, se alimentaban de la caza y de cortezas y raíces; todos llevaban el cabello y los bigotes largos, y se teñian de un color verdoso con el glasto.

Costumbres.

Los del Mediodía eran gobernados por una aristocracia militar; los septentrionales se regian por tribus. Los miembros de una misma familia vivian unidos con una estrechísima intimidad, siendo comunes para ellos la caza, el botin, los bienes y hasta las mujeres entre diez ó doce, entre padre, hijos y hermanos; y los nacidos se atribuían al que primero habia conocido á la madre. Vituperando por esto Julia, esposa de Augusto, á una Británica, esta le respondió, que nada tenian que echarles en rostro las Romanas, por hacer públicamente y con personas de distincion lo que ellas practicaban en secreto y con libertos ó esclavos (2). Los Fenicios frecuentaban aquella isla, desembarcando por lo comun en la bahía de Falmouth, principalmente para obtener el estaño de las islas Sorlingas, que á causa de esto eran llamadas en griego Casitérides. Allí se refugiaron despues los Drúidas, conservando el poder que habian perdido en la Galia.

César desembarca en Bretaña. 55.

Estando, pues, protegida la Bretaña por la religion, no pudo César conseguir ni guias, ni provisiones, ni noticia de los desembarcaderos y las mareas. Así corrió muchos peligros en el desembarco, que intentó ejecutar por la punta oriental, llamada hoy Kent, con naves que no eran á propósito para aquellas costas, y en tiempo en que la luna llena hacía crecer las mareas. Molestados incesantemente por los habitantes cejaban ya sus soldados, cuando el alférez de la décima legion, que era la mas adicta á César, se lanzó con el águila en la mano, gritando á sus compañeros: *¿Dejaréis que vuestra insignia caiga en poder de Bárbaros?* Su voz y su ejemplo los reanimaron; combatieron encarnizadamente, y la audacia de los Romanos se abrió paso al traves de los Britanos, que enviaron embajadas y rehenes.

Cobrando en breve aliento, y aprovechándose de las pérdidas que habia sufrido la escuadra, batida por las tempestades y de la seguridad en que estaban los Romanos, tomaron de nuevo las armas, exterminando á los invasores; y César tuvo que retirarse á toda prisa, como él dice, ó que huir, como dijeron sus émulos (1) y los Cimbros, los cuales se jactaron en sus canciones de que los Cesarianos (2), que habian ido á conquistar la isla de Prydain, habian desaparecido como desaparece la nieve de la arenosa playa cuando sopla el viento del Mediodía.

Urgia al procónsul reparar aquel descalabro, y así se dispuso á desembarcar otra vez con naves mas á propósito, para lo cual le sirvió tambien en aquella ocasion la division entre dos jefes, Imanuente y Casibelauno. Para que en aquel intermedio no levantasen la cabeza los Galos, los convocó en el puerto Itio en el equinoccio de primavera, y prendió á los principales y á los que le inspiraban ménos confianza. Entre estos últimos estaba Dumnorix, á quien habia perdonado César en consideracion á su hermano Diviciaco; pero que no bastando la clemencia para hacerle sufrir la ignominia de la esclavitud, procuró primero sublevar á sus compatriotas contra el invasor, y últimamente, queriendo huir de la cortés cautividad en que este le tenia, fué muerto. Quizá á consecuencia de tales actos se enemistó Diviciaco con los Romanos; y desde entónces no se vuelve á hacer mencion de él.

Segundo desembarco 54.

Habiendo abordado César con mas felicidad á las costas de la Bretaña, supo persuadir á aquellos isleños á que le pagasen un tributo y á permanecer en paz, volviendo en seguida la proa hácia el Continente. Á pesar de haber llevado doscientas naves, lo único que sacó de allí fueron algunos esclavos y perlas (3): no dejó en la isla guarnicion ni fortificó ningun castillo: el tributo jamas se pagó, ni él lo esperaba; y Roma le hacía burla por haber vencido un país que

(1) *Origen germánico de la lengua latina*. Breslau, 1830.
(2) Diodoro de Sicilia, lib. XXVI.

(1) « Territa quæsitis ostendit terga Britannis. »
Lucano, *Fars.*, II, 572.

(2) Estos son sin duda los citados en los *Caisairiaidd* del *Triodd ynnys Prydain*, p. 102-104.

(3) Si es cierto que las perlas indujeron á César á invadir la Bretaña, debieron de quedar burladas sus esperanzas; pues las que allí hay son pequeñas en volúmen y de color oscuro, y hoy ni se pescan, aunque algunas se encuentren en aquellos ríos, en el *unio margaritifera*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

carecia de plata y oro, y donde no se encontraba huella de arte ni de ciencia (1). ¡ Quién hubiera dicho entónces lo que debia llegar á ser aquella isla en comparacion de la ciudad autora de tales burlas !

Nuevos tumultos en la Galia.

Al llegar á la Galía se encontró con nuevas sublevaciones, fomentadas por el trato demasiado rígido y por la licencia de los soldados. El treviro Induciomaro, incansable patriota, renovaba los ataques, favoreciendo á Amborix, jefe de los Eburones, hasta que fué llevada su cabeza á Labieno. Viendo César que no bastaba contra estos Eburones la espada de sus guerreros, los declaró fuera de las leyes de la humanidad, decretando que sus cuerpos y vestidos perteneciesen al que se apoderase de ellos, y que era amigo del pueblo romano el que le ayudase á exterminar á aquella raza de malvados (2). No faltaron asesinos que respondiesen al llamamiento, sostenidos por cincuenta mil soldados romanos, entre quienes, ademas de César, se contaban un hermano de Ciceron, Junio Bruto. Trebonio, la flor de la juventud patricia.

Durante los siete años que llevaba César de guerras en las Galias, poco habia adelantado en las conquistas; pero habia progresado mucho en sus proyectos ambiciosos. El ejército, como acontece en las expediciones largas, habia cobrado afecto al que le guiaba á la victoria, y podia llamarse de César, mas bien que de la república. La vaguedad de aquellas lejanas guerras dejaba campo á las imaginaciones para que exagerasen sus peligros y el fruto que de ellas podia sacarse, quedando de este modo Pompeyo eclipsado por triunfos alcanzados sobre países desconocidos, sobre gentes separadas de todo el mundo, las cuales habian venido de las extremidades de la tierra á establecer sus tiendas al tro lado de los Álpes, hasta los piés de la roca Tarpeya. Comparábase, pues, á su vencedor con Camilo y Mario; y encontrábasele superior á ellos, porque estos habian rechazado á los Galos, miéntras que César los habia vencido y dominado.

No faltaban, sin embargo, adversarios poderosos, que iban anotando y denunciando los robos, los asesinatos, el trato dado á los prisioneros, propio de una guerra de exterminio, y principalmente la traicion hecha á los embajadores; y cuando se propuso decretar gracias á César, el severo Caton exclamó : *¿ Gracias ? Expiaciones mas bien, y súplicas á los dioses para que no castiguen en nuestros ejércitos las culpas de su general, el cual debe ser entregado á los Germanos, á fin de que no parezca que Roma ordena el perjurio* (3).

Otros, ménos severos y mas prudentes, manifestaban el peligro que habia en conceder el mando por mucho tiempo y en dejar ambas Galias en manos de un hombre solo, que tendria así ocasion de aguerrir en la Transalpina el ejército y conducirlo despues por la Cisalpina hasta las puertas de Roma. Sin embargo, los amigos del procónsul, entre ellos Ciceron, (1) recordaban que aunque habia vencido grandes naciones en la Galia, no las habia aun ligado por medio de leyes, con un derecho cierto, con una paz firme; que aquella guerra debia concluirse por el mismo que la habia principiado, y que habia que agradecer á César que prefiriese á la residencia de Roma y á las delicias de Italia tierras tan ásperas, lugares tan groseros, gentes tan toscas.

Semejante apoyo y los sufragios para que se prolongase su mando, debia adquirirlos César, ya con un medio que tanto vale respecto de la multitud, el éxito feliz, ya con el dinero, adulando al vulgo y comprando á los demagogos. Por veinte millones y medio adquirió un área y edificó en ella un foro rodeado de pórticos de mármol, destinado á las diversiones populares; por ocho millones y medio compró la neutralidad del cónsul Emilio, y por doce millones y trescientos mil francos la connivencia de un tribuno; armas todas que afilaba para dirigirlas contra la patria. Pero esto le obligaba á aumentar las contribuciones, á despojar los lugares sagrados, á quitar los magistrados del país para emplear gente adicta á Roma y á él. El descontento creció, pues, hasta estallar; de modo que la conservacion de las Galias no costó ménos que su conquista.

Sublevacion de las Galias. 52.

El partido de los Drúidas, viéndose amenazado en Carnuto, dió allí el primer grito de la sublevacion, que fué difundiéndose aquella misma noche de pueblo en pueblo por el espacio de ciento sesenta millas; en Genabo (*Orleans*) fueron asesinados los comerciantes extranjeros, y al frente de los insurrectos se puso Vercingetórix, jóven de una antigua familia arverna (2) y hermano de Getill, que habia recibido la muerte por aspirar á la tiranía. Vercingetórix, dotado de sentimientos liberales y patrióticos, enemigo de los invasores, no se dejó seducir por las promesas de César, y urdiendo una conspiracion, logró sublevar el país, llamó á las armas hasta á los esclavos del campo, amenazó con quemar vivo á todo el que se mostrase cobarde, y se dispuso á atacar la provincia Narbonense y los cuarteles de invierno.

Vercingetórix.

Acudiendo César á aquella provincia con su admirable rapidez, á pesar de la estacion, afirmó en la obediencia á los Narboneses, que vacilaban; y atravesando los hielos, cayó sobre los Arverneses. Vercingetórix persuadió á los Galos á quemar todas las habitaciones aisladas y las

(1) Cic., *ad famil.* VII, 7, 8, 9. Dion refiere que toda la infantería fué derrotada, y que hubiera sido completo su exterminio á no acudir la caballería. Horacio y Tibulo, en muchos pasajes, consideran la Gran Bretaña como indomable : de donde resulta que aquella expedicion no fué tan gloriosa como la supone César en sus *Comentarios*.

(2) *De bello gall.*, VI, 36.

(3) Plutarco en César.

(1) *De provinciis consularibus*.

(2) En la *Revue numismatique* de La Saussaye, correspondiente á 1838, se habla de una moneda atribuída á Vercingetórix, del peso de ciento treinta y cinco granos. Presenta el símbolo ∽ que parece propio de la Arvernia, ó quizá especial de Gergovia, como lo era de Solimariaca este °°°.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciudades incapaces de defensa, para que no atrajesen á los enemigos, ni diesen acogida á los cobardes; y en un dia millares de aldeas de los Biturigios fueron presa de las llamas : lo mismo sucedió en el país de los Carnutos y en otros puntos; y la poblacion se dirigia á las fronteras, desnuda y triste, pero consolada por el pensamiento de salvar la patria, la cual no perece con las murallas.

Es preciso leer en el mismo César los prodigiosos esfuerzos que tuvo que hacer, ya contra todos unidos en el campo de batalla, ya contra las partidas sueltas que le acechaban detras de los matorrales ó en las desembocaduras de los valles; pero aunque el atrevido y resuelto Vercingetórix no aflojaba jamas, y aunque sus soldados habian jurado no volver á sus casas sino despues de atravesar dos veces las filas enemigas, pudo César sostenerse con su disciplina, con su singular pericia militar, haciendo alternar la ferocidad con la dulzura, y sembrando cizaña entre los Galos. De los mas valientes de estos formó una legion que tenia por insignia la alondra, y que fué su terrible sosten primero en las Galias y luego en Italia.

Toma de Avarico. 52. Lo mas empeñado de la guerra se habia reconcentrado bajo los muros de Avarico; César la puso cerco, y la tomó, despues de una obstinada resistencia, siendo pasadas á cuchillo treinta y nueve mil doscientas personas indefensas por los soldados del procónsul, quien refiere con tremenda insensibilidad aquella matanza, sin añadir una palabra de compasion ni de excusa, sin una señal de que hubiese intentado contenerla (1).

Ochocientos que se salvaron de la matanza se reunieron á Vercingetórix, quien entretanto suscitaba nuevos enemigos á los Romanos, y aunque César sobrepujaba á los Galos en aquel arte, se vió obligado á levantar el sitio de Gergovia, la mejor fortificada de las ciudades insurrectas. Llenos los Eduos de varonil vergüenza, y con el valor de gente recien convertida, se unieron á Vercingetórix, aclamado generalísimo. Concentró este sus fuerzas ante los muros de Alesia, ciudad que se decia edificada por el Hércules Tirio; pero pronto se vió reducido al último extremo por el hambre. Critognato propuso comerse las personas inútiles como habian hecho sus padres en las guerras con los Cimbros; pero se prefirió arrojarlos fuera de la ciudad. Salieron, pues, llorando, y se dirigieron tristes al campamento de César; mas en vez de obtener la compasion debida á gente desarmada, fueron echados de allí á flechazos, pereciendo de hambre los que escaparon con vida.

Hallándose Vercingetórix en el mayor peligro, habia despedido á su caballería con la mision de esparcirse por el campo, excitando á la guerra; y en breve se alzó el grito de alarma desde el Garona al Rhin, desde los Álpes al Océano, marchando hácia Alesia doscientos cuarenta mil infantes y ocho mil caballos. Es indecible el valor qne mostraron los confederados; pero no solo ignoraban absolutamente el arte de los sitios y de los campamentos, en que eran maestros los Romanos, sino que despreciaban la táctica, persuadidos de que la única ciencia militar consistia en el valor; ademas de que su índole ligera y temeraria los hacía incapaces de sostener con perseverancia los esfuerzos tan impetuosamente principiados. Prevaleció, pues, la disciplina; y habiendo perdido los habitantes de Alesia la esperanza fundada en el ejército auxiliar, pidieron capitulacion. Contestóles César que le entregasen á su jefe y las armas y se rindiesen á discrecion. Vercingetórix montó á caballo, mandó abrir las puertas; y á todo correr se lanzó fuera de la ciudad, llegó ante el tribunal del procónsul, dió la vuelta en derredor, y arrojó en seguida á sus piés la espada, el yelmo y la pequeña lanza. Su estatura gigantesca impuso espanto á los legionarios; pero César, echándole en cara lo mal que habia correspondido á tantos favores, nombre que daba á las lisonjas empleadas con él para que vendiese á su patria, así como llamaba ingratitud al haber sostenido esta hasta el último extremo, le cargó de cadenas, y le envió á Roma. Los Alesianos quedaron reducidos á la condicion de esclavos, distribuyéndose uno á cada soldado. **Vercingetórix prisionero. 51.**

Sometiéronse en seguida los Eduos, y lo mismo los Arvernos; pero el Eduo Suro, Com, Atrebato, Ambiórix, Luctero, amigo de Vercingetórix, Gutruato, jefe de los Carnutos, Dumnaco de los Andos, Correo de los Bellovacos, y Drapes, el Senones, no desesperaron aun de la causa nacional. Instruidos por la experiencia, vieron que militarian con mejor resultado combatiendo por escuadrones en varios puntos; y así, establecieron tres centros de accion; al Norte, en el país los Bellovacos, al Occidente en el de los Andos, y al Mediodía en el de los Carducos, en tanto que los Treviros molestarian á Labieno, ayudante de César.

El procónsul, con esa prontitud que no da lugar á tomar precauciones, cayó sobre los Biturigios y los derrotó, abandonando en consecuencia muchos la patria y yendo en busca de tierras, donde á lo ménos no viesen Romanos. ¡Desgraciado del que caía en manos de los vencedores! Los jefes eran azotados y decapitados en seguida; otras veces se les cortaban las manos á todos los prisioneros; y esto mandando aquel César, celebrado unánimemente por su índole humana y su espontánea generosidad (1), y que solia decir que sería demasiado molesto

(1) *De bello gallico*, VII : « Parsque ibi, cum angusto exitu portarum se ipsi premerent, à militibus, pars jam egressa portis, ab equitibus est interfecta : nec fuit quispiam qui prece studeret : sic et Genabea cede et labore operis incitati, non ætate confectis, non mulieribus, non infantibus pepercerunt. Denique ex omni eo numero, qui fuit circiter quadraginta millium, vix octigenti qui, primo clamore audito, se ex oppido ejecerunt, incolumes ad Vercingetorigem pervenerunt. »

(1) Hirtius 44 : « Quum suam lenitatem cognitam omnibus seiret, neque vereretur, ne quid crudelitate naturæ videretur asperius fecisse. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid



Galbrand pinx.t Desjardins sc.

VERCINGÉTORIX EN EL SITIO DE GERGOVIA.

Garnier frères, Editeurs. Imp. Sarazin, 8, rue Git le Cœur, Paris.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

compañero de su vejez el recuerdo de una sola crueldad que hubiese cometido.

En diez años fué vencida la heróica Galia por la portentosa actividad de este hombre. Constituyeron la gloria de César mil ochocientas plazas tomadas, trescientos pueblos subyugados, tres millones de enemigos veñcidos, de los cuales murió un millon, y fueron hechos prisioneros otros tantos (1). Á fin de curar entónces las llagas del país, recorrió las ciudades, mostrándose humano, y dejando leyes adecuadas á sus costumbres; ni confiscaciones, ni proscripciones, ni colonias militares empeoraron el destino de los vencidos: á los cuarenta millones de sestercios (8.000,000 de francos) que impuso de contribucion, les dió el colorido de estipendio militar, y la nueva provincia de la Galia *comata* obtuvo prerogativas sobre la *togata*.

Evitaba el procónsul cuanto pudiese ofender á hombres de índole irritable, y que estaban exacerbados con las recientes heridas. Habiendo encontrado en un templo su espada que se le habia caído peleando en la Secuania, dijo sonriéndose: *Dejadla: es sagrada*. De este modo se atrajo la adhesion de los Galos: la legion de veteranos transalpinos, que llevaban en el casco la alondra (2), símbolo de vigilancia, fué igualada á las romanas en equipo, sueldo y prerogativas: alistó como auxiliares á gentes de las várias armas en que sobresalian los Galos; infantería pesada de Bélgica, ligera de Aquitania y de Arvernia, arqueros rutenos ademas de la caballería. Eran estas otras tantas fuerzas de que privaba á sus rivales y á la patria para que le sirviesen de rehenes y de instrumentos de nuevas empresas: así, ya por esto, ya por las irrupciones que hicieron luego los Germanos, no se les volvió á ocurrir á los Galos la idea ó el deseo de valerse de la guerra civil para emanciparse.

CAPÍTULO XIV

Roma durante el primer triunvirato.

Durante los diez años que César habia empleado en la guerra de las Galias, Roma, entregada á la anarquía mas desoladora, podia compararse á un caballo sin freno, que necesita de un amo. La disminucion de las riquezas en los mas habia aumentado el poder de los ménos. En otro tiempo las magistraturas, de poca duracion y repartidas entre tantas personas, oponian obstáculos á las tentativas de los ambiciosos y no daban lugar á que el pueblo se deslumbrase con la gloria de uno solo; pero á la sazon los mandos prolongados y las comisiones importantes acumuladas en una sola persona, acostumbraban á considerar una causa como identificada con el hombre que la sostenia. En consecuencia de tal abuso, Pompeyo que se habia adquirido el aura popular derogando las restricciones puestas por Sila á la autoridad de los tribunos, vió dos veces abierto el camino del trono y dos veces le faltó fuerza ó resolucion para lanzarse á él. Aspiraba á la dictatura de Sila, pero no por las armas, á imitacion suya, sino por los sufragios del pueblo. Dejaba sin uso en la paz los poderes que habia adquirido durante la guerra, moviéndose mucho para hacerse alabar, para mostrarse necesario, para lisonjear las pasiones, y sirviéndose hasta de los hombres mas desacreditados á fin de perturbar la tranquilidad pública, con la esperanza de que las gentes honradas le ofrecerian el poder supremo. Pareció que rompia enteramente con los nobles, cuando cansado de una intriga que su mujer Mucia, hermana de los dos Metelos, sostenia con César, la repudió, y volvió á casarse á la edad de cincuenta años; despues, para atraerse el afecto del pueblo, empleó grandes sumas en formar deliciosos jardines; construyó un teatro, y ofreció el espectáculo de elefantes y leones combatiendo en la arena hasta morir (1).

Pretendiendo Caton doblegar la rigidez de las cosas ante la inflexibilidad de las doctrinas, dañaba á su patria, á la que queria hacer retroceder hácia un pasado que no podia ya resucitarse, en lugar de dirigirla por la senda del acierto al porvenir inevitable. Proponia al Senado que entregase á los Germanos el vencedor de los Galos; excitaba sospechas acerca de Pompeyo y contrariaba á Ciceron; continuando entretanto el comercio de esclavos y cediendo al rico Hortensio su mujer, jóven aun, para volverla á tomar luego opulenta.

Faltó á Ciceron, para ser un grande hombre de Estado, la resolucion firme ante los acontecimientos; cualidad que no debia esperarse de su alma apasionada, necesitándose para trastornar el antiguo órden de cosas una poderosa abnegacion, y siendo imposible la prevision del porvenir, especialmente al que lo miraba al traves de sus amores y odios, de sus esperanzas, de sus temores. El mismo Ciceron se avergonzaba con frecuencia de sus vacilaciones, sin seguir por eso mejor conducta. Envanecido con su triunfo, no cesaba de recordar su consulado, á Catilina, el inminente incendio y los afilados puñales. Excitaba así la envidia, como lo prueba una violenta invectiva lanzada contra él, que se atribuye á Salustio, en la cual (de-

(1) Plutarco, en César, 15: Πόλεις μὲν ὑπὲρ ὀκτακόσιας κατὰ κράτος εἷλεν, ἔθνη δὲ ἐχειρώσατο τριακόσια, μυριάσι δὲ παραταξάμενος κατὰ πέρος τριακοσίαις, ἑκατὸν μὲν ἐν χερσὶ διέφθειρεν, ἄλλας δὲ τοσαύτας ἐζώγρησε.

(2) Esta costumbre recuerda el *Mochuelo* de los Vendeanos en las guerras de la revolucion.

(1) Ciceron, en un momento de mal humor, quiere mostrarse descontento de los juegos de Pompeyo. « Durante cinco dias hubo dos magníficas cacerías ¿quién lo niega? Pero ¿qué diversion puede encontrar un hombre de negocios, en ver, ya un ser débil despedazado por un animal de grandes fuerzas, ya una fiera de nobles instintos herida por un cazador? El último dia hemos tenido elefantes, que el vulgo y el populacho contemplaban asombrados; pero no resultó ningun placer; por el contrario, se despertó cierta compasion, y como una idea de que aquellos animales tuviesen alguna afinidad con la especie humana. » *Epist.*, lib. VII, á M. Mario. — ¡Cosa extraña! la vista de un hombre despedazado causa *poca diversion*, y la muerte de un elefante excita lástima.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

jando aparte las injurias contra sus costumbres, las de su mujer y las de su hija) le decian; — « ¡Alabarse de haber sofocado la conjura- » cion! Debieras avergonzarte de que haya sido » trastornada la república siendo tú cónsul. » Decidias en tu casa con tu mujer Terencia, y » segun os sugeria á los dos vuestro capricho, » quién habia de ser condenado á muerte y » quién multado. Un ciudadano te construía tu » casa, otro tu quinta de Túsculo, otro la de » Pompeya; y estos eran los hombres de bien; » aquellos que no querian hacer otro tanto, eran » malvados que te tendian lazos en el Senado, » iban á asaltar tu casa y amenazaban incendiar » la ciudad. Y en prueba de que digo verdad, » respóndeme: ¿qué patrimonio tenias y cuál » tienes? ¿Cuánto te has enriquecido fomen- » tando pleitos? ¿Con qué te has procurado tus » ricas quintas? Con la sangre y las entrañas » de los ciudadanos, tú suplicante con los ene- » migos, insolente con los amigos é innoble en » todos tus actos. Y te atreves á decir: *¡O for- » tunata Roma, me console nata!* Desgraciadí- » sima, por haber sufrido una detestable per- » secucion, cuando te apoderaste de los juicios » y de las leyes. Y sin embargo, no cesas de » fastidiarnos exclamando: *Cedan las armas á » la toga, el laurel á la palabra:* tú que sobre » la república piensas de una manera en pié y » de otra sentado; ligera banderola que no sa- » bes fijarte en nada (1). »

Esta última acusacion era fundada; pues Ciceron, de grande enemigo que era de César y Craso, se hizo su panegirista en cuanto los vió unidos; de ardiente partidario de Pompeyo, habia llegado hasta dirigir contra él algunos tiros, aludiendo al objeto y los peligros del triunvirato y estimulando á Caton para que se le opusiese. Los que eran dueños del poder veían con disgusto aquella libertad, y aunque hubieran podido comprarlo fácilmente, concediéndole por ejemplo el augurado que ambicionaba (2), prefirieron lanzar contra él á Publio Clodio, de familia patricia. Este habia deshonrado su juventud con un libertinaje desenfrenado (3), y entre otras mujeres, galanteaba á Pompeya, esposa de Julio César, la cual, sin embargo, guardada por Aurelia, su suegra, y por Julia, su cuñada, no podia hallarse con él á solas. Era uso antiquísimo que al fin del año consular se juntasen las damas de la mas alta clase con las Vestales en la casa del cónsul ó del pretor, para ofrecer un sacrificio á la Buena Diosa, cuyo nombre conocian tan solo las mujeres. Aquellos ritos se celebraban con tal misterio, que los antiguos no nos suministran acerca de ellos otra noticia sino que allí se cantaba y tocaba. Ningun hombre, ni aun el dueño de la casa, podia asistir á las sagradas ceremonias; y hasta se cubrian con un velo las imágenes de hombres ó de animales machos (1).

Como esta ceremonia debia celebrarse en casa de César, sumo pontífice, Clodio se puso de acuerdo con su querida para penetrar disfrazado de cantora en aquel recinto. Introducido por una esclava en el aposento de la que amaba, se impacientó de aguardar y salió en su busca; pero otra esclava, á quien pareció sospechoso, le dirigió algunas preguntas, conoció en la voz que era hombre y dando fuertes gritos, descubrió el sacrilegio. En el mismo instante se interrumpieron los misterios, se cerraron las puertas; Clodio fué encontrado y arrojado de allí con improperios, y cundió el rumor por toda la ciudad.

Acusósele públicamente de sacrilegio; pero él tenia dinero para corromper, lascivias para seducir (2), y sicarios para infundir miedo. Ciceron, que al principio habia sido excitado en contra suya por Terencia, su esposa, celosa de Clodia, hermana del acusado y amada del orador, cediendo á las persuasiones de esta última, no declaró mas que lo que andaba en boca de todos (3). Díjose que el cónsul Pison, en vez de las dos iniciales, una de absolucion y otra de condena, hizo distribuir al pueblo ambas contraseñas, con la letra absolutoria; y aunque Caton trabajó cuanto pudo para que se suspendiese aquel inicuo juicio, los hombres que Clodio habia comprado quisieron que continuára, y el acusado fué absuelto; en consecuencia dijo Cátulo, señalando á los centinelas puestos para reprimir el tumulto que se temia, que estaban allí para defender el dinero recibido por los jueces. Hasta el mismo César desistió, por no desagradar á la muchedumbre, y citado como testigo declaró que nada tenia que imputar á Clodio. Repudió sin embargo á su mujer, y á los que le inculpaban por tal contradiccion, respondia: *De la mujer de César ni aun deben tenerse sospechas.*

Seguro Clodio de la impunidad con semejante fallo, creció extraordinariamente en osadía, y escoltado por una turba de gladiadores á sueldo, hacía temblar á aquellos pobres libertos que

(1) Quintiliano, *Instit.*, IV.

(2) « Et quoniam Nepos proficiscitur, cuinam auguratus deferatur? quo quidem uno ego ab istis capi possum. Vide levitatem meam. » *A Attico*, II, 5.

(3) « Quis enim ullam ullius boni spem haberet in eo, cujus primum tempus ætatis palam fuisset ad omnes libidines divulgatum? qui ne à sanctissima quidem parte corporis potuisset hominum impuram intemperantiam propulsare? qui cum suam rem non minus strenue, quam postea publicam confecisset, egestatem et luxuriam domestico lenocinio sustentavit? » Así se explicaba Ciceron en el Senado *post reditum*, 5. Otra vez recordaba que « primam illam ætatulam suam ad scurrarum locupletium libidines detulit; quorum intemperantia expleta, in domesticis est germanitatis stupris volutatus, etiam Cilicum libidines barbarorumque satiabit, etc. » *De harusp. responsis*, 21.

(1) . . . Ubi velari pictura jubetur.
Quæcumque alterius sexus imitata figura est.
Juv., VI, 389.

(2) « Jam vero (dii boni! rem perditam!) etiam nocte cettarunt mulierum atque adolescentulorum nobilium introductiones, nonnullis judicibus pro mercedis cumulo fuerunt. » Cic. *á Attico* I, 16.

(3) Lo dice Plutarco y parece confesarlo Ciceron: « Nosmetipsi qui Lycurgei à principio fuissemus, quotidie demitigamur. Neque dixi quidquam pro testimonio, nisi quod erat ita notum atque testatum, ut non possem præterire. » Id. 13, 16.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llenaban el foro representando la majestaddel pueblo romano. Luego, aunque noble, hizo que un plebeyo le adoptára, á fin de poder ser elegido tribuno de la plebe.

Aborreciendo á Ciceron por el asunto del sacrilegio, creyó que era llegada la hora de la venganza, tanto mas cuanto que se veía apoyado por los triunviros, los cuales, sin mostrarse, ejercian el poder por manos de Clodio. Granjeóse, pues, el tribuno la voluntad del pueblo, limitando la autoridad de los censores, á quienes quitó el derecho de degradar á los senadores y á los caballeros; y miéntras ántes decidia la suerte acerca de la distribucion de las provincias entre los cónsules, hizo Clodio que en lo sucesivo correspondiese tal reparto á los comicios por tribus; asignándose de este modo inmensos países á cada uno de ellos, como á Pison la Macedonia, la Acaya, la Tesalia y la Beocia; y á Gabinio la Siria y la mayor parte de los reinos de Asia.

Viendo Ciceron condensarse la nube, compró al tribuno Nonio, á fin de que se opusiera á su colega en todo; pero Clodio juró á Ciceron no emprender nada en contra suya, ni de sus intereses; y Pompeyo y César salieron de ello garantes con tal que retrajese á Nonio de su obstinada oposicion. Tulio cayó en la red que se le tendia, y viéndose libre Clodio de su opositor, hizo decretar al pueblo que no eran menester augurios para las leyes que propusiesen los tribunos á los comicios: llevando en esto el objeto de remover él obstáculo de la religion, de que hubieran podido servirse los amigos de su adversario.

Teniendo ya preparado el terreno, dió una ley mandando que se considerase culpado á todo el que hubiese enviado al suplicio á un ciudadano, sin la confirmacion de la sentencia por el pueblo. No cabiendo á Ciceron duda de que aquella era una maquinacion en su contra, se vistió de luto, se dejó crecer la barba y suplicó á sus amigos que tomáran su defensa. Tambien el Senado se puso de luto, hasta que ordenaron los cónsules que volviese á vestir la acostumbrada púrpura. Dos mil caballeros enlutados rogaban por él, sirviéndole de escolta contra los sicarios de Clodio, que insultaban del peor modo posible al humillado orador. Tan desalentado este al primer golpe, como vano se habia mostrado en otro tiempo, pedia á los demas los consejos que no encontraba en sí mismo. Lúculo le excitaba á permanecer firme y á aniquilar á sus adversarios al frente de los caballeros y de todos los ciudadanos deseosos del bien público; Caton y Hortensio le exhortaban á no imitar á Catilina y á conservarse sin tacha; César le proponia librarlo de la tormenta, llevándole consigo en calidad de legado á la Galia; pero no habiendo aceptado esta proposicion, que era la mas honorífica, se declaró abiertamente su enemigo. Olvidando el mismo Pompeyo á un amigo que habia llegado hasta decir que creía verdadero y justo cuanto le era á él útil y agradable (1), le abandonó y se retiró al campo. Cuando Ciceron le envió á su yerno para implorar su asistencia, alegó excusas: cuando fué él personalmente, mandó que le dijeran que habia regresado á Roma. Derecho tenia, pues, Ciceron de irritarse contra el que alabándolo cara á cara, le envidiaba en secreto, y no tenia en el fondo nada de honrado en política, nada de ilustre, enérgico ni independiente (2).

Hallóse en fin Ciceron solo contra Clodio, quien le acusó abiertamente ante las tribus del asesinato de Lentulo, de Cetego y de otros caballeros romanos. Decidiéndose por último á ceder á las circunstancias, salió de la ciudad de noche. El terror que le infundió Clodio le hacía parecer mas crueles las vicisitudes del destierro. Vibona, ciudad de la Lucania, que le habia elegido como protector suyo, le cerró las puertas. Esperaba encontrar en Sicilia, teatro de su gloria durante la cuestura, cliente suya contra Vérres, un asilo honroso, especialmente cerca del pretor Virgilio, que le debia toda su fortuna; pero hubo de convencerse de que el infortunio es la piedra de toque de los ingratos (3). Repelido por aquella parte, encontró una hospitalidad valerosa en Bríndis, en los jardines de Lenio Flacco; mas no creyendo prudente permanecer largo tiempo en el mismo punto, tuvo por mejor partido embarcarse.

Destierro de Ciceron. 1º de abril.

Pero ¿á dónde dirigirse? La Grecia y el Epiro estaban infestados de partidas á sueldo de Antonio, su enemigo; Pison, hechura de Clodio, gobernaba la Macedonia: prefirió, pues, á Cízico en la Misia. Habiendo desembarcado en Durazzo, encontró allí una acogida capaz de dulcificar las amarguras de su destierro; pero á pesar de esto, el grande orador se abatia demasiado dirigiendo de contínuo los ojos y las palabras hácia su patria (4); por lo cual, aquellos Grie-

(1) « Tantum enim animi inductio et mehercule amor erga Pompejum apud me valet, ut quæ illi utilia sunt et quæ ille vult, ea mihi omnia jam et recta et vera videantur. » *Ad. fam.*, I, 9.

(2) « Nos, ut ostendit, admodum diligit... aperle launat; occulte, sed ita ut perspicuum sit, invidit : nihil come, nihil simplex, nihil ἐν τοῖς πολιτικοῖς honestum, nihil ilustre, nihil forte, nihil liberum. » *Ad Att.*, I, 13.

(3) Véase, ademas de sus cartas, el discurso *pro Cn. Planco*, 40.

(4) Llenas están sus cartas de cobardes lamentaciones: « Me consumo de pesar, mi querida Terencia; soy mas infeliz » que tú que lo eres tanto; porque, ademas del comun infor- » tunio, tengo la culpa. Mi deber era evitar el peligro acep- » tando la legacion, ó resistir con la diligencia y con las armas » ó sucumbir como fuerte. Nada podia ser mas miserable, mas » vergonzoso, mas indigno que esto... Dia y noche tengo » vuestra afliccion delante de mis ojos... Muchos son enemigos, » casi todos envidiosos. Os escribo pocas veces, porque, si bien » es cierto que estoy apesadumbrado á todas horas, cuando os » escribo ó leo vuestras cartas prorumpo en llanto, sin que » me sea dado reprimirlo. ¡Oh! ¿Por qué tuve tanto apego » á la vida? ¡Soy perdido! ¡Me abruma el desconsuelo! ¡Qué » será de Tulieta? A vosotros os toca pensar en ella, porque » mi espíritu decae... No puedo deciros mas, me impide con- » tinuar la augustia. » Por eso Asinio Pollion decia (*ap.* SÉNECA): « Omnium adversorum nihil, ut viro dignum est, tulit, præter mortem. » Luego añade: « Si quis tamen virtutibus vitia pensarit, vir magnus, acer, memorabilis fuit, et in cujus laudes oratione prosequendas, Cicerone laudatore opus fuerit. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gos, despues de haber apurado inútilmente para consolarlo todos los argumentos que enseñaba la escuela, y de que el mismo Ciceron habia hecho alarde en sus cuestiones filosóficas, acudieron á los augurios y los sueños, para asegurarle que sería llamado pronto á su patria, con cuya esperanza se dirigió á Tesalónica. Allí lloró, se desesperó, deseó morir, quiso matarse, medios todos de hacer hablar de sí por temor de que el mundo le olvidára.

Entretanto Clodio, alegre como si hubiera alcanzado una victoria, hizo decretar el destierro de Ciceron á cuatrocientas millas de Roma, la confiscacion de sus bienes, la demolicion de su casa y de sus quintas y la consagracion por los pontífices del terreno en que se elevaban, á fin de que no hubiera restitucion posible. Pero cuando sus bienes se pusieron en venta, nadie se presentó á comprarlos. Para desembarazarse tambien de la oposicion y las protestas de Caton, le encargó Clodio la ejecucion del decreto en virtud del cual se confiscaban los bienes y el Estado del rey de Chipre.

Entónces ya no tuvieron obstáculos los triunviros; pero Clodio habia llegado en el ejercicio del poder hasta el punto de hacer la guerra á sus mismos protectores. Habiendo obligado á L. Flavio á poner en sus manos al jóven Tigránes, que le habia sido confiado por Pompeyo, y enviádole de nuevo á Armenia como incentivo de turbulencias, Pompeyo pensó vengarse del atrevido demagogo, haciendo volver á Ciceron. Presentada la proposicion al Senado, fué acogida con calor inexplicable, como un triunfo sobre el partido popular (1). Cuando se presentó la peticion al pueblo, compareció Clodio en el foro rodeado de una tropa de gladiadores armados, á fin de imponer miedo á los amigos de Ciceron: Annio Milon, su colega, y no ménos pendenciero que él, imitó su ejemplo; y miéntras que los dos bandos se contemplaban con feroz mirada, pasó el decreto.

Vuelta de Ciceron. 57.

Ciceron voló de Tesalónica á Durazzo, y de allí á Bríndis, donde emprendió con direccion á Roma una marcha verdaderamente triunfal. Festejábanle á porfía todas las ciudades municipales, todas las colonias por donde pasaba: luego salió el Senado hasta la puerta Capena, y le condujo al Capitolio, desde cuyo punto fué trasladado á su casa en hombros de los ciudadanos (2).

Repuesto en el Senado empleó su rejuvenecido crédito á favor de Pompeyo, queriendo acordarse tan solo de su reciente beneficio y no de su anterior abandono; y exagerando quizá el peligro de una carestía, le hizo conceder la comision de proveer á la ciudad de granos por el espacio de cinco años, con plenos poderes en todos los puertos del Mediterráneo. Pompeyo, en recompensa, hizo que le restituyeran los pontífices el área de su casa y que le asignasen del tesoro público dos millones de sestercios (400,000 francos) para reedificarla, y ademas quinientos mil con destino á la quinta tusculana y doscientos cincuenta mil para la de Formio.

Caton, que desaprobaba constantemente á los gladiadores y á los atletas, como gente dispuesta siempre á ser el terror de la ciudad, habia sin embargo mantenido una partida de ellos, procurando luego venderlos, aunque secretamente y sin llamar la atencion. Envió Milon á uno que los comprase para él, y en seguida divulgó el negocio, lo cual excitó grandes risas en la

(1) Virtutem incolumen odimus.
Sublatam ex oculis quærimus invidi.
HORACIO.

(2) « ¿Qué otro ciudadano ha sido recomendado como yo por el Senado á las naciones extranjeras? ¿Por la salvacion de quién, sino por la mia, ha rendido públicamente gracias el Senado á los aliados de Roma? Solo con relacion á mí decretaron los padres conscriptos, que los gobernadores de las provincias, los cuestores y los legados velasen por la salud y la vida de un ciudadano. Desde que se edificó Roma, solo en mi causa ha acontecido que por un decreto del Senado y por cartas consulares se convocase á todos cuantos quisieran la salvacion de la república en Italia. Lo que nunca habia decretado el Senado en el mayor peligro de la república, tuvo á bien decretarlo por la salvacion de mi persona. ¿Quién fué mas pedido por la curia, mas sentido por el foro, mas deseado por los mismos tribunales? Todo quedó desierto, horrible, mudo á mi partida, lleno de luto y de tristeza. ¿Hay sitio en Italia donde no se hayan perpetuado en los monumentos públicos la celosa solicitud por mi conservacion y el testimonio de mi dignidad? ¿De qué sirve recordar aquel divino decreto del Senado respecto de mí? ¿A qué hacer mencion de lo que pasó en el templo de Júpiter Óptimo Máximo, cuando el personaje, cuyo triple triunfo anunció que las tres partes del mundo estaban reunidas á este imperio, declaró que yo solo habia salvado á la patria; declaracion que fué sancionada por el Senado en masa, á excepcion de un solo enemigo, mandándose conservarla en los registros públicos para eterna memoria de los tiempos sucesivos? ¿A qué repetir lo que se decretó al dia siguiente en la curia, por sugestion del pueblo romano y de las gentes de los municipios, á saber, que nadie pusiera obstáculos ó causase dilaciones alegando auspicios, y que los contraventores fuesen declarados perturbadores del público reposo, castigándolos severamente el Senado y formándoseles causa sin demora? Habiendo puesto trabas el Senado con esta gravedad á la perversa osadia de algunos, añadió, que si durante los cinco dias en que podia tratarse acerca de mi persona, no se habia resuelto nada, volviera yo á mi patria, recuperando todas mis dignidades.

» Al mismo tiempo decretó el Senado que se dieran gracias á los que habian acudido de toda Italia por causa mia, invitándoles á venir cuando las cosas volviesen á su primer estado. Era tal el anhelo de salvarme, que cuantos fueron requeridos por el Senado en favor mio, suplicaron al Senado por mí. Y es tan cierto que en aquellas circunstancias solo hubo uno que disintiese abiertamente de la voluntad unánime de las personas houradas, como que hasta el cónsul Q. Metelo, que en virtud de graves discordias en lo república era mi particular enemigo, opinó tambien á mi favor.....

» Ademas, ¿quién ignora cómo se efectuó mi vuelta; y cómo á mi llegada á Bríndis, los habitantes de aquella ciudad me alargaron, por decirlo así, la mano de toda la Italia y de la misma Roma? Eran las nonas de setiembre; dia de mi desembarco; dia tambien del natalicio de mi queridísima hija, á quien entónces ví por la vez primera despues de un grave dolor y de un amargo llanto: dia, por último, como sabéis, de la fundacion de la colonia de Brindis, y de la salud. Acogióme la familia de Lenio Flacco, su padre y sus hermanos, personas excelentes y muy entendidas, con tanto alborozo como tristeza habian tenido al verme el año precedente y como solicitud habian mostrado para ser defendido con riesgo propio. Durante todo el viaje parecia que las ciudades de Italia festejaban mi regreso; pululaban en las calles diputados enviados de todas partes; henchidos estaban los alrededores de Roma de una increible muchedumbre que me prodigaba parabienes; y fué tal el entusiasmo al pasar por la puerta, al subir al Capitolio, y al volver á casa, que en medio de aquel inmenso júbilo me afligia pensando que una ciudad tan agradecida hubiese sido tan infeliz y víctima de tan grande opresion. » *Pro P. Sextio.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciudad (1). Asistido Milon de estos matachines tenia sujeto á Clodio, quien trataba de impedir que fuesen reedificadas las quintas de Ciceron. Los dos caudillos, haciéndose fuertes en las casas y recorriendo amenazadores por las calles, perturbaban diariamente el sosiego; hasta que Milon, robustecido con el apoyo de Pompeyo y de Ciceron, el cual habia llegado hasta decir en público que Clodio era una víctima reservada al estoque de su rival, encontrándole en el camino, vino con él á las manos y le dió muerte.

Asesinato de Clodio. 53.

Sublevóse el pueblo y saqueó la curia para alimentar la hoguera de Clodio; despues atacó al asesino de este, que, bien fortificado y rodeado de bravos, lo rechazó. Citado Milon á juicio se le requirió, segun costumbre, para que entregára á sus esclavos, los cuales debian ser interrogados en el tormento; y respondió que los habia emancipado á todos y quo no podia ser puesto en el tormento ningun hombre libre. De este modo faltaban las pruebas necesarias para calificar el hecho; y por otra parte, á fin de justificarle, hacía Ciceron uso de todos los expedientes de un hábil abogado. Satisfecho Pompeyo con verse libre de Clodio, se cuidó muy poco de salvar á su asesino; y Tulio, mucho mas elocuente que animoso, tuvo miedo á los satélites de Clodio, y no pronunció su hermoso discurso, dejando que Milon saliese desterrado á Marsella, donde se consoló comiendo exquisitos peces.

Hallábase entretanto Roma á merced de los triunviros y de cualquier malvado que se pusiese á la cabeza de un partido. Haciendo sombra á Craso y á Pompeyo la gloria de que se cubria César en la Galias, aspiraban al consulado; pero desesperaban de salir airosos contra Domicio Enobarbo, que habia protestado hacer abolir el proconsulado de César. Ahora bien, cierto dia que Domicio iba en compañía de Caton muy de madrugada por la ciudad, solicitando sufragios, cayó sobre él una tropa de bandidos, que hirió á Caton y mató al esclavo que llevaba la tea delante de ellos : en seguida los tribunos impidieron la reunion de los comicios, de manera que Roma se quedó sin cónsules, y se vistió de luto el Senado hasta que viendo que no habia otro medio de restablecer la tranquiquilidad, preguntó á Craso y á Pompeyo si querian el consulado para sí, y de este modo fueron electos.

55.

Entónces para no ser ménos que César, ni permanecer desarmados miéntras él se granjeaba la adhesion de un ejército con sus triunfos, se hicieron adjudicar, Pompeyo el mando de España, y Craso el de la Siria, el Egipto y la Macedonia. Consintió en ello César con tal que no le turbáran en el proconsulado, y Caton, que opuso resistencia, poniendo de manifiesto los peligros de los mandos prolongados, fué aprisionado por el tribuno C. Trebonio. En seguida se decretó que no serian reemplazados los gobernadores, sino al cabo de cinco años; y que podrian alistar tropas á su albedrío, y exigir de los aliados las contribuciones y los contingentes indispensables.

(1) Cic., *ad Quintum fr.*, II, 6.

Carácter de Pompeyo.

La demasiado fácil prosperidad habia impedido á Pompeyo adquirir aquel vigoroso temple de alma que solo la adversidad proporciona : elogios intempestivos le aclamaron emperador, cuando aun no era mas que un niño, y le persuadieron de que era necesario á la patria, á la libertad, al pueblo y al Senado, que alternativamente se echaban en sus brazos, seguros de poderse desprender de ellos cuando les conviniera. Mas ambicioso, pues, de la apariencia que de la realidad, no pensaba en hacerse popular por los medios comunes, frecuentando el foro, asistiendo á los clientes, acusando ó defendiendo; por el contrario, ceñido de cierta aureola, se ocultaba á los ojos del público ó no se presentaba á él sino seguido de una inoportuna comitiva. Creía honrar á aquellos á quienes permitia que fuesen amigos suyos y los trataba como protector; aguardando siempre que viniese á buscarle Roma como su único amparo. Pero tambien la libertad tiene sus delicadezas; quiere que pareciendo arrancarle sus favores, se le ahorre la vergüenza de prodigarlos.

No debe deducirse de aquí que Pompeyo respetase á su patria, pues aunque no osaba dar cima á nada, lo deseaba todo; revolvia el estanque sin saber despues pescar en él; procedia á semejanza de los que, violando la constitucion sin tener fuerzas para sobreponerse á ella, ni quieren obedecer ni saben mandar; funestísimos enemigos de las repúblicas, cuya libertad hieren de muerte sin engendrar la calma de la monarquía. Hacerse conferir ilimitados poderes, dejarse comparar á Alejandro, oir que una turba de aduladores repitiese que era el único baluarte de Roma, halagar á los diferentes partidos que solicitaban su apoyo, tales eran las artes de su vanidad, con las que allanó el camino á la tiranía, primeramente corrompiendo al pueblo con las liberalidades y poniendo á precio los sufragios; luego excitando al populacho á la rebelion para hacer sentir la necesidad de una dictatura, y uniéndose por último á César y Craso, cuya armonía, como decia Caton, y no su desavenencia, destruyó la libertad (1). Estas armas que Pompeyo habia afilado, debian otros volverlas en contra suya, ya que él no sabía servirse de ellas. Entretanto, como mas que el mando ambicionaba sus apariencias, permaneció en Roma, y Craso marchó contra los Partos.

(1) Véase sobre el carácter político de Pompeyo la Nota C.

CAPÍTULO XV

Los Partos.

La Partia, vasto imperio de la Alta Asia, confinaba al Oriente con la Bactriana y con la India Septentrional, al Poniente con la Média, al Norte con la Hircania y al Mediodía con la Caramania

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

desierta. Fué residencia de sus reyes Hecatómpila, hasta la época en que, dueños de la Asiria, pasaban el verano en Ecbatana, ciudad de Hircania, y el invierno en Ctesifonte junto al Tígris, donde gobernaban despóticamente. Sometida á la Persia, pasó con ella á manos de Alejandro Magno. A su muerte, fué desdeñada en virtud de su pobreza, y la poseyeron Seléuco Nicator y sus descendientes, hasta Antíoco Téos, en cuyo tiempo Arsáces, hijo de Artajérjes Memnon, rey de Persia, asesinó á Agatócles, gobernador de todas las provincias allende el Eufrátes, y
255. levantando el estandarte de la rebelion, fundó un imperio que subistió 465 años.

253. Su hermano Arsáces II (Tirídates), despues de haber vencido á Antíoco y á Calínico, avasalló la Hircania y las provincias circunvecinas, consolidó su reino, y murió peleando contra Ariarátes IV, rey de Capadocia. Arsáces III (Artabano),
216. se apoderó de la Média, miéntras que Antíoco el Grande hacia la guerra á Tolomeo Evergétes; pero apénas estuvo aquel en libertad de obrar, le repelió hasta la Hircania. Arsáces reunió cinco mil infantes y veinte mil caballos, y tornó á probar la suerte de los combates con tales preparativos que Antíoco aceptó la paz, dejándole señor de la Partia y la Hircania.

196. Friapatio (Arsáces IV), que le sucedió, reinó quince años, y dejó tres hijos, Fraátes, Mitrídates
182 y Artabano. Habiendo ceñido la corona el primero (Arsáces V), domó á los Mardos, uno de los pueblos mas valerosos del Oriente, y que habitaba en las costas del mar Caspio; y al morir, prefirió á sus muchos hijos su hermano
164. Mitrídates (Arsáces VI), cuyo mérito y habilidad habia conocido. Mitrídates sometió, en efecto, á los Bactrianos, á los Persas, á los Medos, á los Elimeos, y llevó sus conquistas hasta la India; venciendo y haciendo prisionero á Demetrio Nicator, se apoderó de Babilonia y la Mesopotamia, de modo que ensanchó su imperio desde el Eufrátes hasta el Gánges. En seguida, para darle la consistencia y el beneficio que proporcionan las leyes, examinó las de todos los países conquistados, y de ellas compuso un código destinado á regir en todo el imperio.

139. Fraátes II (Arsáces VII), su hijo, fué vencido por Antíoco Sidétes y quedó reducido al territorio de la antigua Partia; pero luego se repuso, y rechazando al enemigo, iba á invadir la Siria, cuando los Escitas se arrojaron sobre sus Estados. A fin de repelerlos, tomó á sueldo todos los soldados mercenarios que habia hecho prisioneros en la guerra contra Antíoco; si bien estos, por venganza, se pasaron á los Escitas en el primer encuentro, lo cual trajo consigo la derrota y muerte de Fraátes.

127. Cuando los Griegos y los Escitas regresaron á sus países, despues de haber devastado la
114. Partia, ocupó el trono Artabano II (Arsáces VIII), tercer hijo de Friapatio; pero al poco tiempo pereció en una nueva guerra contra los Escitas. Era rey Mitrídates II (Arsáces IX), cuando oyendo las victorias de los Romanos en Asia, deseó su alianza, envió un embajador á Sila, quien, aunque simple pretor, le hizo tomar asiento á su izquierda, miéntras que tenia á su derecha á Ariobaráznes, rey de Capadocia. Celebróse la alianza, si bien le fué cortada la cabeza al embajador, así que volvió á su patria, por haber permitido que un pretor le tocase la mano. Tales fueron las primeras relaciones de los Romanos con aquellos Partos que debian ser para ellos tan constantes y peligrosos enemigos.

Índole de los Partos.

Eran los Partos una nacion guerrera, valiente y de especial habilidad en disparar el arco huyendo. Desde su infancia se acostumbraban á montar á caballo; presentábanse tambien á caballo en la plaza pública los principales de ellos; deliberaban á caballo y armados, con grande asombro de los Romanos, que despojados del sayo iban inermes por la ciudad. Desde los veinte hasta los cincuenta años todo hombre era soldado, y en los combates no hacian uso de tambores, trompetas, ni otros instrumentos bélicos, satisfechos de su impetuoso valor.

Su principal virtud consistia en cumplir exactamente la palabra que daban. Vivian con sobriedad, acomodándose á la naturaleza de su país, y no solo descuidaban la agricultura, la navegacion, el comercio y todas las demas profesiones, sino que animados de ese recelo, que todavía muestran varios pueblos de Asia, interrumpian las comunicaciones inmediatas entre el Occidente y el Oriente, apoderándose del comercio intermedio ó estorbándolo, y excluyendo á los extranjeros, especialmente durante la guerra con los Romanos; de donde resultó tener que mudar de direccion entónces el tráfico de las Indias, con grande incremento de Alejandría y Palmira. Se casaban con sus hermanas y hasta con sus madres, y tenian por mas feliz al que contaba con mas numerosa familia. Su religion consistia en un grosero culto tributado á las fuerzas de la naturaleza, aunque habian tomado algo de la de los Persas, y creían destinados á la inmortalidad los que perecian en los campos de batalla.

Aunque sus reyes habian aceptado la civilizacion y las letras griegas, extendidas á la sazon en todo el Oriente, no se entregaron á aquel excesivo lujo que produjo la ruina de los demas dominadores del Asia. Su título era el de rey de los reyes hermano del Sol y de la Luna, gran monarca; pero su autoridad se hallaba limitada por una especie de feudalismo guerrero y repartida entre los jefes militares de las diez y ocho satrapías en que se dividia al imperio; de las cuales once, desde los confines de la Armenia y del mar Caspio hasta la Escitia, eran llamadas altas, y las demas bajas. Comprendia ademas el reino diversos países que, mediante un tributo, conservaban su independencia y sus reyes propios, como sucedió á la Pérside; y se concedian particularmente extensos privilegios y constituciones especiales á las colonias greco-
71. macedónicas, como á Seleucia, donde se acu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ñaban monedas y medallas de los reyes partos. El Senado ó consejo de Estado, constituido por la aristocracia militar, podia hasta deponer al monarca, y probablemente confirmaba su eleccion ántes de que fuese coronado por los *surenas* ó generales. Debia ser elegido el rey en la familia de los Arsácidas, sin órden de sucesion establecido; por eso surgian muchos pretendientes, y resultaban guerras intestinas y partidos, no descuidándose los extranjeros en atizar el fuego de la discordia para debilitar á tan peligrosos vecinos.

Esto fué lo que hizo Roma, cuando, despues de su victoria sobre Mitrídates, rey del Ponto, se encontró confinando con los Partos. Hallábase entónces el imperio de los Arsácidas en su mayor prosperidad, siendo centro de un vasto sistema político, que miéntras por la Mesopotamia rayaba con las provincias romanas, tocaba por Oriente con la China. De la parte de acá amenazaba á la Italia, y de la de allá veía á los príncipes chinos divididos en facciones.

La familia de los Arsácidas contaba cuatro ramas principales : la mas antigua ocupaba la Persia; otra la Armenia; la tercera la Bactriana con las tribus alanas y godas, esparcidas á orillas del Indo y en los países desconocidos; la última era la de los Mesagetas que poseía la Rusia Meridional y las tribus godas, alanas, sajonas, medas, persas, establecidas á orillas del Volga y del Tanais.

68. El nombre nacional de los Arsácidas era el de Dacios, que pasó á significar toda la gran nacion difundida desde el Asia á Europa, desde el Danubio á las comarcas mas remotas de la Alta Asia; de modo que tres siglos ántes de J. C. se aplicaba igualmente á la Hungría y la Bactriana; y sirve aun hoy (1) para designar á los descendientes de los antiguos Persas.

Las conquistas de Tigránes, rey de Armenia, quitaron á los Partos la Média, la Gordiana, la
70. Mesopotamia, la Fenicia y la Siria; pero Fraátes III (Arsáces XII), lo arrojó de este último punto, y acometió la empresa de proteger á su rebelde hijo. Sin embargo, al acercarse Pompeyo, renovó su alianza con Tirídates. Diéronle muerte sus hijos Oródes y Mitrídates, y ascendió el primero al trono, siendo arrojado de él en breve por su hermano, quien habiéndose hecho odioso á sus súbditos, fué expulsado, entregándose de
Oródes I. nuevo la corona á Oródes. Mitrídates reclamó el
61. socorro de Gabinio, gobernador de la Siria, y este, ávido de saquear una provincia enriquecida por tantas conquistas, pasó el Eufrátes. Pero habiéndosele presentado á la sazon Tolomeo Aulétes, ofreciéndole diez mil talentos si le restablecia en el trono, aceptó y se dirigió á Egipto. Reducido Mitrídates á sus propias fuerzas, zozo-
17. bró en la empresa, cayó prisionero, y fué condenado á muerte por su hermano.

Aunque el temor de un rompimiento con aquella valiente nacion hacía poco apetecible la provincia de Asia (1), sin embargo, Licinio Craso la solicitó con ardor sumo, y derramó mucho dinero para conseguirla, codiciando los despojos de la Partia, intacta aun de invasiones. Ya se complacia en calcular aquel botin y en hablar de él á todo el mundo, y queriendo superar á Lúculo, Pompeyo y Sila, se dibujaba en la fantasía las auríferas olas del Indo y el Gánges, y las espediciones de Alejandro. En vano se opuso el tribuno Areteyo á que se declarase la guerra á un pueblo aliado, tanto desde la tribuna como impidiendo que saliera Craso de Roma, é invocando en contra suya la venganza de los dioses custodios de los tratados. Protegido Craso por Pompeyo y estimulado por su avara ambicion, se trasladó al Asia. Habiendo encontrado al rey de los Gálatas, Deyotaro, que empezaba la construccion de una nueva ciudad en una edad ya muy avanzada, le dijo : *¿Cómo has podido acometer tan tarde semejante obra?* — *Tampoco tú*, respondió Deyotaro, *empiezas muy temprano esta expedicion.* Craso en Asia. 54.

En todos tiempos se tuvo por extremadamente ardua la guerra con los Partos. Para llegar á sus fronteras, se necesitaba atravesar la Armenia hácia el nacimiento del Tígris y del Eufrátes; luego un país montuoso é impracticable para los convoyes, y en seguida se encontraban desiertos ó llanuras pantanosas. Al pisar el territorio enemigo, se le hallaba en su mayor parte devastado; prendiendo fuego el Parto á los campos y aldeas, é impeliendo delante de sí á las poblaciones, no dejaba víveres para el ejército, ni forraje para los caballos, y apénas ponia alguna guarnicion en las plazas, las cuales era preciso destruir una vez tomadas. Si se daba alcance al ejército enemigo, era forzoso pelear de un modo desusado con una caballería que atacaba de léjos con el arco y las flechas y huyendo; de modo, que venía á ser inútil la infantería pesada de los Romanos con su terrible javelina. Se derrotaba al enemigo, pero sin vencerlo nunca, y morian de hambre los invasores, miéntras adelantaban en sus conquistas.

Craso, á quien infundia valor su codicia, robó al cruzar la Siria diez mil talentos en el templo de Jerusalen, respetados por Pompeyo; luego, habiendo pasado el Eufrátes, entró en el territorio de los Partos. Como estos no tenian motivo alguno para temer una invasion, fueron fácilmente rechazados, y envanecido Craso, se dejó adjudicar el título de emperador. Tal vez hubiera salido airoso de su empresa, si aprovechándose de la consternacion, hubiese marchado en derechura sobre Ctesifonte y Seleucia; pero en lugar de hacerlo así, volvió á Siria á pasar el invierno, á enriquecerse con los despojos y el aumento de las contribuciones, á calcular como 53.
un asentista los ingresos y los derechos de peaje, y á saquear los templos, especialmente el de la

(1) *Deutsch*, los Alemanes. Sobre la afinidad del aleman con el persa, véase el tom. I, pág, 409, nota (2).

(1) « Sive honestas, sive negligentia, sive inertia est, sive metuslatet sub hac temperantiæ existimatione, nolle provinciam. » Cic. *Ad fam.*, VIII, 8.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

diosa siria Astargate, famoso en todo el Oriente, asistiendo en persona al acto de pesarse la plata.

Durante este tiempo, se olvidaban sus soldados de toda disciplina, miéntras que los Partos, volviendo en sí de la pérfida sorpresa se armaban nuevamente. Oródes no quiso romper las hostilidades ántes de preguntar á los Romanos qué motivo les inducia á proceder de aquel modo; pero Craso respondió á los embajadores, que daria la contestacion en Seleucia. Entónces Vagiso, jefe de la embajada, le dijo enseñándole la palma de la mano : *Ántes que tomes á Seleucia, verás aquí nacer pelo.*

Adelantóse un ejército parto hácia la Armenia, cuyo rey se habia declarado en favor de los Romanos; y el otro se encaminó hácia la Mesopotamia, guiado por un surena, guerrero tan intrépido como experimentado, que ostentaba todo el fausto asiático con afeites y perfumes, segun el uso de los Medos y llevaba tras sí mil camellos destinados al trasporte del bagaje, doscientos carros para las mujeres, mil guardias á caballo, sin contar la gente de á pié y los esclavos, pudiendo subir el total á diez mil personas. Este recuperó en un momento las ciudades sorprendidas por Craso, quien aun despues de advertirle el rey de Armenia que no atravesase la Mesopotamia, sino que emprendiese su marcha por las montañas de Armenia, donde no podia maniobrar con libertad la caballería de los Partos, se internó en las llanuras. Cien augurios siniestros habian desalentado á sus tropas; pero parece que él era superior á aquellas supersticiones, pues habiéndole vaticinado en Roma un astrólogo que su empresa tenia en contra el aspecto del escorpion, dijo : *No es esa constelacion la que me asusta, sino el sagitario*, aludiendo á la bravura de los arqueros partos. Habiéndosele caído á la sazon de la mano las entrañas de la víctima, exclamó : *Poco importa; yo haré de modo que no se me caigan las armas.*

Abgar, rey de Edesa, que habia auxiliado en otro tiempo á Pompeyo, resolvió hacer traicion á Craso, y le arrastró con falsas indicaciones hácia la llanura de Cárres, donde era en extremo difícil la marcha; atacadas allí las legiones por los Partos, fueron el blanco de las flechas que les disparaban en todas direcciones, sin que pudieran defenderse; y el hijo de Craso, que de los ejércitos de César habia pasado á servir en el de su padre, siéndole imposible librarse de los enemigos, se quitó la vida, despues de haber peleado valerosamente. Cuando se vió su cabeza clavada en una lanza enemiga, apartaron los ojos los Romanos, sobrecogidos de espanto; pero Craso les dijo : *Ese infortunio me concierne á mí solo : Roma será invencible con tal que vosotros continuéis intrépidos. Si compadecéis á un padre sin ventura, demostrádmelo vengándole á costa de esos Bárbaros.*

Entretanto, llovian por todas partes las flechas, causando una muerte tan lenta y dolorosa, que muchos preferian acelerarla, arrojándose desesperados en medio de la caballería. Puso fin la noche á aquella mortífera batalla, y Cráso se aprovechó de la oscuridad para retirarse á Cárres. No tardó en darle alcance el surena, obligándole á huir con unos pocos; pero envuelto en los pantanos y engañado por Ariámnes, jeque árabe, que se fingia amigo suyo, vió que estaba perdido sin remedio. Aparentando el surena que deseaba la paz, propuso una entrevista al general romano; y este, aunque sospechaba que se le tendia un lazo, tuvo que asistir á ella, obligado por los gritos de sus tropas. Por el camino decia á los que le seguian : *Cuando estéis de vuelta y seguros, decid en honor de Roma, que Craso pereció engañado por el enemigo, y no abandonado por sus conciudadanos.* Batalla de Cárres.

Acogióle el surena con toda clase de honores; pero pronto empezó la pelea entre los Partos y la comitiva de Craso, el cual en la refriega fué muerto. Su mano derecha y su cabeza fueron presentadas á Oródes, y su cuerpo se dejó para que sirviese de pasto á las fieras : diez mil hombres que sobrevivieron á doble número de muertos, cayeron prisioneros, y habiéndose olvidado de su patria, se pusieron al servicio de los enemigos, y se casaron con sus hijas (1). Muerte de Craso.

Hizo su entrada el surena en Seleucia en medio de las cabezas y de las insignias romanas, llevando detras á uno vestido como Craso, con lictores y guardias, bolsas vacías pendientes del cinto, y un tropel de mujerzuelas, que entonaban cánticos obscenos y llenos de ultrajes á los vencidos. El vencedor presentó al Senado de aquella ciudad un ejemplar de las *Fábulas milesias*, coleccion de novelas licensiosas que se encontró en el saco de un jóven romano, como muestra de lo que debia esperarse de una juventud que se recreaba con la lectura de semejantes libros.

Mandó Oródes echar oro derretido en la boca de Craso para insultar su avara sed; habiendo concebido luego celos del surena, le condenó á muerte y confió el mando del ejército á su propio hijo Pacoro, que atacó al punto la Siria con la esperanza de sorprenderla sin defensa. Pero estaba allí para repelerlo el lugarteniente Casio; y por entónces desistió de hostilizar á los Romanos, quienes, despues de la derrota de Craso, ya no pronunciaban el nombre de los Partos sin un profundo terror.

CAPÍTULO XVI

Segunda guerra civil.

La muerte de Craso habia hecho desparecer al único hombre capaz de mantener el equilibrio entre César y Pompeyo, quienes, rivales y enemigos en el corazon, se respetaban en la

(1) Milesne Cassi conjuge barbara
Turpis maritus vixit, et hostium
(Proh curia, inversique mores!)
Consenuit socerorum in armis,
Sub rege medo Marsus et Appulus?
HORACIO, III, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

apariencia, por miedo de que Craso inclinase la balanza poniéndose de parte de uno de ellos. Aceleró el rompimiento la muerte de Julia, hija de César y mujer de Pompeyo, venerada públicamente y amada de los dos. Aunque Pompeyo se habia quedado en Roma, levantó un ejército, contraviniendo á las leyes, bajo pretexto de asegurar la tranquilidad; pero en realidad para dominar las facciones y no ser ménos
54. fuerte que los otros dos triunviros. Nombrado cónsul Domicio Enobarbo, hubiera querido poner freno á aquel poder exorbitante, para lo cual contaba con el apoyo de Caton; pero se halló impotente contra la fuerza de las armas, en una época en que, segun se quejaba Ciceron, ya no existia dignidad en la palabra ni libertad para discutir los negocios públicos; en que no quedaba mas partido que el de condescender cobardemente con el mayor número ó disentir en vano (1). Caton trató de aplicar remedio á la descarada venalidad de los cargos, haciendo castigar al que compraba votos; pero ¿qué consiguió? excitar el descontento del populacho que no vivia sino de tales ventas, ademas de que los candidatos no dirigian ya sus intrigas á la muchedumbre, sino que se entendian directamente con los triunviros y los cónsules en activo servicio, contratando con ellos la dignidad ambicionada. Tambien el tribuno Mucio Escévola echó abajo este tráfico, inutilizando el gasto de dinero que se hacía con disolver la asamblea cuando descubria algun amaño en la eleccion de los cónsules; pero de aquí resultó la suspension de aquella magistratura. Entretanto, fermentaban cada vez mas las facciones: frecuentes asesinatos hacian sentir la necesidad de un poder dictatorial que recompusiese las cosas, y Pompeyo se forzaba en hacer ver que él era el único hombre capaz de desempeñarlo; pero no se atrevía á alargar la mano.

52. Con motivo del asesinato de Clodio se propuso conferirle la dictadura; luego se estimó mejor nombrarle cónsul único y así permaneció durante siete meses, á pesar de las protestas de Caton y del partido conservador. Habiendo salido bien de este primer ensayo, no supo marchar adelante y retrocedió, eligiendo por su compañero á Cecilio Metelo Escipion; con lo cual, y con unirse á su hija, se atrajo el afecto de los patricios. Advirtiendo el Senado que César, por medio de sus emisarios y con el apoyo de su excelente ejército, se encaminaba á la dominacion, dirigió sus súplicas á Pompeyo, como protector de la libertad, si podia existir esta allí donde el gobierno tenia que acogerse á la proteccion de un ciudadano. Pompeyo no queria, ni confesar al Senado que se habia unido á César para llevar á cabo la opresion comun, ni reconocer que se habia dejado engañar por este; de donde provino la vacilacion que mostró siempre y que le arrastró á su ruina.

Ante todo, era preciso quitar el ejército á César; pero este se hallaba ménos dispuesto que nunca á dejar el mando, desde que Pompeyo se habia hecho prorogar por otros cinco años el gobierno de África y España. El cónsul Claudio Marcelo, adicto á Pompeyo, propuso al Senado que se llamase á César ántes de que espirase el término de su mando, y no habiéndolo conseguido, ultrajó por todos los medios posibles al procónsul, y hasta mandó azotar á un senador de Como, solo, segun decia, para que cuando volviese á las Galias pudiera enseñar sus espaldas á César.

Este tenia á su favor un gran partido, ó comprado con dinero, ó seducido con su afabilidad, y un ejército muy adicto; fiado en lo cual pidió que se le prolongase el mando; pero habiendo asistido al Senado todas las hechuras de Pompeyo, se desechó la demanda. Al oirlo un centurion que esperaba á la puerta, dió un golpe á su espada diciendo: *Esta se lo prorogará.*

En efecto, César que se habia mostrado no ménos bravo para conquistar la Galia, que prudente para darle organizacion y gobierno, repasaba los Álpes, y descubriendo con vista segura los lazos que le habia tendido su émulo, con prontitud y diestra resolucion se los rompia, prodigando con una mano el oro, y empuñando con la otra la espada. El cónsul Emilio Paulo, que era enemigo declarado suyo, se convirtió á su partido por mil quinientos talentos, segun hemos dicho; el tribuno Escribonio Curion, otro apoyo principal de Pompeyo, fué ganado por César, pagándole inmensas deudas, por lo cual, en vez de pedir la dimision del procónsul, como aquel deseaba, propuso que prorogase á entrambos el mando ó se destituyese á entrambos. Por mas que el Senado quiso embrollar el negocio, el pueblo adoptó la ley, cuya moderacion dió tanto crédito á los Cesaristas; pero ni Pompeyo ni César tenian sincera intencion de dejar un mando con tantos artificios obtenido; y lo único que cada cual queria evitar era ser el primero en lanzarse á la guerra civil que por otra parte veían inevitable. Los mejores ciudadanos creían tambien inminente la caída de la república, por lo cual Ciceron escribia: *El uno no quiere amo, el otro no sufre igual; César piensa en reconquistar el trono, Pompeyo quiere que se lo den.* Y Caton exclamaba: *Si vence Pompeyo, me destierro de Roma; si vence César, me mato.*

Pero en bien diversa condicion se hallaban los dos contendientes. Pompeyo queria pasar por tutor de la república, y como tal suponia tener bajo su bandera á toda la patria, por lo cual cuando Ciceron (1), que regresaba de la Cilicia deseoso de servir de mediador, le pre-

(1) « Quæ enim proposita fuerant nobis cum et honoribus amplissimis et laboribus maximis perfuncti essemus, dignitas in sententiis dicendis, libertas in republica capessenda, ea sublata tota, sed nec mihi magis quam omnibus; nam aut assentiendum est nulla cum gravitate paucis, aut frustra dissentiendum. » Cic. *á Léntulo, procónsul.*

(1) Ciceron no se atrevia á declararse abiertamente contra César, porque le debia una gruesa suma (*ad Att.* V, 5.): por otra parte le parecia demasiado peligroso que la república tuviese por sosten un hombre solo, lo cual equivalia á tener cada año una enfermedad mortal.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guntó qué fuerzas opondria á César, contestó : *Basta que dé con el pié en tierra, y saldrán de ella legiones.*

Presuntuosa confianza que le hacía descuidar los preparativos, miéntras que César, no contando mas que con sus propios recursos, multiplicaba y consolidaba las fuerzas, se compraba partidarios á cualquier costa, y se mostraba patrono y amigo del pueblo contra las usurpaciones de sus enemigos. Mirando ademas en torno suyo, veía pendientes de su voluntad una multitud aguerrida de extranjeros, Belgas, Galos, Españoles y de veteranos que moririan alegres en la confianza de que su César los aplaudiria. Tenia tambien en la mano la Galia, provincia que se habia hecho muy importante desde que en ella ejercian los ciudadanos romanos su principal tráfico (1) ; cuanto mas que comprendiéndose bajo este nombre el país de allende y aquende los Álpes, podia el que la gobernase llevar sin resistencia el ejército hasta la frontera del territorio de Roma. Ciudadoso sin embargo de evitar toda ilegalidad por su parte, y hasta la sospecha de ambicion, al recibir las primeras nuevas de lo que se trataba, habia escrito al Senado que estaba pronto á dejar el ejército y las Galias, con tal que se le diesen la Iliria y dos legiones, peticion que sabía no le sería otorgada. Habiéndole ordenado el Senado licenciar una legion para enviarla en auxilio de Léntulo contra los Partos, obedeció : y requerido por Pompeyo para que le restituyera otra que se le habia confiado hacía tiempo, lo hizo tambien, aunque despues de haberse asegurado con grandísimos donativos la benevolencia de oficiales y soldados.

Al contrario Marcelo, Léntulo, Escipion y otros partidarios del Senado y de Pompeyo, que ya hacian causa comun con aquel, obrando con violencia hicieron que se prefijase á César un plazo para dejar el poder, bajo la pena de ser declarado enemigo de la patria ; y como los tribunos Longino, Curion y Marco Antonio se opusieran, los arrojaron ignominiosamente del Senado. Apelando estos á la ultrajada religion de su inviolable cargo, disfrazados de esclavos huyeron de Roma al campo de César, dando así la legalidad al que ya tenia de su parte la justicia y la fuerza.

Entónces decretó el Senado que Pompeyo, los cónsules y los pretores proveyesen á fin de que la república quedára ilesa ; César confió el ejército á L. Domicio; y Marcelo y Léntulo presentando la espada á Pompeyo, le dijeron : *A ti te corresponde defender la república y mandar las tropas*, á lo cual Pompeyo contestó : *Lo haré, si no puedo arreglar mejor las cosas.*

7 de enero de 49.

Con esto quedaba arrojado el guante y la guerra civil debia estallar tan luego como César lo recogiera. Todos los dias por tanto se reunian los senadores, é iban á ver á Pompeyo que, como general, no podia residir en la ciudad, y habia recibido el encargo de levantar treinta mil Romanos y cuantos auxiliares creyese convenientes, con autoridad sin límites como rey. Mantenia César en Capua muchos centenares de gladiadores, ejercitados con maestría, que de un momento á otro podian alzarse á favor de su señor, y Pompeyo los disolvió, confiando una pareja de ellos á cada familia. Despues distribuyó las provincias entre sus parciales, dando á Domicio la Galia Transalpina ; á Cecilio Metelo, su suegro, la Siria ; la Sicilia á Caton, á Cotta la Cerdeña, y el África á Elio Tuberon : Calpurnio Bibulo y Ciceron debian vigilar las costas; otros de sus amigos obtuvieron el Ponto, la Bitinia, Chipre, la Cilicia, la Macedonia, diversos países, que no se trataba de defender de enemigos exteriores, sino de conservar para una faccion, para un hombre.

No se dormia tampoco César. Despues de haber excitado la indignacion de los soldados mostrando á los tribunos expulsados de Roma, y enardecido su valor recordándoles las bien conducidas empresas, movió su ejército. Como gobernador de las Galias pudo cruzar con seguridad les Álpes, y hallarse en el corazon de Italia sin los obstáculos que entre los montes, el Tesino y el Trebia habian detenido á Anibal. En el Rubicon, confin del territorio romano, no se le oponia otra cosa mas que un decreto (1), que declaraba enemigo de la patria á quien pasase armado aquel riachuelo, César permaneció algun tiempo pesando en su interior los horrores de una guerra civil; pero ¿ no solia decir que convenia ser justo siempre, excepto cuando se tratase de conquistar un reino? Exclamando, pues: *La suerte está echada*, se lanzó al puente y pasó.

Entónces se mostró la consternacion en Roma: entónces apareció la vanidad de los nombres pomposos. Los senadores vacilaban en sus consejos; los ciudadanos se refugiaron en el campo; Pompeyo, teniendo dispersas las fuerzas en tantas provincias, no se encontró capaz de resistir, y cuando M. Favonio le decia : *Oh Magno, da con el pié en tierra, para que broten las prometidas legiones*, no podia hacer mas que bajar la vista y pedir consejo (2). Y el

(1) « Referta Gallia negotiatorum est, plena civium romanorum : nemo Gallorum sine cive romano quidquam negotii gerit : nummus in Gallia nullus sine civium romanorum tabulis commovetur. » Cic., *Pro M. Fontejo.*

(1) IVSSV MANDATVVE
POPVLI ROMANI
COS (*consul*) IMP*erator* TRIB*unus* MILES TIRO COMMILITO ARMATE QVISQVIS ES MANIPVLARIE CENTVRIO TVRMAR E LEGIONARIE HIC SISTITO VEXILLVM SINITO ARMA DEPONITO NEC CITRA HVNC FLVMEN RUBICONEM SIGNA DVCTVM EXERCITVM COMMEATVMVE TRADVCITO. SI QVIS HVIVSCE IVSSIONIS ERGO ADVERSVS PRÆCEPTA IERIT FECERITVE ADIVDICATVS ESTO HOSTIS P. R. (*populi romani*) AC SI CONTRA PATRIAM ARMA TVLERIT PENATESQVE È SACRIS PENETRALIBVS ASPORTAVERIT S. P. Q. R. (*senatus populique romani*).
SANCTIO PLEBISCITI SVE (*senatusve*) CONSVLTI.
VLTRA HOS FINES ARMA AC SIGNA PROFERRE LICEAT NEMINI.
Por Jorge Fabricio, *Antiq. monument.*, lib. I.

(2) « Animadvertis Cn. Pompejum nec nominis sui, nec rerum gestarum gloria, nec etiam regum aut nationum clientelis, quos ostentare crebro solebat, esse tutum, et hoc etiam quod

(c) Instituto Cervantes de Madrid

consejo mas desesperado fué el que mejor le pareció, abandonar á Roma sin siquiera sacar de ella el tesoro, y retirarse á Capua, declarando rebelde á todo senador ó magistrado que no lo siguiese.

Entretanto César con su portentosa diligencia (1) se aproximaba; cada correo llevaba la noticia de la toma de una ciudad y de sus progresos; se apoderó de Arezzo, luego de Pésaro, despues de Fano y en seguida de Osimo; llegó al Piceno, se arrojó sobre Corfinio, defendida por aquel Domicio que el Senado habia nombrado para sucederle en el mando de la Galia Transalpina; pero las treinta cohortes que componian la guarnicion se apresuraron á abrir las puertas al vencedor, que perdonó á los senadores hechos prisioneros y al mismo Domicio. El triunfo, y aun mas el perdon, espantaron á Pompeyo, que se retiró á Bríndis; pero César le alcanzó allí y lo sitió. Pompeyo, ántes de que le cerrasen el puerto, huyó hácia el Oriente y dejó el campo á su rival, que despues de haber conquistado la Italia en sesenta dias y sin sangre, se dirigió hácia Roma.

Allí, fingiendo respeto á la antigua legalidad, que acababa de romper con la espada, acampó en los arrabales; el pueblo salió en tropel á admirar al gran capitan, y los tribunos refugiados en su campo le prodigaron sus alabanzas, é indujeron á los senadores á venir á escuchar su arenga. En ella César justificó su conducta, reanimó las esperanzas, sosegó los temores y aconsejó que se enviáran personas de crédito para persuadir á Pompeyo y á los cónsules á la paz. Con esto no tenia mas objeto que hacer recaer el odio sobre su enemigo.

César en España.

Los Romanos, no obstante, veían con desagrado inundado su país de Galos, y mayormente por aquellos terribles del Allodola, y decian que se habian renovado los tumultos galos. Contra estos desde los tiempos de Breno se habia fundado un tesoro, conservado intacto aun en las necesidades de la guerra con Pirro, con Aníbal, con las facciones. César le abrió diciendo: *Yo he libertado á Roma de su juramento; ya no hay Galos* (2). Del erario público, dejado inconsideramente por los fugitivos, sacó trescientas mil libras de oro, despojos de las naciones vencidas, con las cuales pudo reanimar la guerra contra la vencedora, y enviar gobernadores suyos á todas las provincias, Marco Antonio á Italia, Cayo Antonio á Iliria y Licinio Craso á la Galia Cisalpina: confió el gobierno de Roma á Emilio Lépido; á Dolabela y Hortensio la escuadra, y no creyéndose aun fuerte para hacer frente á Pompeyo en el Asia entre tan poderosos amigos, dijo: *Vamos á combatir contra un ejército sin general; venceremos luego á un general sin ejército.*

En España, provincia predilecta de Pompeyo, se habian refugiado todos los partidarios de lo que aun se llamaba libertad; y mandaban poderosos ejércitos Varron en la Ulterior, Petreyo y Afranio en la Citerior. Dirigiéndose contra ellos halló César la Galia Narbonense inclinada á su rival, principalmente Marsella, instigada por aquel Domicio á quien habia salvado en Corfinio; en agradecimiento de lo cual Pompeyo y el Senado habian decretado la libertad de Focea, ciudad madre de Marsella. Dejando quien la sitiase, pasó César los Pirineos; peleando en Ilerda (*Lérida*) con Petreyo y Afranio, se vió precisado á retirarse; y poco despues una avenida del rio le cortó las comunicaciones é inundó el campamento, de modo que sufrió en él la mayor necesidad de víveres. Pero inagotable en recursos, no solo salió de su situacion con honor, sino que redujo á los dos lugartenientes á cederle la España Citerior y á volver á Italia bajo la promesa de no empuñar mas las armas contra él. Sabido esto por los defensores de la Ulterior, le cedieron banderas y dinero, quedándole sometida en cuatro meses toda la España. Volando entónces sobre Marsella, la combatió y la hubo á discrecion, perdonando las vidas y la libertad, y haciéndose entregar armas y buques. En seguida volvió á Roma: la fama de su peligro en España habia hecho que se resolviesen muchos en favor de Pompeyo, quien en su vanidad pudo creer que lo seguian los que huían detras de él, y dejaba que los aduladores hiciesen burla de César, y asegurasen que el solo nombre del Magno sería insuperable baluarte contra el vencedor de los Galos. Ciceron, á quien las desgracias domésticas habian disgutado de los negocios públicos, y que viendo arruinarse la causa de Pompeyo se habria separado voluntariamente de este si no hubiese sido por vergüenza y pundonor (1), habia establecido su residencia en el campo. Allí fué el mismo César á invitarlo á que volviese á Roma, persuadido de que su ejemplo arrastraria á otros muchos senadores, y le contestó: *Volveré, con tal que me sea lícito decir francamente mi opinion* (2). Creyendo

infimo cuique contigit, illi non posse contingere, ut honeste effugere possit. »

CIC., *Ep. fam.*, lib. IX, á Dolabella.

Sed pœnas longi Fortuna favoris
Exigit à misero, quæ tanto pondere famæ
Res premit adversas, fatisque prioribus urget.
Sic longius ævum
Destruit ingentes animos, et vita superstes
Imperio.

LUCANO, VIII, 21.

(1) « Hoc τερας, horribili vigilantia, celeritate, diligentia est. »

CIC. *á Atico*, VIII, 9.

« Dum fortuna ealet, dum conficit omnia terror. »

LUCANO, VII, 34.

« Nullum spatium perterritis dabat. »

SUETON, LX.

(2) APPIANO, B. *civile*, II.

(1) Escribia á Ático: « Dices que aplaudiste aquellas palabras mias cuando dije: « Desearia mas bien ser vencido con Pompeyo que vencedor con César. » Así lo desearia, pero con el Pompeyo que era entónces ó que me parecia ser: ahora on este que huye ántes de saber de quién huye ni adónde, que dejó en manos de César nuestros haberes, abandonó la patria y la Italia, si deseaba ser vencido, se han cumplido mis deseos, etc. » VIII, 7.

(2) *Á Ático*, 10.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á la sazon perdido á César, resolvió reunirse con Pompeyo; y aunque su amigo el epicúreo Ático trató de disuadirlo, y el mismo César le escribió que un hombre de honor no debia declararse en una guerra civil, y que con ello mostraria que no favorecia la justicia, sino que tenia algun motivo de queja contra César, se trasladó al campamento de su amigo.

Su vanidad debió de quedar satisfecha con los obsequios que allí recibió; pero su penetracion conoció cuánto se habia engañado esperando en aquella causa; por lo cual no economizaba los dichos picantes : á Pompeyo que le dijo : *Tarde llegaste*, le contestó : *Y aun así no encuentro todavia nada dispuesto*. Preguntándole aquel dónde estaba su yerno Dolabela, replicó : *Está con tu suegro*. Á uno que acababa de llegar y referia que en Roma circulaba el rumor de que César tenia bloqueado á Pompeyo, le dijo : *Vienes á ver que es verdad*. Despues de la derrota, lo exhortaba Nonnio á tener ánimo, pues que aun les quedaban siete águilas; *Buenas*, dijo, *si tuviésemos que combatir contra cornejas*, de lo que indignado Pompeyo le replicó : *Vete de una vez con César, y á su lado principiarás á temerme*. Tambien le dijo Caton que habria servido mucho mejor su causa interponiendo su mediacion; y algunos hasta llegaron á sospechar que estuviese de acuerdo con César; de suerte que abandonó el campo, disgustando á los dos partidos, como sucede á los pusilánimes.

César en España. César dictador.

Los mas de los senadores se habian reunido tambien con el fugitivo Pompeyo en Durazzo, lo cual quitó todo obstáculo á los amigos de César para hacerlo declarar dictador. En los once dias que tuvo aquel poder supremo, se concilió la adhesion de patricios y plebeyos; llamó á los desterrados, excepto al facineroso Milon; no abolió las deudas, pero redujo á una cuarta parte los intereses; concedió la ciudadanía á
48. todos los Galos Traspadanos; como sumo pontífice nombró quien ocupase los puestos vacantes en los colegios de sacerdotes, y en seguida se hizo elegir cónsul, y se puso en movimiento para hacer la guerra á Pompeyo en Grecia.

Se quejaban sus soldadss de que jamas tenian reposo y exclamaban : *Las espadas, los escudos ya no nos sirven; nuestras heridas le dicen que somos mortales;* pero su estrategia era la que el César moderno llamaba guerra de los piés. Viendo que las legiones tardaban en llegar, se embarcó en Bríndis con muy pocas, y despues envió las naves para recoger á las restantes.

Pompeyo, al contrario, habia reunido fuerzas desde el Mediterráneo al Eufrátes; las Cicladas, Corcira, Aténas, el Ponto, la Bitinia, Creta, la Fenicia, la Cilicia y el Egipto le habian suministrado hombres, buques, víveres en abundancia, sin contar con las legiones itálicas, los veteranos, los nuevos reclutas, los mercenarios, los tributarios, y la flor de la nobleza jóven : quinientos bajeles de línea y otros infinitos ligeros pendian de sus órdenes. El mismo Pompeyo estaba cargado de laureles; su causa se titulaba causa buena, y adquiria cada dia ilustres partidarios, y doscientos padres conscriptos le formaban un Senado, mas numeroso que el de Roma, y que asumiendo la representacion pública, decretó que no debia matarse á ningun Romano sino en batalla ordenada.

Y sin embargo, César se atrevió ó sitiar tantas fuerzas en Durazzo, ó despreciándolas, ú obstinándose en donde mas ardua se le presentaba la prueba. Era una temeridad; pero, como todos los grandes hombres, confiaba en su fortuna, y conocia que tenia de su parte al pueblo y la fuerza de quien comprende su tiempo y abre el porvenir. Añadíase á esto el afecto de sus sol- **Soldados de César.**
dados, los cuales tenian á gloria ser vistos por César sucumbir valientemente. Uno de ellos en Bretaña, despues de haber salvado á los centuriones envueltos por el enemigo, y ejecutado hazañas increibles, se lanzó á nado, y al llegar 65.
á la orilla fué á pedir perdón á César por haber tenido que dejar su escudo. En la batalla naval cerca de Marsella, Acilio, que habia subido á una nave enemiga, perdió la mano derecha, y sin embargo no retrocedió, sino que permaneció golpeando con el escudo á sus adversarios en el rostro, hasta que se apoderó del buque. Habiendo perdido un ojo Casio Esceva en Durazzo, y teniendo traspasado el hombro por un venablo, con ciento treinta flechas clavadas en el escudo, llamó á los enemigos como si quisiera rendirse, y cuando tuvo cerca á dos los mató, y se salvó. Ántes del combate de Farsalia, interrogado Crastino por César qué éxito predecia, contestó tendiéndole la mano : *La victoria : los enemigos serán derrotados, y yo, muerto ó vivo, obtendré tus elogios.*

Temeridad de César.

César, que en otra ocasion, habiendo sabido que en su ausencia habian cercado los Galos su campamento, se disfrazó de aldeano, y llegó hasta los suyos atravesando las filas enemigas, tambien en Durazzo viendo retardarse los socorros que Marco Antonio debia llevarle de Bríndis, se vistió de esclavo, entró en un barco de pescador y atravesó el mar. La tormenta pareció que iba á castigar su temeridad y los barqueros desesperaban de mantenerse en alta mar, cuando descubriéndose César dijo al piloto: 48.
? Qué temes? Llevas á César y su fortuna (1).

No pudo sin embargo sostener el sitio de Durazzo, ántes por el contrario experimentó una derrota, y para repararla, resolvió terminar la guerra con un solo golpe, entrando en la Tesalia. Pompeyo queria evitar un lance decisivo, pero ¿cómo hacer su voluntad en medio de tantos caballeros y senadores? Creyendo estos honrarlo siguiéndolo, pretendian ser escuchados, y el uno le escarnecia llamándolo Agamemnon y rey de los reyes, como si quisiese prolongar la guerra precisamente para mantenerse al frente de tantos héroes; otro se quejaba de

(1) ¡Cuán desnaturalizado está este dicho en la desleida declamacion de Lucano! Aquí toda la poesía está en la prosa : Πιστευε τῇ τύχῃ, γνοὺς ὅτι Καίσαρα κομίζεις.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que así no podria comer los higos de su quinta de Túsculo: y todos ansiaban ardientemente las delicias y los mandos en la patria, y no veían la hora de repartirse el botin, los prisioneros, los consulados y las preturas.

Á tales soldados les habria negado César atencion, ó los hubiera licenciado : Pompeyo, débil de voluntad, tenia necesidad de ser aprobado y elogiado, y una derrota le habria desanimado ménos que una reprobacion. Por tanto, lisonjeado por alguna ligera ventaja (1), cometió dos enormes errores: con un ejército no menor, pero nuevo, presentó la batalla en una llanura entre Farsalia y Tébas; y no preparó ningun refugio para la eventualidad de una derrota.

Batalla de Farsalia, 12 de mayo de 48.

César se regocijó de que los suyos tuviesen ya que combatir á hombres y no al hambre, é hizo rellenar los fosos y destruir las trincheras diciendo, que á la noche dormirian en el campamento de Pompeyo. Eran conciudadanos, parientes y amigos los que iban á pelear entre sí con encarnizamiento. Habiendo ordenado César á los suyos que dirigiesen los tiros á la cara, los elegantes jóvenes pompeyanos, por no verse desfigurados, volvieron la espalda, y fuera de sí Pompeyo al ver en derrota la flor de su gente, se retiró á su tienda. Llegando á ella tambien de improviso los Cesarianos, exclamó : *¡Qué! ¿hasta en mi campo?* y huyó hácia Larisa. Doscientos hombres solamente perdió César, Pompeyo quince mil, y otros dicen veinte mil, contemplando los cuales el vencedor suspiró y dijo : *Lo han querido : me han reducido á la necesidad de vencer para no perecer* (2).

(1) La ceguedad de sus enemigos está sorprendentemente retratada en este pasaje de César : « His rebus tantum fiduciæ ac spiritus Pompejanis accessit, ut non de ratione belli cogitarent, sed vicisse jam sibi viderentur. Non illi paucitatem nostrorum militum, non iniquitatem loci atque angustias, præoccupatis castris, et ancipitem terrorem intra extraque munitiones, non abscissum in duas partes exercitum, cum altera alteri auxilium ferre non posset, causa fuisse cogitabant. Non ad hæc addebant, non ex concursu acri facto, non prælio dimicatum, sibique ipsos multitudine atque angustiis majus attulisse detrimentum, quam ab hoste accepissent. Non denique communes belli casus recordabantur quam parvulæ sæpe causæ vel falsæ suspiciones, vel terrores repentini, vel objectæ religiones, magna detrimenta intulissent; quoties vel culpa ducis, vel tribuni vitio, in exercitu esse offensum; sed, perinde ac si virtute vicissent, neque ulla commutatio rerum posset accidere, per orbem terrarum fama ac litteris victoriam ejus dici concelebrabant. »

(2) « En Farsalia no perdió César mas que doscientos hombres, y Pompeyo quince mil. Semejante caso, frecuente en » todas las batallas de los antiguos, no tiene ejemplo en los » ejércitos modernos, en los cuales el número de los muertos y heridos es mayor ó menor, pero en la proporcion de » uno á tres; y la sola diferencia del vencido al vencedor » consiste sobre todo en el número de prisioneros : consecuencia de la naturaleza de las armas. Los proyectiles de » los antiguos hacian poco daño generalmente; los ejércitos » se atacaban con el arma blanca, y por tanto era natural » que el vencido perdiese mucha gente, y pequísima el vencedor. Si los ejércitos modernos llegasen á las manos, no » sucederia esto sino al terminar la accion, y cuando se » hubiese ya derramado mucha sangre : no hay diferencia » entre el vencido y el vencedor durante las tres cuartas » partes de la batalla; y la pérdida causada por las armas de » fuego es casi igual por ambas partes. La caballería en sus » cargas tiene alguna semejanza con los ejércitos antiguos, » el vencido pierde mucho mas que el vencedor, porque el » escuadron que huye es perseguido y cargado con el sable, » sufriendo así mucho daño sin causarlo.

» Combatiendo los ejércitos antiguos con arma blanca. » tenian que componerse de hombres mas experimentados, » para sostener tantos combates particulares. Un ejército, » pues, de hombres aguerridos y veteranos tenia necesariamente la ventaja, y por esto es por lo que un centurion de » la décima legion dijo á Escipion en África : « Dame diez » de mis camaradas que están prisioneros, y déjanos combatir contra una de tus cohortes, y verás quienes somos. » » Era verdad lo que decia este centurion : un soldado moderno » que usára semejante lenguaje sería un fanfarron y nada mas. » Á los ejércitos antiguos se les hacía frente con la caballería, » y un caballero armado de los piés á la cabeza habria hecho » frente á un batallon.

» Los dos ejércitos en Farsalia eran de Romanos y de auxiliares, pero con la diferencia de que los de César estaban » ejercitados en las guerras del Norte, y los de Pompeyo en » las del Asia. »

NAPOLEON.

La posteridad, á la cual no deslumbra el éxito, aprecia en poco el juicio que de sí mismos forman los héroes; pero recordando á Mario y Sila y los antiguos héroes asesinos de los vencidos, tendrá en cuenta á Julio su moderacion. Ya durante la batalla gritaba : *Perdonad á los ciudadanos romanos*; y dentro del campo de los Pompeyanos, le dió compasion el lujo de tapicería, de lechos, de perfumes y de mesas que parecian preparados para una solemnidad. Habiendo hallado en la tienda de Pompeyo el armario de sus cartas, lo quemó sin leerlas, prefiriendo ignorar las traiciones á verse obligado á castigarlas. De los veinticuatro mil prisioneros que hizo, puso en libertad á todos los que eran ciudadanos, y acogió con indecible júbilo á Marco Bruto, que habiendo seguido los estandartes de Pompeyo, se presentó á implorar la clemencia del vencedor y á obtenerla para matarlo despues.

César era de los pocos capitanes que saben vencer y aprovechar la victoria : no le impidió esta vez que la guerra no estaba concluida. Las escuadras de Pompeyo dominaban los mares, y sus galeras asediaban á Mesina : Egipto, África, Numidia, el Ponto, Cilicia, Capadocia y Galacia podian añadir nuevas fuerzas á las escapadas de la derrota, si Pompeyo hubiera sabido repararla. Pero desanimado este al ver que la fortuna le arrancaba los laureles acumulados sobre su frente, no se fió ya mas que en la fuga. De Larisa pasó al valle de Tempe; despues, perseguido sin descanso por César, aconsejó á los esclavos que se presentasen á este sin temor; se embarcó en el Peneo con algunos libertos, y alcanzó una nave que estaba para darse á la vela. Habiendo recogido algun dinero de sus amigos en los límites de la Macedonia y de la Tracia, tomó consigo en Lésbos á su jóven esposa Cornelia y á su hijo Sesto, á quienes habia enviado allí como á un refugio seguro, y resolvió pedir asilo á Tolomeo Dionisio, jóven rey de Egipto, de quien el Senado lo habia nombrado tutor. Á pesar de que sus amigos y su mujer procuraron disuadirlo de su propósito, bajó al esquife que le envió su regio pupilo; pero este habia sido persuadido por sus consejeros á no enemistarse con el afortunado y amenazador César, ántes bien á conquistar su favor matando á Pompeyo, el cual fué asesinado efectivamente á la vista de los suyos.

Muerte de Pompeyo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Tal fin tuvo aquel grande hombre, desvanecido por su demasiada fortuna en las primeras empresas, é inepto despues para alzarse sobre la medianía y para alcanzar aquello á que lo impelia su ambicion. Su liberto quemó su cuerpo, y sepultó oscuramente las cenizas en la playa (1): y su cabeza embalsamada fué presentada á César, que lloró al verla. ¿ Fué sincera compasion ?

CAPÍTULO XVII

Egipto. — Dictadura de César.

César, para no dejar respiro al enemigo, lo persiguió rápidamente. Llegó al Helesponto, y encontrando la escuadra de Pompeyo compuesta de sesenta bajeles, le intimó á que se rindiera, y esta lo hizo ; condenó á los Gnidios el tributo por consideracion á Teopompo, su compatriota, autor de una coleccion de fábulas ; perdonó á los Asiáticos un tercio de los tributos, y recibió bajo su proteccion á los Jonios, Etolios y otros, sintiéndose destinado á ensanchar las barreras de la ciudad romana. Al llegar á Alejandría, tres dias despues de la muerte de Pompeyo, hizo levantar un templo á Nemésis en expiacion del asesinato, devolvió la libertad á los amigos de aquel, aprisionados por Tolomeo, y escribió á Roma que el fruto mas agradable de la victoria era para él salvar cada dia algun Romano adversario suyo.

Refiriendo en otra parte (2) la historia del Egipto, país intermedio, como dice Napoleon, entre la Europa y el Asia, dejamos en aquel trono á Filometor que, aun cuando educado muellemente por un eunuco interesado en debilitarlo, no careció de valor, supo perdonar, y economizó la sangre que hubiera sido inútil derramar Habiendo sucumbido en una batalla, tuvo por sucesor á su hermano Tolomeo Fiscon, deforme de cuerpo y alma, que habiéndose procurado el trono desposándose con Cleopatra, hermana y viuda del antecesor, el dia de la boda le mató en los brazos al temido hijastro, y la repudió despues para casarse con su hija, llamada tambien Cleopatra. Hablaba con fecundia y erudicion, y tambien escribió historias y comentarios sobre Homero : queriendo á imitacion de sus predecesores favorecer á los doctos, empleaba la fuerza y la astucia para proporcionarse libros ; llamaba con ricas asignaciones á los literatos (3), y luego cuando se le antojaba, los enviaba en tropel al destierro. Esparciéndose estos por el Asia y la Grecia, despertaban el amor á las ciencias, sofocado por las contínuas guerras, y abrian escuelas, como hicieron en Italia los Griegos despues de la toma de Constantinopla por los Turcos.

Tolomeo VII. 146.

Tolomeo Fiscon, despues de haber fundado un poder absoluto sobre la fuerza de las armas, redujo á la unidad el reino ántes dividido ; pero sus crueldades, especialmente contra los Hebreos, apartaron á bastante gente de Alejandría, y se vió en la necesidad de repoblarla de extranjeros. Para tenerlos sujetos, se rodeó de tropas extranjeras, á las cuales ordenó un dia que matasen á todos los jóvenes alejandrinos. Furiosos estos tomaron las armas, y colocaron en el trono ála repudiada Cleopatra. Fiscon, en venganza, mató al hijo que de ella habia tenido, lo descuartizó y se lo envió en pedazos ; despues sujetó con la fuerza á los rebeldes, y se mantuvo en su trono mostrándose tan severo en el interior como cobarde se mostraba con los Romanos. 131

Dividió el reino entre Tolomeo Latur (*guisante*) que le sucedió, Tolomeo Alejandro que recibió á Chipre, y Apion ; hijo natural, que poseyó la Cirenáica y que nombró herederos de ella á los Romanos, quienes sin embargo dejaron al país su independencia (1). La reina Cleopatra la jóven, sumamente ansiosa de obtener el Egipto para Tolomeo Alejandro, por violencia ó por astucia, indujo á Latur á efectuar un cambio, esperando que su predilecto se someteria en un todo á su voluntad ; pero como lo vió sufrir mal la tiranía de una madre pérfida y brutal, quiso matarlo. Alejandro la ganó por la mano ; pero los Alejandrinos lo expulsaron tambien ; é intentando ocupar á Chipre, fué muerto. Vuelto á llamar Latur, reunió de nuevo aquella isla al Egipto. Tébas, que hasta entónces, aunque estaba eclipsado el esplendor de los Faraones, se habia conservado una de las mas ricas ciudades egipcias, se sublevó, y despues de un sitio de tres años, fué destruida. 117. 96. 89.

Latur dejó dos hijos naturales, Tolomeo de Chipre y Tolomeo Aulétes, y una hija legítima, Berenice ; ademas, Alejandro habia dejado un hijo de su mismo nombre, que estaba en Roma junto al dictador Sila, quien entónces hacía y deshacia reyes á su gusto. Fueron estos otros tantos pretendientes, que durante quince años se disputaron la corona, alzados y derribados alternativamente segun el momentáneo favor del pueblo ó de los ejércitos, y las intrigas de Roma, que ya meditaba formarse de este país una provincia, auxiliada en derecho por un testamento del sobredicho Alejandro que la nombraba heredera, y en el hecho por las escisiones de aquel reino. No obstante, las recientes herencias de Cirene, de la Libia y de la Bitinia fueron causa de que los Romanos, por consideracion, dejasen príncipes propios al Egipto. Aulétes compró el título de rey y aliado de los Romanos pagando seis mil talentos á César y Pompeyo ; pero habiendo arruinado para ello á los súbditos, estos lo destronaron. 81. Aulétes 59.

(1) Adriano hizo restaurar el sepulcro y escribir en él este verso :

Τῷ ναοῖς ὄρίθοντι, ποσὴ σπάνις ἔπλετο τύμβου.

« Un tiempo tuvo templos, ahora apénas tiene tumba. »

(2) Véase tomo I, pág. 718.

(3) Á Panáres, discípulo de Arcesilao, le asignó doce talentos al año.

(4) La llamaban tambien Pentápolis Africana, porque contenia las cinco ciudades de Cirene, Berenice, Arsinoe, Tolemáida y Apolonia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Desterrado, se trasladó á Chipre. Caton, que se hallaba allí, lo acogió con la orgullosa severidad que le era propia, y enterado de que habia perdido el reino, y que iba á Roma para buscar auxilios, lo reprobó por haberse enemistado con sus súbditos, y aun mas por confiar en Roma, donde todas las riquezas del Egipto no bastarian á saciar la avaricia de los grandes, y de donde no sacaria otra cosa mas que desprecio y ultrajes.

Aulétes admiró á Caton, pero no hizo caso de sus consejos, y valiéndose de su dinero, encontró en Roma cordial acogida de Pompeyo, hizo envenenar á los embajadores dirigidos por los Alejandrinos para justificar la rebelion, y compró la impunidad y la esperanza de ser restaurado. Á pesar de que el jóven Porcio Caton leyó en los libros sibilinos: *Si un rey de Egipto os pide socorros, ayudadlo; pero no le déis tropas, ó sacaréis la peor parte*, prometiendo Au-
53. létes diez mil talentos á Gabinio, gobernador de la Siria (1), obtuvo la reposicion en el trono por las armas romanas. Lo conservó vil y cruelmente hasta el año 52, y para asegurar la sucesion á sus hijos Tolomeo Dionisio de trece años, y Cleopatra, de diez y siete, prometidos esposos, los puso bajo la tutela del pueblo romano, bajo cuya proteccion dejaba tambien á los dos menores, Tolomeo Neoter y Arsinoe. Recomendarse al patrocinio de Roma era acelerar la propia servidumbre.

Cleopatra. Cleopatra, á consecuencia de las disensiones que tuvo con su desposado y hermano, se refugió en la Siria, y levantaba tropas precisa-
48. mente cuando César, vencedor en Farsalia, desembarcaba en Alejandría. Léjos este de dar las gracias á Tolomeo por el vil asesinato de su tutor Pompeyo, pretendió que le pagase el resto de la suma prometida por Aulétes para obtener el título de rey. El ministro Fotino, para propagar el descontento, hizo vender el oro de los templos y servir al rey en vasos comunes, como si todo el metal precioso hubiera sido necesario para extinguir la deuda, proveyendo mal á las necesidades del ejército de César. Este, aun cuando no tenia mas que tres mil doscientos infantes y ochocientos caballos, pretendia que se remitiese á su decision el litigio de los dos hermanos, y mandó á llamar á Cleopatra. Con-
48. ducida entre harapos por Apolodoro de Sámos, penetró sola de noche en el palacio de Alejandría y en la cámara de César, el cual por la mañana se encontró enteramente dispuesto á su favor.

Sublevacion de Alejandría. Pareció á Tolomeo lastimado el derecho soberano, y llamándose vendido, excitó al pueblo á la sublevacion. Casi solo César en medio de una ciudad habituada á las conmociones, sostuvo un sitio ántes que ceder á Cleopatra reclamada por Tolomeo, y para que la escuadra no cayese en poder de los Alejandrinos, la puso fuego, el cual se extendió al arsenal, y desde allí á la biblioteca, reduciendo á cenizas quinientos mil volúmenes reunidos en ella por los Tolomeos. Apénas bastó la habilidad del gran guerrero para mantenerse en aquel punto hasta recibir socorros. Pudo haber á las manos al rey, de manera que pareciese la sublevacion obra de unos cuantos facciosos; despues lo entregó á los Egipcios que con tal condicion prometieron dar por terminada la guerra; pero como habia previsto, Tolomeo la reanimó, por lo cual alentados los Romanos por el peligro y socorridos de fuera, vencieron á los amotinados, y Tolomeo se ahogó en el Nilo.

El vencedor empleó algun tiempo en triunfales solaces y en el amor de Cleopatra, con la cual hasta meditaba casarse: con ella se embarcó en el Nilo, llevando cuatrocientas velas para visitar el país; y habria penetrado en la Etiopía si los soldados hubieran querido seguirlo. Partiendo luego del Egipto donde pudo advertir que no estaba muerto el sentimiento nacional, dividió aquel trono entre Cleopatra y Tolomeo Neoter que le estaba destinado para esposo y que habia sido coronado en Ménfis; pero que siendo muy niño, debia dejar toda la autoridad á su mujer. Sin embargo, ella lo hizo envenenar, y se puso bajo la tutela, esto es, bajo 44.
la dependencia de César.

En Roma, entretanto, al saber la muerte de Pompeyo, habia eligido el Senado á César cónsul por cinco años, dictador por uno, jefe de los tribunos vitalicio, con autoridad para hacer la paz y la guerra; mayor poder que el usurpado por Sila, y sin embargo, no adquirido ni mantenido con el homicidio. Ántes de regresar á Europa, se dirigió aquel contra Farnáces, rey Farnáces. del Bósforo Cimerio, que durante la guerra civil habia intentado recobrar los dominios de su padre Mitrídates, y que habiendo subyugado la Colquide, tomado muchas fortalezas en Armenia, en la Capadocia, en la Bitinia y en el Ponto, y vencido á Domicio Calvino, legado de César, amenazaba al Asia propiamente dicha. Lanzado César desde los placeres de Alejandría á las emociones guerreras, corrió á su encuentro, obligó al rey gálata Deyotaro, partidario de Pompeyo, á cederle una legion instruida á la romana, atacó á Farnáces, lo derrotó, y escribió á Roma: *Vine, vi, venci*. Farnáces fué muerto 47.
en la fuga; Mitrídates de Pérgamo, á quien César habia concedido el reino, fué derribado por un usurpador, y los Romanos, ocupados en mas graves negocios, no pensaron en castigarlo.

Llegó César á Roma inesperadamente, suscitando grandes temores y grande espectacion en los amigos nuevos y en los antiguos enemigos. Desde el campamento de Pompeyo se habia retirado Ciceron á Corcira, donde Caton, como á varon consular, le queria entregar el mando de las cohortes salvadas de la derrota de Farsalia. Ciceron se negó á admitirlo, y Cneo Pompeyo hijo lo tachó de cobarde y se lanzó á ma-

(1) La mitad que habia de anticiparse se la suministró C. Rabirio Postumo, caballero romano, que despues fué acusado de esto y defendido por Ciceron. Para hacerse absolver Gabinio, tuvo que gastar cuanto habia ganado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tarlo; pero Caton lo libró, y lo envió salvo á Italia. Caton respetaba en Tulio la dignidad, y no sé hasta qué punto podia estimar su carácter: tenia por única norma la virtud, ó lo que juzgaba tal; el objeto de Ciceron era la gloria: aquel consideraba á la patria, olvidándose á sí mismo hasta el punto de no haber ascendido jamas al consulado; este se cuidaba en primer lugar de sí y deseaba ménos salvar la república que poderse vanagloriar de ello: aquel era prudente en los peligros; este meticuloso; aquel calculador desapasionado de los sucesos; este imbuido en cien pequeñas preocupaciones: ambos ineptos para restablecer la fortuna de su partido, el primero por ciego amor á lo pasado; el segundo, porque corto de vista, irresoluto de voluntad, servia para secundar á otros, pero no para ponerse al frente de un movimiento.

Paralelo entre Caton y Ciceron.

Con arreglo, pues, á su respectiva índole, Caton persistió en la resistencia; Ciceron, aun cuando habia aconsejado que se *depusieran las armas, no que se arrojáran*, las arrojó, y se retiró á Italia, recelando todo mal del nuevo *Faláris* (1), y apénas supo el regreso de César, salió á recibirlo hasta Tarento. En cuanto le vió el dictador se apeó del caballo y lo abrazó, acompañándole buen trecho sin hablar palabra de lo ocurrido. Desde aquel momento se mantuvo Ciceron en las cercanías de Roma, escribiendo de filosofía, no mezclándose en los negocios, presentándose en la ciudad solamente para hacer la corte al dictador; predicaba á sus amigos la mansedumbre de César (2); y los exhortaba á no hacer sino lo que le fuese grato (3), y esperaba que llegaria á ser un nuevo Pisistrato, deseoso del bien de la patria por medio de la autoridad absoluta, no de los progresos graduales del pueblo.

Quinto Ciceron, hermano del orador, enemistado con César, de quien habia sido ayudante en la guerra de las Galias, fué tambien perdonado, como igualmente el rey Deyotaro y Marco Marcelo, y cuantos le demandaron gracia. Así, economizando la venganza, que es signo de cobardía mas aun que de maldad en los poderosos, se preparó favorable acogida en Roma. Allí suscitaban alborotos Cornelio Dolabela, imitador de Clodio, y Marco Antonio, maestre de la caballería, entregado á los vicios y que se lanzaba á venganzas y usurpaciones, en la certidumbre de que César no volveria ya. El primero propuso la abolicion de las deudas, y el otro la combatió, y entre los legionarios de este y los deudores guiados por aquel, se trabó una pelea, de la que resultaron ochocientos muertos.

César indujo al pueblo á rechazar la proposicion de Dolabela; con distribuciones y espectáculos se gano el favor de la plebe; premió á los amigos, haciendo á unos augures, pontífices á otros, á estos custodios de los libros sibilinos, á esotros senadores: y confiscó los bienes de los pompeyanos que continuaban con las armas en la mano. Cuando se ofrecieron á subasta los de Pompeyo, ninguno hizo postura por respeto al ilustre difunto, excepto Marco Antonio, que los hubo por poco precio, y que desgradó á César con su insolencia y desenfreno. Viendo que los soldados ostentaban pretensiones, creyéndose aun necesarios contra los pompeyanos, César los reunió y les dijo: *Bastantes fatigas y heridas habéis sufrido, oh ciudadanos; os liberto del juramente y se os dará la paga que se os debe;* y por mas que le suplicaron que los conservase aun, y no les llamase ciudadanos, sino soldados, les distribuyó tierras apartadas unas de otras, pagó los sueldos y los despidió. Sin embargo todos se obstinaron en quererlo seguir cuando se dirigió al África.

Á las cohortes que despues de la derrota de Farsalia habia reunido Caton en Corcira, se habian agregado muchos hombres ilustres, que habiendo pasado á África para incorporarse con Pompeyo, enterados de su fin, juraron morir por la libertad; y Caton aceptó su direccion, prometiendo no subir á caballo ni en carro, ni comer sino sentado, ni echarse sino para dormir (1). Habiendo ocupado á Cirene, que se le entregó voluntariamente, atravesó el desierto y se dirigió á la Mauritania para unirse á Escipion, suegro de Pompeyo, refugiado en aquel país con sus tropas, é hizo que se le diera el título de general, porque un oráculo profetizaba á los Escipiones perpétua victoria en África. Juba, rey de la Mauritania y todos los Númidas, se habian afiliado á esta bandera; y si miéntras César se olvidaba de su gloria con los amoríos de Alejandría, hubiesen tenido mas union los pompeyanos, y ménos afan de mandar todos, habria podido ponerse otra vez en duda lo que parecia decidido en Farsalia.

46.

César abandonó á tiempo aquella vida, y recobrando su acostumbrada rapidez, cayó sobre aquellas tropas con pocos pero resueltos guerreros, entre ellos algunos Galos, treinta de los cuales rechazaron á doscientos Mauritanos hasta las puertas de Adrumeto. Allí no obstante se encontró reducido á grandes apuros par la fuerza de los enemigos y la escasez de víveres; pero el general contrario, no escuchando el dictámen de Caton que le aconsejaba evitar la batalla, la aceptó cerca de Tapso, y fué derrotado con pérdida de cincuenta mil hombres. Las ciudades entónces abrieron las puertas á porfía; los jefes de la faccion opuesta ó se mataron ó fueron muertos; los reyes Juba y Petreyo riñe-

Batalla de Tapso.

(1) « Istum cujus φαλαρισμὸν times, omnia teterrime facturum puto. » *Ad Attic* VII, 12. « Incertum est Phalarimne sit imitaturus. » *Ibid.*, 20.

(2) Lo digo aun sin aceptar la oracion *pro Marco Marcello*, que verdaderamente me parece poco digna de su talento.

(3) « Adhuc in hac sum sentencia, nihil ut faciamus nisi quod maxime Cæsar velle videatur. » Lib. IV *ad Sulpicium*. « Admirari soleo gravitatem et justitiam et sapientiam Cæsaris: numquam nisi honorificentissime Pompejum appellat. At in ejus personam multa fecit asperius. Armorum ista et victoriæ sunt facta, non Cæsaris. At nos quemadmodum complexus? Cassium sibi legavit, Brutum Galliæ præfecit, Sulpicium Græciæ, Marcellum, cui maxime succensebat, cum summa illius dignitate restituit, etc. » Lib. VI, *ad Cecinam*.

(1) Sabido es que los antiguos comian echados.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ron en desafio, sucumbiendo el primero, y el otro haciéndose matar por un esclavo : solo Labieno encontró medio de huir á España, adonde Caton habia enviado á Gneo y Sesto Pompeyo (1).

Caton, que habia reunido en Utica un Senado de trescientos romanos, los exhortó á la concordia, único medio de hacerse temer armados, ó de alcanzar buenas condiciones cediendo, y á no desesperar de las cosas miéntras la España estuviese en pié, miéntras Roma continuase manifestándose intolerante al yugo, y Utica municionada y provista. Resueltos á defenderse, los mercaderes italianos establecidos allí proponian libertar y armar á los esclavos ; pero Caton afirmó que no se podian lastimar así los derechos de propiedad, como si la ley misma no consignase como supremo objeto la salud pública. En breve por tanto prevalecieron los mas tímidos, y juzgando demencia el resistir á aquel ante quien el universo habia cedido, enviaron á César su sumision.

Caton aprobó aquel consejo, pero nada quiso pedir para sí, diciendo : *El conceder la vida supone el derecho de quitarla, lo cual es un acto de tiranía, y yo no quiero nada de un tirano*. Firme como el dios Término en su sentimiento plebeyo, anhelaba una república muy distinta de la de entónces, pero cuyo modelo no encontraba tampoco en lo pasado ; y sin embargo, á falta de otra cosa mejor, veneraba las instituciones de la patria, esperando que fuesen capaces de renovarse. Por eso permaneció con el partido senatorial contra los que subvertian la república, mas allá de cuya subversion no podia prever nada, como estricto Romano, y por consiguiente incapaz de presentir la accion de los Bárbaros ni la del Cristianismo. Resuelta la lucha en Farsalia ¿ qué le restaba ya ? ¿ Prolongar una guerra que siempre habia deplorado, y cuyo infalible éxito preveía ? ¿ aceptar la clemencia de César y ponerse de parte de los que abrian la patria sagrada á los Orientales y á los Galos, dando á la plebe justicia y pan en vez de libertad, y transigiendo con el indómito patriotismo ?

Que tuviese mucha parte la ostentacion en su conducta, lo reveló él mismo cuando, viendo al jóven Estatilio obstinado en no aceptar la vida de un usurpador, lo recomendó á dos filósofos para que le enseñasen lo que á un jóven convenia. Siempre tenia consigo una multitud de filósofos, y con ellos disputó por la noche sobre várias cuestiones estóicas, y principalmente sobre esta : *Solo los virtuosos son libres, todos los malvados son esclavos*. Luego que hubo despedido á los amigos, leyó el diálogo de Platon sobre la inmortalidad del alma ; en seguida pidió la espada, y porque un siervo, comprendiendo su intento, tardaba en llevársela, lo abofeteó de manera que se hirió la mano. Despidió á los hijos y los amigos que intentaban disuadirlo, y dijo á los filósofos, que variaria de resolucion cuando le adujesen una sola razon para probar que no era indigno de él pedir la vida á su enemigo. Los grandes filósofos no la encontraron, por lo que se le dió la espada, examinando la cual, exclamó : *Ahora me siento dueño de mí mismo*. Durmió tranquilo, por la mañana se mató, y la virtud del mayor filósofo llegaba á este fin cobarde, de abandonar un puesto en el que hubiera sido valor de hombre y deber de ciudadano sostenerse (1).

Muerte de Caton de Utica.

(1) Gneo es nombrado por Ciceron *patri simillimus* (Philipp. V, 5) ; pero Casio en una carta al mismo Ciceron dice (*ad fam.* XV, 19) : « Scis Gnæus quam sit fatuus ; scis quomodo cradelitatem virtutem putet. » De Sesto escribe Veleyo II, 73 : « Hic adolescens erat studiis rudis, sermone barbarus, impetu strenuus, manu promptus, cogitatione celer, fide patri dissimillimus, libertorum suorum libertus, servorumque servus, speciosis invidens, ut pareret humillimis. »

(1) Verdaderamente en el Fedon se condena abiertamente el suicidio. « El sabio (dice) no debe matarse nunca, no siendo » esto lícito ni siquiera á aquellos á quienes pesa la vida, pues » que Dios los ha colocado en un puesto que no deben abandonar sin su permiso. Los dioses tienen cuidado de nosotros, y nosotros formamos parte de su propiedad. Si uno de » vuestros esclavos se matase sin órden vuestra, creeríais que » os habia perjudicado, y pudiendo, lo castigaríais. » Véase el lib. III, cap. 23.

Pero ningun punto de la moral era mas confuso para los antiguos que este. Los estóicos decian abiertamente : « Cuando la vida te pese, muere. » Queriendo no obstante conciliar ellos tambien su opinion con Sócrates, de quien pretendian proceder, se apoyaban en las palabras de este filósofo en el mismo Fedon, donde dice que « es menester aguardar que Dios nos envie una órden expresa para salir de la vida. » Órden expresa les parecia una desgracia, especialmente pública, y así cada cual se constituía en árbitro de decidir cuándo convenia matarse. Ciceron en la 1ª de las *Tusculanas* elogia á Caton, que « salió de la vida, como si estuviese contento de haber logrado » una causa para morir. Porque aquel Dios que domina en nosotros, prohibe emigrar de aquí sin su órden. Pero cuando » ese Dios proporciona una justa causa, como en un tiempo á » Sócrates y ahora á Caton, y así á otros muchos, verdaderamente se alegra el sabio de salir de estas tinieblas para » aquella luz ; ni ya rompe él los grillos de esta cárcel, lo » cual las leyes prohiben, sino que sale llamado y enviado por » Dios, como por un magistrado ó cualquiera autoridad legítima. »

Véase aquí tambien el espíritu de legalidad que entre los antiguos reemplazaba siempre al de justicia : admitido esto, nada vale todo cuanto puede decir Ciceron para disuadir del suicidio.

Así reflexionaba Napoleon en su destierro respecto del suicida de Utica : « — La conducta de Caton obtuvo la aprobacion de los contemporáneos y la admiracion de la historia : su muerte, sin embargo, ¿ á quién fué provechosa ? A César. ¿ Para quién resultó funesta ? Para Roma y su partido. Se dirá que prefirió la muerte al yugo de César. ¿ Y quién podia obligarlo nunca á someterse á él ? ¿ por qué no seguir á los caballeros ó á aquellos de su partido que se embarcaron en el puerto de Utica ? Aquellos hicieron renacer sus principios en España ; ¿ y cuánto no hubieran podido su nombre, su presencia y sus consejos en medio de las diez legiones que al año siguiente tuvieron en suspenso la suerte de la guerra en los campos de Munda ? Aun despues de la derrota que se siguió, ¿ quién le habria impedido seguir por los mares al jóven Pompeyo que sobrevivió á César, y todavía por mucho tiempo mantuvo alzadas con gloria las banderas de la república ? Casio y Bruto, sobrino y discípulo de Caton, se dieron la muerte, este en Filípos, en el campo de batalla, y Casio por error, miéntras Bruto alcanzaba la victoria sobre su enemigo ; y con aquel acto de desesperacion, inspirado por un falso valor y absurdas ideas de grandeza de ánimo, regalaron, por decirlo así, ellos mismos la victoria al Triunvirato. Mario, abandonado de la fortuna, fué mas grande que ellos ; arrojado por los Marsos, se ocultó en el lodazal de Minturno ; y su constancia fué recompensada, volviendo á Roma, y siendo cónsul por la sétima vez. Solo cuando se vió viejo, débil y en el apogeo de la prosperidad, se dió la muerte para librarse de las veleidades de la fortuna. Pero cuando el partido de César triunfaba, si le hubiese sido abierto á Caton el libro del destino, si en él hubiese leído que despues de cuatro años, atravesado César de veintitres puñaladas, caería muerto en el Senado al pié de la estatua de Pompeyo ; que Ciceron habria subido nuevamente á la tri-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los Uticenses y cuantos lo conocieron lo lloraron como el único Romano todavía libre. César, con su acostumbrada magnanimidad, exclamó: *Me ha envidiado la gloria de conservarle la vida*. Sin embargo, cuando Ciceron escribió un panegírico de aquel hombre famoso, le opuso el *Anti-Caton*, en el que reveló sus defectos y sus virtudes intempestivas. En efecto, César tenia las dotes modernas, Caton las antiguas; aquel aspiraba al voto de los contemporáneos y de la posteridad, el otro no se proponia mas que la virtud, como él se la habia ideado (1), y puede decirse verdaderamente que pereció con él la estirpe de los antiguos republicanos.

Luego que César se apoderó de Utica y de toda el África Romana, entró en la Numidia y Mauritania y las redujo á provincias, dejando en ellas de procónsul al historiador Crispo Salustio, cuya amistad se habia atraído restableciéndolo en su empleo de senador, del cual habia sido arrojado por sus vicios, y cuya avaricia consideró muy conveniente para desangrar á aquellos países, de modo que no pensasen en levantar la cabeza. Á Pitio, refugiado Romano, que habia reunido una partida de aventureros y le habia ayudado bastante en su empresa, le dió un reino en los confines de la Numidia para que vigilase el país. Habiendo cogido á una hija de Pompeyo, la envió á sus hermanos á España, y por su órden Cartago y Corinto, que habian caído al mimo tiempo, renacieron tambien en el año mismo.

Junio de 46. Recibido en Roma con los mas señalados honores, se le prorogó por diez años la dictadura; se aumentaron hasta el número de sesenta y dos los veinticuatro lictores que le daban la guardia; se le eligió único censor; se declaró sagrada su persona; se le facultó para decir el primero en las asambleas su parecer; en los espectáculos se le preparó una silla curul, que debia permanecer hasta despues de su muerte; no se habian de principiar las carreras del circo hasta que él diera la señal; cuatro caballos blancos conducian su carro, como el de Camilo, vencedor de los Galos, y al lado de la de Júpiter se mandó poner su estatua, apoyándose en el globo terrestre.

Él dejaba hacer; pero descubria bajo aquellas apariencias el miedo que dominaba á la generalidad, y á fin de mitigarlo protestó públicamente que no renovaria los estragos de Mario y Sila. *¡ Así hubiera podido*, dijo, *no derramar una gota siquiera de sangre ciudadana! Vencidos ahora los enemigos, depondré la espada, cuidando de conquistar con la benevolencia á los que persisten en odiarme. Conservaré los ejércitos, no tanto para mi defensa como por la de la república: para mantenerlos, bastarán las riquezas que traje de África, y todavía con estas podré suministar cada año al pueblo doscientas mil medidas de trigo y tres millones de medidas de aceite.*

Tranquilizados con esto los padres y el pueblo, le decretaron cuatro triunfos en el mismo mes, de los Galos, del Egipto, de Farnáces y de Juba. En el primero se ostentaron los nombres de trescientos pueblos y ochocientas ciudades; y habiéndose roto el eje de su carro triunfal, hizo venir cuarenta elefantes cargados de antorchas, que iluminaron la retrasada procesion. Subió de rodillas al templo del Capitolio, y viendo la estatua que se le habia erigido al lado de Júpiter con el título de César Semidios, mandó borrar esta palabra. No ménos pomposos fueron los tres triunfos siguientes, en el último de los cuales desagradó á los Romanos que se presentasen las estatuas de Escipion, Caton y Petreyo. En sesenta y cinco mil talentos se valuaron los vasos de oro y de plata conducidos entónces, ademas de mil ochocientas veintidos coronas dadas por várias ciudades, del peso de quince mil treinta y tres libras, con cuyo producto pagó y regaló espléndidamente á los soldados, los oficiales y el pueblo, y sirvió veintidos mil mesas con cuanto podia desearse de raro en viandas y vinos. Pompeyo, conociendo las inclinaciones del pueblo que deseaba dominar, le habia preparado el circo mas capaz que se habia visto, de novecientos piés de ancho y hasta dos mil de largo. En él cabian doscientos cincuenta mil espectadores sentados; un canal de agua corriente recreaba la vista y ponia al abrigo del peligro á los circunstantes, defendidos tambien por una balustrada de hierro. Allí presentó César al pueblo dos mil gladiadores, simulacros de combates terrestres y navales, combates de elefantes, y ni siquiera faltaron sacrificios humanos (1); y tanta multitud acudió, que muchos debieron pernoctar al sereno, y algunos murieron estrujados. Triunfos

Por entónces florecieron los famosos mímicos Publio Siro y Laberio. El primero, conducido á Roma como esclavo, y habiendo adquirido la libertad con su ingenio, compuso várias comedias, de las cuales nos restan algunas bellas máximas. En aquella ocasion, desafió á los poetas drámaticos y los autores, y á todos los venció. Laberio, expulsado del órden ecuestre, salió tambien á la escena, y en premio de las comedias que presentó, le restituyó César el anillo de oro con quinientos sestercios. Llegando por tanto para tomar asiento en los escaños reservados á los caballeros, al pasar junto á Ciceron, sentado entre los senadores, le dijo el orador: *Te haria lado si no me encontrase tan estrecho*, aludiendo al gran número de senadores creados por César. Pero Laberio le contestó mas ingeniosamente: *No me admira que te encuentres tan estrecho, tú que estás acostumbrado á ocupar dos sitios á la vez.* Siro y Laberio.

buna á recitar en ella las *Filipicas* contra Antonio, ¿se habria traspasado el pecho?... No; se mató por despecho, por desesperacion; su muerte fué la debilidad de un alma grande, el error de un estóico, una mancha en su vida. »

(1) « Esse quam videri bonus malebat: itaque quo minus gloriam petebat, eo magis illam assequebatur. » SALUSTIO *en Cat.*

(1) Lo dice Dion.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No estaban sin embargo extinguidos del todo los enemigos de César. Cecilio Basso, caballero romano, vencido con los pompeyanos en Farsalia, se retiró á Tiro, y con pretexto de tráfico, reunió á todos los que formaban partido con él, y en breve se encontró en situacion de venir á las manos con Sesto César, gobernador de la Siria. Derrotado al principio, indujo al ejército de este á que lo asesinase y se le pasára, y habiendo aumentado sus fuerzas, y no careciendo de habilidad, se sostuvo contra sus adversarios, llamando en su auxilio á los Árabes, prontos á venderse á quien mejor pagaba, y á los Partos, siempre deseosos de hacer daño á los Romanos. César envió tropas en su persecucion; pero no pudo someterlo, y Cecilio Basso se sostuvo en Apamea hasta la muerte del dictador.

De mucha mas importancia era la guerra de España, donde los dos hijos de Pompeyo, habiendo reunido las reliquias de los ejércitos derrotados en Tapso y en Farsalia, y muchos naturales que recordaban las victorias de su padre, recorriendo el campo habia obligado á los cesaristas á refugiarse en las fortalezas. El dictador creyó necesario trasladarse allí en persona, y acudiendo en efecto, recobró muchas plazas, hasta que en la llanura de Munda, poco lejana de Málaga (*), presentó la batalla decisiva á los que se llamaban republicanos.

Batalla de Munda, 17 de marzo de 16.

Al principio alcanzaron estos tales ventajas, que César estuvo á punto de matarse desesperado; pero recobrando el ánimo gritó á sus soldados; *¿No os avergonzáis de abandonar á vuestro general en manos de esos mozuelos?* Dicho esto, se precipitó entre los enemigos, y volviendo los suyos á la pelea, y combatiendo desde que el sol salió hasta que se puso, logró la victoria, matando treinta mil enemigos, entre ellos al valiente Labieno, y tres mil caballeros. Habiendo llenado con sus cadáveres el foso, los cesaristas subieron á las almenas de Munda, miéntras César persiguía á los fugitivos. Gneo Pompeyo, despues de haber visto destruida su escuadra, fué muerto; Sesto, su hermano menor, fué á ocultarse entre los Celtíberos; y terminada en siete meses una guerra tan difícil, obtuvo César en Roma un triunfo deshonroso, por recaer sobre enemigos internos, y fué aclamado dictador perpétuo.

Reformas.

Tranquilo así el imperio y halagado el pueblo, pensó en grandes reformas, que le presentan como semejante á Carlo Magno, á Napoleon, y en virtud de las cuales fundó instituciones análogas á los consejos de Estado de estos emperadores. Como censor, hizo la estadística del pueblo; llamó á Roma á los muchos que estaban expatriados, prohibiendo salir de ella á los ciudadanos mayores de veinte ó menores de cuarenta años; atrajo á su recinto con recompensas á todos los que sobresalian en las artes y en las ciencias; moderó el lujo; pero las leyes suntuarias le obligaron á llenar los mercados de espías, y á tener magistrados de policía que en ocasiones entraban en las casas de los ricos á la hora de la comida, apoderándose de los exorbitantes preparativos. Completó el Senado; aumentó el número de magistrados inferiores; limitó el poder judicial de los senadores y caballeros; distribuyó ochenta mil pobres en colonias ultramarinas, y por primera vez dió publicidad á los actos diarios del Senado y del pueblo (1).

Como pontífice máximo, habiendo descubierto el desórden del calendario, llamó de Egipto al astrónomo Sosígenes, con cuyo auxilio lo reformó (2), mereciendo con ello las burlas de Ciceron y los aplausos de la posteridad. En lugar del pueblo ó de la suerte, él mismo nombraba para todas las magistraturas, proponiendo los candidatos á los comicios con la fórmula: *César recomienda á Fulano á tal tribu, y pide que sea elegido:* y viendo que la próroga del mando le habia facilitado el camino para la autoridad suprema, prohibió que ningun pretor pudiera durar en el gobierno mas de un año, ni mas de dos un varon consular. Privado de hijos, y contenido por el aborrecimiento que inspiraba á los Romanos el nombre de rey, no pensó en fundar una dinastía; pero no por eso se propuso jamas restablecer la república, como Sila: por consiguiente, se le debe considerar como verdadero fundador del imperio, habiendo obtenido tambien el nombre de emperador, no ya en el significado comun de general triunfante, sino como título de suprema autoridad.

Carácter de César.

Este representante, el mas activo y popular de la civilizacion, pudiera decirse que era uno de los caractéres ideales de la infancia de los pueblos. Gran guerrero, gran orador, gran político, hombre de doctrina y de accion, habilísimo matemático, como lo prueban la reforma del calendario, el puente sobre el Rhin y sus sitios, estaba ademas dotado de tan poderosa atencion, que leía, escribia, dictaba y oía á la vez á cuatro personas, y á veces dictó al mismo tiempo á siete secretarios. Desde el extremo de la Bretaña hasta la Etiopia, alcanzó señaladas victorias, y las refirió en magnífico estilo; le ocuparon al mismo tiempo los combates y el amor; con aspecto naturalmente digno y con la eficacia de su palabra dominaba las asambleas, reprimia los tumultos, y se hacía amar de las mujeres. Sintiéndose superior á sus contemporáneos, se atrevia á todo, y nada lo retraía de su objeto, ni aun la justicia, que decia con Eurípides que debia observarse en todo, excepto para lograr el reino. De costumbres que distaban mucho de ser rígidas, las soldadescas canciones echaban en cara á este calvo su torpe correspondencia con Nicomédes, y lo llamaban la reina de Biti-

(*) Las últimas investigaciones han demostrado que esta Munda, en cuyos llanos derrotó César al hijo de Pompeyo, no es la Munda cercana á Málaga, sino Montilla, cerca de Córdoba. Á Córdoba se retiró en efecto Pompeyo despues de la batalla, (*N. del T.*)

(1) Suet, *en César*, 20.
(2) Véase nuestra Cronología, § 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nia: el padre de Curion lo llamó en un discurso público marido de todas las mujeres, y mujer de todos los maridos; y cuando entró vencedor, cantaban los soldados: *Romanos, esconded las esposas: que os traemos al calvo lascivo, que compró las mujeres de la Galia con el oro robado á los maridos.* Pero tachándolo un senador de afeminado, diciendo que una mujer jamas podria tiranizar á los hombres, contestó él: *Recuerda que Semiramis sojuzgó el Oriente, y que las Amazonas conquistaron el Asia.*

Y en verdad, á pesar de su gran molicie, no habia soldado mas robusto ni paciente que él para domar caballos, sufrir el calor, el frio y el hambre y nadar por mas tiempo, pudiendo ademas correr cincuenta millas al dia. Poseía una portentosa actividad, para la cual nada parecia acabado si aun faltaba algo que hacer (1); una inteligencia superior, una grandeza de alma mas que humana, y una constancia invencible que manifestó desde el principio cuando yendo á las elecciones dijo á su madre: *Hoy me volverás á ver pontífice ó desterrado.* Los hombres severos solo tuvieron para él desprecios; pero Sila habia comprendido su gran poder, y previsto que sería el heredero de Mario, del gran plebeyo. Pronto conoció César que el único lugar que le convenia era el primero; confió en la fortuna, y expuso en todo encuentro su vida, ántes que comprometer su autoridad. ¡Cuán grande aparece aun entre las injurias del declamador Lucano! ¡qué entusiasmo no inspiró á su ejército! Á la intimacion de rendirse responde uno de sus soldados: *Los soldados de César suelen dar la vida á los demas, no recibirla de otros*, y se mata, semejante al soldado de aquel otro César, que moria exclamando: *La guardia muere, pero no se rinde.*

Breve é inquieta fué su dictadura, que acababa de erigirse en medio de las luchas civiles; por lo tanto ¿quién puede decir precisamente cuáles fuesen sus intenciones? Sin embargo, aun cuando levantado únicamente por el ejército, no se dejó arrastrar por este á los abusos que Sila y Mario, y despues Augusto, cometieron. Censor, tribuno, dictador perpétuo, árbitro de la república, dejó todavía subsistir sus formas, cuya destruccion posterior dañó aun mas que la caída de la república misma. Grande hombre y mal Romano, trastornó por completo la política de su patria, y miéntras esta hasta entónces habia tratado de absorber á las demas naciones, él la dispuso para asimilárselas. Los generales conquistadores hacian doblar la cerviz á los países vencidos bajo la obediencia de Roma, quitándoles el dinero y la fuerza; pero dejándoles intactas las instituciones, lo cual no era un mérito, sino un medio mas seguro de arruinarlos, debilitarlos y aniquilarlos; César, cambiando de sistema, abrió las puertas de Roma á todas las naciones, invitándolas á tomar asiento en el anfiteatro y en la curia; y en las enervadas estirpes del Asia y de Italia ingertó las nuevas de los Galos y de los Hispanos. Para tal fin, al estallar la guerra civil, confirió la ciudadanía á todos los Galos entre los Álpes y el Po, efectuando así lo que habia costado la vida á los Gracos; introdujo en el número de los senadores á muchísimos centuriones galos de su ejército, y hasta simples soldados y libertos, principalmente de los vencedores en el combate de Farsalia, por lo cual habia pasquines que decian: *César trae á los Galos detras del carro, pero es para introducirlos en el Senado; estos cambian el calzon céltico por el laticlave. Se ruega al público que no enseñe á los nuevos senadares el camino del Senado.*

Miéntras así perdia Roma la nacionalidad por extenderla demasiado, los pueblos se acostumbraban á considerar á la Italia como cabeza del mundo, suspendiendo por eso las guerras alimentadas, ya por la ambicion y la avaricia, ya por el patriotismo. Toda la gente nueva estaba por su propio interes ligada á la fortuna del dictador, por cuya razon no conocia medida en punto á tributar honores á su César, que oponia ménos resistencia despues de haber visto las humillaciones de la corte de Cleopatra; y á porfía con los nuevos ciudadanos los degenerados restos de la sangre latina se complacian en ofrecerse como espectáculo en la sangrienta arena, en que César celebraba los funerales del mundo antiguo.

Considerándose entónces bastantemente seguro porque se veía necesario para la paz universal, perdonó las sátiras y la maledicencia, las tramas y las inveteradas enemistades; restableció las estatuas de Pompeyo, y andaba sin guardias, y sin coraza por la sojuzgada ciudad, diciendo que era mejor sufrir la muerte una vez que temerla siempre.

En tanto meditaba reformar el derecho, reducir á pocas y precisas las múltiples leyes romanas, hermosear á Roma, erigir una biblioteca greco-latina bajo la direccion del eruditísimo Varron, un templo en medio del campo de Marte, un anfiteatro al pié de la roca Tarpeya, y una curia de suficiente capacidad para los representantes de todo el mundo. Pensaba tambien abrir en Ostía un puerto muy capaz, desecar las lagunas Pontinas (1), formar el mapa

(1) *Monstrum activitatis.* Cic. Nil actum credens si quid superesset agendum. Lucano.

(1) Este vasto terreno atravesado por la via Apia ocupa la parte meridional de los Estados Pontificios, bañado al Oeste y al Sur por el mar Tirreno, y ceñido al Norte y al Oriente por la cordillera de los Apeninos. Se extiende paralelamente al mar por espacio de cuarenta y dos mil metros, y des de Cisterna á Terracina tiene de diez y siete á diez y ocho mil de anchura. Las dunas que se han formado en la parte occidental y otras circunstancias detienen el curso de las aguas pluviales y de los derrames, que de várias partes desembocan en el único desaguadero llamado Badino. El terreno es de formacion marina, de suerte que el mar debia llegar hasta las faldas del Apenino, elevándose desde este el monte Circelo como isla, el cual despues por la acumulacion de tierra y por las plantas caidas allí y carbonizadas, se levantó. Era laguna cuando Apio Claudio abrió por ella el camino: un siglo despues Cornelio Cetego emprendió la tarea de desecarla, interrumpiéndose luego las obras hasta la dictadura de J. César, que habia concebido acerca de ella grandes proyectos, desvanecidos por su muerte. Augusto hizo abrir un gran foso que aun lleva su nombre. Ya

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del imperio; reedificar por mano romana las ciudades de Capua, Corinto y Cartago, destruidas por los mismos Romanos; unir los mares abriendo el istmo de Corinto, y despues de haber subyugado con grandes fuerzas á los Partos, únicos enemigos formidables para Roma, volver por el Cáucaso, la Escitia, la Dacia y la Germania, de manera que el imperio, que debia extenderse sobre todos los pueblos civilizados, nada tuviese ya que temer de los Bárbaros (1).

Cortó estos designios el puñal de los conjurados, los cuales por sus intempestivas reminiscencias precipitaron de nuevo al mundo en desastres que acaso podria haber evitado. Los que querian conservar el patriciado, como tutela de las tradiciones romanas, é idolatraban la patria, esto es, la tiranía de esta sobre todas las provincias, y el señorío de los nobles sobre los plebeyos; debian execrar á César, que sobreponia á la aristocracia la plebe, y abria el recinto de Roma á todas las naciones, ó lo que es lo mismo, la destruía. Quien considera la causa de la humanidad, los padecimientos de la plebe, la opresion del género humano en provecho de una sola ciudad, de un pueblo entero en provecho de una clase, puede bendecir á César y maldecir á los que cortaron el hilo de sus proyectos.

Ninguna nueva dominacion puede arraigarse sin chocar con muchos afectos y muchos intereses. Despreciando César aquellos senadores, que eran ó inhábiles custodios de lo pasado, ó chusma nueva introducida por él, hacía él mismo los decretos y los firmaba con los nombres de los mas respetados, sin siquiera consultarlos (2). Ahora bien, un dia aquella turba de magistrados curules vinieron á anunciarle no sé qué nuevo honor ó privilegio que se le habia decretado, y él ni siquiera se levantó del asiento. Este signo de desprecio pareció mas difícil de soportar que la opresion. Multiplicáronse los odios: la silla y la corona de laurel que habia aceptado á su vuelta de España parecieron un preludio de monarquía: causaba enojo aquella estatua suya entre Tarquino y Bruto, y susurrábase que aspiraba al reino. Una vez, asistiendo á los juegos Lupercales, Marco Antonio, despues de haber corrido desnudo, segun la costumbre (1), se arrojó á sus piés ofreciéndole una diadema entretejida de laurel. Algunos, quizá preparados al intento, aplaudieron; pero cuando César hizo el ademan de rehusar aquel símbolo del poder regio, la multitud dió muestras de exaltada aprobacion, y mas cuando exclamando que solo Júpiter podia ser rey de los Romanos, mandó que se llevase la corona al Capitolio. Al dia siguiente, todas las estatuas de César se hallaron con guirnaldas de flores; pero los tribunos del pueblo Flavio y Marcelo las arrancaron, y castigaron á los que habian aplaudido el acto de Antonio. César, despechado, los separó de su empleo.

Entre los descontentos estaba Cayo Casio, que desde la niñez se habia mostrado adversario de la tiranía, hasta el punto de que habiendo oído á Fausto, hijo de Sila, alabarse del ilimitado poder de su padre, le dió de bofetadas; y llamado por los parientes de aquel ante Pompeyo, en vez de dar excusas, protestó que le pegaria de nuevo si se atrevia á repetir aquellas palabras. Concibió contra César particular enemistad, porque este habia preferido á Bruto para la pretura, y le habia quitado algunos leones, predilecto recreo de los Romanos, y que habia adquirido en la toma de Megara. El rencor privado y la natural ambicion exaltaron su amor á la libertad, y le pareció excelente instrumento de sus designios Junio Bruto.

Este jóven, culto escritor y orador elegante, educado en las máximas de la antigua academia, para auxiliar en sus empresas á su tio Caton se habia sometido á las lecciones de los estóicos, de los cuales aprendió á fortalecerse para los mayores sacrificios, y para los mayores actos de abnegacion. Habiendo hecho morir Pompeyo á su padre, por no parecer separado de él por ira personal, abrazó su causa, y con él fué vencido en Farsalia. César, que por la amistad que por mucho tiempo habia tenido con su madre Servilia, lo miraba como á hijo propio (2), se regocijó cuando lo vió salvo, y no solamente lo perdonó, sino que le confió el importantísimo gobierno de la Galia Cisalpina, donde mereció que los Milaneses le erigiesen una estatua. Los beneficios, en vez de unirlo á César lo exacerbaban, temiendo siempre, en su exagerado orgullo, anteponer el afecto privado

no se habló mas del particular hasta el tiempo de Teodorico, que confió el cuidado de su sanificacion al patricio Decio, concediéndole la propiedad. En la época de Leon X y Sixto V se hicieron en él grandes obras, esto es, el desaguadero general y el canal que lo rodea llamado Rio Sixto. Pero las mas grandiosas fueron las emprendidas por Pio VI desde 1777 á 1796, en las cuales se gastaron nueve millones de francos, restaurándose la via Apia, los puentes antiguos, el canal que la costea, los asombrosos almacenes de Terracina, y otros edificios, todos con carácter monumental, hasta las posadas. Desgraciadamente no fueron bien dirigidas estas obras, por lo cual no salieron bien; y cuando mas tarde se comprendió lo mejor, no fué tiempo ya mas que de trazarlo, y sobrevino la tempestad. En 1810 el gobierno frances habia destinado al efecto una comision, que principió los planos; pero los cambios que sobrevinieron suspendieron sus tareas.

(1) Véanse Bury, *Hist. de la vie de Jules César*. Paris, 1758, dos tomos en 8º.

A. G. Meissner, *Vida de Julio César* en aleman, continuada por J. Ch. L. Haken, 1811.

Pero dejan el deseo de que alguno saque una mas completa y vasta de los *Comentarios* de Plutarco y de Suetonio. Satisface este deseo la *Vida de Julio César* que está publicando Napoleon III.

(2) Ciceron (*famil.* IX, 15), escribe: « Alguna vez oigo decir » que ha llegado á Siria ó á Armenia, segun le parece oportuno » (*á César*), un decreto del Senado del que yo no tenia la » menor noticia; y muchos príncipes me escriben dándome las » gracias por haber opinado que se les diese el título de reyes, « miéntras que yo no sabía siquiera que estuviesen en el » mundo. »

(1) En las Lupercales, juego pastoril del antiguo Lacio, los jóvenes patricios y algunos magistrados corrian semidesnudos por la ciudad, pegando con correas á todo el que encontraban. Las damas ansiaban aquellos golpes, creyendo que facilitaban la concepcion y el parto.

(2) El hacer á Bruto hijo de César es un recurso de trágicos que han menester exagerar la verdad. Bruto nació en el año 85, esto es, cuando César apénas habia cumplido 15 años, el cual contaba 47 en la época de sus amores con Servilia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á la libertad comun, y la causa de un hombre á la causa pública. César á sus ojos era opresor de la patria y usurpador; los enemigos de este le recordaban ora la atroz virtud de Caton, ora la empresa del antiguo Bruto, aludiendo al cual le escribian alguna vez sobre la puerta : —*¡ Si viviese hoy un Bruto! — Tú no eres Bruto. — Bruto, ¿ duermes ?* Él, por otra parte, defendiendo á Milon (1) habia sostenido que un ciudadano podia matar á otro cuando convenia á la república.

Casio, principal instigador, experimentó placer viendo que aquellos carteles hacian efecto en el entusiasta, por lo que finalmente le descubrió su designio, mostrándole cuán indigno era tolerar por mas tiempo la servidumbre de la patria, y que miéntras el pueblo pedia á los otros pretores espectáculos y gladiadores, esperaba de él que lo libertase de un tirano. Bruto consintió en la conjuracion, á la cual su intachable nombre hizo que se adhiriesen otros muchos de las casas principales, algunos enemigos antiguos de César por sentimiento republicano, y otros nuevos por haber recibido de él favores. No se comunicó el proyecto á Ciceron, porque se sospechaba que por su timidez lo descompondria, ó por su presuncion lo querria arreglar todo á su modo. Interrogado Estatilio lo que le parecia ménos malo, si sufrir un tirano ó libertarse de él exponiéndose á una guerra civil, contestó : *Prefiero la paciencia á los males de semejante guerra.* Porcia, hija de Caton y mujer de Bruto, notando que alguna cosa bullia en el ánimo de su marido, se hizo en el muslo una profunda herida, y mostrando con esto que sabía sufrir el tormento, y que no era indigna de tal padre y de tal consorte, pidió á Bruto que la iniciase en la conjuracion.

Muerte de César. 15 de marzo de 44.

Los Romanos, supersticiosos, notaron una serie de prodigios que procedieron á la muerte de César, al cual en todas partes se le descubrieron indicios de la trama; pero ó no los creía, ó no los temia. Los conjurados, que eran sesenta y tres, de los principales ciudadanos, resolvieron matarlo en los idus de marzo, y estando en el Senado, se le acercaron en ademan de pedirle un nuevo acto de clemencia, y lo atacaron : él se defendió, pero viendo levantado contra sí el puñal de Bruto, exclamó : *¿ Tú tambien, hijo mio?* y se dejó traspasar de veinte puñaladas al pié de la estatua de Pompeyo.

CAPÍTULO XVIII

Retrato de Roma á la muerte de César.

Terminaba César los cincuenta y seis años de su edad; y aunque somos poco inclinados á admirar á los héroes, hallamos en este prendas que lo separan de los anteriores ó que por lo ménos disminuyen sus defectos. Conquistó, por consiguiente mató y exterminó; dirigió las armas contra su patria, por consiguiente fué parricida; pero despues de la victoria suspendió los golpes; negó á sus guerreros la horrible satisfaccion de las proscripciones; concedió perdon á los enemigos que esperaban la muerte, y pues que la antigua organizacion de Roma no podia ya sostenerse, él solo tenia la mano bastante robusta para conciliar en una unidad política la plebe y los patricios, y dar una nueva constitucion á la ciudad.

Dicen : *Era un usurpador; podia, pues, y hasta debia todo buen ciudadano exterminarlo.* Pero aun siendo así, ¿ convenia á Roma hacerlo ? Los sucesos siguientes ¿ no muestran que era inevitable el gobierno de uno solo? Los mismos conjurados ¿ no leían la condenacion de la república en la inmensa depravacion que penetraba en la médula de la sociedad ? ¿ no lo confesaban ellos mismos cuando, despues de haber muerto al dictador, intentaron sobreexcitar al pueblo, no con las ideas de libertad, sino con la distribucion de dinero?

Si alguna vez se demostró hasta la evidencia que no consiste el bienestar de una sociedad en las mejores materiales, fué verdaderamente entónces. La administracion de la cosa pública, de la justicia y de las rentas adquiria cada vez mayor uniformidad; la inflexible tiranía de la palabra patricia se habia sometido ante el edicto pretorio, la curia ante la tribu; magníficos caminos atravesaban la Italia y el imperio; se abrian canales y puertos; acudian extranjeros de remotos y distintos países á Roma, como centro del saber, del poder y de la civilizacion, y el mundo pagaba tributo á aquella ciudad con sus mercancías y su dinero.

Poblacion.

Pero bajo aquel lustre exterior ¡ cuántas llagas ! La guerra intestina habia consumido á los Italianos : trescientos ciudadanos perecieron en el tumulto de Tiberio Graco; tres mil en el de su hermano : trescientos mil en la guerra social, mas desastrosa que las de Anibal y Pirro : despues vino Mario, vino Espartaco, y vinieron nuevas guerras civiles; Sila hizo degollar á doce mil Prenestinos, destruyó á Norba, y arrojó con las confiscaciones y proscripciones á unos del mundo, á otros de la patria, de manera que se vió en la precision de reparar las pérdidas de la poblacion introduciendo como ciudadanos á diez mil esclavos de los proscriptos, y distribuyendo los bienes confiscados entre las veintitres legiones que le habian sido fieles.

Es cierto que se colocaba á los legionarios en los campos desiertos; pero estos, acostumbrados á veinte años de celibato obligatorio, ya viejos, querian mejor vender la tierra y volver á Roma, donde habia juegos, donativos y facciones. La misma Roma, á la que afluía la sangre extraida á la Italia, no pudo conservar su inmensa poblacion, y en tiempo de César se contaron cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos desde diez y siete á sesenta años, y un millon ochocientos mil libres en Italia, miéntras que Polibio, entre

(1) Asconio Pedanio en el argumento de la *Miloniana* de Ciceron.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la primera y segunda guerra púnica habia contado tres millones y medio de habitantes sin los esclavos, y setecientos cincuenta mil capaces de tomar las armas.

Riqueza. Entre estos estaban distribuidas las riquezas de un modo muy desigual; y miéntras algunos nadaban en las delicias, yacian los mas en la miseria. Trescientos veinte millares de personas en la ciudad recibian socorros como indigentes, esto es, consumian sin producir, y eran una arma terrible en manos de quien quisiese comprarlos ó pudiese amenazarlos con el hambre. Marcio Filipo, al presentar una ley agraria, aseguró que no habia en Roma dos mil ciudadanos que poseyesen patrimonio (1). Ademas, en Italia las rapaces prodigalidades de los triunviros habian destruido la antigua raza agrícola, y los nuevos, convertidos en propietarios con la espada, querian mejor vagar en los teatros (2) ó promover tumultos en el foro, que conservar ó aumentar con el trabajo su patrimonio. Los campos, por consiguiente, se confiaban á brazos serviles.

Hasta el tercer siglo ántes de Cristo, fué la Italia abundantísima en productos agrícolas, y hasta quince y veinte simientes daba el territorio de Roma, que no es sin embargo de los mas feraces. Todas las cosas estaban allí muy baratas, y se enviaba fuera mucho grano (3), criándose muchísimo ganado, tanto que acaso recibieron nombre la Italia de los becerros y el dinero de las ovejas con que se hacian en un principio los cambios. Pero en tiempo de Ciceron y de Varron, ya no se obtenian de los campos sino ocho, y á lo mas diez simientes. Las siete yugadas distribuidas por Licinio (dice Columela), producian mas antiguamente que ahora esos extensísimos dominios que los dueños no pueden recorrer mas que á caballo, y que se dejan pisar por los ganados y devastar por las fieras, no trabajados sino por bandas de esclavos encadenados ó por conciudadanos hechos prisioneros por deudas. Orioli, no hace mucho tiempo, descubrió junto á Viterbo la inscripcion de un acueducto de setecientos setenta y seis metros de largo, que atravesaba solo once posesiones de nueve propietarios. Por tanto, era necesario traer el grano de fuera, y en tiempo de César y de Augusto, se llevaban á Italia de Egipto y África sesenta millones de modios. Si, pues, los piratas ó las guerras interrumpian las comunicaciones, era presa del hambre la península, como país precisado á alimentarse por manos ajenas.

Ni podia suceder otra cosa faltando una clase média entre los muy ricos y los miserables; y eran obstáculo á la formacion de esta las leyes que infamaban el ejercicio de toda profesion industrial. Hasta el comercio por mayor tenia mala nota, estando prohibido expresamente á los senadores todo tráfico; y siendo delito el construir bajeles. Todavía se disminuyó mas la clase média con las confiscaciones y con la centralizacion de los bienes en pocas manos. En consecuencia la Italia, aun cuando absorbia el oro y la plata de las naciones vencidas, y aun cuando sus habitantes gozaban tanta libertad estando exentos de capitacion, de impuesto territorial, de aduanas y de derechos de entrada, cada vez se encontraba ménos poblada y floreciente. Y es curioso estudiar, no tanto en este tiempo como en los siglos que vamos á describir, las causas que hicieron que la Italia privilegiada se destruyese, miéntras se sostenian las provincias cargadas de tributos, de exacciones, de gabelas, ó tiranizadas por los procónsules. Podia decirse de la Italia lo que decia Alberoni de la España en el siglo pasado, que era semejante á la boca, por donde todo pasa y donde nada queda. Tomando por riqueza el signo de la riqueza, queria tener oro de todos modos, y consumia sin producir. Por el contrario, los habitantes de las provincias no tenian preocupaciones que los alejasen del comercio y de la industria; ántes bien se dedicaban á una y otra con actividad en la Galia, en la Sicilia, en Grecia y en todo el Oriente, donde la profesion mercantil daba igualdad y á veces hasta preeminencia política.

Añadamos en loor de Roma los grandísimos resultados que su gobierno obtuvo en las provincias y las colonias, las cuales, á diferencia de las griegas, no se separaron jamas del pueblo romano, ni siquiera cuando se sublevaban contra los magistrados. Y sin embargo, Roma como municipio que era, no refundió en sí todas las demas comunidades; pero miéntras las colonias griegas se hacian extrañas á la metrópoli, donde no tenian voto, y donde cuando mas llegaban al grado de metecos, en Roma, todo el que sobresalia por sus servicios en el ejército ó en los empleos, podia llegar á la ciudadanía y hasta al consulado.

Hemos visto con qué recursos se mantenia la muchedumbre de pobres en Roma, vendiendo el voto, su testimonio ó el puñal. Acumulados Pobres. en la fangosa Suburra ó en los tugurios que el Tíber se llevaba á cada inundacion, amontonados en casas de siete y ocho pisos, el haraposo, el ratero, la andrajosa meretriz, el gramático sin dinero, el charlatan de griego y el niño expósito, se educaban en la escuela de la corrupcion, y salian solo para meterse en las *popinas* á tomar el pan malo, el vino caliente, las cabezas de carnero que les daban por los dos ases obtenidos en la calle por via de limosna ó arrancados á la genorosidad patricia. Los mas inocentes pasaban el dia en saludar y hacer la corte al patrono, mendigando la espórtula en los vestíbulos de los palacios, oyendo luego las disputas en el foro, aplaudiendo cuando un orador pronunciaba un período que halagase su oido descontentadizo ó una palabra que li-

(1) Cic., *De offic.* II, 21.

(2) Varron se lamenta de que la plebe prefiriese « manus in theatro movere, quam in aratro. »

(3) Lo afirma Tácito, *Ann.* XII, 43. Ademas Plinio, XVIII; Columela, pref. al lib. I; Polibio, lib. II, c. 15.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sonjease la vanidad nacional; asistiendo despues las revistas en el campo de Marte, ó jugando á la pelota ó á los tejos; refrescándose en los baños; calentándose en los sudarios; divirtiéndose con las agudezas de un bufon ó de un filósofo, y ansiando siempre la pompa de los sacrificios y la suntuosidad de las cenas sacerdotales. El pueblo pobre, perezoso, apiñado en barrios sin sol ni aire, tenia á gran vanidad el solazarse bajo pórticos corintios, sentarse en marmóreas basílicas, lavarse en termas de mármol, y vagar decorosamente miéntras millones de vencidos trabajan para él las tierras de la Sicilia y del Egipto, considerándose dichoso cuando Ágripa abria para él ciento setenta baños y barberías que por un año afeitaban gratuitamente al buen pueblo, ó cuando el nuevo edil ó un triunfador ó un demagogo preparaban para su placer fieras de África, bailarinas de Cádiz, girafas del desierto, gladiadores de la Germania, retiarios de la Galia, filósofos de la Grecia, y le distribuían doble racion de grano.

En los ricos habia entrado el frenesí de imitar á los Griegos, no en el exquisito sentimiento de lo bello, sino en las artes de lujo y de deleite, por lo cual el abuelo de Ciceron comparaba á los Romanos con los Sirios mercenarios, tanto mas bribones cuanto mas imitaban á los Griegos (1). Á Grecia en efecto se trasladaban todos á refinar la educacion; y si los buenos regresaban instruidos en la literatura, y en la elocuencia principalmente, muchos mas eran los que no aprendian en ella sino los rasgos mas materiales de la filosofía epicúrea, el desprecio á los dioses, la negacion de la Providencia, consejos para gozar todo lo mas que se pudiese, conformándose con el ejemplo de aquellos pueblos que se consolaban de la humillacion nacional en los deleites, ó se vengaban de ella con la astucia.

Palacios. El palacio de un rico era, no dudo decirlo, un palacio real. Una muchedumbre de esclavos atendian en él á diversos oficios, como si no se debiera necesitar cosa que allí dentro no hubiese. Ademas de los palafreneros, cocineros, camareros, vinateros y bañadores, se encontraban allí cazadores, pescadores, hortelanos, hilanderos, tejedores, sastres, peluqueros, pintores, trabajadores en mosáico, filósofos, compañías de músicos y de gladiadores, libreros que copiaban, y gramáticos que corregian libros; allí habia igualmente cantinas tan provistas como almacenes; allí graneros suficientes para un pueblo. Agréguese la multitud de clientes, que al apuntar el alba iban á saber noticias del patrono, y arrostrando la vara del portero y las repulsas del camarero, llegaban á la estancia del dormido señor y se le presentaban, é iban contentos si obtenian una sonrisa á modo de bostezo y luego un trozo de salchicha en la esportilla, ó la generosidad de veinticinco sueldos. Agréguense tambien los huéspedes, de los cuales alguna vez se albergaban hasta mil en una sola casa, y por último, los parásitos y las *sombras*, fieles como las moscas á quienes el dueño daba de comer.

Llenaban estos los atrios, adornados de columnas; desde ellos se penetraba en las habitaciones interiores despues que el esclavo portero habia advertido que no se pusiera el pié izquierdo en el umbral ántes que el derecho, y que el papagayo ó la urraca habian saludado con palabras de feliz agüero. Allí se presentaba á la vista el lujo, no solo mas refinado, sino mas costoso; profusos y finísimos mármoles de Faso, de Lésbos y de África; los dorados arquitrabes de Himeto; el oro y el marfil embutidos en los huecos; por todas partes cuadros, frescos, estatuas, vasos corintios, obscena desnudez; y en el piso mosáicos, uno solo de los cuales sería hoy el orgullo de una galería. Y no digo nada de los baños, de los lechos, de todos los muebles, de los recónditos gabinetes, destinados artificiosamente á excitar la embotada voluptuosidad y á satisfacerla.

Julio César levantó edificios muy espléndidos: su ingeniero Namurro, despues de haber dilapidado las Galias, fué el primero que construyó palacios enteramente cubiertos de márm61: quince millones de sestercios valia el de Clodio; Ciceron escribió sobre una mesa de cedro que le habia costado veinte mil francos el discurso de acusacion contra Vérres que habia robado veintiocho millones; y el lujo se aumentó tan rápidamente, que la casa de Lépido, considerada como la mas hermosa en su tiempo, treinta años despues apénas merecia el centésimo lugar (1). Despues, no bastando adornar un palacio, se tenian muchos (*mutatoria*); y si alguno decia á Lúculo que su casa estaba mal situada para el invierno, *¡Pues qué!* respondia, *¿me crees ménos entendido que las golondrinas, que segun las estaciones mudan de cielo* (2)?

(1) *De Oratore*, II.

(1) Plinio, XXXVI, 24

(2) En el *Palacio de Escauro, ó Descripcion de una casa romana, fragmento de un viaje hecho á Roma hácia el fin de la rep. por Meroveo, principe de los Suevos*, obra de Mazois, se supone que Meroveo, hijo de aquel Ariovisto que fué vencido por César, conducido prisionero á Roma, contrajo allí amistad con el arquitecto griego Crisipo, el cual lo condujo á ver las magnificencias de la ciudad. Así refiere este los progresos de la arquitectura:

« En otro tiempo no estaba mejor fabricada esta reina de las ciudades que las vuestras de Germania; sus ciudadanos, agricultores y soldados, dormian con sus familias bajo tugurios de madera ó de caña. Solo despues de la guerra de Pirro, hácia el año 470 de la fundacion de Roma, se principió aquí á emplear tejas para cubrir las casas. Hasta aquel tiempo se usaban cañizos ó paja, así como en aquel casucho que ves al extremo de la Roca Sacra hácia el Velabro. Entónces no tenian las casas mas que un piso solo, porque los reglamentos de los ediles prohibian dar á las paredes de los edificios particulares mas espesor que pié y medio, y particularmente las paredes divisorias estaban sujetas á esta regla: por tanto no podian construirse muchos pisos sobre tan débiles cimientos. En seguida se pensó en reforzar las paredes de ladrillos con cadenas de piedra, y hasta construirlas enteramente de piedra; de esta manera se dió á las habitaciones una elevacion mayor, y se cayó tambien en el abuso; por lo cual prudentes prescripciones fijaron la altura ordinaria de las casas desde sesenta á setenta piés. Tal precaucion evita muchos males, porque en los incendios no se pueden llevar con tanta facilidad los socorros nece-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Quintas.

¿ Qué diré de las casas de campo ? Á ellas concurrian los doctos á meditar discursos, disputas y versos; á ellas acudian Claudio y Milon á excitar las bandas al asesinato, y los aficionados á gozar, á refinar sus placeres y coronarse de rosas miéntras la patria perecia. Todos, por poco alzados que estuviesen sobre el vulgo, querian tener mas de una, adornarla de paseos, de artesonados, de toda clase de recreos : la parte mas hermosa de Italia se malgastaba así, quedando poco terreno para el arado ; y para situarlas bien no parecia demasiado edificar sobre el mar ó allanar montañas y conducir por larguísimos canales las aguas para regar los bosquecillos del infecundo plátano, del frágil mirto y del laurel, para hacerlas saltar delante de los grupos del cincel griego, ó reposar en baños voluptuosos y en los viveros de las domesticadas lampreas (1).

Ya no existian el pequeño campo de Cincinato y de Régulo, ni aquel en que Caton trabajaba con tanta actividad. Para ellos era un placer mirar la muchedumbre de sus sirvientes en derredor del fuego vivo del hogar ; pero á la sazon bajo aquellos palacios se abrian inmensas cuevas, bajas y sin luz ni aire, adonde por la noche el cómitre lanzaba á latigazos á los esclavos y esclavas, y con férreos cerrojos los dejaba encerrados y condenados á la miseria, á la blasfemia y á confusos abrazos, para que el amo se embriagase seguro, y se adormeciera tranquilo sobre almohadas de púrpura sidonia (2).

Los amigos eran tambien otra especie de esclavos. Tratábaseles con insultante orgullo por el rico que apénas se dignaba dirigirles una mirada cuando atravesaba por el atrio entre la multitud; si salia, los hacía ir á pié cerca de su litera; si hacía visitas, lo esperaban en la calle; si por lujo ó diversion los convidaba, se sentaban en escabeles mas bajos que su lecho, y se les daba pan y vino inferior al de aquel, miéntras que un esclavo vigilaba si habian aplaudido, reido y comido bien, y merecido así poblar otra vez con su boca los banquetes (1). ¡ Tan esclavo se hacía el hombre para que la ciudad fuese libre (2) !

sarios á las habitaciones demasiado altas; los terremotos dejan caer con mas facilidad los edificios elevados, cuyos muros son demasiado débiles; finalmente, las inundaciones, causa de tantos daños en Roma, van minando los cimientos, y arrastran en su curso las ruinas de las casas sobrecargadas de habitaciones. Esto contribuyó quizá á que se abandonasen los cenáculos ó cámaras de desvan por las gentes acomodadas : y ahora no las habitan mas que las personas de mediana fortuna, los extranjeros, y los libertos, porque se alquilan por poco precio. Una habitacion bajo la azotea (*solarium*) no cuesta ménos de dos mil sestercios al año, y no se arrienda una casa cómoda y agradable por ménos de treinta mil sestercios. Los incendios son uno de los mayores azotes de Roma; ellos castigan frecuentemente el orgullo y el lujo de estos degenerados repúblicanos, los cuales en vez de servir al bien comun con sus fábricas, así como sus antepasados, no tratan mas que de satisfacer una inmoderada pasion y extravagantes caprichos. Los ricos, los que ahora construyen, toman todas las precauciones posibles contra el uso de la madera. »

(1) Véanse las odas de Horacio :

Jam pauca..., Beatus ille..., Robustam, amice..., etc.

Plinio el jóven, particular y filósofo, nos describe sus quintas de un lujo voluptuoso, que sería demasiado para un rey. Puede compararse con el palacio de Escauro la obra del arquitecto frances L. P. Handebourt, *Le Laurentin, maison de campagne de Pline le jeune, restituée d'après la description de Pline.* Paris, Carillan-Gœury, 1838, en 8°.

(2) La manera como distribuían las horas de su dia los Romanos, es asunto de una disertacion del Ab. Conture en las *Mém. de l'Académie française*. Véase la Nota D.

(1) V. Séneca, Ep. XLVII, y Petronio.

(2) Gabriel Peignot, en su obra *Sur le luxe des Romains dans leur ameublement*, ha reunido curiosos pormenores. — Algunas casas particulares costaban enormes cantidades, como la de Publio Clodio 11.800,000 sestercios, esto es, 2.906,000 francos; la de Lúculo 1.250,000 francos; la de Ciceron 700,000.

La aficion á los cuadros principió cuando L. Mummio llevó algunos de Grecia, el año 146 á. C. Entre los expuestos á la venta hubo un *Baco* de la mano de Arístides de Tébas, por el cual habia ofrecido Atalo 28 talentos y medio (114,000 fr.); el *Alejandro fulminante* de Apéles, quitado del templo de Diana de Éfeso, habia sido pagado al pintor con 20 talentos de oro (96,000 fr.); y despues fué vendido por tantas monedas de oro cuantas cabian en él. M. Agrippa pagó á los habitantes de Cicico por un *Ayax* y una *Vénus* 228,437 francos; una *Vénus saliendo del mar* se pagó en 480,000 fr.; el *Ayax furioso*, y la *Medea que mata á sus hijos* en 384,000 fr. : y ofreciéndose á Tiberio la eleccion entre 200,000 francos y un cuadro de *Atalanta* y *Meleagro*, prefirió este.

En cuanto á estatuas habia en Roma 70,000 en tiempo de los emperadores; Lúculo llevó del Ponto una que le habia costado 2.400,000 francos. La colosal de *Mercurio*, obra de Zenodoro, costó diez años de trabajo y 800,000 francos.

Usaban mesas de inmensa magnificencia, hechas de maderas rarísimas y con soberbio artificio de trabajo. C. Graco tenia una sostenida por dos delfines, de plata maciza, que le habia costado á 1,000 francos la libra. La célebre de Tolomeo, rey de Mauritania, hecha de cedro de tres dedos de grueso, y de cuatro piés y medio en cuadro, debia de valer un tesoro. Ciceron pagó 200,000 fr. por otra de cedro. Galo Asinio tenia una de 200,000 fr.; Nonio, liberto de Tiberio, una de cedro, de 4 piés de ancho y medio de espesor. Séneca tenia 500 de 3 piés, de gran valor, todas de limonero con el pié de marfil.

Eran tambien de gran lujo los lechos, ya cubiculares para dormir, triclinarios para la mesa, ó nupciales. Los de la primera clase se tenian en alcobas, sin lujo, sin cielo ni cortinas. Los triclinarios en tiempo de Augusto eran frecuentemente de cedro, cubiertos de láminas de plata, ó embutidos y cincelados en oro, marfil, nacar, madre perla, y otras materias preciosas. Se extendian sobre ellos riquísimas cubiertas, alguna de las cuales fué vendida en tiempo de Caton hasta en 160,000 fr. Neron compró una de varios colores por 775,000 fr. Muy costosos tambien debian de ser los lechos nupciales.

Era extremado el lujo en las copas y tazas con que se adornaban los aparadores. L. Craso tenia dos copas cinceladas por Mentor, que valian 20,000 fr. Los vasos de piedra murra eran muy buscados, y uno solo fué apreciado en 336,000 fr. Petronio, varon consular, condenado á muerte por Neron, ántes de morir rompió un vaso murrino de 1.440,000 fr. para que el tirano no se aprovechase de él. La emperatriz Livia ofreció al Capitolio un vaso de cristal que pesaba 50 libras.

Mucho tambien era lo que gastaban en platos, y Sila los tenia que pesaban hasta 200 marcos, y añade Plinio que se habrian encontrado en Roma 500 de igual peso. Mas creció este lujo en tiempo de los emperadores, y un esclavo de Claudio, tesorero de la Alta España, mandó hacer un vaso para el cual hubo necesidad de fabricar una fundicion á propósito, todo de plata pura, de 500 libras de peso, que se servia entre ocho platos de 100 marcos cada uno. Por aquel modelo mandó hacer otro Vitelio, que llamaba escudo de Minerva.

Tambien se complacian en tener lámparas y candelabros, muy diversos en forma y materia.

Peignot presenta un cálculo de los bienes de varios ciudadanos, segun los datos antiguos, y no obstante cuanto pueda decirse, ofrece, cuando no otra cosa, términos de comparacion.

Sila tenia por valor de. . . . . fr.	150.000,000
El cómico Roscio, por lo ménos.	20.000,000
El trágico Esopo.	5.000,000
aun cuando gastaba profusamente, tanto que en un solo banquete consumió 200,000 fr.	
Publio Casio el rico tenia en bienes raices. . .	60.000,000
y casi otro tanto en casas en Roma, en esclavos y ganados.	
Emilio Escauro, yerno de Sila.	80.000,000
Demetrio, liberto de Pompeyo, un capital de. .	19.000,000
El orador Hortensio ganó en la tribuna. . . .	20.000,000

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Corrupcion.

Leyendo las arengas de Ciceron, no causa tanta maravilla la corrupcion que de ellas se deduce, cuanto la desfachatez con que se hacía alarde de ella, y la impunidad con que se ostentó por tanto tiempo. De esas arengas resulta, que habia suegras que enamoraban á sus yernos y envenenaban á las hijas (1), y parientes que para deshacerse de los coherederos, los mataban ó los hacian condenar por los tribunales; que eran generales los amores incestuosos y contra la naturaleza; y muy comun la prevaricacion de los jueces y la infidelidad de los magistrados. Y cuando Ciceron descubria un largo catálogo de iniquidades, todavía se veía obligado á insistir para que los jueces tuviesen el valor de castigarlas.

Defendiendo á un jóven, acusado de crímenes cometidos con Clodia, no atiende tanto á negar el hecho cuanto á mostrarlo excusable, diciendo que la severidad de las costumbres hubiera sido acaso propia de los Camilos, de los Fabricios y de los Curios; pero á la sazon no solo habia desaparecido de la práctica, sino que apénas se leía en los libros, habiendo envejecido hasta el papel en que estaba descrita. « Ahora » (añade) los que exhortan á tomar el camino » derecho y fatigoso de la fama, se quedan solos » en las escuelas. Abandonando por tanto este » camino desierto y espinoso, concédase algo á » la edad; sea mas libre la adolescencia, y no » se niegue todo al placer: no siempre debe pre- » dominar aquella verdadera y recta razon; » déjese al contrario superar alguna vez por la » concupiscencia y el deleite, con tal que haya » moderacion;... y cuando la juventud se haya » doblegado al placer, y haya dado algun tiem- » po á los entretenimientos de la edad y á esos » vanos deleites de la adolescencia, vuelva al » cuidado de la hacienda doméstica, al foro y á » la república, para que lo que ántes no habia » aprendido á rechazar guiada por la razon, lo » rechace luego por saciedad, y lo desprecie por » experiencia (2). »

Al salir Milon desterrado despues de muerto Clodio, se llevó una buena parte de su riqueza á Marsella; el resto que se le confiscó para pagar las deudas, ascendia á. . . . . fr	18.000,000
Lúculo tuvo.	120.000,000
á su muerte, los peces del vivero de una de sus casas de campo fueron vendidos en. . . .	800,000
Salustio dejó.	60.000,000
Marco Antonio tenia por valor de.	120.000,000
Virgilio dejó.	1.937,424
todo producto de los donativos de Augusto. Por el *tu Marcellus eris* le mandó dar Octavia 52,000 francos.	
Augusto dejó.	200.000,000
En veinte años habia recibido por donativos ó herencias mas de 100.000,000.	
Apicio, célebre gastrónomo, tenia por valor de y cuando se vió reducido á 2.000,000 se mató por miedo de morir de hambre.	19.373,934
Se encontraron á Tiberio.	540.000,000
Calisto, liberto de Calígula, poseía.	40.000,000
Narciso, liberto, y luego secretario de Claudio, reunió.	50.000,000
Séneca el filósofo.	60.000,000
Plinio el jóven poseía.	20,000,000

(1) *Pro Cluentio.*
(2) *Pro M. Cœlio*, 18.

Si tan ancho era el precepto, ¡cuánto no debia abusarse al aplicarlo!

Grosería

De groseras costumbres ofrecen tambien indicio las indecorosas invectivas, como aquellas de Salustio contra Ciceron, y de este contra Calpurnio Pison, del cual dice entre otras mil infamias: « No se cuidará de presentarse en los » espectáculos; al banquete público vendrá (con » tal que no tenga que cenar con P. Clodio, su » amor), pero no por decoro, sino por solaz; » para nosotros estúpidos dejará los espectá- » culos, porque disputando suele preferir los » placeres del vientre á los deleites de los ojos » y de los oídos. Porque vosotros que lo creéis » solamente malvado, cruel, ladronzuelo unas » veces, y otras rapaz, sórdido, orgulloso, so- » berbio, falaz, pérfido, imprudente, temerario, » habéis de saber tambien que no hay hombre » mas libidinoso, disipado y desenfrenado que » él. No imaginéis en él sin embargo ningun » lujo; porque aun cuando este sea siempre vi- » cioso, hay no obstante una especie de lujo » conveniente á un hombre libre; pero en este » nada hay de laudable, de delicado, de exqui- » sito, ni siquiera de costoso, excepto sus li- » viandades; no usa cincelados, sino grandes » vasos de Plasencia, para no mostrar desprecio » á sus abuelos; mesa cubierta, no de ostras ni » peces, sino de carne trabajada: le sirven cria- » dos grasientos, algunos hasta viejos; el coci- » nero hace de portero; no hay horno en la casa » ni despensa; el vino y el pan se compran en » la taberna y al revendedor; los Griegos están » allí oprimidos alguna vez hasta cinco en un » lecho, alguna vez mas, y él enteramente solo, » y allí se atraca miéntras el tonel contiene algo, » y cuando oye cantar al gallo, cree que ha re- » sucitado su abuelo (1), y ordena quitar las » mesas. »

Y sin embargo, Ciceron era conocido por lo modesto y templado de sus discursos (2). Por su virtud severa, era muy alabado Bruto, el matador de César, y no obstante prestaba dinero á los reyes de Oriente y á los países súbditos de Roma al cuarenta y tres por ciento, valiéndose con frecuencia para esto del nombre de un tal Escapcio, el cual con sus crueldades sostenia la enorme usura. Cuando Apio, suegro de Bruto, gobernaba á Chipre y la Cilicia, obtuvo Escapcio fuerza de caballería para obligar á los magistrados de Salamina á encontrar el modo de cubrir la enorme deuda; y protestando ellos no hallar cómo, los tuvo encerrados de tal suerte que muchos perecieron de hambre. Ciceron, que le sucedió en aquel gobierno, refrenó estas atroces maneras, y sin embargo interpuso Bruto la mediacion de Atico para que obtuviese de aquel una partida de caballeros á fin de renovar la escena; y aun le escribió él mismo con bastante arrogancia (3), sin disimular que inte-

(1) Era Galo de nacion.
(2) « Si meam, cum in omni vita, tum in dicendo moderationem modestiamque cognostis... » Philipp. II, 5.
(3) « Ad me autem, etiam cum rogat aliquid, contumaciter,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

reses y capital eran suyos, no de Escapcio (1).

Verdad es que estas iniquidades se ejercian contra extranjeros, contra vencidos. Viene despues Vérres, vienen las increibles maldades de sus amigos, uno de los cuales, acogido hospitalariamente á cenar por un venerable ciudadano, de sobremesa le pide en su cara que le lleve á su única hija, y resistiendo este á la torpe violencia, se originó de aquí un asesinato; y los ciudadanos no se atrevian á castigar al insultador. Luego Marco Antonio, sin ceremonias, llevó una colonia á Casilino para suplantar á la que primeramente estaba establecida; invadió las heredades de muchos; fingió haber comprado otros muchos bienes en subasta que ninguno habia oido pregonar, y desde la hora de tercia hasta muy avanzada la noche, pasaba el tiempo en cenas y borracheras, jugando, bebiendo, vomitando y volviendo á beber entre bardajes y meretrices.

Antonio, su hijo mayor, daba de cenar á diferentes sabios, complaciéndose en oirlos confundirse uno á otro con sutiles argumentaciones. Filótas, médico de Anfriso, propuso este concepto: *Hay cierta fiebre que se extingue con el agua fria; quien tiene fiebre tiene cierta fiebre; luego el agua fria es buena para quien tenga fiebre.* Tan grosero paralogismo dejó mudos á sus opositores, y Antonio quedó tan admirado, que mostrando á Filótas un armario lleno de vajilla de plata, le dijo: *Todo es tuyo.* El médico le dió las gracias, pero creyéndolo una broma de hombre ebrio, se marchó sin tocar nada de aquella inmensa riqueza. Poco tardó en llegar á su casa un oficial con esclavos que conducian la plata, y excusando Filótas recibirla, como un don excesivo, le añadió aquel: *¿ No sabes que el donador es hijo de aquel Antonio, que pudiera regalarte otra tanta vajilla de oro? Ántes bien, yo te aconsejaria que prefirieses el valor en efectivo, porque puede haber aquí alguna pieza que por su antiguedad ó por la excelencia de su trabajo sea predilecta de Antonio* (2).

Verdaderamente podia decirse que eran las cenas la mitad de todos los placeres romanos: los triunfos terminaban con el banquete; con el banquete los sacrificios; mas bien cocineros que sacerdotes eran los Septenviros epulones y los Ticios; el que iba de viaje daba la cena *viática*; á la llegada de un amigo se disponia la cena *adventoria*; la *capitolina* para honrar al padre de los dioses; la *cereal* en accion de gracias por la próspera cosecha; la *libera* para celebrar la emancipacion de un esclavo; la *triunfal* con ocasion de los triunfos; la *fúnebre* en la muerte de los patronos ó de los parientes. El filósofo Selio decia que solamente eran buenos los convidados agradables é instruidos; pero predicaba en desierto. Gustaba oir á Varron afirmar que en un banquete se requerian personas de bello aspecto, de grata conversacion, no mudas ni habladoras, limpieza y delicadeza en los manjares, y tiempo sereno: pero entretanto, echados tres á tres en blandísimos lechos de preciosa madera, se recreaban los hijos de Dentato en el elegante triclinio, donde telas tejidas por esclavas espartanas y teñidas de doble púrpura, alfombras orientales (1), cortinas y tapicería del país de los Seres y de los Persas, impedian el aire, el polvo, y el contacto del suelo; exhalándose de vasos de oro una suavidad de mil esencias, que dominaban el sencillo olor de las flores que en guirnaldas ceñian la frente de los convidados.

En la mesa triangular se ponian los mas exquisitos y delicados manjares que la naturaleza puede suministrar y el arte del cocinero sibarita hacer mas apetitosos: ostras del lago Lucrino; pavos reales que introdujo primero el orador Hortensio, y que se presentaban cocidos y sin embargo vestidos con sus espléndidas plumas; esturiones del Po en competencia con los blancos lobos del Tíber, con los cabritos dálmatas y con los javalíes de Umbría. Las orillas del Fasi, las selvas de Jonia y de Numidia tributaban preciosa caza; los senos del Adriático contribuían con los salmonetes de á tres libras, y los meros de un siglo; la Siria daba los dátiles, ciruelas el Egipto, Pompeya las peras, Tarento y Venafro las aceitunas, Tívoli las manzanas, y á veces á son de flauta conducian los siervos ó variedades raras de lagoe y de cigüeña, ó un cerdo entero relleno de centenares de pajarillos.

Mas rápidamente giraban entónces las profundas copas, llenas de espumoso vino de Masico ó Falerno, ó madurado en las peligrosas islas del Archipiélago, y era mas aplaudido el que mas bebia. Los epulones, sombras de los convidados, estaban detras de sus lechos esperando las sobras, ó recomponiendo las coronas que se caían de los cabezas embriagadas, ó llevándolos del brazo cuando se dirigian al vomitorio para preparar nuevo lugar á nuevas viandas. Cantantes y músicos recreaban á los comensales; despues se sustituyeron aquellos con mímicos, cómicos y gladiadores que frecuentemente salpicaban con su sangre las deliciosas viandas.

Pronto se adoptaron las cocinas vastas como palacios (2), las bodegas con trescientas mil án-

arroganter, ἀκοινωνήτως solet scribere. » Cic. *ad Att.* VI, 1. — « Omnino (soli enim sumus) nullas unquam ad me litteras misit Brutus, in quibus non inesset arrogans, ἀκοινώνητον aliquid. » 3.

(1) El hecho se deduce de la primera carta del libro VI de Ciceron á Ático; Ciceron vuelve á hablar de él en la 21 del V, y 2, 3 del VI.

(2) Plutarco *en Ant.*

(1) Metelo en la acusacion contra Caton dice que se habian vendido hasta en ochocientos mil sestercios los tapices de Babilonia para los lechos de mesa. Á Neron costó uno cuatro millones de sestercios.

(2) Una inscripcion hallada por Akerblad en Palestina habla de una cocina de ciento cuarenta y ocho piés de larga:

M. SAVFEIVS M. F. RVTILIVS C. SAVFEIVS C. F. FLACVS CVLINAM F. DE S. S. . EISDEM Q. LOCVM EMERVNT DE L. FONDEIO. L. F. PVBLICVM EST LONGVM P. CXLVIIIS LATVM AB MVRO AD L. FONDEI. VORSV P. XVI.

« Marco Saufeio Rutilio, hijo de Marco, C. Saufeio Flaco

(c) Instituto Cervantes de Madrid

foras (1), banquetes cada uno de los cuales costaba millares de francos. Cebaban las morenas con carne humana para que fuesen mas delicadas (2); un plato solo llegó á costar diez mil sestercios; pájaros no preciosos sino por su rareza y por su melodioso canto, se presentaban á excitar, no el apetito, sino las embotadas sensaciones de los Lúculos, de los Apicios y de los Crasos; la mujer de este último daba de beber á sus amantes disueltas las perlas que su marido le habia traído de Oriente; Apicio hizo crecer las lechugas regándolas con leche; y dió gran fama al comandante Octavio el haber llevado de la Troade algunos bajeles cargados de escaros, y haberlos echado en las costas de la Campania (3). Lúculo tenia mesas dispuestas para recibir á los huéspedes mas glotones, aunque llegáran de improviso; gastaba doce mil sestercios en las cenas ordinarias, y le bastaba indicar que aquel dia se iba á cenar en la sala de Apolo, para que el cocinero le presentase un banquete de cuarenta y cinco mil francos. Hortensio fué llamado rey de las causas en el foro, rey de las mesas en los convites, y al morir dejó diez mil toneles de vino superior. Marco Antonio escribia el panegírico de la embriaguez. « Los maestros de la gula, dice una » antigua oracion (4), califican de mezquina la » mesa si cuando uno está á punto de saborear » un manjar no se le quitan de delante sustituyéndolo con otro mas abundante y apetitoso; » reputan de buena educacion el gasto y la saciedad, y enseñan que no se debe comer entero como no sea el papafigo; que es miserable » el banquete cuando los volátiles no son tantos » que puedan saciarse los convidados comiendo » únicamente la extremidad de los muslos, y » que no tiene paladar el que come pechuga de » aves. » Se promulgó una ley para reprimir el exceso de las mesas, pero fué en vano, como todas las suntuarias: se decretó que las comidas se verificasen en los vestíbulos, expuestos á la censura oficial, y llegó á hacerse vanidad de violar públicamente las leyes, y merecer la multa.

Mujeres. Los Romanos amaron siempre sin delicadeza (5), y se casaron sin amor; y el censor Metelo Numídico decia delante del pueblo: *Si la naturaleza hubiera sido tan liberal con nosotros que nos hubiese dado la vida sin necesidad de mujeres, estaríamos libres de una compañía muy importuna*, y añadia que debia considerarse el matrimonio como el sacrificio de un placer particular á un deber público (1). Las mujeres, así despreciadas, no nos suministran mejor argumento en favor de la honestidad, pues que para una Cornelia, venerable madre de los Gracos, y para la excelente Octavia, hermana de Augusto y mujer de Antonio, tenemos en la historia una Servilia, esposa de Lúculo, repudiada por su disolucion; la hija de Sila y mujer de Milon, cogida por este en flagrante delito con el historiador Salustio, el cual fué castigado con azotes y con una gran multa. Caton repudia á una mujer por deshonestidad, y cede la otra por hacer dinero; Tuliola, hija de Ciceron, dió lugar á que se sospechase que habia tenido relaciones hasta con su padre; Mucia, mujer de Pompeyo, hermana de los dos Metelos, era una libertina; Sasia, que se habia apasionado de su yerno, lo indujo á repudiar á su hija, se excedió hasta el punto de matarla, é hizo vida marital con aquel; la hermana de Clodio, soltera aun, cometió incesto con su hermano; esposa luego de un Metelo, vivió en lúbrica intimidad con Celio, á quien prestaba dinero; temiendo despues ser envenenada por este, lo citó á juicio, donde se revelaron públicamente sus impurezas, y el ejercicio de natacion que habia dispuesto en sus jardines para elegir entre la juventud que á ellos acudia. Marco Antonio llevó por Roma en triunfo en su propio carro á Citéride, resto de lupanar. Fulvia, hija de aquel Flacco, cuyos delitos mancharon la causa de los Gracos, no quiso amores vulgares, sino mandar á quien mandaba: se casó con Clodio, deforme; pero arrogante y malvado, y que le dió su mano por obtener sus riquezas: asesinado este, se casó con Curion, fastuoso y muy disoluto, llamado por Marco Tulio la niña Curion, y perpétuo perturbador de la tranquilidad: muerto este tambien, dió la mano á Marco Antonio II, se hizo agente y consejera de sus crueldades, asistió al suplicio de trescientos oficiales que Antonio mandó matar en su tienda, y ejerció crueldades con la cabeza de Ciceron Estando ella presente en casa de Gemelo, varon tribunicio, se dió una cena al cónsul Metelo y á los tribunos, donde se cometieron las acciones mas nefandas de lupanar, y se prostituyó al noble adolescente Saturnino (2).

Se podria sacar fácilmente de los poetas eróticos la historia de las artes del placer, en que eran maestras las hermosas romanas (3). De-

hijo de Cayo, por sentencia del Senado se dedicaron á construir una cocina, y compraron este sitio público Lucio, hijo de Lucio Fondeio, cuyo lugar tiene ciento cuarenta y ocho piés y medio de largo, y diez y seis de ancho desde el muro hasta el de Lucio Fondeio. »

(1) Horac., *Satir.* 3.

(2) Tantas y tan várias calidades de peces criaban algunos en los viveros, que tenian nomenclatores á propósito para distinguirlos y saber el nombre, al cual dicen que algunos estaban enseñados á acudir.

Natat ad magistrum delicata muræna,
Nomenclator mugilem citat notum,
Et adesse jussi prodeunt senes mulli.

Marcial X, 30; y en general Meursio, *De luxu Romanorum.*

(3) Plinio, IX, 17.

(4) En Aulo Gelio, XV, 8.

(5) Amor en su lengua significa libertinaje. Dion (LXI. 4) dice que Neron daba banquetes, se embriagaba y amaba. Corria como proverbio « Sine Cerere et Baccho friget Venus. » Ya se sabe lo que es el *Ars amandi* de Ovidio.

(1) Gelio, I, 6.

(2) Val. Max. IX. — Ciceron, aquel hombre gravísimo, como era, describe un banquete al que fueron invitados él, Atico, y otros principales, y con ellos la meretriz Citéride: « Non mehercule suspicatus sum illam affore, sed tamen ne Aristipus quidem ille socraticus erubuit, cum esset objectum haberet eum Laida. » *Ad fam*, IX, 26.

(3) Böttiger, *Sabina, ó La mañana de una dama romana.* Leipzig, 1806 (en aleman).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

noche se cubrian la cara con pasta formada de miga de pan y de leche de burra. Largas horas empleaban las esclavas encargadas de emblanquecer, hermosear y alisar el cútis de la señora, reponerle los dientes, teñirle segun la moda de negro ó de rojo las cejas y los cabellos, ó acomodarle la cabellera procedente de allende el Rhin, ó que habia crecido en la cabeza de una esposa sicambra (1). Una le rizaba el cabello, otra acomodaba las flores ó los alfileres; ¡pero desgraciada de ella si al mirarse la dama al espejo de tersa plata hallaba mal reparados sus defectos ó mal realzadas sus bellezas! No solo se valia de arañazos y bocados, sino que tenia á la mano un alfiler con el cual heria el desnudo seno de la torpe adornadora; ó alguna vez ordenaba al esclavo encargado de los castigos (*lorarios*) que colgase á la infeliz por los cabellos, y la azotára hasta que la encolerizada ama dijera *basta*. Ovidio, maestro é historiador de estas malvadas galanterías, aconseja á las damas que no se dejen ver de sus amantes en estos accesos de ira, á fin de que no pierdan su belleza, y por consiguiente el amor.

Pero ya está alisada y perfumada; ya están cortadas las uñas, lavadas las manos en leche, y enjugadas en los cabellos de un elegante pajecillo: pónese el traje uniforme de matrona, de blanca lana, con las franjas al borde de oro ó de púrpura, guardando las túnicas de color para cuando le ocurra el deseo de salir de noche por las calles de Roma, donde los jóvenes la toman por emancipada ó meretriz. Ostenta tambien las piedras preciosas robadas á las reinas extranjeras, y que hacen que una sola mujer lleve encima un patrimonio entero; y lleva cargados de anillos todos los dedos, excepto el de en medio, variados segun las estaciones, tallados por los mas insignes artífices, y comprados acaso á precio de la honestidad (2); en seguida, envuelta en el manto, sale conducida en litera por ocho robustos esclavos que ella misma ha escogido en el mercado; otros dos la preceden corriendo; dos esclavas llevan á los lados los abanicos de cola de pavo real, y dos pajes detras los almohadones. Así se dirige la dama al punto de sus citas, á visitar á sus amigas ó amantes, á los juegos de los gladiadores; y aquella mano, cuyas suaves caricias cantaron Cátulo y Propercio, indica al vencedor que debe degollar al vencido, ó en las lúbricas cenas (3) se presta á goces furtivos, miéntras el connivente marido calcula el oro prometido á su silencio por el mercader español, generoso comprador de la infamia (1).

¿Es posible que con tales mujeres subsistiesen con cariño los vínculos de familia? Nada, pues, tan comun como el divorcio, hasta por causas muy ligeras; no solo ofrecian causa para él la esterilidad, los litigios con la nuera y la impudicicia, sino que Paulo Emilio repudió á su mujer, sin alegar otro causa mas que la de haber sido ofendido por ella (2); C. Sulpicio Galo se separó de la suya porque salió con la cabeza descubierta; Q. Antistio Veter porque habló en secreto con una liberta vulgar; P Sempronio porque fué á los juegos sin su conocimiento (3); Ciceron repudió á Terencia despues de treinta años de consorcio, porque necesitaba un nuevo dote con que pagar las deudas; y á Publia porque pareció regocijarse de la muerte de Tuliola (4). Esta misma Terencia tuvo cuatro maridos; Tuliola tres, y el último, Dolabela, la repudió embarazada. Bruto, el virtuoso Bruto, despidió á Claudia para casarse con Porcia, y Ciceron, á quien pidió parecer, le aconsejó que se casára cuanto ántes para acallar las habladurías del vulgo, y mostrar que no lo hacía por seguir la corriente, sino por unirse á la hija del sabio Caton. Un famoso gastrónomo estuvo á punto de repudiar á la suya, porque en momentos críticos visitó la bodega y temia que el vino se agriase (5). C. Titinio de Minturno se casó expresamente con la disoluta Fannia para repudiarla despues como impúdica, y gozar su dote (6), en lo cual no pocos lo imitaban. Con mas frecuencia aun se separaban de comun acuerdo y sin ninguna razon (7), ó por haber contraido ya empeño con otros. César tuvo tres mujeres, Pompeyo cuatro, Augusto otras tantas, y cinco ó seis cada miembro de su familia; y habia mujeres que contaban los

(1) Nunc tibi captivos mittet Germania crines,
Culta triumphatæ munere gentis eris.
O quam sæpe, comas aliquo mirante, rubebis,
Et dices: Emta nunc ego merce probor.

OVID. *Am.* I, 14

Toda aquella elegía es para desaprobar á la amiga por su ostentoso adorno.

(2) Quid juvat ornato procedere, vita, capillo,
Et tenues coa veste movere sinus?
Aut quid orontea crines perfundere myrrha,
Teque peregrinis vendere muneribus?
Naturæque decus mercato perdere cultu?

PROPERCIO, I, 2.

(3) La elegía cuarta del libro 1º de los *Amores* de Ovidio, prescindiendo de sus obscenidades, da bastantes noticias de los usos en los banquetes de entónces; en esta elegía, aconsejando á su amante cómo debe conducirse en un banquete al que asiste tambien su marido, dice:

Cum premit ille torum, vultu comes ipsa modesto
Ibis ut adcumbas; clam mihi tange pedem....
Cum tibi quæ faciam, mea lux, dicamve placebunt,
Versetur digitis anulus usque tuis.....
Nec premat impositis sinito tua colla lacertis:
Mite nec in rigido pectore pone caput..... etc.

(1) Et incestos amores
De tenero meditatur ungui:
Mox juniores quœrit adulteros
Inter mariti vina, neque eligit
Cui donet impermissa raptim
Gaudia luminibus remotis.
Sed jussa coram non sine conscio
Surgit marito, seu vocat institor,
Seu navis hispanæ magister
Dedecoris pretiosus emtor.

HORACIO.

(2) PLUT. en *P. Emilio*.
(3) VAL. MAX., VI, 3,10.
(4) PLUT. en *Cic.*
(5) PLINIO, VII, 15.
(6) PLUT. en *Mario*.
(7) « Paulla Valeria divortium sine causa, quo die vir e provincia venturus erat, fecit. Nuptura est D. Bruto. » CIC. *Ad fam.* VIII, 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

años por los maridos, no por los cónsules (1).

Si nos ha maravillado ver á los Atenienses conducir sus hijos y mujeres á refinar su educacion á casa de las Aspasias, no menor maravilla debe producirnos el ver á las matronas romanas proteger á las meretrices, y tener en sus casas á las que corrompian á su maridos y á su prole. *Las señoras*, exclama una de estas desgraciadas en Plauto (2), *quieren que seamos siempre sus dependientes, que siempre las necesitemos; pero la que va á buscarlas, desearia no haber ido. En público nos acarician; en secreto nos mueren porque somos libertas.*

De esta última voz nació el nombre de libertinaje, precisamente porque libertas eran por lo general las meretrices (3). Consecuencia de la servidumbre doméstica; porque cuando una esclava ó con su peculio ó por favor de los amos habia adquirido la libertad, se hallaba en la miseria, acostumbrada á las comodidades de la casa de su señor, y ya encaminada por mal sendero por la obediencia ó la especulacion; por tanto, empleaba sus gracias, y la habilidad del canto y del sonido en agradar á muchos amantes. Así se abria otra sima donde se hundian los bienes de los hijos de familia (4), y los despojos que llevaban los soldados de las naciones vencidas. Con estos tributos, las cortesanas, que se distinguian de las demas mujeres por su traje mas corto (5), ostentaban mantos suntuosos de mil formas y nombres (6), y los amantes se arruinaban por saciar su avaricia y por obtener de ellas la promesa escrita de fidelidad por un tiempo determinado, faltando á la cual las citaban ante los tribunales correccionales (7).

(1) « Numquid jam ulla repudio erubescit, postquam illustres quædam et nobiles feminæ non consulum numero, sed maritorum annos suos computant, et exeunt matrimonii causa, nubunt repudii? » SÉNECA, *De benef.*, III, 26.

(2) . . . . Summates matronæ. . . .
Suarum opum nos volunt indigentes;
Nostra copia nihilo volunt nos potesse
Suique omnium rerum nos indigere,
Ut sibi sumus supplices. Eas si adeas.
Abitum quam aditum malis : ita nostro ordini
Palam blandiuntur : clam, si occasio usquam est,
Aquam frigidam subdole suffundunt. . . .
Quia nos libertinæ sumus.

Cistelaria I, 1, 31.

(3) Tutior at quanto merx est in classe secunda,
Libertinarum dico.

HORACIO.

(4) Ut quondam Marsœus amator originis ille,
Qui patrium mimæ donat fundumque laremque.

HORACIO.

(5) Horacio las llama *togatæ*, Satir. 1, 2, 63, 82; y Ovidio *ex Ponto*, III, 3, 51, dice :

« Nec villa pudicos.
Crines alba tegit, nec stola longa pedes.

(6) Quid iste quæ vesti quot annis nomina inveniunt nova :
Tunicam rallam, tunicam spissam, linteolum cæsicium,
Intusiatam, patagiatam, caltulam aut crocotulam,
Supparum aut subnimium, ricam, basilicum, aut exoticum,
Cumatile aut plumatile, cerinum aut melinum; gerræ
Maxumæ!
Cani quoque etiam ademtum'st nomen... vocant Laconicum,
Hæc vocabula auctiones subigunt ut faciant viri.

PLAUTO, *Epidicus*, II, 2, 42.

(7) PLAUTO en la *Bacchis* y en la *Asinaria* cita un proceso ante los Tres capitales (« Ibo ad tres viros, vestraque ibi nomina Faxo erunt ») para hacer que se cumpliese la promesa escrita de fidelidad por un año :

Ne a quoquam alio acciperes mercedem annuam
Nisi ab sese. . . . . .

Bacch. fragm.

Agedum, istum ostende quem conscripsisti syngraphum
Inter me et amicam et lenam.

Asin. IV, 1.

Para el que crea que el poeta umbrío se referia solamente á una costumbre griega, está Ovidio, que dice haber asistido á un jóven (« aderam juveni ») que citaba (« jamque vadaturus ») por igual razon á la amiga, y ya tenia en la mano el libelo (« duplices tabellæ ») cuando su vista lo desarmó, y concluye :

Tutius est, aptumque magis discedere pace,
Quam petere à thalamis litigiosa fora.
Munera quæ dederis, habeat sine lite jubeto.

Remed. am. 669-671.

Los cuidados con que hoy se prepara una gran cantatriz, se empleaban entónces para formar una cortesana; y habia compañías de empresarios que gastaban grandes sumas para educar é instruir á una de estas, que si sobresalia podia reintegrar el decuplo de lo gastado.

Pero las cortesanas romanas no poseían la exquisita cultura de las griegas, si bien eran con mucho superiores á las matronas, estando las unas destinadas á engendrar héroes, y las otras á deleitarlos. Bajo los pórticos en que abundaba Roma, cubiertas las matronas con la túnica y envueltas en la bata (1), con la cabeza velada pasaban rodeadas de guardianes y siervas que alejaban la muchedumbre; los lictores, que abrian calle delante del cónsul, no podian tocarlas; si iban en carro, aquel era como un asilo para el marido que las acompañaba. La cortesana, por el contrario, caminaba con aquel paso vivo que revela el arte, dejando que la flotante túnica descubriese las ocultas bellezas, acompañada de mujeres ancianas, las cuales se apartaban al aproximarse jóvenes afeminados con toga elegante y cargados de anillos y aromáticos perfumes, y con la cara adornada de lunares. Si se paseaba por la via Apia, el paseo mas concurrido de entónces, miéntras las matronas marchaban lentamente en literas descubiertas, á cuyo lado un esclavo jóven agitaba el aire y espantaba los insectos con el abanico de cola de pavo real, ella por el contrario, guiando por sí misma los caballos, atravesaba el paseo á la carrera, acompañada de su amante, á quien parecia que llevaba en triunfo. Cortesanas.

La mayor parte habian nacido esclavas, y habian sido por su belleza elegidas y exentas de los trabajos fatigosos y degradantes. Una educacion esmerada las hacía mas aptas para agradar con el baile, con el canto y la literatura, por lo que adquirian un aumento de precio, que recompensaba de su trabajo á los especuladores; y fácilmente conseguian de cualquier amante el don de la libertad. Distinguíanse por eso de las venales de calle; y el visitarlas no deshonraba á los jóvenes, ni aun á los hombres graves. Su conversacion daba aquel refinamiento que no se podia adquirir en los círculos domésticos, de los cuales estaban excluidas las

(1) HORAC., Sat. 1, 2, 89.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mujeres. Iban siempre acompañadas; tenian un predilecto (*vir*), al cual debian de engañar para tener otros amantes, y los misterios religiosos consagraban hasta cierto punto su disolucion..

Los hombres cansados de su familia buscaban distraccion de los tumultos civiles y de la incertitumbre del porvenir, no en la tranquila alegría del hogar, sino en placeres borrascosos, junto á una mujer que habia sido de otros, y podia serlo al siguiente dia tambien. La existencia de una clase entera destinada á la infamia y al deleite facilitaba todas las torpezas; y los amores masculinos eran comunes con los esclavos y luego lo fueron hasta entre los libres (1). Ademas el célibe ejercia una especie de soberanía (2) sobre otra raza desconocida de los siglos modernos, los cazadores de testamentos. No habia vileza á que estos no descendiesen para captarse la voluntad del anciano sin herederos; secundaban sus caprichos; alababan hasta su belleza; aplaudian sus majaderías; se burlaban de sus enemigos; le prostituían sus mujeres; suplicaban en público á los dioses por su salud, y en secreto por su muerte. ¿Qué extraño por tanto que pareciese excesivo un yugo tan fácil de sacudir, y que el celibato vicioso fuese una plaga contra la cual en vano intentáran poner remedios los legistadores?

Expósitos. No se crea, sin embargo, que fuese una carga la educacion de los hijos, porque se exponian con una facilidad y una impudencia semejantes á la de Rousseau. Esta era otra de las gangrenas de una sociedad cuyo barniz admiran muchos. Esparta tenia un baratro en el Taigeto, adonde arrojaba los niños contrahechos, y por atroz mofa lo llamaba el depósito (3). Tébas vendia los expósitos en provecho del Estado (4), haciéndolos así esclavos, lo cual no sé si era mejor que darles muerte. Entre los mismos Hebreos, los niños que se hallaban bajo un árbol, junto á una ciudad, en el recinto de una sinagoga, envueltos en pañales y circuncidados, se conservaban como bastardos inciertos; pero si se hallaban suspendidos de las ramas, léjos de la ciudad y del templo ó en el camino, eran como ilegítimos, excluidos de la ciudadanía hasta la sexta generacion. En Grecia se construían á propósito para este objeto ciertos vasos de barro en forma de conchilla; entre los Romanos cestos de mimbre (*corbem supponendo puero*); y cuán extendido estaba entre ellos el uso de abandonar á los niños recien nacidos, lo demuestra el hecho de ser siempre el enredo de las comedias el reconocimiento de un niño expósito Terencio, el amigo de los cultos Escipiones, hacía decir por un padre á la mujer, al descubrir una hija suya, abandonada veinte años ántes: *¡Si hubieras procedido como yo!... Era menester matarla, no fingir una muerte que le dejaba la esperanza de vivir.*

El Cristianismo era el primero que debia pensar en los expósitos, y cuando aun estaba perseguido, vengarse á su modo mejorando á sus perseguidores.

Entretanto, las leyes debian suplir aunque malamente á las costumbres; una prohibia las intrigas (1); otra la venalidad de los oradores (2); otra el sorprender los testamentos (3); otra las violencias causadas al pudor de una persona libre (4): leyes que revelan el vicio, pero que no inspiran confianza en el remedio. Los reglamentos mismos vienen luego á demostar la creciente inmoralidad: la ley Mummia suprimió la marca que se ponia á los calumniadores; la Gabinia sustituyendo el voto secreto al público, dió mas facilidad para venderlo; la Viaria añadió el vestido á los acostumbrados estipendios militares.

La virtud se reducia á despreciar los atractivos del oro y de los placeres cuando se trataba de la patria, á idolatrar en medio de una insensible altanería una libertad que ya no era posible despues de tantas turbulencias intestinas, de la insuficiencia de las leyes y de la inutilidad de los medios ilegales inventados para suplirlas. Tal era la virtud de Caton y Bruto y algunos mas, laudables sí por el vigor de su ánimo, raro en medio de tanta postracion, pero que de nada sirvieron, y frecuentemente perjudicaron como sucede á los exagerados, estableciendo como supremo estudio de la vida el saber perderla sin temor. Entónces en efecto principiaron á ser frecuentes los suicidios, cuyo número se aumentó despues desmedidamente; fomentándolos por una parte la secta estóica, y por otra la horrible idea de sobrevivir á una derrota que exponia á los insultos del vencedor, á la pompa de un triunfo, y luego al hierro de un verdugo. Así habian perecido muchos reyes extranjeros, y el Romano se gloriaba de saber librarse de aquella ignominia, de tener á mano el medio de emanciparse y de sustraer la parte mas noble de sí mismo del imperio de quien tenia oprimido su cuerpo. La ley misma concedia á los acusados la facultad de matarse ántes de que se pronunciase la sentencia que habia de confiscar sus bienes é infamar su memoria. La frecuencia de los suicidios excitaba á otros con el contagio del ejemplo y con el atractivo de poder, en el momento que á cada uno convenia, terminar la vida ántes de sufrir los males con que la Providencia nos prueba y perfecciona.

Religion. Porque ¿quién creía ya en la Providencia? La religion, que tambien entre los Romanos habia

(1) J. F. Christius, *Hist. legis Scatinæ*. Halæ magdeburgicæ, 1727.

(2) « Dives regnum orbæ senectutis exercens. » Seneca *ad Marciam*, 19.

(3) Distinguíase ademas el ἀποτὶθεσθαι, ó sea abandonar á un hijo á fin de que pereciese, del ἐκτίθεσθαι, ó exponerlo por no tener con qué alimentarlo.

(4) En Rusia, en los establecimientos de Catalina se dedicaba á los niños expósitos á profesiones liberales; no se les equiparaba con los siervos de las provincias esclavas. Pero en un *ukase* de agosto de 1837 el emperador Nicolás declaró que fuesen *propiedad* del Estado.

(1) *De ambitu*, del año 179 á. C.
(2) *Lex Cincia*, del año 175.
(3) *Lex Voconia*, del año 169.
(4) *Lex Sextinia*, del año 123.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

consistido, aun desde el principio, en el temor de los dioses mas bien que en un sentimiento real de piedad, no tenia ya fuerza sino como una práctica del Estado. Seiscientas y mas religiones se toleraban en Roma, lo cual quiere decir que ninguna era creida. La misma dignidad de las vestales, un tiempo ambicionada por las primeras familias, no pudo encontrar novicias sino es por medio de la ley, habiendo prescrito la ley Papia que eligiese el pontífice los doncellas que habian de entrar en suerte para consagrar á Vesta su involuntaria virginidad. Pero si por religion entendemos un conjunto de doctrinas y sagradas tradiciones aplicadas por reglas de ceremonias y por precisos deberes, y una enseñanza moral, no la habia en Roma. Los grandes hombres eran filósofos, lo que queria decir incrédulos; se juzgaban las acciones segun los dogmas de las escuelas; por consecuencia, á los dioses inmortales casi no habia quedado lugar alguno mas que en las exclamaciones. César habia dicho en pleno Senado que despues de la muerte nada habia: Ciceron sostenia, segun la ocasion, la inmortalidad del alma, ó que en la tumba concluye el hombre: Horacio se prometia no morir enteramente, pero no hacía relacion mas que á la fama de sus obras.

Libres del religioso temor de los dioses, se precipitaban los Romanos en las supersticiones; y si Cicieron dedicó un tratado á propósito (*De divinatione*) para refutarlas, en cambio habia muchos entre la gente culta que daban crédito á la astrología y á los sueños. Publio Nigidio Fígulo, sumo personaje de entónces, equiparado por Aulo Gelio con Varron, y considerado como un portento de saber (1), muy amigo de Ciceron, que lo llama doctísimo y santísimo (2), estaba instruido en todas estas vanidades, y las ejercia en beneficio del público y de los particulares (3). Y aunque creemos que el preocupado Plutarco exageró al exponerlas, se nos oprime el corazon al ver en este las resoluciones de los hombres mas ilustres, la decision de los acontecimientos capitales, la fortuna de los ejércitos y de los pueblos fiados á la ligereza de un sueño, á la impostura de un augur, á la observacion de un fenómeno natural.

Las doctrinas de Epicuro, que Fabricio habia deseado se practicasen siempre por los enemigos de Roma, se habian introducido en ella, no para dar materia á ociosas disputas de escuela, sino llevadas al exceso por la energía propia de la nacion, y proponiendo por primera ley el gozar lo mas que se pudiese, y evitar afanes y pesares. El muelle reposo en las ciudades, en los baños, en las fiestas, era el afan de los mas: el estudio de la milicia estaba no solo abandonado (4) sino aborrecido hasta el punto de que se mutilaban los jóvenes para librarse de ella: la juventud se deleitaba en los bajos placeres del estómago (1); así es que Milon daba las gracias á Marco Tulio porque no habia recitado su defensa, pues de otro modo no comeria barbos en Marsella, y los patricios compañeros de armas de Pompeyo, en la última lucha de su causa, se quejaban de que no comerian aquel otoño los higos de Túsculo.

Creencias, instituciones, costumbres, eran las raíces por las que se alimentaba la naciolidad, fundamento del edificio social de Roma: y todas habian perecido, no dejando mas que una inquieta poltronería, una inmensa depravacion, una esclavitud, ó enmascarada ó descubierta, pero universal. « No hay duda, » dice un filósofo profundo y erudito, « que despojando la historia romana de las fastuosas máximas y de los lugares comunes de la sabiduría política, para examinar sus pormenores desnudos y con sus caractéres distintivos, todo hombre de corazon debe sentirse sobrecogido de horror y de disgusto ante un cuadro de tan trágica verdad, porque los Romanos colmaron la medida, gigantes hasta en la depravacion de las costumbres; de tal manera que la de los Griegos, en comparacion de licencia tan desenfrenada, no parece mas que el primer paso do un jóven en la pendiente de la corrupcion (2). »

Ático

Entre los mejores de aquellos patricios se cuenta Pomponio Ático. De buena casa, educado esmeradamente. se propuso por fin la tranquilidad, y por medio de alcanzarla el mantenerse alejado de los negocios públicos. Pero cuando la república peligra, el abandonar los negocios á los malvados, ¿ es virtud ó egoísmo? Ático por tanto, ya viviese en Aténas ó en Roma, se mantenia amigo de las diferentes facciones, y socorria generosamente de sus bienes á los desterrados y los proscriptos; lo amó Sila, le amaron Casio y Bruto, no ménos que César, Octaviano y Antonio; mantenia la balanza entre Hortensio y Ciceron; no acusó á ninguno; pero jamas patrocinó á ninguno; ayudaba con dinero á los que seguian á Pompeyo, pero él no lo seguia; no concedió favor á Bruto miéntras estaba en auge, y lo socorrió con dinero cuando estuvo caído, cuando era piedad, no contribucion. Sin adular á Antonio poderoso, socorria á sus partidarios y á su mujer cuando estaban necesitados. Para consolar á la aristocracia romana que sucumbia, escribió la *Historia de las familias ilustres*, como la escribió el presidente Henault en honor de la amenazada nobleza francesa (3). Tranquilo en la república,

(1) « Varro et Nigidius scientiarum culmina. » A. GEL. XIV, 19.
(2) *Ad fam.* IV, 13.
(3) LUCANO; CICERON en el *Timeo*, S. AUGUSTIN, *De civ. Dei.*, I, 3.
(4) « Quid nunc vobis faciendum est, studiis militaribus apud juventutem obsoletis? » CICER. *pro Fontejo*, 18.

(1)
Romana juventus
Non veneris tantum, quantum studiosa culinæ.
HORAC.

(2) F. SCHLEGEL, *Filosofía de la historia*, lec. IX.
(3) Las familias, ó razas romanas recordadas por la historia ántes de los emperadores no son mas de 150, de las cuales una tercera parte eran patricias, y el resto plebeyas. Entre las primeras habia 13 ó 14 que pretendian descender de Troya ó de Alba, y haber formado el Senado en tiempo de los primeros reyes; por lo que se llamaban *majorum gentium*. Las otras

(c) Instituto Cervantes de Madrid

exento de la proscripcion, sereno en la tempestad civil, honrado en el imperio, cuando se sintió enfermo se dejó morir de hambre. Cornelio, mas bien su panegirista que su biógrafo, lo propone como modelo, como un piloto que sabe guiar segura la nave entre los escollos.

Ortensio. En pos de este viene inmediatamente el famoso orador Hortensio, que introdujo el primero los pavos reales asados (1) : tenia cuatro quintas hermoseadas con las mas insignes obras maestras del arte, con bosques llenos de caza, plantas raras entre las cuales habia plátanos que regaba con vino (2), viveros de los mas exquisitos peces, no por glotonería, sino por el gusto de alimentarlos con mas cuidado que á los esclavos, y gastando tesoros para mantenerles el agua fresca en el verano. Entre tales delicias componia ora patrióticos discursos, ora arengas judiciales para sus amigos, ora versos libertinos.

¿Y entre estos tales pretendia hallar ciudadanos el puñal de los conjurados?

Leyes. Si examinamos detenidamente las cosas públicas, veremos que al extenderse el Estado, se viciaron ó se empeoraron aquellos reglamentos con que Roma habia dirigido á su juventud. El padre en un principio era el juez en su casa, y cada ciudad tenia magistrados particulares : ley que, al paso que favorecia el engrandecimiento de la república, dirigiendo únicamente á ella la atencion, no se cuidaba para nada de la felicidad particular. Los patronos, de protectores que eran al principio, se convirtieron fácilmente en opresores, y arrastraron á los clientes á secundarlos en su ambicion ó á saciar su codicia. La division de plebeyos y patricios, que en el principio, con el mutuo contraste, protegia la libertad, se habia convertido en una guerra civil, que se hacía con armas que no eran ya las de la patria.

En aquellos largos conflictos, segun que habian predominado el Senado, las centurias ó las tribus, cónsules, dictadores ó tribunos, habian dictado leyes, inspiradas por espíritu de partido ó por el abuso de la victoria, y estas reunidas formaban un confuso fárrago sin unidad de intento. Quedaba para los jurisconsultos el trabajo de desenmarañar aquel embrollo, y sin embargo jamas fueron estos honrados, estando reducidos á la minuciosidad de las cosas privadas, miéntras las públicas se decidian por intriga ó por fuerza, ó se discutian en las apasionadas arengas de los oradores.

Agréguese que, por una prudente política, Roma dejaba á los vencidos los estatutos y costumbres nacionales, lo cual, con la multiplicidan de pueblos sometidos, multiplicó aun mas la disparidad de la legislacion, mezclando elementos griegos, pelasgos, africanos y germánicos. Los pretores despues al subir al gobierno publicaban en un edicto las reglas á que se atendrian, diversas para cada uno, y esto sin mencionar las leyes dictadas por el capricho armado de los procónsules y de los generales. El primer objeto de estos era el atraerse la amistad de los soldados, aun cuando lo pagasen los pueblos y la moral ; de esta suerte ni cooperaban todos los partidos al provecho comun, ni los que obedecian podian amar al gobierno, ni este se cuidaba de la felicidad de aquellos. Los caprichos de una faccion, el entusiasmo por un capitan vencedor ó la espada de este dictaban las decisiones, y si algun sentimiento público sobrevivia, era el cansancio del contínuo é improductivo batallar, y el deseo de reposar, siquiera fuese en la servidumbre.

Aquel Senado á quien los oradores prodigaban elogios tan gloriosos, fué siempre el tipo de la antigua sabiduría romana, sabiduría de fuerza y de conquista. Comprendiendo la necesidad de evitar las discordias intestinas, impulsó continuamente á guerras exteriores, haciendo pasar por razones los mas frívolos pretextos. El derecho de gentes que conocia era enteramente adverso á sus enemigos; le parecia magnanimidad reconocer los derechos de estos ; su reposo, su independencia debian estar limitados por el poder romano, el único al cual no habian puesto límite alguno los hombres ni los dioses. Habiéndose por lo tanto erigido en árbitro del mundo, juzgó necesaria la servidumbre de este á la seguridad de Roma. Á este ídolo inexorable se mostraba adicto hasta el heroísmo, cualidad que se hace admirar de cuantos no consideran su objeto ; y mostró contra los extranjeros aquella intrepidez, que luego en las cosas interiores se degradaba hasta el punto de convertirse en intriga, miedo, espíritu de faccion y pasiones personales y aristocráticas. Impotente para impedir el mal, no producia el bien sino cuando era arrastrado á ello por la perseverancia plebeya. Respecto de los tiranos interiores no mostraba valor, ántes por el contrario, con pedir la autoridad dictatorial y con prolongar los mandos, elevó á aquellos usurpadores, que se proponian por primer objeto diezmar ó deprimir al mismo Senado, y solo cuando eran vencidos recobraba el valor de anatematizarlos (1).

habian entrado en él en los primeros siglos de la república.

En algunas estirpes habia familias patricias y familias plebeyas, como sucede entre nosotros, que llevan el cognombre mismo los titulados y los siervos.

Sobre este particular pueden consultarse :

Caroli Sigonii, *De nominibus Romanorum liber.*

Onuphrii Panvinii, *De antiquis Romanorum nominibus liber*, en Grævii *Thes. antiquit. Rom.*, tom. II.

Rich. Streinnius, *De gentibus et familiis Romanorum.*

Ant. Augustinus, *De familiis Romanorum.*

Fulvio Ursino, *Familiæ romanæ nobiliores* : están en el VII tomo de la misma coleccion.

G. A. Ruperti ,*Tabulæ genealogicæ, seu stemmata nobilium gentium roman.* Gottinga, 1794.

(1) Varron, I, 2, 17. Macrobio, *Saturn.*, II, 9.

(2) Varron, *De re rustica*, III, 6.

(1) Montesquieu elogia la *condescendencia* paternal del Senado al conceder alguna de las peticiones plebeyas; y dice que exteriormente *obraba siempre con profundidad*. Véase ahora el cuadro de su política trazado por aquel maestro : « Le sénat » s'érigea en tribunal qui jugea tous les peuples;... il ôtait » une partie du domaine du peuple vaincu, pour la donner aux » alliés; en quoi il faisait deux choses : il attachait à Rome des » rois dont elle avait peu à craindre et beaucoup à espérer, et

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Venalidad.

Interiormente vemos ascender á las dignidades por la intriga; en medio del foro establecerse bancos para contratar los sufragios, y los candidatos alcanzar los cargos no demostrando sus virtudes, sino prometiendo mas dinero ó juegos mas espléndídos. Durante los comicios, se aumentaba el interes del dinero hasta el duplo (1) : Pompeyo compró el consulado para Afranio; los senadores fijaron precio á su voto á fin de comprarlo para Bíbulo (2), y esto aun callando las voces que la espada de los centuriones ordenaba á quién se habia de elegir, ó el puñal de Milon, de Clodio y de Dolabela determinaba la eleccion y quitaba á los concurrentes del medio.

Memmio comunicó al Senado un convenio hecho por él y su competidor Domicio con los cónsules, por el cual se obligaban estos á favorecerlos en la solicitud del consulado, y los otros á conseguir que se les diese el mando de las provincias que deseaban. Con este fin depositaron cuatrocientos mil sestercios, que debian perder si no encontraban tres augures, que declarasen haber estado presentes cuando hizo el pueblo la ley curiada, aun cuando no habia sido propuesta, y dos varones consulares, que afirmasen haber asistido á la firma del decreto que asignaba las provincias á aquellos cónsules, aun cuando no se habia hecho referencia en el Senado á tal asunto (1). ¡Tantas iniquidades en un solo contrato!

César mismo debió su primera fortuna á saber el modo de contraer deudas, porque presentándose candidato para el sumo pontificado, pidió á préstamo enormes sumas, con las cuales ganó por una parte á los pobres, y por otra comprometió á los ricos á elevarlo al único puesto que podia proporcionarle los medios de desempeñarse. El móvil principal de su política fué hacer dinero, cómo y dónde pudiese; no ya para reunirlo, sino porque comprendia la verdad de la despreciadora exclamacion de Yugurta; y decia que eran dos las cosas con que se adquieren, conservan y aumentan los mandos, sueldos y soldados (2).

¡La libertad! Hermoso nombre por cierto, ¿pero quién la disfrutaba en Roma? ¿Acaso los esclavos que, en número de ciento por cada hombre libre, se morian de hambre sobre la tierra regada con su sudor? ¿los clientes, servilmente sometidos á su patrono? ¿los deudores, que segun la ley podian ser despedazados ó bien sepultados por piedad en las prisiones? Entre los mismos ciudadanos de derecho pleno, el padre era dueño absoluto de la vida de su mujer é hijos, á quienes ponia en el mercado cuando acomodaba á su codicia ó pasiones. Los patronos tenian un enemigo, un espía en cada esclavo, que podia matarlos ó denunciarlos á los jueces. Al cónsul se debian tributar honores que no pretenderia hoy ningun rey; como alejarse á su paso, bajarse del caballo ó levantarse del asiento cuando aparecia, y de lo contrario se exponia el curioso á sufrir los golpes de los lictores. Acilio hizo pedazos la silla curul de un pretor que no se levantó. Los pretores espiaban los secretos de la vida privada, é imponian notas, cuya causa solo podian pedir los senadores; una ley obligaba á tomar mujer; otra limitaba los gastos de los banquetes y el número de los convidados, en tanto que ninguna, hasta los tiempos de Ciceron, castigaba el fraude en general, ni concedia la acusacion como no fuera contra hechos determinados por títulos especiales (3). Los tribunos mismos excedian en arrogancia á los tiranos, injuriando á quienquiera que los ofendia; y despeñaron de la roca Tarpeya á un senador por oponerse á uno de sus actos.

Esta era la libertad romana; y á la verdad no sé por qué el pueblo habia de mostrar agradecimiento á quien se la queria conservar; ni sé qué cuenta se podia hacer de leyes cuya proteccion no aseguraba la vida ni los bienes á

» il en affaiblissoit d'autres dont elle n'avoit rien à espérer et » tout à craindre. Quand il avoit plusieurs ennemis sur les » bras, il accordoit une trève au plus faible, qui se croyoit » heureux de l'obtenir, comptant pour beaucoup d'avoir différé » sa ruine. Lorsque l'on étoit occupé à une grande guerre, le » sénat dissimuloit toute sorte d'injures, et attendoit dans le » silence que le temps de la punition fût venu. Que si quelque » peuple lui envoyoit les coupables, il refusoit de les punir, » aimant mieux tenir toute la nation pour criminelle, et se ré- » server une vengeance utile. Comme il faisoit à ses ennemis » des maux inconcevables, il ne se formoit guère de ligue contre » lui : car celui qui étoit le plus éloigné du péril ne vouloit pas » en approcher. Par là il recevoit rarement la guerre, mais la » faisoit toujours dans le temps, de la manière et avec ceux » qu'il lui convenoit.... Comme il ne faisoit jamais la paix de » bonne foi, et que, dans le dessein d'envahir tout, ses traités » n'étoient proprement que des suspensions de guerre, il y met- » toit des conditions qui commençoient toujours la ruine de » l'Etat qui les acceptoit... Après avoir détruit les armées d'un » prince, il minoit ses finances par des frais de la guerre, nou- » veau genre de tyrannie qui le forçoit d'opprimer ses sujets et » de perdre leur amour. Lorsque les sénateurs accordoient la » paix à quelque prince, ils prenoient quelqu'un de ses frères » ou de ses enfants en ôtage, ce qui leur donnoit le moyen de » troubler son royaume à leur fantaisie; quand ils avoient le » plus proche parent, ils intimidoient le possesseur; s'ils n'a- » voient qu'un prince d'un degré éloigné, ils s'en servoient » pour animer les révoltés... Quand quelque prince avoit fait » une conquête, qui souvent l'avoit épuisé, un ambassadeur » romain survenoit d'abord qui la lui arrachoit des mains;... » mais surtout leur maxime constante étoit de diviser. La ré- » publique d'Achaïe étoit formée par une association de villes » libres; le sénat déclara que chaque ville se gouverneroit » dorénavant selon ses propres lois, sans dépendre d'une auto- » rité commune... Lorsqu'il y avoit quelque dispute dans un » État, le sénat romain jugeoit d'abord l'affaire; et, par là, il » étoit sûr de n'avoir contre lui que la partie qu'il avoit con- » damnée. Si c'étoient des princes qui se disputoient la cou- » ronne, il les déclaroit quelquefois tous deux rois; si l'un » d'eux étoit en bas âge, il décidoit en sa faveur, et il en pre- » noit la tutelle comme protecteur de l'univers; car il avoit » porté les choses au point que les peuples et les rois étoient » ses sujets, sans savoir précisément par quel titre : étant éta- » bli qu'il suffisoit d'avoir ouï parler de Rome, pour devoir » lui être soumis... Lorsqu'un des généraux romains faisoit la » paix pour sauver son armée près de périr, le sénat, qui ne » le ratifioit point, profitoit de cette paix, et continuoit la » guerre... »

(1) Cic. *á Ático*, IV, 15.

(2) *Ib.*, I, 16. Suetonio en *César*, 19.

(1) Cic. *á Ático*.

(2) Χρηματοποιὸς ἀνὴρ ἐγένετο, δύο τε εἶ ναι λέγων τὰ τὰς δυναστείας παρασκευάζοντα καὶ φυλάσσοντα, καὶ ἐπαύξοντα, στρατιώτας, καὶ χρήματα Dion XLII.

(3) *Lex de dolo malo*. Conocido es el caso de Cayo Casio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

quien no fuese capaz de protegerlos por sí mismo ó por medio de sus amigos.

Los que admirando la sabiduría romana é insultando la ignorante barbarie de la edad média, creen obra de esta el execrable tormento, mudarian de dictámen, si dejando la declamacion, examináran los hechos. Ciceron, en su oracion á favor de Cluencio, nos dice de qué modo procedió Sasia para descubrir los reos de la muerte de su marido. Pónense en tormento los esclavos; *tormentis omnibus vehementissimis quæritur*, declaran que no saben nada, y por aquel dia sus amigos, en cuya presencia se verifica este procedimiento doméstico, opinan qne se debe desistir. Despues de algun intervalo se les vuelve á poner en tormento; *nulla vis tormentorum acerrimorum prætermititur*, tanto que el oficial encargado de la ejecucion salió fatigadísimo, y los asistentes dijeron que bastaba (1).

Los que nos responden: *No se trataba de hombres, sino de esclavos*, no sé qué podrán contestar cuando la Santa Inquisicion les diga que no se trataba de hombres sino de hechiceros, herejes y condenados.

Por lo general, en los juicios no se procuraba averiguar el espíritu de las leyes para aplicarlas á los casos particulares; sino que los jueces se consideraban dueños de la vida y del honor del acusado. Veíase por tanto al reo y sus amigos presentarse en traje de luto, apretando la mano á unos y otros : era deber de amistad y piedad de parentesco acudir congregaciones enteras, enteros municipios á sostener con su voto á un acusado (2), á no ser que tuviese bastante dinero para comprar á los jueces, y mostrar la veracidad del proverbio que corria, de no poderse condenar á un buen bolsillo (3). El orador no se esforzaba tanto en mostrar la inocencia de su cliente, cuanto en hacer que resaltasen tales méritos, y en conmover á los jueces en favor suyo, de su familia y de los niños que en traje negro iban suplicando á todos (4). Antonio se alaba de haber salvado á Norbano, acusado de sedicion, no por medio de subterfugios, sino despertando los afectos (1); y con razon, al oir Vatinio á Licinio Calvo hacer su ensayo juvenil contra él, dirigiéndose á los jueces exclamó : *¿ Pues qué? ¿ Me condenaréis porque este sea elocuente*? El conocimiento de la ley quedó por tanto reducido á estudio secundario, al que se dedicaban los que no conseguian éxito en la elocuencia (2); miéntras que los actos de acusar, defender, sostener y refutar en la tribuna fueron la palestra adonde la juventud romana descendió para merecer los cargos y los honores.

Y sin embargo, el mismo que mas ilustró el foro, y que en el ímpetu de su vanidad exclamaba : *Cedan las armas á la toga*, se veía precisado á confesar que la elocuencia y la magistratura debian inclinarse ante la fuerza : la fuerza, ídolo y razon de Roma. *Esta*, decia, *produjo eterna gloria á nuestro pueblo; esta le ha sometido el mundo*; *esta obtiene mas seguramente el consulado* (3).

Conocíanlo los ambiciosos, y aspiraban á hacerse justicia con el tumulto y con la rebelion. ¡Cuántas subversiones en el breve período que describimos! Triunviros y dictadores decretan que cada ciudadano esté obligado á dar muerte al proscripto : á cada paso asambleas, en las cuales, para contener á la irritada muchedumbre ó á los matones comprados, es preciso situar soldados alrededor del foro ó de la curia : la oposicion misma de los tribunos no ampara ya al pueblo solamente con la sagrada palabra, sino que Apuleyo Saturnino quita á Memmio el consulado matándolo, y en seguida se refugia con un puñado de malvados en el Capitolio (4); llamado despues á disculparse civilmente en la curia, es muerto á pedradas; son muertos tambien sus compañeros, y por ludibrio arrastrados por la ciudad. P. Cornelio Sila, pariente

(1) Ciceron reconocia, no la iniquidad, sino la falsedad de las deposiciones arrancadas por el tormento. « Illa tormenta gubernat dolor, moderatur natura cujusque tum animi tum corporis, regit quæsitor, flectit libido, corrumpit spes, infirmat metus, ut in tot rerum angustiis nihil veritati loci relinquatur. »

(2) Véase Ciceron *passim*.

(3) « Inveteravit jam opinio, perniciosa reipublicæ, vobisque, quæ non modo Romæ, sed et apud exteras nationes omnium sermone percrebuit, his judiciis quæ nunc sunt, pecuniosum hominem, quamvis sit nocens, neminem posse damnari. » Cic., Act. I, *in Verrem*.

(4) Pro Flacco : « Huic misero puero vestro, ac liberorum vestrorum supplici, judices, hoc judicio vivendi præcepta dabitis..... qui vos, quoniam est id ætatis, ut sensum jam percipere possit ex mærore patrio, auxilium nondum patri ferre possit, oret, ne suum luctum patris lacrymis, patris mærorem suo fletu augeatis : qui etiam me intuetur, me vultu appellat, meam quodammodo flens fidem implorat... Miseremini familiæ, judices; miseremini patris, miseremini filii; nomen clarissimum et fortissimum, vel generis, vel vetustatis, vel hominis causa reipublicæ, reservate. » — Pro Plancio : « Quid enim possum aliud nisi mærere? nise flere? nisi te cum mea salute complecti? Huc exurge tamen, quæso, retinebo et complectar, nec me solum deprecatorem fortunarum tuarum, sed comitem socium-que profitebor... Nolite, judices, per vos, per fortunas vestras, per liberos, inimicis meis... dare lætitiam... nolite animum meum debilitare cum luctu, tum etiam metu commutatæ vestræ voluntatis erga me... Plura ne dicam, tuæ me etiam lacrymæ impediunt, vestræque, judices, non solum meæ.« — Y Pro Milone : « Quid restat, nisi ut orem, obtesterque vos judices, ut eam misericordiam tribuatis fortissimo viro, quam ipse non implorat, ego autem, repugnante hoc, et imploro et exposco? Nolite, si in nostro omnium fletu nullam lacrymam adspexistis Milonis, si vultum semper eumdem, si vocem, si orationem stabilem ac non mutatam videtis, hoc minus ei parcere. » Estas emociones de afectos eran el fuerte de Ciceron, y cuando componian entre muchos una arenga, siempre le dejaban la peroracion y la parte patética.

(1) Ciceron en *Bruto*, 19.

(2) « Ut ajunt in græcis artificibus, eos auletas esse qui citharædi fieri non potuerint, sic nonnullos videmus qui oratores evadere non potuerunt, eos ad juris studium devenire. » *Pro L. Murœna*.

(3) « Ac nimirum (dicendum est enim quod sentio) rei militaris virtus præstat ceteris omnibus. Hæc nomen populo romano, hæc huic urbi æternam gloriam peperit, hæc orbem terrarmu parere huic imperio coëgit; omnes urbanæ res, omnia hæc nostra præclara studia, et hæc forensis laus et industria latent in tutela ac præsidio bellicæ virtutis... Qui potest dubitare, quin ad consulatum adipiscendum, multo plus afferat dignitatis rei militaris, quam juris civilis gloria? » *Pro L. Murœna* Sin embargo, siempre que cito una opinion de Ciceron, estoy casi seguro de encontrar precisamente la opuesta en otros escritos suyos; tan indeterminado y vago es. El capítulo 21 *De officiis* prueba « longe fortius esse in rebus civilibus excellere quám in bellicis. »

(4) Cicer. *pro C. Rabirio*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del dictador, es declarado reo de dos conjuraciones (1). Acusado Antonio de cábalas é intrigas, dispersa á los jueces con una partida de desertores y gladiadores, y se salva (2). Cuando se propuso el llamamiento de Ciceron, se hizo una carnicería, *como si quisiesen*, dice este, *con un rio de sangre dificultar mi regreso;* y durante todo aquel tiempo los particulares fueron protegidos no por la ley, sino por las paredes, las casas de los magistrados cercadas con el hierro y el fuego, despedazadas las haces de los cónsules, incendiados los templos y heridos los tribunos de la plebe (3). Clodio mismo, en medio del foro, fué perseguido por Marco Antonio con la espada desnuda (4); el cual iba hasta el templo de la Concordia, reunion del Senado, con una turba de bravos, los unos con las armas en la mano, los otros conduciendo literas llenas de escudos y de estoques, prontos para la primera necesidad (5). Y como estas escenas se renovaban á cada paso (6), quedando impunes por la fuerza de los reos, los abogados pretendian tambien que no fuesen castigados los delitos menores (7).

Habia sido no obstante admirable siempre la docilidad de los Romanos en campaña : apaciguábanse entónces todas las disensiones, se extinguia el fuego de los partidos, y los Coriolanos y los Emilios, execrados en el foro, eran ciegamente obedecidos desde el instante en que habian obtenido el juramento. En las guerras civiles, mas ávidos los capitanes de poder que de gloria, dirigieron su atencion á hacerse amigas las legiones, á hacerles amar el campamento mas que la patria, y preferir la grandeza del general á la libertad de los ciudadanos. Sila fué el primero que por ansia de mando halagó á la soldadesca, para obtener por la fuerza de esta lo que en otro tiempo se imploraba de los votos de los ciudadanos. Separado entónces el ejército del Senado y del pueblo, se convirtió en un tercer poder que daba la victoria á aquel á quien se allegaba : á la democracia con Mario, á los nobles con Sila. César atacó á Roma con las armas vencedoras de la Galia; Pompeyo la defendió con los vencedores de Asia; y despues que el primero quedó victorioso, toda preeminencia debió adquirirse y asegurarse en adelante con la armas, no teniendo ya mas que dos poderes la constitucion romana : vulgo y soldados.

(1) *Pro L. Sylla.*
(2) *Ib.*, 3.
(3) *Philipp.* II, 9.
(4) *Ad Quirites post reditum.*
(5) *Philipp.* V. 6.
(6) « Lapidationes persæpe vidimus; non ita sæpe, sed nimium tamen sæpe gladios. » Cic. *pro Sextio*, 36.
(7) « Cum quis audiat nullum facinus, nullam audaciam, nullam vim in judicium vocari... » Es el argumento del exordio *pro M. Cælio* : y en la peroracion « Oro obtestorque vos, ut qua in civitate Sex. Clodius absolutus sit, quem vos per biennium aut ministrum seditionis aut ducem vidistis... in ea civitate ne patiamini illum absolutum muliebri gratia, M. Cælium libidini muliebri condonatum, etc. »

CAPÍTULO XIX

Asesinos y vengadores de César.

Despues que Bruto hundió el puñal en el corazon de su bienhechor, la reflexion, sustituyendo la realidad al entusiasmo de una accion atroz reputada divina, debió desplegar muy pronto ante su vista este triste cuadro. Atento siempre á obrar conforme á la justicia ó á la legalidad, se puso Bruto á explicar al pueblo los motivos que lo habian impulsado al asesino (1); pero por todas partes se mostraba el espanto, difundido rápidamente desde el Senado á las plazas y las tiendas. Atravesando los conjurados armados la ciudad con un gorro levantado sobre un palo, gritaban que la habian libertado del tirano, del rey; pero los ciudadanos, en vez de secundarlos, ó huían espantados, ó se aprovechaban del tumulto para lanzarse al saqueo, móvil vulgar de toda subversion. Despues gritaron contra los asesinos; de modo que Bruto y los suyos tuvieron que pensar en ponerse en salvo en el Capitolio, confiando su seguridad á los gladiadores, y repartiendo dinero al pueblo, que no mostraba agradecimiento al regalo de la aristocrática libertad.

Aun cuando Bruto, al levantar el ensangrentado puñal, exclamó: *Ya tienes, oh Ciceron, vengada la república*, como si quisiese adquirir crédito mestrándose apoyado por el voto del matador de Catilina, Marco Tulio nada supo de la conjuracion, ántes por el contrario se quejó muchas veces de no haber sido invitado al *bellísimo banquete* de los idus de marzo, sobre todo porque habria persuadido á los conjurados á quitar tambien de en medio á Antonio (2). Despues confesaba haberse regocijado al ver aquella muerte en el Senado (3); solo que con

(1) Séneca, gran admirador de los dos estóicos mas ilustres, Bruto y Caton, desaprueba el hecho del primero como inoportuno. « Bruto, gran hombre en cualquier otra cosa, me parece que erró en esta grandemente, esperando establecer la libertad donde tanto era el atractivo de mandar y de servir; y juzgando que la ciudad podria volver á su primitiva forma despues de haber perdido las costumbres, y que volveria la igualdad del derecho civil y la fuerza de las leyes donde habia visto disputar á tantos millares de hombres, no si obedecerian, sino á quién. ¡Cuánto ignoró la naturaleza de las cosas y de su ciudad quien, muerto uno, creyó que faltarian otros que quisieran lo mismo! » *De benef.*, II, 20.

(2) « Quam vellem ad illas pulcherrimas epulas me id. Mart. invitassent! reliquiarum nihil haberent; at nunc his tantum negotii est, ut vestrum illud divinum in remp. beneficium nonnullam habeat querelam. » A Trebonio, X, 28. Y á Casio, XII, 4 : *Vellem id. Mart. me ad cœnam invitasses : reliquiarum nihil fuisset.* Y sin embargo, en otra parte protesta que entónces era amigo de Antonio : « Ego Antonii inveteratam sine ulla offensione amicitiam retinere sane volo. » *Ad fam.*, XVI, 23. « Cui quidem ego semper amicus fui, antequam illum intellexi, non modo aperte, sed etiam libenter cum rep. bellum gerere. » XI, 5.

(3) « Quid mihi attulerit ista domini mutatio præter lætitiam quam oculis cepi, justo interitu tyranni? » *Ad Att.*, XIV, 14. La aprueba en el libro *De offic.* y mas frecuentemente en las *Filipicas* : « Noster est Brutus, semperque noster cum sua excellentissima virtute reipublicæ natus, tum fato quodam paterni maternique generis et nominis. » *Filip.* X, 6. « Est deorum immortalium beneficio et munere datum reipublicæ Brutorum genus et nomen, ad libertatem populi romani vel constituendam, vel recuperandam. » *Filip* IV, 3. « Omnis voluntas M. Bruti,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su acostumbrada vacilacion, no tardó en manifestarse disgustado, diciendo : *Está derribado el árbol, pero subsisten las raíces.*

Sin embargo, él sugirió el mejor partido en aquellas graves circunstancias; esto es, convocar el Senado al Capitolio para hacerle declararse inmediatamente y resolver lo conveniente (1) ; pero Bruto, que habia dado muerte á César sin escrúpulo, lo tuvo de reunir la curia sin formalidad ; desvió del Capitolio á muchos personajes que iban á reunírsele, diciendo que no debian ser partícipes del peligro los que no lo habian sido del hecho. ¡ Desastrosa timidez ! En tanto que impedia perseguir ó robar á nadie, queriendo hacer una de aquellas revoluciones que honran á quien las hace y arruinan su causa, en los patricios y en los senadores se enfriaba el primer fervor, miéntras que todos aquellos que en la perplejidad tienen necesidad de un impulso para obrar, se dejaban seducir por los amigos de César. Y así como cuando se ha puesto el sol, se recuerda solamente la benéfica sonrisa con que avivaba la naturaleza, no las desgracias que producia, así tambien pareció que la muerte del dictador expiaba todas sus culpas, dando mayores proporciones á sus beneficios. El pueblo referia sus méritos ; los Hebreos continuaron durante muchas noches el llanto (2), y habiéndose pronunciado en el teatro este verso : *Yo lo salvé para que me diese la muerte* (3), se alzó un gemido universal.

Marco Antonio.

El cónsul Marco Antonio pensó valerse de esta disposicion, muy distante de haber agradecido, como Bruto esperaba, la generosidad con que se le salvó la vida. Mandó á Lépido, otro amigo de César, que condujese una legion al campo de Marte, convocó al Senado para que declarase si César habia sido tirano ó legítimo magistrado, y por consiguiente, si su muerte era un acto libertador ó un parricidio. Decision de gravísimas consecuencias, que en aquella agitacion hubo la prudencia de eludir con un acuerdo extraño, publicando una amnistía general de lo pasado, y confirmando cuanto habia ejecutado César. Entónces salieron los conjurados del Capitolio : Bruto cenó con Lépido, Antonio con Casio, que interrogado en Roma por su huésped si llevaba oculto algun puñal : *Llevo uno*, respondió, *para quien se atreva á aspirar á la tiranía*. Duramente debieron sonar estas palabras en los oídos de Antonio, que en verdad aspiraba á ella no ménos que Lépido y Décimo Bruto, gobernador de la Galia Cisalpina, contenidos solo por el temor recíproco.

Para salir de aquel estado, obtuvo Antonio que se leyese en público el testamento del muerto, en el cual nombraba herederos á Octaviano, Lucio Pinario y Quinto Pedio, sus sobrinos segundos; dejaba al pueblo romano sus hermosos jardines del otro lado del Tíber, y tres mil sestercios para cada ciudadano; y á sus matadores varios legados y benévolos recuerdos (1). No era menester mas para excitar la furia del pueblo, tanto mayor cuanto que Antonio expuso á su vista la desgarrada toga y el busto en cerdel dictador con todas sus heridas. Entónces se alzó un grito comun de venganza : los veteranos arrojaron en la hoguera las recompensas obtenidas por aquel en el campo de batalla, las señoras sus joyas; el vulgo, que habla en todas las lenguas, apoderándose de tizones, corrió á prender fuego á las casas de aquellos á quienes ántes llamaba héroes y á la sazon asesinos ; y habiendo inscrito el Senado á Julio entre los dioses, admiró el pueblo su alma en una estrella que se presentó por aquel tiempo.

Antonio con tal conducta, y con manifestarse deseoso de vengar la muerte de César si no estuviese contenido por el decreto del Senado, causó sospechas á los amantes de la tranquilidad ; por lo cual, conociendo que se habia quitado la careta demasiado pronto, retrocedió, castigó de muerte y sin proceso á los promovedorores del tumulto, llegó hasta el exceso de verter sangre, y prometió restablecer la paz al Senado, que no le impedia estos ilegales castigos, proponiendo que el hijo de Pompeyo, refugiado entre los Celtíberos despues de la batalla de Munda, fuese llamado á la patria, que se le devolviesen los bienes confiscados, y se le confiasen todas las fuerzas navales de la república.

El Senado lo elevó por esta causa hasta las nubes : y Antonio bajo pretexto de haberse enemistado de esta suerte con la plebe, se rodeó de numerosos satélites, miéntras que á fin de desvanecer el temor de que aspirase á la dictadura, hizo decretar la abolicion perpétua de esta dignidad. Pero á nombre de César muerto, procedió con mas seguridad en su camino que lo hubiera hecho estando vivo. Habiendo corrompido al secretario de aquel, publicó decretos que nombraban á muchos senadores de su satisfaccion, é hizo conceder á Lépido el sumo pontificado, para asegurarse así poderosos amigos.

El pueblo llamaba á Bruto, no para admirarlo ni castigarlo, sino para que como pretor le diera juegos públicos ; pero no teniendo Bruto

omnis cogitatio, tota mens, auctoritatem senatûs, libertatem populi romani intuetur; hæc habet proposita, hæc tueri vult. » *Filip.* X, 11. « Reddite prius nobis Brutum, lumen et decus civitatis : qui ita conservandus est, ut id signum, quod de cælo delapsum, Vestæ custodia continetur; quo salvo, salvi sumus futuri. » *Filip.* XI, 10. « Animadverti dici jam à quibusdam exornari etiam nimium à me Brutum, nimium Cassium ornari. Quos ego orno? nempe eos, qui ipsi sunt ornamenta reipublicæ. » *Filip.* XVI, 14.

(1) « Meministi me clamare, illo ipso primo capitolino die, senatum in Capitolium à prætoribus vocari? Dii immortales! quæ tum opera effici potuerunt, lætantibus omnibus bonis, etiam sat bonis, fractis latronibus. » *Ad Att.* XIV, 10

(2) Suetonio, 84.

(3) *Men' men' servasse ut essent qui me perderent.*
Pacuvio.

(1) Era costumbre de los Romanos acordarse en el testamento de todos los amigos y bienhechores, y era injuria olvidarlos. Esta era la renta de los abogados romanos, y de este modo se enriquecieron Hortensio y Ciceron, el cual hace mérito en sus epístolas de muchos pingües legados. En tiempo de los emperadores, ninguno moria sin dejarles alguna cosa, de lo contrario se turbaba al heredero en la posesion de su herencia, y en ocasiones hasta era anulado el testamento.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

confianza para volver á la ciudad, envió fieras y artistas para diversion del pueblo (1). Á él le habia asignado César ántes de morir el gobierno de la Macedonia, á Casio el de la Siria, á Trebonio el del Asia, á Cimbro el de la Bitinia, y á Décimo Bruto el de la Galia Cisalpina; pero todos se mantuvieron en las inmediaciones de Roma para vigilar á Antonio, cuyas intenciones siempre parecian sospechosas.

No era este capaz de recoger mas que la espada del dictador. Educado en los campamentos y acostumbrado á beber y embromar á la soldadesca, contrajo gustos asiáticos en las guerras de Oriente, una elocuencia pomposa, y una ostentosa manera de vivir. Ávido de placeres y del oro que los procura, era avaro al mismo tiempo que pródigo y mal pagador. César le habia tenido estimacion porque era buen soldado, y honrando en él á sus veteranos, á su regreso de España le llevó en su propio carro de triunfo. Pero estaba Antonio muy distante del genio y de la habilidad política, y aun mas de la humanidad de su general. Adhiriéndose ya á los pompeyanos, ya al pueblo, ya al Senado, se hizo sospechoso á unos y otros; no conoció la necesidad de conservar la amistad de las legiones, único fundamento del ansiado poder, y por castigar á algunos veteranos sediciosos, por negar dinero á otros, se convirtió en enemigos á los que, como compañero de armas, lo habrian colocado en el supremo poder.

Octaviano Augusto.

Mejor que el pretendido descendiente de Hércules debia alcanzar éxito un jóven de diez y ocho años, sumamente miserable, cojo, que padecia de los nervios y del hígado, á quien el calor molestaba tanto como el frio, y que para conservar su salud tenia que beber continuamente cocimiento de lechugas y manzanas: me refiero á Octaviano, hijo de Cayo Octavio, moderno personaje, y de Accia, hija de la hermana de César. Las buenas cualidades del jóven le adquirieron el favor de su tio, que lo adoptó, y al morir le instituyó heredero de las dos terceras partes de sus bienes, bajo la tutela de Décimo Bruto. Naturalmente tímido, escribia hasta lo que debia decir á su mujer, y por la debilidad de su voz se veía precisado á hablar al pueblo por medio de un heraldo. Aun cuando César habia intentado avezarlo á los campamentos, palestra de los republicanos, unas veces su madre y otras su poca salud le habian impedido tomar parte en ninguna expedicion; los soldados se acordaban ademas de haberse reído de él cuando volvió las espaldas en Sicilia; los nobles recordaban fastuosamente que su abuelo materno era Africano; que su madra daba vueltas á una rueda de molino en Aricia, miéntras su padre removia la harina con mano ennegrecida por el dinero que manejaba en Nerulo como usurero (1). Por otra parte, ¿qué herencia recibia de su tio? La obligacion de una venganza, y si aquella fallaba, la muerte. El dinero estaba en poder de Antonio: ¿cómo recobrarlo? y aun teniéndolo, ¿bastaria á pagar los generosos legados, á comprarse partidarios, á conquistarse el favor de las legiones?

Considerando estas cosas, le aconsejaban sus amigos que no se expusiera á la tormenta, que viviese privadamente ó que se fuese al ejército de Macedonia, sin manifestar pretensiones á la herencia. Pero Octaviano se sentia lleno de la audacia política, tan diversa de la de los campamentos; sabía insistir, perseverar, variar de partido, y segun la necesidad mostrarse cruel ó magnánimo, leal ó hipócrita: en consecuencia resolvió aprovecharse de las ventajas que le daban el nombre y la recomendacion de César. Desembarcó en Italia, y apénas se anunció á la guarnicion de Bríndis, los veteranos, que César tenia allí preparados para marchar contra los Partos, lo llevaron en triunfo y pusieron á su disposicion los almacenes. Habiéndose declarado heredero del dictador, tomó el nombre de Cayo Julio César Octaviano, y para tener inmediatamente dinero, base de las empresas, osó cometer un delito capital, interceptando el tributo de las provincias ultramarinas.

Cuando se dirigió á Roma, de todas partes acudieron presurosos á unírsele los amigos de César, magistrados y oficiales: únicamente Antonio se mantuvo quieto, y Octaviano, en vez de mostrarse ofendido de ello: *Á mí me toca*, dijo, *como jóven y particular ir á saludar á Antonio, respetable por su edad y por sus cargos.*

No se inquietó aunque le hizo esperar largo rato: y cuando entró á su presencia, dió gracias al cónsul por los honores tributados á su difunto tio; pero al mismo tiempo, para pagar sus legados le pidió el dinero que aquel habia hecho llevar á su casa: y al ver que Marco Antonio, temiendo que le emplease en granjearse el cariño del pueblo, lo entretenia con buenas palabras, vendió casas y tierras, y todo su patrimonio, declarando que aceptaba la herencia solamente para no defraudar á tantas familias de los pingües legados de su tio. De esta suerte se captó el amor del pueblo, inspirándole al mismo tiempo odio contra Antonio. Con esto se declararon ambos en lucha abierta: Octaviano desacreditaba á Antonio para con el vulgo como

(1) « Si vosotros, oh senadores, abandonáis á Bruto, ¿qué ciudadano os sostendrá nunca? ¿Callaré la paciencia, la moderacion, la gran tranquilidad en las injurias, la modestia de Bruto? Siendo pretor urbano se mantuvo fuera de la ciudad, no administró la justicia, él que habia restablecido la justicia en la república; miéntras podia estar rodeado de la guarnicion de toda Italia y del cotidiano concurso de los buenos que, digno de admiracion, atraía á sí, quiso mas bien ser defendido ausente por el juicio de los buenos, que presente por sus manos; ni asistió á los juegos Apolinarios, dispuestos como convenia á su dignidad y á la del pueblo romano, por no abrir puerta alguna á la audacia de los malvados. Pero en realidad, ¿qué juegos, qué dias hubo nunca mas alegres que aquellos? Á cada verso, el pueblo romano, con gran clamor y aplauso, exaltaba la memoria de Bruto; no estaba allí la persona del libertador, pero estaba la memoria de la libertad, en la que se creía ver la efigie de Bruto, » CICERON, *Filip.* X, 3.

(1) Salustio cita estas palabras de la epístola de Cosio, Parmense: « Materna tibi farina; si quidem ex crudissimo Ariciæ pistrino hanc pinsit manibus collybo decoloratis Nerulonensis mensarius. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

desertor de la causa de César é infiel á sus intenciones; Antonio tachaba al otro de mozo temerario, imprudente y sedicioso. Los amigos intentaban reconciliarlos contra los conjurados, cuyo triunfo podia ser la ruina de todos; pero si Octaviano deseaba vengar á su tio, no podia tolerar que Antonio estuviese á la cabeza de una fraccion que le podia hacer árbitro de la república; y Antonio, aunque fingiéndose vengador de César para granjearse el afecto del pueblo y de los soldados, no aspiraba en realidad mas que al poder soberano.

Aun cuando los senadores favorecian generalmente á los conjurados, como restauradores de la antigua libertad, no osaban declararse, y en su corazon se regocijaban de estas disidencias, esperando que á favor de ellas quedarian debilitados los cesarianos y salva la república. Pero Ciceron, impulsado siempre por el orgullo, cuando vió llegar á Octaviano á su residencia para buscarlo, abrazó abiertamente su partido, y dijo que los conjurados habian terminado con valor de héroes una empresa de niños, protestando altamente en el Senado, y con las formas mas absolutas, que Octaviano sería siempre un ciudadano como la patria lo deseaba (1). Al quejarse Bruto de esta conducta decia : « No es un señor lo que Tulio teme, sino un señor que no le quiera, al paso que nuestros abuelos no podian sufrir la servidumbre por dulce que fuese.. » Y le escribia : « Destruyendo tú el poder de An- » tonio, no atiendes mas que á consolidar el de » Octaviano : aborreces la guerra civil, y no » temes una paz infame. » Y decia á Ático : « ¿ Cómo puedo estimar los conocimientos que » Ciceron posee en grado eminente, cuando tan » mal sabe poner en práctica lo que ha escrito » acerca de la libertad, de la patria, del verda- » dero honor de la muerte y del destierro? La » muerte, el destierro, la pobreza, parecen » grandes males á Ciceron; y con tal que él » tenga lo que desea, con tal que se vea reve- » renciado y alabado, no teme una servidumbre » honrada, como si el honor pudiera ir unido á » cosa tan infame como la servidumbre... En » cuanto á mí, no he resuelto si haré la guerra » ó mantendré la paz : con la una ó la otra sin » embargo, no seré siervo jamas (1). »

Y ya se veía inevitable la guerra civil. Habiendo reunido Octaviano en la Campania diez mil veteranos, y acercádose á Roma bajo pretexto de defenderla del cónsul ambicioso, penetró en ella con permiso del pueblo, y á persuasion de Ciceron, le decretó el Senado una estatua, y le concedió la gracia de ser cónsul diez años ántes de cumplir la edad necesaria. Habiéndose puesto Antonio en Arimini al frente de otros soldados y partidarios, entró en la Galia Cisalpina para quitársela á Décimo Bruto, alegando que no convenia dejar tal provincia en poder de un matador de César, pero en realidad porque ambicionaba poseer aquel país tan importante, y amenazar de cerca á Roma : por tanto asedió á Bruto en Módena, « fortísima y esplendidísima colonia del pueblo romano (2). »

El Senado, que habia confirmado en este mando á Bruto, al confirmar todos los actos de César, tuvo esta empresa por hostil. No vacilando Ciceron por animosidad privada en presentar á los ojos del público un César resucitado, en vez de esforzase en hacerlo olvidar de la patria, indujo al Senado á cerrar todo camino de avenencia, y declarar enemigos á Marco Antonio y Dolabela, hechura suya, que en Asia habia muerto á C. Trebonio, uno de los conjurados contra César, y confiar el castigo del primero á Octaviano, y el del otro á Bruto y Casio. Guerra de Módena. 43.

Por tanto se declaraba la guerra á ciudadanos romanos, y se exaltaba al futuro tirano de la patria en nombre de la libertad, de la cual se mostraba animado Ciceron, así como el Senado y todos de palabra, mas ninguno en realidad (3).

Temiendo, ó mas bien, odiando Octaviano al Senado, se le mostraba sumiso, y se fingia obediente á las órdenes de los cónsules en la expedicion contra la Galia Cisalpina. Dióse la batalla entre Bolonia y Módena, en la cual quedó derrotado el bravo Antonio; y la fortuna, favoreciendo al cobarde Octaviano con la muerte de los dos cónsules (4), puso en su mano las legiones, y por consiguiente el mérito de la victoria y el título de emperador. Antonio tomó el camino de los Álpes para unirse á Lépido, Planco y Asinio Polion que estaban al frente de considerables fuerzas. No podian faltarle soldados al soldado; Lépido, aunque rechazó fuertemente la amistad de un rebelde declarado como era Antonio, tuvo que plegarse á la voluntad de los

(1) « Me atrevo tambien, oh padres conscritos, á empeñar mi » palabra, á vosotros, al pueblo, á la república, lo que ciertamente no haria sino obligado por alguna fuerza, temiendo » en materia tan grave ser tachado de temerario : prometo, » aseguro y garantizo que C. César será siempre tan buen » ciudadano como hoy, y cual debemos desear y querer que » sea. » *Filip.* V, 8. Ciceron pretende conciliar su facilidad en cambiar de partido : « Si veo una nave viento en popa dirigirse, no al puerto que otras veces deseaba, sino á otro no » ménos seguro y tranquilo, ¿he de querer luchar peligrosamente con la tempestad, mas bien que obedecerla y procurarme la salvacion? Ni yo creo que sea inconstancia » variar de opinion, como se varía el rumbo de una nave ó » de un camino, segun las circunstancias de la república. Así » lo he oido, visto y leido; así se nos recuerda por sapientísimos y clarísimos personajes en esta y en otras ciudades, » que no se deben seguir siempre las mismas opiniones, sino » defender aquello que requieren el estado de la república, » la tendencia de los tiempos, la razon de la concordia. Y así » obro y obraré siempre, y creeré que la libertad, que no he » abandonado ni abandonaré jamas, consiste, no en la obstinacion, sino en cierta moderacion. » *Pro Cn. Plancio.* — Este es ni mas ni ménos el *justo medio*.

(1) En várias cartas á Ático, en la coleccion que lleva el nombre de Ciceron.

(2) Cic., *Filip*, V, 9.

(3) Véanse las *Filipicas* : « Incensi omnes rapimur ad libertatem recuperandam; non potest ullius auctoritate tantus senatus populique romani ardor extingui : odimus; irati pugnamus; extorqueri de manibus arma non possunt; receptui signum aut revocationem á bello audire non possumus : speramus optima : pati vel difficillima malumus, quam servire. » *Fil.* XIII, 7.

(4) Se sospechó mucho que el mismo Octaviano acelerase su fin.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

suyos, y así Antonio á la cabeza de veintitres legiones y mas de diez mil caballos volvió poderoso hácia Italia, de donde poco ántes habia salido fugitivo.

Octaviano habia escrito á Ciceron una carta lisonjera, diciéndole que se podria, en recompensa del triunfo que se le habia negado, concederle el consulado; pero que en tal caso querria tenerle por colega para hacer el aprendizaje bajo la direccion de tan gran maestro. Ciceron, impulsado por la vanidad, propuso al Senado nombrar á Octaviano cónsul, aconsejando que se le diese por compañero algun anciano experimentado que lo vigilase. Los senadores, que habian favorecido á Octaviano solamente por contrabalancear á Antonio, cuando vieron vencido á este no disimularon la aversion que aquel les inspiraba, y no accedieron á su demanda, miéntras tanto que los conjurados gritaban: ¡Ay de la república si se entrega al hijo adoptivo de César! Octaviano, que desconfiando hacía tiempo de los favores del Senado se habia puesto en posicion de obrar sin él, resolvió entónces conseguir sus deseos por la fuerza. Lamentándose, pues, de que el Senado favoreciese á los asesinos de su padre, é intentase destruir uno tras otro á los jefes de los ejércitos, escribió amistosamente á Lépido, Planco y Asinio Polion; devolvió á Antonio varios oficiales que le habia hecho prosioneros en la última batalla, instándole á que viniese á olvidar lo pasado para humillar á los comunes enemigos. Ademas de esto, habiendo recibido del Senado el encargo de hacer la guerra á aquellos, luego que hubo levantado un grueso ejército, se declaró su partidario, á fin de impedir que fuesen destruidos los amigos de su padre por sus asesinos.

7 de noviembre de 43. Ya se habia avistado con ellos en Bolonia, formando por cinco años un nuevo *triunvirato para establecer la república*, y dividiendo entre sí las provincias; de modo que el partido republicano desde aquel momento no subsistia mas que de nombre. Á la cabeza Octaviano del ejército, pasó el Rubicon, entró en Roma, acogió á los patricios, ocupó el tesoro y se hizo declarar cónsul por unanimidad.

Advirtiendo tarde Ciceron el peligro, habia disuadido al Senado de dar las haces á Octaviano, diciendo que era este un jóven digno de ser elogiado, honrado y levantado (1), dejando en duda si queria decir á los honores ó á la horca. Picado Octaviano, lo recibió friamente, esperando lugar y tiempo oportuno de vengar aquel dicho, como tambien el discurso de Sicilio Coronato, el único que osó hablar en favor de los conjurados, cuando el nuevo cónsul les hizo procesar y condenar sin oirlos á perpétuo destierro y á la confiscacion.

El partido de los republicanos se habia robustecido en Oriente; pero ántes de marchar contra él, era menester libertarse de todos los enemigos encubiertos ó descubiertos que se hallaban alrededor, en Italia. Antonio marchó contra Décimo Bruto, que abandonado por los soldados miéntras intentaba refugiarse en Germania, y de allí pasar al campo de Bruto y Casio en Macedonia, fué cogido y entregado al enemigo, que le condenó á muerte. Para adquirir entónces el afecto del ejército, prometieron los triunviros que cada legionario, al fin de la guerra, obtendria cinco mil dracmas (cuatro mil francos), cada centurion veinticinco mil, y cada tribuno el doble; y ademas que serian distribuidos en diez y ocho de las mejores ciudades de Italia, desalojando de ellas á los antiguos poseedores.

Proscripciones

Estas eran promesas; pero recordando á Sila los soldados, y reprobando la mansedumbre de César, clamaban por oro y sangre. Y de oro y sangre tenian sed los triunviros; por lo cual con pretexto de vengar al dictador contra la antigua nobleza, proscribieron á trescientos senadores y dos mil caballeros, ofreciendo veinticinco mil dracmas á los libres, y diez mil y la libertad á los esclavos que presentasen la cabeza de un proscrito.

Aquí se renuevan los horrores de la venganza silana, aun mas á sangre fria. Los triunviros se sacrificaron mutuamente á sus amigos particulares, para exterminar á los particulares enemigos; Octaviano, por haber muerto á Lucio César, tio de Antonio, permitió á este desahogar su antiguo odio contra Ciceron; y Lépido abandonó, si no es que expulsó, al cuchillo homicida á su propio hermano L. Emilio Paulo.

Algunas partidas portadoras del decreto de proscripcion y de los nombres comprendidos en él fueron enviadas á Roma, y al instante se llenó la ciudad de sangre y consternacion. El ser rico ó reputado sospechoso de favorecer á los republicanos bastaba para merecer la muerte; y como el salvar á uno era felonía y mérito el entregarlo, se vieron abominables ejemplos de conculcada piedad doméstica, de amistades violadas, de clientes y de esclavos que, triunfantes de sus patronos y señores, gozaban viendo á sus piés varones consulares pidiendo piedad, y pudiéndosela negar.

Y sin embargo, en los siervos aparecieron virtudes olvidadas entre los libres, y muchos salvaron á sus señores sacrificándose ellos mismos. Un esclavo, á quien hizo marcar Restio en la frente como fugitivo, llegó adonde estaba oculto su amo, pidiéndole órdenes, y como lo viera temeroso de ser vendido: *Pensáis*, dijo, *que esté mas impresa la marca en la frente que lo están en el corazon los favores recibidos*? y así lo puso en salvo, y lo mantuvo muchos dias con su trabajo. Cierto dia que un tropel de sicarios giraba por los alrededores, cae el siervo sobre un pasajero, le corta la cabeza, y llevándola á aquellos bravos y mostrando las cicatrices de su frente, dice: *Héme vengado*, dando á entender que habia muerto á su señor, el cual, libertado por tan inhumana gratitud, pudo al fin embarcarse.

(1) « Egregius iste juvenis laudandus, honorandus et tollendus est. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los esclavos de Meneyo y de Apio se colocaron en el lecho de sus amos, dejándose matar en lugar de estos. Vestidos otros de lictores acompañaron á Pomponio, que fingiéndose un pretor enviado á provincia, atravesó la Italia y se salvó en Sicilia. Otros con Ircio, Apuleyo y Aruncio opusieron la fuerza á la fuerza y pusieron en libertad á sus señores. Al ir á la escuela un niño con su preceptor fué arrestado por los sicarios, y defendiéndolo este, se dejó matar.

Opio llevó ácuestas á su anciano padre hasta el Estrecho, donde lo embarcó para Sicilia: Cayo Osidio Geta salvó al suyo esparciendo la voz de que habia muerto, y gastando en los funerales todos sus bienes. Escasos rasgos de afecto filial, que hacen mas negra la infancia de aquellos que hicieron traicion á sus propios progenitores. Un jóven tomaba la toga pretesta, traje viril que se recibia con pompa doméstica, cuando se vió su nombre en las tablas de proscripcion y en el acto lo abandonan los convidados, y su madre, á cuyo lado huye á refugiarse, le da con la puerta en el rostro. Refugiándose en el campo fué cogido por algunos amos de esclavos y puesto al trabajo, pero aquella vida se le hizo tan pesada que entregó su cabeza á los perseguidores. Miéntras un pretor solicitaba sufragios para su hijo, se vió proscripto, por lo cual se ocultó en casa de un amigo; pero su mismo hijo condujo allí á los satélites. Viéndose otro acometido, gritó que su hijo era grande amigo de Antonio: *Pues él es precisamente quien te ha denunciado*, le respondieron.

Julia, madre de Antonio, salvó á su hermano Lucio César poniéndose delante de la cámara, donde lo habia escondido, y gritando á los soldados: *No llegaréis adonde él está, sino matándome á mí, que soy madre de vuestro general.* Corriendo luego al tribunal, donde se hallaba su hijo con las sangrientas cabezas en una mano y el oro en la otra, le intimó que salvase á Lucio ó la matase tambien, como delincuente de haberlo salvado. Apuleyo, Antistio, Tito Vinio, Ancio, Q. Lucrecio Vispalion y otros conservaron la vida por la animosa fidelidad de sus mujeres. Entregado Acilio por sus esclavos, fué preso; pero su mujer le rescató dando todas sus joyas: entregando la honestidad compró al suyo la mujer del senador Coponio, mucho tiempo hacía obsequiada por Antonio; la de Q. Ligario, habiendo visto entregado á su marido por los esclavos y decapitado, declaró á los triunviros haberlo tenido oculto, y merecer por eso la muerte; y como se le negase el suplicio aun cuando les echó en cara su crueldad, se dejó morir de hambre. Por lo cual dice Veleyo Patérculo que « hubo mucha fidelidad en las mujeres, bastante en los libertos, alguna en los esclavos, y ninguna en los hijos: tan ingrato es esperar, concebida que ha sido una esperanza. »

Muerte de Ciceron 43.

En una carnicería donde solo la imaginacion puede figurarse el dolor de tantos, hay no sé qué atractivo en mencionar los casos especiales. Entre las víctimas, la mas ilustre fué Ciceron. Habiendo sabido en su quinta de Túsculo su proscripcion y la de su hermano Quinto, pensó en salvarse con este en Macedonia junto con los liberales, y se encaminó velozmente hácia el mar en litera. Quinto, que volvió á la casa de campo por dinero, fué delatado por un aldeano á los satélites, quienes buscándolo inútilmente en la casa, cogieron á su hijo y lo pusieron en tormento para que revelase el punto donde estaba escondido su padre. El jóven no hablaba; pero los agudos gritos que le arrancaba el tormento afligieron á su padre de modo que salió y se entregó, rogando que libertasen al magnánimo hijo. Los malvados mataron á entrambos, al uno por estar proscripto, y al otro por desobediente.

Tulio consiguió embarcarse; pero dudoso ó temeroso del viaje, ó confiando mas en Octaviano, su protegido, que en Bruto y Casio, de cuyo partido habia desertado, desembarcó junto á Circo y emprendió el camino de Roma. En cuanto estuvo cerca de ella, volvió hácia el mar acometido de nuevo temor, vacilando entre la idea de matarse, de entregarse á Octaviano, ó de refugiarse en un templo. Alcanzado en tanto de improviso por una turba guiada por el centurion Erenio y el tribuno militar Popilio Lena, á quien otras veces habia defendido en causa de parricidio, fué señalado por el liberto filólogo, y viendo á sus siervos dispuestos á protegerlo con las armas, dijo: *No, obedezcamos al destino*; *no se derrame mas sangre que aquella que piden los númenes*; y con el valor, que fué la última y la ménos rara virtud de los Romanos, sacó la cabeza fuera de la litera, diciendo á Popilio: *Acércate, veterano: muestra cómo sabes herir.*

7 de diciembre de 43.

Llevaron su cabeza y su mano derecha á Antonio, quien exclamando: *Hé aquí concluidas las proscripciones; vivid en adelante sin temor, oh Romanos*, contempló con salvaje complacencia aquella cabeza, y en seguida la envió á su esposa Fulvia, que ya lo habia sido de Clodio. Esta habia pedido á Antonio la cabeza de uno que no quiso venderle su casa, y luego que la hubo obtenido, la hizo clavar sobre la misma casa, á fin de que ninguno ignorase su verdadero crímen. Al ver la inanimada cara de Ciceron, declamó con atroces burlas contra el enemigo de sus maridos, y le traspasó la lengua con un alfiler de oro; en seguida aquella cabeza y la mano fueron colocadas sobre la tribuna, desde la cual habia fascinado tantas veces la voluntad de la multitud y de los Senadores.

¿Y qué cabeza se fijó al lado de la suya? La de Vérres: el acusado junto al acusador. Desterrado veinticuatro años, se aprovechó de la amnistía de César para volver: entónces le pidió Antonio ciertos vasos corintios, parte de las antiguas presas, y como se los negase, lo apuntó en las tablas; y así un criminal castigaba crímenes contra los cuales se habia embotado la ley.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Tal fin cupo en suerte al orador mas ilustre. Se le echan en cara su vanidad desmedida, su oscilante voluntad, la natural debilidad que le hizo propender siempre á la parte mas afortunada, la indiferencia hácia la causa popular, la escasa prevision en las cosas políticas, la poca habilidad para unir con las antiguas ideas patrias las nuevas que se producian. Sin que neguemos á quien hace el bien la complacencia de recordarlo, es fastidiosa en Ciceron la vanidad. Ya escribiendo contra Vérres exclama : « ¡ Dioses » inmortales! ¡qué diferencia de entendimiento » y de inclinaciones entre los hombres! Así » apruebe vuestra estimacion y la del pueblo ro- » mano mi voluntad y esperanza, como yo re- » cibí los cargos de manera que me conceptuaba » ligado por religion á todos los deberes que » me imponian ellos. Nombrado cuestor, creí » que esa dignidad no solo se me atribuía, sino » que se me confiaba. Tuve la cuestura en Sici- » lia como si todos los ojos estuviesen fijos en » mí, y como si yo y la cuestura estuviésemos » en un teatro á la vista de todo el mundo ; por » esa razon me negué á todo lo que se considera » agradable, no solo á extraordinarios apetitos, » sino á la misma naturaleza y á la necesidad. » Nombrado ahora edil, tengo en cuenta cuanto » he recibido del pueblo romano, y que debo » dar santísimos juegos con suma ceremonia á » Céres, á Libero y á Libera ; con la solemnidad » de los juegos aplacar á la madre Flora y dis- » ponerla en favor del pueblo y de la plebe ro- » mana ; efectuar con la mayor dignidad y reli- » gion los antiquísimos juegos que se llaman » Romanos en honor de Júpiter, de Juno y de » Minerva ; sé tambien que se me ha dado este » cargo para defender toda la ciudad y cuidar » de los lugares sagrados ; que por el trabajo y » y la atencion que se emplean en estas cosas, » hay asignados, como beneficios, un antiguo » sitio en el Senado donde pronuciar su parecer, » la toga pretesta, la silla curul, la jurisdiccion » y las imágnes para conservar nuestra memo- » ria en la posteridad (1). »

Á excepcion de sus graves arrebatos, casi no se pasa una página sin oírsele hablar de sí, de su consulado, de Clodio, de Catilina, de la salvacion de la patria : en su consulado escribió comentarios en griego y un poema en tres cantos : suplica á L. Lúceyo que refiera aparte los sucesos desde la conjuracion descubierta hasta su llamamiento á la patria, y que lo haga prontamente, que él mismo le suministrará los documentos por la satisfaccion de verse revelado á los contemporáneos (2). Ambicionó hasta los honores del triunfo despues de la expedicion contra los Partos, y tuvo una incomodidad con Caton que no lo habia sostenido en su demanda, y contra Pompeyo que habia escrito cartas al Senado sin una congratulacion con motivo de haber sido vencido Catilina.

¡Pero cuántos desengaños no prepara la gloria á quien es su apasionado! Ciceron mismo refiere, que durante su cuestura en Lilibeo, en Sicilia, se imaginaba que no se hablaria de otra cosa en Roma mas que de sus grandes méritos, de él, sosten de los mercaderes, liberal con los municipios, desinteresado con los aliados, apaciguador de los litigios, de él en fin que en una gran carestía de víveres habia provisto de granos á Roma. Regresando con la idea de que la patria no pensaria mas que en prodigarle expresiones de gratitud y recompensas, se detuvo en el camino en los baños de Pozzuoli, adonde habia concurrido la sociedad mas selecta de la ciudad, y el primero que encuentra le pregunta ¿qué hay de nuevo en Roma? Bajóse el orgullo de Ciceron á tal pregunta, y contesta que venía de provincia. *¡Ah, ah! ¿De África?* dice el elegante. *No, de Sicilia*, replicó secamente el incomodado Ciceron ; y queriendo mostrarse mejor informado uno que escuchaba, añadió : *¿Pues qué? ¿no sabes que ha sido cuestor en Siracusa?* Puede concebirse cuánto se indignaria Ciceron en el primer momento : luego tomó el partido de fingirse llegado él tambien, como los demas, á tomar las aguas, y se persuadió que el pueblo romano era tan duro de oído como perspicaz de vista (1).

Por lo demas, era Ciceron excelente hombre, buen cortesano, muy agradable en las reuniones (2), de suerte que se repetian en Roma sus dichos ingeniosos, que fueron recogidos despues por Tiron. Muchas riquezas le produjeron las arengas, no por honorarios que de ellas obtuviese, siendo estos cosa desusada, sino por los legados que cada rico dejaba en su testamento á quien habia merecido su gracia. De estos obtuvo Ciceron por valor de veinte millones de

(1) *In Verrem*, V, 14.

(2) « Epistola non erubescit. Ardeo cupiditate incredibili, neque, ut ego arbitror, reprehendenda, nomen ut nostrum scriptis illustretur et celebretur tuis : quod etsi mihi sæpe ostendis te esse facturum, tamen ignoscas velim huic festinationi meæ... Non enim me solum commemoratio posteritatis ad spem immortalitatis rapit, sed etiam illa cupiditas, ut vel auctoritate testimonii tui, vel indicio benevolentiæ, vel suavitate ingenii vivi perfruamur... Nos cupiditas incendit festinationis, ut et ceteri, viventibus nobis, ex litteris tuis nos cognoscant, et nos metipsi vivi gloriola nostra perfruamur. » *Ep. fam.* V, 12.

(1) « Se alabó á sí mismo aun fuera de los momentos de » entusiasmo, y por ello fué censurado ; pero yo no le acuso » ni justifico; observaré solamente que cuanto mas supera » en un pueblo la vanidad al orgullo, tiene este mas en cuenta » el arte de adular y ser adulado, mas se ingenia á fin de » hacerse estimar con medios pequeños, á falta de grandes; » hasta se siente lastimado por la altanera franqueza y la » ingenuidad natural de un ánimo que conoce la propia leal- » tad y no teme gloriarse de ella. He visto disgustarse á » algunos porque Montesquieu osó decir : *Tambien yo soy* » *pintor*. Hoy tambien el hombre mas corrompido, aun en el » acto de conceder su estimacion, quiere conservar el dere- » cho de rehusarla. Entre los antiguos, la libertad republicana » concedia mayor energia á los sentimientos, y una franqueza » mas libre al discurso. Esta flojedad de carácter, que se » llama cortesía, y que tanto teme ofender al amor propio, » ó sea la debilidad incierta y vana, era entónces ménos » comun ; se aspiraba con ménos frecuencia á ser modestos » que grandes. La debilidad debe conceder tambien alguna » vez á la fuerza el derecho de conocerse á sí misma; y si nos » es posible, consintamos en tener hombres grandes aun á » este precio. » THOMAS, *Ensayo sobre los elogios.*

(2) « Non multi cibi hospitem, sed multi joci. » *Ad fam.* IX, 26.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sestercios (1), con los cuales aumentó sus casas y sus quintas; y si bien se abstuvo en las provincias de los latrocinios demasiado comunes, tuvo riquezas y lujo de artes, y pudo hospedar espléndidamente á los amigos (2); y para mantener á su hijo estudiando en Aténas, gastaba al año de setenta y dos mil á ochenta mil sestercios, ó sean quince ó diez y seis mil francos.

Ménos que en cualquiera otro hubiera sido de esperar la crueldad en un hombre de letras y tímido; y sin embargo, él solicitó la muerte de los catilinarios; él aconsejaba herir á Antonio juntamente con César, y repetia: *Si queremos ser clementes, jamas faltarán guerras civiles* (3). No obstante, no se podrá olvidar que frecuentemente se aventuró hacerse eco de la indignacion pública contra los malvados, de cuyos puñales no habia quien lo protegiese. Complace ver á este oscuro Arpines alzarse á fuerza de ingenio hasta merecer el nombre de padre de la patria; ser el primero en el Senado; rivalizar inerme con el triunfo de los guerreros; alcanzar la gloria de un destierro considerado como luto público; adquirir poder con la palabra donde tantos otros se lo procuraban con la espada, y hacer que Antonio no se creyese seguro en la tiranía miéntras él estuviera vivo.

Aun cuando en aquella proscripcion, la mas atroz de todas, se ordenó al público hasta que se regocijase por las crueldades cometidas, fué llorado Ciceron por los Senadores y el pueblo: el mismo Antonio, por una cruel reparacion, entregó el traidor liberto á Sempronia, viuda de aquel, y esta, despues de haberlo atormentado con los mas exquisitos tormentos, lo obligó á cortarse él mismo pedazos de su propia carne, á cocerlos y comérselos. Octaviano debió sentir por aquella muerte, si no remordimiento, perpétua vergüenza; ninguno osaba nombrarlo de los que estaban á su lado (4); un sobrino suyo, sorprendido un dia por él con las obras de Ciceron en la mano, intentó ocultarlas; pero habiendo tomado Octaviano el libro, y recorrido algunas páginas, se lo restituyó diciendo: *Fué grande hombre y amante de la patria.*

Estas demostraciones del insolente Antonio y del atroz Octaviano eran tributos rendidos contra su voluntad al pueblo, en el cual no estaba extinguida del todo la virtud, y cuyos gritos obligaron á los feroces triunviros á castigar á dos esclavos traidores á sus amos, y á premiar á uno que habia salvado al suyo. Muchos proscriptos fueron protegidos por la plebe. Oppio, aquel hijo piadoso, fué llamado, y presentándose como candidato para el cargo de edil, el pueblo se ofreció á sostener los gastos de los espectáculos que aquel empleo requeria, y le ofreció ademas doce veces el valor de los bienes que se le habian confiscado.

Si podia, pues, esperarse remedio á tal abismo de males, si debia alzarse una voz para redimir la inmensa corrupcion romana, no habia que esperarla de los palacios ni de las escuelas, sino del vulgo y de los ignorantes; y de allí salió.

Regocijábanse en tanto en la embriaguez del delito los triunviros y sus guerreros, quienes excitados por la matanza y el saqueo al pillaje y la carnicería, osaron hasta pedir á Octaviano los bienes de su madre que acababa de morir. Pero la proscripcion, el arrebatar cuanto oro ó plata se encontraba en vasos ó en moneda, y las sumas depositadas en las sagradas manos de las Vestales, no habian producido los doscientos mil talentos necesarios para los gastos de la guerra: y por esta razon impusieron los triunviros una contribucion á mil cuatrocientas de las mas ricas damas romanas, parientes de los proscriptos. Estas hicieron todo lo posible por redimirse de ella: por último, todas juntas se presentaron al tribunal de los triunviros, donde Hortensia, hija del famoso orador, expuso á nombre de todas la injusticia de envolverlas en la culpa de sus parientes y en las civiles disensiones, en las cuales ni Mario, ni Pompeyo, ni César las habian obligado á tomar parte; que las mujeres habian ofrecido otras veces sus joyas para salvar á la patria de Aníbal; que ahora no se hallaba amenazada Roma de los Partos ni de los Galos, y que no tenian derecho los triunviros para aspirar al título glorioso de reformadores de la república.

Contra aquella seguridad de razones opusieren los triunviros la fuerza de los lictores; pero murmurando el pueblo de la violencia, sostuvo á las mujeres, por cuya causa quedaron reducidas á cuatrocientas las multadas, sustituyéndose á las otras cien mil hombres, multados enormemente. Los exactores armados recurrieron á tales violencias, que los tiranos tuvieron que ordenar al cónsul que las reprimiera; pero no atreviéndose este á tocar á los terribles legionarios, se contentó con hacer que se crucificase á algun esclavo. No bastaba sufrir, era menester regocijarse en el dolor. Acordándose Lépido de haber obtenido hacía tiempo alguna ventaja sobre los Españoles, quiso recibir los honores del triunfo, y dió un decreto favorable

(1) *Filip.* II, 32.

(2) En la de la Campania, entre el lago Lucrino y Pozzuoli, pocos años despues de la muerte de Ciceron, estando en posesion de ella Antistio Vetio, se descubrieron aguas minerales, indicadas para la oftalmía. Acerca de esto escribió este epígrama Laureo Tulio, liberto del orador:

Quod tua, romanæ vindex clarissime linguæ,
Silva loco melius surgere jussa viret;
Atque academiæ celebratam nomine villam
Nunc reparat cultu sub potiore vetus:
Hic etiam apparent lymphæ non ante repertæ,
Languida quæ infuso lumina rore levant.
Nimirum locus ipse sui Ciceronis honori
Hoc dedit, has fontes quum patefecit ope:
Ut quoniam totum legitur sine fine per orbem,
Sint plures oculis quæ medeantur aquæ.

Estas aguas están descritas tambien por no sé que Eliodoro, en diez y seis exámetros referidos por Estobeo, *Serm.* XCVIII. La quinta que tenia en Pompeya fué descubierta en el arrabal de esta ciudad desenterrada.

(3) Véanse sus cartas á Bruto, y principalmente la segunda de las últimas encontradas.

(4) Horacio, encomiador universal, no habla ni una palabra de Ciceron: recordando Virgilio las glorias romanas, concede á la Grecia la gloria de perorar mejor en las causas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á quien honrase aquella victoria con fiestas, y amenazando á quien no la honrase con la miseria y la proscripcion. Extraordinarias fueron por tanto las demostraciones; todos los patricios acompañaron el carro del triunviro, y hubo sacrificios y aplausos cual nunca se habian conocido.

Hartos en fin de sangre y de oro, reunieron los triunviros á los senadores que sobrevivian, y declararon terminada la proscripcion: Lépido aseguró que no habia ya ningun temor; pero Octaviano, á quien el título de vengador de César eximia de la compasion, cobardía de la humanidad, declaró que se reservaba castigar á cualquier otro. Despues, sin oir al pueblo, nombraron los cónsules para el año próximo pretores y ediles para mucho tiempo, á fin de que estos cargos no recayesen durante su ausencia en personas poco afectas. Repartiéndose el oro y los soldados, Octaviano se puso en marcha para Bríndis, y Antonio para Reggio, á fin de llevar á Oriente el órden y la paz que habian establecido en Italia.

CAPÍTULO XX

Guerras civiles hasta el imperio.

43. Volvíase á disputar la dominacion del mundo en Oriente, como ántes entre César y Pompeyo. No hallándose secundados Bruto y Casio por el pueblo romano, se refugiaron en Ancio; y queriendo el Senado sostenerlos sin embargo, les encargó que enviasen granos á la ciudad, Bruto desde el Asia, y Casio desde Sicilia; medio de hacerse amigos á los gobernadores de las provincias, y de poder así reunir naves. Pero habiéndoles cerrado el paso los partidarios de Octaviano, pasaron á Grecia, y separándose Bruto de Porcia, que soportó varonilmente aquel dolor tambien (1), arribó á Aténas.

(1) La que tanto habia sufrido sin quejarse cuando vió un cuadro que representaba la despedida de Héctor y Andrómaca, no pudo contener sus lágrimas. Entónces Acilio, amigo de Bruto, recitó aquellos versos de Homero:

Solo me quedas tú, Hector querido,
Tú eres mi padre y madre, tú mi hermano,
Tú mi ilustre marido.

Á lo que contestó Bruto: « Pero yo no puedo añadir aquellos otros:

Vuelve á tu casa, á tus trabajos vuelve,
Y maneja otra vez la lanzadera;

» porque si la natural debilidad impide á Porcia soportar las » fatigas de la guerra, tiene el ánimo firme y trabajador » tanto y mas que cualquiera de nosotros. »

No se debe olvidar cuán frecuentemente tenian los antiguos en la boca los dichos y los versos de los clásicos, porque sobre ellos se hacian los primeros estudios. Así vemos que los profieren los personajes en las mas graves circunstancias. Bajando Pompeyo á la nave traidora, exclamaba con Sófocles:

Οστις δὲ πρός τύραννον ἐμπορεύεται
Κεῖνου 'στὶ δοῦλος κἂν ἐλεύθερος μολῇ.

Bruto formulaba su desesperacion en estos otros:

''Ω τλῆμον αρετή, λόγὸς ἄρ' ἦσθα. 'Εγὼ δὲσέ
'Ως ἔργον ἤσκουν, οὐ δ'ἄρ' ἐδούλευες τύχῃ.

Quedaba en esta ciudad todavía un resto del sentimiento de libertad y de admiracion hácia los tiranicidas por lo cual fué acogido el nuevo Harmodio con gran fiesta, y á él y á Casio se les erigieron estatuas. Frecuentaba Bruto las escuelas de los filósofos, que eran su delicia; pero al mismo tiempo se cautivaba á la juventud romana que estudiaba allí, y singularmente á Marco Tulio, hijo de Ciceron, cuyo valor y odio á la tiranía no cesaba de admirar (1). Sacó despues por sí y ante sí las tropas de Macedonia, cuyo gobierno le habia cedido generosamente Hortensio; levantó gente en todas as ciudades de Grecia, donde se habian refugiado muchos Romanos descontentos; ocupó los tributos expedidos de Asia; se apoderó, en Demetriada de Tesalia, de las armas reunidas allí por César contra los Partos; y Polemocracia, reina de Tracia, cuyo marido habia muerto á manos de sus súbditos sublevados, puso en las de Bruto su propia persona, sus tesoros y su hijo. Bruto prometió custodiarlo hasta que llegase la oportunidad de restablecerlo en el reino; aumentó el ejército con los desertores que continuamente se le presentaban y con las reliquias de los pompeyanos errantes por la Tesalia, y lo animó con alguna victoria. Habiendo hecho prisionero en una de estas á Cayo Antonio, hermano de su enemigo, en vez de matarlo como le aconsejaban Ciceron y la prudencia, lo honró. Despues, cuando supo que maquinaba entre las tropas, se contentó con ponerlo en seguridad en un bajel, hasta que al saber la muerte de Ciceron, permitió que el revoltoso la recibiese tambien. Pero perdonó á los legionarios sediciosos con mayor magnanimidad que la de César, por cuanto estaba aun en lo fuerte del peligro. Solicitado para entrar en arreglo con Octaviano, contestó: *Quítenmelo todo los dioses ántes que la firme resolucion de no conceder al heredero de aquel que maté lo que no le toleré á él, y que no toleraria á mi padre mismo si resucitase; el derecho de tener, por mi paciencia, mas poder que las leyes y el Senado.*

Alentado por los primeros triunfos, confió el Senado á Bruto el mando de la Babilonia, la Iliria y la Grecia á título de procónsul, autorizándolo, así como á Casio, para servirse del dinero público, y hacerse auxiliar por las provincias y los aliados.

Casio en tanto habia pasado al Asia, gobernada por Trebonio; uno de los conjurados se habia ganado algunos soldados enviados por Dolabela, que á pesar del Senado habia obtenido del pueblo la Siria. Dirigióse contra esta, engrosadas siempre sus fuerzas por nuevos prosélitos, y ocupó fácilmente la provincia, donde aun se recordaba el valor prudente que habia

Neron murió recitando versos, y lo mismo Trajano: las últimas palabras de Augusto fueron:

Εἰ δὲ πᾶν ἔχει καλῶς, τῷ παιγνίῳ
Δότε κρότον, καὶ πάντες ὑμεῖς μετὰ χαρᾶς κτυπήσατε

(1) Cic. *Ad famil.*, XVI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mostrado salvando de los Partos los restos del ejército de Craso. Mantuvo con gruesas contribuciones su gran ejército, con el cual sitió en
5 de junio de 43. Laodicea á Dolabela, que habia ido allá á disputarle su posesion; derrotado al principio, triunfó despues; tomó la ciudad, y Dolabela, temiendo al irritado vencedor, se hizo matar, como otros de los principales oficiales; los demas obtuvieron perdon de Casio, los muertos compasion, y la ciudad fué entregada al saqueo y la matanza. Estos dos republicanos, pues, que habian huido de Roma despojados de todo, se encontraban á la sazon con extensas provincias bajo su obediencia, y la fuerza de las veinte legiones, y podian contrabalancear ademas el poder de los triunviros, tanto mas cuanto que habiendo salido Sesto Pompeyo de su retiro se habia hecho jefe de piratas, y con el asentimiento del Senado, se enseñoreaba de la Sicilia, de la Córcega y de la Cerdeña.

Casio hubiera querido atacar á Egipto para castigar á Cleopatra, siempre fiel á la memoria de César; pero Bruto les escribió que no debia pensar en la conquista de un imperio, sino en destruir á los enemigos de la patria; y que se le incorporase sin tardanza para marchar á Italia y socorrer á los ciudadanos que se hallaban en peligro.

Pero ¿ cómo es posible llevar á cabo, aun la mas justa de las revoluciones, sin crueldades? Casio, con objeto de atender á la subsistencia de su ejército ó para castigar á sus adversarios, mandó matar á Ariobarzánes, rey de Capadocia, é impuso á este reino enormes tributos. Multó en mil quinientos talentos á la infiel ciudad de Tarso, teniendo que vender para reunirlos los terrenos públicos, los adornos de los templos, luego los niños, las mujeres y los viejos, y por último, hasta los jóvenes en estado de empuñar las armas. Compadecido al fin á la vista de tan excesivos males, perdonó el resto de la suma. Ródas, culpable de haber favorecido á los partidarios de César, fué vencida diferentes veces; tomada al fin, ofreció á Casio el título de rey y señor, que desdeñosamente rehusó, diciendo que queria por el contrario acabar con los reyes y los tiranos; y mandando que le fuesen presentados cincuenta de los principales ciudadanos, los condenó á muerte, desterró á otros, y entregó la isla entera al saqueo. Dirigióse despues contra Cleopatra; pero habiendo dispersado una tempestad la escuadra de esta, Casio, no viendo enemigo alguno, volvió proas, y obligó á todas las provincias de Asia á pagar anticipadamente los tributos de diez años.

¡Cuánto deberia sufrir el alma generosa de Bruto! ¡Cómo debia desgarrarse su corazon cuando sus soldados le obligaban á matar á algun inquieto enemigo, ó al ver cómo se originaba una guerra civil, con todos sus horrores, de un hecho que reputaba no solamente glorioso, sino justo, y que protestaba hallarse dispuesto á renovar! Impelido por la necesidad, penetró en la Licia, que le habia negado socorros, y sitió á Xanto, donde se habian refugiado los principales del país, rehusando cuantos convenios les habia propuesto, y hasta el de dejar en libertad sin rescate á los prisioneros. La ciudad, que era muy fuerte, se defendió con heróica obstinacion, y cuando los Romanos penetraron en ella á viva fuerza, los habitantes, resueltos á no vivir en la servidumbre, la prendieron fuego, rechazaron á los enemigos que acudian á apagarlo, y sin hacer caso de Bruto que corria á caballo gritando que á todos se les concederia la vida, los Xantios degollaron á sus mujeres, á sus niños y á sus esclavos, y en seguida se arrojaron á las llamas, recordando que sus mayores habian preferido sepultarse en las ruinas de su patria ántes que ceder á Arpagon, sátrapa de Ciro, y á Alejandro Magno. Habiendo prometido Bruto recompensar al que salvase á un Xantio, no consiguió librar de la muerte sino á unos pocos esclavos y mujeres que no tenian marido que las degollára.

Con el ejemplo de Xanto y una conducta apacible intentó Bruto atraerse á Patara, ofreciéndola hasta cederle los prisioneros que habia hecho á aquella ciudad; pero negándose á todo, comenzó á poner en venta á los Xantios. Sin embargo, su corazon no le permitia condenar á perpétua esclavitud á tan valientes guerreros, y les devolvió la libertad. Habiéndose apoderado despues sus corredores de algunas mujeres de Patara, las envió sin rescate; por lo cual ellas persuadieron á sus conciudadanos á que se sometieran, como lo ejecutaron. Conquistada la Licia, entró Bruto en la Jonia, donde cayendo en su poder casualmente el retórico Teodoto que se jactaba de haber sido el principal consejero de la muerte de Pompeyo, le hizo sufrir la última pena.

Incorporado á Casio en Sárdis, hubo entre ambos algunas desavenencias por querer Bruto observar la mas estricta justicia, y Casio prescindir de ella siempre que lo creía conveniente, cerrando los ojos para no ver las iniquidades de sus amigos. Tampoco César *oprimia á nadie*, decia Bruto, *pero era culpado por haber protegido á los opresores. Si alguna vez fuese lícito faltar á la justicia, valdria mas permitir las iniquidades de los partidarios de César, que tolerar las de nuestros amigos.*

Hallándose Bruto con sentimientos tan dignos ante una realidad tan poco grata, buscó un refugio en el estoicismo; pero su imaginacion herida le turbaba aquellos breves reposos, y creía ver espectros, y á su genio malo amenazándole con desastres; por lo que lleno de temores respecto de su patria, de sus amigos y de su causa, y sintiendo que habia faltado á la humanidad, á la gratitud y hasta á su conciencia, clamaba por el fin de una lucha en que sucumbia su vigor de filósofo y de ciudadano.

Dueños los dos jefes republicanos de las provincias de Oriente desde el Olimpo hasta el Eu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

frátes, resolvieron marchar á la Macedonia al encuentro de Antonio y de Octavio; y alentado el ejército con arengas, sacrificios y dádivas, penetraron en aquel país con ochenta mil infantes y dos mil caballos, avistando al enemigo en las cercanías de Filípos. Las fuerzas por ambas partes eran casi iguales; pero el ejército republicano era el mas lucido por haber querido Bruto, á ejemplo de Sertorio y de César, que el soldado se engalanase con una brillante armadura, á fin de interesarlo en defenderla. La pericia de los generales, su dominio en los mares, las privaciones á que el ejército de los triunviros se veía reducido por no serle posible recibir víveres ni socorros de Asia ni de Sicilia, parecian presagiar la victoria á los republicanos; y la habrian obtenido si conformándose con la opinion de Casio hubiesen evitado el combate. Entónces los triunviros se hubieran visto en la necesidad de emprender la retirada apremiados por el hambre; pero Bruto queria poner término á aquellas miserias tan prolongadas de los pueblos; no podia sufrir que se le acusára de tímido, y temia la desercion de sus soldados. El sayo rojo ondeó, pues, en la tienda de los generales que se dispusieron para la batalla, no tanto con la confianza de vencer, cuanto con la desesparada resolucion del que conoce un medio de librarse de la derrota.

Batalla de Filípos. 42.

Hablando Bruto á los suyos de libertad y de la gloria de morir por la patria, excitó en ellos tal entusiasmo, que se arrojaron sobre el enemigo con furioso ímpetu, penetraron hasta el compamento de Octaviano y acribillaron de flechas y jabelinas su litera, de tal modo que se le creyó muerto; pero la litera estaba vacía porque infaustos sueños, es decir, su habitual pusilanimidad, habian hecho alejar del combate á aquel Octaviano destinado á conseguir las mas señaladas victorias por medio de la mas abyecta cobardía.

Miéntras vencia Bruto, se apresuraba Antonio á reparar con su acostumbrada habilidad la vileza de Octaviano destruyendo el ala mandada por Casio, cuyo valor habia sido inútil. Léjos de reinar en el campo republicano la armonía que habia hecho reaparecer la fortuna en el de los Cesarianos, un jefe ignoraba la suerte del otro, y habiéndose retirado Casio á una colina, desde donde vió la mortandad de los suyos, lo creyó todo perdido, y se mató. Su fiel Titinio, enviado por él á saber de Bruto, volvia contento á anunciarle la victoria; pero encontrándole cadáver, se mató tambien. Bruto, que llegó despues, lloró amargamente á su colega, llamándole el último de los Romanos.

Antonio y Octavio se esforzaron inútilmente en atraer de nuevo á Bruto al combate, pues este se habia convencido, aunque tarde, de que la victoria consistia en ganar tiempo. En efecto, los triunviros se hallaban acampados en una llanura pantanosa, inundada por extraordinarias lluvias y donde las enfermedades se multiplicaban y escaseaban los víveres, pues la escuadra que debia llevarles vituallas y auxilios habia sido derrotada y destruida el mismo dia de la batalla de Filípos. No les quedaba, por lo tanto, mas recurso que el de provocar con incesantes escaramuzas á los soldados de Bruto, que orgullosos con sus ventajas acusaban á este de cobardía y de poca confianza en ellos, miéntras otros, hallándose enfrente de sus antiguos camaradas y de un sobrino de César que se preciaba de ser su vengador y les echaba en rostro continuamente que servian bajo las órdenes del asesino de su general, se pasaban al enemigo, por lo que se vió obligado Bruto á llevarlos al combate. Hasta el momento del ataque no supo Bruto la victoria de su escuadra (1), alcanzada veinte dias ántes, sin haber llegado á su noticia, y que cambiaba el aspecto de las cosas cuando ya era imposible retroceder.

Combatia, pues, á pesar suyo; á pesar suyo debió hacer matar á muchos prisioneros esclavos ó libres, cuya custodia requeria demasiados guerreros: dió libertad á un gran número de ciudadanos y libertos romanos, y hasta ocultó y despidió secretamente á algunos para salvarlos de sus oficiales. Tuvo que entregar á estos dos bufones que se habian burlado de Casio, y para conservar el ejército, hubo de prometer el saqueo de Tesalónica y de Esparta, si quedaba vencedor: único delito, dice el moral Plutarco, con que se contaminó.

Habia, pues, sacrificado hasta la virtud á su causa; con lo que alterada su imaginacion mas y mas por el remordimiento, creyó ver nuevamonte el espectro que le habia prometido en Filípos volvérsele á aparecer, y que le predecia su próximo fin. Otros siniestros presagios desanimaban tambien á los suyos (2), á quienes procuró reanimar diciéndoles: *Ya que habéis querido á todo trance aventurar una victoria que teniais segura sabiendo esperar, alcanzadla á lo ménos con valor.*

Los argumentos de los triunviros eran mas fuertes, á saber: la alternativa de morir por el hierro ó por el hambre. Se combatió con el encarnizamiento propio de una guerra civil, y sucumbieron los republicanos. Su ejército fué destrozado, cayendo los oficiales superiores en el puesto que se les habia señalado: entre estos el hijo de Caton reparó con un glorioso fin una vida llena de oprobio.

(1) Un imperdonable descuido ó una infame traicion debieron de ocasionar tan extraña ignorancia que lo echó á perder todo. Plutarco la atribuye á la Providencia que lo dispuso así, porque la monarquia era en adelante necesaria á Roma. Si la historia particular se explica valiéndose de estas causas metafísicas, pierde no poco en dignidad é instruccion. Merece leerse la *Vida de Bruto* en Plutarco, para ver allí acumulados prodigios, presagios y causas supersticiosas de grandes acontecimientos, cosas todas en que hoy no creeria, no ya un escritor, pero ni la mujer mas frívola.

(2) Sobre el estandarte de la primera legion se detuvo un enjambre de abejas. Un centurion sudó cierto humor aceitoso que olia á rosa, y que no cesó por mas que se hizo para enjugarlo. Los primeros que salieron del campamento encontraron á un Etíope, á quien dieron muerte por creerlo de mal agüero. Dos águilas combatieron sobre los dos ejércitos hasta que huyó la que estaba hácia et lado de Bruto..

PLUTARQUE,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Muerte de Bruto.

Bruto, rodeado de enemigos, debió su salvacion á la amistad de Lucilio Lucino, caballero romano, que haciendo le tomáran por él, se dejó llevar prisionero por los Tracios. En su fuga llegó á un valle con unos pocos amigos, y satisfecho al ver que estos no le habian abandonado, los exhortó á volver al campamento, donde creía que las cosas no estaban enteramente perdidas. Hecho esto, suplicó á un esclavo que le matase; pero Estraton de Epiro, su amigo íntimo, exclamó : *No se diga jamas que por falta de amigos ha perecido Bruto á manos de un esclavo*, y le presentó la punta de su espada, sobre la que se precipitó Bruto, gritando : *¡Oh virtud, te crei una realidad, pero veo que no eres mas que un sueño!*

Su carácter.

Así juzgaba el estóico la virtud por el resultado : ni podia juzgar de otra manera quien no levantaba su vista mas allá de este mundo. Contaba apénas treinta y siete años, y se habia hecho amar y admirar por cuantos le conocian á causa de su humanidad, de su carácter leal, de su constante propósito de justicia y de virtud. Favoreció siempre, no el partido á que le atraía el afecto ó el interes, sino el que creía mas justo y útil á su patria. Ciceron declaraba haber adoptado igual partido que él *por su virtud singular é increible*, la cual le captaba la veneracion del pueblo. Despues de muerto el dictador, no quiso recurrir á la elocuencia para que no se creyese que desconfiaba de la bondad de su causa ; y sin embargo, figuraba entre los mas hábiles oradores. Escribia el latin y el griego con purísima concision, que agradaba poco á Ciceron, quien en cambio parecia prolijo y falto de vigor á Bruto. En las bellas letras, en la historia, y especialmente en la filosofía, sabía cuanto era posible saber; y esta última vigorizó mas y mas su voluntad de hierro.

El turbulento y ambicioso Casio fué quien le indujo con sus artes á asesinar á César, lo que renovó la guerra civil, seguida de tantos años de desolacion y del dominio de hombres viles y crueles en lugar del moderado y generoso dictador. Distamos mucho de admirar á estos héroes regicidas, pues conocemos por el contrario cuánto ha perdido la causa del bien con tales elogios; pero sabemos que un hombre debe ser juzgado con arreglo á las ideas de su tiempo y de su país. César, pues, fué el tirano de su patria; segun las leyes de Roma el asesinato de un usurpador estaba exento de pena (1); el Senado aplaudió aquella accion; Ciceron decia abiertamente que á ella habian cooperado todas las personas honradas (2), que se avergonzaba de volver á una ciudad de donde Bruto habia salido, habiéndole visto despues de la muerte del dictador erguido con la conciencia de su grande y esclarecida accion, nada afligido por su suerte y mucho por la de su patria (3).

(1) « Cum jus fasque esset occidi, neve ea cædes capitalis noxa haberetur. »

(2) « Omnes boni, quantum in ipsis fuit, Cæsarem occiderunt. » CICERON. *Filip.* II, 12.

(3) « Atque ego celeriter Veliam devectus, Brutum vidi, quanto meo dolore non dico : turpe mihi ipsi videbatur in eam urbem me audire reverti, ex qua Brutus excesserat ; et ib velle tuto esse, ubi ille non posset. Neque vero illum similter, atque ipse eram, commotum esse vidi : erectus enim maximi ac pulcherrimi facti conscientia, nihil de suo casul multa de nostro querebatur. » *Filip.* I, 4.

El estoicismo, pues, únicamente podia reprender á Bruto de haber blasfemado de la virtud en el momento de morir por no comprender su verdadero sentido. Pero debieron acusarle sus partidarios, lo mismo que á Casio, de haber abandonado el puesto cuando aun estaban completas sus fuerzas y hubieran debido trabajar para restablecer la república que creían haberles sido confiada, y no abandonarla como lo verificaron. Sus mismos enemigos compadecieron á Bruto : Antonio, diciendo que entre los asesinos de César solo Bruto habia conspirado, porque semejante accion le parecia hermosa, echó un rico manto sobre su cadáver, le mandó hacer magníficos funerales, y quiso tener por amigo á aquel Lucilio que intentó salvarlo. Mesala presentó á Octavio al retórico Estraton que habia ofrecido la espada á Bruto para que se matára, diciéndole : *Esta prestó á mi general el último servicio* ; y el mismo Octavio que tan vilmente habia insultado el cadáver de aquel ante quien poco ántes habia vuelto la espalda, viendo posteriormente en Milan la estatua erigida á Bruto por los Cisalpinos, los alabó por su gratitud.

Venganza de los triunviros.

El campamento de Bruto suministró víveres á los soldados de los triunviros y tesoros para distribuirlos á los veteranos y licenciarlos, porque se habian hecho insubordinados. Antonio mandó matar á Hortensio y á Varron, ilustre senador, el cual ni aun entre prisiones dejaba de echarle en cara su desordenada vida, y vaticinarle un fin torpe : Livio Druso, padre de la mujer de Augusto, prefirió matarse. Quintilio Varo, poniéndose las insignias de todos los honores que habia obtenido, se hizo matar por sus libertos. Octavio, mas orgulloso por ser mas cobarde, añadia el ultraje al suplicio : á uno que le pedia por lo ménos la sepultura contestó : *Cuidarán de dártela los buitres* ; y obligó á un hijo á sepultar la espada en el pecho de su padre y despues volverla contra sí mismo. Á causa de esto, los prisioneros le llenaban de imprecaciones, y echándole en cara su cobarde atrocidad, espiró el senador M. Favonio, el cual, habiéndole consultado Bruto sobre la conjuracion, respondió *que era preferible la tiranía mas injusta á una guerra civil*, si bien despues de consumado el hecho, no se habia separado nunca del lado de su amigo Bruto.

No podia, sin embargo, considerarse como terminada la guerra, pues Sesto Pompeyo reunia en Sicilia á los fugitivos proscritos. Domicio Enobarbo y Estacio Murco mandaban las escuadras de Bruto en las costas de la Macedonia y la Jonia ; y Cayo de Parma dirigia otra á Asia, reforzado por los Rodios. Los triunviros por lo tanto dividieron entre sí el trabajo, marchando Octavio contra Pompeyo, miéntras que Antonio

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Antonio en Asia. 41.

iba á hostilizar el Oriente. Este, deseando los aplausos de la Grecia, la atravesó, asistió á los juegos y á las discusiones, administrando justicia y derramando dádivas : en Asia le acogieron con las mayores adulaciones : reyes y reinas le colmaban de regalos y le hacian la corte ; y en Éfeso fué recibido con la pompa que se usaba en las solemnidades de Baco. Él correspondia unas veces con generosidad, como cuando disminuyó en algunos países, especialmente en Ródas y Xanto, las contribuciones impuestas por Casio y Bruto, y otras con loca prodigalidad, como cuando, por haberle parecido exquisita una comida, regaló al cocinero la casa de un ciudadano principal de Magnesia.

Tales regocijos suavizaban poco su sanguinario rigor. No habiéndose manifestado bastante obedientes las legiones de Macedonia, llamó á su tienda á trescientos de los principales y los hizo degollar ; persiguió de muerte á los conspiradores contra César ; despojó á otros de las riquezas para darlas á los histriones y aduladores ; confiscó los bienes de algunos como si hubiesen muerto ; despues, queriendo acumular oro, convocó en Éfeso á los diputados de toda el Asia, y reconviniéndoles por haber favorecido á Bruto y Casio, les intimó que pagasen inmediatamente el tributo de diez años. Hasta los tesoros que el comercio proporcionaba á Palmira tentaron su codicia ; pero sus habitantes se trasladaron al otro lado del Eufrátes con cuanto poseían y en union de los Sirios y Palestinos, empobrecidos por las contribuciones, y de los Aradianos, que habian asesinado á los exactores, invocaron la proteccion de los Partos, renovando así contra Roma su terrible enemistad.

Guiados los Partos por Pacoro, hijo de su rey, y por Labieno, general romano, á quien enviaron allí como embajador Bruto y Casio, y que habia permanecido entre ellos desde la batalla de Filípos, atravesaron el Eufrátes, derrotaron á Saxa, legado en la Siria, á quien Labieno persiguió y mató en Cicilia, devastando el Asia Menor, y subyugando las fortalezas desde el Helesponto hasta el mar Égeo, miéntras que Pacoro ocupaba la Siria y la Fenicia hasta Tiro, única plaza que opuso resistencia.

Guerra con los Partos.

Cleopatra, despues de la muerte de César, se habia adherido al partido de los triunviros, y habia hecho reconocer como rey de Egipto á Tolomeo Cesarion, que aseguraba haber tenido de César ; pero habiéndose visto obligado uno de sus generales á secundar los planes de Craso, Antonio, á su llegada á Cilicia, la mandó comparecer ante él á justificarse. Confiando Cleopatra en las gracias con que habia dominado á César, se presentó en Tarso, á bordo de una galera engalanada con todo el lujo de los Orientales : la popa era dorada, las velas de púrpura ; sus argentinos remos agitaban las ondas al son de flautas y de liras, miéntras que ella en traje de diosa, suavemente reclinada en medio del perfumado ambiente y rodeada de amores y de nereidas, escuchaba al pueblo que desde las orillas cantaba : *Viene Vénus á visitar á Baco.* Con el mucho dinero que llevaba, con su sin par hermosura que realzaban su estudiada galantería y la sutileza de su talento, ¿ podia poner en duda la segura conquista del corazon de Antonio ? Y en efecto, apénas la vió se constituyó en su esclavo ; léjos de dirigirle cargos, no habia injusticia que dejase de cometer por ella : hizo morir á señores poderosos para confiscar sus bienes en beneficio suyo ; por ella mandó soldados con órden de matar á Arsinoe, su hermana, que vivia retirada en Asia, y siguiéndola á Egipto, pasó allí el invierno, embriagado en las delicias.

Antonio y Cleopatra.

La astuta y bella princesa, uniendo en sí la sagacidad de Mitrídates y el valor de César, hablando idiomas muy diversos y salpicando de sales y gracias la conversacion, dejaba asombrados á los Bárbaros con su ciencia, deslumbraba á los degenerados Egipcios con su pompa, sabía tener encadenado al fiero Romano, lisonjeando su amor propio y su voluptuosa inclinacion con los placeres de la mesa y del lecho. Alternaba en sus ocupaciones, haciéndose una veces guerrera, otras cazadora ó pescadora ; y si advertia que Antonio por parecer afortunado pescador mandaba atar pesca á su anzuelo, al mismo tiempo que fingia creerlo, enviaba á sus buzos con encargo de atarle peces cocidos, y chanceándose le decia : *Vé y conquista ciudades y reinos, trabajos dignos de ti, y deja para nosotros el tender redes á los peces.* Jugaba con él, le acompañaba en sus frecuentes libaciones, en sus expediciones nocturnas por las calles, para burlarse de los transeuntes, mezclarse sin ser conocida con los borrachos en las tabernas y recibir golpes é injurias, á trueque de desplegar despues en la corte su exquisita gracia, narrando tales aventuras. Los hombres prudentes se estremecian al contemplar la vida que los dos amantes llamaban inimitable ; pero el vulgo egipcio se regocijaba de que Antonio, dejando las tragedias á los Romanos, le hiciese presenciar comedias.

¡ Costosas comedias ! Antonio y Cleopatra se festejaban á porfía con frecuentes banquetes, siendo siempre superiores los de la última en perfeccion de gusto y riqueza. Un dia que admiraba Antonio la multitud de vasos preciosos colocados en el aparador, ella le dijo : *Están á tu disposicion ;* y se los mandó en seguida rogándole que volviera al dia siguiente con mayor acompañamiento. Al volver, halló las mesas adornadas mas ricamente, y terminado el banquete, toda la vajilla fué distribuida entre los convidados. Llevaba Cleopatra por pendientes dos perlas, estimada cada una en un tesoro : y un dia hizo disolver una y se la bebió ; iba á ejecutar lo propio con la otra, pero la detuvieron, y entónces la regaló. Filótas, médico de Anfrisa, invitado por un carnicero á presenciar los preparativos de la cocina de Antonio, se admiró al ver la variedad de platos ; pero sobre

(c) Instituto Cervantes de Madrid

todo le asombró el espectáculo de ocho jabalíes extendidos sobre los asadores, y preguntó qué sinnúmero de comensales iban á reunirse : *Los convidados no son mas que doce*, le respondió el cocinero, *mas como Antonio puede querer cenar al instante, dentro de una hora, dentro de dos, ó mas tarde, es preciso tener siempre dispuesta una comida completa.*

Octavio en Italia.

Octavio se aprovechaba de los lúbricos ocios de Antonio ; y así que llegó á Italia, resolvió apoderarse de ella, como Antonio de Asia, para satisfacer y atraerse á los veteranos, concediéndoles las ciudades que les habia prometido y los bienes de los Italianos que habian sido despojados (1). Acudian en multitud á Roma los infelices colonos, expulsados de sus propiedades hereditarias, y clamando contra la injusticia de hacer pagar al pueblo los gastos de una guerra emprendida en mero provecho de los triunviros ; y Octavio los escuchaba con hipócrita condescendencia, sin dejar por eso de continuar distribuyendo los terrenos. Sin embargo, no saciaba al codicioso ejército, el cual exageraba en su imaginacion los tesoros repartidos á los soldados de Sila, y andaba en continuos combates con los ciudadanos á quienes desposeía, murmurando del triunviro que no alcanzaba á satisfacerlo.

Fulvia.

Á su cabeza pusieron los descontentos á Fulvia y á L. Antonio, esposa aquella y hermano este de Marco Antonio. Esta mujer, de cuyos atroces desórdenes ya hemos hablado, aunque estaba irritada contra su marido por sus nuevos amores y los escándalos de que hacía gala, no odiaba ménos á Octavio, porque la habia negado un cariño por ella solicitado, aunque muy distinto del que se puede exigir de un yerno (2), y porque habia repudiado á su hija Clodia, enviándosela con la declaracion de devolvérsela intacta. Dominando á los cónsules, gobernando á Roma á su voluntad, Fulvia instigaba á los enemigos de Octavio mostrándoles cómo propendia este á la tiranía, y distribuía tierras con el solo fin de hacerse partidarios á costa de los que dejaba en la miseria y el abandono. Los veteranos de Antonio y los Italianos desposeidos la escuchaban con gusto, de modo que amenazaba al país una nueva guerra civil : se aumentaban los litigios y asesinatos ; quedaban incultos los campos, cerradas las comunicaciones marítimas, y la Italia hambrienta.

Miéntras Octavio se esforzaba en apaciguar la efervescencia, Fulvia, respirando venganza y persuadida de que solo la guerra podia arrancar á Antonio de Egipto, se retiró á Preneste, donde armada de un casco y espada en mano, revistaba las legiones, les daba órdenes y despeñaba todos los deberes de un general. El ejército entónces, declarándose árbitro en la lucha, citó á los dos competidores Octavio y Fulvia para que se presentáran en Gubio; aquel se sometió al llamamiento, mas Fulvia tomándolo á burla se negó á comparecer y esta fué su ruina : pues aunque los senadores de su partido habian puesto á sus órdenes sus gladiadores, L. Antonio se halló encerrado en Perusa, ciudad fortificada y defendida por un ejército entero que no podia tomarse sino por hambre. Esta llegó á tal extremo, que Lucio quitó la comida á los esclavos y á los criados, y les prohibió que salieran, temeroso de que el enemigo llegase á saber el estado á que se hallaba reducido, por lo cual aquellos infelices se hallaron condenados á una lenta y penosa muerte. Reducidos al último extremo, los sitiados en su desesperacion hicieron una salida; pero viéndolos rechazados Lucio, resuelto á salvar la vida de tantos valientes, salió solo, para tratar con Octavio. Este recibiéndole cortésmente prometió perdon para todo el que depusiese las armas; y dueño de la ciudad envió al suplicio á muchos ciudadanos principales, condenando ademas á ser degollados en las aras de César en los idus de marzo á trescientos senadores y caballeros de Perusa, á quienes cuando invocaban la fe de los tratados, cuando apelaban á su compasion, daba por única respuesta estas palabras : *Es preciso morir* (1).

Guerra de Perusa. 40.

La ciudad se convirtió en cenizas, Fulvia y cuantos pudieron huir se retiraron á Sicilia ó á Grecia, y Octavio entró en Roma despues de haber vencido á sus habitantes en una guerra desastrosa en que solo se atendia á repartir los despojos entre los mas fuertes.

De Lépido apénas habla la historia, pues por su indolencia fué luego víctima de su vanidad y poca decision. El ruido de la guerra de Perusa y las amenazas de los Partos arrancaron á Antonio de los voluptuosos placeres que gozaba en brazos de la reina de Egipto ; y pareciéndole mas inminentes los peligros de aquella guerra, corrió á Aténas, donde halló á Fulvia, cuya conducta desaprobó ; sabedor entónces de que Octavio habia ocupado la Galia Transalpina, cuya posesion le aseguraban los tratados, miró este acto como una declaracion de guerra, y abandonando á su esposa, para quien esta separacion fué un golpe de muerte, se dirigió hácia Italia. La escuadra republicana, al mando de Domicio Enobarbo, en vez de poner impedimento á su desembarco, se acogió á su bandera, así como Sesto Pompeyo, quien se apoderó de várias ciudades en la costa y bloqueó á Italia.

Antonio en Italia.

En el momento acudió Octaviano ; pero los soldados, cansados de batallas y deseosos de disfrutar en tranquilidad los campos que habian obtenido, le obligaron á entrar en transacciones.

(1) Dion y Apiano aseguran que los triunviros habian decidido repartir entre sus soldados los bienes de todos los que no habian tomado las armas en su favor. Antonio decia : « Octavio va á Italia para distribuir las ciudades y las quintas, ó por mejor decir, para hacer pasar todas las propiedades de Italia á otras manos. »

(2) Así nos lo descubre un asqueroso epígrama de Augusto, conservado por Marcial, XI, 10.

(1) Suetonio, *Aug.* 15. Dion dice cuatrocientos, XLVIII, 14. — Séneca menciona tambien estas muertes, *De clementia*, I, 11. « Fuerit moderatus et clemens, nempe post perusinas aras. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Se reconcilia con Octaviano.

Por mediacion de Cocceyo, Asinio Polion y Mecénas, los dos rivales convinieron en que, olvidado todo lo pasado, Antonio se uniria á Octavia, hermana de su colega, jóven muy hermosa, y que á ninguna cedia en virtud, y que se dividirian el imperio, tomando por límites á Eodrópolis (*Scutari*) en Iliria : de modo que Octavio conservaba la Dalmacia, las dos Galias, la España y la Cerdeña, miéntras Antonio se quedaba con toda aquella parte de Oriente hasta el Eufrátes, dejando á Lépido el África. En cuanto á la Italia, quedó en comun para formar en ella ejércitos con el objeto de hacer la guerra, Antonio á los Partos y Octavio al jóven Pompeyo si se resistia á lo pactado.

Pompeyo.

Este último hacía crecer mas y mas el hambre en Italia, principalmente desde que habia ocupado la Córcega y la Cerdeña ; y á causa de esto

33. estallaban en Roma sediciones sangrientas. Tuvieron, pues, los triunviros que pactar con él, para lo cual se avistaron cerca del promontorio de Miseno : allí manifestó Pompeyo la pretension de ocupar en el triunvirato el puesto de Lépido, cuya autoridad de dia en dia iba desmoronándose, y exigió se abrieran las puertas de la patria á los proscriptos, y que solo fueran condenados á destierro los matadores de César. Negáronse á todo los triunviros, y ya no quedaba á Pompeyo mas recurso que el de tentar la suerte de las armas, con las cuales, dueño como era del mar y de las islas, hubiera podido descargar tremendos golpes sobre sus enemigos, si con mas resolucion de voluntad hubiese sabido guiarse por sí mismo sin escuchar los consejos de sus amigos y del liberto Mena.

Miéntras perdia tiempo en deliberar, se prepararon otras conferencias, en que se decidió por fin que conservára Pompeyo la Sicilia, la Cerdeña y el Peloponeso ; que se le restituyeran setenta mil sestercios como valor de los bienes que habian sido confiscados á su padre, que se le conferiria el supremo pontificado y la facultad de solicitar el consulado á pesar de estar ausente ; que se mejoraria la suerte de los proscriptos, y que á sus legionarios, despues de espirar el tiempo de su servicio, se les concederian tierras como á los de los triunviros. Pompeyo, por su parte, prometió dejar libre la navegacion, no causar daños en las costas, no dar acogida á los esclavos fugitivos, abastecer á Roma de víveres, y destruir los piratas.

Miéntras el convenio se discutia á bordo de la capitana entre Pompeyo y las triunviros, el liberto Mena, que siempre aconsejaba resoluciones extremas, acercándose á Pompeyo le dijo : *Deja que me haga á la vela, y aleje á esta gente de estas tierras, y eres dueño del Imperio Romano.* Mas Pompeyo, ambicioso á médias, le respondió : *Debiste hacerlo sin decírmelo ; pues no puedo yo faltar de ese modo á la fe prometida.*

83. Roma se alegró al salir de la prolongada hambre que habia padecido, y al ver de vuelta en la patria á tantos proscriptos ilustres, gracias á Pompeyo, en quien se figuraba habian renacido todas las virtudes de su padre, su ídolo ántes, y objeto de piedad despues para ella ; pero muy pronto conoció que solo habia conseguido que fuesen cuatro en vez de tres los tiranos que la oprimieran ; pues no tardó mucho en volverse á encender en los hijos el odio antiguo que habia dividido á César y Pompeyo. Octavio, por una parte, acechaba la oportunidad de hacer una invasion en Sicilia, miéntras por otra Sesto se preparaba para defenderla : aquel sostenia que las cantidades debidas ántes del tratado por el Peloponeso á la República correspondian á los triunviros, miéntras que este, fundado en que el país le habia sido cedido sin restricciones, las exigia para sí ; todos los dias se suscitaban nuevas disidencias, y la guerra era inevitable.

Insignificantes para Octaviano eran los auxilios que le prestaban sus colegas, mas no así la desercion de Mena, el cual irritado con Pompeyo por la média y dudosa confianza que este depositaba en él, ó deseoso de separar su causa de quien en su concepto no tenia audacia bastante para alcanzar el triunfo, favoreció al enemigo con su extremada habilidad, sus consejos decisivos, y el auxilio ademas de tres legiones, de una numerosa escuadra y de las islas de Córcega y de Cerdeña. Sin embargo, habiendo Octavio con estos refuerzos atacado á Pompeyo, vió su escuadra destruida, parte por las fuerzas enemigas, parte por el temporal, y debió á la suerte el que, sin aprovecharse Pompeyo del triunfo que acababa de alcanzar, le dejase reunir los restos dispersos de la escuadra.

Mecénas.

Pero la verdadera fortuna de Octavio debe atribuirse á dos caballeros que habia elevado, Agripa y Mecénas. Descendiente este último de un *lar* etrusco, de la muy ilustre familia Cilnia, hubiera sido hombre de grande ingenio si la felicidad no hubiese debilitado su inteligencia (1). Comedido en su ambicion, no deseaba mas que permanecer simple caballero romano para abandonarse con mas libertad á los placeres y á la ociosidad á que lo inclinaba su natural molicie. Incapaz de emprender acciones enérgicas y varoniles, acostumbraba á decir : *Hacedme cojo, manco, jorobado ; arrancadme los dientes con tal que me conservéis la vida ; crucificadme, pero que viva.* Era excelente consejero, y como no adulaba, por serle indiferentes las distinciones, podia decir la verdad, por severa que fuese á Octavio, é inclinar á sentimientos de dulzura su alma feroz. Con este objeto protegia á los literatos ; obtuvo el perdon para Horacio Flacco, poeta venusino, alférez de Bruto en la batalla de Filípos ; á Virgilio Maron, otro poeta natural de Mantua, hizo se le restituyeran las tierras de que le habian desposeído los colonos

(1) « Mecænas atavis edite regibus. »
HORACIO, lib. I.

Ingeniosus vir ille fuit; magnum exemplum romanæ eloquentiæ daturus, nisi illum enervasset felicitas, imo castrasset. SÉNECA, *ep.* 19.

LION, Mecænatiana, sive de C. Cilnii Mecænatis vita et moribus. Gotinga, 1824.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

militares; y un dia que Octavio, sentado en su tribunal sentenciaba á sus enemigos, Mecénas, no pudiendo llegar hasta él, le arrojó su tablilla en que habia escrito: *Levántate, verdugo.*

Tales medios eran convenientísimos para conseguir lo que debia constituir el primer objeto de la política de entónces, la pacificacion del Imperio; miéntras tanto Agripa, incapaz como Mecénas de ocupar el primer puesto, pero tan experimentado en la guerra como el Etrusco en la política, se ocupaba en quitar enemigos de en medio. Este Agripa, procedente de tan oscura estirpe que se avergonzaba al recordarlo, se adquirió desde niño la amistad de Octavio, y le animó á aceptar la precoz importancia á que le llamaba la muerte de César, cuyos veteranos atrajo á su causa. Pretor á los veinticinco años, sofocó una rebelion en la Galia Transalpina, y fué medrando en la carrera á proporcion que Octavio creció en poder: estos dos hombres por lo tanto hallaron los medios de restablecer el órden; reemplazando los indóciles veteranos de Farsalia con un ejército dócil que quisiese y pudiese resistir las intrigas de Antonio y el valor de Pompeyo.

Nuevas escuadras reunidas por la actividad de Agripa hicieron la guerra á Pompeyo en los mares de Sicilia, y repararon con sus prósperos sucesos las vergonzosas fugas de Octavio, expuesto con frecuencia á graves peligros, sobre todo en un mar tempestuoso en extremo que le hacía exclamar con tono amenazador cuando se veía seguro en la playa: *Venceré, sí, venceré á pesar tuyo, ¡oh Neptuno!*

Con algunas naves que le envió Antonio y los auxilios que recibió de Lépido, sitió en Mesina á Pompeyo, el cual propuso decidiera el éxito de la guerra un combate de treinta naves por cada parte: admitida la proposicion, se trabó la lucha entre Míles y Nauloco: Pompeyo y Agripa desplegaban igual habilidad, miéntras los soldados de ambos se disputaban con la misma pertinacia y valor una victoria que por fin se declaró por Agripa. La escuadra enemiga fué incendiada y algunos de sus jefes fueron muertos; otros se suicidaron. Octavio, que no teniendo valor para presenciar la pelea se habia tendido de espaldas en una galera, se halló colmado de inmerecida gloria: Pompeyo, á quien solo quedaban diez y siete naves, en vez de capitanear sus tropas, las abandonó al vencedor, y embarcándose con su hija, algunos amigos y todos sus tesoros, se dirigió al Asia con propósito de solicitar auxilio de los Partos en cambio del suyo, ó de entrar en transaccion con Antonio, quien hizo ó dejó á lo ménos que le asesináran.

Derrota de Pompeyo.

Cuando Mesina, sitiada por Agripa y por Lépido, abrió sus puertas á este último, estalló el odio que de muy antiguo alimentaba Octavio en contra de este; Lépido habia venido de África con doce legiones y cinco mil caballos númidas á bordo de ochenta naves de guerra y mil de trasporte, y viendo que Octavio reclamaba para sí solo toda la gloria y el poder, quiso defender con las armas las pretensiones que tenia como triunviro; mas habiendo conseguido su colega seducir á los oficiales, y dejarle sin un soldado que le auxiliára, se vió precisado á ir en traje de luto á prestar homenaje á Octavio, quien lo despreció, hasta el punto de concederle la vida y los bienes. Habiendo caído así de un puesto á que ni el valor ni la habilidad, sino su sola estrella, lo habia elevado; mal ciudadano, agitador de partidos que era incapaz de dirigir si no se apoyaba en los consejos de otros, vió reducida su posicion á la insignificante dignidad de sumo pontífice, acabando despues sus dias en el Lacio en medio de un olvido de que jamas debió salir.

Caída de Lépido.

Quedaron para disputarse el imperio César Octaviano y Marco Antonio, de los cuales el primero mandaba un ejército como nunca lo habia tenido ningun general romano, compuesto de cuarenta y cinco legiones, de veinticinco mil jinetes y diez y seis mil hombres de infantería ligera, con seiscientas naves de alto bordo. Pero la fuerza de un ejército depende de la subordinacion; y sus soldados, por el contrario, manifestaban su descontento exigiendo se les concedieran las mismas recompensas con que habian sido agraciados los vencedores de Filípos. Octaviano intentó acallarlos distribuyéndoles collares, brazaletes y coronas; pero un tribuno le dijo: *Guarda esos juguetes para tus niños.* El ejército aplaudió al atrevido, teniendo Octavio que retirarse; pero no volviendo á presentarse el tribuno, y creyendo todos que habia sido asesinado por mandato del general, los turbulentos calmaron sus iras, y veinte mil que se empeñaban en exigir dinero ó su licencia, obtuvieron esta última, miéntras los demas fueron ganados con liberalidades.

Al volver Octavio á Roma, esta le tributó espléndidos honores, felicitándole como á un triunfador, y le erigió una estatua con el título de *Pacificador de la tierra y del mar.* Deseoso de granjearse la simpatía de la multitud, no quiso se le hicieran demostraciones excesivas, y perdonando á los deudores del Tesoro que lo eran por negocios públicos, mandó fuerzas con objeto de destruir las cuadrillas que infestaban los campos y las aldeas; hizo un gran acopio de granos; quemó en la plaza pública sin abrirlas las cartas de varios senadores que se encontraron entre los papeles de Pompeyo, y declaró por último que depondria la autoridad así que Antonio regresase de Oriente.

El pueblo, seducido por tan liberal grandeza de ánimo, le confirió el título de tribuno perpétuo de la plebe, dignidad que hacía su persona inviolable y le facilitaba el camino para llegar al poder absoluto. Miéntras consolidaba el tiempo estos nuevos títulos, Octaviano se puso en campaña contra los Ilirios.

Antonio, despues del tratado de paz que celebró con él y con Pompeyo, pasó en compañía de Octavia, su nueva esposa, á Grecia, recibiendo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en Aténas los serviles homenajes á que le habia acostumbrado Cleopatra. Iba en las procesiones en traje de Baco; y se desposó con Minerva á solicitud de los Atenienses, quienes por lo tanto se vieron obligados á pagarle un dote de mil talentos. Entretanto su lugarteniente Ventidio habia dirigido con éxito favorable la guerra contra los Partos, los cuales capitaneados por Pacoro, hijo de su rey, despues de talar toda la Siria habian penetrado ya hasta Tiro; pero él los rechazó mas allá del Eufrátes, y se dispuso á seguir el curso de sus triunfos despues de haber preso y hecho morir á Labieno, general traidor.

Guerra de Siria.

Avergonzado Antonio de adormecerse en los placeres miéntras su legado se cubria de gloria, se puso al frente del ejército y marchó á Oriente; pero ántes de su llegada alcanzó Ventidio una tercera victoria en que pereció Pacoro con veinte mil de sus mejores soldados. Craso fué vengado, y á no habérselo impedido la envidia de su general, Ventidio hubiera extendido fácilmente hasta el Tígris las fronteras del imperio.

En efecto, Antonio, tan pronto como se juntó con su teniente bajo las murallas de Samosata, donde se hallaba sitiando á Antíoco, rey de Capadocia, le hizo volver á Roma bajo pretexto de obtener el triunfo (1). Descontento el ejército con esta separacion, fué Antonio mal secundado por sus soldados, viéndose por fin obligado á poner un término poco glorioso á la guerra contra Antíoco. Sosio, otro lugarteniente suyo en Cilicia, Siria y Palestina, sometia á Jerusalen y á la Judea, miéntras que Canidio penetraba en Armenia, y derrotando á los Iberos y á los Albaneses, se apoderaba de los desfiladeros del Cáucaso por donde tenian paso las poblaciones escitas. De modo que los ejércitos de Antonio ocupaban las tres grandes vías comerciales, la del Cáucaso, la de Palmira y la de Alejandría. De regreso á Aténas, se trasladó luego á Italia con el fin de auxiliar á Octavio contra Pompeyo, ahogando en su camino cuantas chispas de libertad habian podido encender en Grecia y en Asia los asesinos de César; pero viendo que no le manifestaba aquel las consideraciones que hubiera deseado, comenzaba ya á declararle su odio, cuando Octavia, auxiliada por Mecénas y Agripa, obtuvo de su hermano que celebrára una entrevista con Antonio. En ella convinieron en los mejores medios que habian de adoptarse para triunfar de sus enemigos, y prolongar aun por otros cinco años el triunvirato.

Si la bondad de corazon, la amorosa amabilidad y la prudencia hubieran bastado para subyugar el alma de Marco Antonio, bien lo hubiera logrado Octavia; mas para aquel soldado ambicioso y grosero, ¿qué eran las cualidades de la encantadora hermana de Octaviano, comparadas con el recuerdo de Cleopatra, reina y amante que recibia el culto de una diosa en la ciudad mas digna de ser capital del mundo? Así, pues, Antonio dejando en Italia á su esposa para que educára á sus hijos y á los de Fulvia, se dirigió á Siria, adonde invitó á Cleopatra á que fuera á reunirse con él : pero esta mujer en quien la ambicion dominaba los afectos del corazon, le incitó para que de Alejandría hiciera la capital de un nuevo imperio. Antonio se propuso por lo tanto reunir al reino de Egipto todas las regiones marítimas y comerciales del Mediterráneo Oriental, es decir, la Fenicia, la Celesiria, Chipre, una gran parte de la Cilicia, otra ménos importante de la Judea y la Arabia de los Nabateos, por donde las caravanas llegaban á los puertos marítimos de las Indias. Siguiendo luego el proyecto audaz que habia concebido César, pensó en sujetar á los Partos, empresa entónces mas hacedera, en atencion á las divisiones que agitaban aquel país desde que el rey Fraátes, despues de haber asesinado á su padre y á veintinueve hermanos, imperaba allí con insultante tiranía. Á la cabeza, pues, de trece legiones, de diez mil jinetes galos ó españoles y mas de treinta mil infantes, atravesando la Armenia, cuya entrada le fué franqueada por el rey Artáxias, se aprestó á penetrar en el territorio de los Partos ántes de que el invierno, como solia suceder, los dispersase; é internado en el país, sitió la ciudad de Praaspa, capital de la Média.

Invasion de la Partia.

36.

Sucesos imprevistos vinieron á contrariar sus planes : reducido por el valor de los Medos y de los Partos, que se habian unido, á levantar el sitio de aquella plaza, se vió obligado á entrar en tratos con Fraátes, el cual despues de prometerle que le dejaria efectuar su retirada con seguridad, despreciando sus promesas, le dió por lo ménos diez combates en los veintisiete dias que duró su marcha. Imposible es describir el valor, la habilidad que desplegó durante estos dias, ni las fatigas y trabajos que pasaron los soldados : baste decir que una medida pequeña de cebada se pagó en cincuenta dracmas, y el pan se vendia á peso de plata. Solo despues de haber perdido veinticuatro mil de sus compañeros, entraron por fin los Romanos en el territorio de la provincia, cuyo suelo besaron vertiendo lágrimas. Y sin embargo, aun no habian acabado sus desgracias, pues en una marcha forzada que hicieron atravesando cerros cubiertos de nieve (y esto solo por la impaciencia que devoraba á Antonio de volver á ver á Cleopatra), sucumbieron otros ocho mil hombres. En Leucópolis le esperaba esta con vestuario para los soldados y con dinero : mas sabedores en medio de sus placeres de que la amable Octavia habia desembarcado en Aténas con vestuario para la tropa, gran número de caballos, dos mil soldados completamente equipados y grandes regalos, la celosa Cleopatra, queriendo impedir su reunion, logró, por medio de su astuta coquetería que Antonio mandase órden á su esposa para que no pasase mas adelante. Esta, de regreso á Roma, léjos de abandonar la casa de

(1) Obtúvolo en efecto, y fué el único, que los Romanos celebraron por victorias alcanzadas sobre los Partos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Antonio, aparto a Octavio del proyecto que tenia de vengarla, y ocupándose con esmero en la educacion de sus hjos, sostuvo con el crédito de que gozaba á los que su marido recomendaba para los empleos. Tan esclarecidas virtudes hacian resaltar la criminal conducta de Antonio, secundando ademas la política de su hermano, deseoso de excitar los ánimos contra su rival. Efectivamente, el pueblo romano que ya le odiaba por haber regalado á su querida extensas provincias en Asia, se irritó al saber la manera infame con que habia recibido á Octavia; y acabó por aborrecerlo, cuando le vió preferir la Roma oriental á la italiana. Porque Antonio apénas llegó á Alejandría, se rodeó de la pompa oriental que hasta entónces habia sido reservada para el Capitolio, arrastrando en pos de su carro á Artáxias, rey de Armenia, que le habia hecho traicion. Reuniendo despues á los ciudadanos en un espléndido banquete, se sentó en un trono de oro, con los atributos de Osíris, miéntras que Cleopatra, con sus hijos á sus piés, resplandecia en otro semejante. Entónces, en presencia del Egipto que habia acudido á la fiesta, la declaró reina de Egipto, de Chipre, de África y de la Celesiria, asoció á su trono á Cesarion, señaló á los tres hijos que de ella habia tenido otras várias provincias, y dando á cada uno de los tres el título de rey de los reyes, vistió al uno con el ropaje medo y la tiara, como destinado á reinar sobre los Medos y los Partos, miéntras que el otro ostentaba el anchuroso manto y la diadema de los sucesores de Alejandro. Añade la fama que Cleopatra acostumbraba á jurar con la siguiente fórmula : « *Tan cierto como que espero dar leyes en el Capitolio* (1). »

Antonio en Alejandría.

Al saber estos excesos, un clamor general se levantó en Roma : Octavio en el momento acusó á su colega en presencia del Senado y del pueblo de haber desmembrado el imperio con sus insensatas prodigalidades; suscitó al mismo tiempo el rumor de que introduciendo á Cesarion en la familia de César, anulaba la dignidad del imperio con el propósito quizá ó de llevar á Roma á las márgenes del Nilo, ó de ponerla á disposicion de Cleopatra; y se esforzó en propagar á la vez multitud de noticias malévolas acerca de las infamias ó de las debilidades de Antonio, las cuales fueron recogidas despues y ratificadas por la historia, pronta siempre á ofrecer el tributo de su pluma á los afortunados.

Antonio para rechazar estos cargos, dirigia á Octavio los de no haber partido con él la Sicilia, recientemente arrancada á Pompeyo; de haberse apoderado de la autoridad y de las fuerzas de que habia sido desposeído Lépido, y de haber repartido la Italia entre sus propios soldados sin reservar nada para los de su colega; pero Octavio, burlándose de estas reconvenciones, decia : *¿Cómo puede echar de ménos estos miserables despojos el que ha llegado á conquistar la Armenia, la Média y el imperio de los Partos?*

Picado Antonio de esta ironía, desistió de su proyecto de atacar á los Partos, preparándose á empeñar una esforzada lucha en el mar Jónico. Cleopatra, que jamas le abandonaba por temor de que en su ausencia llegase á reconciliarse con Octaviano y con su esposa, le auxilió con sus tesoros y sus naves, y en Sámos, punto de reunion de las fuerzas de todos los príncipes y pueblos de Egipto hasta el Euxino y desde Armenia hasta la Iliria, los dos amantes repartian el tiempo entre aprestos de guerras y placeres suntuosos que despues de haber alcanzado la victoria hubieran parecido un exceso de locura.

Declaracion de guerra. 32.

Aprovechando Octavio todos los errores en que incurria su rival, expulsó á los cónsules que se oponian á su proyectos, é hizo que Roma declarára la guerra, no á Antonio, sino á Cleopatra. Este entónces repudió á Octavia, la cual abandonó el asilo conyugal sin otra queja sino que se la considerára como causa de una guerra civil. Si Antonio se hubiera apresurado á caer sobre su enemigo, cuando los principales Romanos estaban cansados de la ambicion de Octavio, desapercibido el imperio é irritada la Italia por un impuesto extraordinario que acababa de decretarse, quizá hubiesen tenido éxito muy diferente los destinos del mundo; mas los alicientes del placer por una parte, y por otra los preparativos para la guerra, hicieron que la aplazára hasta el año siguiente. De este espacio se aprovechó Octavio para acallar los ánimos; 31. amenazando á las Vestales, que lo tenian en depósito, e apoderó del testamento de Antonio, favorable en un todo para los Egipcios, irritante por consiguiente para los Romanos, y el cual hizo leer públicamente : desde entónces surgieron á cada paso nuevas acusaciones : ya habia regalado á Cleopatra la célebre biblioteca de los reyes de Pérgamo; ya autorizado á los Efesios para que le dieran el título de reina; ora miéntras presidia el tribunal se habia puesto á leer los billetes amorosos que ella le dirigia; ora en lo mejor de una arenga de un ilustre orador habia desaparecido para acompañar á su querida y multitud de otros hechos, insignificantes en verdad por sí mismos, pero que servian de pretextos muy suficientes á los que ponian las esperanzas en la buena estrella de Octaviano, ó estaban disgustados de los imperiosos modales de la reina.

La Grecia fué el campo en que el Oriente y el Occidente empeñaron la lucha. Ademas de doscientos mil infantes, de doce mil jinetes y de ochocientas naves que Antonio habia sacado de sus posesiones en Asia y en África, le acompañaban en persona Boco, rey de Mauritania, Tarcondemo, rey de la Cilicia Superior, Arquelao, rey de Capadocia, Filadelfo de Paflagonia, Mitrídates de Comagene y Sadal de Tracia; y le enviaron refuerzos Palemon, rey del Ponto, Mal-

(1) Τήν τε εὐχεν τὴν μεγίσην, ὁπότε τὶ ὀμνύιο, ποιεσθαι, τὸ ἐν τῷ Καπιτολέῳ δικάσαι. DION.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

co de los Árabes, Heródes de los Hebreos, Amíntas de Licaonia y Galacia, sin contar una turba de Getas en marcha para reunirse á él. Octavio, que imperaba desde la Iliria hasta el Océano, en la costa de África frontera á Italia, en la Galia y en España, no tenia á su lado ni un solo príncipe extranjero; sus fuerzas se reducian á ochenta mil infantes, doce mil caballos y doscientas cincuenta naves, mucho mejor equipadas en verdad que las de su enemigo.

Batalla de Accio. 29.

Con estas fuerzas se apresuró á ir al encuentro de Antonio, que tenia su ejército cerca de Accio y su escuadra en el próximo golfo de Ambracia, miéntras que Agripa talaba las costas de Grecia é interceptaba los socorros procedentes de Egipto, de la Siria y del Asia, apoderándose al mismo tiempo de várias ciudades á la vista del enemigo. Por esta causa desertaron muchos de la filas de Antonio, el cual, receloso, condenó á varios á morir en los tormentos. Canidio, su general, le quiso disuadir del pensamiento que tenia de acometer en medio del mar á la escuadra de Octavio, aguerrida ya por las luchas que habia sostenido contra Pompeyo, aconsejándole por su parte se dirigiese mas bien á las llanuras de Tracia y de Macedonia, lugar en que podria desplegarse con certeza el valor de sus tropas. Los mismos veteranos no cesaban de decirle : *No pongas tu confianza en tablas agitadas por las olas*; *deja para los Egipcios y los Fenicios los combates del mar*, *pues nosotros estamos acostumbrados á vencer en tierra y á morir sin volver los ojos atras* : pero Cleopatra lo decidió á empezar la guerra par mar, (si bien desconfiaba del valor de los Egipcios hasta el punto de hacerles incendiar sus naves, á excepcion de sesenta que habian de servir de escolta á la reina), para imperdirles de ese modo toda posibilidad de fuga.

Dióse la batalla, y Octavio, aunque animado por felices vaticinios, y en particular por el encuentro de un burrero llamado Buenaventura que aguijoneaba á un pollino que tenia el nombre de Vencedor (1), se mantuvo á distancia del peligro, miéntras que Antonio expuso su vida con toda la bizarría de un veterano. Aquel poseía buques ligeros que se prestaban á hábiles maniobras, cuando este solo tenia altas y pesadas naves. Multiplicábanse por ambas partes las mas brillantes pruebas de valor, cuando se vieron de repente deslizarse á toda vela con rumbo al Peloponeso los sesenta bajeles de Cleopatra, la que sin fuerza bastante para soportar el estruendo de aquel combate, y desesperando ya quizá de la fortuna de Antonio, determinó reservarse para conquistar á un nuevo vencedor. Olvidando Antonio su bizarría y su honor, se precipitó en pos de Cleopatra decidido á defenderla si era inocente, y si criminal á impedir que se entregára á Octavio : con esto se decedió el éxito de la batalla y la suerte del Occidente. Careciendo de jefe, la escuadra se dispersó; aun quedaba por entero el ejército, que compuesto de mas de cien mil hombres, y teniendo en sus filas á los vencedores de los republicanos, permaneció durante siete dias en la inaccion en presencia del enemigo, hasta que los oficiales, ajenos á aquella fidelidad que sobrevive á la suerte, y los soldados distantes de Italia y de su jefe que los abandonaba por una mujer, se pasaron á Octavio, resolucion que aun fué mas decisiva que la batalla en el mar. Encontrándose el vencedor dueño del Asia, depuso á algunos príncipes, sometió á todos á multas exorbitantes, perdonó á muchos Romanos y libertó á los demas del último suplicio. Los gladiadores que Antonio mantenia en Cicico, fueron los únicos que atravesando el Asia Menor, la Siria, la Fenicia y el desierto, se le volvieron á unir en Egipto.

En cuanto á él, lleno de vergüenza y víctima de la desesperacion, fué huyendo tres dias sin querer ver á Cleopatra; hasta que habiendo llegado á Tenaro en Laconia, se reconcilió con ella, y recompensando con generosidad á sus amigos, aconsejóles que fueran en busca de mas halagüeña suerte, hecho lo cual, se dirigió con su querida hácia Egipto. Al ver sin embargo que le abandonaban hasta las cuatro legiones de la Cirenáica, desesperado se retiró á la torre de Timon con determinacion de aguardar en ella la muerte. Con su fortuna se desvanecieron tambien las amorosas demostraciones de Cleopatra, la cual sin embargo, llevada de su habitual astucia, le siguió allá; y al propio tiempo que mandaba al vencedor el cetro y el trono de oro, embriagaba al vencido con deleites y esperanzas. Formó un cuerpo llamado de los *inseparables en la muerte*, con los cuales pasaba la noche en banquetes; en sus esclavos experimentaba la eficacia de diferentes venenos con el objeto de conocer cuál producia una agonia ménos convulsiva, halagando al mismo tiempo á su amante con la seguridad que le daba de que moririan juntos ó que juntos se retirarian á lejanas soledades.

Octavio entretanto se aproximaba y Cleopatra le abria las puertas de Perusa, llave del Egipto, recibiendo de su parte galantes mensajes : Antonio, sin alimentar las mas leve sospecha al aproximarse el enemigo á Alejandría, combatió desesperadamente, y á su regreso, estrechando en sus brazos á Cleopatra, le ofreció sus valientes para defenderla hasta la muerte; mas en un segundo combate, derrotada su infantrería, viendo que la caballería le hacía traicion, que la escuadra egipcia se unia á la de Octaviano, y que este habia acogido con sonrisa en los labios el reto de muerte que le habia enviado, Antonio se mató, exhalando el último suspiro al lado de Cleopatra, habiéndose hecho subir por medio de una cuerda al mausoleo en que esta se hallaba.

Muerte de Antonio.

Antonio habia cumplido los cincuenta y tres años : su carácter, mezcla de buenas y de malas cualidades que en él dominaban segun las

(1) Εὐτοχὴς-Νικῶν.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

alternalivas de la fortuna (1), quizá hubiera sido constante en las buenas si las desgracias le hubiesen perseguido. Auxilió muy eficazmente á César, y cuando llegó al poder, abusó de él en verdad, como todos los que disponian entónces de las grandezas de Roma, debiéndose sin embargo reconocer que las invectivas de Ciceron y los aduladores de Augusto le han denigrado mas de lo justo. Á pesar de que el Senado declaró su memoria infame, su posteridad debia subir al trono que habia de ser negado á la de Octaviano (2).

Conmovido este al saber la muerte del que siendo cómplice de sus proscripciones le habia ademas allanado con su valor el camino del imperio, entró en Alejandría discutiendo familiarmente sobre filosofía con el platónico Areo, é hizo publicar que perdonaba á aquella ciudad en atencion á su fundador, á las magnificencias que contenia en su recinto, y á la amistad que le unia con Areo. Tan insensible al dolor de Cleopatra, que fingia querer darse la muerte, como á las aduladoras caricias con que procuraba seducirlo, limitó sus esfuerzos á conservarla la vida con el fin de que figurára en sua triunfo : mas la tremenda idea de ser víctima digna de compasion en la misma ciudad en que habia sido objeto de envidia, determinó á Cleopatra á dejarse picar por un áspid, á fin de librarse de la crueldad de un hombre para quien habian sido vanos sus atractivos.

Muerte de Cleopatra.

Extinguióse en Cleopatra la estirpe de los Lagidas, que habia durado doscientos noventa y cuatro años. Refiere la tradicion que la víspera de la derrota de Antonio, al pié de las murallas de Alejandría, rompió el misterioso silencio de la noche una armonía de mil instrumentos y de voces invisibles, interpretándose entónces que Baco Osíris dejaba su antigua morada para pasar al campamento de Octaviano : y con efecto, aniquilada la sociedad oriental que habia sostenido la lucha con el Occidente, ya la adoracion de la naturaleza, las conquistas y la embriaguez de los sentidos debian ser reemplazadas por otras máximas y otras glorias que revelaban otro mundo muy diferente.

Vemos á ese Egipto que se ostentaba tan grandioso en los principios de la historia, abrir sus templos á otras divinidades, sus fronteras á otras naciones, y sumirse por fin en la servidumbre de que solo habia podido librarlo su aislamiento. La dominacion de los Tolomeos pareció que iba á renovar su existencia, y acrecentóse en efecto su opulencia, merced á la situacion de Alejandría, que ya se habia hecho centro del comercio del mundo, y al lujo cada vez mayor del imperio romano. Las frecuentes revoluciones no la causaron grandes perjuicios, pues verificándose por lo general en su capital, centro y alma de la nacion, esta seguia la corriente sin experimentar grandes perturbaciones. Así es que aquel pueblo que al principio tenia odio al mar, le debió despues su prosperidad, tuvo suspendida en Accio la balanza entre el Oriente y el Occidente, y quizá sin el insensato capricho de Cleopatra hubiera dado la victoria á Antonio. Al ver cuán prodigiosamente se desarrolló Alejandría bajo la dominacion romana y aun despues que el nombre de Egipto dejó de ser mencionado durante muchos siglos por la historia, se comprende fácilmente que esa prosperidad fué debida únicamente al comercio.

Octavio sacó de este pais tantos tesoros, que el dinero contante bajó del diez al cuatro por ciento, aumentándose en la misma proporcion el valor de los géneros. Tal importancia tenia para él esta provincia, que decretó que ningun senador pudiese jamas conseguir su gobierno, ni aun entrar en su territorio sin autorizacion suya : habia de administrarla un simple caballero con las atribuciones de un poder absoluto, pero bajo la dependencia del emperador.

CAPÍTULO XXI

Augusto.

Incapaz Augusto de promover una revolucion, pero hábil para aprovecharse de ella despues de hecha, habiendo arreglado los negocios en Asia y en las Islas, volvió á Roma, donde obtuvo tres triunfos : el primero por la victoria que habia alcanzado en la Dalmacia; el segundo por la batalla de Accio, y el tercero por la conquista de Egipto. Tambien se decretó que tomára el título de *Imperator*, no ya como mera distincion honorífica, sino en señal de autoridad; y como para indicar un poder superior al de los mortales (1), se le dió el nombre de Augusto, bajo el cual figura en la historia, cambiándose á la vez el nombre del mes *sextil*, en que triunfó, en el de agosto (2).

(1) Δυστυχῶν ὁμολοτατος ἐν ἀγαθῷ : en la desgracia era cuando mostraba mejores cualidades. PLUT.

(2) No se sabe cuál fué la suerte de los dos hijos que tuvo de Cleopatra : la hija, educada por la virtuosa Octavia, se casó con Juba, rey de Mauritania; en cuanto á Antonia, la mayor, casada con Octaviano, dió á luz á L. Domicio Enobarbo, padre de Gn. Dominicio que engendró á Neron; Antonia, su hija segunda, dió su mano á Druso, yerno de Octavio, de cuyo enlace nacieron Claudio y Germánico, padre de Calígula.

(1) Ὡς καὶ πλεῖον τι, ἢ κατὰ ἄνθρωπος, ὢν. DION, LIII. Mas ¿qué significa el nombre de Augusto? Festo lo hace derivar de *avium gesta*, ó *avium gustata*, etimología algo violenta; unos de *augurium*, otros de αἴγη, que quiere decir *esplendor*; estos de *augeo* en el sentido de consagrar la víctima, en cuyo sentido el nombre de Augusto equivaldria á consagrado; por esto dice Ovidio (Fastios 609) :

Sancta vocant augusta patres; augusta vocantur
Templa, sacerdotum rite dicata manu.
Hujus et augurium dependet origine verbi,
Et quodcumque sua Júpiter auget ope.

La mayor parte lo hacen derivar de *augere* en el sentido de aumentar; por lo cual en una lápida erigida á Juliano, lo mismo que en los panegíricos de Maximiano y de Constantino, hallamos la expresion *semper Augustus*, adoptada despues por los emperadores de Alemania, que se traduce por *Mehrer des Reichs*, es decir, aumentador del imperio.

(2 Macrobio en las *Saturnales*, I, 12, nos ha conservado el Senadoconsulto que mudó el nombre del *Sextil* en el de *Agosto:*

CVM IMPERATOR CÆSAR AVGVSTVS MENSE SEXTILI ET PRIMVM CONSVLATVM INIERIT ET TRIVMPHOS TRES IN VRBEM INTVLERIT, ET EX IANICVLO LEGIONES DEDVCTÆ SECVTÆQVE SINT EIVS

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Así el hombre que mas carecia de virtudes guerreras dominó en un tiempo en que todo se conseguia por las armas, bastándole cuatrocientos mil soldados para contener á ciento veinte millones de súbditos y á cuatro millones de ciudadanos romanos, y proporcionar á la sociedad aquella paz que siempre habia sido turbada durante la república. Y tal vez debió su suerte Octavio al poco temor que inspiraba : pues un jóven ó mas bien un niño, como le llama Ciceron, no infundia recelos ni á los senadores á quienes se mostraba sumiso, ni al pueblo cuyos derechos blasonaba defender, esto es, derechos á las reparticiones y á los testamentos, miéntras que para sí reservaba los mas sólidos y verdaderos. Los soldados mismos, contra su costumbre, llegaron á quererlo á pesar de su poco valor y ruindad de ánimo, complaciéndose al ver que le eran necesarios, y teniéndolo, por decirlo así, bajo su proteccion.

Las contiendas entre patricios y plebeyos se habian encrudecido desde la institucion del tribunado, y mas particularmente desde los Gracos, con cuya muerte triunfó la aristocracia : Mario vengó al pueblo, y Sila volvió á realzar la nobleza, atacada por Sertorio, Lépido y Catilina ; César la aniquiló en Farsalia : de modo que el favor que dió el Senado á los asesinos del ditactor fué el postrer aliento de la aristocracia que espiraba en Filípos, hasta que llegando la desbordada democracia al término de sus luchas, se esforzó por consolidarse robusteciendo el despotismo de su propio representante. No se trataba en la última guerra del triunfo de un partido, sino de saber á qué jefe habia de someterse la victoriosa democracia : venció Augusto, y por consiguiente recibió la autoridad del pueblo, cuyos derechos representaba, y del ejército, cuya fuerza era su apoyo, fundando así su poder sobre las dos bases mas propias para hacerle despótico (1).

Tantas revoluciones hechas con las armas y á favor del predominio habian sido por lo mismo rápidas, y una sola batalla las habia decidido ; Sila, Craso, Pompeyo y César habian acostumbrado al ejército á creerse el todo en la república, á obrar á despecho y en perjuicio de esta. Así es que Craso hizo la guerra á los Partos y César á los Galos, sin previo decreto del Senado ni del pueblo : Gabinio, contra la voluntad de este, fué á restablecer en el trono á Tolomeo, sin dejar por eso de solicitar el triunfo, y los triunviros habian hecho de los ejércitos de la república los instrumentos de su ambicion ; de modo que los demagogos ya no necesitaban halagar á la muchedumbre, sino que les bastaba captarse la voluntad de los soldados, los cuales, indiferentes al triunfo de una opinion ó de una causa, se lo proporcionaban á un hombre con la esperanza de recompensa. El general pródigo en conceder gracias era su ídolo : y si faltaba á sus promesas, le dejaban para elegir otro caudillo, que tambien abandonaban si llegaba á ser vencido, pues no podia saciar ya su codicia. Fácilmente se comprende que gente semejante ni querria ni podria oponer impedimentos á Octaviano, el cual viendo que de ellos pendia su fortuna, se mostró desde luego inclinado á recompensarlos. La codicia, no el afecto, le habia atraído los soldados de Lépido y de Antonio, los cuales tambien exigian su recompensa. Él les concedia las tierras de las provincias que habian sido conquistadas, y de las que habian permanecido tranquilas ; y no bastando estos territorios, vendia su propio patrimonio, y pedia prestado á sus amigos para saciar á los ávidos veteranos.

Oportunísimo era el momento para hacer el papel de pacificador. Debilitada Roma por la interminable lucha que habia presenciado ; infestados los caminos de bandas que despojaban á los viajeros y se los llevaban esclavos ; presa la ciudad de los bandidos que la dominaban ; arruinados los caballeros, hambrienta la plebe, las leyes profanadas, arrasada la Italia y esquilmadas las provincias (1), hacía ya mucho tiempo que ningun hombre de calidad habia acabado sus dias de muerte natural ; y cada uno entregaba un puñal á su liberto con órden de clavárselo á la primera señal, ó llevaba consigo un eficacísimo veneno para un caso de apuro. ¿ Quién podia contar con el dia siguiente, con sus bienes, con la fidelidad de sus esclavos, cuando al salir rodeado de sus clientes podia hallarse frente á frente con un sicario que le asesinase, ó leer su nombre en las tablas de proscripcion?

Á las grandes agitaciones sucede el cansancio ; y el hombre que aparece cuando han cesado las contiendas, es saludado por el pueblo con el título de restaurador, atribuyéndosele la gloria de una curacion que naturalmente produce el tiempo segun van cicatrizándose las heridas : testigo Napoleon. Muertos en la última guerra, ó proscriptos los republicanos mas ardientes, la generacion existente solo recordaba sangrientos disturbios, terribles gobiernos militares, tiranías atroces. Cuando despues Bruto y Casio dándose la muerte hacian aparecer su causa como desesperada ¿ quién habia ya de tener ánimo bastante para seguir *la virtud*, despues de haberse proclamado que era un sueño ? Así, pues, considerada ya por el hombre pensador como imposible la antigua libertad romana, lo mejor era entónces seguir la bandera del tirano que fuese ménos cruel.

AVSPICIA AC FIDEM, SED ÆGYPTVS HOC MENSE IN POTESTATEM POPVLI ROMANI REDACTA SIT FINISQUE HOC MENSE BELLIS CIVILIBVS IMPOSITVS SIT ATQVE OB HAS CAVSAS HIC MENSIS HVIC IMPERIO FELICISSIMVM SIT AC FVERIT, PLACERE SENATVI VT HIC MENSIS AVGVSTVS APPELLETVR.

(1) Véase la Nota E.

(1) Quis non latino sanguine pinguior
Campus, sepulcris impia prælia
Testatur, auditumque Medis
Hesperiæ sonitum ruinæ ?
Qui gurges, aut quæ flumina lugubris
Ignare belli ? quod mare Dauniæ
Non decoloravere cædes ?
Quæ caret ora cruore nostro ?
HORAC., II, 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La multitud, deslumbrada por los esplendores de la victoria y excluida en gran parte del poder, no alimentaba ya pretensiones importunas : miéntras que el pueblo vivia satisfecho con las distribuciones que se le hacian y los espectáculos que eran todo su deseo ; y miéntras los ricos se complacian en la confianza de conservar sus haciendas, á los nobles les parecia mas cómodo y decente encumbrarse con el apoyo de un hombre poderoso, que intrigando en medio de la muchedumbre inconstante, y las provincias, obligadas ántes á halagar al pueblo y á la aristocracia, sin saber á quién habian de dirigir sus diputados y someter sus quejas, tan inatendidas como justas, consideraban que mejor se entenderian con un poder único, esperando que la sumision de la metrópoli les proporcionaria quietud, haciendo así ménos frecuentes las devastaciones legales y las guerreras.

Augusto mismo cuando llegó al colmo de sus esperanzas y á aquella plenitud de poder en que las venganzas que se toman de los enemigos demuestran mas insensatez que ferocidad, encontró mas útil el envainar la espada tan inhumanamente teñida de sangre, conociendo en su profunda política la necesidad que habia de disfrazar la servidumbre, pues el triste fin de César le advertia que limitándose á gobernar no debia empeñarse en querer reinar. Antonio se habia comprometido á restablecer la república si salia victorioso ; Augusto triunfante, miéntras se esforzaba en persuadir al pueblo de que nada se cambiaba, se apoderaba de todo, conociendo cuán útil habia de serle esto para llegar á modificar hasta el fondo de las cosas, pues halagando así los deseos de la mayoría, dejaba extinguirse por consuncion el espíritu republicano, que hubiera ciertamente recobrado nuevos brios con la oposicion.

Atribuyéndolo á miedo por su parte, puede tenerse por sincera la voluntad que manifestó de abdicar la dictadura para acabar sus dias como Sila en vez de hacerlo como César. Habiendo consultado esto con Agripa y Mecénas, el primero con la franqueza de un soldado le exhortó á restablecer la libertad en su patria para convencer al mundo de que su único objeto al tomar las armas habia sido vengar á su padre ; pero Mecénas le manifestó los peligros que habia en retroceder despues de haberse adelantado tanto ; persuadiéndole á que debia conservar la autoridad para evitar en la república los desórdenes de los agitadores y preservarse á sí mismo de las venganzas (1). Y en efecto, cada paso de Augusto ¿no se habia enderezado á la monarquía ? Sila, Mario, Catilina, y todos los demas ambiciosos, aunque por la violencia, habian manifestado su propósito de restablecer la república ; pero Augusto solo se habia presentado para vengar al que habia destruido el gobierno republicano ; prevaleció, pues, la opinion que mas en consonancia estaba con los deseos de Augusto y creció desde aquel dia el crédito de Mecénas, el cual con sus consejos fué de gran utilidad á Augusto para la buena administracion del imperio.

Léjos de la impetuosa ambicion que se complace en destruir los obstáculos en vez de evitarlos, y en conculcar las costumbres en vez de dejar que se vayan plegando insensiblemente al perpétuo yugo, sin exigir el título de rey que tanto odiaban los Romanos, se sastifizo con el de emperador que se solia conceder á los generales vencedores, y con el cual era jefe de los ejércitos. Ni permitió que se diera la calificacion de señor (1) ni á él ni á sus sobrinos. Cuando se le rogaba que aceptase el poder supremo, suplicaba de rodillas se le dispensára de semejante carga ; llegó por fin á admitirlo por diez años, á cuyo término renovándose sus protestas y ruegos, solo se le prorogó por otros diez ; escena qne se repitió durante toda su vida, dando así orígen á las fiestas decenales.

Reusando los títulos se atenia á la realidad ; de este modo hizo que se le concediera el consulado año por año, hasta el vigésimoprimero en que lo obtuvo vitalicio ; gozó del poder proconsular en todas las provincias, y se apropió la censura de las costumbres ; como príncipe del Senado, era su presidente : como cónsul y procónsul, gobernaba en las provincias y en la metrópoli ; como censor, estaba en sus atribuciones el conceder y quitar empleos, ejercer el espionaje y arreglar los gastos y las costumbres ; como emperador, tenia el mando del ejército, y se rodeó de una guardia personal, á la cual dió paga doble : iba por las calles con armas, y vestido de púrpura, y al Senado, donde César habia sido muerto, con coraza y espada. Hasta aquella pequeña parte con que la religion contribuía á sancionar los actos públicos, la tomó para sí con la cualidad de pontífice máximo, en virtud de la cual restauró templos, prohibió mezclar númenes egipcios con los de Italia, quemó dos mil volúmenes de profecías, y expurgó los libros sibilinos.

Sin embargo, el principal fundamento de su poder era la autoridad tribunicia que le habia sido concedida perpétuamente, pues en todas las demas magistraturas eran limitadas sus atri-

(1) Dion, LIII, pone dos amplificaciones retóricas en boca de estos dos consejeros de la libertad y de la servidumbre del pueblo que era señor del mundo.

(1) Augusto no quiso recibir mas que de los esclavos el título de *dominus*, y prohibió que sus hijos y sobrinos lo emplearan entre ellos. El mismo Tiberio no quiso admitirlo, y respondia á quien se lo daba : « Soy príncipe del Senado, emperador del ejército, pero no soy señor mas que de los esclavos. » Calígula, por el contrario, adoptó esta calificacion, si bien no fué seguido su ejemplo hasta Domiciano, que mandó terminantemente se le llamára señor dios, por lo cual comenzó á dictar un edicto con estas palabras : *Dominus et deus noster sic fieri jubet*. Plinio alaba á Trajano por no haber admitido este título, si bien se lo da siempre en sus cartas. Entre los particulares estaba muy en uso. Tíbulo dice :

Quam juvat immutes ventos audire cubantem,
Et dominam tenero continuisse sinu!

Segun dice Séneca, esta era tambien la expresion que se usaba con aquellos cuyo nombre no se recordaba. « Omnes candidatos bonos viros dicimus, quomodo obvios, si nomen non succurrit, dominos salutamus. » Ep. 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

buciones, y Augusto las compartia con otros, miéntras que el tribunado hacía sagrada su persona, y reo de lesa majestad á quien atentára contra ella; ponia en sus manos el derecho de interpelacion, y la apelacion al pueblo le hacía representante de este. Así es que no concedió semejante autoridad mas que á Agripa y á Tiberio, cuando se los asoció al mando.

Bastábale, miéntras pasaba su vida en los campos de batalla, captarse la simpatía del ejército, á la vez que trataba con dura severidad á los paisanos de Roma; pero no bien consiguió deshacerse de los soldados, se esforzó por conquistarse el afecto de los ciudadanos. Receloso de los senadores hasta el punto de presentarse en medio de ellos con coraza, léjos de imitar en su trato con ellos el desden que afectó César, les dirigia siempre la palabra con respeto; al entrar en el Senado, saludaba á cada uno por su nombre y no salia sin pedirles permiso; deseoso de acrecentar la consideracion que merecia este cuerpo, excluyó de su seno á los que se habian introducido en él durante las guerras civiles, haciéndolos salir ya por una órden terminante, ya por los avisos reservados que les enviaba: redujo á seiscientos el número que habia de mil senadores; y estableció que para serlo, habian de poseer ochocientos mil sestercios, cantidad que completó con los fondos del Tesoro á los que no tenian el caudal requerido. Quiso tambien que los hijos de los senadores asistiesen á las sesiones, disposicion que fundó en el decoro que se merecian sus padres; pero cuyo verdadero objeto era el de ir acostumbrándolos al nuevo órden de cosas, haciéndolos olvidar las instituciones antiguas. Debian reunirse una vez al mes, y aun sin estar en número suficiente, tenian sus decisiones fuerza legal. Establecido ya esto, eligió á algunos senadores para que fuesen sus consejeros privados, y sin incomodar continuamente á la ilustre asamblea, despachaba con ellos los negocios mas urgentes y los que por su naturaleza queria ocultar á los ojos de la muchedumbre. El Senado daba todavía audiencias á los embajadores: en su seno eran elegidos los gobernadores de provincia, y el emperador solicitaba la sancion de este cuerpo en sus actos, si bien no le dejaba libertad para negársela. Así, con fina hipocresía, consiguió privar al Senado de todo poder, reduciéndolo á mero consejo de Estado, que no podia hacer mas que corroborar con sus votos las resoluciones imperiales; y no satisfecho con esto, prohibió á sus individuos salir de Italia sin su permiso, para que no pudiesen alterar la tranquilidad pública.

Provincias. Asimismo dividió el gobierno de las provincias entre él y los senadores; á estos asignando el mando de las tranquilas y seguras, miéntras él se reservaba personalmente el de las provincias turbulentas y amenazadas (1), á fin de tener así un motivo para mantener el ejército sobre las armas. Hacíalas administrar por delegados de nombramiento suyo que habian de ejercer á la vez y por un año la autoridad civil y la militar, en tanto que los procónsules, cuya eleccion pertenecia al Senado, no representaban mas que la autoridad civil; colocó ademas al lado de unos y de otros, en lugar de los antiguos cuestores, procuradores encargados de refrenar toda extralimitacion de poderes, de modo que la suerte de las provincias dependia de las disposiciones bondadosas ó malévolas del príncipe. Sin embargo, las del Senado en general se hallaron en mejor condicion que las imperiales por estar libres de todas las cargas de la milicia: motivo por el cual tanto florecieron las provincias del África, de la Galia y de España.

Magistrados. Dejó Augusto á los demas magistrados sus cargos y apariencias de poder, pero debilitando este tanto mas cuanto mas elevados eran. No podian quejarse los caballeros, pues que les dejó el poder judicial y la recaudacion de las rentas públicas, disponiendo que los jueces pudieran conocer de todas las causas á excepcion de las capitales, cuyo juicio pertenecia al gobernador de Roma, y en los casos graves, al emperador mismo.

Restauró, pues, el antiguo órden de cosas, pero sin las prerogativas de la aristocracia; restableció, como Napoleon, la nobleza y el fausto regio, pero sin las franquicias provinciales; abolió de una plumada las tiránicas leyes del triunvirato, pero sin atreverse á destruir las leyes antiguas ni á proclamar otras nuevas. Arrogándose la autoridad legislativa, hubiera manifestado su tiranía, y el dejarla ejercer por los magistrados y el pueblo, hubiera producido graves peligros; no le quedaba, pues, mas recurso que el de aniquilarla. Al efecto mandó que solo ciertos jurisconsultos pudiesen dar respuestas en derecho, intimando á los jueces que no se separasen de sus decisiones. De este modo podia escoger legistas dóciles á sus intenciones, y dando pública autoridad á sus consultas, reasumia en sí la interpretacion de las leyes, sin que los jueces y oradores pudiesen hacer ver que las antiguas habian caído en desuso, ni aun siquiera que estaban fundamentalmente modificadas.

Al aumentar las consideraciones é importancia que los jurisconsultos habian tenido du-

(1) El territorio de las provincias senatoriales se llamaba *prædia tributoria*, ó tambien provincias del pueblo romano; el de las otras: *prædia stipendiaria*, ó provincias de César. Las provincias senatoriales fueron el África, compuesta de las antiguas posesiones de Cartago, la Numidia, el Asia propiamente dicha, la Acaya, el Epiro con la Iliria, la Dalmacia, Macedonia, Sicilia, Cerdeña, Creta con la Libia, la Cirenáica, la Bitinia con el Ponto y la Propóntide, y por último, la Bética en España. Augusto conservó para sí las demas provincias de España, ó sea la Tarraconense y la Lusitania; despues todas las de la Galia, las dos Germanias, la Celestria, la Fenicia, la Cilicia y Egipto. La Mauritania, una parte del Asia Ménor, la Palestina, y algunos cantones de la Siria estaban bajo el dominio de Roma, si bien se conservaban en ellos los gobiernos nacionales. Posteriormente cedió Augusto al Senado Chipre y la Narbonense en cambio de la Dalmacia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rante la república, solo miró Augusto á proporcionarse auxiliares poderosos; y queriendo compilar un código, ofreció el consulado al célebre Antistio Labeon, á fin de que callase ó hablase en el sentido de sus proyectos: mas este ciudadano, *libre de toda ambicion*, *deseoso de una libertad intachable*, *teniendo solo por justo y sagrado lo que habian enseñado los antiguos* (1), se negó á hacer tan indigno convenio: prestóse en su lugar Anteyo Capiton, que supo adular á Augusto, y fué bien recompensado por haber sabido adaptar las leyes antiguas al sistema nuevo.

Augusto aprovechaba con sin igual destreza las ocasiones de dictar con apariencia de justicia leyes favorables á su dominacion. La conjuracion de Fannio Cepion le dió ocasion para abolir la antigua costumbre, segun la cual no se podia proceder contra los ciudadanos ausentes, cualquiera que fuese su delito, y llegó hasta pretender que se formase causa á los contumaces, y fuese condenado todo reo que no se defendiera en persona de una acusacion. Cuando se trató de dar un colega al cónsul Sentio Saturnino, algunos de los aspirantes se propasaron hasta ensangrentar el foro: Augusto, con el pretexto de evitar que se renováran semejantes violencias, quitó al pueblo la facultad de nombrar el segundo cónsul, reservándosela para sí; y para que este acto no pareciese un atentado contra la autoridad inviolable de los comicios, confirió las haces á Q. Lucrecio Vipsanio, enemigo suyo: y así obtuvo alabanzas como clemente, cuando merecia ser tratado de usurpador. Del mismo modo, habiendo elegido el pueblo dos censores indignos, los destituyó y se apoderó de estas magistraturas. Como tribuno inviolable y defensor de los derechos del pueblo, podia castigar como un sacrilegio cualquiera atentado contra su persona, é identificándose con el Estado, puso en vigor las leyes de lesa majestad en virtud de las cuales se podia prescindir de todo derecho para descubrir los reos de Estado. Los esclavos no debian ser puestos en el tormento para declarar contra sus señores; pero Augusto estableció que en los casos de lesa majestad pudiesen ser vendidos los esclavos del reo al príncipe ó á la república, despues de cuya venta era admisible su testimonio.

Dispensó ademas á los ediles de dar funciones públicas que solian ser la ruina de las casas, encargando en su lugar á los pretores que las hiciesen celebrar á expensas del Erario público; los ediles curules eran los que debian cuidar de apagar los incendios con el auxilio de seiscientos esclavos (2). No podian ya darse combates de gladiadores sin el consentimiento del Senado, ni habian de repetirse mas de dos veces al año, no pudiendo exceder el número de gladiadores de ciento veinte: prohibió á los senadores y caballeros presentarse en el palco escénico, excluyó ademas de las luchas á las mujeres, aunque no puso dique alguno á su desenfreno, dejando este cuidado á sus maridos. Castigó á los que compraban votos, y prohibió á las provincias tributar homenajes públicos á los gobernadores hasta los sesenta dias despues de haber partido; y con todo esto se alababa de haber despertado con sus nuevas leyes los ejemplos olvidados de los antiguos (1).

Ley Papia-popea.

Aunque no tenia Augusto buenas costumbres, se esforzó en corregir las públicas, separándose en esto de la conducta seguida por sus antecesores, atentos solo á corromper al pueblo con sus liberalidades y tolerancia. Dictó leyes contra el celibato, que en prueba de lo generalizado que estaba llevan el nombre de dos célibes cónsules, y pensó poder casar á las gentes por medio de un decreto, y repoblar la Italia. Segun estas leyes, si el hombre á veinticinco años y la mujer á los veinte aun no tenian sucesion, heredaban solo la mitad de la hacienda y de las mandas, quedando la otra mitad para el Erario. Para el cargo de cónsules debian ser preferidos los candidatos que tuviesen mas numerosa prole, y de los dos tenia la superioridad y las haces el que tuviese mayor número de varones. El que tenia tres hijos en Roma, cuatro en Italia, cinco en las provincias, quedaba libre de las cargas personales: despues de tres partos llegaba á ser la mujer latina ciudadana romana, y la romana que habia nacido libre se emancipaba de la tutela de su marido. La liberta no conseguia estos privilegios sino despues de cuatro partos, teniendo entónces facultad para testar, administrar sus bienes y poder heredar. Tambien abolió la ley Voconia que inhabilitaba á las mujeres casadas para las sucesiones que fuesen superiores á cierta cantidad determinada (2). Al reunir á los caballeros, segun era costumbre, para el censo, los dividió en célibes y casados, y viendo el escaso número de estos, los alabó por ser los únicos que habian cumplido con los deberes de la naturaleza y del Estado, y los únicos tambien que merecian el título de hombres y de padres, por lo cual les prometió los principales cargos. Dirigiéndose entónces á los célibes, los trató no como á ciudadanos, no como á hermanos, sino como á culpados de asesinato porque cerraban las puertas de la vida á futuros ciudadanos, de impiedad porque dejaban extinguir el nombre de sus abuelos, de sacrilegio porque disminuían el género humano, y los condenó á fuertes multas si ántes de un año no obedecian lo dispuesto en la ley.

¡Tan odioso se habia hecho entónces el matrimonio, á pesar de la facilidad del divorcio, que hacía su yugo ménos pesado! Pero no se re-

(1) TÁCITO, *An.*, 75. — CELIO, *Noctes Att.*, XIII, 12.
(2) DION, LIV, 2.

(1) « Legibus novis latis, exempla majorum exolescentia revocavi, et fugientia jam ex nostro conspectu avitarum rerum exempla imitanda proposui. » En los Mármoles de Ancira.
(2) Véanse GUST. HUGO, *Del Derecho Romano*, §§ 295-296. — HEINECCII *Antig. romanorum jurisprudentiam illustrantium suntagma*; lib. I, tit. 25. — DION, LIV, 53. — TÁCITO, *An.*, III, 25 y 28.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

media con leyes tan profunda corrupcion, tan arraigado egoísmo; los ricos continuaron viviendo en el libertinaje, y si llegaban á casarse, era para poder heredar, no para tener sucesion, por lo cual se multiplicaron las víctimas, y nada mas. Los ciudadanos, que se habian resignado á la pérdida de sus libertades políticas, opusieron una resistencia tenaz á esta reforma en sus costumbres, y luego la eludieron casándose con niñas ó exponiendo á los recien nacidos. El rigor de esta ley moral é inoportuna dió orígen á una plaga aun peor, los delatores, que penetrando en los secretos domésticos turbaban la paz y el sosiego de las familias, hasta el punto de que Tiberio mismo tuvo que suavizarla. No debe omitirse que al mismo tiempo que Augusto tenia que imponer como precepto el matrimonio, no encontraba doncellas dispuestas á consagrar á Vesta su virginidad, aunque les prometia los privilegios de las madres de familia.

Seguia reuniendo para la promulgacion de las leyes los comicios en el campo de Marte, votando tambien él con su tribu y recomendando á las centurias las personas que deseaba ver ascendidas á las principales dignidades; y así votando él en las elecciones, dispensaba á los demas de hacerlo, y así tambien diciendo su parecer en el Senado hacía que todos fuesen de su opinion. Ademas, al fin de cada año este pueblo soberano iba á ratificar todo lo que habia hecho su representante : Augusto fingia, pues, recibir de la libertad un poder de que se servia para destruirla; introducia poco á poco las formas monárquicas al lado de las republicanas; nombraba prefectos y funcionarios suyos en vez de nombrar los de la ley : al lado del cónsul se elevaba el *Præfectus urbis*; los decretos salian á nombre del Senado y del pueblo quiritario, pero el emperador era el que los daba; con las provincias consulares estaban las cesáreas, en las que tambien tenia empleados encargados de la administracion del fisco; y siendo este empleo cada vez mas importante, crecia proporcionalmente la autoridad de los que lo desempeñaban.

El pueblo romano habia sentido la necesidad de un protector y jefe, y ya lo tenia; pero al aceptar la plenitud del poder popular, Agusto no pensó siquiera en la posibilidad de excesos futuros; no dió al pueblo ninguna prerogativa con que pudiese impedir que cayera en abyecta esclavitud; tampoco tomó medida alguna respecto de los soldados para que no se convirtiesen en tiranos. César habia conducido mas francamente al pueblo á la conquista de la propiedad y á los Bárbaros al de su justo derecho, y fué instrumento de un progreso providencial, precursor de aquel que debia ser llevado á cabo por otros héroes no armados. Y en verdad César no tuvo entera conciencia de sus obras, ni estas tuvieron complemento, ni él podia tal vez dársele. La plebe quedó aun pobre y sujeta á vivir de las liberalidades de los emperadores, y perdió la libertad civil sin asegurar su sustento. Por muchas causas y por el carácter de Augusto, el imperio llegó á constituirse del peor modo posible, esto es, en despotismo militar; sin embargo, esto dió orígen á la tribu y al comun, únicos resultados á que habian llegado hasta entónces los movimientos occidentales, y á la formacion de un grande imperio con idioma, monedas y leyes comunes, con administracion, medios, derecho civil y político y un jefe único; lo cual impedia que Roma fuese todo y nada las provincias.

Pero ninguna idea generosa le gobernaba; no se aseguraba la suerte del pueblo con ninguna mejora; la corrupcion seguia tomando nuevos bríos, no pudiéndose esperar la enmienda sino de gente nueva y de nuevas ideas que fecundasen lo que habia de bueno, mostrasen lo mejor á que podia aspirarse y enseñasen á conseguirlo. Los contemporáneos no advirtieron estos efectos, ni los sucesores inmediatos de Augusto; ni tampoco la filosofía mas elevada durante el ímperio hacía mas que admirar las antiguas virtudes romanas.

La hacienda pública no cambió respecto de las fuentes de los ingresos; pero tuvo bastantes alteraciones en cuanto á su administracion interior. El príncipe tuvo una caja particular y militar (1) y separada del Erario público (*ærarium*); de aquella disponia á su voluntad, de esta con el consentimiento del Senado. Tantas guerras civiles habian introducido el desórden en la hacienda, y sobre todo en Italia, ya por haberse hallado este país á merced de los soldados, ya por haber pasado al dominio de príncipe muchas propiedades del Estado : ademas se aumentaban los gastos con la obligacion de mantener el ejército permanente. Pero por otra parte crecieron los recursos con la adquisicion del Egipto, centro principal del comercio de Oriente, y con la introduccion de nuevos impuestos y el repartimiento mas ventajoso de los antiguos : entre aquellos se hallaba el cinco por ciento de las sucesiones y la multa impuesta á los célibes. Como la mayor parte de los impuestos iban á parar al fisco, resultaba que lo mismo el dinero que las legiones y todo lo demas se hallaba en poder del emperador. Los antiguos impuestos se recaudaban, segun costumbre, por los caballeros, y los nuevos por los procuradores del emperador : la novedad mas notable introducida en esto fué la de haber fijado el emperador la suma de los tributos y los sueldos de los gobernadores. Son várias las opiniones que hay acerca de las rentas que tenia el imperio, pero ateniéndose á un término medio, se calcula que ascendian á 960,000,000 de francos.

(1) Llamábase *fiscus* porque en un principio se depositaban las crecidas cantidades de dinero en unas cestas de mimbres. *Fiscelle*, como la voz francesa *budget*, se deriva de la *bolgetta* ó bolsa en que el ministro llevaba á las Cámaras las cuentas que debian discutirse. Lastimosa es la pérdida de un *Rationarium*, ó sea *Breviarium totius imperii*, en que Augusto habia enumerado todos los gastos é ingresos del imperio. SUETON., § 102 y 28.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Mecénas aconsejó á Augusto que declarase aptos para entrar en el Senado y en el órden de los caballeros á los ciudadanos mas notables de las provincias, persuadiéndole ademas á que vendiese todos los bienes públicos, para fundar con los productos de esta renta un banco que prestase á interes módico, y cuyo objeto fuera emplear el capital en beneficio de la agricultura y de la industria. Queria tambien se impusiese otra contribucion á los súbditos libres del imperio y sobre todos los objetos susceptibles de tasacion (1). Mas fué desechada su opinion, y estando libres de tributos los ciudadanos, cuantos mas eran, tanto mas pagaban los tributarios. De aquí se siguió que afluyesen á Roma un gran número de ciudadanos y se concentrasen las grandes riquezas en pocas familias, de modo que los emperadores sucesivos suplian la penuria del Tesoro despojando á estas.

Ejército. Un poder obtenido, por las armas habia de apoyarse necesariamente en un ejército permanente, ya para proteger las fronteras, ya para mantener la seguridad en lo interior; y aunque Augusto tenia solo su confianza en el ejército, jamas le concedió la licenciosa libertad de que habia disfrutado bajo el mando de Sila y de Antonio. Las rebeliones de las legiones nunca las perdonó sino disolviéndolas; si alguna se desordenaba ó huía, la diezmaba; á los oficiales que abandonaban su puesto se les aplicaba inmediatamente la pena de muerte, y en lugar de las tierras que Sila y él mismo habian distribuido á los soldados, menoscabando la propiedad, perjudicando el cultivo de los campos y facilitando las sediciones, les señaló un sueldo fijo (2). Despues que hubo repartido por Italia en treinta y dos colonias á los veteranos, pudiendo así en caso de necesidad volverlos á llamar á las armas, mantuvo en pié veintidos legiones, ocho á las márgenes del Rhin, cuatro á las del Danubio, tres en España, dos en Dalmacia, cuatro á orillas del Eufrátes y en Siria, dos en Egipto, dos en las provincias de África, formando entre todas un total de ciento setenta mil seiscientos cincuenta hombres. Para la guardia especial del emperador y de la capital habia cerca de Roma nueve cohortes pretorianas, á la órdenes de dos prefectos, y tres cohortes urbanas; ademas habia una escuadra en las aguas de Rávena para vigilar la Dalmacia, la Grecia, las Islas y el Asia, y otra en Mesina para la custodia de la España, las Galias, el África y las provincias occidentales, perseguir á los piratas y asegurar el trasporte de las provisiones y de los tributos. Dependiendo todas estas fuerzas del emperador, resultaba que la monarquía era absoluta en el órden militar, y sin la máscara que se habia adoptado en el gobierno civil.

Terminada la guerra, quiso Augusto purgar las legiones del sinnúmero de esclavos que se habian alistado en ellas, para cuyo fin envió á los jefes de cada una, y con órden de abrirlas en el mismo dia, cartas selladas en que mandaba á los tribunos militares encadenar á aquellos de sus soldados que fueran reclamados por sus amos como desertores, con lo cual treinta mil esclavos volvieron á la servidumbre. Tambien excluyó del ejército á los extranjeros, alistando solamente á los ciudadanos, para reanudar los vínculos entre el órden civil y el militar, haciendo que los soldados se acordasen de que eran ciudadanos, y estos tuviesen á gloria el ser soldados. Tales eran las apariencias; pero en realidad estos no eran soldados de la república sino del emperador; y un ejército permanente dispensaba á los ciudadanos de la obligacion de entrar en la milicia segun les llegaba el turno, por lo cual se afeminaron, y las legiones fueron reclutadas especialmente en las provincias, formándose de mercenarios, ansiosos únicamente de conseguir sueldo y botin, y sometidos, no á la patria, sino al emperador. No debe, pues, atribuirse á Constantino, sino al mismo Augusto, un paso de tan avanzada tiranía como fué el desarmar al pueblo sujetándolo á un ejército extraño, sistema del todo militar que hizo posible la dominacion desenfrenada de los césares que le sucedieron (1).

Segun la antigua costumbre, solo se concedian los honores del triunfo al que habia tenido el mando en la guerra, de modo que desde Augusto estos fueron solo para el emperador. Pero con la república habia cesado el sistema de las conquistas perpétuas, y ya no debia hacerse la guerra sino para conservar la paz. Por ambiciosos que fueran los emperadores tenian tierras demasiado extensas en que dominar, y sobrados alicientes en la paz, y los generales obrando por la gloria de un jefe supremo y obligados ademas á evitar que se despertáran en este celos, contenian sus ímpetus belicosos.

En vez de ir como Antonio á buscar con las

(1) Dureau de la Malle, *Econ. des Romains.*

(2) Desde la dictadura de Fabio (217) hasta César (50), la paga del soldado se reducia á tres ases diarios (cerca de 27 céntimos); César la duplicó haciéndola ascender á 18 dineros mensuales (14 francos y 72 céntimos); Augusto la conservó, pero Domiciano la aumentó hasta 25 dineros al mes (20 francos y 47 céntimos). La gratificacion que Augusto concedió á los pretorianos fué de veinte mil sestercios (4,035 francos 40 céntimos) despues de 16 años de servicio, y de doce mil sestercios (2,421 francos 24 céntimos) á los legionarios despues de 20 años: para subvenir á estos gastos estableció un tesoro, cuyo primer fondo puso de su propio dinero.

(1) Herodiano mejor que nadie vió los resultados de esta reforma, al escribir: Οἱ γάρ κατὰ τὴν Ἰταλίαν ἄνθρωποι, ὅπλων καὶ πολέμων πάλαι ἀπηλλάγμενοι, γεωργίᾳ καὶ εἰρήνῃ προσεῖχον. ἐς ὅσον μὲν γὰρ ὑπὸ δημοκρατίας τὰ Ρωμαίων διωκεῖτο, καὶ ἡ Ἐγκλητος ἐξέπεμπε τοὺς τὰ πολέμικα στρατηγήσοντας, ἐν ὅπλοις Ἰταλιῶται πάντες ἦσαν, καὶ γῆν καὶ θάλατταν ἐκτήσαντο, Ἕλλησι πολεμήσαντες καὶ Βαρβάροις οὐδέ τι ἦν γῆς μέρος, ἢ κλίμα οὐρανοῦ ὅπου μὴ Ρωμαῖοι τὴν ἀρχὴν ἐξέτειναν. ἐξ οὗ δὲ εἰς τὸν Σεβαστὸν περιῆλθεν ἡ μοναρχία. Ἰταλιώτας μὲν πόνων ανέπαυσε, καὶ τῶν ὅπλων ἐγύμνωσε, φρούρια δὲ καὶ στρατόπεδα τῆς ἀρχῆς προυβάλετο μισθοφόρους ἐπὶ ρητοῖς σιτηρεσίοις στρατιώτας καταστησάμενος, ἀντὶ τείχους τῆς Ῥωμαίων ἀρχῆς ποταμῶν τε μεγέθεσι καὶ τάφρων ἢ ὀρῶν προβλήμασιν, ἐρήμῳ τε γῇ καὶ δυσβάτῳ φάξας τὴν ἀρχὴν ὠχυρώσατο.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

armas á los príncipes de Oriente, Augusto los vió llegar á su presencia solicitando su alianza y proteccion, entre los cuales, ademas de los Escitas y de los Sármatas septentrionales, se hallaban los Indios y los Seres, que emplearon cuatro años en su viaje y traían consigo perlas, piedras preciosas y elefantes.

Letras

Conociendo tambien cuánto importa á los tiranos el conciliarse á los escritores, cuya pluma y conciencia se hallan á disposicion de quien se propone comprarlas, favoreció y dejó que Mecénas protegiera á cuantos sobresalian entónces por su talento, á condicion de que habian de ser sus panegiristas, pagando así á las musas con el fin de desarmar á la historia. Horacio, que habia servido á las órdenes de Bruto, fué acogido al principio por Mecénas con frialdad, pero despues cuando llegó á conquistar su favor, tuvo que refrenar sus ímpetus republicanas que le hacian exaltar las virtudes antiguas ó el valor indómito de Caton, y se burló de sí mismo por haber arrojado su escudo en la accion de Filípos. Pero no satisfacia á Augusto el silencio, queria la adulacion, y así le greguntó: *¿ Crees por ventura que mi amistad ha de deshonrarte á los ojos de la posteridad* (1) ? Virgilió debia con su dulce zampoña y sus preceptos de agricultura alejar los ánimos de los disturbios civiles y conducirlos á la calma de la vida agrícola; y despues cuando se elevó á cantar mayores empresas, asoció los destinos de Roma á los de la familia Julia, y buscó entre los dioses y los héroes troyanos los ascendientes de aquel hombre nuevo.

Miéntras tanto unos y otros á porfía repetian al pueblo que su salvacion estaba enlazada á la de Augusto, el único que habia llegado á encadenar al demonio de la guerra civil, y el único tambien que podia reparar los daños padecidos.

Solo á este precio se alcanzaban los favores de Augusto, harto bien imitado por tantos otros protectores de la letras; pero lo mismo que Napoleon, alimentaba recelos contra los ideólogos, y solo podian publicar su filosofía los que siguiendo las ideas de Epicuro ó de Aristipo, enseñaban á gozar de lo presente y á usar con moderacion de los placeres. Si la cabeza de Ciceron llega á ser necesaria á su ambicion, se la entrega al verdugo; si Ovidio tiene la desgracia de ofenderle, le destierra sin que sus cantos y súplicas le restituyan á su patria; olvida á Tíbulo, cuyo carácter no se doblega á la adulacion; Cornelio Galo por haber sostenido una conversacion algo atrevida (2), es enviado al destierro y muerto en él, prohibiéndose á Virgilio publicar un elogio suyo; los escritos de Labieno son quemados (1), y se ve reducido él mismo á dejarse morir de hambre; Timágenes de Alejandría, elegido para historiador suyo, por haber tenido la desgracia de desagradarle con una expresion punzante, recibe órden de no presentarse mas, por lo cual arrojando al fuego todos sus escritos sobre la historia contemporánea, se dedica, como asunto ménos peligroso, á escribir los fastos de Alejandro.

Á ejemplo de Augusto, protegia á los literatos Fabio Máximo, en cuya casa se reunian á comer, á hablar y á leer sus composiciones: allí recitaba Propercio sus elogios; Ovidio sus fáciles descripciones á medida que se deslizaban de su lúbrica pluma (2); Varo sus tragedias romanas, y en suma, todo el que gozaba de algun crédito, hallaba en esta reunion oyentes, aplausos y felicitaciones. Augusto, con cuya amistad contaba, fué con él secretamente á la isla Planosia para visitar á su sobrino segundo Arrigo Póstumo, allí relegado, y cuya visita le enterneció hasta arrancarle lágrimas. Nadie debia haber visto al anciano emperador compadecer á un una víctima que no queria perdonar; pero habiendo Fabio confiado el secreto de esta visita á su mujer, esta á Livia y Livia á Augusto, á los pocos dias se halló muerto al literato favorito. Bajo la república se castigaban las acciones, pero el pensamiento era libre: mas habiendo declarado Augusto reos de alta traicion á los autores de libelos infamatorios y obligado á los magistrados á que los persiguiesen con severidad inflexible, abrió un ancho camino á arbitrarias persecuciones.

Sin atender á estos hechos, el pueblo pacífico y sufrido solo escuchaba los extremados encomios de los cortesanos, los cuales divulgaban que llamaba á Tito Livio panegirista de Pompeyo, sin dejar por esto de conservarle su gracia; que decia de Ciceron: *Fué un grande hombre, amigo de su patria;* y de Caton: *Es propio de un buen ciudadano y de un hombre de bien defender al gobierno establecido.* Y ¿á quién asombrará esto? ¿No se decia públicamente Augusto restaurador de las virtudes primitivas? ¿No lisonjeaba la nacionalidad romana? ¿ No es propio de todo restaurador restablecer aquella parte del antiguo sistema que puede contribuir á consolidar el nuevo? Al ensalzar, pues, á Roma quirinal, historiadores y poetas no hacian mas que encomiar á Augusto, que invocando los ejemplos de lo pasado, reedificando

(1) « Irasci me tibi scito quod non in plerisque ejusmodi scriptis mecum potissimum loquaris. An vereris ne apud posteros tibi infame sit, quod videaris familiaris nobis esse? » SUETONIO en la *V. Horatii.*

(2) Las provincias senatoriales eran confiadas á procónsules que debian haber sido cónsules y pretores: solo el gobierno del Egipto se entregaba á un simple caballero por temor de que teniéndolo un personaje ilustre concibiera el proyecto de hacerse independiente. Se confió, pues, este mando á Cornelio Galo, á quien Virgilio dirigió su décima égloga, el cual con sus exacciones tiranizó el país, y en particular la ciudad de Tébas: despojándole entónces de su autoridad, Augusto le prohibió presentarse en su palacio ni en ninguna provincia del imperio: Galo, habiendo con este motivo hablado mal del emperador, fué desterrado. Los aduladores de Augusto debian apresurarse á presentarle como culpado de cualquier falta.

(1) Este es el primer ejemplo de tal ejecucion por órden del soberano, y que en un tiempo en que tan raros eran los manuscritos, no se reducia, como posteriormente, á una formalidad infamante.

(2) Ille ego sum qui te colui, quam festa solebat
Inter convivas mensa videre tuos.
Sæpe suos solitus recitare Propertius ignes.
OVID.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los templos arruinados y restaurando las estatuas ennegrecidas por los incendios, expiaba con su piedad é inocencia los delitos de sus progenitores, hacía renacer el antiguo pudor, y devolviendo la castidad al hogar doméstico, regocijaba á las madres que veían en su derredor una familia que se les asemejaba (1). Natural era que proclamáran divino á quien les proporcionaba tan gratos solaces (2), y Augusto, investido ya de la omnipotencia terrena, aceptó el ser declarado dios.

La verdad, sin embargo, exige que confesemos que en los cuarenta y cuatro años que duró su administracion no abusó del poder supremó, y procuró por todos los medios agradar al pueblo. Proveyó á Roma de víveres y de juegos, é hizo venir á los actores de mas fama, prohibiendo á los ediles y pretores darles de palos aun cuando no gustáran; sin embargo, habiendo sabido que uno de ellos llevaba consigo á una mujer disfrazada, dispuso que se apoderáran de él, que le azotáran en los tres teatros y se les desterrára. Desterró tambien al célebre Piládes, por haber este faltado al respeto á un ciudadano, volviendo sin embargo á llamarle muy luego á instancias del pueblo. Roma se hermoseó con elegantes edificios hasta el punto de comprender en su recinto, segun refieren los historiadores, un espacio de cincuenta millas de circuito con una poblacion inmensa. En virtud de su autoridad de censor, Augusto dispuso várias veces el empadronamiento general de los ciudadanos, y de alguno de estos empadronamientos nos queda memoria; el primero que formó despues de la derrota de Antonio, comprendia cuatro millones ciento sesenta y tres mil individuos, y el último, verificado en el año de su fallecimiento, presentaba una disminucion de treinta mil almas.

No debe deducirse de aquí que se aumentára inmensamente la poblacion en el tiempo que trascurrió desde César á Augusto, y que despues en cincuenta años de paz se disminuyera, pues los cuatrocientos cincuenta mil ciudadanos empadronados bajo la dominacion de César formaban una clase privilegiada, comos los diez mil de Aténas, de la cual se hallaban excluidos los extranjeros, los colonos y los esclavos, clase alistada en unas tablas que cada tres años rectificaban los censores, y en que cada ciudadano estaba colocado segun su edad y su hacienda.

Estos eran los únicos que daban soldados á las legiones, de modo que al aumentarse las guerras, fué preciso ensanchar en la misma proporcion el círculo de los ciudadanos. En las civiles, en que los Romanos luchaban contra Romanos, el número de estos era muchas veces menor que el de los auxiliares: de aquí la extension que se dió al derecho de ciudadanía. Y así como la plebe reclamaba participacion en los derechos de la nobleza y en las conquistas hechas en el extranjero, del mismo modo exigian los conquistados el derecho de ciudadanía que les igualára á los vencedores, á quienes no se creían inferiores en valor y cultura. En efecto, casi toda Italia, y despues várias provincias lisonjeadas por los caudillos que necesitaban su apoyo, obtuvieron este derecho; de modo que en veinticuatro años creció el número de ciudadanos en nueve décimas partes.

Desde entónces no fué ya menester reclutar, como se habia practicado en tiempo de Sila, á libertos ni esclavos; gente que por no tener interes en la conservacion del órden de cosas establecido, tendia siempre al desórden; que no se aquietaba sino á costa de liberalidades corruptoras, y que, licenciada, infestaba con sus hordas el imperio. Habiendo cesado, con el sistema de conquista contínua, la necesidad de remediar violentamente las pérdidas que habia sufrido la poblacion, Augusto fué disminuyendo cada vez mas las concesiones de derechos de ciudadano y de emancipacion de los esclavos. Cambió ademas las condiciones que se exigian para inscribirse en el registro del censor; y en el censo que se hizo el cuarto año de J. C. no fueron comprendidos los ciudadanos ausentes de Italia, ni los que poseían ménos de doscientos mil sestercios (59,759 francos), los cuales, aunque anotados en el primer empadronamiento y exentos de toda carga, no eran hábiles para magistratura alguna. Así se formó una clase média para debilitar el poder de la muchedumbre y disminuir el número de candidatos y los tumultos de los comicios.

Sin embargo, acerca de la poblacion verdadera que habia en Roma, las opiniones son en extremo diferentes, haciéndola llegar algunos á catorce millones, cuando los mas moderados la reducen á cuatro. Sabemos que, por consideraciones religiosas, la ciudad no se extendia mucho mas allá del *Pomerio* de la ciudad primitiva, y que aun despues de ensanchada por Aureliano, no era mayor que la moderna, cuyo circuito es de doce mil trescientos cuarenta y cinco pasos romanos (unos 18,202 metros), es decir, seis mil metros ménos que Paris. Es verdad que habia muchos barrios fuera de la ciudad, que eran estrechísimas las calles hasta el punto de ser imposible guarecerse de la caída de escombros, ni prestar auxilio en los incendios (1), levantándose ademas las casas desproporcionadamente á pesar de haber prohibido Augusto que se levantáran á mas de setenta piés. Sin embargo, al hacerse el catastro en tiempo de Teodosio, resultaron en Roma cuarenta y ocho mil trescientas ochenta y dos casas, lo cual si nos impide admitir una poblacion tan excesiva, no por eso nos conduce á determinar la verdadera.

Para asegurar el sustento á esta muchedumbre y mantenerla en sosiego, se dió grande

(1) HORACIO.
(2) *Deus nobis hæc otia fecit.* VIRGILIO.

(1) SÉNECA, *Controv.* II.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

importancia al prefecto de la ciudad y al de las subsistencias, cargos que Augusto declaró amovibles para tener tambien en sus manos la policía de Roma. Redujo ademas á doscientos mil el número de ciudadanos mantenidos á expensas del público, que en tiempo de César ascendian á trescientos veinte mil. Distribuyó á lo ménos cinco veces dinero (1), sin que bajára nunca de doscientos sestercios ni ascendiera á mas de cuatrocientos (de 40 á 80 francos); y comprendiendo estas reparticiones hasta á los niños de ménos de once años, resultaba que los agraciados no bajaban de doscientos cincuenta mil. Así cada distribucion importaba de once á veintidos millones, á lo cual hay que añadir los enormes dispendios de veinticuatro espectáculos que daba Augusto en su nombre, de otros veintitres que tambien daba á nombre de los magistrados ausentes ó imposibilitados de hacerlo, y por fin, las cantidades que prestaba sin interes á los que se las pedian bajo una hipoteca de doble valor (2).

23. Augusto no desplegaba un fastuoso lujo en su persona ni en su manera de recibir, entraba en las ciudades de incógnito ó de noche para evitar las recepciones pomposas; vestia modesmente, con los trajes hechos en su casa, sin usar mas distintivos que su guardia pretoriana. Vivia en la casa que habia sido del orador Hortensio, sin que se vieran en ella otros adornos ni objetos preciosos mas que una copa murrina que habia pertenecido á los Tolomeos; admitia convites de los mas oscuros particulares, y habiéndole dado uno de ellos una comida mezquina, se contentó con decirle sonriéndose: *No creia que fuésemos tan íntimos amigos*. En los espectáculos se sentaba entre los jueces, y ponia afectacion en presentarse en los tribunales para asistir en juicio á sus clientes y amigos, sufriendo los interrogatorios y las duras respuestas que les dirigian los abogados. Á un soldado que le pedia le patrocinase en una causa, le respondió que teniendo muchas ocupaciones enviaria en su lugar á otro abogado; pero el soldado repuso: *Cuando tuviste necesidad de mi brazo, ¿ te mandë yo en mi lugar un sustituto?* Y Augusto le defendió en persona. No concediendo los derechos de ciudadano sino con extremada reserva, quiso que estos se penetrasen de su dignidad y llevára la toga y no el mezquino vestido llamado *lacerna*; y viendo una vez á un ciudadano andrajoso, se le oyó deplorar el que *Romanos rerum dominos, gentemque togatam*, se vieran reducidos á semejante miseria.

Su afabilidad no le quitaba la firmeza, pues si bien rehuyó el título de *dominus*, dejó por otra parte de tratar á sus soldados de camaradas, conociendo que ya no era un soldado de fortuna. Habiéndole referido Tiberio ciertos dichos y quejas del pueblo, respondió: *Dejémosle decir á condicion de que nos deje obrar;* otro dia que oyó al pueblo clamar contra la escasez y carestía del vino, exclamó: *Agripa os ha provisto de excelente agua*. Imaginando el pueblo en medio de una epidemia que los dioses les castigaba por haber dejado que Augusto abdicára el consulado, la muchedumbre corrió á su palacio aclamándole dictador; pero Augusto se resistió y prefirió el título de proveedor general, que le puso en estado de auxiliar las necesidades de la poblacion. Tan decoroso respeto á la nacionalidad romana le valió el título de Padre de la patria.

Con tal mezcla de habilidad, de intriga, de modestia, de firmeza y cobardía supo captarse los corazones. Mas para conservar la autoridad por espacio de cuarenta y cuatro años, y persuadir al pueblo de que la seguridad de todos dependia de la conservacion de su persona, ¡qué profundo conocimiento del corazon humano y de la administracion se necesitaba!

CAPÍTULO XXII

Guerras de Augusto.

El nuevo órden establecido en Roma, y el carácter mismo de Augusto, excluían ya en adelante las guerras de ambicion; muchas, sin embargo, fueron necesarias emprender para proteger la paz y precaverse contra futuros ataques.

Los que piensan que las guerras civiles debilitan á un pueblo, tienen contra sí la historia entera. En ellas se ven obligados los hombres á hacerse soldados por causas á que no pueden ser indiferentes, y se acostumbran, si no á las fatigas de los campamentos, á los riesgos del combate. Hasta se desea entrar en el ejército para librarse de vejaciones y asegurar privilegios que se niegan al hombre pacífico; cuanto mas que las agitaciones, conmoviendo la sociedad, sacan á la superficie personajes cuyo mérito hubiera quedado ó sin desenvolverse ó desconocidos. La Lombardía peleó contra Barbaroja despues de las innumerables contiendas que habian tenido entre sí los municipios; los Alemanes prevalecieron contra los Turcos, cuando aun goteaba la sangre de la guerra de los Treinta Años; lal nglaterra desplegó su poder despues de la lucha de las dos rosas; la España, despues de la de sucesion, manifestó tanta fuerza en Sicilia; la Francia se mostró grande despues de las querellas entre las casas de Borgoña y de Orleans, y despues de las guerras religiosas y de las turbulencias de la Fronda; y en la última revolucion, cuando los departementos se destrozaban con guerras civiles, y no habia otra justicia mas que la guillotina, la

(1) El *Congius* en Roma era una medida de seis sestieros, que hacía 99 onzas de agua y servia para las distribuciones de aceite y de vino que se hacian al pueblo; cuando en lugar de hacerse en especie se hicieron en dinero, se conservó el nombre de *congiarium* á las liberalidades hechas al pueblo, miéntras que las distribuciones hechas á los soldados se llamaban *donativum*.

(2) Véase la Nota F.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

metralla y la asfixia, apareció formidable para todos los tronos de Europa (1).

Roma en las guerras que hemos referido, con el mismo hierro con que desgarraba sus entrañas destruía la libertad de las naciones por mano de Mario, de Sila, de César y de Pompeyo: y despues Antonio y Augusto acabaron de extinguir la independencia de los pueblos conocidos, si acaso la conservaba todavía alguno.

Augusto dirigió primeramente sus armas contra los Bretones, á quienes no habia podido dominar su tio; mas habiendo sabido en el camino que los Salasios al pié de los Álpes, los Cántabros y los Astures en España se habian sublevado, confió la expedicion contra aquellos á Terencio Varron, y encargándose personalmente de someter á estos, los derrotó y los redujo al último extremo. De los Cántabros (Vizcainos) unos se dieron muerte, otros fueron vendidos, y el resto tuvo que marchar contra los Astures que sucumbieron entónces; y así despues de dos siglos de resistencia cayó toda España bajo el poder de Roma.

Al mismo tiempo Marco Craso derrotaba á los Mesios, gente salvaje de las márgenes del Da-
23. nubio; M. Vinicio sometia á otros pueblos germanos; Varron dominaba á los Salasios, de los cuales trasportó Augusto cuarenta mil á Eporedia (*Ivrea*), condenados á veinte años de esclavitud, dividiendo entre sus pretorianos este territorio, en que fundó la colonia de Augusta Pretoria (*Aosta*). Por decision del Senado se erigió en los Álpes un monumento en que se inscribieron los nombres de cuarenta y tres pueblos de la montaña sometidos al imperio por Augusto (2); y otros sesenta pueblos galos levantaron en su honor cerca de Lyon (3) un templo magnífico, instituyendo juegos anuales en que se daban recompensas á los poetas y á los oradores.

Árabes. En Asia, la Psidia, la Galacia y la Licaonia vinieron á ser por muerte de su último rey provincias romanas. Helio Galo, gobernador de Egipto, declaró la guerra á los Árabes septentrionales, pero mal secundado por Sileo, ministro del rey de los Árabes Nabateos, y á causa de las enfermedades y del carácter indómito de aquellos pueblos, volvió sin conseguir resultado alguno, pasándose desde entónces muchos años ántes de que los Romanos acometiesen de nuevo á aquel pueblo á quien el desierto hacía difícil de dominar.

Partos. Por esta misma época los Escitas destronaron á Tirídates, rey de la Partia, restableciendo en el solio á Fraátes que anteriormente habia conquistado la Média. Tirídates fué á implorar la proteccion de Augusto, prometiendo prestarle homenaje, al mismo tiempo que Fraátes enviaba embajadores para pedir se le restituyera aquel su esclavo fugitivo, y su propio hijo, que habia sido entregado á los Romanos por Tirídates. Augusto dió audiencia á todos en presencia del Senado, y despues, sin oir el parecer de este, respondió que no auxiliaria á ninguno de los pretendientes; que Tirídates podria residir libre y honoríficamente en Roma, y que Fraátes recibiria á su hijo tan pronto como restituyera las banderas y prisioneros que habia hecho á Craso y á Antonio. El Parto se negó á esta proposicion; mas cuando Augusto llegó á Oriente, y despues de haber restablecido por medio de la energía y de la suavidad el órden 21-20.
en las provincias que dependian del Senado, se aproximó á la Partia, Fraátes se apresuró á enviarle las banderas y los prisioneros, de lo cual se glorió Augusto como de un triunfo, que eternizó alzando en Roma un magnífico templo á Marte vengador.

Con la misma facilidad arregló los asuntos de Armenia, destronando á Artáxias, hijo de aquel Artabazo á quien Antonio habia llevado en pos de su carro de triunfo, y poniendo en su lugar 20.
á Tigránes, su tio. Al propio tiempo los Gétulos de la Mauritania, que sublevados contra su rey Juba devastaban la provincia africana, fueron sometidos por Cornelio Coso.

Hebreos. Mas detenidamente hablarémos ahora de una nacion por tantos conceptos maravillosa. Parece que la Providencia habia señalado en particular á dos pueblos para tener vida y fuerza, poderío y duracion, segun sus situaciones diferentes y el fin para que habian sido elegidos por ella. El pueblo hebreo, custodio fiel del arca de la vertad, se precavia contra las supersticiones con solo mantenerse alejado de los demas países; miéntras que el romano, destinado á detener con el filo de su espada la subdivision infinita de los pueblos y á introducir el órden en el cáos de las antiguas naciones, lograba que aquellas que en un principio se combatian, chocaban y destruían, llegasen á enlazarse con la unidad de la fuerza y del supremo dominio. Pero llega el momento en que ambos pueblos se encontrarán frente á frente, y el uno, fija la vista en el porvenir celeste, ve aproximarse el tiempo en que su mision ha de cumplirse, miéntras que el otro prepara con la paz de la servidumbre el silencio necesario para

(1) MONTESQUIEU, *Grandeur et décad. des Romains*, XI.

(2) Plinio nos refiere la inscripcion del trofeo erigido en los Álpes á nombre de Augusto, dándonos á conocer así los pueblos que habitaban aquel territorio:

IMP. CÆS. DIVI F. AVGVST. PONT. MAX. IMP. XIII. TRIB. POT. XVII. S. P. Q. R. QVOD EIVS DVCTV AVSPICIISQVE GENTES ALPINÆ OMNES QVÆ A MARI SVPERO AD INFERVM PERTINEBANT, SVB IMPERIVM P. R. SVNT REDUCTÆ GENTES ALPINÆ DEVICTÆ: TRIVMPILINI, CAMVNI, VENOSTES, VENNONETES, ISARCI, BREVNI, GÆNAVNES, FOCVNATES: VINDELICORVM GENTES QVATVOR, CONSVANETES, RVCINATES, LICATES, CATENATES, AMBISVNTES, RVGVSCI, SVANETES, CALVCONES, BRIXENTES, LEPONTII, VIBERI, NANTVATES, SEDVNI, VERAGRI, SALASSI, ACITAVONES, MEDVLLI, VCENI, CATVRIGES, BRIGIANI, SOGIONTII, BRODIONTII, NEMALONI, EDENATES, ESVBIANI, VEAMINI, GALLITÆ, TRIVLLATI, ECTINI, VERGVNNI, EGVITVRI, NEMENTVRI, ORATELLI, NERVSI, VELAVNI, SVETRI.

Plinio añade: « Non sunt adjectæ cotianæ civitates XII, quæ hostiles non fuerunt; item attributæ municipiis lege pompeja. » Lib. III, c. 30.

(3) Lyon entónces estaba situada sobre la altura denominada actualmente de Fourvières (*forum vetus*, ó *forum Veneris*); en tiempo de Neron el incendio mas memorablemente funesto redujo la ciudad á cenizas en el curso de una sola noche.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que se pueda oir la humilde voz que debe regenerar á las naciones.

Hemos visto anteriormente cómo entre los Hebreos se hacian la guerra los hermanos Aristóbulo é Hircano. El primero, abandonado de su partido, llamó en su auxilio á los Romanos, que bajo el mando de Pompeyo triunfaban entónces de Tigránes (1). El general romano mandó en auxilio de Aristóbulo á Gabinio, el cual habiendo recibido cincuenta talentos (250,000 francos) para que se retirára, lo verificó sin hacer nada. Escauro, que le sucedió, recibió tres mil talentos (15.600,000 francos), é intimó á Arétas, rey de los Árabes, que levanárta el sitio de Jerusalen, como lo hizo; de modo que Aristóbulo no solo quedó en libertad, sino que derrotó á los Sarracenos y aduló á Pompeyo y á los Romanos, que fueron desde entónces la única esperanza de aquellos, cuyos padres solo la ponian en Dios y en su propio brazo. Los dos pretendientes expusieron sus respectivos títulos delante del Magno, y el pueblo, descontento de ambos, le hizo ver que la Judea debia ser gobernada no por reyes sino por los sacrificadores del Dios de Israel.

Toma de Jerusalen. 64.

Desgraciado el pueblo que sin mas fuerza que la de la justicia tiene que recurrir al poderoso. El arrogante Romano, despues de haber intimado á Aristóbulo que abdicase en él la corona, y de haberle hecho encadenar, se dirigió contra Jerusalen. Allí los parciales de Aristóbulo y de la independencia nacional se hubieran lanzado á empuñar las terribles armas de la desesperacion, si Hircano no hubiera favorecido á Pompeyo, que aprovechando el dia del sábado en que los Judíos no querian combatir por consideraciones religiosas, tomó la ciudad, en la cual hizo dar muerte á doce mil hombres, inclusos los sacerdotes, que no interrumpieron los solemnes sacrificios, y mezclaron su sangre con la de los holocaustos. Apénas hubo terminado su obra la espada, principió la suya la cuchilla, y muchos Judíos fueron castigados como promovedores de sediciones, calificacion que se daba á los que resistian el yugo extranjero. Hircano obtuvo el título de sumo pontífice y de príncipe; pero tuvo que pagar tributo, renunciar al título de rey y encerrarse en los límites de la Judea, restituyendo á la Siria todo lo que esta habia perdido en las anteriores conquistas: y Pompeyo, con objeto de añadir el insulto al daño, penetró rodeado de numerosa comitiva en el templo y hasta en el *Sancta Sanctorum*, donde solo el pontífice entraba una vez al año, para cumplir la gran expiacion. Esta fué la última victoria de Pompeyo.

Desmantelada Jerusalen y nombrado Escauro gobernador del país, Pompeyo llevó á Roma
62. para realzar su triunfo á Aristóbulo con sus dos hijos Alejandro y Antígono. El primero, escapándose de Roma, logró reunir un ejército numeroso y resucitó el partido de su padre; pero Gabinio, general romano, lo derrotó, y perdonándolo, dividió el reino en cinco distritos.

Hasta entónces habia sido gobernada la Judea por dos consejos, el uno compuesto de veintitres miembros, y el otro de setenta y dos, llamado Sanedrin. De este no se hace mencion en tiempo de los jueces ni de los primeros reyes, si bien pretenden los rabinos que empezó desde la época en que Moises eligió en el desierto los setenta, á quienes confió la administracion de la justicia (1); que Salomon mandó construir un salon anchuroso para sus reuniones; que continuó durante el cautiverio de Babilonia, y volvió despues á instalarse en el segundo templo. De todos modos, un individuo del primero de estos consejos residia en cada una de las ciudades, y dos en Jerusalen, miéntras que el otro consejo, permanente en la capital y reunido en templo, decidia allí sin apelacion y con exclusion de todos los demas tribunales. Gabinio, disolviendo ambos consejos, instituyó en cada uno de los cinco distritos un tribunal independiente compuesto de los principales del país, y de cuyos fallos podia apelarse á Roma: de modo que la monarquía fué así trasformada en aristocracia. Sanedrin.

Descontentos los Judíos, sostuvieron á Aristóbulo así que logró regresar á su patria; pero vencido en la lucha, tuvo que volver á su prision. Hircano, por temor á la familia destronada y á un pueblo que indómito al yugo extranjero repetia á cada oportunidad los conatos de sublevacion, se mantuvo estrechamente unido con los Romanos, partido á que tambien le inducian los consejos de Antípas, de raza idumea, que guiando á su capricho la indolente voluntad de su señor, se preparaba el camino del poder. Este, por adulacion, habia grecificado su nombre en el de Antípatro, y no habia cosa que no concediera á los Romanos, auxiliándolos, tambien en nombre de Hircano, pero en ventaja suya, en la guerras contra sus vecinos.

Cuando Craso marchaba contra los Partos, 54.
se detuvo en Jerusalen, donde informado de los grandes tesoros del templo que habian sido respetados por Pompeyo, sacó de allí diez mil talentos (50.000,000 de francos) ademas de una barra de oro que pesaba 750 libras, con pretexto de subvenir á los gastos de una guerra cuyo éxito fué tan infausto. César, con ánimo de contrariar á Pompeyo, puso en libertad á Aristóbulo, mandándole á Judea al frente de dos legiones con encargo de asegurar el órden en Siria; pero Pompeyo le hizo envenenar en el

(1) No tenemos libros santos acerca de esta época, y sí solo á Flavio Josefo (*Antigüedades judáicas*), cuyas exageraciones echar á fácilmente de ver el buen juicio del lector.

(1) Este es uno de los puntos discutidos por los talmudistas, los cuales comparan á Moises á una antorcha en la cual se pueden encender otras sin que pierda nada de su brillo, mas ¿cómo elegir á setenta personas entre doce tribus? Si se toman seis de cada una sobran dos, y aquella de que se hubiera sacado ménos número se habria sublevado: Moises, para evitar este conflicto, escribió en setenta billetes la palabra *Anciano*, y dejó dos en blanco; confiándolo entónces á la suerte, aquellos á quienes tocaron los billetes blancos se consideraron como excluidos por la voluntad de Dios. *Talm., tract. Sanhedr.*, p. 17.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

camino, y procesó y decapitó á su hijo Alejandro
47. que preparaba fuerzas para auxiliarlo. Quedaba Antígono, otro hijo de Aristóbulo, que al regresar César del Egipto, vencedor de la Siria, le pidió que le volviera á colocar en el trono : mas Hircano era tan estimado de César, que este confirmó á él y á sus hijos en el sumo pontificado y el principado de la Judea, y á Antípatro en el gobierno, restableciendo de este modo, á lo ménos en apariencia, el régimen monárquico, y permitiendo ademas que volvieran á construirse las murallas de Jerusalen.

Heródes. Heródes, hijo de Antípatro, fundado en el poder de su padre y en sus ambicion personal, llegó á adquirir tanta fuerza y arrogancia, que hizo dar muerte á un malhechor sin esperar á que fuese condenado. Citado por este hecho ante el Sanedrin, se presentó á la asamblea con una turba de hombres armados, como lo habia hecho Clodio en Roma, haciendo que ni denunciadores ni jueces se atraviesen á hablar. Pero el virtuoso Samméas, lleno del temor de Dios que aniquila todo temor en los hombres, levantó la voz contra semejantes abusos, enfureciéndose al ver que miéntras en otro tiempo los acusados iban á implorar misericordia, sueltos los cabellos y cubiertos de ceniza, aquel impío se presentára con traje de púrpura, perfumado con esencias arábigas y rodeado de sicarios : y prediciendo que el Dios de los ejércitos castigaria la debilidad de los magistrados, abandonándolos á la venganza de aquel á quien temian condenar, vaticinio que no tardó mucho en cumplirse.

Despues del fallecimiento de César, Heródes y Fazael, su hermano, árbitros ya de la Judea, se declararon á favor de Casio, que impuso al país 700 talentos de contribucion, y les dió su consentimiento para asesinar á Malico, asesino de su padre; despues, siguiendo el viento de la fortuna, se apoyaron en Marco Antonio. Subsistia, sin embargo, la faccion opuesta á los extranjeros, que tomó por jefe á Antígono, último hijo de Aristóbulo. No vió este otra salida á sus proyectos mas que la de recurrir á los Partos, y
40. Pacoro, copero de su rey Oródes, habiendo entrado en Siria se apoderó por traicion de Hircano y de Fazael : este se dió la muerte, y Antígono, haciendo cortar á Hircano las orejas á fin de que no pudiera ya ser apto para el sacerdocio, lo entregó despues á los Partos para que lo llevasen á Oriente. Permaneció el prisionero en Seleucia de Babilonia, hasta que llegó al trono Fraátes, que le sacó de su cautiverio y le permitió mantener relaciones con los muchos Judíos que se habian refugiado en aquella ciudad, y que le miraban como á rey, negándose á rendir
17. homenaje á Antígono, que ocupaba el mal comprado trono de Jerusalen.

Heródes entretanto, libertándose de toda clase de asechanzas, se refugió entre los Árabes, luego en Egipto, y por fin pasó á Roma, donde llegó á granjearse el afecto de Marco Antonio hasta el punto de que, á pesar de no convenir á la política romana el desposeer á las familias reinantes, *fué arrancado el cetro de las manos de* 40.
Judá y el reino de las de su descendencia, segun la profecía, para adjudicarlo á este aventurero. Subió Heródes al Capitolio entre Augusto y Antonio, con los cónsules, los senadores y los principales ciudadanos, y despues de haber recibido la régia investidura, se dirigió á la Judea.

Nada dispuesto Antígono á ceder el trono en virtud de un decreto, resistió durante dos años 38.
auxiliado por los extranjeros al Idumeo, el cual puso sitio á Jerusalen, y con objeto de atraerse las simpatías del pueblo, se enlazó con Mariamne, hija de Alejandra de Hircano y de Alejandro, hijo de Aristóbulo, y heredera de los Asmoneos. Despues, auxiliado por los Romanos, llegó á apoderarse de la ciudad defendida con mas valor que pericia, entregándola al saqueo y á la matanza. Antígono fué enviado á Antonio, que se hallaba en Antioquía, el cual, á instancias de Heródes, mandó matarlo con las varas y el hacha de los lictores, y suspender su cadáver de una horca, suplicio no aplicado Muerte de Antígono.
hasta entónces á ningun rey : tal fué el ignominioso fin del último príncipe Asmoneo.

Para consolidar Heródes su trono, comenzó por condenar á muerte á todos los miembros del Sanedrin que por patriotismo se habian opuesto á su dominacion, exceptuando únicamente á dos que habian opinado por rendirse. Hircano, así que supo el encumbramiento á que habia llegado sus antigua hechura, se apresuró á volver de su destierro con la esperanza de recobrar su posicion. Heródes le dió amistosa acogida ; pero sin concederle ni autoridad ni el sacerdocio. Por el contrario, elevó al pontificado á Ananel, hombre oscuro que hasta entónces habia sido esclavo en Babilonia, eleccion mal recibida entre los Judíos. Viendo entónces Heródes que Alejandra ambicionaba colocar en aquel puesto á su hijo Aristóbulo, se lo concedió; mas sabedor de que conspiraba en secreto para derribarle del usurpado dominio, hizo ahogar al jóven sacerdote, y no dejó que le sobreviviera mucho tiempo Hircano. De este modo se extinguió toda la descendencia de los Asmoneos.

De tantas atrocidades habia tenido Heródes Mariamne.
que ir á dar cuenta una vez á Antonio en Siria, 29.
otra á Augusto en Ródas, y temiendo que le hiciesen perecer, dejó órden á su tio José para que en este caso diera muerte tambien á Mariamne, su esposa, mujer de esclarecido mérito, y por la cual sentia tanto amor como celos : José refirió el encargo á Mariamne, la cual tomó á su feroz amante una aversion que no disimuló; Salomé, su cuñada, que le tenia un odio mortal, sacó de esto motivo para acusarla á Heródes de haber querido refugiarse en el campamento romano y de mantener ilícitas relaciones con José, por lo cual el rey hizo matar á este y encausar y condenar á Mariamne, que con la dignidad de la inocencia padeció el suplicio, y lo que aun es peor que este, los ultrajes de su madre

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Alejandra, que llegó hasta arrancarle á puña-
78. dos los cabellos.

Esta mujer ambiciosa quiso por este medio granjearse la simpatía de Heródes; pero la vileza no inspira amistad. La imágen de la amada é inocente Mariamne no dió á Heródes sosiego alguno, y la peste que sucedió á este crímen fué por él considerada como castigo de Dios. Alejandra, que ambiciosa intentó entre aquellos desórdenes llegar al trono, fué enviada al suplicio con algunos otros condenados por sospechosos, ó mejor dicho, por aquella necesidad casi fatal que arrastra á mil crímenes, una vez cometido el primero. Quizá con objeto de distraerse, se dedicó entónces Heródes á construir y á innovar; adoptó los usos de los gentiles sin consideracion á los costumbres patrias; abrió en la ciudad del Señor un teatro y un anfiteatro para las representaciones obscenas y sangrientas; á Augusto, que le habia perdonado su amistad á Antonio, le erigió trofeos y un templo en Penea, donde nace el Jordan, y dió tambien en honor suyo el nombre de Sebaste á la antigua Samaria que acababa de reedificar. Envió á Roma para su educacion á sus dos hijos Aristóbulo y Alejandro, que se alojaron en el palacio de Augusto, el cual, en recompensa de sus homenajes y fidelidad, añadió á sus Estados la Samaria, la Galilea, la Penea, que se halla mas acá del Jordan, la Iturea, la Traconita y las rentas de Idumea, haciéndole ademas gobernador de Siria, y concediendo á su hermano Feróras una tetrarquía situada mas allá del Jordan.

Disgustados los Judíos de esta sumision al extranjero, murmuraban de ella, pero Heródes mantenia espías entre ellos, castigaba de cuando en cuando á los mas contumaces, y construyó torres en Jerusalen para tener en sujecion al pueblo. Procuró tambien granjearse su benevolencia con ocasion de una terrible sequía, y sobre todo proponiendo la reedificacion del templo, que por las muchas vicisitudes amenazaba ruina, cuya obra se empezó con las mismas proporciones que tuvo el de Salomon, prosiguiéndose en su trabajo hasta por los años del nacimiento de Jesucristo (1).

Reedificacion del templo de Jerusalen. 19.

Maravillosa nos parece la riqueza de la Judea despues de tantos desastres y despojos, y despues que con la larga esclavitud hasta el terreno se habia vuelto estéril y se habian caído los muros que lo sostenian en las laderas. La industria del pueblo mas agrícola supo restituir al país su fertilidad artificial, y el vigor que da el patriotismo renovó los edificios. Los Asmoneos fortificaron á Jerusalen con torres y murallas, trabajando noche y dia durante tres años para demoler la antigua ciudadela y allanar la montaña. Simon construyó para su familia un magnífico monumento de marmol blanco, con pórticos de columnas monolitas y siete pirámides que se descubrian desde el mar. Ya hemos visto las muchas construcciones que llevó á cabo Heródes, en cuyo templo trabajaban cien carros y diez mil obreros, dirigidos por sacerdotes instruidos en el arte del arquitecto y del herrero (1). En tiempo de escasez distribuía tambien auxilios en lo interior, al paso que ostentaba exteriormente su magnificencia: erigió muchos edificios en Nicópolis, y varios monumentos en Aténas; reconstruyó en Ródas el templo de Apolo Pitico, una magnífica plaza en Antioquía; un palacio y otros edificios en Ascalon: por fin, dió nuevo esplendor á los juegos olímpicos, y aun diríamos mas si otorgásemos mayor crédito á Josefo (2). Grandes fueron las demostraciones que se tributaron á Heródes en Roma cuando llegó á aquella ciudad con objeto de llevarse á su país á sus hijos, á los cuales casó: á Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y á Aristóbulo con Berenice, hija de su hermana Salomé. Por sus corteses modales y costumbres distinguidas, estos dos jóvenes se granjearon el amor del pueblo, que encontraba en ellos semejanza con la desventurada Mariamne; y porque el recuerdo de su madre no llegaba á borrarse de la memoria de estos jóvenes, queríalos mal Heródes, el cual por esto puso todo su cariño en Antípatro que habia tenido de Dóris, le mandó á Roma con vivísimas recomendaciones, y le instituyó por su heredero en virtud de la facultad que le habia concedido Augusto para disponer de sus Estados á favor de quien quisiera. De dia en dia este mismo Antípatro, Salomé y Feróras acrecentaban el odio de Heródes contra sus hijos, acusándolos de conspiraciones, medio que, como sucede bajo el mando de príncipes débiles ó perversos, era ya de antiguo el arma de la familia reinante. Alejandro, viéndose cargado de cadenas, se indignó tanto, que se declaró reo de conjuracion, y denunció como cómplices á Salomé, á Feróras y á los principales cortesanos. Entónces llegaron á su colmo las sospechas de Heródes, el cual cada dia sacrificaba nuevas víctimas, siendo él mismo la víctima mas digna de compasion.

Arquelao, rey de Capadocia, que llegó para libertar á Alejandro, su yerno, y poner algun órden en los negocios, consiguió reconciliar al padre con sus hijos; mas no tardaron en ofuscar la mente de Heródes nuevas sospechas, de suerte que con permiso de Augusto convocó un juicio en Berito, donde hizo condenar y ejecutar á sus dos hijos, salvo el prodigar despues los mas vivos cariños á sus nietos, Agripa y Heródias, hijos de Aristóbulo, y á los huérfanos de Alejandro, que fueron Tigránes, que luego fué rey de Armenia, y Alejandro.

Á fin de ligarse al pueblo con mas fuerza, pretendió Heródes que le prestase juramento de fidelidad así como al emperador; mas los Esenios

(1) S. Juan, II, 20: « Quadraginta et sex annis ædificatum est templum hoc. » El texto griego tiene el aoristo y por tanto debe traducirse: Cuarenta y seis años há que se está edificando este templo.

(1) Flavio Josefo, *Antigüedades Judáicas*, lib. XV, 15, hace una descripcion minuciosa de estas obras.
(2) Véase Guénée, *Cartas de algunos Judios á Voltaire*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y los Fariseos se opusieron á ello, diciendo que las leyes prohibian rendir homenaje á un príncipe extranjero (1). Heródes, que por adquirir dinero no habia temido violar el sepulcro de David, impuso una multa considerable á los que se resistian, y la mujer de Feróras la pagó para congraciarse con ellos; por lo cual los Fariseos publicaron una profecía, segun la cual el reino pasaria de la dinastía de Heródes á la de Feróras. Muchos de ellos pagaron con su sangre esta profecía, y aun Heródes pretendia que Feróras repudiase á su mujer, mas habiéndose negado á ello, los desterró de la corte.

Este, en venganza, prestó su apoyo á Antípatro, el hijo ingrato de Heródes, que deseoso de reinar, queria anticipar la muerte de su padre. Pero durante sus maquinaciones murió Feróras. segun dicen envenado por su mujer: y descubierta la intriga, Antípatro fué castigado con el último suplico, y Salomé y Dóris perseguidas. Así delitos sobre delitos, sospechas, castigos y venganzas atormentaron la vejez de Heródes, hasta que entre atroces tormentos, aumentados por los insultos que los Judíos anticipadamente prodigaban á su memoria y que él en vano reprimia con rigores siempre en aumento, murió á la edad de setenta años, habiendo reinado treinta y siete.

Muerte de Heródes. 1 de J. C.

Habia hecho reunir en el circo de Jericó á los principales Judíos, mandando los matasen á su muerte, á fin de que no faltasen lágrimas en sus exequias, pero fué ocultada la sangrienta órden y proclamado Arquelao, otro hijo de Heródes, el cual con el título de etnarca, obtuvo la mayor parte de los Estados paternos, y con su conducta avara y cruel excitó contínuas sediciones, por cuyo medio no habia ambicioso que no aspirase al reino. Por fin Augusto, habiéndolo procesado lo envió desterrado á Vienna, y la Judea y Samaria fueron incorporadas á la Siria como provincias y gobernadas por procuradores dependientes del procónsul de Siria, entre los que fué célebre Poncio Pilato.

La Judea reducida á provincia. 27-36.

Filipo, otro hijo de Heródes, quedó de tetrarca (2) de Galilea y Traconita durante su vida; despues estos países fueron tambien incorporados á la Siria.

Estas adquisiciones habian sido fáciles para el afortunado Augusto : mas no le fué tanto someter á los pueblos de la Germania entre los cuales ya empezaba á sentirse aquel impulso hácia el Mediodía, que debia abatir el imperio y renovar el mundo.

Agripa, que habia quedado de gobernador en Roma durante la ausencia de Augusto, á su vuelta marchó hácia el Rhin, para rechazar á los Germanos que lo habian atravesado; pero apénas se alejó de aquellos sitios, los Sicambros, los Usipetos y los Tencteros lo volvieron á pasar y vencieron á M. Lollio, procónsul de la Galia, quien á su vez los volvió á echar de allí. Al mismo tiempo los Retios hicieron una excursion en Italia, adonde llevaron la devastacion y el estrago; cuando encontraban una mujer en cinta hacian que sus magos adivinasen el sexo del que llevaba en su seno, y si lo declaraban varon, lo asesinaban con la madre. Druso, hijo segundo de Livia, que fué enviado contra aquellos Bárbaros, los venció. Los que se escaparon, unidos á los Vindelicios, intentaron invadir las Galias; pero fueron vencidos por Tiberio, que redujo á provincias la Retia, la Vindelicia y la Nórica, así como la Panonia, la Mesia y la Liguria cabelluda en los Álpes marítimos (1).

Germania. 19. — 16. — 12.

Reforzados de nuevo los Germanos, volvieron contra la Galia, pero Druso no solo los rechazó otra vez, sino que entró en el territorio de los Usipetos y de los Sicambros, combatiéndolos en las comarcas que forman hoy la Baja Alemania, Westfalia, la Baja Sajonia y Hesse; y aunque secundados por los pueblos de las costas del Océano germánico los Batavos, Frisones y Caucios, los derrotó por tierra y cerca de las orillas del Ems y del Weser, donde opuso por dique á nuevas invasiones cincuenta fortalezas y los fosos drusios, canal que une el Rhin con el Saale. Esta guerra no era tan peligrosa para el imperio como difícil de terminar, pues el territorio, despoblado y desprovisto de víveres, sin ciudades ni aldeas, cruzado por montañas, por lagos y selvas, ofrecia á los naturales proporcion para guarecerse del enemigo, aprovechando siempre las oportunidades para caer sobre el ejército durante sus marchas ó en sus momentos de apuro.

10 de C.

Para quitar á los Bárbaros hasta el deseo de nuevas guerras, Augusto confió á sus yernos la invasion de la misma Germania. Tiberio dominó á los Dacios y trasladó cuarenta mil de sus moradores á la Galia: Druso atravesó el Rhin y el Weser, y ocupado en levantar trofeos en las márgenes del Ems, cuyo paso le estaba vedado, murió repentinamente, muerte que no dejó de excitar sospechas. Susurrábase con efecto que, acérrimo republicano, habia encubierto mal sus planes de restaurar el antiguo régimen, exhortando tambien á Tiberio. Este, anhelando que desapareciera de su presencia un rival para el

(1) « Non poteris alterius gentis hominem regem facere, qui non sit frater tuus. » *Deut.*, XVII, 15.

(2) Los Gálatas habiendo conquistado tres provincias del Asia Menor, las dividieron en cuatro cantones, cuyo gobierno fué dado á cuatro de sus jefes, con el título de tetrarcas, porque mandaba cada uno de ellos en la cuarta parte de la Galacia. De aquí el nombre de tetrarca, adoptado despues por muchos pueblos del Asia con diferente significacion, y dado á algun señor independiente, aun cuando solo ejerciera su mando sobre una sola ciudad.

(1) Videre Rhæti bella sub Alpibus
Drusum gerentem, et Vindelici....
HORACIO, IV, 4.

Vindelici didicere nuper
Quid Marte posses : milite nam tuo
Drusus Genaunos, implacidum genus,
Breunosqne veloces, et arces
Alpibus impositas tremendis
Dejecit, acer plus vice simplici.
Major Neronum mox grave prælium
Commisit, immanesque Rhæto
Auspiciis pepulit secundis.
Id., IV, 14.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

imperio, le denunció á Augusto, el cual decretó su muerte. Este jóven, engalanado con todas las prendas con que puede adornar la naturaleza y que hace adquirir la educacion, fué llorado por todos.

Continuando entónces Tiberio por medio de la habilidad la empresa que la fuerza habia ya puesto en buen camino; alimentando la discordia entre las diferentes tribus; trasladando de un punto á otro poblaciones enteras entre las cuales procuraba granjearse amigos, desanimó hasta tal punto á los Germanos, que pidieron la paz : mas nególa Augusto y encargó á Domicio Enobarbo y despues á Marco Vinicio que prosiguiesen la guerra (1).

Tiberio, cuyo reinado no podia ser contrastado sino por los celos de Augusto, para no despertarlos aparentó que se hallaba harto de guerras é insensible á la ambicion, retirándose á Ródas, donde frecuentaba únicamente las escuelas, las academias y los adivinos; pero contra sus esperanzas, en vez de ser llamado, tuvo que sufrir en aquella isla una especie de extrañamiento, hasta que Livia, su madre, le hizo regresar á Roma, y hasta adoptar por el viejo Augusto, cuando, *acaso no sin participacion de Livia*, murieron los hijos de Agripa y de Julia. 4.

Regresando entónces Tiberio á Germania y reanimando la guerra proseguida con vária fortuna, sojuzgó á los Caucios y Longobardos, aquellos los mas numerosos, estos los mas feroces de todos los pueblos de Germania; pero Maróbodo al frente de setenta mil Marcómanos, no satisfecho con amenazar las recientes conquistas, hizo temblar á la Italia, miéntras que los Dálmatas y los Panonios poniendo en pié un ejército numeroso, degollaron á cuantos Romanos hallaron en su territorio. Marchando inmediatamente contra ellos Tiberio, comenzó por tenerlos á raya, hasta que combinando sus fuerzas con las de Germánico, hijo de Druso, consiguió bastantes ventajas, logrando conciliarse á los Dálmatas y dominar con su auxilio á los Panonios, quienes prefirieron vivir pacíficamente á morir bajo el acero enemigo ó por su propia mano. Uno de sus jefes á quien le preguntaba por qué se habian sublevado, respondió : « *Porque en vez de pastores para defendernos se nos envian lobos para que nos devoren.* 2 de C.

La codicia de los gobernadores fué causa de mas graves conflictos en Germania. Quintilio Varo, de quien se decia que habiendo entrado pobre en la rica Siria, habia salido poderoso de la Siria empobrecida, vino á gobernar á los Germanos, y juzgando que estos no tenian de humano mas que la voz y el cuerpo, se propuso trasformarlos de una vez, introduciendo entre ellos las leyes, costumbres y lengua de los Romanos. Como si hubiese tenido que regir una provincia enervada por una larga servidumbre en vez de sujetar á una nacion celosa de su libertad, traía alrededor una multitud de legistas y suscitaba en todas partes disputas y pleitos, al mismo tiempo que con intrigas y castigos se apoderaba del dinero.

Aprovechóse de su imprevisora seguridad y de la indignacion general Arminio (*Heermann*), príncipe cherusco, hijo de Sigmar y yerno de Segéstes, jefe de los Catos que habia hecho alianza con los Romanos, y que habiendo tambien servido bajo sus banderas, tenia la dignidad de caballero con los privilegios de ciudadano romano. Este, reuniendo á los jefes de las tribus germánicas entre el Elba y el Rhin, tramó una sublevacion general de que era quizá indicios ó anticipados anuncios los trastornos parciales de la Dalmacia y de la Panonia. Léjos de auxiliar el alzamiento nacional, el Cato Segéstes descubrió la conspiracion á Varo : mas este, en su presuncion, despreció semejante aviso dándole tanta menor importancia cuanto que Arminio procedia con mas disimulo del que podia esperarse de un bárbaro; y los Germanos que estaban al servicio de Roma, afectaban mas sumision que ántes y mas solicitud por sofocar las insurrecciones de sus hermanos. 9

Derrota de Varo.

Multiplicáronse estas, sin embargo, en puntos lejanos; de modo que Varo se vió obligado á dividir sus fuerzas; y entónces los disimulados conspiradores le persuadieron á marchar contra los enemigos para aniquilarlos de un golpe. Mas en la selva de Teutberg, cerca del nacimiento del Lippa, se vió rodeado de lagunas y pantanos, y las alturas ocupadas por los enemigos. La disciplina no hizo mas que prolongar la derrota, con la cual se salvaron la nacionalidad y la lengua alemana, y se señaló el término que habian de tener la conquistas romanas en Germania (1). Varo desesperado se dió la muerte; los oficiales superiores le imitaron; los leguleyos que le habian acompañado, fueron tratados con insultante crueldad; les cortaron las manos, les arrancaron los ojos y les cosieron la boca.

Desde la derrota y prision de Craso por los Partos, no habia sufrido Roma un golpe tan terrible ni perdido tantos valientes escogidos; así es que en el momento que llegó la noticia á oidos de Augusto, desgarrándose los vestidos y corriendo por su palacio, exclamaba desesperado : *¡ Varo, Varo, vuélveme mis legiones!*

(1) WILHELM, *Die Feldzuge des Nero Claudius D.usus in Niederdeutschland*. Halle, 1826.
WACHSMUTH, *Animadv. in Taciti historiam expeditionum Germanici in Germaniam*. Kiel, 1821,

(1) Mannert coloca el punto en que se dió esta batalla en las fronteras de los condados del Lippa meridional, de la Marca y del ducado de Westfalia; parece sin embargo mejor fundada la tradicion que lo sitúa cerca del nacimiento del Lippa y del Ems, no léjos de Dethmond, donde al pié del Teutberg está el *Wintfeld* ó campo de la Victoria, atravesado por el *Rodenbcke* ó arroyo de sangre, y por el *Knockenbach*, arroyo de los huesos : muy próximo está el *Feldroyn*, campo de los Romanos; no léjos se alza el *Herminsberg*, monte de Arminio, donde existen las ruinas de un castillo llamado *Herminsburg*; y en el mismo condado del Lippa, á la orilla del Wesser se halla el *Varenholz*, bosque de Varo. Estos sitios son tambien célebres en la historia de Carlo Magno, porque allí fué donde derrocó á Hermensul, ídolo de los Germanos, cuyo nombre y figura de guerrero han hecho suponer á algunos que era un vestigio del culto tributado por los Germanos á su libertador.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Entónces se dejó crecer la barba y el cabello, fortificó las fronteras de Italia, armó á toda la juventud romana é invocó á los dioses como se practicaba en los peligros mas inminentes.

Podian repararse los desastres causados en las legiones; mas la experiencia habia enseñado ya á los enemigos que los Romanos no eran invencibles. Tiberio acudió desde la Panonia, y halló á los Germanos mas embriagados con la libertad recobrada que deseosos de quitar la ajena; por lo cual atravesó fácilmente el país y dejó el mando de las tropas á Germánico, que
16. mas adelante pudo internarse hasta Weser. Arminio alimentaba entre los suyos el ardor nacional, pero muchos pedian la quietud aun á costa de la servidumbre. Su suegro Segéstes era quien mayores obstáculos oponia á sus proyectos, pues habiéndose hecho jefe de los descontentos, llamó en su auxilio á Germánico, que venció á los enemigos y se apoderó de la misma Tusnelda, esposa de Arminio. Esta, sin gemir ni suplicar, enlazadas ambas manos sobre el pecho, contemplaba con triste silencio su vientre : estaba embarazada.

Exaltado Arminio mas que nunca por la sed de la venganza, recibió auxilios de Inguiomero, su tio, de gran reputacion entre los Germanos, pero cuyo imprudente ardor procuró otro nuevo triunfo á Germánico.

En la nueva campaña solicitó Arminio conferenciar con su hermano Flavio, el cual, sordo al llamamiento de la patria, habia permanecido fiel á los Romanos. Con vivas palabras intentó despertar en él una generosa vergüenza por los honores que habia recibido del extranjero ; pero nada consiguió, y á no haber estado separados por el Weser, hubieran venido á las manos.

Tambien Inguiomero considerando indecoroso el obedecer á su sobrino, prefirió secundar á Marobodo, feroz marcomano, que habiéndose educado en Roma, tomaba alternativamente partido por ella ó por sus compatricios, segun se presentaban las circunstancias favorables para sus intereses y para fundar un gran reino, como lo tenia proyectado, y que fué efectivamente el de los Marcomanos.

Roma alimentaba cuanto podia estos odios fratricidas, y debió de alegrarse mucho cuando vió á los Germanos combatir entre sí. Arminio quedó vencedor; pero este gran patriota, si hemos de dar fe á los historiadores enemigos, no supo librarse de la ambicion, y quiso dominar á una nacion libre, por lo cual fué muerto á la edad de treinta y siete años (1).

(1) Véase en Federico Schlegel (*Tableau de l'histoire moderne*), con qué entusiasmo habla de Arminio, *tipo el mas noble y elevado de la antigua Germania :*

« Apénas hubo muerto Arminio, cuando sus proezas, fecundas en resultados ilimitados, fueron coronadas de ópimos frutos. Apénas la muerte apagó la envidia, celebraron los pueblos alemanes al héroe en sus poesías y en sus himnos de gloria : con razon se han remontado en sus obras á Arminio todos los historiadores y poetas nacionales modernos. Considerado como conservador, fundador verdadero, segundo padre del pueblo aleman y de su independencia, constituye en cierto modo el principio y la base de toda la historia moderna de los Estados libres y civilizados de Europa. Y en efecto, sin sus trabajos y su perseverancia nada de esto hubiera acontecido : puede asegurarse que la vida heróica de Arminio tan corta y agitada, llena de combates y de trabajos, produjo en la historia del mundo mayores frutos, resultados mas ciertos, mas hondos y duraderos que las gloriosas conquistas de Alejandro y los sangrientos triunfos de César.

» La memoria de este héroe ha sido magníficamente celebrada en una especie de composicion dramática del primer poeta de Alemania; composicion digna de ser admirada, no solo por el amor patrio, por los sentimientos nobles y sublimes que adornan todas las obras de Klopstock, sino tambien por algunos trozos de tanta belleza que commueven el corazon. Es sin embargo extraño que esta apología del primer héroe aleman esté escrita en el estilo artificioso, estudiado y sentencioso de un Séneca, ó en general de un Romano, en vez de estarlo con ese sentimiento sencillo y ese amor sin arte que pudieran mejor representarnos á Arminio y la sencillez de los tiempos antiguos. »

Su muerte dió ocasion á una nueva expedicion de Germánico, en que alcanzó una señalada victoria en Idestaviso (*Minden*). Á su vuelta una espantosa tempestad le hizo perder parte de su escuadra y de su ejército, y despues la envidia de Tiberio, que habia llegado ya á emperador, vino á interponerse en la carrera de sus triunfos, dejando tranquilos á los Germanos. Si bien esta expedicion no fué coronada del mejor éxito, mal se podria calificar de temeraria, cuando quizá retardó la invasion que debia aniquilar el imperio que acababa de fundarse.

CAPÍTULO XXIII

Muerte de Augusto.

Las lejanas guerras apénas turbaban la *inmensa majestad de la paz romana* (1) establecida por Augusto, quien por tercera vez desde la fundacion de Roma llegó á cerrar el templo de Jano (2). Semejante tranquilidad que en último resultado no era mas que una sumision ilimitada á su voluntad, infundió un inmenso consuelo despues de tan furiosas tempestades, pudiendo ya todo el que poseía disfrutar con seguridad de sus bienes, miéntras que los pobres estaban mantenidos y divertidos, y las artes de la paz eran protegidas. Los republicanos que no habian perecido en las batallas ni en las proscripciones conocian que todo intento para restaurar el antiguo estado de cosas sumiria al país en sangrientos tumultos ; y los ciudadanos prudentes se hallaban convencidos de que el gobierno de Augusto, si no el mas perfecto, á lo ménos era el mejor que entónces podia establecerse para aquel pueblo tan gastado : fué, pues, aclamado por voz unánime como padre, como un dios bienhechor y restaurador, apareciendo

(1) Plinio.

(2) Segun nuestro parecer (Lib. III, c. 29), el templo de Jano se hallaba en los confines que separaban las dos naciones que despues se unieron para formar á Roma, de modo que en tiempo de guerra permanecia abierto con el fin de prestarse socorro una á otra, y en la paz se cerraba para que la comunicacion demasiado frecuente de unos con otros no produjera contiendas; este templo se cerró en tiempo de Numa y despues de la primera guerra púnica; en tiempo de Augusto llegó á cerrarse tres veces, á saber: la primera despues de la derrota de Antonio y de Cleopatra; cuatro años despues cuando Augusto volvió vencedor de los Cántabros, y por fin, los santos padres conciernaden que Cristo nació en tiempo de paz.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

grande á sus contemporáneos y á la posteridad, cuando no era mas que afortunado.

Familia de Augusto.

La única infidelidad que cometió la fortuna con este favorito tan hábil, fué negarle sucesion, cosa que él tanto hubiera deseado, hasta con el objeto de poner obstáculo á las conspiraciones contra su vida. Augusto se habia unido á Escribonia para conciliarse la familia Pompeya; mas tan pronto como cesó este interes, la repudió por Livia, quitándosela á su esposo Claudio Tiberio Neron cuando era ya madre de Tiberio y estaba en cinta de Druso. De Escribonia tuvo Augusto á Julia, á quien casó con Marcelo, su sobrino, proponiéndose dejarlo por sucesor; pero cuando mas fundadas creía sus esperanzas, falleció Marcelo á los diez y nueve años de edad (1), y Julia volvió á casarse con Agripa, aquel ilustre general y célebre ministro, que para esto tuvo que repudiar á Marcela, hija de la virtuosa Octavia. Este enlace fué sugerido por Mecénas, que manifestó á Augusto que en el grado de poder á que habia llegado Agripa, le era necesario ó deshacerse de su persona ó adherírsela de un modo indisoluble; Augusto, decidiéndose por el segundo partido, no satisfecho con unirle á su hija, le nombró gobernador de Roma. Julia tuvo de él dos hijos, Cayo César y Lucio, que fueron adoptados por Augusto: muerto Agripa, se casó con Tiberio, hijo de Livia, y no pudiendo llegar á amarlo, mancilló su honra.

17-21 á C.

Augusto se habia complacido en educar por sí mismo á esta hija única que tenia, infundiéndole amor al bien y á las letras, acostumbrándola á dedicarse á los trabajos domésticos, y á que hilára ella misma la lana con que hacía sus vestidos. Complacíase al escuchar á los literatos que alababan su virtud y escribian: *¡ Oh castidad, diosa tutelar del palacio, tú velas de contínuo sobre los penates de Augusto y en derredor del lecho de Julia* (2)! Mas por entre estas adulaciones llegaron á sus oídos rumores sobre la disolucion de su hija, escandalosa aun en una ciudad tan corrompida como era Roma; acordándose entónces de que mas que padre era tutor oficial de las costumbres, se decidió á condenarla á muerte: mas inclinándose despues á sentimientos mas suaves, la mandó á un destierro con prohibicion de hacer uso de vino ni de manjar alguno que fuese delicado. Desterró tambien ó hizo morir á muchos cómplices de sus escándalos; en toda su vida la perdonó, y en su testamento mandó que no fuese depositada en el sepulcro de los Césares; oyéndosele exclamar con frecuencia: *¡ Ojalá hubiera yo vivido sin esposa, ó llegado á morir sin haber tenido hijos!*

Augusto hizo educar á los dos hijos de Julia y de Agripa, encargándose él mismo de su instruccion y procurando extirpar en ellos el orgullo, que tan fácilmente se apodera de los que creciendo en la aduladora atmósfera de la corte, llegan á persuadirse que son alguna cosa mejor que hombres. Á la mesa los hacía sentar á los piés de su lecho; cuando viajaba le precedian en litera; manifestó al pueblo su descontento porque los llamaba señores, y siempre que los proponia á los sufragios de los comicios no dejaba de añadir: *Con tal que lo merezcan;* si bien fué el primero en violar sus propias prescipciones, dándoles ántes de la edad requerida honores y magistraturas y adoptándolos para que le sucedieran; resolucion que irritó á Tiberio hasta el punto de abandonar la corte, y no volver hasta que Livia, segun se cree, apresuró la muerte de aquellos. Entónces Augusto, á pesar de conocer á fondo á Tiberio y de odiarlo íntimamente, le adoptó á condicion de que él adoptase á Druso Germánico, hijo de Druso, que habia muerto; y haciendo en seguida que el pueblo le asociára al poder tribunicio, obtuvo tambien que el Senado lo elevára al imperio con prerogativas iguales á las suyas.

Se ha dicho que la intencion de Augusto al elegir por sucesor suyo á un hombre tan perverso, fué la de que lo echáran de ménos; suposicion bastante fundada en un carácter como el suyo, que si estudiamos como emperador, no debemos descuidar como hombre. En cuanto á sus costumbres, no estuvo exento de gravísimas manchas (1) atribuyéndose á motivos obscenos el haberlo adoptado su tio Julio César.

Miéntras era Roma víctima del hambre, dió un banquete en que figuraban los doce dioses y las doce diosas, insultando así la miseria pública y las creencias nacionales con excesos tan lúbricos que un epígrama que circuló entónces decia, que el mismo Júpiter habia apartado los ojos de semejante espectáculo (2). Sus adulterios fueron ocasionados en un principio por miras políticas, como medio de conocer los secretos de la familias; mas no por eso dejó de cometerlos al llegar al poder supremo: la amistad que le unia á Mecénas no le impidió mantener relaciones con Terentila, su esposa, ilícito trato que toleraba tranquilo el benigno ministro, á condicion de que nada llegára á turbar su voluptuosa indolencia, paraíso de los epicúreos.

Muerto este ministro, á quien deben atribuirse la moderacion de Augusto despues del triunvirato y las alabanzas de los escritores, y muerto tambien Agripa, Augusto se dejó arrastrar por los caprichos de Livia, quien sacrificando el

(1) Son conocidos de todo el mundo los versos que en el libro VI de la *Enéida* dedica Virgilio á Marcelo; dícese que Octavio habiéndoselos oído leer al poeta, mandó que le dieran mucho oro por cada uno de ellos; mas este hecho que solo cuentan Donato y Servio, lo desmienten Séneca y el espíritu de los tiempos. Véase MONGEZ, *Acad. des Inscript.*, t. VII, 1824.

(2) Palabras de Valerio Máximo, VII, 1.

(1) Dice Aurelio Víctor: « Cúm esset luxuriæ serviens, erat ejusdem vitii severissimus ultor, more hominum, qui in ulciscendis vitiis quibus ipsi vehementer indulgent, acres sunt. — Serviebat libidini usque probrum vulgaris famæ: nam inter duodecim calamitos, totidem occubare solitus erat. » Cap. I.

(2) Impia dum Phœbi Cæsar mendacia ludit,
Dum nova divorum cænat adulteria,
Omnia se à terris tunc numina declinarunt,
Fugit et auratos Jupiter ipse toros.
EN. SUETON.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

amor propio por conservar su influencia, favoreció las lúbricas inclinaciones de su marido, oficio al cual no se avergonzaban de descender varios amigos suyos. Refiere la tradicion acerca de este punto, que hallándose un dia Augusto esperando en palacio á una dama, vió salir de la litera cerrada en que habia de venir á un hombre con la espada desenvainada. Era el filósofo Atenodoro, que queriendo darle una leccion : *Ved*, le dijo, *á lo que os exponéis : ¿ no teméis que un republicano ó un esposo ofendido se valga de semejante medio pora arrancaros la vida?* El argumento era fuerte para Augusto, pero no parece que lo tuvo en cuenta.

Muchas y repetidas pruebas nos ha dejado de su inhumanidad : nombrado cónsul primera vez, gracias al favor que le dispensó Quinto Gelio, le confirió en recompensa el proconsulado de África; mas concibiendo poco despues sospechas contra su persona, lo hizo prender, y sujetar al tormento como un esclavo : y como persistiera en negar, le arrancó los ojos con sus propias manos, abandonándolo despues al verdugo (1). Profanó la memoria de César, cuyo magnánimo corazon tenia horror á la sangre, haciendo decapitar sobre sus aras á trescientos senadores de Perusa. Esta barbarie que por carácter ó por cálculo desplegó durante el triunvirato, y que solo cedia ante consideraciones de prudencia, volvió á dominarlo de vez en cuando en el curso de su vida. Con ocasion del destierro de Julia hizo dar muerte á varios que le infundian recelos; cuando reformó el Senado, llevado por el temor de que aquellos que quedaban excluidos conspiráran contra su existencia, ordenó tambien su muerte. Lucio Murena y Fanio Cepion, el primero ciudadano virtuosísimo y de consideracion, libertino el otro y hasta infame, tramaron una conspiracion contra el que llamaban tirano de Roma : descubiertos, en vano Mecénas procuró ablandar á Augusto, el cual como desobedientes á sus mandatos, les condenó á la interdiccion del agua y del fuego. Cepion consiguió huir; pero al llegar á Cúmas fué vendido por un esclavo y decapitado ; Murena fué asesinado en la misma Roma, y porque algunos jueces habian votado su absolucion, recelando de estas apariencias de favor decidió Augusto por una ley que los contumaces fuesen castigados como convictos, y que en las causas criminales los jueces votáran en voz alta y no por escrito.

Sin embargo, en general, cuando la consolidacion del trono disminuyó en él el temor que hasta entónces le habia guiado en todos sus actos, se mostró ya mas inclinado á la clemencia. Habiéndose acusado á cierto Emilio Eliano de haber proferido palabras injuriosas en contra suya : *Probaréle*, dijo, *que tambien tengo yo lengua para hablar de él dos veces peor;* á Casio Patavino, otro ciudadano que públicamente se jactaba de tener el deseo y el valor suficiente para libertar á Roma, lo condenó solamente á salir de la ciudad, y á Junio Novato, autor de un libelo incendiario, impuso por todo castigo una multa ligera. Durante una revista dirigió á un caballero terribles, pero infundados cargos : este cuando hubo acabado : *César*, le dijo, *cuando queráis tener informes exactos acerca de personas honradas, pedidlos á hombres que lo sean* (1). Augusto agradeció el consejo, que siguiéndose aun hoy dia, haria inútiles los espías.

La conspiracion en que mas peligro corrió fué la que formó contra él Cornelio Cinna, sobrino de Pompeyo, con varios ilustres personajes : descubierta por Augusto, no sabía este qué resolucion tomar, hasta que inducido por Livia á usar de clemencia, mandó llamar á Cinna, le hizo ver que tenia conocimiento de todos los pormenores de su criminal proyecto, y recordándole todos los favores de que le era deudor, le concedió el perdon y hasta le nombró despues cónsul (2).

Conducta digna de un rey si no hubiera sido resultado del miedo que le dominaba, y que, segun el adagio, le hacía besar la mano que no podia cortar : miedo que le siguió á tantas batallas en que su estrella le hizo vencedor; miedo que le hacía tan supersticioso. Si tronaba, se refugiaba en un subterráneo envuelto en una piel de becerro marino; se alegraba como de un feliz augurio, si al ponerse en viaje caía una ligera lluvia; se sobrecogia de tristeza, si se calzaba el pié izquierdo ántes que el derecho, y escribia á Tiberio que no emprendiera asunto alguno en los dias de nonas, ni se pusiera en camino al dia siguiente de una fiesta. Sin embargo, en una guerra contra Nápoles, habiendo perdido su escuadra, insultó él mismo á Neptuno prohibiendo que se llevára su estatua en procesion.

Ni aun el amor á la justicia era desinteresado en Augusto : asediado de reclamaciones contra Licinio, su liberto y confidente, arrendatario de los impuestos de la Galia, le mandó procesar é iba ya el reo á ser condenado, cuando abriendo su tesoro anunció á su amo que para él lo habia acumulado, con objeto de que los Galos no abusáran de aquel dinero, y en seguida fué absuelto.

Sabía ocultar todos estos defectos á la vista y á la *admiracion* de los Romanos, poniendo en accion su extremada habilidad en el arte de disimular, y ciertamente ningun príncipe, si se exceptúa á Luis XIV, conoció mejor que él el

(1) SUETONIO, en *Aug.*

(1) MACROBIO, *Sat.* II, 4.

(2) Este hecho lo refieren Dion, LV, 14, y Séneca *De Clementia*, I, 9 : aquel lo llama Cneio, y dice que el hecho aconteció en Roma el año 4 d. C., miéntras este le da el nombre de Lucio y asegura que la escena pasó en la Galia en el año 14 d. C. Suetonio, que dedica un párrafo á las conspiraciones contra Augusto, no dice nada acerca de este suceso : por lo que algunos críticos fundándose en este silencio, pusieron en duda semejante acto de clemencia. En cuanto á nosotros, nos complacemos en admitirlo, porque hay muy pocos en su historia y ha sugerido á Corneille el argumento de una de sus mejores tragedias.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

oficio de tal. Vestido siempre de un modo sencillo, en las públicas ceremonias se presentaba de gala, provisto de altos tacones para realzar su pequeña estatura. En medio de sus terribles dolores de los nervios, del hígado y de la piedra, permanecia con rostro constantemente sereno. El cortesano que mas le complacia era aquel cuyos ojos se bajaban ante sus miradas como si se sintiera deslumbrado por los resplandores que despedian. Á cada diez años volvia á renovar la escena de suplicar de rodillas le relevaran de la grave responsabilidad del gobierno del mundo, y de hacerse rogar para que siguiera en su puesto. Enfermo una vez y en peligro de muerte, reunidos que fueron todos los magistrados curules y los principales senadores y caballeros, cuando todos esperaban oirle nombrar á su sucesor, ó á lo ménos recomendar á Marcelo, se limitó á entregar á los cónsules su testamento con el estado de las rentas y de las fuerzas del Imperio, haciendo así creer á todos que su voluntad era restablecer la república en sus bases primitivas : de modo que al salir de su enfermedad, merced á los cuidados del médico Musa, vió su autoridad consolidada por este acto, cuya sinceridad no podia ponerse en duda, en atencion á los momentos solemnes en que lo verificó.

Ya hemos visto las condiciones de su amor á las letras. Con el fin de halagar el orgullo nacional, hermoseó á Roma haciendo construir la plaza y el templo de Marte Vengador, el de Júpiter Tonante en el Capitolio, el de Apolo Palatino en la biblioteca, el pórtico y la basílica de Cayo y Lucio, los pórticos de Livia y de Octavia, el teatro de Marcelo y tantos otros edificios, que con razon pudo gloriarse de haber dejado de mármol una ciudad que habia recibido de ladrillo. Asistia con frecuencia á los juegos del Circo, en cuyo centro mandó elevar un obelisco que habia hecho traer de Egipto, y prohibió al mismo tiempo estas representaciones en las otras ciudades del Imperio. Sus amigos secundaban estas tendencias que manifestaba de mejoras públicas, pues miéntras Mecénas rodeaba uno de sus palacios con jardines deliciosos, Agripa hacia traer de léjos caudales de agua que aun hoy dia contribuyen á mantener la salubridad y satisfacer las necesidades de la poblacion : edificó ademas un magnífico templo á Neptuno, así como el Panteon, monumento que demuestra el estado brillante en que se hallaban entónces las artes ; cien fuentes adornadas de trescientas estatuas y mas de cuatrocientas columnas de mármol, y termas enriquecidas con magníficos cuadros, y dotadas establemente con el producto de varios terrenos. Á invitacion de Augusto (invitacion que equivalia á una órden), los senadores mas opulentos restauraron á sus expensas muchos trozos de las vias públicas. Cornelio Balbo erigió un teatro, Estatilio Tauro un anfiteatro, Lucio Cornificio un templo á Diana, Munacio Planco otro á Saturno, Tiberio otros á la Concordia y á Cástor y Pólux, Filipo un museo y Asinio Pollion un santuario á la Libertad. Miéntras se hablaba de las construcciones, de los poemas y de los magníficos espectáculos, no se cuidaba nadie del gobierno, y así el tiempo le consolidaba. Presente tuvo esta reflexiou el actor Pilades, cuando aludiendo á sus disputas con el bailarin Batilo, decia á Augusto : *Consuélate, oh César, porque el pueblo no habla sino de mi y de Batilo.*

Así gobernó Augusto durante cuarenta y cuatro años de los 76 de su vida ; hasta que llegando su postrer momento, hallándose en Nola, pidió un espejo, se hizo vestir de gala y dirigiéndose á sus amigos, les preguntó : *¿ He representado bien mi comedia?* y sin esperar la respuesta, añadió : *Aplaudidme.* 19 de agosto. 1 de C.

La humanidad era, pues, á sus ojos una comedia en que el hombre no hacía mas papel que el de un actor : y en efecto, comedia habia sido toda su vida, cuando atento mas á figurar que á obrar, sin carácter decidido, sino acomodado á las circunstancias, indiferente á la virtud y al vicio, tan dispuesto á proscribir á Ciceron como á perdonar á Cinna, fué un tigre durante el triunvirato y una oveja en el tiempo de su gobierno. Y menester es confesar que hizo bien su papel, cuando á pesar de las muchas proscripciones que habia decretado, conservó la reputacion de humano ; la de valiente despues de tantas fugas y temores; la de necesario cuando todas las instituciones se hallaban desquiciadas ; la de restaurador de una República que demolia ; la de conservador de las costumbres que abiertamente hollaba ; y llegó á conseguir que algunos de sus sucesores se complacieran al recibir el título de Augustos, sin ver en ello una ironía.

En su testamento dejó por herederos á Tiberio y á Livia, y en su defecto á Druso y á Germánico ; excusábase de lo módico de algunos legados diciendo que su caudal no pasaba de 150.000,000 de sestercios (29.816,662 francos), y asegurando que habia empleado en provecho del imperio los patrimonios de Octavio y de Julio César, así como 4,000.000,000 de sestercios (759.191,000 francos) que le habian dejado sus amigos en el último período de veinte años. Legó al pueblo romano 40.000,000 de sestercios (7.951,910 francos) 3.500,000 á las tribus (695,792 francos) ; á cada pretoriano 1,000 (199 francos) ; la mitad á cada soldado de las cohortes urbanas, y 300 á cada legionario. Á los senadores, á varios personajes esclarecidos, y aun á reyes extranjeros dejó muchas mandas, de las cuales una ascendia á 2.000,000 de sestercios (397,595 francos) ; ni olvidó á uno solo de sus amigos. Añadió á su testamento una estadística del imperio, instrucciones acerca del modo como habian de celebrarse sus funerales y la recapitulacion de los actos de su vida que queria se grabase en su mausoleo (1).

Su testamento formaba tambien una escena de su comedia : aplaudámosle.

(1) Gran parte de ella nos ha sido conservada en el *Marmol de Ancira*, que puede verse en las *inscripciones* de Gruter, en el *Tácito* de Lemaire, y en la Nota G. de este libro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPÍTULO XXIV

Elocuencia y filosofía romana (1).

En aquella plenitud tumultuosa de vida de que disfrutaban los Romanos, llegaron á considerar el estudio, mas como una distraccion y un adorno que como una ocupacion propia del hombre. *El mas prudente*, dice Salustio, *se dedicaba á los negocios; nadie ejercitaba el espíritu sin el cuerpo, y todo hombre grande queria mas hacer que decir, prefiriendo que otros narrasen sus hazañas, á referir él las de otros.*

La necesidad artística de sentir y comunicar á los demas los propios sentimientos, necesidad que da orígen á toda literatura, fué poco sentida de los Romanos, á quienes faltaba el vuelo ideal y la intuicion tranquila de la naturaleza, cuyas bellezas tan profundamente conocieron los Griegos por el espíritu artístico que los animaba. El elemento religioso quedaba completamente subordinado al político, y únicamente se manifestaba grandioso en el entusiasmo patriótico que excitaba en ellos el engrandecimiento de la república. Á pesar de esto, en los últimos tiempos de la libertad se generalizó mucho el estudio de las letras, como si toda clase de talentos rivalizasen á porfía para dar á la patria la dominacion del mundo; sin embargo, aun entónces hubo poquísima espontaneidad en los Romanos, así en el arte como en las ciencias; tan cierto es que el saber se elevó con la libertad, y con esta decayó tan pronto como á los estímulos del favor popular sucedieron la atmósfera de la corte, la obligacion de reprimir la expansion de los fuertes sentimientos, la imitacion, en fin, de los Griegos de la escuela de Alejandría.

Por mucho tiempo fué mirada la lengua latina como vulgar é indigna de las personas cultas: Sila y Lúculo escribieron sus memorias en griego; en griego hablaban todas las familias distinguidas, griegos eran los preceptores y ayos, griegos los esclavos y libertos mas queridos, griegos los retóricos y gramáticos, y este era el idioma generalizado en todos los países cultos, miéntras que el romano estaba limitado á pocas provincias de Italia (1). Por consiguiente la literatura romana quedó unida á la griega, creció sobre el tronco de esta, y con esta decayó. Nunca fueron los Romanos iguales á los Griegos en poesía, ni en aquellos escritos en que era necesaria una imaginacion activa; poquísimas veces supieron enlazar lo sencillo y lo natural con lo ideal; y cayeron fácilmente en el error y en una sublime carencia de ideas, esto es, en lo declamatorio. No consideraban la naturaleza mas que como un objeto de la actividad humana, sin meterse en indagar su esencia y armonía, por lo cual hicieron adelantar muy pocos pasos á las ciencias naturales.

Su campo era el desarrollo práctico de la vida humana, y particularmente en la parte política, tendiendo á esto únicamente su cultura. Para tener entrada en la fastuosa aristocracia, aprovechaban mucho el nacimiento y las gloriosas genealogías, mucho tambien la riqueza, pero aun mas el talento militar y político necesarios para mantener las conquistas que habian hecho las armas.

Causa no poca admiracion encontrar insignes literatos en hombres públicos, que nos parecen tanto mas completos, cuanto que eran llamados á toda clase de empleos. Entre nosotros Franklin no posee talentos militares, ni Montecuculli los de la tribuna; Grocio no dirige el gobierno, ni Galileo un sitio; en Grecia por lo contrario, y mas aun en Roma, el mismo hombre era sacerdote, orador, jurisconsulto, magistrado, y guerrero; el pretor en la ciudad administraba justicia; fuera mandaba el ejército; el cuestor, en tiempo de paz, administraba las rentas civiles, y estando en guerra, proveía de víveres el ejército; el cónsul ofrecia sacrificios, deliberaba en el Senado, convocaba las asambleas, vencia al enemigo, y gobernaba las provincias. César, el mayor capitan de su siglo, con solo haber querido, hubiera sido el mejor orador de su época: cuando conquistó la Galia, á su vuelta celebró sacrificios; despues de discutir una causa, se ocupaba en hacer innovaciones en el calendario; y Ciceron, á la vez orador, poeta, filósofo, estadista, jurisconsulto, hacendista, hombre de negocios y de estudios, el mejor ó uno de los mejores abogados que ha tenido Roma, dirigió por mucho tiempo las discusiones del Senado, combatió contra los Partos, y fué aclamado *imperator* por los soldados, á quienes habia conducido á la victoria.

Este grande hombre nació en Arpino el mismo año que Pompeyo (2), de una familia noble

(1) Obras que tratan en general de la literatura romana:

Jo. Alb. Fabricii, *Bibliotheca latina, sive notitia auctorum veterum latinorum quorum scripta ad nos pervenerunt.* Hamburgo, 1722 (5ª edicion), 3 tom. en 4º. Leipzig, 1773, tom. 3.

— *Bibliotheca latina mediæ et infimæ ætatis.* Hamburgo, 1734, 6 tom. en 4º.

Jo. Nic. Funcii, *De origine — De pueritia — De adolescentia — De virili ætate — De imminenti senectute — De vegeta senectute — De inerti ac decrepita linguæ latinæ senectute.* Tratados impresos en Marbugo de 1735 á 1758.

Jo. Georg. Walchi, *Historia critica iinguæ latinæ.* Leipzig, 1729.

Wilg. Dav. Fuhrmann, *Handbuch der Classischen der Literatur des Römer, oder Anleitung zur Kentniss der römischen classischen Schrifsteller, ihren Schriften und der besten Ausgaben und Ubersetzungen derselben.* Rudolfstadt, 1809.

Ger. Tiraboschi, *Historia de la literatura italiana.* Módena, 1772-81, en 14 tom.: otra se hizo en 1787-93 en 16 tom.

Schaaf, *Enciclopädie der classischen Allerthumskunde.*

F. Schöll, *Histoire abrégée de la littérature romaine.* Paris, 1815, 4 tomos en 8º.

Böhr, *Geschichte der römischen Litteratur.* Heidelberg, 1835.

(1) « Græca leguntur in omnibus fere gentibus; Catina suis finibus, exiguis sane, continentur, » segun Ciceron en su oracion *pro Archia.*

(2) Véanse Conyer Middleton, *Historia de Ciceron* (en inglés).

Jac. Facciolati, *Vita Ciceronis litteraria.* Padua, 1760.

H. Chr. Fr. Hulsemann, *De indole philosophica Ciceronis ex ingenio ipsius et aliis rationibus æstimanda.* Luneb, 1793.

Gautier de Sibert, *Examen de la philosophie de Cicéron.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ciceron, 3 de enero 106. Su padre, dedicado á las armas y las letras, dirigió con acierto y actividad los estudios de Marco Tulio, el cual despuntó desde luego en las escuelas por su pasion al trabajo y su conocimiento del idioma griego, en el que siguió por mucho tiempo perfeccionándose por ser entre los Romanos el idioma de los literatos, de los maestros y de los modelos. El arte es siempre el mismo en todas las lenguas, y los jóvenes se ejercitaban ademas en el idioma propio, hablándolo todos los dias entre ellos y asistiendo á los públicos debates. Lucio Plocio abrió una escuela de retórica latina á que la juventud acudió presurosa; pero el jóven Ciceron no lo cursó por consejo de gravísimos personajes, que llevados por la costumbre creían que el talento sacaba mayores ventajas del estudio de los autores griegos (1). Estas escuelas vinieron á ser como en Grecia, palestras de disputas inútiles, de facundía descarada y artificiosa, tanto que los censores Domicio Enobarbo y Licinio Craso creyeron necesario prohibirlas como contrarias á las costumbres antiguas, si bien no llegaron por esto á concluir con ellas.

Á los veintiseis años se presentó Ciceron en el Foro á defender á Roscio Amerino, encantando ya al auditorio con aquella elocuencia de imaginacion pintoresca que posteriormente tachó él mismo de sobrado florida cuando perfeccionó su gusto. No alucinado por este primer triunfo, fué á buscar la perfeccion á Aténas, donde se hizo iniciar en los misterios de Eléusis; en Ródas oyó á Moron Apolonio, *actor en verdaderas causas, y escritor tan esclarecido como expertísimo no solo en señalar los errores de la inteligencia, sino en iluminarla y corregirla*, en cuyos discursos aprendió á moderar la excesiva redundancia que no siempre es buena señal en los oradores que principian, previendo ademas al escuchar las declamaciones de Apolonio que este jóven iba á arrebatar á la Grecia los únicos restos de gloria con que aun contaba el saber y la elocuencia.

Entre nosotros, aunque hay países en que la vida política presenta campo á la elocuencia, esta no es mas que el arte de exponer clara y precisamente los hechos y el propio parecer, y no creo que ni los que mayor fama alcanzaron en las tribunas de Inglaterra y de Francia, hubiesen hecho un estudio particular del arte de hablar. Entre los antiguos por el contrario, idólatras de lo bello, todo jóven habia de estudiar la elocuencia con el mismo cuidado que el arte de la guerra, por ser las únicas vias de elevacion. Perícles, ántes de arengar al pueblo, suplicaba á los dioses no permitiesen que de su boca saliera cosa alguna que pudiera desagradarle; y Focion, al pié de la tribuna, meditaba el modo de expresar su parecer con ménos palabras. El mayor y mas severo de entre los oradores griegos tuvo que pedir perdon por haber faltado á la elegancia ática, y suplicar al pueblo que no hiciese depender de un gesto oratorio la suerte del Estado. No es, pues, de damirar que Ciceron fuese buscando las mejores escuelas de elocuencia, ni que á su regreso á la patria tomase lecciones de declamacion del cómico Roscio.

Sus oraciones. Fruto fueron de estas lecciones las arengas que de él nos quedan llenas de sutileza y vivacidad y que nada dejan que desear en cuanto á lo delicado de la forma. No hay que creer que fuesen verdaderamente pronunciadas tales como nosotros las leemos. Él mismo aconseja al orador que tenga preparados algunos exordios y que se abandone á la improvisacion tan pronto como se sienta animado: sistema á que él mismo se atenia (1) haciendo sobre una ligera indicacion largos discursos que escribian sus libertos (2), y que despues en su bufete se entretenia en perfeccionar.

No hay que buscar en los discursos de Ciceron esos rasgos vivaces que especialmente entre los modernos sorprenden y dejan el ánimo suspenso; su mérito está en una claridad esparcida por igual en todas las partes de su discurso, en una contínua grandilocuencia. Se ha dicho que Demóstenes fué orador, y Ciceron abogado. Sin duda alguna, este conocia á fondo el modo de dar realce á sus razones; y miéntras el griego, mas noblemente consagrado á la causa que sostiene, va derecho al blanco con ménos artificio y mas conviccion, atento únicamente á persuadir, el orador romano trata de deleitar, se detiene en descripciones largas, entrando en disgresiones sobre las leyes, la filosofía ó las costumbres (3), y chanceándose con los demas y consigo mismo; sobresale principalmente en el

Memorias de la Academia de las inscripciones, tomos XLI y XLIII.

Cristof. Meiners, *Oratio de philosophia Ciceronis, ejusque in universam philosophiam meritis.*

Rafael Kuhner, *M. T. Ciceronis in philosophiam ejusque partes merita.* Hamburgo, 1825.

Y en general todos los historiadores de filosofía.

Lo mejor que la erudicion ha recogido acerca de Ciceron se halla en el *Onomasticum Tullianum, continens M. T. Cic. vitam, historiam litterariam, indicem geographicum-historicum, indices legum et formularum, indicem græco-latinum, fastos consulares. Curaverunt* Jo. Casp. Orellius, *et* Jo. Georg. Baiterus, *professores turicenses*, 1837.

(1) Suetonio, *De cl. rhet.*, II.

(1) En sus momentos de descanso Ciceron componia exordios é introducciones destinadas á encabezar sus composiciones futuras; así que le sucedió empezar con un mismo exordio dos discursos diferentes. « Nunc negligentiam meam cognosce. De Gloria librum ad te misi; at in eo proœmium idem est quod in Academico tertio. Id evenit ob eam rem, quod habeo volumen proœmiorum: ex eo eligere soleo, cum aliquod συγγραμμα institui; itaque jam in Tusculano, qui non meminissem me abusum isto proœmio, conjeci id in eum librum quem tibi misi. Cum autem in navi legerem Academicos, agnovi erratum meum, itaque statim novum proœmium exaravi, etc. » Á *Atico* XVI, 6. Otra distraccion de Ciceron se menciona en su Tratado *De finibus*, libro V; en que finge que los interlocutores hallan en Aténas á M. Papio Pison, el cual se refiere en su conversacion á discursos sostenidos anteriormente, y á los cuales no se supone que asistiese.

(2) Se atribuye á Tiron su liberto la invencion de las notas ó abreviaciones taquigráficas.

(3) Que Ciceron hiciese consistir en esto la perfeccion del arte, se deduce de que le vemos tomar la falta de digresiones por señal de tosquedad entre los antiguos, cuando hablando de ellos, dice que: « Nemo delectandi gratia digredi parumper à causa posset. » Bruto, § 91.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

arte de conmover las pasiones, medio que las leyes prohibian emplear al ateniense. Demóstenes, ardiente patriota, se olvida de sí mismo en presencia de los intereses públicos, cuando Ciceron siempre se coloca en primer término; Demóstenes es la última voz de la libertad que en vano se esfuerza en salvar de la herida mortal que le hizo la saeta macedónica; Ciceron es el último resto de otra libertad agonizante que él mismo ayuda á arrastrar á la servidumbre. Nada se podria quitar á Demóstenes ni añadir á Ciceron: los discursos del primero podian parecer improvisados á quien ignora cuán difícil es escribir con naturalidad; en los de Ciceron, por lo contrario, se vislumbra en cada período, en cada voz, el largo estudio y el incesante artificio. De aquí la maravillosa pureza de su estilo, la perfeccion particular de cada trozo, la nobleza de atavío con que salen á luz todas sus ideas, de modo que puede decirse con razon que ningun orador tenia ménos defectos y mas bellezas que él. Demóstenes puede ser traducido; no creo que pueda serlo Ciceron: aquel puede servir de modelo aun con las formas positivas y vigorosas de la elocuencia moderna, y el que hablase hoy en las cámaras ó en el púlpito á la manera de Ciceron, se expondria á la mofa (1).

Demóstenes lanzándose contra los obstáculos como las olas contra los diques, espumajea, se exalta, se eleva á verdadera sublimidad, y en él se conoce el poder de un hombre que ántes de subir á la tribuna ha creido necesario ejercitarse en superar el fragor de las olas del mar. Para Ciceron no hay obstáculos, y la rotunda facilidad de su palabra nunca le eleva verdaderamente á lo sublime. Merced á una larga práctica y á un sutilísimo análisis, conoce todos los recursos con que amplificar, acomodar, invertir las palabras, y todas las usa como señor; pero en sus discursos se echa de ver que se ha formado en la escuela, y en vez de parecerse á los torrentes de luz fecundadora que de su inagotable seno derrama el sol, se parecen á los suaves reflejos de la luna esparciendo por todas partes sus armónicos rayos.

Y á la luna deberemos compararlo en cuanto á lealtad, pues en sus obras no se puede leer una proposicion que encierre un juicio abierto, un parecer decidido, sin hallar despues una asercion directamente contradictoria de lo dicho. Ya hemos hecho esta observacion al lector, y aun podríamos presentarle un largo catálogo de contradicciones, si la aplicáramos á los discursos de Ciceron en que el calor de la improvisacion ó el propósito de persuadir le hacian ménos escrupuloso en punto á exponer concienzudamente la verdad.

De un estilo mas sobrio, y por esto mas elogiados por parte de sus severos contemporáneos, son sus escritos didácticos. En ellos reina verdaderamente el aticismo, si bien el diálogo se aleja gran trecho de la naturalidad y facilidad de los de Platon; y el hábito de declamar no le deja plegarse á las interrupciones y á la animacion, cualidad que los Romanos no habian podido aprender en las disputas como los Griegos. Carece, pues, de la exactitud de la palabra y de la frase, viéndose obligado no pocas veces á mendigar las del griego ó á sacrificar en circunlocuciones la precision.

Refiérense á la filosofía teórica el tratado de *La Naturaleza de los Dioses*, el de *La Adivinacion* y *El Destino*, el de *Las Leyes*, y un fragmento del de *La República;* á la moral conciernen sobre todo las *Cuestiones tusculanas*, el libro de *Los Oficios*, *Las Paradojas* y los pequeños tratados de *La Amistad* y de *La Vejez;* á la dialéctica *Los Tópicos*, y á la retórica los tratados del *Orador*, de *Los insignes Oradores*, y de *La Distribucion oratoria.*

Libros retóricos.

Estos últimos, y en particular los tres libros del *Orador*, presentan no una serie de áridos preceptos, sino un insigne ejemplo de crítica, la cual, si desagrada cuando impertinentemente usurpan su nombre la petulancia y la frivolidad, adquiere un elevado carácter de grandeza y dignidad cuando la manejan hombres que hacen desaparecer la distancia que separa al arte de juzgar del talento de componer; que en cierto modo crean al examinar lo bello, y por la fuerza natural del genio parece que inventan cuando no hacen mas que observar, pudiendo decir con la seguridad del mérito: *Yo tambien soy pintor.* Tal fué Aristóteles, cuando, fijado que hubo las leyes de la sociedad y del pensamiento, no creyó degradarse al trazar los límites de la razon poética y del gusto literario; tal Ciceron, cuando descubrió los secretos de su arte en escritos que exhalan la mas pura latinidad, realzados con agudezas y sabrosísima gracia. Segun él, el orador no debe afectar palabras y frases que no se usen; su arte debe consistir solo en aplicarlas con propiedad, y darles cierta colocacion y cadencia de que resulten segun el caso, gracia, dulzura, energía, majestad ó elocuencia (1). Es

(1) Preguntándose á Ciceron cuál de los discursos de Demóstenes era mas de su agrado, respondió que *el mas largo*; pero manifestó mejor su opinion al traducir el de *La Corona;* Quintiliano dió la preferencia, entre todas las arengas de Ciceron á la *Filipica* II.

Cuando Middleton publicó su *Vida de Ciceron*, se levantaron Jeremías, Markland, Tunstall y varios otros á impugnarla por no haber reconocido, como de Ciceron, mas que cuatro oraciones, y por haber creido que todas sus cartas á Bruto eran apócrifas y escritas en los tiempos de la baja latinidad. Orelli y algunos otros escritores defendieron la autenticidad de estas, así como Hausmann en una disertacion á la Academia de Gotinga. Las arengas cuya composicion no parece suya, son la I y II *Post reditum*, *Pro domo tua* y *De haruspicinis responsionibus*.

(1) « Nihil est tam tenerum, neque tam flexibile, neque quod tam facile sequatur quocumque ducat, quam oratio. Ex hac versus, ex eadem dispares numeri conficiuntur; ex hac etiam hæc soluta variis modis multorumque generum oratio. Non enim sunt alia sermonis, alia contentionis verba; neque ex alio genere ad usum quotidianum, alio ad scenam pompamque sumuntur: sed ea nos cum jacentia sustulimus è medio, sicut mollissimam ceram ad nostrum arbitrium formamus et fingimus. Itaque ut tum graves sumus, tum medium quiddam tenemus; sic institutam nostram sententiam sequitur orationis genus; idque ad omnem rationem et aurium voluptatem et animorum metum mutatur et flectitur. » *De Orat.*, III, 15.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

una pretension necia ó ridícula el querer dictar preceptos sobre la manera de emplear lo mas personal que hay en el hombre, su lengua, expresion de sus mas íntimos sentimientos; y sin embargo, se leen con gusto en Ciceron aquellas reglas, necesariamente incompletas, aun cuando fueron dictadas por una larga y esplendorosa experiencia.

Pero en vez de limitarse á indicar los modelos mas perfectos, á revelar su artificio, preparando así á los nuevos oradores un estudio literario, y singularmente á dar preceptos de moral y de probidad oratoria, habíase acostumbrado en su larga práctica á tener en cuenta todos los medios de bien hablar, desde los mas elevados hasta los mas materiales recursos de la diccion figurada y del ritmo oratorio; y atribuyendo á estos todos sus triunfos y los de los demas, se empeñó en analizarlos con una sutileza intempestiva, discutiendo sobre el tono de voz conveniente al principio y en el curso de la oracion, sobre la importancia de darse ó no palmadas en la frente, sobre el cuidado que debe tenerse en descomponer los cabellos al enjugarse el sudor y otras necedades, que vinieron á ser luego circunstancias principales de la elocuencia.

Estos preceptos, fundados sobre los medios de fingir con estudio y habilidad lo que naturalmente hace el que expresa sus sentimientos propios, son, pues, para nosotros inútiles; y á veces ni aun siquiera se entienden sus insinuaciones sobre el arreglo de las palabras, la concordancia de las expresiones y la distribucion de los períodos, el uso alternado de los piés y el concluir con yambo mas bien que con espondeo; ni os es posible acompañarle en su admiracion á la palabra *comprobavit* y á la armonía de aquella cadencia: *judicium patris filii temeritas comprobavit*. Sin embargo, estas que para nosotros son frivolidades, debian tener suma importancia para un pueblo en que Graco modulaba su voz por el tono que le daba un tocador de flauta, y de quien arrancaba frenéticos aplausos un período bien medido de Antonio. Por lo demas, se censuraba á Ciceron por el arte excesivo que desplegaba en redondear los períodos, y aun á nosotros mismos nos choca la predileccion de que hace gala por ciertos finales retumbantes, así como la repeticion frecuente de la cadencia *esse videatur*.

Historia de la elocuencia.

Así como era gran maestro en todos los secretos de la palabra, era tambien agudísimo para señalar los méritos y defectos de sus émulos y predecesores á quienes habia eclipsado, de modo que de sus escritos puede deducirse la historia de la elocuencia latina. Se ofrecen á la vista ante todo aquellos antiguos oradores que á la gran solidez de las pruebas y al calor de la exposicion no unian arte ni elegancia suficiente. Se conservaban en tiempo de Ciceron, pero sin leerse, ciento cincuenta discursos de Caton el Antiguo; y por otra parte sabemos que este orador austero se cuidaba de las cosas, no de las palabras, creyendo que conocida bien la causa era fácil exponerla (1). En cuanto á los Gracos, á quienes Quintiliano propone como modelos de lenguaje varonil, Cayo es, segun el juicio de Ciceron, el mas ingenioso y elocuente de los escritores latinos (2); y con efecto, en los escasísimos fragmentos que de sus escritos nos quedan, se advierte un lenguaje viril y tranquilo que desaparece en el incesante artificio de Ciceron y Tito Livio, y no vuelve á hallarse hasta César. El frecuente contacto con los Griegos habia atenuado, aunque sin destruirla, la

(1) « In hanc rem constat Catonis præceptum pene divinum, qui ait : Rem tene, verba sequentur. » Asi se lee en el *Arte Retórica* de C. Julio Víctor, hallada por Mai en un manuscrito de la biblioteca del Vaticano. El mismo prelado en los fragmentos de Frontone (Roma, 1823) copia una carta en que el precitado autor ofrece á Marco Aurelio, como un magnífico ejemplo de pretericion, este fragmento de un discurso de Caton, que trasladamos aquí, pues por ser reciente su descubrimiento no se menciona en ninguna historia de la elocuencia : « Jussi caudicem proferri, ubi mea oratio scripta erat. De ea re quod sponsionem feceram cum M. Cornelio tabulæ prolatæ; majorum benefacta perfecta : deinde quæ ego pro republica fecissem, leguntur. Ubi id utrumque perfectum est, deinde scriptum erat in oratione. Nunquam ego pecuniam neque meam, neque sociorum per ambitionem dilargitus sum. Atat noli scribere, inquam : istud nolunt audire. Deinde recitavit. Num quos præfectus per sociorum vestrorum oppida imposui, qui eorum bona, liberos diriperent? Istud quoque dele; nolunt audire. Recita porro. Nunquam ego prædam, neque quod de hostibus captum esset, neque manubias inter pauculos amicos meos divisi, ut illis eriperem, qui cepissent. Istud quoque dele. Nihilo minus volunt dici; non opus est : recitato. Numquam ego evectionem datavi, quo amici mei per symbolos pecunias magnas caperent. Perge istuc quoque uti cum maxime delere. Numquam ego argentum pro vino congiario inter apparitores atque amicos meos disdidi, neque eos malo publico divites feci. Enimvero usque istuc ad lignum dele. Vide sis quo loco republica siet, uti quot reip. benefecissem, unde gratiam capiebam, nunc idem illud memorare non audeo, ne invidiæ siet. Ita inductum est male facere impæne bene facere non impæne licere. » A. Gelio, X, 3, nos ha conservado otro excelente fragmento de Caton, en que se queja de Q. Termo : « Dicit a decemviris parum sibi bene cibaria curata esse jussit vestimenta detrahi atque flagro cædi. Decemviros Bruttiani verberavere, videre multi mortales. Quis hanc contumetiam, quis hoc imperium, quis hanc servitutem ferre potest? Nemo hoc rex ausus est facere. Eane fieri bonis, bono genere natis, boni consulitis? Ubi societas, ubi fides majorum? insignitas injurias, plagas verbera, vibices, eos dolores atque carnificinas, per decus atque maximam contumeliam, inspectantibus popularibus suis atque multis mortalibus se facere ausum esse? Sed quantum luctum, quantumque gemitum, quid lacrimarum, quantumque fletum factum audivi? Servi injurias nimis ægre ferunt; quid illos bono genere natos, magna virtute præditos, opinamini animi habuisse atque habituros dum vivent? »

(2) « Extat oratio hominis, ut opinio mea fert, nostrorum hominum longe ingeniosissimi atque eloquentissimi, C. Gracchi. » *Orat. pro M. Fontejo* A. Gelio para refutar á los que daban la preferencia á C. Graco sobre Ciceron, copia el siguiente fragmento del discurso donde expone los excesos de los magistrados de las provincias en términos muy suaves, sin adornos ni pasion : « Nuper Theanum Sidicinum consul venit, uxorem dixit in balneis virilibus lavari velle. Quæstori Sidicino a M. Mario datum est negotium, uti balneis exigerentur qui lavabantur. Uxor renunciat viro, parum cito sibi balneas traditas esse et parum lautas fuisse. Ideirco Palus destitutus est in foro, eoque adductus suæ civitatis nobilissimus homo M. Marius : vestimenta detracta sunt, virgis cæsus est. Caleni, ubi id audiverunt, edixerunt ne quis in balneis lavisse vellet, cum magistratus romanus ibi esset. Ferentini ob eamdem causam prætor noster quæstores arripi jussit. Alter se de muro dejecit, alter prehensus et virgis cæsus est... Quanta libido, quantaque intemperantia sit hominum adolescentium, unum exemplum vobis ostendam. His annis paucis ex Asia missus est qui per id tempus magistratum non ceperat, homo adolescens pro legato. Is in lectica ferebatur; ei obviam bubulcus de plebe venusina advenit, et per jocum, cum ignoraret quid ferretur, rogavit num mortuum ferrent. Ubi id audivit, lecticam jussit deponi, stuppis quibus lectica deligata erat, usque adeo verberari jussit, dum animam efflavit. » *Noct. Att.* X, 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

forma áspera de los escritos de Lelio y de Escipion.

Hasta estos la elocuencia recorrió aquel primer período en que procede naturalmente y con la energía de las pasiones, las cuales por instinto conocen los medios de captarse la atencion, de mover los afectos é insinuarse en el ánimo, si bien sin preparacion. Este habia sido el estado de la elocuencia griega hasta Perícles, despues del cual vemos introducido el artificio, que no solo medita lo que ha de decir, sino la manera de decirlo, á cuyo fin se ejercita recitando largos trozos de poesía, trepando por escarpadas pendientes, revolviendo guijarros en la boca y gesticulando delante de un espejo. Con no ménos cuidado atendieron los Romanos á estos pormenores, y hasta llegaron á exigir que tuviera el orador lengua suelta, voz senora, buen pecho (1) y largo estudio de los recursos oratorios.

Ántes de aventurarse al tremendo juicio público, los jóvenes se ejercitaban en las escuelas y el gimnasio, discutiendo sobre diferentes cuestiones. Esta fué la preparacion de Ciceron hasta que llegó á pretor, y cuando ya cargado de laureles fué expulsado del foro por las tempestades civiles, volvió á dedicarse á estos ejercicios, en los que tomaban parte con él Hircio y Dolabela (2). Miéntras que César vencia en los campos de batalla, Pompeyo ántes de entrar en las contiendas civiles se ejercitaba en vencer por medio de la palabra, pensando que todavía podia esta decidir la suerte del imperio en medio de los ejércitos; en este arte se adiestró Marco Antonio con objeto de oponerse á Ciceron; y en él tambien hizo un grande estudio Octavio durante la guerra de Módena, como para compensar su poca habilidad en las batallas.

Necesitábase una memoria de hierro para repetir tan largos discursos sin turbarse ante el tumulto popular: ¡ qué memoria por ejemplo no hubo de tener Ciceron cuando recitó de una vez todo su discurso en favor de la ley Manilia! Tenian algunos á mérito en las elecciones el poder saludar á cada ciudadano por su nombre, sin necesidad del siervo encargado de recordárselos. Refiérese que habiendo oído uno de aquellos oradores la lectura de un poema, acusó por chanza al autor de habérselo robado, volviéndoselo á recitar en prueba de su asercion, desde el principio hasta el fin. Hortensio, despues de haber asistido un dia entero á una venta de muebles, re capituló por la noche y en el órden en que habian sido vendidos todos los objetos, con los defectos que tenian, el precio á que habian sido comprados y los nombres de los compradores; y el Cordobes Séneca repetia dos mil palabras sueltas en el órden con que habian sido pronunciadas, y aprovechó esta habilidad para recoger los trozos que habia oido en los ejercicios de declamacion, dejándolos como recuerdo á sus hijos y á la posteridad en veinte libros de *Controversias*, de los cuales solo cinco incompletos se han conservado hasta nuestros dias y no se leen.

(1) « Solutam linguam, canoram vocem, latera firma.

(2) « Hirtium et Dolabellam dicendi discipulos habeo, cœnandi magistros. Puto enim te audisses..... illos apud me declamitare, me apud illos cœnitare. » *Ad fam.*, IX, 16.

Segunda edad de la elocuencia.

Entre estos artificios, mas no por ellos, llegó la elocuencia á su madurez con Antonio y Craso. El primero estudió en Aténas y en Ródas; poseía el arte de ocultar el artificio en sus discursos, en términos que se creía que trataba sin preparacion las causas que con mayor detenimiento habia meditado: solo tenia por rival á Craso, orador severo, fecundo en gracias y agudezas que jamas rayaban en lo exagerado, exacto en la expresion y de elegancia natural.

Referiremos, para dar una idea de la época, el hecho siguiente: Un tal Bruto, empezando, como era costumbre, su carrera oratoria por acusar, tomó por blanco á Craso, haciendo un paralelo de dos trozos de sus arengas en que este se contradecia; Craso entónces en su despecho hizo leer el principio de tres diálogos del padre de Bruto en que hacía la descripcion de una quinta de su pertenencia; y dirigiéndose entónces al acusador, le preguntó qué habia hecho de aquella propiedad, con lo cual halló motivo para una invectiva violenta contra el jóven disipado. Dió la casualidad que atravesára en aquel momento por el foro la comitiva fúnebre de una señora romana, y aprovechando la oportunidad Craso, exclamó mirando á su adversario: « ¿ Qué haces ahí sentado, y qué » quieres que esa anciana diga de ti á tu padre? » ¿ Qué dirá á aquellos cuyas efigies la acompa- » ñan? ¿ Qué podrá decir á Junio Bruto que » libertó á este pueblo de la dominacion monár- » quica? ¿ Qué dirá que haces? ¿ Á qué intere- » ses, á qué gloria, á qué virtud has aspirado? » ¡ Te ocupaste en aumentar tu patrimonio! » Conducta poco noble; pero toleraré semejante » ambicion; mas si ya no te queda cosa alguna » por haberlo absorbido todo el libertinaje, ¿ te » dedicas á lo ménos á las ocupaciones de la » guerra? Nunca has visto un campo de batalla: » ¿ acaso estudias la elocuencia? ¡ Si no tienes » siquiera una cualidad de orador; si no tienes » lengua ni voz sino para emplearlas en el in- » noble comercio de la calumnia! Y ¿ te atreves » audaz á disfrutar de la ley, te atreves á mi- » rarnos, á venir al foro, á permanecer en Roma, » vivir en el seno de los ciudadanos? ¿ No te » asombran ni ese cadáver, ni aquellas imágenes » á las cuales no has reservado lugar, no ya para » imitarlas, sino ni aun para restablecerlas? »

Otra escena nos muestra con cuánto calor se ejercitaba entónces la elocuencia. Habiendo dicho el cónsul Filipo que con semejante Senado le era imposible gobernar la república, Craso le contestó con extraordinaria energía; y creyendo Filipo hacerle temblar mandando que fueran secuestrados sus bienes, el orador dando á sus palabras una violencia inusitada, hizo enmudecer al cónsul, el cual tuvo al fin que confesar que los senadores nunca habian faltado

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ni á la fidelidad ni á la prudencia. Tal fué la fuerza y vehemencia de sus palabras que le atacó en aquel momento un dolor de costado del cual sucumbió á los siete dias (1). Marco Antonio defendiendo á Aquilio, desgarró las vestiduras de su cliente, llorando al mismo tiempo y excitando el llanto del auditorio (2); Ciceron admira en este orador la energia de su elocucion, la simpetuosidad, la expresion de dolor que abía dar á sus ojos, á su rostro, á sus gestos, á su dedo, al mismo tiempo que derramaba un torrente de graves y elocuentes palabras (3).

Craso era rival en elocuencia, pero inferior en la ciencia de las leyes al orador Escévola, resultando de esta rivalidad (cosa rara entre los hombres de letras) no una emulacion envidiosa, sino una amistad. Famosos fueron tambien Cotta y Sulpicio: aquel florido y castizo en las frases, agudo en la invencion, puro y exquisito en el gusto, persuadia á los jueces á fuerza de habilidad, aun cuando la débil consistencia de su pecho le impedia levantar la voz y mover los afectos; miéntras que Sulpicio, grandioso y trágico, hablaba con acento ya vivo, ya suave, declamando con elegante gesto, sin descender nunca de esta altura.

Tercera edad de la elocuencia. Hortensio.

Llegó á su colmo la elocuencia romana hácia el fin de la república, cuando florecian César, Bruto, Mesala, Hortensio. Este último disputó la palma á Ciceron, como Esquínes á Demóstenes; habló en público á los diez y nueve años, pronunciando una arenga en favor de los Africanos, la cual, segun Tulio, lo mismo que una obra de Fídias, se llevó al primer golpe los sufragios de todos (4). Su gran memoria, su buena produccion, su mucha facilidad, le hacian árbitro de la tribuna, en cuyo derredor se apiñaban para oirle los mas ilustres actores, miéntras que la fluidez, las flores y la exacta erudicion de sus escritos hacian muy grata su lectura. Él fué quien introdujo el método de dividir el asunto en muchos puntos, concluyendo con un epílogo del discurso, medio excelente para hacer comprender una causa y dar vigor á los argumentos. Si bien no nos queda de él discurso alguno, sabemos que sobrepujó á todos sus contemporáneos, hasta que se retiró del foro con el objeto de entregarse á sus naturales tendencias, á una vida descuidada, agradable y tranquila, en compañía de literatos en el seno de la magnificencia de casas de recreo, de jardines y de vastos viveros, poblados de exquisitos peces. Pagando tributo á las ideas de su siglo, escribió versos licenciosos: se declaró por el partido de Sila de buena fe, segun parece, pues que jamas auxilió á los que, destruyendo las leyes de este, se franqueaban las vias del poder. Se declaró contra Pompeyo cuando restableció los tribunos y cuando pedia comisiones extraordinarias; hizo condenar á Opimio á su salida del tribunado, y contribuyó con Ciceron á sostener la causa de Rabirio y á reprimir los desmanes de Catilina y de Clodio, aun cuando disintió de su colega en la causa de Pompeyo y en la de Vérres, de cuya defensa no sabemos cómo disculparle. Le honra á nuestros ojos el haberse conservado amigo de Ciceron aun estando en el partido opuesto, y el haberle designado para el cargo de augur, despues de haberse puesto á la cabeza de los caballeros para protegerle cuando fué citado á juicio (1).

Mal se podria emitir un juicio acertado acerca de estos oradores ateniéndonos á los fragmentos y aun á los discursos que de ellos nos quedan, porque cuando ponian sus ideas por escrito, faltaba con frecuencia aquella regularidad, aquel complemento que satisface al pensamiento; pero cuando poseidos de un asunto se entregaban al fuego de la improvisacion y á aquel ardor del sentimiento peculiar á la palabra repentina, entónces asombraban la imaginacion, llevando en pos de sí la voluntad. « Ciceron (dice Apio en el » diálogo de la *Corrupcion de la Elocuencia* » que se atribuye á Tácito) fué el primero que » hablando con reguralidad y eligiendo sus ex» presiones, las arreglaba con arte. Las agude» zas, la gracia, las profundas máximas se hallan » en abundancia en los discursos que compuso » en sus últimos dias cuando la reflexion y la » experiencia le hubieron dado el conocimiento » de lo mejor, miéntras que los otros no carecen » de defectos antiguos, de exordios débiles y de » narraciones largas. Acaba y no concluye, se » conmueve con dificultad, pocas veces se halla » poseido del fuego del entusiasmo, y pocos son » sus trozos que se hallan terminados con per» feccion y con cierto esplendor, ántes bien por » su indiferencia y poco esmero son como una » muralla fuerte y duradera, que se halla des» nuda y sin adornos. Ahora bien, segun mi pa» recer, el buen orador, como el rico y buen » padre de familia, no debe tener solo casa y » techo para precaverse del agua y del viento,

(1) Cic., *De oratore*.

(2) Ciceron refiere el hecho del siguiente modo por boca de Marco Antonio: « No creáis que en la causa de M. Aquilio, en la que no iba yo á contar aventuras de los pasados héroes, ni sus fabulosas hazañas, ni á hacer un papel de teatro, sino á hablar de mi propia persona, pude hacer lo que he hecho para conservar á aquel ciudadano la patria sin experimentar una agudísima impresion de dolor. Al verme en presencia de un hombre de quien recordaba habia sido cónsul, un general de ejército á quien el Senado habia concedido subir al Capitolio con una pompa poco diferente de un triunfo; al verlo, repito, abatido, consternado, afligido en el extremo de perderlo todo, ántes de principiar á hablar para excitar la compasion en los demas, yo me sentí profundamente conmovido. Testigo entónces de la extremada emocion de los jueces haciendo que se levantára aquel anciano afligido y vestido de luto, arranqué los vestidos que cubrian su pecho y puse de manifiesto sus cicatrices: lo que no fué efecto del arte, sino de una conmocion terrible en un alma dolorida. Al contemplar á C. Mario allí sentado, cuyas lágrimas hacian mas patético mi discurso; cuando me volvia hácia él dirigiéndole frecuentes apóstrofes para recomendarle á su colega y pedir su apoyo en una causa que era la de todos los capitanes, aquellos rasgos de poesía y la invocacion que hice á todos los dioses y á los hombres, tanto ciudadanos como aliados, no podian ménos de ir acompañadas de un extremo dolor y de lágrimas por mi parte: cuanto hubiera dicho entónces sin estar apasionado, léjos de excitar la compasion hubiera provocado la risa del auditorio. » *De oratore*, II, 45.

(3) *De oratore*, II, 45.

(4) *Brutus*, § 64.

(1) Luis Gaspar Luzac, *De Q. Ortensio oratore Ciceronis æmulo*. Leiden, 1810.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» sino para deleitarse y recrear la vista; no solo » debe poseer los muebles que son absolutamente necesarios, sino otros objetos de oro y » plata, así como joyas para engalanarse, multiplicando los alicientes y la variedad, del » mismo modo no debe servirse el orador de » palabras desusadas ni escribir capítulos que » pareciendo anales, no tengan principio ni fin, » y debe huir de bufonadas, manteniéndose en » un estilo igual. »

No era sin embargo la elocuencia política, como podria creerse á primera vista, la principal y mas estudiada en Roma; y el mismo Ciceron, rey de la tribuna, nos asegura que no era mas que un juego en comparacion de la elocuencia forense. En esta se trataba de doblegar la indócil rigidez de la forma y el texto literal de las leyes; interesábanse en la causa las pasiones políticas, y excitaban la compasion la palidez del acusado, las lágrimas de su familia y las súplicas de sus clientes: de manera que excitaba grande interés el ver cómo por encima de todas estas circunstancias hacía el orador prevalecer la justicia ó su propia opinion; pues el arte del abogado, léjos de limitarse como debia á hallar lo que era justo, y á manifestarlo, se extendia á dar apariencias de verdad á lo que no las tenia, á derramar hiel y sarcasmo sobre actos inocentes, á mezclar mentiras y calumnias, en una narracion ingenua, sosteniéndose con la ironía, cuando no podia con la razon, á afectar honradez y gravedad en el momento de manifestar principios inmorales, á multiplicar el escarnio hasta el punto de persuadir al auditorio de que quien hasta tal extremo habia merecido el ridículo, no podia tener razon; á promover, en fin, todas las viles pasiones, la vanidad, el miedo, el interes, la envidia.... artificios de la elocuencia antigua que pueden verse analizados con complacencia en Ciceron.

El hallar argumentos debia, pues, ser una cualidad esencial en una época en que la elocuencia atendia ménos á esclarecer la verdad que á conseguir el triunfo de un partido, de una causa, de un hombre; y así despues de haber sido ya indicados por Aristóteles en su *Tópica* los lugares comunes de donde podian deducirse razones, Ciceron hizo de estos una exposicion detallada que dedicó al jurisconsulto Trebacio para uso de los jóvenes que se dedicaban al estudio del derecho. Sobre el mismo asunto existe un libro de *Retórica* dedicado á Herennio, que algunos atribuyen á Ciceron, otros á Carnificio, tratado tan familiar y claro como correcto y oportuno.

Aquí nos detendremos dejando para el libro siguiente el exámen del decaimiento de la elocuencia iniciado por los preceptores, y consumado por la ruina de la constitucion.

Dedicados exclusivamente á la accion y á las conquistas los Romanos, se dice, no conocieron la filosofía hasta que la importaron en su país los Griegos.

Esta es una de las máximas demasiado generales que la historia adopta sin exámen ni excepciones, por mas que los hechos la desmientan. Ignoramos qué filosofía enseñarian los Etruscos; pero la primitiva latina debió de componerse de la suya y de la de los pitagóricos. Esta primitiva filosofía estaba escrita en muchos libros que todos se han perdido, porque lo posteridad, deslumbrada por el esplendor de las ciencias griegas, no se cuidó de conservar las doctrinas nacionales, ó las confundió con las epicúreas y las estóicas. Sin embargo, se atribuye dicha filosofía á dos fuentes principales, que son el lenguaje y la jurisprudencia. Vico fué el primero que en su *Antiquísima sabiduría de los Italianos* observando la profunda filosofía que contenian las palabras latinas, sacó de aquí por induccion que los primeros moradores de Italia habian debido ser grandes pensadores, y se propuso extraer de sus expresiones y voces su sistema de metafísica, de física y de moral. Habiéndose reducido sus investigaciones á sola la metafísica, llegó á demostrar que, segun los Latinos primitivos, *la verdad y el hecho* eran una sola cosa. Con arreglo á esta teoría, Dios conocia las verdades físicas, el hombre solo alcanzaba las matemáticas, hallándose de este modo en contradiccion así con los dogmáticos que todo creían saberlo, como con los escépticos que de nada tenian certidumbre. Dios era la verdad perfecta que conocia los elementos intrínsecos y extrínsecos de las cosas; y el hombre, por el contrario, no procedia en su inteligencia sino por medio de la division, y deducia de la ciencia el ser y la unidad. En el alma del hombre dominaba la inteligencia, en la inteligencia el pensamiento, y sobre el pensamiento Dios, quien con solo obrar queria, y cuyas obras conformes con el órden eterno de las cosas no eran efectos del hado ó del acaso.

Filosofía romana

Si el método de Vico es para la generalidad demasiado incierto y conjetural, aun menor mérito debe tener para nosotros, que suponemos que en el lenguaje se hallan depositadas las primeras revelaciones del Criador, necesarias para esclarecer el entendimiento y desarrollar la razon. Y como los idiomas no son obra de los filósofos, sino del pueblo, resulta que en ellos se encuentra consignado no el grado de saber, sino las verdades del sentido comun siendo imposible separar lo que puso de sí cada pueblo de lo que recibió por tradicion.

Mas sólidos argumentos puede presentar la jurisprudencia, en la cual (sin mencionar la fábula de las Doce Tablas) es un error ver solamente las inspiraciones de la secta estóica; pues ademas de que contiene observaciones opuestas del todo á dicha secta, ya está demostrado que estriba en principios de mucha mayor antigüedad, recopilados despues por los decenviros.

Segun ellos, el hombre es un ser racional y libre por naturaleza, y la persona es el hombre en su propio estado. El estado del hombre es natural ó civil, por lo cual el esclavo aunque

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hombre, no es persona (1). La libertad del hombre consiste en poder hacer lo que ni la fuerza ni el derecho prohiben, y es por su índole inenajenable. Admitian sin embargo en su derecho civil el principio de esclavitud, condenando al esclavo á la *capitis diminutio* (2). La debilidad es cualidad de la mujer, y la dignidad del varon, á quien pertenecen exclusivamente la patria potesdad y el desempeño de los empleos. Reconociéndose solo por hijo al que nace de nupcias legítimas, resulta la prohibicion del adulterio, del incesto y del concubinato. Miraban como cosas todo lo que podia considerarse como bienes, inclusos los derechos, los cuales sin embargo no eran corpóreos, sino unos por excelencia, indivisibles, inextinguibles; y sobrevivian al objeto con que tenian relacion, no pudiéndose adquirir ni perder derecho alguno, á no ser por voluntad ó consentimiento. Ademas del grande esmero con que se dedicaron los jurisperitos á fijar la significacion verdadera de las palabras y la rigorosa exactitud de las frases, se manifestaron superiores á todos en presentar pruebas y en los indicios.

No tenemos, pues, á la vista una filosofía de escuelas como las de Grecia y Alejandría, sino una filosofía práctica y dirigida ante todo á la ciencia de la vida, objeto que tenian ya por blanco los Italianos desde Pitágoras, sin que desde entónces lo llegáran á desatender sus mejores filósofos.

Penetraron despues en la filosofía romana las ideas extranjeras; y á la historia de la filosofía importa el exámen de las demas obras de Ciceron, quien, sin crear nada, lo resumió y hermoseó todo. Cuanto habia allí de original no tardó en hallarse mezclado con el torrente griego hácia el cual corrian todos á tomar modelos. Los filósofos griegos estaban en decadencia por aquella época por los motivos que ya conocemos; no peroraban sin embargo ya en la sola Aténas, habiéndose esparcido por el Asia Menor, el Egipto, la Grecia, el África y la Europa. En Ródas enseñaba Posidonio, filósofo estóico, que era la secta que mayor aceptacion tenia en Roma. Ciceron veía florecer en Aténas la escuela de Epicuro bajo la direccion de Fedro y Patrono; la académica bajo la de Antíoco y Aristo; la peripatética bajo la de Cratipo, y hasta á Marsella enviaban los Romanos á educar sus hijos. Cuando los filósofos griegos se vieron llamados á instruir á tales alumnos, se remontaron á las fuentes, y se renovó el estudio de Platon y de Aristóteles. Así, mas que un impulso espontáneo hácia la verdad, era esta una escuela de erudicion, de tal suerte que se despertaron entónces várias sectas ya olvidadas en Grecia. Prevalecian, sin embargo, las cuatro de los nuevos académicos, peripatéticos, estóicos y epicúreos, bastante diversas entre sí.

(1) La definicion de la persona es : « Homo cum statu quodam consideratus; entendiéndose por estado : Qualitas, cujus ratione homines diverso jure utuntur. »

(2) Véase el Libro V, c. 4.

Epicúreos.

Los epicúreos predicaban la conveniencia de gozar los placeres del cuerpo y del espíritu; no abandonarse á los sentidos de una manera repugnante á la razon, ni dejar que esta se convirtiera en tirana de aquella; evitar las sensaciones dolorosas y procurar las agradables, porque el placer era en su concepto la verdadera sabiduría. Pero aconsejaban que se evitára como enemigo del placer el exceso, que produce disgusto y debilidad, por lo cual no se puede encontrar aquel mas que en la virtud, que consiste en moderar las pasiones. Miéntras los hombres, decian, abandonados al amor, á la ambicion y á la avaricia pecan y se deshonran, mira el sabio desde la orilla sus tempestades, y se aleja cuanto mas le es posible de los negocios públicos que ocasionan peligros y dolorosos desastres.

Estóicos.

Impías parecian tales máximas al rígido estóico, el cual decia : « Los sentidos son lo que tenemos de comun con los brutos; lo que de estos nos distingue, es la inteligencia pura, inmaterial, que nos aproxima á la Divinidad, de la cual emana. La virtud consiste en emancipar el alma de los sentidos, hacerla independiente de las pasiones y conservarle el libre albedrío. Los dolores, las enfermedades, la muerte, no son males, pues solamente es malo aquello que contraría el órden eterno de la Providencia. Todo lo que altera nuestra divina existencia es vicio, y virtud lo que la mantiene pura. No hay, pues, gradacion alguna entre el vicio y la virtud, y todo vicio es una impiedad, porque ultraja á la Divinidad. Virtuoso es el que conserva el imperio de su inteligencia, hace independiente á su alma, y con imperturbable conciencia y previsora razon sigue impertérrito cuanto una y otra le prescriben. La Providencia asignó al hombre un lugar en este admirable universo, donde no ha nacido para sí solo, sino para la patria, la familia y los amigos. Debe, por consiguiente, tomar parte en los asuntos públicos, á fin de que triunfen las leyes y la libertad, aquella libertad sin la cual no hay decoro ni moralidad. Para asegurarla, ha de hacer el sabio cuanto le sea posible, y viviendo así, habrá cumplido su mision, haya ó no otra vida. »

Platónicos.

Esta confianza en sí mismos era tenida por orgullo por los platónicos, quienes afirmaban que no en el hombre, sino solo en la Divinidad, puede hallarse la verdadera sabiduría, y que solo en la contemplacion de esta puede obtenerse la fuerza que hace al alma capaz de alcanzar en otra vida aquella felicidad que en esta no se consigue. Conviene por lo tanto, decian, estudiar las maravillas del universo, que son para el que las comprende, como la escala para subir hasta el Supremo Hacedor; y con la adoracion de su omnipotencia elevarse á ese éxtasis que es el preludio de los goces celestes reservados á la virtud. La vida, añadian, es un soplo, y una lucha contra el vicio, la desgracia y la muerte. Haceos superiores á las pasiones y á los cuidados del mundo, indignos del sabio, y que lo apartarian de su fin. Todo emana de Dios; á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Dios vuelve todo: en él solo está la virtud; fuera de él, no hay nada mas que delito y error.

Escépticos. Pero este elevado platonismo ya no tenia entónces prosélitos, y habia venido á parar en una nueva escuela, que conducia al escepticismo y á la probabilidad de todas las opiniones. No proclamaba esta escuela la contemplacion, sino la razon y el exámen de los principios, con lo cual concluía mostrando la vanidad de todos los sistemas, y afirmando que nada habia en ellos de cierto, ó á lo ménos, nada que la razon humana pudiera demostrar. La moral misma en su concepto no se asentaba sobre bases sólidas; lo que habia sido vicio en una época, se llamaba virtud en otra; el clima, el tiempo y la edad cambiaban la medida del bien y del mal. Fuera, pues, las ilusiones, fuera las preocupaciones de escuela ó de educacion: examinemos, decian, la naturaleza de las cosas y su orígen de manera que nos proporcionen las nociones mas aproximadas á la verdad, dispuestos, no obstante, á repudiarlas apénas se nos demuestre lo contrario. Fortalecida en esta contínua gimnástica aprenderá nuestra razon á discernir mejor las causas y los efectos y lo que conviene ó no á nuestra naturaleza y al bien de la sociedad.

Los cínicos no podian hacerse á las refinadas costumbres de las clases elevadas, únicas que se dedicaban á la filosofía. El escepticismo se avenia mal con el espíritu de gente práctica como lo era la romana; y sin embargo, nacia del modo mismo de considerar las escuelas como diversos puntos de vista de la verdad misma. Mas activa influencia tuvo la escuela estóica, porque su severidad moral se acomodaba mejor al sentido práctico de los Romanos.

Pero en resúmen, estos sistemas eran mas bien de escuela que de práctica; ejercicios de penetracion mas bien que verdadero amor á la ciencia, y sus diferencias dependian del diverso punto de vista que cada escuela adoptaba. Se venía, pues, á parar en el eclecticismo, eligiendo cada uno lo que le parecia mejor en la secta que adoptaba, lo cual conduce á un sistema sin conexion alguna, á descuidar el encadenamiento científico y á detenerse en lo verosímil. Si resulta una ventaja de este método, es el impedir la falsa interpretacion propia de una filosofía parcial, y llegar á una moderacion de resultados, ignorada de los mayores filósofos, moderacion que sin embargo proviene de debilidad, y por consecuencia es vacilante. Por lo demas, escuela propiamente dicha no se formó en Roma; se estudiaba la filosofía como necesario elemento de cultura, como conveniente para formar al orador, como fuente de firmeza y consuelo en las calamidades; y por eso se preferia la escuela estóica, que pudo considerarse una preparacion á las virtudes evangélicas.

El epicureísmo era mas bien practicado que enseñado: quien en Roma lo cultivó con mas fama fué Filodemo de Celesiria, mas culto de lo que solian ser los de su secta, y autor de poesías muy ingeniosas (1); y parece que el último que lo enseñó como escuela fué Siron, maestro de Virgilio y de Varo. Lucrecio puso despues en verso ses teorías, que agradaban aun á muchos hombres ilustres, y que preparaban contra los males políticos una defensa, negando que hubiese otra vida despues de la terrena, y aconsejando que con la moderacion se evitasen en esta en lo posible los dolores. Aun cuando Sila llevó á Roma (2) las obras de Aristóteles, permanecieron encerradas en su biblioteca hasta que el gramático Tiranion las publicó. Corregidas luego y adicionadas por Andrónico de Ródas, contemporáneo de Ciceron, se multiplicaron sus copias; pero continuaron siendo tan poco comunes, que hasta personas eruditas conocian á dicho filósofo (3).

De los muchos Latinos (4) que escribieron de filosofía, ninguno tuvo ni gran doctrina ni bastante elegancia; los libros del mismos Varron, mas bien que instruir, estimulaban á instruirse (5), hasta que Ciceron vertió entera la Grecia en Roma, iniciando á los últimos descendientes de Pompilio y Cincinato en las delicadezas de la filosofía griega. Cuando le disgustaban las negocios, se refugiaba en la filosofía, y exceptuados los trabajos juveniles (traducciones del griego ó discusiones retóricas), compuso las demas obras en los obligados descansos ó en medio de grandes peligros, en tiempo del primer triunvirato y bajo la dictadura de César. En vano, sin embargo, se prometia la paz en los estudios, comprendiendo que si estos robustecen mas al espíritu, no dan sin embargo un remedio duradero, ántes por el contrario hacen mas sensibles los padecimientos. Cuando le halagaba la esperanza de poder con gloria ocuparse en los negocios del Estado, volvia á la vida pública. Porque en la filosofía como en toda su educacion, se proponia un fin político y literario; queria ejercitarse en escribir, cuando ya no le daban ocasion para ello las arengas. En el proemio de las *Tusculanas* confiesa el pesar que le causaba ver que muchas obras latinas estaban escritas descuidadamente por hombres sabios, y que

(1) Ciertamente á él alude Ciceron en la arenga contra Pison, y lo llama « non philosophia solum, sed etiam Citeris, quod fere ceteros epicureos negligere dicunt, perpolitus. Poema porro fecit ita festivum, ita festivum, ita concinnum, ita elegans nihil ut fieri possit argutius. » Acaso alude á los epigramas que tenemos de él en la *Antologia*.

En las excavaciones de Herculano se encontraron tres traslados de Filodemo, *de la Música, de la Retórica, de la Virtud y de los Vicios*, que se esperaba diesen á conocer mejor el epicureísmo; pero añadieron poco los fragmentos descifrados.

(2) Véase tomo I, pág 542.

(3) « Rhetor autem ille magnus, ut opinor, hæc aristotelica se ignorare respondit. Quod quidem minime sum admiratus, quum ab ipsis philosophis, præter admodum paucos, ignorarentur. » Cic., *Topica* I.

(4) Ciceron habla de aquellos *qui voluerunt se philosophos appellari, quorum dicebantur esse latini sane multi libri.*

Entre los filósofos latinos no queremos olvidar á Cerelia, alabada por Ciceron como *mirifice studio philosophiæ flagrans*, y amada por él demasiado, si creemos á Dion, XLVI.

(5) « Multi jam esse latini libri dicuntur, scripti inconsiderate ab optimis illis quidem viris, sed non satis eruditis. Fieri autem potest ut recte quis sentiat, sed id quod sentit, polite eloqui non possit... Philosophiam multis locis inchoasti (o Varro) ad impellendum satis, ad edocendum parum. » *Quæst. A. I.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

muchos que pensaban bien no sabian despues exponerlo elegantemente, lo cual era á su juicio abusar del tiempo y de la palabra. En los *Oficios* recomienda á su hijo la lectura de sus discusiones filosóficas : « En cuanto al fondo piensa » lo que quieras; pero esta lectura no podrá » ménos de darte un estilo mas fluido y rico. » Sin vanidad puedo decir que si bien cedo á » muchos en punto á ciencia filosófica, por lo » que hace al arte del orador, esto es, á la » pureza y elegancia del estilo, he consumido » la vida en este ejercicio, por lo que no hago » mas que usar un derecho mio reclamando el » honor de la primacía. » Amaba la gloria romana, y le disgustaba que en la literatura quedase algun vacío, por lo que pensaba llenarlo (1) : los Griegos mezclaban versos en sus obras, y él hizo otro tanto, no disimulando que los suyos eran traducciones (2).

Elegantísimo disertador, todo lo expone, todo lo traduce, todo lo ilustra; describe la historia de la filosofía griega con admirable suavidad y pureza (3); sin embargo, careciendo de la fuerza de ingenio que crea, eligió las opiniones mas adecuadas á su carácter, á su siglo y á su nacion. De esta manera no podia llegar mas que á un moderado escepticismo en los escritos, y en la acciones á una vida regular, sin los grandes sacrificios para los cuales se requiere mucho mayor ánimo. Filósofo por casualidad, adquiere importancia por haberse perdido las obras donde aprendió. Lo mas á que aspira con los lectores es al mérito de haberles dado método, y haber añadido su propio juicio al de aquellos. Con este intento, no copia tanto de Aristóteles y Platon como de los estóicos, de los epicúreos, de los nuevos académicos, mas inmediatos á él, cuyas obras no era difícil mejorar. Crisipo, jefe de los nuevos estóicos, que introdujo un método indeclinable, una verdad absoluta y sin gradaciones, el geométrico sorites que excluye toda probabilidad, debia desagradar á Ciceron que veía con esto ahogada la elocuencia, la inventiva, la inspiracion, aquellas conjeturas por las cuales se aventura el espíritu humano en la senda de los descubrimientos.

Nuevos académicos.

La escuela preponderante entónces, esto es, la secta de los nuevos académicos, mostraba con ligereza cómo se llegaba á consecuencias opuestas, deduciendo razones en pro y en contra de las otras sectas. Esta manera se acomoda al gusto general, que quiere tener una tintura de muchas cosas, mas bien que profundizar una. Y precisamente para difundir tal gusto, Ciceron, discípulo de aquella escuela, no manifiesta de una manera absoluta su opinion y halla verosímiles várias de las otras; solo alguna vez se mantiene servil á la autoridad de Sócrates, Platon y Arcesilao, ó hace elogios de los estóicos, porque esto se adapta á la filosofía popular que quiere defender, fuera de que sus máximas generales sirven bastante oportunamenie á la elocuencia, si bien tiende á escarnecerlas cuando se burla del severo Caton. En el fondo, por lo tanto, es la filosofía para él como para sus contemporáneos una coleccion de trozos escogidos particulares sobre cuestiones dadas (1); y así la divide en *lugares*, de los cuales trata con independencia unos de otros. Y si con esto deja de examinar frecuentemente los fundamentos de la investigacion y el método, en cambio huye de las consecuencias exageradas : quiere una filosofía con la que pueda acomodarse la vida; no la filosofía del sabio, sino la del hombre bien educado.

Satisfecho con la probabilidad y ecléctico en grado supremo, sin convicciones propias, afirma tantas cosas en sus escritos, que se duda si verdaderamente habia meditado alguna : ni persuade al entendimiento ni determina la voluntad. Así como varía de estilo, de lenguaje y de tono, segun que sigue á uno ú otro, así tambien con demasiada frecuencia cambia de dictámen segun el partido á que se acerca; y no se apura demasiado cuando le falta la lógica en su intento de conciliar opiniones diferentes. Muchos fueron los pensadores que entre las exageraciones de las escuelas escogian un término medio. Ciceron propendia á elevarse con Platon en alas de la inteligencia hácia el idealismo y lo abstracto, pero templaba sus ímpetus ó con el método experimental de Aristóteles, ó con la austeridad estóica. Conocia que para alcanzar poco, es preciso haber estudiado mucho; que es difícil filosofar sobre un punto, y que debe abrazarlos todos el que quiera conocer en el encadenamiento general el valor y el sentido de cada parte. Se eleva, pues, á la investigacion del supremo bien; pero siempre quiere que los deberes resultantes de la sociedad sean preferidos á los que se derivan de la indagacion científica, y opina que se debe prescindir de toda investigacion, apénas se presente ocasion de obrar.

Si entre sus contradicciones nos proponemos sin embargo hallar su sistema, encontramos que hace obrar el cuerpo y el alma uno sobre otro, predominando, no obstante, esta última, á la cual sirven los sentidos de nuncios. Unas veces afirma que el juicio de estos es claro y cierto, aun cuando sometido á ilusiones; otras coloca el criterio de la verdad en la mente, ó sea en la idea; y el alma en la razon como su principio, y en la cabeza como su asiento, dominando á la cólera, que reside en el pecho, y á la codicia situada bajo la region del corazon. En esto se ve que concuerda con Platon, al cual, sin embargo de tener en mucho á Aristóteles, respeta hasta el punto de someterle su propio

(1) « Sic parati ut... nullum philosophiæ locum esse pateremur, qui non latinis litteris illustratus pateret. » *De divin.*, II, 2.

(2) Απογραφα « sunt, minore labore fiunt; verba tantum affero, quibus abundo. » *A Atic*, XII, 52.

(3) De sus diversos pasajes se compiló una historia de la filosofía griega con el título de M. T. *Ciceronis historia philosophiæ antiquæ, ex omnibus illius scriptis collegit, disposuit, etc.* F. Gedicke. Berlin, 1801.

(1) *Tusc.*, V, 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

raciocinio (1). Como él, piensa que es el alma una cosa celeste ó divina, y por consiguiente eterna, y su principal facultad la inteligencia; y la reconoce dotada de algunas virtudes involuntarias, como la aptitud de aprender y retener, y el ingenio; y de otras voluntarias, como la prudencia, la fortaleza y la justicia. Participando del Ser divino, deberia ser inmortal; pero las penas del Tártaro son para él locuras de mujercilla.

Aun cuando admitida por los platónicos, rechaza la adivinacion de los sueños, y asimismo las apariencias y las imágenes, poniendo la causa de las visiones nocturnas dentro de nosotros mismos y en nuestro pensamiento, como si presintiese la vida del alma independiente de los sentidos durante el sueño, y la asociacion de las ideas como causa de los sueños.

Pareciéndole débilmente probada la existencia de Dios por los argumentos de los estóicos, la apoya en el consentimiento de todos los pueblos, en el presentimiento de las cosas futuras, en la conveniente disposicion de las cosas celestes y terrestres, en el movimiento y órden de la naturaleza, y asienta esta nocion como un principio de verdad, necesario para argumentar. Quiere que cada cual profese la religion de sus padres, pero que el filósofo tenga derecho á investigar sus pruebas; la considera, no obstante, como un recurso social fundado sobre cierta verdad general, que no es bueno dar á conocer al pueblo, porque no conduce mas que á la duda. Alguna vez enseña que Dios es la norma de las acciones virtuosas, y otras veces que es la razon; pero ántes de acusarlo de contradiccion (2), es menester reflexionar que los antiguos suponian en la razon humana un elemento que llamaban Dios, de manera que para ellos seguir á la razon equivalia frecuentemente á seguir á Dios. Identificando por tanto á Dios con la luz de la razon, decia Tulio que « la recta » razon es verdadera ley conforme á la natura- » leza difundida en todos : no se debe buscar » para ella otro intérprete, ni es diversa en tiem- » pos ó lugares, sino que el único maestro co- » mun y dominante es Dios, descubridor, juez » y donador de aquella ley (3). » En cuanto al hado, segun Ciceron, una necesidad, sino un órden de causas que producen efectos : causa primera es la razon, efecto la materia; pero el fondo es eterno, infinito, impulsado por perpétuo movimiento.

En cuanto á la dialéctica, se valió de ella para buscar el criterio de lo verdadero y de lo falso por medio del axioma, de la discusion y de la razon, deduciendo que lo verdadero está en las cosas buenas, en la virtud, en lo honrado y justo.

Platon, que ejerciendo la filosofía como arte, no dejó ningun sistema verdadero completo, no podia servir de regla á Ciceron en la moral, y mucho ménos podian servirle los académicos, de quienes habian recibido los Romanos la filosofía, y que frecuentemente se habian adormecido en el escepticismo (1). Se atuvo, pues, á los estóicos, y donde estos se exceden en austeridad tiende la mano á Aristóteles; pero combate constantemente á los epicúreos y las demas escuelas que él llama plebeyas (2). Y en efecto, aunque no todos los secuaces de Epicuro llevaron hasta sus últimas consecuencias esa teoría que propone por último fin de las acciones el placer; y aunque algunos entendieron por placer, no el deleite de los sentidos, sino un estado de satisfaccion interna, separado del dolor, estaban todos de acuerdo en retraerse de los negocios públicos y encerrarse en el egoísmo, lo cual bastaba para merecer la desaprobacion de Ciceron, eminente patriota. Dice este, que segun la opinion de los mas sabios, la ley moral no es pensamiento de hombres, ni pacto ó decreto de pueblos, sino que tiene algo de eterna, una sabiduría que manda y prohibe (3), y cuya sancion está en la conciencia. El sumo bien, fin de la moral y suprema regla de la vida, consiste en la virtud ó en lo honesto, es decir, en lo que es laudable por sí mismo, sin idea de utilidad. Y aun cuando lo honesto parezca en ocasiones estar en pugna con lo útil, es siempre útil. Moral.

Decia Erasmo que siempre salia mejorado de la lectura de Ciceron. Verdadarmente, el ver la virtud expuesta y elogiada con elocuentes palabras, es cosa que consuela entre los tormentos de la vida y anima á obrar bien; pero si se busca en Ciceron una norma práctica, se advierte demasiado el vacío ó el exceso. Véanse las paradojas estóicas que sostiene. *El sabio no perdona ninguna culpa, y mira la compasion como debilidad ó locura. — El sabio, solo por ser sabio, es hermoso, aunque sea contrehecho; rico aunque se muera de hambre; rey aun siendo esclavo; quien no es sabio, es loco, proscripto y enemigo. Igual culpa se comete matando un pollo para la comida necesaria, que ma-*

(1) « Errare mehercule amo cum Platone, quàm cum istis vera sentire. » *Tusculanas* I.

« Ut enim rationem Plato nullam afferret, ipsa auctoritate me frangeret. » *Ibid.*

¡Cuánto mas racional es S. Agustin, que venera sí á lo platónicos, pero porque distan ménos de la verdad: « Isti philosophi cæteros nobilitate et auctoritate vicerunt, non ab aliud, nisi quod longo quidem intervallo, verum tamen reliquis propinquiores sunt veritati. » *De Civ. Dei*, XI, 5.

(2) Ni por consecuencia á Platon, que coloca el principio moral unas veces en asemejarse á Dios (ομοιωσις Θεῷ), otras en la razon (φρονησις).

(3) Este pasaje precioso nos lo ha conservado LACTANCIO, VI, 8 : « Est quidem vera lex recta ratio, naturæ congruens diffusa in omnes. Neque est quærendus explanator, aut interpres ejus alius : nec erit alia lex Romæ, alia Athenis; alia nunc, alia posthac; sed unus erit communis quasi magister et imperator omnium Deus; ille legis hujus inventor, disceptator lator. » En el 1º de las *Leyes* escribe : « Constituendi vero juris ab illa summa lege capiamus exordium, quæ seculis omnibus ante nata est, quam scripta lex ulla, ante quam omnino civitas constituta. »

(1) « Cum academicis incerta luctatio est, qui affirmant, et quasi disperata cognitione certi, id sequi volunt quodcumque verisimile videatur. » *De finibus*, II, 14.

(2) « Plebei philosophi qui a Platone et Socrate et ab ea familia dissident, appellandi videntur. » *Tuscul.*, I, 22.

(3) « Hanc video sapientissimorum fuisse sententiam, legem neque hominum ingeniis excogitatam, nec scitum aliquod esse populorum, sed æternum quiddam quod universum mundum regeret, imperandi prohibendique sapientia. » *De legibus*, II, 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tando á nuestro padre. El sabio de nada duda, jamas se arrepiente, no se engaña, no varía de parecer ni se retracta.

¿Quién creerá que con tales tésis pueda prepararse el entendimiento á la verdad, y á la bondad el corazon? Si el epicúreo coloca la suprema felicidad en el placer, debe el filósofo, intérprete del sentido comun, rebatir esta proposicion antisocial, presentando un precepto en oposicion á la inclinacion débil ó perversa de la naturaleza, y distinguiéndo lo agradable de lo honesto, cuya confusion quita toda base á los deberes. Pero desde el momento en que el estóico niega que el placer sea el bien, ¿dónde lo encontrará, pues que toda inclinacion del ánimo se dirige al placer? Si supone que hay un bien absoluto, y que la moral consiste en la adhesion de la voluntad del hombre á este bien (1), ¿podrá nunca convenir en esto el buen sentido cuando oye decir que Régulo no padeció (*non œrumnosum*) atormentado por los Cartagineses, y que es feliz el hombre virtuoso aun en el toro de Faláris? Esta imágen de un sabio era grandiosa; pero cuando se preguntaba á Ciceron y á los demas estóicos si era posible encontrar uno semejante, unos lo dudaban y otros lo negaban; y por lo tanto, su moral se destruía á sí misma por la fuerza de la lógica. Y en efecto, la virtud y la felicidad son diferentes esencialmente (2), ni la una implica necesariamente la otra, pudiendo ser desgraciado el virtuoso, y hallarse en la prosperidad el impío en este mundo, donde no todo concluye. Generalmente no parte Ciceron en sus preceptos de principios generales, sino de la observacion de la vida; quiere ser útil al pueblo romano, y por eso no presenta reglas demasiado severas. No encierra lo honesto en la moralidad; ademas del asentimiento del pueblo quiere el de la conciencia; pero recomienda no salir demasiado de las vias comunes, aun cuando no estén de acuerdo con la rígida moral. Cree que el abogado puede sostener una causa no del todo justa, y que pueden hacerse en obsequio de los amigos cosas que no hariamos en favor nuestro (3).

Así, pues, une la honradez con la conveniencia, de manera que algunas veces no las distingue; dice que cada uno, en sus propios actos, debe tener en consideracion su naturaleza, en la que siempre hay algun defecto; que ninguno está obligado á lo imposible; que unos son mas idóneos para esta virtud, y otros para aquella otra. En los *Oficios* no establece bastante distincion entre la eleccion de un estado y la de los principios morales.

Al principio hemos dicho que nos fijaríamos en las doctrinas que se refieren á la conducta del hombre, por lo cual pedimos excusa por detenernos en el filósofo que resume en sus obras la moral mas pura de que fué capaz el mundo pagano, moral que tanto influyó en las leyes y costumbres romanas. Pero Ciceron no llegó á borrar el distintivo que caracterizaba todas la ciencias filosóficas de los Gentiles, para los cuales (ya lo hemos dicho) no tenia el hombre un valor absoluto, sino solamente uno relativo y subordinado á la sociedad (1). Bías, que al salir desnudo de entre las ruinas de su patria, exclama: *Conmigo llevo todo mi bien*, es modelo de una virtud individual, cual convenia al estóico puro; y Ciceron hace un maridaje defectuoso cuando á esta doctrina, en que es indiferente el bien ó el mal que otros sufren, y por consiguiente vano socorrerlos ó favorecerlos, asocia la de Aristóteles y de Platon, fundadas en el principio de la sociabilidad; y peca contra la lógica cuando hace tipo de virtud al hombre que por fin de sus acciones se propone el incremento de la patria. Porque aunque la sociabilidad es un elemento de la virtud, yerra quien coloque á esta enteramente en aquella, quien haga criterio de moralidad la utilidad de la patria. ¿No vemos á Roma justificar con esta moral pésimas iniquidades? Y sin embargo, con ellas se conforma Ciceron cuando presenta el modelo de un ciudadano perfecto: « Imitemos (dice) á nuestros Brutos, Camilos, » Decios, Curios, Fabricios, Máximos, Escipiones, » Léntulos, Emilios y otros innumerables que » afirmaron esta república, y á quienes yo coloco » en el catálogo de los dioses inmortales; amemos » la patria, obedezcamos al Senado, sostengamos á los buenos, despreciemos las ventajas » presentes, por servir á la posteridad y á la » gloria; juzguemos mejor lo que sea mas recto, » esperemos lo que nos agrada, pero soportemos » lo que suceda; pensemos, en fin, que el cuerpo » de los fuertes y de los grandes hombres es mortal; pero sempiterna la gloria del alma y de » la virtud (2). »

En estas últimas palabras se puede advertir ya otro error de Ciceron, que se presenta mas patente cuando asegurando que el virtuoso debe bastarse á sí mismo, llega á la objecion de la muerte y niega que sea esta un mal, porque *sobrevive la gloria* (3). Pero el hombre para quien son necesidades la gloria y los aplausos, ¿se basta á sí mismo? Á esto le conducia el eclecticismo.

Las preocupaciones patrias, ademas, no le dejaban juzgar rectamente de las iniquidades que

(1) « Quid est igitur bonum? Si quid recte fit et honeste et cum virtute, id bene fieri vere dicitur; et quod rectum et honestum et cum virtute est, id solum opinor bonum.» *Paradoja* I. Es un paralogismo.

(2) Esta proposicion fulminó Ciceron contra Zenon, el cual « nihil utile quod non idem honestum nihil honestum quod non idem utile sit, sæpe testatur; negatque ullam pestem majorem in vitam hominum invasisse, quàm eorum opinionem qui ista distraxerint. » *De Off.*, III, 7.

(3) « Quæ in nostris rebus non satis honeste, in amicorum fide honestissime (*Amic.*, 16) ut etiam si qua fortuna acciderit ut minus juste amicorum voluntates adjuvandæ sint, in quibus eorum aut caput agatur aut fama, declinandum sit de via, modo ne summa turpitudo sequatur. » *Ib.*, 17.

(1) Á las pruebas que hemos aducido puede añadirse la autoridad de Platon, el cual, al prohibir la mentira, y al decir que aun el reo está obligado á decir la verdad al juez, dispensa de ella á los magistrados cuando importa al bien de la república. *De republ.*, V.

(2) *Pro P. Sextio*, 68.

(3) *Laus. Paradoja* II, Véase Rosmini, *Filosofía de la moral.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

todos los dias presenciaba. Le hemos oido compadecerse mas de los elefantes que de los hombres que combaten en el circo; le hemos tachado de inconsecuente cuando reprendia á Vérres como exceso de impiedad el crucificar un *ciudadano*, al paso que no excitaba su indignacion la muerte de millares de *hombres* expuestos cada dia á los tormentos (1). Y en la misma oracion refiere él mismo, que siendo pretor en Sicilia Lucio Domicio, mató un esclavo un jabalí de enorme tamaño, por lo que quiso el pretor ver á aquel hombre diestro y forzudo; pero en cuanto supo que un chuzo le habia bastado para aquel golpe, en vez de elogiarlo, concibió de él tal sospecha, que le hizo crucificar bajo el cruel pretexto de que estaba prohibido á los esclavos usar arma alguna. Acostumbrados á la desapiadada legalidad de los Romanos, este rasgo nos causará ménos horror que la frialdad con que al contarlo Ciceron concluye: *Esto podrá parecer á alguno severo; en cuanto á mí, no sostengo que sí ni que no* (2).

Hasta en el libro tan aplaudido de los *Oficios* no atiende al hombre, sino al ciudadano, y despreciando á la multitud trabajadora y útil, solo da preceptos al magistrado ó al general: enseña el modo de adquirir honor con el Estado, cómo conducirse en los gobiernos, cómo infundir respeto y obrar con decoro, pero nada respecto de la familia, nada sobre las diarias relaciones del hombre con el hombre. Ademas, se siente allí una gran falta que yo inclino á imputar al mismo Ciceron, mas bien que á Panecio (3) á quien traduce (4) ó compendia: me refiero á la omision de los deberes del hombre hácia la Divinidad, sin los cuales no basta lo justo á imponer eficazmente el deber, ni á determinarlo siempre, ni aun á sancionarlo.

Estableciendo en este libro que los deberes del hombre deben sacrificarse á los de ciudadano, escribe: « Quien mata á un tirano no es reo, aun » cuando aquel fuere su amigo; ántes bien el » pueblo romano considera esta accion como un » esfuerzo de virtud. No hay sociedad posible » entre nosotros y los tiranos, sino declarada » oposicion. Es un deber exterminar esa sacrílega » canalla. Así como se corta un miembro cuando » perjudica al cuerpo entero, del mismo modo » es menester rechazar de la especie humana » esas bestias feroces que solo tienen de hombres » la figura (5). » Este violento arranque causaba mas sensacion por estar en un libro compuesto de principios medios y de frio análisis; de manera que debió de obrar poderosamente en el ánimo de la juventud de Aténas, entre la que estaba muy difundido, y sirvió sin duda para impulsar á muchos al partido de los tiranicidas; pero Ciceron no tardó en disgustarse de estos, y vió que otros ambiciosos reemplazarian á César, sin tener sus méritos.

En suma, en la filosofía de Ciceron se encuentra poco ó nada de sus oponiones particulares. Respecto de las demas, vacila, como todas las cosas de entónces: conoce el error de las creencias vulgares, pero frecuentemente confunde con estas aun las cosas mas ciertas, hasta la existencia de Dios y la inmortalidad dei alma (1). De la experiencia ó del conocimiento del mundo deduce proposiciones verdaderas, sutiles, evidentes; pero donde necesita investigar los fundamentos de la verdad se confunde y ofusca. Valiéndose de las definiciones griegas, aunque las palabras no tenian igual significacion; respetando las conclusiones de los Griegos, aun cuando deducidas de diversas premisas, rompe el hilo del recto raciocinio, y se muestra incapaz de penetrar en el fondo de la ciencia; tanto mas cuanto que esta era cultivada por él como un pasatiempo ó como auxiliar de la elocuencia y medio de ilustrar las ideas prácticas ó de expresarlas (2). Las aplicaciones son las mas de las veces generosas; y si en algunas se echa de ver el sello de su carácter como cuando dice que se debe ejercer la virtud de modo que no perjudique á la salud y que es de sabios acomodarse á los tiempos y sufrir con paciencia la borrasca en la navegacion (3), complace oirlo proclamar en la Roma de César y de Marco Antonio que el objeto de la guerra es la paz, y de que no se debe emprender aquella sino para reparar la ofensa (4).

Si en la filosofía es demasiado romano, ¿qué será en política? Sus ideas médias le hacian representante de los nuevos principios de moral y de equidad, que se abrian paso al traves de la rigidez del sistema jurídico italiano. La sensatez popular y las necesidades de los oprimi-

(1) Véase arriba, pág. 63.

(2) « Durum hoc fortasse videntur, neque ego in ullam partem disputo. » *In Verrem*, V, 3.

(3) Panecio como estóico no podia olvidar los deberes religiosos. Ciceron tuvo á bien omitirlos; despues no se acordó de la omision, y cuando al concluir el libro 1º recapitula los varios deberes, pone en primer lugar los que son relativos á Dios, refiriéndose á lo que cree haber dicho ántes: « Prima diis immortalibus, secunda patriæ, tertia parentibus... Quibus ex rebus breviter disputatis, intelligi potest, etc.»

(4) Véase *Ep. ad Att.*, XVI, 11, y *De off.*, II, 3. Tambien el libro de Panecio tenia el mismo título: περὶ καθήκοντος.

(5) Lib. III, 6, 21

(1) « Sæpissime et legi et audivi, nihil mali esse in morte, in qua si resideat sensus, immortalitas illa potius quam mors ducenda est; sin sit amissus, nulla videri miseria debeat quæ non sentiatur (*Ad fam.*, V, 16). Una ratio videtur, quidquid evenerit ferre moderate, præsertim cum omnium rerum mors sit extremum (VI, 2). Sed de illa... fors viderit, aut siquis est qui curet Deus » (*A At.*, IV, 10). Despues decia en plena asamblea: « Si quid animi ac virtutis habuisset, mortem sibi conscisset. Nam nunc quidem quid tandem illi mali mors attulit? nisi forte fabulis ac ineptiis ducimur, ut existimemus illum apud inferos impiorum supplicia perferre..... Quæ si falsa sunt, id quod omnes intelligunt, quid ei tandem aliud mors eripuit, præter sensum doloris? » *Pro Cluentio*, LXI. En cambio, en la oracion *Pro Rabirio* dice lo opuesto precisamente.

(2) Véase Ch. Garve, *Philos. Ammerkungen und Abhandlungen zu Ciceros Büchern von den Pflichten*, y la Nota II.

(3) « Ita sequi virtutem debemus, ut valetudinem non in postremis ponamus. — Temporibus assentiri sapientis est. — In navigando tempestati obsequi artis est. »

(4) « Bellum ita suscipiatur, ut nihil aliud nisi pax quæsita videatur..... suscipienda bella sunt ob eam causam, ut sine injuria in pace vivatur. » *De off.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dos habian roto aquellas aristocráticas barreras mucho mejor que la filosofía; no habiendo podido detener su irrupcion el espanto de los partidarios de las costumbres antiguas.

Los teoremas de las escuelas habian pasado tambien á la tribuna, donde por un lado negaba César francamente la inmortalidad del alma, miéntras el estoicismo oponia á la voluptuosa indiferencia máximas austeras; las cuales, no obstante, en vez de consolidar el órden antiguo, le rompian con el fatal refugio del suicidio, merced al cual era fácil librarse de la accion de la ley.

Carácter de Ciceron.

Su posicion política hacía de Ciceron, como se diria hoy, un conservador; no tanto, sin embargo, que contuviese sus arrebatos críticos. Dirigió su humor jovial y su fácil gracia contra los jurisconsultos, apegados todos á las fórmulas y adoradores supersticiosos del órden de las palabras y de las sílabas, de los ritos, de las acciones, y de las arbitrarias ficciones de su derecho (1). Se reía de los augurios, aun siendo augur: favoreció la justicia en perjuicio del derecho estricto, vanagloriándose de colocarla á la cabeza de sus edictos pretorios (2): declaraba, que no se debia buscar la fuente ó la regla del derecho en las Doce Tablas, sino en la profundidad de la razon (3); que la ley era la equidad, la razon suprema esculpida en nuestra alma (4), inmutable, eterna, de la cual el Senado no podia dispensarse, y que habia sido concebida, discutida y publicada por el mismo Dios (5).

Pero aun cuando Tulio pasó toda su vida en los negocios, no inventó nada nuevo respecto del Estado ni de las leyes. Lleno como estaba de patriotismo, mal podia juzgar de las instituciones nacionales en comparacion de las extranjeras. En su libro de las *Leyes*, no sabe mas que admirar las antiguas costumbres patrias. El reciente descubrimiento de los libros *De republica* despertó la mas viva curiosidad; pero ¿qué ideas nuevas contenian? Partidario de Platon, idólatra de Roma, no se remonta á las fuentes del derecho: no sabe hacer nada mejor que traducir el sexto libro de Polibio, donde este expone la constitucion romana, no obstante que prometió dar cosas sacadas de su propia experiencia y de las tradiciones de los antepasados, y superiores con mucho á cuanto habian dicho los Griegos (6). Los políticos se habian alejado de la idea de la justicia, insignemente expresada por Platon, tomando por norma lo positivo conforme con Aristóteles: esto hizo tambien Ciceron, dando por modelo la república romana, lisonjeándola mas de lo que debieran habérselo consentido los males de que era testigo, y cuyas causas y remedios no veía.

Entre las constituciones pospone á todas la democracia, porque no da á las personas ilustres mas que un grado elevado en dignidad, y prefiere la monarquía, que nivela la turba de las pasiones bajo una razon única; pero acaba por proponer una mixta de las tres formas. Esta es la idea de los tres poderes (1) ya indicada por el pitagórico Hipodámas, y aplicada despues por los pueblos modernos en Europa. Tal le parece la república romana, donde el elemento monárquico se halla en los cónsules, el aristocrático en el Senado, y el democrático en los tribunos y en las asambleas. Pero quisiera restringir el poder del pueblo, y da consejos acerca del modo de concederle una libertad aparente, quitándole en realidad el poder.

Tanto estos, sin embargo, como los libros del *Orador*, el *Bruto*, los *Tópicos*, y singularmente las *Oraciones*, son un tesoro de noticias para la historia del derecho; y tambien en ellos nos presenta este hombre eminente la enciclopedia de los Romanos. La ventaja, ademas del modo elegante y claro de escribir, eterniza las palabras del ingenio y las difunde. Estas *Oraciones* eran una introduccion popular de Ciceron á la filosofía, por lo que ejercieron suma influencia, no solo en la sucesiva escuela romana, sino tambien en las de los siglos modernos, mas de lo que haya cabido en suerte á filósofos profundos (2).

Su liberto Tiron recogió sus agudezas, preludio de aquellas *Ana* que tan populares fueron allende los Álpes. Esta coleccion pereció; no así la otra, hecha por el mismo liberto, de las *Cartas* á Ático, á su hermano Quinto y á varios personajes, las cuales forman la obra de Ciceron que mas interesa á la posteridad. Y sin embargo, no las destinaba él á la posteridad; por lo cual, á diferencia de tantas otras colecciones, no se presentan con afectacion, sino en traje sencillo, y muestran al hombre, no cual se adornaba para el público, sino cual se revelaba á los amigos, con sus terrores, sus virtudes, sus esperanzas y sus debilidades, y con otras mil cosas que el amor propio habria disimulado si se le hubiera ocurrido que podian caer en distintas manos de aquellas á que iban dirigidas. Como sucede generalmente con las cartas, estaban escritas de prisa, segun la impresion de los acontecimientos: y como se hallaba Roma entónces en su trance mas fatal, y estaban para estallar ó estallando sucesos de gravísima importancia, gusta extraordinariamente ver aquellas imperceptibles gradaciones de caractéres cuya descripcion se desprende sin saberlo de

(1) *Pro Murœna.*
(2 *Ad Atticum*, VI, 1.
(3) *De leg.*, I, 5.
(4) Ib., 6.
(5) *De rep*, III, 17.
(6) I, 22, 25,

(1) « Placet esse quiddam in republica præstans et regale; esse aliud auctoritati principum partum ac tributum; esse quasdam res servatas judicio voluntatique multitudinis. » *De rep.*

(2) La primera edicion completa de las obras de Ciceron, en la que se comprendieron tambien los fragmentos descubiertos por Mai en 1814-1822, por Niebuhr en 1820, por Peyron en 1824, es la de Leclerc en latin y frances 1821-25, 5) tomos en 8°; y 1825-1827, 35 tomos en 18°. La hecha por Pomba en 1822-54 es en 16 tomos en 8°.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la pluma del historiador en la narracion general, y el familiarizarse con los pensamientos y los raciocinios de un grande hombre y de los mas insignes de sus contemporáneos, que unidos en el sentimiento de un dolor comun, exponen la parte que cada uno sufre en particular de las desgracias públicas, y el despecho de verse reducidos por César á la nada, ó tenidos por sospechosos y perseguidos como tales por los vengadores de este.

Allí no hay artificio alguno de elocuencia; habla con el corazon en la mano : la lengua misma, suelta por la oratoria periódica, se hace llana, y se aproxima al discurso doméstico; y si bien las multiplicadas alusiones, los proberbios, las prudentes reticencias, naturales en semejantes escritos, las hacen á veces ménos claras, ¡qué admiracion no causan la elegante naturalidad tan distante de la florida afectacion que prevaleció despues, la erudicion espontánea, la gracia, la concision, el feliz consorcio del ingenio y el gusto (1)!

CAPÍTULO XXV

Eruditos é historiadores.

No nos deja demasiado favorable concepto de la erudicion de los Romanos en general la lectura de sus libros. Para referir Tito Livio las glorias de su país, sigue, y con frecuencia traduce á un extranjero; tampoco entró en los templos de Roma á leer y examinar los tratados y monumentos antiguos conocidos de Polibio y Dionisio : pocos tambien entre los mas doctos vieron las obras de Aristóteles, aun cuando habia copias de él en Roma : Ciceron, que lo supo todo, no conoció sino por un *se dice* á los Latinos que escribieron ántes que él de filosofía (1). Los antiguos ignoraban en general las lenguas extranjeras, y los intérpretes no servian más que para los negocios. César, que por tanto tiempo hizo la guerra en las Galias, ignoraba su idioma; y en la correspondencia, queriendo servirse de una cifra para que no entendiese el enemigo sus comunicaciones, adoptaba el alfabeto griego. Por esta razon daban escasas é inexactas noticias sobre las costumbres, y aun peores respecto de las religiones extranjeras : Esquilo mostró ignorar enteramente la de los Persas; Herodoto no los considera sino bajo el aspecto helénico. No sabemos tampoco que los filósofos griegos hiciesen traducir las obras de los filósofos extranjeros, como los Persas, los Indios y los Hebreos. Así es que daban á las traducciones é imitaciones un mérito igual al de las obras originales, y era gloria lo que hoy reputariamos nosotros plagio.

Bibliotecas.

Sin embargo, se habian reunido en Roma muchas bibliotecas. Paulo Emilio, como otros nobles, trasladó á la ciudad para recreo de sus hijos la de Perseo, rey de Macedonia : Cornelio Sila se llevó de Aténas la de Apelicon Teyo, que fué puesta en órden por Tiranion, el cual reunió igualmente una de treinta mil volúmenes : mas insigne la tuvo el fastuoso Lúculo, que consintió su uso á los eruditos de su tiempo, quienes se reunian allí en doctos coloquios. Tambien Ático tuvo una abundante, formada á lo que creo por los muchos esclavos que tenia copiando, en atencion á que en su casa todos sabian escribir; pero no la conservaba para instruccion, sino al contrario, para traficar con ella, como resulta de las cartas de Ciceron que le ruega muchas veces que no venda ciertas obras, porque espera poder él comprárselas (2), para añadirlas á las muchas que ya habia reunido con várias antigüedades. La mayor parte de los Romanos ricos tenian su biblioteca, aumentada con el trabajo de los esclavos; pero si bien los copistas estaban bajo la direccion de gramáticos destinados á coleccionar y corregir, preciso es decir que estos tambien descuidaron el arte cuando tan incorrectos salian los textos (3). El primero que pensó en formar una biblioteca pública fué César, y confirió este cuidado á Varron, cuyo pensamiento, que interrumpió la muerte, realizó Asinio Polion :

(1) Es notorio que muchas obras de los antiguos perecieron cuando encareciéndose el papel por haber cesado la exportacion de Egipto, se borraba lo primitivamente escrito para escribir encima. Se suele atribuir la culpa de esta invencion á los frailes, y sin embargo, una carta de Ciceron convence de que hasta en su tiempo se practicaba así. « Ut ad epistolas tuas redeam, cætera belle; nam quod in palimpsesto, laudo equidem parcimoniam; sed miror quid in illa chartula fuerit, quod delere malueris quam exscribere : nisi forte tuas formulas; non enim puto te meas epistolas delere, ut deponas tuas. An hoc significas, nil fieri? frigere te? ne chartam quidem tibi suppeditare? » *Ad fam.*, VII, 18. Sobre los palimpsestos y las notas tironianas volveremos á hablar en el lib. XIII.

Resulta tambien de esas epístolas la falta de respeto al secreto de las cartas, y lo poco que se distinguian los caractéres. Ciceron encarga á Ático que escriba á su nombre : *Tu velim et Basilio, et quibus præterea videbitur, conscribas nomine meo*, XI, 5, XII, 19. *Quod literas quibus putas opus esse curas dandas, facis commode*, XI, 7; y lo mismo dice en el 8, 12 y en otros lugares. Alguna vez indica que escribe de su propio puño, como si su mayor amigo no pudiera conocerlo : *Hoc manu mea*, XIII, 28. En otra parte dice al mismo : « He creido conocer la mano de Aléxis en tu carta. » XVI, 15; y Aléxis era el acostumbrado escribiente de Ático. Bruto escribe á Ciceron desde el campo de Verceli : « Lee la carta que dirijo al Senado, y si te parece varíala. » « Ad senatum quas literas misi velim prius perlegas, et siqua tibi videbuntur, commutes. » *Ad fam.*, XI, 19. ¡Un capitan que da facultad al amigo para alterar una comunicacion oficial! La reflexion es de De Maistre. Ciceron mismo abre la carta de su hermano Quinto, creyendo encontrar en ella grandes arcanos, y la hace llegar á poder de Ático diciéndole : « Envíala á su destino : está abierta, pero nada hay en ello de malo, porque creo que tu hermana Pomponia ha de tener el sello de Quinto. »

De aquí la gran importancia dada al sello, aun mas que á la firma. En efecto la letra, ademas de ser tan parecida, podia falsificarse fácilmente ó sobre las tabillas de cera ó sobre el pergamino. Por tanto, eran frecuentes los testamentos enteros falsos, como aparece en el código de Justiniano, *De lege Cornelia de falsis*, lib. IX, tit. 22.

(1) Véase, arriba, pág. 167, nota 4.

(2) « Libros tuos conserva, et noli desperare eos me meos facere posse, quod si assequero, supero Crassum divitiis, atque omnium vicos et prata contemno; » *Ad Att.*, I, 4. « — Bibliothecam tuam cave cuiquam despondeas, quamvis acrem amatorem inveneris : nam omnes vindemiolas eo reservo, ut illud subsidium senectuti parem; » 10. ¿Era buen modo de pedir?

(3) « De latinis (libris) quo me vertam nescio; ita mendose et scribuntur et veneunt. » Cic. *á Quinto*, III.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

despues Augusto unió una al templo de Apolo en el monte Palatino (1), y otra al pórtico de Octavia; y raras veces faltaba á los baños públicos un gabinete para la lectura.

Á pesar de esto, ninguno que haya puesto algun cuidado en estudiar á los Romanos, habrá dejado de admirar su descuido en examinar la antigüedad y averiguar el paradero de los documentos que son los ojos de la historia. Les precedió una civilizacion poderosa, cual fué la pelasga; los educó la etrusca, y ni de esta ni de aquella cuidaron, ya fuese por orgullo nacional, ó por la ciega preferencia que dieron á lo bello sobre lo verdadero. Tienen á Marco Terencio Varron como un erudito portentoso que habia escrito á los setenta y ocho años cuatrocientos noventa libros de todas materias; Ciceron lo alababa por haber hecho finalmente conocer á Roma á los ciudadanos que ántes estaban en ella como extranjeros (2), y los antiguos están de acuerdo en tributarle el título de *doctísimo;* pero no nos han quedado mas que tres de los veinticuatro libros que habia escrito sobre la lenga latina, y aun estos imperfectos; tres relativos á la agricultura, y algunos fragmentos. Si por estos queremos juzgarlo, aparece escaso de erudicion y falto de crítica; pueril en las etimologías, y ansioso de ir á buscar léjos lo que tenia en casa (3). Escribió tambien un tratado sobre el orígen de Roma, y fué el primero que fijó su cronología, enumerando los años desde la fundacion de la ciudad; despues compuso una coleccion de vidas de setecientos hombres ilustres con retratos, lo que parece suponer que se conocia ya un medio de multiplicar los dibujos.

Varron, nº 116. á. C.

Las historias escritas en Roma ántes de esta época (4) son mas bien ensayos que verdaderas historias; sin embargo, aquel siglo produjo últimamente otros historiadores dignos de figurar entre los primeros y como el mas ilustre de ellos Tito Livio. El descontento con que los grandes hombres observaban la decadencia de la patria, ó no afectó á Livio, ó lo hizo de una manera distinta que á los demas; porque miéntras Salustio, Suetonio y Tácito muestran cómo los vicios ocasionaron la caída de la república, él se complace en indicar que la virtud la llevó á tal colmo de grandeza (1), que en adelante permaneció como fatigada de su propio peso. Roma es su ídolo; el amor á Roma es la musa que le dicta la narracion, y que ofuscándolo con la persuasion de la eternidad de su patria, no le deja ver la virtud ni la justicia: disimula opresiones y perfidias, y cuando no puede hacerlo, las disculpa exagerando las faltas del vencido; quiere que entre las obligaciones de este, se cuente la de creer á Roma cuando se proclama de orígen divino (2), y excede á todos los demas historiadores paganos en mostrarse mas ciudadano que hombre.

Tito Livio n. 59 á. C.

Casi nunca le agita la duda: sabe las fábulas acerca de los tiempos primitivos, y se propone repetirlas sin afirmarlas ni combatirlas (3): tenia delante archivos inmensos; con solo subir al Capitolio podia interrogar las antiguas inscripciones, y no se cuida de ello, porque esto no hermosearia en nada su cuadro, y le es mas cómodo imitar y frecuentemente traducir á Polibio, equivocándose no pocas veces (4). Repugnaban á la grandeza de su cuadro las particularidades sobre la forma del gobierno, por lo cual las desprecia casi siempre, ménos cuando le obliga á ponerlas la narracion de la historia de las turbulencias que produjeron la igualdad y la libertad. Aun entónces se adhiere á un partido como siempre, y segun el espíritu de este juzga los hechos: y casi pide perdon si al tratar de la guerra púnica divaga hablando de las cuestiones relativas al lujo, promovidas por la ley Opia (5).

Concibiendo como poeta con una persuasion

(1) Fué en ella bibliotecario C. Julio Higinio, que escribió de las abejas y de las colmenas, Julio Ático y Grecino trataron del cultivo de las vides.

(2) *Acad. Quæst.*, I, 3: « Tus libros nos condujeron, por » decirlo así, á casa, á nosotros peregrinos y casi extranjeros » en nuestra ciudad, de modo que podemos conocer quiénes » somos y dónde estamos. Tú nos mostraste la edad de la » patria, las descripciones de los tiempos, la razon de las » cosas sagradas y de los sacerdotes, la disciplina doméstica » y la guerrera, la posicion de los países y de los lugares, los » nombres en fin de todas las cosas humanas y divinas, los » géneros, los oficios, las causas, etc. »

(3) Las etimologías de Varron son ya ridiculizadas por Quintiliano: « Cui non post Varronem sit venia? qui *agrum*, quod in eo *agatur* aliquid; et *gratulos* quia gregatim volent, dictos, Ciceroni persuadere voluit; cum alterum ex greco sit manifestum duci, alterum ex vocibus avium? Sed huic tanti fuit vertere, ut merula, qui sola volat, quasi mera volans, nominaretur. » *Inst., orat.* I, 6.

(4) Cornelio Nepote confiesa en un fragmento la inferioridad de los historiadores romanos, y cree que Ciceron era el único que podia reparar esta falta: « Non ignorare debes, unum hoc genus latinarum litterarum adhuc non modo non respondere Græcis, sed omnino rude atque inchoatum morte Ciceronis relictum. Ille enim fuit unus qui potuerit et etiam debuerit historiam digna voce pronuntiare, quippe qui oratoriam eloquentiam rudem à majoribus acceptam perpoliverit, philosophiam ante eum incomptam latina sua conformaverit oratione. Ex quo dubito, interitu illius, utrum respublica an historia magis doleat. »

(1) « Ad illa mihi pro se quisque acritier intendat animum, quæ vita, qui mores fuerint, per quos viros, quibusque, domi militiæque, et partum et auctum imperium sit; labente deinde paulatim disciplina velut desidentes primo mores sequatur animo; deinde ut magis magisque lapsi sint, tum ire cæperint præcipites, donec ad hæc tempora, quibus nec vitia nostra, nec remedia pati possumus, perventum est. » *Præf.*

(2) « Ea belli gloria est populo romano, ut, quum suum, conditorisque sui parentem Martem ferat, tam et hoc gentes humanæ patiantur æquo animo, quam et imperium patintur. » *Præfat.*

(3) « Quæ ante conditam condendamque urbem, poeticis magis decora fabulis, quam incorruptis rerum gestarum monumentis traduntur, ea nec affirmare nec refellere in animo est. »

(4) Grandes distracciones se encuentran en Tito Livio. Hace que un legado romano vaya á los Etolios en las Termópilas dando tormento á las palabras de Polibio ἐπὶ τὴν τῶν Θερμικῶν σύνοδον, que indican la ciudad de Termi en Etolia. Un tratado con los Macedonios, referido con exactitud por Polibio, es mal entendido por Livio. Refiere dos tradiciones sobre la muerte de Pleminio, dando las razones por que prefiere una, y en seguida adopta la otra sin hablar palabra de la primera. Repite dos veces el triunfo de Fulvio Nobilior, casi con las misma palabras. Y esto callando los errores de fecha, la general negligencia para indicar sus autoridades, etc.

(5) « Inter bellorum magnorum..... curas, intercessit res parva dictu, sed quæ studiis in magnum certamen excesserit. » *Lib.*, XXXIV, *principio.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que tiene algo de inspirado, narra con estilo amplio y majestuoso, cual convenia al país en que se aunaba la elocuencia poética con la del foro. En la uniforme belleza de su estilo, evita todo arcaísmo de lenguaje y de pensamientos, de manera que siempre nos presenta contemporáneos de Augusto, que expresan con acento demasiado grosero las pasiones de edades vigorosas. Sus caractéres son siempre ideales de vicios y de virtudes; no se limita á comprender y describir los pueblos y los tiempos segun su índole propia, sino que los ajusta todos á un modelo preconcebido. Se inclina á la república, ó mejor dicho hácia la antigua aristocracia, por lo cual Augusto le llamaba *Mi pompeyano* (1); pero no por esto se irrita contra las nuevas formas, ántes al contrario propende á disimular sus sentimientos, y á reconciliar á los ciudadanos con la presente condicion. Ama la monarquía con tal que no lastime la legalidad, por lo cual cree justos á los seis primeros reyes de Roma, y tirano al sétimo que no consultó al Senado, haciéndose superior á la voluntad general; pero no hay duda, añade, que este Bruto, que tanta gloria adquirió por la expulsion de un tirano, habria subvertido el Estado si por un deseo prematuro de libertad hubiese arrancado el cetro á alguno de los precedentes monarcas (2). Ni concede á aquel Bruto, institutor de la república, uno siquiera de los elogios con que suele despedirse de sus héroes. Aplaude las que juzga virtudes, pero no se irrita contra el vicio; y porque lo maravilloso es mas poético y da magnificencia á la narracion (3), afecta creer en las razones divinas mas que en las terrestres, aunque hacía ya siglos que en nada se creía.

Pero á quien solo atienda al arte, ¡cuánto no agrandan aquella magnificencia de su diccion, siempre elevada, que no se olvida un instante de la gravedad que se ha propuesto; aquella claridad que no deja nada indeciso en las ideas, que no fatiga la atencion; aquella sencilla elegancia que da nueva gracia al pensamiento, y viveza á los sentimientos; aquella armonía penetrante, en fin, que difunde sobre la historia todo el atractivo de la poesía! ¡Qué sucesion de admirables cuadros, de grandiosos caractéres, de sorprendentes discursos! ¡qué arte en la eleccion de circunstancias! ¡qué perfeccion de estilo! ¡cuántas bellezas nuevas descubre cada nueva lectura! Por esta razon pocas pérdidas de obras antiguas son tan deplorables como la de sus libros (4), y por esto el mundo literario acoge con gozo la esperanza siempre burlada de su descubrimiento en los serrallos de Constantinopla ó en los conventos de Escocia.

C. Crispo Salustio, caballero romano natural de Amiterno, adquirió mala fama por sus costumbres privadas, y aun peor por su conducta en la administracion pública. Habiéndose retirado [de esta, dirigió su atencion á las letras; y se excusaba de esta ociosidad diciendo que era tan glorioso ejecutar acciones ilustres como narrarlas, y que aun era mas arduo esto, porque el escritor deberia elevar la narracion á la grandeza de los hechos, y ademas se exponia á la malevolencia, la envidia y la incredulidad. Salustio n. 86 á. C.

En su tiempo pudo ver al pueblo envilecido y corrompido, vendido al Senado, á los caballeros traficando con las lágrimas y la justicia, las virtudes despreciadas, el derecho de gentes pospuesto á la utilidad ó al favor, y la república no sostenida ya por las instituciones, sino por el mérito de algunos grandes que ambicionaban dominarla: Caton con leyes, Ciceron con su facundia, Craso con el oro, Pompeyo con la popularidad, César con las armas, y Catilina por medio de las conjuraciones. Para pintar esta decadencia adoptó un estilo vigoroso, narrando la *Guerra contra Yugurta* y la *Conjuracion de Catilina*, y en cinco libros que se han perdido de la *Historia de la república romana* en el tiempo trascurrido entre aquellos dos grandes episodios (1). Á decir verdad, no sabemos por la Catilinaria qué fin se proponia Catilina; ni la ambicion de este por *imitar la dominacion silana* basta á explicar un incendio que abrasó el Piceno, el Abruzo y la Apulia. Acaso el deseo de conservar la paz impuso á Salustio silencio sobre los designios en que habia tomado parte; pero aquel Catilina, malvado y sin embargo grande como Satanas, ¡cuánto no sobresale bajo las censuras del historiador al lado del mezquino elogio de excelente cónsul y de buen decidor atribuido al mediano Ciceron!

César fué amigo de Salustio, y Caton su enemigo; véase cómo habla de ellos. « Despues que por lujo ó negligencia se corrompió y casi se aniquiló la ciudad, por mucho tiempo no produjo ningun hombre de grandes cualidades. Pero á mi parecer, M. Caton y C. César, fueron de gran virtud y de diversas costumbres. Tuvieron casi igual estirpe, edad y elocuencia, igual magnanimidad y gloria. César se reputaba grande por sus beneficios y liberalidad, Caton por la integridad de su vida; aquel se ilustró por su mansedumbre y su bondad, y la severidad aumentó la reputacion de este; César dando, excitando y perdonando, adquirió gloria, y Caton la conquistó sin dar nada; el uno fué refugio de los desgraciados, el otro la ruina de

(1) Podria ser sin embargo que esta imputacion hiciese raras las copias hechas de este libro, y por consiguiente que facilitase su pérdida, principalmente de la parte que se referia á la guerra civil. En tiempo de Domiciano, Mecio Pompeyano extraía de Livio discursos de reyes y generales, y las iba recitando; prueba de que el libro era raro; pero esta predileccion costó la vida á Mecio.

(2) *Hist.* II, 1.

(3) « Datur hæc venia antiquitati, ut miscendo humana divinis, primordia urbium augustiora faciat. » *Præf.*

(4) Eran ciento cuarenta y dos, hasta la muerte de Druso; quedan de ellos treinta y cinco, no seguidos porque la segunda década falta enteramente.

(1) El Petrarca dice en sus cartas, que las historias se perdieron en su tiempo, y asegura haber leido en muy verídicos autores que Salustio, para escribir con mas verdad las cosas de África, tuvo en cuenta los libros púnicos, y ántes visitó el teatro de los sucesos. Diligencia rara entre los Romanos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los malos; de aquel se alababa la cortesía, y de este la constancia. César se habia propuesto trabajar y vigilar; por atender á los negocios de los amigos, descuidar los suyos; no negar cosa digna de ser dada; ambicionaba para sí un gran mando, un ejército, una nueva guerra donde brillase su mérito. Caton hizo estudio de la modestia, del decoro, de la severidad sobre todo; no rivalizaba en riquezas con los ricos, ni en intrigas con los facciosos, sino en valor con los valientes, en modestia con los modestos, en desinteres con los inocentes, y cuanto ménos ansiaba la gloria, tanto mas ella lo seguia. »

La guerra Yugurtina era asunto lleno de atractivo para describir lugares nuevos, nuevas facciones y el contraste entre la astucia africana y la corrupcion romana; porque el historiador popular no omitió ocasion de descubrir los vicios de los patricios que habian llegado entónces á tal exceso que debian arruinar á su partido. La política de Salustio se revela en el discurso que pone en boca de Mario, nombrado cónsul por el grandísimo favor de que gozaba entre la plebe. « La mayor parte no desempeñan el consulado con el artificio con que os lo pidieron, oh Quirites: al principio industriosos, suplicantes, moderados, pasan despues su tiempo en la pereza y el orgullo. De otra manera comprendo yo ese cargo, y veo fijos en mí todos los ojos. Quisísteis que hiciese la guerra á Yugurta, lo cual ha disgustado mucho á los nobles. Ved si conviene mas confiar la empresa á un hombre de antigua estirpe, de ilustres abuelos, y de ninguna práctica en la milicia, que tiemble y se precipite y se asocie á alguno del pueblo para que le aconseje lo que debe hacer; porque la mayor parte de las veces ocurre que aquel á quien nombráis capitan, se impone á sí propio otro capitan. Yo sé de algunos que, nombrados cónsules, se dedicaron á leer las empresas de sus antepasados y de los Griegos (1). Yo, hombre nuevo, he visto las cosas que ellos leen; he aprendido militando lo que ellos en los libros. Ellos desprecian mi humilde condicion, y yo su indolencia; á mí se me echa en cara la fortuna, á ellos las culpas; y si se pudiera preguntar á sus ascendientes á quién hubieran querido engendrar, á mí ó á ellos, ¿no creéis que hubieran contestado que querian tener por hijo al que es mejor? Cuando os hablan no cesan de encomiar á sus antepasados, creyendo hacerse mas ilustres por las grandes hazañas de aquellos; y al contrario son como una luz que presenta mas clara su degeneracion. Yo no hago semejantes elogios, pero puedo referir mis propios hechos; no tengo escudos de armas ni genealogías que presentar, sino lanzas, estandartes, dones militares, cicatrices honrosas; estos son mis títulos, no heredados, sino adquiridos con peligro de mi vida. Ni siquiera sé hablar con arte; no aprendí el griego, sino á herir enemigos, mandar legiones, no temer mas que la infamia, soportar el frio y el calor, el hambre y la fatiga. Á esto acostumbraré á los soldados, no dejándoles como otros los trabajos y reservándome la molicie, lo cual equivaldria á ser no yo el comandante, sino el amo del ejército. Me llaman grosero porque no sé dar un convite espléndido, ni tengo bufon ó cocinero de mayor precio que el mayordomo, y confieso que he oído á mi padre que á las mujeres sienta bien la elegancia, y al hombre la fatiga; á los buenos sienta mejor la gloria que las riquezas; mas los adornan las armas que las joyas. Hagan, pues, ellos lo que tanto encarecen; amen y beban; pasen la vejez en los convites, como han pasado la juventud, entregados á las orgías y á otras cosas: déjennos á nosotros el sudor, el polvo y otras cosas semejantes, que nos son mas agradables que aquellas. Pero lo peor es que no lo sufren; y despues que se manchan de crímenes, arrebatan el premio á los buenos, y si la molicie y el ocio para ellos no son un obstáculo, son la ruina de la república. »

Referimos estos pasajes, ya porque ilustran la historia, ya porque descubren la intencion del autor, que con admirable arte enlaza los hechos á sus causas, mostrando cómo por sus vicios engendró Roma necesariamente un Catilina, y encontró en el mediano Yugurta un obstáculo tan duro como en el gran Aníbal. Lo que de él tenemos nos hace desear mucho mas lo que se ha perdido; tanto es el vigor con que pinta los caractéres, la sobriedad de los adornos, la *inmortal brevedad*, la eficacia de la palabra, la cual estudiaba de modo que rebuscó términos ya en su tiempo anticuados (1), audaces metáforas, y frases enteramente griegas (2).

Se diria que aun en esto habia procurado hacer retroceder á su patria á los primeros tiempos, así como en la narracion no cesa de alabar á los antiguos, religiosísimos y sobrios, que adornaban los templos con la piedad, y las casas con la gloria; no quitando á los vencidos mas que el poder de hacer mal, miéntras que depues la victoria de Sila los habia habituado á toda molicie, á buscar manjares delicados por mar y tierra, á dormir ántes de tener sueño, y á sustituir al pudor, á la abstinencia y á las virtudes la prodigalidad, la glotonería y la impudencia.

¿Quién al oirle no le habia de creer un Fabricio, un Cincinato? Pues sin embargo, era un libertino perverso (3), émulo en el lujo de aquel Lúculo á quien dedicó sus historias; fué cómplice de los vicios y de las turbulencias de Cati-

(1) ¿Alude á Lucúlo?

(1) Et verba antiqui multum furate Catonis
Crispus romana primus in historia.
MARCIAL.

(2) Quintiliano presenta esta como ejemplo: *Vulgus amat fieri*. Suetonio, en las *Vidas de los gramáticos*, refiere que Salustio hizo reunir por el filólogo Ateyo arcaismos y anécdotas para llenar su historia.

(3) Tutior at quanto merx est in classe secunda!
Libertinarum dico, Sallustium in quas
Non minus insanit, quàm qui mæchatur, etc.
HORACIO, lib. II, 46.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lina y de Clodio ; cogido en adulterio por Milon, hubo de sufrir los azotes y la multa ; y fabricó en Roma palacios con suntuosos jardines que conservaron su nombre, que cubrian gran parte del valle que separa el Quirinal de la opuesta colina (*collis hortulorum*), y que parecieron dignos de servir de residencia á los emperadores (1). En la guerra yugurtina se procuró tesoros : colocado en el gobierno de la vencida Numidia, la arruinó con las concusiones y con la violencia : en seguida pagó á César un millon para comprarse un cómplice ilustre ; y para decirlo todo de una vez, bastará decir que, en tan corrompida ciudad, fué borrado su nombre del libro de los senadores.

Muy bueno es ciertamente que un autor aparezca en sus acciones como en sus escritos, mostrando aquella admirable armonía entre el pensamiento, la palabra y los actos, único que constituye el estado perfecto del espíritu. Pero si de otra manera acontece, acéptese á lo ménos la hipocresía como un homenaje que el vicio tributa á la virtud.

César n. 100 á. C.

Los recuerdos mas insignes de aquel tiempo son los *Comentarios* de Julio César, la única historia verdaderamente original de los Romanos, y que no puede compararse con la *Retirada* de Jenefonte, buena, pero de muy escasa importancia por lo que refiere y por el narrador. No hay ahora un hombre por poco que haya intervenido en los negocios, que no quiera exponer en muchos volúmenes sus memorias, ayudado por la fácil divulgacion de la imprenta. La dificultad, por el contrario, de propagar los manuscritos obligaba á los antiguos á escribir en estilo breve y conciso, ademas de que ellos sabian agrupar mejor los dispersos accidentes, miéntras todo hoy se desmenuza y descompone.

César, pues, mejor informado que otro alguno de las fuerzas y de los vicios de su tiempo y de su país, refirió grandísimas hazañas en muy pequeño espacio, cuya natural sencillez y límpida y evidente concision, que no dice una palabra de mas ni de ménos de lo que importa, ya eran una delicia para sus mas sabios contemporáneos (2), y hasta ahora no han encontrado un émulo digno (3).

La calma que forma la grandeza de la historia griega, jamas se encuentra en los Romanos, ansiosos de pasion política, é inclinados al juicio histórico ; pero pueden exceptuarse de esto los Comentarios. Que César se conservase imparcial en la narracion de sus propias acciones, lo creerá solamente quien no conozca el corazon humano ; y aunque nos falten historiadores con quienes compararlo, basta una lectura que no sea superficial para conocer su segunda intencion en lo que refiere, y descubrir lo que calla, y el arte con que ilustra una circunstancia oscureciendo otra. Pero piensa y siente cuanto dice ; por eso no se halla en él la oscilacion de formas que en los otros Latinos descubre lo que tomaron prestado : y si leyendo á Salustio, Tito Livio y Ciceron, se acuerda uno de Tucídides, de Herodoto, de Demóstenes y Platon, en los Comentarios no se tiene presente mas que á César, César invicto general é invicto escritor (1).

Ademas de muchas arengas, compuso tragedias, dos libros de las analogías gramaticales, tratados sobre los auspicios y el arte de la adivinacion, sobre el movimiento de los astros, un poema llamado *Iter*, y otras poesías de las cuales nos queda un epígrama, de los mas delicados de la poesía, sobre un jóven Tracio que cayó en el Ebro miéntras se divertia en deslizarse por el hielo (2).

C. Nepote.

Cornelio Nepote escribió una historia universal en tres libros (3) y otras que se han perdido, no quedándonos mas que algun fragmento y las vidas de Caton y de Ático, estimadísimas por lo culto del estilo. Las vidas de los capitanes ilustres de Grecia, tales como corren con su nombre, heterogéneas en los pensamientos, con extrañas construcciones, formas inusitadas y hasta solecismos, parecen una compilacion de una época de decadencia. Su autor conoce poco los hechos, no los elige bien, no se dedica nunca á pintar sus personajes, y sin colorido en la narracion, falto de originalidad en los pensamientos, careciendo de vigor en el estilo, nada añade al conocimiento de los tiempos ni de los hombres (4).

(1) De aquellos fueron desenterrados el grupo llamado el *Fauno*, y el *Vaso borghese*. Riquezas y muy exquisitas labores se encontraron en su casa, descubierta en el recinto de Pompeya.

(2) « Nudi sunt, recti et venusti, omni ornatu orationis, tamquam veste, detracto : sed dum voluit alios habere parata, unde sumerent qui vellent scribere historiam, ineptis gratum fortasse fecit qui volunt illa calamistris inurere : sanos quidem homines à scribendo deterruit : nihil enim est in historia pura et illustri brevitate dulcius. » Cic. *De orat.*, 75.

« Summus auctorum divus Julius. »

Tácito.

(3) El octavo libro de la *Guerra gálica* se atribuye comunmente á un tal Hircio que escribió tambien los comentarios sobre las guerras de Alejandría, de África y de España.

(1) No se conocia el uso de las cifras secretas, porque queriendo dirigir César una carta segura, no supo emplear otro medio mejor que el de escribirla con el alfabeto griego : *Hanc græcis conscriptam literis mittit, ne intercepta epistola nostra ab hostibus consilia cognoscantur*; V.

César, que tanto tiempo hizo la guerra en las Galias, no sabia la lengua del país, y cuenta en el lib. 1° que cuando quiso hablar de asuntos delicados con Doviciaco, *quotidianis interpretibus remotis, per C. Valerium Tracillum principem Galliæ provinciæ, cum eo colloquitur.*

(2) Trax puer, astricto glacie dum ludit in Hebro,
Pondere concretas frigore rupit aquas;
Dumque imæ partes rapido traherentur ab amni
Præsecuit tenerum lubrica testa caput.
Orba quod inventum mater dum conderet urna,
« Hoc peperit flammis, cetera (dixit) aquis. »

Otros sin embargo lo atribuyen á C. Germánico.

(3) . . . . . Ausus es unus Italorum,
Omne ævum tribus explicare chartis,
Doctis, Jupiter! et laboriosis.

Cátulo.

(4) Siendo Cornelio uno de los autores mas usados por la juventud, señalarémos algunos de sus errores de hecho.

En la *Vida de Milciádes*, confunde á Milciádes, hijo de Cimon, con el hijo de Cipselo. Este último condujo una colonia ateniense al Quersoneso, fundó allí una tiranía, y tuvo por hermano á Cimon, el cual engendró á Estepságoras y Milciádes II, el que venció en Platea. Así lo refiere Herodoto VI, 34 : pero Pausánias, VI, 19, 3, incurre en el mismo error que Cornelio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Trogo Pompeyo.

Las *Historias filípicas* de Trogo Pompeyo nos son conocidas solamente por un compendio de escaso provecho que hizo de ellas Justino; y si el compilador siguió el mismo órden que en el original, á este debia faltarle el arte de disponer y encadenar los hechos. Tambien se han perdido las historias escritas por Sesto y Gneo Gelio, Clodio Licinio, Julio Gracano, Octacilio Petito, el primer liberto que osó dedicarse á un género que tanto atrevimiento requiere, L. Lisena, amigo de Pomponio, Hortensio y Polion, así como las genealogías de las familias ilustres recopiladas por Pomponio Ático y por Valerio Mesala Corvino. Sobre los mismos sucesos habian escrito Augusto, Emilio Escauro, Lutacio Cátulo, Cornelio Sila, Ciceron y Vipsanio Agripa, la mayor parte en griego; pero ninguna de estas historias nos queda. Juba, hijo del que fué vencido por César, escribió la Geografía del África y de la Arabia, y una historia romana, que elogió Plutarco por su exactitud. Julio Higinio trató del orígen de las ciudades de Italia, pero con poca crítica; por lo cual no tuvo grande acierto en seguirle Plinio, que sin embargo no hizo caso de los veinte libros de historia etrusca del emperador Claudio.

Desde muy antiguo se consignaban dia por dia los hechos en los anales pontificios; pero se interrumpieron en tiempo de la sedicion de los Gracos. César fué el primero que instituyó un diario de los actos del Senado, y otro de los del pueblo, para que se conservasen y publicasen; Augusto ordenó que se continuase el primero, pero con prohibicion de publicarlo, y eligió él mismo al que lo habia de redactar (1). En el del pueblo se consignaban las acusaciones hechas ante los tribunales, sus sentencias, el nombramiento de los magistrados, las construcciones públicas, y despues el nacimiento y las vicisitudes de los príncipes. Se parecian, pues, á los diarios modernos, pero no tenian ni su importancia ni su circulacion (2).

Dionisio de Halicarnaso. 7.

Dionisio de Halicarnaso escribió en griego una historia desde la toma de Troya hasta la guerra púnica, que es el año en que principió la suya Polibio. No nos quedan de ella mas que once libros, hasta el año 312 de Roma, cuando habiendo cesado los decenviros, se restableció el consulado. Bastan á hacerle sospechoso su propósito de ensalzar la grandeza de Roma, refutando la opinion de los que le daban débiles principios, y la acompasada simetría de su obra, no pudiéndose creer que de groseras é indigestas crónicas pudiese deducir un todo regular y completo, en todas sus partes, á ménos que no supliese los defectos de aquellas segun su capricho. Freret, y á su imitacion otros muchos, juzgaron que en efecto sacó Dionisio de su fantasía cuanto dice respecto de los primeros habitantes de Italia: sin embargo, quien reflexione que llegó á Roma apénas murió Ciceron, en vida de Varron, y cuando acababa de escribir Caton sobre el orígen de las ciudades; que dice haber copiado los anales y las lápidas de cada país, los cuales, por lo mismo que eran municipales no estaban alterados por el propósito sistemático de combinarlos con los otros, se inclinará á creerlo verídico á lo ménos tanto como los demas (3).

Pero sea ó no fidedigno respecto de los tiempos oscuros, Dionisio, como extranjero que era en Roma, nos describe con mas pormenores su gobierno, y aun cuando no siempre comprende su espíritu, su obra es una de las fuentes mas ricas del derecho antiguo. Solamente que por una parte, á causa del amor patrio, se obstina en traer por fuerza todos sus orígenes de la Grecia, y por otra, sea por admiracion, sea por lisonja, encomia á los Romanos, hasta el punto

En *Pausánias*, cap. 1, confunde á Darío con Jérjes: Mardonio era yerno de Darío y cuñado del otro. Véase á Herodoto, VI, 43

En *Ciceron*, cap. 2, está confundida la batalla de Micale ganada por Jantipo y Leotíquides en 479, con la que nueve años despues alcanzó Cimon junto al Eurimedonte.

En *Pausánias*, al fin del 1º y principio del 3er cap., está subvertido el órden de los hechos, y marchan confusos los acontecimientos, que deben ordenarse segun Tucídides, I, 130-134.

Otro tanto puede decirse del cap 3º de *Lisandro*, donde hace uno solo de dos viajes de este capitan al Asia, distantes siete años uno de otro. Corríjase con Jenofonte *Helénicos*, III 4, 7-10; Diodoro, XIV, 13.

Mayor desórden reina todavía en el 2º de *Cábrias*, en el que hace ir á Egipto á Agesilao, que tanto tenia que hacer en Beocia; despues en *Agesilao* no menciona esta expedicion. No fué Nectanebo, sino Taco, el rey ayudado por Cábrias y luego por Agesilao.

En *Agesilao*, cap. 5, atribuye á este la victoria de Corinto, debida por el contrario á Aristodemo. V. Jenofonte, *Helen*, VI, 2, 9-25.

En el 2º de *Dion* aumenta la confusion por observar que Platon viajó tres veces á Sicilia: primero en tiempo de Dionisio el Viejo, que lo hizo vender por esclavo, miéntras que Dion solo tenia catorce años; luego despues de muerto Dionisio, y la tercera vez cuando reconcilió á Dion con Dionisio el Jóven, al cual, no al viejo, se ha atribuido el haberlo invitado *magna ambitione*.

Aníbal no marchó sobre Roma inmediatamente despues de la batalla de Cánas (*Ann.* 5), sino despues del ocio campano. Las estratagemas atribuidas á aquel héroe son ó simplezas ó locuras. ¿Quién puede imaginarse que él sugiriese á Antíoco el lanzar sobre las naves enemigas centenares de vasos llenos de víboras? ¡Recoleccion fácil verdaderamente!

En *Conon*, cap. 1, dice que este capitan no asistió á la batalla de Egospótamos; pero Jenofonte afirma lo contrario. *Helen*, II, 1, 28, 29.

Habiendo leído en algun autor griego ξμφυλος τίς, esto es, *uno* de su tribu, lo tomó por el nombre propio, é hizo Enfileto en la *Vida de Focion*.

En razon á que difícilmente se desarraigan los primeros errores, me pareceria importante que se consignasen estos en las Antologías destinadas á los jóvenes, como otros que pueden encontrarse en P. H. Tzschucke, *Comm. perpetuus in Corn. Nepotis excell. imp. vitas*. Gotinga.

(1) Suetonio en *Cés.*, 20; en Oct., 36.

(2) M. Le Clerc, en su obra de los *Diarios entre los Romanos* (Paris, 1838), no solo cree probar que estos tenian efemérides á nuestra manera, sino que, por medio de estas y de los anales pontificios, puede darse á la historia de los primeros tiempos la certidumbre que la crítica propende á arrebatarle.

Lieberkuen, *Commentatio de actis Romanorum diurnis*. Weimar, 1840.

Schmidt, Zeitschrifft fûr Geschichtswissenschaft. Berlin, 1844.

Hnabuer, *De senatu populique romani actibus*. Leipzig, 1860.

(3) El card. Mai descubrió en la biblioteca Ambrosiana muchos fragmentos de Dionisio, á cuya edicion antepuso una disertacion sobre Halicarnaso y su mérito. Petit-Radel tambien, en una disertacion impresa en 1820 entre las de la Academia, quiere mostrarlo informado y verídico; pero aun cuando se quisiera concederle estas cualidades respecto á los Pelasgos y á las ciudades italianas, es demasiado evidente su parcialidad por lo que hace á Roma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de suponerlos el pueblo mas equitativo y moderado, diciendo que en quinientos años de luchas violentas jamas habian ensangrentado el foro; que en tantas conquistas de países, y en tanta opresion de naciones, nunca habian ejecutado mas que obras de justicia. Pero no es esto lo singular, sino que Dionisio ha encontrado quien lo crea. Empleó la crítica, es verdad, pero para combatir á los demas, no para apurar la verdad de lo que él mismo refiere.

Vió deteriorada en Grecia la elocueneia, y que despues de Alejandro se habia introducido una superabundancia asiática; una afectacion que compensaba mal la verdadera belleza, como una concubina que ha entrado en la casa para dominar sobre la mujer legítima. Pero aun cuando era retórico, se elevó hasta estimar en su verdadero valor el estado político, que por necesidad mataba la elocuencia en un país donde era peligroso el hablar : y aun quizá por lisonjear á los dominadores, se complacia en decir que habia mejorado un tanto en Grecia, merced á los buenos ejemplos de Roma. Para contribuir á su restauracion escribió libros de retórica, de los cuales nos han quedado algunos fragmentos. Mucha parte de los artificios retóricos que expuso son, como hemo dicho respecto de Ciceron, inaplicables hoy, y algunos tambien ininteligibles, principalmente en el tratado *De la disposicion de las palabras*. Examinando el *carácter de los escritores* antiguos, llegó alguna vez hasta la verdadera idea de lo bello; pero con mas frecuencia se pierde su crítica en minuciosidades, que pueden tolerarse como ejercicio de escuela, pero que inspiran lástima aplicadas á tan eminentes escritores como Platon y Tucídides.

Diodoro Sículo.

En esta época se cree que vivió, aun cuando no se sabe el tiempo fijo, Diódoro, natural de Argirio (S. Felipe de Argiron) en Sicilia. Por ser el último de los antiguos historiadores griegos, pudo aprovecharse de sus estudios, y era de presumir que se encontrasen en él todos compendiados, aun los perdidos. Este autor se preparó con treinta años de investigaciones para su obra ; viajó y estuvo mucho tiempo en Roma, centro entónces de toda civilizacion y de todas las naciones.

Fué el primero de cuantos conocemos que abrazó, no ya la historia de un pueblo solo, sino la universal, pareciéndole este el único modo de ampliar el punto de vista. Con todo, parece que no presentó tan alta idea de la historia (1) sino para mostrar la diferencia que hay entre conocer los deberes de un escritor y cumplirlos. Es caprichosa la division de sus períodos, y carece de enlace la distribucion ; cuando llega á Alejandro, se regocija de que el reinado de este ofrezca ocasion de unir los acontecimientos ocurridos en otra parte, pero despues no lo sabe hacer : alguna vez toma el tono declamotorio y se pierde en un vano discurso, tanto mas inconveniente cuanto mas árida es su materia.

De los cuarenta libros de que se componia su *Biblioteca histórica*, nos quedan íntegros los cinco primeros, y ademas desde el undécimo al vigésimo, pero incompletos el décimosexto y el décimosétimo. Al principio sigue el método etnográfico, y luego desde el quinto libro se hace analista. Los cuatro primeros tratan de las religiones y de los hechos anteriores á la guerra troyana ; el quinto de los sucesos de las islas ; los cinco siguientes hablan de los antiguos reinos de Oriente y de los asuntos griegos hasta la expedicion de Jérjes ; y es tanto mas grave su pérdida cuanto mas escasas son las noticias que respecto de aquellos tiempos nos han quedado. El undécimo describe la expedicion del monarca persa y los sucesos hasta Filipo de Macedonia ; el décimoctavo la expedicion de Alejandro ; los tres siguientes las vicisitudes de sus sucesores ; los veinte últimos se extendian hasta el tiempo que César señaló el Océano Británico como límite del imperio romano, y en esta parte debió de decir de los Romanos cuanto calló en las demas de su obra. Comprendia esta por tanto once siglos, y somos deudores de muchas noticias á sus primeros libros ; pero no sabia darles vigor ni cohesion.

Diodoro ha sido llamado juicioso por dos ó tres críticas que hace, exactas en verdad, pero relativas á puntos insignificantes, á la vez que admite cosas imposibles, y que no solo cree todas las supersticiones populares, sino que se encoleriza con quien duda de ellas, haciéndolas mas notables por exponerlas en todo lo que tienen de absurdas. El mérito que le atribuye Plinio de haber sido el primero entre los Griegos que cesó de hacer niñadas, no se refiere mas que al título de las obras, que ántes se llamaban pandectas, musas, enquiridion (1). Por lo demas, Diodoro lleva las fábulas griegas á todas partes, descubriendo siempre en todo los Júpiter y los Apolos, y es confuso en la cronología. Visitó los lugares, y sin embargo no hace mas que copiar á sus predecesores y referir lo que oyó, sin poner de su parte ni aun la manera de ver : ni aun aprovechó bastantemente los materiales que debian abundar en su tiempo, y cuya inteligencia no se habia perdido ; y por no indicar las fuentes á que acudió, privó á la crítica de poder apreciar la fe que merece.

El estilo de Diodoro, dice Sainte-Croix (2), es fácil, claro, sencillo y sin afectacion ; pero se hace figurado y metafórico donde habla de los dioses, porque entónces copia á los poetas y á los mitólogos. No se extasía con el aticismo ni con los términos anticuados, sino que se atiene al género templado como conviene á la historia. Alguna vez, sin embargo, débil y difuso, carece de conexion y de órden, y frecuentemente es confusa su narracion, no conociendo el arte de exponer los hechos, de ilustrarlos convenientemente, ni de hacer ver cómo un

(1) Sobre su idea de la historia y el intento que se propuso en el cual no persistió, véase la Aclaracion I.

(1) « Primus apud Græcos desiit nugari Diodorus. » *Præt.*
(2) *Exámen de los historiadores de Alejandro.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

acontecimiento se deriva de otro. Cuando se sirve de la narracion de los antiguos, la despoja de su gracia, sin que la que le presta sea jamas animada ó dramática. Narrador frio y uniforme, desdeña los auxilios de la elocuencia, y condena el abuso que se hacía en su tiempo de los discursos. Es, sin embargo, de sano juicio : condena y elogia con imparcialidad : y sus consideraciones son comunes, pero no trivales, como de hombre probo y sensato.

Otros muchos, entre los Griegos, dedicaron su inteligencia á la historia : Cástor de Ródas fué de los primeros que aclaró la cronología (1) : Teofánes de Mitilene escribió las memorias de su amigo Pompeyo ; y por haber pedido este la salvacion de los Lesbios, sus conciudadanos, lo remuneraron estos hasta con la apoteósis, que costó demasiado cara á sus sobrinos, á quienes la suspicaz envidia de Tiberio condenó á muerte. Timágenes de Alejandría, llevado como esclavo á Roma por Gabinio, fué cocinero, conductor de literas, despues retórico, y en fin, historiógrafo de Augusto, quien ofendido de cierto pensamiento satírico suyo, lo expulsó de la corte; por lo cual aquel, retirándose al lado de Asinio Polion, escribió la historia de Alejandro y de sus sucesores (περὶ βασιλέων), de la cual se sirvió Quinto Curcio, y que se perdió como las obras antedichas, y como la continuacion de Polibio hecha por Posidonio de Ródas. Quizá corresponda á esta época Memnon, que escribió la historia de Heráclea del Ponto, su patria, extendiéndose sobre los pueblos que tuvieron relacion con ella.

CAPÍTULO XXVI

Poesía romana.

La poesía, como todas las demas cosas romanas, se desenvuelve no por inspiracion sino por imitacion de los Griegos, asemejándose á un manto majestuoso, que cubriendo á una bella estatua griega le da un magnífico aspecto, así como cae flojo é inanimado cuando descansa en hombros flacos.

Lucrecio n. 95 á. C.

El poeta verdaderamente romano, esto es, nacional en el estilo y en la robustez de pensamientos y exposicion, es T. Lucrecio Caro, el cual en estro y sublimidad aventaja á todos los latinos, así como es inferior á los mejores en el artificio de enlazar bellezas con bellezas, de producir impresiones súbitamente variadas, sin debilitarlas con inoportunas digresiones, y en el rápido vigor del estilo que al mismo tiempo desenvuelve y compendia.

Imitando á los antiguos Pitagóricos y mas especialmente á Empedócles, puso en verso la filosofía (*De rerum naturâ*); y para el que crea que la belleza consiste en vencer las dificultades, será un mérito el haber revestido de frases, ó á lo ménos de números poéticos, la árida obra didáctica. No basta á Lucrecio el arte ó el genio de unir la meditacion que se enriquece penetrando en lo mas íntimo de los sentimientos y de las ideas, con la inspiracion producida por el aspecto de las grandezas naturales ; le ocurren alguna vez armonias que no desdeñaria Virgilio, y de las cuales, por el contrario, se aprovechó el cantor de las Geórgicas. Sin embargo, si se exceptúan la exposicion del poema, el exordio del segundo libro, la descripcion de la peste y el fin del tercero, en que la naturaleza reprende á los hombres el temor de la muerte, en el resto de la obra no hace mas que razonar friamente y presentar una doctrina árida ; la cual hubiera sido fácil hermosear, como lo prueba el hecho de haber sobresalido mas poetas en este género que en cualquiera otro.

Considerado como filósofo, proclama la doctrina en Epicuro, separándose de ella sin embargo en cuanto admite el hado, ó sea una fuerza secreta de las cosas, inclinándose ya á Jenofánes, ya al eleático Zenon, ó bien á Empedócles, suponiéndolo todo engendrado y regido por el amor. Elimina algunos errores aristotélicos como el horror al vacío y la generacion espontánea; coloca los colores en la luz mas bien que en los cuerpos (1), y con las leyes de la hidrostática explica la causa por que algunos en el vacío caen ántes que otros (2). Segun él, algunos corpúsculos primitivos, imperceptibles á los sentidos, y sin embargo que el pensamiento concibe, sólidos, indivisibles, sin figura ni otra cualidad sensible, moviéndose en el interminable espacio, produjeron el mundo, que es infinito por ser infinitos los átomos : el alma misma está compuesta de gérmenes menudísimos y esféricos; sujeta á la sensacion en la vigilia, y aun en el sueño por medio de fantasmas errantes en el aire; fuera de los cuerpos nada existe, y por tanto no hay Dios ni Providencia (3); los hombres salieron de la condicion de brutos por casualidad, y llegaron gradualmente á todas las artes : teoría tan cómoda para el poeta como absurda en filosofía. El temor produjo las religiones, y mas benemérito que Baco, Céres y Hércules, es para el mundo Epicuro, que libertó á los ánimos de temores sobrenaturales (4).

(1) Χρονικὰ ἀγνοήματα περὶ θαλασσοκρατησάντων.

(1) Præterea, quoniam nequeunt sine luce colores,
Esse, neque in lucem existunt primordia rerum.
Lib. II, 794.

(2) Nunc locus est, ut opinor, in his illud quoque rebus
Confirmare tibi, nullam rem posse sua vi
Corpoream sursum ferri, sursumque mearis, etc.
Lib. II, 134.

(3) Omnis enim per se divum natura necesse est
Immortali ævo summa cum pace fruatur,
Semola a nostris curis sejunctaque longe;
Nam privata dolore omni, privata periclis,
Ipsa suis pollens opibus nihil indiga nostris,
Nec bene pro meritis cogitur nec tangitur ira.

(4) Humana ante oculos fœde cum vita jaceret
In terris oppressa gravi sub religione
Primus grajus homo mortales tollere contra
Est oculos ausus; primusque obsistere contra.
Quem nec fama deûm, nec fulmina, nec minitantem
Murmure compressit cœlum.....
Quare religio, pedibus subjecta vicissim
Obteritur; nec exæquat victoria cœlo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Despues de esto, ¿qué sentido tienen sus elogios á la virtud y á la moderacion? La posteridad quiere exigirle cuenta de haber soltado el freno con tal ostentacion de impías doctrinas á la juventud romana, ya inclinada al desprecio de los cosas santas. Acaso no carece de culpa, pues que la poesía se hizo cómplice en Roma de la depravacion, en vez de aconsejar la magnanimidad y sostener las luchas de la virtud ó deplorar su decadencia.

Cátulo n. 86 á. C.

Cátulo, natural de Verona, que fué á Bitinia con el pretor Mummio, se apasionó de los Griegos, principalmente de Safo, y tradujo al idioma patrio las odas de esta poetisa, *La Cabellera de Berenice* de Calímaco, y quizá tambien *Las bodas de Tétis y Peleo*, obteniendo de los Romanos el título de docto por haber trasladado á su idioma vulgar la erudicion extranjera. Enrique Stéfano dice que Cátulo debe ser considerado, no como poeta antiguo, sino como imitador de los antiguos. Y en verdad no siendo los Romanos espontáneamente poetas, y habiendo llegado á serlo solo por imitacion cuando la decadencia de la república, sus versificadores debieron fundar el idioma sobre formas métricas y gramaticales hasta entónces desconocidas; de manera que al principio fué su lenguaje poético una mezcla mal forjada, hasta que fueron desterrando las composiciones de palabras, y las construcciones ajenas á la índole de su idioma. El principal mérito de esto corresponde á Cátulo, que ejecutó con la lengua latina lo que el Petrarca con la italiana, despojándola de las formas ásperas, y vistiéndola con gracias nuevas, al mismo tiempo que desde los asuntos severos la dirigia á otros agradables y llenos de amor. Sin embargo, se advierte en él demasiado la dureza; aun no concluye su pentámetro en bisílabo como en los posteriores poetas elegiacos, ni cierra el sentido; el encuentro de las elisiones produce frecuentemente el hiato; abunda todavía en palabras compuestas: de manera que á la vez parece descuidado y afectado, y quien lo compara con Virgilio, al cual apénas lleva diez y seis años halla casi un lenguaje distinto, admirándose de que se haya hecho tan rápido progreso en tan breve espacio de tiempo (1).

Pero si el Petrarca cubrió la desnudez del amor con purísimo velo, Cátulo lo presentó con el descaro de la Vénus terrestre; y repugna hallar en las pocas obras que de él sobreviven mezclada con la elegancia de la expresion la hez, no solo de sentimientos descardamente impudentes, sino hasta de palabras bajamente obscenas. Se excusa diciendo que cuando el poeta es puro, poco importa que sus versos se resientan de obscenidad (1). ¡Desgraciado del que separa lo bello de lo bueno, y hace de la literatura, en vez de un apostolado social, un instrumento de elogios venales ó de impúdicas distracciones! Aquí debemos repetir que la depravacion de la literatura y la causticidad de la sátira de los antiguos deben atribuirse gran parte á la no participacion de la mujer en las conversaciones varoniles, sino como incentivo del placer. Y como el verdadero amor no se aviene bien con el libertinaje, solo se encuentran en Cátulo breves ráfagas de aquel, y por el contrario se descubre en él una ciencia voluptuosa que le hace decir á su Lesbia: *No hagamos caso ninguno de las murmuraciones de los viejos: el sol se pone y vuelve á renacer; pero nosotros, cuando se oculta la breve luz que alumbra nuestra vida, dormimos perpetuamente. Renovemos, pues, nuestros besos.*

Poetas eróticos.

Los demas poetas eróticos están llenos tambien de la corrupcion de su tiempo, no alimentándose mas que de goces materiales, perjurios (2), murmuraciones, injurias (3), celos, burlas, lágrimas y lascivias. Ponderan en sus obras los hermosos ojos, el encarnado labio, los dientes ebúrneos, cada miembro, todas las gracias secretas de sus mujeres; pero nunca la discrecion, el brio, el corazon, y mucho ménos el pudor, que es el primer mérito de la mujer. En compañía de ellas beben y comen, y por los ejemplos de Fulvia, de Julia y de Cleopatra, se imponen la ley de huir de las que son honestas, y de vivir á la ventura (4); sufren golpes y mordiscos (5) de sus queridas embriagadas, y se los devuelven en buena cantidad (6), Ovidio disipa las sospechas de Corina, celosa de su criada, haciéndole juramentos en una elegía, y dirige la siguiente á la misma criada, reprendiéndola porque se dejó descubrir y se hizo traicion con su rubor, y dándole cita para la inmediata noche. Lanzan vituperios Cátulo á Lesbia, Tíbulo á Delia, Porporcio á Cintia, y Ovidio á Corina, que no se dirigirian hoy á la mas pública cortesana (7). Todos se lamentan

(1) De Cátulo dice Escalíjero: « Nihil non vulgare est in ejus libris; ejus autem syllabæ cum duræ sunt, tum ipse non raro durus; aliquando vero adeo mollis ut fluat neque consistat. Multa impudica, quorum pudet; multa languida, quorum miseret; multa coacta, quorum piget: nam invitum tractum esse et multum et sæpe constat a suis verbis. »

(1) Num castum esse decet, pium poetam
Ipsum; versiculos nihil necesse est,
Qui tum denique habent salem ac leporem,
Si sunt molliculi et parum pudici.
XVI.

(2) Nec jurare time: Veneris perjuria venti
Irrita per terras et freta summa ferunt.
TIBULLO, I, 6.

(3) Quater ille beatus
Quo tenera irato flere puella potest.
XVI, 10.

(4) Donec me docuit castas odisse puellas
Improbus, et nullo vivere consilio.
PROPERCIO, II.

(5) Dum furibunda mero mensam propellis et in me
Projicis in sana cymbia plena manu
Tu vero vostros audax invade capillos,
Et mea formosis unguibus ora nota.
Id., III, 8.

(6) Fiet mea vesana læsa puella manu
Ergo ego digestos potui laniare capillos?
OVIDIO. Am. I, 7.

(7) Es de las ménos notables esta de Catulo:
Clœl, Lesbia nostra Lesbia illa,
Illa Lesbia quam Catullus unam
Plusquam se atque suos amavit omnes,

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la codicia de sus hermosas (1); y si Ovidio aconseja á la suya que no se muestre avara, la razon que para ello aduce es aun mas insultante que la acusacion misma (2).

Tíbulo. 44.

La pasion grosera y material habla en Tíbulo, el cual con amable desórden pasa de la ira al amor, de la risa al llanto, de la reprobacion al aplauso, y de las súplicas á las amenazas, conforme al estilo de los amantes, cuya naturaleza retrató mejor que ninguno.

Propercio n. 55 á. C.

Propercio llena sus versos de quejas (3), y aun cuando confiesa que los lamentos disgustan á las hermosas y que se debe ser ciego y sordo en ciertos casos (4), á cada momento se encoleriza con su Cintia, y esto á la mañana siguiente de una noche cuya memoria quiere consagrar en el templo de Vénus (5). Finalmente, al cabo de cinco años la abandona; pero ella va á buscarlo á su voluptuosa quinta; la apalea por fin, y no se reconcilia con ella sino á condicion de que no vaya á pasearse mas al pórtico de Pompeyo, punto de reunion de las hermosas, ni asista tampoco á los espectáculos; que contenga las provocativas miradas, y no se haga llevar en litera descubierta.

Supera Propercio á Tíbulo y Cátulo en el vigor de la imaginacion, en la expresion y en el colorido, y cede al primero en la gracia y en la espontaneidad, y al segundo en la felicidad y en pasion. Cantando á su amante, jamas olvida Propercio el arte, no cesando de limar y pulir el estilo, no dando paso alguno sino conforme á los modelos griegos (6), llenando sus versos de erudicion, de mitología y de alusiones que disminuyen el calor de su pasion y perjudican al efecto. Si Cintia llora, derrama mas lágrimas que Niobe convertida en roca, que Briseida robada y que Andrómaca prisionera; si duerme, se parece á la hija de Mínos abandonada en la playa, ó á la de Cefeo libertada por el monstruo, ó (lo que es mas extraño) á una bacante del monte Edonio, cuando cansada se tiende en las esmaltadas riberas del Apidano. Si quiere inspirar á su querida amor hácia las sencillas bellezas, hácia las flores producidas espontáneamente por la tierra, hácia las conchas con que la ribera se engalana, y hácia el canto natural de las aves, mezcla estas ingenuas pinturas con la de Febea é Hilario, que no debieron á gracias prestadas el amor de Cástor y Pólux con la de Hipodamia, que, conducida en un carro extranjero, no agradó á Pélope por sus artificiales colores, y con la de la hija del rio Eveno adornada de su sola belleza, cuando por su causa contendieron Apolo é Ida.

Fué querido de Augusto y de Mecénas á quienes incensó, al contrario de Tíbulo, que no solicitó tales favores, y que poseyendo riquezas y el arte de disfrutrarlas (1), se estaba tranquilo en una de sus casas de campo, elogiando en estilo elegante á Mesala Corvino, á quien habia acompañado en sus expediciones.

Ovidio n. 43 á. C.

Mas brio, mas agudeza, mas ingenio, brillan en Ovidio Nason, caballero de Sulmona, el autor mas fácil de entender por la naturalidad de sus ideas, por la propiedad de su expresion, por el esplendor que da á sus pensamientos y á su diccion. Pero jamas supo unir á estas dotes la diligencia tan penosa y necesaria de limar los escritos, defecto que confiesa sin saber enmendarse (2); por lo que en su consumada facilidad de improvisador se buscan en vano la exquisita elegancia de Tíbulo y la dignidad de Propercio. En efecto, Ovidio se repite con frecuencia, desmenuza sus argumentos en enojosos pormenores (3) y alguna vez, en fin, lastima la

Nunc in quadri viis et angiportiis
Glubit magnanimos Remi nepotes.
LVIII.

Propercio dirige á la suya un insulto que sienta muy mal á las mujeres:

At tu etiam juvenem odistis me perfida, cum sis
Ipsa anus haud longa curva futura die.
II, 18.

(1) Quæritis unde avidis nox sit pretiosa puellis
Et Venere exhaustæ damma querantur opes?...
Luxuriæ nimium libera facta via est.....
Hæc etiam clausas expugnant arma pudicas.....
Matrona incedit census induta nepotum,
Et spolia opprobrii nostra per ora trahit.
Prop. III, 13.

(2) Non equa munus equum, non taurum vacca poposcit,
Non ovis placitam munere captat ovem.

(3) Nos, ut consuemus, nostros agitamus amores;
Atque aliquid duram quærimus in dominam.
Eleg. 1, 7.
Aut in amore dolere volo, aut audire dolentem,
Sive meas lacrymas, sive videre tuas.

(4) Assiduæ multis odium peperere querelæ;
Frangitur in tacito fæmina sæpe viro.
Si quid vidisti, semper vidisse negato
Aud si quid doluit forte, dolere nega.
II, 18.

(5) O me felicem! o nox mihi candida! etc.
II, 15.
Has pono ante tuam tibi, diva, Propertius, aram
Exuvias, tota nocte receptus amans.
II, 14.

(6) Y se alaba de ello III, 1:
Callimachi manes et coii sacra Philetæ
In vestrum, quæso, me sinite ire nemus.
Primus ego ingredior puro de fonte sacerdos
Itala per Grajos orgia ferre choros.
Inter Callimachi sat erit placuisse libellos,
Et occinisse modis, dore poeta, tuis.
III, 3.

(1) Horacio, Ep. I, 4.

(2) Non eadem ratio est sentire et demere morbos,
Sæpe aliquod verbum cupiens mutare, relinquo;
Judicium vires destituuntque meum.
Sæpe piget (quid enim dubitem tibi vera fateri?)
Corrigere, et longi ferre laboris onus...
Corrigere at refert tanto magis ardua, quanto
Magnus Aristarcho major Homerus erat.
De Ponto, III, 9.

(3) Os homini sublime dedit, cœlumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.....
Metam., I, 85.
. . . . . Polumque
Effugito australem, junctamque aquilonibus arcton.
Ib., II, 231.

Semejantes repeticiones se encuentran á cada paso. Júpiter va á hospedarse á casa de Baucis y Filemon; el viejo prepara la mesa:

Furca levat ille bicorni
Sordida terga suis, nigro pendentia tigno;
Servatoque diu resecat de tergore partem
Exiguam, sectamque domat ferventibus undis
. . . . . Mensæ sed erat pes tertius impar;
Testa parem facit: quæ postquam subdita clivum
Sustulit, etc.
Ib., VIII, 659.

Estas minuciosidades de escuela flamenca disminuyen fre-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gramática (1), por lo cual admira que esté tan léjos del estilo castigado, de la variedad y de la gracia de Virgilio, á quien conoció sin embargo (2). Las materias mismas que trata pertenecen mas bien á la erudicion y á la teología que á la razon poética, exceptuando las elegías; jamas se propone un fin elevado, y aun cuando vivió en tiempo de Augusto, se le cuenta entre los autores de la decadencia, y es un testimonio de que el favor imperial apénas contribuyó, no solo á crear un poeta, pero ni siquiera á mantener el buen gusto (3). Pero su intencion era hacerse leer, y poco importaba que tuvieran tambien defectos y críticas (4).

Huyendo de la *inquieta ambicion*, aunque su ilustre nacimiento le abriese el camino á los honores (5), los pospuso á una vida de goces. Muy querido al principio, así de la corte como de los compañeros de sus disoluciones, se vió de improviso desterrado á Tomi (1), destierro suave, sin confiscacion de bienes, no impuesto por el Senado, sino por el padre de la patria, por el amigo de los doctos, sin proceso y sin señalar los motivos. El pueblo romano murmuró por la ausencia de su poeta, pero no se atrevió á preguntar la causa de ella, hasta que olvidó los gemidos de la víctima y la ilegalidad de quien la castigaba. 20 de nov. 8 de C.

Como si se tratára de un interes de la humanidad, disputaron los eruditos largamente acerca de la culpa que habia excitado la ira de Augusto; unos imaginaron que tenia relacion con las liviandades de Julia; otros que Ovidio vió y no supo callar las intimidades de esta con su padre; y alguno creyó que Augusto estaba disgustado de la obscenidad de sus versos; razones todas insuficientes, y mas la última, aun cuando él mismo atribuye su desventura á los versos y á no haber sabido callar (2). Es un hecho que, á pesar de cuantas cartas de lamentos é incesantes súplicas envió desde el destierro, ya á Augusto, ya á Tiberio, no pudo evitar que sus huesos quedasen bajo tierra extranjera, ni satisfacer el insensato deseo, que habia repetido muchas veces en sus poesías lascivas, de espirar entre las proezas del amor (3).

En las *Metamórfosis*, poema de doce mil exámetros, se propuso cantar las formas adoptadas por los dioses y los hombres, desenlace demasiado uniforme de todos los episodios, aun cuando variado en las circunstancias, y en el cual no supo dar á las doscientas cuarenta y seis fábulas, reunidas con intrigas y digresiones poco naturales, mas cohesion que la de la sucesion. En vano, pues, se buscaria en esta obra la *sencillez y la unidad* que pretendia Horacio; y como tomó aquellos sucesos de poemas y dramas de antiguos y de contemporáneos, no le queda tampoco el mérito de la invencion (4). El episodio de Piramo y Tisbe es el único que no se encuentra en ningun otro autor, y si se supiese que era suyo, bastaria esto para declararlo poeta (5).

cuentemente el efecto de los cuadros mas bellos de Ovidio. Hablando del diluvio canta:

Exspatiata ruunt per apertos flumina campos
. . . . . Pressæque labant sub gurgite turres;
Omnia pontus erat, deerant quoque litera ponto.

Hasta aquí es bello; pero despues desciende á particularidades ociosas, y por consecuencia perjudiciales al efecto:

Nat lupos inter oves, fulvos vehit unda leones.

Como si en el trastorno universal, cuando, por decirlo así, todo el mundo anda á nado, importára saber lo que hacian los corderos ó los leones.

(1) Él mismo se reprende este verso:

Tum didice getice sarmaticeque loqui.

No acomodándole en el verso *mori*, dijo:

Ad strepitum, mortemque timens, cupidusque moriri.
Metam., XIV, 215.

En otra parte leemos:

Denique quisquis erat castris jugulatus achivis,
Frigidius glacie pectus amantis erat.

¿Á quién pertenece el *quisquis*?

Frecuentemente incurre en juegos de palabras:

In pretio pretium nunc est...
Cedere jussit aquam, jussa recessit aqua,
Speque timor dubia, spesque timere cadit...
Quæ bos ex homine est, ex bove facta dea...
Semibovemque virum, semivirumque bovem.

Tal es (perdónenmelo sus admiradores) su descripcion del cáos.

(2) Virgilium vidi tantum.

(3) Véase el juicio que forma de algunos poetas anteriores:

Dum fallax servus, durus pater, improba lena
Vivent, dum meretrix blanda, Menandros erit.
Ennius arte carens, animosique Ennius ori
Casurum nullo tempore nomen habent:
Varronem primamque ratem quæ nesciat ætas,
Aureaque Æsonio terga petita duci?
Carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti
Exitio terris cum dabit una dies.
Tityrus et fruges, Æneiaque arma legentur,
Roma triumphati dum caput orbis erit.
Donec erunt ignes arcusque Cupidinis arma,
Discentur numeri, culte Tibulle, tui.
Gallus et Hesperiis, et Gallus notus Eois.
Et sua cum Gallo nota Lycoris erit.
Amor., I, 15.

Hay en esto mas de un error.

(4) Dummodo sic placeam, dum toto caner in orbe
Quod volet, impugnent unus et alter opus.
Rem. Am. 365.

(5) Y esclavo de las preocupaciones de nacimiento como un noble de hace cien años, se alaba de ser caballero sin haber llevado jamas las armas:

Aspera militiæ juvenis certamina fugi,
Nec nisi lusura movimus arma manu;

Y se lamenta de verse pospuesto á otro que no habia llegado á ser caballero sino por su valor:

Præfertur nobis sanguine factus eques
Fortunæ munere factus eques,
Militiæ turbinæ factus eques.

(1) Respira verdadera pasion la elegía en que describe su partida.

(2) Perdiderint cum me duo crimina, carmen et error,
Alterius facti culpa silenda mihi.....
Vive tibi et longe nomina magna fuge.
Hæc ego sic monitor monitus prius ipse fuissem,
In qua debebam forsitam urbe forem.....
Inscia quod crimen viderunt lumina plector,
Peccatumque oculos est habuisse meum.....
Cuique ego narrabam, secreti quidquid habebam,
Excepto quod me perdidit unus erat.....
Cur aliquid vidi? cur noxia lumina feci?
Cur imprudenti cognita culpa mihi?
Inscius Acteon vidit sine veste Dianam,
Præda fuit canibus non minus ille suis.

(3) Felix quem Veneris certamina mutua perdunt!
Di faciant, leti causa sit ista mei...
At mihi contingat Veneris languescere motu;
Cum moriar, medium solvar et inter opus.
Amor., II, 10.

(4) Muchos escribieron μεταμορφώσεις, ἑτεροιώσεις, ἀλλοίωσεις, como Corina, Calístenes, Antígono, Didímaco, Nicandro y Partenio; y se cree que especialmente de los dos últimos tomó Ovidio los suyos.

(5) ¿Quién creeria que un poema tan prolijo hubiera de encontrar un Italiano que lo diluyese aun mas, y que obtu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

En los *Fastos* expone el calendario (1) y el orígen de las fiestas romanas como ya lo habian hecho otros en Alejandría, y en Roma Propercio y Aulo Sabino; pero no recordando nada de elevado ó recóndito, deja dominar en ellos la leyenda y la mentira consagrada por los sacerdotes y por el vulgo, sin ocultar tampoco que ni él ni los demas creían en ella. Los dioses y la religion en su tiempo eran resortes gastados, por lo cual no se sirvió de ellos en tono de conviccion, sino burlándose: como hizo con la caballería Ariosto, que tanto se le asemeja. Sirviéndose de las tablas astronómicas de Meton, de Eudoxio y de otros Griegos, calculadas por el horizonte de Alejandría, incurrió frecuentemente en errores en la indicacion de la salida y postura de los astros.

En las *Heroidas*, cartas que supone escritas por los antiguos, no sabe adaptarse á la índole de los tiempos ni adivinar el sentimiento de las edades remotas, y deja que la erudicion sofoque los afectos. Sus Elegías amatorias son de igual sentimiento que las de los demas autores eróticos y forman un diario de sus aventuras galantes, aunque se distinguen de los versos de los poetas precedentes por el tono gracioso y divertido, en vez del inevitable lacrimeo de los demas. Verdad es que Ovidio no saca á luz descaradamente los nombres propios, como Cátulo, Horacio ó Marcial, ni hace gala como ellos de las infamias contra la naturaleza; pero lo selecto de los términos no quita que sea el poeta latino mas obsceno, y que repugne por su jactancia de hazañas bestiales. En los *Tristes* y en el *Ponto*, contínuos gemidos por la patria y las amistades perdidas, manifiesta un dolor mujeril interminable y sin dignidad, que no sabe resignarse, que erige altares y quema incienso á su perseguidor, que no recuerda sino la parte mas superficial de las memorias, y que á fuerza de derramar lágrimas excluye el verdadero sentimiento patético.

Estos escritos melancólicos no sirven á la historia mas que para ver cuán inculto é infeliz nos pinta el lugar de su destierro (2), que estaba situado sin embargo en las risueñas colinas de la Bulgaria, junto á un brazo del mar Negro. Su *Arte de Amar*, que podria llamarse mas bien Arte de seducir, pone mejor de manifiesto las costumbres de su tiempo. Fastuoso y abundante como siempre, ocupa mil versos en describir qué mujer debe uno elegir para decirle: *Tú sola me agradas* (3), como si la eleccion fuese efecto de cálculo. Pasear por las calles, darse importancia por las plazas, comparar las morenas con las rubias, divertirse por el campo en Baya, cautivándose principalmente á las camareras con oro y caricias (1); insinuarse en la amistad del marido; insistir pero sin molestia; no perder la esperanza por repulsas; fingir padecimiento, aparentar que hay una rival; sobre todo callar y creer que no se ha faltado donde la falta puede negarse, son las artes que enseña este ingenioso intérprete de la corrupcion de su siglo, de un siglo en que se podia llamar poco culto al marido que pretendia castidad en su mujer en la ciudad cuyos fundadores no nacieron sin culpa (2).

Quien busque amores, dice Ovidio, frecuente los bosquecillos de Pompeyo ó el pórtico de Livia y las fiestas del llorado Adónis, y los sábados de los Judíos, pero principalmente los teatros y los circos, sitios peligrosos para la castidad, adonde en admirable multitud acuden las mujeres para ver y ser vistas (3). Aplauda allí los caballos y los autores que su querida prefiera, sacuda del seno de su amiga el mas leve polvo que haya en él, sacúdalo aun cuando no lo tenga, y aproveche toda ocasion de prestarle servicio; sosténgale el manto si arrastra, múllale los cojines del asiento, no deje que ningun otro la toque por detras con la rodilla, hágala aire, y apueste sobre quién vencerá, tonterías todas que cautivan á las almas pequeñas.

Enseña tambien Ovidio á las mujeres cómo han de conquistar amantes; qué vestidos son convenientes para cada época y lugar; la oportunidad de la sonrisa; aconséjalas que siempre se manifiesten serenas, y dejen los altercados para las esposas (4). ¡Pero qué falta de delicadeza se echa de ver en el cantor de los amores y en la sociedad para quien escribia, cuando se atreve á proponer como modelo el amor de Pasifae!

De esta manera no es de admirar que creyese que los donativos eran el arte supremo de agradar á semejantes mujeres, que el que podia dar, no necesitaba mas arte (5) que enseñase á las mujeres el medio de sacar mayor partido de un amante, pidiéndole regalos si era rico, recomendándole clientes si era magistrado, confiándole causas si era jurisconsulto, y contentándose con versos si era poeta. Sin embargo, al ir á caza de regalos, veíanse con frecuencia despojadas, y el preceptor de tan amables ritos las

viese elogios por esto? ¡La version de Anguillara tuvo treinta ediciones en un siglo!

(1) Respecto de los calendarios romanos, véase nuestra ARQUEOLOGÍA.

(2) Styx quoque, si quid ea est, bene commutabitur Istro,
Si quid et inferius quam Styge, mundus habet.

(3) Elige cui dicas, tu mihi sola places,

(1) Fertilior seges est alienis semper in agris...
Quod refugit multæ cupiunt, odere quod instat...
Palleat ommis amans, color est hic aptus amanti,
Non peccat quæcumque potest peccasse negare..

(2) Rusticus est nimium quem lædit adultera conjux.
Et notos mores non satis urbis habet.
In qua Martigenæ non sunt sine crimine nati
Romulus iliades, iliadesque Remus.
Amor., III, 4.

(3) Sed tu præcipue curvis venare theatris,
Hæc loca sunt vocis fertiliora tuis.
Illic invenies quod ames, quod ludere possis,
Quodque semel tangas quodque tenere velis.
Sic ruit in celebres cultissima fœmina ludos,
Copia judicium sæpe morata meum.
Spectatu veniunt, veniunt spectentur ut ipsæ:
Ille locus casti damna pudoris habet.

(4) Lis decet uxores: dos est uxoria lites.

(5) Non ego divitibus venio præceptor amoris:
Nil opus est illi, qui dabit, arte mea.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

advierte que no se dejen engañar por la bien peinada cabellera, por la elegante toga, ni por muchos anillos, porque no pocas veces era mas rapaz el que iba mas adornado, y le solian gustar los trajes y las piedras preciosas (1), por lo cual á mas de una se habia oido con frecuencia pedir auxilio contra el ladron.

¡Extraños amores! ¡Extraños preceptos! ¡Extrañas precauciones!

Fedro, llamado Liberto de Augusto, nació en Macedonia. Ávido de fama y encontrando ocupado el campo de la literatura por la imitacion griega (2), tradujo las fábulas de Esopo en purísimo estilo, entremezclándoles de vez en cuando alusiones que le acarrearon la persecucion del sucesor de Augusto; pero no solo careció de invencion sino tambien de ingenio y de aquella agudeza que hiere y pasa (3).

Fedro n. 30 á. C.

Parece anterior á él Babrio, que redujo á diez libros de coliambos griegos las fábulas de Esopo; pero los copistas posteriores, incapaces de comprender la elegancia de sus versos, los pusieron en prosa, sobre la cual trabajan los modernos para restablecer su primitiva forma.

Pocos leen el *Cinegético* de Gracio Falisco, y no muchos los libros astronómicos de Manilio, el cual aunque se vió estrechado por el rigor del asunto y las pretensiones del verso (4), viendo no obstante ocupados ya todos los demas géneros (5) ensayó este que estaba intacto, en el cual rara vez se templa la aridez de la enseñanza con las gracias del estilo.

Teatro.

Poco podemos añadir á lo dicho respecto del teatro en la época anterior (pág. 760), ántes bien se renunció casi completamente á las composiciones regulares para hacer lugar á los mimos, mezcla de baile y de poesía dramática, que no contenian una accion perfecta, sino escenas sueltas, presentando un carácter plebeyo ridiculizado en sus diferentes situaciones. El poeta no daba en estas composiciones mas que el bosquejo, dejando que improvisase el actor que era frecuentemente el autor mismo. Se afectaban en ellas la manera vulgar de hablar y las locuciones incorrectas, en las cuales el pueblo bajo se reconocia á sí mismo y se divertia admirablemente. Los mímicos mas famosos fueron Laberio y Siro: del primero tenemos un prólogo en donde se queja de haber sido obligado por César á subir á la escena; del segundo, celebrado por los antiguos entre los mejores, nos quedan ochocientas cincuenta y dos máximas morales, siendo costumbre prepararlas en gran número para tenerlas dispuestas en toda ocasion. Estas máximas, dignas de Menandro, nos dan una idea elevada de la farsa romana. Gn. Matio, amigo de César y de Ciceron, escribió tambien *Mimiambos*, bastante aplaudidos, ademas de una Iliada.

Actores.

Los Romanos, tan inferiores á los autores dramáticos griegos, les aventajan en la declamacion y en la pantomima, si hemos de atenernos á la admiracion con que hablan de Batilo y de Piládes, Griegos sin embargo, si juzgamos por el nombre de Esopo y de Roscio, el cual abandonó la careta, en lo que fué imitado probablemente por otros. No obstante, los actores eran generalmente esclavos ó libertos, que á fuerza de estudio aprendian la exacta pronunciacion del latin. Ademas los teatros romanos eran vastísimos, de tal manera que el actor tenia que esforzar la voz para que fuese oída por ochenta mil espectadores: los papeles de mujer eran ejecutados por hombres; se cubrian la cara con caretas, y así es inexplicable el efecto que segun Ciceron y Quintiliano producian.

Esopo y Roscio tenian cuidado de asistir al foro siempre que se ventilaba una causa de vivo interes, para observar los movimientos del orador, del reo y de los concurrentes. El primero fué amigo de Ciceron, y tanto se enriqueció, que á pesar de ser excesivamente espléndido, dejó á su hijo veinte millones de sestercios (1). Ciceron tomó lecciones de Roscio, de quien despues fué tambien amigo, y uno y otro se desafiaban á quién de los dos expresaria mejor un pensamiento, aquel con la palabra y este con el gesto. Roscio ganaba cada año quinientos grandes sestercios, ó sean cien mil francos: no es nueva por consiguiente la liberalidad con los actores.

Se han perdido las obras de muchos poetas latinos: las comedias de Fondanio, las tragedias de Polion y Vario, las epopeyas de este, de Rabirio, de Cornelio Severo, de Ciceron y de Pedro Albinovano, los poemas didácticos de Marco, y los versos de aquel Julio Cálido, que despues de Cátulo fué tenido por el poeta mas elegante (2), no nos son conocidos sino de nombre. Cornelio Galo, confidente de Virgilio, combatió contra Antonio y obtuvo el gobierno de Egipto, pero habiendo caído despues en desgracia, se mató. Á él dedicó Partenio de Nicea su libro griego de las *Pasiones amorosas*, anécdotas de amores desgraciados, tomadas de varios autores. Este Partenio fué maestro de Virgilio, y habia escrito tambien ciertas *Metamórfosis*, que sugirieron la idea de las suyas á Ovidio, y

(1) Sunt qui mendaci specie grassentur amoris,
Perque aditus tales lucra pudenda petant.
Nec coma vos fallat liquido nitidissima nardo;
Nec brevis in rugas cingula pressa suas,
Nec toga decipiat filo tenuissima, nec si
Annulus in digitis alter et alter erit.
Forsitan ex horum numero cultissimus ille
Fur sit, et uratur vestis amore tuæ
Ars., III, 441.

(2) Quoniam ocupabat alter ne primus forem,
Ne solus esset studui, quod super fuit.
Epil. del lib. II.

(3) No falta quien crea apócrifo este Fedro, cuyo nombre, excepto Marcial, ningun autor antiguo recuerda, y que fué descubierto en 1562, con ocasion del saqueo que se hizo en un convento de Alemania. La primera edicion es de 1596.

(4) Duplici circumdatus æstu
Carminis et rerum.

(5) Omne genus rerum doctæ accinere sorores;
Omnis ad accessus Heliconis semita trita est:
Et jam confusi manent de fontibus amnes,
Nec capiunt haustum turbamque ad nota ruentem.
Integra quæremus rorantes prata per herbas,

(1) Plinio, *Hist. nat.*, X, 72.
(2) *Vida de Ático.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

un poema del cual es imitacion el *Moreto* de Virgilio (1).

Por las obras que nos quedan podemos formar juicio de las perdidas y conocer que dominaba entónces en Roma una literatura de tradicion y de imitacion, porque todos se ejercitaban en iguales géneros, iguales asuntos, y casi iguales sentimientos. Cuando enmudeció la elocuencia, la poesía para sobrevivirla se hizo instrumento de la corrupcion, cohonestada con el nombre de pacificacion; y lisonjeando á la opinion pública con las gracias de las armonías delicadas, la acostumbró á elogiar al afortunado, el cual aunque hastiado de estos aduladores, les protegia por interes y les concedia pequeños honores, convites, agradable recibimiento en las antecámaras, y aplausos en las escuelas y en el teatro. Los versos de esta época, si bien la composicion está tomada de los Griegos, nos presentan el cuadro de una sociedad corrompida por los vicios del universo conquistado, debilitada por la guerra civil, enervada por el despotismo elegante, indiferente á los intereses públicos y á los deberes graves, ávida de reposo y de gozar en el lujo, en los placeres de los sentidos y en el aturdimiento de las pasiones. Los poetas tienen cuidado de extender sobre las iniquidades pasadas un bordado velo, de excusar y aun tambien de justificar la injusticia, y de trastornar y pervertir la opinion. Ninguno se atreve á alabar á quien ha incurrido en el desagrado del príncipe; si al aparecer un cometa se aterra el pueblo, los poetas cantarán que es la estrella de Julio César (2); si tiene miedo Augusto, repetirán que es muy necesario que viva, y que debe ascender tarde á los merecidos honores del Olimpo, y (cosa extraña, no singular) encomiarán la felicidad de su tiempo, miéntras que los historiadores están de acuerdo en lamentar la decadencia de todas las virtudes ciudadanas.

Por lo demas, los poetas de aquel tiempo no se afanan demasiado en mostrar firmeza, reflexion y conciencia en sus opiniones; varían de escuela, todo lo marchitan, no profundizan nada; tienden principalmente á persuadir de que el gozar de la vida, el usar moderadamente de los placeres, el hacer que las rosas broten en medio de las espinas, es la flor de la sabiduría; y este oficio era tanto mas eficaz cuanto que era desempeñado con aquel justo equilibrio entre las locuciones patrias y las extranjeras, con aquella correccion de formas y aquella finura de gusto que en breve debian perderse.

Horacio n. 66 á. C.

Estos defectos se presentan tambien en los dos poetas latinos mas señalados, Virgilio y Horacio. Podria deducirse la vida de Horacio Flacco de sus mismos escritos. Adulto destapaba una ánfora que tenia el nombre del cónsul L. Manlio, en cuyo tiempo habia nacido; y quien visite á Venusa, su patria, en la Basilicata, puede ver allí cerca el Ofanto (*Aufidus*) cantado por él, la fuente de Bandusia en la via Appia, el monte Volturo (*Vultur*), la ciudadela de Forenza (*Ferentum*) con sus fértiles contornos, los bosques de Bancia (*Bantia*) y la elevada Acherencia (*Acherentia*). Su padre, que era liberto, lo hizo educar esmeradamente con los productos de su *pobre heredad*. No siendo ya tiempo de buscar la gloria solo en las armas, sino tambien en las artes y en las letras, se trasladó á Roma, y solicitó el poco importante empleo de ugier en la almoneda pública, á fin de que su hijo fuese educado del mismo modo que los caballeros y los patricios, y estuviese provisto de trajes y siervos, de tal suerte que no se presentase inferior á los demas. Su padre mismo lo vigilaba y enseñaba (1), y le puso bajo la direccion de Pupilo Orbilio, el cual empobrecido por las proscripciones, se habia hecho soldado, despues gramático, y enseñando severamente sin economizar los azotes, mereció una estatua. Por este conoció Horacio los autores antiguos latinos, pero en la comparacion observó cuán inferiores eran á los griegos, y especialmente á Homero, en el cual encontraba poesía moral, política y todo.

Habiendo entrado en la milicia, mandó á los veintitres años como tribuno militar una legion (2) en las filas republicanas; pero inepto Tirteo, arrojó el escudo en la batalla de Filipos. Pacificadas las cosas, habiéndole sido arrebatada la modesta herencia (3), y no quedándole mas que las letras, permaneció algun tiempo adherido á la causa de las víctimas y los independientes, audaz por la pobreza (4), miéntras no se acercó á los poderosos. Virgilio y Varo le presentaron á Mecénas (5), que recordando el afecto que Horacio habia tenido á Bruto, le recibió friamente, hasta que habiendo conocido su talento, lo atrajo con su benevolencia y le presentó á Augusto. Para hombres que vivian

(1) Así se lee en un uu manuscrito del mismo *Moretum* en la biblioteca Ambrosiana.

(2) Micat inter omnes Julium sidus.

HORACIO.

(1) *Serm.* I, 6.

(2) « Quod mihi parceret legio romana tribuno. »

Sat. IV, lib. I, v. 45.

(3) Inopemque paterni
Et laris et fundi.

Ep. II, lib. II, v. 50.

(4) « Paupertas impulit audax. »

Ib.

(5) Un poeta poco posterior, cuyos versos están entre la *Analecta* de Virgilio, canta los méritos de Mecénas en un panegírico á Pison, en el cual, entre otras cosas, se lee:

Ipse per ausonias æneia carmina gentes
Qui sonat, ingenti qui nomine pulsat Olympum,
Mœoniumque senem romano provocat ore.
Forsitan illius nemoris latuisset in umbra
Quod canit, et sterili tantum cantasset avena
Ignotus populis, si Mecenate careret.
Qui tamen haud uni patefecit limina vati,
Nec sua Virgilio permisit numina soli.
Mæcenas tragico quattentem pulpita gestu
Erexit Varium, Mœcenas alta *Thoantis*
Eruit, et populis ostendit nomina Graiis.
Carmina romanis etiam resonantia chordis,
Ausoniamque chelym gracilis patefecit Horati.
O decus, et toto merito venerabilis ævo
Pierii tutela chori, quo præside tuti
Non unquam vates inopi timuere senectæ.

En vez de *Thoantis* leeria yo *Thyestis*, título de la tragedia de Vario, que, segun Quintiliano, *cuilibet Græcorum comparari potest. Inst.*, or., X, I.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en público, en el Foro, en el Pórtico, y en el campo, era fácil familiarizarse entre sí, aun siendo de diferente nacimiento y posicion, y Horacio, jovial y tolerante, llegó á ser sin envidia amigo del buen Virgilio como del rico Mecénas y del mismo Augusto; invitaba á los unos á comer, recibia de los otros y aun solicitaba posesiones y casas de campo, y celebraba las victorias de los nuevos señores sobre los extranjeros, porque como buen Romano aborrecia todo lo que era extranjero.

Este poeta epicúreo, dedicado á disfrutar lo mas que se pudiera de la vida, dueño de una posesion en las colinas de Tívoli, bastante extensa para que la cultivasen cinco familias (1), pasaba tranquilamente los dias, celebrando los natalicios, convidando á Virgilio ó á Mecénas á comer, con tal que le llevasen vinos y perfumes, y mostrándose tan escaso de ambicion y tan enemigo de la servidumbre, que ni aun quiso ser secretario de Augusto; pero no pudo negar á las lisonjas de este los elogios, ántes bien llegó á ser el poeta de la corte, que tenia siempre dispuesta en su carcaj una flecha para cada circunstancia.

No creo que en ninguna lengua pueda encontrarse un poeta tan variado como Horacio. Cuando se habla de Simónides, se le califica de sombrío, á Tirteo de belicoso, á Píndaro de audaz, á Arquiloco de sarcástico, á Anacreonte de voluptuoso, á Safo de tierna, á Ovidio de fluido, y así de los demas; pero Horacio reune en sí todas estas dotes, y lo que lo distingue de todos los demas líricos, es que une al grande ingenio un gusto finísimo; aquel lo levanta con atrevido vuelo; este no lo deja jamas traspasar un punto los confines tan indeterminados, y sin embargo, tan absolutos, mas acá ó mas allá de los cuales está la falta. Siempre fiel á estos límites, vaga por lo demas por todos los tonos de su lira, por toda la variedad de opiniones (2); ya admira á la Tracia Cloe á despecho de la Romana Lidia, é insulta á la envejecida Lice y á la mal temida Canidia; pondera á Licino la áurea medianía, ó compone un himno á los númenes; huye del lujo persa, del mármil, y de los dorados artesonados, y desea que sea Tívoli el reposo de su vejez cansada de las armas; y con la misma facilidad deplora las guerras civiles renovadas y alza el velo que cubre los arcanos de la política. Una vez pinta las delicias del campo, de tal modo que nos parece su mas sincero amigo, y próximo á convertirse en campesino; pero nada de eso, dos versos de conclusion descubren que todo fué ironía (3).

(1) Ep. XIV, lib, I, v. 3.

(2) Nullius adddicti jurare in verba magistri,
Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes.
Nunc agilis fio et mergor civilibus undis,
Virtutis veræ custos rigidusque satelles:
Nunc in Aristippi furtim præcepta relabor,
Et mihi res, non me rebus submittere conor.

(3) No se pudiera desear trabajo mas completo que el hecho por Walkenaer *De la vie et des poésies d'Horace*. París, 1840. Véase la cronología que da de las obras de este autor:

713 24 Sat. I, 7.
714 25 Sat. I, 2. Epod. 16, 15, 8, 12.
715 26 Sat. I, 8. Ep. 5, 6, 10, 4, 2, 13, 17. Od. IV, 12.
716 27 Sat. I, 3. Ep. 3.
717 28 Sat. I, 5. Ep. 11. Od. I, 28.
718 29 Sat. I, 6. 2 Od. I, 10.
719 30 Sat. I, 1.
720 31 Sat. I, 9. Od. I, 5. III, 10.
721 32 Sat. II, 3. Ep. 14.
722 33 Ep. 7. Od. I, 7. II, 1.
723 34 Ep. 1, 9. Od. I, 14, 15.
724 35 Sat. I, 4, 10, II, 6, 8, 4. Od. I, 37, 9, 11, 22. II, 5, 8.
725 36 Sat. II, 7, 5. Od. I, 27, 38, II, 3. Epist. I, 11.
726 37 Sat. II, 1. Od. I, 31, 18. II, 15, 12. III, 25, 6, 12, 24.
727 38 Od. I, 38, 17, 8, 35, 16, 6. III, 21. Epist. 2.
728 39 Od. I, 13, 33, II, 4. Epist. I, 4.
729 40 Od. I, 29, 23. III, 14.
730 41 Od. I, 36, 24, 32, 34. II, 18. III. 9. Epist. I, 6.
731 42 Od. I, 26, 12, 30, 19. II, 14, 2, 10. III, 17, 19, 13. Epist. I, 15, 7, 9.
732 43 Od. I, 2, 4, 21, II, 16. III, 16, 28. Epist. I, 14.
733 44 Od. I, 25, II, 17, 13. III, 18, 22, 25, 27, 7, 26, 29, 2, 3, 11. Ep. I, 20, 5.
734 45 Od. I, 19. II, 11, 9. III, 5, 8. Epist. I, 3, 8, 12, 18, 17.
735 46 Od. I, 3, 20, 1. II, 19, 20. III, 4, 15, IV, 13.
736 47 Od. III, 1, 30. Ep. I, 13.
737 48 Od. IV, 6, *Carmen seculare*. Epist. I, 10.
738 49 Od. IV, 7, 11, 9. Ep. I, 16.
739 50 Od. IV, 1, 10, 4. Ep. I, 19, 1.
740 51 Od. IV, 5.
741 52 Od. IV, 2, 14.
742 53 Od. IV, 3.
743 54 Od. IV, 8.
744 55 Od. IV, 15. Ep. II, 2.
745 56 Ep. II, 3, *Ars poetica*.

(1) Vivite parvo,
Fortiaque adversis opponite pectora rebus.

(2) « Labeone insanior. » Sat. I, 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

peya, pero le estaba prohibida por el olvido en que el siglo de oro queria sepultar la memoria de sus predecesores.

Apesar de esto, Horacio imitó, mejor dicho, tradujo las mas de las veces, á los poetas griegos (1), lo cual (lo repetimos) no era mal mirado por los Romanos. Decia que rivalizar con Píndaro, era querer repetir, con alas de cera, el vuelo de Icaro; y á la verdad, dígase lo que se quiera, no llegó hasta él, porque aun cuando al leer al poeta griego nos sintamos deslumbrados mas que conmovidos, sus odas toman siempre un carácter social, al paso que Horacio se atiene generalmente á la personalidad de los afectos y de las sensaciones.

Componiendo de este modo para la inmortalidad, pero con ocasion de los acontecimientos diarios, habla siempre de sí mismo y de los suyos, de suerte que nos familiariza con la vida de los antiguos (2). En Horacio mejor quizá que en Ovidio, se descubre la corrupcion que debia originarse de los fáciles amores con las cortesanas, del incentivo de los baños comunes, y de los triples lechos de la mesa; causas todas que hacian vanas cuantas consideraciones daban la ley y la costumbre á las matronas veneradas y abandonadas. Y lo que mas choca en autor de tan fino gusto, de sagacidad tan discreta, relacionado con lo mas distinguido de los ciudadanos, son sus bajas y descaradísimas obscenidades, por lo cual decia Quintiliano, que era poco conveniente explicarlo todo. Verdad es que estos desórdenes son comunes á todos los poetas de entónces, si se exceptúa á Virgilio; y adviértase, que yo no creo á los que dicen que los términos deshonestos eran ménos repugnantes á la lengua latina que á las modernas, porque Horacio y otros se excusan de ellos, pero nada mas que con el ejemplo de los escritores precedentes. En él, pues, y en los demas, si se exceptúa alguno que otro verso de Tíbulo y Propercio, entre tantos amores, no se encuentran esos placeres del corazon, vivos, penetrantes é inefables, sino siempre la voluptuosidad.

Mas original aparece Horacio en las *Epístolas* y en las *Sátiras*, en cuyo último género fué el único en que se manifestó libre la poesía latina, atribuyéndose el mérito principal en este género á Lucilio, que escribió treinta libros de sátiras muy mordaces. Sus fragmentos y los de algun otro, con los debidos temperamentos, pueden suministrar algun conocimiento de las costumbres. Vemos ya en Ennio á las mujeres diestras en el arte de agradar y de tener á su alrededor diversos amantes (1). Mas severo Lucilio, reprende á los Romanos que llevan la miel en la boca y el puñal en la cintura, y fingiéndose probos, facilitan los engaños en la guerra de todos contra todos (2). Á su vez, Turno echa en cara á los poetas los cantos obscenos con que sacan á la vergüenza á las vírgenes musas (3). Ennio y Lucilio fueron considerados como maestros de dos géneros de sátira, diferentes ménos en el fondo que en la forma; el del segundo fué ilustrado por Horacio, el otro por Varron, que escribió algunas tituladas *menipcas* del nombre de un tal Menipo de Gadara, escritor mordaz, y en las cuales alternaba la prosa con el verso. Satíricos.

Corrigiendo la medida libre y el tono familiar de Lucilio, llegó á ser Horacio gran maestro en el arte difícil de hacer fáciles versos. La suya es la sátira verdadera, la poesía de los tiempos críticos coadyuvando á destruir y á reformar, la cual despues, ó bien asociándose con la elegía, llega al grado mas sublime de la poesía civil, ó bien se contenta con reir. Esto hizo Horacio, porque el frecuentar la sociedad descubre sus ridiculeces, y el vivir solitario manifiesta sus vicios. Muchos eran los de Roma, pero la prosperidad pública ocultaba la depravacion, de manera que se podia todavía reir de aquello mismo que en tiempo de Juvenal no podia ménos de maldecir un alma honrada.

(1) En los épodos es menor la imitacion del griego, como tambien el arte y la variedad de los metros.

(2) « Dans les ouvrages de ce poète ressortent sous de vives couleurs la grandeur et la gloire, les ridicules et les vices de ce siècle mémorable. » WALKENAER, Ob. cit.

Véanse tambien PASSON, *De Horat. Flaccus Leben und Zeitaller.* Leipzig, 1833.

PHILIPP BUTTMANN, *Ueber die Geschichtliche und die Anspielungen in Horat.* Berlin, 1828.

WEICHERT, *Prolusiones de Q. H. Flacci epistolis* 1826, y *Lectiones venusinæ*, 1832-33, sobre la historia del mismo poeta y de los contemporáneos.

JACOBS, *Lectiones venusinæ* (Lepzig, 1834), respecto de la estimacion moral del carácter, de los actos y de las poesías de Horacio. Ademas pueden ser consultados Schmid, Döring, Braunhard, Orelli, Peerlkamp, y tantos otros mas modernos que han estudiado este poeta. Wieland habia hecho una novela respecto de él, y Döring, en las aclaraciones á la edicion de Leipzig de 1824, la sátira de sus contemporáneos. Weichert restauró verdaderamente la historia de la literatura romana del tiempo de Augusto. Hofman Peerlkamp (Harlem, 1834) pretendió haber adquirido con la prolongada familiaridad un conocimiento mas íntimo del poeta, para segregar lo que se interpoló en sus obras, y en 3,845 versos encontró que lo habian sido 644, de los cuales disculpa á Horacio para atribuir su responsabilidad á los gramáticos. J. C. Orelli en la edicion que de él hizo (Turici, 1837-38) despues de veinticinco años de lecciones, no ataca la originalidad del poeta, ni se irrita con sus predecesores: « Differt autem nostra interpretatio a similibus quæ nunc in scholis feruntur, his potissimum nominibus; sæpius dijudicantur et variæ lectiones et diversæ grammaticorum explicationes, sine ulla tamen in quemquam insectatione aut contumelia: quin in hoc quoque genere, tacitis plerumque adversariis, quæ veriora ubique viderentur, argumentis additis exposui, ne tranquillissima disputatio acris rixæ cum hoc vel illo inimico contractæ speciem unquam præ se ferret; quo quidem cum aliis digladiandi et depugnandi studio in hujusmodi scriptis studiosæ juventuti propositis nihil profecto perversius reperiri potest. »

(1) Quasi in choro pila ludens
Datatim dat se et communem facit;
Alium tenet, alii nutat, alibi manus
Est occupata, alii pervellit pedem,
Alii dat anulum spectandum, à labris
Alium invocat, cum alio cantat, et tamen
Alii dat digito literas.

(2) Verba dare ut caute possint, pugnare dolose,
Blanditia certare, bonum simulare virum se,
Insidias facere, ut si hostes sint in omnibus omnes.

(3) Sæva canent, obscæna canent, fœdosque hymenæos,
Uxoris pueris, Veneris monumenta nefandæ.
Nec Musas cecinisse pudet, nec nominis olim
Virginei, famæque juvat meminisse prioris.
Oh! pudor extinctus, doctæque infamia turbæ.
Sub titulo prostant, et queis genus ab Jove summo.
Res hominum supra evectæ, et nullius egentes,
Esse merens vili, ac sanctose corpore fœdant,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ademas, las monarquías propenden siempre á difundir el espíritu de moderacion, y como Augusto lo inspiraba, alabando las costumbres antiguas y adoptando las nuevas, Horacio lo secundó del mismo modo, picando sin herir, describiendo mas bien que satirizando, y colocándose él mismo en primera fila entre aquellos pecadores.

Pintando por tanto lo ridículo y lo torpe de la sociedad romana, impugna el vicio, pero sin mostrarle aborrecimiento; exhorta á la virtud, pero sin hacerse su apasionado; reprueba la omnipotencia dada al dinero (1), pero hace la corte á los acaudalados é implora un lugar en sus cenas y regalos; y se forma una moral no pura, sino enemiga de los excesos, segun la cual se propone estar bien, acomodar sus deseos á los medios de satisfacerlos, contento de sí mismo y querido de los demas. Elogia sin envidia á Virgilio, á Tíbulo y hasta á Valgio y Vario, poetas tambien (2), y en fin, robusto, lucio y bien conservado, se entrega á la incontinencia y no dedica un pensamiento al porvenir. Tan distante del estoicismo desconsolador de Persio, como de la negra bílis de Juvenal, y del cinismo en que algunos colocan la fuerza de la sátira, jamas se aparta de aquella finura en el advertir y de aquella exactitud en expresar, que no se adquiere sino en las grandes ciudades y con el roce de la conversacion. Y como las medianías ya en el mérito, ya en las faltas, son siempre en mayor número, por esta razon es siempre oportuna la crítica que hizo de las costumbres y en ella encontramos los originales con quienes todos las dias tropezamos.

Es notable por la autoridad dictatorial que algunos le han atribuido la epístola á los Pisones, que impropiamente se llama *Arte poética;* obra que en realidad es didáctica en el fondo, con forma epistolar y episodios satíricos, y en la cual se mezclan suavemente la sal mordaz con la familiaridad del discurso, y el arte con el precepto. En ella el poeta venusino, con la unidad libre que conviene á la epístola, discurre sobre varios puntos de literatura, especialmente sobre la dramática; y miéntras parece que en esta pone trabas al genio con reglas arbitrarias, propende á emanciparla del temor de los pedantes; los cuales pretendian entónces que se restringiese el idioma á un tiempo solo y á ciertos autores, en vez de reconocer al uso por soberano árbitro (3); llamaban sacrilegio el no dar veneracion á los antiguos, así como el hacer justicia á aquellos cuyo nombre no estuviese aun consagrado por la muerte (1), y creían por último que valian mas las decisiones del censor hablador y petulante que el juicio de unos cuantos sabios modestos.

Virgilio n. 70 á. C.

P. Virgilio Maron, natural de las cercanías de Mantua, educado en Cremona y en Milan, fué á Roma á reclamar su pequeño patrimonio hereditario cuando se repartieron los campos entre los soldados de Octavio; y habiendo encontrado favor en este, le consideró como á un dios y aceptó sus mercedes (2). Cándido, elegante, amigo del arte y de la paz, era el poeta á propósito para aquellos tiempos. Conservando el genio romano entre las guerras el sello de su orígen, se habia complacido siempre en los asuntos pastoriles; importaba á la sazon hacer que abandonára el tumulto por las dulzuras campestres y la tranquila laboriosidad de las ciudades, por lo cual instó Mecénas á Virgilio (3) á dirigir el amor de los Romanos hácia los campos, á ennoblecer la agricultura, y á hacer que no apareciese indecoroso que los legionarios cambiáran las espadas en arados. Compuso, pues, las *Geórgicas* y las *Bucólicas*, obras maestras de gusto, de buen juicio y de estilo, el monumento mas elegante de la literatura antigua, desesperacion de los que se obstinan en la poesía didáctica, y que obtienen fáciles victorias sobre las dificultades aparentes si se consideran aislados, pero que comparados con Virgilio se quedan muy inferiores.

Ningun poeta conoció quizá tan profundamente como él los mas finos artificios del estilo, que manejó con portentosa variedad de voces é inagotable riqueza de rima, acariciando el oído del lector para que ni un instante disminuya su desdeñosa atencion, sin halagarla por esto con invenciones alambicadas y poco naturales, ni con punzantes chistes. En sus escritos se ve á un hombre, que despues de haber conversado en la cultísima corte de Augusto, analiza en la soledad cuanto aprendió en aquella, lo refina con su delicado sentimiento, y lo mismo en el majestuoso curso de su exámetro que en la eleccion de vocablos en que se equilibran las vocales con las consonantes y los sonidos suaves con los ásperos, todo su cuidado consiste en mostrar que han nacido á la vez el pensamiento

(1) Vilius argentum est auro, virtutibus aurum...
O cives, cives, quærenda pecunia primum est,
Virtus post nummos.
Omnis enim res,
Virtus, fama, decus, divina humanaque pulchris
Divitiis parent, quas qui construxerit, ille
Clarus erit, justus, fortis, sapiens etiam et rex,
Et quidquid volet.
Et genus, et virtus, nisi cum re, vilior alga est.

(2) Valgius æterno propior non alter Homero.
Varius, Virgiliusque
. . . Animæ quates neque candidiores
Terra tulit, neque queis me sit conjunctior alter.

(3) . . . . . Usus,
Quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

(1) Qui redit ad fastos, et virtutem æstimat annis,
Miraturque nihil, nisi quod Libitina sacravit.
. . . . Si tam Graiis novitas invisa fuisset
Quam nobis, quid nunc esset vetus?...
Jam saliare carmen qui laudat.....
Ingeniis non ille favet, plauditque sepultis,
Nostra sed impugnat, nos nostraque tividus odit.

(2) Los autores antiguos de la vida de Virgilio hacen subir sus riquezas á diez millones de sestercios (2.000,000 de francos). Sin creer esto precisamente sabemos que se dejó el poeta enriquecer. Juvenal alude á ello en la Sátira VII, 69.; Horacio alaba á Augusto por lo mismo (*Ep.* I, Lib. II, 245.):

At neque dedecorant tua de se judicia atque
Munera, quæ, multa dantis cum laude, tulerunt
Dilecti tibi Virgilius, Variusque poetæ.

(3) Haud mollia jussa.
Accipe jussis
Carmina cœpta tuis.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y la expresion. Comprende que su mision no es inventar, sino hacer una poesía perfecta; conoce las bellezas de los que le precedieron, y en lugar de separarse de ellos por deseo de originalidad, los copia, despues les agrega algunas perfecciones enteramente suyas, mejora con el estudio lo que el instinto les habia inspirado, les quita todo lo que tienen de escabroso ó inconveniente, y con la gracia mas fina seduce al lector, que se apasiona de un poeta que pone toda su atencion en agradarle.

En medio de esto no olvida Virgilio á Roma, que precisamente en los campos se habia engrandecido, llegando á ser la ciudad mas hermosa del mundo: sus pastores hacen contínuas alusiones á las prosperidades de Roma y á la magnificencia de Augusto, y son gente culta y refinada hasta el punto de expresar los sentimientos propios del autor; porque Virgilio no supo hacer olvidar que todo era ficcion, como tampoco variar los caractéres, ni mantenerse en el dominio de la poesía pastoril (1).

Una obra mayor le pedian sus protectores, obra que no dejase á Roma envidiar ninguna de las riquezas griegas, una epopeya.

Enéida. De muy diferente manera es preciso tener dispuesto el ánimo para leer las epopeyas primitivas y verdaderamente nacionales de Homero, de Dante, ó los Niebelungen, que para revisar las sucesivas de estudio y de arte, dictadas no por la necesidad de representar una época de civilizacion y de reunir las tradiciones de los pueblos, sino por un propósito deliberado, como lo hizo el Tasso cuando discutia si habia de cantar la primera ó la segunda cruzada. La epopeya es la historia de las naciones que carecen aun de anales y de crítica. Refinándose la civilizacion de los pueblos, pierden estos aquella ingenua creencia en la inmediata intervencion de los dioses, que tanta parte tiene en las epopeyas primitivas; la ciencia explica lo que parecia misterioso, y la industria quita la gracia infantil á las bagatelas familiares de la sociedad naciente. Entónces, á la grandiosa musa épica de Homero suceden todas esas obras de erudicion que vemos ejecutadas en la escuela de Alejandría, ricas en bellezas, regularmente desenvueltas, razonadas en todo su curso, pero demasiado distantes de aquella generosa soltura, del estilo magnánimo de los poemas populares y nacionales. En ellas se han sustituido á la fe ciega la alegoría, la discusion, la curiosidad científica: recordando los ímpetus de la poesía lírica, introduce en ellas el poeta sentimientos personales, y recordando los dramas, busca las situaciones y las emociones trágicas.

Habiendo nacido Virgilio en época posterior, no solo á los poetas originales, sino tambien á los imitadores, en una edad de mayor cultura, no podia (aun cuando su genio lo hubiera impulsado á ello) escribir una epopeya natural pero debia á fuerza de estudio, de conocimientos y de arte, presentarnos una que en su armonía pusiera de acuerdo todo lo mejor que hasta entónces se habia hecho.

Y ya se habia hecho mucho en Roma, porque si verdaderamente es una ilusion erudita la existencia de poemas nacionales primitivos, en los cuales estuviesen personificadas las ideas en tipos, como fueron los siete reyes y los héroes hasta la batalla del lago Regillo (1), tenemos conocimiento cierto de Nevio y Ennio, que cantaron, aquel la primera guerra púnica, y este la segunda y la etólica (2). Ya en su tiempo se escribia la historia, por lo cual no podia ser su epopeya mas que la exposicion en verso de hechos humanos, y mucho ménos podia ser manejada la trama por Ennio, traductor de Evemero y de Epicarmo, que explicaban la mitología con los símbolos y con las apoteósis. Halagando la vanidad nacional, se remontaban los dos poetas hasta el orígen de Roma; pero esto debia parecerse á un ingerto heterogéneo en el asunto elegido.

Se verificaron despues acontecimientos grandiosos que parecieron asuntos dignos de la epopeya; pero la crítica habia separado ya los dos elementos necesarios, á lo ménos segun las formas griegas, para darle vida: me refiero á los hechos históricos y á los sobrenaturales. Muchos recurrian á la mitología (3), apartándose enteramente de su tiempo, y á estos incensaba y ridiculizaba á la vez Propercio (4): porque cantaban asuntos que ademas de haber sido cantados ya, no merecian el crédito necesario para servir á la poesía. Otros por el contrario tomaban por tema las recientes glorias de Roma, la guerra de los Cimbrios, el consulado de Ciceron, las expediciones de Lúculo y de Pompeyo, las conquistas de César, las victorias de Antonio ó de Octavio, como hicieron Ostio, abuelo de la Cintia de Propercio, dos Furios, dos Cicerones, Varron de Atace, Anser, alabado en la corte de Antonio y vituperado en la de Augusto, Vario y otros. Pero la proximidad de las hazañas elegidas, dificultando el vuelo de la imaginacion, convertia al poeta en historiógrafo; y el ser aquel cliente ó protegido del uno ó del otro de aquellos ilustres personajes, le imponia la necesidad de adular á un hombre ó una faccion, mas bien que lisonjear á toda la nacion ó interesar á la humanidad.

(1) César Escalígero (*Poetices liber V qui et Criticus*) revela los plagios cometidos por Virgilio respecto de Homero, Pindaro, Apolodoro y otros, pero demostrando uno por uno que los superó á todos; en lo cual manifiesta la erudicion de un gran crítico, y la ostentacion de un pedante.

(1) Véase t. I, pág. 592.

(2) Ennio recuerda otros cantores:

Scripsere alii rem
Versibus quos olim Fauni vatesque canebant.

(3)

Quis aut Eurysthea durum,
Aut illaudati nescit Busiridis aras?
Cui non dictus Hylas puer et Latonia Delos,
Hippodameque, humeroque Pelops insignis eburno,
Acer equis? Georg. III, 4.

(4)

Dum tibi Cadmeæ dicuntur, Pontice, Thebæ
Armaque fraternæ tristia militiæ,
Atque (ita sim felix) primo contendis Homero,
Me laudent doctæ solum placuisse puellæ.
Tu cave nostra tuo contemnas carmina fastu:
Sæpe venit magno fœnere tardus amor.
Eleg. I, 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Otra fuente de poesía eran para los Romanos las memorias antiguas del país, y el contraste singular entre los débiles principios de Roma y su presente grandeza, lo cual sirvió de materia á los cantos de un Sabino, á quien sorprendió la muerte en su tarea (1); y en lo mismo se fundan los *Fastos* de Ovidio. Propercio se proponia cantar las antiguas fiestas y los antiguos nombres de los lugares (2), de cuyo poema probablemente son fragmentos muchas partes de su cuarto libro, como lo indica un pensamiento en su elegía á Roma, donde canta : « Cuanto » ves, oh extranjero, de la gran Roma, era una » colina llena de yerba ántes de venir el Frigio » Enéas; donde se elevan los palacios consagra- » dos á Febo naval, pastaron los fugitivos bueyes » de Evandro; esos templos de oro se erigieron » para númenes de barro; el dios Tarpeyo tro- » naba desde la desnuda roca, y frecuentaban » el Tíber nuestros ganados; el cuerno pastoril » convocaba á los antiguos quirites, y ciento de » ellos sentados en un prado formaban el se- » nado; no pendian sobre el profundo teatro flo- » tantes velos; no olian al magnífico azafran los » pavimentos, ni se tuvo el cuidado de buscar » dioses extranjeros cuando temblaba la multi- » tud que escuchaba los sagrados ritos (3). »

Agréguese á todo lo dicho el hábito, que llegó á ser necesidad, de imitar á los Griegos, no solo en el verso y en la forma exterior, sino tambien en el fondo, y principalmente en las creencias.

Vió esto Virgilio, y tuvo bastante arte para combinar los elementos que los demas empleaban separados. Homero le suministraba el asunto, los héroes y la trabazon, el verso y la entonacion; y asociando él la Iliada y la Odisea, imaginó un poema de viajes como esta, y de guerra como aquella. Los recuerdos republicanos podian alarmar la suspicacia del afortunado pacificador, y hubiera chocado con demasiadas afecciones, si, como Lucano, se hubiese dedicado á cantar armas teñidas de sangre aun no expiada. No era cosa nueva dar significacion italiana á la fábula iliaca, y aun esto halagaba la vanidad de toda la nacion, y especialmente de aquella familia Julia, engrandecida sobre las ruinas de la aristocracia. Por la distancia de la fábula, favorable á la imaginacion, podia incluir fácilmente en ella por vía de episodios los nombres de aquellos á quienes se debian el aumento y la consolidacion del poder romano; con el episodio de Dido podia pintar la guerra púnica, cuyo éxito decidió de la grandeza de Roma; y con las razones antiquísimas de las enemistades y con las maldiciones de Elisa, que juraba odio irreconciliable y venganza eterna contra la descendencia de Enéas, justificar la destruccion de Cartago á título de seguridad.

(1) Imperfectumque dierum
Deseruit celeri morte Sabinus opus.
Ovid. De Ponto IV, 14, 15.

(2) Sacra diesque canam et cognomina prisca locorum.
Eleg. IV, 1, 89.

(3) IV, 1.

Podia comparar en fin la Roma que aun no habia nacido junto al regio tugurio de Evandro, con la marmórea ciudad de Augusto, para derramar sobre esta todo el esplendor de la historia itálica y del tiempo de los semidioses (1).

Era posible en este caso exponer la trama poética al escepticismo filosólico sin excitar la risa, pues se reconocia como un expediente literario, como uno de los varios ardides con que se sostenia el gobierno.

¡Cuán inferior debia quedar tan simétrica urdimbre comparada con la inspiracion de Homero! Hombre este todavía de los tiempos heróicos, esto es, creyentes, une la tierra al cielo, haciendo ver que conspiran á un fin comun la voluntad celeste y la humana, y que es perpétua la intervencion de la Divinidad en las acciones y en los consejos de los mortales. Pero los tiempos de Virgilio habian perdido aquella iniciacion divina, y las empresas aparecen en su poema sin relacion con el Cielo, y rara vez con un destino social, por lo cual la aparicion de los dioses de cuando en cuando es un recurso de arte; y el autor, poetizando para un pueblo ya sin creencias, sostiene la inspiracion la ciencia. No basta ya por tanto que la musa le inspire los orígenes de la raza romana, sino que debe confirmarlos, por lo cual examina la tradicion, escoge, ordena, hace un trabajo de arte, no una poesía de brillo, y es un buen testimonio de las tradiciones antiguas.

Aquello mismo que parece concepcion natural de su musa, son reminiscencias. Ya Nevio en su poema sobre la guerra púnica habia referido la llegada de Enéas á Italia, y seguido su viaje con los mismo accidentes narrados por Virgilio, con la tormenta suscitada por Juno, las quejas de Vénus á Júpiter, y las esperanzas con que la consuela; y tambien probablemente aquel poeta condujo á Enéas á Cartago, así como se sabe de cierto que inventó el personaje de Ana, hermana de Dido (2). La piedad de Enéas, que salva á su padre y sus penates, se lee en Varron, donde se añade que el astro de Vénus no desapareció de la vista de los Troyanos hasta que llegaron á la ribera indicada por el oráculo de Dodona. Largos pasajes están traducidos de Apolonio de Ródas : Stesícoro le ofreció á Virgilio aquella solucion del drama iliaco; si hemos de creer á uno de los interlocutores de las *Saturnales* de Macrobio, el segundo libro de la Enéida está tomado enteramente de Pisandro, poeta épico griego; y la *Crestomatia* de Proclo nos enseña que la invencion del caballo de madera se debe á Aratino y á Lesco.

(1) Todas las fábulas de Virgilio respecto de la llegada de Enéas á Italia se hallan en Dionisio de Halicarnaso. Ahora bien, este no dió á luz su obra sino 7 ú 8 años á. C., y Virgilio habia muerto hacía 10 años. Virgilio tomó, pues, sus fábulas de otras fuentes; pero admira que Dionisio no cite la Enéida. ¿Sería á causa del desprecio de los Griegos hácia todo lo que era romano? ¿ó sería uno de los ejemplos de ignorancia de las obras precedentes que hallamos con frecuencia en los antiguos?

(2) Hermann, *Elementa doctrinæ metricæ*, p. 629.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No fué, pues, Virgilio poeta de inspiraciones personales, y sin volar nunca con sus propias alas, refundió á Teócrito en las Églogas, á Hesiodo en las Geórgicas, y á Homero en la Enéida.

No pudo dar á esta la última mano, y al morir jóven aun, recomendó á Augusto que la quemára, cuyo voto no cumplió el emperador. Tal como la dejó, mal ordenada en el conjunto, y con frecuencia imperfecta en la representacion y en las expresiones, es una obra excelente, y la forma que adquirió en ella la epopeya sirvió de norma, y alguna vez de base, á los poetas épicos posteriores (1). Lástima es que aquel bellísimo ingenio, tan armónico, no quisiese ó no supiese ser mas nacional, y que en vez de imitar separadamente á los poetas didácticos de Alejandría, y al épico Meonio, no combinase el método de todos ellos, introduciendo en la exposicion de la antigua civilizacion italiana (en la que se quedó tan inferior), no en forma de enseñanza, sino como retratos, aquellas ingenuas pinturas de la vida campestre, que habia sido tan natural para los antiguos Italianos, como la industria y la navegacion para los Griegos. Así hubiera hecho una obra no solamente romana, sino itálica, evitando la demasiado inmediata comparacion con los poetas imitados, y el contraste que se descubre en él como en los demas poetas latinos entre lo que hay original y lo que se toma prestado.

Cuando éramos niños, nos dijo un gran poeta: *Estudiad á Virgilio*, y consagramos un amor apasionado á aquella forma tan comedida y tan púdica en su belleza; pero no por esto convendremos con quien repite en tono escolástico que superó á sus modelos. Á la descripcion de los juegos, tan sencilla en Homero, opone tal confusion de artificios, que serian excesivos para referir la destruccion de un imperio. ¿Quién no ha comprendido la sublimidad de las batallas de Homero? Para cada hombre que cae tiene una lágrima, á la vez que todo el conjunto es un fragor, una mezcla de cielo y tierra, que retumba en los versos y en las palabras ¡Qué mezquino recurso es por el contrario el caballo de madera! Cien valientes que se encierran en una máquina exponiendo su vida á los enemigos; Sinon que concibió la mentira mas inverosimil; Troyanos tan ciegos que no enviaron emisarios á Ténedos, ¿qué digo? qué no subieron á una torre para averiguar si la escuadra enemiga se habia hecho á la vela en el Helesponto; en poco tiempo se arrastra tan desmesurada mole desde la playa hasta la ciudadela de Troya, venciendo el obstáculo de dos rios y de las abiertas murallas; despues, apénas abre la máquina Sinon, cuando Troya es incendiada y tomada; Troya, que era una ciudad sumamente vasta, con numerosa poblacion y con un ejército entero, entre cuyos individuos solo Enéas pensó en defender su casa; ya ántes del alba cesa toda oposicion; los vencedores almacenan los despojos y los prisioneros, y los vencidos reunen en otra parte lo que pudieron librar las llamas.

¿Y qué diremos de los caractéres? La cólera de Juno al principio del primer libro, su enfático soliloquio y los cumplimientos al dios de las tempestades explican en versos largos lo que Homero describe en muy pocos, pintando al sacerdote que vuelve á lo largo de la playa, que pide venganza y la obtiene del dios, que desciende tan majestuoso y tan formidable. Al despedir Evandro á Palante, parece una mujercilla en comparacion de Príamo á los piés de Aquíles: Héctor que besa á Astianax, tiene otro decoro muy diferente del que manifiesta Enéas saludando á su hijo para ir á combatir á Turno. Príamo reina venerado y grande aun en la desventura, miéntras que Latino en los dias de su gloria es una mezcla de ineptitud y de credulidad. No es ya Héctor que combate por los sagrados muros de Troya, sino un príncipe extranjero que ocupa el país ajeno, y usurpa la mujer que no le pertenece; y sin embargo triunfa, y la victoria lo justifica: — derecho romano.

Quizá ni uno solo de los caractéres está bien ideado ni es consecuente consigo mismo en Virgilio: solo por el epíteto del poeta sabemos que Acátes *es fiel;* quien no comprenda el apellido de *pio*, aplicado á Enéas; en el primer sentido de religioso y obediente á los dioses, debe escandalizarse de que se le dé al hombre, que acogido hospitalariamente en país extranjero, seduce á la mujer á quien sabe que debe abandonar, y que habiendo llegado á otra parte arrebata la de otro. Pero por toda razon está la órden de los dioses, que lo destinaban para generador de los reyes de Alba, y fundador de las altas murallas de Roma y de la grandeza de Italia, preñada de imperios y palpitante de guerra.

Tampoco se propuso Virgilio retratar particularmente ninguna edad, ni la suya, ni la que describe (1), ni abrir nuevo camino á sus sucesores; sino que todo fué amor al arte y predileccion romana; sin embargo, su adulacion no fué tan descarada como aquella con que Ariosto cantó á sus indignos Mecénas, sino fina y cual convenia á la elegante corte de Augusto.

Viviendo en ella Virgilio, ennoblece á los héroes: abandona Enéas la rudeza pelásgica (2):

(1) La version de Aníbal Caro es digna de un poeta; y los muchos como despues quisieron rivalizar con él, si bien demostraron que era defectuosa, no pudieron imitarla.

(1) Por eso pueden notarse en Virgilio muchas inexactitudes acerca de las costumbres. Enéas y Dido van á caza de ciervos á África, donde hay sin embargo montes cubiertos de abetos (lib. IV). Al principio del V, llega Enéas á Italia desde África con el viento aquilon. Plinio dice que *iliacis temporibus nec tute supplicabatur*, y en Virgilio encontramos los incienso:, V. 745: hallamos allí guerreros á caballo y trompas, cosas inusitadas en Homero, y así mismo las naves de tres remos (*terno consurgunt ordine remi*, V. 120), cuando nos dice Tucídides que se introdujeron mucho despues.

(2) Para comprender la diferencia de los sentimientos hácia las mujeres en los modernos y en los antiguos, basta observar que Virgilio no hace á Enéas tener en cuenta el dolor de Dido; sino que por el contrario pasa á manifestar la indife-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ya no es la mujer una Criséida que pasa á poder del vencedor, ni una Andrómaca que viuda de Héctor se contenta con ser esposa de Helebo; sino una reina que juró fidelidad á su perdido consorte, que solo cede al poder del amor, y que no sabe sobrevivir al amor burlado. En el infierno de Homero, anhela Aquíles ávidamente la vida; en el Elíseo de Virgilio, mira Dido silenciosa á su traidor, y pasa adelante.

En este último rasgo, descubrimos un mérito que hará á Virgilio eternamente querido de quien sea capaz de sentir. Entre tantos poetas como hemos mencionado, que cantaron prolijamente sus amores, ni siquiera encontramos uno que bosqueje con verdad los progresos de la pasion, contentándose con reproducir cualquier accidente y las crisis mas relevantes, y desahogarse en máximas, en ingeniosos lamentos, en ricas descripciones y en todo cuanto es externo. El conocimiento meditado de la vida interior habia de venir para los modernos de una fuente nueva; y parece como que lo preludia Virgilio, que imposibilitado por los tiempos de ser ingenuo, fué sencillo, elocuente y patético; hizo pasar á la poesía su corazon, y lo que al principio era solamente exterior, lo redujo á la forma de subjetivo, insistiendo respecto de un sentimiento, extrayendo de los corazones los secretos mas recónditos, y siguiendo paso á paso el desarrollo y la declinacion de una pasion. Véasele en aquel amor de Dido, cuyos primeros gérmenes son arrojados con la piedad que se deriva de la reputacion, y que despues crece con la vista, con la narracion, con la costumbre, con el raciocinio, hasta que burlado, solo puede cesar con la vida.

Á esta delicadeza de sentimiento es deudor Virgilio de un género de bellezas nuevas, como es la alternativa en las pinturas, á favor de la cual pasa desde la desolacion de la incendiada Troya á una escena de familia; la vista de Helena contiene á Enéas en medio de su ira desesperada; sucede á la tempestad la agradabilísima pintura del puerto y de la acogida hospitalaria: y el episodio puramente guerrero de la exploracion nocturna en el campo se halla reanimado por el episodio afectuoso de Niso y Eurialo.

Otra de las bellezas mas preciosas en este amabilísimo poeta, es aquel modo de traducir la idea en imágenes que se presentan vivamente á la vista. Aquella niña que arroja una manzana al pastor, y se esconde entre los sauces, pero deseando sin embargo ser vista (1); aquel niño que con la primera sonrisa conoce á su madre (2); aquel Apolo que tira al poeta de la oreja para advertirle que se limite á los argumentos pastoriles (3); aquel jovencito que alcanza con pena las frágiles ramas (4); aquella idea de la esperanza, representada en Dafne, que ingerta los perales, cuyos frutos han de coger sus nietos (5); aquellos pastorcillos que graban en las plantas los nombres queridos, plantas que han de crecer con sus amores (6), son idilios perfectos, que el pintor puede reproducir en otros tantos cuadros.

Por bellas que sean las escenas de paisaje, comprende Virgilio cuanto les falta miéntras no están animadas por la presencia del hombre. No deja, pues, de pintar entre los rios conocidos y las sagradas fuentes un anciano afortunado gozando la opaca frescura (7), ó un desgraciado, que á la sombra de las copudas hayas, en las selvas y en los montes, exhala inútiles quejas (8); y los mullidos prados, las límpidas fuentes y los bosques lo deleitan solo con el pensamiento de lo dulce que sería vivir allí eternamente con su Licóris (9).

Estas particularidades de estilo y de sentimiento, estas gracias púdicas, estas delicadezas intuitivas, forman el mérito inmortal de Virgilio, y compensando sus plagios, le dan un carácter enteramente propio, y hacen que sea la perpétua delicia de quien tenga el sentimiento de lo bello.

Excepto las primitivas composiciones, tuvo Virgilio poco tiempo para consagrar su musa á sus afectos y aventuras particulares; pero por lo que sabemos, fué tranquila su vida, mas de lo que suele ser la de un poeta. Querido de Augusto, y grandemente remunerado por él, no se tomaba ningun cuidado por las *cosas romanas* ni por los *reinos perecederos*, sino que retirado junto á Tarento, *entre los pinos del Umbrio Galeso* (10), cantaba á Tirsi y Dafne como

(1) Malo me Galatea petit, lasciva puella,
Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.
(2) Incipe, parve puer, risu cognoscere matrem.
(3) Cùm canerem reges et prælia, Cynthius aurem
Vellit, et admonuit: Pastorem, Tityre, pingues
Pascere oportet oves, deductum dicere carmen.
(4) Jam fragiles poteram à terra contingere ramos.
(5) Insere, Daphni, piros; carpent tua poma nepotes.
(6) Tenerisque meos incidere amores
Arboribus; crescent illæ, crescetis amores.
(7) Fortunate senex! hic inter flumina nota
Et fontes sacros, frigus captabis opacum.
(8) Tantum inter densas, umbrosa cacumina, fagos
Assidue veniebat: ibi hæc incondita solus
Montibus et sylvis studio jactabat inani.
(9) Hic gelidi fontes, hic mollia prata, Lycoris,
Hic nemus, hic ipso tecum consumerer ævo.
(10) Tu canis umbrosi subter pineta Galesi
Thyrsin, et attritis Daphnin arundinibus.

PROPERCIO, II, 34.

Esto prueba que allí escribió las *Bucólicas*. En cuanto á las *Geórgicas*, él mismo canta en el libro IV, 125:

Namque sub Œbaliæ memini me turribus arcis
Qua niger humectat flaventia culta Galesus, etc.

rencia del héroe con un hecho, por el cual falta á aquella rectitud de sentimiento y de gusto, que sin embargo tenia. En el libro IV intenta Enéas huir ocultamente, pero habiéndolo descubierto Dido, le suplica por cuanto tienen de sagrado su amor, el cielo y la tierra, y se desmaya por fin; las doncellas la trasladan al lecho, y el *piadoso* Enéas regresa á la escuadra:

At pius Æneas, quamquam lenire dolentem
Solando cupit. . . . . .
Jussu tamen divûm exsequitur, classemque revisit.

¿Quién no diria que el *pius* es un sarcasmo atroz? Ana va á suplicarle:

Miserrima fletus
Fertque, refertque soror: sed nullis ille movetur
Fletibus, aut voces ullas tractabilis audit.
Fata obstant, placidasque viri deus obruit aures.

¿Qué mas? miéntras Dido se desespera y prepara á suicidarse:

Æneas, celsa in puppi, jam certus eundi,
Carpebat somnos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el ruiseñor, que sin otro pensamiento hace resonar de noche el bosque con sus gorjeos. Criticábanlo los Mevios y los Bavios, peste de todas las épocas; pero los mejores escritores de su edad lo exaltaban á porfía con sus unánimes encomios (1). La curiosidad admiradora iba á buscarlo á su retiro, y habiendo entrado una vez en el teatro, todo el pueblo se levantó como á la llegada del emperador (2). Estudiaba mucho los trágicos (3); buscaba la erudicion; exclamaba con los epicúreos que era afortunado quien despreciase todo temor del destino y del averno (4), y aconsejaba que se gozase la vida miéntras hubiera tiempo, sin cuidarse del porvenir (5).

Pocos autores hemos nombrado, y sin embargo, en pocos años hemos visto á Cátulo, aun no culto, y á Ovidio, corrompido ya : tan breve fué el tiempo medio de la literatura romana. Con justicia se la censura de haber abandonado la originalidad para arrastrarse por las huellas de la Grecia, no solamente con la imitacion, heredada de los predecesores y natural al que viene despues, sin perder por eso lo que es propio de su genio, de su idioma, de la tradicion y del modo de pensar nacional, sino por haberse hecho esclava de las formas artísticas, peculiares á una raza extranjera, y por consiguiente, por haber tratado en vano de llegar con el artificio á una altura, á la cual se llega únicamente con la viveza del ingenio natural.

Creo que el exámen de estos poetas baste para que perdamos la fe respecto de los poemas nacionales, con los cuales dotó algun crítico moderno la infancia de Roma, haciendo derivar de ellos las narraciones ideales que la historia aceptó como verídicas. Un pueblo en que todo es jurisprudencia y legalidad, cuyas principales empresas son luchas de derechos, donde los patricios en su orgullo y los plebeyos en su envilecimiento piensan de contínuo en prácticos resultados, donde la única *composicion poética* que quedaba en fragmentos eran las Doce Tablas, y donde una ley de estas castiga con el rigor supremo la libertad de los cantos, no indica haberse mecido en una cuna poética, ni haber poseido aquel sentimiento elevado de la existencia, cuyo fruto mas insigne son los poemas heróicos.

Si hubiera preponderado la Etruria, habria conservado la Italia una poesía original con forma é idioma propios. Roma, por el contrario, se dedicó desde el principio á la imitacion, y aceptando los dioses de Grecia, debió recibir con ellos el arte fundado en la religion, y que solo con ella podia cambiarse.

Pero la religion era culto y dogma entre los Griegos, miéntras que para los Romanos era fábula y convencion, y tal se manifestó en su poesía. No es posible creer que Virgilio, Horacio y Ovidio prestasen fe á deidades de que se servian como de instrumento y adorno, ni jamas entonó la lira latina un himno en que aparezca una emanacion, no diré de la devota inspiracion hebrea, pero ni siquiera de la conviccion que brilla en Homero, en Esquilo, en Píndaro y en Orfeo. El poeta, por tanto, no daba en su carazon culto á los númenes; no tenia alrededor un pueblo que le escuchase, estando el romano demasiado absorto en sus intereses positivos; se reducia, pues, al arte puramente, y en esto nada mejor podia hacer que imitar á los Griegos, los cuales habian dado los mas exquisitos modelos (1).

Recomendábase á los jóvenes de buenas esperanzas que hojeasen dia y noche los escritores de Grecia (2), sin meditar acerca de sí mismos, ni de la naturaleza, ni del mundo que los rodeaba; confiando en que adquiririan gloria eterna, no tanto por la conciencia de sus fuerzas, cuanto por tener gran práctica en las principales obras de los maestros, por haber escogido lo mejor de ellos como las abejas, y traducido las musas de los mismos para que hablasen con inteligencia la lengua del Lacio. Si nos fijamos en esta moderada pretension, nos parecerá ménos vanidoso su contínuo afan de persuadirse de la inmortalidad, y de asociar su nombre á la eternidad de la fortuna romana (3).

(1) Cedite, romani scriptores, cedite grai
Nescio quid majus nascitur Iliade.
PROPERCIO, lib. II, ult.
Tityrus et segetes Æneiaque arma legentur,
Roma triumphati dum caput orbis erit.
OVIDIO, *Am.* I, XV.

(2) DONATO, *Vita Virgilii*, § 5. Véase la Nota L.

(3) « Est ingens ei cum tragædiarum scriptoribus familiaritas. » MACROBIO, Saturn., V, 18. El mismo lo llama « vir tam anxie doctus. »

(4) Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis averni!
Georg.

(5) Pone merum et talos : pereant qui crastina curant!
Mors aurem vellens, vivite, ait, venio.
Catalecta.

(1) « Como para hermosear la paz general dada por Augusto al mundo romano, y en compensacion de la servidumbre, debian tener su edad de oro la literatura y la poesía, en cuanto era posible en el otoño del mundo pagano, que habia entrado ya en el período de su declinacion. Plauto y Terencio no pueden considerarse mas que como imitadores felices de los Griegos; el carácter poético y el bello estilo de Virgilio y de Horacio no pueden fijar mucho la atencion del historiador universal, como no sea por consideracion al idioma que emplearon, que en la edad moderna fué y todavía es comum á todos los pueblos. Pero todo esto, sin exceptuar la fecunda imaginacion de Ovidio, no puede mirarse por la posteridad sino como una mezquina rebusca despues de la abundante cosecha recogida entre los Griegos por el genio del arte y de la poesía. La del pueblo romano no se ha de buscar en sus poemas como entre los Griegos : solo se encuentra expresiva y viva en los juegos del circo, que el prudente Augusto se guardaba de abolir; en los combates, en los cuales debia saber el gladiador agonizante sucumbir y morir con gracia y dignidad, si queria obtener los aplausos del pueblo; en el circo, en fin, que tan frecuentemente resonó con los gritos de un odio implacable contra los cristianos, y con las palabras homicidas de : *Los cristianos á los leones.* » F. SCHLEGEL, *Fil. de la Historia.* Lec. IX.

(2) Vos exemplaria græca
Nocturna versate manu, versate diurna.
HORACIO.

(3) No solo Virgilio y Horacio, sino Ovidio y hasta Fedro, están seguros de una fama no perecedera. Fedro dice :
Habebunt certe quo se oblectent posteri...
Ergo hinc abesto, livor, ne frustra gemas,
Quoniam solemnis mihi debetur gloria.
Prol. al lib. III.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Si se exceptúa la sátira, en la cual se concedió al verso épico mayor libertad y estudiada soltura, y donde el pensamiento fué enteramente nacional por consistir en las costumbres y la índole romana, no hay parte de la literatura en la cual hayan abierto los latinos un nuevo sendero, ni alcanzado en los antiguos á sus modelos. Por esto fué tan pobre el teatro propio, el cual no puede guiarse sino por tradiciones y sentimientos nacionales. La literatura lírica padeció especialmente por dicha causa, porque si esta debe ser la expresion armónica de los sentimientos íntimos, ¿qué cosa le perjudica mas que el encontrar la reminiscencia donde se buscaba la inspiracion, y verse contenidos en la emocion por la idea de que el poeta no canta sino que recuerda?

Y sin embargo sus obras se revisten de cierta originalidad, de manera que se distinguen de todas las demas. Procede esta originalidad de la idea de Roma, que predomina en todas, y suple la falta del tipo particular en que está calcado cada uno de los grandes autores de Grecia. Es natural que resulte tal diferencia entre la vida de un pueblo eminentemente individual y libre de ejercer á su gusto las fuerzas de su ingenio, y la de otro en que la idea de la prosperidad de la patria prevaleció sobre toda otra idea.

Sirvió bastante para imprimirle este carácter la circunstancia de haber florecido las letras romanas por obra de los principales ciudadanos, los cuales, abarcando en su imaginacion el conjunto de la civilizacion nacional, consideran todas las cosas en sus mas extensas relaciones, á diferencia de aquellos que, escritores y nada mas, empequeñecieron la literatura reduciéndola á mero arte, como veremos en la edad siguiente, y como procuran hacer en la nuestra algunos, á quienes repugna todo carácter grandioso (1).

CAPÍTULO XXVII

Ciencias. — Bellas artes.

La inclinacion natural de los Egipcios á lo maravilloso y lo sobrehumano hizo caer allí en desgracia las ciencias de antigua tradicion ó importadas por la generosa, si no siempre sábia, proteccion de los Tolomeos. El pueblo frívolo, sumergido continuamente (como lo censura Dion Crisóstomo) en la embriaguez de los placeres y del juego, enemigo de toda ocupacion séria, no conocia dicha mayor que el ver á un auriga dirigir mal el coche en la arena, ú oir á un músico poco diestro; y semejante á las aves, no ocupadas mas que en cantar y saltar, era inepto para cualquiera accion noble y grande. Ocurrieron despues los disturbios civiles, y luego el envilecimiento de la dominacion extranjera; y el ingerto del olivo helénico en las palmeras del Nilo se secó con el corte mortífero de la espada romana.

Matemáticas.

La Siria, foco tambien de doctrina en la edad precedente, fué víctima de iguales desgracias. y así por todas partes no se oía mas que el fragor de los ejércitos, y maldiciones ó adulaciones al nombre romano. Los doctores de toda ciencia acudian á Roma, que era centro de vida y de movimiento; pero aquel pueblo, únicamente atento á la utilidad inmediata, pocas cosas apreciaba fuera de las armas, de la retórica y de la jurisprudencia. Tan poco supieron los Romanos de geometría, que sus jurisconsultos supusieron la superficie del triángulo equílatero igual á la mitad del cuadrado formado sobre uno de los lados (1): fué tenido como un portento Sulpicio Galo que predecia los eclipses; sospechamos que la decantada ciencia de Varron se redujese á erudicion filosófica; y Nigidio Fígulo, extremadamente alabado por Ciceron, parece que solo era un astuto astrólogo, que envolvia sus doctrinas en discursos místicos. Muchos alcanzaron reputacion en Roma por su falsa ciencia astrológica, y prometian á Pompeyo, á Craso y á César que moririan de vejez, ilustres y tranquilos en su casa (2). Estos astrólogos repetidas veces fueron arrojados de la ciudad en tiempo de Augusto, pero siempre abundaron en ella; y el hombre mas científico, César, que supo y escribió tambien de astronomía, habiendo conocido el desórden del calendario, tuvo que recurrir para reformarlo á Sosígenes de Alejandría.

Calendario.

Los antiguos conocieron la diferencia entre el año solar y el lunar, y para ponerlos de acuerdo, intercalaban los dias de exceso de diversos modos, segun la diferente forma del año y de los meses, de suerte que cada pueblo usaba su calendario propio. Los Romanos se sirvieron primero del calendario itálico de trescientos cuatro dias, divididos en diez meses. Numa enseñó uno lunar de trescientos cincuenta y cinco dias, el cual se ponia en armonía con el solar, intercalándole á cada bienio ya veintidos, ya veintitres dias. Correspondia á los sacerdotes semejante intercalacion, de manera que podian prolongar ó acortar á su gusto el tiempo de las magistraturas, y favorecer ó perjudicar á los asentistas. Por consecuencia, habia una confusion que duró hasta Julio César, el

Y Ovidio en las *Metamórfosis*:

Jamque opus exegi quod nec Jovis ira, nec ignes,
Nec poterit ferrum, nec edax abolere vetustas...
Parte tamen meliore mei super alta perennis
Astra ferar, nomenque erit indelebile nostrum,
Quaque patet domitis romana potentia terris
Ore legar populi; perque omnia sæcula fama,
Si quid habent veri vatum præsagia, vivam.
XV, fin.

(1) Se habla de los literatos griegos en la época anterior y en la siguiente.

(2) En vez de hacer esta superficie $=\frac{a}{4}\sqrt{3}$ (si se llama a el lado) la supone Columela $=\frac{13a}{30}$, lo que da $\sqrt{\frac{3}{6}}=\frac{}{15}$, ó sea $\sqrt{675}=26$.

(2) Cic. *De divin.*, II, 47, 9

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cual reformó el calendario el año 46 á. C. El año quedó así fijado en trescientos sesenta y cinco dias y seis horas, de las cuales resultaba cada cuatro años un dia de mas, y de aquí el año bisiesto. La diferencia de once minutos y doce segundos entre este año y el verdadero causó en el trascurso de los siglos nueva confusion, que despues fué corregida en tiempo de Gregorio XIII. En el año 14 de Cristo se introdujo el ciclo solar de veintiocho años, y en el 6 el lunar de diez y nueve, ó sea el áureo número.

En el exterior, la matemáticas recuerdan con honor á Gemino de Ródas, que dividió las líneas
10. en rectas, circulares y espirales cilíndricas, y enseñó la generacion de la concóide y de la ci-
36. sóide; y á Teodosio, que recopiló todos los descubrimientos hasta entónces hechos respecto de las curvas, estableció sobre principios geométricos algunos cálculos astronómicos, y mostró qué fenómenos deben ver los habitantes de las diversas latitudes.

La parte mas importante de la filosofía romana es la jurisprudencia, de la cual hablarémos en otra parte (1).

Economía rural. De economía rural trató Terencio Varron en tres libros (*De re rustica*), el primero de los cuales, despues de las generalidades, habla de las viñas, de los olivos y de los huertos; el segundo de la cria del ganado, y tambien de los quesos y de la lana; el tercero de los animales de corral, de la caza y pesca. Quien recuerde la sencillez con que Caton entra en estas materias (2), compárela con este pasaje de Varron: « Si estuviera ocioso, te escribiria despacio lo » que ahora te trazo como puedo en el papel, » pensando que conviene acelerarse, pues lo » que se dice relativamente á no ser el hombre » mas que una burbuja, aun mejor puede de- » cirse del viejo. Habiendo tú, oh esposa Fon- » dania, adquirido una posesion que deseas ha- » cer fructífera con buen cultivo, procuraré » darte á conocer lo que conviene hacer, no solo » miéntras yo viva, sino tambien despues de » muerto... No invocaré en mi apoyo á las mu- » sas, como Homero y Ennio, sino á las doce » divinidades mayores; no los doce dioses de » la ciudad, seis varones y seis hembras, cuyas » estatuas están colocadas en el foro, sino las » doce que presiden á la agricultura. Y prime- » ramente á Júpiter y á la Tierra que en el » cielo y aquí abajo comprenden todas las pro- » ducciones de la agricultura, por cuya razon » se les llama los grandes generadores; despues » al Sol y á la Luna, cuyo curso se observa » para sembrar y plantar; en seguida á Céres » y á Libero, cuyos frutos son indispensables á » la vida... » y así continúa la letanía, hasta que entra á referir los coloquios tenidos sobre el particular.

Las conquistas y el comercio extendieron el conocimiento del mundo. Mitridates y Pompeyo abrieron otro camino para las Indias; y al Septentrion de la Iberia, de la Albania y de otros países del Cáucaso, se vió á los Nómadas llevar á los contornos del Caspio las mercancías indias. Juba, rey de Mauritania, envió una flota para explorar las islas Afortunadas, y dedicó á Augusto la relacion del viaje. César y Germánico recorrian en tanto el Norte de Europa; el primero de estos hizo ordenar por el Senado que se midiese todo el imperio, en consecuencia de lo cual fueron destinados para el Oriente Jenedoxo, para el Mediodía Policleto, y Teodoto para el Norte, los cuales ejecutaron su cometido en muchas decenas de años. Despues M. Vipsanio Agripa recogió por órden de Augusto todas las noticias esparcidas acerca del mundo romano, y escritos que queria exponer públicamente, pero la muerte le interrumpió en este trabajo. **Geografía.**

Bellas artes. Las bellas artes huyeron de la vencida Grecia, y son testimonio de su decadencia los cuños de las medallas. Ya no habia libertad ni pueblo para producir magnánimas inspiraciones, ya eran demasiado pobres las de la adulacion que levantaba templos y estatuas á los procónsules ménos rapaces. Los Griegos hacian algunas obras en comision, pero lo general era vender las antiguas.

No estamos acostumbrados á enumerar á los Romanos entre los artistas, porque siempre creyeron mas cómodo y de mayor dignidad robar las obras maestras de otros países para enriquecer el suyo. Plinio hace mencion de poquísimos artistas romanos; y Virgilio concede fácilmente á los extranjeros la gloria de pintar bien, esculpir, pronosticar por medio de las astros y (el cortesano de Augusto no debia mencionar á Ciceron) hasta arengar, con tal que se reserve á Roma la gloria de conquistar á los pueblos y darles leyes (1). Alguno tambien entre los nobles habia ejercido las artes, como Fabio Pictor, pero la mayor parte de las cosas eran etruscas y hechas por Etruscos. Conocida que fué la cultura griega, se buscaron las artes de Siracusa, de Capua y de la vencida Asia. Ático hizo labrar en Grecia los hermes para su Tusculano (2), compró estatuas para las quintas de Ciceron, y Vérres hizo fundir muchos vasos en Siracusa, no empleando en ellos mas que oro.

El nombre de Vérres trae á la imaginacion la manera mas habitual con que adquirian los Romanos las obras maestras de arte, es decir, la concusion y la rapiña. Lucio Escipion llevó á Roma 1,424 libras en vasos de plata labrada, y 1,024 en oro; 280 estatuas de bronce y 230 de mármol adornaron el triunfo de Marco Fulvio contra los Etolios: Sila redujo á Aténas á un esqueleto, y despojó los tres templos mas ricos, el de Apolo de Délfos, el de Esculapio en Epidáuro, y el de Júpiter en Elide, del cual con-

(1) Lib. VI, c. 11.
(2) Véase tomo I, pág. 763.

(1) « Excudent alii spirantia mollius æra!
Credo equidem: vivos ducent de marmore vultus. »
(2) Cic. *á Atico.*, I, 4, 6, 8, 9.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dujo á Roma hasta las columnas y el umbral de bronce de la puerta. Fulvio Flacco quitó la techumbre al templo de Júpiter Lacinio junto á Crotona para colocar sus tejas de mármol en el templo de la Fortuna Ecuestre; Varron y Murena hicieron cortar en Esparta las paredes para trasportar sus frescos (1); Augusto compró estatuas con que adornar las plazas y calles, y reunió tambien museos de várias rarezas, uno de los cuales habia sido formado ya por Escáuro, hijastro de Sila, seis por César y uno por Marcelo de Octavia.

Cuando se piensa que el enriquecimiento de Italia era á costa de la desolacion de los demas países, ¿podrán congratularse de esto los Italianos? Para las naciones como para los individuos llega la hora de la expiacion, y ahora pagan con creces las violencias ejercidas por sus padres.

Artistas extranjeros fueron tambien llevados esclavos á Roma; algun otro fué allí libre, como Arcesilao, Zopiro y aquel Praxitéles que escribió sobre todas las obras de bellas artes conocidas entónces. Hermodoro de Salamina levantó delante del templo de Júpiter Stator en Roma un pórtico perístero; los del Honor y la Virtud fueron construidos por Cayo Mucio, conforme al proyecto de Marco Marcelo, vencedor de Siracusa, que los quiso hacer contiguos simbólicamente, de suerte que no se entrase en el primero sin pasar por el otro. Valerio de Ostía inventó el cubrir los anfiteatros. Como Antíoco Epifánes habia llamado á Aténas al arquitecto romano Cosucio para llevar á cabo el templo de Júpiter Olímpico, así tambien Ariobarzánes, rey de Capadocia, se sirvió de los dos hermanos romanos Cayo y Marco Estalio para reedificar el Odeon de Aténas, arruinado en el sitio de Sila. ¡Cuánta parte tuvo en estas comisiones la adulacion ó la recomendacion de los poderosos! De los demas arquitectos romanos perecieron hasta los nombres, como los libros de Fusicio, de Varron y de Septimio. Tambien las monedas romanas, groseras al principio, rivalizan despues del año 700 de Roma con las de Pirro y Agatócles.

Durante la segunda guerra púnica se edificó un templo á Juno Ericina, y otro á la Concordia; despues el de la Virtud, fuera de la puerta Capena (205); en seguida los de Juno Sospita, de Fauno, de la Fortuna Primitiva; tres años despues otros dos á Júpiter en el Capitolio, otro á la diosa Madre y á la Juventud: el año 181 uno á Vénus Ericina y otro á la Piedad en el Circo Máximo, y en 173 el de la Fortuna Ecuestre por el voto que hizo Q. Fulvio Flacco en la guerra contra los Celtíberos. ¡De todos estos templos se hace memoria en la ciudad solamente!

Sin embargo, por mas que se hable de los templos antiguos de Grecia y Roma, ninguno iguala la mole del Vaticano, de San Pablo de Lóndres, ni de la catedral de Milan. Los de Júpiter Olímpico, de Diana Efesina y de Serápis son poca cosa comparados con los nuestros; el sinnúmero de ellos que Pausánias recuerda en Grecia son edificios pequeños, y lo mismo podemos decir de los de Vesta, de la Sibila Tiburina y del de Júpiter Clitumno en la campiña de Roma. Los romanos de Vesta y de la Fortuna Viril no igualan en superficie al Panteon, y este, como todos saben, fué alzado como cúpula en San Pedro. En el Capitolio, en un espacio menor que el que hoy ocupa el Vaticano, se elevaban sesenta templos; muchos de estos rodeaban el foro romano: dice Plinio que el de Júpiter Feretrio tenia quince piés de largo, y quien haya observado un pié de Roma, sabe cuán escaso era el espacio que se reservaba á los templos.

Ni eran necesarios vastos recintos allí donde el pueblo no era admitido á ver los sagrados oficios, reservados á los sacerdotes ó á las matronas, bastando que depositára en los umbrales las guirnaldas ó los donativos.

Mal se buscarian por tanto en cada uno de ellos las diversas partes que de algunos se recuerdan, como área, atrio, nave, basílica, entrada, santuario y sagrario. Los mas eran celdas sencillas, con un pequeño pórtico delante, de dos, cuatro ó seis columnas, adornados de esculturas y de pinturas tan preciosas como se quiera.

Generalmente los antiguos usaban poco las pilastras, excepto en aquellos ángulos en que parecia requerirlo la solidez; por lo demas ponian columnas, de mármol alguna vez ó de granito, y comunmente de un solo trozo. Su coste hacía que fuesen pequeños los edificios sagrados, tanto mas cuanto que estaba determinado ritualmente la clase de mármol que á cada dios convenia: los granitos á Júpiter, Marte y Hércules; el mármol blanco de Páros, el verde, el jaspeado variado y el alabastro á Vénus, á las Gracias, á Flora y á Diana.

Quinto Metelo Macedónico fué el primero que fabricó uno de mármol, cuyo lujo fué imitado despues generalmente, cubriéndose del mismo modo los templos que eran de ladrillo, y luego hasta las habitaciones particulares. Superó á todos los anteriores en magnificencia el templo de la Fortuna en Preneste, edificado por Sila, y con cuyos fragmentos se contruyó á Palestrina. Se subia á él por siete vastas mesetas, la primera y la última de las cuales estaban adornadas de receptáculos de agua, y servia de pavimento en la cuarta el mosáico que constituye ahora la fama del palacio Barberini en Roma, y el cual dice Plinio que fué el primero que se ejecutó en Italia. 131.

El mismo Sila hizo renovar el templo de Júpiter Capitolino; Mario, el del Honor y la Virtud; Pompeyo, el de Vénus Vencedora; y César, el de Marte, el de Apolo y el de Vénus generatriz. El panteon de Agripa era redondo, forma predilecta de los antiguos para sus templos, acaso por alusion al globo de la tierra; una abertura en medio de la bóveda le comunica luz,

(3) VITRUBIO, II, 8.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y es obra que sorprende singularmente por el pronáos de diez y seis columnas corintias, cada una de un solo trozo de mármol, de treinta y siete piés de altura por otros cinco de diámetro, y á la cual no han conmovido aun tantos siglos. Agréguense á esto los acueductos de Quinto Marcio, las basílicas de Caton y de Sempronio, y la de Paulo Emilio, de la cual quedan las columnas de mármol frigio. El teatro de Emilio Escáuro, proyectado el año 694, tenia tres órdenes de columnas una encima de otra; detras de estas, paredes de mármol en el primer piso, de vidrio en el segundo, y de láminas doradas en el tercero, completando tres mil estatuas de bronce su adorno, mas rico que de buen gusto, y que debia durar solamente el tiempo que Escáuro fuese edil, porque un senadoconsulto del año 597 prohibió que fueran permanentes los teatros, y Pompeyo fué el primero que hizo uno de piedra en 697, capaz de contener cuarenta mil espectadores. César hermoseó el Capitolio, y construyó un foro riquísimo.

Órden toscano.

Despues del primer triunvirato se adornaron los sepulcros con cariátides, y se alzaron estatuas de reyes prisioneros y de hombres ilustres ó poderosos, pero no sabemos si por artistas nacionales ó extranjeros. Se descubrió entónces, ó mas bien se extendió el órden toscano, que cede en riqueza y elegancia á los griegos, tanto cuanto los supera en solidez, despojado de esculturas y de frisos, con capitel y base muy sencillos, al contrario del órden compuesto, tambien introducido entónces y muy rico, que añade al follaje del corintio las volutas del jónico, eleva la columna hasta seis diámetros, y adorna la cornisa de encajes.

Órden compuesto.

El templo de Milaso en la Caria, en honor de Augusto y de la diosa Roma, es tal vez el primer ejemplo de órden compuesto y de los sucesivos adornos en que aquella edad principió á complacerse: de este género tenemos tambien el templete de Vesta en Tívoli. En tiempo de Augusto se aumentó especialmente el lujo de las construcciones públicas y privadas, y sobre todo de las quintas.

Como carácter de la arquitectura romana, las pilastras y los arcos sustituyen á las columnas y al arquitrave, y los unos se unen á los otros, segun una ley positiva, de manera que un órden parezca independiente del otro. Por lo general los arcos se hallan en el interior, las columnas en la parte exterior del edificio, y aun cuando no sostengan un techo, está adornado de estatuas el arquitrave. Puede decirse que son propios de los Romanos los edificios en que domina el arco; pero con frecuencia empleaban el arte griego, con tanto mayor motivo cuanto que eran Griegos los arquitectos. Alguna vez estaba cubierta la nave del templo por una ancha bóveda, miéntras que en el exterior se reproducian las columnatas griegas y las alas adaptadas á una cubierta en pendiente. La columna no es ya el elemento característico y esencial de la construccion, sino que el muro adquiere predominio y las columnas vienen á ser su adorno, colocadas demasiado léjos para darle fuerza, levantadas sobre pedestales para corresponder á la eleccion del arco, y sosteniendo alguna vez una gran cornisa que no sostiene nada.

Á pesar de los rígidos adoradores del arte griego, se mezclaban los órdenes (en el teatro de Marcelo los encajes jónicos con los triglifos dóricos); se llevaban las columnas hasta nueve y nueve y medio diámetros, como en el arco de Tito, y se introdujo el capitel compuesto, en el cual todo el capitel jónico angular está colocado sobre dos tercios inferiores del capitel corintio. En otros edificios, las pilastras, que los Griegos empleaban solo como sosten, se prolongaban todo á lo largo de la pared, y en ella se fijaban las columnas medio empotradas. Los Romanos, en suma, usaban la columna con gran libertad, y en Pompeya frecuentemente variaban de un órden á otro, con capas de estuco, alterando así las proporciones. Muchas variedades se originaron de haber mezclado las columnas con los arcos, lo cual varió los intercolumnios y destruyó las cornisas, como se ve en Balbeck y Palmira.

Vitrubio.

Muchos monumentos nos quedan, pero de los escritores del arte solo tenemos á Vitrubio, de patria y de familia desconocidas, sabiéndose únicamente que fué empleado por Augusto para cuidar de las máquinas militares. Vitrubrio se manifestó mas maestro que artista, y no da prueba de gran valentía la basílica en Fano, única que recuerdo construida por él (1). *El Tratado de arquitectura* que lleva su nombre es probablemente una compilacion de algun ignorante posterior á él, poco diferente de la Plinio, y que muestra ser obra de un hombre que no vió por sí mismo los monumentos de Grecia.

Prescindiendo de los estragos causados en este libro por causa de los copistas, es consultado con gran cautela y confrontado con los edificios que aun se reconocen; y es servilismo querer sujetarse á sus preceptos. Acostumbrado el autor á tratar con artesanos, no escribe elegantemente, ni con correccion siquiera, y alguna vez la minuciosidad de los pormenores lo hace oscuro; en general es mejor ingeniero que arquitecto. No obstante, es precioso su tratado, como el único que nos ha legado la antigüedad, y está lleno de exquisitas

(1) La nave del medio tenia ciento veinte piés de larga y sesenta de ancha, y estaba sostenida en derredor por diez y ocho columnas corintias de cincuenta piés de altura. Las naves laterales se alargaban veinte piés. Habia fijas en las columnas de la parte de las navecillas pilastras de veinte piés de altas, de dos y medio de anchas y uno y medio de gruesas, que servian para sostener las vigas de su techo. Encima de aquellas pilastras se levantaban otras de diez y ocho piés de altas, para sostener el techo de las navecillas, que quedaba mas bajo que el de la mayor. Los espacios entre los intercolumnios, desde el arquitrave de las pilastras hasta el de las columnas, servian para las ventanas. Enfrente de uno de los lados mayores estaba el tribunal en forma de semicírculo disminuido, de cuatro piés de ancho y quince de profundidad, hecho á fin de que los negociantes, que se reunian en la basílica, no estorbasen á los que disputaban ante los magistrados,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

noticias y tambien de excelentes preceptos, deducidos de la observacion de las obras maestras. Recomienda sobre todo al arquitecto la lealtad y el desinteres, y él mismo se hace querer en su libro por la cándida intencion con que lo escribió. Los siete primeros libros tratan de la arquitectura, propiamente dicha, esto es, el primero del arte en general, el segundo de los materiales, el tercero de los templos, el cuarto de los órdenes arquitectónicos, el quinto de los edificios públicos, el sexto de las casas de la ciudad y del campo, y el sétimo de los adornos: y á estos libros siguen tres respecto de la arquitectura hidráulica, la gnomónica y la mecánica.

Ningun noble romano cultivó la pintura despues de los primeros ensayos, sino únicamente en los tiempos de Plinio un tal Turpilio, caballero de Venecia. El mismo Plinio cita á un tal Amulio que hizo una Minerva, la cual miraba al observador donde quiera que se colocase (1): ¡mezquino elogio!

Las mismas bellas artes vienen á confirmarnos lo extendida que estaba la inmoralidad. Los templos estaban adornados de figuras y cuadros, en los cuales excedian los actos deshonestos á los que pudiera concebir la imaginacion mas lúbrica. Las historias de los dioses y sus amores hicieron que se aceptasen en el culto estas deshonestas representaciones, y recomendando Aristóteles que se aleje de los ojos de la juventud la obscenidad, exceptúa la que presenta la religion. La impudicia (Αναιδεια) tenia un templo en Aténas; una clase de genios priapicos estaba en relacion con Afroditas; se celebraban juegos ortofálicos, y se acompañaban las orgías de Baco con las lascivias mas repugnantes. Al desbordarse las costumbres, los sacerdotes se sirvieron de estos estímulos de las pasiones; habiendo cesado en seguida todo pudor en la sociedad, cesó tambien en el arte todo escrúpulo; los mismos vasos de las mesas se formaban con figuras deshonestas; las vemos en las puertas de la desenterrada Pompeya; y ninguna rica estancia nupcial carecia de pinturas obscenas. Ovidio recuerda á cada momento las tablilas impúdicas (2); dicen que Horacio tenia cubierta toda su cámara de semejantes pinturas, y al mismo Propercio parecia un exceso encontrarlas en todas partes (3).

(1) « Expectantem aspectans quocumque aspiceret. »

(2) Ovid., *Trist.* II, 51:

« Scilicet in dominibus vestris, ut prisca virorum.
Artifici fulgent corpora picta manu;
Sic quæ concubitus varios Venerisque figuras
Exprimat, est aliquo parva tabella loco. »

Y en el *Ars amandi*, II, 679:

« Utque velis, Venerem jungunt per mille figuras,
Inveniat plures nulla tabella modos. »

Anonim. seg. Brouckhus á Properc., II, 5:

« Inque modos omnes, dulces imitata tabellas
Transeat, et lecto pendeat illa meo. »

Propercio:

Non istis olim variabant tecta figuris,
Tum paries nullo crimine pictus erat....
Illa puellarum ingenuos corrupit ocellos,
Nequitiæque suæ noluit esse rudes, etc. »

(3) Suet. en Horacio: « Ad res venereas intemperantior traditur; nam speculato cubiculo scorta dicitur habuisse disposita, ut quocumque respexisset, ibi ei imago coitus referretur, etc. »

Clemente Alej. en Protrep., pág. 53: Παρ αὐτὰς ἐπὶ τὰς περιπλοκὰς ἀφορῶσιν εἰς τὴν Αφροδίτην ἐκείνην, τὴν γυμνὴν, τὴν ἐπὶ συμπλοκῇ δεδεμένην, καὶ τῇ Αηδᾳ περιπετώμενον τὸν ὄρνιν τὸν ἐρωτικόν... Πανίσκοι τινὲς, καὶ γυμναὶ κόραι, καὶ σάτυροι μεθύοντες.

Suet en Tiberio, c. 14: Tiberius Cæsar tabulam Parrhasii, in qua Meleagro Atalanta ore morigeratur, legatam sibi sub conditione, ut si argumento offenderetur, decies pro ea HS. acciperet, non modo prætulit, sed et cubili dedicavit.

Tenemos en Nápoles un gabinete puramente de obras de arte obscenas, y está impresa su descripcion en París: « Cabinet secret du musée royal de Naples in-4°, orné de soixante planches coloriées, représentant les peintures, bronzes et statues érotiques qui existent dans ce cabinet. »

Mas magníficos ejemplos nos dejaron los Romanos en obras de carácter civil. Abrieron muchos canales, sirviéndose alguna vez del trabajo de los soldados; para conducir las aguas á la ciudad y extraer sus inmundicias, habia tantos acueductos subterráneos, que Plinio llama á Roma *urbs pensilis*; y no carece de razon Frontino cuando juzga que son los acueductos romanos superiores á las pirámides egipcias. El primero de ellos, trazado por Apio Claudio (313 á C.), conducia el agua desde ocho millas de distancia; por 43,000 pasos, sostenidos por 702 arcos, la conducia el de C. Dentato posterior al otro en 40 años; Q. Marcio Rex condujo desdo Subiaco por 611,000 pasos el agua Marcia, á la cual se agregaron luego la Tépula y la Julia. Agripa canalizó el agua Vírgen; se debe la Claudia al emperador Claudio, y la Trajana á Trajano. En tiempo de este último vivia Sexto Julio Frontino, que (*De aquæductibus*) nos informa de la construccion de tales edificios. Acueductos

Muchos puentes habia sobre el Tíber en Roma: pero nunca se pensó en canalizar este rio ni reprimir las crecidas, que en alguna época inundaron la ciudad hasta dos veces en un año. En su embocadura queria construir César un puerto, que fué ejecutado por Claudio, y se atribuye á Augusto el muy famoso de Miseno y el de Rávena.

Importaba mucho á la unidad á que aspiraba Roma el construir caminos, y en efecto quedan todavía algunos para atestiguar cuán bien merecieron su antiguo renombre. Partiendo de la columna militaria en medio del foro romano, se extendian estos hasta las columnas de Hércules, el Eufrátes y el Nilo, superando dificultades de todas clases, y formando una cadena, por la cual se unian las provincias á la metrópoli. Caminos.

Los mayores eran de cinco metros de anchura. Dos surcos indicaban al principio lo ancho del camino: se hacía el terraplen, y se llenaba la excavacion de materiales elegidos hasta la altura que se queria dar á la vía, segun que recorria la llanura, la montaña ó un terreno pantanoso. Bergier cita caminos romanos en Francia que tenian hasta veinte piés de altura sobre el llano. La capa mas baja (*statumen*) se componia de pedazos de piedras ligados con cal y puzolana; la segunda capa (*rudus*) era de chinas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mezcladas con cal; la tercera (*nucleus*) era una mezcla de cal, de creta y de tierra, y alguna vez tambien de arena gruesa y cal. Encima de esta capa se colocaba la cuarta (*summum dorsum*, *summa crusta*), compuesta de guijarros, y de piedras planas, cortadas en polígonos irregulares ó cuadradas. Alguna vez en lugar de la capa cuarta habia una mezcla de cal y de arena menudísima; sustituían otras veces con la tierra fuerte aquella argamasa, pero haciendo el mismo número de pisos ó capas, que batian con pisones herrados, de cuya manera resultaban mas sólidas y compactas. Las escarpas de los caminos mas elevados estaban sostenidas por muros de contrafuerte.

En las ciudades eran regulares los cubos, y en Pompeya y Herculano se encuentran de lava, unidos con cal y puzolana; las calles estaban tiradas á cordel y tenian aceras. Eran magníficas en Roma la Sacra y la Triunfal: principiando la primera al Oriente del foro romano, desde el Coliseo pasaba al templo de Antonino y Faustina, y por los arcos de Constantino, de Tito y de Septimio Severo (construcciones posteriores) subia al Capitolio. Por la otra entraban los vencedores, siguiendo los campos del Vaticano y el Janículo; despues desde el puente y la puerta triunfal iban á la calle Recta, al campo de Marte, al teatro de Pompeyo, al circo de Flaminio, á los teatros de Octavio y de Marcelo, y al circo Máximo: inclinándose luego por la via Apia se salia por el Coliseo á la via Sacra, y desde ella se llegaba al Capitolio. Las estatuas arrebatadas á las naciones vencidas, las de los reyes vencidos, de los grandes hombres y de los dioses hermoseaban aquellos magníficos caminos.

La via Apia, concluida el año 312 por el censor Apio Claudio, con piedras grandes, partia de la puerta Capena, flanqueada de templos y sepulcros, ya sostenida sobre un terreno fangoso, ya cortando el Apenino. César la restauró, principiando á secar las lagunas Pontinas; los emperadores siguientes la mantuvieron y mejoraron despues, y en fin Pio VI reparó en ella las injurias de veintiun siglos. Se prolongó con el nombre de via Campana desde Capua al Oriente de Aversa, donde se dividia en dos ramales: el del Mediterráneo descendia por el monte Cáuro á Pozzuoli; el marítimo se dirigia á Cúmas á lo largo de los pantanos de Linterno. Saliendo luego de Cúmas por el arco Félix, tocaba otro ramal en Pozzuoli, y se unia con el del Mediterráneo para desembocar en Nápoles al traves de la galería de Posilipo. La via Flaminia, abierta por el cónsul C. Flaminio el año 221, partia de la puerta Flaminia, y pasando por Espoleto y Nocera atravesaba el Apenino, cruzaba la montaña de Asdrúbal por la galería llamada ahora del Furlo, y siguiendo el valle del Metáuro hasta Jano, costeaba el Adriático saliendo á Rímini, donde tomaba el nombre de Emilia, pasando por Cesena, Forli, Imola y Bolonia. En el puente Milvio se apartaba de esta la via Casia, que iba recta por Viterbo á la Etruria. Cayo Graco hizo colocar á lo largo de ellas las piedras miliarias que indicaban la distancia de Roma ó de los puntos principales.

CAPÍTULO XXVIII

INDIA

Siglo de Vikramaditia.

Entre los embajadores que de todas partes se presentaron al afortunado Augusto, vinieron algunos hasta de la India para formar con él alianza, y habiéndolo encontrado primero en España, partieron sin haberla concluido; pero despues de algunos años volvieron á Sámos, y Nicolas de Damasco los vió en Antioquía, cerca de Dafne, reducidos, de muchos que eran, á tres solamente, por haber muerto los otros en tan molesto viaje. Los acompañaban ocho siervos, vestidos únicamente de calzones, perfumados y con singulares regalos, entre los cuales habia serpientes de hasta quince piés de largas, una tortuga de rio de otros cinco piés, y una perdiz tan gorda como un buitre. La carta que traían, escrita en idioma griego, en pergamino, era del rey Poro Pandion, señor de seiscientos príncipes, el cual pedia la amistad de César, ofreciéndole libre paso para donde quisiese, y ayudarlo en cuanto tuviese á bien.

Iba con ellos un hombre que habia nacido sin brazos, que tendia y disparaba el arco y tocaba la flauta con los piés; y el braman Zarmano Chegan, que habiendo terminado los treinta y siete años de vida comun y frugal en un bosque, discurriendo con sus cofrades acerca de materias graves, perfeccionaba con los viajes la sabiduría que habia adquirido. Consideraba este la vida como el estado del niño en el útero, y decia que despues de ella, el que continuaba fiel á la ciencia entraba por la muerte en la vida verdadera y feliz. Llegado que hubo á Aténas, renovó Zarmano ante Augusto el espectáculo que Calano habia presentado á Alejandro, y llamándose tan dichoso que no podia temer nada malo, resolvió quemarse. Habiéndose hecho iniciar en los misterios de Eléusis, se desnudó, y untado de aceite entró risueño en la hoguera. Sobre sus cenizas escribieron: *Zarmano Chegan, indio de Bargosa, que se inmortalizó conformándose con el uso patrio* (1).

Tenga este cuento el valor que pueda tener; á nosotros nos sirve para dirigirnos de nuevo hácia un país del cual hemos hablado largamente. Este Pandion puede representar la antigua dinastía de los Pandos, dominante por espacio de varios siglos en el país de Mandura, llamado en su lengua Panda-Mandala, y que corresponde al que hoy dia es Malabar.

Ya hemos hablado de las vicisitudes de San-

(1) ESTRABON, XV, cap. 1, § 43, 52.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dracot, del cual refieren las tradiciones indias hechos muy desproporcionados, y nos parece el mas racionalmente forjado el siguiente: En tiempo de Alejandro reinaba en el Magada (Behar Septentrional) el príncipe Nanda, descendiente de Crisna, el cual hizo la guerra á varios hijos del Sol, que dominaban en los países vecinos al suyo, fuerte con el afecto de los pueblos que sustraía al duro yugo de aquellos, y no dejó raza ó gérmen de los tiranos, como se hizo en nuestros dias en Egipto con los Mamelucos. Hízose así señor de todo el país de los Prasos, ó sea del Oriente, que se extendia desde el Alahabad hasta la extremidad oriental de la India, comprendiendo tambien Bengala, vastísimo reino, cuya capital Balipatra (Palibotra), se hallaba situada en la confluencia del Gánges y del Cosey, donde hoy lo está Rai-Mahal.

Despues de exterminar á los Chatrias dominantes, reinó con justicia, y habiendo tenido dos mujeres, una princesa de orígen, y tomada la otra de los Sudras, llamó á la sucesion á los hijos de la primera, asignando á los otros un patrimonio. Estaba entre los últimos Sandracot, el cual, rico en grandes cualidades y en ambicion, llevaba á mal verse pospuesto á sus hermanos, superiores á él solo por el nacimiento, pero inferiores en capacidad. Tal era Ugradanva, que habia sucedido en el trono de Nanda, príncipe que habiendo pedido un braman para celebrar el sacrificio funeral del *sraddha*, al ver que se le presentaba uno de salvaje y repugnante aspecto, lo arrojó coléricamente de su presencia.

El devoto orgullo del braman no sufrió con paciencia la injuria, y maldiciendo al rey profano, salió gritando por las calles que el que quisiera ascender al trono en lugar de Ugradanva le siguiese. Sandracot, que con el mayor cuidado espiaba una ocasion, le siguió con ocho compañeros, y habiendo pasado el Gánges y llegado al Nepal, solicitaron de Paratesvara, rey de aquel país, que los ayudase á conquistar el país de los Prasos prometiendo cederle la mitad de él. Armó este príncipe a sus súbditos y á sus vecinos, y por su medio destruyó Sandracot á la estirpe de Nanda, ocupó el trono de los Prasos, y tuvo consigo algunos Griegos, sus auxiliares en la usurpacion, y de los cuales se aprovechó para disciplinar á los Indios.

En vez de repartir sus dominios con el rey del Nepal, trató de reducirlos á una vigorosa unidad, y reinó como prudente y poderoso, aunque inferior en fuerzas á Poro (1) que imperaba en la parte superior del Indo, y resistió, como hemos visto, á Seléuco. Tambien Antíoco invadió la India y recibió elefantes y dinero del rey Soppagaseno, con quien estipuló la paz.

Seléuco habia enviado de embajador cerca de Sandracot á Megasténes, que habia acompañado á Alejandro en su expedicion, y residido muchos años en Palibotra, de cuyo país dió una descripcion, que al parecer sirvió para las suyas á Diodoro de Sicilia, Estrabon y Arriano. Alejandro no habia llegado mas que á las riberas del Ravei, donde hoy está Lahore, sin pasar al país que se extiende desde allí hácia Alahabad, y que es de los mas ricos. Megasténes, que era el primer Europeo que lo veía, quedó maravillado: y no bastándole la verdad, inventó fábulas, hablando de hombres con orejas tan largas que se las arrollaban en los hombros como una capa; de cíclopes con un solo ojo, sin nariz ni boca, con piés muy largos, y con el dedo grueso vuelto hácia dentro; de pigmeos que apénas llegaban á tres palmos; de otros con la cabeza cónica, y de hormigas tan grandes como zorras, que extraían oro escarbando la tierra (1).

Sandracot le dió audiencia á la cabeza de un ejército de cuatrocientos mil guerreros. Palibotra, que era su residencia, tenia diez millas de larga, dos de ancha, y estaba rodeada de una muralla con sesenta torres y sesenta y cuatro puertas. Daimaco tambien fué enviado á Alitróquidas, hijo de Sandracot, y sabemos por Ateneo, que Amitócrates, otro rey, se dirigió á uno de los Antíocos rogándole que le enviase vino dulce, higos secos y un sofista griego, cuyo precio le pagaria. El rey de Siria le satisfizo por lo que hace á los primeros pedidos, respondiendo en cuanto al último, que las leyes griegas no consentian vender á un filósofo.

Sesenta y nueve años despues de haber muerto Alejandro, recobró su independencia la Bactriana, y sus reyes hicieron en la India conquistas mas extensas que las del héroe Macedonio, y recuperaron el país inmediato á las bocas del Indo. Habiendo pasado el Yaxártes cerca de veintiseis años á. C. una horda de Tártaros de las inmediaciones de la China rechazada hácia Occidente, inundó la Bactriana y acabó en ella con la dominacion de los Griegos, que habian permanecido allí ciento treinta años. No sabemos cómo concluyeron los demas reinos, porque fueron tan poco conocidos en el Asia Occidental y en Europa, que apénas nos trasmitieron los escritores griegos el nombre de alguno de sus príncipes.

Como todos sus contemporáneos, habian acuñado monedas con leyendas griegas. Cuando los primeros aventureros fueron despues arrojados por otros indígenas ó procedentes del Tibet y de la Tartaria, conservaron estos las leyendas griegas, las unieron luego otras indígenas, y por último se redujeron solo á las bárbaras. Conocíanse solo dos ó tres de estas medallas, cuando algunos oficiales franceses que militaron allí, y varios agentes ingleses, trajeron muchas de ellas, por cuyo motivo se concibió esperanza de poder arreglar la serie de sus reyes, como se habia hecho con otros de la Alta Asia. Pero como si fuese fatal que la historia de la

(1) « Sandracot, gran rey de la India, y Poro que aun fué mas poderoso que el mismo Sandracot. » ARRIANO, *Hist. India*, 3.

(1) ESTRABON, XX.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

India careciese de cronología, estas monedas dejan ver perfectamente el busto y los atributos, pero las fechas no, por lo cual es imposible fijar la sucesion de los príncipes.

Sin embargo, cuando Roma subia al colmo de su poder, tambien gozó la India una edad de oro bajo el imperio del radja Vikramaditia (*Bekermadjit*), el cual se nos ha presentado como rey de toda la India, acaso porque tenia sometidos á muchos reyes independientes; pero sus Estados estaban situados en las dos orillas del Gánges, y su residencia era Palibotra, ó Canoya. Este rey congregó á los Bramanes en Benares, é hizo reedificar á Ayodia, tan célebre en la historia antiquísima; fundó la dinastía XVI de Bengala; extendió su poder hasta Cachemira, cuyos gobernadores, habiéndose extinguido la línea dominante, se le sometieron espontáneamente; nombró radja de este país á Matarket, y sojuzgó igualmente el Decan Septentrional hasta Tagara.

Eras de la India.

Restablecida la paz, principió desde la toma de Delhi una era que los naturales llaman *samvat*. Esta corresponde al año 56 ántes de C., y generalmente se emplea en la India Septentrional, miéntras que el resto de la India cuenta los años por otra distinta, llamada *saha*, que tuvo principio con Salivahana, el año 76 despues de Cristo. Ademas de estas dos, mas comunmente conocidas, hay otras, conocidas solamente de sus partidarios, y que aquí recopilamos como escasísimos fragmentos de la cronología de aquel pueblo. El año 355 ántes de Cristo, subió al trono Mahabalí, que murió en 327, y cuya familia fué exterminada en 315. Créese que se verificaron las expiaciones de Sianaquia el año 312; el 191 de la era vulgar subieron al trono Suraca, llamado tambien Aditya y Vikrama; en 441 ocurrió la coronacion de otro Vikramaditia, hijo de Gandarupa; luego en 682 el apostolado de Makabhat, esto es, Mahoma; en 1000 el reinado de Bodia, llamado tambien Vikramaditia; en 1192 la derrota y muerte de Pithaura, y en fin, en 1194 el reinado de Diaya Chandra (1).

Aun estas mismas eras son conjeturales, porque despues del sol que alumbra á la India en tiempo de Vikramaditia, contemporáneo de Augusto, vuelven á condensarse las nieblas, y aun cuando quisiéramos examinarlas, nada sacaríamos de ellas que haya contribuido al progreso general de la humanidad. Si á pesar de esto queremos reunir de las historias romanas alguna indicacion inconexa, diremos que poco despues de Augusto lanzó el viento al arrendador de las gabelas en el mar Rojo, Annio Plocamo, á la isla Taprobana (Ceilan). Allí se detuvo este seis meses, y el rey quiso que le informase de las cosas romanas; habiendo observado que las monedas de su huésped, aunque de cuño y país diferente, eran de idéntico peso, concibió buena idea de la honradez romana, é imperando Claudio envió á Roma una embajada dirigida por un radja de Taprobana.

¡Qué admiracion debió causar á los Romanos oir entónces que aquella isla, ignorada aun de nombre, contenia quinientas ciudades; que su capital, Plasimonda, tenia una poblacion muy numerosa, y que el comercio acumulaba allí indecibles riquezas!

Se ha escrito que los Indios tuvieron relaciones con algun otro emperador, y particularmente sabemos que los Sármatas y los reyes del Bósforo, de la Cólquide, de la Iberia, de la Albania, de la Bactriana y otros pueblos confinantes con la India, enviaron embajadores á Antonino para renovar la amistad y relaciones de comercio. Imperando Justiniano, Cosme Indicopleusta viajó y describió la India, y ya habia penetrado en ella el Cristianismo.

Pero si los Occidentales no pensaron ya en la conquista de la India, no cesaron por eso de sacar ventajas del comercio que con ella hacian.

CAPÍTULO XXIX

Literatura india. — Dramática.

Al mismo tiempo que la literatura latina tenía su siglo de oro bajo el dominio de Augusto, teníalo tambien la india en la corte de Vikramaditia, adornada, como dicen los naturales, de siete piedras preciosas, ó sean poetas insignes. Fué consejero de este rey Amarasina, que compiló un diccionario sistemático de la lengua sanscrita, y del cual hemos tomado tambien importantes noticias.

Otra joya era Bartrihari, hermano del rey, del cual se conservan algunas obras líricas. Pero el adorno mas resplandeciente de la corona de Vikramaditia es Calidasa. Este perfeccionó el idioma, restauró los vetustos monumentos de la literatura, separó la poesía descriptiva de la religion en sus *estaciones*, siempre bellas, alguna vez tambien rigorosas; y el tono elegíaco que domina en sus versos está lleno de aquel suave sentimiento de la naturaleza que notamos en las obras indias mas antiguas (1).

Calidasa

(1) WILFORD, *Investigaciones asiáticas*, t. IX.

(1) Dice así en un pasaje: « La que ocupa mi pensamiento solo experimenta aversion hácia mí; suspira por el contrario por un rival, que tambien padece por una indiferente. Por otra parte una mujer que me es insufrible, arde de amor por mí. Mil maldiciones, pues, sobre aquella y sobre su amado y sobre el amor, y sobre la que me ama y sobre mí propio. »

Se halla el mismo pensamiento en este idilio de Mosco:

« El dios Pan suspiraba por Eco, que allí cerca moraba, pero Eco amaba á un jóven sátiro petulante, que amaba con pasion á Lida. Tanto como Eco á Pan, atormentaba el sátiro á Eco, y Lida al sátiro, y el Amor se burlaba de todos. Y cuanto aborrecia cada amado á su amante, otro tanto era despreciado por el objeto de su amor: estos son los frutos del ejemplo, y lo digo á todos los que no amáis á quien os ama, á fin de que seáis amados por vuestras amadas. »

Asca, poeta árabe, canta por el mismo tenor

« Una mirada casual excitó la llama en que me abraso por Horaireh, cuyo corazon arde por uno, á quien otros amores alejan de ella. Este á su vez es objeto de otra pasion, á la que es indiferente, y la amante despreciada por él causa con sus desprecios la muerte de un pariente suyo, esclavo de sus atractivos. Yo tambien soy amado de una que no me agrada, y un nudo desgraciado nos reune en una suerte comun. Sometidos á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La literatura dramática constituye el triunfo de Calidasa. Un braman que vió el siglo pasado representar en Calcuta dramas ingleses, dijo que tambien ellos los tenian semejantes en su idioma, y esto excitó á los eruditos en busca de los ignotos tesoros, y los condujo al descubrimiento de una literatura dramática rica y original.

Los Indios hacen derivar esta poesía del mismo Brama, porque la consideran superior á toda depravacion, y dirigida por la naturaleza á un objeto moral; así es que comparan el teatro con una bebida saludable. El héroe de sus dramas principales es un dios, un semidios ó un gran rey, animados de tiernos ó generosos sentimientos; y el de los de segundo órden es un ministro, un braman ó algun negociante. Hasta las pasiones hablan allí un lenguaje digno: el amor evita las fórmulas de abyecta adoracion, siendo ménos sensual que entre los Romanos, ménos metafísico que entre los modernos; y no puede representarse mas amor que el legítimo, esto es, con persona libre. No se sufriria una intriga con la mujer ajena, y si uno ya casado se enamora de otra, se desata el nudo casándose tambien con ella. Las voluptuosísimas pinturas del amor que siempre aspira al goce, no chocan con la moral ni con la religion, porque consideran los Indios que el acto mas agradable á Dios es el experimentar las delicias con que la Divinidad hermoseó este nuestro destierro.

Los héroes y los primeros personajes hablan en los dramas el sanscrito; la heroína y las mujeres el pracrito, ó sea el dialecto que quizá se habló antiguamente, y los inferiores uno mas humilde, pero que tampoco se usa; de lo cual resulta que aquellos dramas estaban destinados, no á la masa de la nacion sino á la flor de los Bramanes y de los Chatrias, y por consiguiente que no podian influir eficazmente sobre las pasiones generales. No buscaban, pues, en ellos los Indios la simpatía general é instantánea, sino el interes, por decirlo así, de escuela, el que muchos de nuestros poetas, demasiados quizá, se contentan con despertar en composiciones de acompasada meditacion. Ademas de que, á la manera de los Griegos, no los representaron sino en las solemnidades, en las bodas ó natalicios de príncipes, en las ferias y fiestas semejantes. Pero no eran tan fecundos los autores indios como los griegos, ni tampoco tan rica su literatura dramática como afirmó Jónes en el primer entusiasmo del descubrimiento. Calidasa y Bavabuti apénas compusieron tres tragedias cada uno, y todas las que quedan no pasan á lo sumo de sesenta, aunque es verdad que estas son de lo mas selecto. No cuento las farsas que los charlatanes representaban en las plazas, improvisando el diálogo y mezclando canciones vulgares, diversion que era muy del agrado de los Indios, y que los dominadores extranjeros han impedido con demasiado rigor.

Mas abundaron aquellos que á fuerza de preceptos pretendieron enseñar al genio á producir buenas obras, y á la medianía á rivalizar con él; pero de ellos como de los nuestros poco ó nada hay que aprender. Molestaria excesivas mente á los lectores si repitiera aquí las mil distinciones que establecen entre los héroes, las pasiones y el estilo. *Rupa* ó *rupaka* llaman en general á los dramas cuyo fin es dar cuerpo y forma á los caractéres y sentimientos, y los definen *poema hecho para ser visto*, cuyo significado es conforme á nuestro *espectáculo*.

La mitología ofrece el asunto del mayor número de dramas: sencillo enredo, incidentes bien encadenados, accion natural, no interrumpida por excesivos episodios, diccion elegante y natural; tales son las cualidades que principalmente exigen. En la escena no se deben oir nunca imprecaciones, ni sentencias de degradacion ó destierro, ni relaciones de desventuras nacionales, y está prohibido el morderse, besarse, dormir y comer, del propio modo que bañarse, untarse el cuerpo, casarse, derramar sangre, ó con una catástrofe hacer que desaparezsa un personaje; de lo cual puede inferirse que no poseen tragedias en el sentido vulgar de la palabra. Tampoco distinguen los dramas entre sí en diversos géneros, segun que representan los delitos ó los errores de la estirpe humana, los acontecimientos diarios de la vida, los terrores de la desventura ó la alegría de la prosperidad; sino que mezclando todas las cosas, procuran excitar una emocion que sin embargo no les turbe demasiado en aquella tranquilidad en que hacen consistir el colmo de la dicha. Sobre todo, dice el *Sahiya Darpana*, importa que el desenlace nazca de la narracion misma, como la planta del gérmen que la produce.

No pensaron los autores dramáticos de la India en sostener la accion continuamente á grande altura, ni en presntar la naturaleza humana solamente por el lado heróico, como pretendieron los dramaturgos franceses é italianos sino que á la manera de los Españoles é Ingleses mezclaron lo ameno con lo severo, lo gracioso con lo sombrío. Cada héroe tiene á su lado el *vita*, confidente algo parecido al parásito griego, que rie, bebe, canta, toca y divierte á la reunion. Tienen ademas el bufon (*vidusaka*) que habla por medio de proverbios y juegos de palabras, dice y sufre bromas y hasta palos, con tal que le den de comer, y cuando las lágrimas están á punto de turbar la idolatrada serenidad, regocija al auditorio recordando que es la hora de ponerse á la mesa.

Tampoco tuvieron nunca verdaderos teatros; pero la sala de canto (1) en los palacios, y los

unos mismos tormentos, cada uno de nosotros, inmediato ó separado de la que lo apasiona, es víctima de sus amores, y se halla preso en lazos semejantes á aquellos en que tiene prisionero á otro. »

Véanse aquí tres poetas que se dan la mano para tratar el mismo asunto, sin haberse copiado ciertamente.

(1) *Sangita sala*. *Singen* se conserva todavía en aleman, como tambien *saal*, y entre nosotros *sala*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

anchos patios de los mismos servian para la escena, desprovista de trajes, de escenarios y de la parte mecánica de los nuestros.

Empiézase el drama con un prólogo, en que el director, juntamente con un actor, informa al auditorio de los hechos anteriores, del enredo, y del pensamiento del poeta; halagan al auditorio, al empresario y á la compañía, y evitan al poeta la dificultad que tienen los nuestros de instruir de los sucesos anteriores por medio de la accion. Cuando entra en escena algun personaje, le introduce otro que dice en alta voz su nombre, medio grosero, pero por lo ménos tan necesario como el hacer que digan los héroes : *Ya estás en Roma Graco, Ya estás en Tébas Argias*. Sigue siempre despues del prólogo una invocacion á la Divinidad, la cual termina tambien la representacion, implorando toda clase de beneficios para los oyentes, como el *Valete et plaudite* de los Latinos. No se observan en estos dramas la unidad de tiempo ni la de lugar, y con frecuencia falta hasta la de accion; se extienden desde cinco á diez actos, y aun cuando los buenos preceptores enseñan que cada acto no debe abrazar mas que un dia, alguna vez pasa un año, habiéndolos mas largos todavía, uno por ejemplo, en el cual de un acto á otro trascurren doce años, y otro en que Siva está en cinta al finalizar el primer acto, y al principio del segundo aparecen ya sus hijos convertidos en héroes. Pero estas son licencias que la pedantería apénas perdona al genio, y por lo regular los hechos que no han podido comprenderse dentro del tiempo prescrito, se refieren por un actor.

La duracion de aquellos dramas es mayor que la de los dramas alemanes. En Chenduli, patria de Calidasa, invierten una noche entera en representar todos los años los dramas de este, que es su Shakspeare. Calidasa, en efecto, reune en sus composiciones á la gracia y á la ternura lo terrible y lo sublime, sostenidos por un lenguaje de inefable armonía y magnificencia. Su diálogo está escrito en prosa; pero siempre que ocurren declamaciones, reflexiones y descripciones, se cambia en versos de ocho á veintisiete sílabas (1), y se unen siempre á la representacion los cantos y las danzas. Son maravillosas las oraciones con que al principio y al fin implora las bendiciones sobre los espectadores.

No haremos mas que seguir el sistema adoptado, deteniéndonos preferentemente en la literatura dramática, espejo fiel y poderoso de la vida de un pueblo, y tanto mas importante cuanto que descubre una civilizacion desconocida. Pero nuestros lectores no podrian comprender sino á médias las bellezas de la literatura india, si no recordáran lo que hemos expuesto en otra parte respecto de la terrible influencia de la maldicion de los Bramanes, de la intervencion de la naturaleza entera en los regocijos y los padecimientos, y de la perpétua fusion de las cosas humanas con las divinas.

El *Reconocimiento de Sacontala*, obra maestra de Calidasa, está escrito en tres idiomas diferentes, segun la posicion social y el carácter de los interlocutores: los Bramanes y el príncipe hablan el sanscrito; las mujeres y los actores de segundo órden el pracrito, y una jerga especial los personajes inferiores.

En el poema del *Mahabarata*, al llegar Dusmanta, rey de las Indias, á la ermita del piadoso Canna, padre adoptivo de Sacontala, hija de la ninfa Menaca, se enamora y se casa con ella, miéntras Canna está ausente. La jóven pone por condicion del matrimonio, que si nace de él un varon, le dará el rey el título de Yuvaradja, esto es, jóven rey, y le declarará su sucesor. Sepárase Dusmanta del lado de Sacontala, asegurándole que en breve llegará una espléndida comitiva para conducirla á la corte; pero en vez de esto la deja abandonada. Habiendo dado á luz Sacontala un niño, y esperado inútilmente muchos años, se presentó por fin al real consorte con su hijo ya de diez años; pero Dusmanta rehusa reconocerlos, hasta que una voz del Cielo le advierte que aquel es verdaderamente su hijo, por lo cual le toma en sus brazos, pide perdon á aquella, diciendo que disimulaba por temor de que los pueblos creyesen que no era aquel hijo de legítimo matrimonio, y expresa el júbilo con que obedece la órden de los dioses.

De este modo refiere el hecho el poema. El drama empieza con un prólogo, en el cual excita el director á una actriz á sostener bien su papel, por respeto al escogido auditorio; en seguida viene la bendicion, proferida por un braman en estos términos: « El agua fué la « primer obra del Criador; el fuego recibió las « ofrendas que las leyes prescriben; se celebra « con solemnidad el sacrificio; las dos lumbre- « ras del cielo dividen el tiempo; el éter sutil, « vehículo del sonido, llena el universo; la « tierra es madre natural de todo incremento; « el aire anima á cuanto respira. Visible bajo « estas ocho formas, Indra Dios en la natura- « leza os bendiga y sostenga. »

En el primer acto se halla el rey de caza, persiguiendo á una gacela, y ya está á punto de herirla, cuando le grita una voz: *No lo hagas, ese tierno animal pertenece á nuestra ermita*, y *no debe ser muerta, no*. Detiénese el carro del rey, y adelantándose un ermitaño dice: *Vuelve al carcaj el dardo mortal : tus armas, oh rey, deben proteger al débil, no herir al inocente*. Esta exposicion tan sencilla, y que revela con un pequeño incidente tantas costumbres, pudiera ser envidiada por cualquier clásico.

Respetuoso Dusmanta obedece, y el ermitaño le encamina á la ermita de Canna, maestro insigne, que ha ido á Sumatirta para rogar á los dioses que alejen las desgracias que amenazan á Sacontala, su hija adoptiva. Ver á esta

(1) En tiempo de la decadencia se hicieron versos hasta de ciento noventa y cuatro sílabas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

jóven el rey, y enamorarse de ella, es una misma cosa. *Sus labios tienen el color encarnado de la rosa; sus brazos, como dos tiernas ramas, se cruzan mueltemente, y la preciosa flor de la juventud esparce un encanto inexplicable sobre su persona*: solamente lo detiene el pensar que pertenece aquella á la secta de Canna, de modo que no puede unirse á uno de la casta de los Chatrias. Pero en esto da vueltas una abeja alrededor de Sacontala, que se pone á gritar: *¡Oh compañeras, libertadme de este audaz insecto!* Y estas responden: *¿Qué podemos hacer por ti? Llama en tu auxilio á Dusmanta. ¿No corresponde al rey proteger á los habitantes de esta ermita?* El rey, pues, se presenta, fiengiéndose un magistrado, y oye que Sacontala es hija del santo rey Cosica, y de la ninfa Menaca. Puede por tanto casarse con ella, estando cierto ya de agradarla. Entónces anuncian que el rey se acerca con caballos y elefantes, uno de los cuales produce bastantes estragos en el bosque sagrado. Asustadas los jóvenes se retiran, y el rey delira de amor.

En el segundo acto se complica la accion. Próximo Dusmanta con algunos cortesanos al campo de la hermosa, medita cómo penetrar en él, cuando dos ermitaños llegan á suplicarle que resida allí algunos dias para remover con su presencia los genios malignos que turban los santos ejercicios despues de la partida de Canna. Gozoso accede el rey, y aun cuando llega un mensaje de la reina madre que le llama por ser indispensable su presencia para la ceremonia del ayuno religioso, envia á otros en su lugar, y se queda con los ermitaños.

En el tercer acto, cesan de ejercer su influjo los genios malignos; pero habiendo sabido Sacontala que es el rey, su amado, padece y está enferma, y abre su corazon á dos amigas. Dusmanta, que está detras de un matorral, las oye cuando una de las amigas aconseja á Sacontala que escriba un billete al rey, que le oculte en una flor, y que se le presente á título de homenaje. El billete está concebido en versos de este tenor: *Yo no conozco tu corazon; acaso esté exento de piedad; el mio se abrasa noche y dia de amor: ¡oh, toda mi vida es tuya!*

Sale el rey de la enramada, descubre sus sentimientos á Sacontala, y su coloquio es á la vez delicado y apasionado; la tímida doncella resiste; pero al marchase exclama: *Sacontala os ruega que no la olvidéis jamas*, y se retira á observar al enamorado, que habiendo encontrado un brazalete de su amada, lo estrecha contra su corazon. Sale ella entónces á reclamarlo; Dusmanta quiere ponérselo él mismo en el brazo, y ella consiente: anímase la escena, pero se oye la voz de Gotami, la venerable aya de Sacontala, por lo cual se esconde el rey. Interrogada la vírgen por aquella acerca del estado de salud, contesta: *Bastante mejor, venerable matrona.* Y al marchase exclama: *Y vosotras, queridas sombras, donde ya pude apagar en parte el fuego que me abrasa, ¡oh! así tambien podáis verme dentro de poco enteramente feliz.*

En el cuarto acto, ya se habia casado el rey con Sacontala y regresado al palacio; pero Canna está ausente todavía. Preséntase Durvasa, uno de los santos ermitaños de la India, en la ermita; y absorta Sacontala en sus amores, no le acoge lo cortesmente que debiera, por lo cual, irritado aquel, pronuncia una imprecacion, deseando que olvidase el rey á su nueva esposa; pero mas aplacado, anuncia que esta maldicion cesaria en cuanto se presentase á Dusmanta un objeto que le hiciera reconocer á su amada.

Regresa Canna, y teniendo presagios favorables, dice á su hija que se disponga para trasladarse junto á su real marido. Una voz celestial le habia dicho: *Sabe, virtuoso braman, que ha penetrado un rayo de la gloria de Dusmanta en el seno de tu hija, para la felicidad del mundo.* El adios que Sacontala dirige á sus amigos, á los árboles, á las flores, á la gacela y al cervatillo es sumamente tierno: *Buen padre, cuando esta querida gacela, que no se atreve á apartarse de la ermita, y cuya carrera ya no es tan veloz á causa del peso que lleva en sí, sea madre; ¡oh! entónces no te olvides de avisármelo, te lo ruego.*

Sus compañeras le dicen: *Si tardáre el rey en conocerte, enséñale el anillo en que está grabado su nombre.* Era el que Dusmanta le habia dado, diciéndole: *Sea una prenda de mi memoria.*

El acto quinto nos conduce al palacio de Astinapur, adonde llega Sacontala con los ermitaños que la acompañan, los cuales anuncian á Dusmanta que Canna ha aprobado su union con Sacontala, y que por tanto la acoja como conviene á una esposa que trae en el seno el fruto de su amor. Pero principia á tener efecto la imprecacion de Durvasa, y Dusmanta no reconoce á su esposa, que desesperada recurre al anillo; la desgraciada no le encuentra ya en su dedo; le habia perdido al hacer las abluciones en el estanque consagrado á la diosa Sati.

Habiendo intentado inútilmente enternecer al rey, queria volverse Sacontala; pero el braman le dice: *Si te crees pura é inocente, debes soportar con valor tu condicion junto á tu esposo, aun cuando te trate como á esclava.*

Está pronosticado que el primer hijo varon de Dusmanta tendrá indicada su excelsa fortuna en la disposicion de las líneas de la palma de la mano, por lo cual proponen al rey que aguarde á que Sacontala presente el niño que dé á luz, para ver si tiene la señal vaticinada, y consiente en ello. Sacontala se retira desconsolada; pero despues se oye que un genio resplandeciente la ha arrebatado, cuya noticia deja atónito á Dusmanta, sin que por eso se sienta enternecido, porque dura todavía el encanto de la imprecacion bramínica.

En el acto sexto es preso un pescador como reo de haberse apoderado de un anillo de gran

(c) Instituto Cervantes de Madrid

valor, que lleva la cifra del rey; pero él afirma que lo ha encontrado en el vientre de un pez. Apénas lo ve el rey, se disipa el encanto y recuerda con amor á su esposa; pero esta ha desaparecido. Suspende la fiesta de la primavera, hace que le lleven el retrato de Sacontala, y de tal modo se exalta su amor á su presencia, que cree verla verdaderamente.

En el séptimo acto ha vencido Dumanta á la raza de los Danavas, en el carro de Indra; y habiendo vuelto á su país desde la corte de este dios, se traslada al asilo del gran dios Casiapa, en el cual halla á un muchacho que juega con un leoncillo, y miéntras le acaricia benévolo, ve que su mano presenta las líneas misteriosas que son el pronóstico de la soberanía. Preguntado, llega á reconocerlo por su propia sangre, y se arroja á los piés de Sacontala, que le dice: *Levanta, esposo mio, levanta, sí; mucho tiempo fuí desventurada; pero mi alegria presnete supera á todo el mal sufrido.*

El rey, su esposa y su hijo son trasportados á la morada celeste, donde sabe esta que el error del rey procedia de las imprecaciones de Durvasa, y que su hijo está destinado á ser señor del mundo entero. Termina el drama con este voto de Dusmanta: *Los reyes de la tierra no deben desear el reino, sino para hacer felices á los pueblos.*

Muy culto debia de ser el auditorio que encontraba excelente esta composicion, cuya regularidad, quiero decir, la cohesion y la progresion son tales, que cuando Schlegel la tradujo al latin, aquellos mismos que aceptaban ciegamente la poesía de Osian, negaron crédito al leal Aleman, y supusieron que él mismo la habria inventado para encontrar hasta en el extremo de Oriente un testimonio de las doctrinas románticas que habia predicado.

En el drama de *Yayadeva*, viviendo Crisna en la tierra y entre pastores, como Apolo en Anfriso, ama á muchas mortales. Rada es la mas bella de todas estas, y llena de celos por las caricias que prodiga aquel á las demas, se queja dolorosamente; pero una amiga les reconcilia, y disfrutan su amor. Este drama, el mas antiguo de todos, y casi despojado de formas escénicas, inspira la pasion mas viva y desnuda, y sin embargo concluye con un cántico religioso á Visnú.

Á los dramas monólogos puede referirse la *Nube mensajera* de Calidasa. Un Deva que estaba al servicio de Cuvera en la ciudad de Alacá entre el Himalaya, habiendo dejado devastar su jardin por el elefante de Indra, fué desterrado, y viendo en su destierro dirigirse una nube desde el Mediodía al Septentrion, hácia donde se halla su esposa, ruega á la aérea peregrina que lleve á esta noticias suyas. Al mismo tiempo describe su camino; y si no choca la multiplicidad de nombres extraños, á los cuales no asociaron nuestros primeros estudios las risueñas ideas de los nombres griegos y latinos, conmueve aquel santo deseo de la patria del propio modo que cuando él supone á su esposa sumida en la tristeza, contando los dias de la ausencia, y sugiere á la nube las palabras que ha de decirle para consolarla. *La planta seca levanta sus miradas hácia ti, y tu única contestacion es una dulce lluvia.* ¿No pareceria muy bien este pensamiento en un clásico?

Entre los dramas pertenecientes á la segunda especie de los *aparupaki* se cuentan el *Vikrama y Urvasi ó el Héroe y la ninfa* de Calidasa, semejante á las óperas de nuestro teatro. En las alturas del Himalaya fué robada por el genio Kesi la ninfa Urvasi, *el mas bello ornamento del cielo, que eclipsa la belleza de Sri;* por lo cual lloran sus amigas; Pururava, rey de Pratistana, descendiente del Sol, va en persecucion del raptor y liberta á la hermosa; y Citrasena, rey de los músicos de la corte de Indra, canta el valor del héroe. Pero este queda enamorado de las gracias de la ninfa, que no es ingrata al favor recibido, y la delicadeza con que ambos expresan sus afectos, deja muy atras á las mas ingeniosas de nuestras escenas. Despues se eleva la ninfa al cielo con el coro celeste, y abandona á su amante en la tierra.

Empieza el segundo acto en el palacio de Pururava, con una escena cómica que nos muestra uno de esos bufones ó *vidusakas* de que hemos hablado. « ¡Gran desgracia! (dice aquel) gran » pena para un braman como yo, amante de la » ociosidad, encontrarme en este estado. Poseo » un secreto, y es el secreto de un rey. Si hablo soy muerto, callar no puedo. ¿Qué haré? » Todos me buscan, todos me desean, como » hombre de buena pasta, hablador, incapaz de » contener dentro de mí el pensamiento un solo » instante. ¡Cuánto me pesa este secreto! Me » estremezco. Pero ánimo, Manava; prudencia; » siéntate en aquel canto, y espera que el rey, » tu señor y amigo, se presente. »

En vez del rey aparece una doncella de la reina, que descubre con maña el secreto del braman: y corre al momento á revelar á la reina la infidelidad de su consorte. Cuando llega despues el rey, contrasta la fantástica melancolía de este con las bromas del braman, el cual le sugiere, como el mejor medio, dormirse y soñar con su ninfa.

Invisible esta, ha oído el coloquio, y convencida del amor del rey, le tira una hoja, en la cual ha escrito estos dos versos: « Igual llama, » aunque oculta y misteriosa, abrasa dos cora- » zones. El puro y fresco aliento que riza las » nubecillas y juguetea entre mis cabellos en » las grutas celestes, no me es ya suave, ni me » da vida ni salud: el vientecillo mas dulce y » fragante es para mí soplo de muerte. Las flo- » res se secan bajo mis pasos y mueren, como » mi alma consumida de amor, como mi celeste » y delicada forma destruida por el fuego amo- » roso. »

Habiendo hallado la reina el billete, entra en celos; el marido le pide perdon, y Manava exclama: *Ella está irritada, y él aturdido; si se*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los llamase á la mesa, seria el mejor remedio para ellos y para mí.

Al tercer acto es llamada Urbasi al cielo á representar un drama; pero interrogada en la representacion cómo se llama aquel á quien se inclina su corazon, en lugar del nombre de Purusottama, primer agente de la creacion, pronuncia el de Pururava. Por tal profanacion se hace merecedora de un grave castigo, que Indra, por consideracion á la gratitud que debe á su protector, conmuta en destierro á la tierra, junto al príncipe amado. Entretanto ha hecho voto la reina de continencia y ayuno, y para alejar los celos, invita á su esposo al terrado para ver la entrada de la luna en la constelacion *rohini*. Miéntras este la espera, Urvasi y su compañera se presentan invisibles á su lado. Llega la reina y se reconcilia con el rey, prometiéndole ser buena y complaciente con la ninfa, y permitirle amarla: en cuanto se aleja, se descubre Urvasi, y ya no tuvo por qué echar de ménos el cielo perdido.

El cuarto acto es enteramente lírico, lleno de música y de recuerdos nacionales. Miéntras los dos amantes vagan á orillas del Madakini, llama la atencion del príncipe una sílfide jugueteando en las aguas: zelosa la ninfa, huye de él, y olvida la ley que prohibe á las mujeres entrar en el bosque encantado de Cartikeya, por lo cual, apénas llega á él, es convertida en sarmiento. Suben al cielo las quejas de Pururava que la busca, y que en todos los seres animados encuentra una suave simpatía con su tormento; en el cisne, que lento y melancólico hiende las aguas y dobla el cuello; en el elefante, que solitario, acaso ha perdido su compañera, y tambien en la nube errante. Por último, un ser sobrenatural llega en su auxilio, dándole el rubí que tiene la virtud de la reunion; Urvasi recobra su primer aspecto en los brazos de su amante, y una nube trasporta á entrambos. *Giran en torno de ellos, como banderolas, los inflamados relámpagos, y tienen por pabellon el arco vaporoso y centellante con que Indra pinta el cielo.*

En el quinto acto arrebata un halcon aquel rubí, pero le hiere una flecha en la cual están escritas estas palabras: *De Ayú, hijo de Urvasi y de Pururava.* Este, que ignoraba que era padre, salta de gozo; pero interrumpe su júbilo el llanto de Urvasi, que le refiere cómo su destino es remontarse al cielo en cuanto vea á su hijo. Miéntras ella se desconsuela temiendo ser olvidada, y él prefiere la soledad del Himalaya, en donde puede alimentarse de caros recuerdos, perseguir al gamo y á los demonios raptores de hermosas, desciende Narada del cielo anunciando el perdon; y en el colmo de la felicidad, el rey termina rogando que el saber y la fortuna cesen de ser enemigos, y se unan para procurar el verdadero bien de la humanidad.

El argumento comprende una multitud de pormenores, cuya reproduccion sería inútil intentar, y que resaltan mas por ser conformes á las creencias del país y estar adornados de preciosíma poesía.

Despues de Calidasa decayó el teatro indio; sin embargo, el rey Sudraka compuso dramas de algun valor; y si Bavabuti, muy posterior á Calidasa, es inferior á él en poesía, no lo es en la pasion. Braman de nacimiento, de ilustre estirpe, mereció de sus contemporáneos el título de dulce parlante (*sricanta*); y en vez de fijarse en las minuciosas descripciones de la naturaleza particularizada, como era costumbre de sus contemporáneos, se complace en sublimes y grandiosas miras, en el fragor de los truenos y de los aquilones, en las luchas de los elefantes y en las hazañas de los reyes. Pueden llamarse epopeyas en diálogo los tres dramas que de él se conservan; *Malati y Madhava* (1), *Uttara-Rama-Siaritra y Maha-Vira-Siaritra.*

Wilson, ademas del análisis y los extractos de otros muchos, presentó á la Europa una leccion escogida de los mejores dramas sanscritos (2), todos inferiores en el estilo y en argumento á la *Sacontala*, pero no por esto despreciables, agradándonos en ellos, cuando no otra cosa, aquellas formas enteramente nacionales y diversas en todo de las nuestras, las cuales, cual mas cual ménos, están todas modeladas por el tipo griego.

El *Mrichacati* ó carro de arcilla, que podria titularse mejor la *Cortesana enamorada*, obra que se cree anterior al siglo décimo, y que fué compuesta por el rey Sudraka, presenta á Palaka, rey de Uyaini, destronado por un pastor con el auxilio de los Bramanes. Con esta historia se enlaza el amor de la cortesana Vasantasena hácia el braman Siarudatta. Aunque esta habia adquirido tesoros con su oficio, el amor cambia su carácter, la hace abandonar sus antiguas inclinaciones, la purifica y ennoblece hasta el punto de no lograr seducirla un cuñado del rey con los estímulos del poder y del oro. « ¿Por qué (le dice el confidente del prín» cipe) reniegas de tu carácter, oh Vasantasena? » En casa de la cortesana entra libremente la » juventud; es planta que crece en medio del » camino; su persona está á merced de todos, » su amor puede comprarse con oro, y ella » debe acoger al hombre de su agrado lo mismo » que al que le repugne. El docto y el igno» rante, el braman y el paria se bañan en la » misma fuente; el cuervo y el pavo real se » posan en la misma planta; el braman, el cha» tria y el vasia vogan en el mismo barqui» chuelo. Lo mismo que el barquichuelo, que » el árbol y que la fuente es comun á todos la » cortesana. » La desgraciada conoce la verdad de tan acerba reconvencion; sin embargo resiste, intenta huir, pero tropieza su carro con el *carro de greda* del rey, de manera que cae

(1) Este fué analizado por Colebrooke.

(2) Seis dramas, y el análisis de veintitres; ademas un ensayo sobre el sistema dramático de los Indios. Langlois, autor de los *Monumentos literarios de la India*, los tradujo al frances. Véase en nuestros Documentos de LITERATURA.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en poder de su perseguidor, que amenaza matarla.

« ¡Morir tan pronto! (dice ella Voy á) pedir » socorro. Pero ¡ay de mí! se oiria de léjos la » voz de Vasantasena, y esto me deshonraria. » No; repetiré solo esta palabra: Bendito seas, » bendito seas, ¡oh Siarudatta mio! »

EL PRÍNCIPE. « ¿Repetirás siempre ese nombre? » Pronúncialo otra vez aun. » (Le aprieta la garganta.)

VASANTASENA (con voz sofocada). « Bendito seas, » ¡oh Siarudatta mio. »

La estrangula el príncipe, y en seguida acusa de su delito á Siarudatta, jóven braman de gran virtud y de severa conducta. Llamado á juicio, é interrogado si tuvo intimidad con la cortesana, se ruboriza y vacila; preguntado de nuevo, contesta: *Si fué mi amiga, no culpéis á mis costumbres, sino á mi juventud.*

Al defenderse compara el tribunal á un mar tempestuoso; los abogados á las agitadas ondas, los fiscales á los reptiles insidiosos que ocultamente se mueven bajo las aguas; los delatores á las conchillas que cubren yerbas venenosas, y el acusador al mochuelo, pronto siempre á atrapar y destrozar su presa. Perdido hubiera sido sin embargo el braman, si no hubiera ocurrido la revolucion que derribó al rey y á su cuñado perseguidor: volviendo en tanto Vasantasena de la muerte aparente, justifica á su amante. Tiene este esposa y un hijo, pero esto no sirve de obstáculo á Vasantasena, ni excita los celos de su legítima consorte, que la abraza y saluda como á una hermana bienvenida.

Y sin embargo, no era tibio el amor de esta esposa hácia su marido, y cuando sabe que está en peligro de muerte, se encaminaba á quemarse, como las viudas devotas. Siarudatta, que vuelve á tiempo de impedir el sacrificio, dice: « ¿Qué frenesí te impulsaba á buscar la » destruccion, cuando vivia aun tu señor? » Miéntras brilla el sol en el cielo, no cierra el » loto sus hojas amorosas. »

« Es verdad, contesta ella, pero solo los ar» dientes besos aseguran al loto que está pre» sente su amor. »

El mismo Siarudatta, en vez de pensar en vengarse de un poderoso perseguidor, dice: « Un enemigo humillado, que prosternado á » vuestros piés implora perdon, no debe sentir » el peso de vuestra espada. »

Histórico y político es el drama *Mudra Racsaca* ó el sello del ministro, que se cree escrito en el siglo duodécimo. El héroe es Chandragupta, probablemente el Sandracot de los Griegos, el cual obtuvo la corona despues que fué asesinado Nanda, rey de Pataliputra. Racsaca, primer ministro del muerto, estaba refugiado en la corte del rey de los Meletas ó Bárbaros, instigándolo contra el usurpador; pero el braman Sianakia, jefe de la conspiracion contra Nanda, se compromete á ganar al fiel ministro por medio de expertos trujamanes. Trasladándose estos al lado de aquel, que reune gente contra el usurpador, le refieren el estado del reino de la manera que desea el braman. Tiene Chandragupta por *gurú*, ó director espiritual, como diríamos nosotros, al antedicho Sianakia, personaje á quien sostienen ordinariamente los Bramanes, y que les da el derecho de hacer las peticiones mas extrañas á sus discípulos, y de exigir de ellos respeto aunque sean dioses. Soma, dios de la Luna, habia sido precipitado desde el cielo al mar por su gurú, porque sedujo á su esposa.

Cuando aconseja, pues, Sianakia á Chandragupta que se finja disgutado con él, exclama este: « Mi venerado maestro y amigo quiere » que me muestre descontento de él, y que me » gobierne sin sus consejos.. ¿Cómo he de sos» tener una cosa que repugna á mi corazon? » Pero tal es su voluntad; sea obedecido. El dis» cípulo, digno de este nombre, se conforma con » los deseos de su maestro: si comete una falta, » es contra su voluntad, y la voz del preceptor » le vuelve al camino recto. Á diferencia de los » que no pueden deliberar por sí mismos, y de » aquellos que únicamente se guian por su ca» pricho, el hombre sabio y virtuoso no ad» vierte la sujecion, haciendo suyo el deseo de » su prudente maestro. »

En esto se conoce el poder de los Bramanes. Pero volviendo al enredo, Chandragupta, en un todo sumiso al braman á quien se confiesa deudor del trono, conviene con él en fingirse irritado, y esparce la voz de que quiere elegir ministro á Racsaca. Esto le hace sospechoso al rey que le habia acogido, tanto mas cuanto que se le presentan despachos con su propio sello, que cree haber sido dado por el ministro á quien lo habia confiado. Engañado despues por otros ardides, reconoce la superioridad de Sianakia, y se declara con él á favor del usurpador. La política, como se ve, representa en este drama la parte principal; y el fraude mas torpe pasa por cosa muy natural y no desaprobada.

Por la traduccion del profesor Taylor de Bombay, conocemos la *Salida de la luna intelectual* (*Prabodha Siandrodaya*), drama parecido á los metafísicos de nuestra edad média, y que recuerda su *moral*, porque la razon desde su trono argumenta contra la ignorancia, y educa al alma, que hallándose en mantillas, le ha sido confiada poco ántes por el Eterno.

Aun cuando estas composiciones pertenecen á otros tiempos, no dudamos citarlas aquí, porque, volvemos á repetirlo, en la India todo es estable, ó progresa con tal lentitud, que los siglos mas remotos se explican unos por medio de otros.

Pertenecen estos dramas á las dos primeras especies de *rupaka*. Á la tercera corresponden ciertos monólogos, en los cuales describe y representa un solo actor una variedad de sucesos, que á él ó á otros han ocurrido: pertenecen á la cuarta argumentos militares, en los cuales se excluye á las mujeres; á la quinta héroes, demonios y númenes, y esta representa general-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mente los hechos de las várias encarnaciones tal como el puente echado por Rama en el mar para atacar el reino de Lanka (1). Siguen á estos los melodramas y las sátiras, que tienen por objeto á los reyes, los ricos, los Bramanes y los devotos.

En una de estas hallamos aquel mismo sentimiento, por el cual vemos que en las escenas griegas y romanas se da valor ó se quita la vergüenza al vicio con el ejemplo de los dioses. « La ley (así se dice en el *Kotuka Sarvaswa*), » la ley dice : *No cometerás adulterio.* — ¡ Pa- » labra insensata ! Sírvanos de guia lo que los » sabios y los mismos dioses observan, no el » precepto que ellos mismos olvidan. Indra en- » gañó á la mujer de Gotama; Siandra arrebató » la prometida de su maestro; Yama sedujo á » la esposa de Pando bajo la forma de su ma- » rido, y Mahadeva corrompió á las mujeres de » todos los pastores de Vrindavana. Solo los lo- » cos sacerdotes, creyéndose profundos sabios, » han presentado como culpables estas cosas. » — Pero me dirán : *Es precepto de los Richis.* » — ¡ Bah ! todos eran impostores; condena- » ban los placeres que la vejez les negaba, y » por envidia prohibian á los demas los goces » que no podian disfrutar. — Es verdad, es » verdad, jamas oímos predicar doctrina tan » ortodoxa. »

Reglas minuciosas, inalterables prescripciones de lugar, de tiempo, de condicion, de enlace y de accion dividen estos géneros en otros muchos, como tambien los del *uparupaka*. Y sin embargo, estas subdivisiones no son nada comparadas con las distinciones metafísicas que se hacen respecto del asunto de aquellas obras. Porque á la manera que Aristóteles, tratando de la *Retórica*, discurrió acerca de las pasiones por el modo con que se han de excitar, así los doctores indios determinaron el *bava* y el *rasa*, modificaciones intelectuales y físicas, é inclinacion ó necesidad, y estas tambien estables, ó transitorias, principales ó accesorias, de las cuales podia sacar un poeta los colores que conviniesen á su cuadro. Viene despues la mas precisa é inviolable etiqueta respecto de cada personaje, segun el sexo, la edad, la condicion y las mas mínimas gradaciones de esta : baste decir que creen que hay cuarenta y ocho maneras de ser héroe, las cuales llegan luego hasta ciento, sin contar los millones de modos propios de las divinidades. La mujer perfecta debe poseer veinte atractivos (*anankara*), entre los cuales, ademas de la belleza, la juventud, la opulencia, la igualdad de genio, la fidelidad, cualidades que se requieren en todo tiempo y país, enumeran la viveza de emocion, de estremecimientos, de rubor y de palidez; el abandonar el corazon á quien lo guia; el burlarse de las maneras y protestas de un amante; el expresar el deseo con el gesto, con la voz y con los ojos centellantes de dulce amor; el desprecio de sí misma, de los adornos, de todo, y así discurren hasta el último término (*lolitam*), que es el éxtasis del alma y de los sentidos en la felicidad compartida.

Se notará, pues, que estamos todavía en aquella India que, en los principios del mundo, se nos presenta dividida entre sueños fantásticos y metafísicas sutilezas. De esta manera, la libertad mas atrevida se une á la mas rígida servidumbre : el pueblo fantástico se somete á ligaduras que serian insoportables para otros, y los preceptores imponen pesos de plomo al genio, que con alas poderosísimas se lanza á los vuelos mas audaces. Una de tantas contradicciones que aun no están explicadas en un pueblo tan viejo y tan niño, tan profundo en filosofía y tan delicado en poesía, es ver cómo mezcla sentimientos groseros y torpes con los mas refinados y galantes; cómo une las gigantescas proporciones del pensamiento con la perfeccion de los pormenores, cómo goza apasionadamente de las bellezas de cuanto lo rodea, y luego niega su existencia; cómo compadece el gemido del insecto que pisa, y ordena á las viudas que se quemen; cómo busca el placer y se petrifica en la abnegacion y en las penitencias espasmódicas; careciendo, en suma, de aquella armonía que constituye la belleza eterna de la vida moral, intelectual y social de la Grecia, y que produce en las obras y el pensamiento la verdadera fuerza, la grandeza y el buen gusto.

(1) Tomo I, pág. 234.

EPÍLOGO

Volvemos, pues, á encontrar la India como la dejamos veinte siglos ántes; encadenada en sus castas, fantástica, negligente, devota, soberbiamente ignorante, ó instruida sin progreso alguno. Créese allí que se satisfacen las necesidades intelectuales y morales enseñando á cada uno su porcion de verdad, sin permitirle buscarla por sí solo. La sencillez por tanto del principio teocrático produce en la India como en el Egipto una inmóvil monotonía; la sociedad subsiste, pero en el estupor, sin esperanzas ni deseos.

En Occidente, por el contrario, algunas libertades individuales adquieren gigantesco aumento con desigualdad y desórden; y entre las violencias de una guerra casi contínua, el que no es fuerte se ve oprimido. Al aclararse la escena histórica, encontramos los países occidentales constituidos ya en monarquías ó en repúblicas, fundadas aquellas sobre los principios de la fe y del amor, y estas en los de la razon. Algunas de las repúblicas, no obstante, fieles á las leyes y á las costumbres hereditarias, se conservan retenidas en las barreras tradi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cionales, poco diferentes de las monarquías, cuidadosas sobre todo de la paz y de la conservacion; al paso que ordenadas otras por la igualdad y la libertad, propenden á extenderse y propagar sus máximas fundamentales.

En las monarquías constituidas por el afecto á la dinastía hereditaria, lo que se pretende como de suprema importancia es que no se disminuya la fe en los derechos antiguos ni en las costumbres que consagró el mundo. En otras está limitado el poder del príncipe por constituciones, que pudieran llamarse transacciones hechas entre dos partes iguales y opuestas, que establecen la monarquía en bases racionales y científicas.

No somos tan niños en materia de organizacion social que confundamos la monarquía con la servidumbre, y la república con la libertad. Habia y hay absolutismo, lo mismo en las repúblicas que en las monarquías; pero este no puede sostenerse mas que con la fuerza. Las repúblicas son impulsadas á la ambicion conquistadora, cual la encontramos comunmente en las antiguas; y en las monarquías se afianza el despotismo militar.

Roma, república absoluta, despues de haber destruido á todas las demas, se cambia en monarquía absoluta, que no pudiendo encontrar apoyo sino en la fuerza, solo por la fuerza está refrenada en algun modo, y solo con la fuerza asegura su existencia material.

Toda la sociedad antigua está dominada por el espíritu de raza, celoso, exclusivo, que fuera de la propia familia y del propio altar no ve mas que un extranjero en cada hombre, en cada extranjero un enemigo (*hostis*), y en el enemigo una presa; doctrina que formuló el Romano en el terrible proverbio: *Homo homini ignoto est lupus.*

Oyóse á algun sabio proferir quejas contra el que esclavizaba á sus conciudadanos, díjose que los dioses estaban irritados con los Chiotas, por haber sido los primeros que con la piratería habian violado los recíprocos derechos de la familia helénica; se censuró á los Lacedemonios por oprimir á los Mesenios, Helenos tambien; pero ninguno los acusó por envilecer de aquel modo á los Ilotas, raza pelasga, y mucho ménos se hubiera encontrado quien á nombre de la humaninad hiciese una protesta á favor de los Bárbaros. Solon en el himno á las musas pide que le hagan « suave con los amigos y áspero con los enemigos, para ser honrado por aquellos y temido por estos. » Tambien Teognídes (v. 431) da este consejo : « Sabe engañar al enemigo con tus palabras; una vez que lo tengas en tu poder, sabe castigarlo sin aceptar disculpas : » y en otra parte lo repite (v. 605, 795, 829). El jurisconsulto Pomponio, en tiempos en que habia progresado mas la equidad pública, y en el libro que se llamó la razon escrita decia : « Los pueblos con quienes no tenemos amistad, » ni hospitalidad, ni alianza, no son nuestros » enemigos; no obstante, si una cosa pertenece á nosotros cae en sus manos son dueños de ella; los libres se convierten en esclavos suyos, y lo mismo sucede á sus cosas respecto de nosotros (1). »

La esclavitud era, pues, en la sociedad antigua un hecho natural, equitativo é inevitable: Aristóteles declara á los esclavos sujetos á los libres como la materia al espíritu. Esquilo dice que estos no tienen dioses; la jurisprudencia romana dice que el amo tiene derecho de usar y abusar de ellos; y si al ver hombres condenados á mover la rueda de un molino y sacarles los ojos, á fin de que atendiesen mas á su trabajo, hubiera clamado alguno contra tan atroz iniquidad, habria oido que se le contestaba: *¡Pues qué! ¿no se ha de moler?*

La ley se interpuso alguna vez, pero no para elevarlos, sino para protegerlos como cosa, como propiedad, ó á fin de que la inhumana servidumbre no hiciese demasiado crueles á los amos, y consumiendo aquellas máquinas animadas, se perjudicase al Estado.

Una sociedad fundada en la esclavitud, en que habia hombres persuadidos de que todo les era lícito contra otros hombres, debia ser por naturaleza implacable; y tambien en los esclavos se despertaban á menudo en su dura condicion sentimientos fieros y rencorosos que solamente la muerte podia reprimir. Por eso están llenas las comedias y las narraciones de cruces y suplicios, contínua atrocidad privada, con la que se conformaba despues la pública con su lujo de penas legales. El objeto principal de la sociedad era mantener y aumentar aquellas máquinas humanas, y el medio mas adecuado para este fin era la guerra. Á ella por tanto debian dirigirse los Estados principalmente, como á fuente de poder y de gloria; siempre debian aspirar los héroes á la conquista: y la primera ciencia del gobierno consistia en destruir y esclavizar á los extranjeros. Por el amor patrio (nombre pomposo y del cual se abusó) se procuraba la regeneracion del ciudadano y de los Estados; pero esta ley aislada de la naturaleza enseñaba á inmolar, en beneficio de la grandeza de un pueblo, la felicidad de todos los demas. Educado el niño en estos sentimientos, despreciaba y odiaba lo que no pertenecia á su país, y cualquier iniquidad quedaba justificada por el provecho de la república. La imperturbable tiranía de la lógica dispensaba á Caton de alegar otros motivos de su perpétuo *Carthago delenda*: Paulo Emilio en Epiro, sobre las ruinas de setenta ciudades, vendió ciento cincuenta mil ciudadanos en pública subasta, para distribuir su precio entre los soldados: Horacio hace que Régulo Atilio, para excitar á la venganza el patriotismo romano, refiera haber visto cultivar de nuevo los campos de las cercanías de Cartago, devastados por las legiones: tratándose en el Senado de las quejas de pueblos aliados, manifestaba Curion que eran

(1) Leg. 5, § 2, ff., *de captivis.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

justas, pero añadia : *Prevalezca, no obstante, la utilidad* (1). Mario decia á Mitrídates : *Hazte mas fuerte que los Romanos, ó sométete á todas sus voluntades* : Antípatro terminaba todos sus discursos á los Hebreos diciendo : *Los Romanos quieren ser obedecidos* : oyendo Fabricio las doctrinas epicúreas en la mesa de Pirro, suplicaba á los dioses que agradasen siempre aquellas á los enemigos de Roma ; Tácito, por fin, refiere que, en la guerra de Germánico, se refugiaron algunos Germanos en las copas de los árboles, y eran heridos con las flechas por los Romanos por via de diversion (2). En la oscuridad de la noche, dice, se precipitan los Romanos « sobre los Marsos y los Germanos ; dividen » en cuatro cuerpos sus legiones ávidas de » sangre, á fin de que sea mas extensa la de- » vastacion, y recorren cincuenta mil pasos á » hierro y fuego, sin considerácion á edad ni » sexo. Por parte de los Romanos no se vertió » una gota de sangre, porque el soldado ma- » taba á los enemigos medio dormidos, desar- » mados y errantes á la ventura (3). » Germánico excitaba á los soldados á continuar la carniceria, y á no ocuparse en hacer prisioneros, pues que solo con el exterminio de todo el pueblo se podria finalizar la guerra (4). El mismo Tácito no sabe augurar al imperio mayor fortuna que la perpetuidad de las enemistades entre las naciones enemigas (5).

¡Ah ! no, el hombre no se ha hecho todo entero para la sociedad : tiene en sí alguna cosa mas sublime, no limitada á las leyes civiles, y que independientemente de estas aspira á otro fin mas elevado, á un destino superior al de los Estados que nacen y mueren. Los gentiles no lo conocieron, y establecieron como primer cánon de la moral la sociabilidad y el patriotismo, cuyas virtudes no son, consideradas de tal modo, sino un egoísmo algo mas extenso.

De este principio proceden la esclavitud, los ilotas, el espíritu de exterminio, la inmolacion legal, la prostitucion religiosa, la exposicion de niños, la muerte de los prisioneros, los combates de gladiadores y las guerras de exterminio. Acaso no se presenta esto en parte alguna bajo un aspecto mas regularmente terrible que entre los Romanos, quienes deificando la república (6), ofrecieron en los altares de esta inexorable divinidad la independencia y la sangre de todas las naciones. Patricios y plebeyos, discordes en todas las cuestiones, convenian en el deseo de conquistas, porque siendo agricultores por su orígen, hacian consistir la principal riqueza en la posesion de los terrenos, que únicamente daban plenitud de derechos ; por lo cual los plebeyos esperaban adquirirlos á favor de la guerra, y los patricios aumentar los que ya tenian. Roma, desde la reducida colina en que luchaba con sus vecinos, vencida y vencedora alternativemente, destruyó primero los gobiernos municipales de toda Italia, y los aglomeró en sí como parte de un municipio mas vasto ; en seguida, con pasmosa rapidez extendió los brazos hácia el universo conocido para estrecharlo en una gran unidad ; pero era la unidad de la fuerza.

Por tanto, miéntras que el deseo de la gloria militar animaba á otros pueblos por accesos violentos, pero pasajeros, este mismo deseo era en Roma casi natural ; aquellos republicanos parecian orgazinados como una escuela militar permanentemente disciplinada de un modo admirable ; sostenian los desastres con inflexible resignacion ; preparaban las conquistas con impertubable y calculada lentitud, y luego lanzaban con indomable valor la irresistible masa de sus legiones á destrozar á quien se les oponia.

Una guerra daba orígen á otra. Las diversas potencias que nacieron del imperio de Alejandro, se gobernaban entre sí (como hicieron las europeas en los dos siglos pasados) por medio de alianzas y de equilibrio positivo ; sistema vacilante, que debia sucumbir por la obstinacion vigilante de Roma, la cual, idolatrada por hijos dispuestos á sacrificarse por ella á las deidades infernales ó á precipitarse en los abismos, debia preponderar por la fuerza de las cosas sobre todas las naciones.

El amor al poder y el amor á la riqueza impulsan á conquistas. En un principio fueron estas generales ; mas despues quisieron los capitanes que resultasen en su provecho particular, y tal fué la conducta de Mario, Sila, Catilina, Pompeyo, César, Antonio, y por último de Octaviano, el mas afortunado de todos.

En las guerras civiles no podia aspirar ninguno á ser jefe de una faccion como no fuese despues de haberse ganado un ejército, degollando muchos extranjeros. César, el mas ilustre y el mejor de todos, se alabó de haber muerto un millon y doscientos mil de ellos ; las contiendas entre sus matadores extendieron aun mas el dominio de los Romanos, quienes desde la roca del Capitolio miraban la tierra, no de otro modo que si fuese una mina de dinero ó un mercado de esclavos. Dividida la familia humana en un pueblo privilegiado, y todos los demas Bárbaros, no unidos por ningun vínculo moral, y destinados al hierro de los guerreros ó á la avaricia de los procónsules, los vencedores desconocian los derechos del hombre, violaban los de la sociedad, y como el dios Gradivo (Marte) de quien procedian, avanzaban entre los pueblos gritando : *¡ Ay de los vencidos !*

Solamente que el carácter romano habia sido formado desde el principio por leyes é ideas religiosas, que grabaron en él profundamente la idea del deber y de la justicia, y le enseña-

(1) « Semper autem addebat : Vincat utilitas. » Cic. *De off.*, III, 22.
(2) Tácito, *Ann.*, II, 16.
(3) Ib., I, 51.
(4) Ib., II, 21.
(5) « Maneat, quæso, duretque gentibus, si non amor nostri, at certe odium sui ; quando urgentibus imperii fatis, nihil jam præstare fortuna majus potest, quàm hostium discordiam. »
(6) « Terrarum dea gentiumque Roma. » Marcial.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ron á venerar la ley con una especie de culto, y su forma no ménos que el fondo. Deificada la república, su palabra era santa, no porque fuese verdadera, sino por haberse pronunciado; no por la justicia, sino por la legalidad. Esta se sustituía á aquella en el derecho de gentes, y cuando el magistrado fecial se habia presentado en la frontera enemiga, con la cabeza tapada, exclamando: *Escúcheme Júpiter*, *escúchenme los confines*, *escúcheme la razon*, bastaba para que la guerra fuese reputada justa. De la propia manera, como la ley prohibia matar á los niños, los triunviros los adornaban con la toga viril ántes de verificarlo; como prohibia matar á las vírgenes, se hizo violar á la hija de Seyano por el verdugo que iba á degollarla (1). Si la ley prohibia interrogar al esclavo en contra de su dueño, se eludia comprando al mismo esclavo; si las leyes Porcia y Sempronia vedaban castigar con el último suplicio á un ciudadano, se las eludia con una ficcion que declaraba al reo capital *siervo de la pena*.

El carácter especial de los Romanos consiste en este respeto religioso, ó mas bien supersticioso hácia las leyes, *cosa insensible é inexorable* (2); y despues de haber hallado la justicia del peor modo posible, crearon una legislacion excelente; y hábiles para revestir de formas jurídicas las injusticias exteriores, dejaban interiormente que los tiranos pudieran atreverse á todo, con tal que respetasen los nombres. Cuando el progreso de los tiempos y el cambio de accidentes hacian incompatible una ley, no la derogaban, sino que perpetuaban su imágen y memoria en fórmulas legales y en ficciones despojadas ya de sentido. Así se expulsa á los reyes, pero se elige uno para verificar los sacrificios (3): algunos ritos del matrimonio recuerdan las primitivas violencias, personificadas en el mito de las robadas Sabinas; habiendo cesado de convocarse las treinta curias, darán voto los treinta lictores que al principio recogian los que ellas emitian; la homicida severidad de las antiguas instituciones quedará inmóvil, pero será modificada por el edicto pretorio.

En tanto que los filósofos disputaban, y algunos asignaban á la ley un orígen divino, viendo en ella, no un resultado de la inteligencia humana, no una voluntad del pueblo ó del legislador, sino la razon suprema comunicada á nuestra naturaleza, la norma eterna de lo justo y de lo injusto, la reina de los mortales y de los inmortales (4), el Estado se atenia á la razon práctica y á la opinion arraigada; custodiando los patricios ó reclamando lo que habian poseido en su orígen, y los plebeyos lo que con tanto trabajo se habian adquirido, se cuidaban poco por lo demas de si los nombres antiguos indicaban otra cosa diferente.

(1) Dion, XLVII.
(2) « Leges, rem surdam, inexorabilem esse. » Livio, II, 3.
(3) *Rex sacrificulus*.
(4) Cic., *De legibus*, lib. II, passim.

El arte de Augusto consistió precisamente en encubrir de esta manera la usurpacion. ¿No era emperador de los ejércitos como en los tiempos de la libertad? No destruyó el tribunado de la plebe, sublime invencion del sentido práctico y del eminente instinto político de los Romanos, que con su patriótica oposicion hizo mucho mas que las elegantes legislaciones de Grecia, ó que los verbosos parlamentos de los modernos; pero se nombró á sí mismo para esta magistratura. Para que las familias privilegiadas no traspasasen el débil é inerme obstáculo, habia revestido la plebe á sus tribunos de carácter sagrado; se castigaba hasta con pena de muerte la mas pequeña injuria que se les hiciese, y un ciudadano habia sido arrojado desde la roca Tarpeya por no haber saludado en la plaza á un tribuno. El pueblo queria que ni un punto se disminuyese este poder, y el emperador se guardó bien de hacerlo; pero lo concentró en sí, declarándose tutor de la plebe, y como tal inviolable y omnipotente. Habian sido esculpidas aquellas leyes en los templos de los dioses, y habian jurado los ciudadanos por el terrible Júpiter, que consagró la emancipacion del pueblo romano, observarlas eternamente: Augusto por tanto, y sus sucesores como tribunos del pueblo y sus representantes, debian oponerse con su *veto* á la decision de cualquier magistrado, poner en él la apelacion que se llevaba ante el pueblo, y castigar con el último rigor todo atentado á la inviolabilidad de su persona, identificada con la república.

Así, la libertad legal es el orígen y el sustentáculo de la tiranía legal; la proteccion alcanzada por el pueblo en el monte Sacro, le impondrá lo mismo que al mundo un Calígula y un Caracalla, y Tiberio se rodeará de los mejores jurisconsultos, refiriéndose siempre á las leyes antiguas y á las costumbres hereditarias cuando haga escarnio y carnicería de la plebe y de los patricios, por quien y contra quienes fueron introducidas.

La república es Dios; Dios nada debe al hombre, y este le debe su ser y el de los demas; que el individuo se inmole, pues, por la república deificada, no solo en las terribles emociones de la guerra en que perecen millares de hombres por una causa que no conocen, sino tambien cuando la supersticion ordene matar sin entusiasmo á un hombre que no nos ofendió en aras de una divinidad en quien ya no se cree.

Vese, pues, que los Griegos se habian civilizado por medio de la educacion, y los Romanos con el órden soberano. La civilizacion griega concedia á lo bello la preferencia sobre lo útil y lo justo; la romana queria ante todo la legalidad. Los Griegos superaron muy pronto en saber á sus maestros; los Romanos fueron siempre inferiores á estos; aquellos estaban divididos en muchísimos Estados independientes, en ninguno de los cuales habia plenitud de vida y de actividad, en provecho de la civilizacion comun; Roma conocia una sola forma ideal, la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

propia, y queria extenderla á todos uniformemente. Constituida con las armas, su grandeza era puramente militar; la veneracion tradicional hácia la antigüedad impedia esa emulacion que impele al porvenir; la rápida adquisicion de las riquezas pervirtió de improviso las costumbres; y la religion, fria, prosáica y legal, no se proponia otro interes mas que el del Estado.

Por consiguiente, fuera del vínculo político, ningun otro unia á los ciudadanos entre sí. La familia no era en Roma un santo y afectuoso consorcio, sino un rigor político; las enemistades eran un hecho manifiesto, auténtico, justo; al principiar uno su carrera se hallaba ya con enemigos hereditarios ó se los escogia; se declaraba á uno que se cesaba de ser amigo suyo, y para contrariarlo, se seguia la faccion opuesta, se tenia por honradez la constancia en el odio, de tal suerte que Ciceron se excusa por haber hecho causa comun con sus enemigos en obsequio del interes público, y procura justificarse con algun ejemplo (1). En vez de creer que la humanidad es una virtud, la declaran los estóicos indigna del sabio (2), el cual, segun el dulce Virgilio, no debe alimentar ni envidia hácia el rico, ni conmiseracion hácia el pobre.

En este estado, ¿quién podia pensar oponer su voz y su persuasion al poder? ¿No hubiera parecido locura arrostrar la muerte y la persecucion para sostener el convencimiento propio? Cuide cada uno de lo que mas le importe; lo demas es nada: tal era la máxima generalmente admitida. Los literatos, pues, buscando lo útil aun en lo bello, se hacian aliados y cómplices de la tiranía; encontrando el sabio la desesperacion en vez de la providencia, hacía consstir la virtud suprema en saber librarse intrépidamente con la muerte de los tormentos, que su juicio individual consideraba superiores á sus fuerzas, y el hombre se envilecia cada vez mas á medida que se aumentaba la prosperidad material.

No caminaba, pues, la nacion por concordia ó por amor á su mejoramiento, sino por antagonismo. Patricios y plebeyos se nos presentan en Roma, no solamente como dos clases separadas, á la manera de los demas pueblos, sino como dos partidos políticos que aspiran á la preponderancia en el foro y en el Estado. Los plebeyos se trasmiten de una á otra generacion el santo ministerio de adquirir la participacion en los derechos; los patricios, y despues los ricos, se empeñan en negársela; y así los primeros se encaminan al progreso, y los segundos procuran impedirlo aferrándose á lo pasado y defendiendo el reinado de la violencia y de la conquista.

El progreso, siguiendo su ley, supera los obstáculos y los arrastra consigo; dilata á cada paso las barreras dentro de las cuales las familias, ó las ciudades, ó las naciones sostienen sus privilegios en perjuicio de las demas; las instituciones aristocráticas se inclinan cada vez mas á la democracia; se extiende el principio de la igualdad ante la ley; la civilizacion romana adopta las formas griegas, sin perder el fondo nacional; fuera de Italia, reinos enteros llegan á ser súbditos de Roma, que esparce por todas partes el dominio y el derecho hasta el punto de hacer indeleble su huella, y destruye el egoísmo particular de las naciones sojuzgadas para hacer que triunfe el suyo, que ella misma debilita por ampliarlo demasiado.

De este modo (¡admirables vias de la Providencia!) la espada facilita la fraternidad; suspéndese por un instante la lucha entre los pueblos, y no encontrando ya Roma dónde ejercitar su espada, se la entrega á Augusto, el cual, extendiendo el poder lo mismo sobre los patricios que sobre la plebe, sobre vencedores y sobre vencidos, pone término á la lucha y hace comunes los derechos.

No se habia visto hasta entónces en toda la sociedad antigua mas que la comunidad de pocos, y la union accidental de muchas comunidades. Solo Roma procuró reunir, fundir y organizar. Logró la union, pero no la fusion, porque ella misma carecia de la unidad religiosa, que es el único medio de que los pueblos puedan fraternizar. Su unidad fué, pues, violenta, material y momentánea: aquel nombre de paz que Augusto ofrece á los pueblos, incapaces ya de resistir, es una cruel ironía; y miéntras estos preparan fuera una reaccion terrible, subsiste en el interior una lucha tanto mas viva cuanto ménos advertida, la de las creencias. Ni en filosofía, ni en política, ni en religion, hay un solo punto generalmente aceptado; el vulgo ignora lo que puede y lo que debe ejecutar y sufrir; el docto vacila entre los halagos de un placer presente y el obstáculo de un deber mal determinado, y no piensa ya mas que en gozar de la vida, y abandonarla apénas le sirve de carga.

De aquí la inmensa corrupcion del siglo que los idólatras de la forma llaman de oro.

Y sin embargo jamas habia habido tanta riqueza ni tanto poder; poderosos ejércitos, selectos ingenios; las bellas artes y la industria florecientes; espléndidos palacios, elegancia y comodidad en la vida, anchos caminos, gran comercio y pingües rentas.

¿Pero basta al hombre la civilizacion material? ¿Se dirigen al elevado fin social aquellos que solo en ella fijan la vista? ¿No son una necesidad tan urgente ó mas para el hombre la verdad y la justicia? ¿Y quién prepara estas? ¿Qué pedazo de tierra, entre los áridos terrenos del mundo, fomenta sus retoños? ¿Qué cosa regenerará con ellas la especie humana? No la fuerza, porque Roma la envolveria pronto en las ruinas comunes; no la legalidad, porque la de Roma es tan tenaz y vigorosa que no dejá

(1) Oratio de provinciis consularibus.

(2) Misericordia est agritudo animi.... Sapiens non miseretur... Non ignoscit. Numquam boni viri miserendum. V. CICERON. Tusculanas 4; SÉNECA, *De clem.*, II, 4, 5, 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

crecer á su lado ninguna otra; ni tampoco la ciencia, que en su decrepitud, en vez de dar frutos, mantiene con gran trabajo el tesoro adquirido. La obra grande solo puede proceder del amor.

Ábranse, pues, los cielos y llueva el rocío; descubra al mundo la doctrina perdida, una voz humilde, pero pederosa en la eficacia de la verdad; enseñe que la justicia tiene raíces mas profundas que los pactos ó las leyes humanas; que el hombre, emanacion de Dios, no solamente tiene importancia respecto de la sociedad, sino que posee una dignidad propia, que le obliga á perfeccionarse á sí mismo y á vigorizar su conciencia apoyándola en una ley suprema.

El hijo del artesano de Nazaret que de esta manera alivia á la humanidad, es condenado á muerte, y el gobernador romano, conforme á la antigua política, le reconoce inocente, pero cree necesario que muera uno por la salud del pueblo.

Muera, pues, y frente á la idolatría de la patria, llevada hasta el extremo de no poder negarle nada, levántese la prerogativa de la razon de examinar la justicia de las leyes; y en contraposicion al fastuoso Capitolio, donde está escrito: *La salud del pueblo es la ley suprema*, álcese el ignominioso Calvario, que impone silencio á la antigua razon inhumana, proclamando: *Perezca el mundo, pero cúmplase la justicia.*

FIN DEL LIBRO QUINTO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ACLARACIONES

AL

LIBRO QUINTO

(A) pág. 15.

VALOR DE LAS MONEDAS Y DE LOS GRANOS.

Los Romanos acuñaron en el año 547 la primera moneda de oro por la medida del escrúpulo del valor de 200 sestercios, y hoy tenemos tambien tales monedas con la marca del XX,XXXX,LX. Como la libra romana se compone de 288 escrúpulos, conocido el peso de uno, sabremos el valor de la libra. Los experimentos mas exactos han dado por resultado 6,154 granos. (El grano de marco es =0.0531 gramas de peso métrico. Sabiéndose que el denario era $^1/_{84}$ de libra, se tendrá el peso de un denario = granos 73,333.) El denario era moneda real, tanto en la época de la república como en la de los emperadores. En vez del denario, usaban los Griegos la dracma.

La primera moneda de plata se acuñó el año 485 de Roma. La unidad era el denario (*dena æris*) equivalente á 10 ases de cobre, del peso cada uno de cerca de una libra. La mitad fué el quinario; el cuarto el sestercio = $2\,^1/_2$ libras; ademas tuvieron para comodidad del cambio la libela = 1 as, ó 1 libra de cobre; la sembela = $^1/_2$ libra, y el ternario = $^1/_4$ de libra.

La proporcion entre el oro y la plata era en tiempo de Herodoto :: 13 : 1. Platon la supone disminuida en el *Hiparco* :: 12 : 1. En el año 300 á. C. Menandro nos da la proporcion de 10 : 1.

El denario era al principio mucho mas pesado; despues, en la primera guerra púnica se redujo el as desde 12 á 2 onzas; y por consecuencia el denario á $^1/_{84}$ de la libra. Por tanto la proporcion entre la plata y el cobre amonedado era :: $\frac{84\times10}{6}$, ó sea :: 140 : 1.

En el año 536 se redujo el as al peso de una onza, y el denario, sin alteracion en valor, se elevó á 16 ases, el quinario á 8, y el sestercio á 4: por consecuencia la proporcion de la plata con el cobre acuñado quedó :: 112 : 1.

Finalmente, la ley Papiria, hácia el año 562, rebajó el as á $^1/_2$ onza de cobre; el denario subsistió igual, y valió 16 ases: por tanto la proporcion entre el cobre acuñado y la plata fué :: 1 : 56.

Al principio se referia en Roma el *aureus* al escrúpulo, como hemos visto; pero despues, no sabemos bien cuándo, se refirió tambien á la libra, como el denario. Quizá se hizo este cambio despues de César, aun cuando el famoso Eckhel niega que durante la república se acuñasen monedas de oro, dando por razon de que es el cuño demasiado bello, y se parece al de los Sicilianos y Campanios. Pero Roma pudo muy bien emplear en esto algun Griego.

Despues del año 705 la moneda de oro fué la cuadragésima parte de la libra, y tuvo 25 denarios de valor.

Era, pues, la proporcion entre los dos metales :: $\frac{40\times25}{84}$: 1

ó sea próximamente :: 12 : 1.

En tiempo de los emperadores fueron perdiendo en peso las monedas. La ley quedó casi igual, entre 0,998 y 0,991 de oro para el oro, y para la plata desde 0,993 á 0,965. Valuando así, sin hacer cuenta de los gastos de fabricacion, se halla que representaba el denario de plata desde la república hasta Domiciano un valor desde 81.8 centésimos hasta 71, ó sea exactamente:

Denario.	Sestercio.	Desde 536 á 740.	En tiempo de Augusto.	Tiberio Claudio.	Neron.	Galba Domic.
1	4	L. 0. 82	79	78	73	70
25	100	» 20. 47	19. 87	19. 48	18. 38	17. 79
100	400	» 81. 88	79. 52	77. 93	73. 52	70. 77
1000	4000	» 818. 83	795. 19	779. 34	735. 24	707. 73

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Con arreglo á esta base hemos formado la siguiente tabla de proporcion, á la que se referirán las sumas que se indiquen en la narracion.

MONEDAS		ÉPOCAS				
Sestercios	Denarios	Desde el año 538 al 720	Augusto	Tiberio Claudio	Neron	Galba Domiciano
4	1	II. 82	79	78	73	70
8	2	1.64	1.59	1.56	1.47	1.41
12	3	2.46	2.38	2.34	2.20	2.12
16	4	3.27	3.18	3.12	2.94	2.83
20	5	4.09	3.97	3.89	3.67	3.55
24	6	4.91	4.77	4.87	4.41	4.24
28	7	5.73	5.56	5.45	5.14	4.95
32	8	6.55	6.36	6.23	5.88	5.66
36	9	7.36	7.15	7.01	6.62	6.36
40	10	8.19	7.95	7.79	7.35	7.08
Áureo ó /100	25	20.47	19.87	19.48	18.38	17.79
sólido \400	100	81.88	79.52	77.93	73.52	70.77
800	200	163.77	159.04	155.87	147.04	141.44
1,200	300	245.65	238.55	233.80	220.57	212.32
1,600	400	327.53	318.07	311.73	294.09	283.09
2,000	500	409.42	397.60	389.67	376.62	355.86
2,400	600	491.30	477.11	467.60	441.14	464.64
2,800	700	573.19	556.63	545.54	514.67	495.41
3,200	800	655.07	636.15	623.47	588.19	566.18
3,600	900	736.95	715.67	701.31	661.71	636.95
4,000	1,000	818.33	795.19	779.54	735.34	707.73
40,000	10,000	8,183.33	7,951.91	7,793.42	7,352.39	7,077.29
400,000	100,000	81,833.33	79,519.10	77,934.24	73,523.92	70,772.90
4,000,000	1,000,000	818,333.34	795,191	779,342.45	735,239.20	707,720.06
40 000,000	10,000,000	8,183,333.33	7,951,910	7,793,424.50	7,352,392	7,077,290.60

Despues de los tiempos de Constantino, puede valuarse el sólido en L. 14. 81. El resto en proporcion.

Vemos en el tratado de Antíoco con los Romanos, referido por Polibio y Tito Livio, que se habia de pagar el tributo en talentos áticos de buen peso, y que el talento debia pesar 80 libras romanas. Sabiendo por otra parte que el talento contenia 6,000 dracmas, tendremos el peso de la dracma = granos 82 1/7. El talento ático se puede calcular en cerca de L. 6,000.

La libra de oro, con tanta frecuencia mencionada, puede calcularse en fr. 900, y en 75 la de plata. En la declinacion del imperio valió la libra de oro fr. 1,066. (Véase Paucton, *Métrologie*, Paris, 1780.)

En cuanto á pesas y medidas, véase una muestra, segun el mismo Paucton:

Medidas lineales.

Pié romano	Metros	0.	3063393
Paso.	»	1.	5316965
Milla.	»	1531.	6965

Medida agraria.

Yugada.	metros cuadrados	2702.	7013

Peso.

Onza romana.	Quilógramos	0.	0279379
Libra.	»	0.	3352548

Medidas para líquidos.

Congio.	Pintas métricas	3.	593
Urna.	»	14.	374
Ánfora.	»	28.	748
Culeo.	»	574.	961

Medida para granos.

Modio	Pintas métricas	9.	582

Proporcion del oro con la plata.

El descubrimiento de América rompió el equilibrio que hacía mucho tiempo duraba en Europa entre la plata y el oro, por la facilidad de explotar las minas del Nuevo Mundo. Ya en el año 1620 eran aquellos dos metales cuatro veces ménos preciosos que un siglo ántes. Entónces tambien principiaron á derramarse desde la Europa al Asia, por el comercio con la India y la China, donde el oro, y aun mas la plata, eran mas escasos que en Europa; y desde entónces continuó la afluencia.

La diversa exportacion de los dos metales se manifiesta por dos fenómenos: 1º Las minas americanas enviaron á Europa cuarenta y cinco veces mas plata que oro y sin embargo la proporcion de ambos metales no varió mas que en la relacion de 12 á 15. 2º El producto de las minas elevó desde 1630 las mercancías á un precio que varió poco hasta hoy, y sin embargo vino desde entónces en adelante á Europa cinco veces mas oro y plata que habia venido desde la conquista del Perú hasta 1630.

Procede esto de los progresos del lujo y de la industria que aumentan el pedido, y sostienen en consecuencia el valor de los metales preciosos, y de la exportacion de estos mismos al Asia. Esto propende á restablecer el equilibrio entre el valor absoluto y el relativo de ambos en las dos partes del mundo; y aun cuando dura ya dos siglos la cantidad que de ellos exporta el comercio, es tan leve esta, en comparacion de la superficie y poblacion de los países que los reciben, que son mas preciosos en el Japon que en la China, en esta mas que en la India, y en la India mas que en Europa, bien que á la larga se establecerá el equilibrio.

En la antigüedad, á lo ménos hasta el primer siglo, el curso que tuvieron los metales prociosos fué inverso al que tienen ahora, que desde América se traen á Europa, y de aquí se llevan al Asia: entónces poseía esta última region las minas mas fecundas, de donde venian aquellos á Grecia é Italia, lentamente primero

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por medio del comercio, y á torrentes luego á favor de las conquistas.

En tiempo de Heródes valia el oro 13 veces mas que la plata; en tiempo de Platon 12; á la muerte de Alejandro 10; en la época del tratado entre los Etolios y los Romanos 10 todavía. Esta diminucion indica el oro que sucesivamente se importó en Grecia. Tenia esta minas de plata, pero no de oro, excepto las escasas de Taso, hasta que se descubrieron las del monte Pangeo en tiempo de Filipo de Macedonia. Las seducciones de los reyes persas, y despojo del templo de Délfos, y la conquista de los Macedonios, pusieron en circulacion gran cantidad de este metal.

No encontramos en Italia antiguas minas de oro ni de plata; de tal manera que hasta el año 247 á. C. no corrió en la Italia Septentrional mas que moneda de cobre, y parece que las colonias de la Meridional trajeron de la Grecia la plata para sus monedas. Cuando se creó moneda de oro en Roma, estaba este metal respecto de la plata en la proporcion de 13 á 14 : era de 12 en tiempo de César, y en el de los emperadores hasta Domiciano descendió á 11 1/2.

Roma exigia los tributos en plata, lo cual mantuvo el oro en una proporcion superior á la griega. En tiempo de los emperadores sucesores de Adriano estuvo en desórden la moneda. Hácia el reinado de Póstumo desapareció la plata; pero reapareció despues en el de Diocleciano. Usándose entónces moneda falta de peso, debió de aumentarse enormemente el precio del oro y salir de Italia. Por consecuencia, en tiempo de Costantino la proporcion era de un décimoquinto; en el de Teodosio el Jóven, el año 422, era de un décimoséptimo; pero en tiempo de Justiniano, la encontramos aun de un décimoquinto.

La proporcion en Francia era de un décimo durante la primera raza; en seguida fué aumentando; llegó á ser de un un décimo en tiempo de Pepino, de un duodécimo en el de Carlo Magno; y así se conservó hasta 1609.

Precio del grano.

En Grecia, hácia el año 410 á. C., valia la duodécima parte del medimno un óbolo, esto es, 2 dracmas el medimno. Sería probablemente año de abundancia porque en otra parte encontramos 3 dracmas por medimno. Este está en proporcion con el modio de Paris : : 7 : 2; por lo cual sería el valor un tercio de presente.

En Roma se hacian distribuciones de granos á bajos precios: son conocidos estos; pero no dan relacion real del grano con el dinero. El precio medio parece que era de tres sestercios el modio. El modio de trigo pesaba 16 libras francesas; estaba, pues, en proporcion con el estayo : : 1 : 15 (hectólitro 0,101). El estayo por tanto costaria en Roma 45 sertercios, ó dineros 11 1/2, esto es, 825 granos de plata. Así, pues, en tiempo de la república la relacion entre la plata y el grano era : : 2681 : 1.

En los tres siglos anteriores al descubrimiento de América, el estayo de grano se cambió comunmente por la novena parte del marco de plata, ó 512 granos de plata pura, esto es, 6 francos. De donde se infiere que los metales de América disminuyeron la plata en relacion de 4 á 1.

Se puede, pues, formar esta tabla de relacion del grano con el dinero:

		En Grecia 400 á. C.	En Roma 50 á. C.	En Francia hácia 1520.	Ahora.
El grano con.	la plata, como 1 á. . .	3,146	2,681	4,320	1,050
	el oro, como 1 á. . . .	37,752	32,172	51,880	15,800
Tomando por unidad la relacion de metales preciosos con el grano en nuestro tiempo, se tiene para.	la plata.	2,996	2,535	4,114	
	el oro.	2,389	2,389	3,277	1
Tomada en el año 1520, se tiene para.	la plata.	0,728	0.625		0,243
	el oro.	0,728	0,625	1	0,304

Italia, en tiempo de sus mayores conquistas debió de poseer mas riquezas que ahora ningun otro país de Europa. Pero muy pronto cesaron de entrar en ella nuevas contribuciones, miéntras que crecia la exportacion de metales hácia la Arabia, la India y la Persia para obtener los frutos delicados que producen. Despues, los emperadores pagaron tributo á los Bárbaros, y luego los mismos Bárbaros vinieron á apoderarse del territorio italiano. Disminuyó en consecuencia el precio del grano. Una ley de Valentiniano III, del año 446, da al *sueldo* itálico el valor de 40 modios de granos, lo cual da entre el oro acuñado y el grano la proporcion de 73,911 á 1 : y estando el oro acuñado respecto de la plata en barras 18 : 1, resulta que la plata estaba en proporcion con el grano : : 4106 : 1. Por eso el estayo de grano valia apénas 538 granos de plata, no ya 825 como al principio de la era vulgar.

Véase M. Letronne, *Considérations générales sur l'évaluation des monnaies grecques et romaines, et sur la valeur de l'or et de l'argent avant la découverte de l'Amérique*, insertas en las actas de la Academia francesa.

(B) pág. 77.

COSTUMBRES DE LOS GALOS.

Tratándose de la raza que mas que ninguna otra se mezcló con la antigua para formar la actual poblacion de Italia parecerá justo que nos detengamos en describirla, siguiendo á Amadeo Thierry, *Histoire des Gaulois depuis les temps les plus reculés jusqu'à l'entière soumission de la Gaule à la domination romaine.* — 2ª edic., Paris, 1835.

« El Galo era robusto y vigoroso de cuerpo; de color blanco, ojos azules, cabellos rubios ó castaños, que procuraba teñir de rojo vivo, con agua de cal (1), ó untándolos con una pomada cáustica de sebo y ceniza (2) Dejábanselos crecer y los llevaban ó bien ondeantes sobre los hombros, ó bien recogidos en la parte superior de la cabeza (3). El pueblo se dejaba crecer la barba, y los nobles se afeitaban la cara, excepto el labio superior, donde tenian espesos bigotes (4).

El traje comun de todas las tribus consistia en los calzones (5), que eran anchísimos entre los Belgas, y mas estrechos en la Galia Meridional (6); una camisa

(1) Τιτάνον ἀποπλύματι σμῶντες τὰς τριχὰς συνεχῶς. Diod. Sic., lib. V, p. 305.

(2) « Galliarum hoc inventum rutilandis capillis fit ex sebo et cinere. » Plin., lib. XXVIII, cap. 12. — Marcial, lib. VIII, ep. 33. — Theod. Priscian., lib. I, cap. 3.

(3) Diod. de Sic., loc. cit.

(4) Οἱ δ'ευγενεῖς τὰς μὲν παρειὰς απολειαίνουσι, τὰς δ'ὑπὴνας ἀνειμένας ἐώσιν, ὥστε τὰ στόματα αὐτῶν ἐπικαλύπτεσθαι. Idem, lug. cit.

(5) *Braca, bracea, braga*; *Brykan* (en cimbro), *Bragu* (armor).

(6) Ἀναξύρισι χρῶνται (οἱ Βέλγαι) περιτεταμέναις. Estrab. lib. IV, p. 196. — *Laxis braccis.* Lucan., lib. I.

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con mangas, de tela rayada, que llegaba á la mitad de los muslos (1); y un ropon (2) ó casaca rayada como la camisa, ó con flores, discos y figuras de toda especie, y entre los ricos magníficamente recamada de oro y plata (3), que cubria la espalda y los hombros, y se cerraba debajo de la barba con un broche de metal. El pueblo mas inferior sustituía á este ropon una piel de fiera ó de carnero, ó una especie de sarga de lana gruesa, llamada en galo-címbrico *linn* ó *lenn* (4). Los Galos eran muy aficionados á presentarse bien, y los ricos y los empleados disipaban el oro en collares, brazaletes, anillos para los brazos y los dedos, y en cinturones (5).

El gais, el ariete, la azagaya, la flecha, la honda y el sable sin punta y de un solo corte, de hierro ó de cobre, eran sus armas; pero los Transalpinos tenian una de particular invencion, especie de pica, cuyo hierro, de mas de un codo de largo y de dos palmos de ancho, se encorvaba hácia la base en forma de media luna, casi á la manera de nuestras alabardas; arma terrible que laceraba y cortaba las carnes, y cuyo golpe era mortal.

Mucho tiempo hacía que el guerrero transalpino, como el cisalpino y el gálata, habian rechazado las armas defensivas como indignas del verdadero valor, y por un absurdo punto de honor se despojaban hasta de los vestidos, y combatian desnudos contra enemigos cubiertos de hierro; pero tal preocupacion, hija de la ostentacion natural de esta raza, casi habia desaparecido en el segundo siglo. Las multiplicadas relaciones con los Masaliotas, los Italianos y los Cartagineses difundieron el gusto de las armaduras como adorno; despues se conoció su utilidad, y la divisa militar de Roma y de la Grecia, adoptada á orillas del Loira, del Ródano y del Saona, se combinó allí caprichosamente con el antiguo traje militar de los Galos (6). Sobre un yelmo de metal, mas ó ménos precioso, segun la riqueza del guerrero, se fijaban cuernos de alce, de búfalo ó de ciervo, y para los ricos, una cimera que representaba en bajo relieve figuras de aves ó de fieras, con grandes penachos encima, que los hacian parecer gigantes (7). Fijábanse tambien figuras semejantes, planas ó en bajo relieve, en los escudos, que eran largos, cuadrangulares y estaban pintados de colores vivos (8). Estos emblemas servian de divisa á los guerreros; por cuyo medio trataba cada uno de ellos de indicar su género de valor, ó de espantar al enemigo (9).

Un escudo y un yelmo de la manera dicha, una coraza de metal batido á la griega ó á la romana, ó una cota de malla de hierro de invencion gálica (10), un gran sable al costado derecho, suspendido de una cadena de hierro ó de cobre, y alguna vez de un cinturon brillante de oro, de plata (1) ó de coral (2); y ademas de esto el collar, los brazaletes, anillos de oro en los brazos y en el dedo de en medio (3), los calzones, el ropon, jaquelado magníficamente, ó recamado con esplendidez, y finalmente, grandes bigotes rojos, tal era el arnes del noble Arvernio, Eduo ó Biturigio en el segundo siglo ántes de nuestra era. El uso de la armadura pasó en seguida desde los ricos y los jefes á la masa del pueblo, pero no parece que se generalizó nunca.

Audaz, impetuoso, estrepitoso y nacido para el campamento, tenia, sin embargo, este pueblo un entendimiento capaz de comprenderlo y hacerlo todo. No tardó en igualar á los Fenicios y los Griegos, sus maestros, en el arte de laborear las minas, y las trabajaba en su propio beneficio, vendiendo á mercaderes extranjeros el metal purificado en disposicion para la manufactura. Se dedicó despues tambien á imitar estas armas y estos adornos con sus metales, que ántes se le vendian muy caros, y entre los Biturgios y los Eduos se establecieron fábricas para el oro y la plata.

Del mismo modo que los Españoles respecto del acero, sobresalieron tambien los Galos en el arte de templar el cobre (4). Y aunque sus medallas, por su tosca fabricacion y bárbaro dibujo, indican un gusto grosero, no se puede negar que importantes descubrimientos habian revelado en ellos el talento de las artes. La antigüedad les atribuye muchas invenciones útiles: los Biturigios inventaron el modo de estañar y los Eduos el de hacer artesonados. Los primeros aplicaron el estaño derretido sobre el cobre con tal habilidad, que apénas se distinguian de la plata los vasos así preparados (5); los operarios de Alesia incorporaron la plata al cobre para adornar los frenos y los arneses de los caballos, y fabricaban carros enteros de cobre cincelado y plateado de esta manera (6).

Tenian fama tambien en el tejido de las telas (7) y en los tintes (8): en agricultura inventaron arados de ruedas (9), el cedazo de crines (10), y el uso de la marga para abonos (11). Los quesos del monte Lozere entre los Gábalos, los de Nemauso, y dos especies de ellos, que se elaboraban en los Álpes, fueron despues muy buscados en Italia (12), aunque los Italianos hallaban los quesos de la Galia de sabor agrio y un poco medicinal (13). Hacian tambien várias bebibas fermentadas, como la cerveza de cebada llamada *cervisia* (14), la de trigo y miel (15), el hidro-

(1) Estrab., lug. cit.

(2) Sagum: *gallicum nomem*. Isidor. *Origin.*, lib. XIX, cap. 24. *Sae* (armor).

(3) *Saga virgata*. Virgil. *Æneid.*, lib. VI. — *Auro virgata vestis*. Sil. Ital., lib. IV, 132. — Σαγοι ῥαβδώτοι. Diod. Sic., lib. V, pág. 307. — Πλινθίοις πολυάνθεσι. Idm., ibid. — Los historiadores romanos, *passim*.

(4) *Linnæ*, sarga cuadrada y flexible. Isidor. *Origin.*, lib. XIX, c. 23. — Plaut. ap. eumdem. — *Læna* (Varron, lib. IV.) Λαινα (Estrab., lib. IV, pág. 196). *Lein* (gael), una casaca de soldado (Armstrong *Dict.*) *Len* (armor) una cubierta.

(5) Περὶ τοῖς βραχίοσι καὶ τοῖς κάρποις ψέλια. Estrab., lib. IV, p. 197. — Diod. Sic., lib. V, p. 305. — Sil. Ital., lib. IV, lug. cit. Virgil. *Æneid.*, lib. VI, etc.

(6) Diod. Sic., lib. V, p. 307.

(7) Τοῖς μὲν γὰρ προσκεῖται συμφυὴ κέρατα, τοῖς δ'ορνέων ἢ τετραπόδων θώων ἐκτετυπωμέναι προτομαὶ. Diod. Sic., lib. V, pág. 307.

(8) Idem, ibid.

(9) «Galli peculare et suum sibi quisque habuerunt insigne...» Veget., lib. II, cap. 18. — Θυρεοῖς πεποικιλμένοις ἰδιοτρόπως. Diod. Sic., lug. cit. — Sil. Ital., lib. VI, v. 148-50.

(10) Θώρακας ἔχουσιν οἱ μὲν σιδήρους ἀλυσιδώτους. Diod. Sic. Ibid. — «Subinduerunt Galli è ferro... ex annulis ferream tunicam.» Varro, *De lingua latina*, lib. IV, col. 20.

(1) Σπάθας ἔχουσι μακρὰς, σιδηραῖς ἢ χαλκαῖς ἁλύσεσιν ἐξερτημένας, παρὰ τὰν δεξιὰν λαγόνα παρατεταμένας. Diod. Sic., V, p. 307.

(2) Plin., lib. XXXII, c. 2.

(3) «Galliæ in medio digito annulis dicuntur usæ.» Plin., libro XXXIII, cap. 1.

(4) Plin., lib. XXXIV, cap. 8.

(5) «(Stannum) album incoquitur æreis operibus, Galliarum invento, ita ut vix discerni possit ab argento... gloria Biturigum fuit.» Plin., lib. XXXIV, cap. 17.

(6) «Deinde et argentum coquere simili modo cœpere, equorum maxime ornamentis jumentorum jugis, in Alesia oppido.» Plin., ibid. — Flor., lib. III, cap. 2.

(7). Plin., lib. VIII, cap. 48.

(8) Idem.

(9) Idem, lib. XVIII, cap. 49.

(10) «Cribrorum genera Galli è setis equorum invenere. Plin., lib. XVIII, cap. 11.

(11) Idem, cap. 6, 7, 8.

(12) Idem, lib. XI, cap. 49.

(13) «Galliarum sapor medicamenti vim obtinet.» Idem, ibid.

(14) *Cervisia*, Plin., lib. XXII, cap. 15: en frances antiguo *Cervois*, *Cwrv* (en cimb.), *Cor* (corn). — Cf. *Antolog.*, lib. I, cap. 39, epigr. 3.

(15) Posidon. seg. Aten., lib. IV, pág. 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

miel (1), la infusion de cominos (2), etc. La espuma de la cerveza servia para fermentar el pan (3), y se reputaba excelente cosmético, por lo cual se lababan frecuentemente con ella la cara las señoras galas, para conservar la frescura del color (4).

Debian el vino á los comerciantes extranjeros, y habian aprendido de los Griegos Masaliotas los procedimientos generales de su elaboracion, y el cultivo de la vid. La Galia poseía vino de muchas calidades. En las cercanías de Marsella era negro, denso y poco apreciado (5), prefiriéndose el blanco de los Volsios Arecómicos, procedente de las colinas de Biterra (6). Habíase adquirido en el país la costumbre ateniense de rociar con polvo el tronco, las ramas y el fruto de la vid para acelerar su madurez (7); y cuando á pesar de esto quedaba imperfecta, se corregia el ácido poniendo el fruto en infusion con la resina (8). Generalmente refinaban los Galos el vino con humo, lo cual lo echaba á perder con frecuencia (9). Los mercaderes italianos se quejaban de esto, como tambien de las falsificaciones hechas en él mezclándole ingredientes y yerbas, principalmente el aloe, para darle color y un poco de gusto amargo (10). En algunos países, especialmente en el valle del Durance, se hacía vino dulce y espirituoso, torciendo el tallo del racimo y dejándolo expuesto en la cepa á los primeros hielos (11). Los antiguos atribuían á los Galos los toneles de madera con aros para trasportar y conservar el vino (12).

Las casas, espaciosas y redondas, estaban hechas de estacas y cañizos, cubiertas de tierra interior y exteriormente : un ancho tejado de duelas de encina ó de cañas de trigo, ó de paja desmenuzada y amasada con arcilla, lo cubría todo (13). Habia aldeas abiertas y ciudades, las cuales, rodeadas de murallas, estaban defendidas por un sistema de fortificacion enteramente particular. Para construir los bastiones, colocaban primeramente una fila de vigas en toda su longitud, distantes entre sí dos piés ; uníanse una á otra por dentro y se cubrian de mucha tierra, llenando los huecos de la parte exterior con grandes piedras ; entónces se volvia á principiar otra fila, con el mismo intervalo, pero de manera que los nuevos troncos estuviesen sobrepuestos á las piedras de la primera, y se continuaba así la obra hasta que la muralla estaba bastante elevada. Estos maderos y piedras alternados ofrecian regularidad y variedad á la vez, y ayudaban bastante á la defensa, porque la piedra no sufria con el fuego, en tanto que las vigas estaban seguras del ariete (14). Teniendo los maderos regularmente una altura de cuarenta piés, ó estando unidos uno á otro en la parte interior, no habia modo de romperlos. Tales podemos figurarnos las fortificaciones en la parte civilizada y poblada de la Galia. Al norte y al Oeste, entre las tribus salvajes, no habia ciudades propiamente dichas ; y los sitios habitados no estaban protegidos por obra alguna ; pero vastos recintos, formados con árboles derribados en todos sentidos, en cualquier islote, entre los pantanos, ó en sitios obstruidos por bosques, servian de refugio y ciudadela ; y allí corria á encerrarse la poblacion con muebles y ganados al primer grito de guerra, abandonando las mezquinas chozas (1).

Ademas de las habitaciones en las ciudades, el Galo que era rico tenia otra en el campo, en lo interior de las selvas, ó á la orilla de cualquier rio (2). En esta reposaba de las fatigas de la guerra en los pesados dias del estío ; pero llevaba consigo todo su equipo, armas, caballos, carros y escuderos (3). En aquella fermentacion de facciones y querellas intestinas, que durante el primero y el segundo siglo constituían la vida del noble Galo, no eran superfluas estas precauciones. Atacado por los enemigos en su tranquilo retiro, frecuentemente convertia el dueño su casa de campo en fortaleza ; y aquellos bosques, aquel rio que le recreaban la vista y le proporcionaban frescura, le presentaban para este objeto importantes servicios.

El genio galo brillaba principalmente en la guerra y en las artes concernientes á esta. La guerra era la profesion privilegiada, el ejercicio y la ocupacion favorita. Tener buen aire mililar, y conservarse mucho tiempo ágil y dispuesto, era no solo un honor para los individuos, sino tambien un deber para con la ciudad. En intervalos fijos iban los jóvenes á medirse el cuerpo con un cinturon depositado en poder del jefe de cada lugar, y el que excedia de la corpulencia legal, ademas de ser censurado como ocioso é intemperante, pagaba una gran multa (4).

Para las expediciones exteriores, un jefe de valor y probada habilidad reunía aventureros volutarios, y marchaba con ellos un tiempo prefijado ; pero en las guerras internas ó en las defensivas de alguna importancia, se hacian levas forzosas, y á los que se excusaban se les imponian terribles castigos, tales como la pérdida de la nariz, de las orejas, de un ojo ó de cualquier miembro (5). En las circunstancias graves convocaba el jefe supremo un *consejo armado* (6), lo cual equivalia á una llamada á las armas. Todos los que no ejercian cargo público, desde el adolescente hasta el viejo, debian reunirse el dia y en el lugar señalados para deliberar acerca del estado del país, elegir el general para la guerra, y discutir el plan de campaña. La ley queria que fuese atormentado sin misericordia en presencia de la asamblea el último que acudiese á ella (7). Rara vez ocurria esta forma de convocacion, que tenia lugar solo en los mayores peligros, y mas bien en las ciudades democráticas que en aquellas en donde preponderaba la aristocracia. Ni la enfermedad ni los años dispensaban al noble Galo de aceptar ó solicitar los mandos militares ; y con frecuencia se veía nombrar jefes de los jóvenes á hombres encanecidos que apénas podian sostenerse á caballo (8). Este pue-

(1) Diod. Sic., lib. V, p. 304.

(2) Ἰ οῦτο (τὸ κύμινον) εἰς τὸ πότον ἐμβάλλουσι. Posidon. seg. Aten., lug. cit.

(3) Plin., lib. XVIII, cap. 7.

(4) « Spuma cutem feminarum in facie nutrit. » Plin., lib. XXII, cap. 25.

(5) Παχῦς καὶ σαρκώδες. Aten., lib. I, cap. 12. — *Pinguius*. Plin., lib. XIV, cap. 6.

(6) « Bæterrarum intra Gallias consistit auctoritas. » Plin., libro XIV, cap. 6. — Biterræ, Beterra, Bæterræ : *Beziers*.

(7) Plin., lib. XVII. cap. 9.

(8) Idem, lib. XIV, cap. 6. — Marcial, lib. III, ep. 82; lib. X, ep. 36; lib. XIII, ep. 123; lib. XIV, ep. 118.

(9) « Aloen mercantur, qua saporem coloremque adulterant. » Plin., lug. cit.

(10) Idem, cap. 9.

(11) « Vina ligneis vasis condunt, circulisque cingunt. » Idem, cap. 21.

(12) Dioscor., lib. V, cap. 43. — Πισσίτης οἶνος. Plut., *Symp.*, lib. VIII, quæst. 9. — *Vina picata*. Marcial, lib. XIII, epigr. 107.

(13) Τοὺς οἴκους ἐκ σανίδων καὶ γέρρον ἔχουσι μεγάλους, θολοειδεῖς ὄροφου πολὺν ἐπιβάλλυντες. Estrab., lib. IV, pág. 197. — « Scandulis robusteis aut stramentis... » Vitrub., lib. I, cap. 1.

(14) « Hoc cum in speciem varietatemque deforme non est... tum ad utilitatem et defensionem urbium summam habet opportunitatem.. » Cæs., *Bell. gall.*, lib. VII, cap. 23.

(1) Idem *passim*. — Estrab., lib. IV, pág. 181.

(2) « Ædificio circumdato silva... vitandi æstus causa, plerumque silvarum ac fluminum petunt propinquitates. » Cæs., *Bell. gall.*, lib. VI, cap. 30.

(3) Idem, ibid. y cap. 31.

(4) Τὸν δ'ὑπερβαλλόμενον τῶν νεῶν τὸ τῆς ζώνης μέτρον, ζημιοῦσθαι. Estrab., lib. IV, p. 199.

(5) « Auribus desectis, aut singulis defossis oculis. » Cæs., *Bell. gall.*, lib. VII, cap. 4.

(6) Armatum concilium indicebatur. » Idem, lib. V, cap. 66.

(7) « Qui ex iis novissimus venit, in conspectu multitudinis omnibus cruciatibus affectus necatur. » Idem.

(8) « Qui quum vix equo propter ætatem posset uti, tamen, consuetudine Gallorum, neque ætatis excusatione in suscipienda præfectura usus erat... » Hirc., *Bell. gall.*, lib. VIII, cap. 12.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

blo belicoso hubiera creido deshonrar á sus veteranos obligándolos á morir en otra parte que en el campo.

Casi toda la táctica de los ejércitos galos en batalla ordenada y en la llanura se reducia á la viveza del ataque y á la violencia del primer choque. En los terrenos montuosos y en los bosques, principalmente en las vastas y profundas selvas del Norte, se parecia la guerra á una cacería; se hacía por pequeños cuerpos, y por medio de maliciosas emboscadas; y perros acostumbrados á descubrir al hombre atacaban y rechazaban al enemigo. Estos perros, buenos tambien para cazar fieras, los traían de la Bélgica ó de la isla de Bretaña (1). Un ejército galo llevaba generalmente un gran bagaje á su retaguardia, lo cual embarazaba su marcha (2). Cada guerrero llevaba á la espalda, á manera de maleta, un haz de paja ó de ramas de árbol, sobre el cual se sentaba en los campamentos, y tambien en línea miéntras esperaba el ataque (3).

Los Galos, como todos los demas pueblos, mataron por algun tiempo á sus prisioneros de guerra crucificándolos, atándolos á árboles para servir de blanco á sus flechas, ó arrojándolos á las hogueras en espantosos sacrificios. Pero mucho ántes del siglo segundo se habian abolido ya usos tan bárbaros, y los prisioneros de los Galos no tinian que temer sino la esclavitud. Mas tardó en perderse la costumbre de cortar la cabeza sobre el campo de batalla á los enemigos muertos. Durante mucho tiempo sirvió de regla en la guerra que el ejército vencedor se apoderase de este horrible trofeo: los infantes los clavaban en sus picas, los caballeros los suspendian por los cabellos del pretal de sus caballos, y así con gran pompa regresaba el ejército á sus hogares entre rugidos de triunfo é himnos de gloria (4). Entónces se apresuraba cada uno á clavar á la puerta de la ciudad ó en la de su casa el testimonio de su valor; y como se hacía otro tanto con los animales feroces muertos en la caza (5), se parecia un pueblo galo á una carnicería. Colocaban las cabezas de los jefes enemigos y las de los guerreros famosos, embalsamadas y untadas de aceite de cedro, en grandes cofres, por órden de fechas (6); en este libro estudiaba el jóven Galo las hazañas de sus abuelos, y cada generacion que pasaba se esforzaba por añadirle una nueva página. Se consideraba como el colmo de la bajeza ceder la propiedad de una cabeza conquistada por sí ó por sus abuelos, y el reo hubiera sido tachado de avaricia y de impiedad. Muchos se gloriaban de haber negado á los parientes y á los compatriotas del muerto la cabeza de este por tanto oro como pensaba (7). Alguna vez, el cráneo limpio y ricamente engarzado servia de copa en los templos (1), ó circulaba en los convites, y los convidados bebian en él por la gloria del vencedor y por los triunfos de la patria. Reinaron en toda la Galia estas costumbres brutales y feroces, hasta que progresando la civilizacion las abolió poco á poco, y al principio del siglo segundo fueron relegadas entre las tribus mas feroces del Norte y del Oeste, donde Posidonio las encontró aun. « La vista de aquellas » cabezas desfiguradas por los ultrajes ó ennegrecidas » por el aire y la lluvia removia mi estómago al » principio; pero, añade ingenuamente el viajero histo- » riador, mis ojos se acostumbraron poco á poco á este » espectáculo (2). » Ántes de la mitad del siglo segundo no quedaba en toda la Galia huella de tal barbarie.

Los Galos afectaban, para aparecer mas varoniles, un sonido de voz fuerte á manera de ronquera (3), para lo cual los favorecian sus idiomas guturales. Conversaban poco, y esto lo hacian por medio de frases breves y entrecortadas, que hacía oscuras el contínuo uso de metáforas é hipérboles de convencion, casi ininteligibles para los extranjeros (4). Pero si se animaban por la disputa ó eran impulsados por algun interes al frente de los ejércitos en las asambleas políticas, se les oía expresarse con admirable abundancia y facilidad, suministrándoles el hábito del lenguaje figurado mil imágenes vivas y pintorescas, ya para exaltar el mérito propio, ya para deprimir el de sus adversarios. Este género de elocuencia parecia al gusto puro ó mas tímido de los Griegos vanidosa, hinchada y teatral; no obstante, concedian á los Galos el don de la elocuencia y el de las artes liberales (5). La multitud aficionada á los discursos escuchaba á sus oradores con religioso silencio, para prorumpir despues en ruidosas manifestaciones de aprobacion ó de censura. En el ejército se mostraba el asentimiento golpeando con el gais ó el sable contra el escudo. Se tenia por un acto grosero y punible el interrumpir una arenga ó turbar la atencion pública. « En las asambleas políticas (dice un autor » antiguo) cuando alguno hacía ruido ó interrumpia » al orador, se adelantaba un ugier con la espada en » la mano y le imponia silencio amenazándole; re- » petia la intimacion dos ó tres veces, y si el impor- » tuno persistia, le cortaba un pedazo del traje, » cuanto fuese menester para que el resto le quedase » inútil (6). »

Atribuíase generalmente á los Galos la funesta inclinacion á la embriaguez, hija de la rusticidad de las costumbres y de las necesidades de un clima húmedo y frio. Los mercaderes italianos, y especialmente los masaliotas, fomentaban este vicio que para ellos era muy productivo; naves cargadas de vino penetraban hasta las partes mas remotas del país por los rios y afluentes, y despues por tierra se trasladaba el líquido en carretas (7). Se encontraban depósitos en

(1) Κέλτοι δὲ καὶ πρὸς τοὺς πολέμους χρῶνται καὶ τούτοις (κυσι βρεταννικοῖς) καὶ τοῖς ἐπιχωρίοις. Estrab., lib. IV, página 199. — *Canis belgicus*. Sil. Ital., lib. X, 77.— *Gallicus*. Ovid., *Metam.*, lib. I, 533. — Marcial lib. III, ep. 47.

(2) Hirt., *Bell. gall.*, lib. VIII, cap. 14. — Cæs., *Bell. civil.*, lib. I, cap. 51.

(3) « Fasces stramentorum aut virgultorum... nam in acie sedere consuesse. » Hirt., *Bell. gall.*, lib. VIII, cap, 15.

(4) Eltrab., lib. IV, pág. 197-198. — Diod. Sic., lib. V, pág. 306.

(5) Ωσπερ ἐν κυνεγίαις τισι κεχειρώμενα θηρία. Diod. Sic., lug. cit.

(6) Τὰς δὲ τῶν ἐνδόξων κεφαλὰς κεδροῦντες, επεδείκνυον τοῖς ξένοιν... Estrab., lib. IV, pág. 198. — Κεδρώσαντες..... επιμελῶς τηρούσιν εν λάρνακι..... Diod. Sic., ug. cit.

(7) Φασὶ δὲ τινας αυτῶν καυχήσασθαι διότι χρυσὸν αντισταθμὸν τῆς κεφαλῆς οὐκ εδέξαντο, βάρβαρόν τινα μεγαλοψυχίαν επιδεικνύμενοι. Diod. Sic., lib. V, pág. 397. — Estrab., lib. IV, pág. 198.

(1) « Calvam auro cælavere, idque sacrum vasiis erat, quo solemnius libarent, poculumque idem sacerdoti ac templi antistibus. » Tit. Liv., lib. XXIII, cap. 24.

(2) Φησὶ γοῦν Ποσειδώνιος αυτὸς ιδεῖν πολλαχοῦ, καὶ τὸ μὲν πρῶτον αηθίθεσθαι. μετὰ δὲ ταῦτα φέρειν πράως διὰ τὴν συνήθειαν. Estrab., lib. IV. pág. 198.

(3) Εισί καὶ ταῖς φωναῖς βαρυήχοι. καὶ παντελῶς τραχύφωνοι. Diod. Sic., lib. V, 31. p. 307.

(4) Κατὰ τὰς ὁμιλίας βραχύλογοι καὶ αινιγματικοὶ, καὶ τὰ πολλὰ αινιττόμενοι συνεκδοχικῶς. πολλὰ δὲ λέγοντες εν ὑπερβολαῖς..... Diod. Sic., lib. IV, p. 307-8.

(5) Απειλήται, και ανατατικαι, και τετραγωδημένοι ὑμάρχουσι. ταῖς δὲ διανοίαις οξεῖς, και πρὸς μάθησιν ουκ αφνεις. Diod. Sic., lib. V, 31.

(6) Τελευταῖον δὲ αφαιρεῖ τοῦ σάγου τοσοῦτον ὅσον ἄχρηστον ποιῆσαι τὸ λοιπὸν. Estrab., lib. IV, p. 197.

(7) Διὰ μὲν τῶν πλωτῶν ποταμῶν πλοίοις, διὰ δὲ τῆς πεδιάδος χώρας, ἁμάξαις κομίζοντες τὸν οἶνον, αντιλαμ-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

todas partes, y los Galos acudian presurosos á cambiar por la preciosa bebida los metales, las pieles, los granos, los ganados y sus esclavos. Este comercio producia tantas ganancias, que un esclavo jóven acaso no costaba una cántara de vino. « A cambio del licor (dice un historiador), se tenia al copero (1) », por lo cual no era raro encontrar por los caminos Galos ebrios ó furiosos (2). Sin embargo, hácia el primer siglo, este vicio solo se veía tan llevado al exceso en las clases inferiores, á lo ménos entre las gentes del Mediodía y del Oriente. Várias derrotas sufrieron los Galos á causa de la intemperancia de los soldados y de los jefes, que muchas veces neutralizó el fruto de sus victorias; pero esto fué en los primeros siglos; que en los sucesivos no se presenta ni un hecho siquiera de tal naturaleza: otra prueba de mejoramiento moral de la raza en el tiempo de que tratamos.

Los principales alimentos de aquellas gentes eran leche y carne de animales selváticos ó domésticos (3). Poseemos una curiosa descripcion de un banquete de los Galos, escrita por uno que asistió á sus banquetes con frecuencia, y que frecuentemente tambien debió parecerles interesante por su saber, ó agradable por las narraciones de várias aventuras: me refiero á Posidonio. « Alrededor de una mesa bastante baja (dice el célebre viajero), se hallan colocados haces de heno y de paja, sillas de los convidados. Las viandas consisten ordinariamente en un poco de pan y mucha carne, cocida ó asada en las parrillas ó en asador, y todo servido con limpieza en platos de barro ó de madera entre los pobres, y de plata ó de cobre entre los ricos. Cuando está dipuesto el servicio, separa cada uno un miembro entero del animal, lo coge á dos manos, y come royéndole: podria compararse á un banquete de leones (4). Si el trozo está demasiado duro, se corta con un cuchillito, cuya vaina está pegada á la del sable. Se bebe en rueda y en un solo vaso de barro ó de metal, que hacen circular los criados, poco de cada vez, pero con frecuencia. Los ricos tienen vino de Italia y de Galia, que toman puro ó mezclado con un poco de agua; los pobres se sirven de la cerveza y del hidromiel. Á orillas del mar y de los rios se consume mucho pescado asado en las parrillas, rociado de sal, vinagre y cominos; el aceite es raro y poco buscado.

» En los banquetes grandes y solemnes, es redonda la mesa, y los convidados se ponen en círculo alrededor del mas considerado por su valor, nobleza ó fortuna, que es como el corifeo de la reunion, y que queda en medio (5). Al lado de este se sienta el amo de casa, despues cada convidado por órden de dignidad personal ó de clase. Así se colocan los señores: detras de ellos se forma un círculo, concéntrico con el primero, y compuesto de los hombres de armas: una fila lleva los escudos; otra las lanzas, y son servidos á la vez que sus señores (6). »

El huésped extranjero tenia tambien asignado un sitio en los banquetes galos. Primero lo dejaban discretamente descansar y comer á su gusto, sin turbarlo con ninguna pregunta; pero al levantar la mesa le preguntaban su nombre, su patria y los motivos de su viaje, las costumbres de su casa y de los diferentes países que hubiese recorrido, en una palabra, cuanto podia excitar la curiosidad de un pueblo ansioso de oir y de saber (1). Eran tan apasionadas á las narraciones, que los mercaderes procedentes de países lejanos se veían rodeados en medio de las ferias y asaltados por un salva de preguntas. En ocasiones tambien eran detenidos los viajeros á su pesar en los caminos, y se veían obligados á responder á los pasajeros (2).

Despues de los abundantes banquetes (continúa el viajero citado) gustan los Galos de tomar las armas y provocarse á duelos fingidos. Primero, no pasa esto de un juego; se atacan y defienden con las manos; pero si acaso se hieren, se enfurecen y combaten seriamente con tal rabia, que si no los dividieran, quedaria uno en el sitio. Sucedia otras veces que se asignaba el cuarto trasero del animal servido en la mesa al mas bravo ó á quien pretendia serlo; y si alguno se atrevia á disputárselo, se verificaba entre ambos un duelo á muerte (3). Tan allá llevaban el desprecio de la muerte y la ostentacion del valor, que por una cantidad ó por vino se obligaban á dejarse matar, dividian el dinero ó el licor entre sus amigos ó parientes mas queridos, se echaban sobre los escudos, é intrépidos presentaban la garganta al hierro (4). Otros porque no dijesen que huían, hacian gala de permanecer bajo sus techos ruinosos, y de no retirarse ni delante de un incendio, ni ante el flujo del mar, ni tampoco por el desbordamiento de los rios (5). Estas fanfarronadas fueron la causa de que adquiriesen los Galos el fabuloso renombre de raza impía, en guerra con la naturaleza, que tiraba de la espada contra las olas y lanzaba dardos á la tempestad.

El beneficio de las minas y ciertos monopolios ejercidos por jefes de las tribus habian concentrado en pocas manos enormes capitales, de donde procede la reputacion de rica que gozaba la Galia cuando llegaron los Romanos, y posteriormente: era el Perú del Mundo Antiguo. La riqueza gala pasó á ser proverbial (6). El aspecto de los arneses estañados y plateados que aquel pueblo usaba así en su casa como en la guerra, y tambien como utensilios de cocina, armaduras, arreos de caballos, yugos de mulas y hasta carros enteros (7), debió exagerar entre los primeros viajeros la idea de la opulencia del país, y contribuyó ciertamente á difundir un colorido novelesco sobre las relaciones hechas de buena fe. Agréguense las costumbres magníficas y la prodigalidad de los jefes, que á manos llenas derramaban la riqueza de la familia y de los clientes para llegar al poder supremo ó para cautivar á la multitud. Posidonio habla de un tal Luerno ó Luerio, rey de los Arver-

βανουσι, τιμῆς πλήθος ἄπιστον. Diod. Sic, lib. V, 26, p. 304.

(1) Αιδόντες γὰρ οἶνον κεράμιον αντιλαμβάνουσι παῖδα, τοῦ πόματος διάκονον αμειβόμενοι. Diod. Sic., lug. cit.

(2) Μεθυσθέντες εἰς ὕπνον ἢ μανιώδεις διάθεσις τρέπονται. Diod. Sic., lib. V,26.

(3) Τροφὴ πλείστη μετὰ γάλακτος και κρεῶν παντοίων μάλιστα δὲ τῶν υἷον και νέων και αλίσπων. Estrab., lib. IV, pág. 184.

(4) Δεοντόδως ταις χερσιν αμφοτέραις αἴροντες ὅλα μέλη, και αποδάκνοντες..... Posid. seg. Athen., lib. IV, cap. 13.

(5) Ως ἂν κορυφαῖος χόρου. Posid. seg. el mismo.

(6) Idem, ibid.

(1) Καλόυσι δέ και τοὺς ξένους επι τὰς ευωχίας, και μετὰ τὸν δείπνον επερωτῶσι τινές εισι, και τινων χρείαν ἔχουσιν. Diodoro Sic., lib. V, p. 306.

(2) « Est autem hoc gallicæ consuetudinis, ut et viatores etiam invitos consistere cogant..... et mercatores in oppidis vulgus circumsistat. » Cæs., *Bell. Gall.*, lib. IV, cap. 5.

(3) *Posid. Apam.* seg. Aten., lib. IV, cap. 13.

(4) Αλλοι δ' εν θεάτρῳ λαβοντες αργύριον ἢ χρυσίον, οἱ δὲ οἴνου κεραμίων αριθμόν τινα, και πιστωσάμενοι τὴν δόσιν, και τοῖς αναγ καίοις φίλοις διαδωρησάμενοι, ὕπτιοι εκταθέντες επί θυρεῶν κε νται. παραστας δέ τις ξίφει τόν λαιμον αποκόπτει. *Posid.* seg. el mismo, lug. cit.

(5) Οὕτως αισχρὸν νομίζουσι τὸ φεύγειν, ὡς. Ælian lib. XII, cap. 23. — Arist., *de Morib.*, lib. III, cap. 10.

(6) Plut. y Suet. en *Cæs.* passim. — Cic., *Philipp.*, XII, y passim. — Estrab., lib. IV. — Diod. Sic., lib. V. — Τί οὖν ἡμεῖς πλουσιώτεροι Γαλάτων, ισχυρότεροι Γερμάνων, Ἑλλήνων συνετώτεροι? Josef., lib. II, cap. 28.

(7) « Carpentum argenteum. » Flor., lib. III, cap. 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nios (1), que derramaba sobre la multitud una lluvia de oro y plata cada vez que se presentaba en público (2); que daba banquetes por el estilo de aquellos, cuya grosera suntuosidad hemos hecho notar entre los Galos de la Frigia; y hacía cercar un espacio de terreno de doce estadios cuadrados, y abrir allí cisternas, que llenaba de vino, hidromiel y cerveza (3).

No habia vida de familia entre los Galos : las mujeres estaban en aquella servidumbre y nulidad que denotan un estado social muy imperfecto. El marido tenia el derecho de vida y muerte sobre su esposa é hijos (4). Cuando una persona de consideracion moria de muerte improvisa ó extraordinaria, cogian á su mujer ó mujeres (porque los ricos practicaban la poligamia) y las sometian al tormento : si podia sospecharse un atentado, las desgraciadas perecian todas entre las llamas despues de haber sufrido espantosos suplicios. Los parientes del muerto dirigian ordinariamente este cruel proceso (5). Sin embargo, una costumbre vigente hácia la mitad del primer siglo anuncia que habia mejorado entónces notablemente la condicion de las mujeres, estando admitida la comunion de bienes entre los esposos. El marido ponia de los suyos otro tanto de lo que recibia de la esposa en dote; se calculaban los dos valores, se añadian los frutos, y correspondian al que de los dos sobrevivia (6). Los hijos quedaban bajo la tutela de las madres hasta la edad de la pubertad; un padre se hubiera avergonzado de dejar que su hijo se presentase en público en su presencia ántes de que pudiera manejar el sable é inscribirse en la milicia (7).

Entre algunas naciones de la Bélgica, donde el Rhin era objeto de un culto supersticioso, habia establecida la rara institucion de que el rio probase la fidelidad de las esposas. Cuando el marido de una mujer que estaba de parto dudaba de su paternidad, tomaba al recien nacido, lo colocaba en una tabla y lo exponia á la corriente. Si sobrenadaba, se consideraba la prueba favorable, desaparecian las sospechas, y el Galo regresaba alegre y confiado al hogar doméstico; si por el contrario principiaba aquella á sumergirse, parecia demostrada la ilegitimidad del niño, y el padre dejaba que se ahogase el ser cuya existencia lo deshonraba (8). Esta insensata é inhumana supersticion inspira á un poeta griego anónimo versos graciosos, que merecen referirse aquí.

« El Rhin prueba entre los Galos por la impetuosidad de la corriente la santidad del tálamo... Apénas ha salido del seno materno el recien nacido, y ha dado el primer vagido, lo toma el esposo, lo coloca en su escudo y corre á exponerlo á los caprichos de las ondas, porque no sentirá latir en su pecho un corazon de padre ántes de que el rio, juez y vengador del matrimonio (1), haya pronunciado la fatal sentencia. Así, pues, á los dolores del parto suceden para la madre otros dolores; ella conoce al verdadero padre, y sin embargo tiembla, esperando en mortales angustias lo que va á decidir la ola inconstante (2).

Las mujeres galas eran generalmente blancas, de estatura elegante y elevada, y célebres por su belleza (3) : los antiguos, sin embargo, con razon ó sin ella, atribuyen á los Galos un vicio torpe, que en aquel estado social produce con demasiada frecuencia grosería de costumbres y desvío hácia las mujeres (4).

Dos órdenes privilegiados dominaban en la Galia al resto de la poblacion : el órden electivo de los sacerdotes, elegidos indistintamente entre todas las clases, y el hereditario de los nobles ó caballeros, compuesto de familias antiguas, de soberanos de las tribus, y de nobles creados por la guerra ó la riqueza (5). La multitud se dividia en pueblo del campo y pueblo de la ciudad. El primero formaba las tribus ó la clientela (6) de las familias nobles; el cliente pertenecia al señor, cuyas posesiones cultivaba, cuyo pendon seguia en la guerra, y bajo cuya autoridad era individuo de una autocracia patriarcal; su deber consistia en defenderlo de todos y contra todos, y el abandonarlo en un riesgo era una falta vergonzosa y un delito (7). El pueblo de las ciudades, situado fuera de la antigua jerarquía de las tribus, gozaba mayor libertad, y se hallaba oportunamente colocado para sostenerla y extenderla; seguian al pueblo los esclavos, que no eran muchos á lo que parece.

Los dos órdenes privilegiados dominaron alternativa y despóticamente la Galia, ejerciendo la autoridad absoluta, y perdiéndola con motivo de revoluciones políticas. Por tanto, la historia del gobierno galo presenta tres períodos muy distintos : el de la dominacion sacerdotal ó *teocracia*, el de la dominacion de los jefes de las tribus ó *aristocracia militar*, y por último, el de las *constituciones popalares* undadas en el principio de la eleccion y de la voluntad del mayor número. Esta última grandiosa revolucion se verificó en la época de que hablamos; y á la mitad del primer siglo toda la Galia se gobernaba por constituciones populares, aun cuando todavía no estaban bien consolidadas. Pero ántes de circunstanciar los sucesos de esta época, es necesario exponer cuál era la situacion anterior del país, y dar á conocer sus creencias y ritos religiosos, que siempre tuvieron mas ó ménos íntima relacion con su estado político.

Quien examina atentamente el carácter de los hechos relativos á las creencias religiosas de la Galia, descubre dos sistemas de ideas, dos cuerpos de símbolos y de supersticiones del todo distintas; dos religiones en suma; una puramente sensible, derivada

(1) Δουέρνιος. *Posid.* seg. ATEN., lib. IV, cap. 13. — Δόυέριος. ESTRAB. lib., IV, pág. 191.

(2) Ὁ Ποσειδώνιος... φησὶ, δημαγωγοῦντα αυτόν τοὺς ὄχλους. εν ἅρματι φέρεσθαι διὰ τῶν πεδίων, καὶ σπείρειν χρυσόν καὶ ἄργυρον ταῖς ακολουθούσαις τῶν Κελτῶν μυρίαις. ATHEN., lib. V, cap. 13. — ESTRAB., lib. IV, p. 191.

(3) Φράγμα τε ποιεῖν δωδεκαστάδιον τετράγωνον, εν ᾧ πληροῦν λήνους πολμτελούς πόματος... *Posid.* seg. ATHEN., lib. IV, c. 13.

(4) « Viri in uxores, sicuti in liberos, vitæ necisque habent potestatem. » CÆS., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 19.

(5) « Quum paterfamilias illustriore loco natus decessit, ejus propinqui conveniunt; et de morte si res ad suspicionem venit, de uxoribus, in servilem modum, quæstionem habent...» CÆS., lug. cit.

(6) « Viri quantas pecunias ab uxoribus dotis nomine acceperunt, tantas ex suis bonis, æstimatione facta, cum dotibus communicant. Hujus omnis pecuniæ conjunctim ratio habetur, fructusque servantur. Uter eorum vita superarit, ad eum pars utriusqua cum fructibus superiorum temporum pervenit.» CÆS., *Bell. gall.*, lib. VI, c. 18.

(7) « Suos liberos, nisi quum adoleverint, ut munus militiæ sustinere possint, palam ad se adire non patiuntur; filiumque in puerili ætate, in publico, in conspectu patris assistere turpe ducunt.» Idem, ibid.

(8) JULIAN., *epist. XV ad Maxim. philos.* — Idem, *Orat. II in Constant. imper.*

(1) Οὔπω γὰρ γενέταο φέρει νοῦν, πρὶν γ' εσαθρήσῃ
Κεκριμένον λούτροισιν ελεγχιγάμου ποταμοῖο.
Anthol., lib. I, cap. 43, ep. 1.

(2) Ἡ δὲ μετ' Ειλειθυίαν επ' ἄλγεσιν ἄλγος ἔχουσα
Μητὴρ, ει καὶ παιδός αλήθεα οἴδε τόκεα,
Εκδέχεται, τρομέουσα, τὶ μήσεται ἄστατον ὕδωρ.
Anthol., ibid.

(3) Γυναῖκας ἔγοντες ευειδεῖς... DIOD. SIC., lib. V, p. 309. – Idem, lib. V, p 308 — Καλλίστας... ATHEN., lib. XIII, c. 8. — AMMIAN. MAR., lib. XV, c. 12.

(4) DIOD. SIC., lib. V, p. 309. — ESTRAB., lib. IV, p. 199. — ATHEN., lib. XIII, c. 8.

(5) « In omni Gallia, eorum hominum qui aliquo sunt numero, atque honore, genera sunt duo... alterum est Druidum, alterum Equitum. » CÆS., *Bell. gall.*, lib. VI, 13-15 et passim.

(6) « Clientes, clientela. » Idem, ibid., passim.

(7) « Clientibus nefas, etiam in extrema fortuna, deserere patronos. » Idem, lib. VII, c. 40.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de la adoracion de los fenómenos naturales, y que así por las formas como por su libre desarrollo recuerda el politeísmo de la Grecia; y otra fundada en un panteísmo material, metafísica, misteriosa, sacerdotal, y admirablemente conforme con las religiones del Oriente. Esta última se llamó *Druidismo* á causa de los Drúidas, sus fundadores y sacerdotes: á la primera daremos el nombre de *politeismo* galo.

Aun cuando ningun testimonio histórico probase la anterioridad del politeísmo galo al druidismo, bastaria para establecerla la progresion natural é invariable de las ideas religiosas entre todos los pueblos. No obstante, las antiguas y preciosas tradiciones de los Cimbros atribuyen á esta raza, del modo mas formal y exclusivo, la introduccion de la doctrina druídica en la Galia y en la Gran Bretaña, y la organizacion de un sacerdocio soberano. Segun ellas, Hu, Heus, ó Heso, apellidado *el poderoso*, jefe de la primera invasion, estableció en su horda en el territerio conquistado el sistema religioso y político de los Drúidas. Guerrero, sacerdote y legislador durante su vida, fué Heso, como todos los fundadores de teocracias, deificado despues de su muerte.

Ahora bien, no sabria la historia qué responder á quien preguntase de qué manera ha nacido el druidismo entre los Cimbros, y de qué fuente procedian estas vivas semejanzas entre su doctrina fundamental y la de las religiones secretas de Oriente, entre muchas de sus ceremonias y las practicadas en Samotracia, en Asia y en la India, porque nada positivo nos presentan ni los documentos recogidos por los escritores extranjeros, ni las tradiciones nacionales. Pero puede suponerse racionalmente que en su larga permanencia en Asia ó en las fronteras de Asia y Europa fueron iniciados los Cimbros en ideas é instituciones que, circulando entónces de uno á otro pueblo, recorrian todas las religiones orientales del mundo.

El druidismo importado en la Galia por la conquista se organizó en los dominios de los conquistadores con mas fuerza que en otras partes, y despues de haber convertido á su creencia toda la poblacion gala, y probablemente parte de los Ligurios, continuó teniendo entre los Cimbros, en la Armórica y en la Bretaña los colegios de sacerdotes mas poderosos y los misterios mas secretos.

El imperio del druidismo no destruyó el culto de la naturaleza exterior que dominaba anteriormente en la Bretaña y en la Galia. Todas las religiones doctas y misteriosas toleran á su lado un fetiquismo grosero, á propósito para ocupar y alimentar la supersticion de la multitud, y el cual procuran mantener siempre estacionario. Tal se conservó en la isla de Bretaña, pero en la Galia, al Oriente y al Mediodía, donde no habia sido impuesto el druidismo por las armas, aun cuando habia llegado á ser culto dominante, el antiguo culto nacional se conservó mas independiente aun bajo el ministerio de los Drúidas, que se constituyeron sus sacerdotes; continuó cultivándose, si se me permite la palabra, y segun el progreso de la civilizacion y de la inteligencia se elevó por grados desde el fetiquismo á ideas religiosas cada vez mas puras.

Así, pues, la adoracion inmediata de la materia bruta de los fenómenos y de los agentes naturales, como las piedras, los árboles (1), los vientos, especialmente, el terrible Circio ó *Kirk* (2), los lagos y los rios (3), el trueno, el sol, etc., dió lugar á la nocion abstracta de los *Espíritus*, ó divinidades reguladoras de estos fenómenos que imprimen una voluntad á estos agentes: de aquí se derivan el dios *Taranu* (1), espíritu del trueno; el dios *Vóges* (2) deificacion de los Vósges, el dios *Pennino* (3) de los Álpes; la diosa Ardicinna (4) de la selva de los Ardenas; de aquí tambien el *genio de los Arvernios* (5); la diosa *Bibracte* (6), deificacion de la ciudad capital de los Éduos, el dios *Nemanso* (7) entre los Arecómicos, la diosa *Avenzia* (8) entre los Helvecios, y otras muchas deidades.

Por un grado de abstraccion mayor fueron deificadas tambien las fuerzas generales de la naturaleza, las del alma y las de la sociedad. *Taranu* vino á ser el dios del cielo, el motor del universo, el juez supremo que lanzaba su rayo sobre los mortales. El sol, bajo el nombre de *Bel* y de *Belen* (9), fué una divinidad benéfica que hacía crecer las plantas saludables y presidia á la Medicina. Heus ó Hese (10), aun cuando de orígen druídico, tomó sitio en el politeísmo galo, como dios de la guerra y de las conquistas, probablemente porque le añadieron los Drúidas. Un bajo relieve nos muestra á este sacerdote legislador coronado de hojas, casi desnudo, con una hacha en la mano y con la rodilla izquierda apoyada en un árbol que está cortando, para dar á sus súbditos el ejemplo de los trabajos campestres (11). En las tradiciones de los Cimbros, tiene Heus alguna vez el carácter de dios por excelencia, del *ser supremo* (12). Tambien recibió las adoraciones de los Galos el dios del comercio bajo el nombre de *Teutátes* (13), inventor de todas las artes y protector de los caminos. Las artes manuales tenian sus divinidades particulares ademas de una colectiva. Finalmente, el símbolo de las artes liberales, de la elocuencia y de la poesía fué deificado bajo la figura de un anciano armado, como el Hércules griego, de maza y arco, cuyos prisioneros sin embargo lo seguian con alegre semblante, ligados por una oreja á cadenas de oro que

(1) MAXIM. TYR., *Serm.* XXXVIII. En la religion gala como en todas las religiones del mundo, el fetiquismo continuó siendo siempre la creencia de las clases ignorantes del pueblo, por lo cual se vieron bastante tarde los sacerdotes y los consejeros de los *árboles*.

(2) SENEC., *Quæst. natur.*, lib. V, c. 17.

(3) POSID. seg. ESTRAB., lib. IV, p. 188. — OROS., lib. V, 16. c. — GREGOR., TURON., *De glor. confess.*, cap. 5.

(1) *Taranis*. LUCAN., *Pharsal.*, lib. I, 446 —*Torana*. (gaël)., *Tarann* (cim-corn. y arm.), trueno.

(2) GRUTER, *Inscript.*, pág. 94. núm. 10.

(3) TIT. LIV., lib. XXI, cap. 38.

(4) *Ardoinne*. Inscript. GRUTER., p. 40, núm. 9 — In al. inscript. *Deana Arduinna*. De MARTIN. *Diction. topogr.*, verb. *Arduenna*.

(5) « Genio Arvernorum. » REINES., apend. 5.

(6) *Deæ Bibracti* : in duab. Inscr. Cf. Dom. BOUQUET, p. 24.

(7) GRUT. p. III, núm. 12. SPON., pág. 169.

(8) « Deæ Aventiæ et gen. incolar : » GRUT., pág. 110, núm. 2.

(9) *Belenus*. AUSON carm. 11. *De professor. Burdigal.* — TERTULL., *Apolog.*, cap. XXIV.— Herodiano refiere que este dios era adorado en Aquilea. Βέλτν δὲ καλοῦσι τοῦτον, σέβουσί τε ὑπέρφυῶς, Απόλλονα εἶναι εθέλοντες. — *Inscript. div* RITT., pág. 257.

(10) *Hesus*. LUC. *Phars*, I, 445. — *Heusus*. LACTANT. *Divin. inst.*, lib. I, cap. 21. — *Esus. inscr. aræ*. Paris.— *Hu-Cadarn* (Hu-el-Poderoso), en las tradiciones y en las poesías del país de Gáles : *Archeolog. of Wales*, passim.

(11) Famoso bajo relieve hallado bajo la iglesia de Nuestra Señora de Pàris en 1711.

(12) WELSH, *Archæolog.* seg. Edw. Davies, p. 110.

(13) *Teutates* LUCAN. *Phars.*, lug. cit. — LACTAN, lug. cit. MINUC. FELIX., cap. 30. El nombre de Teutátes recuerda al dios *Theut* de los Fenicios y de gran parte del Oriente. Quien recuerde que los Fenicios propagaban voluntariamente su religion entre los pueblos junto á los cuales se establecian, y que ellos introdujeron tambien el culto de este mismo Teutátes en España (*Mercurium Teutaten*, TIT. LIV., lib. XXVI, cap. 44); quien recuerde ademas que fueron los primeros que comerciaron con los Galos aun salvajes, y que debieron tratar de inspirarles respeto hácia las relaciones comerciales ó para los caminantes, introduciendo el culto de un dios que protegia los caminos y la industria, se sentirá inclinado, acaso no sin razon, á atribuir un orígen fenicio al Teutátes galo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

salian de su boca, y tenia el nombre de *Ogmio* (1). Fuera de algunas pequeñas diferencias, era este el Olimpo de los Griegos y de los Romanos casi por completo.

Semejanzas tan grandes causaron la admiracion de los observadores romanos, que hallaban en la Galia todos sus dioses. « Los Galos, dice César, reconocen á Mercurio, Apolo, Júpiter, Marte y Minerva, pero tributan á Mercurio una veneracion particular. Respecto de esta divinidad profesan casi la misma creencia que las demas naciones; consideran á Mercurio como el inventor de todas las artes; creen que él preside á los caminos, y que ejerce gran poder sobre el comercio y las riquezas; que Apolo quita las enfermedades; que Minerva enseña los principios de la industria y de las artes mecánicas, que Júpiter es soberano del cielo, y Marte el dios de la guerra (2).

La semejanza se convirtió en perfecta identidad, cuando sometida la Galia al dominio de Roma, experimentó aunque por pocos años la inflencia de las ideas romanas. Honrado y favorecido entónces el politeísmo galo por los emperadores, despues de un reinado de esplendor, concluyó por fundirse en el politeísmo de Italia, miéntras que el druidismo, sus ministros, su doctrina y su sacerdocio eran cruelmente proscriptos, quedando ahogados en rios de sangre.

Enseñaban los Drúidas que la materia y el espíritu son eternos; que el universo, aunque sujeto á perpétuas variaciones de forma, permanece inalterable é indestructible en su sustancia; que el agua y el fuego son los agentes omnipotentes de estas variaciones, y verifican las grandes revoluciones en la naturaleza por efecto de su predeminio sucesivo, (3), y que en fin, el alma humana el salir del cuerpo va á dar vida y movimiento á otros seres (4). La idea moral de penas y de recompensas no era extraña á su sistema de metempsicósis; la trasmigracion á un cuerpo de condicion inferior á la humana la consideraban como un estado de prueba ó de castigo, y tenian tambien *otro mundo* (5) semejante á este, en el cual sin embargo se vivia en una felicidad constante. Pasando el alma á aquella morada de los elegidos encontraba su identidad, sus pasiones y sus hábitos; encontraba el guerrero su caballo, sus armas y sus batallas; el cazador continuaba allí con sus perros persiguiendo al búfalo y al lobo en bosques eternos, el sacerdote seguia en la instruccion de los fieles, y el cliente en el servicio de su patrono. No eran sombras, sino hombres que hacian una vida igual á la que habian tenido en la tierra. No cesaban del todo las relaciones entre los habitantes del país de las sombras y los que aquí habian dejado, y la llama de las hogueras podia llevarles noticias de nuestro mundo; por lo cual se quemaban cartas en los funerales, que debia leer el muerto ó entregar á otros muertos (1).

Esta creencia, aumentando el desprecio de los Galos hácia la vida, alimentaba su ardor guerrero. Como todas las grandes supersticiones, fué el móvil de admirables sacrificios y de acciones atroces. No era raro ver á hijos, mujeres y clientes precipitarse en la hoguera para no separarse del padre, del esposo ó del patrono á quien lloraban. Habiéndose hecho dueño la tiranía de estas tiernas señales de afecto, las cambió en un deber cruel. Apénas habia cerrado los ojos un personaje de importancia, hacía degollar su familia á cierto número de sus clientes y esclavos que habian merecido mayor cariño al difunto (2); en seguida eran quemados y enterrados á su lado con su caballo de batalla, con sus armas y adornos, á fin de que aquel pudiera presentarse decentemente en el otro mundo, y conservar en él la posicion que ocupaba en este. Era tan ardiente y firme la fe de los Galos en otro mundo venidero, que muy á menudo aplazaban para él las decisiones de sus negocios de interes, y á menudo tambien se prestaban recíprocamente dinero para restituírselo despues de la muerte. (3).

Estas dos nociones combinadas con la metempsicósis y una vida futura formaban la base del sistema filosófico y religioso de los Drúidas; pero no se limitaba á esto solo su ciencia. Pretendian conocer la naturaleza de las cosas, la ciencia y el poder de los dioses, no ménos que la calidad de su accion sobre el mundo, la grandeza del universo, la de la tierra, la forma y los movimientos de los astros, la virtud de las plantas, y las fuerzas ocultas que cambian el órden natural y descubren lo futuro : eran en suma metafísicos, físicos, astrónomos, médicos, hechiceros y adivinos (4).

Desgraciadamente para la historia, nada ha quedado de todas estas discusiones metafísicas, que tan fuertemente agitaban á los sacerdotes de la Galia en sus soledades. Lo poco que sabemos de su astronomía hace creer que no sin éxito, á lo ménos en cuanto á la parte práctica, se habian dedicado á esta ciencia; porque la observacion de los fenómenos planetarios tenia una parte importante en todos sus ritos religiosos y en muchos actos de su vida civil. Dividian el año en lunaciones; principiaban el mes, no por el novilunio ni por la primera aparicion de la luna, sino por el primer cuarto, cuando estaba iluminada casi la mitad de su disco (5); fenómeno invariable, miéntras que el novilunio depende siempre de un cálculo, y está sujeta á variaciones la época de la primera aparicion.

El mayor período de años ó un siglo era para ellos de treinta años (6), al terminar los cuales concordaba el año civil con el lunar, lo que equivale á decir

(1) Θγμιον ονομάθουσι φωνῇ τῇ επιχορίῳ... Δέσμα δὲ εισὶν οἱ σείραι λεπταὶ χρυσοῦ καὶ ηλέκτρου ειργασμèναι. LUCIAN., *Hercul. Gall.*

(2) « Deum maxime Mercurium colunt... Post hunc, Apollinem et Martem et Jovem et Minervam; de his eamdem fere quam reliquæ gentes habent opinionem, Apollinem morbos depellere, Minervam operum atque artificiorum initia transdere; Jovem imperium cœlestium tenere; Martem bella gerere. » CÆS., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 17.

(3) Αφθαρτοὺς λέγουσι τὰς ψυχὰς καὶ νὸτ κοσμον επικρατήσειν δέ ποτε καὶ πῦρ καὶ ὕδωρ. ESTRAB., lib. VI, p. 197. — « In primis hoc volunt persuadere non interire animas. » CÆS., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 14. — « Æternas esse animas » MEL., lib. III, cap. 2. — « Animas esse immortales. » AMMIAN. MARC, lib. XV, c. 9. — VALER MAX., lib. II.

(4) « Animas... ab aliis post mortem transire ad alios. CÆS., libro VI, cap. 14. — Ενισχύει παῤ αυτοῖ ὁ Πυθαγόρου λογος. ὅτι τὰς ψυχὰς τῶν ανθρώπων αθανάτους εἶναι συμβέβηκε, καὶ ὸι ετῶν ορισμένων πάλιν βιοῦν, εἰς ἕτερον σῶμα τῆς ψυχῆς εισδυομένης. DIOD. SIC., lib. V, 28. — *Idem senserunt... quod Pythagoras.* VAL. MAX., lib II, cap. 9.

(5) ... Regit idem spiritus artus
Orbe alio : longe (canitis si cognita) vitæ
Mors media est.
LUCAN., *Pharsal.*, lib. I.
Vitam alteram ad *manes*. MEL., lib. III.

(1) Διό καὶ κατὰ τὰς ταφὰς τῶν τετελευτηκότων ενίους επιστολὰς γεγραμμένας τοῖς οικείοις τετελευθηκόσιν εμβάλλειν εἰς τὴν τύραν, ὡς τῶν τετελευτηκότων αναγνωσομένων ταύτας. DIOD. SIC., lib. V, 28

(2) « Omnia quæ vivis cordi fuisse arbitrantur, in ignem inferunt, etiam animalia : ac paulo supra hanc memoriam servi et clientes, quos ab iis dilectos esse constabat, una cremabantur. » CÆS. *Bell Gall.* lib. VI, cap. 19. — « Cum mortuis cremant et defodiunt apta viventibus olim. » MEL., lib. III, cap. 2.

(3) « Negotiorum ratio etiam et exactio crediti differebatur ad inferos. » MEL., lib. III, cap. 2. — VAL., MAX., lib. II, cap. 9.

(4) « Multa de sideribus atque eorum motu, de mundi ac terrarum magnitudine, de rerum natura, de deorum inmortalium vi ac potestate disputant » CÆS., *Bell., Gall.*, lib. VI, cap. 13. — MEL., lib. III, cap. 2. — PLIN., lib. XVI, cap. 44.

(5) Sexta luna principia annorum mensiumque his facit et sæculi. » PLIN., XVI, cap. 44.

(6) « Sæculum post tricesimum annum... » Idem, ibid.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que los equinoccios y los solsticios recaían cada treinta años en el mismo dia de las mismas lunas. Esta vuelta supone necesariamente una intercalacion de once lunas en treinta años, ó lo que es lo mismo, en treinta años once de ellos eran de trece lunas. Por medio de esta intercalacion caían las lunaciones siempre en unas mismas estaciones, y al fin del siglo galo faltaba un solo dia y diez horas para que el año civil concordase exactamente con la revolucion solar, diferencia fácil de corregir (1), y que sin duda hacian desaparecer. Estos resultados prueban que los Drúidas hacian observaciones y se dedicaban á contínuos estudios. El sexto dia de la luna era por tanto entre los Galos un dia sagrado, que principiaba el mes, el año y el siglo, y determinaba las mas augustas ceremonias de la religion. Los Drúidas eran representados frecuentemente con una media luna en la mano, semejante á la mitad de la luna creciente (2). Este cómputo del tiempo por lunaciones hizo decir á los Romanos que los Galos median el tiempo por las noches y no por los dias, uso que atribuían al orígen infernal de este pueblo, porque lo llamaban descendiente del dios Pluton (3).

La medicina de los Drúidas estaba fundada casi únicamente en la magia, si bien se sirvieron de algunos simples, como la *selagia* y el beleño, que no carecian de propiedades naturales. Pero el acto de buscarlos y prepararlos debia ir acompañado de ceremonias raras y de fórmulas misteriosas, de las cuales se creía que procedian, en gran parte por lo ménos, las virtudes salutíferas de las plantas. Así, pues, debia ser cogido el *samolus* en ayunas y con la mano izquierda, arrancado de la tierra sin mirarlo, y arrojado de la propia manera en los bebederos de los ganados; con lo cual se preservaba á estos de las enfermedades (4). La *selagia*, especie de musgo que crece en los lugares sombríos de las montañas y en las grietas de las rocas, y que obra con gran fuerza como purgante, requeria para su recoleccion las mayores precauciones. Habiéndose preparado con abluciones y con ofrendas de pan y vino, partia el hombre descalzo y vestido de blanco: apénas descubria la planta, se inclinaba como por casualidad, y haciendo pasar la mano derecha bajo el brazo izquierdo, la arrancaba sin emplear el hierro, y la envolvia despues en un lienzo que solo debia servir una vez (5). Era diferente el ceremonial para la verbena, planta grandemente apreciada como remedio soberano para los dolores de cabeza. Pero de todos los específicos de la medicina druídica, ninguno podia compararse con el famoso muérgado de encina, el cual reunia en sí solo mas virtudes que todos los demas juntos; y su nombre mismo expresaba la extension de su eficacia, porque los Drúidas lo llamaban con una palabra que significaba *sánalo todo* (6).

El muérdago es una planta vivaz y leñosa que no crece en la tierra, sino en las ramas de los árboles, en las cuales está como ingerta: allí vegeta en todas las estaciones, alimentándose de su jugo por medio de las raíces agarradas á su corteza. Sus flores, campaniformes, amarillas y en ramas, aparecen en el invierno, en febrero ó marzo, cuando los bosques se hallan aun sin hojas, y producen pequeñas bayas ovales, blandas y blancas, que maduran en otoño. El muérdago se encuentra comunmente en el manzano, en el peral, en el tilo, en el olmo, en el fresno, en el álamo, en el nogal, y raramente en la encina, en cuya corteza penetran con trabajo sus raíces (1).

Para aumentar el valor del muérdago que se criaba en la encina, ademas de encontrarlo raras veces, se agregaba el honor en que era tenido este árbol, porque los Drúidas habitaban bosques de encinas, y no hacian ningun sacrificio sino allí donde se presentaba este árbol (2), que creían sembrado por el Cielo con mano divina (3). La union de su árbol sagrado con una planta, cuyo perpétuo verdor recordaba la eternidad del mundo, era á sus ojos un símbolo que unía á las propiedades naturales del muérdago otras ocultas. Buscábanlo con solitud en las selvas, y cuando lo encontraban, se reunian los sacerdotes para ir á cogerlo con gran pompa. Hacíase esta ceremonia en el invierno, en la época de la florescencia, cuando es mas visible la planta, y cuando sus largas y verdosas ramas, las hojas y los ramos amarillas de sus flores, rodeando al árbol desnudo, presentan la imágen de la vida en medio de una naturaleza estéril y muerta (4).

Debia cortarse el muérdago el sexto dia de la luna, y no con hierro, sino con una hoz de oro. Acudia de todas partes mucha gente para asistir á la fiesta, se hacian preparativos para un gran sacrificio y para un gran banquete debajo de la encina privilegiada. En el momento fijado, un Drúida vestido con un traje blanco subia al árbol, con la hoz de oro en la mano, y cortaba la raíz de la planta, que otro Drúida recibia en un saco blanco, porque no debia tocar el suelo (5). Entónces inmolaban dos toros blancos, cuyos cuernos no hubiesen estado atados ántes, y rogaban al Cielo que hiciese saludable su don para aquellos á quienes habia favorecido con él (6); el resto del dia le pasaban en diversiones (7).

El muérdago de encina, como hemos dicho, era para los Galos un remedio universal; era especialmente considerado como antídoto contra todos los venenos, y tomado en infusion curaba la esterilidad (8). Todo induce á creer que los Drúidas comerciaron con esta panacea, cuya venta debia ser para su órden un manancial inagotable de riquezas (9).

(1) Fréret, *Œuvres complètes*, t. XVIII, p. 226, edic. en 12°. Paris, 1796.

(2) Bajo relieve de Autun. — Montfaucon, *Antiquité dévoilée*.

(3) « Ob eam causam (quod à dite patre sint prognati) spatia omnis temporis, non numero dierum, sed noctium finiunt; dies natales et mensium initia sic observant, ut noctem dies subsequatur. » Cæs., lug. cit., lib. VI, cap. 18.

(4) Plin., lib. XXIV, cap. 2. — Se cree que el *samolus* sea la planta acuática que llamamos nosotros *samiolo de agua*.

(5) Idem, ibid.

(6) Omnia sanantem « appellantes suo vocabulo. » Idem, lib. XVI, cap. 44.

(1) « Est autem id rarum admodum inventu. » Idem, ibid. — El señor Decandolle, que ha herborizado mucho en Francia y en los países inmediatos, no ha encontrado nunca el muérdago de encina. El autor del artículo *muérdago* (*gui*), en el Diccionario de ciencias médicas, anuncia haberlo visto una sola vez. Duhamel lo creía mas comun. (Valmont-Bomare, *Dict. hist. nat.*, t. III.)

(2) « Jam per se roborum eligunt lucos, nec ulla sacra sine ea fronde conficiunt » Plin., lib. XVI, cap. 44.

(3) E cœlo missum putant. Idem, ibid.

(4) Quale solet sylvis brumali frigore viscum
Fronde virere nova, quod nos sua seminat arbor,
Et croceo fœtu teretes circumdare ramos.
Virg., *Æneid.*, lib. VI, 205.

(5) « Sacerdos candida veste cultus, arborem scandit; falce aurea demetit; candido id excipitur sago. » Plin., lib. XVI, cap. 44.

(6) « Precantes ut suum donum Deus prosperum faciat his quibus dederit. » Idem, ibid.

(7) Procede, sin ninguna duda, de esta antigua supersticion de nuestros padres un uso generalmente seguido en Francia en la edad média, y practicado todavía hoy. El primer dia del año recorrian las calles bandas de muchachos, golpeando á las puertas y gritando: *Au gui l'an-né!* ó *au gui l'an-neuf!* Con esta fórmula se publicaba probablemente entre los Galos la recoleccion del muérdago, que quizá verificaban al principio del año nuevo, el cual en esta hipótesis principiaria el sesto dia de la luna de marzo.

(8) « Fæcunditatem eo potu dari... contra venena omnia esse remedio. » Plin., lib. XVI, cap. 44.

(9) Durante la edad média se conservó la fe en las virtudes ocultas del muérdago entre el pueblo y aun entre los médicos: no hace mucho tiempo que estaba muy acreditada en las boticas el agua destilada del muérdago. No es sin embargo esta planta una sustancia enteramente ineficaz. Algunos prácticos célebres del siglo pasado, Boerhaave, Van-Swieten y Dehaen, aseguran haberlo usado con éxito en las afecciones

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La Armórica y especialmente la isla de Bretaña adquirieron gran celebridad en la magia; y las relaciones maravillosas publicadas por los viajeros relativamente á los prodigios de que era teatro esta isla y las otras del archipiélago Armórico, conquistaron á los Drúidas una reputacion mayor aun que la de los magos de Persia (1). Con no ménos empeño cultivaron el arte de la advinacion estos sacerdotes, que pretendian conocer el porvenir, parte por conjetura, parte por señales misteriosas que sabian descubrir en el vuelo de las aves y en las víctimas de los sacrificios (2). Tambien fabricaban talismanes, que tenian la virtud de preservar de cualquiera accidente; y tales eran las bolitas de ámbar agujereadas que llevaban encima los guerreros en las batallas para alejar la muerte, y que frecuentemente se hallan enterradas junto á ellos en sus tumbas (3). Pero de estos preservativos sagrados ninguno competia con el nuevo símbolo, conocido con el nombre de *huevo de serpiente* (4).

Este pretendido huevo, que parece no haber sido otra cosa mas que un *esquino*, petrificacion de erizo marino (5), tenia la figura de una manzana de mediano tamaño, cuya sustancia dura y blanquecina estaba cubierta de fibras y de excrecencias parecidas á los tentáculos de un pólipo. La religion tenia parte en la eleccion que habian hecho los Drúidas de este fósil y en el orígen que le suponian, porque estas ideas de huevo y de serpiente traen á la memoria el huevo cosmogónico de las mitologías orientales, la metempsicósis y la reproduccion eterna, de las cuales era emblema la serpiente. Por lo demas, respecto de la formacion y adquisicion de este precioso amuleto esparcian los Drúidas fábulas absurdas, á las cuales no obstante parece que no rehusa crédito del todo el naturalista mas célebre de la antigüedad. « Vénse en el » estío, dice, reunirse en ciertas cavernas de la Galia » innumerables serpientes, las cuales se mezclan, se en- » trelazan, y con la saliba y la espuma que destilan de » su cuerpo producen esta especie de huevo (6). Cuando » está perfecto, lo levantan y lo tienen suspenso en el » aire dando silbidos; y aquel es el momento de » apoderarse de él, ántes que caiga al suelo. Un hombre » apostado á este fin se lanza en medio de ellas, re- » cibe el huevo en un lienzo, salta sobre un caballo » que lo espera, y huye á rienda suelta, porque las » serpientes lo persiguen hasta que un rio las aparta » de él. » Para que este huevo fuese considerado de buena ley á juicio de los Drúidas, debia sobrenadar en el agua, aun cuando estuviese rodeado de un cerco de oro, y debia ser cogido tambien en cierto período de la luna (7). Hecha esta prueba, lo hacian engastar en materia preciosa y se lo colgaban al cuello: tenia la prodigiosa virtud de hacer que ganase los pleitos su poseedor, y de facilitarle el acceso libre al rey. Los Drúidas lo llevaban entre sus adornos distintivos (1); lo cual no obstaba sin embargo para que se privasen de él por un precio muy subido, para darle á algun rico señor galo que tuviese un litigio, ó que quisiera hacer la corte á los poderosos (2).

Habia agregadas al órden de los Drúidas hechiceras ó profetisas, que no gozaban sin embargo las prerogativas ni el grado elevado del sacerdocio; servian estas de instrumento á las voluntades de los sacerdotes, pronunciaban los oráculos, presidian á ciertos sacrificios, y cumplian algunos ritos religiosos, de los cuales estaban severamente excluidos los hombres. Su extravagante instituto, ya les imponia la violacion de las leyes del pudor, ya las de la naturaleza; la sacerdotisa, ó podia descubrir lo futuro solo al hombre que la habia profanado, ó se consagraba á virginidad perpétua, ó aunque casada estaba obligada á un celibato prolongado. Estas mujeres debian asistir alguna vez á sacrificios nocturnos, todas desnudas, teñido el cuerpo de negro (3), desmelenadas y con una antorcha encendida en la mano (4).

Las mas célebres de estas hechiceras habian fijado su morada entre rocas desiertas, desafiando las tempestades del archipiélago Armórico. El navegante galo se aproximaba con respeto y terror á sus temidas islas, y se referia que mas de una vez los extranjeros que habian osado descender á ellas, fueron rechazados por los huracanes, por rayos y visiones espantosas (5).

El oráculo de *Sena* atraía á los navegantes de la Galia mas que todos los demas. En esta isla, situada en frente del cabo mas occidental de la Armórica, se hallaba un colegio de nueve vírgenes, que por el nombre de la isla se llamaban *Senas* (6). Solamente tenia derecho á consultarlas el que era marinero y habia hecho aquella travesía con este objeto (7). Creíase que tenian estas mujeres un poder ilimitado sobre la naturaleza; que conocian el porvenir y curaban las enfermedades incurables, que tenian la facultad de promover las tempestades del mar ó disiparlas, enfurecer los vientos ó apaciguarlos con sus palabras, en fin, revestirse de cualquier forma, y tomar la figura de cualquier animal (8).

Otro colegio de sacerdotisas, sometidas á otra regla, habita uno de aquellos islotes que se hallan en la embocadura del Loira, y pertenecian todas á la nacion de los Nannetos. Aunque estaban casadas, ningun hombre osaba acercarse á su morada; pero iban ellas en épocas determinadas á visitar á sus maridos al continente. Salian de la isla despues de oscurecer en barcas ligeras que ellas mismas conducian, y pasaban la noche en cabañas preparadas para recibirlas, pero apénas asomaba la aurora, arrancándose de los brazos de sus esposos, corrian á sus barcas, y vogando en ellas regresaban á su soledad (9).

---

nerviosas; pero ahora se ha abandonado enteramente su uso. La hoja de este vegetal y sus bayas amargas y viscosas tienen una facultad astringente muy activa: el muérdago de encina no es por lo demas diferente del que nace en las otras plantas.

(1) « Britannia eam (magiam) attonite celebrat tantis cere moniis, ut eam Persis dedisse videri possit. » PLIN., libro XXIX, cap. 1.

(2) « Partim auguriis, partim conjectura. » CICER., *Divin.*, lib. I.

(3) El ámbar es indicado por los sacerdotes cristianos como una sustancia usada por la magia. S. ÉLIG., *De rect. cathol. fid.* — Véanse tambien los poetas galos, *passim*.

(4) « Anguinum appellatur. » PLIN., lib. XXIX, c. 1.

(5) FRÉRET, *Œuvres compl.*, t. XVIII, pág. 211.

(6) « Angues innumeri æstate convoluti, salivis faucium corporumque spumis artifici complexu glomerantur... » PLIN., lib. XXIX, cap. 3.

(7) « Experimentum ejus esse si contra aquas fluitet, vel auro vinctum... certa luna capiendum censent... » PLIN., lug. cit.

(1) « Ad victorias litium et regum aditus mire laudatur Insigne druidum. » Idem.

(2) Idem, ibid.

(3) Idem, lib. XII, cap. 2.

(4) « In modum furiarum, crinibus dejectis, faces præferebant... in furore turbatæ. » TACIT, *Annal.*, lib. XIV.

(5) PLUTARCO, *De oracul. cess.*

(6) « Galli Senas vocant. » MEL., lib. III, cap. 5. — En los manuscritos se lee *Gallizenas*, *Galligenas*, *Barrigenas*, y otras variantes mas ó ménos corrompidas. — *Sena* es ahora la isla de *Sain*.

(7) « Non nisi deditas navigantibus, et in id tantum, ut se consulerent, profectis. » MEL., lib. III, cap. 5.

(8) « Putant ingeniis singularibus præditas, maria ac ventos concitare carminibus, seque in quæ velint animalia vertere, sanare quæ apud alios insanabilia sunt, scire ventura et prædicare. » MEL., lib. III, cap. 5.

(9) Εν δὲ τῷ ωκεανῷ φάσιν εἶναι νήσον μικρὰν, οὐ πάνυ πελαγίαν, προκειμένην τῆς ἐκβολῆς τοῦ Λείγηρος ποταμοῦ, οἰκεῖν δὲ ταύτην τὰς τῶν Σαμνιτῶν (Ναμνιτῶν) γυναῖκας... ESTRAB., lib. IV, pág. 198.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Una vez al año, si ha de darse crédito á los escritores antiguos, celebraban estas mujeres una fiesta sanguinaria, en la cual eran á la vez sacrificadoras y víctimas. Les estaba impuesta la obligacion de derribar y reconstruir el techo de su templo en el intervalo de una noche á otra (1), ceremonia simbólica, que sin duda aludia al dogma fundamental del druidismo. El dia señalado, apénas salia el sol se trasladaban al templo coronadas de hiedra y de hojas verdes (2); allí se apresuraba cada una á derribar el techo antiguo, romper el maderaje, dispersar la paja que lo cubria, y en seguida llevaban y preparaban los materiales del nuevo : si una de ellas por desgracia dejaba caer al suelo algunos de estos materiales sagrados, estaba perdida ; un grito horrible que se alzaba de todas partes era su sentencia de muerte ; trasportadas todas de súbito frenesí se arrojaban sobre su compañera, la herian, la hacian pedazos y arrojaban aquí y allí sus carnes sangrientas (3). Creyeron encontrar los Griegos en estos ritos abominables el culto no ménos abominable de su Baco (4), así como compararon con las orgías de Samotracia otras orgías druídicas, celebradas en una isla inmediata á la Bretaña (5), á la cual no llegaban los viajeros, pero donde se oian á lo léjos en el mar gritos furiosos y la ruidosa armonía de los címbalos.

La religion druídica, si no habia introducido en la Galia los sacrificios humanos, los habia multiplicado no obstante ; y creía que la vida de un hombre podia rescatarse por la de otro (6), como si hubiese dependido de los exorcismos del sacerdote impedir una trasmigracion inminente, por el acto de dar á los ministros de la metempsicósis otra criatura de la misma éspecie. No ménos, pues, por un interes supersticioso que por una venganza bárbara, acostumbraron por mucho tiempo los Galos á matar á sus prisioneros de guerra : y la misma supersticion los inducia á indagar en el seno de un enemigo muerto entre tormentos el secreto de su destino, ó el éxito de una batalla próxima y el porvenir de su patria. Entre los Cimbros de allende el Rhin, iban siempre en las expediciones militares ciertas viejas canosas, descalzas y con túnica blanca, ceñida á las caderas con un cinturon guarnecido de cobre (7), y en medio del campo alzaban su aparato de hechicería, que consistia en una enorme caldera de cobre, grandes cuchillos y un escabel. Cuando estas horribles sacerdotisas habian elegido entre los prisioneros una víctima, la ataban y suspendian encima de la caldera ; una de ellas subia al escabel, lo heria en la garganta y recibia su sangre, que les servia de signos proféticos, que ellas interpretaban, y en seguida se repartian sus miembros y vísceras palpitantes (8).

En la Galia presidian los hombres á estas bárbaras supersticiones; herian á la víctima en el diafragma, y deducian sus pronósticos de la postura en que caía, de las convulsiones de sus miembros, y de la abundancia y color de su sangre (9) : alguna vez la crucificaban en el interior de los templos ó la mataban á flechazos (1).

El ceremonial mas usado y mas solemne para los sacrificios humanos era tambien el mas atroz. Construian con ramas de mimbre y de sauce y con heno un gran coloso de figura humana, el cual llenaban de hombres vivos; lo colocaban en una pira; un sacerdote arrojaba á ella una antorcha encendida, y en breve desaparecia el coloso en medio del humo y de las llamas (2). Los cantos de los Drúidas, la música de los Bardos, las aclamaciones de la multitud cubrian los gritos de las víctimas, y el crédulo Galo se persuadia de haber salvado la vida á su familia, prolongado la suya, asegurado la gloria de la patria, y hecho ascender al Cielo un incienso de su predileccion. El politeísmo galo por su parte no era ménos cruel que el druidismo : los altares de Tarann y de Teutátes vieron correr la sangre no ménos que la encina consagrada á Heso ó las orgías de la Armórica (3).

Separemos la vista de estos horrores, que por fortuna, grato nos es decirlo, no eran ya mas que un recuerdo en la época que estamos describiendo. Entónces, si se abria aun el coloso de mimbres, si del medio de las llamas salian todavía voces humanas, eran las voces de los malhechores, condenados por la justicia á la pena capital, porque derivándose la ley entre los Drúidas de una fuente celeste, se imponia el castigo en nombre de la religion por el ministerio de los sacerdotes. Así los asesinos, los bandidos y las ladrones sufrian el suplicio del fuego (4). Verdad es que un historiador afirma que, á falta de reos, se quemaba alguna vez á inocentes (5) ; pero jamas faltaban víctimas voluntarias entre este pueblo pródigo de su vida, y los fanáticos que se daban la muerte por acompañar al país de las almas á un padre, á un amigo, á un patrono, no se detenian por algun padecimiento de mas, cuando se trataba de salvar á aquellos la vida. Los Drúidas tenian la custodia de los condenados reservados para los sacrificios particulares y públicos ; los tenian alguna vez hasta cinco años en prision para prepararlos á ellos con mas ventaja, y cuando por consecuencia de haberse dulcificado las costumbres llegaron á ser bastante raros los sacrificios humanos, hicieron pagar caro á los ricos enfermos el privilegio de tales víctimas. La multitud que no podia pretender tanto, suplia esta falta con donativos votivos; y en los templos y en las lagunas sagradas se acumularon inmensas riquezas de barras de oro y de plata, de dinero, de vasos preciosos y de botin cogido al enemigo. Aun cuando aquellas lagunas y aquellos templos se hallaban la mayor parte abiertos y sin guardias, estaban seguras en ellos tales riquezas, porque ninguno habria osado alargar una mano sacrílega sobre aquella propiedad de los dioses (6).

Tiempo es ya de que expongamos la constitucion

(1) Εθος δ' εἶναι κατ' ἐνιαυτὸν ἅπας τό ἱερον αποστεγάθεσθαι καὶ στεγάθεοθαι πάλιν συθὴμερον προ δύσεως, ἑκάστης φορτίον επιφερούσης. Idem, ibid.

(2) Dionys, Perieget. vs., 565 y sig.

(3) Ης δ' ἂν εκπέσοι τό φορτίον, διασπᾶσθαι ταύτην ὑπό τῶν ἄλλων. Estrab., lug. cit.

(4)
Hic chorus ingens
Feminei cœtus pulchri colit orgia Bacchi.

Fest. Avien. — Dionys. Perieg. Orbis peripl., vs. 565 y sig.

(5) Φησὶν εἶναι νῆσον ὑπό τῇ Βρεταννικῇ, κατ' ἣν ὅμοια τοῖς εν Σαμοτράκῃ πἔρὶ τὴν Δήμητραν καὶ Κόρην ιερὸποιεῖται. Estrab., IV, pág. 198.

(6) Cæs., *Bell. gall.*, lib. IV, cap. 16.

(7) Πολύτριχες, λευκείμονες, θῶσμα χαλκοῦα ἔυσαχοι. γυμνοπώδες. Estrab., lib. VII.

(8) Estrab., ibid.

(9) Ανθρωπον κατασπείσαντες τύπτουσι μαχαίρᾳ κατὰ τὸν ὑπὲρ τὸ διαφράγμα τὸπον, καὶ πεσόντος τοῦ πλη-γέντος, ἐκ τῆς πτώσεως καὶ τοῦ σπαραγμοῦ τῶν μελῶν, ἔτὶ δὲ νῆς αἵματος ρύσεως, τὸ μέλλον νοοῦσι. Diod. Sic., lib. V, pág. 308.

(1) Estrab., lib. IV, pág 198

(2) « Immani magnitudine simulacra habent, quorum contexta viminibus membra vivis hominibus complent, quibus succensis, circumventi flamma exanimantur homines. » Cæs., *Bell. Gall.*, libro VI, cap. 16. — Κατασκευάσαντες κόλοσσον χὸρτον καὶ ξύλον εμβάλοντες εἰς τοῦτον. Estrab., lib.,IV, pág. 198.

(3) Lucan, *Phars.*, lib. I, vs. 444 y sig.; lib. III, vs. 400 y sig. — Lactant. *Divin. instit.* lib., I, cap. 21. — Minuc. Félix, cap. 30.

(4) « Supplicia eorum qui in furto, aut latrocinio, aut aliqua noxa sunt comprehensi, gratiora diis immortalibus esse arbitrantur. » Cæs., lug. cit.

(5) « Sed quum ejus generis copia deficit, etiam ad innocentium supplicia descendunt. » Idem, ibid.

(6) « Neque sæpe accidit ut, neglecta quispiam religione, aut capta apud se occultare, aut posita tollere auderet. » Idem, cap. 17. Diod. Sic., lib. V, pág. 305. — Estrab., lib. IV, pág, 88.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del sacerdocio druídico y la extension de sus prerogativas. Ante todo diremos que estaba dividido en tres jerarquías : los *Drüidas* propiamente dichos, los *Ovates* ó *Vates* (1), y los *Bardos* (2).

Los Drúidas, ú *hombres de las encinas* (3), habian recibido este nombre á causa de la vida solitaria que hacian en los bosques antiguos consagrados al culto, los cuales eran con preferencia de encinas (4). Formaban estos la clase superior y docta del órden, porque á ellos estaba exclusivamente reservado el estudio de las ciencias religiosas y civiles, de la teología, de la moral y de la legislacion (5). La educacion pública formaba parte tambien de sus atribuciones, y no la ménos importante. Su instruccion, puramente verbal, estaba extendida en versos, á fin de que se grabasen mejor en la memoria. No escribian cosa alguna, ó á lo ménos, cuando por las relaciones comerciales con Marsella se hizo comun en la Galia el uso de las letras griegas (6), no permitieron á los profanos escribir lo que ellos enseñaban.

Estaba confiada á los Ovates la parte exterior y material del culto y de la celebracion de los sacrificios. En esta cualidad estudiaban especialmente las ciencias naturales aplicadas á la religion, la astronomia, la adivinacion por medio de las aves y de las entrañas de las víctimas, la medicina, todo lo que en suma entendian los Griegos por *fisiología* (7). Vivian en la sociedad, cuyos movimientos dirigian en gran parte. En medio de las ciudades, en la corte de los jefes, en compañía de los ejércitos, en todas las circunstancias de la vida imponian la voluntad del cuerpo poderoso, del cual eran intérpretes, y no se verificaba ninguna ceremonia privada ó pública, ningun acto civil ó religioso sin su ministerio.

El tercero y último grado del sacerdocio comprendia los Bardos, que eran los poetas sagrados y profanos de la Galia (8). Hacian estos como los Ovates, vida secular; su ministerio era instruir y agradar; en la reuniones del pueblo referian las tradiciones nacionales, y en el hogar las del jefe de la familia; ellos admiraban á los guerreros en el campo de batalla, celebran su gloria despues del triunfo, y distribuían á todos aplauso y censura con tal libertad, que solo podia proceder de un carácter inviolable (9). Grande era tambien la autoridad de su palabra, y omnipotente sobre los ánimos el efecto de sus versos. Muchas veces se les vió interponerse en las guerras intestinas de la Galia, desarmar á los combatientes furiosos, y detener la efusion de sangre (1) : un escritor antiguo dice que á la suave armonía de sus liras se calmaban las pasiones mas ardientes. así como las bestias feroces, por encantamiento (2). Acompañaban el canto con un instrumento llamado *rotta*, que tenia mucha semejanza con la lira de los Helenos (3).

El órden de los Drúidas era electivo, pero como tenian en su mano la educacion, podian hacerse fácilmente partidarios y elegir por su medio á quien querian. El noviciado, tiempo de pruebas severas pasado en la soledad en el interior de los bosques ó en las cavernas de las montañas, duraba alguna vez veinte años, porque los novicios debian aprender de memoria aquella inmensa enciclopedia poética que contenia la ciencia del sacerdocio (4). Cada una de las clases inferiores de la jerarquía estudiaba la parte que se referia á su ministerio; pero el Drúida debia saberlo todo. Un Drúida supremo ó gran pontífice, revestido durante toda su vida de una autoridad absoluta, cuidaba de mantener intacta la institucion ; despues de su muerte le sucedia el que era superior á los otros en dignidad, y si habia muchos pretendientes con títulos iguales, el órden decidia en asamblea general, á pluralidad de votos. No faltan ejemplos de que estas elecciones concluyesen violentamente; los candidatos rivales desplegaban el estandarte de la guerra civil, y la espada decidia (5). En ciertas épocas del año se reunian los Drúidas en tribunales de justicia. Allí acudian los que tenian litigios ; allí eran conducidos tambien los delincuentes, sometiéndose á la jurisdiccion de los Drúidas los juicios de muerte y de hurto, las cuestiones respecto de la herencia y á los límites de las propiedades, todos los negocios, en fin, de interes general y privado. Ellos imponian penas, determinaban compensaciones, y concedian premios (6). La mas solemne de estas asambleas se celebraba una vez al año en el país de los Carnutos, en un sitio consagrado que se creía ser el centro de toda la Galia, y allí concurrian á porfía los habitantes de las provincias mas remotas (7).

Ahora hien, fácil es imaginar qué despotismo debia y podia ejercer sobre una nacion supersticiosa una casta de hombres depositarios del saber, autores é intérpretes de toda ley divina y humana, remuneradores, jueces y verdugos, de los cuales, viviendo unos mezclados entre los ciudadanos espiaban y vigilaban todas sus acciones, y apartándose otros de todas las

(1) Ουατεῖς. Estrab., ibid. pág. 197. — *Eubages*, ó mas bien *Eubates*. — Am. Marcel., lib. XV, cap. 90. — En las tradiciones galas, Ovydd. *Archæolog. of Wal.*, passim. — W. Owen. *Præf. of Llyœars Hen.*, pág. 21 y sig.

(2) *Bardos*, Βαρδοι, *Bard* (gaël.), *Bardd* (cimb.), *Barz* (armor.). *Bardus*, gallice cantor appellatur. Fest, *epit.*, col. 258.

(3) *Druides*, Δρυΐδαι, *Drysidæ*, *Derwydd*, *Dervyddon*, en lengua címbrica *Derw* (cymr.), *Deru* (amor.), *Dair* (gaël.), *encina*. Diodoro de Sicilia traduce en griego la palabra *Druides* por Σαρονΐδαι, que significa tambien *hombres de las encinas*.

(4) « Clam. in a bditis saltibus. » Mel., lib. III, c. 2.

(5) Φιλοσοφοι καὶ θέολογοι. Diod. Sic., lib. V, pág. 308.— Δρυΐδαι καὶ τὴν ηθικὴν φιλοσοφίαν ασκουσι. Estrab., lib. IV, pág. 197. — « Druidæ, ingeniis celsiores, quæstionibus occultarum rerum aliarumque erecti sunt. » Am. Marcel., lib. XV, cap. 9.

(6) « Neque fas esse existimant ea litteris mandare, quum in reliquis fere rebus, publicis privatisque rationibus græcis litteris utantur. » Cæs., *Bell., Gall.*, lib. VI, cap. 14.

Ουατεὶς ἱεροποιοὶ καὶ φυαιόλογιο. Estrab., lib. IV, pág. 197. — Οὗτοι δέ διὰ τετῆς οιονοσκοπίας καὶ διὰ τῆς τῶν ἱερείων θυσίας τὰ μέλλοντα προλέγουσι. Diod. Sic., lug. cit. « Eubates vero scrutantes seriem, et sublimia naturæ pandere conabantur. » Amm. Marcel,, lib XV, c. 9. — « Phy siologiam Græci appellant. » Cicer., *De Divinat.*, lib. I, p. 270.

(8) Ραρδοι ὑμνήται ποιηταὶ. Estrab., lib. IV, pág. 197. — Diod. Sic., lib. V, pág. 308. — *Posidon.* seg. Aten., lib. IV, cap. 13. — Lucan., *Phars.*, lib. I, vs. 449.

(9) Fortia virorum illustrium facta... cantilant. Amm. Marcell., lib. XV, cap. 9. — Οὓς μὲν ὑμνοῦσιν, οὓς δὲ βλασφημοῦσι. Diod. Sic., lib. V, pág. 308.

Vos quoque qui fortes animas belloque peremptas
Laudibus in longum, vates, dimittitis ævum,
Plurima, securi, fudistis carmina, bardi.

Lucan., lib. I, 447.

(1) Diod. Sic., ibid. — Estrab., lib. IV, pág. 197.

(2) Ωσπερ τιτὰ θηρία κατεπάσαντες. Diod. Sic., ibid.

(3) Ορ̣γανα ταῖς λύραις ὅμοια. Diod. Sic., lug. cit. — *Chrotta* britanna canat. Fortunat, I, VII, carm 8. — *Crait.* (gaël), *Crwdd* (cymr.) Llamaban rotta en la edad média á una especie de vihuela de que se servian los menestrales.

(4) « Magnum ubi numerum versuum ediscere dicuntur; itaque annos nonnulli vicenos in disciplina permanent. » Cæs., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 14. — « In specu, aut in abditis saltibus. » Mel., lib. III, cap. 2.

(5) « Hoc mortuo, si quis ex reliquis excellit dignitate, succedit; at si sunt plures pares, suffragio Druidum deligitur, nonnunquam etiam de principatu armis contendunt. Cæs., *Bell. Gall.*, ibid., cap. 13.

(6) « Si quod est admissum facinus, si cædes facta, si de hereditate, si de finibus controversia est, idem decernunt, præmia pænasque constituunt. » Cæs., lib. VI, cap. 13. — Estrab., lib. IV, pág. 197.

(7) « Certo anni tempore in finibus Carnitum, quæ regio totius Galliæ media habetur, considunt in loco consecrato : hic omnes undique qui controversias habent conveniunt. » Cæs., *Bell. Gall.* I, VI, cap. 23.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

miradas, lanzaban desde sus profundas soledades sentencias inapelables. Desgraciado el que no venerase aquellas terribles sentencias; era privado de toda cosa santa, consagrado al horror público como sacrílego é infame, y abandonado por sus parientes; su presencia se creía contagiosa; podia ser impunemente despojado, golpeado y muerto, y no encontraba ya piedad ni justicia (1). Ni la posicion ni el mérito garantizaban á uno contra la excomunion, y miéntras fué omnipotente esta arma en manos de los Drúidas, no tuvo límites su imperio, y pudieron decir los escritores extranjeros que « los reyes de la Galia en sus » dorados sillones, en medio de toda la pompa y » magnificiencia, eran ministros y siervos de los sacerdotes. »

Sin embargo, no estuvieron siempre sometidos á ellos, porque habiéndose sublevado en contra las familias soberanas de las tribus, sacudieron en parte su yugo, y establecieron una aristocracia militar independiente. Ofreció entónces la Galia un espectáculo igual al que presentó la Europa moderna en tiempo del feudalismo, ó mas bien al de la Irlanda y la Escocia bajo la autocracia de los jefes de *clan* : la violencia y la anarquía reinaron ilimitada, pero pasajeramente, desde la mitad del siglo segundo hasta mediados del tercero. Entónces no hacian ya ninguna expedicion exterior, destrozados como estaban interiormente por innumerables é interminables guerras; cada pequeño jefe era un déspota absoluto en su país, no obedeciendo mas que á la fuerza del mayor número; se aliaban los jefes para conquistar y saquear, y en pocos años fundaba la espada monarquías que en ménos tiempo todavía eran destruidas por la misma. De este modo llegaron á ser los reyes de Arvernia dueños por breve tiempo de toda la Galia Meridional desde el Mediterráneo al Océano (2); de esta manera los reyes bellovacos y atrebatos devastaron alternativamente la Bélgica; y Diviciaco, rey de los Suesones, no solo sojuzgó este país, sino que tambien abrió el primero la Bretaña á las invasiones de los Belgas, conquistando toda su costa oriental (3).

No se quitó, sin embargo, todo el poder á los sacerdotes con esta revolucion : habiendo conservado toda su influencia, como órden religioso y sabio, y con aquella porcion tambien de las prerogativas civiles, representaban aun un papel importante; estaban exentos de los impuestos y del servicio militar, dirigian la educacion, y aplicaban las leyes civiles lo mismo que las criminales. Pero estos privilegios, salvados del naufragio, eran propios casi exclusivamente del primer grado del órden, de aquella clase de Drúidas especulativos que vivian solitarios y alejados de la sociedad : las otras dos clases seculares de los Ovates y de los Bardos sufrieron gravemente en los suyos, y dieron despues señales del mayor envilecimiento. Los Ovates se convirtieron en simples adivinos que acompañaban á los ejércitos, y si me es permitida la expresion, en capellanes de los jefes de las tribus y de los reyes. Mayor alteracion sufrió todavía el carácter del Bardo, el cual perdió toda dignidad personal por haber decaido la reputacion de que gozaba su ministerio. No fué ya el altanero poeta, que inspirado por la Divinidad, hacía cesar con su canto el rumor de las armas, y era justo dispensador de aplauso y de censura. En el nuevo estado de cosas se convirtieron los Bardos en cortesanos de los grandes, *parásitos* (4), como los llamaban los extranjeros, aduladores del señor por deber, y satíricos pagados para difamar á sus enemigos.

El siguiente rasgo dará á conocer bastante la variacion que produjo en breve tiempo su condicion servil en aquellos nobles ministros de la ciencia. Un rey de los Arvernios, el célebre Luern, cuya magnificencia y banquetes hemos referido en otra parte, tenia muchos de estos bardos asalariados en su corte : el dia de una fiesta espléndida llegó tarde uno de ellos al banquete, cuando ya se levantaba la mesa, y subia Luern en su carro. Para desahogar el dolor de este contratiempo, tomó el poeta la *rotta*, y en tono melancólico y grave celebró primero la generosidad de su señor y la esplendidez de sus banquetes; despues compadeció la suerte infeliz del pobre bardo, que habia llegado demasiado tarde (1), y corria cantando detras del carro real. Agradaron sus versos al monarca, que para consolarlo le arrojó una bolsa llena de oro. Se baja el bardo, la recoge, y principiando de nuevo su canto, expresa en tono alegre y gozoso su satisfaccion : « ¡ Oh rey! exclama el poeta en la » embriaguez de su reconocimiento, el oro brota bajo » las ruedas de tu carro, y haces que nazca bajo tus « plantas la felicidad de los mortales (2). »

No obstante las prerogativas que conservaron los Drúidas propiamente dichos, el envilecimiento de las dos clases inferiores, que produjo la descomposicion del cuerpo social, quitó á la teocracia toda esperanza de reaparecer. Y conforme se fué consolidando el nuevo órden de cosas, progresó la civilizacion, y las luces de los demas países vinieron á disipar las tinieblas de la ignorancia, en que tenia el sacerdocio á la Galia; cercenáronles los privilegios, y la autoridad política limitaba cada vez mas su supremacía civil. Por consecuencia de esta lucha y de este decaimiento se resintieron tambien los estudios y la ciencia de los Drúidas, y los jóvenes destinados al sagrado ministerio tuvieron que trasladarse en breve á Bretaña, si querian recibir una instruccion mas sólida, y conocer de cerca la constitucion y el poder druídico, del cual solo presentaba ya la Galia una sombra y un recuerdo (3).

La revolucion aristocrática fué ventajosa á la Galia, desarrollando en ella el gérmen de otra revolucion mas saludable. Á causa del engrandecimento y multiplicacion de las ciudades, se habia formado un nuevo pueblo aparte, que se hallaba en disposicion de conocer y querer la independencia; y la quiso: y favorecido por las disensiones de los jefes de la aristocracia, llegó poco á poco á alcanzarla. Surgieron en las ciudades un nuevo principio y nuevas formas de gobierno; verificábanse las elecciones por el sufragio popular y no por el derecho hereditario; fueron expulsados los reyes y los jefes absolutos, y confiado el poder á magistrados libremente consentidos. Pero la aristocracia hereditaria no se dejó despojar sin oposicion; con el apoyo del pueblo de los campos movió á las ciudades una guerra larga y de várias vicisitudes, primero para defender, y despues para recuperar sus prerogativas, cuyas pretensiones resistieron aquellas con una constancia igual á su entusiasmo.

Mucho contribuyó ciertamente al triunfo de las ciudades la constitucion que desde luego se dieron. Ya por hábito del antiguo estado social, ó ya por la necesidad de oponer á un enemigo disciplinado la fuerza de una disciplina igual, se habia dividido la poblacion urbana en tribus, y formaba clientelas

(1) « Quibus ita est interdictum, in numero impiorum sceleratorum habentur, iis omnes decedunt, aditum eorum sermonemque defugiunt, ne quid ex contagione incommodi accipiunt... » Cæs., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 13.

(2) Estrab., lib. IV, pág. 196.

(3) Cæs., *Bell. Gall.*, lib. II.

(4) Οὺς καλοῦσι παρασ τους... τὰ ακούσματα αυτῶν εισὶν οἱ καλουμενοι Βάρδοι. *Posid.* seg. Aten., lib. VI, cap. 11.

(1) Εαυτὸν δ' ὑποθρήνειν ὅτι ὑστέρηκε. *Posid.* seg. Athen., lib. IV, cap. 13.

(2) Ανελομενόν δ' εδεῖιον πόλιν ὑμνεῖν λέγοντα, διὸ καὶ τὰ ἴχνη τῆς γῆς εφ' ἧς αρμοτηλατει, χρυυσον καὶ εὐεργεσίας ανθρώποις φέρει. *Posid.* seg. Athen., lib. IV, cap. 13.

(3) « Et nunc qui diligentius eam rem (disciplinam) cognoscere volunt, plerumque illo (in Britanniam) discendi causa proficiscuntur. » Cæs., *Bell. Gall.*, lib. VI, cap. 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ficticias á las órdenes de patronos de libre eleccion. Los débiles, los pobres y los artesanos se ligaban voluntariamente por toda la vida á hombres poderosos, bajo las mismas condiciones que los clientes de los campos estaban necesariamente ligados al jefe hereditario del canton (1). Pero eran esencialmente diversas en el fondo estas dos especies de clientela. Siendo personal la de las ciudades, ni ligaba á las familias, ni daba derecho alguno al hijo del patrono, ni imponia obligacion alguna al hijo del cliente : luego que habia muerto el patrono, quedaban libres los clientes, ó se sometian á su gusto á la dependencia de otro. Ademas, como una numerosa clientela era prueba de gran mérito, y abria el camino á los primeros cargos de la ciudad (2), el interes de los patronos exigia tratar bien á sus clientes y protegerlos contra las vejacioness ya emanasen de los particulares ó ya del gobierno. Si un patrono hubiese oprimido ó dejado vejar á los suyos, habria perdido toda su influencia en el Estado, y su clientela se habria disminuido al instante (3). Esta institucion, útil en tiempos de lucha, porque daba unidad á los esfuerzos, tuvo inconvenientes, despues de la victoria. Con demasiada frecuencia, como puede prever cualquiera y como lo demostrará el curso de esta historia, peligró la libertad por efecto de aquello mismo que estaba destinado á sostenerla. No permaneció indiferente ni inactivo el sacerdocio en esta revolucion, que podia restituirle parte de la antigua autoridad, ó vengarlo cuando ménos de sus enemigos, y tuvo motivos para quedar contento de haber favorecido eficazmente en muchas ciudades la causa del pueblo, porque algunas constituciones dieron participacion en el poder á los sacerdotes, con prerogativas mas ó ménos extensas.

No tuvieron el mismo carácter las constituciones producidas por la revolucion popular; variadas hasta lo infinito en las diversas ciudades por circunstancias particulares y locales, solo eran semejantes en su principio, estando fundadas todas sin excepcion alguna en la libre eleccion. No obstante esta multiplicidad de formas, todas pueden comprenderse en tres clases generales :

I. Gobierno de los *notables* (4) y de los sacerdotes, los cuales formaban un *senado* que nombraba un *juez* ó *vergobreto* (5) con derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos (6). Para contrabalancear esta terrible dictadura, era anual el cargo de vergobreto (7); no podia salir de los confines de la ciudad; n .debia haber en su familia otro vergobreto vivo aun ; ninguno de sus parientes podia pertenecer al senado miéntras estuviese él en ejercicio (8), y finalmente, en circunstancias graves nombraba el pueblo un jefe para la guerra, con poderes iguales á los suyos. Tal era la constitucion de los Eduos (9).

II. Gobierno de los *notables*, que formaban un senado soberano, ó elegian *jefes* civiles ó militares temporales ó vitalicios (10).

III. *Democracia pura*, en la cual el pueblo unido nombraba un *senado* ó *magistrados* y *reyes*, y donde, segun la expresion de uno de aquellos pequeños reyes populares, conservaba la multitud tanto poder sobre el jefe, como tenia este sobre ella (1).

No puede determinarse con exactitud la época en que se verificó este gran cambio en todas las ciudades de la Galia; se conoce no obstante que procedia el movimiento de los pueblos del Oriente y del Mediodía, y que á la mitad del primer siglo habia ya recorrido ciertamente toda la Galia, pero no en todas partes con igual éxito. Solo respecto de la nacion de los Arvernios podemos indicar dos épocas precisas. En el año 221 ántes de nuestra era estaba esta gobernada por un rey, hijo de rey : hácia el año 60 los magistrados y el pueblo de los Arvernios condenaban al fuego á un noble que habia atentado á la libertad pública, queriendo restablecer el proscripto y aborrecido gobierno de los reyes.

El espíritu de asociacion era la base de todo el sistema político de la Galia. Así como los clientes se reunian bajo la dependencia de un patrono, así tambien algunos de los Estados pequeños se constituían bajo la clientela de uno mas poderoso, sometiéndose á su patrocinio : y ademas los Estados igualmente poderosos se ligaban entre sí. Tenian leyes federales invariables y reconocidas por todos, las cuales determinaban las relaciones entre los diversos Estados, fijaban los servicios recíprocos, y determinaban sus derechos y deberes.

Si un pueblo era conquistado con las armas, quedaba súbdito, y como tal, comprendido dentro de los límites del pueblo conquistador, le pagaba tributo, recibia de él las leyes, y le daba rehenes perpetuos en garantía de su fidelidad.

La condicion de cliente era superior á la de súbdito. El pueblo cliente reconocia el gobierno del pueblo que habia elegido por patrono; no tomaba ni soltaba las armas sino por su órden, ni tenian otros amigos ó enemigos que los de este. En recompensa exigia su absoluta proteccion en el exterior, y muchas consideraciones en su administracion interior. No eran indisolubles los vínculos de clientela, y los Estados clientes podian abandonar por razones graves el patrono demasiado débil ó demasiado tiránico, deserciones que, cuando se multiplicaron, trastornaron el equilibrio político de la Galia.

Dos pueblos igualmente poderosos y en igual grado de la jerarquía federal se unian alguna vez en comunidad de intereses, leyes y gobierno, se hacian *hermanos* (2), segun la expresion ritual, la cual era la alianza mas íntima y santa. Motivos de mucha gravedad solamente podian justificar un rompimiento entre ellos; pero por mas que disintiesen en punto á opiniones, jamas olvidaban entre las animosidades de las guerras civiles que habian estado unidos por vínculos sagrados, y que se habian dado el nombre de hermanos (3).

Las confederaciones pequeñas se ligaban regularmente entre sí por medio de simples tratados ofensivos y defensivos.

En ciertas épocas las ciudades de cada confederacion enviaban diputados á una asamblea particular que cuidaba de los intereses de toda ella. En algunas circunstancias se reunian asambleas generales de toda la Galia, y todas las ciudades, sin excepcion, debian estar representadas en ellas. Cada uno de los miembros admitidos en estas asambleas se obligaba con juramento á observar profundo silencio acerca de las materias discutidas, y desgraciado el indiscreto ó el traidor.

En algunas ciudades sofocaban los magistrados con

(1) « In hoc eadem omnia sunt jura quæ dominis in servos. Cæs., lug. cit. — « Ambacti, clientesque. » Id., cap. 15.

(2) « Plurimos circum se ambactos, clientesque habent; hanc unam gratiam potentianque noverunt. » Cæs., lib. VI, cap. 15. — « Factionum principes sunt, qui summam auctoritatem eorum judicio habere existimantur, quorum ad arbitrium judiciumque summa omnium rerum consiliorumque redeat. » Ibid., cap 2.

(3) Idem, ibid.

(4) « Principes, potentiores, nobiles, optimates, equites. »

(5) « Ver-go-breith (gaël), hombre para el juicio. « Vergobretum appellant. » Cæs., *Bell. Gall.*, lib. I, cap. 16.

(6) « Vitæ necisque in suos habet potestatem. » Cæs., lug. cit.

(7) « Creatur annuus. » Idem, ibid.

(8) « Excedere ex finibus non liceret... duo ex una familia, vivo utroque, non solum magistratus creari (leges) vetarent, sed etiam in senatu esse prohiberent... » Cæs., ib. lib. VII, c. 33.

(9) Cæs., ib. passim.

(10) Idem, ibid.

(1) « Sua esse ejusmodi imperia, ut non minus haberet juris in se multitudo, quam ipse in multitudiinem. » Cæs., ib., lib., V, cap. 27.

(2) « Fratres consanguinei. »Id., lib. II.

(3) Cæs., *Bell. Gall.* passim.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

severas precauciones los rumores falsos ó imprudentemente esparcidos que hubieran podido conmover á la multitud. Todo pasajero ó extranjero que llevase de otra parte noticias importantes á la ciudad, debia declararlas primeramente ante los magistrados, y si parecia necesario el secreto, se le imponia su observancia bajo graves penas (1).

En medio de esta sociedad agitada por tantos intereses y pasionos, en la cual adquirian alguna vez suma importancia pequeños accidentes, se habia imaginado un medio de correspondencia tan ingenioso como rápido. Los aldeanos ocupados en el trabajo de los campos se comunicaban la noticia gritándosela uno á otro, y así volaba de aldea en aldea y de ciudad en ciudad con la velocidad del sonido (2). Un caso ocurrido en Genabo de los Carnutos al salir el sol, en el mes mas corto del año, podia ser conocido ántes de média noche entre los Arvernios, que se hallaban distantes de aquel punto ciento sesenta millas (3).

(C) pág. 89.

CARÁCTER DE POMPEYO.

« No conozo carácter mas prosáico que el de Pompeyo. Militó primeramente bajo la direccion de su padre Estrabon, y sus buenas disposiciones le granjearon felicitaciones. Prestó algunos servicios á Sila, destruyendo, con tropas asalariadas, las reliquias del ejército de Cinna y de Carbon, jefes de bando derrotados con frecuencia, y á quienes habia aterrado solo el rumor de la llegada de Sila; y en recompensa recibió los cumplidos de este que salió á su encuentro y le saludó con el nombre de *imperator*. Pero habiendo juzgado exactamente Sila á Pompeyo desde la primera vez que le vió, le adulaba tanto mas cuanto que comprendia que nada tenia que temer de él. Habia deslumbrado á Pompeyo la multitud de Romanos ó Italianos de consideracion que se habian trasladado al campo de Sila de todas partes donde subsistian aun los fautores de Mario; y miéntras no ofrecian aquellos al vencedor de este guerrero otra cosa mas que su persona y su obediencia, Pompeyo, por un refinamiento de sumision, le presentaba un pequeño cuerpo de buenos mozos aguerridos y organizados, que Sila no se cansaba de admirar. Toda la historia militar de Pompeyo se podria reducir á esto: elogios excesivos por fáciles empresas. Ahora bien, Pompeyo se juzgó á sí mismo segun los elogios excesivos que habia recibido, y no obró en muchas circunstancias sino con una especie de vacilacion que le inspiraba la conciencia de sus demasiado fáciles victorias. Pompeyo era hombre de pompa y de representacion: tenia hermosa presencia, maneras sostenidas y graves, cierta majestad que le hacía muy á propósito para figurar en las ceremonias, de tal modo que sus aduladores veian en él gran semejanza con Alejandro, cuyo nombre permitia de buena gana que se le diese. Era uno de esos ambiciosos que no tienen de la ambicion mas que la pompa y la magnificencia. Cuando no ejercia cargo público, en vez de procurar hacerse necesario con sus talentos y con sus conocimientos, en vez de frecuentar el foro, de acusar ó defender, como hacian todos los hombres distinguidos de su época, huía de los tribunales y demas puntos de reunion, no queriendo someter sus ideas, ni exponer su persona al público; afectaba mantenerse retirado en una especie de soledad majestuosa como el dios familiar de la república, á quien se nombraba jefe en todas las grandes crísis; recibia los homenajes como un tributo que se debia, y no consideraba á sus amigos políticos como sostenedores de su elevada posicion, que lo adulaban en proporcion de lo que esperaban de él, sino como á clientes que lo amaban por el honor de su amistad y que iban á ponerse á la sombra de su gloria. Cuando honraba á los Romanos con su presencia, lo que hacía muy raras veces para no ser pródigo de su persona, era un dia de espectáculo para el pueblo aquella larga fila de secuaces que acompañaban su litera; se silbaba y se aplaudia; se silbaba el fausto real de aquel hombre que no tenia energía bastante para hacerse rey, y se aplaudia por el despecho que el senado y la nobleza experimentaban á causa de aquel aire grandioso.

El dia del triunfo era el gran dia de Pompeyo. Despues de sus fáciles victorias sobre Mitrídates, y de su marcha por Oriente, que hizo decir á Lúculo que Pompeyo era un ave de corazon cobarde, que devoraba los cadáveres derribados por otro, y que disipaba los restos de las guerras hechas por los demas, prolongó dos dias su triunfo, y jamas habia presentado un triunfador tan larga serie de inscripciones con los nombres de los países conquistados. Para multiplicar estas inscripciones, penetró Pompeyo en las provincias cuyos pueblos estaban sojuzgados ó eran tan débiles que no podian oponer séria resistencia. Los nombres de algunos distritos de Asia, que Pompeyo habia trasformado en provincias, y de algunas tribus, á las cuales habia convertido en otras tantas naciones, se presentaban en la lista de sus conquistas. Donde no habia podido en conciencia hacer prisioneros por falta de resistencia, habia recogido objetos curiosos, trajes de guerra y varios utensilios, conducido voluntariamente todo por los indígenas para hacer el papel de prisioneros. Veíanse en su triunfo piezas de vajilla de cristal, láminas de oro, una montaña de oro con gamos y leones, y su propia estatua sembrada de perlas.

Precedido de retratos, de cuadros y de efigies; seguido de príncipes prisioneros, de provincias conquistadas, realmente la mayor parte, y las otras de contrabando, se embriagaba con su triunfo, no ya por la estimacion que le granjease entre el público, sino por la satisfaccion que experimentaba al verse en su carro dominando el inmenso tropel de aquella multitud que lo aplaudia tanto mas cuanto ménos le temia. Ni daba él este espectáculo á los Romanos, sino á sí mismo; era triunfador casi de le manera que Neron era histrion, por deleite propio; no tenia ya ambicion el dia en que podia serlo todo, y despues de lo que daba á la vanidad, no le quedaba nada que dar al porvenir. Era el maestro de ceremonias de su propio triunfo, y su táctica respecto de las fiestas triunfales se parecia bastante á su táctica relativamente á las batallas, sobresaliendo mas en disponer un triunfo que un combate.

En cuanto habia bajado de su carro, recobraba vigor su ambicion; aspiraba al imperio, pero no osaba apoderarse de él; no queria colocarse en él, ni podia sufrir á otros, y hubiera deseado que se le hubiera ofrecido solemnemente por tocadores de flauta y por los colegios de sacerdotes un dia que Roma estuviese tan embriagada con su gloria que se le entregára voluntariamente. Este falso grande hombre no comprendia que las naciones no se entregan sino á quien sabe tomarlas; que no hay pueblo tan abyecto que se ofrezca como una cortesana, y que cuando una república ha degenerado hasta el punto de necesitar el despotismo para vivir, es menester que el hombre que aspira á tanto, aparente á lo ménos apoderarse de ella con un golpe de mano, para ahorrarle la vergüenza de haberse entregado á su autoridad. Pompeyo no veía el poder mas que en los honores extraordinarios, aun cuando vivia en un país donde un simple tribuno era alguna vez jefe de la nacion; pero tenia necesidad

(1) Idem, ibid.

(2) « Ubi major atque illustrior incidit res, clamore per agros regionesque significant, hunc alii deinceps excipiunt, et proximi tradunt. » Idem, lib. VII, cap. 3.

(3) « Quæ Genabi oriente sole gesta essent, ante primam confectam vigiliam, in finibus : Arvernorum audita sunt : quod spatium est millium circiter CLX. » Ibid.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de parecer mas que de ser, y era ménos peligroso para la libertad cuando estaba colocado en la cúspide de los honores, que cuando se hallaba en la condicion privada, porque entónces trabajaba por los honores de la misma manera que se trabaja por el poder, sirviéndose de medios que siempre son funestos á la libertad. Dictador, era ménos de temer que simple ciudadano, porque revestido de la dictadura era mucho mas moderado que en otro cargo cualquiera, y cuando estaba privado de ella, trastornaba el Estado como si hubiera aspirado á alguna cosa mayor.

A esto se redujo su política en el interior : quererlo todo y no atreverse á nada; lo cual no quiere decir que Pompeyo no cometiese nunca violencias, pues ántes por el contrario, pocos hombres cometieron mas ni tan inconsideradas como él. Le ocurrió salir de una eleccion con la toga manchada de sangre, y hacer que su esposa abortára á la vista de aquella sangre que creyó era suya. Las suyas eran mas bien represalias de plaza pública que violencias, y no tenia ni los hábitos de un tirano, ni los de un ciudadano. Cometia ó dejaba cometer asesinatos para no llegar mas que al segundo puesto; y cuando podia llegar al primero sin derramar una gota de sangre, no tenia valor para ello.

Tenia Pompeyo á su servicio y sueldo emisarios que le alababan sin medida, los cuales en sus momentos de soledad redoblaban su ardor para hacer de modo que no obstante su ausencia pareciese que estaba presente. Era este una especie de grito de cien voces, de cuya manera sugeria Pompeyo su eleccion, y que no permitia se olvidase su nombre un solo instante. Ademas de estos emisarios, tenia muchos amigos encargados de solicitar para él cargos y de hacerle ofrecer los mandos extraordinarios, y á quienes él se reservaba recusar si no tenia éxito la intriga. En todas las ocasiones y á cada momento, bien fuera que estallase la guerra en el interior ó en las fronteras, ó bien que estuviese gravemente turbado el órden en Roma, este enjambre de panegiristas asalariados y de clientes entusiastas presentaba á Pompeyo al pueblo y al Senado como el único hombre capaz de impedir la crísis ó de hacerla resultar en beneficio de la república. Pompeyo que, encerrado en el interior de sus jardines, estaba al corriente de todos estos manejos, y dirigia sus hilos, si veía que la cosa era aceptada por el pueblo, salia de su santuario y se dignaba sostener con su presencia una solicitud que parecia ser una aclamacion general; si se le advertia por el contrario que el pueblo manifestaba repugnancia, hacía divulgar, por medio de una parte de sus emisarios, especialmente encargada de desmentir á la otra, que jamas habia pensado levantar tanto sus pretensiones. Diez veces sostuvo este papel con grave escándalo de las porsonas honradas, que despreciaban á un hombre, bastante fuerte para amenazar á la libertad, pero no bastante atrevido para encadenarla.

Miéntras estaba Pompeyo en Asia, un tribuno, amigo suyo, pidió que se le llamase con su ejército para restablecer la constitucion violada por la muerte ilegal de los cómplices de Catilina. Esta fué la única vez que inspiró una especie de terror. Se habia cubierto de gloria en la guerra contra los piratas, y habia recorrido el Asia conquistando, aceptando la rendicion de las ciudades, y acabando con los últimos vestigios de resistencia. Mitrídates, el único enemigo imponente de la república, una vez derrotado por Pompeyo, no habia sobrevivido á su derrota. Encontrábase este ademas á la cabeza de un poderoso ejército, que habia enriquecido con los despojos del Asia; comenzábase, pues, á comparar su posicion con la de Sila, y muchos temieron que le ocurriera el deseo de completar las semejanzas que la fortuna se habia complacido en establecer entre él y aquel grande hombre. Viéndole tan poderoso como aquel, lo creían igualmente emprendedor. Pero si entrambos contaban con un hermoso ejército y con victorias, no tenian el mismo genio. En tanto que Roma temia á Pompeyo, y que sus emisarios amenazaban á sus enemigos personales, y especulaban sobre la audacia que no tenia, el tribuno, que habia pedido para él la dictadura, y que habia ido á reunírsele á Asia, no economizaba exhortaciones y consejos para determinarle á imitar á Sila y á sus legiones. Pompeyo ni afirmaba ni negaba, pero tomaba el camino de Italia á la cabeza de su ejército, esperando dos cosas, ó que Roma le enviaria por medio de correos un decreto nombrándolo dictador, ó que á fuerza de ver á los Romanos temblar ante su fortuna, concluiria él por no tenerles ya miedo. Se parecia mucho á un charlatan que no tiene la pretension de crerse inspirado; pero que viéndose tratado como tal por la multitud, concluye por persuadirse que verdaderamente lo está. Llegado que hubo á Brindis, licenció su ejército y le citó para Roma el dia de su triunfo, encaminándose á la ciudad bajo las apariencias de simple procónsul, orgulloso por tranquilizar á la república despues de haberse dado la insignificante gloria de hacerla temblar. Fué recibido con tanto mayor fanatismo, cuanto mayor era el consuelo por tener solo que incensar á quien se habia creído que se debia temer, y por festejar á un ídolo en vez de adular á un tirano. La vanidad de Pompeyo estuvo en su elemento, porque una vuelta á la manera de Sila le hubiera embarazado, no sabiendo qué hacer de una dictadura usurpada, cuando por el contrario, su vuelta modesta y legal, no solo dejaba intactos sus honores, sino que le daba ademas el mérito de obedecer las leyes que habia pedido violar.

Ninguno hizo á la república mayor daño que Pompeyo, porque no hay enemigos peores de las repúblicas que aquellos que, no sabiendo contentarse con los poderes establecidos por la constitucion, no saben hacerse superiores á la constitucion misma, y no quieren ni permanecer dentro de la ley ni salir de ella, ni obedecer ni usurpar. Despues de Sila ya no habia héroes, porque todos los hombres de mérito habian muerto en las reacciones civiles ó en las guerras. Esta falta de hombres grandes favoreció á Pompeyo. Tuvo gloria mas bien que talento, influencia mas bien que mérito, como suele suceder despues de un grande estado de postracion semejante á aquel en que Roma habia caído. Esta gloria precoz y fácil lo hizo muy gravoso á la república, cuyos honores regulares y legales, muy superiores á su mérito, parecian siempre inferiores á su gloria. La ambicion de Pompeyo no se regulaba segun su aptitud, sino segun su reputacion, de manera que parecia que pedia siempre, no lo que merecia, sino lo que le competia. Arruinaba al Estado con sus intrigas, y porque no queria hacerse su dueño, ni sufria que hubiera ciudadano mas elevado que él, ocurrió que se halló una vez la república sin magistrado y sin gobierno. Entretanto los tribunos adictos á Pompeyo excitaban tumultos populares, ó alegaban tambien presagios siniestros á fin de suspender las elecciones, y así pasaron cinco meses, durante los cuales no hubo ni cónsules, ni jueces, porque Pompeyo no lo queria, y no osaba ocupar su puesto.

Por los demas, el héroe de la legalidad, á quien nos presenta Lucano como el representante de las leyes de la patria, habia sido su mas terrible y alguna vez su mas violento enemigo; y sus empresas políticas y militares se habian manchado con infinitas ilegalidades. Habiéndosele hecho el honor, á la edad de poco mas de veinte años, de violar las leyes únicamente por él, se acordó mas tarde y se aprovechó de esta violacion. Á su regreso de África, donde Sila le habia confiado un mando, solicitó el triunfo por algunos combates felices contra partidarios que solo conservaban las armas por pundonor. Como la ley solo concedia los honores del triunfo al general que habia sido pretor ó cónsul, adoptó Sila el partido de las leyes, no ya por

(c) Instituto Cervantes de Madrid

celos, que los laureles de Pompeyo no eran de aquellos que le impidieran dormir, sino por una afectacion de respeto á la legalidad, que habia despreciado cuando merecia la pena de despreciarla. Y como insistiese Pompeyo. *¡Pues bien, que triunfe!* exclamó Sila, al cual parecia ménos mal que fuese violada la ley, que el verse importunado por aquel y por sus amigos.

El segundo triunfo de Pompeyo no fué ménos ilegal que el primero, y se celebró despues de la guerra de España, guerra conducida lentamente, pero con buen éxito, por Metelo, y en realidad terminada por el puñal de Perpena, asesino de Sertorio, de manera que esta vez tampoco tuvo que hacer otra cosa mas que recoger el fruto de las fatigas de Metelo, y aprovecharse del delito de Perpena. Prohibian las leyes el triunfo por una victoria obtenida en una guerra civil; ademas de esto, Pompeyo no tenia la edad legal y no habia sido aun cuestor, ni pretor, ni edil, y sin embargo, á pesar de esta doble ilegalidad, triunfó. Sus amigos habian sostenido su demanda con esta extraña razon : que habiendo sido ya otra vez dispensado de las obligaciones de la ley por grandes servicios, convenia con mayores títulos dispensarlo de ellas por servicios mayores. Para coronar la obra, se le permitió ponerse en la lista de los candidatos, aun cuando no habia ejercido ninguno de los cargos requeridos por la ley.

El mando que se dió á Pompeyo en la guerra de los piratas fué una innovacion aun mas peligrosa. Cuando el estado de las cosas exigia un poder extraordinario, la constitucion proveía á ello nombrando un dictador. Pompeyo no tuvo este título, pero tuvo mas que la cosa misma. En efecto, la soberanía de que habia sido investido y que ponia á sus órdenes una extension tan grande de tierras y de mares por tan largo tiempo, excedia los límites marcados por todas las leyes del Estado. Pompeyo tenia el derecho de revocar los nombramientos de todos los magistrados y gobernadores de las provincias en toda la inmensa jurisdiccion confiada á su autoridad, que comprendia el Egipto, la España, la Siria y la Grecia. Á este exorbitante señorío se agregaban las provincias de Frigia, de Bitinia, de Capadocia y el Ponto, de manera que fué encargado al mismo tiempo de todas las guerras de mar y de tierra que sostenia entónces la república. Y si no imitó á Sila, fué, á no dudarlo, porque creía á este ménos poderoso que él, y por consecuencia no queria descender. Si se le hubiera dado ménos, hubiera pensado en tomar algo. Por esta razon puede ser una política hábil sobrecargar á un ambicioso de honores, y no dejarle nada que desear, porque son ménos peligrosas las personas que se hartan que aquellas que están en ayunas. Dueño Pompeyo de tres cuartas partes del mundo conocido, lleno de oro y de plata cuanto bastaba para comprar la mitad del pueblo romano, jefe de todas las tropas terrestres y marítimas de la república, todavía para ser rey tenia que recorrer mayor camino que César, lugarteniente contra los Galos, y jefe de algunas legiones que hacian aun el oficio del soldado como en tiempo de los Escipiones, y que no creían batirse sino para proteger una de las fronteras de la república. ¿Sería acaso aquella la idea de Ciceron cuando empeñaba toda su reputacion á fin de que fuese revestido Pompeyo de poderes ilimitados? Probablemente.

Por lo demas, fué error general la excesiva fortuna de Pompeyo, y el mal que hizo á Roma y á las antiguas libertades republicanas. Pompeyo se apoderó con frecuencia del poder con malos manejos y con violencias; pero quizá no hizo el mayor número de veces otra cosa mas que recibirlo de manos de la nacion que se lo ofrecia sin restriccion ni condiciones, constituyéndole depositario de todas las leyes que eran la salvaguardia de la libertad. Es una falta bastante comun del pueblo romano, y generalmente de todos los pueblos libres, dar poder á hombres políticos en proporcion de la momentánea estimacion que inspiran, del bien que esperan de ellos, ó de los peligros de que ellos mismos se han librado. Cuando un personaje público es amado por la nacion, á la cual liberta de un peligro grave, ó sostiene con un servicio señalado, entónces ya no le llama la nacion á rendir cuentas; honores, dinero y libertad quedan á su arbitrio, y si él abandona algo, es porque quiere ser mas moderado en la aceptacion que espléndida aquella en los ofrecimientos. En consecuencia, casi todos los grandes hombres resultan funestos á la libertad, con motivo de esa ciega complacencia de los pueblos, que son exagerados en su reconocimiento como en su ingratitud. Pero lo peor es que hombres medianos, que parecen grandes por verse favorecidos de pequeñas circunstancias, y que alcanzaron una importancia improvisada, causan el mismo mal á la libertad de las naciones. ¡Cuántos déspotas no hubiera suscitado esta desgraciada disposicion de los pueblos, si la audacia de algunos hombres hubiese estado en proporcion con su favor, y si hubieran tenido un valor igual á su fortuna! Carecemos frecuentemente de amo porque nos faltan los amos, siendo estos una raza de hombres tan rara, que aun las naciones mas ávidas de servidumbre no pueden lograr siempre encontrar un déspota. Y aun no léjos de nosotros hay mas de un ejemplo (*).

El estado particular de las opiniones y de las facciones en Roma fué causa del excesivo poder de que se invistió á Pompeyo en diversas ocasiones, lo cual indica que unas veces estaba la falta en toda la nacion, otras en la aristocracia, y otras en el pueblo. Cuando el Senado, que representaba la aristocracia, temia á ciertos tribunos ó recelaba de alguno de sus miembros, que codiciaba la dictadura, apoyándose en el pueblo, se apresuraba á oponer á todas estas pretensiones amenazadoras un hombre eminente, casi siempre un hombre de guerra, con poderes que no estaban limitados, aunque los quisiera tales, y una libertad de accion que nunca gozaba entera, porque no osaba hacerlo ó no lo necesitaba. Desvanecido el peligro y rechazadas ó abatidas las pretensiones, subsistian funestos precedentes, ejemplos de leyes violadas ó eludidas, excesos de poder introducidos en la constitucion y perjudiciales para el porvenir; y sobre todo esto un hombre que volvia á la condicion privada con el recuerdo de haberlo podido todo una vez, y con una ambicion poco dispuesta á respetar las leyes, las cuales habian sido una vez sacrificadas. Muchas veces fué Pompeyo un hombre semejante para el Senado, que le lanzaba sin sujecion ni traba alguna contra los enemigos que por el momento inspiraban celo á la aristocracia; y cuando habia espirado este poder excesivo, no dejaba el cargo sin agitarse y amenazar, soportando tanto ménos su caída, cuanto era mas elevada la posicion de que habia caído. Alguna vez en cambio halagó el pueblo á Pompeyo para oponerlo al Senado, á cuyo efecto dió festejos populares, cubria de flores las calles por donde habia de pasar, le aproximaba tanto la corona á la cabeza que podia inspirarle deseo de hacerse rey; y despues que se habia tomado la satisfaccion de espantar al Senado ó de hacerlo callar, deponia Pompeyo su poder como una presa que se veía obligado á entregar, volviéndose con frecuencia algunos meses despues contra el pueblo con el ascendiente de la autoridad y con el hábito de mandar sin rendicion de cuentas, malos precedentes que recaían en daño de la libertad, ademas de que habia perdido el pueblo el derecho de quejarse del excesivo poder de Pompeyo, por haber

(*) El que esto dice es Mr. Nisard, y debe de referirse á Francia, donde en efecto no faltan los ejemplo á que alude.

(*N. del T.*)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

contribuido él mismo á crearlo con sus exagerados favores. Alguna vez, en fin, la nacion entera, pueblo y Senado, se echaban en los brazos de Pompeyo, como sucedió en la guerra contra los piratas, en la cual ne conservó Roma de su libertad mas que la parte que aquel no quiso ó no se atrevió á quitarle. Fué una pura casualidad que este hombre, aclamado como tan grande por todos, y que habia llegado á aterrar á los mismos que no lo creían peligroso, abandonase su fortuna engañándose respecto del valor de las cosas, cambiando la ambicion por la audacia, y la fama por la autoridad. Sin este accidente César no hubiera sido sino el segundo rey de Roma, y hubiera mnerto en su lecho.

Un segundo yerro no menor que el primero cometió el pueblo romano exagerando los servicios militares de Pompeyo, y concediendo á sus victorias las recompensas que no debiera haber concedido mas que á su talento. Este error es muy comun á las naciones libres, y sobre todo á los partidos que son en ellas mas que en otras partes numerosos y exclusivos. Los partidos suelen siempre tomar por medida de la capacidad, de los talentos y de las virtudes políticas de un hombre la extension de la utilidad que reportan de él en momentos dados. Por eso durante la lucha crean héroes que caen por su propio peso cuando ha terminado aquella, y los cuales, despues de haberlos ayudado cuando estaban vencidos, los estorban cuando son vencedores con sus exigencias. En las luchas del pueblo contra el Senado y de los partidos entre sí, ocurria frecuentemente que algun orador mediano era excesivamente elogiado por un discurso, que no tenia mas mérito que el de haber expresado bien la pasion de un partido, y cuya elocuencia consistia exclusivamente en el aplauso tumultuoso de los que lo escuchaban. Pues bien, si triunfaba este partido, el dia del triunfo, con una ambicion insaciable aquel orador, sin aguardar á que otro le asignase su recompensa, se la tomaba por sí mismo, cobrando magníficamente el premio de sus medianos talentos y de los servicios ya olvidados; pero como las facciones de oposicion se disgustan no ménos presto que se apasionan, y con frecuencia el hombre de quien habian creido servirse, en realidad se habia servido de ellas para manejar sus cosas, denigraban al héroe de ayer con la misma exageracion con que le habian elogiado. De aquí la acusacion de ingratitud que se dirigia y dirige todavía á las facciones, acusacion merecida alguna vez, pero en el mayor número de casos injusta, porque ¡cuántos hombres se vuelven contra su partido despues de haberse elevado con sus furores, y frecuentemente á precio de su sangre! No obstante, esta reconvencion de ingratitud que parece fundada á primera vista, hace gran daño á las facciones entre la gente tímida y humilde, que constituye la mayoría, y que no ve en estas variaciones de opinion y de popularidad sino la elevacion puramente exterior de un ídolo inceñsado la víspera y roto al dia siguiente. Habria para los partidos un medio de evitar los desengaños y las reconvenciones, y sería imponer restricciones á sus amigos, en el momento mismo en que mas satisfechos estén de ellos; aprovecharse, por ejemplo, del discurso de su orador y de la victoria de su hombre de guerra, reservándose reconocer los lugares débiles, los méritos de circunstancia, lo que en el éxito haya correspondido á la pequeña fortuna y á la casualidad. De este modo no se encontrarian sobrecargados en la division del botin de ambiciosos exorbitantes, que quieren su recompensa, no con arreglo á lo que son, sino á lo que sufrieron para serlo; no por su mérito real, sino por la reputacion que se les dió : por lo demas, cuando fuesen mal recompensados, no experimentarian asombro, ni cólera, y como serian circunspectos en su reconocimiento, no parecerian á la mayoría de la nacion sino medianamente ingratos.

La desmesurada exageracion de las hazañas de Pompeyo no fué error exclusivo de uno ú otro partido, del Senado ó del pueblo, sino mas bien de la nacion entera y en diversas ocasiones. ¿Por qué motivo, siempre que sintió Pompeyo disminuirse su popularidad, afectó un gran dolor y separándose de la administracion se encerró en sus jardines, sino á fin de que la nacion, acordándose de los triunfos que le habia concedido se arrepintiera, y lo sacase de la soledad para evitar la reconvencion de ingrata é inconsecuente? Mas de una vez mostró esta disposicion con mas desenfado de lo que en él pudiera creerse, y fué uno de los poquísimos políticos á quienes ha sido dado renovar muchas veces su popularidad en el curso de su vida. Ademas de esto, habiendo tenido todos los partidos la imprudencia de admirarlo sin medida, uno á otro se tapaban la boca, recordándose alternativamente que el hombre de quien se quejaban habia sido su héroe. Cuando la aristocracia se oponia á las tentativas del pueblo, *Es vuestro Pompeyo*, decia á los comicios que murmuraban; cuando al contrario era el pueblo quien se servia de él, *¿De qué os quejáis?* se decia al Senado; *¿no es el jefe de vuestra congregacion, el representante de vuestros intereses?* Y así pesaba Pompeyo á su vez sobre todas las facciones con el peso de su mérito exagerado, de sus fáciles pacificaciones asimiladas á conquistas, y de su fortuna tomada como genio. Por consiguiente, cada parcialidad expiaba á su vez la falta de haber engrandecido á Pompeyo fuera de toda medida, y como ninguna podia disponer de recompensas proporcionadas al renombre que insensatamente le habia prodigado, el porvenir de la nacion pagaba todos estos yerros y todas las inconsecuencias, y en el seno de la república, encima ó fuera de las leyes de la patria, quedaba una ambicion inmensa, vaga, llevada de uno á otro campo, árbitra en apariencia de los partidos, pero en realidad al arbitrio de ellos, no sirviendo sino para que preponderasen sus malas pretensiones : una gloria militar, que no atreviéndose á usurpar, no podia ménos de corromper; que llevaba á las intrigas electorales las costumbres de la violencia; que recurria á la seduccion por miedo de ser tirana, y que combatia en los comicios para echar furtivamente su nombre en la urna electoral, no atreviéndose á hacer lo que César, que rompia la urna, disolvia los comicios y se elegia por sí mismo para el cargo que necesitaba.

Con buen entendimiento, con ingenio, con gran experiencia de las facciones, tres cosas que ejercen gran importancia en el arte de mandar á los hombres, carecia Pompeyo de carácter, esto es, de la única cosa que puede dar el imperio, aun á los que no tienen cualidades superiores. Era uno de los hombres políticos mas comunes, esto es, tímidos mas bien que emprendedores, no pudiendo estar sin autoridad, no osando perpetuarse en ella, deseoso siempre de mucho mas de la que ni podia ni tampoco queria obtener, juguete de aquellos á quienes creía dirigir, instrumento de los que tenia por instrumentos suyos, considerándose como jefe de aquellos á quienes solo servia de estandarte; débil y fluctuante, consolándose por exceso de altanería de no ser nada alguna vez; mas vano aun que ambicioso, por tener únicamente pasiones medianas, necesidades físicas ordinarias, mayor gusto por la pompa que por la dilapidacion; y porque muchas de sus cualidades no podian satisfacerse con el estado violento y con los riesgos de una ambicion llevada al extremo. Su esposa, ó mas bien sus esposas, porque se dice que se casó cuatro ó cinco veces, sus amigos y sus libertos hacian de él lo que querian. El gran Pompeyo se enamoraba, no ya por distraerse, ni para descansar como los hombres verdaderamente grandes, que aman ligeramente, no teniendo tiempo mas que para el breve y brutal goce de los sentidos; sino que hacía del amor un negocio de alta importancia, y lo consideraba como una situacion, como un estado, como una cosa de mas interes

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que su ambicion. Convengo en que estos amores eran regulares, pues Pompeyo era marido fiel hasta el punto de dejar que dijesen sus amigos que era aun mas amado que amante. Porque tenia tal virtud, que aun cuando estuviese enamorado de sus mujeres, era bastante circunspecto para que no se le considerára tal, no queriendo que se creyese en público que habia para Pompeyo alguna cosa mas querida que Pompeyo. Esta excesiva vanidad lo hacía mas sensible á las burlas, porque si hubiera dejado aparecer su resentimiento, habria mostrado con esto que podia picarse; se manifestaba mas bien cansado que ofendido de ellas, como le sucedió en Farsalia, cuando sus primeros oficiales lo obligaron, á fuerza de sarcasmos, á trabar batalla con César.

Por otra parte, lo que se cuenta de la insolencia de su liberto Demetrio, y del ascendiente que este hombre tenia sobre él, apénas es creible. Cuando Pompeyo tenia convidados á un banquete á hombres distinguidos, se presentaba él mismo delante de ellos y esperaba que hubiesen llegado todos ántes de ponerse á la mesa. Pero Demetrio, su líberto, se acomodaba en ella ántes que todos, haciéndose servir solo, con la cabeza cubierta, dejando á Pompeyo el oficio de liberto, para tomar él el de amo grosero é impertinente. Pompeyo, vencedor de los piratas y del Asia, habitaba en Roma en una casa muy sencilla, miéntras que su liberto ostentaba gran lujo en las mas hermosus casas de campo de Italia. En la guerra de Asia, á punto Caton de entrar en Antioquía, vió salir á su encuentro dos filas de jóvenes vestidos de blanco, conducidos por un maestro de ceremonias coronado de una gran guirnalda de flores, y que quejándose vivamente de la entrada triunfal que se le habia preparado, se acercó el maestro de ceremonias á su acompañamiento, y puede comprenderse la admiracion de Caton al oir preguntar á los primeros: *Dónde habian dejado á Demetrio.*

Esta excesiva debilidad de carácter fué la causa de que cometiera Pompeyo muchos yerros, de los cuales fué el mas grave el de preparar el trono á César. La amistad de César y de Pompeyo cuando aun eran jóvenes no podia ser efecto de cálculo ni especulacion, porque el primero podia estimar á Pompeyo, y este no podia adivinar los destinos de César. Pero cuando César llegó á ser cónsul, era ya tan amenazador que no puede disculparse á Pompeyo la falta de haberse prestado á sus designios. El uno y el otro habian hecho sus pruebas, pero Pompeyo con una ambicion que no sabia mantenerse en la constitucion ni salirse de ella; César con una grande habilidad, con un desprecio de los hombres que rayaba en cinismo, y sobre todo, con cierta avidez de empresas extraordinarias, que no se cuidaba de la constitucion si no como de un obstáculo que debia vencerse. Ahora bien, Pompeyo que no tiene temor á César á la edad de cuarenta años, miéntras que Sila lo temia á la de veinte, no soltándolo de sus manos sino en razon de que se sentia demasiado viejo para inquietarse por su causa, ó acaso porque respetaba en este jóven á su sucesor; Pompeyo que se une con César y con Caton, que aflige á la antigua Roma republicana por hacer de jóven tribuno nivelador; Pompeyo que corona con la inmensa aureola de sus victorias á César, ávido de autoridad absoluta; Pompeyo, el majestuoso Pompeyo que despreciaba la gloria de la palabra, enviado por César á la tribuna de las arengas á balbucear en ella el elogio de sus leyes agrarias, y á amenazar con el escudo y la espada á quien intentára oponerse á los decretos de aquel; Pompeyo, en fin, que se engaña de tal manera que se hace el precursor de César; Pompeyo, decimos, ¿ era un hombre grande, ó mas bien el maniquí de un hombre grande? Véase por el contrario qué destreza la de César cuando sacó fuera de su palacio solitario aquella gloria de cuarenta años que arrastró entre el tumulto de los comicios, que hizo tocar con la mano á todo el pueblo del foro; y cuando redujo al mayor personaje de la república á contentarse con su triunfo en la tribuna, y á desenvainar la espada contra sus propios enemigos. ¿ Cuál de los dos obtenia ventaja sobre el otro? César, que se guardaba bien de decirlo. El burlado era Pompeyo, que creía no haber hecho mas que aterrar al Senado, añadiendo á la fortuna de César todo el peso de la suya.

(D) pág. 109.

DE QUÉ MANERA PASABA EL TIEMPO UN PARTICULAR EN LA VIDA COMUN.

Las ocupaciones están ordinariamente en relacion con las costumbres y las costumbres con la riqueza. Todo esto varió entre los Romanos segun la variacion de los tiempos. En tiempo de los reyes vivia el pueblo en grande medianía, y por consiguiente en grande sencillez, de manera que en el espacio de doscientos cuarenta y cuatro años se dividieron sus cuidados entre las necesidades de la vida y los peligros de la guerra.

En tiempo de los cónsules, durante un espacio de casi otros tantos años, cuando los Romanos no tenian guerras exteriores, estaban agitados en el interior por un mal mucho peor que la guerra. El afan de dominacion en los patricios, y en los plebeyos el amor á la independencia, mantuvieron á Roma en perpétua division, y amenazaron muchas veces ahogar á esta república en su cuna. Parecia que el Senado daba los cónsules solo para proceder contra el pueblo, y que este elegia los tribunos únicamente para obrar contra el Senado.

Los intervalos de tranquilidad se dedicaban enteramente á la agricultura, con la cual parecia que la fortuna habia unido la inocencia de las costumbres y la dulzura de la vida. Entónces no se conocia la diferencia de estado por la diferencia de las ocupaciones: los grandes no eran ménos laboriosos que los pequeños, y estas dos condiciones, tan distintas en la ciudad con los títulos de nobles y de plebeyos, estaban perfectamente reunidas en el campo bajo el nombre de labradores.

Los libros están llenos de esta clase de ejemplos, no solamente en los primeros tiempos de la república, en los cuales era cosa ordinaria ir á buscar á los cónsules y á los dictadores á sus heredades, para trasladarlos desde el humilde ejercicio de guiar los bueyes al honroso empleo de mandar las legiones, sino tambien en aquellos siglos florecientes durante los cuales, señora ya Roma de la Italia, hacía respetar su poder mas allá de los mares. No hablo de Quincio Cincinato, al cual encontraron arando en su heredad los que fueron á anunciarle que habia sido nombrado dictador; hablo de Curio Dentato, de Fabricio, de Atilio Serrano, de Licinio Estolon, de Caton el Censor y de otros sin fin, que en tiempos mas posteriores recibieron sus sobrenombres de aquella parte de la vida rústica en la cual se habian señalado por su industria; y de esta, segun la opinion de Varron, de Plinio, de Plutarco y de todos los escritores antiguos, proceden los nombres de las familias Asina, Vitelia, Suilia, Porcia y Ovinia, porque sus fundadores se habian hecho célebres en el arte de criar esta clase de animales, á la manera que otros habian sido famosos por el cultivo de ciertas especies de legumbres, como los Fabios, los Pisones, los Ciceriones, etc.

Muy léjos, pues, de creerse deshonrado el Romano por las faenas de la agricultura, duró tanto tiempo la estimacion que se profesaba á los que se dedicaban á ellas, que Ciceron al terminar la república, no dudó asegurar que los hombres probos preferian aun ser matriculados en las tribus del campo, mas bien que en las de la ciudad.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Por último, la costumbre de residir cada uno principalmente en sus posesiones era tan constante y uniforme, que se dió el nombre de *viatores* á ciertos oficiales subalternos, porque casi siempre estaban en camino para ir á advertir á los senadores que tal ó cuál dia habria reunion extraordinaria, ademas de las ordinarias que se verificaban dos veces al mes, el dia de las calendas y el de los idus, en cuyo caso no habia necesidad de nuevo aviso.

Por lo demas, si de tal manera vivian los senadores, ¿ qué debemos juzgar de los otros ciudadanos que no tenian aun idea alguna de bellas artes; que no pensaban en cultivar su espíritu con la filosofía, ni en dirigir el de los demas por medio de la elocuencia? Mas de tres cuartas partes de estos no veían la ciudad mas que de nueve en nueve dias en tiempo de paz: iban á ella solamente á fin de proveerse de las cosas necesarias á su profesion, ó para examinar si debian aprobar ó rechazar las nuevas órdenes que los magistrados fijaban en el Capitolio, y durante la paz, en tres dias de mercado consecutivos, ántes de presentarlas para que fuesen confirmadas. Esto llamaban ellos *promulgare per trinum nundinum*.

Precisamente en estos dias de mercado ocupaban al pueblo sus tribunos en los negocios del gobierno, y en los cambios que era preciso hacer, y sus discursos fueron los que alimentaron el desacuerdo entre las órdenes en todo el tiempo que duró la república.

Tales, poco mas ó ménos, eran las costumbres y las ocupaciones principales de los antiguos Romanos, ántes de que este pueblo se corrompiera por el lujo y la molicie de los Griegos y de los Asiáticos. En cuanto se pusieron en contacto con estos olvidando sus antiguas máximas, adoptaron las de las naciones vencidas, y se sujetaron á los vicios de un pueblo que ellos habian puesto bajo su mando (1).

Todo apareció cambiado en muy poco tiempo, y no se vieron en Roma mas que nuevos maestros de artes que eran ignoradas, y que hubiera sido mejor ignorar siempre. Se estudió la grandeza y la regularidad en los edificios, la riqueza y la elegancia en los trajes, la suntuosidad y la delicadeza en las mesas, la variedad y la singularidad en los muebles. Numa habia ordenado *Deos fruge colere et mola salsa supplicare;* no estaban representados los dioses ni con estatuas ni con pinturas, y solamente ciento sesenta y dos años despues de este príncipe principiaron á ser adorados bajo alguna figura (2).

La religion misma, tan modesta por su institucion y por las leyes de Numa, siguió el torrente, y se hizo tan suntuosa en el aparato de sus ceremonias, como en el adorno de sus ministros (3).

Rota una vez la valla de la disciplina, no fué ya posible detener á las costumbres en su caída, y se precipitaron en toda clase de excesos, que fueron en aumento con el tiempo. Inútilmente se esforzó el censor en volverlas, si no á la severidad de los antiguos, á lo ménos á cierto punto que fuera tolerable : la nueva aficion al placer, unida al mal ejemplo, superó siempre á la sabiduría de los reglamentos. Se principió por tanto á dejar al cuidado de los esclavos todo lo que habia de fatigoso dentro y fuera de Roma, y á reservar para sí solamente lo que era honorífico ó agradable en toda clase de oficios. De aquí procedió la distincion de los esclavos de la ciudad y del campo por medio de nombres desconocidos hasta entónces, de *atrienses, amanuenses, mediastini, cubicularii, anteambulones, pedissequi, unguentarii, topiarii, statores, chironomontes, lecticarii, saltuarii, viridarii, agasones, apiliones*, etc., *mancipia urbana, mancipia rustica*, de los cuales unos servian para el lujo, y los otros para la necesidad. De aquí procedió asimismo la insaciable avaricia de los señores, que no teniendo siempre bastante patrimonio para sus inmensas profusiones, se hallaban como forzados á despojar á sus vecinos, y á ejercer un latrocinio abierto contra los aliados del pueblo romano.

Esta corrupcion, que principió por los grandes y los ricos, se comunicó muy pronto al vulgo. El amor al trabajo fué disminuyendo cada vez mas, y la vida ciudadana no era otra cosa mas que la vida viciosa. Todas las horas del dia, que ántes se empleaban en alguna ocupacion útil, se repartieron casi generalmente entre las ceremonias sociales y los pasatiempos, entre los movimientos que exige la ambicion y el reposo que pide la naturaleza. Veamos cuál fué su distribucion.

Cuatrocientos sesenta años pasaron los Romanos sin conocer en el dia mas que la mañana, el medio dia y la tarde. Tampoco hace mencion la ley de las Doce Tablas mas que de la salida y la postura del sol, y solamente algunos años despues publicó en alta voz el ugier del cónsul el medio dia. Plinio (1) dice que el primer instrumento que tuvieron los Romanos para distinguir las horas, fué un cuadrante solar que colocó el censor L. Papirio Cursor en el atrio del templo de Júpiter Quirino, diez años ántes de la guerra de Tarento. M. Varron nos hace saber que el primero que fué expuesto al público junto á los rostros, estaba en una columnita, que habia sido traida de Sicilia por M. Valerio Masela el año 477 de Roma. Aun cuando era imperfecto este cuadrante, no se cesó de usarlo en el espacio de noventa y nueve años, hasta que Q. Marcio Filipo, que fué censor con Paulo Emilio, dió uno mas exacto; y añade Plinio que de cuanto ejecutó en la época de su censura, este hecho le procuró los mayores aplausos.

Pero como acaecia frecuentemente que las nubes y las nieblas hacian las horas inciertas, Escipion Nasica estableció una clepsidra el año 595 de Roma, y dividió las horas por medio de la corriente del agua, como aun hacemos hoy por medio de la arena. Habia doce al dia, mas largas ó mas cortas, segun la diversidad de las estaciones. Las primeras seis eran desde la salida del sol hasta el medio dia, y las otras seis desde el medio dia hasta la noche. Y á fin de que cada padre de familia pudiera saber qué hora era, casi todas las casas tenian un esclavo, cuyo solo empleo era observar las horas. Ateneo, en el libro IX, lo dice en términos claros, y lo llama ωρολογητης λαθαργυρος. Eustasio en su último comentario sobre la Iliada le da el mismo nombre. Hablando Plinio en el libro VII de las muertes repentinas, dice que un cierto Babio, que habia sido pretor de Bitinia, habia caído en el suelo muerto despues de haber preguntado á su esclavo qué hora era : *Cum a puero quæsisset horas*. Y Marcial, libro X, ep. 62, dice á un importuno : *Horas quinque puer nondum tibi nunciat*. Juvenal, hablando de la sordera de los viejos :

> ..... Clamore opus est ut sentiat auris
> Quem dicat venisse puer, quot nunciet horas.

Veamos, pues, el uso que los Romanos, como los he descrito poco ántes, hacian ordinariamente de estas horas en las dias que no eran de fiesta, ni de vacacionenes, ni de reuniones, ni de foro.

Es menester ante todo, convenir que hay almas de diversas calidades; que las inclinaciones son bastante diferentes en los hombres, y que cada uno tiene sus miras, segun las cuales arregla mas de la mitad de su vida.

> Mille hominum species, et rerum discolor usus;
> Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.

Así, pues, no comprendemos en esta disertacion ni

(1) Tit. Liv., lib. XLVIII. — Plin., lib. XXXIII, cap. 11 : « Asia primum devicta luxuriam misit in Italiam. »

(2) Plut. en *Numa*, Dion. Hal. y Euseb. Cæs.

(3) Los Etruscos corrompieron respecto de esto á los Romanos. Tertul.

(1) Plin., lib. VII, cap. 60.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al jóven que da libre curso á sus pasiones, ni al viejo atento únicamente á sus enfermedades, porque sería cosa demasiado difícil seguir al primero en sus extravíos, y el segundo solo nos suministraria á lo mas algunas quejas, todas en el mismo tono y poco dignas de nuestras investigaciones. No hablaré de aquellos hombres que huían de la sociedad civil, y que, como dice Séneca, se sepultaban en sus casas, como dentro de tumbas : *Qui sic in domo sunt tamquam in conditorio.* Este discurso se refiere á los que participando de las costumbres del hombre público y del solitario, tomaban parte en los negocios sin renunciar á sí mismos; que se acordaban de ser ciudadanos de tal manera que al mismo tiempo no olvidaban que eran hombres y padres de familia; en una palabra, que ora en el Senado, si á él eran llamados, ora en la plaza, ora en el campo de Marte, ora en el interior de su casa, acomodaban las partes de su dia al uso del tiempo y del lugar, á las necesidades de la naturaleza, de la república ó de sus amigos. *Privato vivendum est?* dice Séneca, *sit orator; silentium indictum est? tacita advocatione cives juvet : periculosum ingressu forum est? in domibus, in spectaculis, in conviviis, bonum contubernalem, amicum fidelem, temperantem convivam agat : officia si civis omiserit hominis exerceat.*

Estos empleaban siempre la primera hora del dia, que era señalada por la salida del sol, en los deberes mas serios de la religion. Verdaderamente, si los hombres, guiados solo por la razon, ofrecieron siempre á sus dioses las primicias de los frutos, de los granos y de los rebaños, ¿ por qué no ofrecerles tambien las primicias de los pensamientos y de las acciones?

Los templos estaban entónces abiertos á todos, y muchas veces tambien ántes del dia para los mas vigilantes, los cuales (1) encontraban en ellos antorchas encendidas :

Mane salutatem concurritur, omnis adorat,
Prima salutantes atque altera destinet hora.

Los que no podian ir á los templos, suplian á tal deber en su oratorio doméstico, donde los ricos hacian sacrificios ú otras ofrendas, miéntras que los pobres se contentaban con sencillas salutaciones.

No obstante, no es de admirar que, siendo sus adoraciones tan breves, les fuese preciso emplear en ellas una hora y aun alguna vez mas. Si no hubieran tenido que pedir mas que buen entendimiento y buena salud, como Horacio y Propercio practicaban :

Mens bona, fama, fides,
(HORAC.);
Mens bona, si qua dea es, tua me in sacraria condo.
(PROPERC.);

y como ordena Juvenal despues de estos:

Orandum est, ut sit mens sana in corpore sano,

no habria durado tanto su liturgia; pero el gran número de las necesidades reales ó imaginarias, y la multiplicidad de los dioses á los cuales era menester recurrir separadamente para cada necesidad, los obligaba á muchas peregrinaciones, de las cuales se tienen por exentos los que saben adorar en espíritu y en verdad (2).

Suetonio observa, en la vida de Augusto, que cuando este príncipe se veía obligado á levantarse temprano por cualquier motivo de amistad ó de religion, iba á dormir á la casa de aquel de sus criados que habitaba mas inmediato al lugar en donde debia verificarse la ceremonia : *Matutina vigilia offendebatur; ac si vel officii vel sacri causa maturius vigilandum esset, ne id contra commodum faceret, in proximo cujuscumque domesticorum cœnaculo manebat.*

Horacio (1) hace mencion tambien de las oraciones que se dirigian á los dioses por la mañana y por la tarde por la conservacion del imperio; y el dios del Tíber, en el VIII lib. de la Enéida, advierte á Enéas que haga sus oraciones bien temprano á la diosa Juno

Surge age, nate Dea, primisque cadentibus astris
Junoni fer rite preces.

Sería fuera de propósito examinar aquí la manera con que los Romanos oraban y adoraban; pero creo que sin salir de mi asunto puedo decir con Plutarco (2) y Apolonio, que estas adoraciones de la mañana se dirigian á los dioses celestes, y las de la tarde á los infernales.

Pero estas primeras horas del dia no se consagraban siempre solamente á los dioses; muchas veces tambien tenian mas parte en ellas la avaricia y la ambicion que la piedad.

En todas épocas han hecho la corte los pequeños á los grandes, el pueblo á los magistrados, y los magistrados á los ricos. En la sátira 3 hace Juvenal una pintura bastante viva de unos y otros, y los pone en movimiento desde la mañana muy temprano, no dándoles tiempo siquiera para atarse los lazos y los cordoncillos de su calzado :

. . . . Habet Trebius propter quod rumpere summum
Debeat, et ligulas dimittere, sollicitus ne
Tota salutatrix jam turba peregerit orbem
Sideribus dubiis; aut illo tempore quo se
Frigida circumagunt pigri sarraca boota.

Pero si eran incómodas estas visitas para los que las hacian, no eran ménos importunas alguna vez para aquellos que las recibian. Marcial se queja de un señor romano, que no habia recibido la suya : « Despues de tu regreso de Libia (dice) he ido cinco » veces seguidas á tu puerta, sin haber podido entrar » á darte los buenos dias; siempre me han dicho tus » siervos ó que dormias aun, ó que ya estabas ocu- » pado en negocios. Yo veo bien, señor Afro, lo que » esto es : tú no quieres mis buenos dias; pues bien, » yo te doy las buenas noches, y te digo adios. »

Dicere de Lybicis reduci tibi gentibus, Afer,
Continuis volui quinque diebus, ave.
Non vacat, aut dormit, dictum est bis, terque reverso.
Jam satis est : non vis, Afer, avere; vale.

Plinio el Jóven (3) llama *officia antelucana* á esta manera que tenian los grandes señores de correr ántes del dia, y refiere á este propósito el hecho de Caton, que volviendo despues de cenar á la ciudad, habia sido encontrado borracho por una turba de estos saludadores matutinos, los cuales tuvieron tanto respeto á su virtud, aun cuando en esta ocasion no se manifestó mucho, que se retiraron en silencio y avergonzados, como si Caton los hubiese descubierto á ellos en falta : *Putares non ab illis Catonem, sed illos à Catone deprehensos.* Tales eran las ocupaciones de las personas particulares : ¿eran acaso los magistrados ménos madrugadores? Juvenal dice que no era de admirar si los ricos tenian en tan poco la solicitud y las vigilias de los pobres, cuando hasta los pretores, que eran magistrados supremos, no se tomaban ménos molestia :

Quod porro officium, ne nobis blandiar, aut quod
Pauperis hic meritum est, si curet nocte togatus
Currere? Cum prætor lictorem impellat, et ire
Præcipitem jubeat, dudum; vigilantibus astris,
Ne prior Albinum aut Modium collega salutet.

Los autores ántes citados vivian en tiempo de los

(1) LACTANC. ,lib. VI, PRUDENT, MARCIAL.
(2) SÉNEC., epist. 41.

(1) Lib. IV, oda 3.
(2) *Quæst. Rom.*
(3) Lib. III, ep. 12.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

emperadores Domiciano, Nerva y Trajano; pero lo que dicen de tales salutaciones se practicaba tambien regularmente en tiempo de la república. No habia mas diferencia que en los motivos, buscándose ántes proteccion para entrar en los cargos públicos y para obtener empleos, y pensando despues en otras ventajas.

Ciceron habla de ello en muchas ocasiones, pero especialmente cuando excusa á M.Celio, porque, contra la costumbre de los Romanos, habitaba en otra casa distinta de la que ocupaba su padre : « No ha aban- » donado (dice) la casa paterna sino por aproximarse « á nosotros, y hacernos la corte mas fácilmente »

En esto se ocupaba la primera hora del dia, y con mucha frecuencia hasta la segunda. Pero esta costumbre no era ley indispensable. Los hombres de letras ó de negocios y los negociantes se guardaban de prodigar momentos tan preciosos.

La tercera hora, que correspondia á la nuestra de las nueve de la mañana, se empleaba toda en los asuntos del foro, excepto en los dias que la religion habia consagrado al reposo, ó que estaban destinados á cosas mas importantes que los juicios, como eran los comicios : *Feriis jurgia et lites amovento, easque in familiis, operibus patratis, habento*, dice Ciceron en el II *De legibus*.

« Estamos á 5 de agosto, y habéis principiado á » reuniros á las nueve, » dice el mismo orador á los jueces :

Nonæ hodie sunt sextiles. Hora tertia convenire cœpistis.

Y Marcial dice asimismo :

Exercet raucos tertia causidicos.

Los que no figuraban en las causas como jueces, como partes, como abogados ó como pretendientes, asistian á ellas como espectadores y oyentes, y durante la república como jueces de los mismos jueces : « Sabed, dice Ciceron á los senadores que componian » la asamblea ánte la cual acusaba á Vérres, que si « no juzgáis á Vérres como debéis, el pueblo romano, » que me escucha, os juzgará á vosotros mismos ; y » que si tenéis consideracion con el culpado, no » habrá ninguna que esperar para vosotros (1). » En efecto, en los procesos particulares, que se verificaban en los templos, intervenian pocos mas que los amigos de estos particulares; pero cuando era un negocio en que estaba interesado el público, por ejemplo, cuando era acusado un hombre al terminar una magistratura de haber gobernado mal su provincia, ó administrado mal la hacienda pública, despojado á los aliados ó atentado á la libertad de sus conciudadanos, entónces era demasiado pequeña la gran plaza donde se ventilaban estas causas para contener á todos los que acudian á ella atraídos por la curiosidad. Pero es decir demasiado poco la curiosidad : supongamos, como sucedia casi todos los dias cuando estaba la república en su mayor esplendor, supongamos, digo, que un procónsul ó un pretor hubiese dado lugar á una acusacion de concusion ó de peculado; cada ciudadano, que consideraba las provincias como los hijos de familia consideraban las tierras de sus padres y de sus madres, que recibia de ellas toda su subsistencia en precio de la sangre que él y los suyos habian derramado por conquistarlas, y que veía, que si las prevaricaciones y las rapiñas de los gobernadores quedaban impunes, dentro de poco se haria infructuosa aquella propiedad, no dejaba de asistir á los juicios, y de estimular con su presencia á los jueces á cumplir fielmente su deber, miéntras que por la parte contraria, los amigos del acusado, los parientes y los hijos, vestidos de luto, trataban con solicitaciones y lágrimas de secundar los esfuerzos de sus abogados, y de excitar la compasion del mismo juez.

(1) *In perorat. ultimæ orat. in Verrem.*

Aunque faltasen estas grandes causas, lo que rara vez sucedia desde que los Romanos estuvieron en posesion de la Sicilia, de la Cerdeña, de la Grecia, de la Macedonia, del África, del Asia, de la España y de la Galia, se pasaba la tercera, la cuarta y la quinta hora del dia en las plazas, ¡y desgraciados entónces los magistrados cuya conducta no era irreprensible! La maledicencia los respetaba tanto ménos, cuanto que no habia ley alguna que de ella los pusiera á cubierto. Hasta el reinado de Tiberio, el cual quiso que se castigasen los discursos y las reuniones contra el gobierno lo mismo que las acciones, se hablaba libremente aun de las personas mas respetables. *Lege majestatis facta arquebantur, dicta impune erant*, dice Tácito en el Libro I de sus *Anales*.

Agotadas las novedades de la ciudad se pasaba á las de las provincias, otro género de curiosidad, que, como puede observarse, no era punto indiferente, porque no solamente eran estas el patrimonio mas seguro de los hijos, sino tambien la residencia fija de infinito número de caballeros romanos, que hacian en ellas un comercio tan ventajoso para el público como lucrativo para los particulares.

Aun cuando todos los ciudadanos, generalmente hablando, dedicaban estas tres horas á la plaza y á lo que en ella se trataba, habia sin embargo unos mas asíduos que otros. Horacio (1) los llama *forenses*, Plauto y Prisciano *subbasilicani*, y M. Celio, escribiendo á Ciceron, *subrostrani* ó *subrostrarii*. « Estos » (dice aquel) habian esparcido la voz de que habias » sido muerto el 25 de mayo. » *Te ad nonum kal. junii subrostrarii, quod illorum capiti sit, dissiparunt periisse.* Los otros ménos ociosos se ocupaban conforme á su condicion, á su dignidad y á sus designios. Los caballeros hacian de banqueros, y llevaban un registro de los tratados y de los contratos legítimos; los pretendientes á los cargos públicos y á los honores mendigaban los sufragios; los que tenian con estos algun vínculo de sangre, de amistad, de patria ó de tribu, los senadores mismos del mas alto grado, por afecto ó por complacencia hácia los candidatos, los acompañaban por las calles, por las plazas y los templos, recomendándolos como buenos ciudadanos á cuantos encontraban; y como era cortesía entre los Romanos llamar á las personas por su nombre y sobrenombre, y era cosa imposible que un candidato retuviera en su memoria tantos nombres y sobrenombres diferentes, tenian en su defecto nomenclatores (2) que sugerian los nombres de los que pasaban. Si en aquel tiempo regresaba algun ilustre magistrado de las provincias, el candidato salia de la ciudad con gran comitiva para ir á su encuentro, y le acompañaba hasta su casa, cuya entrada habia cuidado de adornar de ramaje y festones. Igualmente si marchaba un amigo á un país extranjero, le acompañaba lo mas léjos posible, se ponia en el camino, y hacía en su presencia oraciones y votos por el buen éxito de su viaje y por su feliz regreso.

Esto sucedia lo mismo durante la república que en la época de los Césares; pero en los últimos tiempos se introdujo entre los grandes señores una especie de manía, de que ántes no habia habido ejemplo. No era considerado uno bastante magnífico, si no se presentaba en todos los barrios de la ciudad con un numeroso acompañamiento de literas precedidas y seguidas de esclavos ricamente vestidos (3). Esta vanidad costaba cara, porque era menester pagar á los que intervenian en esta pompa, y Juvenal, que tan bellamente la describe, asegura que asistian á ella personas de posicion, y magistrados, á quienes la avaricia inducia á engrosar la turba de aquellos indignos cortesanos.

(1) *Art. poet.* — In *Capt.* att. IV, sc. 1.
(2) « Monitores Cicero, fastores Festus appellat. »
(3) « Anteambulones, pedissequi. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Llegaba en fin la sexta hora del dia, esto es, el medio dia. Cada uno se retiraba á su casa, comia moderadamente, y dormia la siesta. *Sexta, quies, lassis*, dice Marcial.

Pasada la mitad del dia, veamos cómo invertian la segunda : tan laboriosa como fué la primera, será esta descansada. La una ha ocupado el espíritu, la otra ocupará el cuerpo. Tales miras se tuvieron para la institucion de lo que ahora forma el objeto de mis indagaciones, y tal es el sentido de este dístico :

Sex horæ tantum rebus tribuantur agendis;
Vivere post illos litera ζητα monet.

La letra ζ significa el número *siete*, que corresponde á nuestra hora primera despues del medio dia, y principia la palabra ζην, que significa *vivir*. Los Romanos, pues, representaban dos diferentes personajes al dia : el de la mañana era enteramente artificial, el de la tarde natural del todo; el primero era altanero y orgulloso en las asambleas, el segundo era humano y gracioso en las reuniones.

Miéntras subsistió alguna sombra de república, los que dirigian las principales acciones de la vida á la utilidad del país, ó de la familia, consideraban estas primeras horas como la mejor porcion del dia y como un tiempo sagrado :

Nunc adeo melior quoniam pars acta diei est,
Quod superest læti bene gestis corpora rebus
Procurate, viri. . . . . .

dice Virgilio. El jurisconsulto Paulo es del mismo parecer; y se expresa en los mismos términos en su libro I : *Cujusque diei melior pars est horarum septem, primarum diei non supremarum.*

En efecto, entónces el hombre de mas sano juicio y mas á propósito para los negocios que requieren atencion, creía que no le era lícito el mas pequeño pasatiempo : *Nefas aliquid per voluptatem aggredi*; y las personas elegantes no estaban de moda hasta que habia pasado el tiempo de los negocios.

Por lo cual declara Marcial que no osaba presentarse por la mañana al emperador, ni queria que sus amigos se presentasen á él; porque el humor jovial de que él hacía profesion no convenia de ningun modo al uno, y ménos todavía al otro.

. . . gressu timet ire licenti
Ad matutinum nostra Thalia Jovem

Y hablando á un amigo suyo :

Et matutina si mihi fronte venis.

Pero aun cuando fuera costumbre no tratar de negocios despues de comer, del mismo modo que lo era no dedicar parte alguna de la manaña á los placeres, las personas laboriosas no hacian siempre esta division tan igual; prolongaban el trabajo mucho mas de los términos ordinarios, y con frecuencia hasta la décima hora del dia. Pero estas personas eran pocas y mas á propósito para dar buenos ejemplos que para seguir las malas costumbres; hombres cuya vida era una censura perpétua de la de los demas; verdaderos magistrados que se habian dedicado al cuidado de la cosa pública, y oradores celosos que se creían deudores de la salvacion de los infelices, cuya defensa habian tomado. Tal era un Asinio Polion, á quien Horacio llama *poderosísimo apoyo de los inocentes acusados, y brillantísima lumbrera del Senado* (1) y del cual dice Séneca que fué tan ordenado en la distribucion de su tiempo, que trabajaba hasta la décima hora, esto es, hosta las cuatro de la tarde; pero que despues de esta hora no hubiera querido abrir una carta siquiera, de cualquier punto que hubiera llegado, por temor de que le diese que hacer mas de lo que aquel dia se habia fijado, ó que le pudiera turbar el reposo á que habia consagrado el resto del dia : *Asinium Pollionem oratorem magnum meminimus, quem nulla res ultra decimam retinuit; ne epistolas quidem post eam horam legebat, ne quid novæ curæ nasceretur; sed totius diei, lassitudinem duabus reliquis horis ponebat.*

Caton, imágen viva de la virtud romana, no fué tan perseverante en el trabajo durante su pretura : administraba justicia con exactitud en las tres ó cuatro horas destinadas á esto, depues de lo cual se retiraba á su casa á comer sobriamente, y Plutarco rechaza como un cargo injurioso lo que decian los enemigos de este grande hombre, de saberse que habia estado en el tribunal despues de comer.

Caton es un modelo excelente, y si creyéramos que los demas Romanos vivian como él, no les haríamos ciertamente una gran injuria. Ahora bien, Plutarco asegura que este, algunos momentos despues de comer, iba ordinariameute á jugar á la pelota, *pila*, en el campo de Marte; dice ademas, que el dia que sufrió el desaire mas grande de parte del pueblo, que prefirió á su competidor, indigno del cargo de cónsul, no por esto se privó de aquel ejercicio.

No todos los Romanos se creían obligados á jugar á la pelota. Yendo de viaje Horacio con Mecénas, Virgilio y algunas otras personas escogidas de la corte de Augusto, Mecénas y los otros se fueron despues de comer á jugar á la pelota, miéntras que Virgilio y Horacio, cuyo temperamento era poco á propósito para los movimientos fuertes que requiere este juego, prefirieron dormir :

Lusum it Mecænas, dormitum ego, Virgiliusque :
Namque pila lippis inimicum et ludere crudis.

No se hubiera creido que Escipion el Africano, aquel hombre tan grave, se hubiese complacido con el baile; y sin embargo, dice Séneca en términos precisos que en sus momentos de solaz bailaba, no aquellos bailes pacíficos y afeminados que indican la corrupcion de las costumbres, sino aquellos ordenados y animados que usaban los antiguos, y que hubieran podido ver sus mismos enemigos sin que disminuyera la estimacion ni la veneracion en que tenian su virtud : *Et Scipio triumphale illud corpus movit at numeros, non moliter se infringens, ut nunc mos est etiam incessu ipso ultra muliebrem molitiem fluentibus, sed ut illi antiqui viri solebant virilem in modum tripudiare, non facturi detrimentum etiamsi ab hostibus suis spectarentur* (1).

El mayor número paseaba á pié, ó como diríamos hoy, en carruaje : dos especies de paseos, de las cuales una se llamaba *ambulatio*, y la otra *gestatio*. Ciceron dice en el libro I *De finibus* : *Constituimus inter nos, ut ambulationem pomeridianam conficeremus in academia.* Celso, lib. II, cap. 14 : *Gestatio etiam longis et jam inclinatis morbis aptissima est.*

Los Romanos de los primeros tiempos dormian un breve sueño, y se reponian de las fatigas de la mañana en sitios que la naturaleza parecia haber preparado expresamente para hombres que practicaban con discernimiento sus leyes inocentes, y á los cuales no habia corrompido el alma ni afeminado el corazon la vanidad. El murmullo de un riachuelo, la frescura de una selva, un sendero que el acaso les ofrecia, equivalia para ellos á los suntuosos edificios que inventó el lujo de los siglos siguientes para los mismos usos (2). Este pueblo tan pobre y tan rudo en su orí-

(1) Insigne mæstis præsidium reis,
Et consulenti Pollio Curiæ.
Lib. II, Oda I.

(1) *De tranquillit animi.*
(2) .... Sumus agrestium
Lenis virorum non humiles domos
Fastidit, umbrosamve ripam,
Non zephyris agitata Tempe.
Horac., lib. III, od. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gen, se hizo tan delicado y desdeñoso despues de sus conquistas en Grecia y Asia, que ya no podia lograr reposo ni pasear sin grandes gastos : no quiso que sus diversiones dependiesen de la disposicion del Cielo ; recurrió al arte, y se hizo paseos cubiertos y largas galerías, en las cuales competia la elegancia con la magnificencia. Á su modo de ver, no era racional aguardar el buen tiempo para ir á tomar el aire, ni exponer á su séquito á la lluvia y al fango :

Balnea sexcentis, et pluris porticus in qua
Gestetur dominus quoties pluit. Anne serenum
Expectet, spargatve luto jumenta recenti?
Hic potius, namque hic mundæ nitet ungula mulæ.

Ciceron, que conservaba todavía algo de las costumbres antiguas, habla bastante modestamente de una galería que queria añadir á su casa. *Tecta igitur ambulatiuncula addenda est.* Á Ático.

¡ Qué diferencia de esta á las que se vieron al concluir el mismo siglo, y las cuales fueron llamadas millarias por su longitud !

Vitrubio y Columela prescriben la manera de construirlas, á fin de que sirviesen para todas las estaciones : *Ut et hyeme plurimum solis, et æstate minimum recipiant.*

Los grandes señores tenian estas comodidades alrededor de sus casas, algunas aun en la casa de campo y en los arrabales, y entónces formaban parte de los jardines y estaban comprendidas bajo el mismo nombre. Se lee en mil pasajes *Los jardines de César, los jardines de Lúculo* : Neron hizo abrir los suyos al pueblo, para recoger en ellos á los infelices cuyas casas habia quemado con el objeto de presenciar un espectáculo verdadero de la imágen que se habia formado del incendio de Troya. Plinio hace una descripcion de los que tenia en el campo, que hoy todavía excita la admiracion, y es de creer que no fuesen los únicos tan bellos y tan espaciosos. Despues del reinado de Augusto, declama el poeta Horacio contra la manía de edificar, que estaba á punto de ocupar con aquella especie de fortalezas todo el terreno de Italia (1), y por una especie de contraste le opone los ejemplos, no solo de Rómulo, sino tambien de Caton y de los demas fundadores del poderío romano, los cuales cuando tenian algun hermoso trozo de mármol, lo empleaban mas bien en hermosear los templos de sus dioses ó las plazas públicas de su ciudad, que en hacer vastas galerías para su uso particular :

.....Nulla decempedis
Metata privatis opacam
Porticus excipiebat areton;
Nec fortuitum spernere cespiten
Leges ferebant, oppida publico
Sumptu jubentes, et deorum
Templa novo decorare saxo.

En estos deliciosos lugares pasaban ordinariamente las primeras horas de la tarde los que gustaban de los placeres tranquilos. Los unos se entretenian en cosas graves, los otros en cosas agradables, segun el gusto y carácter de cada cual. Los poetas se aprovechaban con mucha frecuencia de la ociosidad que reinaba en aquellos lugares y en aquellos momentos para recitar sus composiciones á quien queria oirlas, lo cual ha hecho decir á Juvenal que los paseos y las galerías de Frontone debian saber y repetir como un eco las fábulas de Eleo, de Eaco, de Jason, de los Cíclopes y todos los demas asuntos de los poemas vulgares.

Pero lo dicho anteriormente no se refiere sino á las propiedades particulares; habia tambien edificios públicos semejantes, aun para las mujeres, como el pórtico de Metelo. Estos se multiplicaron al infinito en tiempo de los emperadores, esforzándose cada uno en sobrepujar á su predecesor en esta clase de magnificencia y de liberalidad : ademas de las columnas de pórfido que sostenian el de Augusto, se veían en él, entre otras singularidades, las estatuas de las cincuenta Danáides, y muchas pinturas de los mas excelentes maestros : en la galería de Octavia, hermana de este emperador, se habian fijado los estandartes, y las demas insignias militares que habian quitado ántes los Dálmatas á Domicio, los cuales se habian devuelto recientemente : Agripa habia hecho pintar en el pórtico que consagró á Neptuno, en reconocimiento de sus victorias navales, la historia de los Argonautas : el pórtico de Cátulo estuvo adornado desde los tiempos de la república con los despojos de los Cimbros ; los de Livia, de Neron y de sus sucesores tenian, en fin, rarezas y bellezas á propósito para detener á los espectadores y hacer agradable el paseo.

No bastando este placer al emperador Claudio, añadió á tales recreos el juego de las dados ; y Suetonio nos hace saber que habia hecho formar á este fin un tablero en la litera en que paseaba.

En cuanto á los jóvenes y á los que aun se sentian con la fuerza y el fuego de la edad, en cambio de un paseo moderado y tranquilo, cuando no jugaban á la pelota, se ejercitaban en el campo de Marte en todo lo que podia hacerles mas ágiles y dispuestos para el fatigoso oficio de la guerra : montaban á caballo, lanzaban el dardo, tiraban el arco, jugaban al tejo, y se ejercitaban de todas maneras. Á fin de que no hubiese confusion ni interrupciones en esta clase de ejercicios, que se consideraban como la mejor escuela de la juventud romana, habia sitios especiales para cada uno de estos juegos, y se llamaban *areæ*, ó *areotæ*, y todo se hacía á la vista de personas, cuya presencia era á propósito para excitar la emulacion en los indiferentes. En fin, aquellos ancianos que no temian al polvo ni al sol, gozaban, como de un espectáculo agradable, con la vista de los esfuerzos de estos jóvenes, á quienes consideraban como el apoyo futuro del Estado.

Virgilio, que para dar mas autoridad á lo que se practicaba en su tiempo, hace remontar siempre su orígen hasta la mas apartada antigüedad, no deja de atribuir esta costumbre á los habitantes del antiguo Lacio y á los ciudadanos de Laurento, despues de la llegada de los Troyanos á Italia :

Ante urbem pueri, et primævo flore juventus
Exercentur equis, domitantque in pulvere currus
Aut acres tendunt arcus, aut lenta lacertis
Spicula contorquent, cursuque ictuque lacessunt.

Y Horacio ha hecho sobre el mismo asunto una oda, que no contiene otra cosa:

Lidia dic, etc.

No diré nada de las demas partes de la gimnástica romana; solamente observaré que todo esto concluía hácia las tres de la tarde, porque en este sentido se entienden la *octava* y la *nona* de los Romanos, y cada uno se trasladaba á los baños públicos ó particulares (1). Ragion pretende que habia mayor libertad en los baños privados ; pero los públicos se abrian al toque de campana, y á la misma hora todos los dias.

Redde pilam : sonat æs thermarum, ludere pergi
Virgine vis sola lotus obire domum.

Los que llegaban demasiado tarde, corrian el peligro de no bañarse sino en agua fria.

En los países septentrionales, y despues en la misma Italia, no se tuvo tanto cuidado del baño ; el uso de los calzones hizo poco necesaria esta ligera incomodi-

(1) « Jam pauca aratro jugera regiæ moles relinquent, etc »

(1) « Ubi hora balnei nunciata est, autem hyeme nona, æstate octava. » PLIN., lib. III, ep. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dad; pero entre los Romanos, de quienes hablamos, rara vez se omitia.

En tiempo de la antigua república, cuando todos vivian en el campo, y no se interrumpia el trabajo ordinario de la agricultura sino algun dia festivo, al volver cada uno por la tarde de su tarea se lavaba cuidadosamente los brazos y las piernas, y cada nueve dias cuando iba á la ciudad para asistir á los asuntos del foro, ó á los que se trataban en las asambleas relativos al gobierno, se bañaba todo el cuerpo : *Prisco more, tradiderunt*, dice Séneca, *brachia et crura quotidie abluere quæ scilicet sordes opere collegerant, totis vero nundinis lavabantur*.

Los baños mas comunes entónces eran el Tíber ó los rios inmediatos, y no estaban muy generalizadas las estufas ni los baños de agua caliente. El nombre de *thermæ* que se les dió siempre, demuestra bastante bien que esta delicadeza, como casi todas las demas, pasó desde Grecia á Italia.

Dion refiere en la vida de Augusto, que Mecénas fué el primero que la estableció en Roma. Habia, á pesar de esto, baños públicos anteriormente. Ciceron lo indica en la oracion á favor de Marco Celio, pero estos eran de agua fria, en pequeño número, y bastante mal adornados. Séneca hace en la ep. 86 una comparacion muy larga y estudiada de los baños antiguos y de los que habia en su tiempo, y da una razon bastante plausible de la poca riqueza que se veía en los primeros : *Cur enim ornaretur res quadrantaria ?* En efecto, era poca cosa el precio del baño, el cual no costaba sino la cuarta parte del as. Horacio dice :

Dum tu quadrante lavatum
Rex ibis;

y Juvenal :

Cædere Sylvano porcum, quadrante lavari;

y antes que él habia dicho Ciceron : *Nisi forte mulier potens quadrantaria, illa permutatione familiaris facta erat balneatori*, hablando de Clodia en la arenga *Pro M. Cœlio*.

Pero lo que procuró al pueblo infinito placer fué la liberalidad de M. Agripa, el cual hizo construir el año que fué edil ciento setenta edificios, donde se bañaban los ciudadanos gratuitamente en el agua caliente y en la fria. Á su ejemplo Neron, Vespasiano, Tito, Domiciano, Severo, Cordiano, Aureliano, Diocleciano, Maximiano, y casi todos los emperadores que trataron de ganarse partidarios, hicieron construir baños y estufas del mármol mas precioso, y con las reglas de la arquitectura mejor entendida. Principiaban con agua caliente; despues, cuando estaban bien abiertos los poros y podian dar lugar á exhalaciones demasiado copiosas, creían que era bueno á su salud cerrarlos con un baño ó con una aspersion sencilla de agua fria. Una circunstancia que merece referirse aquí, y que era la causa de que durase tanto tiempo el baño, es que se hacian raspar el cuerpo con cuchillos pequeños de madera, ó con almohazas pequeñas, de las cuales se ven todavía algunas en los gabinetes de los curiosos. Esparciano nos ha dejado respecto de esto una historieta, la cual, ademas de las costumbres de aquellos tiempos, nos dará á conocer tambien el carácter benéfico y agradable del emperador Adriano. Bañábase este muchas veces con la muchedumbre del pueblo, y allí vió un dia á un soldado anciano, que no teniendo nadie que le frotase el cuerpo, suplia esta falta restregando y frotando la espalda en las paredes del baño. Conocíale Adriano por haberle visto en la guerra, y le preguntó por qué frotaba de tal suerte su piel contra el mármol. *¿ Por qué ?* contestó el anciano, *porque no tengo criado*. El emperador le dió en el acto esclavos y con qué sostenerlos. El rumor de una accion que habia tenido muchos testigos corrió prontamente por todos los barrios de Roma, y la primera vez que volvió Adriano á los baños públicos, no dejó de hallarse en ellos gran número de viejos, los cuales intentaron atraerse por los mismos medios las miradas y la liberalidad del príncipe. Hizo este al instante que se le acercasen, y en vez de tratarlos como al soldado, mandó únicamente repartirles almohazas, ordenando que se frotasen unos á otros.

Diré tambien de los baños públicos lo que he dicho de los paseos, que los poetas encontraban en ellos todos los dias un auditorio á su gusto, donde podian dar á conocer los frutos de sus musas. La misma disposicion del sitio era favorable á la declamacion :

Suave locus voci resonat conclusus.

Y los que gustaban de la sátira, hicieron conocer este defecto de sus cofrades. Horacio, por ejemplo, dijo :

. . . . . in medio qui
Scripta foro recitent; sunt multi, quique lavantes.

Y Marcial se quejó de no encontrar un refugio contra esta importunidad que lo perseguia hasta en los haños.

Et stanti legis, et legis sedenti
In thermas fugio, sonas ad aures.

Petronio decia tambien en el mismo sentido, que su Eumolpo (mucho mas poeta que hombre), leía trozos de sus obras en los baños públicos : *Relictoque Eumolpo, nam in balneo carmen recitabat*.

Los ricos tenian baños en sus casas, y frecuentemente muy magníficos, sobre todo despues que se habian acostumbrado á saquear las provincias y hasta el imperio ; pero no los usaban mucho sino en los tiempos extraordinarios, y por no parecerse al comun de los hombres. Atendian, no á sus necesidades, sino á su capricho, y con frecuencia tambien al de los demas, como los emperadores Cómodo y Galieno, que se bañaban cinco ó seis veces al dia por complacer á sus libertos, y aun se vió á estos señores del mundo no negarse á las instancias de sus súbditos, y descender hasta la benignidad de bañarse con ellos.

Respecto de lo que he dicho de las horas extraordinarias del baño, conviene recordar que la regla principal de aquellos sitios era al principio no abrirlos nunca ántes de las dos ó los tres de la tarde; y luego ni ántes de salir el sol, ni despues de ponerse.

Alejandro Severo fué el primero que permitió los baños públicos durante la noche en los grandes calores del verano ; y añadiendo la liberalidad á la complacencia, suministró á sus expensas el aceite que se consumia en las lámparas. Pero ántes de esto la hora ordinaria era, como ya he dicho, la octava y la nona; y el poco precio, la utilidad que se reportaba, y la gran comodidad de que se gozaba en los últimos tiempos de la república y en los de los primeros Césares, todo esto contribuía á que un ciudadano, cualquiera que fuese, faltase rara vez á los baños. Ninguno se abstenia de ellos como no fuese por pereza y descuido, cuando no estaba obligado á abstenerse á causa de luto público ó privado, porque la costumbre respecto de esto habia pasado á ser ley ; y véase el motivo por qué *squallor* y *sordes* se toman muchas veces por luto en los buenos autores.

Horacio, que hace nna pintura tan natural (1) de la manera libre como pasaba el dia, se da á sí mismo el carácter de hombre desordenado, que censura en los demas poetas, y dice que se bañaba pocas veces en los sitios públicos.

Secreta petit loca, balnea vitat.

« Ni la moda, ni las ceremonias me sujetan, dice :

(1) *Sat.* VI, lib 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

voy solitario adonde el placer me llama, paso alguna vez por el mercado, y me informo del precio de los granos y las legumbres; paseo hácia la tarde por el Circo y la Plaza Mayor, y me detengo á escuchar á uno que dice la buena ventura, que vende sus quimeras á los que desean saber el porvenir; en seguida regreso á mi casa, me siento á una mesa sobria, y despues me voy á la cama y duermo sin inquietud alguna por el porvenir, permaneciendo acostado hasta la cuarta hora del dia, esto es, hasta las diez, etc.

. . . . . Quocumque libido est
Incedo solus, percontor quanti olus ac far:
Fallacem circum vespertinumque pererro
Sæpe forum; assisto divinis: inde domum me
Ad porri et ciceris refero laganique catinum.
Deinde eo dormitum, non sollicitus mihi quod eras
Surgendum sit manè, obeundus Marsya, qui se
Vultum ferre negat Noviorum posse minoris, etc.

Despues del baño se frotaban los Romanos con aceites y esencias; despues venía la cena, á la hora nona ó décima del dia, que correspondian á nuestras dos ó tres ántes de ponerse el sol:

Imperat exstructos frangere sona thoros.

Ántes de llegar á la cena y á lo que la seguia, no me parece fuera de propósito decir algo de sus diferentes comidas, para conciliar la diversidad de opiniones respecto de este particular.

Muchos han incurrido en el error de decir que los antiguos Romanos no comian mas que por la tarde. Isidoro aseguró que no conocian tampoco la cena, y tuvo partidarios; pero ademas de que no es nada verosímil que hombres tan laboriosos pudieran pasar un dia entero sin tomar algun alimento, hay en los autores infinito número de pasajes que prueban manifiestamente lo contrario. No cito aquí lo que Suetonio y Dion refieren de Vitelio (1), que hacía regularmente sus tres ó cuatro comidas al dia; que tenian mucho que hacer los que habian pensado convidarlo; que almorzaba con unos, comia con otros, é imponia tambien á algunos nuevos huéspedes la obligacion de darle de cenar. Este emperador debe ser considerado mas bien como un monstruo que como un ejemplo en la vida civil; su intemperancia no tuvo importancia alguna sobre la generalidad de los hombres, y por otra parte yo comprendo en esta disertacion el tiempo inocente de la república, lo mismo que los siglos corrompidos de los emperadores.

Dejando por tanto aparte el almuerzo, reservado para los niños, digo que los autores, lo mismo griegos que latinos, que hablaron de las costumbres de la antigua Roma, todos hicieron mencion de la comida de los Romanos. Plutarco, en el libro VIII de las cuestiones acerca de la mesa, dice con tono de certeza que los ciudadanos de todas condiciones tomaban alguna cosa al medio dia, que comian solos en su casa y bastante, modestamente; pero que á la tarde se indemnizaban abundantemente con sus amigos (2). Ateneo enumera entre las comidas sin distincion de edad la comida, la cena, y lo que se comia despues de la cena (3). Séneca, Macrobio, Marcial, Apuleyo y Varron, que tiene mayor autoridad, explican lo que tenian costumbre de comer los Romanos á la hora de la comida: *silatum*. Es verdad que era poca cosa para las personas arregladas, porque todo consistia en un pedazo de pan, un poco de [illegible] vino, siendo acaso esta la razon por que Isidoro lo consideró como nada. En esto no puede haber lugar á engaño, porque en la antigüedad mas romota esta comida, aun cuando fuese escasa, no dejaba de llamarse *cœna*, si se cree á Festo: *Cœna*, dice este gramático, *apud antiquos dicebatur quod nunc prandium; vesperna, quod nunc cœna appellatur*.

Aun cuando el hombre no sea muy exacto en cuanto se refiere á sí solamente, es lo cierto que la hora de la comida era alrededor de la sexta del dia, esto es, al medio dia. Seutonio dice que al emperador Claudio le gustaban tanto ciertos espectáculos, que bajaba á su galería cubierta por la mañana, y permanecia en ella hasta el medio dia al tiempo que se retiraba el pueblo para comer (1). Marcial dice á un parásito que habia ido á su casa á las diez ó las once: *Llegas tarde para el almuerzo, y muy pronto para la comida*.

Véase en pocas palabras lo que tenia que decir respecto de las demas comidas de los Romanos. Por lo que hace á la cena, de que se trata ahora, fué en todo tiempo una comida preparada, una reunion de toda la familia, un convite de muchos amigos, y todo estaba dispuesto en ella para hacer cada cosa mas cómoda y agradable á los que debian concurrir, la hora, el lugar, el servicio, la duracion, los concurrentes y los acompañantes.

I. La hora de la cena era ordinariamente entre la nona y la décima del dia, segun su manera de contar, y segun la nuestra entre las tres y las cuatro de la tarde, de modo que quedaba tiempo suficiente para la dígestion, para los entretenimientos, para los pequeños cuidados domésticos, y todavía tambien para una comida extraordinaria (*comessatio*). Todos los escritores están de acuerdo relativamente á esto. *Imperat exstructos frangere nona thoros*; que significa la hora nona llama á la mesa. Exagerando Juvenal la declamacion, segun su costumbre, tiene como por un insulto hecho á las buenas costumbres, á la vez que á las leyes y á la justicia, la conducta de un tal Mario, que en el destierro que mereció por sus concusiones, anticipaba esta hora:

Exul ab octava Marius bibit et fruitur dis
Iratis; at tu victrix provincia ploras.

II. El sitio de la cena antiguamente *el atrio*, esto es, un espacio del vestíbulo expuesto á las miradas de todos. No se avergonzaban de comer de esta suerte, dice Valerio Máximo, lib. II, cap. I, porque su sobriedad y su moderacion no atraían la censura de sus conciudadanos: *Nec sane ullas epulas habebant, quas populi oculis subjicere erubescerent*. Despues fueron obligados á ello por las leyes Emilia, Antia, Julia, Didia y Orchia, por temor de que en un lugar mas retirado diera ocasion á la licencia: *Imperatum est ut patentibus januis pransitaretur, et cœnaretur*, dice Macrobio: *ne singularitas licentiam gigneret*, añade Isidoro. La ley determinaba ántes el gasto que debia hacerse en las comidas, con tal severidad que igualmente condenaba al amo de casa que á los convidados.

Alguna vez, y sobre todo en el buen tiempo, se cenaba debajo de algun plátano ó de otro cualquier árbol frondoso (2); pero donde quiera que fuese se tenia mucho cuidado de extender encima una colgadura que pudiera librar á la mesa y á los convidados del polvo ú otra porquería. Ademas de los mármoles antiguos, que aun sirven hoy de testimonio de esto,

(1) Cap. III, « Epulas trifariam semper, interdum quadrifariam disperticbat, etc. » Καίπερ ουδέ ὅλης τῆς ἡμέρας οἱ αυτοί ειστίων αυτόν, etc.

(2) Καθ' ἑαυτοῖς ηρίστων επιεικῶς οἱ πάλαι Ρωμαῖοι συνθειπ νοῦτες τοις φιλοις.

(3) Lib. I, Φιλήμων δὲ φησαιν ὕτι τροφαῖς εχρῶντο οἱ παλαιοί ακρατισματι αριστῳ, επερισματι, δειπνῷ.

(1) « Bestiariis adeo delectabatur, ut summo mane ad spectacula descenderet, et meridie, dimisso ad prandium populo, persederet. » En *Claud.*, 31.

(2) « Jamque ministrantem platanum potantibus umbras. »
Georg. IV, 146.
« Cur non sub alta vel pla'ano vel hac pinu, etc.
Horac., lib. II, oda 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Horacio en la descripcion del festin que dió Nasidieno á Mecénas, no olvida este tapiz, cuya caída desgraciada ocasionó tan grave desórden :

Interea suspensa graves aulea ruinas
In patinam fecere, trahentia pulveris atri
Quantum non aquilo campanis excitat agris.

Pero cuando estuvieron instruidos los Romanos en la arquitectura, quisieron poner en práctica las lecciones que habian recibido. Los discípulos, para tener mejor éxito, despojaron á sus maestros, y construyeron á su costa grandes salas para recibir con mas comodidad y esplendidez á los que querian convidar. Entónces se olvidaron pronto aquella modestia de los primeros Romanos y aquellos mismos reglamentos tantas veces renovados y multiplicados para conservarla. Los censores, aunque secundados por los mas sabios del Senado y del pueblo, no pudieron contener el torrente. y se oyeron sin que causáran efecto los discursos de los unos y las amenazas de los otros. Aun estaba la república en su mayor esplendor, cuando ya Lúculo tenia muchas de estas suntuosas salas, á cada una de las cuales dió el nombre de una divinidad; y este nombre era para su mayordomo una señal de lo que deseaba gastar en el banquete. El emperador Claudio tenia entre otras una á la que habia dado el nombre de Mercurio : *In diætam cui nomen Hermæum, recesserat.* Pero todo cuanto se habia visto hasta entónces fué superado por el esplendor de aquel salon tan maravilloso cuanto magnífico de Neron, llamado *domus aurea.* Con el movimiento circular de los artesonados y de las bóvedas imitaba este salon las variaciones del cielo, y representaba las diversas estaciones del año, que cambiaban á cada servicio y hacian llover flores y esencias olorosas sobre los convidados : *Ut subinde alia facies atque alia succedat, et totis tecta, quoties fercula mulentur. Cœnationes laqueatæ tabulis eburneis versatilibus, ut flores ex fistulis et unguenta de super spargerentur;* SÉNECA, ep. 90. SUETONIO. Y como el lujo iba aumentando cada dia, aun cuando disminuyesen las fortunas, Heliogábalo sobrepujó tanto á Neron cuanto este habia sobrepujado á Lúculo.

III. La mesa entre los primeros Romanos era de figura cuadrada, de madera cortada de sus bosques, y labrada por sus carpinteros. Cuando hubieron pasado al África y al Asia, imitaron primero á estos pueblos, y despues los vencieron en esto como en todo lo demas. Variaban las figuras de las mesas, y como aun no las cubrian con manteles, fué menester á lo ménos hacerlas de una materia que no ofreciese á su vista sino brillantez y hermosura : emplearon al efecto el marfil, la concha de tortuga, la raíz de boj, de arce y de cedro, y todo lo mas raro que les suministraba el África, fecunda en singularidades. *Video istic mensas et æstimatum lignum senatorio censu, eo pretiosius quo illud in plures nodos arboris infelicitas torsit* (1). No contentos con este refinamiento, las adornaron de láminas de cobre, de plata, de oro, é incrustaron en ellas piedras preciosas en forma de coronas.

IV. El modo de colocarse los Romanos en la mesa no fué siempre el mismo ; pero sí digno de ser considerado en todo tiempo. Ántes de la segunda guerra púnica, se sentaban en bancos de madera á estilo de los héroes de Homero, ó para hablar como Varron, á la manera que los Lacedemonios y los Cretenses. Escipion el Africano fué la causa primera del cambio que ocurrió respecto de esto : habia traido de Cartago lechos pequeños, que durante mucho tiempo se llamaron *punicani* ó *archaici*, y eran de una madera bastante comun, muy bajos, rellenos únicamente de paja ó de heno, y cubiertos de piel de cabra ó de carnero (1). Á decir verdad, habia diferencia, respecto á la delicadeza, entre estos lechos nuevos y los antiguos bancos ; pero el uso frecuente de los baños que se introdujo entónces, y que afeminó insensiblemente á los Romanos, hizo que creyeran que comian mejor los hombres echados que sentados. Y digo los hombres, porque las mujeres no creyeron al principio que convenia á su modestia adoptar esta novedad, y conservaron la antigua costumbre miéntras subsistió la república ; pero no tuvieron mucho tiempo la gloria de esta constancia, y desde el tiempo de los primeros Césares hasta el año 320 de la era cristiana, siguieron la costumbre de los hombres. En cuanto á los jóvenes que no habian vestido todavía la toga viril, estuvieron sujetos mayor espacio de tiempo á la antigua disciplina : y cuando eran admitidos á la mesa, se sentaban en el extremo del lecho de sus mas próximos parientes. « Nunca, dice Suetonio (2), comieron en la mesa de Augusto los jóvenes Césares Cayo y Lucio sin que estuvieran sentados *in imo loco*, » ó como dice Tácito, *od lecti fulcra*.

Repetiré respecto del cambio introducido en estos lechos cuanto he dicho relativamente á las mesas : desde la mayor sencillez llegaron en muy poco tiempo hasta la riqueza mas asombrosa. Dice Plinio en el libro XXXV, cap. 11, que no era novedad en tiempo de Augusto verlos enteramente cubiertos de láminas de plata, adornados con muelles, colchones de pluma, y con los cobertores mas ricos. Omito los largos pasajes de Plinio, de Séneca y de todos los poetas sobre la materia y la forma de estos lechos, lo selecto de la púrpura y la perfeccion de los adornos, tanto mas cuanto que Chaconio trató con bastante extension este asunto en su disertacion *De triclinio*, y me contento con poner de manifiesto el contraste en aquel verso de Ovidio que tan bien expresa la antigua pobreza: « Los lechos de nuestros padres no estaban rellenos mas que de yerbas y de hojas, y solo los ricos podian cubrirlos de pieles. »

Qui poterat pelles addere, dives erat.

Se colocaban ordinariamente tres de estos lechos al rededor de una mesa cuadrada, lo cual hizo llamar *triclinium* á la mesa y á la sala de comer, de manera que siempre quedaba en ella un lado vacío y desocupado para un caso necesario.

V. Cada lecho podia contener tres, cuatro, y rara vez cinco personas, y se elevaban desde cuatro á cinco piés. Los convidados se trasladaban á ellos desde el baño con una túnica, que solo servia para este fin, y que llamaban *vestis cœnatoria, triclinaria, convivalis.* Era esta la mayor parte de las veces blanca, especialmente en los dias de alguna solemnidad, y lo mismo entre los Romanos que entre los Orientales, era indiscrecion digna de castigo presentarse en la sala del festin sin este traje. Ciceron culpa á Vatinio por haberse presentado en uno en traje negro, aun cuando se diera el banquete con ocasion de una ceremonia fúnebre, y compara á este odioso enemigo con una furia que viene inopinadamente á imprimir una idea funesta en el ánimo de los asistentes. *Atque illud etiam scire ex te cupis, quo consilio aut qua mente feceris, ut in epulo Quinti Arrii familiaris mei, cum toga pulla accumberes?... Cum tot hominum millia... cum ipse epuli dominus Q. Arrius albatus esset, tu in templum Castoris te cum C. Fidulo atrato cæterisque tuis furiis funestum intulisti.* Capitolino refiere ademas que habiendo sido convidado Maximino el hijo, jóven aun, á la mesa del emperador Alejandro Severo, y no teniendo traje de convite, se le dió uno del guarda-

(1) SÉNECA. — SCÆVOLA, leg. « Qui uxori if. De auro et argento legato ; Sed in coronis mensarum gemmæ coronis cedent et hæ mensis. »

(1) « Hœdinis pellibus strati. »
(2) « Neque cœnavit una, nisi ut imo loco assiderent. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ropa del emperador. Lo mismo habia ocurrido hacía ya tiempo á Septimio Severo, siendo aun particular, segun refiere Esparciano. Este traje era una especie de paño que casi no tenia forma, como se ve en los mármoles, y que diferia en esto del palio de los Griegos. Marcial reprende á Lusco por haberse llevado várias veces dos en lugar de uno al salir de la casa en que habia cenado :

Et tectus lœnis sæpe duobus abit.

VI. No recuerdo haber leído que se quitase el calzado á las mujeres, ni que se les lavasen ó frotasen los piés con esencias cuando se colocaban en estos lechos; pero nada era tan comun respecto de los hombres, para no exponer al fango y al polvo las telas preciosas de que estaban cubiertos. Plauto dice en una de sus comedias. « Perfectamente, me siento » reanimado ; quitadme el calzado; dadme de beber, » y de aquí á poco : pronto, volvedme el calzado, y » que se quite al instante la mesa : *Jam redit animus, deme soleas, cedo vinum, et cedo soleas mihi : properate, auferte mensam.* » Nasidieno, en Horacio, para ir á dar nuevas órdenes despues de la desgracia que le habia ocurrido, toma su calzado : *Et soleas poscit.*

Presentábase tambien agua para las manos y aun para los piés á los que salian del baño : *Aquam manibus, pedibusque dato*, dice Namio en Fabio Pictor : *Polubrum sinistra manu teneto, dextra vasum cum aqua.* Plauto dice en el *Persa* :

. . . . . locus
Hic tuus est, hic accumbe : ¡fer aquam pedibus! ¿præben'tu [puere?

VII. Este pasaje de Plauto me trae á la memoria el órden y la distincion de los sitios, adonde cada uno era conducido regularmente por el señor del festin. Plutarco, en el libro primero de las *Cuestiones relativas al festin*, propone esta : « Si debe colocar el amo de casa á los convidados, ó si debe dejar á cada uno en libertad de tomar él mismo su sitio, » y refiere acerca de esto una historieta bastante agradable. « Habiendo convidado, dice, mi hermano Timon á muchos amigos, tanto ciudadanos como extranjeros, y no queriendo molestar á ninguno con el ceremonial, les suplicó que se colocasen á su gusto. Al cabo de algun tiempo se presentó á la puerta del salon un personaje extraordinario, una especie de capitan ricamente vestido, y seguido de gran número de criados; recorrió con una mirada á todos los circunstantes, y despues se retiró sin decir palabra. Algunos se levantaron para correr detras de él y rogarle que entrase, pero él contestó friamente que no veía reservado ningun sitio digno de él. Como los convidados se sentian ya un poco alegres, se rieron grandemente de esta aparicion, y alguno dijo en alta voz que tal hombre estaba mejor á la puerta que á la mesa. »

Plutarco no deja de agitar en el capítulo sigiente esta cuestion : « ¿ Cuál es el sitio consular, y por qué es el mas honorífico despues del que corresponde al dueño de casa? » Despues de haber referido la opinion de los Griegos y de los Persas, decide que es el primero del lecho del medio, y presenta en su apoyo dos razones. La primera es que despues de la expulsion de los reyes, por no herir los cónsules la suspicacia de sus conciudadanos hasta en el santuario de la libertad, renunciaron al puesto que habian ocupado aquellos príncipes en la mesa, lo dejaron al dueño de la casa, y descendieron un escalon. La segunda es que habiendo siempre dos lechos para los amos, es cosa racional que quien da el banquete tenga siempre á la vista á sus criados; que vea lo que ocurre, y esté en disposicion de dar sus órdenes y de entrever conversando á los amigos. Ahora bien, el sitio mas conveniente para esto es el segundo lecho del medio. La esposa del dueño de la casa se coloca inmediata á él, *in ejus sinu.* Así, pues, el sitio mas honorífico despues de estos dos es el que los precede, esto es, el primero del mismo lecho. Este es tambien, dice el mismo autor, el mas á propósito á la dignidad de un primer magistrado : en el espacio que entre los dos hay, puede recibir cómodamente á los que vienen á traerle noticias del ejército ó de los demas asuntos públicos que atañen á su ministerio.

Como entre los Romanos habia sombras y parásitos, llamados estos ó tolerados por el amo de la casa, y llevadas aquellas por los convidados, cuales eran en los convites de Nasidieno un Nomentano, un Visco Turino, un Vario y otros *quos, Mœcenas adduxerat umbras,* se destinaba á estos el último de los tres lechos, ó sea el que estaba á la izquierda del de enmedio. En tiempo de los emperadores hubo un maestro de ceremonias encargado de la observancia de este órden, del cual cuidaba en los primeros tiempos el amo de la casa.

VIII. Parecerá extraño que mucho tiempo despues del siglo de Augusto no se suministrasen aun servilletas á los convidados, los cuales las llevaban consigo. Cátulo se queja de un tal Asinio, que le habia robado la suya, y le amenazaba con difamarle en sus versos si no la restituye al punto :

Marrucine Asini manu sinistra
Non belle uteris in joco atque vino,
Tollis lintea negligentiorum;

y poco despues :

Quare aut hendecasyllabos trecentos
Expecta, aut mihi lintеum remitte.

Casi lo mismo dice Martial de Hermógenes, hombre conocido por semejantes rasgos de destreza. « Ninguno de los convidados, escribe, habia traido servilleta porque temian las corvas uñas de Hermógenes. Este, sin embargo, no se volvió á su casa con las manos vacías, pues encontró ocasion de robar el mantel

Attulerat mapam nemo, dum furta timentur.
Mantile è mensa sustulit Hermogenes.

IX. Dispuestos así todos, colocábase el aparador en un lugar elevado, donde habia vasos mas ó ménos preciosos, segun las épocas de la república y las facultades de los individuos, sirviéndose tazas que se ponian delante de cada comensal. Dice Suetonio que un señor de la corte de Claudio, habiendo dado lugar á la sospecha de que hubiese robado la taza de oro que se le sirvió, fué convidado de nuevo para el dia siguiente, pero en lugar de una taza de oro como á los demas, le sirvieron una de barro. *Convivæ qui pridie scyphum aureum surripuisse existimabatur, revocato, in diem posterum calicem fictilem apposuit.* Plutarco dice que Cleopatra, despues del famoso banquete con que obsequió á Marco Antonio, regaló á todos los Romanos de su séquito las tazas en que cada uno de ellos habia bebido.

X. Despues de distribuidas las tazas, se servian los manjares no siempre en un plato por vez, como indica el verso de Horacio :

Affertur squillas inter muræna natantes
In patina porrecta;

y este otro :

. . . . . Tum pectore adusto
Vidimus et merulas poni, et sine clune palumbes.

sino que con frecuencia se llevaban muchos platos juntos en una mesa portátil. Servio al comentar este verso de Virgilio, *Postquam exempta fames epulis, mensæque remotæ,* afirma que se llevaban las mesas ya provistas, *quia apud antiquos mensas apponebant pro discis.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ateneo está conforme con Servio: « Se traían, dice, y llevaban las mesas αἱ τράπεξαι ἐβασταξοντο. Y en otro lugar :

Ateneo está conforme con Servio: « Se traían, dice, y llevaban las mesas . αἱ τραπεζαι εβασταζοντο. Y en otro lugar :

Ως εἶδε τὴν τραπεζαν ἀνθρἱοώσις δύο
Φὲροντας εἴσω ποικιλων παροψιδων
Κόσμου βρὺουσαν.

Marcial no aprueba estas mesas ambulantes:

Has bovis epulas habete, lauti;
Nos offendimur ambulante cœna (1).

Tenemos, segun se ve, ejemplos en los escritores antiguos de ambos usos, y es un error el creer que por haberse encontrado un pasaje que lo diga de un modo, todos los demas hayan de entenderse en el mismo sentido.

XI. El primer servicio empezaba por lo comun con los huevos frescos y las legumbres, así como el segundo concluía con las frutas : *Integram famem ad ovum affero*, dice Ciceron : *Ab ovo usque ad mala*, significaba del principio al fin; y Varron no omite decir (2) que se concluía algunas veces por donde se habia principado, esto es, por los huevos. El ejemplo que él cita explica un punto de la historia antigua relativo á los juegos del circo y á la solemnidad de Céres. Ateneo es del mismo parecer que Varron.

XII. Los esclavos empleados en el servicio estaban elegantemente vestidos, y llevaban servilletas blancas á la cintura. Séneca los llama *agmen servorum nitentium et ministrorum ornatissimorum turba, linteis succincta*. Eran seguidos por un mayordomo que trinchaba los manjares con maestría y frecuentemente á compas. Séneca en la ep. 47 dice : *Alius pretiosas aves scindit, et per pectus et clunes certis ductibus circumferens eruditam manum, infrusta excutit.* Y en otro lugar; *Quanta celeritate, signo dato, gladii ad ministeria decurrunt!* Juvenal dice tambien en la sátira quinta :

Structorem interea, ne qua indignatio desit
Saltantem spectas et cheironomounta volanti
Cultello, etc.

Habia sirvientes destinados al aparador y que cuidaban unos del vino, otros del agua caliente y fria, otros de los vasos y las tazas cuando era menester cambiarlas, lo que acontecia muy á menudo al empezar á alegrarse el festin, *cum majoribus poculis poscebatur*.

XIII. En las grandes fiestas los esclavos, tanto los de la casa como los que cada uno habia traído consigo, y que permanecian derechos á los piés de sus amos, *servi ad pedes*, estaban coronados de flores y hojas verdes como los convidados, no habiendo allí nada entónces que dejase de inspirar alegría.

Si se traía un pez ó un ave de mucho valor ó rara, era recibida al son de las flautas y chirimías, redoblábase la alegría, y el que daba la fiesta se creía ampliamente recompensado con las aclamaciones de todo el concurso. Macrobio cita una carta de Sammonico Sereno, el cual cumplimenta al emperador Severo por los honores que habia tributado á un sollo, y en especial por el restablecimiento de esta costumbre : *Gratiam ejus video ad epulas quasi postliminio rediisse; quippe qui dignatione vestra interesum convivio sacro, animaverto hunc piscem à coronatis ministris inferri.*

Multiplicábanse entónces los servicios, y aunque siempre se conservaron las mismas expresiones de primero y segundo plato, *primæ et secundæ mensæ*, con alusion á todo el banquete, estos dos servicios se subdividian en otros muchos. Comprendia el primero los principios, que consistian en huevos y legumbres, y en vinos mezclados con miel, segun el precepto :

.....vacuis committere venis
Nil nisi lene decet.

Despues venian los manjares sólidos, los guisados y los asados. El segundo comprendia las frutas crudas, cocidas y confitadas, las tartas y demas golosinas que los Griegos llamaban μελιπήκτα, y los Latinos *dulciaria* y *bellaria*.

« La mesa del emperador Pertinax, dice Capitolino, no constaba ordinariamente sino de tres servicios, aunque era grande el número de convidados, al paso que la del emperador Heliogábalo llegaba quizá á veintidos, y al concluirse cada servicio se lavaban todos las manos, como si hubiese terminado el banquete; pues acostumbraban lavarse al principio y al fin : *Exhibuit aliquando tale convivium, ut haberet viginti duo fercula ingentium epulorum; et per singula lavaret.* » No hablaria de tan gran profusion, si no hubiese tenido imitadores; pero es demasiado sabido que lo que se hace en la corte no tarda en formar parte de los usos de la ciudad. Diré mas : habíase ya ostentado impunemente 270 años ántes de Heliogábalo, y Lúculo gastó hasta mil escudos en un solo banquete; lo que pudiera perdonársele, en consideracion á la hospitalidad, si lo hubiese hecho para obsequiar mejor á sus amigos; pero poca era la diferencia de su porte cuando comia solo. Un dia, dice Plutarco, reprendió fuertemente á su mayordomo por haberle preparado una cena ménos suntuosa, y excusándose este con decir que el mismo Lúculo le habia manifestado que no habria ningun conmensal aquel dia : « ¿Pues qué, repuso este altanero ciudadano, no sabias tú que Lúculo debia cenar con Lúculo? Τί λὲγεις; (εἶπεν, ουκ ἤδας οτι σήμερον παρὰ Λευκουλλω δειπνει Λουκουλλος).

¡Qué contraste entre los antiguos, que no sabian qué cosa era un cocinero, bastándoles para convidar á sus amigos y vecinos en las mayores fiestas lo que encontraban en sus campos y jardines, y estos que despues de haber agotado los mares y los bosques cercanos, iban á buscar á las mas remotas provincias víveres con que cubrir sus mesas en un banquete extraordinario! Es verdad que cuando un amigo, un pariente ó un vecino no podia asistir á él, siendo convidado, se le mandaban raciones, y á esto se llamaba *partes mittere* ó de *mensa mittere* : μερίδας από τραπέζης εκπέμπειν.

No trataré de formar el cálculo de los manjares ni de los vinos que se consumian en aquellas mesas, segun la estacion, el capricho, el gusto y las facultades del dueño de la casa : baste leer la relacion que hace Horacio del banquete de Nasidieno y Árbitro de la cena de Trimalcion. Omito tambien hablar de las lecciones que se aprendian en la escuela de Apicio, en una ciudad de donde habian sido expulsados ántes los filósofos; siendo suficiente el *Catius* de Horacio para los que deseen imponerse en esta materia.

XIV. En cuanto á las que Varron, Ciceron, Horacio, Virgilio, Ovidio y todos los escritores subsiguientes han llamado *mensæ secundæ*, poco se diferenciaban de las demas partes de la cena; pero servian no tanto para los hombres como para las mujeres, las cuales despues se retiraban de la mesa con sus hijos, si á la comida seguia algun espectáculo al que su pudor no les permitia concurrir, pues esta parte del dia no se pasaba enteramente en comer y beber.

XV. Poco despues del establecimiento de la repú-

(1) Lib. IV, *Epigr. in unium.*
(2) *Dere rustica* lib. I, cap. 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

blica, se cantaban en los convites las alabanzas de los grandes hombres al son de la flauta, *ad tibicinem*, á la que se agregó posteriormente la lira. Esto servia á los convidados de estímulo para desear verdadera gloria; pero esta costumbre, introducida al principio con buen fin, degeneró muy pronto. Los Romanos, así que vencieron á los Asiáticos, aprendieron de ellos nuevas especies de placeres, haciéndose de moda los bufones, comediantes, tañedoras de instrumentos, bailarinas, pantomímicos; y en adelante no hubo convite jovial sin la añadidura de todo este aparato extranjero : *Luxuriæ peregrinæ origo ab exercitu asiatico invecta in urbem est. Ii primum lectos æratos, vestem stragulam pretiosam, plagulas et alia textilia, et quæ tunc magnificæ suppellectilis habebantur, monopodia et abacos, Ramam advexerunt. Tunc psaltriæ sambucistriæque et alia ludionum oblectamenta addita epulis; epulæ quoque ipsæ et cura et sumtu majore apparari cœptæ. Tunc coquus, vilissimum antiquis mancipium et æstimatione usu, in pretio esse; et quod ministerium fuerat, ars haberi cœpta : vix tamen illa, quæ tunc conspiciebantur, semina erant futuræ luxuriæ* (1) : ligeros principios de lo que debia verse en lo sucesivo. Séneca (á quien cito con bastante frecuencia, porque su bílis me ha enseñado muchas cosas que no hubiera podido saber de un alma mas dulce é indulgente respecto de las culpas de su siglo), Séneca, repito, en su tratado *De la vida feliz*, hace este retrato del hombre sensual : « Veis á un Apicio, ten-
« dido en su lecho, contemplar la magnificencia de
» su mesa, satisfacer su oido con los conciertos mas
» armoniosos, su vista con los espectáculos mas se-
» ductores, su olfato con los perfumes mas exquisitos,
» y su paladar con las carnes mas delicadas : » *Vides hos eosdem è suis lectis spectantes popinam suam, aures vocum sono, spectaculis oculos, saporibus palatum suum delectantes; mollibus lenibusque fomentis totum lacessitur corpus, et ne nareis interim cessent, odoribus variis inficitur locus ipse in quo luxuriæ parentatur.*

Al hablar de estos espectáculos, no debo pasar en silencio lo que acaeció en una cena que daba el emperador Augusto. Gozaba de gran fama cierto pantomímico, llamado Piládes, que habia representado los furores de Hércules en el teatro público ; y queriendo Augusto proporcionar esta distraccion á sus amigos, mandó venir á Piládes, y le ordenó representar la misma escena que le habia granjeado tantos aplausos. Piládes, que en el exceso de su furor habia lanzado flechas al pueblo, empezaba ya á hacer otro tanto con los convidados, y á no habérselo impedido, hubiera sin duda ensangrentado, la escena. Por lo demas, aunque pareciese fuera de sí, es de creer que las personas contra quienes disparó las flechas, no eran las de su mayor respeto ó cariño.

Suetonio nos ha conservado tres cartas del mismo emperador, en las que habla de placeres mas tranquilos. Las dos primeras están dirigidas á Tiberio, al cual refiere lo que le habia sucedido en dos cenas. « He cenado, le dice, con las personas que sabes;
» solo concurrieron ademas Vinicio y Silio el padre ;
» y tanto en la cena de ayer como en la de hoy, he-
» mos jugado con bastante cordura y como buenos viejos, » γεροντικῶς. *Talis enim jactatis, ut quisque canem aut senionem miserat, in singulos talos singulos denarios in medium conferebat ; quos tollebat universos qui Venerem jecerat* (2). En la segunda carta, dice : « Nos hemos divertido bastante, mién-
» tras han durado las fiestas de Minerva. No solo
» hemos jugado durante la cena, sino que hemos ins-
» pirado á todos el placer del juego : » *Foruum aleatorium calefecimus. Frater tuus magnis clamoribus rem gessit.* En la tercera carta, dice á su hija que le envia 250 denarios, porque habia dado igual suma á cada uno de sus convidados para jugar á pares y nones, á los dados ó á otro cualquier juego que quisiesen durante la cena.

Plauto, Cátulo y Propercio hablan de estos juegos en la mesa casi con las mismas palabras; pero lo que Plinio escribe á Corneliano en el libro VI, ep. 32, indica aun mas positivamente la costumbre de su tiempo. Despues de haber dado cuenta á su amigo de los negocios que Trajano habia terminado en Centumecelle, añade : « Ya ves que nuestros dias se em-
» plearon muy bien ; y nuestras ocupaciones no con-
» cluían con ménos felicidad. Teníamos el honor de
» cenar todos los dias con el emperador, y la cena
» era bastante frugal, si se considera la dignidad del
» que la daba. Pasábase la noche unas veces en oir
» comedias ó farsas ; otras en una conversacion fes-
» tiva que reemplazaba á un placer que nos hubiera
» costado mas caro, no proporcionándonos, sin em-
» bargo, mayor diversion : » *Vides quam honesti, quam severi dies fuerint, quos jacundissimæ remissiones sequebantur. Adhibebamur quotidie cœnæ; erat modica si principem cogites. Interdum acroamata audiebamus, interdum jucundissimis sermonibus nox ducebatur.*

Heliogábalo no era tan moderado en la eleccion de los placeres con que habia de alegrarse la cena. Unas veces hacía caer de las bóvedas de su magnífico salon tan grande abundancia de flores sobre sus parásitos, que algunos quedaban sofocados : otras veces mandaba disponer en torno de una mesa redonda, separada de la suya, un lecho en forma de arco, llamado *sigma*, sobre el cual se colocaban hoy ocho hombres calvos, mañana ocho gotosos, otro dia ocho negros, y así sucesivamente ocho cenicientos, ocho flacos, ocho gordos, con tal estrechez que apénas podian moverse y llevar la mano á la boca, miéntras él y toda su corte se divertian en ver sus actitudes. Con frecuencia, como una de sus menores diversiones, mandaba hacer de cuero este sigma, llenándolo de viento en lugar de lana ; y en el momento en que los que lo ocupaban no pensaban sino en comer y beber bien, hacía abrir secretamente un tubo oculto bajo la colcha, con lo que el sigma se desinflaba, y aquellos desgraciados caían de bruces á los piés de la mesa.

Estos pasatiempos, de cualquier naturaleza que fuesen, duraban frecuentemente hasta horas avanzadas de la noche, sin impedir á los convidados beber los unos á la salud de los otros, presentarse la copa y hacer augurios por la felicidad de sus amigos y protectores. Las fórmulas de esta ceremonia eran : *Propino tibi*, *bene tibi*, *bene illi*, *bene tali*, etc. Ateneo llama á esto εν κύκλῳ πινειν, y Pólux, κύλικας εν κύκλω επελαύνειν. Así pasaba la copa de mano en mano desde el primero al último puesto. Plauto dice :

Interim da ab Delpho cito :
Cantharum circumage, puer,
Ab summo septenis cyathis committe hos ludos,
Age circumfer mulsum, etc.

Juvenal dice que rara vez los ricos brindaban por los pobres, y que no se hubiera tenido á bien qu los pobres se tomasen esta libertad con los ricos :

. . . . . Quando propinat
Virro sibi, sumitque tuis contacta labellis
Pocula?

Era en seguida un grave negocio para todos los convidados, cuando, á fin de conservar el antiguo uso, se creaba, dice Varron, un rey : *Etiam nunc in publico convivio, antiquitatis retinendæ causa, cum magistri fiunt potio circumfertur.* Caton, en el libro

(1) Tit., lib. XXXIX, 6.

(2) « Nobis senibus, *dice Caton en Ciceron*, exclusionibus multis talos relinquant et tesseras. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Ciceron *De senectute*, dice que, aunque viejo, se sentia atraído á semejantes fiestas, donde todos se excitaban unos á otros agradablemente, donde el rey del banquete los tenia á todos ocupados, y cada uno estaba obligado á desempeñar su parte : *Me vero et magisteria delectant à majoribus instituta, et is sermo qui more majorum à summo adhibetur in poculis, et pocula, ut est in Symposio Xenophontis, minuta atque rorantia*, etc.

Creábase antiguamente un rey en las mas graves reuniones ; y Plutarco hace un largo discurso sobre las cualidades que debia tener este magistrado y los escollos que debia con mas cuidado evitar. En mi concepto se creaba de dos maneras, ó con la suerte de los dados, ó por eleccion de los concurrentes. Horacio opina que el dado decidia ;

. . . . . Quem Venus arbitrum
Dicet vivendi?
Nec regno vini sortiere talis.

Plauto no los presenta enteramente como resultado de la suerte, pues los personajes que él introduce nombrian de su seno sus reyes y reinas. *Do hanc tibi florenti florentem tu hic eris dictatrix nobis*, dice uno de sus actores, colocando una corona de flores en la cabeza de una jóven. Y en otro lugar : *Strategum te facio huic convivio*. Plutarco habla como Plauto en la cuestion cuarta del libro primero : Εμαυτόν αἱροῦμαι συμποσιάρχον ὑμῶν. Este rey daba efectivamente leyes y prescribia bajo ciertas penas lo que cada uno debia hacer, ya se tratase de beber, de cantar, de arengar, ó de divertir á la compañía de alguna otra manera. Ciceron dice que Vérres, aunque habia hollado todas las leyes del pueblo romano, obedecia puntualmente á las leyes de la mesa : *Iste enim prætor severus ac diligens, qui populi romani legibus nunquam paruisset, iis diligenter legibus parebat quæ in poculis ponebantur*.

Ademas, no se creaba un rey en todos los convites y en los últimos tiempos no se ponia en ello grande atencion, sino despues de haber satisfecho las primeras necesidades. Servia para hacer revivir la alegria cuando empezaba á sentirse la languidez, y entónces cada uno renovaba su esmero en portarse como buen comensal. Este último acto se llamaba por los Romanos *comessatio*, de la palabra griega κῶμος, segun Varron, porque los antiguos Romanos, á quienes agradaba mas vivir en el campo que en la ciudad, se convidaban alternativamente y cenaban ya en una aldea, ya en otra. Tambien á veces, cuando habian cenado con demasiada frugalidad en un lugar, se reunian en otro, despues de un breve paseo para disfrutar allí de esta clase de comida.

Demetrio; hijo del último Filipo, rey de Macedonia, habia vencido á Perseo en una especie de justa ó torneo; Perseo no habia perdonado á Demetrio ; pero este, despues de haber cenado bien con los de su cuadrilla, les dijo : « ¿ Por qué no vamos á merendar » á casa de mi hermano? *Quin comessatum ad* » *fratrem imus* ? Este será quizá un medio de re» conciliarnos. » Plutarco, para justificar á Caton el Censor de la extremada pasion que parecia tener á la mesa y á estas francachelas, dice que el grande hombre sabía aprovechar admirablemente los momentos, que otros creian deber consagrar solo al placer. En tales ocasiones en que reinaba la libertad de la conversacion, descubria Caton lo que sus comensales pensaban acerca del gobierno y del carácter de las personas que aspiraban á formar parte de él. Enseñaba ademas muchos secretos de la agricultura que él consideraba como cosas importantes. Es verdad que no siempre salia de estas conversaciones sin que su prudencia padeciese algun menoscabo, y ya he referido, citando á Plinio el Jóven, una anécdota que lo prueba ; pero, su reputacion se sentia poco de ello, y á la mañana siguiente era Caton tan respetado como siempre.

Asegura Suetonio que el emperador Tito, delicia del género humano, prolongaba sus banquetes con mucha frecuencia hasta la média noche, miéntras que su hermano Domiciano terminaba siempre los suyos al ponerse el sol ; pero, á cualquiera hora que se levantasen de la mesa, concluía el convite con libaciones y votos por la prosperidad del huésped y la del emperador. Esta copa de despedida era llamada *poculum boni genii*, con aquel grito ζήσας, despues del cual se lavaban las manos con una especie de pasta que se echaba á los perros. El dueño de la casa distribuía parte de las sobras entre los esclavos, y guardaba la otra, y como habia muchas cosas que no merecian ser guardadas, ni dadas á nadie, se quemaban, y á este sacrificio se daba el nombre de *protervia*, lo que hizo decir á Caton el Jóven, hablando de uno de los discípulos de Apicio, el cual despues de haberse comido todo su caudal, prendió desgraciadamente fuego á su casa: *Ha procedido conforme á las reglas*.

Por último. al despedirse los convidados de su huésped, recibian de él pequeños regalos llamados en griego *apophoreta*. Entre los ejemplos que de ello nos suministra la historia, hay tres de una prodigalidad extraordinaria ; el primero de Cleopatra, quien despues de haber dado un magnífico banqnete á Marco Antonio y á sus oficiales en lo Cilicia, les regaló los lechos, las colchas, los vasos de oro y de plata con todo lo demas del servicio, añadiendo literas para llevarlos á sus casas, los mismos conductores y algunos esclavos moros que les guiasen con teas en las manos Los otros dos ejemplos pertenecen á Vero y Heliogábalo (1) ; pero estos dos emperadores no hicieron mas que imitar á Cleopatra, y no han sido despues imitados por nadie.

De vuelta cada uno á su casa, si le quedaba tiempo lo empleaba ó en pasear, ó en las pequeñas atenciones que exigia el buen órden de su familia, á la que inspeccionaba, dando cada liberto y esclavo las buenas noches á su amo. Así terminaba el dia entre los Romanos.

(Compendiado de una disertacion del ab. COUTURE, que se encuentra en las *Memorias de la Academia francesa*.)

(E) pág. 140.

ESTADÍSTICA DE LA POBLACION LIBRE DE ITALIA EN TIEMPO BE LA REPÚBLICA ROMANA.

La historia romana ha sido ilustrada con muchos escritos ; la constitucion, la política, las oscilaciones del poder del Senado y del pueblo, los medios de gobierno, la legislacion, la disciplina de los ejércitos, en fin, las causas de los sucesos, de la duracion, decadencia y caída del imperio romano han sido profundizadas por inteligencias superiores. Polibio y Tácito entre los antiguos, Maquiavelo en Italia, Bossuet y Montesquieu en Francia han associado su nombre al de Roma, y la aureola de gloria de la ciudad eterna aparece espléndida con todos los rayos de su genio.

Los resortes interiores de la máquina, el movimiento y la distribucion de sus partes, la marcha de la administracion, la exactitud y precision de sus medios, el órden y regularidad del conjunto, la estadística, en fin, y la economía política del imperio romano nos son poco conocidas ; por lo cual trataré de llenar este vacío que se encuentra en las ciencias históricas.

Roma, guerrera en su orígen, parece haber sido fundada para conquistar, regir y disciplinar el universo. Posteriormente las divisiones de plebeyos y patricios,

(1) CAPITOL. LAMPRID.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

aquellas luchas, disensiones y contínuas rivalidades qne demostraron la necesidad de distraer al pueblo buscándole ocupaciones en lo exterior, hicieron de la guerra un sistema, un medio, un resorte del gobierno romano.

Viviendo por lo tanto los Romanos en una guerra contínua y siempre violenta, se dedicaron á buscar y consiguieron descubrir los medios de vencer y conqnistar. Estudiando el diverso modo de proceder de los pueblos con quienes combatian, adoptaron aquelos inventos que juzgaron útiles, perfeccionando incesantemente la disciplina, el órden, las maniobras, las armas y las máquinas.

Desde los primeros tiempos de su monarquía tenian un cuerpo de ingenieros entre sus legiones : y fueron el primer pueblo de la Europa que mantuvo ejércitos permanentes, estipendiados, equipados y provistos constantemente de vestidos, víveres y armas, con extremada vigilancia.

La necesidad de vencer obligó á los Romanos á perfeccionar los medios de obtener la victoria. El conocimiento exacto del número de hombres y de dinero de que podian disponer, era condicion indispensable del buen éxito ; y así la necesidad creó en aquel pueblo guerrero la estadística, el catastro, los registros de nacimientos y defunciones, todo lo cual se comprendió en la institucion del *censo*, base fundamental del gobierno y del poder romano, debida á Servio Tulio, su sexto rey, que ascendió al trono el año 197 de Roma, y 555 ántes de J. C. (Tit. Liv., I, 44).

Este rey instituyó, pues, el censo ó sea la enumeracion de todos los ciudadanos romanos aptos para llevar las armas (*ibid*). El reconocimiento de esta parte de la poblacion se hizo exactamente de cinco en cinco años, encargándose de él los censores durante la república, y como las centurias, los grados y el derecho de eleccion estaban fundados en la propiedad y la renta, fué indispensable tener listas exactas de estadística. En semejante órden de cosas, los nacimientos, las muertes, el número de ciudadanos por edades y sexos, la situacion, naturaleza, extension y producto de las tierras y de los capitalos poseídos por cada ciudadano, eran registrados diligentemente y comprobados al vencimiento de cada lustro. Así lo dice terminantemente Ciceron en su tratado de las leyes. « Censores, populi ævitates, soboles : familias, pecu- » niasque censento : urbis templa, vias, aquas, æra- » rium, vectigalia tuento : populique partes in tribus » distribuunto : exin pecunias, ævitates, ordines par- » tiunto : equitum peditumque prolem describunto : » cælibes esse prohibento : mores populi romani regunto ; » probrum in senatu ne relinquunto : bini sunto : ma- » gistratum quinquennium habento : reliqui magistra- » tus annui sunto ; eaque potestas semper esto : cen- » sores fide legem custodiunto : *privati ad eos acta* » *referunto*. » (*De legibus*, III, 3, 4.)

Se ve que los censores, cuyo poder duraba cinco años, tenian á su disposicion todos los medios de establecer una estadística regular. Es curioso este último párrafo, porque prueba que los particulares estaban obligados á presentar sus títulos de cualquier clase que fuesen, *acta*, á los censores que registraban la exactitud de sus declaraciones bajo juramento. Las ciudades municipales de Italia tenian registros por el estilo, como lo probó Ciceron en su oracion á favor del poeta Archias : « Archias obtuvo el derecho de ciuda- » danía en Heraclea. Tú pides los registros públicos » de esta ciudad, que todos sabemos perecieron en la » guerra de Italia, en el incendio de sus archivos: » *Tabulas Heracliensium incenso tabulario interiisse scimus omnes*. (*Ibid.*, cap. IV.) En otra parte cita los registros públicos que contenian el estado de todas las propiedades de la Italia y de la Sicilia. (1 *Agrar.* 2.) Suetonio lo dice formalmente. (*Calig.* 5.) Y aunque no tuviésemos ni estos preciosos testimonios, ni el de Floro (lib. 1, cap. 6), el cual prueba que la república se conocia perfectamente á sí misma, y que el gobierno de un grande imperio era ejercido en todos sus pormenores con el mismo cuidado que la administracion de una pequeña casa por la diligencia de un simple particular; aun cuando estas positivas aserciones nos faltasen respeto de Roma y la Italia, podríamos asegurar *à priori*, que existian semejantes registros. Siendo este un uso recibido en muchos pueblos de la Grecia, las colonias de esta nacion, trasladadas á Italia, es natural lo conservasen tambien en Roma, que debia á los Griegos su orígen y la mayor parte de su culto, de sus costumbres y de sus leyes. Era ademas imposible, con un gobierno fundado en tales instituciones, que sucediese de otra manera. Los veinte mil ciudadanos de Aténas, los cuatrocientos mil ciudadanos romanos del tiempo de César, eran realmente una nobleza privilegiada, aunque llevase el nombre de pueblo; los exclavos, los extranjeros no participaban de los mismos derechos. Finalmente, así como el libro de oro en Venecia contenia el estado de todas las familias patricias, y el genealógico de las casas nobles de Francia comprendia el nombre y los troncos de las ochenta mil familias nobles existentes ántes de la revolucion; del mismo modo los registros de nacimientos y defunciones, clasificados segun el sexo y la edad, eran indispensables en Roma y en Italia. Constaba de ellos la edad que debia tener un ciudadano para vestir la pretesta y la toga viril; sin esto, ¿cómo se hubiera podido fijar la época de su admision á los diversos cargos públicos? La ley establecia una edad para salir de la tutela, otra para entrar en el órden ecuestre ó senatorial, otra para ser nombrado tribuno del pueblo, cuestor, edil, pretor, censor ó cónsul. Fijábase tambien la edad para contraer matrimonio, para servir de testigo, celebrar contratos y jurar en los asuntos judiciales. Pudieran censurarse como hiperbólicas las palabras que hemos citado de Floro; pero Ulpiano (lib. L, tit. XV. 1, 2, 3, 4, *Digest.*), tratando del censo (*de censibus*), nos ha trasmitido la forma de estas listas de censo ó enumeracion (*tabulæ censuales*), que constituían una estadística minuciosa, apoyada respecto de los individuos libres de ambos sexos en registros de poblacion segun el nombre, órden, edad, estado, país, y renta, divididas en padres de familia, madres, hijos é hijas, comprendiendo ademas los esclavos así varones como hembras, el empleo, la profesion y el producto de su trabajo.

En cuanto á los bienes inmuebles, estas listas estaban fundadas en un catastro y un justiprecio comprobados cada lustro. Comprendian la calidad del campo, la naturaleza del cultivo, el grano, el forraje, las viñas, los olivos, los pastos, los bosques tallares ó los de árboles para construccion, los estanques, los puertos, las salinas, etc. Los campos se distinguian por sus nombres, por la cantidad de *yugadas*, y por el número de los árboles, cepas y olivos que contenian. La ciudad, la aldea vecina, los confines, los arrendatarios ó colonos de cada porcion, y por último, sus productos estaban indicados tambien en ellas.

Insertaré una de estas listas formada con arreglo á los datos exactos que suministran los antiguos escritores.

Esta sábia institucion es de fecha muy remota en Roma, pues fué establecida por Servio Tulio el año 197 de la fundacion de esta ciudad y 555 ántes de Cristo. Dionisio de Halicarnaso (*Ant. rom.*, IV, pág. 220.) nos ha conservado esta preciosa indicacion, que debo citar entera, porque suministra una sólida base para los cálculos que se podrán establecer sobre los resultados esparcidos en los autores antiguos, demostrando que estos han deducido sus consecuencias de elementos seguros.

Dice el historiador griego : « Servio Tulio, despues de haber dividido el territorio entre las tribus del campo, hizo fortificar las aldeas (παγονς), para que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sirviesen de refugio á las labradores en las incursiones de los enemigos. Estos alojamientos eran dispuestos por magistrados encargados de registrar los nombres de los que buscaban un asilo en cada aldea, y de conocer las propiedades de donde sacaban con que sos» tenerse. Siempre que era necesario llamar á las armas á los ciudadanos, ó exigir los impuestos á cada contribuyente, los jefes sumaban los tributos y las personas. Ademas, para conocer y calcular mas fácilmente el número de aquellos habitantes, consagró Servio en cada aldea altares á los dioses, guardas y protectores del lugar, mandando que cada año fuesen todos los habitantes á honrarlos con sacrificios hechos en comun. Instituyó fiestas con el nombre de *pagonales*, cuyas ceremonias ordenó por sí, las mismas que (sigue diciendo Dionisio de Halicarnaso) observan hasta el dia los Romanos. Tambien quiso que á estos sacrificios y á esta reunion llevasen todos los habitantes una moneda determinada, pero diferente, segun fuesen varones ó hembras, ó niños impúberes. Estas monedas, numeradas por los que presidian los sacrificios, daban exactamente el número de la poblacion dividida por sexos y edades (κατὰ γενη και καθ ἡλίκιας). Lucio Pison (continúa Dionisio) refiere en el libro primero de sus *Anales*, que Servio quiso sacar tambien el número de los que nacian y morian, y de los que vestian la toga viril en la ciudad de Roma. Con este objeto señaló una suma que los padres debian entregar, por cada hijo que les naciese, en el tesoro de Ilitia; por cada individuo que fallecia, se vericaba lo propio en el de Libitina; y en el de la diosa de la juventud lo ejecutaban todos los que vestian la toga viril : esto le suministraba el medio de conocer cada año el número total de los ciudadanos, y el parcial de los que tenian la edad capaz para la guerra. En las tribus de la ciudad y del campo estableció jefes semejantes á los *fularcos* y los *comarcos*, destinados á conocer exactamente el domicilio de cada ciudadano. (*Ant. rom.*, IV, 219, 30.) Despues de fundadas estas instituciones, mandó á todos los ciudadanos romanos que manifestasen sus nombres (despues de prestar el juramento, establecido por las leyes, de que su tasacion sería virídica y leal), que valuasen sus bienes en dinero, que declarasen su edad, los nombres de su padre y su madre, de sus mujeres é hijos, y el barrio de la ciudad ó la aldea del territorio en que cada uno habitaba. Fijó en seguida una pena severa para los que no se sometiesen al censo, se confiscaban sus bienes, se les azotaba con varas, y se les vendia en almoneda como si fuesen esclavos. Instituyó la revista, estando obligados todos los ciudadanos á presentarse á ella con sus ramas en el campo de Marte. (*Ibid.*, pág. 225, lín. 30.) Esta revista dió por resultado (dice Dionisio de Halicarnaso) ochenta y cuatro mil setecientos ciudadanos, cuyos bienes estaban sometidos al censo, segun se lee en las *Tablas Censorias.* »

La sexta clase, la de los proletarios, las mujeres, los niños, los jóvenes menores de diez y siete años y los esclavos no estaban, como se ve, comprendidos en esta enumeracion; pero se conoce que Dionisio, escritor loborioso y exacto, habia sacado sus pruebas de las mejores fuentes, de aquellas listas de catastro y estadística que formaban la base de la administracion de los censores y del gobierno romano. (*Ibid.*, lib. 1, pág. 60, lín. 42.) Este historiador se toma el cuidado de decirnos que estas tablas censorias, τιμητικὰ ὑπομνήματα, pasaban de padres á hijos entre los Romanos, y que cada familia las trasmitia á su descendencia con tanto celo como la religion de sus mayores

« Estas listas, continúa el historiador griego, han sido conservadas por personajes eminentes de familias censorias. De ellas he tomado estos hechos, etc. En tiempo de Servio habia pocos esclavos en Roma. No obstante, este príncipe, hábil administrador, los unió á sus amos, y queriendo conocer el número de aquellos, instituyó las fiestas *compitales*, á las que solo asistian los esclavos, cada uno de los cuales llevaba una torta. » (*Ant. rom.*, lib. IV, pág. 219.)

El cuidado de llevar los registros del estado civil en el imperio romano, que habia empezado con los reyes, y se habia conservado con la república, en la que formaba una de las principales atribuciones de la censura (V. Liv., IV, 8; VI, 27), no fué desatendido por los emperadores que reemplazaron á los censores en su título y funciones; y Tito Livio (XXX, 37) y Suetonio nos advierten (*Calig.*, 8) que estos registros existian en las provincias.

El mismo autor y Tácito nos aseguran que Augusto habia escrito de su puño el epílogo de la estadística del imperio romano. Este registro que Tácito llama simplemente *libellum*, pero que Sueton (*Aug.*, cap. 11) señala con mas precision bajo el título de *Rationarium imperii*, *breviarium totius imperii*, comprendia el estado de los medios de que podia disponer el imperio, el número de los ciudadanos y de los aliados que estaban sobre las armas, el estado de las escuadras, de las provincias, de los reinos, de los tributos, de los impuestos directos ó indirectos, de los gastos necesarios y de las gratificaciones.

Augusto, dice Tácito (*Anal.*, lib. I, pág. 11), lo habia escrito todo de su puño, añadiendo el consejo de no extender mas los límites del imperio.

Suetonio (*ibid.* CII y not. 45 Pitisci) dice, que ademas de la historias de su vida, y de las disposiciones relativas á sus funerales, habia escrito Augusto un compendio de todo el imperio, de los soldados que estaban sobre las armas y en qué sitios, y del dinero que habia en el tesoro público y en las otras cajas de toda clase de contribuciones. Habia añadido los nombres de los libertos y de los esclavos, á quienes se podia pedir el saldo de sus cuentas.

Tácito y Suetonio no nos han trasmitido el contenido de este compendio estadístico de todo el imperio romano; pero es útil é interesante establecer con los testimonios históricos y los hechos positivos hasta dónde se extendieron este catastro y este censo general, formados en tiempo de Augusto, y cuyas tablas sumarias habia escrito él mismo de su puño con el título de *Breviario*, compendio de todo el imperio.

Las historias sagradas y profanas están de acuerdo acerca del censo general, cuya época coincide con la mas célebre del mundo, que es la del nacimiento de Jesucristo. ουσίας.

San Lúcas nos dice (*Evang.*, cap. II, l. 3), que cuando Augusto publicó su edicto, decretando el censo de todos los países sujetos á los Romanos, los Judios, aunque gobernados por un rey de su nacion, obedecieron esta órden, y se dirigieron todos á su país nativo para ser incluídos en el censo : καὶ επόρευοντο πάντες απο γράφεσθαι, ἕκαστος εις τὴν ιδίαν πόλιν.

Josefo refiere (*Ant. Jud.*, XVIII., 1.) que Quirinio, senador y varon consular, fué enviado por Augusto con algunos soldados á la Siria y á la Judea anexa á la Siria, para administrar allí justicia, tasar y registrar todas las propiedades; á la Siria δικαιοδότης, τιμητὴς τῶν ουσίων, y á la Judea αποτιμησάμενος τε αυτὧντάς

Vemos en Tácito á los Clitos, nacion sometida al rey Arquelao, refugiarse en el Tauro, porque los obligaron á someterse al censo ó catastro (*Anal.*, VI, 41.) y á pagar los tributos, segun la costumbre romana, *quia nostrum in modum deferre census, pati tributa adigebantur.*

Claudio en su discurso al Senado (*Inscr. tab. Gr. Lugd.* ap. Brottier y Tácito, *Anal.*, lib. XI, 24, tom. II, pág. 351) alaba á los Galos por haber permanecido fieles á su padre Druso, que hacía la guerra á los Germanos, despues de verificado el censo, nueva y desusada operacion entónces entre aquellos, *novo tunc opere et inassueto Gallis.* La Galia Narbonense hacía ya mucho tiempo que estaba subyugada, y aunque esta operacion, añade Claudio, no tenga por objeto sino dar á conocer públicamente el estado de nuestros me-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dios, la experiencia nos ha hecho ver que es muy difícil : « Quod opus quam arduum sit nobis nunc » cum maxime, quamvis nihil ultra quam publice » notæ sint facultates nostræ exquiratur, nimis magno » experimento cognoscimus. » Vemos luego otro censo (era el tercero entre los Galos) empezado por Germánico y concluido al año siguiente por Vitelio y Curcio. Tácito refiere estos hechos, que son positivos. (*Anal.*, lib. I, 31; lib. 11, 6.)

Este pasaje, sin necesidad de comentario, demuestra que el censo, ó sea la enumeracion, el catastro escrupuloso de las personas y de as propiedades era la base de la administracion romana. Por el exacto conocimiento de sus medios de todo género, se miden el valor y la prudencia del gobierno : la igual distribucion en el alistamiento de los hombres y en el reparto de los impuestos era su consecuencia necesaria, consecuencia que conduce á otras y explica muchos hechos.

Augusto, segun Dion Casio (lib. LV, 13), habia dado principio en Italia á este censo el año 757 de Roma, extendiéndolo despues á todo el imperio : por eso la palabra *census*, κενσος, que comprendia la enumeracion de los habitantes, la tasacion y el catastro de las propiedades, bases necesarias para el reparto de las contribuciones y para los alistamientos, tomó en griego, especialmente en el griego del Nuevo Testamento, el significado de *tributo*; así se lee en San Mateo (cap. XVII, 25). « ¿Dónde tienen los reyes de la tierra » impuestos y tributos ? τέλη ἢ κενσον; » y se ve á los Fariseos preguntar á Jesucristo si deben pagar ó no el tributo, κένσον, á César, y él les responde : « Mos- » tradme la moneda del tributo; » *numum census*, dice la version latina.

Este censo obligó á José á ir con María desde Nazaret, ciudad de Galilea, á Belen en Judea, porque era de la familia y de la patria de David, y Cristo nació en Belen cuando se estaba formando el catastro de todo el imperio romano, ἀπογραφὴ κάσης τὴς οικουμένης. Eusebio (*Hist. Ecc.*, 1, 5) atestigua tambien este importante hecho.

Tertuliano hace mencion del censo que se formó en tiempo de Augusto (*Contra Marcion.*, IV, 19; XVIII. 3. Véase PERIZON., *Disert.* IV, p. 330); y Josefo indica que estas operaciones se terminaron en ménos de un año.

El uso establecido para estos censos era que cada habitante fuese empadronado en el lugar de su nacimiento; así nos dice San Lúcas, que despues del edicto de Augusto se dirigieron todos á sus respectivos países para ser incluídos en el censo. *Et ibant omnes ut profiterentur, singuli in suam civitatem.* Justino Mártir cita tambien el censo formado en tiempo de Quirnio en la Judea επὶ Κηρηνίυ τοῦ ἡμετέρου εν Ιουδαὶα πρὼτου γενομένου. (*Apol.* II *ad imper. Anton Pium*)

Este uso existia ya 183 años ántes de J. C., en el 579 de Roma, como sabemos por Tito Livio (PERIZON, *op. cit.*, p. 343). Cuando los censores quisieron cerrar el censo, el cónsul Lucio Postumio mandó desde lo alto de la tribuna, que todos los aliados del nombre latino volviesen á su país, no fuera que alguno fuese incluído en el censo de Roma, pues cada uno debia ser empadronado en su respectivo distrito. (TITO LIVIO, lib. XLII, cap. 60.)

Estas tablas de censo, de catastro ó de evaluacion, juntamente con los pormenores, se encuentran, como queda demostrado, en los primeros siglos de Roma Establecidas por Servio Tulio, se continuaron formando de época en época en tiempo de la república : así lo prueba el censo formado por Quincio (Liv. III, 3) el año 289 de Roma, 463 ántes de Cristo; en el cual se verificó el nacimiento de ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, ademas de los padres y las madres que habian perdido su prole, y que quedaban sin posteridad, *præter orbos orbasque*. Dionisio de Halicarnaso nos presenta de esto un ejemplo muy notable (lib. V.) : « Largio, dice, manda á todos los Romanos, conforme á la sábia y útil ley expedida por Servio Tulio, el mas popular de los reyes, que declaren tribu por tribu el valor de sus bienes, añadiendo los hombres y la edad de sus mujeres é hijos. Concluido prontamente el censo (pues se aplicaban graves penas á los contraventores, cuales eran la confiscacion de los bienes y la pérdida del título de ciudadano), se encontraron ciento cincuenta mil setecientos ciudadanos, ademas de los que se hallaban en la edad de la pubertad. »

Citaré ademas este pasaje positivo de Dion (lib. LXIII, cap. 25) : « El año 708 de Roma el número de los ciudadanos, romanos se habia disminuido considerablemente á causa de los que habian perecido, como se advierte á primera vista, habiéndose convencido César de ello con las tablas de censo que mandó formar en calidad de censor. Concedió privilegios á la fecundidad de los matrimonios. »

Se ve por lo tanto que el uso de las tablas con los pormenores de nacidos y muertos, los registros de poblacion llevados exactamente segun la condicion, el sexo y la edad, el uso del catastro, ó sea la medida y justiprecio de todas las propiedades rectificado cada lustro, tuvieron orígen en Roma, extendiéndose sucesivamente por todas las partes del mundo que estaban sometidas á sus leyes ó á su influencia. Augusto tuvo la gloria de ejecutar con exactitud el censo y el catastro circunstanciado de la Italia, de las provincias, de las ciudades libres y de los reinos que se hallaban bajo su dominio, lo que le valió el título que le dieron sus contemporáneos de padre de familia de todo el imperio, *paterfamilias totius imperii*.

Estas reglas se conservaron de manera que en tiempo de Galieno, Alejandría despues de un sitio quedó tan despoblada por el hambre y las enfermedades, como dice Eusebio, testigo ocular (*Hist. eccl.*, lib. VIII, cap. 21), que se encontró un número menor de habitantes de los cuatro á los ochenta años del que ántes habia de los cuarenta á los sesenta. « Se conocen, dice, estas diferencias por los registros formados para la distribucion gratuita del trigo. »

Plutarco, en la vida de Caton el antiguo (cap. XVIII), nos da una idea de la extension de las funciones de los censores, y de la minuciosa exactitud con que formaban el censo, esto es, el inventario y tasacion general de todas las propiedades muebles é inmuebles. « Caton, dice, ordenó una tasacion de los vestidos, de los carruajes, de los adornos mujeriles, de las alhajas y de los utensilios de casa. »

¿Cuáles son los pueblos modernos que pueden alabarse de igual exactitud en sus cuadernos estadísticos y en sus registros de poblacion? ¿Cuáles los que poseen un conocimiento tan perfecto de sus medios de todo género?

Esta institucion fundamental de la república y del imperio, que con los registros de la poblacion, clasificada exactamente segun la condicion, la edad y el sexo, con el catastro y los justiprecios rectificados cada lustro á la vista de los terrenos y segun los títulos de las propiedades, daba á los jefes del gobierno romano el exacto y preciso testimonio de las fuerzas del Estado en todos los ramos; que contribuía ademas á que el peso de los impuestos pudiese sobrellevarse mejor por lo mismo que su reparto era mas equitativo; finalmente, esta ley justa y severa del censo, esta sólida base del poder romano no ha sido hasta ahora dignamente apreciada, y hubiera podido servir de materia para un excelente capítulo al inmortal autor de la *Grandeza y decadencia de los Romanos*.

El desarrollo de estas consideraciones vendrá naturalmente despues de la exposicion de los hechos.

Julio Capitolino (*Hist. Aug. Marcus Antonius Philosophus.*, cap. IX) nos demuestra la existencia y perfeccion de los registros del estado civil bajo el imperio del filósofo Marco Aurelio, quien mandó que cada

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciudadano declarase ante los prefectos del tesoro de Saturno el nacimiento de cada uno de sus hijos, poniéndoles un nombre ántes del trascurso de treinta dias; é instituyó ademas en las provincias el uso de los escribanos públicos, ante los cuales se hacía relativamente á los nacimientos lo que en Roma ante los prefectos del *Erario* de Saturno.

Alejandro Severo adoptó estas sábias reglas de administracion (LAMPRIDIO *en Alexand. Sever.*, cap. XXI): sus tablas de estadística y sus registros de revista y confrontacion respecto del ejército estaban en el mejor órden y leía sin interrupcion su resúmen.

Su prefecto del pretorio, Domico Ulpiano (*loc. laud.*), colega de Paulo, hábil jurisconsulto, citado tantas veces en el *Digesto*, publicó la tabla de las probabilidades de vida humana que nos han conservado las *Pandectas*, y que fija en treinta años su duracion média en aquella época; por la ley de Ulpiano acerca del censo se ve que el estado civil y la estadística circunstanciada se habia llevado siempre con el mayor ciudado. El año 305 de J. C. se hizo otro censo general mandando Galerio; y Lactancio nos ha dejado un testimonio de la exactitud con que se formó (GIBBON, *Decad. del imp. rom.*, cap XVII): « Agri glebatim metiebantur, vites et arbores numerabantur; animalia omnis generis scribebantur, hominum capita notabantur; unusquisque cum liberis, » cum servis aderant, etc. »

En tiempo de Constantino se repetia este minucioso catastro cada quince años. Euménes dice formalmente: « Habemus enim et hominum numerum qui delati » sunt, et agrorum modum. » (*Panegg. vet.*, VIII, pág. 6.)

El Código Teodosiano (lib. XIII, tit. X y XI, ley 1) prueba que una declaracion falsa se castigaba con la muerte y confiscacion de bienes: « Si quis declinet » fidem censuum, et mentiatur callide paupertatis ingenium, mox detectus *capitale subibit exitium*, et » bona ejus in fisci jus migrabunt. »

Ahora conviene probar que estos documentos estadísticos eran publicados con regularidad, y que los historiadores griegos y latinos poseyeron todos los medios de trasmitirnos noticias exactas y fidedignas.

Los Romanos tenian, en el último siglo de la república y bajo los emperadores, boletines ó periódicos diarios y semanales que correspondian á nuestras actas de las Cámaras, á nuestro boletin de las leyes, á una parte de nuestro *Anuario*, y á nuestras gacetas de los tribunales.

Julio César, si creemos á Suetonio (*J. César.*, 2), fué el fundador de tales publicaciones en su primer consulado, en el que tuvo por colega á Bibulo: « Inito honore, primus omnium instituit, ut tam senatus » quam populi diurna acta conficerentur et publica» rentur. »

Estas *actas* de las sesiones del Senado que los Griegos llamaban ὑπομνήματα, eran compiladas bajo la vigilancia de un senador, por esclavos públicos llamados *tabularii*, *scribæ*, *logographi*, *actuarii*. (Cf. CAPITOL.; *Cod.*, lib. X, tit. L; TERTUL., *Apoll.* 20.) Estos *actuarii* eran taquígrafos, como lo prueban Suetonio (J. Cæs., 33) y Séneca (*Epist.* 33). El oficio de compilador de las sesiones del Senado se tenia sin duda por honroso, pues Adriano lo ejerció por encargo de Trajano. Si la sesion debia ser secreta, algunos hacian las veces de estos taquígrafos, actuarios y escribanos.

Las actas del pueblo, que se llamaban *publica acta* (TACIT., *Ann.*, V, 4, 5.; CAPITOLIN., *Tiber.*, V, 8, *Calig.*, 8, et passim; *Ann.*, III, 31; XVI, 22; SUETON., *Claud.*, 41), como se ve en Suetonio, ó simplemente *acta* ó *diurna*, porque salian todos los dias, como lo prueba la frase de Tácito *diurna actorum scriptura*, ó *libri actorum diurni*, ó en fin, *diurna urbis acta*; estos periódicos, en fin, del pueblo romano, circulaban bastante. Los habia, dice Tácito, en las provincias y en los ejércitos: « Diurna populi romani per provin» cias, exercitus curatius leguntur. »

Contenian cuanto podia interesar al pueblo romano, el estado civil, los juicios públicos, las penas, el resultado de los comicios, los nacimientos, muertes, matrimonios, divorcios, y finalmente, todo lo perteneciente á la construccion de los edificios, y las noticias del dia (Cf AMMIAN lib XVII; TACIT., XIII, 31; SUETON., loc. cit.)

En realidad, el estado civil debia estar aun mejor ordenado, especialmente despues de las leyes Julia y Papia, que imponian penas á los célibes, y concedian privilegios á los Romanos que tenian hijos. Parece tambien que al principio se registraban los matrimonios y divorcios en esta especie de boletin de las leyes, y así lo indica la sétima carta de Celio á Ciceron (*Ad fam.* VII, 7): « Paula, soror Itiarii, » divortium sine causa fecit. Nuptura est D. Bruto: » nondum retulerat (scilicet in acta). » Juvenal lo prueba, respecto de los nacimientos, con el verso (IX, 84):

> Tolles enim et libris actorum spargere gaudes
> Argumenta virí;

y en cuanto á los matrimonios con el otro (II, 136).

> Fient ista palam, cupient et n acta referri.

Escévola demuestra que estas actas servian para probar el estado de las personas (*De probationib.*, XXVIII) con este pasaje terminante: « Mulier gravida repu» diata, absente marito filium enixa, ut spurium in » actis professa est. » Citaré ademas este otro testimonio de Capitolino (*in Gordianis*, cap. V): « Filium » Gordianum nomine Antonini et signo illustravit, » cum apud præfectum ærarii, more romano, pro» fessus filium *publicis actis* ejus nomen inserens. »

Parece que estas actas eran ordenadas por esclavos escribanos y actuarios públicos, y se conservaban en los archivos del atrio del templo de la libertad. Así lo atestigua Tito Livio (XLIII, 16): « Censores ex templo » in atrium Libertatis ascenderunt, et ibi signatis ta» bellis publicis, clausoque tabulario, et dimissis ser» vis publicis..... » Una inscripcion antigua, citada por Justo Lipsio, demuestra que los encargados de estos archivos tenian el título de *curatores tabulariorum publicorum* (*ad* TACIT., *Ann.* VI, 4). Sabemos por Tácito que la custodia de estos registros públicos fué transferida sucesivamente de los cuestores á los prefectos del tesoro (*Annal.* XIII, 28). En cuanto á los archivos ó *tabularia*, Ciceron hace mencion de ellos en su arenga á favor de Cayo Papirio, y Virgilio dice en sus *Geórgicas*:

> Insanumque forum, aut populi tabularia vidit.

Lampridio (*Alex Sever.*, cap. XXXII) nos da una idea de la exactitud con que se compilaban estos registros (*acta*), y nos demuestra que los magistrados mas calificados presidian á aquella compilacion: *Fecit Romæ ceratores urbis XIV, sed et consulares viros, quos audire negotia urbis jussit, ut omnes aut magna pars adessent cum acta fierent.*

Ademas de estas actas habia otros registros, de los que dice Vopisco (*Probo*, cap II) que se sirvió para su historia: *Usus sum etiam* regestis *scribarum porticus porfireticæ*, actis *etiam* senatus ac populi.

Los hechos que dejamos expuestos acerca de la existencia y exactitud de los diarios y de los registros del Senado y del pueblo romano, bastan para indicar el grado de confianza que debemos conceder á los historiadores griegos y latinos que los consultaban, y demuestran que poseyeron todos los medios de trasmitirnos particularidades y cifras exactas.

Estas consideraciones preliminares, ó mas bien los muchos hechos que presentan acerca del órden, la severidad y exactitud, casi diria la minuciosa puntua-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lidad de la administracion del gobierno romano respecto del conocimiento de sus fuerzas en hombres capaces de llevar las armas, de sus medios en contribuciones directas ó indirectas, y del capital de las propiedades de todos los súbditos de la república ó del imperio, esta exposicion, en fin, del poder material de una nacion enteramente dedicada á la agricultura y á las armas, me ha parecido el preámbulo necesario de las observaciones en que voy á entrar respecto de la poblacion libre de la Italia.

Sépase de aquí en adelante, que las narraciones, resultados y cifras de los historiadores graves han debido apoyarse en las bases fijas y sólidas del censo, del catastro, de la capitacion y de un estado civil llevado con regularidad.

Abrazando en mi asunto la poblacion libre de la Italia, creo inútil sujetar á discusion todos los censos ejecutados en Roma por los reyes, cónsules y censores, los cuales fueron instituidos el año 310 de la república; ya he presentado el primero que se verificó en tiempo de Servio Julio.

Solo haré mencion aquí del trigésimoquinto ántes de la primera guerra púnica, hecho por los censores G. Blasio y M. Rutilio. Se reconocieron, dice Eutropio (lib. II, cap. 10, *Frast, Capit. et Brott. h. l.*), doscientos noventa y dos mil trescientos veinticuatro ciudadanos romanos, aunque no habia cesado nunca la guerra desde la fundacion de la república.

Hácia el año 529 de Roma, poco ántes de la segunda guerra púnica, Roma, que habia conquistado ya toda la Italia Superior, hizo el reconocimiento de sus fuerzas y de las de los aliados, temiendo un terrible ataque de los Galos Cisalpinos. Polibio nos trasmite el número de los hombres capaces de llevar las armas : este historiador grave y exacto nos dice (*Hist.* II, 23, §. 9) que el Senado mandó que le llevasen los registros de la poblacion clasificada por edades, formados en toda la Italia sometida al poder romano, para conocer con verdad la extension de sus fuerzas.

Ya he demostrado con cuánto esmero se llevaban entre los Romanos, desde Servio Tulio en adelante, las listas de nacimientos, defunciones y poblacion clasificada por edades, sexos y condiciones. Este pasaje curioso de Polibio, que concuerda con los de los autores supradichos, nos da á conocer que el catastro y la estadística romana se aplicaban sucesivamente á todos los países subyugados, suministrándonos una nueva idea de la sabiduría y de los conocimientos administrativos de aquel Senado, que con sus tablas podia gobernar la república tan fácilmente como cada senador su casa, y que conociendo exactamente todas sus fuerzas, poseía todas las probabilidades del buen éxito, no emprendia cosa alguna que excediese á sus facultades, atreviéndose solo á lo posible, y no empezando una guerra sino despues de haber contado con los medios de sostenerla, y casi con la seguridad de la victoria.

« Los pueblos italianos (dice Polibio) alarmados » por las irrupciones y la vecindad de los Galos, no » combatian como auxiliares de los Romanos, ni pen- » saban que la guerra se dirigiese solo contra el po- » der de sus señores, sino que entendian que ellos » mismos, sus ciudades y sus campos estaban ame- » nazados de un inmenso peligro; por eso daban » pruebas de obediencia y de celo. »

Tal es, prosigue Polibio, el censo de las fuerzas activas ó de reserva que poseían los Romanos el año 529 de Roma.

Con los cónsules habia cuatro legiones romanas, cada una de cinco mil doscientos infantes y trescientos caballos. Ademas de estos se contaban treinta mil hombres de á pié y dos mil caballos de los aliados; y mas de cincuenta mil infantes y cuatro mil jinetes sabinos y tirrenos, que acudieron en auxilio de Roma, y á los cuales se dió por jefe un pretor, situándolos en las fronteras de la Tirrenia.

Los Umbríos y los Sarsinatos, habitantes del Apenino, suministraron veinte mil hombres, é igual número los Venetos y los Chenomanos.

En Roma habia de reserva un cuerpo de veinte mil infantes y de mil quinientos jinetes elegidos entre los ciudadanos romanos, y ademas treinta mil hombres de á pié y dos mil de á caballo tomados de los aliados.

Las listas de poblacion y conscripcion ofrecian tambien entre los Latinos una suma de ochenta mil infantes y cinco mil caballos; entre los Samnitas setenta mil infantes y siete mil caballos; entre los Yapigios y los Mesapios, cincuenta mil hombres de á pié y diez seis mil caballos; entre los Lucanios treinta mil infantes y tres mil jinetes; y entre los Marsos, Marrucinos, Ferentanos y Vestinos, veinte mil infantes y cuatro mil caballos.

Los Romanos tenian ademas en la Sicilia y en Tarento dos legiones, cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos jinetes.

Finalmente, se enumeraron como aptos para la guerra en la poblacion de Roma y del campo doscientos cincuenta mil hombres de á pié, y veintitres mil de caballería.

Total de las fuerzas militares á disposicion de los Romanos :

Infantes.	699,200.
Jinetes	69,100.

Polibio cuenta en número redondo :

Infantería	700,000.
Caballería	70,000.

Fabio Pictor (*apud* Oros., lib. IV, 15; Eutrop., III, 2), escritor contemporáneo y que se halló presente en aquella guerra, refiere que los dos cónsules podian disponer de ochocientos mil hombres, de los cuales « los Romanos y los Campanios habian dado trescien- » tos cuarenta y ocho mil para la infantería y veinti- » seis mil seiscientos para la caballería; el resto era » de los aliados. »

Nótese que los Campanios estaban unidos á los Romanos, porque en aquella época tenian el derecho de ciudadanía, aunque sin voto. Tito Livio (VIII, 14. Véase Duker *h. l.*) nos dice que gozaron de él desde el año 416 hasta el 578 de Roma, en que fueron privados de este derecho y hasta gravemente castigados por haberse pasado al partido de Aníbal. Tito Livio y Polibio (*Epit.* XII, Polib., l. 7.) citan una legion romana compuesta toda de Campanios, y mandada por un jefe de esta provincia.

Este número de Romanos y Campanios en estado de manejar las armas, sacado de los registros de poblacion, y que nos suministra Polibio, conviene enteramente con el que resultó del censo que siguió inmediatamente al año 534 de Roma, el cual asciende á doscientos sesenta mil doscientos trece ciudadanos.

Diodoro de Sicilia, en su fragmento del libro XXV (eglog. 3), da en la suma total los mismos números que Polibio, esto es, setecientos mil de á pié y setenta mil de á caballo.

Plinio ofrece una pequeña diferencia, aumentando el número de los jinetes hasta ochenta mil (lib. III, cap. 24), y excluyendo de la suma de los infantes, que hace sin embargo subir á setecientos mil, á los Traspadanos, entre quienes habia contado Polibio á los Venetos y Chenomanos: « Hæc est Italia quæ L. Æmilio Paulo, » C. Atilio Regulo coss., nunciato gallico tumulto, sola, » sine externis ullis auxiliis, atque etiam tum sino » Transpadanis, equitum LXXX M. peditum DCC M. » armavit. »

Diodoro (lib. II, cap. V) presenta sin embargo un número mayor, y se contradice con las siguientes expresiones : « Los Romanos, poco ántes de la guerra de » Aníbal, previendo la gravedad del peligro, formaron » el censo de los hombres que en Italia eran capaces » del servicio militar, y el número total, así de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» ciudadanos como de los aliados, se acercó á un mi-» llon. »

O Diodoro se equivocó en este primer cálculo, que enmendó despues en el libro XXV, ó comprendió en este número toda la poblacion apta para la guerra de los Venetos y Chenomanos, de los cuales no calculó Polibio sino el ejército en activo servicio; pero es mas probable la primera suposicion.

Por lo demas, la conformidad de Polibio, de Fabio Pictor y tambien de Diodoro, el resultado casi igual, conservado por Orosio y Eutropio y comprobado con el número de los censos anteriores y posteriores á aquella época, nos deben admitir como auténtico el total de setecientos setenta mil en número redondo, setecientos sesenta y ocho mil y trescientos en número exacto, porque fué sacado de los registros de poblacion clasificada por edades, cuya constante existencia y escrupulosa exactitud he dilucidado. Estos registros, καταγραφαί, citados dos veces por Polibio que podia conocerlos á fondo, eran comunes á toda la Italia sometida á los Romanos, y dan con exactitud la poblacion libre de este país en aquel tiempo.

Pero no fué toda la Italia hasta los Álpes la que suministró setecientos sesenta mil ú ochocientos mil hombres capaces de llevar las armas (Véase J. Durandi, *Mem. de la Academia de Turin*, 1811, *literatura y bellas artes*, tom. IV, pág. 617) : entónces la dominacion romana estaba limitada hácia el Norte á los 44º de latitud, en la línea que desde la desembocadura del Aubicon en el Rdriático corta paralelamente la Italia y termina en el puerto de Luni en el mar ; y estaba subyugado el resto de aquel país hasta el estrecho de Mesina. Es menester rebajar los veinte mil hombres con que contribuyeron los Venetos y Chenomanos, y queda reducida á setecientos cincuenta mil la poblacion militar de la Italia hasta á Luni y el Rubicon. Hume (*Essai* XI, pág. 440, *Populnes of ancient nations*, 8º. Lóndres 1784) encuentra exagerado este número; pero no pone en duda, ni la exactitud de Polibio, ni la de los resultados.

La poblacion que de aquí se puede deducir, le parece aproximarse á la que esta parte de Italia presenta en el dia; pero su discernimiento le hace entrever que entónces debian de ser pocos los esclavos, excepto en Roma y en las grandes ciudades. Con estos antecedentes todo entra en los límites de lo probable; porque siendo los esclavos en corto número, y estando el terreno cultivado por mansos libres, comprende fácilemente que los registros de conscripcion presentasen una gran cantidad de hombres capaces de llevar las armas.

Es cierto que semejante número pareceria increible, si se calculase el resto de la poblacion italiana segun la proporcion que guarda en nuestros Estados modernos la suma de los soldados bajo las banderas, ó alistados por medio de la quinta anual, y la poblacion total de cada reino; pero estas levas anuales, llamadas por los Romanos *delectus*, se verificaban en las circunstancias ordinarias, y aquí se trataba de la vida ó muerte de la república, de la existencia y de la libertad de la Italia; era el *tumultus gallicus;* se proclamaba el *justitium*, ó la suspension de todo oficio civil; se dejaba la toga por el sayo; se anulaba toda exencion del servicio, y se llamaba á las armas á cuantos eran capaces de empuñarlas. Todos los hombres de diez y seis á sesenta años debian combatir no solo *pro aris et focis*, sino tambien porque sus bienes, mujeres é hijos no llegasen á ser propiedad de los Bárbaros y ludibrio de su insolencia, avaricia y crueldad. El ejemplo de la toma é incendio de Roma por los Galos, un siglo ántes, estaba fijo en la memoria, y habia aprendido la Italia con lecciones terribles cuánto tenia que temer de la Galia : el peligro era inminente, pero grandes los medios; el deber, la necesidad, el horror y el espanto inspirado por los Bárbaros hicieron de cada hombre un soldado.

Quien se haga cargo de tales consideraciones, conocerá que el caso de una invasion armada exigia otras precauciones que el de una guerra ordinaria, y que en el que nos ocupa, Polibio lo dice terminantemente, el Senado hizo el resúmen de toda la poblacion capaz de combatir contenida en los registros απογραφαι καταγραφαῖς.

Generalmente se conviene en multiplicar por cuatro el número de los hombres aptos para llevar las armas á fin de obtener el número total de la poblacion. Dos ejemplos probarán que entre los pueblos antiguos esta relacion es á veces exacta, aunque falla en ciertas circunstancias.

Se ha demostrado con las tablas de probabilidades de la vida ordenadas en Roma, que la ley de poblacion era poco diferente de la que se observa entre nosotros.(Livio, IV.) « Augusto, dice Estrabon, se vió » precisado á destruir la pequeña tribu de los Salasios, habitantes del valle de Aosta, que eran incorregibles ladrones, vendiéndolos á todos como esclavos » en Eporedia, en número de treinta y seis mil, sin » calcular ocho mil personas en estado de llevar las » armas. » Este número es ménos de la cuarta parte, que asciende á once mil; pero los Salasios habian perdido muchos soldados ántes de ser reducidos á la esclavitud.

Citaré, segun el texto, el pasaje de César, porque es el mas positivo, habiéndosenos trasmitido directamente por este gran general, tan hábil administrador como orador elocuente é historiador exacto, y porque este testimonio prueba que el uso de los registros de poblacion y de las tablas estadísticas, tan nuevas entre las naciones modernas, existia tambien en una nacion bárbara. Solo me admira que un hecho de tal género, del que la antigüedad nos ofrece huellas en cada época y en cada escritor, haya sido desatendido hasta ahora, aun por los autores que, como Montesquieu, Hume, Wallace y Gibbon, se han ocupado en investigaciones sobre la poblacion y grandeza de los Romanos, riquezas, fuerzas y productos, en fin, del imperio. La estadística, en verdad, es una ciencia enteramente nueva, y la economía política no data sino del último siglo, en que fué casi creada por Adam Smith.

Este es el pasaje, importante bajo los dos aspectos indicados (Cæs., *Bell. gall.*, 1, 29) : « Se encontraron en » el campo de los Helvecios tablas escritas en letras » griegas, que fueron llevadas á César. Estas tablas » expresaban nominativamente (*nominatim*) el número » de los Helvecios en edad de manejar las armas que » habian abandonado su país, y ademas con separa-» cion (*et item separatim*) el de los niños, ancianos » y mujeres : el número de los individuos capaces de » llevar las armas era de noventa y dos mil, y el total » de cada sexo y de cada edad ascendia á trescientos » sesenta y ocho mil. »

Se ve en este ejemplo, que el número de los hombres aptos para el servicio militar está en razon de 92 á 368, exactamente la cuarta parte. M. Letronne (*Mémoires de l'Académie des inscriptions et belles lettres*, t. VI, páginas 179, 182, 184, 220), en su excelente memoria sobre la poblacion del Ática, adoptó esta base de cálculo.

Volvamos á Polibio y apliquemos el cálculo á los setecientos cincuenta mil individuos en edad de llevar las armas, inscriptos el año 529 de Roma en los registros de poblacion de la parte de Italia sujeta entónces á los Romanos. Su dominio se extendia, como dije ya, desde el estrecho de Sicilia hasta los 44º de latitud, y desde las bocas del Rubicon hasta el puerto de Luni : tal vez sea menester exceptuar la Península de los Brucios, que no están incluidos en la lista de los pueblos citados por Polibio, aunque podian estar comprendidos con los Lucanios, los Mesapios y los Yapigios, sus vecinos.

Ahora, pues, multiplicando por cuatro, tendremos tres millones de habitantes libres de cada sexo y edad, como poblacion de esta parte de la Italia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pero este numero es evidentemente escaso : porque los proletarios, los padres sin hijos, los pupilos no estaban sujetos al censo ó servicio militar en Roma, en las colonias ni en las demas ciudades de Italia.

Tito Livio nos ha conservado esta preciosa noticia (lib. III, cap. 3) : « El año 288 de Roma, formó el » censo el cónsul Quincio, y encontró cuatro mil dos- » cientos catorce ciudadanos, sin calcular los padres » y las madres que habian perdido sus hijos : *Censa* » *civium capita centumquator millia et ducenta qua-* » *tuordecim, præter orbos orbasque* » Plutarco da, segun el censo formado por Valerio Publícola (*in Publicola*, tom. I, pág. 409, edic, Reik), al año 246 de Roma, ciento treinta mil ciudadanos, sin contar los huérfanos y las viudas, á quienes se eximió de todo gravámen.

El año 622 de Roma (Livii, *Epitom.* LIX, 5; Sigon., *De antiq. jure ital.*, pág. 67 y sig.), Q. Pompeyo y Q. Metelo, primeros censores plebeyos, formaron el censo, que dió por resultado trescientos diez y siete mil ochocientos veintitres ciudadanos romanos, ademas de los pupilos y las viudas, *præter pupilos et viduas*.

Estos dos pasajes parecen implicar la idea de que las madres de familia que tenian hijos ó marido eran inscriptas en union de los ciudadanos, y quizá se las sujetaba al servicio militar, con la obligacion de pagar un suplente : sin esto ¿á qué la excepcion respecto de las viudas y de las madres que habian perdido su prole, *orbas et viduas*? Inútilmente he buscado en el Derecho Romano una autoridad en apoyo de mi conjetura; pero aunque no se pueda afirmar, por lo ménos nos es permitido presentarla como dudosa, y la ley del censo en este punto deja un pequeño vacío : yo me limito á indicar esta opinion, reservando á jurisconsultos experimentados el dilucidarla

Dionisio de Halicarnaso, de quien citaré, segun el texto, un pasaje fundamental acerca del número de los esclavos, mercaderes, artífices, mujeres y niños de Roma, el año 278, aumenta la dificultad, pues excluye formalmente á las mujeres del censo de los ciudadanos romanos. ¿Por qué entónces, en los dos censos citados por Tito Livio, eran exceptuadas tan solo las viudas, y entre estas las que no tenian hijos?

Al paso que este punto deja en pié justas dudas, el texto formal del erudito historiador de las antigüedades romanas derrama una viva luz sobre las relaciones de profesion, edad y sexo que existian en la poblacion de Roma; elemento importante de la estadística que inútilmente habia buscado en la historia romana. Dionisio de Halicarnaso se expresa del modo siguiente : « Habia entónces (año 278 de Roma) mas de ciento » diez mil ciudadanos romanos en la edad de la pu- » bertad, como resultaba del último censo; y compo- » nian un número triple del primero las mujeres y » niños, los esclavos, mercaderes y extranjeros que » ejercian profesiones mecánicas, pues no es lícito á » ningun romano dedicarse al comercio ó á la indus- » tria manual. » (*Antig. Rom.*, IX, 383, lín. 24.)

Esta preciosa noticia nos la trasmite el mismo historiador que nos ha dado á conocer la institucion del censo en tiempo de Servio Tulio, y los medios ingeniosos de que se valió aquel rey para llegar á conocer con exactitud la poblacion y los recursos de que podia disponer el país. Este erudito historiador, Dionisio de Halicarnaso, asegura que tomó de las tablas censuales las pruebas de que hace uso. Podemos, pues, prestarle en la materia entera fe.

Sábese que la edad fijada para entrar en el servicio militar, era de los diez y siete á los sesenta años (véase á Tuberon *apud* A. Gellum., lib. X, cap. 28; Tit. Liv., XXV, 5; plutarc, *Gracch;* Dion. Halicar., lib. V). Así la poblacion de Roma y de su territorio ascendia el año 278 de Roma, 34 despues de la expulsion de los reyes, á cuatrocientos cuarenta mil individuos, cuya cuarta parte, desde diez y siete años hasta sesenta, pertenecia al sexo masculino, propio para los empleos civiles y militares, y como tal inscripto en el censo; el resto, ó sea trescientos treinta mil, se componia de ancianos, mujeres, niños de condicion libre, esclavos, mercaderes ó artesanos, todos *metecos* ó extranjeros.

Ahora bien, partiendo de estos datos y tomando como base las listas de poblacion calculadas por los señores Duvillard y Matthieu, é insertas en el *Anuario* de 1828, encontramos que Roma tenia en aquella época:

Ciudadanos varones de diez y siete á sesenta años.....	110,000
Menores de diez y siete y mayores de sesenta.	85,145
Mujeres libres y ciudadanos de todas edades.	195,145
Total.....	390,290

Restando este número de 440,000, total de la poblacion, quedan 49,710, entre metecos y esclavos.

Los metecos, que eran hombres libres, pero privados de los derechos de ciudadanía y de sufragio, ejercian las profesiones industriales ó mercantiles; pero entónces Roma tenia poco comercio. Suponiendo que en 278 la relacion de los metecos con los ciudadanos estuviese en Roma de uno á doce, résultan 32,524 metecos, total 422,814 hombres libres, y de consiguiente 17,186 esclavos.

La relacion de la poblacion libre con la esclava era, pues, de 422,814 á 17,186, ó pióximamente de 425 á 17, ó de veinticinco á uno.

El pequeño número de esclavos que se deduce de las bases presentadas por Dionisio de Halicarnaso, dejará de causarnos sorpresa, si consideramos que las leyes de las Doce Tablas, restablecidas por la ley Licinia que se expedió el año 378, limitaban de un modo terminante la cantidad de los esclavos que podian emplearse en el cultivo de los terrenos, ó preferian para estos trabajos á hombres libres.

Se ve, pues, que en aquella época el número de los esclavos era escaso relativamente á la poblacion libre, formando solo una vigésimaquinta parte de la poblacion total. (Tit. Liv., VII, XVI y sig.)

Este resultado que es nuevo, aunque los elementos en que se funda han sido suministrados por Dionisio de Halicarnaso, me sorprendió bastante; pero siendo incontestable, preciso es admitirlo, y derramará una viva luz sobre la historia de las relaciones de la poblacion libre con los esclavos en los seis primeros siglos de la república romana. Este mismo resultado nos puede conducir á apreciar con mayor exactitud la relacion de las edades y los sexos, y la de los hombres libres con los esclavos, el año 529 de Roma, en la Italia Superior, cuya poblacion libre nos ha dado á conocer Polibio con tanto esmero. Igualmente nos demuestra que á pesar de las pérdidas, ocasionadas en Roma y en la Italia por las guerras y los estragos que estas traen consigo, el número de los jóvenes en edad de manejar las armas era mucho mayor respecto de la poblacion total que lo es en los Estados ménos belicosos. « Es probable (dice Malthus), que las pérdidas » constantes ocasionadas por la guerra diesen orígen » á la costumbre de no sujetar el principio activo de » poblacion á casi ninguna molestia. (*Essais sur le* » *principe de population*, tom. I, pág. 332, quinta » edic. traducida por Prévost.) Esta rápida sucesion » de jóvenes fué sin duda lo que puso á aquellos » pueblos en estado de reemplazar los ejércitos des- » truidos con otros nuevos, sin que se notase que- » branto de ninguna especie. »

Semejante hecho, deducido por la primera vez del texto de Dionisio de Halicarnaso, é indicado ántes, segun Polibio, confirma la prevision del hombre de genio, que como Malthus, tratando de la poblacion, y considerándola bajo sus múltiples aspectos, domina enteramente su asunto y lo esclarece.

Este principio activo de poblacion, confirmado por el cálculo, explica muchos hechos de la historia de la invasion de los Bárbaros, entre otros, aquella portentosa reproduccion de guerreros, por la cual se dió al Norte de Europa el epiteto de *fábrica del género humano*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El número que presenta Polibio, segun las tablas del censo, en el año 529 de Roma, es de setecientos cincuenta mil hombres desde los diez y siete á los sesenta años.

He buscado en las tablas de poblacion insertas en el *Anuario* de 1828 el número de individuos que, contando sobre diez millones, se hallaba en la edad de diez y siete á sesenta años : este número es de cinco millones seiscientos treinta y seis mil ochocientos veinticuatro. Mediante una simple proporcion, obtenemos el siguiente resultado :

Poblacion masculina de diez y siete á sesenta años.	750,000
Idem, desde el nacimiento hasta los diez y siete años, ó desde sesenta hasta la muerte.	580,536
Poblacion femenina, en su totalidad. . . .	1.661,536
Ciudadanos de todos sexos y edades. . .	2.661,072

Suponiendo en toda Italia, desde el Estrecho hasta el 44º paralelo, la relacion de los metecos ó extranjeros domiciliados, con los ciudadanos, como 2 : 7, tendremos 760,306 metecos.

Poblacion libre ; total.	3.421,378
Esclavos, calculados en la décima parte de la poblacion libre.	342,138
Poblacion total.	3.763.516

He supuesto que la relacion de los metecos con los ciudadanos era en 529 en Roma y la Italia como 2 : 7 ; y que en 278 esta misma relacion, solo en Roma y su territorio, era como 1 : 12. He calculado tambien en un décimo, en la época de 529, la relacion de los esclavos con los hombres libres, relacion que en 278 era solo de 1/25. El aumento de las riquezas y del poder de Roma y la agregacion de las colonias griegas á su imperio me ha parecido que exigian esta suposicion.

Aun admitiendo que semejante hipótesis pueda producir acerca de los esclavos y metecos reunidos un error en ménos de la mitad, ó de quinientos cincuenta y un mil doscientos diez y siete individuos, la poblacion total de esta parte de la Italia no ascendia, sin embargo, á cuatro millones trescientos catorce mil setecientas veintitres almas. He supuesto, en razon de las pérdidas de hombres causadas por la guerra el número de los hombres existentes igual al de las mujeres, aunque su relacion en Francia sea de quince mujeres por diez y seis hombres. Ademas, respecto del número de los metecos y de los esclavos, he llevado mas léjos la suposicion, porque los ciudadanos libres de Italia no estaban en aquella época, como los ciudadanos romanos, excluidos de los oficios mecánicos ó mercantiles, y es probable que este país en masa tuviese un número de esclavos proporcionalmente tan grande como una capital de la importancia de Roma.

Por lo demas, he presentado circunstanciadamente la marcha de mis raciocinios y de mis cálculos, para que todos puedan comprobar su exactitud, en atencion á que estos hechos de estadística antigua se encuentran establecidos por la primera vez, y son de grande importancia para el exacto conocimiento de la historia y de las fuerzas del imperio romano : ellos nos conducirán á nuevos resultados en el curso de estas investigaciones, y podrán ademas ilustrar la teoría de la poblacion de los antiguos tiempos, sustituyendo el rigor de los métodos y la exactitud del lenguaje de los cálculos á la vaguedad de las hipótesis y de los raciocinios.

Añadiré una observacion. Me habia prohibido á mí mismo la lectura del *Ensayo* del erudito Malthus, para no fundar mis conclusiones sino en los hechos, y mantenerme libre de todo espíritu de sistema, de todas las ideas puramente teóricas. (*Essai sur le principe de population*, tom. 1.) El pasaje que he citado prueba que Malthus llegó por medio de la teoría á resultados semejantes á los que yo he obtenido con el cálculo. Esta singular relacion (año de Roma 529) de la poblacion capaz de llevar las armas con el resto de la poblacion libre ó esclava, justifica sus ideas sobre el poder del principio activo de poblacion, y explica naturalmente muchos hechos de la historia romana, que parecen casi milagrosos y que llenaban de asombro á Tito Livio, VI, 12) ; como por ejemplo, que los Ecuos y los Volscos, vencidos tantas veces, se encontrasen siempre sobre las armas con fuerzas. Lo que se dice de estos pueblos es igualmente aplicable á los Samnitas, á los Etruscos y á los demas de Italia.

Malthus confirma tambien mis aserciones respecto de otro punto. Me sirve de singular complacencia, lo confieso, el hallarme de acuerdo con un ingenio tan distinguido, y el ver que hemos llegado al mismo término, cada uno por diferente senda. « Creo, dice » Malthus, que Hume (*Essai*, 1, 14) se ha equivocado » al suponer que la parte de la tierra sujeta á los » Romanos no estuvo en ningun tiempo tan poblada » como en el de la larga paz de que gozó bajo el » imperio de Trajano y los Antoninos. » (Tomo I, pág. 339.)

Punto es este aclarado por mí con innumerables testimonios en la parte de estas investigaciones que trata de la disminucion de los productos y de la poblacion en Italia.

El señor Durandi (*Op. cit.*, pág. 21-23) prueba con muy justos razonamientos, fundados en la frugalidad de las costumbres romanas y en la falta de lujo en aquella época, hecho de que son ejemplo los Curios, Fabricios y Régulos, que los Romanos del siglo IV y V tenian pocos esclavos, que casi no necesitaban de ellos, y que no podian tenerlos sino en corto número.

Los Romanos y los demas pueblos de la Italia llevaban entónces una vida sencilla, frugal, ocupada en los trabajos de la agricultura, en la guerra y en las artes de primera necesidad. La reproduccion de los hombres libres les era esencial para reparar las pérdidas que sufria su poblacion con las contínuas y destructoras guerras en que estaban siempre empeñados. Guardábanse, pues, de tener esclavos que consumiesen los productos destinados á alimentar á los conquistadores y defensores. Dejarémos de sorprendernos del pequeño número de esclavos en aquella época, relativamente á la poblacion libre, si consideramos la fuerza de las circunstancias que así lo exigieron como condicion indispensable para la existencia de la república romana.

Una rápida ojeada por la historia de los tres siglos que trascurrieron desde la expulsion de los reyes hasta el principio de la segunda guerra púnica, hará evidente esta verdad.

En tiempo de los reyes poseyeron los patricios todo el poder. Despues que los Tarquinos fueron expulsados y se establecieron las magistraturas anuales, creció sucesivamente el pueblo en autoridad. Los grandes lo habian aniquilado con la usura (año 244 de Roma); y él se libró de sus deudas retirándose al Monte Sacro, obteniendo así la apelacion al pueblo, y el establecimiento de los tribunos y de ediles plebeyos. (*Id.*, 260.) La ley de las Doce Tablas redujo el interes del dinero al uno por ciento anual. Las violencias de los decenviros patricios ocasionaron el restablecimiento de los tribunos, y poco despues el permiso de los matrimonios entre familias plebeyas y patricias (*id.*, 306), y la admision de los plebeyos á los grandes destinos. Desde entónces todo se encaminó á nivelar ambas clases, y á realizar la igual division de las propiedades. (310 al 345 de Roma.)

Las leyes agrarias, propuestas por primera vez el año 268 de Roma, eran renovadas de contínuo. Fijaban en dos á siete yugadas la extension de las propiedades de cada ciudadano, y se eludian distribuyendo entre el pueblo las tierras, fruto de la conquista. Mil quinientos colonos, enviados á Labico el año 339 de Roma, recibieron dos yugadas por cabeza. (Liv., IV, 27.)

El año 360 se mandó al país de los Volscos una

(c) Instituto Cervantes de Madrid.

colonia de tres mil ciudadanos, dándoles tres yugadas y média á cada uno.

El año 362 un edicto del Senado concedió siete yugadas en el territorio de los Veyentes, no solo á cada jefe de familia plebeya, sino tambien á cada uno de los hombres libres que estaban en su casa, para obligarlos á contraer nupcias y procrear hijos que un dia fuesen útiles á la república. (Liv. V, 30.) Tal fué el máximum de la propiedad inmueble de un plebeyo. La necesidad de crear una poblacion libre, de tener soldados y defensores está expresada en esta ley.

Licino Estolon (año 388 de Roma) hizo luego aprobar la ley que prohibia á todo ciudadano, cualquiera que fuese, poseer mas de quinientas yugadas (doscientas cincuenta fanegas de tierra), mandando que el excedente se quitase á los ricos, y fuese distribuido entre los que carecian de propiedad territorial. (Liv. VI, 35; Varr., R. R., 1, c. 2; Val. Max., VIII, 6, § 3; Plin., XVIII, 4; Apian., *Bell. civil.*, 1, 8.) La misma ley fijó cierto número de siervos y esclavos para hacer fructificar estas sierras así divididas, y mandó que el trabajo se hiciese por Italianos y hombres libres.

Diez años despues fué condenado Licinio Estolon conforme á la ley que él mismo habia hecho, porque poseía mas de quinientas yugadas, y el pueblo le impuso ademas una multa de diez mil ases. (Liv. XII, 16 y auct. supr. laudat.)

Estolon, siendo tribuno, hizo la ley sobre deudas, y la que arreglaba los límites de la propiedad territorial: quitó el consulado á los patricios, acarreándose así su excesivo odio; y ellos se aprovecharon con mucha destreza de la culpa que la avaricia y la codicia habia hecho cometer al primer plebeyo consular. Por eso se les vió competir con el pueblo en desinteres y frugalidad: la moderacion en los deseos y el desprecio de las riquezas, que no eran tal vez sino amor á los honores y al poder astutamente disimulado, se convirtieron en sus manos en un medio poderoso para granjearse de nuevo el favor del pueblo y recobrar la autoridad.

Esta noble é ingeniosa emulacion produjo el siglo ilustre de las costumbres y de las virtudes de los Romanos. « Entónces (dice Valerio Max., IV, 4., § 4) » aquellos cónsules que se iban á buscar al pié del » arado, se complacian en fertilizar el terreno estéril » y mal sano de Papirica, é ignorantes de nuestras » delicadezas, roturaban á costa de sus sudores la » tierra dura y rebelde. Hay mas: aquellos á quienes » el peligro de la república llamaba á ejercer el mando » supremo, tenian por su pobreza (¿ por qué no he de » dar su nombre á la verdad?) necesidad de ser agri» cultores. »

Q. Cincinato (*ibid.*, § 7) vió reducidas las siete yugadas de tierra que habia poseído á cuatro; y estas, labradas con sus manos, le produjeron para sostener la dignidad de padre de familia, haciéndose ademas digno de la dictadura.

Fabricio y Emilio Papo (*ibid.*, § 3) no poseían en plata sino una pequeña copa y un salero, consagrados al culto de los dioses: los cónsules y los generales de su tiempo no tenian mas, y el mismo Fabricio nos dice que poseía solamente un pequeño campo cultivado con sus manos y sin esclavos. (Plin., XXXIII, 54; Dion. Halic., *Except. legat.*, pág. 746, edic. Sylburg.)

Manio Curio, el vencedor de Pirro, rehusó la parte del botin y el regalo de cincuenta yugadas (veinticinco fanegas de terreno) que el pueblo le ofrecia en reconocimiento de sus grandes servicios, pareciéndole excesiva esta liberalidad. En su discurso, cuyo compendio nos han trasmitido Valerio Máximo (IV, 3, § 5.), Plinio (XVIII, 4, 1, 3, 10) y Columela, dice que un senador, ó mas bien un personaje consular y un triunfador que posea mas de veinticinco yugadas, es digno de censura, y que reputa por ciudadano dañoso á aquel á quien no le bastan siete yugadas. Uniendo el ejemplo al precepto, aceptó solamente la porcion que se asignaba á cada plebeyo.

El año 496, Régulo, vencedor en África, nombrado procónsul, solicitó su separacion, escribiendo al Senado que el administrador de las siete yugadas que poseía en Papirica habia muerto, y que el labrador mercenario, aprovechando la ocasion se habia fugado, llevándose consigo los instrumentos rurales: por tanto pedia que se mandase quien le sustituyera en África; porque si no cultivaba su campo, no tendria con qué alimentar á su mujer y sus hijos. El Senado decretó que el campo de Régulo fuese inmediatamente dado en arrendamiento y cultivado, que se le repusiera á expensas del Estado los instrumentos robados, y que la repúpblica se encargase de alimentar á la mujer y á los hijos del procónsul. (Val. Max., IV, 4, 6, Senec., *Cosolo ad Helviam*, c. 12.)

Con tales costumbres y leyes Roma debia tener pocos esclavos; conclusion que el conjunto de los hechos nos autoriza á deducir, y que veremos convertirse en certeza con el testimonio positivo de un historiador que vivió solamente dos siglos despues. (IV, 4, § II.)

El cuadro general que nos presenta Valerio Máximo, del quinto siglo de Roma, es el siguiente: « Nada ó » casi nada en dinero, *pocos esclavos*, siete yugadas » de tierra de mediana calidad, la indigencia en las fa» milias, los funerales pagados por el Estado, hijas » que se casan sin dote, pero en cambio ilustres con» sulados, admirabes dictaduras, innumerables triun» fos: tal es el conjunto de las costumbres y de los » hechos. »

Estas costumbres sencillas y frugales duraban aun en la primera mitad del siglo VI de Roma: fijo con cuidado la época y reclamo la atencion sobre este punto, porque desde el fin de la segunda guerra púnica, y en especial desde de la toma de Cartago y de Corinto, cambia enteramente el cuadro.

« ¡ Qué rica no era la familia Elia! (Val. Max., IV, » §. 8, año 634 de Roma.) Diez y seis Elios vivian » juntos en una pequeña casa situada en el mismo » paraje donde ahora están los monumentos de Mario. » No poseian (era cerca de Véyos) sino un solo campo, » el cual exigia ménos número de cultivadores que el » que tenia de dueños; pero en recompensa ocupa» ban en el circo y en los espectáculos el puesto de » honor señalado á sus virtudes. »

El dictador Fabio Máximo rescató algunos de los prisioneros hechos por Aníbal, conviniéndose ántes en el precio; pero habiéndose negado el Senado á dar el dinero, mandó Fabio á Roma á su hijo para vender su única posesion, cuyo importe remitió inmediatamente á Aníbal. Esta posesion, dice Valerio Máximo (IV, 8, § 1), constaba de siete yugadas, situadas en el árido territorio de Pupinia; pero en ella consistia toda la fortuna de Fabio; y este gran personaje prefirió sacrificar su patrimonio á ver á su patria perder la fama de fiel á sus promesas.

En la segunda guerra púnica, Cneo Escipion escribió desde España al Senado pidiendo un sucesor, por tener una hija nubil y serle necesario estar en Roma para formarle un dote: el Senado hizo las veces de padre, constituyó el dote de concierto con la madre y con los parientes de Escipion, dió el dinero del tesoro público, y casó á la doncella. El Senado con su liberalidad se condujo de modo que las hijas de Fabricio y de Escipion no se casasen sin dote, lo que de otro modo les hubiera acontecido, porque de la herencia paterna no podian recibir ni llevar á sus maridos mas qne la gloria. Este dote fué de once mil ases (ochocientos ochenta francos), lo que da á conocer, dice Valerio Máximo (IV, § 10), la humanidad del Senado, y el valor de los antiguos patrimonios.

Eran estos tan escasos, que se consideró muy grande el dote de diez mil ases (ochocientos francos) que Focia, hija de Cesina, aportó al matrimonio; y á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Magulia, que llevó cincuenta mil (cuatro mil francos), se le dió el sobrenombre de dotada.

Tan sencillas costumbres duraron hasta la conquista de la Macedonia.

Paulo Emilio, cuando venció á Perseo, dió á Q. Elio Tuberon, por su parte del botin, cinco libras de plata, segun Valerio Máximo (IV, 4, § 9) y Plutarco (*in Paulo Emilio*, cap. V). Plinio (XXXIII, 50) añade que Tuberon no poseyó en toda su vida en vajilla de plata, sino dos copas, pública y honrosa recompensa de su valor y de sus servicios.

El mismo Paulo Emilio, primer ciudadano de Roma, que con la conquista de la Macedonia libró al pueblo romano del peso de los tributos, murió tan pobre, que para pagar el dote de su mujer, fué preciso vender su campo, única propiedad que habia dejado.

En fin, testimonios positivos y exactos establecen que en esta época, desde el año 550 de Roma al 557, la agricultura se ejercia casi del todo por los propietarios y por hombros libres mercenarios.

Caton lo dice positivamente en tres lugares de uno de sus libros (R. R. 2, § 2), dándonos la razon política de ello. « Nuestros antepasados, para indicar » un buen ciudadano, decian que era un buen colono, » buen agricultor, pues estos son los que suministran » los mas valientes y robustos soldados. El provecho » que se reporta de la agricultura es el mas honroso, » el de mas larga duracion, y está ménos sujeto que » ningun otro á la censura y á la envidia. »

Hablando de la eleccion de un lugar para la situacion de un predio ó para la compra de una posesion rural, recomienda tomarla en país sano, donde haya muchos jornaleros (cap. IV); *loco salubri, operariorum copia sit.* Mas abajo dice : « Sé benévolo con » tus vecinos : si te miran con ojos favorables, ven» derás mas fácilmente tus productos, y mas fácilmente » encontrarás trabajadores; *operas facilius locabis,* » *operarios facilius conduces.* » Ahora bien, este término de *operarius* εργατης de los Griegos, *mercenarius qui operam præbet*, como lo explica Forcenelli, no ha significado jamas los esclavos, *mancipia, ergastula, servos*; y Varron hace entre ellos una distincion positiva (R. R. 1, 17, § 4, c. 18, § 3).

Para el cultivo de cien yugadas de viña (cincuenta fanegas ó veinticinco hectáreas), advierte Caton (XI, § 1), que se necesita un superintendente, su mujer, diez mercenarios, un gañan, un asnero, un *salictarius* encargado del cultivo y uso de los mimbres, un porquero; total diez y seis hombres: para el de doscientas cuarenta yugadas en olivos (R. R. X. § 1), el superintendente, su mujer, cinco mercenarios, tres gañanes, un porquero, un asnero, un pastor de ganado; total trece hombres.

En ninguno de estos pasajes se habla de esclavos. Ahora bien, si tal era el cultivo en la vejez de Caton, despues de la derrota de los Cartagineses, de Antíoco y de la conquista de la Macedonia, es evidente que ántes de la segunda guerra púnica el trabajo, caro y poco activo, de los esclavos, no debia ser empleado con preferencia. Finalmente, una ley de necesidad, la insalubridad de muchos lugares fértiles de la Italia, exigia para su cultivo hombres libres, robustos, avezados al clima, condiciones raras en la clase de los esclavos, que se reproducian en el país en corto número, y que en el estado de debilidad á que los reducia el mal alimento, la habitacion en las cárceles, la falta de aire y el cruel tratamiento, se hallaban mas expuestos á la influencia del clima (1).

El testimonio de Varron (R. R. 1, 17, § 2), contemporáneo de César y de Ciceron, no es tan positivo que deba cambiar las ideas recibidas sobre el método de cultivo en Italia en una época en que Roma era señora del mundo, y en que se habia aumentado considerablemente el número de los esclavos. Traduzco entero este pasaje interesante :

« Todas las tierras están cultivadas por hombres » libres ó esclavos, ó por una mezcla de estas dos » clases; por hombres libres, sea que ellos mismos » las cultiven, como la mayor parte de los pequeños » propietarios, con ayuda de sus hijos, sea con la de » mercenarios ó jornaleros libres, alquilados en el » momento de los grandes trabajos, como la siega » del heno y las vendimias; ó por aquellos que lla» mamos *oberati.* » (Los oberati eran hombres que se obligaban á trabajar por un tiempo determinado en pago de sus deudas; se les llamaba tambien *nexi, vincti*, y aunque arrastraban cadenas, no eran esclavos.) « Digo de todas las tierras en general (continúa » Varron) que es mas ventajoso cultivar los lugares » malsanos con jornaleros *mercenarios* que con los » esclavos; y que aun en los lugares salubres los » grandes trabajos rústicos, como la recoleccion de los » frutos, las siegas y vendimias, deben confiarse á » esta clase de gente. » *Omnes agri coluntur hominibus servis aut liberis, aut utrisque : liberis aut cum ipsi colunt, ut plerique pauperculi cum sua progenie; aut mercenariis, cum conducticiis liberorum operis res majores, ut vindemias ac fœnisecia, administrant; iisque quos obæratos nostri vocitarunt : de quibus universis hoc dico, gravia loca utilius esse mercenarios colere quam servos, et in salubribus quoque locis opera rustica majora, ut sunt in condendis fructibus vindemiæ aut messis.*

Parece en fin, que en tiempo del mismo Trajano no se hacía uso de esclavos para el cultivo en la Galia Cisalpina, á lo ménos en la parte situada hácia el lago de Como. Plinio el Jóven lo dice (lib. III, 19): « En ninguna parte empleo esclavos para el cul» tivo de mis tierras, y este uso es absolutamente » desconocido en el país. » *Nam nec ipse usquam vinctos habeo, nec ibi quisquam* (1).

Es evidente, segun estos pasajes, que allí debia ser menor con mucho el número de los esclavos empleados en el cultivo de las tierras (2) del que se cree comunmente; el servicio doméstico en las ciudades era el que ellos deseaban principalmente, y es fácil comprender que los Galos, los Germanos, los Sirios, los habitantes del África ó del Asia hubieran sucumbido pronto bajo las influencias de un clima tan diverso del suyo, de un aire pestilencial, y de la postracion de fuerzas ocasionada por fatigas muy rudas y por el escaso alimento. Así, el precio medio de un esclavo jornalero en tiempo de Caton era muy subido, y ascendia á mil quinientos dracmas (*denarios*), ó sean mil doscientos francos.

He citado ya la ley de Julio César (SUETON., *Jul. Cæs.*, cap. XLII), que obligaba á los Italianos á tener entre los pastores una tercera parte de habitantes libres; y sin embargo, este género de servicio parecia por su naturaleza mas propio de la clase, condicion y facultades de los esclavos.

El pasaje citado, en que dice Caton que los colonos suministraban los mas fuertes y valerosos soldados, y que el provecho reportado de la agricultura era el mas honroso, seguro y ménos sujeto á la crítica, conduce naturalmente á esta refiexion.

En un país y en una época en que el interes legal estaba establecido á uno y medio por ciento al año, y en que el tráfico y el comercio, la industria y las artes mecánicas estaban prohibidas á los ciudadanos, el cultivo de la tierra era el único medio de sostener ó de aumentar algo la fortuna individual. Las

(1) Hemos aducido bastantes razones en el texto para poder disentir de este halagüeño modo de ver. Valerio Máximo es panegirista, no historiador. Con este último argumento se podria impugnar la esclavitud en América, donde el clima es tan mortífero para los pobres negros. C.

(1) Adviértase que aquí no se habla de los esclavos en general, sino de los *vincti*, hechos esclavos por deudas. C.

(2) En el cap. IV los hemos visto insurreccionarse por todas partes á millares. Hechos contrarios á las presunciones. C

(c) Instituto Cervantes de Madrid

propiedades debian estar divididas, porque habia mucha concurrencia á ellas; division que permitia á cada uno cultivar su parte con sus manos ó con los brazos de su familia. Quedaba, pues, poco que hacer á los esclavos; y un pueblo sencillo y frugal no busca cosas inútiles. Tal fué, en mi concepto, el estado de la sociedad en Roma y en la Italia en los primeros cuatrocientos cincuenta años, y esta opinion se funda en una multitud de hechos y de testimonios positivos suministrados por la historia. Esto respecto de los tiempos anteriores.

En la otra época de que he hablado (año 529 de Roma), habian trascurrido cuarenta años desde que los Romanos, despues de una guerra pertinaz que duró sesenta y dos, subyugaron á los Samnitas, á los Lucanios, á los Brucios, y conquistaron, en fin, toda la Italia Superior. La mayor parte de los esclavos obtenidos por medio de estas guerras habian muerto ya y no podian quedar sino algunos viejos. Se ve, pues, que la guerra constituía el único medio de adquirir esclavos; para ellos no existia el comercio, y Roma en los cinco primeros siglos no tuvo sino monedas de cobre, señal evidente de que los cambios eran excesivamente limitados.

Ademas, este prudente sistema de reunion que despues de la conquista convertia á los pueblos subyugados en ciudadanos romanos aliados ó colonos, destruía, si puedo expresarme así, el semillero de la esclavitud.

En la misma Sicilia la pronta alianza de Hieron, rey de Siracusa, con los Romanos, y el pronto avasallamiento de casi toda la isla, les quitaron la ocasion de hacer prisioneros, que hubieran sido convertidos en esclavos.

En la primera guerra púnica debió necesariamente disminuirse el número de los hombres de esta clase, si se considera la cantidad de las escuadras que perdieron los Romanos, ya en las guerras, ya á causa de las tempestades, ya por su inexperiencia en el arte de la navegacion; pues los bajeles tenian dos terceras partes de remeros por cada tercera de soldados, y este trabajo de manos, indigno de los hijos de Marte y de Rómulo, recaía casi todo en los hombres manumitidos y de condicion servil. Agréguese á esto que en la primera guerra púnica los Romanos y los Cartagineses canjearon con mucha frecuencia sus prisioneros de guerra. No aparece, pues, ninguna causa en virtud de la cual desde el año 278 de Roma hasta el 529 hubiese podido aumentarse mucho el número de los esclavos en Italia.

Hemos visto, mediante el censo exacto trasmitido por Dionisio Halicarnaso, que la relacion de la poblacion esclava con la libre era á lo mas de 1 á 23, y este número está sacado de las *Tabulæ Censuales*, ó registros de poblacion clasificada por edades, sexos y condiciones.

Me fijo en la relacion de 1 á 10 para la época del año 529 de Roma, en el cual nos da Polibio, segun las tablas oficiales, el estado de la poblacion libre de Italia, desde el Estrecho hasta el 44º paralelo, y es seguro que mi cálculo mas bien excede que baja de la efectiva cantidad.

El señor Durandi fija sumariamente en cuatro millones la poblacion total de la Galia Cisalpina, y tambien en cuatro millones la de la parte de Italia comprendida entre los Álpes, los dos mares, y el 44º paralelo: lo cual, segun los cálculos precedentes, da ocho millones para toda la Italia en el año 529 de Roma. No existiendo ningun testimonio antiguo para determinar la poblacion de la Galia Cisalpina en aquella edad, me abstendré de toda refutacion.

(Extracto de una memeria de DUREAU DE LA MALLE, inserta entre las de la Academia francesa, tom. X, 1833.)

(F) pág. 148.

Gobierno de Augusto.

Cualquiera que sea la opinion que se forme acerca de los primeros tiempos de la república romana, es forzoso convenir en que durante cuatro siglos derivaba el principio de su fuerza en lo interior y de su poder en lo exterior de una afortunada mezcla de democracia y aristocracia, que no era obra de los hombres solamente, sino efecto de las extraordinarias circunstancias, en medio de las cuales nació y creció aquella ciudad. Los magnates, despues de haber derribado con la violencia la dignidad real, á cuya sombra habia nacido Roma, usurparon sus mas importantes prerogativas. Pero el sangriento sacrificio hecho por Bruto á la libertad inspiró muy pronto en el ánimo de los ciudadanos el amor á la forma republicana. Valerio Publicola, para alejar de sí toda sospecha de que ambicionaba la tiranía, concedió al pueblo un gran poder, poniendo la vida de cada ciudadano á cubierto de los arbitrarios rigores de los magistrados patricios. La institucion del tribunado es la primera conquista hecha por la democracia contra la clase de los nobles, los cuales expulsando á los reyes, habian esperado sustituir á ellos su imperio. Empezó entónces entre los patricios y los plebeyos una muy reñida lucha, empeñada en el foro y en los campamentos, á pesar del rigor de la disciplina militar, y que retardó los triunfos y aumentó los peligros de las guerras extranjeras. En tanto que las dos clases estuvieron contenidas por el temor recíproco y por la necesidad de rechazar ó someter á los pueblos de Italia, se conservó la unidad en el Estado, y pudo parecer Roma á los ojos del embajador de Pirro un templo, y el Senado una asamblea de reyes. Las guerras púnicas y las maravillosas conquistas que se siguieron no hicieron mas, en cierta manera, que ampliar el campo de batalla, en que debian los Romanos, con sus discordias, vengar á las naciones sometidas á su tiránico yugo. Por primera vez, en el tribunado de los Gracos, se enrojeció el foro con la sangre de los ciudadanos, armados unos contra otros, pero la querella que hizo derramar aquella primera sangre, debia decidirse en las campos de Filípos. El asesinato de tan ardientes tribunos, y el de Livio Druso, que para realzar la autoridad del Senado, consintió en representar de nuevo el papel de aquellos, enseñaron á los plebeyos, que no por medio de la elocuencia de los oradores, sino con la fuerza de las armas debian adquirir la superioridad sobre sus adversarios. El feroz Mario, procedente del pueblo, y que se elevó al consulado entre cantos triunfales, combatió primero á los patricios con el esplendor de su gloria, y apareció despues en el foro sediento de su sangre, como lo habia estado de la de los Teutones y de los Cimbros en las llanuras de Provenza y al pié de los muros de Vercelli. Pero los patricios, oprimidos por el genio de Mario, buscaron un sosten en Sila, el cual, émulo de la gloria y de las crueldades de aquel, opuso al esplendor de sus victorias sobre los Bárbaros, los triunfos de Queronea y de Orcomene; á las venganzas meditadas en las lagunas de Minturno y entre las ruinas de Cartago, las proscripciones preparadas en el silencio, el exterminio de ciudades enteras, el envilecimiento de las familias, castigadas hasta en su posteridad, y estragos que ensangrentaron los umbrales del Senado é hicieron temblar en sus sillas á los mismos senadores. Con tan espantosas represalias aterrorizó Sila el ánimo de todos los Romanos; pero murió sin haber asegurado el triunfo de su partido. Sertorio, con una virtud digna de otros tiempos y de otra causa; Lépido, con una ambicion impotente, y Catilina con la desesperacion del delito, intentaron en vano restaurar la democracia, que parecia humi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llada para siempre por el vencedor de Mitrídates; pero sus desgraciados esfuerzos sirvieron á lo ménos para prolongar las esperanzas de un partido, que encontró finalmente un vengador en un hombre mas popular que los Gracos, mas ambicioso que Mario, mejor capitan que Sila; en César, que, descendiente de los príncipes troyanos fugitívos y del fundador de Alba, se hizo *tribuno* y soldado para dominar á los patricios y al pueblo. Aterrado el Senado por el rumor de sus victorias en las Galias, y no acertando ya á defenderse por sí contra un hombre solo, confió la república á la fortuna de Pompeyo; pero habiendo sido vencidos los patricios en Farsalia y en Tapso, sucumbieron por último en Munda. Su causa, sin embargo, pareció resucitar por breve tiempo con el asesinato de César. Bruto, Casio, Ciceron y algunos otros partidarios de Pompeyo y del Senado prestaron fe á este error tan natural en las almas elevadas, á saber, que sus conciudanos corrompidos por la mezcla con todos los pueblos de Italia, por las riquezas robadas á las naciones de las tres partes del mundo, y por todos los excesos de la guerra civil, podrian sobrellevar las instituciones de los primeros siglos de la república. Aquellos hombres magnánimos, que puede decirse fueron los últimos Romanos, emplearon la robusta elocuencia que inspira el amor de la patria, y se armaron del puñal del primer Bruto, solo para morir de muerte cruel, ó en las proscripciones ó en los campos de Filípos. Desde entónces los patricios y los partidarios de la aristocracia quedaron vencidos para siempre, y en vano sus restos, dispersos por todas partes, se vieron reunidos de nuevo bajo las banderas de Sexto Pompeyo. Antonio y Octavio se disponian ya á entregar á la suerte de las armas aquella preeminencia que en adelante nadie osaria disputarles. En sus filas combatieron aquellos veteranos de César, aquellos valientes centuriones, que con sus espadas daban á los generales las dignidades que les negaba el Senado, y cuya influencia tenia dividido el voto del partido popular entre ambos émulos. La victoria era por lo tanto indiferente á los patricios, á quienes debia de cualquier modo imponer por dueño un enemigo, enriquecido con sus despojos y teñido en la sangre de las mas ilustres víctimas. Los patricios y plebeyos, en guerra entre sí desde el tiempo de los Gracos, habian combatido en Filípos por el triunfo de sus causas respectivas; en Accio dos ambiciosos, preconizándose campeones del pueblo, se disputaron el imperio, al cual no pudieron ya aspirar los patricios, que sin esperanza alguna de mando ni de libertad, y sin tener tampoco la eleccion del soberano, se vieron obligados á recibir el que les impuso la victoria. Pero en breve fué no ménos deplorable la condicion de los plebeyos, vencedores del Senado; pues en una guerra civil y en la lucha entre dos partidos, se da un señor el pueblo que se elige un jefe; y el de los vencedores de Accio, impuesto á Roma, fué Octavio, quien bajo cualquier nombre que gobernase, recibió la autoridad de manos de los soldados y del pueblo, siendo por lo mismo democrático y militar el principio de su gobierno, lo que quiere decir que se apoyó en las bases mas á propósito para hacerlo despótico y sanguinario.

Tal fué la naturaleza bajo que se presentó la rivalidad de los partidos en Roma despues de abolido el poder real, en tal estado se encontraban, cuando los Romanos empezaban una carrera política nueva para ellos. Parecerá á primera vista que la institucion del imperio separaba con un intervalo inmenso lo presente de lo pasado; pero quien fije la atencion, verá que era solo una consecuencia de las primitivas instituciones de los Romanos, el triunfo decisivo de una democracia indomable, la cual, habiendo llegado al término de sus combates contra los patricios, quedó sin advertirlo, despojada de su poder, afanándose en consolidar el despotismo de un solo hombre.

Los historiadores de Roma nos informan que Octavio era descendiente de una familia oriunda de Velletri, la cual, plebeya en su principio, se elevó despues al órden ecuestre. Cayo Octavio, su padre, rico con el patrimonio de sus abuelos, solicitó y obtuvo la dignidad de la república; fué pretor, gobernó la Macedonia, y revestido por el Senado de un mando militar, destruyó cerca de Turio una cuadrilla de fugitivos de los ejércitos de Espartaco y de Catilina. Tuvo de dos mujeres dos hijas con el nombre de Octavia, y á Octavio, apellidado Turino, que nació el año 63 ántes de Cristo, bajo el consulado de Marco Antonio y de Ciceron. Accia, madre de Octavia, tuvo por padres á Accio Balbo y á Julia, hermana de Julio César. Octavio era, pues, sobrino del dictador César, por parte de su madre, el cual le adoptó por su hijo, y le dejó en herencia su nombre y sus riquezas. (SUETONIO, *Vida de Augusto*, cap. 1 y siguientes. — DION. CASIO lib. I, § 1.) Desde su primera juventud acompañó á su padre adoptivo á España, donde, en premio de la intrepidez que mostró en la guerra sostenida por César contra el hijo de Pompeyo, obtuvo honrosas distinciones militares. Cuando el dictador preparaba la guerra contra los Partos, para vengar la muerte de Craso y los estragos de sus legiones, mandó á su sobrino á Apolonia, donde se habia reunido parte del ejército, y miéntras se dedicaba allí al estudio, aguardando á su tio, le llegó la noticia del golpe fatal que le privaba tan jóven de su apoyo y lanzaba á los Romanos en los horrores de las guerras civiles (44 ántes de C.) Octavio, que solo tenia entónces diez y nueve años, rodeado de peligros por todas partes, sin mas auxilio que un nombre, contra el cual se habian armado tantos brazos enemigos, despreciando la tímida prudencia de su madre y de su padrino Filipo, se atrevió á disputar á Antonio el honor de combatir contra los asesinos de César. Persuadido de que la fortuna de un jefe de partido *no depende las mas veces sino de su audacia*, protegió primero al Senado contra aquel orgulloso soldado, engañó la experiencia de Ciceron, y coligándose despues con el partido á quien habia hecho la guerra, publicó listas de proscripcion mas sangrientas que las de Sila, contribuyendo por último en Macedonia al exterminio de los ciudadanos que se habian librado de su atroz y fria venganza.

Octavio es inferior á César como capitan, pero se mostró mas profundo político que él, y capaz de disimulo y de paciencia: para él venció Antonio á Bruto y á Casio; todas las faltas cometidas por aquel impetuoso triunviro contribuyeron á aumentar la grandeza de Octavio, y miéntras el primero insultaba á los Romanos casándose con Cleopatra y comprometia su gloria y la vida de sus soldados en la guerra contra los Partos, el segundo se captaba el amor de cien mil veteranos, y atrayendo á su partido las tropas de Sexto Pompeyo y de Lépido, echaba en Italia los fundamentos de su poder. La fortuna que le acompañó en su carrera política apareció mas evidente que en ninguna otra parte en Accio, donde su adversario, apénas comenzada la batalla, se vió abandonado por la victoria; de manera que Octavio, sin ningun esfuerzo, salió vencedor en aquella lucha, que se le presentaba como temible bajo todos aspectos, pues aunque estaba ayudado por la habilidad é inalterable fidelidad de Agripa, conocia bien cuánto le aventajaba su enemigo en el arte de la guerra.

Difícilmente nos inclinarémos á creer, con Dion Casio, Suetonio y Séneca (DION CASIO, lib. LII, § I y sig. — SUETONIO, *Vida de Augusto*, § 28. — SÉNECA, *De brevitate vitæ*, § 5), que Octavio se expusiera durante doce años á tantos peligros, diera tantas batallas y cometiera tantos delitos, con el designio de abdicar el poder, cuando lo viese en sus manos. Sila habia podido dar este ejemplo, único en los fastos de Roma y en las revoluciones de los pueblos, porque la memoria de Queronea y de Orcomene, y al mismo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tiempo el terror de sus atroces proscripciones, le aseguraban en cierto modo contra la venganza de sus conciudadanos. Pero, ni las acciones, ni el carácter de Octavio eran de tal naturaleza que infundiesen respeto ó espanto en el ánimo de los hombres. Vil asesino de Ciceron, de Fravonio y de tantos otros ilustres Romanos, enemigo acérrimo de las libertades públicas, ¿le era posible volver á la vida privada sin peligro? No le quedaba otro refugio mas que la usurpacion y el despotismo: la imágen de la trágica muerte de César, que siempre tenia delante de los ojos, influyó en todas sus acciones (MONTESQUIEU, *Grandeur et décadence des Romains*, cap. 13); y temiendo dar orígen, con una revolucion demasiado pronta, á nuevas conspiraciones, queria subir al supremo poder poco á poco y por sendas oblícuas.

Casi todos los historiadores que escribieron la vida de Octavio han dicho que consultó con Agripa y Mecénas el proyecto de abdicar el imperio y la forma de gobierno que debia darse á Roma. El que quiera leer en Dion Casio los dos discursos que pone en boca de Agripa y Mecénas, quedará fácilmente convencido de que son un vano desahogo del espíritu retórico que dominaba en su tiempo. Por los demas, cualquiera que sea la fidelidad histórica de Dion, no dejarémos de llamar la atencion sobre el singular destino de un pueblo que aun dominaba el mundo, y cuya esclavitud ó libertad política dependian de la voluntad incierta de un hombre y de la determinacion de un momento. El dictámen de Agripa y el de Mecénas fueron, sin embargo, conformes á la idea que la historia nos da de su carácter. El primero, guerrero valiente y experimentado en veinte batallas, seguro de no ser despreciado en una república, remontándose á los principios del derecho natural, mostró todos los peligros y los inconvenientes del poder de uno solo en Roma; para aconsejar á Octavio que renunciase al imperio, procuró intimidarle con el ejemplo de Camilo, de Escipion Africano y de Sila, los cuales con su ambicion se suscitaron el odio de sus conciudadanos, como si Octavio no hubiese arrostrado ya la ira impotente de Roma, como si los Romanos degenerados conservasen aun algun afecto hácia sus antiguas instituciones políticas. El segundo, inepto para las armas, pero á propósito para servir de tipo á los cortesanos y consejeros de los príncipes, combatió la opinion de Agripa, mostrando á Octavio que el estado de los Romanos y de los pueblos conquistados le ponia en la necesidad imprescindible de conservar el imperio, y le presentó el modelo de gobierno á que era necesario someter á los Romanos. Octavio abrazó el parecer de Mecénas, y puso las bases de la constitucion imperial, segun sus consejos. (DION CASIO, lib. LII, § 2. — 41.)

Era entónces cónsul por la quinta vez juntamente con Sexto Apuleyo, el año 29 ántes de J. C. En aquel mismo año obtuvo el honroso título de *emperador*, con el cual su padre adoptivo habia ejercido en Roma una autoridad casi absoluta. No se dió á Octavio este titulo triunfal cual lo obtenian las antiguos generales despues de la victoria, sino como señal de la autoridad soberana dictatorial que ejercia en el imperio. Parécenos que Dion Casio ha confundido los tiempos al enumerar las terribles prerogativas que atribuye al primer *emperador* romano, concediendo ántes un poder que debe haber sido efecto de las usurpaciones de sus sucesores. No hay duda, como dice tambien Dion, que el emperador alistaba los ejércitos, tenia el mando supremo de ellos, ó lo delegaba en sus lugartenientes, y disponia de las rentas públicas; pero no puede decirse que declarase la guerra é hiciese la paz, que tuviese derecho de vida y muerte sobre los caballeros y senadores, ni que ejerciese todos los derechos del consulado y de las demas magistraturas principales de la república. El carácter de Octavio, los hechos históricos y el testimonio del mismo Dion, que en nuestros concepto se contradice (lib. LX, § 23), refutan el grave error en que ha caído. La política de Octavio fué hacer creer á los Romanos que no introduciria ninguna innovacion en el Estado, miéntras se iba apoderando del gobierno. (*Nisus omni modo ne quem novi status pœniteretur;* SUETONIO, *Vida de Augusto*, § 28.) Aquel simulacro de república que Octavio quiso dejar subsistente, se hubiera desplomado de un golpe, apareciendo en su lugar la imágen de la tiranía, si cada ciudadano hubiese visto suspensa sobre su cabeza la espada imperial, pronta á caer á la primera señal de una voluntad despótica y sanguinaria. (DION CASIO, lib. LIII, § 17.) El nombre de *emperador* dado á Octavio queria significar que su principal encargo y la esencia de su poder era el mando de los ejércitos, y en la calidad de tal tenia guardias, y podia vestir la púrpura en la ciudad, de la que se adornaban los antiguos generales solamente cuando iban á la cabeza de los ejércitos, ó en la pompa del triunfo. Pero, en los primeros siglos, se contentaban los emperadores con llevar la toga senatorial, excepto si el ejercicio de alguna de sus funciones les obligaba á presentarse con el fausto propio de su dignidad. Ademas, siendo Octavio el general supremo de todos los ejércitos, ningun teniente, sin su permiso, podia ser proclamado vencedor por los soldados: en cerca de 50 años que figuró como triunviro y como emperador, veintiuna veces obtuvo aquella honrosa distincion por las victorias alcanzadas sobre sus enemigos por él ó por sus tenientes. Los primeros Césares y el mismo Tiberio permitieron que uno de su familia ó un vicegerente suyo fuese revestido del título de *emperador;* pero despues de Vespasiano este honor fué concedido solamente á los hijos de los emperadores que eran asociados al imperio. (SUETONIO, *Vida de Tito*, § 6. — DION CASIO, lib. LII, § 41. — TÁCITO, ANALES, lib. I, cap. 9.)

Durante el quinto consulado, fué elegido Octavio censor juntamente con Agripa, valiéndose del poder que le daba el nuevo empleo de que había sido revestido para ejecutar varios trabajos importantes que se hallaban enteramente abandonados hacía medio siglo. No conociéndose el número de los ciudadanos ni el estado de sus riquezas, como tampoco el de las rentas públicas, mandó formar el censo de todos los ciudadanos que se hallaban esparcidos en las várias partes del imperio, el cual no pudo terminarse ántes del año siguiente, por las grandes dificultades que se encontraron para formarlo. En el padron de los censores fueron inscritos cuatro millones y sesenta y tres mil ciudadanos; despues aquellos mismos hicieron una rigorosa reforma en el Senado, cuyos miembros, durante los desórdenes de las guerras civiles, habian ascendido á mas de mil; y aquella antigua reunion formada un tiempo de los mas ilustres de la nacion, ofrecia entónces la mas extraña mescolanza: al lado de ilustres patricios, miserable resto de las antiguas familias, se sentaban extranjeros y Romanos de oscuro linaje ó infamados por sus delitos, á los cuales el oro ó los mas viles servicios habian proporcionado el honor de formar parte de la primera asamblea de la república. Á estos senadores daba el pueblo el nombre de *Charonites*, ú *Orcini*, porque los mas eran deudores de aquella dignidad á la voluntad de César, manifestada en su testamiento, y que fué conocida solamente despues de su muerte. (PLUTARCO, *Vida de Antonio*, § 17. — SUETONIO, *Vida de Augusto*, 35.) La reforma del Senado era tan necesaria como peligrosa de realizar, pues que se debia excluir de él á hombres que habian nacido en medio de las conspiraciones y de las guerras del triunvirato, y que estaban acostumbrados por tantas escenas sangrientas á las mas atrevidas empresas. Durante esta reforma, Octavio, para precaverse de su audacia, se hacía acompañar constantemente, miéntras se sentaba en el tribunal, por diez robustos senadores adictos á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su persona. Contra el uso constante de los Romanos, que prohibia llevar armas en tiempo de paz, cada vez que asistia al Senado, ceñia la espada y vestia la coraza; llevando la cautela hasta el extremo de no admitir á su presencia ningun senador, sin hacer ántes registrar bien toda su persona, por si tenia oculta algun arma. (SUETONIO *Vida de Augusto*, § 35.) Sin embargo, Octavio, despues de la victoria, enemigo de violencias, guardó toda especie de consideraciones al amor propio de los senadores irritados, y evitando la odiosidad de infamarlos, obtuvo que ciento noventa senadores hicieran espontáneamente dimision de su dignidad, á los cuales, no obstante, dejó el derecho de llevar la vestidura senatorial, y de sentarse en el mismo puesto que ántes, como senadores, en los espectáculos y en los banquetes públicos. Ninguno tuvo nota de infamia : solo á Quinto Estabilio, por haberse opuesto á la reforma, se le privó del tribunado que le habia sido prometido. Algunos ciudadanos fueron puestos en el número de los senadores; Cluvio y Furnio tuvieron el título de consulares, aunque nunca habian sido cónsules, y se crearon nuevas familias patricias en lugar de las que habian fallecido en las guerras civiles (DION CASIO, lib. LII, § 42); pues los trastornos políticos hieren mas á las clases elevadas de la sociedad. La aristocracia romana, blanco durante un siglo de los violentos ataques del pueblo, habia sido enteramente destruida, y juntamente con la república perecieron las familias que por tan largo tiempo habian sido su sosten y su gloria.

Agripa, censor con Octavio, ejerció con él tambien el consulado en los dos años siguientes 28 y 27 ántes de J. C.; y la cooperacion de este ilustre guerrero, querido de los ejércitos, no fué ménos útil á Octavio en tiempo de paz para fundar su gobierno en sólidas bases, que lo habia sido su genio y valor durante la guerra, para triunfar de la poderosa rivalidad de Antonio. César lo ligó á su familia con mas firme vínculo, dándole por esposa á Marcela, hija de su hermana Octavia; y Agripa, que sabía bien á qué precio habia comprado un parentesco tan ilustre, valiéndose del poder que le habia conferido la censura, se dió prisa á escribir el nombre de su colega á la cabeza del nuevo catálogo de los senadores y proclamarle príncipe del Senado. Bajo este título republicano recibió cabalmente Octavio todos los poderes que se le concedieron en adelante, y gobernó el imperio romano, aunque no era una magistratura, ni daba autoridad alguna sobre los ejércitos, ni en el gobierno. En los primeros siglos de la república se solia conceder al mas anciano de los senadores que habia ejercido la censura, y fué por largo tiempo un homenaje tributado á la ancianidad, honrada con los mas preclaros destinos. En la segunda guerra púnica encontramos introducido el uso de conceder el principado al mas ilustre entre los patricios. El cargo de príncipe del Senado era, segun costumbre, vitalicio : en las deliberaciones de aquella ilustre reunion votaba el primero, y es fácil comprender qué autoridad debia darle este privilegio sobre los ánimos de sus colegas, habituados á respetar en él la dignidad de carácter, no ménos que los conocimientos de la experiencia. Cátulo fué el último príncipe del Senado bajo la república (61 años ántes de J. C.) Los miembros del primero y del segundo triunvirato habian desdeñado esta honorífica distincion; pues ¿qué importancia podian añadir á las resoluciones de una asamblea impotente, cuando todas las fuerzas de la república estaban en sus manos? La eleccion por lo tanto de Octavio para príncipe del Senado, pareció de buen agüero á los Romanos y como una señal del restablecimiento de la antigua Constitucion. Pero él, empeñado en derribarla para siempre, quiso que nuevas dádivas y la magnificencia de las fiestas públicas, aumentando la general satisfaccion, impidiesen á los ciudadanos abrir los ojos y ver la senda que los debia conducir lenta pero seguramente al dominio de uno solo. Celebró los juegos instituidos por el Senado en honor de la victoria de Accio, y distribuyó al pueblo una cantidad de trigo cuatro veces mayor de la que habia recibido en tiempos anteriores, socorrió la pobreza de algunos senadores que no hubieran podido aspirar á los honores dispendiosos de la edilidad patricia : anuló todas las deudas anteriores á la batalla de Accio, y tambien las del Estado para con los particulares. Ordenó que dos pretores ancianos fuesen nombrados cada año para vigilar el tesoro público : concluyó la construccion del templo consagrado á Apolo, en el monte Palatino, y reunió en él una rica biblioteca. Si es verdad que la administraeion romana fué con frecuencia arbitraria y tiránica en las provincias, tambien lo es que nunca se mostró intolerante respecto de la religion y el culto de los pueblos vencidos, y el Senado adoptó casi siempre las divinidades de las naciones á quienes privaba de libertad. Pero conociendo Octavio cuánto aborrecian los Romanos la mayor parte de los cultos de Oriente, y no queriendo que las supersticiones del Egipto se confundiesen con el culto tributado á las divinidades de Italia, prohibió erigir templos á Isis y Osíris dentro del recinto de Roma; hizo restaurar ó concluir á su costa aquellos que la piedad de las familias habia multiplicado en la ciudad, en caso de que se hubiese extinguido la familia del fundador, ó de que sus herederos no se hallasen en estado de sufragar tales gastos; y para que no se echase en cara que el orgullo ó la ambicion le habian estimulado á encargarse de terminar aquellas piadosas fundaciones, no permitió que se esculpiese en el frontispicio su nombre al lado del de los fundadores. Pero lo que mas agradó á los Romanos, inspirándoles mayor confianza en el porvenir, fué la franqueza con que Octavio reprobó todos los actos de su triunvirato, y condenó todas las proscripciones, por medio de las cuales dos ambiciones habian ordenado tantas muertes y sacrificado á sus enemistades particulares, padres, amigos, y hasta sus mismos bienhechores. Imprimiendo Octavio la nota de infamia en el triunvirato, borraba la memoria é ignominia de este. (DION CASIO. lib. LII, § 1, 2.)

Su gobierno tan generoso y prudente, la condenacion tan magnánima de sus delitos, que podia compararse á la soberbia abdicacion de Sila, le conciliaron la benevolencia y admiracion de todas las clases de los ciudadanos. Contribuyó á aumentar su popularidad una escena que sostuvo en el Senado, y que habia sido concertada de antemano con sus mas adictos partidarios. Poco despues de habérsele nombrado cónsul por la séptima vez, declaró en pleno Senado (7 de enero, año 27 ántes de J. C., principio de la era de los Augustos) que abdicaba todos las poderes de que se hallaba revestido, devolviendo á todos los cuerpos del Estado sus derechos, la soberanía al pueblo, la direccion de los negocios públicos al Senado : que á él le bastaba ver vengado el aseninato de su padre, y restablecido el órden y la tranquilidad en el imperio ; y que mas gloriosa y feliz juzgaba la condicion de simple ciudadano que el pomposo título de dominador del mundo. A estas palabras, que la mayor parte de los senadores no esperaba oir, diversos sentimientos se despertaron en la asamblea; los que se habian sometido de mala volundad al yugo, temian aun mostrarse alegres por la abdicacion de aquel cuyo carácter disimulado conocian ; los que estaban en el secreto, le suplicaron que librase á la república de tan grande infortunio, y que conservase en su mano un poder que no era dable ejercer al pueblo romano en adelante sin peligro. Aparentó Octavio resistir á sus ruegos lo bastante para que no se entreviese que habia usurpado la autoridad suprema ; cediendo á instancias impuestas á la venalidad y á la adulacion ó arrancadas al terror, podia apoyarse

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en el voto de los ciudadanos, y proclamar que ellos le habian sometido la administracion de los negocios públicos. Algunos senadores, que gozaban de la íntima confianza de Octavio, propusieron en el mismo momento, y la asamblea entera decretó, que tuviese de allí en adelante una guardia para velar por la seguridad de su persona, con doble sueldo del que recibian las demas tropas. (Dion Casio. lib. LIII, § 11.)

Octavio, para seguir siendo consecuente con el papel que habia representado hasta entónces, se fingió oprimido por el peso que le habia impuesto la voluntad del Senado ó del pueblo; y así pocos dias despues de haberse resignado al sacrificio que reputaba superior á sus fuerzas, declaró que queria descargarse de parte de la administracion general, y dividir con el Senado el gobierno de las provincias. Dividió por lo tanto el imperio en dos partes, de las cuales asignó una al Senado, reteniendo la otra para sí. Con el pretexto de aliviar á aquel de los embarazos y peligros de una autoridad contrariada, le dió las provincias pacíficas, donde no necesitaba del socorro de las armas para hacerse obedecer, y eran la parte de *África* que constituía en otro tiempo el dominio de Cartago, la *Numidia*, el *Asia* propiamente dicha, la *Acaya*, el *Epiro* con la *Iliria*, la *Dalmacia*, la *Macedonia*, la *Sicilia*, la *Cerdeña*, la isla de *Creta* con la *Libia*, la *Cirenáica*, la *Bitinia* con el *Ponto* y la *Propóntide*, y la *Bética* en España. Dejó Octavio para sí la *España Tarraconense* y la *Lusitania*, que comprendian la mayor parte de la España, todas las Galias, á saber, la *Narbonense*, la *Leonense*, la *Aquitania* y la *Bélgica*, las dos *Germanias*, la *Celesiria*, la *Fenicia*, la *Cilicia*, la isla de *Chipre* y el *Egipto*. Á todas estas provincias, que componian juntas el imperio romano, se debe añadir la *Mauritania*, parte del *Asia Menor*, la *Palestina*, y algunos distritos de la *Siria*, circunscritos por el Eufrátes, que aunque estaban sujetos al dominio de Roma, les habia dejado al Senado un gobierno nacional. Las provincias que Octavio se habia reservado necesitaban de una imponente fuerza militar para ser custodiadas; pues estaban habitadas por Bárbaros y se encontraban cerca de naciones independientes, ó países estériles é incultos, y por lo mismo difíciles de refrenar, en atencion á que de todo carecian, ménos de posiciones favorables para defender su libertad. Pero no debemos confundir el Egipto con semejantes provincias; pues si la pobreza dificultaba la administracion de aquellas, este, por el contrario, se habia hecho fuerte con sus riquezas. Justamente por su importancia sometió Octavio el Egipto á un yugo mas severo, aislándolo en cierto modo del resto del imperio. Sin embargo, la division de las provincias entre los senadores y César no se fijó invariablemente; ántes bien hubo veces en que permutaron entre sí algunas de ellas, como cuando el príncipe cedió la isla de Chipre y la Galia Narbonense para obtener la Dalmacia. Con esta reparticion, que parecia dictada en favor del Senado, logró reunir Octavio en su mano todas las fuerzas de la república. Aparentó querer limitar la duracion de su poder, aceptándolo solo por diez años, y añadiendo que lo dejaria aun ántes de este plazo, si el bien de la patria exigia su abdicacion; pero despues de los diez años aceptó de nuevo la soberanía, repitiendo las mismas protestas, y acabó por conservarla toda la vida para tramistirla despues á su hijo adoptivo. De esta inauguracion decenal se conservó memoria hasta los últimos tiempos del imperio; y los sucesores de Augusto celebraban con este motivo fiestas públicas cada diez años de reinado. (Dion Casio., lib. LIII, § 12, 13 y 16. — Estrabon, *Geografia*, lib. XVII. §, 19.)

Los principios que guiaban á Octavio en su gobierno aparecen especialmente de los reglamentos dictados por él para la administracion de las provincias. Confió el gobierno de estas, así imperiales como senatorias, á senadores que habian sido cónsules ó pretores. Sacábase á la suerte la provincia, y el gobierno de ella no duraba mas de un año, excepto si algun senador, por tener numerosa familia, merecia estar exento de esta ley. Los gobernadores de las provincias senatorias no podian llevar ni la espada, ni el traje militar, y tenian el honroso nombre de prócónsules, aunque hubiesen sido únicamente pretores, ó alcanzado solo la graduacion de tales. En la provincia se les asignaban tantos lictores como hubieran tenido en Roma con el mismo grado: apénas salian del *pomœrium*, podian usar las insignias del mando, y terminado el tiempo del empleo, las deponian al entrar en Roma. Octavio reservó enteramente para sí la eleccion de los gobernadores de las provincias imperiales, dándoles solo el título de legados ó propretores, aunque hubiesen sido cónsules. Como en tiempo de la república habian adquirido tanto honor el consulado y la pretura, así en la paz como en la guerra, quiso Octavio que los gobernadores de las provincias hubiesen ejercido cualquiera de estas dos magistraturas; y porque en su orígen las funciones de los pretores habian sido enteramente guerreras, y mas pacíficas las de los cónsules, ordenó que sus lugartenientes ó legados fuesen llamados propretores, y procónsules los del Senado. Á estos diversos títulos correspondian diversas atribuciones. Los legados del emperador podian conservar su destino por todo el tiempo que él creyese útil; llevaban la espada y el traje militar, no siendo este un mero privilegio de honor; pues, como representantes del príncipe, tenian el derecho de la espada, esto es, de vida y muerte sobre sus soldados. (Dion Casio, lib. LIII, § 13.) Los gobernadores senatoriales juzgaban los litigios que se suscitaban entre los habitantes de la provincia, con apelacion á los cónsules y al Senado; pero cualquiera que fuese el título que tuviesen los gobernadores, no recaudaban las contribuciones, ni podian decretar levas de tropas, sino con órden formal del emperador ó del Senado.

Para ser nombrado gobernador debia haber pasado un intervalo de cinco años despues del último empleo desempeñado en Roma. Á veces una provincia senatoria, bajo pretexto de estar mal administrada, pasaba al dominio del príncipe. En las provincias imperiales, donde residia mas de una legion, era distinta la administracion civil de la militar; aquella correspondia al propretor, y se confiaba el mando militar á un senador que hubiese ejercido una de las primeras magistraturas del imperio. Octavio elegia entre los caballeros á los tribunos de los soldados, y concedia á los senadores despojados de su dignidad la custodia de las plazas fuertes y de los castillos construidos cerca de los pueblos tributarios. Estaban encargados de la recaudacion de los impuestos en todas las provincias intendentes (*procuradores*) sacados del órden de los caballeros ó de los libertos, y rara vez se confiaba esta comision á los procónsules. En tiempo de Octavio empezaron los gobernadores á tener un sueldo fijo, no igual para todos, sino proporcionado á la importancia de sus funciones. Á los tres meses de concluido su cargo debian presentarse en Roma, para dar cuenta de su administracion y conducta. (Dion Casio lib. LIII, § 14 y 15.)

Octavio, despues de haber fijado su parte y la del Senado en aquel vasto imperio de pueblos y de reyes, formado con las conquistas de siete siglos, volvió toda su atencion á la situacion interior de los países reservados á su vigilancia. Demasiado sagaz para no ser alguna vez generoso, restituyó á muchos príncipes los Estados de que habian sido despojados, y fueron pocos los que incorporó al imperio. Su principal mira se redujo á mantener la concordia entre los príncipes aliados de Roma, á fin que las antiguas enemistades renovadas en países lejanos no turbasen la paz general, que trató de conservar miéntras viviese. Protector de todos los reyes admitidos á la alianza de Roma,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

asumia la tutela de los que á causa de su muy tierna juventud ó de debilidad de su juicio eran incapaces de gobernar por sí, y hasta hizo alguna vez educar en su corte, juntamente con sus hijos, á los de los monarcas extranjeros. Visitó todas las provincias del imperio, excepto la Cerdeña y el África : muchas ciudades arruinadas por terremotos ó por guerras civiles recibieron grandes socorros de su munificencia; alivió la miseria de algunas que á causa de los servicios prestados al pueblo romano se encontraban oprimidas por deudas; igualó otras á las ciudades del Lacio, ó les concedió el derecho de ciudadanía romana; pero usó una severidad inflexible contra las ciudades que no mantenian la tranquilidad interior, privándolas de la libertad, para impedir la anarquía en que amenazaban caer. (SUETONIO, *Vida de Augusto*, cap. 47 y 48.)

Deseaba Octavio que un nombre nuevo consagrase su poder tambien nuevo, y anhelaba por esto el de Rómulo, como segundo fundador de Roma. Pero Rómulo habia empuñado el cetro, y despues de los delitos y la tiranía de los Tarquinos, la dignidad de rey, proscripta por las leyes de la república y por la religion, era aun odiosa á los Romanos; y así, temiendo que se le acusase de aspirar á la tiranía si tomaba tal nombre, se contentó con el de *Augusto* ó de *Divino* que á propuesta de Planco, desertor de la causa de Antonio, le confirieron el Senado y el pueblo. Con este nombre designan generalmente los historiadores el fundador del imperio, y con él lo llamarémos tambien nosotros en adelante.

Otras distinciones honoríficas fueron agregadas á este apellido, que por sí solo le colocaba sobre la humanidad : su casa, edificada en el monte Palatino, estaba adornada de laurel y de una corona de encina, para recordar que era el perpétuo vencedor de los enemigos de Roma, y el salvador de todos los ciudadanos. (SUETONIO, *Vida de Augusto*, cap. 7. — DION CASIO, lib. LIII, § 16.)

Tambien los dioses, segun Dion Casio, consagraron con prodigios la adulacion de Planco, y la servil condescendencia del Senado y del pueblo. El Tíber, como envanecido de la majestad del jefe del imperio, creció de repente, y alzándose sus aguas fuera de lo regular, inundaron las partes mas bajas de la ciudad. Un tribuno del pueblo, llamado Sexto Pacuvio, dejando muy atras en adulacion á Planco y al Senado, declaró que se consagraba todo entero al emperador, á semejanza de los Galos, de los Germanos y de los Españoles, que estaban indisolublemente ligados á sus jefes. De este modo se imponia Pacuvio la obligacion de no sobrevivir á aquel á quien se habia consagrado, en cualquier tiempo y como quiera que terminasen sus dias. Tan grande adhesion del adulador tribuno, que envilecia á Augusto á la faz de los Romanos, puso á este en una situacion embarazosa, tanto que al principio rechazó la oferta, pero con tal debilidad que provocó nuevas instancias por parte del imprudente Pacuvio, hasta que confiando este en la inviolabilidad de su cargo, arrostró con audacia la negativa de Augusto, salió precipitadamente del Senado, recorrió todas las calles y plazas de la ciudad dirigiendo vehementes discursos á cuantos ciudadanos encontraba, y volvió á la asamblea seguido de una inmensa multitud á la cual habia inducido á consagrarse como él al príncipe. Arrastrados los ciudadanos por el ejemplo del tribuno, que no puso límites á sus insensatas adulaciones, acudieron á los templos y ofrecieron sacrificios á los dioses para inaugurar el acto que sellaba su esclavitud. El mismo Pacuvio nombró á Augusto heredero en su testamento en union de su hijo, é hizo tambien que el pueblo ordenase que el mes *sextilis* fuese de allí en adelante llamado *augustus*. Pacuvio habia penetrado bien el carácter y la política de Augusto; pues aunque este al principio se mostró ofendido de tanta bajeza, dió luego pruebas de su gratitud para con el adulador, colmándole de premios y honores.

La soberanía de Augusto, resultante de los poderes que le conferian los diversos cargos reunidos en su poder, no tuvo al principio toda su fuerza, sino que se fué desarrollando poco á poco, segun las circustancias, las exigencias, la ambicion, y los consejos de su política. Desde la expedicion de los decretos en cuya virtud el Senado y el pueblo le dieron el sobrenombre de Augusto, hasta aquellos en que le confirieron por toda su vida la potestad tribunicia y proconsular, pasaron cuatro años (27—23 ántes de J. C.). que empleó casi enteros en visitar las provincias occidentales del imperio. Aunque nos hemos propuesto exponer los hechos segun el órden del tiempo en que sucedieron, nos permitiremos sin embargo anticipar algunos años para ofrecer un cuadro mas completo de las usurpaciones de Augusto, y dar á conocer mejor el enlace y trabazon que dió á todas las partes de la constitucion imperial. Por otro lado será mas fácil formarse idea de su profunda política, conociendo al mismo tiempo las circunstancias en medio de las cuales descompuso poco á poco la antigua constitucion de la república para apoderarse del supremo poder. Ningun usurpador tuvo jamas un entendimiento tan diestro y sagaz, ni supo esperar con tanta paciencia á que el tiempo y los hombres ejucutasen, si bien con lentitud, con la certeza de la estabilidad, lo que no hubiera podido hacerse de una vez sin violencia y peligro. La ambicion de Augusto no era tan ciega y brutal que prefiriese romper los obstáculos á evitarlos, ni hollar las leyes y costumbres de un pueblo á preparar el camino que lo condujese por un declive irresistible á una perpétua esclavitud.

El afecto que el Senado y los ciudadanos profesaban á Augusto creció, cuando sintiéndose acometido en España de una grave enfermedad (24 años ántes de J. C.), se vió que su vida peligraba; y cuanto mas expuestos estuvieron á perderlo, mas viva fué su alegría al recibir la noticia de su restablecimiento. Pero llegó á su colmo el entusiasmo de todos cuando hizo dimision del consulado en favor de un ciudadano, cuyos sentimientos políticos parecian deberle excluir de los cargos públicos. Era cónsul Augusto por la undécima vez, el año 23 ántes de J. C., y estando próximo á espirar el tiempo de su empleo, quiso renunciarlo; á cuyo fin, para no tener que vencer la resistencia del pueblo, que queria conservase por toda su vida aquella magistratura, salió de Roma, y retirándose al monte Albano, renunció el cargo, designando por su sucesor á Lucio Sextio, uno de los mas ardientes partidarios de Bruto, que habia sido su cuestor en la batalla de Filípos y que desde entónces habia tributado una especie de culto á la memoria de su general. (DION CASIO, lib. LIII, § 22). Semejante eleccion honró mucho á Augusto á los ojos de todos los Romanos, y le concilió aun los ánimos de aquellos ciudadanos, tanto del pueblo como del Senado, que habian conservado afecto á la república. Una conducta tan generosa ofreció á algunos senadores la oportunidad, que no dejaron escapar, de proponer lo que no podia ménos de aprobar toda la asamblea, á saber, que se concediese á César durante su vida la potestad tribunicia y proconsular, la supremacía sobre todos los gobernadores de las provincias, cualquiera que fuese el título con que las gobernasen, y el derecho de proponer un negocio en todas las reuniones del Senado, aunque no estuviese revestido de la púrpura consular. El proconsulado habia sido instituido al principio (el año 324 ántes de J. C.) para prorogar á un ciudadano el mando de los ejércitos en una guerra lejana, cuando podia ser útil á la república que un mismo general continuase una guerra empezada : posteriormente fué conferido este empleo con bastante frecuencia, porque tanto la ambicion como la multiplicidad de las guerras lejanas lo hacian necesario; y como la constitucion del Estado no per-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mitia elevar al consulado á un ciudadano ausente de Roma, se confirió en algunos casos el poder proconsular, para conciliar las necesidades de la república con la observancia de las antiguas leyes. El procónsul no podia ejercer su autoridad sino fuera del recinto de Roma; pero los senadores y el pueblo ampliaron las prerogativas del preconsulado en favor de Augusto, concediéndole que pudiese ejercer su autoridad tanto en Roma como en Italia y en las provincias del imperio. La autoridad proconsular y la tribunicia reunidas daban un poder ilimitado, y cuando Augusto fué investido de ellas por decretos del Senado y del pueblo, llegó á ser real y legalmente dueño absoluto del imperio.

Las dignidades patricias reunidas en Augusto no le permitian aceptar y cumplir los oficios de tribuno (DION CASIO, lib. LIII, § 17); ni su palacio, adornado con las insignas de la victoria, podia permanecer dia y noche abierto para escuchar las reclamaciones é instancias que los ciudadanos solian dirigir á aquellos magistrados en tiempo de la república. Teniendo ademas el encargo de conservar la tranquilidad en tantas y tan lejanas provincias, mandando tantas legiones dispersas en todo el imperio, desde el Océano Atlántico hasta las riberas del Eufrátes ¿ cómo hubiera podido someterse á la antigua ley que prohibia á los tribunos alejarse mas de una milla de Roma? Pero si por la política le estaba vedado ejercer el tribunado plebeyo, ella misma le aconsejaba retener todos los derechos anejos á aquel cargo. Aceptó, por lo tanto, la potestad tribunicia, la cual sin traer á la memoria el poder real ó dictatorial, le concedia un derecho superior á todas las demas dignidades. (TÁCITO, *Anales*, lib. III, cap. 56.)

El tribunado plebeyo habia sido instituído inmediatamente despues del gobierno consular Fué el órgano oficial de las leyes Valerias, promulgadas por uno de los autores de la expulsion de los Tarquinos; y el pueblo, despojado ya por usureros patricios de la subsistencia y de la libertad, tuvo en los tribunos sus especiales defensoros y los protectores inviolables de todos sus derechos. El poder tribunicio en su orígen consistia principalmente en el derecho de oposicion, deteniendo el *veto* de uno solo las acciones de los cónsules, las resoluciones del Senado y hasta las de todo el colegio de los tribunos. Pero este poder inactivo, que se limitaba á paralizar la autoridad pública, fué extendido en breve por aquellos magistrados que participaban de todos los intereses, de todas las pasiones del pueblo; de simples protectores de este llegaron á ser acusadores de los nobles, y alguna vez pretendieron someter tambien á su tribunal á los primeros magistrados. (PLUTARCO, *Vida de Coriolano*, § 17 y 18. — T. LIVII PATAVINI, *Librorum amissorum supplementa*, lib, LIX, cap. 54 y 55.) No obstante, las luchas que contra los tribunos suscitó el orgulllo de los patricios, fueron creciendo siempre sus prerogativas y jurisdiccion hasta la dictatura de Sila; y si bien el triunfo del partido aristocrático tuvo oprimida por algunos años aquella formidable magistratura, privándola hasta de su primitiva autoridad, se alzó de nuevo revestida de todos sus privilegios por la cooperacion de Aurelio Cotta y de Pompeyo. (PLUTARCO, *Vida de Pompeyo*, § 21.) Desde aquel tiempo ya no fueron los tribunos sino instrumentos de desórden y de tiranía. Cuando Julio César estaba para violar el sagrado territorio de la patria, se proclamó vengador del tribunado, ultrajado por sus enemigos, y al ver despedazados los vestidos de los tribunos Antonio y Casio, ordenó á sus soldados que volviesen contra Roma las águilas victoriosas de las Galias. (PLUTARCO, *Vida de César* § 35.)

El carácter del tribuno era mas sagrado é inviolable que el de los otros magistrados, y el menor atentado cometido contra él se castigaba por las leyes con el último suplicio. Para excitar Cayo Graco á los ciudadanos contra los nobles, asesinos de su hermano, les recordaba que un Romano habia sido condenado á muerte por no haber saludado á un tribuno. (PLUTARCO *Vida de Tiberio y de Cayo Graco*, § 32.) Á favor de esta inviolabilidad y en virtud de los acontecimientos que facilitaron las contínuas usurpaciones de la democracia, se elevó tanto la potestad tribunicia, que excedió con mucho á la de los cónsules, á la del Senado, y á la del mismo pueblo. Ni el Senado ni los patricios pensaron oponer á esta irresistible fuerza popular otra que le sirviera de contrapeso; solo podian combatirla con la dictadura, pero aun esta presentaba graves peligros; pues en medio de la corrupcion de las costumbres y del desprecio á las leyes, tan grande entónces en Roma, no se hubiera podido ejercer la dictatura, como aparece del ejemplo de Sila, sin estar rodeada del sanguinario aparato de la tiranía. Por lo tanto, los tribunos del pueblo, poco á poco y por la naturaleza misma de su institucion, llegaron á ser los supremos representantes de la soberanía nacional y el símbolo viviente de aquel poder que en los Estados populares termina invadiéndolo todo, cualquiera que sea la resistencia que se le oponga. De un modo semejante los diputados de los caballeros y de los comunes admitidos en Inglatarra á formar parte del parlamento de los barones, constituyeron una asamblea que debia en lo sucesivo reunir en su mano la autoridad soberana del reino. (*Hist. romana de* NIEBUHR, cap. *De la emigracion, del comun y del tribunado del pueblo*, t. 11.)

Los hechos históricos, los testimonios de los escritores y un diligente y profundo exámen de las leyes de la república y de la constitucion imperial prueban con toda evidencia, que la potestad tribunicia fué la verdadera base de la soberanía de Augusto y de sus inmediatos sucesores. Las diversas magistraturas que ocupó le conferian poderes definidos y circunscritos por la ley : dividió con otros Romanos las funciones concedidas á las dignades que obtuvo en las asambleas ordinarias por el voto del pueblo; pero él solo fué investido de la potestad tribunicia, no asociando á ella sino al fiel Agripa, marido de su hija Julia, y á Tiberio, su hijastro, á quien mas adelante las intrigas de su madre debian conducir al imperio, Gobernaba Augusto en Roma y en las provincias en calidad de cónsul y de procónsul; como príncipe del Senado dirigia todas las acciones de esta asamblea; pero solo en fuerza de la potestad tribunicia reinaba en Roma, y por consiguiente en todo el imperio. La inviolabilidad, pues, que las antiguas leyes habian concedido al tribunado, fué uno de los mas terribles privilegios de Augusto. Cualquier ciudadano que con acciones ó meramente con palabras infirese la mas leve ofensa al emperador, era castigado como sacrílego. (DION CASIO, *Historia Romana*. lib. LIII, § 17.) La ley de lesa majestad en virtud de la cual se derramó tanta sangre bajo el reinado de los primeros Césares, fué renovado en favor de estos solo porque la potestad tribunicia los hacía considerar como depositarios de los derechos de la nacion, y representantes de la fuerza pública. Las conspiraciones verdaderas é imaginarias, de que nos han dejado memoria los historiadores de aquel tiempo, atraían sobre la cabeza de los culpados el mismo castigo pronto y terrible que el pueblo habia impuesto en otro tiempo á Espurio Melio, á Manlio, y á todos los ambiciosos convencidos de aspirar á la tiranía (1).

(1) Véanse en Dionisio de Halicarnaso los derechos y privilegios del tribunado plebeyo. El mas ligero insulto hecho á un tribuno era castigado con pena capital, y los bienes del culpado se confiscaban y consagraban á Céres. (DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas*, lib. VI.) El abate de La Bletterie, traductor de Tácito en la *Coleccion de las Memorias de la Academia de las Inscripciones y bellas letras* (tom. XXV), insertó una disertacion sobre la potestad tribunicia de los emperadores, de la cual hemos tomado algunos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los privilegios del a potestad tribunicia fueron conferidos á Augusto por tres diversos decretos del Senado y del pueblo; el primero se remonta al año 38 ántes de J. C. Aspiraba ya el triunviro á heredar el poder de Julio César, y queriendo impedir los senadores la libertad con que se desbordaban contra él algunos ciudadanos, no tardaron en secundar el cumplimiento de sus ambiciosos proyectos confiriéndole, sin la intervencion del pueblo, la inviolabilidad del tribunado, y el derecho de sentarse en las bancos de los tribunos. (Dion Casio, lib. XLIX, § 17.) Ocho años despues fué conferida la potestad tribunicia por el Senado y el pueblo al vencedor de Antonio y de Cleopatra. Augusto estaba detenido aun en Oriente por los negocios de la guerra, cuando le llevaron el homenaje del supremo poder, que acogió con la reserva propia de su carácter, pero que rehusó, como si ya meditase la escena de la abdicacion: así á lo ménos nos induce á creerlo el senadoconsulto que le confirió de nuevo este poder en la época de su undécimo consulado. En efecto, no se encuentra ántes de este tiempo indicada la potestad tribunicia en las medallas acuñadas en honor de aquel príncipe. Todos los años tomaba posesion de ella el 27 de junio, aniversario del dia en que fué por primera vez legalmente investido de tal dignidad, y la conservó hasta la muerte por espacio de treinta y siete años. Siguiendo su ejemplo, tambien hicieron sus sucesores grabar los años de su potestad tribunicia en las medallas é inscripciones destinadas á recordar los sucesos mas memorables de su reinado. Durante tres siglos respetaron los dueños del imperio romano esta memoria del orígen del poder imperial; y no desapareció de las monedas y medallas hasta despues del reinado de Claudio II (270 años despues de J. C.). Por el contrario, de vez en cuando algun emperador la renovó, aunque ya hacía mucho tiempo que la soberanía nacional residia entera en el príncipe, y el servilismo del Senado y el pueblo, y la adulacion de los escritores y de los intérpretes de las leyes habian reducido el despotismo á principio. (Véanse las *Inscripciones romanas* recopiladas por Gruter, tom. I, pág. 25 y siguientes.)

Es demasiado sabido que los primeros historiadores de los Césares, aquellos que en cierto modo se hallaron presentes á la fundacion del imperio, no nos han trasmitido sino nociones sueltas ó incompletas acerca de la constitucion dada por Augusto; y los jurisconsultos que los sucedieron, queriendo llenar los vacíos de la historia, contribuyeron á aumentar las dudas respecto de algunas partes de la ley fundamental del imperio. ¿Habia sido Augusto dispensado por el pueblo romano de obedecer á las leyes, como afirma Dion Casio (lib. LIII, § 18)? ¿Habia sido investido de aquella omnipotencia que ejerció durante medio siglo en todos los ramos del gobierno, por una *ley régia*, como pretenden los jurisconsultos de Justiniano? (*De constit, principium*, leg. 1, *institut.* lib. I, tít. 2 § 6.) Hemos demostrado ya algun otro error de Dion Casio, y no vacilamos en decir que aquel historiador, partidario demasiado fiel del despotismo, se engaña tambien en este particular voluntariamente, atribuyendo al emperador un poder superior á las leyes. La mayor parte de los críticos y de los sabios comentadores del derecho romano (*Annotationes ad Dion, Cassium*, lib. LIII, anot. 126. — Jacobi Cujacci, *Observationum*, lib. XV, cap. 30. — Gravima, *De imperio romano*, cap. 27) no han admitido en su sentido mas lato la asercion de Dion Casio, y creen que si los Romanos dictaron entónces tal decreto, debió de ser solamente con la mira de dispensar al príncipe de la aplicacion de las leyes penales y de ciertos reglamentos de policía, cuya violacion en algunos casos rarísimos no tenia graves consecuencias. Tal interpretacion, que nosotros adoptamos, porque es conforme al carácter tímido de Augusto, nos parece tanto mas natural cuanto que mas adelante le vemos dirigirse al Senado para obtener la derogacion de la ley *Voconia*, que hubiera limitado la liberalidad de que pensaba usar con Livia. (Dion Casio, lib. LVI, § 32.) Despues del siglo de los Antoninos, cuando no quedaba ya ninguna imágen de la antigua libertad, pudieron los emperadores, ante un Senado y un pueblo envilecido por una larga servidumbre, jactarse de no vivir bajo ninguna ley; pero en una época en que tantos ciudadanos sentian palpitar su corazon al recordar la república, y enumeraban con orgullo las heridas que habian recibido en su defensa, ¿hubiera aceptado Augusto un privilegio que solo podia hermanarse con el mas desenfrenado despotismo?

Sería muy prolijo si adujese aquí todas las opiniones relativas á la ley régia, promulgada como se pretende en tiempo de Augusto, Cuyacio, Gronovio, Heinecio, Gravina y Gustavo Hugo, que de todos los escritores alemanes es el que ha estudiado mas á fondo, y expuesto con mas claridad la historia del derecho romano, todos han examinado y discutido este punto de historia crítica con tal profundidad y penetracion que no hay ya lugar á nuevas conjeturas. (Jacobus Cujacius, *passim*. — J. Trid. Gronovii, *De lege regia Oratio*. — Joann. Gottlieb Heineccii, *Antiquitatum romanorum jurisprudentiam illus trantium syntagma*, § 62 y siguientes. — Gravina, *De imperio romano*, cap. 23, 24, 25. — Gust. Hugo, *Historia del derecho romano*, tom. II, § 277.) Conviene tambien reflexionar que ningun historiador hace mencion, en la época de Augusto, de aquella ley que sirvió de fundamento á Justiniano para ordenar la redaccion de las *Pandectas*, é introducir innovaciones en el derecho romano; porque si, contra toda verosimilitud, hubiese sido promulgada entónces, encontraríamos vestigios de ella en los escritores de aquel tiempo, y no nos veríamos precisados para conocerla á recurrir á los jurisconsultos del siglo VI (1). Por lo

hechos y reflexiones. Pero al paso que tributamos el debido elogio á sus trabajos, respecto de la Constitucion imperial, creemos deber advertir que no examinó bajo su verdadero aspecto la cuestion que tratamos. Segun él, la potestad tribunicia no fué la verdadera base de la soberanía de los emperadores, sino tan solo auxiliar de las dignidades patricias de que estaban revestidos. Nosotros, por el contrario, nos hemos propuesto probar que, despues de terminada la lucha entre las dos clases con la victoria del pueblo sobre el Senado y los grandes, debió quedar soberano el pueblo, y la potestad tribunicia representó esta soberanía, de que fueron entónces despojados para siempre los patricios. El estudio de las instituciones políticas de un pueblo no debe separarse nunca de su historia; pues que los hechos históricos explican con frecuencia lo que sin ellos sería oscuro ó incompleto. Si seguimos paso á paso los progresos del tribunado plebeyo y las diversas modificaciones producidas por los acontecimientos en la Constitucion del pueblo romano, seremos fácilmente inducidos á apreciar todas las consecuencias de la potestad tribunicia conferida á Augusto y á sus sucesores. El abate de La Bletterie no hubiera debido caer en tal error, teniendo presente este pasaje de Tácito, que con claridad y admirable precision revela todo el secreto de la Constitucion imperial: « Id summi fastigii (potestatem tribunitiam) vocabulum Augustus reperit, ne regis aut dictatoris nomen adsumeret, ac tamen appellatione aliqua cætera imperia præmineret. » (*Annales*, lib. III, cap. 56.) Parece, pues, que no debia quedar duda alguna sobre la preeminencia de la potestad tribunicia, tan bien definida por el historiador del imperio; pero Guterio (*De officiis domus Augustæ*) propuso inoportunamente una correccion que muda del todo el sentido de la expresion de Tácito sustituyendo *præmuniret* á *præmineret*. Sin embargo, esta correccion no está justificada por ningun códice de Tácito, y es una mera conjetura de Guterio, que el abate de La Bletterie quiso adoptar en apoyo de una opinion que creemos muy distante de la verdad.

(1) Las instituciones de Gayo no han resuelto el problema que aquí se discute. « Nec unquam dubitatum est quin id (constitutio principis) legis vicem obtineat, cum ipse imperator per legem imperium accipiat. » De este pasaje no puede concluirse que la decision, llamada ley por Gayo, sea la ley régia de que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tanto, no vacilarémos en considerar como un artificio de Triboniano la pretendida ley régia, cuyo orígen se pretende hacer remontar hasta el fundador del imperio. Con la nueva constitucion quedó establecido de hecho el despotismo, que no se abstuvieron de emplear los emperadores cada vez que quisieron, tanto en el gobierno como contra los particulares; ademas estaba siempre pronta la espada de los pretorianos para conservar su tradicion. Á fin, pues, de consagrarlo con la autoridad de su opinion, no encontraron los jurisconsultos mejor medio que el de darle una sancion popular y pretender que esta se remontaba á la fundacion del imperio; tal es la ley régia, por la que se quiere que los Romanos hubiesen trasmitido la soberanía al vencedor de Accio, y pacificador del mundo. Algunos sin embargo han manifestado la opinion de que fué promulgada por primera vez al advenimiento al trono de Vespasiano, y bajo Septimio Severo; pero esta opinion de difícil prueba no impide que los jurisconsultos se valiesen de un ardid para legitimar la omnipotencia de sus señores.

Habian acumulado los Romanos en Augusto todos los primeros empleos, excepto dos, á saber, el consulado, cuyas facultades no obstante retenia, aun cuando se hallaban investidos de ellas otros ciudadanos, y el pontificado que dejó al viejo Lépido hasta su muerte, para conservarle la importancia de una dignidad inamovible. Sin embargo, la naturaleza del gobierno pareció no alterarse; pues si bien ejercia el emperador un poder absoluto, este emanaba del Senado y del pueblo. No sin objeto dejé Augusto subsistentes las formas republicanas; y los ciudadanos hubieran podido creer que habian recobrado su antigua constitucion, si no hubiesen visto al mismo hombre por todas partes, en el Senado, en la tribuna, en los templos, en el campo y en las provincias. Afectó siempre el mayor respeto hácia la independencia y majestad del Senado, aunque constantemente y por todos los medios procuraba debilitar su influencia.

Concediendo tan gran poder á un hombre solo, se habian despojado los ciudadanos de sus mas importantes derechos; pero respetando Augusto sus asambleas ordinarias, dejó que nombrasen los cónsules, los pretores, los cuestores, los tribunos y los demas magistrados, no desdeñándose el mismo príncipe de pedirles sus votos para sí ó para sus protegidos. Pero el poder del pueblo era aparente, pues donde quiera se hacía sentir el influjo del emperador, y á prevencion, una asamblea ansiosa de complacerle reunia los votos de todos en favor de los candidatos, sus protegidos. Por otra parte, al paso que disponia de los sufragios del pueblo, tenia gran cuidado de impedir los tumultos, é intimidó á los ambiciosos aplicándoles con frecuencia las penas, á que eran condenados por las leyes los culpados de este delito. Ademas, para satisfacer la codicia de los que estaban acostumbrados á vender sus votos, hacia distribuir el dia de los comicios mil sestercios (20 francos) por cabeza, á cada uno de los ciudadanos de las dos tribus que votaban con él. Celoso de conservar puro al pueblo romano, fué avaro del derecho de ciudadanía y restringió la facultad de emancipar á los esclavos: Livia, que tanto poder ejercia en su corazon, no recabó de él la ciudadanía para un Galo, su protegido; prefiriendo Augusto conceder á aquel extranjero exenciones de tributos, á enumerarle entre los ciudadanos Romanos, á quienes llamaba dominadores del mundo. (Dion Casio, lib. LIII, § 21. — Suetonio, *Vida de Augusto*, § 40.)

Pero todas las prerogativas conferidas á Augusto, ó usurpadas por él, hubieran sido un instrumento inútil en sus manos, á no tener tambien la fuerza, que es lo que constituye el poder en las naciones despojadas de sus leyes y de sus antiguas costumbres. No podia encontrar esta fuerza en el asentimiento del pueblo, ó del Senado, que ya no eran sino la sombra de lo que habian sido; pero existia de hecho en los ejércitos, por lo que Augusto quiso reunir en sí el mando supremo de las legiones, de las tropas auxiliares, de los soldados de marina, de las cohortes pretorianas, de las milicias urbanas, en fin, de todos los cuerpos que bajo cualquier nombre estaban sujetos á la disciplina militar; con lo que tuvo la única garantía de la obediencia de todas las clases del Estado. Á veces aparentó querer realzar la jurisdiccion del Senado y reconocer la independencia del pueblo; pero no permitió jamas que ni el Senado ni el pueblo tomasen parte, como tales, en el mando de los ejércitos. El número de las legiones romanas no fué en tiempo de Augusto el mismo que bajo sus sucesores. Durante su reinado y el de Tiberio, parece que el imperio romano estuvo defendido por veintiscinco legiones, colocadas en las fronteras mas expuestas á los peligros. Á estas tropas, ya formidables, deben agregarse la infantería y caballería auxiliares, que formaban una fuerza igual á la de las legiones. Cada legion; comprendidos los auxiliares, se componia de doce mil y quinientos hombres. Tres de ellas residian en España, ocho en las riberas del Rhin, dos en África, otras tantas en Egipto, cuatro en el Asia hasta el Eufrátes, dos en la Mesia, é igual número en la Panonia y en la Dalmacia. Segun las circunstancias variaron estas legiones tanto de morada como de número (1); pero siempre estuvieron dispuestas de modo que pudiesen auxiliarse unas á otras, rechazar todo ataque exterior, y reprimir las rebeliones de los pueblos. La disciplina romana, para impedir la molicie y la corrupcion de los soldados, les prohibia residir en las ciudades, por lo que vivian siempre debajo de tiendas, aun en tiempo de perfecta paz; y era muy corto el número de los que permanecian encerrados en las fortalezas y en las capitales, que en los grandes imperios suelen estar siempre agitadas. La custodia de la Mauritania y de la Tracia estaba confiada á reyes aliados, á Juba, á Remetalcétes y á los hijos de Coti.

Ademas de las tropas provinciales, como se las llamaba, las habia urbanas, que formaban la guardia del príncipe y la guardia de la ciudad. Cada una de las nueve cohortes del pretorio, que componian parte de las milicias urbanas, constaba de mil hombres, escogidos casi todos entre los habitantes de la Umbría, de la Etruria, del antiguo Lacio, y de las mas antiguas colonias romanas. (Tácito, *Anales*, lib. IV, cap. 5.) Durante la república, la cohorte pretoriana tenia á su cargo el custodiar la tienda del general, que se llamaba *prætorium*. Escipion Africano fué el primero que dió á esta cohorte una forma regular; otros generales siguieron su ejemplo, é hicieron estable aquella institucion tan útil en la guerra, y tan á propósito para excitar la emulacion entre los soldados. Despues de la batalla de Filípos, reforzaron los triunviros su guardia con algunas cohortes de veteranos, y Augusto las aumentó hasta nueve, les dió un jefe con el título de *prefecto del pretorio*, acrecentó su estipendio y abrevió la duracion del servicio militar de los pretorianos. Esta imponente fuerza, adicta en un todo al príncipe por los privilegios de que gozaba, aseguraba la vida de este y la tranquilidad de Roma contra la audacia de los conspiradores y el ímpetu de los motines populares; y fué á un tiempo para Tiberio, Calígula y Cómodo instrumento de tiranía y de ruina; para el Senado y el pueblo

hablan los jurisconsultos. Gaji, *Institutionum commentarii quatuor*, lib. I, § 5.

(1) Tácito, *Anales*, lib. VI, cap. 5. — Dion Casio, lib. LV, § 23. Este cuenta veintitres ó veinticinco legiones; refiere cómo fueron formadas y los diversos nombres que recibieron de los emperadores; pero confiesa que no pudo saber el número de las tropas mantenidas por Augusto.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de opresion y de esclavitud; para las legiones fuente de inextinguibles celos, y para el imperio causa de sangrientas guerras y de horrendas catástrofes de que la historia moderna no presenta ejemplos, á no ser en el serrallo de Constantinopla.

La fuerza marítima de Augusto, si bien inferior á la digninad del imperio, era cual convenia á las miras del gobierno. Contenta Roma con dominar en la tierra, y despreciando el señorío de los mares, habia destruido el poder de todas las ciudades marítimas importantes, mas por ambicion que por interes, sin pensar en sucederles. Consagrada la ciudad desde su primer orígen al dios Marte, y habiéndose conservado y engrandecido solo por medio de las armas, no conoció las ventajas que hubiera reportado del comercio. Es preciso sin embargo convenir en que la navegacion de los antiguos, necesariamente encerrada dentro de estrechos límites, debia tener una importancia secundaria á los ojos del Senado romano, el cual supo hacer inútiles la experiencia y la destreza de sus enemigos en la marina, convirtiendo los combates navales en terrestres. Con todas las ventajas de la navegacion y de un floreciente comercio, sucumbieron pronto las ciudades de la Magna Grecia, la Sicilia, Corinto, Aténas y Ródas; la misma Cartago solo llegó á ser formidable, cuando Aníbal, guiado por su prevision, y olvidando la índole de sus conciudadanos, atacó á Roma con sus propias armas, sin presentarle una sola batalla en el mar, donde parece que hubiera podido prometerse una superioridad incontrastable. Es cierto que una batalla naval habia decidido del imperio del mundo entre Antonio y Augusto; pero teniendo este en cuenta la experiencia de lo pasado y el espirítu general de los Romanos, no sustituyó la fuerza de las escuadras á la de las legiones. Dos escuadras únicamente tuvo Augusto, una de las cuales residia en Miseno, en la bahía de Nápoles, y la otra en Rávena, á orillas del Adriático. Formaban parte de ellas muchas cohortes de tropas escogidas, por lo que se llamaron *pretorianas*, para distinguirlas de las otras escuadras menores que tenian los Romanos en las costas de la Provenza, en el Rhin, en el Danubio y en el Ponto Euxino (Justo Lipsio, *De magnitudine romana*, lib. I, cap. V. Véanse las notas en que aclara algunos puntos del texto que dejó sin solucion.) Ascendian á cerca de cuatrocientos mil hombres las tropas de mar y tierra esparcidas en las diversas partes del imperio; fuerza demasiado débil para contener á tantas naciones, vencidas, pero enemigas, si la memoria de las precedentes derrotas y la imposibilidad de ponerse de acuerdo con el fin de promover una sublevacion general, unidas al terror del nombre romano, no hubiesen dispensado al príncipe de mantener ejércitos mas formidables. Reflexiónese por último que la obediencia era la única virtud política de los vencidos, y que esta no debia producir entre ellos mayor número de defensores de la independencia nacional que el de verdaderos ciudadanos engendrados en Roma por el despotismo.

El emperador, con objeto de ocupar la actividad de las muchas familias patricias y satisfacer su vanidad, creó para ellas varios cargos de inspectores que debian cuidar de los edificios públicos, de la conservacion de los caminos y acueductos de Roma, de la limpieza del lecho del Tíber, y de comprar y distribuir cereales al pueblo; no desdeñándose de tomar para sí algunas de estas funciones. Hizo componer la via Flaminia, por la cual debia en breve conducir un ejército á la Galia. (Dion Casio, lib. LIII, § 22.) Hombres que habian sido cónsules, tuvieron el encargo de conservar los caminos públicos, pagándoseles con las riquezas que habian acumulado sus victorias en la capital del universo.

Expuestas ya las partes mas importantes de la constitucion de Augusto, convendria dar á conocer ahora las rentas que comunicaban movimiento y vida á aquel vasto cuerpo; pero, así el tiempo, como los Bárbaros, nos han privado de los mas preciosos documentos, que nos hubieran servido para formar una idea adecuada de las rentas y gastos del imperio romano. Entre aquellos, el que mejor hubiera satisfecho nuestra curiosidad, dándonos á conocer tan gigantesca administracion, es el *Breviarum totius imperii*, formado por el mismo Augusto, y que dejó en herencia al Senado (Suetonio, *Vida de Augusto*, § 1, 2. Este cuadro es tambien llamado por él *Ratio narium*, ibid., § 28); monumento de la sabiduría y experiencia del fundador del imperio romano, que habia legado á sus sucesores y á la historia, y que nos fué arrebatado, juntamente con otras muchas producciones del ingenio humano, cuya pérdida no pueden compensar los historiadores de los siglos siguientes, ni aun el mismo Tácito. Son pocas é incompletas las noticias que podemos recoger de Dion Casio, de Suetonio y del pintor de los Césares, relativas á las rentas del imperio. Sabemos que no bastaban ya en tiempo de Augusto para cubrir los gastos; por lo que se vió obligado á gravar con nuevos impuestos á aquellos ciudadanos que, despues de las conquistas de Pompeyo en el Asia, se habian sustraido de todo gravámen público, como tambien de la obediencia á las leyes. Uno de los mas graves defectos del gobierno imperial consistió cabalmente en la desproporcion entre los gastos y las rentas; lo que explica por qué muchos príncipes fueron al mismo tiempo tan codiciosos y sanguinarios. Esto no debe inducirnos á creer que sus rentas fuesen poco considerables: han sido calculadas por algunos escritores, cuya erudicion compite con su ingenio; pero son tan diversos los resultados de sus doctas investigaciones, que el mas sabio crítico no sabria á cuál de ellas atenerse. Parece no obstante que los autores de la *Historia universal* han encontrado el término medio entre los cálculos de Justo Lipsio y los de Gibbon, valuando en novecientos sesenta millones las rentas del imperio romano (Justo Lipsio; *De magnitudine romana*, lib. II, cap. 3. — Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, tom. I, cap. 6. — *Historia universal*, parte XII, citada por el editor de Gibbon); suma bastante escasa á los ojos del que atienda al número y variedad de los pueblos entre quienes estaba repartida; pero que debia acrecentarse con todos los impuestos con que la avaricia de los cobradores de tributos y de los gobernadores agravaban, á pesar de las severas leyes de Augusto, á pueblos sin defensa. El tesoro público (*ærarium*) fué diferente del privado del príncipe (*fiscus*) y su custodia se hallaba á cargo de dos magistrados anuales, nombrados por el pueblo y elegidos entre antiguos pretores. Esta distincion, si bien existió por largo tiempo en apariencia, era ilusoria de hecho, pues el emperador disponia tanto del tesoro público como de sus fondos particulares. (Dion Casio, lib. LIII, § 2. — Tácito, *Anales*, lib. VI, cap. 2. — Plinio, *Historia natural*, lib. XVIII, cap. 2.)

La importancia de Roma y la necesidad de conservar tranquila la ciudad donde residia el príncipe, en la que el menor tumulto podia poner en peligro la paz de todo su vasto imperio, determinaron á Augusto á restablecer el empleo de prefecto (*præfectus urbis*) con mas amplias atribuciones que las de los antiguos prefectos, instituidos por los reyes y cónsules. Al principio aquellos y despues estos, al ausentarse de la ciudad, delegaban su poder en un lugarteniente que administraba justicia y proveía á todos los negocios mas urgentes y á los casos repentinos. Aunque despues la institucion del pretor, á quien correspondian parte de las funciones urbanas de los cónsules, hizo inútil el cargo de prefecto de la ciudad, aun en el tiempo de la república, como tambien bajo los emperadores, se nombró siempre uno para presidir la celebracion de las ferias latinas. Julio César al

(c) Instituto Cervantes de Madrid

marchar á España contra los hijos de Pompeyo, eligió ocho prefectos, á quienes encargó la direccion y administracion de los negocios de Roma miéntras él se hallase ausente. Miéntras duraron las guerras civiles, confió Augusto á Mecénas, simple caballero, la vigilancia general de Roma y la Italia : dueño luego del imperio, eligió un personaje consular, al que, dispensándole de la observancia regular de las leyes, confirió un poder terrible para sujetar á la obediencia á aquella inmensa ciudad, en la cual se agitaban aun tantos ciudadanos turbulentos y tantos esclavos indóciles. Desde entónces se hizo permanente el cargo de prefecto. Este magistrado comparecia en público, acompañado siempre de seis lictores : instituido contra el pueblo, no era elegido por los votos de este, sino por el príncipe, que le conservaba en su empleo el tiempo que le parecia. Su jurisdiccion prevaleció muy pronto sobre la de los pretores, que siendo nombrados por el pueblo anualmente, estaban obligados á respetar las formas lentas de los juicios. (TÁCITO, *Anales*, lib. VI, cap. 11. — HUGO, *Historia del derecho romano*. — BEAUFORT, *República romana*, tomo 1.)

De este modo estableció Augusto las bases de aquella constitucion, que creó el despotismo en Roma y en el imperio; y aunque empleó medio siglo en consolidarla, debia, despues de su muerte, desplomarse súbitamente á impulso de la tiranía de sus sucesores, de la rebelion de las legiones y de la brutalidad de los pretorianos. Seríamos injustos si echásemos en cara á Augusto su usurpacion, sin confesar que proporcionó ventajas reales á los Romanos y á todas las naciones sujetas al imperio. La larga paz que hizo suceder á las contínuas revoluciones que agitaron al mundo, despues de las guerras civiles de Mario y Sila; el órden restablecido en todos los países, donde ántes reinaba la confusion y la anarquía; una administracion vigilante y á veces generosa, sustituida á los caprichos del despotismo y á los excesos de la victoria, distinguirán siempre al vencedor de Antonio de aquellos feroces usurpadores, que caminando por entre la sangre huellan la patria, las leyes y los pueblos. Augusto conoció á los Romanos de su tiempo y los redujo á la esclavitud : si hubiesen vencido Pompeyo, Bruto y Caton, no hubieran podido restablecer la república sobre las antiguas bases. Despues de la victoria de Accio, rocogió Octavio los frutos de las guerras civiles que habian debilitado al pueblo romano, y extinguido su afecto á la antigua constitucion. Aquellos dominadores del mundo no eran ya dignos de la libertad de que habian despojado á tantas naciones, é invocaban á un señor que los gobernase. Ménos digno es Augusto de censura por haber esclavizado al pueblo romano, que este por haberse entregado en manos de Augusto, el cual no lo habia tampoco deslumbrado con el esplendor de la gloria.

CAYX, *Histoire des Empereurs romains*.

(G) pág. 158.

MONUMENTUM ANCYRANUM.

SVPPLETVM AB EDM. CHISHVLL IN ANTIQVITATIBVS ASIATICIS.

RERVM. GESTARVM. DIVI. AVGVSTI. QVIBVS. ORBEM. TERRARVM. IMPERIO. POPVLI. ROM. SVBIECIT. ET. IMPENSARVM. QVAS. IN. REMPVBLICAM. POPVLVMQVE. ROMANVM. FECIT. INCISARVM. IN. DVABVS. AHENEIS. PILIS. QVAE. SVNT. ROMAE. POSITAE. EXEMPLAR. SVBIECTVM.

Tabula prima intrantibus à laeva

ANNOS. VNDEVIGINTI. NATVS. EXERCITVM. PRIVATO. CONSILIO. ET. PRIVATA. IMPENSA. COMPARAVI. PER. QVEM. REMPVBLICAM. *obs*TINATIONE. FACTIONIS. OPRESSAM. IN. LIBERTATEM. VINDICAVI. *sen*ATVS. DECRETIS. HONORIFICIS. *ornatus*. IN. *eum*. ORDINEM. SVM. *adlectus*. *a*. CONSULIBVS. *inter*. *consulares*. *ut*. *sententiam dice*REM. LOCVM*que*. *et*. IMPERIVM. MIHI. DEDIT. RESPVBLICA. VT*i*. PRAETORI. SIMVL. CVM. CONSVLIBVS. HIR*tio*. *et*. *Pansa*. *Huic*. AVTEM. EODEM. ANNO. ME *suffectum*. CONSVLEM. *cum*. *ed*IDISSET : ET. TRIVMVIRVM. REIPVBLICAE : *constitue*NDAE. QVI. PARENTEM. *con*IVR*ati*. *occidissent*. IN. *exilium*. EXPVLI. IVDICIIS. LEGITIMIS. VLTVS. POSTEA. BELLVM. INFERENTIS. REIPVBLICAE. . . . .

. . . . . .

ARMA. TERRA. MARIQVE. . . . *sig*NAQVE. TOTO. ORBE. TERRARVM. *circumtuli*. VICTORQVE. OMNIBVS. *supplicibus*. CIVIBVS. PEPERCI. *et*. *in*. EXIL*io*. *sponte*. *sua*. *de*GENTES. QVIBVS. TVTO. *liceret*. SERVARI. QVAM. EXCIDERE. MALVI. . . . . MILLIA. CIVIVM. ROMA*norum*. *adacta*. SACRAMENTO. MEO. FVERVNT. CIRCITER. *quingen*TA EX. QVIBVS. DEDV*xi*. *in*. *colonias*. AVT. REMISI. IN. MVNICIPIA. SVA. STIPEN*diis*. *solu*TIS. MILLIA. ALIQVANTO. *plus*. *quam*. TRECENTA. ET. IIS. OMNIBVS. AGROS. A*dsignavi*. AVT. PECVNIAM. PROP*riam*. *ex*. ME. DEDI. 7 *longas*. NAVES. CEPI. SESCEN*tas*. *praeter*. *alias*. SIQVAE. MINORIS. *quam*. *trir*EMES. FVERVNT. 7.

BIS. OVANS. TRIVMPHA*vi*. *tris*. *egi*. *cu*RVLIS. TRIVMPHOS. ET. APPELLA*tus*. *sum*. *viciens*. *et*. *se*MEL. IMPERATO*r*. *cum*QUE. *plu*RIS. TRIVMPHOS. MIHI. SE*natus*. *decrevisset*. *iis*. *tamen*. *agendis*. *su*PERSEDI. *et*. *tantummodo*. *laur*VS. DEPOSVI. IN. CAPITOLIO. *Delmatis*. *et*. *Illuriis*. *q*VOQVC. BELLO. NVNC. *perdomi*TIS. OB. RES. A*ut*. *ductu*. *meo*. *aut*. *per*. *lega*TOS. AVSPICIIS. MEIS. TERRA. MARIQVE. PROSPERE. GESTAS. QV*aesitamque*. *bello*. *re*QUIEM. DECREVIT. SENATVS. SVPPLICANDVM. ESSE. DIS. IMMORTALIBVS. . . . . QVO. *ex*. SENATVS. CONSVLTO. SUPPLICATVM. EST. IN DEORVM. .

. . . . . .

. . . . . .

Tabula secunda à laeva.

PATRITIORVM. NVMERVM. AVXI. CONSVL. QVINTVM. IVSSV. POPVLI. ET. SENATVS. SENATVM. TER. LEGI. ET. IN. CONSVLATV. SEXTO. CENSVM. POPVLI CONLEGA. M. AGRIPPA. EGI. LVSTRVM. POST. ANNVM. ALTERVM. ET. QVADRAGESIMVM. FECI. QVO. LVSTRO. CIVIVM, ROMANORVM. *c*ENSA. SVNT. CAPITA. QVADRAGIENS. CENTVM. MILLIA. ET. SEXAGINTA. TRIA. MILLIA. *allerum*. CONSVLARI. CVM. IMPERIO. LVSTRVM. *censumque*. SOLVS. FECI. CENSORINO. *et*. ASINIO. COS. QVO. LVSTRO. CENSA. SVNT. CIVIVM. ROMANORVM. *capita*. QVADRAGIENS. CENTVM. MILLIA. ET. DVCENTA. TRIGINTA. TRIA. *millia*. *tertium*. CONSVLARI, CVM. IMPERIO. LVSTRVM. CONLEGA. TIB. CAE*sare*. *feci*. SEX. POMPEIO. ET. SEX. APVLEIO. COS. QVO. LVSTRO. ET*iam censa*. *sunt*. *Ro*MANORVM. CAPITVM. QVADRAGIENS. CENTVM. M*illia*. *tr*IGINTA. ET SEPTEM. MILLIA.

LEGIBVS. NOVIS. *latis*. EXEMPLA. MAIORVM. EXOLESCENTIA. *revocavi*. *et*. *fugentia*. IAM. EX. NOS*tro*. *conspectu*. AVITARVM. RERVM. EXEMPLA. IMITANDA. *proposui* 7.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . *pe*R. TOTVM. I*mperium*. POPVLI. ROMANI. *parta*. *est*. *terra marique*. PAX. CVM*que*. *a*. *condita*. *urbe*. *Ianum*. *qui*RI*num*. BIS. OMNINO. CLAVSVM. *fui*SSE. PRODATVR. EVM. *senatus*. PER. ME. PRINCIPEM. TER. CLAVDENDVM. ESSE. *iussit*. 7.

Inter. FILI*os*. MEOS. QVOS. SIN*istra*. *sors*. MIHI. ERIPVIT. EORVM. CAIVUM. ET. LVCIVM. CAESARES. . . . .

Tabula tertia à laeva.

HONORIS. MEI. CAVSA. SENATVS, POPVLVSQVE. ROMANVS. ANNVM. QVINTVM. ET. DECIMVM. AGENTIS. CONSVLES. DESIGNAVIT. VT. EVM. MAGISTRATVM. INIRENT. POST. QVINQVEN. NIVM. ET. EX. EO. DIE. QVO. DEDVCTI. SVNT. IN. FORVM. VT. INTERESSENT. CONSILIS. PVBLICIS. DECREVIT. SENATVS. EQVITES, AVTEM, ROMANI, VNIVERSI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

PRINCIPEM. IVVENTVTIS. VTR*um*QVE. *eo*RVM. PAR*mis*. *e*T. HASTIS. ARGENTEIS. DÓNATVM. APPELAVERVNT. 7 PLEBEI. ROMANAE. VIRITIM. *HS*. TRECENOS. NVMERAVI. EX. TESTAMENTO. PATRIS. MEI. ET. NOMINE. MEO. QVADRINGENOS. ET. BELLORVM. MANIBIIS. CONSVL. QVINTVM. DEDI. ITERVM. AVTEM. IN. CONSVLATV. DECIMO. EX. PATRIMONIO. MEO. IIS. QVADRINGENOS. CONGIARI. VIRITIM. PERNVMERARI. ET. INCONSVL. VNDEMVM. DVODECIM. FRVMENTATIONES. FRVMENTO. PRIVATIM. COEMPTO. EMENSVS. SVM. ET. TRIBVNITIA. POTESTATE. DVODECIMVM. QVADRINGENOS. NVMMOS. TERTIVM. VIRITIM. DEDI. QVAE. MEA. CONGIARIA. PERVENERVNT. AD. *sestertiv*M. *millia*. NVMQVAM. MINVS. QVINQVAGINTA. ET. DVCENTIA. 7 TRIBVNITIAE. POTESTATIS. DVODEVICENSIMVM. CONSVL. XII. TRECENTIS. ET. VIGINTI. MILLIBVS. PLEBEI. VRBANAE. SEXAGENOS. DENARIOS. VIRITIM. DEDI. ET. CVOIVIS. MIMITVM. MEORVM. CONSVL. QVINTVM. EX. MANIBIIS. VIRITIM. MILLIA. NVMMVM. SINGVLA. DEDI. ACCEPERVNT. ID. TRIVMPHALE. CONGIARIVM. IN. C*oloniis*. HOMINVM. CIRCITER. CEMTVM. ET. VIGINTI. MILLIA. 7 CONSVL. TERTIVM. DECIMVM. SEXAGENOS. DENARIOS. PLEBEI. QVAE. TVM. FRVMENTVM. PVBLICVM. ACCEPERVNT. DEDI. EA. MILLIA. HOMINVM. PAVLO. PLVRA. QVAM. DVCENTA. FVERVNT. PECVNIAM. *pro*. AGRIS. QVOS. IN. CONSVLATV. MEO. QVARTO. ET. POSTEA. CONSVLIBVS. *M. Crasso. et*. CN. LENTVLO. AVGVRE, ADSIGNAVI. MILITIBVS. SOLVI. MVNICIPIS 7 EA. SESTERTIVM. CIRCITER. SEXSIENS. MILLIENS. FVIT. QVAM *ex*. COLLATIONIBVS. *pro*. PRAED*iis*. NVMERAVI. ET. CIRCITER. BIS. MILLIENS. ET. SESCENTIENS. QVOD. PRO. AGRIS. PROVINCIALIBVS. SOLVI 7 ID. PRIMVS. ET. SOLVS. OMNIVM. QVI. DEDVXERVNT. COLONIAS. MILITVM. IN. ITALIA. AVT. IN PROVINCIIS. AD. MEMORIAM. AETATIS. MEAE. FECI. ET. POSTEA. *Ti*. NERONI. ET. CN. PISONI CONSVLIBVS. ITEMQVE. C. ANTISTIO, ET. D. LAELIO. COS. ET. C. CALVISIO. ET. L. PASIENO. CONSVLIBVS. ET. LENTVLO. ET. MESSALINO. CONSVLIBVS. ET. L. CANINIO, ET. Q. FABRICIO. CONSVLIBVS. *veteranis. quos*. EMERITEIS. STIPENDIS. IN. SVA. MVNICIP*ia*. *reduxi*, PRAEM*ia*. *aere*. *num*ERATO. PERSOLVI. QVAM. IN. REM. SEST*ertium* MILL. . . . . IMPENDI. 7

QVATER. PECVNIA MEA. IVVI. AERARIVM. ITA. VT. SESTERTIVM. MILLIENS. ET. QVINQVIENS. AD EOS. QVI. PRAEERANT. AERARIO. DETVLERIM. ET. M. *Aemilio*. ET. L. ARVNTIO. COS. IN. AERARIVM. MILITARE. QVOD. EX. CONSILIO. . . . . C*onstitu*TVM. EST. EX. *quo* PRAEMIA. DARENTVR. MILITIBVS. QVI. V*iginti stipendia*. EMERVISSENT. HS. MILLIENS. ET. SEPTINGENT*iens Tib. Caesaris. nomine et*. MEO. *detuli*. . . . . .

Tabula prima à dextra.

CVRIAM. ET. CONTINENS. EI. CHALCIDICVM. TEMPLVMQVE. APOLLINIS. IN PALATIO. CVM. PORTICIBVS. AEDEM. DIVI. IVLI. LVPERCAL. PORTICVM. AD. CIRCVM. FLAMINIVM. QVAM. SVM. APPELLARI. PASSVS. EX NOMINE. EIVS. QVI. PRIOREM. EODEM. IN SOLO. FECERAT. OCTAVIAM. PVLVINAR. AD. CIRCV*m*. MAXIMVM. AEDES. IN. CAPITOLIO. IOVIS. FERETRI. ET. IOVIS. TONANTIS. AEDEM. QVIRINI. AEDES. MINERVAE. ET. IVNONIS. REGINAE. ET. IOVIS, LIBERTATIS IN. AVENTINO. AEDEM. LARVM. IN. SVMMA. SACRA. VIA. AEDEM. DEVM. PENATIVM. IN VELIA. AEDEM. IVVENTIS. AEDEM. MATRIS. MAGNE. IN PALATIO. FECI 7 CAPITOLIVM. ET. POMPEIVM. TEATRVM. VTRVMQVE. OPVS. IMPENSA. GRANDI. REFECI. SINE. VLLA. INSCRIPTIONE, NOMINIS. MEI 7 RIVOS. AQVARVM. COMPLVRIBVS. LOCIS. VETVSTATE. LABENTES. REFECI. ET AQVAM. QVAE. MARCIA. APPELLATVR. DVPLICAVI. FONTE. NOVO. IN. RIVVM. EIVS. IMMISSO 7 FORVM. IVLIVM. ET BASILICAM. QVAE. FVIT. INTER. AEDEM. CASTORIS. ET. AEDEM. SATVRNI. COEPTA. PROFLIGATAQVE. OPERA. A. PATRE. MEO. PERFECI. ET. EANDEM. BASILICAM. CONSVMPTAM. INCENDIO. AMPLIATO. EIVS. SOLO. SVB. TITVLO. NOMINIS. FILIORVM. *meorum*. INCOHAVI. ET. SI. VIVVS. NON. PERFECISSEM. PERFICI. AB. HEREDIBVS. *meis iussi*. DO. ET. OCTAGINTA TEMPLA. DEVM. IN. VRBE. CONSVL. . REFECI. . . . . ,

PRIVATO. SOLO. *dedicato*. MARTIS. VLTORIS. TEMPLVM. FORVMQVE. AVGVSTEM. ET. THEATRVM. AD. AEDEM. APOLLINIS. IN. SOLO. MAGNA. EX. PATRE. A*d*. *id*. . . . EMPTO. FECI. QVOD. SVB. NOMINE. M. MARCELLI, GENERI. NITESCIT 7 DONA. *ex*. MANIBIIS. IM. CAPITOLIO. ET. IN. AEDE. DIVI. IVLI. ET. IN. AEDE. APOLLINIS. ET. IN. AEDE. VESTAE. ET. IN. TEMPLO. MARTIS. VLTORIS. CONSACRAVI : QVAE. MIHI. CONSTITERVNT. HS. CIRCITER MILLIENS 7 AVRI. CORONARI. PONDO. TRIGINTA. ET QVINQVE. MILLIA. MVNICIPIIS. ET. COLONIS. ITALIAE. CONFERENTIBUS. AD. TRIVMPHOS. MEOS. QVINTVM. CONSVL. REMISI. ET. POSTEA. QVOTIESCVMQUE. IMPERATOR. APPELLATVS. SVM. AVRVM. CORONARIVM. NON. ACCEPI. DECERNENTIBVS. MVNICIPIIS. ET. CON*ferentibus. quae. tunc*. ATQVE. ANTEA. DECREVERANT 7 . . . . *mu*NVS. GLADIATORIVM. DEDI. MEO. NOMINE. ET. QVINQVIENS. FILIORVM. MEORVM. AVT. NEPOTVM. NOMINE. QVIBVS. NVMERIBVS. PVGNAVERVNT. H*ominum. circiter*. DECEM. MILLIA. . . . . BIS. *dedi*. FERARVM. VNDIQVE. ACCIN*ctarum*. . . . . *specta*CVLA. PRO*prio. meo*. NOMINE. ET. TERTIVM. NEPO*tum*. . . . . *ludos*. FECI. MEO. NOMINE. QVATER. ALIORVM. AVTEM. M*agistratuu*M. *absentiu*M. TER. ET. VICIENS. . . . . *in colle*GIO. XV. VIRORVM. MAGI*ster. adlecto. in*. COLLEGIVM. M. AGRIPPA. . . . . PER. QV*indecim. viros*. C. FVRNIO. C. SILANO. COS. *quintos. feci*. LVDOS. *saeculares. nulli. virorum. visos. ante*. ID. TEMPVS. DEINDE. . . . . *Venationes. bestia*RVM. AFRICANARVM. MEO. NOMIME. ET. FILIORVM. MEORVM. ET. NEPOTVM. IN.. CIRCO. AVT. IN. FORO. AVT. IN. AMPHITHEATRIS. POPVLO. DEDI. SEXIENS. ET. VICIENS. QVIBVS. CONFECTA. SVNT. BESTIARVM. CIRCITER. TRIA. MILLIA. ET. QVINGENTAE 7

NAVALIS. PROELI. SPECTACVLVM. POPVLO. DEDI. TRANS. TIBERIM. IN. QVO. LOCO. NVNC. NEMVS. EST. CAESARVM CAVA*to. solo. in. longitudinem. mille*. ET. OCTINGENTOS. PEDES. IN. LATITVDINE. M*ille. erant. et*. DVCENTI. IN. QVO. TRIGINTA. ROSTRATAE. NAVES. TRIREMES. *et quadriremes*. PLVRIS. AVTEM. MINORES. INTER. SE. CONFLIXERVNT. *Atticis. et. Persicis*. CLASSIBVS. PVGNAVERVNT. PRAETER. REMIGES. MILLIA. *hominum. trigin*TA CIRCITER 7

IN. TEMPLIS. OMNIVM. CIVITATIVM. *primarum. Europae*. ET. ASIAE. VICTOR. ORNAMENTA. REPOSVI. QVAE. SPOLIATIS. TEMP*lis. is. cum*. QVO. BELLVM. GESSERAM. PRIVATIM. POSSEDERAT. *meae*. STATVAE. PEDESTRES. ET. EQVESTRES. ET. IN. QVADRIGEIS. ARGENTEAE. STETERVNT. IN. VRBE. XXC. CIRCITER. QVAS. IPSE. SVSTVLI. EXQVE. EA. PECVNIA. DONA. AVREA. IC. AEDE. APPOLLINIS. MEO. NOMINE ET ILLORVM. QVI. MIHI. STATVARVM. HONOREM. HABVERVNT. POSVI.

Tabula secunda à dextra.

MARE. PACAVI. A. PRAEDONIBVS. EO. BELLO. SERVORVM. QVI. FVGISSENT. A. DOMINIS. SVIS. ET. ARMA. CONTRA. REMPVLICAM. TVLERVNT, *trigin*TA. FERE. MILLIA. CAPTA. DOMINIS. AD. SVPPLICIVM. SVMENDVM. TRADIDI 7 IVRAVIT. IN. MEA. VERBA. TOTA. ITALIA. SPONTE. SVA. ET. M*e*. *pro*. VICT*is*. *ducibus*. DVCEM. DEPOPOSCIT 7 IVRAVERVNT. IN. EADEM. *verba*. *Gal*IAE. *Hisp*ANIAE. A*fri*CA. SICILIA. SARDINIA. QVI. . . . . OMNIVM. PROVINCIARVM. . . . QVIBVS. FINITIMAE. FVERVNT. GENTES. QVAE. *nondum. subiectae. erant. pop. Romano*. FINES. AVXI. GALLIAS. ET. HISPANIAS. PROVINCIAS*que*. . . . . *quas. alluit*. OCEANVS. A. GADIBVS. AD. OSTIVM. ALBIS. FLVMINIS. . . *ab. usque. regione*. EA. QVAE. PROXIMA. EST. HADRIANO. MARI. *armis. perlustravi*. NVLLI. GENTI. BELLO. PER. INIVRIAM. INLATO 7 *classis. Romana*. . . . AB. OSTIO. RHENI. AD. SOLIS. ORIENTIS. REGIONEM. VSQVE

(c) Instituto Cervantes de Madrid

AD. *orbis. extrema.* NAVIGAVIT. QVO NEQVE. TERRA NEQVE. MARI. QVISQVAM. ROMANORVM. ANTE. ID. TEMPVS. ADIT 7 CIMBRIQVE. ET. CHARIIDES. ET. SEMNONES. EIVSDEM. TRACTVS. ALII. GERMANORVM. POPVLI. PER. LEGATOS. AMICITIAM. MEAM. ET. POPVLI. ROMANI. PETIERVNT 7 MEO. IVSSV. ET. AVSPICIO. DVCTI. SVNT. DVO. EXERCITVS. EODEM. FERE. TEMPORE. IN. AETHIOPIAM. ET. IN *Arab*IAM. QVA. EA. *tempestate.* . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . *Arme*NIAM. *ma*IOREM. INTERFECTO. REGE. EIVS. ARTAX*ia*. M. POSSE. . . . . *in. potesta*TEM. TIGRANIS. REGIS. PER. *Ti. Ne*RO*nem. diademate. eius. capiti. imposito. transtuli. Arme*NIAM. GENTEM. POSTEA. *inquietam.* GENTEM. ET. REBELLANTEM. *Domitam.* PER. CAIVM. FILIVM. MEVM. REGI. ARIO*barza. ni. gubernandam. et. frenen*DAM. TRADIDI. ET. POST. *Eius.* MOR*tem.* FILIO. EIVS. ARTAVASDI. QVO*dam. iure. Ariobarza*NE. QVI. ERAT. EX REGIO. CENERE. ARMENIORVM. ORIVNDVS. IN. ID. REG*num. deducto.* PROVINCIAS. OMNIS. QVAE. TRANS. HADRIANVM. MARE. VERGVNT. ET. *Ponticas. Asia*NASQVE. IAM. EX. PARTE. MAGNA. REGIBVS. EAS POSSIDENTIBVS. *concessi. Siciliam.* ET. SARDINIAM. OCCVPATAS. BELLO. SERVILI. RECIPERAVI 7
COLONIAS. IN. AFRICA. SICILIA. *Mace*DONIA. VTRAQVE HISPANIA. *in. Gallia. Comata. et.* GALLIA. NARBONENSI. PR*aeter. praesi*DIA. MILITVM. DEDVXI. ITALIA. AVT*em. colonia*S. QVAE. VIVO. ME. CELEBERRIMAE. E*t.* FREQVENTISSIMAE. FVERVNT. *iixxx.* DEDVCTAS. HABET 7
SIGNA. MILITARIA. COMPLVRA. *per. nostros. du*CES. AMISSA. DEVICTIS. *regionibus. recepi.* EX. HISPANIA. ET. GEN*tibus. Delma*TEIS 7 PARTHOS. TRIVM. EXERCITVVM. ROMANORVM. SPOLIA. ET. SIGNA. *restituere.* MIHI. SVPPLICESQVE. AMICITIAM. POPVLI. ROMANI. PETERE. COEGI. EA. AVTEM. SIGNA. IN PENETRALI. QVOD. EST. IN. TEMPLO. MARTIS. VLTORIS. REPOSVI 7
PANNONIORVM. GENTES. QVAS. ANTE. ME. PRINCIPEM. POPVLI. ROMANI. EXERCITVS. NVNQVAM ADIT. DEVICTAS. PER. TI. CAESAREM. QVI. TVM. PRAEER*at. exercitib*VS. IMPERIO. OPVLI. ROMANI. SVBIECI. PROTVLIQVE. FINES. *Imperii. ad. Istri.* FLVMINIS. *ripam.* . . . . .
. . . QVOD. A. V. . . VS. EXERCITVS. EIS. .
. . . . SPRO. . . . A. . . . TVSQVE. .
POS. . VCIVS. . . . . GENTES. . . I. . .
AD. ME. EX. IND*ia*. . . . . ADVD. QV. . . .
M. NOSTRAM. . . PER LEGATOS. BASTARNARVM. .
N. . . ET. SAR*mata*RVM. . TANAIMQVE. VLTRA.
REC. . . . RVMO. . REX. ET. HIBER. . . .
AD. ME. SVPPLICES. CONFVGE*runt*. REGES. PARTHORVM TIRIDA*tes*. . . . . .

Tabula tertia à dextra.

REGIS. PHRATIS. (*sic*) . . . MEDORVM. . ARTA. .
MAELO. MAR. . . OMANORVM. SVEBO. F. . *Rex.*
PARTHORVM. PHRATES. (*sic*) ORODIS. FILIVS. FILIOS. SVOS. NEPO*tesque. misit.* IN. ITALIAM. NON. BELLO. SVPERATVS. SED. AMICITIAM. NOSTRAM. PER. *haec.* SVORVM. PIGNORA. PETENS. PLVRIMAEQVE. ALIAE. GENTES. EXPE*rtae. sunt. Romanam.* FIDEM. ME. PRINCIPE. QVIBVS. ANTEA. CVM. POPVLO. ROMANO. *nullum. omnino. fuit.* LEGATIONVM. ET. AMICITIAE. COMERCIVM 7
A. ME GENTES. PARTHORVM. ET MEDORVM. *petierunt. per.* PRINCIPES. EARVM. GENTIVM. REGESQVE. PER EOS. ACCEPERVNT. PA*rthi. Vonomen. Regis. Phra*TIS. FILIVM. REGIS. CRODIS. NEPOTEM. MEDI. A*rtabanum.* .....REGIS ARTAVASDIS. FILIVM. REGIS. ARIOBARZANIS. NEPO*tem.*
IN. CONSVLATV, SEXTO. ET. SEPTIMO. *postquam. bella. civilia.* EXTINXERAM. PER. CONSENSVM. VNIVERSORVM. *Romanorum civi*VM, REMPVBLICAM. EX. MEA. POTESTATE IN. SENATVS. *et. Populi. Romani.* ARBITRIVM. TRANSTVLI. QVO. PRO. MERITO. MEO. SENA*tus me. appellavit. Augus*TVM. ET. LAVREIS. POSTES. AEDIVM. MEARVM. *vinxit.* . . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . *susceptum. a. me.* TERTIVM. DECIVM. CONSVLATVS. *magistratum. Senatus. et. Eques*TER. ORDO. POPVLVS*que.* ROMANVS. VNIVERSVS. *prodiderunt. memo*RIAE. IDQVE. IN. VESTIBVL*o*. AEDIVM. MEARVM. INSCRIBEN*dum. curarunt. et.* IN. FORO. AVG*usto. sub.* QVADR*igas.* QVAE. MIHI. EX. S. C. POS*sitae. sunt. scrip*SI. HAEC. *cum. an*NVM. AGE*rem.* SEPTVAGEN*simun. sestum.* . . . . . .
. . . . . .
SVMMA. PECVNIAE. QVAM DEDID. . . . . SIS.
MILITIBVS. NECESSARIVM. . . . . .
OPERA FECIT. NOVA. AEDEM. MATRIS. *magnae.* . .
DIVI. IVL]. QVIRINI MINERVAE. . . . . LARVM.
DEVM. PENATIVM. IVV*entutis.* . . . . . AD. CIRCVM,
CVRIAM. CVM. *Chalcidico.* . . . . . .
. . IVLIAM. THEATR. M. MARCELLI. . *basilicam. C. et L.* CAESARVM. . . . REFECIT. CAPITO*lium.* VSQVE. A. . . . *theatrum.* POMPEI. AQVAM. MAR*ciam.* LA. . . IMPENSIS. R. . . GLADIATORVM. . . . TERRAE. MOTV. INCENDIOQVE. CONSVM. . .
VSQVE. QVORVM. CENSVS. EXPLEVIT. . . . . .

(H) pág. 171.

CICERON FILÓSOFO.

De Ciceron, como filósofo, habla así un autor moderno. Es evidente, y el mismo Ciceron la confiesa, que el tratado de los *Oficios* está compilado teniendo á la vista un original griego : griegas son la ideas filosóficas desenvueltas en él : sus divisiones se fundan en el idioma griego : si expone proposiciones debidas á la experiencia y al conocimento del mundo, lo hace con claridad y por medio de observaciones finas y dotadas de una verdad que sorprende ; pero cuando se requieren profundas investigaciones sobre los primeros principios de la verdad, y un análisis mas exacto de nuestras ideas ordinarias, como en todo lo que se refiere á las sutilezas propias de las diferentes escuelas griegas, no es ni tan claro ni tan lógico como en el resto de la obra.

La observacion de los casos ordinarios del mundo físico y social ofrece cierta cantidad de ideas comunes á todas las naciones, y por consiguiente, todo idioma posee voces propias para significarlas; pero los descubrimientos debidos á la sagacidad de algunos pensadores, y las investigaciones que los hombres no han hecho por necesidad, sino por curiosidad ó en virtud de disposiciones particulares, pertenecen á una nacion mas bien que á otra, y pueden por lo mismo expresarse mejor en un idioma que en otro.

La ciencia entre los Griegos se habia formado con su filosofía; y las ideas admitidas por ellos eran frutos naturales del genio de un pueblo dispuesto á la especulacion ; de modo que su lengua, por decirlo así, llegó á ser el testimonio de esas ideas. No sucedió lo mismo entre los Romanos, que trasladaron á un idioma ya formado una filosofía extranjera, adoptando sin modificacion alguna las definiciones de los Griegos, aunque las palabras para expresar las ideas definidas no tenian igual significado, y respetando todas sus conclusiones, á pesar de deducirlas de premisas ménos exactamente ó de diverso modo determinadas, de donde debió necesariamente resultar oscuridad en las ideas, y vacíos en la demostracion, máxime en el tiempo en que la lengua latina fué aplicada á la filosofía.

En cuanto á Ciceron, por lo que aparece de su vida y de las obras que nos ha dejado, era hombre de lucido entendimiento, de sano juicio, y de mucha actividad, cualidades muy convenientes para cultivar la razon y suministrarle asuntos en que meditar : no

(c) Instituto Cervantes de Madrid

poseía el espíritu especulativo que penetra los primeros principios de las ciencias, y le faltaban así la quietud necesaria como la inclinacion á estos estudios. Hombre de Estado, y habiéndose entregado despues de los ejercicios de la juventud á multitud de ocupaciones, el único objeto de sus estudios era el prepararse á representar el papel que debia sostener en la escena política. Habia cultivado la elocuencia como un medio de llegar á los honores, y la filosofía como un auxiliar de aquella, no inspirándole interes las ciencias especulativas, sino en cuanto servian para ilustrar sus ideas acerca de objetos prácticos y políticos, ó para facilitarle el modo de expresarlas. Relacionado con muchísimas personas y con las primeras clases de la nacion, vivió cuando la república se hallaba en el apogeo de su poder y de su influencia política, en la época de las mas grandes revoluciones y de los hombres de mas elevado carácter; y tomó parte en ellas, ligado íntimamente con los personajes mas insignes de su época. Si ha de juzgarse solo por sus escritos, se ve con cuántos de ellos tenia cierta familiaridad y de cuántos hechos, acciones y manejos estaba instruido en su carrera. Ningun filósofo tuvo mejor oportunidad de reunir experimentos sobre la naturaleza de la sociedad civil, la diversidad de los caractéres, la influencia ejercida por ciertas cualidades en la opinion pública, los efectos de las pasiones y las ventajas de la virtud; pero su situacion era poco á propósito para profundizar ideas abstractas ó meditar sobre la naturaleza de las fuerzas invisibles, cuyos resultados visibles no se advierten sino en la sociedad y en las transacciones de la vida.

Igual espíritu encontramos en el libro de los *Oficios*, é igual influencia de las circunstancias exteriores. Cuando el autor no examina la naturaleza moral del hombre en general, sino que explica solamente los deberes que la sociedad le ha impuesto, se ve que ha comprendido bien la filosofía de su modelo, exponiéndola con claridad; y hasta puede creerse que la enriqueció con sus descubrimientos. Pero en las investigaciones meramente teóricas, en el desarrollo de las ideas abstractas, cuando trata de descubrir las partes simples de ciertas cualidades morales, ó de resolver ciertas dificultades con que tropieza, no consigue ser claro aun copiando: y si se fia de sus alas, sus ideas no se remontan mucho, sino que se quedan en la superficie.

¿Habla de la beneficencia, del decoro, de las reglas de buena crianza, de la sociedad y del modo de vivir en ella, del plan que se ha de seguir para hacerse amar y respetar? Entónces es instructivo por su claridad y precision, é interesante por la verdad de lo que dice y hasta por las nuevas ideas que nos parece encontrar en él.

Pero las doctrinas de la virtud perfecta é imperfecta, (I, 3), del doble decoro (I, 24), y del buen órden (ευτατία I, 40); la demostracion de la tésis que sostiene de que la virtud social es la primera de todas; demostracion fundada en la idea de la sabiduría (I, 45), y principalmente la teoría de las colisiones, que ocupa todo el lib. III, no están ni expuestas con claridad, ni tan bien desarrolladas.

La situacion política de Ciceron, que se asemejaba en algunos puntos á aquella en que se encontraron las mas antiguos filósofos griegos, da á su moral un carácter especial: esta se dirige casi siempre á personas de alta categoría, destinadas á tomar parte en la administracion del Estado: si desciende, llega cuando mas á la gente que se ocupa en la instruccion y en las ciencias; las demas clases de la sociedad, que proveen á sus necesidades físicas, esa porcion de la humanidad tan numerosa, tan necesaria, tan estimable, encuentran en ella, es verdad, los preceptos generales de las virtudes comunes á todos los hombres, en cuanto participan de la misma naturaleza; pero inútilmente buscarian allí la aplicacion de estas reglas á las circunstancias que les son propias, hallando por el contrario multitud de preceptos de que en ningun tiempo necesitarán hacer uso.

¡Cosa singular! miéntras que las constituciones de las antiguas repúblicas abatian el orgullo político haciendo depender á los grandes del favor popular (1), las preocupaciones del mundo antiguo alimentaban el orgullo filosófico, convirtiendo á la instruccion en un privilegio de los hombres destinados por su nacimiento ó su riqueza á gobernar á sus semejantes. Por consecuencia de este modo de ver, los preceptos morales de Ciceron degeneran muchas veces en máximas de política; si pone límites á la curiosidad, es para que no impida ocuparse en los intereses políticos; recomienda ante todo aquella especie de justicia que se ejerce por los administradores con imparcialidad y desinteres, y censura principalmente las injusticias cometidas por los que dirigen ejércitos ó gobiernos. De ahí proviene el que sea tan difuso cuando habla de los modos de congratularse con el pueblo, de la elocuencia, como senda que conduce á los honores, de los derechos de la guerra; por eso el amor del pueblo y las distinciones le parecen cosas de suprema utilidad; por eso deduce siempre sus ejemplos de la historia política.

De semejante modo de ver nace tambien la desigualdad en que incurre Ciceron al desenvolver las várias especies de deberes: indica brevemente aquellos por medio de los cuales perfecciona el hombre su naturaleza moral ó su estado exterior; toma en consideracion la vida doméstica solo como tránsito á la vida civil y base del estado social, y guarda completo silencio acerca de los deberes religiosos, mirando únicamente como importantes las relaciones que presenta la sociedad civil, algunas de las cuales están tratadas en su obra con una minuciosidad que es mas propia de la ciencia política.

CH. GARVE., *Philos. Amnnerkungen und Abhandlungen zu Cicero's Büchern von den Pfiichten.*

(I) pág. 179

IDEA DE LA HISTORIA, SEGUN DIODORO DE SICILIA.

La justicia exige que todos los hombres estén muy reconocidos á los autores que han compuesto las historias universales, como á personas que han procurado honestamente con sus tareas ser útiles á la sociedad, habiendo introducido por este medio un género de instruccion, en la parte que mas provecho trae á la vida humana, inmune de todo peligro, y proporcionando de consiguiente á los lectores la adquisicion de bellísimos conocimientos.

Y verdaderamente, cuando es preciso aprender las cosas útiles por experiencia propia, se necesita sufrir mucho y exponerse á graves riesgos; por eso decimos de aquel que entre los héroes se ha distinguido como muy experimentado en los negocios, que ha debido pasar por no pocos casos adversos, para llegar á conocer las costumbres de gran número de hombres y ciudades. Al contrario, aprendiendo todos á ser prudentes por beneficio de la historia, conocen las buenas ó malas acciones que otros han practicado, y se instruyen sin exponerse á desastres.

Ademas, estos escritores, constituyéndose casi en ministros de la Divina Providencia, han logrado reducir á la comunion de una misma clase á todos los hombres, que, si bien están ligados entre sí por la naturaleza, se hallan no obstante muy separados por el intervalo de los lugares y de los tiempos. Y

(1) El autor no se sorprenderia tanto, si reflexionase que el pueblo no lo formaban los pobres, ni los trabajadores, sino otra clase de aquellos ciudadanos para quienes solo estaban hechas las instituciones antiguas. C.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

así como la Providencia Divina arregló con cierta semejanza comun la admirable disposicion de los cuerpos celestes y la constitucion de los hombres, resultando que toda la serie de los tiempos giró como en un círculo, el cual pareció señalar á cada individuo la suerte que indeclinablemente le compete; así estos escritores, trasmitiendo á los contemporáneos distantes y á la posteridad, por medio de las letras, todas las acciones que se han verificado en la tierra habitada, llegaron á demostrar ser obra suya la razon y el depósito comun de los acontecimientos. En efecto, ¿cuán sábia y hermosa obra no es la de aprovecharse de los ejemplos y de los errores de los demas para la buena conducta de la vida; y en los varios accidentes de la misma, en vez de indagar lo que deba hacerse, imitar desde luego lo que ha sido bien hecho; anteponiendo todos en los consejos, como se ve practicar, los ancianos á los jóvenes, pues aquellos con el largo uso de las cosas han adquirido la prudencia, á la cual aventaja tanto la enseñanza de la historia, cuanto la vemos distinguirse por la abundancia de los hechos? Por esta razon todos considerarán justamente muy útil la aplicacion de la historia á los casos de la vida. Ella da á los jóvenes la prudencia de los viejos, aumentando á estos la experiencia que ya adquirieron : hace á los particulares dignos del principado, y estimula á los príncipes á las mas altas empresas por la inmortalidad de la gloria : acrece tambien en los soldados, con las alabanzas que tributa despues de la muerte, el deseo de arrostrar por la patria los peligros de la guerra; y amenazando á los malos con una perpétua infamia, los aparta de los halagos y tentaciones que llevan consigo los delitos.

¿Qué mas? ¿No es cierto que la memoria de la virtud difundida por la historia ha determinado á algunos á fundar ciudades, á otros á promulgar leyes protectoras de los derechos comunes, y á muchos á sufrir largas vigilias para establecer las ciencias é inventar las artes en servicio del género humano? Y verdaderamente, si estas cosas contribuyen á completar la felicidad, merece la palma sin disputa la historia que dispensa todas estas alabanzas : porque debe tenerse por incuestionable que la historia es la bienhechora, tanto de los hombres dignos de recomendacion, cuya virtud custodia, dando al mismo tiempo testimonio de la depravacion é incuria de los perversos, como de todo el género humano. Si la fábula del tartáreo abismo, creada por la ficcion, sirve de mucho á los hombres para guiarlos y con fortarlos en la piedad y en la justicia, ¿cuánto mas útil no debemos considerar, para reformar las costumbres, la historia, que puede llamarse sacerdotisa y adivinadora de la verdad, y casi la principal de todas las ciencias filosóficas? Porque todos los mortales, por la fragilidad de su naturaleza, apénas viven un minuto de toda la eternidad, se extinguen para siempre, y así que se disuelven los cuerpos de aquellos que no practicaron en su vida ninguna accion bella, muere con ellos todo lo que en vida poseyeron : al contrario, los que alcanzaron gloria por sus virtudes, pasan al traves de todos los siglos celebrados por la divina boca de la historia. Por eso creo que han obrado bien los que han sobrellevado espontáneamente grandes y continuos trabajos, arrostrando crueles peligros miéntras vivieron entre los hombres, para asegurarse el premio de la inmortalidad haciendo bien al género humano. Respecto de los demas hombres benéficos, algunos han sido colocados entre los héroes, otros ensalzados con honores casi divinos, y todos honrados con grandes elogios por medio de la historia que ha trasmitido sus virtudes á la inmortalidad : siendo cierto que los demas monumentos duran poco y perecen por varios accidentes, y que la fuerza y eficacia de la historia, penetrando en todo el orbe, tiene por guarda al tiempo, el cual, al paso que todo lo destruye, está destinado á trasmitirla eterna á la posteridad.

Añadiré que la historia enseña ademas á hablar bien, arte que ningun otro sobrepuja en belleza; los Griegos exceden en él á los Bárbaros, y los doctos á los ignorantes; y esta es la sola causa por la que uno se hace superior á muchos; pues cualquier cosa que se haya hecho, en tanto se conoce y aparece en cuanto lo permite la habilidad del que habla: por esto nosotros los Griegos llamamos á los hombres de bien con una frase que equivale á *dignos de hablar*, precisamente porque por este medio obtuvieron la supremacía de la virtud. Y como el arte de hablar se divide en muchas partes, de aquí proviene que la poética, sea mas agradable que útil, que la legislacion obligue y no enseñe, que otros ramos de los conocimientos, ó nada contribuyan á la felicidad, ó tengan mezclado con lo provechoso algo perjudicial, y que algunos, en fin, con sus ficciones se opongan á la verdad; miéntras que solo la historia, en la cual las palabras corresponden á las cosas, comprende en sus páginas todo lo que hay de bello y beneficioso. ¿Y quién no ve cómo exhorta ella á la justicia, acusa á los malos, elogia á los buenos, y por último instruye en alto grado al que la lee?

Por lo tanto, viendo nosotros la estimacion de que gozan los historiadores, nos hemos sentido estimulados á rivalizar con ellos en estudio. Pero al considerar á los escritores que nos han precedido, si bien aprobamos, en cuanto nos fué posible, su consejo, reconocimos no obstante que sus escritos no estaban á la altura de la utilidad, ni del mérito literario que podia desearse; pues la utilidad de los lectores exige que se abarquen muchas circunstancias, y la mayor parte de los historiadores se ha limitado á narrar difusamente las guerras de una sola nacion ó ciudad. Pocos han sido los que han tratado de escribir cosas comunes á todas las naciones, empezando desde tiempos remotos y llegando hasta su siglo, y entre estos omitieron algunos expresar las épocas convenientes, y otros pasaron por alto los sucesos relativos á los Bárbaros. Los hay tambien que conociendo la dificultad de tratar de la fábula, han omitido su relato, lo que equivale casi á una reprobacion; y algunos que emprendieron esta tarea, prevenidos por la muerte, no pudieron concluir su obra. Ninguno, pues, de cuantos se han dedicado á esta clase de trabajos, continuó la historia hasta los tiempos posteriores á los Macedonios; terminando todos, unos en las empresas de Filipo, otros en las de Alejandro y otros en las de sus sucesores y descendientes, y miéntras que muchas y graves cosas han permanecido ignoradas hasta nuestra edad, no ha habido un historiador que emprendiese compilarlas en un solo cuerpo, conteniéndole la grandeza del objeto: al paso que habiéndose expuesto por diversos escritores las épocas y los hechos en multitud de volúmenes, resulta que ni se pueden comprender fácilmente, ni retener su conocimiento en la memoria.

Nosotros, pues, habiendo examinado las obras de cada uno, nos hemos resuelto á componer una historia que sea útil al que la lea, causándole el menor fastidio posible : en atencion á que si alguno se aplicáre á escribir con todas sus fuerzas la historia de las cosas del mundo, de que queda memoria, como si fuese la de una sola ciudad, desde los tiempos mas remotos hasta aquel en que vive, se habrá fatigado mucho, pero habrá compuesto una obra utilísima á su estudioso lector; pudiendo todos obtener de ella para su uso particular las mismas ventajas que obtendria empleando un gran trabajo. Pues el que quiera dedicarse á desenvolver los muchos monumentos de los autores, en primer lugar no tendrá facilidad de encontrar el número de libros necesarios, y en segundo, atendiendo á su variedad y multitud, se verá

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rodeado de grandes dificultades para comprender la verdadera inteligencia de las cosas. Por el contrario, una historia que encierre en un solo cuerpo la serie de los hechos consecutivos, suministrará una lectura expedita y se presentará fácil y clara á todos los entendimientos. Este modo de tratar la historia es tanto mejor que los demas, cuanto es mas útil conocer el todo que una sola parte, un conjunto bien ordenado que las porciones separadas, y tener una exacta determinacion del tiempo para cada suceso, mas bien que ignorar la época en que se haya verificado.

Viendo, pues, nosotros que este plan sería muy útil, pero que demandaba mucho tiempo y fatiga, no dudamos emplear en él cerca de treinta años, viajando no sin peligros y padecimientos, por grandes espacios de Asia y de Europa para observar con nuestros ojos la mayor parte de los lugares, con especialidad aquellos mas necesarios al objeto que nos habíamos propuesto. Podemos asegurar que se han cometido muchos errores en punto á no conocer los lugares, no diré por los escritores vulgares, sino hasta por algunos que gozan de gran celebridad. En esta empresa ha sido nuestro principal sosten el vivo deseo del buen éxito, que es por lo comun el medio mas seguro de llevar á efecto lo que de otra manera pareceria imposible. Tambien nos ha sido de grande utilidad la abundancia de materiales que nos ha suministrado Roma casi espontáneamente, durante nuestra larga residencia en esta capital, cuya majestad y poder se extiende hasta los confines del mundo. Habiendo nacido en Argirio, ciudad de Sicilia, y hallándonos versados á causa del comercio de los Romanos con nuestra isla, en su lengua, hemos recogido con diligencia de las memorias conservadas hace largo tiempo entre ellos las noticias de las empresas de este imperio; y en cuanto á las relaciones fabulosas, sea de los Griegos, ó de los Bárbaros, todo lo que se ha divulgado en cada uno de aquellos pueblos acerca de los tiempos antiguos, lo hemos examinado segun nuestras fuerzas.

(*Introduccion.*)

(L) pág. 194.

VIRGILIO Y LAS SIBILAS.

En medio de la límpida facilidad de las *Bucólicas* de Virgilio nos vemos de repente detenidos en la égloga IV; tan misteriosa que todos los esfuerzos hechos para comprender su sentido general han sido inútiles hasta el dia. Celebra el próximo nacimiento de un niño, hijo del Cielo, que renovará el mundo y redimirá los pecados:

Jam nova progenies cœlo demittitur alto... .
Ille deûm vitam accipiet.....
Casta deûm soboles, magnum Jovis incrementum.
Magnus ab integro seclorum nascitur ordo.....
Te duce, si qua forte manent sceleris vestigia nostri,
Inrita perpetua solvent formidine terras.

¿Á quién podrian convenir tan magníficos pronósticos? Empezarémos trascribiendo la misma égloga, traducida por Fr. Luis de Leon:

Un poco mas alcemos nuestro canto,
Mira, que no conviene á todo oído
Decir de las humildes ramas tanto.
El campo no es de todos recibido;
Y si cantamos campo, el campo sea
Que merezca del Cónsul ser oído.
La postrimera edad de la Cumea,
Y la doncella vírgen ya es llegada,
Y torna el reino de Saturno y Rea,
Los siglos tornan de su edad dorada
De nuevo largos años nos envía
El Cielo, y nueva gente en sí engendrada.
Luna casta, llena de alegría,
Favorece, pues reina ya tu Apolo,
Al niño que nació en aqueste dia.
El hierro lanzará del mundo él solo;
Y de un linaje de oro el mas preciado
El uno poblará y el otro polo.
En este vuestro, en este Consulado,
Polio, de nuestra edad gran hermosura,
Tendrá principio el rico y alto hado.
En él comenzarán con luz mas pura
Los bien hadados meses su carrera;
Y el mal fenecerá si alguno dura.
Lo que hay de la maldad nuestra primera
Deshecho, quedarán ya los humanos
Libres de miedo eterno y ansia fiera.
Mezclado con los dioses soberanos
De vida gozará (cual ellos) llena
De bienes deleitosos y no vanos.
Verálos, y verán su muerte buena;
Y del valor paterno rodeado,
Cuanto se extiende el mar, cuanto la arena
Con paz gobernará. Pues, niño amado,
Este primero don inculto y puro
El campo te presente de su grado.
Ya te presenta el campo bien seguro
Bácar, la hiedra verde trepadora,
El lirio blanco, el trébol verde oscuro,
Y las ovejas mismas á su hora
De leche vienen llenas, sin recelo
Del lobo, del leon, y de onza mora,
Tus cimas brotan flores; como un velo
Derraman sobre ti de blancas rosas
Y no produce ya ponzoña el suelo,
Ni yerbas; ni serpientes venenosas;
Ántes, sin diferencia, ha producido
En todas partes yerbas provechosas.
Pues cuando comenzáre en ti el sentido
De la virtud, y fueres ya leyendo
Los hechos de tu padre esclarecido,
De suyo se irá el campo enrojeciendo
Con fértiles espejos, y colgadas
Las uvas en la zarza irán creciendo;
Los robles en las selvas apartadas
Miel dulce manarán; mas todavía
Del mal amigo quedarán pisadas.
Habrá quien navegando noche y dia
Corte la honda mar; quien ponga muro
Contra el asalto fiero y batería;
Quien rompa arando el campo seco y duro,
Habrá otro Tifi y Argo, otros nombrados
Que huyan por la gloria el ocio oscuro.
Habrá otros desafíos aplazados;
Irá otra vez á Troya conducido
De su virtud Aquíles, y sus hados.
Mas ya cuando la edad firme crecido
Te hiciere ser varon, el marinero
La mar pondrá y las naves en olvido.
El fino mercader, rico y velero,
No ya de sus confines alejado,
Lo propio trocará con lo extranjero;
Que donde quiera todo será hallado,
Sin reja, sin estiva y podadera,
Sin que ande al yugo el toro el cuello atado
No mudará la lana su primera
Color, con artificios enseñada
Á demostrarse otra de lo que era;
Porque en la oveja nace colorada,
Con carmesí agradable, y con hermoso
Rojo y con amarillo inficionada,
El sandix, de sí mismo en el vicioso
Prado nacido, viste á los corderos
Por hado no mudable ni dudoso.
Y con acorde voz, á sus ligeros
Husos las Parcas dicen volteando:
Tales hilad los siglos venideros.
Emprende, que ya el tiempo viene andando,
Pimpollo divinal, obra del Cielo,
Á ti solo lo grande está aguardando.
Mira el redondo mundo, mira el suelo,
Mira la mar tendida, el aire y todo
Ledo esperando el siglo de consuelo.
¡Oh! ¡si el benigno hado de tal modo
Mis años alargase que pudiera
Tus hechos celebrar y bien del todo!
Que si conmigo Orfeo contendiera
Y si cantando contendiese el Líno,
Aunque la madre y padre de estos fuera
Caliope de Orfeo y del divino

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Lino el hermoso Apolo, no sería
Mi canto que su canto ménos dino.
Ni el dios de Arcadia, Pan, me vencería;
Y aunque fuese juez la Arcadia desto,
La Arcadia en mi favor pronunciaría.
Conoce, pues, con blando y dulce gesto,
Oh niño, ya á tu madre; que el preñado
Por largos meses diez le fué molesto.
Conócela, que á quien no han halagado
Los padres con amor y brazo estrecho,
Ni á su mesa los dioses le han sentado,
Ni le admiten las diosas á su lecho.

Los críticos están acordes en suponer esta égloga escrita el año 714 de Roma, y atribuyen tales alabanzas á un hijo del Polion, á quien está dedicado el canto, como autor de la paz celebrada aquel año en Bríndis entre Antonio y Octavio. Pero, en primer lugar, no se sabe que por aquella época naciese ningun hijo al cónsul; y ademas, ¿ cómo se concibe que acumulase sobre la cabeza de un recien nacido tantos augurios, el mismo Virgilio que tan parco se habia mostrado en sus elogios respecto de Augusto y de la familia de este?

Por esta razon otros (impugnando el aserto de Servio) han supuesto que aludia á Marcelo, á quien Octavia, hermana de Augusto, llevaba en su seno, al casarse entónces con Antonio. Pero, aunque parezca que esta prenda de paz pudo merecer tales cantos, es preciso considerar que no era gérmen del triunviro, sino del anterior marido de Octavia, de modo que nada tenia que ver con el futuro pacificador del mundo.

Otros han pensado que Virgilio aludia á las nupcias celebradas á la sazon entre Octavio y Escribonia. Pero ¿ cómo habia de anunciarse el imperio del mundo al hijo de aquel Octavio, que acababa de repartir las provincias con sus dos colegas, y dejaba esperar el restablecimiento de la república por medio de una monarquía?

No hallando ningun niño á quien conviniesen semejantes pronósticos, se creyó que el poeta aludia á toda una generacion mejor, que su imaginacion, amante del bien, le hacía confiar que veria. Los que así opinan habrán de explicarnos por favor estas frases : *Tu modo nascenti puero Casta fave, Lucina; Incipe; parve puer, risu cognoscere matrem;* y la cuna debajo de la cual brotan la hiedra y el acanto, y aquel mezclarse del jóven entre los héroes y los dioses, ántes de refrenar los vientos y pacificar el mundo.

De Vignóles cree que el poeta cantó la era alejandrina decretada en 724 por el Senado romano. Si opusiésemos la reflexion de que no fué introducida sino al 29 de agosto de 729, se nos podria muy bien contestar que á este año alude la égloga; pero ¿ qué razon habia para exaltar tanto una era arbitraria y especial de un pueblo vencido? ¿ Qué cosas nuevas debian esperarse de ella? ¿ Qué progenie habia de descender del cielo?

Desacreditadas todas las demas suposiciones, volvieron algunos doctos á resucitar la antigua, que veía en aquel niño al Cristo. No porque Virgilio fuese profeta; pero en aquellos tiempos se hallaba muy difundida en el Oriente la tradicion que prometia un próximo redentor, y muy bien pudo Virgilio haberla oído y juzgarla hermoso asunto para el canto, como medio de pintar extendida á todo el mundo la felicidad que imaginaba en sus pastores.

Virgilio tomó todas ó casi todas sus otras églogas de poetas alejandrinos á quienes conocemos. ¿Quién se atreveria á negar que sacase tambien esta de algun autor desconocido, y al cual los Hebreos, de que estaba entónces llena Alejandría, hubiesen hablado del Mesías que aguardaban, dándole á conocer los colores con que Isaías y los otros profetas pintaban la nueva era? Y á la verdad, el que examine detenidamente esta égloga, encontrará en ella pensamientos y colores que tienen mucho de orientales y aun de proféticos. El mismo Virgilio declara que no hace mas que exponer los vaticinios de la Sibila de Cúmas.

Ahora bien, estas Sibilas son otro curioso problema de la antigüedad profana, la cual parece confirmar con su testimonio la judáica, respecto de la renovacion del siglo. La aparicion de estos misteriosos seres en el mundo civil es universal y casi simultánea, aunque varíen las tradiciones hasta sobre su número, que unos hacen subir á diez, otros reducen á cuatro, y otros á la sola Eritrea, quien, segun Pausánias, se nombraba ya esposa, ya hermana, ya hija de Apolo, y que pasó de Sámos á Cláros y á Délfos, y luego á la Troade, donde se veía su tumba en el bosque de Apolo, con un epitafio que atestiguaba su inspiracion y virginidad.

Eran ya antiguas en los tiempos de Eurípides y de Platon, y se veneraban sus oráculos al par de los de Orfeo y Museo; por lo que, sin que se nos tache de supersticion, podemos creerlas un eco de aquellas tradiciones primitivas, que resonaron en todo el mundo, con mas ó ménos mezcla de fábulas. La existencia de sus libros ó de los que se les atribuyen tienen tantos grados de certeza como cualquiera otro hecho de la historia antigua. Habíalos recibido Roma de sus primeros reyes; y se conservaban en el Capitolio escritos sobre lienzo y encerrados en una urna de piedra. En épocas de incredulidad, encargó Sila su custodia á qnince sacerdotes; y Augusto los hizo trasladar con gran pompa desde el Capitolio al templo de Apolo Palatino. Cuando se les queria consultar, debian los sacerdotes prepararse á ello por medio de ritos muy diversos de los ordinarios, esto es, con el ayuno y la oracion ; lo que indica que contenian una doctrina mas pura, y quizá porque el politeísmo vulgar y oficial la combatia, se les ocultaba tan cuidadosamente.

Durante las guerras civiles perecieron estos libros en el incendio del Capitolio, lo que se consideró como una calamidad pública. Tratóse inmediatamente de proporcionarse una nueva copia de ellos, y los cónsules Octavio y Curion reunieron el Senado, que envió tres comisionados á la Grecia , á Sicilia, á Eritrea, á Délfos y á Cúmas, con encargo de recoger lo que hubiese quedado de aquellas antiguas predicciones. Estos fragmentos, que componen mas de mil versos, están escogidos y ordenados con un estudio que nosotros no apreciamos por los resultados parciales, sino como un testimonio de la importancia aneja á semejantes profecías, y á la opinion allí anunciada de una renovacion de los tiempos.

Segun Plutarco, debia ser esta una palingenesia, la renovacion del mundo antiguo, el término del período humanitario ; pero todo esto estriba en la categoría de las ideas populares, rechazadas por el gobierno, que se dió prisa á encerrar y ocultar aquellos fragmentos. Nombrado Augusto pontífice máximo, trece años ántes de J. C., temió que la tranquilidad pública se resintiese de la agitacion ocasionada por esta creencia general en un nuevo órden de cosas, y quiso que se examinasen minuciosamente los libros, condenando á las llamas mas de dos mil; tambien mandó revisar de nuevo los libros sibilinos, y que se guardasen en una doble caja dorada, volviéndolos á colocar debajo de la altísima base del Apolo Palatino.

Sin embargo, aquellos oráculos difundian misteriosas esperanzas, robustecidas por otros libros que se divulgaron á la sazon, obra de Histáspes, de Hérmes Trismegisto, etc. Renováronse efectivamente los tiempos, aunque en diverso sentido del que se esperaba; y cuando en el año 405 de J. C. quemó Estilicon el códice de las Sibilas, no se trató ya de conservar señales de él, pues que las profecías se habian cumplido.

Lo que ha llegado á nosotros, carece de todo carácter de autenticidad. No obstante, Flavio Josefo, en su *Arqueología judáica*, cita un trozo de los libros sibi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

linos, donde se habla, casi como en el Génesis, de la confusion de las lenguas y de la torre de Babel; y el citarlos él prueba que eran conocidos en su tiempo. Poco despues, San Justino, San Clemente de Alejandría y Teófilo de Antioquía citan muchos versos de las Sibilas en favor del Cristianismo. Otros Padres de la Iglesia se servian de ellos en las controversias, esto es, cuando podian ser impugnados si hubiesen sido falsos ó recientes. Clemente de Alejandría pone en boca de San Pablo una apelacion á los versos sibilinos.

No queremos decir con esto que las Sibilas estuviesen inspiradas por el Espíritu Santo y que fuesen verdaderas profetisas. Ellas habian reunido, con mas esmero y ménos mescolanza, las verdades que habian quedado al paganismo de la primera revelacion, y que se enseñaban á los mistagogos con gran secreto; las habian depositado en libros, que parece contenian teogonías mucho mas exactas y elevadas que las difundidas en las escuelas y los templos, y profecías, cuyos puntos principales eran el fin de las cosas, *finem ævi*, y el Dios rey, *deum-regem*. El fin de las cosas, para hombres sedientos de sangre y de gloria, no podia ser sino el término del sistema de las conquistas y de la enemistad universal. Consolando Ovidio á Livia de la muerte de Druso, le dice, que se habia librado de la inminente destruccion, de que el cielo y la tierra estaban próximos á ser víctimas. Esta espectativa da cierto color melancólico á los escritos del mismo Séneca, quien se atrinchera en su estoicismo.

Ahora bien, nosotros tenemos á Virgilio por el mas ilustre intérprete de las doctrinas de las Sibilas. El libro VI de la *Enéida* revela creencias tan elevadas que no se hallan iguales en ninguna otra parte del paganismo; una filosofía en la que hay algo de evangélico; como si el Verbo divino se hubiese ya acercado á la tierra lo bastante para iluminar alguna inteligencia privilegiada; y todo esto lo pone Virgilio en boca de la Sibila de Cúmas.

En la égloga que motiva estas reflexiones, pinta con colores pastoriles y mitológicos una edad de oro· pero hácia el fin toma un tono profético. Schmidt encabeza su *Redencion del género humano* con las dos profecías de David é Isaías acerca de la venida del Salvador, como prueba de un orígen comun. Isaías exclama : « Ha nacido un niño, que llevará en las espaldas » el signo del principado. Se le llamará el Admi» rable, Dios fuerte, Príncipe de paz : su imperio » se extenderá cada vez mas, y su paz no ten» drá fin. Se sentará en el trono de David. La justicia » será cíngulo de sus lomos; y la fé ceñidor de sus » riñones. Habitará el lobo con el cordero, y el leo» pardo se echará con el cabrito : el becerro y el leon, » y la oveja andarán juntos, y un niño pequeñito los » conducirá. El becerro y el oso serán apacentados » juntos; y el niño de pecho se divertirá sobre la » cueva del áspid; y el destetado meterá su mano en » lo caverna del basilisco..... El desierto se alegrará; » la soledad, inundada de alegría, florecerá como el » lirio : por todas partes las plantas echarán retoños, » mostrando así su regocijo y alabanza : en las ca» vernas donde viven los dragones, nacerán las verdes » cañas y los juncos, etc., etc. »

Y David : « Vistoso en hermosura mas que los hijos » de los hombres, se derramó la gracia en tus labios : » por esto te bendijo Dios para siempre. Cíñase tu » espada sobre tu muslo, ¡oh valerosísimo! Con tu » belleza y tu hermosura en ristra, marcha con pros» peridad, y reina por medio de la verdad y la man» sedumbre, y la justicia..... Que él juzgue á tu pueblo » y á tus pobres con equidad. Reciban los montes paz » para el pueblo, y los collados justicia. Juzgará á los » pobres del pueblo, y hará sabios á los hijos de los » pobres y humillará al calumniador. Descenderá » como la lluvia sobre el vellocino, y como llovizna » que gotea sobre la tierra. En los dias de él nacerá » justicia y abundancia de paz, hasta que sea quitada » la luna, y dominará de mar á mar. »

Evidentemente es uno mismo el fondo, y la única diferencia está en las distintas ideas de grandeza que tenian ambos pueblos, y en la mayor incertidumbre que dominaba á los gentiles.

Virgilio, pues, repitió en sublimes versos las tradiciones que entónces andaban en boca de todos; y añadió otro referente á la revolucion de un grande año, en el cual tenian mucha fe los Etruscos, y tambien los Romanos, como puede verse en el *Sueño de Escipion;* estando el hombre formado de manera que á una grande innovacion de los fenómenos celestes supone siempre unido un cambio ó una alteracion en las humildes fortunas humanas.

Esta interpretacion cristiana fué acogida por los Padres de la Iglesia, y Constantino, en la oracion que pronunció ante los obispos reunidos en Cesárea, la recitó traducida en griego, como un argumento de la divina mision de Cristo, probada hasta por testimonios paganos. Dejando á un lado á todos los escritores de los tiempos medios, citarémos á Dante, quien nos presenta á Estacio convertido á la verdad cabalmente por la luz que le comunicaron los vaticinios de esta égloga; y le hace decir, dirigiéndose á Virgilio :

. . . . . A beber me enviaste
Tú del Parnaso en la florida gruta,
Y al verdadero Dios me relevaste.
Como aquel que cruzando oscura ruta
Inútil luz á sus espaldas lleva,
Empero el que le sigue la disfruta;
Cuando dijiste : el Siglo se renueva;
Recobra la equidad su imperio humano;
Baja del cielo una progenie nueva.
Por tí poeta fuí, por tí cristiano.

Purg. XXII, 55.

Es digno de reflexion el que un poeta tan poco popular como Virgilio adquiriese honor y culto en la edad média entre el pueblo, considerándosele como un sabio intérprete de la teología moderna, por su religioso respeto hácia las tradiciones, y por su presentimienio de un porvenir distinto, de una renovacion del siglo; miéntras que los doctos le convertian en un profeta, el pueblo le adornaba con las cualidades de un mago (1).

Los Napolitanos cuentan mil historias acerca de la gruta de Pausilipo, en la cual muestran la *escuela de Virgilio*, y adonde suponen que se retiraba á hacer sortilegios y á enseñar las artes secretas á unos cuantos adeptos, que con ellas lograban principalmente hacer que prosperasen las campiñas. Valiéndose de tales artes el poeta, en una sola noche abrió en la roca la famosa galería. Teníasele en Mantua alternativamente por mago y por santo; y hasta el siglo XV se cantaba allí un himno en la misa de San Pablo, suponiendo que el apóstol de las gentes, á su llegada á Nápoles, habia dirigido una mirada hácia Pausilipo, donde descansaban las gloriosas cenizas de Maron, doliéndose de no haber llegado á tiempo para conocerlo y convertirlo :

Ad Maronis mausoleum
Ductus, fudit super eum
Piæ rorem lacrymæ;
Quem te, inquit, reddidissem,
Si te vivum invenissem,
Poetarum maxime!

Un tal Bonamente Aliprando, tosco y grosero poeta de fines del siglo XIV, escribió una *Crónica mantuana*,

(1) GÖRRES, *Volksbücher*, discurre extensamente acerca de la historia popular de Virgilio en la edad média.

En Amsterdam, en el año de 1552, se imprimió *Eenesc hone historie von Virgilius, von zijn leven, doot, cadevan zijn wonderlike werkon di hj deede by nigromantien, ende by dal Belpupe des Duyvels.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

donde se hallan hacinadas las mas absurdas fábulas acerca de Virgilio. Perdónenos este genio del órden y de la armonía si reproducimos algunos trozos de ellas.

La madre de Virgilio tuvo, como de costumbre, aviso en sueños, de que daria á luz un gran poeta :

Y alegre se puso la dama al oirlo;
Y el plazo llegado, tras tanto aguardar
Parió un lindo niño, razon en un todo,
Que fué de su madre muy grato solaz.

Siguen las tiranías ejercidas en Mantua por un tal Arrio, centurion :

La gran tiranía de Arrio dejaba
Abierta al delito la brecha fatal.
Mandó que la torre del pueblo partida
Fuese en dos mitades, que de entónces ya
Nombran campanario de San Pedro : plugo
Al tirano, y era ley su voluntad.

Dirígese Virgilio á Roma, consigue el favor de Augusto y la restitucion de sus bienes; con lo que se dedica enteramente á poetizar :

Y todos honraron al vate, al filósofo,
Al que en la retórica no contaba igual.
El advenimiento de Cristo anunciado
Así en la Bucólica se puso á cantar :

Jam redit et Virno, radeunt saturnia regna.
Jam nova progenies cœlo demittitur alto.

Ahora empieza la parte novelesca y cuenta « cómo Virgilio se enamoró de una jóven, hija de uno de los principales caballeros romanos, y cómo este le afrentó : »

De llama amorosa sintióse abrasado,
La dama insensible no oyera al galan;
Virgilio seguía su pista incesante;
Era hija de un rico señor principal.
Entónces el vate treinta años contaba;
La dama á su padre narróle el afan
Del mísero amante, y el padre irritado
Trató de afrentarle de un modo ejemplar.
En Roma tenia palacio lujoso
De torre elevada : cariño especial
Mandó que la jóven al vate mostrára,
Diciéndole estaba dispuesta á pasar
Por todo, con gusto, si así lo exigia,
Mas que era preciso ser diestro y audaz.
Que medio no habia de abrir el palacio;
Y así, para verse de cerca, y gozar
En tiernos coloquios de amor tan intenso
Valiente debia la torre escalar.
Que grande una cesta por él bajaria,
Y que él, como amante rendido y leal,
En ella se entrase, y al punto tirando
De arriba, lográran unirse y burlar
El celo enojoso del padre : Virgilio
Convínose á todo, y el dia fatal
Fijóse y la hora : llegado que hubo,
De noche al palacio marchó sin dudar,
Y allí le aguardaban la cesta en el suelo,
La dama en la torre y el padre detras.
Metido en aquella, tiraron de arriba.
Y en cuanto la cesta llegó á la mitad
Paróse, quedando Virgilio pendiente,
Sin serle posible subir ni bajar.
El dia aclaraba y todos corrieron
Á ver al poeta, riéndose asaz;
Y luego Octaviano, del caso afligido,
Mandó le bajasen sin mas dilatar.

Virgilio, aunque muy manso de condicion, se irritó con esto, imagínese hasta qué grado; y como entendia de nigromancia, y « tenia un corazon de leon para la venganza, » hizo que se apagase en Roma el fuego, y que para volverlo á encender, tuviesen todos que ir á encenderlo, no diré en qué parte de la doncella.

Arqueando su cuerpo, tocó con las manos
El suelo la dama ¡postura animal!
. . . . . .
. . . . . .
Por fuego acudia quien de él escaseaba,
Y átodos estaba vedado tomar
El de otro : los dias corrieran, y Roma
Aun fuego pedia con hambre voraz.
El padre bramaba, Virgilio reía;
Que al fin consiguiera su insulto vengar;
Y á Roma dejando provista de fuego,
Volvió á su palacio la dama falaz.

Desagradó el ultraje á la *santa corona* de Augusto; é instigado por el caballero,

Sumió en una cárcel estrecha á Virgilio,
Y el padre alegróse de verlo encerrar.

Corta lector, si los versos te parecen malos, no es culpa mia : como buen historiador, escancio del vino que encuentro en la bota.

Tener preso á tan gran nigromántico sería difícil aun al arte moderno, tan refinado en materia de encarcelamientos.

Virgilio dispuso su fuga : una nave
Formó, y á los presos trató de invitar
Á que le siguiesen; y algunos, por burla,
La oferta aceptaron y el medio y el plan.
Bastones por remos les dió, y él se puso,
Sentado en la popa, la nave á guiar,
En cuanto yo os digo : Remad! así habló les,
Hacedlo resueltos : si no vaciláis,
Yo os juro que pronto, la cárcel dejando,
¡Tendréis aire libre, tendréis libertad!
Y cuando le plugo, les dijo : *¡Ahora, al remo!*
Pusiéronse todos con brio á remar,
Levóse la nave; regiones aéreas
Cruzó, y hácia Pulla marchó sin cejar;
Y aquellos que presos quedaron por flojos
Al ver tal milagro golpearon su faz.

Quejóse Augusto á sus barones de que se le hubiese inducido á ofender á un hombre á quien el Cielo *habia otorgado todas las ciencias de que era poseedor el mundo*, y ofreció tributarle todo género de honores si volvia á la corte.

Entretanto Virgilio bajó y se dirigió á Nápoles; pero habiendo errado el camino,

Despues de las vísperas llegóse á una casa
Pidiendo un albergue do al fin descansar.

Pero no habia allí vino. ¿Qué importa? Virgilio mandó preparar una cesta de uvas negras, y que la pusiesen en una cuba con agua. No habia provision de víveres; pero Virgilio envió á un espíritu, el cual hizo desaparecer ante los ojos mismos de Augusto

Un gran tajadero de carne con pollos...

Augusto comprendió que Virgilio era el único que podia haberle jugado aquella partida. Y se cenó ricamente, bebiéndose con exceso.

Los regocijos fueron grandes en Nápoles cuando se supo allí que Virgilio estaba en una hostería, y le rogaron :

Que dejase en Nápoles eterna memoria
De la vasta ciencia que de él hacía hablar.

Escribió, pues, á un tal Melino, su *excelente discípulo*, para que desde Roma viniese al momento á reunirse con él.

Melino obedece y á Nápoles llega;
Á Roma le manda Virgilio tornar,
Diciéndole : *Pide mi libro á Roberto.*
Que en él no leyese suplícale asaz.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Se marcha Melino; camina incesante;
Ya en Roma, á Roberto derecho se va;
El libro recibe; de vuelta, se siente
Con vivos deseos de abrirlo y mirar.
Mas cuando al leerlo se pone, una turba
De espíritus corre; gran zumba le dan.
¿ Qué quieres? ¿Qué quieres? pregúntanle todos.
Melino se asusta, creyendo espirar,
Inventa argumentos; les manda qucal punto
De Roma hasta Nápoles con celo tenaz
Empiedren la vía; y lo hacen sumisos;
Y á Nápoles logra Melino llegar
Virgilio lo riñe : *Faltaste al mandato,*
Le dice : *por ello castigo tendrás.*

Y este es el modo como suponen las crónicas que fué construida la via Apia.

Despues Virgilio, resuelto á probar que era nigromante, ejecutó la otra maravilla del castillo del Huevo :

Mandó que el castillo del Huevo se hiciese
En medio las aguas, do aun es de admirar.
Y luego una mosca hechiza en un vidrio
Que á todas las moscas consigue ahuyentar;
Y en Nápoles mosca niuguna paraba;
Y el pueblo se alegra de bien tan formal.
Encanto mas grande despues realiza :
Construye una fuente de do sin cesar
Aceite destila, que al pueblo abastece,
Y todos aplauden al vate inmortal

Al ver tales portentos, Octavio llamó resueltamente á Roma á Virgilio; pero cuando el emperador volvia vencedor de Asia, le salió Virgilio al encuentro hasta Bríndis, y « Sufrió tanto á causa de los grandes calores » que enfermó y murió.

Venía Octaviano de tropas al frente;
Llegó á sus oídos la nueva fatal;
Lamentos lanzára, y así á sus barones
Les dijo : *Ya ha muerto el sabio sin par.*
Á Dios le suplico que gracia le otorgue,
Que á su alma dispone benéfica paz;
Mi pecho traspasa su suerte infelice,
Sus grandes virtudes jamas morirán.

Gracias que al cronista no le ocurrió hacer que Augusto mandase rezar un oficio de difuntos por el alma del poeta.

Al traves de la mitología de la edad média llegó el conocimiento de Virgilio, como el de los demas autores antiguos, á Dante, el cual no pudo escoger mejor guia para llegar, en medio de los peligros del mundo, á ver las penas de los réprobos y las esperanzas de los que están purgando sus culpas, y hasta para obtener la ciencia de las cosas celestes y de la verdadera felicidad.

FIN DE LAS ACLARACIONES AL LIBRO V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LIBRO VI

DESDE CRISTO Á CONSTANTINO

SUMARIO

Imperio romano. — Los Julios. — Cristo. — Los Flavios. — Emperadores aventureros. — Emperadores colegas. — Luchas y estabelcimiento del Cristianismo. — Eclecticismo filosófico. — Sincretismo religioso.

CAPÍTULO PRIMERO

Revista del mundo.

Estrabon, Plinio y Tolomeo nos han dado la descripcion del mundo, entónces conocido, á modo de un inventario de las tierras que Roma dominaba y usufructuaba; y nosotros, siguiendo sus huellas, y ademas las de los historiadores y compiladores, tratarémos de recorrerlo, para conocer el teatro de la humanidad (1).

Figuraban la tierra dividida en cinco zonas: dos heladas en los polos y una tórrida en los Trópicos, inhabitadas é inhabitables; y dos templadas intermedias, sin que fuese posible el tránsito de una á la otra. Limitábanse, pues, los conocimientos geográficos á nuestra zona septentrional, que, excluyendo los Antípodas, abrazaba las tres partes, Asia, Libia y Europa, circundadas por el Océano (2).

Asia. El Asia es la parte que conocian mejor los geógrafos, segun declara Estrabon, merced á las expediciones de Alejandro; pero los inducian á error la falsedad de los relatos y las inexactitudes de los meridianos á que referian los lugares. El Tauro, bajo cuyo nombre reunian montañas enteramente diversas, atravesaba, segun los antiguos, toda el Asia, desde enfrente de Ródas, hasta cerca de Tiné, último límite oriental, durante un espacio de cuarenta y cinco mil estadios (1), dividiéndola en dos partes.

De este lado del Tauro. Á la que estaba situada al otro lado del Tauro servian de límites el Tanais, la laguna Meótides, el Euxino, el Océano Septentrional, el Caspio y la lengua de tierra que separa á este mar de Euxino.

1ª region. Al Norte los Escitas, tal vez antiguos progenitores de la estirpe europea, vagaban en carros; seguian los Sármatas, descendientes de aquellos, y los Saracos, unos nómadas y otros agricultores, cuya capital era Uspa, ancho recinto de cabañas de mimbres, á tres jornadas del Tanais. Estos fueron destruídos por los Romanos, en tiempo de Claudio, con el auxilio de los Aorsos, otra nacion de las riberas septentrionales del mar Caspio, que ponia sobre las armas doscientos mil jinetes, y penetraba en camellos en la Armenia y la Média para proporcionarse las ricas mercancías de la India y la Babilonia. Quizá pertenecian á la famosa raza de los Hunos (2). Próximas á la laguna Meótides habia varias naciones, indicadas por los Griegos con el nombre de *Meotas*; cerca del Bósforo estaban los Sindos, los Aspuryanos, los Aqueos y los Eniocos, que pirateaban en las costas del Euxino, y escondian el botin en los bosques de encinas de sus escabrosas montañas. Mas adentro se encontraban los Zigas, los Cercetos, quizá abuelos de los Circasianos; los Macropogones ó de larga barba; los Ftirofagos ó Insectívoros; las valientes Soanos, poseedores de minas de oro; y mas léjos los Iberos, en la Georgia, divididos en cuatro castas: príncipes, sacerdotes, guerreros y esclavos. Habitaban la Albania gentes bastante civilizadas y que el comercio habia enriquecido.

No se iba á buscar á la Cólquide el vellocino de oro, sino telas finas, cera y brea; ni ya tampo-

(1) Á los tres geógrafos citados hay que añadir los compendios de Dionisio Periegétes Περιηγμσις οίκουμενης, y de Pomponio Mela. El primero casi no hace sino poner en buenos versos griegos á Estrabon: el otro, árido y oscuro, sigue á Eratóstenes, conservándonos pormenores que no tuvo bastante crítica para escoger, y que sacó tal vez de las muchas obras que se han perdido. Entre las que nos quedan, están el *Periplo del mar Rojo*, de Arriano, que probablemente era un mercader romano establecido en Alejandría; y los *Stathmos Párticos*, de Isidoro de Carace, compilacion ridícula acerca de aquellos terribles pueblos.

Entre los modernos pueden consultarse Gosselin, *Géogr. des Grecs analysée*, en 4º, y *Recherches sur la géographie des Grecs*, 2 tomos en 4º.

Gatterer, *Geografía para servir de introduccion á la Historia Universal* (aleman).

Mannert, *Geografía de los Griegos y los Romanos.*

Malte-Brun, *Hist. de la Géographie.*

Walkenaer, *Géogr. ancienne historique et comparée des Gaules cisalpine et transalpine, suivie de l'analyse géographique des itinéraires anciens.* Paris, 1839.

(2) Véase el *Sueño de Escipion.*

(1) La longitud del estadio varía segun los diferentes geógrafos: en Anaximandro, llega apénas á 100 metros; en Eratóstenes vale de 158 á 160; en Posidonio y Tolomeo 222; en general suele tomarse como equivalente de la octava parte de una milla.

(2) En el sitio donde Estrabon coloca á los Aorsos, pone Dionisio Perisgétes, su contemporáneo, á los *Ounos*: Tolomeo sitúa en el Borístenes á los *Chunos*. *Aior* en el idioma escita, significa hombre, y parece que *hun* expresaba lo mismo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

co se hacian temer allí las guerrreas amazonas.

2ª region. La segunda region se elevaba desde la orilla oriental del mar Caspio hasta las tierras de la Escitia que lindan con la India y el Océano Oriental. Residian allí los Escitas, los Hircanos, los Logdianos y los Bactrianos; y estos últimos entregaban sus ancianos padres á los perros para que los devorasen; costumbre que duró hasta que la civilizacion griega hubo morigerado las costumbres de las ciudades de Balk y de Maracanda (Samar Kand). Las minas del Asia Septentrional recompensaban el trabajo de estos y de otros pueblos menores. La Escitia, propiamente dicha, debia dividirse en Sarmática y Asiática, correspondiendo la primera á la Tartaria y la segunda al Mogol. Los que habian tomado parte en las vicisitudes de los pueblos civilizados, desaparecieron de la historia despues de Mitrídates; y quizá continuasen prosperando en el corazon de la Rusia, hasta que á consecuencia de haber dejado libre los Germanos y los Hunos la orilla derecha del Elba, volvieron mezclados con los Sármatas, bajo el nombre de Suevos (1).

3ª region. El que venía de la Bactriana á la Partia, atravesando hondos valles infestados de serpientes, entraba por las puertas Caspias en la vasta llanura de la Média, que fecundaban mil arroyuelos y donde Ecbatana y Raga conservaban los restos de la suntuosidad persa, y seguia el mago rindiendo su inocente culto al fuego junto á los manantiales de Nafta. Parte de esta comarca, que se hizo independiente en tiempo de Alejandro, ha retenido hasta el dia el nombre de Atropatena (*Adérbiyan*).

En medio de las montañas que limitan la Média hácia el Occidente, andaban errantes los Cirtes, probablemente los Curdos de hoy, ante los cuales se detuvieron los ejércitos de Marco Antonio, de Trajano y de Juliano. La Armenia, poderosa ya en tiempo de Pompeyo, y que vió despues á su rey Artavásdes solemnizar con su sangre los triunfos de Antonio y Cleopatra, estuvo á punto de ser dominada por Alejandro, hijo de estos; pero habiendo sacudido el yugo extranjero, volvió á florecer en poderío y riquezas, con especialidad en sus dos ciudades de Artaxata y Tigranocerta, que posteriormente, entre el siglo IV y V, fueron eclipsadas por Teodosiópolis, superada tambien á su vez por Arzern (*Erzerun*) y por otras ciudades, que hablan hoy todavía el idioma en que se cantaban voluptuosos himnos á Anaítis.

En las áridas llanuras de la Capadocia, ceñida por el Tauro y el Antitauro, prosperaban el trigo y los caballos de suma lijereza; y en cien castillos, como tambien en la ciudad de Mazaca (*Kaisarieh*), habitaba una nacion de raza aramea, que prefirió á la libertad con que le brindaban los Romanos un rey absoluto, y que se enriqueció con la venta de esclavos (2). Elevábase en la Cataonia el templo de Ma, cuyo pontífice era casi soberano de la ciudad edificada alrededor.

La parte de la Capadocia próxima al Eufrátes, llamada tambien Pequeña Armenia, estaba adornada con huertos y viñedos. Las costas del Euxino habian tomado el nombre de reino del Ponto. Algunos habitantes, denominados Mosinecos, á causa de las altas torres (*mosyni*) donde ocultaban sus latrocinios, usaban esquifes hechos de corteza de árbol; iban desnudos, se pintaban la espalda, cohabitaban públicamente con sus mujeres, y ofrecieron á los soldados de Pompeyo, como en otro tiempo á los de Jenofonte, un hidromiel venenoso. Trapezo (*Trevisonda*) se encaminaba á la grandeza á que llegó en tiempo de Adriano, y mas aun en la época de las Cruzadas.

4ª region. Parte del Ponto y el resto del Asia Menor (1), comprendida la Cilicia, formaban la cuarta region; donde nos son bastante conocidas la Paflagonia, por sus valerosos guerreros; la Bitinia, rica en maderas de construccion, en mármoles, cristal de roca, quesos y todos los frutos de la Grecia, excepto el olivo; la Misia, con su fabulosa Troade donde florecian Cizico, fabricada con los mármoles llevados de la isla de Proconeso (*Mármara*); Lampsaco, la de los celebrados vinos; Pérgamo, principal ciudad del país, y Nicomedia, que debia llegar á ser la residencia de Diocleciano. Parte de la Frigia habia sido ocupada por los Galos y nombrada Galacia, notable por sus granos y por el valor de sus naturales; en la Frigia, propiamente dicha, habia sido construida Sinnada, de mármol blanco con manchas rojas; Apamea debió á su comercio el nombre de Armadio (*Cibótos*); Laodicea, enriquecida por sus excelentes rebaños, se adornaba de monumentos. La Catachecaumena, esto es, quemada, tomó su nombre de las cenizas que parecian cubrir sus volcánicas llanuras, á propósito para el cultivo de la vid. Á orillas del Meandro habia muchas fuentes termales, y eflorescencias salinas alimentaban numerosos ganados alrededor de Licaonia (*Iconium*, *Konich*), ciudad capital, donde abundaban las aguas saladas y escaseaban las dulces.

En la Lidia salia del Tmolo el Pactolo, que arrastraba pajuelas de oro; y Sárdis conservaba algunos restos de su antigua magnificencia, lo mismo que Sinope, Amiso y Ancira. Á orillas del Égeo se extendia la Eólide; despues, al Mediodía, la Jonia, favorecida por el mas hermoso cielo; y si Mileto, madre de ochenta colonias, habia perdido sus riquezas é industria, florecian en su lugar Éfeso y Esmirna. Seguian luego Halicarnaso de los Dorios, la voluptuosa Gnido, Lésbos y Chio, la de la almáciga y el exquisito vino; Sámos, despojada de sus vasos y estatuas; y Ródas, esposa del Sol, que perdió

(1) HALLING, *Gesch. der Skyten*, etc. *Historia de los Escitas y de los Alemanes hasta nuestros dias*. Berlin, 1835.

(2) *Mancipiis locuples, eget Cæris apadeoum rex*. HORAC.

(1) Este nombre que damos nosotros á la península situada entre el Ponto Euxino, el Archipiélago, el mar de Chipre y el Tauro, fué ignorado de los antiguos, hasta que todo el país aconoció la dominacion romana.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con la libertad la supremacía de los mares.

La Licia vió arruinada la constitucion de sus repúblicas federativas, primero por Bruto y despues por el emperador Claudio; y ofrecia sus intrépidos marineros á las naciones vecinas. Dividíase la Cilicia en propiamente dicha y montuosa (*áspera*), llamada así por sus montañas cubiertas de cedros y de pinos. Las deliciosas frutas de Chipre, sus higueras y graneros, se decia que habian sido plantados por la mano de la diosa del deleite, que tenia allí su culto principal; el láudano que manaba de cada arbusto, los aceites perfumados, la miel aromática, las enormes cepas de excelentes frutos y el trigo predilecto de los gastrónomos, el cáñamo, la madera, las piedras preciosas, el asperon, el amianto, el cobre, de donde derivó su nombre (κυπρος), formaban allí la fortuna de un millon de habitantes.

El Mar Negro, peligroso á causa de sus bajíos y de sus escollos encubiertos, de sus frecuentes borrascas y nieblas, y cuya navegacion se hacía cada dia mas dificultosa, segun lo habia anunciado Polibio, requeria naves de una forma particular y conocimientos especiales en la navegacion. El Danubio hundia en tierra sus siete bocas, tanto que apénas se podia abordar á Salmidesa, y para los buques grandes era inaccesible el puerto de Sinope. Por el contrario, ofrecia excelentes calas el Quersoneso Táurico; y los barcos que flotaban en el Don y el Dnieper, eran construidos en los astilleros de Panticapea.

Del otro lado del Tauro.

Al Mediodía del Tauro se encontraban, por la parte de Levante, los Indios, á cuyo Occidente se hallaban en un suelo estéril los Arios, y despues los Persas, los Susianos, los Babilonios, la Mesopotamia, la Siria y la Arabia; países de larga historia, á cuyo conocimiento añadieron bien poco los geógrafos de entónces. El leon de Babilonia habia cedido su fastuosa guarida á Seleucia, próxima al Tígris, adonde se trasladaron seiscientos mil habitantes de la ciudad de Semíramis.

De Nínive (en cuyo rodeo se empleaban once jornadas) no se veían ni aun vestigios. Conservábanse en la Alta Siria, fecundada por el Orónte, que fué elevado con este objeto por medio de ingeniosas máquinas, las ciudades que fundaron los Seléucidas, y que no habian extenuado aun los voraces procónsules. Competia Antioquía con Roma y Alejandría, convidando á las personas voluptuosas con sus teatros, con su circo, con los lúbricos bosquecillos de Dafne, hasta que la santificaron la sede de Pedro y el sepulcro de Bernabé. Era rica Laodicea por su puerto y sus viñedos: el territorio de Apamea bastaba para alimentar un ejército; en tanto que crecia Palmira oculta entre las palmas y los claros arroyuelos, donde descansaban las caravanas, y á su lado se alzaba Berea, que con el nombre de Alepo debia descollar sobre sus ruinas.

El Líbano y el Antilíbano, coronados de cedros, que protegian las nieves en medio de una comarca abrasadora, daban asilo á los Itureos (*¿Drusos?*); y á su planta se engalanaban de flores Damasco y Balbek. Las púrpuras de Tiro y los vidrios de Sidon rocordaban apénas el antiguo comercio de la Fenicia: en Gaza, Ascalon, Cesárea, Beirut y Heliópolis eran cultivadas las ciencias, el comercio estaba animado, y abundaban los deleites. La Galilea y la Judea habian sido despojadas del cetro, pero no de su cultura y de su industria, y las desgracias reanimaban allí la esperanza del prometido libertador.

Sobre estos países se lanzaban de vez en cuando las infinitas tribus de los Árabes, cuya mayor parte andaba errante en los arenales que se extendian desde la Siria y el Eufrátes hasta el mar Rojo, y llevaba las mercancías de la India y del Africa, y el incienso, la mirra y los bálsamos de su país á las escalas de Siria y Egipto. Aunque ninguna utilidad reportó á los Romanos la expedicion de Galo, suministró á lo ménos algunas noticias acerca de un pueblo que salvó su nómada independencia de los vencedores de tantos otros, y que seis siglos despues debia someter tantas naciones á sus leyes y creencias. Cien jeques gobernaban patriarcalmente las tribus, haciendo que costase caro atentar á esta especie de libertad, que solo perdieron en parte al establecerse en terrenos ménos infecundos. Sin tener matrimonios permanentes, llevaba la mujer en dote una tienda y una lanza; no conocian el pan ni el vino; llevaban grandes mantos, un turbante, anchos borceguíes y una ligera tela á la cintura. Algunos, segun la tradicion de Ismael, se abstenian de comer carne sangrienta; á otros, por el contrario, les gustaba la sangre humana y la carne de los enemigos; y puestos á sueldo de los Romanos y de los Persas, dejaban huellas de su paso como la langosta. Los habia tambien dedicados á piratear en barcas de cuero.

La costa del Malabar, entre Goa y Bombay, se conocia con el nombre de Costa de los Piratas, á causa de los que siempre la han infestado hasta los Maratas de hoy dia.

En tiempo de Tolomeo se habian aumentado los conocimientos respecto del Asia Meridional; pero los geógrafos modernos disputan todavía sobre la correspondencia de sus determinaciones con los actuales países. Ya en tiempo de Herodoto conocian los Griegos, por medio de las caravanas, la cadena del Indo-Ko, y el grupo de montañas nevadas que se extienden al Nordeste del Cabul hácia Cachemira, y en sus itinerarios estaban anotados los puntos de descanso de Ortospana (*Candaar*) y de Kaspapiro (*Cachemira*). Aristóteles, ántes de la expedicion de su augusto discípulo, indicaba con el nombre de Parnasos la grande y elevada masa del Asia Central. Eratóstenes conocia el Emodon ó Imaon, esto es, el Himalaya, y sabía que los Macedonios le habian dado el nombre de Cáucaso Indio. Tolomeo distingue la cadena de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sarifos (entre Herat y Deh-Zunghi) de la del Paropamiso, á esta del Cáucaso Indio, que se extiende hasta las fuentes del Gánges, y al Cáucaso del Emodo, que costea el Nepal. Tolomeo indica exactamente la direccion de la cadena del Bolor, á la que se habia trasladado el nombre de Imavo, para distinguir el Asia Interior en Asia de dentro y de fuera del Imavo (1).

En cuanto al Asia Oriental, los descubrimientos mas avanzados de los antiguos terminaron en la Sérica. Pero ¿cuál es el país indicado con este nombre? Plinio y Mela dicen, que *los Seres habitaban en medio de las regiones orientales, cuyas dos extremidades ocupaban los Escitas y los Indios*; y como, segun ellos, el Asia terminaba un poco al Este del Gánges y otro poco al Norte del Caspio, es evidente que colocaban á los Seres en el Tibet (2), de donde se sacaba excelente hierro, pieles, bolas aromáticas (*malabathrum*), y principalmente el *sericum* y la *serica materies*. Habiéndose roto las comunicaciones á causa de las guerras con los Partos, la seda llegó á ser de gran precio, hasta que en tiempo de Justiniano se llevaron á Europa las semillas del gusano y el arte de educarlo.

Dirigíanse al Golfo Arábigo y al mar de las Indias las útiles investigaciones de Alejandría, que primero griega y despues romana habia crecido mucho en habitantes y en comercio, aunque la inclinacion á los goces y su carácter voluble le impedian hacerse temible. Un prefecto romano ocupaba el trono de los Faraones y de los Tolomeos, y á los sacerdotes que custodiaban las misteriosas doctrinas, habian sucedido charlatanes y abyectos impostores, ocupados en sacar dinero al pueblo con teurgías y sortilegios, y obtener la proteccion de los reyes por medio de adulaciones.

África. El África se parecia á un triángulo rectángulo, que tenia por base la costa desde las Columnas hasta Pelusa; por el lado perpendicular el Nilo, siguiendo luego hasta el Océano, y por hipotenusa la ribera desde la Etiopía al Estrecho. Pasando el vértice mas allá de la zona tórrida, era inaccesible; pero se le creía situada á ocho mil ochocientos estadios del Ecuador, esto es, á la latitud de doce grados y medio, que venía á ser apénas la mitad de su verdadero tamaño; error que quince siglos despues animó á dar la vuelta al Cabo de Buena Esperanza.

De las trescientas ciudades africanas dominadas por Cartago, ignoramos las que aun existian; pero aquella habia recobrado su vida espléndida, aunque no su antigua actividad. Las llanuras de la Mauritania y la Numidia producian hasta el doscientos cincuenta por uno, de suerte que eran el granero de Roma; y muchas ciudades se aumentaban por medio del comercio, al paso que aceptaban la civilizacion de los Romanos. Comprendia cinco la fértil y melancólica Cirenáica, á cuyo Oriente se extendian las áridas costas de la Marmórica; y pocos penetraban en los oasis del interior. Sin embargo, la Libia era mejor conocida de los antiguos que de nuestros padres, pues ellos tenian noticia de su triple cosecha, segun la diferente elevacion del terreno, de sus rebaños de gacelas, antílopes, carneros con grandes cuernos, novillas de Berbería, chacales, puerco espines y hurones, y sacaban de allí el silfio, que se equiparaba á la plata (1).

Poco ó nada se habia añadido á las noticias que en Ménfis y Cirene reunió Herodoto sobre el interior del África. Con los Cartagineses pereció la memoria de las relaciones que mantenian con los pueblos de las orillas del Níger, y se consideraban como fábulas las atrevidas navegaciones de Hannon. Léese en Plinio que Juba, rey de Mauritania, habia explorado las fuentes del Nilo, que él coloca en un lugar de la Mauritania Interior, donde aquel rio, *desdeñándose de correr por áridos arenales, se esconde debajo de tierra durante muchas jornadas de camino;* vuelve luego á aparecer en la Mauritania Cesárea, y echando una ojeada á los pueblos vecinos; se oculta de nuevo por una distancia de veinte jornadas, hasta que llega á los confines de los Etíopes. Se ve, pues, que confundia el Nilo con el Níger. La inscripcion de Aduli (2) nos indicó una expedicion interior, pero limitada tal vez al país situado entre el Golfo Arábigo y el Astápes (*Abavai*). En tiempo de Augusto, Candace, reina de Etiopia, invadió el Alto Egipto con soldados sin disciplina y sin mas armas que anchos escudos de acero, hachas, venablos y sables. Rechazólos el prefecto Petronio, persiguiéndolos hasta los desiertos donde habia perecido Cambíses; pero apénas se retiró, volvió otra vez al campo la feroz reina, y sitiada de nuevo, envió embajadores á Augusto, el cual le concedió fácilmente la paz, poco anheloso de poseer desiertos inhabitados, y hasta la eximió de pagar el tributo que le habia sido impuesto. 2214 á. de J. C.

Entre los pueblos interiores del África nombraban los Romanos á los Nasamones, á los Gétulos, á espaldas del país de los Cartagineses y de los Númidas, y á los Garamantas (*Fezan*) *mas allá del curso del sol, á las extremidades del mundo* (3). En la Etiopia, nombre que daban

(1) Humboldt, *Asia Central*.

(2) Amiano Marcelino parece verdaderamente describir la alta llanura del Tíbet, cuando dice: « Contra Orientalem plagam in orbis speciem consertæ aggerum summitates ambiunt Seras. In hanc itaque planitiem undique prona declivitate præruptum, » etc. XXIII, 6.

(1) Dioscórides elogia las cualidades medicinales del silfio ó laserpicio. Se usaba como sudorífico y para dar buen olor al aliento y á los manjares mas delicados. César encontró en el tosoro de Roma un pedazo de esta planta que pesaba ciento once libras, y se conservaba entre los metales preciosos. En tiempo de Estrabon se hizo aun mas rara por las devastaciones de las tribus nómadas, segun él dice; pero Plinio lo atribuye á la avaricia de los publicanos, que la destruían para venderla mas cara. En el *Specimen floræ libicæ*, 1824, publicó Gliviani la descripcion de un nuevo silfio (*taphsia silphium*) que cree sea el de los antiguos, y que recogió en la Cirenáica.

(2) Véase t. 1. pág. 671.

(3) Virgilio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al país situado entre los Garamantas y las cataratas del Nilo, colocaba la imaginacion extrañas tribus de comedores de avestruces (*itrutiofagi*), comedores de langostas (*acridofagi*) y comedores de todo (*panfagi*); suponia á otras que habitaban en cavernas (*troglodítas*); y ya se figuraba individuos de inmensas bocas (*gamphasantes*), ya de terrible mirada (*blemmyes*) ya pigmeos ó gigantes.

En el Océano Atlántico colocaban las islas Afortunadas, nombre un tiempo fabuloso, pero que quizá despues de Sertorio indicó las Canarias, y donde Horacio aconsejaba emigrar á los que estuviesen cansados de las incomodidades de Roma: poético remedio para males que solo el Cielo podia reparar.

Plinio, que por querer abarcar todas las materias en su enciclopedia, no profundizó ninguna; que medía en la Geografía los diferentes estadios por un octavo de milla romana, sin diferenciar á los autores antiguos de los modernos, mezcló opiniones contradictorias, y creyó que la Europa formaba una tercera parte del mundo continente, mas un octavo; el Asia una cuarta parte, mas un décimocuarto, y el África una quinta parte, mas un sexagésimo. Esto basta para desautorizar su testimonio respecto de países lejanos; pero nos confirma mas y mas en la opinion de que los antiguos no conocieron la China, ni la posicion mas oriental del Asia.

Los escasos conocimientos geográficos de Estrabon pudieran comprenderse en una línea tirada desde el Cabo de San Vicente á las desembocaduras del Gánges, y desde los países del Níger hasta el Elba en Europa, parte del mundo que nos queda que examinar.

Europa, España. Empezando por el Occidente, se encuentra la Península Ibérica, de cuyas poblaciones ya hemos hablado (1). Augusto que; para borrar la memoria de las antiguas constituciones, introdujo una nueva division administrativa, la habia dividido en Lusitania, Bética y Tarraconense. La Bética (*Granada, Andalucía*), abundante en aceites, lanas finas y soberbias ciudades, como Gádes, Córdoba, Hispális (*Sevilla*), estaba habitada por los Turdetanos, que poseían antiguos monumentos de historia y de poesía. Los Lusitanos, ágiles en la carrera, terribles en las guerrillas, residian entre el Tajo y el Duero; mas al Norte los Gallegos (*Galicia*) y los salvajes montañeses de Cantabria, que doscientos años de guerra no habian hecho dóciles al yugo romano, y en cuyo país las madres degollaban á sus pequeñuelos, ántes de permitir que cayesen en manos del enemigo, y los hijos á sus padres al verlos cargados de cadenas. Los Celtíberos, resto de los conquistadores que habian venido de la Céltica, y que triunfaban del impetuoso valor de los Galos con la firmeza de la resistencia, despues de haber sido arrojados de sus fortalezas por los Romanos, se doblegaban á vivir en sociedad civil entre el Ibero (*Ebro*) y las fuentes del Tajo. Contaba Plinio en esta comarca trescientas sesenta ciudades, entre las cuales *Cæsar Augusta* (Zaragoza) á orillas del Ibero, eclipsaba á las demas del interior, y *Augusta Emerita* (*Mérida*), capital de la Lusitania y asilo de los veteranos, contenia á los independientes. Entre las marítimas que florecian por su industria, ocupaban el primer lugar Tarragona y Nueva Cartago, desde que habia perecido la demasiado fiel Sagunto.

En las Baleares habitaba una nacion alegre, voluptuosa, diestra en tirar la honda.

Galia. Dividíase la Galia en *Bélgica*, del otro lado del Sena; *Céltica* entre el Loira y el Sena, reducida despues á la mitad con el nombre de Leonés; *Aquitania*, entre el Loira y los Pirineos; la costa del Mediterráneo, el Languedoc, la Provenza y el Delfinado, constituían la *Narbonense*, antigua provincia: en la primera, muchas naciones germánicas mezcladas con los Celtas formaban pueblos distintos, que hablaban en diferente idioma que estos. Los Aquitanos eran de raza ibera.

Entre las mil doscientas ciudades de la Galia, florecia en las regiones meridionales la griega Masilia, célebre por sus sabias leyes y su industria; Narbona, sede del poder romano, empezaba á engrandecerse con costumbres algo sencillas y groseras. César habia abierto de par en par á los Galos las puertas de la ciudad y del Senado de Roma; pero Augusto los expulsó para restaurar la nacionalidad latina, los recargó ademas de tributos, fundó allí una ciudad con el nombre misterioso de Roma (*Valencia*); estableció colonias en Orange, en Fréjus, el arsenal del imperio, en Carpéntras, Viviers, Aix, Apt, Vienne; y los nombres de *Julia* ó *Augusta* atestiguaban los serviles privilegios de várias ciudades. Á tantas antiguas prefirió luego la nueva de Lugduno, con el fin de colocar allí la sede de la administracion de la Galia Cabelluda, por ser muy á propósito para el comercio, pues comunicaba con el mar por su rápido rio y le servian de apoyo los Álpes. Al traves de estos habia ya abierto una senda el Hércules Fenicio, que pasaba por la colina de Tenda, y siguiendo las huellas de aquel símbolo de una colonia industrial, construyeron los Romanos la via Aurelia.

Abundaban allí el trigo y el centeno; prosperaba la vid en toda la Narbonense; en los bosques, al lado de la piadosa encina, crecian los olmos y los abedules, y la liga de los Pirineos se miraba como sagrada en las ceremonias de los Drúidas. Los Galos vestian capa corta (*sagum*), almilla (*palla*), bragas de colores vivos y variados; de donde le vino el nombre de Galia *Bracata* á la Narbonense, á diferencia de la *Comata* libre y de la *Togata* de este lado de los Álpes.

Bretaña. Comprendian tambien en la Céltica la isla de la Gran Bretaña (1), con sus ricos pastos, sus

(1) Lib. V, cap. 1.

(1) Véase la pág. 80.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

espesas nieblas, frecuentes lluvias, costumbres agrestes y cabañas esparcidas en medio de las selvas. Excitó la avaricia de los Romanos por la pesca de las perlas, y su inquietud porque de allí, como que era el foco del culto druídico, salian excitaciones patrióticas á la Galia Continental. La Bretaña Romana, á que dieron extension las conquistas de Agrícola, quedó limitada por la muralla de Adriano entre el golfo de Solevay y la embocadura del Tyne. Mas allá estaban los Caledonios, que los Latinos creyeron se llamaban *Picti* (1) á causa de las figuras dibujadas en sus cuerpos gigantescos; y que fueron vencidos despues por los Escoceses, pueblo celta, procedente de la Irlanda. César es el único que indica entre los Damnones (*Cornwall*) las minas de estaño que habian atraído allí á los Fenicios; pero eran mas conocidas las de oro, plata y hierro. En York estaba la residencia del gobierno, y Lóndres se enriquecia con el comercio.

Irlanda.

La Hibernia, que es tambien la fértil Erin, fué descrita como inculta y malsana por Estrabon; pero despues los Britanos la dieron á conocer como abundante en pastos y en puertos, y dócil al gobierno. El nombre que le dieron los Romanos era derivado de los Hibernios, la nacion mas numerosa de la comarca.

Los Celtas de la Bretaña se diferenciaban poco de los del Continente en el modo de vivir: habitaban en cabañas cónicas, andaban armados como ellos de largos sables; pero habian aprendido de los Caledonios á construir los carros de guerra: se pintaban la cara de azul turquí, y llevaban cabellos largos, bigotes y vestidos de pieles; sujetos á reyezuelos, fabricaban aldeas y cuidaban de los campos y los ganados. Por el contrario, los Caledonios iban desnudos, se dibujaban várias figuras en el cuerpo, y adornaban sus brazos y cintura con enormes anillos de hierro, viviendo solo de la caza sin cuidarse de la abundantísima pesca.

Italia.

Valiéndose los Romanos de una expresion que manifiesta su carácter, llamaban *mar nuestro* al que baña tres lados de la Italia, miéntras que el Septentrional está limitado por los Álpes, cuyo semicírculo toca con un extremo el golfo de Adria, y con el otro el Ligústico. Pero los Álpes no fueron bien conocidos de los antiguos: disputaban si la Italia era triangular ó cuadrada, y casi le daban una direccion de Oriente á Occidente. Países de límites naturales tan determinados parece que debian estar indicados con un solo nombre; pero como los antiguos denominaban los territorios segun las naciones que los habitaban, y no al contrario como acostumbran los modernos, distinguian tambien en este caso varios países segun sus moradores. Al principio se llamó Italia la península formada por los golfos de Scilax y Lamético, ó de Santa Eufemia, que hoy recibe el nombre de Calabria Ulterior: despues, en tiempo del historiador Antíoco, se extendia al Norte, hasta el riachuelo Laus y Metaponto; á fines del siglo v de Roma, indicaba este nombre todo el territorio que está al Mediodía del Tíber y del Euxino. Polibio fué el primero que comprendió tambien bajo aquel nombre la Venecia y la Galia Cisalpina; pero semejante denominacion geográfica no adquirió realidad sino cuando Augusto, Marco Antonio y Lépido quisieron impedir que la Cisalpina fuese gobernada por un proconsul, el cual pudiese, como César, conducir sin resistencia un ejército hasta cerca de Roma. Augusto la dividió despues en once regiones, comprendiendo ademas la Iliria (1), y así permaneció, hasta que habiendo sucumbido el imperio, el nombre de Italia se limitó á la parte septentrional que lo obtuvo tambien en nuestros dias, cuando se adornó con este título á una sombra de reino, del que estaban excluidas la Toscana, Roma y los países que dieron orígen á aquel nombre. Despues se desvaneció aun esta sombra, y el nombre no vive ya sino en la memoria y en las esperanzas.

En la Galia comprendian los antiguos la parte superior: los Ligurios se estremecian y fatigaban en las escarpadas pendientes del Genovesado, y los Venetos en el sitio donde debia dominar despues la admirable esposa y hoy viuda de los mares.

De las fértiles llanuras de la Galia Cisalpina se descendia á las lagunas (2), hoy risueñas compiñas de Parma y de Módena: pantanos y lagos cenagosos infestaban á Brescia, Mantua, Como, Reggio, á la tierra situada entre Altino y Aquilea (3), y á Rávena, que surgia de las lagunas (4). Suministraba mármoles el puerto de Luni: la espada inexorable habia arrancado de la Etruria la antigua civilizacion: alimentaban abundantes ganados las regiones de los Sabinos y de los Umbríos que yacian en la servidumbre. Se iba por magníficos caminos á la Campania, ojo de Italia, donde Pozzuoli reunia el comercio de todo el Mediterráneo; y Nápoles, no amenazada aun por el Vesubio, divertia con sus costumbres griegas los ocios de los vencedores del mundo. El Samnio habia sido despoblado por las victorias de Sila; la Lucania, el Abruzo, Calabria, y la Apulia, habian ingertado su nueva civilizacion en la antigua, y la gloria de las colonias griegas se concentraba en Bríndis. escala habitual de los que se dirigian á la Grecia. Decíase que toda la Italia comprendia mil ciento noventa y siete ciudades.

La fértil Sicilia, honrada por Antonio con la ciudadanía romana, la insalubre Cerdeña, la salvaje Cirno, y principalmente Elba con su hierro, rodeando la tierra de Jano, participaban de sus vicisitudes.

(1) *De pictioch*, que en celta significa ladron.

(1) 1. El Lacio y la Campania; 2. los Picentinos y los Hirpinos; 3. la Lucania, el Abruzo, con los Salentinos y la Pulla; 4. los Ferentinos, Marrucinos, Pelignos, Marsos, Vectinos, Samnitas y Sabinos; 5. el Piceno; 6. la Umbría; 7. la Etruria; 8. la Cisalpina; 9. la Liguria; 10. la Venecia con los Carnos, los Yapigios y la Istria, 11. la Galia Transpadana.

(2) Cic. Ep. fam. X.

(3) Vitrubio I, 4; Estrabon V.

(4) Sidonio Apol. I, 8.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Germanos.

En el rio Elba coloca Estrabon, segun dijimos, la extremidad septentrional de Europa, mas acá de la cual sitúa á los Germanos, que distribuye con mayor confusion que Plinio y Tácito. Pero, ademas de que los Romanos y los Griegos no ponian mucho esmero en indagar ni ventilar el verdadero nombre de los pueblos, sucede que de un geógrafo ó de un historiador á otro parece variada de posicion una comarca, porque le han mudado el nombre.

Con el vago titulo de Germania indicaban los antiguos el país poco conocido que se halla entre el Rhin, el Danubio, el Teis, el Vístula, el Báltico y el mar del Norte, sin exceptuar la Escandinavia y el Quersoneso Címbrico. Los ejércitos romanos habian descubierto el verdadero curso del Danubio en la Germania y la Panonia, de modo que no se le hacía ya proceder de la Istria en línea recta, como en los tiempos de Aristóteles. Al Norte de este rio era conocido el país hasta el Vístula y el Báltico, que se tenia por un seno del Océano denominado Sarmático, en el cual estaban las islas de Escandinavia y la Tule de Pitéas, y que reunia los mares Escítico y Sérico, con los cuales se creía que comunicaba el Caspio.

La Escandinavia, visitada en otro tiempo por Pitéas (*Thiuland*) que subió hasta el Báltico, era considerada, por los que creían en su existencia, como un archipiélago de grandes islas, apéndice de la Suabia ó Germania Oriental. Conocian allí á los Cimbros, que en el Quersoneso Címbrico (*Jutland*) recogian el ámbar; á los Suiones (*Suecos*), poderosos por mar y tierra, gobernados por monarcas absolutos, tales como las *sagas* islandesas nos han descrito á los reyes pontífices, sucesores de Odin; á los Gotones ó Godos que conciliaban la libertad con el gobierno de uno solo; y á otros pueblos que tenian leyes mas estables y una civilizacion mas adulta que la de los Germanos. En la Rusia Central se colocaban los montes Rifeos, *siempre coronados de nieve.*

Ya habian experimentado los Romanos cómo herian las armas germánicas, y los Longobardos de las orillas del Elba parecen haber sido el pueblo mas remoto á que llegaron sus ejércitos: frecuentaban los mercaderes el grande Estado constituido por el Marcomano Marobodo en la Bohemia, la Silesia y otras comarcas vecinas, subvertidas por un príncipe godo. Hácia la desembocadura del Vístula conocian el nombre de los Venedos, feroces soldados de descubierta; y volviendo á subir al rio, el de los *Liges ó Lutes*, tal vez los Lescios de la edad média, progenitores de los Polacos, como eran abuelos de los Rusos los Roxolanos ó Roxanos, y los Yazigios, quizá de raza sármata: los Bastarnos, habitantes de la Polonia Meridional, formaban, segun Plinio, una quinta parte de la nacion germánica.

Posteriormente, al Sudoeste de la Lituania, fueron conocidos los Fennos (Finlandeses), que en el siglo undécimo pasaron á la Finlandia; hombres enteramente toscos y desaseados, sin armas ni caballos, ni tampoco cabañas, que comian yerbas, se vestian de pieles, dormian en el suelo y no se fiaban sino de sus flechas, cuyas puntas construían de huesos. Guardaban el producto de su caza en medio de las entrelazadas ramas de los árboles, donde descansaban cuando jóvenes y morian cuando viejos, prefiriendo esta condicion á la esclavitud de los pueblos cultos, que viven agitados siempre entre la esperanza y el temor. Berebisbo, rey de los Getas ó Cacios, excitaba la inquietud de los Romanos con sus conquistas, y detenia en las riberas del Borístenes las correrías de los Sármatas, que por instigacion de Mitrídates habian venido de los países situados en el Cáucaso, el Tanais y el Caspio, de donde eran procedentes, contra los Escitas, y que abandonando los carros y la vida nómada, se establecieron en la Lituania y en las regiones vecinas, llegando á ser tronco de naciones extrañas á la raza eslava.

El viajero que desde la Germania y la Dacia, única provincia que poseyeron los Romanos mas allá del Danubio, se dirige al mar Caspio, entra en una inmensa llanura, donde se verificaba el cambio de pieles por vestidos y vino. Tanais, á orillas del rio de su nombre, habia sido destruida por los reyes del Bósforo para resucitar de nuevo en la edad média; pero Olbia, junto al Borístenes, estaba reanimada por el comercio.

En la ribera occidental del Báltico residian los Estios, tronco quizá de los Estonios, que llevaban al cuello la imágen de un jabalí, animal consagrado á Freya, y recogian el ámbar, admirándose al ver que lo compraban los extranjeros.

Ántes de que los Romanos hubiesen pasado el Rhin y el Danubio, el país del Rhin, el mar del Norte, el Elba y el Main, se hallaba habitado por los Istevones ó Ingevones. Detras de estos, de Levante á Mediodía, desde el Rhin Superior y el Danubio hasta el Báltico, ocupaban la Germania mediterránea los Suevos, entre quienes los principales eran los Semnones, en la extremidad oriental, y los Marcomanos, en la del Sudoeste. Al Oriente de los Suevos ocupaban los Vándalos los confines de la Germania, y á ellos pertenecian los Borgoñones y los Godos, que fueron los primeros que atacaron á los Romanos (1).

Los Suevos, cazadores y pastores, que militaron con César, mudaban de país cada año, convirtiendo en desiertos los territorios circunvecinos. Ocupaban los Semnones cien distritos entre el Oder y el Elba, reuniéndose anualmente para hacer un sacrificio humano, en una selva donde no se entraba sino con las manos atadas; otros se establecieron en la Bohemia con Marobodo, y algunos dominaron parte de la Suabia,

(1) *Isth-wohn*, habitante del Oeste; *hebr* alto: por lo cual *hermiones* significaría del centro ó de Levante. *Ingenoves* proviene de *eigion* mar; Vándalos de *vand* frontera, costa.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lo que indica tal vez que su nombre era colectivo (1).

En los tiempos de Plinio ejercian los Vándalos su poder sobre otros pueblos situados entre el Vístula y el Óder. Junto á la desembocadura del primero, en el Báltico, estaban los Godos, y probablemente eran hermanos suyos los Burgundios, residentes hácia el Warta y el Netza, que obedecian á reyes amovibles (*Hendios Kindios?*) y á pontífices vitalicios (*sinistanos*). Los Ruges se hicieron famosos en las sucesivas emigraciones, como los Varines (*Warnes*) de las orillas del Varna.

En el Meklemburgo y en el Holstein adoraban los Anglios á Herba, diosa escandinava de la tierra, que tenia un templo en la isla (*Femern?*) de un lago, al que se arrojaban los esclavos que habian ofrecido los sacrificios. Várias tribus reunidas formaban la Confederacion de los Sajones, que quizá era tambien un nombre colectivo.

En cuanto á la Germania Occidental bañada por el mar, los Caucios residian entre el Weser y el Ems, viéndose obligados, para huir de las mareas, á refugiarse en altas colinas y en cabañas flotantes, sin ganados, ni leche, ni arboles, y viviendo de peces cogidos con la turba. Posteriormente se agregaron á la Confederacion de los Sajones, llegando á ser uno de los pueblos mas poderosos y mejor administrados.

Desde el Ems á la boca occidental del Mosa, moraban los Frisones, vencedores de Tiberio, y vencidos por Claudio, pero á quienes este abandonó. Seguian los Bátavos, colonia de los Cattos, situada entre los brazos del Rhin, y que eran tratados cortesmente por los Romanos, como una reserva para la guerra. Desde el Hartz al Rhin, y desde el Mediodía de la moderna Westfalia hasta el Saal en Franconia, habitaban los Bruteros, los Camavos, los Sicambros, los Marsos, los Tubantes y los Cattos, tal vez comprendidos bajo el nombre genérico de Istevones, en guerra con los Ingevones, liga de septentrionales que incluía á los Frisones, los Caucios, los Angrivaros, los Cimbros y los Teutones. Los dos dialectos que aun al presente dividen la Germania, han hecho presumir á algunos que los Francos y Sajones de nuestro tiempo descienden de aquellas dos confederaciones.

Hácia la confluencia del Rhin y del Mein, una muchedumbre de Galos aventureros habia ocupado varios terrenos, de los que pagaba el diezmo (*agri decumates*); y várias tribus esparcidas en sus alrededores formaron en tiempo de Caracalla la Confederacion de los Alemanes.

Quedaron sin conocerse el interior y la parte oriental de la Germania; solo se conservó amiga de los Romanos la gran nacion de los Ermundures, permitiéndose su comercio con las florecientes ciudades de la Vindelicia y la Retia. Al Norte de los Ermundures estaban los Teurioquemos (*Turingios?*); al Sudeste los Navisios, que con los Marcomanos y los Cuados, habitantes de la Bohemia, la Moravia y el Austria moderna, formaban por este lado el límite del imperio. La selva Ercinia, bajo cuyo nombre confundió César todas las selvas de la Germania Central, descollaba al Norte de la Moravia, hácia la Hungría (1).

No es menester decir que todo esto se expone como simple conjetura, especialmente la existencia de estas alianzas, negada por algunos. Hemos visto á los Suevos invadir con Ariovisto la Galia, de donde los expulsó César arrojándolos mas allá del Rhin. Cuando en seguida, partiendo de la conquistada Galia, invadieron los Romanos la Germania, se les opuso primero la liga de los Queruscos, y luego la de los Marcomanos; y si despues de la derrota de Varo se hubieran reunido, no sufriera la Germania el yugo de Roma.

Augusto no organizó de nuevo el gobierno del país, contentándose con establecer en él un sistema militar, y para custodiarlo, habia esparcidas ocho legiones de ochenta mil hombres entre las ciudades, y flotaba una escuadra en el Danubio.

Florecian en el Quersoneso Táurico, á la sombra de Roma, la ciudad libre de Querson, cerca de Sebastopol, el reino del Bósforo, con Panticopea, colonia milesia (*Tenilsale*), y Teosia (*Ca-pha*).

Iliria. Siguiendo la orilla meridional del Danubio, se comprendian, bajo el nombre de Iliria, todos los países, desde la Helvecia, la Italia y el Danubio, hasta la Grecia y la Macedonia. Parte de ellos estaban habitados por los Celtas, y parte por los Ilirios, establecidos en la actual Albania, y tambien en la Dalmacia, llamada mas propiamente Ilírica, en la Istria y en la Panonia, habiéndose perdido tal vez por mezclarse con los Eslavos que sobrevinieron. Estrabon los diferencia de los Tracios, que se punteaban la piel, y de los Celtas que se cubrian el cuerpo con un baño de pintura.

Entre estas naciones, que estaban reputadas como las mas belicosas del imperio, era la principal la de los Bois, raza céltica que dominó despues gran parte de la Baviera y del Austria modernas, y dió su nombre á la Bohemia: seguian los Tauriscos, que habitaban entre los Alpes Saloburgueses, Carintios y Estirios, cuyas minas de oro y de hierro condujeron á los Romanos á la ciudad de Noreia, que dió su nombre á la Nórica, y por último, los Escordiscos, á orillas del Sava inferior, que desde allí llevaban sus piraterías hasta la Macedonia. Habiendo sido vencidos por los Dacios y los Romanos, abandonaron sus comarcas á estos últimos, que formaron con ellas las provincias de la Nórica y la Panonia.

Extendíase la Retia desde las riberas del Danubio hasta los Álpes, provincia que hizo olvidar el antiguo nombre de los Vindelicios, y

(1) *Schweifer*, vagabundos?

(1) De los pueblos alemanes se habla mas minuciosamente en nuestro LIBRO VII, c. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

donde habitaba una nacion fiera, resuelta *á morir libremente*.

Al Oriente de la Ilírica moraban los Mesios, los Dardanos, los Tribalos, feroces bárbaros, en selvas y lagunas que mantenian rígido un clima que hoy rivaliza con el nuestro. Salvaje era tambien la Tracia, país belicoso situado entre los montes Emo y Rodope, el Bósforo y el Helesponto, que fué provincia romana, y donde florecieron colonias griegas, entre ellas Bizancio, enriquecida por el comercio y destinada á suplantar á Roma. La Mecedonia, que habia dominado al Asia, explotaba las minas de oro del Pangeo y cultivaba los campos abonados del Estrimon : allí progresaba Tesalónica, eclipsando á Pella y Edesa ; y mas que á sus antiguos reyes recordaba las batallas dadas en Filípos. Formaba una provincia : otra la Acaya, ademas de las islas Égeas, de que se consideraba como capital Ródas.

No necesitamos repetir lo dicho acerca de la Grecia y sus islas, que no recordaban ya su antigua gloria sino para sentir la presente abyeccion. Podia decirse que el Peloponeso estaba desierto, comparado con lo que habia sido en sus dias de libertad ; de las cien ciudades de la Laconia, apénas quedaban treinta ; en Corinto se removian las cenizas para hallar restos preciosos : la Acaya no tenia ya ninguna ciudad notable : en la Fócide habia enmudecido el oráculo de Délfos (1) ; y el extenso dominio de Roma iba borrando por todas partes la extraña variedad de leyes y de costumbres. Grecia.

¿Cómo reconocer á las ciudades de Perícles y de Leónidas, al ver á Augusto recorrer la Grecia, concediendo á Esparta la isla de Citéres, en premio de la hospitalidad prestada á Livia durante la guerra de Perusa, quitando á Aténas Egina y Eritrea para castigarla del favor que habia dispensado á Antonio, disponiéndolo todo á su arbitrio y recibiendo aduladoras canciones que le dirigia la enervada voz de las musas helénicas? La religion no acogia ya bajo su sombra las asambleas de las ciudades, sino que amparaba á los malhechores ; y cuando Roma convocó á las várias ciudades para que justificasen el pretendido derecho de asilo, discutia Éfeso seriamente si Apolo habia nacido allí ó en Délos ; y Magnesia, Afrodisia, Estratónice, Hierocesárea, Chipre y otras se apoyaban en las tradiciones y en los monumentos para obtener la inviolabilidad de sus templos. Con igual solicitud once ciudades de las principales del Asia disputaron ante el Senado la gloria de dedicar un templo á Tiberio dios y monstruo.

¡Cuán despreciados no eran por el orgulloso Latino aquellos Griegos que Roma reconocia por maestros, y de quienes se vanagloriaba descender : los únicos que no llamaba Bárbaros y respecto de los cuales renunciaba á la soberbia de dictar sus órdenes y juicios en el idioma propio! Uno de los pocos diminutivos de este idioma era un vilipendio de los Griegos (*græculus*) que se insinuaba en Roma por todas partes, en la enseñanza, en las lisonjas, en los goces. La *fe griega* se habia hecho proverbial; Virgilio la inmortalizaba, y Ciceron la deprimia en la tribuna : « Los testigos (decia) son Grie- » gos, y la opinion general ya los reprueba. No » les disputo ni su literatura, ni sus artes, ni su » elegancia en el decir, ni su agudo entendi- » miento, ni su elocuencia, pero, en cuanto á » la lealtad y á la religion del juramento, jamas » conoció aquella nacion, jamas sintió la fuerza, » la autoridad, el peso de las cosas santas. La » frase : *Jura por mí que yo juraré por ti* ¿se » aplica por ventura á los Galos, á los Españo- » les? No ; solo pertenece á los Griegos; tanto, » que aun aquellos que no saben griego, en » griego la pronuncian. Si observáis á un tes- » tigo de esa nacion, os bastará ver su actitud » para formar juicio de su religion y de su con- » ciencia ; piensa solo en el modo de expresarse, » no en la verdad de lo que dice. Recuso á todos » los testigos que han declarado en esta causa ; » los recuso porque son Griegos, la mas ligera » de todas las naciones. «

Y si hace alguna excepcion á favor de los de Europa, condena á todos los del Asia. « No ci- » taré testimonios ajenos; apelaré á vuestro jui- » cio. El Asia Menor se compone, si no me equi- » voco, de la Frigia, la Misia, la Caria y la Lidia. » ¿Hemos sido nosotros, ó habéis sido vos- » otros los que inventásteis aquel proverbio : » *De un Frigio no se obtiene nada sino con el* » *látigo?* De la Caria decís tambien vosotros : » *Quien quiera correr algun peligro, que vaya* » *á Caria*. ¿Qué frase mas trivial que esta otra » para expresar el ínfimo desprecio : *Es el úl-* » *timo de los Misios?* ¿Tenéis una comedia en » la que el siervo no sea un Cario (1) ? »

¡Cuánto desprecio : al principio de una edad, al fin de la cual debia ver Roma trasladarse su fausto á aquellas playas, y un imperio griego eclipsar y sobrevivir al latino!

Entretanto descollaba Roma como señora de tantos pueblos, extendiendo su dominacion por espacio dos mil millas de Norte á Mediodía desde la muralla de Antonino y la Dacia hasta el Átlas y el Trópico; y por espacio de tres mil de Oriente á Occidente desde el Océano al Eufrátes; ocupando una superficie de un millon seiscientas millas cuadradas, entre los 24 y 56° de latitud septentrional, en los países del mundo mejor dispuestos para la civilizacion. Alguna conquista alteró á veces estos límites, pero por breve tiempo, pues estaban señalados por la naturaleza con los montes, los desiertos y los rios, que son barreras insuperables á pueblos ménos civilizados. Imperio romano.

Si se quiere circuir aquella línea, tendremos

(1) Sulpicio escribia á Ciceron : « Ex Asia rediens, cum ab Ægina Megaram versus navigarem, cæpi regiones circumcirca prospicere. Post me erat Ægina, ante Megara, dextra Piræus, sinistra Corinthus; quæ oppida quodam tempore florentissima fuerunt, nunc postrata et diruta ante oculos jacent. » Ad fam. IV, 5.

(1) *Pro Flacco*, 128.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que al Noroeste abrazaba la Inglaterra y la llanura de la Escocia, dejando los montes á los Caledonios; que con el Rhin protegia la Helvecia y la Bélgica, y con el Danubio las dos penínsulas de la Italia y la Iliria: que llegaba luego al mar Negro, y de allí por la cadena del Cáucaso al Caspio á las montañas centrales del Asia. Los Iberos, que ocupaban su parte mas selvática, no pudieron ser subyugados nunca por Roma; los Armenios fueron ora sus enemigos, ora sus tributarios; pero jamas sus súbditos. De sus montañas se desbordaban el Eufrátes y el Tígris, entre los cuales se extendia la Mesopotamia, donde los Romanos se aproximaban á los Persas. Los desiertos no violados de la Árabia servian de límite á las fértiles colinas de la Siria, y el mar Rojo al Egipto. Doblando al Mediodía, los desiertos de la Libia y el Saar, y luego el Atlántico al Occidente, detenian el vuelo y las rapiñas de las águilas romanas.

Dentro de esta línea permanecian independientes algunos Estados, como el rey Cocio en los Álpes Cocios, con doce ciudades, de las cuales era capital Segusia (*Susa*): Corcira, Chio, Ródas, Sámos y Bizancio conservaban sus leyes; y su gobierno Nímes, Marsella, Lacedemonia y várias naciones de Galia y España. Igual privilegio habian obtenido muchas de las quinientas ciudades de Asia, y especialmente se mantenian libres las de la Panfilia, Tracia y Licia: tenian reyes propios la Capadocia, parte de la Cilicia, Comagene, Palmira, la Judea, la Mauritania y el Ponto: independencia de puro nombre, pues así los reyes como las répúblicas no eran mas que instrumentos de Roma.

En el censo formado por el emperador Claudio aparecieron seis millones nuevecientos cuarenta y cinco mil ciudadanos romanos, que, añadiéndo los niños y mujeres, darian la suma de casi veinte millones. Es difícil calcular el número de súbditos; pero, adoptando un término medio entre muy diversas opiniones, puede creerse que los habitantes de las provincias sumaban el doble, y que los esclavos eran por lo ménos tantos como los hombres libres; de modo que ascenderia la cuenta á ciento veinte millones de almas.

Mas vastos imperios ha visto y ve el mundo; pero extendidos en desiertos ó en poblaciones errantes é incultas. El romano abarcaba los países mas civilizados, aquellos que estaban alrededor del Mediterráneo; y no por efecto de una irrupcion pasajera, sino con una dominacion firme: en cada provincia se elevaban á menudo ciudades, algunas capaces de contener un pueblo entero, como, ademas de Roma, sucedia á Antioquía, Alejandría y Cartago; y todas ricas en monumentos, cuya magnificencia se admira aun entre sus ruinas.

Tal era el engrandecimiento á que habia llegado Roma con el perpétuo sistema de guerra de la república; pero este habia cesado ya. Augusto, á quien no agitaba la ambicion de conquistas, y que queria erigir el trono en el Capitolio al lado de la estatua de la libertad, tuvo por principal objeto en sus expediciones la paz; y cabalmente conquistó la Retia, la Vindelicia, la Nórica y la Panonia, para comprender en el imperio á los Álpes y que estos le sirviesen de barrera. Tampoco sus sucesores, excesivamente ocupados por la administracion de tan vasto imperio, y temerosos de que los generales se acostumbrasen al mando en las conquistas de países lejanos, deseaban la guerra; ni eran ya halagados los capitanes por la esperanza de los triunfos, cuando toda la gloria se reflejaba en la persona del príncipe.

Amontonábanse en las fronteras otras naciones, impelidas como las olas por las olas, y refrenadas solo por la inmovilidad de las legiones; pero el peor enemigo era la depravacion interior que preparaba el hundimiento de aquel coloso, cuando mas firme parecia á los ojos del vulgo.

CAPITULO II

Tiberio.

Hallándose excluida la mayor parte del pueblo romano é italiano de los derechos reservados á los pocos que gozaban la plenitud de la ciudadanía, estaba en lucha con estos para obtener igualdad de privilegios. De aquí resultaron discordias intestinas, empeñadas durante siglos entre los nobles, defensores de la libertad aristocrática, ó los ricos que se permitian todo con el oro, y la mayoría de la poblacion, que descontenta de obedecer y servir á tantos tiranuelos, se agrupaba en derredor de jefes ambiciosos, con los cuales establecia tiranías momentáneas, ó un despostismo permanente. Al principio se fatigó en lo scomicios perorando y pidiendo leyes, al modo de los Gracos; creciendo luego la potestad de los tribunos, se declaró en guerra abierta en tiempo de Mario, tan benemérito y audaz como envidioso de los nobles. Repartió este á los Socios itálicos entre las treinta y cinco tribus, por cuyo medio, siendo muy grande su número, hubieran prevalecido sobre los antiguos ciudadanos; pero el Senado, sostenido por el no ménos cruel Sila, quiso reducirlos á solo las ocho, cuyo voto rara vez ó nunca se presentaba ocasion de conocer. Entónces empezaron las guerras y el horrible sistema de las proscripciones: aprovechándose de ellas Sila, restableció la república, esto es, el predominio de los aristócratas, consolidó el poder del Senado, introdujo soldados mercenarios, y les repartió, no ya el campo público, sino los bienes arrebatados á los proscriptos.

Despues de su muerte, dirigió su partido Pompeyo, vacilante en el peligro, en la ambicion y en la crueldad; al mismo tiempo que se hizo jefe del pueblo César, dotado de una cabeza y de un corazon muy capaces para conducir al triunfo á una faccion. Venció en efecto al Senado, el cual solo valiéndose de los puñales pudo impe-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dirle que llevase á cabo la gran reforma. Con su caída se volvieron á encender las adormecidas disensiones, y la antigua libertad luchó con Antonio y Augusto, los cuales se disputaron primero la herencia de César, reconciliándose despues en el peligro comun, hasta que habiendo dado en tierra con la aristocracia, renovaron el combate, del cual salió Augusto único soberano.

Dotado de grandes cualidades y de mayor astucia, en cuarenta y tres años acostumbró al yugo á los Romanos, conservando las formas republicanas; « habiendo ganado á los soldados con donativos, con pan al pueblo, y á todos con las dulzuras de la paz, empezó paso á paso á elevarse, reuniendo en sí las atribuciones del Senado, de los magistrados, de las leyes, sin que ninguno se opusiese; pues los mas denodados habian muerto en las batallas ó en las proscripciones; y los nobles, viendo que sus riquezas y honores crecian á proporcion que se mostraban dispuestos á servir, y prosperando en el nuevo órden de cosas, preferian un presente seguro á un pasado peligroso. Tampoco desagradaba el estado de los negocios á las provincias, las cuales durante el mando del Senado y del pueblo temian las competencias de los poderosos, la avaricia de los magistrados y la débil tutela de las leyes, desvirtuadas por la fuerza, los manejos y el dinero (1). »

Augusto, léjos de derribar la constitucion, aparentó rejuvenecerla, pero solo para reconcentrar en sí todos los poderes. Como primer ciudadano (*princeps*) obtuvo várias magistraturas temporales; como cónsul ó procónsul, fué árbitro del Senado y de las provincias; como censor le correspondió vigilar sobre las costumbres y sobre la disciplina; como pontífice máximo, dirigió los augurios; como general (*imperator*), dispuso de los ejércitos. Apoyóse principalmente en la potestad tribunicia; y aquel *voto* que habia obtenido la plebe á fuerza de largas contiendas, hacía á la sazon inviolable al que la dominaba, le concedia el derecho de *interpelar* por cualquier decreto del Senado ó del pueblo, y le declaraba tutor de este. Sus sucesores, hasta Diocleciano, contaron los años de su imperio desde el tribunado, y en clase de tribunos trataron de igualar el derecho, y de quitar al Senado hasta la sombra de la autoridad que le quedaba. Concentrada así en el emperador la representacion del pueblo (2), estaban echados por tierra los dos grandes baluartes de la libertad, la intercesion de los tribunos y la apelacion á los comicios.

El imperio no fué, pues, una monarquía, sino mas bien una prolongada dictadura, administrando los emperadores solo en cuanto reunian en sí todos los empleos, y apoyándose (como lo indicaba su título) en la fuerza de las armas, pero cubriendo con el velo de la jurisdiccion civil la fácil y necesaria usurpacion militar.

Intimidado Augusto con la muerte de César, no se atrevió á dar una forma estable á su gobierno, ni á fijarle límites, para que estos no hiciesen conocer á los Romanos que su poder no los tenia de ninguna especie. De donde resultó que no hubiese ni eleccion legal, ni órden de sucesion : los emperadores fueron tiranos y no reyes, disfrutando de un poder desmedido, pero precario. Las innovaciones se disfrazaban con nombres antiguos. Deben, pues, imputarse á Augusto los abusos de sus sucesores, cuyo carácter, vicioso con exceso, ó intempestivamente virtuoso, causó la ruina del imperio. Suya es la culpa del despotismo militar, la peor de las tiranías, porque destruye aquellas pasiones que son la vida de la sociedad. Suya es la culpa tambien de la arbitrariedad de los pretorianos y de las frecuentes revoluciones que quebrantando la audacia de los soldados y debilitando los recuerdos del pueblo, permitieron al fin que Diocleciano se arrogase el pleno poder, y que Constantino aboliese hasta las apariencias y las formas (1).

Ha habido quien ha supuesto que Augusto nombró por su sucesor á su hijastro Tiberio, para que la maldad de este diese realce á su moderacion; añadiendo que previó cuanto ha-

(1) TÁCITO, *Ann.* I, 2.

(2) Léese en las *Pandectas* : « Quod principi placuit, legis habet vigorem; utpote cum lege regia, quæ de imperio ejus lata est, populus ei et in eum omne suum imperium et potestatem conferat. » (Fr. I, pr. D. I, 4.) Pareció tan fuerte este pasaje que lo supusieron falso; pero aquí *omnem potestatem* no quiere decir que el pueblo transfiriese al emperador *todo su poder*, sino que el emperador recibe del pueblo todo el poder que tiene.

(1) Fuentes antiguas : DION CASIO en los libros LI-LX. Desde este último al LXXX no tenemos sino el compendio que formó Sifilino, el cual alcanza hasta Alejandro Severo. Es tan partidario de la monarquía como Tácito de la república. Los *Anales* de este comprenden desde Tiberio hasta Vespasiano; pero se ha perdido el que describia parte del reinado de Tiberio, desde el año 32 al 34 el reinado de Calígula, los seis primeros años de Claudio y el último año y medio de Neron. De su *Historia* no tenemos sino los tres años, del 69 al 71.

SUETONIO, *Vidas de los Césares*, desde Julio César hasta Domiciano; nos informa de sus particularidades y caractéres.

VELEYO PATÉRCULO, adulador, pero interesante cuando habla de los reinados de Augusto y de Tiberio.

HERODIANO, que comprende en ocho libros la historia, desde Cómodo á Gordiano.

Las vidas de los emperadores, desde Adriano á Diocleciano, se encuentran en los *Scriptores historiæ Augustæ minores.*

EUTROPIO, AURELIO VICTOR y SESTO RUFO nos han dejado otros compendios.

Fuentes modernas. LE NAIN DE TILLEMONT, *Hist. des empereurs et des autres princes qui ont régné dans les six premiers siécles de l'Église*. Brusélas, 1700, y la edicion aumentada de 1707 : compilacion fatigosa y tesoro de erudicion. Los jesuitas Catrou y Rouille terminan su historia romana en Tiberio; pero, tanto ellos como Rollin y Vertot, son poco exactos en la citas y añaden circunstancias retóricas y sofísticas, ignoradas de los antiguos. Mas exacto que estos es Hooke, al cual siguen los autores ingleses de la *Historia Universal.*

CREVIER, *Hist. des empereurs romains depuis Auguste jusqu'à Constant.* Paris, 1749; continuacion de Rollin, prolija y escasa de crítica.

Los *Anales de Italia* de MURATORI empiezan con la era vulgar, y miéntras dura la unidad del imperio puede decirse que abrazan la Historia Universal : son áridos, pero exactos.

Las épocas están comprobadas por los numismáticos, como LE VAILLANT, COOKE, y principalmente ECKEL, *Doctrina nummorum veterum.*

Un hermoso trabajo reciente son *Les Césars* por *M. Champigny*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bia de padecer Roma, sometida al lento suplicio á que la condenó aquel hombre (1), medroso, irresoluto, desconfiado, disimulador. Cuando Tiberio se hizo ilustre con las guerras, le indujo Augusto á repudiar á su mujer Cipsania Agripina, para que se casase con su hija Julia, y le concedió muchos honores y la potestad tribunicia; de suerte que podia lisonjearse de que sería llamado á sucederle; pero no tardó en conocer que el anciano emperador preferia en sus favores á los hijos de Agripa. Entónces parte por despecho y parte por quitar al tímido Augusto todo recelo, se retiró durante ocho años á la isla de Ródas, dejando sus armas, sus caballos y su toga, y hasta se alejó del mar, para que no le viesen ni siquiera los navegantes. Allí consultaba á los adivinos, llevándolos á su casa situada entre precipicios, y desde el tejado les hacía buscar en los astros el porvenir. Si la respuesta le parecia sospechosa, á la vuelta el liberto despeñaba al torpe astrólogo. Habiendo interrogado una vez al Griego Trasilo, le predijo este que ceñiria la corona. *¿Y qué será de ti?* le preguntó Tiberio. Reflexionó el adivino, se puso pálido, exclamó que un grave peligro le amenazaba: y Tiberio le estrechó contra su pecho, dispensándole desde entónces su estimacion y afecto.

El orgullo de la familia Claudia, concentrado en él, le hacía pensar en aquel retiro en los medios de llegar al trono; y así que la muerte de los hijos de Agripa (tal vez obra suya) le allanó el camino, volvió á Roma, donde fué
2 d. C. adoptado por Augusto, encontrándose al fallecimiento de este dueño del mundo, á los cincuenta y seis años. Al principio, aunque tomó la guardia pretoriana y escribió á los ejércitos con objeto de asegurarse de su fidelidad, sin embargo, para que no pareciese que debia su elevacion á los manejos de una mujer y á la imbecilidad de un anciano, convocó modestamente al Senado, como tribuno que era, y re-
8 de Augusto de 14. husó el imperio que se le ofrecia, como un peso que apénas podia sostener el divino genio de Augusto; añadiendo que entre ciudadanos tan ilustres no convenia encargar de él á un hombre solo. Pero al fin lo aceptó, y ¡desgraciados de los que habian tomado seriamente aquella escena!

Habiéndose hecho prometer por los senadores que le auxiliarian en cualquier ocurrencia, los consultaba de contínuo, toleraba su oposicion y aun la elogiaba; exhortábalos á restablecer la antigua república; cedia la derecha á los cónsules; se levantaba de su asiento al presentarse estos en el Senado ó en el teatro; asistia á los procesos, especialmente cuando esperaba salvar al reo; no permitió que le diesen el título de señor, ni de padre de la patria, ni tampoco el de dios; afirmaba que su obligacion era cuidar del órden, de la justicia, de la paz pública; aliviaba á los súbditos de tributos, y advertia á los gobernadores de las provincias que un buen pastor esquila, pero no desuella al ganado. Reformó las costumbres, suprimiendo las innumerables tabernas, y restableciendo la ley que conferia á los padres la autoridad de castigar á las hijas díscolas, aunque estuviesen casadas; prohibió les besos de saludo en público; á los senadores no les permitió que se mezclasen con los pantomímicos, ni á los caballeros que obsequiasen públicamente á los cómicos; y para formar contraste con la prodigalidad de los banquetes, se hacía servir las sobras del dia anterior, diciendo que la parte no era ménos sabrosa que el todo. Si se divulgaban sátiras contra él, decia que en un Estado libre debian ser libres el pensamiento y la palabra: queriéndose presentar en el Senado una querella contra sus difamadores, respondió: *No tenemos tiempo para tales negocios. Si abrís la puerta á los delatores, vuestra única ocupacion será oir sus acusaciones; y bajo pretexto de defenderme á mí, todos os expondrán sus injurias, para que las venguéis.*

Pero, aunque disimulador, no supo mostrarse nunca agradecido: léjos de imitar la munificencia y afabilidad de Augusto, las desaprobaba; no dió muchos espectáculos al pueblo, ni hizo donativos á los soldados, ni siquiera pagó los legados dispuestos por su predecesor, diciendo: *Tengo el lobo de la oreja*; y habiendo uno de los legatarios dicho por chanza al oído de un muerto, que anunciase á Augusto que su última voluntad no estaba cumplida, Tiberio le pagó lo que aquel le habia dejado, y en seguida lo mandó degollar, diciéndole: *Vé á referir á Augusto noticias mas recientes y verdaderas.* Prohibió que se erigiesen altares á su madre y que le fuese concedido el lictor, ni otra prerogativa; de modo que aquella, en premio de tantas intrigas y delitos, solo recogió la amargura de haber colocado en el trono á un ingrato. Quitó á su mujer Julia, á quien Augusto habia mitigado el destierro de tres lustros, la módica pension que le habia señaladó su padre, reduciéndola á morir de hambre; é hizo degollar á Sempronio Gracco, su antiguo amante.

De estos indicios de una índole feroz pasó pronto á una crueldad calculada, implacable, escarnecedora. Para consolidar su poder, necesitaba quitar de en medio á los pretendientes y destruir los restos de las formas republicanas. Agripa, sobrino de Augusto, que podia presentar algun título al imperio, fué muerto. Á Germánico, en quien el pueblo idolatraba al futuro restaurador del buen gobierno, le fué ofrecido el imperio por el ejército de Germania y de Panonia, acostumbrado á marchar con él á la victoria, y excitado á la sedicion por el espectáculo de los padecimientos de los soldados, ya á causa de las fatigas de la guerra, ya de los azotes y la disciplina, y por la confianza que le inspiraba la debilidad de un nuevo reinado. No bastaron para sofocar la sedicion los ejem-
Germánico.

(1) « Miserum populum romanum qui sub tam lentis maxillis erit. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

plares mas severos, y fué un espectáculo nuevo el ver, no á un campo combatiendo contra otro, sino á los que habian dormido bajo una misma tienda y comido á la misma mesa, destruyéndose entre sí, de tal manera que la fuerza empleada para reprimir á los revoltosos, era, como reflexionaba Germánico, no un remedio, sino una matanza.

Este por fin los apaciguó con afabilidad y firmeza; dirigiendo luego el ardor de las tropas contra los enemigos, derrotó á los Germanos, y aprovechándose de una noche en que celebraban sus fiestas, los exterminó y borró la infamia de la derrota de Varo. En estas empresas y en otras que ya hemos referido, le sirvió de grande auxilio el valor de su esposa Agripina, la cual sostenia los consejos de Germánico, alentaba á los cobardes, y socorria á los heridos. Concibió Tiberio sospechas de él, y aunque Germánico procuraba conjurar la borrasca disponiéndolo todo en nombre del emperador, y atribuyéndole los prósperos sucesos, temiendo este que el gran favor de que disfrutaba en el ejército y el pueblo, le excitase á invadir el imperio, sin aguardar á sucederle, interrumpió sus victorias. Llamóle á Roma, y le recompensó mezquinamente concediéndole los desusados honores del triunfo sobre los pueblos situados entre el Rhin y el Elba, en cuya ceremonia seguia la mujer de Arminio al carro en el cual iban con Germánico, Neron, Druso, Cayo, Agripina y Drusila, sus hijos.

Envióle entónces Tiberio á apaciguar el Oriente que se habia insurreccionado, confiriéndole igual autoridad que la que habia gozado Pompeyo; pero nombró gobernador de Siria á Gneo Pison, hombre presuntoso y violento. Este y su mujer, prodigando oro y calumnias, ponian estorbos á todas las acciones de Germánico, hasta que le hicieron morir víctima del veneno ó de los pesares.

Todos lloraron al generoso jóven: algunas naciones suspendieron las hostilidades contra el imperio para tributarle los honores fúnebres, y varios de sus príncipes se afeitaron la barba y obligaron á sus mujeres á que se cortasen el cabello en señal de luto. El rey de los Partos interrumpió por algun tiempo sus cacerías; los Antioquenos apedrearon á los dioses y los templos, como si quisiesen castigar á los poderes celestes por aquella muerte; y en Roma se expresó el dolor con las mas patéticas demostraciones. El dia, dice Tácito, que se encerraron sus cenizas en el sepulcro de Augusto, parecia Roma, ya una caverna por el silencio, ya un infierno por el llanto. Corria la gente por las calles: ardia el campo de Marte lleno de antorchas; allí los soldados sobre las armas, los magistrados sin insignias, y el pueblo recorriendo sus tribus, gritaban que se habia hundido la república, tan atrevidos y sin embozo como si se hubieran olvidado de que tenian un dueño. Pero nada sintió tanto Tiberio como el entusiasmo del pueblo hácia Agripina, llamándola ornamento de la patria, único resto de la sangre de Augusto, el solo espejo de la antigüedad, é invocando al Cielo y á los dioses para que salvasen á sus hijos, permitiendo que sobreviviesen á los perversos (1).

Viéndose Tiberio ya seguro, no tuvo necesidad de máscara, y disipó la ilusion que Augusto habia dejado. Empezó por quitar al pueblo el derecho de elegir á los magistrados y sancionar las leyes; y fingiendo que le dolia verle obligado á abandonar sus negocios para reunirse en los comicios, transfirió aquellos actos al Senado, cambio importantísimo en la constitucion romana (2). La admision en los comicios y el diverso grado de autoridad en ellos habian sido causa de las prolongadas rivalidades entre patricios y plebeyos. Los comicios, como hemos dicho, se reunian por curias, por centurias ó por tribus: en los primeros cada ciudadano, cualquiera que fuese su clase ó su riqueza, acudia á elegir á los magistrados y á decidir sobre los principales intereses; en los centuriados se reunian segun las riquezas, prevaleciendo en ellos el que mas poseía; y los comicios por tribus, exentos de los auspicios, hacian oposicion á los otros. Administracion.

Desde que se inscribió á los habitantes de Italia en las tribus de la ciudad, cesaron los comicios de las curias, y cuando se necesitaba su voto para confirmar ciertos testamentos y adopciones, eran sus representantes treinta lictores, que tenian en otro tiempo el cargo de reunirlos.

Decayeron los comicios por tribus en los últimos años de la república, cuando la voz del pueblo no podia ya hacerse oir en medio del choque de las espadas. Posteriormente, cuando los emperadores se constituyeron en representantes del pueblo y soberanos, concluyó su autoridad legislativa, y solo se reunian para oir la proclamacion de los magistrados inferiores, que segun la antigua constitucion eran elegidos por el sufragio de las tribus.

En los centuriados, verdadera asamblea de Quirites, se creaban los primeros magistrados, se ratificaban las leyes propuestas por ellos, se conocia de los delitos de lesa majestad y de cuanto tenia relacion con la salud pública. El haber extendido P. Sulpicio á toda Italia, en tiempo de Mario, los derechos de la ciudadanía romana, introdujo gran confusion en estos comicios, cuya autoridad limitó Sila al derecho de oposicion, con lo que restableció el primitivo poder de los patricios. Cotta y Pompeyo restituyeron la autoridad á las asambleas populares; pero se vendia el voto, ó se intrigaba descaradamente para obtenerlo. César, conservando las apariencias, se arrogó el nombramiento de los cónsules y de la mitad de los demas magistrados. Augusto restituyó á los comicios sus antiguos privilegios, pero haciéndolos ilusorios

(1) *Anales*, lib. II.

(2) Suetonio ni siquiera lo indica, y apénas habla de él Veley.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mediante las recomendaciones, ó con nombrar á veces por sí los cónsules.

Reducidos á tal condicion, podia conservarlos el emperador sin peligro ni obstáculo, con tanta mayor razon cuanto que los dirigia como tribuno y podia anular cualquier decision suya. Pero Tiberio, para que no pudiesen ni aun pensar en recobrar la soberanía, los abolió, concentrando los derechos del pueblo en un Senado servil, que llegó á ser de este modo legislador y juez de los delitos de lesa majestad; y para que ni siquiera en esta parte fuesen libres las sentencias, debian los senadores votar en alta voz en presencia del emperador ó de personas de su confianza.

Ante aquella asamblea, un tiempo augusta, y degradada entónces hasta el punto de declarar el mismo Tiberio que le indignaba su vileza, proponia ó discutia las leyes. Siempre que se trataba de reformar las costumbres, hablaba como un Caton; pero concluía persuadiendo á que no se innovase cosa alguna. ¿Puede haber nada mas grato para un tirano que la corrupcion de sus súbditos? Habiéndose acostumbrado el pueblo á la ociosidad desde que se le dispensó de ocuparse en los negocios públicos, se arruinaba en dar banquetes, comprar vasos, vestir seda y en cosas peores; y entretanto no pensaba en turbarle la posesion del mando.

La ley contra los que menoscabáran la majestad del pueblo se hizo extensiva á los desacatos inferidos al emperador, como que él era el pueblo, y ofreció á Tiberio un medio legal para ejecutar las mayores atrocidades y las mas minuciosas vejaciones. Los primeros á quienes se aplicó fueron caballeros oscuros, ó malvados, publicanos rapaces, gobernadores infieles, adúlteras famosas; y el pueblo aplaudió al severo mantenedor de la ley. Pero apénas se supo cuál era la inclinacion del príncipe, acudió un tropel de acusadores. Educados los jóvenes en escuelas de retórica; donde siempre se separaba la doctrina de la práctica, y una y otra de la moral, con la cabeza llena de figuras y lugares comunes, impacientes por pasar de las vanidades de aquel mundo aéreo á la realidad de la abogacía y á la prosa de la vida, anhelosos de ejercer su profesion, de alcanzar honores, fama, placeres, de ser objeto de las conversaciones, de rivalizar en lujo con los grandes, corrian á formular acusaciones, como se acostumbraba en tiempo de la república. Á esta senda del arte y de la ambicion afluyeron tambien personas insignes: el gramático Junio Oton, que introducido arbitrariamente por Seyano en el órden senatorial, ataviaba su vil bajeza con un atrevido descaro: Brutidio, que dotado de gran ciencia hubiera podido subir muy alto, á no haberse apresurado demasiado á sobreponerse á sus iguales, á sus superiores, á sí mismo; Aterio, que viciado en el sueño, y en vigilias libidinosas, meditaba en las casas de juegos y en los lupanares asechanzas contra los mas no-

Acusaciones.

bles ciudadanos (1). Estos y otros semejantes acusaban, segun la antigua costumbre (*more majorum*), á todo el que descollaba en gloria, virtud ó riquezas. Pero habian cambiado los jueces y los tiempos; y la elocuencia no ofrecia ya como entónces un objeto elevado á las pasiones políticas, ni un ejercicio de pro y contra. Los rencores, que habian sobrevivido á la libertad, enseñaban mil ardides, y las mas débiles pruebas bastaban, cuando así agradaba al señor. Buscábanse pretextos en las desavenencias de las familias; y cualquiera hecho, por sencillo que fuese, se presentaba como caso de Estado. Si alguno se habia desnudado ó vestido en presencia de una estatua de Augusto; si habia satisfecho una necesidad corporal ó entrado en un burdel con un anillo ó con una moneda que llevase la efigie del emperador; si habia murmurado de Agamemnon en una tragedia, escrito el elogio fúnebre de Druso ántes de que muriese, vendido un jardin en que se elevase el simulacro de Augusto, ó preguntado á los Caldeos si un dia llegaria á ser rey y tan rico que pudiera empedrar de plata la via Appia, se le consideraba reo de lesa majestad: tal se juzgó á Cremucio Cordo por haber llamado en sus *Anales* á Bruto el último de los Romanos.

Acostumbrados los ciudadanos á gritar en el foro, y á explayar el ánimo en las conversaciones y en las cartas, vieron rodeadas sus personas de espías, sin poder hablar, y encadenado su pensamiento; prohibiéndoseles llorar á las víctimas hasta que ellos mismos lo fueran. Al que nombraba la libertad, se le acusaba de que queria restablecer la república; al que echaba de ménos á Augusto, de que reprobaba á Tiberio; si uno callaba, era porque urdia conspiraciones; si hablaba, se interpretaban sus palabras malignamente; la tristeza significaba descontento; la alegría esperanza de algun cambio. Durante los dias en que Tiberio habia vacilado en recibir el poder, habia notado cada voz, cada accion, cada deseo de libertad no disimulado entónces, y los recordaba á la sazon para formar de ellos otros tantos delitos de lesa majestad.

Apénas era uno acusado se veía, como un apestado, abandonado de sus amigos, de sus mas cercanos parientes, temerosos de ser envueltos en su ruina; entre un extranjero y un deudo, entre un amigo y un desconocido no se hacía diferencia alguna; no habia delacion por infame que fuese, en que los principales del Senado no se empleasen, ó descubiertamente ó bajo sigilo, hasta el punto de haber un hijo denunciado á su padre. Luego las acusaciones se hicieron sin temor ni esperanza, únicamente por ser la moda; se entablaban querellas sin motivo conocido, y eran condenadas las personas sin saber por qué.

Conducido el acusado ante senadores parciales, cómplices ó sanguinarios, y enemigos entre

(2) TÁCITO, *An.*, III, 66, IV, 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

si, en presencia de cuatro ó cinco acusadores, que se habian acostumbrado en las escuelas á encontrar y rebatir argumentos, cuando ninguno se atrevia á levantarse en su defensa, cuando el tormento aplicado á los esclavos suplia por la falta de pruebas ¿qué esperanza de salvacion podia tener? No pensaba, pues, sino en vengarse, denunciando como cómplices á los mismos acusadores ó á los jueces: juego de esgrima que proporcionaba á Tiberio extraordinario solaz.

Solo le disgustaba que algunos se librasen del suplicio, y por consiguiente, de la confiscacion de bienes, con darse la muerte; por lo cual lo sublime del arte consistia en sorprenderlos de improviso. Habiéndose uno traspasado con su espada, los jueces se apresuraron á entregarle al verdugo; á otro que tomó veneno delante de ellos, se le condujo sin mas espera á la horca. De Carnucio, que consiguió matarse, dijo Tiberio: *Se me escapó;* mostró sentimiento de que otro se hubiese librado de su perdon; y á un tercero, que le suplicaba le acelerase el suplicio, respondio: *No me he reconciliado aun bastante contigo.*

Considérese hasta qué punto debian estar conculcados los afectos que tranquilizan la vida y alivian la desgracia, y cómo debia encancerarse el egoísmo, cuando se temia encontrar en cada semejante un traidor. Débiles y tímidos, porque estaban aislados, se doblegaban al poder ó conspiraban con él: dado un paso, era forzoso seguir por la pendiente; y el Senado, donde se habian acogido los que pudieran oponerse á Tiberio, se los iba entregando uno despues de otro, contento cada cual con salvarse á sí mismo. Por eso en aquel desquiciamiento universal, la Roma de Caton y de Bruto se humillaba trémula á los piés de un emperador que despreciaba á todos, hasta á los aduladores, que aborrecia sin motivo y asesinaba sin odio. Era imposible huir en tan vasto imperio: abundaba el campo en esclavos vengativos; y cada uno deseaba coger al proscripto para salvarse á sí propio. El pueblo, abatido, desconfiado, temeroso, no podia buscar refugio en creencias consoladoras, pues la religion habia cedido el puesto á supersticiones del peor género, y singularmente á las astrológicas: la filosofía depravada enseñaba subterfugios y sofismas, desesperándose con los estóicos ó prostituyéndose con los epicúreos. No quedaba mas recurso que el suicidio, el cual nunca tal vez se ha repetido tan sistemáticamente, ó bien librarse de pensamientos y temores, sumergiéndose en los deleites.

Á ello animaba con su ejemplo el anciano y enervado emperador. En Roma, aunque temido, oía de vez en cuando la censura de sus iniquidades, ó en una esquela que le arrojaban, ó en el susurro que se movia en el teatro al entrar él, ó en el silencio general: ya un sentenciado le insultaba ántes de morir; ya un espía le descubria con demasiada fidelidad los horrores que Roma repetia de su persona. Repugnándole ademas las bajezas del Senado y de los cortesanos quiso asociar con mas libertad los dos elementos del paganismo, á saber: las crueldades y los deleites. Caprea, cuyo acceso dificultan los escollos, miéntras que la dilatadísima vista del mar, la perspectiva de las risueñas riberas de la Campania y la suave temperatura del cielo la hacen deliciosísima, fué elegida por el terrible y trémulo emperador como su prision y paraíso. Allí le dominó Trasilo á su antojo, é hizo que le predijesen los astrólogos que no volveria mas á Roma: acercándosele una vez su culebra favorita, fué muerta por los moscones, lo que interpretó como un aviso de que debia precaverse de las asambleas, y se ocultó en su isla. Allí construyó doce ciudades, cada una dedicada á un dios, termas, acueductos, pórticos, delicias de todo género. Cuando era aun simple particular, se entregaba á la crápula (1); hecho emperador creó un superintendente de los placeres; dió la cuestura á uno que vació de una vez un ánfora; regaló doscientos mil sestercios á Anselio Sabino, por un diálogo en que las setas, los becafigos, las ostras y los tordos se disputaban la primacía: y pinturas obscenas, y escenas de monstruoso libertinaje debian excitar los lánguidos nervios del torpe anciano. Si los padres rehusaban el honor de ofrecer sus hijas á las imperiales lascivias, las robaban sus esclavos y satélites. Si las mujeres al verle tan feo y lleno de úlceras mostraban asco de su inmunda vejez, inventaba Saturnino deleites que excedian á lo que pudiera figurarse la mas lúbrica imaginacion. Isla de Caprea. 26.

Y para que no le faltasen los placeres de la ciudad, disputaba con sofistas y gramáticos acerca del nombre que habia tomado Aquíles miéntras estuvo disfrazado de mujer en la corte de Esciros; sobre quién era la madre de Hécuba, y cuáles las cosas que cantaban por lo comun las Sirenas.

No por esto se disminuían las acusaciones, las gemonías, los suplicios: con refinados tormentos se arrancaba de la boca de los reos la confesion, y en seguida se les arrojaba al mar. Inaccesible á todos, no recibia ni aun las cartas, sino de mano de su ministro: los senadores que iban á llevarle homenajes ó reclamaciones, despues de esperar largo tiempo eran despedidos: un Rodio, á quien habia convidado con reiteradas instancias, accedió á su llamamiento, y el emperador por equivocacion, ó por costumbre, le mandó ahorcar.

Era su consejero de atrocidades Elio Seyano, prefecto de los pretorianos. De mediana condicion, de torpes costumbres, de espíritu y cuerpo vigorosos, se habia insinuado en el favor de Tiberio, no cautivando su afecto, cosa imposible, sino haciéndole relevantes y desleales servicios. Tramó con él la pérdida de Agripina, mujer de Germánico, que con sus costumbres Seyano.

(1) Los soldados en vez de *Tiberius Claudius Nero*, le llamaban *Biberius Caldius Mero*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

severas y amorosa veneracion á su difunto esposo, inspiraba recelos al emperador. Los amigos de aquella fueron acusados y condenados á muerte uno despues de otro; de donde provino que el espanto la hiciese mirar con una especie de horror. Sin embargo, no se atrevia Tiberio á mandarla matar; y así, habiendo salido de Roma, se paseó por la parte mas deliciosa de Italia, se retiró á Caprea, y desde esta deleitosa isla escribió una carta ambigua al Senado, inculpándola de orgullo, y á su hijo Neron de impudicia. Vió el Senado la mina que se preparaba contra la casa de Germánico, pero el favor que esta gozaba entre el pueblo le detuvo. Llegaron entónces reconvenciones de Caprea, y al punto Neron fué desterrado y Druso preso, no tardando ambos en morir; Agripina fué relegada á una isla, donde dicen que se hizo dar muerte.

Así que Seyano alejó á Tiberio de Roma, la gobernó á su antojo. Hizo importante el grado de comandante de los pretorianos, á quienes reunió en un solo campamento bajo las murallas de Roma, dándoles por este medio el poder de la union, del que abusaron despues para nombrar y deponer emperadores. Disponiendo á su arbitrio de los empleos, podia adquirirse amigos; inducia con palabra de casamiento á las principales señoras á que le ayudasen á engrandecerse, y á que le descubriesen los secre-
50. tos de sus maridos: el mismo Tiberio le llamaba públicamente el compañero de sus trabajos, y permitia que se grabase su efigie en las banderas, y que se quemasen víctimas cotidianas en sus altares.

Pero, no contento Seyano con el dominio, quiso tambien las apariencias; y advirtiendo que entre él y el imperio se interponia Druso, hijo de Tiberio, sedujo á su mujer Livila, y la persuadió á que lo envenenase, pidiéndola despues por esposa á Tiberio.

Desde entónces fué el heredero presuntivo, temido, y de consiguiente odiado por el emperador. Pero ¿cómo derribarlo, si todo el imperio estaba en su mano? Tiberio empezó por elevar frente á él á Cayo César Calígula, hijo de Germánico, predilecto del pueblo y de los soldados; despues envió secretamente al Senado á Macron, tribuno de los pretorianos, con una carta en la que al principio dejaba escapar algunas quejas contra Seyano, pasando en seguida á hablar de otra cosa; volvia luego á las quejas; divagaba despues, entreteniéndose en diferentes asuntos, y de nuevo aludia á Seyano, usando de palabras cada vez mas acerbas: ordenaba que fuesen condenados á muerte dos senadores, amigos íntimos del ministro, y miéntras este aturdido no se atrevia á proferir una palabra en defensa de aquellos, oyó que la carta concluía con la órden de que fuese preso.

31. Inmediatamente le abandonaron sus amigos; así los pretores como los tribunos le impidieron huir, y el pueblo le insultó. Tiberio, que consideraba este como un gravísimo golpe de Estado, no habia omitido precaucion alguna; escribió al Senado que le enviase á uno de los cónsules con una buena escolta para conducirle á Roma, á él, pobre viejo, abandonado de todos; dió órden á Macron de que si se suscitaba algun tumulto, diera libertad al jóven Druso, aun vivo, y le presentase al pueblo como emperador: tenia bajeles prontos para huir; pasaba el dia en la cima de las rocas observando las señales concertadas: tan grande era su temor de que el egoísmo se adormeciese un solo instante. Pero justamente con el poder habia cesado el favor tributado al dios, al futuro emperador. Macron habia comprado ya con dinero la connivencia de los pretorianos, quienes en vez de defender á Seyano, entraron á saco en Roma, miéntras que el pueblo desahogaba su cólera en el cadáver del execrado ministro. El Senado se aprovechó de aquella ocasion para condenar á muerte á algunos espías; cuantos amigos habia tenido Seyano fueron perseguidos, sus hijos horriblemente asesinados, y como la ley prohibia el suplicio de las vírgenes, una hija suya de tierna edad fué entregada ántes al verdugo para que la violase.

Propensos siempre los súbditos á atribuir á los ministros las culpas de los que reinan, esperaban que, muerto Seyano, se mitigaria la crueldad de Tiberio; pero sucedió todo lo contrario, pues se mostró mas sediento de sangre que nunca, matando indistintamente á amigos y enemigos. Temia al Senado, y cada dia cercenaba un nuevo miembro de él; temia á los gobernadores, y á muchos, despues de nombrarlos, les impedia trasladarse á las provincias, quedando estas así sin administracion; temia los recuerdos, y mandaba matar á muchos porque se manifestaban compasivos (*ob lacrymas*); temia el porvenir, y enviaba al suplicio á los niños de nueve años. Los motivos mas absurdos bastaban para conducir á la muerte. Acusaban á uno la amistad de su entenado con Pompeyo, á otro los honores divinos tributados por los Griegos á su bisabuelo Teofánes de Mitilene; un enano que le divertia cuando se sentaba á la mesa, le preguntó: *¿Por qué vive aun Paconio, reo de alta traicion?* y Paconio no tardó en morir. La historia de aquellos años puede llamarse el registro mortuorio de las familias ilustres, y se notaba, como cosa rara, que un personaje distinguido muriese en su lecho. Mujeres y niños eran envueltos en la condena: una vez mandó degollar á todos los que se hallaban presos por la causa de Seyano, y sin distinguir edad, sexo ni condicion, sus cuerpos mutilados yacieron por muchos dias en las calles bajo la custodia de los verdugos, que denunciaban el dolor. Crueldades de Tiberio.

Ya terriblemente sardónico, ya terriblemente serio, queriendo ser adulado, y despreciando no obstante á los aduladores, era para con él peligrosa hasta la vileza. Propuso Vogonio que veinte senadores armados le hiciesen por turno

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la guardia siempre que entrase en el Senado; y se atrajo las burlas del emperador, muy ajeno de querer conceder armas á los senadores. Calion fué de dictámen que á los pretorianos jubilados se les concediese sentarse en el teatro entre los caballeros, y su meditada complacencia le costó el destierro y la prision, exclamando Tiberio : *¿ Con qué derecho presume este determinar las recompensas que yo destino á mis guardias?* Al cumplir el vigésimo año de su mando, le decretaron los cónsules fiestas, acciones de gracias, votos : Tiberio dijo que con esto entendian prorogarle por otro decenio la soberanía, y les hizo dar muerte.

No habia bajeza á que se resistiese el Senado; pero debia temblar al recibir aquellas cartas suyas tan raras é insidiosas, ya rígidas, ya blandas. Hoy recordaba su clemencia en no haber enviado á las gemonías á Agripina, y queria se trasmitiese á la posteridad que habia muerto dos años justamente despues que Seyano : mañana rogaba á los padres conscriptos que obligasen á algun antiguo cónsul á aceptar el gobierno de las provincias que decia rehusaban todos, miéntras él era quien impedia que se trasladasen á ellas los electos : luego pedia que se registrase á los senadores ántes de entrar en la curia, y que á él se le concediese una guardia cuando fuese al Senado, adonde nunca pensaba dirigirse.

Para consuelo de la humanidad, sépase que tenia la conciencia de sus delitos y del horror que inspiraba; por lo que escribia al Senado : *Si sé lo que debo deciros, los dioses y las diosas me hagan perecer aun mas cruelmente de lo que me siento morir cada dia.* Pero, léjos de enmendarlo los remordimientos, decia : *Que me odien, con tal que me obedezcan*, y se precipitaba en excesos, que no solo no pueden escribirse, pero ni aun casi imaginarse.

Sin embargo, cuando hallaba alguna vez resistencia, se doblegaba. Marco Terencio, acusado de amistad con Seyano, dijo en el Senado : « Me sería mas conveniente negar la acusacion; » pero léjos de eso, confesaré que he sido ami» go de Seyano. Le ví en gran favor con el » príncipe; ví á sus amigos poderosos, temero» sos á sus enemigos. Mis homenajes y los de » los demas no se dirigian á él, como conspira» dor; dirigíanse al yerno del emperador, á su » representante en la administracion de la re» pública. Á nosotros nos toca venerar á los que » el emperador ensalza, pero no juzgarlos. No » es fácil indagar cuáles fuesen sus últimos de» signios; pero ni fijéis la atencion en sus pos» treros dias, sino en los diez y seis años en » que teníais á honra el ser conocidos por sus » libertos, por sus porteros. Castíguese al que » maquinó con él contra la república; de su » amistad nos absolverá la misma razon que » absuelve á César. » Y este le declaró justificado. Inculpado el general Getulio de haber querido casar á su hija con el hijo de Seyano, respondió á Tiberio : « *Me engañé* pero tambien tú. Yo te » soy fiel, y permaneceré tal, si no me ofenden; » si viniesen á reemplazarme, me creeria ame» nazado de muerte, y sabria evitarla. Conven» gámonos, queda tú dueño de todo, y déjame » mi provincia. »

Así podia escribir un general al que hacía temblar á Roma y al mundo.

Porque conviene decirlo y repetirlo, no era robusto su poder por apoyarse en una administracion firme y compacta, sino por la desunion de los demas y la prontitud en prevenir á sus adversarios : muy poderoso en el círculo que formaban sus verdugos, poco valia fuera de él : cualquiera que se hubiese insurreccionado sin temor, en medio del desaliento universal, seguramente le hubiera derribado. Tiberio lo conocia, y de aquí provenia su desconfianza, principal móvil de sus acciones. Miéntras recorria la Italia, supo que el Senado habia absuelto á algunos acusados por él, sin siquiera oirlos, y creyendo comprometida su autoridad y su vida, quiso regresar á Caprea, pero murió en el camino.

16 de marzo 37. Al recibir Roma la primera noticia, creyó que eran ardides de los espías; pero así que la vió confirmada, elevó su júbilo al cielo, como si la muerte de Tiberio le restituyese la libertad. Sin embargo, aun dominaba con su sombra; pues encontrándose en Roma algunos presos que, segun un decreto del Senado, no se debian ejecutar hasta pasados diez dias, como no se habia presentado aun el sucesor que los podia absolver, los verdugos se decidieron por lo que pareció mas seguro y legal, y los estrangularon.

El que crea que hay algun mérito capaz de compensar la inhumanidad, podrá alabar á Tiberio por su liberalidad en socorrer al pueblo en las carestías y desastres. Un terremoto redujo á un monton de ruinas doce ciudades muy florecientes del Asia : sus habitantes fueron sepultados ó tragados por el abismo; montañas enteras se abismaron; elevároнse otras y padecieron de resultas de esta calamidad muchos países del Ponto, de la Sicilia y de la Calabria. Tiberio eximió por cinco años de contribuciones á las comarcas perjudicadas, envió grandes sumas para reedificar las casas y diez millones de sestercios á los de Sárdis, tanto que le fué erigido un coloso, con las efigies de las doce ciudades alrededor (1). Ántes de elogiar este y otros hechos (2), conviene examinar si se los

(1) Sárdis, Magnesia, Mosténes, Egea, Hierocesarea, Mirina, Cyma, Filadelfia, Tmolo, Temni, Apolonia, Hircania; otros añaden á Éfeso.

(2) Uno de los historiadores del siglo pasado, que nuestros maestros nos acusan de no venerar, disculpa á Tiberio, defendiéndole de la malignidad de todos los historiadores, y concluye con estas palabras : « ¿Qué mas han hecho por el bien » de los pueblos los pocos príncipes cuya memoria respeta la » posteridad? ¿Cuántos reinados adornados con títulos pom» posos están léjos de ofrecer rasgos semejantes en apoyo de » la adulacion que los encarece? ¿Cuántos soberanos serian » colocados por los panegiristas al nivel de Trajano y de » Enrique IV, si hubiesen hecho la centésima parte del bien » que sus mas crueles enemigos no pueden negar á Tiberio?» LINGUET, *Historia de la revolucion del imperio romano*, II, 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dictó la política, la necesidad de adormecer el descontento, ó el desprecio á la humanidad, desprecio que le arrastraba á acariciarla y hollarla por mero capricho como si fuese su juguete: pues no se deben considerar en un príncipe las acciones aisladas, sino su conjunto, y la influencia que hayan tenido en la suerte de su pueblo y del género humano. Tiberio acabó de demoler las barreras del despotismo, si es que Augusto habia dejado algunas; acostumbró al Senado y al pueblo á los mas absurdos antojos del dominador; extinguió los sentimientos que forman la dignidad del hombre y del ciudadano; y pervirtió la conciencia pública, único sosten que despues de destruidos todos los demas mantiene y repara las fuerzas de los Estados. Asesinando á los mejores ciudadanos, corrompiendo á los restantes, demostrando que el Senado y el pueblo podian llevar su vileza y su miedo hasta el extremo de adorar al que dispensaba el ultraje y la muerte, probó que no existia ya ninguna fuerza moral, y que la material lo podia todo.

CAPÍTULO III

Calígula. — Claudio.

Dos nietos dejaba á su muerte el emperador: Tiberio Neron Gemelo, hijo de su hijo Druso, y Cayo César, hijo de Germánico. Las lágrimas de desesperacion con que el pueblo y el ejército habian llorado la muerte de Germánico, se habian convertido en fervoroso amor hácia su hijo: los soldados estaban locos con él, le tenian entre ellos para que jugase, y á causa de los zapatos militares con que le calzaban (*caliga*) le dieron el sobrenombre de Calígula. Semejante afecto hubiera bastado para que Tiberio le aborreciese de muerte, pero el niño evitó sus asechanzas, y acalló sus celos con tan profundo disimulo, que el orador Pasieno dijo que jamas habia existido mejor esclavo, ni peor amo que él. Despues, por medio de la mujer de Macron, que este le abandonó movido de lejanas esperanzas, volvió Calígula á la gracia de Tiberio, el cual le nombró heredero del imperio en su testamento.

Calígula.

No se habia escapado á sus penetrantes miradas la perversa índole del niño, del cual dijo: *Tendrás todos los vicios de Sila y ninguna de sus virtudes: y esta es una serpiente que crio para el género humano.* Viéndole reñir un dia con el jóven Tiberio, exclamó no sin lágrimas: *Tú le asesinarás; pero otro te asesinará á ti*: vaticinios hechos no por la observacion de las estrellas, sino por el conocimiento de los hombres y de los tiempos.

El pueblo, segun su costumbre, esperó todas las felicidades del jóven emperador, y parecieron lisonjearle los principios de su gubierno. Así que llegó Calígula á Roma, pronunció el elogio de su predecesor con pocas palabras y muchas lágrimas: manifestó su intencion de restituir al pueblo las elecciones, pero suspendió el verificarlo por no creerlo capaz para ello; derogó las acusaciones de lesa majestad; quemó los procesos principiados; permitió la lectura de los libros de Tito Labieno, Cremucio Cordo y Casio Severo, prohibidos por Tiberio: y habiéndosele denunciado una conjuracion, no dió oídos al delator, diciendo: *Nada he hecho para que me aborrezcan.* Agradó, sobre todo, la piedad con que recogió las cenizas de su madre y de sus hermanos, trasladándolas de la tierra del destierro al mausoleo de Augusto (1).

Pero este niño epiléptico, hasta entónces juguete de los soldados, pobre huérfano, trémulo á cada mirada de su tio, árbitro de su vida, en cuanto conoció que era dueño de todo el mundo y que lo podia regir á su arbitrio, pero que tambien una puñalada podia privarle de su imperio; en cuanto vió que en una de sus enfermedades le sacrificaron ciento sesenta mil víctimas para que los dioses conservasen la delicia y el astro de la patria, se apoderó de él tal delirio de sangre y de brutalidad, que no es posible explicarlo sino suponiéndole demente.

Sus extrañas crueldades.

Aunque la relacion de sus desapiadadas locuras no influya en los destinos de las naciones, muestra por lo ménos á qué extremo habian llegado los hombres en el momento mas espléndido de la antigüedad. Despues de restablecer

(1) « ¿Quién al ver á Calígula despues de la muerte de Tiberio, en posesion tranquila del imperio de la tierra y de los mares, con excelentes instituciones ya establecidas, en plena paz y concordia con las provincias, reuniendo en un solo reino el Norte, el Mediodía, el Oriente y el Occidente, hallándose los Bárbaros y los Griegos en buena armonía, y viviendo en paz los ciudadanos y los ejércitos, unos y otros igualmente partícipes de los empleos y de las reciprocidades civiles, no hubiera admirado tan rara y casi indecible felicidad? Tratábase de una herencia de toda clase de bienes: arcas llenas de plata y oro, en barras ó acuñado, ó en vajillas preciosas para adorno de las mesas y de los palacios; fuerzas de infantería, de caballería y marítimas; rentas de manantial perpétuo; dominio en las principales partes del mundo habitable, con dos rios en los confines, el Eufrátes y el Rhin. Por todas partes reinaba la alegría pública, gozando el pueblo romano juntamente con toda la Italia y las provincias así de Europa como de Asia de una agradable paz. Y si alguna vez se habia podido esperar para lo sucesivo tan gran bien, bajo el mando de algun emperador, con mayoría de razon entónces, hijos de esperar, estaban aquellos pueblos segurísimos de obtener todas las comodidades públicas y privadas, y una completa felicidad, bajo los auspicios de un hombre por todos conceptos benigno. Así es que en cada ciudad no se veian sino altares, víctimas, sacrificios; y los hombres, vestidos de blanco y coronados de flores, llevaban pintadas en sus rostros la alegría y la satisfaccion. Todo se volvia fiestas, solemnidades, danzas, competencias de músicas y espectáculos, banquetes, veladas al son de cítaras y flautas; placeres de toda especie, destierro ó aplazamiento de los negocios. No habia ya diferencia entre pobres y ricos, entre nobles y plebeyos, entre acreedores y deudores, entre siervos y amos, pues se hallaban igualados los derechos, tanto que no se dudaba de que hubiese existido el siglo de Saturno. Tal era la abundancia y fertilidad de los víveres; tal la alegría y seguridad que disfrutaron de noche y de dia todas las familias y poblaciones en los siete primeros meses del imperio de Calígula. Pero, en el octavo, acometió á Cayo una gravísima enfermedad, por haber querido cambiar la frugal y saludable manera de vivir que adoptó Tiberio en un lujo de rey. Entregóse con exceso al consumo del vino y otras suntuosidades, no saciándose su inmoderado apetito, aunque tuviese lleno el vientre. Á esto se agregaban baños fuera de tiempo, vomitivos, bebidas frecuentes, los placeres de la mesa, el concúbito con mujeres y niños, y todo lo que siendo nocivo al alma ó al cuerpo puede interrumpir la armonía establecida entre ambos. » FILON, *Legac. á Cayo.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los procesos de lesa majestad, realizó la prediccion del anciano, enviando al jóven Tiberio la invitacion de que se matase por haberse provisto de contravenenos, é hizo lo mismo con Silano, su suegro, y con Macron, su antiguo confidente, que le reprendia sus bufonadas en la mesa y en el teatro. Preguntó á uno que habia estado desterrado : *¿Qué pensabas en el desterro? — Hacia votos por la muerte de Tiberio y por tu reinado*, respondió aquel con lisonja; de donde dedujo Calígula que los desterrados por él desearian su muerte, y como consecuencia de semejante lógica, mandó quitarles la vida á todos. Sediento de sangre, hacía arrojar á las fieras á gladiadores viejos y achacosos, ó sino á los mismos espectadores. Visitaba las cárceles, designando los presos que con culpa ó sin ella debian ser entregados á las fieras, por estar la carne demasiado cara, y ántes les arrancaba la lengua para que no le molestasen con sus gritos. Los procesos eran expeditos, y dia por dia *hacía el balance de las cuentas*; esto es, eliminaba de la lista á los que debia matar. Habiendo caído enfermo, dos hombres ofrecieron su vida por la salud del emperador, y este dijo que aceptaba, y mandó poner á uno á disposicion de los gladiadores y precipitar al otro de una roca, coronado como las víctimas. Habiendo una vez tomado parte en las luchas del circo, su antagonista, para adularlo, cayó á sus piés, confesándose vencido, y él lo degolló: otra vez estando sentado á la mesa con dos cónsules, prorumpió en una risa descompasada, y como se le preguntase el motivo, respondió: *Merio al pensar que una sola señal mia me bastaria para derribar vuestras cabezas*. Debiéndose inmolar una víctima ante el altar, se presentó en clase de sacerdote, y blandiendo el hacha, en vez de herir al animal hirió al sacrificador. Obligaba á los padres á presenciar los suplicios de sus hijos, y excusándose uno por hallarse enfermo, le envió su litera : á la siguiente noche mandaba degollar á los mismos padres. Hizo poner preso á un tal Pastor, solo porque era hermoso, y habiendo ido su padre, caballero romano, á interceder en su favor, ordenó Calígula que el jóven fuese inmediatamente ejecutado y que el padre viniese á comer en su compañía, advirtiéndole que si se mostraba afligido, mandaria matar tambien á su otro hijo.

Queria que las muertes que ordenaba fuesen tales que los destinados al suplicio echasen de ver que iban á morir. Durante su comida, hacia dar tormento á algun reo ; y en caso de no haberlo, á la primera persona que le venía á las manos.

A veces suspendia sus crueldades para convertirse en literato, estableciendo en Lyon certámenes de griego y latin ante el altar de Augusto, en los cuales el vencido debia pagar el premio y escribir el elogio del vencedor; y el que presentaba un trabajo indigno, tenia que borrarlo con la esponja ó con la lengua, ó era zambullido en el Ródano. Habiéndole Domicio Afro erigido una estatua con la inscripcion : *Á Cayo César, cónsul por la segunda vez á la edad de veintisiete años*, pretendió Calígula ver en estas palabras una alusion á su edad no legal, y le acusó ante el Senado, pronunciando una arenga esmerada. El sagaz Domicio, fingiéndose ménos conmovido de su propio peligro que de la elocuencia del emperador, se puso á ponderar las admirables cosas que habia dicho Calígula, confesándose incapaz de responder á tanta elocuencia : era el medio mas seguro de que se le absolviese.

Porque la manía de Calígula era sobresalir en todo; de tal suerte que despreció y proscribió las obras de Tito Livio, Virgilio y Homero, por la envidia que le causaban. Tambien proscribió á algunas personas, solo porque pertenecian á la antigua nobleza : mandó que los Torcuatos no usasen el collar de oro, trofeo de su familia, ni los descendientes de Pompeyo el sobrenombre de Magno ; si veía á uno de los Cincinatos con la larga cabellera rizada y compuesta de que derivaban su apellido, le hacía primero pelar, y en seguida morir; era gladiador, cantor, cochero ; acompañaba en el teatro el canto de los actores, y tachaba sus actitudes. Una noche mandó llamar apresuradamente á tres senadores; y en cuanto llegaron trémulos, subió sobre un tablado, hizo un par de cabriolas, y despues de haber recibido sus aplausos, los despidió. Quiso ser tambien conquistador, y habiéndose dirigido á una revista que debia verificarse en las tranquilas orillas del Rhin, resolvió hacer una correría por las tierras germánicas ; pero, no bien habia puesto el pié en ellas, cuando sobrecogido de pavor, huyó tan precipitadamente, que estorbándole los carros, fué preciso que los soldados le tomasen en brazos y le pasasen de uno en otro hasta ponerlo en salvo. No obstante, quiso obtener los honores del triunfo, y cogiendo algunos Germanos, mercenarios suyos, y eligiendo en la Galia entre nobles y plebeyos á los hombres de *estatura mas triunfal* (1), los vistió á la germánica, hizo que aprendiesen algunas palabras teutónicas y que se dejasen crecer y teñir de rojo los cabellos, y en seguida los envió á Roma á esperar la solemnidad de su ovacion.

Si hubiese querido ser rey, los Romanos le hubieran asesinado; pero se contentó con ser dios y le adoraron : el Senado se apresuró á erigirle templos, fué ambicionado su sacerdocio, y se multiplicaron los sacrificios de pavos comunes y reales y de faisanes. Eligió á Cástor y Pólux para porteros; una Teoría le acompañaba ; por la noche (solo dormia tres horas) se levantaba á galantear á la luna, invitándola con sus abrazos; presentábase ya con el traje de Hércules, ya con el de Mercurio, hasta con el de Vénus, y mas frecuentemente bajo la figura de Júpiter, con quien se encolerizaba á veces

(1) *Ut ipse dicebat* αξιοθρλομβευτον. SUETONIO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nasta el punto de amenazarle diciéndole que le volveria á enviar á Grecia; y hubo ocasion en que para imitarle, recorrió la ciudad en una máquina, que tronaba. Viendo que un Galo se reía al verle, le preguntó: *¿Qué piensas de mí? —Pienso que eres un gran loco*, respondió aquel, y Calígula le perdonó tan áspera verdad.

Habiéndole nacido una niña, la presentó á todos los dioses, y despues la confió á Minerva: ¡pobre niña, á quien los dioses protectores no debian salvar del fin que le preparaban las locuras paternas!

Frenético en el cariño no ménos que en el odio, amó á su caballo *Incitato*, para el cual mandó construir caballerizas de mármol, pesebres de marfil, cabestros de perlas y caparazones de púrpura; un mayordomo, muchos pajes y hasta un secretario estaban al servicio del animal. Unas veces los varones consulares eran convidados á comer con el caballo, otras el caballo era convidado por el emperador, que le servia avena dorada y vino de la mejor calidad: la noche anterior al dia en que debia salir *Incitato*, velaban los pretorianos en derredor de la cuadra, á fin de que nada turbase su sueño; lo agregó al colegio de sus sacerdotes y lo designó por cónsul para el año venidero. Amó al trágico Apéles, su íntimo consejero: amó á Cítico, conductor de coches en el circo, y le regaló en una orgía dos millones de sestercios: amó al cómico Mnestero y le acariciaba en el teatro, y al menor grito de desaprobacion que se oía miéntras declamaba, él mismo azotaba á los osados. No pareciéndole bastante atento un caballero romano, le envió con cartas á Tolomeo, rey de Mauritania; aterrorizado aquel fué, pasó los mares, se presentó al Africano, y habiendo este abierto la carta, encontró escrito en ella: *No hagáis al portador ni bien ni mal.*

Amó á una dama, y acariciándole la cabeza le decia: *La encuentro mucho mas hermosa cuando pienso que una sola señal mia puede hacerla saltar de tu cuello*: Cesonia, su mujer, no era ni jóven, ni bella, ni honrada, lo que dió márgen para que se dijese que le habia fascinado con filtros; pero mas bien sería con su monstruosa lubricidad. El marido la presentaba á sus amigos desnuda, y á los soldados á caballo con yelmo y clámide, y en un acceso de sanguinario amor exclamaba: *En tus entrañas, como en las de una víctima, quiero buscar la razon del cariño que te profeso.*

Amó á todas sus hermanas, como si fueran mujeres propias, y principalmente á Drusila, mandando cuando esta murió que no se jurase sino por ella. Un senador protestó que la habia visto en el camino del Olimpo; y todos los Romanos, vestidos de luto, no podian ni reir, ni lavarse, ni comer con sus esposas é hijos bajo pena de muerte. En seguida Calígula llegó á la ciudad, y viendo aquella afliccion exclamó: *? Á qué llorar á una diosa?* y castigó tanto á los que se mostraban doloridos, como á los que se alegraban. Hizo lo mismo el aniversario de la batalla de Accio; pues descendiendo de Augusto por su madre, y de Antonio por su abuela, encontró igualmente desleales á los que se regocijaban y á los que gemian.

Tambien amó á la plebe, á su manera, dándole espectáculos y ejerciendo con ella liberalidades de una magnificencia no vista hasta entónces; se lamentaba de que no sucediese ninguna gran calamidad para poderse mostrar generoso. Una vez mandó reunir en el teatro á aquel vulgo que tanto amaba, y luego hizo levantar de improviso el velario, dejándolo expuesto á los rayos de un sol canicular: otra le arrojó dineros y víveres, mezclando entre ellos hojas de espadas afiladas: otra, por último, cuando estuvo bien lleno el circo, hizo arrojar fuera de allí atropelladamente á los espectadores, de suerte que muchos perecieron aplastados. Indignado con esto el vulgo, no acudió ya en gran número á sus espectáculos, y él cerró los graneros públicos para hacerle morir de hambre. Un dia que los aplausos no sonaban como él queria, exclamó: *¡Que no tuviese el pueblo romano una sola cabeza para cortársela de un golpe!*

Alguna vez brillaban grandiosos pensamientos en su insensata imaginacion: trató de trasladar la sede del imperio á Ancio ó á Alejandría, apénas hubiese dado muerte á los senadores anotados ya en dos listas, en una de las cuales escribió *espada* y en la otra *puñal;* se proponia cortar el istmo de Corinto, edificar una ciudad en la mas elevada cumbre de los Álpes; si construía una casa de campo, lo hacía en el sitio en que el terreno era mas escabroso y donde el mar era mas profundo y tempestuoso; allí se preparaban baños de perfumes, exquisitos manjares, y se disolvian las perlas; costeaba la deliciosa Campania en barcos de cedro, en los cuales habia salas, termas y vides, y popas brillantes de piedras preciosas. En una palabra, agradábale que todo estuviera fuera de lo ordinario.

Le habian dicho que sería rey cuando pudiera galopar sobre el golfo de Bahía, y quiso ponerlo por obra. Reuniéronse bajeles y naves en número suficiente para formar la longitud de cuatro millas, y encima de ellos se construyó el camino con tierra y arena, con árboles, posadas y arroyos. El insensato Calígula le recorrió en medio de una inmensa muchedumbre, hízole iluminar espléndidamente por la noche vanagloriándose de haber paseado por el mar mas realmente que Jérjes, y convertido la noche en dia; y á fin de que no faltasen víctimas al espectáculo, hizo coger al acaso á algunos de los concurrentes y arrojarlos al mar. Entretanto Roma sentia los horrores del hambre por hallarse privada de las naves que le llevaban trigo.

En una comida consumió dos millones; en un año derrochó quinientos veintisiete millones de francos reunidos por Tiberio. Para

(c) Instituto Cervantes de Madrid

reintegrarse, impuso contribucion sobre todo, multas á quien no la pagase, y con objeto de multiplicar las transgresiones, publicaba las leyes con el mayor secreto, y las hacía grabar en caractéres tan diminutos que no podian leerse. Nacióle una hija y pidió limosna: exigió en enero los regalos acostumbrados de fin de año, y los recibió él en persona midiendo el afecto por la generosidad; por último, se lucró manteniendo una casa de prostitucion. Hacíase nombrar heredero en los testamentos de los mas ricos, á los cuales cuando veía que tardaban en morirse, enviaba viandas de su cocina. Jugando un dia á los dados con mala fortuna, hizo que le llevasen el catastro de la provincia gala; condenó á muerte á algunos de los mas ricos propietarios, y dijo á sus compañeros: *Vosotros me ganáis poco á poco: yo he ganado en un instante ciento cincuenta millones.*

Hizo llevar á Lyon muchos muebles, y venderlos en pública subasta, que presidió él mismo, alabando todos los objetos: *Esto era de Germánico, mi padre; esto lo he recibido de Agripa; aquel vaso egipció fué de Antonio, y Augusto lo conquistó en Accio*, y sacaba por ellos enormes sumas. De la propia manera, y porque las muchas confiscaciones habian hecho bajar considerablemente el valor de los bienes raíces, se puso á subastarlos en persona, asignando á cada finca el precio y el comprador, por lo cual algunos quedaron reducidos á la mendicidad, y otros buscaron la muerte.

Solo una nacion resistió á su insensata voluntad. Vivian en Alejandría muchísimos Hebreos que estaban siempre en un litigio contínuo con los ciudadanos, los cuales, cuando se dió órden de adorar á Cayo, violaron las sinagogas para poner en ellas sus estatuas. Habian gozado siempre los Hebreos de la tolerancia romana, hasta tal punto que cuando entraban las legiones en Jerusalen, quitaban de las banderas la imágen del emperador para no ofender á un pueblo que tanto odiaba los ídolos. Entónces, por el contrario, el gobernador romano de Alejandría favorecia los insultos, los latrocinios y los asesinatos que se cometian contra ellos, por cuya razon disputaron á los mejores oradores de los suyos para que se presentasen á Cayo.

Hebreos.

Queriéndose profanar tambien en Jerusalen el templo con el simulacro de Cayo, vestidos los Hebreos con el cilicio y cubiertos de ceniza, procuraban apartar la profanacion por medio de oraciones. *¿Queréis resistir al príncipe?* les decian las personas prudentes: *¿no véis vuestra debilidad y lo fuerte que es él? — No queremos combatir*, contestaban, *pero ántes moriremos que violar nuestras leyes*, y se postraban en tierra (1). Conmovido Petronio, gobernador de la Siria, vacilaba, reunia tropas, hacía prolongar el trabajo de la estatua, y escribia á Calígula pidiéndole instrucciones, el cual, excitado por los enemigos de los Judíos, queria declararles la guerra, llevar su estatua á Jerusalen, y escribir en el templo: *Al nuevo Júpiter, el ilustre Cayo.*

Habiéndose presentado los embajadores al emperador en la casa de campo de Mecénas, los reprendió como á enemigos de los dioses, despreciadores de su majestad, y adoradores de un dios desconocido; y como protestasen que eran afectos á su nombre y que ofrecian sacrificios por su salud: *Sí, replicó; pero tambien los ofrecéis á no sé qué otro númen: y eso no es honrarme á mí.*

Los Alejandrinos no economizaban burlas á estos embajadores que no comian tocino, se abstenian de las locuras religiosas ó nacionales, y excitaban la ira del emperador, el cual no obstante creyó que era mas bien demencia que maldad el no reconocerle por dios.

En medio de la decadencia universal del sentimiento religioso, es grato encontrarle aun tan elevado entre los Hebreos y asociado al patriotismo para resistir á un hombre del cual, « aunque pretendia ser dios, no podia esperarse » clemencia (1). »

En lo mas fuerte de la opresion y del peligro decian aquellos: *Ahora debemos esperar mas que nunca: está el emperador tan irritado contra nosotros, que Dios no puede ménos de favorecernos.*

Y no salió fallida su esperanza. Acordándose de la antigua dignidad romana Casio Queréas, tribuno de la cohorte pretoriana, y ménos disgustado de las crueldades que de las perversas burlas de Cayo, se conjuró con otros pretorianos, los cuales veían en contínuo peligro su vida si no cortaban la de Calígula, y lo degollaron. Muerte de Calígula. 24 de enero de 11.

Su esposa Cesonia se situó con su hija junto al cadáver de su marido, y cuando tambien se dirigieron contra ella, les presentó el pecho desnudo, pidiéndoles que acabasen pronto. Murió como animosa, y Roma respiró.

Pero no, no respiraba. Los soldados, partícipes de las rapiñas de Calígula, especialmente los mercenarios germanos, las mujerzuelas y los jóvenes en cuyo provecho resultaba aquella inconsiderada prodigalidad; el gran número de aquellos que no poseyendo nada, nada temian; los esclavos á quienes habia permitido denunciar á sus señores y enriquecerse con sus despojos, lloran al emperador, y á fin de vengarlo, cortan cabezas y las pasean en triunfo, diciendo que es falsa la noticia de su muerte. Cerciorados de ello, y cuando se persuaden de que nada mas tienen que esperar, cambian de estilo y aclaman libertad: y libertad grita tambien como consigna el Senado, que maldiciendo el nombre de Calígula, despues de setenta años de paciencia piensa restablecer la república. ¿Pero podian esperar los pretorianos de la libertad halagos, magnificencias y honores como de un emperador que necesitaba de su brazo para

(1) Flavio Josefo, *Ant. Jud.*, XVIII, 11.

(1) La legacion de los Hebreos á Calígula en aquella circunstancia está bien descrita por el hebreo Filon.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

defenderse de los tiranizados? Quieren, pues, un emperador, poco importa quién, y en tanto saquean el palacio. Durante el saqueo ven salir bajo la cortina de un lugar oculto dos piés, y y descorriéndola encuentran un hombre gordo y viejo, que se postra á sus plantas pidiendo misericordia.

Claudio. Era Tiberio Claudio, hermano de Germánico, tio y diversion de Calígula, hombre que pasaba de cincuenta años, medio imbécil, algo letrado y enemigo de ruidos. Los pretorianos lo aclaman emperador, y por no poder andar de miedo, lo toman en hombros y se lo llevan á su campo, miéntras el pueblo grita: *No lo matéis: dejad que los cónsules pronuncien su sentencia.*

Hallábase á la sazon en Roma Agripa, rey de los Judíos, que aunque condenado á muerte por Tiberio, habia sido favorecido despues por Calígula y tenia reputacion de astuto, como todos los de su nacion. Sepultó en secreto á su bienhechor, y despues se dirigió á Claudio animándole á admitir el imperio: en seguida mostró al vacilante Senado los pocos medios que le quedaban para resistir, é indicó que se enviase una comision á Claudio para que renunciase por sí al imperio obtenido de los pretorianos ó lo aceptase del Senado, y él mismo fué entre los diputados; pero por otro lado animó á Claudio para que se mantuviese firme en la negativa. En efecto, este protestó que se veía obligado por la fuerza, que aborrecia la sangre, y que si querian la guerra civil, que respetasen siquiera los templos y los edificios, y que señalasen un campo donde combatir fuera de la ciudad.

Ocurrió á los senadores la idea de armar á los esclavos, con lo cual hubieran tenido un ejército grande y formidable: ¿pero podia haber generosa firmeza en aquellos senadores diezmados por las proscripciones, empobrecidos por las confiscaciones, é infamados por la adulacion? El pueblo por el contrario pedia resueltamente un emperador, y aclamaba á Claudio del mismo modo que los soldados, los gladiadores y los marineros: en vano recordaba Queréas la majestad del Senado, la imbecilidad de Claudio y la dulzura de la vida republicana; ninguno queria ser libre, fuera de los que hubieran reinado á nombre de la libertad.

Claudio fué reconocido, y proclamó un absoluto perdon; únicamente Queréas fué inmolade á la sombra de Calígula, y cuando estuvo en el patíbulo, viendo que la espada del verdugo no estaba bastante afilada, pidió que se le decapitase con la que habia dado la muerte al tirano, y murió como un republicano antiguo. Admirólo el pueblo, pidióle perdon por su ingratitud, hízole libaciones, y volvióse en seguida para hacer la corte y adorar á Claudio.

Era este el juguete de la familia Julia, y á fuerza de llamarlo imbécil lo habian vuelto tal ó persuadido de que lo era. No le fué concedido ninguno de los honores ni de los sacerdocios que llovian sobre los hijos imperiales apénas adolescentes; diéronle un palafrenero por maestro; su abuela Livia no le dirigia nunca la palabra, tan solo le escribia cartas secas y bruscas ó severas reprimendas; y para indicar su madre á alguno muy estúpido, decia: *Es tan bestia como mi Claudio.* Augusto lo llamaba *el pobrecito* (*misellus*), y con tanto cariño como tenia á sus sobrinos escribia: *Es menester tomar algun partido respecto de él; si están cabales sus facultades, tratarlo como á hermano; si es imbécil, cuidar de que no se burlen de él ni de nosotros: puede presidir el banquete de los pontífices colocándole al lado de su primo Silano para que lo contenga y no diga necedades: que no se siente en el circo en el cojin, porque chocarria demasiado. Le invitaré á comer todos los dias; pero que no se muestre tan distraido, y que elija un amigo á quien imitar en sus actos, en su manera de vestir y de andar.*

No tan amorosos los demas, se divertian con él: si llegaba tarde á la cena, tenia que dar muchas vueltas alrededor del triclinio ántes de hallar donde colocarse; si se dormia despues de comer, le tiraban huesos de dátiles y de aceitunas, le ponian los zapatos en las manos, ó se reían viendo su estupidez y mal humor al despertarse; y á pesar de esto, la fortuna le tenia reservados sus favores.

No era sin embargo ignorante, ántes por el contrario se aplicaba al estudio, de tal suerte, que oyéndole declamar Augusto, se admiró de que hablando tan mal escribiera tan bien; arengó en público, y hubiera producido efecto á no haberse presentado cuando arengaba un hombre corpulento, que excitó tal risa por el número de sillas que rompió, que hizo inútil su elocuencia. Por consejo de Tito Livio escribia la historia de las guerras civiles, hasta que su madre y su abuela le apartaron de este trabajo; era aficionado á los clásicos, y defendió á Ciceron contra Asinio Galo; estudiaba el griego; quiso introducir tres letras nuevas (1), que duraron tanto como él; sabía mas historia romana que el mismo Livio; y escribió tambien la histeria de los Etruscos, que si hubiese llegado

(1) Tácito, Quintiliano y Varron están de acuerdo para decir que Claudio añadió tres letras al alfabeto latino, de las cuales son conocidas el *digama eolico* y la *antisigma*. La primera era una F vuelta del reves y equivalente á V, por ejemplo: *termina ↄit, amplia ↄitque, di ↄi Augusti.* La antisigma hacia las veces de la ψ griega, esto es, *ps*, y se escribia CC. Pretenden algunos que la tercera letra era el diptongo *ai*, que se hallaba en la mayor parte de las inscripciones del tiempo de Claudio, como *Antoniai Di ↄai*; pero es muy cierto que se usaba mucho ántes. Otros han querido inferir no muy rectamente de un pasaje de Velio Longo que esta letra solo servia para suavizar el sonido áspero de la R. Segun otros debe haber sido la X; pero Isidoro (*De orig.*) prueba que se usó desde el tiempo de Augusto. La φ de los Griegos, como observa Quintiliano, tiene un sonido diverso de la *ph* de los latinos, de lo cual conjeturaron algunos que inventó Claudio una letra correspondiente á la φ griega. Siendo simple ciudadano publicó Claudio un libro sobre la necesidad de estas letras; en cuanto fué emperador hizo una ley sobre el particular; pero apénas hubo muerto se abandonó su uso, no obstante que en tiempo de Suetonio y de Tácito aparecieron aun en las láminas de cobre en que se esculpian los decretos del Senado para publicarlos. SUETONIO, c. 4. TÁCITO, lib. XI, c. 14.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hasta nuestra época, hubiera ahorrado atrevidas ó temerarias hipótesis á nuestros contemporáneos. Claudio, en suma, podia pasar á la posteridad como un hombre honrado y un erudito; pero en vez de darle dignidad por su ciencia, poníanle á su lado mujeres, bufones y libertos, la canalla de la casa, porque (enorme culpa) no era rico. Augusto no le dejó mas que ochocientos mil sestercios; habiendo pedido honores á Tiberio, obtuvo cuarenta monedas de oro (775 francos) para que comprára juguetes en las fiestas saturnales; cuando subió al trono Calígula, compró por temor la dignidad de sacerdote del dios su sobrino por ocho millones de sestercios (1.591,382 francos), y como no los pagase, se sacaron á subasta sus bienes.

Elevado Claudio al trono por la fortuna y por Roma que queria un jefe y estaba dispuesta á obedecer á cualquiera, se presentó al principio muy modesto con los senadores; no queria ser adorado: abolió el tormento de los libres en las causas de Estado; prohibió á los Drúidas los sacrificios humanos; mejoró la condicion de los esclavos, declarando libres á los que estando enfermos fuesen abandonados por sus amos en la isla de Esculapio, y porque estos tomaron el partido de matarlos, declaró homicidio este acto.

Pero los Romanos, que tenian al hombre tranquilo por ocioso, y al que no era sanguinario por cobarde, lo vilipendiaron; uno le dijo en juicio: *Todos saben que eres un viejo mentecato;* otro le tiró las tablillas y el estilo porque escuchaba testigos indignos de él. ¿Qué remedio quedaba, pues, al buen hombre mas que ponerse á disposicion de quien le ahorrase el trabajo de querer y de pensar por sí mismo? Hízolo así, y de este modo, por debilidad cometió tantos delitos como Tiberio por atrocidad y Calígula por locura.

Nombrado emperador siguió siendo el juguete de todos lo mismo que lo habia sido hasta la edad de cincuenta años; con la diferencia de que al principio recaían sobre él solo las burlas, y despues se servian de su sello y firma para tener poder, oro y cabezas. Pálas, Narciso, Félix, Polibio, Apócrates, Posideo, bailarines libertinos y otros seres semejantes, así como su esposa Mesalina, eran señores del señor del mundo. Á estos acudian los particulares, las ciudades, los reyes, todos los que deseaban audiencia, habiendo llegado Claudio á mandar que las órdenes de estos tuviesen tanta autoridad como las suyas. Si alguna vez obraba por inspiracion propia, deshacian aquellos lo que él habia hecho; fingiendo ensueños le hacian condenar á muerte á quien querian; cambiaban los nombres en sus decretos, ó los alteraban y suprimian, divirtiéndose en hacer que ejecutase precisamente lo contrario de lo que queria. Llegó un dia un centurion á decir á César, que conforme á sus órdenes habia muerto á un senador. *¡Si yo no lo ho ordenado!* exclamó aquel; pero sus libertos dijeron: *¿Qué importa? Los soldados cumplieron su deber no esperando órdenes para vengar al emperador*, á lo cual repuso este: *Lo hecho, hecho se está*, y se ocupó en otra cosa. Presentósele otra vez un liberto á suplicarle que concediese la eleccion del género de muerte á Asiático, á quien no habia condenado. Viendo en otra ocasion que tardaba en llegar un convidado, avisó para que fuesen á darle prisa, y se le contestó que lo habia hecho matar aquella mañana. Yendo á hacer ejercicio al campo de Marte, segun su costumbre, vió que disponian una hoguera para quemar á uno á quien no habia condenado, y esta vez á lo ménos ejerció su autoridad, haciendo que pusiesen en otro lado la leña, para que las llamas no perjudicasen la enramada.

Las ofensas á la majestad era la acusacion obligada, y el que no queria ser espléndido con Pálas, ó no secundaba las liviandades de Mesalina, era señalado como conspirador y recibia la muerte; de esta manera sucumbieron treinta y cinco senadores y mas de trescientos caballeros. Volvió á ser un oficio lucrativo el de delator, y los abogados acusaban ó defendian con arreglo al precio. Uno pagó á Suilio cuatrocientos mil sestercios (795,000 fr.), para que le ganase una causa, pero habiéndole este hecho traicion, fué á su casa y se mató. Querian algunos que los abogados fuesen honrados como antiguamente, y que no se aprovechasen de los litigios, como los médicos de la epidemia; entónces acudieron estos al emperador preguntándole de qué vivirian en lo sucesivo los senadores menores, por cuyo motivo no hizo Claudio mas que fijar el máximum de la recompensa en dos mil francos.

La administracion de justicia era uno de los entretenimientos de Claudio, y alguna vez pronunciaba sentencias sensatas, otras sin sentido, y frecuentemente expresadas en versos de Homero, que era toda su delicia. Por lo regular concedia la razon á los que se hallaban presentes y al último que hablaba: habiendo exclamado uno de los concurrentes al tratarse una causa de falsedad que el reo merecia la muerte, mandó en el acto el emperador que viniera el verdugo; rehusando en otra una mujer reconocer á su hijo, y siendo muy contradictorias las razones, la obligó á confesarse madre, mandando que de lo contrario se casára con el jóven. Dormíase con frecuencia en medio del rumor de la discusion, y al despertar decia: *Sentencio la causa á favor de quien tiene mas derecho.*

Aun en esto era objeto de burlas; ya lo hacian volver despues de levantada la sesion; ya la prolongaban reteniéndole por el manto; un litigante le deja preguntar mucho tiempo por un testigo ántes de decirle que ha muerto; se le denuncia como pobre á un caballero inmensamente rico, como célibe á uno que tenia un enjambre de hijos, y de haberse herido con el fin de suicidarse á uno que no tenia ni un solo arañazo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Esta pasion, unida á la de erudito, le hizo resucitar leyes antiguas, los ritos especiales y las ordenanzas respecto del celibato: por erudicion anunció en el Senado el dia y la hora en que habria un eclipse; por encontrar escrito que los antiguos Romanos procedian de razas mezcladas, quiso que fueran admitidos los Galos en el Senado, y restablecer la censura, desusada desde la época de Augusto, como si fuera posible indagar la vida privada de seiscientos senadores, y por lo ménos de diez mil caballeros, y siete millones de ciudadanos; y prodigó ademas los decretos hasta el punto de dar veinte en un dia, relativos á las prácticas mas minuciosas; uno para que se diera bien de pez á las botas, y otro para que se emplease el jugo del tejo contra la mordedura de la víbora. Lee en el Senado un edicto para reprimir el desenfreno de las damas romanas que se entregaban á los esclavos, y al ver que le aplauden vivamente, dice el ingenuo César: *Me lo aconsejó Pálas*, que era su liberto y su señor. El Senado por tanto decreta en favor de Pálas admiracion, gracias, y quince millones de sestercios; pero este rehusa la suma, contentándose con su pobreza, y el Senado fija un edicto para inmortalizar el desinteres de un liberto que poseía trescientos millones de sestercios (59.000,000 fr.). Narciso tambien se habia hecho mas rico que Creso y que los reyes de Persia, de tal manera, que quejándose Claudio de estar escaso de dinero: *Tendríaslo en abundancia*, le dijeron, *si fueses á médias con tus libertos*.

Otra de las pasiones de Claudio fué el juego, y hasta tenia tableros para jugar cuando iba de viaje, sin que se desarreglasen las piezas. Como buen Romano tambien le gustaba la efusion de sangre; queria que los suplicios fuesen lo mismo que estaban escritos en las historias; pasaba los dias enteros viendo luchar á los gladiadores, y cuando no los habia, obligaba á combatir al primero que llegaba.

Pero si en medio de las causas, de las comedias ó de las arengas sentia el olor de las viandas que cocian los sacerdotes, nadie podia detenerlo, corria y devoraba: despues se hacía servir inmensos platos en salas inmensas, convidando hasta seiscientas personas; se atracaba hasta la garganta; vomitaba en seguída, y volvia á hartarse, y trató de dar un decreto á fin de que la buena crianza no pusiera la salud en peligro (1).

No obstante, llevó á cabo obras insignes, tales como el puerto frente á Ostía, con un faro semejante al de Alejandría; el acueducto principiado por Calígula, que elevándose al traves de mil obstáculos sobre las colinas, derramaba copiosas aguas en Roma, obra de las mas útiles y maravillosas que ejecutaron los emperadores, que costó cincuenta y cinco millones de sestercíos (10.813,376 fr.), y cuya conservacion se confió á cuatrocientas sesenta personas; fundó tambien colonias en la Capadocia, en la Fenicia y á orillas del Eufrátes, y recibió embajadores hasta de Trapobana. Abrió en África un camino mas ancho entre la provincia y la Mauritania, y uno nuevo en Inglaterra, adonde por primera vez se trasportaron del continente vinos, aceites, marfil, perfumes, mármoles y manufacturas, recibiendo en cambio madera, perlas, piedras finas, grano, pieles, ganados, metales, y especialmente estaño. Despues que trabajaron treinta mil operarios durante once años en trasvasar el lago Fucino al Líris, dispuso para inaugurar esta operacion un combate naval de diez y nueve mil condenados á muerte. Al pasar estos delante de él, exclaman, segun la costumbre: *Los que van á morir te saludan*, y el atento emperador contesta: *Conservaos bien*, por lo cual, creyéndose aquellos perdonados, se niegan á matarse ya; pero él grita, se enfurece, y amenaza, hasta obligarles á darse la muerte unos á otros.

Mesalina entretanto se entregaba públicamente en las casas de prostitucion, y cansada, no saciada del mas insolente tráfico (1), hacía alguna vez con sus artificios decretar al emperador que la complaciesen sus amantes. Iba á recibir las caricias de un tal Silio con un acompañamiento pomposo, y habiendo ocurrido á su impúdica imaginacion la infamia de casarse con otro marido, celebró con él bodas solemnes, con dote, testigos, auspicios, sacrificios, y el tálamo preparado á la vista del público. Claudio suscribió el contrato nupcial, creyendo que era esto un talisman para alejar de sí no sé qué malos agüeros de los Caldeos; pero cuando los libertos y las prostitutas le informaron de la verdad, se asustó, preguntó si era aun emperador, ó lo era Silio y despues se encolerizó, y para sustraerse al peligro que le decian ser inminente, se dejó persuadir de que debia ceder la autoridad por un dia á Narciso. Este lo llevó á Roma, donde los soldados invocaron venganza, no porque se cuidasen del honor de su señor, sino para aprovecharse de esta circunstancia; con cuyo motivo se multiplicaron los suplicios, y la misma Mesalina recibió la muerte. Mesalina.

Cuando oyó el emperador que habia muerto, no preguntó de qué manera, y al cabo de unos dias dijo al ponerse á la mesa. *¿Cómo no viene Mesalina?* 48.

Entónces quiso casarse con su sobrina Agripina; y á pesar de que la ley consideraba incestuosa semejante union, el pueblo y el Senado, no solo declararon que era lícito este vínculo al emperador, sino que se lo impusieron.

(1) « Meditatus est edictum, quo veniam daret flatum crepitumque ventris in cœna emittendi, cum periclitatum quemdam præ pudore ex continentia reperisset. » SUETONIO. El que crea bosquejado á Claudio en el Trimalcion de Petronio, puede aducir como prueba este decreto, correspondiente á las palabras que dice allí aquel rico grosero: « Si quis vestrûm voluerit sua re sua causa facere, non est quod illum pudeat. Nemo vestrûm solide natus est. Ego nullum puto tam magnum tormentum esse quam continere. Hoc solum vetare ne Jovis potest. »

(1) Ostenditque tuum, generose Britannice, ventrem,
Et defessa viris nondum satiata recessit. JUVEN.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Hermana esta y amante de Calígula, hija de Germánico, y por esto querida del pueblo, al desenfreno de costumbres de Mesalina añadia una voluntad firme, de tal modo que hizo bien su papel de emperatriz : se sentaba al lado del César en las ceremonias, recibia con él á los reyes y embajadores, administraba justicia, é hizo multiplicar las muertes por causa de encantamientos, de oráculos, de sortilegios y de celos. Su principal intento era sustituir su hijo Lucio Domicio Neron á Británico, hijo de Claudio; por lo cual, habiendo desterrado á los amigos y parciales de este, y habiéndole dado espías por compañeros y maestros, empleó toda clase de artificios para deprimirlo y hacer que brillase Neron. Finalmente, en un instante de debilidad indujo á Claudio á que le nombrase su sucesor, y temiendo que mudára de opinion, le sirvió setas envenenadas, dejando que el médico hiciera lo demas, y enviándolo al lado de los dioses, entre los cuales le adoró Roma (1).

13 de octubre de 54.

CAPÍTULO IV

Neron.

Ocultó Agripina la muerte de Claudio hasta el momento designado como propicio por los Caldeos; entónces salió Neron y se presentó á las cohortes; algunos pidieron á Británico; pero estando este entretenido por su madrastra en las cámaras paternas, saludaron emperador á Neron; el Senado lo confirmó, y las provincias se sometieron. Habíase lisonjeado su madre de que á la sombra de un jóven de diez y siete años podria reinar despóticamente. Queria responder á los embajadores, y escribir á los reyes y á las provincias; asistia á las reuniones del Senado detras de una cortina, y mató por venganza á Narciso que se conservaba fiel á Claudio y Británico, y á Junio Silano, procónsul de Asia, del cual habia dicho alguno que era mas digno de reinar que Neron. Á otros mas hubiera condenado, si no la hubiesen contenido Afranio Burro, prefecto del pretorio, y Aneo Séneca, maestros de Neron, el primero en el arte militar, y el segundo en la elocuencia y la moral. Ninguno obtuvo peor resultado que Séneca en la educacion de un príncipe, porque el augusto discípulo no aprendió sino unas pocas frases para encubrir sus vicios : fué el primero de los emperadores que se sirvió de plumas ajenas para los discursos, y excitó la risa con el que le compuso Séneca en elogio de Claudio, cuando habló de la sagacidad y prevision del difunto.

Al advenimiento de los emperadores al trono, aquel aparato que se habia conservado de legalidad, los inspiraba por algun tiempo la aprehension de que el pueblo, el Senado y los tribunos quisieran ejercer sus derechos propios, y quitar de en medio un poder que siempre era nuevo por no ser hereditario. Disimulaban pues, hasta que se convencian de que todo era mera apariencia, ó hasta hallarse seguros del apoyo de algunos, ó persuadidos de que todo se podia intentar entre tanto egoismo. Neron tambien principió humanamente su imperio, declarando que deseaba seguir las huellas del divino Augusto; fué generoso con el pueblo y con los senadores necesitados; abolió ó disminuyó varios impuestos; dejó su antigua jurisdiccion al Senado, el cual ordenó que se defendiesen las causas gratuitamente, y dispensó á los que eran nombrados cuestores de la obligacion de costear los combates de gladiadores. Excitado por las incesantes reclamaciones contra los arrendadores de las aduanas, se propuso abolirlas, y aun cuando le contuvieron en esta inconsiderada liberalidad, introdujo en ellas útiles reformas : daba pronto curso á las peticiones; sustituyó en los procesos el interrogatorio á los discursos continuados, estableció cierta medida en los honorarios de los abogados, é impidió las falsificaciones de cartas y de testamentos. Cuando le decretó el Senado estatuas de oro y de plata, dijo : *Esperad á que las haya merecido.* Como tuviese un dia que firmar una sentencia capital, exclamó : *¡Ojalá no supiera escribir!* y asimismo respiraban clemencia los discursos que le preparaba Séneca.

Pero deseosos este y Burro de conservarse en el poder y de gozar sus liberalidades, soltaban el freno á sus pasiones, satisfechos con que mantuviese al Senado la libertad de agitar importantes cuestiones, y de reprimir los excesos de los magistrados y de los guerreros. Principió, pues, Neron á correr de noche por las tabernas y otros sitios inmundos, vestido de esclavo, robando en las tiendas é hiriendo á los transeuntes, y como su ejemplo encontraba sectarios, parecia Roma de noche una ciudad tomada por asalto. Excitaba á los histriones y á los combatientes en los juegos, y miéntras estos contendian y el pueblo se agolpaba, él desde lo alto arrojaba piedras. Sus banquetes eran el colmo de la prodigalidad : uno de sus huéspedes gastó cuatro millones de sestercios (735,239 fr.), únicamente en las coronas, y otro mucho mas en perfumes. Las matronas se colocaban á su paso, y en las tiendas levantadas en Ostía, en Bahía, y en Puente Milvo, disputándose el honor de ser deshonradas por él.

Agripina y Británico.

Tanto amaba Agripina á Neron, ó mejor dicho, tanto se amaba á sí misma en él, que habiéndole predicho los astrólogos que reinaria, pero que sería muy á costa de su madre, contestó : *Máteme con tal que reine.* Poco tardó

(1) En Roma se le puso este epígrafe : TI. CLAVDIO CÆS. AVGVSTO PONTIFICI MAX. TR. P. IX. COS. V. IMP. XVI : P. P. SENATVS POPVLVSQ. R. QVOD REGES BRITANNIÆ ABSQVE VLLA IACTVRA DOMVERIT GENTESQVE BARBARAS PRIMVS IVDICIO SVBEGERIT.

De las recompensas dadas á particulares es testimonio esta, puesta en Turin : C. FLAVIO L. F. STEL. SILVANO PRIMIPILARI LEG. VII. AVG. TRIBVNO COH. II. VIGILVM TRIBVNO COH. XIII. VRBAN. TRIBVNO COH. XII. PRÆTOR. DONIS DONATO A D. CLAVDIO BELLO BRITANNICO TORQVIBVS ARMILLIS PHALERIS CORONA AVREA PATRONC COLON.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en efecto en perder la autoridad sobre su hijo, especialmente por obra de Séneca, que se habia disgustado con ella por haber dicho que la filosofía no era cosa á propósito para los reyes. Habiéndolo advertido la ambiciosa madre, é irritado de ver despedido á Pálas, señor de Claudio y de ella, se encoleriza, y amenaza con favorecer los derechos de Británico; pero Neron hace envenenar al querido de su madre y su rival. Pide luego á Locusta, no un veneno lento, tímido y secreto, como el que habia compuesto para Claudio, sino activo, pronto, fulminante, diciendo : *¿Pues qué? ¿tengo yo miedo á la ley Julia contra los envenenadores* (1)? Y Británico cayó muerto en la mesa imperial.

n. 55. Miéntras se le sepulta apresuradamente, y una lluvia ligera, borrando el barniz que se le habia dado en la cara, muestra al pueblo las lívidas huellas del veneno, consternados y afligidos los dos sabios del palacio, se enriquecen con las casas de campo de Británico, siendo arrojada la misma Agripina del palacio, y viniendo á ser blanco de las acusaciones que no dejan nunca de fulminarse contra quien es odiado por el príncipe. Conociendo que no solo habia perdido para lo sucesivo la autoridad, sino tambien la seguridad, intentó recobrarla con el medio mas nefando; presentóse en una orgía á su hijo del modo mas lascivo, y ya estaba para consumarse el incesto, cuando Séneca introdujo á Actea, liberta de Neron, mujer impúdica que rechazó á otra que lo era mucho mas. Habiéndole fallado este último golpe, y viéndose rechazada, se retiró Agripina á consumirse de rabia, miéntras que su hijo pensaba en el modo de deshacerse de ella. Inútilmente intentó envenenarla por tres veces; la convidó á los juegos de Bahía, á los que asistió en un bajel que debia sumergirse; pero se libró á nado : entónces la acusó su hijo de traicion, y envió sicarios que la asesinasen, á los cuales dijo ella : *Heridme en el vientre que ha llevado á Neron*. El parricida quiso ver desnuda á su madre, alabó ó censuró segun le parecieron sus miembros, hizo que le trajesen de beber, y dijo que entónces se sentia verdaderamente dueño del imperio.

Con este delito, que causa indignacion y espanto á la vez, estalla el servilismo romano, y cuanto hay de glorioso en Roma, y de virtuoso en el Senado, se pone á los piés de Neron : Burro envia á felicitarle por él á los oficiales del pretorio, y las ciudades de la Campania hacen humear los altares, y dan gracias á los dioses. Pero el remordmiento sobrevino, por mas que Burro y Séneca hicieron por alejarlo; escribió una carta de justificacion al Senado, el cual le envió tribunos y centuriones que estrechasen la mano parricida y se congratulasen de verlo, gracias á la bondad de los dioses, libre de tanto peligro, decretando ademas gracias públicas y conmemoraciones anuales, maldiciendo á Agripina en el momento único en que era merecedora de compasion. Cuando despues volvió Neron á Roma, de donde se habia alejado por temor á la infamia pública, caballeros, tribunos y senadores á porfía salieron á su encuentro con una muchedumbre regocijada como si asistiera á un triunfo; y por entre las filas de tablados alzados para cuando pasase, subió á dar gracias al Capitolio. Solo Trasea protestó, levantándose y saliendo del Senado. Con derecho podia despreciar Neron á aquella turba cobarde, y disponerse á tratarla sin consideraciones.

Instruido desde niño en la música, en el canto, en el dibujo y en hacer versos, ambicionaba la fama de artista tanto como el imperio del mundo. Jóvenes expertos en la versificacion debian dar la última mano á sus odas é improvisaciones, que despues eran recitadas en las calles por los charlatanes, y el pasajero que no prestaba atencion ó no remuneraba á los cantantes, se hacía sospechoso de alta traicion. Vespasiano, que se dejó sorprender por el sueño en una representacion, se libertó con gran trabajo de la muerte. Meditaba el emperador escribir una historia de Roma en verso, y los aduladores le decian que la hiciese en cuatrocientos libros, á lo cual hizo presente el estóico Aneo Carnuto que ninguno la leeria : *Pues tú Crisipo sin embargo*, replicó un cortesano, *escribió doble número de ellos*. — *Sí*, contestó Cornuto; *pero aquellos son útiles á la humanidad*. Esta franca manifestacion fué castigada con el destierro.

En un inmenso espacio en el valle del Vaticano, cercado de órden de Séneca y de Burro, guió Neron un carro en medio de grandes aplausos, y despues invitó con regalos y honores á rivalizar con él á ilustres caballeros, y á la principal nobleza. En Nápoles se presentó en el teatro modulando el gesto y la voz segun las reglas del arte; en Roma se hizo inscribir entre los músicos, y cuando llegó el turno á su nombre, cantó acompañándose con la lira que le sostenian los prefectos del pretorio. Otras veces representaba en funciones escénicas que daban algunos particulares, con tal que la máscara del héroe que representaba tuviera su semejanza, y la que servia á la heroína la de su amada. Se presentó delante de Tiridates, rey de Armenia, vestido de Apolo, dirigiendo un carro en medio de los vítores del pueblo y de la indignacion del Arsácida, sorprendido de los frívolos gustos y de la extravagante vanidad del señor del mundo, á quien él veneraba como á Mitra. Subió tambien á la escena á recitar sus versos, creó un cuerpo de cinco mil caballeros, la flor de la juventud (*Augustani*), que le aplaudiesen cuando cantaba al pueblo, con maestros que los enseñasen á modular los aplausos y los vítores, ya imitando el susurro de las abejas, ya la lluvia, ya las castañuelas; Burro, con una cohorte pretoriana, debia asistir y aplaudir. Posteriormente creó un maestro de declamacion (*fonasco*) á fin de que cuidase de su voz celes-

(1) Suet. *en Ner.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tial. de advertirle cuando no hubiera en ella la conveniente medida, y de cerrarle la boca cuando en el ímpetu de una pasion no prestase atencion á su aviso. Enorgullecido con el éxito feliz que alcanzaba, importó en Roma los juegos de Grecia, invitando á sus quinquenales á los mejores artistas del imperio.

No se busque ya la antigua Roma, en el templo, en el foro ni en el Senado; son adoptados para el anfiteatro seiscientos caballeros, cuatrocientos senadores y señoras principales; otros cantan, tocan la flauta, y hacen de bufones. El mundo vencido va á contemplar allí á los descendientes de sus vencedores, á reirse de las gracias de un Fabio ó de las sonoras bofetadas que se dan los Mamercos (1). La virtud de Traséas toma parte en los juegos juveniles; la nobleza de una Elia Cátula sale á los ochenta años á bailar en el teatro; el renombre de un caballero romano va á caballo en un elefante (2); los mismos histriones, objetos hasta entónces de la severidad oficial y de la admiracion de los particulares, periódicamente expulsados de la ciudad, y volviendo siempre á ella, se vengan del desprecio de la antigua Roma tendiéndole la mano para que suba á la escena: el histrion Páris, amigo de Neron, á quien despues hizo matar por celos de artista, consiguió de su príncipe, á fin de ganar las patentes de ciudadano, que lo hiciese camarada de todos los patricios (3).

Incendio de Roma.

Poco agradaba al artista imperial esta Roma tan irregular y tortuosa, con viejos edificios, y ambicionaba la gloria heróica de construir una nueva é imponerle su nombre, con cuyo objeto la hizo prender fuego. Principió esto en las tiendas alrededor del Circo, hácia los montes Celio y Palatino, y en vez de acudir á apagarlo, se vió á los guardias apartar los socorros, á otros que le prestaban alimento, y á esclavos corriendo de una parte á otra armados de haces de leña. Apagado por fin el fuego, se reanimó al cabo de seis dias en una casa perteneciente á Tigelino, y Neron, que acudió desde Ancio, subió al teatro, y al espectáculo del incendio y de la desolacion cantó acompañándose con la lira la ruina de Troya. Los monumentos de la antigua religion, sustraidos aun al incendio de los Galos, y muchas obras maestras, fruto de la conquista, todo pereció por el capricho del artista imperial; muchos hombres perdieron la vida; para los que quedaron abrió Neron el campo de Marte, los monumentos de Agripina y sus jardines; hizo construir asilos, llevar utensilios, vender grano con buenas condiciones, y en seguida edificó sobre las ruinas el palacio de oro, maravilla casi increible. El vestíbulo era tan elevado que cabia en él la efigie de Neron de ciento veinte piés de alta, con triple órden de columnas, que formaban un pórtico de una milla. Habia allí campos de trigo y viñedos, dehesas y bosques, un gran estanque rodeado de edificios, y en todas partes oro, piedras preciosas y nácar de perlas con profusion. El artesonado de las salas de comer era de tablillas movibles de marfil, de donde llovian flores y perfumes sobre los convidados; la sala principal era redonda, y dia y noche giraba imitando el movimiento del mundo; y las aguas del mar y del Álbula alimentaban los baños. Plinio refiere que aquel palacio comprendia el circuito de la ciudad antigua; describiendo Marcial su inmensa extension, dice que toda la ciudad estaba comprendida en una sola casa (1); y el emperador dijo al entrar en él: *Al fin me he alojado como hombre*. Las habitaciones colocadas circularmente fueron dispuestas con arreglo á un diseño; se ensancharon y alinearon las calles; se mejoró la distribucion de las aguas, y se construyeron pórticos; pero la indignacion pública no cesaba de reclamar á Neron las casas antiguas, los bienes y las personas perdidas.

Palacio de oro.

Reunió para estas obras á los prisioneros de todo el imperio, y por mucho tiempo no se impuso otra pena á los reos. Todos tuvieron que contribuir á los gastos; el Senado con diez millones de sestercios al año (1.838,100 fr.), y los caballeros y traficantes en proporcion. Esperaba encontrar en ultramar los tesoros que dejó Dido al huir de Tiro; pero despues de muchas excavaciones, el impostor que le habia alucinado se mató. Ademas le suministraban dinero las depredaciones y los asesinatos. Decia á los magistrados que elegia: *Sabes lo que me falta; hagamos que ninguno posea una cosa que pueda llamar suya*. Apresuró la muerte de su tia Domicia para heredar sus pingües posesiones; quitó la vida á muchos por levísimas sospechas, y perdonó á algunos porque Séneca le dijo: *Por muchos que matéis no os será dado dar la muerte á vuestro sucesor*. Á la muerte de otros se opuso Traséas Peto, conmoviendo al Senado con su franqueza en contra de las sentencias.

Tigelino

Muerto Burro, por dolor de haberse deshonrado con su vileza, ó envenenado por el príncipe á quien desagradaba su franqueza tardía, ocuparon su lugar Fenio Rufo y el infame Tigelino. Votinio, monstruoso zapatero de viejo, elevado á una gran riqueza y á la corte por medio de acusaciones, atizaba el odio de Neron contra los patricios, diciéndole: *Te aborrezco porque eres senador*. Tigelino cuidaba de que las confiscaciones menudeasen para que no se disminuyesen los tesoros destinados á las fiestas obscenas que preparaba, en una de las cuales, en el lago de Agripa, dispuso un navío deslumbrante de oro y márfil, remolcado por otros

62.

(1) Qui sedet.....
Planipedes audit Fabios, ridere potest qui
Mamercorum alapas.
JUVEN., VI, 189.

(2) Notissimus eques romanus elephanto incedit.
SUET. 12.

(3) TAC., *An.* XIV, 14, 15, 20; XV, 32. — SUET. *en Ner.* 11 12. — SEN., *Ep.* 100.

(1) PLINIO, XXXIII, 3. — MARCIAL, *De spectac.*, 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

poco ménos magníficos, donde remaban jóvenes graciosos, graduados segun su infamia. Teníase allí cuanto el mundo podia ofrecer de mas raro, y habia á lo largo de las aguas pabellones, donde se prostituían en tropel las señoras, en presencia de meretrices desnudas.

Octavia. Tigelino, que logró ser muy querido del emperador multiplicando las víctimas de sus terrores, acusó de adulterio á Octavia, esposa de Neron, y aun cuando fué desmentida tal acusacion por miles de pruebas, fué aquella confinada; despues, porque murmuraba el pueblo contra el rigor usado con la hija de los Césares, la volvió Neron á su lado; pero de pronto le atribuyó un delito de Estado, y habiéndola desterrado á la isla Pandataria, la hizo dar muerte allí á la edad de veinte años. El Senado dió gracias á los dioses del mismo modo que cuando fueron muertos Pálas, Dorífero y otros libertos; y Popea se regocijó. Popea, tan instruida como hermosa y maestra en las artes del placer, que mantenia quinientas burras para tener á su disposicion leche con que lavarse; que cambiando de amantes y maridos, no segun su corazon, sino con arreglo á lo que su ambicion le dictaba, encadenó al emperador.

No le arrancaron de sus brazos ni de los infames deleites las guerras que estallaron en Oriente y Occidente. Luego que hubo cesado la Guerras. manía ó la necesidad de conquistar, tuvieron que emplearse las armas en asegurar lo conquistado. En tiempo de Tiberio ofreció harto campo para combates la Grecia, y las discordias que ocurrieron entre los príncipes favorecieron á Roma mas que las armas. Arminio fué muerto, y Marobodo, que habia infundido mas terror que Pirro, odiado de los suyos por el nombre de rey, pidió la proteccion de Tiberio, y vivió diez y ocho años en Rávena en indecoroso destierro. Las intrigas igualmente restablecieron la paz en la Tracia, á cuyo rey, llamado á Roma para justificarse, se tuvo desterrado, y despues se le dió muerte.

Sublevados en África los Númidas y otros pueblos del desierto por Tacfarinátes, fueron dispersados por Furio Camilo; rehecho aquel derrotó á los Romanos, pero Bleso le volvió á vencer, y fué el último general que obtuvo el título de emperador.

El Oriente estaba tambien trastornado por las disensiones que la política romana habia fomentado desde muy antiguo, y que á la sazon le importaba apaciguar. Recordando Tiberio que miéntras estuvo en Ródas le habia negado Arquelao, rey de Capadocia, los honores que pretendia, lo suspendió en el reinado: llamólo á Roma, donde solo se libertó de la muerte fingiéndose loco, y la Capadocia fué unida como provincia al imperio.

La Comagene, la Cilicia, la Siria y la Judea se agitaban en irresolutas conmociones: despues se sublevaron la Galia y la Frisia; se armaron los Dacios; y los Partos ocuparon la Armenia. Pero el emperador; que ántes se habia señalado en los campos de batalla, no solo se mantuvo alejado de ellos, sino que en las perezosas impurezas de Caprea no se avergonzaba de modo alguno del deshonor del imperio.

Claudio habia agregado al reino del hebreo 41. Agripa la Judea y la Samaria; repuso á Mitrídates en el reino de Iberia; concedió á otro Mitrídates, descendiente del Grande, el Bósforo Cimerio, y restituyó á Antíoco la Comagene; en su tiempo fué sometida la Mauritania y dividida en dos provincias, Cesariana y Tingitana, y fueron desarmados y reducidos á provincia los Britanos, ó sea una parte de ellos. Roma no destruía las nacionalidades, ántes por el contrario concedia por privilegio sus leyes, sus costumbres y su idioma á los vencidos. Era mas fácil dominar un clan ó una tribu, que una nacion, de tal suerte que entre los Galos dejó subsistir las instituciones, y no abatia á sus jefes, sino que los ganaba, haciéndoles Romanos de derecho y dándoles las costumbres de tales.

La Bretaña romana, no obstante, habia lle- Bretaña. gado á ser foco de intrigas y sediciones para el resto de la isla, y los que alimentaban sentimientos generosos huían á los montes, desde donde caían sobre los Romanos. En tiempo de Claudio habian hecho irrupciones en el territorio; pero Ostorio Escápula destrozó al enemigo, guarneció de fortalezas las orillas del Nen y del Saverna, y habiendo llegado hasta el mar de Irlanda, estableció una colonia en Camaloduno. No queriendo someterse al yugo Caractaco, 50. señor de los Siluros, gente muy belicosa entre los Britanos, á orillas del golfo de Saverna, reunió á todos cuantos deseaban la independencia de su patria; pero habiendo sido vencido le hicieron traicion, y conducido á Roma con su familia, recibió en ella la libertad de Claudio, que le concedió una subsistencia honorífica. Interrogado por qué le gustaba Roma, contestó que le sorprendia en extremo que los poseedores de palacios tan insignes ansiasen las pobres chozas de los Britanos. Castimandua, reina de los Brigantes, que habia hecho traicion á Caractaco, disgustó á las pueblos con su insolencia, por lo cual el deseo de venganza les sublevó y hubo que combatir contra ellos durante diez años, aplicando á su país la ley que en la Galia abolia los Drúidas. Los secuaces de estos habian elegido jefe en la isla de Mona (*Anglesey*), sede del alto colegio sacerdotal; pero Suetonio Paulino los acometió y venció, poniendo en ella guarniciones y fortalezas. Sin embargo, habiendo pedido un intendente la devolucion de los donativos que habia recibido esta provincia de Claudio, y reclamado Séneca súbitamente la restituccion de cuarenta millones de sestercios (7.352,405 fr.) que les habia prestado con una usura enorme, se agitó violentamente la Bretaña. Despues se lanzó á una abierta rebelion, con motivo de que habiendo dividido sus bienes Prasutago, rey de los Icenianos, entre Neron y sus dos hijas, esperando aplacarlo con esto, 51-61.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

envió el emperador á recoger la herencia centuriones y esclavos, que no solo saquearon el palacio real, sino que maltrataron á la viuda Baodicea, violaron á sus hijas y despojaron á los principales Icenianos, pretendiendo que todo el reino habia sido legado á Neron. Por esto y por instigaciones de los Drúidas y de las sacerdotisas devastó el pueblo la colonia de Camaloduno, destruyó el templo de Claudio y mató á cuantos cayeron en su poder y se le opusieron. Viendo Suetonio Paulino que no podia defender á Londinio (*Lóndres*), ciudad de gran comercio, se llevó á su ejército los hombres robustos, abandonando las mujeres, los viejos y los niños, que fueron exterminados con la culta ciudad por los furibundos Britanos, despues de causarles las mayores afrentas que pudo sugerirles la venganza, empapada en la sangre de setenta mil personas.

Si hubiesen continuado de esta suerte destruyendo y reduciendo al hambre á los Romanos, ciertamente los hubieran hecho desalojar el país; pero llenos de confianza aceptaron la batalla. Baodicea, reina, sacerdotisa y capitana, de elevada estatura, de terrible aspecto, y fulminante mirada, cubierta hasta medio cuerpo con su espesa caballera, y armada de ancho escudo y larga lanza, recorrió en su carro las filas, y excitó el entusiasmo. Pero esto no bastó; prevaleció la disciplina, y los Romanos con pérdida apénas de cuatrocientos hombres mataron ochenta mil Britanos, y la reina se envenenó por no sobrevivir á la derrota. Entónces se entregaron al hierro y al fuego las tribus infieles, que reducidas á la última necesidad, combatieron todavía por la independencia, hasta que cayeron en aquel enervamiento que los Romanos llamaban paz. Para acostumbrarlos á ella, y por consejo de Agrícola, se construyeron allí
62. palacios y plazas públicas, y fueron educados sus hijos, « llamando civilizacion á lo que era parte de servidumbre. »

Germania. En Germania continuaron los Romanos su política, atizando la discordia entre los países confinantes. Los Cheruscos, ántes poderosísimos, debilitados por las discordias civiles en tiempo del grande Arminio, llegaron á tal punto que imploraron de Claudio un rey, cuyo cargo obtuvo Itálico, sobrino de Arminio, y educado á la romana; pero lo toleraron poco, y le costó mucho trabajo sujetarlos, aunque socorrido por los Romanos y alimentando las divisiones interiores. Corbulon habia reprimido una
47. sublevacion de los Caucios, y viéndose interrumpido en sus victorias por Claudio, exclamó:
50 *Afortunados los antiguos generales romanos.* L. Pomponio rechazó una incursion de los Catos, y los comandantes sucesivos consiguieron conservar la tranquilidad y reforzar los puestos. Paulino Pompeyo terminó el dique que habia principiado Druso sesenta y tres años ántes para contener las crecidas del Rhin; L. Veter quijuntar el Mosela al Saona, uniendo el Mediterráneo con el Océano, pero hubo de desistir por no excitar los celos de Neron. Los Frisones de allende el Rhin, que por la avaricia de los oficiales se habian rebelado en tiempo de Tiberio y habian derrotado á los Romanos, osaron aproximarse á este rio; pero fueron rechazados, así como tambien los Ansabarianos, 53-58.
aun cuando estaban sostenidos por los Bructeros, los Tenteros y otros.

Galia. En cuanto á la Galia, Augusto la encontró resignada, no tranquila; comprimió, no obstante, las revueltas, y la dispuso á la romana; ordenó el censo del pueblo y de las propiedades; lo desarmó; instituyó escuelas en Augustoduno (*Autun*) para enseñar la lengua, las leyes y las ciencias de los Romanos, y Marsella se hizo culta, y mucho mas todavía Tolosa, Arelátes y Viena, donde las letras griegas y latinas introducian la civilizacion romana.

Pero los Drúidas se oponian á la fusion, pues aunque habian perdido su autocracia política, conservaban el influjo sobre las costumbres y las doctrinas. No atreviéndose Augusto á atacarlos de frente, se contentó con prohibir aquel culto á los Galos qua eran ciudadanos romanos, como repugnante á las creencias latinas; en vez de consumar los sacrificios humanos, quiso que bastára herir á los fanáticos; elevando en seguida á su lado el politeísmo galo, asimilado con el romano, consagró un templo á Kirk, personificacion del viento que sopla en torbellinos en la provincia Narbonense, arregló su ceremonial, y le dejó erigir altares como genio, y últimamente como dios. La clase alta aceptó la religion oficial, que prometia el favor de los señores sin violentar las conciencias, por lo cual se elevaron templos mixtos á Marte Cámulo, á Diana Arduina, á Bellen Apolo, á Mercurio Teutátes, á Belizana Minerva, y mixtos se representaron los dioses monstruosos; pero en contraposicion se adheria el pueblo cada vez mas el druidismo, como representante de la nacionalidad y del odio al extranjero, y el fanatismo vigorizó su vida que se extinguia.

En tiempo de Tiberio padeció bastante la Galia; Julio Floro Treviro y Julio Sacroviro Eduo 21.
la sublevaron; pero el primero fracasó en el Norte y se mató; Sacroviro en el país del centro (1) distribuyó armas á los estudiantes, los alistó tambien como rehenes, y sostuvo la lucha con prósperos combates; pero habiendo sido destrozada su indisciplinada turba, se quemó con el resto de sus compañeros.

Creyéndose Claudio bastante fuerte para dar el último golpe al druidismo, condenó á muerte á los sacerdotes, que se retiraron á Bretaña, y á quien llevase sus símbolos ó sus amuletos; y en compensacion igualó aquellas provincias á la Italia, admitiendo á los Galos en el Senado y á los cargos públicos con grave escándalo de la alta aristocracia.

Produjo la Galia hombres ilustres, tales como

(1) Pienso que *sacer vir* ha de ser una traduccion del título de drúida que oseía este.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

P. Terencio Varron de Narbona, que en tiempo de César escribió una epopeya sobre la contienda de los Secuanos con los Eduos y la guerra de Ariovisto; Cornelio Galo, Trogo Pompeya y Pretronio. Los Galos iban á Roma á comprar y negociar puestos en el ejército ó en la magistratura, y por diversos conceptos son dignos de especial mencion Vocieno de Narbona, el cual uniendo á un gran talento el valor cívico, desaprobó los actos de Tiberio, y murió confinado en las Baleares, y Domicio Afro de Nemauso, jefe de aquellos oradores venales, que disculpando á los tiranos, les quitaban la vergüenza de sus culpas: este fué espía de Tiberio, de Calígula y de Neron, y terminó tranquilamente sus dias.

Partos. El reino de los Partos, producto de la sublevacion, conservó en todas épocas las huellas en su orígen. Libre del temor de Germánico, el
36 rey Artabano habia oprimido á sus súbditos é insultado la vejez de Tiberio, invadido la Armenia y sostenido con victorias los derechos que decia tener sobre aquella, como sucesor de Ciro y de Alejandro. Los Partos enviaron á pedir á Tiberio un Arsácida para oponerlo al tirano; el emperador sostuvo á Fraátes, y muerto este á Tirídates, el cual pudo recibir en Ctesifonte las bandas reales del surena. Pero en vez de recorrer sus provincias y granjearse su afecto, perdió el tiempo y se malquistó con algunos magnates, que repusieron al fugitivo Artabano, el cual recobró el reino de un golpe, y de nuevo provocó á Tiberio. Como vió luego principiar el reinado de Calígula con tan risueñas esperanzas, pensó en la paz, y volviendo á pasar el Eufrátes, dejó en rehenes á su hijo.

44. Á su muerte hubiera debido sucederle otro Artabano; pero su hermano Gotárces lo degolló, juntamente con su mujer é hijos. Habiéndose hecho odioso Gotárces, fué tambien despojado por Vardánes, que dilató sus conquistas, ocupó á Seleucia, amenazó la Armenia, y se lanzó victorioso hasta el Sindo, que dividia los Dais de los Arios; pero como enorgullecido oprimiese á los Partos, le dieron muerte en una cacería. Entónces estallaron trastornos, fomentados proba-
45 blemente por los Romanos, y Gotárces recobró la corona; pero su disolusion, no ménos que su crueldad, indujeron á los Partos á solicitar del emperádor Claudio que les concediese por rey un individuo de la estirpe de Fraátes, que estaba en Roma en rehenes.

¡Puede calcularse cuánto envaneceria á Claudio dar un rey á unos pueblos á quienes, segun veía en las historias, no habia podido Augusto domeñar! Entrególes, pues, con recomendacion y auxilios á Meerdátes, que unido al rey de los Edesos, Abgar, penetró por caminos muy difíciles en la Armenia, tomando á su paso várias ciudades, entre ellas Nínive y Arbela; pero en cuanto lo hubo llevado Abgar al frente del enemigo, lo abandonó, y habiendo presentado Meerdátes la batalla, fué vencido, y despues de haberle cortado las orejas, le dejaron la vida como por insulto al imperio romano. Muerto al 50.
cabo de poco tiempo Gotárces, Vonon, gobernador de la Média, ocupó el trono, trasmitiéndolo á su hijo Vologeso despues de un reinado breve y sin gloria.

Estos cambios repentinos excitaron al Ibero Mitrídates á recobrar la Armenia, que Cayo le habia quitado, y conquistó el país auxiliado por algunas tropas que Claudio y los Iberos le dieron. El rey Cótis, á quien se habian unido muchos grandes desterrados, hubiera podido resistir en la pequeña Armenia; pero impulsada 35.
por una carta de Claudio, se arrojó á los piés de Mitrídates, que lo trató con inoportuno rigor.

No habian trascurrido muchos años, cuando temiendo Farasmánes, hermano del Ibero Mitrídates, la ambicion de su hijo Radamisto, le aconsejó que quitase la Armenia á su tio. Sorprendido este, y abandonado de la principal nobleza, se encerró en Garnea, fuerte castillo guarnecido por soldados romanos, los cuales, sin embargo, sobornados, lo entregaron. Radamisto acogió y abrazó respetuosamente á su prisionero: reunidos los dos príncipes en un bosque sagrado, y habiéndose estrechado la mano, se preparaban á derramar juntos la sangre de su dedo pulgar en señal de alianza, cuando fingió caer uno de los que acompañaban á Radamisto, y derribó á Mitrídates, que en el acto se vió acometido, encadenado, y expuesto á los insultos, hasta que al fin Radamis- 51.
to lo mandó matar juntamente con sus hijos.

Veía Roma con alegría esta mutua destruccion, limitándose á alguna protesta fria y á algun movimiento de tropas, que no irritase al poderoso vencedor. Radamisto oprimió á la Armenia con una servidumbre tan insaciable, que el país se insurreccionó, y difícilmente pudo huir el rey á caballo, llevándose á su esposa Zenobia. No pudiendo resistir esta la marcha por hallarse embarazada, queriendo librarse del deshonor, rogó á Radamisto que la matase, y él la hirió, arrojándola al Aráxes, y refugiándose al lado de su padre Farasmánes.

No murió Zenobia; sino que sacada de las aguas por unos pastores, fué conducida á Artaxata, y recibida como esposa por el rey Tirídates, el cual, despues de largas cuestiones con 52.
Radamisto, se proclamó rey de la Armenia bajo la tutela romana. Pareció esta dura é indecorosa á Vologeso, rey de los Partos, y hermano de Tirídates, y por esta causa invadió el reino; pero habiendo ordenado Neron, ó mas bien sus ministros, que se aproximasen á Armenia las legiones de Oriente, y á los reyes aliados que llevasen sus ejércitos á las fronteras de los Partos, tuvo que desalojarla Vologeso.

Conociéndose no obstante que renaceria el fuego mal apagado, fué destinado para aquel cargo Corbulon, hombre de gran valor y experiencia, y adornado de las cualidades exteriores que tanto favorecen para el mando. Primeramente disipó las amenazas de Vologeso; dis-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciplinando despues al ejército con el antiguo rigor, emprendió la guerra, tomó á Artaxata, capital de la Armenia, y la incendió por no poderla defender; se dirigió en seguida sobre Tigranocerta, y como se refugiasen en grutas los habitantes del contorno con todo cuanto tenian de mas precioso, los ahogó con humo.

60. Conquistada toda la Armenia, la restituyó á Tigránes, descendiente de los antiguos reyes sacerdotes de Capadocia, pero con motivo de la discordia que ocurrió cuando Cesenio Peto recibió el mando de la mitad del ejército, recobró Vologeso su ascendiente, derrotó á Peto, y continuó sus triunfos, hasta que Corbulon, restablecido ya en su autoridad, lo puso en fuga y le dictó la paz, ordenando á Tirídates que marchase á Roma á recibir la diadema de manos de Neron.

Tirídates en Roma. 64. Dirigióse este á Nápoles con su familia, acompañado de tres mil caballeros y muchos magos, y de allí marchó á Roma con Neron, el cual lo trató de una manera de todo punto magnífica; le impuso la corona en traje triunfal; lo indemnizó de los gastos del viaje, disipó en su obsequio ochocientos mil sestercios al dia (147,047 fr.); y le dió operarios y artistas para reedificar á Artaxata.

Conjuracion de Pison. 65. Deslumbraban un momento al pueblo estos triunfos, á los cuales no habia contribuido Neron; pero no disminuían el odio contra el tirano. Formóse una conjuracion por Pison para matarlo en el palacio de oro; pero fué descubierta, y los primeros arrestados acusaron á los demas. Entónces se convirtió Roma en una carnicería. Los Germanos, comprados por el emperador para su guardia, se esparcieron por el campo buscando á los acusados, ó á aquellos á quienes odiaban Tigelino y Popea. Entre los primeros se cuenta el poeta Lucano, que se habia atraido el aborrecimiento de su amigo Neron, por haberse dormido miéntras le leía sus versos, y el cual, habiéndose hecho abrir las venas, murió á la edad de veintisiete años recitando un trozo de su *Farsalia*. Fué comprendido en el número de los segundos Séneca que, despojado de la autoridad por las intrigas de los nuevos favoritos, no habia sabido sacudir la pesada cadena de la corte, aun despues de hallarse infamada con tantas vilezas, y terminó con valor una vida no muy en armonía con sus doctrinas.

Conducida al tormento la liberta Epicáris, negó con firmeza, hasta que logró estrangularse. Interrogado el tribuno Sabrio Flavio por qué habia faltado al juramento, contestó: *Ningun soldado te fué mas fiel miéntras lo mereciste: te odié en cuanto te ví asesino de tu madre y de tu esposa, cochero, histrion é incendiario*, contestacion que hizo mas daño á Neron que la conjuracion misma. Á igual pregunta contestó Sulpicio Aspro: *Porque no conocia otro remedio para tus delitos*. El cónsul Vestino, aborrecido por Neron, daba un banquete á sus amigos, despues de haber llenado las funciones de su cargo, cuando se le anunció, á pesar de no estar acusado por nadie, que le buscaba el tribuno; sale, y habiéndolo encerrado en una sala, le abren las venas sin que exhale un lamento, y sus convidados no pudieron salir de su casa hasta una hora muy avanzada de la noche. Fenio Rufo, uno de los conjurados, se hizo inquisidor de sus cómplices; pero descubierto por uno de estos, unió á la infamia la villanía. Sacrificáronse otras muchas víctimas, en cuya condena fueron envueltos no pocas veces los padres, los hijos, los preceptores y los siervos. En tanto resonaban los templos con himnos en accion de gracias, y los parientes mas cercanos de los muertos se apresuraban á adornar de flores sus casas, y á besar la mano de Neron, el cual se mostró no ménos pródigo de recompensas que de suplicios.

Despues de esto, dió el bárbaro un puntapié en el vientre á Popea, que estaba embarazada, y la mató; arrepentido, la hizo embalsamar, proclamar diosa, quemar en su honor cuantos perfumes produce la Arabia en un año, y se olvidó del delito con nuevos delitos.

El senador Traséas Peto, que se habia conservado como una censura viva de tanta deshonra, habia sabido callar cuando todos elogiaban; se salió del Senado al tratarse de disculpar el asesinato de Agripina; no asistió á los funerales de Popea; no aplaudió las notas imperiales, é hizo en suma la resistencia que puede hacer todo hombre honrado á un mal gobierno. Venerado por el pueblo y por las provincias, cuando se vió acusado, exhortó á su esposa Arria á conservar la vida para su hija, se hizo abrir las venas, y llamó al cuestor que le habia llevado la sentencia á fin de que le viese morir. *Porque estamos en un siglo*, decia, *en que importa fortalecerse con grandes ejemplos.* **Traséas.**

Parecia que la naturaleza añadia su azote estos horrores. Grandes borrascas asolaron la Campania; Lyon, la ciudad mas insigne de la Galia, fué presa de un incendio; la peste arrebató treinta mil personas en Roma, y varios portentos y un cometa aterraron singularmente á Neron, el cual, habiendo oído que en casos semejantes era menester apartar el mal agüero con alguna matanza extraordinaria, se proponia degollar á todos los senadores, y conferir las provincias y los ejércitos á caballeros y libertos. Suspendió este golpe por disfrutar nuevos triunfos de artista, en cuya busca partió para la Grecia á rivalizar con los mejores tocadores de lira. ¡Regocíjese la Grecia, que va á visitarla su príncipe! No solamente lleva el habitual acompañamiento de mil carruajes, búfalos con herraduras de plata, palafreneros magníficamente vestidos, correos y caballeros africanos con ricos brazaletes y con los caballos enjaezados, sino un ejército entero capaz de vencer á todo el Oriente, soldados dignos de tal general, que llevan por armas la lira, la máscara de comediante y los zancos del saltimbanqui. Saluda Neron con un himno las riberas de la Grecia; **Neron en Grecia. 66.**

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el dueño del mundo les concede todo un año de placer y de fiestas incesantes, y se acumulan en doce meses los juegos olímpicos, ístmicos, y todos los demas que no se celebran sino á largos intervalos. Neron puede cambiar el órden prefijado por Hércules y Teseo, puede acelerar los períodos y fijar las estaciones. Representa Neron en los teatros, disputa el premio de las carreras, tiembla ante la vara de los Eleáticos, cuyas decisiones espera de rodillas, y por celos hace arrojar á las cloacas estatuas de atletas antiguos. ¡Ay del que se ve condenado á ser su competidor! Aunque prudentemente se deje vencer, se encuentra expuesto á todas las tramas de un émulo inquieto; Neron le mira atentamente; trata de aventajarlo, le calumnia en secreto y lo injuria en público. Poseído un cantor de su gloria, sobresale hasta el punto de cantar mejor que Neron, y el pueblo artista de Grecia escucha extasiado (1), cuando de pronto, por órden del príncipe, lo agarran los actores que representan con este desgraciado, lo atan á una columna y le degüellan.

Neron intervino en los juegos de todos los lugares, á excepcion de Esparta, de donde parecia rechazarlo la memoria de Licurgo y de Aténas, donde se alzaba un templo á las furias vengadoras del parricidio. Descontento de las respuestas de la pitonisa, arrebató quinientas estatuas al templo de Délfos, confiscó el terreno sagrado de Cirra, y pensó destruir el oráculo matando á los sacerdotes custodios del antro de donde emanaba la inspiracion divina. Triunfó en Corinto como Hércules, y habiéndose propuesto cortar el itsmo, trabajaba él mismo con un azadon de oro.

Habiendo causado á la Grecia mas ruinas que Jérjes, quiso superar su corrupcion. Él, que disfrazado de toro, salia por las calles á violar el pudor y la naturaleza, él, que públicamente se casó con un Pitágoras, con las ceremonias sagradas y civiles practicadas por los Romanos, con la plata de los augurios, las antorchas nupciales y el lecho preparado, quiso contraer nupcias con un tal Esporo, y habiéndolo vestido de emperatriz, lo condujo en litera por las asambleas, adornado del velo nupcial. En recompensa de los aplausos y de la vileza, regaló á la Grecia la libertad, que en tanta depravacion y bajo el imperio de ta hombre no sé qué queria decir ni de qué pudiera aprovechar.

No por esto se disminuía la matanza. Habia llevado consigo muchas personas sospechosas de alguna importancia, y las hizo matar por el camino. Corbulon, el mas valiente de sus generales, modelo de modestia y desinteres, tan fiel al tirano, que Tirídates se congratuló con este de que tuviese tan excelente esclavo, recibió tambien la órden de morir, y exclamando: *Lo merezco*, se mató. Dió en fin la muerte ó condenó á muchos porque perjudicaban á la tiranía con preceptos y con el ejemplo. Habiendo llegado despues á sus oídos los sordos rumores que alzaba la disgustada Italia, voló á Roma, y habiendo perdido los tesoros en el mar, dijo: *En breve me indemnizarán de ellos los venenos*. Entró en el carro triunfal de Augusto con mil ochocientas coronas ganadas en los teatros, y el Senado le decretó tantas fiestas, que no hubiera bastado un año para celebrarlas, por cuyo motivo se atrevió un senador á proponer que se dejase algun dia siquiera al pueblo para sus quehaceres.

La fuerza militar hacía posibles estos excesos; ella sola podia ponerles término. C. Julio Vín dex, de la estirpe de los antiguos reyes de Aquitania, vicepretor á la sazon en la Galia Céltica, alzó la bandera contra Neron; las tribus galas, desangradas por los exactores, le secundaron, y habiéndosele unido cien mil hombres, 67.
ofreció el imperio á Sulpicio Galba. Gobernado este de España, padre de la emperatriz Livia, considerado por su riqueza, su habilidad y sus victorias, aceptó la mision de derribar al tirano, como lugarteniente del Senado y del pueblo romano, y se rodeó de un consejo de personajes ilustres.

Tuvo noticia Neron de estos movimientos en Nápoles, y sin embargo no interrumpió los juegos del gimnasio; pero al oir que Víndex lo habia tratado de mal tocador de lira, se enfureció, mandó á los senadores que lo vengasen, se dirigió él mismo á Roma, y viendo en el camino esculpido en un monumento un soldado galo derribado por un caballero romano, lo consideró como un buen agüero y se reanimó. No atreviéndose á pesar de esto á presentarse al pueblo ni al Senado, reunió y oyó á algunos magnates, y pasó el dia en seguida enseñándoles ciertos nuevos órganos hidráulicos que deseaba experimentar en el teatro, *si Víndex*, añadia, *me lo permite*.

Alternando entre cobardes terrores, aturdidos arranques y meditadas venganzas, segun las noticias que recibia, tuvo al fin que dirigirse contra los rebeldes. La mayor parte de las provincias habian tomado parte en favor de Víndex, el cual hubiera podido hacerse emperador, si L. Virginio Rufo, legado de la Alta Germania, simple caballero, pero muy estimado, no lo hubiese combatido y vencido, proclamando que se hallaba dispuesto á impedir que se diese el imperio de otra manera que por el voto de los senadores y de los ciudadanos: esto fué causa de que Víndex se diera la muerte. El ejército vencedor declaró destronado á Neron y ofre- 68.
ció el imperio á Rufo, el cual lo rehusó; con lo cual se aumentó la confusion y la incertidumbre.

Entónces dispuso Neron su ejército; pero ántes cuidó de prepararle instrumentos de música y de vestir de amazonas á las cortesanas que habian de seguirle. La escasez de víveres era grande y se estaban esperando de Egipto; sábese que se acercan las naves; pero en

(1) Como ya ántes en Roma, en una lectura de Lucano, presente el celoso Neron, estallaron aplausos que arruinaron al poeta.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vez de trigo llegan cargadas de arena para los gladiadores y los luchadores. El pueblo se enfurece, derriba las estatuas de Neron y le niega los socorros; los pretorianos mismos desertan de su causa; sus guardias le quitan hasta los cobertores del lecho y una cajita de veneno, preparado por aquella Locusta que por su órden habia confeccionado la muerte de tantos. Neron entónces piensa unas veces trasladarse á la Galia, ponerse de rodillas ante los soldados, y atraérselos haciéndoles ver su desconsuelo; otras huir entre los Partos, ó bien subir á la tribuna y conmover al pueblo con la elocuencia aprendida de Séneca; propone á sus rivales que le concedan la prefectura de Egipto, y ya que otra cosa no, que le dejen marchar, que él ganará su vida con la música. Insultado en los teatros, maldecido de todos, él, que tanta sangre habia derramado, no poseía la virtud, tan comun en su tiempo, de derramar la propia. Pidió que lo matasen, y ninguno se prestó á ello; corrió á arrojarse al Tíber, y se dirigió despues á la quinta de su liberto Faon, en un mal caballo, apénas acompañado de cuatro siervos, siempre en peligro ó lleno de temor. Llegado que hubo allí, y como todos tratasen de sustraerse del oprobio con la muerte, hizo que le abriesen la sepultura, y en tanto exclamaba: *¡Qué grande artista perece!* Cobarde aun en sus últimos momentos, solo cuando oyó las pisadas de los caballos, que segun el decreto del Senado iban á llevarlo á la horca, se dió la muerte, despues de haber afligido al mundo durante trece años y ocho meses (1).

Muerte de Neron, 11 de junio de 68.

CAPÍTULO V

Costumbres.

Al sagaz Augusto sucede, pues, Tiberio, fango mezclado con sangre (2), el cual rodeado de espías y de infamias, disfrazando con voces antiguas nuevas maldades, se regocija en la sangre. Síguele un jóven, loco furibundo, á este un sanguinario imbécil, enfurecido por libertos y por mujercillas, y finalmente, otro jóven discípulo del mas célebre filósofo, ascendido al imperio en la flor de sus años, y que pareciendo elegido para reparar los daños y la vergüenza de las anteriores dominaciones, reune en sí por el contrario y empeora la disolucion y las atrocidades de sus predecesores; hace gala de las infamias que Tiberio escondia entre las rocas de Caprea; maneja expertamente los venenos; incendia, mata á su maestro, á su esposa, á su amante, á su madre, y á cada nueva barbarie, pueblo, caballeros y senadores le decretan nuevas gracias, apresurándose á descender mas bajo con sus humillaciones.

¿Cómo soportaba, pues, Roma á un loco, á un imbécil, á un monstruo, á un tirano?

Política.

Si la unidad de la fuerza encerraba en un círculo de hierro las provincias del imperio, dejaba que se aflojasen todos los nudos en el interior; y cada uno, con universal egoísmo, se reconcentraba en sí mismo desconfiando del vecino, que no sabía cómo procederia ó pensaria, pues que los hombres no se hallaban de acuerdo en máxima alguna, ni de política, ni de moral, ni de religion. El Senado, aun cuando ya nada representaba, retiraba altaneramente la mano del pueblo; los pretorianos querian tiranizar, y con tal que pudieran hacerlo, con tal que obtuviesen aumento de sueldo y disminucion de servicio, no les importaba que se sirvieran de ellos para el asesinato; por último, la plebe, sintiendo ira y sospecha respecto de los patricios, veía alegre que su tribuno humillase á los descendientes de aquellos, cuyos padres la habian tenido esclava y hambrienta.

La guerra civil habia admitido en el número de los ciudadanos á una multitud de libertos con su mal adquiridas riquezas, con la insolencia del hombre nuevo, y con los vicios de la fortuna inesperada y de que no sabian usar. Los antiguos señores, que habian sobrevivido á la guerra y á las proscripciones, despues de haberse señalado por su ambicion, intrigas, litigios y perjurios, objetos del desprecio del pueblo y de la religion, se consolaban de su nulidad en un epicureísmo afeminado, cuyo tipo era Mecénas, escritor y consejero de Augusto, envuelto en trajes mujeriles, escoltado de eunucos, y buscando nuevos sentimientos en el vino, en los ruidos y en los multiplicados divorcios (1).

En el exterior, los Griegos y los Galos no sentian afecto hácia los Romanos, ni estos compasion ninguna por las concusiones y atentados de que era víctima la Germania. Por esta causa no hubo ni una conjuracion, ni una tentativa de revolucion hasta la de Pison, y este mismo fué impulsado por ambicion, no por el deseo de restablecer la antigua república, perpétuo é impotente afan de los grandes hombres de aquel tiempo. Pero solamente estos tenian este deseo de lo pasado: el pueblo estaba inerte, y solia alegrarse cuando juntamente con los gladiadores se le daba el espectáculo de ver cortar cabezas de nobles. Tampoco los soldados hicieron nunca un movimiento durante la dominacion de los Julios, porque fieles aun á la antigua disciplina, confundian la fidelidad de la bandera con

(1) Contra Neron nos queda el fragmento de una sátira de un tal Turno:

Ergo famen nostram, aut epulis infusa venena
Et populum exanguem, pinguesque in funus amicos,
Et molle imperii senium sub nomine pacis,
Et quodcumque illis nunc aurea dicitur ætas,
Marmoreæque canent lacrymosa incendia Romæ,
Ut formosum aliquid, nigræ et solatia noctis.
Ergo re bene gesta, et leto matris ovantem,
Maternisque canent cupidum concurrere Diris...
Sæva canent, obscæna canent, fœdosque hymenæos
Uxoris pueri, Veneris monumenta nefandæ
Nil musas cecinisse pudet, nec nominis olim
Virginei, famæque juvat meminisse prioris.
Jamque impia ponere templa
Sacrilegasque audent aras, cœloque repulsos
Quondam terrigenas superis imponere regnis...

(2) Πηλον αἵματι πεφυρμενον.

(1) Séneca, *Ep.* 114; *De prov.* III.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la obediencia al emperador: solo despues de haber caído aquella familia se creyeron árbitros de ofrecer el imperio á su capricho.

Y en verdad, ¿á qué moverse si ninguno sabía si lo sostendria su vecino? Llene, pues, Calígula las dos listas del *puñal* y de la *espada;* envíe Tiberio la muerte desde el seno de la mas baja voluptuosidad; sea brutal y feroz é infamante el opresor, porque los oprimidos no saben quererse ni entenderse, ni conocen mas gloria que la de rendir homenaje á los dueños (1). ¿Qué era de la generosidad, se dirá, qué de la virtud? ¡Ah! no parecia sino que la blasfemia de Bruto habia encontrado eco en todos, desde que veían tan subvertida toda clase de órden. ¡La patria! ¿Cómo podia interesar la que se extendia desde el Elba al Níger? ¡La filosofía! pero esta no tenia unidad ni eficacia; era un puro ejercicio de escuela, cuyo punto mas sublime consistia en saberse dar la muerte, es decir, en abandonar á hermanos en cuyas miserias no se habia tomado parte.

Filosofía.

La filosofía estóica es verdaderamente el único destello de vigor que vemos en aquel tiempo miserable. ¿Pero cuáles eran sus doctrinas? Apaleado Epícteto por su amo, le dice: *Cuidado que me romperéis los huesos*; continúa el amo, le rompe una pierna, y el esclavo exclama: *¿No os lo decia?*

Este esclavo hablaba así de la libertad: « Porque es libre aquel á quien todo le sale bien, » quiero que todo me suceda tal y como yo lo » desee. Decíame un loco: — ¡Oh amigo! la locura y la libertad nunca van juntas. La libertad no solo es cosa muy bella, sino muy » racional, y nada es mas irracional y bajo que » el desear temerariamente y querer que nos » sucedan las cosas como las habíamos pensado. Cuando tengo que escribir el nombre de » Neron, menester es que lo escriba, no como » quiero, sino tal cual es, sin cambiar ni una » letra. Otro tanto sucede en las demas artes y » ciencias, y ¿tú pretendes que respecto de la » mayor y mas importante de todas las cosas, » la libertad, reinen el capricho y la fantasía? » La libertad consiste en querer que las cosas » ocurran no como me acomode á mí, sino como deben suceder. »

¡Sublimes exageraciones! Pero pues que los acontecimientos humanos son regidos por una necesidad fatal, y la voluntad humana tiene fuerza para resistir y sufrir y no para obrar, no puede esperarse tranquilidad mas que en un aislamiento austero y triste. Demonaco, filósofo respetado hasta por el burlon Luciano, no queriendo obligar por la fuerza á sus siervos, ni aceptar los servicios espontáneos de gente que despreciaba, y habiéndose quedado sin el uso de sus miembros, se dejó morir de hambre. Advertido Marco Aurelio de las tramas de un ambicioso, responde: *Dejémosle obrar, que si no está predestinado para vencer, sucumbirá, y si lo está, ninguno puede matar á su sucesor.* Esto es fatalismo, no clemencia. « Espére el sa- » bio el bien (dicen los estóicos) de sí única- » mente: lo único malo es creer en el mal. Vale » mas morir de inaccion sin temor que vivir » angustiado en la opulencia: mejor es que esté » triste tu esclavo que seas tú infeliz; cuando » abraces á tu esposa y á tus hijos, piensa que » son mortales, y así no te desesperarás al perderlos. La compasion es el vicio de los débi- » biles que se doblegan á la apariencia de los » males ajenos, y por eso desdice del hombre. » Las desgracias son decretos, no accidentes. » El sabio no obedece á Dios, no hace mas que » consentir. En cierto modo el sabio es superior » á Dios, porque en este es un mérito natural » la falta de temor, y en el sabio es un mérito » propio (1). »

La caridad es, pues, reputada vicio, y sin esta el *abstine et sustine* extingue toda actividad, quita todo amor y hace á los hombres inertes para mirar las miserias de un vulgo que se muere de hambre á la puerta de los palacios, en que se come opíparamente al son de las canciones de Anacreonte.

¿Cuál es el colmo de la virtud estóica? Obstinarse en una resolucion una vez tomada; mirar como una traicion toda transaccion con el enemigo de la libertad patria, aun cuando solo se estipule el olvido y la libertad de retirarse; castigarse uno mismo tanto por la desgracia en las armas como por la cobardía; disponer de la vida como de un bien que únicamente debe conservarse con ciertas condiciones; despreciar á los tiranos, los cuales no pueden hacer mas que dar una muerte no temida, y meditar hasta el último suspiro acerca de sí mismo. En esto consiste el secreto de la magnanidad mostrada por Cremucio Cordo y por otros muchos, que consideran el suicidio como un refugio ó como una esperanza. Al oir Arria, esposa de Peto, que está condenado á muerte su marido, se hunde un puñal en el pecho, y dándoselo en seguida á Peto le dice: *No hace daño.* Ordena Vespasiano á Elvidio Prisco que no se presente en el Senado, y le responde este: *Puedes quitarme la dignidad de senador; pero miéntras lo sea, iré allí.* — *Si vas,* replica el emperador, *calla.* — *Con tal que no me interrogues,* responde el senador, y Vespasiano le dice: *Pero si estás presente, no puedo ménos de pedirte tu parecer.* — *Ni yo dejar de contestarte como me parezca que debo hacerlo.* — *Si me lo dices, te mandaré matar.* — *¿Acaso te he dicho yo que era inmortal? Entrambos haremos lo que nos corresponde; tú me harás morir, y yo moriré sin pena.*

Cuando conducian á la muerte á Plaucio Laterano, le dirigió un liberto de Neron algunas

(1) « Nobilis obsequii gloria relicta est. » TACITO, *An*, IV.

(1) « Miseratio est vitium pusillanimi, ad speciem alienorum malorum succidentis: itaque pessimo cuique familiarissima est. » SÉNECA. *De clem.* I, 5. — Misericordia est ægritudo animi; ægritudo autem in sapientem virum non cadit. *Id.* — « Est aliquid quo sapiens antecedat Deum. Ille naturæ beneficio non timet, suo sapiens. » Ep. 53.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

preguntas, á las cuales respondió: *Si tuviese el alma tan abyecta que fuese capaz de hacer revelaciones, las haria á tu amo, no á ti.* El tribuno Estacio, que lo mató, era su cómplice, y no por eso le dirigió reconvencion ninguna. No habiendo hecho este mas que herirlo al primer golpe, sacudió él la cabeza, y la volvió á colocar en la actitud oportuna para ser decapitado. (1).

Complicado Flavio en la conjuracion contra Neron, observó al tribuno que no era bastante profunda la fosa que se le habia preparado, y como este le dijese, que tendiera bien el cuello, *Así puedas tú herir tan bien*, le replicó. Caninio Julio tuvo un altercado con Calígula, el cual le dijo al despedirlo: *No dudarás que te he condenado á muerte. — Gracias, excelentísimo emperador*, le contestó Julio. ¿Consideraba este la muerte como una gracia en un imperio tan malo, ó era que queria escarnecer con su respuesta la bajeza de los agradecimientos cortesanos? Pasó diez dias tranquilo, esperando que Calígula cumpliese su palabra, y se hallaba jugando á las damas cuando entró el centurion con el anuncio de que debia morir. *Espera que cuente las damas*, respondió tranquilo, y dijo á sus amigos que lloraban. *¿Por qué os entristecéis? Vosotros disputáis sobre la inmortalidad del alma, y yo voy á descubrir la verdad.* Preguntándole un amigo miéntras se aproximaba al lugar del suplicio en qué pensaba, le dijo: *Quiero observar si en este breve instante advierte el alma que va á salir del cuerpo.*

Muerte de Séneca.

Cuando le llevaron á Séneca la órden de morir, solicitó un momento para variar algunas disposiciones de su testamento, y habiéndosele negado, consoló á los amigos recordando sus acostumbradas conversaciones, y dejándoles, ya que otra cosa no podia, el ejemplo de su vida y el odio contra Neron, asesino de su madre, de su hermano y de su maestro. Habiéndole dicho su esposa Paulina que deseaba morir con él, no se opuso y le dijo: *Yo que te he enseñado el modo de vivir, no te envidiaré el honor de morir. Si tu conciencia es igual á la mia, será siempre mas gloriosa.* Se hizo abrir las venas, y continuó dictando á sus escribientes; viendo despues que tardaba demasiado la muerte, se hizo meter en un baño caliente, y roció con su agua á los siervos que lo rodeaban, diciendo: *Hago estas aspersiones en honor de Júpiter libertador*, por seguir la costumbre de los Griegos que libaban en honor de Júpiter conservador al salir de un banquete. Paulina lo imitaba en otra cámara, pero Neron ordenó que le restañasen la sangre por fuerza.

¿Era esto virtud, ó mas bien imitacion? Séneca no creía que mas allá de la vida le aguardasen premios ni castigos, y se regocijaba de haber despertado del *bello sueño* de la inmortalidad del alma. Ademas, para admirar su muerte filosófica, fuera menester olvidar las exorbitantes riquezas que adquirió y que ofreció á Neron con tal que le dejase la vida; sus usuras, que motivaron la revolucion de la Bretaña (1), y lo que es mas grave, el haber impulsado á un hijo á matar á su madre, si no miente la fama. De todos modos lo cierto es que no abandonó á su alumno despues de verlo tan manchado, y que ántes por el contrario, prostituyó su talento hasta el punto de escribir su disculpa.

Su sobrino Lucano, por salvarse, denunció á su propia madre, y Neron se aprovechó de su vileza para deshonrarlo, pero no por esto le quitó la gloria de morir declamando versos. Mela, su padre, no dejó que se enfriára siquiera su cadáver para tomar posesion de sus bienes y manifestar tambien á Neron lo poco que se interesaba por su delincuente hijo; pero recibió órden de abrirse tambien las venas, y la cumplió sin exhalar un lamento. Véanse, pues, tres suicidios en una sola familia, heróicamente sostenidos, y precedidos cada uno de una bajeza.

¿Admirarémos nosotros esta filosofía que enseña á morir, y no á vivir? Sin un deseo respecto del porvenir, sin un anhelo por una segunda vida ó por el progreso de la humanidad, caen los estóicos en la inaccion; buenos acaso para sí mismos, no favorecen á los demas, rehusan prestar homenaje á un monstruo, pero elevados á las magistraturas no desean el bien; de manera que esta filosofía no mejoró en nada absolutamente la legislacion, aun cuando la habia defendido del epicureísmo. Porque la ciencia antigua mas bien se inclinaba á la abstraccion que descendia á la práctica, ó en la práctica se aplicaba á la personalidad sin elevarse á consideraciones de bien general.

Suicidio.

Una escuela que predicaba virtudes imposibles era natural que aconsejase el suicidio (2), y de tal manera fué escuchada, que sus mismos campeones debieron moderar sus principios, diciendo que era muy hermoso suicidarse, pero que por este placer no se debian olvidar los deberes particulares. En efecto, la muerte no era solamente una precaucion ó un preservativo contra los tiranos, ni eran menester grandes accidentes ó enemistades imperiales para dirigir contra sí mismos una mano homicida. Marcelino, jóven, rico y amado, se ve atacado de una enfermedad que puede curarse; y sin embargo quiere morir: reune á sus amigos, y los consulta como si se tratára de un contrato ó de un viaje; algunos lo disuaden; un estóico, al con-

(1) ARRIANO en *Epict.* I, 1.

(1) Quizá alude á él este epígrama de Petronio Árbitro:

Quid faciant leges, ubi sola pecunia regnat
Aut ubi paupertas vincere nulla potest?
Ipsi qui cynica traducunt tempora cæna
Nonnunquam nummis vendere verba solent.
Ergo judicium nihil est nisi publica merces.
Atque eques in causa qui sedet empta probat.

(2) Una de las paradojas en que alguna vez se complacia Montesquieu, es el atribuir á la doctrina del suicidio la grandeza de algunos caractéres romanos. Gibbon escribe con su acostumbrada malignidad: « ¡Los preceptos del Evangelio ó *de la Iglesia* han impuesto finalmente una *servidumbre* piadosa á las almas de los cristianos, *condenándolos* á esperar sin quejarse el último golpe de la enfermedad ó del verdugo! » C 44.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

trario, lo exhorta á la muerte considerando bastante razon para morir hallarse harto de la vida. Despídese por tanto Marcelino de sus amigos, distribuye dinero á los siervos, que no quieren darle la muerte, y en seguida se abstiene de todo alimento durante tres dias, despues de lo cual lo llevan á un baño, donde espira murmurando algunas palabras sobre el placer de sentirse morir (1).

Cocceyo Nerva, jurista muy experimentado, disfrutando de buena salud y mejor fortuna, resuelve poner término á sus dias, y por mas que Tiberio procura apartarlo de su intento, se deja morir de hambre.

Sin elevacion de doctrinas, y sin esperar seguramente ser admirado como un filósofo (2), un gladiador conducido al circo mete la cabeza entre los rayos de una rueda, y se la deja tronchar. ¿ Qué mas ? Se habia introducido el refinamiento en la muerte, y los cobardes, del mismo modo que los fuertes, eran acometidos alguna vez de la manía del suicidio ; verificándolo algunos por mera saciedad de la vida, por no tener que levantarse todos los dias, comer, beber, volverse á acostar, tener frio y calor; por no tener en fin que pasar por la primavera, por el verano despues, en seguida por el otoño, por el invierno luego, y no ver nunca nada nuevo (3).

Este valor en último resultado se reduce, pues, al egoísmo, cuyo acto mas refinado es precisamente el suicidio, que aniquila las relaciones sociales y destruye toda responsabilidad, miéntras que el hombre generoso no piensa en librarse de los males, sino en sufrirlos y sacar partido de ellos. Y si, como propalan estos filósofos, la muerte no es nada, ¿á qué prepararse á ella con tanto orgullo, por qué hacer de ella el asunto de las disputas de escuela y de los ejemplos sociales ?

Partiendo del mismo principio van á parar al mismo término dos doctrinas, que sin embargo se dicen contrarias; la estóica con el egoísmo espiritualista, y la epicúrea con el material, combinadas entrambas con la manía de lo extraordinario. El epicúreo decia : « No puede comprenderse el sumo bien separado del placer de los sentidos : la sensacion es la voz de la naturaleza. Pero no dependiendo siempre del hombre gozar y no padecer, debe moderar los deseos, en lo cual consiste la virtud. Dentro del toro de Faláris diré : *No me hace daño.* (4), así como Epicuro, muriendo entre las convulsiones del mal de piedra, exclamaba : *Dichosísimo yo, y este es el dia mas afortunado de toda mi vida.* »

En esa solicitud por alcanzar una perfeccion ideal, solitaria, indiferente á toda moralidad, que niega toda expansion generosa, se echa de ver una temeridad sacrílega, que petrifica el ser humano, constituido en ídolo, convierte en egoista al sabio, hace consistir el bien en un juicio del entendimiento, repugnante al testimonio de los sentidos, y quiere llegar á la felicidad por un camino impracticable. Por consiguiente, el uno con la imposibilidad de llegar al modelo propuesto, y el otro con la indolencia, no considerando entrambos el bien sino en relacion con la vida de los sentidos, con el presente, con el individuo, suspenden la actividad humana, aflojan los vínculos domésticos y aniquilan la sociedad.

El epicúreo se eleva tambien con su negligencia hasta el heroísmo de los estóicos, y muere entre rosas y en brazos de las meretrices, como estos con los libros de Platon en la mano. Anuncian á Agripino que se reune el Senado para juzgarlo, y exclama : *Que lo haga : vamos nosotros en tanto al baño, que ya es la hora.* Va, y oyendo al salir de él que ha sido condenado, pregunta : ¿ Á muerte ? — *Al destierro.* — *? Han sido confiscados mis bienes?* — *No.* — *Partamos, pues, sin pena, que en Aricia comerémos tan bien como en Roma.*

Mas frecuentemente enseñaba el epicúreo á gozar de la vida, y echar á la espalda el temor de los dioses ; y difundiendo la impiedad, incitaba á los grandes á los delitos del ateísmo, sin librar al vulgo de los de la supersticion. Porque en último resultado la ciencia epicúrea era una ciencia aristocrática, que se dirigia á pocos, á la manera de los libres pensadores del siglo pasado, y como estos, no nombraba á la multitud (οἱ πολλοί) sino para despreciarla.

Si la filosofía carecia de doctrinas, y habia llegado á ser ejercicio de disputas y de ganancia para los cínicos y para los epicúreos, ó diversion de calle y de escuela para el pueblo y para los ricos, la religion por su parte carecia de dogmas. Del mismo modo que se habia abierto la ciudad á todos los extranjeros, se habia abierto el cielo á todos los dioses : todas las pasiones deificadas obtenian sacerdotes, sacrificios y fiestas en el santuario de Vesta y de Rea; y toda dama tenia en el lugar mas retirado de su casa el sol etiópico, simbolizado en el gavilan, divinidades fenicias, la mitad mujeres, la otra mitad peces y piedras druídicas. Germánico se hizo iniciar en los torpes misterios de Samotracia y en el culto de los barrigudos Cabíres; él, Agripina y Vespasiano consultaban las divinidades de Egipto. En una palabra, Roma « encontró en el botin de cada conquista un dios (1), » y despues por medio de la apoteósis (2) hizo dioses á todos sus execrables emperadores.

Supersticion.

(1) Séneca, *Ep.* 77.
(2) Id. *Ep.* 47.
(3) Id. *Ep.* 23.
(4) « In Phalaridis tauro si erit dicet : Quam suave est hoc! quam hoc non curo! » Cic. Tusc. II.

(1) Prudencio, *C. Symmachum*, II, 458.
(2) Despues de los funerales del emperador muerto, celebrados con magnífica pompa, se ponia su efigie de cera en un lecho de marfil, cubierto de un suntuoso tapete de oro, figurando que era el mismo emperador aun enfermo. Senadores y matronas iban á visitarlo; permanecian sentados algunas horas á su lado, y duraba siete dias esta ceremonia : al octavo, los principales senadores y caballeros paseaban procesionalmente el lecho con la efigie, tal como estaba, y lo llevaban á la plaza

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Aceptar indistintamente todo dios equivale á no tener ninguno : de tal manera la religion era una ley, no una fe ; las fiestas eran ostentaciones ; el culto público era política, y el privado un gusto individual, segun el cual se elegia un dios predilecto á quien dar las víctimas mas pingües, á quien recomendar los negocios, la familia y los amores. No se creía en la Providencia, sino en la fatalidad, cuyo indomable rigor daba á unos el valor de matarse, é impulsaba á otros á sondear un porvenir que no podian evitar. Venian astrólogos de Caldea, augures de Frigia, adivinos de la India ; separado de la fe el culto nacional, y mezclado con instituciones extranjeras, dejaba abierta la puerta á mil supersticiones, al terror de potestades secretas, á una curiosidad mezquina de las cosas ocultas, á la manía de lo extraordinario y de lo extravagante, de modo que nunca se habian multiplicado tanto los prestigios, los oráculos, los sortilegios y los misterios de las ciencias teúrgicas.

Horacio, Virgilio y los demas escritores de los mejores tiempos afirman que estaba propagada la creencia en los magos y en las hechiceras, que ellos llaman *strigæ* (1). De estas se habló mucho mas, y de los vampiros que volvian á chupar á los vivos (2) ; y los milagros que veremos en Apuleyo y Apolonio Tianeo nos descubrirán cuánto se calentaban la cabeza con semejantes opiniones, no solo el vulgo, sino la gente mas educada. No habia rico que no tuviera un astrólogo entre sus siervos ; se hacía trabajar ansiosamente al quiromántico ó nigromántico : y cuando caía un rayo ó se descubria algun cadáver, se creía que una revolucion imprevista debia llevar á ciertos hombres desde la miseria al trono ó desde los palacios á las gemonías. Doncellas ávidas de amor, jóvenes solícitos de una herencia, esposas ansiosas de ser madres, viejos enervados, amantes celosos y magistrados ambiciosos acudian á estas impías locuras, para satisfacer las cuales ni siquiera se temia degollar á los niños.

Al paso que ya no se creía en los dioses (1), sentia la conciencia la necesidad de acercarse al Dios indignado y decirle : *Perdona ;* experimentaba una necesidad de purificaciones y expiaciones, de tal manera que para limpiarse de culpa, unos se bautizaban con sangre en las ceremonias de Mitra, otros marchaban por el Tíber helado, ó despues de haberse bañado atravesaban de rodillas el campo de Marte ; y si está irritado Anúbis, decreta el pueblo que se vaya á Égipto á traer agua del Nilo para purificar al templo, ó que se ofrezcan vestidos á los sacerdotes de Ísis ó huevos á los de Belona (2).

Al lado de los soldados se hallaba una gente cada vez mas debilitada con el lujo y los vicios, delirante por los juegos del antifiteatro, y que no manifestaba su voluntad sino tomando parte por este ó aquel bailarin, por tal ó cual faccion del circo. Á esta chusma prodigaba cada nuevo emperador regalos y juegos, y la corrompia, no solo con las crueles y deshonestas diversiones del circo y del teatro, sino tambien con las artes de los retóricos y de los poetas. Extinguido, pues, todo sentimiento noble y elevado, se levantaban el fausto, el egoísmo y la indolencia.

Depravacion.

No habiendo nada que contuviese en esta sociedad, ni al rey en el trono, ni á la dama en el gabinete, se entregaron los Romanos á la corrupcion mas profunda que nos presenta ninguna otra época. ¿ Dóndeen contrar una serie de emperadores monstruosos igual á la de aquellos que hemos visto y veremos suspendidos entre las gemonías y la apoteósis ? ¿ Qué sería, pues, si nos fuese dado penetrar en las casas, é indigar la moralidad privada ? De una familia nos quedan memorias, la Julia, y su simple genealogía e una cadena de crímenes. Mezcla de sangre y de nombres, producida por abusos de adopciones y divorcios ; mujeres de tres ó cuatro maridos, emperadores de cinco ó seis mujeres : un Druso es envenenado por Seyano, otro recibe la órden de morir, y un tercero recibe la muerte en el destierro : son inmolados á la seguridad del príncipe Agripa Póstumo al principiar el reina-

pública, adonde se trasladaba el nuevo emperador acompañado de los señores romanos mas ilustres. Allí se levantaba un tablado de madera, imitando la piedra, y adornado de un espléndido perístilo de marfil y de oro, bajo el cual se colocaba la efigie en un lecho lujoso, y alrededor se cantaban por dos coros las alabanzas del príncipe difunto : durante el canto estaba sentado el emperador con su acompañamiento en la plaza, y las matronas debajo del pórtico. Concluida la música, se encaminaba la procesion al campo de Marte, llevando tambien las estatuas de los Romanos mas ilustres desde la época de Rómulo, algunas de bronce, representando las provincias sometidas al imperio, é imágenes de hombres célebres. Iban detras los caballeros, los soldados y caballos de carrera, y en fin, los donativos de los pueblos tributarios, y un altar de marfil y de oro enriquecido de piedras preciosas. Subido el emperador en la tribuna de los oradores durante esta procesion, hacía el elogio del muerto. Habia elevada en medio del campo de Marte una pira, que estrechándose gradualmente, formaba una especie de pirámide, revestida exteriormente de ricos tapices recamados de oro, y adornada de figuras de marfil ; llena por dentro de leña seca, y teniendo encima el carro dorado de que solia servirse el emperador muerto. Colocábase en el cuerpo inferior el lecho imperial con la efigie de cera por los mismos pontífices, y se derramaban sobre él perfumes y aromas. Despues de besar la mano de aquella imágen el nuevo emperador y los parientes del difunto, se sentaban en los sitios que les estaban destinados. Habia en seguida alrededor de la pira carreras de caballos, y desfilaban despues soldados y carros, cuyos conductores iban vestidos de púrpura. Verificadas estas ceremonias, el emperador, seguido del cónsul y del magistrado, aplicaba el fuego á la pira, y cuando principiaban á elevarse las llamas, se dejaba volar desde encima de la hoguera un águila, que dirigiéndose al cielo, hacía creer que llevaba al Olimpo el alma del difunto : para las emperatrices, en vez de un águila se echaba á volar un pavo real. Se construía despues un templo en su honor ; se le daba el título de divino ; se le señalaban sacerdotes, y se instituian sacrificios en su obsequio.

(1) Festo : *Strigas, ut ait Verrius, Græci* στριγγας *appellant quod maleficis mulieribus nomen inditum est*—Plinio, XI (39), 93, *q. Fabulosum arbitror de strigibus ubera eas infantium labris immulgere.* — Apuleyo, 5 Metam. : *Scelestarum strigarum nequitia.* — Petronio, Fragm. 63 : *Cum puerum mater misella plangeret, subito strigæ cœperunt*, etc. . *jam strigæ puerum involaverunt, et supposuerunt stramenticium.*

(2) « Post sepulturam visorum quoque exempla sunt. » Plinio,

(1) *Nemo cælum, cælum putat ; nemo jovem pili facit.* Petron. *Sátira* 44 al fin.

(2) Juven. *Sat.* 6 ; Tertull. *Apolog.* 9 ; Sen. *De vita beata*, 27.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

do de Tiberio, Tiberio el Jóven al comenzar el de Calígula, y Británico al inaugurarse el de Neron. Cneo Domicio, padre de este último emperador, se divierte frecuentemente en lanzar con furia el carro contra un niño, en matar á un esclavo que no bebia bastante; saca en pleno foro un ojo á un caballero, y siendo pretor roba los premios en los juegos. Julia, madre, es desterrada por su padre como disoluta despues de tres matrimonios, y luego condenada á morir de hambre por su esposo Tiberio : Julia, hija, convencida de adulterio, perece en una isla, Junia Calvina es proscripta por incestuosa; son deshonradas por su hermano las hermanas de Calígula y una de estas es elevada á diosa, miéntras que los amantes de todas ellas reciben la muerte á consecuencia de las antiguas leyes tutoras de la moralidad. Drusilina, hija de Calígula, es asesinada con él, contando apénas dos años. Augusto contrae matrimonio con Livia, que estaba en cinta de otro : Livia Orestila, arrebatada á su marido Cayo, se ve repudiada al cabo de pocos dias, y desterrada al cabo de dos años; el mismo arrebata á Lolia Paulina á su marido, por la fama de belleza que habia gozado su abuela, y pocos dias despues la despide de su lado, prohibiéndola unirse á otros hasta que al fin le envia la órden de matarse. Alábase á Claudio de no haber tomado esposa que perteneciese á otro; pero tuvo cinco mujeres lo mismo que Calígula, y entre estas una Mesalina y una Agripina, nombre que aun hoy indica todo lo peor que puede haber en su sexo. Claudio arroja desnuda en el umbral de la puerta de su esposa á una niña que cree adulterina. Mesalina hace desterrrar y matar á Julia, hija de Germánico, y á otra sobrina de Tiberio; una Lépida, pariente de Césares, rivaliza con Agripina en belleza, opulencia, impudor y violencias, y esta la hace matar.

En el palacio de los Julios podian verse la cripta ó catacumba donde fué asesinado Cayo, y la cárcel donde se dejó consumir de hambre al jóven Druso, royendo la borra de los colchones y lanzando contra Tiberio imprecaciones que hacía este recoger solícitamente para repetirlas despues en el Senado : en esta sala bebió Británico la copa que se le presentó, y murió en el acto : en este gabinete excitó Agripina el amor de su propio hijo, que en este jardin tocó con insultante curiosidad su cadáver.

¡Esto en una sola familia! Y eran dioses y diosas, expuestos á la consideracion de todos, protegidos por la memoria de grandes progenitores. ¿Qué encontrarémos introduciéndonos en otros lares? ¿en la casa de Agripa, donde « Vipsania fué la única que murió de muerte natural, sabiéndose de los demas que la recibieron del hierro, ó creyéndose que se les dió con veneno ó por medio del hambre? (1) » ¿En los palacios patricios, donde se esperaba de los Césares una invitacion para prostituirse á matarse? ¿en el laboratorio de Locusta, por mucho tiempo instrumento importante del gobierno (1), y adonde se iba á buscar provision de filtros para enamorar á otros (2), ó tósigos para acelerar la viudez ó la herencia, ó abortivos para concebir inútilmente? ¿en cada uno de los palacios, donde habia tantos enemigos como esclavos (3), los cuales, ó poniéndose de acuerdo, mataban á sus señores ó hacian el oficio de espías, denunciando al emperador todos sus actos y pensamientos?

Tácito, implacable revelador de aquella corrupcion, nos muestra (hablando solo de los delitos privados) diez y nueve mil reos de muerte que combaten en el lago Fucino para cumplir un loco deseo de Claudio. Cuando este emperador restableció el suplicio de los parricidas, hubo en cinco años mas sentencias por este crímen que habia habido en muchos siglos; y Séneca asegura que se veían mas sacos que cruces (4). Se repetian los suplicios con tal frecuencia, que para no tener que velar las estatuas á cada momento, las quitaron del lugar de las ejecuciones : cuarenta y cinco hombres y ochenta y cinco mujeres fueron condenados por envenenamiento. Habiéndose arrojado desde una ventana Papirio, jóven perteneciente á una familia consular, atribuyeron la culpa de esta violencia á su madre. Repudiada esta hacía mucho tiempo, lo habia impelido con el lujo y la seduccion á tales desórdenes, que se libró del remordimiento dándose la muerte. Acusada Lépida, de la familia de los Emilios, sobrina de Sila y de Pompeyo, de adulterio, de envenenamento, de suposicion de prole y de sortilegio, se presenta en el teatro con el acompañamiento de todas las matronas nobles, é invocando á sus antepasados y á Pompeyo, suplica con tanta elocuencia, que el pueblo prorumpe en imprecaciones contra el marido acusador : y sin embargo, por las declaraciones de los esclavos se la prueba el delito, y se la destierra. Plutarco dice relativamente á esto : « En casi todas las » familias, hay muchos ejemplos de hijos, de » madres y de esposas muertas; son innumera- » bles los fratricidios, y es verdad demostrada » que un rey debe matar á su hermano por su » propia seguridad. »

Véase á este pueblo en los espectáculos, querer, no la ostentacion de la destreza y de la habilidad como los Griegos, sino lo extraordinario y las sensaciones violentas. No hablaré ya de los gladiadores ni de las fieras; pero en el tea-

(1) Tacito, *An.* II.

(1) *Diu inter instrumenta reyni habita*. Tac.

(2) Hay en Brescia esta inscripcion, acaso tambien supuesta

D. M. QVI ME VOLENT VALETE MATRONÆ MATRESQVE FAMILIAS VIXI ET VLTRA VITAM NIHIL CREDIDI ME VENERI ALVMNÆ ADDIXI QVOS POTUI PELLEXI FILTRIS ET ASTV VIRO HVMATO NON VIDVA FVI NEC MARITÆ NOMEN ADEPTA QVÆSO NE ME INVIDETE PORTIA FAMILIA EST VENERIS DOMVS ILLICVM CVPIDINVM CAVE VIATOR NE ME DIV CALCATAM CALCES.

(3) *Arrogantique proverbium jactatur : totidem esse hostes, quot servos.* Séneca, Ep. XLVII. *Intelliges non pauciores servorum ira cecidisse quam regum.* Ep. IV.

(4) Con arreglo á las leyes de los reyes se arrojaba al parricida al mar en un saco de cuero, con un gato, una culebra y un mono. Cuando Neron mató á su madre, aparecieron sacos suspendidos de sus efigies.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tro mismo, si se representa el *incendio* del antiguo Afranio, se prende fuego realmente á las casas, y se deja á los histriones la facultad de saquearlas (1). El buen Marco Aurelio presenta al pueblo un leon *enseñado* á comer hombres, haciéndolo con tanta gracia, que el pueblo unánime pide al emperador que le dé libertad : cae propiamente un Icaro del cielo, y al momento se arroja un oso á devorarlo : el drama de Prometeo concluye con un suplicio verdadero : clavado en la cruz Laureolo en una de estas representaciones, es devorado por una fiera ; un Orfeo es destrozado por osos verdaderos, en lugar de las bacantes ; queman á uno para figurar á Hércules en el monte Oeta ; mutilan á otro á imitacion de Átis ; es destrozado por un oso un Dédalo, que bien quisiera tener las alas de este personaje fabuloso ; se reproduce, en fin, el heroísmo de Mucio Escévola por un esclavo, condenado á dejarse quemar la mano, aun cuando no habia cometido ningun error. Marcial refiere y admira estas escenas (2), y multiplicándolas compraban los emperadores la libertad de aquel pueblo, que habia destruido la libertad en todas partes.

La sencillez del pudor, que se conserva por una ignorancia feliz, ¿ cómo podia subsistir en Roma, donde los niños de ambos sexos iban juntos á las escuelas ; donde se suspendian priapos al cuello de las niñas ; donde estaban adornadas la ciudad y las casas de figuras impúdicas y desnudas ; donde se lavaban en los baños, todos confundidos jovenes impúberes, ancianos, doncellas y matronas (3) ? No se temia poner en las manos de las jóvenes los antiguos autores cómicos con sus impudentes obscenidades (4) ; asistia la madre con su hija á los indecentes bailes de las Lupercales, ó á las danzas que las cortesanas celebraban en honor de Flora, así como tambien á los teatros donde representaban los mímicos la embriaguez de la prostitucion y del adulterio (5), ú ostentaban las caricias lascivas de Danae y Ariadna. ¿ Qué mas ? ¿ no asistian á la representacion de las bodas de Pasifae, ejecutadas en toda su brutal realidad (6) ? ¿ Qué pensamientos debian acompañar á estos espectáculos ? ¿ qué discursos habian de seguirlos ? ¿ qué actos habian de ser sus resultados ?

Faltando la clase mas numerosa y útil de los cultivadores libres y de los pequeños propietarios, los ricos por voluptuosidad, y los pobres por necesidad, huían del matrimonio, y á los inocentes placeres del consorcio que compensan los sacrificios de dos corazones honrados, preferian las tempestades de un celibato licencioso y la vulgaridad de caricias compradas. Si por huír de las amenazas de la ley Papia Popea se contraía matrimonio, se tardaba poco en repudiar á la esposa multiplicándose los divorcios hasta el punto de hacer legal el aldulterio (1), ó se destruían sus frutos ántes de su madurez, ó segun la horrible costumbre de toda la antigüedad, se arrojaban á la calle los recien nacidos. Excluidas las mujeres de cuidados mas graves, se perdian en un lujo frívolo (2), ó en intrigas de adulterio ó de peculado se consolaban de una vida fastiada é inferior : no quedó, pues, en tiempo del imperio, mas que el exceso de la corrupcion. Apénas se daba un matrimonio que no estuviese contaminado (3) : refiere Plinio, que Lolia tuvo puesto en una cena un adorno por valor de cuarenta millones de sestercios en perlas (4) ; Tácito nos muestra á las mujeres de su tiempo descendiendo á la arena con los gladiadores, y á las matronas prostituyéndose á porfía con las mujeres perdidas (5), ó entregándose á los esclavos con tal furor, que el Senado tuvo que oponerse al escándalo con aquellos remedios que lo ponen de manifiesto, pero no lo corrigen (6). El año 19 de Cristo, prohibió el Senado que las viudas, las hijas y sobrinas de un caballero romano fuesen matriculadas por los ediles en el número de las que traficaban con el amor : extraña prohibicion, cuya razon no se adivinaria, si no nos dijesen Suetonio y Tácito (7) que las mujeres de buenas casas se inscribian entre las que tenian por oficio vender sus gracias, para librarse de las penas impuestas á las disolutas.

¿ Y podia esperarse otra cosa donde reinaba la meretriz Actea ? ¿ donde la meretriz Popea, mujer á quien solo faltaba la virtud, acusaba á Octavia de adulterio para invadir su tálamo ? ¿ dónde se cazaba á las hermosas, como si fueran fieras salvajes, para alegrar la orgía del

(1) Suetonio *en Ner.* 11.
(2) *De spectac.* passim ; y Tertul. Apol. c. 15.
(3) Marcial III, 3, 51, 87. — Plinio, *Hist.* N. XXXIII, 12.
(4) Ciceron. *De orat.* III, 12.
(5)
Mimos obscæna jocantes
Qui semper ficti crimen amoris habent
In quibus assidue cultus procedit adulter...
Nubilis hos virgo, matronaque, virque, puerque
Spectat, et è magna parte senatus adest.
Nec satis incestis temerari vocibus aures :
Adsuescunt oculi multa pudenda pati...
Luminibusque tuis (*Auguste*), totus quibus utimur orbis,
Scenica vidisti lentus adulteria.
Ovid. *Trist.* II, 500 y sig.
(6) Junctam Pasiphaen dictæo, credite, tauro
Vidímus, accepit fabula prisca fidem.
Marc. *Spect.* 5.

(1) Expresion de Marcial lib. VI, ep. 7 :
Julia lex populis ex quo, Faustine, renata est,
Atque intrare domos jussa pudicitia est,
Aut minus, aut certe non plus tricesima lux est,
Et nubit decimo jam Thelesina viro.
Quæ nubit toties, nam nubit : adultera lege est.
Offendor mæcha simpliciore minus.
Si hay en esto exageracion, tenemos tambien en Juvenal VI, 20 :
Sic fiunt octo mariti
Quinque per autumnos.
Y san Jerónimo vió en Roma un marido que sepultaba la esposa que hacía el número veintiuno, la cual habia sepultado veinte y dos maridos.
(2) « Graviorum operum negata affectatio, omne studium ad acriosorem sui cultum hortatur conferre. » V. Maxim. lib. 9, c. 1, n. 3.
(3) *Vix præsenti custodia manere illæsa conjugia.* Tac. *An.* III, 34.
(4) *Hist.* N. IX, 58.
(5) *An.* XV, 32 y 37.
(6) *An.* XII, 33, 85.
(7) En *Tiberio* 35. — *An.* II, 85.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

emperador, y ser arrojadas al dia siguiente como la corona de adormideras?

No se trata, pues, de un pueblo ignorante y miserable; ántes por el contrario, habian llegado en él á su colmo la cultura y la urbanidad; ni admiten comparacion con el bienestar y con los goces de entónces los modernos; gran alucinacion de los que solo consideran las apariencias. Las mas bellas poesías, las historias mas insignes andaban en las manos de todos, y con el prurito de la novedad : el vulgo recibia alimento sin trabajar; asistia á espectáculos de indecible magnificencia, y despues de haberse solazado debajo de pórticos sorprendentes por su arte y riqueza, y de hacer ejercicio en el campo de Marte entre monumentos que son aun la admiracion de quien los mira, y la escuela de quien los comprende, lo esperaban ochocientas termas donde se lavaba muellemente, para presentarse despues en el teatro á recibir la admiracion y los homenajes de los reyes extranjeros, y á tomar parte por los actores, derramando en estas luchas la sangre que corria antiguamente por la conquista de los derechos civiles.

Lujo. En cuanto á los ricos, dificulto que la misma Asia afeminada pueda sobrepujar el fausto y la molicie de entónces. Si la lana apulia y española era demasiado pesada, la India y los Seres enviaban vestidos trasparentes de seda; parecia pesado el calzado romano; llevaban en el puño una bola de cristal para no sudar; centenares de esclavos, máquinas inteligentes, hacian por el rico todo lo que necesitaba, desde los oficios culinarios hasta los versos, de tal manera que aquel podia recrearse en ocios voluptuosos en el foro, en las basílicas y en los baños. Las salas de los banquetes se caldeaban por medio de bocas de vapor; las ventanas estaban resguardas con piedras especulares; se podia hacer que lloviese sobre el pueblo en el anfiteatro un rocío perfumado de nardo, y se rociaba la arena del circo con ámbar y oro (A).

El lujo, pues, no era arte como en Grecia, sino voluptuosidad (1), á la vez gigantesco y miserable, expresion de una civilizacion material fuera de proporcion con la moral. Para refinar los placeres sensuales, servian tambien los del entendimiento, y á la par de las cortesanas y de los bardajes, debian formar parte del acompañamiento el poeta, el filósofo, y sobre todo el Griego, el cual lo sabía y lo hacía todo, desde los servicios afeminados hasta la educacion de los hijos, sufriendo con igual longanimidad los favores y los ultrajes, con tal que pudiera gozar el honor de los banquetes y de la conversacion de los señores (2).

(1) *Luxuria incubuit, victumque ulciscitur orbem.*

(2) El que lee en Luciano (*Vida de los cortesanos*) la descripcion del preceptor griego en las casas de los ricos de Roma, encuentra en él muchas semejanzas con el poeta del siglo XVI, el abate del XVIII y el literato de la época actual.

«¡Por pocos óbolos, y en una época en la cual, aunque hubieras nacido esclavo podias pensar en la libertad, con toda tu virtud y sabiduría te has vendido espontáneamente, y ningun caso has hecho de los muchos discursos que han compuesto Platon y Crisipo en elogio de la libertad y en desprecio de la

El despotismo, en vez de disminuir el lujo lo fomentó, á fin de que la molicie y los goces distrajesen de la servidumbre y consolasen de

servidumbre! ¿No te causa vergüenza estar entre los aduladores, los rateros y los bufones, y entre tanta multitud de Romanos hallarte solo con el manto griego, hablando mal y con barbarismos su lenguaje; asistir á cenas tumultuosas y llenas de gente diversa, la mayor parte mala; alabar importunamente en estos banquetes y beber sin medida; levantarte por las mañanas á toque de campana, habiendo perdido el sueño mas dulce, y correr juntamente con los demas de arriba abajo, teniendo aun en las piernas las dificultades del dia anterior? ¿Tan grande era, pues, tu escasez de lupinos y de cebollas campestres? ¿te faltaban fuentes de agua fresca y corriente para haber llegado á tal desesperacion?

» Porque llevas la barba larga y hay en tu aspecto no sé qué de venerable, y vistes un traje decoroso griego, y todos te conocen como profesor de letras, orador y filósofo, le parece bien á tu señor ponerte entre los que le hacen la corte á su salida, para que así parezca amante de las artes y de las letras griegas, y apreciador de los doctos. De tal manera ¡ oh buen hombre! corres riesgo de haber alquilado, en lugar de tus admirables discursos, el manto ó la barba. Si llega algun nuevo convidado, se te envia detras, y arrojado así en un lugar muy despreciado, te quedas allí de testigo de lo que se lleva y se quita de la mesa, y si no obstante llegan los platos hasta ti, roerás los huesos como un perro, y te tragarás dulcemente por hambre una hoja seca de malvas, resto de un relleno. No te faltarán oprobios, no solamente no te servirán los huevos, no siendo menester que seas tratado siempre como persona extraña y desconocida, y sería en ti una imprudencia el pretenderlo, sino que tampoco debes tener un pollo igual á los demas, que al rico se sirve uno gordo y carnoso, y á tí se te da un medio pollito, ó una paloma vieja para avergonzarte y despreciarte. Frecuentemente sucede que si falta por casualidad alguno de los convidados y llega de improviso, diciéndote el criado al oido : *Tú eres de casa*, te quita en el momento lo que tienes delante, y sirve con ello al racien llegado. Cuando se trincha despues en la mesa un ciervo ó un lechoncillo, necesitas tener propicio al que lo ha trinchado, ó tomar la parte de Prometeo, esto es, los huesos con el tuétano. Pero no he dicho que bebiendo los demas un vino antiguo y en extremo suave, tú solo bebes el que está picado, y si te fuese concedido beber de aquel hasta la saciedad, y lo pidieras muchas veces, el siervo se haria el desentendido. Si algun siervo hablador refiere que no has aplaudido al niño de la señora miéntras bailaba ó tocaba la guitarra, correrás no pequeño riesgo; por lo cual es menester que chilles como una rana sentado para hacerte distinguir entre los que aplauden, y hagas las veces de un maestro de coro de los mas fervorosos, y estando los otros muchas veces en silencio, que repitas algun encomio pensado, que trascienda excesivamente á adulacion. Te conviene estar con la vista baja, como en los banquetes persas, por el temor de que algun eunuco te vea mirar á alguna concubina, miéntras que otro eunuco esté ya dispuesto á dar en la cara á quien miró al beber cosas prohibidas.

» Esta es la vida ordinaria de la ciudad. ¿Qué te sucedería viajando? Sucede muchas veces que está lloviendo, y como llegas el último, porque es este el puesto que te ha destinado la suerte, tienes que aguardar los jumentos, y no habiendo ya carrozas, te cargan juntamente con el cocinero y con el peluquero de la señora en un carromato, sin advertir sin embargo que pongan en el asiento bastante paja.

» Y si no aplaudes, considerando que odias y armas lazos á los señores, irás pronto á las latomias de Dionisio. Conviene que los preceptores griegos sean sabios y oradores, y si cometen algun solecismo, sus discursos, no obstante, han de tener siempre el gusto y la pureza del Himeto y del Ática, y servir de texto de lenguaje para el porvenir. Y esto que hacen los hombres es soportable. Las mujeres (porque tambien las mujeres hacen gala de tener á sueldo y en el séquito de su litera algun familiar docto) alguna vez los atienden (esto causa risa) miéntras adornan y arreglan el cabello ; y muchas veces, miéntras el filósofo hace sus demostraciones, entra la camarera con los billetes del adúltero. Entónces ellos suspenden los discursos, y esperan á que la señora vuelva á escucharlos, despues de haber contestado al amante.

» Al cabo de mucho tiempo de recorrer las Saturnales y las Panateneas, se te envía un manto miserable y una túnica usada, y entónces tienes que hacer gran ostentacion de esto. El primero que ha comprendido tal idea en su señor va corriendo á llevarte el anuncio, y obtiene no pequeño premio en recompensa. Te la llevan por la mañana trece personas, cada una de las cuales va vociferando las cosas que ha dicho en tu elogio, y cómo ha elegido lo mejor, por ser el encargado de ello

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la tiranía. Pero cada vez iba siendo el lujo mas frívolo á causa del egoísmo; no procuraba enriquecer la patria, como en los tiempos republicanos, con los mármoles y los bronces arrebatados al mundo vencido; ni levantaba espléndidos monumentos como en tiempo de Augusto, sino que se lanzaba á los triviales deleites de la gula. Se hacian cinco comidas al dia, vaciando el estómago para llenarlo de nuevo, y gastando en cada una un millar de sestercios (198 fr.). Hablo de las personas moderadas, porque hubo quien gastó treinta mil por comprar tres barbos : habiendo regalado uno á Tiberio, cuando aun no era insolentemente vicioso, lo creyó este de excesivo precio, y dispuso que lo revendieran, y Octavio lo pagó en quinientos mil sestercios (99,000 fr.). Este Octavio era el rival de Apicio, el cual fué maestro y tipo de glotonería en Roma (1); y despues que hubo consumido inmensos tesoros en la mesa, se mató por no verse reducido á vivir con solos diez millones de sestercios (1.980,000 fr.) (2).

La competencia entre los gastrónomos se cifraba principalmente en tener los pescados mas caros y gordos ; tenian viveros de ellos ; nombraban magistrados á fin de que impidiesen que se alejasen de las costas ; Marcial censura á Caliodoro por haberse devorado un ciervo en una cena, porque lo habia vendido en mil trescientos dineros para comprar un salmonete de cuatro libras (3) : alguna vez los ponian en la mesa vivos y saltando, para que la diversa vista que daba la agonía á sus colores, recrease á los convidados, que un instante despues de haberlos sentido deslizarse bajo su mano, los saborearan condimentados. El cocinero, por tanto, era el siervo mas apreciado ; la excelencia de los banquetes era la ocupacion principal de los esclavos : á veces, y repentinamente, quiere experimentar el rico la pobreza, y come en un

Gula.

Se marchan en seguida, regalados por tí, y gruñendo porque no les has dado mas. La merced se te recompensa despues en suspiros de á tres y cuatro óbolos; si pides, pasas por fastidioso y por recibir prestado, por lo cual necesitas para obtenerla suplicar y mimar al señor, y debes hacer la corte ademas al mayordomo, lo cual requiere maneras de cortesanía enteramente diversas. No ha de olvidarse tampoco al consejero y al amigo; y en tanto ya eres deudor de lo recibido al sastre, al médico y al zapatero, y no siéndote útil ninguno de aquellos dones, no son dones para tí. Y en seguida se te acusa ó de haber querido seducir á su hijo, ó de haber violentado, á pesar de tu vejez, á una camarera de la señora, ó de alguna otra galantería. De esta suerte, envuelto en tu manto te echan de noche fuera de la casa, miserable y abandonado de todos; y tienes por compañera de tu vejez la buena gota, habiendo olvidado al cabo de tanto tiempo lo que sabias, y con el vientre mayor que la bolsa, lo cual es tu tormento, porque no puedes llenarlo, ni hacer que comprenda la razon, pidiendo el apetito, segun lo acostumbrado, y olvidando con despecho.

(1) Son citados tres Apicios, uno durante la república, este contemporáneo de Séneca, y otro de la época de Trajano. El segundo es el mas célebre; conservan su nombre muchas salsas, y se escribió con su nombre un tratado de cocina. (*De re culinaria.*)

(2) Dederas, Apici, bis tricenties verri,
Sed adhuc supererat centies tibi laxum.
Hoc tu gravatus, ne famen et sitim ferres,
Summa venenum potione ducisti.
Nil est, Apici, tibi gulosius factum.
MARC. XII, 8.

(3) Id. X, 31.

desvan en un plato de madera, sobre el suelo (1), y se tiene como una invencion admirable fundir la escama de la tortuga de modo que imite la madera, para hacer muebles que valgan mil veces mas de lo que aparentan (B).

Porque no tanto se queria satisfacer la gula y la molicie como el afan de lo extraordinario (*monstrum*), pasion principal de aquel tiempo. De aquí los extraños caprichos de los emperadores y de los particulares, y las efigies colosales en odio á aquella *medida* que habia constituido la perfeccion del arte griego ; de aquí el gigantesco puente de Calígula, los veinte caballos uncidos al carro de Neron, el desmedido palacio y las demesuradas estatuas de este; de aquí tambien el vasto anfiteatro de Vespasiano, y las termas de Caracalla y el sepulcro de Adriano, obras tanto mas admiradas cuanto eran mas exorbitantes. Consecuencia de esto era despreciar la luz del dia porque no costaba dinero (2) ; tener grandes bibliotecas que nunca se abrian ; querer rosas en el invierno y nieve en el verano ; desórdenes que no se perdieran entre la multitud, porque el mérito del vicio consiste en el escándalo que produce (3). Un varon consular pagó seis mil sestercios por dos copas de un vidrio nuevo : vasos tan preciosos como frágiles debian excitar el gusto en razon á su peligro de romperse : se trabajaban conchillas y escamas de maravillosa perfeccion : una mesa extraordinaria de cedro costó á Cétego un millon cuatrocientos mil sestercios (277,200. fr.) Llegó á ser un mérito beber extraordinariamente, y Tricongio adquirió este sobrenombre porque excitaba la admiracion de Tiberio bebiéndose tres congios de vino.

Lo extraordinario.

Este emperador intentó al principio oponer algun remedio al exceso de los lupanares, de las tabernas , de los histriones, de los muebles, y especialmente de los vasos de Corinto : el Senado prohibió á los hombres el uso de la seda y de los vasos de oro en la mesa, queriendo que se reservasen para los templos y las ceremonias sagradas ; ¿ pero qué freno podia ponerse donde así estallaba la licencia , dando ejemplo los mismos que reinaban? Bastante hemos dicho de ellos, y mucho mas se pudiera añadir. Agripina pagó seis mil sestercios por un ruiseñor : Calígula disolvia frecuentemente las perlas en sus banquetes, ó se hacía servir en platos de oro, que distribuía despues á los convidados ; durante muchos dias continuó arrojando sumas de oro al pueblo ; hizo construir

(1) SÉNECA, *Ep.* 18, 100. *Pauperis cella.*

(2) *Fastidio est lumen gratuitum.* Pedo Albinovano nos refiere haber vivido en una casa cerca de la de Espurio Papino, que pertenecia á estos enemigos de la luz. « Hácia la tercera hora de la noche oigo ruido de palos. ¿Qué hace? pregunto. — Está tomando las cuentas (era en la época en que se castigaba á los esclavos). Á la média noche percibo un grito penetrante. ¿Qué es eso? — Se ejercita en el canto. Hácia las dos de la mañana, ¿ qué ruido de ruedas es ese? — Es que sale en carruaje. Al apuntar el dia distingo ruido de carreras y voces; se ponen en movimiento cantineras y cocineras. ¿ Qué será, qué no será? es que sale del baño y pide vino con miel. » SÉNECA, *Ep.* 122.

(3) Idem, ib.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LIGA DE MUTILADOS
DE GUERRA
BIBLIOTECA CIRCULANTE
TOMO Nº

c) Instituto Cervantes de Madrid



Jouvenet pinx.t — Imp. Ch. Chardon aîné. Paris. — Ed. Willmann sculp.t

JESUCRISTO ECHA DEL TEMPLO Á LOS VENDEDORES.

Garnier frères, Editeurs.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

galeras de cedro con velas de seda y proas de marfil adornadas de margaritas, y trasportar de Egipto un obelisco en un bajel tan grande que apénas podian abrazar el árbol cuatro hombres. Neron tenia alfombras babilónicas que valian cuatro millones de sestercios, y una copa mirrina de .trescientos talentos; gastó en los funerales de una mona todos los tesoros de un rico usurero desterrado por él, y en los de Popea los aromas que puede producir la Arabia en un año. Cosas todas estimadas solo por ser extraordinarias.

Habia allí, pues, riquezas, cultura, lujo, un dominio inmenso, anchos caminos, ejércitos y escuadras poderosas, un comercio extendido hasta los últimos confines de la tierra : todos esos elementos en que algunos hacen consistir la prosperidad social. ¿Pero bastan estos? Dígalo quien haya dirigido una mirada al imperio romano : ¿qué encuentra en él ? desórdenes del entendimiento ; falta de principios sociales, religiosos y filosóficos ; profunda depravacion ; el vicio y la impiedad erigidos en sistema ; adulacion en los filósofos, ferocidad en los dominadores y en los siervos ; corrupcion tranquila ; corrupcion impetuosa ; instinto feroz en el soldado; instinto cobarde y tumultuoso en el vulgo, y por último, estupidez en una plebe inmensa, que se mostraba indiferente entre el vencedor y el vencido.

Se hallaban en un extremo el emperador, los soldados y los grandes, y en otro, sin clase intermedia que pudiese regenerar la nacion, estaba el vulgo ; vulgo que temblaba, como temblaban los grandes, los soldados y el emperador, todos y de todos ; consecuencia del egoísmo universal. Algunos se levantaban de su inferioridad primitiva acercándose á los grandes, procurando entrar en su categoría á fuerza de adulaciones y de espionaje ; otros querian descender entre la plebe para recibir su porcion de donativos, y para evitar los peligros á que se exponia el que levantaba la cabeza.

Ciertamente que algun moralista levantaba su voz y segun la medida de su valor revelaba las llagas de aquella época, la impasibilidad de los ricos, la miseria del pobre y la corrupcion de todos. Horacio, como poeta, canta á este fin : *Vamos á habitar las islas Afortunadas;* Juvenal dice, como un estudiantillo : *Retirárs al monte Sacro ;* en Tácito no se encuentra un pensamiento que indique la mejora posible de una civilizacion, cuyas tinieblas sabe poner tan bien de manifiesto ; Séneca y los estóicos dicen por su parte : *Suicidáos* ; y el ideal de los políticos eran el tiempo antiguo y la ruinosa aristocracia.

¿De dónde podia esperarse el elemento moral? No de los reyes tiranos, ni del Senado envilecido, ni de los patricios diezmados, ni de la religion desacreditada, ni de los filósofos vacilantes, ni de los ricos inmorales, ni de la plebe ignorante de sus derechos y de sus deberes ;— no podia esperarse mas que del Cielo y del amor.

CAPÍTULO VI

Cristo.

Desde que Neron prendió fuego á Roma para gozar del espectáculo de una ciudad incendiada, ni los sacrificios á los dioses, ni las órdenes á los magistrados, ni profusion de dinero, ni la promesa de una reconstruccion mas bella disminuyeron la indignacion del pueblo contra él, á quien creía autor del incendio. Teniendo por mas terrible aquel odio que cualquiera reclamacion del Senado, pensó darle una cruel satisfaccion inculpando á una nueva secta de filósofos entónces introducida, llamada de los Cristianos por un Cristo muerto en Palestina en tiempo de Tiberio, la cual desaprobaba la vergonzosa corrupcion y la humillacion pusilánime, y no viendo en los Romanos una raza de naturaleza superior á las demas, ni por consiguiente el derecho de oprimirlas, se hacía odiosa á la tirana del mundo.

Sobre esta secta descargó la venganza de los Romanos, los cuales principiaron á conocer por odio una religion que debia reunirlos á todos en el amor. Persiguieron, pues, á los cristianos de la peor manera, é imitando lo que hacía con ellos su señor, unieron la atrocidad al insulto, presentando á unos envueltos en pieles de animales á los perros, exponiendo á otros en el Circo, quemando vivos á muchos, y sirviéndose de sus cuerpos por la noche como de fanales en los voluptuosos jardines de Neron (1), situados en aquella colina del Vaticano, en la cual habia de fijar su triunfal bandera la religion entónces naciente.

Porque habia llegado la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas de Israel, reconocida por hechos y por símbolos en la nacion predilecta de Dios, y por todo el Oriente se ha-

(1) Para desvanecer aquel rumor, recurrió tambien Neron á los libros Sibilinos. « Se suplicó á Vulcano, Céres y Proserpina, y se hizo propicia á Juno, primero por matronas en el Capitolio, despues en la playa del mar mas inmediata, y con sus aguas se hicieron las aspersiones en el templo y á la imágen de la diosa, haciéndose despues por mujeres casadas los lectisternos y las veladas. Pero ni obra humana, ni oraciones á los dioses, ni liberalidad de príncipe le podian quitar la infame celebridad de haber quemado á Roma. Para distraer, pues, al pueblo, procesó y castigó con refinadísimas penas á aquellos odiados malhechores, á los cuales llamaba el vulgo Cristianos, por Cristo, el cual, reinando Tiberio, fué crucificado por el procurador Poncio Pilato. Por entónces fué reprimida aquella semilla, pero reverdecia, no ya en Judea, donde nació aquel mal, sino tambien donde todas las cosas atroces y feas concurren y adquieren celebridad. Fueron, pues, cogidos primeramente los Cristianos que profesaban abiertamente sus creencias, y en seguida gran número indicados por aquellos, no como culpados del incendio, sino como enemigos del género humano. Los mataban escarneciéndolos, vestidos de pieles de animales para que los despedazasen los perros, vivos ó crucificados ó quemados ó encendidos como antorchas para alumbrar por la noche. Neron prestó para este espectáculo sus jardines, y celebró allí la fiesta Circense vestido de cochero, en el carro, y espectador entre la plebe, por lo cual causaban compasion aquellos malvados, aun cuando eran merecedores de todos los suplicios mas nuevos, porque no morian por el bien público, sino por solo la crueldad de Neron. » TÁCITO, *An.* XV, 44.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bia robustecido una profecía antigua de que en aquella sazon surgiria en Judea un hombre, el cual obtendria el imperio universal (1). Cumplidas las setenta semanas señaladas por Daniel tanto tiempo ántes, y quitado el cetro á la estirpe de Judá, los Hebreos principalmente esperaban al Prometido, y en el despecho de la nacionalidad ultrajada, imaginaban que habia de llegar como conquistador á romper las cadenas de su pueblo, y á devolverle la gloria de David y de Salomon.

Pero los profetas indicaban otras cadenas, otras conquistas, otras glorias poco inteligibles á un entendimiento obstruido por la materia, y al cual solo una inteligencia superior podia dar á conocer la regeneracion, no solamente de una nacion, sino del género humano, no de la esclavitud temporal, sino de aquella original que habia puesto entre todos los pueblos en lucha la razon, el entendimiento, la voluntad, y excluido al hombre del lugar en que está el blanco de todos sus esfuerzos.

Habiendo Augusto pacificado ó mas bien calmado en un gran conjunto al mundo conocido, y queriendo saber cuántos súbditos obedecian sus leyes y debian pagarle tributos, ordenó el censo general. María, doncella hebrea, de la raza de David, pero de pobre caudal, y esposa de José, artesano de Nazaret, subió entónces á Belen, ciudad montuosa de Galilea, de donde eran naturales sus padres, con objeto de inscribirse en el censo, y allí en una gruta dió á luz á Jesucristo, segunda persona de la Divina Trinidad, concebido por obra del Espíritu Santo (2). Sencillos pastores, que en la estacion, dulce allí, de diciembre apacentaban sus ganados en las pendientes, fueron invitados por un ángel á adorar los primeros al Salvador del mundo : al mismo tiempo lo anunció una estrella á algunos magos de la Persia, ó mas bien de la Arabia, que, primicias de los gentiles, vinieron de Oriente para tributarle homenaje. Habiendo preguntado estos á Heródes dónde habia nacido el nuevo rey de Judá, concibió el rey sospechas, y para acabar con él, ordenó la muerte de todos los niños menores de dos años. Advertido por el ángel fué salvado Jesus en Egipto; volvió á Galilea despues cuando sucedia Arquelao á Heródes, y vivió en Nazaret en una humilde laboriosidad. Iba alguna vez al templo, donde solian discutir el pueblo en la asamblea (*endgah*) semanal ó mensual, y predicar los sabios (*nabiim*) acerca de la doctrina. Adquirian todos á los doce años el derecho de exponer allí su parecer ó sus dudas; pero algunos libros, como los primeroe capítulos del *Génesis* y de *Ezequiel*, no se podian examinar sino en edad mas madura, y hasta los treinta años no se consideraba al hombre en la plenitud de la fuerza y de la inteligencia.

Al llegar á esta edad principió Cristo su mision presentándose á Juan, que retirado desde su infancia en Betabara (1) á la orilla del Jordan, predicaba una doctrina llena de moral, en la cual unia á la pureza de los Esenios el fervor de los Fariseos, apurándolo y sublimándolo todo, y bautizaba con el agua, anunciando á aquel que bautizaria con el espíritu, y cuyo camino decia que habia sido enviado á preparar. Bautizado Cristo por él se retiró al desierto, dando así ejemplo á los que vinieran despues para que se fortaleciesen en las duras pruebas de la soledad y la meditacion; despues principió á predicar, y se rodeó de algunos pescadores y otra gente humilde destinada á difundir mas tarde su palabra. Y decia : « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados ; bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos; bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios; bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios (2).

25 de I Era V.

» Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y hallaréis descanso para vuestras almas. Quien se enoja contra su hermano, quedará sujeto á juicio. Si presentas ofrenda en el altar, y allí te acordares de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primeramente á reconciliarte con tu hermano. Misericordia quiero y no sacrificio. Habéis oido que fué dicho : *Ojo por ojo, y diente por diente*. Mas yo os digo que si alguno os hiriere en la mejilla derecha, le presentéis tambien la otra. Tambien fué dicho: Cualquiera que repudiáre á su mujer, dé la carta de repudio. Mas yo os digo : que el que repudiáre á su mujer, á no ser por causa de infidelidad, la hace ser adúltera: y el que tomáre la repudiada, comete adulterio. Habéis oido que fué dicho : Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; y yo os digo que perdonéis al que os ofenda, no solo hasta siete veces sino hasta setenta veces siete veces. Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que hace salir el sol lo mismo para los buenos que para los malos.

(1) Suetonio *en Vespasiano*. — Tacito *Hist.* V, 13. — Josefo *De bello jud.* VII, 12.

(2) El año 747 de Roma, 40 de la era Juliana, 39 de Augusto, 25 despues de la batalla de Accio, 35 desde que Heródes habia sido declarado rey de la Judea, el 2° de la olímpiada CXCIII, y 4708 del período Juliano, siendo cónsules C. Antistio Veter y Décimo Lelio Balbo, 5 años, 6 meses y 7 dias ántes de la era cristiana; pero varían las opiniones relativamente á esto. Véase la Cronología, § 12. El último que trató la cuestion con novedad fué Münster *der Stern der Weisen*, el cual cree que la estrella aparecida á los magos fué una constelacion formada por el encuentro de Júpiter y Saturno en el signo de Píscis, combinacion que se ha reproducido en 1609 y 1821, y que en este caso retrasaria la fecha del nacimiento de Cristo hasta 6 años ántes de la era vulgar.

(1) *Beth-habarah*, casa de paso. No Betania como dice la Vulgata.

(2) San Mateo V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» Mirad que no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos. Mas tú, cuando hagas limosna, no sepa tu izquieda lo que hace tu derecha. No juréis : vuestras palabras sean únicamente *sí* y *no*. Cuando vayáis á orar, retiráos á vuestro aposento y no habléis mucho como los gentiles, que creen que de este modo serán oídos. Buscad, pues, ante todo el reino de Dios, y se os añadirá todo lo demas. No todo el que me dice : Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.

» Con el juicio con que juzgaréis seréis juzgados. ¿ Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos. Porque esta es la ley y los profetas (1). El que tenga dos vestidos, dé uno al que no le tenga (2). Todo el que diere de beber á uno de aquéllos pequeñitos un vaso de agua solo por amor mio, en verdad os digo que no perderá su galardon (3). Haced bien, y dad prestado, sin esperar por eso nada, y vuestro premio será grande (4). El sábado fué hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. No hay cosa fuera del hombre que entrando en él le pueda ensuciar, mas las que salen de él, esas son las que ensucian al hombre (5).

» Yo os doy un precepto nuevo, que os améis los unos á los otros, así como yo os he amado. Seréis discípulos mios, si os amáis mutuamente. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre. Yo vine al mundo para dar testimonio de la verdad (6).

» Al fin de los siglos vendrá el Hijo del hombre á juzgar, y dirá á los que estarán á su derecha : *Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedásteis; estaba desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitásteis; en la cárcel, y me vinísteis á ver. Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado* (7) ».

Esta dulce y amorosa predicacion es confirmada con milagros; milagros de bondad mas bien que de poder; y su moral se sostiene con el ejemplo y con la gracia. La gente se agrupa al paso de Cristo, y él, manso y humilde, dispensando á medida de las necesidades lo que posee sin medida, habla del perdon y del amor, disipa las dudas, y restablece la ley de Moises. Aun cuando ve en la cátedra de este á gente hipócrita, supersticiosa y vana, censura á los ministros, pero no abandona el culto; frecuenta el templo; reconoce la Sinagoga, no queriendo destruir, sino ántes bien cumplir la ley, y dice : « Oid mis preceptos; no imitéis la conducta de aquellos que multiplican las prácticas exteriores, y desean el primer sitio, reverencia y título de maestros, que pagan el diezmo del eneldo y de la menta y descuidan lo mas importante, la justicia y la misericordia (1). ¡ Ay de vosotros, doctores de la ley, que cargáis á los hombres de cargas que no pueden llevar, y vosotros ni aun con uno de vuestros dedos tocáis las cargas! ¡ Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzásteis con la llave de la ciencia y no entrásteis é impedísteis á los demas la entrada (2). »

Así como antiguamente apedreaban los Hebreos á los profetas, á la sazon eran estos muertos por los señores de los Hebreos. Heródes Antipa, enamorado de su cuñada Herodías, resolvió hacerla suya repudiando á su primera esposa. Juan Bautista se presentó á echarle en cara la violacion de la ley, y aquel le contestó con la razon de los poderosos, poniéndole en prision, y concediendo en seguida su cabeza á Salomé, hija de Herodías en premio de habei bailado bien delante de él. Así era castigada la franca virtud y se libertaba Heródes de un censor severo, cuyos infinitos sectarios y cuya doctrina sin tacha le causaban recelos.

Quedaba Jesus, que pudiendo decir : *¿ Quién de vosotros me reprenderá de haber pecado?* irritaba la ambicion y la hipocresía de los grandes, de los sacerdotes, de los Fariseos y del pueblo, distinguiendo la ley de las prácticas frívolas, hablando no solamente al Hebreo, sino á todo el mundo, destruyendo las esperanzas hereditarias, elevándolas á un objeto mas sublime, y enseñando la doctrina mas elevada y pura que se habia oído en la tierra. En vez de examinarla, conspiraron los Hebreos contra Cristo, unos por religion, otros por política, y los mas por envidia é impostura. Enviaron personas que lo tentasen con preguntas capciosas, y Cristo las confundió, siendo creída su palabra como emanada de quien la profiere por autoridad.

Hizo su entrada en Jerusalen montado en un asno, como solian hacerlo los jueces (3), para anunciar que su mision no era de conquista, sino de juicio, de paz, de alianza y de buen consejo. Israel gritaba : *Hosanna, Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor*; y pocos dias despues debia gritar : *Crucifícalo, crucifícalo.*

Era la Pascua para los Hebreos la principal solemnidad, en la cual recordaban que Dios los habia rescatado con poderosa mano del yugo extranjero. La cena, á la que asistia toda la familia, principiaba gustando yerba amarga en

(1) San Mateo XI, 28; V, 24; XII, 7; V, 37; V, 39; XVIII, 22; V, 45; VI, 33; VII, 21; VII, 12.
(2) San Lúcas III, 11.
(3) San Mateo X, 42.
(4) San Lúcas VI, 35.
(5) San Márcos II, 27; VII, 15.
(6) San Juan XV, 15; XVIII, 37.
(7) San Mateo XXV.

(1) Id. XXIII, 2; XXXIII, 23.
(2) San Lúcas XI, 46, 52.
(3) Me parece que se ve esto en el pasaje del cántico de Débora (*Judic.* V, 10) : *Qui ascenditis super nitentes asinos, et sedetis super in judicio, et ambulatis in via, loquimini.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vinagre (1), y presentando un pan duro, en memoria de los males sufridos en la esclavitud (2); y despues de manifestar la alegría de la independencia en la abundante agitacion del banquete, partia el padre de familia un pan ácimo y lo repartia entre los convidados, mezclando en seguida un poco de vino en sus vasos, y bendecia en aquel vino y en aquel pan todos los bienes morales y físicos, asegurados al pueblo por su santa ley. Cristo cumplió con esta, como con las demas ceremonias de los Judíos; pero despues de acabar el cordero místico con la familia de sus apóstoles, instituyó con aquellos panes ácimos y con aquel licor el sacramento eterno de la memoria, de la transustanciacion y de la nueva alianza.

Entretanto, la laboriosa enemistad y la hipócrita calumnia maduraban el crímen, preconizado y llorado durante tantos siglos. Uno de los discípulos vendió á Cristo á los que le armaban asechanzas; otro de ellos le negó, y todos lo abandonaron, como rebaño que pierde el pastor.

Conducido á los tribunales, le acusaron de blasfemia, de que corrompia á la juventud y excitaba á la nacion contra los dominadores extranjeros. Los príncipes de los sacerdotes, esto es, los jefes de la clase sacerdotal, los ancianos del pueblo y el consejo de los jueces, á los cuales dejaba la dominacion romana suficiente autoridad para cometer el gran delito, reunidos todos en la sala del templo, donde celebraba sus sesiones el Sanedrin, declararon á Jesus reo de muerte, y pidieron al gobernador romano, Poncio Pilato, que le condenase.

Examina este al acusado, y le pregunta: *¿ Eres tú el rey de los Judíos?* y responde Cristo: *Mi reino no es de este mundo. Si de este mundo fuera, mis ministros pelearian para que yo no fuera entregado á los Judíos: mas ahora mi reino no es de aquí.* Entónces Pilato le dijo: *¿ Eres, pues, rey? Tú lo dices*, respondió Jesus. *Soy rey y vine al mundo para dar testimonio de la verdad: todo aquel que ama la verdad, escucha mi voz.*

En un tiempo en que no se creía que pudiese contener al mundo mas vínculo que el de la fuerza, ¿ qué temor podian infundir al procurador romano un reino que no era de este mundo y un rey que no tenia mas imperio que el de la verdad, ni mas súbditos que los que le sometia la verdad? Nada, pues, habia temible para el poder que aquel representaba; ni podia parecerle Cristo mas que un loco, por lo cual hizo que le diesen un harapo de púrpura, una corona de espinas y un cetro de caña como á rey de burla.

Pero aquel cetro de caña debia destrozar el cetro de hierro de los señores; y Pilato, que no podia impedirlo ni preverlo, declara que no descubre criminalidad en Jesus: sin embargo, ante la insistencia de los magnates, que amenazan denunciarlo á Roma, y ante los gritos del pueblo, condesciende por política á que lo maten;—víctima de la legalidad antigua, á fin de que esta quede perpetuamente condenada, fué crucificado, y todo se consumó (1).

Ninguna religion, ninguna filosofía podia gloriarse de un tipo que se aproximase á este. De costumbres incorruptibles, no buscó las riquezas ni los honores; vivió con los pobres y para los pobres; pasó su vida haciendo bien; buen amigo, que llora la muerte de Lázaro, y deja que se duerma Juan reclinado en su seno; tolerante, como se mostró con la Cananea, con la adúltera y con la Magdalena; amante de la patria, cuyos desastres prevé y deplora; cándido é ingenuo como los niños á quienes reune en torno suyo, y sin embargo, fuerte hasta el punto de sufrir la muerte, y una muerte como la de cruz: su último anhelo es una voz de misericordia, un perdon á quien lo mata.

¿ Qué puede presentar al lado de Jesus la antigüedad pagana? ¿ Sócrates, el mas santo entre los sabios? ¿ Pero qué comparacion cabe entre su doctrina irónica y dudosa y la eficaz y caritativa de Cristo? Aquel podia prever que sus incesantes ataques á las costumbres, á la doctrina y á las creencias de su época le acarrearian peligros, y *el tábano que se habia agarrado al caballo robusto y generoso*, debia temer la mano que un dia ú otro lo aplastaria. Es noble el modo con que recibe su sentencia; pero ante la muerte misma, delante de los jueces, no profesa sino una duda respecto de la inmortalidad, de tal manera que exclama Rousseau: *Si la muerte de Sócrates es la de un justo, la muerte de Cristo es la de un Dios* (2).

El terror se apodera de sus discípulos, que juzgaban las cosas mundanamente por el éxito; de modo que ocultándose, solo confian en el olvido, y lloran á su maestro muerto, hasta que resucita como habia prometido, asciende al lado de su Padre y envia al Espíritu divino, que convierte á los tímidos é ignorantes pescadores de

(1) *Exod.* XIII.

(2) « ¿Por qué comemos estas yerbas amargas? Ellas significan que los Egipcios hacian amarga la vida á nuestros padres, porque está escrito: Hacian amarga la vida con dura servidumbre. » *Haggada*, ú oraciones de la Pascua de los Hebreos.

(1) Se lee en el libro XVIII, 3, de las *Antigüedades judáicas*: « Vivió entónces Jesus, hombre sabio, si se le puede llamar hombre. Porque hizo cosas maravillosas, enseñó á los que voluntariamente reciben la verdad, y se hizo muchos partidarios entre Judíos y Griegos. Era el Cristo, y habiéndolo hecho poner Pilato en la cruz por denuncia de los principales de entre nosotros, los que lo habian amado le permanecieron fieles, porque al tercer dia se les apareció nuevamente vivo, segun habian anunciado los profetas de Dios, que ademas habian predicho otros milagros. La secta que por su nombre se llama de los Cristianos subsiste todavía. »

Los críticos creen interpolado este párrafo, que dice demasiado para un hebreo, y demasiado poco para un cristiano. Ninguno de los Padres anteriores á Eusebio lo cita. GODOFREDO LESS, *Disputatio super Josephi de Christo testimonium* (Gotinga, 1781), rechazándolo enteramente, manifiesta que el silencio de Josefo prueba mas que un elogio, en atencion á que no hubiera dejado este de refutar una impostura, si hubiera podido demostrar que lo era.

(2) Solo la insensata y desdeñosa prevencion de Gibbon halla muy superior á Sócrates, porque no da ninguna muestra de impaciencia y de esperanza como hizo Cristo con Dios: *¡Dios mio! ¿ por qué me has abandonado?*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Galilea en doctores intrépidos, los cuales, revestidos de la fuerza del Cielo, obedeciendo al maestro que habia dicho : *Id y enseñad á todas las naciones*, se esparcen por Jerusalen anunciando que se ha cumplido la ley, que han cesado las figuras que ha principiado la nueva alianza, y explican aquella doctrina que debia ser la salvacion del mundo.

Jesus no dejó nada escrito; pero ordenó á sus discípulos que diesen testimonio de lo que habian visto y oído; por lo cual recogieron estos sus hechos y sus palabras, é inspirados divinamente escribieron aquellas relaciones colocadas por la Iglesia entre los cánones; esto es, los Evangelios de Mateo, de Márcos, de Lúcas y de Juan, en los cuales aparece la sublimidad del Dios en la sencillez del hombre, la divinidad del sentimiento en la sinceridad de la expresion.

Sencillísimos eran los fundamentos que estableció, pero tales que el entendimiento humano, una vez aprendidos, ya no los puede olvidar: *Dios es uno; todos los hombres son iguales, amáos, pues, los unos á los otros, como os ama vuestro Padre celestial, que estará con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

Veneremos en devoto silencio los misterios de la gracia y de la redencion, y la impenetrable profundidad de la naturaleza divina que los reveló al hombre, en cuya mente se habian ofuscado estas nociones. La historia, aun cuando no pueda separar la humanidad de Cristo de su divinidad, los preceptos de los dogmas, la eficacia de la verdad del triunfo de la gracia, puede limitarse á considerar el efecto que aquella doctrina procediendo lenta, pero indefectiblemente, debia producir en el órden de la humanidad.

¡La humanidad! esta misma palabra suena como nueva, desconocida hasta entónces de los filósofos y de los legisladores. Estos no extendieron nunca su vista mas allá de la propia nacion; mas llega un tiempo en que se establece, junto á un lago de Galilea, una sociedad que aproxima las ramas separadas de la gran familia humana, y esta sociedad reune los pensamientos de todas las generaciones y de todos los siglos en un vínculo de fe, de esperanza y de amor, cuyo nudo está en el cielo.

¿Era la doctrina de Cristo un nuevo paso de la ciencia antigua ? ¿ era simplemente un progreso de la filosofía hebrea (1) ? ¿ ó se encadenaba á la de Sócrates, de Aristóteles y de Platon? La historia toda contradice estas aserciones. El Cristianismo procede del judaísmo, y este se niega á reconocerle; es su complemento, y sin embargo, tiene tal carácter de novedad la trasformacion del pensamiento primitivo, que parece una destruccion.

La India habia conservado de las antiguas tradiciones la idea del primer pecado, á consecuencia del cual habia quedado manchado todo el género humano, y del cual debia redimirse, ó por las obras propias, ó por un gran vigor de meditacion, separándose de la materia; pero aquella culpa habia contaminado en diverso grado á los hombres, y por eso eran las castas diferentes entre sí con una diversidad indeleble de orígen. La sabiduría del Egipto, partiendo tambien del dogma de la caída, que es la clave de todas los antiguas creencias, suponia que los hombres eran ángeles, condenados á expiar en la tierra un pecado cometido en el cielo, pasando en sus trasmigraciones por diversas desgracias, segun la gravedad de la mancha contraída allá arriba, de manera que, vivos ó muertos, jamas saliesen de la casta á que correspondia cada uno. Los Pelasgos distinguian á los hombres hijos de los dioses, y dotados de almas inmortales, de los otros desprovistos de ellas, que podian ser poseídos por los primeros lo mismo que todas las demas cosas.

Igualdad.

De estas tres fuentes brotaron las ideas que fueron á mezclarse y hermosearse en Grecia, y adquirieron dignidad y forma de ciencia por la meditacion y arte de aquellos grandes filósofos. Pero ¿ cuál de estos, ó qué legislador no ratificó la preeminencia de algunos hombres sobre los demas ? Investíguese, y se encontrará por todas partes una distincion inhumana entre la raza que manda y la que debe obedecer; no hay un solo estadista que, al fundar la felicidad de su pueblo, tenga en consideracion la de los demas; todos dicen: *¡Ay de los vencidos!* ninguno ve en el género humano mas que enemigos que destruir, y esclavos que conquistar; y toda iniquidad queda justificada si aprovecha á la república. Roma, que formuló este derecho en el terrible proverbio *Homo homini ignoto est lupus*, ascendió por eso á tanta grandeza, que pudo obligar al mundo á obedecer y venerar á Tiberio y á Calígula en el trono y en los altares.

Ninguna de las escuelas se remonta hasta encontrar el orígen comun del hombre, y todas aceptan las consecuencias que ven en práctica en su sociedad, sin someter á exámen los principios de que se derivan. Los mismos que sienten la necesidad de apoyar la justicia en alguna cosa superior y precedente á la convencion humana, tampoco sospechan que se extiendan estos cánones eternos á toda la especie. Aristóteles constituye su república sobre la raza y a

(1) T. Salvador, autor del *Moises y sus instituciones*, publicó *Jésus-Christ et sa doctrine, histoire de la naissance de l'Eglise, de son organisation et de ses progrès* (Paris, 1838, 2 tomos en 8º), en cuya obra, manifestando que todo cuanto de bueno enseñó Cristo lo tomó de los Hebreos, de Filon y de los Ensenios, disculpa á los Fariseos, hace la apología del sistema judáico, y pretende que Cristo ha menguado su pureza mezclándole ideas orientales. Dejó de explicar por lo demas de qué manera este Galileo, uno de tantos mesías que aparecieron entónces, y legalmente ajusticiado, como él prueba, haya podido hacerse creer por todo el mundo, á diferencia de los otros taumaturgos. Miéntras no nos dé esta explicacion, creemos superfluo descender á combatir las doctrinas que toma prestadas de Strauss y de los demas Alemanes, los cuales pretenden *den Sonh analysiren*, al paso que con ménos resolucion quiere Salvador mantenerse en un justo medio irreconciliable con la razon.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

propiedad, y comprende en esta á la mujer, á los hijos, á los esclavos y á los demas bienes. Platon confia el gobierno de su república á una casta de guerreros, en cuyo provecho, llevando sus cuidados hasta el punto de disponer el adulterio para robustecer á sus mujeres y sus hijos, olvida al resto de los hombres, y respecto de la clase elegida suprime los matrimonios y la familia, poniendo en comun la prole.

Séneca fué el primero que habló de un derecho de la humanidad; pero ademas de que pudo haber llegado ya á sus oídos la nueva revelacion, él mismo se queja cuando ve que hace extensivo Claudio el derecho de la ciudadanía romana á los Galos y á los Britanos, y teme que se comunique un dia á todos los hombres.

¿ Qué mas ? entre los mismos Hebreos, á pesar de mandarles su ley amar á los extranjeros, se hacía una excepcion en contra suya respecto de las usuras, y se prohibian las alianzas y matrimonios con los mismos. Y sin embargo, sus profetas habian vaticinado esta fraternidad universal en las doctrinas de la verdad, cuando decian : « Mas tú, Israel, eres siervo mio, y Jacob » mi elegido; hé aquí mi siervo, sobre él puse » mi espíritu, él promulgará justicia á las na- » ciones. Yo el Señor te llamé en justicia, y » te tomé por la mano, y te guardé. Y te puse » para ser reconciliacion del pueblo, para luz » de las gentes. Congréguense á una todas las » naciones, y reúnanse las tribus. Y en los últimos dias estará preparado el monte de la » casa del Señor en la cumbre de los montes, é » irán muchos pueblos y dirán : Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del » Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos, y » andarémos en sus senderos, porque de Sion » saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalen. Y juzgará á las naciones; y convencerá á muchos pueblos; y de sus espadas » forjarán arados, y de sus lanzas hoces : no » alzará la espada una nacion contra otra nacion, ni se ensayarán mas para la guerra; y » cada uno se sentará debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien cause » temor, y obra de la justicia será la paz, y » cultivo de la justicia el silencio, y seguridad » para siempre (1). »

¿ Qué consecuencias se deducian de esto? La esclavitud, la crueldad y el desprecio á las mujeres. La primera es reconocida generalmente, no solo como un hecho sino como un derecho. La religion aplaca con sangre humana á divinidades en las cuales ya no se cree; la política divierte con las agonías humanas á un pueblo envilecido. La mujer en las obras de arte no se presenta sino como instrumento en la mano de los dioses ó del hombre; que siempre sigue, pero que jamas guía; que no goza otra libertad mas que la de llorar. Las leyes, ó para nada la mencionan, ó la ponen en perpétua tutela, bajo la del padre miéntras es soltera, bajo la del marido cuando es esposa, y bajo la de un pariente si enviuda (1). Entre los Hebreos, si paría la madre un varon, permanecia impura cuarenta dias, y si era una hembra ochenta. En la India no podia cumplir la hija los sacrificios expiatorios por sus padres, por lo cual su nacimiento era un motivo de luto, y podia ser repudiada la madre por esta causa. En Roma estaba limitada la parte de herencia que se le podia dejar, aun cuando fuese única; allí como en Grecia no tomaba parte la doncella en los esponsales, que se arreglaban entre los padres; en Grecia se disponian los matrimonios por testamento (2); y en Roma, despues de estar casada, podia arrebatarla el padre á su esposo y á sus hijos para entregarla á otro (3). Excluida de la plenitud de derecho que solo se adquiere con la capacidad de llevar las armas ; excluida hasta de la piedad del luto (4), permanecerá esta preciosa mitad del género humano encerrada en los gineceos, y prostituida en los templos, ó despreciada toda la vida, como no se libre de la fatal oscuridad sacrificando el pudor como las Lais ó las Aspasias, ó con las virtudes heróicas para que muy pocas han nacido (5). Platon, llevado por el sentimiento, proclamó la libertad de la mujer, pero solo en la casta privilegiada, y despues la envileció arrebatándole su carácter mas insigne, el de madre y curadora de las plantas que han de producir fruto para las generaciones venideras.

Pero Cristo proclama que todos los hombres son hijos de su Padre; que todos están manchados de la misma culpa, y que expia las culpas de todos igualmente con su sacrificio : de esta manera queda destruida toda diferencia original; toda distincion de razas en la fraternidad de Cristo, y grandes y pequeños, hombres y mujeres, libres y esclavos, Latinos, Bárbaros, y Judíos, partiendo del mismo lugar, se dirigen por diversos senderos á un destino comun.

Ahora bien , si el Indio ó el Egipcio ve una raza de hombres desgraciadísima, y á un individuo oprimido por las adversidades, creerá que padece porque pecó en el cielo ó en la otra vida, y tendrá poco ménos que por impiedad el compadecerlos. Pero el cristiano sabe que, si pecaron todos, todos han sido redimidos, y el diverso sentimiento que debe despertarse en el uno y en el otro, explica el diverso efecto que deben producir en la multitud las dos religiones. Cristo ama la patria; procura su bien del

(1) Isaías, XLI, 8, 9; XLIII, 6; XLIII, 9; II, 1-4; XXXI, 17; Miquéas, IV.

(1) *In patria potestate — in manu — in tutelis proximi agnati.*

(2) Dice Demóstenes *contra Afobo* : « Mi padre deja por legado mi hermana á Afobo, y mi madre á Demofonte. » Y por Formion : « Habiendo muerto Pasio despues de hacer testamento, en virtud de este se casó con su viuda. »

(3) Véase á Plauto *Stichus*. Laboulay *Droit romain*.

(4) *Vir non luget uxorem; nullam debet uxori religionem luctus*. Digest. III, 2; IX.

(5) El grave censor Metelo dijo en una asamblea romana el año 622 : « Si pudiera perpetuarse la especie humana sin mujeres, nos libraríamos voluntariamente de tan grave mal; pero como quiere la naturaleza que ni podamos ser felices ni subsistir sin ellas, está cada uno en el deber de sacrificar su reposo por el bien del Estado. » A. Gelio I, 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

modo mas seguro, estos es, mejorando sus costumbres y creencias; llora al pensar en la ruina que le atrae su obstinacion contra la verdad; pero no lo mueve un ciego y parcial afecto á ayudarla y engrandecerla en perjuicio de las demas naciones; ántes por el contrario, solo quiere enaltecer consigo á todo el género humano.

Los sectarios del fetiquismo tienen una razon mas individual, porque cada uno hace un dios
Unidad. de aquello que le inspira temor ó afecto, por lo cual solo ve en el mundo seres aislados. El politeísmo da el gobierno de los hombres á tantos númenes distintos cuantas asociaciones diferentes hay en la tierra, de manera que representa un carácter social, pero limitado. La universalidad solo puede pertenecer al monoteísmo. Sin embargo de que este era profesado ya por los Hebreos, no produjo sus consecuencias por ser el elegido especialmente un pueblo solo, aun cuando fuesen comunes en este las creencias á todas las clases, y aun cuando el esclavo adorase y conociese á la Divinidad lo mismo que el levita.

Con la unidad de Dios enseña Cristo la unidad de la familia humana, sin eleccion privile-
Gobierno. giada; y miéntras que en las antiguas religiones habia ademas de las deidades propias de cada nacion, númenes domésticos, lares privados, y ritos de familia, en esta todos participan de la misma creencia, y se unen en una sola Iglesia: hay solemnidades anunciadas á todos los países, signos que distinguen al creyente donde quiera que se halle, y oraciones comunes, frecuentemente en épocas y horas iguales para todo el mundo. La religion no se limita ya á ningun lugar, ni habita Dios tan solo en el Olimpo ó en el Meru; se predica á todos, y no anuncia conquistas, ó sea el predominio de ningun pueblo; no funda una tribu sacerdotal, ni la indispensable solemnidad de los ritos; no será ya menester ir á Garizim ó á Sion, sino que simples oraciones, cándidas ceremonias y afectuosos recuerdos reunirán á los fieles cuando y donde quiera que eleven su pensamiento á Dios.

Todo propende por consiguiente á la unidad y á la fraternidad. Pero la primera no puede conseguirse miéntras permanezca abandonado el hombre á las inspiraciones privadas, y al juicio individual. Verdaderamente, Cristo, cuya reforma era moral y no política, no dijo nada que se refiriese de un modo directo á la organizacion material del mundo visible; pero estando íntimamente ligados la tierra con el cielo, el tiempo con la eternidad, y lo contingente con lo necesario, esta ciencia de las relaciones del hombre con Dios y de su union por medio del Mediador, reforma al mundo, suministrando un cánon de eterna justicia, é impidiendo que nunca se consideren los hombres, unos como fin, y otros como medios, establece la verdadera libertad, hija de la fe, de la práctica de la virtud, y del conocimiento de la verdad (1).

Cuando la mujer del Zebedeo le pide que sus hijos tengan un lugar en su reino, uno á la derecha, y otro á la izquierda, le responde Cristo: *No sabéis lo que pedis: el que quiera ser el primero, será siervo de los demas, como el Hijo del hombre que vino, no para ser servido, sino para servir, y dar su vida por la redencion de todos los hombres.*

Estas palabras indican la regeneracion de la sociedad, sustituyendo á la tirania, en la que pocos gozan y muchos padecen, el gobierno en beneficio de todos, y haciendo que sea un deber, no un placer, la direccion de los hombres. El que está en el poder sabe que tiene la obligacion de servir á la gran sociedad humana, y por consiguiente, que no debe envanecerse de su posicion; el que está debajo, ve en el que gobierna al hombre constituido en su beneficio, y le ama y secunda, de manera que los poderosos reconocen los derechos de los súbditos, y estos la obediencia que deben en consideracion á aquel que es la única fuente de poder, y los unos y los otros están de acuerdo en querer solamente la voluntad del señor comun.

Cristo designó al hombre que, á su muerte, debia hacerse siervo de los siervos, y así fundó la unidad del gobierno visible, el cual, no teniendo reino en este mundo, aproxima cada vez mas á los hombres al reino de Dios, que consiste en la unidad de creencias y de afectos. Con tal objeto estableció un poder sobre las conciencias, al cual pertenece resolver toda duda y determinar las creencias. Este poder no tiene nada de violento; su única arma es la persuasion, la gracia invocada, y la infalibilidad prometida por aquel que ruega en el cielo á fin de que no se menoscabe la fe de Pedro.

Este gobierno espiritual, en vez de oponerse al gobierno de la tierra, impondrá el precepto de dar al César lo que le pertenece; pero establecerá doctrinas al frente de César, que insinuándose en la vida social la modifiquen, y ejemplos cuya santa evidencia impulse á imitarlos. Por tanto, en la sociedad mundana habia naciones distintas; en la religiosa una *union universal* (Iglesia católica): en aquella da el linaje poder y decoro; en esta procede todo del mérito personal, sin grados ni privilegios hereditarios, de manera que quien ha nacido en el ínfimo grado, podrá ascender al primero, y hasta á los altares: en aquella la fuerza nombra los gobernantes, y la voluntad de estos designa los magistrados; en esta todo se deriva de la libre eleccion, desde el acólito hasta el pontífice: allí hay ejércitos que sojuzgan á los cuerpos; en está apóstoles que convencen al entendimiento y persuaden la voluntad: en aquella hay emperadores que decretan; en esta obispos, diáconos, presbíteros que instruyen y aconsejan: hay en aquella jueces que castigan; en esta un tribunal, ante el cual se expian los delitos confesándolos, y si hay quien persista en el mal y

(1) « Si vosotros perseveráis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. « Y conocerćis la verdad, y la verdad os hará libres. » SANJUAN, VIII, 31, 32.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

escandalice á sus hermanos, la pena mas severa consiste en excluirlo de la comunion de la Iglesia, de suerte que no participe de la oracion ni del festin de los buenos: en aquella, en suma, domina la materia; en esta el espíritu: en aquella la coaccion, y en esta la conciencia.

Aquella palabra: *Sed perfectos como mi Padre que está en los cielos*, á la vez que establece sobre una base divina la sociedad humana, destruye la inmovilidad antigua, exigiendo que la actividad humana se ejerza libremente en el afecto, en el sentimiento y en las obras. « No vine á traer paz, sino guerra: el reino de los cielos exige fuerza, y los violentos le arrebatan: sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas. Mirad que yo os envío como ovejas en medio de los lobos. Y guardáos de los hombres; porque os harán comparecer en sus ayuntamientos, y os azotarán en sus sinagogas. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Y cuando os persigan en esta ciudad, huid á otra. Y no temáis á aquellos que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No es el discípulo mas que su maestro, ni el siervo mas que su señor. Y el que quiera seguirme, tome su cruz y sígame. Porque en esto es verdadero el refran que *uno es el que siembra, y otro el que siega* (1). »

Se ha impuesto, pues, á las nuevas edades la mision de progresar y de luchar; si no miente la palabra de Dios, cada vez irá desarrollándose y efectuándose mejor la ley de justicia y de amor; y como en esta consiste tambien el perfeccionamiento del órden temporal, será indefectible el progreso, constituido en ley natural de la humanidad. Viniendo á reunirse tambien las ciencias humanas en su conjunto en la sublime unidad de la verdad, que es exactamente el principio del Cristianismo, no son repudiadas por este, sino trasformadas (2), asegurando su contínuo triunfo sobre la peor de las tiranías, la del vicio y del error.

El culto de los Césares es el último grado de la idolatría, ó sea de la adoracion del hombre y de la adoracion del mal; las costumbres de su edad son el grado ínfimo de la impureza de la inhumanidad y de la division, las tres grandes consecuencias de la idolatría. « De un lado » están las obras de la carne, olvido de Dios, » inconstancia de los matrimonios, envenenamientos, sangre y homicidios, robo y engaño, » orgías, tenebrosos sacrificios, veladas llenas » de locura, hombres muertos por celos ó afligidos con el adulterio..., todas las cosas con- » fusas... y una gran guerra de ignorancia que » la locura de los hombres llama paz (3). » No parece sino que estas líneas santas se han escrito para predecir y retratar el siglo de los Césares. De otro lado están « todos los frutos del espíritu: caridad, alegría, paz, paciencia, bondad, longaminidad, dulzura, fe, modestia templanza, castidad (1); » los cuatro caractéres opuestos á los cuatro de la antigüedad: fe pura á la idolatría, caridad al espíritu de malevolencia, justicia al homicidio, castidad á la corrupcion. Esta guerra principiaba con el Evangelio.

Los antiguos desesperaban de hacer que la mayoría de los hombres practicase la virtud, de suerte que la reservaban á pocos, y á pocos comunicaban la verdad: conocian que era falsa la idolatría; pero la conservaban como medio. Cristo, por el contrario, dijo á sus discípulos: *Id y enseñad á todas las gentes*. Pero para corregir al género humano, no quiso variar las cosas ni el órden establecido, sino mas bien se dirigió á los individuos. Y en efecto, individual era el fin que el Evangelio proponia, esto es, la virtud y la union íntima con la Divinidad. De aquí procedia en cada uno la conciencia de la dignidad propia, derivada de la igualdad de destino. Por consecuencia, Cristo enseñó la manera de oponerse á la corrupcion universal, cuya manera ignoraron los sabios, queriendo que se reformasen las costumbres privadas para llegar á la mejora pública. Sea el que quiera el grado de perfeccion que se figure el hombre, lo encuentra en el Evangelio; siempre que ocurra alguna duda respecto de la racionalidad y utilidad de una resolucion, sugiere el Evangelio la decision mas honrada y generosa: toda culpa proviene de apartarse de sus máximas ó de entenderlas mal.

Amar á Dios es el primer precepto: amar por Dios al prójimo es el segundo, que es semejante al primero. Por aquel odiamos en nosotros el corrompido principio material, y estamos sometidos á las órdenes de Dios hasta el punto de regocijarnos en la afliccion, siendo humildes hasta amar el oprobio, á fin de que venga á nosotros su reino. Amando al prójimo como Cristo nos amó, esto es, con perfecta benevolencia social, no miramos ya á ningun hombre como medio, sino á todos como fin; no distinguimos entre grande y pequeño, entre amigo y perseguidor, y obramos en interes de todos por la nueva virtud de la humanidad. Si todo hombre adquiere infinito precio por haber sido redimido con la sangre de la víctima divina, no es ya permitido sacrificar el individuo al Estado, ni la moral personal á la pública, y nace la verdadera moral. Conforme se va abatiendo el orgullo de los sabios por la resignacion de la cruz, cesa el perenne lamento del pobre, conociendo que los padecimientos son el patrimonio y el mérito del hombre en el destierro, y que Cristo ha llevado el primero la cruz, dejándola como prueba de la fe, como base de la esperanza, y como perfeccion de la caridad. El malvado no está ya reducido á precipitarse en nuevos crímenes ó á desesperar de la enmien-

(1) SAN MATEO, X, XI; SAN JUAN, IV, 37.

(2) *Qui philosophi vocantur si qua forte verâ et fidei nostræ accommodata dixerunt, abeis, tamquam ab injustis possessoribus, in usum nostrum vindicanda sunt.* SAN AGUST. *De doctr. chr.* II, 40.

(3) *Galat.* V, 19, y sig.; *Sap.* XIV, 22 y sig.

(1) *Galat.* V, 23; *Sap.* XV, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

da, porque hay un sacramento de reparacion, y el ladron salvado en la cruz, la adúltera perdonada con tal que no peque mas, y el regocijo del pastor al recobrar la oveja perdida, prometen el perdon por medio de la enmienda. El oprimido ve que los amigos negaron fidelidad á Cristo; que olvidaron el reconocimiento los que le debian beneficios; que no le hicieron justicia los tribunales, y se consuela: la ley, viendo que sucumbe el inocente, respeta en el reo la imágen de Dios.

Vida futura.

La inmortalidad del alma no era enseñanza nueva, y la habian deducido de la conciencia los mejores filósofos. Pero el presumirla, el desearla, y aun el creerla como especulacion científica, es muy distinto de arreglar conforme á ella la conducta exterior y la interior. Los mismos Hebreos, aun cuando sus mejores tradiciones enseñaban el dogma de la inmortalidad, no excluían de la Sinagoga ni del régimen político y religioso á los Saduceos que la negaban (1). Entre los gentiles, en fin, donde sobrevivia tambien alguna fe en opiniones reputadas vulgares (2), estaban reservados el tártaro y el elíseo á las acciones estrepitosas y manifiestas, que causaban ventaja ó perjuicio á la sociedad civil, único cánon de la moralidad, y las cuales eran por tanto ya castigadas, ya premiadas por la opinion.

Cristo, por el contrario, da á cada uno una conciencia findividual, una obligacion absoluta de perfeccionarse á sí mismo, y habiendo presentado la idea mas sublime de la Divinidad, descargada de las nieblas de la supersticion y de la ignorancia, y colmada de toda perfeccion, íntima al hombre que la imite, le hace confiar en una Providencia que lo vigila con constante solicitud, y lo amonesta con la presencia contínua de un remunerador. Se preceptúa, pues, la pureza interior en consideracion á la vida futura, y se toleran los males de este destierro pensando en la morada permanente.

No consistirá esta en el refinamiento de los goces terrenales, sino en el conocimiento de aquella verdad que forma el objeto mas elevado del entendimiento, y la cual, vista en Dios, frente á frente, perfeccionará la imágen divina grabada en nosotros, y nos unirá á todos en el amor sublime, en el júbilo de las recompensas obtenidas, y en el triunfo de las pruebas de la expiacion.

Aun cuando se pudiera demostrar que eran conocidas tales doctrinas por los filósofos antiguos en fuerza de raciocinio ó por legado de las tradiciones que traspiraban entre los inciensos y el abundante humo de los sacrificios, estaban, no obstante, reducidas á pocos, y nunca fueron del dominio comun, ni eficaces sobre el pueblo. ¿Por ventura derribaron Sócrates ó Pitágoras uno siquiera de los impúdicos altares, ni se dispusieron Epicuro y Ciceron á derribar de las aras las deidades de que se reían? No; la religion, como la ciencia, como todo, era aristocrática y patrimonio de pocos privilegiados; y los mismos platónicos profesaban dos grados de iniciacion filosófica, la purificacion (παθάρσις), esto es, la virtud para el vulgo, y la comprension (νοῆσις), esto es, la ciencia para los elegidos, quedando así el pueblo sometido á los filósofos, y la virtud á la ciencia.

Pero el Cristianismo no tiene arcanos; sus templos no tienen velo, ni hay profanos en su Iglesia. Enseñando á los niños con las primeras letras, se arraiga en los corazones, insinúa una moral tan dulce como sublime, y una afectuosa igualdad que no deja ver en el mundo sino hijos de Dios. De aquí proviene la pureza de una moral no sujeta á variedad de tiempos ni de personas, y dirigida siempre á la perfeccion propia y á la caridad hácia los demas. La venganza era *dulce á los corazones nobles, era el placer de los dioses* (1); pero ahora el perdon devolverá la paz á la tierra. La impudicia era una vanagloria, de tal manera que á la tumba de Diócles, que se habia distinguido por amores infames, iban todos los años los jóvenes á una lucha de disolucion. en la cual se coronaba al mas lascivo (2). En Roma no se ocultaban los ultrajes mas torpes contra la naturaleza (3). Si alguno reputaba virtud la decencia de las costumbres, no la creía manchada abusando de los esclavos y recibiendo de los libertos un tributo deshonesto de reconocimiento (4); y una dama ofrecia quinientas esclavas á Vénus, para que fuesen prostituidas en su templo (5). Ahora

(1) « Encore donc que les Juifs eussent dans leurs Écritures quelques promesses des félicités éternelles, et que, vers les temps du Messie où elles devaient être déclarées, ils en parlassent beaucoup davantage, toutefois cette vérité faisait si peu un dogme formel et universel de l'ancien peuple, que les Sadducéens, sans la reconnaître, non-seulement étaient admis dans la synagogue, mais encore élevés au sacerdoce. » Bossuet, Disc. p. 2, c. 6.

(2) Esse aliquos manes et subterranea regna
Nec pueri credunt, nisi qui nondum ære lavantur.
Juvenal II, 149.

César decia en pleno Senado: *Mortem ærumnarum requiem esse; eam cuncta mortalium mala dissolvere; ultra, neque curæ neque gaudii locum esse.* Salustio *Catil.* 49.

Virgilio cantaba en las *Geórgicas*:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas,
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari.

Séneca en el *Consuelo*: « Cogita illa quæ nobis inferos faciunt terribiles, fabulam esse; nullas imminere mortuis tenebras, nec flumina flagrantia igne, nec oblivionis amnem, nec tribunalia. Luserunt ista poetæ, et vanis nos agitavere terroribus. »

(1) Homero.

(2) Teócrito. Filon asegura que habia establecidos semejantes premios en muchos lugares.

(3) Plauto.

(4) *Impudicitia in servo necessitas, in liberto officium, in ingenuo flagitium est.* Si fuera menester otra prueba de que los Romanos medían la moralidad por la ley y por la condicion civil, véase en una ley de Constantino del año 326: « Si alguno comete adulterio, examínese si ha sido con el ama de la posada (en las leyes romanas es casi sinónimo *caupona* y lupanar), ó la sirviente. Si con el ama, sufra la pena legal; si se prestó la sirviente á los libertinos, en atencion á la vileza de la acusada, absuélvase de la acusacion, y sean libres los acusados. Porque se pide razon del pudor solamente á aquellas mujeres que están obligadas para con la ley: pero « *quedan libres de la severidad judicial aquellas á quienes no hace dignas de la vigilancia de la ley la vileza de su vida.* » Cod. Teod. IX, 7, 1.

(5) Estrab, lib. VIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por el contrario, desde que cada hombre debe respetar en sí mismo á la Divinidad, no se da ya estado medio entre la virginidad y el matrimonio; llega á ser nueva ley el moderar las inclinaciones sensuales; se afirman los nudos sociales, y se perpetúa el conyugal, dirigido á un fin sublime.

¿Pero se puede encontrar dignidad de costumbres allí donde nuestro sexo puede imponer el vicio á una muchedumbre innumerable del otro, pendiente de los caprichos de un amo? ¿Y cuánto no importa que esté ennoblecida la mujer, á fin de que su poder sobre el corazon del hombre devuelva á este el decoro y la bondad que de él recibe? En la persona de Cristo se confunden el hombre y la mujer, de tal modo que se hacen iguales. Entre los antiguos solo se consideraba el adulterio en la mujer, y apénas se nombra el del hombre. Parecian ofendidos en él el pudor, la propiedad y la majestad, por lo cual le imponian penas atroces en un juicio compendioso, que alguna vez se conferia al mismo ofendido ó al tribunal doméstico (1). Entre los Hebreos se aventuraba la misma duda al terrible juicio del agua de los celos: entre los Celtas se abandonaba á las olas del rio el niño de sospechosa legitimidad, conservándolo solamente cuando las aguas, mas piadosas que su padre, lo devolvian. Cristo dice por el contrario: *Aquel de vosotros que esté sin pecado, tire una piedra*, y así establece paridad entre el delito del varon y el de la hembra, y los Padres de la Iglesia, sus intérpretes, quieren que tambien sea castigado el adúltero (2). Véase por tanto de la moral surgir la libertad, suprema necesidad de la naturaleza humana. El pudor, hasta entónces vilipendiado, conculcado en las cortesanas, en las esclavas, y hasta en las diosas, se convierte en el adorno mas precioso de la mujer, por el cual sabe que debe morir y que recibirá la recompensa, como asimismo sabe que no há menester heróicas virtudes para adquirir mérito, sino educar á sus hijos en las virtudes dulces y conformes á su naturaleza, las cuales tambien los llevarán al cielo.

Esclavitud. Para que el hombre pueda buscar su perfeccionamiento en el destierro, debe la Iglesia procurar que desaparezcan las trabas, que sean destruidas las tiranías introducidas por el hábito de oprimir y de envilecerse, y la peor de todas, como la mas universal, la esclavitud. Romper sin embargo las cadenas de pronto; decir á los siervos: *Sois libres, sed iguales á vuestros amos*, sería una obra inconsiderada, como lo sería la del que rompiese de pronto los diques de un lago, que quisiera desocupar, porque infestase la ciudad; y la filantropía de nuestro siglo ha visto y ve á qué conducen estas conmociones instantáneas. Cristo hace reformas, no revoluciones, y arroja entre los esclavos el gérmen que producirá al cabo de los siglos un fruto, que jamas hubiera producido ninguna doctrina de los sabios antiguos, la libertad. Véase llamado al esclavo con su amo delante del Dios de ambos, y participando de la misma mesa; véasele restituida la personalidad y la conciencia; véasele en fin responsable de sus acciones y de sus pensamientos. San Pablo devuelve á su amo un fugitivo, pero ya bautizado, y le escribe: *No lo recibas ya como esclavo, sino como queridísimo hermano: si me miras como compañero, recíbelo como á mí mismo* (1).

Si aun duró la servidumbre, fué por culpa de los adversarios del Cristianismo y de los tiempos, no teniendo este medios para obligar primeramente á los voluptuosos Romanos, y despues á los feroces conquistadores. Fué tambien consecuencia de la reforma de Cristo, la cual no desorganizaba la sociedad, sino que hacía buenos á sus miembros, y por eso debia primero reducir al bien á aquella clase tan extraviada. Entretanto, pues, la Iglesia suministra al esclavo, no solo el pan material, sino tambien el del alma, la instruccion religiosa; hace resonar todos los dias una protesta contra aquella inveterada iniquidad, y hasta que el esclavo se convierta en siervo, y en seguida en asociado al trabajo libre, donde quiera que se anuncia la buena nueva, se cesa de calcular con bárbara precision hasta dónde podrán trabajar estas máquinas vivientes sin romperse, y se fijan algunos dias en los cuales descansen tambien los esclavos, santificándolos con el consuelo de la oracion y de la instruccion que á todos comunicaba el sacerdote.

Con la esclavitud debia caer tambien la nobleza, fundada únicamente en el nacimiento, porque aun cuando no lo hayan dicho los anti-

(1) *Cognati necanto ut volent.* XII, TAV.

(2) « Lo mismo que se impone á las mujeres, obliga tambien á los hombres (dice San Jerónimo en la *Vida de Fabiola*). Las leyes de Cristo y de los emperadores no son iguales; no enseñan la misma cosa San Pablo y Papiniano. Estos permiten toda impudicia á los hombres con mujeres libres; entre los Cristianos, si el marido puede repudiar á la mujer por causa de adulterio, tambien puede hacerlo ella con él por el mismo delito. En condiciones iguales, igual es la obligacion. » En efecto, Fabiola se separó de su marido por ser *vicioso*,

(1) *Ep. ad Philemonem.* Causa compasion el modo con que Gibbon se empeña en atenuar las miserias de la esclavitud entre los Romanos, y demostrar que se fué mitigando por las progresivas ordenanzas de los príncipes. Mas leal Robertson dice: « No el respeto inspirado por ningun precepto particular del Evangelio, sino el espíritu general de la religion cristiana, mas poderoso que cualquier ley escrita, desterró la esclavitud de la tierra. Los sentimientos dictados por el Cristianismo eran benévolos y dulces; sus preceptos daban tal dignidad á la naturaleza humana, que la libertaron de la deshonrosa servidumbre en que estaba sumergida. » Véase su *Discurso acerca del estado del universo al aparecer el Cristianismo*, cap. 2.

Este importantísimo punto de la marcha del Cristianismo como supremo agente de la civilizacion, fué tratado en el *Diario teológico* de Tubinga (enero, 1834) por el profesor Mühler con un *Bruchstücke aus der Geschichte der Aufhebung der Sklaverei durch das Christenthum in den ersten* XV *Jahrhunderten*, ó sea *Fragmento de la historia de la abolicion de la esclavitud verificada por el Cristianismo en los primeros* XV *siglos*.

Posteriormente á mi obra salió la memoria de ED. BIOT, sobre la *abolicion de la esclavitud* antigua en Occidente, premiada en 1838 por la Academia de Ciencias Morales de Paris. Allí están reunidos con mucho juicio muchísimos hechos, y demostrada la suma influencia que tuvo la religion en la trasformacion de tan gran parte del pueblo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guos, no acostumbrados á analizar bien, consistia su *ingenuidad* en proceder de padres libres sin mezcla de esclavos ó libertos, de tal manera que habiendo desaparecido estos, habia desaparecido tambien la distincion natural.

Tantas y tales aplicaciones sociales se derivan de aquella doctrina evidente, en la cual ven la libertad los esclavos, la justicia los oprimidos, los pobres la caridad, y los prudentes la racionalidad y la esperanza; doctrina cuya profundidad admiran los sabios, y cuya sencillez aman y comprenden los pequeños.

¡Pero cuánto habia de prolongarse la lucha! Habian madurado los abusos en la sociedad de tal manera, que solo con ella podian desarraigarse, y con gran dificultad se podian reconciliar la civilizacion y la religion, que tanto tiempo hacía estaban en desacuerdo. Al reinado de Dios se oponen la fuerza y las preocupaciones, y la misma naturaleza del hombre, auxiliada ciertamente por el Redentor para regenerarse, pero no libertada de la corrupcion. ¡Véase sino! Diez y ocho siglos han trascurrido, y la esclavitud riega aun de sudor infeliz tantas tierras; entre tantos pueblos civilizados subsiste todavía el poder feudal; destrúyese la aristocracia fundada en la naturaleza; pero se alza la de las riquezas desproporcionadas, que calcula á peso y medida las lágrimas del pobre, y los socorros que debe imponerse, para que este sirva y muera sin amotinarse; aun está descuidada una plebe menesterosa de razon, de industria y de amor; aun se enseñorean por fin de la sociedad el duelo, la guerra y el poder material, que pretende tiranizar á la inteligencia.

Pero Cristo no bajó á la tierra á libertar á los hombres de los males que son herencia suya: solamente les trajo un bálsamo, la caridad, que siendo virtud sin nombre entre los antiguos, y considerada como debilidad, viene á la sazon á mitigar las inevitables miserias, á llorar con quien padece, y á trasformar los infortunios en ocasiones de mérito y en vínculo de fraternidad.

CAPÍTULO VII

Principios del Cristianismo

Apénas regeneró á los apóstoles el Espíritu de consuelo, perdiendo estos el miedo, salieron por las calles de Jerusalen hablando á las turbas que habian acudido á ella con motivo de la Pentecostes; y convirtieron á tres mil personas adquiriendo cada dia nuevos prosélitos. Se reunian los cristianos en el templo para la oracion y en las casas para el misterio de la Eucaristía y la comida en comun, dando gracias á Dios con recocijo y sencillez de corazon.

Los Hebreos esperaban en el Mesías un redentor terrestre, y de tal suerte se expresan los profetas, que los mismos apóstoles incurrieron al principio en tal error, y pedian á Cristo puestos en su reino, y se escandalizaban ante la idea de su pasion. Los luminosos hechos con que señaló el Mesías su venida, bastaron para desengañarlos; pero los Judíos persistieron en aquel engaño con culpable obstinacion. Miéntras que reconociendo el cumplimiento de las promesas en un sentido mucho mas elevado y fecundo, hubiera podido ser la Judea el punto de partida de la historia de la sociedad moderna, quedó por el contrario reprobada, y cesó de obrar sobre el porvenir; la ciudad de la manifestacion y de la paz, desde que desfiguró el símbolo que expresaba, fué cerrada, pero los escombros del templo, cuyas piedras estaban cortadas y dispuestas misteriosamente, debian servir para erigir el maravilloso palacio del Dios eterno.

Al principio no se separaban los Cristianos de los Hebreos, porque su religion no destruía la mosáica, ántes por el contrario la completaba; pero como se cumplieron las amenazas de Dios de trasladar su viña á otros cultivadores, los mismos Hebreos principiaron á perseguirlos. Pedro y Juan, que hacian muchos prosélitos sanando cojos, ciegos y mudos, fueron encarcelados, prohibiéndoseles hablar de Cristo y decir que habia resucitado. Protestan ellos que deben obedecer á Dios ántes que á los hombres, y se regocijan de ser dignos de sufrir injurias por el nombre de Jesus. Miéntras están en la cárcel se elevan sin interrupcion oraciones en su favor delante de Dios (1), hasta que un ángel los liberta de las cadenas. Entónces delibera el Sanedrin sobre su muerte, pero habiéndose opuesto Gamaliel, doctor de la ley, son azotados en medio de la asamblea, y la Iglesia queda satisfecha, sabiendo cuánto mérito da su fundador á los padecimientos, á la esperanza y á la resignacion.

Viviendo los nuevos creyentes en santa armonía, para borrar la diferencia de fortunas, vendian todos sus bienes y llevaban su precio á los apóstoles, los cuales los distribuían á cada uno segun sus atenciones, y ninguno de ellos padecia necesidad (2). No habia distincion alguna entre los individuos; sin embargo, en las distribuciones diarias de alimentos se daba alguna preferencia á las viudas de los Hebreos sobre las de los Judíos helenos ó extranjeros. Desagradando esto, se eligieron siete diáconos de notoria probidad, que no solo llevasen los alimentos temporales, sino tambien el cuerpo y la sangre que se consagraba cada dia despues de la comida de los fieles en conmemoracion de Cristo.

San Estéban. 30?

Uno de estos fué Estéban, lleno de gracia y fortaleza, el cual disputaba tambien en Jerusalen en aquellas sinagogas adonde concurrian de todas partes los Judíos con objeto de estudiar. En una de ellas, formada por aquellos que conducidos á Roma por Pompeyo habian recobrado despues la libertad, demostró Estéban la divinidad de Cristo, y que era el Mesías prometido. No pudiendo rebatir sus razones los opo- 30?

(1) *Act. apost.* V, 29; V. 41; X, 31.
(2) Ib. II, 49; IV, 34, 42.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sitores, lo acusaron á los tribunales de haber blasfemado de Dios y de Moises; y viendo que sostenia intrépidamente la verdad, se lanzaron contra él, y habiéndolo sacado de la ciudad lo apedrearon. Rogó Estéban á Dios en sus últimos momentos que perdonase á sus verdugos, y fué el primero que selló la verdad con su sangre.

Santiago el Menor, apellidado el Justo, obispo de los fieles de Jerusalen, no bebia vino ni licores, andaba descalzo, con un manto basto, y se le habian encallecido las rodillas como las de
61? los camellos á fuerza de orar. Hízolo subir el sumo sacerdote Anan á la azotea del templo de Dios á fin de interrogarlo, y al oir su profesion de fe, lo precipitaron los Fariseos desde arriba. Ya habia sido decapitado Santiago el Mayor.

¡Ay de Jerusalen que mata á los profetas! Ya se acerca la hora en que deben llorar las hijas de Sion sobre sus hijos, y envidiar las que sean fecundas los pechos de las estériles.

Los fieles perseguidos se esparcen por la Samaria y la Judea, multiplicando los nuevos creyentes. El principal de estos fué Saulo de Tarso en Cilicia, ciudadano romano de nacimiento, de orígen benjamita, y fariseo por sus doctrinas. Convertido al Evangelio, de feroz perseguidor que era, llegó á ser su mas eficaz propagador; dió con sus epístolas nueva amplitud á la doctrina cristiana, rompió los vínculos que unian á los Nazarenos con la Sinagoga, y de fraccion de un pueblo los elevó á Iglesia independiente, sin lugar determinado, ni límites de nacionalidad.

Esparcida ya la buena semilla por la Judea, quisieron llevar los apóstoles la fausta nueva á las gentes á quienes no se habia manifestado Cristo. Ántes de salir, como los corderos entre los lobos, componen su profesion de fe comun: en seguida Pedro va á la Grecia, Andres al país de los Escitas y al Epiro; Tomas predica á los Partos y á los Indios, Bartolomé á la Gran Armenia, Mateo á la Etiopia, Júdas á la Arabia y la Mesopotamia, Bernabé y Simon á la Persia, Matías al Egipto y á la Abisinia, de suerte que *á toda la tierra llegó su nombre, y su voz hasta los confines del mundo*. Juan siguió á la Vírgen María á Éfeso, y Felipe recibió la muerte en Hierápolis de Frigia.

Desde Antioquía, ciudad principal del Asia,
42? donde se aplicó primeramente á los Judíos convertidos el nombre de *Cristianos*, se dirigió Pedro á Roma (1), el pescador de Genezaret á la metrópoli del mundo, para constituirla en centro de otra unidad, para oponer á las infamias de Mesalina y á las atrocidades de Neron el contraste de la elevada razon y de la sublime virtud que perdona, instruye y consuela, y que sacrificándose por la humanidad, hace inútiles los demas sacrificios cruentos. La inquietud de los Hebreos en Roma, y principalmente contra los convertidos, indujo á Claudio á expulsarlos, y entónces sería probablemente cuando volviese Pedro al Asia. Digo probablemente, porque en la época del orgullo estos grandes innovadores dejaron ignorar su camino.

En Antioquía comió Pedro con los fieles no circuncisos; pero habiendo llegado algunos Hebreos convertidos, se separó de aquellos para vivir con estos. Por esto lo censuró Pablo, porque hacía mucho caso de las figuras, las cuales debian decaer despues de haberse presentado el figurado, y Pedro oyó dócilmente la advertencia. Multiplicando Pablo las conversiones, entre las cuales son notables las de Timoteo y Lúcas, médico de Antioquía, penetró despues en Aténas, refugio del último saber de los Griegos y de sus supersticiones, y en donde no hacian otra cosa todo el dia ciudadanos y extranjeros mas que averiguar lo que habia de nuevo (1). Allí llevó la verdad ante la asamblea mas veneradá en Grecia, ante el Areópago, y allí algunos lo escarnecieron; otros le dijeron: *Otra vez te oiremos*, como si creyeran tener ocupaciones mas importantes que Dios y el hombre, el pecado y la redencion.

No obstante la severidad de aquel tribunal, la negligencia de los mas, y los escarnios de los epicúreos, convirtió á muchos. La Diana de Éfeso, símbolo oriental de los poderes de la naturaleza (2), sumamente venerada en todas partes, daba lugar á una infinidad de supersticiones, y especialmente á la fabricacion de amuletos y talismanes, conocidos bajo el nombre de letras efesiacas (3). Pablo ordenó, que como primera muestra de conversion le llevasen los adeptos todos estos títulos mágicos y los libros de los misterios, y aun cuando su precio ascendia á cincuenta mil dineros, los hizo quemar (4). Este hecho, y el de haber disuadido de comprar figuritas ú otras bagatelas relativas á aquel culto, suscitaron entre los artesanos un tumulto, que difícilmente pudo calmarse.

Á su vuelta de Tiro, miéntras predicaba en el templo de Jerusalen, los Hebreos lo asaltaron y maltrataron, hasta que intervino la guarnicion romana. Lisia, coronel de la misma, á quien estaba encomendado el buen órden de la ciudad, queria hacer azotar á Pablo, pero este dijo: — « No tal, porque soy ciudadano romano ». Comprobada la verdad de este aserto, el coronel puso á Pablo á disposicion de un concilio de sacerdotes; mas entre estos habia

(1) Se cuestiona acerca de la venida de S. Pedro á Italia. Los heterodoxos la impugnan vivamente, por haber muchos escritores que hacen depender de ella la institucion de la Santa Sede en Roma; pero se halla probada con irrefragables argumentos. Lo que no está tan bien demostrado, es la formacion del Símbolo apostólico mas arriba mencionado.

En el año 42, que hemos puesto al márgen, empiezan los 25 que el *Cronicon* de Eusebio señala al pontificado de S. Pedro.

(1) *Act. apost.* XVII, 21.

(2) *Cujus numen unicum, multiformi specie, rit vario, nomine multijugo totus veneratur orbis.* Apuleyo II. Los Romanos podian testar á favor de esta divinidad. ULPIANO, *Inst.* tít XXII.

(3) PLUTARCO en *Alejandro*. — CLEMENTE ALEJANDRINO, *Strom.* V.

(4) *Act. apost.* XIX, 19.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

algunos que eran Saduceos, y otros Fariseos, de donde resultó que empezaron á disputarse entre sí. Lisia, viendo que no se trataba de ningun delito, se llevó á Pablo para que no sufriese nuevas injurias, y lo envió á Félix, gobernadar de Judea; pero este, visto que solo eran disputas religiosas, lo retuvo en Cesarea bajo su vigilancia durante dos años, oyéndolo entretanto discutir sobre la justicia, la castidad y el juicio final. Una vez incoado el proceso, Pablo apeló al tribunal de César, con cuyo motivo, Festo, sucesor de Félix, lo mandó á Roma, adonde llegó despues de haber hecho muchos prodigios. Dejado á la libre custodia de un soldado romano, convocó sin riesgo ni impedimento alguno á los principales Judíos, y hallándolos sordos á su predicacion, los amenzó con que la palabra de gracia por ellos desechada sería recibida por los gentiles.

En los dos años que permaneció allí Pablo esperando ser juzgado, aumentó los prosélitos de la verdad, y dirigió cartas á las Iglesias y á sus amigos, afirmándolos en la fe, ó explicando la doctrina, ó estirpando el descontento y las supersticiones que contaminaban la pureza de la fe. En ellas están claramente expuestas las ideas del derecho natural. Una gran familia de hijos del mismo Dios habita el mundo, bajo la misma ley moral (1); han caído las barreras que separaban á los hombres, y se han extinguido las enemistades (2); el amor de la humanidad sucede á los rencores de la ciudad, y no hay diferencia entre Griegos y Bárbaros, entre sabios é ignorantes, entre Hebreos y Gentiles (3). La nueva ley que regenera á la humanidad no quiere derribar los poderes establecidos, sino reconocer en los débiles y en los oprimidos derechos que deben respetar los fuertes (4). El yugo de que debe libertarse el hombre sin dilacion es el de la materia y los sentidos. De la materia provienen la disolucion, las enemistades, la idolatría y los homicidios, y del espíritu la caridad la paz, la paciencia, la humanidad y la pureza (5). No se apague, pues, el espíritu, ántes bien sustitúyase á la carne y á la letra de la ley (6). La verdad será perseguida; sin embargo no debe refugiarse el cristiano en la muerte voluntaria, sino padecer bendiciendo á sus perseguidores, y pelear con el escudo de la fe, el yelmo de la salud y la espada espiritual (7). En ellas tambien funda Pablo la teoría de las dominaciones, enseñando que Dios es la única fuente del poder; prohibe el divorcio que expone la vida de la mujer á una instabilidad peligrosa, y alaba la continencia con tal que no destruya.

Aquellas cartas revelan por una parte la sublimidad de una razon vigorosa y clara, á cuya elevacion y á cuya profundidad no satisfacia algunas veces el mismo idioma griego (1); y por otra la sencillez del hombre, que tiene cuidado de manifestar que no vive á costa de nadie, sino de lo que gana con sus manos (2), y recomienda á Timoteo que le lleve sus libros y el manto que le dejó en la Troade. Es sobre todo digno de admiracion el ardor de su caridad, que le hace decir: « Si yo hablára lenguas » de hombres y de ángeles, y no tuviera cari» dad, sería como metal que suena y campana » que tañe. Y si tuviese el don de profecía, y » supiera todos los misterios, y cuanto se puede » saber: y si tuviese toda la fe, de manera que » traspasase los montes, y no tuviese caridad, » nada sería. Y si distribuyese todos mis bienes » en dar de comer á pobres, y si entregase mi » cuerpo para ser quemado, y no tuviese cari» dad, de nada me aprovecharía. La caridad » nunca perecerá, aunque se hayan de acabar las » profecías, y cesar las lenguas, y ser destrui» da la ciencia (3). »

Una tradicion que se remonta hasta los primeros tiempos, hace creer que Pedro y Pablo sellaron la fe con el martirio en Roma, el 29 de junio del año 67, consagrando con su sangre la tierra, que de tanta otra sangre estaba manchada.

Entretanto la luz, no comprendida por los ojos del mundo, progresaba cada vez mas, y se hacía sentir por medio de las obras de caridad. Donde habia lágrimas que secar, ignorancias que destruir, miserias que aliviar, y desalientos que reanimar, allí habia un apóstol, que, semejante al ángel de Dios, consolaba y desaparecia, dejando á los consolados que bendijesen una religion, que miéntras parece proponerse el cielo por objeto, tanta felicidad derrama en la tierra. Era cosa nueva aquel cuidado solícito por la clase ínfima, vilipendiada y conculcada por los doctos y los poderosos; aquellos ancianos que á todos predicaban; aquellos diáconos que á todos llevaban la limosna, aun á los mismos que los apedreaban; aquellos hombres piadosos que recogian los niños arrojados por padres viciosos ó perezosos, porque Cristo habia dicho: *El que recibiere á un niño en mi nombre, á mí me recibe* (4).

Los apóstoles dirigieron cartas á Corinto, la ciudad de la disolucion legal, en donde se prostituían millares de doncellas por el culto de Vénus, y en su consecuencia la convirtieron á una perfeccion edificante. « ¿Quién no aprecia » (escribia San Clemente á aquella Iglesia), quién

(1) *Ad. Rom.* XV, 24.
(2) *Ad. Ephes.* II, 14.
(3) *Ad. Rom.* I, 14; X, 12.
(4) *Ad. Rom.* XIII, 1; *ad. Ephes.* V, 5; *ad. Coloss.* IV, 1, etc.
(5) *Ad. Rom.* passim.; primera *ad. Corinth.* II, 15, y segunda III, 7, 8; *ad. Galat.* V, 19-23.
(6) Primera *ad Thess.* V, 19; *ad. Rom.* VII, 14; segunda *ad Corinth.* III, 7, 8.
(7) *Ad. Rom.* XII, 14.; *ad. Ephes.* VI, 13.

(1) Véase el principio de la Epístola á los Efesios.
(2) Era ley entre los sabios Hebreos aprender algun oficio. El Talmud (tratado *Kidouschim, Pessart Aboth, Sota*) dice: « Quien no dá una profesion á sus hijos les prepara mala vida. No digáis: Yo soy hombre de posicion; esta ocupacion no me conviene. El maestro Joanan era peletero, Nahum amanuense, otro Joanan hacia sandalias, y el maestro Júdas sabia hacer pan. »
(3) Primera *ad. Corinth.* XIII, 1, 2, 3, 8.
(4) San Mateo XVIII, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» no aprecia vuestra firmeza en la fe, la mode-
» racion cristiana de vuestra piedad, la magni-
» ficencia de vuestra hospitalidad, y la perfec-
» cion y solidez de vuestro saber? Hacéis todas
» las obras sin consideracion á personas, comu-
» nicando segun la ley de Dios, obedientes á los
» pastores, respetuosos con los ancianos, insi-
» nuando á los jóvenes la honradez y la templanza,
» á las mujeres una conciencia pura y casta, el
» amor á sus maridos, la sumision y la econo-
» mía modesta. Llenos de humildad, dispuestos
» mas bien á someteros que á someter, á dar mas
» bien que á recibir, contentos con lo que Dios
» os da, observando su palabra, hay entre vos-
» otros perfecta paz y deseo de hacer el bien con
» recta voluntad y santa confianza. Aplicados
» dia y noche en beneficio de vuestros hermanos,
» sinceros, inocentes, sin resentimiento por las
» injurias, lloráis los errores del prójimo como
» si fuesen los vuestros. »

De tal manera eran educadas las ovejas por la voz y el ejemplo de los apóstoles y de los obispos, los cuales estaban siempre dispuestos á padecer sin quejarse por el sostenimiento de la fe, porque Cristo no habia prometido riquezas, goces, poder, sino obediencia, austeridad y persecuciones.

Templaba, no obstante, su severa virtud una benignidad cariñosa. Habiendo hablado Juan, el discípulo predilecto de Cristo, el evangelista del amor, el desterrado de Pátmos, á un jóven de excelentes disposiciones, le recomendó al obispo; pero este le concedió inconsiderada libertad, de modo que habiéndose reunido con malos compañeros, llegó hasta el exceso de asaltar en los caminos á los pasajeros. De regreso Juan pidió cuenta al obispo del precioso depósito, y al oir que habia muerto, esto es, que habia perdido el alma, lloró con toda la amargura de su corazon, y en seguida se dirigió al bosque infestado por el infeliz. En cuanto este lo distinguió se puso en fuga; pero siguiéndole Juan, y rogándole que no huyese de su anciano é inerme padre, no descansó hasta que lo alcanzó y lo volvió al sendero de la virtud.

El mismo Juan estaba entreteniéndose una vez con una perdiz, y habiendo visto que se admiraba un cazador de que hombre tan venerable se entretuviese en una diversion tan infantil, le preguntó: *¿Por qué no tiendes continuamente ese arco que tienes en la mano?— Porque se romperia*, contestó aquel. — *Pues de la misma manera*, añadió el santo, *doy algun solaz á mi espíritu, á fin de que esté dispuesto para nuevas fatigas* (1).

Ya anciano, no pudiendo predicar ni manejarse, se hacía llevar á la iglesia, y repetia solamente esto: *Hijos mios, amáos recíprocamente;* y proguntándole sus oyentes por qué no sabía decir otra cosa, contestó: *Porque es el mandamiento de Dios, y basta con cumplirlo.*

Los cristianos llevaban generalmente vestidos blancos sencillos, y de telas ordinarias, sin cola ni adornos, para que el traje no valiese mas que el hombre. En un principio tuvieron que emplear toda clase de artificios para ocultarse; reuniones secretas, signos de convencion, cajas para llevar el Viático á los enfermos, á los presos y á quienes no podian salir de las casas, letras y signos de reconocimiento. Para la comida les servia de regla la necesidad, no las sensualidades; comian pescado con proferencia á la carne, y alimentos crudos mas bien que condimentados: hacian una sola comida, al declinar el sol, ó cuando mas, se desayunaban con un poco de pan seco. El vino, prohibido á los jóvenes, se concedia con medida á los viejos; no usaban ricos muebles, ni vajilla, ni perfumes, ni instrumentos músicos. En la comida cantaban canciones piadosas, y desterrando la risa estrepitosa, conservaban una gravedad modesta. Acabada la cena alababan á Dios, se retiraban despues al duro lecho, acortando el sueño para alargar la vida, y para levantarse temprano á entonar salmos á su Dios.

Para ellos no tenia Dios figura, ni mas nombres que los de *mio*, *bueno*, *espíritu*, *padre* y *criador*. Para prestarle homenaje, no tenian que dirigirse al Capitolio ni al monte Sion, sino que lo encontraban en cualquier lugar y á cualquiera hora, porque estaba en su conciencia, y le tributaban culto con cada una de sus obras y con su pensamiento contínuo. Destinaban, sin embargo, algunas horas especialmente á la oracion, orando de pié con la cara vuelta hácia el Oriente, elevada la cabeza y las manos al cielo; y respondiendo á la oracion final, levantaban un pié en actitud de viajeros, dispuestos á abandonar la tierra á cualquiera hora.

El paganismo habia idolatrado el cuerpo; los cristianos, por reaccion, no quisieron reconocer en él mas que fango y pecado. Consideraban por tanto la virginidad como un estado perfecto, llegando á convertirla en una pasion, como lo fué en otro tiempo el libertinaje; y hasta hubo doncellas que se mataron por no casarse. Este nuevo estado tuvo privilegios y divisas, porque las no casadas llevaban la cabeza descubierta y los cabellos sueltos sobre el cuello; y cuando Tertuliano quiso oponerse á ello, se negaron á cubrirse, porque este era signo de sujecion al marido. Véase aquí á la virtud conduciendo á la libertad.

Sabian, no obstante, el precepto apostólico: *Mejor es casarse que destruirse*, y veneraban el matrimonio como sacramento y como intencion del Criador. *En las enfermedades y en la última edad*, decian los viejos, *no hay cuidados iguales á los que se reciben de la mujer y de los hijos propios. Amad el alma, no mirando los cuerpos sino como una estatua, cuya belleza hace pensar en el escultor.*

Mujeres.

Reintegrada toda la especie humana en su naturaleza, habia salido tambien la mujer de la ultrajante nulidad antigua, y habia sido igualada al hombre naturalmente, aun cuando le es-

(1) Eusebio. Hist. V, 18.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tuviese sometida por la diferencia de ocupaciones y de destino. María, la elegida del Señor, santificaba aquel sexo; habíanse visto piadosas mujeres al pié de la cruz; Cristo habia conversado con ellas y perdonado sus faltas : algunas, despues de la muerte de Cristo, continuaron con los apóstoles en oracion (1), y despues los seguian para servirlos, como Magdalena y las Marías habian hecho con Cristo; bautizaban y profetizaban : se hace mencion de ellas y se las saluda frecuentemente en las epístolas (2); intervienen en las asambleas, participando de la instruccion, del sacrificio y del ministerio, y San Pablo recomienda á Timoteo las que le ayudaron en la obra divina. Luego se instituyeron inmediatamente las diaconisas, que debian ser viudas, *verdaderamente viudas* (3), esto es, no menores de sesenta años, debiendo tambien haber criado su hijos, ejercido la hospitalidad, lavado los piés á los viajeros, consolado á los afligidos, y sido siempre castas, sobrias y fieles. Otras mujeres cuidaban con gran solicitud de visitar á los encarcelados; llevar mensajes ó el Viático en secreto; distribuir á los enfermos los dones de aquella piedad que es distintivo especial de su sexo; administrar auxilios á los mártires; besar sus heridas; darles agua miéntras padecian, y recoger su sangre y sus huesos despues de muertos. En fin, comparecian intrépidas ante los tribunales desafiando el orgullo de los jueces y la ingeniosa crueldad de los tiranos, confiando su pureza á aquel Dios que multiplicaba los milagros á su favor. En el martirio desmentian el insultante dictado de débiles que aplicamos á su sexo; eran por el contrario mas heróicas que los hombres, porque quedaban expuestas, no solo á los ultrajes, sino á los atentados contra el pudor, pues los que no podian domarlas por la fuerza, procuraban vencerlas por la virtud. Así se hacian dignas de combatir á Vénus, y miéntras que las paganas, teniendo los honores de la castidad y los goces de la licencia, exclamaban : *Vivir es gozar*, ellas virtuosas y ultrajadas decian : *Vivir es padecer*. Igualadas á los hombres en los suplicios, se constituían iguales en derechos, y con su sangre preparaban á la mujer á la igualdad de los tiempos civiles.

Tertuliano escribió dos libros acerca de la belleza y de los adornos femeniles, mostrando que no convenian los suntuosos á la mujer cristiana, y que se acomodarian mal á las cadenas y á las hachas las manos y los cuellos adornados de brazaletes y de collares de oro ó perlas. En su tratado *ad uxorem* aparece la mujer bajo muy diferente aspecto que en la sociedad pagana; divide con el marido las ocupaciones, las creencias, la fe y hasta las rentas con que socorrer á los hermanos necesitados. La mujer convertida es semilla que germina junto al hogar doméstico, y si no á su esposo, inspira por lo ménos á sus siervos y á sus hijos nuevas ideas, nueva admiracion y nuevos deseos. La familia de Priscila es la primera en que se verificó el tránsito de las ideas orgullosas, en que reposaba el patriciado antiguo, á los sentimientos de la fraternidad humana, que constituyen la igualdad del Cristianismo. Tres Priscilas, Hilaria, Flavia, Severina, Fermina, Justa, Ciriaca, muchas Lucinas y otras ricas viudas convertidas en diaconisas, pasaban los dias orando sobre las tumbas de sus maridos, adornadas con el cuidado y el secreto con que otras preparaban los gabinetes lascivos; madres y vírgenes santas expiaban el crímen de las que se prostituían por las diosas, orando asiduamente y socorriendo á los pobres y á los afligidos. Cuando ya no encontraba Vesta quién quisiera consagrarle la virginidad, se ofrecian muchas doncellas á porfía para la custodia de los huesos sagrados.

Mas adelante debian fundar las mujeres con sus riquezas hospitales, y merecer la amistad y los elogios de los santos, como recibieron los de Jerónimo, Marcela y Asela, la madre de estas Albinia, Principia, hija de la primera, Paula, su amiga, Paulina, Eustoquia, Lea, Fabiola, la cual vendió todos sus bienes para fundar el primer hospital que opuso Roma á los monumentos de matanza y de prostitucion; Melania, que mantenia á cinco mil confesores en Palestina, y á todas las veía y admiraba Jerónimo, no solo pacientes, sino militantes. Muy pronto será convertido Agustin por su madre, educado por la suya Juan Crisóstomo, y salvado por la suya Basilio, del mismo modo que posteriormente fué santificado Luis; y sentadas otras en el trono convertirán naciones enteras.

Sobre la inmensa corrupcion de Roma, como el loto de las fábulas indias sobrenadando en las aguas del diluvio con los gérmenes del porvenir en su seno, se elevaba una Iglesia semejante á las que hemos visto en Asia y en Palestina, predicando el Dios uno, bueno, muerto en la cruz, la virtud de la resignacion y del perdon. En la Roma incestuosa y homicida, almas que el mundo no era digno de poseer, vivian con una vida pura en las cavernas, perseguidas, hasta que llegase la hora de fecundar con su sangre la planta de la regeneracion. Junto á las ciudades de Ostía, de Veletri, de Tiburi, de Preneste, de Palestrina, y en los valles que en cien curvas desembocan en la llanura del Lacio; al lado de las cuevas donde de noche encerraban los amos á centenares de esclavos entregados á la blasfemia y á un concubinato indistinto, se hallaban otras cavernas donde se regeneraba la humanidad en el llanto, abiertas en la misma toba con que se fabricaban las voluptuosas casas de campo. La catacumba de Calixto serpenteaba por un espacio de casi siete millas. Allí sepultaban los muertos en nichos que despues tapiaban, encerrando junto con ellos los instrumentos del suplicio, una redoma de su sangre, las insignias de su dignidad, ó coronas para las vírgenes, y alguna vez el nombre del muerto. Llamaban á estos asilos de la muerte

(1) *Act. apost.* II.
(2) Primera *ad Corinth.* XVI.
(3) *Ad Timoth.* c. 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cementerios, esto es, dormitorios, expresion de una conciencia pura, consolada con la esperanza de despertarse en otra vida.

En estos lugares se citaban los Levitas las vísperas de las solemnidades, á fin de cantar toda la noche himnos al Señor, y servia aquella melodía de guia á los fieles, que llegaban ocultamente desde la ciudad ó desde los calabozos de los bárbaros dueños, yendo á encontrar allí á los mutilados en el martirio, á los obispos milagrosamente arrebatados á la hoguera y á los filósofos, que, convertidos en apóstoles, habian encontrado por fin la solucion de las cuestiones que les agitaban, y se preparaban á llevar la verdad á las gentes sentadas á la sombra de la muerte, y á confirmarla con su propia vida.

El obispo y el anciano presidian la asamblea, y miéntras que el egoísmo heria de muerte á la sociedad antigua, ¡qué superabundancia de vigor en aquella sociedad nueva, donde nacia el amor de la inagotable fuente de la fe! La vida para ella era un combate, y la muerte un premio que debia merecer. En las devotas capillas desaparecian las inhumanas distinciones del siglo: el rico se sentaba junto al pobre á quien mantenia con sus bienes; las vírgenes del vulgo, cubiertas de blanco lino, llevando al cuello los amuletos del Cordero de Dios que quita los pecados, alternaban en sus oraciones con las matronas y con las viudas de los senadores y de los procónsules, las cuales habian dado toda su riqueza á la asamblea de los fieles, y prodigaban los consuelos de la caridad. Consistia todo el adorno en el sepulcro de un mártir, en algunas flores, vasos de madera, y algun cirio ó lámpara, á cuya luz se leía el Evangelio. El obispo, el diácono, el cura, es decir, el inspector, el siervo y el anciano, no se distinguian sino por su mayor virtud, por su caridad ó por la mayor doctrina que manifestaban padeciendo, consolando, restableciendo la paz, compadeciéndose y enseñando á todos.

Unidos en la misma religion, en la misma moral, en la misma esperanza, su conspiracion consistia en orar á Dios en comun y leer los sagrados libros. Los que podian llevaban algun dinero todos los meses para mantener y enterrar á los pobres, y sostener á los huérfanos, los náufragos, los desterrados y los condenados. Estaban dispuestos como hermanos á morir unos por otros; todo lo tenian en comun, excepto las mujeres, y al comer juntos lo llamaban hacer caridad (*agape*). Sentados á la mesa de la sináxis, hacian circular los cálices de la sacrosanta sangre; y los manjares recibidos en gloria de aquel que los da, regocijaban á la sagrada reunion, en la fraternidad del afecto y en la alegría del perdon y del sacrificio.

CAPÍTULO VIII

Galba. — Oton. — Vitelio.

Si la muerte de Neron consoló á los senadores, debió de consternarlos el pensar el modo con que habia sido elegido Galba; pues divulgado el secreto del imperio, resultaba que podia hacerse el emperador fuera de Roma (1), que el poder supremo estaba en el ejército, y que el despotismo, hasta entónces aristocrático por la eleccion del Senado, se convertia en democrático por la eleccion de los guerreros.

Servio Sulpicio Galba, natural de Terracina y de una ilustre familia romana, rico y anunciado para el imperio por mil augurios, mereció bien del pueblo en su pretura por haber presentado el nuevo espectáculo de elefantes que bailaban en la cuerda. Enviado á mandar las tropas de Germania, restableció en ellas la disciplina; fué muy apreciado de Claudio, y estuvo adormecido en tiempo do Neron para no excitar sospechas; pero esperando de un momento á otro la proscripcion, jamas salia sin buena cantidad de dinero para el caso de una fuga repentina. Sin embargo, le confió Neron el gobierno de la España Tarraconense, en donde, habiendo mostrado al principio excesivo rigor, abandonó muy pronto este sistema por carácter natural ó por miedo.

Reprimiendo á los concusionarios, adquirió el afecto de la provincia, la cual lo sostuvo cuando se insurreccionó contra Neron, para restituir, decia, el mayor de los bienes, la libertad arrebatada por un monstruo. Pero cuando se hubo suicidado Víndex, y cuando declaró Virginio que no queria ser emperador, ni tolerar á otro sin consentimiento del Senado, viendo que vacilaban sus tropas en su fidelidad, se retiró á Clunia de España, resuelto á matarse.

Supo en este tiempo que habia muerto Neron, y reanimadas instantáneamente sus esperanzas, tomó el título de emperador, dirigiéndose á Roma con la turba de todos aquellos que se inclinan al sol naciente, é inaugurando muy mal su reinado con el castigo de las ciudades y las personas que le habian rehusado auxilios en la sublevacion. Entre los rivales que podia temer, Vespasiano, en los campos entónces de la Judea, le prestó obediencia; Virgilio Rufo rehusó el imperio que se le ofreció; solamente Ninfidio Sabino, comandante de los pretorianos, á quienes gratificó pródigamente, obtuvo los homenajes del Senado, y reconvino á este severamente por haber despachado cartas dirigidas á Galba sin su sello. Aun cuando no tenia el nombre de emperador, ejercia el poder supremo, haciendo comprender que subsistia la tiranía despues de haber sucumbido el tirano. En tanto que los senadores y los patricios se agrupaban á su puerta congratulándose de que

9 de junio 68.

(1) *Evulgato imperii arcano, principem alibi quàm Romæ fieri.* TÁCITO. *Hist.* I, 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hubiese depuesto á Tigelino y salvado la patria, se ganaba él la voluntad del pueblo abandonándole los amigos de Neron para que le sirviesen de espectáculo é hiciese con ellos una carnicería, y tan allá fué en sus excesos, que Maurisco, senador muy respetado, hubo de decir en la curia : *Temo que este nos haga echar de ménos á Neron.* No obstante, habiendo querido ganar á los soldados para que lo proclamasen emperador, fué muerto por ellos.

La muerte rápida que recibieron sus cómplices ó partidarios, dió á conocer á los Romanos, que el manso Galba recorreria tambien un camino de sangre. Llegado que hubo á Puente Milvio, se le presentó un cuerpo de marineros, que habia organizado Neron en legion, pidiendo ser confirmados en su organizacion; y porque al oir su negativa se amotinaron, mandó Galba que los acometiese la caballería, hizo matar á siete mil, unos en la pelea, y otros por castigo, y condenó á los demas á prision perpétua. Otros muchos suplicios siguieron á estos, ordenados con fria negligencia. Habiéndole rogado que librase á un caballero de la infamia del suplicio, mandó que pintasen el cadalso y lo adornáran de flores.

Y sin embargo, gozaba fama de dulzura, tomando en tal concepto su pereza, la cual si podia tolerarse en el ciudadano privado, produjo enormes daños cuando ascendido al imperio se dejó dominar por Cornelio Laco, Marciano Icelo y Tito Vinnio, á quienes llamaba el pueblo sus pedagogos, porque nunca se apartaban de su lado. Infamado Vinnio con toda clase de maldades, era tan abyecto, que robó una copa de oro en la mesa de Claudio, de cuyo delito solo lo castigó el emperador dándole de beber al siguiente dia en una de loza : respetándole de esta suerte en agradecimiento de que con su astucia y su valor lo habia auxiliado para alcanzar el poder. Laco, capitan de los pretorianos, solo tenia valor y actividad para sostener sus opiniones. Icelo, liberto y elevado por Neron á la categoria de caballero, habia reunido en siete meses de favor mayores riquezas que los mas ávidos libertos en los catorce años del reinado de Neron. No habia licencia por baja que fuese á que no se entregasen estos hombres; ni en los juicios ni en la provision de empleos atendian al mérito, ni á lo que era ó no de derecho, sino al que daba mas dinero; por lo cual se renovaron las miserias y los horrores de la época de Neron, y acumulándose sobre Galba el odio que inspiraban estos delitos, juntamente con el desprecio de su inercia, se hacía intolerable al pueblo su dominacion.

Regocijóse el pueblo cuando vió conducir á la muerte los instrumentos de Neron, entre los cuales se hallaban Narciso y la envenenadora Locusta, y siempre que salia Galba en público le pedia á voces la muerte de Tigelino. No hubiera tardado este en otorgar tambien aquella cabeza al deseo popular, si Vinnio, á quien Tigelino habia prometido una suma inmensa, no le hubiera aconsejado que hiciese presente al pueblo que era una crueldad solicitar el suplicio de un hombre que se moria de consuncion. Para dar una apariencia de verdad á semejante impostura, ofreció Tigelino un sacrificio á los dioses por su curacion ; pero la misma noche la pasó en orgía con Vinnio, instruido de lo cual el pueblo odió aun mas á Galba.

Miéntras permitia este á sus amigos tan insolente corrupcion, desplegaba con los demas un rigor excesivo, y con la avaricia se hacía ridículo y odioso á un pueblo acostumbrado á tan insensatas profusiones. Regaló una moneda á un músico que lo divirtió durante toda una cena, advirtiéndole que esta era de su bolsillo y no del erario. Si veía que se le servia la mesa mas espléndidamente que de ordinario, se encolerizaba. Quiso poner remedio á las mismas liberalidades de su antecesor, ordenando que quien hubiese recibido de él donativos, restituyese las nueve décimas partes; creó al efecto un tribunal que turbó las posesiones, y que mas bien causó descontentos que produjo riquezas para el erario. Por la misma avaricia negó á los pretorianos el prometido donativo, respondiendo : *He elegido los soldados, no los quiero comprar*, palabras dignas de un Romano antiguo, si las hubiera sostenido con los hechos. Viéndose despreciado por el pueblo y mal mirado tambien de los soldados por su rígida disciplina, y habiendo tenido noticia de la insurreccion de algunas legiones en Germania, determinó nombrar un sucesor. Fijó su eleccion en Pison Liciniano, jóven estimado por su modestia y severidad, aconsejándole que se manifestase en la prosperidad como habia soportado la condicion humilde, que era conveniente para reinar bien observar lo que se aprobaba y condenaba en otros príncipes, y que tuviera presente que habia de gobernar á gente que no sabía tolerar la libertad ni la servidumbre.

Los soldados y los padres conscriptos aprobaron la eleccion, pero se conceptuó ofendido Oton, que esperaba el premio como ardiente partidario de Galba, y el cual, no teniendo nada que esperar en la paz y esperándolo todo de los desórdenes, conspiró. Las deudas, las insinuaciones de los libertos, las contestaciones de los adivinos, el aspecto de los planetas, la decadente autoridad de Galba y la que aun no se habia consolidado en la manos de Pison, inspiraban tanto atrevimiento, que unos pocos infantes acometieron la empresa de derribar al emperador, y lo consiguieron.

Oton fué proclamado emperador solo por veintitres guardias pretorianos ganados con dinero, de tal suerte que asustado aquel de su corto número queria huir; pero pronto se les unieron otros y otros, los indiferentes no se opusieron, y los contrarios permanecieron en observacion. Salió contra ellos Pison, mostrando cuán torpe ejemplo sería tolerar que ménos de treinta desertores impusiesen el señor al mundo; por lo cual llenó el pueblo el palacio gritando : 69.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Muera Oton, como se acostumbraba en los teatros, no ya por afecto ni por deseo de lo mejor, sino por la costumbre de adular á los príncipes con gritos desenfrenados y con vano favor; dispuestos por otra parte á gritar lo contrario una hora despues.

Sale Oton entre el tumulto extendiendo las manos y golpeándose el pecho, enviando besos á todo el mundo y mostrando la mayor humildad para dominar; rodéanlo los curiosos y sus partidarios, y primeramente los pretorianos, y la legion de los marineros despues, por el recuerdo del insulto que habia recibido, le prestan juramento. Sale tambien Galba del palacio, conducido en una silla, por faltarle las fuerzas á causa de la edad, y es ultrajado entre un pueblo no sedicioso, tampoco tranquilo, pero que se halla en el sospechoso rumor de un gran temor y de una gran indiferencia, hasta que abandonado de todos recibe la muerte. Presentó tranquilamente el pecho á los asesinos, diciendo que hiriesen si así convenia á la república. Tenia setenta y tres años : habiendo vivido tranquilo y moderado durante los reinados de cinco emperadores, pareció digno del imperio hasta que lo consiguió. Reinó nueve meses y medio, libre de vicios mas bien que dotado de virtudes; no codiciando la fortuna ajena fué mezquino de la suya, y avaro de la pública : señor y amigo demasiado indulgente, se entregó á ministros corrompidos, que le hicieron perecer digno del trágico fin, destinado en adelante á los emperadores romanos.

Muerte de Galba 16 de enero de 69.

Oton. Senado, pueblo, caballeros, como pudiera hacer otra nacion diferente, corrieron presurosos al campo, maldiciendo á Galba, besando la mano á Marco Flavio Oton, amontonando sobre él títulos y aplausos, tanto mas vivos cuanto ménos sinceros. Oton los acogió cortesmente, y procuró contener á los soldados, ávidos de la sangre y de los bienes de los ciudadanos; pero tenia autoridad para ordenar el delito, no para impedirlo, y así se vió en el caso de deponer y nombrar magistrados al capricho de sus satélites.

Vinnio fué muerto, y asimismo lo fueron Laco, Icelo, Pison, y con ellos otros muchos tanto inocentes como culpados, segun de ordinario sucede en las conmociones populares. Terminóse aquel dia de estragos con fiestas y fuegos de regocijo, y habiendo convocado el pretor á la mañana siguiente á los padres, les hizo decretar el poder tribunicio para Oton, el cual subió al Capitolio, atravesando las ensangrentadas calles de Roma, donde obtuvo el título de César Augusto, perdonando las injurias, ó acaso aplazando la venganza, que no pudo realizar por la brevedad de su reinado.

Solian dar los pretorianos á su capitan una cantidad para redimirse de los servicios acostumbrados; y el que con toda clase de latrocinios y de oficios serviles llegaba á reunirla y pagarla sobrecargando á su camarada, pasaba ocioso el tiempo del enganche, concluido el cual se encontraba pobre y envilecido; y por lo tanto estos soldados facciosos é insolentes solo podian desear la guerra civil. Oton abolió esta costumbre inmoral ofreciendo indemnizar de su patrimonio á los oficiales.

Pero los ejércitos que daban el imperio, podian tambien quitarle. En la Baja Germania concibió Vitelio, si no confianza, deseo de reinar, y habiendo hecho desistir del suyo á Alieno Cecina que habia sublevado el ejército contra Galba en la Alta Germania, se hizo aclamar emperador por la soldadesca, y tomó la autoridad premiando y castigando. Teniendo de su parte á los gobernadores de la Galia Bélgica y del Lionesado, así como tambien los campamentos de la Retia y de la Inglaterra, envió á la Italia con los ejércitos á Fabio Valente por el Cénis y á Cecina por el gran San Bernardo. El terror abrió al primero las ciudades de la Galia en las cuales tuvo noticia de la muerte de Galba, y de la eleccion de Oton, noticia que no contuvo por esto la avidez de sangre y de robos. Cecina por el país de los Helvecios, que ya habian perdido su antigua bravura, pasó á Italia, en donde se habian declarado á favor de Vitelio Milan Novara, Ivrea y Verceli. **2 de enero 69.**

Disputada Roma por dos hombres igualmente despreciables á causa de su molicie y disolucion, solo sabía de cierto que el peor para ella sería el vencedor, y recordaba las guerras civiles, la ciudad tomada, la Italia devastada, las águilas peleando contra las águilas en Farsalia, en Perusa, en Módena y en Filípos. Para congraciarse al pueblo, se arrancó Oton á la voluptuosidad y al ocio; perdonó á algunos; mandó dar muerte á Tigelino; intentó apartar á Vitelio de su empresa con generosas promesas, ofreciéndole hasta asociarlo al imperio, lo cual le propuso asimismo Vitelio; y despues lanzáronse uno contra otro enormes y merecidas injurias y se enviaron mutuamente asesinos.

Oton tenia de su parte el mayor número de provincias, á las cuales halagaba; en Roma asistia asiduamente á los negocios, adulaba al pueblo con discursos lisonjeros, al Senado con las dignidades, y con liberalidades á los pretorianos. Sospechando estos una noche una conjuracion contra Oton, se arman, corren con furor por la ciudad, atacan el palacio donde el emperador daba un convite á los magnates y á los senadores, y si bien se apaciguaron los revoltosos con el dinero, la ciudad conservó el miedo, con tanto mayor motivo cuanto que si triunfaba otro emperador, cualquier parcialidad que entónces se adhiriese al uno podia servir al dia siguiente de blanco á las venganzas del otro : por eso los senadores, no obstante que se inclinaban á Oton, no osaban decretar nada contra Vitelio. Aumentaban el espanto los prodigios que se verificaban, tales como la aparicion de fantasmas, algunas estatuas vueltas del reves, y los monstruos que habian nacido; un buey habló en Etruria, y el Tíber se desbordó lanzando sus olas adonde nunca habian llegado, y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

arrastrando consigo los víveres, de manera que se presentó en seguida la carestía. Ninguna clase estaba libre en Roma de temor, ni exenta de peligro : los principales senadores, debilitados por la edad ó por la larga paz; la nobleza, sumergida en la molicie y olvidada de la guerra; los caballeros, ignorantes del arte militar, y todos mas llenos de pavor, cuanto mas lo disimulaban. Habia algunos que por inconsiderada ambicion compraban hermosas armas y excelentes caballos, haciendo gala de su lujo en los banquetes y los placeres, como si fuesen instrumentos de guerra, y miéntras que todo hombre juicioso temblaba por la paz y por la causa pública, los superficiales pasaban la vida sin cuidarse de lo futuro y llenos de alegría.

Para salir de incertidumbre, se dirigió Oton al encuentro del peligro, trasladándose á Provenza con la mayor parte de los magistrados y de los varones consulares, y con las cohortes pretorianas, y allí le fué tan propicia la fortuna como contraria para el país, que entró á sangre y á fuego. Sus tropas pusieron en el tormento á una madre, para que descubriera los tesoros que creían habria escondido en el sitio donde por el contrario habia ocultado á su hijo, y la cual espiró entre tormentos diciendo solamente : *Aquí está oculto*, y señalando su vientre. Pero los países situados entre los Álpes y el Po, se sometieron á Vitelio, no por benevolencia ni por rencor, sino por serles indiferente obedecer á uno ú otro de los dos rivales.

Batalla de Bedriaco, 14 de abril de 69.

Prolongóse la guerra en estas provincias, guerra tan feroz como suelen serlo las civiles, sostenida por auxiliares extranjeros, hasta que por fin el ejército de Oton fué completamente destrozado en Bedriaco (1). Un soldado llevó la noticia al emperador, que aguardaba el resultado en Breselo, y viendo que no lo creía ántes bien le juzgaba fugitivo por cobardía, se atravesó con su propia espada, visto lo cual exclamó aquel : *No debe quedar por mi causa expuesta á nuevos peligros una gente tan valerosa y afecta á mi persona*. Acometido de un violento deseo de morir, á pesar de que los soldados lo reanimaban, manifestándole que no era tan desesperado el caso, y que todos querian dar su vida por él; aun cuando para darle una prueba de ello se mató alguno en su presencia, y otros le dijeron que la grandeza de ánimo consistia en sufrir las calamidades, no en evitarlas con la muerte, les suplició que le dejasen sacrificar su vida por salvar la de tantos valientes. *No se trata*, decia, *de combatir á Pirro ó á los Galos, sino á conciudadanos, y la victoria no puede alcanzarse sino á costa de mucha sangre de hermanos; Vitelio tomó las armas, y yo debia defenderme; pero sepa la posteridad que una sola vez expuse en mi defensa á unos Romanos contra otros. Vitelio encontrará vivos á su hermano, sus hijos y su mujer; si otro ocupa el imperio mas largo tiempo, ninguno lo abandonó mas generosamente que yo. De ninguno me quejo, porque quejarse de los hombres ó de los dioses en la hora de la muerte, es manifestar ansia de la vida.*

El que hablaba de esta suerte habia sido mediador y parte en las torpezas de Neron, el cual le confió á Popea miéntras apartaba de su lado á Octavia; estaba abrumado de deudas á causa de su prodigalidad; se afeitaba todo el cuerpo, y la cara todos los dias, reblandecia su piel con miga de pan mojada; llevaba siempre á su lado un espejo, y mirándose en él, se componia marcialmente ántes de marchar al enemigo.

Habiendo aconsejado á sus partidarios que no retardasen el ponerse en seguridad, y el tomar una resolucion, se preparó á darse la muerte aquella noche, mas despues dijo : *Añadamos esta noche mas á la vida;* colocó dos puñales debajo de la almohada, se durmió, y á la mañana siguiente se suicidó.

Muerte de Oton. 21 de abril de 69.

Llorando sus guerreros á un emperador que á los treinta y siete años moria por salvarlos, se sublevaron, siendo tanto mas peligrosos, cuanto que no habia quien los aquietase; ofrecieron el imperio sin encontrar quien le aceptase, y miéntras el Senado se declaraba por Vitelio y decretaba gracias á las legiones de la Germania, el desenfreno militar se aumentaba por ambos partidos so pretexto de castigar a los adversarios. Vitelio, que se dirigió á Italia, perdonó á los principales oficiales de su rival, y á los demas los castigó con la muerte; trasladóse desde Cremona á Bedriaco á recrear la vista en el campo cubierto todavía de insepultos cadáveres, complaciéndose en ver sus heridas, y diciendo : *El cadáver de un enemigo huele bien, y mejor el de un ciudadano*, y habiendo hecho que le lleváran vino, bebió y dió de beber á los que lo acompañaban.

Vitelio.

Con esto se revelaba el nuevo emperador tal como era, gloton y cruel. Á porfía le llevaban por donde sabian que habian de pasar los frutos mas exquisitos que producian los alrededores : reunia á los mejores ciudadanos en espléndidos banquetes, y libres los soldados de todo respeto, lo imitaban, de manera que parecia su campo una bacanal. Á pesar de que habia licendiado y separado á una gran parte de su ejército, constaba este de sesenta mil hombres armados, ademas de los mozos de armas y de los siervos, que atravesando la Italia en la época de la recoleccion la devastaron, violando, saqueando, y vendiendo como en guerra abierta.

Disponíase el emperador á entrar en Roma con coraza y espada, como si fuera un conquistador que se estableciera sobre el Senado y el pueblo, y lo hubiera hecho, si no le hubiesen rogado sus amigos que evitára este nuevo insulto y vistiese traje de paz. En el discurso que dirigió al pueblo y al Senado se glorió de su diligencia y templanza, y el pueblo y el Senado,

(1) Se cuestionó bastante acerca de esta localidad, poniéndola muchos en Canneto; pero mas verosímilmente en Calvatone, no léjos de Cremona, en el ángulo de un camino romano, distante dos jornadas de Verona.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que conocian su gula, su inercia y su deshonestidad, lo aplaudieron.

En uno de los primeros decretos prohibió á los caballeros romanos ofrecerse en espectáculo en el teatro y en el circo; en otro desterraba á los astrólogos; y habiéndose fijado un cartel que anunciaba la muerte de Vitelio el dia en que saliesen de Roma los astrólogos, hizo matar á cuantos fueron cogidos. Frecuentaba el teatro y el circo, y asistia asiduamente al Senado, donde habiéndole contradicho Elvidio Prisco, respondió: *No es de admirar que dos senadores sean de parecer diferente.* Sin embargo, inepto para los cuidados graves, los abandonaba á sus favoritos Valente y Cecina, que le habian dado el imperio, y á Asiático, que le habia servido para torpes oficios. Acaso se atribuyen á sus sugestiones los muchos homicidios con que se manchó Vitelio, incluso el de su madre. Habiendo encontrado un índice de las personas que habian pedido premios á Oton como asesinos de Galba, los mandó dar muerte, no en castigo de lo pasado, sino como remedio para el porvenir.

Su pensamiento supremo eran los estímulos del apetito. Hacía hasta cinco comidas al dia, gastando en cada una enormes sumas; se hacía convidar por un amigo á almorzar, por otro á comer, por un tercero á merendar, á cenar por un cuarto en el mismo dia, y habia rivalidad acerca de quién le servia mejor, pero á todos sobrepujaba su hermano Lucio, que le dispuso dos mil platos de pescado, y siete mil de las aves mas exquisitas del mundo. El emperador inventó un plato, llamado el escudo de Minerva por su prodigiosa cabida, en el cual reunia cuanto podia excitar mas el paladar ó el capricho de un hombre; sesos de faisan, hígados de escaro, leche de lamprea, lenguas de aves raras de mil colores, cogidas en la época de la muda á cierta hora, hembras sorprendidas en la pollada, machos interrumpidos en su sueño, porque la agitacion daba al hígado un sabor delicioso: huevas de peces arrancadas del fondo de los lagos á la manera que se pescan las perlas; otros peces enviados á Roma en la misma agua en que habian sido cogidos; ademas setas cuyo nacimiento se espiaba en las noches húmedas, y manzanas embarcadas con sus árboles y con el jardin en que habian crecido, para que César las cogiese con su mano y gozase las primicias de su fragancia. Por donde quiera que pasaba, era menester renovar los alimentos, pues de otra manera se lo comia todo; devoraba cuanto habia en las aras de los dioses, y se tragó en pocos meses novecientos mil sestercios. Malgastó otras cantidades en construir caballerizas, en carreras y espectáculos de gladiadores y de fieras, y en las espléndidas exequias de Neron, agradables para la chusma, y odiadas por los buenos.

Su gula.

Las noticias de Oriente turbaron, pero no suspendieron, su vergonzosa apatía. Vespasiano, que hacía la guerra á los Judíos, al saber la muerte de Neron, envió á su hijo Tito á felicitar á Galba; pero Tito, teniendo noticia en el camino del desastre de este y de la contienda entre Vitelio y Oton, volvió atras para exhortar á su padre á tomar el poder disputado. Creyéndose las legiones de Oriente con tanto derecho para imponer al mundo un señor como las de la Germania y de la Galia, aclamaron por jefe á Vespasiano, el cual, vacilante por algun tiempo á causa del peso de sesenta años, y del temor de arriesgar toda su esperanza y la de sus hijos en una de esas tentativas que elevan al cielo ó á la horca, al fin se dejó proclamar emperador. No vacilaron en jurarle obediencia la provincias de Oriente hasta el Asia, por lo cual con legiones intactas y firmes para la fatiga, con reyes fieles, y con gran práctica militar, se dispuso á libertar el imperio de la mancha de Vitelio.

Vespasiano.

Estableció un Senado en Berito para discutir los negocios, llamó á los veteranos, eligió reclutas, fabricó armas, acuñó moneda, y habiendo confiado á Tito la guerra de Judea, se situó en Egipto. Envió contra Vitelio á Muciano, comandante de los ejércitos en Siria, que se consideraba su igual, y el cual aumentando sus fuerzas cada dia, é imponiendo contribuciones, llegó á Europa, donde las legiones, desde la Iliria hasta la España y la Bretaña, aclamaron á Vespasiano.

Proyectaba este que las legiones de Iliria se acercasen á una legua de Aquilea, ocupando los Álpes Panonios hasta que reunidas con otras fuerzas penetrasen en Italia, en tanto que cruzando la escuadra por el Mediterráneo, redujese á la Península á entregarse por hambre sin efusion de sangre; pero Antonio Primo persuadió al ejército ilírico á bajar sin detenerse de los Álpes, y Aquilea, Altino, Este, Padua y Vicenza fueron sorprendidas, así como tambien Verona, ciudad floreciente, que separaba á la Alemania y la Retia de Vitelio. Desechaba este los cuidados divirtiéndose, y no creyendo urgente el peligro, imaginó que bastaria distribuir alguna tropa entre las ciudades para mantenerlas en el deber. Sin embargo, viéndose amenazado de cerca, se armó, confiando en las legiones de Alemania; pero Cecina que mandaba los ejércitos le hizo traicion: la escuadra de Rávena se declaró por Vespasiano, y finalmente se dió una batalla al pié de las murallas de Cremona. Treinta mil Vitelianos fueron muertos por compatriotas y amigos; un hijo mató á su padre, y habiéndole reconocido al tiempo de desnudarlo, le rogó que no le maldijese y le dió sepultura. Tomado el campo de los Vitelianos, fué asaltada Cremona, y despues de una vigorosa resistencia capituló á condicion de que se conservase la vida á sus habitantes; pero aun cuando Antonio Primo deseaba salvar una ciudad rodeada de amenísimas casas de campo, llena de gente que habia acudido á una feria solemne, y en donde se habian ocultado tantas riquezas, no pudo reprimir el afan del botin y el odio antiguo, y despues de saqueada la ciudad durante

29 de octubre.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cuatro dias, fué destruida. Descontento Primo, prohibió á los soldados retener prisionero á ningun ciudadano de Cremona, por lo cual les dieron muerte.

Procurando Valente restablecer la fortuna de Vitelio, concibió el proyecto (terrible si hubiera tenido buen éxito) de desembarcar desde la Etruria en la Galia, sublevar á esta y á la Alemania, y preparar un duro golpe á Vespasiano. Una borrasca le rechazó á Mónaco, en donde habiendo sabido que las Galias habian prestado juramento á Vespasiano, y que España y Bretaña se inclinaban á imitarlas, licenció las tropas y anduvo errante hasta que fué hecho prisionero junto á Marsella.

Vitelio en tanto, como otros muchos poderosos de otros tiempos, creía alejar el peligro no hablando de él. ¡ Desgraciado del que hablaba en la corte de las terribles nuevas ! Enviaba espías de descubierta al campo de Vespasiano, y los mataba al instante que volvian para que no hablasen. Entretanto designaba cónsules por diez años, daba la ciudadanía á extranjeros con amplias concesiones, y olvidando lo pasado, lo presente y lo porvenir, en los salones de Roma y en los parques de Aricia, bebia, comia y se entregaba á la lujuria. Habiendo intentado inútilmente el centurion Julio Agreste sacarle de su letargo, le pidió licencia para ir á averiguar por sí mismo las fuerzas y la posicion del enemigo; y habiéndola obtenido, confesó á Primo el motivo que le guiaba : habiendo visto arruinada á Cremona, que estaban prisioneras las legiones y que el ejército contrario era muy numeroso, regresó y dió cuenta de todo á Vitelio ; pero como este se manifestase incrédulo, se mató en testimonio de su veracidad. ¡ Tan poco caso se hacia de la vida !

Por fin, mandó el emperador ocupar las gargantas del Apenino ; acosado despues se reunió al ejército con un acompañamiento de senadores que lo hacian mucho mas despreciable ; pedia consejos ya á unos ya á otros, y á cada anuncio de la aproximacion del enemigo se aterraba y embriagaba. Habiendo sabido que tambien la escuadra de Miseno habia desertado de sus banderas, regresó á Roma, procurando enternecer al pueblo con súplicas, con lágrimas y con promesas, tanto mas excesivas cuanto ménos pensaba cumplirlas, y así reunió una chusma á la que dió el nombre de legion. Pero en cuanto pasó Primo el Apenino destruyéndolo todo, desertaron estos nuevos soldados en tropel, y mayormente al ver la cabeza cortada de Valente, que era la última esperanza de los Vitelianos.

Habiéndose derramado la sangre á torrentes á pesar de las órdenes de Vespasiano, se intentó poner término á la mantanza insinuando á Vitelio que renunciase al imperio. Este, que no veía esperanza, se inclinaba á ello ; pero el pueblo se opuso. Gobernaba entónces en Roma Sabino, hermano de Vespasiano, el cual, á pesar de estar incitado por la ambicion doméstica, las exhortaciones de los magnates y el deseo de poner fin á la guerra, se mantuvo fiel. Sin embargo, cuando corrió la voz de la abdicacion de Vitelio, tomó las armas ; pero el pueblo con repentino frenesí le encerró en el Capitolio ; incendiáronse en el ataque las casas y los pórticos de de este edificio, entre cuyas llamas penetraron los Vitelianos, pasando á cuchillo á todo el que se resistia. Fué Sabino muerto por el pueblo enfurecido, que salió de su indiferencia, sin que pueda decirse la causa del ardor que manifestó en proteger una causa que no era la suya, y á príncipes á los cuales habria quizá arrastrado al Tíber al dia siguiente. 19 de diciembre.

Al saber Primo el incendio del Capitolio y la muerte de Sabino, marchó hácia Roma. Entónces Vitelio, aun cuando animado por el fervor del vulgo, envió con las vestales un embajador pidiendo un solo dia para resolver ; pero no lo obtuvo, y sus partidarios fueron rechazados hasta la ciudad. Tomada esta, se trabó por mucho tiempo la batalla en las calles, donde perecieron cincuenta mil hombres, al mismo tiempo que el vulgo, á quien aseguraba su bajeza, aplaudia ó silbaba como si asistiera á los espectáculos, y si alguno se ocultaba en las casas, se complacia en descubrirlo, gritando viva ó muera como un insensato.

Muerte de Vitelio, 20 de diciembre de 69.

Abandonado Vitelio trató de huír ; en seguida se escondió en una pocilga, y habiendo sido descubierto, fué paseado por la ciudad con el traje desgarrado, una cuerda al cuello y con los brazos atados á la espalda entre los gritos del populacho que dos dias ántes le adoraba. Á la infinidad de insultos, que caían sobre él, dió esta única respuesta : *Y sin embargo, he sido vuestro emperador*. Un instante despues murió : era el octavo emperador de Roma, y el sexto que perecia de muerte violenta.

Su hermano Lucio Vitelio, que mandaba un ejército en Terracina, entregó lar armas y fué muerto. Así concluyó la guerra; pero sin que por esto se retableciera la tranquilidad. Los soldados vencedores perseguian á los enemigos matándolos donde quiera que los encontraban : con pretexto de buscarlos violaban las casas, y la chusma los encaminaba é imitaba. Primo se servia de la autoridad para robar mas que los demas, y Domiciano, hijo del nuevo emperador, que en la sublevacion se habia escapado disfrazado de sacerdote de Ísis, declarado ya César, su sumergía en las obscenidades : desórdenes sobre desórdenes, entre los cuales apénas quedaba aliento á la pobre Italia para aclamar á Vespasiano Augusto.

CAPÍTULO IX

Vespasiano. — Fin de los Judíos.

La familia Flavia, ni antigua ni ilustre, procedia de Rieti. El abuelo de Vespasiano, Tito Flavio, militó en las guerras civiles, y despues de la derrota de Farsalia regresó al país nativo, y fué exactor de los tributos ; su hijo, de igual

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nombre, ejerció tambien esta profesion en muchas ciudades de Asia con fama de honrado; y habiéndose retirado despues al país de los Helvecios, se enriqueció dando dinero á préstamo, y tuvo de su mujer Vespasia á Sabino y Vespasiano. Este último, que nació el 17 de diciembre del año 9, fué elevado por Calígula á la dignidad de senador; habiendo militado con valor, fué nombrado cónsul, y procónsul en África, y se casó con Flavia Domitila, esclava africana. Habíale elevado el arte de adular á los poderosos: cuando Calígula se fingió vencedor de los Germanos, solemnizó su triunfo con juegos extraordinarios, proponiendo que los acusados de traicion fuesen muertos públicamente y privados de sepultura; dió gracias al emperador en pleno Senado por haberlo convidado á cenar, y siendo procónsul en África, sirvió tan bien á Neron, que se atrajo el odio público. Á su regreso, se encontró en tan mala posicion, que empeñó sus tierras á su hermano, y procuró vivir con medios poco honrosos; pero lo puso en gran riesgo el haberse dejado sorprender por el sueño miéntras Neron recitaba sus versos; por lo cual, retirado en el campo, esperaba malas noticias, cuando se vió encargado de dirigir la guerra de la Judea. La oscuridad de su nacimiento, disipando las sospechas de Neron, fué causa de que le confiriese aquel empleo, en el cual se mostró excelente capitan, sufridísimo en las fatigas, y dispuesto á dividir los trabajos con el mas ínfimo soldado; solo que lo deshonraba la avaricia mas extraña en medio de la rapaz prodigalidad de su época.

Fué el único que, elevado al imperio, mejoró su condicion. Apénas supo la muerte de Vitelio, proporcionó víveres á Italia, que se hallaba en grandes apuros; confirió gobiernos y mandos á sus amigos, gente experimentada en la vida privada y en los campos, y no se vió en la necesidad de corromper á los soldados con imprudentes liberalidades. Licinio Muciano, mezcla de excelentes y perversas cualidades, afeminado y activo, orgulloso y complaciente, ávido de goces é indomable en las fatigas, con poder ilimitado y bastante severidad, dió buena direccion á los negocios de Roma, hasta que Vespasiano que en Alejandría hacía milagros y encontraba quien los creyera (1), llegó á Italia.

¡Si apénas elegido acudió tanta gente á reverenciarlo que no bastaba á contenerla la extensa ciudad de Alejandría, júzguese lo que ocurriria al llegar á la metrópoli! Todos se prometian que restableceria la disciplina; que daria vigor al imperio; en una palabra, todo lo que los pueblos mal gobernados esperan de un cambio de príncipe. En efecto, reprimió la licencia militar, no regalando á los soldados, y acostumbrándolos á la austeridad: asistia al Senado exhortando á cada uno á manifestar francamente su opinion; nombrado censor, aumentó los senadores hasta el número de mil, pues apénas doscientos habian sobrevivido á las matanzas anteriores; degradó á los caballeros indignos; mejoró la administracion de la justicia; procuró reponer á Roma del deplorable incendio, y reunió tres mil láminas de cobre, en las cuales habia escritos antiguos, decretos del pueblo, tratados, alianzas, privilegios, y los sucesos mas notables de Roma.

Aunque llegaba del espléndido Oriente, conservó Vespasiano maneras sencillas; á pesar de estar habituado á los campamentos, tenia un sentimiento cada vez que se veía obligado á condenar á alguno al suplicio; hablaba frecuentemente de su humilde orígen, reprendiendo á los que querian hacerlo descender de Hércules; despreciaba los títulos, y con dificultad aceptó el de padre de la patria; todos podian llegar libremente hasta él; protegió y casó con buen dote á la hija de Vitelio, y soportó las baladronadas de Muciano, que se alababa de haberle regalado el imperio. Sufrió con paciencia las sátiras esparcidas contra su avaricia, y las invectivas de los filósofos á quienes habia desterrado; y como el cínico Demetrio, á pesar de estar desterrado como los demas, no solo se quedára en la ciudad, sino que se le presentára insultándolo, le contestó: *Haces todo lo posible por que te quite la vida, pero yo no mato al perro que ladra.* No conservó memoria de los ultrajes que recibió en tiempo de Neron, ni condenó á muerte á ninguno de los que conspiraron contra él; ni prestó atencion á los delatores. Aconsejándole alguno que se guardase de Mecio Pomposiano, porque habia nacido bajo la influencia de una constelacion que le prometia el imperio, lo elevó á la dignidad de cónsul, diciendo: *Se acordará de este acto de amistad cuando esté en el trono.*

Para poner en órden la hacienda, aumentó algunos impuestos, ademas de restablecer los abolidos por Galba, é introdujo otros nuevos, y entre ellos uno sobre los orines, y habiéndole hecho presente Tito su bajeza, le dió á oler el dinero recogido preguntándole: *¿Hiede?* Diciéndole los diputados de una ciudad que su Senado le habia decretado una estatua de gran valor, contestó él extendiendo la mano: *Ved aquí su base: basta que pongáis en ella el valor de vuestra estatua.* No habia delito de que no pudiera uno libertase con dinero: dicen tambien que confiaba las administraciones pingües á los que mejor conocian el arte de arruinar, comparándolos á las esponjas que despues de empapadas se exprimen. Solicitando uno de sus favoritos la superintendencia de la casa imperial para uno á quien llamaba hermano suyo, no contestó nada el emperador, pero hizo llevar á su presencia al recomendado, le pidió la cantidad que habia de dar al favorito, y le confirió el cargo. Cuando despues renovó este la peti-

(1) Devolvió la vista á un ciego, mojándole con su saliva los ojos, y apénas tocó á un paralítico, recobró este el uso de la mano: todo en honor y gloria del dios Serápis. Al entrar en el templo vió Vespasiano detras de sí á un tal Basílides, que en aquel instante se encontraba enfermo y distante ochenta millas. Hechos afirmados por Suetonio, Dion y Tácito, el cual dice que en su época no hubiera podido correr la mentira.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cion, le dijo Vespasiano: *Busca otro hermano: el que me recomendaste ha resultado que lo era mio y no tuyo.*

Estos eran medios indignos de un príncipe; pero si pensamos en qué estado encontró la hacienda, y que declaró no ser menester ménos de cuatro mil millones de sestercios al año (setecientos millones de francos) para poder administrar la república, nos inclinamos á compadecerle por un vicio que no le llevó á aquellas dilapidaciones á que condujo á otros la prodigalidad; tanto mas cuanto que no le impidió llevar á cabo insignes obras públicas, favorecer á los senadores pobres, reparar ciudades destruidas, restaurar caminos y acueductos, proteger las artes y las ciencias, y ser el primero que pensionó en Roma profesores de la lengua griega y latina.

Guerras. Pero la independencia del mundo se resistia de vez en cuando á la opresion romana. Apénas

Dacios. habia aceptado Vespasiano el título imperial, cuando los Dacios tomaron las armas; y no hallándose ya sujetos por el ejército acuartelado en la Mesia, atacaron los cuarteles de invierno, y habiendo pasado el Danubio, amenazaban las posiciones de las legiones. Muciano envió con prontitud auxilios, con los cuales rechazó Agripa á los Dacios al otro lado del rio, cuyas orillas defendió con una línea de fortalezas.

Del mismo modo Aniceto, liberto de Polemon, rey del Ponto, indignado de que Neron hubiese convertido aquel reino en provincia, se sublevó, y con pretexto de favorecer á Vitelio, ocupó

68. á Trebisonda, incendió la escuadra que custodiaba el país, y habiéndose aliado con los Bárbaros, devastó las playas del Asia. Virdio Gemino que marchó á su encuentro, atacó á las tropas miéntras estaban entretenidas en el saqueo, y las obligó á volverse á las naves, alcanzándolas en seguida con galeras preparadas apresuradamente; despues amenazó con la guerra á Sedoquesoro, rey de los Lacios en la Cólquide, si no entregaba á Aniceto, y aquel consintió en ello.

Bátavos. Hácia el año 8 de Cristo, una tribu de Catos, arrojados de la Germania, se situó en la isla formada por los dos brazos del Rhin con el nombre de Bátavos; y aliada, pero no súbdita de Roma, debia darle el contingente de algunas tropas, mandadas por los principales del país. Ocho de sus cohortes, que se habian distinguido en las guerras precedentes en Germania y en Bretaña, habian seguido y auxiliado á Vitelio en la batalla de Bedriaco; pero como se mostrasen inquietas, se les dió órden de regresar á su país.

Capitaneaban á estos guerreros dos valientes

69-79. hermanos de casa real, Julio Paulo y Claudio Civil, el cual, habiendo entrado jóven al servicio de los Romanos, obtuvo el título de ciudadano y prefecto de cohorte.

Habiéndose sospechado de ellos que conspiraban contra los Romanos, Paulo fué decapitado, y el otro enviado á Neron, y despues libertado por Galba: y acusado de nuevo en tiempo de Vitelio, fué puesto en libertad por Vespasiano. Aparentaba ser amigo de este, pero en su interior deseaba vengar á su hermano y libertar á su patria, por lo cual habiendo explorado los ánimos, convocó á un bosque sagrado á lo principal de la nobleza y del pueblo, y en cuanto los hubo animado con el vino, elogió á su nacion, y enumeró los ultrajes recibidos, que la asamblea se comprometió á vengar, jurando él por su parte no cortarse los cabellos hasta haber redimido á su patria.

Civil. Civil, tuerto como Aníbal y Sertorio, y no inferior á estos en valor y sagacidad, confiaba mantenerse firme entre las divisiones del imperio. Pidió y obtuvo auxilios de los Caninefatos, capitaneados por Brinon, hombre de valor feroz, y de los Frisones, que bajo la garantía de la paz mataron á cuantos Romanos habia en su país; y habiendo atacado á los Romanos, venció á Aquilio á favor de las deserciones. El buen éxito le dió armas, escuadra, valor y alianza de muchos pueblos de la Germania, y de victoria en victoria encerró á las legiones en sus atrincheramientos.

Los generales romanos vacilaban no sabiendo por qué emperador combatian, pues habian cesado de combatir por la patria. Habiendo distribuido Ordeonio Flaco las pagas en nombre de Vespasiano, victorearon á este las legiones, bebieron en gran cantidad, y se embriagaron y enfurecieron; díjose entre ellos que Flaco estaba de acuerdo con Civil, y esto bastó para que lo acometiesen en su lecho y lo degollasen; derribaron en seguida las estatuas de Vespasiano, volvieron á levantar las de Vitelio, y no hubo desórden á que no se entregasen. Cuando se hubo calmado esta exaltacion, volvieron á su deber, reconocieron á Vespasiano, y para redimir su falta, atacaron á los Bátavos desprevenidos y los derrotaron.

Aquellos tumultos habian inspirado á toda la Galia el deseo y la esperanza de la libertad Salen los Bardos de sus espiados escondites, con cánticos y sacrificios y todo el aparato de la antigua supersticion, cantan oráculos, prometen el imperio del mundo á la raza de allende los Álpes, é interpretan el incendio del Capitolio como preludio de la caída de Roma. Eran entónces los principales de entre los Galos Clásico y Julio Tutor de Tréveris, y Julio Sabino de Lángres, los cuales, despues de explorar la voluntad de los ciudadanos, resolvieron sublevar el país. ¿Pero qué hacer de los Romanos acuartelados en las Galias? Matarlos, decian los mas resueltos; miéntras que á otros les parecia bastante quitar de en medio á los jefes, pues acaso los demas entrarian en la confederacion. Efectivamente, muchos Romanos se convinieron en matar á sus oficiales; y Clásico, con las insignias de magistrado romano, hizo que las legiones jurasen fidelidad al imperio galo. Imperio de Galo. 71.

La guerra continuó con vigor; Civil, cum-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

plido ya su voto, pudo cortarse la cabellera; y la profetisa Veleda, recorriendo las filas de los sublevados, aumentaba el valor afirmando las esperanzas. Pero era como siempre un ardor indisciplinado, capaz de vencer, no de afianzar la victoria; los celos recíprocos no dejaban á las ciudades confederarse y señalar una capital, y en tanto se sabía que Roma reorganizada bajo la autoridad de un emperador guerrero, enviaba cuatro legiones de Italia, dos de España, y una de Bretaña para sofocar la rebelion.

Por tanto muchos se sometieron por razon ó por miedo, y otros obligados por la fuerza; las misma legiones que habian jurado el imperio galo, volvieron á su deber y fueron acogidas
72. impunemente. Despues de una larga y vigorosa resistencia, el mismo Civil hubo de ceder, y logro vivir en paz; Clásico, Tutor, dos Alpinos y otros jefes que permanecieron fieles al estandarte de la independencia, huyeron y se mataron, y algunos fueron entregados á los Romanos, pereciendo á consecuencia de los procesos que se les formaron.

Julio Sabino. Julio Sabino, que se habia hecho proclamar emperador, fué derrotado miéntras propagaba la sublevacion, y no se escapó de la muerte sino prendiendo fuego á la casa en que se habia refugiado, haciendo creer que habia perecido hasta su esposa Eponina, que le amaba tiernamente, y que lo lloró afligida hasta que pudo hacerle saber aquel su existencia, y que se hallaba escondido con las riquezas y dos esclavos en una cabaña. Reprimiendo Eponina la alegría de tal anuncio, continuó la vida y el luto de viuda; pero fingiendo quehaceres, residia mucho tiempo en el campo por vivir con su esposo. En aquella caverna parió y crió dos hijos, y pudo tambien, no se sabe á qué fin, enviar á su marido de incógnito á Roma, de donde regresó.

Habiendo trascurrido así nueve años, la espió un curioso, y descubierto el secreto, fué conducido Sabino con su generosa mujer á Roma. Su magnanimidad, el prolongado martirio, lo extraño del caso, y las lágrimas de Eponina, la cual decia: *He criado á estos niños en una cueva, como una leona, á fin de que fuésemos en mayor número para implorar gracia*, enternecieron á Vespasiano hasta verter lágrimas; pero no le impidieron enviarlos al suplicio. Razon de Estado.

Así se restableció en la Galia el amor al órden, ó sea la paciencia de la servidumbre, y los Drúidas se convirtieron en maestros de ciencias romanas.

Judea. 26-36. Mucho mas nos detendremos en lo relativo á la Judea, á la cual dejamos reducida á provincia romana, y gobernada por procuradores, entre los cuales se hizo célebre Poncio Pilato. Ignorando este la energía de un pueblo á quien las instituciones antiguas le hacian inaguantable el yugo extranjero, se atrevió á insultar sus costumbres, plantando en Jerusalen las banderas romanas, aborrecidas de los Hebreos, como toda representacion de hombres y de animales. Indignados de este ultraje nacional y religioso, acudieron en tropel á suplicar á Pilato que los libertase de aquel escándalo, permaneciendo dia y noche á la puerta del pretorio, y cuando ordenó aquel á los soldados que los disolviesen por la fuerza, en vez de retirarse, presentaron sus pechos inermes diciendo: *La muerte nos aflige ménos que la violacion de nuestra ley.* Conmovido Pilato por su inesperada firmeza, accedió á sus súplicas; pero queriendo al cabo de algun tiempo sacar dinero del tesoro del templo, vió rebelarse otra vez al pueblo, por lo cual castigó de muerte á muchos. Tambien recurrió á la fuerza cuando los Samaritanos, guiados por Simon el Mago, se reunieron armados en el monte Garizim para buscar los vasos sagrados, depositados, segun decian, por Moises. Disgustados los Samaritanos de aquel rigor, le acusaron ante Vitelio, gobernador de la Siria, el cual le mandó que fuese á justificarse á Roma.

36. Despues cuando murió el tetrarca Filipo sin hijos, Tiberio unió aquellos Estados á la Siria, conservando Heródes, hermano de aquel, el resto de la herencia de Heródes el Grande, y ejerciendo por la amistad del emperador casi omnímoda autoridad en sus países. Heródes hizo la guerra contra su suegro Arétas, rey de Arabia, y fué derrotado, derrota que atribuyeron los Hebreos á un castigo del Cielo por la muerte de Juan Bautista.

Su sobrino Agripa, maltratado por su familia, se trasladó á Roma para pedir auxilio á Calígula, el cual, luego que subió al trono, le libertó de la cárcel en que le habia encerrado Tiberio, y le regaló una cadena de oro, tan pesada como la de hierro que habia llevado en la prision, y una tetrarquía en Judea con el título de rey, desterrando, acaso por sus instigaciones, á Heródes y su mujer á Lyon.

Bastará que recuerde aquí la resistencia que los Judíos de Alejandría y de Jerusalen opusieron á los decretos del emperador que queria violentar sus conciencias (1), y el servicio que prestó Agripa á Claudio, quien en agradecimiento sometió á su autoridad la Judea entera y la 37.
Samaria, y la Calcide á la de su hermano. 39.

Llegado que hubo Agripa á Jerusalen, se granjeó el afecto de sus súbditos persiguiendo á 42.
los Cristianos, y restableciendo los usos antiguos; embelleció y fortificó la capital de la Judea cuanto se lo permitió la suspicacia de los dominadores, y dió á la ciudad Santa el espectáculo profano de cuatrocientos sentenciados combatiendo en el circo al estilo romano; pero los buenos efectos producidos por su moderacion y por el esplendor que restituía al reino quedaban destruidos por su servil condescendencia hácia los Romanos, y por su ambicion que hasta le hacía aceptar el título de dios.

No dejó Agripa mas descendencia que un var- 44.
ron de su mismo nombre de diez y siete años

(1) Véase mas arriba pág. 298.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de edad y educado en Roma. Aun cuando Claudio queria enviarle al instante al reino de su padre, desistió de su propósito á causa de su corta edad, y confió el gobierno de la Judea á Caspio Fedo, y la administracion del Templo y del Tesoro á Heródes, tio del nuevo rey. El gobernador, para impedir los tumultos en la inmensa concurrencia de la Pascua, situó una legion de guardias en el templo; pero habiéndose desnudado un soldado indecentemente, y no sufriendo el pueblo aquel ultraje á su Templo, se amotinó; acudieron los Romanos á las armas, y se dice que perecieron entónces hasta veinte mil ciudadanos.

Todo iba, pues, muy mal. Estaban debilitados los Hebreos interiormente por la division de los reinos de Judea y de Samaria, y por las sectas de los Fariseos y los Saduceos, las cuales aunque en el fondo eran religiosas, sin embargo, en un gobierno constituido como el hebreo fácilmente se convertian en partidos políticos. Afectos los Fariseos á la legalidad y á lo existente, se declararon por los Romanos en apariencia, pero en el fondo ansiaban el cumplimiento de las profecías, que ellos, tenaces observadores de la letra muerta, último refugio de la vida y del espíritu que la fecundaba, entendian en el sentido de una regeneracion política. Los Saduceos, convencidos de la necesidad de un cambio, habian renegado de las tradiciones antiguas ideando una disolucion total: legitimistas pertinaces y liberales inconsiderados, á los cuales es menester agregar los secuaces de un tal Júdas, que creyendo lo mismo que los Fariseos, rechazaba sin embargo cualquier otro señor, ni aun temporal, que no fuese Dios; furor republicano que destruía todo órden y aceleraba la ruina de la patria.

Ademas, los sacerdotes disputaban entre sí y no solo de palabra, porque los pontífices nombrados y depuestos por intriga y dinero pretendian mayor porcion del diezmo. Las costumbres empeoraron; Heródes hacía gala del adulterio; Drusila, hija de Agripa, abandonó á su esposo para unirse á Félix, gobernador de la Judea y hermano del liberto Pálas; Berenice fué acusada de incesto con su hermano Agripa, y ella y su otra hermana Mariana variaban de marido á su capricho. Todo demostraba que estaba llena la medida de la cólera del Señor, y en la fiesta de los Tabernáculos salió un aldeano contra su voluntad gritando: *¡Ay de Jerusalen! ¡ay del Templo! ¡de los cuatro vientos se levanta una voz! ¡voz contra Jerusalen! ¡voz contra todo el pueblo!* y dia y noche corria gritando esta funesta intimacion.

Entretanto infestaban descaradamente el país turbas de bandoleros, con el nombre de *Celosos*, y mezclándose con la multitud, clavaban sus puñales en el corazon de sus enemigos ó de aquellos cuya muerte se les pagaba. Habiendo reclamado el pontífice Jonas contra la arrogan-
54. cia de Félix, pagó este á uno de aquellos asesinos que le mató en el templo. El mismo Félix hizo despues la guerra á aquellas bandas, y exterminó á muchos fanáticos que sublevaban al pueblo, uno de los cuales llamándose profeta llevaba detras treinta mil hombres para arrojar de Jerusalen á los Romanos. Pero exterminado un jefe se levantaba otro, que sosteniendo el patriotismo con la impostura, se presentaba como el Mesías anunciado por los profetas, y todos los dias eran ajusticiados indistintamente patriotas, magos ó ladrones.

Subsistia hacía mucho tiempo entre los Hebreos y los Sirios la cuestion relativa á la pertenencia de Jerusalen, pretendiéndola aquellos como fundada por Heródes, y estos como ciudad griega, como parecia serlo por haber hecho erigir Heródes estatuas y templos. Sometido el litigio á Neron decidió á favor de los Sirios, y esta fué la señal de la sublevacion general. Miéntras Agripa, cuyo poder habia aumentado Neron, intentaba calmar al pueblo, el gobernador Floro atizaba el fuego esperando sacar ventajas del desórden, y el país en tanto era saqueado y ensangrentado como en una guerra civil, matándose sin cuartel Sirios, Romanos y Hebreos. Veinte mil ciudadanos de Cesarea encerrados en el circo fueron pasados á cuchillo, dos mil en Tolemáida, cincuenta mil en Alejandría y otros tantos en Babilonia, restos de la antigua esclavitud. En Jerusalen, el gobernador Floro, que habia tenido relaciones con los bandoleros, quiso sacar dinero del templo, y habiéndoselo impedido todo el pueblo, les mandó un dia de mercado á robar y matar indistintamente; en seguida ordenó á los ciudadanos que saliesen á recibir á las legiones romanas que venian de Cesarea; y en el acto de saludar á los estandartes imperiales, lanzáronse los soldados sobre los ciudadanos inermes, é hicieron en ellos una gran carnicería.

La desesperacion redobló su valor, y acudiendo á las armas, libertaron el templo; rechazaron á los Romanos, y encerraron á Floro en Cesarea. Uniéronse con los sublevados los Celosos, que arrojaron á los Romanos de todas las fortalezas, quemaron los palacios, y contra lo pactado pasaron á cuchillo á las guarnaciones. Por crueles represalias los de Betsean (*Escitópolis*) mataron á trece mil Hebreos avecindados allí, por lo cual enfurecido un tal Simon mató 66.
lleno de rabia á sus padres, á su mujer, á sus hijos, y en seguida se dió la muerte á sí mismo.

Cestio entónces vino con un gran ejército desde la Siria, destruyendo ciudades y aldeas, y dando muerte á cuantos Hebreos cayeron en su poder; pero los insurgentes atacaron con furor su retaguardia, y le derrotaron de tal suerte que 19 de noviembre.
á duras penas pudo salvarse por las gargantas de Betoron. Cuando supieron esta derrota los habitantes de Damasco, encerraron en el gimnasio diez mil Hebreos y los degollaron.

¡Cómo pesaba sobre Israel la maldecida sangre del Justo!

Conociendo que la venganza romana no tardaria en hacerse sentir, se pusieron los Hebreos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á la defensiva, y eligieron varios gobernadores,
Guerra. 67. uno de los cuales fué Josefo, el historiador de estos sucesos. Neron confió aquella empresa á Vespasiano, que reunió en Siria todas las fuerzas romanas y de los aliados, y principió la guerra con su hijo Tito, mandando no ménos de sesenta mil guerreros. Habiendo penetrado en Galilea, asediaron á Jotapa y la tomaron con horrible mortandad. Josefo, que mandaba la ciudad, se habia escondido en una taberna; pero habiéndole encontrado, acudió á la misericordia de Vespasiano, que le trató generosamente, recompensándole Josefo con servicios y adulacion.

Otras várias ciudades sucumbieron de la misma manera y toda Galilea quedó sometida. ¡Y si á á lo ménos hubiese preparado aquel accidente á los Hebreos á olvidar las divisiones, y á reunirse con generoso patriotismo contra el enemigo comun! Pero los partidos se ensañaban, se desgarraban entre opuestos pareceres, queriendo unos salvar la patria con una inmediata sumision, y no anhelando los Celosos mas que la guerra; y en nombre de Dios y de la patria se multiplicaban los excesos, que creían necesarios para salvarse.

No solo se hacía la guerra por las calles, sino que en el interior de las familias era el padre enemigo de su hijo y el hermano espiado por el hermano. Habiéndose arrojado los Celosos sobre Jerusalen á las órdenes de Zacarías y Eleazar, ocuparon el templo, y atacados por el pueblo se refugiaron en su último recinto. Juan de Giscala, manchado con toda clase de delitos, y fingiéndose partidario de los moderados, fué enviado por el gran sacerdote Anan para tratar con los Celosos, y en vez de cumplir la mision de este, los aconsejó que se resistiesen y llamasen en su auxilio á los Idumeos. Hiciéronlo estos así; veinte mil de aquellos se presentaron
Juan de Giscala. bajo las murallas de Jerusalen, amenazando á Anan y á los suyos, á quienes llamaban traidores á la patria y vendidos á los Romanos, y favorecidos por una salida de los Celosos penetraron en la ciudad. Los que conocen de qué manera se procede en las guerras civiles, pueden concebir los horrores que mancharon á Jerusalen, en donde extinguido el valor y hasta la compasion, no sobrevivia mas sentimiento que el terror.

Anan, que era el único capaz de reprimir los partidos y de dirigirlos al bien comun, fué muerto en el tumulto, y cuando horrorizados de tanta sangre los mismos Idumeos se retiraron, quedó mas libre campo á las Celosos para sus atrocidades. Volvieron lucgo sus armas contra ellos mismos, y divididos en dos fracciones, los unos combatian y los otros sostenian á Juan de Giscala, hallándose solo de acuerdo en arruinar á la patria, miéntras que las turbas
Simon de Goria. asolaban el campo, capitaneadas por Simon de Goria, jóven audaz y ambicioso, á cuyas banderas acudian los esclavos por la libertad, los libres por las recompensas, y asimismo personas de suposicion para asegurar sus bienes.

Obedecido Simon como rey, se lanza sobre la Idumea y la ocupa, favorecido por las traiciones; y despues precedido del terror y de la devastacion, pone sitio á Jerusalen. Allí se habian retirado los Idumeos desde su arruinada patria; pero no pudiendo soportar la barbarie de Juan de Giscala, se rebelaron y lo encerraron en el templo. Temiendo el pueblo una salida, abrió las puertas de Jerusalen á Simon, el cual, maltratando igualmente á amigos y á enemigos, estrechó el sitio del templo.

Vespasiano respondia á los que le acusaban de inercia: *Los Judíos me facilitan la conquista de la Palestina;* y cuando vió desangrado al país, hizo él lo demas, y sometiendo los pueblos de los alrededores, se dirigió contra Jerusalen, confiando esta empresa á Tito, miéntras que él, elegido emperador, se dirigia á restablecer los negocios de Roma.

Dentro de la ciudad Santa, ó mas bien en el recinto del templo, Eleazar, de estirpe sacerdotal y de no escasa penetracion, separó del partido de Juan de Giscala á todos aquellos que odiaban sus maldades, y miéntras que Simon con dos mil Celosos y cincuenta mil Idumeos recorria atrevidamente la ciudad, los dos se hostilizaban con intrigas. Ocupaba Juan con seis mil hombres armados el atrio de los Israelitas, viviendo con lo que robaba en las salidas: Eleazar en el atrio de los sacerdotes, con dos mil cuatrocientos hombres, se mantenia con las ofrendas que el pueblo llevaba al templo, hasta que Juan lo desalojó de allí por traicion, y se puso de acuerdo con Simon para dirigir sus esfuerzos contra los extranjeros, sin cesar por esto de combatirse interiormente.

Habiendo acudido entretanto mucha gente para celebrar la Pascua en la ciudad Santa, escogió Tito aquel tiempo para estrechar el sitio, Toma de Jerusalen. 70. y llevando á cabo las operaciones con actividad, pronto tuvo circunvalada á Jerusalen.

Únicamente el fanatismo de los Celosos y las promesas de los falsos profetas sostenian á la inmensa multitud, en la cual causó tal estrago el hambre, que las madres se comieron á sus propios hijos. Agregáronse á esto los estragos de la epidemia, y el furor de los Celosos que, para encontrar qué comer ó por ansia de sangre, atormentaban y mataban á los ciudadanos. El historiador Josefo fué enviado muchas veces por los Romanos para intentar algun convenio; pero como sucede á quien deserta de sus banderas, era sospechoso para los Romanos y para sus compatriotas. En fin, Tito juró el exterminio de aquella ciudad, protestando que era inocente de las calamidades que ella voluntariamente se habia atraído sobre sí misma. Todos los Hebreos prisioneros fueron crucificados por órden del inhumano Tito; se prometió la vida á los que se rindieran; pero cuando salieron muchos invocando piedad, les dieron muerte los Romanos. Destrozando un soldado las entrañas de un ca- 17. de julio. dáver, encontró dinero en ellas, y habiendo circulado la voz de que los Hebreos se lo traga-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ban, todos los prisioneros fueron descuartizados para buscarlo en su vientre. Ya habia sido tomada la ciudad, pasada á cuchillo y deshonrada; habíase interrumpido el sacrificio diario, que no habia cesado desde la época de los Macabeos; fué atacado el mismo templo, y aun cuando habia recomendado Tito que se conservase el santo edificio, habiéndose prendido fuego en él casualmente, fué reducido á cenizas. Al mismo tiempo que ardia el símbolo de la religion mosáica, ardia tambien el Capitolio, sede de la religion pagana (1), como si el uno y el otro quisieran hacer lugar á la Iglesia del Dios vivo.

Despues de una obstinada resistencia, fueron hechos prisioneros tambien Juan y Simon, y reservados para el triunfo con setecientos de los principales Judíos, y Jerusalen fué víctima de tan atroz matanza, que el mismo Tito la lloró.

Algunos resistieron aun en algun castillo; y los refugiados en Masada, no pudiendo sostenerse mas tiempo, mataron á sus hijos y mujeres, eligieron despues á diez que matasen á los demas, y en seguida se suicidaron estos mismos. Costó esta guerra millon y medio de hombres (2) que habian concurrido de todas partes para defender la libertad, la religion y el templo de Dios. Vespasiano exterminó toda la descendencia de la casa de Judá, para quitar la esperanza á los que sobrevivieron; con los despojos del templo fabricó el de la Paz en Roma, al cual destinó el candelabro de oro y las demas prendas sagradas, y ordenó que todos los Hebreos esparcidos por el imperio pagasen al tesoro el medio siclo con que ántes contribuían para el santuario. Tito, *delicia del género humano*, pudo divertir al pueblo, ofreciéndole en los anfiteatros de Berito y de Cesarea el espectáculo de los Judíos acuchillándose y destrozados por las fieras: en fin, los demas, conducidos á Roma, adornaron el esplendidísimo triunfo, en celebridad del cual fueron los principales estrangulados segun la costumbre, y reservados otros para trabajar en la fábrica del Coliseo (1).

(1) El de Jerusalen el 10 de agosto del año 70; el del Capitolio en la guerra con Vitelio, el 19 de diciembre del 69.

(2) Justo Lipsio (*De Constantia*, II, 21), hizo la cuenta de la gente que pereció en los últimos años de la guerra de los Hebreos, y es como sigue:

En Jerusalen por órden de Floro.	630
Muertos por los habitantes de Cesarea.	28,000
En Escitópolis.	30,000
Por los habitantes de Ascalon	2,000
Por los de Tolemáida	2,000
En Alejandría de Egipto	50,000
En Damasco.	10,000
En la toma de Joppe	8,400
En el monte Zabulon.	2,000
En una batalla en Ascalon	10,000
En una emboscada	8,000
En la toma de Afek.	15,000
En el monte de Garizim.	11,600
Ahogados en Joppe.	4,200
En Tariquea	6,500
En Gamala, donde únicamente sobrevivieron dos hermanas.	1,000
En la evacuacion de Giscala.	2,000
En el asedio de Jotapa, donde mandaba Josefo. .	30,000
En la aldea de Idumea	10,000
Los Gadareniános, sin contar los ahogados. . . .	13,000
En Hierasio.	1,000
En Maqueron	1,700
En el desierto de Járdes.	3,000
En Masada, muertos por sí mismos.	960
En Cirene, por órden de Cátulo.	3,000
En Jerusalen durante el sitio	1.100,000
Total	1.353,960

Adviértase que Josefo supone que murieron 40,000 personas en el asedio de Jotapa, no 30,000. Ademas que no se cuentan los muertos en las cavernas, en los desiertos, en el destierro ó de otra manera, ni 97,000 prisioneros y 11,000 muertos de hambre ó voluntariamente, ó por crueldad de sus guardas.

(2) El dia prefijado para celebrar la victoria no hubo en Roma quien permaneciera en su casa. Habiendo acudido todos temprano para coger sitio, lo ocuparon todo dejando solo desocupado el espacio necesario para la comitiva de los triunfadores. Ántes de amanecer estaba extendida en línea toda la tropa á las órdenes de sus capitanes, y situada alrededor de las puertas junto al templo de Ísis, donde habian pernoctado los emperadores: al apuntar la aurora salieron Vespasiano y Tito coronados de laurel y vestidos de púrpura, y despues de dar una vuelta alrededor del templo, se dirigieron hácia los paseos de Octavio, donde los esperaban el Senado, y los órdenes de los magistrados y los caballeros. Delante de los pórticos se habia elevado un tablado, y encima se hallaban los coches de marfil para uno y otro. Cuando llegaron allí se sentaron, y la soldadesca prorumpió en voces de júbilo, dando un testimonio de estimacion á su valor. Estaban sin armas los soldados, con trajes de seda y llevaban ceñida la cabeza de laurel. Agradeciendo Vespasiano sus pruebas de afecto, y viéndo que querian proseguir, hizo señal para que callasen; lo que habiéndose conseguido, se levantó, y cubierta la mayor parte de la cabeza con el manto, pronunció las oraciones acostumbradas: Tito hizo tambien lo mismo. En seguida dió licencia Vespasiano á los soldados en breves palabras para que fuesen á la comida de costumbre dispuesta por los emperadores, y entretanto él se retiró hácia la puerta triunfal. Allí tomaron algun alimento, se vistieron los trajes triunfales, y habiendo hecho sacrificio á los dioses custodios de aquella puerta, dirigieron el paseo triunfal por los teatros para que la multitud pudiese verlo mas fácilmente.

El número de los espectáculos y su magnificencia fué mucho mayor de lo que puede concebirse, ya seconsideren las obras de arte, los diversos géneros de riqueza, ó las rarezas naturales. Todo lo mas admirable y grandioso que llegaron á poseer en todo tiempo y lugar los hombres afortunados, todo reunido en un dia solo puso de manifiesto la grandeza del imperio romano. Viéronse en esta ceremonia toda clase de obras de oro, de plata y de marfil, que pasaban de modo que pudiera decirse que se asemejaban á un río: unos vestidos de tejidos de la púrpura mas rara, otros al estilo babilonio abigarrados de finísimas pinturas y deslumbrantes de pedrería, estos engastados en guirnaldas de oro, aquellos dispuestos de otra manera. Llevaban tambien las estatuas de sus dioses todas de sorprendentes tamaños, de trabajo no ordinario y de materia preciosa. Conducíanse asimismo muchas especies de animales adornados todos de arneses convenientes, y llevaban cada una de estas cosas personas con traje de púrpura recamada de oro; pero los que fueron elegidos para participar del triunfo ostentaban una magnificencia de adorno exquisita y asombrosa. Ni aun la multitud de prisioneros carecia de adornos, y la variedad y belleza de sus trajes ocultaban la deformidad de sus maltratados cuerpos. Mayor admiracion causaba aun la construccion de las máquinas, elevadas la mayor parte de ellas hasta tres y cuatro pisos, y causaba placer y sorpresa el ver su magnificencia. Colgaban de muchas de ellas guarniciones de oro, y todas estaban embutidas artificialmente de oro y marfil. Allí estada representada la guerra de várias maneras diferentes, presentando un hermoso espectáculo, viéndose entregar al fuego y á las llamas las tierras fértiles, las falanges enemigas pasadas á cuchillo, otras en actitud de huir y otras hechas prisioneras; murallas de extraño tamaño derribadas al choque de las máquinas; darse por vencidas las guarniciones de las fortalezas, ser tomados los recintos de ciudades populosas situadas en elevadas cumbres; lanzarse el ejército dentro de las murallas y derramar la sangre á torrentes; las súplicas de quien no podia oponer resistencia; prender fuego á los edificios sagrados, arruinarse las casas sobre sus amos, y despues de un desastre funesto correr los rios, no por campos cultivados, no para dar de beber á los hombres y á los animales, sino por en medio de terrenos aun abrasados. Porque habian prestado materia para todo esto los Judíos con sus sufrimientos en la guerra. Encima de cada una de estas máquinas habian colocado al capitan de la ciudad sojuzgada, en aquella actitud en que habia sido tomada. Los de-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Anticiparé los tiempos para seguir los últimos suspiros de este pueblo, tan grande en la prosperidad como en el infortunio. Visitando la Judea el emperador Adriano, reedificó á Jerusalen, pero prohibió á los Judíos que entrasen en ella, á ménos que no comprasen á peso de oro la libertad de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Encargados por este emperador de fabricar armas para sus ejércitos, se sirvieron de ellas para sublevarse, á las órdenes de un tal Barcocébas (*hijo de la estrella*), el cual se decia el Mesías prometido, rey de la victoria y de la venganza. Los Hebreos se le unieron proclamándole astro de Jacob, cetro de Israel, elegido para cumplir la extraordinaria prediccion de Balaam, destrozar los cuernos de Moab, y destruir á los hijos de Set (1); y simultáneamente se insurreccionaron en todas partes contra la dominacion extranjera con el furor del esclavo que rompe sus cadenas. Causan horror los excesos á que se entregaron en Cirene: mataron á doscientos veinte mil Griegos, doscientos cuarenta mil en Chipre, infinito número en Egipto, llegando su furor hasta el extremo de serrar el cuerpo de sus víctimas, comer su carne, beber su sangre, y rodearse al cuerpo las tripas de los muertos (2).

La espada de los Romanos disipó aquella tormenta y las ilusiones formadas, pero á mucha costa, matando quinientos setenta y seis mil Hebreos (¡tantos habia reunido la esperanza!), vendiendo á los restantes en las ferias de Terebinto y Gaza, arrastrando á Egipto los pocos que sobrevivieron, ó matándolos poco á poco y demoliendo cincuenta castillos y novecientas ochenta y cinco aldeas. La ruina total del país quitó, si no la esperanza, la posibilidad de alzar en adelante la cabeza (3).

Para aniquilar su religion y la cristiana, se erigió un templo á los ídolos, en donde se levantaba el antiguo, otro sobre el sepulcro de Cristo, y otro para Adónis en el pesebre; Jerusalen cambió su nombre en el de Elia Capitolina, y de tal manera se olvidó su primitivo nombre, que habiendo dicho un mártir en tiempo de Diocleciano que era natural de Jerusalen, ni el gobernador de la Palestina, ni ninguno de los presentes supieron dónde estaba situada aquella ciudad (1).

Antonino Pio disminuyó aquella severidad, restituyendo sus privilegios á los Hebreos, y concediéndoles la facultad de circuncidar á sus hijos, pero de ningun modo á los prosélitos extranjeros (2.) Aun cuando continuaron excluidos de Jerusalen, pudieron formar sinagogas y sociedades en otras partes, obteniendo el derecho de ciudadanía; el patriarca residente en Tiberiada pudo elegir los ministros que dependian de él, recibir una contribucion de sus hermanos dispersos, y ejercer una jurisdiccion doméstica, permitiéndoseles por último celebrar en las ciudades paganas con ruidosa solemnidad la fiesta del *Purim*, ó sea de la emancipacion de Aman (3). Aplacados con aquella tolerancia, solo desahogaron en adelante su odio contra los extranjeros, procurando engañarlos en los tráficos, y lanzando contra ellos las secretas maldiciones que la Biblia proferia contra los hijos de Edom (4).

Constantino estableció el verdadero culto en la ciudad donde se habian realizado los misterios de la religion; Juliano el Apóstata trató de restablecer la nacionalidad hebrea para desmentir el vaticinio de Cristo; pero á pesar de que

mas despojos se llevaban en confusion; pero sobre todos sobresalian los del templo de Jerusalen: una mesa de oro que pesaba muchos talentos, y un candelabro de oro tambien, de obra un tanto diferente del que se usaba entre nosotros; porque el suyo tenia un tronco del cual se destacaban ramas sutiles en forma de horquilla de tres dientes, teniendo encima cada uno de ellos una lámpara solidamente fija. Eran siete las ramas y representaban el honor que los Judíos tributan al número setenario. El último de los despojos era el código de las leyes judáicas. En seguida muchos hombres llevaban simulacros de la victoria, todos de marfil y de oro. Detras avanzaba Vespasiano, y Tito lo seguía, cabalgando detras de ellos Domiciano, vestido tambien ricamente y en un caballo que era digno de ser visto.

Terminó la pompa en el templo de Júpiter Capitolino, en donde luego que hubieron entrado permanecieron, porque segun la costumbre antigua se solia esperar allí hasta que alguno llevase la noticia de haber muerto los enemigos del general. Uno de ellos era Simon de Goria, que iba entre los prisioneros. Habiéndole echado un lazo al cuello, lo arrastraron á cierto sitio del foro, azotándolo en tanto sus conductores: en este sitio recibian la muerte con arreglo á la ley de los criminales. Llevado el aviso de que habia concluido de vivir, y regocijados todos por ello, se principiaron los sacrificios, que fueron felizmente consumados con las oraciones acostumbradas, y se trasladaron al palacio, donde dieron los emperadores un banquete á muchos personajes, miéntras que todos los demas eran servidos en sus mismas casas en mesas espléndidamente preparadas, porque celebraban este dia los Romanos como epinicio de la guerra contra los enemigos, y como término de sus males civiles, y como principio de las esperanzas futuras.

JOSEFO HEBREO, *De la guerra jud.*, VII, 5.

(1) *Numer.* c. XXIV.

(2) DION. LXVIII.

(3) La sublevacion de Barcocébas sirvió de tema predilecto á las fábulas rabínicas. Refieren que era costumbre de los Hebreos plantar un cedro cuando nacia un hijo, y un pino cuando una hija, á la cual cuando se casaba construían el tálamo de la madera de este árbol. Viajando por Judea la hija de Adriano, se le rompió el carro, y para componerlo, cortaron de aquellos árboles, lo cual fué tan mal visto por los Hebreos que se sublevaron. Adviértase que Adriano no tuvo hijos, y que habrian debido retardarse mucho los matrimonios para esperar que creciese hasta hacerse un gran tronco una ramita de pino que

Lenta venit, seris factura nepotibus umbram.

Añádese ademas que cien mil partidarios de Barcocébas se habian cortado cada uno un dedo para dar prueba de valor, de manera que los sabios de la nacion enviaron á preguntarle: *¿Hasta cuándo mutilarás á los Judíos?* Habiendo contestado aquel: *¿De qué manera, pues, experimentaré su fuerza?* le replicaron que alistára á los que pudiesen arrancar con las manos un cedro del Líbano, y se encontraron capaces de esto doscientos mil hombres. Lo que se refiere de los estragos que entónces se causaban, puede figurar en los libros de caballería. Lo cierto es que en una letanía que cantaban los Hebreos el dia 9 de Ab, en el cual fué publicado el edicto de Adriano que les prohibia poner el pié en Jerusalen, era comparado este emperador á Nabucodonosor, sin que se haga mencion de Vespasiano y Tito. « Recordare, domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consuluit idola se pervertentia; et sustulit combussitque quadringentas et octaginta synagogas. » Véase JU. A. LENTH, *De Judæorum pseudomessiis.*

(1) EUSEBIO *de Pal.* c. XI.

(2) V. CASAUBONO *ad. hist. Aug.* p. 27. Se conserva la noticia de este edicto por el jurisconsulto Modestino, lib. VI, *Regular.*

(3) BASNAGE *Hist. des Juifs*, III, 2, 3.

(4) Segun ciertas tradiciones suyas, Tesefo, nieto de Esaú, habia conducido á Italia el ejército de Enéas, rey de Cartago; una colonia de Idumeos arrojados por David se habia refugiado en Roma. Por esto aplicaban el nombre de Edom al imperio romano,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

acudieron de todas partes los Hebreos á su invitacion, y de que le ayudaron con sus riquezas particulares para la reedificacion, no pudo conseguirse esta (1). Justiniano elevó aquella Iglesia á la dignidad patriarcal. Cuando Cosroes, rey de Persia, ocupó á Jerusalen, vendió á los Hebreos noventa mil prisioneros cristianos, á quienes estos dieron muerte. Pronto fué desalojado el Persa por Heraclio; pero al cabo de nueve años, el Califa Omar, segundo sucesor de Mahoma, sitió á Jerusalen, la tomó á los cuatro años, y quedó en poder de los Musulmanes hasta la época en que la Europa, con el objeto de redimirla, se precipitó con las Cruzadas sobre el Asia.

El pueblo hebreo, á quien uno de sus filósofos (2) llamó pontífice y profeta de todo el género humano y custodio de la santa tradicion, que predicaba una doctrina que proclamaba el bien de la vida y de la esperanza, miéntras que los demas orientales en su misticismo consideraban como un beneficio divino la muerte, y encerraban en las ciudades subterráneas la vida verdadera, fué grande miéntras la unidad nacional de Israel fué el símbolo de la unidad de la fe. Cuando se dividieron las tribus en tiempo de Roboam, el nuevo reino de Siquem ó de Samaria produjo una excision en los dogmas religiosos no ménos que en el órden político; y en el monte de Garizim, rival del monte de Sion, así en el culto como en el gobierno, se elevaron los ídolos en frente del arca del Dios uno. Algunos fieles, por reaccion natural, redujeron el sentido de la ley, de donde provino el verdadero Judaísmo y la secta de los Fariseos; lo cual causó disensiones en la escuela, divisiones en la familia, batallas en el campo, la esclavitud y la dispersion: y de aquí provinieron las amenazas que fulminaron los profetas, y la reunion de la política y de la fe que aquellos ansiaban.

Para un pueblo tan rigorosamente gobernado por la ley, debian ser muy funestas (3) las disensiones relativas á su sentido y aplicacion. Por eso se nos presentan bajo un aspecto religioso todas las disputas de los Hebreos entre sí y con los extranjeros, principiando desde la salida de Egipto hasta Heródes. Este favorecia por política, en perjuicio de la nacionalidad, las costumbres y el poder de los extranjeros, á quienes era deudor de su corona; y en contraposicion se hacian los sabios cada vez mas tenaces respecto del sentido de la ley, exagerando el celo por las prácticas exteriores y la observancia exacta de la letra muerta.

Pero la letra prometia un Mesías vencedor y triunfante, por lo cual rehusaron reconocerlo en el hijo del artesano, que al morir á sus manos, convertia las riquezas de la misericordia en tesoros de la cólera (1), y viendo colmada la medida de sus delitos, trasplantaba la vid del ingrato terreno que no sabía producir mas que cizaña.

Cumplida su mision cae Jerusalen, y se rompe la envoltura cuando la idea oculta en ella despliega su vuelo, no bastándole ya un signo inmóvil, un templo construido por mano de hombres. Los desgraciados Hebreos, despues de hacer várias tentativas para recuperar su ciudad y su nacionalidad, anduvieron dispersos por la superficie de la tierra; pero asendereados por tantas desgracias, perseguidos por los Gentiles, por los Cristianos y por los Mahometanos, no abandonaron ni su religion ni su esperanza. Hoy todavía en el aniversario del incendio de su templo (9 de abril) ayunan rigorosamente, y con su industria, su trabajo y su ley viven confiando en que aquel Dios, que en otro tiempo los libertó de la esclavitud de Babilonia, volverá á libertarlos en su dia.

Y este dia será aquel en que la sangre maldecida de sus padres descienda sobre los hijos como un baño de perdon y redencion.

CAPÍTULO X

Los Flavios.

La empresa de Tito y la sumision de una nacion sola parecia un hecho tan importante en la medianía universal, que Vespasiano llegó á concebir recelos de su mismo hijo; pero este acudió diciéndole: *Ven, padre, ven;* de modo que habiéndose disipado las sospechas de Vespasiano, se le asoció en el poder tribunicio, le confirió el mando de su guardia, y le concedió los honores de un triunfo brillantísimo, para el cual se elevó el arco que todavía lleva su nombre, y el cual juntamente con la clausura del templo de Jano y el que se erigió á la Paz, manifestó que estaban terminadas las guerras.

No tardó en promover una nueva Cesenio Peto, gobernador de la Siria, quien deseoso de distinguirse en las batallas, suscitó recelos contra Antíoco, rey de Comagene, y habiendo recibido del emperador licencia para esta empresa, ocupó aquel reino é hizo de él una provincia con el nombre de Eufratense. Tambien fueron reducidas á provincias la Grecia, emancipada por Neron, la Licia, la Tracia, la Cilicia, y así mismo Ródas, Bizancio y Sámos. Habiendo principiado los Alanos á salir de las orillas del Tanais y la Meótides, haciendo correrías en el país de los Medos y los Armenios, Vologeso, rey de los Partos, imploró contra ellos el auxilio de Vespasiano; pero este lo rehusó, satisfecho de que aquellos terribles guerreros estuviesen ocupados con otras gentes.

El gobierno de la Bretaña se confió á Cneo Julio Agrícola, que mereció ser elogiado por su Agrícola.

(1) Véase Lib. VII, cap. 7.
(2) Filon.
(3) Hemos dicho ya que el título de teocracia convenia poco al gobierno hebreo, en el sentido que vulgarmente se le da, como dominio de los sacerdotes. Mejor se pudiera llamar monocracia, en atencion á que todo se determinaba por la ley, que recibia su fuerza de Dios, del cual procedia.

(1) «Crucifixerunt Salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum.» S. Agust.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

yerno Tácito. Habia nacido en Fréjus, en la Galia Narbonense; estudió en Marsella filosofía y jurisprudencia, mas de lo que parecia conveniente á un Romano y senador; se ejercitó en Bretaña en la profesion de las armas; nombrado en Roma tribuno del pueblo, se abstuvo de funcionar por no inspirar recelos á Neron; diputado por Galba para reconocer las ofrendas que se habian presentado en los templos, evitó las acusaciones de sacrilegio; perdió á su madre, que fué muerta por los soldados de Oton en Ventimiglia; partidario despues de Vespasiano, obtuvo el mando de la vigésima legion que es-
18 85. taba en Bretaña; gobernó la Aquitania, en seguida fué cónsul, y al fin gobernador de Bretaña. Allí contuvo las correrías de los montañeses; habiéndose emancipado la isla de Mona, la acometió sin naves, atravesando el canal á nado, y destruyó el gérmen de futuras sublevaciones, reprimiendo la licencia militar, teniendo en cuenta la justicia y no el favor, confiando los empleos á personas honradas, castigando las prevaricaciones, moderando los impuestos, y haciendo sentir lo ménos posible la esclavitud. Continuó en los años sucesivos haciendo nuevas conquistas ó consolidándolas, y favorecido por la inconstancia y la desunion de los Bárbaros, que miéntras combatian divididos eran sucesivamente subyugados, se lanzó hasta las gargantas del Tay, del Clay y del Forth, y se preparaba á desembarcar en Irlanda, que situada (como él creía) entre la Bretaña y la España, facilitaria la comunicacion con la Galia. Aterrados los Caledonios redoblaron contra él sus esfuerzos, y en número de treinta mil lo esperaron al pié de los montes Grampianos, mandados por Galaco; pero quedaron completamente deshechos. Agrícola dió la vuelta á la Bretaña, sometió las Horcadas al Norte de la Caledonia, y una guerra principiada en tiempo del emperador mas estúpido, continuada en tiempo del mas disoluto, y terminada en el reinado del mas miedoso, dió al imperio el único engrandecimiento que tuvo en el primer siglo. Pero los ásperos montes en que se perpetúa tempestuoso el invierno, los lagos cubiertos de sombría niebla, las frias y solitarias selvas por las cuales desnudos salvajes perseguian á los ciervos, no sufrieron por mucho tiempo el yugo extranjero.

Roma en tanto respiraba libre de las atrocidades y locuras, aun cuando no faltasen del todo los suplicios. Elvidio Prisco de Terracina estudió filosofía, no para cubrir con el nombre de esta la inercia, sino para prepararse á las magistraturas, y se casó con la hija de Traséas Peto, de quien heredó la constancia en la rectitud y en la verdad. Desterrado á la muerte de su suegro, y llamado por Galba, no dejó de oponerse en el Senado á las arbitrariedades de este emperador y de sus sucesores, animado como estaba por la libertad. Declamó tambien contra Vespasiano, sin ser castigado por ello; pero habiendo celebrado públicamente el natalicio de

Elvidio Prisco.

Bruto y Casio, y exhortado al pueblo á imitarlos, el emperador le mandó arrestar. Poco despues le puso en libertad; pero no moderando á pesar de esto sus ideas ni sus palabras, fué condenado al destierro; y maltratando allí tambien la fama del emperador, decretó el Senado su muerte. Vespasiano envió prontamente la órden de que se suspendiera la ejecucion; pero la casualidad ó Muciano hicieron que no llegase á tiempo.

Al ver los elogios que Tácito, Plinio el Menor y Juvenal prodigan á este imprudente héroe, nos sentimos inclinados á reflexionar tristemente á qué punto se ve obligada á reducirse la virtud cuando le faltan legítimas vías de oposicion al poder de que se abusa.

Cecina y Eprio Marcelo, espía de Neron, organizaron una conjuracion contra Vespasiano, unidos con muchos pretorianos; pero descubiertos, se dió la muerte Marcelo ántes de la sentencia; y no bastando para condenar á Cecina el haberle encontrado el discurso preparado para amotinar á los soldados, lo convidó Tito á una cena, y en ella lo hizo asesinar. ¡Procedimientos compendiosos!

Conociendo Vespasiano la proximidad de su muerte, dijo: *Si no me engaño, estoy á punto de convertirme en dios;* burlándose de que los Romanos divinizasen á sus príncipes. Sereno hasta el último instante, decia: *Un emperador debe morir en pié;* intentó levantarse, y espiró á la edad de sesenta y ochos años y á los diez de reinado. Solian representarse comedias en los funerales de los magnates, en los cuales aparecia frecuentemente en escena el difunto, y frecuentemente tambien de una manera burlesca. El bufon que en las de Vespasiano representaba á este príncipe, preguntó á los administradores de la casa cuánto costarian los funerales, y habiendo oído la enorme suma que destinaba Tito á este objeto, repuso: *Dadmo ese dinero y arrojad el cuerpo al Tíber.* Afortunada Roma que solo podia acusar de avaricia al sucesor de Tiberio y de Neron. En él, dice Plinio, la grandeza y la majestad no hicieron mas que igualar el poder de hacer el bien con el deseo que de hacerlo tenia.

Muerte de Vespasiano, 24 de junio de 79.

Le sucedió su hijo Tito á la edad de treinta y dos años. Educado con Británico, era muy hábil en la elocuencia y versificacion, y mucho mas en la guerra. Miéntras vivió su padre hacian esperar de él muy poco su avidez y su arrogancia; apoyaba cerca del emperador las pretensiones de quien le ofrecia dinero: si tenia mala voluntad contra alguno, hacía que pidiesen su muerte en el teatro ó en el campo hombres asalariados; y sus amores con Berenice, hermana del hebreo Agripa II, eran tan reprobados por los Romanos como por los Judíos, por temer aquellos una emperatriz extranjera, y estar escandalizados estos de que una princesa suya descendiese á los brazos del destructor de su nacion.

Tito

Pero elevado al imperio, envió Tito á Bere-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nice fuera de Italia, á pesar de estar muy apasianado de ella; y no solo no hizo ningun daño á su hermano Domiciano, díscolo é intrigante, sino que le ofreció dividir con él la autoridad, confirmando en un edicto general las prerogativas concedidas por sus antecesores á personas ó ciudades. Podia hablarle el pueblo aun cuando estuviese en el baño : en los juegos rogó á los ciudadanos que fijasen cuándo y cómo los querian, y la afabilidad no disminuía su dignidad. Á quien le hacía observar su excesiva facilidad en hacer concesiones, respondia : *No conviene que ninguno se aleje con tristeza de la vista del príncipe*, y no acordándose una noche de haber hecho ningun beneficio exclamó : *He perdido un dia*. En vez de codiciar lo ajeno rehusó regalos y legados; sin embargo, fué tan pródigo en donativos, espectáculos y obras públicas como el que mas de sus predecesores; y en la inauguracion de su colosal anfiteatro presentó ademas de los gladiadores una batalla naval y hasta cinco mil fieras. Manifestó una generosidad aun mas prudente en las desgracias públicas : habiendo devorado un incendio el Capitolio, el Panteon, la Biblioteca de Augusto y otros muchos edificios de ménos importancia, declaró Tito que tomaba á su cargo todos los daños; y para mantener su palabra, sin aceptar las cantidades que ciudades y príncipes extranjeros le ofrecian, vendió hasta los muebles de su palacio.

Erupcion del Vesubio, 8 de setiembre de 79.

El Vesubio, que desde tiempo inmemorial no habia tenido erupciones, estalló de tal modo en su reinado, que sepultó las dos ciudades de Herculano y Pompeya; Pozuoli y Cúmas quedaron destruidas, y toda la Campania fué sacudida y conmovida por terremotos. Tito reparó á su costa los males que pudieron repararse; él mismo recorrió el país observando el desastre, no por una curiosidad indiferente sino prodigando dinero á los que padecian. La peste que afligió al imperio proporcionó tambien nueva ocasion á Tito para manifestar su beneficencia y casi pudiera decirse su caridad.

Al aceptar el pontificado declaró que desde entónces no se contaminaria con la sangre, y no condenó mas á nadie á pena capital, dispuesto á perecer él mismo ántes que á causar la muerte de otros. Habiendo condenado el Senado á la pena capital á dos patricios conspiradores, suplicó Tito á aquella asamblea que desistiese del inútil castigo, diciendo que los reinos dependian de un poder superior al humano. Al mismo tiempo envió comisionados que tranquilizasen á las madres de los reos, convidó á estos á un banquete por la noche, y el dia siguiente á los espectáculos, poniendo tambien en sus manos las espadas de los gladiadores, que segun la costumbre se le ofrecian para que las examinase.

Abolió la ley de felonía, no queriendo que se acusase ya á ninguno por haber hablado mal de él ó de sus predecesores, diciendo : *Ó murmura de mí injustamente, y le compadezco*, ó *con razon, y sería una injusticia castigar la verdad. En cuanto á mis antecesores, si ahora son dioses, pueden castigar los ultrajes sin mi auxilio cuando lo crean conveniente.*

¿ Quién pudiera creer que en el reinado de tal príncipe encontrase muchos partidarios un falso Neron que recorrió las orillas del Eufrátes y que despues se refugió entre los Partos?

13 de setiembre de 81.

Miéntras Roma se reanimaba bajo la autoridad del buen Tito, y le llamaba delicia del género humano, la muerte se le arrebató á los cuarenta y un años, acelerada, segun se dijo, por su hermano Domiciano, que le hizo inscribir entre los dioses, miéntras le denigraba entre los hombres.

Domiciano.

Este Domiciano habia irritado ya por su desenfrenada lujuria á su padre, que con dificultad se dejó calmar por las afectuosas instancias de Tito. Durante su juventud, no se aplicó á ningun estudio, y se llenó de deudas; en la guerra solo era solícito para evitar las fatigas y los peligros, y cuando luego por rivalidad con su hermano, vencedor de los Judíos, hizo la guerra en la Germania y contra el imperio galo, sintiéndose inepto para las armas, se dedicó á la poesía. Á la muerte de su padre, intentó ganar á su partido á los pretorianos para suplantar á su hermano, y Tito le perdonó. Muerto ó asesinado este, fué aclamado emperador, prodigándosele de una vez los títulos y los cargos que se conferian á sus antecesores poco á poco.

Al principio, en vez de hacerse aborrecer por su crueldad, prohibió hasta los sacrificios cruentos; era generoso con los oficiales, á fin de que la pobreza no facilitase su corrupcion; rehusaba la herencia de quien tenia hijos, y despues de distribuir á los veteranos las tierras confiscadas, no retuvo para sí el resto, como solia hacerse, sino que lo devolvió á los primitivos poseedores. Edificó espléndidamente; recompuso la biblioteca incendiada, y gastó doce mil talentos en hermosear el Capitolio ; y sin embargo, la magnificencia de aquel templo era nada en comparacion de una sola galería ó de una sala del palacio. Atendia á la administracion de justicia, imponia la nota de infamia á los jueces que aceptaban dinero ó á los gobernadores que robaban; reprimió la licencia pública y la impudencia de los libelos; prohibió á los caballeros representar en los teatros públicos; destituyó á un senador que bailaba, excluyó á las prostitutas del derecho de recibir legados y pasear en litera; declaró indigno de ser juez á un caballero que ricibió á su mujer despues de haberla repudiado por impúdica; castigó á muchos adúlteros con pena capital, y prohibió severamente hacer eunucos.

Pero con trabajo disimulaba Domiciano su índole brutal, sanguinaria y vilmente celosa. Tan ávido de gloria militar como inepto para conquistarla, alcanzó cuatro veces en un año el título de emperador por victorias ajenas : habiéndose arrojado de improviso sobre los Catos, los mas cultos y guerreros de los Germanos,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

arrastró en triunfo algunos prisioneros, y desde entónces no abandonó la toga triunfal. Pero cuando los Catos rechazaron á Cariomero, rey de los Cheruscos, porque se habia aliado con los Romanos, Domiciano no se atrevió á defenderlo, y dejó que los Suevos y los Sármatas, rebelados contra el imperio, exterminasen ejércitos enteros en la Mesia, en la Dacia y en la Germania, por culpa de los generales tímidos ó temerarios. Al saber las victorias de Agrícola sobre los Caledonios, lleno de envidioso despecho, le quitó el mando: no se libertó el gran
85. capitan de su cólera, sino viviendo en la oscuridad; y ni aun esta le libró del veneno.

Guerras con los Dacios.

La guerra mas peligrosa que dirigió fué la de los Dacios ó sean los Alemanes (*Deutsch*), pueblo belicoso, que habia aprendido de un filósofo autiguo, llamado Zamólxis, á considerar la muerte como el témino de una vida ingrata y transitoria, y principio de otra eterna y feliz. Dura los gobernó prudentemente, y despues resignó la autoridad en Decebalo, grande en las batallas y en los consejos, el cual, habiendo pasado el Danubio, destrozó á los Romanos, mató al gobernador de la Mesia, y causando horrible ruina, ocupó todas las fortalezas que habian construido los Romanos en sus inmediaciones.

Cuando tuvo noticia de que Domiciano se aproximaba con el ejército, ofreció deponer las armas y renovar la alianza; pero fué desatendido. Cornelio Fosco, capitan de las guardias pretorianas, que se dirigió contra él, fué vencido, y Decebalo pidió que los Romanos le pagasen dos óbolos por cabeza, ó que de lo contrario caeria sobre su país á sangre y fuego. Ofendidos los guerreros de esta insolencia, derrotaron á los Dacios en nueve batallas, y negaron la paz cuando estos la imploraron.

En vez de proseguir sus victorias, volvió Domiciano sus armas contra los Conados y los Marcomanos, culpados de haber socorrido á los Dacios y dado la muerte á sus diputados; y por su mal lo hizo, porque fué atacado y puesto en precipitada fuga. Tan cobarde en la derrota,
90. como arrogante en la victoria, envió á pedir la paz á Decebalo con ricos presentes, artesanos de todas especies y una corona en señal de que le reconoceria como rey, resignándose á pagarle un tributo anual. Primera guerra en que los Bárbaros atacaron al imperio con próspera fortuna.

Domiciano escribió al Senado, sin embargo, que por fin habia puesto un freno á los indomables Dacios, y volviendo, despues de haber devastado el país tranquilo por donde pasó, mucho mas que si estuviese en guerra, celebró un triunfo en el cual lo compararon los poetas (1) á los Césares y Escipiones.

(1) Estacio y Marcial. Véanse algunas de sus adulaciones:

Invia sarmaticis domini lorica sagittis
Et Martis getico tergore fida magis.....
Felix sorte tua, sacrum cui tangere pectus
Fas erit, et nostri mente calere dei!..
Redde deum votis poscentibus: invidet hosti
Romă suo, veniat laurea multa licet.

El pequeño reino de Cálcis, poseído por el hermano y despues por el hijo de Agripa, último rey de los Judíos, fué mas adelante agregado al imperio. Domiciano se dirigió tambien contra los Sármatas, que habian exterminado una legion, pero no obtuvo mas resultado que triunfos fingidos y adulaciones poéticas.

En la paz sabía ejercer demasiado la fiereza que le faltaba en el campo. Habiendo llamado emperador equivocadamente un heraldo á Flavio Sabino, yerno de Tito, al aclamarle cónsul, le hizo degollar Domiciano juntamente con su sobrino; exordio de feroces tragedias. Habiendo mandado descifrar el horóscopo de los grandes del imperio, halló pretexto para hacer que muriesen bastantes senadores y caballeros. Los delatores y él se enriquecieron con los bienes confiscados por razones frívolas. Si se mostraba popular un ciudadano ilustre, era que meditaba la guerra civil; si vivia retirado, era que queria censurar la época; si era intachable en su conducta, era un nuevo Bruto; si era inerte y estólido, ocultaria proyectos de sangre; si era laborioso y frívolo, intrigaria y conmoveria al pueblo; si el rico poseía demasiado dinero para un hombre privado, el pobre, no teniendo que perder, podria lanzarse á cualquier empresa atrevida. Cuanto mas viles y repugnantes eran los espías, mas los halagaba y sostenia el emperador, y convencidos de calumnia tenian mas mérito á sus ojos; á ellos les concedia los despojos del Estado, las dignidades pontificales y el consulado, enviando á unos de procuradores á las provincias, y manteniendo á otros en la ciudad como confidentes y ministros. Entónces fueron sobornados los esclavos contra sus señores, los libertos contra sus patronos, y el que no tenia enemigos se encontraba vendido por gente de cuya amistad nunca habia dudado.

En su reinado no se atrevian los Romanos á comunicarse unos á otros sus pensamientos, ni á indignarse juntos, viendo en silencio pusilánime que los tribunales eran instrumentos de perdicion, de rapiñas y asesinatos, enmascarados bajo el nombre de correccion y de castigo: las islas estaban llenas de proscriptos y los precipicios de asesinados. Algunos, sin embargo, arrostraron la muerte con intrepidez, y madres é hijas generosas siguieron al destierro á los objetos de su cariño.

Como sucede á los malos príncipes, miraba Domiciano con odio y recelo á la historia y á los

Terrarum dominum propius videt ille; totoque
Terretur vultu barbarus, et fruitur...
Hiberna quamvis Arctos, et rudis Peuce
Et nugularum pulsibus calens Ister
Fractusque cornu jam ter improbo Rhenus,
Teneat domantem regna perfidæ gentis,
Tu, summi mundi rector, et parens orbis
Abesse nostris non tamem potes votis...
Nunc ilares, si quando mihi, nunc ludite, Musæ,
Victor ab Odrysio redditur orbe deus....

En otra parte, viendo pasar Jano á Domiciano, se queja de no tener bastantes ojos y vista para mirarlo (lib. VIII, 2). Tarde tambien en levantarse la estrella de la mañana, que si se presenta César el pueblo no advertirá su falta (ib. c. 21).

¡Oh poetas!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

historiadores. Erennio Senecion fué acusado de escribir la vida de Elvidio Prisco, y aun cuando habia moderado las expresiones, como conviene en las épocas de tiranía, bastó que elogiase á un hombre generoso para ser considerado como reo de muerte. Fania, esposa de Elvidio, que confesó abiertamente haber impulsado y ayudado á Senecion en su obra, fué despojada de sus bienes y desterrada; pero llevó consigo la reprobada historia. Se culpó á Aruleno Rústico por haber elogiado á Traséas Peto. Hermógenes de Tarso fué asesinado porque al parecer en su historia aludia á Domiciano, y se crucificó á los que habian ayudado á la venta de su obra. Con nuevo género de crueldad quemó Domiciano públicamente los libros de fama mas eminente y de sentimientos mas generosos, y por último, desterró á todos los filósofos y hombres científicos. Algunos abandonaron los estudios y se aplicaron al espionaje; y el famoso sofista Dion Crisóstomo que se refugió entre los Getas, sin llevar consigo mas que un discurso de Demóstenes y un tratado de Platon, vivió cavando y conduciendo agua. Habiendo sido un año abundante en vino y escaso de granos, dedujo el emperador que se descuidaban los cereales por las vides, y decretó que ya no se plantasen estas en Italia y que la mitad de los viñedos de provincias fuesen arrancados, órden extrema que no tuvo cumplimiento.

Tambien concibió odio contra los Cristianos, é hizo morir á muchos en Roma y en las pro-
95. vincias como enemigos de la república, entre ellos algunos de sangre real, como Flavio Clemente, su primo y colega en el consulado, y las dos Domitilas, sobrina y esposa de aquel. Complacíase Domiciano en ver las lágrimas y contar los suspiros, y se regocijaba cuando á una palabra suya temblaba el Senado. Privadamente se complacia en crueldades festivas. Convidó una noche á un banquete á la flor de los senadores y de los caballeros, y conforme fueron llegando, se les condujo á una sala vestida de negro en la cual débiles lámparas alumbraban féretros señalados cada uno con el nombre de un convidado. Estos creyeron que habia llegado el dia con que los amenazaba el emperador, cuando decia que consideraba á la mayor parte de los caballeros como á enemigos, y que no se juzgaria seguro miéntras respirase siquiera un senador. De pronto y despues de una larga ansiedad entraron hombres desnudos, pintados de negro, con la espada en una mano y una hoz en la otra; pero despues de dar una vuelta alrededor de la sala abrieron las puertas, y despidieron á los miembros de los dos órdenes principales del imperio, no se sabe si mas aterrados que burlados.

Sumamente hábil en disparar el arco, hacía pasar el dardo por entre los dedos abiertos de un esclavo, colocado como blanco lejano, y en las largas soledades de su gabinete ejercia su habilidad el emperador del mundo disparando dardos contra las moscas, por lo cual preguntado una vez Vibio Crispo si habia álguien con el emperador, contestó: *Ni siquiera una mosca.*

No cedía en punto á voluptuosidad á ninguno de sus predecesores. Los Romanos le adulaban y llamaban señor y dios, é hijo de Minerva, títulos que él mismo se daba en sus cartas y que le prodigaban Marcial, Quintiliano, Juvenal y los demas escritores. Las calles que conducian al Capitolio estaban llenas de víctimas, degolladas delante de sus estatuas (1), las cuales segun un decreto no podian hacerse mas que de oro ó de plata. Instituyó los juegos capitolinos, que, como los olímpicos, debian celebrarse cada cinco años con indecible solemnidad. Dispuso otros juegos tan espléndidos como no se habian visto nunca en Roma; hizo abrir junto al Tíber un gran lago donde combatieron dos escuadras; mezclaba tambien mujeres en los combates de gladiadores; hizo representar verdaderas batallas de ejércitos enteros en el anfiteatro, él que tenia miedo de las campales, y habiendo sobrevenido durante el espectáculo una nube y un diluvio de agua, no permitió á ninguno que saliera, por lo cual algunos enfermaron y otros murieron.

Para hacer frente á estas prodigalidades, no habia manera ilícita de obtener dinero á que no recurriera, y con facilidad se apoderaba de las herencias, acusando al difunto de haber murmurado contra él, ó encontrando quien asegurase que le habia nombrado su heredero. Los magistrados agravaban los impuestos de tal manera, que várias provincias se insurreccionaron abiertamente, como los Nasamones de África. Otro falso Neron se presentó en Asia, y se refugió tambien entre los Partos, los cuales amenazaron al imperio con la guerra. En Germania, el gobernador Lucio Antonio tomó el título de Augusto, que le confirmó la mayoria de los Germanos; pero pronto fué derrotado y muerto; y de los muchos que fueron acusados como cómplices, dos solos salvaron la vida, probando haberse prestado á las mas viles lascivias, y por consecuencia ser incapaces de toda tentativa atrevida.

Apénas habia descubierto y disipado una conjuracion, ya le asaltaba el temor de otras nuevas, principalmente porque diversos prodigios y predicciones le anunciaban su fin. Á proporcion, pues, del temor que inspiraba á los demas, temblaba él mismo; se precavió contra el peligro del mejor modo posible, hasta el punto de revestir sus habitaciones de una piedra que reflejaba las imágenes, con objeto de que ninguno se acercase encontrándole desprevenido; pensando en fin desahacerse de todo el que le inspirase sospechas, habia preparado una larga lista de sospechosos. Un niño con quien se divertia se la quitó miéntras dormia, la sacó fuera, y aterrada la emperatriz al leer en ella su propio nombre junto con el de muchos magnates, se convino con estos á fin de ganarle

(1) Plinio *Paneg.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por la mano. Farténes, su primer camarero, introdujo al liberto Estéban, quien llevando el brazo suspendido al cuello como si lo tuviese herido, le presentó una carta en que se revelaba la conjuracion, y miéntras leía, lo hirió. Defendióse Domiciano, y Estéban fué muerto por la servidumbre, que ignoraba la trama; pero llegaron los demas conjurados y mataron al emperador.

Muerte de Domiciano. 96.

Tenia cuarenta y cinco años y habia reinado quince. El Senado, reunido en esta circunstancia, pronunció toda clase de improperios contra aquel á quien sin embargo habia prodigado ántes las adulaciones; borró su nombre de las inscripciones, derribó sus estatuas y sus arcos, y anuló sus actos. El pueblo permaneció indiferente, en razon á que no llegaban hasta él las persecuciones, y sí las pompas y los juegos. Los soldados en fin, cuya paga habia aumentado, le lloraron mas que á Vespasiano y á Tito, y se hubieran lanzado á otras demostraciones si no los hubiesen contenido los oficiales.

Domiciano es el último de los que llamamos doce Césares.

CAPÍTULO XI

Nerva y Trajano.

La muerte de Domiciano pareció al Senado buena ocasion para reprimir la arrogancia militar; y aquí se presenta un fenómeno nuevo, el contraste que la escuela estóica oponia á la prepotencia de las armas. Habiéndose hecho preponderante en el Senado, trabajó para poner en el trono sectarios suyos, consiguió dar á Roma una serie de Césares que es menester enumerar entre los buenos.

El primero fué Marco Coceyo Nerva, oriundo de Creta y natural de Narni, el cual habia agradado tanto á Neron por sus poesías, que le erigió una estatua. La faccion estóica, que tenia proyectos acerca de él, hizo circular vaticinios y predicciones relativas á su reinado futuro, tanto que aun cuando era tímido, le animaron á aceptar el trono. Habiendo concluido ya la devocion de los pretorianos al emperador difunto, no tardaron en reconocer al nuevo; pero en medio de las felicitaciones, Arrio Antonino se condolió con él de que despues de haber escapado por su virtud y su prudencia de tantos príncipes malvados, se encontrase ahora en tan arriesgada posicion, con la cual disgutaria á amigos y enemigos, y mas á los amigos, apénas les rehusase una gracia.

Creíase Nerva colocado en aquella altura, no para hacer su felicidad, sino la del pueblo, y supo conciliar la dulzura de la libertad con la tranquilidad de la monarquía. Llamó á la patria y devolvió sus bienes á los desterrados por causa de felonía; amenazó á los delatores; castigó á los siervos y á los libertos que habian denunciado á sus amos; prohibió los procesos contra los reos de lesa majestad y contra los que vivian conforme á la doctrina de los Judíos (1), y juró no sentenciar á muerte á ningun senador. Para aligerar los impuestos y abolir la odiosa gavela con que se debia contribuir por cada herencia ó legado, limitó los gastos, suprimiendo sacrificios y espectáculos, no permitiendo que se le erigiesen estatuas de oro ni de plata, y moderando el fausto del palacio; y faltándole despues con qué socorrer y recompensar á los demas, vendió parte de su vajilla y algunos bienes, distribuyendo vastísimos terrenos á los pobres. Hacía educar en todas partes á costa del tesoro público á los niños indigentes; prohibió la castracion; se aplicó á corregir las costumbres y á mejorar la administracion de justicia, y gobernó siempre como si hubiera de volver alguna vez á la vida privada.

Acostumbrados nuestros lectores á principios suaves de reinados feroces, quizá esperen que tambien se extravíe este príncipe; pero no lo hizo, sino que por debilidad ni siquiera castigaba á los malvados. El Senado, que habia recobrado la libertad de los juicios, aceptó las acusaciones contra los espías del reinado precedente, y condenó á algunos á la pena capital, y otros á destierro; pero queriendo proceder contra algunos conspiradores, Nerva puso término á las indagaciones siendo fiel á su juramento. Pareció inconveniente tanta clemencia al cónsul Fronton, el cual manifestó que, si era grave desgracia un príncipe en cuyo reinado todo está prohibido, no lo era menor uno en cuyo tiempo todo se permite.

De aquella bondad abusaron en efecto los pretorianos, y sublevados asaltaron el palacio para obligar á Nerva á que les entregase los asesinos de Domiciano; y á pesar de que este se opuso presentándoles el pecho desnudo para que le hiriesen á él mas bien, hubo de ceder, dejar que asesinasen á los conjurados, y dar gracias á los insurrectos por haber purgado al mundo de ellos.

Comprendió por esto la necesidad de designar para su sucesor á un hombre capaz de sostener con mano firme el freno; y la accion mas bella de su reinado fué haber adoptado á Marco Ulpio Trajano, con el cual dividió desde aquel momento la autoridad, habiéndole elevado al tribunado. Poco despues murió, habiendo reinado apénas diez y seis meses, y fué inscrito entre los dioses.

27 de enero de 98.

Trajano, de una familia mas antigua que ilustre de Itálica, junto á Sevilla, siendo aun jóven, adquirió nombre en la milicia, combatiendo contra los Partos, y en tiempo de Domiciano se retiró por seguridad á su patria, desde donde lo envió el emperador á gobernar la Baja Germania. En ella se granjeó el afecto de los soldados, y allí estaba sin conspirar ni esperar cuando lo nombró Nerva su sucesor, llevado de su buena fama; y habiéndole sucedido á la edad de cuarenta y dos años, no desmintió

(1) Prabablemente los Cristianos. Dion. LXVIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las esperanzas que de él se habian concebido.

Entró á pié en Roma en medio de indecible regocijo, y al entrar en el palacio su esposa Pompea Plotina, se volvió al pueblo y dijo : *Espéro salir de aquí como éntro*. De cuerpo robusto y acostumbrado á las fatiguas, de noble continente y de atentas maneras, poco versado en los estudios (1), pero partidario de los estudiosos, era el mayor capitan de su época; en campaña marchaba á pié, conocia uno por uno á sus veteranos y sus proezas; no se distinguia del ínfimo soldado en el traje, en los ejercicios, ni en la sobriedad, sin que por esto destruyera su afabilidad la disciplina.

Elevado al poder supremo, declaró que se consideraba obligado á cumplir las leyes como cualquier ciudadano, y no faltó á su palabra. Fué liberal en las distribuciones que hizo tanto á los soldados como al pueblo, comprendiendo en ellas á los ausentes, y lo que era cosa nueva, á los menores de doce años ; constando en la historia que sus frecuentes liberalidades mantuvieron á dos millones de personas. Tuvo siempre á módico precio los granos, hizo espléndidas asignaciones para los hijos de los pobres, y dió espectáculos; pero desterró á los comediantes, que habian sido admitidos de nuevo por Nerva; gastó enormes sumas en abrir el puerto de Civitavecchia y ampliar el circo, en donde no permitió que se pronunciase su nombre, por evitar los aplausos prodigados á tantos emperadores perversos, y prohibió á los abogados recibir dinero de los litigantes, los cuales debian jurar tambien no haberles dado ni prometido nada (2).

Aplicándose á curar las llagas de la anarquía y de la tiranía disminuyó la renta, la autoridad y las prerogativas imperiales en todo lo que al bien público convenia; abolió las leyes de lesa majestad; castigó á los delatores; reprimió las concusiones de los gobernantes, fomentadas por la excesiva indulgencia del reinado procedente, recibia á las personas de cualquier condicion que fuesen, y oía sus consejos con sencillez de ánimo. Buscaba á los mas dignos para confiarles los cargos públicos, y creía que así como las ficciones no eran necesarias en la vida privada, así tampoco lo eran en la política. La sospecha no debia ser motivo suficiente para imponer el castigo, prefiriendo la impunidad de cien reos á la condenacion de un inocente, y al dar la espada de prefecto del pretorio á Suburano le dijo : *Si cumplo con mi deber, sírvete de ella en mi defensa ; pero contra mí si faltáre á él.*

Depositó toda su confianza en Sura, á cuya solicitud debia el haber sido nombrado sucesor por Nerva. Habiéndole hablado alguno mal de este, se fué á cenar con él sin haber sido convidado, se hizo curar los ojos y afeitar por su médico y su barbero, y cuando al dia siguiente le repitieron las acusaciones, contestó : *Si me hubiera querido asesinar, ayer lo hubiera hecho.*

Tuvo algunas culpas y defectos ; era apasionado por el vino, en tanto grado que ordenó que no fuesen ejecutadas las órdenes que diese despues de comer; se abandonó á los placeres cuanto se lo permitia el tiempo que consagraba á los negocios; por vanidad dejaba poner su nombre en todos los edificios, no solo nuevos, sino apénas restaurados, de suerte que lo apellidaron *Parietaria* por la yerba que se agarra á las paredes; toleró el título de *señor*, sacrificios delante de sus estatuas, y que el pueblo jurase por su vida y por su eternidad.

3ª persecucion contra los Cristianos.

Quizá ordenó persecuciones contra los cristianos por celos de divinidad, acerca de cuyo hecho es curiosa su correspondencia con Plinio (1). De esta aparece tambien la alegría, un tanto infantil, que experimentaban los patriotas romanos al ver de nuevo convocadas las reuniones del Senado tres dias consecutivos y prolongadas hasta de noche (2). ¿Pero qué idea se puede concebir de estas asambleas, cuando en aquella misma correspondencia leemos que no quiso Trajano autorizar una pequeña asociacion para reparar los baños públicos en una ciudad de Asia, asegurando que toda union ó sociedad de intereses privados era contraria al imperio ?

Conociendo su valor, le enviaron los Germanos diputaciones de todas partes, y los Bárbaros de allende el Istro no se aventuraron á las correrías como solian hacerlo cuando se helaba el rio. Pero las intenciones de Trajano aparecian de este juramento que tenia siempre en la boca : *Ojalá pueda yo reducir la Dacia á provincia, y pasar el Eufrátes y el Danubio sobre puentes fabricados por mí* (3).

Guerras con los Dacios. 103.

Ya hemos dicho que Domiciano habia comprado torpemente la paz de los Dacios, sujetándose á un tributo anual, lo cual pareció indigno á Trajano, con tanto mayor motivo cuanto que aquellos pueblos adquirian cada vez mayor vigor, y que su rey Decebalo tenia inteligencias con Pacoro, rey de los Partos. Tomando por pretexto una de sus correrías, preparó un ejército vigoroso, y habiendo pasado el rio, devastó sus campos. No se descuidó Decebalo, y llamando á la juventud á las armas, cayó sobre los Romanos. Aun cuando recibió Trajano una grata seta, en la cual estaba escrito : *Vuestros aliados os aconsejan que hagáis la paz y os retiréis*, aventuró la batalla y venció, y habiendo faltado, por el gran número de heridos, trapos con que vendarlos, dió sus propios vestidos.

Continuó la victoria con tal ardor, que reducido Decebalo al último extremo, pidió la paz, y la obtuvo con graves condiciones, tales como estas : que restituyese el país usurpado á los vecinos, que entregase las armas y las máqui-

(1) Á esto, y no á la inercia, como supone Juliano, se atribuye el que se sirviera siempre de Sura para escribir sus cartas.

(2) Eran pagados por el Erario.

(1) Véase en el cap. XXVI.

(2) « Jam hoc pulchrum et antiquum, senatum nocte dirimi, riduo vocari, triduo contineri. » PLINIO, *Ep.*

(3) AMIANO. XXIV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nas de guerra, con los operarios que las habian hecho y los desertores; que no recibiese ya á su servicio á ningun natural de países sometidos á la dominacion romana; que desguarneciese las plazas fuertes y que tuviese los mismos amigos y enemigos que Roma.

Habiendo establecido Trajano fuertes guarniciones donde era menester, y recibido pleito homenaje de Decebalo, celebró el primer triunfo
103. sobre los Dacios; pero Decebalo que solo habia cedido á la necesidad, no tardó en armarse de nuevo, en reforzar las plazas y solicitar el apoyo de sus vecinos. Los Escitas le prestaron oídos, y los Yazigios que no se sometieron á sus deseos, fueron derrotados. Trajano acudió á su defensa, y Decebalo envió falsos desertores para matarlo, pero no lo consiguió, aunque sí logró atraer á una conferencia simulada á Longino, lugarteniente del emperador, y habiéndolo hecho prisionero, pidió por su rescate el país que se extiende hasta el Danubio; pero Longino encontró el modo de envenenarse.

Puente sobre el Danubio. Trajano echó sobre el Danubio un puente de piedra de veinte pilares, de sesenta piés de grueso, ciento cincuenta de altura, y distantes entre sí setenta, con dos fuertes á los extremos; obra tanto mas admirable cuanto que la fuerza de las aguas es allí mayor, en razon á la estrechez del cauce, y que sin embargo se ejecutó en un verano, conforme al proyecto y direccion de Apolodoro de Damasco.

Al entrar la nueva estacion, pasó Trajano el puente y dirigió la guerra con mas prudencia que actividad, para no aventurar la suerte del ejército; pero la serenidad con que él se exponia á los peligros alentaba á los soldados, que renovaban los antiguos prodigios de valor. Conducido un herido á la tienda, oye de los médicos que es mortal la herida, y vuelve á la pelea hasta espirar. Finalmente, fué tomada Zarmizegetusa, capital de los Dacios, reducido el
106. país á provincia, teniendo por límites el Dniester, el Tibisco, el Danubio inferior y el Euxino (1), y cambiado el nombre de su antigua capital en el de Ulpia Trajana, agregándose á las quince tribus dacias muchos colonos romanos. Decebalo no quiso sobrevivir á la libertad. La columna Trajana fué el testimonio de estas victorias, y en solemnidad del triunfo se prolongaron por ciento veintitres dias los espectáculos, en los cuales fueron muertas mas de diez mil fieras.

Satisfecho uno de sus votos con el paso del Danubio, se dirigió Trajano para realizar el otro
Partos. 114. hácia el Eufrátes á reprimir á los Partos, que eran los enemigos mas formidables que le quedaban á Roma. Segun que la Armenia se ponia de parte de los Romanos ó de los Partos, así se veían amenazadas el Asia Menor ó la Alta; en un caso podia penetrar la infantería romana por aquellas montañas hasta el corazon de la Persia sin temer en las llanuras de Mesopotamia los desastres de Craso; y en otro eran los Partos los que podian hacer desde aquel país contínuas correrías sobre el Asia Menor y sobre la Siria. Importaba, pues, muchísimo su posesion.

Tirídates, rey de Armenia, se habia reconocido vasallo de Roma al recibir la corona de manos de Neron. Elevado despues al trono Exedaro, aceptó la diadema de Cosroes, rey de los Partos, por cuyo motivo pidió cuenta Trajano á Cosroes de esta usurpacion, y como no recibiese mas que escarnios por respuesta, se dirigió contra él. El Parto intentó hacerle retroceder por medio de embajadas y donativos, asegurando que habia depuesto á Exedaro y rogándole que confiriese la corona á Partamaspati, hijo como él de Pacoro, rey de los Partos; pero Trajano contestó que en llegando á la Siria resolveria.

Habiendo recibido en Antioquía los homenajes de muchos príncipes, penetró en la Armenia, ocupando várias plazas, de manera que el rey
7 de enero 108. Partamaspati llegó á los piés de su trono á someter la corona. En vista de esto lanzó el ejército tal grito de alegría, que aterrado el Parto se volvió para huír; pero viéndose rodeado por todas partes, se quejó de que tratasen como prisionero á un príncipe que se habia presentado espontáneamente, y se marchó irritado del campamento. Sus esfuerzos sin embargo no impidieron que Trajano redujese la Armenia á
La Armenia reducida á provincia. provincia. Entónces se le sometieron tambien los reyes de Iberia, de Sarmacia, del Bósforo y de la Colquide; la Mesopotamia fué subyugada casi únicamente por el terror; y habiendo sometido una gran parte de la Arabia Cornelio Palma, gobernador de la Siria, se vió la amistad de los Romanos solicitada á un mismo tiempo por los Saurómatas y por los Indios.

Parece que el mismo Cosroes aceptó condiciones de Trajano; pero este, cualquiera que fuese el motivo, renovó la guerra contra los
116 Partos; cruzó el Tígris sobre un puente de barcas, y sin encontrar obstáculo se apoderó del Adiaben, y ocupó la Asiria, volviendo á ver á Nínive y á Arbela y Gaugamela, ciudades famosas por las victorias de Alejandro. Favorecido por las discordias de los Partos, llegó hasta Babilonia, y principió á abrir un canal entre el Eufrátes y el Tígris para trasportar las naves con que sitiar Ctesifonte. Estorbó su proyecto el nivel diferente que tenian estos rios, por lo cual habiéndolas hecho llevar por tierra, expugnó á Seleucia y Ctesifonte, en donde se apoderó
La Asiria reducida á provincia. de la hija del rey de los Partos, y del trono de oro. Huyó Cosroes; se sometieron todos los contornos, y la Asiria pagó tambien tributo como provincia.

De regreso Trajano á Antioquía, miéntras que el ejército, la corte y los curiosos estaban allí

(1) Aun se descubren vestigios de un camino militar desde el Danubio hasta cerca del Bender. Véase á CONRADO MANNERT, *Res Trajani imperatoris ad Danubium gestæ*. Nuremberg, 1793.

JU. CRIST. PUGEL, *Commentatio de expeditionibus Trajani ad Danubium et origine Valachorum*. Viena, 1794. Obra premiada por la Academia de ciencias de Gotinga.

Y una memoria de Anville en el tomo XXIII de las *Actas de la Academia de las inscripciones y bellas artes*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Desastres. agolpados, hubo un temblor de tierra tan fuerte que destruyó la ciudad, el mismo Trajano quedó herido y todo el imperio padeció con motivo del desastre de una sola ciudad. Otras calamidades sobrevinieron imperando Trajano, tales como hambres, pestes y terremotos; en Roma se desbordó el Tíber, y lo que sobre todo horrorizó mas, fué que tres vestales se deshonraron y fueron sepultadas vivas. Como sino bastase este sacrificio á las antiguas supersticiones, los libros Sibilinos ordenaron, como en otro tiempo, que fuesen sepultados vivos en el Foro Boario dos Griegos y dos Galos de ambos sexos, y los Romanos á pesar de sus declamaciones contra la barbarie de los Galos y de los Britanos, que aplacaban á sus divinidades con sangre, los enterraron.

Excursion de Trajano. 117. Cuando llegó la primavera, dió principio Trajano á una excursion que puede decirse verdaderamente histórica, no tanto para conquistar cuanto por desplegar la majestad y el poder del imperio á la vista de las naciones. Despues de visitar las llanuras de donde habia descendido la primera civilizacion del mundo, se embarcó en el Tígris hácia el golfo Pérsico, atrevesó el Grande Océano, y viendo un bajel que se hacía á la vela para las Indias, exclamó : *Si yo fuese mas jóven, llevaria allí la guerra.* Se dirigió en seguida hácia la Arabia Feliz; tomó el puerto Aden de aquende el estrecho de Bab-el-Mandeb; redujo á provincia la Arabia Petrea, que aseguraba el comercio entre el Asia y el África, anunció continuamente al Senado nuevas tierras sometidas á su poder, y no pudiendo avanzar mas allá, torció hácia Babilonia, en cuyas ruinas ofreció sacrificios á Alejandro.

Se hallaba entónces el imperio en el colmo de su poderío, habiéndosele añadido cinco provincias nuevas : la Arabia Petrea, la Armenia, la Mesopotamia, la Asiria en Asia, y la Dacia en Europa. Pero poco duró esta prosperidad, y el mismo Trajano vió destruidas sus obras. El terremoto que conmovió á tantos países hizo creer á los Hebreos que anunciaba la caída del imperio, de manera que en todas partes se sublevaron furiosos, y principalmente en África. En Alejandría alcanzaron ventajas al principio; pero reanimados despues los Griegos, los mataron sin distincion. Los de Cirene, promovedores de la rebelion, talaron las llanuras egipcias, no solo matando á los enemigos, sino devorándolos y cubriéndose con sus pieles; y dicen que recibieron la muerte doscientas mil personas en la Libia, y doscientas cincuenta mil en Chipre, donde redujeron á cenizas á Salamina. Trajano envió fuerzas que los desalojasen de la Libia, y en Chipre se dió tal cuenta de ellos, que el que llegaba alguna vez despues por su mala suerte á aquel país, era despedazado. Así quedó en todas partes apagado el incendio.

Sublevacion de los Judíos.

El ejemplo fué contagioso, y muchos pueblos nuevamente conquistados sacudieron las recientes cadenas, de tal suerte que Trajano hubo de llevar la guerra á uno y otro lado. Cuando despues se vió obligado por la hidropesía á regresar á Italia, todos los países se insurreccionaron; los Partos en una sublevacion general expulsaron al rey Partamaspati que él les habia impuesto; los Armenios se eligieron uno á su gusto; la Mesopotamia se sometió á los Partos, y tantos gastos y tanta sangre vinieron á quedar sin resultado.

Muerte de Trajano, 10 de agosto 117. Llegado que hubo el emperador á Selinunte en Cilicia, murió, despues de haber reinado diez y nueve años y medio, y sus cenizas llevadas á Roma en una urna de oro por su viuda Plotina y su sobrina Avidia, fueron recibidas como en triunfo, y contra las leyes antiguas colocadas en la ciudad bajo la columna que recordaba sus conquistas.

Espléndidas obras conservaron su memoria : magníficos caminos desde el Ponto Euxino hasta las Galias; uno al traves de las Lagunas Pontinas, otro desde Benevento hasta Bríndis; abrió en Roma bibliotecas y un teatro; ensanchó el circo, restauró insignes edificios, y condujo nuevas aguas, siendo sobre todo famoso su Foro, que formó allanando una colina de ciento cuarenta y tres piés, edificio cuadrado, con un pórtico alrededor y cuatro arcos triunfales, y tantos palacios y templetes que eran una maravilla en la ciudad de las maravillas. La rara felicidad de su época, en la cual todos podian pensar y decir lo que quisieran, dió algun nuevo esplendor á las letras.

Doloroso es que, encontrándose la Historia informada minuciosamente de las locuras de un Calígula y de un Neron, cuando se trata de un Trajano le conozca solo por un compendio inexacto (1), y por un panegírico artificioso; pero tiene en cuenta que dos siglos y medio despues de su muerte, al aclamar el Senado al nuevo emperador, le auguró que sería mas feliz que Augusto y mas virtuoso que Trajano (2).

CAPÍTULO XII

Adriano.

Abriendo un dia casualmente la *Enéida* Publio Elio Adriano, hijo de Españoles y natural de Roma, se encontró con estos versos del canto VI, relativos á Numa :

Quis procul ille autem, ramis insignis olivæ,
Sacra ferens? Nosco crines, incanaque menta
Regis romani, primam qui legibus urbem
Fundavit, Curibus parvis et paupere terra
Missus in imperium magnum;

(1) El de Dion, hecho por Sifilino; pues no merecen citarse los informes de los fragmentos de Aurelio Victor y de Eutropio.

(2) Eutropio, VIII, 5. Posteriormente circuló una opinion extraña, relativa á que el papa Gregorio Magno habia obtenido con sus oraciones el privilegio de libertar á Trajano del infierno, donde estaba hacía cuatro siglos. El primero que lo escribió, segun mis noticias, fué Juan Salisbury (*Polycr.* V, 8) : « Virtutes ejus legitur commondasse ss. papa Gregorius, et fusis pro eo lacrymis, inferorum compescuisse incendia... donec ei revelatione nuntiatum sit, Trajanum a pœnis inferni liberatum, sub ea tamen conditione, ne ulterius pro aliquo infideli

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y creyó leer en ellos la prediccion de que sería emperador y legislador (1). En efecto, llegó á ser lo uno y lo otro. Sirvió á las órdenes de Trajano, quien amándolo como á hijo, lo unió con Sabina, sobrina de su hermana, y procuró que se le nombrase su sucesor, como así se verificó. Saludado emperador por el ejército en Antioquía, escribió al Senado excusándose de esto é implorando su confirmacion; y habiéndosele decretado el triunfo, lo rehusó y colocó en el carro la estatua de Trajano. Espléndido y avaro, grandioso y frívolo, clemente y vengativo, era alternativamente una mezcla portentosa de vicios y de virtudes. Le bastaba leer una vez un libro para saberlo de memoria; dictaba á un tiempo muchas cartas; daba audiencia simultáneamente á diversos ministros, y retenia en la memoria el nombre de cuantos habian militado á sus órdenes. Sabía tanto como el que mas de su siglo en lo relativo á ciencias, gramática, elocuencia y poesía; poseía la medicina ademas de la filosofía, la astrología, la magia y las matemáticas; esculpía, cantaba, tocaba, pintaba, especialmente figuras obscenas, é imitaciones, y aun falsificaciones de la naturaleza. Compuso obras en verso y en prosa, y entre ellas el poema titulado *Alejandriada*; discursos sobre la gramática, otros sobre el arte de la guerra (2), y los fastos de su reinado, publicados con el nombre de sus libertos. Es supuesto su diálogo (3) con Epicteto, en el cual propone várias cuestiones que el filósofo mejor de su siglo resuelve, y en el cual entre máximas falsas, ridículas y triviales se encuentran algunas muy excelentes. *¿Qué cosa es la paz? — Una libertad tranquila. — ¿Qué cosa es libertad? — Inocencia y virtud.*

Adriano tenia un gusto raro en punto á literatura. Preferia Caton á Ciceron, Ennio á Virgilio, Celio á Salustio, Antímaco á Homero, cuyos poemas hasta trató de destruir. Si se le queria complacer con obras en verso, se publicaban críticas exuberantes, tales como la de Largo Lucinio, titulada el *Ciceromastix*, violenta diatriba contra el padre de la elocuencia latina. Cuando elogiaba el emperador bajamente á sus favoritos, otros poetas cantaban por el mismo tono. Los sofistas, canalla impudente, codiciosa, venal que ejecutaba lo contrario de lo que decia, no sirviendo mas que para cuestionar unos con otros, se agolpaban á su alrededor, y sin pronunciarse Adriano por ninguna secta las toleraba todas, y se complacia en oir sus disputas, así como tambien en animar á los poetas á improvisar versos. ¡Pero ay de quién le disputaba la palma que en todo pretendia! Concibió rencor contra Dionisio de Mitelo y Caninio Celer, porque no tuvieron á bien dejarlo sobresalir, como hacía quizá Eliodoro, su predilecto. Habiendo cierto dia criticado Adriano una expresion al filósofo Favorino, este aun cuando podia justificarla con ejemplos, se confesó culpado, y como se admirasen sus amigos, les dijo: *Qué ¿queriais que me pusiese á disputar acerca de mi saber con quien manda treinta legiones* (1)? No tuvo esta prudencia Apolodoro, el insigne arquitecto de las obras de Trajano, el cual al oir no sé qué observacion que hizo el emperador, le dijo aludiendo al género de pintura que mas le complacia: *Id á pintar sandias*; y habiendo visto una Vénus y una Roma sentadas, hechas de su mano y desproporcionadas para el templete á que estaban destinadas, preguntó: *¿Si se alzan en pié, dónde se colocarán?* Tal franqueza le costó la vida, siendo un ejemplo de lo peligroso que es gastar bromas con los poderosos.

Edificios.

Dió el nombre de Elia (2) á las colonias y ciudades fundadas ó restablecidas en su reinado, y por todas partes multiplicó los monumentos con su nombre. Aténas y Grecia recibieron una infinidad de ellos; en Roma reedificó el Panteon, el templo de Neptuno, la gran plaza de Augusto y los baños de Agripa, ademas de los nuevos edificios, entre los cuales son los principales la mole Adriana y la quinta de Tívoli. Era aquella un puente sobre el Tíber con el Mausoleo que es hoy el castillo de Sant-Ángelo, admirable todavía á pesar de haber suministrado estatuas, columnas y frisos para los edificios construidos

Deum sollicitare præsumeret.» Santo Tomas hizo uso de la misma tradicion, y Dante indica;

La alta gloria
De aquel insigne emperador romano
Que á Gregorio impulsó á su gran victoria.
PURG. X, 25.

(1) ESPARC. en *Hadr.* 2. Una de las supersticiones de los antiguos era abrir al acaso un libro, y por la primera frase que se presentase á la vista adivinar el porvenir y resolver las dudas del entendimiento. Primero se practicaba esto con Homero, y en los tiempos posteriores con Virgilio. Refiere Julio Capitolino, que interrogando Clodio Albino de esta manera la *Enéida*, se ofrecieron á su vista aquellos versos del libro VI:

Hic rem romanam, magno turbante tumultu,
Sistet eques, sternet Pænos, Gallumque rebellem.

Alejandro Severo encontró del propio modo:

Te manet imperium cœli, terræque, marisque.

Y pensando dedicarse á las artes liberales, obtuvo esta respuesta:

Excudent alii spirantia mollius æra.....
Tu regere imperio populos, Romane, memento.

V. LAMPRIDIO. No cayó esta supersticion con el paganismo. San Agustin (*Ep.* 55, *ad Januar.*) la señala y condena, y asimismo el concilio de Agda con el nombre de *Suertes de los Santos*. Gregorio de Tours (*Hist. Franc.* IV, 6.) escribe: « Positis clerici tribus libris super altare, idest Prophetiæ, Apostoli atque Evangeliorum, oraverunt ad Dominum ut Christiano quid eveniret ostenderet. Aperto igítur omnium prophetarum libro, reperiunt: » « Auferam maceriam ejus. » Y en el V, 49: « Mæstus turbatusque ingressus oratorium, davidici carminis sumo librum, in quo ita repertum est: Eduxit eos in spe, et non timuerunt. »

(2) En 1664 se imprimió en Upsal un *Tratado del arte de la guerra*, que se ha creido fuese el de Adriano, publicado por el cónsul Mauricio; pero es composicion de época bastante posterior.

(3) Publicado por Froben en 1551.

(1) Sin embargo, no se libertó este del odio de Adriano, por lo cual decia que se sorprendia de tres cosas: que habiendo nacido Galo hablase griego, que siendo eunuco se le nombrase juez de los adulterios, y que odiándolo el emperador viviese todavía.

(2) Jerusalen, Cartago, dos ciudades de España, Meursia (*Essex*) en Panonia, Estratónice en Macedonia, Palmira en Siria, Neocesarea en el Ponto, Adrianópolis en Tracia, Adriana en la Libia Cirenáica, Antinópolis en Egipto y Adrianotero en la Mesia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en tiempo de la decadencia, y proyectiles para la guerra entre Totila y Belisario. El carro que remataba el edificio, que parecia pequeño mirado desde abajo, era de tal magnitud que, segun dice Esparciano, podia pasar un hombre por las órbitas de los ojos de los caballos. En la quinta de Tívoli imitó cuanto habia visto en sus viajes; los puntos de vista mas célebres de Grecia y de Egipto, el Liceo, la Academia, el Pritaneo, el Pecilo y el Valle de Tempe; en ella pintó tambien el infierno, y dió á los varios departamentos de que constaba toda la posesion el nombre de las provincias que habia recorrido, haciendo mas vivo su recuerdo con plantas exóticas, vasos, estatuas, inscripciones y toda clase de obras raras.

Cuando subió al trono dijo á cuantos lo habian ofendido siendo ciudadano : *Ya estáis libres*. Excitado contra gente sospechosa de trastornar el Estado, respondió : *Seria una injusticia castigar un delito solamente probable*. Habiendo contestado á las reclamaciones de una anciana : *No tengo tiempo*, replicó aquella : *¿Por qué, pues, eres emperador?* y él satisfizo su demanda. Pretendiendo el pueblo en los espectáculos no sé qué cosa inconveniente, mandó al heraldo que intimase silencio; pero habiendo dicho aquel por el contrario : *El emperador pregunta por qué pedís tal cosa*, no se disgutó por esta moderacion, ántes bien lo recompensó.

Era familiar con sus amigos y libertos ; queria la libertad sencilla ; no negaba nunca ninguna peticion, y con frecuencia se anticipaba á ellas. Sin embargo, no concedió preponderancia á los libertos, y para desempeñar los empleos de secretario é intendente de su casa, confiados siempre á aquellos, eligió tambien caballeros, y castigaba á quien dispensando proteccion aceptaba regalos. Habiendo visto á un esclavo suyo pasear con dos senadores, mandó á darle una bofetada diciendo : *¿Cómo tienes valor para igualarte con quienes mañana pueden ser tus amos?*

Fué mas generoso que Trajano con los niños pobres y con el pueblo; asignó pensiones y donativos á los senadores, á los caballeros, á los magistrados que lo necesitaban; en las fiestas de Saturno, cuando sus amigos solian ofrecerle los acostumbrados regalos, era él por el contrario quien elegia esta ocasion para devolvérselos mas espléndidos ; y en los viajes, en los cuales invirtió diez y siete años de los veinte de su reinado, dejó por todas partes grandes muestras de su liberalidad.

No por esto era amigo de despojar á nadie ; ántes por el contrario, aligeró muchos impuestos ; no aceptaba legados de quien tuviera hijos ; cuando subió al trono perdonó, cuanto en Roma y en Italia se debia al Erario, y en las provincias las deudas de diez y seis años, quemando las obligaciones : fuego artificial que ofrece el espectáculo mas hermoso que pueden ver los pueblos (1).

Salia á recibir á los cónsules ; asistia á las asambleas ; dispensaba á los senadores de que lo visitasen, como no fuese para negocios interesantes, y se trasladaba á la curia en silla para que no tuvieran que acompañarlo, y quitó á los caballeros el derecho de juzgar en las causas de los senadores, no aceptando apelacion al trono de los sentencias de estos.

Sin embargo, no sabia cerrar los oídos á los delatores, arrastrado á esta falta por el afan de saber los hechos ajenos, afan que si es malo en todos, es malísimo en un príncipe. Miró con prevencion y separó de sus cargos á los que habian ambicionado el imperio, y á fin de que ninguno intentase novedades durante sus contínuos viajes, restringió mas y mas el poder de los magistrados, y aproximó el gobierno á la monarquía verdadera. Trató á Julia Sabina mas bien como á esclava que como á esposa, y se cree que al fin la hizo envenenar, no careciendo de razon su mala voluntad, porque la miserable se jactaba de haberse precavido para no concebir de él, por estar en la creencia de que un hijo suyo no podria ménos de ser la vergüenza y la ruina del género humano.

Eligió para prefectos del pretorio á Celio Taciano, su tutor, y á Simil. Ajeno este último de ambicion, renunció al cabo de tres años ; vivió otros siete retirado en el campo, é hizo escribir sobre su tumba : *Setenta y siete años estuve en el mundo y solo he vivido siete*. Taciano, por el contrario, aconsejaba á su señor que fuese rigoroso, y la voz pública le imputó la muerte de cuatro varones consulares, amigos ántes de Adriano, condenados como conspiradores por el Senado, á pesar de que la opinion pública los consideraba inocentes. Otros muchos tuvieron la misma suerte como cómplices, hasta que Adriano prohibió las sentencias por lesa majestad, y quitó á Taciano su favor.

Prescindiendo de su pasion por perros y caballos, pasion tan extremada que le hizo erigir los espléndidos monumentos, dejó pruebas de torpe libertinaje en muchos versos en obsequio de sus bardajes. Amó á Antinoo, natural de la Bitinia, con la pasion mas extravagante, y sin embargo, habiendo sabido por las artes mágicas, por las cuales deliraba, que para prolongar sus dias, necesitaba la sangre voluntaria de un hombre, no encontrando otro tan loco y tan generoso que le diese la suya, aceptó que aquel le sacrificase su juventud, su belleza y su vida. Despues de haberle inmolado, lo lloró como á una mujer adorada, edificó á orillas del Nilo una ciudad con su nombre, quiso que los Griegos lo declarasen dios, y el mundo se llenó de sus estatuas y templos, siendo el principal el de Mantinea, antiguo campo de las glorias de Epaminóndas y luego del envilecimiento de los Griegos, que iban á celebrar allí juegos solemnes y á solicitar los oráculos del hediondo dios. Por haber dado el nombre de Antinoyano á una

Antinoo

(1) Habiendo quemado el embajador de Venecia en presencia de Enrique IV los recibos en los cuales se reconocia este deudor hácia la serenísima república, exclamó Enrique : *No he visto nunca un fuego mas hermoso.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

especie de loto que habia crecido sobre la tumba del mozo, recibió el poeta Pancrátes premios y un puesto en el museo : los astrónomos encontraron su estrella en el cielo, como ántes habian encontrado las de César y de Berenice, y en el templo levantado á sus cenizas se multiplicaron los milagros, se instituyeron juegos y misterios, y se procuraba con ansia el honor de ser nombrado sacerdote del dios.

¡Júzguese lo que dirian de esto los Cristianos (1)! No usó con estos Adriano la misma tolerancia que dispensaba á todas las demas sectas, y por devocion á sus deidades permitió que matasen á los que les hacian la guerra. Comprendiendo entónces los Cristianos el poder que da el número, no se contentaban ya con morir bendiciendo, sino que se atrevían á justificarse en el juicio público, y Justino gritaba que el poder de los príncipes cuando prefieren la opinion á la verdad no era mayor que el de los ladrones en el desierto (2). Movido, segun dicen, por las apologías de Cuadrato y de Arístides, suspendió Adriano la persecucion, y añaden que hubiera dedicado un templo á Cristo (3), si los oráculos no hubiesen advertido que este templo dejaria desiertos los de los demas dioses.

4ª persecucion contra los Cristianos.

En el ejército vivia como el soldado; marchaba á pié y con la cabeza descubierta lo mismo entre el hielo de los Álpes que por las abrasadoras arenas del África ; conocia á todos los guerreros, y daba ascensos á los mas dignos. Introdujo muchas reformas, y fué el primero que agregó á cada compañía zapadores é ingenieros y cuanto es menester para las construcciones. No solo no extendió las conquistas, pero ni siquiera conservó todas las de Trajano, y ya fuese por ultrajar á su antecesor, ya por prudencia y moderacion, retiró las tropas de la Armenia, de la Mesopotamia y del África, dejando que los Armenios se eligiesen un rey, que los Partos volviesen á llamar al destronado Cosroes, y señalando por aquel lado el Eufrátes como frontera del imperio. Hubiera renunciado tambien á los territorios quitados á los Dacios, sino le hubiese detenido la consideracion de que se habian establecido allí muchos Romanos; sin embargo, bajo el pretexto de que pudiera facilitar el paso de los Bárbaros, rompió el puente establecido sobre el Danubio, quedando lleno el rio con sus escombros de tal suerte que hubo necesidad de abrirle otro cauce.

Ejércitos.

La tradicion decia que el dios Término no habia querido retirarse del Capitolio ni aun para hacer sitio al mismo Júpiter. Simbolizábase con esto la inmovilidad del imperio, por lo cual esta primera retirada de los Romanos de sus conquistas se tuvo como un agüero siniestro, que el resultado confirmó.

Ya hemos hablado de la nueva insurreccion de los Judíos á las órdenes de Barcocébas, y cómo los castigó Adriano, ultrajando tambien su culto ; pero tanto costó la victoria que al informar de ella el emperador al Senado, no se atrevió á principiar con la acostumbrada fórmula : *Yo y el ejército seguimos bien* (1). 136.

Presentósele en Roma Farasmánes, rey de Iberia, para rechazar las acusaciones que presentaba contra él Vologeso, rey de Armenia, y llevó espléndidos regalos que Adriano recompensó con otros mayores, contándose entre ellos cincuenta elefantes y quinientos guardias; extendió sus Estados ; le hizo erigir una estatua ecuestre ; le permitió sacrificar en el Capitolio, y en seguida ¡qué extravagancia! hizo combatir en la arena trescientos delincuentes vestidos con los suntuosos trajes regalados por aquel rey.

Penetraron en Armenia los Alanos ó Mesagetas, procedentes de la Sarmacia, y avanzaron hasta la Capadocia ; pero fueron detenidos por Flavio Arriano, gobernador de esta provincia, el mismo problamente que verificó y describió un viaje por el Ponto Euxino. Desde Trebisonda, donde el emperador hacía alzar un templo á Mercurio y abrir un puerto, se embarcó hácia el Oriente, examinando las guarniciones romanas ; pasó el rio Fásis, cuyas aguas sobrenadaban mucho tiempo en las del mar á causa de su ligereza ; se detuvo por último en Sebastopol, y todo lo puso en conocimiento del emperador, dándole noticia del Asia marítima, desde Bizancio hasta Trebisonda, despues desde Sebastopol hasta el Bósforo Cimerio, y desde este tambien hasta Bizancio.

Periplo de Arriano

Diciendo que el emperador debe mirar todos los países, como el sol, visitó Adriano todas las provincias obedientes. Principió por las Galias, y examinadas sus fortalezas pasó á la Germania, cuartel de las mejores tropas, entre las cuales restableció la disciplina ; en Bretaña reformó los abusos, y viendo que los Caledonios habian recobrado su salvaje independencia despues de la separacion de Agrícola, á fin de contener sus correrías, construyó una muralla que se extendia desde el Eden en el Cumberland hasta el Tyn en el Northumberland en una longitud de ochenta millas. Durante su permanencia en España reconstruyó el templo de Augusto, levantado de órden de Tiberio en la Tarraconense, y en una asamblea general intentó apaciguar las discordias de

Viajes.

Muralla de Adriano

(1) Prudencio contra Simmaco hace notar que el jóven amado de Adriano fué mas afortunado que el de Júpiter, pues Antinoo se sienta en el banquete de los dioses, al paso que Ganimédes solo asiste como copero :

Quid loquar Antinoum, cœlesti in sede locatum?
Illum delicias nunc divi principis; illum
Purpureo in gremio spoliatum sorte virili,
Hadrianique dei Ganimedem, non cyathos dis
Porgere, sed medio recubantem cum Jove fulcro,
Nectaris ambrosii sacrum potare lyæum,
Cumque suo in templis vota exaudire marito.

Lib. I, 271.

(2) Τοσοῦτον δέ δύνανται οἱ ἄρχοντες πρὸς τῆς ἀληθείας δὸξαν τιμῶντες, ὅσον καὶ λῃρταὶ ἐν ἐρημεία. I, 12.

(3) Lampridio, *Vida de Alejandro*.

(1) Dion, LXIX

(c) Instituto Cervantes de Madrid

este país. En Aténas se inició en los misterios eleusinos, y lleno del dios se hizo él mismo dios, dejándose adorar en el templo de Júpiter Olímpico, que se acabó en su tiempo quinientos sesenta años despues de haber sido principiado por Pisistrato. Renovó una parte de esta ciudad con el nombre de Adrianópolis; le dió dinero, granos, la isla entera de Cefalonia, y una constitucion modelada sobre la antigua, atribuyendo el gobierno al pueblo y la administracion de justicia al Senado. Los Atenienses por tanto lo aclamaron legislador panhelénico, y le dedicaron un templo, y en Délos una ciudad llamada Olimpia (1).

Una conferencia con Cosroes bastó para disipar la guerra con que amenazaban los Partos, de tal suerte, que Adriano pudo visitar sin otros cuidados la Cilicia, la Licia, la Panfilia, la Capadocia, la Bitinia y la Frigia, dejando por do quiera templos, plazas é insignes monumentos, como en Nímes, y en Nicomedia, en Nicea, en Cicico y en otras partes. Reconstruyó tambien las ciudades de Bitinia conmovidas por el terremoto, y experimentaron su magnificencia los reyes y los embajadores que se le presentaron.

Por las islas del Archipiélago se trasladó á la Acaya, y en seguida en Sicilia subió á la cumbre del Etna, como habia hecho en el monte Casio en la Siria, para ver desde allí formar el arco íris el sol levante. Se tuvo en África por un prodigio las lluvias que cayeron á su llegada, inútilmente imploradas durante cinco años. En Pelusio honró la tumba de Pompeyo Magno; escuchó en Tébas á la estatua vocal de Memnon (2); admiró en la Alejandría el museo fundado por Tolomeo Filadelfo, y aumentado por el emperador Claudio; interrogó á los literatos reunidos, contestándoles con la sensatez que se debe hallar siempre en cada palabra de un emperador, y devolvió á los Alejandrinos los privilegios que sus predecesores les habian cercenado; pero tan dulces como habian sido las expresiones de gratitud de estos en su presencia, tan sarcásticas fueron las censuras que á sus espaldas le dirigieron.

« He estudiado bien (escribe á su cuñado Ser» viano) á los Egipcios, de quienes me hablaste » con la miel en los labios. Es pueblo ligero » y versátil á todo rumor. Los que adoran á Se» rápis son cristianos, y sus obispos se pro» fesan devotos á este dios. No hay jefe de la » Sinagoga de los Hebreos ni de la Samaritana, » ni un sacerdote cristiano, que no sea mate» mático, arúspice y charlatan : el mismo pa» triarca cuando viene á Egipto, se ve obligado » por los unos á tributar culto á Serápis, y por » los otros á Cristo. Son sediciosos, un tanto » vanos, y muy perspicaces para censurar. En » su ciudad abundan todas las cosas, y ninguno » está en ella ocioso, ni aun los ciegos : quién » trabaja el vidrio, quién hace papel, quién » teje, y todos están ocupados en algun arte (1). »

Leyes.

De vez en cuando regresaba Adriano de estos viajes á Roma, donde dió nueva organizacion á los cargos de palacio, á la milicia y á los tribunales, la cual duró hasta el siglo cuarto (2). Se dirigia por los consejos de los insignes jurisconsultos Neracio Prisco, Jubencio Celso y Salvio Juliano, á quien dió el encargo de reunir en el *Edicto perpétuo* las mejores leyes emanadas hasta entónces de los pretores, con lo cual quitó acaso á estos el derecho de determinar los principios legales conforme á los cuales hubiesen de administrar la justicia en su gobierno, obligándolos á atenerse á esta que fué la fuente del derecho romano hasta el *Código* de Teodosio, y despues fué el fundamento de las *Pandectas*.

Edicto perpétuo.

131.

Entre sus leyes ordenó, que se dejase á los hijos de los proscriptos la duodécima parte de los bienes paternos; que fuese único dueño de un tesoro el que lo encontrase en su heredad, y si era en la heredad ajena, que solo tuviese la mitad; que los disipadores ó pródigos fuesen azotados en el anfiteatro y despues desterrados; prohibió los sacrificios humanos, y sin embargo, continuáronse en África inmolando niños á Saturno, y hombres en la misma Roma hasta el tiempo de Constantino.

En los ergástulos en donde los Romanos hacian trabajar á los esclavos, se refugiaban algunos para librarse del servicio militar, ó de los castigos, y otros libres eran arrastrados allí para trabajar forzosamente sin que se volviese á oír hablar de ellos. Adriano los abolió, excepto los pertenecientes al emperador ó al Estado, y prohibió á los amos que matasen á los esclavos.

Atacado de hidropesía, eligió para sucesor á L. Aurelio Annio Ceronio Cómodo Vero Elio César. ¡ Tantos nombres por aumentar la vanidad! Lleno de dignidad en su persona, y rico en conocimientos, pero de costumbres licenciosas, la malignidad, que no siempre se engaña en sus sospechas, murmuró acerca de las condiciones que mediaron entre el emperador y el adoptado, y que permanecieron ocultas (3). Viajando este, llevaba alrededor de su carro siervos con alas, á los cuales dada el nombre de los vientos; su contínua lectura eran el *Arte de amar* de Ovidio, y los epígramas de Marcial, á quien llamaba su Virgilio, y cuando lo reconvino su esposa porque preferia á las queridas, le contestó : *El nombre de esposa es título de honor, pero no de placer*. Murió á su regreso á Roma desde la Panonia; se le hicieron exequias imperiales y apoteósis, y Adriano adoptó á Tito Antonino, con la condicion de que él tambien

Elio Vero.

137.

(1) V. Creppo, *Mém. sur les Voyages de l'empereur Hadrien et sur les médailles qui s'y rapportent*. Paris, 1842. ¡ Qué importancia no tendria para la Historia y la Geografía el diario de este viaje!

(2) Véase tomo I, pág. 262.

(1) Flegon segun Flavio Vopisco, Vit. *Sat.*

(2) *Officia publica et palatina, necnon militiæ, in eam formam statuit, quæ, paucis per Constantinum immutatis, hodie perseverat*. Aur. Vict. Epit. XIV.

(3) Esparciano en *Elio Vero*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

adoptase á M. Annio Vero y L. Vero, hijos del difunto.

Despues, así como Tiberio se retiró á Caprea, tambien Adriano se retiró á Tívoli, que habia hermoseado con gran magnificencia, y en donde se abandonaba á cuantas lascivias le permitia su declinante salud, y de las cuales no sabía ruborizarse el paganismo. Desde estas se precipitaba en crueldades, y expedia órdenes sanguinarias, y muchos fueron muertos como conspiradores, y otros ocultados por Antonino. Se sirvió Adriano de la mágia para mitigar su enfermedad, que le atormentaba tanto, que muchas veces intentó darse la muerte. Para distraerlo, se recurrió hasta á los milagros, y una ciega se le presentó diciendo : *Un sueño me advirtió que os intimase que conserváseis la vida, y porque habéis tardado en obedecer, se me oscureció la vista; pero otro sueño me aseguró que la recobraria tan pronto como besase los piés imperiales.* Así sucedió. Apénas le hubo tocado tambien otro ciego, recobró el uso de la vista, y se disminuyó un fuerte acceso de fiebre que padecia el emperador. Con tales locuras se divertia Roma y se consolaba el César.

Cansado en fin de remedios, y diciendo : *Los muchos médicos me matarán*, se dió á comer y beber con confianza, y murió á la edad de sesenta y dos años y medio, habiendo reinado muy cerca de veintiuno. Al tiempo de morir, parece que recuperó su calma perdida, si es cierto que hizo estos versos, despreciados entónces (1), y que sin embargo son de los mas delicados que nos ha trasmitido la poesía de su tiempo :

Muerte de Adriano, 10 de julio 138.

Animula, vagula, blandula,
Hospes comesque corporis,
Quæ nunc abibis in loca?
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis jocos.

Ofendido el Senado de sus últimas crueldades, quiso anular sus órdenes y rehusarle los funerales; pero las amenazas de los soldados y las súplicas de Antonino hicieron que le concediese luego todos los honores; se colocaron sus cenizas en la soberbia mole junto al Tíber, su espíritu fué colocado entre los dioses, y se le dedicó con un templo en Pozuoli.

CAPÍTULO XIII

Los Antoninos.

19 de setiembre de 86.

Trajano vivió en perpétua guerra, Adriano en perpétuo movimiento, y Antonino en perpétua tranquilidad, de manera que en veintitres años no pasó mas allá de la quinta de Lanuvio. Habia nacido en Nímes, y su dulzura natural le hacía apreciable á parientes y amigos : prefirió la vida del campo, y sin embargo no le alejó este de las magistraturas, y cuando fué príncipe, llegó á ser uno de los mejores que recuerda la historia. Acogia á los mas humildes, y atendia las reclamaciones contra los oficiales ó los magistrados; ganó el favor del pueblo, no lo solicitó; despreciando los estrepitosos aplausos, delicia de sus predecesores, ni queria adular, ni ser adulado; magnífico sin lujo, y económico sin mezquindad, era observador de las costumbres antiguas, pero sin escrúpulos. Respetando los númenes patrios, intervenia en los ritos públicos, ofrecia como pontífice supremo los sacrificios que ántes solian ofrecer en nombre del emperador los sacerdotes menores; pero no por esto persiguió á los Cristianos, ántes por el contrario, habiendo aceptado la apología que hizo de él Justino Mártir, prohibió que los molestasen, y escribió á las ciudades de Aténas, de Tesalónica, de Larisa, y á todos los Griegos (1) alabando su virtud, su vida moral, sus costumbres y su valor; y aun cuando no lo hacía mas que teniendo en cuenta las virtudes antiguas, sin embargo, por tradicion filosófica llegó á respetar su fe y su grandeza.

Confiábase enteramente en sus amigos, y habiéndolos elegido á prueba, no tenia necesidad de cambiarlos, variando difícilmente tambien á los empleados, y todo el tiempo de su reinado continuó Gavio Máximo de prefecto del pretorio. Enemigo clemente, toleraba la franqueza y hasta la injuria; economizó los suplicios, contentándose con reducir á los reos á la imposibilidad de dañar; prometió no condenar á muerte á ningun senador, y lo cumplió tan fielmente, que solo desterró á una isla desierta á uno que se hallaba confeso de parricidio. De dos acusados como conspiradores, uno se mató y el otro fué proscripto por el Senado, pero queriendo este proseguir los investigaciones, lo detuvo el emperador diciendo : *No tengo mucho deseo de poner en evidencia cuántos me odian.* Repetia tambien : *Mejor es salvar á un ciudadano, que exterminar á mil enemigos.*

Admirando ciertas columnas de pórfido, en casa de un tal Valerio Omulo, preguntó á este de dónde procedian. *Es menester no tener ojos ni oidos en la casa ajena*, contestó el huésped, y consideró el emperador que decia bien. Cuando fué de procónsul á Asia, se alojó la primera noche en casa de Polemon, el sofista mas famoso de Esmirna, el cual, habiendo vuelto á su casa muy tarde, se quejó de que otro la hubiese ocupado, y Antonino, no obstante ser de noche, se marchó y buscó otro alojamiento. Ya emperador, llegó Polemon á Roma á hacerle la corte, y no lo recompensó Antonino sino con los mayores honores, aludiendo únicamente á lo ocurrido con la órden de que ni aun de dia osasen expulsarlo de su habitacion. Quejándosele un cómico de que Polemon le hubiese expulsado del teatro en medio del dia, le contestó Anto-

(1) Á lo ménos por Esparciano.

(1) Eusebio, IV, 13, 26; Julio Capit. pág. 20. En los Antoninos principia la hist. de Gibbon, *Decline and fall of the roman empire.* Basilea 1787. Me sirvo de la edicion dirigida y anotada por Guizot; Paris, 1828.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nino : *Á mí me expulsó en medio de la noche, y sin embargo no me quejé.*

Llamó desde Cálcis de Siria al estóico Apolonio para educar á Marco Aurelio, y vino aquel con una turba de discípulos que Luciano compara con los Argonautas que se lanzaron á conquistar el vellocino de oro. Llegado que hubo á Roma, contestó el soberbio filósofo á la invitacion que le hizo Antonino de ir al palacio : *Al discípulo corresponde ir á casa del maestro.* El emperador puso de manifiesto la tonta arrogancia del estóico diciendo : *¡ Ha venido desde Cálcis á Roma, y ahora se le hace largo el camino desde su casa hasta el palacio !* No obstante, ordenó que Marco Aurelio fuese á su casa.

Con estas ostentaciones filosóficas se adornaba Antonino, y cuando los cortesanos reprendian á Marco Aurelio porque lloraba la muerte de su ayo, dijo : *Dejadlo, y conformáos con que sea hombre, porque ni la filosofía ni la dignidad imperial deben extinguir en nosotros los sentimientos naturales.* Se manifestó, pues, hombre, siempre afectuoso con Adriano miéntras vivió, y despues de su muerte, lo cual le valió el título mas glorioso y nuevo de *Pio.*

Sensible es que sea tan poco lo que se sabe (1) de este emperador, y que aun ese poco haya que rebuscarlo en memorias sin órden cronológico. Respetuoso con el Senado y los caballeros, daba cuenta de su administracion ; dejaba que el pueblo eligiese los magistrados, y solicitaba los cargos como un particular para sí y para sus hijos. Suprimió las pensiones asignadas por Adriano á los delatores y otra canalla por el estilo, sin que esto lo hiciese por avaricia, pues ántes por el contrario, rehusaba las herencias de quien tenia sucesion, y restituía á los hijos los bienes confiscados á los padres, salvo el reintegro á las provincias robadas. Perdonó por completo á las ciudades de Italia, y á las demas del imperio la mitad del dinero que se solia ofrecer á todo príncipe nuevo (*aurum coronarium*) ; disminuyó los impuestos, y cuidó de que se exigiesen con humanidad. Si ocurrian desgracias, lo primero que hacía era restituir el impuesto al país que habia sido perjudicado; sostenia á muchos niños pobres, recompensando á quien se aplicaba á la educacion ; ayudó á los senadores necesitados á sostener el decoro de su posicion, y fué pródigo en los espectáculos, que eran la delicia del pueblo. Quejándose su esposa Faustina de que hubiese invertido la mayor parte de sus bienes en socorrer á los necesitados, le respondió : *La riqueza de un monarca es la felicidad pública.*

No escaseó las obras públicas. Ya en vida de Adriano favoreció con su persuasion y su dinero las construcciones de que este era apasionado ; despues hizo abrir el puerto de Gaeta y reparar el de Terracina ; terminó la mole Adriana ; erigió un admirable palacio en Loria de Toscana donde se habia criado ; restauró muchos monumentos en la Grecia, en la Jonia, en la Siria y en el África, y elevó á ciudad la aldea de Palancio en Arcadia, declarándola libre, por respeto á la tradicion que hacía partir de allí á Evandro en direccion al Lacio.

Era, pues, natural que lo amasen sus súbditos ; y aun los extranjeros tambien sometian sus diferencias á su equidad ; una carta suya bastó para que retrocediesen las Partos de la Armenia; los Lacios, los Armenios, los Quados y otros pueblos aceptaron los reyes que les dió; los reyes de los Hircanos, de los Bactrianos, de los Indios y de los Iberos le prestaron homenaje; fueron subyugados los Brigantes que se sublevaron en Bretaña; sojuzgó y rechazó al otro lado del Átlas á los Mauritanos rebeldes, haciendo ver en fin que era tan grande el poder del imperio que se conservaba sin guerra. 140.

En el interior de su familia lo hizo desgraciado Faustina, entregada á la lujuria, y sin embargo divinizada despues de muerta. Hemos dicho que por órden de Adriano habia adoptado á Marco Aurelio y á Lucio Cómodo, hijos del César Lucio Vero. Dió al primero por esposa á su hija, y apreciaba mucho sus buenas cualidades, miéntras que adivinaba el mal carácter del otro; por lo cual atacado de fiebre en Loria, confirmó la adopcion de Marco Aurelio, le recomendó el imperio, y lo designó por su sucesor, ordenando que trasladasen á su cámara la estatua de oro de la Fortuna, que siempre se hallaba junto al emperador. En seguida murió de sesenta y tres años de edad despues de haber reinado cerca de veintitres ; fué llorado sinceramente, y colocado entre los dioses como se habia hecho con los peores emperadores. Muerte de Antonino Pio, 161.

Su mejor elogio lo escribió su sucesor, y nosotros lo reproducimos, no tanto como un retrato fiel cuanto en loor de quien lo hizo. « Esto » (dice Marco Aurelio) comprendí de mi padre » adoptivo : era de carácter blando, é inflexible » sin embargo en los juicios que formaba des- » pues de maduro exámen ; no se envanecia con » los que se llaman honores ; era asiduo en el » trabajo; siempre estaba dispuesto á escuchar » á quien le daba consejos útiles á la sociedad; » daba al mérito lo que le correspondia ; sabía » dónde convenia estirar y dónde aflojar, renun- » ciar á las locuras de la juventud, y no atender » mas que al bien general. No exigia que sus » amigos fuesen todos los dias á cenar con él, » ni que lo acompañasen en todos los viajes, » acogiendo con igual cariño á quien no habia » podido hallarse á su lado. En los consejos in- » dagaba diligentemente el partido mejor, y » deliberaba largo tiempo sin fijarse en las pri- » meras opiniones. No se fastidiaba de los ami- » gos, ni era nunca excesivo en sus antipatías ni » en su afecto. Se bastaba á sí mismo en todas » las circunstancias de la vida : siempre de ani- » mo sereno preveía de léjos lo que podia suce-

(1) Julio Capitolino dedicó á Diocleciano una vida de aquel emperador, pero confusa. Es sensible que se hayan perdido los libros de Dion Casio relativos á él.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» der ; ordenaba sin ostentacion hasta las cosas » mas pequeñaa ; apagaba las primeras chispas » de las conmociones sin ruido; reprimia las » aclamaciones y toda adulacion baja ; velaba de » contínuo por la conservacion del Estado, y » reducia los gastos de las fiestas públicas sin » hacer caso de que se murmurase de esta rigu- » rosa economía. Adoró á los dioses sin supers- » ticion, y se hizo querer del pueblo no con ca- » ricias ó adulaciones y afectacion de saludar á » todos. Sobrio en todas las cosas y firme, no se » permitia nada inconveniente ó singular : usaba » modestamente de las comodidades que le ofre- » cia con abundancia la fortuna sin ansiar las » que le faltaban. Ninguno dijo de él que afec- » tase buen ingenio, ni que fuese sofista, burlon, » declamador ni perezoso : al contrario, decian » que era prudente, inaccesible á las lisonjas, » dueño de sí mismo, y á propósito para mandar » á los demas. Honraba á los verdaderos filóso- » fos, y no insultaba á los falsos : cortés, mode- » radamente agradable en la conversacion, no » fastidiaba nunca. Cuidaba de su persona con- » venientemente, y no como un hombre apasio- » nado de la vida ó ansioso de agradar, y sin » descuidarse limitaba su atencion á estar sano, » para necesitar ménos la medicina ó la cirugía. » Libre de celos, cedia á la superioridad de los » demas, bien fuese en elocuencia ó en jurispru- » dencia, en filosofía moral ó en cualquier otra » ciencia ; haciendo por el contrario de manera » que cada uno fuese tenido en lo que valia. En » la conducta de su vida imitaba á nuestros an- » tepasados, pero sin ostentarlo; no se compla- » cia en variar con frecuencia de puesto y de » objeto; no se cansaba de permanecer en un » mismo sitio y en un mismo negocio. Despues » de padecer una violenta jaqueca volvia al tra- » bajo ordinario. Tuvo poquísimos secretos, y » esos son los que le imponia el bien público. » En los espectáculos, en las obras públicas, en » las liberalidades, y en cosas semejantes se mos- » traba prudente y comedido, atendiendo á lo » que convenia, no á la celebridad. No usaba del » baño en horas extraordinarias ; no tenia la pa- » sion de edificar ; no se permitia ningun regalo » en la mesa, y no se fijaba en el color ó en la ca- » lidad de los vestidos, ni en la eleccion de her- » mosos esclavos. En Loria llevaba una túnica » comprada en el pueblo inmediato y de tela de » Lanuvio, no usando nunca el manto sino para » ir á Túsculo, y aun entónces se excusaba de » ello. En general no procedia con maneras ás- » peras, indecentes, ni con aquella prisa que hace » decir : *Cuida de no sudar* : ejecutaba todas las » cosas unas despues de otras, con tranquilidad, » sin desórden y con exacta armonía en la suce- » sion. Se podrá decir de él, como de Sócrates, » que sabía gozar indiferentemente, y privarse » de las cosas de que la mayor parte de los hom- » bres no saben carecer sin pesar, ni gozar sin » exceso, conservándose fuerte y moderado en » ambos casos y hombre perfecto ; de tal manera » se manifesto. »

Así escribia su sucesor, al cual le llamaban por esto M. Annio Verisimo por su sinceridad. El mismo Antonino lo educó, y lo confió despues á mejores maestros, de los cuales aprendió las ciencias, el derecho, y especialmente filosofía, adoptando tambien el manto usado por los profesores de esta, y su vida austera, hasta el punto de dormir sobre el duro suelo. Este rigor debilitó tanto su salud, que hubo de ponerse en cura; pero arreglándose despues se restableció, y vivió sesenta años de una vida laboriosísima. M. Aurelio.

Honró y consultó á sus maestros miéntras vivieron, y despues de muertos visitaba y cubria de flores sus sepulcros. Poco amigo de las diversiones ; si por costumbre asistia á los espectáculos; leía ó se ocupaba en negocios, dejando que el pueblo se burlase de él. Á la edad de diez y seis años renunció á favor de su hermana á la herencia paterna, satisfecho con la de su abuelo. Experimentó un dolor extremado cuando fué adoptado para el imperio, adivinando su peso, y los honores no lo apartaron de la sencillez ni de cultivar las ciencias y el trato de sus amigos.

Apénas hubo muerto Antonino Pio, Marco Aurelio nombró augusto y colega á su hermano Lucio Vero, presentando un nuevo ejemplo en la historia ; y despues de hacer las acostumbradas liberalidades gobernaron juntos. Pero eran demasiado diferentes. Lucio Vero de escaso ingenio y de ninguna virtud pasaba los dias en la mesa, y las noches en correr caprichosamente por las calles rivalizando en libertinaje con la canalla ; convertia el palacio en taberna, y despues de cenar con su virtuoso hermano se retiraba á sus habitaciones á celebrar orgías con gente perdida y sus esclavos, á quienes permitia usar con él la libertad de las saturnales. Hallándose en una quinta junto á la via Clodia, donde reunia semejante chusma para entregarse al libertinaje, se atrevió á convidar á Marco Aurelio, el cual permaneció en ella cinco dias para darle un ejemplo inútil de vida frugal y regular. Para conservar el color rubio de sus cabellos, color predilecto de los Romanos, los espolvoreaba con opio ; gastó en un solo banquete seis millones de sestercios (1.200,000 fr.), y á cada una de las doce personas á quienes convidó, regaló una corona de oro, un hermoso esclavo y un mayordomo, vajilla de plata y de oro, y cada vez que se bebia una copa murrina ó de cristal de Alejandría, y copas preciosas enriquecidas con piedras, coronas de flores que no producia la estacion, y esencias preciosísimas en frascos de oro, encontrando en fin cada uno al marcharse una carroza con mulas ricamente enjaezadas. Su caballo Céler no se alimentaba mas que con uvas y almendras, y cubierto de púrpura, estaba alojado en un palacio ; le hizo erigir una estatua de oro, y despues de muerto un magnífico mausoleo en el Vaticano. L. Vero colega. 161.

Las inundaciones, los incendios y los terremotos que habian afligido al imperio y dado motivo á la liberalidad de Antonino, se renovaron por las provincias, agregándose á estos ma-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Guerras. les la epidemia, y despues una carestía extraña en Roma, de tal manera que Marco Aurelio tuvo que fatigarse para aliviar tantas calamidades. Los Catos tambien hicieron una irrupcion en la Germania, y los Britanos negaron la obediencia. Vologeso, rey de los Partos, irritado de que Antonino no quisiera devolverle el trono que Adriano le habia quitado, se lanzó á la guerra con formidables preparativos: se agitó al mismo tiempo la Armenia, y el rey Soemo fué expulsado; y el rey de los Eniocos, pueblos situados entre el Caspio y el Euxino, fué muerto por Tirídates, que habiendo caído despues prisionero de los Romanos, fué desterrado á la Bretaña. Envió Marco Aurelio para combatir á

Con los Partos. los Partos á Lucio Vero, esperando arrancarlo á la indecorosa molicie; pero se engañó. Apénas

162. hubo partido de Roma, los vicios le produjeron una violenta enfermedad en Capua. Curado de esta, pero no de aquellos, pasó el mar, y Aténas, las costas de Asia, la Panfilia y la Cilicia lo excitaron á los goces: Antioquía se los ofreció de todas clases, y pasó el tiempo en la voluptuosa Dafne, entre bufones y meretrices, dejando que sus lugartenientes dirigieran el ejército, que se componia de lo mas selecto del imperio. Vencieron estos muchas veces, y junto á Europa, en las orillas del Eufrátes, hicieron horrible mortandad en los Partos; y repusieron en el trono de Armenia á Soemo. Finalmente, extendiéndose Casio hasta Ctesifonte incendió el palacio de los Partos, se apoderó de Edesa, de Babilonia y de toda la Média, y habiéndosele rendido Seleucia á orillas del Tígris, la entregó al saqueo, y pasó á cuchillo á cuatrocientos mil habitantes. Proclamado indignamente Vero vencedor de los Partos, distribuyó los reinos, y confió el gobierno de las provincias á los senadores que lo acompañaban.

Con los Marcomanos. Excitados en esto los Bárbaros en la Germania por los belicosos Marcomanos, se insurreccionaron desde las Galias hasta la Iliria contra el imperio, que se encontraba en grandes apuros, teniendo ocupados sus mejores ejércitos en Oriente. Por fortuna los que estaban acampados en las fronteras pudieron retardar el impetuoso pero desordenado torrente, hasta que Lucio Vero se dirigió á la Germania con su hermano. Al acercarse los dos emperadores, aterrados los enemigos, parte se refugiaron allende al Danubio, matando á los que habian sido causa de la guerra, y otros se sometieron ó pidieron la paz.

Lucio Vero se aprovechó de esta circunstancia para volar en busca de los placeres de Roma; pero desconfiando Aurelio y con razon, se detuvo á establecer nuevas fortificaciones: restauró las de Aquileya, y proveyó á la seguridad

Muerte de Vero, 169. de la Iliria y de la Italia. No fué inútil su precaucion, porque pronto estalló el apagado incendio y tuvieron que acudir nuevamente los dos Augustos; pero Vero murió en Altino á los treinta y nueve años de edad.

Alguno pensó, pero sin pruebas, que meditaba matar á Aurelio y apoderarse del imperio, y que este se le habia anticipado con el veneno. Aurelio hizo inscribir al libertino entre los dioses, y libre de él marchó mas resuelto por el camino del bien. Prosiguió con vária fortuna la guerra contra los Partos; los Marcomanos pusieron en fuga muchas veces á los Romanos, y persiguiéndolos hasta las mismas murallas de Aquileya, la hubieran tomado á no haber sido por la habilidad de los generales. Habiendo penetrado no obstante en Italia, llevaron á ella el fuego y la desolacion; mas aterrada Roma porque la epidemia causaba gran mortandad, alistó esclavos, gladiadores, desertores y Germanos mercenarios, el emperador vendió los muebles de su palacio, el oro, las estatuas, los cuadros, los vestidos de su mujer, y una preciosísima coleccion de perlas recogidas en los viajes de Adriano, haciendo frente con la enorme suma que logró de esta manera al hambre de entónces; pagó los gastos de una guerra de cinco años, y acumuló tanto, que pudo recobrar parte de las cosas vendidas.

Guerra en Germania. 170.

Habíase extendido la devastacion de los Bárbaros á muchas provincias: los Quados, los Sármatas y los Yacigios pasaron el Danubio; los Marcomanos y Vándalos ocuparon la Panonia, y los Castobocos inundaron la Grecia hasta Elatea en Fócide. Marco Aurelio los persiguió en todas partes como un héroe, pero héroe humano, economizando la sangre donde podia, y animando con su ejemplo á los generales y soldados, hasta que coronando la fortuna sus esfuerzos, rechazó á sus enemigos al otro lado del Danubio.

En el regocijo de la victoria pidieron los soldados un donativo á Marco Aurelio, y este se lo negó diciendo quo no podia ser generoso con ellos sin agravar la suerte de sus padres, y como murmurasen en tono amenazador, añadió que no los temia, pues que solo Dios dispone de los imperios. Tal firmeza les impuso silencio.

Lluvia milagrosa. 174.

Continuando Aurelio la guerra al otro lado del Danubio, enfrente de la antigua Estrigonia en la Alta Hungría, se encontró rodeado por los Marcomanos, y aun cuando sus soldados se defendian con valor de aquella multitud, se veían reducidos al último extremo por la falta de agua. Rayaba ya la necesidad en la desesperacion, cuando de pronto se oscurece el cielo y derrama una lluvia que pareció milagrosa. Miéntras que los soldados la recogen en sus abiertas fauces ó en los yelmos (1), y sacian su horrible sed, caen sobre ellos los Bárbaros. y ya principiaban á hacer una horrible matanza, cuando lanzando la misma tormenta granizo y rayos sobre sus enemigos, ayudó á los Romanos á vencerlos y dispersarlos.

Fué este uno de los accidentes mas ruidosos de aquel tiempo, aclamado como un milagro por los Gentiles y por los Cristianos: solo que aquellos lo atribuyen á Arnúfis, mago egipcio, ó á las oraciones del emperador, miéntras que

(1) Así se ven representados en la columna Antonina en Roma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los nuestros atribuyen su mérito á los soldados cristianos de la legion Melitina, llamada así por haber sido formada en Militine de Armenia, y aun el emperador escribió al Senado con la circunspeccion que requeria la época, que debia estas victorias á los Cristianos (1), y probó lo obligado que les estaba, ordenando que fuese castigado con la última severidad quien los calumniase.

Aurelio fué aclamado emperador por la sétima vez, y Faustina apellidada madre de los ejércitos, deteniéndose él allí para afirmar la tranquilidad. Habiendo renovado los Quados y los Marcomanos sus movimientos, los estrechó de tal manera que el hambre les obligó á implorar la paz, presentándosele al efecto con regalos, con desertores y con trece mil prisioneros hechos en esta guerra, y obteniéndola con la condicion de no traficar mas en los territorios romanos y de residir á lo ménos seis millas separados del Danubio.

Pero los Quados se unieron pronto con los Yacigios, con los Nariscos y con otros pueblos que estaban aun sobre las armas, y despues de arrojar á su jefe Furio que queria disuadirlos de su intento, pusieron en su lugar á Ariogeso. Aurelio los volvió á vencer, y habiendo hecho prisionero al nuevo príncipe, le desterró á Alejandría de Egipto, por lo cual, atemorizados los otros Germanos pidieron la paz, y la obtuvieron con condiciones bastante generosas. Fueron reprimidas con la severidad las turbulencias de los Sequanos, y rechazados con la fuerza los Mauritanos, que habian invadido la España.

Guerra de Oriente.

En Egipto un tal Isidoro, jefe de bandas armadas, mató á traicion á un centurion y á algunos soldados romanos, y habiéndosele reunido muchos Egipcios, destrozó al ejército romano y devastó el país. Acudió desde la Siria Casio, el vencedor de los Partos, y los sujetó, introduciendo entre ellos la discordia, mas bien que con las armas. Tambien dió este pruebas de prudencia y valor en la Armenia y en la Arabia.

Casio.

Casio era tan hábil en las armas como riguroso con los soldados. El que robaba algo á los paisanos, era crucificado en el acto; quemó á algunos vivos, atando á otros juntos y arrojándolos al mar, y hacía cortar los piés y las manos á los desertores, diciendo que la vista de aquellos cojos y mancos producia mas efecto que un suplicio.

En recompensa de las victorias obtenidas sobre los Partos, lo destinó Aurelio contra los Sármatas, sus confederados. Miéntras estaba acampado junto al Danubio, pasaron el rio algunos de sus auxiliares, y acometiendo á los enemigos desprevenidos, mataron tres mil de ellos y volvieron cargados de botin. Pero cuando los centuriones que los habian incitado á esto esperaban elogio y recompensa de Casio, este los hizo crucificar infamemente para que sirvieran de ejemplo de disciplina.

En vista de este excesivo rigor, se rebeló el ejército; pero presentándose Casio sin armas entre los amotinados, exclamó : *Matadme pues, y al olvido de vuestro deber añadid el asesinato de vuestro general.* Aquella intrépida frialdad produjo efecto; se restableció el órden, y habiendo llegado á noticia de los enemigos lo ocurrido, desesperados de vencer á tal jefe pidieron una paz de cien años.

Concluida la guerra de los Marcomanos, nombró Aurelio á Casio gobernador de la Siria, y escribia á su lugarteniente : « He confiado á » Avidio Casio las legiones de la Siria, que Ceso- » nio Vitaliano encontró en inmenso desórden. » Es rígido observador de la disciplina antigua, » sin la cual es imposible mantener en el deber » á los soldados. Ya recordarás aquel verso » que dice : *Moribus antiquis res stat romana* » *viresque*. La disciplina es verdaderamente el » apoyo mas firme del imperio. Cuida de que » tenga aquel víveres suficientes para las legio- » nes, de las cuales creo que hará buen uso. »

Efectivamente, en seis meses puso remedio al desórden y la inmoralidad de las referidas legiones : en cuanto hubo llegado á Antioquía, foco del desórden, envió á los oficiales á los cuarteles; impuso pena capital á los que pusieran los piés en Dafne; pasaba revista cada ocho dias del traje, de las armas y del equipo; les hacía adiestrarse en frecuentes ejercicios, y sabía hacerse querer á pesar de aquel rigor.

Pero el nombre que llevaba le recordaba el de otro que habia intentado restituir la libertad á Roma, y él tambien. adversario de la monarquía, soñaba una república romana. Ya en tiempo de Antonino se habia sospechado de sus intenciones; pero la dulzura de los tiempos hizo que se le tolerase. Lucio Vero lo denunció á su hermano como un descontento, que tachaba al uno de filosofante, y al otro de libertino; que reunia tesoros y aspiraba á algun elevado objeto; pero Aurelio dió una respuesta que revela su buen carácter y la indolencia de una filosofía fatalista. « ¿ Por qué apurarse ? Si la suerte destina » el imperio á Casio, ninguno mata á su sucesor; » si no, quedará cogido en sus mismas redes. No » conviene desconfiar de un hombre no acusado » y de tantos méritos : si debo perder la vida por » el bien del Estado, poco me importa si se hace » el bien á costa del de mis hijos. »

Miéntras hacía la guerra en Germania, corrió la voz, ó la divulgó Casio, de que habia muerto el emperador. Temiendo la emperatriz Faustina que fuese ocupado el imperio por cualquiera, y hallarse en peligro juntamente con sus hijos, excitó á Casio á que lo tomase y se casase con ella. Sea ó no cierto el hecho, Casio se hizo proclamar, y en breve lo obedecieron el país de allende el Tauro y el Egipto; príncipes y pueblos extranjeros abrazaron su 175.

(1) Todos los historiadores consignan el hecho : Tertuliano cita la carta en la *Apología* como cosa notoria é indudable; Eusebio y San Jerónimo la alegan como existente; pero el texto griego generalmente unido á las apologías de San Justino, y reproducido por Baronio en latin, no puede aceptarse como genuino.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

causa, y especialmente los Hebreos, tan desgraciados que solo tenian esperanza en la conmocion.

Cuando ya no lo pudo ocultar Marco Aurelio, informó él mismo á su ejército de lo ocurrido, quejándose tranquilamente de la ingratitud con que correspondia Casio á la amistad que siempre le habia manifestado, y que le mostraria apénas volviese á su deber : en seguida, y despues de haber terminado las guerras, tomó el camino de la Iliria para encontrar á Casio y cederle el imperlo, si tal fuese la voluntad de los dioses : *Porque*, añadia, *si sufro tantos trabajos, no es por interes ó ambicion, sino porque deseo el bien de mi pueblo.*

Casio no tenia mas que censurar en su señor sino que se entregaba á la filosifía descuidando los mas importantes negocios, y que por su excesiva bondad dejaba que las cosas siguiesen su curso sin tratar de precaverlas. Pero en breve le arrancó la vida despues de un reinado de tres meses y seis dias el puñal del centurion Antonio. Habiendo encontrado Marco Vero, que habia marchado contra él, las cartas de sus partidarios, las quemó diciendo : *Esto agradará á Marco Aurelio; y si le desagrada ; perdiendo yo la vida, habré salvado la de muchos.* El capitan de las guardias de Casio y su hijo Muciano, nombrado gobernador del Egipto, perecieron, y asimismo algun otro sin conocimiento del emperador, el cual ordenó que los desterrados volviesen á la patria y recobrasen sus bienes, y al remitir al Senado el exámen de la conjuracion, dijo : *Sean exentos de la muerte, de la infamia y de todo castigo por vuestra autoridad los senadores y caballeros que han tomado parte en la conjuracion, y que se diga en vuestro honor y en el mio, que esta insurreccion solo costó la vida á los que perecieron en el primer tumulto. ¡Así pudiera tambien devolver la vida á estos! La venganza es indigna de un monarca.*

Considerando que Casio habia encontrado gran apoyo en la Siria, de donde era natural, decretó Aurelio que en adelante ninguno fuese gobernador de su país natal, y tomó bajo su proteccion á la esposa, al suegro y á los hijos del rebelde, prohibiendo que se les echase nunca en cara la desventura de su padre, y los elevó á dignidades, á pesar de que sabía los manejos de aquella familia para hacerlo odioso al pueblo y á los soldados. Citó el ejemplo de César y de su padre Antonino á su esposa Faustina que lo excitaba al rigor ; á los amigos que le decian : *No hubiera usado Casio de tanta moderacion*, replicó : *No servimos tan mal á los dioses para temer que se hubieran querido declarar por Casio*, y añadió, que la crueldad habia producido la desgracia de muchos de sus antecesores; que un príncipe bueno jamas es vencido ó muerto por un usurpador ; que Neron, Calígula y Domiciano habian merecido su fin ; que Oton y Vitelio eran ineptos para el gobierno, y que la avaricia habia causado la ruina de Galba.

Perdónesenos si como el viajero que encuentra en el desierto una palmera á cuya sombra halla alivio á su cansancio, nos detenemos en estos actos de clemencia tan raros en la historia.

Interior.

Gozábase en Roma de cuanta libertad eran capaces los antiguos, y bajo la autoridad de un emperador honrado y generoso se alzaban las frentes con dignidad. Jamas salia este del Senado hasta que el cónsul no levantaba la sesion con la frase : *Nihil vos moramur, patres conscripti* : regresaba de la Campania siempre que habia algun asunto en aquella asamblea ; aumentó los dias fastos para los negocios ; fué el primero que instituyó un pretor para las tutelas; impuso nota de infamia á los delatores; administraba asiduamente la justicia, y con frecuencia remitia las causas al Senado, considerando mas justo someterse él mismo al parecer de tantos sabios, que no el arrastrar á estos al suyo. La bondad, sin embargo, lo inducia alguna vez á perdonar tembien al reo. Heródes Ático, famoso retórico y rico avariento, tenia un pleito con la ciudad de Aténas, y viendo inclinado al emperador á favor de esta, en vez de razones, principió á decirle injurias, porque se dejaba gobernar por una mujer y por una niña, refiriéndose á Faustina y á su hija, mediadoras en favor de los Atenienses. Cuando Heródes desfogó toda su bílis, Baseo, capitan de los guardias, le dijo : *Tu insolencia podrá costarte la vida. — Un hombre de mi edad no tiene qué temer*, replicó aquel y se marchó. El emperador, que le habia escuchado pacíficamente, dijo á los diputados de Aténas luego que hubo partido : *Ahora podéis exponer vuestras razones, aun cuando Heródes no haya querido alegar las suyas.* Y los oyó con atencion, y derramó lágrimas al escuchar los ultrajes que hacian con ellos Heródes y sus libertos. Sin embargo condenó solamente á estos últimos y sin proporcion á su culpa; luego los perdonó, y apénas se quejó Heródes con él de que ya no le escribiese, le dió sus excusas por haber condenado á personas dependientes de él (1).

Este exceso de bondad que dejaba sin castigo á los malos gobernadores, que no previno la sublevacion de Casio, y que le hizo nombrar colega suyo al libertino Lucio Vero, y su sucesor al malvado Cómodo, redundaba en perjuicio de los súbditos. Por condescendencia toleró no solo el insolente libertinaje de su esposa Faustina, sino que hasta dió empleos á sus

Faustina.

(1) En las *Vidas de los sofistas* nos conservó Filostrato esta carta, singular en un rey : « Deseo que estés bueno y convencido de que te quiero. No debe parecerte mal que habiendo considerado que algunos de tus dependientes han incurrido en falta, los haya castigado, si bien ha sido de la manera mas dulce posible. No me lo imputes; pero si he hecho ó hago algo que te desagrade, impónme una correccion, que yo te daré satisfaccion en el templo de Minerva en Aténas, en la época de los misterios, pues en el fervor de la guerra hice voto de iniciarme, y quiero que tú presidas la ceremonia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

amantes. Aconsejándole sus amigos que la repudiase, contestó: *Tendria que restituirle su dote, esto es, el imperio que me dió su padre,* razon ó chiste indigno de un sabio. Despues de la rebelion de Casio, hay quien dice, que por la vergüenza de verse acusada por los cómplices, se mató Faustina. Aurelio la lloró como fiel, amable y de maravillosa sencillez de costumbres; convirtió en ciudad con el nombre de
176. Faustinópolis la aldea situada al pié del Tauro, donde aquella habia terminado sus dias; rogó al Senado que la pusiera en el número de los dioses, y el Senado obsequioso le dió gusto, y la erigió estatuas y un altar, en el cual hiciesen las nuevas esposas solemne sacrificio á la adúltera imperial.

Continuando Marco Aurelio el camino para Oriente, perdonó á cuantas ciudades habian seguido el partido de Casio, y al Egipto, excitado por este; solo castigó á Antioquía, prohibiendo los juegos que allí se celebraban y que eran su vida, y le quitó sus privilegios; pero habiendo ido despues en persona, tambien la perdonó. Hízose iniciar en Aténas en los misterios de Céres, y estableció profesores de todas las ciencias: y al llegar luego á Italia, ordenó á los soldados que vistiesen la toga, no presentándose nunca ni él ni su acompañamiento en traje guerrero.

Desde allí, entrando triunfante en Roma, superó en liberalidades á todos sus predecesores. Entre las diferentes y buenas leyes que dió, publicó una prohibiendo á los gladiadores que se sirviesen de armas homicidas, hecho mucho mas honorífico que el agitar en las escueles cuestiones de filosofía á ruego de los literatos que temian, en su ausencia, que se perdiese la memoria de los sistemas filosóficos.

Muerte de Aurelio, 17 de marzo. Llamáronle á nuevas guerras y victorias los Marcomanos; pero en medio de sus triunfos, murió en Viena de Austria á los cincuenta y nueve años de edad, habiendo reinado diez y
180. nueve, y todos lo lloraron sinceramente, excepto acaso su hijo Cómodo, de quien se sospechó que le habia acelerado la muerte. Tranquilamente la vió acercarse Aurelio y decia: « No » me admiro de que mi estado os conmueva y » enternezca, por ser natural que sientan los » hombres compasion hácia sus semejantes, y » tanto mas viva cuando son testigos de sus » desventuras. Pero espero de vosotros algo » mas que los sentimientos ordinarios inspira- » dos por la naturaleza: por mi corazon juzgo » del vuestro, y mis sentimientos hácia vos- » otros me prometen la recompensa por vuestra » parte. Á vosotros corresponde declarar que » he colocado bien mi estimacion y afecto, y » que no perdéis la memoria de mis beneficios. » Os recomiendo este hijo mio; tomad con em- » peño su educacion. Apénas sale de la infan- » cia; en los primeros ímpetus de la juventud, » y como si marchase por un mar tempestuoso, » ha menester de direccion y de piloto, el cual, » no escaso de experiencia, jamas lo extravíe » ni estreile contra los escollos. No lo aban- » donéis; haced con él las veces de su padre; » dadle continuamente buenos consejos y salu- » dables instrucciones: que me encuentre en » cada uno de vosotros. Las mayores riquezas » no bastan para los placeres y los vicios de un » príncipe voluptuoso: y si es odiado por sus » súbditos, no está su vida segura á pesar de » cuantas guardias lo defiendan. Asegurados de » las conjuraciones y conmociones, reinaron » los príncipes que pensaron en hacerse amar » mas bien que temer. Quien obedece de buena » voluntad, está libre de sospechas en su con- » ducta y en sus obras; sin ser esclavo, es buen » súbdito, y no rehusa obediencia sino cuando » se manda con altanera dureza, añadiendo á » la autoridad el ultraje. Porque es difícil usar » con moderacion un poder sin límites. Repetid » con frecuencia á mi hijo las instrucciones » que ahora oye y otras semejantes; así forma- » réis para vosotros y para el imperio un prín- » cipe digno; me demostraréis vuestra constan- » cia y honraréis mi memoria, único medio de » inmortalizarla. »

Sus cenizas fueron depositadas en la mole Adriana; se le inscribió entre los dioses, y se consideraba sacrílego á quien no tuviera su efigie en su casa. Ademas del ejemplo, tambien nos dejó preceptos por escrito (1), que determinan el punto mas alto á que podia llegar la filosofía pagana, iluminada á pesar suyo por el reflejo de aquella suprema sabiduría, á la cual cerraba con empeño los ojos. « Hay un » solo Dios (decia) en todas partes; una sola » ley, la cual es la razon comun á todos los » seres inteligentes. El alma de cada uno es un » dios y emanacion del Ser Supremo. Quien cul- » tiva su razon debe considerarse como sacer- » dote y ministro de los dioses, porque se » consagra al culto de aquel que fué colocado » en su conciencia como en un templo. Guar- » dáos de injuriar á este genio divino que habita » en el fondo del corazon, y conservadlo propi- » cio, haciéndole un obsequio modesto como » á un dios. Olvidad cualquier otra cosa para » ocuparos únicamente en el culto y de tu di- » reccion y de lo que hay en ti de celeste. Sed » dóciles á las inspiraciones de esta emanacion » del gran Júpiter, que la dió á cada uno como » guia y gobierno, esto es, el espíritu y la razon. » Que el Dios que vive en nosotros conduzca y » gobierne á hombres verdaderamente hombres. » Nada encontrarémos superior al genio que » reside en nosotros y manda á nuestros deseos. » Una razon igual prescribe lo que debemos » hacer ó evitar; nos rige, pues, una ley co- » mun, y somos ciudadanos bajo el mismo go- » bierno.

(1) *Recuerdos de* M. Aurelio Antonino, *emperador y filósofo*, libro 12. Joly, en la version francesa, los distribuye por órden de materias, miéntras que en el original griego están en confusion, como pensamientos escritos conforme ocurren. El cardenal Mai encontró en el *Fronton* descubierto en la biblioteca Ambrosiana muchas de Marco Aurelio á aquel maestro suyo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» Princípiese cada dia diciendo: Hoy tendré » que habérmelas con entrometidos, con ingra- » tos, con insolentes, con gentes astutas, envi- » diosas é insociables. No tienen estos defectos » sino porque no conocen los verdaderos bienes » y los verdaderos males; pero yo que aprendí » que el verdadero bien consiste en lo que es » honesto, y el verdadero mal en lo que es tor- » pe; que conozco la naturaleza de quien me » ofende, y que es pariente mio, no por la carne » y la sangre, sino por la participacion comun » en el mismo espíritu emanado de Dios, no » puedo considerarme ofendido de su parte, » porque no podria despojar á mi alma de la » honradez. ¡Oh hombre, tú eres ciudadano de » la gran ciudad del mundo! ¿Qué te importa » no haberlo sido sino durante cinco años? » Ninguno puede lamentarse de desigualdad en » lo que se hace por las leyes del mundo. ¿Por » qué, pues, irritarte si te destierra de la ciudad, » no un tirano ni un juez inicuo, sino la natu- » raleza misma que en él te habia colocado? Es » lo mismo que si un actor fuese despedido del » teatro por el empresario que lo habia ajusta- » do.—No he concluido mi papel; solo he re- » citado tres actos.—Dices bien; pero en la vida » forman tres actos una comedia entera, por- » que siempre se termina esta á propósito por » el compositor mismo que manda interrum- » pirla. En todo esto no has sido ni autor, ni » causa de nada: véte, pues, en paz, porque » quien te despide es todo bondad.

» Yo debo á mi abuelo Vero la sencillez en » las costumbres y la dulzura; á la memoria » que conservo de mi padre un carácter modes- » to y viril; á mi madre la piedad y la liberali- » dad, esa cualidad que me hace no solo abste- » nerme del mal, pero ni siquiera pensar en él, » la frugalidad en los alimentos y el desprecio » de toda clase de pompa: debo á mi bisabuelo » el no haber ido á los escuelas públicas, ha- » biendo tenido en casa ilustres preceptores, y » conocido que no se gasta nunca demasiado en » esto; á mi ayo el no tomar parte por la fac- » cion verde ó por la azul en las carreras, ni en » los combates de los gladiadores por el escudo » grande ó por el pequeño; el resistir la fatiga, » servirme á mí mismo, y no prestar atencion » á los delatores: debo á Diagnoto el no ocupar- » me de vanidades, el no creer en ilusiones ni » encantos, ni en exorcismos, en demonios ma- » los, ni en otras supersticiones, enseñándome » á dejar que se hable de mí libremente, á dor- » mir en una mala cama y una piel, y los demas » ritos de la educacion griega; soy deudor á » Rústico de haberme evitado la necesidad de » corregir mis costumbres, de haber alejado de » mí la ambicion de los sofistas, y el deseo de » escribir acerca de ciencias abstractas, de de- » clamar discursos por ejercicio, y de buscar la » admiracion con aparato de ocupaciones pro- » fundas y de generosidad, usando en las cartas » estilo sencillo, perdonando al arrepentido sin » pérdida de tiempo, leyendo con atencion, y » no contentándome con entender las cosas su- » perficialmente. Aprendí de Apolonio á ser » libre, firme, no vacilante, atento solo á la » razon, é igual en todos los casos de la vida, y » á recibir los dones de los amigos sin frialdad » ni abyeccion; de Sexto aprendí benignidad, » ejemplos de buen padre, gravedad sin artificio, » el cuidado contínuo de agradar á los amigos, » el arte de tolerar á los ignorantes é inconsi- » derados, el de hacer mi sociedad mas agra- » dable que la de los aduladores, atrayéndome » tambien su respeto, y asimismo el de aplau- » dir sin estrépito, y á saber sin ostentacion. » Del gramático Alejandro aprendí á no censu- » rar las voces bárbaras y la incorreccion de la » sintáxis y de la pronunciacion, sino á hacer » mas bien que se comprenda cómo debe de- » cirse, aparentando responder, ó dar pruebas » ó desarrollar la misma idea, con expresion » diversa ó de otra manera que no parezca cor- » reccion: me enseñó Fronton á reflexionar en » la envidia, en el fraude y en el disimulo de » los tiranos, y que los patricios no tienen co- » razon; el platónico Alejandro á no decir sin » necesidad: *Me falta el tiempo*, ni con pretexto » de cuidados eximirme de las obligaciones so- » ciales; y por fin, las lecciones de Máximo » me acostumbraron á dominarme, á no dejar- » me oprimir por ningun accidente, y á impri- » mir moderacion, suavidad y dignidad en mis » costumbres; á ocuparme en los asuntos sin » murmurar, á no ser apresurado, ni pesado, » ni irresoluto, ni altanero, ni desconfiado, á » no mostrar á los demas que consideraba vil » á ninguno, y que me creía superior á él, y » por último, á complacerme en las bromas » inocentes.

» Reconozco que ha sido un beneficio de los » dioses haber tenido buenos padres, buenos » preceptores, buenos domésticos y buenos ami- » gos, que son las cosas que mas se desean; no » haber ofendido inconsideradamente á ningu- » no de estos, aunque á ello sintiera natural- » mente propension; ademas, haber conservado » la inocencia en la flor de la juventud, no ha- » biendo hecho uso prematuro de la virilidad; » haber estado bajo la autoridad de un príncipe » y padre que tenia en mí su orgullo, persua- » diéndome que el príncipe puede habitar en el » palacio y privarse sin embargo de guardias y » trajes pomposos, de antorchas, de estatuas y » lujo parecido; no haber hecho progresos en » la retórica, en la poesía y otros estudios se- » mejantes, que me hubieran extraviado (1); no » haber carecido de dinero cuando he querido » socorrer á un pobre; no haber necesitado de

(1) No quiere decir sin embargo que no se deleitase en estos estudios; de ello dan una prueba contínua sus indicadas cartas á Fronton. En una le dice: « Mitte mihi aliquid, quod tibi disertissimum videatur, quod legam, vel tuum, vel Catonis, vel Ciceronis, aut Sallustii, aut Gracchi, quod letæ alicujus. Χρησῶγὰρ ἀνακπαὺλης, et maxime hoc genus; quæ me lectio extollat et diffundat εκ τῶν κατειληφνιῶν ωροντιδίων. Etiam si qua Lucretii aut Ennii excerpta habes εὔφωνα καὶ : ωραα, et sicubi ἤθονς εμωάσεις. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» socorros ajenos; haberme sugerido durante » el sueño oportunos remedios para mis males, » y en suma, haberme librado en el estudio de » la filosofía de las manos de algun sofista, de » perder el tiempo en explicar sus comentarios, » de ilustrar silogismos y disputar sobre mete- » reología. »

CAPÍTULO XIV

El imperio en la época de los Antoninos.

Esta es la época de la mayor grandeza del imperio, por lo cual queremos detenernos á considerar su condicion civil, moral y literaria, ántes de que ocurran mas graves calamidades.

Á excepcion de la Bretaña y la Dacia, ningun nuevo país fué agregado definitivamente al imperio, si bien fueron reducidos á provincias otros, sobre los cuales ya ejercia influencia. La

Italia. Italia, centro de aquella vasta unidad, era siempre la residencia del emperador y del Senado, cuyos miembros debian tener aquende los Álpes la tercera parte por lo ménos de sus posesiones. En ella no ejercian su arbitrariedad los gobernadores, ni se pagaban tributos; y las comunidades municipales hacian ejecutar las leyes supremas. Pero despues del reinado de Trajano principió á considerársela poco mejor que á las demas provincias, á las cuales se pudo decir igualada cuando la confió Adriano al gobierno de cuatro varones consulares. El régimen municipal de sus ciudades iba aproximándose á la aristocracia, como acontece en los imperios, siendo elegidos los magistrados, no ya entre el pueblo, sino entre los decuriones ilustres; limitada la jurisdiccion á ciertas sumas.

Provincias. Cuando Roma extendió sus conquistas fuera de Italia, y el Senado y sus magistrados no bastaron á gobernarlas, se enviaron con este objeto próconsules y pretores que reunian en sí el poder de hacer las leyes, el de aplicarlas y de reprimir toda manifestacion; déspotas, tanto mas absolutos cuanto mas distantes estaban de la metrópoli. Árbitros por tanto de la hacienda y de la vida, todo su afan era robar en las provincias, y en un año, cuanto bastase á enriquecerlos para toda la vida. Agregábanse á estos los caballeros, arrendadores de las rentas públicas, y no habia vejacion que no impusiesen á los provinciales, miéntras que los ciudadanos romanos que vivian en las provincias, exentos de tributos y únicamente juzgados por la asamblea del pueblo, no experimentaban aquella durísima tiranía (1).

En tiempo de los emperadores mejoró la condicion de las provincias, no dependiendo ya de la voracidad ó de la sensualidad de un Vérres ó de un Pison, ni agitándose entre resentimientos de familiá ó de tribu. Permaneciendo largo tiempo los gobernadores en las provincias que se les confiaban, se instruían de su condicion y de sus necesidades, y contraían en ellas amistades, ademas de que á semejanza de los modernos bajás de Turquía, vigilados por un despotismo suspicaz, debian temer los instantáneos castigos de un emperador, al cual podian quejarse libremente los oprimidos, y á quien su mal adquirida riqueza podia servir de estímulo para proscribirlos. Puede servirnos como una prueba de esto el ver, por ejemplo, prosperar las Galias en riqueza y cultura, y tambien en independencia, porque no encontramos ya á los libres obligados á buscar la seguridad bajo la proteccion de un patrono.

Para consolidar su dominio, el primer cuidado de Roma era quitar á los vencidos la fuerza pública y la libertad constitucional, extinguir las confederaciones, é introducir en ellas una poblacion romana con las colonias y con las concesiones de ciudadanía.

Si Aténas y Esparta habian perecido por el **Ciudadanía.** afan de conservarse puras de mezcla extranjera, Roma se asimilaba desde luego nuevos elementos, y era contínua la circulacion de los habitantes desde las provincias y desde los países conquistados á la metrópoli, la cual concedia de diversas maneras la ciudadanía. Reservada esta en un principio por los Romanos con tanto celo, que sostuvieron guerras para no hacer partícipes de ellas á los pueblos que les habian auxiliado en las conquistas, se extendió durante los peligros de la guerra social á toda la Italia, esto es, á cuantos habitaban desde el Rubicon y desde Luca hasta el Faro, y luego hasta á los Venetos y á los Galos Cisalpinos.

Los siervos, haciéndose acreedores á recompensas, podian llegar á ser libertos y entrar así en la sociedad política de su patrono. Si las manumisiones se hacian legalmente, adquirian los derechos privados de ciudadanos, si bien estaban excluidos de los empleos y del servicio militar, y no eran admitidos en el Senado hasta la tercera ó cuarta generacion.

Augusto contó cuatrocientos setenta y tres mil ciudadanos; pero terminado el sistema de las conquistas, redujo la facultad de convertir en ciudadanos á los esclavos manumitidos, aceptando solamente como tales á los magistrados y grandes proprietarios de las provincias. Esto afirmaba el poder imperial, pero ofrecia ménos hombres para el ejército, de tal manera que Augusto, el año 745 de Roma, se vió obligado á alistar de nuevo á los libertos y esclavos para proteger las colonias inmediatas á la Iliria y las fronteras del Rhin. Mecénas le aconsejaba que concediese la ciudadanía á todos los súbditos, con lo cual se habria borrado todo vestigio de régimen municipal y reducido el imperio á la unidad monárquica; pero el estar excluidos los ciudadanos del impuesto predial, de aduanas y peajes, hizo avaros á los emperadores de este derecho, que sin embargo dejaron extender los sucesores de Augusto, no mirando ya á Roma tan parcialmente. Los magistrados municipales

(1) Cf. con el cap. II del lib. V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que salian anualmente de sus funciones adquirian la ciudadanía por derecho, y lo mismo los que servian en las legiones ó se hacian beneméritos de cualquier otro modo. Los Sirios y los Egipcios, ya por estar separados, ya por orgullo propio ó por celos de los dominadores, aceptaron poco de la civilizacion romana, ni fué admitido en el Senado ningun Egipcio hasta la época de Septimio Severo (1).

Cuando el interes patrio ó la gloria cesaron de estimular á los ciudadanos á tomar las armas, debieron llenarse las legiones de gente que no pertenecia á Italia ni gozaba del derecho de ciudadanía, y hubo que confiar su mando á extranjeros. Despues fué menester recompensar sus servicios haciéndolos ciudadanos, elevándolos á los primeros honores, y dejando, como sucede siempre, que llevasen consigo á sus parientes y amigos, de tal manera que el ejército, el Senado y los magistrados no fueron ya Romanos sino en el nombre. Claudio admitió en el Senado á muchos extranjeros, ó sea súbditos no ciudadanos; y sin embargo, en su tiempo se elevaban estos á cinco millones seiscientos ochenta y cuatro mil setenta y dos, segun Tácito, ó segun Eusebio, á seis millones novecientos cuarenta y cuatro mil. Este número tan crecido se debió á los favoritos, que comerciaban con esto; pero en tanto las rentas públicas se disminuían, por lo cual fué necesario aumentarlas con las confiscaciones y las proscripciones. Resultaba ademas para las provincias el perjuicio de que se iba acumulando la riqueza en manos de los ciudadanos, á los cuales eximia este título de tributos. No obstante, en tiempo de Galba se limitó la exencion de los ciudadanos recientemente admitidos á algunos impuestos; y hasta la época de Trajano hubo cierta distincion de privilegios entre los antiguos y los nuevos: y parece tambien que desde Vespasiano los provinciales admitidos en la ciudad no quedaron libres de ningun impuesto.

Derogadas estas exenciones no debia de ser ambicionado el título de ciudadano como antiguamente. Las prerogativas de ocupar solos los empleos, de no ser juzgados sino por la asamblea del pueblo, de no pagar tributo, y de decretar la guerra y la paz, habian caído con la república, quedándoles apénas mas que el beneficio de no ser presos por deudas, y de acudir en apelacion al emperador. El de participar de los donativos y de las liberalidades públicas valia algo en Roma; pero era poco mas que nada en tanta extension y á tanta distancia. Eran por el contrario cargas gravosas para los ciudadanos la obligacion de ir á la guerra, de no contraeer nupcias con extranjeros, el estar excluidos de las herencias intestadas, excepto en el grado de próximo parentesco por agnacion, y algunos empréstitos que solo pesaban sobre ellos.

No hizo, pues, un beneficio Caracalla cuando extendió á todos la ciudadanía, porque sometió á los provinciales á todas las cargas de los ciudadanos, quitándoles los privilegios que les eran peculiares. Con esto se enfrió el amor y el interes hácia una patria comun á todo el mundo, y se aumentaron la arbitrariedad de los emperadores y la violencia de los soldados, por haber concluido la autoridad del pueblo y la dignidad del Senado. Se multiplicaron por consiguiente las guerras interiores, y sin embargo no civiles, en las cuales se trataba de colocar en el trono ó de derribar á un capitan extranjero, extraño á los sentimientos y á la prosperidad de la nacion y del imperio.

Ademas del medio de la ciudadanía, se unia Roma á los pueblos propagando la lengua latina, la cual se difundió fácilmente en África, en España, en la Galia, en la Bretaña y en la Panonia, modificada por las lenguas primitivas, y mas difícilmente entre la Germania y los montañeses: el orgullo griego no se habria sometido nunca á cambiar el idioma de Homero y de Demóstenes por el de sus imitadores, que hasta se gloriaba de ignorar (1).

Caminos.

Facilitaban la comunicacion entre las provincias admirables caminos de una solidez que ha sobrevivido á los siglos. Por órden de Augusto se pusieron en buen estado los cuarenta y ocho de Italia, que se extendian por espacio de tres mil leguas desde Roma hasta Bríndis y hasta los Álpes, y se continuó hasta Cádiz el que atravesaba los Pirineos Orientales, miéntras que Agripa dirigió otros por la Galia. Trajano hizo uno que atravesaba las lagunas Pontinas desde *Forum Apii* hasta Terracina, y acabó la via *Apia* desde Benevento hasta Bríndis. Los demas emperadores abrieron otros por todo el imperio. La via *Aurelia*, que atravesaba la Etruria, la Liguria y la provincia Narbonense hasta Árles, se continuó por Narbona, Tarragona y Cartagena hasta Cádiz, y despues del estrecho llegaba hasta Tánger. La via *Flaminia*, desde Roma por la Italia Septentrional, la Panonia, la Mesia, la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto y el África llegaba al Océano Atlántico, pasando por Rímini, Bolonia, Plasencia, Milan, Verona y Aquilea; penetraba despues en Panonia por Siscia y Sirmio; en Mesia por Singiduno, Naiso y Sardica; en Tracia por Filipópolis, Adrianópolis, Heraclea y Constantinopla; en Bitinia por Dadastane, despues por Ancira, y las ciudades de Capadocia y de Pisidia, y cruzado el Tauro, pasaba por Ixo, Antioquía, la Siria, la Palestina, el Egipto, las ciudades marítimas del África, Alejandría, Cirene, Cartago y Tánger. Otros caminos partian de estos para llegar á las grandes ciudades, donde desembocaban otros menores. Así como Roma era el centro de la Baja Italia, Milan lo era de la Septentrional, Árles de la provincia Narbonense, Burdeos de la Aquitania, Lion de la antigua

(1) Dion Cassio, XXV.

(1) Hasta Libanio, ningun Griego que yo sepa menciona á Horacio y Virgilio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Céltica, Reims de la Bélgica, Tréveris de la Germania, Augusta de la Retia y del Alto Danubio, Sirmio de la Panonia, Durazo de la Grecia, Naiso de la Mesia, Ancira, Tavio y Damasco del Asia Menor y la Siria, Alejandría y Cartago de Egipto y de África, Mérida, Astorga, Zaragoza y Córdoba de España, Lóndres de la Bretaña, etc.

Desde la muralla de Antonino á Roma y esde Roma hasta Jerusalen, en una extension de cuatro mil ochenta millas romanas (1) se unian las provincias y facilitaban el trasporte de las legiones y de las noticias. En estos caminos establecieron los emperadores postas regulares con posadas á cada cinco ó seis millas, provistas de cuarenta caballos, de manera que se podian caminar cien millas al dia, y así Tiberio pudo correr en veinticuatro horas doscientas millas desde Lion á la Germania. Á diferencia no obstante de los modernos, servian únicamente para el gobierno, ó para quien obtenia un especial permiso. El mar estaba protegido y surcado por numerosas escuadras, bien abrigadas en puertos convenientes.

Esto hacía que la dominacion romana fuese mas fuerte que lo habia sido ninguna otra del Asia. Y aun cuando se clame con razon contra los imperios extensos, que encadenan con iguales leyes á razas enteramente distintas en índole y cultura; que dejan desatendidas las quejas; que no satisfacen las necesidades, y hacen llegar las órdenes desde la remota capital despues de haber cesado la oportunidad, es menester confesar no obstante, que destruyendo las fronteras se facilitó el contacto entre tantos pueblos; la lengua oficial, las magistraturas y las legiones extendieron la civilizacion si no la aumentaron, y llamando á los pueblos á contribuir unos con la fuerza, otros con el ingenio, y algunos con la riqueza, les enseñaron á conocerse y á estrechar los vínculos de fraternidad, y dilataron á mucha parte del mundo los privilegios que, reservados al principio á un puñado de bandidos ó á algun millar de ciudadanos, hacian de la política romana una gran injusticia en beneficio de pocos y en perjuicio del género humano.

Sin embargo, aquella inmensa extension rompia las barreras que se oponian en tiempo de la república á los abusos por el amor de la patria ó por el respeto á las costumbres. Habian sido modificadas estas por los elementos extraños y por estar al frente del Estado un extranjero, que acaso tambien era un Bárbaro. Los mismos ciudadanos vecinos de Roma no eran ya los descendientes de los antiguos republicanos, exterminados por las guerras civiles, por las proscripciones republicanas y por las matanzas imperiales, sino libertos y esclavos, que con el nombre no habian heredado las tradiciones.

Y si no obstante estas sobrevivian en algunos, sostenidas por la educacion, por la literatura y por las memorias que las rodeaban, no servian sino para hacer mucho mas sensible para los individuos el peso de un déspota, que de un dia á otro podia confiscar sus bienes, y enviarles la órden de matarse. Tan desenfrenada opresion hubiera sido ménos pesada para los pueblos asiáticos, los cuales, digámoslo así, respiraban la servidumbre con el aire; pero en Roma subsistian nombres y formas republicanas; á título de libertad y de seguridad pública se acusaba de alta traicion, y en tanto se castigaba esta cuanto que el emperador representaba al pueblo con el poder tribunicio. ¡Cuán desconsolador debia, pues, ser el dolor de aquellos que se sentian con bastante nobleza, para no ahogar la indignacion en el placer! ¿Y qué partido les quedaba? huir: ¿pero adónde, si todos los países civilizados estaban sometidos á Roma?

Poder imperial.

Roma demostró entónces palpablemente que el bien público se deriva mas bien de las instituciones que de la rectitud de los príncipes. Tuvo buenos emperadores, pero no podia tampoco regocijarse con confianza, pensando que aquel mismo soberano á quien creía bueno podria convertirse al dia siguiente en un monstruo, ó ser reemplazado por un sucesor perverso, pues que todo dependia de las cualidades del monarca. Augusto no quiso introducir ninguna oposicion, para no poner de manifiesto toda la autoridad que habia usurpado, y sus sucesores quitaron aun aquella poca que procedia de la costumbre y de las formas republicanas, dejándolas que se aniquilasen por sí mismas en el desuso.

Lex Regia.

Dícese que habia una *lex regia*, en fuerza de la cual se concedia el supremo poder al emperador; pero no consta que haya existido; ciertamente este nombre no podia ser de los primeros tiempos del imperio, y acaso fué adoptado cuando en tiempo de Justiniano se compilaron las *Pandectas*. Si una ley general hubiese creado un poder supremo, no hubiera sido preciso confirmarlo, y sabemos por el contrario que los *actos* de cada emperador no tenian fuerza despues de su muerte sino los aprobaba el Senado, depositario de derecho de la soberanía, aun cuando estuviera esta de hecho en manos de uno solo. Parece que al emperador electo se le conferian los poderes de príncipe, los cuales siendo de orígen legal, daban á su voluntad

(1) Esto es, desde la muralla á York. 221
á Lóndres. 227
á Ruthepia ó Sandwich. 67
trayecto hasta Boulogne 45
á Reims. 174
á Lion. 330
á Milan 324
á Roma 426
á Bríndis. 360
á Durazo 40
á Bizancio 701
á Ancira 283
á Tarso 301
á Antioquía. 141
á Tiro. 252
á Jerusalen 168

Wesseling ilustró los diversos itinerarios conservados. Véase BERGIER, *Est. de los caminos reales*; y con mayor exactitud WALKENAER, *Geogr. ancienne des Gaules*. Paris 1839.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fuerza de ley (1). Probablemente se dispensaba en este senadoconsulto al emperador de la observancia de ciertas leyes, como por ejemplo, la *Papia popea*, lo cual hacía decir demasiado absolutamente, que el príncipe estaba libre de toda ley (2).

Pueblo. Se consideraba, no obstante, que siempre emanaba la soberanía del pueblo, y se encuentran mencionados los comicios y las leyes hechas en ellos hasta en épocas muy avanzadas. La jurisdiccion y la administracion exterior de algunas provincias competian al Senado, el cual nombraba los cónsules, los pretores y procónsules, y atendia á la reforma de las leyes, alguna vez en virtud de propuesta de los mismos emperadores. Pudiera decirse que Tiberio aumentó la fuerza del Senado reservándole las causas de lesa majestad y el nombramiento de los magistrados quitado al pueblo; pero en realidad el emperador no quiso mas que hacer del Senado un instrumento, para que recayese sobre él la responsabilidad de sus actos odiosos. Miéntras subsistió el imperio, conservó el Senado el derecho de censurar y de deponer al jefe del Estado cuando abusára de la autoridad; pero pusilánime y discorde, nunca lo ejerció sino

Senado. contra los caídos, condenando á Neron cuando ya estaba fugitivo, execrando á Calígula, á Cómodo y á los demas cuando la muerte habia cesado de hacerlos temibles. Aquellos senadores, con la facultad de vender los empleos, aprendian á venderse á sí mismos al emperador. No siendo ya poderosos por sus haciendas ni por sus clientes desde que el nuevo estatuto les cerró el camino para adquirir fuera de Roma aquellas excesivas riquezas, y continuando sin embargo los gastos y aumentándose el lujo, procuraban merecer la liberalidad del emperador acomodándose á sus caprichos. Si el emperador era un Tiberio, que á su antojo derribaba las cabezas mas ilustres, ¿cómo podia esperarse hallar en el Senado quien se le opusiera? Al contrario, aquel emperador se quejaba burlescamente de verlos tan sumisos á su voluntad.

Envilecido una vez, ya no tuvo límites el Senado en su degradacion, y sin embargo, la memoria de lo que habia sido bastaba para hacerle sospechoso á los emperadores, y para que así los buenos como los malos trabajasen á porfía con objeto de quitarle hasta la posibilidad de llegar á ser siquiera una sombra del antiguo. Los tiranos y los espías dirigian todos sus esfuerzos contra los patricios y los senadores: Calígula bladiendo su espada, exclamaba: *Esta me dará razon del Senado.* El adulador decia á Neron: *Te odio porque eres senador*; y el asesino á Cómodo: *El Senado te envia este puñal.* Domiciano exclamaba que no se creeria seguro miéntras viviera un solo senador, y queriendo envilecerlos miéntras llegaba la hora de darles muerte, mandó una vez convocarlos con gran presteza, y cuando ya estuvieron sentados en la curia, les pidió su parecer acerca de la salsa con que convendria condimentar un enorme mero que le habian llevado del Adriático.

Hasta el mismo Claudio, el mas inepto de los Césares y el mas respetuoso hácia las tradiciones, disminuyó las atribuciones de aquel cuerpo; y siendo así que siempre le habia correspondido el derecho de declarar la guerra y la paz, de oir á los embajadores y decidir las contiendas entre los reyes y los pueblos extranjeros, consiguió que con objeto de facilitarle la sumision de la Bretaña, se decretase que todo tratado celebrado por los Britanos con el emperador y con sus legados, se considerase sancionado por el Senado y por el pueblo (1). Inútil servilismo, que hizo que muy en breve se hiciese extensivo á todos los tratados con las demas provincias este importante derecho.

Ademas de esto, Claudio dirigió todos sus actos políticos á aumentar la autoridad imperial en perjuicio de las magistraturas curules; quitó á los cónsules el derecho de conocer de ciertos negocios criminales, de modo que apénas hacian mas que dar el nombre al año; transfirió en gran parte la legislacion criminal á los pretores, cuyo número aumentó hasta diez y ocho; pero habiéndoles quitado la custodia del tesoro, la confió á los cuestores, á los cuales quitó á su vez las prefecturas de Italia, que abolió, imponiéndoles la grave obligacion de dar espectáculos de gladiadores al obtener el nombramiento; y dejó que los caballeros, sus favoritos, usurpasen á la sombra del trono el derecho de juzgar, el cual habia sido la causa de las guerras civiles en tiempo de Mario y de Sila. Los tribunos no fueron en breve mas que inspectores de policía, al paso que adquirió importancia el prefecto de la ciudad, que encargado al principio tan solo de conservar en ella el órden, tuvo despues jurisdiccion criminal, y llegó luego á sentenciar en apelacion en los juicios ordinarios aun en materia civil.

Sabemos de Adriano que limitó la autoridad del Senado, y estableció nuevos empleos públicos, así en el palacio como en la milicia (2), pero no podemos decir cuáles fuesen. Confió el gobierno de Italia á cuatro magistrados consulares; tuvo por secretarios y relatores, y aun en su propio consejo, á caballeros romanos; instituyó el abogado del fisco, que habia de asistir á todas las causas concernientes al Erario imperial, é introduciendo el *Edicto perpétuo*, simplificó la legislacion, con lo cual enseñó á sus sucesores á mirar al Estado como su patrimonio y á hacer en él innovaciones sin reparo.

Consejo imperial. Un consejo imperial que, como alma del gobierno, publicaba decretos bajo la presidencia

(1) Gayo lo dice expresamente: *Constitutio principis est quod imperator decreto, vel edicto, vel epistola constituit; nec unquam dubitatum est, quin id legis vicem obtineat, cum ipse imperator per legem imperium accipiat.* Inst. § 6, I, 2.
Existe el senadoconsulto hecho cuando la eleccion de Vespasiano.
(2) *Princeps, legibus solutus est.* Fr. 31, D. I, 3.

(1) Dion, LX, 23.
(2) Aur. Vict. Epist.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del emperador, formaba un tribunal de suprema apelacion, de modo que el Senado se quedó reducido á decretar los nuevos númenes que debia festejar Roma.

En un cuerpo no elegido por el pueblo, ni sostenido por tropas, la abyeccion no encontraba oposicion ni excitaba quejas. Por otra parte, abriéndose mas cada vez sus puertas á las provincias lejanas, entraba en él una multitud de personas, extrañas de todo punto á los recuerdos de la libertad y de la república, y enteramente adictas al emperador. El decreto de Claudio privando de la dignidad ecuestre á quien rehusase la senaduría, demuestra que habia llegado ya á ser una carga lo que ántes era el último límite de la ambicion; y en tiempo de Cómodo se dijo de un ciudadano: *Fué relegado al Senado.*

Los senadores confirmaron despues con las doctrinas, como ántes lo habian hecho con el ejemplo, la autoridad del monarca sobre la vida y la hacienda, sin vínculo de leyes civiles: diríase que Dion escribió su historia con este único objeto, y los jurisconsultos Papiniano, Paulo, Ulpiano, y cuantos se reunieron para formar las *Pandectas*, dieron fundamento legal á la exorbitancia de la prerogativa imperial; de suerte que la monarquía pudo arrojar ya en tiempo de Severo la máscara con que la habia cubierto Augusto.

Por estos medios vino á hacerse posible la tiranía de aquellos monstruos; pero el mal era un fruto tardío de la inmoralidad política de la república. Roma habia sido acostumbrada por sus victorias á los abusos de la fuerza, y el vencedor no le daba mas gobierno que el que ella habia creido justo emplear con Cartago y Corinto. Las miserias de los pueblos subyugados, el espectáculo del triunfo, el de los gladiadores, y el de los esclavos que continuamente tenia á la vista, hacian que el homicidio excitase entónces ménos compasion que en los modernos, acostumbrados por la civilizacion y por la religion á llamar tirano, no solo á quien mata, sino á quien añade un solo dia de inútiles padecimientos.

En tanto, pues, que los patricios y senadores sufrian, la plebe, que tenia poco que temer en su oscuridad, halagada y deslumbrada con liberalidades y con los espectáculos, acariciada mas por los príncipes mas malos, hasta podia amar á los que eran el oprobio del género humano. Cuando fué muerto Calígula, pidió el vulgo con furia la muerte de sus asesinos, y favoreció á algunos á quienes creyó tan crueles como Neron: esperar un amo mejor, era el recurso supremo de su política, y el llanto y la afliccion que sintió por la muerte de Germánico, revelan á un pueblo que no sabe esperar alivio mas que de la bondad del jefe.

Á decir la verdad, el gobierno imperial era el mas popular que jamas habia tenido Roma. La república habia sido una oligarquía mas ó ménos extensa, en la cual algunos tiranos dominaban á la multitud. En el imperio se habian reunido en una sola veinte mil tiranías, y como estaba mas distante, resultaba ménos opresion para la gente pobre. El emperador insultaba y mataba á caballeros y senadores, pero respetaba ó era condescendiente con la plebe, la contentaba con juegos y donativos; la trataba como igual en la plaza y en el baño, y se abstenia de los insultos que le habian prodigado los Emilios y los Escipiones. Si no pedia ya su voto en los comicios, atendia á sus gritos en el circo y en el teatro; no osaba poner á prueba su paciencia, haciéndose esperar demasiado, y el mismo Neron, miéntras gozaba en la mesa entre Páris y Popea, al oir el tumultuoso rumor al pié del palacio, arrojaba la servilleta por la ventana para indicar que se ponia en movimiento para satisfacerlo.

Ocupáronse ademas casi todos los emperadores en administrar justicia en persona, quitando con esto de en medio la inextricable red de corrupcion que se nos presenta en la Roma republicana; y las intrigas y la corrupcion eran ineficaces siempre que no tenian parte en el negocio el interes del príncipe ó el de sus favoritos. Entónces dependia principalmente la libertad de los ciudadanos de leyes criminales buenas y bien ejecutadas.

¿Y luego el emperador no era el tribuno de la plebe? Poco le importaba á esta la procedencia de su protector; los ricos pagarian los gastos, y ella tendria juegos y donativos; en cuanto á la libertad política, se burlaba de ella como de un juguete que le arrojan los que no tenian oro ni poder y deseaban adquirirlos. Sin artes, sin trabajo, viviendo de consejas, de liberalidades y de espectáculos, el pueblo romano queria á quien le proporcionaba todo esto: envidioso de los ricos, como siempre lo es el pobre, tenia un placer en verlos despojados de las riquezas arrebatadas á los clientes ó á las provincias, y temblaba por la destruccion del imperio, temiendo se renovasen las soberbias crueldades de los patricios.

¿Quién, pues, que estuviese en su juicio, podia pensar en restablecer la república? Tanto mas cuanto que ignorándose absolutamente, no solo en la práctica, sino tambien en las especulaciones filosóficas, el sistema de la representacion, que hace participar del gobierno efectivo á los súbditos por distantes que se encuentren, aquel excesivo número de ciudadanos que concurrian á los comicios únicamente habrian sido instrumentos de corrupcion y de tumulto.

Quedaba el recurso de moderar la autoridad de los emperadores: ¿pero cómo hacerlo en un imperio en que ni los nobles, ni las comunidades, ni el clero formaban un cuerpo que pudiera contrabalancearla? La ley Régia ponia al emperador sobre todas las leyes; por él se conferian los empleos; de sus órdenes dependia el ejército; y la autoridad tribunicia le daba la facultad de anular todo lo que decretasen el pueblo ó los senadores, y hacía sagrada su persona, de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tal manera que toda resistencia era un acto de rebelion y de impiedad, y podia castigarse como atentado contra la seguridad pública.

Se hubiera podido acaso limitar el poder imperial á la muerte del tirano, y el Senado lo intentó despues de Galígula; pero aun cuando el pueblo lo hubiese tolerado, estaba en vigor un poder de hecho, y preponderante á los demas, que era el ejército. Este queria el donativo; si se tardaba algo en elegir un sucesor lo aclamaba él mismo, y lo hubiera pasado mal quien hubiese querido moderar la absoluta arbitrariedad de un emperador, al cual se habria quitado así el medio de ser tan espléndido como los soldados deseaban, ó por mejor decir exigian.

Guardias pretorianas.

Y para que la fuerza militar se encarnase verdaderamente en el Estado habia introducido Augusto las guardias pretorianas, esto es, un ejército acuartelado en Italia, contra la antigua constitucion. Con el pretexto de eximir á las demas ciudades de la incomodidad de los alojamientos y con él de mantener mejor la disciplina, situó las diez cohortes de los pretorianos en las colinas Quirinal y Viminal, en un campo bien fortificado y amenazador para Roma; Vitelio las aumentó hasta diez y seis mil hombres, fuerza mas que bastante para mantener sumisos á un millon de hombres inermes. Pero al mismo tiempo corrompidos los soldados en el ocio de una ciudad opulenta, viendo de cerca los vicios del monarca y la debilidad del gobierno, comprendian que nada podia resistir á su fuerza, y como árbitros absolutos daban ó quitaban el imperio, frecuentemente solo por la esperanza del donativo. Los emperadores halagaban por prudencia sus instintos de indisciplina, y compraban su favor y el voto que pretendian tener como representantes del pueblo, cuya mas selecta porcion eran. Los capitanes de estas guardias eran jueces en los casos de Estado (1), con cuyo medio superaron en poder á los mismos cónsules, y ayudaron á arruinar al Senado. Consolidóse mas el despotismo cuando Cómodo unió en el prefecto del pretorio la autoridad civil á la militar, nombrándole ministro de Estado y presidente del consejo del príncipe: de suerte que llegó á ser aquella dignidad la primera del imperio, y se consideraron honrados con ella Ulpiano, Papirio, Paulo, Modestino y otros jurisconsultos de primera nota.

Conociendo que el supremo poder habia caído en manos de los fuertes, tambien las legiones de provincias se arrogaron el derecho de saludar emperador á aquel á quien estaban dispuestas á sostener con la espada. Principalmente despues de la época que describimos, siendo generalmente extranjeros los elegidos, contendientes frecuentemente uno con otro, elegidos entre los soldados y obligados á vivir en los campamentos, el imperio adoptó maneras enteramente militares, y el emperador no fué el primer magistrado de Roma, sino el general de los ejércitos, atento únicamente á contentar á estos ó á contenerlos. Pero como la extension del imperio obligaba á sostener muchos ejércitos, solia suceder que uno de ellos por celos se declaraba enemigo del emperador elegido por el otro, y la caña en que se habian apoyado los Césares se rompia bajo su mano y los heria.

Ejército.

Por la época de que vamos hablando era el ejército en el fondo y en la forma distinto de aquel que venció al mundo. En otra parte hemos expuesto la organizacion de las legiones, con su sólida masa, su fuerte armadura y su irresistible dardo. Augusto las redujo verdaderamente á tropas permanentes, distribuidas en las provincias fronterizas, cuyo gobierno se reservó para sí. La noble juventud de Roma y de Italia no se abria ya camino á las magistraturas militando á caballo, sino administrando la justicia y las rentas públicas; y dado caso que se aplicase á las armas, obtenia, no por mérito ni por antigüedad, sino por dinero ó nobleza, el mando de un ala de caballería ó de una cohorte de infantería. Ya Tiberio se quejaba de que no fuesen voluntarios al ejército y de que sufriesen mal la disciplina. Trajano y Adriano, que dieron á la milicia la organizacion que conservó hasta el fin del imperio (1), reclutaron en las provincias y aun entre los súbditos la caballería á la par que los legionarios, y despues en tiempo de Claudio II se introdujeron los Bárbaros, recibidos en su consecuencia sin consideracion.

Se imponia á algunos países la obligacion de ofrecer tropas auxiliares, que se ejercitaban en la disciplina romana; pero con las armas á que cada uno estaba acostumbrado, segun su patria y su educacion. Esto ponia á cada legion en estado de pelear con cualquiera otra gente aunque estuviese armada como quisiese. Ademas se llevaba á la retaguardia un tren de diez grandes máquinas militares y cincuenta y cinco menores para lanzar proyectiles, á parte de lo que era necesario para establecer un campamento.

De las veinticinco legiones que habia en tiempo de Augusto, diez y seis fueron licenciadas despues ó incorporadas á las demas; pero Neron, Galba, Vespasiano, Domiciano, Trajano, Aurelio y Severo formaron otras trece. Se componia cada una de cinco mil hombres (2), y en tiempo de Alejandro Severo acampaban tres

(1) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro*, p. 12.

(1) En sus reglamentos se funda el compendio de Vegecio *De re militari*: Augusto asignó á cada pretoriano dos dracmas ó dineros al dia (82 cént.); Domiciano elevó su paga á novecientas sesenta dracmas al año; en tiempo de Cómodo recibian mil doscientas cincuenta, segun aparece de un pasaje confuso de Dion, LXXII, discutido por Valois y Reimar. En cuanto á las otras tropas, entre los años 536 y 703, tuvieron veinticinco centésimos al dia, cincuenta y uno en tiempo de Julio César, cuarenta y nueve en el de Augusto, cuarenta y ocho en el de Tiberio, cuarenta y cinco en el de Neron, cuarenta y cuatro en el de Galba, cuarenta y tres en el de Oton, cuarenta y cuatro en el de Vitelio, Vespasiano y Tito, y cincuenta y siete en el de Domiciano.

(2) LAMPRIDIO, *Vida de Alejandro*, p. 131.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en Bretaña, una en la Alta y dos en la Baja Germania, otra en Italia, otra en España, otra en la Numidia, otra entre los Árabes, dos en la inquieta Palestina, otras tantas en la Mesopotamia, é igualmente en la Capadocia, dos en la Baja y Alta Mesia, una en la Nórica, otra en la Retia, y no sabemos el punto en que se hallaba la otra (1). Varió su número, y hubo hasta treinta y siete en tiempo de Diocleciano. La distincion de las tropas en *palatinas* y *de frontera* produjo la corrupcion de las unas y el desaliento de las otras; destinadas aquellas á los odios de las ciudades con sueldo mayor, y estas á los trabajos del campamento, se sentian muy mal dispuestas á rechazar al enemigo cuando pensaban que sus compañeros de armas vivian en regalados ocios.

Los campamentos romanos se convirtieron luego en ciudades importantes á orillas del Ródano y del Danubio, como *Castra Regina* (Ratisbona), *Batava Castra* (Passau), *Præsidium Pompei* (Raschia) *Castellum* (Kostendil-Karaul) y los muchos nombres ingleses que concluyen en *chester*. Así quedaban guardadas las fronteras. Donde la naturaleza habia fortificado el país, se disponia una simple línea de fuertes como los cincuenta castillos de Druso, construidos á lo largo del Bajo Rhin, y otros á orillas del Alto Rhin y del Danubio : cuando no habia esta barrera natural que protegiese contra las invasiones de los Bárbaros, se construían murallas, como la de Bretaña, y la que se estableció entre el Rhin y el Danubio, y la Dácica.

El defecto superior de la constitucion imperíal era el estar separados del todo el estado civil y el militar, puestos de un lado inermes ciudadanos, y del otro legiones que solas y obligadas á la vida de los campamentos y en contínuas guerras conservaban algo del antiguo espíritu romano. El pueblo no tenia contra ellas mas poder que el que hoy tienen cien millones de Indios contra veinte mil Ingleses; pero ningun emperador podia subsistir tampoco cuando no era un capitan valiente. Por esto veremos ocupado el imperio por una serie de insignes guerreros, que quizá retardaron la invasion amenazada por todas partes; pero que llevaban al trono las costumbres despóticas y feroces del campamento y de la guerra. Elevados por las espadas, por estas eran derribados al momento, y toda reforma quedaba impedida por su efímera duracion y por el deber en que estaban de velar siempre armados contra los extranjeros, y aun mas contra los usurpadores, que se alzaban con igual derecho, y los cuales, cuando eran legitimados por el éxito, ponian todo su cuidado en conservar la amistad de los soldados por gratitud á lo pasado y por temor al porvenir. Los soldados, pues, lo eran todo, y cuando extinguidas la familia de los Césares, y despues la que la sucedió de los Flavios y de los Antoninos, ni siquisiera sostenian una sombra de legitimidad á los príncipes aventureros, comprendieron que podian hacer y deshacer, alzar sobre el paves ó matar con sus espadas á los emperadores.

(1) Dion, IV.

Con el imperio varió tambien de aspecto la hacienda (1). Los triunfos habian provisto primeramente al Erario y enriquecido á Roma; pero cuando cesaron, la benéfica accion del comercio devolvió á los países lejanos lo que habia afluido á Italia. La manutencion de un ejército permanente y de una corte aumentó desmesuradamente los gastos; y Vespasiano, príncipe mas bien avaro que económico, decia que la administracion y la defensa del imperio costaba cuatro mil millones de sestercios al año (2). ¿Qué debia ser, pues, en tiempo de emperadores tan locamente pródigos? Hacienda.

La Italia estaba libre del impuesto sobre inmuebles (*numeraria*); solo la Italia anonaria debia contribuir con una prestacion en especie. Era carácter del *ager provincialis* el estar sometido á un tributo territorial; pero en proporcion y condicion diferentes, lo cual embrollaba la administracion, hasta que en tiempo de los emperadores se adoptó una base uniforme. En tiempo de Ulpiano no habia mas tributo que el impuesto sobre todos los terrenos, y la misma Italia cesó de ser privilegiada en tiempo de Maximiliano Hercúleo, á causa de la division que se hizo entónces del imperio.

Para hacer frente á los gastos, ya Augusto habia impuesto tambien gavelas á la Italia, cuotas sobre las ventas, y una general sobre los bienes y sobre las personas de los ciudadanos romanos, exentos por siglo y medio de impuestos; y pesaban tanto las contribuciones que á cada momento se veían obligados los emperadores á perdonar enormes sumas, que debian los particulares al fisco. Toda clase de mercancías pagaba derechos de entrada, desde la octava hasta la cuadragésima parte de su valor; calcúlese cuánto no deberia producir esto sabiendo que de la India se sacaba anualmente por valor de veinticuatro millones de francos en géneros, qne se vendian en Roma por el céntuplo de su valor primitivo (3).

El impuesto sobre las ventas no excedia por lo regular del uno por ciento, pero no habia objeto, por pequeño que fuera, que se librase de pagarlo, y se destinaba á mantener el ejército. No bastando luego para esto, se introdujo la vigésima, esto es, un cinco por ciento sobre todos los legados y herencias que ascendiesen á cierta suma y no recayesen en el mas próximo pariente, y esta contribucion debia producir abundantemente entre las familias muy ricas, en las cuales la relajacion de los vínculos domésticos hacía preferir con frecuencia en perjucio

(1) El tratado de Hegewisch *Sobre las rentas romanas* es mejor de lo qne prometc.

(2) Suetonio en *Vesp.*, 17. Algunos leen cuarenta mil millones de sestercios, que serian siete mil millones de francos. Esto es demasiado, y lo otro demasiado poco, como no sea que comprenda solo el metálico, sin contar las contribuciones en especie y los servicios personales.

(3) Plinio, *Hist. N.* VI, 23; XII, 18.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los hijos á los libertos y los extraños que habian sabido halagar las pasiones y satisfacerlas. Á la vuelta, pues, de pocos años pasaba la herencia entera al Erario, y ademas enriquecian mucho al fisco las multas de la ley *Papia popea* contra los célibes.

Al fisco iba á parar : 1º todo lo que por testamento correspondia á los que morian ántes de la apertura de este; 2º las donaciones y legados hechos á personas indignas ó con ilícitas condiciones; 3º lo que fuese rehusado por el heredero ó legatario, lo cual ocurria frecuentemente en los casos de rebelion, por no manifestarse amigos del reo; 4º cuanto se dejaba á célibes que no se casáran dentro del año, y la mitad de los legados que se dejaban á consortes sin hijos; 5º las nueve décimas partes de las donaciones entre marido y mujer que no tuviesen hijos; 6º y último, cuanto correspondia á los que ocultaban un testamento ó impedian á alguno testar libremente.

Ademas de aplicarse la confiscacion á los frecuentísimos crímenes de Estado, se imponia á innumerables delitos, y entre ellos al homicidio, al parricidio, al incendio, á los monederos falsos, á la pederastia, al rapto, al estupro, al sacrilegio, al peculado, á la prevaricacion, al estelionato, al monopolio, á la compra con objeto de revender, del grano destinado á Roma ó al ejército, y al plagio, ó sea al atentado contra la libertad ajena. Castigábase igualmente al magistrado que sobornaba testigos contra un inocente; al amo que exponia sus esclavos en el anfiteatro, y á los falsarios; despues de Alejandro Severo, á los adúlteros, á los que castraban ó se dejaban castrar, á quien ponia á un niño en lugar de otro, á quien usaba de violencia á mano armada, á quien cambiaba de domicilio para librarse del tributo, á quien tomaba dinero á préstamo de las cajas públicas, á quien ocultaba los bienes de un proscripto, á quien trasportaba oro fuera del imperio ó vendia armas á los extranjeros, á quien de mala fe adquiria una cosa en litigio, á quien vendia púrpura, ó abria el testamento de un vivo, ó despojaba de sus adornos un edificio urbano para adornar una casa de campo (1). Y eran tantos los bienes que recaían en el tesoro por la ley ó por confiscacion, que se instituyeron *procuradores de los bienes caducos* para recogerlos y administrarlos en las provincias, cuyo cargo no se confiaba á gente de vil condicion, sino á personas de gran concepto, y hasta á varones consulares y proconsulares (2).

Tambien se hacian pingües legados á los emperadores, y si por tal medio reunió Augusto en veinte años cuatro mil millones de sestercios, ¡calcúlese cuánto deberian producir en tiempos de emperadores malos, algunos de los cuales anulaban los testamentos en que no se hallaban nombrados!

(1) NAUDET, *Des changements*, P. I, p. 194-195.
(2) MURATORI, *Thes.* I, p. 714, 896; VI, 433, 443, 1,112.

Como á los dichos impuestos solo estaban sometidos los ciudadanos, declaró tales Caracalla á todos los libres, y elevó la contribucion desde el cinco por ciento al diez durante todo su reinado; pero Alejandro Severo la redujo á la trigésima parte. Segun el carácter de los emperadores y el aumento de las necesidades, se aumentaron tambien las contribuciones; pero subsistió siempre el abuso de arrendarlas, gravando á los súbditos con los grandes y feroces excesos de los asentistas (1).

Leyes.

El cambio de constitucion introdujo una nueva fuente del derecho. Primeramente no habia mas que leyes y edictos. *Leyes* eran las determinaciones tomadas por los patricios y los plebeyos de comun acuerdo, por rogacion de un magistrado superior (2), ó bien en los comicios centuriados por rogacion de un magistrado plebeyo. Estas últimas, llamadas *plebiscitos*, son las mas importantes, y nos quedan tan pocos senadosconsultos de los tiempos republicanos, que alguno opinó que solo despues de Tiberio fueron fuente del derecho, miéntras que al principio serian únicamente proposiciones, vigentes un año y nada mas. Despues bajo el imperio sucedió lo contrario (3); pero en los tiempos republicanos, absorto el Senado en la política, le era ménos agradable arreglar el derecho civil, que abandonaba á los tribunos, hasta que en la época de los emperadores casi únicamente á esto pudo dirigir su atencion.

Los *edictos* emanaban de los pretores y de los ediles, como reglas conforme á las cuales juzgaban durante el tiempo de sus magistraturas; eran correcciones que el espíritu flexible de la democracia hacia al severo é inflexible derecho del patriciado, enseñando acciones ó excepciones para suprimir el efecto de las fórmulas, protegiendo la propiedad natural contra la quiritaria, de manera que aquella se igualase con esta. Así, al lado de la usucapion que protegia solo las posesiones italianas, elevaban la prescripcion, extendida tambien á las provinciales; el testador podia desheredar á sus hijos, pero en virtud del derecho establecido para los edictos rompia el pretor aquel testamento, suponiendo que solo lo podia hacer un loco. El derecho civil no conocia otras fuentes de obligacion mas que los contratos ó los delitos calificados; pero la equidad pretoria inventaba los cuasi contratos y cuasi delitos, con los cuales hacía pasar al fuero externo algunos deberes reservados primeramente á la inspiracion de la conciencia.

Así se conciliaba la veneracion hácia lo pasado con la necesidad de innovaciones, mediante lentas y sucesivas mejoras.

(1) Justo Lipsio hace ascender los ingresos del imperio á ciento cincuenta millones de escudos de oro. Gibbon los reduce de quince á veinte millones de libras esterlinas, ó sea trescientos sesenta á cuatrocientos ochenta millones de francos, y los autores de la *Historia Universal* á novecientos sesenta millones.

(2) *Communis reipublicæ sponsio*, es la definicion que da Ulpiano de la ley; lib. I, *De legibus*.

(3) Por HUGO, *Lehrbuch der Gesch. des römischen Rechts bis auf Justinian*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Constituciones de los príncipes.

Estableciόse despues que los *actos* de los emperadores tuviesen fuerza de ley. De estos algunos introducian verdaderamente un nuevo derecho (*mandata*, *edicta*); otros no hacian mas que aclarar ó explicar el ya existente (*rescripta*, *epistolæ*, *decreta*, *interlocutiones*); pero los rescriptos y los decretos se compilaban por los mejores jurisconsultos, y por eso se tenian en mucha estimacion, principalmente en cuanto á la aplicacion del derecho. Se conservan mas de mil doscientos desde Augusto hasta Constantino (1). Agregábanse las sanciones ó fórmulas pragmáticas; rescriptos imperiales para el gobierno de las provincias dirigidos á los gobernadores, como ordenanzas especiales para la ejecucion de leyes generales, y en suma, decretos ejecutorios, que suponian otro anterior.

Edicto perpétuo.

Multiplicáronse así las leyes, pero quedaba siempre gran autoridad á los edictos del pretor, y habiéndose extendido con sucesivas agregaciones, requerian una compilacion. Ofilio, contemporáneo de Ciceron, fué el primero que los reunió; mas célebre fué en esto la obra de Salvio Juliano, por órden del emperador Adriano, el cual hizo despues aprobar por el Senado aquella compilacion, acaso cuando instituyó las cuatro magistraturas para la Italia. No se sabe ciertamente si con esto impidió á los pretores modificar ya el edicto (2); pero cual lo dispuso Juliano sirvió de texto á los legistas y se insertó en las *Pandectas*.

En este trabajo no introdujo Juliano nuevos principios, y sin embargo cambió el derecho, suprimiendo lo que ya no convenia á la época. Muchos se dedicaron á comentarlo, principiando el mismo Juliano; en seguida Pomponio y Ulpiano en ochenta y tres libros; Paulo en ochenta; Furio Antíoco en cinco, Saturnino y Gayo, y ademas los modernos que intentaron restablecerlo (3).

El efecto de esta buena institucion, que quitaba á los pretores la facultad de legisladores, y que daba reglas comunes para el gobierno del imperio, se neutralizó por otras dos instituciones. La primera fué que los emperadores, especialmente despues de Adriano, á solicitud de los contendientes, firmaban frecuentes rescriptos, en los cuales no solo interpretaban las leyes, sino que las aplicaban á los casos particulares, constituyéndose así en legisladores y jueces; la otra fué la autoridad concedida á las respuestas de los jurisconsultos.

Responsa prudent.

Hasta el tiempo de Augusto respondia á los que hacian consultas cualquiera que hubiese estudiado leyes, sin necesidad de estar autorizado para ello. Aquel emperador privilegió á algunos, cuyas respuestas habian de considerarse como dadas por su autoridad. Los jurisconsultos exponian sus pareceres, los cuales, si eran unánimes, adquirian fuerza de ley; y en caso de desavenencia decidia el juez, cuyo medio era muy oportuno para evitar cuestiones de derecho, que convienen poco á las monarquías. Adriano dió despues un rescripto, en virtud del cual quedaba concedido tal privilegio á los jurisconsultos, sin necesidad de solicitud particular (1).

Jurisconsultos.

Tanta importancia concedida á la jurisprudencia hizo que se dedicasen á ella muchos ingenios, que encontraban cerrados los caminos en que ántes se ejercitaban. Florecieron entónces ilustres jurisconsultos, cuya fama aumentó tanto el crédito de su ciencia, que sus respuestas se consultaban hasta con preferencia á los textos, y eran máximas que aclaraban y resolvian muchísimas cuestiones de derecho.

De aquí se deriva un fenómeno puramente peculiar á los Romanos, esto es, el tener una literatura legal, que no siendo inferior á las otras ofrecia obras, las cuales por la pureza de la diccion, por la concisa precision y la admirable claridad en la aplicacion de cuestiones intrincadísimas, y principalmente por el análisis severo, serán la admiracion perpétua de los sabios, y la vergüenza de los que hacen de esta ciencia una confusion, en la que no se sabe si son mas incoherentes las razones que bárbara la diccion. Sentada la tésis en términos preci-

(1) Á preguntas respondian con *epistolæ*, y *literæ*; acerca de las peticiones hacian una *subscriptio*, *anotatio*, que se llamaba *sanctio pragmatica* si se dirigia á una ciudad ó á un cuerpo; *constituciones personales* se llaman propiamente las concesiones de privilegios; *decreta ó interlocutiones* son decisiones de causas sometidas en apelacion al príncipe ó á su consejo: *mandata* son órdenes del emperador á los gobernadores de las provincias, y *edicta* órdenes dirigidas al pueblo.

(2) Heinecio, Bach y todos hasta Hugo sostuvieron la afirmativa; pero Hugo está por la negativa con razones de peso.

(3) Véanse las tentativas de Jul. Bauchin en 1597 insertas en Pothier, *Pandectæ justinianæ*, I.

Westenberg, *Manual de derecho romano*. Berlin, 1822, 2 tomos en 8º.

Wielling, *Fragmenta Edicti perpetui*. Francker, 1733, en 4º.

Las ofrecemos segun Haubold en los Documentos de Legislacion, conteniendo los textos solos originales subsistentes en nuestras fuentes del derecho.

Véanse respecto del edicto.

H. Gifanius, *Œconomia juris*. Argent, 1612.

Noodt, *Commentarius ad Digesta*.

Heinecio, *Edicti perpetui ordini et integritati suæ restituti partes duo*.

C. G. L. de Weyhe. *Libri tres Edicti*, ó sea: *De origine fatisque jurisprudentiæ romanæ præsertim Edictorum prætoris ac de forma Edicti perpetui*. Cella, 1821, en 4º.

(1) Tal me parece el sentido mas natural del famoso pasaje de Pomponio, Fr. I, § 47, D. I, 2: « Sussurius Sabinus in equestri ordine fuit, et publice primus respondit, posteaque hoc cœpit beneficium dari à Tiberio Cæsare. Hoc tamen illi concessum erat. Et, ut obiter sciamus, ante tempora Augusti publice respondendi jus non à principibus dabatur, sed qui fiduciam studiorum suorum habebant, consulentibus respondebant. Neque responsa utique signata dabant, sed plerumque judicibus ipsis scribebant; aut testabantur, qui illos consulebant. Primus divus Augustus, ut major juris auctoritas haberetur, constituit ut ex auctoritate ejus responderent, et ex illo tempore peti hoc pro beneficio cæpit; et ideo optimus princeps Hadrianus, quum ab eo viri pretorii peterent ut sibi liceret respondere, rescripsit eis: Hoc non peti, sed præstari, et ideo delectari se, si qui fiducium sui haberet, populo ad respondendum se præpararet. »

Se creía falsa tal autoridad, por exorbitante, cuando la aclaró este pasaje de Gayo recientemente descubierto. (*Comm.* I, 7.) « Responsa prudentum sunt sententiæ et opiniones eorum, quibus permissum est jura condere: quorum omnium si in unum sententiæ concurrant, id quod ita sentiunt, legis vicem obtinet; si vero dissentiunt, judici licet, quam velit sententiam sequi: idque rescripto divi Hadriani significatur. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sos, la explican aquellos jurisconsultos á la manera que los matemáticos, empleando alternativamente el análisis para penetrar en la naturaleza de las cosas, la gramática para explicar las voces, la sutil dialéctica para llegar al rigor de la interpretacion, y la síntesis para aplicar la autoridad, no solo de otros jurisconsultos y de los emperadores, sino de los filósofos, de los médicos y de los físicos. En vez de definiciones, aparecen términos de sentido cierto y técnico, que excluyen la duda; en vez de divisiones puramente de escuela, se va derecho á la aplicacion práctica, de manera que evitando toda digresion llegan á su objeto, con tal rapidez que por complicadas que sean las cuestiones, ninguna de sus consultas llena una cara de papel. Salvólos esto de la corrupcion que causaban en la literatura y en la lengua Séneca y sus discípulos; y á la manera que Galileo escribia con límpida sobriedad entre la petulante hinchazon del siglo XVII, así hace admirable contraste la concisa pureza de aquellos jurisconsultos con los ampulosos extravíos de los puramente literatos. Solo posteriormente usaron algunos la lengua griega, que sin embargo se muestra tan poco á propósito para la jurisprudencia, como la latina para la filosofía. Quien haya visto la miseria de algunas etimologías, que nosotros tomamos de los primeros autores latinos, no se admirará si en esto tambien excedieron á todos los jurisconsultos (1).

La parte mas importante de la filosofía romana era la jurisprudencia, y como uno de los principales oficios del patrono consistia en defender al cliente, todas las familias grandes querian tener un jurisconsulto. Pero su creacion, como ciencia, se atribuye por Ciceron á Quinto Mucio Escévola, su contemporáneo, el cual, á la habilidad literaria y á la elegancia de la exposicion, asoció el arte de destribuir, distinguir, definir é interpretar (2). Alcanzaron nombre en ella C. Aulo Ofilio, P. Alfeno Varo, Servio Sulpicio Rufo, A. Cascelio, el cual, ingenioso en sus dichos, independiente en sus acciones, jamas quiso componer una fórmula de derecho con arreglo á las leyes publicadas por los triunviros, diciendo que la victoria no confiere título para mandar, y á quien le aconsejaba moderarse al hablar de César, contestaba: *Dos cosas me hacen franco, el ser viejo y el no tener hijos.*

La filosofía del derecho se descubre abiertamente en Ciceron, al cual vemos burlarse de las fórmulas del derecho estricto, y sostener con franqueza la ley natural y la equidad, religion de lo pasado, insuficiente para en adelante. Entónces se declaró en abierta lucha el derecho natural con el civil, reducido á la defensiva.

Los jurisconsultos posteriores se fundan principalmente en la escuela estóica, como la mas austera y castigada, no tan rígida sin embargo como aparecia en las palabras de Caton y Tuveron y en las burlas de Marco Tulio, sino pulida, mas tolerante y ménos supersticiosa, la cual proclamaba con los filósofos mas recientes el gobierno de la Providencia, el parentesco de los hombres y el poder de la equidad natural. Sabian estos ademas recurrir á las otras filosofías, y especialmente á la metafísica de Epicuro. Dirigiéndose siempre á la práctica, con razon se intitulaban *sacerdotes que buscan la verdad, no la filosofía disimulada* (1). Definiendo la jurisprudencia *conocimiento de las cosas divinas y humanas, ciencia de lo justo y de lo injusto, arte de lo bueno y de lo equitativo*, conocieron la necesidad de establecer el derecho sobre una base mas sólida que la contingencia de los casos y de la voluntad humana, y lo derivaron de una ley eterna de justicia, innata en el hombre, de la cual emanan tres reglas fundamentales · *Vivir honradamente, no ofender á los demas, y dar á cada uno lo que es suyo.*

La influencia del estoicismo, modificado por el Cristianismo, se advierte cuando enseña Florentino que servidumbre es una institucion del derecho de gentes contra la naturaleza (2); que la naturaleza estableció una especie de parentesco entre los hombres (3); y Ulpiano, que todos los hombres, por derecho natural, son iguales y nacen libres (4).

Distinguieron el derecho en natural, de gentes y civil, segun tienen orígen sus principios en la naturaleza animal del hombre, ó en su racionalidad, ó en el órden político de cada pueblo. En la práctica, sin embargo, unieron el primero con el segundo, no distinguiendo mas que el derecho civil y de gentes, aquel para los ciudadanos, y este para los extranjeros. El derecho civil formaba parte del que todavía hoy llamamos así, y determinaba la facultad y las prerogativas de los ciudadanos romanos. El derecho de gentes se diferenciaba del natural, en que este reconocia en cualquier individuo el derecho de satisfacer sus necesidades y sus instintos naturales, y aquel ponia al hombre en relacion con sus semejantes. Si estos pertenecian á la misma unidad social, se regian por el derecho civil; pero el de gentes era diferente de lo que nosotros entendemos por este nombre, porque los Romanos se cuidaban poco de los deberes recíprocos entre los pueblos, y solo consideraban lo que hacen la mayor parte de estos. En las obras, en fin, se atuvieron los jurisconsultos con mas frecuencia al órden prác-

(1) « Familia *de* fons memoriæ, metus *de* mentis trepidatio furtus *de* furvus, stellionatus *de* stellio *tarantula.* »

(2) « Sic enim existimo, juris civilis magnum usum et apud Scævolam, et apud multos fuisse; artem in hoc uno. Quod nunquam effecisset ipsius juris scientia, nisi eam præterea didicisset artem, quæ doceret rem universam tribuere in partes, latentem reperire definiendo, obscuram explanare interpretando, ambigua primum videre, deinde distinguere, etc. — Sed adjunxit etiam et literarum scientiam et loquendi elegantiam. » Brutus 41. *Pro Muræna* 10, 14.

(1) Fr. I, pr. § 1, D. 1, 2.
(2) L. IV, § D. *De statu hominum.*
(3) L. III, D. *De just. et jure.*
(4) L, XXXII, D. *De reg. juris.* L. IV, *De just. et jure.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tico, esto es, al del Edicto perpétuo (1), aun cuando algunos hicieron clasificaciones filosóficas, como Gayo y Ulpiano, distinguiendo los derechos pertenecientes á las personas, á las cosas y á las acciones.

Desprecian lo que hoy nos parece á nosotros de tanta importancia, la determinacion histórica de las leyes, á no ser en cuanto es absolutamente necesaria para comprender el derecho, fijándose con preferencia en explicar el orígen de las opiniones de los jurisconsultos, y los principios introducidos por ellos (2).

Escuela de derecho.

Estos jurisconsultos formaron escuelas, que organizadas posteriormente, llegaron á contradecirse, como sucede siempre que se aplica el raciocinio á la discusion. Ya en la época de Augusto se combatian los dos famosos jurisconsultos, Antistio Labeon y Ateyo Capiton, fiel el primero á la libertad antigua, y partidario el segundo del emperador (3); deseoso aquel de los perfeccionamientos progresivos, y tenazmente apegado este á las doctrinas tradicionales, representantes en suma de la division mas grande entre la doctrina del progreso y la de inmovilidad (4). Labeon pasaba seis meses en la ciudad respondiendo á los argumentos, y seis en el campo componiendo, y escribió cuatrocientos volúmenes, comentados por los jurisconsultos posteriores.

Otros jurisconsultos siguieron su escuela: despues aparecieron nuevas, distintas entre sí, ya por el método, ya por el punto de que partian, ya por el fondo de su discusion; prefiriendo unos el derecho estricto, otros la equidad, otros los principios teóricos, y otros las leyes.

Los libros de los jurisconsultos ejercieron una influencia maravillosa en el porvenir, porque en parte aclararon el derecho, y contribuyeron á la obra de Justiniano (5); otros llegaron hasta nosotros, sirviendo de instruccion y de guia, y alguna vez de embarazo á los jurisperitos y á los legisladores, y siendo durante mucho tiempo la ley comun de los Estados modernos. Mucho nos extenderíamos si quisiéramos consignar aquí el nombre de los que adquirieron fama en tan importante ciencia, cuya historia nos ha descrito Pomponio (6), célebre jurisconsulto. Tan célebre como este fué Salvio Juliano, probablemente Milanes, que vivia aun en tiempo de Antonino, y ejerció los empleos mas honoríficos, hasta el de prefecto de la ciudad, escribiendo, ademas de la compilacion del Edicto perpétuo, noventa libros de *Digestos*, de los cuales se conservaron en las *Pandectas* trescientos sesenta y seis fragmentos.

Salvio Juliano.

Posterior á ellos fué Gayo, cuyas *Instituciones*, destinadas á enseñar el derecho, se principiaron en tiempo de Antonino, se concluyeron en el reinado de Marco Aurelio, y constituyen el fondo de las de Justiniano (1), siendo la obra que mas particularmente nos informa del derecho clásico, y la cual, á pesar de sus muchas faltas, aclaró muchos puntos de la historia y de la legislacion. Escribió ademas sobre el Edicto

Gayo.

(1) Tales son las *Receptæ sententiæ* de Paulo.

(2 Alguna vez degeneran en esto hasta en minuciosidades, como se ve en los fragmentos encontrados en la biblioteca vaticana en 1823. Véase VARNKÖNIG, *Hist. externe du droit romain*. Brusélas, 1836.

(3) Habiendo usado Tiberio en un edicto una palabra no latina, un senador, deseoso de ostentar libertad donde no habia peligro, se presentó á censurársela. Capiton sustuvo, que aun cuando nunca se hallase usada, se debia no obstante contar entre las latinas en obsequio á Tiberio. Un tal Marcelo replicó que Tiberio podia dar la ciudadanía á los hombres, pero no á las palabras. ¡Magnánima oposicion!

(4) « Labeo, ingenii qualitate et fiducia doctrinæ, qui es in cœteris sapientiæ partibus operam dederat, plurima innovare studuit; Atejus Capito, in his quæ ei tradita erant, perseverabat. POMPONIO, fr. 2, § 47, D. I, 2.

(5) À la cabeza de las *Pandectas* se suele imprimir el catálogo de los autores de quienes se sirvió Justiniano, sacado del famoso manuscrito del *Digesto* conservado en Florencia.

(6) Fragmento inserto en el lib. I, tít. 2, del *Digesto*. Véanse los Documentos de Legislacion.

(1) En la biblioteca del cabildo de Verona, entre muchos manuscritos que la enriquecen, y cuyo catálogo dió Escipion Maffei en la *Verona ilustrada*, se hallan algunas fojas de pergamino, que aquel docto anticuario juzgó pertenecientes á un código y trabajo de algun antiguo jurisconsulto. En la *Historia de la Teología* describió mas especialmente estos fragmentos, y presentó el *facsimile* que se reprodujo en el *Nuevo tratado de diplomacia*. Desde entónces ya no se habló de ellos, hasta que Haubold imprimió en 1816 en Leipzig una *Notitia fragmenti veronensis de interdictis*. Deteniéndose dos dias en Verona, Niebuhr, que se dirigia entónces de embajador prusiano á Roma, sacó copia de aquel fragmento *De præscriptionibus*, y de otro sobre los derechos del fisco, ademas de examinar varios manuscritos, y singularmente uno, que contenia la epístola de San Jerónimo, reconocido como palimsexto por Maffei y por Mozotti; pero nunca descifrado. Á la manera que leía Niebuhr la historia verdadera de Roma bajo la forma de la historia poética, descubrió en la forma de la escritura cuanto le bastaba para convencerse de que era obra de un jurisconsulto, y aplicando la infusion de agalla á una hoja la leyó, informando de su descubrimiento á Savigny, y juntos publicaron en los periódicos su descubrimiento, demostrando que el fragmento de las *Prescripciones* pertenecia á las *Instituciones* de Gayo. La Academia de Berlin envió á Verona en 1817 á los señores Goschen y Bekker, quienes venciendo las graves dificultades que oponen á los que desean el bien los que no quieren ó no saben hacerlo, lograron trascribir nueve décimas partes del libro: el resto era ilegible.

Se componia el manuscrito de ciento veintisiete fojas. La escritura mas reciente en mayúsculas presentaba veintiseis epístolas de San Jerónimo; la primitiva, elegantísima, comprendia las *Instituciones*, y entre esta y aquella se extendia una tercera comprendiendo una cuarta parte del manuscrito, teniendo epístolas y meditaciones del mismo santo. Por consecuencia fué raspado tres veces el pergamino, y sin embargo ofrece el texto mas puro, si bien exige su lectura un trabajo difícil y obstinado. La primera edicion de la obra se hizo en Berlin en 1820.

No habiendo título en ella, convenia probar que era verdaderamente las *Instituciones*. Justiniano confiesa en sus Instituciones haberlas tomado de las de Gayo: *Quas ex omnibus antiquorum institutionibus, et præcipue ex commentariis Gaii nostri*, etc. Prœmium. Ahora bien, si se comparan estas dos obras, es evidente su autenticidad, salvo que en las de Justiniano no se encuentran muchas leyes derogadas, como sería la ley Sencia, la cual igualaba despues de la emancipacion los *servi pœnæ* á los extranjeros *deditisti*. Ademas las *Instituciones* de Gayo corresponden al compendio que se hizo por los autores del *Breviarum Alaricianum*. En fin, se encuentran en ellas casi todos los pasajes que se citan de las mismas en las Pandectas y en la coleccion de las leyes mosáicas y romanas, y por Boccio y Prisciano.

Niebuhr y Knopp creen que la letra de este manuscrito es anterior al reinado de Justiniano. Bluhm volvió á confrontar la primera edicion con el texto de Verona, é hizo una *princeps* en 1824.

Véase tambien. GAII institutionum commentarii quator, quos tentat rubricis, adnotationibus, additionibus, versioneque itálica explanare, quæque hucusque proditæ editiones fortunæ sustinuerunt damna sarcire Franciscus Lisius. Bologna, 1859.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

provincial y sobre las Doce Tablas (*Libri ad edictum :* Δωδεκα δελτοι), y otra obra con el título de *Rerum quotidianarum*, ó *Aureorum libri*, semejantes á sus Instituciones.

Papiniano. Otros jurisconsultos siguieron á estos hasta que llegan los mas famosos, Emilio Papiniano, Julio Paulo, Domicio Ulpiano y Erennio Modestino. Papiniano, prefecto del pretorio, presidente del consejo privado de Septimio Severo, y condenado á muerte por Caracalla porque no quiso justificar su fratricidio, fué considerado como el príncipe de los jurisconsultos : Valentiniano III declaró su autoridad preferente á la de los demas, y Justiniano le prodiga los títulos mas insignes.

Paulo. Paulo y Ulpiano, asesores suyos en el consejo de Estado, compusieron muchísimas obras demasiado seguidas en las *Pandectas* de las cuales los extractos de Ulpiano forman una tercera parte, y una sexta los de Paulo : y puede decirse que sus comentarios sobre el Edicto perpétuo son la base del *Digesto*. Paulo fué natural de Padua, y de sesenta y ocho de sus obras se encuentran extractos en las *Pandectas*, habiendo escrito ademas los cinco libros de *Receptæ sententiæ*, que contienen todos los principios no contestados del derecho, dispuestos con el órden del Edicto perpétuo. Incluidos en gran parte en el código de los Visigodos, vinieron á quedar como ley práctica en España, en la Galia Meridional y entre los Borgoñones, hasta la época en que se introdujeron en ellos la coleccion justiniánea y los códigos bárbaros. Es oscuro á veces su estilo, miéntras que es preciso y claro el de Ulpiano, aun cuando muchos solecismos semíticos revelen su orígen fenicio (1).

Las obras de estos tres y las de Modestino, su discípulo, en tiempo de Valentiniano III adquirieron fuerza de ley.

Atribuimos en parte á consejos de estos jurisconsultos algunas mejoras introducidas en la legislacion; en parte á la naturaleza de la nueva constitucion, en la cual no estaba sujeto el emperador por los privilegios de ningun cuerpo, y separados los ciudadanos de la vida política, buscaban una compensacion obteniendo la mayor independencia civil; y en parte finalmente á las nuevas doctrinas que los Galileos oponian á las soberbias é inhumanas máximas de las escuelas antiguas.

Para destruir los emperadoros aun la mas pequeña sombra de la nobleza, promovieron las razones de la comun naturaleza humana; favorecieron los peculios de los hijos de familia y las emancipaciones; ampliaron los efectos de las manumisiones, extendieron la ciudadanía, y mejoraron la condicion de los esclavos, reprimiendo la crueldad de los amos. Aun en esto era popular el jefe del Estado, queriendo hacer á todos iguales ante el derecho, humillar á los poderosos, y tener segura á la multitud contra opresiones particulares, y satisfecha acerca de las necesidades de la vida y del uso de la libertad natural, no concediendo privilegios á personas particulares, sino elevando á las dignidades al que lo mereciese. El celo de los emperadores por la justicia civil reparaba no pocos abusos; producia en los magistrados un temor saludable y aproximaba cada vez mas el derecho á la equidad natural y al sentido comun. De tal manera progresaba la humanidad aun con aquellos viles sufrimientos, y con el gran nombre del imperio se extendia la idea de la igualdad bajo un solo gobierno, opuesta á cuanto practicó la antigüedad, y la cual debia constituir el fondo de las sociedades modernas.

(1) Los fragmentos de estos tres insignes jurisconsultos constituyen la parte principal de la coleccion de las fuentes del derecho romano, publicada en Paris con el título de *Juris civilis eciога*, 1822-27.

CAPÍTULO XV

Riqueza. — Comercio.

Excluidos los ricos del derecho de satisfacer su ambicion en las magistraturas, y temerosos de inspirar recelos á los monarcas, se limitaban á gozar en su lujo privado, y á embriagarse en los placeres; como quien no quiere acordarse de la espada que tiene pendiente de un hilo sobre su cabeza.

Parecen novelas orientales las narraciones de las riquezas y del lujo de aquel tiempo. Inútilmente los buenos habian propuesto y vuelto á proponer las leyes agrarias; la prepotencia de la espada habia sido superior á las órdenes, y en medio de un pueblo inmenso, pobre y mendigo, algunos poseían increibles riquezas. Deplorando uno las graves pérdidas sufridas en tiempo de la guerra civil, dejó á su muerte 4,116 esclavos, 23,600 pares de bueyes, 250,000 cabezas de ganado, y 60 millones de sestercios, sin contar los terrenos (1). Crispo de Verceli poseía 200 millones de sestercios; 300 el filósofo Séneca; 400 el augur Cneo Lentulo y Narciso, liberto de Claudio; aun mas Icelo, favorito de Galba; y Pálas, otro liberto de Paulo, reunió tantas riquezas, que si las hubiese reducido á terrenos, hubieran constituido la 350ª parte de la Francia (2). Segun Plinio, los bienes confiscados por Neron á seis ricos constituían la mitad del África proconsular (3). Mas tarde sabemos por Vopisco que Aureliano depositó en una quinta privada del emperador Valeriano 5,000 esclavos, 2,000 terneras, 10,000 yeguas, 10,000 ovejas y 15,000 cabras (4), lo cual hace que no parezca exageracion declamatoria el dicho de Séneca, que apénas bastarian provincias y reinos para apacentar los rebaños de algunos, cuyos esclavos eran mas numerosos que naciones belicosas, y cuya casa era mas vasta que una ciudad (5).

(1) Plinio.
(2) Paucton, *Métrologie* CXI.
(3) Plinio, XVIII, 6.
(4) Vopisco en *Aur.* C. X.
(5) *De beneficiis*, VIII, 10.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Apénas bastaban los inciensos de la Arabia para las apoteósis de los emperadores. Neron consumió cuatro mil millones de sestercios (735.239,200 fr.) en liberalidades, y Calígula dos mil setecientos millones (525.000,000 fr.; Domiciano invirtió doce mil talentos (66 millones) solo en dorar el Capitolio (1); Adriano, en honor de su suegra y de su antecesor, regaló increible cantidad de aromas á todo el pueblo, é hizo correr bálsamos por el teatro y los jardines; y Heliogábalo nadaba en piscinas llenas de esencias, y derramaba á calderadas el nardo (2). Por fin los guerreros en los dias solemnes ungian las banderas y las águilas, y se perfumaban ellos mismos con preciosos aromas, y Plinio llega á decir que los Romanos estaban rociados de pomadas interior y exteriormente, y se elogiaba á una mujer, si al pasar excitaba con su fragancia aun á aquel que estuviese fijo en otra cosa (3).

Apártese un instante la vista de aquella afeminada profusion, y fíjese en las fábricas donde se refinaba el incienso en Alejandría; donde á fin de que no se sustrajese una gota, se ponia á los operarios una máscara en la cara, y se les hacía salir desnudos de los talleres (4).

El tratado de las piedras preciosas que Plinio insertó en su *Historia natural*, sacado de uno que habia escrito Mecénas, manifiesta cuánto mas que nosotros habian refinado aquel lujo. Los dedos desde la mitad arriba se llenaban de anillos (5); se hacian las copas de piedras preciosas, y se tenian en grande estimacion los vasos murrinos, procedentes de la Caramania y de la Partia Interior, cuya fragilidad proporcionaba el vivo placer de que estuviese en contínuo peligro un tesoro. Un magistrado consular pagó por un vaso de estos setenta talentos; Neron cuarenta millones de sestercios; Petronio, proveedor de sus placeres, obtuvo un vaso murrino por trescientos talentos, y ántes de morir lo hizo pedazos, á fin de que no correspondiese á Neron, con quien se habia enemistado (6).

Apreciábanse singularmente las perlas, y las mujeres las usaban, cubriéndose con ellas mas bien que adornándose la cabeza, el cuello, el pecho, los brazos y las sandalias: Calígula llevaba sobre sí muchísimas, y adornaba con ellas las proas de las naves, como Neron los lechos de su lujuria; y sin embargo se pagaban por una cantidad triple de oro en las orillas del Golfo Pérsico y de Trapobana (1), y una sola fué comprada en seis millones de sestercios.

Pagábase la seda á peso de oro, por lo cual cuando quiso César cubrir su teatro con aquella tela, se amotinaron los soldados, temiendo que con esto se agotase el Erario, y fué tachado Claudio de bárbara magnificencia, porque coronó bajo un pabellon de seda á dos reyes del Asia (2). No obstante, se extendió su uso, á pesar de que Alejandro Severo y Aureliano trataron de limitarlo.

Traíase la seda de la Persia, así como tambien tapices de Babilonia de varios colores; un emperador compró uno por el valor de cuatro millones (3), y ya el severo Caton habia ostentado otro de ochocientos mil sestercios (163,667 fr). Las telas de la India eran tambien muy buscadas, así como el marfil de la Etiopia y de la Troglodítida, y especialmente el de la India, con el cual adornaba los templos, las sillas de los magistrados curules, y los muebles y artesonados de los ricos, creciendo tanto el consumo, que no encontrándose ya, era menester cortar huesos de elefantes. No eran ménos deseados el ébano y cedro de África. Extraíase el ámbar de los mares septentrionales, de cuya materia se llevaban encima figuritas, cuya valor excedia al de un hombre vivo (4); bajeles egipcios partian expresamente del puerto de Berenice para hacer cargamento de tortugas en las costas de África, y las mas deliciosas eran las de color de oro de la Oceanitida, isla situada en las bocas del Gánges.

Todas las provincias, en fin, enviaban á Roma lo mejor que producian; papiro, vidrio y lino el Egipto; frutas el África, tapices la Mesopotamia; lanas finas, cera y miel la España; la Galia paños, ganados, aceite, obras de hierro, de cobre, de plomo, y de estaño; cueros y pescado salado el Ponto; estaño la Bretaña; y la Grecia obras de arte y tejidos finísimos.

Otro objeto de horrible lujo eran los eunucos, viciosos instrumentos del vicio, uno de los cuales fué pagado por Seyano en cincuenta millones de sestercios (9.190,000 fr.) (5).

Del África y de la India traíanse las fieras, con las cuales se ofrecia un espectáculo de matanza al pueblo, obligado por la fuerza de los tiempos á la paz. Esta costumbre, que se introdujo hácia el fin de la república, como ya indicamos (6), se aumentó despues en tiempo de los emperadores hasta rayar en frenesí. Á costa de grandes gastos cazábanse leones (7), elefan-

(1) Suetonio. Dion dice tres mil trescientos millones.
(2) Lampridio, en su vida XIX, 24.
(3) *Hist. Nat.*, XII.
(4) Id. XIV.
(5) *Sardonicas, smaragdos, adamantos, jaspidas uno Portat in articulo*. Marcial, V, 11.
Digitus medius excipitur: cæteri omnes onerantur atque etiam privatim articulis. Plin. Hist. N. XXXVII.
(6) ¿De qué materia eran estos vasos murrinos tan apreciados por los antiguos? Mercator y Baronio dijeron que de benjuí. Paulmier de Grentemesnil, de arcilla amasada con mirra; Cardano, Escaligero y Mercurial, de porcelana; Belon, de conchilla; Guibert, de onice; y otros de otras materias. Le Blond, en las *Memorias* de la Academia de Inscripciones, tomo XLIII, muestra que ninguno acertó, y anima á nuevas investigaciones, que no se omitieron. Véase nuestra Arqueología.

(1) Margaritas quæ contra triplum aurum obrizum, atque id quidem in India effossum, veneunt.
(2) Dion Casio, XLIII, L, IX.
(3) Plinio, *Hist. Nat.*, VIII, 48.
(4) *Toxatio in deliciis tanta, ut hominis quamvis parvæ effigies vivorum hominum vigentiumque pretia superet*. Plinio, *Hist. Nat.*, XLVII.
(5) Plin., *Hist. Nat.*, VII, 39.
(6) L. V., c. 10.
(7) Plinio dice hablando de los leones (lib. VIII, c. 16): « [illegible] « un principio era empresa muy arriesgada el cazar leones, y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tes, hienas y cocodrilos, ideando el modo de cogerlos sin herirlos. Tan frecuentes eran las cacerías que ya en tiempo de Plinio (1) no se veían leones en Europa, y Amiano Marcelino aseguraba, que tampoco se encontraban hipopótamos mas acá de las cataratas del Nilo (2). Habian llegado á adquirir grande habilidad los que se dedicaban á domesticar fieras, los cuales por medio de amuletos, ó mejor dicho, por medio del hambre, las amansaban, y acostumbraban á combates ó á juegos, tales como enseñar á los elefantes á lanzar armas, trazar letras con la trompa, y caminar en la cuerda; á los peces á acudir cuando se les llamaba; á los leones á cazar liebres y á no comerlas, y á las águilas á levantar el vuelo con un niño entre las uñas. Augusto se alababa en su inscripcion de haber hecho matar en los anfiteatros cerca de tres mil quinientos animales; doscientos leones fueron muertos en los juegos presididos por Germánico; murieron en otros nueve mil fieras regaladas por Tito, habiendo tambien mujeres en el número de los matadores; en los juegos de Trajano, que duraron ciento veintitres dias, se dió muerte á mil ciento; diez mil murieron en los de Adriano, y Probo soltó mil avestruces y otros muchos animales en el circo, dispuesto á modo de selva (3).

» para conseguirlo, se abrian hoyos. En el imperio de Claudio » enseñó la casualidad un medio mas sencillo y casi indigno de » un animal tan feroz : un pastor de la Getulia (en el África » Septentrional) apaciguaba el furor del animal echándole un » paño por encima. Reprodújose inmediatamente este maravi- » lloso espectáculo en los juegos públicos, y apénas se daba » crédito á los ojos cuando veían caer súbitamente en una » nercia absoluta á un animal tan feroz, y dejarse ligar sin » defenderse al arrojarle el mas ligero trapo sobre la cabeza : » toda su fuerza por tanto está en los ojos. Por eso causa » ménos admiracion oir que encerrado Lisimaco con un leon » por órden de Alejandro, pudiese matar al animal. » Si se duda de un hecho ocurrido á la vista del pueblo romano, y del cual pudo muy bien Plinio ser testigo no pocas veces, no dejará de interesar el saber que aun se usa este medio en la India.

El capitan Williams, autor de un escrito titulado *Diario de un cazador durante una temporada en la India* (*Biblioth. univers.* de Ginebra, 1820, abril, p. 387), describiendo la caza de una hiena, refiere que los dos Indios empleados á este fin llevaban únicamente una barra de hierro aguzaba, de la longitud de un pié, un lio de cuerdas y un pedazo de tela de algodon « destinado probablemente » dice « á cubrir la cabeza del ani- » mal para quitarle la vista. » Comparando con este pasaje el de Plinio referido ántes, no puedo ménos de admitir la opinion del capitan. Atrevidos charlatanes se sirven tambien de este medio para detener el furor de los leones.

Nemesiano (*Cynegeticon* 303 y sig.) describe una especie de caza ménos peligrosa, pero no ménos extraordinaria, y que produce la misma admiracion. « Es menester, dice, entre otros » instrumentos de caza, proveerse de una tela que pueda exten- » derse en un espacio bastante grande, y encerrar en sus ma- » drigueras á los animales espantados á la vista de las plumas » que ha de haber colocadas en ella, porque estas plumas, como » los relámpagos, deslumbra á los mayores jabalíes, á los » ciervos mas veloces, á las zorras y á los lobos mas audaces, » y les impiden romper el leve obstáculo que se les opone. » Téngase cuidado de teñir estas plumas de diversos colores, » mezclándolas con las blancas, y de que los colores sean mu- » chos, procurando que abunden mas las plumas teñidas del » color que inspira mas espanto á los animales selváticos,... » El color rojo debe ser el preferido. »

Marcial, *De spect. ep.* XI, habla de un oso que en el circo romano fué cogido con liga, ni mas ni ménos que nosotros lo hacemos con los pajarillos.

(1) PLIN. VIII, 16.
(2) Lib. XXII, 15.
(3) M. MONGEZ, en las *Mém. de l'Académie*, tomo X, 1833, enumeró y describió todas las fieras que en el circo se habian soltado para que combatiesen en el tiempo que medió entre el año 502 de Roma y la muerte del emperador Honorio.

Es cosa que cuesta trabajo creer la portentosa riqueza de algunos particulares en los tiempos de que vamos hablando. El abuelo de Lolia Paulina, víctima de Agripina, se dió tan buena maña en el gobierno del Asia, que pudo presentarse aquella en un banquete llevando encima un valor de cuarenta millones de sestercios en joyas (7.352,000 fr.). Entre los ciudadanos mas espléndidos de aquella edad, se recuerda á Heródes Ático. Su padre Julio, de pobre cuanto ilustre nacimiento, encontró en una casa vieja de su pertenencia un tesoro inmenso, y habiéndolo puesto en conocimiento del emperador Nervo, le dijo este que dispusiera de él á su gusto, perdonándole la parte que segun la ley correspondia al fisco; y como le contestase que temia invertirlo mal, mas generoso que prudente, añadió el emperador : *Usa y abusa de él como te acomode.*

Heródes Ático

Su hijo Heródes heredó por tanto un patrimonio inmenso, con la carga de dar todos los años á cada ciudadano de Aténas una mina (87 fr.), de la cual se libró pagando de una vez la suma correspondiente á cinco años, que seguramente no dejaria de pasar de veintidos millones. Educado por los maestros mas sabios de Grecia y Asia, tuvo gran fama de orador, obtuvo en Roma el consulado y la prefectura de las ciudades libres de Asia, y en este destino, para llevar agua á los habitantes de la Troade, consiguió de Adriano trescientas miriadas de dragmas; pero como los gastos importasen el doble, y los ministros del Erario se mostrasen remisos en concedérselo, Ático hizo proseguir y acabar la obra poniendo el resto de su bolsillo.

Habiéndose separado de los negocios, vivia en Aténas y sus cercanías disputando con los sofistas, los cuales se dejaban vencer por un contrincante tan generoso; y al mismo tiempo prodigaba sus bienes en obras públicas. Presidió los juegos de Aténas; fabricó en cuatro años un estadio de seiscientos piés de largo, todo de mármol blanco, y capaz de contener la poblacion entera; consagró un teatro sin segundo á la memoria de su esposa Regilla, no empleando mas madera que cedro labrado; devolvió su antigua magnificencia al Odeon, que Perícles habia construido con las entenas de las naves persas; hermoseó el templo de Neptuno en el Istmo, el cual meditaba cortar; hizo un teatro en Corinto, un estadio en Délfos, un baño en las Termópilas y un acueducto en Canusio de Italia; esto sin hablar de las obras de menor importancia esparcidas en la Tesalia, en el Epiro, en la Eubea, en Beocia y en el Peloponeso, ni de las liberalidades que usaba con las ciudades que lo elegian patrono.

¡Esto lo hacia un particular! Y aunque este ejemplo no pueda servir de regla para los demas, puede darnos idea del magnífico lujo de aque-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

llos ricos, á quienes todo el mundo tributaba halagos y aplausos. Seguros los emperadores de la dominacion, y desesperando los súbditos de recobrar la independencia, trataban de hermosear la servidumbre con todos los placeres compatibles con su tranquilidad. Alzábanse, pues, edificios por todas partes, que aun hoy son nuestra admiracion, fabricados los unos por los Césares, otros por los magistrados, aquellos por los municipios, y algunos por los mismos particulares. Hemos indicado los construidos por los primeros. Apénas hubo construido Roma el Coliseo, cuando Verona y Capua quisieron tener circos que compitiesen con él; algunos municipios lusitanos construyeron el admirable puente de Alcántara; Plinio encontró á las ciudades de Bitinia edificando á porfía; en Nicomedia concluían una plaza nueva, un acueducto y un canal; en Nicea un teatro y un gimnasio; en Claudiópolis y Prusia baños, y en Sinope un acueducto de quince millas. Se cuidaba principalmente de los acueductos, á cuyo favor florecian poblaciones en los lugares en que la inercia de los Bárbaros dejó despues que dominasen las arenas líbicas. Los de Espoleto, Metz, Gard y Segovia parecen corresponder á vastas capitales mas bien que á ciudades de provincia. En Nímes, en Árles y en Narbona subsisten aun insignes monumentos: ¿qué no sería en Antioquía, en Alejandría y en Cesárea, ciudades que contenian naciones enteras? Para que tuviésemos un conocimiento mas exacto, se conservaron dos ciudades enteras bajo las cenizas y las lavas que las sepultaron, y saliendo ahora de ellas, nos revelan toda la magnificencia de aquella edad (1).

Pero no nos haga olvidar la admiracion que las obras de los emperadores eran un ultraje á los súbditos, obligados á ejecutarlas con sus brazos. Vespasiano es alabado porque en todo el imperio « llevó á cabo tantas y tan grandiosas obras sin molestia para los agricultores (2), » miéntras que se censura á Diocleciano « el insaciable afan de edificar, por el cual no ménos que por los tributos, era gravosa la contribucion de operarios, de obras de mano y de carros necesarios para tales obras (3). »

Aquellas obras, pues, nos dan una muestra del sistema político antiguo, en virtud del cual se tenia toda clase de consideraciones con las ciudades y ninguna con el campo. Despues de la edad média, no se halla un espacio en que no se levante una aldea con una iglesia y un palacio: entónces por el contrario, todo se concentraba en las ciudades, y de las ciudades partian los grandes caminos, sin aquella red de caminos menores que unen hoy á las aldeas mas pequeñas: vivian en suma entónces los ciudadanos, ahora el pueblo; entónces pocos privilegiados, ahora la humanidad entera.

(1) Véase despues el cap. XXXIII.
(2) Aur. Victor. *De Cæsar*, c. 9.
(3) Lactancio. *De mort. persec.* § 7.

¡Cuánto se equivocaria, pues, quien á la vista de aquella esplendidez se figurase muy rica la poblacion de entónces! No forman la prosperidad de las naciones las muchas riquezas acumuladas en manos de pocos, sino la igual distribucion de lo que sirve á las necesidades, á las comodidades y á los goces. Habiendo arrebatado Roma el territorio á los vencidos, lo dividió en pequeñas porciones, para distribuir algunas como recompensas militares, y conservó el resto como dominio nacional, *ager publicus*, que se daba en arrendamiento por cinco años ó perpetuamente, y cuyo cánon era una de las principales rentas públicas. Por el poder que les daba su constitucion tomaban para sí los patricios lo mejor de la conquista, y cuidaban ante todas cosas de conservarlo y aumentarlo. Todo les favorecia para esto. Las materias preciosas, introducidas por la conquista, disminuyeron el valor del dinero, de tal suerte que el cánon que pagaban los patricios se redujo á casi nada, y necesitaban muy poco para comprar esclavos que les cultivasen los campos (1).

Permitian á estos esclavos que ahorrasen algo de lo necesario y lo vendiesen, ó que ejercieran un tráfico al por menor, con el cual se formaban un peculio que colocaban á interes en poder del mismo amo, el cual por consiguiente era á un tiempo mismo propietario, agricultor y banquero. Las grandes posesiones sostenidas por un capital superabundante propenden á extenderse; cada dia atraen á sí algun patrimonio modesto, y de tal manera se realiza este procedimiento, que pudiera considerarse el territorio romano como una confederacion de pequeños reinos. Poblada la Italia de naciones industriosas, habia visto perecer á sus hijos, unos porque se opusieron á la tiranía de Roma, otros en las proscripciones con que esta señaló sus triunfos, y no pocos al auxiliarla en las nuevas conquistas. Cuando apénas el tiempo la habia repuesto de la guerra de Aníbal y de la aun mas mortífera de los Marsos, sobrevinieron las luchas civiles, en las cuales á los males de la guerra se agregaron los de la victoria, habiendo distribuido Sila, y principalmente Augusto, lo mejor del país entre sus veteranos. Estos arrojaron de los campos, de las casas, de los templos y de los sepulcros á los antiguos poseedores, los cuales corrian desnudos á Roma á pedir pan (2).

Pero el veterano que se encontraba enriquecido tan fácilmente, no conocia la industria de adquirir ni la economía de conservar; acostumbrado á la imprevision soldadesca y á la profusion de los donativos y del saqueo, se entregaba á los placeres, y en breve hipotecaba la tierra, la casa y los instrumentos de labranza, y desnudo como ántes, y mas que ántes vicioso, volvia á Roma á saciar su hambre de pan, de tu-

(1) Véase el Libro V, cap. 2.
(2) « More latrocinii veteribus possessoribus ademerun agros, domos, sepulcra, fana... juvenes pariter ac seniores, mulieresque cum parvis liberis conquerentes se pelli agris focisque. Apiano, De b. civ.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

multos y de placeres. Refiere Tácito « que hubo » necesidad de repoblar á Tarento y Ancio con » veteranos; pero sirvió de poco, porque la ma- » yor parte de los soldados se esparcian por las » provincias donde habian terminado el servi- » cio; y no acostumbrados por otra parte á los » vínculos del matrimonio y de los hijos, morian » sin posteridad. »

Quedábanse, pues, yermos los campos, y el fisco se apoderaba de ellos, ó eran ocupados por los ricos, quienes formaban de esta manera inmensas posesiones con los despojos de los pequeños. De aquí procedieron los *latifundos* que arruinaron la Italia (1), en la cual un hombre solo poseía frecuentemente un país tan extenso cuanto hubiera bastado para el triunfo de un general.

Pobres. Debia aumentarse por tanto desmesuradamente el número de los pobres propietarios despojados, de los trabajadores libres oprimidos por la concurrencia de vastas manufacturas hechas por esclavos, de los deudores arruinados por la usura, en suma, de todos los plebeyos, excepto aquellos que por su ingenio y su valor llegaban á colocarse en el órden de los caballeros, aristocracia de dinero, que sustituía á la de raza.

Pudiera tal vez citarse algun pueblo moderno dividido entre pocos opulentos ricos y una infinidad de miserables (2). Pero aquella á quien el orgullo compadece é insulta con el título de pobretería, es hoy la clase ínfima, laboriosa y oscura, cuyo lugar ocupaban en la antigüedad los esclavos, propiedad del amo y mantenida por él. La plebe por el contrario se componia de hombres libres y privilegiados en el órden civil, que formaban un partido formidable por su número, por sus hábitos guerreros, y por el poder de la union y de la legalidad. Podian, pues, sostener una lucha, y los pobres, que sucumbieron con los Gracos, truinfaron en las proscripciones, cuando se distribuyeron los bienes arrebatados á los antiguos poseedores, no ya para obtener, como se decia, una particion igual, sino para recompensar á los que habian ayudado á las victorias de los triunviros.

Economía rural. De este cambio de amos provino en tiempo del imperio la innovacion de la economía y de las rentas. Los antiguos aristócratas continuaban cultivando los campos conforme á la tradicion por mano de esclavos, dirigidos por otros esclavos: y los nuevos, no pensando mas que en gozar en el lujo sus inmensas riquezas, arrendaron sus bienes á labradores que habian nacidos libres, los cuales los cultivaban á su costa y riesgo. Hacíase ordiniaramente el arrendamiento por cinco años, y se pagaba casi siempre en dinero, y en proporcion del número de esclavos que trabajaban en el campo. Pero puede inferirse cuán incierta deberia ser la renta, por las distribuciones gratuitas que se multiplicaban, y en las cuales la munificencia del emperador ó de los ricos cortaba las alas á la especulacion privada: ademas, los monopolios, y los tesoros que la victoria ponia de repente en circulacion, alteraban sin regla fija el valor de los géneros que el propietario enviaba al mercado.

Habiendo llegado á ser cada vez mas difícil confiar la direccion de los bienes propios á arrendadores libres y abonados, se introdujo despues del siglo II de la era vulgar un nuevo método de economía rural, y el esclavo fué convertido en colono servil, permitiéndole tener mujer é hijos, y disponer de su peculio, con tal que pagase un cánon anual (1). De aquí podria haber procedido la abolicion de la esclavitud; pero como se hacía cada vez mayor la desproporcion entre pobres y ricos, aumentada con el horrible sistema de hacienda, que se introdujo á causa de las crecientes necesidades de la república, se llegó á temer que el propietario vendiese los esclavos y dejase incultos los campos. Entónces, pues, se determinó que el colono quedase adherido al terreno y fuese vendido con él, lo cual, ademas de remachar la esclavitud produjo, una gran desigualdad en la distribucion de los labradores, acumulados en algunos lugares, miéntras que en otros no habia ninguno. Así es que al fin de esta época estaban yermos gran parte de los campos cultivados antiguamente por la populosa diligencia de los Ecuos, de los Sabinos, de los Volscos, de los Etruscos y de los Cisalpinos, y estaban ocupados otros inmensos terrenos por jardines de improductivos deleites (2).

Arruinada la agricultura italiana, hubo necesidad de importar tambien el vino de las islas Griegas, de la Siria, de la España y de las islas Baleares, ó de aquella Galia cuyos hijos habian bajado á Italia por el atractivo de sus viñedos. La lana, producto ya celebrado de los ganados de la Apulia y de la Euganea, hubo que llevarla de España, de Mileto, ó de Laodicea, ademas de la muy basta que venía de la Galia. Se habia hecho muy comun en las familias principales el lujo, antiguamente regio, de usar el color de púrpura, que venía de Tiro, de la Getulia y de la Laconia, y que se pagaba hasta á mil dracmas la libra.

Industria. En la época en que las estratagemas del fisco ó la urgencia de la necesidad trasformaban así la agricultura, sufria tambien la industria una revolucion. No habian podido prosperar las corporaciones de operarios libres, antiquísimas en Roma, á causa de las manufacturas serviles, porque todos los ricos tenian en su casa quie-

(1) *Latifundia perdidere Italiam.* PLIN. *Hist. Nat.*, XVIII.

(2) El fenómeno de la expropiacion ocurre hoy precisamente en Escocia, donde la supremacía de los *lairdis* se ha cambiado en propiedad, absorbiendo cada uno los terrenos de todo el *tian.*

(1) De la condicion del colono tratamos en el Libro VII, cap. V.

(2) C. G. Zumpt (*Uber der Stand der Bevölkerung.* Berlin, 1841) estudió el aumento y la decadencia de la poblacion entre los antiguos. Combatiendo á Gibbon, que en la época de los Antoninos colocaba el máximum, demuestra que entónces estaba muy disminuida entre los Griegos, por razones que se extendian tambien al imperio romano.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nes fabricasen cuanto bastaba para las necesidades ó el lujo. Muy tarde echó de ver la gente nueva establecida en Roma que una tela ó una herramienta comprada en la tienda costaba ménos que fabricada por los propios esclavos, por cuyo motivo llegó á abandonarse la industria doméstica, lo cual, multiplicando los trabajadores libres, favorecia el sistema de igualdad adoptado por el imperio. Pero no se quiso dejar á la multitud de artesanos la libertad que se habia quitado á los campesinos, y con pretexto de darles una organizacion, fué encadenado cada uno á su taller, así como los colonos á la tierra. Sin idea de la libre competencia, y conceptuando necesaria la intervencion de la ley en todo, para asegurar aquella prosperidad pública, á la cual creemos hoy que basta la prevision del interes privado, se reformaron las corporaciones, organizando en cada ciudad las que se creían necesarias para servir bien al público; se agregaron otras accesorias á la principal y se ordenaron por grados, concediéndose solo como privilegio el pasar de una á otra. El emperador, el municipio ó sus individuos constituían un fondo social; pero como podia participar tambien de él quien nada llevaba, y como todo hombre libre podia entrar en una de estas sociedades en comandita, adquiria así precio hasta el mas mínimo trabajo. Pero el asociado no podia vender ni dejar su peculio sino á uno del mismo municipio, de manera que el industrial pertenecia á su oficio, y no el oficio al industrial como sucede hoy. Sobre estas corporaciones pesaba tambien la funesta influencia del fisco, porque cada una de ellas estaba gravada con cargas enormes, debiendo pagar ademas de la gabelas de venta y peaje la colacion *auraria*, llamada así porque se pagaba en oro, y á la cual estaban obligados mancomunadamente todos los miembros, hipotecándose para ello todos los bienes inmuebles de la comunidad.

No existia, pues, la agricultura que da vida, la industria que cambia, y el comercio que difunde la riqueza. De la Italia, de todo el mundo afluía gente á Roma: calcúlese, pues, cuál deberia ser la miseria y corrupcion entre aquella multitud desocupada, queriendo todos vivir de liberalidades ó de infamias. Multiplicáronse entónces los ministros del lujo y de la lascivia; y hubo entónces verdaderos ejércitos de esclavos en las casas de los magnates, de tal manera que era menester un nomenclador para recordar sus nombres.

Era cuidado de los emperadores alimentar y contentar á la multitud, por lo cual se traían continuamente granos de la Sicilia, del Egipto y del África, y así el primer objeto de la política era conservar la libre comunicacion con estos países, porque desgraciado del dia en que no llegasen alimentos para tantas bocas (1). Llamábase sagrada la flota que trasportaba el grano á Italia; estaban libres de toda gabela las naves que aportaban á Roma cargadas de trigo, y los príncipes cuanto mas malvados eran, se manifestaban mas generosos, haciendo consistir en esto el buen gobierno y la justicia.

Como monumento elocuente de la miseria de entónces nos queda un edicto de Diocleciano, en el cual en tiempo de carestía prefija el máximum del precio de los víveres y de las obras (1). De él aparece que las cosas necesarias á la vida costaban de diez á veinte veces mas que hoy (2),

(1) Aureliano escribia al prefecto de los víveres que tuviese satisfecha á la plebe; *Neque enim populo romano saturo quicquam potest esse lætius.* Vop. en *Vida.*

(1) Probablemente es del año 303. Lo encontró William Sherard en Estratonice de Caria en 1709, y lo publicó despues en mejor estado Bankes, en Lóndres, en 1826. Hay tasados en él 433 artículos de mercancías ó de manufacturas; pero quedan muchas lagunas.

(2) Moreau de Jonnes dedujo esta tabla, en relacion con las monedas actuales:

Precios del trabajo.

Al bracero por su jornal 25 dineros.	fr.	5 62
Al albañil.		11 25
Al peon que mezcla la cal		11 25
Al marmolista que hace los mosáicos.		13 50
Al sastre por hechura de un traje.		11 25
Por hechura de los *calcei*, calzado de los patricios.		33 70
de las *caligæ*, calzado de artesanos. . . .		27 »
de soldados y senadores. . .		22 50
de mujer.		13 50
de los *campagi*, sandalias militares. . . .		16 87
Al barbero por cada hombre.		» 45
Al veterinario por esquilar los animales y cortar las uñas.		1 35
Por un mes de arquitectura.		22 50
Al abogado por una instancia en los tribunales . .		25
Por una causa.		225

Precio de los vinos.

Cada litro del Piceno, Tiburtino, Sabino, Amineano, Sorentino, Setino y Falerno.	fr.	13 50
Vino añejo de primera calidad.		10 90
Vino rústico.		3 60
Cerveza (*camum*).		1 80
Vino falsificado de Asia (*caranium mœonium*)		13 50
Vino de cebada de Ática.		10 90

Carne, libra de Francia.

Carne de vaca	fr.	2 40
— de cordero, cabrito y puerco.		3 60
El tocino mejor los mejores jamones de Vestfalia,		4 80
de la Cerdeña y del país de los Marsos		4 80
Manteca de puerco fresca.		3 60
Hígado de puerco cebado con higos (*ficatum*). . . .		4 80
Piés de puerco, cada uno.		» 90
Salchichon de puerco fresco (*isicium*) del peso de una onza.		» 40
— de vaca fresco (*isicia*) ó ahumado		3 37
— de puerco ahumado y sazonado (*lucanicæ*).		3 60

Caza, precio medio por cabeza.

Un pavo cebado.	fr.	56 25
— hembra cebada.		45 »
— salvaje macho		28 12
— — hembra.		22 50
Un pato cebado.		45
— no cebado.		22 50
Un pollo.		13 50
Una perdiz.		6 75
Una liebre.		33 75
Un conejo.		9 »

Pescados.

Pescado de mar, de primera calidad.	fr.	5 40
— de rio id.		2 70
— salado.		1 35
Ostras al ciento		22 50

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y aun cuando la cantidad del dinero y la escasez de la industria diesen un precio exorbitante al trabajo, nos demuestra que un campesino ó un jornalero apénas podia porporcionarse un alimento grosero con su jornal. Gran cosa para una gente cuyas tres cuartas partes estaban reducidas á vivir con pan, queso y pescado, y á beber mal vino, miéntras que Vitelio consumia en su mesa ciento setenta y cinco millones al año.

Comercio. El único medio de reponerse hubiera sido el comercio; y verdaderamente los provincianos aun no invadidos por los Bárbaros, bastante léjos de los emperadores para experimentar sus maldades personales, y favorecidos por la paz, dedicaban con gusto sus hijos al tráfico desde que se habian cerrado ó estrechado las carreras públicas, y á fin de que tuviesen ménos contacto con sus peligrosos monarcas. Continuaban traficando los Romanos por la Mesopotamia al traves del Desierto por el camino que vemos abierto desde los principios de la sociedad, al cual debió su prosperidad Palmira, que en medio de la soledad adquirió importancia en tiempo de los Seléucidas, y no la perdió despues de haber sido conquistada la Siria por los Romanos; ántes al contrario, estos y los Partos rivalizaron para conservar su amistad.

En tiempo de los últimos Tolomeos, pasaba el comercio por Petra desde la Arabia y desde la India al Mediterráneo: ejércitos de camellos llevaban las mercancías desde Leukecome, situada á orillas del mar Rojo, hasta Rinoclura (*El Arisc*), atravesando por Petra, situada en el valle de Moises (*Ouadi Mousa*) (1). Parece que entónces no comerciaban aun los Griegos directamente con la India, y que únicamente hacian el comercio de cabotaje á manera de los Árabes, los cuales recorrian el mar en barcas cubiertas de cuero, acumulando aquellos tesoros que dieron envidia á Augusto, y que tanto le costaron.

El *Digesto* nos ha conservado una tarifa de las mercancías indias, que no prueba su variada calidad (2), la cual consta tambien en un Periplo del Eritreo que se atribuye á Arriano. Segun

Legumbres.

Lechugas de las mejores, cada cinco.	fr. » 90
Coles comunes, de las mejores, cada una.	» 90
Coliflores de las mejores, cada cinco.	» 99
Remolachas de las mejores, cada cinco.	» 90
Remolachas, las mas grandes.	» 90

Otros comestibles.

Miel superior, el litro.	fr. 18 »
Aceite de primera calidad.	18 »
Liquemen, estimulante para el apetito.	2 »

Hay no obstante mucha incertidumbre acerca de estas cifras, y no se ha podido explicar el subido precio de algunos géneros.

(1) Burkhardt fué el primero que visitó en 1812 las ruinas de Petra á los 30° 21' 21" de latitud, y posteriormente, en 1818, lo hicieron tambien los capitanes Irby y Mángles, quienes encontraron allí muchos sepulcros abiertos en la roca, y uno singularmente bello; Leon Delabord y Linant dieron en 1830 otra descripcion. Los Árabes creen que hay allí tesoros ocultos que inutilmente buscan, por cuya razon con dificultad dejan penetrar á los Europeos en la Idumea.

(2) Tit. *de publicanis et vectigalibus*, lib 16.

este, los bajeles egipcios aportaban á Patala, á orillas del Indo, llevando allí telas ligeras, telas labradas, piedras preciosas y aromas extraños á aquel país, corales, estoraque, vidrios de todas clases, joyas de plata y de oro y algunos vinos, que cambiaban por especias, zafiros y otras piedras preciosas de allí, seda labrada ó en telas, telas de algodon y pimienta negra. Aun mas frecuentada era Barygaza (*Baroach*) á orillas del Nerbudah, que facilitaba los trasportes del interior, cuando no se querian llevar por tierra partiendo de Tagara (*Dultabad*) y atravesando las altas montañas de Ballagaut. Allí se conducian vinos de Italia, de Grecia y de Arabia, cobre, estaño, plomo, cinturones raros, la yerba del meliloto, vidrio blanco, arsénico rojo, plomo negro, monedas de oro y plata, y se exportaban onice y otras piedras, marfil, mirra, telas de algodon lisas ó con flores, y pimienta de la mejor calidad. Casi las mismas mercancías se conducian á Muxíris, en la costa que hoy llamamos de Malabar; pero se extraían en mas cantidad y á mayor precio, por la inmediacion de la India, y especialmente perlas y diamantes, y pimienta de la mejor calidad. Las telas y el copo de algodon que constituyen hoy la principal exportacion de la India, no tuvieron tanta importancia para los antiguos, que vestian generalmente de lana, como tampoco el nitrato de potasa de Bengala ni la seda cruda.

En tiempo de los Tolomeos Laturo y Fiscon, trató Eudoxio de Cizico de llegar por un camino mas directo á las Indias, adonde llevó los primeros diamantes, y de dar vuelta al África por el Occidente (1). Unos ochenta años ántes que el Egipto se hubiese unido á Roma, se atrevió Diodoro Hipalo á salir del acostumbrado camino, y habiendo desembocado por el Golfo Arábigo, encontró por fortuna vientos en direccion favorable que le llevaron á Muxíris. El conocimiento del viento regular del Sudoeste que recibió de él su nombre, es la revolucion mas importante del comercio antiguo, porque entónces se atrevieron las naves á atravesar los mares, y volver con el viento contrario.

En tiempo de Augusto, Elio Galo, gobernador de Egipto, hizo salir del puerto de Myoshórmos, en la costa egipcia del Golfo Arábigo, una flota de ciento veinte bajeles mercantes (2); y desde entónces, conocida la ventaja del camino que siguió esta flota, se siguieron sus huellas. Embarcándose, pues, los mercaderes en el Nilo en Juliópolis, ciudad poco distante de Alejan

(1) Posidonio seg. ESTRABON, II, 98.

(2) Entónces cantaba Propercio:

Arma deus Cæsar dites meditatur ad Indos,
Et freta gemmiferi finderi classe maris.
Magna viæ merces; parat ultima terra triumphos;
Tigris et Euphrates sub tua jura fluent.
Seres et Ausoniis venient provincia virgis...
Ite agite: expertæ bello date lintea proræ.
III, 4.

El poeta romano ne sabía concebir una expedicion mas que con el objeto de conquistas: de la misma manera la juzgaba Horacio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dría, en diez dias llegaban á Copto, recorriendo trescientas millas : desde allí en camellos ó de otra manera se trasladaban por un camino de descientas cincuenta millas al puerto de Berenice en el Golfo Arábigo, viajando doce jornadas, generalmente de noche. Á la mitad del verano se embarcaban, y en treinta dias atracaban al puerto de Océlis ó de Can (*Cabo Tartaco*), en la Arabia Feliz, desde donde en cuarenta dias de navegacion llegaban á Muxíris ó á Berax en el moderno Concan. En los primeros dias del mes egipcio *thibi*, correspondiente á nuestro diciembre, emprendian la vuelta con el viento del Nordeste, que á la embocadura del Golfo Arábigo se cambia en Sur ó Sudoeste.

Josefo dice, que en un mes contribuía Alejandría al tesoro de los Césares mas que todo el resto del Egipto en un año. Pero esto es una exageracion, porque en tiempo de los últimos Tolomeos apénas salian veinte naves del Golfo Arábigo para la India, y Estrabon no encontraba en Myoshórmos mas de ciento veinte buques, que á lo sumo podemos suponer de cien toneladas. No obstante, Plinio nos asegura que los Romanos llevaban allí todos los años por valor de cinco millones en mercancías y ganaban el centuplo, lo cual justifica el temor que les hizo prohibir á todo extranjero la entrada en el mar Rojo.

Y todo este tráfico se hacía, desde la época de Augusto, por los Romanos ó para ellos ; tanto se aparta de la verdad quien supone que aquella gente descuidaba enteramente el comercio (1). Una capital tan poblada, rica y voluptuosa buscaba con avidez las delicadezas orientales, los aromas, las piedras preciosas, los tejidos, y todo cuanto lisonjea el gusto ó el capricho. El incienso que humeaba en mil altares ; los aromas con que se quemaban los cadáveres, para que la muerte fuese tambien costosa á quien siempre habia vivido en la sensualidad (en los funerales de Sila se pusieron en la pira doscientos diez fardos; Neron quemó en los de Popea mas canela y cañafístula que se recoge en un año); los bálsamos con que las bellas conservaban y restauraban sus gracias; las piedras preciosas en que se gastaban patrimonios enteros; las perlas que se querian de extraordinario tamaño y que impulsaban á las conquistas á Julio César, y eran instrumentos de prodigalidad en manos de Cleopatra ; la seda que se consideraba como lujo excesivo para los hombres hasta el tiempo de Heliogábalo, eran los principales objetos que se extraían de los orillas del Gánges, miéntras que procedian de las del Fásis los tejidos de la China, vendidos por los Persas y los Partos, y de Dioscura los productos del Ponto Euxino y del Caspio. De las especies extraidas de allí, el cinamomo se vendia á mil quinientos dineros la libra (1,060 fr.), y en proporcion la mirra, el nardo, el cardamomo, el clavel, la canela, la calancoa, el mirabolano, el mazir, el cáncamo, el gizir, y otras gomas y maderas de que se componian las pomadas. En Arabia intentó en vano Seleuco hacer que prosperase el amomo y el nardo, pero en cambio abundaban la mirra, la canela, árboles olorosos é incienso, ademas de perlas y piedras preciosas. De la Persia y Siria se extraían ademas seda y pieles ; de Tiro púrpura, de la Etiopia perfumes, marfil, algodon (1) y fieras. La industria del Egipto era muy activa, habiéndose dedicado libremente sus naturales á ejercer la que habian aprendido bajo la tiranía paternal de los sacerdotes. Arsinoe fabricaba paños, Naubrátis y Copto vasijas, Dióspolis vidrios, Alejandría lino y tapicería, ademas de la industria del papiro. Estos objetos, vasijas de barro y bagatelas de vidrio se llevaban á las India y á la Etiopia para cambiarlos por la mercancías de estos países, y asimismo el hierro, el plomo, el estaño extraido del Norte, y aceites, vino, rosas (2) de Italia y de Laodicea.

La Escitia servia de tránsito para las mercancías de la India. La Germania, silvestre y pantanosa, ofrecia poco al comercio, y sin embargo, Séneca dice del Danubio que era abundante en piedras preciosas, y que en sus orillas se recogia el ámbar. La Istria daba vino dulce y aromático ; la Retia vino tambien ; la Iliria esclavos, pieles, ganados y el hierro del Nórico tan celebrado. Mas beneficioso era el comercio que se hacía con Grecia, con la Galia y España esta última suministraba con abundancia plata, miel, alumbre, cera, azafran, pez, trigos tambien y buenos vinos, ademas de los caballos, el cáñamo y el lino. De las Galias se extraía cobre, caballos y lana, el oro de los Pirineos, vinos, licores, ganado, hierro, paños y telas : los jamones de Bayona se llevaban hasta los mercados del Mar Negro. Las islas Británicas suministraban estaño y plomo. El bronce de Corinto se apreciaba tanto como el oro : la miel del monte Himeto, el vino, el azufre, la trementina, la cera, el nardo, las telas, las piedras preciosas, los esclavos del mar égeo y del de Creta, las lanas del Ática, la púrpura de Laconia, el eléboro de Anticira, el aceite de Sicione, y el grano de Beocia, daban mucha importancia al comercio con la Grecia. Recibia Roma del Asia Menor quesos ; anillos y hierro del Euxino ; madera de la Frigia ; goma del monte Ida ; lanas de Mileto, las mejores despues de las de Tarento ; azafranes, vinos del monte Tmolo, y vidriado de Lidia.

(1) « Demostraré en la primera época, que los Romanos, pobres y soldados, no tuvieron genio, ni conocimiento del » comercio.

» En la segunda, que grandes y poderosos con la guerra, » descuidaron por orgullo el comercio, y no pensaron mas que » en enriquecerse con los despojos de todas las naciones.

» En la tercera, que esclavos y sensuales, con un comercio » pasivo y ruinoso, cayeron en la pobreza y en la barbarie. »

MENGOTTI, *Del comercio de los Romanos.* — Asercion que ya nadie puede aceptar.

(1) Nemora Æthiopum molli canentia lana.

VIRGILIO.

(2) Mitte tuas messes, accipe, Nile, rosas.

MARCIAL

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bien sé que Platon, combatiendo el comercio como causa de corrupcion, decia que hubiera sido mejor para Aténas continuar pagando el tributo anual de siete doncellas al Minotauro, que convertirse en potencia marítima; bien sé que colocaba á diez millas, por lo ménos, del mar su ciudad ideal; pensamientos inspirados á los filósofos por el estado de la sociedad antigua, en la cual la division de libres y esclavos fomentaba en la soberbia de los dominadores la gloria de no hacer nada. Los Romanos sin embargo, si no ejercian por sí el comercio, lo favorecian en los pueblos sometidos con buenas leyes y con lo que es su mejor auxilio, con la libertad. Así es que adoptaron la ley marítima de los Rodios, hicieron expediciones lejanas, y recibieron embajadas de los Seres, de los Sármatas, de los Escitas y de los Trapobanos, que no podian tener otro objeto mas que conservar abiertos los caminos por donde llegaba tanto oro á su país.

Á pesar de tanta facilidad en realizar un comercio muy activo entre tan diferentes pueblos unidos por el idioma y las leyes, no cesaron los Romanos de creer que era una degradacion el ocuparse en las artes, siendo considerados aun en tiempo de Constantino infames los que se aplicaban á vender al por menor y á utilizarse con la industria, y sus hijas igualadas á las bailarinas y á las esclavas (1) : Honorio y Teodosio prohibieron comerciar á los nobles y á los ricos, como una cosa perjudicial al Estado. Ademas los arrendadores de las rentas públicas dificultaban la circulacion con contínuas gabelas, y otros compraban á los emperadores el monopolio de una ú otra mercancía.

Aun cuando tantos frutos y obras servian para el cambio con el extremo Oriente, los Árabes no aceptaban en cambio mas que el dinero, y asimismo los países del Gánges y los Seres, que no apetecian lo que les faltaba; de tal manera, que asegura Plinio que por lo ménos se exportaban del imperio mil millones de sestercios (190.000,000 fr.) cada año á aquellos países (2). Cálculo ciertamente exagerado é imposible de comprobar, pero que basta para indicar la situacion pasiva del comercio romano; situacion que debió aumentarse en proporcion del lujo, que llegó á su colmo cuando las córtes imperiales se multiplicaron, y cuando Diocleciano creyó necesario ocultar la decadencia bajo el lujo oriental.

(1) Ley 5. Cód. *de nat.* 48.

(2) « Minima computatione, millies centena millia sestertium annis omnibus India et Seres, peninsulaque illa (Arabia) imperio nostro adimunt : tanto nobis deliciæ et fæminæ constant. » *Hist. Nat.*, XII, 41.

CAPÍTULO XVI

Filósofos morales.

La suspension de las guerras y el movimiento de los ánimos en el imperio desde el tiempo de Vespasiano hasta el de Marco Aurelio, dió lugar á que otra vez sobresaliesen los ingenios, de modo que volvió á prosperar la literatura en tiempo de los primeros Flavios, las artes en el de Adriano, y la filosofía en la época de los Antoninos. Hemos visto como alentó este movimiento Marco Aurelio, componiendo él mismo y favoreciendo á los que trabajaban ó escribian sobre puntos filosóficos. Muchos continuaban en Grecia su enseñanza declamando por las escuelas, y mostrándose indignos con su orgullosa ostentacion del título de filósofos, que de esta manera presumian adquirir. Tuvo fama entre ellos Polemon de Laodicea, que llevaba á Esmirna una multitud de Griegos, ávidos siempre de disputas y de sutilezas. Admirado Heródes Ático de su sabiduría, le envió una gran cantidad, la cual rehusé aquel considerándola mezquina : el rey del Bósforo, que fué á admirar á los sabios, si quiso ver á Polemon, tuvo que ir él mismo á buscarlo y ofrecerle diez talentos. Atacado de la gota, se hizo bajar vivo al sepulcro de sus padres, á fin de que el sol no le viese nunca reducido al silencio (1).

Demonáces, cínico ménos grosero que los demas, y cuya vida escribió Luciano, aunque rico y docto, se redujo voluntariamente á la pobreza, hasta que no pudiendo vivir sin socorros ajenos por su vejez, se dejó morir ántes que pedirlos. Habiendo pensado los Atenienses introducir combates de gladiadores, les dijo : *Derribad ántes el altar de la piedad.* Interrogado por el emperador acerca del mejor modo de gobernar, le contestó : *Hablar poco, oir mucho, y huir de la cólera.* Filostrato nos suministra otras anécdotas curiosas respecto de estos profesores de filosofía, la mayor parte petulantes, perezosos y envanecidos de la impolítica con que predicaban y censuraban, y de consagrar la vida solamente á discutir, á murmurar de los ricos y á solicitar sus comidas, ó á suplicar que se les aceptase como pedagogos de sus hijos (2). Dentro de las casas no habia vileza á

(1) Filostrato, *Sofistas*, y Suidas *ad v.*

(2) Así hace Luciano en el *Icaro Menippo*, que censure Júpiter á los filósofos en el concilio de los Númenes : « No hace mucho que se presentaron estos en el mundo; raza inerte, disputadora, vanagloriosa, rabiosa, zelosa, loca, soberbia y maligna, pero inútil en la tierra. Se dividen en sectas, y han imaginado diversos sistemas de razonamientos : unos se llaman estóicos, otros académicos, otros epicúreos, otros peripatéticos y otros nombres aun mas ridículos. Cubriéndose con el grave nombre de la virtud, arqueando las cejas y llevando barbas muy largas, ocultan bajo un falso aspecto malas costumbres, y se pasean como los actores de teatro, á quienes si se quita la máscara, aparecen hombrecillos mezquinos comprados por siete dracmas para aquel ejercicio. Refieren de los dioses cosas muy absurdas, y escogiendo jovencitos fáciles de engañar, ponen en tragedia aquella parlera virtud, y les enseñan aquellas dudas. Alaban siempre á sus discípulos la fortaleza y la templanza, condenando la riqueza y la molicie; pero cuando se encuentran solos, ¿quién pudiera referir sus francachelas, su lujuria y su avaricia, que hasta les hace limar los óbolos? Lo peor es que no trabajando en privado ni en público, no sirviendo en la paz, ni siendo á propósito para la guerra, todavía acusan á los demas, y reuniendo algunos discursos bruscos, y mediante palabras groseras, reprenden y censuran al prójimo, y es el principal entre ellos el que sabe gritar mas fuerte, y el que es mas temerario é insolente en hablar mal. Pero si preguntas al que grita y acusa á los demas : *¿En qué eres útil á la vida humana?* si quiere ser sincero, deberá responderte :

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que no descendiesen por complacer á los señores, los cuales hacian del pedagogo una especie de bufon, de mensajero y otras cosas peores.

Estaba separado de esta chusma Epicteto de Frigia, esclavo de Epafrodito, liberto y ministro de los placeres de Neron. Luego que hubo obtenido la libertad, salió á predicar por las plazas de Roma, como sus modelos Diógenes y Sócrates; pero el vulgo romano, que no tenia las mismas costumbres que el griego, le maltrató de tal suerte que hubo de retirarse á una escuela. Desterrado con los demas filósofos por Domiciano, volvió cuando mejoraron los tiempos, y vivió en Roma hasta el año 117. Alejado de las intrigas en que se afanaban los demas estóicos, y de su ostentacion, decia á sus discípulos: *Si sabéis contentaros con poco, no os gloriéis de ello; si bebéis agua, no lo manifestéis en público; si os ejercitáis en obras trabajosas, hacedlo privadamente;* y añadia que conviene acercarse á la filosofía con el alma pura, porque si no, se corrompen sus preceptos. Desdeñando los adornos de la elocuencia, preferia un lenguaje sencillo y fuerte, y habia reducido su filosofía á este axioma: ἀπὲχου καὶ ἀνέχου: *Sosten* lo que conviene, *abstente* de lo que no debes permitirte. Comparaba la fortuna á una doncella bien nacida, que se prostituye á sus siervos. Se reía de los grandes, considerándolos poco mejor que á los esclavos, que solo se diferenciaban de estos en ir vestidos de púrpura, y no de paño burdo, y á quienes halagamos á la manera que se acaricia á las bestias de carga, para servirse de ellas. Combatia continuamente la opinion y la fortuna, dos cosas que gobiernan el mundo. Creía en un solo Dios, y en la inmortalidad del alma decia que algunas cosas dependen de nuestro albedrío, como la opinion, la inclinacion, el deseo, la fuga y los demas actos, y otras no, como el cuerpo, las riquezas, la reputacion y los mandos. « Lo que depende de nosotros, exclamaba, es libre por naturaleza, y ninguno puede contrariarlo; pero es poco seguro lo que no depende de nosotros, por lo cual es locura afligirse por ello. Nuestra felicidad consiste en ser libres, á lo cual solamente se llega despreciando todo lo que no está en nuestra mano. Si se piensa cada dia en los males de esta vida y en su fin, nada se deseará nunca con vehemencia. Hace mal quien somete su voluntad á la ajena, haciéndose así miserable esclavo. Cuando nos suceda una desgracia, examinemos si es por nuestra culpa ó por la de los demas: si es nuestra, solo con nosotros debemos irritarnos, y si procede de la perversidad ajena, no nos atormentemos, porque no somos dueños de los actos de los demas. No son molestados los hombres por las cosas, sino por las opiniones. No debe desearse nunca que las cosas sean lo contrario de lo que son. No se debe interesar uno por lo que posee, mas de lo que se interesa el peregrino por la posada. Una mujer mala, un siervo desordenado, no debén encolerizarnos. ¿Qué importa que el vulgo nos crea extravagantes, si estamos satisfechos de nosotros mismos? »

Decia ademas, que principia uno á ser sabio cuando se acusa á sí mismo de sus desgracias, y es sabio del todo, cuando no se acusa ni acusa á los demas. Manifestábase en la práctica como en la enseñanza; iba limpio aun cuando detestaba el lujo; no queria que se esperase el consejo de los oráculos para auxiliar á un amigo, y decia, que solo el sabio podia tener amigos, porque él solo podia distinguir el bueno del malvado.

Un dia se entretenia su amo en torcerle una piérna, y Epitecto le dijo: *Tened cuidado que me la romperéis;* pero aquel continuó, se la rompió en efecto, y el filósofo solo añadió estas palabras: *¿No os lo decia?* Toda su riqueza consistia en una lámpara de barro, que despues se vendió como un tesoro; y sin embargo, recogió y educó al hijo de un amigo abandonado á causa de la indigencia. Compadecia las debilidades ajenas, y léjos de aconsejar el suicidio, decia que estamos obligados á conservar el puesto que nos designó la Providencia hasta que ella nos llame.

No sabemos cuánto puede haber añadido á sus hechos y dichos el historiador Arriano, su discípulo, que nos los trasmitió como Jenofonte los de Sócrates. Sin embargo, desde que en la lectura de su *Manual* nos sedujo aquel aspecto de fuerza y de severidad, meditando sus doctrinas, conocemos que les falta demasiado, no habiendo en ellas sancion, y bajo el manto del estóico se ocultan el orgullo, un egoísmo sin entrañas, una apatía de escuela, y un rigor desesperante que no es la virtud.

Séneca. Marco Aneo Séneca, de Córdoba, llamado el declamador porque reunió los discursos de los oradores mas famosos de su tiempo, fué á Roma á hacer fortuna, en tiempo de Augusto, con sus dos hijos Marco y Lucio, dejando en España al tercero, que fué padre del poeta Lucano. Fué inscrito en Roma entre los caballeros, y educó cuidadosamente á sus hijos, uno de los cuales era Lucio Aneo. Se apasionó este primeramente de la elocuencia, y despues de la filosofía estóica: conforme á las doctrinas pitagóricas, se abstuvo de comer carne, pero volvió á usarla cuando vió perseguir á los Hebreos y á los Egipcios, temiendo parecerse á ellos: sin embargo, se privó siempre de las setas y de

« La navegacion, el cultivo de la tierra, el ejercicio de la milicia, todo oficio, en fin, me parece superfluo; pero grito, me desfiguro, me lavo con agua fria, voy en el invierno con los piés descalzos, y como Momo calumnio las acciones de los demas. Y si alguno de los ricos da espléndidos festines ó mantiene á una cortesana, me atormento é irrito por ello; y si luego cae enfermo algun amigo ó compañero, y tiene necesidad de ayuda y de cuidado, no me tomo ninguna molestia. » Tales son, oh dioses, esas bestias. Los que de entre ellos se llaman epicúreos, exceden á los demas en intemperancia, y nos muerden sin medida, diciendo que nosotros, los dioses, no pensamos en las cosas humanas, ni cuidamos de lo que ocurre en el mundo. Por lo cual es ya tiempo de que deliberemos sobre ellos, porque si llegan una vez á persuadir al mundo de esto, os moriréis de hambre, no habiendo ya quien quiera hacer sacrificios, cuando no espere ninguna ventaja. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las ostras, como estímulos de la intemperancia, como asimismo del vino, de los perfumes y los espectáculos (1).

Celoso de su elocuencia, determinó Calígula darle muerte, pero una concubina le manifestó que la salud del filósofo era tan miserable, que en breve moriria naturalmente. Y sin embargo, sobrevivió para ver á varios de los sucesores de aquel tirano. Elevado á la cuestura, fué desterrado despues por Claudio á la Córcega, por tener relaciones, á lo que dicen, con Julia, hija de Germánico, y con Agripina. Desde allí dirigió á Polibio, liberto del emperador, que habia perdido un hermano, una *Consolatoria*, la cual es como todas las de los autiguos y de los modernos, una reunion de lugares comunes sobre la necesidad de morir, con citas de los muchos grandes que habian perdido el padre, el hijo, el hermano ó la esposa, sobre las desventuras de los demas, y sobre las caídas de los reinos y de las ciudades. Agotadas aquellas razones, añade: « *Pero te sugeriré un remedio, si no mas seguro, mas fácil para tu melancolía*. Cuando estés en casa, puedes temer la afliccion; pero ahora que tienes á la vista tu divinidad, ¿puede acercarse á ti el dolor?.... Miéntras Claudio sea señor del mundo, no puedes abandonarte al dolor, ni al placer, pues le perteneces enteramente; viviendo él, no puedes quejarte de la fortuna; sano y salvo él, nada has perdido, todo lo tienes en él, todo lo es él para ti, y tus ojos no deben estár llenos de lágrimas sino brillar de alegría..... Desde que Claudio se ha consagrado al mundo, se robó á sí mismo, y como los astros que prosiguen sin detenerse su revolucion, tampoco él puede fijarse en ninguna parte... Así tambien tú, debes mantenerte como Atlante, sin que nada te doblegue. César es tu fuerza y tu consuelo. Cuando te asomen las lágrimas á los ojos, dirígelos á César, y el aspecto del dios te las secará; su esplendor fijará tus miradas, no dejándote ver otra cosa que no sea él... Los dioses y las diosas dejan en la tierra por largo tiempo al dios que nos prestaron. Miéntras aquel es mortal, no le recuerde nada en su familia la necesidad de la muerte: que solo nuestros descendientes conozcan el dia que su posteridad principiará á adorarle en el cielo. Oh desgracia, no te acerques á él; déjalo remediar los largos padecimientos del género humano; que siempre resplandezca este astro en el mundo, cuyas tinieblas fueron disipadas por su luz. »

No reproduzco estas bajezas para excusar á aquellos viles que no se avergonzaron de renovarlas, sino porque Séneca ultrajó vilmente cuando estuvo muerto, al que vilmente habia exaltado cuando estaba vivo, y describió su *apolocunthósis* ó metamórfosis en una calabaza. De esta manera queria acaso el filósofo merecer bien de Neron, el augusto alumno confiado á sus cuidados; y aunque sería demasiada severidad imputarle sus malas cualidades, y creer que con sus consejos lo excitase hasta al parricidio, lo acusarémos por no haberlo abandonado despues que se manchó con tales delitos. El mismo Dion Casio, que no acaba de alabarlo, le imputa haber inclinado al príncipe á sucias obscenidades. Al paso que declamaba contra las riquezas, reunió treinta millones de sestercios, y sus usuras excitaron á la Bretaña á la rebelion; reprobaba el lujo, y tenia treinta trípodes de cedro con piés de marfil; elogiaba la vida oscura (1), y anhelaba las pompas y el ruido; reprobaba á los aduladores, escribiendo que mas queria ofender con la verdad que congraciarse con la lisonja (2), y despues abrumaba con ella á Neron, del cual decia que *podia lisonjearse de una cualidad que no tuvo ningun otro emperador, esto es, la inocencia, y que hacia olvidar hasta los tiempos de Augusto* (3).

No hay, pues, que prestarle crédito, cuando da á entender que todas las noches examinaba en su conciencia sus obras y sus palabras (4); cuando se presenta á cada momento como modelo, y cuando al morir deja su propia vida como ejemplo de virtud á sus amigos (5). Pero él distingue dos clases de filosofía, una para la escuela y otra para la vida, lo cual si lo hemos de tomar al pié de la letra, puede explicarnos el desacuerdo entre su doctrina y sus acciones. El mismo, pues, habia pronunciado su sentencia cuando escribió: *Torpe es el decir una cosa y sentir otra; pero ¡cuánto mas torpe es escribir una cosa y sentir otra* (6)!

Nos quedan de Séneca tres libros *De la ira*, que pueden compararse con el de Plutarco sobre el mismo asunto (περὶ ὀργῆς); un libro de *Consolacion* á su madre Helvia cuando estaba desterrado en Córcega, ademas del que hemos indicado que dirigió á Polibio, y otro á Marcia por la muerte de un hijo, que son los modelos mas antiguos de cartas consolatorias. Trató despues *del por qué sobrevienen desgracias á los buenos, habiendo Providencia*, obra en que viene á parar al suicidio. En el opúsculo *De la tranquilidad del ánimo*, enseñó á Aneo Severo el remedio contra las inquietudes, que consistia en dedicarse á los intereses públicos, de los cuales luego, por una de sus frecuentes contradicciones, disuade á Paulino en la ***Brevedad de***

(1) SÉNECA, *Ep.* 108, 83.

(1) « Quæris quid me maxime ex his quæ de te audio delectet? Quod nihil audio: quod plerique ex his quos interrogo, nesciunt quid agas. » Ep. 32.

(2) *De clementia* II, 2. Habia conocido la mala costumbre de su tiempo y de otros escribiendo en otra parte: « Hemos » llegado á tal insensatez, que se cree maligno al que adula » parcamente... Crispo Pasieno decia frecuentemente que á la » adulacion oponemos, no cerramos la puerta, y lo hacemos » de la manera que se hace con la amiga, la cual si la empuja » nos complace, y mucho mas si la rompe. *Q. Nat.* III.

(3) *De clementia* I, 1.

(4) *De ira* III, 36.

(5) Justo Lipsio entresacó de las obras de Séneca todos los pasajes en que se elogia, y formó de ellos un modelo de toda clase de heroísmo. Por capricho de presentar paradojas hizo Diderot la apología del carácter moral de Séneca. Obras, tomo VIII, *Essai sur le règne de Claude et de Néron.*

6) *Ep.* 24.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la vida. Se asemeja á las paradojas estóicas el tratado *De la constancia del sabio*, en el cual sostiene, que no pueden afectar á este las injurias. Hablando á su hermano Galion *De la vida feliz*, se excusa de las riquezas que se le achacan, y defiende el estoicismo contra los epicúreos respecto de las opiniones sobre la felicidad. Dirigió á Neron tres libros *De la clemencia*, con estilo mas noble y mas sencillo, ofreciéndole ejemplos y preceptos de la que es un deber en todos, y que se elogia en los príncipes como virtud, porque es rara. Mereceria rehacerse su tratado *De los beneficios*, haciendo aplicaciones y añadiendo mucho á lo que dice respecto del modo de hacer el bien, de recibirlo y de recompensarlo. Sus ciento veinticuatro *Cartas* son otras tantas disertaciones sobre puntos morales.

Á diferencia de los filósofos que meditaban en la ociosidad del gabinete, aparece Séneca siempre activo y práctico; acumula en sus obras máximas oportunas para corregir y ennoblecer el carácter, afirmar el imperio de la razon sobre las pasiones, y enseñar templanza en las prosperidades, y constancia en los infortunios. Su ciencia lo conduce á un fatalismo no religioso, sino filosófico (1); pero en vez de ser puramente estóico, se alaba de no estar afiliado á ninguna escuela, y en efecto, alguna vez se inclina á Platon, otras veces hasta á Epicuro, negando que haya nada despues de la muerte (2), é imputando á injusticia de los dioses el mal que se ve en la tierra (3).

Complace seguramente esta filosofía estóica, que contrapesa las débiles y perversas inclinaciones de la naturaleza humana; pero si son dos las preceptos ¿por qué se imponen? Séneca dice á su madre : *La pérdida de un hijo no es un mal, y es una locura llorar la muerte de un mortal*; dice al desterrado : *Considera á los veteranos que no se inmutan bajo la mano del cirujano: asi tampoco tú, veterano de la desventura, no te entregues á los gritos, ni á las quejas, ni á lamentos femeniles;* predica á todos, que es bueno para muchos lo que es malo para uno ; que Dios mismo no puede evitar el mal, porque el destino lo manda, y aconseja á los sabios no *incurrir* en la compasion, ni entristecerse, ni apiadarse, ni perdonar (4). Pero ¿á qué fin esta firmeza sobrehumana? ¿qué razon hay para creer en ella? ¿dónde está la fuerza de practicarla? ¿dónde sino en el orgullo ?

Y el orgullo trasciende por todos los poros en el adulador de Neron ; se diria que se siente destinado á regenerar al género humano; con tal tono magistral desprecia, escarnece, reprende, manda y enseña virtudes imposibles, las cuales conducen lógicamente al suicidio, conclusion obligada de todos sus preceptos.

Generalmente, sin embargo, se nota en la moral de los Latinos, mas bien que en la de los Griegos, cierta mezcla de luz y oscuridad, cierta lucha entre doctrinas especulativas, deducidas de la escuela extrañjera y prácticas verdaderas, originarias de su nacion. En Séneca ademas se advierte de vez en cuando algo mas puro todavía y mas elevado ; aconseja al hombre alargar la mano al náufrago, encaminar al pasajero extraviado, dividir el pan con quien tiene hambre (1), que el hombre debe evitar el afan de morir, y mirar la muerte no como una fuga sino como una partida (2).

No admite ya al dios ciego é impotente de los estóicos, ni tampoco al que fulmina rayos desde el Olimpo y corrompe á la mujer ajena; sino uno incorpóreo, independiente, que es su propia necesidad, que ántes de hacer el mundo lo pensó (3), y que quiere ser amado (4) porque nos ama. Dice que nosotros somos sus socios y sus miembros (5), y que habita en el corazon del hombre virtuoso (6), cuya alma queda unida á su orígen, así como el rayo que no se separa del sol. La majestad de los dioses, añade, es nada sin su bondad; inclínese el hombre ante la Providencia que gobierna el mundo, no como madre ciega, sino como padre prudente, por lo cual es libertad obedecer á Dios (7). El supremo bien es poseer una alma recta y una inteligencia lucida. El ver á un valiente luchando con una fiera es espectáculo de niño, miéntras que es un espectáculo digno de Dios el contemplar al hombre de corazon luchando con la adversidad (8).

Romano, supo compadecer al hombre expuesto á las fieras y al hierro del anfiteatro. « Vosotros decís que cometió un delito y me- » rece la muerte. Sea en buen hora; ¿pero qué » delito habéis cometido vosotros para merecer » que se os haga espectadores de su supli- » cio (9) ? » Véase cómo habla de los esclavos; « El espíritu divino pertenece al esclavo como » al caballero. Esclavo, liberto y caballero son » palabras inventadas por el desprecio. La vir- » tud no excluye á ninguno. Todos son nobles » porque descienden de Dios : si en tu genea- » logía hay algun grado oscuro, pasa mas ade-

(1) « Nihil cogor nihil patior invitus, sed assentior : eo quidem magis, quod scio omnia certa et in æternum dicta lege decurrere. Fata nos ducunt, et quantum cuique restat, prima nascentium hora disposuit. Causa pendet ex causa : privata ac publica longus ordo rerum trahit. Ideo fortiter omne ferendum est quid gaudeas, quid fleas : et quamvis magna videatur varietate singulorum vita distingui, summa in unum venit : accepimus peritura perituri. » *De provid.* 5.

(2) *Nec magis in ipsa (morte) quidquam esse molestiæ, quam post ipsam.* Ep. 30. — *Mors est non esse.* Ep. 54. — *Hoc erit post me quod ante fuit.* Ib.

(3) *Deorum crimen erat Sylla tam felix.* De const. XII.

(4) *De provid.* 3. *Ad Marciam consolatio* 20. *Ad Helviam consolatio. De const. sapientis. De clementia* II, 4, 5, 6, etc., etc.

(1) *Ep.* 95.

(2) *Vir fortis ac sapiens non fugere è vita, sed exire debet. Et ante omnia ille quoque vitetur affectus, qui multos occupavit, libido moriendi.* Eq. 24.

(3) *De benef.* VI, 7, 23. — *Quæst. nat. proœm.* I, 1; III, 45.

(4) *Deus ametur.* Ep. 4, 2, 47, 96. De benef. VII.

(5) *Hujus socii sumus et membra.* Ep. 93.

(6) Ep. 41, 73.

(7) *Parere Deo libertas est.* De la vida feliz 15. *Colite in pia et recta voluntate.* De benef I, 6; Ep. 116.

(8) *De prov.* 2.

(9) *Ep.* 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» lante, asciende mas, y encontrarás la nobleza » mas ilustre, pues llegando al orígen todos os » encontraréis hijos de Dios (1). No los llaméis » esclavos, sino hombres, comensales, amigos » ménos nobles, compañeros de esclavitud, por- » que la fortuna tiene sobre nosotros los mis- » mos derechos que sobre él. El que tú llamas » esclavo, procede del mismo tronco que tú. » Consúltalo, admítelo á tus conversaciones y » á tus comidas : no quieras ser para él formi- » dable, y bástele lo que basta á Dios, respeto y » amor. »

Esta circunstancia de extender á todos los hombres lo que los demas filosófos aplicaban únicamente á los ciudadanos, y ciertas alusiones que se pudieran tener hasta por citas, dieron motivo á alguno para creer que tuvo relaciones con los cristianos, y aun amistad con el apóstol de las gentes (2). Estos rudimentos fragmentarios del perfeccionamiento humano los habia ya aplicado el Cristianismo derivándolos de principios perfectos, y practicados inmediatamente.

Despues de recomendar que debe callarse el beneficio, añade : « ¿Y qué? ¿no sabrá el que » lo recibe quién se lo ha hecho? Que no lo » sepa si esto es tambien parte del beneficio, y » practique en su obsequio tantas otras cosas y » hágale tantos favores, que venga á compren- » der al fin quién ha sido el autor del primero. » Y aun cuando no sepa él que ha recibido, yo » sabré que he dado. — *Es poco*, dices tú : poco » si pensaste emplear con usura ; pero si tratas » de dar de la manera que sea mas útil al que » recibe, darás, contento con tu propio testi- » monio. En el caso contrario, no es el hacer » bien lo que te agrada, sino el que vean que lo » haces. — Dices, *Quiero que lo sepa* : entónces » lo que buscas es un deudor. *¡Quiero que lo » sepa !* ¿Y si le fuera mas útil no saberlo ? ¿ si » fuese mas honrado y mas agradable? *¡Quiero » que lo sepa !* ¿Luego no salvarias á un hom- » bre en las tinieblas? No niego, que cuando la » cosa lo merezca, se goce de la gratitud del fa- » vorecido; pero si tiene necesidad y vergüenza » de ser socorrido, si lo que hacemos ofende » cuando no se oculta, no cuento el beneficio » como tal. ¿ Y qué? ¿le indicaré haberle fa- » vorecido, siendo uno de los primeros y mayo- » res preceptos el no echarlo en cara ni tampoco » advertirlo ? Tales deberes impone respectiva- » mente el beneficio, que el uno olvide al ins- » tante lo hecho, y el otro jamas aparte de su » memoria lo recibido (1). »

Así escribe casi siempre en períodos entrecortados y en cadencia. Declamador contínuo, buscando siempre antítesis, audaces metáforas y estudiadas alusiones, presenta siempre los pensamientos con cierto brillo, pero sin solidez y envueltos á menudo en oscuras y figuradas expresiones. Pero ántes de considerarlo como corruptor de la literatura, continuemos mirándolo como uno de los moralistas mas prácticos de la antigüedad, escogiendo otras máximas suyas que nos parecen de las mejores.

« No se debe estimar á esos adustos censores » de la vida ajena enemigos de la suya, peda- » gogos públicos, y no dudéis en preferir el ser » buenos á tener fama de serlo (2). Ninguno es » bueno accidentalmente : es menester apren- » der la virtud, y es difícil encontrarla, mién- » tras que los vicios se aprenden sin maestro (3). » Es libre y recto el ánimo que somete á sí las » cosas, y no se somete á ninguna (4). Quien no » sabe sufrirse, busca la multitud de los hom- » bres y de las cosas. ¿Para qué prever los » males ? Muchos casos que no se esperan su- » ceden, y muchos que se esperan no se veri- » fican nunca. Y si todavía ocurren, ¿de qué » sirve ir al encuentro del dolor ? Bastante pron- » to lo sentirás cuando este llegue. En tanto

(1) *De benef.* III; *Ep.* 44.

(2) Esta es una tradicion antigua, y ni San Jerónimo ni San Agustin ponen en duda la autenticidad de catorce cartas entre Séneca y San Pablo, las cuales rechaza la crítica. Otros buscaron pruebas en las mismas obras de Séneca, encontrando en ellas pasajes análogos á los de San Pablo. Muchas maneras de decir se encuentran tambien usadas por Séneca en el sentido del Nuevo Testamento : así *Caro* (Animo cum hac carne) *grave certamen est*; *ne abstrahatur*. (De cons. ad Marciam 24.) *Animus liber habitat, numquam me caro ista compellet ad metum*. (Ep. 65.) *Non est summa felicitatis nostræ in carne ponenda*. (Ep. 74.) *Angelus* en el sentido siniestro que le da San Pablo en la II á los Corintios, 12, llamando *Angel de Satanas* á un falso profeta, es en Séneca : *Nec ego, Epicuri angelus, scio...* (Ep. 20.) El mismo sentido tiene Espíritu Santo : en otra parte se lee *progenitura de Dios* por hombre de bien : y tambien es bíblica la semejanza de la vida con el estado de guerra (*Epp.* 51, 96.)

Mucho mayor es el número de ideas cristianas en Séneca, y si alguno dice que meditando un hombre sobre la naturaleza humana y sobre las relaciones entre el hombre y Dios, puede llegar á ese punto, preguntarémos por qué no se encuentra nada de ello en los *Diálogos* de Platon, ni en la *Moral* de Aristóteles, ni en los *Memorables* de Jenofonte, ni en las obras de Ciceron, como tampoco en Marco Aurelio ni en Epícteto, de la misma escuela qne Séneca.

Históricamente nada se opone á la amistad entre este y el apóstol de las gentes, el cual, habiendo llegado á Roma el año 61, como se cree, logró una prision cómoda del prefecto del Pretorio, que era Burro, el amigo de Séneca : quizá tambien habia tenido ya este noticias de aquel por su hermano M. Aneo Novato Galion, gobernador de la Acaya, á cuyo tribunal habia sido llevado Pablo cuando residia en Corinto.

Por lo demas las sobredichas semejanzas podrian indicar solamente que Séneca conoció los libros de los cristianos, tanto mas cuanto que la mayor parte de sus obras fueron escritas ántes de la primer venida de Pablo, aun cuando la de *Vida feliz* y de los *Beneficios*, en donde mas abundan las expresiones cristianas, y especialmente las *Cartas*, son posteriores á aquel tiempo.

En suma, pueden sostenerse las dos opiniones ; pero si reflexionamos que Séneca se abstuvo de la dieta pitagórica solo por no parecer un hebreo, ni desagradar á Tiberio; si observamos sus culpables condescendencias con Neron, nos inclinamos poco á suponerlo un santo.

Puede verse á este propósito á Fr. C. Gelpke, *Tractatiuncula de familiaritate quæ Paulo apostolo cum Seneca philosopho intercessisse traditur verisimillima;* Leipzig, 1813, y *El Séneca* de M. Durosoir en la coleccion de Panckouke.

(1) *De benef.* II, 10.

(2) *Ep.* 123. Ya Sócrates habia dicho : Συντομωτάτη τε καὶ ἀσφαλεστάτη καὶ καλλίστη ὁδός, ὦ Κριτόβουλε, ὅ τι ἂν βούλῃ δοκεῖν ἀγαζὸς εἶναι, τοῦτο καὶ γενέσθαι ἀγαθόν πειρᾶσθαι. Jenof. *Mém.* II. Y Horacio elegantemente en la *Ep.* 16 del libro I.

Tu recte vivis si curas esse quod audis.

(3) *Ep.* 123. Q. N. præf.

(4) *Ep.* 124.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» espera lo mejor. Entre los muchos males de » la tontería, uno de ellos es, que siempre prin- » cipia á vivir (1). Gran parte de libertad es el » vientre bien educado (2). No digas la verdad, « sino á quien te atienda. Nunca he cuidado de » agradar al pueblo, porque las cosas que yo sé, » no son aprobadas por él, y no sé las que él » aprueba (3). Á muchos ví despreciar la vida, » pero aprecio mas á los que sin odiar la vida » llegan á la muerte (4). Si crees fiel á la mujer, » harás que lo sea, porque muchos la enseña- » ron á engañar temiendo ser engañados, y sos- » pechando le dieron el derecho de pecar (5). » Quien es amigo de sí mismo, es amigo de los » demas (6). Para muchos la adquisicion de ri- » quezas no fué término, sino variacion de las » miserias (7). Mira con quién comes y bebes, » mas bien que lo que comes y bebes. La deuda » pequeña constituye un deudor, y la grande » un enemigo. ¿Qué es la sabiduría? Querer y » aborrecer siempre las mismas cosas (8). Pocos » son los que se rigen por su voluntad; pues » los mas, á la manera de quien nada en los rios, » no van, sino que son llevados. Es menester » quitar la máscara no solo á los hombres, sino » tambien á las cosas, y hacerles tomar su cara » propia (9). »

CAPÍTULO XVII

Ciencias

Séneca merece consideracion aun bajo el aspecto de hombre científico, porque sus *Cuestiones naturales*, si bien son una reunion indigesta y una exposicion verbosa de conocimientos empíricos separados y sin el apoyo de las ciencias exactas, constituyen el único libro que nos manifiesta que los Romanos se ocuparon algo en la física, porque lo que se nos presenta en el poema de Lucrecio, en Ciceron y en la compilacion de Plinio, es prestado y no debido á un exámen propio. Las Cuestiones de Séneca marcan, pues, el último punto á que los antiguos llegaron en esta ciencia; de tal modo que Séneca fué en Europa por mucho tiempo lo que Aristóteles habia sido en Grecia, el repertorio de los conocimientos físicos. En ellas, pues, encontramos indicado el aumento que producen á la vista los globos de vidrio por refraccion (10), y los espejos por reflexion; los colores del íris formados artificialmente con un vidrio prismático ó de facetas (11); la disminucion del calor en las regiones elevadas de la atmósfera (1); la formacion de islas por la accion volcánica (2); el diferente color de las estrellas, de los planetas y de los cometas (3), que considera como astros de curso regular, y visibles solamente cuando pasan inmediatos á la tierra (4), notando ademas en ellos una diferencia de densidad en el núcleo y en la cola (5). Parece que tambien conoció la gravedad del aire (6), y la frialdad producida por la evaporacion (7), y atribuyó los terremotos á los fuegos subterráneos (8). Refiriendo una opinion de Empedócles sobre las aguas termales, propone templar las cámaras con corrientes de aire caliente; expone de qué manera filtrándose el agua del mar por los poros de la tierra, se endulza y forma las fuentes, penetrando, dice, al traves de la tierra del mismo modo que la sangre por las venas, con lo cual parece señalar la circulacion de la sangre (9).

Plinio 23-79.

Mas célebre es en las ciencias C. Plinio Segundo, Comasco, uno de los hombres mas laboriosos, pero de cuyos muchos escritos no ha llegado hasta nosotros mas que la *Historia natural*. Esta es una enciclopedia, en cuyos treinta y siete libros reune los descubrimientos, las artes, y los errores del espíritu humano, tomando ocasion de la descripcion de los cuerpos. Presentando en el libro primero un compendio de las materias y de los autores, trata en el segundo del mundo, de los elementos y de los meteoros; siguen cuatro de geografía, y el sétimo de las diversas razas y caractéres de la especie humana y de los descubrimientos principales; los cuatro siguientes hablan de los animales, clasificados segun su tamaño é importancia, de sus costumbres, de sus buenas ó perjudiciales cualidades, y de sus propiedades

(1) *Ep* .13.
(2) *Ep*. 123.
(3) *Ep*. 29.
(4) *Ep*. 30.
(5) *Ep*. 3.
(6) *Ep*. 6.
(7) *Ep*. 17.
(8) *Ep*. 19, 20.
(9) *Ep*. 23, 24.
(10) « Literæ quamvis minutæ et obscuræ, per vitream pilam aqua plenam majores clarioresque cernuntur. » N. Q. lib. I, 6.
(11) «Virgula solet fieri vitrea, stricta, vel pluribus angulis... hæc si ex transverso solem accipit, colorem talem, qualis in arcu videri solet, reddet. » I, 7.

(1) IV, 11.
(2) IV, 21.
(3) I, 1.
(4) VI, 17.
(5) « Pers stellas ulteriora non cernimus, per cometam aciem transmittimus. »
(6) *Ex his gravitas aeris fit*. V, 5. *Eo enim crassior aer est quo terris propior*. VII, 22.
(7) III, 24. Con tal que en vez del vulgar *trahit saporem evaporatio*, se lea *trahit calorem evaporatio*. V. LIBRI, *Hist. des Sciences nat.* I.
(8) VI, 4-31. San Patricio, obispo de Pertusa al fin del siglo III, presentaba la verdadera causa de las fuentes calientes de Cartago : « No solamente las nubes, sino tambien las profundidades de la tierra contienen fuego, como lo demuestran el Etna y una montaña cerca de Nápoles. Las aguas subterráneas suben por unas especies de sifones; las que corren léjos del fuego interno salen frias; las que están inmediatas á él están calientes y llégan á la superficie de la tierra con un calor insoportable. » *Acta S. Patricii*, p. 555, ed. Ruinart.
(9) « Placet natura regi terram, et quidem ad nostrorum corporum exemplar, in quibus et venæ sunt et arteriæ; illa sanguinis, hæ spiritus receptacula. In terra quoque sunt alia itinera, per quæ aqua, et alia per quæ spiritus currit; adeoque illam *ad similitudinem humanorum corporum* natura formavit, ut majores nostri aquarum apellaverint venas. Quæst. Nat. III, 15.

Quiero tambien referir un pasaje de la Cabala, que se conceptúa de los mas antiguos : « Sicut sanguis manat per anastomoses venarum, modo in unam, modo in alteram, modo huc, modo illuc, ex loco hoc in locum alium, et isti sinus corporis rigant se invicem, et illuminant se invicem, donec illuminentur omnes mundi, et benedictionem accipiant propter illos. » En el *Idra Rabbat*, t. II, p. 509, de la *Kabala denudata* de KNORRIUS.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ménos comunes. Trata extensamente la botánica, describiendo en diez libros las plantas, su cultivo y sus usos en la economía doméstica y en las artes; despues determina en cinco los remedios que los animales proporcionan, y en otros tantos los metales, el modo de extraerlos y de aplicarlos á las necesidades y al lujo. Á propósito de esto, habla de la escultura, de la pintura y de los principales artistas, así como trata de las estatuas de bronce con ocasion del cobre; las materias colorantes lo conducen á hablar de los cuadros, y el vidriado de la plástica, distribucion, como se ve, caprichosa y mal ordenada.

No debe tenerse á Plinio por un naturalista que reune, observa, experimenta y añade nuevos descubrimientos al tosoro de los conocimientos, sino como un erudito, que roba algunas horas á las ocupaciones de la guerra y de la magistratura para registrar los libros : tiene esclavos que lean, y miéntras come y cuando va de viaje, apuntan otros todo lo que indica, y le ayudan á compilar una obra, sumamente oportuna para sus contemporáneos, porque ahorraba la dificultad de inmensas lecturas, y preciosa para nosotros por haber perecido la mayor parte de las dos mil obras de donde tomó sus datos.

Léjos de igualarse á un Buffon y á un Cuvier (1), queda inferior á un Teofrasto; recopilador sin genio ni crítica, lee de prisa, no entiende, ó no es exacto en las citas, ó bien las explica segun sus prevenciones personales y de la manera que cree mas conveniente á las reflexiones ó las declamaciones de una filosofía atrabiliaria, que asiduamente acusa al hombre, á la naturaleza y á los dioses. Atento mas bien á satisfacer la curiosidad que á encontrar la verdad, á la elocuencia mas que á la precision, escoge lo que hay de singular y de raro; admite absurdos ya refutados por el gran estagirita, y copia con tan escaso discernimiento, que no distingue las diferencias de las medidas de longitud, mezcla hechos contradictorios, y vacila entre sistemas diferentes y aun opuestos. Su elocuencia de ostentacion no hace mas que oprimir la miseria humana, y su raciocinio descubre los desórdenes de este mundo, sin elevarse á las armonías de otro.

Los Romanos con sus muchas y extensas conquistas hubieran podido enriquecer en gran manera la historia natural; pero si bien encontramos indicadas algunas colecciones, ni estas eran esmeradas, ni se dirigian á un objeto científico. En los archivos palatinos estaban las relaciones geográficas de los generales, mina de conocimientos para quien las hubiese examinado, y Plinio no manifiesta haberse servido de ellas. Su mérito todo está en haberse perdido los autores de donde copio, y verdaderamente sin su obra, ¡cuánta parte de la antigüedad nos sería desconocida! ¡Cuánto menor sería el tesoro que poseemos de la lengua latina!

(1) Cuvier lo juzga con mas razon y ménos retórica que Buffon.

Es menester, pues, profesarle gratitud, y así como alguno descubrió sus errores en punto á bellas artes y medicina, merece que otro se tome la inmensa fatiga de corregir todo el texto.

Vigoroso y preciso en la diccion, pero distante de la sencillez y correccion de los contemporáneos de César, incurre en la afectacion y en la oscuridad. El espíritu de la antigua república lo animaba tambien como á Traséas, Elvidio y otros, y este espíritu le impulsó á mostrar frecuentemente calor y hasta elocuencia; pero el mal gusto y la hinchazon de las palabras hacen perder á su ingenio la enérgica elevacion. Por último, en la contemplacion de los fenómenos naturales no sabe descubrir nunca una idea superior; mira como cosa de poco interes el indagar lo que hay sobre la naturaleza (1); niega enteramente á Dios, ó le supone idéntico con el mundo; se burla de la Providencia (2), y cae en un escepticismo desgarrador, que le hace considerar al hombre como el ser mas infeliz y mas orgulloso (3), é insultar á la Divinidad que « no » puede conceder al hombre la inmortalidad, ni » quitarse á sí misma la vida, lo cual es el don mas hermoso que nos ha concedido. »

No pudo por lo demas librarse del influjo de las nuevas ideas á que en vano cerraba los ojos; sustituyó al nombre de Bárbaros el de hombres; echa en cara á César la sangre vertida, y elogia á Tiberio por haber hecho desaparecer ciertas supersticiones en África y en Germania: filosofía tolerante y cosmopolita, cuya fuente quizá ó no conocia ó negaba.

Solino. Puede decirse que es un compendio de su obra el *Polistor* de Julio Solino, qne vivió en época ignorada, y que reunió noticias várias, especialmente de geografía, y fué estimado bastante en la edad média, si bien carece de crítica.

Estrabon. Estrabon de Amasi viajó por el Asia Menor, por la Siria, la Fenicia, y por el Egipto hasta las Cataratas, y despues por Grecia, Macedonia, é Italia, excepto la Galia Cisalpina y la Liguria, exponiendo lo que observó en estos países, y ateniéndose respecto de los demas á relaciones extrañas. En diez y siete libros comprendió la historia entera de la geografía desde Homero hasta Augusto; y tratando del orígen y de las emigraciones de los pueblos, de la fundacion de las ciudades y de los Estados, y de los personajes mas célebres, sabe emplear la crítica. En el décimosexto dice que hacía poco tiempo que la Comagene habia sido reducida á provincia, y este hecho que se cree acaecido en el año 18 de Cristo, es la única noticia que tenemos acerca del tiempo en que vivió.

Con su auxilio hemos recorrido ya el mundo conocido, y si no estuviésemos acostumbrados á ver qne los autores antiguos ignoraban las

(1) « Mundi extera indagare nec interest hominis, nec capit humanæ conjectura mentis. »

(2) Véanse III, 7; VIII, 55.

(3) « Solum certum nihil esse certi, et homine nihil miserius aut superbius. » II, 7.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

obras de sus antecesores mas famosos, nos causaria admiracion que un libro de tanta importancia fuese desconocido de Pausánias, Plinio, Josefo y Plutarco.

Mela. No vió por sí mismo como Estrabon el Español Pomponio Mela, el cual compendió en prosa
43. concisa y elegante (*De situ orbis*) el sistema de Eratóstenes, evitando la aridez de la nomenclatura con intercalar graciosas descripciones y disputas físicas ó recuerdos históricos. No obstante, tomando sus noticias sin discernimiento, da como existentes cosas perdidas hacía mucho tiempo, miéntras que en vano se buscan en su obra á Cánnas, á Munda, á Farsalia, á Leuctra y á Mantinea, famosas por las batallas, á Ecbatana, á Persépolis y á Jerusalen, capitales importantes, y á Estagira, patria del gran filósofo.

Dionisio Periegétes. En el reinado de Tiberio murió Dionisio Periegétes, que describió el mundo en buenos versos griegos; pero la obra que lleva su nombre se atribuye por algunos á un contemporáneo de Marco Aurelio. Nada añade sin embargo á lo que dice Estrabon.

Los geógrafos antiguos, esclavos de la aristocracia de la literatura, estropean no pocas veces los nombres, y aun los omiten allí donde no pueden acomodarlos bien á su idioma (1), dejando perder así los mas originales, con los cuales la filología hubiera podido ilustrar la historia de las poblaciones. Tampoco habian dado una base matemática á sus sistemas, contentándose con las posiciones terrestres, y cuando mas con groseras latitudes y apoyándose en los itinerarios *pintados ó anotados*, esto es, dibujados ó explicados.

Tolomeo. Claudio Tolomeo acudió á la necesidad que habia de establecer científicamente la geografía, y se manifestó deudor de sus conocimientos á Marino de Tiro. Este, que vivió hácia el año 100, compiló las relaciones de los viajeros corrigiéndolas, y acaso se serviria de las descripciones que solian reunir los Fenicios en sus templos, y de algun mapa en que hubiesen consignado aquellos intrépidos navegantes cuanto habian aprendido en sus excursiones acerca de la configuracion de la tierra y de la situacion de los países; pero pereció su obra. Tampoco tenemos la obra completa de Tolomeo, sino mas bien una compilacion posterior, sin que nos conste mas de este príncipe de los geógrafos sino que hizo su última observacion el 2 de febrero del año 141. En el primero de los ocho libros de su *Geografía* (γεωγραφικὴ ἀφήγησις) nos informa del orígen y objeto de su obra, y de la manera de construir cartas geográficas: los seis siguientes apénas son mas que una nomenclatura de las ciudades, montañas y rios, con su situacion determinada por la latitud y longitud: el último contiene una lista de trescientas cincuenta ciudades, indicando cuál es la duracion del dia mas largo en cada una de ellas, á fin de determinar su situacion. Acompañan á la obra veintiseis mapas, diez de los cuales representan la Europa, cuatro el África, y dos el Asia, cuyas copias se atribuyen á un mecánico alejandrino, llamado Agatodemon (Ἀγαθοδείμων μηχανικὸς ἀλεξανδρεὺς ὑπετύπωσε), el cual sin embargo no debió de hacer mas que ejecutar materialmente lo que Tolomeo le presentaba delante.

Su mapa estaba cubierto de una red, en la cual estaba señalado un meridiano á cada cinco grados, miéntras que los paralelos pasaban por las principales ciudades, como Siena, Alejandría, Ródas y Bizancio. Habiendo dado al grado la longitud de 500 estadios, en vez de 600, resultaron falsas todas las demas indicaciones. En las latitudes, el grado debia valer 460 estadios bajo el paralelo de Ródas, y Tolomeo le valuó en 444, diferencia no muy grave, y reduciendo los estadios con este valor, se descubre la verdad que él habia obtenido de las observaciones anteriores (1). Sin embargo, Eratóstenes, que como director de la biblioteca de Alejandría tenia á su disposicion tan ricos materiales, ¡cuán léjos se queda del saber de Tolomeo! Estrabon, que se apoya en aquel, no conoce aun el Norte del Asia, cree que el Caspio es un golfo del Grande Océano, y confiesa que ignora cuanto está comprendido entre aquel y el Elba; habla muy poco de la India de aquende el Gánges, y nada de la de allende, y de la Arabia solo dice lo que le refirió en Egipto el general Elio Galo.

Tolomeo por el contrario, no solamente conoce las costas, aunque inexactamente, sino tambien lo interior de la India, y veinte puertos y ciudades de la Trapobana; es el primero que nos describe los países de allende el Gánges, y conoce bastantes nombres del interior de la Arabia; tiene tambien conocimiento de la península de Jutlandia y de sus habitantes; determina la situacion de varios pueblos germanos, desde la Panonia hasta el Báltico, y sabe que se extienden otros países al Norte del Caspio. Hasta tal punto habia progresado esta ciencia en siglo y medio, no tanto á favor de las conquistas como de la mayor libertad y regularidad del comercio, y de las expediciones (*periplos*) por tierra y por mar con objeto de hacer descubrimientos. Así le informó del Asia Oriental la relacion del negociante macedonio Ticiano, el cual habia enviado sus comisionados por tierra á la Mesopotamia á lo largo del Tauro, hácia las Indias y hasta la capital de los Seres.

La confusion de los estadios de los diferentes pueblos, la escasa crítica para compilar, y la inexactitud de las observaciones astronómicas le hicieron cometer faltas groseras, y sin embargo, durante catorce siglos no se conoció otro manual sistemático mas que su *Geografía*, ni tenemos todavía otro informe mejor de aquella ciencia segun los antiguos. Su *Gran constru-*

(1) « Digna memoratu aut latiali sermone dictu facilia. » PLINIO. Otro tanto aparecen de Estrabon, Mela, etc.

(1) Los modernos han trabajado mucho para restaurar los mapas de Tolomeo con métodos mas ingeniosos que satisfactorios

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cion (μεφάλη συντάξις) comprende en trece libros todas las observaciones y problemas de los antiguos sobre la geometría y la astronomía. No fué grande astrónomo, sino buen matemático, y muy laborioso para reunir cuanto contenian los tratados de sus predecesores, debiendo la gran reputacion que alcanzó á ser muy raros los escritos de Hiparco, que copió en la parte que es verdaderamente irreprensible de su *Sintáxis*, esto es, la Trigonometría, la parte puramente esférica, y la teoría matemática de los eclipses. Se tradujo al árabe la obra de Tolomeo el año 827 con el título de *Tahir al magesthi*, de donde proviene el nombre de *Almagesto* con que se conoce (1).

Dió Tolomeo su nombre al sistema que coloca la tierra como centro del universo, y hace girar alrededor los cielos de Oriente á Occidente, no porque lo haya inventado, sino porque lo ilustró sosteniéndolo contra Aristarco de Sámos, el cual enseñaba el movimiento de la tierra. Las estrellas, segun él, tienen cuatro movimientos: el primero en veinticuatro horas como los planetas alrededor de la tierra; el segundo diurno, por el cual se dirigen algo de poniente á levante; el tercero por el cual se mueven de levante á poniente ó al contrario, y el último que les hace vacilar entre los dos polos. Tres son los cielos: uno al cual llama el primer móvil, hace mover las planetas y las estrellas alrededor de la tierra, y los otros dos cristalinos, dotados de un movimiento de vibracion, comunican los demas movimientos á los planetas. Para explicar las grandes inexactitudes que presentaba su sistema, tuvo que suponer una complicacion de círculos excéntricos y de epiciclos, que se cortan unos á otros de una manera tan contraria á la sencillez majestuosa de la naturaleza, que el rey Alfonso, con mas docto que sabio ingenio, hubo de decir: *Mejor hubiera aconsejado yo al Criador si hubiese estado á su lado*. La ciencia luego progresando mostró que aquellos yerros atribuidos á la Providencia eran orgullo é ignorancia nuestra.

Tolomeo terminó el catálogo de las estrellas de Hiparco, indicando la posicion de mil veintidos, y creyó que se adelantaban un grado cada siglo, miéntras que aquel, con mas aproximacion, habia calculado este movimiento en dos grados cada cincuenta años. Describió la esfera armilar de Hiparco y el astrolabio con que este observaba la altura de los astros, y las parálajes. Conoció que la luz de los astros, al llegar á nosotros se refracta en el aire; pero no vió en esto la causa del mayor tamaño aparente de los astros en el horizonte, y lo atribuyó únicamente á error de nuestra vista. Enseñó tambien á determinar la hora observando la posicion del sol ó de una estrella, y la latitud del lugar; descubrió la eveccion ó variacion de excentricidad de la órbita lunar, y que la ecuacion del centro de la órbita lunar es menor en las sicijias que en las cuadraturas, y redujo á sistema la parálaje lunar, aun cuando la calculó mayor de lo que realmente es.

Tambien trató de la música, y parece que le corresponde el mérito de haber reducido los trece ó quince tonos de los antiguos á siete, y determinado las verdaderas relaciones de algunos intervalos, haciendo mas conforme á la armonía la octava diatónica. *No basta el oido*, dice, *para juzgar del canto, sino que es preciso tembien tener presente en él el sentimiento y la razon*, acerca de lo cual discurre segun los métodos pitagóricos.

Suministró auxilios á la historia con su *Cánon real*, compilado para uso de los astrónomos; pero que nos da los años exactos de cincuenta y cinco reyes, computados siempre segun el calendario egipcio.

Ciceron confiesa que nunca fueron muy cultivadas las matemáticas por los Romanos, y hasta el tiempo de Boecio no habian sido traducidos al latin Euclídes, Tolomeo y Arquímedes. Los matemáticos mencionados frecuentemente en sus leyes son astrólogos, siempre prohibidos, y siempre estimados. Tenia algo de abyecto para la vanidad romana una ciencia que auxiliaba á las artes mecánicas, y calculaba las ganancias llevando los registros: de su estudio deduce Horacio la depravacion del gusto; Séneca lo rechaza porque envilece (1), y Plutarco dice que la despreciaban los filósofos (2).

Frontino. 40-106.

El único escritor de matemáticas aplicadas fué Sexto Julio Frontino, el cual mandó en Bretaña en tiempo de Vespasiáno, ántes de Agrícola; fué cónsul despues, augur, amigo de Plinio, y elogiado por Marcial; y dispuso al morir que no se le erigiese monumento, diciendo: *Bastante se acordarán de mí, si lo merece mi vida* (3). Superintendente de los acueductos, escribió la historia de estas memorables construc-

(1) La primera edicion latina de Tolomeo se hizo en 1475. El texto griego no se imprimió hasta el año 1533 en Basilea por la solicitud de Erasmo, y en seguida en Paris en 1546 con todos los errores de la edicion precedente. La tercera edicion greco-latina salió en Francfort en 1605, con cartas geográficas de Mercator, y se reprodujo luego en 1616 y 1618. El abate Halma principió una en Paris en 1813-15 con su traduccion y notas de Delambre; pero ademas de comprender solo el primer libro, poco se podia esperar de su escaso conocimiento del griego. Bastante mejor es *Claudii Ptolomei geographiæ libri octo græce et latine ad cod. mss. fidem ed Frid. Guill. Wilbera.* Essendiæ, 1840.

(1) « Metiri me geometria docet latifundia... numerare docet me arithmetica, et avaritiæ commodare digitos... Quod mihi prodest agellum in partes dividere, colligere pedes jugeri, et comprehendere etiam si quid decempedem effugit?... Quid tibi prodest si, quid in vita rectum sit, ignoras? etc., etc. »

(2) Se expresa aun con mas claridad que Séneca: « Los primeros inventores de este arte mecánico fueron Eudoxio y Arquítas... Pero como Platon los atacó, como á personas que destruían y corrompian todo lo bueno de la geometria, la cual venía á reducirse así desde las cosas incorpóreas é intelectuales á las sensibles, y á hacer uso de los cuerpos para los que se requiere un trabajo manual y servil, largo y fastidioso, la mecánica quedó degradada y dividida de la geometria, como arte militar despreciado por los filósofos... Reputando Arquímedes que era cosa innoble y vil la industria respecto á las obras mecánicas y toda otra arte que se ejerza por necesidad, puso su ambicion en aquellas cosas, cuya belleza y excelencia no se rozan con la necesidad. » En *Marcelo*.

(3) PLINIO, *Ep.* IX, 61.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciones, verdaderamente italianas (1); dejó tambien cuatro libros de *Estratagemas*, compilacion medio militar é histórica, de poca crítica, dictada sin elegancia, pero con la segura facilidad de quien sabe lo que dice. Se han perdido sus producciones sobre el arte militar. Tambien trataron de esta materia el arquitecto Apolodoro, el emperador Adriano, el historiador Arriano, y principalmente Onesandro, filósofo platónico de quien volveremos á hablar, del cual tomaron mucho Griegos y Romanos, y cuya reputacion subsiste todavía.

Matemáticos. Isidoro descubrió la duplicacion del cubo, y un instrumento para describir la parábola por medio de un movimiento contínuo. Menelao de Alejandría compuso el primer tratado de trigonometría (σφαιρικά) en donde discurre acerca de los triángulos, pero sin enseñar á resolverlos: todos sus teoremas son puramente especulativos, excepto el que los Árabes llamaron regla de interseccion, y que expresa la relacion entre seis arcos de una especie de cuadrilátero, formado en la superficie de la esfera; teorema que es el único fundamento de la trigonometría de los Griegos. Sereno demostró que de la seccion del cono procede la elipse, lo mismo que de la seccion oblícua del cilindro. Perseo inventó las líneas esféricas ó curvas, que se forman cortando el sólido engendrado por el movimiento de un círculo alrededor de una cuerda ó de una tangente. Filon de Tiane concibió otras, y perfeccionó la teoría de las curvas.

Columela Lucio Junio Moderato Columela de Cádiz se quejaba de que estuviese tan descuidado el estudio de la agricultura: « Hay, dice, escuelas » de filosofía, de retórica, de geometría y de » música; hay personas únicamente ocupadas » en preparar manjares excitantes, otras en » arreglar los cabellos, y ninguna que enseñe » la agricultura. Y sin embargo, sin artes de re- » creo fueron antiguamente bastante felices y » lo serán despues las ciudades; pero sin agri- » cultores, claro es que los hombres no pueden » sostenerse ni alimentarse. ¿Y cuál es el medio » mejor de conservar y aumentar el patrimo- » nio? ¿Acaso las armas, á favor de las cuales » se adquieren despojos teñidos en sangre? » ¿acaso el tráfico, que arrancando á los ciuda- » danos de su patria los expone á las ondas y » á los vientos, y los conduce á ignotas tierras? » ¿acaso la usura, mas positiva en verdad, pero » mal vista hasta de aquellos á quienes parece » favorecer? Si hoy no produce la tierra, no es » por cansancio, como algunos creen, ni por » vejez, ni por inercia nuestra. »

42. Para alentar el estudio de este arte escribió un tratado, (*De re rustica*) cuyo primer libro discurre acerca de la utilidad y de los placeres de la agricultura; el segundo trata de los campos, de la siembra y de la recoleccion; el tercero y cuarto de las viñas y de los huertos; el quinto de la division y medida del tiempo; despues de los árboles; del ganado mayor y menor y de sus enfermedades; de las abejas y de las gallinas distintamente; de los deberes de un buen arrendador, y concluye con instrucciones para los que se ocupan en economía rural. El décimo trata en verso de los jardines, pero solo de los útiles, á diferencia del frances Delille que cantó los de recreo.

Su estilo es puro, sencillo, algunas veces hasta trivial, otras elegante hasta la afectacion, y puede servir para recrear al literato, pero poco ó nada para la instruccion del agricultor. Columela preferia las viñas á los prados, que Caton consideraba como el cultivo mas lucrativo, aun en comparacion con el grano (1).

Dioscórides. Parece que en tiempo de Marco Aurelio vivió Pedanio Dioscórides de Anazarno en Cilicia, cuyos cinco libros de *Materia médica* han sido considerados en Europa hasta hace poco, y en Oriente lo son todavía, como la mejor obra de botánica. Y sin embargo, se contenta con indicar la virtud medicinal de las plantas (único objeto de sus investigaciones) sin remontarse á las causas de las enfermedades, ni indicar las dósis correspondientes á la edad ni al sexo.

Medicina. Hasta la época de Plinio no habia sido cultivada la medicina por ningun Romano (2), á pesar de ser tan lucrativa, que los emperadores pagaban hasta doscientos cincuenta mil sestercios anuales á los médicos. La mayor parte de estos eran esclavos ó extranjeros; César fué el primero que los hizo partícipes del derecho de ciudadanía (3); y en una tienda pública (*iatreon*), hacian sangrías, sacaban muelas y verificaban otras operaciones entre bromas é historietas (4). Otros se aplicaban al estudio y ensayaban sus doctrinas sobre los infelices clientes, proclamando novedades singulares y teorías extrañas, con ese tono de seguridad que seduce las imaginaciones enfermas, y da reputacion y riqueza entre la docil credulidad. Una de sus escuelas se llamaba *Medicina contraria*, porque en las fiebres lentas y obstinadas abandonaba el profesor de repente los remedios hasta entónces intentados, para aplicar precisamente los con-

(1) Debe provenir de los copistas de la edad média el título poco elegante *De aquæductibus urbis Romæ commentarius.*

(1) *Gastos por cultivar siete viñas.*

Por comprar un esclavo que por sí solo baste. . . .	sest. 8,0
Compra de los siete campos	7,000
Palos y otros gastos indispensables.	14,000
Total	29,000
Interes de estos al 6 por 100 en los dos años que no produce la tierra y queda improductivo el dinero	3,480
Total, sestercios. . . .	32,480

Producto de los siete campos.

Cada año	sest. 6,300

Ademas unos diez mil engertos que cada campo producia anualmente, y que se vendian en tres mil sestercios.

(2) *Solam hanc artium græcorum nondum exercet romana gravitas in tanto fructu.* Hist. Nat. XXIX.

(3) Suetonio en *Cæs.* 42.

(4) Hier. Bernegau, *De servi medici apud Græcos et Romanos conditione.* Halle, 1733.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

trarios. Augusto, gravemente enfermo, tomaba remedios calefacientes, y su liberto Antonio Musa lo curó sustituyéndoles de pronto los baños frios. Era el caso de decir con Celso: *Quos ratio non restituit, temeritas adjuvat.* Otra vez curó al emperador con lechugas, por lo cual le concedió este el anillo, y en agradecimiento la inmunidad á todos los de su profesion.

Asclepiádes 60 á C.

El empirismo, puesto en boga por Serapion, fué derribado por Asclepiádes de Prusa, al cual equivocadamente quizá se confunde con el retórico, y que habiendo venido á ejercer su arte á Roma, aplicó á él los dogmas de Demócrito y de Epicuro, entrando con franqueza por nuevos senderos, y rechazando las hipótesis de los humores para sustituirles la física mecánica.

Segun él, los cuerpos son un compuesto de átomos que dejan intersticios; la salud consiste precisamente en la igual proporcion entre el diámetro de estos y los flúidos que por ellos pasan y se evaporan, y las diferentes enfermedades proceden de la viciosa proporcion de los sólidos y de los poros. Solamente, pues, hay dos causas de enfermedad, la dilatacion y la contraccion, y la práctica se reduce á suministrar remedios que produzcan el efecto contrario. Simplificada de tal manera la terapéutica, llamaba *meditacion de la muerte* á la paciencia del arte que espía la naturaleza para socorrerla, censurando así á Hipócrates, aun por su doctrina de la crisis. Segun él, la curacion debia ser *pronta, segura y agradable*, por lo cual se limitaba á propinar dieta, gimnástica, fricciones y vino, desterrando todo medicamento violento é interno, y usando con frecuencia de los simples. Se pretende que fué el primero que practicó la incision de la laringe, y reconoció la hidrofobia y la elefantiásis.

Los metódicos.

Con tal seguridad aplicaba Asclepiádes su método, que llegó á decir que consentia en perder todo su crédito si alguna vez enfermaba. No enfermó, á la verdad, porque se mató cayendo de una escalera, y sus contemporáneos lo tuvieron por un dios. Galeno y otros lo llaman impostor; pero sus teorías son las mas plausibles y las ménos absurdas que dió de sí la antigua física. Con su suave modo de tratar las enfermedades reconcilió á los Romanos con la medicina, de la cual estaban disgustados por el método sanguinario del cirujano Arcagato, al cual mudaron el sobrenombre de vulnerario en el de verdugo, y acaso por esto atrajo á su profesion las exageradas invectivas de Caton el Antiguo (1).

Temison.

Los gérmenes que Asclepiádes habia dejado en sus obras, fueron fecundados por Temison de Laodicea, el cual en tiempo de Augusto redujo la medicina á sistema, haciéndose jefe de la secta metódica. Adoptando la teoría de los poros, y la division general de las enfermedades en contraccion y dilatacion sin consideracion á diferencias particulares, procuró simplificar la doctrina y facilitar la práctica. Á las causas ocultas de los dogmáticos, y á las evidentes de los empíricos, sustituyó las próximas como fundamento del diagnóstico, excluyendo injustamente las causas remotas. La medicina era para él *el método evidente de conocer lo que hay de comun en las enfermedades, y de tratarlas*; bastaba, pues, fijarse en las analogías comunes, debiendo curarse las enfermedades diferentemente, segun que fuesen crónicas ó agudas, y de distinta manera, segun que se hallasen en aumento ó en disminucion. Se elogió la diligencia con que describió el principio, el aumento y la disminucion, y como él decia, las *relaciones temporales* de las enfermedades, que unidas á las comunes debian servir de regla para el método curativo.

Los metódicos se lanzaron despues de los dogmas medios á los extremos, en un círculo resumptivo y metasincrítico, rara serie de remedios aplicados en tiempo y en órden determinados, añadiendo que no era menester cambiar el tratamiento segun las partes afectadas, ni hacer caso de las individualidades y cosas semejantes. Generalmente, sin embargo, se atuvieron á los remedios simples y naturales, rechazaron los purgantes, y en vez de ostentar riqueza de medicamentos, los redujeron á laxantes y astringentes, haciendo consistir el arte en procurar su uso apropiado y discreto.

Tesalo.

Tesalo, uno de ellos, hombre presumido, que despreciaba á sus predecesores, se atribuía la gloria de haber introducido el verdadero sistema metódico, porque enseñó la mutacion entera del estado de los poros de la parte enferma (*metasincrisis*), extendió la doctrina de las comunidades temporales aun á las enfermedades quirúrgicas, y prefijó tres dias de abstinencia al principio de todo plan de curacion. Con el atrevimiento acostumbrado por los creadores de sistemas, propalaba que enseñaba la medicina en seis meses, por lo cual puede comprenderse cuántos alumnos concurririan á su escuela.

Sorano.

Mas sobrio Sorano, modificando algo la secta metódica, le granjeó crédito; pero es tal la sutileza de sus divisiones, que difícilmente se puede comprender su fondo, aun estudiando su método en Celio Aureliano, que lo adoptó y usó moderadamente, y en Baglivi y en Próspero Alpino que intentaron restablecerlo despues. Sin embargo, acaso no merezca esta escuela el desprecio de que la cubrió Galeno, porque aun cuando culpable de descuidar las causas remotas, y alguna vez tambien la fisiología y la anatomía, supo mejor que Hipócrates y el mismo Galeno establecer la conexion entre la doctrina y la práctica.

Otras escuelas.

Despues nacieron otras escuelas, la *episintética* ó recolectora, fundada por Leónidas de Alejandría, la *ecléctica*, instituida por Arquígenes de Apamea, y la *neumática*, por Ateneo de

(1) Escribia este á su hijo: « Jurarunt inter se barbaros necare omnes medicina. El hoc ipsum mercede faciunt, ut fides iis sit, et facile disperdant. Nos quoque dictitant barbaros et spurcius nos quam alios Opicos appellatione fœdant. Interdixi de medicis. » Ap. PLINIO XXIX, 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Atalia : las dos primeras tenian por objeto escoger lo mejor entre sus predecesores, y la última añadia á los cuatro elementos, calor, frio, humedad y sequedad, el espíritu que penetrando en los cuerpos, da orígen á las diversas afecciones, y á la palpitacion del corazon y de las arterias.

Escribonio Largo Designaciano, del tiempo de Claudio, Siciliano ó Rodio, trató de combinar las doctrinas metódicas con el empirismo, y es notable por haber enseñado á no extraer el diente dañado, sino á separar de él solamente la parte corrompida, y aun mas por haber aplicado la electricidad al dolor de cabeza, sugiriendo el medio de poner en ella un torpedo vivo (1), remedio adoptado tambien por Dioscorídes.

Celso. Algunos han pretendido que vivió en la época de Augusto Aurelio Cornelio Celso (2), cuya patria y vida se ignoran y de cuya enciclopedia (*Artium*) no nos han quedado mas que ocho libros de medicina, bien escritos para su época, pero que acaso no son mas que traducciones del griego. Hipocrático, esto es, observador, apoyándose tambien en la induccion, recomienda en la higiene no tomar nuevos hábitos ni ofender la templanza, y reunió despues cuanto dijeron sus antecesores, juzgándolo con buen sentido y exponiéndolo con elegancia. Parco de teorías, solo cree importante en la medicina lo que se dirige á sanar. No desaprueba el uso de algun médico de entónces de abrir á los hombres vivos, pero no le encuentra necesario, pudiendo las heridas de los gladiadores, de los guerreros y de los asesinados ofrecer campo para estudiar las partes internas, por remedio y piedad, no por barbarie.

Arquígenes y otros. Contemporáneo de Trajano fué Arquígenes de Apamea, fundador de la escuela ecléctica. Sus sutilezas respecto del pulso nos traen á la memoria las de los médicos chinos, enumerando siete especies de pulsaciones, subdivididas en no sé cuántas variedades (3) y descritas en un estilo oscuro hasta que las comentó Galeno. Introdujo otras tantas sutilezas de razon y distinciones de palabras para determinar toda clase y gradacion de dolores, segun la parte atacada. En la práctica seguia el empirismo, y proclamaba que lo mas fuerte de la enfermedad es el principio.

Areteo. Contemporáneo suyo parece ser Areteo de Capadocia, ecléctico tambien pero con mas inteligencia, y despues de Hipócrates, el mejor observador entre los antiguos. Principia la descripcion de cada enfermedad con la de la parte atacada, en lo cual se manifiesta bien enterado de la anatomía, y niega que los vasos del brazo vayan á parar á vísceras diferentes (1); cree que el hígado está especialmente destinado á la elaboracion de la sangre, y que la bilis se forma en la vejiga de la hiel; probablemente conoció los vasos lácteos, y hasta los conductos de Bellini en los riñones, y en el útero fecundo la membrana velluda de Hunter; y asimismo que los nervios nacen de la cabeza, y son agentes de la sensacion, aunque alguna vez los confunde con los tendones. Lástima que un prurito, demasiado comun en los médicos, de adornar el estilo, le arrastrase hasta sacrificar la verdad, de lo cual es una prueba especial su descripcion de la lepra, en que se obstina en un procedimiento contrario al natural, y en la comparacion de la piel del leproso con la del elefante, de donde se deriva el nombre de elefantiásis. Describió el cólera exactamente (2), y manifiesta que le cree contagioso, porque agotados los remedios aconseja al médico que huya (3). En la práctica fué mas moderado que sus contemporáneos.

Casio Jatrofista dejó una excelente coleccion de problemas de medicina y de física, que aun no son inútiles. Antilo favoreció grandemente los progresos de la circugía y de la terepéutica, aconsejando la broncotomía en las anginas, la incision en el hidrocéfalo, y haciendo buenas indicaciones para batir la catarata.

(1) « Capitis dolorem quemvis veterem et intolerabilem protinus tollit et in perpetuum remediat torpedo viva nigra, imposita eo loco qui in dolore est, donec desinat dolor et obstupescat ea pars : quod quum primum senserit, removeatur remedium, ne sensus auferatur ejus partis. Plures autem parandæ sunt ejus generis torpedines, quia nonnunquam vix ad duas tresve respondet curatio, idest torpor; quod signum est remediationis. »

(2) Bianconi, *Cartas Celsianas*, 1779. Brillantes y falsas.

(3) Βλιτοριζομενος, σκινδαψιζομενος, αποκέκρημνιδμενος, τρυζων, υγροψανης, καρωδης, βομβων, εκτεζαμβημενος, αναληθης, ατενης, αδρανης, αποπεπηγως, διαπεφυσημενος, διηγκωνισμενος, εγκαλυπτσμενος, y así continúa.

(1) Siempre ordenaba, sin embargo, la sangría en la parte opuesta al sitio de la inflamacion, á causa de que la práctica le habia mostrado que era siempre mejor hacer la extraccion lo mas léjos que se pudiera de la parte atacada.

(2) « Cholera est materiæ a moto corpore in gulam, ventriculum et intestina retro fluens motio, vitium acutissimum : supra enim per vomitum erumpunt, quæ in ore ventriculi et gula congesta fuerant ; infra dejiciuntur humores in ventriculo intestinisque natantes. In primis quæ evomuntur, aquæ similia sunt ; quæ anus effundit, stercorea, liquida, tetrique odoris sentiuntur : siquidem longa cruditas id malum excitavit. Quod si per clysterem eluantur, primo pituitosa, mox biliosa feruntur. Initio quidem facilis morbus est, dolore vacans ; postea vero tensiones in ore ventriculi et gula, tormina in ventre nascuntur. Si magis sæviat morbus et tormina augescant, anima deficit, membra resolvuntur, cibos exhorrent, animus consternatur. Si quid acceperint, cum magno tumultu, nausea et vomitu mandit, tum sincere flava bilis expellitur : dejectiones quoque similes sunt ; nervi tenduntur, tibiarum brachiorumque musculi convelluntur, digiti incurvantur, vertigo oboritur, singultiunt ; ungues livent, algent extrema, totum corpus rigore concutitur. Si malum ad ultimum venit, tum vero ægrotus sudore perfunditur : bilis atra supra infraque prorumpit ; convulsione impedita vescica, lotium cohibetur ; quod tamen, cum in intestina humores deriventur, abundare non potest : voce privantur ; arteriarum pulsatus minimi sunt ac frequentissimi ; cujusmodi in syncopa proposuimos. Conatus ad vomendum perpetui ac inanes fiunt : inclinatio ad dejiciendum prompta, quam tenesmon Græci vocant ; sicca tamen, nihilque succi egerens : mors demum sequitur doloribus plena et miseranda, per convulsionem, strangulatum et inanem vomitum etc. » *De cholera*, lib. II, c. 3.

(3) En el c. 4, *Curatio choleræ* dice : « At contra, si omnia vomitu rejiciat, sudor perennis affluat, frigeat laborans, et lividus fiat, pulsus etiam prope extincti sint et vires cadant ; cum ita, inquam, se habuerit, inde honestam fugam capessere bonum est. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Galeno 31-201. Omitimos hablar de otros por llegar á Claudio Galeno, de Pérgamo, el cual con tan vasto ingenio como Aristóteles, con tanta erudicion y mas libertad, abrazó todas las ciencias. Ya cuando asistia á la escuela señalaba los defectos de los sistemas dominantes, y no satisfecho con lo que se enseñaba, se dirigia á las fuentes de la doctrina y á las investigaciones de la naturaleza. Adicto á Hipócrates con respeto, no con idolatría, comparó sus preceptos con los hechos, comprendió su arte, y habiéndose ceñido á ofrecer sus ideas bajo diversos aspectos y á repetir sus experimentos, resucitó su medicina con mas esplendor del que tuvo en su modesto orígen.

Rico con la ciencia que habia acumulado el tiempo, adoptó en la teoría el dogmatismo de su maestro respecto de las facultades sencientes y activas de los órganos, determinadas por la naturaleza. Fundaba el conocimiento de la medicina en la anatomía; pero como las leyes romanas, que dejaban matar á los vivos, prohibian abrir los cadáveres, tuvo que hacer experimentos en los monos, por lo cual describe Galeno todos los músculos que en estos se diferencian de los del hombre, tales como los vió. Así sucede en la osteología, diciendo, por ejemplo, que la mandíbula superior se compone de cuatro huesos, lo cual es cierto respecto de la del mono; pero no así en el hombre, y contando en el hueso sacro ménos vértebras que las que tiene el hombre. Tambien supone en este dos conductos biliarios.

Hizo muchos descubrimientos de miología y de fisiología. Fundaba los cuatro temperamentos en los cuatro humores ya reconocidos por Hipócrates, sangre, flema, bílis, atrabílis, y en las cuatro cualidades, aplicándolos universalmente hasta el punto de querer explicar por este medio no solamente la índole y el orígen de toda enfermedad, sino tambien las propiedades de los cuerpos naturales y la eficacia de los remedios. Excelente en las generalidades de la terapéutica, se engaña frecuentemente en la aplicacion práctica, ateniéndose en la esencia á Hipócrates, con el cual y con Asclepiádes marcó el tercer período de la ciencia de curar, de la cual fué príncipe hasta el siglo XVI, cuando se presentó la medicina química, y añadió Vesalio algo á su libro *De usu partium*. Verdad es que el esplendor que dió á la medicina perjudica á la sencillez, quedando la naturaleza sofocada y embarazada bajo aquel aparato de ciencia y de dogmas.

Habiéndose trasladado á Roma adquirió crédito en ella, á pesar de los médicos, que á la ignorancia unian la envidia, hasta el punto de envenenar á un médico griego y á dos de sus practicantes. Curó á Marco Aurelio, y gusta encontrar descritas por el filósofo médico algunas enfermedades del emperador filósofo.

Si bien perecieron muchas de sus obras en el incendio de su casa, no obstante nos qnedan ochenta y dos de autenticidad probada, diez y ocho dudosas, diez y nueve fragmentos, y diez y ocho comentarios sobre Hipócrates, sin contar unos cincuenta inéditos. Escribe con prolijidad, con repeticiones y minuciosidades, y con una jactancia que difícilmente se compensa con su mérito sobresaliente. Poseía tambien várias lenguas, entre ellas la persa, la cual preferia á las demas, quizá porque encontraba en ella la raíz de muchas palabras griegas y latinas, que ignoraba fuesen derivadas de la fuente comun, del sanscrito.

Ademas de la medicina y la anatomía (1), sirvió á la filosofía en general, ilustrando la psicologia empírica, y fundando una teoría mas exacta de las sensaciones y de las operaciones animales del cuerpo, con la distincion que hizo entre los nervios y los tendones, mostrando que aquellos parten del cerebro y que sin ellos se pierde la sensibilidad. Pero no bastando esta á explicar los nervios, introdujo, ó mas bien aclaró la distincion entre la vida animal y la intelectual, suponiendo que el alma reside en el cerebro, y que el espíritu animal, flúido sutilísimo, se halla extendido por todo el cuerpo, como órgano intermedio para el sentimiento y para el movimiento, miéntras que las fuerzas vitales residen en el corazon y las naturales en el hígado.

Hemos visto muchas veces que la medicina conduce al materialismo, y miéntras indaga con su escalpedo la union inexplicable de la vida, niega la existencia de aquel elemento desconocido que se sustrae á toda investigacion, y por el cual los miembros se convierten de máquina en hombre. Galeno al contrario, despues de mostrar la admirable conexion de las partes, se detiene sorprendido y dice: « Al trazar este » discurso me parece cantar un himno á la glo- » ria de Aquel que nos ha creado. Mejor te honro » revelando tus asombrosas obras que con he- » catombes de toros y con incienso. La verda- » dera piedad consiste primeramente en cono-

(2) El caballero napolitano Pantoro examinó los instrumentos quirúrgicos encontrados en Pompeya, mostrando que ya se conocian entónces algunos que se creen de reciente invencion, y especialmente el *forceps* que se usa en obstetricia. El señor Scoutetten presentó á la Academia de Medicina de Paris los siguientes instrumentos desenterrados en Pompeya y Herculano: 1º una sonda curva para hombre; 2º la sonda recta; 3º la sonda de mujer; 4º la sonda curva para niño; 5º la línea para quitar las asperezas óseas; 6º el *speculum ani;* 7º el *speculum uteri* de tres ramas; 8º tres modelos de agujas para pasar cuerdas ó sedales; 9º la lanceta y la cuchara, de la cual se servían los médicos constantemente para examinar la naturaleza de la sangre despues de la sangría; 10º ganchos recorvos, de vária longitud, destinados á levantar las venas en la extirpacion de las várices; 11º una cuchara (*curette*) terminada al lado opuesto por un levantamiento en forma de aceituna, destinado á cauterizar; 12º tres ventosas de forma y tamaño diversos; 13º el tricuarto; 14º las tijeras; 15º la sonda terminada por una lámina plana y hendida, para levantar la lengua en la operacion de cortar el frenillo; 16º muchos modelos de espátulas; 17º escalpelos de canal muy pequeños para aserrar los huesos; 18º bisturíes rectos y convexos: 19º el cauterio numolario; 20º pinzas epilatorias; 21º el fleme de los veterinarios para sangrar los caballos; 22º el elevador para la operacion del trépano; 23º una caja de cirujano para contener trociscos y diversos medicamentos; 24º pinzas con el mordiente de diente de raton; 25º una pinza de pico de grulla; 26º una pinza que forma una cuchara con la reunion de los brazos; 27º muchos modelos de martillos cortantes por un lado, y 28º tubos conductores para dirigir los instrumentos cauterizantes.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» cerse á sí mismo, y despues en manifestar á » los demas cuán grande es tu bondad, tu po- » der y tu sabiduría : tu bondad en la equita- » tiva distribucion de tus dones, habiendo dis- » tribuido en cada hombre los arcanos que le » son necesarios; tu sabiduría en los dones tan » excelentes, y tu poder en la ejecucion de tus » designios (1). »

Y sin embargo, no supo libertarse de la influencia de su siglo : Esculapio le sugirió en sueños una sangría; el mismo dios lo disuadió de seguir á los emperadores en su expedicion; defendia los encantamientos, y combatia al Cristianismo como absurdo. Despues de él produjo graves daños la teosofía en la medicina; pretendiendo explicar las enfermedades con los demonios, con los éonos y con las potencias secretas, y curarlas con encantamientos y con llevar encima piedras efesias, en que estaban inscritas las misteriosas palabras que se leían en la efigie de Diana (2), ó las piedras preciosas *abraxas* con figuras egipcias, ó símbolos tomados del culto de Zoroastro ó de la cábala hebráica (3).

CAPÍTULO XVIII

Literatura latina.

La literatura de la espléndida época de Augusto no retrocedió gradualmente, sino que cayó de golpe, prueba del poco mérito que tuvo aquel hombre afortunado en la gloria del siglo que conservó su nombre, y de los ingenios de que fué contemporáneo, no creador. Cuando murió, ya no resonaba mas que la voz plañidera de Ovidio, al cual la negligente abundancia, la minuciosidad, las contorsiones de la lengua y los juegos de palabra alejan tanto de Horacio, Virgilio y Tibulo, cuanto está Eurípides de Sófocles (4). Despues de él se presenta mas bien que corrompida, aniquilada la literatura, porque si prescindimos de Fedro, de sospechosa autenticidad, en el espacio de medio siglo no aparece un escritor romano. Acogiendo Augusto á los doctos bajo su manto imperial, los acostumbró á considerar los estudios no como aplicacion noble del ánimo y desahogo necesario de los sentimientos puros y elevados, sino como un arte, una profesion, de suerte que habiéndose disminuido las casas de campo, los regalos y las comidas, perdian las Musas el habla. Tiberio hacía que fuese tan peligroso alabarlo como censurarlo : Calígula se manifestaba envidioso de que alguno le fuese superior; Claudio era un idiota erudito; y otros emperadores suspicaces ó mentecatos condenaron á muerte ó al destierro á quienes les excedian en bien decir, ó pretendieron dar por decreto el nombre de orador. Por algunos versos imprudentes fué precipitado Elio Saturnino desde el Capitolio, extrangulado Sexto Paconiano en una prision, condenado á muerte M. Escauro, autor de una tragedia en que se creyó representado Tiberio bajo el nombre de Agamemnon; acriminado Cremucio Cordo por haber alabado á Bruto y llamado á Casio el último de los Romanos (1); y el mismo Plinio se fiaba tan poco de Neron, que se dedicaba á dilucidar cuestiones gramaticales.

Fuera del emperador, ¿ qué otra inspiracion quedaba á la literatura romana, la cual, llena del sentimiento político del poder patrio, jamas habia recurrido al pueblo, fuente inagotable de pensamientos? Debió sumergirse por tanto en la adulacion : Estacio no solo adula á Domiciano, sino á todo el que es rico en Roma; Valerio Máximo y Veleyo Patérculo encomian las virtudes de Tiberio; Quintiliano la santidad de Domiciano, y lo que mas debia costarle, su talento en la elocuencia, llamándolo grande entre los poetas, y dándole las gracias por la divina proteccion que concede á los estudios, y por haber desterrado á los filósofos, tan arrogantes que se creían mas sabios que el emperador. Marcial besa el polvo que pisa Domiciano, y le parece poco colocarlo al nivel de los númenes. Juvenal adula; adula Tácito, como adulaban los papagayos que en el atrio de toda casa ilustre saludaban al sagacísimo Claudio y al clementísimo Calígula. Plinio Cecilio no sabe tributar á Trajano mas que elogios exagerados : Plinio el Mozo adulaba á Vespasiano, al cual agradó la dedicatoria de la *Historia natural*, acaso porque dirigiendo esta á los ciudadanos á contemplar el universo, los apartaba de meditar sobre sí mismos; pero cuando Materno compuso en el reinado de aquel mismo emperador su tragedia *Caton*, tuvo que moderar muy luego ciertas expresiones que sonaban mal á los oídos poderosos. Séneca adula á Claudio, y para invitar á Neron á la clemencia, le concede la potestad de matar á todos y de destruirlo todo, y comparando en cierto modo su fuerza con la debilidad del universo, procura inspirarle la piedad por medio del orgullo.

¿ Podia suceder de otra manera? Nadie mas que la aristocracia leía, por lo cual no podia un autor tener la confianza de crearse un público propio. Tampoco podia la sociedad escogida comprar, como hoy sucede, tantos ejemplares de un libro, que recibiera el autor una recompensa proporcionada á su mérito ó á su

(1) *De usu partium* III, 10.

(2) Ασχι κατασχι αιξ δχμναμενευς αισιον. Esichio *Lexicon* en la voz εφες. γραμμ.

(3) Sereno Samónico, maestro del jóven Gordiano, nos dejó un poema sobre la medicina, en el cual aconseja la *abracadabra* para la fiebre hemitea.

Inscribas chartæ quod dicitur abracadabra
Sæpius; et subter repetas, sed detrahe summæ;
Et magis atque magis desint elementa figuris
Singula, quæ semper rapies, et cætera figes,
Donec in angustam redigatur litera conum.
His lino nexis, collum redimire memento.

(4) En los *Etudes de mœurs et de critique sur les poëtes latins de la décadence par* M. D. Nisard (Paris, 1834), el buen gusto se dirige mas bien á morder á los presentes que á apreciar verdaderamente á los antiguos.

(5) Dion, LVII. 22. — Tácito, *An.* VI, 39 y 9; IV, 3[illegible].

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fama. Cada señor tenia siervos destinados á copiar y encuadernar los libros : la masa del pueblo no se servia de ellos, como no fuese de alguno que le hubieran preparado los emperadores en las bibliotecas ó en los baños, por lo cual miéntras que el escritor se consolaba de ser leido donde quiera que llegasen gobernadores ó comandantes romanos, se encontraba obligado á mendigar el pan y los honorarios de un patrono, del mayordomo de un Mecénas, ó del repartidor de los donativos públicos (1). ¿ Y cómo conseguirlos de otra manera que alabándolos ? ¿ y cómo alabar á monstruos señores ó á súbditos viles, sin hacerse adulador ?

Por otra parte á aquellos extranjeros que habian acudido á Roma para gozar las liberalidades, á aquellos libertos que se habian colocado en el Senado á fuerza de arrastrarse delante de sus amos, ¿ qué recuerdos quedaban de los tiempos mas libres, qué tradiciones republicanas que despertar ? Veían el tiempo presente y les bastaba para hacer la apoteósis de los señores del mundo.

Convertida la vida pública de los tiempos libres en la tranquilidad secreta de la tiranía; habiendo cesado el juicio tremendo é inapelable de las asambleas, se juzgaba de los autores segun el aura de las pequeñas sociedades y de los potentados que acogian á los literatos. Augusto se burlaba del estilo lleno de pretensiones de alguno y de las palabras rancias de Tiberio, y decia á su sobrina Agripina : *Procuro sobre todo hablar y escribir naturalmente* (2) ; pero acaso le desagradaba el estudio de los antiguos por las ideas que contenian. Su Mecénas se complacia en usar un estilo flojo y esmerado (3) : Asinio Polion censuraba á los mas insignes escritores, echando en cara á Salustio sus vejeces, á Tito Livio su orígen paduano, y á César la negligencia y mala fe. Se manifestó singularmente gran enemigo de Ciceron, y asistiendo un dia en casa de Mesala miéntras un tal Popilio Enaleía un poema sobre la muerte del gran orador, apénas hubo oído el primer verso, *Deflendus Cicero est, latiæque silentia linguæ*, se levantó incomodado y se marchó como irritado de que este le considerase tambien mudo, á él, en cuyo obsequio habia escrito su hijo un libro á propósito, demostrando que era mas elocuente que Ciceron. Este Polion escribia en un estilo árido, oscuro y pesado (1) ; pero era amigo del emperador, tenia buena biblioteca, buena vida y gran cocinero ; debia por consiguiente encontrar, no solo la indulgencia que negaba á los demas, sino tambien los elogios, y merecer que se considerasen sus opiniones como oráculos. Tambien Adriano preferia Caton á Ciceron, Ennio á Virgilio, Celio á Salustio (2), y la opinion del príncipe encontraba millares de partidarios.

Fué objeto de lujo en aquel tiempo reunir librerías, y ademas de la de Augusto, unida al templo de Apolo Palatino y al pórtico de Octavia, estableció Tiberio una en el Capitolio, que no debió perecer en el incendio de Neron, como parece que pereció la Palatina, y como otra que fué consumida por un rayo en el Capitolio (3), acaso la establecida por Sila. En el templo de la Paz, con los monumentos de las artes y de las ciencias, colocó tambien Vespasiano una biblioteca, la cual enriqueció Domiciano, teniendo siempre copistas en Alejandría. La Ulpia de Trajano fué trasladada despues á las termas de Diocleciano. La última de que se hace mencion es la que Sereno Samónico dejó en su testamento al emperador Gordiano el Jóven, su antiguo discípulo, compuesta de sesenta y dos mil volúmenes, número prodigioso para un particular. Bibliotecas.

Ademas algunos emperadores promovieron la educacion con una diligencia inusitada en tiempo de la república; César confirió la ciudadanía á los médicos y á los profesores de artes liberales, esto es, á los legistas, á los gramáticos, á los retóricos y geómetras; Vespasiano fué el primero que señaló por cuenta del tesoro cien

(1) Omnis in hoc gradili xeniorum turba libello
Constabit nummis quatuor emta tibi.
Quatuor est nimium; poterit constare duobus.
Et faciet lucrum bibliopola Tryphon.
Hæc licet hospitibus pro munere disticha mittas,
Si tibi tam rarus quam mihi nummus erit.
MARCIAL, XIII, 3.

(2) SUET. en *Aug.* 86.

(3) Isidoro nos conservó algunos versos de Mecénas dirigidos á Horacio :

Lugent, o mea vita, te smaragdus,
Beryllus quoque, Flacce ; nec nitentes
Nuper candida margarita, quæro,
Nec quos Thyni a lima perpolivit
Anellos ; nec jaspios lapillos.

Y estos otros de Suetonio :

Ni te visceribus meis, Horati,
Jam plus diligo, tu tuum sodalem
Ninnio viddas strigosiorem.

Macrobio cita un billete en que Augusto se burlaba de Mecénas, imitando su estilo : « Idem Augustus, quia Mæcenatem suum noverat esse stylo remisso, molli et dissoluto, talem se in epistolis, quas ad eum scribebat, sæpius exhibebat, et contra castigationem loquendi, quam alias ille scribendo servabat, in epistola ad Mæcenatem familiari, plura in jocos effusa subtexuit : » « Vale mel gentium, melcule, ebur ex Etruria, laser » aretinum, adamas supernas, tiberinum margaritum, cilnio» rum smaragde, jaspi figulorum, berylle Porsenæ, carbunculum » habeas, ἵνὰ συντειμῳ παντα, μαλαγμα mæcharum. » Saturn. II, 4.

(1) Séneca nos conservó un pasaje de Polion (*Suasor.* 7) que considera el mas elocuente de su historia, y nosotros lo referimos tanto como muestra filosófica como porque pinta á Ciceron sin el odio que segun se dice le tenia : « Hujus ergo viri, tos tantisque operibus mansuris in omne ævum, prædicare de ingenio atque industria supervacuum est. Natura autem pariter, atque fortuna obsecuta est Et quidem facies decora ad senectutem. prosperaque permansit valet tulo : tum pax diutina, cujus instructus erat artibus, contigit, namque a prisca severitate judicis exacti maximorum noxiorum multitudo provenit, quos obstrictos patrocinio, incolumes plerosque habebat. Jam felicissima consulatus ei sors petendi, et gerendi magna munera, deûm consilio, industriaque. Utinam moderatius secundas res, et fortius adversas ferre potuisset ! namque utraque cum venerat ei, mutari eas non posse rebatur. Inde sunt invidiæ tempestates coortæ graves in eum, certiorque inimicis adgrediendi fiducia : majori enim simultates appetebat animo, quam gerebat. Sed quando mortalium nulla virtus perfecta contigit, qua major pars vitæ atque ingenii stetit, ea judicandum de homine est. Atque ego ne miserandi quidem excitus cum fuisse judicarem, nisi ipse tam miseram mortem putasset. »

(2) ELIO ESPARCIANO en *Adr.*

(3) OROSIO, VII, 16.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mil sestercios (17,800 fr.) al año á los retóricos griegos y latinos, al mismo tiempo que con una desproporcion que en adelante fué en aumento, se daban doscientos mil á un instrumentista y cuatrocientos mil á un actor trágico : Adriano protegió á los hombres científicos, á los literatos, á los artistas y á los astrólogos; daba descanso á los profesores imposibilitados para ejercer sus funciones, conservándoles el sueldo, y fundó el Ateneo en donde se reunieron las letras y las ciencias; por último, Antonino y Marco Aurelio propagaron la enseñanza aun fuera de Roma, el primero instituyendo escuelas públicas de filosofía y de elocuencia en las provincias, y el segundo estableciendo maestros de todas las ciencias en Aténas, pagados por todos los vecinos á proporcion de sus riquezas, recibiendo algunos hasta diez mil dracmas al año (7,500 fr.), ademas de la recompensa que les daban los alumnos, de los honores que se les tributaban y de la exencion que gozaban de los cargos gravosos de la milicia y de los alojamientos. Varió la condicion de los maestros segun la bondad y generosidad de los emperadores; pero estos por lo regular dejaban la eleccion y el exámen á sus compañeros, y es probable que entónces diesen sus leccionos con mas órden y éxito.

Pero no basta saber que habia escuelas; conviene proguntar cómo eran. Habíase alterado la educacion en conformidad con las nuevas instituciones. Ya no se confiaban los niños como antiguamente á alguna honrada matrona, que cultivase su inteligencia y su corazon infantil, sino á sirvientes griegas ó á esclavas. Dejándolos incultos hasta los siete años, los aplicaban despues al griego, y luego al latin, bajo la direccion de gramáticos (1), los cuales enseñaban no solo á leer y escribir, sino á comprender los poetas en cuanto se refiere á la forma, y los ejercitaban en pequeñas composiciones, en tanto que otros maestros los adiestraban en el baile, en la música, y en la geometría, consideradas necesarias á la retórica.

La mitología griega que no infundia recelo á los dominadores, constituía la base de la instruccion de los gramáticos, y ántes de confiarles á los niños, se experimentaba su habilidad interrogándolos respecto del nombre de la madre de Hecuba, cuántos eran y cómo se llamaban los caballos de Aquíles y en qué lengua hablaban, asegurándose por medio de tal prueba que sabrian enseñar á sus alumnos de qué color eran los cabellos de Vénus, cuántos caballos tiraban del carro de Febo, y en qué dia habia nacido Hércules.

De manos de estos pasaban los niños á las de los retóricos, gente venal, ignorante de la filosofía y de las leyes, muy diferente de aquellos insignes oradores á quienes el padre de Ciceron y de Hortensio confiaban sus hijos para que los educasen con el ejemplo aun mas que con los preceptos, donde excitaba á noble emulacion á los jóvenes el ver que ciudadanos y provincias invocaban á su maestro como patrono y salvador, que se ponia en su mano la suerte de los reyes y de las naciones, y que era ensalzado hasta el cielo por el pueblo soberano. Los retóricos al contrario, acomodaban mal al genio pesado y enfático de los Romanos el pueril y hablador de los Griegos. Era en ellos comun el prurito de arengar, de improvisar y de disputar, y tenido por dichoso el que mejores pulmones poseía; deseaban aparecer eruditos, confundir con argumentos capciosos, analizar sofísticamente la erudicion ó la verdad de los clásicos, hacer de la filología un juego de sutilezas; de la historia una reunion de particularidades que adulteraban hasta la verdad, y le quitaban aquel vigor que habria dado recelo á los tiranos; de la lógica un combate de razonamientos para convertir lo falso en verdadero, y de la moral una ostentacion de virtudes exageradas.

Supuestas tales escuelas y tales maestros, podrá llamarse la tiranía protectora cuando por el contrario es opresora : ademas que la instruccion no llena el vacío de la sociedad ni repara los daños del despotismo. Por tanto, cuando un emperador se quejaba de que todos sus cuidados no retardasen la decadencia de la elocuencia, le contestó bien un cortesano sincero : *Cerrad las escuelas y abrid el Senado.*

No basta la paz para rejuvenecer y hacer que prospere la literatura : ántes bien en la uniformidad del gobierno imperial se adormecia el genio como se extinguia el espíritu militar. Extendíase, es cierto, el amor al saber, y no solamente la Galia, sino la Germania y la separada Bretaña conocian las obras maestras y contribuyeron alguna vez con grandes nombres á la literatura; pero no habia originalidad ni esta podia desenvolverse por el favor de los príncipes ó por la generosidad de los particulares. Los filósofos se arrastraban por las huellas de los antiguos, retocándolos; los literatos ó imitaban servilmente, ó si querian apartarse de las huellas ajenas, erraban como delirantes, habiendo perdido la civilizacion nacional sin haberse identificado con la nueva; y los ricos protegian apénas alguna sátira ó libro galante (1). De los jóvenes que concurrian á Roma á estudiar, los mas lo hacian por entretenimiento ó por pasar buena vida, de tal manera que las leyes los llamaron muchas veces á su patria (2):

(1) Quintiliano recomienda mucho la gramática, la cual enseña el modo de escribir y hablar correctamente, segun la *razon*, la *antigüedad*, la *autoridad* y el *uso*. De él tomamos estas particularidades sobre la educacion, y el diálogo *De corrupta eloquentia*, atribuido por unos á Quintiliano y por otros á Tácito, pero á ninguno con bastante fundamento. El único título que acaso milite en favor del último es el encuentro de cierto uso que le es propio. Así aquel vicio de sinonimia « nova et recentia jura, vetera et antiqua nomina, incensus ac flagrans animas, etc., » aparece en este diálogo, donde encontramos « memoria ac recordatione, vetere ac senes, vetera ac antiqua, nova et recentia, conjungere et copulare. »

(1) Amiano Marc. lib. IV.
(2) Cód. Theod. *De studiis utriusque Romæ*, lib. XIV, I. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y con el título de filósofos y matemáticos abundaban los charlatanes y astrólogos.

Elocuencia. Antiguamente no se estudiaba la elocuencia como ciencia distinta, sino que á la par de la estrategia, del culto y del derecho, formaba parte de la educacion necesaria á la vida. El culto, no obstante, tenia sus ministros especiales; la jurisprudencia no se consideraba sino como un refugio extremo para quien no tenia pecho para declamar, ni brazo para combatir; cada familia ilustre debia tener un gran orador para defender á sus clientes; en la misma guerra ocurria hablar, no ménos que en todas las magistraturas, así que la elocuencia era de necesidad capital en cualquiera condicion.

Abriendo entónces la igualdad á cada uno la carrera de los empleos y de los mandos, con la multiplicacion de la concurrencia impedia que el mismo hombre se aplicase á todo. En consecuencia, el valiente preferia la guerra, y despues de defender la primera causa en el tribunal, se ceñia la espada; el hablador se dedicaba á las batallas del foro apénas abandonaba las del campo, y el que no se sentia con ánimo para arrostrar las unas ni las otras, suspendia una rama de laurel de su puerta y daba consultas, siendo así tres carreras distintas el ejército, la jurisprudencia y la elocuencia.

Pero un pueblo sin emulacion y un Senado sin autoridad, ¿qué otra cosa podian buscar en la elocuencia sino un nuevo espectáculo? Igualado el derecho, habiendo reconcentrado el emperador en sí la república, y no pudiendo apartarse los jueces de las consultas de los jurisconsultos, no habia ya que trabajar para la interpretacion de la ley, ni que patrocinar provincias ó reinos ó la causa de la patria, de manera que las tribunas enmudecian, la curia se consumia en cumplimientos, y el foro se aniquilaba en estrechas aplicaciones del derecho. Arrojada de la publicidad que es su elemento, se entretenia la elocuencia en ejercicios vanos y extravagantes, y á costa del Erario acostumbraba á los hijos de las grandes á dirigir halagadoras lisonjas á los Césares cuando se dignaban estos ir á consultar al Senado sobre lo que ya habian deliberado, y á merecer así ascender á magistraturas escasas de poder y despojadas de decoro.

Habiendo concluido los debates públicos sobre casos reales, la declamacion, usada ya en tiempo de Ciceron, sobreviviendo ahora á las demas instituciones nobles, se hizo maestra de pomposas miserias. Se inventó un código entero para la educacion declamatoria. Cuando (así se enseñaba) se presenta el orador en la tribuna, podrá restregarse la frente, mirarse las manos, cruzar los dedos, y suspirando mostrar la ansiedad de su alma. Manténgase derecho con el pié izquierdo un poco adelantado, con los brazos algo separados del cuerpo, y al principiar su exordio adelante algo la mano derecha, pero sin arrogancia. Apasionado en el discurso, pronuncie con artificiosa indolencia los períodos mas trabajados y haga como que vacila donde esté mas seguro de su memoria. No respire á mitad de la proposicion, no cambie de aspecto sino á cada tres palabras, no se meta los dedos en la nariz, tosa ó escupa lo ménos posible, evite balancearse para no parecer embarcado, no se deje caer en los brazos de los clientes, como no sea por desfallecimiento real, ni tampoco debe pasear ó detenerse despues de haber pronunciado una frase eficaz para que no parezca que se esperan los aplausos. Si hácia el fin del discurso deja caer la toga en desórden, es gran señal de pasion.

Plocio y Nigidio, Quintiliano y Plinio, andan discordes sobre si conviene ó no limpiarse el sudor y desgreñarse. Los mismos aconsejan cómo conviene vestir para ser un hombre elocuente: que la túnica debe llegar un poco encima de la rodilla por delante, y por detras hasta la corva, porque mas larga sería de mujer y mas corta de soldado: el envolverse con lana y bandas la cabeza y las piernas es propio de los enfermos, de furiosos el arrollarse la toga en el brazo izquierdo, de afectados el arrojar el extremo sobre el hombro derecho, y de petimetres el declamar con los dedos cargados de sortijas.

Los preceptores señalan tambien con precision todas las gradaciones de la voz (1), y la que conviene á cada sentimiento. De cosas tan importantes se alimentaba la juventud romana para hacerse émula de Demóstenes y Ciceron. ¡Tan antiguo es en los gobiernos malos el estilo, no de abolir el saber, sino de sofocarlo entre sutilezas y reglas indeclinables!

No eran mejores las cosas que las formas, y así como el pintor que se aparta de la verdad incurre en el amaneramiento, así los retóricos reducidos á fingir causas y ocasiones de discursos, se proponian asuntos raros y extravagantes, ademas de que les faltaban el convencimiento, la moralidad en las razones, y el supremo juicio del público. Por lo tanto, los discursos propuestos para ejercicios, se dividian en *persuasivos* y *de controversia*, dirigidos los primeros á elogiar la virtud, la amistad, las leyes y otros argumentos filosóficos de fácil prueba, ó alguna vez de sofística sutileza, y los segundos reducidos á discusiones de varios géneros, generalmente judiciales. Despues se subdividian en *tratados*, en que el retórico daba el asunto y determinaba la forma, y *coloreados*, en los cuales el alumno se proponia á sí mismo el órden y la materia, y corregidos por el maestro despues de compuestos, los aprendia de memoria y los recitaba á las pacientes asambleas.

¿Y qué temas proponia el maestro al jóven romano? Explicar la causa por qué al caerse un

(1) Dice Quintiliano: « Si ipsa vox non fuerit surda, rudis, immanis, rigida, vana, præpinguis, aut tenuis, inanis, acerba, pusilla, mollis, effeminata.... Ornata est pronuntiatio cui suffragatur vox facilis, magna, beata, flexibilis, firma, dulcis, durabilis, clara, pura, secans aera et auribus sedens. *Inst.* XII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vidrio se hace pedazos; disuadir á Caton de matarse; exhortar á Alejandro que ha conquistado la tierra, á que no se empeñe en conquistar tambien el Océano; á Sila á que renuncie á la tiranía (1); á Aníbal á que no se entregue al ocio en Capua, y á César á que dé la mano á Pompeyo, á fin de que Roma pueda oponer á los Bárbaros sus dos mayores generales. Disputaban asimismo si Agamemnon debia ó no inmolar á Ifigenia, porque Cálcas le aseguraba que si no hacía este sacrificio, tendria cerrado el mar; si debian huir los trescientos Espartanos abandonados por todos en las Termópilas; si Ciceron debió pedir perdon á Marco Antonio, y arrojar al fuego sus escritos en caso de que este le dejára la vida con esta condicion.

Despues se abre ya la puerta á cuestiones mas sociales, segun dicen, mas vivas, proponiendo casos en los cuales la elocuencia esté sostenida por la jurisprudencia. Recomendándose á Vesta una mujer incestuosa precipitada desde la roca Tarpeya, conservó la vida; ¿Se le quitará? — Dos cónyuges juraron no sobrevivir el uno al otro; cansado él de su esposa, se marcha y le envia á decir que ha muerto, y ella se precipita por la ventana; pero curada, y habiendo descubierto el engaño, pide su padre el divorcio: ella lo rechaza: que defienda uno al padre y otro á la esposa. — Ticio recoge niños expósitos, los mantiene, rompe á uno el brazo, á otro una pierna (casos que entónces sucedian), los envia á mendigar, y se enriquece: acusadlo y defendedlo. — Uno que ha perdido los brazos en una batalla, y sorprende á su mujer en adulterio, manda á su hijo que mate al cómplice; aquel no obedece y huye: ¿Lo desheredará el padre justamente? — Víctima una ciudad de una gran carestía, envia un diputado á comprar grano con la órden de que vuelva tal dia; va este y lo compra; pero á la vuelta, es lanzado por las olas á otro puerto, donde vende la carga por doble precio, y con este compra doble cantidad de grano, y llega á su destino; pero en tanto, en la ciudad hambrienta se comieron unos ciudadanos á otros, y se formula contra el diputado la acusacion de *comer cadáveres*. — Sube uno á una ciudadela para ganar el premio ofrecido á quien mate al tirano, y no encontrándolo mata á su hijo, dejándole la espada en el pecho; de regreso el tirano, en vista de lo ocurrido, se atraviesa con la misma espada: el matador del hijo pide el premio como tiranicida (2). — Las abejas de un pobre chupan las flores de un rico; pide este una recompensa, y habiéndosela negado, envenena las flores, de suerte que mueran las abejas: el rico es acusado. — Una madre veía en sueños á su difunto hijo, se lo dice á su esposo, el cual busca á un encantador, y le hace conjurar el sepulcro: no soñando ya la madre con su hijo, acusa al marido de malos tratamientos. — Estando deshauciados por los médicos dos gemelos, hubo quien prometió salvar al uno si le dejaban examinar los órganos vitales del otro; consiente el padre; abren á uno el vientre, y cura el otro; pero la madre acusa á su consorte de infanticidio: acusadlo y defendedlo. — Es ley (inventada por estos pedantes) que se corten las manos á quien pegue á su padre; manda un tirano á dos hijos que maltraten á su padre; el primero se precipita desde una roca para no hacerlo; obligado el otro por la necesidad, ultraja á su progenitor, ó incurre en la pena decretada por la ley; llamado sin embargo á juicio para cortarle las manos, su mismo padre le defiende: presentad razones en su favor y en contra. — Otra ley del mismo código deja á la doncella violada la eleccion entre la muerte del raptor ó el matrimonio sin llevarle dote; viola uno á dos, y la una quiere su muerte, y la otra casarse con él: discútase en favor de las dos partes. — Otra ley impone al calumniador la pena que sufriria el calumniado; un rico y un pobre, enemigos mortales, tenian tres hijos, y habiendo sido elegido general el rico, le acusa el pobre de traicion, por cuya causa enfurecido el pueblo mató á pedradas á sus hijos; cuando el rico hubo regresado, pidió que se matase á los hijos del pobre, pero este se presenta solo á sufrir la pena: ¿quién debe sufrirla?

En estas y otras cuestiones ridículas (1) se pervertia el gusto y se distraía la imaginacion de los jóvenes romanos, llevándolos fuera de la vida comun y de la fuerza habitual de las pasiones humanas, acostumbrándolos á la sutileza y á la exageracion. Con razon, pues, decia Petronio: « Yo creo que en las escuelas se » vuelven los jóvenes enteramente estúpidos, » porque no ven ni oyen nada de lo que co- » munmente sucede, sino solo corsarios que » están encadenados en la playa, tiranos que » mandan á los hijos cortar la cabeza á sus pa- » dres, y oráculos que en tiempo de peste or- » denan inmolar tres ó mas vírgenes (2). »

Si no bastaban las dificultades de la cuestion, se añadian dificultadas de arte, determinando, por ejemplo, el vocablo con que se habia de principiar ó concluir el período; ademas todo se debia sostener con figuras de palabras y de conceptos, con lugares comunes, y necedades deslumbradoras, con el único objeto de alcanzar un aplauso ó un silvido en la escuela, de cuatro oyentes ociosos, ó en una sala, del favor ó la envidia de una reunion. Toda la ambicion de un orador consistia en ser elegido para pronunciar el panegírico adulatorio de los

(1) Et nos ergo manum ferulæ subduximus, et nos
Consilium didimus Sillæ, privatus ut altum
Dormiret,
dice Juvenal, *Sat.* I, 15; y parece increible que hayamos hecho nosotros otro tanto en las escuelas del siglo XIX.

(2) Es el asunto del *Tiranicida* de Luciano, en cuyas obras hay muchos discursos semejantes.

(1) Estaban indicadas en las escuelas con el título de *gemini languentes*, *sepulchrum incantatum*, *venenum effusum*, *tormenta pauperis*, *cadaveris pasti*, *opes pauperis*... Las hemos tomado de las *Deliberaciones* y de las *Controversias* de Séneca.

(2) *Satyricon*, cap. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

emperadores, si la sed de oro y de poder no le inclinaba á aquella *lucrativa y sangrienta elocuencia*, de que fueron víctimas Cremucio, Elvidio y Traséas. Hemos dicho (1) que durante la república, solian principiar los jóvenes la carrera del foro por alguna acusacion insigne. Esto podia servir de freno á la corrupcion en un gobierno libre, en el cual podia el reo evitar la sentencia con un destierro voluntario; pero sucedia todo lo contrario cuando el fondo ó el asunto de todas las acusaciones era el aborrecer la tiranía, cosa que se castigaba con el último rigor. ¡ Buen campo por cierto para la generosa juventud componer invectivas en el mismo tono con que atacaba Tulio á Catilina y á Marco Antonio, exagerar los horrores de la alta traicion, dar la peor interpretacion á las acciones y á las palabras por sencillas que fuesen, hacer que se condenase á un hombre magnánimo, y adquirir el favor de Calígula y Domiciano!

Apénas, pues, se pudo respirar, se pusieron de acuerdo los buenos para hacer la guerra á esta elocuencia, esclava de la calumnia; Plinio declamó contra los delatores; Juvenal atacaba á los retóricos; Tácito, entre las causas de la corrupcion de la elocuencia, señalaba tambien esta, é igualmente la combatió Quintiliano, el primero que la enseñó á costa del Erario público. Era este natural de Calahorra de España; habíase educado en Roma, y ejercitado en casa del orador Domicio Afro; el emperador Domiciano le habia confiado la educacion de sus sobrinos, destinados á sucederle, y bajo los auspicios de este dios, como él le llama, escribió las *Instituciones oratorias*, dirigidas á formar un orador egregio. Vió en qué decadencia se encontraban las letras, especialmente por los ejemplos de Séneca, que gozando del favor como maestro del príncipe, habia sido causa de que se despreciase el estilo de los antiguos para acreditar el suyo, que consistia en frases lisonjeras é ingeniosas, y que manteniéndose siempre elevado, no concede nunca descanso al lector. « No es cierto (dice Quintiliano) que yo » rechace á Séneca y sea su enemigo. Han dicho » esto, porque he sometido á un severo exá- » men un género de elocuencia nuevamente in- » troducido, corrompido é infectado con todos los » vicios. Séneca era el único autor que se ha- » llaba en manos de la juventud. No queria yo » privarla de él enteramente; pero no podia su- » frir que fuese preferido á los mejores autores » á quienes nunca habia cesado de condenar, » porque conociendo él mismo el nuevo género » de elocuencia que habia adoptado, desesperaba » de agradar á los que leían con gusto á aque- » llos. Ahora bien, los jóvenes le estimaban mas » bien que le imitaban, y estaban tan distantes » de él cuanto se habia alejado él de los anti- » guos, aun cuando seria de desear que le igua- » lasen, ó á lo ménos que se le aproximasen. » Pero él les agradaba solo por sus defectos, y » cada uno procuraba reproducir en sí mismo de » lo que era posible, y vanagloriándose ha- » blar como Séneca, le infamaban. Por lo de- » mas, Séneca fué hombre de muchas y grandes » virtudes, de fácil y abundante ingenio, de » contínuo estudio y de gran conocimiento de » las cosas, aun cuando en alguna haya sido » engañado alguna vez por aquellos á quienes » confiaba su investigacion. Cultivó casi todos » los géneros de ciencia, y nos quedan de él » discursos, poemas, cartas y diálogos. Poco » diligente en los argumentos filosóficos, no » por eso fué ménos excelente censor de los » vicios. Se encuentran en sus obras muchos » y excelentes sentimientos, y muchas cosas » dignas de ser leidas para regla de las costum- » bres; pero su estilo generalmente es corrom- » pido, y muy peligroso, porque sus defectos » son agradables y seductores. Sería de desear » que al escribir hubiese usado de su pro- » pio ingenio y de la opinion ajena. Porque si » no se hubiese cuidado de algunas cosas; si » no hubiese sido demasiado ansioso de gloria, » si no hubiese sido demasiado apasionado por » todo lo suyo; si no hubiese enervado los mas » graves y nobles sentimientos con sus alambi- » cados conceptos, mereceria el aprecio univer- » sal de los doctos, así como tambien el amor » de los niños. Tal como es, no obstante, aun » deben leerlo los hombres ya maduros y forma- » dos en una elocuencia sólida, para poder tam- » bien acostumbrarse con esto á distinguir lo » malo de lo bueno, porque, como he dicho, mu- » chas cosas dignas de elogio sobresalen en él, » y muchas tambien dignas de admiracion para » quien las sepa escoger. ¡ Ojalá lo hubiese he- » cho él mismo! porque un ingenio tan pode- » roso para todo lo que queria, era ciertamente » digno de querer siempre lo mejor (1). »

Quintiliano. 42-120?

Quintiliano es un modelo de crítica oficiosa, en la cual no hay herida que no tenga su medicamento, y en donde su prudencia llega alguna vez hasta el punto de no dejar que se comprenda bien si elogia ó censura. Tal parecerá este trozo que hemos copiado; pero el hecho es, que trabajó por llamar la atencion hácia los clásicos, y por que se prefiriese la sencilla fuerza á las gracias insípidas, y la naturalidad al contínuo lenguaje figurado (2).

Pero este tutor oficial del buen gusto estaba tambien corrompido hasta la médula de los huesos por las costumbres de entónces, como lo prueba el saber que de él hemos tomado la mayor parte de las reglas antedichas para formar un hombre elocuente, lo cual en su opinion significaba poco mas que buen declamador. Puede decirse, que nunca conoció lo que faltaba á Roma despues de sus grandes oradores, el foro y la libertad. No conoció el sublime destino de la elocuencia, ó la temió, y se afana por consi-

(1) Véase lib. V, cap. 2.

(1) *Inst. or.*, X, I.

(2) « Si antiquum sermonem nostro comparamus, pæne jam quidquid loquimur figura est. » *Inst. or.* X.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

derarla como un arte ingenioso y difícil, que se adquiere uniendo el estudio y la probidad á la disposicion natural, y sabiendo elogiar aun en tiempos miserables.

Fué pródigo de adulaciones, y luego, aun cuando procuró adoptar un estilo rico, delicado y vigoroso, conociendo que la negligencia y la afectacion perjudican al recto raciocinio (1), no puso sin embargo bastante cuidado en su obra. Ocupó en ella poco mas de dos años, y estos en la investigacion de los cosas ó en la lectura de infinitos autores mas que en pulir el estilo; comprendia muy bien que todo autor debe revisar su obra despues que se ha enfriado el primer ardor de la composicion (2); pero las *reiteradas instancias* del librero le impidieron llevar á cabo su prudente propósito. Esta confesion, con la cual tantos otros creyeron desde entónces disculpar su negligencia, debe moderar á ciertos admiradores excesivos de Quintiliano, quienes no solo lo ven todo en él dorado, sino que pretenden que sean cánones infalibles del buen gusto los que él mismo confiesa no haber meditado bastante.

Tambien pronunció discursos; defendió á la reina Berenice en su presencia; y sus arengas se copiaban para venderlas en países lejanos; pero se cree que no son suyas las que ahora llevan su nombre. En el trozo mas elocuente de su libro se ve que él mismo se habia dejado corromper tambien por aquellos temas artificiosos, en los que se exageraba el sentimiento, y se cuidaba del afecto y del arte, no de la expresion mas verdadera del arte, no de la expresion mas verdadera del afecto. Bastante tenia que llorar un corazan de padre, un buen corazon como el de Quintiliano, por la muerte de su mujer á la edad de diez y nueve años y de dos hijos ya mayorcitos, y sin embargo, no sabe olvidar los artificios de escritor ni aun para censurarlos (3); prorumpe en vanas quejas contra la fortuna, y despues de haber dicho tan afectuosamente : *Aquel niño era todo caricias para mi, me preferia á sus nodrizas, á la abuela que dirigia su educacion, y á cuanto agrada en aquella edad*, rechaza las lágrimas de *sus ojos*, añadiendo que este era un lazo que el destino le habia tendido para martirizarlo mas (4), y protestando exageradamente que no quiere sufrir mas tiempo la vida (1).

Y sin embargo, era de los mejores maestros; reprobaba los ejercicios que se hacian sobre tésis simuladas; reprímia con oportuna censura el orgullo juvenil, bien leyendo los mejores autores, cosa ya inusitada, bien moderando la idolatría con que se miraba á los clásicos, y advirtiendo que *no se ha de reputar perfecto cuanto salió de su boca, porque se equivocan algunas veces, ó bien sucumben bajo la carga, ó se abandonan á su propio entendimiento, ó se encuentran fatigados, pues aunque superiores son hombres*. Insiste sobre todo en la necesidad de que sea hombre honrado el que haya de ser buen orador, lo cual, aunque en una obra de nuestros dias no sería mas que un ejercicio de moral trivial, tenia entónces un gran objeto, cuando espías y acusadores se servian de la elocuencia para solicitar ó justificar la cruedad de los imperantes, por lo cual es menester agradecerle que conociese la union que hay entre las disputas de escuela y el litigio del foro, é indicase á lo ménos todo lo que, viviendo á expensas de un emperador brutal, pudo indicar.

Favorino de Árles fué discípulo de Dion Crisóstomo, maestro de Aulo Gelio y de Heródes Ático, y rivalizó con su amigo Plutarco sobre cuál de los dos escribiria mas libros. Trató de filosofía y de historia, y Adriano lo estimó mucho; pero habiéndose incomodado con él despues ó concebido celos, los magistrados de Aténas derribaron entónces sus estatuas, por lo cual exclamó Favorino : *Sócrates no salió tan bien librado.* Favorino 133

No haré mencion de los demas retóricos y oradores, pero sí de M. Cornelio Fronton, Númida, puesto por algunos al nivel de Ciceron (2) y superior á todos los antiguos por la gravedad de su estilo; pero para que hubiese conservado su crédito, hubiera sido menester que no hubiese un erudito desenterrado sus fragmentos. Ejerció magistraturas importantes, y si hemos de creer el retrato que de sí mismo hace en uno de esos pasajes en que parece que el afecto no sufre la mentira, mereció verdaderamente por sus virtudes ser maestro de Marco Aurelio (3). Tuvo volor para decir á este la Fronton.

(1) « Plerumque nudæ ille artes, nimia subtilitatis afectatione, frangunt atque concidunt quicquid est in oratione generosius, et omnem seceum ingenii bibunt et ossa detegunt, quæ ut esse et astringi nervis suis debent, sic corpore operienda sunt. » *Proem.*

(2) « Quibus componendis, uti scis, paulo plus quam biennium, tot alioqui negotiis districtus, impendi : quod tempus, non tam stylo, quam inquisitioni institui operis propre infiniti, et legendis auctoribus qui sunt innumerabiles, datum est... Usus deinde Horatii consilio, qui in Arte poetica suadet ne præcipitetur editio, nonumque prematur in annum, dabam iis otium, ut, refrigerato inventionis amore, diligentius repetitos tamquam lector perpenderem. »

(3) « Non sum ambitiosus in malis, nec augere lacrymarum causas volo. »

(4) « Illud vero insidiantis, quo me validius cruciaret, fortunæ fuit, ut ille mihi blandissimus, me suis nutricibus, me aviæ educanti, me omnibus qui sollicitare illas ætates solent, anteferret. »

(1) « Tuos ne ego, o mæ spes inanes, labentes oculos, tuum fugientem spiritum vidi? tuum corpus frigidum exsangue complexus, animam recipere, auramque communem haurire amplius potui? dignus his cruciatibus, quos fero, dignus his cogitationibus. Tene consulari nuper adoptione ad omnium spes honorum patris admotum; te avunculo prætori generum destinatum; te omnium spe atticæ eloquentiæ candidatum, superstes parens tantum ad pœnas, amisi! Et, si non cupido lucis, certe patientia vindicet te reliqua mea ætate : nam frustra mala omnia ad fortunæ crimen relegamus : nemo nisi sua culpa diu dolet... » Introd. al lib. VI.

Compárense por ser opuestos Rollin en el *Curso de estudios* y Nisard en los *Poetas de la decadencia.*

(2) Eumenio c. 14, lo llama *eloquentiæ romanæ non secundum, sed alterum decus.* En 1815 descubrió el cardenal Mai en la Biblioteca Ambrosiana parte de la correspondencia de Fronton con Vero y Marco Aurelio, y despues encontró el resto en la Vaticana.

(3) Habiéndosele muerto un sobrinito, escribe á Marco Au-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

verdad miéntras fué mero ciudadano (1), y despues que llegó á ser César, le escribia con la confianza propia de un antiguo amigo que nada pide, y como cumplia á su sabio discípulo (2). Siendo viejo padeció de la gota, y libre de las magistraturas, era su casa el punto de reunion de los literatos, á quienes procuraba apartar del lenguaje ampuloso y del neologismo, inclinándolos á la sencillez de la elocuencia anterior á Marco Tulio. Juzgaba que era muy difícil ser elocuente; censuraba á los que creían bello repetir de diversas maneras la misma cosa; como Séneca y como Lucano, que emplea los siete primeros versos en decir que va á cantar las guerras *mas que civiles*, y quiere que el orador sea audaz sin exceso, y que elija bien las palabras. Pero respecto de esto aconseja (consejo que necesariamente debe conducir á la afectacion) que se busquen las ménos esperadas y las sorprendentes (3). No por esto se crea que dejó de pagar tributo á su siglo, pues recomienda que se diga y haga aquello que gusta al pueblo, con lo cual desaparecia toda regla cierta de buen gusto (1). Quizá tambien por indulgencia hácia aquel se complacia tanto en buscar imágenes, y las recomendó á Marco Aurelio, quien le escribia como una noticia agradable haber conseguido encontrar diez (2).

Plinio Cecilio 61-115.

El literato mas digno de atencion de aquella época es Plinio Cecilio, natural de Como, hijo de una hermana de Plinio el naturalista, por el cual fué adoptado, heredando sus bienes y su amor hácia los estudios. Fué educado en su juventud por Virginio Rufo, gran Romano, que mas de una vez prefirió al imperio del mundo la tranquilidad decorosa. Dirigido por sus preceptos y ejemplos de virtud, aprendió la elocuencia en la escuela de Quintiliano; se presentó á la edad de quince años en el foro á defender la justicia, y continuó defendiendo causas gratuitamente, hablando alguna vez hasta siete horas seguidas, sin que por esto se disminuyese la multitud que lo escuchaba.

Se conservó limpio de toda mancha en el reinado de malísimos emperadores, y aun se alzó alguna vez á acusar á los ministros y consejeros de sus iniquidades, obteniendo sin embargo empleos y respeto. Habiendo entrado en la milicia, hizo sus primeras armas en la Siria, y de regreso á Roma recitó el panegírico del emperador Trajano. Habia leido este gran trabajo, como solia hacerlo siempre á diferentes amigos, de cuyo gusto nos da buena idea lo que él mismo nos refiere; que alababan mas las partes del discurso en que ménos cuidado habia puesto; admirábase de esto, sin llegar á comprender cuánta falta hacía á su estilo la naturalidad. Y á la verdad en este panegírico, lleno de palabras y frases estudiadas, pulidas y acompasadas, se descubre un trabajo perpétuo para

relio una carta de consuelo, que se halla entre las descubiertas por el cardenal Mai : « Me consolatur ætas mea prope jam edita et morti proxima. Quæ cum aderit, si noctis, si lucis id tempus erit, cœlum quidem consalutabo discedens, et quæ mihi conscius protestabor. Nihil in longo vitæ meæ spatio à me admissum quod dedecori, aut probo, aut flagitio foret; nullum in ætate agunda avarum, nullum perfidium, facinus meum extilisse : contraque multa liberaliter, multa amice, multa fideliter, multa constanter; sæpe etiam cum periculo capitis consulta. Cum fratre optimo concordissime vixi : quem patris vestri bonitate summos honores adeptum gaudeo, vestra vero amicitia satis quietum et multum securum video. Honores quos ipse adeptus sum, numquam improbis rationibus concupivi. Animo potius quam corpori juvando operam dedi. Studia doctrinæ rei familiari meæ prætuli. Pauperem me, quam ope cujusquam adjutum, postremo egere me quam poscere malui. Sumptu nunquam prodigo fui, quæstui interdum necessario. Verum dixi sedulo, verum audivi libenter. Potius duxi negligi quam blandiri, tacere quam fingere, infrequens amicus esse, quam frequens adsentator. Pauca petii, non pauca meru'. Quod cuique potui, pro copia commodavi. Merentibus promptius, immerentibus audacius opem tuli. Neque me parum gratus quispiam repertus segniorem effecit ad beneficia quæcumque possem prompte impertienda. Neque ego unquam ingratis offensor fui. »

(1) Entre otras cosas le decia : « Nonnumquam ego te coram paucissimis ac familiarissimis meis gravioribus verbis absentem insectatus sum... cum tristior quam par erat in cœtu hominum progrederere, vel cum in theatro tu libros, vel in convivio lectitabas; nec ego, dum tu theatris, nec dum conviviis, abstinebam. Tum igitur ego te durum et intempestivum hominem, odiosum etiam nonnunquam, ira percitus, appellabam. » Lib. VI, 12.

(2) Sirvan de muestra tres billetes, elegidos, como los pasajes anteriores de entre M. Cornelli Frontonis et M. Aurelii imperatoris epistolæ... Fragmenta Frontonis et scripta grammatica. « Editio prima romana; curante A. Majo. Roma, 1823. — Magistro meo. Ego dies istos tales transegi. Soror dolore muliebrium partium ita correpta est repente, ut faciem horrendam viderim : mater autem mea in ea trepidatione imprudens angulo parietis costam inflixit; eo ictu graviter et se et nos adfecit. Ipse cum cubitum irem, scorpionem in lecto offendi : occupavi tamen eum occidere priusquam supra accubarem. Tu si rectius vales, set solacium. Mater jam levior est, deis volentibus. Vale, mi optime, dulcissime magister, Domina mea te salutat. »

« Domino meo. Modo mihi Victorinus indicat dominam tuam magis voluisse quam heri. Gratia leviora omnia nuntiabat. Ego te idcirco non vidi, quod ex gravedine sum imbecillus. Cras tamen mane domum ad te veniam. Eadem, si tempestivum erit, etiam dominam visitabo.

» Magistro meo. Caluit et hodie Faustina; et quidem id ego magis hodie videor deprehendisse. Sed Deis juvantibus, æquiorem animum mihi facit ipsa, quod se tam obtemperanter nobis accommodat. Tu, si potuisses, scilicet venisses. Quod jam potes et quod venturum promittis, delector, mi magister. Vale, mi jucundissime magister. »

(3) Expresa tal pensamiento especialmente al juzgar á Ciceron : « Eum ego arbitror usquequaque verbis pulcherrimis elocutum, et ante omnes alios oratores ad ea quæ ostentare vellet, ornanda, magnificum fuisse, Verum is mihi videtur à quærendis scrupulosius verbis abfuisse, vel magnitudine animi, vel fuga laboris, vel fiducia, non quærenti etiam sibi, quæ vix aliis quærentibus subvenirent, præsto adfutura. Itaque videor, ut qui ejus scripta omnia studiosissime lectitaverim, cetera cum genera verborum copiosissime uberrimeque tractasse, verba propria, translata, simplicia, composita, et quæ in ejus scriptis amæna : quam tamen in omnibus ejus orationibus paucissima admodum reperias insperata atque inopinata verba, quæ nonnisi cum studio atque cura, atque vigilia, atque veterum carminum memoria indagatum. Insperatum autem atque inopinatum verbum appello, quod præter spem atque opinionem audientium aut legentium promitur; ita ut si subtrahas, atque eum qui legat quærere ipsum jubeas, aut nullum, aut non ita ad significandum adcommodatum verbum aliud reperiat. »

Opongamos á esta doctrina la del mismo Ciceron, el cual decia en el *Oratore* : « Rerum copia verborum copiam gignit; » y en otra parte : « Res atque sententiæ vi sua verba parient, quæ semper satis ornata mihi quidem videri solent, si ejusmodi usut ut ea res ipsa peperisse videatur. »

(1) « Te, domine (escribe á Marco Aurelio), ita compares, ubi quid in cœtu hominum recitabis, ut scias auribus serviendum; plane non ubique, nec omni modo... Ubique populus dominatur et præpollet. Igitur ut populo gratum erit, ita facies atque dices. Hic summa illa virtus oratoris atque ardua est, ut non magno detrimento rectæ eloquentiæ auditores oblectet.... Vobis præterea, quibus purpura et cocho uti necessarium est, eodem cultu nonnumquam oratio quoque amicienda est. Facies istud, et temperabis et moderaberis optimo modo, ac temperamento. »

(2) « Ego hodie à septima in lectulo nonnihil legi; nam εκωνας, decem ferme expedivi. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

apartarse de la manera mas sencilla de pensar y de decir, y sostenerse en una elevacion forzada, haciendo gala de sutil ingenio, dando á todas las cosas un aire de novedad, y encontrando antítesis y comparaciones inesparadas. Alguno se atrevió á llamarlo conciso por su manera de formar los períodos breves, miéntras que en realidad, á la manera que Séneca, gira rápidamente alrededor de las ideas, pero se detiene mucho en una misma.

Era Trajano un emperador, á quien se podia alabar muy de otro modo que con generalidades vacías y con adulaciones de un esclavo hácia el tirano. Siguió siendo amigo de Plinio aun en la cumbre de la fortuna, y son importantes las cartas que á este dirigió, especialmente cuando gobernaba la Bitinia. Las epístolas de Plinio (1) dejan desear demasiado la preciosa sencillez de las ciceronianas, y se ve que el autor las destinaba al público y á la posteridad; sin embargo, á pesar de su tono académico y declamatorio gustan, porque nos revelan un excelente natural, y porque nos pintan la vida de la época, especialmente la literaria, porque Plinio estaba relacionado con todo lo mas principal de la ciudad y del imperio.

Tambien escribió versos, entre ellos algunos obscenos endecasílabos, de los cuales se excusa citando los ejemplos ajenos : estudiaba en Demóstenes y Ciceron, pero distaba mucho de ellos, no obstante haber conseguido los honores de este último.

Protegido por los grandes, protegia á su vez á los amigos y á los inferiores; ejercitaba á muchos jóvenes en la elocuencia; dotó con cincuenta y seis mil sestercios á la hija de Quintiliano por gratitud de alumno; auxilió espléndidamente á Marcial á su regreso á España; favoreció con trescientos mil sestercios á su conciudadano y discípulo Romano Firmo, decurion de la provincia, para que pudiese entrar en el órden de los caballeros; dió á su nodriza un terreno que valia cien mil; hizo que un liberto suyo vendiese por ménos de su valor á Cornelia Proba, ilustre señora, una casa de campo que habia heredado de su padre á orilla del lago patrio, y que esta deseaba; hizo frente á todas las deudas del filósofo Artemidoro; emancipó á muchos siervos, dejando á otros el derecho de hacer testamento; erigió un templo para los habitantes de Tiferno; fué liberal con los Etruscos; envió para el templo de Júpiter de su patria, Como, una estatua de precioso y antiguo trabajo griego; instituyó en ella escuelas para jóvenes, contribuyendo con la tercera parte de los gastos; asignó un capital de quinientos mil sestercios para mantener niños ingenuos de poca fortuna; allí tambien abrió una biblioteca junto á las Termas, é hizo otros beneficios, por lo cual hubiera merecido mayor elogio, si él mismo no hubiese tenido la vanidad de referirlos.

Tuvo á orillas del Lario dos suntuosas quintas, á las que llamaba la *comedia* y la *tragedia*, ademas de la otra mas magnífica en Laurento á orillas del mar; y sin embargo era un particular. Tambien interviene la leyenda en su vida, y refiere que fué convertido en Creta por Tito, discípulo de San Pablo, y que sufrió el martirio. Disgustaba á los Cristianos considerar condenado al hombre que habia dado testimonio de su virtud.

Poesía. El arte de los versos, adormecido en tiempo de los primeros Césares, se despierta en el imperio de Neron, con el furor de una moda imperecedera. Doctos é ignorantes, jóvenes y viejos, patricios y parásitos, todos hacen versos; versos se hacen tambien en los baños, en la mesa y en el lecho; los ricos tienen alrededor una turba á quien recitarlos, cuyos aplausos pagan ó con el patrocinio, ó con comidas, ó con honorarios; en Nápoles, en Alba y en Roma se instituyen juegos anuales ó quinquenales, y basta que los versos tengan la exactitud de la medida para ser considerados, ó á lo ménos alabados, como mejores que los de Horacio y Virgilio.

Estacio. El Napolitano Estacio, desde la edad de trece años hasta la de diez y nueve, fué coronado consecutivamente en los certámenes literarios de su patria, y despues ganó palmas nemeas, pitias é ístmicas (1). Tantos méritos indujeron á los grandes á sacarlo de la escuela para que adornase sus convites, que el poeta recompensaba con versos á propósito para todas ocasiones. Cuando en Roma presenció el combate entre los partidarios de Vitelio y los de Vespasiano, y vió presa de las llamas el Capitolio, se regocijó de que se le ofreciese una ocasion tan oportuna para ostentar su arte, y compuso un poema que asombró á sus contemporáneos, porque la rapidez de la composicion igualaba á la rapidez de las llamas.

Papinio Estacio. 61-96. El génio paterno se trasmitió por completo á su hijo Papinio. En las bodas, en los duelos, cuando muere el amante ó la mujer de uno (2), el perro ó el papagayo de otro (3), siempre encuentra Estacio la inspiracion conveniente. Un rico está orgulloso con una quinta bellísima,

(1) La primera edicion hecha en Bolonia en 1598 contiene pocas; las otras las encontró en Francia el arquitecto Fr. Yocundo, quien las dió á Aldo Manucio, que las publicó Venecia en 1508.

(1) Ille tuis toties præstrinxit tempora sertis
Cum stata laudato caneret quinquennia versu
. . . . . .
Sit pronum vicisse domi. Quid achea mereri
Præmia, nunc rami Phœbi, nunc germine Lernæ,
Nunc Athamantœa protectum tempora pinu?

Así se expresa su hijo (*Sylv.*, lib. 5), que no duda compararlo con Homero y Virgilio. Adulaba á su padre lo mismo que á los tiranos.

(2) . . . . . Me fulmine in ipso
Audivere patres : ego juxta busta profusis
Matribus, atque piis cecini solatia natis.
SYLV. II, 1.

(3) Psittace, dux volucrum, domini facunda voluptas,
Humanæ solers imitator, Psittace, linguæ,
Quis tua tam subito præclusit murmura fato?

(c) Instituto Cervantes de Madrid

otro con un árbol predilecto, el Etrusco Claudio con sus magníficos baños, y Estacio describe precisamente aquella quinta, aquellos frutos, aquellos baños, y largas genealogías de ricos, que, sin embargo, habian salido el dia ántes de los ergástulos para habitar los palacios. No hay accidente por frívolo que sea para el cual no desciendan dioses y diosas; Citerea bajará á hacer propicio el mar á los caballos de un eunuco que pasan al Asia; Faunos y Náyades cuidarán del plátano de Atedio Milior. En la época de las Saturnales pondrá Estacio en verso la nota de todos los *bellarii* que cambiaron entre sí los amigos, y de los que á porfia prodigaron á su padre y dios Domiciano. « Marchad léjos » de nosotros, padre Febo, y tú, severa Pálas, » y vosotras musas feriadas; os volveremos á » llamar en enero : vengan ahora Saturno, y » y diciembre lleno de vino. Apénas asome el » alba al nuevo oriente lluevan regalos sobre » César como el rocío de la mañana. Todo lo » mejor que cae de las nogueras del Ponto, ó de » las fecundas cumbres de Idome, cuanto Ibiza » madura en las cañas, se presenta espontáneo » á las generosas rapiñas, así como tambien los » blandos quesos, las delicadas salsas, los dá- » tiles y la algarroba. Lluvias semejantes caigan » sobre nuestro Júpiter, miéntras Júpiter der- » rama agua en los alegres campos. Agólpase » en los teatros la plebe de agradable aspecto, » adornada de vestidos, y lleva cestas de pan, » limpios manteles, espléndidas viandas y vino. » Ve ahora y compara los siglos de oro cuando » no corria el vino tan libre, ni la cosecha » abundaba todo el año. Aquí los ciudadanos » de todas las clases tomamos alimento en una » misma mesa, niños, mujeres, plebe, caballeros » y Senado, disminuyendo el respeto, la liber- » tad. Tú mismo (¿y quién podia esperar tanto » de los dioses?) tú te sientas á nuestras mesas; » y el mas pobre se va orgulloso de haber es- » tado en un festin con el jefe del imperio. Las » mismas mujeres se presentan á dar batallas, » ante las cuales sonrien Marte y el Valor. Des- » pues, cuando la noche se aproxima, se pre- » sentan muchachas de poco precio; viene luego » cuanto en los teatros agrada por la forma, ó » se aplaude por el arte; aquí se aplaude á las » Lidias abundantes en ganados; allí á Cádiz » con los címbalos y crótalos; aquí bandas de » Sirios; allí la multitud escénica, entre la cual » caen de improviso desde las estrellas nubes » de pájaros, que cria el sagrado Nilo, y el » horrible Zasi, y el Númida austral. Por tanto, » lleno el seno alzan todos las voces al Cielo, » cantando al dulce señor. Luego por la noche » spléndidas lucesrechazan la indolente tranqui- » lidad y el inerte sueño (1). »

Un leon amansado que tenia Domiciano fué muerto por una tigre traida recientemente de África : Abascancio propuso que el Senado ofreciese al emperador la solemne expresion de su pesar, y el poeta Estacio cantó sus méritos, y con el pueblo y con el Senado hizo llorar al mundo por la pérdida de la fiera imperial (1). Con tales cosas se inspiraban los poetas de entónces ; así merecia Estacio coronas de pino en los juegos, oro de César y aplausos en la lectura. Y la lectura es el secreto de toda la poesía de entónces. Veinte, cuarenta, cien amigos se reunian para aplaudir, no para aconsejar; para divertirse, no para ayudar al poeta : el mismo emperador asistia alguna vez; Claudio escuchaba, y Neron y Domiciano leían sus versos, llevando á su colmo el afan de los aplausos obligados. Lecturas públicas

En la poesía lo mismo que en la elocuencia, se habia reducido la declamacion á preceptos. Que el lector aparezca modesto, y los oyentes indulgentes. ¿Por qué por cuestiones literarias te has de hacer enemigo de aquel á quien viniste á prestar oídos benignos? Alabad siempre, merézcalo el poeta ó no lo merezca, mas ó ménos (2). Preséntese el lector con desconfianza, como el uso exige; tenga dispuesto un cumplimiento y una excusa : *Esta mañana se me ha rogado que arengase en una causa; no me imputéis á desprecio esta mezcla de los negocios con la poesía, porque yo acostumbro á preferir los negocios á los placeres, y los amigos á mí mismo.*

Cuando el autor tenga mala voz debe confiar la lectura á un esclavo (3); si él mismo declama

(1) Magna tamen subiti tecum solatia lethi
Victe, feres quod te mæsti populusque patresque...
Ingemuere mori, magni quod Cæsaris ora,
Inter tot scyticas, lybicasque, et littore Rheni
Et Pharia de gente feras, quas perdere vile est,
Unius amissi tetigit jactura leonis.
SYLV. II, 5.

Á este leon hizo Marcial diez epígramas.

(2) PLINIO, *Ep.* VI, 17.

(3) Plinio el Jóven describe á Adriano una de estas lecturas, lib. VIII, 21 : « Estoy persuadido de que en los estudios como » en la vida nada es mas conveniente á la humanidad que mez- » clar lo jocoso con lo serio, por temor de que lo uno degenere » en melancolía y lo otro en impertinencia. Por esta razon, » despues de haber trabajado en las cosas mas importantes, » ocupo mi tiempo en alguna bagatela. Para presentarlas he » escogido tiempo y lugar á propósito, para acostumbrar á las » personas ociosas á oirlas en la mesa; he elegido, no obstante, » el mes de julio, en el cual estoy completamente desocupado, » y pongo á mis amigos sentados en mesas distintas. Ocurrió » que una mañana vinieron algunos á rogarme que defendiese » una causa, cuando ménos pensaba en ello; yo aproveché » esta ocasion de dirigir á los convidados un ligero cumpli- » miento, y de hacerles presente juntamente mis excusas, » porque despues de haberlos llamado en corto número para » asistir á la lectura de una obra, la interrumpia, como poco » importante, para correr al foro adonde otros amigos me » llamaban. Les aseguré que observaba el mismo órden en mis » composiciones; que siempre preferia los negocios á los pla- » ceres, lo sólido á lo agradable, y mis amigos á mí mismo. » Por lo demas, la obra de que les he dado cuenta es toda » variada no solo en el asunto sino tambien en la medida de » los versos. En la desconfianza que tengo de mi ingenio, tengo » la costumbre de precaverme contra el fastidio. He recitado » dos dias por satisfacer el deseo de los oyentes; no obstante, » aunque otros pasen por alto y borren muchos trozos, yo » nada omito ni borro y lo advierto á los que me escuchan. Lo » leo todo para estar en estado de poderlo enmendar todo, lo » que no pueden hacer los que solamente leen los trozos mas » retocados, y con esto hacen acaso creer que tienen ménos » confianza que yo en la amistad de sus oyentes. Y verdadera- » mente es preciso que el afecto sea grande para que no se » tema fastidiar á los que son queridos. Ademas de esto, ¿qué

(1) Sylv. I, 6. *Ibid.* 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

debe atender fijamente á la impresion que produce en los oyentes, detenerse de vez en cuando manifestando temor de haberles fastidiado, y dejándose rogar para proseguir. Al llegar á los pasajes mas bellos, y aun mas al fin, rompen los aplausos, divididos estos tambien ingeniosamente en categorías. En la una el trivial *bien*, *muy bien*, *estupendo*; en la otra se baten las palmas; en la tercera se salta del asiento golpeando con el pié en el suelo; en la cuarta se continúa en aumento.

Plinio, periodista de la literatura de aquel tiempo, dirá en una de sus obras que *el año corre abundante en poesías*; en otra que en todo *el mes de abril no pasa un dia sin una lectura* (1) : el abogado Régulo leyó composiciones familiares, un poema Calpurnio Pison, elegías Pasieno Paulo, poesías ligeras Sentio Augurino, una comedia Virginio Romano; Titinio Capiton la muerte de ilustres personajes, y otros en fin otras obras (2).

Este era el público al cual queria agradar Estacio, y al cual agradó. No salia nunca de casa sin llevar alrededor un acompañamiento de amigos, y era una fiesta para Roma cuando enviaba billetes invitando á oir sus versos en la sala de Abascancio (3). Crispino, el mas apasionado de sus amigos, prepara todas las cosas, invita, entusiasma, riñe con los tibios, da la señal para los aplausos, y los reanima miéntras el poeta lee versos en los cuales cree conciliar las lisonjas del tiempo presente y los elogios de la posteridad, produciendo algun débil sonido en las pocas cuerdas que la tiranía ha dejado á la lira romana.

¿Y cuál será su premio? El agradecimiento imperial y el alto honor de besar la rodilla del Júpiter terrestre; pero si quiere saciar el hambre, conviene que venda una tragedia á Páries, porque bailarines y comediantes tienen riquezas y poder, y forman á los caballeros y á los poetas, dando lo que no saben dar los ricos (1). Pero Estacio no obtendrá de tan elogiados versos mas que aplausos. Envanecido de ellos, no se satisface con sus *silvas*, sino que por proyecto, no por inspiracion como Voltaire, quiere hacer un poema ó mas bien dos. Y lo consigue, si basta para ello haber compuesto, en doce libros de ochocientos versos cada uno, cuantos cuenta la *Tebáida*, la introduccion á la *Aquiléida*, en la cual pensaba quizá presentarnos completo aquel héroe que en Homero la parecia solo bosquejado; como aquel que pretendiera detallar en una serie de bajos relieves el pensamiento del Moises de Miguel Angel.

El que escribe mucho, por poco talento que tenga, dotará á la lengua de nuevas formas, de rasgos graciosos ó eficaces, y en efecto, elógiase en Estacio alguna invencion de estilo; sin embargo, no se encuentra en él la espontaneidad que enriquece las lenguas, sino un afan de alterar y exagerar las maneras ajenas, desfigurándolas para paliar la imitacion. Alguna vez sin embargo salió de los lugares comunes, y supo encontrar caractéres verdaderos y delinearlos con sencillez y vigor aun cuando no los sostuvo hasta el fin, para lo cual le perjudicó su facilidad, que era tanta, que se jactaba de haber compuesto en dos dias el epitalamio de Estela, de doscientos sesenta y ocho exámetros. Así se evaporaba el poder de un ingenio, bello y culto sin duda, pero sacrificado á los vicios de su época (2).

Otro fabricante de versos para toda ocasion fué M. Valerio Marcial, Español, natural de Bilbílis. (*Calatayud*). Cuando llegó á Roma, se dirigió por pan á la corte de Domiciano, y la mitad de los mil quinientos epígramas que escribió son fétidas adulaciones al Júpiter romano, y diversas maneras de pedirle, con mucho ingenio y ninguna vergüenza, dinero, vestidos, favor, comidas y un arroyo de agua para su quinta.

» obligacion debemos á nuestros amigos, si no vienen á escu-
» charnos sino por divertirse? Yo juzgo indiferente, y aun
» ingrato al que desea mas encontrar en las obras de sus ami-
» gos la última perfeccion que dársela él mismo. Tu amistad
» hácia mí no me deja dudar que tú deseas leer pronto esta
» obra, miéntras es nueva. La leerás, pero despues de reto-
» cada, porque solo con este objeto la he leido. Ya conocerás
» una buena parte de ella, aquellos trozos que han sido per-
» feccionados, ó como sucede muchas veces, que á fuerza de
» repasarlos han sido desfigurados, te parecerán siempre nue-
» vos, porque cuando la mayor parte de un libro ha sido
» variado, parece variado á la vez todo el resto, aun cuando
» no lo haya sido. Consérvate bueno. »

(1) PLINIO, *Ep.* I, 13 : « Este año hemos tenido muchos
» poetas. En todo el mes de abril casi no ha pasado un dia en
» el cual no se haya leido alguna composicion. Me complace
» mucho que se cultiven hoy las ciencias y que procuren darse
» á conocer los talentos de nuestra edad, aun cuando se reunan
» los oyentes con mucha lentitud, porque la mayor parte pasan
» su tiempo en las plazas, y se informan de vez en cuando de
» si ha entrado el que debe recitar, ó si se ha concluido el
» prefacio ó si se ha leido la mayor parte del libro, y entónces
» finalmente es cuando acuden á paso lento al lugar prefijado :
» no se detienen en él todo el tiempo necesario para que
» concluya la lectura, sino que se marchan mucho ántes, quién
» con un falso pretexto y ocultamente, quién con toda libertad
» y sin ningun respeto. No obró así Claudio César en tiempos
» pasados, el cual, como se ha dicho, miéntras un dia se
» paseaba por el palacio sintió algunas exclamaciones, y ha-
» biendo oído que Novaciano leía cierto volúmen, de impro-
» viso se entró en el círculo de los oyentes. Por pocos nego-
» cios que se tengan todos quieren ser hoy muy rogados, y
» luego, ó no asisten ó sí acuden al punto de reunion, se
» lamentan de haber perdido el dia, aun cuando no lo hayan
» perdido. Por eso son tanto mas dignos de elogio los que no
» dejan de escribir por la incapacidad ó altanería de estos
» tales. Yo no he faltado á mi deber hácia ninguno de los
« concurrentes, porque eran la mayor parte amigos mios. »

(2) NISARD, *Poëtes de la décadence*.

(3) «Invitari auditores solebant per libellos et codicillos.» PLIN.

(1) Curritur ad vocem jucundam et carmen amicæ
Thebaidos, lætam fecit cum Statius urbem,
Promisitque diem : tanta dulcedine captos
Afficit ille animos, tantaque libidine vulgi
Auditur! Sed, cum fregit subsellia versu,
Esurit, intactam Paridi nisi vendat Agaven!
Ille et militiæ multis largitur honorem
Semestri vatum digitos circumligat auro.
Quod non dant proceres dabit histrio : tu Camerinos,
Et Bareas, tu nobilium magna atria curas!
Præfectos Pelopæa facit, Philomela tribunos.
Haud tamen invideas vati quem pulpita pascunt.
JUVEN. V, 82, 93.

(2) « Cultissimus poeta atque ingeniosissimus; neque enim nullus veterum aut recentiorum propius ad virgilianam majestatem accedere valuit, etiam propinquior futurus, si tam prope esse noluisset. Siquidem natura sua elatus, sicubi excellere conatus est, excrevit in tumorem. » SCALIGERI Poetices,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

« Ántes rogaba yo á Júpiter que me diese pocos » millares de libras, y él me contestó : *Te las* » *dará el que me da los templos*. Templos dió á » Júpiter; pero no á mí las mil libras, y sin » embargo habia leido mi peticion, tan benigno » como cuando concede la diadema á los supli- » cantes Getas, y anda y vuelve por las calles » del Capitolio. Oh Pálas, secretaria de nuestro » Júpiter, dime : Si para negar tiene tal rostro, » ¿cómo lo tendrá para conceder? — Así pre- » gunto; pero Pálas responde : *¡Aturdido!* « *¿Crees que te se ha negado lo que fuë* » *concedido* (1) ? »

En otra parte dice : « *Si á la vez me convi-* » *dasen á cenar César y Júpiter*, aun cuando las » estrellas estuviesen inmediatas, y distante el » palacio, contestaria á las deidades : *Buscad* » *quién quiera ser convidado por el tonante ;* » *á mí me retiene en la tierra mi Júpiter* (2). »

Domiciano, pues, es antepuesto á Júpiter, no solo aquí sino perpetuamente, como si el dios hubiese decaido tanto de su reputacion, que pareciese poco el compararle á él. Así, si habla del Capitolio reedificado, le llama Marcial tan suntuoso, que el mismo Júpiter, poniendo en almoneda el Olimpo y todo lo perteneciente á los dioses, no podria reunir la décima parte de lo que costó (3) : en otra parte ruega á Domiciano que retarde su subida para asistir á la bebida del néctar, y que si Júpiter quiere beber en su compañía, que venga á su convite (4).

Y sin embargo, parece que ni estas ni peores adulaciones remediaron la pobreza de Marcial, el cual con el traje raido y cargado de deudas va pidiendo una limosna, y vende los regalos para saciarse de pan, y hace versos sobre toda clase de manjares para ser convidado á probar algunos (5).

¡Con estas miserias sostenia el peso de la fama ! ¡Y era no solo tribuno honorario, sino caballero honorario, y padre honorario, sin ser militar, ni estar sometido al impuesto, ni tener tres hijos! Prosiguió, pues, cantando y celebrando el mas pequeño bien que hacía Domiciano, la mas pequeña virtud ó cualidad que descubria en él. Despues, cuando murió Domiciano, lo maldijo, elogiando á Nerva por haberse conservado bueno bajo el reinado de un príncipe tan cruel (6), y diciendo que se admiraba Júpiter de las funestas delicias y del gran lujo del rey orgulloso (1).

De la misma necesidad de adular proceden las lascivias con que manchó sus versos (2); de adular no á un hombre solo, sino las perversas costumbres de toda la ciudad, en donde estaban llenos los palacios y las calles de obscenos priapos, y corrian las damas romanas desnudas por las calles en los juegos de Flora, y los espectadores podian ordenar á las actrices que se desnudasen en la escena. Cuando Marcial dirige á otra parte su dardo epigramático, siempre lo hace con licencia vil y detestable, como si entónces solo excitasen la risa en Roma los vicios que debian causar rubor.

Y sin embargo, parece que este poeta era capaz, como Estacio, de disfrutar la vida doméstica, y comprender que la felicidad no consiste en el oro ni en el esplendor. « ¿ Sabes qué cosas hacen fe- » liz ? decia. Una fortuna adquirida sin trabajo » y por herencia; un campo no estéril, el hogar » siempre encendido, ningun pleito, pocos se- » ñores, el ánimo tranquilo, fuerzas naturales, » salud corporal, prudente sencillez, buenos ami- » gos, convites agradables, mesa sin artificio, » noche sin embriaguez, pero escasa de pensa- » mientos, cama no desagradable y sin embargo » púdica, sueño que abrevie las noches, estar » contento con lo que uno es, no ansiar otra cosa » mejor ; y no temer ni desear el útilmo » dia (3). »

¡Qué pobreza de poesía descubre en esta enumeracion fria, sin imágenes, en este mismo epígrama que es sin embargo de los mejores! Él mismo decia de sus versos : *Los hay buenos*, *medianos*, y *sobre todo malos* (4), y los elogios que le han prodigado los comentadores indican cuán apasionados son hácia un autor los que envejecen buscando méritos que no tiene (5). No se encuentra nunca en Marcial sentimiento profundo, y ninguno resistiria aquel picante contínuo ó trivial, insípido ó alambicado, si no fuese porque el lenguaje generalmente es correcto y expresivo, cuanto podia serlo allí donde estaba desterrada toda inspiracion espontánea por el temor de infundir recelo á suspicaces emperadores, ó de desagradar á protectores intolerantes.

Sin embargo, la naturaleza de sus obras, de pensamiento tan instantáneo como su exposicion, lo salva de uno de los defectos mas comunes en sus contemporáneos, cual es, el hacerse pálidos reflejos de los escritores del siglo de Augusto. En el seguro orgullo de su imagina-

(1) *Epigr.* VI, 10.
(2) *Ib.* IV, 92.
(3) Quantum jam superis, Cæsar, cœloque dedisti.
Si repetas, et si creditor esse velis,
Grandis in æthereo licet auctio fiat Olympo,
Coganturque Dei vendere quidquid habent,
Conturbabit Atlas, et non erit uncia tota
Decidat tecum qua pater ipse Deum
. . . . . .
Expectes et sustineas, Auguste, necesse est :
Nam tibi quod solvat non habet arca Jovis.
Lib. IV, 4.
(4) Lib. VIII, 39.
(5) El libro XIII titulado *Xenia*.
(6) Tu sub principe duro
Temporibusque malis, ausus es esse bonus.
Lib. XII, 6.

(1) Miratur scythicas virentis auri
Flammas Jupiter, et stupet superbi
Regis delicias, gravesque luxus.
Lib. XII, 15.
(2) Se excusaba de las obscenidades con muchos ejemplos : « Lascivam verborum veritatem, id est epigrammaton linguam excusarem, si meum esset exemplum. Sic scribit Catullus, sic Marsus, sic Pedo, sic Getulicus. » Pref. al lib. I.
(3) Lib. X, 47.
(4) Sunt bona, sunt quædam mediocria, sunt mala plura.
(5) Andres Navajero, por el contrario, quemaba cada año en determinado dia algunas copias de Marcial en holocausto al buen gusto,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cion, inventa maneras nuevas y eficaces, y une felizmente al idioma las voces que los extranjeros introducian en la abierta ciudad. Así, pues, se distinguia de sus iguales por su poesía, no de erudicion y de reminiscencias, sino inspirada por las sensaciones momentáneas y por los vicios que veía, y expresaba con las palabras que se usaban en la sociedad de entónces.

Lucano. 38-65.

Español tambien, y por su desgracia sobrino de Séneca, era Marco Aneo Lucano natural de Córdoba. Educado en Roma por aquellos gramáticos y rotóricos encargados de pervertir las felices disposiciones del ingenio, fué introducido por su tio en la corte, donde debia usar las adulaciones, cuyo arte habia aprendido en la escuela. Séneca lo ejercitaba en componer y amplificar sin pensamiento ni sentimiento, fomentando su abundante facilidad, en vez de corregirla, y presentándolo en aquellos círculos á los cuales se llevaba el fastidio y en donde se buscaban aplausos. Educado Neron con él en la filosofía y en la poesía, lo hizo cuestor ántes del tiempo, legado y despues augur; pero turbaron la amistad celos artísticos. Acostumbrado Lucano desde niño á los triunfos, osó competir con Neron y alabarse de la victoria; Neron le prohibió leer en las asambleas, y entónces irritado el poeta favoreció ó prestó atencion á Pison, que conspiraba. Descubierta la conspiracion, y habiendo sido preso, denunció á sus amigos y á su madre, pero condenado no obstante á morir, dejó como héroe una vida que habia intentado conservar como cobarde.

Quien atribuya la inferioridad de la *Farsalia* á la eleccion del asunto demasiado inmediato, que impedia al poeta las ficciones, esencia de la poesía, deduce equivocadas consecuencias de arbitrarios principios. Una epopeya necesita fundarse en un hecho, al cual haya contribuido la inspiracion mas que el frio cálculo. La guerra entre Pompeyo y César era una lucha de opuestos derechos civiles, demasiado especulativos para ser materia de un poema. Lucano, pues, no comprendió el sentido de aquella, él, que cree que una batalla habria podido establecer la antigua república, esto es, consolidar la tiranía de los patricios sobre la plebe. Ahora bien, el hombre que echando de ménos lo pasado no dirige las fuerzas de su ingenio y de su sentimiento hácia el porvenir, nunca será poeta. Ni podia ser héroe de un poema, esto es, ser popular Pompeyo, siempre mediano, y aun mas en la última guerra, en la cual se medía por las adulaciones que le habian deslumbrado. César, quizá el mas grande entre los Romanos, insignemente poético por su infatigable atrevimiento, y por ser popular, es mal juzgado por Lucano, que desfigura sus buenas acciones y pasa por alto las malas; miéntras que deseando pintarle como un ambicioso furibundo, que en la duda se fija siempre en el medio mas atroz (1), recurre á insulsas cuanto falsas particularidades: hace que en Farsalia examine todas las espadas para juzgar por la sangre que las tiñe del valor de cada guerrero; que observe quién mata con serenidad ó con pesar; que contemple los cadáveres acumulados en el campo, negándoles los honores fúnebres, y que se coloque en una altura para gozar todo lo posible el espectáculo de la carnicería humana. ¿Pero logró con esto que no pareciese César el protagonista de la accion? ¿Y qué ve el lector en Pompeyo mas que las adulaciones con que le acaricia el poeta en el mismo tono con que adulaba á Neron?

Agrada su amor á la libertad; lisonjea las almas generosas la franqueza violenta de las palabras; pero el que penetra en el fondo, no encuentra en él otra cosa mas que lo que experimentaban todos los Romanos cultos de entónces: un aborrecimiento á las guerras civiles, producido por el amor del descanso ó por la debilidad; un anhelo casi religioso de volver á la antigua república, que no procedia de comprender las instituciones, sino de los ejercicios de escuela, en los cuales proponian los pedantes como tema los inocentes elogios de Bruto y de Caton á los fruturos ministros de Neron y de Domiciano. Fruto natural de su educacion, era un poema en que se vituperase á los dioses acusándolos de las desventuras de la patria, ó se maldijesen las discordias civiles, observadas en su aspecto mas superficial, esto es, la lucha mortal entre padres y hermanos, ademas de elogiar las intempestivas virtudes de Caton, que tuvo en ellas tanta parte, y anteponer su juicio á la decision de los dioses (1). No pudiendo representar en la accion á los dioses, en los cuales ya no creía Roma, les sustituyó el poeta con una cosa sobrenatural del género mas desgraciado: y ora la patria, bajo el aspecto de una anciana intenta apartar á César del Rubicon, ora los magos resucitan cadáveres para que pronuncien oráculos, ora se vale de las predicciones de las Sibilas ó de presagios naturales, y con mas frecuencia de la Fortuna, consideraba como divinidad árbitra de los sucesos humanos.

Quien llamó, pues, aquel poema las efemérides de la guerra Farsálica, se alejó mucho de la verdad, al mismo tiempo que hizo sin advertirlo la sátira de las relaciones diarias. Porque en Lucano, como en estas, se ven celebradas las cosas pequeñas, no comprendidas ó despreciadas las mayores, fija la atencion en particularidades inconcluyentes, y desviada de lo mas importante, trabajando con sentimiento, no con criterio, y empequeñeciendo las grandes cuestiones por presentar solo los accidentes momentáneos.

Como la historia está falseada, así nada se encuentra en ella que revele el corazon humano y sus mil dobleces; sus cuadros son inflexibles

(1) Cæsar in arma furens, nullas nisi sanguine fuso
Gaudet habere vias.
Lib. II, 439.

(1) Causa dijs victrix placuit, sed victa Catoni.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

virtudes ó monstruosas tiranías, no las infinitas gradaciones entre las cuales vacila la naturaleza humana. En esta conviene que estudie el poeta, no en los preceptos de los retóricos ni en los métodos de los declamadores, de los cuales aprendió Lucano sus largas descripciones, y las digresiones, enteramente extrañas y justificadas con los motivos mas leves. Y en verdad, en esto solo se muestra poeta; pero escaso de juicio y de gusto, quiso suplir el defecto de variedad con la erudicion, y el entusiasmo y la dignidad con la ostentacion de máximas estóicas. Ademas, generalmente apénas bosqueja el pensamiento ó le hace incomprensible; su color oscuro es uniforme; el verso, si alguna vez es magnífico, mas á menudo es duro y malo, siendo excesivos los pormenores; y si de estos se eleva alguna vez á lo grande, no tiene el arte de detenerse y pasa rápidamente. Como si no bastára el horror de una guerra *mas que civil*, se verá en su obra á las serpientes andar en tropel por los desiertos líbicos; los árboles de una selva no caerán al suelo aun cuando los corten, por estar muy agarrados; las batallas serán horriblemente mortíferas; la sangre correrá á torrentes; los muertos permanecerán en pié entre las apretadas filas; se abrirán heridas como el antro de la Pitonisa, y el grito de los combatientes resonará mas que el Etna.

Pretenden algunos excusar sus defectos diciendo que la muerte le impidió dar la última mano á su obra, como si la correccion pudiese cambiar el pensamiento general, como si otro tanto no hubiese sucedido á Virgilio. Pero Lucano pervirtió la lengua épica que Virgilio le habia trasmitido de primera mano, como Séneca pervirtió la prosáica: confunde y exagera lo que el primero habia dicho con limpia pureza, ahogándolo todo en una ostentosa miseria de voces, de frases, de antítesis, y de hueca y presuntuosa hinchazon.

Y sin embargo, estaba dotado de mas imaginacion y facultad poética que Virgilio; pero este tuvo el arte de dedicarse á tradiciones no discutidas é igualmente preciosas para toda la nacion. Lucano se fijó en un hecho acerca del cual eran muy diferentes las opiniones y los intereses; Virgilio aduló, pero mas á Roma que á sus señores; resignado Lucano á obedecer á Neron, celebraba á un hombre que no era popular, y que á lo mas despertaba las simpatías de la faccion patricia; Virgilio hizo él mismo su poema; el de Lucano fué hecho por aquellas reuniones de amigos y compañeros que vivian con sus censuras y con su elogio; Virgilio maduró en el secreto su obra, y tanto desconfiaba de ella, que al morir ordenó que le entregasen á las llamas; ebrio Lucano de los aplausos que obtenia en cada lectura, llegó á persuadirse de que sus versos se leerian perpetuamente como los de Homero y *de Neron* (1), y al morir los recitaba como para convencerse de que no le quitaria la gloria quien le quitaba la vida.

Perdónesenos este rigor con defectos que son tambien de nuestra época, y que han perdido y perderán á otros ingenios superiores.

Ni concederemos mas que algunos elogios por el estilo á los otros dos poetas épicos Valerio Flaco y Silio Itálico. Desprovistos de aquel génio que sabe inventar y ordenar, elegian los asuntos, no por impulso de sentimiento, sino por reminiscencia y por erudicion, y se sostenian en la medianía con los acostumbrados expedientes del entusiasmo frio, de los sentimientos generosos, y principalmente de las descripciones, que son los medios que usa el que no tiene naturalidad.

Valerio Flaco. 111.

Aconsejaba Marcial á Valerio Flaco, Paduano probablemente, que abandonase las musas para dedicarse á la abogacía, profesion lucrativa en tiempo de decadencia; y quizá el epigramático ocultaba bajo la idea del interes un consejo que le inspiraba el haber comprendido cuán mal le habia dispuesto la naturaleza para la poesía (1). Sin embargo, se atrevió á intentar un poema, *Los Argonáutas*, imitando á Apolonio de Ródas, mala eleccion de asunto y de modelo. Todo lo que es necesario en un poema se encuentra en aquel; pero nada de lo que es menester en un buen poema, ni el carácter de los tiempos, ni el interes dramático que satisface á la generalidad, ni la revelacion del gran fin de aquella empresa, digna ciertamente de ocupar á una sociedad culta y positiva. Apasionado tambien por las descripciones y digresiones que habian enseñado los Alejandrinos, no desperdicia la ocasion de presentarlas; refiere mil pormenores de viajes y de astronomía; muestra una erudicion mitológica portentosa, que sabe á punto fijo cuál es el dios ó la diosa que preside los destinos de cada ciudad ó cada hombre, cuántos leones figuran en la historia de Hércules, qué grado de parentesco hay entre cada héroe y las deidades, y la historia exacta de los adulterios de estos; pero carece de la ingenuidad de los primeros tiempos que hace creer en todo, y de la crítica de los mas adelantados que indaga el sentido recóndito de las cosas.

Vacila tambien en el estilo entre las reminiscencias de los libros y el descuido de un lenguaje familiar, que, sin embargo, no lo eleva á la naturalidad; pero es atrevido y elegante en los pasajes en que no imitó á Apolonio (2).

Silio Itálico. 25-100.

Mejor asunto eligió Silio Itálico; pero sin imaginacion reprodujo en versos lo que tan bien habia narrado Polibio y traducido Tito Livio en una prosa indudablemente mas poética que la

(1) Nam si quid latiis fas est promittere musis
Quantum smyrnæi durabunt vatis honores.
Venturi me, teque legent (*á Neron*): Pharsalia nostra
Vivet, et à nullo tenebris damnabitur ævo.
Lib. IX, 883.

(1) Quid tibi cum Cyrrha? quid cum Permessidos unda?
Lib. I, 77.

(2) Los primeros libros de la Argonáutica fueron encontrados por Poggio, Florentino, en el convento de Saint-Gall; despues los otros, y J. B. Pio hizo de ellos una edicion en 1519, supliendo lo que falta del libro VIII, IX y X.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

epopeya de Silio. Solamente que este, siervo de la escuela, para elevar la historia á la dignidad de poema, le añadió algunas acciones sobrenaturales muy inconvenientes, y ficciones inverosímiles, que no disipan la perpétua frialdad, mal compensada con la exactitud de algunas descripciones.

Conocia á fondo los mejores autores, y era tan apasionado de Ciceron y de Virgilio, que compró dos casas de campo que les habian pertenecido, y solemnizaba todos los años el nacimiento del cantor de Enéas. Prestaba á los clásicos un culto mas irracional, sacrificando su inteligencia para comprimirla en hemistiquios tomados de aquellos, haciendo nacer los pensamientos á medida de las palabras, y llenando á fuerza de erudicion y de memoria el lánguido vacío de aquella obra (1), que no tiene siquiera los defectos que deslumbran en sus contemporáneos, y que algunos toman por bellezas (2).

Dice Plinio el Jóven que Silio alcanzó favor cerca de Neron sirviéndole de espía, pero se lavó de esta infamia teniendo despues una vida virtuosa y recobrando su buena fama. Fué cónsul tres veces y procónsul en Asia en tiempo de Vespasiano, y habiéndose retirado á la Campania, consumió en ella el resto de su vida, hasta que atacado de una enfermedad incurable se dejó morir.

Lucilio el Jóven, amigo de Séneca, cantó la *Erupcion del Etna*.

Probablemente pertenece tambien á esta edad Terenciano Mauro, que compuso un poema tomando por tema las letras del alfabeto, las sílabas, los piés y los metros, con todo el talento y la elocuencia de que podia ser susceptible tan árida materia, y ayudó á conocer la prosodia latina, en cuanto unió el ejemplo al precepto, usando sucesivamente versos de la medida precisa de que habla.

Lirios. Solo conocemos de nombre á los poetas líricos Cecio Bato, amigo de Persio, Aulo Séptimo Severo y Vestricio Espurinna. Quizá pertenecen á la misma época los dísticos morales (*Disticha de moribus ad filium*) de Dionisio Caton, que algunos quisieron atribuir al censor antiguo, y los cuales tuvieron mucho crédito en la edad média.

Calpurnio. Las églogas de Tito Julio Calpurnio Sículo, si le dan el segundo puesto entre los bucólicos latinos, lo dejan, no obstante, muy inferior á Virgilio. No introduce como este pastores ideales, sino á la manera de Teócrito verdaderos segadores, leñadores, hortelanos sencillos y rústicos, afectando modismos inusitados para imitarlos mejor. Tiene interes histórico la VII^{a} égloga, en la cual un pastor que ha regresado de Roma, refiere los combates que ha visto en el anfiteatro.

(1) Plinio el Jóven, su amigo, que lo elogia grandemente, dice que *scribebat carmina majore cura quam ingenio*.

(2) Petrarca ensayó despues el mismo asunto de las *Punica* en su *África*, persuadido de que el poema de Silio se habia perdido, ó como otros se imaginaron, creyendo poseer su única copia. Durante el concilio de Costanza descubrió el poema enter el sobredicho Poggio.

Llamaban los Romanos *Pervigilia ó Vigiliæ* (παννόκιδες) á ciertas solemnidades nocturnas, que habiéndose convertido en ocasiones de excesos, redujo la ley á poco número, excluyendo de ellas á los hombres y á los nobles. Mencionadas rara vez en tiempo de la república, son muy frecuentes en el imperio, y probablemente se introdujo en el reinado de Augusto la vigilia de Vénus, en la cual, durante tres noches consecutivas del mes de abril, formaban coros las doncellas, y se organizaban danzas entre la juventud despues de un banquete (1). Posteriormente se celebraba esta memoria del natalicio de Quirino en una isla deliciosísima del Tíber, en donde observados por el prefecto ó por un cónsul, se divertian los ciudadanos debajo de las tiendas en una fiesta alegre. Probablemente estaba destinado para cantarse en esta solemnidad el pequeño poema *Pervigilium Veneris*, en el cual es venerada esta diosa como madre del universo y de todos los animales, y como protectora del imperio. **Pervigilia Veneris.**

¡Cuánto poeta! Pero si se pide un pasaje sublime ó patético de aquellos que aceleran los latidos del corazon, ó dilatan el vuelo de la imaginacion; si se pide una pintura justa y viva de los caractéres y de las situaciones reales de la vida y del corazon, no la sabrán indicar. Aquellos poetas superan alguna vez á los del siglo de oro en la abundancia y en la riqueza de los sentimientos; pero se evaporan en máximas é imágenes, sin saber cómo seguir el progreso de una pasion; hacen consistir el arte en volver y revolver una idea bajo todos los aspectos de que es capaz; en vencer la dificultad describiendo lo que no es necesario, y en ostentar, donde la palabra propia y algun epíteto eficaz bastarian, conocimientos científicos y anatómicos, que perjudican al efecto de la imaginacion, y quitan la belleza mostrando que se aspira á ella.

Verdadero teatro eran aun el circo y el gimnasio, hácia los cuales habia una pasion excesiva. Roscio, amigo de Ciceron, la actriz Dionisia, ajustada el año 677 para una sola temporada en doscientos mil sestercios, y los histriones Publio Siro y de Laberio, habian sido reemplazados por las pantomimas, en las cuales no tenian que temer los emperadores el sentido de la palabra. Proseguian en tanto los espectáculos sangrientos: en tiempo de Gordiano III dos mil gladiadores recibian un estipendio del público; Calígula, Caracalla y el mismo Adriano bajaban á la arena, y Cómodo atacaba con la espada á los gladiadores armados de palos. Se quisieron atletas que luchasen con los ojos vendados; Domiciano hizo pelear á enanos y mujeres, y en fin, se representaron en el circo batallas de ejércitos enteros, y una naval por Heliogábalo,

(1) Ovidio. *Fastos*, IV, 133 y en otra parte.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Dramáticos. en canales llenos de vino. Miéntras en el circo los gladiadores se degollaban, se representaban en otra parte el Cisne de Leda ó el Toro de Pasifae, repugnantes obscenidades. ¿Cómo podia prosperar de esta suerte el arte dramático?

Tragedias de Séneca. Se disputa acerca del autor de aquellas tragedias, sin accion y llenas de declamacion, que llevan el nombre de Séneca, y es tan difícil como inútil averiguarlo: baste saber que son obra de un estóico que hace hablar y morir á Polixena y al niño Astianax como un Zenon en la Estoa ó un Caton en Utica. Sin embargo, no es tanta su fidelidad respecto del estoicismo que no lo reniegue de vez en cuando; y hasta el coro (que habia degenerado mucho de lo que era en Grecia), despues de haber envidiado la felicidad que disfrutaba Príamo en los Campos Elíseos, dice en la misma tragedia que todo concluye con la muerte (1). Ademas, la pasion en él es falsa, contradictoria, siempre exagerada, así en el bien como en el mal: prefiere la pintura del furor, los caractéres atroces, los colores mas fuertes, sin complacerse jamas en la tranquila armonía de los cuadros y en la marcha graduada de las pasiones, debiendo el espectador sentirse desde el principio poseido de asombro, aterrado y no encontrar nunca reposo. Las mismas mujeres respiran una energía varonil; sus furores son desenfrenados, y su amor tan carnal, que Fedra envidia á Pasifae, exclamando: *Á lo ménos ella era amada.*

Hombre de imaginacion, pero sin crítica, con mas ingenio que gusto, desprovisto de talento dramático, no sabe concebir la tragedia como un todo cuyas partes se enlacen, ni presentar los variados caractéres que agradan al observador: tampoco nacen naturalmente en sus obras las situaciones que atraen al vulgo. Es cierto que da á sus relaciones un colorido trágico, y halla giros y pensamientos atrevidos y sentencias libres, que aunque en él estén las mas de las veces fuera de su lugar, parecieron dignas de imitacion á Corneille, á Racine, á Alfieri y á Weisse. Pero quizá de ahí hayan provenido esa pompa y ese aire de declamacion que caracterizan á las tragedias modernas y que tanto las alejan de los modelos griegos, y las respuestas breves y punzantes que primero nadie usaba y que despues han parecido bellezas (2).

(1) . . . . . Felix Priamus
Dicimus omnes. . . . . .
. . . . . nunc Elyssii
Nemoris tutis errat in umbris
Interque pias felix animas
Hectora quærit.

Esto lo dice en el acto I de las *Troyanas*; y en el II:

. . . . . Ut calidis fumus ab ignibus
Vanescit spatium per breve sordibus,
Sic hic quo regimur spiritus effuet;
Post mortem nihil est, ipsaque mors nihil.
. . . . . .
Quævis quo jaceas post obitunt loco?
Quo non nata jacent.

(2) En *Tieste*, Atreo sirve á este en un festin los miembros de sus hijos, y le dice:

Expedi amplexus pater;
Venere, natos ecquid agnoscis tuos?

Hemos hablado de estas tragedias (1) suponiéndolas obra de uno solo; pero el estilo revela diferentes manos, y debemos creerlas destinadas á las declamaciones que estaban entónces en moda, pero de ninguna manera al teatro. En la *Medea*, que es la mejor de todas, hay un coro de Corintios, que se pretende considerar como una profecía del grande atrevimiento de Colon (2), anunciado en tal caso por un Español catorce siglos siglos ántes de que la España lo protegiese y castigase.

Satíricos. Peligrosa habilidad es la sátira, pues rara vez ó nunca aprovecha á aquellos cuya correccion se propone, produce enemigos inútilmente, y arrastra con frecuencia al burlador de mala índole á asestar sus tiros contra lo que mas debiera respetarse, la virtud, las convicciones profundas y la actividad desinteresada. Solo un corazon benévolo y la intencion evidente de alcanzar lo mejor pueden granjear alabanza al escritor satírico.

Ahora bien, ¿encuéntrase esta intencion en los satíricos latinos? Hemos visto á Horacio exponer verdades, como resultado de la experiencia, preceptos particulares de pequeñas virtudes domésticas, lecciones minuciosas que no se aprenden sin embargo hasta que han encanecido los cabellos; pero ama las costumbres que describe, contentándose con tener de qué reir, y no pensando en atraer á nadie hácia la senda del bien; imita á Augusto en el sistema de alabar las antiguas virtudes y abrazar los vicios modernos, y se muestra vicioso para no inspirar recelos á la corrupcion que satirizaba.

Juvenal. 42-122. Los tiempos se habian empeorado, y Décimo Junio Juvenal dice que sus versos eran dictados por la cólera. En efecto, oyéndolos por primera vez, se creeria que, afectado por la ignominiosa decadencia del imperio, léjos de reirse se enfurece, desahogando en sus versos su noble indignacion; mas en pasando de la superficie, se

Tieste responde:
Agnosco fratrem.
Medea, víctima de la traicion, se presenta desde el principio furiosa y entre otras cosas exclama:
Parta jam, parta ultio est:
Peperi.
Y cuando su nodriza la compadece porque lo ha perdido todo, parientes, riquezas, contesta:
Medea superest.
En el *Hipólito*, Teseo pregunta á Fedra, qué delito cree deber expiar con la muerte; y ella responde:
Quod vivo.
Y otros muchos rasgos semejantes.

(1) Las diez tragedias son: *Medea*, *Hipólito*, *Agamemnon*, las *Troyanas*, *Hércules furioso*, *Tieste*, las *Fenicias* ó la *Tebáida*, alabada por algunos como digna del siglo de Augusto y hasta preferible á todas las tragedias griegas, al paso que Escaligero la cree obra de algun autor escolástico. Es la única entre las tragedias latinas que carece de coro. Siguen á estas, el *Edipo*, imitacion del *Edipo, rey* de Sófocles; *Hércules en el monte Œta Octavia*, cuyo argumento está sacado de la historia romana, y que no es posible sea de Séneca, el cual principia á declamar en ella contra el siglo.

(2) Venient annis sæcula seris,
Quibus oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tropieza con un declamador honrado, si se quiere, pero que de contínuo calcula y no siente jamas; que desenvuelve su tésis á manera de los retóricos, no como Horacio, saltando de uno á otro asunto, sino firme en el tema que ha elegido, convirtiéndose por último en oscuro, y apareciendo espontáneamente severo hasta en la burla.

En una época en que todos se hallaban contagiados por la lisonja, agrada verle protestar tan vigorosamente contra la corrupcion; pero no nos olvidemos de que publicó sus sátiras en el reinado de Trajano, cuando no habia mérito en la franqueza, porque habia cesado de ser peligrosa; y que trata de loco al que por llevar á cabo una grande accion expone la seguridad que proporciona una vida oscura ó la ignorancia. Á no ser que el lector se pregunte á sí mismo: *¿Habla seriamente ó de chanza?* pregunta que de trecho en trecho tiene que dirigirse, pues tal es la frecuencia con que termina una violenta declamacion con un agudo epígrama, ó con una comparacion helada. Neron, asesino de su madre, fué, segun él, un Oréstes; pero le excedió en maldad por haberse presentado ademas en el teatro. Refiriendo el caso de un Egipcio, natural de Copto, á quien los habitantes de Tentira habian devorado por ser de diversa religion, trata de demostrar la atrocidad del delito alegando que las serpientes no se comen entre sí, y que los osos viven seguros entre los osos; y luego concluye refléxionando sobre lo que hubiera dicho Pitágoras, quien ni siquiera permitia comer todas las legumbres (1).

En sus diez y seis sátiras, se propone abarcar todo lo que los hombres piensan, hacen ó padecen (2). Laméntase en la primera de que no sea ya permitida la antigua libertad de la palabra, y dice que, para evitar el peligro, solo dirigirá sus tiros contra los muertos. En la segunda zahiere á los filósofos, severos en lo exterior y corrompidos interiormente, y á los magnates, modelos de depravacion (3). En la tercera, que es de las mas enérgicas, pinta las incomodidades de Roma y los inconvenientes de las grandes ciudades. Una pone en ridículo al Senado, reunido gravemente por Domiciano para decidir sobre el mejor modo de condimentar un gran pez que le habian traido del Adriático; otra va dirigida contra las mujeres vanas, imperiosas, disimuladas, libertinas, avaras y supersticiosas; otra demuestra que no consiste la nobleza en el nacimiento, sino en el mérito. Ya convida á cenar á un amigo y le da la lista de los platos que han de servirle, tomando de aquí motivo para hacer el elogio de la frugalidad y la sátira del lujo; ya convida á una fiesta á otro que se habia salvado de un naufragio; y para que no se crea fingida su alegría, anuncia que aquel amigo tiene hijos, y se pone á bosquejar los artificios que se empleaban para adquirir las herencias de los célibes.

Nos presenta á Roma llena de gramáticos, retóricos, geómetras, pintores, augures, saltimbánquis, médicos, mágicos, aduladores y seres ruines, todos Griegos, que habian venido con una carga de higos y de ciruelas, y se habian dedicado luego á toda clase de oficios; gente que elogiaba el ingenio de un tonto, que trasformaba á un lisiado en Hércules, que encomiaban vilmente y alcanzaba per ello crédito; que vengaba á su patria avasallada, corrompiendo á sus vencedores. En sus sátiras se ve al Judío fijando su vivienda en los bosquecillos de Numa, y obligado á pagar hasta la sombra de los árboles, de donde han sido expulsadas las musas. El cliente que come con el patrono, tiene que sufrir la contínua humillacion de ver que este último se regala con pan tierno y vino puro ó agua cristalina, miéntras que él solamente logra una galleta de harina enmohecida, agua cenagosa, el perfume de las frutas y de los manjares delicados, ademas de las burlas del dueño de la casa, en cuyo obsequio habia dejado ántes del alba á su esposa é hijos y acudido á pasearse por las frias baldosas de su palacio. El rico admira al poeta, le presta el salon para que lea sus versos y los libertos para que le aplaudan; pero le despide luego en ayunas; el historiador recibe poco mas que un amanuense; se diezma su estipendio al gramático por el ayo ó el ocónomo. Está de moda el abogado que se ha mandado construir el busto y la estatua, que tiene ocho porteros, muchos anillos, y lleva detras la litera y un gran séquito de amigos; al paso que el que no es sino honrado, obtiene en premio de sus fatigas un jamon seco, mal pescado y vino torcido; ó si tocan sus manos una moneda, está abligado á repartirla con los corredores que le proporcionaron al cliente.

Sin embargo, el que quisiese formar juicio por los escritos de Juvenal de la vida privada de los Romanos, bastante sombría para formar constraste con la pública que nos describe Tácito, correría riesgo de ser engañado por aquel honrado embustero que, hiperbólico y declamador, se coloca en un falso punto de vista. La condicion de los tiempos exigia algo mas que

(1) En la primera *Sátira* exclama: «¿Quién puede contenerse » y no escribir sátiras á la vista de una ciudad inícua? ¿quién » es tan de hierro que se refrene cuando encuentra la litera » nueva del abogado Maton llena con su enorme vientre? ¿Por » qué no he de castigar con mis versos tantos vicios? ¿Quién » puede dormir en medio de esos padres que corrompen á sus » avaras nueras, en medio de tantos esposos infames y de tantos » jóvenes adúlteros? Á falta de talento natural, es la cólera la » que dicta estos versos, tales como Cluvieno y yo podemos » hacerlos. »

Véase aquí al entusiasmo patriótico evaporarse en un chiste personal.

(2) Quidquid agunt homines, votum, timor, ira, voluptas,
Gaudia, discursus, nostri est farrago libeli.

(3) ¿Qué dirán ciertos preceptistas y versificadores de hoy al ver que Juvenal, hace diez y seis siglos encontraba ya absurdo el empleo de la mitología en los versos?

Nota magis nulli domus est sua, quam mihi lucus
Martis, et æoliis vicinum rupibus antrum
Vulcani; quid agant venti; quas agat umbras
Æacus, etc., etc.

SAT. I.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la risa de un poeta; ni podia mejorarla quien, al quejarse del abandono en que yacia la religion, se burlaba de ella (1); quien oponia á vergonzosos vicios aforismos magistrales de una virtud absoluta, genérica, vaga (2); quien no sabía indicar otro consuelo de los padecimientos mas que la fuerza de alma y el desprecio de la muerte, *bienes*, añadia, *por los cuales pueden ofrecerse á los dioses las tripas gordas de un lechoncillo blanco* (3); quien, despues de presentar en su desnudez las miserias del pobre, comunes á todas las épocas ó especiales á aquella, sugeria como compensacion que todos los pobres antiguos se desterrasen por sí propios de Roma (4).

No veo, pues, en qué pudo ser útil á sus contemporáneos: en cuanto á la posteridad, la lectura de sus sátiras la consuela por haber mejorado tanto, pero gusta mas de Horacio, en cuyos caractéres medianos encuentra á menudo reproducidos los hombres medianos de nuestra época.

Desde que Horacio dió el insuperable ejemplo de escribir la sátira valiéndose de giros fáciles y populares, los autores subsiguientes emplearon, como de ley, un estilo cortado y amanerado; pero á todos los excedió en dureza Juvenal, cuyos versos, cuyos modismos, y hasta las palabras, presentan una originalidad vigorosa, fruto, no de la naturaleza, sino del mas constante estudio; no encontrándose en sus escritos una voz ni un pasaje inútiles, una cosa que no contribuya á aumentar la energía, una imitacion que sacrifique el pensamiento á la frase.

Juvenal nació en Aquino; fué educado, segun costumbre, en las escuelas de los declamadores, y hasta los cuarenta años, se dedicó á la carrera del foro; pero habiendo recitado á algunos amigos una sátira contra Domiciano y contra un poeta adicto á este emperador, recogió tales aplausos, que se decidió á dirigir sus estudios á este género de escritos. Adriano, tomando como alusiones á él algunos de sus chistes, le envió ya octogenario á Egipto, dándole por burla el mando de una cohorte: allí murió de fastidio, de pesadumbre y de vejez.

Persio. 34-62. Aulo Persio Flaco, natural de Volterra, pertenecia á una familia ecuestre; y habiéndose quedado huérfano, estudió en su patria hasta la edad de seis años, pasó luego á los doce á Roma bajo la direccion de maestros, cuya habilidad consistia solo en dar preceptos; á los diez y seis años le enseñó C. Anneo Cornuto la filosofía estóica, relacionándole con Lucano, el cual admiraba en extremo los versos del jóven; y apénas habia cumplido los veintiocho, murió. Cornuto publicó sus sátiras, suprimiendo lo que habia en ellas de malo ó de peligroso; y excitaron entónces una viva admiracion, debida quizá al sentimiento que induce á ver tantas esperanzas en la tumba de un jóven. Pero ¿hubieran podido la experiencia y la correccion corregir en sus composiciones el vicio que resulta de una abundancia afectada, ó darle la imaginacion, sin la cual no existe poesía?

Pudiera decirse que su obra es un solo discurso, dividido despues por los gramáticos en seis pláticas sobre asuntos morales, ademas de un pequeño prólogo. En la primera, se burla de sus contemporáneos por la manía de hacer versos, y por el mal gusto de sus juicios; en la segunda, censura la frívola incoherencia de los votos con que los mortales imploran el favor de los dioses; en la tercera, critica á los jóvenes afeminados que aborrecen toda ocupacion seria; la cuarta está dirigida contra la presuncion con que todos se creen capaces de todo, y principalmente de gobernar los Estados; en la quinta, examina cuál es el hombre verdaderamente libre, y concluye diciendo que el sabio, y en la última zahiere á los avaros, que privándose de lo indispensable, acumulan riquezas para herederos dilapidadores.

Pero el alma de Persio habia sido maleada por el estoicismo de las escuelas, que despreciando no solamente lo superfluo, sino tambien lo necesario (1), consideraba culpables los actos mas inocentes, siempre que la razon no asentia á ellos (2); que negaba al hombre la libertad, por estar dotado de pasiones; que condenaba el refinamiento de la civilacion, el vestir bien, el llevar *lanas de Calabria teñidas con la adulterada púrpura*, el *usar perfumes*, el *arrancar la perla de la concha y reunir en una masa inflamada las venas del metal que dormia en el seno de la tierra*. Y sin embargo, en su época reinaban vicios mucho mayores que estos, y capaces de indignar á toda alma sensible: nauseabunda relajacion; repugnante bajeza en las clases inferiores; lujo desenfrenado en los magnates; infamia de los delatores; envilecimiento del Senado; insolencia de los libertos; decadencia universal.

Persio no sabía nada de esto, porque nada le habian dicho en la escuela, ni habia hallado en los libros nada que se le pareciese; pero oyendo á todos hablar de la corrupcion del siglo, se propuso manifestar su descontento por medio

(1) *Sat.* XIII.

(2)
Semita certe
Tranquillæ per virtutem patet unica vitæ.
SAT. X.

(3) Ut tamen et poscas aliquid, voveasque sacellis.
Exta et candiduli divina tomacula porci,
Orandum est ut si mens sana in corpore sano;
Fortem posce animum, mortis terrore carentem,
. . . . . .
Nesciat irasci, cupiat nihil, et potiores
Herculis ærumnas credat, sævosque labores
Et Venere, et cœnis, et pluma Sardanapali.
Ibid.

(4) . . . . . Agmine facto,
Debuerant olim tenues migrasse Quirites.
SAT. III.

(1) Messe tenus propria vive; et granaria, fas est,
Emole. Quid metuas? occa, et seges altera in herba est.
SAT. VI, 25.

(2) Nihil tibi concessit ratio: digitum exsere; peccas;
Et quid tam parvum est?
SAT. V, 119.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de una vana, tímida y minuciosa discusion, como podia hacerlo desde el encierro de su gabinete, apoyándose en argumentos establecidos de antemano, y no en los que, estando á su vista, debian encender su cólera ó inspirarle; diferente en esto de Horacio, hombre de mundo, que en contínua lucha con los hombres, es siempre el autor del momento, no pudiendo decirse nunca que hubiese pensado con anticipacion en lo que trazaba sobre el papel al tropezar con el vicioso ó el necio. Por eso Horacio nos trasporta al sitio que describe, personifica y nombra al vicio, de modo que lo conozcamos; miéntras que Persio se contenta, como un predicador, con generalidades, entreteniéndose en darnos pinturas vagas, costumbres, escenas y personajes indeterminados. Las pocas veces que se empeña en imitar la marcha dramática de Horacio, es aun mas oscuro que de costumbre; tanto, que la hábil paciencia de los comentadores ha tenido que trabajar largamente para aplicar los ataques y las respuestas á un interlocutor mejor que otro; contribuyendo á aumentar su fatiga el ambicioso estilo del poeta en contraposicion con la esterilidad de las ideas, á que sirve de máscara la extravagancia del lenguaje y la hinchazon de las palabras. Los que quieren hallarle mérito, suponen que zaheria á Neron, y que por eso embozó su pensamiento. ¡Extraña manera de censurar, la de hacerse incomprensible! En cuanto á nosotros, dejando que los admiradores de Persio encuentren sus exámetros mas armoniosos que los de Horacio, estamos de acuerdo con San Jerónimo, que los arrojó al fuego, para que la llama iluminase su oscuridad: y con San Ambrosio, que decia que no merecia ser leido quien no deseaba que le comprendiesen (1). Sulpicia, mujer de Galeno, escribió una sátira (*De corrupto reipublicæ statu temporibus Domitiani*) cuando Domiciano expulsó de Italia á los filósofos. Ademas de la poesía de los literatos, casi siempre aduladora y venal, existia otra en Roma, por decirlo así, democrática, con frecuencia libre expresion de ira, algunas veces de aplausos, cuyos autores permanecian incógnitos y que puede considerarse como legítima madre de los modernos pasquines. Suetonio, infatigable compilador de anécdotas, ha conservado muchas de estas sátiras, y nosotros vamos á presentar un bosquejo de ellas, como mas nacionales que la mayor parte de las poesías aristocráticas (1).

Si para pintar la vida doméstica de los Romanos faltan otros colores, los suministra Pe- Petronio 66.

(1) Cuéntase, por el contrario, que Lucano gustaba extraordinariamente de Persio. Marcial cantó :

Sæpius in libro memoratur Persius uno,
Quam levis in tota Marsus Amazonide.

Quintiliano escribió (*Inst.* VI): *Multum et veræ gloriæ, quamvis uno libro, Persius meruit*; pero este es uno de esos juicios cautos que aquel retórico solia emitir acerca de sus contemporáneos, y que puede interpretarse como se quiera, lo mismo que los conocidos versos de Boileau :

Perse en ses vers obscurs, mais serrés et pressans
Affecta d'enfermer moins de mots que de sens.

Alábale francamente Sélis, quien señala cuatro razones para probar la oscuridad voluntaria de Persio, la mejor de las cuales es la alusion perpétua á Neron de que hemos ya hablado. Juan Gerardo Vossio la atribuye á que la diccion de este egregio jóven no respiraba sino grandeza, como su alma. El abate Garnier (XLV de las *Mém. de l'Acad. des inscript. et belles lettres*) se empeña en purificarle de todos los defectos que se le han achacado. Harris, padre de lord Malmesbury, dice que Persio es el único escritor difícil entre los clásicos, cuyas ideas merezcan seguirse al traves de las oscuridades en que están envueltas. Tambien Delille le estimaba en alto grado, y Monti, que tradujo sus obras, y Passow de Weimar que le coloca entre las mas privilegiadas inteligencias de la antigüedad clásica. Escaligero le llama *ostentator febriculosæ eruditionis, cætera neglexit.* Véase á Nisard.

(1) Cuando César abrió el Senado á gran número de Galos, se cantó por las calles :

Gallos Cæsar in triumphum ducit, idem incuriam :
Gallis bracas deposuerunt, latum clavum sumpserunt.

Cuando él lo hacía todo anticipándose á su cólega Bibulo :

Non Bibulo quidquam nuper, sed Cæsare factum est;
Nam Bibulo fieri consuli nil memini.

Al pié de sus estatuas se leía :

Brutus quia reges ejecit, consul primus factus est;
Hic quia consules ejecit, rex postremo factus est.

En el tiempo de las proscripciones, al pié de la estatua de Augusto, que codiciaba los vasos corintios, apareció el siguiente rótulo :

Pater argentarius, ego corintharius.

Y aludiendo á su aficion al juego :

Postquam bis classe victus naves perdidit,
Aliquando ut vincat, ludit assidue aleam.

Cuando Livia, á los tres meses de casada, dió á luz á Druso :

Τοῖς εὐτυχοῦσι καὶ τρίμηνα παιδία

« A los afortunados hasta les nacen los hijos de tres meses. »

Cuando dió aquel banquete de lasciva impiedad :

Cum primum istorum conduxit mensa choragum
Sexque deos vidit Mallia, sexque deas :
Impia dunc Phœbi Cæsar mendacia ludit,
Dum nova divorum exnat adulteria :
Omnia se à terris tunc Numina declinarant,
Fugit et auratos Jupiter ipse toros.

Mas violencia hay en este ataque contra Tiberio :

Asper et immitis, breviter vis omnia dicam?
Dispeream, si te mater amare potest.

Y en el siguiente contra el mismo :

Non es eques. Quare? non sunt tibi millia centum;
Omnia si quæras, et Rhodos exsilium est.

Aurea mutasti Saturni sæcula, Cæsar :
Incolumi nam te, ferrea semper erunt.

Fastidit vinum, quia jam sitit iste cruorem :
Tam bibit hunc avide, quam bibit ante merum.

Adspice felicem sibi non tibi, Romule, Sullam;
Et Marium, si vis, adspice, sed reducem;
Nec non Antoni, civilia bella moventis,
Nec semel infectas adspice cæde manus.
Et dic, Roma perit, regnabit sanguine multo
Ad regnum quisquis venit ab exilio.

Los versos que siguen aludian al parricidio de Neron :

Νέρον, Ορέστης, Αλκμαίων, μητρόκτονοι.
Νεονύμφον Νέρων, ιδίαν μητέρ ἀπέκτεἶνεν

Quis negat, Æneæ magna de stirpe Neronem?
Sustulit hic matrem, sustulit ille patrem.
Dum tendit citharam noster, dum cornea Parthus,
Noster erit Pæan, ille ἑκατηβελέτης.

Sobre el inmenso edificio del palacio de oro :

Roma domus fiet; Vejos migrate Quirites,
Si non et Vejos occupat ista domus.

El mismo Neron puso á Popea en poder de Oton, para que la custodiase con el título de esposa, sin propasarse á mas; y habiendo querido Oton usurpar sus derechos, le desterró. Escribióse entónces :

Cur Otho mentito sit, quæritis, exsul honore?
Uxoris mœchus cœperat esse suæ.

Domiciano mandó arrancar la mitad de las vides, pero revocó la órden, por haberse publicado pasquines que decian : « Aunque destruyas las vides, quedará vino bastante para inmolar á César. »

Κἂν μὲφαγῆσεπὶρίζαυ ὅμως ἔτι καρποφορήσω
Ὁσσον επισπεῖσαι Καίσαρι θυομένῳ.

Es parodia de uno contra un cabron.

No he podido consultar los *Versus ludicri in Romanorum Cæsares priores olim compositi; collatos, recognitos, illustratos edidit.* J. H Heinrichs, Halle, 1810.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tronio Árbitro en su *Satiricon*, miscelánea de prosa y verso. Ninguna noticia ha llegado á nosotros acerca de su autor, y solo por induccion se le ha supuesto ministro de los placeres de Neron. Quedan de su obra muchos fragmentos oscuros y embrollados, en los cuales no se descubre otra intencion sino la de bosquejar en estilo obsceno el libertinaje de su época, corrompiendo al paso que condena la corrupcion y alegrándose en la orgía, como un borracho próximo á morir. Píntanos á Trimalcion, hombre muy rico y no ménos espléndido, pero tan soberbio como estúpido, en quien algunos creen ver una alusion á Claudio y otros á su sucesor; pero nosotros nos inclinamos mas á considerarle como el tipo ideal de los muchos ricos lujuriosos de la Roma de entónces, rodeado de parásitos, filósofos y poetas, y encenagado en todos los delitos infames que hacian execrable la corte de los magnates (1).

Eumolpo, queriendo mostrar á los convidados el modelo del verdadero poeta, dice que no basta saber ensartar hermosas palabras en armoniosos versos; sino que se exigen dotes mas nobles, evitar toda bajeza de expresion y dar realce á las sentencias. Propone, como ejemplo, una composicion suya sobre las causas de la guerra civil, donde trata quizá de criticar el poema de Lucano, en el cual no están aquellas indicadas; y despues de censurar con graves palabras la corrupcion de las costumbres (2), presenta á la Fortuna y al Infierno, interviniendo para pronosticar los males futuros, y á la Discordia enconando los ánimos de Pompeyo y de César.

Apuleyo. El Satiricon es la primera novela latina que conocemos; pero alcanzó mayor fama Lucio Apuleyo, cuya vida es por sí sola una novela. Nació de buena familia en Medaura de África, en tiempo de los Antoninos, y estudió en Cartago, Grecia y Roma, aprendiendo latin en este último punto con inmenso trabajo (1). Viajó, asociándose á várias cofradías religiosas (2) y pronunciando por todas partes discursos, segun la costumbre de la época. Algunos de estos (*Florida*) han llegado á nosotros, abundantes en erudicion cuanto escasos de crítica y excesivamente crédulos; y con todo, le granjearon tal renombre, que en muchas ciudades le fueron erigidas estatuas. Los enormes gastos que hizo le redujeron á tal extremo, que queriendo consagrarse al servicio de Osíris, no le bastó el dinero que tenia, y se vió obligado á empeñar hasta la capa. Congratulóse sin embargo por haber sido admitido entre los principales en el culto de aquel dios, á quien llama : *Deum magnorum potior, et majorum summus, et summorum maximus, et maximorum regnator.*

Dedicóse entónces á ganar dinero, defendiendo causas, y aun mejor, casándose con Pedentila, viuda de cuarenta años, que tenia un capital de cuatro millones de sestercios. Los parientes de esta le acusaron de haberse captado su amor valiéndose de sortilegios, poco necesarios á la verdad tratándose de un hermoso y robusto jóven y de una mujer ya de edad. Citado con tal motivo ante Claudio Máximo, procónsul de África, quédanos la apología que recitó, y es una singular historia de las preocupaciones de su época. Su hermoso rostro, su peinado esmerado, el uso del espejo y sus blancos dientes eran los sortilegios de que se le acusaba, y él se justificó fácilmente.

Su *Liber de mundo* es una traduccion libre del que se atribuye á Aristóteles; en el otro *De deo Socratis* admite el génio familiar del filósofo griego, y disputa á qué clase de demonios pertenecia : el *De habitudine doctrinarum et nativitate Platonis* es una introduccion á las obras de Platon, y el primer libro trata de la filosofía natural, el segundo de la moral y el tercero del silogismo categórico. Supone que el mundo se formó por la union del cielo y la tierra con sus naturalezas respectivas; y que la concordia de los cuatro elementos, ademas de

(1) En tiempo de Luis XIV, Bussy de Rabutin y el abate Magon quisieron renovar la obscena esplendidez del convite de Trimalion. En el *Heliogabale, ou esquisse de la dissolution romaine sous les empereurs*, se dice que algunos años ántes cierto personaje habia dado una comida de esta especie.

(2) « Ya los Romanos habian subyugado todo el mundo, y sin embargo no estaban aun hartos; excitados por el deseo insaciable, penetraban en los senos mas recónditos, y encontrando alguna tierra que produjese oro, la consideraban como enemiga. No agradaban los placeres conocidos del vulgo ni el deleite comun con la plebe : se traía de la Asiria la púrpura, de la Numidia los mármoles, del país de los Seres las sedas, de la Arabia los perfumes; se buscaban las fieras en las selvas de los Moros; se corria hasta el Ammon, situado al extremo del África, para proporcionarse el marfil; y las naves venian cargadas de tigres destinados á beber sangre humana en medio de los aplausos del pueblo, al estilo de los Persas. ¡Qué vergüenza! Se interrumpe la pubertad á los adolescentes, á fin de retardar la fuga de los años veloces; pero agradan las rameras, la muelle apostura del cuerpo enervado, los cabellos caídos y los nuevos nombres de los vestidos impropios del hombre. Se pone una mesa de cedro arrancado del territorio africano, servida por multitud de esclavas y cubierta de magnífica púrpura, pretendiéndose adornar hasta el oro. La glotonería es ingeniosa; el escaro se trae vivo á la mesa, sumergido en agua del mar de Sicilia, y se sirven conchas cogidas en las playas Lucrinas : las aves no frecuentan ya las olas del Fásis y en la muda ribera murmuran solo las auras entre las abandonadas ramas. No es menor la rabia en el campamento; y los Quirites comprados comercian con sus votos; el pueblo es venal, venal la curia de los padres conscriptos; se paga el favor; la virtud libre falta hasta á los ancianos, y el poder y la majestad yacen corrompidos por las riquezas; de modo que Roma arruinada es una mercancía que se vende á sí misma y una presa sin rescate. »

(1) Medaura era una colonia romana, y sin embargo Apuleyo, hijo de uno de los primeros magistrados (decemviro) no entendia una palabra de latin cuando llegó á Roma : tampoco su hijastro hablaba sino el cartagines, y lo poco que sabía de griego lo debia á su madre, natural de Tesalia: « Loquitur nunquam nisi punice : et si quid adhuc à matre græcisal : latine enim neque vult, neque potest. APOLOGÍA. Esto desmiente á los que sostienen que el latin se hablaba en todas las colonias. Debemos añadir que á Apuleyo pareció un trabajo portentoso el aprender latin en Roma sin maestro : *Quiritium indigenum sermonem ærumnabili labore, nullo magistra præeunte, aggressus excolui.* Asno de oro.

(2) *Sacris pluribus initiatus, profecto nosti sanctam silentii fidem.* METAM. Y en la APOLOGÍA : « Sacrorum pleraque initia in Græcia participavi, eorum quædam in signa et monumenta tradita mihi a sacerdotibus, sedulo conservo... Ego multijuga sacra, et plurimos ritus, varias cæremonias, studio veri et officio erga deos didici. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

un quinto elemento divino, produce la armonía. En su concepto Dios no penetra ni llena el mundo, sino que lo rige con su poder, y no puede ser mas que uno. Constituyen el supremo bien moral Dios, el espíritu y las virtudes; lo demas se reduce á accidentes.

Aunque rico en conocimientos históricos, dista mucho de Luciano en la fecundidad de genio y en la sagacidad para comprender el sentido de los sistemas filosóficos y descubrir su lado ridículo. Tambien es ménos cuidadoso en la correccion del estilo; pues al paso que en el Samosatense se encuentra el aticismo, si no puro, siempre agradable, el Africano no hace mas que demostrar cuánto se habia barbarizado el idioma romano, y lo mal que podia él regenerarlo con sus arcaismos y con las palabras y modismos nuevos, de que están llenos sus escritos, jactranciosos, prolijos y oscuros. Posteriormente se burló de la magia y de otras supersticiones semejantes, pero sin desecharlas enteramente; pues aunque en el *Asno de oro* las satirizó, creía, sin embargo, que los demonios ejercian unpoder inmediato sobre el hombre y la naturaleza.

La idea de esta novela está tomada de Luciano, quien la habia tomado á su vez de Lucio de Pátras; pero el episodio del Amor y Psíquis es nuevo y digno de colocarse al lado de las producciones mas delicadas que nos ha legado la antigüedad. La misma oscuridad de la obra ha hecho que sea interpretada de mil maneras. Los paganos hicieron de Apuleyo un semidios milagroso que oponer á Cristo; despues, en la edad média, se buscó en sus escritos el secreto de la piedra filosofal; en seguida los metafísicos encontraron en ellos indicado el envilecimiento producido en el alma por el pecado, hasta que fué rescatada por la Gracia. Muchos atribuyen al *Asno de oro* la intencion principal de dar realce á los misterios, que habian caído en descrédito; pero esto parece inconciliable con las abominaciones que de ellos revela, si bien el libro undécimo presenta en toda su belleza los de Ísis y Osíris, suministrándonos preciosas noticias que les son concernientes.

CAPÍTULO XIX

Literatura griega.

Gramáticos. En Eurípides era ya sensible la decadencia de la lengua griega; y su muelle abundancia, sus juegos de vocablos, el escepticismo universal y la vaguedad de su filosofía sirvieron á los Alejandrinos de ejemplo y de excusa para corromper el mas hermoso idioma que han hablado los hombres. Los gramáticos pretendieron volver al griego su antiguo lustre, y al ver la multitud de palabras extranjeras que iba introduciendo en él la mezcla de los distintos pueblos aglomerados en la capital del Egipto, pensaron en fijar auténticamente su parte mas pura, y de este modo empezó la útil novedad de los *Lexicones*, colecciones de palabras notables por su forma y significado, y la de los *Glosarios*, reunion de voces anticuadas ó importadas del extranjero, ó especiales á ciertos dialectos. Apolonio, que vivió poco despues de Augusto, compiló las dicciones homéricas (Λἐξεὶς ὁμηρικαί); con las de Hipócrates hizo otro tanto el gramático Herociano ó Herodiano en tiempo de Neron; Timeo compiló las de Platon; Tolomeo de Ascalon escribió un diccionario de sinónimos (περὶ διαφορὰς λεξέων); Juliano Polucio el *Onomástico* especie de *Regia Parnassi*, indicando los diversos modos de nombrar con variedad las cosas. Trifon de Alejandría se dedicó á estudiar los dialectos antiguos; Ireneo el alejandrino; Frinico de Arabia el ático, distinguiendo las voces segun convienen al estilo oratorio, histórico ó familiar (ἐκλογή ἀττικῶν ῥημἀτῶν καὶ ὀνομἀτων). Lo mismo habia hecho el Judío Filon con las palabras hebreas de los libros santos; pero no poseemos su obra sino quizá en latin. Por escaso que parezca el mérito de los trabajos de estos gramáticos, sin embargo, en sabiendo separar las aechaduras del buen grano, son útiles para los estudios clásicos, ya en razon de los trozos de autores que nos han conservado, ya porque las ricas bibliotecas de Alejandría ponian á su disposicion los críticos antiguos mas ilustrados, ya en fin, porque podian conocer á fondo la lengua, que todavía se hablaba en su tiempo.

Tampoco se habia disminuido el culto tributado á Homero; y Apion, á quien Julio Africano llamaba el mas delicado de los gramáticos (περιεργότατος γραμματικῶν), heredando el gusto de su maestro Didimo, que habia escrito en tiempo de Julio César hasta cuatro mil tomos de comentarios sobre diversos autores y sobre la patria de Homero, sobre la verdadera madre de Enéas, las costumbres de Anacreonte y de Safo (1) y otras materias de esta importancia, anduvo tambien á caza de iguales sutilezas, y hasta recurrió á evocaciones mágicas para averiguar la patria de Homero y sus verdaderos ascendientes. El fué el último revisor del poeta meonio, y le pareció una gran cosa el haber descubierto que las dos primeras letras de la Iliada (μη) expresaban cuarenta y ocho, número de los libros de que constan los dos poemas. Enviado por los Alejandrinos á Roma para pedir la expulsion de los Judíos, escribió contra estos un libro que refutó Flavio Josefo. Tambien escribió acerca de las maravillas del Egipto, y le somos deudores de las dos famosas anécdotas sobre la gratitud de los animales; á saber, la del delfin de Pozzuoli que amaba á un niño, y la del leon curado por el esclavo Andrócles y que se convirtió en protector suyo. Apion se paseaba fastuosamente, haciéndose llamar un segundo Homero, y vanagloriándose de inmortalizar á aquellos á quienes dedicaba sus libros.

La poesía griega habia decaido del todo, y apénas merecen nombrarse los médicos Marcelo

(1) SÉNECA, *Ep.* 88.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Sidétes, que en tiempo de los Antoninos compuso un poema en cuarenta y dos libros sobre la medicina (Βιβλια ἰατρικὰ), y Heliodoro de Aténas, de quien Galeno cita otro, titulado *La Justificacion* (Ἀπολυτικὰ). Opiano de Cilicia compuso en el destierro un poema sobre la pena (Αλιευτικὸ), y Severo le dió una moneda de oro por cada uno de sus versos; y dedicó á Caracalla otro sobre la caza (Κυνεγετικὰ), que Escalígero califica de divino, y al cual el buen gusto concede apénas el dictado de mediano. Algunos creen que fueron distintos los autores de estos dos poemas pertenecientes al genero ínfimo, esto es, al descriptivo.

No habia degenerado ménos la retórica en la patria de Demóstenes, donde faltando las ocasiones de aplicar á los intereses nacionales el natural amor á la disputa, fué ejercido por medio de lecturas públicas en las plazas ó en las escuelas. En tiempo de los Antoninos revivió en Roma la pasion á la lengua griega, tanto que por tres retóricos latinos se contaban cinco griegos, y habia ademas muchas cátedras de este idioma. Aténas conservaba la escuela de retórica mas célebre, así como Alejandría la de matemáticas y Beiruth la de jurisprudencia. Allí, á uso de la época, se educaba á los niños en asuntos imaginarios; los retóricos recorrian las ciudades declamando cosas, que, aunque repetidas, parecian nuevas á muchos, á causa de la escasez de libros; y no habia espectáculo ni diversion popular en que un orador no proporcionase á la plebe griega el placer, sabrosísimo para ella, de oir su hermoso idioma, manejado con todos los resortes del arte. Como hizo Nostradámus respecto de los trovadores, así Filostrato reunió los dichos y acciones de los sofistas y retóricos, en donde aparecen el descaro y las artes de estos, que vagaban por el mundo en busca de fama ó de dinero, no pensando sino en suplantarse y desacreditarse los unos á los otros.

Para agradar á la plebe, se sacrificó el buen gusto, miéntras que el genio sofístico sutilizaba en las subdivisiones de los discursos, de las materias y de los argumentos. Los discursos se distinguian en μελέτη, συστὰσις, λογος, λαλὶα, προλαλία, σχεδίον, διαλεξις, y επιδειξις. La *melete* era una declamacion cuidadosamente dispuesta, donde el orador representaba el papel de un personaje antiguo ó fabuloso, y trataba un asunto imaginario como si fuese verdadero; la *sistásis* era un pequeño discurso de recomendacion á un protector; el *lógos* abrazaba toda clase de discursos, pero mas especialmente se referia á una arenga sobre algun asunto importante; la *lalia* era un cumplimiento; *prolalia* un prólogo á las lecturas públicas; el *esquedion* un discurso no preparado que se pronunciaba ademas de lo prometido; la *dialésis* una disertacion; la *epidisis* una composicion pomposa, que se proferia en el teatro ó ante una asamblea solemne. Quien tenga ánimo para tanto, puede leer la *melete* con que Lesbonax, en tiempo de Tiberio, exhortaba á los Atenienses que habian existido doscientos años ántes, á vengarse de Tébas y á combatir denodadamente contra los Lacedemonios: Arístides los alentaba á enviar auxilio á Nícias que estaba en Sicilia, ó á celebrar la paz con los Espartanos despues de la batalla de Pílos, ó á socorrerlos despues de la de Leuctra; y poco despues, variando de asunto, los inducia á unirse con Tébas en perjuicio de Esparta, ó á permanecer neutrales; ó bien desvirtuaba con una prosa difusa los versos que pronuncia el Ulíses homérico para aplacar la cólera de Aquíles.

Algunos de estos retóricos no cedian á los mejores de la antigüedad en cuanto á la pureza del lenguaje y á la dignidad del estilo; pero no sabian, como los Latinos, sino repetir: no se encuentra en ellos nada nuevo, y carecen totalmente de sentimiento. La retórica adquirió algun vigor al unirse á la filosofía, para tratar ciertas materias, no ya con el árido diálogo de los discípulos de Sócrates ó con la severidad científica de Aristóteles, sino por un método oratorio, cual lo vemos en los neoplatónicos y en los filósofos que florecieron desde Adriano hasta Juliano.

Dion Clarísimo entre los oradores fué Dion Crisóstomo, natural de Prúsias, en Bitinia. Habiéndole encontrado Vespasiano en Alejandría, le preguntó si le convendria aceptar el imperio con que se le brindaba, á pesar de no conocer el mundo sino por lo que habia leído en los libros; y Dion le exhortó á que restableciese el gobierno republicano. Fué enviado despues á Roma por sus compatriotas para hacer una reclamacion á Domiciano, y se alaba de haber dado una insigne prueba de tener un corazon firme, atreviéndose á exponer la verdad cuando todos creían saludable mentir. « Arrostré, dice, el odio, no de un » nombre vulgar, sino de un príncipe poderoso » y cruel, á quien los Griegos y Bárbaros lla- » maban vilmente señor y dios, cuando le hu- » biera convenido mejor el nombre de de- » monio. »

Quizá con objeto de evitar su cólera huyó Dion disfrazado y solo, viéndose reducido á ganar su sustento plantando árboles, ó sacando agua para los baños; los únicos y fieles compañeros de su destierro eran *el Fedon* y la arenga de la embajada, obra de Demóstenes. Su ciencia le valió el afecto de los Bárbaros de la Dacia y la Mesia, y el de los Getas, cuya historia escribió; hasta que habiendo cambiado el aspecto de las cosas, volvió á Roma. Significándole sus compatriotas el deseo de verle á su tránsito, señaló como punto de reunion á Cízico, adonde en efecto acudió multitud de gente; pero en el momento en que se disponia á pronunciar un alambicado discurso, se esparció la voz de que acababa de llegar un músico famoso, y todos abandonaron al orador para ir á oirlo. Habiéndose establecido posteriormente en su patria, encontró en ella los honores, y sufrió las molestias propias del que ocupa el primer lugar

(c) Instituto Cervantes de Madrid

entre sus conciudadanos, y hasta fué condenado como reo de felonía por haber levantado una estatua al emperador en medio de los sepulcros; pero el emperador era Trajano, quien no solo le absolvió, sino que al verificar su entrada triunfal, despues de haber vencido á los Dacios, distinguiendo á Dion entre la muchedumbre, le hizo subir á su carro.

Su estilo, formado con la lectura de Platon y de Demóstenes, imita la elegancia de estos, pero no su pura sencillez. Respecto del asunto, versa en parte sobre los argumentos sofísticos á la sazon en boga, entre los cuales es importante la discusion acerca de *si Troya habia sido tomada*. Despues se dedicó á tratar cuestiones mas graves de filosofía, de moral y de literatura, donde abundan los mejores sentimientos y grandes conocimientos de la antigüedad.

Entre sus ochenta discursos, es preferido el que dirigió á los Rodios para disuadirlos de la costumbre que tenian, cuando querian honrar á algun personaje contemporáneo, de valerse de una estatua antigua, renovando solamente la inscripcion; pero para nosotros es mas importante el que dedicó á los Alejandrinos con objeto de apartarlos de su pasion al teatro y los juegos. En medio de un torbellino de palabras, les dice mucho mas difusamente.

« El órgano auditivo del pueblo es solo el teatro, y en este, con vuestro perdon, nunca ó rara vez se ve algo que sea razonable; decoroso, honesto; abundan, sí, cantinelas, trinos, chocarrerías y risotadas, cosas mucho ménos hermosas que el oro. Llenos de ellas los oídos del pueblo, no tratéis ya de buscar en él juicio, ni religion, ni justicia, sino tan solo insensatas rencillas, descompuesta vanidad, melancolía, alegrías frenéticas, deshonra, dispendios. No digo esto porque trate de privar á la ciudad de sus diversiones, cualesquiera que sean; ¡guárdeme de ello el Cielo! ni es tal mi locura que lo intente; pero sí quisiera, que pues sois ávidos y delicados conocedores de estas delicias, sufriéseis tambien de vez en cuando la exposicion de un sabio discurso, y permitiéseis una saludable libertad de dirigiros la palabra.

» Los Atenienses obraban perfectamente en este particular, pues sus poetas estaban facultados para censurar no solo este ó aquel objeto, sino á la misma república, siempre que cometia alguna falta. Las antiguas comedias están llenas de tales censuras.... que ellos permitian en las fiestas solemnes y en los dias de concierto universal, cuando se gobernaban republicanamente y dominaban á la Grecia entera; cuando eran dueños de castigar con la muerte á todo el que osaba molestar en lo mas mínimo sus oídos. Ahora bien, vosotros no tenéis coros ni poetas, ni nadie que os reprenda amistosamente; y pluguiera al Cielo que yo fuese un músico, pues entónces os aseguro que no hubiera comparecido ante vosotros sin traer una pequeña aria que cantaros.

» Con todo, fiado en la persona que aquí me dirigió, quise aventurarme á hablaros, no pudiendo desesperar de vosotros ántes de conoceros. Á vosotros toca ahora justificar mis esperanzas, escuchándome hasta el fin modestamente, lo que os granjeará tanto mas aplauso y admiracion, cuanto ménos se contaba con ello, y desmentirá la voz de que los Alejandrinos no entienden sino de cuerdas puestas en vibracion y de piés que se mueven en el aire.

» Esta ciudad, tan admirable, adolece de una extraña enfermedad, la loca pasion que tiene á la carrera y al canto; y sus habitantes, que en los sacrificios, en los negocios, en las conversaciones familiares, no manifiestan señal alguna de rareza morbosa, apénas ponen el pié en el teatro ó en el estadio, cuando como si encontrasen allí un brevaje maléfico, se olvidan repentinamente de todo lo pasado y de sí mismos, y no se avergüenzan de hacer y de decir cuanto puede imaginarse de mas extravagante; y lo mas curioso es que, gustando muchísimo de ver y de oir, ni miran ni escuchan; en suma, viejos y jóvenes, niños y mujeres, se muestran dominados por el vértigo y el frenesí. Cuando salen luego de allí, se debilita algo, es cierto, la violencia de la enfermedad, pero no se calma; y las plazas, las encrucijadas, toda la ciudad, se resiente durante muchos dias de este sacudimiento, á la manera que aun despues de apagado un grande incendio, se ven acá y allá humo, chispas, hollin y tizones quemados ó en ascuas...

» Esto dirán de vosotros los pueblos. No pretendo yo que semejantes juegos no deban verificarse ni verse en la ciudad; no, pues es preciso respetar el flaco de la multitud, y ocupar sus ocios (ademas de que hasta las personas mas eminentes necesitan á veces esparcir y recrear el ánimo): lo que digo es, que todo esto deberia hacerse con el decoro y la dignidad propios de hombres libres. Podéis estar seguros de que vuestro silencio no echará á perder nada el asunto; ningun Bárbaro dará por eso con mas lentitud un solo paso; ningun cantor se equivocará en una sola nota... Pero no; vosotros no creéis asistir á los juegos si no os abandonáis á furiosos trasportes... y mas de uno ha sido víctima de su loco apetito músico...; hasta, si se ha de creer lo que cuenta la fama, alguno de los desgraciados que perecieron por tal causa, quiso echarla de héroe, prestándose gustoso á morir con tal que saciasen su sed de canto unos instantes mas... ¡Nuevo, á la verdad, é inaudito género de heroísmo! pues miéntras que era grato á los antiguos sacrificar su vida por el honor, por la libertad, por la patria, hoy lo es á los habitantes de Alejandría morir por un trino... ¿Y qué diré de los otros que, saltándoseles los ojos y con el alma en los labios, como si absorbiesen por los oídos una completa dicha, llaman salvador y dios á un miserable digno de la argolla?

» ¿Y no sentís vergüenza, ya que no otra cosa, al salir así de quicio por musicastros necios,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que no tienen en sí nada de grandes? Si á lo ménos se tratase de un Isménias, de un Timoteo, ó de aquel Arion que enamoraba á los delfines... Pero todo lo contrario : se trata de los destructores de la antigua música, de los que la corrompen, destrozan y maltratan de un modo raro. ¿Cuándo se ha oido nunca á estos una armonía pura, noble y varonil? No tenéis de ellos sino cantinelas propias de mujercillas, saltos de bailarines, batahola de gente ebria, quiebros de voces é inflexiones tan extrañas, que ha sido preciso introducir nuevos vocablos para poderlas indicar. Anfion, segun se dice, fundó una ciudad al son de la cítara; vuestros citaristas la destruyen. Orfeo domesticó las fieras y les inspiró el amor al canto; estos, de hombres que érais, os han cambiado en animales enemigos de la instruccion y del órden.

» ¡Qué diferencia entre la conducta de los Espartanos y la vuestra! Aquellos, noticiosos de la llegada de un célebre citarista, cabalmente porque sabian que tocaba con la mas exquisita dulzura, léjos de honrarle, le arrebataron el instrumento, y haciendo pedazos las cuerdas, obligaron al músico á salir de la ciudad : ¡tan sospechosa les era semejante maestría, y con tal celo creían deber preservar sus oídos de que se corrompiesen y en seguida esclavizasen su alma! Ahora bien, ¿cuáles han sido los efectos de conducta tan diversa? Los Espartanos triunfaron constantemente de los Bárbaros, y estuvieron largo tiempo al frente de la Grecia; vosotros, léjos de saber mandar, no sabéis siquiera obedecer, y hace poco que el orgullo os lanzó á la rebelion. Digo el orgullo, porque no hubo en vosotros verdadero espíritu de rebelion. ¡Ah ! ¿Sois vosotros hombres capaces de revelaros? ¿Lo sois de pelear un solo dia?

» Pero, ya basta del teatro; pasemos á hablar del estadio. Apénas habéis puesto en él los piés, ¿quién puede describir los gritos, la confusion, la agonía del ánimo, las palpitaciones, la variedad sucesiva de los gestos, y los cambios de color y de voz que indican y acompañan vuestra enfermedad? Ciertamente, si en vez de ser hostigados los caballos lo fuéseis vosotros, ó mejor dicho, si se os azotase con la férula de las tragedias, vuestro furor no sería mas extraordinario ni violento. Los poetas ataron á Ixion, como última pena, á una rueda que debia girar eternamente : esto no pasa de ser una chanza; pero vosotros estáis fijos realmente con toda el alma en las ruedas de los carros; y giráis perpetuamente con ellas, lo cual constituye la mas cara de vuestras delicias. Á fe mia, si alguno de los dioses se os pusiese delante y os gritase: *Desgraciados ¿á qué fin tantos delirios? ¿á qué tantas locuras? Ese que corre no es Pelope, ni Enomao, ni Mirtilo; no se pelea por el reino, por la esposa, ó porque esté en peligro la vida : son despreciables esclavos que sudan para ganar una vil moneda, ya vencedores, ya vencidos; los mismos siempre :* ¿qué podríais responder á estas reprensiones? Nada. Sin embargo, creo que si el mismo abuelo de Pelope os hablase, no le prestaríais oído. ¿Qué remedio tendrá, pues, vuestro mal? ¿Y qué númen os curará de él? »

De este modo reprendia Dion en su tiempo locuras que ni aun hoy dia se han desterrado. Habiéndole preguntado un personaje ya maduro cómo haria para llegar á ser elocuente, le indicó los autores que debia estudiar, colocando al frente de todos á Homero, primera y última lectura del hombre, niño, adulto y anciano (1), y que brinda á cada uno de sus lectores con cuanto puede necesitar; en seguida nombró á los historiadores, principalmente al grave Tucídides, al dulce Herodoto y á Teopompo; respecto del teatro, designó á Menandro y á Eurípides, aquel como superior á todos los autiguos, y este como utilísimo para un hombre de Estado (πολιτικῶ ανδρὶ). Aunque concede la palma á Demóstenes, recomienda con preferencia á Hipérides y Esquínes, no ménos elegantes que él, y mas sencillos y fáciles; y últimamente á los cuatro retóricos modernos, Antipatro, Teodoro, Plucion y Conon, fundándose en el singular motivo de que su lectura no desalienta quitando la esperanza de igualarlos.

Heródes Ático.

Tiberio Claudio Heródes Ático de quien hemos hablado ya, superaba á todos, segun Aulo Gelio, en gravedad, afluencia y elegancia. Lo que no admite duda es que era pródigo en convites y regalos.

Adriano.

Adriano de Tiro, discípulo suyo y secretario de Cómodo, trató los asuntos que ya conocemos; una hechicera, condenada á las llamas, se libra de ellas por medio de su arte; otra, invitada á destruir el encanto, lo consigue. Adriano pide que sea quemada por bruja ; algunos soldados logran torcer el curso de un rio, y así les es dado ahogar al ejército contrario, presentándose luego á reclamar la recompensa que les estaba prometida si vencian.

Aristides. n. 129.

Elio Arístides, natural de Bitinia, en los muchos viajes que hizo, dejó por todas partes fama y monumentos de su saber, siendo honrado con inscripciones y estatuas ; fijóse despues en Esmirna, como custodio del templo de Esculapio. Tenia especial devocion á este dios, y no sin motivo; pues habiendo sido víctima de una enfermedad extraña que le atormentó durante diez y seis años, sin aliviarle ni médicos ni criados, solo Esculapio le consolaba con sus frecuentes apariciones y le sugeria remedios, hasta que de órden suya se arrojó en un torrente impetuoso, del cual salió curado (2). Esfuérzase en igualar á Demóstenes, y aun que se queda á gran distancia de este, hay en él pensamiento y palabras enérgicas, y sabe conservarse puro de la superabundancia de sus contemporáneos; de modo que da lástima le faltasen

(1) Καὶ μέσος, καὶ ὕστατος, καὶ πρότος παντὶ παιδὶ καὶ ανδρὶ, καὶ γὲροντῖ.

(2) Cuenta su enfermedad y su cura en los cinco libros *De las causas sagradas*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

asuntos capaces de elevarlo á la grandeza á que hubiera podido llegar. Si indujo á Marco Aurelió á reedificar la destruida Esmirna, debióse mas á la bondad del príncipe que á su elocuencia.

Hermógenes. La desgracia hizo célebre á Hermógenes de Tarso, que á los quince años excitaba la admiracion de Marco Aurelio y de las escuelas: á los veinticinco perdió la memoria, y arrastró hasta una edad avanzada su imbécil existencia.

Longino. 210-273. Sin detenernos en otros muchos, mencionarémos á Casio Longino (1), maestro de Zenobia, reina de Palmira, que pagó con la vida su fidelidad á esta. Seguia la filosofía de Platon, y excedia á todos en el conocimiento de la belleza y los defectos de los autores, sobre los cuales escribió disertaciones, admiradas por sus contemporáneos (2). Corre con su nombre un pequeño tratado *De lo sublime*, que tambien se atribuye á Dionisio de Halicarnaso, y á otros. Cecilio, retórico siciliano del tiempo de Augusto, habia escrito sobre esta materia, indicando en qué consistia lo sublime, pero no las reglas para obtenerlo: y Longino quiso llenar este vacío.

Si se le considera como un tratado de retórica, se verá que el autor no se entretiene en desmenuzar las partes de la oracion ni en reducir la ciencia á una pedantesca tecnología; sino que enseña de un modo mas bien estético que dogmático. Los ejemplos en que apoya sus doctrinas, son una crítica juiciosa de los grandes autores; siempre que encuentra un trozo excelente, lo mira con noble complacencia, atendiendo mas á las bellezas que á los defectos; y lo mismo que Ciceron, Aristóteles y Quintiliano, parece animado por la emulacion, y se expresa con el fuego y la magnificencia de Homero y de Esquilo, como si rindiese el homenaje de su elocuencia á la inspiracion que bebia en ellos. Pero su pretension de enseñar lo sublime prueba que daba á esta palabra un significado distinto del que en realidad tiene; y en efecto, lo confunde frecuentemente con lo bello y á veces con el estilo figurado, elevándose rara vez á la fuente de la verdadera sublimidad, que es el poder incomunicable del genio ó del carácter moral.

No contento con reducir á teoría los arranques del pensamiento excitado, y las cualidades de la expresion oratoria cuando es mas viva y majestuosa, quiere mostrar cómo pueden adquirir elevacion todos los géneros literarios, aun los mas llanos y sencillos; y cuáles son las puras galas que deben unirse á lo verdadero y lo natural, evitando la extravagancia y la rudeza que algunos venden como fuerza, y la trivialidad que se pretende hacer pasar por atrevimiento. Sobre todo, el sentimiento de lo bello exige que acompañe el amor al bien; y atribuye la aridez de los entendimientos y la falta de sublimidad al amor desarreglado de las riquezas, de los placeres y á la admiracion de las cosas frívolas y perecederas.

Novelas. Colocamos en este siglo las primeras novelas, sin disputar si las hubo ántes, ni decir por qué no las hubo. El nombre de *Relaciones eróticas* que se les daba, descubre cuál era su fondo; pero es inútil buscar en ellas el interes de un argumento bien sostenido, el desarrollo de los caractéres, ni tampoco la manifestacion de la época. Arístides de Mileto habia escrito, no sabemos cuándo, pero sin duda ántes de Ovidio y de Craso (1); ciertas novelas licenciosas cuya escena pasaba en su patria, por lo cual se las llamó *Fábulas milesias*, nombre que se extendió á las demas. Una de las mas antiguas es el *Asno* de Lucio de Pátras, que se ha creido el original de las *Metamorfósis* de Luciano y de Apuleyo; Antonio Diógenes, en sus *Cosas increibles de Tule* (τὰ ὑπὲρ Θοῦλην ἄπιστα), tipo de tantos viajes imaginarios como se han publicado posteriormente, cuenta que un tal Dínias, despues de haber recorrido el Asia y la Europa, llegó á Tule, donde Dercílida de Tiro le refirió las maravillosas aventuras acaecidas á ella y á su hermano Mantínias; hízolas él escribir en tablas de cipres y depositar en la tumba de Dercílida en Tiro, donde fueron descubiertas cuando Alejandro tomó esta ciudad. ¡Cuántos manuscritos debian encontrarse, forjarse y rehacerse desde entónces acá, valiéndose de iguales medios!

Entre otros relatos de aventuras, nos han quedado los *Efesiacos* de Jenofonte de Éfeso, las *Pasiones amorosas* de Partenio, ya citadas, y las cartas de Alcifronte que pudo informarnos de las costumbres antiguas, merced al grande estudio que habia hecho de los cómicos griegos.

Luciano. 120-200? El escritor griego mas ilustre de aquella época fué sin disputa Luciano. Nació en Samosata de una familia pobre, en tiempo de los dos Antoninos, segun se cree; y habiendo dejado las aulas á los quince años, estuvo vacilando su padre entre ponerle á aprender el oficio de escultor al lado de un tio suyo, ó dedicarlo á la elocuencia. La inclinacion de su hijo le hizo decidirse por esta. Luciano se dirigió entónces á Antioquía, y estudió allí leyes; pero hallando poco atractivo en el exámen de los procesos, empezó á vagar de ciudad en ciudad pronunciando arengas y trozos de declamacion al estilo de los retóricos de aquel tiempo, y adquirió celebridad en el Asia Menor, en la Macedonia, en Grecia, en Italia y en las Galias. Sus disertaciones giraban sobre los asuntos frívolos ó ficticios que conocemos, y algunas han llegado á nosotros, como el elogio de la mosca, el tirani-

(1) LONGINI *quæ supersunt, græce... concinnavit A. E. Egger*. Paris, 1837.

(2) EUNAPIO, c. 2.

(1) Ovidio lo cita en los *Fastos* II, 412; y en el verso 443 menciona una traduccion hecha por Sisena. El Surona de los Partos reprendió á los soldados de Craso por haber encontrado estos cuentos en sus tiendas. Véase la pág. 92.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cida, el hijo deseado, Zeuxis y Antíoco, la calumnia, los baños de Hípias y el elogio de la patria ó de Demóstenes (1).

Estos temas pueriles no bastaban á distraer su alma de los males de la época. Veía á la sociedad marchar á su ruina por la falta de fe religiosa, de creencias morales y de instituciones firmes y respetadas; á la tiranía y la bajeza disputarse el campo, venderse las naciones, desbordarse el libertinaje; á los soberbios magnates llevar en pos de sí por las calles un pueblo de esclavos y clientes; saciar sus locos ú obscenos apetitos; sostener bufones y filósofos retóricos, y pasar lujuriosamente la vida en la embriaguez de sus cenas, en la disolucion de sus casas de campo, y en voluptuosos baños, completando su triunfo pomposas exequias, donde una multitud de plañideras derramaban lágrimas pagadas, y muchos esclavos, redimidos en el testamento, los acompañaban hasta sus fastuosos mausoleos, cubierta la cabeza con el gorro. Quién vendia el voto para adquirir riquezas, quién la fidelidad de su mujer ó la suya propia; los mas se valian de torpes amaños para alzarse con las herencias, ya haciendo la corte á los viejos, ya apresurando su muerte. Á estos males y los que á ellos eran consiguientes, trataban de poner remedio, cada uno por diverso camino, el filósofo, el sacerdote de las religiones falsas y el de la verdadera; miéntras que muchos gemian al contemplar la irreparable ruina, y otros se mostraban como aturdidos.

Si Luciano hubiera sido mas severo habria, podido tambien llorar tales desastres ó buscarles un remedio; pero satírico, audaz é ingenioso, abrazó el partido de reirse de ellos, de divertir á la humanidad sacando á relucir sus llagas, y de minar con el sarcasmo y la duda lo poco que quedaba aun en pié de las antiguas instituciones.

Traspasa, pues, los límites de la vida, y así como los Cristianos apelaban á la muerte, que es la que resuelve todas las dificultades, Luciano la trae tambien á cuento, pero solo para instruir de un modo burlesco el proceso de los vivos. Caronte, maravillado de oir á los muertos desear la vida, pregunta á Mercurio cuáles son los bienes de que se disfruta en la tierra, y conducido por él á esta, ve el incesante afan con que todos procuran obtener riquezas por mil medios, lo que debia parecer una insigne locura á Caronte, quien sabía que los habia de coger á todos, uno despues de otro, dentro de poco tiempo y desnudos.

Otras veces escoge por blanco de sus tiros la hermosura ó los placeres; y ya el lecho de un tirano, ya la lámpara de un gabinete, citados á juicio ante Radamanto, revelan con cínica franqueza las torpezas de aquel tiempo; ó bien con el gallo de Micilo consuela á los pobres de su humilde, pero tranquilo estado, é insiste luego en recordar que despues del último viaje no existe diferencia alguna entre el hombre de mayores riquezas y el ínfimo de los proletarios. Habia oído quizá esta idea proferida por labios mas puros; pero él no aspira á deducir de ella ninguna verdad práctica, sino la consecuencia de que es nada cuanto nos rodea, precipitando así al hombre en una duda desconsoladora.

Pareciéndole ridículas ó falsas las doctrinas de los filósofos, y hallándolas siempre en contradiccion con sus actos, no intentó averiguar si léjos de la senda del error habia otra que condujese á la verdad, sino que se abismó de golpe en el escepticismo. « Habiendo conocido, dice, » la vanidad de las cosas humanas, desprecié » la grandeza, las riquezas, los placeres, para » dedicarme á investigar la verdad. No pudiendo » mi entendimiento adivinar la causa de los fe- » nómenos que se presentan á nuestra vista, ni » conocer al autor del universo, ni resolver mu- » chas otras cuestiones semejantes, acudí á los » filósofos que han consumido su vida buscando » la verdad, elegí los que habian mostrado mas » profunda creencia, mas austera virtud, y estos » consintieron en instruirme mediante una » crecida recompensa; pero ¿ qué me enseña- » ron ? Términos bárbaros é incomprensibles, » dejándome mas lleno de dudas que al princi- » pio » (C).

Así su talento burlesco, como acontece siempre, no le condujo á nada sólido ni grande, y le impidió apreciar la virtud de Epícteto y de Marco Aurelio (1), como tambien el heroísmo de los mártires. Aristeneto, para celebrar el casamiento de su hija con un opulento banquero, convida á filósofos y literatos, y estos sacan á plaza sus cuestiones, de modo que el festin se convierte en un campo de sofísticas contiendas, donde Luciano hace resaltar las locuras é inmoralidad de cada secta. En otra ocasion pone en almoneda á los mas ilustres filósofos de la antigüedad, que se ven obligados, como los esclavos en el mercado, á publicar sus defectos. Búrlase luego de un tal Pelegrino, que por hacer alarde de apatía, ofrece al público voluntariamente el espectáculo de su suicidio. Habiendo descubierto las imposturas de un tal Alejandro de Paflagonia, que se fingia profeta, este, disimulando su odio, le ofreció una nave para llevarle de nuevo al Ponto : Luciano aceptó, y cuando estuvieron en alta mar, le confesó el piloto que tenia órden de arrojarle al agua; pero, no queriendo mancillar su irreprensible vejez, se contentó con abandonarle en una isla desierta. Habiendo salido de allí Luciano, trató de entablar una acusacion contra Alejandro; mas el gobernador del Ponto le disuadió de ello, considerando el valimiento del impostor, y entónces por toda venganza, escribió su vida.

(1) Si es que son suyos. La mejor ediccion de Luciano se debe á Federico Reitz. Amsterdam, 1744.

(1) Se cree que el *Ermotimo* está dirigido contra este príncipe, y que fué escrito á instigacion del emperador Avidio Casio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Pero ¿la sabiduría consistia en semejante clase de gente? El mismo Luciano tuvo en estima y profesó amistad á los filósofos Nigrino y Demonáces: platónico el primero, practicaba en Roma las virtudes que enseñaba, instruyendo á los hombres en el bien y en el arte de buscar lo mejor: otro, residente en Aténas, se habia reducido á vivir pobre por amor al estudio, no queriendo esclavos, pues encontraba inicuo que un hombre recurriese á otro para aquello que podia hacer por sí mismo. Abria sus brazos y su bolsillo, no solo á los amigos, sino á cualquiera de sus conciudadanos; hablaba por sentencias como los sabios antiguos; elegía lo ménos malo de cada secta, si bien preferia la estóica y admiraba á Sócrates; proclamaba libremente la verdad, y jamas arregló sus costumbres á las de Aténas. Si le censuraban de no mostrarse devoto á Minerva, respondia que no habia creido que ella le necesitase: comparecia otras veces en la asamblea coronado de flores, y á los que le preguntaban la razon contestaba: *He venido adornado como una víctima, pronto á ser sacrificado si así lo queréis.* Á otra pregunta que se le hizo acerca del motivo que habia tenido para no iniciarse en los misterios de Eléusis, respondió, que si eran malos, no habria omitido ningun medio para alejar de ellos á los hombres, y si buenos, los hubiera divulgado en provecho comun.

Apoyándose en la autoridad de estos dos sabios, Luciano asesta sus tiros contra los dioses, tales como aparecen en Homero y Hesiodo; y miéntras que los filósofos se esfuerzan en justificar el politeísmo, queriendo encontrar en él alegorías y la forma simbólica de las ideas eternas que nutren y elevan á la humanidad, él le presenta en la desnudez de las formas poéticas y vulgares; y con un chiste que ni aun puede llamarse impío, porque demuestra que ya no habia creencias, expone á las risotadas de la multitud las metamorfósis y las hazañas de los dioses. Mercurio, ladron de bolsillos y rufian, Vénus, ramera, Júpiter, aventurero y seductor, le prestan fácil asunto para la burla; pero no contento con esto, quiere hacer patentes su impotencia y nulidad, y ya arguyendo como filósofo cínico, los convence de flaqueza, por estar sujetos al poder superior del destino; ya los muestra asustados, cuando en la tierra el estóico Timócles se empeña inútilmente en probar su existencia contra el epicúreo Damídes; y Momo se mofa de ellos á medida que los argumentos del último reducen á su adversario al silencio, y á la desesperacion á los dioses, aunque despues los consuela diciéndoles que siempre encontrarán en la ignorante muchedumbre quien los adore. Jamas el antiguo Olimpo habia tenido que habérselas con un burlon mas intrépido; el cual no solo ridiculiza las tradiciones, los oráculos y los santuarios, sino que hasta niega la Providencia.

Derribando á los antiguos dioses, no pensaba en sustituir en su lugar otros nuevos. En su *Asamblea de los Númenes* insulta igualmente á los que procedian de la Persia y del Egipto. « No » hay allí piedra, dice, que despues de coronada » y ungida no pretenda hacerse diosa; y dentro » de poco ya no quedará lugar para los antiguos » dioses en el Olimpo. » Á fin de precaver el peligro, Júpiter convoca á las potestades celestes; pero ¿quién acude al llamamiento? Estatuas de mármol, de pórfido, de hierro, de oro, de cobre, á las que intima que prueben su divinidad, ó que de lo contrario serán precipitadas en el infierno.

El Cristianismo no es á sus ojos sino una nueva supersticion, y se deja llevar de las preocupaciones de los poderosos y de las habladurías del vulgo: la trinidad, el bautismo, la creacion del mundo, el Espíritu Santo, le parecen fruslerías ó tardías resurrecciones de las doctrinas pitagóricas, no libertándose la constancia de los mártires de su petulante sarcasmo.

Luciano fué elogiado sobremanera por sus contemporáneos: la multitud acudia de las ciudades para verle siempre que pasaba; Cómodo le nombró prefecto de Egipto; y á la verdad, si la historia, en su severo tribunal, no debiese pedir cuenta á los hombres mas que del talento que tuvieron, del uso que hicieron de él, le colocaria entre los mas insignes, por la pura belleza del lenguaje, por la delicadeza de los giros, por las sales sazonadísimas y el arte extraordinario de emplearlas á tiempo y con medida. Pero el que declara la guerra á la religion, á las costumbres, á las ideas, y socavando todos los principios, abandona los ánimos al vértigo de las pasiones: ¿cómo cumple con la vocacion social? Concedo que debe haber tambien hombres que destruyan, para facilitar á los otros la reconstruccion; pero ¡cuán triste es la mision de estos Voltaires (1)!

Ni se libertó de sus tiros el arte de escribir la historia; y cuando, con motivo de la guerra que Marco Aurelio y Lucio Vero hicieron contra los Partos, se levantó una nube de escritores que emprendieron la tarea de referir aquellas hazañas, unos imitando servilmente á los anti-

(1) Le han comparado á Voltaire, si bien solo se le parece bajo un aspecto. Voltaire era inmenso, y á su ironía unia el entusiasmo y el amor á la humanidad: condujo su siglo hasta los confines del nuestro, y le puso en el camino de todos los progresos á que hemos dado cima. Luciano, por el contrario, careciendo del instinto de lo porvenir, no sabe mas que abrumar lo presente con sus inagotables chistes. Pero el mundo estaba agitado por la necesidad de creer y de apoyarse en algo sobrehumano. Pelegrino procuró excitar en su favor la admiracion de los hombres; pudiera citar tambien la historia de un tal Alejandro, que se apellidaba profeta, el cual habia conmovido á la multitud en Asia é Italia, dogmatizaba, pretendia haber hablado con la Divinidad, y solo al cabo de muchos años fué convencido de impostura. El Cristianismo satisfacia á estas disposiciones de la humanidad: el martirio, la caridad, el proselitismo, constituían su fuerza; crecia á la sombra, y en tanto que Luciano se burlaba de la filosofía antigua, los Cristianos propagaban su fe; pero ¿de qué manera? con la resignacion, con la esperanza, con la paciencia, con el martirio. Atacados por todos, á nadie atacaban: vivian en las catacumbas, calumniados, humillados; pero sin concluirse nunca, y multiplicándose en la escuela del infortunio. »

LERMINIER.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guos, otros despreciándolos por soberbia, y todos inspirados por la adulacion, escribió Luciano una diatriba, en la que se burla de su manera de escribir, y de la de otros historiadores antiguos y modernos. Y aunque como retórico no se cuidaba sino de la forma exterior, concluye sin embargo dando algunos consejos que nos ha parecido conveniente extractar.

« La mision del historiador es referir todas las cosas tales como han acaecido; pero ¿ puede verificarlo cuando teme á Artajérjes, ó espera de su mano vestidos de púrpura, collares de oro, ó caballos niceos en recompensa de sus alabanzas? No se hubieran conducido así Jenofonte, escritor justo, ni Tucídides. Conviene tener mas en cuenta la verdad que las enemistades, y no perdonar á las personas que se aman; porque la verdad es propia de la historia, y los escritores deben prescindir de toda otra consideracion, no mirando á los que ahora nos escuchan, sino á los que han de llamar al tiempo actual antiguo. El que halaga lo presente será contado con razon en el número de los aduladores. Refieren una memorable respuesta de Alejandro, el cual dijo : *¡Cuánto desearia, oh Onesícrito, volver despues de mi muerte á la vida por poco tiempo, para saber lo que piensan los hombres que en lo venidero lean estas cosas! ¿Qué tiene de extraño que me elogien ahora? Cada cual cree pescar con este pequeño cebo mi benevolencia.*

» Sea, pues, el historiador impávido, incorruptible, ingenuo, amante de la libertad y de la verdad, y segun el dicho vulgar, llame al pan pan, no dejándose llevar del odio ni de la amistad, sin tener compasion, miramientos, ni vergüenza, y siendo juez equitativo y benévolo con todos. Huésped de sus libros, carezca de patria y de príncipe; gobiérnese por sí, y no considere lo que pueda agradar á este ó á esotro, sino refiera los hechos como han sucedido. Tucídides establece la utilidad y el fin que todo escritor sensato debe proponerse en la historia; es decir, que si acontecen en lo sucesivo cosas semejantes á las que narra, se pueda en caso de necesidad sacar provecho de lo escrito. En cuanto á la diccion, ha de ser austera y vigorosa, ajustada en los períodos y en los argumentos; procurando escribir no con demasiada acrimonia ni violencia, sino con calma y agrado. Que sean frecuentes las sentencias, la narracion lucida y noble, exponiendo el asunto con la claridad posible, sin emplear voces oscuras é inusitadas, ni otras tomadas de las tabernas y del mercado; ántes bien, deben ser tales, que el vulgo las entienda y los doctos les aplaudan. No deben ser hinchados los giros, ni resentirse de afectacion; porque de otro modo aparecerá el discurso semejante á un caldo sazonado con especia. Se puede asimismo hacer uso del arte poética, donde convenga, ostentando tambien la historia riqueza de frases y palabras grandiosas, especialmente cuando la narracion verse sobre batallas, donde se necesita de algun soplo poético que infle las velas y mantenga equilibrada la nave en la cima de las olas. Elévese la diccion solo con la belleza ó la grandiosidad del relato, conservando en lo posible su igualdad, sin que marche á la ventura ni se exalte fuera de tiempo, no sea que salga de tono y degenere en furor poético. Téngase, pues, en cuenta la moderacion, considerando que el excesivo fuego es en el discurso, como en los caballos, un defecto no pequeño. Será muy conveniente que junto á la mente fogosa, cual si se tratase de un corcel, camine la elocucion, y tomándola de las riendas, la dirija sin dejarla arrastrar por el ímpetu. No han de disponerse los hechos al acaso, sino con diligencia y trabajo, repasando muchas veces lo escrito, especialmente si se trata de asuntos contemporáneos y de que uno ha sido testigo ocular; en caso contrario, es preciso referirse á los autores mas fidedignos, y que ni por odio ni por favor hayan querido ocultar ó exagerar los acontecimientos.

» Despues de reunir el total ó la mayor parte de los materiales, fórmese primeramente un compendio, casi un embrion informe; désele despues hermosura, désele colorido por medio de la diccion, del método y de la elocuencia, y el historiador, semejante al Júpiter de Homero, que miraba tan pronto hácia la tierra de los caballeros tracios como á la de los misios, observe ora las cosas particulares de los Romanos, exponiéndolas cual se le presentan vistas desde arriba, ora las de los Persas, y en la batalla no tome parte por ninguno de los dos campos, ni exclusivamente por un caballero ó un infante. Guarde moderacion en todo, sin aparecer en la narracion pesado, tosco ni pueril; proceda con facilidad, y despues de haber colocado cada cosa en su sitio de la manera conveniente, pase á otros relatos, si ocurrieren, retrocediendo cuando sea oportuno. Procure en lo posible dar rapidez á la narracion, distribuya la materia segun las épocas, vuele de la Armenia á la Média, y de allí sacuda de nuevo las alas hácia la Iberia y luego hácia la Italia, sin perder un solo instante. Sea su espíritu semejante á un espejo brillante y claro, que del mismo modo que recibe las imágenes de las cosas, las trasmite, sin alteracion alguna, sin que varíen su figura ni su color; pues los historiadores no deben escribir como los oradores, sino referir lo que acontece, sin mas cuidado que el de coordinarlo. En suma, el historiador ha de parecerse á Fídias, á Praxitéles, á Alcaménes ú otros semejantes, los cuales no hacian el oro, la plata, el marfil, sino que conforme les suministraban estas materias los Eleos, Atenienses ó Argivos, las modelaban, cortaban y ajustaban, consistiendo su arte en disponerlas segun la necesidad lo requeria. Del mismo modo incumbe al historiador ordenar perfectamente los hechos, y exponerlos con tal claridad que el que le escucha crea haberlos visto.

» Cuando tenga preparado ya todo, empiece

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sin prólogo, á no ser que el asunto exija alguna declaracion; en este último caso, reclame solo dos cosas, y no tres como los oradores; omita lo que atañe á la benevolencia, y solicite únicamente la atencion y la docilidad del auditorio. Le prestarán atencion, si habla de cosas grandes, necesarias, domésticas y útiles; docilidad si expresa claramente aquello de que va á tratar, poniendo á la vista las causas y remontándose al orígen de los sucesos. Á un grandioso prólogo deben ser consiguientes los hechos. Conviene que el paso á la narracion sea fácil y natural, ciñéndose el cuerpo restante de la historia á ser una relacion no interrumpida, que ha de adornarse sin embargo con algunas galas, procediendo correcta é igual, siempre parecida á sí misma, sin elevarse ni descender demasiado, y buscando la claridad, la cual se obtiene con la conformidad de los hechos. Ni será perfecto miéntras no sujete lo que antecede á lo que sigue, como con una cadena, para que no parezca que son muchos relatos, puestos los unos al lado de los otros, sino que se vea que el primero participa siempre del segundo, y que ademas de estar inmediato á él, se enlaza con los últimos.

» La rapidez es útil en toda tarea, y mayormente cuando hay abundancia de cosas que referir; conviene, pues, alcanzarla, no tanto con cercenar las palabras como los hechos; esto es, pasando velozmente por las cosas de poca importancia y ménos precisas, y hablando con extension de las grandes. Sobre todo, se requiere la prudencia en la descripcion de los montes, mares y rios, á fin de que no parezca que se hace ostentacion de elocuente. Obsérvese cuán compendiosa es la forma de Tucídides cuando describe una máquina, ó expone el órden de un asedio, en sí útil y necesario, ó cuando bosqueja la figura de la Epípolis, ó el puerto de Siracusa. Si fuere conveniente introducir algun interlocutor, diga cosas adecuadas á las personas y al negocio, y siempre con la mayor claridad. Las alabanzas y las censuras sean moderadas, circunspectas, no calumniosas; y ademas breves, probadas y oportunas. Y si viene á cuento alguna fábula, refiérase, pero sin afirmarla, para que cada uno piense de ella como mejor le plazca, y que el historiador no cargue con la responsabilidad. Finalmente, repetiré una vez y otra, que el que escribe no debe contemplar solo el tiempo presente para elogiar y honrar á los hombres del dia, sino repasar en su mente todas las edades, ó mas bien, escribir para las generaciones venideras, y esperar de estas la recompensa cuando digan: *Era un hombre libre é ingenuo; en él no se advierte adulacion ni cobardía, sino verdad en todo.* El hombre dotado de juicio colocará este lauro mas alto que todas las efímeras esperanzas de esta vida. Tal fué la conducta de aquel arquitecto de Gnido, que despues de haber edificado la torre del Faro, esculpió sobre las piedras su nombre, y dándole un baño de cal, escribió luego encima el del monarca que reinaba á la sazon, previendo lo que sucedió; pues al poco tiempo, cayendo con el tendido las letras, se descubrió esta inscripcion: *Sostrato de Desifánes, natural de Gnido, á los dioses salvadores en beneficio de los navegantes.* Él no tuvo en consideracion su tiempo conociendo la brevedad de la vida; pero ahora y siempre, miéntras continúe en pié el Faro, vivirá la gloria de su arte. Del mismo modo conviene escribir la historia, con verdad, confiando en lo porvenir, y no con adulacion, para buscar los aplausos de los contemporáneos. »

CAPÍTULO XX

Historiadores.

¿Siguieron estos consejos los historiadores que vivian en aquel siglo?

Tácito 34-134?

Sobre todos, como el águila, se remonta Cornelio Tácito. Natural de Terni en la Umbría, y habiendo sido educado en las escuelas de los declamadores y de los estóicos, contrajo algunos de sus defectos y la admiracion de las austeras virtudes romanas; pero con esta, y con la lectura de las doctrinas mas rectas que habian expuesto los filósofos, concibió aversion á los sentimientos serviles y adquirió penetracion para indagar los mas recónditos laberintos del corazon humano. Primero siguió la carrera de las armas; despues se hizo abogado, fué cuestor y pretor en tiempo de Domiciano; vió la Germania y la Bretaña; ejerció tambien el cargo de cónsul, y llegó á una vejez avanzada, pasando una vida mas tranquila de lo que pudiera inferirse del severo descontento que reina en sus escritos.

En medio de los vivos contrastes de buenos y de malos príncipes y de la agonía del bien y del mal, se paró á contemplar en silencio aquella lucha sin vigor; y ántes de presentarse á las miradas del público, aguardó la madurez de los años. Pasaba ya de los cuarenta cuando por gratitud escribió la vida de Agrícola, su suegro, elevando la biografía á la dignidad de la historia, con introducir en ella los sucesos relativos á un pueblo nuevo (el británico), del cual supo recoger las particularidades mas señaladas.

Publicó en seguida la descripcion de la Germania, donde, siguiendo las huellas de César, delineó las costumbres de aquellos pueblos: como si adivinando su inminente invasion, hubiese querido prevenir al imperio, poniéndole á la vista aquellas hordas guerreras, rudas, pero íntegras, que amenazaban la corrompida civilizacion de los Romanos. Cuenta esta obra pocas páginas, y sin embargo es una de las mas importantes de la antigüedad y modelo eterno del arte de decir muchas cosas en breves palabras, si bien á pesar de todos los elogios que se le han tributado, no puede en ciertas cosas compararse con las que despues han produ-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cido los estudios en su progresivo desarrollo. En cuanto á los hechos, generalmente es verídico, y quizá los vió por sus ojos, ó los oyó á su padre; pero, al pintarlos, abusa de un colorido moral, procedente del disgusto que le causaba la sociedad romana; de modo que para oponer á la decrépita corrupcion de su siglo la vigorosa rectitud de nuevos pueblos, se excede y peca como tantos otros panegiristas de la vida salvaje. Ignorante de la lengua teutónica, debió de entender mal aquellas cosas; inclinado, como todos sus compatriotas, á no ver en ninguna parte sino usos romanos, creyó encontrar los dioses de Grecia y de Roma en la Germania (1); y miéntras que aquella tierra, apénas abierta á los ejércitos de los Romanos, ofrecia tantos misterios á su poco solícita curiosidad, él tradujo los imperfectos conocimientos que habia adquirido de ella por medio de los inexactos equivalentes de una civilizacion del todo distinta. Aumenta la vaguedad y las dudas la expresion que en su estudiado laconismo no basta ni con mucho á significar lo que ha concebido el historiador, ó que se halla empleada en un sentido diverso del que por lo comun tiene. Este defecto disminuye, pero no quita á Tácito el mérito de ofrecernos las primeras páginas de la historia moderna.

Despues de haber probado de este modo sus fuerzas, emprendió la historia de Roma en treinta libros, desde Neron hasta Nerva, cuyo reinado y el de Trajano, como tema mas rico y ménos peligroso, reservaba para estudio de su vejez (2). Dejó incompleto este proyecto, pareciéndole mas conforme á su genio describir en forma de Anales las atrocidades de los cuatro primeros sucesores de Augusto. Á pesar del cuidado con que uno de sus descendientes, que fué elegido emperador, trató de multiplicar los ejemplares de sus obras (3), se ha perdido una gran parte; de sus *Historias* no nos quedan sino cuatro libros y el principio del quinto, debiendo haber sido muchos, pues estos abrazan poco mas de un año, el 69 : de los *Anales* nos quedan seis, con muchos vacíos, habiendo perecido todo lo que narraba el fin del reinado de Tiberio, el de Calígula y mucha parte del de Neron.

Despues de Herodoto y de Tito Livio, historiadores poetas, y de Polibio y Jenofonte, historiadores políticos, Tácito, historiador filósofo, es el eslabon que enlaza á los antiguos con los modernos. Ántes que otro alguno hizo descender la historia á cuadros interiores y de costumbres, examinando con una habilidad dramática las paredes domésticas, no ménos que el foro y el campamento; ni se limitó únicamente á su patria, sino que extendió su vista á los nuevos mundos del Norte y del Oriente. No olvidándose nunca del sublime sacerdocio del historiador, severo juez de la moralidad, tributó homenaje á la virtud aunque la viese abatida, y censuró el vicio triunfante : todo cuanto se presentaba á sus ojos, lo sometia á la crítica, á la reflexion, al sentimiento, juzgándolo implacablemente y sentenciándolo con una sola palabra. Jamas narró un hecho, por insignifiante que fuese, sin remontarse á sus causas y desenvolver sus consecuencias. Mas como en él lo principal era la política, hasta en los actos mas sencillos investigaba remotas y complicadas razones, lo que le hizo caer en argucias y sutilezas, y le indujo á mirar siempre las cosas con ojos tan siniestros, que parece demasiado rigoroso, aun tratándose de un siglo tan depravado. De corazon honrado, verídico hasta en el énfasis, amó apasionadamente la libertad, pero no acertó á concebirla sino en las envejecidas formas republicanas; reconoció, sin embargo, que es posible ser grande aun á las órdenes de príncipes perversos, y que entre la abyecta servidumbre la peligrosa resistencia existe una senda exenta de bajezas y peligros (1). Al paso que selló con perpétua infamia á los tiranos, supo elogiar á un Nerva, que asoció el poder supremo con la libertad, y á un Trajano, en cuyo reinado se permitia á todos pensar lo que querian y decir lo que pensaban.

Pero ¿ qué pensaba Tácito de su época ? ¿ Creía que la sociedad debia despeñarse inevitablemente de abismo en abismo ? ¿ No veía ningun remedio, pues que no lo proponia ? ¿ Cuál era su eleccion entre las muchas supersticiones fielmente referidas al lector y respetadas por él como instituciones políticas y nacionales, y una divinidad que abandonaba á tal exceso de corrupcion su obra mas bella ? ¿ Rechazaba verdaderamente las esperanzas colocadas en otro órden de cosas, creyendo que *los dioses se cuidan de la venganza y no de la salvacion* ? No es posible asegurarlo, pues él ejercia su observacion con la frialdad de un médico que hace la anatomía de un cadáver y descubre el cáncer que ocasionó la muerte. Si en medio de su exámen se le presentaba bajo el escalpelo alguna parte que crecia con reciente vitalidad, la condenaba al mismo tajo, y describia el suplicio de los Cristianos como el de tantas otras víctimas, cuya sangre no servia sino de espectáculo al tirano y al pueblo.

Cuando ofrece á nuestros ojos la pintura uniforme de las atrocidades y de las liviandades de los emperadores, cuya historia, mas bien que la del Imperio, trazó; cuando describe la dócil sutileza del Senado, ó la brutal indiferencia del pueblo, nos hace estremecer; pero en vano le preguntarémos cómo llegaron á tal degradacion los hijos de Caton y de Bruto; en vano quere-

(1) Al oir el adjetivo teutónico *Mar*, que significa *glorioso*, y *Herl* ó *Kerl*, aplicado á Odino, sacó en consecuencia que se trataba de Mercurio; procediendo lo mismo en casos análogos.

(2) *Principatum divi Nervæ et imperium Trajani, uberiorem Trajani uberiorem securioremque materiam senectuti seposui.* Historia, I.

(3) El emperador Tácito; pero solo reinó seis meses.

(1) *Liceatque, inter abruptam contumaciam et deforme obsequium, pergere iter ambitione ac periculo vacuum.* ANNALES, IV, 20.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nos que nos revele la profunda habilidad con que Augusto puso freno al pueblo, corcel indomable, y que nos explique cómo los antiguos republicanos, segados por la guerra y por las proscripciones, no dejaron mas herencia que la debilidad y la resignacion.

Sin embargo, agrada y consuela el ver á un autor puro en medio de la corrupcion general, afirmar que hay en nosotros alguna cosa, de que no pueden despojarnos los tiranos ni aun con la vida.

Este tipo antiguo de modernas sutilezas políticas, este filósofo á la manera de La Rochefoucauld, desterró de su estilo toda forma natural y sencilla de concebir y de exponer, y se creó uno artificial, enteramente suyo, dotado ora de viva rapidez, ora de calma majestuosa, sencillo en grandeza, alguna vez sublime, siempre original, no empleando nunca mas palabras que las precisas, sin expresiones floridas, sin lujo de imágenes, cadencia ni períodos, como el que no desea agradar, sino solo que se piense, que toda frase instruya, que cada palabra tenga un sentido, y que sea de consiguiente precisa en cuanto á su objeto, vaga respecto de su alcance. Así Tácito, á pesar de sus defectos, ha merecido los elogios del lector reflexivo (1), y que Bossuet le llamase el mas grave de los historiadores, y Racine el mas insigne pintor de la antigüedad; habiéndose captado siempre el aprecio de aquellas personas que en las calamidades públicas necesitan conmoverse y fortalecer su carácter contra el terror ó la seduccion.

Tácito, así como no tuvo modelo, tampoco ha tenido imitadores; porque no podria imitarle quien no viviese como él en un principio romano, donde se recordaba la libertad y se toleraba la esclavitud, asociando á tradicciones gloriosas una sórdida degradacion; quien no hubiese pasado su primera juventud en medio de guerras civiles, en que dos partidos se disputaban el honor de dar el peor amo al mundo; quien no hubiese respirado despues bajo el cetro de Vespasiano y Tito, y temblado en silencio bajo el de Domiciano, hasta que reinando Nerva, pudiese, como Tácito, exhalar su indignacion en páginas meditadas largamente, templadas por la desgracia, coloreadas por la sublime tristeza de un hombre que se desentiende de sí mismo, para no mirar sino los males comunes; tristeza que acompaña á todo lo que es fuerte, grandioso, sublime, y que se difunde por la vida, por el pensamiento, por todos los sentimientos profundos.

Tácito tuvo la fortuna de disfrutar de su gloria; aunque la debió quizá mas bien á sus versos y discursos que se han perdido, como igualmente á una eleccion de chistes suyos, de que tuvo conocimiento el gramático Fulgencio Planciádes.

Cayo Suetonio Tranquilo, infatigable compilador de antigüedades, poseía el anillo de un emperador y un diploma de otro, y regaló á Adriano una pequeña estatua vieja de bronce, que habia pertenecido á Augusto. Con igual celo y fortuna reunió anécdotas relativas á los doce Césares: conocia la fisonomía de todos, su modo de vestir, su apostura, sus delirios; sabía á qué hora comia cada uno, y cuántos platos le servian; los muebles que tenia en su casa, las agudezas que proferia, las obscenidades que le deleitaban; y todo lo narró sin rebozo, sin reflexiones, sin genio, sin elevacion. Frio y lacónico archivista de los Césares, la erudicion era su único cuidado; nada le importaba la moral, y gracias si llamó monstruo á Calígula. Tampoco se curaba de la política, y ni siquiera advirtió la gran revolucion que se habia verificado en el mundo desde César á Domiciano. En vez de seguir el órden de los tiempos, distribuyó las virtudes y los vicios en ciertas categorías, como hacen los panegiristas, saparándolas así de los hechos que produjeron y que les dan significacion y valor, y sin mostrar cuánto aumentaron ó disminuyeron la fortuna del príncipe y del Estado.

Suetonio. n. 70-121?

(1) Es singular la estimacion que muchos príncipes han profesado á este acérrimo enemigo de los príncipes. Cristina de Suecia leía todos los dias algun pasaje suyo; el papa Paulo III no le soltaba nunca de la mano, lo mismo que Cosme de Médicis; el marqués de Espinola, general famoso, le tradujo: Leon X prometió mas que dinero al que descubriese algo mas de lo poquísimo que entónces se poseía de sus obras, y que habia sido publicado en 1468 por Vindelino de Espira. En efecto, Angelo Arcimboldi desenterró del monasterio de Corvey en Westfalia un manuscrito que contenia los cinco primeros libros de los *Anales*, y lo dió á luz en 1515.

Se cuenta que Napoleon habló acerca de Tácito con M. Suard, secretario perpétuo del Instituto de Francia: el hombre de accion con el literato, el práctico con el preceptista. — «¿No os » parece (decia el emperador) que Tácito, á pesar de su grande in» genio, no es de modo alguno un modelo de la historia y de » los historiadores? Como él es profundo, supone profundos » designios en todo cuanto se hace ó se dice, y sin embargo » no hay en el mundo nada mas raro que los designios.

» Es muy cierto (respondió Suard), es muy cierto, tratándose » de cualquier otro país; pero en Roma eran muy comunes. » En los seiscientos años que tuvo de vida la república, nada » se ejecutó sin un designio; durante el imperio, los señores » del mundo se abandonaron, sí, á sus pasiones, pero no al » acaso: Tiberio, á pesar de sus muchas extravagancias, re» flexionaba profundamente.

NAPOLEON. » Tácito, como historiador del imperio, debió » penetrarse de su espíritu, y léjos de esto, conservó el de la » república. Yo tambien quisiera la república, pero no es rea» lizable, y...

SUARD. » Señor, Tácito, mejor que ningun otro historiador » de la antigüedad, ha hecho ver cómo puede hermanarse el » mas alto poder del príncipe con la mayor libertad de los » pueblos; union que llama una rara felicidad.

NAPOLEON. » No importa; es el historiador de un partido, y » el pueblo romano no pertenecia al partido de Tácito; amaba » los emperadores, de los cuales Tácito quiere infundirnos » miedo, y los monstruos no son amados nunca. Las atrocidades » del imperio provenian de las facciones.

SUARD. » Perdonad, señor. Á la sazon no habia pueblo ro» mano en Roma, sino una plebe que acudia en tropel de todo » el universo, que aplaudia con trasporte al mas perverso de » los emperadores, convertido en comediante, con tal de tener » pan y los juegos del circo.

NAPOLEON. » ¿Y su estilo os parece xento de censura? Des» pues de haber leído uno á Tácito, se pregunta qué es lo que » piensa. Á mí me agrada que un escritor se exprese con cla» ridad. Supongo que estaremos de acuerdo en esto, ¿no es » verdad, señor secretario? »

Pero el secretario no tuvo tiempo de replicarle.

Véase á GARAT, *Memoires historiques sur la vie de monsieur Suard*. Paris, 1819.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Su estilo es correcto, sin gala ni afectacion. Escribió otras obras, como las vidas de los retóricos, de los gramáticos, y quizá de los poetas; tambien escribió sobre los juegos griegos, sobre las palabras injuriosas y sobre el modo de vestir de los Romanos.

Veleyo Patérculo, oriundo de la Campania, militó á las órdenes de Tiberio en la Tracia y en la Germania, ejerció dignidades civiles, y narró los sucesos acaecidos desde el orígen de Roma hasta su tiempo; pero solo nos queda lo respectivo á Grecia y Roma desde la derrota de Perseo hasta el año decimosétimo del imperio de Tiberio. Narrador cándido en lo demas, aduló bajísimamente á los Césares, hasta alterar y suprimir los hechos. Germánico, en su sentir, fué un holgazan, Tiberio un dios, Seyano un héroe; de cuya desgracia se dice que Veleyo participó, no como cómplice, sino como amigo (1).

Veleyo. Paterculo. n. 19 á C. 31 d. C.

Puro en su manera de escribir, pero desigual, no hace recordar á Tito Livio sino por la distancia que de él le separa, quiere concluir la relacion de todos los sucesos con sentencias conceptuosas; propende á brillar con antítesis y con palabras retumbantes; declama tanto cuando elogia como cuando censura, y despues de haber referido la muerte de Ciceron, prorumpe contra Antonio en una invectiva de escuela, que á fuerza de ser vehemente se convierte en ridícula.

Desde la caída de Seyano empezó Valerio Máximo una coleccion de *Hechos y dichos memorables* en nueve libros, compilados sin juicio, dispuestos sin crítica y narrados sin gusto. Apasionado de lo maravilloso, prefiere los ejemplos en que interviene algun prodigio, y las circunstancias mas extrañas, aunque en ello pierdan la verdad y la sencillez históricas. Por esta razon agradó en la edad média, y fué copiado y glosado tantas veces. Su estilo de baja ley, y su declamacion tan inalterablemente fria y severa, han hecho creer á algunos que la obra, cual la tenemos en el dia, es solo un compendio, ó mas bien, un extracto que formó un tal Julio Páris. Está precedida de un prólogo dedicado á Tiberio, de nauseabunda adulacion.

Valerio Máximo. 14.

Justino dirigió á Marco Aurelio (2) un compendió de Trogo Pompeyo, el cual en tiempo de Augusto habia escrito en cuarenta libros una historia llamada *Filipica*, porque desde el sétimo libro en adelante trataba del imperio macedónico. ¿Son culpables los compendiadores de haber causado la pérdida de los originales, ó dignos de estimacion por haber conservado á lo ménos parte de ellos? Á la verdad, mal se puede llamar compendio al de Justino, lleno de digresiones y siempre prolijo en el relato; solo que omite lo que no le parece curioso ó instructivo (1), confunde la cronología, no sabe enlazar las partes y es poco circunspecto; defectos quizá de su original, cuyo mérito consistiria en la belleza del estilo.

Justino. 138.

Para averiguar la fe que pudiera merecer, indagaron los eruditos las fuentes en que pudiera haber bebido Trogo y que su abreviador no señaló (2). En los seis primeros libros que sirven como de introduccion á la historia de Macedonia, siguió á Teopompo, al cual casi tradujo en los cuatro siguientes que tratan propiamente de la Macedonia y de la Persia hasta Darío Codomano: lo que dice del reino de Alejandro en los libros XI y XII es bien conocido; pero no así las guerras de sus sucesores, donde aparece sin embargo demasiado incompleto. En los libros, desde el XVII al XXIII, nos han sido conservadas preciosas noticias acerca de los Cartagineses ántes de las guerras púnicas. Habrá seguido á Filarco en la narracion de los sucesos hasta la guerra de Filipo con los Romanos, y á Polibio en los que acaecieron hasta Mitrídates. En cuanto al reino de este y á la historia de los Partos, Justino es casi nuestro único apoyo, habiéndose perdido las obras de Posidonio de Ródas, á quien siguió probablemente, como tambien en la historia de España, contenida en el libro XLIV.

Floro dió á luz en cuatro libros el compendio de la historia romana, ó mas bien un panegírico en estilo poético, llegando hasta intercalar en ella frecuentes hemistiquios de Virgilio. Por consiguiente, descuida la cronología, exagera sus cuadros, lo pinta todo con brillantes colores, encarece los objetos mas insignificantes con el énfasis y la interrogacion que mandan admirar, y con frases sentenciosas que hacen frio y monótono el relato. Si refiere la expedicion de Décimo Bruto por la costa céltica, asegura que no se detuvo en su victoriosa marcha hasta que vió realmente al sol sumergirse en el Océano, y añade que oyó el chisporroteo producido por su disco al contacto de las olas. Muchos de sus pensamientos son ingeniosos y están expresados frecuentemente con fuerza y precision. Se equivoca quien opina que su obra es un compendio de Tito Livio, del cual se separa á menudo. Introduce ademas una idea que se acerca á lo que llamamos filosofía de la historia, atribuyendo al imperio romano cuatro edades: la infancia, la juventud, la virilidad y la vejez.

Floro.

L. Fenestella, poeta é historiador, vivió por aquel tiempo; pero el tratado *De los magistrados romanos* que se le ha atribuido, es obra del Florentino Andres Dominico Floco.

Fenestella.

Á Quinto Curcio le colocan algunos por aquella época, y otros le suponen contemporáneo de Constantino; pero como ningun autor

Curcio.

(1) F. Jacobs, *Des V. Paterculus rom. Geschichte übersetz von*, etc. Leipzig, 1793. Morgenstern, *de fide historica V. Paterculi, in primis de adulatione ei objecta*. Leipzig, 1800.

(2) Si no está interpolado aquel pequeño capítulo en los manuscritos; lo que es muy posible, pues su estilo da á entender que pertenece á una época posterior.

(1) « Omissis his quæ nec cognoscendi voluptate jucunda, nec exemplo erant necessaria. » Just.

(2) Heeren, *De Trogi Pompei et Justini fontibus et auctoritate*, en los comentarios de la soc. de Gotinga, 1803. tom. XV. — J. Ch. Gatterer, *von Plan des Trogus und seines Abkürzers des Justini.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

antiguo hace mencion de él, hay quien le cree un monje moderno : tan grande es la falta que se nota en él de carácter propio. Los que se contenten con mirar su obra como una novela, sin que les cause repugnancia su hinchazon é inútiles sentencias, le hallarán narrador claro y descriptor florido. Pero, pésimo historiador, en vez de seguir á los mejores biógrafos de Alejandro, escogió para que le guiasen á los mas crédulos y fabulosos, como Clitarco y Egésias, si bien calló ó puso en duda algunos de sus prodigios (1). Jamas se cuidó de la cronología, ni de conciliar los hechos contradictorios que recogia en diferentes puntos, ni de indagar si podia hallarse oculto alguno verdadero bajo tales ficciones. Sabía poco de griego, poquísimo de arte militar, nada de geografía ni de astronomía : confundió al monte Tauro con el Cáucaso, y al Yaxártes con el Tanais, al paso que distinguió al mar Caspio y al Hircano ; ¿qué mas ? Hacía suceder los eclipses en la luna nueva (2). Sus discursos revelan un retórico que quiere ostentar palabras sonoras y pomposas máximas sin reparar si vienen ó no á cuento; de este modo pone en boca de los Escitas sentencias del Pórtico griego, y en boca de los héroes fanfarronadas de teatro. Despues de mencionar las torpezas en que Alejandro empleaba al eunuco Bagóas, añade que los deleites del rey de Macedonia fueron siempre lícitos y naturales.

Dictis. Se dijo que un terremoto habia descubierto en tiempo de Neron la tumba de Díctis, natural de Creta, y compañero de Idomeneo en la guerra de Troya, y que en ella se habia encontrado el diario de aquel, escrito en caractéres fenicios y en hojas de palmera. El fruto de esta impostura, traducido al latin en el siglo III por Quinto Septimio, ha llegado hasta nosotros.

Ademas se hace mencion en aquella época de M. Servilio y de Fabio Rústico, este último contemporáneo de Neron y panegirista de Séneca, ambos citados frecuentemente por Tácito ; de la Griega Panfila, que compuso en tiempo de Neron una historia general en treinta y tres libros ; de Suetonio Paulino, uno de los mejores generales de aquel emperador, y que describió su expedicion al otro lado del Átlas en el año 41, obra citada á menudo por Plinio ; el cual, por lo que respecta á las cosas de Oriente, se apoya en Muciano Lucinio, que compiló tambien los discursos, las actas y las cartas de los antiguos Romanos. Muciano Licinio llevaba siempre consigo una mosca viva, como preservativo para la vista (3). Julio Secundo escribió la biografía de un tal Juliano Asiático; Vipsanio Mesala la guerra entre Vespasiano y Vitelio, y otros acontecimientos. Ambos figuran como interlocutores en el diálogo *De la corrupcion de la elocuencia*. Cluvio narró los hechos de Neron y las guerras civiles que precedieron al reinado de Vespasiano ; obra que se ha perdido, pero que sirvió de fundamento á los escritores que le sucedieron. Sin embargo, como todos estos escritores vivian en un tiempo en que la administracion estaba envuelta en el misterio qué rodeaba á los gobiernos, tuvieron que contentarse con la voz pública, y que callar lo que podia desagradar á los tiranos.

Historia Augusta. Los autores de la *Historia Augusta*, Esparciano, Lampridio, Vulcacio, Capitolino, Polion, Vopisco, escribieron en el reinado de Diocleciano, ó poco despues. Biógrafos ántes que historiadores, escogieron por modelo á Suetonio, dándonos á conocer los vicios y las virtudes de los emperadores, su educacion, su alimento, sus vestidos, mas bien que las grandes revoluciones que á la sazon se estaban realizando : pobres tambien de estilo y de órden, pudiera decirse que en sus narraciones se introdujo la confusion que iba creciendo cada vez mas en el imperio romano (1). Quizá solo Vopisco fué testigo ocular ; los otros referian de oídas ó copiaban á los autores precedentes, variando su estilo y pensamientos segun las fuentes de que habian bebido. Pero, destituidos de criterio, despues de haber copiado á un autor, pasaban á otro, y sacaban de él los mismos hechos, sin mostrar que advertian la repeticion, que solia ser hasta triple. ¿Qué confianza pueden inspirarnos ?

Y sin embargo, ellos son los que nos han suministrado particularidades de costumbres relativas á los ciento setenta y ocho años compren-

(1) *Catálogo de las vidas comprendidas en los escritores de la Historia Augusta.*

PRÍNCIPES.	AUTORES PRESUNTOS.
Adriano	Esparciano.
Antonino Pio	Capitolino.
Elio Vero	Esparciano. Capitolino.
M. Aurelio	*Id.*
Avidio Casio	Vulcacio Galicano.
Cómodo	Lampridio.
Pertinax	Capitolino
Didio Juliano, Septimio Severo, Pescenio Niger	Esparciano
Clodio Albino	Capitolino.
Caracalla, Geta	Esparciano.
Macrino	Capitolino.
Diadumeno, Heliogábalo, Alejandro	Lampidrio.
Los Maximinos, Los tres Gordianos, Máximo y Balbino	Capitolino.
Los Valerianos, Galieno, Salonio, Los treinta tiranos, Claudio II	Trebelio Polion.
Aureliano, Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso, Tácito, Floriano, Probo, Caro, Numeriano, Carino	Vopisco.

(1) « Plura transcribo quam credo; nam nec affirmare sustineo de quibus dubito, nec subducere quæ accepi. » Lib. IX.

(2) *Luna deficere cum aut terram subiret, aut sole primeretur.* IV, 10. Le Clerc hizo ver sus errores en su *Ars critica.*

(3) PLINIO, XXVIII, 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

didos en sus treinta y cuatro biografías, las cuales parecen haber sido escogidas por algun autor en tiempo de Constantino, entre las muchas que existian.

Flavio Josefo 37-95.

Flavio Josefo dice en su vida que habia nacido el primer año del reinado de Calígula, y que descendia por su madre de los Macabeos, y por su padre de una familia sacerdotal. Siendo aun muy jóven disputaba con los doctores que iban á consultarle : examinó las tres sectas que dividian á su país, y á fin de conocer la de los Esenios vivió tres años en el desierto con Banun, que pasaba allí una vida muy austera, alimentándose con lo que producia la tierra y lavándose hasta tres veces al dia para conservarse puro. Habiendo regresado á Jerusalen, estrechó relaciones de amistad con los Fariseos y se dedicó á los negocios; luego, cuando sus conciudadanos quisieron declarar la guerra á los Romanos, se empeñó inútilmente en disuadirlos de aquel designio. Tomó parte en las discordias intestinas que desgarraron su país, y mandó un cuerpo de tropas en la guerras que prepararon la servidumbre. Habiendo caído prisionero en Jotapa, predijo el imperio á Vespasiano, lo que le valió la libertad, tomando, segun costumbre de los libertos, el sobrenombre de Flavio. Acompañó á Tito al sitio de Jerusalen, y volvió en su compañía á Roma, donde terminó su existencia.

Escribió en veinte libros las *Antigüedades judáicas*, desde la creacion del mundo hasta el duodécimo año del reinado de Neron, no para uso de los Hebreos, sino para dar á conocer á los Griegos y á los Romanos su nacion, que miraban con sumo desprecio. Omitió por lo mismo todo lo que aquellos podian calificar de supersticion, presentando siempre á su pueblo por el lado mas grato á los dominadores. Para él los libros sagrados no son mas que documentos, y echa á perder su noble y patética sencillez, reproduciendo mutilados, desleidos ó desfigurados sus relatos; sin embargo, llenó con su obra el vacío de cuatro siglos, cuya historia falta en aquellos, y nos ha suministrado muchos pormenores de costumbres.

Pasando despues á referir en siete libros las *Guerras judáicas* de que fué testigo y parte, deja ver su intencion de agradar á los vencedores. « Pues que (dice) acerca de la guerra entre » Judíos y Romanos, la mas famosa quizá de » cuantas se han oído, unos sin haber presen- » ciado los hechos y mal informados han escrito » como gente engañada, y otros, aunque estu- » vieron presentes á ellos, ó por adulacion á » los Romanos, ó por odio á los Judíos, han » disfrazado la verdad, convirtiendo sus obras, » ya en una acusacion, ya en un panegírico, » nunca en una historia exacta; yo, Josefo, » hijo de Matías, hebreo de linaje, natural de » Jerusalen, de condicion sacerdotal, que he » guerreado en persona con los Romanos, y casi » presencié los últimos combates, me he pro- «puesto traducir al griego la historia que escri- » bí en el idioma patrio para los extranjeros de » las provincias superiores. Me ha parecido con- » veniente que en asuntos de tanta importancia » no se desconociera la verdad ; y que miéntras » los Partos, los Babilonios, los Árabes mas dis- » tantes, nuestra nacion del otro lado del Eu- » frátes, y los Adiabenos, merced á mi diligencia, » saben con precision el orígen de la guerra, » los accidentes que ocurrieron en su curso y » la manera como terminó, los Griegos y Ro- » manos que no militaron, no continúen en las » tinieblas sobre este punto, por haber leido » solo adulaciones ó mentiras. »

Tradujo, pues, su obra del hebreo moderno al griego para presentarla á Vespasiano, y Tito la hizo verter al latin, las dos lenguas cultas de aquel tiempo. Conociendo á fondo las sectas de su país, ofreció el instructivo espectáculo de sus disensiones, cuando la patria tocaba á su ruina. Supo contentar al rey Agripa (1); en Roma se le erigió una estatua, y los principales escritores cristianos le ensalzaron hasta las nubes, si bien la crítica sincera encuentra en sus obras un cúmulo de inexactitudes. Poseemos tambien del mismo autor dos libros contra Apion, que habia hablado mal de los Judíos en sus *Cosas egipciacas* ; y por último, un discurso sobre el imperio de la razon, en elogio de los siete mártires Macabeos.

Filon. 30 á. C

Tambien fué hebreo Filon, quien, ademas de la embajada á Calígula, escribió con el título de *Virtudes de Calígula* cinco libros acerca de los males que aquel loco desalmado hizo padecer á los Hebreos. Hablarémos en otra parte de las opiniones filosóficas de este retórico prolijo.

Herenio. Filon. n. 14 á. C

Herenio Filon escribió la historia de la Fenicia, su patria, y tradujo al griego la de Sanconiaton.

Arriano n. 103 d. C.

La historia de los Partos y de los Bitinios de Arriano Flavio, natural de Nicomedia, discípulo de Epícteto, guerrero romano que ascendió hasta el consulado, se ha perdido desgraciadamente, pero nos quedan la vida y cuatro de los ocho libros de los discursos familiares de Epícteto, doce de las arengas de este, siete de las expediciones de Alejandro, que es la mejor historia que ha llegado á nosotros de aquel grande hombre, fundada en la autoridad de Aristóbulo y de Tolomeo que le acompañaron en sus empresas, y otra obra sobre las Indias. En el estilo sigue paso á paso á Jenofonte, diciendo que así le fué ordenado por inspiracion divina. Conciso, pues, sin espontaneidad, es sin embargo claro, y no carece de gracia; no abusando tampoco en lo tocante á prodigios y arengas.

Apiano.

Apiano de Alejandría se habia sorprendido extraordinariamente viendo llegar embajadores

(1) Josefo inserta en su *Vida*, c. 32, dos billetes de Agripa : « He leido con extremado placer tu libro, y me parece que lo » has redactado con mas exactitud que todos los que han es- » crito acerca de este asunto. Envíame los que siguen. — Se » conoce por todo lo que has escrito que no necesitas mas » datos de los que tienes para instruirnos de lo acaecido desde » el principio, sin embargo, si vienes á verme, te revelaré » muchas cosas ignoradas hasta aquí. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

para ofrecer el dominio de nuevas naciones á Roma, la cual lo rehusaba, deseosa ya de conservarse, y no de adquirir. Pero si sometió su ingenio á la unidad romana, no por eso limitó á ella su atencion; y siempre que un pueblo descendia á la funesta liza con el romano, nuestro historiador se detenia á estudiar y exponer sus vicisitudes, queriendo restituir su importancia á las naciones que Tito Livio y los demas historiadores latinos habian nombrado solamente cuando suministraban á Roma materia para un nuevo triunfo. De sus obras nos quedan las guerras púnicas, las de Mitrídates, las de la Iliria, cinco libros de la civil, y algunos fragmentos de las célticas, que son un monumento precioso. Conocia el arte militar, y narró con el tono sencillo que conviene á la verdad, aunque le imputan haberse valido, no solo de los pensamientos de los autores en quienes se apoyaba, sino hasta de sus palabras.

Pausánias. 174. Aunque Pausánias en su *Viaje á Grecia* fija principalmente la atencion en los edificios públicos y en los monumentos de las artes, derrama no obstante mucha luz para la inteligencia de los historiadores y de los tiempos, porque, ademas de describirlos, indaga su historia, discutiendo é ilustrando los hechos y las fábulas. En este trabajo, si algunas veces observa y compila con la prisa propia de un viajero, otras examina y compara esmeradamente. Si hubiera podido imaginar la tempestad que amenazaba al mundo, no se habria contentado con rápidas indicaciones, á propósito para estimular nuestra curiosidad, no para satisfacerla. En el estilo imita á Herodoto penosamente, mostrando una concision afectada é inconexa. Fué natural de Cesárea en la Capadocia, y despues de visitar la Grecia, la Macedonia, el Asia y el Egipto hasta el templo de Júpiter Ammon, parece que se estableció en Roma, en tiempo de los Antoninos.

Herodiano. Herodiano nos dejó en griego ocho libros de la historia de los emperadores, desde la muerte de Marco Aurelio hasta la de Máximo y Balbino, asegurando que referia tan solo aquello de que fué testigo ocular. Desatiende la geografía y la cronología; pero elige con feliz brevedad y buen criterio los hechos mas inportantes para darnos á conocer una edad desgraciada en que la política no podia ménos de obedecer á las circunstancias, y en que la paciencia de los Romanos alentaba las vejaciones de sus señores.

Dion Casio. 229. Escritor de distinto órden es Casio Coceyo Dion, natural de Nicea en Bitinia, á quien colmaron de honores Cómodo y los emperadores que le sucedieron. Redujo á ocho décadas la historia de Roma, desde Enéas hasta el emperador Alejandro, segun le fué intimado en un sueño; pues era tanto lo que creía en ellos, que escribió una obra sobre la materia. Diez años empleó en reunir los materiales, y doce en componer la narracion, muy circunstanciada hasta la muerte de Heliogábalo, y enteramente compendiosa desde esta en adelante. Exacto en las cosas que vió por sus ojos, carece en lo demas de carácter propio, compilando mas que piensa, y quedándose muy atras de Tucídides, á quien se propuso por modelo tanto en las ideas como en el estilo. Claro, pero incorrecto y lleno de paréntesis, entreteje la relacion de prodigios y sueños. Se entretiene en contarnos que el sol apareció ya mayor, ya menor ántes de la batalla de Filípos (1); que Vespasiano curó á un ciego con la saliva; que un ave fénix tendió el vuelo hácia Egipto en el año 790 de Roma (2). Trata mal á Ciceron, Bruto, Casio, Séneca y á otros hombres ilustres por haber sido republicanos; y es casi el único entre los antiguos que defiende el partido de César y de Antonio, no cesando de legitimar el dominio de los emperadores. Como magistrado, expone exactamente la organizacion de los comicios, el establecimiento de los magistrados y las modificaciones del derecho público, por lo que es sensible que se haya perdido una parte tan considerable de su obra, como tambien su historia de los Persas y de los Getas.

Diógenes. 190. En tiempo de Antonino vivió el epicureo Diógenes Laercio, cuyas *Vidas de los filosófos*, aunque escritas de prisa y desfiguradas en muchos pasajes, nos han conservado las opiniones de un gran número de escuelas.

Filóstrato. Filóstrato, natural de Aténas, ademas de las vidas de los sofistas, que hemos mencionado, escribió la de Apolonio de Tiane, cuatros libros de cuadros, un tratado de los héroes y epístolas familiares.

Plutarco. Plutarco, el mas conocido de los escritores antiguos, nació cincuenta años despues de Cristo, y quizá fué maestro de filosofía de Adriano. Se le deben las *Vidas comparadas de los hombres ilustres*, en que pone siempre en paralelo á un Griego con un Romano. Nos dice que escribia en Queronea, su patria, pequeña ciudad, donde faltaban los auxilios indispensables para el estudio; pero que no la abandonaba, por no hacerla aun mas pequeña. ¡Qué inmensa biblioteca debia tener allí!

Sin embargo, su erudicion no es un estudio por medio del cual se haya asimilado los conocimientos tomados de tantos autores, sino un contínuo citar á estos y llevar así al lector de aserciones en aserciones contradictorias, y no resueltas (3). Se apoya tambien en los monumentos y en las actas públicas; pero muchas veces lo hace fuera de propósito, á causa de su ignorancia de los idiomas extranjeros, y hasta del latin; pues aunque habia vivido en Roma y comprendia que el aprender este último le hubiera sido útil y agradable, no lo estudió por considerarlo difícil y creer que se requeria para ello tiempo desocupado y edad lozana. Con esto se expuso á groseros errores; y prescin-

(1) Lib. XLIII.
(2) Lib. LVIII.
(3) Cita doscientos cincuenta autores, de los cuales se han perdido ochenta.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

diendo de las equivocaciones parciales, su costumbre de no ordenar los sucesos por épocas, produce confusion, la cual se aumenta con frecuentes y oscuras alusiones y con viciosas digresiones morales (1), efecto de la falta de un plan determinado y fecundo.

Dotado con largueza de razon natural, pero sin sentimiento de lo pasado, ninguna diferencia encuentra entre aquellos héroes por razon de la edad de la patria ó de la condicion, pintándolos á todos con los mismos colores, ya admirablemente buenos, ya infernalmente malvados, sin las gradaciones ni los matices que revelan la verdadera fisonomía del hombre. No ve mas que su héroe. Salvo el contradecirse en la vida de otro, le sigue á todas partes, al campamento, al trono, á su morada, al seno de los negocios, dando acogida á las anécdotas, sin discrecion ni buen tino; en términos que los eruditos disputan si su obra debe colocarse entre las historias, ó entre las novelas históricas. Sin embargo, dista mucho de representarnos á los personajes bajo todos sus aspectos. César y Pompeyo aparecen muy diferentes de lo que son en la historia: refiere los sueños de Ciceron, sus agudezas, pero no su vida pública; ni siquiera habia leido sus oraciones. Careciendo totalmente de inteligencia política, llega á ser mezquino las pocas veces que extiende su vista mas allá de la vida de su héroe.

En sus paralelos, mas ingeniosos que sólidos, léjos de mostrar la grandeza, el arte, la profundidad de Tácito, se detiene á enumerar semejanzas superficiales, y propende á favorecer á los Griegos, con el objeto de probar que no siempre habian estado tan envilecidos como entónces. Animado de las pasiones de sus contemporáneos ó de las de los autores que consultaba, no siempre es buen juez de la virtud, presentándonos como heroísmo el olvido de los sentimientos naturales, poniendo en las nubes á Timoleon y á Bruto, que mataron el uno á su hermano, y el otro á sus hijos, y preconizando como mérito en Caton lo que todo hombre honrado debe execrar.

Ecléctico en los pensamientos, lo es tambien en la diccion, que aparece medio griega, medio latina, redundante, cansada; quisiera reproducir todos los estilos, y sin embargo no alcanza ni la robustez dórica, ni la elegancia ática, ni la flúida armonía jónica. No obstante, como hombre sincero, se concilia la voluntad de los lectores, persuadiéndoles de que les dice lo que realmente piensa, y que no aspira á engañarlos, ni aun cuando él propio se engaña. Jamas presume hablar ex cátedra : la misma sencillez de sus reflexiones, no henchidas de pensamientos como las de Tácito, sino conformes al buen sentido general, atrae á los lectores, que se sienten satisfechos de que se haya presentado ya á su mente lo que sugiere el historiador. Tambien hacen interesante su lectura la pintura de las costumbres y la grandeza de los hombres que describe, los cuales, con arreglo á la antigua constitucion social, se introducian en todas las partes de la vida política, admirándolos la imaginacion aun cuando la razon los reprueba.

Plutarco escribió otras muchas obras : de este número son las *Cuestiones romanas*, que tratan del orígen de ciertos usos de aquel pueblo. Examina por qué en las nupcias se decia á la esposa que tocase el agua y el fuego, encendiendo cinco antorchas ni mas ni ménos; por qué los

(1) Sírvanos de ejemplo la *Vida* de *Demóstenes*. « Un destino fatal, segun parece, conduciendo en aquel tiempo á su fin, al traves de las revoluciones de las cosas, la libertad de la Grecia, se opuso á lo que queria Demóstenes, é hizo ver muchas señales que indicaban lo que iba á sobrevenir : tambien la Pitonisa proferia terribles vaticinios, y se repetia este antiguo oráculo sibilino, etc.

» Dicen que el Termodonte es un arroyuelo que corre cerca de nuestro territorio en Queronea, el cual desemboca en el Cefiso : ignoramos que exista hoy dia allí ningun arroyuelo de este nombre; pero creemos que el que ahora se llama Hemon, es justamente el Termodonte de entónces. Corre junto al templo de Hércules, donde se acampaban los Griegos; y se ha conjeturado que habiéndose llenado en aquella batalla de sangre y de cadáveres, le mudaron el nombre. Ademas, Duris afirma que el Termodonte no era antiguamente un rio, sino que al levantar algunos una tienda de campaña, excavaron alrededor y encontraron una pequeña estatua de piedra con caractéres que representaban á un cierto Termodonte, el cual llevaba entre los brazos á una amazona herida, y refiere que sobre lo mismo habia tambien otro oráculo que decia : etc. Es por lo tanto difícil el determinar lo que haya de cierto en estas cosas; pero se dice que Demóstenes, etc.

» Entre los cuales estaba Arquías, que despues fué llamado Figadotéras. Es fama que este, natural de Turio, habia representado en otro tiempo tragedias, y cuentan que aquel Paulo de Egina, que en este arte sobrepujó á todos, fué su discípulo; pero Hermipo enuméra á este Arquías entre los discípulos del orator Dacrito, y Demetrio dice que frecuentó la escuela de Anaxímenes. Este Arquías, pues, sacó fuera del templo de Ayax, que está en Egina, en donde se habian refugiado, al orador Hipérides, á Aristónico de Maraton y á Himereo, hermano de Demetrio Falereo, y los envió á Antípatro, que estaba en Cleone, donde fueron asesinados; y añaden que á Hipérides le cortaron la lengua. Noticioso luego de que Demóstenes permanecia en Calabria orando en el templo de Neptuno, se trasladó allá en esquifes, acompañado de satélites tracios, y trató de persuadirle á que saliese de aquel sitio, y se dirigiese con él adonde estaba Antipatro, que nada desagradable le sucederia. Pero Demóstenes habia tenido aquella noche casualmente un sueño extraño : le pareció que competia con Arquías en la representacion de una tragedia; y aunque alcanzó un feliz éxito y fué aplaudido por todos en el teatro, no obstante, quedó inferior en cuanto al aparato y la suntuosidad; por lo que, habiéndole dirigido Arquías muchas palabras llenas de humanidad, él le miró fijamente y le dijo sin levantarse del sitio que ocupaba : « *¡Oh Arquías! no me has podido mover durante la representacion; tampoco me moverás ahora con tus promesas.* »

» Ariston cuenta que chupó el veneno de la caña, como se ha dicho; y un tal Papo, cuya historia fué compilada por Hermipo, afirma que despues de haber caído junto al ara, se encontró en una tablilla el principio de una carta que estaba escribiendo, donde se léia solamente *Demóstenes á Antipatro*, y añade que habiendo causado estupor tan repentina muerte, los Tracios que estaban á la puerta, contaron que habia sacado un lienzo, y que cogiéndolo en la mano, se lo habia acercado á la boca : entónces fué cuando se tragó el veneno, miéntras aquellos creian que tragaba oro. Una criada que le servia y á quien interrogó Arquías, respondió que hacía ya largo tiempo que Demóstenes llevaba consigo aquel lienzo, cual si fuese un amuleto; y Erastótenes dice tambien que Demóstenes tenia el veneno en un anillo hueco con que se ceñia el brazo. No hay necesidad de exponer aquí las diversas opiniones de otros que han escrito acerca de este orador, y que son en gran número; solo sí diremos que Demócrates, amigo íntimo de Demóstenes, dice que, á su entender, murió repentinamente y sin dolor, no porque hubiese tomado veneno, sino por beneficio y providencia de los dioses, que le quisieron librar así de la crueldad de los Macedonios. »

Es inútil multiplicar este clase de ejemplos, pues se encuentran á cada paso.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

viajeros á quienes se creía muertos, al volver á su casa, no debian entrar por la puerta, sino descolgarse por el techo; por qué se cubrian la cabeza para adorar á los dioses; por qué empezaba el año en enero, y las tres partes del mes no se componian de igual número de dias; por qué no se emprendia ningun viaje el dia de las Calendas, Nonas é Idus; por qué las mujeres besaban á sus parientes en la boca; por qué estaban prohibidas las donaciones entre marido y mujer. Las respuestas, aunque á menudo son insustanciales, ilustran á veces las costumbres. Igual exámen hizo respecto de las Griegos, en las *Cuestiones helénicas*, buscando el orígen de las cosas mas singulares que se refieren en la historia de los mismos, la razon por qué las mujeres de Eretria, en las fiestas tesmosforias, tostaban las carnes al sol en vez de asarlas al fuego, y de dónde provenian los varios proverbios, con otras cosas por el estilo. Puso tambien en paralelo sucesos griegos y romanos, para probar, que mal se podian reputar aquellos como fabulosos, si existian otros análogos en la historia verdadera; asunto demasiado vasto y que está mal sostenido. En su tratado *De la fortuna de los Romanos, y de la de Alejandro*, procede como sofista, queriendo demostrar que los primeros lo debieron todo á la fortuna, y el último á su virtud. Acusa tambien de *malignidad* á Herodoto, llevado mas del amor á la patria que del amor á la verdad.

Si hemos de creer á Plutarco, se mostró muy indulgente con los esclavos; y despues de haberse irritado algunas veces contra ellos, al fin se convenció de que valia mas hacerlos peores con la condescendencia, que degradarse á sí mismo con la cólera, queriendo corregirlos. Tambien extendió su piedad hasta los animales, diciendo que por nada del mundo venderia al buey envejecido en su servicio. Sin embargo, Aulo Gelio refiere, que miéntras hacía castigar á un esclavo, este se volvió echándole en cara, en medio de los gemidos, aquel acto de ira, á él que la reprobaba en sus escritos; pero el filósofo respondió con sosegado tono: *¿Pues qué? ¿tengo por ventura el rostro encendido? ¿se me ha escapado alguna palabra de que deba sonrojarme? Estas son las señales de la ira que he reprobado en los sabios.* Y habiendo suspendido entretanto el cómitre los golpes, le dijo: *Continúa ejerciendo tu oficio, miéntras que yo y este disputamos.*

¿Nos detendremos á hablar de las supersticiones en que abundan sus escritos tan lastimosamente? Este hombre, que ha sido calificado de *juicioso*, cree en el horóscopo de Pirro, en los sueños de Sila, en los cuervos que caen al fragor de los aplausos, en las cabezas de bueyes sacrificados que sacan la lengua y lamen su sangre: cuando se espera que explique las causas de un grande acontecimiento, nos sale con cuentos de serpientes que anidan en los tálamos, de aves que vuelan de un modo siniestro, ó de portentos pavorosos, brillando en todo una ingenuidad ó candidez que demuestra cómo rebajan al hombre las falsas creencias cuando le falta la religion. Plutarco cree con sinceridad en sus dioses, como si ninguna voz hubiese amenazado aun sus altares. Habiéndose suscitado cierta desavenencia entre él y los parientes de su esposa, poco despues de su matrimonio, esta, temerosa de que se originase alguna discordia doméstica, invitó á su marido á subir en su compañía al Helicon para ofrecer allí al amor un sacrificio, que no fué estéril, pues con aquella peregrinacion se amaron mas tiernamente. Fué por largo tiempo sacerdote de Apolo Pitio: *Sabes*, escribe en uno de sus tratados, *que ejerzo el sacerdocio de Apolo, hace muchas pitiadas; y sin embargo, creo que no querrás decirme: Plutarco, ya has sacrificado bastante, ya has dirigido bastantes procesiones, bastantes danzas en torno del ara; eres viejo, y es tiempo de que dejes la corona que llevas en la cabeza y abandones el oráculo.* Tambien se habia hecho iniciar con su mujer en la cofradía mística de Baco; y en tantas obras de moral como escribió, jamas aludió una sola vez á los Cristianos; de suerte que, á falta de pruebas históricas, pudiera créersele contemporáneo de aquellos antiguos filósofos de quienes tomó lo mejor, apoyando las máximas con hechos, y hermoseándolas á veces por medio de vivas imágenes y felices alegorías.

Miéntras que estos componian, otros criticaban ó compilaban; adquiriendo importancia en esta materia gramáticos y filósofos. Aulo Gelio, que vivia en el reinado de Aurelio, estudió gramática en Roma y filosofía en Aténas, donde en sus *Noches áticas* recopiló para sus hijos lo mejor que habia oído ó leido. Aunque no tuvo ni gusto ni discernimiento en la eleccion, nos ha conservado sin embargo excelentes noticias y monumentos antiguos; semejante á los museos que se forman con los fragmentos exhumados de ciudades que ya no existen. Así fué dado á la medianía inmortalizar el nombre de algunos genios que de otra manera hubieran perecido. ¡Triste consideracion! Aulo Gelio. 130.

El libro XX, que contiene una digresion acerca de las Doce Tablas, es el mas importante de todos. Varía de estilo, segun los autores de quienes toma sus materiales; es algunas veces enérgico, y otras hasta bello; pero ya se nota en él la trasformacion de la lengua latina, la afectacion del arcaismo, deplorable síntoma de decadencia, como el chochear de los viejos.

Refiere que, habiéndole elegido los pretores para que decidiese algunas pequeñas diferencias entre particulares, se le presentó un individuo afirmando que habia prestado una suma á otro, el cual lo negaba. No habia testigos ni documentos; pero el actor gozaba de buena reputacion y era pésima la del demandado. Aulo Gelio se encontró sin saber qué fallo dar; sus compañeros sostenian que á nadie se podia condenar sin pruebas; Favorino le citó el ejemplo de Caton, quien, en un caso análogo, habia dicho que se debia tener en cuenta la virtud de los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

contendientes; pero Aulo Gelio no supo resolver en un asunto, á su parecer, tan embarazoso.

Ateneo. Ateneo, natural de Naucrátes en Egipto, vivia en tiempo de Cómodo, y suponiendo que un tal Laurencio habia reunido veintiuna personas entre jurisconsultos, médicos, poetas, gramáticos, sofistas y músicos, les hace discurrir acerca de todo lo que puede venir á cuento, tratándose de los preparativos de una fiesta; por ejemplo, de manjares, vinos, vasos, juegos, perfumes y guirnaldas : esto le proporciona la ocasion de hablar mucho de medicina, historia, ciencias naturales y filosóficas, y de las costumbres y usos públicos y privados de los Griegos. Cita mas de setecientos autores, y los títulos de dos mil setecientas obras en verso y prosa : y dice que habia extractado mas de ochocientas comedias de la época alejandrina. El lector ha visto con qué frecuencia nos hemos servido de su *Banquete de los sabios* (Δειπνοσοφισται) : y aunque aglomera sin discernimiento, es lástima que su compilacion se haya perdido, excepto un extracto de los primeros libros que se hizo en Constantinopla en tiempos posteriores.

Las *Estratagemas* del Macedonio Polieno, dedicadas á Marco Aurelio y á Vero, no ofrecen ninguna utilidad para el arte militar; pero nos han conservado muchas noticias, en un estilo adornado con afectacion. Por la manía de reducirlo todo á astucia, desnaturaliza los hechos y convierte los Aquíles en Ulíses.

Sexto Julio Africano, natural de Emaús, formó una miscelánea de cosas agradables, que intituló *Cestos*, por alusion al cesto ó ceñidor de Vénus.

Flegon. Flegon de Tralles en la Libia, liberto de Adriano, habia descrito en griego la Sicilia y las fiestas de los Romanos, y en diez y seis libros de las Olímpicas y Crónicas, dispuso, segun los años de las Olimpíadas, la historia universal, lo que daria importancia á su obra, á pesar de la aridez que se le imputa. Allí en el año décimoctavo del reinado de Tiberio, consignó un eclipse tan oscuro, que á las seis se veían las estrellas, y al cual acompañó un terremoto : es el mismo que mencionan los Evangelistas. De él nos quedan dos opúsculos titulados *De las personas de edad avanzada*, y *De las cosas maravillosas :* hubiera podido añadir absurdas; pues allí describe un hipocentauro, cogido en Arabia y llevado al museo de Adriano; y cuenta que vió con sus mismos ojos, y en union de muchas personas fidedignas, á una jóven que despues de seis meses de muerta se apareció, y que comia y caminaba como si estuviese viva, hasta que habiendo acudido sus padres para reconocerla, dijo, que de este modo ponian término á su nueva existencia, y cayó á sus piés.

Heliano. El Heliano que escribió en griego sobre el arte militar, es diferente del autor de la *Historia variada*, y de la obra titulada *De la naturaleza de los animales*, el cual en una coleccion que carece de crítica y de gusto, nos ha conservado muchos trozos de autores que se han perdido.

Tambien haremos mencion de Tolomeo Quenno, que en tiempo de Trajano escribió en griego una compilacion con el título de *Nueva historia de erudicion variada;* y de Antonino Liberal, autor de las *Metamorfósis*, aquel perteneciente á la época de Trajano, y este á la de los Antoninos.

No se crea que tales colecciones y compendios tenian por objeto difundir la instruccion entre la clase que mas la necesita, pues es sabido que esta no estudiaba; solo se proponian ahorrar trabajo á la juventud de ilustre cuna que por su condicion debia saber muchas cosas, pero que por la naturaleza de los tiempos y de la sociedad se encontraba fastidiada de los estudios como de todo lo demas.

CAPÍTULO XXI

Desde Cómodo á Severo.

Los ochenta y cuatro años que trascurrieron desde la muerte de Domiciano á la de Marco Aurelio fueron llamados la época mas feliz de la humanidad (1); y el nombre de los Antoninos cautivó de tal manera el afecto de los Romanos, que los emperadores subsiguientes lo añadieron al suyo, sin cuidarse demasiado de merecerlo. Apresuróse á deshonrarlo Cómodo; rico tan solo en fuerza, lujuria y cobardía. Él fué el primer emperador hijo de un padre á la sazon reinante; pero la lubricidad de Faustina indujo á creer que era hijo de uno de los gladiadores que pasaban, á invitacion suya, desde la sangrienta diversion del circo á contaminar el tálamo de Marco Aurelio. Su perversa índole no se mejoró con los ejemplos y las lecciones de su padre; y á los doce años, encontrando demasiado caliente el agua del baño, mandó arrojar en el horno al bañero.

17 de marzo. 180. Con tales disposiciones subió al trono á los diez y nueve años; y aunque no tenia ni émulos que quitar del medio, ni ambiciones ó memorias que sofocar, se entregó á cuantas crueldades podia sugerirle un carácter atroz, excitado por gentes perversas. Se complacia en ver padecer á los que eran condenados al tormento; jactándose de ser hábil cirujano, se ensayaba en infelices á quienes obligaba á acudir á sus consultas; de noche vagaba por las calles, cortando por diversion á este un pié, sacando á aquel un ojo; arrojó á las fieras á uno, porque dijo que él y Calígula habian nacido el mismo dia; encontrando al paso á otro muy corpulento, le abrió de arriba abajo como prueba de su fuerza; se presentó en público con los atributos de Hércules, hendiendo con la enorme clava la cabeza de algunos infelices disfrazados de bestias fero-

(1) Hegewisch la describe bajo el título de *Uber die für die Menschheit glüeklichste Epoche in der rom. Geschichte.* Hamburgo, 1800.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ces, y pretendió que se le confiriese el título de vencedor de monstruos.

Su fuerza era verdaderamente prodigiosa; pasó de parte á parte á un elefante con su lanza; mató en un dia á cien leones en el circo, cada uno de un flechazo; arrancaba con las flechas el pescuezo á los avestruces, en medio de su carrera; traspasó á una pantera sin tocar al hombre que esta tenia entre sus garras. Á fin de que no faltasen fieras para el recreo del emperador, se prohibió á los Africanos matar leones, ó ahuyentarlos cuando se acercaban hambrientos á las aldeas. Para dar al *género humano* el espectáculo de sus virtudes, bajó desnudo á la arena, vedada por sus predecesores á los individuos del Senado, y no habiendo sido herido nunca en setecientos treinta y cinco combates, tomó el título de *Cómodo, vencedor de mil gladiadores*. Embriagado con los aplausos del vulgo, estableció, para conservar su afecto, una compañía de mercaderes, y una flota que trajese trigo de África, en caso de desgraciarse la de Egipto; pero figurándose un dia que el pueblo le despreciaba, ordenó una matanza general y el incendio de la ciudad, costando mucho al prefecto de los pretorianos disuadirle de tan loco mandato.

Igualmente se distinguia por su lujuria. En vida aun de su padre, habia convertido el palacio en lupanar; y despues que aquel murió, tuvo á su disposicion una cuadrilla de trescientas concubinas y otros tantos bagaros, llegando hasta violar á sus hermanas : corramos un velo sobre lo demas (1).

Necesitando dinero para tantas locuras, aumentó todos los impuestos, negoció con los empleos, absolvió á los reos por dinero, y hasta permitió por cierto precio el asesinato y las venganzas. Seria largo referir las víctimas inocentes de aquel malvado, el cual, desterrando bien pronto á los tutores que le habia impuesto Marco Aurelio, dió rienda suelta á los compañeros de su libertinaje, salvo el deshacerse de ellos apénas le contrariasen en sus caprichos. Perenne, que se captó la gracia del emperador fomentando sus pasiones, asistia con él á los juegos capitolinos, cuando un filósofo cínico se presentó en el teatro y gritó á Cómodo : *Miéntras te engolfas en los deleites, Perenne y sus hijos ponen asechanzas á tu vida.* El favorito le hizo arrojar inmediamente á las llamas; pero en el emperador se arraigó la sospecha de que aspiraba verdaderamente al trono, porque era capaz de él; de consiguiente, habiendo enviado las legiones britanas mil quinientos hombres á Roma para que pidiesen la cabeza del ministro, este, culpable ó no, fué muerto con su mujer, su hermana y tres hijos, revelándose de este modo al ejército distante la debilidad del gobierno.

(1) *Sororibus suis constupratis, ipsas concubinas suas sub oculis suis stuprari jubebat, nec cruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus* Historia Aug. p. 47.

Sucedió á Perenne Cleandro, que habiendo sido llevado á Roma en clase de esclavo desde la Frigia, su patria, perteneció primero á Marco Aurelio, y luego á Cómodo, el cual le casó con una de sus concubinas, y le dió la libertad : despues, no teniendo que temer ni su habilidad, ni su virtud, le concedió un poder ilimitado, del que Cleandro abusó vendiendo todo, empleos, provincias, rentas públicas, justicia, vidas de inocentes; el que se atrevía á dirigir reclamaciones al emperador, pagaba el arrojo con la vida. Comprando trigo para volverlo á vender, redujo al hambre la ciudad, enriqueciéndose y adquiriendo favor con las distribuciones. Creó patricios á muchos esclavos que acababan de dejar la cadena, y los colocó en el Senado : en un año eligió hasta veinticinco cónsules. Pero un dia, miéntras se celebraban los juegos del circo, se vió entrar un tropel de muchachos capitaneados por un marimacho, que prorumpieron en fuertes gritos contra Cleandro : el pueblo gritó tambien, y todos corrieron al palacio suburbano, donde se hallaba aquel con el emperador, pidiendo la muerte del favorito. Salió la caballería; pero los plebeyos, haciendo uso de las armas populares, esto es, de tejas y piedras, pusieron en fuga á los pretorianos, y Cómodo, que, sumergido en los inmundos deleites, ignoraba lo que sucedia, lleno de pavor, mandó arrojar á los amotinados la cabeza de Cleandro, que fué arrastrado por las calles con su mujer, hijos y amigos.

Otro consejero de sus delitos era el liberto Antero de Nicomedia, y cuando los pretorianos le mataron apoyados por Cleandro, el emperador se vengó de ellos, perdiendo á cuantos le fué posible. Los mismos prefectos del pretorio eran mudados, puede decirse, cada dia; algunos no duraron mas que seis horas, y la mayor parte fueron privados de la vida al par que del empleo.

Abandonando el cuidado de los negecios á tales gentes, el perezoso emperador se negaba hasta á poner su firma en los despachos oficiales; y al pié de las cartas dirigidas á sus amigos escribia apénas la palabra *vale*. Sin embargo, aquel príncipe bajo é infame se apellidaba *feliz* en las medallas, y quiso que su siglo se denominase comodiano, y Roma colonia comodiana. El complaciente Senado tituló el lugar donde celebraba sus reuniones *Casa de Cómodo*, los nombres de los meses fueron convertidos en adjetivos que espresaban sus elogios, y él escribia al Senado : *El emperador César Lucio Elio Aurelio Cómodo, Antonino Augusto, feliz, leon, pio, sarmático, británico, germánico, pacificador, invencible, hércules romano, padre de la patria, pontífice máximo, cónsul por la VII vez, emperador por la VIII, tribuno por la XVII, á los ilustres senadores comodianos, salud.*

Lucila, su hermana, impulsada por la ambicion, creyó poder trastornar el Estado, poniéndose de acuerdo con los principales senadores; pero habiendo sido preso el sicario en el ins-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tante en que vibrando el puñal decia: *Este don te envian los senadores*, fué condenado á muerte con sus cómplices; á la princesa se le señaló por destierro la isla de Caprea, donde murió asesinada; y allí fué confinada tambien y sucumbió la emperatriz Crispina, que se habia propuesto imitar el libertinaje de su marido.

Las palabras del sicario, que supo hablar y no ejecutar, exacerbaron á Cómodo contra el Senado; y miéntras al principio, feroz por inclinacion, no por cálculo, solia perdonar, y habia arrojado al fuego, siguiendo el ejemplo paterno, las revelaciones que le remitió Manilio, secretario del usurpador Avidio Casio, entónces hizo revivir los delatores y los procesos de lesa majestad, y como precisa consecuencia, los suplicios de los inocentes y de aquellos cuya virtud contrastaba con la corrupcion imperial. Recordarémos entre estos á los dos hermanos Quintilios, á Máximo y Condiano de la Troade, celebrados por su amor fraterno, el cual era tal que siempre obraban de concierto y como un solo hombre; juntos gobernaban las provincias y mandaban los ejércitos; juntos ejercieron el consulado y otros honores que habian obtenido de Antonino y de Marco Aurelio, y juntos tambien fueron asesinados por Cómodo. Julio Alejandro de Emesa degolló á los soldados que habia enviado el emperador para que le quitasen la vida; despues huyó buscando un asilo entre los Bárbaros; pero embarazado en su marcha por un amigo demasiado lento, le mató y se suicidó en seguida.

Si á lo ménos Cómodo hubiese sabido emplear aquel feroz valor en defensa de las fronteras del imperio, tuviera alguna disculpa; pero, apénas ascendió al trono, cedió todas las fortalezas que poseía en el territorio de los Cuados, con la condicion de que estos se estableciesen á cinco millas del Danubio, entregasen las armas, suministrasen tropas á los Romanos y no se reuniesen sino una vez al mes, en presencia de un centurion. Tambien compró la paz de otros Germanos, y dejó que los Sarracenos (mencionados aquí por la primera vez) alcanzasen ventajas sobre el imperio. Posteriormente un simple soldado, llamado Materno, se puso al frente de una banda de desertores, y esparció la confusion en la España y en la Galia; pero viéndose cercado por todos lados, dispersó á los suyos y se dirigió á Italia con parte
188. de ellos para asesinar á Cómodo y declararse emperador. Algunos se habian mezclado ya con la guardia de este, cuando otros le vendieron, y el suplicio de Materno apaciguó el tumulto. Entretanto, el valor de los generales logró reprimir á los Frisones y rechazar á los Caledonios que habian traspasado la muralla construida por disposicion de Trajano; y Cómodo era llevado en triunfo y se titulaba emperador sin haber visto nunca el campo de batalla. Solo una vez manifestó deseos de pasar á África; pero así que hubo reunido con este fin bastante dinero, lo gastó en francachelas.

Infortunios naturales aumentaron los males de su reinado; hubo terremotos, y una peste que mataba en Roma á dos y tres mil hombres por dia; ardió el templo de la Paz, edificado de órden de Vespasiano, donde estaban depositados los despojos de la Judea, las obras de los literatos y aromas preciosos de Arabia y de Egipto; las llamas se acercaron hasta el palacio y hasta el templo de Vesta, de donde huyeron las vírgenes sagradas, exponiendo por primera vez á los ojos profanos el Paladio, salvaguardia del imperio.

El peligro privado pudo tambien consumar en esta ocasion lo que no habia podido hacer la indignacion pública; pues Marcia, concubina de Cómodo, Leto, capitan de la guardia, y Ecleto, su mayordomo, sabiendo que estaban condenados á muerte, envenenaron á Cómodo, que acababa de cumplir treinta y un años, y habia reinado cerca de trece (1). 31 de diciembre. 192.

El Senado, que habia descendido para con él al extremo de la abyeccion, así que le vió muerto cobró ánimo, mandó derribar sus estatuas, borrar su nombre de las lápidas, y negó la sepultura al vil gladiador, al parricida, al tirano mas sanguinario que Neron; pero no hay por qué temer: dentro de poco Severo le hará colocar de nuevo en el número de los dioses é instituir sacrificios y fiestas anuales en commemoracion de su nacimiento.

Los conjurados corrieron á la casa de Helvio Pertinax, anciano senador consular, y entónces prefecto de la ciudad, el cual, al oir que le llamaban á média noche, se figuró que le venian á matar de órden de Cómodo; por lo que, mandándolos entrar, les dijo, que ya hacía tiempo que los esperaba, pues él y Pompeyano eran los únicos amigos de Marco Aurelio que habian quedado con vida. Pertinax. 193, 1º de enero.

Pompeyano era virtuoso marido de la perversa Lucila, hermana de Cómodo: siempre decoroso, se habia negado á asistir al anfiteatro y ver al hijo de Marco Aurelio prostituir de aquel modo su persona y dignidad, y pasó la mayor parte del tiempo en el campo, pretextando enfermedades que cesaron solo en el breve reinado del sucesor de Cómodo.

Habia nacido Pertinax en un pueblo cerca de 126. Alba de Monferrato, de un esclavo de oficio carbonero, que le dió aquel nombre por su pertinacia en querer abandonar el modo de vivir de su padre y marcharse á Roma á enseñar el griego y el latin. Adelantando poco en esta profesion, se dedicó á la milicia, llegó á ser centurion, y luego prefecto de una cohorte en la Siria y en la Britania. Marco Aurelio le degradó á consecuencia de una denuncia; pero habiendo descubierto posteriormente que era falsa, le nombró senador y le envió con la primera legion á hacer la guerra á los Germanos. Habiendo recobrado de estos la Retia, fué

(1) Su vida privada está escrita por Lampridio en los *Scriptores hist. Aug.*; y desde su reinado empieza la historia de Herodiano.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nombrado cónsul. Despues, durante el reinado de Cómodo, se vió alternativamente ensalzado y deprimido, y por último, se le encargó el gobierno de Roma. Honrado, asiduo en los negocios, grave sin soberbia, afable sin debilidad, prudente sin astucia, frugal sin avaricia, grande sin orgullo, amante de la antigua sencillez romana, pareció á Leto y demas conjurados muy á propósito para reparar los males que habia ocasionado Cómodo.

Lleváronle, pues, al campamento de los pretorianos, los cuales, aunque adictos á Cómodo á causa de sus liberalidades, aceptaron al nuevo emperador mediante la oferta de tres mil dracmas por cabeza, y le condujeron entre ramas de laurel al Senado, para que fuese aprobada su eleccion. Sofocando allí con los aplausos la voz de Pertinax, que rogaba le exonerasen de aquel peso, se le confirió el título de augusto, de padre de la patria, de príncipe del Senado, y los cónsules pronunciaron su panegírico. No permitió que se llamase augusta á su mujer, por no merecerlo, ni César á su hijo hasta que no se hiciese digno de tal honor; y les cedió toda su fortuna para que no tuviesen necesidad de pedir nada al Estado : en seguida, con objeto de que el negligente fausto de la corte no corrompiese á su hijo, le envió á que se educase al lado de su abuelo materno.

3 de enero.

Conservó en el trono sus virtudes privadas. Sencillo en su modo de vivir, se trataba como ántes con los mejores senadores, convidándolos á cenas familiares, que eran la burla de los que preferian las sanguinarias profusiones de Cómodo. Estas, sin embargo, habian agotado el erario en términos que Pertinax, para restaurarlo, hizo convertir en moneda las derribadas estatuas de su predecesor, y vender en pública subasta sus armas, sus caballos, sus vestidos de seda, sus muebles, entre ellos un carro que señalaba la hora y el camino recorrido (1), sus concubinas y sus esclavos, exceptuando solamente aquellos que habiendo nacido libres, habian sido reducidos por fuerza á la servidumbre. Obligó á los favoritos del tirano á que restituyesen parte de sus mal adquiridas riquezas, y con ellas pagó, ademas de los pretorianos, á los acreedores del Estado, las pensiones devengadas, é indemnizó á los que habian sufrido algun perjuicio : abolió los gravosos portazgos que embarazaban el comercio, y decretó que estuviese libre de todo gravámen durante diez años el que redujese á cultivo los campos desiertos de Italia. Declaró que no admitiria legados con daño de los herederos legítimos; alzó el destierro y restituyó sus bienes á los que habian sido condenados por felonía; castigó á los delatores, é impidió que se escribiese su nombre en los lugares de costumbre, diciendo : *Son públicos y no del emperador.*

Aunque esto le granjeaba el amor de los buenos, que recordaban en él á Trajano y á Marco Aurelio, eran en gran número los que vivian perfectamente con el desórden y el silencio de las leyes. Los pretorianos, temiendo que se reformase la disciplina, echaban ya de ménos á Cómodo. Atizaba el descontento Leto, que en vano habia esperado obrar á su antojo en el reinado del que consideraba hechura suya. Á los tres dias de la elevacion de Pertinax, quisieron conferir el imperio al senador Materno Lascivio, quien huyó con trabajo de sus manos para presentarse á aquel y protestarle que se hallaba inocente. Escuchóles con mas agrado el cónsul Falcon, por lo cual le acusó el emperador, pero sin consentir que se le condenase. Apénas habian trascurrido ochenta y seis dias de su eleccion, cuando algunos centenares de pretorianos cruzaron á Roma y se avalanzaron al palacio, cuyas puertas les abrieron los guardias y los infieles libertos. El emperador se presentó á los amotinados y los reprendió, afeando aquel tumulto y advirtiéndoles los males que causaria; de modo que algunos avergonzados envainaban ya sus espadas, cuando un Bátavo le trapasó con su venablo, imitándole los demas. El emperador se cubrió la cabeza con la toga, rogó al Cielo que le vengase, y espiró atravesado de mil golpes : los pretorianos pasearon en triunfo su cadáver por la consternada ciudad.

Muerte de Pertinax. 30 de marzo.

Una nueva escena siguió á aquel motin. Los pretorianos publicaron que el imperio estaba en venta y que se adjudicaria al mejor postor. Sulpiciano, suegro del emperador, á quien este habia enviado al campamento para apaciguar el tumulto, cegado por una vil ambicion no se retrajo de aspirar á sentarse en un trono que destilaba semejante sangre; pero otros competidores habian acudido á la almoneda, y como llegase la noticia al sitio donde Didio Juliano, Milanes muy rico, sin acordarse de las calamidades públicas, daba un banquete á sus amigos, estos le animaron á tomar parte en la subasta. Despues de alguna vacilacion, al fin el anciano se dirigió al campamento, empezó á pujar con Sulpiciano, prometió restablecer el mismo órden de cosas que habia en tiempo de Cómodo, y en lugar de las cinco mil dracmas ofrecidas á cada soldado, subió la suma á seis mil doscientas cincuenta, pagaderas en el acto.

El imperio en subasta.

¡ Oh Yugurta, Roma habia encontrado comprador !

Aclamado Didio á una voz, fué conducido en medio de los pretorianos por las desiertas calles de Roma, y luego al Senado, que oyéndole enumerar sus méritos y encomiar la libertad de su eleccion, se congratuló en términos obsequiosos por la felicidad pública. Llevado al palacio con el mismo séquito guerrero, vió el trono de Pertinax y la cena frugal que estaba dispuesta : y no entibiándose por ello ni su ambicion ni su prodigalidad, mandó servir una comida mas espléndida que nunca, y pasó la noche en el banquete, en jugar á las dados y admirar al bailarin Piládes.

Didio Juliano.

Didio, á quien Marco Aurelio habia elevado á

(1) *Vida de Pertinax*, p. 56.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los empleos por recomendacion de su madre, habia mandado en Germania, defendido la Bélgica y la Iliria y desempeñado los cargos de cónsul y proveedor de los víveres en Roma; Cómodo no le molestó, y Pertinax le profesó singular afecto. Prodigaba locamente las inmensas riquezas que habia acumulado sin reparar en los medios; pero pronto debió de conocer el inmenso peso de un cetro obtenido de aquella suerte. Cuando los pretorianos, ganados con el dinero y la devolucion de las dignidades que habian recibido de Cómodo, le acompañaron al Senado, ni un aplauso se oyó entre el pueblo; ántes bien algunas personas le dirigieron injurias; y por mas afabilidad que mostró, por mas dinero que distribuyó entre la plebe, excitaba la indignacion general aquella eleccion hecha de una manera tan vergonzosa.

Amotinóse á poco la muchedumbre, é irritada por la resistencia, corrió á las armas, se lanzó al circo, donde Didio asistia á los juegos, repitió las imprecaciones contra él, é invitó á los ejércitos que se hallaban distantes á vengar la majestad prostituida del imperio.

Aquel grito tuvo eco, y los ejércitos de Britania, de Siria, de Iliria, mandados por Clodio Albino, Pescenio Nfger y Septimio Severo, rechazaron el indigno contrato, fuese por orgullo, por envidia de los soldados, ó por ambicion de los jefes. Clodio Albino, de orígen mas noble que los demas, natural de Adrumeto, en África, habia escrito sobre agricultura, abandonando despues el estilo por la espada. Austero mas de lo justo, no habia perdonado jamas: condenó al suplicio de la cruz á algunos centuriones por culpas de poco momento; desconfiaba de su familia y de todos, y era tan gloton que se comia de una vez quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cien becafigos y cuatrocientas ostras. Mandaba el ejército de Britania, cuando á consecuencia de un falso anuncio que recibió de la muerte de Cómodo, exhortó á sus soldados á restablecer la república. Esto le captó el afecto del Senado y le hizo odioso á Cómodo, librándole del castigo tan solo el puñal de los conjurados: negando ahora su obediencia á Didio, se sostenia fácilmente en aquella isla, aunque sin tomar el título de augusto.

Pescenio. Pescenio Niger de Aquino, hombre de escasas riquezas y de ménos estudio, habia ascendido en la milicia á los primeros grados, merced á sus prendas de atrevido soldado y buen capitan: mantenedor de la disciplina, no permitia que los oficiales maltratasen á los soldados: hizo apedrear á dos tribunos por haber sustraido alguna cantidad de la paga, y cediendo con dificultad á las súplicas del ejército, perdonó la vida á diez que habian robado aves; prohibió el vino en su campamento; queria que sus siervos llevasen fardos para que no pareciesen ociosos en las marchas, y él mismo viajaba á pié y con la cabeza descubierta. En el gobierno de la Siria, tan importante como lucrativo, se hizo amar por su energía, acompañada de afable complacencia; y así, apénas se supo que Pertinax habia sido asesinado, todos le excitaron á apoderarse del imperio; las legiones de la frontera oriental se declararon en su favor; lo mismo que el país desde la Etiopia hasta el Adriático: y del otro lado del Tígris y del Eufrátes recibió régias congratulaciones.

En la solemnidad de la aclamacion, al recitarse el panegírico de costumbre, Pescenio interrumpió al orador que le comparaba á Mario, á Aníbal, y no sé á qué otros capitanes diciendo: *Refiérenos mas bien lo que han hecho esos hombres digno de ser imitado. Elogiar á los vivos, y principalmente al emperador que puede recompensar y castigar, es propio de aduladores. Miéntras viva, deseo agradar al pueblo; en muriendo me elogiaréis.*

Virtudes moderadas, que siendo estimables en el segundo puesto, no eran suficientes para ocupar el primero. Pescenio, en vez de conciliarse los ejércitos de Occidente, y marchar á Italia, adonde era llamado, se detuvo en la voluptuosa Antioquía, persuadido de que su eleccion no sería disputada, ni se mancharia con la sangre de los ciudadanos.

Septimio Severo. Sin embargo, á par de él se levantaba un émulo superior en la persona de Septimio Severo, natural de Léptis en el África Tripolitana, de familia senatorial. Instruido en las letras, en la elocuencia, en la filosofía, en las artes liberales y en la jurisprudencia, habia ejercido magistraturas y mandos: era dado á las tareas del cuerpo y del espíritu, ajeno al fausto y á la gula, violento y tenaz en el amor y en el odio, previsor de lo porvenir y de los medios para convertirlo en su provecho, encontrándose dispuesto á sacrificar la fama y la honradez á la ambicion, é inclinado á la avaricia y aun mas á la crueldad. La astrología, pasion de sus compatriotas, le habia lisonjeado con la esperanza de alcanzar el imperio; se casó con una tal Julia Sira, porque los astros le habian pronosticado que llegaria á ser esposa de un soberano, y en tiempo de Cómodo se le acusó de haber interrogado á los adivinos sobre su exaltacion al trono.

Mandaba el ejército de la Panonia, cuando supo la muerte de Pertinax: inmediatamente reunió á los soldados, descubrió la torpeza de los pretorianos, y los excitó á la venganza con un discurso elocuente, y con la promesa mas elocuente aun de un donativo doble que el de Didio Juliano: en seguida, con la premura que el caso requeria, escribió á Albino ofreciéndole adoptarlo y llamándole César; no trató de hacer lo propio con Níger, porque sabía que no podria seducirlo; y se dirigió á Italia sin conceder reposo á sí ni á sus tropas.

Asustado Didio con las siniestras noticias que se sucedian unas á otras, fortificaba la ciudad y el palacio, como si fuera posible la defensa; pero los pretorianos, buenos solo para fraguar tumultos, temblaban al nombre de las invictas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

legiones de Panonia y de un general de la fama de Severo; y aunque corrian á empuñar las armas desde los teatros y los baños, apénas podian sostenerlas y manejarlas; los elefantes arrojaban del cuello á sus inexpertos conductores; la escuadra de Miseno maniobraba mal; el pueblo reía y el Senado no cabia en sí de gozo.

Entretanto Didio, vacilante, hacía unas veces declarar á Severo enemigo de la patria, otras pensaba en asociarle al imperio; ya le enviaba comisionados, ya asesinos. Ordenó que las Vestales y los colegios de sacerdotes saliesen al encuentro de las legiones, pero se negaron á ello: armó á los gladiadores de Capua, é intentó alejar la tempestad con mágicas ceremonias y con la sangre de muchos niños (1).

Pero los soldados de la Umbría que guardaban el Apenino desertaron, marchándose al campamento de Severo, y lo mismo hicieron los pretorianos así que este les aseguró que no los castigaria, con tal que le entregasen á los asesinos de Pertinax. En cuanto el Senado tuvo noticia de que estos se hallaban presos, decretó la muerte de Didio, confirió el imperio á Severo y dispuso que se tributasen honores divinos á Pertinax.

Muerte de Didio, 2 de junio. 193. Fueron enviados ilustres senadores á Severo, y sicarios á Didio, al que encontraron lloroso y dispuesto á ceder, con tal que le dejasen la vida. *¿Qué mal he hecho yo?* exclamaba: *¿He quitado la vida á nadie?* Pero debia pagar con su sangre los sesenta y seis dias de reinado que habia comprado con su oro.

Severo, que en el espacio de cuarenta dias habia corrido con su ejército ochenta millas desde Viena á Roma, obtuvo el deseado imperio sin mas muertes. Ántes de entrar en Roma, mandó reunir á los pretorianos vestidos de toda gala dentro de un cuadro formado por sus guerreros, y subiendo al tribunal, les echó en cara su perfidia y cobardía, los privó de los caballos y de las banderas, y los licenció como traidores, desterrándolos á cien millas de Roma. En seguida, despues de dar muerte á los asesinos de Pertinax, hizo á este insignes exequias y tributó lisonjas al pueblo y al Senado, creyéndole sincero algunos, y sospechando muchos que en él tendria Roma un nuevo Tiberio.

En lugar de los pretorianos exonerados, eligió un número cuatro veces mayor del que habia, con lo que impuso un nuevo gravámen al pueblo, escogiéndolos no solo de la Italia, de la España y de la Macedonia, sino de entre sus mas valientes soldados, cualquiera que fuese su patria. Aquellos cincuenta mil hombres, la flor de los ejércitos, debian ser considerados por las legiones como sus representantes y quitar las esperanzas de una rebelion. De este modo todos los soldados pudieron aspirar á contarse entre los pretorianos, miéntras que la juventud italiana, desposeida de aquel privilegio, se entregó al robo ó se dedicó al oficio de los gladiadores.

(1) Dion, LXXIII. — *Vida de Jul. Didio*, p. 62.

El prefecto del Pretorio adquirió cada dia mayor autoridad, permaneciendo no solo jefe del ejército, sino tambien de la hacienda y de las leyes.

Por gratitud ó por condescendencia política, concedió Severo á los soldados el anillo de oro y les aumentó los sueldos, con lo cual crecieron su lujo y molicie, relajándose la disciplina; y los oficiales, desplegando una gran pompa y sumiéndose en los deleites, movieron á los soldados á hacer lo propio.

Esto no aconteció sino posteriormente. Entónces Severo, al frente de tropas valientes y adictas á su persona, marchó á asegurar el imperio que tan fácilmente habia adquirido, y empezó la lucha contra sus dos rivales, en la que no se trataba de vencer á Bárbaros, sino á ejércitos iguales en armas, en fuerza y en táctica militar. Severo se distinguia por su rapidez, su prevision y su mala fe; prometia y faltaba á sus promesas; los otros dos creían y eran vendidos. Al dirigirse á Oriente, no dijo que iba á hacer la guerra á su competidor, sino á arreglar aquellas provincias; por el contrario, hablaba de Níger con afecto, como de un antiguo amigo y de un generoso vengador de Pertinax, diciendo que le queria para su sucesor; y educó en union de sus hijos á los de Pescenio, que habia mandado prender juntamente con los de sus oficiales. No obstante, léjos de asociarlo al trono, hizo que el Senado le desterrase. En seguida, prosiguiendo su marcha, derrotó no lejos de Cizico á Emiliano, general de su adversario, y luego á este junto á Nicea. Níger no se declaró vencido al primer reves, y habiendo reunido nuevas tropas, fortificó los desfiladeros del Tauro; pero deshecho segunda vez en Ipso, memorable por la derrota de Darío, miéntras buscaba asilo entre los Partos, fué asesinado cerca de Antioquía.

Muerte de Níger. 194. Severo ejerció crueles venganzas con los amigos de su antiguo amigo; dió muerte á los senadores que le habian servido de tribunos ó de generales, y desterró á los demas, confiscándoles sus bienes; condenó tambien al último suplicio á muchos que desempeñaban cargos inferiores; envolvió en una misma sentencia con sus padres á los hijos de los oficiales que habia tenido en rehenes, y exterminó la familia de su rival. Quitó sus privilegios á las ciudades que se habian declarado á favor de Níger, principalmente á Antioquía, que sometió á la dependencia de Laodicea, y aquellos que de buena ó mala gana habian facilitado dinero á su competidor, tuvieron que entregarle á él el duplo. Por todas partes resonaban quejas; pero él no les daba oído.

En el entusiasmo de la victoria pasó el Eufrátes, venció á los habitantes del Osroene y del Adiabene, que prevaliéndose de las últimas discordias, habian asesinado á los Romanos y sacudido el yugo; penetró en Arabia para castigarla por haberse unido á Níger, ataco tambien á los Partos, conquistó parte de la Mesopo-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tamia que redujo á provincia con su capital Nisibe, y sitió á Bizancio. Esta ciudad, la mas populosa y grande de la Tracia, admirablemente pertrechada y que contaba con una fuerza de quinientas naves, se defendió valerosamente, lanzando con las ballestas hasta las estatuas de los dioses y de los héroes; pero habiéndose rendido por hambre, despues de tres años de asedio, el vencedor no perdonó ni á los hombres, ni á los edificios, destruyendo el principal baluarte contra los Bárbaros.

Albino, que hubiera debido moverse miéntras que Severo estaba ocupado en Oriente, olvidando sus propósitos patrióticos en cuanto aquel le llamó César, se habia dejado adormecer por las promesas, y á la sazon se encontraba solo, teniendo que habérselas con un ejército ensoberbecido por la victoria. Severo, sabiendo que Albino estaba bien quisto del Senado, tanto como él aborrecido, no se atrevia á romper abiertamente con su adversario, y le escribia cartas lisonjeras, al mismo tiempo que enviaba sica-
197. rios que le asesinasen. Habiendo Albino descubierto esta perfidia, la hizo pública, tomó el título de emperador, y trasladándose á la Galia, formó allí un centro de personajes de nota.

Entónces Severo, despues de sacrificar una doncella para adivinar por el exámen de sus entrañas el éxito de la guerra (1), marchó con un fuerte ejército contra Albino. Cerca de Lyon se encontraron frente á frente ciento cincuenta mil Romanos: larga é incierta fué la batalla entre ejércitos de igual valor: Severo tuvo su vida en gran peligro; pero al fin quedó vencedor, y Albino, herido de muerte, espiró á los piés de su rival, que con bárbara alegría le hizo pisotear por su caballo, y le dejó en el umbral de su puerta para que los perros le devorasen.

Muerte de Albino, 17 de febrero de 197.

Habia bastado á Severo ocupar á Roma para ser dueño del imperio; en dos batallas venció la faccion de Níger, en una la de Albino, siendo al pueblo indiferente obedecer á cualquiera. Tambien los soldados combatian por dinero, no por sentimiento; y apénas caía un amo, ansiaban las dádivas de otro, y querian tomar parte en el saqueo de las provincias que tardaban en implorar la clemencia.

La seguridad no adormeció en Severo el deseo de la venganza. Aunque habia perdonado á la mujer y á los hijos de Albino, los mandó matar y echar al Ródano, lo mismo que á todos sus parientes y amigos, con los bienes de los cuales se enriqueció él y enriqueció á sus guerreros. Enviando al Senado la cabeza de Albino, se quejó en una carta del afecto que le habian profesado los senadores; alabó el gobierno de Cómodo, y terminó con estas palabras: *En esa cabeza, vosotros que le habéis amado, estudiad los efectos de mi resentimiento.* Luego que llegó á Roma, profirió en el Senado injurias contra Albino, leyó cartas dirigidas á este, y elogió las precauciones de Sila, Mario y Augusto, añadiendo que César y Pompeyo habian perecido por su inoportuna clemencia. Sus hechos caminaron de acuerdo con sus palabras, y en pocos dias cuarenta y dos senadores consulares ó pretores cayeron inmolados con otros muchos á la venganza, á la envidia y á la avaricia de Severo. Despues decretó los honores divinos á Cómodo, mandó dar muerte á Narciso que le habia envenenado, y en seguida marchó á emprender nuevas batallas.

De Bríndis pasó á la Siria y á Nisibe en la Mesopotamia, para rechazar á los Partos: habiendo atravesado el Enfrátes, tomó á Seleucia y á Babilonia que estaban abandonadas, y á Ctesifonte, su capital, despues de una larga resistencia y de graves enfermedades provenientes de la falta de alimento. Mandó que en Roma se celebrasen con regocijos estos triunfos, en medio de los cuales declaró augustos á Caracalla y Geta, sus hijos.

Habiendo descansado un poco en Siria, visitó la Arabia y la Palestina, donde proscribió la religion hebrea y la cristiana, lo que originó una nueva persecucion: visitó los monumentos del Egipto; concedió á los Alejandrinos un consejo público, que les babia sido negado hasta entónces, y recogiendo de los templos los libros que contenian doctrinas secretas, los encerró en el sepulcro de Alejandro Magno, para que ni aquellos ni este volviesen jamas á ser vistos.

Vª persecucion contra los Cristianos.

Entretanto no se olvidaba de espigar, como dice Tertuliano, á los partidarios de Níger y de Albino, y á todo el que le hacía sombra: despues se entregaba enteramente á Flavio Plauciano, prefecto del Pretorio, á quien en sus conversaciones familiares y en el Senado prodigaba mas elogios que los que Tiberio habia tributado á Seyano. Senadores y soldados ofrecian al favorito estatuas, votos, sacrificios, como á Severo, y juraban por la fortuna de Plauciano; solo valiéndose de su influjo se podia llegar hasta el emperador y obtener los empleos, y él abusaba de su autoridad hasta el punto de condenar á muerte á personas ilustres sin informar de ello á 202.
Severo. Este, creyéndole un hombre intachable, aumentaba mas y mas sus honores, casó á su hijo Caracalla con Plautilla, hija de Plauciano, la cual aportó al matrimonio, segun Dion, un dote que hubiera bastado á cincuenta reinas: cien ciudadanos de noble cuna, entre ellos algunos padres de familia, fueron reducidos al estado de eunucos para que la sirviesen. Envidioso luego de Plauciano, mandó derribar las estatuas que se le habian erigido; pero como algunos gobernadores, interpretando esta conducta por señal de disfavor, se apresurasen á hacer otro tanto en las provincias, unos fueron depuestos de sus destinos, otros desterrados, y Severo declaró que su cólera caeria sobre el que injuriase á Plauciano.

No debia soplar siempre el mismo aire. Irritado Caracalla con el fausto de Plautilla, cobró tal odio á esta y á su suegro, que juró la ruina de ambos. Habiéndolo sabido Plauciano, pro-

Papiniano.

(1) Suidas, p. 257.

LIGA DE GUERRA DESCUBIERTA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO Nº 198

(c) Instituto Cervantes de Madrid

207. yectó enseñorearse del trono con asesinar á Caracalla y á Severo; pero, informado este de aquella trama, le mandó comparecer á su presencia, y así que entró en el regio aposento, Caracalla se abalanzó á él y le hizo matar allí mismo, despues, casi pudiera decirse, de un reinado de diez años. Su hija y sus cómplices fueron desterrados ó condenados á muerte, y se nombró prefecto de las guardias al famoso jurisconsulto Papiniano, el cual, para juzgar mejor los procesos, se asoció á los abogados Paulo y Ulpiano.

El emperador, ayudado de estos, publicó leyes de grande, aunque severa justicia, que él mismo dictaba y ponia en ejecucion despóticamente, pues estando acostumbrado á la vida de los campamentos, y seguro del odio que le profesaba el Senado, despreció y conculcó este simulacro de poder intermedio entre el emperador y los súbditos. Jamas perdonó; pero, así que hubo concluido con sus enemigos, hizo florecer el país; no permitió que le rodeasen libertos, ni les concedió honores; corrigió los abusos introducidos con posterioridad al reinado de Marco Aurelio; habia hallado exhausto el Erario y lo dejó atestado de oro, y los almacenes quedaron llenos de trigo para siete años (1), y de aceite para cinco; pues habia adoptado sus disposiciones á fin de que se distribuyese á perpetuidad cierta cantidad de aceite á cada ciudadano, trayéndolo especialmente de la Libia Tripolitana, que se habia brindado á ello para honrar al emperador, que era natural de allí, y en reconocimiento de que habia refrenado á los Bárbaros que solian devastarla (2).

Levantó nuevos monumentos y reparó los antiguos en Roma, Antioquía, Alejandría, y en todas las ciudades principales, que olvidaron la guerra civil, tomando muchas el nombre de colonias suyas: fué liberal con el pueblo y en los espectáculos, é hizo reinar la paz interior.

Guerras en Britania.

Miéntras combatia en Oriente, ya los Caledonios habian invadido la Britania, y Lupo que la gobernaba, escaso de soldados, habia tenido que comprar la paz con dinero. Despues se sublevó toda la parte septentrional, arrojando de allí á las legiones y devastando el territorio, de suerte que Severo hubo de acudir en persona, llevando consigo á sus dos hijos para arrancarlos del libertinaje. Los Britanos asustados pidieron inútilmente la paz; pero aunque no se dió ninguna batalla campal, los Caledonios inquietaban de contínuo á los Romanos, quienes tanto á causa de esto como por las fatigas de la guerra perdieron cincuenta mil hombres (3).

208.

Severo, aunque viejo y gotoso, los perseguia sin tregua á sangre y fuego en sus mas ocultas guaridas, y los obligó á hacer la paz; despues, para separar las nuevas conquistas del país independiente, construyó una muralla de uno al otro mar, en el istmo que está entre el Forth y el Clyde. Poco tiempo permanacieron tranquilos los Caledonios; pues noticiosos de que Severo se hallaba enfermo se sublevaron, y el emperador envió á Caracalla para que emprendiese contra ellos una guerra de exterminio.

Caracalla era quien ocasionaba aquella enfermedad con su infame conducta. Impulsado por la ambicion á abreviar los dias de su anciano padre, habia intentado asesinarle en una batalla, y encontrándose á la sazon al frente de un ejército, le pareció la ocasion oportuna para ejecutar sus perversos designios. Ya ántes de salir de York muchos soldados y tribunos habian negado su obediencia al achacoso anciano: Severo reprendió al ejército, y mandó decapitar á los reos principales; pero perdonó á su hijo, y su único acto de clemencia perjudicó mas al mundo que todas su crueldades. La pesadumbre le devoraba. Sintiéndose morir, hizo leer á sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa para exhortar á sus herederos á la concordia; les recomendó el arte principal de los tiranos, que es saber conciliarse el afecto de los soldados con la liberalidad, sin cuidarse de los demas. Ordenó que se llevase la fortuna de oro al aposento de Caracalla, y luego al de Geta, y exclamó: *Fuí todo y el todo es nada* (1): habiendo pedido en seguida la urna preparada para recibir sus cenizas, añadió: *Tú encerrarás á aquel para quien la tierra fué pequeña*. No pudiendo sufrir las convulsiones, pidió veneno, y habiéndosele negado, comió hasta ahogarse.

Muerte de Severo 211. 4 de febrero.

Tenia cerca de sesenta y seis años, y habia reinado diez y siete y ocho meses. Colocada su efigie de cera en un lecho de marfil con paños de oro, la acompañaron durante siete dias senadores vestidos de negro y damas de blanco; los médicos continuaban sus visitas regulares, anunciando los progresos del mal, hasta el sétimo dia en que publicaron su muerte. Entónces el lecho fúnebre fué llevado por la via Sacra al foro en hombros de los caballeros, seguido de los senadores y de la juventud que cantaba himnos en honor del difunto. Habíase construido en el Campo de Marte una magnífica pirámide de madera de cuatro cuerpos, que contenia cuatro habitaciones unas sobre otras y en disminucion: en la segunda fué colocado el simulacro, esparciendo encima aromas y flores; despues de celebrarse á su alrededor carreras

Su apoteósis, 4 de febrero.

(1) Á razon de sesenta y cinco mil modios por año.

(2) Constantino la libró posteriormente de este gravísimo peso.

(3) Macpherson refirió á esta expedicion los poemas de Osian y su Fingal imaginario que tanto dió que hablar en el siglo pasado, y que valió á un poeta mediano la honra de ser comparado á Homero y á la Biblia.

Cuando hizo celebrar por el ciego padre de Malvina las victorias del rey de Morven á orillas del Carun, donde *Caracul, rey del mundo, huyó por los campos de su orgullo,* olvidó que el nombre de Caracalla se introdujo posteriormente y no se usó hasta la muerte de aquel emperador, conocido en vida por Antonino. Esta observacion es de Gibbon. Los Galos llamaban caracalla una especie de sotana; y porque Antonino la llevó y repartió de ellas al pueblo y no recibia á quien no la llevaba, le dieron este sobrenombre.

(1) *Omnia fui et nihil expedit*. Hist. Aug. 71.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de caballos, se le prendió fuego; y un águila, que levantó el vuelo de en medio de las llamas, simbolizó el alma de Severo subiendo á la mansion de los dioses.

Cuando ya no hubo que temer sus crueldades, se elogió la equidad de sus leyes; y la perversidad de su sucesor le hizo comparar á Augusto. Pero si consideramos que arrancó los últimos restos de la república, conculcando la autoridad del Senado, y que introdujo teórica y prácticamente el sistema despótico, le pediremos cuenta del abuso que de él hicieron sus sucesores y de la ruina que resultó para el imperio.

CAPÍTULO XXII

Desde Caracalla hasta Alejandro. —Restauracion del imperio persa.

Aquella Julia con quien se habia casado Severo porque las estrellas le habian pronosticado un rey por marido, ademas de ser bella, tenia un imaginacion viva, un alma firme, y un exquisito juicio: estaba instruida en las artes y en las letras, y protegia á los hombres de ingenio, cuyos elogios, sin embargo, no consiguieron hacer olvidar ciertas escandalosas aventuras suyas. Nunca pudo adquirir ascendiente sobre su austero y celoso marido; pero en el reinado de su sucesor administró con prudencia y moderacion.

Cara calla. Caracalla y Geta, sus hijos, uno de veintitres, y otro de veintiun años, añadian á la indolencia propia del que nace en la púrpura, vicios monstruosos y un odio recíproco. El padre empleó consejos y reprensiones para destruir tal animosidad, procurando igualarlos en todo, hasta conceder á ambos, contra el uso recibido, el título de augusto; pero Caracalla consideraba esta conducta como un ultraje, y Geta trataba de conciliarse el afecto del pueblo y del ejército; por lo que Severo, sin ser adivino, pudo predecir que *el mas fuerte de los dos mataria al otro, y que despues seria arruinado por sus vicios*.

Apénas cerró los ojos el emperador, los dos augustos interrumpieron la guerra, abandonando los países ya conquistados, como en competencia de quién llegaria primero á Roma; y habiendo sido proclamados ambos por los ejércitos, tuvieron un dominio igual é independiente. ¿Podia esperarse que reinára entre ellos la concordia? Desde que se pusieron en camino, no volvieron á comer juntos, ni á dormir bajo el mismo techo: luego en la ciudad dividieron entre sí el palacio, que era mayor que toda Roma (1), fortificando la parte del uno contra la del otro, y apostando centinelas; y siempre que se encontraban, era con la injuria en los labios y la mano en la guarnicion de la espada. Para evitar la guerra fratricida que amenzaba, se les propuso repartirse el imperio; pero la emperatriz los disuadió de un convenio, que rompiendo la unidad compacta del Estado, ó causaria la guerra civil y el predominio de una de las partes, ó la decadencia de ambas. Habiendo consentido Caracalla en concurrir con Geta á la estancia de aquella para reconciliarse, mató á su hermano en el regazo materno. Muerte de Geta, 27 de febrero. 212.

Entre arrepentido y satisfecho, huyó aquel monstruo al campamento de los pretorianos, se prosternó ante los dioses, y diciendo que se habia librado de las asechanzas de su hermano, protestó querer vivir y morir con sus leales soldados. Estos preferian á Geta; pero estando ya dado el golpe, creyeron que lo mas seguro era disimular, tanto mas cuanto que un donativo de dos mil quinientas dracmas á cada uno acalló las murmuraciones. ¿No habia oído Caracalla decir á su padre: *Conserva la amistad de los soldados y basta?* Del Senado no tenia que temer; para tapar la boca al pueblo, permitió que se deificase á Geta, diciendo: *Sea dios con tal que no viva*, y consagró á Serápis la espada con que le habia traspasado.

Pero las furias vengadoras despedazaron las entrañas del fratricida, que en medio de las ocupaciones, del libertinaje, de las lisonjas, veía siempre delante los espectros de su padre y de su hermano. Para borrar hasta el menor recuerdo del difunto, amenazó con la muerte á Julia que le lloraba; mató á Fadilla, última hija de Marco Aurelio; derribó las estatuas de Geta, hizo fundir sus monedas, y mandó degollar á veinte mil que consideró amigos suyos. Ordenó á Papiniano, que le era ya odioso, porque Severo le habia recomendado la administracion del reino y la concordia de su familia, que escribiese una apología de su fratricidio, como Séneca habia hecho con Neron; pero Papiniano respondió: *Es mas fácil cometerlo que justificarlo*, y con intrépida muerte selló la fama que habia adquirido con sus conocimientos, sus obras y empleos.

Caracalla, acostumbrado ya á la sangre, la queria tener siempre fresca, y era culpa suficiente para ejecutar á un senador el que fuese rico ó virtuoso. Un año despues de la muerte de Geta, salió de Roma para no volver á ella, y recorrió las várias provincias, principalmente las orientales, dando rienda suelta á su pasion, á los suplicios, no ya solamente contra los grandes y los ricos, sino contra todo el género humano.

Donde quiera que estuviese, los senadores debian prepararle banquetes y diversiones de inmenso coste, que él abandonaba despues á sus guardias, y erigirle palacios y teatros, que ó no miraba, ó mandaba demoler. Para adquirir popularidad, se vestia segun el uso del país; en Macedonia, como testimonio de su admiracion hácia Alejandro, arregló un cuerpo de su ejército por el estilo de la falange, dando á los oficiales los nombres de los de aquel héroe; en

(1) Herodiano. No es improbable, comprendiendo en él los ardines.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Asia idolatró á Aquíles; en todas partes fué bufon y verdugo: en la Galia derramó torrentes de sangre, é hizo matar hasta á los médicos que le habian curado. Por una sátira ordenó el degüello general de los Alejandrinos, y desde el templo de Serápis dirigia el suplicio de millares de infelices, todos, segun escribió al Senado, culpados. Abolió en aquella ciudad las reuniones literarias, expulsó á los extranjeros, sin exceptuar mas que á los comerciantes, y dividió los barrios con guardias y murallas. Prodigaba el oro á los juglares, cocheros, comediantes y gladiadores; reprendiéndole Julia por ello, contestó empuñando la espada: *Miéntras tenga esta, jamas me faltarán riquezas*. Sin embargo, despues de haber disipado el inmenso tesoro de Severo, llegó hasta fabricar moneda falsa. Por lo demas, no se cuidaba en lo mas mínimo ni de los negocios, ni de la justicia, y confiaba los primeros empleos á libertos, histriones y eunucos. ¿Qué importaban los lamentos del mundo entero? *Házte amigos á los soldados y basta*. Caracalla se mostró con estos aun mas liberal que su padre, sin refrenarlos con la firmeza de Severo: les distribuía al año setenta millones de dracmas, ademas del sueldo que tambien les aumentó; los dejaba regalarse en los cuarteles, y provocaba su familiaridad, imitando su vestido, sus modales y sus vicios.

Era natural que estos le amasen y le protegiesen contra el odio de los demas. La prefectura del Pretorio, que entónces, como hemos dicho, abrazaba todas las funciones del poder, habia sido dividida, correspondiendo la parte militar á Avento, y la civil á Opilio Macrino. Un adivino africano predijo á este último el imperio; y sabedor de ello Caracalla, miéntras dirigia un carro en Edesa, remitió el aviso que se le daba al mismo Macrino. Conoció este que era inevitable morir ó matar; por cuya razon compró á un soldado, el cual hirió de muerte á Caracalla cuando iba en peregrinacion al templo de la Luna en Cárres. Tenia veintinueve años; y Julia, su madre, para no sobrevivir á su perdida dignidad, se dejó morir de hambre.

Muerte de Caracalla, 8 de abril. 217.

Este monstruo es memorable por haber declarado ciudadanos romanos á todos los súbditos del imperio (1), no por generosidad, sino para someter tambien á los habitantes de las provincias al pago de la vigésima parte de las herencias que ántes satisfacian solo los ciudadanos (2). Tambien hizo algunas guerras: la primera contra los Catos y los Alemanes, de quienes no se habia hecho mencion hasta entónces; y aunque dió pruebas de valor personal, se rebajó comprando una paz vergonzosa. Algunas de las mujeres de aquellos, que cayeron prisioneras, viéndose puestas en venta, se mataron todas juntamente con sus hijos. Entónces los pueblos de Germania se sublevaron en masa, queriendo ó parte de los tesoros de Caracalla, ó una guerra eterna; y él eligió lo primero. Sin embargo, no recibió á los embajadores, sino á los intérpretes, á quienes en seguida mandó dar muerte para que no hubiese testigos de su vergüenza. Asesinó al rey de los Cuados, y habiendo llamado á las armas á los jóvenes de la Retia, los hizo degollar. Para esto sí que era valiente.

Pensaba atacar á los Partos, discordes entre sí, pero prefirió dirigirse á la Armenia y al Osroene, que estaban en paz con los Romanos, y habiendo invitado á su rey á conferenciar con él en Antioquía, le encerró en una prision. Redujo á provincia al Osroene; pero no pudo hacer lo mismo con la Armenia. Entrando de este modo, sin otra declaracion, en las tierras de los Partos, exterminó á sus habitantes hasta lanzando contra ellos bestias feroces; y aunque no vió al enemigo, el Senado á quien escribió jactándose de haber vencido al Oriente, le agregó los sobrenombres de Germánico, Gético y Pártico, y le concedió los honores del triunfo. Elvio Pertinax, hijo del emperador Pertinax que habia sido asesinado, dijo, que el apellido de *Gético* era el único que le convenia, aludiendo al fratricidio cometido en la persona de Geta: y pagó el chiste con la vida.

Macrino, 12 de abril.

Tres dias permaneció vacante el imperio del mundo: al cuarto, los pretorianos, no hallando á quien darlo, aclamaron á Macrino que se mostraba ajeno á ello, y apesadumbrado por el asesinato de Caracalla, y que de repente esparció regalos y promesas, concediendo ademas una amnistía. Era natural de Argel: Plauciano le habia nombrado administrador de su hacienda, en consideracion á sus conocimientos legales, y habiendo sido desterrado por Severo á África, ganó allí su subsistencia como abogado, hasta que, promovido á la prefectura del Pretorio, juzgaba las causas con toda la justicia posible en el reinado de un tirano.

Cuando escribió al Senado que *Caracalla habia sufrido la suerte de que parecia digno, y que el ejército le habia elegido para sucederle*, aquella corporacion, que hasta entónces se habia mantenido indecisa, prorumpió en imprecaciones contra el muerto, é infamó su memoria, prodigando á Macrino mas honores de los que habia concedido jamas á ningun otro, dando el título de César á su hijo, de Augusta á su mujer, y suplicándole que castigase á los ministros de Caracalla, y exterminase á los delatores. Macrino le permitió desterrar á algunos senadores y ciudadanos, y condenar al suplicio de la cruz á los esclavos ó libertos acusadores de sus amos: y en seguida consintió en la deificacion de Caracalla por el ejército, deificacion que aprobó el Senado siempre dócil.

Tratando de reparar los desórdenes del reinado precedente, anuló los edictos que no se hallaban conformes con las leyes de Roma; cas-

(1) Fecisti patriam diversis gentibus unam,
Urbem fecisti quæ prius orbis erat.
RUTILIO, *Itinerario*.

(2) Hay, sin embargo, quien atribuye esta ley á Marco Aurelio. 1, G. MANHERI *Commentatio de M. Aur. Antonino constitucionis de civitate universo orbi data auctore*. Halle, 1772. Quizá habia puesto restricciones que levantó Caracalla.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tigó con el fuego á los adúlteros, cualesquiera que fuesen; obligó á combatir con los gladiadores á los esclavos fugitivos: alguna vez dejó morir de hambre á los reos; decapitó á los delatores que no probaban su acusacion; si la probaban, les concedia la recompensa ordinaria de una cuarta parte de los bienes del acusado, pero los declaraba infames; unas veces castigó, y otras perdonó á los que conspiraron contra su persona. Este rigor, unido á algunas destituciones de personas ilustres, cuyos empleos confirió á gente que carecia de nobleza y de mérito, excitó descontentos, y pareció indecoroso ver en el trono á uno que ni siquiera era senador, y que no compensaba con ninguna cualidad apreciable la bajeza de su cuna.

Fuése justicia ó miedo, el emperador puso en libertad á los prisioneros robados por Caracalla; pero Artabano, que estaba levantando tropas para vengar tal afrenta, alentado con el abatimiento de los Romanos, pretendió que reedificasen las ciudades demolidas por Caracalla, que restituyesen la Mesopotamia, y que pagasen una multa por el ultraje hecho á las sepulturas de los reyes partos; y como no le diesen oídos, acometió á los Romanos cerca de Nisibe, los derrotó, y no les concedió la paz sino al precio de cincuenta millones de dracmas. Los Armenios se apaciguaron con la reposicion de Tiridátes en el trono.

La causa principal de las derrotas era la indisciplina de los ejércitos; por lo que Macrino, tratando de restablecerla, los trasladó de los afeminados cuarteles de las ciudades al campo, prohibiéndoles hasta acercarse á aquellas; castigó con rigidez hasta las faltas leves, y quiso tambien disminuir la paga á los soldados que entónces alzaron el grito, echándole en cara su suntuosa ociosidad en Antioquía, y la hipocresía con que habia fingido llorar el asesinato de Caracalla, que él mismo habia ordenado.

Atizaba el fuego Mesa, hermana de Julia, que juntaba á la sagacidad de una mujer el valor de un hombre, y á la cual habia dejado Macrino sus inmensas riquezas, desterrándola sin embargo á la ciudad de Emesa, en Francia, con sus nietos, Vario Avito Basiano, de edad de trece años, y Alexiano de nueve. Al primero le consagró al Sol, adorado en aquella ciudad bajo la figura de un cono de piedra negra; y habiendo ascendido á la dignidad de gran sacerdote, se le llamó Heliogábalo, nombre derivado del que daban á aquel dios (1). Hízose amar de los soldados del no lejano campamento de Macrino por su dulzura y afabilidad, mayormente desde que Mesa, sacrificando su fama á su ambicion, esparció la voz de que lo habia tenido de Caracalla, y apoyó esta opinion con grandes donativos que indujeron al ejército á proclamarlo emperador, bajo el nombre de Marco Aurelio Antonino Heliogábalo. Ulpio Juliano, prefecto del Pretorio, enviado contra él, fué asesinado; Macrino, titubeando entre el rigor y la indulgencia, le declaró por último enemigo de la patria, proclamó Augusto á su hijo Diadumeno, y prometió á los soldados cinco mil dracmas, y al pueblo ciento cincuenta por cabeza. Á pesar de todo, los soldados se declararon en favor del jóven y degollaron á los oficiales, para sucederles en los bienes y en el grado, como les estaba prometido: despues, en la batalla que se dió en los confines de la Siria y de la Fenicia, tanto Heliogábalo, como su abuela, sus mujeres y sus eunucos, desplegaron valor y firmeza, miéntras que Macrino por el contrario decidió la suerte del combate con su intempestiva fuga. Habiendo sido cogido en ella, y oyendo referir al ser llevado á presencia de su émulo la muerte de su hijo de edad de diez años, degollado públicamente, se precipitó del carro, y las guardias pusieron término á sus dolores y á su vida.

Muerte de Macrino, 1° de junio, 218.

Los pocos que mostraron resistencia, perecieron: en veinte dias empezó y acabó la revolucion. Heliogábalo empleó muchos meses en un frívolo y pomposo viaje desde la Siria á la Italia, enviando entretanto las promesas de costumbre y su retrato con las vestiduras sacerdotales de seda y oro, que ondeaban al estilo oriental; llevaba en la cabeza la tiara; por todas partes lucia los collares de perlas y las piedras preciosas; tenia las cejas teñidas de negro, y las mejillas de encarnado; de modo que Roma debió advertir, que despues de la brutalidad militar, la dominaba el afeminado despotismo de Oriente.

Heliogábalo.

Y á la verdad, el sacerdote del Sol excedió en impiedad, prodigalidad, libertinaje y barbarie á los monstruos que le habian precedido. Entre las seis mujeres que en el espacio de cuatro años condujo á su lecho nupcial, y repudió ó mató, contó hasta una vestal, crímen inaudito. Sus habitaciones no se cubrian sino de telas de oro; á su carro de oro y piedras preciosas uncía mujeres con el seno desnudo, y él lo ocupaba tambien desnudo: desde el sitio de donde se movia hasta el carruaje, no debia pisar sino polvos de oro: de oro eran los vasos cualquiera que fuese el uso á que se destinasen, y por la noché distribuía entre los convidados aquellos de que se habia servido durante el dia: los vestidos eran de las telas mas finas, y estaban recamados de piedras preciosas, no habiéndose puesto jamas uno dos veces, ni usado tampoco dos veces un mismo anillo. Regalaba al pueblo y á los soldados vajillas de oro y plata, piedras finas, vales de diversas sumas: llenó de esencia de rosa los estanques de peces, y de vino el canal de los combates navales; y una profusion de flores adornaba sus aposentos, sus galerías, sus lechos. Daba festines en que no se servian mas que lenguas de pavos reales y ruiseñores, huevas de rodaballo, sesos de papagayos y faisanes, calcañares de camellos, pechugas de cisnes; no probaba el pescado sino cuando se

(1) Se ha disputado bastante si debia decirse Elagábalo, de *ela* dios, y *gabal* formar, dios formador; ó Heliogábalo, de *kelios*, sol.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

encontraba á gran distancia del mar, y entónces distribuía entre el vulgo un número considerable de los mas delicados y de mas costoso trasporte; alimentaba á sus perros con hígado de ansarones, á sus caballos con uvas, y á las fieras con faisanes y perdices. Al que inventaba alguna salsa incitante, se le adjudicaba un premio; pero si no era del gusto del emperador, se le condenaba á no comer mas que aquello hasta que descubriese otro incitativo mas feliz. Servíanse ademas en sus banquetes guisantes con granos de oro, lentejas con aerolitos, habas con ámbar, arroz con perlas; se mezclaba con almáciga el vino de rosa, y se esparcian polvos de ámbar sobre las criadillas de tierra y el pescado. Las mesas y los vasos eran de oro, y representaban figuras impúdicas; á las lámparas se les ponia aceite de nardo; rosas y jacintos llovian sobre los convidados, algunas veces en cantidad capaz de sofocarlos, para mayor diversion del emperador, que entretanto era acariciado por viejos sicofantas, mudando de mujer á cada nuevo servicio. Á las mas vergonzosas infamias que encontraban abrigo en su palacio, convidaba á sus amigos, dándoles el nombre de camaradas, por la vil intimidad que tenia con ellos, y las proezas de libertinaje valian á sus favoritos los principales cargos del imperio. De repente despidió á todas las meretrices, reemplazándolas con mancebos, y obligó á un oficial y á un esclavo á que se uniesen á él en matrimonio, consumando las bestiales nupcias á la vista de todo el mundo.

Amó tanto á su siervo Gannis, que imaginó casarlo con su madre, y declararlo César; pero habiéndole este exhortado á que tuviese mas decoro, lo mató: dió muerte tambien á otros muchos en la Siria y en otras partes, por haber desaprobado su conducta. Cuando se presentó por primera vez en la curia, mandó que su madre fuese contada entre los padres conscriptos, disfrutando del mismo voto que ellos; instituyó ademas, bajo la presidencia de aquella, un Senado de mujeres, encargado de resolver sobre los vestidos de los Romanos los grados, las visitas y otras cosas de igual importancia.

Apasionado locamente del dios á quien debia el nombre y el trono, le erigió un templo magnífico en el monte Palatino, con ritos extranjeros: Júpiter y los demas dioses debian ser esclavos suyos, y hasta quiso que solo á él se rindiese adoracion. Profanando, pues, y despojando los templos, trasladó al suyo el fuego eterno de Vesta, la estatua de la gran madre Sira, los escudos anciles, el Paladio; y de Cartago se llevó á la diosa Astarte con todos sus ornamentos, y la casó con su dios por medio de magníficas nupcias. Para tributarle culto, ademas de abstenerse de comer carne de puerco y de hacerse cincuncidar, sacrificaba niños, arrebatados á familias ilustres. Para conducir en procesion aquella piedra tosca, mandó sembrar polvos de oro en el camino, y el dios iba en un carro tirado de seis caballos blancos, cuyas riendas llevaba en la mano el emperador, caminando hácia atras á fin de no apartar los ojos de su divinidad predilecta. En sus sacrificios se consumian vinos exquisitos, víctimas extraordinarias, preciosos aromas; y en medio de las obscenas danzas que formaban jóvenes sirias al son de bárbaros instrumentos, los mas graves personajes del órden civil y militar desempeñaban funciones ridículas y abyectas.

En vano trataba Mesa de sujetar á aquel loco, y previendo que los Romanos, ó sea los soldados, no le sufririan largo tiempo, le indujo á adoptar á su primo Alexiano, con el objeto, decia, de que los negocios no le distrajesen de sus divinas atenciones. Así que Heliogábalo vió que este no tomaba parte en su libertinaje, y que se captaba el amor del pueblo y del Senado, intentó asesinarlo; pero los pretorianos se sublevaron, y hubieran matado al emperador, si este, con las lágrimas en los ojos, no les hubiese rogado que le dejasen la vida y el esposo, contentándose aquellos con desahogar su indignacion sobre los demas compañeros de su libertinaje.

Cuando al siguiente año atentó otra vez á la vida de Alexiano, los pretorianos se amotinaron de nuevo, y habiendo debido Heliogábalo llevarle al campamento de estos, aquel fué acogido con aplausos, y el emperador con insultos. Irritado, ordenó la muerte de algunos; pero sus compañeros los arrancaron de manos del verdugo: estalló la rebelion; Heliogábalo se ocultó en las cloacas y en ellas fué descubierto y asesinado, como tambien su madre. ¡Tenia diez y ocho años! Muerte de Heliogábalo, 10 de marzo. 222.

Alexiano, que contaba trece, fué proclamado emperador con el nombre de Alejandro Severo, al que se añadieron los títulos de Augusto Padre de la patria, Antonino, y grande, aun ántes de conocerle. De carácter modesto, se dejó dirigir por su madre Mamea (1), la cual ambiciosa del hecho, como lo habia sido del título su hermana, conservó siempre un poder absoluto sobre su hijo; y celosa del amor y respeto que este profesaba á su esposa y á su suegro, hizo condenar al último como traidor, y desterrar á aquella á África. Sin embargo guió á su hijo por el buen camino, rodeándole de un consejo compuesto de diez y seis sabios senadores, á cuya cabeza estaba el famoso Ulpiano, los cuales repararon el desconcierto del gobierno y de la hacienda, removieron muchos empleados indignos, y principalmente formaron el corazon del jóven emperador. Alejandro Severo. 223.

Alejandro, afable y benévolo, respetuoso hácia su madre y Ulpiano, y enemigo de la lisonja, amó la virtud, la instruccion, el trabajo. Se levantaba con el alba, y despues de cumplir sus devociones en la capilla doméstica, que habia mandado adornar con las imágenes de héroes bienhechores, se dedicaba al despacho de los

(1) El obispo Eusebio la califica de muy religiosa y dotada de gran piedad (IV, 21), lo que dió márgen á que algunos la creyesen cristiana.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

negocios públicos en el consejo de Estado, y al de las causas privadas, pasando de estas tareas al recreo que le ofrecia la lectura amena y el estudio de la poesía, de la historia, de la filosofía, en que eran sus autores favoritos Virgilio, Horacio, Platon y Ciceron: sin descuidar por eso los ejercicios corporales, en los que superaba á todos los de su edad por su vigor y destreza. Consagrándose despues de esto otra vez á los negocios, despachaba las cartas y memoriales hasta la hora de la cena, que era servida frugalmente para unos cuantos amigos, instruidos y virtuosos, cuya conversacion, ó bien la lectura, reemplazaba á los bailarines y gladiadores, diversion de los banquetes romanos. Vestia modestamente, hablaba con urbanidad, daba audiencia á todos en determinadas horas, y un heraldo repetia esta fórmula de los misterios eleusinos: *No éntre aquí el que no tenga el alma pura é inocente*. Habia escrito en las puertas del palacio: *Haz á otro lo que quieras que los demas hagan contigo*.

Su corte estaba llena de Cristianos, y se ha dicho que adoraba en secreto á Cristo y á Abrahan, y que hasta pensaba en erigir templos al verdadero Dios; si bien los oráculos le disuadieron de ello, respondiéndole que con eso haria que quedáran desiertos los de los otros dioses. Imitando la práctica que seguian los Cristianos al elegir sus sacerdotes, publicaba los nombres de los gobernadores de las provincias, é invitaba á los que tuviesen algo que exponer en contra de su eleccion para que lo verificasen.

Necesitábase de un príncipe como este para aliviar al imperio despues de cuarenta años de tiranías tan diversas. Los gobernadores, persuadidos de que el único medio de agradar á Alejandro era captarse el afecto de sus gobernados, dejaron respirar á las provincias. El lujo, moderándose, disminuyó el precio de las mercancías y el interes del dinero, sin que faltasen al pueblo ni dádivas, ni diversiones.

Faltaba curar la llaga mas peligrosa; la indisciplina de los soldados, indóciles á todo freno. Alejandro se concilió su voluntad con donativos y aliviándoles de algunas obligaciones penosas, como la de llevar en las marchas la racion para diez y siete dias. Dió por objeto á su lujo los caballos y las armas; se sometió á sus mismas fatigas; los visitaba si caían enfermos; no dejaba olvidado ó sin recompensa ningun servicio, y decia que la conservacion de los soldados le ocupaba mas que la suya propia, pues en ellos consistia la salvacion pública. Pero ¿cabia aplicar remedio á un mal encancerado?

Indisciplina militar.

Los pretorianos se cansaron de la virtud del emperador, hechura suya, y acusaron al prefecto Ulpiano, diciendo que era quien le aconsejaba tal rigor de costumbres, por lo que enfurecidos recorrieron á Roma durante tres dias como si fuera una ciudad enemiga, haciendo uso aun del fuego, hasta que cogieron á Ulpiano y lo asesinaron á la vista del emperador, que en vano era bueno. Con un fin igual amenazaban á todo ministro fiel; y el historiador Dion no se libertó sino ocultándose en sus quintas de la Campania. Las legiones imitaron aquel mal ejemplo, y las sublevaciones, acompañadas del asesinato de los oficiales, que estallaban por todas partes, demostraron que de nada servia ya la bondad en medio de tanto desenfreno. En Antioquía el castigo de algunos soldados que habian sido sorprendidos en el baño de las mujeres, excitó un tumulto entre sus compañeros. Entónces Severo subió al tribunal é hizo presente la necesidad de castigar los abusos y conservar la disciplina, única salvaguardia del imperio. Gritos sediciosos y amenazas le interrumpieron; pero él prosiguió de este modo: *Guardad esas voces para cuando os encontréis al frente del enemigo. En presencia de vuestro emperador, de quien recibís trigo, vestidos y dinero, callad ú os llamaré ciudadanos, no soldados. Podéis privarme de la vida, mas no infundirme miedo; y la justicia vengaria mi asesinato*. Viendo que la legion seguia alborotada, exclamó: *Ciudadanos, deponed las armas y retiráos á vuestros hogares*.

En otro tiempo César habia apaciguado un motin con estas palabras, y lo mismo sucedió entónces. Los soldados, reconociendo que el castigo era justo, depusieron todas las insignias militares y se retiraron á las hospederías de la ciudad. Treinta dias duró aquella mortificacion ejemplar, y en el trascurso de ellos Severo castigó con la muerte á los tribunos culpados ó negligentes, reorganizando luego la legion, que se le conservó siempre fiel.

Entretanto se sublevaban otros ejércitos, movidos ó de su licencia ó de la ajena ambicion. El senador Ovinio Camilo aspiraba al imperio; y Alejandro, noticioso de ello, le llamó y le dió las gracias por el auxilio que queria prestarle: en seguida le nombró su colega, señalándole alojamiento en palacio. Así que estalló la guerra le llevó en su compañía, y viendo que le cansaba el ir á pié, le hizo montar á caballo; despues, como aun esto le fatigase, le facilitó un carro; pero aquella cortesanía humilló tanto á Camilo, que pidió se le permitiese abdicar, y Alejandro le aseguró que nada tenia que temer por su parte (1).

Partos.

En su tiempo una gran revolucion agitó el reino de los Partos y restauró la Persia. En cuanto Artabano, rey arsácida de la Média, deshaciéndose de Vonon (2), vió asegurada su dominacion en la Partia, se convirtió en tirano; por lo cual sus súbditos, guiados por el Ibero Mitrídates y sostenidos por Tiberio, lo expulsaron y proclamaron en su lugar á Tirídates. Dentro de poco regresó Artabano, y fué rechazado nuevamente; pero restablecido otra vez conservó el trono por su moderacion, hasta que

Artabano III. 18.

(1) El que escribió la vida de Alejandro en la *Historia Augusta*, compuso mas bien una novela por el estilo de la *Ciropedia*. Herodiano parece mas digno de crédito, y está acorde con los fragmentos que nos quedan de Dion.

(2) Véase ántes pág. 307.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

despues de treinta años de reinado lo dejó con la vida.

44. Entre sus siete hijos tuvo por sucesor á Vardánes, el cual en breve fué destronado y muerto,
47. reemplazándole su hermano Gotárces. Cansados los Partos de su rigor, solicitaron de Claudio que les diese por rey á Meerdátes; pero este, vendido por sus amigos y derrotado, cayó prisionero de Gotárces, que le mandó cortar las orejas para vergüenza de los Romanos.

Á Gotárces sucedió Vonon II, y poco despues Vologeso, que invadió la Armenia, ocupó sus
Vologeso I. dos principales ciudades, Artaxata y Tigranocerta, y estableció en el trono de aquella á Tirí-
50. dates, y en el de la Média á Pacoro, ambos hermanos suyos. Cuando despues Domicio Corbulon, en medio de los estragos de una epidemia, expulsó á Tirídates, Vologeso cayó sobre los Romanos con un poderoso ejército, y alcanzó algunas ventajas; pero, no queriendo comprometerse en una guerra general, envió á Roma á su hermano Tirídates para que recibiese de Neron la corona; y la obtuvo como hemos dicho, manteniéndose Vologeso en buena amistad con el gran pueblo. Su sucesor Artabano por despecho contra Vespasiano favoreció al falso Neron; pero aquel no creyó prudente atacar un reino tan vigoroso.

Pacoro I vivió en paz con los Romanos; si
Cosroes. 90-107. bien su hermano y sucesor Cosroes, arrojando de la Armenia á Esadro, que habia sido puesto allí por Trajano, y reemplazándole con su hijo Partamasíris, encendió la guerra (1). De repente Trajano invadió la Armenia, la sometió é hizo prisionero al nuevo rey; en seguida ocupó la
114. Mesopotamia, y aunque rechazado repetidas veces, al fin pasó el Eufrátes, y llevó las águilas latinas á países que no habian sentido nunca su mordedura ni sus garras. Ocupó la Caldea y la Asiria, tomó á Ctesifonte, capital de la Par-
116. tia, y colocó en el trono á Partamaspátes, que era de sangre real.

Despues de la muerte de Trajano sacudieron
117. los Partos el yugo y llamaron á Cosroes que se habia refugiado en la Hircania; pero, como el pacífico ó envidioso Adriano, cedió todas las conquistas que habia hecho su predecesor al otro lado del Eufrátes, y restituyó sin rescate los prisioneros de guerra, entre quienes se contaba una hija de Cosroes; este se conservó siempre amigo de los Romanos.

Vologeso II. 121-130. En el reinado de Vologeso II una turba de Escitas invadió la Média dependiente de los Partos; pero consintió en retirarse recibiendo en cambio donativos. Libre el monarca de este temor, entró en la Armenia, mató á los legionarios, derrotó al gobernador de la Siria y marchó sobre Antioquía. El emperador Vero, ó por
161. mejor decir su ejército, le rechazó de la Armenia, lo derrotó repetidas veces, á pesar de que mandaba cuatrocientos mil hombres, y en cuatro años recobró las conquistas de Trajano, saqueó ó incendió á Babilonia, á Ctesifonte y sus alrededores; pero la peste que allí contrajo y que introdujo en Italia, hizo caros aquellos triunfos. Antonino consintió en devolver todas las provincias á Vologeso, con tal que reconociese haberlas recibido del imperio.

Su sobrino Vologeso III, con el favor que dis- Vologeso III. 150.
pensó á Níger, provocó la venganza de Severo, el cual habiéndose adelantado hasta Ctesifonte, la tomó por asalto; pero apénas volvió á pasar el Eufrátes, recobró Vologeso los países en otro tiempo suyos, excepto la Mesopotamia. Roma debia comprender que no era posible conservar conquistas hechas en comarcas tan remotas y fieles al nombre de los Arsácidas; pero quizá sentia la necesidad de combatirlas, á fin de evitar que sus habitantes invadiesen el imperio. Con este objeto atizaba continuamente sus discordias, y enemistó con Vologeso III á su her- 192-
mano Artabano IV, que ocupó el trono á la 207.
muerte de aquel. Bajo el reinado de este príncipe verificó Caracalla su pérfida invasion, que Artabano vengó, poniendo la Siria á fuego y 209.
sangre: habiéndose encontrado con Macrino, sostuvo una batalla muy sangrienta durante dos 216.
dias, y juraba comtinuar conbatiendo miéntras existiese un solo Parto ó un solo Romano; pero sabedor de que ya no existia Caracalla, consintió en pasar otra vez las fronteras, mediante la restitucion de todos sus prisioneros y una indemnizacion por las pérdidas experimentadas.

Los Estados del último Arsácida comprendian las provincias occidentales de la Persia, esto
216. es, la mayor parte del Irak Agemi, del Aderbiyan, del Irak Arabi y de la Mesopotamia; pero aquel esfuerzo le habia costado la flor de sus valientes, por lo que el reino se encontraba desangrado. Los magos, aunque vencidos y postrados por los Partos, no habian perdido nunca la esperanza de restablecer el culto de Zoroastro, y con ella alimentaban en los Persas el sentimiento de la independencia. Los vencidos manifestaban el impotente furor de los que están Artaxá-
divididos, hasta que llegó el instante en que res.
Artaxáres trocó en voluntad sus deseos. Este oscuro Persa, procedente de un adulterio (1), pero animado por las predicciones de los astrólogos á acometer las mas peligrosas empresas, despues de mostrar su habilidad en la guerra, estimuló á sus compatricios á recobrar su perdida primacía y á renovar la gloria de los Daríos. En cuanto tuvo valor para declararse rebelde, todos los Persas le secundaron. Artabano IV, que marchó contra él, fué vencido en tres batallas por un ejército tan numeroso como el suyo y mas entusiasmado; en seguida le cogieron prisionero y le condenaron á muerte. De este modo los Partos quedaron dependientes
226 de un pueblo al que habian mandado por es-

(1) Sobre la Armenia, véase ántes pág. 41.

(1) Era hijo de la mujer de *Babec*, peluquero, y de un soldado llamado *Sasan*. Del primero recibió Artaxáres ó Artajerjes el sobrenombre de *Babecano*, y del segundo se deriva el de *Sasánidas*, dado á sus descendientes.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pacio de cuatrocientos setenta y cinco años. Unicamente en la Armenia se sostuvieron los sátrapas de la estirpe de Arsáces con el apoyo de los Romanos, y mas aun con su valor, de suerte que, ya vencedores ya vencidos, pero siempre rebeldes, se conservaron independientes hasta el tiempo de Justiniano.

Volviendo, pues, á enarbolar el estandarte de Ciro (1), Artaxáres se ciñó las dos diademas y tomó el título de rey de los reyes (*schah in schah*), y su primer cuidado fué reanimar el espíritu nacional por medio de la antigua religion de Zoroastro, contaminada en la esclavitud. Llamó á los magos de todas las partes del imperio para que se dedicasen á extirpar la idolatría, y en un concilio general reunió las setenta sectas que se habian formado al interpretar el Zendavesta. Cuéntase que se congregaron allí ochenta mil sacerdotes del fuego, que quedaron reducidos despues á la mitad, y sucesivamente á cuatro mil, á cuatrocientos, á cuarenta, y por último á siete, los mas venerados por su doctrina y piedad. Entre estos se contaba el jóven santo Erdavirabo, que habiéndose bebido tres copas de vino soporífero que le sirvieron sus hermanos, cayó en un profundo sueño; luego despertó y refirió su viaje al cielo, y las cosas que habia visto y aprendido, segun las cuales quedaron aclaradas todas las dudas acerca del verdadero sentido del Zendavesta. Balch volvió á ser la sede del archimago, y por todas las provincias se difundió la jerarquía sacerdotal, viviendo con el producto de muchos terrenos, con el diezmo sobre los frutos y la industria. Los demas cultos fueron prohibidos, se cerraron los templos de los Partos, se derribaron las imágenes de sus reyes deificados, y una severa persecucion exterminó á los herejes, á los Hebreos y á los Cristianos.

Con la reduccion del imperio á una sola creencia, la administracion se robusteció tambien y se hizo uniforme. Los Arsácidas habian concedido como hereditarios á sus hijos y hermanos las provincias y los cargos mas importantes del reino : los diez y ocho sátrapas (*vitasi*) principales llevaban el título de reyes : los Bárbaros permanecian casi independientes en sus montañas, y asimismo várias ciudades griegas del Asia Superior; de modo que su imperio era mas bien un sistema feudal que una monarquía.

Para destruir tal órden de cosas, recorrió Artaxáres las provincias al frente de un poderoso ejército, acogiendo su homenaje ú obligándolas á rendirlo, y consolidando en todas partes su autoridad, de suerte que ningun poder se interpusiese entre él y el pueblo. Así llegó á ser el único rey de todos los habitantes que moraban entre el Eufrátes, el Tígris, el Aráxes, el Oxo, el Indo, el Caspio y el Golfo Pérsico. Publicó un código estableciendo una sábia y concorde administracion, el cual duró tanto como la monarquía persa. *La autoridad del príncipe*, decia aquel sagaz conquistador, *debe estar defendida por la fuerza militar; esta no se sostiene sino con los impuestos; los impuestos gravitan en último resultado sobre la agricultura, y esta no florece sino donde está protegida por la justicia y la moderacion.*

Los Persas habian perdido en la guerra el ímpetu fogoso propio de Bárbaros, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los Griegos y Romanos, ni en el arte de defender y atacar las fortalezas. La infantería era una turba que se reunia en el momento con la esperanza de la presa, y en la que el número suplia por el valor y la disciplina; mujeres, eunucos, caballos, camellos, impedian las marchas y consumian víveres y forrajes. Pero su caballería era, como lo es hoy aun, la mas hermosa y experimentada del Oriente, formándose de los nobles que, desde niños, se acostumbraban á montar, á disparar el arco, á la templanza y á la sumision, y recibian tierras del rey, con la obligacion de prestar servicio de armas; por lo que acudian prontos cuando se les llamaba á combatir, y eran terribles en la primera embestida.

Artaxáres, al frente de semejantes tropas, se mostró amenazador con los vecinos, y no solo quiso rechazarlos de las comarcas que le estaban sometidas y formarse una frontera conveniente, sino que proyectó conquistar todos los países que habia poseido Ciro, cuyo sucesor se llamaba. Sin consideracion á Alejandro Severo pasó el Eufrátes, sujetó muchas provincias contiguas, y envió al emperador, que se adelantaba con su ejército, cuatrocientos hombres de los mas vigorosos, que le dijeron : *El rey de los reyes ordena á los Romanos y á su jefe que desocupen la Siria y el Asia Menor, y restituyan á los Persas los países de la parte de acá del Égeo y del Ponto, poseidos por sus abuelos.* 232.

Á pesar de su carácter afable se irritó Alejandro con aquella arrogancia, y despojando á los enviados de sus adornos, los desterró á la Frigia; en seguida entró en la Mesopotamia, y la recobró sin necesidad de combate. Llegó entónces Artaxáres con ciento veinte mil caballos, diez mil soldados de infantería pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes, y sin embargo fué derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que por diversos lados invadiesen la Partia, y aquel ataque tan bien dispuesto hubiera podido debilitar á los Persas, si el ejército romano no hubiese rehuido las fatigas y asesinado á los oficiales. Alejandro, de vuelta á Roma, y despues de encomiar sus hazañas en el Senado, obtuvo los honores del triunfo, siendo conducido por cuatro elefantes, y recibió el sobrenombre de Pártico y de Pérsi- 233. 23 setiembre. 324.

(1) Faltan historiadores nacionales contemporáneos, y nos auxilian de una parte los Griegos y Latinos, que hablan por incidencia, y que fueron reunidos en la indigesta compilacion de Pedro Bigaro, *Rerum persicarum historia*; Francfort, 1601; y de la otra los orientales, acerca de los cuales pueden consultrase D'Herbolot, *Bibliothèque orientale*; C .F. Richter, *Historisch-kritischer Versuch über die Arsaciden und Sassaniden Dynastie*. Leipzig, 1804.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

co; pero la victoria quedó por Artaxáres, que recobró cuanto los Romanos habian adquirido, y en quince años de reinado consolidó su poder naciente hasta el punto de amenazar la existencia del imperio.

Guerra con los Germanos.

Alejandro se disponia á renovar las hostilidades; pero le distrajeron de este proyecto los Germanos, que habian pasado amenazadores el Rhin y el Danubio. Saliéndoles, pues, al encuentro, los arrojó al otro lado del Rhin; pero, mas que la timidez que le imputa Herodiano, le detuvo el desórden de sus ejércitos, que no sufrian los trabajos, ni se sometian á la disciplina y al rigor con que castigaba cualquier exceso que cometiesen en las marchas, durante las cuales repetian los heraldos aquella máxima suya: *Haced con los demas lo que queráis que los demas hagan con vosotros.*

19 de mayo. 235.

Maximino, Godo de nacion y comandante de un cuerpo de Panonios, esparcia anécdotas y se burlaba de aquel emperador sirio, que era todo del Senado y de su madre, y creándose un partido, le acometió al acamparse en Siclingen, cerca de Maguncia, y le asesinó, juntamente con Momea, á los veintiseis años y medio de edad. Los soldados mataron á los asesinos, excepto al jefe: el pueblo y los senadores lloraron á Alejandro como merecia, y se instituyeron fiestas anuales en celebridad de su natalicio.

CAPÍTULO XXIII

Desde Maximino á Claudio II.

Cuando el emperador Severo, á su vuelta de Oriente, solemnizó en la Tracia con juegos militares el nacimiento de su hijo Geta, se presentó un vigoroso mancebo implorando en una lengua bárbara el honor de tomar parte en la lucha. Como su corpulencia daba claros indicios de fuerza, para evitar que un Bárbaro triunfase de un soldado romano, le fueron opuestos los mas robustos esclavos del campamento; pero derribó diez y seis, uno despues de otro. Recompensado con regalos de escaso valor y alistado en el ejército, divirtió á este, al siguiente dia, saltando al estilo de su país; y viendo que Severo habia fijado en él su atencion, siguió al caballo del emperador en una larga carrera, sin dar muestras de cansarse. Á continuacion le propuso Severo que luchase, y él aceptó y venció á siete soldados vigorosos. El emperador le regaló un collar de oro, y lo inscribió entre los guardias de su persona asignándole paga doble, pues la ordinaria no bastaba para su subsistencia.

Llamábase Maximino, y era hijo de padre godo y de madre alana; tenia ocho piés de altura y una fuerza tal que arrastraba un carro para el cual no era suficiente un par de bueyes; arrancaba de raíz los árboles, rompia la canilla de un caballo de un puntapié, despedazaba guijarros entre las manos, se comia cuarenta libras de carne y se bebia diez azumbres de vino al dia, y á veces mas.

Este gigante, en el trato con los hombres, vió la necesidad de refrenar su feroz índole, y conservó su favor bajo los subsiguientes emperadores: Alejandro le nombró tribuno de la cuarta legion; y en seguida, á causa de la disciplina que sabía hacer guardar, le ascendió á primer jefe, le incorporó en el Senado, y pensaba casar á su hermana con Julio Vero, hermoso, robusto y valiente cuanto orgulloso jóven, hijo de Maximino.

Tantos beneficios, en vez de amansar á este, le excitaron á atreverse á todo en una época en que todo lo podia la fuerza; por lo cual tramó la muerte de Alejandro, y aclamado repentinamente emperador, asoció al imperio á su hijo, á quien los soldados besaron, no solo las manos, sino hasta las rodillas y los piés. El Senado confirmó lo que no podia deshacer, y en breve empezaron las venganzas y las crueldades. Como acontece á los que pasan de la ínfima clase á una gran fortuna, Maximino temia el desprecio y las comparaciones; y así el nacimiento ilustre ó el mérito eran á sus ojos un delito, como igualmente el haberle vilipendiado y hasta el haberle socorrido miéntras fué pobre.

Magno, varon consular, acusado de querer romper el puente sobre el Rhin, obra que habia sido concluida por Maximino, dejando á este del otro lado del rio á merced de los Bárbaros, fué degollado sin forma de proceso, en union de cuatro mil cómplices, hombres de cuenta. Bastaba una simple sospecha para que gobernadores, generales, varones consulares, fuesen encadenados y conducidos en carros en presencia del emperador, el cual, no saciándose nunca de confiscar ni de dar muerte, mandaba, ó exponerlos á las fieras cosidos en pieles de animales acabados de matar, ó azotarlos miéntras les quedaban asomos de vida. Ni los Cristianos se libraron de su ferocidad. 236

No era menor que esta su codicia: confiscó las rentas independientes que cada ciudad administraba con destino á los repartos públicos y á las diversiones, despojó á los templos, y redujo á dinero las estatuas de los dioses y de los héroes. La indignacion cundió por todas partes, y en algunos puntos hubo motines. En África, unos cuantos jóvenes muy ricos, á quienes un procurador avariento habia despojado de su fortuna, armaron esclavos y campesinos, asesinaron al magistrado y proclamaron emperador á Gordiano, procónsul de aquella provincia. Abril. 237.

Este opulento y benéfico senador, descendiente de los Gracos y de Trajano, ocupaba en Roma el palacio de Pompeyo que estaba adornado de trofeos y pinturas; tenia en el camino de Preneste una grande y magnífica quinta, con tres salas de cien piés de longitud y un pórtico sostenido por doscientas columnas de los cuatro mármoles mas estimados: en los juegos del circo no presentaba ménos de ciento cincuenta parejas de gladiadores, y á veces hasta quinientas: un dia hizo matar allí cien caballos sicilianos, otros tantos de Capadocia y mil osos, sin Gordiano

(c) Instituto Cervantes de Madrid

enumerar las fieras menores: siendo edil, renovaba cada mes esta clase de juegos, y cuando fué nombrado cónsul, los hizo extensivos á las principales ciudades de Italia.

Á esto se reducia toda su ambicion; por lo demas, era pacífico hasta el punto de no excitar las sospechas de los tiranos; cultivaba las letras, y cantó en treinta libros las virtudes de los Antoninos. Rayaba en los ochenta años cuando le sobrevino la desgracia de ser llamado al imperio; y habiendo empleado inútilmente súplicas y lágrimas para desviarla de sí, no encontrando otro remedio de salvarse, ya de los soldados, ya de Maximino, aceptó al fin y fijó su residencia en Cartago. Juntamente con él fué declarado emperador su hijo, el cual habia reunido veintidos concubinas y una biblioteca de sesenta y dos mil volúmenes: de cada una de las primeras tuvo tres ó cuatro hijos; y de las segundas se valió para escribir por sí libros, habiendo llegado hasta nosotros alguno de estos.

Al participar al Senado su eleccion, protestaron los nuevos emperadores que depondrian la púrpura si tal era su voluntad; mandaban publicar los decretos solo en el caso de que el Senado les diese su asentimiento; levantaban el destierro á los condenados á esta pena; hacian generosas promesas á los soldados y al pueblo, é invitaban á sus amigos á sustraerse de la obediencia del tirano. La resolucion del cónsul triunfó de la incertidumbre del Senado, que declaró enemigos á los Maximinos y á sus parciales, decretando recompensas al que les diese la muerte; y por toda Italia cundió la sublevacion, manchándose con demasiada sangre. El Senado, tan envilecido durante el mando del miserable déspota de Tracia, recobró entónces su ánimo y dignidad, y dispuso la defensa y la guerra, excitando por medio de comisionados á los gobernadores á que acudiesen al socorro de la patria. Acogiáseles bien donde quiera; pero Capeliano, gobernador de la Mauritania y enemigo particular de Gordiano, reuniendo gente, acometia entretanto á los nuevos emperadores en Cartago. El hijo pereció combatiendo, y el padre, cuando lo supo, se ahorcó, habiendo reinado apénas treinta y seis dias: Cartago fué tomada, y torrentes de sangre saciaron la venganza de Maximino.

Muerte de los Gordianos.

238.

Al oir este la primeras noticias del levantamiento, se puso furioso como una fiera, revolcándose en el suelo, golpeándose con la cabeza contra las paredes, é hiriendo á cuantos veía en torno de sí, hasta que á viva fuerza le quitaron la espada; en seguida marchó á Italia. Anunció un completo perdon; pero ¿quién habia de fiarse en sus palabras? La desesperacion infundió al Senado un denuedo que la razon desaprobaba, y reuniéndose en el templo de la Concordia confirió el imperio á dos ancianos senadores, Máximo Pupieno y Balbino, encargando á uno la direccion de la guerra y á otro el gobierno de la ciudad. El primero, hijo de un carpintero bastante tosco, pero valiente y hombre de seso, habia ido subiendo por grados hasta los mas altos puestos, mereciendo que se le nombrase prefecto de Roma. Las victorias que habia alcanzado contra los Sármatas y Germanos, y su vida austera, no exenta de humanidad, le atrajeron al respeto del pueblo, cuyo amor poseía Balbino, orador y poeta de fama, gobernador íntegro de muchas provincias, inmensamente rico y liberal, y amigo de los placeres moderados.

Máximo y Balbino.

Pero apénas habian celebrado estos los primeros sacrificios en el Capitolio, cuando el pueblo se alborotó y quiso verificar tambien él una eleccion, agregando á los dos un nieto de Gordiano, jóven de trece años. Aquellos aceptaron al César, y aplacado el tumulto, pensaron en consolidarse.

Maximino, al frente del ejército con que habia vencido repetidas veces á los Germanos, y proyectado extender el imperio hasta el mar septentrional, se dirigia furioso á Italia, á la que no habia visto desde su nombramiento de emperador; y bajando de los Álpes Julianos, encontró desierto el país, consumidas la provisiones, rotos los puentes, pues el Senado habia querido de este modo que las fuerzas del tirano se debilitasen al pié de los castillos, prefectamente pertrechados. Aquilea fué la primera que le detuvo, rechazando sus ataques con heróica bravura, fiada en que el dios Beleno peleaba á su favor en los muros de la ciudad. No obstante, si Maximino hubiese dejado atras á Aquilea, yendo derecho á Roma ¿qué hubiera podido oponerle Máximo, que se habia adelantado hasta Rávena para hacerle frente? ¿Y de qué servia la habilidad política de Balbino contra las sediciones interiores? Pero las tropas de Maximino, encontrando el país asolado y una resistencia que no esperaban, se amotinaron: él las castigó con extremado rigor; hasta que un cuerpo de pretorianos, temblando por sus mujeres é hijos, que habian quedado en el campamento de Alba, asesinaron al tirano con su hijo y sus mas fieles partidarios.

Muerte de los Maximinos. 7 de marzo. 238.

Al ver sus cabezas, Aquilea abrió de par en par las puertas; sitiados y sitiadores se abrazaron contentos por haber recobrado su libertad; y en Rávena, en Roma, donde quiera, la alegría, las felicitaciones, las gracias á los dioses, se hallaban en proporcion con el terror excitado por los Maximinos y la confianza que se tenia en los nuevos señores. Estos suprimieron ó moderaron las contribuciones impuestas por su antecesor, restablecieron la disciplina, publicaron leyes útiles, oyendo ántes el consejo del Senado, y trataron de cicatrizar llagas que manaban sangre. Preguntó Máximo á Balbino: *¿Qué premio alcanzarémos por haber librado á Roma de un mónstruo?—El amor del Senado, del pueblo y de todos*, respondió Balbino; pero el primero, mas previsor, replicó: *Será mas bien el odio de los soldados y su venganza.*

Y advinó. Aun duraba la guerra cuando el pueblo y los pretorianos se habian sublevado

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en Roma, inundando las calles de sangre y prendiendo fuego á los almacenes y tiendas; aquel motin fué aplacado, pero no quedó extinguido; de manera que los senadores tenian que andar provistos de puñales; los Pretorianos expiaban la ocasion de vengarse; y todos se reían igualmente de los débiles diques que los emperadores oponian al torrente de las facciones. La fermentacion creció así que todos los pretorianos se encontraron reunidos en Roma; pues los encendia en ira la idea de que los emperadores elegidos por ellos hubiesen sido asesinados, de que reinasen los que solo eran hechuras del Senado, y de que se pretendiese restablecer el dominio de las leyes y de la disciplina. De las palabras pasaron á los hechos; acometieron el palacio; mataron á los emperadores nombrados por el Senado, y se llevaron al campamento al jóven Gordiano, proclamándole emperador único.

Gordiano II.

Á la verdad, aquel jóven parecia haber nacido para reconciliar á los contendientes; hermoso, de carácter suave, vástago de dos emperadores que habian muerto ántes de llegar á ser malvados, querido del Senado, que le llamaba su hijo, nombre que le daban tambien los soldados, y amado por la plebe mas que ninguno de sus predecesores. Misiteo, su maestro de retórica, posteriormente su suegro y capitan de los guardias, expulsando á los perversos que habian usurpado la confianza del jóven emperador, ganó esta para sí, mereciéndola por su honradez y su valor, así en la paz como en la guerra.

Dieron ocasion á esta última los Persas, quienes al mando de Sapor (1), sucesor de Artaxáres, habian conquistado la Mesopotamia, tomado á Nisibe y á Cárres, y devastado la Siria. Marchando Gordiano contra ellos, desbarató en la Mesia á los Godos y á los Sármatas, que le impedian el paso, y aunque fué derrotado por los Alanos en la memorable llanura de Filípos, prosiguió su marcha, y arrojando á los Persas de los puntos que tenian ocupados, mereció que se le decretasen los honores del triunfo, en union con Misiteo.

Pero este murió á poco, y para el mando de los pretorianos fué nombrado Julio Filipo, el cual, no contento con aquel puesto, intrigó con los soldados hasta obligar á Gordiano á que le asociase al imperio, deponiéndolo despues, y por último asesinándolo á orillas del Eufrátes.

Filipo, 10 de marzo. 244.

Filipo era Árabe, hijo del jefe de una banda, y se ha dicho que fué cristiano, pero no lo mostraron tal sus obras. Arreglándose con Sapor, volvió á Antioquía; donde, queriendo asistir á la solemnidad de la pascua, el obispo Babila le declaró indigno de ello, miéntras no sufriese la penitencia. Habiendo llegado á Roma, se atrajo el afecto del pueblo por su dulzura, sujetó á los Carpos, que habian invadido la Misia, y celebró el milenario de Roma, con juegos en que combatieron treinta y dos elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinoceronte, diez leones blancos, diez asnos, cuarenta caballos salvajes, diez leopardos, sin contar los animales de menor tamaño, y dos mil gladiadores. Sangrientas debian ser las conmemoraciones de la heróica ciudad.

(1) *Schah-pour*, hijo de rey.

Pero por todas partes brotaban nuevos emperadores, entre los cuales el mas afortunado fué Decio, natural de Panonia, gobernador de esta provincia y de la Mesia; pues Filipo, que marchó contra él, fué asesinado en Verona, despues de un reinado de cinco años. 249 octubre.

Decio VII[a] persecucion contra los Cristianos.

Filipo habia dejado que se propagára la religion cristiana, al reves de Decio, quien expidió contra ella edictos muy severos, segun los cuales los que hacian profesion de Cristianos, eran despojados de sus casas y bienes, y arrastrados al suplicio. Entónces se renovaron los horrores de las proscripciones; los hermanos delataron á los hermanos, los hijos á sus padres, y aquellos que conseguian librarse de semejante furor, se retiraban á las selvas y á los desiertos. 250.

Movia á Decio á obrar así el amor á la antigua disciplina, que trató de resucitar por todos los medios. Atribuyendo las desgracias del imperio á la corrupcion, habia pensado en restablecer la censura, institucion añeja, y ya imposible, teniendo que extender su inspeccion á todo el mundo civilizado, y citar ante un juez inerme á la depravacion armada. Queriendo, sin embargo, que el Senado eligiese un censor, fué nombrado por unanimidad Valeriano, y el emperador, al conferirle el cargo le dijo: « ¡ Dichoso » tú, que has merecido la aprobacion general! » Recibe la censura del género humano, y juzga » nuestras costumbres. Elegirás á los que sean » dignos de tomar asiento en el Senado: devolverás su esplendor al órden ecuestre; aumentarás las rentas públicas, aligerando al mismo » tiempo las cargas; dividirás en clases la infinita multitud de los ciudadanos; llevarás » una razon de todo lo relativo á las fuerzas, » riquezas, virtud y poder de Roma. Á tu tribunal están sujetos la corte, el ejército, los » ministros de la justicia, las dignidades del » imperio, exceptuando solo los cónsules en » ejercicio, el prefecto de la ciudad, el rey de » los sacrificios y la principal de las Vestales, » miéntras permanezca casta. »

Ántes de que la práctica demostrase la imposibilidad de semejante proyecto, fué interrumpido por los Godos, que invadieron la Baja Mesia, y en seguida la Tracia y la Macedonia. El emperador, venciéndolos ora con la fuerza, ora ayudado de las traiciones, los redujo á tal extremo, que ofrecieron entregar los prisioneros y el botin, con tal que se les permitiese retirarse. Resuelto Decio á exterminarlos, les cerró el paso, desgraciadamente para él: pues acometido por gente desesperada, vió caer traspasado á su hijo: entónces gritó á los soldados: *Solo nos falta un hombre; que tan pequeña pérdida no nos desamine;* y lanzándose donde mas empeñada estaba la pelea, encontró allí la muerte. 251.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Treb. Galo. Los restos del ejército derrotado marcharon en peloton á reunirse al cuerpo de tropas que mandaba Treboniano Galo, enviado por Decio para cortar la retirada á los Godos. Treboniano, que quizá habia tenido la culpa de la derrota, fingió querer vengarla, y de este modo se atrajo la amistad del ejército, que le aclamó emperador; pero no bien le hubo confirmado el Senado, cuando concluyó una paz vergonzosa con los Godos, prometiéndoles hasta un tributo, y se reservó dar muestras de su valor persiguiendo á los Cristianos.

Emiliano. 252. En su reinado, que duró año y medio, la peste y la sequía asolaron al imperio: los Godos, Boranos, Carpos y Borgoñones invadieron la Mesia y la Panonia; los Escitas devastaron el Asia, y los Persas ocuparon hasta Antioquía. Emiliano, natural de Mauritania, que tenia el mando de la Mesia, lleno de orgullo por haber vencido á los Bárbaros, y despreciando á Galo, que se corrompia en Roma en medio de los placeres, se hizo proclamar emperador, entró en Italia ántes que aquel despertase del todo, y habiéndole encontrado en Terni le vió asesinado, juntamente con su hijo, por sus mismas tropas. Pero tambien él murió á manos del ejército, el cual se puso de acuerdo con el Senado y el ejército de
253. la Galia y la Germania, que habian proclamado emperador á Valeriano.

Valeriano. Su nacimiento ilustre, unido á su modestia y prudencia, habian atraido á este el afecto general. Conservándose puro de los vicios de aquella época, dedicaba á la literatura sus ratos de ocio, y adicto á las costumbres antiguas, odiaba la tiranía, de modo que parecia digno del imperio. Pero apénas lo obtuvo, se mostró débil para sobrellevar tan grave peso, y ni siquiera acertó á elegir otra persona para que le ayudase, sino á su hijo Galieno, jóven afeminado y vicioso. Sin embargo, comenzaba á dar suaves y oportunos decretos, cuando le llamaron á las armas los Germanos y los Francos (1), que invadieron las Galias á orillas del Rhin; los Godos y los Carpos, que hicieron lo propio con la Mesia, la Tracia y la Macedonia; los Escitas que recorrieron el territorio desde el Euxino hasta Calcedonia, Nicea y Apamea; miéntras que Sapor habia ocupado ya toda la Armenia, acometido la Siria y tomado á Antioquía, sirviéndole de estímulo y de guia Ciríades, jóven noble é impúdico, que cansado de las reprensiones de su padre, y despues de robar grandes sumas, habia huido á Persia, donde puesto al frente del gobierno de los países conquistados tomó el título de Augusto.

Valeriano, vencedor de los Godos, llegando tarde para reparar las pérdidas causadas por los Escitas, que asolaban el país y en seguida
259. huían, acometió á Sapor en la Mesopotamia; pero fué vencido y hecho prisionero. El rey de los reyes, envanecido extraordinariamente con tan importante victoria, le llevó abrumado de cadenas por la principales ciudades, poniéndole los piés sobre la espalda para montar á caballo. Habiendo muerto al cabo de muchos años de cautiverio, le mandó desollar, y depositó su piel en un templo, como perpétuo monumento de vergüenza. Así lo refieren algunos historiadores: otros por el contrario aseguran que si bien Sapor se negó á dejarle libre, no se encrueleció contra el prisionero, cuyo mayor tormento fué ver que su hijo, léjos de pedir su libertad, se alegró de una desventura que le ascendia al trono ántes del tiempo señalado. Los Cristianos vieron en el infortunio de Valeriano la pena de haber perseguido á los fieles, pues así lo habia hecho á instigacion de Marciano, célebre mágico egipcio, quien le persuadió que jamas prosperaria el imperio, miéntras no fuese aniquilado un culto que odiaban los númenes patrios.

VIIIª persec. contra los Cristianos.

Treinta tiranos. Al anuncio de la derrota, todos los enemigos de Roma, como si estuviesen de acuerdo, se lanzaron con ímpetu á la pelea: los Godos y los Escitas devastaron el Ponto y el Asia, los Cuados y los Sármatas ocuparon le Dacia y la Panonia: otros invadieron la España, tomando posesion de ella hasta Tarragona; y los Alemanes y los Francos se arrojaron sobre la Retia, penetrando hasta Rávena. Con el peligro se despertó la energía: los senadores movilizaron á los pretorianos que se hallaban de guarnicion, alistando en sus filas á los plebeyos mas robustos, de modo que los Bárbaros se volvieron á Galieno sus guaridas. Habiendo quedado Galieno solo en el imperio, se asustó al ver aquel ardor marcial, temiendo que lo dirigiesen algun dia contra los tiranos, por lo cual prohibió que los senadores obtuvieran grados militares, no permitiéndoles siquiera acercarse á los campamentos de las legiones; prohibicion que los ricos afeminados aceptaron como una gracia.

Una vez rechazados los Bárbaros de la Dacia y la Italia, procuró Galieno atraérselos contrayendo con ellos vínculos de parentesco, y al efecto se casó con la hija de Pipa, rey de los Marcomanos, enlace que la vanidad romana consideró siempre como profano. Derrotó y mató en la Iliria á Ingenuo, que se habia hecho proclamar emperador, y para vengarse, mandó pasar á cuchillo á los habitantes de la Mesia, fuesen ó no culpados (1). *No basta*, escribia á Veriano Céler, *que des la muerte simplemente á los que han esgrimido las armas contra mi, y que hubieran podido perecer en la pelea: quiero que en cada ciudad extermines á todos los hombres, sean jóvenes ó viejos; no perdones á uno siquiera que me haya tenido mala voluntad ó haya hablado mal de mi, hijo, padre y*

(1) Esta es la primera vez que se hace mencion de los Francos, pueblo ó confederacion germánica, que residia entre el Océano, el Rhin y el Weser, esto es, en la Westfalia y en el Hesse.

(1) Consúltense los *Script. Hist. Aug.*; — TREBELII POLLIONIS, *Valerianus, Gallieni duo, triginta tyranni*; — MANSO, *Los treinta tiranos*, en aleman, á continuacion de su *Vida de Constantino*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hermano de príncipes. Mata, maltrata sin piedad, procede como en tu lugar procederia yo, que te escribo de mi puño y letra (1).

Ejecutábase á la letra este decreto dictado por el furor, de modo que las personas amenazadas, en su desesperacion, proclamaron emperador á Q. Nonio Regilo, natural de Dacia y descendiente de Decébalo, que militó con Trajano, y era tan valiente, que Claudio (futuro emperador) le escribió congratulándose de su eleccion y diciéndole: *En otro tiempo se te hubiera decretado el triunfo; hoy dia te aconsejo que venzas con la mayor precaucion, sin olvidar que hay alguno á quien tus victorias inspirarán sospechas.* Su valor le elevó al trono, pero no le bastó para conservarlo, pues en breve pereció á manos de los soldados.

Regilo. 261.

Otro emperador que se insurreccionó en las Galias, Casio Labieno Póstumo, de baja extraccion, aunque excelente capitan, asedió en Colona á Salonino, hijo de Galieno, y le dió muerte; prestáronle homenaje la Galia, la España y la Bretaña; y en los siete años que se sostuvo, lanzó de la primera á los Germanos, restableció la tranquilidad y se hizo amar.

Póstumo. 259.

Tantos disturbios interiores debajan á los Persas en libertad de devastar á su arbitrio el Oriente. Habiendo penetrado Sapor hasta la Cilicia, saqueó á Tarso y ocupó á Cesárea, exterminando á sus habitantes y amenazando con querer pasar de un monte á otro, despues de haber colmado de cadáveres el valle intermedio. Hacía que los prisioneros fuesen llevados diariamente al abrevadero como un rebaño, no dándoles mas alimento que el necesario para prolongar sus penas.

260

Balisto, capitan del Pretorio en tiempo de Valeriano, reunió los restos del ejército de este y se atrevió á oponerse á los Persas; supliendo el número con la rapidez y el arte, libertó á Pompeyópolis en Cilicia, mató multitud de Persas en Licaonia, hizo muchos prisioneros, contándose en este número las mujeres de Sapor; y retirándose en seguida ántes que este le alcanzase, desembarcó con la velocidad del relámpago en Sebaste y en Corisa de Cilicia, donde sorprendió y dió muerte á los invasores.

Balisto.

Odenato de Palmira, jeque de una tribu de Sarracenos, que habia sido educado desde la niñez en la caza y las batallas, cuando vió á Sapor hacerse temible por la victoria obtenida contra Valeriano, le envió protestas de sumision y una recua de camellos cargados de ricos dones. Al rey de los reyes pareció insolente que un hombre oscuro se atreviera á escribirle, y así, rompiendo la carta, mandó arrojar al rio los regalos, y le contestó que le enseñaria cómo debia tratar á su señor, exterminándole, juntamente con los suyos, si no iba á prosternarse ante él con las manos atadas á la espalda.

Odenato.

Este ultraje despertó el volor del Sarraceno, que juró humillar aquella jactancia, ó perecer; y decidiéndose á favor de los Romanos, de quienes Palmira era entónces colonia, ayudó con todas sus fuerzas á Balisto. Sapor, afligido por la pérdida de sus mujeres y temiendo mayores desastres, emprendió la retirada ante aquellos dos intrépidos jefes; pero miéntras atravesaba la Eufratesiana, á corta distancia de Palmira, Odenato cayó sobre él y desbarató su retaguardia; por lo cual, obligado á pasar el Eufrátes en el mayor desórden, vió perecer mucha parte de su gente, y tuvo que comprar á la guarnicion romana de Edesa la facultad de retirarse sin ser inquietado, mediante todo el oro que llevaba consigo de la saqueada Siria.

261.

Entrando Odenato en la Mesopotamia recuperó á Nisibe y Carres, y adelantándose hasta el carazon de la Persia para libertar á Valeriano, venció á Sapor en una batalla campal y le encerró con su familia en Ctesifonte. De todo el reino acudieron entónces los magnates persas á defender la capital; pero Odenato los derrotó, y tal vez hubiera visto coronados sus esfuerzos, si las renacientes sediciones del Imperio no hubieran hecho imposible toda grande empresa.

En recompensa de tan señalados servicios le nombró Galieno jefe de todas las fuerzas romanas de Oriente, y Odenato tomó el título de rey de Palmira. La historia de esta ciudad forma como un episodio oriental en medio de las graves calamidades de los tiranos latinos y de los Bárbaros invasores. Hemos visto con qué oportunidad la fundó Salomon en el desierto, á tres jornadas del Eufrátes; pues sirviendo de descanso á las caravanas que iban desde Europa á la India, floreció en tiempo de los Seléucidas, y á favor de una larga paz creció en riquezas, y debemos creer que tambien en felicidad, dado que las historias no hacen mencion de ella. Estrabon no la nombra siquiera: Plinio la califica de notable por su situacion, la riqueza de su territorio, y sus agradables arroyuelos. Aislada del mundo por el vasto desierto de que estaba rodeada, se habia mantenido independiente entre los Partos y los Romanos, deseosos á porfía de que tomára parte en sus intereses.

Palmira 263.

Miéntras en aquellas regiones daban Odenato y Balisto tan admirables pruebas de su denuedo, Galieno se corrompia entre meretrices. Ejercia su crueldad, no contra los senadores, como habian hecho sus predecesores, sino contra los soldados, mandando matar á tres ó cuatro mil cada dia. Una vez se hizo llevar en ridículo triunfo, acompañado de fingidos prisioneros con trajes de Godos, Sármatas, Francos y Persas; por lo cual algunos, importunamente chistosos, se pusieron á mirarlos de piés á cabeza; y como se les preguntase qué era lo que examinaban con tanto esmero, respondieron: *Buscamos al padre del emperador.* Galieno los mandó quemar vivos; excelente modo de tener razon. Divertíase ademas en disputar con el filósofo Plotino, y se proponia confiarle una ciudad donde pusiese á práctica la república de Platon: componia tambien hermosos versos y admirables discursos;

(1) *Vida de los treinta tiranos*, c. VIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sabía con la misma habilidad adornar un jardin que aderezar una comida; se iniciaba en los misterios de Grecia; solicitaba un puesto en el areopago de Aténas; y en las solemnidades de inmerecidos triunfos ó en el lujo de su corte disipaba tesoros que la miseria pública y las grandes calamidades reclamaban. En medio de todo esto, reinaba un abandono total de los intereses del Estado. Á los que le llevaron la noticia de la muerte de su padre contestó: *Sabía que era mortal*: á los que le anunciaron la pérdida del Egipto: *Nos pasarémos sin sus telas*: á los que le dijeron que el enemigo habia ocupado la Galia preguntó: *¿Perecerá Roma si le faltan los paños de Árras?* y á los que le pintaron el Asia saqueada por los Escitas: *¿No podremos lavarnos sin espuma de nitro?*

Esta indolencia suscitaba por todas partes usurpadores, conocidos en la historia con el nombre de los Treinta Tiranos, aun cuado el número no sea exacto; pero ¿cómo seguir á todos aquellos ambiciosos sin tedio y confusion en su breve tránsito desde el trono al sepulcro?

261. Macriano, que subió por su valor á los mas elevados puestos de la milicia, se rebeló contra el hijo de Valeriano, y con el apoyo de Balisto consiguió que le aclamasen emperador. Apénas P. Valerio Valente, procónsul de la Acaya, lo supo, cuando tomó el mismo título; y otro tanto hizo Pison, enviado contra él. Era este último de ilustre nacimiento y estaba dotado de grandes virtudes, tanto que al oir que le habian asesinado, exclamó Valente: *¡Qué cuenta deberé dar á los jueces infernales de la muerte de uno que no tiene igual en el imperio!* El Senado decretó su apoteósis, diciendo que no habia existido nunca hombre mejor ni mas firme.

Macriano, que se habia adelantado contra Galieno, fué vencido y muerto en la frontera de
264. Francia. Entónces Balisto se apellidó emperador en Emesa, asesinando á cuantos tardaban en rendirle homenaje; pero un sicario de Galieno le quitó la vida. Un tal Sempronio Saturnino se arrogó tambien aquel título, no se sabe en qué punto, y en Egipto hizo lo propio Emiliano, el cual se ocupó en reformar el país, que se hallaba en el mayor desórden, hasta que el Egipcio Teodoto, mandado contra él por Galieno, le derrotó, y habiéndole hecho prisionero, le envió á Roma, donde fué extrangulado en el calabozo, segun la antigua costumbre. En el Asia Menor los Isaurios aclamaron á Cayo Anio Trebeliano, y habiendo perecido este en la pelea, no quisieron someterse y devastaron el Asia Menor y la Siria, hasta el tiempo de Constantino. Tito Cornelio Galo fué proclamado augusto en África, y al cabo de siete dias murió en el suplicio de la cruz.

Postumio, que habia logrado sostenerse en las Galias, asoció al imperio á Aurelio Piauvonio Victorino, resistió á los repetidos ataques de Galieno y venció á un tal L. Eliano, que se habia erigido emperador en Maguncia; pero no habiendo consentido que los soldados saqueasen esta ciudad, fué degollado juntamente con su hijo. Espurio Servilio Loliano, que le sucedió,
266. recibió la muerte á instigacion de Victorino, el cual quedó único dueño de las Galias, hasta que cierto marido, á quien habia ultrajado, le asesinó. Habia elegido para que le sucediese á su hijo; no obstante, los Galos, teniendo á ménos obedecer á un niño, nombraron á M. Aurelio Mario, armero de una fuerza y un valor extraordinarios; pero, á los tres dias, un jóven que estaba á su servicio le clavó la espada en el
268. corazon, diciéndole: *Fué fabricada en tu fragua*. Los soldados le reemplazaron con Pesuvio Tétrico, senador y varon consular, que quedó en posesion de la Galia, la España y la Bretaña. Estos efímeros emperadores eran elevados y destruidos por Victoria, madre de Victorino, la cual oponia á Galieno un valor varonil y disponia de riquezas inmensas.

Odenato, asociado por Galieno al imperio, en recompensa de haber conservado las provincias orientales, continuaba peleando con fortuna contra los Persas. Sitió y quizá tomó á Ctesifonte; pero, en el momento en que corria á oponerse á las invasiones de los Galos, fué muerto: era el cuarto año de su reinado. En nombre de los tres hijos que dejaba, se puso al frente del gobierno Zenobia, madre de estos, titulándose reina de Oriente, vistiendo las insignias imperiales, y declarándose enemiga de Galieno.

Este, obligado á pesar suyo á tener siempre empuñadas las armas contra los enemigos interiores ó exteriores, se vió en la necesidad de marchar á Italia; pues Manio Acilio Aureolo, su general en la Iliria, forzado por el ejército á aceptar la púrpura, habia pasado los Álpes, y despues de derrotar las tropas imperiales á orillas del Adda, entre Bérgamo y Milan, donde construyó un puente que aun conserva su nombre (*Pons Aureoli*, Pontirolo), habia ocupado á Milan. Allí le sitió Galieno; pero este, á consecuencia de una conjuracion, pereció el décimoquinto año de su reinado y á los treinta y cinco de edad. Al principio sus soldados trataron de vengarle, mas aplacados luego con dinero, le declararon tirano: el Senado le proclamó enemigo de la patria, mandó precipitar á sus amigos y parientes de la roca Tarpeya, y poco despues lo deificó.

Muerte de Galieno, 20 de marzo. 268.

Verdaderamente la época de Galieno fué una de las mas deplorables que la historia recuerda. El Egipto estaba tan revuelto, que en Alejandría se comunicaban con trabajo por medio de cartas de un barrio á otro; los mas frívolos motivos, un saludo, un calzado, producian violentas disputas, y el Nilo y el mar con frecuencia se tiñeron de sangre. Sobrevinieron hambres y pestes, y fué tal la mortandad, que se contaban en la ciudad ménos personas desde catorce hasta ochenta años que las que habia comunmente desde cuarenta á setenta (1). Estas turbulencias

(1) Eusebio, VII, 23. Parece que se inscribian en registros los nombres de los habitantes, y que se hacia un reparto de trigo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

duraron doce años; al cabo de los cuales el Bruquio, que constituía la parte mas hermosa y fuerte de Alejandría por el lado del mar, y que comprendia el palacio real, el museo, la biblioteca y los almacenes, fué sitiado por los Romanos á las órdenes del emperador Teodoto, y tuvo que rendirse por hambre.

Entretanto los Escitas, bajo cuyo nombre se confunde frecuentemente á los Godos, devastaban la Bitinia, arrasando muchas ciudades, recorrian la Tracia y la Macedonia, y amenazaban á la Grecia, que fortificó nuevamente las Termópilas, ciñó de muros á Aténas y cerró el istmo del Peloponeso. Habiendo atravesado los Bárbaros el Helesponto y destruido bastantes ciudades y monumentos artísticos é históricos, saquearon el templo de Diana en Éfeso, que sobreviviendo á siete demoliciones, estaba adornado de todos los tesoros de la opulencia asiática y del arte griego. Los monarcas le habian regalado ciento veintisiete columnas jónicas de mármol, de cincuenta piés de altura; el altar, obra de Praxíteles, representaba los fastos de Apolo y de Baco; y los Godos, ajenos á los terrores de la supersticion y al respeto hácia lo bello, redujeron á cenizas el edificio.

Tambien se perdieron todas las conquistas hechas por Trajano en la Dacia, y ni los Pirineos salvaron á la España; pues habiendo penetrado los Francos en ella, la devastaron, y despues de destruir á Tarragona pasaron á África. Los esclavos y los labradores se sublevaron en Sicilia, y renovaron los horrores de la guerra servil causando gravísimos perjuicios á los senadores romanos, que tenian allí sus principales propiedades.

¿Habré de describir una por una todas las crueldades que cometieron así los defensores como los invasores? Galieno atacó á Bizancio, y habiendo entrado en la ciudad á consecuencia de un tratado, mandó pasar á cuchillo la guarnicion y los ciudadanos, de modo que, segun el dicho de un autor (1), no quedó un alma viva. Cada tirano que se levantaba debia gastar profusamente con los soldados; ¿y de dónde habia de extraer estas sumas, sino del pueblo? Como en todo Estado nuevo, cometia vejaciones y crueldades, y cayendo luego con rapidez, envolvia en su ruina al ejército y á las provincias. Á veces tambien estos efímeros señores se asociaban con los Bárbaros para sostenerse contra sus rivales; y sus discordias fomentaban siempre las correrías de aquellos. El hambre y la peste, que duraron desde el año 250 al 265, completaron la ruina general; aumentando el espanto de los pueblos, terremotos, eclipses de sol y sordos mugidos subterráneos: ¡infelices! ¡infelices!

(1) TREB. POLION, *Vida de Galieno*, p. 179.

CAPÍTULO XXIV

Desde Claudio II á Diocleciano.

La caída del imperio fué entónces retardada por una serie de valientes emperadores. El ejército aclamó á Claudio, como al mas digno de sostener el nombre y la dignidad imperial, y los senadores confirmaron la eleccion, repitiendo á voces que habian deseado siempre por emperador á Claudio ó á uno que le igualase en mérito. Este hijo de la Iliria, que adquirió el trono sin necesidad de cometer ningun delito, continuó el cerco de Milan, hasta que hizo prisionero allí á Aureolo, cuya muerte decretó á peticion de su ejército; derrotó á los Germanos que se habian adelantado hasta el lago de Garda; despues trató en Roma de remediar, como mejor pudo, los desórdenes causados por los motines precedentes, y dejando que los senadores condenasen á muerte á los amigos y á la familia de Galieno, impetró en seguida su perdon. 24 de marzo. 268.

Marchando luego contra los Godos, que despues de haber saqueado las provincias se retiraban por la Alta Mesia, escribió al Senado: « Me encuentro á la vista de trescientos veinte » mil enemigos. Si alcanzo la victoria, confío en » vuestro reconocimiento; si el éxito no corresponde á mis esperanzas, acordáos que el imperio quedó exhausto á consecuencia del reinado de Galieno y por culpa suya y de los tiranos » que han asolado nuestras provincias. No tenemos ni lanzas, ni espadas, ni escudos; las Galias y la España, alma del imperio, se hallan » en manos de Tétrico; los arqueros están sometidos á Zenobia. Por poco que obtengamos, » será bastante. » 260.

Sin embargo, al cabo de algunos dias, pudo escribir nuevamente: « Hemos derrotado á los » Godos y destruido su armada de dos mil velas: » los campos están cubiertos de escudos y cadáveres, siendo tantos los prisioneros, que han » tocado dos ó tres mujeres á cada soldado. » Eran precisas victorias de esta importancia para apuntalar el edificio vacilante de la república; pero Claudio, habiendo reinado apénas dos años, murió en una epidemia. El Senado le decretó los honores divinos, y colgó en las salas donde celebraba sus reuniones un escudo de oro con la efigie del emperador. El pueblo le levantó una estatua de oro de seis piés de altura, y una de plata que pesaba mil quinientas libras, llamando por unanimidad á sucederle á su hermano Quintilo, el cual á los diez y siete dias fué asesinado por el ejército, ó se suicidó. 270.

Proclamóse en su lugar á Aureliano, que habia nacido en Panonia de humilde cuna, señalándose por su fuerza y su valor, de modo que los soldados le conocian con el nombre de *manu ad ferrum*, cantaban en su honor canciones, cuyo estribillo era *mil, mil, mil mató*, y decian que en varias batallas habia dado la muerte con su mano á novecientos cincuenta Aureliano, 270.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

enemigos. Los Godos, repuestos de la última derrota, renunciaron á su reciente atrevimiento y pidieron la paz, que él les concedió con gusto, pues los Alemanes, Yutonges y Marcomanos tenian los ojos fijos en la Italia, y hasta penetraron en ella, á pesar de Aureliano, y derrotándole cerca de Plasencia, se encaminaron derechos á Roma. El pavor llegó entónces á su colmo; se consultaron los libros sibilinos, y el mismo emperador se quejó al Senado de que procedia con lentitud en las ceremonias religiosas. *¿Pues qué,* decia, *acaso estáis reunidos en una iglesia cristiana y no en el templo de todos los dioses? Examinad los libros sagrados, y cualquier gasto, cualquier animal ú hombre que designen, yo os los suministraré.* Procesiones de sacerdotes vestidos de blanco, en medio de coros de vírgenes y mancebos, que lustraban el campo y lo consagraban con sacrificios místicos, reanimaron el valor de los Romanos; tanto que Aureliano, reuniendo los restos de las tropas, derrotó á los Germanos, junto á Fano, y despues, en otras batallas, los exterminó. Tambien venció á los Vándalos, que habian pasado el Danubio,
271. obligándolos á entregar á los hijos de sus dos reyes en rehenes. Buscando, sin embargo, una ventaja real, mas bien que una lisonjera apariencia, abandonó la conquista de Trajano de la otra parte del Danubio; y la Dacia, declarándose independiente, ayudó al imperio, ya acostumbrando á los Bárbaros á la agricultura, ya rechazándolos; miéntras que la Dacia de Aureliano, nombre que se dió á la Mesia, acogió á los habitantes que habian sido expulsados de aquella.

Fué tal el desórden que encontró en Roma, que tuvo que recurrir á los medios mas rigorosos, y condenó á muerte á varios senadores por leves acusaciones, no justificadas siquiera. Reparó las murallas que rodeaban la ciudad, comprendiendo un circuito de veintiuna millas, lo que al par que lisonjeaba el orgullo romano con la extension, lo humillaba, advirtiéndole que la capital del imperio tenia que buscar su seguridad en las fortificaciones. Aureliano restableció la disciplina (1); castigaba severamente cualquier falta leve de los soldados, y habiendo uno de ellos violado á la mujer de su huésped, le hizo atar á dos árboles doblados, que al separarse, le abrieron por la mitad. Así los soldados cantaban en canciones diferentes de las primeras: *Este ha derramado mas sangre que lo que otros han bebido de vino.* Pero hacía aparecer ménos pesada aquella disciplina, sometiéndose él tambien á ella, mostrándose enemigo del lujo y prohibiendo á su mujer llevar vestidos de seda, porque costaban tanto como el oro (1).

Luego que lo preparó todo para la paz y la guerra, marchó contra Zenobia. La viuda de Odenato, en cuanto fué reina de Oriente, halló quien la hiciese descender de los Tolomeos. Su Zenobia.
estirpe, á la verdad, era ilustre; entendia el latin, el griego, el egipcio; sabía historia y se ocupaba en escribirla; con Longino habia aprendido á discutir sobre Platon y sobre Homero; en la caza competia con su esposo, y en la guerra con los mejores capitanes. Dispuso que sus hijos Ereniano, Timolao y Valbalátes vistiesen la púrpura, como asociados al imperio, y que trocasen la lengua griega por la latina, gobernando, en calidad de tutora suya, cinco ó seis años. Alternativamente grande en la administracion y prudente en el consejo, firme en sus resoluciones, admirablemente generosa, exenta de los amores y demas pequeñeces que deshonran las cortes femeniles, unas veces igualaba en su palacio la magnificencia de los monarcas persas, siendo venerada como estos con la faz pegada al suelo; otras, con el yelmo del soldado y el manto imperial, marchaba á pié, ó se lanzaba al campo á caballo y en los carros de guerra; otras, por último, daba banquetes á estilo de los Césares, brindando con los oficiales del ejército y con los embajadores de Persia y Armenia.

Habiendo derrotado á Heracliano, quedó dueño de la Siria y de la Mesopotamia: despues, miéntras que Claudio hacia la guerra á los Godos, extendió su dominacion al Egipto, se apoderó de una gran parte del Asia, y puso los ojos en la Bitinia.

Aureliano, resuelto á contener sus progresos, entró en esta última provincia, y luego en la de Capadocia. Hallando resistencia en Tiane, juró exterminar allí hasta los perros; pero como la
272. ganó por traicion, dijo que Apolonio, el famoso taumaturgo de Tiane, se le habia aparecido, prohibiéndole maltratar á sus compatriotas. Los soldados únicamente saciaron su furor en los perros y en Heraclamon, traidos á su patria.

Habiendo logrado encerrar á Zenobia en Palmira, empleó Aureliano todas las máquinas murales conocidas, y los sitiados todo el valor del que defiende su patria. *Es increibl*, escribia el emperador, *el número de dardos y de piedras que nos arrojan sin cesar; pero confío en los dioses, que han favorecido siempre nuestras empresas.*

(1) Véase en la siguiente carta de Aureliano á uno de sus tenientes las menudencias á que descendia en punto á disciplina militar: « Si quieres ser tribuno, y hasta si te es cara la » vida, haz que tus soldados no falten á su deber. Ninguno de » ellos robe las gallinas del prójimo, ni toque á las ovejas que » no le pertenecen. Prohíbeles robar las uvas, echar á perder » los sembrados, exigir á los habitantes aceite, sal, leña; que » cada uno se contente con lo que le suministra el príncipe. Los » soldados deben regocijarse del botin cogido al enemigo, pero » nunca de las lágrimas que viertan los súbditos romanos. Que » todos tengan bien limpias y relucientes sus armas, bien » aguzadas y afiladas las espadas, bien cosidos los zapatos. » Sustitúyanse los vestidos viejos con otros nuevos. Que depo- » siten la paga en sus bolsillos y no en las tabernas. Cada » cual lleve su anillo, su collar, su brazal, y no los vendan ni » jueguen. Que se cuiden y almohacen el caballo y la acémila » que lleva el bagaje, y lo mismo el macho comun de la com- » pañía, y que no se venda la avena que les está destinada. Los » soldados deben ayudarse unos á otros, como esclavos; y ya » que nada les cuesta el médico, no malgasten el dinero en » consultar á los adivinos. Deben vivir constantemente en sus » alojamientos, y si promueven disputas, que no les falte el » regalo de una buena paliza. »

(1) *Absit ut auro fila pensentur: libra enim auri tunc libra serici fuit.* Vopisco en Aurel.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Zenobia esperaba que los Persas y los Sarracenos acudiesen á socorrerla; mas los primeros fueron derrotados ántes de llegar, y los segundos corrompidos. Entónces resolvió ir personalmente á reunir nuevos auxilios en la Persia; pero miéntras que á favor de la noche huía en veloces dromedarios llevándose sus tosoros, fué alcanzada y hecha prisionera por Aureliano. Preguntándole este cómo siendo mujer habia osado resistir á los emperadores romanos, respondió, que á él le reconocia verdaderamente por Augusto; pero que ni á Galieno ni á los demas los habia creido dignos de tan gran nombre.

Palmira logró ser perdonada, entregando sus riquezas; no obstante, muchos de los que habian ayudado á la reina fueron arrojados al mar ó degollados, entre los cuales se contó el filósofo Longino, maestro de Zenobia. Acudieron entónces solicitando á porfía la amistad de Aureliano los Blemios, los Oxumitas, los Árabes, los Bactrianos, los Iberos, los Sarracenos, los Albaneses, los Armenios, y hasta los Etíopes, los Indios y los Chinos.

Pero apénas el emperador se habia puesto en camino, supo que los habitantes de Palmira, levantando de nuevo la cabeza, habian asesinado al gobernador y á la guarnicion; por lo cual, no dándoles tiempo para que se fortificasen, retrocedió, y los mandó pasar á cuchillo sin distincion de edad ni de sexo, arrasando en seguida la ciudad.

Ruinas de Palmira.

1670.

El nombre de Palmira desapareció tan completamente de la historia, que hasta se ignoraba en Europa su existencia, cuando habiendo oído algunos comerciantes ingleses contar en Alepo á los Beduinos maravillas de las inmensas ruinas hacinadas en el desierto, quisieron cerciorarse de la verdad. Despojados de todo la primera vez, y sin poder proseguir su viaje, volvieron no obstante á la carga, y al fin descubrieron los restos de aquella portentosa ciudad, y publicaron una noticia acerca de ella. Los Europeos la tuvieron por una ruidosa burla, hasta que dos Ingleses, Dawkins y Wood, publicaron la descripcion y los dibujos exactos de aquellas magníficas ruinas que ocupan el espacio de cinco mil setecientos setenta y dos metros, presentándolas como superiores á cuanto poseen Italia ó Grecia (1). Conducian á un hermoso arco de triunfo tres calles, cuya longitud total no bajaba de mil doscientos veintinueve metros, con pórticos adornados de estatuas é inscripciones, y donde, de mil cuatrocientas cincuenta columnas, ciento vientinueve se conservan aun en pié, y dos se elevan á veinte metros, de modo que el basamento excede de la altura de un hombre. Aquellos fustes mutilados con algunos arquitrabes sobrepuestos, y casi ningun muro, cortan de una manera singular el ilimitado horizonte del desierto. Los pórticos guian á unas magníficas tumbas, construidas en forma de torres cuadradas de cuatro ó cinco cuerpos de mármol blanco, con figuras de relieve y arabescos. Descuellan entre las demas ruinas las del templo del Sol, con su atrio de seiscientos setenta y nueve piés cuadrados, rodeado de trescientas sesenta y cuatro columnas en doble hilera, de quince metros y medio de altura, y un metro y cuarenta centímetros de diámetro; en medio está el templo, cuya fachada tiene cuarenta y siete piés, y los costados ciento veinticuatro, ceñido por un perístilo de cuarenta columnas, todas de mármol blanco, cuya elevacion pasa de diez y seis metros. Los arquitrabes, las cornisas, los sófitos, las puertas, ostentan maravillosas esculturas de elegantes proporciones y de exquisito, aunque recargado dibujo. Se colora la época de estos trabajos en los tres primeros siglos de la era cristiana, cuando la imitacion oriental hacía que se prodigasen los adornos. Algunas adiciones posteriores indican que aquel templo estuvo dedicado al culto de Cristo y despues al de Mahoma.

Balbec.

No dividiremos de estas ruinas las de Balbec ó Heliópolis, situadas cerca de ellas, donde se ven dos templos, el uno de treinta y ocho metros de longitud por treinta y siete de anchura, y el otro de noventa y seis por cuarenta y siete, con un recinto de doscientos noventa y nueve de longitud, y ciento trenta y seis de anchura, un gran pórtico, un vasto patio octógono, y otro rectangular con una galería. Aun se conserva en pié un grupo de seis columnas corintias, que tienen diez y nueve metros de altura y siete de circunferencia, y cuyas piezas están unidas tan sólidamente, que algunas ni siquiera se han desprendido al caer: piedras de hasta once metros de longitud y tres de espesor, forman un muro, encima del cual hay tres que ocupan cincuenta y siete metros: otras piedras pasan de veintitres metros de largo y cuatro de ancho, esto es, tienen mas volúmen que un obelisco. Ignoramos absolutamente la historia de esta ciudad que debió tambien su prosperidad al comercio y al tránsito de las caravanas; solo sabemos que estaba aun floreciente en tiempo de los Antoninos.

Y todo esto se veía en medio del desierto, donde no existe una sola cantera. Pero los habitantes, escasos de territorio, quisieron hermosear su patria, á semejanza de los de Venecia, Génova y Pisa, en testimonio de afecto y de riqueza. ¡Qué impresion experimenta el viajero cuando al salir del inmenso arenal donde no ha encontrado ni una choza, ni una planta, ve ante sí la ciudad de poético nombre, que debió tanta vida al comercio, y que fué convertida en un vasto sepulcro por la espada romana! Treinta ó cuarenta familias ocupan hoy cabañas de barro en el recinto del templo de Palmira, rodeadas de majestuosos vestigios, cuyo orígen no investigan, cuya majestad no comprenden, y en medio de los cuales Volney exhalaba sus desgarradoras elegías, presentándonos á los pueblos como una mísera raza, que se extiende y pere-

(1) Wood, *Ruines de Palmyre*, Lóndres, 1753. *Ruines de Balbek*; 1757.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ce, víctima del acaso y juguete de la fuerza y la impostura.

Egipto. Tambien el Egipto se habia sublevado á consecuencia de los manejos de un tal Firmio Siro, que en el comercio con los Árabes y Blemios de Etiopia y con los Indios, se habia enriquecido hasta poder, decia, mantener un ejército con solo lo que le producian el papel y el engrudo. Para secundar á Zenobia se tituló Augusto, é
275. impidió la exportacion de granos, lo que ponia en grande apuro á Roma; pero Aureliano, alcanzándole con su presteza y fortuna acostumbradas, le condenó á la última pena. Dirigióse en seguida á Europa, para arrancar de manos de Tétrico la España, la Galia y la Bretaña.
274. Este, que durante cinco años habia obedecido mas bien que mandado á soldados turbulentos, se rindió espontáneamente; y así, al cabo de trece años, volvieron á quedar incorporadas aquellas provincias al Imperio.

Triunfo de Aureliano. 274. El triunfo de Aureliano fué pomposo como ninguno. Iban á la cabeza veinte elefantes, cuatro tigres, y ademas doscientas fieras de las mas raras y curiosas del Oriente y el Mediodía; despues seguian mil seiscientos gladiadores destinados al anfiteatro, y á continuacion iban los tesoros del Asia y de la reina de Palmira, dispuestos en vistosa confusion, y en una infinidad de carros, banderas militares, yelmos, escudos y corazas. Los embajadores de las naciones mas remotas, etíopes, árabes, persas, bactrianos, indios y chinos, llamaban la atencion, tanto por su extraña fisonomía, cuanto por la riqueza y singularidad de su traje. Los productos de todas las comarcas, y las coronas de oro que las ciudades le habian ofrecido en señal de agradecimiento, atestiguaban la obediencia y la adhesion del mundo hácia aquella Roma, que estaba al borde del sepulcro.

Marchaban detras largas filas de Godos, Vándalos, Sármatas, Alemanes, Francos, Galos, Sirios y Egipcios encadenados; diez guerreras godas, cogidas con las armas en la mano, y que se titulaban nacion de las Amazonas; el emperador Tétrico y la reina Zenobia, aquel con los gregüescos al estilo de los Galos, la túnica amarilla y el manto de púrpura, acompañado de su hijo y de los cortesanos de las Galias; la reina de Oriente, cubierta de joyas y con cadenas de oro en las manos y el cuello, sostenidas por esclavas persas; y en pos de ella el magnífico carro que habia preparado para cuando debiese subir triunfalmente al Capitolio, y otros dos no ménos lujosos, uno de Odenato, y otro del rey de Persia. En el cuarto iba Aureliano, tirado por cuatro ciervos (rengíferos), arrebatados á un rey godo; cerrando la comitiva que se adelantaba en medio de vivas y aclamaciones, los senadores y los mas ilustres ciudadanos. Juegos del circo, representaciones escénicas, luchas de gladiadores y de fieras, y combates navales, coronaron é hicieron memorable aquella solemnidad.

Aunque el ejército habia pedido en Siria á grandes gritos la muerte de Zenobia, Aureliano le cedió en los alrededores de Tívoli tierras suficientes para que pudiese vivir segun su clase; colocó noblemente á sus hijas, y confirió al único varon que habia sobrevivido un pequeño principado en Armenia. En cuanto á Tétrico, consintió que llevase el título de colega suyo, y le encargó el gobierno de la Lucania.

Entónces, á fin de poner mejor arreglo en los asuntos públicos, formuló leyes contra el adulterio y el concubinato, exceptuando el que se tuviera con esclavas. Castigaba severamente á sus libertos y siervos, y si cometian algun delito, los entregaba al magistrado ordinario para que los juzgase. Erigió en Roma el templo del Sol, abundante en metales preciosos y en perlas, con vasos de oro que pesaban mil quinientas libras. Adornó el Capitolio y otros templos con los presentes que le enviaron los príncipes extranjeros, y señaló rentas para el sostenimiento de los sacerdotes y del culto. Ademas del aceite y el pan, distribuía al pueblo carne de cerdo, y aun queria añadir á esto vino; pero el prefecto del Pretorio observó que en seguida el pueblo pretenderia tambien gallinas. Determinó la cantidad de trigo, papel, lino y vidrio que tendria obligacion de suministrar anualmente el Egipto, y despues de perdonar todas las deudas contraidas por los particulares con el Erario, publicó una amnistía general de los delitos políticos. Pero una sublevacion promovida por no sabemos qué reforma del sistema monetario, y que costó trabajo ahogar en torrentes de sangre, despertó la índole severa de Aureliano, el cual llenó principalmente de senadores las cárceles y los patíbulos, al mismo tiempo que su altivez le hacía mirar como único derecho la espada, y tratar al imperio como país conquistado.

Así el Senado llegó á aborrecerle en igual grado que le amaba el ejército, y sin embargo recibió de manos de este la muerte. Cuando se preparaba á vengar en la Persia á Valeriano, Mnesteo, su liberto y secretario, amenazado por él con motivo de algunas extorsiones, previno el castigo mostrando á los principales oficiales del ejército una lista falsa de nombres proscritos, y persuadiéndoles á que evitasen la muerte asesinando al emperador. En efecto, fué muerto por sus guardias, entre Heraclea y Bizancio: habiéndose descubierto luego la falsedad de aquella lista, los conjurados arrojaron á las fieras á Mnesteo, y levantaron un templo al *Restaurador del imperio*. Verdaderamente, en los cinco años que duró su reinado, cicatrizó Aureliano las llagas abiertas por la indolencia de Galieno, rechazó á los Bárbaros de la Italia, restituyó la unidad al Imperio, recibió el homenaje de Hormísdas, sucesor de Sapor, y si su excesivo rigor no ha permitido que se le cuente entre los buenos príncipes, figura entre los útiles, en un tiempo en que solo la espada podia asegurar un imperio que habia sido fundado por la espada. Al principio toleró á los

Muerte de Aureliano. Enero 275.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Cristianos; pero tenia decidido exterminarlos, cuando la muerte le llamó á dar cuenta de sus acciones.

Los principales oficiales, encontrándose culpados del asesinato de Aureliano, no se atrevieron á nombrar su sucesor, y escribieron al Senado para que eligiese uno á la altura de las circunstancias y que estuviese puro de la sangre derramada. Pero Tácito, príncipe del Senado, disuadió á sus colegas de aceptar lo que se les proponia por miedo de excitar disturbios si la eleccion desagradaba al ejército: en cuya virtud los senadores devolvieron el cometido á este, quien acudió de nuevo á aquellos, repitiéndose hasta tres veces la operacion, de modo que durante ocho meses permaneció vacante el imperio. La tranquilidad interior no se resentia de ello; pero cobraban vigor los enemigos desde el Eufrátes al Danubio; por lo que al fin Marco Claudio Tácito, aunque se excusó alegando su avanzaba edad de setenta y cinco años, se vió obligado á « acceptar el cuidado del Estado y del mundo, que le encomendó el Senado y que él habia merecido por su clase y sus acciones. »

Tácito, setiembre 25.

Descendia del historiador Tácito, de cuya obra mandó que se sacasen diez copias cada año: era de natural afable y admirador de la sencillez antigua. Cedió su patrimonio al público; manumitió cuantos esclavos tenia en Roma, y halló en su templanza y economía dinero para las liberalidades. Cerró del todo los lupanares y los baños públicos ántes de anochecer; mandó levantar templos y celebrar sacrificios en memoria de los buenos emperadores; no permitió que los esclavos declarasen contra sus amos, y prohibió dorar y amalgamar los metales (1). Restituyó sus antiguas atribuciones á los senadores, que llenos de alborozo, salieron en procesion, y escribieron á todas las ciudades y á los pueblos amigos, para que le dirigieran las apelaciones que entablasen contra los procónsules, en vez de hacerlo al emperador ó al capitan del Pretorio. Nombraban á los procónsules, y conferian la magistratura, con tal libertad que negaron el consulado á un hermano de Tácito, á pesar de la recomendacion de este. Por último, daban fuerza á los edictos imperiales con sus decretos: último destello de la autoridad del Senado.

Tácito se atrajo el afecto del ejército con sus liberalidades, y guiándolo contra el enemigo; pero por una parte lo rigoroso del clima, y por otra las turbulentas instancias de los soldados á quienes alentaba su índole afable, le llevaron al sepulcro en la Capadocia, contando apénas seis meses de reinado.

Abril. 276.

Su hermano Floriano se vistió la púrpura, y le obedecieron las provincias de Europa y Africa; pero tres legiones de Asia se declararon á favor de Probo, lo que dió márgen á una guerra civil, que terminó con la muerte de Floriano. Probo, natural de Sirmio, reunia todas las cualidades de un gran príncipe. Derrotó á los Bárbaros que habian invadido las Galias, y los rechazó mas allá del Rhin; obligó á los Godos y Persas á pedir la paz; subyugó á los Isaurios, diseminándolos en las provincias mas distantes; venció á los Blemios, que habitaban entre la Etiopia y el Egipto, y aseguró la paz en lo exterior. Meditaba (proyecto mas halagüeño que realizable) desarmar á los Germanos é inducirlos á someter sus diferencias á la decision de Roma; pero, entretanto, mandó construir una línea de defensa contra ellos, no ya de árboles y empalizada como Trajano, sino de mampostería; la cual se extendia desde los alrededores de Neustadt y Ratisbona, á orillas del Danubio, al traves de montes, valles, rios y pantanos, hasta Wimpsen, junto al Necker, y se juntaba al Rhin, despues de recorrer doscientas millas. Tambien obligó á los Germanos á aprontar diez y seis mil hombres de los mas robustos de entre ellos, que repartió entre las tropas nacionales, cuyo reclutamiento era cada dia mas difícil en las muelles poblaciones de Italia y de las provincias interiores.

Probo.

Tuvo por competidor á Sexto Julio Saturnino, á quien apoyaron los inquietos habitantes de Alejandría; mas este á poco fué derrotado y muerto. En las Galias se sublevó Próculo de Albenga, cuyos abuelos y aun él pirateando habian acumulado tantas riquezas, que pudo poner sobre las armas dos mil esclavos suyos; pero, vencido por Probo, le hicieron traicion los Francos. El Español Bonoso, que de maestro de escuela paso á mandar la escuadra del Rhin, habiendo dejado que el enemigo la sorprendiese y quemase, por miedo del castigo se sublevó, sosteniéndose largo tiempo; pero al fin fué derrotado y se suicidó. Se habia hecho célebre en las proezas de Baco, como Próculo en las de Vénus.

280.

Cuando terminaban las guerras, empleaba Probo á sus soldados en trabajos útiles; como plantar de vides las colinas de la Galia, de la Panonia y de la Mesia; reedificar mas de diez ciudades demolidas y abrir canales; pero habiendo dicho que esperaba dentro de poco pacificar todo el imperio y gobernar sin soldados, estos le asesinaron: catástrofe ya inevitable, ora se tratase de un emperador malo como Galieno, ó de un prudente, justo y respetado como Probo.

Agosto. 282.

Caro.

En su lugar proclamaron las tropas á Caro, prefecto del Pretorio, quién nombró Césares á sus hijos Carino y Numeriano, y derrotó á los Sármatas en la Tracia, tranquilizando de este modo la Iliria y la Italia; en seguida trató de llevar á efecto la guerra por tanto tiempo meditada contra los Persas, y que se habia hecho ya indispensable.

283.

Varánes II, que ocupaba aquel trono, acababa de invadir la Mesopotomia; pero cuando oyó que los Romanos se adelantaban, retrocedió

(1) Desde Claudio II hasta Diocleciano, no se acuñaron monedas de plata, sino de cobre plateado. Las de oro continuaron sin liga, porque el impuesto se pagaba en este metal.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y envió embajadores á Caro. Halláronle estos en traje militar, con un tosco manto de púrpura, comiendo reclinado sobre la yerba un pedazo de tocino y algunos guisantes : y cuando le hubieron explicado el objeto de su mision, les respondió quitándose un casquete que cubria su calva : *Si vuestro príncipe no se somete á los Romanos, dejaré la Persia tan desnuda de árboles como lo está de pelo mi cabeza.*

Para que no se creyese que habia proferido una inútil fanfarronada, entró en la Persia que se hallaba dividida en facciones y ocupada en una guerra con la India : tomó á Seleucia y Ctesifonte; pero á lo mejor murió herido por un rayo. El ejército vió en aquella muerte un siniestro agüero, y obligó á Numeriano, hijo de Caro, á retroceder desde el Tígris, término fatal de las conquistas romanas. Este príncipe, dotado de excelentes prendas, era, como poeta, superior á los demas de su época, y segun el Senado, se distinguia entre todos los oradores; pero tambien él fué muerto en la retirada.

Enero 284.

Carino marchó á Roma desde la Galia, donde habia dirigido la guerra con alguna habilidad, y ocupó el imperio; pero se mostró demasiado indigno de él. En el espacio de pocos meses se casó con nueve mujeres, que fué repudiando una despues de otra, sin contar el gran número de las que deshonró; pasaba el tiempo en conciertos, bailes y placeres obscenos; mandó matar á los amigos y consejeros de su padre, y á todo el que pudiese reprenderle por sus vicios ó que hubiese sido su igual en la vida privada; orgulloso con la senadores, preconizaba que queria repartir las fincas entre la plebe, á la cual divertia con fiestas, y de cuyo seno sacó sus favoritos, que eran al mismo tiempo sus ministros y cómplices, pues en ellos se descargaba de todos los cuidados, hasta del de firmar los decretos.

Se entregaba al vicio y á los placeres, hallándose al borde del precipicio; pues el ejército que habia combatido con su padre en Persia, apénas llegó de retorno á Calcedonia de Asia, proclamó emperador á Diocleciano, comandante de la guardia doméstica (1), individuo de una humilde familia de Dalmacia, ménos valiente en las armas que hábil en los negocios, amante de la literatura, aunque solo entendia de guerra, y enemigo del fausto y de la molicie. Habiéndose divulgado cierto rumor que le suponia cómplice en la muerte de Numeriano, juró que estaba inocente, y mandando en seguida comparecer ante él á Aper, suegro del muerto, dijo : *Ved ahí al asesino del emperador;* y le sepultó la espada en el pecho (2).

Diocleciano, 17 de setiembre. 284.

(1) Los *domésticos*, que habian sido introducidos hacía algun tiempo, eran guardias inferiores á los pretorianos, destinados á custodiar la persona del príncipe. Justiniano elevó su número de mil y quinientos á cinco mil y quinientos; estaban divididos en várias *scholæ* y mandados por un *comes domesticorum*, cargo que llegó á ser importantísimo en el siglo IV.

(2) Desde el dia de su proclamacion (29 de agosto de 284) principia la era de Diocleciano y de los mártires, que estuvo por mucho tiempo en uso en la Iglesia, y que todavía lo está entre los Coftos y Abisinios.

Quiso probar de este modo su inocencia al ejército, el cual se mostró satisfecho, y cumplir la prediccion que le habia hecho una sacerdotisa drúida, anunciándole que sería emperador cuando matase un *aper*, voz latina que significa jabalí. Por eso perseguia siempre en la caza á estos animales : y al herir en esta ocasion á su émulo, exclamó : *Al fin he muerto al Aper fatal.*

El ejército se dispuso á sostener la inocencia de Diocleciano y la verdad del vaticinio por medio de la guerra civil; y el emperador, para asegurar el buen éxito, se ocupó en fomentar el descontento entre las tropas de Carino, saliendo airoso en su empresa, pues si bien fué vencido en la batalla campal dada á orillas del Danubio, un tribuno, para vengarse de un adulterio, asesinó á Carino, con lo que Diocleciano se encontró dueño del imperio, y tuvo la generosidad ó la política de perdonar á los partidarios de su enemigo. 285.

En los noventa y dos años que trascurrieron desde Cómodo á Diocleciano, de las veinticinco veces que estuvo vacante el imperio, veintidos fué por muerte violenta del que lo ocupaba; de los treinta y cuatro emperadores elegidos, treinta fueron asesinados por las personas que aspiraban á sucederles; los soldados eran electores, verdugos, dueños de todo; no sabemos, pues, qué podian hacer los Bárbaros para empeorar semejante estado de cosas.

CAPÍTULO XXV

Emperadores colegas.

Apénas Diocleciano hubo consolidado su autoridad en Roma, marchó contra los Germanos y los Britanos, dirigiéndose en seguida á Oriente donde era mas necesaria su presecia. Ántes, sin embargo, asoció al imperio á Maximiano, aldeano de Sirmio y una de las mejores espadas de la época, pero tan cruel y perverso, que Diocleciano tuvo ocasion de aparecer generoso, interviniendo para moderar sus severos actos, de que tal vez él era promovedor. Maximiano tomó el título de Hercúleo y Diocleciano el de Jovio : aquel respetaba por la superioridad de su talento á Diocleciano; este necesitaba del valor de su colega en medio de tantos enemigos irritados : y hasta subdividió aun la autoridad para acudir con mas presteza á todas partes, eligiendo por Césares á dos generales experimentados, Galerio, pastor de nacimiento y de apellido, y Constancio, noble de Dardania, llamado Cloro á causa de su color. Á este último dió Maximiano una hija en matrimonio, y Diocleciano otra á Galerio; y dividieron entre ellos si no la administracion, la defensa del imperio. La Galia, la España y la Bretaña fueron confiadas á Constancio, que residia en Tréveris en

1º de abril. 286.

292

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bélgica, ó en Eboraco (York) en la grande Cesariana: á cargo de Galerio se pusieron las provincias ilirias situadas á orillas del Danubio, á saber, la Mesia Superior, la Macedonia, el Epiro, la Acaya, designándose como capital á Sirmio; tocaron á Maximiano la Italia, con las dos Retias, las dos Nóricas, la Panonia y parte del África; y por último, á Diocleciano la Tracia, el Egipto y el Asia. Pero no por esto se fraccionó la monarquía, pues miraban espontáneamente como primero y *gran Dios* al que los habia llamado á ocupar aquel puesto; y obrando con un concierto no comun entre los poderosos, y único tratándose de cuatro guerreros, diferentes por su patria, su edad y sus inclinaciones, se ayudaban con el consejo y el brazo: las provincias estaban vigiladas de mas cerca, y las legiones aprendian á respetar la vida de sus jefes, pues ningun resultado hubieran obtenido asesinando á uno de ellos.

Carausio, emper. británico.

Maximiano exterminó en la Galia á los aldeanos que se habian insurreccionado con el nombre de Bagaudos contra la opresion de los ricos, pero Carausio, oscuro ciudadano de Menapia, que tenia el mando de la escuadra estacionada en Gesoriaco (*Boulogne*) para defender la Bretaña de las incursiones de los Francos, dejó que estos pasasen y saqueasen la isla, y despues, á la vuelta, los apresó y despojó del botin que traían. Temeroso entónces del
287. castigo, sublevó la isla, y tomó el título de Augusto. Durante siete años se sostuvo en ella contra los Caledonios y los Romanos; alistó la flor de la juventud franca, iustruyéndola en la disciplina castrense y naval, y poniéndose á piratear con la escuadra, asolaba las costas del Océano hasta las columnas de Hércules.

Maximiano, no pudiendo acometerle por hallarse desprovisto de naves, celebró con él un
294. convenio, cediéndole la soberanía de la Bretaña, con los honores imperiales; pero Constancio renovó despues las hostilidades, y en lo mas fuerte de la pelea Carausio fué asesinado por Alecto, el cual le sucedió en su vacilante poder, y en breve fué tambien vencido, volviendo la Bretaña á reunirse al imperio al cabo de diez años.

Maximiano desde la Galia y Diocleciano desde
297. la Arabia se dirigieron á Milan, para ponerse de acuerdo sobre los medios de defender el imperio, defensa que cada dia se hacía mas difícil, á causa de las nuevas irrupciones de los Bárbaros. Los Godos habian subyugado á los Borgoñones, á los Vándalos y á los Gépidos: los Blemios estaban en guerra con los Etíopes y los Moros: los Persas siempre que daban tregua á sus discordias intestinas, invadian la Mesopotamia y la Siria: los Quincuagentanos de África se habian aliado contra Roma: Marco Aurelio Juliano y Aquileo acababan de proclamarse emperadores, aquel en Italia y este en Alejandría; pero los unánimes esfuerzos de los cuatro soberanos lograron remediarlo todo. Constancio afirmó la dominacion romana en Germania: Diocleciano sometió á Aquileo y al Egipto, castigando severamente el país (1), del cual cedió una parte á los Nubios para oponer una barrera á los Blemios, y Maximiano pasó de la Galia al África con objeto de subyugar á los Moros.

Mas importante y gloriosa fué la expedicion contra los Persas. Cuando estos, en tiempo de Valeriano, sometieron la Armenia, Tirídates, hijo de Cosroes, que acababa de ser asesinado, libertado por algunos amigos, fué educado en Roma, y ademas de la útil escuela del infortunio pudo conocer las artes pacíficas y guerreras, y adquirirse amigos. La Armenia en tanto sufria el yugo de extranjeros, que aunque la hermoseaban con magníficos monumentos, se hacian odiosos por la tiránica sospecha con que prevenian las revoluciones, y por la intolerancia religiosa, que les hacía derribar las estatuas del Sol, de la Luna y de los reyes divinizados, y encender el fuego de Oromázes en la cumbre del monte Bagavo.

En el tercer año de su imperio confirió Diocleciano el reino de Armenia á Tirídates, á cuyas banderas acudieron los nobles apénas se presentó en la frontera; y habiendo expulsado á la guarnicion persa, se prepararon á defender la independencia nacional. Llegó con ellos un Escita llamado Mamgo, cuya tribu habia acampado algunos años ántes en las fronteras del imperio chino, que entónces se extendia hasta la Sogdiana. Habiendo excitado la cólera de Vu-tí, que allí imperaba, se retiró hácia el Oxo, poniéndose bajo la proteccion de Sapor, el cual, por no hacer traicion á la hospitalidad, rehusó entregarlo al Chino, evitando la guerra únicamente con la promesa de confinarle á la extremidad occidental de sus dominios. Fuéle, pues, señalado á la tribu escítica un vasto desierto en la Armenia, dentro del cual podia moverse segun su gusto ó segun los tiempos. Entónces Mamgo, en vez de defender á su huésped, se unió con Tirídates, favoreciéndole mucho para recobrar el solio.

Con esto el Armenio no solo dejó libre su país de los Persas, sino que extendió sus correrías por la Asiria, que á la sazon estaba dividida por las discordias de los hermanos Ormus y Nárses. Aunque el primero llegó hasta pedir auxilio á los Bárbaros, que habitaban en las orillas del Caspio, Nárses obtuvo la victoria, y dirigiéndose contra Tirídates, lo arrojó tambien del trono de
294. Armenia, obligándolo á refugiarse en Roma.

El honor y su seguridad le imponian á esta la guerra, y Diocleciano se situó en Antioquía

(1) La famosa columna de Tolomeo, en Alejandría, cuyo fuste es de una sola pieza de granito rojo, con noventa piés de longitud y nueve de diámetro, y que se eleva sobre una base cargada de molduras del gusto del siglo III, conserva una inscripcion que habia sido considerada siempre como ilegible, hasta que Leake y Hamilton descifraron de ella lo bastante para afirmar que se habia puesto en honor de Diocleciano, dios tutelar de Alejandría (πολιοῦχος Αλεναvδρειὰξ), probablemente en aquella ocasion, pues los pueblos llaman clementes á los reyes que no los exterminan del todo; pero no por esto debe creerse que aquella hermosísima columna pertenezca á dicha época. Véase *Classical journal*, XIII, 152.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

para dirigirla; pero como su valor no igualaba á su talento, confió el ejército á Galerio. Habiendo encontrado este al ejército persa, fué derrotado por Nárses junto á Cárres, donde ya lo habia sido Craso : pero mortificado por el desprecio que le manifestó Diocleciano, reunió un nuevo cuerpo de gente y venció á Nárses, cogiéndole un botin inmenso y buen número de prisioneros, entre los cuales se hallaban sus mismas mujeres y sus hijos. Entónces pidió el Persa la paz, que obtuvo á condicion de ceder la Mesopotamia y cinco provincias de allende el Tígris, de manera que el Aráxes quedase de límite. Entónces fué repuesto Tirídates en el trono de Armenia, y se restituyeron á Nárses sus mujeres é hijos.

Duró la paz mas que de costumbre, á saber, hasta el fin del reinado de Constantino; y á favor de ella se vieron asegurados los Romanos por aquella parte, sobre todo cuando conquistaron el país de los Carducos que se mantenian en el mismo estado en que los habia encontrado Jenofonte, fortísimos defensores de su libertad, y la Iberia, estéril y selvática, pero cuyos habitantes, feroces batalladores, servian de barrera contra las hordas de los Sármatas, á los cuales atraía de vez en cuando el afan de las presas hácia los ricos países meridionales.

Para defender las fronteras, extendió Diocleciano una línea de campamentos desde el Egipto hasta los dominios persas, guarnecidos con buenas armas, procedentes de los nuevos arsenales de Antioquía, Emesa y Damasco, y despues restableció desde la garganta del Rhin hasta la del Danubio las antiguas trincheras, y puso nuevas fortalezas, tan bien custodiadas que los Bárbaros casi nunca se arriesgaron á traspasarlas, ejercitando sus fuerzas en discordias intestinas que aquel sabía fomentar. Siempre que apartándose de ellas se dirigian al territorio romano, encontraban prontas las órdenes de Diocleciano y el brazo de sus colegas. Dividíanse los prisioneros entre las provincias, y especialmente en aquellas cuya poblacion habian diezmado las guerras, empleándoles en la guarda de los ganados y en la agricultura, y alguna vez en el ejército. Esto era alimentar la serpiente en el seno.

Cambio de Const.

Pareciendo á Diocleciano que Roma no estaba convenientemente situada para la defensa, estableció á su colega en Milan, ciudad cuya situacion al pié de los Álpes era muy á propósito para vigilar á los Bárbaros de la Germania. Populosa, bien fabricada, con circo, teatro, casa de moneda, palacio, termas y pórticos adornados de estatuas, fué rodeada entónces de dobles murallas. Diocleciano hermoseó á Nicomedia, en los confines de Europa y de Asia, con objeto de residir en ella, y la nueva corte pudo competir en pocos años con Roma, Alejandría y Antioquía. Complacíase tanto en ella Diocleciano cuanto se disgustaba en Roma de la plebe insolente y del Senado, que aun se queria atribuir algun derecho en medio de la omnipotencia de la espada. Fuera de Roma, en el campamento ó en los consejos de las provincias, podian desplegar los Augustos absoluta majestad, y consultaban sobre las leyes á sus ministros, sin dar cuenta ni pedir su parecer al gran consejo de la nacion. Para arrancar á este hasta la última apariencia de consideracion, dejó Diocleciano á su colega que diese rienda suelta á su rigor natural, castigando imaginarias conspiraciones. Se disminuyeron el número y los privilegios de los pretorianos, que sintiéndose debilitar por aquella robusta administracion, se inclinaban á favorecer al Senado, y fueron sustituidos para la custodia de Roma por dos legiones de la Iliria, con el nombre de Jovianos y Hercúleos.

Ya no parecieron necesarios los nombres de cónsul, de censor y de tribuno para ejercer con títulos republicanos un poder que habia destruido la república; y el emperador, no ya general de los ejércitos patrios, sino jefe del mundo romano, fué llamado *dominus* no solo por los aduladores, sino en los actos públicos, con títulos y atributos divinos.

Diocleciano, conociendo acaso que la autoridad imperial, desprestigiada en la opinion, estaba en manos de hombres corrompidos ó al arbitrio del ejército, y que era imposible reponerla sobre sus primitivas bases, pensó renovarla enteramente. Como no era Italiano, no le disgustaba quitar á la patria la primacía adquirida á costa de tanta sangre : se habia acostumbrado en los campamentos á la ciega disciplina y al fausto que tanta impresion ejerce en los ánimos, de tal suerte que en todo manifestó una esplendidez oriental. Á la sencillez que así en el traje como en la corte y en las audiencias habian conservado los buenos emperadores, considerándose como los primeros ciudadanos y nada mas, sustituyó Diocleciano el fausto asiático, y tomó la diadema que habia costado la vida á César. La seda, el oro y las piedras preciosas cubrian de piés á cabeza la sagrada persona; compañías de oficiales domésticos custodiaban las avenidas del palacio, en donde principiaron las intrigas de los eunucos; y el que al traves de las filas de estos y despues de cumplir infinitas ceremonias se acercaba á la majestad del emperador, debia postrarse en adoracion, como los Persas, ante el representante terrestre de su Dios. Vióse por tanto sentado en el trono del sencillo Augusto un Ciro ó un Sesóstris, un autócrata á quien el misterio y la pompa procuraban el respeto de los guerreros y la sumision del pueblo.

Dos emperadores y dos Césares multiplicaban estas apariencias fastuosas, los ministros del lujo, los empleados y los siervos, y rivalizando las cuatro córtes entre sí en esplendidez, crecieron de una parte las intrigas, y de la otra lo necesidad de las contribuciones, por lo cual se perpetuaron las quejas por los enormes tributos todo el tiempo que duró el imperio. Y aunque con los emperadores colegas era mas fácil la

(c) Instituto Cervantes de Madrid

seguridad interior y la defensa exterior, se debilitaba el sentimiento de la unidad, y se preparaban los ánimos para la division de los dos imperios que despues se efectuó.

Aunque la culpa de esto recae sobre Diocleciano como autor del nuevo sistema, conservóse por lo demas moderado, y continuó las distribuciones al pueblo, si bien aumentó la carestía por querer tasar los géneros á bajo precio. Edificó espléndidamente á Cartago y Milan, ademas de Nicomedia y las maravillosas termas de Roma, capaces de contener hasta tres mil personas, uniéndoles tambien la biblioteca de Trajano; de manera que no habria sido execrada su memoria como lo es, si no hubiese perseguido ferozmente á los Cristianos.

17 de nov. 303. Con razon celebró el año vigésimoprimero de su reinado un triunfo; en el cual el pueblo viendo conducir las imágenes de los rios y ciudades persas no sojuzgadas ántes, y de los hijos y esposa de Nárses, pudo hacerse aun ilusion acerca de la eternidad del Júpiter Capitolino.

¿Pero podian los Romanos mirar con buenos ojos á quien habia destituido á su ciudad de la categoría de capital del mundo? La misma magnificencia de que se rodeaba Diocleciano desaparecia en comparacion de los triunfos de Carino y de otros, por la cual los Romanos lanzaban denuestos intolerables al autócrata, quien, para mostrar su despecho, abandonó las siete colinas, en la víspera misma de ser nombrado cónsul.

Viajando entónces por las provincias ilíricas, contrajo una enfermedad que le tuvo á las puertas de la muerte. Recobró despues la salud, pero no sintiéndose con el vigor primitivo para gobernar el imperio, resolvió abdicar, no por filosofía, como los Antoninos, ni por cansancio de las adversidades, como Cárlos V, sino por sentimiento del bien público.

4 de mayo. 305. En una llanura inmediata á Nicomedia, y sentado en un elevado trono, declaró su intencion al pueblo y á los soldados, nombrando Césares á Maximino y Severo. En el mismo dia abdicaba Maximiliano en Milan, para cumplir el juramento que habia hecho ántes á su colega. Retirado Diocleciano en un espléndido palacio en Salona, donde despues se edificó Espalatro (1), sobrevivió nueve años en condicion privada, respetado y consultado por los príncipes á quienes habia cedido el imperio. Exclamaba frecuentemente : *Ahora vivo, ahora veo la belleza del sol*, y cuando Maximiano, que se habia retirado á la Lucania le instaba á recobrar el gobierno, respondió : *No me lo aconsejarias si vieses qué hermosas coles he plantado por mi mano en Salona.* Meditando sobre los peligros del que reina : *¡Cuán frecuentemente*, decia, *se ponen de acuerdo dos ministros ó tres para engañar al príncipe, al cual, separado como está del resto de los hombres, rara vez ó nunca llega la verdad! No viendo ni oyendo sino con los ojos y los oidos de los demas, confiere los empleos á malvados ó ineptos, olvida á los que son dignos, y aunque sea un sabio, es víctima de la corrupcion de sus cortesanos.*

(1) En Espalatro ocupa la catedral el lugar de un templo de Esculapio, y el de Júpiter se convirtió tambien en iglesia. Vése del solidísimo palacio de Diocleciano un pórtico sostenido por columnas de granito; en cuya entrada hay una esfinge de sienita : quedan tambien restos de un gran acueducto hecho de enormes piedras, y tres hermosas puertas. El emperador de Austria señaló una asignacion en 1828 para formar un museo de las antigüedades escubiertas allí y en Salona.

Muerte de Diocleciano. Las turbulencias que sobrevinieron en el imperio, las desventuras de su mujer y de su hija, y algunos ultrajes que recibió de sus sucesores, turbaron tanto su soledad que, segun dicen, se suicidó cuando iba á cumplir los ochenta años.

Constancio y Galerio. Apénas soltó las riendas del imperio aquella mano robusta, las discordias hasta entónces admirablemente reprimidas volvieron á agitarlo durante diez y ocho años, disputándose el poder varios contendientes. De los nuevos Augustos Constancio y Galerio, el primero y mas antiguo administró la Galia, la España y la Bretaña con generosa y modesta dulzura, diciendo que mas bien queria que fuesen ricos los súbditos que el Estado. Cuéntase (1) que habiendo enviado Diocleciano mensajeros á reprenderle porque no habia dinero en el tesoro, rogó Constancio á los diputados que volviesen á los pocos dias por la respuesta. En este tiempo informó á los principales de sus provincias que necesitaba dinero, y estos se lo llevaron á porfía. Mostrando entónces aquellos tesoros á los legados, les suplicó que refiriesen á Diocleciano que era el mas rico de los cuatro dominadores, solo que dejaba aquellas riquezas en depósito al pueblo. Luego que partieron los mensajeros devolvió el dinero á sus dueños. En lo mas recio de la persecucion contra los Cristianos, dió auxilio á estos, por cuya causa le ensalzaron hasta el cielo : y si hemos de creer á Eusebio, fingiendo tambien él perseguir á los creyentes, intimó á los oficiales del palacio y á los gobernadores de las provincias que eligiesen entre renunciar á su fe ó á los empleos. Reprobó y destruyó á los que eligieron lo primero, porque siendo traidores á su Dios, mas fácilmente harian traicion al príncipe, y concedió su confianza y mejores destinos á los que prefirieron la conciencia al interes. En un rescripto inserto en el Código, digno de ser adoptado por los que adoptaron sus leyes tiránicas, niega su atencion á libelos anónimos, « no » pudiendo concebir sospechas de un ciudadano » cuyo enemigo no se atrevia á declararse públi- » camente su acusador (2). »

Galerio por el contrario, veleroso, pero astuto y arrogante, indujo á Diocleciano con indignos artificios (segun dicen) á que persiguiese á los Cristianos, y luego á renunciar al imperio. El César Maximino, sobrino de este, torpe en sus palabras y en sus acciones, gobernó el Egipto y la Siria; Severo la Italia y el África, y dominando Galerio sobre estas hechuras suyas

(1) Eusebio, VIII, 13, 17, y *Vida de Constantino*, II, 13.
(2) *Cod. Teod.*, lib. VI, *De famosis libellis.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y sobre el enfermizo Constancio, esperaba quedar de único señor del imperio y trasmitirlo á su familia. Pero habia nacido en la familia de su colega quien habia de romper la trama.

Tomó Constancio por esposa á Elena, mujer oscura, de quien tuvo á Constantino, probablemente en Daiso de la Dacia. Por consideracion ó por temor á su nueva esposa lo envió á la corte de Diocleciano, y este lo hizo educar, seducido por las raras cualidades del jóven, el cual, de hermosa presencia, generoso y afable, moderaba el ardor juvenil con la varonil prudencia, y se hacía amar del pueblo y de los soldados. Celoso Galerio, aconsejó á Diocleciano que eligiese otros Césares, con vivo disgusto del ejército : siendo despues Augusto, miró siempre con mala voluntad á Constantino, y le hubiera dado la muerte, si no hubiese temido al éjercito que le era favorable, y si no hubieran fracasado sus maquinaciones. Cuando el padre lo llamó á su lado, púsole aquel obstáculos, hasta que el jóven huyó, y reunido á su padre, se dirigió con él felizmente contra los Pictos y los Caledonios de la Bretaña.

27 febr. 274.

Constantino I.

305.

Muerto y deificado Constancio, fué saludado emperador Constantino, el cual, segun la costumbre, envió al otro Augusto su retrato con las insignias imperiales. Aun cuando experimentó Galerio gran cólera, sin embargo, para evitar la guerra civil, le envió la púrpura, dándole solo el título de César, y el de Augusto á Severo.

23 de julio. 306.

Pero la crueldad de Galerio, su larga ausencia, y un censo de las riquezas hecho con tal rigor que hasta se empleó el tormento para descubrir los bienes ocultos, habian conmovido á la Italia, en donde Majencio, hijo de Maximiano y yerno de Galerio, se hizo proclamar Augusto. Majencio, á quien algunos creyeron supuesto por su madre, feo, vicioso y aborrecido, compró á los guardias pretorianos con dinero, á los Romanos con la esperanza de libertarlos de Galerio, y á los gentiles con la de restaurar su culto; y habiendo abandonado Maximiano su retiro, volvió á los negocios, y como colega de su hijo, recibió homenaje del pueblo y del Senado.

Majencio, 29 de oct. 306.

Severo acudió desde Milan á reprimir á los usurpadores; pero su ejército, que habia obedecido antiguamente á Maximiano, lo abandonó, y sitió en Rávena al Augusto, que se vió obligado á ceder la púrpura á su rival, quien le prometió la vida, que le quitó despues. Llamándose entónces Maximiano amigo de Constantino, le dió por esposa á su hija Faustina y el título de Augusto.

1º de marzo. 307.

Galerio habia penetrado en tanto en Italia, pero cuando vió la inmensidad de Roma, ó mas bien la constancia con que esta empleaba sus riquezas contra quien queria arrebatárselas, no se atrevió á sitiarla, y se retiró devastando la Italia mas de lo que hubieran podido hacerlo los Bárbaros.

Viéndose Maximiano ménos considerado de lo que deseaba, intentó suplantar á su hijo; pero viendo descubierto su objeto, se trasladó al lado de Galerio, segun unos para incitarlo contra Majencio, y segun otros, para encontrar lugar y ocasion de venderlo. Galerio eligió en lugar de Severo á su amigo Licinio, como él bravo é ignorante, enemigo de las ciencias, ademas de ser, aunque viejo, lascivo y avaro. Al saber esto Maximino, que gobernaba ó mas bien oprimia el Egipto y la Siria, pretendió tambien el título de Augusto; por lo cual presidian al mundo romano seis emperadores; Constantino y Majencio en Occidente; Licinio y Maximino en Oriente; favorables aquellos á Maximiano, estos á Galerio, y ardiendo en deseos de llegar á las manos, aunque conteniéndose por el temor que recíprocamente se inspiraban. Rechazado Maximiano por Galerio, se dirigió á Constantino, y depuso de nuevo la púrpura, pero en breve quiso recobrarla, y miéntras este hacía la guerra á los Francos, divulgó su muerte; y habiendo abierto el tesoro de Árles, con sus prodigalidades y con el recuerdo del antiguo esplendor conmovió á los Galos, y dió la mano á Majencio. Pero habiendo llegado Constantino, le sitió en Marsella, se apoderó de él y solo le dejó la eleccion de la muerte.

309.

Muerte de Maximiano. 310.

Ménos desgraciado Galerio que su colega, empleó la vida en obras de utilidad pública, placeres y crueldades, y habiéndose acostumbrado á la sangre con la persecucion de los Cristianos, dirigió sobre otros su furor, de modo que se consideraba muy dichoso el que era decapitado solamente, sin sufrir mas tormentos. Receloso del saber y de la franqueza, desterró á jurisconsultos, abogados y literatos, y confiaba los juicios á guerreros ignorantes de las leyes. Lleno de úlceras vergonzosas y repugnantes, y de insectos que le consumian, no encontró remedio ni en los médicos á quienes enviaba con frecuencia á la muerte, ni en las ofrendas multiplicadas á Apolo y Esculapio. Creyéndose castigado por la persecucion contra los Cristianos, la suspendió con un edicto en su nombre y en el de Licinio y Constantino, y al poco tiempo murió.

Muerte de Galerio. 311.

Voló Maximino desde el Oriente para ocupar sus provincias, y Licinio se apresuró por su parte á oponérsele; pero se pusieron despues de acuerdo estableciendo por límite el Helesponto y el Bósforo de Tracia. Convenio de enemigos, porque las dos orillas fueron cubiertas de guerreros, buscando Licinio la amistad de Constantino, y Maximino la de Majencio, y teniendo en terrible espectativa á los pueblos destrozados por la ambicion de los príncipes.

Valeria, hija de Diocleciano y viuda de Galerio, se retiró al lado de Maximino; el cual, habiéndose enamorado de ella, la prometió tomarla por esposa, repudiando á la que á la sazon lo era; y como rechazase ella tal proposicion, todo el amor de Maximino se convirtió en odio y la desterró con su madre á los desiertos de Siria, castigando con la muerte á sus partidarios y á sus amigos, y no permitiendo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nunca á Diocleciano que su esposa y su hija fuesen á consolar su vejez.

Tiranizaba Majencio la Italia y el África, y la proclamacion de un emperador en esta le dió ocasion para entregarla á la mantanza, devastar á Cirta y Cartago, y prolongar por algun tiempo los suplicios y confiscaciones. Con sus insensatas prodigalidades arruinaba á Roma y á la península : exigia con frecuencia de los senadores donativos libres; por la mas mínima sospecha desahogaba su rencor contra ellos, al mismo tiempo que con la seduccion y la violencia deshonraba á sus esposas é hijas. Obligó al gobernador de Roma á cederle su esposa Sofrania, pero esta, cristiana y virtuosa, pidió tiempo para adornarse, y despues de haber orado se dió muerte. Dejaba que los soldados le imitasen, sequeando, matando y entregándose á la lascivia; algunas veces concedia á uno la casa de campo, á otro la mujer de un senador, miéntras que él en el voluptuoso palacio, dedicado á las artes mágicas é indagando el porvenir en las entrañas de mujeres y de niños, se alababa de ser el único emperador, y de que los demas solo eran lugar-tenientes suyos. El contraste hacía mas notable la felicidad de las provincias sometidas á Constantino, aseguradas de las irrupciones de los Bárbaros y algo aliviadas de los enormes tributos. Teniendo este noticia de que Majencio reunia un fuerte ejército para quitarle el imperio con pretexto de vengar á su padre, se le anticipó, y se dirigió á Italia
312. solicitado por el pueblo y el Senado para libertar á la antigua reina del mundo.

Fiándose solo Majencio en sus guerreros, se habia captado su amistad; reorganizó á los pretorianos en su antiguo número, y armó ochenta mil Italianos, añadiéndoles una mitad de Moros africanos, ademas de los Sicilianos, de manera que mandaba ciento setenta mil infantes y diez y ocho mil caballos (1). Constantino no reunia mas que noventa mil infantes y ocho mil jinetes, por lo que habiéndolos distribuido segun convenia, y atendido á la defensa de su reino, no pudo poner en movimiento mas que cuarenta mil, valientes, sin embargo, adiestrados en contra de los robustos Germanos, y dirigidos por un experto y querido general.

Miéntras que su escuadra atacaba á la Córcega, la Cerdeña y los puertos de Italia, cruzó Constantino los Álpes Cociatos, y por el Cénis bajó á Susa ántes de que Majencio hubiese sabido su partida del Rhin. Entónces se apoderó á viva fuerza de esta ciudad; encontró en las llanuras del Dora un ejército italiano, cuyos hombres y caballos iban cubiertos de hierro, y lo derrotó; entró en Turin y Milan, y se le entregó Verona á discrecion, despues de haber derrotado á Pompeyano que con gran arte la defendia.

Majencio en tanto se aturdia ó lisonjeaba entre placeres, hasta que sus oficiales se vieron en la precision de hacerle presente su inminente ruina. Púsose en pié un tercer ejército, y marchó Majencio á su cabeza de muy mala voluntad, pero avergonzado de los lamentos de la multitud y alentado por los libros sibilinos que habian contestado ambiguamente que « en aquel dia pereceria el enemigo de Roma. » Habiéndose encontrado ambos ejércitos en un lugar llamado *Saxa Rubra*, á nueve millas de Roma, presenció Majencio la derrota del suyo, y fugitivo se precipitó desde el puente Milvio al Tíber. Cincuenta y ocho dias despues de haber partido de Verona Constantino, terminó la guerra. Muerte de Majencio.

Dueño este de Roma extirpó la familia y raza del tirano, pero á pesar de que la multitud le acosaba, no consintió en la muerte de los principales amigos de Majencio; y habiendo suspendido la crueldad cuando ya no era necesaria, olvidó lo pasado, licenció á los pretorianos y destruyó su campo; impidió las delaciones; elevó á los oprimidos por Majencio, y en dos meses, segun dicen sus panegiristas, cicatrizó las llagas producidas por seis años de tiranía.

Restituyó su esplendor al Senado y fué recompensado con toda clase de honores; se le dió el primer lugar entre los emperadores; se le erigió el arco de triunfo que aun existe; se le dedicaron muchos edificios principiados por Majencio, y no hablamos de las fiestas que atrajeron infinita gente. Dió la mano de su her-
313. mana al emperador Licinio, y habiéndose negado Diocleciano á asistir á las bodas, le escribieron los emperadores cartas tan amargas que acaso apresuraron su muerte. Despues se dirigió Constantino contra los Francos, que reunian fuerzas para atacar al imperio; y habiéndoseles anticipado, devastó sus tierras y arrojó á las fieras muchos prisioneros.

Maximino entretanto no disminuía las persecuciones contra los Cristianos, los cuales miraron como un castigo del Cielo el hambre y una peste que sobrevino, y despues la guerra de la Grande Armenia, sublevada porque el tirano queria impedir en ella el culto del verdadero Dios (1). Maximino marchó contra Licinio por haber concebido sospechas de él; pero habiendo sido vencido, tuvo que huir hasta la Capadocia, muriendo poco despues en Tarso de horribles convulsiones. Muerte de Maximino, 1º de mayo. 313.

Dueño Licinio de las provincias orientales, y Constantino de las occidentales, era de prever un rompimiento en breve. No se hizo esperar en efecto. Constantino derrotó á su rival en la Panonia y en las llanuras de Tracia; pero en seguida le concedió la paz. Mas habiendo perseguido Constantino á los Sármatas y á los Godos, á quienes habia derrotado, hasta el territorio de Licinio, se renovaron las quejas, que 8 de oct. 314.

(1) Romagnosi (*De la índole y de los autores de la civilizacion*, p. II, c. 2, § 2), siguiendo la opinion de algunos, presenta la de Majencio como *una oposicion armada en sentido nacional*. He investigado diligentemente acerca del fundamento que pudiera tener tal asercion, y no he encontrado el menor pretexto siquiera para ella.

(1) Eusebio, IX.

(c) Instituto Cervantes de Madrid



Raphaël pinx^t. Ferd. Delannoy sc.

VICTORIA DE CONSTANTINO.

Garnier frères, Editeurs. Imp. F. Chardon aîné, 30, r. Hautefeuille, Paris.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

concluyeron en guerra abierta. Fué derrotado otra vez Licinio cerca de Andrinópolis, y su escuadra en el estrecho de Galípolis, por lo cual pidió la paz y la obtuvo. Sabiendo, sin embargo, Constantino que preparaba nuevas fuerzas, y que hasta llamaba en su auxilio á los Bárbaros, se le anticipó, y lo derrotó de tal manera que no creyó poder salvarse sino arrojándose á sus piés, y renunciando á la púrpura. Recibióle benignamente Constantino, le sentó á su mesa, y lo envió á Tesalónica guardándole todas las consideraciones, pero poco despues mandó extrangularlo. Así quedó otra vez unido el imperio en la robusta mano de Constantino.

Fuerte de Licinio, 3 de julio. 323.

CAPÍTULO XXVI

Edad heróica del Cristianismo (1).

Cuando Constantino dirigia su marcha contra la Italia, dicen que se apareció á él y á todo su ejército, sobre el sol, un esplendor en figura de cruz, y escrito en ella : *Con esta vencerás* (ταῦτη νικᾷς), y que despues aclaró un sueño que el Cielo queria que adoptase la cruz por bandera, por lo cual mandó hacer una, á la cual unió el estandarte con el monograma de Cristo, sustituyéndola á los dioses que se solian llevar delante de los ejércitos (1).

Véase, pues, ya á la cruz pasar desde el oprobio del Gólgota á guiar á los ejércitos, á brillar al frente de los reyes, y á abrir una nueva civilizacion. ¡ Pero á costa de cuántas oposiciones y padecimientos!

Difusion del Cristianismo.

Hemos indicado (2) quiénes fueron los primeros que con la voz, con el ejemplo y con la gracia propagaron el Cristianismo en países muy remotos. Extendióse por toda la tierra la voz de los apóstoles; pero como su humildad no nos dejó memoria de los países convertidos, debemos limitarnos casi solo al mundo romano. La crítica no puede aceptar en todo su rigor la expresion de San Justino Mártir : *No hay pueblo griego, ni bárbaro, ni nacion, cualesquiera que sean su nombre ó costumbres, aun cuando ignore la agricultura y las artes, aun cuando viva en tiendas ó ande errante en carros cubiertos, en que no se eleven oraciones al Padre y Creador de todas las cosas en nombre de Cristo crucificado* (3); y sin embargo, es cierto que el Cristianismo se propagó con tal rapidez, que atendidos los obstáculos con que tenia que luchar, bastaria para probar su divinidad. Ademas de la Judea, la Italia, la Grecia y el Egipto, fueron visitadas por Pablo las provincias situadas entre el Enfrátes y el mar Jonio : el Apocalípsis

(1) Véanse Bollandi y Henschenii, *Acta sanctorum quotquot orbe coluntur*. Ambéres, 1643-1694.

Mosheim, *De rebus Cristianorum ante Constantinum Magnum comentarii*. Helmstadt,1753, en 4º; *Dissertationes ad hist. ecclesiasticam*. Altona, 1767; *Institutiones hist. eccles.*

Baronio, *Annales ecclesiastici à Christo nato ad annum 1198 cum critica Paggi*. Luca, 1738-55, 38 tomos en folio. Esta edicion comprende la continuacion de Reinaldo que llega hasta el año 1565, y la de Pagi, con las correcciones del Manso y de Georgi.

Le Nain de Tillemond, *Mém. ecclésiastiques des six premiers siècles*. Paris, 1693. Llega hasta el año 513.

Tommasino, *Vet. et novæ Ecclesiæ disciplina*.

Mamachi, *Origines et antiquitates Christianorum*, 4 tomos en folio.

Montfaucon, *Bibliotheca Patrum*, y el extracto que hizo de ella Guillon, *Bibliothèque choisie des Pères de l'Église grecque et latine*.

Mabillon, *Acta sanctorum*, etc.

Petau, *De ecclesiastica hierarchia*. Amberes, 1700.

J. Devoti, *Juris canonici universi publici et privati, libri quinque*. Roma, 1827.

Augusto, *Arqueología cristiana* (en aleman), 3 tomos en 8º.

Cellier, *Hist. des écrivains ecclésiastiques*.

Care, *Historia literaria de los escritores eclesiásticos*.

Bingam, *Origines ecclesiasticæ*, lib. IX.

Fleury, *Hist. ecclésiastique*. Paris, 1691-1720, 20 tomos. Llega á 1414, y Fabre la continuó hasta 1595. Fleury escribió tambien *Mœurs des Chrétiens*.

Natalis Alexandri, *Hist. ecclesiástica*. Paris, 1699, 8 tomos. Venecia 1759. Llega hasta el siglo xvi.

Berault Bercastel, *Hist. de l'Église*. Paris, 1778, 24 tomos. Llega hasta su época.

Jos. Agust. Orsi, *Hist. eclesiástica*. Roma, 1748, 20 tomos. Comprende los seis primeros siglos, y la continuó Fil. Ag. Becchetti, Roma, 1770 y sig.

Son protestantes *Las centurias de Magdeburgo*, ó sea *Ecclesiastica hist., congesta per aliquot studiosos et pios viros*, que eran *Flacius, Corpus, Wigandus, Judex* y otros. Basilea, 1559-74, 13 tomos, cada uno de los cuales comprende un siglo.

G. Basnage, *Hist. de l'Église*. Rotterdam, 1699, 2 tomos en folio.

Mosheim, *Institutionum hist. ecclesiastic*. lib. IV. Helmst, 1755, 4 tomos, y gran número de autores modernos, entre los cuales citarémos :

Stolberg, *Gesch. der religion J. Christi*. Hamburgo, 1806, 15 tomos. Llega hasta el año 431.

Walter, *Lehrbuch des Kirchenrechts*.

G. J. Planch, *Gesch. der Christlich-Kirchlichen Gesellschafts-Verfassung*. Hanóver, 1804.

De Potter, *Hist. philosophique, politique et critique du Christianisme et des Églises chrétiennes depuis Jésus jusque au dix-neuvième siècle*.

Esprit de l'Église, ou hist. des conciles.

Henke, *Historia general de la Iglesia*. Brunswick, 1800, 6 tomos, continuada por Vater, 8 tomos.

M. J. Matter, *Hist. universelle de l'Église chrétienne*. Estrasburgo, 1822, 4 tomos.

Münscher. *Man. de la historia del dogma* (en aleman), 4 tomos en 8º.

Spittler, *Gesch. des kanonischen Rechts*.

Stadlin, *Hist. de la moral de Jesucristo*, 4 tomos en 8º.

Schröchii, *Historia eclesiástica*, 45 tomos, cuyos dos últimos son de Tzschirner.

Münter, *Simbolos y monumentos de arte de los primeros cristianos* (en aleman), en 4º.

Kist, *De commutatione quam Constantino M. auctore societas subiit christiana*. Utrecht, 1818, en 8º.

Rüdiger, *De statu et conditione Paganorum sub imp. Christianis post Constantinum Magnum*. Vratislau, 1825.

Neander, *Allgemeine Geschichte der christlichen Religion. und Kirche*. Hamburgo, 1825-1830, 6 tomos en 8º.

Dölinger, *Gesch. der Chisttichen Kirche*. Laudshut, 1835 y sig.

Gieseler, *Manual de la historia eclesiástica* (en aleman). Bona, 1827, 3 tomos. Es protestante : hizo un manual católico el antedicho Dölinger.

Blumhardt, *Historia general del establecimiento del Cristianismo en todos los paises donde penetró despues de Cristo*, traducido del aleman al frances por Cost, Valence, 1838.

Ademas las diversas Iglesias tienen historias especiales interesantes para la general, como son : Ughelli, *Italia sacra*; Sainte Marthe, *Gallia christiana*; Flórez, *España sagrada. Anglia sacra*. Lóndres, 1691 ; Morcelli, *África Christiana*. Brescia, 1816. Este libro es un prodigio de exactitud, y no ningun otro; pero no poniendo una idea bajo estos hechos, ninguna conclusion general sale de las afirmaciones parciales.

(1) El estandarte así consagrado se llamó *Lábaro*, voz que ántes indicaba el estandarte imperiar.

(2) Anteriormente, pág. 329.

(3) *Dial. cum Tryphone*. Con el objeto de disminuir el número de los Cristianos afirma Gibbon que no podian ser mas que la vigésima parte de la poblacion del imperio, lo cual seria ya una proporcion mayor que la de cualquiera otra secta.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nos recuerda las siete iglesias, en Asia, de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sárdis, Laodicea y Filadelfia; eran célebres en la Siria las de Damasco, Berea (*Alepo*) y Antioquía : y Chipre, Creta, la Tracia y la Macedonia acogieron á los apóstoles, que sembraron la verdad en las antiguas repúblicas de Corinto, Esparta y Aténas.

Desde Edesa, en donde muchos abrazaron el Cristianismo, pudo propagarse este por las ciudades griegas y sirias sometidas á los sucesores de Artaxáres, á pesar de la sólida jerarquía sacerdotal y del exclusivismo del culto persa. Penetró en la Grande Armenia muy pronto por la inmediata Siria, pero no toda fué convertida hasta el siglo IV, cuando Tirídates fué bautizado por San Gregorio Iluminador. Una prisionera cristiana le predicó en el Cáucaso, obligando á un príncipe de Iberia á confesar la divinidad de Jesus, y á pedir misioneros á Constantinopla.

Pero así como las antiguas ciudades querian traer su orígen de los semidioses, así tambien aspiraron las iglesias en demasiado número á la gloria de haber sido fundadas por los apóstoles, y aun algunas contra las cuales subsistian testimonios de lo contrario. Sulpicio Severo afirma que pasó muy tarde la religion de Cristo al otro lado de los Álpes, y recuerda un pueblo populoso donde en su tiempo ninguno conocia aun á Cristo (1). En las Galias no aparecen mas iglesias que las de Lyon y Viena en tiempo de los Antoninos, y en el imperio de Decio las de Árles, Narbona, Tolosa, Limóges, Clermont, Tours y Paris; y aunque muchas ciudades abrazaron verdaderamente la fe cuando aun costaba el martirio, la masa de la nacion no se convirtió al Cristianismo hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martin de Tours, de San Bricio, su sucesor, de San Corentino de Quimper y de San Marcelo de Paris fué recompensado con triunfos generosos.

Sin creer que el año 180 enviase misioneros el papa Eleuterio á la Gran Bretaña, á peticion de un rey llamado Lucio, sabemos por Tertuliano que *los Cambrios y los Caledonios, no sometidos hasta entónces por las armas romanas, fueron avasallados por Cristo* (2).

Santiago el Mayor, á quien atribuyen su conversion los Españoles (3), parece que no salió de la Palestina, donde padeció martirio nueve años despues de Cristo ántes de la dispersion de los apóstoles. La misma incertidumbre hay sobre el orígen de las iglesias de África, en la cual prosperó la buena semilla á favor de los muchos obispos establecidos hasta en las pequeñas ciudades, y del celo de elocuentes campeones, singularmente de San Cipriano. En Etiopia, y desde el siglo II, se habian traducido los libros santos, y despues estableció allí una iglesia Frumencio, quien habiendo convertido al *neyuse* y la nacion, instituyó el obispado de Axum. En Roma ya en tiempo de Neron, treinta y tres años despues de la muerte de Cristo, se encuentran sus prosélitos en gran cantidad (1); se les distingue claramente de los Judíos : no se les puede reprimir sino inventando contra ellos insensatas calumnias : penetran en las provincias remotas, y se proclama como un triunfo el haberlos extirpado (2). Luciano encuentra su patria, el Ponto, llena de epicúreos y de Cristianos (3) : y ochenta años despues de la muerte de Cristo, se quejaba Plinio de que estuviesen desiertos los templos, y de que no hubiese compradores para las víctimas, culpando de ello á esta supersticion extendida hasta en las aldeas y en los campos.

Circunstancias favorables al Cristian.

No pertenecian los prosélitos únicamente al vulgo. El mismo Plinio los encontraba *de todas edades y condiciones*. Tertuliano afirmaba al procónsul que si persistia en exterminar á los Cristianos de Cartago, diezmaria la ciudad, y entre los culpados encontraria muchos de su clase, senadores, matronas y amigos; y el edicto del emperador Valeriano supone convertidos á senadores, caballeros romanos y altas señoras.

Favorecieron tambien la propagacion del Cristianismo circunstancias humanas(4). Aun cuando un edicto de Augusto habia prohibido la nueva secta (εταιρίαι), era tolerado el Cristianismo como secta judáica (5). Reunido el mundo civil en el imperio, se habia quitado toda barrera de enemistades nacionales á los propagadores de aquella doctrina, de suerte que á ellos aprovechaban las conquistas de los Romanos. Otra ventaja fué el haber adoptado los apóstoles el idioma griego, el mas culto y extendido en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro y conocido en las Galias y en la Italia por toda persona bien educada. Hombres llenos de erudicion y literatos granjearon pronto la estimacion de las clases superiores en favor de la doctrina, primeramente vilipendiada de los pescadores galileos; y en la lengua de Aristóteles y Platon se expuso un sistema que dejaba muy al descubierto la nulidad de los demas sistemas filosóficos.

Porque la Providencia no habia dejado carecer ni aun á los pueblos mas abandonados de las nociones necesarias para descubrir la verdad, ni de las inclinaciones instintivas para respetar á lo ménos lo que no tenian la fuerza de se-

(1) *Nemo noverat Christum*, Dial. II. *Serius trans Alpes Dei religione suscepta*. Hist. ecl. II.

(2) *Apolog.*

(3) Lo sostiene el padre FLÓREZ, *España sagrada*, t. III. San Pablo manifiesta la intencion de ir á España. (*Roma*. XV, 24 y 28.) Se pretende que tambien estuvo en ella San Pedro, cambiando á Terracina por Tarragona,

(1) *Multitudo ingens*. TÁCITO.

(2) Se encontró en España una lápida que decia : NERONI. CL. CAIS AVG. PONT. MAX. OB PROVINC. LATRONIB. ET HIS QVI NOVAM GENERI HUMANI SVPERSTITION. INCVLCAB. PVRGATAM. MURATORI I, 99.

(3) En *Alex.* 25.

(4) DÖLINGER.

(5) Exageraron KRAFFT, *Prol. de nascenti Christi ecclesia sectæ judaicæ nomine tuta*, Erlang, 1771, y SEIDENSTUCKER, *De Christianis ad Trajanum usque à Cæsaribus et senatu romano pro cultoribus rel.g. mosaicæ semper habitis*. Helmstad, 1790, sosteniendo que los Cristianos se propagaron á la sombra del nombre judío.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guir. Y aun cuando los hombres se aturdian entre mil pensamientos y placeres, no podian extinguir en las conciencias el poderoso instinto que conduce á investigar quién es Dios, quién el hombre; qué relaciones hay entre este y aquel; cómo puede regenerarse el pecador, y lo que será despues de la muerte. Á semejantes preguntas, ¿ qué podian responder de satisfactorio el frio orgullo de los estóicos, la depravacion epicúrea, la cínica grosería y el escepticismo académico? Los mejores maestros excitaban el deseo de la verdad, en vez de satisfacerlo, y cuando el alma invocaba el descanso de la certidumbre, respondian con dudas y sutilezas.

¿ Y acaso calmaba mas este deseo la religion? Los oráculos casi habian perdido el habla desde que la circunstancia de tratarse los negocios en los gabinetes de los reyes hacía mas difícil prever las decisiones ó mas peligroso revelarlas, y era inútil insinuarlas en nombre de Dios, cuando las imponia el decreto del príncipe. Parecia el vulgo tan cansado de las deidades antiguas, que era menester á cada momento introducirlas nuevas, cuyo símbolo no estuviese aun envilecido por interpretaciones materiales y con nuevos ritos reanimar algo la fe en aquella triste alternativa de las conciencias entre supersticion é incredulidad. Si en fin creía en los númenes el pueblo, encontraba en ellos ejemplos de toda corrupcion, y temiendo que el culto que al uno prestaba, disgustase al otro, se refugiaba en prácticas supersticiosas. ¿ Podian obtener crédito en el concepto de las personas cultas aquella turba de deidades y sus historias poéticas? ¿ podia inclinarse con fe un alma generosa ánte las aras en que eran incensados un Antinoo y una Drusila? El filósofo por lo tanto, el sacerdote y el hombre político consideraban los diversos cultos como igualmente útiles y falsos, y la tiara del pontífice, la estola del augur y la toga del magistrado cubrian al ateo.

Los Cristianos por el contrario exponian una doctrina sencilla, clara y humana. Lo que es y lo que debe ser, la miseria y la concupisencia y la idea siempre viva de perfeccion y de órden, que hallamos igualmente en nosotros, el bien y el mal, las palabras de la Sabiduría divina y los vanos discursos de los hombres, la alegría vigilante del justo, los dolores y los consuelos del arrepentido, el espanto y la imperturbabilidad del malvado, los triunfos de la justicia y de la iniquidad, los proyectos de los hombres, realizados entre mil obstáculos, ó destruidos por un obstáculo imprevisto, la fe que espera la promesa, y que comprende la vanidad de lo que pasa, la misma incredulidad, todo se explica, todo se corrobora con el Evangelio. La revelacion de un tiempo pasado cuyos tristes testimonios lleva el hombre en el alma, sin tener en sí la tradicion ni el secreto, y de un porvenir del cual solo le quedaba una idea confusa de terror y de deseo, nos explica el presente que tenemos á la vista : los misterios concilian las contradiciones, y las cosas visibles se comprenden por la noticia de las invisibles (1). »

No elevaban al prosélito á esta sublimidad iniciándolo en misterios cuyas explicaciones físicas descubriesen la impostura de los sacerdotes y pusiesen sus convicciones en oposicion con las prácticas exteriores; sino que le exponian las excelsas verdades de la Encarnacion, de la Redencion y de la Eucaristía; la uniforme y sólida enseñanza de la escuela estaba en esta doctrina en armonía con la predicacion, el misterio con la doctrina exterior, y las ceremonias del culto con la consumacion real del sacrificio. El Cristianismo sustituía á la opinion, á la duda y al temor, tres virtudes desconocidas, la fe, la esperanza y la caridad. Miéntras que en la idolatría las fiestas solo eran alusiones á accidentes naturales, ó cuando mas á patrióticos recuerdos, manchados frecuentemente con impurezas y orgías, en las cristianas el regocijo era expresion del renacimiento espiritual. Miéntras que no conociéndose en aquellas la Providencia se interrogaba con ansiedad lo futuro, se confiaba en estas en la omnisciencia divina, y libre el espíritu del temor de siniestros presagios, encontraba la explicacion de la vida en lo que sucederá despues de la vida.

Roma lo habia experimentado todo, primero el poder y la gloria, despues la riqueza y los placeres, y no se encontraba satisfecha: algunos de sus pensadores deploraban aun á Farsalia, y oscilaban entre una impetuosa resistencia y la desesperacion de que pudiera salvarse el Estado. Reprimidos los mas jóvenes por la legalidad, por la potesdad paterna, por la esclavitud y por la condicion de extranjeros, esperaban en profunda fermentacion grandes y misteriosos acontecimientos predichos por los oráculos. Los tiempos y los hombres desgraciados creen fácilmente, y creyeron en este nuevo bien predicado.

Al anuncio de una religion, divina en su orígen, sencilla y verdadera en su doctrina, pura y sublime en su moral, agitábase el entendimiento, si aun vacilaba la voluntad; y si la gracia no triunfaba de las costumbres, de la primera educacion y del interes, bastaba el conocimiento del Cristianismo para inspirar la idea de lo mejor. Por lo tanto, cuando se trató de reanimar las creencias antiguas, hubo necesidad de mezclarlas con algo puro y elevado que nunca habian tenido : el grosero politeísmo se aproximó á la creencia de un solo Dios, restringiéndose el culto casi únicamente á Júpiter y Apolo, considerado este último como mediador entre Dios y los hombres, para revelarles en los oráculos su voluntad, y como salvador de la humanidad, que por expiacion se habia encarnado, vivido siervo en la tierra y sometido á padecimientos (2). Máximo de Tiro afirmaba que, cual-

(1) MANZONI, *Mor. católica.*

(2) BAUR, *Appollonius de Tyane et Christus.* Tubinga, 1832, página 168.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

quiera que fuese la forma, todos los pueblos creían en un solo Dios, padre de todas las cosas; lo mismo cantaba Prudencio (1); el pueblo tenia siempre en la boca : *Dios lo sabe*, *Dios te bendiga*, *si Dios quiere* (2), ¿ y qué mas? los mismos oráculos reconocian un Dios.

Pero la idolatría que sucumbia, aunque procuraba reconstituirse con los dogmas católicos y arreglar un nuevo edificio de mosáico, ¿ofrecia por ventura la consoladora doctrina de un redentor y de la remision de los pecados? Aquel á quien remordia su conciencia, solo podia acallarla con holocaustos, ó haciéndose derramar sobre la cabeza la sangre de víctimas degolladas (3), ó con otras prácticas cuya supersticiosa inutilidad se comprendia. ¿ Qué *buena nueva*, pues, no debia de ser para ellos oir que un Dios habia tomado sobre sí la empresa de aplacar aquella ira inexorable, y que cada uno podia apropiarse los frutos del sacrificio de la cruz mediante lá fe en el divino Redentor? Los fieles de aquellas religiones y de aquellas sociedades que no tenian mas que castigos para el malvado, acusaban á los Cristianos de recoger en su seno á los pecadores; pero los Cristianos respondian restituyéndolos reformados por la penitencia.

Estas consideraciones inducian á todos los hombres de buena fe á seguir, ó cuando no otra cosa, á venerar el Cristianismo; pero principalmente acudian á él (y esta era otra acusacion) los hombres vulgares y los esclavos. No habia causado tanto daño la corrupcion en las clases numerosas, que ocupadas en el trabajo, y por consecuencia creyendo en lo que habian creido sus padres, frecuentaban los templos, y sentian la necesidad de la Divinidad. Aun entre los esclavos, si muchos eran torpe instrumento de los vicios del amo, otros, mas alejados del fango señoril, se conservaban fieles al deber. ¡ Y cuán consolador no debia de ser para estos oir hablar de un Dios igual para ellos y para sus tiranos, y que las duras fatigas y los inícuos ultrajes sufridos en la tierra con paciencia, podian convertirse en tesoro en la otra vida, en donde serian llamados á un juicio inexorable los oprimidos y los opresores!

Solo los que padecen pueden comprender lo consolador de esta idea. Y no poco debieron de favorecer al Cristianismo los inmensos padecimientos de aquellos tiempos, en los cuales, como si no bastase la alternativa entre la anarquía y el despotismo, entre la brutalidad de los imperantes, la feroz licencia de los guerreros y las rapiñas de los magistrados, se agregaban á todo la peste, los terremotos, los torrentes, el hambre, las correrías de los Bárbaros y el desórden universal.

En medio de esta situacion se presenta la sociedad cristiana. Podíase escarnecer á aquellos apóstoles con palabras, y responderles : *Tenemos otra cosa que hacer*, ó bien : *Os escucharémos mañana;* pero estaba á la vista de todos un ejemplo de virtud al cual ninguno podia negar su admiracion; una sociedad fraternal que procuraba á sus miembros las alegrías de una vida interior, que con las ideas y los sentimientos podia ocupar á las almas fuertes, ejercitar las imaginaciones activas, y satisfacer las necesidades intelectuales y morales, reprimidas, pero no sofocadas, por la tiranía y las desgracias. Proponiéndose los apóstoles corregir las costumbres privadas para enmendar las públicas, no imitaban á los grandes filósofos declamando contra el siglo perverso, y siguiendo sin embargo sus costumbres, sino que mortificaban las pasiones, enseñaban á calmar los malos deseos, y á no hablar y obrar deshonestamente; ofrecíanse como modelos con servicios, virtudes y mortificaciones personales; ajenos á la soberbia y á la presuncion, esquivando los honores y el fausto, se les veía junto al lecho del enfermo se les encontraba en la cárcel y en el patíbulo y en las pestes que poco despues se encrudecieron asistian continuamente á los atacados, medicinando, haciendo limosnas, y sepultando, miéntras que los demas solo pensaban en la manera de librarse. Enseñaban ademas á los pobres á no envidiar á los ricos, porque Cristo fué tambien pobre y para los pobres es el reino de los cielos; disuadian á los esclavos de denunciar á sus amos, y á los libres de oprimir á sus siervos, persuadiendo á todos de que habia otra riqueza y otra vida que el César no podia arrebatar.

Muy luego se organizaron en sociedad regular con jefes y reglamentos, rentas y gastos, vínculos voluntarios y morales, y sin embargo consistentes, que les daban preponderancia sobre las débiles y dispersas congregaciones religiosas de los antiguos. No habia en estas opiniones ni ritos uniformes : lo que se creía en Elide, se escarnecia en Délos, cuyos milagros eran la burla de Epidauro : y los sacerdotes de varios templos y dioses, no solamente eran independientes entre sí, sino celosos y enemigos. Entre los Cristianos por el contrario eran uno el espíritu, una la moral y uno el culto; eran adictos hasta la muerte á la misma causa; *en la unidad de la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios* (1), creían infalible el concilio de sus sacerdotes, y dependian de jefes que habian conversado con Dios viviendo á su lado. Viendo aquella íntima comunidad, aquel vínculo fraternal, consolidado en los Cristianos por la unidad de las creencias y de las esperanzas, exclamaban los gentiles : *Ved cómo se aman.* Y con mucha razon, dice Tertuliano, se admiran ellos que solo saben odiarse.

Entre los sacerdotes paganos, si se exceptúan algunos fanáticos egipcios y sirios, ¿ quién hu-

(1) Et quis in idolio recubans, inter sacra mille,
Ridiculosque deos venerans sale, cespite, thure,
Non putat esse deum summum et super omnia solum
Quamvis Saturnis, Junonibus et Cytheræis,
Portentis aliis fumantes consecret aras?

(2) TERTULIANO.

(3) Taurobolos y criobolos.

(5) SAN PABLO, *Ad. Eph.* IV, 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

biera sufrido nunca molestias, no ya tormentos por su Dios? ¿ Quién hubiera querido ir á predicar su culto mas de lo que fuese necesario para adquirir crédito y riquezas? Consideraban su posicion no de otra manera que como un empleo del Estado, dispuestos, si el Senado lo decretaba, á poner á Tina en lugar de Júpiter, á Mitra en lugar de Apolo, y á colocar en el altar al tirano y á la meretriz.

Los prosélitos del Cristianismo, que no habian nacido en esta creencia casualmente, sino que la habian adoptado por íntima persuasion y despues de una lucha prolongada y de duros sacrificios, tenian un empeño en conservarlo y difundirlo con íntima fe y exaltacion natural. Persuadidos de que no habia salvacion fuera de su fe, descendian hasta el vulgo, hasta los niños y hasta las mismas mujeres, para persuadirlos, disipar sus dudas, determinar su conducta, y comunicar á todos el conocimienio mas esencial, que es el de los propios deberes. Los principios útiles al órden social llegaron á ser la creencia universal por medio de catecismos, homilías, profesiones de fe, cánticos y oraciones, formas diversas de una sola fe, acomodadas á la capacidad comun. El padre convertido se proponia atraer su familia á una creencia en la cual únicamente estaba la salvacion; el soldado predicaba á su cohorte, el esclavo á sus compañeros y alguna vez á su amo: muchos tambien, segun afirma Eusebio, despues de distribuir sus bienes á los pobres, pasaban á países lejanos, y estableciendo en ellos una iglesia, avanzaban hasta otros mas remotos. ¿ Podia resistir mucho tiempo á este apostolado la indiferencia gentil?

Aquellos Romanos y Griegos, en fin, que presenciaban y deploraban el envilecimiento de su patria, se complacian en recordar los Leonidas, los Escévolas, los Brutos y los Catones, pródigos de sus grandes almas en favor de una libertad, que entónces parecia mas bella por estar perdida, y en el secreto de la desconfianza alababan á los pocos héroes que aun los limitaban ó reproducian resistiendo á los Césares y desafiando la muerte. Pero preséntase á la sazon una familia que proclama la libertad, no aquella libertad que reniega del órden y se adquiere por medio de rebeliones, sino otra que resiste á todos los atentados contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por la cual sabian aquellos Galileos no darse la muerte, sino esperarla intrépidamente (1). Cuando todos á porfía se envilecian á los piés de viles emperadores, estos enseñan que el hombre solo pertenece á Dios (2); respecto de la fe y del ejercicio de su religion no conocen autoridad terrestre; y no se niegan á descender á la apostasía, y á quemar un solo grano de incienso en las aras del dios Júpiter ó del dios Antinoo, sino que ni aun quieren, á pesar de los decretos, abandonar sus asambleas religiosas ni las prácticas de su culto (1), ni entregar sus libros santos. Su modo de obrar está fnndado en la sinceridad y en la paciencia, no en la fuerza ni en la astucia, ni en descender á transacciones, ni en escoger el tiempo oportuno.

Y cuando quieren obligarlos por la fuerza los emperadores, el sanedrin ó los procónsules, si son débiles, huyen, si no, sufren, pero no se someten: el refinamiento de la barbarie redobla su constancia, y miéntras llaman á esta los sabios locura y obstinacion (2), sirve para otros de estímulo; de manera que *la sangre es semilla de cristianos* (3). Verdad es que los Romanos estaban acostumbrados á suplicios diarios, á luchas de gladiadores, á batallas en las ciudades ó en los campos, y á estóicos suicidios; pero todos estos ó dejaban la vida obligados á ello, ó la arrojaban como una carga insoportable; cuando mas, la entregaban con indiferencia, como cosa de que estaban cansados. Entre los Cristianos por el contrario, niños, ancianos, mujeres, eran los que morian, no con una orgullosa dignidad de escuela, sino sencillamente y sin jactancia; no por erudicion de doctrinas muertas, sino por las palabras de la vida; no por sí mismos, sino por el género humano. En medio de agudísimos tormentos no se quejaban, sino que se complacian en ellos y perdonaban á sus perseguidores.

Estas demostraciones de una fuerza sobrenatural multiplicaban las conversiones, ó hacian amar la doctrina que las inspiraba. Los milagros están confirmados en lo general, citados en apologías donde importaba no mentir; y no los negaban los enemigos mismos de la nueva religion, sino que los atribuían á magia, tanto que el escritor de buena fe se detiene ántes de negarlos ó reirse de ellos. Si se niegan, es mayor el milagro de la conversion del mundo, de hacer entrar á tantos ignorantes en el conocimiento de tan elevados misterios, de inspirar sumision á los doctos, y convencer de cosas increibles á tantos incrédulos á pesar de poderosísimos obstáculos.

Entre los mayores obstáculos preciso es enumerar la costumbre. Con las primeras ideas y

(1) *Ipsam libertatem pro qua mori novimus*; TERTULIANO *ad Nat.* I, 1.

(2) *Solius Dei homo*; Id, *Scorp.* 4.

(1) ORÍGENES. *adv. Cels.*, sostiene que los Cristianos pueden violar las leyes que impiden sus reuniones piadosas.

(2) Κατὰ ψιλὴν παρατάξιν, MARCO AURELIO en los monólogos. *Pervicaciam et inflexibilem obstinationem*; PLINIO, *ep.* Ειτα ὑπό μανὶας μὲν δύναται τις οὑτω διατεθῆναι πρὸς τοῦτα καὶ ὑπὸ ἔθους ὡς οἱ Γαλιλαῖοι. ARRIANO epicúreo.

(3) El efecto de los suplicios sufridos valerosamente se halla bien pintado por Lactancio, Instit. lib. V, c. 13: « Nam, cùm videat vulgus dilacerari homines variis tormentorum generibus, et inter fatigatos carnifices invictam tenere patientiam, existimat id quod est, nec consensum tam multorum, nec perseverantiam morientium vanam esse, nec ipsam patientiam sine Deo cruciatus tantos posse superare. Latrones et robusti corporis viri ejusmodi lacerationes perferre nequeunt, exclamant et gemitus edunt, vincuntur enim dolore, quia deest illis inspirata patientia. Nostri autem, ut de viris taceam, pueri et mulierculæ tortores suos taciti vincunt, et expromere illis gemitum nec ignis potest. Ecce sexus infirmus et fragilis ætas dilacerari se toto corpore utique perpetitur, non necessitate, quia licet vitare is vellent, sed voluntate, quia confidunt in Deo. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Obstáculos particulares.

con las primeras palabras habian bebido los gentiles el politeísmo: los dioses estaban asociados á las impresiones de su juventud, que tanto influyen en el resto de la vida; en ellos se habia desenvuelto su educacion; á ellos los ligaban las preocupaciones, y de ellos estaban llenos los libros con que habian cultivado su entendimiento, ocupado sus ratos de ocios y distraido su melancolía. En sus necesidades habian confiado en los dioses, habian acudido á sus oráculos en la duda, y ante estos cumplian sus votos despues de haberse salvado de una enfermedad, de naufragios, de las locuras de Calígula ó de la venganza de Seyano (*).

Las imágenes de la mitología brillan con tan perfecta delicadeza, que aun despues de haber perdido toda la fe y á pesar del trascurso de tantos siglos, aun agradan á nuestra imaginacion, ¿ Y cuál sería entónces sn influencia cuando todas las artes habian recurrido á aquel inagotable manantial de lo bello?

El Cristiano que no veía en los dioses protectores de la música, de la poesía y de la elocuencia mas que demonios, estaba reducido á privarse de ellas. Y sin embargo, á cada paso encontraba peligros y motivos de escándalo (1). Veíase obligado á no tomar parte en la fiestas en los dias de recíproca alegría ó de solemnes conmemoraciones, á no colgar lámparas ni ramas de laurel á las puertas, ni coronarse de flores cuando todo el pueblo lo hacía, ántes bien debia protestar contra la idolatría al ver los actos que la manifestaban. Si se cantaba en las bodas á Talasio é Himeneo, si se hacian expiaciones en las exequias, ó libaciones en los banquetes á los dioses hospitalarios, si se rendia culto en las cosas á los Lares, el Cristiano debia huir y manifestar su horror. De aquí provenian contínuos disgustos, y el convertido se veía precisado á vivir solitario, á dejar las mas caras distracciones, y á consagrarse enteramente á la abnegacion y al aislamiento. « Muy difícil » me parecia (escribe San Cipriano) renacer y » tener nueva vida en el mismo cuerpo, y ser » otro hombre distinto del primero. ¿ Cómo pue- » de uno, decia entre mí, despojarse de pronto » de los hábitos del alma tan arraigados, dados » por la misma naturaleza ó por una larga » costumbre? ¿ Cómo ser frugal despues de asis- » tir á mesas abundantes y opíparas? ¿ Cómo » presentarse con traje vulgar el que hasta aho- » ra vistió ricos paños, oro y púrpura? ¿ Cómo » puede resolverse á vivir privadamente la per- » sona acostumbrada á las haces y á los hono- » res, y á una multitud de amigos y de clientes ? » ¿ No es un suplicio el estar solo? Esto me de- » cia yo á mí mismo, y desesperando de encon- » trar otra cosa mejor, amaba aquel mal que se » habia confundido con mi naturaleza (1). »

La juventud, siempre fija en el porvenir é inclinada por lo tanto al movimiento, se encontraba en oposicion con sus padres, preocupados con lo presente y dispuestos á la resistencia. El Cristiano que queriendo ganar las almas se dirigia principalmente á la juventud, era acusado de aconsejar la rebelion, porque emancipaba á la nueva generacion de otra frívola, gastada é ignorante del verdadero bien. Los padres, pues, desheredaban á sus hijos, repudiaban á sus esposas y castigaban á los esclavos reos de Cristianismo, y quedaban las familias trastornadas, y desquiciada aquella autoridad en que reposaba la sociedad romana.

El único medio de obtener los empleos y las dignidades era el agradar al príncipe, y este quemaba á los Cristianos, haciendo con sus cuerpos antorchas para sus jardines. Muchos comerciantes y artesanos vivian á favor del tráfico de los inciensos, de la provision de víctimas, de la celebracion de los juegos y de la preparacion de los simulacros. Sacerdotes, augures, reyes de los sacrificios, encantadores y astrólogos, tenazmente apegados á las costumbres y al lucro de toda su vida, odiaban á quien les perjudicaba en su oficio, trataban de sostenerle reanimando el fervor por el culto antiguo, aumentando la concurrencia á los oráculos y la destreza de los prodigios. Faltos del sentimiento moral, habian rodeado de ceremonias religiosas todos los actos de la vida pública. Los Cristianos que ya ocupaban magistraturas, ¿ cómo podian prestar el juramento? ¿ cómo sacrificar? ¿ cómo ir al Senado que se reunia en un templo, y cuyas sesiones principiaban con libaciones á la divinidad? ¿ cómo presidir los juegos?

Hemos visto qué apasionados eran los Romanos y los Asiáticos á los juegos. Ahora bien, el Cristianismo odiaba estos espectáculos en que se derramaba sangre por diversion, y eran conocidos los nuevos convertidos porque se alejaban del circo, por lo cual dice Tertuliano, que la aficion hácia los espectáculos alejaba del Cristianismo mas personas que el miedo de la muerte. San Agustin nos refiere de su amigo Alipio, que convertido renunció á los espectáculos sangrientos. Sin embargo, un dia estando en Roma le obligaron á ir al circo sus amigos, y no pudiendo evitarlo, permaneció durante la lucha con los ojos cerrados é inmóvil. De improviso el ansioso silencio de los espectadores es interrumpido por los feroces aplausos dados á un gladiador que habia derribado á su contrario. Impulsado por la curiosidad abre Alipio los ojos, y la vista de aquella sangre le llena el corazon de feroz placer: contra su voluntad se fija su vista en aquel cuerpo moribundo, y su alma se embriaga con el furor del combate y

(*) Es de observar que no hace mucho que nos ha dicho el autor que ya no se creía en nada; y en efecto, era necesário que la religion antigua estuviese desacreditada para que la nueva mas perfecta adquiriese crédito. Las duras persecuciones que sufrieron los Cristianos prueban que el paganismo concluía, cuando á tales medios apelaban los que querian contener su decadencia.

(*N. del T.*)

(1) *Recogita sylvam, et quantæ latitant spinæ*; TERTUL. *De cor. militis*, 10.

(1) *Ep.* 59 *ad. Corn. Cypr.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los crímenes de la arena. No era ya el hombre que habia sido arrastrado allí por fuerza, sino uno cualquiera de la multitud conmovido como esta, gritando como ella ebrio de alegría é impaciente por volver á gozar los furores del circo. ¡ Tanto podia la costumbre contra las mejores resoluciones !

La idolatría desplegaba toda la solemnidad de un culto público con fiestas nacionales y reales; el Cristianismo solo presentaba una austeridad pobre y sencilla; derivada aquella religion de los principios de la historia nacional, deificaba á los fundadores y legisladores del pueblo : este los derribaba de sus aras para sustituirles el hijo de un artesano. El mismo vulgo veía en el culto de la patria el de su gloria, de manera que se unian la piedad y el patriotismo. ¿Cómo, pues, habia de prestar atencion á los que predicaban que estaban condenados por toda una eternidad los hombres mas queridos y venerados, los grandes filósofos y los grandes monarcas?

¿Y quiénes eran los que venian á destruir creencias tan antiguas como el mundo y tan extendidas como el género humano ? ¿Griegos? ¿Indios? El mundo estaba acostumbrado á escarnecer y estimar á los cínicos y á algun otro gimnosofista; pero estos eran de la hez del pueblo judío, célebre por su credulidad y nacido para la servidumbre, ateo ó panteista (1), blanco de las burlas de todos por la singularidad de sus costumbres y por sus abstinencias. Su fundador no habia tenido como los demas autores de religiones el cetro ó la espada, ni tampoco la lira ó la pluma : sus discípulos arrancados al remo ó á otro oficio eran unos pobres mendigos (2) que rodeaban á los jóvenes inexpertos y á los viejos mentecatos para contarles brujerías; prohibian discutir las razones de la adoracion y de la creencia : juzgaban como un mal la sabiduría del mundo, y como un bien la locura. *Vuestro patrimonio*, decia Juliano, *es la ignorancia : todo vuestro saber consiste en repetir estúpidamente : Yo creo.*

Así era llamada la religion de Cristo por los Latinos *insania, amentia, dementia, stultitia, furiosa opinio, furoris incipientia.* Repugnaba al orgullo unirse con gente abyecta, artesanos y esclavos; para los doctos eran muy ridículos los misterios, cuya sublimidad no se comprende mas que con la gracia : un Dios que se hace hombre, un crucificado que resucita parecian cosas de burla, la pobreza y los suplicios de los discípulos suministraban una prueba segura de la debilidad del fundador, en una sociedad que todo lo hacía consistir en los resultados y para la cual todo concluía en este mundo. Exagerando en fin é incurriendo en falsedades decian que los Nazarenos adoraban el sol, un cordero y una cruz; en Cartago se expuso al público un crucifijo con orejas de asno; otros aseguraban que veneraban una cabeza de jumento ó las partes sexuales de los obispos, y el vulgo, siempre demasiado numeroso, se reía y los tenia mas bien por locos que por malvados.

Sin embargo, tambien los creía malvados. Obligados como estaban á tener sus asambleas en secreto, daban pretexto á las acusaciones que suelen dirigirse contra todo lo que es un arcano, y veían interpretados del modo mas siniestro sus ritos. Sus sobrias comidas eran para los Romanos impúdicos festines; segun ellos, en el silencio de las catacumbas violaban el pudor y la naturaleza; se presentaba un niño cubierto de harina al neófito, que le mataba sin saber lo que hacía; la sangre recogida en cálices pasaba de unos á otros, y se comia su carne. Si huían de las magistraturas, que no podian desempeñar sin tributar homenaje á los dioses, los llamaban perezosos; los milagros parecian hechicerías; su constancia en los tormentos un maleficio, y se les consideraba ateos porque no tenian sacrificios ni templos (1).

Y sin embargo, ¿qué moral enseñaban estos malvados? La mas pura y austera, la pobreza en un mundo que idolatraba las riquezas, la humildad en el siglo del orgullo, y la castidad en medio de la mas escandalosa disolucion. Los que huyendo de tantos males se habian sumergido en los placeres, sin sospechar siquiera que estos pudiesen ofender á dioses que tenian los mismos defectos, veían que no solo se les prohibian estos actos, sino que se les culpaba hasta del deseo; se les vedaba la fornicacion aun con las esclavas; se condenaba la venganza que ántes era un deber y un acto de religion; se les prohibia el fausto; se llamaba bienaventurados á los que sufrian; felices á los pobres de espíritu, y se excluía de la gloria á los afeminados, á los adúlteros, á los pederastas. ¡Á cuántos no debia apartar del Cristianismo esta guerra á las pasiones, este freno á las inclinaciones naturales!

Un gran obstáculo les oponian tambien los Hebreos. Pueblo elegido de Dios con evidentes milagros, que se habia libertado de los mas horribles desastres, salvado prodigiosamente en medio del mundo enemigo, y alimentado con las promesas de los patriarcas y de los profetas, veía ahora de pronto desmentidas sus magníficas esperanzas, y que se le llamaba para fundirse en una nueva fe, en la fe de uno de sus compatriotas, pero al cual habia perseguido y crucificado. Si la Iglesia se habia ocultado al principio á la sombra de la Sinagoga, pronto

(1) Diodoro (*fragm.*) dice que los Hebreos consideraban solo como Dios Supremo el cielo y el universo; y Estrabon que adoraban como única divinidad el cielo, el mundo y la naturaleza de los seres : οὐρανόν καὶ κόσμον καὶ τήν τῶν ὄντων φύσιν.

(2) Ὄχλος ἀφιλόσοφος. *Ad indoctis hominibus scriptæ sunt res nostræ.* ARNOBIO I, 39,

(4) Αἶρε τοὺς ἀθεοὺς era el grito contra ellos en tiempo de Adriano. Y en el diálogo de Minucio Feliciano, exclama el interlocutor gentil : *Cur nullas aras habent ? templa nulla ? nulla nota simulacra ?... Unde autem, vel quis ille, aut ubi, Deus unicus, solitarius, destitutus ?* c. 10

(c) Instituto Cervantes de Madrid

declaró el imperio guerra á muerte á los Hebreos, insurreccionados en todas partes contra el yugo extranjero, y los Cristianos fueron envueltos en su persecucion y en el odio que excitaban.

Añádanse á esto las herejías, que demasiado pronto se presentaron á turbar la unidad y la pureza de la fe y de la moral. Incapaces los paganos de distinguir en esta sublime doctrina la línea sutilísima que apartaba lo verdadero de lo falso, se burlaron de aquellas obstinadas contiendas por sutilezas incomprensibles; creyeron que la doctrina católica era un plantel de vanidades inútiles, y si los heréticos se entregaban á desórdenes y vicios condenados por la Iglesia católica, los gentiles se los atribuían á ella, reprobando el error y la verdad bajo el nombre comun de Cristianismo.

Parecia ademas como si el infierno hiciese sus últimos esfuerzos multiplicando los endemoniados y aumentando los encantos, atestiguados tambien por los Cristianos. El Samaritano Simon combatiendo á Moises y á los profetas habia adquirido gran fama en su patria por la antigua rivalidad entre las dos razas en que estaba dividido el pueblo elegido. Cuando oyó al diácono Felipe predicar en Samaria convirtiendo á tanta gente, supuso en él alguna arte mágica, por lo cual entró entre los neófitos, fingiéndose convertido para arrancarle el secreto de hacer prodigios. La nueva religion no podia ofrecerle arcanos; pero persuadido él de que estos se reservaban para los prosélitos de grado superior, importunó á Pedro, ofreciéndole dinero si le concedia la facultad de conferir el Espíritu Santo imponiendo las manos (1).

Simon el mago.

Reprendido por Pedro, se separó de la Iglesia, y volvió á su primera vida. Así como los Orientales y algunos Hebreos especulativos personificaban la idea primitiva del universo, del mismo modo él, elevando un dios contra otro, se proclamó á sí propio como una manifestacion divina, que al descender á la tierra habia pasado por diferentes cielos, trasformándose en las diversas inteligencias que los ocupan; que habiendo tomado aquí bajo forma humana, habia aparecido en Jerusalen, donde solo en apariencia fué crucificado, y en fin, que él era la palabra de Dios, su belleza, el paracleto, el omnipotente, todo lo que en Dios existe (2). Á semejanza de Ísis y Osíris en Egipto, y de otras parejas, comunes á las religiones orientales, decia que una compañera suya era la primera inteligencia de Dios (ἔννοια), por cuyo mérito habia concebido el padre el designio de crear los ángeles. Habiendo descendido esta á un grado mas inferior, engendró los ángeles, sin comunicarles ninguna noticia del padre, y estos crearon las cosas terrestres; pero temiendo que su orígen fuese descubierto, retuvieron consigo esta inteligencia, sometiéndola á mil ultrajes en la emigracion de cuerpo á cuerpo.

Esta hubiera sido una manera original de explicar el gran enigma del gobierno del mundo sin recurrir á la dualidad del principio primitivo, si no hubiese pretendido que este primer pensamiento del mundo habia sido encarnado en una Elena, esclava de Tiro, tan hermosa como libertina. Referia las várias metempsícosis que esta habia sufrido, especialmente en aquella Elena que fué causa de la ruina de Troya, hasta aquel momento en que él debia rescatar, en la prostituta de Tiro, la última metamorfósis de Enoia caída, de la verdad muerta, para hacerla digna de subir al lugar de que habia descendido y entrar de nuevo en el seno del Padre Supremo.

Con semejante mezcla de ideas platónicas, evangélicas y cabalísticas trataba de alejar á los hombres del verdadero Cristo, y sedujo á bastantes predicando de provincia en provincia. Impugnaba la divinidad de Cristo en várias obras, ninguna de las cuales ha llegado hasta nosotros, suponiendo que Dios, orígen y causa de cuanto existe, se manifiesta á quien sabe buscarlo, y que Jehová, Cristo y el Espíritu Santo no son mas que virtudes del mismo Dios.

Á la manera que los magos de Faraon oponian hechicerías á los prodigios de Moises, así tambien las oponia él á los milagros de los apóstoles, y se vanagloriaba de volar por el aire, de hacerse invisible á su voluntad, de convertir las piedras en pan, y de cambiar la situacion de los montes. Dicen que en la época de Claudio llegó á Roma (1), y por último, que habiendo intentado volar, cayó y se destrozó enteramente.

Apolonio de Tiane. 1º á. C

Otro emperador de prodigios, Apolonio de Tiane de Capadocia, que habia estudiado en las primeras escuelas de Asia, y principalmente con los pitagóricos, quiso unir sus doctrinas á la antigua y venerada tradicion italiana, del mismo modo que se ingertaban las cristianas en la tradicion platónica. Habiendo cedido todos sus bienes á su familia sin cuidarse mas que de la sabiduría, vivió mucho tiempo en el templo de Esculapio en Cilicia curando los enfermos; procuró corregir á un hermano extraviado, y despues se dedicó enteramente á la filosofía, íntimo deseo de su alma.

Guardó silencio por espacio de cinco años á la manera de los pitagóricos: habiendo estallado una sedicion y sido llamado para reprimirla, no por esto rompió el silencio, sino que hizo señal al pueblo de que se calmase y oídas las quejas de este y las disculpas de los magistrados, indicó que la justicia estaba de parte de estos, y el

(1) Por esto, á los que venden ó compran las dignidades eclesiásticas y asimismo los bienes ó fincas anexos á ellas, se les llama *simoniacos*, palabra que se escribió en la historia con letras de sangre, y que designa la primer herejía que apareció y la última que desaparecerá.

(2) Justino, *Apologia*. — Eusebio, *Hist. eccles*. — *Hechos de los apóstoles*. — San Ireneo. — San Epifanio, etc.

(1) San Justino refiere que se habia hecho allí tan célebre con los milagros, que obtuvo una estatua en la isla del Tíber con el título: *Á Simon dios santo*. Justino padeció error en esta asercion á causa de la inscripcion: Semoni sancto deo fidio sacrum, que se encontró en efecto en un cipo sacado del Tíber, y que alude á una de las antiguas divinidades italianas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pueblo se apaciguó con esta muda decision.

Acudió tambien á la fuente del idealismo, á Nínive, entre los magos de Babilonia; pasó veinte meses en la corte de los Partos, donde aprendió la interpretacion del lenguaje de los animales, y en donde habiéndole presentado la imágen del rey para que la adorase, respondió: *Bastante hará el que adoráis si merece que yo lo estime y aplauda.* Conferenció en la India con los Bramanes, y volvió despues á la Jonia, predicando el culto de las ideas, de la inteligencia, y el idealismo puro. Seguíale la multitud; los artesanos abandonaban sus tareas para correr tras él; los oráculos hacian resonar sus elogios; las ciudades solicitaban con embajadas que fuese su huésped ó su consejero, y le erigian estatuas ó altares, atribuyéndole poder sobrenatural.

En Éfeso, ciudad enteramente consagrada á los bailes, á la música y á la vanidad, introdujo el amor de la filosofía y aconsejó que hiciesen comunidad de bienes. Miéntras predicaba esto, bajó un pájaro hácia otros varios como si fuese á decirles alguna cosa, y los otros alzaron el vuelo con gran estrépito. Apolonio hizo como que le escuchaba con atencion, y despues refirió que el pajarillo anunciaba la caída de un jóven en tal sitio, habiendo derramado el grano que llevaba, y que invitaba á los demas pájaros á recogerlo. Los Efesios fueron inmediatamente á cerciorarse, y viendo que habia dicho exactamente la verdad, formaron una idea maravillosa de Apolonio, el cual continuó aconsejándoles que pusiesen en comun sus bienes como hacian aquellos animalillos.

Predijo tambien que infestaria su ciudad una peste, y cuando se hubo presentado la hizo cesar. ¿Podia dudarse de su divinidad? No habiendo querido admitirle el hierofante de Aténas á los grandes misterios, le dijo Apolonio: *Tu sucesor me iniciará;* y en efecto, al cabo de cuatros años fué recibido con mayores méritos. Fué á Roma, en donde Neron, enemigo de los filósofos, habia hecho prender á Musonio, casi igual á Apolonio en sabiduría: temiendo semejante suerte, abandonaron sus discípulos al Tianeo; pero este dió tan buena cuenta de sí al cónsul y á Tigelino, que le permitieron permanecer en la ciudad y alojarse, como acostumbraba, en los templos. Vino á España y á Egipto, en donde dió á Vespasiano, elevado entónces al imperio, consejos para gobernar bien, y en Etiopia se le quejaron los sacerdotes porque habia visitado ántes á los Indios, que pretendian ser superiores á ellos en civilizacion.

Este nuevo Zoroastro, regenerador del paganismo, carácter que se acomoda mas á los tiempos en que se escribió su historia que á aquellos en que se supone que vivió, ademas de predicar sobre la vida humana y sobre la inteligencia de las cosas, explicaba la misteriosa razon de las sagradas efigies y de sus actitudes, el modo y el tiempo de hacer libaciones y sacrificios; reprimió las obscenidades de las bacanales; hizo que abandonasen los Atenienses los combates de gladiadores; censuró á los Alejandrinos su furor por las carreras de carros, y en fin, expulsaba los demonios y anunciaba el porvenir. Del itsmo de Corinto dijo: *Será cortado y no lo será*, y parece que adivinó, pues Neron trató de cortarle y despues interrumpió la obra. Vaticinó otra vez que una cosa sucederia y no sucederia, y se dijo que aludió á un rayo que cayó junto á Neron sin causarle mas daño que la caída de la copa que tenia en la mano.

Acusado ante Domiciano por un Griego, se presentó en Roma á justificarse; en el mismo dia lo vieron en Pozuoli y en Éfeso, y encontrándose en esta última ciudad en el momento en que Domiciano recibia la muerte, suspendió su discurso como absorto en otro pensamiento, y despues dijo: *Hiere*, *hiere*, y dirigiéndose en seguida á los oyentes maravillados, añadió: *El tirano es muerto* (1).

Apénas fué nombrado emperador Nerva, que era su amigo, le llamó á su lado; pero él se excusó, enviándole buenos consejos y su discípulo Damídes; en seguida desapareció, y no se le volvió á encontrar ni vivo ni muerto. Los Tianeos le erigieron un templo, y colocaron su imágen en otros; Adriano reunió sus cartas; Caracalla le tributó honores divinos; el emperador Alejandro tenia su efigie en medio de Cristo y de Abrahan, y Aureliano tuvo ó fingió tener una vision que le disuadió de destruir á Tiane. Sea, pues, que haya existido verdaderamente Apolonio, ó que lo hayan fingido sus partidarios (2), creíase en él, sin embargo, y nadie puede desconocer cuánto debian perjudicar semejantes doctrinas, separando del Cristianismo á quien creía en ellas, y comparándolas los que no las creían con las verdades y prodigios de los santos, tachados de magos y hechiceros.

Estos últimos se aumentaron de un modo prodigioso. Admiradores del nombre de Apolonio y de Pitágoras, creían que el vacío entre el hombre y Dios le ocupaban una infinidad de genios, partícipes en diverso grado de la naturaleza de este, y que el hombre podia contraer pactos con ellos por medio de ceremonias, ayunos y puri-

(1) Un Frances llamado Michel, vió desde París en 1838 el sitio de Constantina, y caer herido el general Damrémont. Este es uno de los mil milagros del magnetismo, que opone el siglo de las doctrinas positivas á los de los siglos de la ignorancia.

(2) Escribió su vida Filostrato. Si reflexionamos, no obstante, que un hombre tan públicamente portentoso, al cual era deudora la familia Flavia del imperio, no se halla nunca nombrado sino cien años despues por Luciano y Apuleyo, sospechamos que sea una invencion. Y considerando la solicitud con que se apoderó Filostrato de ciertas comparaciones, como el anuncio del nacimiento de Apolonio por Proteo, su encarnacion, los milagros de su nacimiento y durante su vida, y en fin, su ascension al cielo, nos inclinamos á creer que se propuso hacer una parodia de Cristo. De esto lo defienden MEINERS, *Gesch. der Wissenschaften in Griechenland. und Rom.* tom. 1, p. 158; y TEIEDEMANN, *Geist der speculat, Philosophie*, tom. III, p. 116 Tambien Vopisco queria escribir la vida de Apolonio, « sabio » de gran fama, verdadero amigo de los dioses, y digno de » ser colocado entre ellos, » y añade: « ¿Se vió nunca entre » los hombres uno mas santo, mas respetable ni mas divino? » Devolvió la vida á los muertos, dijo y ejecutó cosas superiores á las fuerzas naturales. » *Historia Aug.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ficaciones. El pueblo los temia y pagaba; los grandes los creían; no solamente Caracalla, sino hasta Marco Aurelio los tenia siempre á su lado, y la malignidad los confundia frecuentemente con los Cristianos, los cuales los aborrecian por sus artificios.

Obstáculos públicos

Pero el mayor cargo que se dirigia á los Cristianos era el de odiar al género humano, lo cual significaba en el lenguaje de la vanidad romana odiar el imperio (1). Aconsejando Mecénas á Augusto acerca del modo de gobernar, le habia dicho : « Honra siempre y sirve en todo á la Di» vinidad segun las leyes y los usos estableci» dos, y *obliga* á los demas á que lo hagan. » *Detesta y castiga* á los que introducen algo » extraño en el culto, no solo por respeto á los » dioses, sino porque estos innovadores arras» tran á muchos ciudadanos á alterar las cos» tumbres, de donde provienen las conjuracio» nes y las asociaciones peligrosas (2). » Las asambleas particularmente estaban prohibidas, aun cuando tuviesen por objeto la utilidad pública, y mucho mas, si tenian un fin religioso. Los jurisconsultos, *custodios de las cosas divinas y humanas*, proclamaban que á toda costa se debia conservar el culto antiguo, y Domicio Ulpiano reunió todas las leyes dictadas á este propósito (3). En el supremo amor de la legalidad, carácter de los Romanos, bastaba atenerse á las constituciones para hacer la guerra á los Cristianos, y la consigna del apóstata Juliano era la que de tantas maneras se repite : *Guerra á las innovaciones.*

La religion de los Latinos era puramente nacional, y estaba encarnada en la república: Roma, ciudad santa, se envanecia de traer su orígen de los dioses; consideraba unida la conservacion del imperio á siete cosas sagradas; los libros sibilinos contenian los oráculos que en los mayores peligros enseñaban el remedio; sin auspicios no se verificaban las asambleas; sin feciales no se declaraba la guerra ni se consolidaba la paz; y sin sacrificios no se inauguraba ningun emperador ni cónsul. Las federaciones se congregaban en la época de solemnidades comunes : y llevando las teorías el homenaje anual de la lejana colonia á la madre patria, mantenian el nudo que las unia. Atacar por tanto la religion, era atacar al Estado.

Hemos visto cuál era la postracion del sentimiento religioso cuando cayó la república; pero al fundar Augusto el imperio, comprendió la necesidad de reanimar las antiguas ideas y de *restaurar los templos y las vacilantes imágenes de los dioses* (1), para estrechar la armonía entre el Estado y la religion. En testimonio de esta alianza unió el sumo pontificado al poder imperial, y colocó en el Senado el altar de la Victoria. Cesaron entónces aquellas voces que se proponian atrevidamente en la Roma republicana conculcar todo temor de los dioses; jamas se multiplicaron tanto los sacrificios, las inscripciones votivas y los templos, y cual si no bastasen las deidades patrias y las griegas, se ingertaron otras en aquel tronco envejecido, como la Ísis egipcia, ó el Mitra persa; arte de gobierno que suplia la falta de creencia (2). Si el politeísmo de los Romanos, conforme á la naturaleza de su constitucion, adoptaba fácilmente los dioses extranjeros, importando poco á la fe que hubiese veinte ó doscientas deidades, y si era prevision política asimilarse los vencidos aceptando sus creencias, no podia suceder lo mismo con una religion que excluía cualquier otra, que se llamaba universal, y que estaba destinada á construir su templo con los escombros de los templos enemigos (3).

Sin embargo, los nuevos sectarios habian aprendido de su Cristo á respetar las potestades de la tierra, en tiempo de emperadores que deshonraban la naturaleza; los exhortaban sus doctores á la obediencia que necesariamente debe tener una sociedad compuesta todavía de pocos miembros, no suficientes para dar un voto nacional y cambiar un gobierno. Interrogado San

(1) GRUNER, *De odio humani generis Christianis à Romanis objecto*. Coburgo, 1755. *Genus humanum* en este sentido es solemne en Tácito. Pison dice : *Galbam consensus generis humani, me Galba Cæsarem dixit*. Hist. I. Por esto fué llamado Tito *delicia del género humano*.

(2) DION, lib. LII, 36 Las palabras son precisas : ἀνάγκαζε... τούς δέ δή ξενίζοντας.... μίσει καὶ κόλαζε. Recuérdelas quien alabe la tolerancia religiosa de los antiguos, olvidándose de las matanzas de Cambíses, de los templos incendiados por Jérjes, de los procesos de Protágoras, Diágoras, Sócrates, Anaxágoras y Estilpon, por no decir nada de los Egipcios. El mismo Platon y Ciceron niegan la tolerancia á los cultos extranjeros en sus repúblicas imaginarias.

(3) *Domitius Ulpiamus rescripta principium nefaria collegit, ut doceret quibus pœnis affici oportet eos qui se cultores Dei confitentur*. LACTANCIO, Instit. V, 2.

(1) HORACIO.

(2) Hablo con preferencia de Roma, porque la Grecia, privada hacía mucho tiempo de la independencia política, sintió ménos el efecto producido en las instituciones civiles por el cambio del principio religioso.

(3) Examinando desde un nuevo punto de vista aquel gran momento crítico de la humanidad, en el que cayendo el imperio romano dejaba lugar á una civilizacion enteramente nueva, á gentes nuevas, propuso la Academia de las inscripciones de Francia para el concurso de 1830, « trazar la historia de la decadencia y de la destruccion del paganismo en las provincias del imperio occidental, desde el tiempo do Constantino; reunir cuanto se pueda, con la ayuda de los escritores paganos y cristianos, de los monumentos ó de las inscripciones referentes á la resistencia que opusieron al Cristianismo los paganos, principalmente de Italia y de Roma; emplear en fin toda solicitud para determinar la época en que se cesó en Occidente de innovar por su nombre las divinidades de Grecia y de Roma. »

Todos los historiadores habían tratado incidentalmente de esta impartantísima revolucion, pero ex profeso ninguno. Los Alemanes, que en punto á investigaciones históricas y críticas siempre marchan en primera línea, reunieron á este propósito muchísimos hechos, anécdotas y observaciones, y el profesor de Leipzig Tzschirner, aquel mismo que completó la historia eclesiástica de Schröckh, publicó *Der Fall des Heidenthums* (*Caida del Paganismo*. Leipzig, 1829); pero no ha visto la luz mas que el primer volúmen, el cual, como solo llega á Diocleciano, apénas se aproxima al principio del asunto propuesto.

Respondiendo á la indicada cuestion obtuvo el premio del Instituto el señor Beugnot (*Histoire de la décadence du Paganisme en Occident*. Paris, Didot, 1835, 2 tomos en 8°, de páginas XVI-496, 380). Aun cuando muchas opiniones profesadas en la obra merecen la desaprobacion del católico, y están contradichas por la historia, agrada no obstante ver en ella la lucha entre el Cristianismo y el gentilismo, entre la religion de lo pasado y la del porvenir (D).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Victor por un prefecto, responde: *Nada he hecho contra el honor ni contra los intereses de la república, no me he negado á defenderla cuando el deber me lo imponia; todos los dias ofrezco el sacrificio por la salud de César y del imperio, y todos los dias inmolo víctimas á mi Dios en favor de la república.*

Es un gran mérito del Cristianismo haber colocado la religion á tal altura, que prescinde de la parte contingente y variable de la sociedad para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente, de manera que pueda el hombre, en cualquier clima y gobierno, verificar su perfeccionamiento y alcanzar el cielo. El Cristianismo, en el reinado de príncipes crueles y libertinos, no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye; se acomoda á ella sin pretender subvertirla, pero tratando de corregirla; combate los vicios del siglo, pero sin apartarse de él.

Tanto se habia aumentado con estas ideas el número de los Cristianos, al principio ignorados ó tolerados, que los príncipes y los magistrados habian tenido que descender con ellos á esas tímidas concesiones, que no puede negar la mas rígida ley á una opinion que va en aumento.

No obstante, los dueños de esclavos conocian el cambio que principiaba en la sociedad, no ya por las clases elevadas, sino por las mas inferiores; algunos sofistas se dedicaron á argumentar acerca de aquellas creencias, y los sacerdotes veían vacíos los templos y que las ofrendas eran cada vez ménos numerosas. Fué, pues, necesario abrir los ojos; y lo que era un fenómeno nuevo, una sociedad, apénas nacida ayer, llenaba ya el foro, los tribunales y las legiones: sin armas y sin defensa, negaban obediencia á órdenes tan sencillas como parecian las de quemar un grano de incienso en las aras de un dios ó de un emperador, y mas bien preferian morir. ¡Cómo debia indignar esta desobediencia á los Romanos, hombres de la legalidad, que creían delito contrariar un decreto, cualquiera que fuese! Comprendiendo los estadistas que no podia ya prosperar Roma, despojada de moral, y abandonada á las bacanales de la fuerza, sabian no obstante que en el cadáver de un grande Estado conservan la vida las instituciones antiguas, porque la aristocracia se acuerda de lo que fué, el ejército está acostumbrado á cierta disciplina, y el pueblo á una administracion cualquiera que sea, concentrándose en el príncipe la fuerza y la opinion. De aquí procedia la tenacidad en conservar las formas antiguas, propia de las dominaciones mas débiles en el fondo, y de aquí tambien el odio de los políticos romanos al Cristianismo. Las instituciones de Roma derivaban su fuerza del espíritu de familia sobre el cual se habia fundado la gran ciudad, y de la consiguiente veneracion hácia los antiguos: y el Cristianismo venía á destruir el primero, enemistando al padre con los hijos, al hermano con el hermano, y á conculcar la otra presentando nuevas glorias y nuevas virtudes. Miéntras que Roma, apoyada en la espada, llamaba héroes á los que habian exterminado mas pueblos, grandeza al haber arrebatado á muchos la independencia, único medio de poder y de gloria la guerra, y único fin la conquista, el Cristianismo le predica la paz, la fraternidad y la justicia, ó lo que es lo mismo, condena toda la antigua y nueva política de Roma; llama malvados y demonios á los dioses, bajo cuyos auspicios se habia levantado el poder romano y el gran Capitolio, y desde el amor de una patria terrenal, eleva las almas á una invisible, de la cual son ciudadanos todos los hombres, incluso el vencido, el Bárbaro y hasta el esclavo. Negando la obediencia á las leyes, amenazaba la existencia de aquel órden de cosas, único con el cual podia la aristocracia amparar todavía sus últimos privilegios; y combatiendo los templos, los pontífices, los emblemas y los sacrificios, destruía aquel aparato con que se cubria el vacío que habia resultado al desaparecer la fe.

Eran, pues, los Cristianos enemigos públicos. Como si no bastase que los Hebreos hubiesen acusado ya á Cristo de quererse hacer rey, y denunciado á Pablo como partidario de otro señor, los Cristianos mismos se hacian voluntariamente reos proclamando el futuro reino de Cristo y la destruccion de la impía Babilonia; negaban homenaje, inciensos y el título de Señor al emperador, que era la personificacion del poder tribunicio, de la autoridad pontifical, de los recuerdos patrios, en suma, de la sociedad entera: no querian jurar por su espíritu, ni presentarse con los demas á elevar por él públicos votos á las divinidades. ¿No debia odiarlos todo buen ciudadano? ¿No estaba obligado el gobierno á poner freno á esta superstícion?

Sobrevenian entónces y á cada momento nuevos desastres en el imperio, y los Cristianos predicaban que eran avisos del Cielo, y que por estar sumergidos en un mar de vicios Roma y el mundo, merecian aquellos y mayores castigos. Indignábanse los gentiles al oirles declarar justos y merecidos aquellos azotes; los políticos se confirmaban en creerlos acérrimos enemigos del Estado; los religiosos pensaban que con sus blasfemias excitaban la ira de los dioses, los cuales propicios hasta entónces á los progresos de Roma, la dejaban precipitarse en su ruina. Que se detenga esta, pues, exclamaban, y se aplaque la cólera de los dioses sacrificando á sus enemigos; sea considerado el Cristiano solo por serlo como *enemigo de los númenes, de los emperadores, de las leyes, de las costumbres y de toda la naturaleza* (1).

(1) TERTULIANO, *Apol.* I, 21. Tenemos una sentencia contra varios Cristianos de este tenor: » En vista de que Esperato, » Citinio... confiesan que son Cristianos y se niegan á prestar » homenaje y respeto al emperador, mandamos sean decapi » tados. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPÍTULO XXVII

Persecuciones.

1ª persec. La primera persecucion verificada en tiempo de Neron no parece que tuvo por único objeto el dar una satisfaccion al pueblo, ni que se limitase á Roma (1). Cuando Domiciano trató de reconstruir el Júpiter Capitolino, impuso á los Hebreos un tanto por cabeza, y no queriendo los Cristianos contribuir de ninguna manera á las idolatrías, comprendidos en aquel nombre, se acarrearon una nueva persecucion, de la

2ª persec. cual fueron víctimas Flavio Clemente, primo del emperador, y su colega en el consulado, con su esposa y su sobrina Domitílas. Juan el apóstol, predilecto de Cristo, fué desterrado entónces á la isla de Pátmos, donde le fué revelado el Apocalípsis. Entre otros fueron acusados ante el procurador de la Judea los sobrinos del apóstol San Júdas, hermano, mejor dicho, primo hermano de Cristo, acusados de aspirar á la antigua preeminencia de la familia de David, de la cual procedian; pero la sencillez de su traje y de sus contestaciones, y el callo formado en sus manos con el trabajo del campo, alejaron de ellos la sospecha de ambicion.

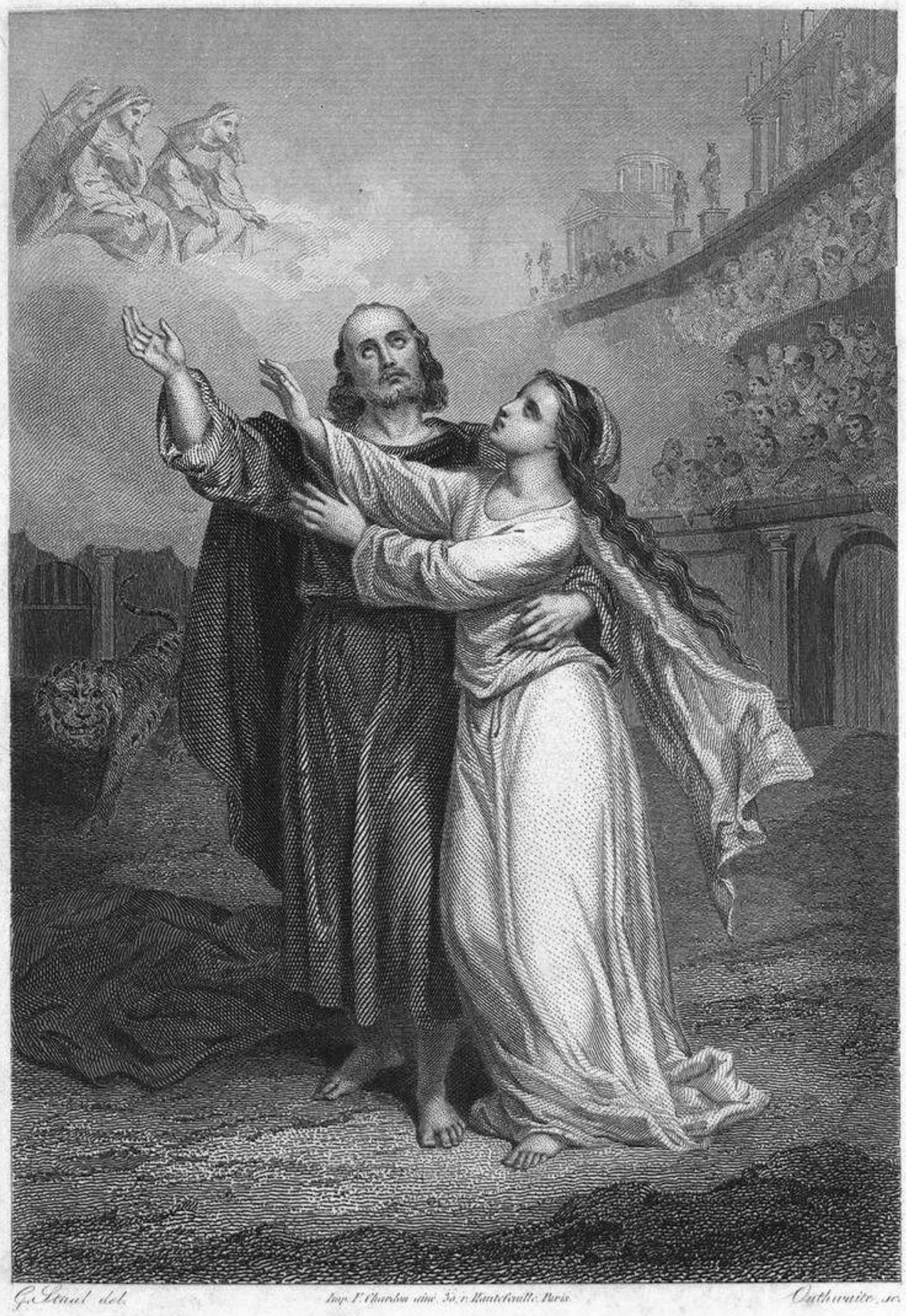
Plinio el Jóven, nombrado procónsul de la Bitinia y del Ponto, estuvo algun tiempo luchando entre su conciencia, y su deber de cumplir la ley condenando á los Cristianos, por lo cual interpeló en estos términos á Trajano: « Se» ñor, acostumbro á exponerte mis escrúpulos, » porque ninguno mejor que tú puede decidir» me é instruirme. Jamas he asistido á un » proceso contra Cristianos, por cuyo motivo no » sé verdaderamente en qué se funde la inda» gacion, ni hasta qué punto haya de agravarse » su castigo, y me tiene dudoso la diferencia de » edades. ¿Se ha de castigar á todos sin distin» cion, lo mismo al jóven que al viejo? ¿Se ha » de perdonar á quien se arrepienta, ó es inútil » renunciar al Cristianismo, una vez abrazado, » ó bien se castigan tan solo el nombre y las » faltas que á él son consiguientes? Hé aquí, no » obstante, cómo me he conducido en las causas » que se me han presentado contra los Cristia» nos. Les he interrogado si lo eran, y he re» querido por dos ó tres veces á los que han » confesado amenazándoles con el suplicio, y á » los que han perseverado los he castigado. Por» que de cualquier naturaleza que fuese lo que » confesaban, he creido digna de castigo la des» obediencia y la invencible obstinacion. He » reservado á otros de la misma secta para en» viarlos á Roma, porque son ciudadanos ro» manos. Propagándose en fin este delito, se » han descubierto como es consiguiente muchas » clases de él. Se me presentó un memorial » anónimo, en el cual se acusaban como Cris» tianos á diferentes personas; pero estas nega» ron, y como prueba invocaron á los dioses, » ofreciendo incienso y vino á tu imágen, en » mi presencia y en los términos que tengo » prescritos; maldijeron tambien á Cristo, cosa » á que nunca se hubieran sometido los que » verdaderamente son Cristianos. He creido » obrar bien absolviéndolos. Otros acusados » igualmente se confesaron al principio Cristia» nos, pero despues lo negaron, declarando ha» ber cesado de serlo los unos hacía tres años, y » algunos mas de veinte, y todos adoraron tu » efigie y las estatuas de los dioses, maldiciendo » al Cristo. Me afirmaron que todo su error ó » delito consistia en estos puntos: que un dia » determinado se reunian ántes del alba, y en» tonaban himnos en honor de Cristo, como si » fuese Dios; se obligaban con juramento á no » cometer hurto, adulterio, ni otro ningun de» lito, y á no negar el depósito; despues de esto » solian separarse para reunirse despues á co» mer en comunidad manjares inocentes; pe» ro que habian dejado de hacerlo cuando pu» bliqué tu órden que prohibia toda reunion. » Me pareció necesario inquirir la verdad some» tiendo al tormento á las esclavas jóvenes que » decian estar consagradas á los misterios de » aquel culto; pero no he descubierto en ellas » mas que una supersticion perversa llevada » hasta el exceso; y por esto lo he suspendido » todo, esperando tus órdenes. Me ha parecido » el negocio digno de tu reflexion, atendida la » multitud de los que están en peligro. Gran » número de personas de diferente condicion y » sexo se encuentran comprendidas en tal acu» sacion, porque este contagio no ha infestado » solamente las ciudades, sino que se ha exten» dido tambien por las aldeas y los campos: no » obstante, creo que aun puede detenérsele. Lo » cierto es que los templos, ántes casi desiertos, » vuelven ahora á repoblarse, y que vuelven á » principiar los sacrificios hacía tiempo inter» rumpidos, vendiéndose por todas partes las » víctimas que no há mucho encontraban pocos » compradores. De aquí puede inferirse que se» rán muchos los que vuelvan del error cuando » sean admitidos al arrepentimiento. »

El emperador le respondió: « Has hecho pre» cisamente, mi muy querido Plinio, lo que » conviene hacer en los procesos de los Cristia» nos, no siendo posible establecer regla cierta » y general en esta clase de causas. No convie» ne hacer pesquisas; pero es menester castigar » á los que sean acusados y convictos. Si el » acusado niega ser Cristiano y lo prueba invo» cando á los dioses, concédase perdon á su » arrepentimiento, cualquiera que fuere la sos» pecha que pese sobre él. Por lo demas, en nin» gun delito se deben admitir denuncias ciegas, » por ser un ejemplo pernicioso y distante de » nuestras intenciones. »

¡Extraña revelacion del contraste que tantas veces hemos notado entre la legalidad y la justicia! El procónsul, hombre honrado, no cree reos á estos sectarios mas que en el nombre,

(1) V. la inscripcion de la pág. 470, nota 2, seg. col.

(c) Instituto Cervantes de Madrid



G. Staal del. Imp. F. Chardon aîné, 30, r. Mautefeuille, Paris. Outhwaite sc.

CRISTIANOS ENTREGADOS Á LAS FIERAS

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hace justicia á la inculpabilidad de sus reuniones, y sin embargo los pone en el tormento para descubrir sus delitos, y no pide que se les absuelva, ántes bien pregunta en qué proporcion ha de castigarlos. El emperador, uno de los mejores, vacila tambien entre su sentimiento y la férrea dureza de las leyes. Ahora bien, si son culpados, ¿por qué no hacer investigaciones? ¿por qué no aceptar las denuncias, por qué absolverlos ante su simple negativa? Si son inocentes, ¿por qué castigarlos porque confiesan lo que no es delito (1)? ¿Qué legislacion es esta en que ni aun es necesario que el acusador se dé á conocer? ¿qué civilizacion es aquella en que se castiga, no un hecho sino un sentimiento? ¿qué emperador que ordena sentenciar despues de haber declarado que no se puede dar ninguna disposicion general sobre semejantes casos? ¿qué magistrado que confiesa ser inocentes aquellos mismos acerca de los cuales consulta si los debe enviar al suplicio solo por sus nombres y sin distincion de edad, y que hace atormentar á dos mujeres tan solo para informarse?

Si tanto se dejaba al arbitrio de los tribunales en tiempo de un Plinio y de un Trajano, ¿qué no debia suceder en las asambleas estrepitosas y tumultuarias, cuando la plebe, en los dias consagrados á los dioses, ó entre la sanguinaria embriaguez del anfiteatro, clamaba á grandes voces : *Los Cristianos á las llamas ó á las fieras?* Ya Caifas habia creido *necesario que por la salvacion del pueblo se derramase la sangre de un justo*; y aun con mayor facilidad para apaciguar un tumulto ó granjearse el aprecio del pueblo, concedian los procónsules el sacrificio de estos odiados ó despreciados Galileos. Varios edictos de Adriano y de Antonino prohibieron que se les condenase sin prueba : pero ¿qué habia de hacerse si los mismos reos confesaban ó mas bien se gloriaban de serlo? ¿Cuánto no debia irritarse el orgullo de los emperadores ó de sus ministros al ver á un niño, á una mujer ó á un oscuro ciudadano confesar abiertamente el delito que se le achacaba, y resistiendo á las lisonjas, á las seducciones y á las amenazas negarse, no á un delito, sino al acto mas sencillo de culto nacional? Ponían seles en el tormento, no para arrancarles la confesion del delito sino para que lo negasen; alguna vez sometian á las pruebas mas lúbricas la continencia de las jóvenes y la castidad de las vírgenes, y enfurecidos por la resistencia, los abandonaban á los verdugos y al vulgo, en el cual la ferocidad inspirada por la costumbre de los suplicios y de los juegos circenses, estaba ademas animada por el fanatismo.

Algunas veces gobernadores humanos rechazaban las acusacionss, ó con subterfugios suaves salvaban á los acusados : otras se contentaban con expusarlos ó desterrarlos ; pero otras los encerraban en las cárceles ó en las minas (1), ó bien ejercian sobre ellos toda la dureza que permitia la ley, sobremanera inicua, porque era enteramente indeterminada.

Si sucumbian en la prueba, eran colmados de aplausos por los paganos, y mirados con horror y compasion por los Cristianos. El que sufria animosamente los tormentos sin perder en ellos la vida, era objeto de veneracion ; los fieles besaban las cadenas que habian llevado y las cicatrices que le habian quedado ; instituían para los muertos conmemoraciones anuales, y sus huesos y su sangre solícitamente recogidos se ponian bajo los altares que servian de mesa para el viático de los que se manifestaban dispuestos á imitarlos (2) ; los cuales con generoso ímpetu ambicionaban el martirio hasta el punto de denunciarse ellos mismos, de turbar con intencion las funciones idólatras, de no admitir el perdon, y de provocar en los antifiteatros la ira de las fieras y de los verdugos (3).

Los sabios jefes de la Iglesia moderaban este exceso, que alguna vez no sostenia la prueba, y en su consecuencia, cuando se acusaba á al-

BIBLIOTECA DE GUERRA
BIBLIOTECA CIRCULANTE
TOMO N.°

(1) Tertuliano exclama con su natural calor : « O sententiam neccesitate confusam! negat inquirendos ut innocentes, et mandat puniri ut nocentes; parcit et sævit, dissimulat et animadvertit..... Si damnas, cur et non inquiris? si non inquiris, cur et non absolvis? » *Apologét.*

(1) « In metalla damnamur, in insulas relegamur. » TERTULL., *Apol.* 12. — Cipriano dirige cartas á nueve obispos y muchos clérigos y fieles encerrados en las minas de Numidia, *Ep.* 76, 77.

(2) « Certatim gloriosa in certamina ruebatur, multoque avidius tunc martyria gloriosis motibus quærebantur, quàm nunc episcopatus pravis ambitionibus appetentur. » SULPICIO SEVERO, II.

(3) Á los que reducen á pequeño número las víctimas, respondió Visconti (*Mem. romanas de la antigüedad.* Roma, 1825) con las muchas inscripciones de mártires. No se indicaba el nombre de muchos, pero sí el número, como en estas :

MARCELLA ET CHRISTI MARTYRES CCCCCL
HIC REQUIESCIT MEDICUS CVM PLVRIBVS
CL MARTYRES CHRISTI.

Quizá tambien son números de mártires los que encontramos sin otra indicacion en algunas sepulturas, con la corona y la palma, de cuya costumbre nos da testimonio tambien este epígrama de Prudencio :

Sunt et multa tamen, tacitas claùdentia tumbas
Marmora, quæ solum significant numerum,
Quanta virum jaceant, congestis corpora acervis,
Scire licet, quorum nomina nulla legas.
Sexaginta illic, defossa mole sub una,
Reliquias memini me didicisse hominum.
Carm. XI.

Una por ejemplo dice :

N. XXX. SVRRA ET SENEC. COSS.

y la refiero, 1º porque habla de treinta muertos en tiempo del pio Trajano; 2º porque contradice á quien afirma (como BURNET, *Cartas sobre la Italia*, p. 224) que los Cristianos no tuvieron catacumbas ántes del siglo IV : esta, del año 107, fué extraida de una catacumba.

Obstinado Gibbon en reducir cuando mas los mártires á algunas docenas, rechaza enteramente el testimonio de los escritores cristianos; pero por favorecer su sistema, disimula tambien el de los paganos, que afirman haberse verificado los suplicios que él niega. Celso censuraba á los Cristianos por tener en secreto sus asambleas, « porque si sois descubiertos, » sois conducidos al suplicio, y ántes de recibir la muerte, tenéis » que sufrir toda clase de tormentos. ORÍGENES, *adv. Celsum*, l. II, VI, VIII *passim*. Celebrando Libanio á Juliano, dice de los Cristianos : « Estos secuaces de una religion corrompida abri- » gaban continuamente el temor de que Juliano inventase tor- » mentos aun mas refinados que los que ántes se les imponian, » como ser mutilados, quemados vivos, etc, porque los em- » peradores emplearon contra ellos todas estas crueldades. » *Parentalia in Jul.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guno, le aconsejaban que huyese si no se sentia firme para el martirio. Algunos compraban de los magistrados avaros una certificacion de haber cumplido los ritos prescritos, mentira que la Iglesia rescataba con la penitencia. Aquellos mismos cuya firmeza habia sucumbido en la prueba, al cesar las persecuciones, acudian frecuentemente, suplicando que se les admitiese de nuevo en la comunion por medio de la penitencia. Respecto de estos, Pedro, obispo de Alejan-
306. dría, publicó estas reglas. Quien sucumba despues de largos tormentos, pase cuarenta dias en rigoroso ayuno y en obras piadosas, y despues admítasele de nuevo en la comunion, y que se entienda de un año el término impuesto á los que nada han padecido, poniéndose en fuga á causa del temor. El que engañe con artificios á sus perseguidores, ó comprando libelos ó enviando paganos en su lugar, haga penitencia seis meses; un año si sustituyó esclavos cristianos, los cuales están en poder del Señor; tres años los amos que toleraron ó mandaron á sus esclavos á hacer los sacrificios. Aquellos que despues de haber sucumbido volvieron al combate y padecieron constantemente, sean perdonados. Los que entraron imprudentemente en batalla, exponiéndose ó excitando la persecucion, sin acordarse de que el Evangelio dice : *No os expongáis á las tentaciones ; seréis llevados ante los tribunales*, y no ya : *Os presentaréis*, no queden excluidos de la comunion; pero si son clérigos queden suspensos del ministerio. No se imponga castigo al que haya dado dinero para apartar de sí las vejaciones.

3ª per-sec. Á pesar de los escrúpulos de Trajano, consta que en su tiempo sufrieron muchos el martirio, y entre ellos Ignacio, obispo de Antioquía, y Simon de Jerusalen, siendo desterrado de su sede el papa Clemente.

4ª per-sec. El celo por las supersticiones y la magia impulsó á Adriano al derramamiento de sangre, y tambien el confundir á los Cristianos con los Hebreos, en los cuales queria castigar la sublevacion de Barcocébas. Por esto insultó sus mas queridas memorias, estableciendo ídolos en los lugares consagrados por la cuna ó la tumba de Cristo, y ordenó suplicios en los que fueron víctimas los papas Alejandro, Sixto y Telesforo.

5ª per-sec. En tiempo de los Antoninos, *los mejores de los príncipes y los mejores de los hombres*, como los llama Gibbon, no faltaron mártires (1), y si el Pio no ordenó alguna nueva crueldad, cometiéronlas por sí magistrados y sacerdotes, fundados en las antiguas leyes. Marco Aurelio en fin entre tantas virtudes, no tuvo la de resistir á los filósofos que le instigaban contra los Cristianos, y los persiguió ó dejó perseguir como reos de atentado contra la religion del Estado, y de alimentar genios contrarios á la república, hasta que el milagro que hemos referido de la legion fulminante, suspendió, segun dicen, la matanza.

No se renovaron en tiempo de Cómodo y de sus sucesores, por lo cual se extendió en aquel tiempo la creencia, aun entre personas de elevada jerarquía. Á Severo, hácia el fin de su reinado, le parecieron sospechosos, y confundiéndolos con los inquietos Hebreos, publicó un edicto que, aunque en realidad solo castigaba á 6ª per sec. los nuevos prosélitos, fácilmente se extendia á los demas, y especialmente á los que estaban consagrados á las conversiones, por lo cual la persecucion que principió en Egipto se propagó por el resto del imperio. Doce Cristianos de Escila, en el África proconsular, fueron martirizados sin exhalar una queja, por no ceder á lisonjas ni amenazas, y repetido su nombre con veneracion en las reuniones, animó á los Cristianos, y atrajo á la verdad á muchos gentiles.

Á la muerte de Severo adquirieron los Cristianos tanta firmeza, que así como antiguamente se reunian en casas particulares y en lugares ocultos, pudieron entónces erigir iglesias, comprar terrenos en Roma, y hacer públicamente las elecciones. El emperador Alejandro los admitia en el palacio como sacerdotes y como filósofos, y los obispos y doctores obtuvieron su favor. Pero cuando Maximino, que le sucedió, castigó á los amigos de su predecesor, muchos Cristianos fueron envueltos en el castigo, que 7ª per-sec. se impuso á otros con ocasion de un terremoto que conmovió la Capadocia y el Ponto, por ser ya costumbre atribuir á los fieles las públicas calamidades.

Si el emperador Filipo, acaso por las exhortaciones de Orígenes, favoreció á los Cristianos hasta el punto de divulgarse que habia abrazado su fe, Decio en cambio se manifestó muy 8ª per-sec. enemigo de ellos. Un poeta fanático se presentó en público, deplorando la religion abandonada; el vulgo pidió que se reparase el mal con la sangre de los impíos, y los magistrados buscaron el aura popular accediendo á la peticion.

La peste que devastó en aquella época el imperio excitó tambien la furia del pueblo y la supersticion de los ministros, que se saciaban en estas víctimas inocentes, las cuales en pago propagaban la asistencia á los enfermos, las oraciones y la caridad. Entónces fueron muertos ó desterrados los principales obispos, y durante diez y seis meses se impidió al clero de Roma la eleccion de un nuevo pontífice despues de haber sido muerto Fabiano.

Las crueldades eran las mas refinadas : despues de echar mano del caballete y de las planchas hechas ascua, hacía el juez untar á uno de miel, y exponerlo al sol para que las moscas lo consumieran. Otro que se hallaba en el vigor

(1) Tenemos el siguiente epitafio de una catacumba del tiempo de los Antoninos, que revela la profunda tristeza de los perseguidos, y su esperanza :

ALEXANDER MORTVVS NON EST SED VIVIT SVPER ASTRA ET CORPVS IN HOC TVMVLO QVIESCIT. VITAM EXPLEVIT CVM ANTONINO IMP. QVI VBI MVLTVM BENEFITII ANTEVENIRE PRÆVIDERET PRO GRATIA ODIVM REDDIT. GENVA ENIM FLECTENS VERO DEO SACRIFICATVRVS AD SVPLICIA DVCITVR. O TEMPORA INFAVSTA QVIBVS INTER SACRA ET VOTA NE IN CAVERNIS QVIDEM SALVARI POSVMVS. QVIDMISERIVS VITA? SED QVID MISERIVS IN MORTE CVM AB AMICIS ET PARENTIBVS SEPELLIRI NEQVEANT? (ARINGHI, *Roma subterr.* II, p. 685).

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de su edad, fué colocado en un jardin delicioso, atado en un blando lecho, con una meretriz; y no sabiendo cómo resistir, se arrancó la lengua con los dientes, y se la escupió en la cara á la impúdica (1). Algunos no pudieron resistir los tormentos, y entre ellos se cuentan Numeria y Cándida, Romanas; y Luciano, preso en Cartago, escribia así á Celerino, que le consultaba si merecian perdon: « Viviendo aun el beato » mártir Pablo, me llamó y dijo: *Luciano, te digo* » *delante de Cristo, que despues que me haya* » *llamado á su lado, y alguno te pida la paz,* » *se la des en mi nombre; porque aquellos á* » *quienes Dios se ha dignado llamar en esta* » *persecucion, todos de acuerdo hemos conce-* » *dido carta de paz á los caidos.* Sabed, pues, » hermano mio, que estoy dispuesto á ejecutar » la órden que me ha dejado Pablo, y que así » lo hemos establecido desde que nos encontra- » mos en esta afliccion, habiendo ordenado el » emperador que se nos dejase morir de ham- » bre, encerrados en dos horribles calabozos, » donde hacía un calor insoportable; ahora ya » vemos alguna luz. Por eso os ruego que salu- » déis á Numeria y á Cándida, las cuales alcan- » zarán la paz segun la órden de Pablo y de los » demas mártires, cuyos nombres son estos: » Baso, que murió apedreado; Mapalico en la » cuerda; Fortunion en la cárcel; Pablo des- » pues del tormento: Fortuna, Victorino, Vic- » tor, Herenia, Crédula, Ereno, Donato, Fermo, » Vento, Frútos, Julia, Marcial y Ariston muer- » tos de hambre en la prision por la voluntad » de Dios. Pronto se os anunciará que los he- » mos seguido, porque hace ocho dias se nos » ha encerrado de nuevo, despues de habérse- » nos dado por espacio de cinco dias un poco » de pan y agua. Pido que cuando el Señor haya » concedido paz á la Iglesia, segun la órden de » Pablo y nuestra deliberacion, logren paz las » extraviadas, despues de haber expiado su » culpa ante el obispo, y hecho penitencia, y » no solamente ellas, sino todas aquellas á » quienes sabéis que se extiende nuestra inten- » cion. »

9ª per sec.

Valeriano al fin de su reinado, por instigacion del prefecto Macriano, Egipcio y docto en la magia, persiguió nuevamente á los Cristianos, entre los cuales cayeron ilustres víctimas, como Estéban y Sixto, papas, y Cipriano. Habiendo sido llamado Lorenzo para que descubriese los tesoros de la Iglesia que custodiaba, mostró una turba de pobres, por lo cual fué asado.

Galieno suspendió las persecuciones. Y á pesar de que hubo algunas víctimas en tiempo de Aureliano, la Iglesia pudo prosperar, y adquirió aquel aspecto de legalidad que confiere el tiempo.

(1) A este tiempo se refiere la historia de los Siete Durmientes, hermanos que huyendo de Éfeso á causa de la persecucion, se retiraron á una caverna y se durmieron en ella en el Señor. Muy tarde se encontraron sus cuerpos, y corrió voz entre el vulgo de que habian dormido hasta entónces.

Pablo de Samosata. 260.

Entónces se aumentó de tal manera el número de los prosélitos, que hubo necesidad de hacer mayores en todas partes las iglesias; á los Cristianos se concedian las magistraturas, y á los obispos los honores. Aparece esto particularmente en el caso de Pablo Samosata, patriarca de Antioquía, el cual habiendo abandonado el espíritu evangélico, introducia el fausto pagano en las cosas sagradas, usurpaba, vendia las dignidades, complicaba los negocios, predicaba como sofista mas bien que como apóstol, se complacia en las sensualidades, é incurrió en herejías. Reunidos los obispos, y habiendo intentado inútilmente reducirlo á la verdad, le declararon destituido, y le eligieron un sucesor sin interrogar al clero ni al pueblo. Dióse queja de tal irregularidad á Odenato y Zenobia, por cuyo favor conservó Pablo la dignidad hasta la victoria de Aureliano. Este llamó á su presencia á las dos partes, y no considerándose en posicion de decidir, remitió la deliberacion á los obispos de Italia, ya por suponerlos mas imparciales, ó ya porque quisiese aumentar la influencia de la capital sobre las provincias.

Está en la naturaleza del hombre dejar que decaiga una creencia cuando no la encuentra contrariada, y reanimarla cuando está combatida. Cuando se presentaron los Cristianos á mostrar la falsedad y la indecencia de la religion dominante, los paganos, que la miraban con indiferencia y desprecio, se apasionaron hácia ella por reaccion; y dijeron que se habian hecho populares ó convertidos en símbolos de sabiduría secreta y de sublime moral cosas que bastaba conocer para desaprobar. Por tanto, se reanimó la veneracion hácia las antiguas fábulas, y el despecho de verlas maltratadas por los nuevos sectarios, hacía que se tratase de sostenerlas á cualquier precio. Entónces, pues, se multiplicaron con mas pompa que nunca los sacrificios; se introdujeron otros nuevos; se propusieron iniciaciones y expiaciones que llenasen el objeto que la Iglesia se proponia con el bautismo y con la confesion; sucediéronse despues los milagros, los profetas, los oráculos y las curaciones multiplicadas en los sagrarios de Esculapio y de Higea, y tanto se exaltó el fanatismo del vulgo, que ciudades y pueblos acudian á porfía á los emperadores pidiendo que les dejasen cumplir las antiguas leyes.

En esto eran secundados por la índole de Maximiano y de Galerio. Habiéndose avistado este último con Diocleciano, despues de la guerra persa, para tomar un partido respecto de los Cristianos, celebraron consejo con unos cuantos magnates, todos los cuales resolvieron extirpar una secta que propagándose independiente en el corazon del Estado, embarazaba su movimiento y podia amenazar su existencia. Á la verdad, el progreso del Cristianismo descomponia la unidad tan necesaria en las leyes y en las creencias, y el que quisiera consolidarla, debia hacer dominante á la nueva religion, ó

(c) Instituto Cervantes de Madrid

destruirla por la raíz. No tuvo Diocleciano el buen sentido ó la voluntad de hacer lo primero, é intentó lo segundo.

10ª persec. Habiendo penetrado á la fuerza en la iglesia de Nicomedia el prefecto del pretorio y los principales oficiales el dia de las fiestas terminales, y no encontrando en ella ningun objeto del culto, quemaron la sagrada Escritura, y derribaron en pocas horas aquel templo, que en el punto mas elevado y poblado de la ciudad dominaba el palacio cesáreo. Al dia siguiente se 23 de febr. 303. publicó la proscripcion general; en todas las provincias se demolieron las iglesias; se impuso pena de la vida á los que celebrasen reuniones secretas; se mandó que se entregasen los libros santos para quemarlos solemnemente, y que se vendiesen los bïenes eclesiásticos en almoneda, ó se aplicasen al fisco, ó se diesen á los municipios ó á los cortesanos. Aquellos, en fin, que negaban homenaje á los dioses de Roma, si eran ingenuos, se les excluía de los honores y de los empleos; si esclavos, se les privaba de la esperanza de la libertad; á todos se les sustraía de la proteccion de la ley, y se ordenó á los jueces que acogiesen cualquiera acusacion contra los Cristianos, y que no diesen oídos á ninguna reclamacion ni disculpa de estos. Si no lo afirmáran unánimemente tantos escritores, apénas se podria creer que se hubiese publicado en una nacion civilizada un decreto de tan perversa tiranía, que envolvia á tan gran parte del mundo en la persecucion mas desenfrenada, dando lugar á todas las violencias y fraudes privados, de los cuales no tenian derecho á quejarse los ofendidos.

Al leer aquel edicto fijado en las paredes de Nicomedia, un Cristiano mas atrevido que prudente (1) lo desgarró, prorumpiendo en amargas invectivas contra aquellos gobernantes; y como los gobiernos injustos castigan á quien conoce y manifiesta sus yerros, aquel infeliz, no obstante ser hombre de posicion y de educacion, fué tostado á fuego lento para vengar la majestad ofendida, sin impedir por esto que onserva se la sonrisa en la atroz agonía.

Este espectáculo, y los aplausos prodigados á los héroes por los fieles, excitaron un sentimiento de espanto y de miedo en Diocleciano: y habiéndose incendiado en aquellos dias dos veces su palacio de Nicomedia, creyó que era esta una venganza de los Cristianos, conjurados, á lo que se decia, con los mas altos empleados del palacio. Fingiendo Galerio ver en todas partes asechanzas, no quiso detenerse mas en aquella ciudad, y el débil emperador dejó seguir el curso á las ejecuciones feroces. « Se apri- » sionaba á los sacerdotes (escribe Lactancio), y » á todos los ministros de la religion, y sin oir- » los, ni interrogarlos tampoco, se les arrastraba » á la muerte. Eran condenados los Cristianos » sin distincion de edad ni de sexo á las llamas; » como era grande su número, no iban ya al » suplicio separadamente, sino que se les amon- » tonaba en las hogueras; se arrojaban los sier- » vos al mar con piedras al cuello; á ninguno » perdonaba la persecucion; sentados los jue- » ces en los templos, obligaban á todos á sacri- » ficar; estaban llenas las prisiones; se imagi- » naron nuevos tormentos, y á fin de que nin- » guno se librase de su crueldad, se alzaban » altares delante de los canceles y de los tribu- » nales, con objeto de que ántes de tratarse de » su causa, los acusados ofreciesen sacrificios; » de suerte que se les ponia en presencia no » solo de los jueces sino de los dioses. »

Hubo competencia en las provincias á fin de imitar las escenas de Nicomedia; se despojó á las iglesias (1), y despues fueron entregadas á las llamas. Temiéndose en una ciudad de la Frigia que el gran número de fieles que allí habia se opusiera á la ejecucion de tan inhumanos decretos, se dirigió á ella un cuerpo de legionarios, á cuya aparicion todos los creyentes se retiraron á la iglesia, dispuestos á defenderla ó á perecer en ella; pero los soldados la pusieron fuego y los quemaron á todos.

Se acusó tambien á los Cristianos de algunas conmociones en la Siria y en los confines de la Armenia, por lo cual Diocleciano manifestando la intencion de extirpar el nombre cristiano, dió órdenes sobre órdenes, para que los gobernadores de las provincias prendiesen á todos los eclesiásticos; para que los jueces empleasen toda clase de severidad, y para que matáran á quien no abjurase, de manera que el oficio de juez no consistió en examinar la acusacion con las pruebas, sino en descubrir, perseguir y martirizar á todo el que fuese Cristiano, ó quisiera salvar á un Cristiano.

La España, aunque sujeta á Constancio, tuvo en el gobernador Daciano un ejecutor feroz de la proscripcion. Esta fué mas floja en la Galia y en la Bretaña; pero sumamente severa en África, donde alcanzó tambien á Adauto, tesorero privado del emperador. Eusebio oyó decir, que tantos fueron los decapitados en Egipto un dia, que el hacha perdió el filo, y tenian que remudarse los verdugos; él mismo vió que apénas eran condenados algunos Cristianos, acudian otros al tribunal confesando su fe, pidiendo la muerte, y entonando cánticos de gracias hasta que espiraban. La Iglesia de Italia tuvo una gran cosecha de mártires: en Roma, el cómico Gines, la vírgen Sotera, Pancracio, de catorce años, é Ines, de doce, Sebastian, Milanes, Marcelo, sacerdote, y Pedro, exorcista; en Bolonia, Agrícola y Vital, su esclavo; en Milan, Nazario, Celso, Nabórres, Feliz, Gervasio y Protasio, y en Aquilea Cancio, Canciano y Cancianila, de la familia Anicia; — glorias nuevas en el país en

(1) *Etsi non recio, magno tamen animo*, dice LACTANCIO, c. 12; y es admirable esta equidad de juicio entre la admiracion de los partidarios y el insulto de los enemigos.

(1) Existe el inventario hecho entónces de los ornamentos de la iglesia de Cirra en Numidia: dos cálices de oro, seis de plata, seis urnas, una caldera, siete lámparas, todo de plata, ademas de los utensilios de cobre y las ropas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

donde hasta entónces se habia considerado glorioso el dar la muerte, no el padecer (*).

Algunos siervos paganos afirmaron en el tormento mil iniquidades de los Cristianos; otros resistieron á los mas crueles dolores, y la esclava Blandina, débil de cuerpo, en medio de continuos martirios no hacía mas que repetir : *Yo soy cristiana, y entre nosotros no se comete ningun pecado.*

Tambien fué fecundada la Iglesia Gala con la sangre de muchos mártires, é ilustrada con milagros. *Los siervos de Cristo, que habitan en Viena y en Lion*, escribian á *sus hermanos de Asia y de Frigia, los cuales tienen la misma fe y la misma esperanza*, refiriendo los pormenores de sus padecimientos : « El odio de los paganos era tan vivo contra nosotros, que nos expulsaban de las casas, de los baños y de las plazas públicas, y generalmente no nos dejaban presentar en sitio alguno. Los mas débiles huyeron, y los mas animosos se expusieron á la persecucion. Al principio se arrojaba el pueblo contra ellos confusamente y en tropel, con gritos y golpes, arrastrándolos, robándolos, apedreándolos, encerrándolos, y cometiendo con ellos todos los excesos de que es capaz un pueblo enfurecido. Conducidos á la plaza, y examinados en ella públicamente por el tribuno y por los magistrados de la ciudad, fueron reducidos á prision hasta que llegó el gobernador. Los presentaron á este, y como fuesen tratados cruelmente por él, Vecio Epagato, jóven de costumbres muy inocentes y de mucho celo, que no podia tolerar estos sufrimientos, solicitó ser oido para hacer su defensa, y para demostrar que no somos impíos. Todos los que estaban junto al tribunal gritaron contra él; el gobernador en vez de acceder á su súplica, le preguntó solamente si era Cristiano, y habiéndolo confesado Vecio en alta voz, fué colocado entre los mártires con el título de abogado de los Cristianos. Y faltaron las fuerzas á unos diez por no haberse dispuesto ántes á la batalla. Grande afliccion nos produjo su caída, y por ella perdieron el valor los demas que aun no habian sido presos, y asistian los mártires, sin abandonarles por grandes que fuesen los tormentos que hubiesen de sufrir. Estábamos inquietos por la incertidumbre de la confesion ; no nos aterraban los tormentos, pero pensábamos en el fin temiendo que algunos no pudiesen permanecer constantes. »

Entre aquella multitud de Cristianos, cuyos padecimientos fueron por espacio de cuatro siglos la continuacion de la pasion de Cristo, elegiremos á pocos para recordarlos separadamente.

Cuando Trajano se dirigia contra los Partos, llamó á Antioquía á Ignacio, obispo, discípulo de los apóstoles, y le preguntó : *¿Quién eres tú, miserable, que desprecias mis órdenes, y aconsejas á los demas su ruina?* Habiéndole contestado Ignacio que se llamaba Teoforo, esto es, Porta-Dios, añadió el emperador : *¿Qué quiere decir Porta-Dios? — Aquel que tiene á Jesus en el corazon. — Crees tú, pues, que nosotros no llevamos tambien en el corazon á los dioses que combaten en favor nuestro contra nuestros enemigos? — Te engañas llamando dioses á los demonios de los gentiles. Hay un solo Dios, que hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que existe : na hay mas que un Jesucristo, Hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro. — ¿ Hablas del que fué crucificado en tiempo de Poncio Pilato?* replicó Trajano. — *Sí, de aquel que me libró de mis pecados y de su autor, y el cual pone toda la naturaleza y los demonios á los piés de los que le llevan en el corazon.* San Ignacio.

Habiendo oído Trajano esta confesion absoluta de la divinidad de Cristo, lo envió á Roma para que le diesen la muerte. El santo exclamó : *¡Gracias, oh Dios mio!* y en el camino escribió á las Iglesias y á sus amigos, confirmándolos en la fe. De todas partes acudian obispos, diáconos, fieles y diputados de las Iglesias á socorrerle, á rogar por él, á recibir su bendicion, y era un espectáculo nuevo para el mundo, el triunfo de un hombre encadenado. Al llegar á Roma, temiendo que la piedad de los fieles pidiese perdon para él (1), los exhortaba para que lo dejasen coger la palma del martirio. Junto con sus hermanos, se puso de rodillas, rogando al Hijo de Dios por las Iglesias, por el término de las persecuciones, y por la caridad entre los fieles, y conducido en seguida al anfiteatro, fué arrojado á las fieras, para divertir al pueblo grande en las fiestas sigilarias. Los gentiles aplaudian á los leones que lo destrozaban, y los fieles en tanto oraban por él, avisando á todos sus hermanos, á fin de que aquel dia se solemnizase perpetuamente.

Esto sucedia en el reinado del piadoso Trajano. En tiempo del filósofo Marco Aurelio, fué martirizado Policarpo, obispo de Esmirna, á los setenta años. Al recibir la noticia de que estaba cercana su muerte, se retiró al campo, orando con pocos fieles dia y noche por todas las Iglesias del mundo. Allí fueron arqueros y caballeros á prender al inerme anciano, él cual les hizo dar de cenar, miéntras oraba con fervor por todos los que habia conocido y por la Iglesia 21 de dic. 107. San Policarpo.

(*) Entre las víctimas de los horribles decretos de Diocleciano se cuentan : primeramente en Sevilla las vírgenes Justa y Rufina, que habian echado por tierra la imágen de Vénus; y en Galicia, no léjos de Orense, Santa Marina. Pero cuando mas arreció la persecucion fué á la llegada del gobernador Daciano, el cual recorriendo todo el territorio de España, hizo millares de víctimas. Entónces ganaron la palma del martirio en nuestro país Feliz y Cucufate, el primero martirizado en Gerona y el segundo en Barcelona; Eulalia y Julia muertas en Mérida; Engracia y Vicencio, diácono, en Zaragoza; los niños Justo y Pastor en Alcalá de Henáres; Leocadia en Toledo; Vicente, Sabina y Cristeta en Ávila; Zoilo en Córdoba; Centolla y Elena en Búrgos. (*N. del T.*)

(1) No creo que se pueda manifestar la sed del martirio con palabras mas vivas que estas de Ignacio, conservadas por San Jerónimo en el *Catal. script. eccl.* : « Utinam fruar bestiis quæ mihi sunt præparatæ! quas et oro mihi veloces esse ad comedendum me, ne, sicut aliorum martyrum, non audeant corpus meum attingere. Quod si venire noluerint, ego vim faciam ut devorer. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

universal, de tal suerte que sus mismos perseguidores se contristaron. Colocándolo en un asno le condujeron á la ciudad, y Heródes, juez de paz (ειρηναρχης) con su padre Nicétas, le salió al encuentro, y habiéndole hecho subir con ellos en un carruaje, lo exhortaban para que renegase : *¿Qué mal hay en decir, que César es señor, sacrificar y salvarse?* Pero como persistia en su negativa, lo arrojaron del carro, de manera que se rompió una pierna. No se quejó sin embargo, siguiendo á pié hasta llegar al anfiteatro, en medio de la gritería de un pueblo entero. Allí contestó á las repetidas exhortaciones del procónsul : *Si os parece un honor el hacerme jurar por la que llamáis fortuna de César, y si manifestáis no conocerme, yo os diré quien soy. Soy Cristiano, y si queréis saber mi doctrina, concededme un solo dia y os la explicaré.* Replicándole el procónsul que convenciese á la muchedumbre, continuó : *Consiento en hablaros, porque nuestra ley enseña á tributar el debido honor á los poderes establecidos por Dios; pero no creo digna á esta plebe de disculparme ante ella.* Y añadiendo aquel : *Jura por la fortuna de César, y dí : Apartad del mundo á los impíos*, miró Policarpo á la multitud, extendió la mano sobre ella, y elevando los ojos al Cielo, exclamó suspirando : *Apartad del mundo á los impíos.* Entónces hizo gritar el procónsul en el anfiteatro al heraldo que Policarpo se confesaba Cristiano, y la muchedumbre de paganos y judíos gritaba : *Á la muerte, á la muerte.* Preparada la hoguera, y queriendo clavarle á los maderos como se acostumbraba, se opuso á ello y dijo : *El que me da fuerza para resistir el fuego, me la dará para resistir sin estos clavos*, y orando y bendiciendo, fué precipitado en las llamas : mas como estas tardasen en consumirle, acudieron los que
167. degollaban en el circo á las fieras ya heridas (*confectores*), y le mataron.

La relacion de este suplicio, que enviaron los Cristianos de Esmirna á sus hermanos de Filadelfia, terminaba así : « Recogimos de entre las » cenizas sus huesos, mas preciosos que la pe- » drería y el oro, y los colocamos en un lugar » oculto, donde el Señor nos concederá la gracia » de reunirnos á celebrar su martirio, y re- » cordar á todos los que le han padecido, para » disponer á los que le han de padecer. » Así se unia la veneracion de la muerte á la esperanza de la vida.

Acacio, obispo de una Iglesia de Oriente, fué conducido ante el consular Marciano, el cual le dijo : *Vosotros que vivís segun las leyes romanas, debéis amar á nuestros príncipes* : á lo que contestó aquel : *¿Quién ama al emperador mas que los Cristianos? Nosotros oramos por él, por todos los soldados y por todo el mundo.* — *Está bien*, replicó Marciano, *pero á fin de que conste mejor vuestra devocion, haced con nosotros un sacrificio.* Negándose el obispo á sacrificar en honor del hombre, principiaron á disputar respecto de las divinidades; Acacio puso de manifiesto las torpezas de Apolo, añadiendo : *Aunque dependiera de esto mi vida, ¿os parece que habia de adorar á los que no debo imitar, y cuyos imitadores serian castigados por vosotros?* Replicó á esto Marciano : *He ahí la costumbre de todos los que sois Cristianos, caluminar á nuestros dioses. Sacrifica, ó muere;* á lo cual contestó Acacio : *Tambien dicen los ladrones de la Dalmacia : El dinero ó la vida. No se trata de quién tiene razon, sino de quién tiene la fuerza.* Continuó largamente la disputa, cuya detallada relacion se envió al emperador Decio, á quien le causó mucha risa, y el cual dió á Marciano un gobierno, concediendo la libertad á Acacio.

Hipólito, sacerdote romano, habia seguido las herejías de Novato, por lo cual conducido al suplicio, no hacía mas que gritar al pueblo reunido con este motivo : *Volved á la verdad católica.* Habiendo oído su nombre el prefecto romano de Ostía, que habia hecho matar á muchos de estos obstinados, ordenó que, como el Hipólito de la fábula, fuese atado á dos caballos sin domar para que lo descuartizasen.

Gines, hábil cómico, representó por burla en el teatro un bautismo cristiano; pero el Espíritu Santo le inspiró, y al concluir la farsa hizo profesion de Cristiano, y dió á los espectadores el espectáculo de su martirio.

Sapricio, sacerdote, y Nicéforo, lego de Antioquía, que habian sido muy amigos, se enemistaron de tal suerte que se pegaban en las calles. No pareciendo cristiano este odio á Nicéforo, envió muchas veces personas que lo reconciliasen con Sapricio, y él mismo fué á buscarlo con este objeto, pero siempre en vano. En la persecucion, fué arrestado Capricio y condenado á muerte por haber confesado ser Cristiano. Nicéforo lo siguió entónces toda la carrera del suplicio regándole que volviese á su amistad, miéntras que los verdugos lo escarnecian por pedir perdon á un reo. Pero Sapricio permanecia siempre irritado, sin responder. No teniendo caridad, tampoco tuvo constancia para profesar la verdad, y al llegar al patíbulo se declaró dispuesto á hacer sacrificios en honor de los dioses. ¡Cuánto hizo y dijo Nicéforo para que no perdiese la corona merecida! pero no aprovechándole nada, se declaró él tambien Cristiano, y dispuesto á morir, de lo cual lo compadeció el juez.

Cuando hubo edificado Adriano la magnífica quinta de Tívoli, principió magníficos sacrificios para consagrarla; pero las víctimas, los auspicios y los agüeros eran inútiles ó siniestros. Interrogados los dioses mas fervorosamente, respondieron : *¿Cómo hemos de pronunciar oráculos, si todos los dias nos ultraja Sinforosa con sus siete hijos, invocando á su Dios?* Llamada esta por el emperador, y preguntada acerca de sus creencias, contestó : *Mi marido Getulio, con su hermano Amancio, tribunos militares, padecieron por Jesucristo, y ántes de ofrecer sacrificios en honor de los dioses, se dejaron*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cortar la cabeza, adquiriendo la infamia en la tierra y la gloria entre los ángeles. Cuando el emperador le dijo que sacrificase en honor de los dioses, ó qué sería sacrificada á ellos, no vaciló en la eleccion, anhelando reunirse con su esposo. El emperador la hizo conducir entónces al templo de Hércules, azotarla allí, y suspenderla por los cabellos, y manteniéndose ella firme en la fe, la mandó arrojar á las cascadas, memorables por las voluptuosas canciones de Horacio. Sus hijos imitaron su constancia.

Cuando Sinforiano era conducido al martirio en Autun, su madre le gritaba desde las galerías : *Hijo mio, eleva el corazon al Cielo : no te quitan la vida, sino que la cambian por una mejor.* De la propia manera Felicidad, matrona de ilustre nacimiento, exhortó á la muerte inmaculada á sus siete hijos, asistiéndoles en el suplicio, para seguirlos en breve al cielo.

El ministro de las violencias de Valente en Edesa preguntó á una mujer : — *¿Adónde vas tan apresurada? — Á la iglesia. — ¿No sabes que se da la muerte á todos los que se encuentran en ella? — Por eso me apresuro. — ¿Y ese niño? — Quiero que él tambien participe del martirio* (1).

Durante la persecucion de Diocleciano, el niño Barula, que apénas tenia siete años, afirmaba que solo hay un Dios, y no queriendo adorar á otros, lo mandó azotar el juez hasta hacerle sangre en presencia de su madre, la cual, miéntras lloraban los espectadores, le animaba intrépidamente. Cuando oyó condenarlo á muerte, ella misma le llevó al suplicio y le entregó al verdugo, besándolo, y recomendándose á sus oraciones; despues extendió sus vestidos para recoger la sangre y la cabeza que se llevó consigo.

Orillo, niño pequeño de Cesárea, estaba siempre nombrando á Jesus, por lo cual le llegaron á odiar muchos de su edad, y su padre le arrojó de su casa, privándole de todo auxilio. Llamóle el juez, y empleó con él las lisonjas y las amezas ; pero el niño le dijo : *Las reprensiones me regocijan, porque Dios me aplaudirá; expulsado de mi casa, tengo otra mejor.* Teniendo noticia el juez de que á la vista del fuego no se habia asustado, le envió al suplicio, al cual marchó animoso el niño.

Dicen que en tiempo de Diocleciano toda la legion Tebana sufrió el martirio en el Vales, á la vista de la famosa cascada de Pisavache, por no prestarse á perseguir á los Cristianos. *Somos vuestros soldados,* decian, *de vos recibimos el sueldo, pero de Dios la vida, y para él debemos conservar la inocencia. ¿Queréis que dirijamos nuestras espadas contra los enemigos? Lo haremos, pero no contra inocentes. Tenemos las armas en la mano, y sin embargo no oponemos resistencia, prefiriendo morir sin culpa mas bien que dar la muerte* (1). Distincion desconocida de los soldados antiguos, y que anunciaba los tiempos en que la obediencia habia de ser razonada.

En Sebaste, durante la persecucion de Licinio, confesaron generosamente el Cristianismo cuarenta soldados de varios países, y fueron expuestos con un nuevo pensamiento de crueldad, y durante una noche entera, en el rigor de la estacion, en un estanque helado, miéntras que al lado excitaba sus deseos un baño tibio. Uno solo, no pudiendo resistir, corrió á él ; los demas se alentaban unos á otros como en un dia de batalla : al dia siguiente se les arrojó al fuego. Uno de ellos fué olvidado por los verdugos con toda intencion en la plaza, esperando que abjuraria, pero su madre le impulsó diciéndole : *Vé y termina tan bien principiada carrera con tus hermanos, para no presentarte el último delante de Dios.*

Reconviniendo el juez á la meretriz Afra de la Retia su antigua degradacion, le contestó esta que habia distribuido á los pobres el dinero mal ganado, habiéndole costado trabajo hacer que aceptasen aquel precio de su infamia ; que habia comprendido verdaderamente que Cristo habia venido para redimir á los pecadores, porque le permitia á ella confesar su santo nombre en frente de la muerte, y obtener de este modo misericordia para sus faltas.

Potamiana, hermosísima esclava egipcia, fué denunciada como Cristiana por su amo, á cuyos deseos se habia resistido. El prefecto Aquila no desdeñó el mas vil de los oficios, solicitándola á favor del amo, y como resistiera, la condenó á la pez hirviendo, despues de ser violada por el verdugo. Ella le suplicó que le perdonase no la pez sino el otro suplicio, diciendo : *Por la vida del emperador, os ruego, os suplico que no me hagáis desnudar; sumergidme poco á poco en la caldera con mis vestidos.*

Siete vírgenes de Ancira, de antigua santidad, ántes de ser ahogadas, fueron expuestas á los deseos de mozos vigorosos; pero Tecusa, la mas anciana de ellas, quitándose el velo y mostrando sus cabellos encanecidos, dijo al que queria ultrajarla : *Tú tambien quizá tienes una madre encanecida como yo. Déjanos nuestras lágrimas, y tendrás la esperanza del galardon con que Cristo te retribuirá.*

Aglae era una Romana tan rica, que tres veces dió espectáculos públicos; setenta y tres empleados administraban sus rentas, siendo superintendente de todos Bonifacio, hombre licencioso, pero hospitalario y generoso con los pobres y que vivia con ella en pecado. Afligida Aglae de su impureza, comisionó á su querido para que fuese á Oriente, y le trajese reliquias de

(1) Sozom., l. VI, c. 18, Socrat, l. IV, 18. Véase para todos estos. hechos la colección de Ruinart, *Acta primorum martyrum sincera et selecta.* Paris, 1689, en 4°,

(1) « Milites sumus, imperator, tui, sed tamen servi, quod libere confitemur, Dei. Et nunc, non nos hæc ultima vitæ necessitas in rebellionem coegit; tenemus ecce arma et non resistimus, quia mori quam occidere satius volumus. Ruinart, *De ss. Maur. et soc,* t. 4,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mártires para honrarlas, y obtener perdon de sus culpas por medio de su intercesion. Marchó aquel con doce caballos, tres literas y muchos perfumes, y en el camino principió á pensar seriamente en una cosa que habia tomado á burla y á orar y hacer abstinencia. Llegado que hubo á Tarso, vió el martirio de algunos Cristianos, y admirado de su firmeza, principió á besarlos, y á rogarles que orasen por él. El gobernador lo hizo prender y castigar con los peores tormentos, que él sufrió con suma paciencia, en expiacion de lo pasado. Advertida Aglae del martirio de su amante, compró su cadáver á mucho precio, y consagrada á la devocion dió todos sus bienes á los pobres, á los esclavos la libertad, y se retiró con pocas doncellas del mundo.

Santa Perpétua y Felicidad. 167.

Se hicieron célebres por su santo heroísmo en Cartago Perpétua y Felicidad. La primera era una noble señora de veintidos años, con padres, dos hermanos y un niño de pecho; la otra era esclava y estaba en cinta. El padre de Perpétua, celoso pagano, instaba á su hija á fin de que sacrificase. « Estando algun tiempo sin ver á mi padre (así referia su martirio), daba gracias al Señor, y su ausencia me dejó descansar. En estos pocos dias fuimos bautizadas, y al salir del agua, pedí á Dios licencia para sufrir las penas corporales. Algunos dias despues fuimos conducidas á prision, y en ella estuve temerosa no habiendo visto nunca semejantes tinieblas. ¡Qué horribles dias! ¡Qué calor producia allí la muchedumbre! Los soldados nos pegaban, y yo me deshacia de inquietud por mi hijo. Entónces los benditos diáconos Tercio y Pomponio que nos asistian, obtuvieron por dinero que pudiésemos salir y respirar algunas horas. Salimos, y cada cual pensaba en sí; yo dí de mamar á mi hijo, le encomendaba á mi madre, confortaba á mi hermano, me deshacia viendo cuánto dolor les ocasionaba, y en ta cruz pasé muchos dias...

» Habiendo corrido la voz de que íbamos á ser interrogadas, vino mi padre á la cárcel, sumamente entristecido, diciéndome : *¡Hija mia, compadécete de mis blancos cabellos! ¡Compasion para tu padre! ¡Merezco este nombre, te he educado yo mismo hasta esta edad, te he preferido á los demas hijos, no me cubras de oprobio! Mira á tu madre, mira á tu tierno hijo, que no podrá sobrevivirte : deja esa obstinacion para no matarnos á todos, porque ninguno de nosotros podrá alzar la cabeza si sucede alguna desgracia.*

» Así me decia enternecido, besándome las manos, echándose á mis piés, llorando, llamándome no hija, sino señora. Me movia á compasion el ver que de toda la familia él sería el único que no se regocijase de nuestro martirio, y para consolarle le dije : *Será lo que Dios quiera, porque no estamos en nuestro poder sino en el suyo.* Se retiró contristado. Al dia siguiente miéntras comíamos, vinieron á llamarnos para el interrogatorio. Esparcióse pronto la noticia en los barrios inmediatos, y acudió una multitud de gente. Subimos al tribunal..... El procurador Flaviano me dijo : *Considera la vejez de tu padre, y la infancia de tu hijo, sacrifica por la prosperidad de los emperadores.* — *No lo haré*, contesté, y él añadió : *¿Eres Cristiana?* — *Cristiana soy*, repliqué. Como mi padre se esforzaba por llevarme del tribunal, mandó Flaviano que le arrojasen de él, y recibió un golpe con una vara, que yo sentí como si á mí misma me lo hubieran dado; tanto me afligia ver maltratado á mi padre en su vejez. Entónces pronunció Flaviano nuestra sentencia; que fuésemos arrojadas á las fieras. Gozosas volvimos á la prision, y en el acto envié al diácono Pomponio, para que me permitiese mi padre traer á mi hijo que estaba acostumbrado á estar á mi lado y mamar, pero no pude lograrlo, y Dios permitió que el niño no buscase el pecho, y la leche no me causó ninguna molestia. »

La piedad de los que sobrevivieron describió su fin : « Felicidad estaba embarazada de ocho meses, y viendo acercarse el dia del espectáculo, temia mucho que se difiriese su martirio, porque estaba prohibido matar á las que se hallaban en cinta. Sus compañeros de sacrificio estaban afligidos por tener que dejarla sola en el camino de sus comunes esperanzas. Todos juntos se reunieron á orar y llorar por ella tres dias ántes del espectáculo. Apénas fué concluida la oracion, le atacaron los dolores, y siendo naturalmente mas difícil el parto en el octavo mes, fué violento su trabajo, y sollozaba, por lo cual le dijo un carcelero : *Si ahora lloras, ¿qué harás cuando estés delante de las fieras?* Parió una niña, á la cual crió como suya propia una cristiana..... Sus hermanos y todos tuvieron permiso para entrar en la prision, y para consolarse mutúamente : el carcelero se habia ya convertido. La víspera del combate se les preparó, como era de costumbre el *banquete libre*, que se hacía en público; pero los mártires lo convirtieron en una agape, y con la firmeza acostumbrada hablaban al pueblo diciendo : *Miradnos bien á la cara para conocernos luego el dia del juicio.*

» Llegada la hora del combate, salieron los mártires de la prision para el anfiteatro como si saliesen para el cielo, alegres y conmovidos mas de júbilo que de miedo. Perpétua seguia con rostro sereno y paso tranquilo, como esclava de Cristo, bajando los ojos para ocultar su viveza á los espectadores. Felicidad estaba contenta por hallarse restablecida del parto para luchar con las fieras. Al llegar á la puerta querian obligarlos á tomar los adornos de los que se presentaban á tales espectáculos : consistian estos en un manto rojo para los hombres, propio de los sacerdotes de Saturno, y para las mujeres la banda en la cabeza, como las sacerdotisas de Céres; pero los mártires rehusaron las divisas de la idolatría.

» Cuando Perpétua y Felicidad estuvieron desnudas y envueltas en redes para ser expuestas á un novillo furioso, se llenó el pueblo de horror

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al ver á la una tan delicada, y á la otra de parto por lo cual se las retiró y envolvió en trajes largos. Acometida Perpétua la primera, cayó de espaldas, pero luego se incorporó y sentó, y viendo desgarrada la túnica por el costado, la sujetó para cubrir los muslos, mas atenta al pudor que al dolor. Compuso sus cabellos desordenados para no parecer de luto, y viendo á Felicidad tendida en el suelo, le presentó la mano para ayudarla á levantarse... Asi caminaron hacia la puerta Sana-Vivaria, donde Perpétua fué acogida por un catecúmeno llamado Rústico. Como despertando entónces de profundo sueño principió á mirar alrededor diciendo: *¿Y cuándo nos arrojan á ese novillo?* y habiéndole contestado que ya habia sucedido, no lo creyó hasta que no descubrió en su cuerpo y en su traje las huellas de lo que habia padecido.

» Llamó á su hermano, al cual y á Rústico dijo: *Permaneced firmes en la fe; amáos los unos á los otros, y no os escandalicéis de nuestros padecimientos.* El pueblo las volvió á llamar al anfiteatro, adonde por sí mismas se trasladaron las mártires, despues de haberse dado el ósculo de paz. Felicidad tocó en suerte á un gladiador, que la hirió entre los huesos y la hizo gritar, porque estos suplicios de los semimuertos eran el noviciado de los gladiadores. Perpétua guió por sí misma á su garganta la mano inexperta del matador. »

Con tal esfuerzo aseguraban estas heroínas la libertad de la mujer, y rescataban de la ignominiosa servidumbre á su sexo, elevándolo á la santa dignidad de la mujer cristiana.

En tiempo de la última persecucion se habia aumentado tanto el número de Cristianos, que fué necesario guardarles alguna consideracion; frecuentemente se castigaba al obispo sin molestar á las ovejas, y se permitia á todo el que quisiera asistir á los reos y recoger sus reliquias.

San Cipriano.

Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se habia sustraido durante mucho tiempo á las persecuciones que su celo le suscitára, ocultándose ó huyendo, de manera que fué censurado por la Iglesia de Roma. Pero cuando el procónsul Paterno le intimó la órden imperial de que el que hubiese abandonado la religion antigua volviese á practicarla, Cipriano no vaciló en negarse á ello, alegando sin embargo el privilegio de ciudadano y su adhesion á los emperadores. Fué, pues, desterrado, vuelto á llamar despues, y en fin condenado á muerte. Dos oficiales de graduacion fueron á prenderlo en su carruaje, y habiéndolo conducido á casa de uno de ellos, lo convidaron á una buena cena, dejando que algunos amigos suyos hablasen con él, miéntras que la multitud de fieles llenaba la calle. Cuando se anunció su sentencia capital, todos gritaron: *Nosotros moriremos con él;* luego, cuando fué
258. conducido al patíbulo, lo acompañaron sus diáconos y sacerdotes, ayudándolo á desnudarse, extendieron paños para recoger su sangre, y despues que fué decapitado, dieron al verdugo veinticinco monedas de oro, como el santo habia ordenado, y llevaron en triste triunfo su cadáver al cementerio. ¿Quién no se conmueve en presencia de esta sublime mezcla de cordero y de leon?

Los edictos de Diocleciano fueron modificados bajo la autoridad de sus sucesores segun la índole de estos; suavizados por Constancio, exacerbados por Maximiano, por Galerio y por Maximino. Majencio concedió al África algun reposo, quizá para atraerse un partido cuyo poder ponia de manifiesto la misma persecucion. En su tiempo vemos á Marcelo, obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habian sucumbido en la persecucion pasada, rigor que excitó tales discordias que Majencio lo desterró (1). Mensurio, obispo de Cartago, ocultó á un diácono que habia escrito contra el emperador, y se negó á entregarlo, por lo cual fué llamado á Roma á dar cuenta de su conducta, y regresó absuelto (2).

Con mayor severidad obró Galerio en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, como tambien en la Siria, en la Palestina y en el Egipto; y aunque despues dejó en paz á los Cristianos, Maximino, que administraba bajo su autoridad, continuó por crueldad y supersticion la matanza de Cristianos, é intentó dar al paganismo lo que le faltaba, una constitucion modelada por la de la Iglesia. Con este objeto reparó y adornó los templos en las principales ciudades, sometió los sacerdotes de várias de ellas á pontífices que alentasen y dirigiesen la idolatría, los cuales, como los obispos de las metropolitanas, dependian de sumos sacerdotes, que obraban como inmediatos vicarios del emperador, vestian de blanco, y pertenecian á las primeras familias. Hizo despues que todas las ciudades lo exhortasen á seguir la justicia mas bien que la clemencia en perseguir á los Cristianos, generalmente aborrecidos, y confió el cumplimiento de sus edictos á los sacerdotes y á los magistrados, quienes no solo los expulsaron, sino que los afligieron con tormentos y con la muerte. Quizá queria con esto granjearse el afecto de la faccion pagana; pero como se aproximaba la muerte de Galerio, no queriendo este tener por enemigos á todos los Cristianos, disminuyó la persecucion, y en el año 310 vemos que se reconstruyeron ya en Siria las iglesias (3).

(1) Véase su epitafio en GRUTER, INSCR. 1172. En esta obra de Gruter, pág. 280, hay dos inscripciones que dicen: « Dio» cleciano Jovio, Maximiano Hercúleo, césares augustos, des» pues de haber extendido el imperio romano en el Oriente y » el Occidente, y de haber destruido el nombre de los Cristia» nos que trastornaban la república... »

« Diocleciano, césar augusto, despues de haber adoptado á » Galerio en el Oriente, destruido en todas partes la superstí» cion de Cristo, y extendido el culto de los dioses... »

Mas notable es todavía la que refiere MASDEU, *Historia de España*, V, 372.

IIII INVICTI CÆSARES-MATRI DEUM-SACELLO-IM DVRII AMNIS ANCONE-INSTRUCTE SVB MAGNÆ PASIPHAES NOMINE-PRIVATVM DIANÆ SACRVM-FORDAM VACCAM ALBAM-IMMOLAVERE OB CHRISTIANAM-EORVM PIA CVRA-SVPRESSAM EXTINCTAMQVE-SVPERSTITIONEM-DIOCL-MAXIMIAN-GALERIUS ET CONSTANTIVS IMP. AVGGGG PERPETVI. Aquí se hace cómplice tambien de la persecucion al piadoso Constancio Cloro.

(2) OPTATO, contra Donastist. I, 17, 18.

(3) EUSEBIO, *De martyr. Palestinæ*, c. 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No por sentimiento religioso se daba, pues, la paz ó se hacía la guerra á los Cristianos, sino por cálculo de política (1), para derribar ó elevar á una faccion, ya tan fuerte que tenia en equilibrio la fortuna del imperio.

CAPÍTULO XXVIII

Apologías y controversias.

Hay algo que duele á los propagadores de la verdad mas que las persecuciones y la muerte, y son la calumnia y el desprecio. Ambas cosas pusieron á nueva prueba la paciencia de los primeros Cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indiferencia de un pensador libre respecto de fanáticos (2); Tácito, por ignorancia ó por malicia, los llama una secta odiosa, de tantas como infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias (3); Plinio el Jóven no puede considerarlos como criminales, y sin embargo los castiga; ni Plinio el Mayor, ni Plutarco, ni Séneca, ni tampoco Quintiliano los nombran; la larga historia de Dion Casio no los menciona; tampoco la mas extensa *Historia augusta*, y Luciano hace de ellos burlas absurdas (4). Los doctos acusan á los predicadores del Evangelio de que se dirigian á mujeres, niños y esclavos, evitando encontrarse con los sabios. « En las casas particularos (dice Celso) » se ven hombres estúpidos y groseros trabaja- » dores permanecer silenciosos delante de los » viejos y de los padres de familia. Pero si en- » cuentran casualmente á niños ó mujeres, en- » tónces se hacen los maestros y quieren darles » á entender que no hay necesidad de prestar » atencion á los padres, ni á los pedagogos, á » quienes tratan de locos é incapaces de conocer » y apreciar la verdad : é instigan á los niños » á sacudir el yugo, y á acudir al gineceo ó á » la tienda de un lavandero ó de un zapatero » para aprender lo que es perfecto. »

Así los escarnecian, ¿pero deja el sol de brillar porque alguno cierre los ojos en su presencia? La palabra sofocada ó escarnecida resonaba en mil partes, penetraba en las escuelas, y era sostenida con escritos selectos y argumentos concluyentes; así que ya no fué lícito á los doctos ignorar la nueva doctrina que venía á provocar el exámen y á pedir justicia.

Cuando el partido que puede oprimir á una opinion con la fuerza, se ve arrastrado á combatirla con razones, puede decirse que esa opinion es por sí bastante fuerte. Puesta ya la cuestion en el terreno de la discusion, pudieron aceptar los Cristianos el reto, y miéntras que los mártires defendian la verdad con su sangre, los apologistas la defendieron con la razon, y sabido es que la verdad se propaga mas que con las batallas con las pacíficas comunicaciones.

125. Presentaron las primeras apologías el filósofo Arístides y Cuadrato, obispo de Aténas, á Adriano, cuando fué á esta ciudad para iniciarse en los misterios de Eléusis. Serenio Graniano, procónsul de Asia, habia ya acudido al emperador, manifestando cuán poco convenia conceder á los gritos del vulgo la sangre de tantos inocentes, sin mas delito que el nombre; y el emperador contestó que no debia dejarse sin exámen este negocio, á fin de que no ocurriesen turbulencias; que no se prestase atencion á confusas quejas y voces vagas, pero que siempre que fuesen acusados los Cristianos de obrar contra la ley, se les castigase á ellos ó á los calumniadores (1). Con esto disminuía, pero no suspendia la persecucion, y la misma órden se confirmó por Marco Aurelio, atendidas quizas las quejas de los obispos Meliton de Sárdis y Apolinar de Hierápolis.

Justino de Siquem en Samaria, convertido de

(1) Mosheim dice : *Talem fuisse Christianorum statum, qualem reipublicæ*, p. 935.

(2) Pone Tigillinum; tæda lucebis in illa,
Qua stantes ardent, qui fixo gutture fumant,
Et tutum media sulcum deducit arena.
Sat. I, 155.
Alude á los fanales de los jardines de Neron.

(3) *Anal.* XV, 44.

(4) Si no es de autor mas antiguo el diálogo titulado *Philopatori*, donde así se pinta una de sus asambleas :

Critias. Iba por un sendero de la ciudad, cuando ví un tropel de gente que se hablaba al oído. Los miré por ver si descubría á algun conocido, y distinguí al político Craton, con el cual tengo amistad desde la niñez.

Triefon. No sé de quién hablas. ¿Acaso del que preside á la reparticion de los tributos? y bien ¿qué pasó?

Critias. Rompiendo la muchedumbre me coloqué á su lado, y al hablarle oí á un viejecillo llamado Cariceno, que principió á decir con voz débil y hablando con la nariz, despues de haber tosido bien y esputado : « El que te he dicho pagará el resto de los tributos, satisfará todas mis deudas públicas y privadas, y recibirá á cualquiera sin informarse de su profesion. » Cariceno añadió otras cosas insignificantes, igualmente aplaudidas por los asistentes, atentos por la novedad de la cosa. Otro hermano llamado Clevocarmo, sin zapatos ni cabellos, y con un manto andrajoso, gruñia entre dientes : un hombre mal vestido, que venía de las montañas y tenia rasurada la cabeza me lo mostró... Entónces uno de los presentes, de mirada feroz, me tiró por el manto, creyendo que fuese tambien de la congregacion, y me obligó por mi desgracia á asistir á la junta de estos hechiceros. Habiamos pasado ya el *umbral de bronce y las puertas de hierro*, como dice el poeta, cuando despues de habernos encaramado á lo alto de una escalera tortuosa, llegamos no á una sala de Menelao, deslumbrante y de marfil, sino á un sucio desvan. Allí se me presentaron figuras pálidas, abatidas, encorvadas hasta el suelo, las cuales apénas me descubrieron se me acercaron gozosas, preguntando si llevaba alguna mala noticia, y parecian desear acontecimientos tremendos, y como furias se regocijaban de las desventuras. Habiéndose hablado al oído, me preguntaron quién era, de dónde venía... Luego como si vivieran en el aire me pidieron nuevas de la ciudad y del mundo. Cuando yo respondí : « Todo el pueblo se divierte, y se divertirá tambien en adelante, » frunciendo las cejas me respondieron que no sucederia así; que se preparaban grandes desastres, que muy pronto estallaria la tormenta... Y principiaron á decir lo que bulle en su cabeza; que cambiarian de aspecto los negocios; que sería trastornada Roma por las sectas; que nuestros ejércitos serian derrotados. Por consiguiente, no pudiendo contenerme ya, prorumpí en voces diciendo : « ¡Ah miserables!... caigan sobre vuestra cabeza los males que profetizáis, ya que tan poco amáis la patria.. »

Triefon. ¿Y qué contestaron los que tenian rasurada la cabeza, y tambien la razon?

Critias. Lo oyeron en paz, y recurrieron á sus acostumbrados subterfugios, pretendiendo ver estas cosas en sueños despues de haber ayunado diez soles é invertido la noche en cantar himnos... Entónces con una falsa sonrisa de burla salieron de los mezquinos lechos en que reposaban, etc., etc.

(1) Eusebio, *Hist.* IV, 8, 9.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

1ª apolog. de San Justino. 103-67.

la idolatría al Cristianismo, despues de estudiar en todas las escuelas filosóficas sin haber encontrado en ellas mas que vanidad, dirigió una apología á Antonino, á Vero y á Lucio, al Senado y al pueblo romano, en la cual se lamenta de que tolerándose tan absurdas religiones y tantos impostores, solo se persiguiese á los Cristianos, acusándolos de no seguir los ritos de los gentiles, miéntras que estos mismos no estaban de acuerdo acerca de ellos, y disputaban sobre cuál de entre los animales era la víctima y cuál el dios.

Aunque se ocultaba á los extraños el secreto de las asambleas, Justino lo expone á los emperadores, refiriendo la forma del baustimo y de la eucaristía. « Los que se persuaden de » nuestra doctrina y prometen vivir conforme » á ella, están obligados por nosotros á ayunar, » á orar ó pedir á Dios la remision de sus culpas pasadas, y nosotros creemos y ayunamos » con ellos; despues los conducimos al agua, y » son regenerados de la manera que lo hemos » sido nosotros.

» Despues del baño, admitido el nuevo fiel, » como decimos, entre los demas hermanos, lo » conducimos adonde estos están reunidos, á » fin de orar en comun con recogimiento, ya » por ellos, ya por el iluminado, y por todos los » demas fieles en cualquier parte que se encuentren, con objeto de que conocida la verdad, » nos sea permitido con las buenas acciones y » con la observancia de los mandamientos llegar al lugar de salvacion eterna. Terminadas » las oraciones nos saludamos con un beso. » Despues presenta el que preside á los hermanos pan y una copa de vino y de agua. Luego » que los toma, alaba y glorifica al Padre en » nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y les » da infinitas gracias por los beneficios que nos » han concedido. Terminada la oracion y la accion de gracias, los asistentes dicen en alta » voz *Amen*, y en seguida los que se llaman » diáconos distribuyen el pan, el vino y el agua » consagrados en accion de gracias, y los llevan » á los ausentes.

» Llamamos nosotros á esta comida *Eucaristia*, y no es permitido acercarse á ella á quien » no cree la verdad de nuestra doctrina, y no ha » sido lavado para la remision de sus pecados » y para la nueva vida, ó no vive segun los » preceptos de Jesucristo; porque aquello no lo » tomamos como pan comun ó como una bebida » ordinaria, sino que así como por la palabra » de Dios se encarnó Jesucristo y tomó carne y » sangre por nuestra salvacion, del mismo modo » aquel alimento, santificado por la oracion de » su Verbo, se convierte en la carne y la sangre » del mismo Jesucristo encarnado, y se convertirá en nuestra carne y nuestra sangre por la » mutacion que ocurre en el alimento. Recordamos las cosas dichas entre nosotros. Aquellos á quienes es permitido hacerlo, socorren » á los pobres; nosotros estamos siempre unidos, y en todos nuestros ofrecimientos bendecimos al Criador en su Hijo y en el Espíritu » Santo.

» En el dia del sol, todos los que habitamos » en una ciudad ó aldea, nos reunimos en un » mismo lugar, y se leen los escritos de los » apóstoles y de los profetas, cuando el tiempo » lo permite. Al concluir el lector, el presidente » dirige un discurso al pueblo exhortándolo á » imitar tan claros ejemplos; despues nos levantamos, y hacemos nuestras oraciones, con» cluidas las cuales se ofrece, como he dicho, » pan, vino y agua. El prelado hace una ora» cion en accion de gracias del mejor modo » que puede, y todos responden *Amen*. Se dis» tribuyen á los asistentes las cosas consagra» das, y se envian por medio de los diáconos » á los ausentes. Los mas ricos dan á los demas » liberalmente y por su voluntad una contribu» cion, y lo que de tal manera se reune, lo cus» todia el prelado, para auxiliar á los huérfanos, » á las viudas y á aquellos que por enfermedad » ó por otra causa se ven reducidos á la pobre» za; para socorrer á los presos y á los extran» jeros, y en suma para atender á todos los que » están necesitados. Generalmente nos reunimos » el dia del sol, porque es aquel en que princi» pió Dios el mundo, y en el cual resucitó Je» sucristo y apareció á sus discípulos, enseñán» doles lo que os exponemos. »

Continuando explica lo que piensan los Cristianos de las cosas superiores, y dice que el reino que esperan no es terrenal, porque en tal caso procurarian esperarlo en vida, y por el contrario les regocija la muerte que les aproxima al reino de Dios, por cuya esperanza se abstienen del mal y practican el bien. El hombre conserva perfecta continencia, ó si se casa no cree lícito exponer á los niños, como es costumbre entre los gentiles, aprobada por los filósofos y tolerada por los príncipes. « Creemos que solo los malos exponen á sus hijos, porque vemos que la mayor parte no los educan mas que para prostituirlos, y en todas las naciones solo se ven bandas de niños destinados á malos usos y alimentados como rebaños. Vosotros percibís por esto un tributo en vez de librar de ellos á vuestro imperio, y los que abusan de estos infelices, ademas del pecado que cometen contra Dios, pueden por casualidad abusar de sus hijos. »

Tales eran las costumbres de los Romanos en tiempo de uno de los mejores emperadores, y sin embargo no digo todo lo que refiere San Justino. El mismo continúa : « Por temor de que perezca algun niño expósito, y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando tenemos posibilidad de educar á la prole, y renunciando al matrimonio guardamos perfecta continencia. » Despues dice así : « Si nuestras maneras os parecen racionales, respetadlas; si os parecen inconvenientes, despreciadlas; pero no condenéis por eso á la muerte á gente que no ha hecho ningun daño, porque, os lo repetimos, no evitaréis el juicio de Dios, perseverando en se-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mejante injusticia, y por nuestra parte diremos: Cúmplase la voluntad del Señor. »

¡ Cuán hermoso es oir decir á estos calumniados: « Ántes amábamos la disolucion, ahora la pureza; nos valíamos de artes mágicas, y ahora confiamos en la bondad de Dios; procurábamos todos los medios de adquirir lo ajeno, y ahora vivimos familiarmente y rogamos por nuestros enemigos... Muchos que eran coléricos y altaneros, se han convertido á una vida arreglada. »

Pero la virtud perjudicaba á los Cristianos. Convertida una mujer se niega á consentir el libertinaje de su marido, que contrariado la acusa como convertida por un tal Tolomeo. Conducido este ante Urbicio, prefecto de la ciudad, es condenado al suplicio; pero uno que se llamaba Lucio reconviene al prefecto porque condena á muerte á quien no era adúltero, ni ladron, ni homicida, diciendo que no podia ser tal la voluntad del emperador ni la del Senado. Urbicio entónces le pregunta si él tambien es Cristiano, y oyendo que sí, le condena á muerte, por lo cual le da las gracias Lucio, porque lo libra así de malos señores para enviarlo al seno de Dios, padre y rey superior. Llega un tercero que tambien se confiesa Cristiano, é igualmente es condenado.

2ª apolog. de San Justino.

Entónces dirigió Justino la segunda apología á Marco Aurelio contra los procesos, en que se arrancaba la confesion de culpas supuestas á esclavos, niños y mujeres, valiéndose de horribles tormentos, solicitando que se permitiese publicar las doctrinas cristianas á fin de hacer ver claramente á los hombres de sana razon cuán superiores eran á las demas filosofías. No parece que favorecieron gran cosa á la paz de la Iglesia estos escritos, que selló el autor con su sangre.

Atenágoras.

Atenágoras tambien se quejó á Marco Aurelio y á Lucio Vero de que se negase á los Cristianos la tolerancia concedida á todos. « Los perseguidores (dice) no se contentan con quitarnos los bienes, sabiendo que renunciamos á ellos voluntariamente, sino que atacan nuestra vida con acusaciones que corresponden mejor á quien nos las dirige. Convénzannos de la mas pequeña de estas faltas, y no tendremos por injusto el mayor castigo; pero cuanto hasta ahora se nos ha imputado solo es un vago rumor: ningun Cristiano fué convencido jamas de delito, ni hubo entre nosotros ninguno malvado como no fuese un hipócrita.

Las tres culpas de que especialmente defiende á los Cristianos, son el ateísmo, el incesto y el alimentarse de carne humana. « Entre nosotros (prosigue) encontraréis trabajadores, viejecitas, que no podrian demostraros de palabra la verdad de nuestras doctrinas, pero que demuestran con hechos la utilidad de sus sentimientos; no saben raciocinios de memoria, pero ejecutan buenas obras, mal tratados no se rebelan; solicitados dan lo que tienen, y aman á los demas como á sí mismos. ¿Tendriamos tanto cuidado de ser buenos, si no estuviésemos persuadidos de que Dios nos mira, y de que nos espera otra vida mas hermosa despues de esta mortal? La esperanza de aquella nos hace despreciar la presente, y detestar hasta el pensamiento de la culpa. Segun la diferencia de los años, consideramos á nuestros prójimos como hijos, como hermanos y hermanas ó como padres; guardando la pureza de los que miramos como parientes, nos besamos con gran recato y solo como un acto de religion, que si fuese manchado por un deseo siquiera, nos privaria de la vida eterna. Cada uno de nosotros toma esposa para tener sucesion, é imita al agricultor que esparciendo el grano en su campo, espera con paciencia el fruto; muchos envejecen en el celibato esperando así unirse mas estrechamente á Dios. Nos está prohibido volvernos contra quien nos maltrata, y no bendecir á quien nos maldice, porque no satisfechos con la justicia que paga en la misma moneda, debemos mostrarnos buenos y pacientes. ¿Cómo pudiéramos comer hombres? Tenemos siervos que ven cuanto hacemos, y ninguno de ellos depone contra nosotros. ¿Cómo habíamos de matar hombres, nosotros, que no podemos sufrir siquiera verlos morir con justicia? ¿nosotros, que no toleramos, como vosotros, el espectáculo de los gladiadores y de las fieras, creyendo que no hay diferencia entre el que asiste á una muerte y el que la comete; que consideramos homicidio el aborto y la exposicion de los niños? »

Minucio Felix.

Octavió y Cecilio, el primero convertido, y el segundo pagano todavía, se trasladaron á Ostía, donde se hallaba veraneando el famoso abogado Minucio Félix; paseaban una mañana á orillas del mar, cuando Cecilio, al ver un ídolo de Serápis se puso la mano en la boca y la besó, segun costumbre en señal de adoracion. Octavio desaprobó su accion como supersticion indigna de un campañero suyo. Habiéndose detenido despues á observar unos niños que estaban jugando con unos guijarros en el agua, lo cual divertia á los demas, se quedó Cecilio pensativo meditando en las palabras que habia oído, por lo cual se propusieron discutir entre ellos el asunto. Tal es el argumento de un diálogo de Minucio Félix (1), el cual participa alguna vez del sabor platónico. Cecilio defiende á los dioses, creencia antigua y general, contra la que llama manía de aquella gente nueva, manchada con sucias infamias y perseguida; pero los otros dos arguyen tan bien que al fin se da por vencido y convertido.

Tertuliano. 160-245.

Quinto Septimio Florencio Tertuliano, Cartagines, y considerado como el padre de la Iglesia mas elocuente en la lengua latina (2),

(1) Minucii Felicis *Octavius*. Leiden, 1672, en 8º.

(2) *Q. Sept. Florentis Tertulliani opera, cum adnotat. Rigaltii jurisconsulti*. Paris, 1634-1664. Tertuliano, en el *Apologético*, c. V, escribe que habiéndosele referido á Tiberio los milagros de Cristo, propuso al Senado reconocerlo por Dios; pero el Senado se negó á ello. No solo la tímida fe sino tambien historiadores de crédito admiten el hecho; pero hay que tener

(c) Instituto Cervantes de Madrid

compuso una apología de los Cristianos, perseguidos entónces en África, demostrando, con motivo de la famosa carta de Trajano á Plinio, que sería injusticia castigarlos tan solo por el nombre, privarlos de la defensa y de los abogados que á ningun reo se niegan, y no examinar la naturaleza de los delitos confesados, la clase, el tiempo, la manera y los cómplices. « Interrogáis á los demas para conocer si son culpados, y á nosotros para hacernos negar que lo somos. Dice uno : *Yo soy Cristiano*, y dice la verdad, pero vosotros estáis en el tribunal para obligarnos á mentir. Este procedimiento diferente deberia no obstante infundiros sospechas de que solo alguna fuerza secreta puede obligaros á obrar contra las leyes y contra las prácticas forenses. Los tiranos emplean los tormentos contra los falsarios, y vosotros para castigar á los que dicen la verdad. Si se confiesa ántes de esperar los tormentos, ya no deben emplearse estos ; basta dar la sentencia. Vosotros hacéis creer que un Cristiano está manchado con todas las culpas, que es enemigo de los dioses, de los emperadores, de las leyes, de las buenas costumbres y de la naturaleza, y los obligáis á negar, para declararlos inocentes. Esto es proceder contra las leyes... »

Despues de probar la ilegalidad de los procesos, demuestra la inconveniencia de castigar á tantas personas, y dice : « ¿ Qué haréis de los millares de hombres, de mujeres de toda edad y condicion, que presentan los brazos á vuestras cadenas ? ¿de cuántas hogueras y de cuántas espadas tendréis necesidad ? ¿ Diezmaréis á Cartago ? »

Se aventura hasta subir á la fuente de la autoridad, manifestando que no son infalibles las leyes humanas, y que unas quedan abolidas cuando se introducen otras. Á la acusacion de comerse los niños opone el uso constante en Asia de inmolarlos á Saturno hasta el proconsulado de Tiberio, el cual hizo crucificar á los sacrificadores en los árboles que daban sombra al templo. No obstante, si el uso habia cesado públicamente, practicábase aun en secreto : degollábanse hombres en honor de Mercurio por los Galos : derramábase sangre humana en la misma Roma en honor de Júpiter, miéntras que los Cristianos se abstenian de probar toda clase de sangre (1).

Á la imputacion de sacrilegio responde poniendo de manifiesto la extravagancia del culto gentil en comparacion con el cristiano. « Nosotros adoramos á un solo Dios, el cual con su palabra, con su razon y su poder sacó de la nada todo este mundo con cuanto lo compone, ó lo que es lo mismo los elementos, los cuerpos y las almas, para que sirviesen de adorno á su grandeza. ¿ Queréis conocerlo en sus obras ? ¿ queréis el testimonio de nuestra alma, la cual á pesar de su mala educacion, de las pasiones y de la servidumbre á los falsos dioses, cuando se despierta, lo llama con el solo nombre de Dios, diciendo : *¡ Oh, gran Dios ! ¡ oh, buen Dios ! lo que Dios quiera : Dios lo ve : Dios lo haga : Dios me lo pagará.* Este es testimonio del alma, y miéntras dice esto, no se dirige al Capitolio, sino al Cielo. Para hacer que tuviésemos un conocimiento mas perfecto de él y de su voluntad, nos dió el auxilio de la Escritura, porque en el principio envió á la tierra hombres dignos por su justicia y santidad de conocer á Dios y de hacerlo conocer á los demas. Ellos estuvieron llenos de su Santo Espíritu, á fin de que publicasen que hay un solo Dios, el cual creó todas las cosas y formó al hombre de tierra, y arregló el curso del mundo y dió preceptos, conforme á los cuales se le pudiese agradar, preceptos que vosotros ignoráis y despreciáis : un Dios que al fin del mundo juzgará á los que le sirven, para darles en premio la vida eterna, y condenará á los impíos al fuego eterno, despues de haber resucitado á todos los muertos. Nosotros nos hemos burlado ántes de esta doctrina, y fuímos de vuestro partido : los hombres no nacen Cristianos, pero se convierten. »

Á la calumnia de lesa majestad responde asegurando que aun cuando los Cristianos no manifiesten su adhesion con juramentos y orgías, ruegan, no á divinidades soñadas, sino al verdadero Dios, á fin de que conceda larga vida al emperador, un reinado tranquilo, seguridad en los palacios, valor en las tropas, fidelidad en el Senado, probidad en el pueblo y paz en todo el mundo. « Poco se honra á los príncipes estableciendo públicamente juegos y mesas, comiendo por las calles, convirtiendo en taberna toda la ciudad, mezclando el vino con el fango, y corriendo en tropel á cometer insolencias. Qué, ¿ no se puede expresar la alegría pública sino con vergüenza pública ? ¿ Seremos culpados porque cumplimos nuestras obligaciones para con los emperadores con castidad, sobriedad y modestia, y porque no cubrimos nuestras puertas con ramas de laurel, y porque de dia claro dejamos de encender las lámparas como se hace para señalar los lugares infames ? »

Demuestra despues el apologista que aquellos que mas se esforzaban por tributar tan vanos testimonios á los emperadores, eran sus súbditos ménos fieles y los mas dispuestos á la rebelion. « Al contrario, los Cristianos perseguidos obedecen, y aun cuando el pueblo se anticipa á las órdenes supremas para matarlos, y viola hasta sus cadáveres, no piensan en la venganza. Y sin embargo, aunque nacidos ayer, ocupamos las islas, las ciudades, los castillos, los campos, el palacio, el Senado y el foro, no dejando desocupados mas que los templos. Siendo tan grande nuestro número, pudiéramos hacer la guerra juntos, ó abandonar el reino; pero

presente que Tertuliano no lo apoya en autoridad alguna; que el Senado no hubiera osado desatender una peticion de Tiberio, y que este habia abolido poco ántes el culto de Ísis, y desterrado á Cerdeña á cuatro mil Hebreos.

(1) Conforme á la regla impuesta por el concilio de los apóstoles, mucho tiempo observada, se abstenian los Cristianos de la sangre y de los animales ahogados. Resto de las costumbres hebreas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nuestra creencia nos aparta de la ambicion y de la efusion de sangre. No por esto es verdad que seamos indolentes, que ántes por el contrario nos dedicamos al comercio, á la navegacion, á las armas y á la agricultura, pagamos los tributos, y si no enriquecemos templos y á malas mujeres y á astrólogos, tampoco damos ocupacion á los tribunales.

» Sé muy bien que nuestras parcas cenas tienen fama no solo de culpables, sino de extremada magnificencia, y nada se dice de los banquetes de tantas congregacioncs paganas. Nuestra cena revela su orígen en su nombre de *agape*, que en griego significa caridad, y es consuelo de los pobres. No se tolera en ella maldad ni insolencia; no se sienta uno á la mesa si no ha rogado ántes al Señor; se come lo que basta y se bebe cuanto conviene, sin ofender la decencia. Tomamos la comida con medida, como los que deben orar á Dios en la noche, y hablamos como gente que sabe que se halla en presencia de Dios. Despues de lavadas las manos y encendidas las lámparas, se invita á cada uno á cantar las alabanzas de Dios tomadas de los libros sagrados, ó compuestas por algunos de nosotros : véase por esto á lo que se reducen nuestros bríndis. Se termina la comida igualmente con la oracion, y en fin, nos separamos con decoro y modestia sin cometer ninguna insolencia. Tales son las asambleas de los Cristianos; nosotros somos los mismos unidos y separados; ninguno se ve afligido ni ofendido por nosotros.

» Con mas razon se deberia dar el nombre de facciosos á los que conspiran contra los Cristianos bajo el vano pretexto de que son principio de todo mal público. Si se desborda el Tíber, si no se desborda el Nilo, si el agua falta, si tiembla la tierra, si sobreviene una carestía, se exclama al instante: *Los Cristianos á las fieras*, ¿Y cuántos males semejantes no han occurido ántes del reinado de Tiberio y de la venida de Jesucristo? Esos son efectos de la cólera de Dios, justamente irritado contra los hombres culpados é ingratos. En tanto, cuando la sequía hace temer la esterilidad, vosotros sacrificáis á Júpiter, frecuentando los baños, las tabernas y otros lugares de disolucion. Nosotros tratamos de aplacar al Cielo con la continencia, con la frugalidad, con ayunos, vistiendo paño burdo, y cubriéndonos de ceniza; y cuando se ha obtenido misericordia damos gracias á Dios. Pero no nos alteran estas desgracias, ni tenemos en este mundo mas deseo que el de partir de él lo mas pronto que podamos. »

Tertuliano se pronunció con todo su rigor indomable *contra los espectáculos*, y especialmente contra los teatros, perjudicialísimos ya por su orígen idólatra, ya por los peligros inherentes á ellos y por las pasiones que despiertan. Trató de varios casos de idolatría, del traje de las mujeres, de los mártires, del bautismo, de la penitencia y de la oracion, reprobando los abusos y supersticiones que se habian introducido. Es de gran fuerza la obra de las *Prescripciones*, en la cual combate á los herejes con razones legales, como incapaces de disputar sobre las Santas Escrituras, porque no las conocen, y los confunde manifestando que su orígen es reciente, miéntras que la Iglesia cree lo que enseñaron los apóstoles y las iglesias que ellos fundaron.

Pero Tertuliano se apasionó de sus opiniones; no quiso condescender con los tiempos ni con la fragilidad humana; no estuvo libre de la soberbia, y demasiado absoluto á pesar de tantos conocimientos, dejóse seducir por los errores de los montanistas, adecuados á la inflexibilidad de su carácter y á la intolerancia de sus doctrinas. Entónces las llevó al exceso; negó que fuese lícito sustraerse con la fuga á la persecucion; multiplicaba los ayunos obligatorios; no queria que se recibiese á penitiencia al que hubiese incurrido en deshonestidad; separóse hasta de sus nuevos sectarios sosteniendo el materialismo y hasta el sexo de las almas, fundado en inspiraciones en las cuales habia llegado á creer despues de impugnar la autoridad de la Iglesia viva; en cuyos errores perseveró de tal manera que ha dejado dudar de su salvacion.

Libre enteramente del simbolismo de los Orientales y del todo positivo, es en sus obras grave, austero, pero incorrecto y á la vez afectado en el estilo como en el pensamiento, rebosando por demasiada abundancia, y siendo oscuro por exceso de precision (1).

San Cipriano.

Tan apasionado, pero con mas peso que Tertuliano, fué Cecilio Cipriano, Cartagines, en el cual no se sabe si fué mayor la gracia ó la fuerza. Escribió muchas obras con suave y lucida abundancia, en las cuales contribuyó quizá mas que otros á separar los dos órdenes de fe y de exámen, de revelacion y de concepcion, cuya mezcla produce la esclavitud ó el extravío de la inteligencia, al paso que su distincion abre al espíritu humano las barreras de lo infinito, haciéndole pasar del símbolo á la realidad. Especialmente en su obra *De la vanidad de la idolatria y de la unidad de la Iglesia*, combatió el antiguo culto de los nuevos cismas, estableciendo claramente la unidad de la fe en la unidad de la cátedra romana (2). Habiéndole refe-

(1) Ademas de los escritores eclesiásticos, véanse Aug. Neander, *Antignostikus Geist des Tertullianus und Einleitung in desser schriften*. Berlin, 1825.

J. P. Charpentier, *Etude historique et littéraire sur Tertullien*. Paris, 1838.

(2) « San Pablo establece los fundamentos de la unidad sagrada con estas palabras : « Solícitos de guardar la unidad del espíritu mediante el vínculo de paz. Un cuerpo y un espíritu, como fuísteis llamados en una esperanza de vuestra vocacion. Un señor, una fe, un bautismo. Un Dios y padre de todos, que es sobre todos, y por todas las cosas, y en todos nosotros (ad Eph. VI, 3, 4, 5, 6). » Tal es el principio de la unidad al cual nos debemos mantener inviolablemente ligados, y sobre todo los obispos que tenemos el honor de presidir la Iglesia.

» Como no hay mas que un solo Jesucristo, así tampoco hay mas que una sola Iglesia, una sola cátedra, fundada sobre San Pedro por la palabra misma de Jesucristo; y por tanto un solo altar, un solo sacerdote; ni hay ni puede haber dos ni puede haber otro diferente. Solo una demencia culpable, una impiedad sacrílega puede creer que tiene derecho para violar el órden establecido por el mismo Dios.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rido que el papa trataba de hacer concesiones al cismático Felicísimo, le escribió : *Queridísimo hermano, un obispo puede ser muerto, pero no vencido; abrazo tiernamente á todo el que está verdaderamente arrepentido; pero si alguno cree hacerse abrir las puertas por medio del terror, sepa que el campo de Cristo no se toma con amenazas.* Lleno de sentimiento y calor, tiene, en concepto de Fenelon, una magnanimidad y una vehemencia que recuerdan á Demóstenes. Tambien San Cipriano erró, pero reparó sus yerros con el generoso martirio que hemos referido (pág. 489).

Arnobio. Tambien era Africano Arnobio, que habiendo sostenido por mucho tiempo el paganismo, se sometió á la Iglesia, que le mandó emplear contra la idolatría la eficacia de su palabra. De la manera, pues, que ántes habia comentado los 303. autores profanos, asimismo en los siete libros *contra los gentiles* (1) ofreció la impugnacion mas completa de las antiguas creencias, dirigiéndose á los hombres de doctrina, capaces de mantener equilibrada la balanza entre aquellas y las nuevas, y en su celo de prosélito no solo pidió la destruccion de los teatros, sino tambien de las obras poéticas. Difuso y artificioso como maestro de retórica, no profundo en la verdad, cita pocas veces el Nuevo Testamento, jamas el Antiguo, usando su fuerza en refutar la idolatría y á los que decian que « habia perecido el mundo desde la aparicion del Cristianismo, siendo el género humano víctima de todo mal. »

Lactancio. 318. Su mérito consiste en haber educado á otro campeon poderoso del Cristianismo en Lactancio, llamado por Constantino para instruir á su hijo Crispo en las doctrinas que habia aprendido en Asia. Lactancio manifiesta mas imaginacion oratoria que verdad histórica en el tratadito *De la muerte de los perseguidores*. Viendo, cuando la verdad era combatida con las armas, presentarse dos filósofos á desacreditarla con los libros, se indignó tanto, que se propuso refutar no solo á aquellos dos, sino á todos los enemigos de los Cristianos, como hizo en las *Instituciones divinas* (1), publicadas hácia el fin del reinado de Constantino. Débil teólogo, rebatió los errores sin saberlos evitar; ménos notable por su elevada elocuencia que por su esmerada expresion, si bien el mas elegente entre los autores eclesiásticos latinos, no por eso merece el título de Ciceron cristiano. Muy distante de la indignacion de Julio Firmico (2), el cual aconsejaba castigar la idolatría con el rigor de la ley, proclama que la religion es la cosa mas espontánea (3) : *Aléjese de nosotros el pensamiento de vengarnos de nuestros porseguidores; déjese á Dios este ciudado; la sangre de los Cristianos recaerá sobre la cabeza de quien la derramó.*

Las palabras de los Santos Padres, sostenidas por el martirio, no podian ser infructuosas, y resonaban aun en un mundo que les era contrario. Ya se menciona en tiempo de Marco Aurelio una escuela cristiana fundada en Alejandría en oposicion á la Academia pagana, y para educar defensores de la verdad; pero solo adquirió importancia al fin del siglo II, cuando el estóico Panteno, convertido á la verdad, dirigió la *escuela de las palabras sagradas* (Διδασκαλεῖον ἱερῶν λόγων), y fué el primero que enseñó en la cátedra cristiana las doctrinas metafísicas del Museo Alejandrino, y pensó en reducir la religion á sistema. San Panteno.

Le sucedió Clemente Alejandrino (4), muy erudito en la filosofía de Platon, que en el *Pedagogo* compendia la moral cristiana para uso de los catecúmenos, y con una minuciosidad no siempre honesta desciende á las reglas mas particulares de la vida y del traje, que quiere que sea blanco, sin color, y que no arrastre, y en las mujeres mas esmerado; que estas vayan calzadas, y los hombres descalzos, pero que no usen ni oro ni piedras preciosas, ni se tiñan la cara ó los cabellos, ni se adornen excesivamente, ni tengan demasiados esclavos, ni tampoco eunucos, enanos ni monstruos. Censura que se mantengan animales en vez de pobres, y el uso de los baños, especialmente si son comunes á ambos sexos; recomienda que se ejercite el cuerpo en las luchas, en el juego de pelota, en el paseo, y aun mas, en oficios domésticos, como sacar agua, labrar, cortar leña, no entregarse al ocio, ni asistir al circo ni al teatro, y no saludarse en alta voz en las calles, dándose á conocer sin necesidad á los infieles. San Clemente de Alejandría. 217.

Estas censuras suyas muestran con cuánta dificultad cambiaba el Cristianismo las costumbres perversas, y admira oir cómo se abandonaban entónces los bautizados á las frivolidades y á la perversidad de los gentiles, rodeados de criados, perfumados, engalanados, intempe-

» Hay un solo episcopado, una parte del cual es tenida *in sólidum* por cada uno.

» No habiendo mas que un solo episcopado, no hay mas que una sola Iglesia, extendida en la vasta multitud de los miembros que la componen. Del sol parten muchos rayos, pero uno solo es el foco de la luz; un árbol tiene muchas ramas, pero arrancan de un solo tronco, que echó raíces en la tierra; de una fuente parten muchos arroyos, pero el manantial es uno solo.

» No puede separarse un rayo del sol, ni hay luz cuando no hay relacion con el principio de donde la luz emana; una rama separada del árbol ya no tiene raíces; un arroyo desviado de la fuente se seca de pronto. Tal es la imágen de la Iglesia : la divina luz que la autoriza abraza con sus rayos todo el mundo; pero proviene de un punto solo que distribuye el resplandor á todos los lugares, sin que se descomponga la unidad del principio : su inagotable fecundidad propaga sus ramas por toda la tierra, derrama léjos sus copiosas aguas; pero en todo existe el mismo principio, el mismo orígen, la misma madre, que manifiesta su vigor con el número de sus hijos. » *De unitate.* — *Epistola ad plebem.*

(1) Arnobii Afr. *adversùs gentes*, libri VIII. Leiden, 1651. El *África cristiana* de Estéban Morcelli (Brescia, 1816) es un portento de exactitud y paciencia, pero nada mas. Jamas coloca una idea junto á aquellos hechos, y jamas deduce una conclusion general de las aserciones parciales.

(1) Cælii Lactantii *opera, edit. Galæi et variorum.* Leiden, 1660, en 8°.

(2) *De errore profanarum religionum.*

(3) « Nihil est tam voluntarium quàm religio, v. 20. »

(4) Clementis Alexandrini *opera græce et latine quæ extant*, ed. Potter, Oxford, 1715, 2 tomos en fol., reimpresos en Venecia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rantes, y cómo las mujeres cargadas de perlas y piedras preciosas se desnudaban en presencia de los hombres y entraban en los baños, cuya magnifencia apénas se cree (1).

Stromatas, esto es, tapices, llamó á un tejido de filosofía cristiana, coleccion de varios é inconexos conocimientos : como de historia, en que nos trasmitió algunos muy importantes, y otros ignorados; de lógica, relativos á la distincion entre la fe y la ciencia, y las reglas de argüir; y de teoría, en que pondera filosóficamente la doctrina evangélica y la certidumbre de las nociones humanas.

Con gran atavío de doctrina, clara y alguna vez elocuentemente explicada, emprende la tarea de probar en su *Exhortacion á los gentiles*, que en todos los siglos la unidad de Dios y las verdades capitales habian sido profesadas por los filósofos y los poetas, y que las habian deducido del pueblo hebreo (2).

Declama poderosamente contra el paganismo.

« Yo descorreré el velo que cubre vuestros misterios, y explicaré á los amigos de la verdad los prestigios de vuestros ritos arcanos...¡Exceso de impudencia! Antiguamente ocultaba la noche los placeres de los hombres moderados; consagrada ahora á la incontinencia, descubre las deshonestidades de los iniciados, y las antorchas alumbran al vicio y á la pasion... Cántanos, Homero, aquel bello himno *De los amores furtivos de Marte y Vénus*. Pero no, calla : no es bello el canto que enseña el adulterio, no queremos manchar nuestros oídos ni aun con oir las palabras de estupro y de fornicacion... Vuestros dioses crueles é implacables para los hombres, no solamente oscurecen su razon, sino que gozan viendo correr la sangre en los feroces combates del circo y de la arena, en las batallas mortíferas en que se les invoca, y en los sacrificos que exigen de las ciudades y de los pueblos. Aristómenes de Mesenia sacrifica tiples hecatombes de hombres en honor de Júpiter de Itome, uno de los cuales era Teopompo, rey de los Lacedemonios. Los habitantes del Quersoneso Táurico inmolan á su Diana cuantos náufragos llegan á sus playas, y estos sacrificios se cantan en una tragedia de Eurípides. Monimo en las *Cosas admirables* refiere que en Pela de Tesalia se sacrificaba un Aqueo á Peleo y á Quieron; Antícles y Dócidas dicen que los Licios, oriundos de Creta, ofrecian víctimas humanas á Júpiter; los Lesbios á Baco y los Focences á la Diana Táurica. Ereteo, de Aténas, y Mario, Romano, degollaron á sus propias hijas, aquel en honor de Proserpina y este á los dioses Averruncos, ó sean las divinidades, que curaban los males. Así manifiestan los demonios cuánto aman á los hombres. ¿Y pueden encontrar partidarios semejantes supersticiones? ¿Y no notan que aquellos no son holocaustos sino homicidios; que ni el nombre ni el lugar pueden cambiar la esencia de las cosas; que inmolar en aras de Diana y de Júpiter es lo mismo que inmolar en honor de la cólera, de la venganza, de la avaricia, y de semejantes demonios, y por último, que lo mismo da degollar á un hombre en las aras que en la calle?

Opone San Clemente la idea del progreso á la estabilidad en que se refugiaba el amenazado paganismo. « ¿Diréis que no es lícito trastornar las costumbres antiguas? ¿Por qué, pues, no volvéis á la lactancia, á la que recien nacidos os acostumbraron las nodrizas? ¿Por qué aumentar ó disminuir los bienes paternos mas bien que conservarlos como os los trasmiten? ¿Por qué abandonamos con náuseas y risa las cosas que cuando niños hacíamos? Nosotros mismos nos hemos corregido tambien sin pedagogo; no sois tan celosos observadores de las instituciones paternas en lo que se refiere á la vida. ¿Y en el punto mas importante no rechazaríais una costumbre mortífera?... Envejecísteis en el culto de las falsas divinidades; venid ahora á rejuveneceros en el del Dios verdadero.... Hermoso es el himno que eleva el hombre á Dios inmortal obrando justamente, y en él cantan todas las voces de la verdad... Siga el Ateniense los preceptos de Solon, el Argivo los de Koromeo, el Espartano los de Licurgo; pero si tú eres cristiano, tienes por patria el cielo, y á Dios por legislador.... Salve, oh luz bajada del cielo, mas pura que la del sol, mas agradable que cuanto es dulce en la vida... El que la sigue conoce sus errores, ama á Dios y al prójimo, cumple las leyes y obtiene la recompensa.... El Evangelio es la trompeta de Cristo; Él le da el sonido, y nosotros al oirlo, tomando la coraza de la justicia y el escudo de la fe, nos preparamos á combatir la culpa. »

Véase la explicacion que da San Clemente en el tratado *Cuál es el rico que se salva*, del mal uso que se hizo frecuentemente del precepto evangélico de la pobreza, ya excediéndose en su aplicacion, ó ya juzgándolo perjudicial para la sociedad. « El precepto (dice) se cumple cuando las riquezas se convierten en materia é instrumento de obras buenas. Indiferentes por su naturaleza, ni conviene maldecirlas, ni desacreditarlas sin razon : todo depende del uso que se hace de ellas; es menester no imputarles los males que ocasionan, sino á las pasiones é inclinaciones viciosas, que desnaturalizan los dones del Criador, haciendo mal uso de ellas, y convirtiendo en mal lo que puede convertirse en manantial de méritos para nosotros y para los demas. »

Entre otros muchos apologistas no dejaré de hacer mencion del mártir Apolonio, que sostuvo

(1) « Su baño es una cámara de maravilloso artificio, portátil, trasparente, cubierta de una cortina, llena de sillas, de oro y de plata, y de vasos de la misma materia, en alguno de los cuales se pone que beber y en otros la comida, sirviendo otros para el baño. Hasta las parrillas son de plata. Es tanta su intemperancia, que no entran en el baño sino embriagadas, allí ostentan suntuosas vajillas de plata, todo lo mas rico y fastuoso que puede satisfacer su vanidad. »

(2) Otro tanto hemos procurado demostrar nosotros, pero suponiéndolas derivadas de la tradicion primitiva de los hombres aun no divididos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

su fe en el Senado (1); de Dionisio, obispo de Corinto, el cual explicó en várias epístolas la doctrina católica y combatió las herejías; de Ticiano, Asirio y platónico, discípulo de San Justino, el cual á la vanidad de los estudios de los Helenos (2), y especialmente á las contradicciones de sus filosofías, opone la verdad católica sobre la naturaleza de Dios y sobre el libre albedrío. « Ahora bien (dice este), miéntras algunos cínicos, cuyo único mérito consiste en llevar un hombro negligentemente desnudo, desordenados los cabellos, la barba y las uñas largas, y decir que no necesitan nada, reciben de los emperadores hasta doscientas monedas de oro de pension, ¿se pretende obligar á los Cristianos á seguir las costumbres de los gentiles? » Y en seguida se extiende en demostrar que la bondad no se aviene con la idolatría, con monumentos erigidos á mujeres públicas, ni con la infamia del teatro que revela las culpas ocultas por el manto de la noche, ni tampoco con la inutilidad de los atletas, ni con la atrocidad de los gladiadores mantenidos precisamente para causar placer con su muerte. Pero como la filosofía de los Cristianos no era solo para los ricos, no habia razon para escarnecerlos porque descendieran á disputar con niños y mujeres de humilde condicion. Ticiano intentó dar un sentido cristiano á la filosofía oriental, que consideraba como infinitamente superior á la griega, aun cuando corrompida por la idolatría; pero algunas veces se excede, queriendo conciliar con el dogma católico las emanaciones; despues se extravió enteramente hasta el punto de condenar el matrimonio por un exceso de rigor, y el comer carnes ó el beber vino, en lo cual consistia la herejía de los encratitas y de los hidroparástatos.

Fueron tambien combatidos los errores de la filosofía griega por Hérmias que vivió en el siglo II (3), y los de la oriental por San Ireneo, apóstol de las Galias y obispo de Lyon, que murió mártir al principio del siglo III.

N. 120. Dionisio Areopagita.

Con el nombre de Dionisio Areopagita se publicaron algunas obras que equivocadamente se atribuyen por algunos al siglo V, porque se ven citadas ya por Orígenes. Instruido aquel en la filosofía oriental, la presenta trasformada con el dogma cristiano, y sus elevadísimos libros de la *Jerarquía* y de los *Divinos nombres* explican, en cuanto es posible al hombre, la generacion del Verbo y de las ideas, y fueron la gran fuente en que bebió la escolástica de la edad média.

Atenágoras pulveriza las explicaciones alegóricas que no há mucho quisieron reproducirse en defensa ó excusa del paganismo, y dice: « Ya sea Júpiter el fuego, Juno la tierra, Pluton el aire, Tétis el agua, todo esto constituye elementos, pero no forma dioses; la divinidad manda, los elementos obedecen, y atribuir la misma virtud al ente que manda y al que sirve, es asimilar la materia mudable, perecedera y corruptible á un Dios increado, eterno y siempre semejante á sí mismo. » Justino dice al mismo propósito: « Yo abandono á Platon; no porque su doctrina sea contraria á la de Cristo, sino porque no es en todo semejante: otro tanto digo de los discípulos de Zenon, y de los poetas y de los historiadores. Percibieron ellos una parte solamente de la razon, diseminada por todas partes, y expresaron de una manera admirable la que se encontraba al alcance de su capacidad. ¡Pero en qué contradicciones no incurrieron respecto de puntos mas graves, por no haber sabido elevarse á la doctrina por excelencia, á la ciencia divina que nunca falla! Lo que dijeron admirable, pertenece á nosotros los Cristianos, que amamos y adoramos, despues del Dios Padre, la Palabra divina, el Verbo engendrado por este Dios increado, infalible. Mediante la razon que depositó en nosotros como un gérmen precioso, pudieron vuestros filósofos descubrir la verdad, pero siempre como un débil crepúsculo. Este gérmen sencillo, este bosquejo ligero, proporcionado á nuestra debilidad, ¿puede compararse nunca con la verdad misma, comunicada en toda su plenitud y en toda la extension de la gracia? »

Orígenes. 185-253.

Ocupa el primer lugar entre los filósofos cristianos Orígenes, Alejandrino. Ávido del martirio desde que lo consiguió su padre Leónidas durante la persecucion de Severo en Egipto, visitaba á los encarcelados, los acompañaba en los debates y en el suplicio, no asustándose por los gritos del pueblo, ni por las penas con que le amenazaban los magistrados. Obligado á conversar continuamente con las mujeres á quienes catequizaba, se castró á fin de que su juventud no diese pretextos á la malignidad, entendiendo el Evangelio segun la letra que mata. Quiso ver la iglesia de Roma; se detuvo en fin en Cesárea, y favorecido por Ambrosio, su rico prosélito, se aplicó á comentar la Sagrada Escritura, con siete escribientes dispuestos para escribir lo que dictaba, y otros tantos libreros y algunos jóvenes para reproducirlo.

En la persecucion de Decio fué Orígenes preso y atormentado, pero se le dejó vivo con la esperanza de que sucumbiese y pervirtiese á los demas con su ejemplo; y sin embargo, se mantuvo firme y aun exhortó á los demas con cartas ardientes. Habiéndose suscitado despues la de Maximino, se retiró al lado de una mujer piadosa, que poseía una rica biblioteca, y allí compuso los *Hexáplos* y la *Exhortacion al martirio*, obra dirigida á Ambrosio, que estaba encarcelado, y continuó despues ilustrando las Santas Escrituras, separando las apócrifas y coleccionando las verdaderas. Copió las várias traducciones en tres ejemplares, uno de tres, otro de seis, otro de ocho columnas y despues distintamente la de los Setenta, notando con

(1) « Cum judex multis eum precibus obsecrasset, petiissetque ab illo uti coram senatu rationem fidei suæ redderet, elegantissima oratione pro defensione fidei pronuntiata... » EUSEBIO, V, 21.

(2) Con este nombre se designaba en Oriente á los paganos.

(3) « Irrisio gentilium philosophorum. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

líneas lo que habian añadido al texto hebreo. Escribió veinticinco volúmenes sobre el Evangelio segun San Mateo, y muchos sobre los profetas menores, no tanto para desenvolver al sentido real, como para ponerlo de acuerdo con su propio pensamiento.

Al ver sus obras se siente uno admirado de que haya podido un hombre solo, no ya componerlas, pero aun escribirlas (1); y sin embargo, tenia ademas conferencias con los fieles, disputas con los herejes, correspondencia con muchos, ya para disculparse, ya para dar consejos ó para dirigir peticiones al emperador Filipo, ó en fin, para reanimar el fervor de los Cristianos, y especialmente para que asistiesen los domingos y viérnes á la lectura de los textos sagrados y á su explicacion. El gobernador de la Arabia y Mamea, madre del emperador Alejandro, lo llamaron para que les explicase las cosas del alma; y una multitud de discípulos lo rodeaban desde la mañana á la tarde. Amabilísimo con ellos, estudiaba su carácter, y San Gregorio, obispo de Neocesárea, nos refiere la manera con que los educaba su maestro. « Despues de haberlos preparado con discursos irresistibles, los instruía en la lógica, acostumbrándolos á no admitir ni rechazar las pruebas al acaso, sino á examinarlas con atencion sin detenerse en las apariencias ni en las palabras cuyo esplendor deslumbra, ó cuya sencillez disgusta; á no rechazar las cosas que á primera vista nos parecen paradojas, y con frecuencia son muy verdaderas; en suma, á juzgar de todo santamente y sin prevenciones. Despues los dedicaba á la física, esto es, á considerar el poder y la sabiduría infinita del autor del mundo, tan propia para inspirarnos humildad. Los enseñaba tambien las matemáticas, principalmente la geometría y la astronomía, y en fin la moral, no haciéndola consistir en vanos discursos, en estériles definiciones, sino enseñándola con la práctica, haciéndoles fijar la consideracion en los movimientos de las pasiones, á fin de que viéndose el alma como en un espejo, pudiesen arrancar de raíz los vicios, y fortificar la razon que produce todas las virtudes. Al discurso añadia el ejemplo, siendo un modelo de virtuosas acciones. Despues de todo, los dedicaba á la teología, diciendo que el conocimiento mas necesario es el de la primera causa. Les hacía leer cuanto habian escrito los antiguos, poetas ó filósofos, griegos ó bárbaros, excepto aquellos que de propósito enseñaban el ateísmo, á fin de que conociendo la parte fuerte y la débil de todas las opiniones, pudiesen precaverse contra los juicios equivocados. Pero en tal lectura los llevaba de la mano para impedirles que tropezasen y para manifestarles lo bueno de cada secta, á todas las cuales conocia admirablemente. Los aconsejaba que no se adhiriesen á ningun filósofo, por célebre que fuese, sino á Dios y á sus profetas. Por último, les explicaba las Santas Escrituras, de las cuales era el intérprete mas erudito. »

La obra mas provechosa de Orígenes es la que escribió contra el epicúreo Celso, el cual habia escrito en tiempo de Adriano un *Discurso de la verdad*, en que combatia á los Judíos y á los Cristianos, y gloriándose de haber leido sus libros, sacaba de ellos motivos de desprecio y de calumnias, en lo cual le copiaron maquinalmente los filosofistas del siglo XVIII. Orígenes, mas bien con hechos que con argumentos, confirma la religion, disputando acerca de las profecías, y acerca de los milagros de Cristo, los cuales no negaba Celso, sino que los atribuía á magia, y asimismo respecto de los que frecuentemente se renovaban en la Iglesia. Oponia singularmente á este el cambio de las costumbres, la continencia y el celo por la conversion de los demas.

Así como la escuela alejandrina habia tratado de absorber al Cristianismo en su filosofía universal, así este Leibnitz de los primeros siglos pretendió acomodar el platonicismo á la religion cristiana. Buscó para esto un doble sentido en las historias evangélicas, suponiéndoles uno místico, de manera que subsistiesen dos verdades á un tiempo, la histórica y la moral, primer paso dado hácia la escuela protestante de los modernos exegéticos alemanes, la cual pretende que aun en los hechos de pura narracion no siempre rige el sentido literal. Pero siempre es muy difícil construir un sistema con una materia llena de profundos misterios, estando colocada la fe en un lugar mas elevado que la ciencia, y no pudiendo reducirse á formas limitadas el Cristianismo, infinito como es, sin que la revelacion pierda en valor ó en poder espiritual.

230. Viajando por la Acaya con objeto de destruir las herejías, fué ordenado sacerdote; pero como se supo que era eunuco, y por consiguiente que estaba excluido por los cánones de las órdenes sagradas, se levantó gran rumor contra él, y por este motivo ó por los errores esparcidos en sus escritos, Demetrio, obispo de Alejandría, le prohibió en un concilio enseñar y residir en aquella ciudad, deponiéndole y excomulgándole despues.

251 Orígenes se extravió mucho mas en un tratado *De los principios* (περὶ αρχῶν) (1), en el cual negando la dualidad del principio de las cosas, sostiene que Dios es bueno é inmutable, y las criaturas libres y capaces del bien y de mal, y yendo muy allá en las consecuencias, pretende que la desigualdad de las criaturas procede de su mérito. Dios, criador necesariamente por ser omnipotente, señor y dueño, debió desde la

(1) « Quis nostrûm tanta potest legere, quanta ille conscripsit? S. JERON. *Can.* — « Nemo mortalium plura; ut mihi sua omnia non solùm non perlegi, sed ne inveniri quidem posse videantur. » VICENTE LERINES, *Comon.*

En Paris, 1733, el padre Maurino DE LA RUE imprimió en 4 tomos ORIGENIS *opera omnia quæ græce vel latine tantum extant.*

(1) Solo tenemos de esta obra la traduccion hecha por Rufino, frecuentemente alterada por confesion propia, como diremos en el libro sig. cap. XI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

eternidad é instantáneamente crear seres que le obedeciesen, habiendo producido ántes algo pasivo, que fué la causa de las formas, esto es, la materia. En un principio vivieron los espíritus (1), en la vida divina, como inteligencias perfectas; y dotados como estaban de una libertad variable, y enfriados despues en la caridad, abusaron algunos de la libertad, y su esencia se condensó, por lo cual cayeron en el estado de almas aprisionadas en los diversos cuerpos á proporcion de su falta (2). Los ménos culpados formaron los planetas, otros los ángeles y otros los hombres; de donde se sigue, que toda la creacion desarollada en una serie innumerable de mundos no es mas que una gran caída, de la cual propende á purificarse pasando por diferentes estados, hasta que la misma materia reciba una trasformacion gloriosa. De este modo, no teniendo las penas mas objeto que la correccion de aquel á quien se aplican, queda negada la eternidad del castigo, debiendo volver todo á la consumacion de los siglos á la unidad de que ha salido (*apocatástasis*).

Estos errores de la preexistencia y del primer pecado personal, de los cuales quizá se arrepintió, fueron sostenidos despues y refutados cuando los Arrianos buscaron en tan gran maestro un apoyo para sus sutilezas. En tanto no sabía qué hacer con los cuerpos despues de la resurreccion, por lo cual suponia que se resolvian en una sustancia espiritual.

Irreprensible en su vida y creyendo siempre en el poder de la religion, fué venerado casi como un nuevo Platon por sus contemporáneos; y por la Iglesia como uno de sus mas insignes doctores. San Jerónimo no dudó en llamarlo el mayor maestro de las iglesias despues de los apóstoles, y en decir que tomaria sobre sí los errores que se le imputan con tal de tener su doctrina; pero despues, como veremos, moderó sus elogios, porque si el estilo oscuro con que se expresaba Orígenes, la aparente refutacion, el lenguaje escritural, y el respeto debido á un grande hombre no dejaron notar al principio sus errores, despues se descubrió en él el gérmen de las herejías de Arrio sobre el Verbo, de Macedonio sobre el Espíritu Santo, de Pelagio sobre la gracia, de Nestorio y de Eutiquio sobre la Encarnacion.

Diferencia de los PP. griegos y latinos.

Todos estos se apoyaban en Orígenes, quizá porque no tuvo aquella precision que procede solo de largos y contradictorios debates. Todo esto dará materia para hablar de él largamente, porque el origenismo, ademas de los dogmas, representa el contraste del Cristianismo contemplativo oriental con el activo y mundano del Occidente. Y ya se habrá podido notar una diferencia entre los Padres latinos y los griegos, porque aun cuando el Oriente trasmitió al Occidente gran parte de su cultura y de sus creencias, y recibió de este leyes y gobierno, diferian no obstante en índole, costumbres y creencias, usaban dos lenguas oficiales, rica cada una de ellas con una literatura propia, y adoraban al mismo Dios, pero de un modo diverso. Con diferentes sentimientos, pues, oía predicar el Cristianismo la gente culta de Roma, que la de Nicomedia y de Alejandría, y con diversas armas fué tambien combatido. No habian prosperado nunca en Roma la metafísica y la filosofía sublime, por defecto de la lengua, y por el contrario preponderaron allí en la legislacion el sano entendimiento y el espíritu práctico. Por lo tanto los apologistas latinos no ofrecen muestras de grande ingenio; conservan algo de la altanería romana, mostrándose duros, obstinados, irritables; no se avienen á descender á pactos con el enemigo, y ni aun quieren valerse de mas armas que las propias; por lo que desdeñan los adornos de la elocuencia, los artificios de la lógica, y las reminiscencias de la literatura de sus contrarios. Aun estaba muy floreciente la cultura de Grecia cuando apareció en ella el Cristianismo, de manera que le opuso una lucha mas vigorosa; pero cuando se presentaron defensores, como estos procedian de la escuela, conservaron sus costumbres y defectos. Muchos de aquellos Padres habian vagado de un sistema á otro en filosofía como San Clemente, buscando un objeto á la vida, una regla para las acciones, hasta que se acercaban al Cristianismo con el mismo intento, y satisfaciéndoles este, se presentaban en el campo como David, con la espada arrebataba al gigante.

El enemigo mismo que combatian presentaba diversas formas. Roma, para quien son una misma cosa la religion y el Estado, no sabe condenar mas gravemente el Cristianismo que declarándolo enemigo del género humano, esto es, del imperio; su genio legal decreta, mata, no discute, y oponiendo los apologistas el rigor al rigor, se contentan con exponer el dogma y atenerse á la letra escrita. Á los Griegos, por el contrario, se les habian arrancado las instituciones hereditarias, no dejándoles mas que un recuerdo de su antigua gloria; era muy antiguo y casi natural en ellos el amor á la disputa y á las sutilezas, por lo cual disgutados de tratar las antiguas cuestiones sofísticas y metafísicas, acudian ansiosos al pasto nuevo y al alimento mas vital. Por tanto retóricos y sofistas, ciegamente apasionados de las doctrinas de escuela, consideraban á los Cristianos como innovadores insensatos ó peligrosos, que negando las ideas mas aceptadas y rechazando la autoridad de la tradicion, precipitaban á la conciencia humana en la incertidumbre. Miéntras que los magistrados en Roma mataban, los doctos de Grecia examinaban y discutian, de manera que los apologistas estaban obligados á entrar en mi-

(1) Pero el espíritu no es para él incorpóreo. *Contra Celso*. I, 6, escribe: « Á la naturaleza de Dios solamente corresponde » vivir con independencia de la sustancia corpórea; » y en el VII: « El alma invisible é incorpórea por su naturaleza no » puede existir en ningun lugar corpóreo sin un cuerpo adap- » tado á la naturaleza de este lugar. »

(2) Aun cuando en otras obras se contradice, aquí establece que la materia se sutiliza tanto mas cuanto mas ama á Dios, de donde se sigue lógicamente la absorcion panteística.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nuciosos pormenores, á aceptar la objecion ingeniosa, á rebatir la sutil paradoja y el silogismo capcioso; y comprendiendo todo el poder de la palabra libre, pedian solo que no interviniese la fuerza en la discusion de la verdad.

El carácter griego, especulativo, aficionado á la cultura intelectual, exponia los servicios prestados por la filosofía: el carácter romano, práctico, notaba sus abusos, la declaraba inútil para fundar un órden de cosas, y ensalzaba la sociedad espiritual, el gobierno y sus instituciones; por lo cual los papas atendian principalmente á mantener y desarrollar la constitucion cristiana, y á moderar la vivacidad de los ánimos, hasta que se consolidára el órden de la fe.

Alguna vez se manifiestan los Griegos y los Latinos mas cuidadosos de rendir al enemigo que de ilustrarlo, y no esquivan argumentos y hechos que la crítica rechaza. No es por tanto difícil descubrir en ellos alguna parte débil, ó burlarse de su insistencia en pueriles objeciones (1), ó notar sus exageraciones parciales, á que conduce siempre toda gran lucha de doctrinas. Y podrá acusarlos mas el que no considere los enemigos á quienes contradijeron, y creerlos débiles cuando usan armas propias de sus adversarios. Algunos de estos, á la manera griega, lo negaban todo; otros, á la oriental, se fundaban en ciertas tradiciones antiguas, así como los protestantes del siglo XVI, que impugnaban contra los católicos la autoridad, al mismo tiempo que querian establecer una para ellos. Los Padres debian, pues, probar á los racionalistas griegos, que con la filosofía independiente no era posible llegar á la verdad, y á los orientalistas que el paganismo no reposaba como el Cristianismo en la autoridad de la tradicion. Era menester argumentar de diferente manera, y si no se considera á quienes se dirigian, es fácil tenerlos por inoportunos.

Pero la filosofía que toma las cosas bajo su aspecto mas extenso, los ve abrir el camino á la nueva sociedad, colocados todavía en el terreno de la antigua. Combatiendo á esta descubren sus debilidades y secretos, y ponen de manifiesto las bases vacilantes y contradictorias en que estriba aquella filosofía; sustituyen á los jeroglíficos orientales el racionalismo cristiano, que abrazándolo todo en su majestuoso camino, nada anuncia sin demostrarlo; rompen el velo de los oráculos y de las nefandas iniciaciones, y descubren la ignorancia del hombre respecto de las verdades mas necesarias á su conducta, mas caras á su corazon, y mas dulces á sus esperanzas.

Y triunfaron. Desde aquel tiempo han cesado los reyes de matar á los Cristianos; pero ni ellos, ni la sabiduría concluyeron de combatirlos, y aun hoy desean los buenos la libertad de las conciencias como la invocaba Tertuliano, no ya solo para el Senado, ni para una ciudad ni una nacion, sino para el universo. Se han olvidado ya las cuestiones debatidas entónces; pero ellos combatieron para que nosotros, plebe sin derechos, ni fuerza, ni divinidad, dejásemos de ser esclavos en los calabozos, ó pasto de los leones para sanguinario placer del pueblo rey, ó juguete de los sofismas de los filósofos y de la arrogancia de los dominadores; combatieron para que pudiésemos comprender nuestra igualdad, y proclamarla en derecho hasta que el tiempo la consagre de hecho.

(1) Minucio Félix se ocupa en demostrar que no es cierto que los Cristianos adoren una cabeza de asno.

CAPÍTULO XXIX

Paz y constitucion de la Iglesia.

Muchos años hacía duraba la persecucion promovida por Diocleciano, cuando Galerio, movido acaso á mejores sentimientos por su enfermedad, en su nombre y en el de Constantino y Licinio, publicó un edicto de este tenor:

1º de marzo. 311. « Entre las asiduas atenciones que hemos » prestado al bien público, ha sido la una esta- » blecer las cosas conforme á la antigua disci- » plina romana, y hacer que se enmendasen los » Cristianos, los cuales, despreciando presun- » tuosamente la práctica de la antigüedad, aban- » donaron la religion de sus padres, y obstina- » dos en ciertas ideas, fabricaban á su capricho » leyes y se reunian en diferentes lugares. » Habiendo dado nosotros un edicto para que » todos se atuviesen á las reglas de sus antepa- » sados, muchos de ellos padecieron, muchos » perecieron. Viendo, no obstante, que la » mayor parte persisten obstinados en su opi- » nion, de manera que no quieren prestar el » debido culto á los dioses, ni tienen licencia » para servir al Dios de los Cristianos, por nues- » tra clemencia y por la costumbre que tenemos » siempre de hacer gracia á todos, les permi- » timos profesar libremente sus opiniones par- » ticulares, y reunirse en sus conventículos, » sin temor ni molestia, con tal que conserven » el debido respeto á las leyes y al gobierno » establecidos. Esperamos que nuestra indul- » gencia inducirá á los Cristianos á rogar á su » Dios por la prosperidad y la salud nuestra y » de la república (1). »

La opinion ántes perseguida, aun era aquí vilipendiada, pero se les toleraba, por lo cual salieron de los calabozos y de las minas los confesores; los que habian pecado, hacian penitencia; los desterrados volvian á ver sus dulces hogares, y en la profesion pública de su fe y de su culto, cantaban de nuevo el Dios fuerte que puede hacer de las piedras hijos de Abraham.

Sin embargo, Maximino, á ruego de los paganos de Antioquía, limitó la libertad de los Cristianos, y despues comenzó de nuevo la persecucion, no solo con tormentos, sino publicando

(1) Nos lo han conservado en griego EUSEBIO VIII, 17, y LACTANCIO en latin, *De morte persecutorum*, 34.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

blasfemias atribuidas á Cristo y á sus secuaces; y aunque no debia darse la muerte á los Cristianos, sino (soberana clemencia) mutilarles algun miembro, los ejecutores se excedian alguna vez con confianza.

Al contrario, Constantino debia merecer el nombre de Grande de parte de todos los que saben considerar como un mérito en un príncipe el aceptar las novedades mal combatidas hasta entónces. Quizá ignoraba aun las doctrinas cristianas; y ciertamente no estaban de acuerdo con ellas sus acciones. El año 308, despues de la victoria sobre los Francos, dirigió acciones de gracias á Apolo con magníficas ofrendas (1): Eusebio, su eterno encomiador, dice, que al partir para Italia, se puso á deliberar cuál dios elegiria (2), y que despues del milagro del lábaro, pidió doctores cristianos que lo instruyesen en su doctrina. Pero tenia á la vista el ejemplo de la piadosa Elena, su madre, y de su padre, el cual toleró y protegió á los Cristianos, aun cuando prohibió su culto por condescendencia hácia Diocleciano. Miéntras sus émulos procuraban captarse el favor popular secundando á los gentiles, la política aconsejaba á Constantino que buscase apoyo en los Cristianos, ménos numerosos, pero llenos de juventud y de la fuerza de quien viene á reformar; de manera que una imaginacion sagaz podiá prever que en su movimiento arrastrarian á la inercia pagana, y que quedarian de pié cuando el paganismo concluyese. Constantino, que les habia conocido de cerca, no podia temer su ambicion y sus culpas, creidas solo por quien les juzgaba por la fama y por el rencor.

Eusebio pretende pintarnos como guerra de religion la de Constantino con Licinio; pero en realidad, el uno y el otro ambicionaban reinar solos, aun cuando Licinio instigase á los suyos contra Constantino, presentándole como peligroso á los ritos patrios y á la constitucion eterna. Combatieron, y Constantino triunfante puso sobre la cruz la aureola de la victoria.

Tolerancia de Constantino.

Pero el paganismo tenia en su apoyo los sacerdotes, la aristocracia y los cuerpos municipales que frecuentemente habian provocado á los emperadores á la persecucion, y muchos magistrados y generales. Roma, á la cual estaban adheridas las personas de cuenta en memoria de los antiguos auspicios, y por una larga serie de sacerdocios; Roma, á la cual amaban ya por costumbre los libertos y esclavos, era considerada como el espléndido centro de la religion: los ritos y los juegos, mas que diversion, eran ocupacion y alimento del vulgo: de todas partes acudia allí la flor de la juventud, que en aquella sentina de todas las supersticiones, como la llama Jerónimo, bebia el odio al nombre cristiano en los templos, en los teatros y en las escuelas. Bastante era, pues, que el emperador tolerase tambien la nueva religion, concediéndole tanta libertad como á la antigua, sin aventurarse de golpe á un cambio que habria subvertido al Estado (1). Y para preparar á él los ánimos, descuidó algunos ritos nacionales; no celebró los juegos seculares el año 314; y si no impidió los capitolinos, á los cuales hubiera debido presentarse rodeado de los pontífices y del Senado y á la cabeza del ejército, tuvo el valor de burlarse de ellos (2).

¡Qué horror debia excitar en los Romanos el ver al sucesor de Augusto igualar con el pagano el culto que ántes estaba proscripto; eximir á sus sacerdotes de los cargos municipales como á los del gentilismo (3), y prohibir que en el dia de Dios se trabajase, ó que los jueces y las corporaciones se ocupasen de otra cosa mas que de la emancipacion de los hijos ó de los esclavos (4)! Cuando despues se encontró Constantino sin colegas ni rivales, y la traslacion de la sede á Bizancio le libertó de la suspicaz oposicion de los Romanos, favoreció abiertamente á los Cristianos, fué liberal con las iglesias; asistia en pié á las homilías de los obispos, presidia los concilios y tomaba parte en las disputas.

Háblase de una ley suya que prohibia el culto idólatra, pero quizá no se referia mas que á los desórdenes (τάμίσαρα τῆς ειδωλολαλαχρεας) y á los sacrificios en casas particulares. Por lo demas, decia en un edicto: « Los que aun se hallan » sumergidos en los errores del paganismo que » gozen tranquilidad como los fieles: la justicia » usada con ellos y la igualdad de tratamiento » respecto de unos y otros contribuirán á po- » nerlos en buen camino. Ninguno inquiete á » otro; cada uno elija su religion como juzgue » mas á propósito; tengan los que se sustraen » á vuestra obediencia, con tal que lo deseen, » templos consagrados á la mentira, y no se » moleste á nadie porque piense de diferente » manera. El que goce de la luz, sírvase de su » poder para iluminar á los demas, y si no lo » consigue, déjelos tranquilos. Una cosa es » combatir para adquirir la corona de la inmor- » talidad, y otra es usar de la violencia para » obligar á otro á profesar una religion (5). » Y así, en vez de hacer la guerra al paganismo, conservaba como sus predecesores el título de sumo pontífice, y en calidad de tal determinó el modo con que se habian de interrogar los arúspices cuando cayese un rayo en un monumento público; hizo cerrar los templos de Vénus junto al Líbano, y en Heliópolis de Siria, que eran un plantel de libertinaje; renovó la severidad de las Doce Tablas contra los vaticinios

(1) *Panegyrici vet.*, p. 215.
(2) *Vita Constantini*, c. 28.

(1) Constantino escribia á Arrio: « Estoy persuadido de que » si fuese tan feliz que atrajese á todos los hombres á la ado- » racion del mismo Dios, este cambio de religion produciria » otro en el gobierno, » y añade que procura conseguir este » objeto sin *hacer mucho ruido*. Eusеb. *Vit. Const.* II, 65.
(2) Mucho lo culpa por ello Zósimo, II, 7 y 30.
(3) *Cod. Theod.* XVII, tit. 2, 2.
(4) *Cod. Justin.* III, 12, III.
(5) Eusebio, *Vit. Const.* II, 56.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

secretos (1), prohibiendo los auspicios y las adivinaciones pedidos ó dados en secreto, miéntras que exhortaba á que se cumpliesen los ritos con solemnidad (2); confirmó á los flamines perpetuos y á los duunviros la exencion de ciertos cargos (3); y dejó que le esculpiesen en las medallas con títulos idólatras y con imágenes de deidades; despues, cuando murió, se le hicieron sacrificios segun el uso antiguo, inscribiéndole entre los dioses; tan distantes estaban los gentiles de creer que hubiese suplantado el culto nacional, y de prever que no está lejano el triunfo de la verdad cuando se le entregan armas iguales á las del error.

Lucha prolongada.

Tampoco la Iglesia tuvo la victoria por completo; por el contrario, se preparó mas que nunca para vencer la resistencia que le oponian en Occidente la política, y en Oriente las doctrinas. ¿Qué extraño que durase tanto tiempo la lucha? La filosofía griega era científica, ocupándose mas en inquirir la verdad que en dirigir las acciones, y aquellos mismos que atendian á este último efecto, como los estóicos y los neoplatónicos, consideraban solamente el bien del menor número. El Cristianismo al contrario, era una revolucion, no de especulaciones científicas, sino práctica por esencia; queria cambiar la condicion moral, y gobernar la voluntad y la vida. No propendia, pues, á obrar por medio de la sociedad, sino al contrario, á penetrar en las creencias, y por estas en las leyes como componente indestructible. En semejantes cambios el movimiento, en vez de detenerse en la superficie, se insinúa en las acciones y las ideas; se extiende á la sociedad doméstica no ménos que á la pública; penetra frecuentemente en los vínculos de la familia y del Estado y siempre en su sancion, de tal manera que la opinion reciente tiene delante de sí un órden legal que derribar, afecciones que combatir, costumbres inveteradas que destruir, y juicios arraigados que poner á discusion.

El vencer todo esto es ménos difícil cuando los innovadores llevan consigo una organizacion armónica y completa, una legislacion calcada en los dogmas que enseñaban, como Darío cuando trasplanta la religion de Zoroastro entre los Medos, á como los Españoles trasplantan la católica entre los Americanos. Pero el Cristianismo, sociedad espiritual encaminada á convencer los entendimientos y á rectificar los corazones mas bien que á trastornar las relaciones y la condicion exterior del hombre, cuando salió del angosto círculo de las Iglesias sin tener preparada ninguna teoría oficial que ofrecer á los emperadores convertidos, se encontró expuesto á las inevitables vacilaciones del aprendizaje.

Los sucesores de Constantino encontraban por tanto en los preceptos del Evangelio y en los consejos de la Iglesia materia para mejorar las leyes por la parte moral, establecer la inviolabilidad del nudo conyugal, restringir la autoridad de los padres y de los esposos, proteger la caridad, y endulzar la condicion de los esclavos; pero miéntras el espíritu de la legislacion civil se hacía cristiano, permanecia gentil la administracion del imperio. Como ántes era idéntico el soberano con el Estado, poseyendo una autoridad sin límites que hacía desmesurada la influencia de sus vicios, continuaban en la corte las costumbres perversas y las intrigas de los eunucos y los cortesanos; y las creencias evangélicas eran falseadas por el despotismo de teólogos coronados.

Si se agregan á esto la irreflexiva obstinacion de muchos en la doctrina de sus padres, la indeclinable necesidad de dejar subsistentes ciertas formas de gobierno, único puntal de la constitucion despues que se le quitaron sus fundamentos, las graves desventuras que afligieron al imperio, y las disensiones internas que agitaron á la Iglesia, quedará explicada la causa de que tan lentamente llegase el triunfo final de esta, y de que en su visible progreso se mezcláran extraños elementos.

Cuando despues dieron los Bárbaros el último golpe á las viejas instituciones, nada quedó en pié fuera de la sociedad cristiana y la jerarquía eclesiástica; y como no bastaba ya á los invasores, dueños de tantas provincias, el órden legal sugerido por las necesidades de las tribus pequeñas, el Cristianismo se dispuso á suministrarles uno nuevo; por lo cual, solamente entónces pudieron insinuarse tambien en los gobiernos las máximas evangélicas del amor al prójimo, de la fraternidad humana, de una justicia y de una moral superiores á todo derecho positivo, y de la obediencia que deben al Criador los súbditos y los imperantes.

No anticiparé los tiempos indicando los acontecimientos que pusieron obstáculos á esta obra, é impidieron que se desarraigasen los renacien-

(1) El tratado de Jámblico sobre los misterios de los Egipcios supone contínuamente una diferencia entre la adivinacion legal y pública, y la secreta y profana. Iguales en el objeto se diferenciaban en los medios. La primera era llamada por los Griegos teurgia, y la otra goetia. La magia teúrgica se encaminaba á perfeccionar el espíritu y purificar el alma, segun las ideas de entónces; y el que por su medio llegaba á la *auptosia*, esto es, á tener íntimo comercio con los dioses, se creía que participaba de la omnipotencia de estos. La magia goética ó hechicera era profesada por hombres en relacion con los espíritus malignos, y se creía mala y agente ó estímulo de culpas. Los que la cultivaban habitaban (así se decia) lugares subterráneos, y practicaban sus ritos profanos en la oscuridad de la noche, con víctimas negras, huesos de muertos ó cadáveres enteros, indagando ademas alguna vez el porvenir en las entrañas de niños y de hombres.

Así sucedia en Grecia; en Roma habrá ocurrido algo semejante, porque ademas de los augures públicos, respetados por la ley y la opinion, habia hechiceras, magos, adivinos, astrólogos, que con prácticas criminales, condenadas por la ley, mantenian la supersticion.

Estos últimos eran penados por las Doce Tablas con la muerte. Tiberio *haruspices secreto ac sine testibus consuli vetuit* (SUET. 63). Diocleciano pronunció que *ars mathematica damnabilis est, et interdicta omnino* (Cod. Justin. IX, 8, 2). Contra estos precisamente se dirigen las leyes de Constantino.

Véase en las *Mem. de la Academia de las Inscrip.* tom. VII. BONNAMY, *Du rapport de la magie avec la théologie païenne.*

(2) « Adite aras publicas atque delubra, et consuetudinis vestræ celebrate solemnia; nec enim prohibemus præteritæ superstitionis officia libera luce tractari. » Cod. Theod. IX, 16, 1, II.

(3) *Cod. Theod.* XXII, 1, 21-5, 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tes gérmanes del egoísmo y de la tiranía pagana. Nuestro deber aquí, despues de haber considerado la esencia interior del Cristianismo, es observar la forma externa que produjo, ó sea la Iglesia (1).

Era indispensable á una doctrina verdaderamente católica, cuya identidad quedaria destruida por la mas pequeña desviacion de la fe comun, un sacerdocio de tal modo organizado, que perpetuase la rigorosa conformidad de creencias en el infinito número de Estados en que se divide la comunidad espiritual, independientes y distintos por la variedad de lugares, de raza y de lengua. Si á medida que se han multiplicado los gobiernos temporales se hubiese dado á cada pueblo un clero especialmente propio, ¿cómo lograrian los diferentes cleros ponerse de acuerdo en la interpretacion de los sagrados textos y en la precision de la tradicion, sin dejarse extraviar por la vanidad patria, ó por el despotismo caprichoso, ó por la ignorancia que produce el aislamiento? La unidad del sacerdocio debia hacer, pues, que las diversas comunidades civiles conviniesen en una sola espiritual, y que se llegase á una ciudadanía tan universal de hecho como de nombre.

Jerarquía eclesiástica.

De esta suerte queda asegurada la existencia del poder eclesiástico al lado del temporal, sin que el uno amenaze al otro. En la sociedad espiritual, los miembros coligados en un solo cuerpo, en cualquier lugar que se encuentren, siempre que se trate de derechos y deberes comunes, se vigilan y sostienen alternativemente, y si en un país el miedo ó la corrupcion los extravian, se presentan pronto los de todos los demas para llamarlos á las tradiciones primitivas, sostener con el voto universal las conciencias vacilantes, y oponer á las arbitrariedades de los fuertes la barrera mas sólida y mas legal que los reduce para siempre á reinar sobre los cuerpos, dejando plena libertad á las almas y á los entendimientos.

En cuanto á los pueblos, encuentran impuesta una autoridad, no ya con la violencia, sino tal, que ante ella se inclina el espíritu sin que el corazon se envilezca, en atencion á que hablando desde lo alto, obliga pero no fuerza.

La organizacion exterior de la Iglesia procede de la de los Israelitas perfeccionada; sustituye á los levitas de la antigua ley el nuevo sacerdocio, el cual por la comunicacion del Espíritu Santo se propaga desde los apóstoles á sus sucesores, y se llama *clero* ó sea herencia, porque, como la tribu de Leví, tiene por única herencia el servicio divino.

Con el sacerdocio se introduce una distincion desconocida de los Griegos y de los Romanos entre sacerdotes y legos, distincion que se encuentra en los Cristianos desde el principio. Destinándose los sacerdotes al servicio especial de Dios, recibian la mision y la dignidad de los obispos con la imposicion de las manos. No comunicaron los apóstoles igual poder á todos los sacerdotes, sino que á unos nombraron presbíteros (*ancianos*), y á otros obispos (*intendentes*): y aun cuando se haya dado á estos alguna vez el título de presbíteros por las funciones que ejercian, nunca se encuentran nombrados como obispos los presbíteros, digan lo que quieran los que suponen que es el episcopado una usurpacion ambiciosa. Que la jerarquía estaba establecida desde los primeros tiempos, lo demuestra San Ignacio cuando exhorta á los magnesios á proceder en union con su obispo, el cual ocupa el lugar de Jesucristo, con los sacerdotes que representan á los apóstoles, y con los diáconos á quienes está confiado el cuidado de los altares; gradacion que nos han confirmado los escritores sucesivos.

Toda comunidad tenia un solo obispo, en cuya unidad estaba representada la de la Iglesia (1). Miéntras vivieron los apóstoles, eran los obispos sus coadyutores en los trabajos evangélicos, y despues sus sucesores, como depositarios de la pureza de la doctrina y de la plenitud del sacerdocio. *Cristianos para sí, obispos para los demas* (2), el grado no llevaba en sí la distincion del traje siquiera, sino que proseguian en las obras á que estaban habituados al principio; vivian frugalmente, ganando su sustento con sus manos (3), inspeccionando los ritos y la enseñanza, resolviendo las controversias que los fieles evitaban llevar á los tribunales legos infectados de fórmulas paganas; y sin rehuir las funciones mas minuciosas del sacerdocio, consolaban, socorrian, protegian y desempeñaban los demas oficios que la religion cristiana impone á aquellos á quienes confia cargos elevados. Todo nuevo obispo comunicaba su eleccion á sus hermanos por medio de cartas pastorales (γράμματα χανωνιχά), en las que hacía profesion de su fe; los unos á los otros se participaban despues la lista de los excomulgados, á fin de que ninguno de estos se trasladase á otras Iglesias, y daban cartas de recomendacion (*litteræ formatæ*) para los fieles de la propia diócesis que viajaban. Así la universalidad multiplicaba las relaciones, siendo un medio poderosísimo de civilizacion.

La iglesia de Roma, á la circunstancia de haber sido erigida en la primera ciudad de en-

(1) San Agustin define la Iglesia *populus fidelis per universum orbem dispersus*. In Ps, 49. Despues del cisma oriental se la definió « asamblea de personas unidas por la misma fe cristiana, y por la participacion en los mismos sacramentos, bajo la suprema direccion del papa, primer vicario de Cristo. » Casi igual definicion da la Iglesia griega, callando la unidad del jefe visible. La Iglesia protestante se llama *congregatio sanctorum in qua Evangelium recte docetur, et recte administrantur sacramenta*. Conf. Augustana, art. 7°. Los socinianos la definen así: *Ecclesia visibilis est cœtus eorum hominum qui doctrinam salutarem tenent et profitentur*. Catech. Cracoviensis p. 108.

(1) « Unde scire debes episcopum in Ecclesia esse, et Ecclesiam in episcopo; et si qui cum episcopo non sint, in Ecclesia non esse. » Cipriano, Ep. 69.

(2) San Agustin, *Serm.* 359.

(3) San Epifanio, *in hær.*, lib. 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tónces, unia la gloria de haber sido fundada ántes que otra alguna de Occidente por el mayor de los apóstoles, y bañada con su sangre y la de San Pablo; de suerte que se consideraba naturalmente á su obispo como jefe de la jerarquía, no obstante que los demas patriarcas compitiesen con él alguna veces.

Los papas.

Por ser punto muy importante de la constitucion católica la supremacía del obispo romano, todos los disidentes y algunos católicos se alzaron á negarla ó á limitarla. Dejando á otras ciencias la cuestion, diremos, que la llegada de Pedro á Roma se encuentra confirmada desde los primeros siglos, y que desde entónces ejercieron los obispos de Roma jurisdiccion sobre los demas en algunos casos, á lo cual dan fundamento varios pasajes de los Santos Padres, y especialmente el concilio de Sardica (1), que permite á los prelados acudir en apelacion de la sentencía sinodal ante el obispo de Roma. La primacía, no obstante, era mas bien de órden y dignidad que de poder ó de jurisdiccion, á lo ménos en la práctica (2). Cuando fué reconocida legalmente la Iglesia universal, y pudo congregar á sus representantes y publicar decretos por todo el imperio, se fundó la autoridad de la Santa Sede en actos legítimos, emanados del poder eclesiástico de acuerdo con el civil. Graciano y Valentiniano ordenaron que todo obispo pudiese apelar ante el romano de las sentencias del metropolitano, el cual debia exponer los motivos de su juicio: Valentiniano III, á pesar de la oposicion de San Hilario, obispo de Árles, quiso que los obispos se somestiesen á la decision del papa de la ciudad eterna (3): el concilio de Calcedonia pidió á San Leon la confirmacion de sus decretos; los obispos de Oriente escribieron al papa Simaco, reconociendo que las ovejas de Cristo habian sido confiadas al sucesor de Pedro *en todo el mundo habitado*: los de Epiro pedian á Hormísdas la confirmacion del obispo que habian elegido, cuyo papa extendió un formulario que los obispos debian trasmitir firmado á los metropolitanos, estos á los patriarcas, y los patriarcas al pontífice, como símbolo de la unidad, que las Iglesias de Oriente aceptaron, apresurándose á merecer la comunion de la Sede Apostólica, *en la cual reside la verdadera y completa solidez de la religion cristiana*. Ya veremos los medios con que se afirmó mejor, aun exteriormente, la primacía papal.

347.

318.

Patriarcas.

No conocia la Iglesia en los primeros siglos otros patriarcas mas que los obispos de Roma, de Alejandría y de Antioquía. « Estos tres antiguos (escribe Gregorio Magno) están sentados en una misma y sola cátedra apostólica; ejercen primacía porque sucedieron en la sede de Pedro y en su Iglesia fundada por Cristo en la unidad, y á la cual dió un jefe único para que presidiese las tres sillas principales de las tres ciudades régias, á fin de que estuviesen aquellas ligadas con el nudo indisoluble de la unidad, y uniesen estrechamente las otras Iglesias al jefe divinamente instituido para ser el vértice de toda la unidad. » Dependian aquellos del romano, á la manera que San Evodio y San Ignacio habian sido ordenados por San Pedro patriarcas de Antioquía, y habia sido enviado San Márcos para fundar la sede de Alejandría. Pero aquellos patriarcas ejercian autoridad sobre los metropolitanos y sobre los obispos de la provincia entera (1); los ordenaban, aceptaban la apelacion de sus sentencias, convocaban los sínodos, y decidian de las causas mayores. En atencion á sus recuerdos gloriosos, tambien se estableció despues un patriarca en Jerusalen, destruida la cual se trasladó á Cesárea, desde donde volvió á Jerusalen en tiempo del concilio de Calcedonia, y tenia bajo su jurisdiccion la Arabia Petrea y las tres Palestinas. El de Constantinopla fué elevado tambien á tal dignidad cuando se trasladó allí la sede imperial. En tiempo del cisma de los Tres Capítulos, obtuvo el mismo título el de Aquilea, de donde pasó á Venecia.

Otros dignatarios con el nombre de *Cátolicos* gobernaban las Iglesias mayores fuera del imperio, como las de Armenia, de Persia y de Abisinia, residentes en Sis, en Seleucia y en Auxum, recibian la investidura eclesiástica de los patriarcas de Antioquía ó de Alejandría, é instituidos que eran, ejercian jurisdiccion como los patriarcas; podian reunir concilios, consagrar y juzgar á los obispos, resolver las controversias, y delegar vicarios ó exarcas para el gobierno de las provincias remotas.

Se llamaban vicarios apostólicos los legados enviados por el papa con poderes extraordinarios para mantener ó restablecer el órden y la unidad en una Iglesia, é instituir obispos y monasterios en países recientemente convertidos. Los exarcas eran diputados de los patriarcas

(1) Can. 3, 4, 5.

(2) « La suprématie monarchique du souverain pontife..... n'a point été sans doute, dans son origine, ce qu'elle fut quelques siècles après; mais c'est en cela précisement qu'elle se montre divine; car tout ce qui existe légitimement et pour des siècles, existe d'abord en germe et se développe successivement. » De Maistre, *Du pape*, c. 6.

(3) « Hoc perenni sanctione decernimus, ne quid tam episcopis gallicanis quàm aliarum provinciarum, CONTRA CONSUETUDINEM VETEREM, liceat sine papæ urbis æternæ auctoritate tentare, sed illis omnibus pro lege sit quidquid sanxit vel sanxerit apostolicæ sedis auctoritas; ita ut quisquis episcoporum ad judicium romani antistitis evocatus venire neglexerit, per moderatorem ejusdem provinciæ adesse cogatur. » Cod. Theod. año 445. Siendo esta superioridad el fundamento de la unidad católica, todos los que se separaron de ella debieron impugnarla. Objetaron, pues, que el decreto de Graciano se refiere al cisma de Ursicino, de suerte que por esta circunstancia particular solamente extendió el emperador la jurisdicion del obispo de Roma hasta donde se habia propagado el cisma. Respecto del concilio de Sardica y del decreto de Valentiniano III, siendo imposible no ver reconocida en ellos la supremacía papal, encuentran la evasiva diciendo, que el primero solo estaba compuesto de obispos occidentales, y que aquel emperador no podia publicar leyes á las cuales tuviera que obedecer el Oriente.

(1) « Pensamos que como ordenáis á los metropolitanos por *vuestra propia* autoridad, no debéis permitir que otros creen obispos sin vuestro conocimiento y aprobacion. » *Ep.* de Inocencio I. El patriarca Alejandro de Antioquía.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con las mismas atribuciones, y donde no habia de estos hacian sus veces los primados, superiores á los metropolitanos de todo un país ó reino, como lo eran los vicarios del emperador, y residian en las mismas ciudades que estos. El año 417 confirió el papa Zosimo el primado de las Galias á Patroclo de Árles, con el derecho de ordenar los obispos de las provincias Narbonense y Vienense, de decidir en sus diferencias, de encomendar la decision de los negocios á personas de su eleccion, reservando las causas mayores á la Santa Sede. Otras Iglesias quisieron despues hacerse independientes, por lo cual llegó la Francia á tener ocho primados, el de Viena, de Narbona, de Lyon, de Sens, de Bourges, de Burdeos y de Ruan. Las principales sedes en Italia eran Roma y Milan. En la España Citerior, Tarragona, Sevilla en la Ulterior, Braga en el país de los Suevos, que despues fué Portugal, Cantorbery en Inglaterra, Armagh en Irlanda, San Andres en Escocia, Maguncia en Germania, Gnesen en Polonia, Upsal en Suecia y Lunden en Dinamarca obtuvieron en várias épocas el primado con diversos privilegios espirituales y políticos.

Sacerdotes.

Al principio, los *presbíteros*, extraños al culto y á la instruccion religiosa, eran ancianos diputados por los obispos para atender á las buenas costumbres y á los intereses temporales; despues se convirtieron en ayudantes y consejeros de aquellos, los cuales les ordenaban con la imposicion de las manos para que dirigiesen las preces y celebrasen el sacrificio; y cuando aquellos no podian hacerlo, bautizaban é imponian la penitencia en los casos urgentes, y alguna vez tambien predicaban (1).

No se daba la ordenacion á la manera que el bautismo y la penitencia, sino que el pueblo la pedia para los que conceptuaba dignos, y con su asentimiento los elegia el obispo, alguna vez contra la voluntad del elegido (2).

Ántes de haber comunicado los apóstoles el sacerdocio á ninguno, nombraron siete diáconos en Jerusalen, los cuales dispensaban la verdad, recibian y distribuían las limosnas de los fieles, llevaban los mensajes de una á otra Iglesia, y fijaban la disciplina.

Ordenes inferiores.

Cuando la Iglesia obtuvo la paz, se introdujeron las órdenes inferiores de los subdiáconos, acólitos, lectores, exorcistas, hostiarios y tonsurados ó pregoneros; pero no eran grados necesarios como actualmente, y cada uno permanecia en su puesto hasta que se presentaba el obispo, siendo várias las mansiones en la casa de Dios. Imitando tambien la complicadísima jerarquía que introdujo entónces Constantino en el imperio, se multiplicaron hasta el exceso los tonsurados inferiores, tanto que en Alejandría habia seis *parabolanos* para visitar los enfermos y mil ciento *inhumadores* en Constantinopla para abrir las fosas; miéntras tanto se instituían las nuevas dignidades de arciprestes, archidiáconos, cartularios, notarios y sincelos; se regulaba la elevacion por grados é intervalos; se asignaba traje distinto y tonsura; se exigia mas rigorosamente el celibato, y se excluía á los eclesiásticos de ciertos oficios y negocios seculares.

Bienes.

La comunidad de los bienes, posible en una sociedad reducida, cesó de ser conveniente cuando la Iglesia se extendió; y los prosélitos pudieron conservar sus bienes y aumentarlos cada uno con el tráfico, la industría y la herencia, estando obligados solamente á socorrer á los hermanos pobres, y á hacer una ofrenda en los hebdomadarios ó reuniones semanales, para el culto y sus ministros, y para obras de piedad. Una colecta en Cartago produjo en un momento cien mil sestercios para redimir á los hermanos de Numidia que habian sido hechos esclavos por los Bárbaros del desierto (1). Estando prohibido sin embargo por las leyes imperiales á los colegios y á las corporaciones poseer bienes sin dispensa del Senado ó del emperador, las Iglesias no los tuvieron sino al fin del siglo III. Custodiábase el dinero recogido por el obispo, quien por medio de los diáconos lo distribuía en donde habia necesidad, y generalmente se hacian tres divisiones: la primera para el mantenimiento del obispo y del clero; la segunda para el culto y los banquetes de caridad, y la última para los pobres, esclavos y encarcelados, para salvar la vida y el alma de los expósitos, y especialmente para los que hubiesen sufrido ó sufriesen por la justicia. No limitaban la caridad la distancia de las provincias, ni la diversidad de naciones, ni tampoco la diferencia de religion: la Iglesia romana socorria á algunos que se hallaban muy distantes (2); Juliano el Apóstata dice á los suyos que los Cristianos auxilian á los pobres aunque sean gentiles (3).

Excomunion.

No teniendo nada de coactivo esta sociedad inerme en medio de un mundo armado, solo castigaba á sus miembros viciosos excluyéndolos de su seno, como puede hacerlo toda congregacion con el que falta á sus pactos. La primera excomunion se dió por Pablo en Corinto (4). El pecador escandaloso, el apóstata, el homicida, el hereje, eran privados de toda participacion en las oblaciones y en las oraciones de los fieles, y rechazados como cosa manchada, hasta que con larga penitencia hubiesen expiado las culpas, mejorándose y sirviendo de útil disciplina á los demas. Al principio los obispos no hacian mas que denunciar á los excomulgados y prohibir todo comercio con ellos; pero despues doce sacerdotes, teniendo una luz

(1) *Sacerdotem oportet offerre, benedicere, præesse, prædicare, baptizare.* El Pontifical.

(2) *Quod plebs ipsa maximam habeat potestatem vel eligendi dignos sacerdotes, vel indignos recusandi.* CIPRIANO, *Ep.* 67.

(1) CIPRIANO, *Ep.* 62.

(2) Dionisio de Corintio, segun EUSEBIO IV, 23.

(3) *Ep.* 49, y LUCIANO *Peregrino.*

(4) *Ad Corinth.* 1ª II, 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

encendida, la arrojaban al suelo, pisándola, se quitaban los ornamentos del altar, se ponia la cruz en el suelo, y despues que el obispo habia pronunciado la excomunion, se tocaba la campana á muerto y se proferian los anatemas. Si uno así castigado entraba en la iglesia, se suspendian los oficios divinos; y si se negaba á salir, el sacerdote abandonaba el altar.

Penitencias. El que queria someterse á penitencia se presentaba el primer dia de cuaresma en traje humilde en el umbral de la iglesia, en donde el sacerdote le echaba ceniza en la cabeza, y debia pasar el tiempo llorando y ayunando. Habia cuatro clases de penitentes : *lacrimosos*, *oyentes*, *postrados y consistentes*. Excluidos los primeros hasta del acceso á los templos, estaban condenados al llanto, segregados de todos los fieles : los oyentes podian permanecer en el fondo de la iglesia, pero solo hasta el ofertorio : los otros eran admitidos á la lectura y al sermon, y despues tambien al sacrificio, pero no á la comunion, y siempre separados de los demas y con la cara en el suelo, vestian de luto, llevaban la cabellera despeinada y cubierta de ceniza, abandonaban toda delicadeza, los baños, las pomadas y los convites, y vivian entre ayunos, cilicios y oraciones.

El obispo imponia las penitencias, y podia dispensarlas en parte, no por completo. Variaba la medida segun las iglesias : generalmente consistian aquellas en dos años por causa de hurto, siete por la fornicacion, once por el perjurio, quince por el adulterio, y veinte por el homicidio : la apostasía no se absolvia mas que en la hora de la muerte.

Cumplida la pena, ó disminuida por las indulgencias obtenidas por el mérito de los mártires ó por la súplica de los hermanos, se presentaba el arrepentido á la manera de los suplicantes, y llegando á la puerta el obispo en medio de doce sacerdotes, preguntaba al arrepentido si queria sufrir la penitencia canónica, y despues que aquel habia confesado el pecado, implorado la disciplina y prometido la enmienda, recitaba el obispo los siete salmos penitenciales, dándole de vez en cuando con la vara, pronunciaba despues la absolucion, y el enmendado ingresaba de nuevo entre los hermanos. Habiéndose entibiado el celo de los fieles á medida que se aumentó su número, no fueron ya posibles las penitencias rigorosas. Se dividieron, pues, los pecados en públicos y secretos, aquellos denunciados por la voz general, y estos confesados por el reo : y continuó respecto de los primeros la penitencia y la absolucion pública, y la secreta para los demas. Los obispos fueron despues liberales en el ejercicio del derecho que les habian dado los concilios de moderar y permutar las penitencias, las cuales fueron así endulzándose poco á poco ; y despues del siglo VI, apénas se encuentra un ejemplar de rigorosa correccion, excepto para delitos capitales. En Occidente oían la confesion los obispos, y en Oriente se valian de un penitenciario.

Monjes. Penitentes voluntarios, y no ménos admirables que los mártires, fueron los monjes, que principiaron en Oriente. Se distinguian en cuatro clases : *cenobitas*, con habitacion, vida y ejercicios comunes; *eremitas*, que vivian en grutas y campos separados; *anacoretas*, solitarios de desierto en desierto, y *errantes*, que vagaban por las aldeas mendigando y distribuyendo signos de devocion, instrumentos de martirio, y despues tambien reliquias.

Ya en la religion mosáica, algunos, para consagrarse mas especialmente al espíritu, abandonaban los bienes y la patria, retirándose á lugares solitarios. Estos pertenecian á la sociedad de los esenios, y se llamaban en griego **Terapéutas.** terapéutas, esto es, siervos en cura. Reuníanse principalmente junto al lago Méris de Egipto, en habitaciones separadas, pero no tanto que no se pudiesen auxiliar recíprocamente contra los ladrones. Allí vivian en la templanza, no comiendo nada hasta despues de puesto el sol, y algunos solo cada tres ó cada seis dias, y no otra cosa mas que pan, acompañado cuando mas de hisopo con sal. El traje estaba de acuerdo con este rigor : oraban por mañana y tarde, y pasaban el resto del dia en leer y meditar los libros sagrados, buscándoles alegorías, y en componer himnos y cantarlos. El sábado se reunian en oratorios comunes, donde separados de las mujeres por una pared, se sentaban por órden de edad con las manos metidas en el pecho, la izquierda sobre la derecha : y el mas anciano y docto se levantaba, y hablaba sencilla y tranquilamente.

Cada siete semanas celebraban una fiesta, reuniéndose vestidos de blanco á comer y orar juntos, admitiendo tambien á las mujeres, y sentándose sin distincion. El profundo silencio que reinaba en estas reuniones se interrumpia alguna vez por alguno que proponia cualquiera cuestion sencilla, y la desarrollaba sencillamente bajo la apariencia de alegoría, porque consideraban las palabras como el cuerpo, y el sentido como el alma de la Escritura. Despues que habia terminado y obtenido la aprobacion, entonaba el orador un cántico, al cual hacian coro los demas : luego se servia en la mesa solamente el agua y el acostumbrado pan é hisopo; en seguida principiaban diferentes cánticos, y despues una danza imitando el paso del Mar Rojo. Habiendo empleado así la vigilia de la fiesta, al nacer la aurora se volvian el rostro al Oriente, pidiendo á Dios un dia feliz, la verdad y talento para entenderla, y despues cada uno se retiraba á los quehaceres acostumbrados (1).

Bien sea que estos se convirtiesen á la fe, ó ya que los imitasen los primeros Cristianos, es lo cierto que en tiempo de San Márcos muchos fieles hacian una vida semejante alrededor de Alejandría; gente que, indignada contra las impurezas del siglo, en vez de permanecer como los demas para combatirlas, se alejaba de ellas

(1) FILON, *De la vida contemplativa*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

oponiendo pasiones austeras á pasiones impuras.

San Antonio. 251-356.

Pablo de Tébas, escapado de la persecucion de Decio, vivió solitario en la Tebáida. Allí se retiró treinta años despues Antonio, hijo de una noble familia de Coma en el Egipto Superior. Educado cristianamente por su opulenta familia, no asistió á las escuelas para que no se comunicase con los otros niños, por lo cual no aprendió á leer ni á escribir. Muertos sus padres, y recordando que Cristo habia dicho : *Si quieres ser perfecto, anda, vende todos tus bienes y distribúyelos entre los pobres, sígueme y tendrás un tesoro en el cielo*, repartió entre sus vecinos los bienes raíces, vendió los muebles, y repartiendo el producto entre los pobres, se retiró á la vida ascética, trabajando, orando, conversando con ermitaños que vivian en opinion de santos, y haciéndose mejor á la vista de sus virtudes. Estableció su residencia en una de las muchas grutas de que está perforado el Egipto, combatiendo con la carne y con el espíritu impuro; despues vivió muchos años encerrado en una fortaleza destruida de la Tebáida, donde dos veces al año le llevaban pan solo. Habiendo luego salido de ella á instancias de sus amigos, los sedujo de tal manera con la descripcion de los bienes superiores, que muchos se trasladaron con él al desierto, por lo cual se convirtió en cenobítica su vida eremítica. De pronto se llenó todo el Egipto de monasterios; fundóse uno en cada punto donde se habia doblado la rodilla de un eremita, y semejantes á otras tantas ciudades, sin mujeres, sin familia, buscaban la union en el aislamiento, y quizá pudo ver cien mil aquel patriarca en su larga vida.

El Cristianismo, sin embargo, mas bien que á inspirar inclinaciones monacales, propendia á insinuarse en la sociedad, por lo cual aquellos mismos monjes salian de cuando en cuando de sus retiros para enseñar, ademas de que con su austero ejemplo favorecian la enmienda. Separados de los cuidados mundanos y hasta de los de la familia, para no atender mas que al alma, buscaban la perfeccion debilitando el cuerpo para ilustrar el espíritu. Estos mártires voluntarios, en los desiertos de la Tebáida, se ejercitaban cada uno en su celda en obras de piedad y penitencia, estudiando la moral, pero sin disputas, ni desprecio, ni casi palabras, no sabiendo muchos ni siquiera leer; congregábanse despues para *hacer caridad* con pocas raíces del desierto, tejer esteras, y escuchar de los decanos la lectura de los libros sagrados, sobre cuya enseñanza prolongaban despues sus meditaciones solitarias. No pedian limosnas, pero no las rehusaban; y algunos conservaban una heredad, creyendo necesario el trabajo para no perjudicar á los demas. Toda comunidad tenia su abad, y muchas juntas dependian alguna vez de un archimandrita.

Antonio gobernaba aquellos monasterios como padre; y ó bien vivia con los *lauros* ó anacoretas, participando de sus tareas, cánticos, estudios, ayunos, ú oraciones y contemplacion de los bienes futuros; ó escuchaba las palabras de los demas, y si encontraba en ellas algo útil, expresaba su alegría exclamando : *He aprendido;* ó iba á Alejandría para alentar á los fieles en tiempo de persecucion, ó se retiraba á grutas ocultas, ó labraba la tierra, ó tejia cestas para remunerar los dones de los que recurrian á él pidiendo consejos ó milagros.

Los jueces iban ó enviaban á pedir su parecer desde las ciudades; hasta el emperador y sus hijos le escribieron, y á los solitarios que manifestaban aquella admiracion demasiado frecuente con motivo de las condescendencias de los príncipes, les decia : *Si admiráis la dignacion de un emperador, polvo como nosotros y que volverá á ser polvo, ¡cuánto mas no debéis maravillaros de que nos haya escrito y hablado aquel que es monarca eterno* (1) ! Tales eran los sentimientos de dignidad que le inspiraba aquella misma humildad que aconsejaba como primera virtud. Decia á sus discípulos : *Cuando calláis, no creáis que dáis prueba de virtud, sino de que no sois dignos de hablar;* y habiéndosele manifestado en una vision cubierto todo el mundo de peligros, preguntó al Señor : *¿ Quién podrá evitar tantas asechanzas?* y le fué contestado : *El que sea verdaderamente humilde.*

Pero Antonio preveía la decadencia futura de la vida monástica, y *llegará un dia*, decia afligido, *llegará un dia en que los monjes se construirán magníficos edificios en las ciudades, amarán la vida delicada, y en nada se distinguirán de los mundanos mas que por el traje. Sin embargo, en la corrupcion general, alguno conservará siempre el espíritu de su estado, y la corona de estos será mas gloriosa, porque no habrán cedido á la multitud de los escándalos.* Así vivió hasta la edad de ciento cinco años.

San Pacomio. 292-348

Así continuaron los *lauros* hasta el año 356, cuando Pacomio, que habia conocido y admirado á los Cristianos militando á las órdenes de Constantino, y se habia hecho discípulo de Antonio, perfeccionó aquella vida uniendo los anacoretas en casas comunes (*cœnobia*), ó colocándolos aislados (*monasteria*), ó bien en recintos

(1) El mismo sentimiento respira este pasaje de San Juan Crisóstomo. « Si un grande de la tierra va á visitarlos, entónces principalmente se deja sentir la nada de todo lo que el mundo presenta de mas magnífico. Allí veréis un sencillo anacoreta, acostumbrado á remover la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, sentado en un terron, al lado de un general orgulloso de su poder y autoridad sobre un ejército. No salen de la boca del solitario viles adulaciones, sino consejos saludables, sublimes discursos, que no lisonjean el orgullo, y que serán provechosos para quien los escucha, á lo ménos todo el tiempo que permanezca en aquel santo consorcio : quedará él tambien elevado por los grandes pensamientos expuestos á sus oídos; pero ¡ay! en breve tornará á la bajeza de sus ideas mundanas Para aquellos piadosos solitarios los nombres de los grandes, de los príncipes de la tierra, no son mas que palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y de su magnificencia, como nos reímos nosotros de aquéllos niños que hacen de reyes en sus juegos. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(*claustra*), algunas de las cuales destinó para las mujeres.

¡ Poblacion singular habia sucedido á aquella antigua de Egipto! Trabajo, sobriedad y caridad constituían su vida ; la humildad era la virtud mas recomendada, necesaria por lo demas para la estabilidad de aquellas pequeñas repúblicas en que todo se hacía por la autoridad de uno solo, y para seguir el precepto evangélico : *No se cumpla mi voluntad, sino la de mi Padre.* Renegaban de todo parentesco, no debiendo ligarse con ningun comercio ni recuerdo á un mundo que se habia abandonado. Por consecuencia, se privaban de toda propiedad, de todo afecto, y hasta de la dignidad personal y de la voluntad, no atendiendo mas que al porvenir eterno. Era aquella la severidad que Orígenes habia reducido á teoría, para abolir el orígen animal del hombre y no conservar mas que su fin puramente angélico.

Juan Casiano, Escita, que fué á visitarlo con German, compañero suyo de vida monástica (1), fué acogido en Egipto por Arquebio, que habia
Casiano. 440. permanecido treinta y siete años entre los anacoretas, y que despues, segun él decia, habia sido arrojado por ellos como indigno, para ser hecho obispo de Panefisa. Habiéndose quitado la piel de cabra y dejado el baston, los guió al traves del país inundado hasta donde se hallaban los otros eremitas, con los cuales discurrieron acerca de las virtudes y la autoridad. Encontraron los valles llenos de estos devotos, viviendo en los antros de los antiguos troglodítas ó en los sepulcros de la Tebáida. Vestian una túnica larga (*colloba*) de lino que apénas les llegaba á la rodilla, y cuyas mangas no pasaban de los codos, recogida con un cinturon ó faja de lana, que cayendo por ambos lados del cuello, pasaba por debajo de los sobacos, y ceñia las caderas, de modo que los brazos quedasen libres ; detras pendian pequeñas capuchas, y encima de la túnica un manto de lino tambien (*maforte*) que cubria el cuello y los hombros, y encima de él una piel de cabra (*lelote*). No usaban cilicios, ni ostentacion alguna de padecimentos : iban descalzos ó con zuecos, y siempre con báculo. En las celdas no tenian mas que una estera de junco ó de palma para acostarse, y un haz de hojas de papiro para reclinar la cabeza de noche y sentarse de dia. Por experiencia preferian agua y pan á las legumbres y las frutas ; comian doce onzas de pan al dia, dividido en dos panecillos (*paximacia*), uno á la hora de nona, y el otro por la tarde, y no aprobaban el abstenerse muchos dias seguidos del alimento. Queriendo obsequiar á Casiano con un banquete, le presentaron una salsa de aceite y sal, y tres aceitunas, cinco guisantes, dos cerezas y un higo para cada uno. Casiano nos da una muestra de su paciencia, refiriendo que para dar el superior á aquellos extraños una leccion, aplicó una sonora bofetada á un cenobita, y que este no manifestó el mas pequeño descontento.

Melania, á quien conoceremos despues como discípula de San Jerónimo, se fué al desierto de Nitria á la edad de veintidos años, y encontró al anacoreta mas famoso, Pambo, el cual vivia haciendo cestos. Llevábale 300 libras de plata, que pueden apreciarse hoy en 200 mil francos. Sin dejar el ermitaño su ocupacion, dijo tranquilamente : *Dios os lo recompense*, y mandó á un discípulo que distribuyesen aquella suma entre los anacoretas de Libia, aun mas necesitados. « Yo estaba esperando (decia des- » pues Melania) que me honrase con alguna » bendicion, ó que hiciese algun elogio de tan » gran presente, » por lo cual, viendo que habia vuelto á su silencio, le dije : *Padre, os ruego que advirtáis que son trescientas libras de plata.* Y él sin mover la cabeza, ni mirar tampoco la cajita, contestó : *Hija mia, aquel á quien hacéis este don no necesita saber de vos su valor : el que pesa las montañas y tiene en su balanza las colinas con sus selvas, sabe mejor que vos el peso de vuestra plata.*

Efrem, encomiador y modelo de la vida eremítica, observó que un monje vecino suyo habia borrado en todos los libros el nombre de Dios y de Jesus, y preguntándole la causa, recibió esta respuesta : *La pecadora bañó con sus lágrimas los piés del Salvador, y los enjugó con sus cabellos. Donde quiera que yo veo el santo nombre, lo inundo de lágrimas para obtener el perdon de mis pecados*, á lo cual le dijo Efrem graciosamente : *Dios recompense tu piadosa intencion; pero te suplico que tengas alguna consideracion con los libros.*

Por la tarde y por la noche se congregaban para orar, recitando cada vez dos salmos, como les habia enseñado un ángel que habia descendido en medio de ellos para entonar las salmodias, y en esto, como en la oracion y el atavío, seguian enteramente las indicaciones del que los presidia. El sonido de un cuerno los convocaba á la oracion, y uno observaba las estrellas para despertarlos de noche á la vigilia prefijada : de dia no se reunian para orar juntos mas que el domingo y el sábado para la comunion, orando los demas dias en sus celdas, y trabajando para evitar el ocio y procurarse el sustento.

Cinco mil de estos monjes habitaban el monte Colsim ; quinientos en un solo monasterio, donde segun la tradicion habia habitado fugitivo Jesus siendo niño ; mil en otro de la Tebáida, donde solo entraba el que estaba dispuesto á no salir de él, y cerca de dos mil junto á Antinoopolis. En Oxirinca llegó el número de monjes á ser mayor que el de ciudadanos, ocupando los edificios públicos, los templos que habian cambiado de Dios, las puertas y las torres ; veinte mil vírgenes y diez mil monjes hacian resonar el aire de dia y de noche con alabanzas al Señor, ejerciendo la hospitalidad y las obras de misericordia. Sin contar los muchos monaste-

(1) Gennadio, c. 60 ; Casiano, *Collat.* XXIV, 1 ; y superior á todos Ros-Weyde *Vitæ Patrum.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rios pequeños, en el de Tabena en la Tebáida Superior estaban inscritos mil cuatrocientos monjes, y cuando acudian por la Pascua de todas partes, ascendian á cincuenta mil. El resto del tiempo cada monasterio estaba dividido en muchas casas, habiendo en cada una de ellas veinte ó cuarenta monjes, dedicados al mismo oficio, como estereros, tejedores, sastres y hortelanos, y cada casa estaba señalada con una letra del alfabeto, que cada monje llevaba en su túnica. Separados así del mundo, no solamente con el corazon y el entendimiento, sino tambien con el cuerpo y los miembros, parecia que no necesitaban ya ni ideas para la vida intelectual, ni alimento para la material, semejantes á muchos helechos que ostentan su alegre verdor sobre las rocas mas desnudas, ó al arbusto que sin tener sus raíces en la tierra crece solo con el alimento que recibe de arriba.

Desde el Egipto se propagó la vida monástica por la Palestina, la Siria y toda la cristiandad; despues le dieron reglas particulares San Basilio y San Agustin, siempre, sin embargo, sin votos, hasta que San Benito introdujo una disciplina mas estricta. Los monjes no se consideraban como parte del clero; pero en breve se presentaron predicando y recibieron las órdenes. Al principio disgustó esta novedad al clero secular, pero el segundo Concilio de Nicea dió á los abades de los monasterios poder para conferir las órdenes menores, y aseguró así á los monjes la dignidad clerical.

El cuidado con que vemos á los grandes santos huir del sacerdocio, era comun á los monjes de virtud mas austera. San Epifanio, obispo de Chipre, escribia al de Jerusalen la manera de que se sirvió para ordenar á Pauliniano en estos términos: « Miéntras se celebraba misa en » una iglesia de una aldea junto á nuestro mo» nasterio, y él no lo esperaba, le cogieron va» rios diáconos y taparon la boca, á fin de que » no nos conjurase en nombre de Cristo para » escaparse; ordenado diáceno, le intimamos en » nombre de Dios que desempeñase sus funcio» nes. Él se resistia con todo su poder, soste» niendo que era indigno de ello; y fué preciso » casi violentarlo, despues de haberle fatigado » bastante, persuadiéndole con los testimonios » de la Escritura y las órdenes de Dios. Cuando » hubo llenado las funciones de diácono en el » sacrificio, le hicimos de nuevo tapar la boca, » y le ordenaron de sacerdote con mucha difi» cultad, determinándole despues con las mis» mas razones á sentarse entre los sacerdotes. »

Napoleon decia que era menester un asilo para las grandes desventuras, un refugio para las imaginaciones excitadas; pero aquellos monjes, dedicados á la oracion, á la instruccion, á la hospitalidad y á la conversion, causaban miedo á los libres partidarios de la tiranía. Nuestra época está libre de ellos; es feliz, y puede considerar si han producido algun bien, y si eran oportunos en su tiempo. Hombres cansados de las pasiones sanguinarias y sobervias, amantes de Dios y del prójimo con un amor que los separaba de sí mismos, almas melancólicas, que se complacian en una tranquila admiracion de la verdad, y buscaban la suave poesía del silencio y el varonil placer de la abstinencia, se retiraban al desierto ó á los conventos, refugio de las persecuciones, buscando en ellos algo estable en medio de la conmocion universal y el olvido completo del mundo, ó el valor para volver á él á curarlo de sus males y errores.

Mucho tiempo continuaron en Oriente aquellos prodigios de mortificacion que la Iglesia propone para que se admiren, no para que se imiten. Algunos se llamaban no durmientes (*acemáticos*), porque ni de dia ni de noche cesaban de entonar salmodias; otros disputaban en la Persia el alimento á las fieras; Macario de Alejandría permanecia una cuaresma de pié sin comer otra cosa mas que algunas hojas espinosas el domingo; otros no pronunciaban una palabra hasta la muerte, y Simon Estilita vivió treinta años encima de una columna. Simon Estilita.

¡Locuras! decimos nosotros; pero aquella renuncia admirable de la vida y del amor de sí mismos seducia la imaginacion de los pueblos rudos, y daba á los civilizados una idea sublime de una religion capaz de conseguir el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia. Acudian en tropel los peregrinos á la columna del Estilita; las reinas de Arabia y de Persia pedian su intercesion, y Teodosio II sus consejos: en vida se disputaban los Sarracenos sus bendiciones, y despues de muerto sus reliquias.

El Estilita Daniel fué mas admirable por vivir en un clima rígido al Norte del Euxino, sobre una montaña expuesta á los vientos y á los hielos; en su columna recibia las visitas de los Bárbaros y los Romanos; el emperador Leon le consideraba como la salvaguardia de su reino, y remitió á su decision un tratado que habia hecho con algunos extranjeros. Cuando despues agitó un cisma á la Iglesia de Antioquía, el patriarca de Constantinopla envió órden á Daniel para que descendiese á fin de apaciguarlo; obedeció este despues de una larga resistencia, y así que hubo calmado los ánimos, volvió á su extraña penitencia.

Refieren los hagiógrafos que habiendo salido un dia Teodosio el Jóven de su palacio para hacer ejercicio, se dirigió á uno de los barrios de Constantinopla para vistar á un solitario de gran santidad. Habiendo entrado de incógnito en la pobre celda, se puso á hablar con él acerca de la vida monástica y de aquellos prodigios del Egipto, y mirando alrededor, y no viendo mas que algun mendrugo de pan en la cesta, le dijo: *Padre, dadme vuestra bendicion, y despues comeremos*. El solitario tomó agua, echó en ella algunos granos de sal y un poco de pan, y bebieron y comieron juntos. El emperador, así que se hubo descubierto, exclamó: *¡Oh! ¡felices vosotros, que en la soledad, libres de las penas del mundo, pasáis la vida pacífica y tranquila,*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sin mas cuidado que el de las almas, sin mas pensamiento que vuestra perfeccion, y el de haceros dignos de las recompensas eternas! Yo que he nacido entre la pompa del trono, puedo decir con verdad que siempre me he sentado á la mesa con el ánimo oprimido por los cuidados.

Sería menestar para que estas cosas agradasen á alguno de mis lectores, que impusiese á estos penitentes los nombres de Crátes, Diógenes y Fabricio. Es muy natural que se burlen de estas virtudes aquellos que admiran á los héroes homicidas, la libertad arrebatada á las naciones, y la gloria de matar á mayor número de hermanos. Pero si algun hombre feroz no conociendo mas freno que los límites de su propia fuerza, á la vista, ó á la voz de un piadoso anacoreta suspendió la muerte de un padre, ó la violacion de una esposa, yo bendigo á Dios que escoge en su misericordia los medios mas á propósito segun los tiempos.

Aun siendo cierto que se reunieran los apóstoles en Jerusalen para formar el símbolo de la fe comun, no puede llamarse esta reunion un síno-
Concilios. do : si bien tiene sus formas, pues disputándose entre los fieles si estaban ó no obligados los convertidos á circuncidarse y á las demas ceremonias judáicas, fueron convocados los cinco apóstoles que pudieron serlo. Pedro presidió la asamblea, proponiendo las cuestiones y exponiendo el primero su parecer; los demas lo emitieron despues, fundando en las Escrituras y en el consentimieuto universal la decision, expresada con la fórmula : *Parece al*
50. *Espíritu Santo y á nosotros*, la cual fué comunicada en seguida á las Iglesias particulares, no para que discutieran, sino para que la recibiesen con entera sumision (1). Esta asamblea sirvió de tipo á las restantes. No fiándose los obispos en su juicio, pedian el dictámen de los demas, y decidiendo en comun, encontraban á los hermanos mas dispuestos á ejecutar lo que juntos habian deliberado. Alguna vez, ademas de los sacerdotes, diáconos y principales del clero, se consultaba el voto de todo el pueblo, especialmente en las cosas de general interes, como eran las ordenaciones.

En Grecia y en Asia, donde quedaban restos ó memorias de las ligas de los Anfictiones y del Panjonio, se reunieron los primeros concilios provinciales, que despues se convocaban en épocas fijas, una ó dos veces al año, presidiendo el metropolitano, del cual eran una especie de consejo. Así como en Inglaterra en los primeros tiempos de su gobierno representativo, cuando se formó la cámara de los comunes, se multiplicaban las órdenes á fin de que se reunisen los parlamentos con frecuencia y regularidad, así tambien procedia la Iglesia con los concilios, queriendo que se celebrasen dos veces al año, y que no se disolviese uno sin haber señalado el sitio y la época del otro. Esto conservaba la union entre los sacerdotes aproximándolos, y consolidaba la disciplina; y cuando las persecuciones lo impedian, se suplian aquellos con cartas. Las decisiones (*cánones*), robustecidas por el consentimiento unánime de los obispos, sostenidas por la representacion del pueblo y del derecho divino, adquirian fuerza de ley para la provincia.

El primer concilio cierto, pues el de Antio- 152.
quía se cree supuesto, se celebró en Pérgamo; y en seguida se tuvo otro en Hierápolis contra 173.
las herejías de Valentin, de Montano y de Teodoto. Dió ocasion á otros la disputa suscitada respecto del tiempo de celebrar la Pascua. Se solemnizaba esta en Asia el décimocuarto dia de la luna de marzo, cualquiera que fuese el de la semana, segun lo instituido por los apóstoles Juan y Felipe; pero Pedro y Pablo la celebraban el domingo que sigue inmediatamente al plenilunio del mismo mes, cuya costumbre han conservado los papas. Habiendo ocurrido, pues, 196-97.
controversia, varios concilios estuvieron por la segunda opinion; pero Polícrates, obispo de Éfeso, sostuvo la primera, con tal obstinacion, que el papa Victor le excomulgó; si bien San Ireneo le aconsejó despues que no rompiese la comunion por un punto tan leve, y cada Iglesia continuó en la tradicion recibida.

Entre otros concilios mencionarémos el ter- 252.
cero cartaginense, de sesenta y seis obispos 314?
presididos por San Cipriano, donde se decidió que el bautismo debia conferirse á los recien nacidos; el arelatense, en el cual (contra otros de Cartago) se decidió que al hereje bautizado, 315?
cuando volviese á la verdad, no se le volviese á bautizar, imponiéndole solo las manos; y el ancirano, en el cual se estableció, que si el diácono declaraba en el acto de la uncion que no podia observar el celibato, podria tener mujer sin prohibírsele sus funciones; pero que si no lo declaraba, no debia pensar en ello.

Estas reuniones, las primeras del mundo en que el pueblo era convocado para discutir sus creencias, ademas de sus decisiones, son muy importantes en la historia para conocer la disciplina y las costumbres, porque tan admirablemente está constituida la Iglesia, que á la vez que es inmutable en cuanto al dogma, se acomoda en la disciplina á las necesidades del tiempo y las variaciones de la sociedad.

Bajo este aspecto, nos parece digno de sin- 300?
gular mencion el concilio de Elvira en España, en el cual diez y nueve obispos, veintiseis sacerdotes, bastantes diáconos, y hallándose presente el pueblo, constituyeron ochenta y un cánones de disciplina (*). Los primeros se refie-

(1) Los cincuenta ú ochenta y cuatro *Cánones* que llevan el nombre de los apóstoles y las *Constituciones apostólicas* referidas por Labbe, pueden ser de aquellos tiempos, pero no de los apóstoles. Los cuarenta y siete que se refieren al segundo bautizo de los herejes, son obra posterior, porque nunca los vemos citados en controversias relativas á aquellos puntos.

(*) Este es el famoso concilio iliberitano celebrado en una ciudad llamada *Ylliberi*, situada en la vertiente meridional de la sierra Elvira, en Granada. En un antiguo manuscrito se lee

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ren á la idolatría, previendo los muchos casos que en la vida comun se presentaban, é imponiendo graves penitencias al que subiese al Capitolio, ó diese espectáculos, ó suministrase trajes para pompas seculares, ó tolerase los ídolos, como no lo hiciese para evitar sublevaciones entre los esclavos. Prohibióse ademas en este concilio que se contase entre los mártires el que fuese muerto derribando ídolos, por no estar mandado esto en el Evangelio.

Preceptuábase tambien que la señora que matase á golpes á su esclava hiciera penitencia siete años; que el delator no fuera admitido á la comunion ni aun en la hora de la muerte; que el adúltero solo pudiera ser perdonado al tiempo de morir, y que fuesen privados aun de este último consuelo el adúltero que reincidiera despues de haber hecho penitencia; el connivente en el deshonor de su mujer; la mujer que hubiese procurado abortar; el que abusase de niños ó prostituyese sus hijas (1). Del mismo modo se vedaban el divorcio, los matrimonios de Cristianas con Gentiles ó Judíos, la ordenacion en una provincia de los que en otra hubieran recibido el bautismo, y la de los libertos cuyos amos fuesen paganos. Por último, mandábase que los obispos, sacerdotes y diáconos dedicados al servicio se abstuviesen de sus mujeres, y no pudieran tener en su compañía mas que hermanas ó vírgenes consagradas á Dios; que no abandonasen su residencia para ir á las ferias; que las meretrices, los conductores del circo y los mímicos que pidieran el bautismo lo recibieran, con tal que renunciasen á sus respectivos oficios; que las mujeres no pasáran la noche orando en los cementerios para evitar ocasiones de desórdenes; que no se pintasen figuras en las paredes de las iglesias.

El diácono que ántes de la ordenacion hubiese cometido pecado secreto, si lo confesaba por sí mismo, debia hacer penitencia tres años, y cinco si fuese denunciado por otro; de donde se deduce que entónces quedaban sujetos á la penitencia pública los clerigos, aunque luego se creyó necesario que ántes fuesen degradados.

Los emperadores concedieron privilegios al clero; el edicto de Constantino dió á las iglesias derecho de poseer bienes raíces; de manera que ya no recibieron su único sustento de las limosnas de los fieles; y los donativos y los legados bastaron, no solo para el culto, sino tambien á los ministros. Estos, sin embargo, no podian disponer por testamento de los bienes adquiridos, ni enajenar las propiedades eclesiásticas.

que asistieron á este concilio cuarenta y tres obispos y veintiseis presbíteros, que se sentaron entre ellos, con multitud de diáconos y pueblo que permanecian en pié. Entre los prelados estaban San Valerio, obispo de Zaragoza, Osio, de Córdoba, Sabino, de Sevilla, Melanto, de Toledo, y Liberio, de Mérida. (*N. del T.*)

(1) La Iglesia tiene el derecho de atar y desatar. Sin embargo, la romana se manifestó siempre muy clemente, y reprobó á Novaciano, porque pretendió poner límites á la misericordia de Dios.

Como la Iglesia reunia en su seno cuanto sobresalia por nacimiento, dones del entendimiento, habilidad, experiencia de negocios y virtud, colocada exteriormente en la sociedad, tuvo que dar á sus ministros aquel esplendor que no aumenta el valor interno moral del hombre, pero que le honra y le da consideracion, colocándolo al nivel de los grandes de la tierra. Y si estos, que tienen de su lado la fuerza, reputan necesarias las muestras exteriores, ¿por qué negárselas á un poder que no tiene otra influencia mas que la moral? Solo podrá censurarse esto cuando el medio se tome como fin, lo accesorio como principal, y cuando en vez de espiritualizar las prerogativas externas con la vida interior, se haga esta material, cargándola de intereses mundanos.

El sacrificio que ántes se ejecutaba privadamente en las prisiones de los mártires, ó sobre su tumba, por el obispo ó por el sacerdote, sin mas asistentes que el diácono, y hasta en cámaras particulares, se celebraba despues solemnemente con todos los obispos ó sacerdotes y el clero que se podia reunir, y pareció necesario introducir vasos de oro y de plata para dignidad de las iglesias.

Los eclesiásticos al principio no vestian de diversa manera que los legos por la necesidad de ocultarse (1), y era el traje acostumbrado de los Cristianos el manto filosófico sobre la túnica, cual se conserva hoy con poca variacion por los sacerdotes. La majestuosa toga iba cayendo en desuso ya en tiempo de Augusto (2), reservándose solo para ciertas ceremonias públicas, á pesar de que este emperador, y posteriormente Adriano, intentaron restablecer su uso; despues fué abandonada enteramente cuando la invasion de los Bárbaros, no conservando vestigios del antiguo traje mas que los eclesiásticos, los cuales de este modo llegaron á encontrarse diversamente vestidos del comun de los ciudadanos.

En las funciones de iglesia, los obispos ya en el siglo IV se cubrian la cabeza con un birrete ó mitra, derivado quizá de las tiaras ó de las ínfulas de los sacerdotes egipcios, helenos y hebreos; pero no se usó ántes del siglo VIII la mitra alta y de dos puntas (3), ni los pontífices llevaron la tiara ántes del X. Esta fué sencilla y lisa, hasta que Alejandro III le puso una corona, Bonifacio III le añadió otra, y Urbano V la tercera: creciendo los signos á medida que disminuía el hecho.

El anillo que distinguia á los caballeros romanos, fué pronto signo de dignidad eclesiástica. El uso del báculo pastoral que tiene la figura del cayado con que el pastor guia sus ganados, se remonta á los primeros tiempos, siendo de madera y en forma de muleta, cual

(1) De esto tratamos mas ampliamente en el libro VII.
(2) SUETONIO en *Aug.* 40.
(3) En el año 847 la encontramos concedida por el papa por especial privilegio.

BIBLIOTECA CIRCULANTE DE GUERRA TOMO N.º

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se conserva por los prelados griegos, ó bien retorcido por un extremo, recto por en medio y agudo por el fin (1).

El palio es una banda que cae sobre los hombros y sobre el pecho, señalada con cruces, para distintivo de los arzobispos : la estola representa quizá la sobrevesta, llamada con aquel nombre, ó el horario : el pañuelo blanco, que se ceñian al cuello á fin de que el sudor no manchase las vestiduras, se conservó en las sagradas funciones; el manípulo se deriva de la servilleta que llevaba al brazo el que servia las mesas sagradas; la casulla ó dalmática es la *pénula* antigua, con una especie de bolsa cuadrada pendiente de la cintura, y cerrada toda ella alrededor. Cuando al lino sustituyeron los hilos de oro, y las vestiduras se recargaron de piedras preciosas y bordados, pesaba al sacerdote tenerla levantada sobre el brazo, de manera que fué abierta por los lados, y se la hizo casulla. El uso que aun se conserva de alzarla cuando el sacerdote eleva la hostia, es un vestigio inútil del servicio que el acólito prestaba entónces por necesidad.

Véase, pues, á la Iglesia ordenada en monarquía electiva y representativa, uniendo la obediencia debida al jefe, aun cuando sacado del pueblo, con la libertad y la igualdad : ningun otro culto en el mundo supo crear una jerarquía organizada de manera que puede desarrollarse indefinidamente, y sin embargo sometida á una magistratura suprema é infalible en derecho y en hecho. Reyes y súbditos, individuos y asambleas no están sometidos mas que á la ley de Dios promulgada é interpretada por la Iglesia, á la cual dijo Jesucristo : *El que os oye me oye; apacentad mis ovejas, lo que desatéis será desatado, y lo que atéis será atado*. Así la autoridad y la obediencia están igualmente ennoblecidas.

El poder moral de los pontífices, tan eficaz en la edad média, se reduce á una negacion protectora, lo suficiente para impedir que se conculquen la justicia y la moralidad. El pontífice, como un pretor romano, pacífico é inerme, decide segun la equidad de las disensiones suscitadas entre los hombres por el interes ó la ambicion; como censor, advierte á los injustos y á los violentos, y como tribuno, protesta á favor de los oprimidos.

Sus ministros en un todo distintos de los del órden temporal, están obligados á la enseñanza universal, epilogada en símbolos conocidos de todos y expuestos al clérigo, al lego y al incrédulo, lo cual excluye el exclusivismo de las castas orientales y la vacilacion de los modernos reformados. Acercándose el sacerdote al soberano, como enviado de la monarquía de la Iglesia, recuerda la igualdad de todos y la preferencia debida á los pobres ; acercándose al pueblo, predica la sujecion razonada.

Con la imposicion del celibato se preparó una milicia, dispuesta á la menor señal á llevar la verdad á la extremidad de la tierra, exponerse á las epidemias, velar junto al lecho del moribundo ó la tarima del encarcelado, sin que la contengan los sentimientos, tanto mas fuertes cuanto mas legítimos, del amor conyugal y paterno. El estado de sus hijos, la esperanza de una colocacion no harán que el sacerdote se someta al poder cuyas exigencias deba resistir; ni la idea de asegurar la autoridad y los beneficios en la familia podrá inducirlo, ni aun en los tiempos mas extraordinarios, á querer hacerlos hereditarios y sustituir las castas orientales á la igualdad cristiana. Sin el celibato, los papas hácia el año 1000 y los obispos feudatarios hubieran reducido á servidumbre sacerdotal la Italia y el mundo; sin esta organizacion fuerte y considerada, no habria podido el Cristianismo regenerar al hombre y la sociedad. Celibato.

CAPÍTULO XXX

Sincretismo religioso (1).

Aunque el imperio permanecia todavía unido, podia preverse ya aquella division que Constantino primeramente, y despues la guerra, efectuó entre el Griego, el Latino y el Bárbaro. Este último obraba sobre los demas únicamente por la fuerza; el campo del pensamiento se disputaba entre el Oriente y el Occidente, y ya he dicho que emplearon diferentes armas (2). En Oriente, donde se mataba ménos y se discutia mas, se extendió rápidamente el Cristianismo, pero juntamente con él se suscitaron dudas y novedades, y esa serie de discusiones que nacen de toda verdad tan luego como se siembra entre los hombres donde puede quedar contaminada por los amigos, por los enemigos, y aun por los mismos medios de que el hombre se ve obligado á servirse para propagarla, esto es, la palabra y la escritura. De aquí que se preparase una nueva y á veces sangrienta persecucion á la Esposa de Cristo, que, segura en adelante de la constancia de los mártires, debia temer la seduccion del error, y prepararse á conservar en la integridad apostólica aquel vasto símbolo de la revelacion, en el cual cada parte, cada palabra corresponde al todo.

La verdad, objeto de la filosofía, es tambien único principio del Cristianismo, no ya como luz sencilla y natural de la mente, sino com-

(1) In baculi forma, præsul, datur hæc tibi norma .
Attrahe per primum, medio rege, punge per imum.
Attrahe peccantes, rege justos, punire vagantes.
Attrahe sustenta, stimula, vaga, morbida, lenta.

Glossa *in cap. un. de sacra unct.*

(1) Συγκρητισμὸς indicó primeramente la confederacion de varios pueblos de Creta; luego se aplicó á la union de várias sectas. ¿Quién hará una vez la historia de las palabras?

(2) Véase mas arriba pág. 499.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pleta, absoluta y eficaz. Concordes en el intento, pueden no estarlo en el sistema. El entendimiento humano en el sentimiento de su superior dignidad, en la alegría de ejercer su actividad para alcanzar las sublimes razones de donde emana toda existencia, y descubrir los misterios de la vida, se irrita cuando otro le manda creer lo que él mismo se considera capaz de descubrir; y si ve señalada una fuente suprema de todos los conocimientos, se alaba de bastarse á sí mismo para separar la luz de las tinieblas, para discernir el bien del mal con juicio independiente.

De aquí proceden los obstáculos que se oponen á toda verdad. Y el Cristianismo, que no se limita á una época ni á una nacion, sino que de pueblo en pueblo va cumpliendo la obra de educacion universal, debia encontrar resistencia fuera y agitaciones dentro. Dios revela la verdad por su Cristo, pero algunos le niegan; otros le tienen solo por uno de esos sabios que aparecen de tiempo en tiempo para dar alguna nueva aclaracion al insoluble problema de la humanidad; otros le miran como la via, la verdad y la vida, pero á medida de su propio juicio y de la voluntad y solo en cuanto puede admitirlo la inteligencia humana. Al paso que se aumenta y extiende esta espléndida institucion, el orgullo procura cada vez mas encontrarle al lado débil, y derribar el fundamento del edificio que se eleva hasta el cielo. Otros ademas, haciendo demasiado caso de la forma exterior, como el servicio divino y la constitucion jerárgica, y ateniéndose á las expresiones literales ó á los actos precisos del Divino Fundador, se constituyen en censores de las ceremonias y del gobierno de la Iglesia, y acalorándose llegan á declararse enemigos del dogma.

Por tanto, de los enemigos internos de la Iglesia, los unos dirigen el ataque contra las doctrinas profesadas por ella como las únicas verdaderas; los otros contra las formas exteriores; pero como á todo cambio esencial de la doctrina debia seguir uno en la forma exterior, y toda tentativa contra la forma debia fundarse alternativamente en la doctrina, fácilmente se confundieron los unos con los otros, y como frecuentemente dijeron los papas, tuvieron diferentes cabezas, pero una misma cola.

No dejarémos de mencionar las várias nerejías que surgieron en la Iglesia, porque representan la serie de las ideas que en el espacio de diez y ocho siglos han movido á la humanidad. Desde este punto pueden dividirse las teorías filosóficas en dos grandes ramas: las unas, que someten la razon á la fe, caminan con el símbolo cristiano; las otras se apartan de este, y someten la fe al raciocinio (*). Por consiguiente, examinarémos ante todo los sistemas filosóficos que se separaban de la verdad segun que:

1º Refundian la tradicion mosáica;

2º Ó alteraban el Cristianismo con las doctrinas orientales, desviándolo de su verdadero sentido.

3º Ú oponian á aquel lo mejor de la filosofía griega, procurando perpetuarla al traves de la religion naciente.

Expondremos, en fin, la doctrina de los primeros Padres, dejando que una ciencia mas sublime busque en ella las pruebas y el complemento de la revelacion.

Judíos. Ya hemos indicado que cuando se destruyó el primer templo, se alteró la pureza de la doctrina judáica, quizá por la mezcla con las orientales, por lo cual nacieron tres sectas, que representan la division natural de todo sistema religioso en decadencia: servil tenacidad, crítica y misticismo, á que correspondian respectivamente los fariseos, reducidos á las formas, los saduceos, que rechazaban toda ley ó creencia como no estuviese escrita en los libros santos, y los esenios, consagrados á la vida ascética (1).

Alejandrinos. Puede considerarse tambien como escuela judáica la fundada en Alejandría, con tendencia á despojar la doctrina patria de cuanto tenia de local y presentarla bajo formas convenientes al mundo griego, en cuya lengua la exponia, dejando ver al mismo tiempo el rencor que le inspiraban sus hermanos de Jerusalen, desde que el gran sacerdote Onías habia erigido el santuario de Leontópolis.

Ya en el reinado de Evergétes II habia insinuado Aristóbulo alguna novedad en las doctrinas judáicas, tomando los hechos particulares de la Biblia como alegorías de misterioso sentido, con lo cual descubria en Moises ideas, que con gran admiracion encontraban los Griegos idénticas á las de sus sabios (2). No contento con manifestar que Platon habia tomado todo lo mejor de su ciencia del código sagrado, compuso himnos con el nombre de Orfeo, de Lino, de Homero y de Hesiodo, llenos de doctrinas judáicas (3), que debian demostrar la prioridad de estas sobre las escuelas filosóficas. En esto, tanto él como sus partidarios ponian en comparacion la profunda moralidad de las leyes mosáicas con la inmoral inclinacion del gentilismo; pero con frecuencia se doblegaban los dogmas para atraer el espíritu de las naciones hácia el mosáico.

Filon. Con mas ingenio y mas doctrina que Aristóbulo continuó aquella obra Filon. Segun él, la Biblia, que es fuente de todas las doctrinas filosóficas y religiosas (4), tiene dos sentidos: uno literal para los hombres vulgares, y el otro

(*) Hay otra ademas que enlaza la razon con la fe y busca la síntesis de ambas. (*N. del T.*)

(1) Véase nuestro Libro IV, cap. 14.
(2) Orígenes *c. Celsum*, IV, 4.
(3) Eusebio, *Præp. evang.* XIII, 12.
(4) En el tratado *Que el mundo es incorruptible*, insinúa que Aristóteles tomó várias cosas del código hebreo μήποτε εὐσεβέως, καὶ ὁσίωσε πιστάπενος. Y mas claramente en el libro *Del juez.* — τῶν πάρ'. Ἄλλεσιν ἔνιοι νομοθέτων μεταγράψαντες ἐκ τῶν ἱεροτάτων Μωσέυς στήλων, etc. En el tratado *Que todo hombre honrado es libre*, supone á Zenon imitador de Moises: Ἔσικε δέ ὁ Ζένων ορύσασθαι τον λόγον ὥσπερ ἀπό τῆς πηγῆς Ιουδαίων νομοθεσίας.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

figurado, en el cual bajo la alegoría, los símbolos y las ceremonias se oculta una ciencia arcana, verdadera filosofía religiosa, accesible solamente al que ha meditado sobre la ciencia, se ha purificado con la virtud y se ha elevado con la contemplacion á Dios y al mundo intelectual. Filon creyó haberlo conseguido, iniciado como estaba en los grandes misterios de Moises y de Jeremías, y por consecuencia expone la parte que puede divulgarse. « Léjos de nos- » otros los hombres de corto ingenio; cierren los » oídos; trasmitimos misterios divinos á los que » han recibido la iniciacion sagrada, practican » la verdadera piedad, no están encadenados por » el vano aparato de palabras y de los presti- » gios del paganismo... Iniciados vosotros por » los oídos purificados, acoged todo esto en » vuestra alma, y no lo reveléis á ningun pro- » fano: custodiadlo oculto como un tesoro in- » corruptible, mas precioso que el oro y que la » plata, porque es la ciencia de la gran causa, » de la virtud y de lo que procede de la una y » de la otra (1). »

Conforme al precepto, se embrolla algunas veces de tal manera que cuesta gran trabajo comprenderle: sin embargo, procurarémos exponer el conjunto de sus doctrinas. Dios es el alma del mundo, que comunicando la forma á la materia inerte, produjo el universo. Imágen de Dios es el Verbo (λόγος), forma mas luciente que el fuego, porque este no es luz pura. Dos son los Verbos: el primero es la inteligencia divina, que contiene los tipos de todas las cosas, esto es, el mundo ideal, que como primer producto de la actividad de Dios es su hijo primogénito; el segundo es la palabra, ó sea el conjunto de las cualidades divinas en cuanto obran sobre el mundo físico, en suma, la accion de Dios sobre este. Dios padre, como criador, se casó con la sabiduría, su madre, que tuvo de él al hijo predilecto, esto es, el mundo físico. El Verbo, como primogénito del Criador, es el instrumento que este empleó en la creacion, el tipo por el cual dió forma á la materia (2), el sumo sacerdote, el gran mediador entre la Divinidad y el hombre: es el espíritu de Dios que educa al género humano.

Aunque el mundo esté hecho segun las ideas del Ser Supremo, el conocimiento propio de este no puede provenir de aquel, sino que es una especie de intuicion, concedida tan solo á los que se apartan de las cosas terrenas; en cuyo estado el hombre se hace merecedor de comunicaciones inmediatas, de irradiaciones por parte de Dios, ó de éxtasis que lo trasportan delante del Ser Supremo. Ninguno podria sin embargo sondear la naturaleza de este: solamente se conjetura que es análoga al espíritu humano en cuanto al pensamiento, y á la materia del sol en cuanto á la exquisita pureza de su esencia.

Este escritor curioso, que presenta una mezcla de cábala, de platonismo, y de ortodoxia mosáica, no sin alguna reminiscencia de Pitágoras, se dedica luego á explicar la creacion, para la cual dice que eran necesarios Dios, los cuatro elementos, el Verbo y la bondad divina. Ademas de las criaturas visibles, muchas invisibles llenan el aire, libres de males ó de la muerte, y segun su grado son ó ángeles, ó genios ó demonios, ó bien almas de los cuerpos, ó almas de los astros. No fué el hombre solamente obra de Dios, porque debia resultar capaz de virtud y de vicio. El mal en parte es necesario para la conservacion del todo, en parte es efecto inevitable de la alteracion de los elementos, en parte efecto del hombre mismo.

Consta el hombre de cuerpo y de alma, y esta de una parte racional y de una irracional: á la primera se refieren el entendimiento, el sentimiento y el habla, y á la otra las pasiones físicas. El primer hombre criado por Dios era excelente copia del Verbo divino, pero como la vista de la mujer lo excitó al deseo de la propagacion, adquirió gusto por el placer, de manera que cayó en una vida infeliz, y siempre en creciente corrupcion. Envia Dios su espíritu á los que quiere volver á la virtud, del cual se hace uno digno meditando, confiando en el Verbo divino, combatiendo la sensualidad y separando el alma de la materia.

Las almas purificadas se elevan á la region etérea, la cual « no es un inmenso desierto, sino » que está poblada de ciudadanos de alma in- » mortal é incorruptible, tan innumerables como » las estrellas. Algunas almas, mas inmediatas » á la tierra y á sus placeres, descienden á ella » para unirse á cuerpos mortales á quien aman. » Otras se separan de ellos para ascender mas, » segun el término fijado por la naturaleza, pero » el deseo de la vida terrestre les hace volver á » bajar. Otras, fastidiadas de las vanidades, huyen » del cuerpo como de una prision, y con alas » ligeras se elevan á las regiones etéreas, donde » pasan la eternidad (μετεωροπολοῦσι τὸναιῶα). » Las mejores de todas, guiadas por pensa- » mientos mas prudentes y divinos, desdeñando » lo que la tierra puede ofrecer, se hacen agentes » del Dios Supremo, ojos y oídos del gran rey, » viéndolo y oyéndolo todo. Los filósofos las » llaman *demonios*, el código sagrado *ángeles*, » esto es, mensajeros divinos, porque llevan á

(1) *De cherubim.* Los tratados de Filon que han llegado hasta nosotros son: La creacion del mundo. — Las alegorías del Génesis. — Los querubines. — Cain y Abel. — La agricultura de las almas. — Noé ó la embriaguez. — Los gigantes. — La inmutabilidad de Dios. — La confusion de las lenguas. — Abrahan, ó la vida del sabio. — José, ó los sueños. — Vida de Moises. — El amor de los hombres. — La creacion del príncipe. — El juez. — El verdadero valor. — El decálogo. — Las leyes particulares. — La monarquía de Dios. — Los sacrificadores. — Las víctimas. — Que el honrado es verdaderamente libre. — La vida contemplativa. — La nobleza. — El premio y el castigo. — La incorruptibilidad del mundo. — La providencia contra Flaco, y la embajada á Cayo César. — El cardenal Mai se engañó creyendo haber descubierto en la biblioteca Ambrosiana un tratado suyo de las virtudes y de sus partes, cuya obra habia publicado Gemistio Platon.

(2) Él llamó la materia οὔκον, no ya porque no exista, sino porque no posee la forma, sin la cual no se puede concebir ninguna realidad. Otro tanto hicieron Plotino y otros neoplatónicos y cristianos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» los hijos los mandamientos del Padre, y al » Padre las súplicas de los hijos; descienden » hácia la tierra y ascienden al cielo, no porque » tenga necesidad de informes el que todo lo » sabe, sino porque es bueno que los mortales » tengan intérpretes y mediadores, á fin de que » reverencien mejor al supremo árbitro de sus » destinos (1). »

Entre todos los pueblos cuidó Dios especialmente de los Israelitas. Estos están ahora dispersos por el pecado; pero cuando vuelvan á la virtud, aplacado Dios por las súplicas de los patriarcas, les devolverá la patria, y toda clase de prosperidades; la Palestina vivirá segura de extranjeros; un grande capitaneando á los hombres de bien someterá muchas naciones por amor, por respeto y por temor, y no se atenderá mas que á contemplar á Dios, sin disturbios ni pasiones.

En punto á moral merece mucha atencion este filósofo, ora se le quiera considerar como una preparacion del Evangelio, ora hubiese podido deducir de los primeros apóstoles las grandes verdades que proclama, pues que procura en todo acontecimiento, precepto ó personaje, ya ingeniosamente, ya como sofista, deducir lo que mejor favorece á la moralidad humana (2).

Aquel grande que Filon esperaba para regenerar su nacion, habia venido á ella, pero los suyos no lo conocieron, porque esperaban encontrar en él los caractéres de libertador temporal, de victoria y de venganza; por lo cual habiendo sido repudiados, vieron llamada á otra gente á cultivar la viña de Dios. Entónces quizá abrazaron los esenios el Cristianismo, y presentaron los primeros ejemplos de la vida monacal: los demas cesaron de disputar cuando Roma cumplió en ellos la prediccion de Cristo. Sin embargo, los Fariseos conservaron un simulacro de Sanedrin en Galilea, y fundaron en Tiberiade una escuela de intérpretes, famosa entre su nacion en todo el mundo, y que continuó las que se habian perpetuado desde los tiempos de Ésdras, las cuales habian conservado de la *cábala* ó tradicion venerables restos de la ciencia primitiva, tan antigua como el hombre, aun cuando no se quieran aceptar como auténticos el *Libro del hombre* y las *Diez hojas*, obras de Adan, y el *Ishirah* de Abrahan. « Debéis saber (dice Maimónides en el prefacio al *Seder Zerachim*) que los preceptos trasmitidos por Dios á Moises fueron acompañados de una interpretacion, habiendo dado Dios primeramente el texto y despues la explicacion. Cuando Moises volvia á su tienda, primeramente se encontró con Aaron, á quien repitió el texto y el comentario, tales como los habia recibido. Cuando Aaron fué á colocarse á la derecha de Moises, entraron Eleazar é Itmaro, sus hijos, á quienes repitió Moises lo que habia hablado con Aaron. Despues que Eleazar é Itmaro, se hubieron colocado el uno á la derecha y el otro á la izquierda de Moises, entraron los setenta ancianos de Israel, que fueron instruidos por Moises de la misma manera. Todo el pueblo vino despues buscando al Señor: y se le predicaron las mismas cosas hasta que todos las hubieron oído. Moises entónces se retiró, y Aaron repitió á los que quedaban lo que ya cuatro veces habian oído. Despues se retiró Aaron, y Eleazar é Itmaro repitieron á los ancianos y al pueblo lo que habian oído cuatro veces. Despues de retirarse Eleazar é Itmaro, los ancianos volvieron á repetir al pueblo cuanto habian oído ya cuatro veces. Josué y Finéas enseñaron estas cosas á sus sucesores, por cuyo medio continuó la cadena de las tradiciones sin interrumpirse hasta los tiempos de Júdas Hakadosh, fénix y ornamento principal de su siglo, por el cual fueron reunidas y escritas. »

Escuela de Tiberiade.

Fuera de Palestina se formó una cábala diversa de la antigua, introducida por Akiba, presidente de dicha escuela, y el mas docto de los rabinos. Favoreció este la insurreccion de Barcocébas, preconizándole como el verdadero Mesías, ya porque lo juzgase tal, ó porque creyese que habia de regenerar de algun modo á la nacion, y lo sirvió hasta de escudero aun cuando pasaba de cien años. Hecho prisionero, fué condenado á muerte, la cual recibió con regocijo, recitando la oracion ritual bajo el cuchillo del verdugo que la cortó hasta la mitad. Fué sepultado entre veinticuatro mil discípulos suyos, y con *su muerte pereció la gloria de la ley*.

El rabi Akiba.

135.

Precisamente el dia en que moria el último doctor de la ley oral, nació Júdas, el santo ó el príncipe (*Jehudah anassi ó akadosh*), descendiente de Hilel, que habia predicado por fundamento de su religion el amar al prójimo como á sí mismo: Desesperando Júdas de la regeneracion de su patria, sobre cuyas reliquias pesaba Roma armada, y á fin de consolar á sus compatriotas esparcidos por toda la tierra, y para que no incurriesen en el materialismo, á cuyo extremo podria conducirlos la letra del texto hebreo, reunió por escrito las tradiciones que trasmitidas de viva voz se hubieran perdido ó alterado, y compiló la *Misna*, esto es, ley

Júdas.

(1) De los sueños, pág. 586.

(2) « Reprensible es quien celebra la nobleza como sumo bien y causa de gran bien, y cree noble al que nace de un matrimonio ilustre y rico.... Han de llamarse solamente nobles los prudentes y justos, aunque sean hijos de siervos... Por consiguiente, la nobleza, si Dios le diese voz humana, yo creo que diria: El buen nacimiento no solo se estima por la sangre, sino por los hechos y por las inclinaciones; vosotros al contrario, amáis lo que yo aborrezco, y reprobáis lo que á mí me agrada.» Filon, Περὶ εὐγενείας.

» Una vida, por larga que fuese, no bastaria para decir las alabanzas de la igualdad, y de la justicia que procede de esta. Porque la igualdad es madre de la justicia... En la ciudad produce la democracia, ó la administracion popular, la mejor y mas legítima especie de gobierno... sin ser agitados por la olocracia, en la cual la multitud lo destruye todo. » Περὶ καταστασέως ἄρχοντος y Περ γεογίας. Entre los Hebreos no habia nobleza de estirpe, sino aquella sola que se deriva de la ciencia y de las armas, y por cuyo medio podia ascender el último hombre hasta la dignidad de jefe del sanedrin y del Estado.

Véase á Matter, *Hist. crit. du Gnostic.* Sect. I, c. 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

secundaria (1). Le siguieron una serie de intérpretes y comentadores, cuyas obras constituyen la *Guemara* ó gran glosa, la cual forma con la Misna el *Talmud* ó sea doctrinal.

Guemara. 279. Dos son las Guemaras : la de Jersualen reunida en un volúmen por el rabino Simon ben Jocai y la de Babilonia, principiada por el rabino Asces, muerto el año 427, y completada en doce volúmenes, 73 años despues, por el rabino José. Esta es mas famosa y completa, como fruto maduro de escuelas que se conservaron florecientes hasta el siglo XII; pero la de Jerusalen, mas limpia de intrusiones, suministra mayor luz sobre la antigüedad. Los rabinos comparan la Biblia con el agua, la Misna con el vino, la Guemara con el hipocras, y en otra parte la primera con la sal, la segunda con la pimienta, y la última con los perfumes. Eliezer decia en el lecho de muerte á sus discípulos : *Leed las escrituras, y ateneos al Talmud:* y otro rabino escribe : *El mismo Dios leé el Talmud, se somete á sus preceptos, y su capítulo predilecto es el de la Ternera roja.*

Procediendo de Dios por medio de Moises la ley escrita y la oral, que es su interpretacion ó aplicacion, ambas merecen igual fe. La oral se dirige á ilustrar la escrita, apoyándose en cinco puntos cardinales : 1° explicaciones tradicionales, que un ligero raciocinio basta para encontrar en la escritura; 2° el derecho dictado por Moises; 3° el derecho que se deduce por raciocinions de aquel escrito, en el cual es menester recorrer las diversas opiniones para elegir la mas probable; 4° los decretos de los profetas y de los poderosos de los siglos para *vallado de la ley*, esto es, reglas no de absoluta necesidad, sino á propósito para reparar la decadencia de la fe y la depravacion de la moral. Por último, las convenciones humanas dirigidas á sublimar el espíritu, á enfrenar las pasiones, y á encaminarlas á un fin elevado.

Para comprender la Guemara, se necesita un conocimiento profundo del hebreo, á causa de la mezcla de dialectos en que está escrita; pero es de no ménos utilidad que placer aquella serie de sentencias, muchas sagaces, y algunas tambien sublimes.

Simon el Justo decia que por tres cosas existe el mundo : por el estudio de la ley divina, por su observancia y por la caridad. Y Antígono, su discípulo, decia al mismo propósito : *No seáis respecto de Dios como los craidos que sirven al amo por amor á la recompensa, sino como el que no se propone tal fin;* y *no os abandone el temor del Cielo.*

Josué, hijo de Peraya, tenido por maestro de Jesucristo, decia : *Házte con un preceptor, adquiere un amigo, y juzga bien de todos los hombres.* José, hijo de Joezer : *Haz de tu casa una academia para los sabios, cúbrete con el polvo de sus piés; bebe con avidez sus palabras.* José, hijo de Joanan : *Que esté abierta tu casa con liberalidad; sean los pobres tus amigos, y no charles con mujeres.* Semánias decia en fin : *Ama el arte, odia la grandeza, y no te hagas conocer de los poderosos.*

Hilel era leñador, y ganaba una moneda cada dia, cuya mitad invertia en su pobre subsistencia y la de su familia, dedicando la otra mitad para el estudio. Desprovisto un dia de medios, se sentó en el umbral de la academia para oir las explicaciones, y allí sufrió los rigores de la nieve que caía. Habiéndole encontrado allí, llegó á ser un maestro muy famoso, y decia : *El que va en busca de nueva fama, pierde la primera : el que no aumenta el estudio, olvida : el que no ha aprendido, merece la muerte : el que se sirve de la ley divina como de un arma, muere.—Si yo no soy para mí, ¿quién será para mí? Cuando lo son ellos. ¿qué soy yo? si ahora no soy, ¿cuándo seré?*

Simon decia : *Fuí educado entre sabios, y no encontré nada mejor que callar. No constituye al hombre el hablar sino el estudiar. Quien mucho habla frecuentemente yerra. Tres son las bases del mundo : Justicia, verdad y paz.* Y Raban Gamaliel : *Sed prudentes con los poderosos que acarician al hombre solamente cuando le necesitan, y le abandonan cuando tiene necesidad de ellos. Haz que tu voluntad sea la de Dios, y él hará que sea suya la tuya. Anula tu voluntad por la suya y él anulará la de los demas por la tuya. No te separes del comun de los hombres; no te fies de tí hasta el dia de la muerte; no digas lo que se debe saber que sabes : no digas :* Cuando tenga tiempo, estudiaré, *porque quizá no lo tendrás. El ignorante no teme el pecado : el hombre vulgar no puede ser verdadero devoto : el pusilánime no puede aprender, ni el iracundo enseñar. Cuando otros no son hombres, procura serlo tú.* Viendo un cráneo sobrenadar en el agua, dijo : *Estás sumergido, y sumergido fuiste, y los que te ahogaron serán ahogados. El gordo tiene mas gusanos que le coman, el rico mas dolores, el polígamo mas hechiceras que temer; quien tiene muchas esclavas, tiene mucha lujuria : el que tiene muchos esclavos, muchos latrocinios : quien ha estudiado mucho la ley, tiene mucha vida. El que está quieto, adquiere mayor ciencia : el que se aconseja mucho, tendrá mucha prudencia : el que es benéfico, tiene paz : el que acata el renombre, le acata para sí : el que respeta la ley divina, adquiere la vida eterna.*

Raban Ivanan ben Zucai tenia cinco discípulos á quienes proguntó : *Qué camino debe escoger el hombre?* El primero contestó : *Creer buenos á todos :* el segundo : *Un buen compañero :* el tercero : *Un buen vecino :* el cuarto : *Prever el porvenir*, y el quinto : *Un buen corazon.*

(1) Pudieran oponerse á los detractores de estas poderosas autoridades cristianas, que la elogian como á propósito para comprender algunos pasajes oscuros del código sagrado. Véase el Diccionario del prof. De Rossi.

Está haciendo una version del Talmud el abate Chiarini prof. en Varsovia, en preparacion de la cual imprimió la *Théorie du judaïsme.* Paris, 1830.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ivanan elogió el último parecer, porque comprende todas las cosas (1).

El Talmud, ademas de los dogmas y la disciplina, contiene un gran número de cuestiones de física, medicina, historia, astronomía, astrología judiciaria y geografía. Hay en él tambien una parte que denominan *Baridá* ó sea *lo de fuera*, porque cuando se conponia el Talmud, algunos doctores á cuya cabeza estaba el rabino Isaac, que habia asistido á las discusiones teológicas, salian á fuera para discutirlas mas extensamente, y sus debates se escribieron principiando generalmente con la voz *baridá* ó *savri*, ó sea *creen*.

Así, pues, los rabinos que contribuyeron á la composicion del Talmud, son de cuatro clases : mísnicos (*tanaim*), decidores (*emoraim*), talmudistas (*sevorae*), y creyentes ó de la baridá. Literalistas ó *caraim* se llaman en fin los que rechazando la interpretacion talmúdica quieren solo la Escritura libremente interpretada.

Cábala filosófica.

En estos libros ó autores se funda la nueva filosofía cabalística, que puede distinguirse en práctica y en contemplativa, y esta de nuevo en literaria y en filosófica. La literaria es una explicacion artificial y simbólica de los libros santos, que se halla por medio de la trasposicion de las palabras ó las letras de los versículos : la otra ofrece una metafísica elevada, y si se aplica á conocer las perfecciones de Dios y de las inteligencias superiores, se llama *mercara*, esto es, carro, aludiendo á la vision de Ezequiel; si se fija en el mundo sublunar, la llaman *bereschit*, que es la primera palabra del Génesis. De esta manera encuentran un sistema de física y metafísica, que en el fondo se reduce á un probabilismo, deducido de las ideas panteístas orientales, y oscurecido con narraciones.

Segun estas, *Or-Hensoph*, océano de luz, es la sustancia primitiva, que colocando un velo delante de sí, escribe en él las formas de los objetos, y así crea. Su primera emanacion fué Adan Cadmon, imágen de Dios y tipo del hombre, figurado en un anciano de majestad y vigor admirables con cabellera y barba compuestas de innumerables mundos (2), y del cual salen emanaciones decrecientes, como son los diez *Sefirot* ó círculos luminosos, y los cuatro mundos Aziluth, Briah, Jesirah, Aziah. Pero la materia, oscurecimiento de los rayos divinos, no existe mas que en idea. Dios guia inmediatamente al pueblo hebreo, confiando á los ángeles las otras setenta naciones que están situadas alrededor de Jerusalen, centro de la tierra.

Aplicando al universo un pensamiento de Moises relativo al hombre (3), supusieron una circulacion universal del mundo, esto es, que la sustancia primitiva se irradiaba en todo el espacio por infinito número de canales, desenvolviendo en sus inmensos giros todos los mundos posibles y sus propiedades, estableciendo sus relaciones y simpatías y una unidad sin fin.

La sustancia ensófica lo llenaba todo al principio, idéntica en todas partes, pero conteniendo en sí la facultad de producir en el exterior un número indeterminado de atributos y de propiedades. Esta sustancia se contrajo en sí misma, por lo cual resultó un vacío orbicular sin otra cosa mas que puntos lucientes á várias distancias para denotar la situacion de los mundos futuros. Creado así el espacio, volvió la sustancia á extenderse, como una ola, por el primer canal de la circulacion interior. Hasta aquí sin embargo permanecia esta idéntica á sí misma, sin producir nada; pero los cabalistas enseñan, que la sustancia primitiva puede multiplicarse por sí misma y dividirse por decenas. Las diez facultades de su naturaleza se llaman Sefirot, y por su medio se debian manifestar las variaciones externas. Los nombres de los Sefirot eran corona, inteligencia, sabiduría, fuerza, misericordia, belleza, triunfo, gloria, fundamento, imperio, y cada uno y sus emanaciones podian descomponerse en decenas.

Lanzada la ola primitiva de la sustancia ensófica en la profundidad del espacio orbicular, dejó emanar de sí otros canales (*Kelim*) secundarios, divididos y subdivididos sin término, cuya composicion llenaba de nuevo el espacio, pero de una manera diversa de la primera inmovilidad, esto es, moviéndose y desenvolviendo todas las propiedades, fuerzas y esplendores, de las cuales resultó el universo.

Así, cuanto mas próxima á su orígen se encuentra la sustancia circulante, mas rica es en propiedades; cuantos mas mundos atraviesa, mas luz, pureza y fuerza pierde. El hombre debe trabajar, pues, para disminuir el intervalo con la fuerza del pensamiento y la santidad del alma, y llegar á ser vaso de eleccion.

De esta hipótesis dedujo la suya el famoso Judío Espinosa, que proclamó : *La naturaleza es Dios : el hombre no puede hacer nacido malo, de lo contrario, sería menester concluir que Dios es malo, y todo se confunde en Dios* (1). 1632.

Á la teoría de las emanaciones se agrega una multitud de ficciones sobre los demonios, sobre los cuatro elementos del alma, su formacion y orígen, y sobre el hombre considerado como microcosmo, envuelto todo en nubes que cuesta trabajo disipar. El que tenga presente á Zo-

(1) Están tomadas de la IX^a^ subdivision del IV órden de la Misna *Pirké avot* (*Máximas de los Padres*).

(2) « In quadraginta millia mundorum extenditur album calvariæ capitis senioris... in cranio quotidie consistunt tresdecies mille myriades mundorum, qui accipiunt ab eo, et fulciuntur super eo. » Zohar, Idra Rabba, ó sea simbolo grande, sec. III.

(3) Anima omnis carnis in sanguine est, unde dixi filiis Israel: Sanguinem universæ carnis non comederitis, quia anima carnis in sanguine est. Levit. XII, 11, 14.

(1) Se lee un informe respecto de la Cábala y de sus dos libros fundamentales, esto es, el *Zohar* y *De la Creacion*, en el primer tomo de la *Mémoires de l'Académie royale des sciences morales et politiques de l'Institut de France*; *Savants étrangers*, 1842. Por lo que hace á la filosofía cabalística, véanse nuestros documentos de FILOSOFÍA.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

roastro (1) encontrará en él una semejanza fundamental con la cábala, la cual pudiera creerse introducida entre los Hebreos cuando la esclavitud los puso en contacto con los Persas, con quienes siempre conservaron comunicaciones, y siendo este un nuevo paso por donde las ideas orientales se trasladaron al Occidente.

La cábala práctica multiplica las ya minuciosas prescripciones de Moises, hasta el punto de darles preponderancia sobre la moral. De la doctrina de los domonios resulta una especie particular de magia que obra prodigios con la aplicacion artificial de las palabras y del sentido de sus libros. Dicen estos que Dios impuso los nombres á las cosas, y que coligándolos comunicó gran eficacia á su union : los de los hombres, segun la Biblia, están escritos en el cielo, y la música de David producia portentos. Existe pues una virtud secreta en las palabras, y mayor en las de la Escritura ó en las que denotan la Divinidad. Moises y Daniel superaron á los magos de Faraon y de Ciro porque conocian estas palabras; y los milagros de los demas profetas se cumplieron disponiendo en cierto órden las voces que expresan el nombre de Dios y sus perfecciones, ó el de los ángeles y de los demonios.

Por medio de una cadena suben las cosas desde la tierra al cielo, y á tal palabra ó á tal número está unida la idea de una parte del cuerpo, de una planta, de un animal, de un vicio, de una virtud, de un astro ó de un ángel, de manera que cambiando palabras y números se produce una agitacion simpática, correspondiente á sus elementos.

De aquí proceden las aplicaciones teúrgicas, las prácticas supersticiosas y los delirios á que posteriormente condujo esta ciencia á los ingenios, inclinándoles especialmente á la teurgia, en tiempo de Reuclino, de frai Zorzi, de Cornelio Agripa y de Raimundo Lulio (2).

Así, pues, aquel pueblo, que ántes que someterse á un señor dejó destruir su patria, se inclinó en el destierro al yugo de maestros supersticiosos, de los cuales sin embargo se apartan los mejores de sus individuos, conservando la integridad de la tradicion, á pesar de que no se han mantenido libres de los delirios de estos místicos ni aun sus oraciones.

Hebraizantes. Miéntras que algunos Hebreos rechazaban toda influencia del Cristianismo, otros lo abrazaron, introduciendo en él herejías, de formas infinitas y de naturaleza única. Los Hebreos convertidos querian conservar en la nueva Iglesia algunas ceremonias y prácticas de la Sinagoga, de las cuales quedaban libres los creyentes. Como el mismo Cristo se habia sometido á ellas, y los primeros obispos de Jerusalen habian sido circuncidados, y las iglesias lejanas habian considerado á esta como principal miéntras no se establecieron otras sociedades numerosas en Antioquía, Corinto, Éfeso, Alejandría y Roma, por eso los Cristianos judaizantes ó nazarenos pretendian imponer como ley á la Iglesia Católica lo que al principio no habia estado mas que tolerado.

Reprobados, se retiraron á Pela, hasta que á fin de sustraerse á la persecucion de Adriano, é imitando á su obispo Márcos, de orígen gentil, renunciaron á los ritos mosáicos, conformándose con la Iglesia Católica. Los pocos disidentes formaron una pequeña iglesia en Berea ó sea Alepo de Siria, y se llamaron ebionitas, esto es pobres, repudiados por los Judíos como apóstatas, y por los Cristianos como herejes. Los ebionitas rechazaban á San Pablo como de orígen gentil y apóstata de la ley mosáica, y bajo el nombre de San Pedro hacian correr errores tales como que habia dividido Dios el imperio de las cosas entre Cristo el demonio, omnipotente este en el siglo y aquel en la eternidad; que habia nacido Cristo humanamente (1), haciéndose despues por sus virtudes digno de ser hijo de Dios; que no bastaba para la salvacion de creer en él, sin la observancia de la ley mosáica, y que era obligatorio para todos casarse, y lícita la poligamia. **Ebionitas.**

Simon el Mago habia hecho partidarios, á cuya cabeza se colocó despues de su muerte Menandro, que bautizaba en su propio nombre, y prometia la inmortalidad. Cerinto, ménos ambicioso que ellos, no se creyó poder de Dios ni profeta, y se limitó á sostener que habia sabido por revelacion de los ángeles que el mundo no era obra de Dios, sino de una virtud separada de la suprema; que Cristo no habia nacido ni habia padecido, pero sí Jesus, á cuyo cuerpo descendió aquel algun tiempo, y adoptando las preocupaciones nacionales y las esperanzas antiguas, añadia que habria despues en Jerusalen un reino terrestre de mil años, en el cual se habia de satisfacer todo placer de la carne (2). **Cerinto.**

No fueron estos mas que los precursores de los gnósticos, los cuales no se limitaron á borrar del símbolo católico algun dogma parcial, sino que sometieron todo el Cristianismo á doctrinas anteriores, refundiéndolo con las cuales, deducian una idea enteramente nueva. *Gnósis* era palabra corriente en las escuelas para indicar una ciencia superior á las crencias comunes (3), y el nombre de gnóstico se aplicó á los Cristianos que mejor entendian la doctrina (4). Des- **Gnósticos.**

(1) Tom. I, pág. 393.

(2) No parece aplicado el nombre de cábala á estas doctrinas sino por Pico de la Mirandola. Fueron reunidos algunos de los muchísimos comentadores que intentaron aclarar estas tinieblas por Knorr de Rosenwohl en la *Kabala denudata* (1677).

(1) Trifon, segun SAN JUSTINO, dice claramente : Πάντες ἡμεῖς τὸν Χριστὸν ἀνθρώπον ἐξ ἀνθρώπου προσδόκομες γεννήθεσθαι.

(2) Esta doctrina del milenio fué adoptada tambien por algunos ortodoxos, como Justino, *Dial. cum Tryph. jud.*, y Lactancio, lib. VIII.

(3) Γνῶσις conocimiento, opuesta á πίστις fe.

(4) Ademas de los escritores en general de las cosas eclesiásticas, véanse :

MUNTER, *Ensayo sobre las antigüedades eclesiásticas del gnosticismo* (en aleman). Anspach, 1790.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pues se lo arrogaron algunos libres pensadores, los cuales pretendian que su ciencia, independiente de la revelacion, era superior á los cultos paganos cuyos símbolos interpretaba ; á la religion hebrea, cuyas imperfecciones y vicios descubria, y á la creencia comun de la Iglesia Cristiana.

El sincretismo de los gnósticos comprendia las doctrinas y religiones mas variadas. Habíanse introducido en la hebrea nuevas fuentes de sabiduría, modificada por el tiempo, por el vulgo y por los doctos. Presentábase la Persia con sus doctrinas de Zoroastro, en las cuales (permítasenos repetirlo) se suponia que la luz primitiva habia emanado del tiempo indefinido (*Zervane akerene*) ; de esta Ormuzd, rey de la luz que, mediante la palabra (*Honover*), creó el mundo puro del cual es conservador y juez. En esta creacion procedió gradualmente el primogénito del tiempo, haciendo primero los seis *Armaspands*, circunstantes á su trono, y sus órganos junto á los espíritus inferiores y los hombres; luego los veintiocho *Izedes*, vigilantes por el bien del mundo, é intérpretes de las oraciones humanas ; y luego los *Ferveres*, ideas del demiurgo. Al mismo tiempo Arimánes, segundo génito del Eterno, condenado por su celoso orgullo á dos mil años de tinieblas, se preparó con estas á combatir la luz, y en oposicion á las criaturas de Ormuzd produjo siete *Archidevas* y una infinidad de *Devas*, de cuya lucha con los genios buenos provino la mezcla de bien y de mal que aparece en todas las cosas de aquí bajo ; lucha que durará hasta que la obra de Ormuzd obtenga un triunfo completo.

Mezclábanse con estas ideas las doctrinas astronómicas, las relativas á la influencia de las estrellas, y todo lo que constituye la religion de los Parsos; y junto todo con las teorías hebreas produjo la cábala.

Fenicios. Otras modificaciones habian sufrido las ideas asiáticas por parte de los Fenicios, quienes suponian tambien una palabra escrita en los astros, y comunicada por los semidioses á las castas superiores del género humano. Segun esta palabra el principio de todas las cosas es un ser, mitad materia y mitad espíritu, el cual enamorado de sus mismos principios (τῶν ἰδιῶν ἀρ) creó el universo. Primeramente dió á luz la materia (*mot*), de donde salió la semilla de todas las criaturas, miéntras que los contempladores del cielo nacian de entes superiores á los sentidos, y así gradualmente los cuerpos celestes, los fenómenos de la luz y del viento, y todo lo demas. El espíritu, voz de Dios, con la noche (*baavi*) engendró á Eon y Protogeno, primeros hombres que produjeron á los *Genos*, habitantes de la Fenicia, quienes se propagaron por parejas, dando á luz á los maestros de las diversas industrias terrestres, honrados con culto divino.

Procedente asimismo del Asia, se habia extendido mucho alrededor del Mediterráneo la doctrina de los espíritus, asociada con la teología, la antropología, y frecuentemente con la cosmogonía, explicándose por ella la misteriosa armonía del universo, en que la parte principal debe sostener al mundo intelectual. Para llenar, pues, el inmenso espacio que hay entre el creador y el hombre, suponian una serie creciente de seres, y la contínua manifestacion de Dios á quien lo busca, bajo nombres y formas diferentes.

Egipcios. En Egipto, segun lo que se descubre al traves del velo de Ísis misteriosa, *Amon ra*, Dios oculto, oscuridad desconocida, hizo salir de sí con su palabra un ser femenino, *Neith*, el cual, fecundado por él, produjo á *Cnef*, demiurgo, ó poder criador. Despide este de la boca un huevo ó sea la materia del universo, que contiene en sí el agente divino, la inteligencia ordenadora, *Fta*. De este y de *Butó*, la gran madre, nació *Fré*, ó el sol, y su compañera *Tife* (*Urania*.).

Aquí tambien se dividen las emanaciones divinas en tres grados sucesivos, el primero de ocho, el segundo de doce y el tercero de diez ó de trescientos sesenta y cinco dioses. Entre estos es notable *Tot* ó Hermes, conocido baja forma terrestre y celeste; Trimegisto como Dios, y como hombre redentor y revelador de los misterios y de la ciencia á la degenerada estirpe humana, á la cual educó por medio de Osíris y de Ísis, á fin de hacerla digna de subir al cielo (1).

Tifon era genio del mal, confundido con la materia, y contra el cual se invocaban los genios tutelares de cada dia del año, que formaban la tercera serie de divinidades. El oficio de estos demonios era mantener las correspondencias entre los dos mundos.

Todos estos sistemas encontraban partidarios y como se habia hecho general la necesidad de elevar las creencias mas allá de los límites del mundo sensible, eran preferidos á la mitología griega, en la cual el genio estético de los Hele-

LEWALD, *Commentatio de doctrina gnostica*. Heidelberg, 1818.
NEANDER, *Desarrollo genesiaco de los principales sistemas del gnoticismo* (en aleman). Berlin, 1818, y su *Tertuliano antignóstico*. Berlin, 1825.
HAHN, *Antitheses Marcionis*, y el *Evangelio de Marcion restablecido*, Konisgberg, 1823 y 1824.
FULDNER, *De Carpocratianis*. Leipzig, 1824.
BELLERMANN, *Sobre las piedras preciosas abraxas* (en alèman). Berlin, 1820; y otros, de todos los cuales se aprovechó grandemente JACOBO MATTER, *Hist. critique du gnosticisme et de son influence sur les sectes religieuses et philosophiques des six premiers siècles de l'ère chrétienne*. Paris, 1828, 2 tomos con tablas.

Se han perdido los libros gnósticos; pero últimamente encontró el señor Delauvrier en el *British museum* de Lóndres un manuscrito del VII ó VIII siglo, que segun pretende contiene la *Fiel sabiduría* de Valentin, jefe de una de las escuelas gnósticas mas famosas de Egipto, traducida en cofto, y en forma dramática, suponiendo que despues de haber resucitado Cristo pasó doce dias, exponiéndoles una revelacion superior, y la ciencia del mundo y de la inteligencia.

(1) Ademas de las columnas en que escribió su ciencia, compuso Tot veinte mil y hay quien dice treinta y seis mil libros, algunos de los cuales nos quedan, inventados entónces probablemente por los neoplatónicos, y el mas célebre es el *Poemander*, ó de la naturaleza de las cosas. Otros salieron despues con su nombre, relativos especialmente á la alquimia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nos habia cambiado poéticamente cuanto habia deducido del Asia, y sepultado el misticismo bajo las formas y las tradiciones. El intento de los gnósticos era desembarazar aquello de esto, y á la filosofía de cuanto contenia de contrario á los dogmas : y á pesar de que veneraban la superioridad de las doctrinas evangélicas, no las aceptaban en su sencilla pureza; é incapaces de conocer el mérito de aquella confianza positiva, por cuyo medio se adquiere la solucion de los problemas mas importantes á la moralidad humana, supusieron que les era necesaria una organizacion filosófica, debiendo ser una la ciencia descubierta á todos (*exotérica*), y otra la reservada á pocos (*esotérica*). Miéntras que la teosofía cristiana, reconociendo la fe como un hecho resuelve las cuestiones por la autoridad divina de suerte que no discute el fondo de las doctrinas, sino solo comprueba su promulgacion y concordancia con los textos y los legítimos intérpretes, el gnosticismo sustituye ó asocia á la revelacion auténtica las revelaciones particulares, y en algun modo naturales; aspira á alcanzar con las fuerzas propias una altura inaccesible á la razon y no revelada á la fe, y pretende carácter y autoridad de inspiracion para sus místicas intenciones, por cuyo medio resuelve los mas elevados problemas, como el orígen del mal, la creacion, la redencion, y las relaciones entre el mundo intelectual y el moral.

Bajo tal aspecto el gnosticismo es la herejía mas general y se reprodujo en Asia y en Europa á cada momento, ya en la escuela renovada de Pitágoras y de Platon, ya en las trascendentales del siglo XVI, que asociaban á su misticismo la alquimia, la astrología y la magia.

Algunos gnósticos conculcaban enteramente las doctrinas apostólicas; otros decian haber descubierto en ellas por medios secretos la verdad, debajo de la capa imperfecta y corrompida con que se presenta al vulgo; y otros en fin veneraban los libros canónicos, reservándose no obstante interpretarlos de diversa manera que la Iglesia. La mayor parte eran hombres científicos y ricos de la Siria y del Egipto, que abandonando al vulgo y á los pobres las prácticas humildes del Evangelio, presumian que les estaba reservado el conocimiento profundo de los misterios, y querian sobrepujar al Cristianismo en profundidad mística. Estaban de acuerdo en la distincion que hacian de un mundo superior, de pura luz é inmortal felicidad, y otro de tinieblas, miserias y muerte. Segun ellos, hay un ser infinito, invisible, padre desconocido, abismo de noche inmensa (προυπ βυθος) como el Bram indio y el Pirómis egipcio, el cual no pudiendo permanecer inactivo, se difunde en emanaciones.

Doctrinas comunes de los gnósticos.

Las emanaciones superiores, no creadas, pero emitidas por el abismo eterno, y partícipes de los atributos de la ciencia divina, se llaman *Eones ó entes* (1), diferentes en número y distribuidos en clases de á siete, ocho, ó doce, conforme á los números simbólicos que encontramos en casi todas las teogonías y cosmogonías; y juntamente con la sustancia forman el *pleromo*, ó sea la plenitud de la inteligencia. Conforme se apartan de la fuente, se disminuyen sus perfecciones, hasta la última emanacion del pleromo, que es el Demiurgo, equilibrio de luz y de ignorancia, de fuerza y de debilidad, el cual sin órden ni concurso del padre desconocido, produjo este mundo, cosa tan desordenada y viciosa, que nunca pudiera creerse obra de Dios.

(1) Mucho se ha escrito para explicar el sentido de esta palabra y la aplicacion que se ha hecho de ella á las inteligencias emanadas de Dios. Se dijo que su significado corresponde al de עלם, que significa, no solo el *siglo*, sino tambien *el mundo y lo que el mundo comprende*. Alguno pretendió que αἰῶνες era traduccion de la palabra hebrea, y que tal denominacion necesariamente debia derivarse de las lenguas orientales, porque las opiniones de los gnósticos están tomadas de los sistemas de Oriente. Pero en primer lugar no es enteramente verdad que el gnosticismo sea tomado en un todo de otra parte, y ademas, con aquella palabra de *eones* no quieren indicar los gnósticos ni el *siglo*, ni *el mundo*, ni *lo que el mundo comprende*, ni *la duracion del mundo*, ni *un espacio de tiempo cualquiera*; sino inteligencias, emanaciones de Dios, seres hipostáticos de la misma naturaleza de Dios. Los cabalistas daban á todas las inteligencias superiores, y especialmente á los sefirot, el atributo de Ei, de Jehová, de Elohim ó de Adonai, para significar que *cuanto emana de Dios, es tambien Dios*. La misma idea tuvieron los gnósticos, y por eso llamaron αιωνες á las inteligencias emanadas de él. Consideraron estos la *eternidad* como el atributo mas característico del Ente supremo, y por esta razon hicieron uso de aquella expresion tan célebre. Ireneo en el capítulo I del primer libro lo declara abiertamente : Λέγουσι γὰρ, dice, τινὰ εἶναι ἐν ἀοράτοις καὶ ακατονομάστοις ονόμασι τελεῖον Αιώνα πρόοντα.... τοῦτον δέ καὶ βύθον καλοῦσιν. « Como aquellos (los Valentinianos) dicen que hay en las alturas invisibles é inefables un *eon* perfecto en todo... lo llaman tambien Abismo. » Llamaban al Ser supremo el *Eon*, el *Eterno*, y se indicaba con el mismo nombre *lo que aun era él*. En este mismo sentido encontramos usado el equivalente de עלמום en el código de los Nazarenos publicado por Norberg, para indicar una clase de seres enteramente iguales á los eones.

La palabra αιων se usa frecuentemente en el Nuevo Testamento en diverso significado. Es probable que los Valentinianos, que no rechazaban las epístolas de San Pablo, hayan tomado en su sentido este pasaje de la epístola á los Hebreos: δι'οῦ (Χριστοῦ) καὶ τούς αἰῶνας ἐποίησε (cap. I, v. 2); *por quien* (Cristo) *hizo tambien los siglos*; cuyo pasaje estaba de acuerdo con su sistema respecto del νοος, como imágen de Dios y órgano de toda creacion. Pero no hay duda que el autor de aquel escrito empleó la palabra αἰῶνας en el sentido de mundos, porque en la doctrina ortodoxa, aunque no se atribuye á Jesucristo la creacion de los ángeles, San Juan le atribuye ciertamente la del mundo.

Cerinto y Basílides habian tenido ideas análogas á las de Valentin; pero hay lugar á dudar que hayan aplicado la palabra eon á las inteligencias divinas. Saturnino llamaba á los ángeles *elohim*; Bardesánes, posterior á Valentin, empleó en sirio una palabra semejante. Se buscaron analogías al término de *eon* en una palabra india que parece corresponder á עלם (MIGNOT, *Sobre los antiguos filósofos de la India*, t. I, p. 227 de las *Memorias de la Academia de las Inscripciones*); pero aun cuando no rechazamos las investigaciones de Mignot, en este punto nos inspira poca confianza, porque la manera con que escribe la palabra עלם (por אולם), parece demostrar que no conoce el hebreo. Se pretende tambien recurrir á los *inges* de los Caldeos (BRUKER, *De ideis*, p. 5), y á las *ideas* de Platon (ib. p. 36), y en cuanto á las opiniones, se halla en ellas en verdad alguna analogía ; pero ninguna respecto del lenguaje. En ALCINOUS, *De doctrina Platonis*, c. 9, se encuentra una analogía enteramente engañosa, allí donde aquel filósofo platónico dice : Ὁρίζονται δὲ τήν ἰδέαν παραδειγματῶν κατὰ φύσιν αἰῶνων, *definen la idea un modelo segun la naturaleza de los eones*. Lo mismo sucede respecto de las presentadas por Mosheim (*Comment. de rebus christ. ante Constantin.* p. 29 y 30), de cuyas investigaciones relativas al gnosticismo hacemos gran caso. Y es tanto mayor el mérito de aquellos trabajos suyos, cuanto que consideraba las doctrinas de los gnósticos como sueños de una imaginacion desarreglada. MATTER.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Aquí se hallan colocadas almas embarazadas con la materia, ya porque este fuese el capricho del Demiurgo, ó bien que las degradase un delito primitivo. No podia regenerarlas el Demiurgo, sino que fué menester que una de las fuerzas sublimes del pleromo, el pensamiento divino, la inteligencia, el espíritu, descendiese personalmente hasta el ínfimo grado de la creacion para volver al hombre al pleromo. Este es el Cristo, que reforma el proyecto defectuoso del Demiurgo, y aniquila la creacion.

Mas como la materia sin embargo es mala, Cristo no visitó mas que sus formas, y miéntras que la religion natural y la mosáica son obra de Jehová, Demiurgo malo, el Evangelio al contrario expresa la inteligencia del padre desconocido.

Conforme á tales opiniones, hubieran podido trazar una historia de la humanidad en dos épocas, en la primera de las cuales siguió la ley del Demiurgo, y en la segunda la de Dios. Los hombres mismos están divididos en tres clases, segun el principio de vida que domina en ellos: los úlicos, cuyo principio es la materia (ὕλη), sometidos al mundo inferior; los pneumáticos, los cuales segun el espíritu (πνεῦμα) anhelan volver á entrar en el pleromo; y los psíquicos, los cuales solamente se elevan hasta el Demiurgo, á quien corresponde el alma (ψυχή), queno es ni materia ni espíritu. Psíquicos eran los Hebreos, sometidos al demiurgo Jehová; úlicos los paganos, dedicados á la vida inferior, y pneumáticos los verdaderos Cristianos (1).

¿Á qué, pues, está destinado el género humamano? Á elevarse de la vida úlica y de la psíquica á la espiritual ó divina. El principio úlico está sujeto á la muerte, y acaso los que lo profesaron toda la vida caerán en la nada; los psíquicos obtendrán las recompensas imperfectas que puede distribuir el Demiurgo; y se concederá á los pneumáticos volver á entrar en el pleromo eterno.

Sus sectas.

En este punto están de acuerdo los gnósticos; pero abandonados al alucinamiento de la razon propia, no es de admirar que se descompusieran en mas de cincuenta sectas, cada una con obispos y asambleas, doctores, milagros y evangelios, porque si el hombre puede elevarse á los dogmas de la existencia y de la unidad de Dios, si le presentan mil cuestiones cuando medita sobre la naturaleza del ser necesario, sobre los atributos que no se derivan inmediatamente de su perfeccion suprema, sobre las sustancias emanadas de él, los diversos órdenes de espíritus superiores ó inferiores, el estado primitivo del mundo, los tipos universales de las ideas, y la realidad ó la ilusion y la trasformacion de las cosas. De aquí procede la innumerable subdivision de los gnósticos, porque los hombres de imaginacion con dificultad se dejan guiar por otra cosa mas que por sus propias ideas; pero este desmenuzamiento fué causa de que en la Iglesia se introdujese un cúmulo de ficciones metafísicas, demasiado semejantes á la mitología científica y á la teología poética de los Indios, de los Persas y de los cabalísticos.

(1) Teoría especial desarrollada por Valentin.

Pero segun que se aproximaban á las máximas egipcias ó á las persas, pueden dividirse en dos familias principales: *panteístas*, como fueron Apéles, Valentin, Carpócrates y Epifanio, y *dualistas*, como Saturnino, Bardesánes y Basílides (1).

Dualistas.

Saturnino, que vivió en Antioquía en tiempo de Adriano, parece que tambien consideraba eterno á Satanas, principio del mal, espíritu y materia juntamente. ¿Pero cuál de estos dos elementos precedió al otro? Bardesánes de Edesa, de la época de Marco Aurelio, responde que la materia se encontraba desde el principio en el mal, y que Satanas era una manifestacion espiritual de aquella. Así como el abismo del bien (Βύθος) engendró la inteligencia, y por ella una serie de emanaciones de diverso aspecto, así el abismo del mal, esto es, la materia, engendró á Satanas, y por él una serie de emanaciones análogas, en hostil correspondencia con las primeras, de tal manera que el universo era la manifestacion de un doble arcano (2). Sostuvo Bardesánes sus doctrinas con firmeza, y amenazado en nombre del emperador Vero, respondió: *No temo la muerte, de que no me libraria aunque cediese ante el emperador.* Compuso igualmente ciento cincuenta himnos, elegiados por su expresion poética no ménos que por su adecuada melodía, con los cuales insinuaba la parte exterior de la gnósis.

Le ocupó principalmente la cuestion del destino, esto es, si las cosas mundanas son gobernadas por decretos inmutables, sin que los votos ó los esfuerzos humanos varíen la fuerza ciega que los dictó. Aun cuando honraba á Dios con el hermoso nombre de padre, suponiendo sin embargo que el mundo no habia sido inmediatamente creado por este, no podia confiarle su gobierno. *Todo puede hacerse,* decia, *con el beneplácito de Dios; nada puede evitarse de lo que él quiera, porque ninguno basta á oponerse á su voluntad. Si alguno puede resistirle, es por bondad suya, que concede á cada uno lo que es propio de su naturaleza y de su independiente voluntad.* Así intentaba conciliar el libre albedrío con la astrología, suponiendo que solamente el hombre exterior estaba sujeto á la accion fatal, permaneciendo libre en cuanto se refiere á la vida racional.

(1) Al presentarnos Matter la *Historia del gnosticismo,* no supo sustraerse á esa admiracion que nos hace encontrar bellos é importantes los puntos en que fijamos nuestra atencion larga y profundamente.

(2) Bardesánes, por informes de los embajadores enviados de la India al imperio, escribió *Comentarios* sobre la India, de los cuales nos quedan fragmentos. Pudo deducir esta doctrina de la de Capila (véase tom. I, pág. 213, y los Documentos de Filosofía), segun la cual la materia *Prakriti* engendraba la inteligencia, y por ella principiaba á manifestarse.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Basílides, Sirio tambien y maestro en Alejandría, suponiendo la eternidad de los dos principios, añade que enamoradas de la luz las emanaciones del espíritu de las tinieblas, se elevan hasta el seno del pleromo, al contrario de los otros gnósticos, quienes opinan que el pleromo está sumergido en el imperio de las tinieblas; trabajando de muy diferente manera para resolver el problema que mas atormentó siempre al espíritu humano, la misteriosa combinacion del bien y del mal, unida originariamente á la eficacia del bien : la coexistencia del mal moral con un Dios bueno. Á la manera egipcia, estaba compuesto su pleromo de trescientas sesenta y cinco inteligencias, que se expresaban con la voz ΑΒΡΑΞΣ, que fué el símbolo y el signo de reconocimiento entre sus alumnos (1).

No exageraba Basílides, como otros, los males de esta vida; ántes por el contrario viendo en ella una manifestacion de las ideas divinas, decia : *Cualquier cosa haria ántes que acusar á la Providencia;* presentaba de ella una definicion ingeniosa, como el poder que conduce las cosas á desarrollar las fuerzas que naturalmente encierran (2), y consideraba la redencion como un medio de aquella providencia para guiar al género humano hácia un estado superior al que naturalmeute podia alcanzar. Considera los males que ve en la tierra como una prueba, ó una expiacion (οἰκονομία τῶν καθαρσεῆν), afirmando que las dudas producidas por nuestra ignorancia se disiparian si pudiésemos ver la analogía de las causas y de los efectos.

Favorece á su sistema la doctrina de la metempsícosis, modificada como acostumbraban los gnósticos, y extendida á las naciones enteras y á explicar el grado de su civilizacion.

Valentinianos. 161.

En atencion tambien á que, en la dualidad, cuanto existe no son mas que formas del ser bueno ó malvado, recae aquella en el panteísmo, al cual camina derecho Valentin, concibiendo la materia como una emanacion mas grosera, una forma del espíritu, ó una ilusion. Este Egipcio, el mas famoso entre los gnósticos, suponia una serie de eones, el primero de los cuales llamado preexistente (πρόων), profundidad inefable (βίθος) (3), habiendo permanecido mucho tiempo desconocido en reposo con *Enoia* (imaginacion), engendró con ella á *Nous* (entendimiento) parecido á él, el cual llegó á ser padre de todos los seres : y aun siendo unigénito tenia por hermana á *Aletheia* (la verdad). Las dos parejas formaron un cuadrado, que es el fundamento de las cosas universales. *Nous* engendró los otros dos eones *Lógos* y *Zoe* (verbo y vida); y estos á *Antrópos* y *Ecclesia* (hombre y sociedad); los dos primeros produjeron cinco nuevas parejas de eones, todos los cuales constituían el pleromo, y están figurados en los treinta años que vivió Cristo desconocido. Quedó completo el pleromo, con la nueva pareja de Cristo y el Espíritu Santo, habiendo sido criados en la misma época muchos ángeles de la misma naturaleza.

Si prescindimos de este lenguaje místico, vemos en esta doctrina que la materia procede del espíritu, luminosa si este se sonríe, acuosa si llora, opaca si se aflige, por lo cual no es mas que una forma del alma, sutilizada por la alegría, y condensada por la tristeza. El mal es una falsa direccion del bien, que nace de la oposicion entre el deseo de los eones de unirse al gran abismo, y la impotencia de conseguirlo. « Sois inmortales desde el principio (decia á sus dicípulos) ; sois los hijos de la vida eterna: os habéis atraido la muerte para vencerla, destruirla y extinguirla en vosotros y para vosotros, y si disolvéis el mundo de la materia sin dejaros disolver en él, seréis los señores de lo creado, y dominaréis sobre todo lo que ha sido hecho para perecer (1).

La idea fundamental de la doctrina valentiniana es la de la ortodoxia mas pura, es decir, que por la redencion y el Cristianismo todos los seres espirituales deben volver á la condicion primitiva, y el último dogma de Valentin es tambien el mismo de los ortodoxos, esto es, que el presente órden de cosas cesará cuando se haya verificado enteramente en la tierra el fin de la redencion ; entónces brotará el fuego que está esparcido y latente en el mundo, y destruirá hasta la escoria de la materia, último refugio del mal (2). Entónces los espíritus, habiendo llegado á su perfecta madurez, ascenderán al pleromo á gozar en él todas las delicias de una union íntima con sus compañeras, como Jesus que allí se unirá con su Syzygos, Sofía Achamot (3).

(1) De aquí provienen las piedras *abraxas*, famosas entónces y despues, y de las cuales discurrimos en la Arqueología.

(2) Clem. Alej., *Stromat.* lib. IV.

(3) Ireneo, *Adversus hæres*, lib. I, c. 1. — Teodoreto, *Hæret*, fab. I, c. 7. — Siempre y en todas partes se encuentran las mismas ideas fundamentales, esto es, de la eternidad y de la incomprensibilidad del Ente supremo ; es el *Zervane-Akerene*, el *Ensof*, el πατὴρ ἄγνωστος, el πατὴρ ανονόμαστος.

(1) Clem. Alej. *Stromat.* lib. IV, p. 509.

(2) Aquí se acerca Valentin á Zoroastro, segun el cual los torrentes de metales purifican el mal, á los demonios y á Arimánes. (*Bundehesc*, XXXI, 416 ed. de Anquetil.)

(3) Valentin no admite un principio eterno, difiriendo en esto de Basílides, que seguía las doctrinas persas, y aproximándose mas bien á las doctrinas griegas respecto del ὕλη. Admitia una materia informe, privada de todo elemento de vida divina, y por consecuencia no teniendo nada de real. No obstante, como debe penetrar la vida divina en el principio todo lo que existe, y la materia resiste toda accion de la Divinidad, hay en el elemento de esta un vicio real, un antagonismo, una manera de ser perversa, y esta es ó produce el genio del mal, ó lo que es lo mismo Satanas. — No es esto mas difícil de concebir que las creaciones verificadas por los deseos de Sofía, y la diferencia fundamental entre Valentin y los gnósticos que le precedieron. Para estos, como en las doctrinas de Zoroastro, del judaísmo y de la cábala, Satanas es un ángel caído ó un genio del mal: en la teoría de Valentin es el producto de la materia. No era nueva esta opinion ; pero procedia de aquella antigua, que suponia viciosa la naturaleza de la materia, y que por ser de perversa naturaleza ha podido dar esta vida al genio del mal. No se llegaria ciertamente á tal conclusion, raciocinando segun los principios de la filosofía moderna. En efecto, lo que está vacio y privado de Dios, es contrario á la naturaleza de este, y por consecuencia de su propia condicion debe resistir á su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

De los valentinianos procedieron los ofitos los cainitas y otras variedades.

En cuanto á la moral, la hacian consistir en suministrar al cuerpo lo necesario, excluir lo superfluo, y nutrir el espíritu con lo que sirve para ilustrarlo, robustecerlo, y hacerle semejante á Dios, de quien emana; pero frecuentemente se extraviaron. Aun cuando algunas máximas de los gnósticos tendian á la perfeccion moral del hombre, al fin iban á parar sistemáticamente á la inmoralidad. En efecto, suponiendo como los panteístas que solo Dios obra, ¿qué diferencia real hay entre el vicio y la virtud? Suponiendo como los dualistas que el hombre emana de un principio doble, se destruye la libertad y con ella la nocion de la virtud. Admitiendo en fin que la creacion es obra de un ser imperfecto y falible, es imperfecta tambien la ley moral impuesta por él, y convendria saber emanciparse de ella. La revelacion ademas comprenderá dos partes, correspondientes á los dos principios espiritual y material: la primera literal, que ordena los actos exteriores, la otra espiritual que produce la libertad de los hijos de Dios: á aquella se atienen los imperfectos, á la otra se elevan los gnósticos verdaderos, para los cuales la aparente distincion entre los actos buenos y los malos desaparece en los torrentes de luz del pleromo.

Aplicando estas doctrinas á la sociedad, ó se debia crear la unidad absoluta, aniquilando la propiedad y el matrimonio, ó en la suposicion de un doble orígen, distinguir á los hombres en superiores é inferiores, resultando en el primer caso la anarquía, y en el segundo la servidumbre como leyes necesarias de la sociedad humana.

La relacion con el mundo intelectual inspiraba la orgullosa creencia de que el hombre se podia servir de aquel para los negocios terrenos, de donde provinieron los delirios de la magia. Enseñaban ademas que los psíquicos (entre los cuales colocaban á los Católicos), eran incapaces de alcanzar la ciencia perfecta, y que no podian salvarse sino en virtud de la fe sencilla y de las buenas obras; que para los carnales no hay salvacion ninguna, y que para los espirituales no son necesarias tampoco las obras buenas, porque siendo perfectos por su naturaleza, en ningun caso pierden la gracia.

Algunos gnósticos fueron modelo de virtud, especialmente los jefes; pero si la legislacion moral basta al filósofo religioso, no tiene poder sobre la multitud, que vive corrompida cuando se quitan los obstáculos opuestos al mal. No habia, pues, pecado que se creyese prohibido; no solo era lícito comer carne sacrificada á los ídolos, y asistir á solemnidades paganas y á los teatros, sino que eran lícitos todos los placeres, y por lo que conocemos de la corrupcion de aquellos tiempos, casi llegamos á creer que no eran exageradas las infamias que se les atribuyeron, y de las cuales por ignorancia ó malicia acusaban los gentiles á todos los Cristianos. Rechazaban el matirio, diciendo que no era necesario, habiendo muerto Cristo por nosotros, y que desagradando á Dios la sangre de los toros, no podia complacerse en la de los hombres.

Marco, fingiéndose inspirado por un genio familiar, seducia principalmente á las mujeres, lisonjeando su vanidad, y excitando su imaginacion de tal manera que nada querian negarle, en recompensa de la luminosa prevision que les habia proporcionado (1). Carpócrates, Alejandrino, enemigo del judaísmo y de todas las escuelas anteriores, enseñó el desprecio de las leyes, y la comunidad de bienes y de mujeres, fundándose en soñados preceptos de Zoroastro y Pitágoras (2), y en que habiéndonos sido dadas las pasiones por Dios, convenia satisfacerlas á toda costa, siendo la vida eterna su premio. De Nicolas, uno de los siete diáconos de Jerusalen, recibió su nombre una secta, que extendiendo sin medida la comunidad de las cosas, destruía la sociedad en sus fundamentos, la propiedad y la familia.

Incurrian en el exceso contrario otros gnósticos, como los encratistas ó continentes; y creyéndose elegido Montano, Frigio, para perfeccionar la moral predicada por Cristo, reprobaba todo placer, el esmero en el traje, las artes y la filosofía; ménos filósofo de entendimiento que rico de imaginacion, místico, enemigo de la ciencia como Rousseau, creía como Cromwell en la inspiracion, por la cual cualquier hombre podia llegar y ser rey y profeta, hasta que cesando el éxtasis, volvia á ser hombre vulgar; y por este medio verificaba los prodigios de la pitonisa antigua y del moderno magnetismo. Daba á su doctrina tal apariencia de piedad, que hasta engañó al gran Tertuliano. Los valesianos y los origenistas exageraban aun mas la austeridad de Montano, y para dominar los sentidos, hasta recurrian á la mutilacion. Montanista. 212.

Á estos dos principios generalísimos de dualidad y panteísmo pueden reducirse tambien las demas herejías de entónces, aun cuando fre-

(1) Ireneo cita este discurso: « Participare te volo ex mea gratia, quoniam pater omnium angelum meum semper videt ante faciem. Locus autem suæ magnitudinis in nobis est; oportet nos in unum convenire. Sume primum a me et per me gratiam; adapta te ut sponsa sustinens sponsum suum, ut sis quod ego et ego quod tu. Constitue in thalamo tuo... Ecce gratia descendit in te, aperi os tuum et propheta. »

(2) Pienso que debe atribuirse á los carpocracianos la inscripcion fenicio-griega encontrada en la Cirenáica en 1824, cuyo sentido fenicio es aun materia de discusion, y el griego dice: « La comunidad de los bienes y de las mujeres es manan- » tial de justicia (δικαιοσύνη) y tranquilidad (εἰρήνη) para » los hombres honestos, fuera del vulgo, que segun Zorades y » Pitágoras, jefes de los hierofantes, deben vivir en comun. » Otra inscripcion encontrada allí tambien dice: « Simon Cire- » náico, Tot, Saturno, Zoroastro, Pitágoras, Epicuro, Masdáces, » Juan, Cristo y los cirenáicos, nuestros jefes, nos enseñaron » á conservar las leyes (primitivas) y combatir su transgre- » sion. » ¡Extraño sincretismo!

accion, sin que se pueda decir que hay en esta resistencia vicio ó maldad. Difícilmente llegarémos á concebir que por muy viciosa que sea la resistencia de la materia, pueda producir nunca un principio intelectual, y si pudiésemos imaginarlo, lo atribuiríamos en último análisis á quien provoca tal resistencia, de donde se deducirian consecuencias terribles. V. MATTER.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cuentemente no lo advirtiesen ni aun sus mismos autores. Siguen el dualismo todos los que abusando del dogma de la caída y del combate entre el espíritu y la carne, creyeron perversa una parte de la creacion. Habiendo seducido á una vírgen Marcion, hijo del obispo de Sínope, y no habiendo sido admitido por su padre á penitencia, agitó la Iglesia predicando los dos principios, é imponiendo austeridades muy penosas para destruir el principio malo. Este es uno de los gnósticos mas ilustres, y su escuela, severa y razonadora, vivió hasta el siglo VI. En vez de querer, como los demas, purificar el Evangelio con las doctrinas de Grecia, de Egipto y de Persia, creía que la antigüedad no habia producido nada tan bello, porque nunca se habia revelado Dios á otros ántes que á Cristo. Pero Cristo habia callado á los apóstoles muchas cosas que eran incapaces de comprender, y los sucesores de estos habian alterado la verdad en los escritos. Aquí principiaba un trabajo de crítica, con un ardor semejante al que actualmente emplean los exegéticos alemanes, porque rechazando todo Evangelio que no fuese el de Lúcas, cambió y quitó en este sin embargo, compilando uno, conocido con el nombre de evangelio de Marcion. Del mismo modo disponia ó enmendaba los demas escritos sagrados ademas de eliminar los apócrifos, que se fabricaban abundantemente en Egipto.

Rechazaba, en fin, el Antiguo Testamento, como obra de genios malignos; para demostrar la superioridad del Nuevo, descubria en aquel errores y pecados, que despues se repitieron por los libres pensadores del siglo pasado, y mostraba cuán inferior era el prometido del Demiurgo antiguo al verdadero Cristo, cuya doctrina es toda perfeccion.

Tambien los priscilianistas colocaban al frente de su sistema dos principios coeternos: el alma creada por el genio bueno es buena; pero el malvado la contamina, de manera que se separa de Dios y desciende de esfera en esfera hasta la tierra, donde se purifica, para volver á la luz. Las estrellas ejercen gran poder sobre el alma.

Algunos extendieron la dualidad á la Encarnacion del Verbo, y así como los precedentes habian dividido la unidad sustancial del Criador, del mismo modo Nestorio descompuso en dos personas la unidad personal del Redentor, no tomando el punto de partida de opiniones dualistas, sino llegando á ellas suponiendo el contraste de dos voluntades, de dos naturalezas divina y humana, que difícilmente se podian combinar en la persona de Cristo.

Maniqueos. 274. Un tal Escitiano, Sarraceno de orígen, de la escuela aristotélica, escribió cuatro libros contra el Cristianismo, y cuando murió los dejó, así como su fortuna, á Terebinto. No pudiendo propagar este sus errores en la Palestina, fué á Persia, donde se llamó Buda (1); pero contrariado por los sacerdotes de Mitra, se retiró con una viuda, y murió de una caída desde lo alto de la casa. La viuda, en cuyo poder habian quedado sus libros y sus bienes, compró un siervo egipcio llamado Cúbrico, le adoptó, le hizo instruir, y cuando ella murió, tomó este el nombre de Mánes, que en persa quiere decir dialéctica, ciencia en que era muy consumado. Habiendo encontrado partidarios el Cristianismo en los países que creían en los dos principios, intentó adaptar la nueva religion á las doctrinas antiguas (1); aplicar á Cristo las acciones de Mitra, y explicar los misterios del Evangelio con los dogmas del sabeísmo. Se jactaba de ser el Paracleto, y de hacer milagros, y publicó un *esteng* ó evangelio segun su doctrina. Fundaba, pues, el Cristianismo en el Zendavesta, afirmando que el Mesías habia reproducido las doctrinas de Zoroastro. Pero fué perseguido por los magos como Cristo lo habia sido por los Judíos, como si destruyese la doctrina que creía realzar, y el rey de Persia le mandó desollar con una punta de caña, y despues arrojar á las fieras.

Doce apóstoles continuaron su doctrina, que se apoya enteramente en la distincion de dos principios: la luz, materia pura y sutil, á la que preside una divinidad benéfica, y las tinieblas, materia grosera y maligna, bajo el imperio de un genio siniestro. Cada una de estas dos fuerzas, distintas completamente entre sí é independientes, creó otras de su misma naturaleza, y las distribuyó en el mundo. De las tinieblas provinieron cinco elementos, humo, oscuridad, fuego, agua y aire; del humo nacieron los bípedos, de la oscuridad las serpientes, los cuadrúpedos del fuego, del agua los peces y del aire las aves. Dios envió otros cinco elementos buenos á combatir contra estos, y todos ellos se mezclaron en la pelea. El cuerpo humano ha sido creado por el maligno, y el alma por el bueno, de donde procede la contradiccion perpétua entre el espíritu y la carne, y la necesidad moral de reprimir los apetitos sensuales, y emancipar el alma de las ligaduras corporales. Las almas de los creyentes, limpias de los elementos perversos, son llevadas á la luna, desde donde pasan al sol que las trasporta á Dios para que se unan á este; las demas van al infierno para ser atormentadas en él hasta que, despues de purificadas, emigren á otros cuerpos. El que mate un animal será convertido en él. Siendo inmunda la carne, no debe procurar el hombre su multiplicacion con el matrimonio, ni debe creerse que Dios se haya hecho hombre, ni se deben venerar las reliquias.

Se dividian los discípulos de Mánes en elegidos y oyentes; los primeros profesaban pobreza y rigorosa abstinencia; los otros podian poseer; pero todos se privaban del vino, de la carne, de los huevos y del queso. Presidia la Iglesia mani-

(1) Esta señal puede dar indicio de las relaciones de los budistas con los herejes cristianos.

(1) San Agustin dice que los maniqueos se dirigian al pronunciar las oraciones hácia el sol, y de noche hácia la luna cuando aparecia en el horizonte, y cuando no hácia el septentrion: resto de los ritos de los Güebros.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

quea un vicario de Cristo, bajo cuya autoridad doce elegidos, llamados maestros, representaban á los apóstoles, y ordenaban á setenta y dos obispos, por los cuales despues eran consagrados sacerdotes y diáconos en número indeterminado.

Los maniqueos mezclan, pues, el gnosticismo con la doctrina de Zoroastro, modificando no obstante la dualidad de esta en cuanto no parten de la unidad, del abismo primitivo, considerando quizá que este orígen idéntico no es compatible con la distincion eterna de los dos principios. El bien y el mal, decian algunos gnósticos, se mezclaron porque los genios tenebrosos desearon unirse con los de la luz; ¿pero cómo pudieron conocerse los unos á los otros si estaban divididos desde la eternidad? Á esto contestaba Mánes, que el mal, ó sea la materia, está en la discordia; la discordia engendra la guerra; esta, movimientos en el espacio, por impulso de los cuales las potencias tenebrosas atravesaron el intervalo que las separaba de la luz (1). De esto, aun cuando no lo hiciese Mánes, se debia no obstante deducir la preponderancia del ser bueno, porque tambien el mal se encuentra obligado á impeler á los seres hácia el bien.

Ninguno habia afirmado mas atrevidamente que la esencia divina se contaminó en las almas emanadas de ella y que la voluntad humana es agitada por la doble accion fatal de Dios y de la materia, de manera que en la redencion Dios se regenera á sí mismo. ¡Qué desastrosa inmoralidad debia ser su consecuencia!

Miéntras que aislados los gnósticos en su orgullosa sabiduría no eran comprendidos por el pueblo, ni aspiraban á ello, los maniqueos tenian que conducirse siempre á gusto de la multitud con aquella su palpable y poética explicacion de la duda que se presenta á los pensadores y á los hombres vulgares del por qué existe el mal bajo la direccion de un Dios bueno, y con el ingenio con que revelaban los males de esta vida. Se extendió, pues, y vivió mucho tiempo esta secta, la cual agitó mil años despues la Francia y la Italia con el nombre de patarinos y de albigenses, y aun no ha podido ser extirpada de algunos valles Alpinos.

En estas herejías se trasformó, pues, la idea dualística, aplicada á cuestiones cristianas: la panteística fué trasformada por Eutiquio en la de la Encarnacion, porque él negaba la realidad de la naturaleza humana en Cristo, absorbiéndola en la divina, y afirmando que la carne de aquel no fué mas que apariencia. Aun mas preciso es el panteísmo en Sabelio, el cual hace emanar de la silenciosa y tranquila unidad absoluta de Dios el alma de Cristo, despues el Espíritu Santo, y en fin, la del hombre y todo el universo moral.

Puede considerarse derivado tambien del panteísmo gnóstico y de las emanaciones divinas decrecientes el arrianismo, que consideró al Verbo divino como una emanacion inferior al Padre, y al mismo tiempo criatura, y lo creado nada mas que como una serie de emanaciones. Demasiado tendremos que hablar de estas herejías.

(1) Aparecen estas doctrinas de dos pasajes conservados por San Agustin. *Liber contra epistolam fundamenti.*

CAPÍTULO XXXI

Filosofía ecléctica.

Mucho se equivocaria el que creyese que la filosofía ha cesado alguna vez en sus ejercicios, y que se ha interrumpido la tradicion de las doctrinas racionales griegas ó de las sacerdotales indias, egipcias y persas. Hemos visto cómo brotaron del tronco de Sócrates cinco ramas, ya viendo en las cosas solamente apariencias é ilusiones; ó no concediendo realidad mas que á los objetos físicos; ó negando toda existencia fuera de la conciencia personal; ó reuniendo bajo un solo aspecto el mundo intelectual y el externo, sin preferir el uno al otro; ó finalmente, elevándose hasta la íntima y suprema unidad, que vivifica igualmente el espíritu y la materia. El epicureísmo habia pasado á Italia para vengar á la Grecia, corrompiendo á los siervos y á los señores. El escepticismo habia hecho un esfuerzo supremo con Sexto Empírico, médico del siglo II, que pretendió hacer con la doctrina lo que Luciano con la sátira, es decir, destruir toda creencia. Sus *hipotipósis pirrónicas* destruían toda la filosofía positiva; y miéntras que los dogmáticos se gloriaban de poseer la verdad objetiva, y los académicos negaban que pudiera conseguirse, él enseñaba á buscarla. Y á este fin establece como cánon, que no se tome por dogma ninguna razon, á la cual no se pueda oponer otra de tanto peso, por lo cual el arte del escéptico consiste en contraponer unas á otras las apariencias de los sentidos y los juicios de la razon, de manera que proceda de aquí la suspension del juicio (ἐποχὴ), fuente de perfecta tranquilidad (ἀταραξία). En la obra *contra los matemáticos*, esto es, contra los profesores de ciencias positivas, trata de combatir la gramática (nombre que abraza las ciencias históricas), la retórica, la geometría, la aritmética, la astrología y la música, y despues á los lógicos, á los físicos y moralistas, en cuya refutacion manifiesta mucha erudicion é ingenio, y una claridad y precision que no siempre alcanzaron los que de tiempo en tiempo renovaron sus argumentos.

Sexto Empírico.

Nada podia venir ménos á propósito que una escuela escéptica en medio de Alejandría, ciudad dogmática y teosófica, por lo cual esta doctrina murió con su autor, no dejando mas que el absurdo en la ciencia, despues de haberse anticipado con Enesidemo á Hume, negando hasta la idea de la casualidad.

La moral de Zenon habia sido adoptada principalmente por los jurisconsultos y ya hemos visto sus aplicaciones: con ella sobrevivian los

(c) Instituto Cervantes de Madrid

restos trasformados de la escuela pitagórica y de las dos especulativas de Platon y Aristóteles.

Neo-pitagóricos.

Si los neo-pitagóricos no colocaban, como los estóicos, la moral en oposicion con las inclinaciones del hombre, y no hermoseando la virtud la hacian inaccesible (1), secundaban sin embargo el sentimiento popular con aparatos de milagros y de secretos, fácil palestra de los impostores. Entre estos colocamos á Anaxilao de Larisa, médico charlatan, y á aquel Apolonio Tianeo que se supuso una trasmigracion del Pitágoras antiguo, ó el Mesías del amenazado politeísmo. Esta filosofía modificó las doctrinas italianas con el ascetismo y misticismo, que forma el verdadero carácter de su escuela, á cuyo fin introdujo apariencias religiosas; usó los sacrificios y la magia; supuso un Dios único, el primero entre los seres, pero poco auperior á aquellos, porque todos se encadenaban en una especie de órden fatal, y afirmó que conocer á este Dios era el objeto de la adivinacion.

Se diferencian de estos los mejores, Sestio, Socion, Nicomaco y Moderato. El primero que en tiempo de Augusto rehusó la dignidad de senador, fué jefe de una secta llena de fuerza romana, como dice Séneca, el cual nos conservó de él esta hermosa imágen. « Como un ejército » amenazado por todas partes forma el cuadro, » así tambien conviene al sabio rodear sus cos- » tados de virtudes, como centinelas, para estar » prontas contra cualquier peligro que ocurra, » y hacer que todas obedezcan sin tumulto las » órdenes de los jefes. »

Socion habia sido maestro de Séneca. Moderato de Cádiz, que vivió con Neron, restableció la fama de Pitágoras, considerando sus números como lenguaje necesario para expresar los principios de las cosas, que no podrian expresarse con vocablos comunes. Tambien Nicomaco y Jamblico de Cálcis sutilizaron respecto de los números; pero en vez de doctrinas matemáticas como antiguamente, mezclaron con ellos fábulas, supersticiones y alegorías, tanto mas inútiles cuanto que la parte mas últil y práctica estaba ya comprendida en platonismo.

133. Jamblico, en su libro *Sobre los misterios de los Egipcios y de los Caldeos*, nos da preciosas noticias acerca de las doctrinas orientales. En la *Vida de Pitágoras* tenemos un testimonio de muchas partes de la filosofía itálica. Estas palabras suyas contienen una bella definicion de la filosofía: « Filosofamos cuando verdaderamente » sin necesidad de los sentidos ni de las funcio- » nes corporales (es decir, sin dar fe á las repre- » sentaciones de los sentidos) usamos solamente » la inteligencia para comprender la verdad, que » está en las mismas esencias, en las cuales sa- » bemos que consiste le sabiduría (2). »

(1) « Hoc quoque egregium habet, quod et ostendet tibi beatæ vitæ magnitudinem, et desperationem ejus non faciet. Scies esse illam in excelso, sed volenti penetrabilem. » SÉNECA, Ep. 66.

(2) Οὕτως δέ τό φιλοσοφεῖν ὡς αλὴθῶς καὶ ανευ αισθητησίων καὶ σοματικῶν ευεργειῶν, καθαρῶ τῷ νῶ χρῆσθαι εἰς κάτάληψιν τῆς ἐν τοῖς οὔσιν αληθείας ἥπερ επέγνοσθαι σοφία οὔσα. *In exdosit. symb.* 15.

Neoplatónicos.

Platon y Aristóteles, genios que se dividieron el campo del pensamiento y de la ciencia, no habian dado complemento á sus doctrinas: admitiendo el primero una fuente sobrenatural de la verdad, no alcanzó sin embargo aquel punto fijo en que la reminiscencia ó la inspiracion adquieren certidumbre por la revelacion; queriendo deducir Aristóteles la verdad del raciocinio y de la experiencia, despreciando toda tradicion superior, no pudo abrazar el todo con las observaciones particulares, ni penetrar en la esencia de las cosas. El objeto de la escuela ecléctica de Alejandría fué completar las obras de estos dos filósofos, suplir el arte de Platon con la ciencia de Aristóteles. Llamóse esta escuela neoplatónica, porque dominaba en ella la doctrina del primero, modificada y enriquecida con lo mejor que habia de las tradiciones órficas, pitagóricas, egipcias, orientales, y del Cristianismo, cuyo mérito podian combatir los filósofos, pero cuyo influjo no podian evitar (1).

La espada de Alejandro y de Roma habia roto las barreras que conservaban en cada pueblo su carácter nacional, de manera que se habian mezclado lenguas, costumbres, cultos y gobiernos. Esta mezcla se notó principalmente en Alejandría por el concurso de forasteros, atraidos por el comercio, y de doctos, llamados por los Lagidas á la sombra del trono. Allí se encontraron los Griegos al lado de los Hebreos hasta entónces ignorados, y de aquellos Orientales de quienes confesaban haber deducido su civilizacion, y á quienes se habian dirigido los maestros siempre que habian querido remontarse á la fuente de las doctrinas alteradas por su artístico genio. Los mismos sacerdotes egipcios, para lisonjear á sus señores, atribuían á los ritos patrios un sentido alegórico, que los aproximaba á las ideas griegas.

Elevábase en tanto la voz de los Cristianos para demostrar que no podia compararse ninguna filosofía con el Evangelio, porque la una destruía á la otra, ninguna era completa y todas eran inexactas en la moral. Pareció, pues, que se pusieron de acuerdo para escoger en cada sistema de filosofía ó de religion lo mejor que contenia, y demostrar que si en ninguno se encuentra la verdad completa, está sin embargo diseminada en fracciones en todos ellos. Pero como no se atrevian ó no podian alzarse hasta

(1) El defensor mas esforzado del eclecticismo, Mr. Cousin, define así la filosofía neoplatónica: « L'éclectisme alexandrin n'était rien moins qu'une tentative hardie et savante pour terminer la lutte des nombreux systèmes de la philosophie grecque, et faire aboutir ce riche et vaste mouvement à quelque chose de positif et harmonique, qui pût passer des écoles dans le monde, servir de forme à la vie, et raffermir la société antique ébranlée. Ce système était le platonisme enrichi de tous les développements que lui avaient apportés six siècles de gloire et de contradiction, les lumières de plusieurs sciences nouvelles ou nouvellement agrandies, et toutes les idées des autres écoles que l'on put combiner avec le platonisme, et en lui laissant toujours la suprématie. L'esprit général du temps y mêla de fortes teintes de mysticité et de superstition liturgique. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

aquel punto en que se unen la filosofía y la religion, llegaron á aceptar los delirios de la magia y del misticismo, que manchan el espectáculo, por lo demas maravilloso, de una sociedad que reconoce sus propios defectos, y trata de regenerarse fundando la doctrina sobre las creencias del pueblo, haciéndolas lo mas morales y racionales posible, y elevándolas á la dignidad de ciencia.

Advirtiendo que no era posible salvar al politeísmo de las acusaciones de grosera inmoralidad, intentaron hacerle remontarse hácia los símbolos, oprimidos hasta entónces bajo las formas; y reuniendo los que habian sobrevivido en la religion griega y en la oriental, y remontándose á la primitiva revelacion, intentaron reconstruir el venerable edificio de las antiguas creencias, condecorándole con los nombres de Orfeo, Hérmes y Zoroastro.

Los Alejandrinos, herederos de los obras acumuladas por espacio de diez siglos, desde Táles hasta Amonio Saca, y colocados próximos á la mayor coleccion de libros, se presentaban no obstante en una edad de cansancio y desaliento, por lo cual en vez de lanzarse á la verdad con el ímpetu primitivo de los grandes pensadores de Grecia, parece que desesperados de haber intentado en vano todos los medios para llegar á la naturaleza de la razon, se detuvieron á ilustrar y aplicar : y eruditos ingeniosos, mas bien que libres y seguros pensadores, desnaturalizaron no pocas veces las doctrinas para servir al triunfo de un partido.

El eclecticismo, cuyo mérito se atribuye á esta escuela, suele apoderarse de las opiniones de cada edad. Miéntras el Cristianismo no sufria ninguna mezcla, como es natural en una religion fundada sobre la autoridad, y persuadida de ser infalible, la escuela ecléctica queria la libertad y la comprensibilidad, llevadas ambas al exceso. Los Alejandrinos repudiaban las doctrinas eclécticas y el sensualismo que las engendra; tomaron las formas de Aristóteles, y llevaron la idealidad de Platon hasta el misticismo, único distintivo de aquella escuela que le señala un puesto en la historia de la inteligencia y de la humanidad. El método filosófico de los Alejandrinos principia con la dialéctica y concluye con el misticismo : y despues de reconocer la impotencia de la razon, recurren á una facultad intuitiva, superior á esta. Todos aquellos filósofos pretendieron haber tenido comunicacion directa con los dioses; que es necesario el éxtasis para alcanzar la verdadera sabiduría, y que el destino final del hombre es el conocimiento de lo absoluto y la union íntima con este (ἕνωσις) mediante la contemplacion (θεωρία).

Amonio Saca, cuyo nombre quiere decir mozo de cordel, que vivió á fines del siglo XI, y que acaso fué Cristiano apóstata, fundó escuela (1), con objeto de unir las doctrinas de Aristóteles y Platon, tentativa que tambien hizo Palamon, y con mejor éxito Plotino. Nació este en Licópolis de Egipto, y disgustado de la pobreza de la enseñanza filosófica, se consagró á buscar la verdad con una erudicion igual á su entusiasmo, por el cual pretendia tener con los dioses directa correspondencia. Habiendo visitado el Oriente con el ejército de Gordiano, vivió veintiseis años en Roma, y murió en Campania. Plotino. 203-70

Visionario y raro en su género de vida, era no obstante afable, amoroso, casto y moderado. El emperador Galieno le señaló una ciudad destruida de la Campania para que en ella aplicase la república de Platon, y aunque no sea lícito hacer experimentos en una sociedad humana, es de sentir que entre tantas extravagancias ejecutadas por los emperadores, no haya podido llevarse esta á efecto. Permitia á sus alumnos que le propusiesen cualquier problema, y despues les daba las respuestas por escrito, las cuales se recopilaron con el título de *Eneadas*; pero procediendo de preguntas casuales, no tienen un encadenamiento preciso de ideas, y son por lo tanto una exposicion oscura y embrollada.

Su idea de la belleza es sumamente elevada : « Las cosas bellas no se dan á conocer solamente por sí mismas, sino porque producen en quien las contempla una dulce turbacion, una agitacion mezclada de placer, de deseo y de amor, no igual en todos, sino mucho mayor en las almas que son naturalmente amorosas. Ahora bien, no hay belleza que por sí sola posea este atractivo : mas allá de su forma se deja percibir alguna cosa mas bella que la belleza, y á la cual debe esta el ser bella. No es ya una forma, porque el alma, donde quiera que ve una forma, siente que mas allá de aquella hay que desear alguna cosa, de la cual trae su orígen la misma forma, alguna cosa que existe por sí misma sin límites ni medida. Es el principio y el término de la forma y de la belleza : es el bien. La propiedad de este es hacer que nazca el amor; el deseo del bien turba el alma, y al bien aspira esta á unirse. El objeto en sí mismo es solo lo que es; se hace deseable cuando el bien lo ilumina, dando á las cosas la gracia y á quien las desea el amor. El alma recibe uno de sus rayos, se conmueve, se siente herida por un aguijon oculto, la posee el delirio, y nace en ella el amor. Hay algunas caras de una belleza perfectísima, y que sin embargo no atraen, porque les falta la gracia. La verdadera belleza es aquel no sé qué que brilla en la proporcion, mas bien qué la proporcion misma. ¿Por qué en la cara de una persona viva resplandece la belleza, y despues de muerta solo se descubren sus vestigios, aunque no se hayan alterado sus facciones? ¿Por qué entre muchas estatuas, las mas animadas parecen mas bellas que las que están mejor proporcionadas, y por qué un animal vivo es mas hermoso que pin-

(1) Fueron alumnos de ella Orígenes, Plotino, Erenio y el crítico Longino.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tado, aunque este sea de formas mas perfectas? Porque este incita mas el deseo. »

Ordenó las *Eneadas* Porfirio, natural de Siria, que murió en Roma despues de muchos viajes. Conoció y combatió la ciencia de los Hebreos y de los Cristianos, y como Plotino, se compadecia de la ceguedad de los entendimientos y del peso de la materia, y creía tener visiones sobrenaturales. Escribió la vida de Pitágoras, en parte divulgando lo que ántes se reservaba en los misterios, ó en parte interpretando, y suponiendo en los diferentes cultos intenciones que nunca han tenido. No trató, pues, de combatir las autiguas creencias, si bien notamos en él un grande esfuerzo en sostenerlas, alguna vez con sinceras intenciones, siempre con mucho ingenio.

Porfirio. 233-304

Porfirio y Jamblico, muy inferiores á Plotino, llevaron la escuela alejandrina al misticismo, prefiriendo la tradicion á la dialéctica, y principiaron aquella guerra impotente contra el Cristianismo, que representó la lucha del mundo antiguo con el nuevo.

Proclo. 412 485.

Posteriormente restauró aquella escuela el Bizantino Proclo, que pretendió ser el último anillo de una cadena de hombres consagrados á Herme (δεῖξα ἑρμετικὴ), en los cuales se habia perpetuado por herencia la sabiduría secreta de los misterios, pero que parece concluyó con él (1). Tuvo comercio con los demonios, obró milagros y fué colocado á su muerte entre los dioses.

Atentos estos filósofos á poner en armonía los elementos diversos, tomaron del Oriente las ideas sobre la unidad originaria, sobre las emanaciones, sobre la materia, sobre las trasmigraciones, y sobre la absorcion final; de Platon las nociones de la triada, la distincion entre el mundo ideal y el sensible, los demonios y las funciones del alma; de Aristóteles la distincion entre la forma y la materia, y la lógica aplicada á las emanaciones; de tal manera que es difícil dar unidad á su pensamiento. Intentémoslo sin embargo.

Existe desde el principio, segun ellos, una unidad pura y absoluta (τὸ ὂν, τὸ ἑν, τὸ αγαθὸν), inmutable sin ninguna diferencia ni aun de objetivo y subjetivo, de conocido y cognoscente, ni ninguna de las cualidades concebibles para nosotros. Emana continuamente de esta unidad, como aureola de la luz, la inteligencia (νόος), necesariamente inferior á su principio, la cual produce otra aun mas baja, es decir, el alma universal (ψυχή τοῦ παντός), principio del movimiento.

La inteligencia abraza las ideas de todo lo contingente, y como aquellas son la inteligencia y su objeto, se identifican con la realidad, y el cognoscente con el conocido (1). Pero en atencion á que existen en la inteligencia como en su sugeto, hay diferencias entre la forma y la materia, siendo esta la inteligencia, y aquella las ideas.

El alma en su actividad plástica tiende irresistiblemente á producir en el exterior las ideas, y las ideas producidas son las almas (2). Pero no pudiendo existir estas mas que en un sugeto, es preciso que al producir el alma las formas (ειδος, μορη) produza tambien la materia. Por tanto, esta se deriva directamente del mundo inteligente, enseñando aquellos filósofos de una manera vaga y oscura, que el alma participa en una medida limitada de la luz infinita del entendimiento, en cuyos confines descubre las tinieblas; y que no pudiendo tener á su lado cosa alguna que no tenga un pensamiento, les aplica formas de manera que llegan á ser morada de las ideas. La materia, sugeto indeterminado, despojada de toda cualidad, y simplemente capaz de recibir aquellas ideas luego que las ha recibido, pasa del poder al acto, de donde resulta el compuesto, el cuerpo.

El universo sensible es, pues, la gran alma, que forma la materia por medio de las ideas; y eterno, porque nunca ha podido el alma estar inactiva. Concurren á producirlo la inteligencia y el alma; sugeto aquella de las ideas, y principio esta del movimiento, que unidas constituyen el mundo, conjunto de las ideas dotadas por el alma de actividad y de vida. Este principio inmediato de las cosas, se particulariza en los diversos fenómenos, habiendo tantas causas germinantes en el mundo, ideas de él hay en la inteligencia.

La necesidad gobierna el mundo, y como la gran alma no podia cesar de producirlo, así las que emanan de ella obran, como ella, por impulso de su propia esencia, cuya accion es su voluntad. No formando el mundo inteligible y el sensible mas que uno solo, ya en sí mismos, ya en su imágen, una obra paralelamente al otro, y uno y otro se explican al que sabe interrogarlos con la magia y la astrología (3).

El mundo, por consiguiente, no puede ser mas que bueno, y el mal es la desigualdad de las almas y la manifestacion de esta desigualdad. Véase, pues, una fatalidad y un optimismo mortales para la moralidad, aun cuando los Alejandrinos intentaron sustraerse á sus consecuen-

(1) Se descubre la idolatría de un comentador en estas palabras de Cousin : « Talem autem virum Proclum dicimus, in quo coire ac effulgere mihi videntur quæcumque variis temporibus Græciam illustraverunt philosophicorum ingeniorum lumina, Orpheus videlicet et Pythagoras, Plato, Aristoteles, Zenoque, Plotinus, Porphyrius, atque Jamblicus. » Pref. á las *Obras de Proclo*, t. I, p. 26.

(1) Investigó en qué difiere esta doctrina de la de Schelling. Gott. Gul. Gerlach, *De differentia quæ inter Plotini et Schellingii doctrinam de numine summo intercedit.* Viteb. 1811.

(2) Plotino llama las ideas *Dei intelligibili*, en un pasaje que conviene reproducir como explicacion de la doctrina pitagórica: Γενόμενον δέ ἤδὴ τὰ ὄντα σύν αυτῶ γεννῆσαι, πὰν μέν των ιδέων κάλλον, πὰντας δέ θεοὺς νοητοὺς : « cuyo Dios engendrado, engendró juntamente con él todos los entes, toda la belleza de las ideas, todos los dioses inteligibles. » Así sostiene Vico que *dii inmortales* llamaron los antiguos Latinos á las esencias de las cosas, es decir, á las ideas.

(3) Gérmen del sistema de Espinosa y de la *Teodicea* de Leibnitz.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cias diciendo que el libre albedrío puede superar el mal moral.

Todas las partes del mundo sensible comprenden almas, es decir, ideas producidas, pero de clases diversas : primero los dioses intelectuales, libres de pasiones que contemplan las ideas no producidas, y gobiernan el cielo y los astros; siguen los eones, y despues los demonios (1) ; aquellos dirigen las fuerzas creadoras del universo, y estos las vitales y las cosas humanas ; en seguida vienen los hombres, y mas inferiores las almas de las bestias, de las plantas, y del resto de la naturaleza.

Las del mundo intelectual toman cuerpo solamente al entrar en el terrestre. Cuando una toma cuerpo humano, deja, aunque indivisible, alguna parte suya en el mundo superior; está presente por completo en cada una de las partes del cuerpo, ó mas bien está el cuerpo en ella, y aun cuando los objetos externos hagan impresion en aquel, no afectan al alma, sino que les presta su atencion como una cosa fuera de sí. Alejadas de Dios por el desarrollo de la creacion, tienden á volver á él. Las que abusando de los sentidos, descendieron hasta someterse á la vida puramente sensible, despues de la muerte renacerán bajo forma de bestias ; si vivieron racionalmente, volverán á cuerpos humanos, y volverán al seno de Dios, si cultivaron la vida divina.

Á esta vida divina deben cooperar los auxilios superiores con los esfuerzos humanos, que relativamente á la inteligencia y á la voluntad producen la ciencia y la virtud. Residiendo la ciencia en los procedimientos lógicos con los cuales combina el hombre las ideas, es necesariamente imperfecta, siendo Dios superior á toda fórmula; y solo por medio de una intuicion inmediata (πορου) puede adquirirse la ciencia perfecta, que mas bien se ha de llamar una presencia íntima de Dios en el alma, colocada en el estado en que se encontraba ántes de descender al mundo intelectual.

Así, pues, algunas de las virtudes no son mas que una preparacion para las divinas, como las físicas, las morales, las políticas, las purgantes, las teoréticas, es decir, las que se refieren á la perfeccion del cuerpo y á los deberes de hombre y de ciudadano, y las que se desembarazan de las afecciones corporales, y contemplan al alma por sí misma. Las divinas hacen capaz á quien las posee de conversar con los dioses, evocarlos y mandar á los demonios : y purificadas, trasforman al hombre en Dios.

El auxilio de los dioses, necesario para dar vigor á los esfuerzos humanos, se obtiene ó con la súplica, movimiento impreso al alma para elevarse hasta ellos, ó con símbolos ó ritos externos, los cuales, cuanto mas al vivo representan las cosas divinas, mas influyen sobre la Divinidad. De aquí provienen los sacrificios, la advinacion, la idolatría y todo el culto gentil. El que por estos medios no llegue á identificarse con la esencia divina, debe arrastrarse hasta ella por medio de trasformaciones.

Vense aquí las antiguas máximas indias, como se podrian descubrir las aristotélicas en las obras de lógica, como instrumento que sirve para conocer, y el orígen oriental en la investigacion de la ciencia por medio de la prevision y de la intuicion. Estos filósofos rendian homenaje al paganismo y á todas las religiones falsas defendiendo el culto de los astros, de los elementos, de los demonios y de los eones, con la doctrina de las ideas personificadas en númenes, hombres y otros seres. Derivaron del Cristianismo una idea mejor de la Trinidad y de la creacion, y hasta la necesidad de la mediacion divina por medio de ritos simbólicos, canales de la divina gracia (1) : tambien Proclo consideró superior á la ciencia la fe (πίστις), como la union mas completa con el bien y con la unidad.

Fué, pues, la escuela alejandrina un progreso, en cuanto determinó los elementos peripatéticos que se encuentran en la doctrina de Platon, y purificándolos los fundió con esta, elevándolos al absoluto, en el cual se concilian lo posible y lo actual, la unidad que es el principio supremo de Platon, con la diferencia que es el principio supremo del Estagirita. Pero el poder del ente neoplatónico obra por emanaciones perpétuas é involuntarias, y solo el Cristianismo, religion del espíritu y de la moralidad, produjo la verdadera idea de la accion libre del Criador, enseñando que el ente sale por sí mismo del reposo, cambiando la virtualidad en virtud, y la energía en accion.

Esta idea flotó en la edad média, en la confusion de la dialéctica y en las disputas que realistas y nominalistas agitaron respecto de lo que ellos llamaron principo de la individualizacion, tratando de explicar las relaciones de lo general con lo particular en la realidad en que los dos principios se apoyan. La escuela cartesiana proscribió despues el segundo, absorbiendo la diferencia y toda particularidad en la única sustancia inactiva; y finalmente Leibnitz, aclarando lo que ya habia dicho el empirismo de Campanela, perfeccionó el pensamiento de Aristóteles, diciendo que toda sustancia es activa por esencia; es causa, de la cual es efecto el fenómeno, y es fuerza, cuya existencia consiste en el desarrollo. Concebido así el poder como principio personal, idea que pertenece á Leibnitz, se sigue la nocion de la jerarquía de los seres y de la armonía del mundo, en lo cual se ve principalmente cuánto erró Aristóteles confundiendo el ser con la simple forma.

La escuela alejandrina ademas del cuidado

(1) Exponemos la doctrina neoplatónica sobre los demonios en los Documentos de FILOSOFÍA.

(1) Jamblico ilustró singularmente esta parte teosófica y litúrgica ; Plotino la metafísica, y Porfirio la lógica. Á propósito de las expiaciones es insigne el pasaje de Olimpiodoro, reproducido por nosotros en la pág. 326 del tomo I.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de unir las creencias filosóficas con las nacionales, y de haber intentado abrir un nuevo camino á la razon, el del idealismo místico, realizó un progreso en extension, porque Romanos y Hebreos se familiarizaron con las doctrinas griegas y orientales, y los mismos Padres de la Iglesia se sirvieron de ellas para defender é ilustrar el Cristianismo. Careciendo sin embargo de sólidas bases, y no siendo mas que una transicion entre la falsedad descubierta y la verdad que no se atrevia á profesar, nunca se popularizó, perdiendo despues de Proclo todo su brillo, aun cuando este tuvo muchos discípulos, entre ellos las famosas Hipatia, Sosipatra, Edesia y Asclepigenia; é impregnándose cada vez mas de ideas orientales, fomentadas por sociedades secretas, abrazó ritos mágicos que no solo extraviaban la inteligencia, sino que conducian á bárbaras acciones.

Uno de los grandes errores de la escuela alejandrina fué el presentarse despues de Plotino como adversaria del Cristianismo, adoptando para esto el politeísmo, no ya en la rechazada forma vulgar, sino trasformado en símbolos. La filosofía entónces no tenia necesidad de símbolos, y el pueblo se dejaba llevar, no por estos, sino por el sentimiento y por las pasiones. Habiéndose trasformado sus sectarios de filósofos en apóstolos, faltaron á su objeto; incrédulos y superticiosos, aceptaron todas las religiones, pero desnaturalizándolas todas con mutilaciones; quisieron unir las dos necesidades que dividen á los hombres, la de creer ciegamente y la de ver con evidencia; y sometiéndose á ciertos dogmas hasta el punto de renegar de la razon, y criticando otros sin freno, les perjudicó la ciencia, poniendo de manifiesto todos los males y ningun remedio, y privándose, á fuerza de acoger todos los principios, del vigor que da el permanecer fijo en uno solo.

Plutarco. Entre los neoplatónicos nombrarémos al compilador Juan Estobeo, Simplicio de Cilicia, comentador de Aristóteles, y tambien á Plutarco y á Máximo Tirio. Plutarco agitó várias disputas filosóficas en el libro *contra Colótes*, epicúreo, en el *Banquete de los siete Sabios*, y en los tratados sobre la voz ει escrita en el templo de Délfos, sobre los oráculos, sobre el destino, sobre los caprichos de los filósofos, sobre las cuestiones platónicas, sobre la procreacion del alma, y sobre las contradicciones de los estóicos. Supone este autor la materia eterna, y que con ella ha formado Dios los cuerpos, á los cuales descendieron almas inmateriales, diversas en los diversos hombres, dotadas de luz divina, y de algun resto de las propiedades que gozaban ántes de entrar en ellos. Instruido en toda la filosofía griega, y no ignorando la oriental, elegia entre todas las opiniones; combatiendo sin embargo la epicúrea y la estóica, preferia á los Plátónicos; sin estar apasionado por ningun sistema, le impedian ser libre pensador las supersticiones que abundan en todas sus obras, y especialmente en el tratado de *Ísis y Osiris*, dedicado á la gran sacerdotisa de Délfos. Siguiendo la costumbre de entónces, quiere encontrar en sus misterios un sentido filosófico, que los justifique á los ojos de la razon, en lo cual ademas de alterar la idea de aquellos dioses, no está de acuerdo consigo mismo, considerándolos ya como cualidades del Dios único, ya como símbolos de las fuerzas naturales ó de las ideas.

Máximo Tirio. Máximo Tirio supone que el objeto de la filosofía es la felicidad, y el supremo placer el raciocinio; reconoce un solo Dios, padre de todos los demas, del cual se deriva una serie de entes cada uno mas inferior que el otro, y que aproximan la Divinidad al ínfimo bruto.

Tomaba Luciano por tema de sus canciones á los teólogos y filósofos, conociendo de todos los sistemas aquello poco que basta para burlarse de ellos; y asemejándose sin embargo con preferencia á los epicúreos por negar todas las cosas fuera de los bienes reales, y á los cínicos por dirigir su látigo contra todos.

Horapolo. Creo conveniente hablar aquí de Horo, ó como otros le llaman Horapolo, el cual segun se pretende es anterior á Homero; seguramente no era Egipcio, y debió vivir en los tiempos en que la teología egipcia se habia mezclado con la griega. Escribió sobre los jeroglíficos, no ya para darnos su clave, sino para explicar los emblemas y los caractéres de los dioses, con lo cual ayudó algo á los modernos en sus trabajos para descubrir la escritura secreta.

CAPÍTULO XXXII

Filosofía cristiana.

Mucho se equivoca el que crea que la teología, esto es, la ciencia que discurre sobre las cosas divinas segun las verdades reveladas por la Iglesia, no es capaz de engrandecimiento y variaciones estando ligada á una tradicion superior. Si el hombre no hace mas que aceptar las afirmaciones divinas, es creyente y nada mas; pero si explica ó aclara las relaciones que existen entre ellas y todos los hechos internos y externos del universo, su fe se convierte en científica, de manera que la teología asocia al elemento divino el humano, que se lleva hasta los límites de la certidumbre, y que puede alguna vez traspasarlos.

Tiene, pues, la teología dos objetos muy distintos: el primero consiste en exponer las verdades dadas y reveladas, los dogmas contenidos en la Escritura y en la tradicion, propuestos por la Iglesia, y con frecuencia rigorosamente definidos por ella, y esta parte de la teología es eterna, é invariable en su base establecida por el mismo Dios. Pero sobre esta base se eleva el edificio de la razon humana, segundo objeto de la teología, sometido á todas las condiciones de las obras humanas, desarrollo, cambio, sucesion y progreso; y así es que tambien la cología tiene una historia que es importante conocer.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Atentos los primeros escritores cristianos á la virtud mas que á la doctrina, pensaron solo en exponer los dogmas de la fe, los preceptos de la moral y los ritos del culto, por lo cual la mayor parte de sus obras son catecismos dictados con el calor de la conviccion. Pero, para consolidar la verdad, tuvieron que refutar lo falso, y demostrar la armonía de la fe con la razon, no solo alegando las pruebas históricas de la revelacion, sino constituyendo un sistema de especulaciones racionales, fundadas en aquella. Considerando, pues, los Santos Padres derivadas la filosofía y la religion de la misma fuente, se dirigieron á conciliarlas con un eclecticismo, que se diferencia del de los neoplatónicos en que en vez de traer las teorías de las diversas escuelas á armonizarse con otras del mismo órden, las refiere á uno superior, cual es la fe. Algunos se inclinaron hácia los Orientales, como el falso Dionisio Areopagita, San Pantenio, Taciano y Orígenes, y otros, como Justino, Tertuliano, Lactancio y Agustin, hácia los Griegos. Estos escritores hicieron muy poco caso de los epicúreos, de los escépticos, de los estóicos, y de los peripatéticos, por la moral corrompida que enseñaban, ó por la duda que producian precisamente en aquello en que mas importa al hombre la certeza. Verdad es que cuando tuvieron que combatir herejías, especialmente la de Arrio, adoptaron la manera de argumentar de Aristóteles; pero en general encontraron mas conveniente el platonicismo, que alguno dijo ser una anticipacion ó una preparacion del Cristianismo (1).

Y á la verdad Platon, separándose de la experiencia exterior y de la dialéctica vulgar, por un medio inusitado entre los Griegos y por ideas superiores al mundo sensible, intentó volver hácia el Señor de la naturaleza, y lo buscó en la intuicion y en una reminiscencia interior; con lo cual acaso quiso dar á entender el despertar de la conciencia, ó un presentimiento de la imágen divina, innata en el hombre : pensamiento que resuelve la cuestion ontológica de la legitimidad de nuestras cuestiones, y funda una filosofía de la revelacion. Dios es fundamento de la ley, segun Platon, el cual propone á los ciudadanos de su república ideal estas bases de la sociedad y de la ley. « Teniendo Dios en sí el principio, el fin » y el medio de todas las cosas, *segun la antigua tradicion*, obra constantemente el bien » segun la naturaleza, siempre le acompaña la » justicia, que castiga á los transgresores de la » ley divina : y el que quiere asegurarse una » vida feliz, se conforma con esta justicia y la » obedece con humilde docilidad. Pero quien se » envanece por sus riquezas, honores ó hermosura; quien inflama su juventud de insolente » presuncion como si no tuviese necesidad de » señor ni de dueño, y pudiese conducir á los » demas, es abandonado por Dios, se arruina á » sí mismo, y trastorna la casa y la ciudad. » ¿ Qué debe, pues, hacer y pensar el sabio ? Procurar los medios de colocarse entre los siervos » de Dios. ¿ Qué cosa es agradable á Dios y conforme á su volunad? Una sola segun el antiguo é invariable adagio que nos enseña que » no hay amistad sino entre seres semejantes. » La medida suprema de todo debe, pues, ser » Dios mas bien que un hombre cualquiera. » ¿ Queréis ser amigos de Dios? Tratad de asemejaros á él con todo vuestro poder. »

¿ No parecen estas palabras de un Santo Padre? No hay, pues, que admirarse si los doctores cristianos se aplicaron al estudio de aquel gran discípulo de Sócrates, sin someterse por ello á su palabra, y solo por la union que encontraban entre sus ideas y las cristianas, y sin perjuicio de separarse de él en donde no marchase rectamente, considerando siempre á la filosofía como sierva de la teología, y á la revelacion como base de todo conocimiento práctico y especulativo.

Admitida la revelacion, quedaban aclaradas todas las dudas lógicas. Ella contiene la moral, es decir, cuanto se refiere á las acciones humanas; ella se ha hecho por medio de la palabra, luego explica los orígenes del lenguaje; se ha hecho por un ser para seres, luego confirma la existencia variada; procede de fuente infalible, luego presenta el criterio de la certidumbre. Así argumentaba la Iglesia, no obstante que algunos de los Padres, conservando hábitos de escuela, fuesen á buscar por medio de la ciencia lo que acaso solo la fe puede suministrar.

Unidad sustancial.

Dios por tanto y su religion con el mundo y con el hombre son el objeto principal de su espiritualismo mas ó ménos racional. Todo lo que nosotros podemos concebir de la esencia de Dios viene á parar á la uninad sustancial, nocion la mas elevada que puede presentarse á la imaginacion humana. Esta unidad, no susceptible de ningun nombre particular, es indistinta, invisible, recóndita, y no presenta á nuestro entendimiento ninguna cualidad especial que pueda percibir. Esta idea, que se nos presenta al frente de todas las teologías antiguas, está expresada en aquel dicho de la Escritura : *Yo soy el que soy*, ó bien : *Yo soy el Ser*. Ahora bien, como la idea universal del ser es el apoyo de toda inteligencia, y no podemos afirmar nada sin la palabra *es*, no tenemos entendimiento sino en cuanto conocemos á Dios.

Pero los Padres no solo no confundian con esto todas las cosas en Dios, sino que combatian el panteísmo como que destruye la nocion pro-

(1) Tal lo llamaron San Justino (*contra Gent.*), San Clemente de Alejandría (*Stromat.* VI) y Eusebio (*Præp. evang.* XI.) Numento decia que Platon es Moises hablando en griego. No se crea sin embargo que quiero decir que los Santos Padres fueron platónicos : algunos por el contrario refutaron completamente á Platon, y San Agustin se arrepiente de haberlo alabado demasiado : « Laus quoque ista, qua Platonem vel platonicos, vel academicos philosophos tantum extuli, quantum impios homines non oportuit, non immerito mihi displicuit. » Retract. lib. I. El jesuita Fr. Balto extendió una famosa *Défense des Saints Pères accusés de platonisme*. Paris, 1711.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pia del Ente supremo, suponiendo emanaciones que descomponen la unidad esencial de la sustancia divina en tantas fracciones cuantos son los cuerpos que dividiéndose produce, y exponiéndola en estos al mal.

Combatian el dualismo, diciendo que quien atribuye á la materia una facultad independiente y necesaria aniquila la nocion de Dios, quitándole sus caractéres propios é incomunicables, cuya razon no es posible encontrar en la esencia de la materia, que variable, divisible y accidental de suyo, no comprende en sí el motivo de su existencia, y supone un término inmóvil y anterior. Tampoco se puede admitir la coexistencia del principio del mal, porque el poder, la sabiduría y el amor de Dios se concluirian, por oponerse á la primera un principio independiente de él, por no poder la segunda disipar las tinieblas esencialmente impenetrables de la materia, y por estar el último combatido por el espíritu indefinido de odio, discordia y destruccion.

Creacion. Y concluian que Dios, por un acto de libre voluntad, sacó el todo de la nada, á lo cual llegaban haciendo ver el absurdo de las otras dos suposiciones.

Las religiones orientales y la parte de las griegas que con ellas se confundia, especialmente en la doctrina de los misterios, descansaban en el dogma de la emanacion, segun el cual todos los seres salen del seno de Dios y deben volver á él. ¿Pero por qué el Ente feliz y eterno habia dejado su calma y serenidad para revelarse al mundo? Todos los pensadores, todos los cultos se estrellaron en este problema, y procuraron hallar su solucion inútilmente. El Cristianismo la dió, por estar fundado en el dogma de la Encarnacion y de la Redencion. Desde la eternidad estaba en la idea de Dios revelarse al mundo, lo cual implicaba la separacion del mundo de Dios, y por consiguiente el pecado y la caída; pero estaba en su idea sin embargo elevar otra vez al mundo hasta sí (1). Dios se somete á las miserias humanas, no sin embargo al pecado, hasta que la victoria sea completa y cese la separacion con Dios. Un acto de la mas alta libertad hizo digno de habitar aun en Dios lo que estaba fuera de Dios : está cumplido el sacrificio, y hasta la reconciliacion. Tiene parte en este sacrificio todo el que quiere ser Cristiano, ungido por el Señor, hostia sagrada como Cristo, y el regreso á Dios depende del libre albedrío, de la fuerza moral y de la virtud de cada uno. Solo esta ley misteriosa del amor divino, por la cual se verifica la vuelta al Criador mediante el sacrificio voluntario de la víctima santa, puede dar razon del acto por el cual se resolvió Dios á revelarse al mundo; solo ella puede explicar el enigma de la creacion y de la historia universal.

Esto creemos descubrir en ella; pero en general el modo con que los seres finitos salieron de lo infinito, era considerado por los Padres como un misterio irresoluble á la mente humana, la cual es incapaz de comprender los dos términos, trasformándose de finita en infinita.

Alguno de los metafísicos cristianos intentó sondear aquel abismo, y dijo que para comprender la creacion es menester distinguir tres cosas : Dios, los seres particulares y las participaciones, órden de realidades intermedias. Dios como infinito no puede participarse : los seres individuales necesariamente finitos son lo opuesto á Dios : las participaciones, virtudes divinas, como el poder, la bondad, la sabiduría y la vida, existen en las criaturas en grados limitados. Como propiedades divinas, infinitas, existentes en Dios, son Dios mismo : como participadas en grado ó medida, son obra de Dios y criaturas existentes por eso fuera de él. Respecto de los seres individuales, sus principios constitutivos son creados, y sin embargo constituyen el principio de toda creacion particular. Aunque no existen eternamente como la Divinidad, pueden concebirse creados ántes del tiempo, si el tiempo es medida de la duracion de los seres individuales, á los cuales son anteriores estas propiedades. Estando estas fuera de los individuos como existentes en Dios, y fuera de Dios como principios eficientes de cada ser limitado, constituyen el anillo entre lo finito y lo infinito (1).

Algunos ademas (Atanasio, Metodio, Agustin) sostenian que se habia verificado la creacion en el tiempo, y otros (Clemente Alejandrino y Orígenes) que habia sido efectuada desde la eternidad, pues que debia ser tambien eterna la cualidad de criador, como las otras cualidades de Dios. Oponian al fatalismo de los astrólogos y de los estóicos una providencia general y particular, acaso ejercida por el ministerio de los ángeles.

El mal. Pero de la coexistencia de lo finito con lo infinito resulta un nuevo problema : ¿cómo puede coexistir el mal con el bien supremo? Cuestion contra la cual se estrella perpetuamente la razon, y que no es posible resolver de una manera mas racional que con el misterio de una culpa primera, la cual puso en desacuerdo la inteligencia, el amor y el poder, y con la necesidad de una expiacion. Sin embargo, el mal moral no es una cosa positiva, sino una privacion del bien; no proviene de la necesidad, sino del libre albedrío de las criaturas inteligentes y de las sugestiones de los espíritus malignos, por lo cual es imperfecto, y no impide que el bien predomine en el conjunto del universo que tiende hácia Dios. Cese, pues, de resonar la funesta voz, que suponiendo la necesidad, es decir la divinidad, del mal, hace su apoteósis, y blasfemando del Criador, revela á las

(1) Ia *ad Timot.* III, 16; *ad Ephes.* I, 3, 4, 7.; *ad Coloss.* I, 14 y I, 20; IIa *ad Timot.* I, 9, 10.

(4) San Pablo (*ad Heb.* XI) dice : *Ex invisibilibus visibilia facta sunt.* Así los Padres creyeron preexistentes en la mente de Dios las cosas, al crear las cuales no hizo mas que añadir la realidad, *sustanciarlas.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

criaturas la ley del pecado. Cómo puede conciliarse el libre albedrío con un pecado hereditario, con la Gracia y con la predestinacion, es un arcano cuyo velo apénas se atrevia nadie á levantar.

Trinidad. La revelacion nos da la nocion superior de la Trinidad, y aunque convenga al hombre contentarse con exponer el dogma venerando el misterio, sin embargo los Padres, y especialmente San Agustin (1), se esforzaron en encontrar en él analogía con cuanto la razon humana puede concebir de mas puro y elevado. Pero en esto se requiere tal precision de palabras, que quien tratase de compendiarlas, se expondria á incurrir en aquellos errores, que alguna vez no supieron evitar los doctores mismos, y que produjeron tantas disputas, tantos escándalos y tanta sangre.

En el dogma de las tres personas en un solo Dios, la palabra Dios tiene significacion diversa de la persona divina, por lo cual no resulta el absurdo del uno y tres, y sí el misterio del uno y trino, á la manera (decian los Padres) del alma humana, que siendo una tiene tres facultades irreducibles, voluntad, inteligencia y poder.

Verbo. La inteligencia divina, una absolutamente porque es infinita, comprende en su unidad el principio y la razon de la pluralidad, es decir, los tipos de todas las naturalezas creadas, como lo conocieron Platon y los filósofos orientales. Admitiendo esto los Padres como fundamento necesario de toda sabiduría, figuraron el Verbo como la razon de todas las cosas, coexistente con la inteligencia divina, y el cual formando las criaturas y sirviéndoles de modelo, adquirió su condicion. Pero lo que el raciocinio natural no alcanza, es la doble cualidad de aquel Verbo, *unigénito* de Dios en cuanto es su mismo conocimiento, y su *primogénito* en cuanto es el tipo de las cosas creadas.

Los gnósticos poblaban el espacio entre el hombre y Dios de naturalezas intermedias, miradas como divinidades de segundo órden : los Cristianos no admitian mas naturalezas que la divina y la humana, y esta compuesta de materia y de espíritu. La materia, segundo elemento general de la creacion, es una cosa inerte y pasiva, la mas inferior de la creacion, sombra de Dios, miéntras que el espíritu es su imágen, fuente de actividad, de movimiento y de inteligencia. Algunos sin embargo supusieron cierta especie de materia, mas sutil que la corpórea, y de la cual fueron hechos los ángeles, quedando la absoluta espiritualidad solo para Dios, lo cual creían necesario para hacer al alma capaz de premios y de castigos (2). Pero la Iglesia trabajó constantemente para librarla de todo elemento sensual; Orígenes cree imposible que el alma corpórea pueda adquirir ideas de cosas inmateriales, y al fin quedó consolidada la creencia en la espiritualidad del alma y la esencia original y diferencial entre las dos sustancias. San Agustin define el alma : « Una sustancia dotada de razon, dispuesta para gobernar el cuerpo (1); » definicion que recuerda aquella en que Proclo resume la doctrina platónica. « El hombre es un alma que se sirve de un cuerpo (2). » Algunos creyeron que el alma era preexistente al cuerpo, y otros que era creada al tiempo de infundirse en el cuerpo, y de hecho es inexplicable la manera con que obran uno sobre otro dos seres tan distintos como la materia y el espíritu (3); arcano, pero no mayor que el de todos los demas hechos del universo que consisten en acciones recíprocas. La union entre la materia y el espíritu fué al principio perpétua y deliciosa; el pecado original la hizo perecedera, y tal que la parte mas noble padece por esto, y la parte mas grosera se hace capaz de probar un dia las inefables dulzuras de la contemplacion.

Los Santos Padres (4) aceptaban este principio de la escuela itálica, *que la cognoscibilidad de las cosas consiste en seres inmutables que no caen bajo el dominio de los sentidos ;* pero rechazaron la hipótesis platónica de que las sensaciones despiertan en el alma la memoria de un conocimiento adquirido en la otra vida, afirmando solo que el espíritn entiende en cuanto tiene conexion con entes, no solo inteligibles sino inmutables, como son las ideas (5). Si estas existiesen aisladas, serian otras tantas deidades, por lo cual es preciso creer que tienen existencia en la mente divina, y así se purga el platonismo de la idolatria, uniéndolo inseparablemente con la teología cristiana.

Estudiando por tanto cómo pueden subsistir en Dios estas ideas eternas y necesarias, conocieron que su conjunto no podia ser mas que el Verbo; que no podia haber en Dios distincion

(1) *De Trinitate*, VI, 10.

(2) TERTUL. *De anima*. V. J. dice : « La corporeidad del » alma aparece manifiesta en el Evangelio. Sufre en los in» fiernos, y en medio de las llamas implora una gota de agua... » ¿Qué significa todo esto sin el cuerpo? » Y ARNOBIO *Adv.* » *gentes*, II : « ¿ Quién no ve que lo que es simple é inmaterial » no puede conocer el dolor? » S. JUAN DAMASCENO, *De or*» *thodoxa fide*, II, 3, 12 ; Dios es incorpóreo por naturaleza; » los ángeles, los demonios y las almas se llaman incorpóreas » por gracia, y con relacion á la materialidad de la materia. » Parecen tan evidentes estos pasajes que Tennemann, *Manual de la historia de la filosofía*, § 230, dice positivamente, que el alma fué mirada por muchos Santos Padres como corpórea. Esta falsedad, adoptada por otros historiadores, procede de no haber reflexionado que muchas escuelas antiguas distinguian el cuerpo, el alma y el espíritu (σῶμα, ψυχή, πνεῦμα); y por alma entendian el principio de la vida orgánica, comun al hombre y á los brutos, y materia sutilísima, ó mas bien un intermedio entre la materia y el espíritu. Á esta se referian los sobredichos Padres cuando parece que consideraban corpórea al alma ; pero siempre afirmaron que el *espíritu* que piensa en el hombre participa de la naturaleza espiritual de Dios.

(1) *De quantitate animæ.*

(2) *Comm. in Alcib.* Ha sido reproducida esta definicion en nuestros dias.

(3) « Modus quo corporibus adhæret spiritum, et animalia fiunt, omnino mirus est, nec comprehendi ab homine potest, et hoc ipse homo est. » AGUST. *De civ. Dei*, XXI, 10.

(4) Principalmente San Justino (*contra gent.*), Clemente de Alejandría (*Stromat.* VI), y Eusebio de Cesárea (*Præp. evang.* XI).

(5) Véase particularmente S. AGUST. *Retractaciones*, I, 8, — ROSMINI *contra el Mamiani*, p. 487.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

real entre ellas, sino que debian reducirse á unidades muy perfectas en el mismo Verbo, y por él en la esencia divina, la cual por lo mismo es lo inteligible (1) que *ilumina á todo el que viene á este mundo*, porque el hombre ve las ideas en Dios.

Método. En cuanto al método de los Santos Padres, es menester distinguir los libros en que establecen y exponen los dogmas católicos de aquellos en que combaten á sus enemigos, ya sean gentiles ó herejes. En los primeros proceden por demostraciones, en los otros usan frecuentemente los sistemas aristotélicos ó platónicos, el silogismo, la induccion, el absurdo, como para dirigir contra los enemigos sus mismas armas. En donde conviene principian afirmando el dogma de que se trata, por lo general citando un pasaje de la Escritura, formulando en seguida un acto de fe en el cual definen las proposiciones que tratan de interpretar, y despues aducen todos los pasajes en que aquel dogma está expreso, sosteniéndolos uno con otro, hasta producir la evidencia racional, y mostrar que es absurdo lo contrario.

Se manifiestan tan poco partidarios de la lógica de las escuelas, que Tertuliano exclama : « Miserable Aristóteles, que preparó (á los herejes) una dialéctica artificiosa, capaz de revestir cualquier forma, tanto para probar como para negar, sentenciosa, arrogante en sus conjeturas, enfadosa, inextricable en los argumentos, peligrosa por sí misma, que siempre insiste sobre todas las cosas, como si ninguna estuviese bastante probada. De aquí provienen las fábulas y genealogías interminables, y los discursos retrocedentes á la manera de los cangrejos que el Apóstol nos prohibió condenando la filosofía. »

Pero el método que podremos llamar cristiano fué abandonado muy pronto por los Padres, y ya en San Agustin aparecen formas escolásticas, aun tratados enteros de dialéctica, por la necesidad acaso de combatir á los enemigos en su campo. Disponia este doctor el asunto segun las categorías aristotélicas, para que no se le escapase ninguno de los aspectos de la cuestion; en seguida lo demostraba particularmente con el silogismo, ó bien con la argumentacion socrática; y en su tiempo se empezó á introducir en la fe la aguda argumentacion silogística, con la cual puede apoyarse hasta el error.

Miéntras el paganismo moribundo invocaba en su turbada razon la antigua sabiduría como mas próxima á los dioses, los Padres la oprimian bajo las tradiciones primitivas del género humano, y hacian caminar á todas las ciencias de acuerdo para probar la verdad. Y en efecto, la obra de demoler los antiguos errores se llevó á cabo con generoso ardor; pero en cuanto á disponer todas las ciencias y la enciclopedia sobre el fundamento del Evangelio, sus grandes esfuerzos fueron desconcertados por los desastres que sobrevinieron.

No se consideraba ya la virtud como una cosa de convencion, sino como la práctica de la verdad, conocida y pesada con recto juicio, como una buena cualidad de la mente, de la cual no se puede abusar (1). Teníase por pecado preferir al sumo bien el propio, el sujetivo al objetivo (2).

Siendo el Cristianismo doctrina de redencion, su primer mérito consistia en practicar la caridad hasta dar la vida por ella; y cada cual estaba obligado á ejercer la industria, á inventar y á progresar para aumentar el bien del prójimo. Es por tanto el Cristianismo doctrina de actividad y de progreso, miéntras los antiguos cultos, fundados en la idea de la decadencia, veían el mal y la desigualdad entre los hombres como una necesidad, padecian y dejaban padecer.

El Cristianismo conseguia ademas la libertad del hombre, porque el derecho sucedia al hecho; el pensamiento y la conciencia humana, libremente sometidos á Dios, solo de Dios querian depender, verdadero y único soberano, por el cual habia sido investido Cristo del poder supremo. De Dios, pues, solamente y del Verbo les viene á los hombres el derecho de mandar, con arreglo á esta doctrina; de Dios es el poder, pero no siempre el hombre que lo ejerce ni el uso que hace de él, y aquel y este están subordinados á la ley superior, cuyo intérprete infalible es la Iglesia. Así, pues, la obediencia nace de la persuasion; no envilece sometiendo al hombre á los mandatos del hombre (3); reduce al príncipe á ministro de Dios para el bien, y á los gobiernos á procurar que sea bien administrada la justicia, sin poder ni accion sobre el pensamiento ni la conciencia. Y como ningun hombre posee autoridad alguna por sí mismo, siempre que sustituye al derecho eterno su poder, se hace usurpador, y merece la desobediencia (4).

Moral. En suma, habíanse reconciliado la ciencia y el deber, la filosofía y la religion, la moral y la política, derivadas todas de la misma fuente.

La filosofía cristiana tiene por primera fuente á Dios, y por necesidad une la teoría á la práctica, segun aquel que dijo : *Si practicáis mi palabra, conoceréis la verdad*. Opuesta al egoísmo filosófico, no aspira á la gloria mundana de

(1) *Per* λογον *enim solum cognoscentia efficitur.* MARIO VITT.

(1) Esta es la famosa definicion de San Agustin. « Virtus est bona qualitas mentis... qua nullus male utitur. » Y en otra parte : « Ille pie et juste vivit qui rerum integer est æstimator in neutram partem declinando. » *De doct. chr.* I, 27.

(2) « Voluntas aversa ab incommutabili bono et conversa ad proprium, peccat. » S. AGUST. *De lib. arb.*

(3) « El hombre tiene derecho de mandar á las bestias; pero Dios solo el de mandar á los hombres. » S. GREG. MAGNO, lib. XXI, in Job, c. 15, N. 22.

(4) « Regimen tyrannicum non est justum quia non ordinatur ad bonum commune, sed ad bonum privatum regentis... Ideo perturbatio hujus regiminis non habet rationem seditionis, nisi forte quando sic inordinate perturbatur tyranni regimen, quod multitudo subjecta majus detrimentum patitur ex perturbatione consequenti quam ex tyranni regimine. » S. TOMM. *Sum. theol. sect.* II, *q*, 42, *art.* 11, *ad* 3.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fundar escuelas, ántes por el contrario confiesa que esta doctrina no es la suya, y no se aparta nunca del sentido comun del género humano, unido con Dios, ó lo que es lo mismo, de la autoridad de la Iglesia. La regeneracion intelectual fué reducida por los Santos Padres á regeneracion moral, buscando ante todo la salud de las almas, para cuyo fin era menester primeramente extirpar la duda, que á fuerza de argumentos habia roto las creencias mas principales, y en segundo lugar, reorganizar las nociones esparcidas acerca del deber. Acudian al primer objeto fundando sobre la fe las creencias invariables, y al segundo destruyendo el panteísmo y el dualismo, igualmente funestos. Porque si las aplicaciones del órden moral son la mejor prueba de las doctrinas metafísicas, la pureza de la moral propagada por los Padres, no ya entre unos cuantos sabios, sino verdaderamente en el pueblo y en la sociedad universal, es un argumento poderosísimo de la excelencia de unas doctrinas que ponian de acuerdo las leyes de la inteligencia con las de la voluntad.

La moral deducida de aquellos principios no constituía una ciencia; pero dándoles por fundamento la voluntad de Dios, expresada por la razon y la revelacion, y la obligacion del hombre de obedecer á quien ordena, ó en virtud de poder absoluto, ó para dirigir al pueblo á la felicidad temporal y eterna, dictaba preceptos severos y purísimos; recomendaba especialmente la caridad, ó sea el amor desinteresado al prójimo, la sinceridad, la paciencia y la templanza: y algunos tambien se dejaron llevar hasta un ascetismo rigoroso, dirigido á purificarse del pecado y separarse de la materia por medio de la contemplacion y de la penitencia.

CAPÍTULO XXXIII

Literatura eclesiástica.

No solo habia nacido con el Cristianismo una filosofía nueva, sino una nueva y diferente literatura, cuya fuente fueron los cuatro Evangelios, las Epístolas canónicas y el Apocalípsis; veintisiete libros del Nuevo Testamento, que con los cuarenta y cinco del Antiguo componen el número místico de setenta y dos. Parte de ellos se refieren exclusivamente á la revelacion de la eterna palabra de vida, y otros se dirigen á establecer la divina comunion de los fieles, manifestándonos cómo se formó la Iglesia, cuál fué la primera organizacion que le dieron los apóstoles, y sus futuros destinos. Lo que en el Antiguo era figura, vision y profecía, se encuentra en el Nuevo explicado y completo; la sublimidad de aquel se cambia en este en afectuosa ternura, y el leon de Judá aparece en los Evangelios como mansísimo cordero, que despues en la Epístolas se eleva al vuelo del águila (1).

(1) SCHLEGEL, *Historia de la literatura*, lec. VI.

Evangelios.

Se distingue el Nuevo Testamento de cualquiera otro escrito por una sencillez de expresion vulgar é infantil, que encubre una sublimidad incomprensible de pensamientos. Para hacer comprender su profundo sentido á todas las inteligencias, la alegoría se convierte en parábola, explicacion tangible del precepto divino, que léjos de la alambicada alegoría poética y del símbolo secreto, expone las verdades prácticas en formas puras y bajo la sombra de acontecimientos comunes, y que, como arte, sirve de modelo á las leyendas, género enteramente propio de la literatura moderna.

San Mateo, natural de Palestina, escribió el primer evangelio, el mas popular y abundante en hechos, en preceptos morales y verdad local, como escrito el primero de todos, y por quien sabía las cosas por haberlas visto, ó por testimonios muy recientes. El médico Lúcas, sectario de San Pablo, y Márcos, discípulo de San Pedro (1), expusieron en griego la historia divina, cual la habian oído á San Pablo, ó leído en San Mateo; el primero lógico y analítico, y el segundo preciso y compendioso narrador. San Lúcas supera á los demas en pureza y dignidad, como hombre versado en las letras y en la vida social. San Juan, Hebreo de nacion, que habia tomado parte en las escenas de la redencion, filósofo, teólogo, mártir y poeta, escribió ya anciano su Evangelio á ruego de los obispos de Asia y de muchas Iglesias (2), que no contentas con los testimonios de segunda mano, los querian del discípulo predilecto. Compuso su obra conforme á las indicaciones del Espíritu

(1) En San Márcos de Venecia pretendian tener el texto latino de San Márcos, escrito por él mismo, y el cual formaba parte de una coleccion de los cuatro Evangelios conservados en Aquilea. Cuando en 1354 pasó por esta ciudad el emperador Cárlos IV, obtuvo del patriarca los últimos dos cuadernos de esta reliquia, que comprenden desde el vigésimo versículo del cap. XII hasta el fin; y los regaló á la metropolitana de Praga, ordenando encuadernarlos con oro y perlas, dando para ello dos mil ducados, y que el arzobispo y el clero saliesen á recibir aquella reliquia, y que todas las Pascuas la sacasen en procesion. Los otros cinco cuadernos que quedaron en Aquilea, fueron conducidos despues á Venecia por órden del dux Tomas Mocénigo en 1420; pero de tal modo ha estropeado la humedad el manuscrito, que ya no es posible leerlo, y hasta se disputó si era ó no latino, y si estaba en papiro ó en pergamino. Resolvió las dudas Lorenzo de la Torre, en el tom, II del *Evangeliorum quadruplex* de Bianchini (Roma, 1749, pág. 548 y siguientes). Aparece tambien que este trozo pertenecia al manuscrito de Aquilea, porque en donde concluye el evangelio de San Mateo se lee: *Explicit evangelium secundum Mathæum, incipit secundum Marcum*, y nada sigue. En 1778 hizo imprimir en Praga José Dobrowsky, con el título de *Fragmentum pragense evangelii sancti Marci, vulgo autographi*, las diez y seis hojas dadas por Cárlos IV, y resultó que no era tampoco la antigua version italiana, sino la enmendada por San Jerónimo. El último trabajo relativo á esto, es *de Vita et llipsanis sancti Marci Evangelistæ, libri duo*, AUGUSTINI MOLIN. Roma, 1864.

(2) IRENEO III, 1; EUSEBIO III. 24. — En cuanto al tiempo, va primero el ev. de S. Mateo, despues la epistola I de San Pedro, el ev. de S. Márcos. el de S. Lúcas, las epistolas de San Pablo á los Tesalonicenses, á los Gálatas, á los Corintios, á los Romanos, á Filemon, á los Colosenses, á los Efesios, á los Hebreos, la I á Timoteo, la dirigida á Tito, la II de S. Pedro y la II de S. Pablo á Timoteo. Es incierta la época de la de Santiago y de los Hechos de los Apóstoles, S. Juan escribió su evangelio casi al mismo tiempo que sus epístolas, y poco ántes que las de S. Júdas y S. Bernabé.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Santo, con evidente intencion polémica y apologética, esto es, para combatir á quien negaba la divinidad de Cristo, y especialmente á Ebion y Cerinto (1); y fué el que mas penetró en el pensamiento del divino Maestro. Su manera de escribir es patética y suave.

San Epifanio caracteriza á los cuatro evangelistas diciendo, que Dios dió á cada uno de ellos algo propio, de manera que están de acuerdo entre sí en ciertos puntos, á fin de que no quede ninguna duda acerca de la fuente divina en que bebieron; al mismo tiempo que cada uno presenta algo olvidado por los demas. San Mateo da pormenores sobre el nacimiento del Salvador y su genealogía, tales que Cerinto encontró en ellos pretexto para creer que Jesucristo era simplemente hombre. Entónces mandó el Espíritu Santo á Márcos escribir un segundo Evangelio, treinta años despues del otro: era este uno de los setenta y dos discípulos que se habian dispersado sin que les fuera posible oir la órden de Cristo de comer de su carne y beber de su sangre, y su obra se dirigió á demostrar la divinidad del Salvador; pero no habiéndose explicado con bastante claridad sobre este punto, los herejes quedaron firmes en su error. El Espíritu Santo entónces obligó á San Lúcas á llevar á cabo lo que sus dos predecesores no habian perfeccionado; pero no bastando él tampoco para inspirar la enmienda, el mismo Espíritu Santo impulsó á Juan, de regreso de Pátmos, á componer el cuarto Evangelio, en el cual no se detuvo este en la narracion de la vida expuesta ya por sus predecesores, sino que trató mas bien de disipar los errores esparcidos acerca de la naturaleza divina del Redentor (2).

(1) Epifanio, *Hær.* II, 12; XXX, 3. *El initium* de su evangelio es una refutacion repetida de doctrinas gnósticas, en la cual se explican las diversas operaciones espirituales con las palabras que repite allí de ἀρχή, λόγος, μονογενής ζωή, φῶς, *principium*, *verbum*, *unigenitus*, *vita*, *lux*, etc.

(2) En estos últimos años dirigieron un ataque audaz contra los Evangelios los protestantes alemanes, y especialmente el doctor Strauss en su *Vida de Cristo* (Tubinga, 1835.) Lo mismo que habia hecho Wolf con Homero, y Niebuhr con la historia romana, pretendieron hacer los exagéticos alemanes con la narracion evangélica, suponiéndola una reunion de ideas, de invenciones y de preceptos, de diversa época y objeto, con el fin de probar que no ha existido nunca Cristo, ni quizá tampoco los evangelistas, y que todo se reduce á un mito etafísico. No es ya, pues, el ataque burlon que Voltaire dirigia á los Evangelios con sus chistes y argucias que ya se habian pronunciado quince siglos ántes por Celso, Porfirio y Juliano y con tendencia á mostrar en todo fraude y engaños: es esta una interpretacion alegórica, como conviene á la pensadora Alemania. Al principio se hizo este estudio en los libros antiguos. Eichhorn desde el año 1790 tomó como emblemático el primer capítulo del Génesis, y compuesto de fragmentos, en los cuales Jehová era diferente de Eloim. En 1803 imprimió Bauer la Mitología de la Biblia. Despues emprendió la misma descomposicion con el Evangelio; *den Sohn analysiren*, como decia Hegel con una tranquilidad verdaderamente maravillosa para el que considere el inmenso vacío que dejaria en la historia, así como en la conciencia, la conviccion de que Cristo era un carácter ideal. Scheleiermacher, que murió en 1831, filósofo y gran filólogo, despojó al Antiguo Testamento de las profecías, y al Nuevo de los milagros, y lo que quedaba trató de conciliarlo con su filosofía y con su teoría acerca de la humanidad. Poniendo su atencion en el éxito, se asustó en una ocasion cuando vió por una parte el Cristianismo con la barbarie y la supersticion, y por la otra la ciencia con la impiedad, é inclinado sobre el abismo que él mismo habia abierto exclamó: « ¡Felices nuestros padres, que » inexpertos aun en la exegética, creían sencilla y lealmente » todo cuando se les habia enseñado! La historia perdia, y ga- » naba la religion. Yo no he inventado la crítica; pero, pues » que esta ha principado la obra, conviene terminarla. El » génio de la humanidad vela sobre ella, y no le quitará lo » que tiene de mas precioso. Obre, pues, cada uno conforme » á su deber. »

Epístolas.

Las epístolas son unos cortos tratados dirigidos á las Iglesias y á los compañeros mas fervientes de los apóstoles, con elogios, censuras, avisos, exhortaciones, y reglas de conducta que no tienen un solo objeto, sino que hablan de diversos asuntos como se acostumbra en las cartas, sazonándolas con afectos personales. En ellas no aparece Pedro ni como literato, ni como argumentador, sino como jefe de la jerarquía que dirige la Iglesia con el poder de la unidad. Pablo, apóstol de las gentes, ve y examina las ideas de las diversas naciones. Á Juan correspondió la tercera manera de enseñanza, la contemplacion del doctor que custodia las tradiciones, y considera desde un punto elevado el vínculo por el cual se unen todos los fenómenos y las ideas de que se compone el movimiento del universo. Desterrado por Domiciano á Pátmos, una de las islas Esporadas, tuvo allí visiones sobrenaturales que Dios le ordenó escribir y enviar á las siete Iglesias principales de Asia; la de Éfeso, llena de perseverancia y paciencia, si bien se habia enfriado su primitivo fervor; la de Esmirna, pobre y sufrida en la adversidad; la de Pérgamo, contaminada por el inmediato templo de Esculapio; la de Taitira, llena de fe, caridad y paciencia; la de Sárdis, con necesidad de reparar por la penitencia los pecados de muchos de sus hijos; la de Filadelfia, que se habia conservado constante en la verdad, y la de Laodicea, tibia y de poco espíritu, que se consideraba perfecta por estar limpia de algunos vicios materiales.

Apocalípsis.

En aquel gran drama, en el cual revela misteriosamente los arcanos que se le han revelado, vió el triunfo de la Iglesia, sus inminentes y lejanas persecuciones y sus vicisitudes, las bodas místicas del Cordero con la Esposa celeste, y despues la destruccion del mundo y los goces que reserva Dios en la excelsa Jerusalen á los que le aman, y que serán mas perfectos cuando haya renovado aquel la tierra y los cielos. Su oscuridad dió ocasion á largos comentarios y á muchas extravagancias.

Hechos de los Apóstoles.

Los *Hechos de los Apóstolos* son un nuevo género de historia, sublime en su sencillez, y cual convenia á héroes pescadores que iban á conquistar el mundo, no en nombre propio, sino en nombre de Dios. Cosa hermosa es ver narradas sin ira en esta obra las luchas con la obstinacion hebrea y con la indiferencia gentil. « Estando Pablo en Aténas, se inflamaba su » espíritu dentro de sí mismo, viendo la ciu- » dad entregada á la idolatría. Y así disputaba » en la Sinagoga con los Judíos y los prosélitos, » y en la plaza cada dia con los que se le ponian

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» delante. Y algunos filósofos epicúreos y estói-
» cos disputaban con él, y unos decian : *¿ Qué*
» *nos quiere decir este sembrador de palabras?*
» Y otros : *Parece que es predicador de nuevos*
» *dioses :* porque les anunciaba á Jesus, y la Re-
» surreccion. Y asiéndole lo llevaron al Areópa-
» go, diciendo : *¿ No podemos saber qué doctri-*
» *na nueva es esta que predicas? Porque metes*
» *en nuestras orejas ciertas novedades : Pues*
» *queremos saber qué quiere ser esto.* Y los
» Atenienses todos, y los forasteros que allí
» moraban, no entendian en otra cosa sino en
» decir, ó en oir algo de nuevo. Pablo, pues,
» puesto en pié en medio del Areópago, dijo :
» *Varones Atenienses, en todas las cosas os veo*
» *mas supersticiosos que ningun pueblo. Porque*
» *pasando, y viendo vuestros simulacros, hallé*
» *tambien una ara en que estaba escrito : Al*
» *Dios desconocido. Ese, pues, que vosotros ado-*
» *ráis sin conocerlo, ese es el que yo os anun-*
» *cio...* Y cuando oyeron la resurreccion de los
» muertos, los unos hacian burla, y los otros
» dijeron : *Te oirémos otra vez sobre esto.* Así
» Pablo salió de en medio de ellos. Mas algunos
» creyeron. »

Símbolo. Es probable que aun en los primeros tiempos se dejase sentir la necesidad de expresar compendiosamente la fe con una fórmula que acaso se recitaba en el acto de recibir el bautismo. Pero aun cuando no pueda demostrarse que los apóstoles formaron un símbolo, ántes de ir á convertir el mundo, parece creible que se añadiese á la fórmula bautismal algun nuevo artículo á medida que cada nueva herejía hacía necesaria una protesta (1). Consta en efecto, que se hicieron sucesivas adiciones al que se denomina *Símbolo apostólico*, y que verdaderamente está concebido en términos tan generales, que pueden conservarlo aun los mayores disidentes.

Muchas epístolas se escribieron en aquellos primeros tiempos por Júdas, por Bernabé, por Dionisio y por Clemente, tan venerado entónces, que á él se atribuían todas las obras cuyo autor no se conocia. La misma forma tienen las *Constituciones apostólicas*, obra probablemente de un sacerdote sirio del fin del siglo III, el cual expone en ellas los deberes de los legos y de los eclesiásticos, el culto y la doctrina religiosa en oposicion á las herejías de su tiempo. Posteriormente se les añadieron los libros VII y VIII.

Hérmas. Hérmas, contemporáneo de los apóstoles, aprendió por revelacion superior muchas verdades, y las refirió en su libro del *Pastor*, considerado algun tiempo como canónico, y dividido en visiones, preceptos y semejanzas. Encontró (dice) en Roma, á una mujer, á quien habia amado de niño como hermana, y le pareció que alcanzaria el colmo de la felicidad si pudiese poseerla. Ciego con tal pensamiento, fué trasladado en espíritu á un lugar desierto, donde orando vió que se le abrian los cielos; que desde allí le saludaba la mujer deseada, y le decia que estaba allí acusándole ante Dios por el deseo que habia penetrado en su corazon; que rogase para obtener el perdon. Aterrado Hérmas sin saber qué hacer, pensaba cómo evitaria la cólera de Dios si un deseo sencillo se le imputaba como culpa. Ve entónces aparecérsele una mujer de edad avanzada, luminosamente vestida, que habiéndose enterado de su anhelo le dijo, que en el corazon de un siervo de Dios no debe penetrar ningun mal deseo, y que el Señor estaba irritado con él, porque toleraba á sus hijos algunas violencias sin reprenderlos. Despues, para animarlo, le leyó de un libro que tenia cosas muy grandes y admirables que no puede comprender ningun hombre, y que concluían así : « Hé aquí que el Dios de los ejérci-
» tos por invisible poder y sabiduría infinita
» creó el universo; por su pensamiento glorioso
» rodeó de bellezas á sus criaturas, y por la
» fuerza de su palabra fabricó el cielo y la
» tierra sobre las aguas, y constituyó su santa
» Iglesia á la cual bendijo. Trasportará los
» cielos, las montañas, las colinas y los mares,
» y llenará todas las cosas con sus elegidos, á
» fin de que en estos se cumplan sus promesas,
» despues que hayamos observado sus leyes con
» alegría y reverencia. » Despues la mujer, que era la Iglesia, desapareció gritándole : *Ánimo, Hérmas ; esta es tu primera vision.* Otras tres tuvo despues, que refirió con afectuosa sencillez de estilo. En la segunda y tercera parte de su obra habla con el ángel de su guarda de las ver-

(1) Á todos los obispos era lícito hacer cambios; y Rufino nos da, ménos contaminado, el Símbolo de los Apóstoles tal cual se recitaba en la Iglesia Romana, y el de la Iglesia de Aquilea, á la cual este sacerdote pertenecia.

Hé aquí ambos símbolos confrontados :

ROMANO. — *Credo in Deum patrem omnipotentem.*

AQUILETANO. — *Credo in Deo patre omnipotente invisibili et impassibili.*

ROM. — *Et in Christum Jesum, unicum filium ejus, dominum nostrum.*

AQUIL. — *Et in Christo Jesu, unico filio ejus, domino nostro.*

ROM. Y AQUIL. — *Qui natus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine.*

ROM. — *Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, tertia die resurrexit à mortuis.*

AQUIL. — *Crucifixus sub Pontio Pilato et sepultus, descendit ad inferna, tertia die resurrexit à mortuis.*

ROM. Y AQUIL. — *Ascendit in cœlos, sedet ad dexteram Patris ; inde venturus est judicare vivos et mortuos.*

ROM. — *Et in Spiritum Sanctum. Sanctam Ecclesiam. Remissionem peccatorum. Carnis resurrectionem.*

AQUIL. — *Et in Spiritu Sancto. Sancta Ecclesia. Remissione peccatorum. Hujus carnis resurrectione.*

En los *Catechesi* de Máximo, obispo de Turin (Hamil. in traditione symboli) ; en los de S. Pedro Crisólogo, obispo de Rávena (in symb. apost.), y otros romanos, los símbolos de las diversas Iglesias, en los que se hallan introducidas las palabras *conceptus, passus, mortuus, catholicam, sanctorum communionem, vitam æternam*, adoptadas despues en el símbolo comun, como ya se encuentra en los sermones 240, 241, 242, puestos como apéndice en los genuinos de S. Agustin, edicion de los Padres maurinos.

Algunas de dichas palabras añadidas parecen arbitrarias y aun fútiles; pero tendian á refutar algunos errores divulgados. Así, en el referido símbolo de Aquilea, el *descendit ad inferna* se opone á los apolinarios y á los arrianos que negaban el alma de Cristo, como bastándole la divinidad. El *invisibili et impassibili* se opone á los novacianos y sabelianos, que decian haber nacído y padecido el Padre Eterno. El *hujus carnis* se opone á los que creian que debíamos resucitar con un cuerpo aéreo y celeste.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dades eternas, de las reglas de la moral, y de los progresos de la Iglesia.

Pseudo-Evangelios.

Narrándonos el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles puramente lo que importa á la doctrina, dejaban á la curiosidad un mar de preguntas cual suelen hacerse sobre todas las personas insignes, veneradas ó queridas. Para satisfacerlas, principiaron algunos á extender relaciones relativas á la vida de Cristo, en parte reuniendo lo que oían de otros, alterado como sucede con la tradicion, y en parte sacándolo de su imaginacion. Así se formaron los Evangelios apócrifos, los cuales, aun cuando no se presten á la fe del creyente ni resistan al exámen del crítico, son no obstante modelos de ingenuidad que contrastan singularmente con la literatura antigua, especialmente en la época de su decadencia.

Libros apócrifos y leyendas.

De los varios escritos atribuidos á Cristo, el que por su sencillez sufre ménos excepciones, es la carta á Abgar, rey de Edesa, el cual habia recurrido á él en una grave enfermedad, invitándolo á ir á sus Estados, en los cuales encontraria seguridad y honor. Jesus le contesta que no podia variar su mision; que sin embargo, despues de su muerte le enviaria á uno de sus apóstoles (1). El historiador Eusebio dice haber sacado estas cartas de los archivos de Edesa (2).

Entre los libros apócrifos, se encuentran dos cartas de Pilátos al emperador, informándolo de la muerte de Cristo. La primera está sacada del *Anacephalæosis*, esto es, de los cinco libros que el falso Egesipo escribió sobre la ruina de Jerusalen, por lo cual ha sido muchas veces reproducida. La segunda fué, á lo que entiendo, publicada primeramente en el Martirologio antiguo romano, ó sea hierosolimitano (3). No vaya á creerse que hay error en estar dirigidas á Claudio, porque Tiberio descendia de la familia Claudia. El manuscrito griego, que, segun Lambecio, existe en la biblioteca de Viena, dice así : Κρατίστω σεβασίμω φοβερω θειοτάτῶ Αυγούστῶ Πιμάτος Πόντιος ὁ τὴν ανατολικὴν διετῶν (1).

Los primeros apologistas mencionan las actas de Pilátos, pero no se pueden considerar como tales las que todavía subsisten; una copia de las cuales se conserva en la biblioteca del rey en Paris; y otra sacada de un código colbertino fué publicada por Fabricio (2).

El *Evangelio de la infancia de Cristo* es un cúmulo de milagros verificados por el Redentor siendo aun niño, y que si fuesen verdaderos, quitarian todo lo que tiene de sorprendente la prodigiosa propagacion de la verdad, y solo admiraria que presentado aquel entre los suyos no fuese por ellos reconocido (3). José (así se refiere allí) iba por la ciudad, y llevaba consigo á Jesus, siempre que era llamado para obras de su arte (4) para hacer cubos ó cribas ó ventanas ó cajas; y cuando las obras de José eran demasiado largas ó cortas, anchas ó estrechas, extendiendo sobre ellas la mano Jesus, hacía que fuesen justas. Un dia lo llamó el rey

(1) *Exemplar epistolæ scriptæ a rege Abgaro vel toparcha ad Jesum, et missæ Hierosolymam per Ananiam cursorem* :

Abgarus, Uchaniæ filius, toparcha, Jesu Salvatori bono qui apparuit in locis Hierosolymorum, salutem. — Auditum mihi est de te et de sanitatibus quas facis, quod sine medicamentis aut herbis fiant ista per te, et quod verbo tantum cæcos facis videre, et claudos ambulare, et leprosos mundas, et immundos spiritus ac dæmones ejicis, et eos qui longis ægritudinibus affectantur curas et sanas, mortuos quoque suscitas. Quibus omnibus auditis de te, statui in animo meo unum esse è duobus, aut quia tu sis Deus et descenderis de cœlo ut hæc facias, aut quod Filius Dei sis qui hæc facis. Propterea ergo scribens rogaverim te ut digneris usque ad me fatigari, et ægritudinem meam, qua jam diu laboro, curare. Nam et illud comperi, quod Judæi murmurant adversùm te, et volunt tibi insidiari. Est autem civitas mihi parva quidem sed honesta, quæ sufficiat utrisque.

Exemplum rescripti ab Jesu per Ananiam cursorem, ad Abgarum toparcham :

Beatus es qui credidisti me, cum ipse me non videris. Scriptum est enim de me, quia hi qui me vident, non credunt in me, et qui non vident me, ipsi credent et vivent. De eo autem quod scripsisti mihi ut veniam ad te, oportet me omnia, propter quæ missus sum, huc explere; et posteaquam complevero, recipi ad eum à quo missus sum. Cùm ergo fuero assumptus, mittam tibi aliquem ex discipulis meis ut curet ægritudinem tuam, et vitam tibi atque his qui tecum sunt præstet.

(2) *Hist. Eccl.* I, 13.

(3) Luca 1668, pág. 113.

(1) « Pontius Pilatus Claudio, salutem. Nuper accidit, et quod ipse probavi, Judæos per invidiam se suosque posteros crudeli condemnatione punisse. Denique cum promissum haberent patres eorum, quod illis Deus eorum mitteret de cœlo Sanctum suum qui eorum rex merito diceretur, et hunc se promiserit per virginem missurum ad terras : istum itaque, me præside, in Judæam Deus Hebræorum cum misisset, et vidissent cum cæcos illuminasse, leprosos mundasse, paralyticos curasse, dæmones ab hominibus fugasse, mortuos etiam suscitasse, imperasse ventis, ambulasse siccis pedibus super undas maris, et multa alia fecisse, cum omnis populus Judæorum eum Filium Dei esse diceret, invidiam contra eum passi sunt principes Judæorum, et tenuerunt eum, mihique tradiderunt, et alia pro aliis mihi de eo mentientes dixerunt, asserentes istum magum esse et contra legem eorum agere. Ego autem credidi ita esse, et flagellatum tradidi illum arbitrio eorum. Illi autem crucifixerunt eum, et sepulto custodes adhibuerunt. Ille autem militibus meis custodientibus, die tertio resurrexit; in tantum autem exarsit nequitia Judæorum, ut darent pecuniam custodibus et dicerent : « Dicite quia discipuli ejus corpus ipsius rapuerunt. » Sed cùm accepissent pecuniam, quod factum fuerat tacere non potuerunt : nam et illum surrexisse testati sunt se vidisse, et se à Judæis pecuniam accepisse. Hæc ideo ingessi, ne quis aliter mentiatur, et æstimet credendum mendaciis Judæorum. »

« Pilatus Tiberio Cæsari, salutem. De Jesu Christo quem tibi plane postremis meis declaraveram, nutu tandem populi, acerbum, me quasi invito et subticente, supplicium sumptum est. Virum hercle ita pium ac sincerum nulla unquam ætas habuit, nec habitura est. Sed mirus extitit ipsius populi conatus, omniumque scribarum et seniorum consensus, suis prophetis et more nostro sibyllis præmonentibus, hunc veritatis legatum crucifixere, signis etiam super naturam apparentibus, dum penderet, et orbi universo philosophorum judicio lapsum minantibus. Vigent illius discipuli, opere et vitæ continentia magistrum non mentientes, imo in ejus nomine beneficentissimi. Nisi ego seditionem populi prope æstuantem pertimuissem, fortasse adhuc nobis ille vir viveret. Etsi tuæ magis dignitatis fide compulsus quam voluntate mea adductus, pro viribus non restiterim sanguinem justum totius accusationis immunem, verum hominum malignitate inique in eorum famam, ut Scripturæ interpretantur, exitium pati et venundari. Vale. Quarto Nonas Aprilis. »

(2) *Codex apocryphus Novi Testamenti.* Hamburgo, 1703.

(3) Ademas son desmentidos formalmente por San Juan, cuando dice que el primer milagro ejecutado por Cristo fué el de las bodas de Caná.

(4) En el Evangelio de San Márcos, VI, 3, se llama artesano á Cristo, ὁ τεκτον, aun cuando algunos códices dicen *el hijo del artesano*, ὁ τοῦ τέκτονος, como en San Mateo, XIII, 55. San Justino Mártir refiere que se tenian arados, yugos y otras cosas τεκτονικὰ ἔργα de mano de Jesus (*dial. cont. Trifon*), y habiendo preguntado Libanio á un pedagogo ó cristiano qué hacía el hijo del artesano, ὁ τοῦ τέκτονος, le fué contestado : *Fabrica el féretro para Juliano*. Teodoreto, Hist., III, 23.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de Jerusalen y le dijo : *Quiero, oh José, que me hagas un trono para sentarme.* José obedeció, y habiéndose puesto al instante á la obra, permaneció dos años en el palacio hasta que terminó su trabajo, pero cuando lo colocó en su sitio, faltaban dos palmos para la medida prefijada, por lo cual se encolerizó mucho el rey, y y temiendo José su cólera, se acostó sin haber cenado. Y respondió á Jesus que le preguntaba la causa de su inquietud : *Porque he perdido el trabajo de dos años enteros*, á lo cual le dijo Jesus : *Ten ánimo, y no te dejes abatir ; tú tomarás de un lado este sólio, yo del otro, y lo estirarémos hasta que tenga la justa medida.* Y habiéndolo hecho José como Jesus le habia dicho, y estirando cada uno mucho de su lado, obedeció el trono, y alcanzó á la medida precisa. Viendo este prodigio los asistentes, se sorprendieron y alabaron al Señor (1).

Entre semejantes niñadas, y entre milagros inútiles y reflexiones estúpidas, se encuentran sin embargo páginas llenas de un afecto desconocido en la literatura clásica; creeríase que se oyen los lamentos de Sacontala en aquel pasaje del *Protoevangelio*, en el cual Santa Ana, madre de María, desconsolada por su esterilidad, alza los ojos á un laurel, ve un nido de gorriones, y llora pensando que no puede compararse con estos pajarillos, « los cuales sin embargo » son fecundos en presencia del Señor, ni á los » animales terrestres, ni siquiera á estas aguas » ni á esta tierra que son fecundas, y te alaban, » oh Señor (2). »

María Magdalena, la pecadora, á quien se perdonó mucho porque habia amado mucho, se confunde en este Evangelio con la hermana de Lázaro y de Marta, y con la que acompañó á la Vírgen Madre al Calvario, y para que á sus errores siguiese una gran expiacion, se refiere que se habia retirado á una gruta de Provenza entregándose á todos aquellos rigores y á aquella devocion que podia sugerirle su penitente amor.

Los doce apóstoles, compañeros de dolor y depositarios de la doctrina de Cristo, se extendieron por las mas remotas regiones á predicarla. De sus viajes no se tuvo noticia cierta, pero son en cierto modo prodigiosos : empresas atrevidas, intrépidas predicaciones, sostenidas por milagros ruidosos, excursiones á las islas del mar y a los tierras bárbaras. Andres recorre la Alta Asia; Pablo hace penetrar el Evangelio en ciudades llenas de estudiantes y de retóricos; Mateo penetra hasta el país de los Etíopes; Felipe hasta el de los Escitas, y Bartolomé en las Indias mas allá que Alejandro. En el mismo seno del imperio se insinúa la fe en el palacio de los Césares y el tugurio de los esclavos; y triunfa en el Sanedrin y en el Areópago. Pablo, doctor de las gentes, trabaja con sus manos para vivir; el pescador Pedro va á Roma á combatir á un sofista y á un tirano, y establece la sede futura de sus sucesores junto al palacio de Tiberio. ¡ Qué campo para las imaginaciones piadosas, tanto mas libre cuanto que la vida de cada uno habia estado ménos mezclada en los acontecimientos auténticos del Evangelio (1) !

Mucho hablaron los Hebreos de los sucesos de la Vírgen María. En el Talmud se la llama muchas veces una peinadora de mujeres. En dos historias de Cristo compuestas por Judíos con el título de *Sepher toledoth Jeschu* (libro de las generaciones de Jesus) José Pander de Belen se enamora de una jóven peluquera llamada Mirian, mujer de Jocanan, y habiéndola sorprendido y fingídose su marido, abusa de ella, á consecuencia de lo cual dió á luz un niño llamado Jeoscua. Educado este por Elcanan hace progresos en las letras. Un dia, estando sentados á la puerta varios ancianos, pasaron delante de ellos dos niños, uno de los cuales se cubrió, y el otro se descubrió la cabeza, y Eliazar dijo de aquel que de mala manera y contra la buena crianza se habia cubierto la cabeza, que era bastardo. Fué, pues, á buscar á la madre de este niño, á la cual encontró en la plaza vendiendo legumbres, y resultó que no solamente era espúreo, sino hijo de una mujer inmunda. Los ancianos hicieron publicar al son de trescientas trompetas cuán impuro era su nacimiento. Huyó, pues, á Galilea, pero volviendo luego á Jerusalen, se introdujo en el templo, aprendió y sustrajo el nombre de Dios, y lo escribió en un pergamino; despues se abrió sin dolor un muslo y ocultó aquel en la herida. Con el inefable nombre de *Scheemhamephoras* hizo innumerables prodigios. Condenado á muerte por el Sanedrin, fué coronado de espinas, azotado y apedreado : quisieron ahorcarlo de un madero; pero todos los maderos se rompieron, porque él los habia encantado. Los sabios fueron á buscar una gran col que no es madera, sino yerba, y en ella le colgaron. — Tan pobres historias oponian los Judíos á la sencilla majestad de la narracion evangélica.

Nos queda el antiquísimo libro de la *Muerte de Maria Virgen* (2), el cual aun cuando fué considerado por el papa Gelasio como apócrifo,

(1) Evangelium infantiæ, XXVIII, 29.

(2) Καὶ ητένισεν εἰς τὸν ουρανὸν, καὶ εἶδε καλίαν στρουθίαν ἐν τῇ δάφνῃ, καὶ ἐποίησε θρῆνον επιεαυτῇ, λέγουσα, « Οἴ μοι, τίς με ἐγέννησε, ποῖα δέ μήτρα ἐσσέφυσέ με, » ὅτι ἐγὼ καταρὰ ἐγεννήθην ενώπιον τῶν υἱῶν Ισραὴλ;... » Οἴ μοι τινὶ ὡμοιώθην; οὐχ ὡμοιώθην ἐγὼ τοῖς θηρίος » τῆς γῆς, ὅτι αὐτὰ τὰ θηρία της γῆς γόνιμα εστὶ ἐνώ- » πιον σοῦ Κύριε. Οἴ μοι; τινὶ ὡμοιώθην ἐγώ; οὐχ » ὡμοιώθην ἐγὼ τοῖς ὕδασι τούτοις, ὅτι αὐτὰ τὰ ὕδατα » γόνιμα εισὶν ἐνωπιον σοῦ, Κύριε... οὐχ ὡμοιώθην εγὼ » τῇ γῇ ταύτη, ὅτι καὶ ἡ γῇ προσφέρει τους καρποὺς » αὐτῆς, καὶ εὐλογεῖ σε Κύριε ». *Protoevangelium Jacobi*, c. III.

(1) Véase Abdias. Historia certaminis apostolici. Acaso es una coleccion, ciertamente antigua, de las tradiciones mas antiguas respecto de los apóstoles. Véase tambien Em. Grabe, *Spicileg. Patrum primi sæculi*. Oxford, 1698.

(2) *De transitu Beatæ Mariæ Virginis*. Se reimprimió en el tomo II de la *Biblioteca de los Santos Padres*, pág. 163, en París. Fueron rechazados como apócrifos treinta y nueve evangelios : 1º el evangelio de los Hebreos; 2º el evangelio de los Nazarenos; 3º el de los doce apóstoles; 4º el evangelio de San Pedro, que es el de San Mateo, alterado por los Cristia-

BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.º

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sin embargo, los predicadores y colectores de anécdotas y los artistas tomaron de allí la muerte terrena y la asuncion de la madre de Jesus, la cual, segun este libro, se retiró sola á casa de sus padres, al pié del monte de las Olivas, y orando y meditando pasó los dias que le faltaban para reunirse con su Divino Hijo.

« El año XXII despues de la resurreccion de Cristo, dice el libro á que nos referimos, estaba retirada y sola María en lo mas recóndito de la casa, y lloraba esperando el momento que habia de reunirla con su hijo, cuando se le apareció un ángel vestido de una túnica de luz, y poniéndosele delante le dijo : « Salve, oh Vírgen » bendita del Cielo. Recibid el saludo del que » ha venido á traer la salud á los patriarcas y » profetas. Ved que os traigo del Cielo una pal- » ma. La haréis llevar delante de vuestro féretro, cuando vuestra alma dentro de tres dias » haya abandonado este mundo. Porque vuestro » hijo os espera con los tronos, con los ángeles » y con las virtudes del Cielo.

» Yo os ruego (dijo María) que todos los apósto- » les puedan reunirse conmigo en tal momento. »

Y el ángel respondió : « Hoy mismo por po- « der del Señor todos los apóstoles vendrán á » vos sobre las nubes. »

María repuso : « Bendecidme á fin de que » las potencias del infierno no se me opongan » cuando mi alma salga del cuerpo, y que yo » no vea al príncipe de las tinieblas. »

« Las potencias del infierno no os causarán mal » replicó el ángel; y diciendo así desapareció en medio de un gran esplendor. Y la palma que habia traido derramaba gran luz. Entónces María, habiendo abandonado los vestidos que llevaba, se puso otros mas hermosos. Salió despues llevando en la mano la palma que el ángel le habia traido ; se trasladó al monte de las Olivas, y allí se puso en oracion. « Dios mio » (dijo), nunca hubiese sido digna de recibiros » en mi seno, si no hubiéseis tenido piedad de » mí. Sin embargo, yo velé fielmente sobre el » tesoro que me habíais confiado. Por eso os » ruego, oh rey de la gloria, que me protejáis » contra las potencias de las tinieblas. Si los » cielos y los ángeles tiemblan en vuestra pre- » sencia, ¿ cuánto mas débil es esta criatura, que » no tiene de bueno mas que lo que habéis « puesto en ella ? »

» Terminada esta oracion, se levantó María y se volvió á su casa. Era cerca de la hora de tercia, y predicando en aquel instante San Juan en Éfeso, se sintió de pronto un gran terremoto : una nube ocultó al apóstol á todas las miradas, y le trasportó á la casa de María. Al verle, llena de alegría la madre del Salvador, exclamó : « Hijo mio, acuérdate de las palabras que te » fueron dichas desde la cruz cuando Él me » recomendó á ti. Pronto moriré. He oido decir » á los Hebreos : Esperemos el dia en que muera » la madre del seductor, y quemarémos su » cuerpo en las llamas. »

Prosigue la leyenda diciendo de qué manera dió sus últimas disposiciones al apóstol, y cómo en tanto acudieron de las regiones mas lejanas los demas apóstoles conducidos en nubes, y se reunieron con ellos los Cristianos de Jerusalen y las vírgenes que acompañaron á María en su soledad. Allí descansaron y pasaron tres dias consolándose unos á otros refiriéndose sus trabajos, y las noticias respecto del progreso de la fe. Pero el tercer dia hácia la hora de tercia, descendió el sueño sobre todos los que estaban en la casa, y ninguno pudo quedar despierto, excepto los apóstoles y tres vírgenes, compañeras fieles de la Madre de Dios. Entónces Jesus apareció en medio de un coro de ángeles y serafines. Los ángeles cantaban un himno á la gloria del Salvador, y una gran luz llenaba la casa. En este momento habló Jesus y dijo : « Ven, amada mia, mi perla preciosa ; entra en

nos judaizantes; 5º el evangelio de las Egipcios; 6º los tres del nacimiento de la bienaventurada Vírgen ; 7º el evangelio de Santiago, en griego y latin, atribuido á Santiago el Menor; 8º el evangelio de la infancia de Jesus, en árabe y griego, lleno de milagros verificados por el Redentor ántes de tener doce años; 9º el evangelio de Santo Tomas, semejante al anterior; 10º el evangelio de Nicodémus, en hebreo, escrito posteriormente por los Ingleses, que pretenden haber recibido la fe de Nicodémus; 11º el evangelio eterno, obra de un fraile del siglo XIII, que pretendia sustituirlo al verdadero, así como habia sustituido el verdadero á la antigua ley; 12º el evangelio de Andres, y 13º el de Bartolomé, condenados por el papa Gelasio; 14º los de Apéles; 15º los de Basílides; 16º los de Cerinto; 17º los de los ebionitas; 18º los de Tasiano ó de los eucratistas; 19º el de Eva ; 20º el de los gnósticos, para uso de su secta; 21º el de Marcion, que es una corrupcion del de San Lúcas; 22º el de San Pablo, semejante al anterior; 23º las pequeñas y grandes interrogaciones de María, obra de los gnósticos; 24º el libro del nacimiento de Cristo; 25º el evangelio de San Juan, ó sea de la muerte de la Vírgen María; 26º el de San Matías, obra de los carpocracianos; 27º el evangelio de la perfeccion, escrito por los gnósticos; 28º el evangelio de los simonianos, escrito por los discípulos de Simon el Mago, para contradecir á los profetas y negar la creacion; 29º el de los Sirios; 30º el evangelio de Taciano : 31º el de Tadeo ó de Júdas; 32º el de los valentinianos; 33º el evangelio de vida ó sea del Dios vivo, obra de los maniqueos; 34º el evangelio de Felipe, tambien de los maniqueos ó de los gnósticos; 35º el de Bernabé; 36º el de Santiago el Mayor, encontrado en 1595 en una montaña de Granada, con diez y ocho libros en láminas de plomo; una misa de los apóstoles con su ceremonial, y una historia evangélica, condenados por Inocencio XI en 1682; 37º el evangelio de Júdas Iscariote, compuesto por los cainitas; 38º el evangelio de la verdad, por los valentinianos; 39º los evangelios de Lucio, Luciano, Seléuco, Esiquio, etc. Algunos de estos son muy semejantes entre sí. Publicáronse ademas los hechos de Pedro y Pablo, y los de Santa Tecla, de Santo Tomas, de San Andres y de San Felipe; los cánones de los apóstoles, los reconocimientos de San Clemente, la correspondencia de San Pablo con el filósofo Séneca, y la del rey Abgar.

Puede consultarse á J. Alberto Fabricio, *Codex apocryphus Novi Testamenti*, Hamburgo 1703, el cual enumera cincuenta evangelios apócrifos (pág. 335), y mejor todavía la *Nueva coleccion de los apócrifos*, hecha por C. Thilon, profesor de Haya. Leipzig, 1832.

En 1853 se imprimieron en Leipsich. — *Evangelia apocrypha*, adhibitis plurimis codicibus græcis et latinis, maximam partem nunc primum consultis, atque meditorum copia insignibus edidit Constantinus Tischerdorf.

Sobre el orígen y valor de los libros apócrifos, debe verse un artículo de J. Ellicot, en el libro titulado *Sabios de Cambrige*, de 1856. Da el orígen de 75 fábulas, parte de las cuales proceden de piadosas tradiciones, parte de fraudes piadosos, parte de alteraciones de herejes; cuando introdujeron en las creencias comunes, y todavía mas en las artes, tantos nombres de que los apóstoles no hablan, como Ana Proda, mujer de Pilatos, la Verónica, Longinos, Dimas y Gisla, ladrones, así como el baston florido de José, en figura de viejo; los animales y los ángeles en el pesebre, la luz que lo alumbraba, etc., etc.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

« el Tabernáculo de la vida eterna. » Al oir María esta voz se arrojó al suelo, adoró al Señor y exclamó : « Bendito sea vuestro nombre, oh rey » de la gloria, oh Dios mio, porque os dignásteis » elegir vuestra sierva entre todas las mujeres » para verificar la redencion del género hu- » mano. Yo, tierra y sangre, no era digna de » este honor ; pero vos habéis llegado á mí, y » yo dije : *Hágase vuestra voluntad.* » Habiendo dicho así, se levantó María, se acostó en la cama, y entregó el alma murmurando acciones de gracias. En tanto los apóstoles oían las palabras, pero no veían mas que la luz deslumbradora que llenaba la casa, y cuyo indecible resplandor superaba en blancura á la nieve, y en brillo á los mas relumbrantes metales. »

Sigue la leyenda refiriendo cómo acogió Cristo en el cielo á su Madre, miéntras que en la tierra las tres Marías preparaban su cuerpo para la sepultura, entre el canto de los apóstoles que hacian resonar el valle de Josafat con el salmo *In exitu Israel de Ægypto* (1).

Toda la ascendencia de Cristo debia ser tambien un milagro. Mil años despues del pecado original, trasladó Dios al jardin de Abrahan el árbol de la vida, y le dijo que de su flor saldria un guerrero, que sin concurso de mujer daria al mundo la madre de una vírgen, á la cual elegiria Dios por Madre. En efecto, respirando los perfumes de aquel árbol una hija de Abrahan, quedó fecundada ; para afirmar su inocencia, entró en una hoguera ardiendo, y los tizones se convirtieron en lirios y en rosas. De ella nació un hijo que llegó á ser rey y emperador, y poseyó el árbol de la vida sin conocer sus propiedades. Sabía no obstante cuán útil era á los enfermos, por lo cual cortó un fruto en varios pedazos, y despues secó el cuchillo en su muslo. ¡Pero, oh maravilla ! El muslo del emperador Fanel engruesó, y ni médicos ni prácticos sabian adivinar el mal, hasta que salió de él una graciosa doncella. Inmediatamente comisiona á un hombre de su confianza para que la lleve á los bosques y la mate ; pero en el acto de obedecer, preséntase una paloma que disuade al caballero, prediciéndole que de aquella procederia la Madre de Dios. Colocó, pues, á la niña en un nido de cisnes ; Dios cuidó de ella, y un ciervo la crió, de modo que á los diez años era una doncella formada. Cazando un dia Fanel vió al ciervo, lo persiguió é hirió, y descubrió el nido de la jóven, la cual le significó que ella era el fruto de su muslo. Admirado y contento, se la llevó consigo, y la casó con Joaquin, caballero de su imperio, del cual nació María.

Marta, hermana de Lázaro, mujer de su casa, que á la contemplacion preferia la actividad, fué con su resucitado hermano á convertir Gentiles, y arrojada á las costas de Marsella, domó un monstruo, hijo del Leviatan y de un onagro, volviéndolo dócil como un cordero, y de su nombre, que era Tarasco, tomó nombre una ciudad que allí se levantó.

Longínos, centurion que traspasó el costado de Cristo, reconoció que este era verdaderamente hijo de Dios y salió á predicar le fe y la resurreccion. Una órden de Roma obligó á Pilato á perseguirlo como desertor ; pero él mismo se presentó á los soldados que fueron á buscarlo, y aun cuando estos, agradecidos á la hospitalidad, se negaron á matarlo, los indujo á darle la palma del martirio.

La mujer piadosa que enjugó el rostro de Cristo paciente, fué por las cercanías enseñando su imágen (φερον εικονα) y verificando marivillosas conversiones. Prócula, prudente mujer del vil procónsul romano que por política profirió la sentencia de Cristo, habia disuadido á Pilato de aquella iniquidad ; sostuvo despues el valor de su marido cuando los milagros ocurridos á la muerte del Salvador le traían agitado ; y cuando despues, segun la tradicion, fué llamado á Roma, y en seguida desterrado á Viena en el Delfinado, Prócula le siguió, y logró en fin convertirlo á la verdad.

Así, el pensamiento de los Cristianos no cerraba los tesoros de la misericordia ni aun al juez que habia condenado á Jesus : hasta el

(1) Conocemos tres cartas atribuidas á la Vírgen María. La primera, con la de San Ignacio que la dió orígen, es de fecha antigua, pero no de reconocida autenticidad. Dice así :

« Christiferæ Mariæ suus Ignatius.

» Me neophytum, Johannisque tui discipulum confortare et consolari debueras. De Jesu enim tuo percepi mira dictu, et stupefactus sum ex auditu. A te autem quæ semper ei fuisti familiaris et conjuncta, et secretorum ejus conscia, desidero ex animo fieri certior de auditis. Scripsi tibi etiam alias, et rogavi de eisdem. Valeas : et neophiti, qui mecum sunt, ex te et per te in te confortentur. Amen. »

Respuesta de la Vírgen.

« Ignatio dilecto condiscipulo, humilis ancilla Christi Jesu.

» De Jesu quæ à Johanne audisti et didicisti, vera sunt. Illa credas, illis inhæreas, et christianitatis susceptæ votum firmiter teneas, et mores et vitam voto conformes. Veniam autem una cùm Johanne, te et qui tecum sunt visere. Sta in fide, et viriliter age : nec te commoveat persecutionis austeritas ; sed valeat et exultet spiritus tuus in Deo salutari tuo. Amen. »

Un obispo mesines presentó en ocasion de una epidemia una carta, que pretendia haber dirigido la Vírgen María á Mesina, y que aun obtiene gran veneracion. Aun en tiempos muy antiguos se encuentra hecha mencion de ella ; pero la crítica tiene demasiadas cosas que decir sobre el particular, y la sagrada congregacion del Indice señaló los libros en que está demasiado absolutamente declarada su autenticidad. Véase aquí :

« Maria Virgo, Joachim filia, humillima Dei ancilla, Christi Jesu crucifixi mater, ex tribu Juda, stirpe David, Messanensibus omnibus salutem, et Dei Patris omnipotentis benedictionem.

» Vos omnes, fide magna legatos ac nuncios per publicum documentum ad nos misisse constat. Filium nostrum, Dei genitum, Deum et hominem esse fatemini, et in cœlum post suam resurrectionem ascendisse, Pauli apostoli prædicatione mediante viam veritatis agnoscentes. Oh quod vos et civitatem vestram benedicimus, cujus perpetuam protectricem nos esse volumus. Anno filii nostri XLII, III nonis julii, luna XVII, feria quinta, ex Hierosolymis.

» Maria Virgo. »

Esta carta manifiesta que se dirigió por la Virgen aun viva ; pero la tradicion del país la supone enviada desde el cielo.

Fray Jerónimo Savonarola reconocia como auténtica la carta de María á los Florentinos, de inmemorable antigüedad ; pero la Iglesia y la crítica dudan mucho de ella, como de las precedentes, tanto mas cuanto que consta que solo el año 65 de Cristo fué informada Florencia de la verdad por Paulino y Frontino, discípulos de San Pedro. Así dice esta :

« Florentia, Deo et Domino nostro Jesu Christo filio meo, et mihi dilecta. Tene fidem, insta orationibus, roborare patientia. His enim sempiternam consequeris salutem apud Deum. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mismo Judas tambien, á cuyo arrepentimiento habia cerrado todos los caminos la desesperacion, encontraba un descanso en el infierno, diciéndose que era consolado de sus penas todos los domingos, y desde la Navidad hasta la Epifanía, y despues desde la Pascua hasta Pentecostes.

Uno de los personajes de mas importancia en las tradiciones, principalmente en los tiempos de la caballería, es José de Amaritea. Consta solamente en el Evangelio que fué de la tribu de Efraim, uno de los principales ciudadanos de Jerusalen, que asistió al juicio de Cristo, pero sin tomar parte en la inicua sentencia; que despues de la crucifixion, quitó de la cruz al Divino Redentor, y sepultó su cuerpo. Sobre esta sencilla trama forjó la tradicion que despues de la resurreccion de Cristo, abandonó José la ciudad natal, impulsado por el Espíritu Divino, y fué anunciando el Evangelio á las Islas Occidentales. Despues que San Felipe le hubo impuesto las manos, arrostró peligros y dificultades, llegó á Inglaterra, la convirtió, fundó iglesias, obispados, y mantuvo con estos larga correspondencia cuando fué llamado al continente. Otros añadieron que llevaba consigo el vaso en que Cristo consagró el vino en la última cena, y en donde despues José recogió la sangre que se derramaba de las venas del Salvador. Lo llamaban el San-Graal (*Sangre real?*), y pronunciaba oráculos que se presentaban escritos en sus bordes para desaparecer despues; ademas de que teniéndole no habia necesidad de alimento terrenal, curaba las heridas, y conservaba eterna juventud al que lo poesía.

Para custodiar este tesoro, instituyó José una órden de caballería; pero con su muerte concluyó, y los ángeles se llevaron al cielo el santo vaso, hasta que reapareciese un linaje de héroes dignos de consagrarse á su guardia y á su culto. Consideróse tal la familia del príncipe asiático Perilio, que fué á establecerse en el país de Gáles, y con ella principia una larga serie de grandes maestros, famosos por sus aventuras caballerescas.

La maldicion del pueblo que habia atraído sobre su cabeza la sangre del justo, fué representada en una de las leyendas mas populares y al mismo tiempo mas simbólicas de las tradiciones apócrifas, la del judío errante. Asawero es la personificacion de aquella raza que, desde el momento en que renegó del hijo del hombre que habia nacido en medio de ella, fué destinada á errar perpetuamente por la superficie de la tierra, y á arrastrar por todos los países una vida sin término, ni consuelo.

El año... pero el año no importa, porque todos los siglos quisieron atribuirse el hecho, viajaba el obispo de Schleswig por Wittemberg, en direccion á Hamburgo, para ver en la pequeña ciudad de Salem á Francisco Eysen, su amigo, teólogo y hombre de ingenio. Despues de los cumplimientos de alegría y cortesía, invitó Eysen á su amigo á la predicacion del lúnes próximo que era la Epifanía. Fué allá el obispo de Schleswig, y paseando los ojos por el inmenso auditorio, descubrió á un anciano, con larga barba blanca, que parecia prestar atento oído á la predicacion, y siempre que oía nombrar á Jesus, se golpeaba el pecho y gemia. Creyendo el obispo que debia tener alguna gran afliccion, mandó á un siervo que lo llamase. Presentóse el desconocido y encontrando al obispo en medio de muchos convidados, lloró ántes de responder, y conmovido por la cordialidad alemana, tomó asiento al lado del obispo, y refirió de esta manera la Odisea judáica (1).

El Judío errante.

« Yo nací en la tribu de Neftalí el año 3962 despues de la creacion, tres años ántes que el rey Heródes diese muerte á sus dos hijos por órden del emperador Augusto: es mi nombre Asawero; mi padre era carpintero, mi madre costurera, y trabajaba en los trajes de los Levitas, bordándolos ricamente. Aprendí á leer y á escribir, y cuando hube crecido, me dieron el libro de la ley y de los profetas. Mi padre ademas tenia uno viejo y grande, encuadernado en pergamino, heredado de sus abuelos, en donde leyó cosas asombrosas, de las cuales conviene que os dé una idea.

» Cuando nuestros progenitores Adan y Eva tuvieron dos hijos Cain y Abel, creyeron que uno de ellos sería el Mesías, el cual los redimiria del pecado de su desobediencia. Se desvaneció tal esperanza cuando Cain mató á Abel. Llorólo durante cien años Adan, que tuvo despues muchos hijos é hijas, y sientiendo aproximarse su fin, llamó á Set y le dijo: « Vé al paraíso ter- » renal, y pide al ángel Gabriel, que está allí » de centinela con una espada de fuego, que me » deje entrar todavía una vez ántes de morir. »

» Set, que nada sabía de esto, fué allá, encontró al ángel y le dió cuenta de su embajada: pero aquel respondió: « Ni tu padre, ni tú, ni » tus descendientes entraréis en el paraíso ter- » renal, pero sí en el celeste. »

» Así que hubo dicho esto, le dejó descubrir de léjos aquel lugar de delicias en que habian estado sus padres, y en donde habian desobedecido á Dios. Tal admiracion sintió Set, que se puso á llorar; pero el ángel le volvió á llamar y le dijo: « Tu padre debe de morir muy pronto: » hé aquí tres semillas del árbol prohi- » bido; luego que haya muerto colócalas en su » lengua y sepúltale así. »

» Fuese con ellas Set, é hizo como le previno el ángel. Allí donde fué sepultado Adan, nacieron tres plantas, que con el tiempo crecieron, y dieron una fruta tan hermosa que no podia de-

(1) Véanse THILLO. *Maletema historiæ de Judæo immortali.* Wittemberg, 1668.

SCULTZ. *Dissertatio de Judæo non mortali.* Kónisberg, 1668.

ANTON. *Dissertatio in qua lepida fabula de Judæo immortali examinatur.* Helmstatd, 1756.

Bibliothèque bleue, y Douhaire en la *Université catholique*.

El baron de Tressan hizo en el siglo pasado sobre este asunto una novela burlona y ligera como era propio de su época; recientemente compuso Edgard Quinet un poema filosófico, haciendo del Asawero una fórmula de filosofía de la historia, y despues Eugenio Sue una vil diatriba.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

searse nada mas agradable á la vista; teniendo sin embargo un gusto amargo y áspero, de manera que ninguno hizo caso de aquellos árboles.

» Cuando nuestros padres fueron conducidos esclavos á Egipto, vió Moises un monte ardiendo, desde el cual le habló Dios, y de allí tomó la vara con que verificó los prodigios que se leen en la Santa Escritura.

» Llegados que fueron nuestros padres á la tierra prometida, principiaron á construir ciudades y castillos para defenderse de los enemigos. Los árboles de que he hablado estaban aun en su sitio, sobre una montaña donde fué edificada Jerusalen, y quedaron fuera del recinto, hasta que el rey profeta David los hizo rodear con la muralla y construir al lado una morada para él: tanto le agradaron por su vista aquellas frutas.

» Habiendo cogido una vez tres de ellas, cortó una en dos pedazos, y no encontró dentro mas que tierra; en el otro vió escrito *Chaschecab*, es decir, *acéptalo con amor*, y en el tercero la pasion de Jesucristo, que aquel rey predijo en sus salmos.

» En las vicisitudes sucesivas, destruida enteramente Jerusalen, quedaron el palacio de David y los tres árboles á una milla de distancia de la ciudad, hasta que Antipatro (Aristóbulo), padre del rey Heródes I, los hizo derribar el año 3930 para desocupar aquel espacio, destinado al suplicio de los malhechores, y que se llamó Gólgota; y entónces fueron llevados aquellos árboles á la ciudad de Jerusalen á un gran recinto, en donde yo me senté muchas veces y jugué con mis compañeros, y son los mismos con que se hizo la cruz de Jesucristo. »

Asawero prosigue refiriendo que « á la edad de nueve años oyó á su padre contar que habian llegado tres reyes, los cuales preguntaban por un rey recien nacido para adorarlo, por lo cual él fué detras de ellos, y los alcanzó cuando entraban en Belen. Aquí refirió Asawero la vida infantil de Cristo y la fuga á Egipto, tomada en parte del Evangelio, y en parte acaso de los apócrifos.

« Habiendo partido la sagrada familia para el Egipto, y volviéndose María á cada momento para mirar, descubrió que iban tras de ella soldados, y se asustó de tal manera que se hubiera caído del asno, si no la hubiese sostenido José. Vieron una gran encina donde se fueron á esconder, y en el momento se inclinaron los árboles para encubrirlos; pasaron los soldados sin verlos, y poco despues se volvieron á levantar las ramas, y prosiguió su camino la sagrada familia.

» Á la mañana siguiente llegaron al desierto, y habiendo caminado mucho, fueron sobrecogidos de nuevo terror viendo salir de una cueva dos asesinos, que se apoderaron de José y de María con el niño, y habiéndolos llevado á su caverna, les pidieron lo que poseían. María se turbó enteramente; pero el niño miró á los ladrones con tal sonrisa y conmovió tanto su corazon, que al momento desataron á José y trajeron pañales para Jesus y alimentos para sus padres.

» La mujer de uno de aquellos ladrones tenia un niño hidrópico, y despues de haber tomado, lavado y mudado á Jesus, hizo otro tanto con el suyo, que en el acto se vió curado. Admiráronse bastante los ladrones, y José y María fueron bien servidos; se les dió para descansar la mejor habitacion, se les encaminó bien á la mañana siguiente, y aquel ladron aseguró su buen viaje y dijo á Jesus: « Señor, yo creo firmemente que sois mas que hombre, porque » no tuve corazon para mataros, y sois los primeros que salís vivos de mi casa; por eso, » Señor, acordáos de mí y de mi vida miserable. » Y dejólos llorando. Este, segun dijo despues la Vírgen, era el mismo ladron que fué crucificado con Jesus.

» Prosiguiendo el viaje salió la sagrada familia del desierto hácia el medio día, y bajó María del asno para descansar, y fatigada se colocó á la sombra de una palmera, miéntras José buscaba un poco de yerba para la bestia. Mirando María hácia arriba, vió que los datiles estaban maduros, y pareciéndole muy hermosos, entró en deseo de comerlos; pero no podia alcanzarlos por estar demasiado elevados; mas de pronto se inclinó una rama hasta su seno, y cogió cuantos quiso.

» Prosiguieron su viaje. El Egipto está distante de la Judea diez y seis jornadas de buen camino. Cuando llegaron allí, por donde quiera que pasó la sagrada familia, cayeron derribados los falsos dioses; muchos Egipcios llegaron á adorarla, y á los que les reconvenian por esto decian: « Nuestras deidades cayeron delante de » estos, ¿por qué no hemos de hacer nosotros » lo mismo? »

» Habiendo permanecido algun tiempo en Egipto, se presentó un ángel á José en sueños, mandándole regresar á Judea, donde Heródes habia muerto miserablemente. »

Asawero acompañó con su presencia los sucesos de la vida de Cristo, complaciéndose bastante en los pormenores domésticos. Nosotros pasamos por ellos mas de prisa, para acercarnos á la pasion, en la cual al Hebreo de buena fe, compadecido en Asawero, opone la leyenda el Hebreo obstinado y traidor, personificado en Júdas Iscariote.

« Os referiré de qué familia era Júdas. Su padre procedia de la raza de Ruben; era jardinero y comerciaba algo con la tierra y las plantas. Cuando su mujer estuvo embarazada de Júdas, soñó que paria un jóven con una corona en la mano, el cual arrojándola al suelo la pisaba; se acercaba luego á su padre y lo mataba; iba al templo y rompia los ornamentos preciosos. »

« Despertándose sobresaltada, refirió el sueño á su marido, que fué por todas partes preguntando su significado, y al fin le dijeron que su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mujer daria á luz un hijo que mataria á un rey y á su padre, y sería tan avaro que no habria iniquidad que no cometiese por tener dinero.

« Disgustóse con esto el padre de Júdas, y para apartar tanta desgracia, tomó la resolucion de arrojar á su hijo al agua. En efecto, le llevó cuando tenia diez dias al Jordan, que desemboca en el mar Mediterráneo (mar Muerto); pero la canasta en que iba fué á parar á la isla de Candía, en ocasion en que se paseaba el rey con su esposa. El rey vió sobrenadar la cestilla y la hizo pescar, y encontrando en ella un hermoso niño, hízole criar, y lo llamó Júdas, porque en sus ropas se descubria que era judío.

» Se educó Júdas en compañía del hijo del rey, que era de un año mas de edad que él. Siendo adultos, ya notaron que Júdas robaba dinero al otro, y en su consecuencia lo dijo el jóven rey á su padre, el cual, habiendo hecho las diligencias oportunas, encontró que llevaba aquel encima monedas, anillos y joyas de valor, que habia quitado á la reina y al príncipe, por cuya causa lo hizo azotar y le dijo : « Tú » no eres mi hijo aun cuando lleves el nombre » de tal ; eres un expósito, sacado de las aguas » y educado por caridad. »

» Tal rabia concibió Júdas al saber que no era lo que pensaba, que resolvió vengarse, é imaginando que de todo tenia la culpa el príncipe, espió el lugar y la ocasion de hacerle el mal ideado. Habiendo ido á pasear juntos á un bosquecillo, le dió tal golpe en la cabeza que lo mató, y huyendo por mar se salvó en Egipto, y se trasladó en seguida á Jerusalen, en donde entró al servicio de un gran señor, porque estaba circuncidado sin saberlo é instruido en ley y en las costumbres de los Hebreos.

» Al cabo de algun tiempo lo envió su señor á comprar manzanas, y le indicó la casa, que precisamente era la de su padre. Ávido de hacer dinero, derribó la pared del jardin, y principió á coger fruta, en cuya operacion lo sorprendió su padre, y le dijo : « ¿Por qué robas » mis manzanas? » y otras palabras de reconvencion, con lo que se enfureció Júdas, y le maltrató de tal suerte que lo dejó por muerto, y tomando las manzanas se marchó.

» Al dia siguiente fué á quejarse su madre ante su amo, por lo cual fué entregado primeramente á la justicia, y se pronunció contra él la sentencia de que si moria el herido se casase con la viuda ; así como se verificó. Se le llamó *Iscarioth*, ó sea asesino, y vivió mucho tiempo con su madre.

» Pero una vez le observó aquella miéntras se acostaba dos dedos del pié unidos, por cuya razon se puso á gritar : « Oh Señor, veo que mi sueño era demasiado verdadero, y que se ha realizado, porque así precisamente tenia los dedos el niño que abandonamos. » Y cuanto mas miraba á Júdas, mas aseguraba por su fisonomía de que era él, pues que tenia un lunar gris en la sien como su hijo, y así fué reconocido. »

De esta manera la imaginacion de los narradores iba á buscar en la tradicion hebrea y en la gentil colores con que ennegrecer al mayor criminal. El traidor ejecutó su crímen ; Cristo fué arrastrado al suplicio, y Asawero, gran partidario de los escribas y fariseos, corrió á verlo.

« Estaba yo á la puerta de mi casa cuando veo correr la gente repitiendo : « Crucifiquemos á Jesus. » Entónces levanté á mi hijo en los brazos para enseñárselo ; y vemos llegar á Jesus vacilando bajo la pesada cruz. Se detuvo delante de mi puerta para descansar un instante, pero avergonzándome de ello, le dije ásperamente : « Anda, prosigue ; anda, anda de mi puerta. No quiero que un malvado descanse en ella. »

» Jesus me miró con aire triste y respondió : « Yo ando y descansaré, tu andarás y no reposarás nunca : caminarás miéntras el mundo sea mundo, y hasta el juicio del juicio. Anda, tú me verás sentado á la derecha de mi Padre, para juzgar á las doce tribus que me crucificaron. »

» Solté al niño y seguí á Jesus. La primera persona que ví fué á la Verónica, que vino á secar la cara á Jesus con un pañuelo, en el cual quedó aquel rostro impreso. Ví ademas á María y á otras mujeres llorando, y un artesano que llevaba clavos y martillo, y que tomando uno de aquellos, lo acercó á la nariz de María, diciendo : « Mira, oh mujer ; con estos será clavado tu hijo. »

» Fuí con él hasta el monte. Allí tomaron la cruz y la colocaron en el suelo : despues abrieron en ella grandes agujeros miéntras otros criados del verdugo desnudaban á Jesus. Estando así desnudo delante de todos, algunos apartaron los ojos para no ver tan miserable espectáculo, y otros se reian y burlaban. Quitóse María el velo de la cabeza, y lo envió para cubrir la desnudez de Jesus.

» Fué crucificado, y colocada la cruz en el lugar precisamente en donde Adan habia sido sepultado, y en donde estaban los árboles antedichos. Habiendo dicho Cristo algunas palabras murió. Entónces se condensó el aire, y descargó una horrible tempestad ; los muertos salieron de sus tumbas, las rocas se desgajaron, y se abrió la tierra al pié de la cruz. Llegó Longínos con una lanza, y traspasó el costado de Jesus que estaba muerto ; corriendo la sangre qué salió de él por la hendidura al pié de la cruz, y bañando la cabeza de Adan y de Eva que estaban allí sepultados y reducidos á polvo. »

Es una de las ideas mas ingeniosas y seductoras de la edad média el hacer que muera Cristo en un madero producido por la semilla del árbol funesto á todo el género humano, y desarrollado en el polvo de sus progenitores, y luego hacer que se levante aquella cruz sobre la tumba de estos, y que la sangre divina corra hasta llegar á aquellas cenizas, como para regenerarlas.

Asawero tomó aliento miéntras toda la socie-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dad expresaba su sentimiento, y en seguida prosiguió :

« Apénas hubo muerto Cristo, dirigí mis miradas á Jerusalen para verla todavía una vez, sintiéndome como impulsado á dejarla, y así principié mi viaje, no sabiendo adónde iba. Cruzé altas montañas, y donde quiera que voy no puedo detenerme. En este mismo instante, oh señores (decia haciendo profundas reverencias), me parece que estoy sobre carbones candentes ; aunque estoy sentado, se mueven mis piernas, y siento gran impaciencia de caminar.

» Corrí, pues, á Levante, á Poniente, á Mediodía y á Septentrion. Habiendo dado la vuelta al mundo entero, volví á Judea ; pero ya no encontré en ella ni parientes ni amigos, haciendo cien años que caminaba sin parar, de manera que me causaba un disgusto grave esta vida tan larga. Dejé, pues, luego á Jerusalen, donde no habia ya quien me conociese, con la intencion de buscar un peligro en que perder la vida sintiéndome cansado de vivir tanto tiempo ; pero por mas esfuerzos que hiciera debia cumplirse la palabra de Dios. Combatí en muchas batallas, recibí mas de dos mil golpes, sin que ninguno me hiriese, porque mi cuerpo es duro como una roca, y no hay arma alguna que pueda herirme. Me embarqué, y naufragué muchas veces ; pero sobrenadé en el agua como una pluma. No me ocurre necesidad de comer ni de beber ; no tengo enfermedades ni puedo morir. Ya he visto cuatro veces el mundo, y he presenciado en todas partes grandes cambios, tierras aruinadas y ciudades destruidas, cosas que sería demasiado pesado el referiros. »

Terminada su historia, se levantó el Judío errante para marcharse ; por lo cual le rogó el obispo que permaneciese aun algun tiempo, y le ofreció dinero para hacer su viaje. El Judío errante respondió : « No lo necesitó ; puedo permanecer años y años sin beber ni comer, aunque esté formado como otro cualquiera. En cuanto al traje, zapatos y médias, no me hacen falta, porque nunca se rompen. » Y haciendo una profunda inclinacion á la sociedad, se puso en marcha para el quinto viaje.

Tal es la leyenda popular, conocida de los doctos y del vulgo. Este indica en cien lugares las huellas del Judío errante, sus maldiciones y sus vaticinios : otro ve el fondo de una magnífica epopeya en este ser, delante del cual todo pasa sin que él mismo pase, salitario é impasible testimonio de tantas vicisitudes y de tantos padecimientos.

Biografías.

Otro campo y género nuevo de la literatura cristiana eran las vidas de tantos mártires y de los admirables solitarios. Tambien se habian escrito ántes biografías, pero siempre de personajes que figuraban en la historia ; miéntras que aquí encontraba la virtud humilde su panegírico y su revelacion, y la naturaleza humana vivia en la narracion de pequeños accidentes, expuestos para servir de ejemplo á los demas.

No hay que buscar en ellas cosas agradables al gran mundo, ni teorías filosóficas, sino la ingenua narracion doméstica, en la cual si alguna vez se altera la historia positiva, se revela la historia moral con rasgos llenos de atractivo y de verdad. El mundo romano, fiado en su eternidad cuando estaba al borde del abismo, seguia su marcha y sus afanes ; los poetas cantaban á sus dioses, sin notar que estaban heridos en el corazon ; los filósofos disputaban sobre el crepúsculo, cuando ya se habia desplegado la pompa del dia : entretanto el pueblo, de quien aquellos no se cuidaban, hacía la historia segun su estilo, ora repitiendo las predicaciones del Apóstol, ora los tormentos del mártir, ya elogiando la castidad de la doncella, ya las abstinencias del ermitaño, con aquellas bellezas que son características de las narraciones populares.

De aquí provienen tantas leyendas como ejercitaron la piedad de los siglos creyentes y la crítica de los pensadores ; pero en las cuales ninguno podrá ménos de reconocer una admirable sencillez, una creencia, alguna vez engañada, pero nunca engañadora, demasiado mal imitada por aquellos que despues las compusieron por ejercicio de escuela.

Pero á aquella piedad poco ilustrada que mezclaba lo falso con la verdadero, se agregó despues la malicia, cuando extendiéndose las herejías, cada secta quiso tener su Evangelio, é introducir en él hechos ó palabras que favoreciesen sus errores; de tal manera que la Iglesia tuvo que separar los verdaderos Evangelios de los apócrifos.

Muy pronto fué traducido el Testamento en diferentes lenguas, porque las dos cultas no bastaban para un libro destinado á propagarse entre el pueblo, y ya se hace mencion desde el siglo II de las versiones siríaca, cofta y etiópica, ademas de la italiana. Respecto de estas empleaban los comentadores la sutileza y el celo, tanto mas cuanto que desde el principio suponian en la Escritura dos sentidos, uno literal y otro oculto, hasta que San Ireneo enseñó que la interpretacion de los santos libros se debia conformar siempre con la tradicion.

Ademas de las exégesis, la literatura eclesiástica comprendia la apología, la controversia, la dogmática, la moral, la elocuencia y la historia sagrada. Ya hemos visto el vigor de los apologistas y de los controversistas, que dió á conocer que habia nacido algo nuevo entre las generaciones enervadas. La luz superior que proviene del Evangelio, unió en un solo punto de vista y de accion la inteligencia artística y la sutileza filosófica de los Griegos, con el conocimiento práctico de los hechos humanos propio de Roma, y con el profundo sentido profético de los Hebreos ; de manera que el espíritu literario y el esplendor de la elocuencia prestaron apoyo y claridad á la concision y á la autoridad de la palabra fundamental.

En el principio, sin embargo, atendieron á rebatir el error mas bien que á declarar sistemá-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ticamente la verdad, y no tenemos ninguna exposicion de la fe anterior á la de San Gregorio Taumaturgo : la catequésis de Cirilo, obispo de Jerusalen, superó á las anteriores.

Asimismo pensaron mas en prácticar y extender la moral que en establecer su edificio doctrinal, y Tertuliano fué el primero que escribió reglas de costumbres en relacion con el Cristianismo, excediéndose no obstante en el rigor, en lo cual le imitaron Orígenes y otros Padres griegos, partidarios del misticismo oriental. Todos, sin embargo, distinguieron los preceptos de los consejos, declarando obligatorios los primeros para todos los hombres, y dirigidos solamente los otros á los que aspiran á una perfeccion no comun.

Los doctores cristianos no solo se dirigian á las personas cultas en los escritos, sino tambien á la generalidad de los fieles en las pláticas que cada *profeta* pronunciaba en sus asambleas, institucion desconocida de los paganos, y una de las prerogativas mas insignes del ministerio eclesiástico.

Dada la paz á la Iglesia, se pensó en escribir su historia, y los materiales que entónces se reunieron sirvieron para las que veremos compilarse en la edad siguiente.

CAPÍTULO XXXIV

Bellas artes.

La historia no confirma la opinion de los que pretenden que las bellas artes alcanzan mayor prosperidad en los tiempos de mayor libertad política. Roma republicana las cultivó con tan poca fortuna, que su vanidad no se indignaba de ceder la palma en este punto á los Griegos : el lujo de los emperadores y de los ricos ofreció multiplicadas ocasiones á los artistas, sin que á pesar de esto se presentase ninguno insigne.

El Panteon de Agripa es el monumento mas notable de la arquitectura romana. Aun en vida de Augusto iba esta corrompiéndose con mezclas extrañas, de lo cual es caprichoso testimonio el templo erigido á este emperador en Milaso de Caria, con columnas romanas en el frente, jónicas en los costados, y adornos de follaje en la base. Decayendo cada vez mas el gusto, se prolongaron las columnas hasta un doble de lo prescrito, se introdujeron adornos extravagantes, se usó con profusion de colores brillantes, con los cuales cargaba Ludio las paredes de las casas de paisajes, vendimias y escenas campestres, uniéndoles caprichosos frisos arquitectónicos. Nos quedan ejemplos de esto en los baños de Tito y en muchas paredes de Pompeya. El gusto de los emperadores debió de perjudicar á las artes; Tiberio solo se complacia con obscenidades; Calígula derribaba las cabezas de los dioses para poner en su lugar la suya, é hizo cortar de dos cuadros la cara de Júpiter para colocar la de Augusto; Neron doraba las obras de Lisipo y sus palacios; sin embargo, se conservan una cabeza de él y otra de Popea, preciosísimas por el pensamiento y por el trabajo.

En tiempo de Tiberio los artistas tuvieron ocasion de ejercitarse en reedificar las catorce ciudades del Asia, destruidas por el terremoto. Para adornar la Casa Áurea de Neron, se llevaron quinientas estatuas de bronce solo del templo de Délfos (1), entre las cuales se hallaban quizá las famosas del Apolo de Belveder y del Gladiador de Borghesi. Celer y Severo fueron arquitectos de aquella obra; Oton decretó en su breve reinado noventa millones de sestercios para continuarla, y Vespasiano devolvió despues al pueblo todos los terrenos ocupados por aquel palacio. Este emperador trajo muchas estatuas de Grecia, y adornos de Jerusalen para el templo de la Paz. El Coliseo, construido quizá por los Hebreos que llevó Tito esclavos, forma una elipse, cuya periferia interior comprende un espacio de doscientos treinta y nueve metros, con el muro exterior apoyado en ochenta arcos, que en cuatro órdenes sobrepuestos de arquitectura se elevan hasta la altura de cuarenta y nueve metros. Todo él era de mármol y estaba cubierto de estatuas; en el interior habia alrededor cuarenta filas de asientos tambien de mármol, capaces de contener cerca de noventa mil espectadores; sesenta y cuatro puertas daban salida á la multitud, y los corredores y escaleras estaban dispuestos de manera que cada uno pudiese, segun su órden, llegar fácilmente á los sitios señalados. Un toldo protegia en caso de necesidad contra el sol ó contra la lluvia; los chorros de agua de fuentes refrescaban y con frecuencia perfumaban el aire; se llevaba tambien el agua á la arena en arroyos, imitando la delicia de los jardines, ó se vertia para las batallas navales, y debajo se abrian vastísimos subterráneos que en nuestros dias se descubrieron, pero que se cerraron al instante para evitar las fétidas exhalacionos del agua estancada. Temiendo mil años despues Roberto Guiscardo que el Coliseo sirviese de ciudadela contra él, demolió la mitad; el resto fué una cantera, de donde se extrajeron piedras para edificios y torres, y especialmente para el palacio Farnesio, para el de Venecia y el de la cancilleria; y sin embargo, aun deja atónito á quien contempla aquellas sublimes ruinas. Coliseo.

Domiciano llevó á cabo muchas obras dirigidas especialmente por Rabirio; pero sus arcos triunfales y otras bellezas fueron derribados por el pueblo en odio á su memoria.

La columna de Trajano, dórica, de cuarenta y cuatro metros de altura, tanto como el monte Quirinal, una parte del cual se habia esplanado para formar el Foro en donde se alzaba, consta de treinta y cuatro pedazos de roca de mármol blanco, unidos con barras de bronce, y tiene de diametro 3 metros, 63 centímetros y en el extremo un terrado con la estatua del emperador. Se sube allí por ciento ochenta y dos escalones Columna de Trajano.

(1) Pausánias, X.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en espiral abiertos en la roca viva, y alumbrados por cuarenta y tres ventanas, y la rodean veintitres espirales de un bajo relieve, en el cual se han contado hasta dos mil quinientas figuras, de dos piés de altura, que para que estén en perspectiva, van siendo mayores conforme se van elevando. Representan estas las dos expediciones de Trajano contra los Dacios, é ilustran las costumbres de Roma y de sus aliados y enemigos : obra maestra de composicion, que presenta á la vista las operaciones militares mas importantes, como marchas, campamentos, batallas y ataques. En tanta multiplicidad y pequeñez, son muy variadas las fisonomías, y cada pueblo se distingue por su traje y armas particulares, ademas de la expresion de triunfo ó de derrota: vense allí los ejércitos cruzar el Danubio con la fe en la victoria; á los Dacios marcharse con sus hijos y sus bienes de los campos en que entran los nuevos colonos, y en otra parte humillarse los vencidos ante el emperador. El pedestal está cubierto de trofeos, águilas y otros adornos, y toda la obra es tan natural y acabada, que causó admiracion y sirvió de estudio á Rafael, á Julio Romano y á Polidoro de Caravaggio. En 1588 se sustituyó á la estatua del emperador la de San Pedro; dos años despues desenterró Sixto V el pedestal; Napoleon hizo demoler los edificios humildes que llenaban los alrededores, y los papas sucesivos restauraron la gran plaza.

Estaba esta rodeada de obras insignes, entre las cuales se hallaba un arco de triunfo, y la basílica Ulpia, que servia para lecturas, paseos y administrar justicia. Constaba esta de cinco naves, y estaba dividida por cuatro filas de columnas; el pavimento era de mármol pajizo y violado; las paredes estaban incrustadas de mármol blanco; era el entablamento de bronce, y habia alrededor estatuas de hombres ilustres. Se subia á él por cinco gradas de mármol pajizo antiguo, y en seguida se entraba por tres puertas, cada una de ellas con pórtico, dirigidas al Mediodía.

La construyó Apolodoro de Damasco, al cual se atribuyen tambien el arco de Ancona con la estatua ecuestre del emperador, y el famoso puente sobre el Danubio, de veintiun arcos, de ciento setenta piés de ancho, y los pilares de ciento cincuenta piés de altura. No tuvo este ingeniero la prudencia de adular á Adriano, ó á lo ménos de no mofarse del prurito que tenia de manifestarse artista, y le costó la vida.

Á ejemplo de Trajano, las posesiones particulares y las ciudades se hermosearon con edificios: ya hemos hecho mencion de las espléndidas casas de campo de Plinio el Jóven, el cual siendo procónsul en Bitinia hizo erigir ó restaurar baños, acueductos, cloacas, un magnífico teatro en Nicea, y un canal entre el lago de esta y el mar. El arquitecto Cayo Julio Lucero construyó en Alcántara de España un templo elegantísimo que todavía se conserva en pié, y sobre el Tajo un puente admirable de piedra, á docientos piés sobre la superficie del rio, de seiscientos setenta de largo, con seis arcos de ochenta y cuatro piés, y con los pilares de un espesor de veintiocho, todo de granito, de bases de cuatro piés de largas, y dos de elevacion, tan bien unidas que el tiempo no pudo arrancar ninguna. Á la cabeza del puente se elevaba un templete de veintitres piés de alto, de catorce de ancho, y con la fachada compuesta sencillamente de dos columnas y un pié derecho.

El puente de Augusta Emerita (*Mérida*), sobre el Guadiana, se extendia unos 2,575 piés, con sesenta y cuatro arcos circulares y desiguales, todo de piedra. Recorriendo las historias de cada ciudad provincial, se han encontrado monumentos mas ó ménos insignes, la mayor parte de los cuales se atribuyen á la época de los emperadores, y algunos todavía subsisten en parte, como los anfiteatros de que ya hemos hecho mencion de Verona, de Árles, de Nímes, de Viena; el de Pola de Istria, casi tan admirable como el Coliseo; otro en Orange, ciudad apénas nombrada, con naumaquía y estadio, y uno de los mayores teatros que se conocen; ademas de las maravillas de Balbek y de Palmira, otras en la Decápolis de Palestina, en las costas de África y en España; el puente del Gard en las Galias, portentosa mole, y los puertos de Árles, de Nímes, de Narbona, de Autun y de otras partes (1).

Adriano sin duda mandó hacer muchos, siendo tan apasiondo por las artes en que se ejercitaba él mismo; y trasportaba ó hacía copiar cuanto veía en sus interminables viajes. Entre las siete maravillas del mundo se cuanta el templo de Cícico construido de órden suya; terminó el de Júpiter Olímpico, principiado por Pisistrato siete siglos ántes; hermoseó á Roma y á Grecia con muchos edificios; construyó el anfiteatro de Capua y la Basílica Plotina en Nímes, cuyas ruinas son las mas notables de las Galias; en Jerusalen un teatro y varios templos; en Aténas un Panteon con pórtico diptero decastilo con columnas corintias, y en Roma el puente Elio y la Mole Adriana, hoy castillo de Sant-Ángelo. Estaba cubierta esta de cobre, con cuarenta y dos columnas, cada una de las cuales sostenia una estatua y en la cima una cuádriga con la efigie del emperador, de tales dimensiones que un hombre podia entrar por el ojo de un caballo (2). Aseguran que era de un solo trozo, lo cual solo puede compararse con el milagro de su arquitecto Detriano, que dicen trasportó de un lugar á otro el templo de la Buena Diosa y el coloso de Neron, de pié derecho y suspendido, empleando en esto veinticuatro elefantes.

(1) De aquel tiempo son las columnas de San Lorenzo en Milan, y el templo descubierto poco ántes en Brescia. En el libro siguiente daremos una ojeada general sobre los progresos y la decadencia del arte romano.

(2) Ju. Antioqueno Περὶ ἀρχαιολογ. ap. Salon. *en Esparciano*, pág. 51.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Tuvo especial gusto Adriano en adornar la quinta de Tívoli, que abrazaba un ámbito de diez millas, con dos teatros, y en la que se habia empleado profusamente el mármol, de cuya piedra estaba formado hasta el lecho del lago, en que se representaban combates navales. Como símbolo material del eclecticismo, que entónces se insinuaba en todo, estaban imitados allí los sitios mas agradables y los edificios mas grandiosos de Grecia; habíanse representado los Campos Elíseos, estatuas de todos los países, divinidades babilonias, efigies egipcias, deidades griegas, ídolos etruscos, vasos corintios, y tal vez bajos relieves indios y porcelanas de la China.

Hiciéronse entónces por imitacion estatuas de estilo griego antiguo, otras de granito rojo á la egipcia; pero bastan para probar que se sabía dibujar con perfeccion las dos efigies de Antinoo y la estatua del Belveder, á la cual se atribuye quizá equivocadamente el nombre de este.

Despues de aquel brillo momentáneo volvieron á decaer las artes, y los Antoninos las descuidaron por la filosofía. Antonino Pio hizo en Lanuvio una casa da campo de cuya esplendidez nos da una muestra una llave de plata para el agua de los baños, de cuarenta libras de peso. Aceleróse su decadencia con la manía de las estatuas, pues el Senado mandaba á los particulares tener en su casa la efigie de los emperadores. Hermosos munumentos de aquella época son el Marco Aurelio á caballo, colocado en la plaza del Capitolio, y la Columna Antonina, aunque es inferior á la de Trajano por la distribucion de los grupos y por la ejecucion ménos acabada de las figuras, mal compensadas por algunos pensamientos felices comó la Fama que escribiendo los hechos memorables sobre un escudo, sirve para dividir el dibujo de las guerras germánicas del de las marcomanas.

Multiplicábanse los arcos por las victorias, por los beneficios y por adulacion; pero los bajos relieves del de Septimio Severo están mal trabajados, aun cuando es muy hermosa su estatua de bronce, que ahora está en el palacio Barberini. Alejandro Severo trató de regenerar las artes, y colocó estatuas de personajes célebres alrededor del Foro Trajano; construyó muchas obras, entre ellas las Termas; pintaba él mismo, é inventó el arte de embutir mármoles de diversas clases (1). Es admirable la arquitectura de los baños de Caracalla: Diocleciano quiso superar en los suyos cuanto se habia hecho hasta entónces; pero no son indicio de un gusto severo los ornamentos de que estaba sobrecargada la bóveda, y que al caer mataron á muchas personas. Tambien es maravilloso su palacio en Espalatro, de setecientos cinco piés ingleses de largo por cada lado, con cuatro calles de treinta y cinco piés de ancho y doscientos veintiseis de largo cada una, que conducian á una plaza en el centro, todas con arcos (1).

(1) LAMPR. en *Alex.* 27, 28.

Arte moribundo llama Plinio á la pintura en su tiempo (2) aun cuando ensalza muchos cuadros de su época. El mismo y Vitrubio se quejan del lujo de mármoles llevado al exceso; se adornaban las habitaciones con pórfido, serpentina, mármol verde, rojo, pajizo antiguo, ágata, jaspe de todas calidades, realzando el esplendor de los mármoles con manchas artificiales de diverso color, ó á lo ménos cubriendo las paredes, con esmalte, todo lo cual hacía inútil la pintura. En los retratos se estudiaban los pormenores mas cuidadosamente que el ideal; se labraban con el trépano los cabellos, hechos alguna vez con mármol de color diverso, como los trajes, y adoptando el peinado sin gracia de las mujeres de entónces. Las mismas medallas que al principio de esta época eran mejores que las griegas, se hicieron bastas y groseras; y sin embargo, las hay muy hermosas, principalmente de Galieno y de Póstumo, y un medallon de Triboniano Galo. No es de admirar; teniendo á la vista tantos excelentes modelos, podia de tiempo en tiempo presentarse alguno que los estudiase hasta el punto de rivalizar con ellos, lo cual es un hecho aislado, que conviene distinguir bien en la historia del arte, de lo que es verdadero progreso.

Estos restos, que han sobrevivido á las vicisitudes de la naturaleza y de las guerras, despedazados como están por el tiempo y por los accidentes, y divididos de aquellas partes pequeñas cuya armonía da significacion al conjunto, estaban muy léjos de presentar una idea adecuada de lo que entónces eran las artes y la riqueza, y de revelar los usos de la vida pública y privada, imperfectamente notados por los escritores, que como cosa conocida se contentan con hacer alusion á ellos. Para completar la instruccion, era menester que saliesen de debajo de tierra ciudades enteras, y dijesen: *Hénos aquí.* El Vesubio que en tiempos anteriores á toda memoria habia vomitado llamas, se apaciguó durante algunos siglos, hasta que imperando Tito, renovó sus erupciones, con las cuales hasta nuestros tiempos no cesó de amenazar los deliciosos contornos de Nápoles. En aquella primera ruina, entre otras aldeas y casas de campo, quedaron sepultadas Herculano y Pompeya, pero de una manera diferente; la primera bajo lava y lapilos inflamados, que refrescándose adquirieron la consistencia de piedras, de manera que es menester la mina para hendirlas, y la otra bajo un polvo terroso y escoria ligera, que se remueve fácilmente.

Diez y seis siglos que habian pasado encima de ellas, aun mas que los lapilos y la lava, habian contribuido á borrar su memoria, cuando Manuel de Lorena, príncipe de Elbeuf, queriendo edificar una casa inmediata á Pórtici, en 1711, y habiendo oído que uno del país habia

(1) ADAM'S, *Ruins of the palace of Diocletian at Spalatro.* 1764. SEB. AB. OYA. *Thermæ Dioclet.* Ambéres, 1558.
(2) Lib. XXXV, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sacado mármoles de un pozo, compró para sí el derecho de hacer excavaciones en él. El pozo iba á parar precisamente al teatro de Herculano, y sacó de él una estatua de Hércules, otra de Cleopatra, y siete mas, que dirigidas inmediatamente á Francia produjeron la admiracion. Continuando las excavaciones, adquirió finísimos mármoles de África; y despues descubrió un templo redondo con veinticuatro columnas y otras tantas estatuas alrededor.

Advertido el gobierno napolitano por la fama con las exageraciones acostumbradas, prohibió á los particulares proseguir, pero no tuvo valor ó medios para continuar las investigaciones á su costa, hasta que Cárlos III de Nápoles compró á Elbeuf aquel terreno, en donde haciendo excavaciones se tuvo la certidumbre de haber descubierto una ciudad.

Pero sobre esta se habian endurecido ochenta, y hasta cien piés de lava y de lapilos, y encima se habian edificado Pórtici y Resina que se hubieran debido demoler con sus palacios reales. Hubo por consiguiente que limitarse á hacer excavaciones parciales, extraer de cada una lo que mas importaba, y en seguida rellenar de nuevo los huecos para no quitar los cimientos á las ciudades. De este modo se descubrieron antigüedades de todo género : frescos, cuadros, frisos, vasos, bajos relieves, arabescos, las estatuas ecuestres de los cónsules Nonio y Balbo, bronces, trípodes, lámparas, páteras, candelabros, altares, instrumentos de música y de cirugía, todos los cuales se llevaron al museo Borbónico, no dejando en el sitio sino lo que no se podia levantar. Se reconocieron muchos extensos edificios, templos, un teatro, y el foro cuadrilongo de doscientos veintiocho piés de longitud por ciento treinta y dos de latitud, rodeado de columnas que sostenian un pórtico exterior, miéntras que otras cuarenta y dos cubrian el interior, con el pavimento de mármol y las paredes pintadas al fresco. Las calles estaban alineadas con aceras á cada lado para los que iban á pié.

Hácia el mismo tiempo, el arado de un campesino tropezó con una estatua de bronce, y esta sirvió de indicacion para descubrir la ciudad de Pompeya (1). Lapilos y cenizas la cubrian, y poco á poco podrá reaparecer entera á la luz. Calles, palacios, teatros y casas reaparecieron ya, y todos en el ser y estado en que fueron abandonados por los desgraciados, sorprendidos por la ruina. Pinturas y mosáicos conservaban intacto su color ; encima de las mesas ó en las cocinas esperaban los manjares á los convidados ; los vinos estaban en las bodegas ; frascos de bálsamos en los tocadores de las señoras; de tal manera, que recorriendo esta ciudad, espera uno todavía que le salgan al encuentro los antiguos señores. Pero estremece aquella soledad en que solo unos pocos huesos aquí y allí esparcidos recuerdan á los infelices que huyendo recogian sus halajas y el dinero ; esqueletos que aun oprimen contra el seno los objetos preciosos que acaso les costaron la vida ; un preso en la cárcel, y un soldado de centinela perecieron, y se encontraron huesos suspendidos aun de las cadenas. En el templo principal, sorprendido el sacerdote por la lluvia inflamada, se armó de un pico, y para salvarse rompió dos paredes, y fué encontrado delante de la tercera con aquel instrumento en la mano, del cual inútilmente habia esperado la salvacion.

Para no perjudicar á tantas obras delicadas, y para que nada se pierda, proceden los trabajos lentamente, de manera que apénas esta descubierta una quinta parte de la ciudad, en la cual hay dos teatros, un templo de Ísis, otro de Esculapio, otro griego, una puerta exterior, la calle de las tumbas, el foro, la basílica, y al otro extremo el anfiteatro.

La rodean murallas pelasgas, y en breve espacio están amontonados edificios que hoy bastarian para una gran ciudad. Tanto como nos superaban los antiguos en magnificencia, nos eran inferiores en comodidad, porque usaban las casas pequeñas y mal preparadas, haciendo la vida al aire, en los patios, bajo pórticos y en el foro. Pocas tienen ventanas al exterior, y las que hay son muy altas, para evitar la curiosidad de los pasajeros, lo cual hace monótonas las calles en que no hay tiendas. Parécense todas las casas unas á otras por la distribucion y los adornos ; son de uno ó dos pisos, las habitaciones apénas tienen diez ó doce piés, y de catorce á diez y ocho de altas, con poca comunicacion las unas con las otras, como que no tienen ventanas, excepto las que dan al jardin, las cuales acaso estarian reservadas para las mujeres.

Los patios están rodeados de pórticos, aun en las casas mas pequeñas, para tomar en ellos el fresco : no se usaba maderaje en la construccion de las habitaciones, excepto para las impostas de las ventanas y de las puertas ; el suelo es de mosáico, y el entablamento y las paredes pintadas con figuritas ó con medallones de estuco en bajo relieve. No hay allí habitacion que no esté adornada con pinturas y mosáicos, representando viandas, libros, utensilios, muebles, historias, segun el genio y el arte del dueño. La del poeta trágico ocupa una extension de quince metros y el doble de largo, dividida en diez y nueve habitaciones, comprendido el atrio : el mosáico del umbral representa un mastin encadenado con la inscripcion *cave canem*. Por el corredor se pasa al atrio, patio descubierto, adornado en sus cuatro lados de pinturas, tomadas de la Iliada ó alusivas al arte dramático ; alrededor se hallan las habitaciones para los forasteros, estas frecuentemente cubiertas de figuras obscenas, y enfrente de la

(1) En 1689, y las excavaciones principiaron en 1755. Domingo Fontana, que en 1592 guió las aguas del Sarmo á la Torre de la Anunciata, debió encontrarse con las galerías en los monumentos de Pompeya que atravesaba : ¿ Cómo no tuvo, pues, la curiosidad de descubrirlos ?

(c) Instituto Cervantes de Madrid

entrada se halla el *tablinium* ó sala de recibimiento, en donde está pintado un poeta trágico declamando ante dos concurrentes, y en el pavimento un mosáico representa la prueba de una obra, ejecucion muy exquisita.

De aquí se pasa al perístilo ó segundo patio abierto, en el cual hay un jardincito rodeado de un pórtico de siete columnas dóricas, pintado tambien. En el fondo está el larario ó capilla doméstica, con un graciosísimo fauno de bronce, á la izquierda un gabinete de reposo, con Diana, Narciso en la fuente y el Amor que pesca. Otra habitacioncita está pintada de países y marinas, y en la pared principal una fila de libros, que probablemente no poseía el trágico mas que con el deseo.

Enfrente se encuentra la éxedra, ó sala de conversacion, adornada con bailarinas, con frutas y animales, con Leda, Ariadna abandonada por Teseo, y el sacrificio de Ifigenia; al lado la cocinilla, con todos los utensilios pintados, ademas de los reales, que comunica con el triclinio, pintado tambien, y encima está el gineceo.

En el templo de Ísis están dispuestos los utensilios de las ceremonias; los esqueletos de los sacerdotes, sorprendidos en ellas, aun llevaban los trajes pontificales; los carbones están sobre el altar é igualmente los candelabros, las lámparas, las pateras para las libaciones, los lectisternios para la diosa, purificadores adornados de estuco, y un vaso bastante capaz, de bronce, con las cenizas del último holocausto, mezcladas con la grasa de las víctimas.

La calle del arrabal, espaciosa y almeada, tiene á sus lados en toda su longitud casas de campo, tumbas, asientos circulares de piedra, donde los habitantes iban junto á las puertas de las ciudades hácia la tarde entre los sepulcros de los amigos y de los parientes, para respirar el fresco y ver entrar á los pasajeros. En el arrabal se elevaba la casa de campo en que tanto se complacia Ciceron, y allí cerca la del liberto Diomédes, muy bien conservada, con la puerta elevada sobre una gradería, y á los lados dos columnas, y el patio cuadrado, rodeado de pórticos con columnas, bajo los cuales se abrian las puertas de las habitaciones. Diomédes se habia preparado allí la tumba, y sorprendido por las cenizas, intentó huir con un esclavo, llevándose el oro y los vasos preciosos hácia el mar, pero fué sofocado. En las anchas cantinas, las ánforas están dispuestas junto á las paredes, entre pequeños cordoncillos de cal. Se habian refugiado allí el ama y las esclavas, y allí perecieron en número de veintisiete: la primera pegada contra la pared, con el brazo extendido por el terror, fué rodeada por las cenizas, que endureciéndosele alrededor, conservaron su forma.

En el recinto interior de la ciudad, poco distante de la puerta, se halla la casa en cuya fachada se lee el nombre de Salustio escrito con ceractéres rojos, donde tambien se fijaban los decretos de los magistrados, las ventas, las almonedas y otros avisos semejantes. El interior era un portento de cuadros, de mármoles rojos, mosáicos, ánforas y vasos de inmenso precio.

Se diria que á lo mas fueron abandonadas ayer aquellas casas; aun invita la muestra de la tienda del mercader; las paredes están como si se acabáran de blanquear, y parece que fué ayer cuando los muchachos al pasar hicieron en ellas sus borrones, ó los soldados escribieron su nombre y palabras insolentes, ó los solicitadores de votos el nombre de un candidato, ó los amantes un cumplimiento ó un insulto. Al entrar se lee en el umbral la voz *salve* y se cree oirla al dueño, á quien no salvó la palabra propicia. Vense allí pozos en medio de la calle; aquí cloacas que van á parar al mar; en el ángulo de una encrucijada una tienda de boticario con la muestra de la serpiente que muerde de una manzana; en otra parte un altar con el águila de Júpiter, expuestos en venta; el almacen de un pesador público, las tiendas de bebidas calientes, correspondientes á nuestros cafés, mas allá una casa de disolucion, señalada por los priapos esculpidos en ella, y por las palabras HIC FELICITAS que revelan la filosofía de aquel tiempo (1).

Los panes tienen grabado el nombre del panadero, algunos aun no cocidos, otros hechos ya pedazos; en los molinos hay máquinas singulares; en la artesa se halla preparada la harina con la levadura; en el horno una torta dentro de su tartera; en otras partes habas, nueces, aceite, vino, botellas con el nombre de los cónsules, y que probablemente no se bebieron; montones de grano, el cual sembrado germinó, y dió la espiga despues de mil setecientos años de sueño vital.

En las habitaciones de las señoras se ven aun alfileres, agujas, dedales, tijeras, almohadillas, ruecas y los adornos femeniles con que las mujeres de hoy aumentan ó reparan la belleza, y monedas agujereadas, que las Pompeyanas, como las Venecianas y las Genovesas, llevaban al cuello: en otras partes dados para jugar, pelotas de niños, instrumentos de música y de cirugía, entre los cuales se hallaba el forceps para los partos (2). Se encontraron muchos papiros manuscritos arrollados, que creyendo fuesen carbon, se retiraron al principio, pero que reconocidos despues, se reintegraron en parte con ingeniosos procedimientos (3).

No eran ménos fastuosas las tumbas. En la construida por Tuche durante su vida para sus libertos y libertas, y por Minucio Fausto, sacerdote de Augusto y gobernador (*paganus*), encima de la inscripcion está el retrato de Tuche, y debajo un bajo relieve, que representa á un lado la familia y al otro la efigie de los magistrados municipales; junto á él hay esculpida una barca,

(1) Quizá no era, sin embargo, mas que un símbolo y una palabra de buen agüero.

(2) Véase pág. 399.

(3) Véase Lib. XIII, cap. I; y la ARQUEOLOGÍA.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

símbolo del pasaje, y á su inmediacion el triclinio para las comidas fúnebres.

Obras enteras se dedicaron á describir estos descubrimientos, y los de diversas estatuas de Baco, de Vénus y de Priapo, las mas de madera con la cabeza y las manos de mármol; y si se piensa que no hay habitacion en que no se encuentren pinturas; que grandiosos mosáicos (1), los cuales parecerian hoy un lujo en los palacios, sirven de pavimento en las habitaciones de particulares; si se observa la artística finura de los objetos pequeños de lujo, nos quedamos sorprendidos ante una civilizacion, cuyo poder, saber, genio y riqueza solo aprovechaban á una clase privilegiada.

Veían la luz estas maravillas del mundo antiguo precisamente en la época en que se descubrian otras ciudades del Nuevo Mundo, no bajo cenizas y lava, sino entre las inmensas selvas y enmarañados bosques de Méjco, que las protegian con una barrera insuperable, como protegian á estas otras las materias volcánicas.

Arte cristiana.

Quien en las artes no vea mas que la forma, deberá creer que de nada les sirvió el Cristianismo; pero quien fije su imaginacion en el espíritu, verá renovarse el arte á favor de aquel, como todas las cosas. La religion cristiana, que proclamaba de nuevo la fe por estar fundada en la revelacion, la esperanza por estar apoyada en la promesa divina, la caridad por demostrar que todos son hermanos, debia producir necesariamente un trastorno general en las artes, penetrando en lo que estas tienen de mas profundo, la idea, y no destruyéndola sino completándola. No servian estas para diversion de los afortunados, para placer de los sentidos ni para adorno de la riqueza, sino que debian intervenir en las solemnidades de amor y de dolor, asociarse á toda la civilizacion para expresar el anhelo de una perfeccion, cuyo deseo es contínuo en esta vida, pero que no se satisface sino en la otra. Dedicado el arte hasta entónces á la materia y á los sentidos, esculpiendo el ídolo ó el monarca, identificando en fin la imágen con el dios, fué aborrecido por los primeros Cristianos. Sin embargo, ya en sus principios usaban ellos algunos símbolos, adornaban las tumbas devotas de anaglifos ó concavidades, representando palmas, corazones, triángulos, vides, peces, cruces, y especialmente el monograma ☧ con el nombre del difunto. Se tallaban primero estos y despues se llenaban de vermellon, color con que se pintaban la cara los triunfadores, y que á la sazon denotaba un nuevo género de victorias.

Catacumbas.

Está formado el terreno de Roma de producciones volcánicas, de lava endurecida, de peperino, de puzolana, excelente para las construcciones bajo del agua, y del travertino por los sedimentos del Teverone. Se prestaron estos materiales á la construccion de la ciudad, haciéndose con la lava el pavimento, con el peperino las escaleras, los umbrales de las puertas y los piés derechos de las ventanas, y las paredes con aquella toba sólida y ligera.

Excavándose estos materiales, especialmente junto á la puerta Esquilina, llegaron á formarse grutas profundas y vastísimas, con espirales de calles, y alguna vez varios pisos: otras estaban destinadas á sepultar la gente vulgar, en celdillas sobrepuestas á manera de palomar, y aun cuando con la construcion de la quinta de Mecénas gran parte de ellas quedaron rellenas, algunas sin embargo se dejaron, y otras se abrieron despues.

Condenados quizá los Cristianos á excavarlas, adquirieron gran práctica en ello; ú obligados á buscar abrigo y seguridad en sitios ocultos fueron introducidos allí por cavadores convertidos, é hicieron de ellas el lugar de sus reuniones, y la sepultura de los hermanos que subian al seno de Dios. Apóyase esta opinion comun en ejemplos iguales de Nápoles de Siracusa y de Paris; pero como esto haria muy inciertas las reliquias que se extraen de ellas, y supondria una comunidad de los ritos cristianos con los gentiles demasiado repugnante al primitivo celo, otros modernos demostraron que las catacumbas cristianas fueron abiertas á propósito por los Cristianos, y que los Gentiles no tuvieron parte en ellas.

Son, pues, cuevas subterráneas, sin mas adorno que los nichos abiertos en los costados, en muchos órdenes como en los palomares, y de vez en cuando conducen á cámaras adornadas de estucos, y á capillas y celditas en donde se celebraban los sagrados misterios. Orígenes, Minucio Félix, Clemente Alejandrino, Arnobio y Lactancio respondian á los paganos que preguntaban en dónde estaban los templos y los altares de los Cristianos, que solamente eran agradables á Dios los que se erigen en los corazones. Pero de tales respuestas materiales no puede deducirse que no los tuviesen; solamente querian manifestar aquellos el aborrecimiento á las supersticiones gentiles, y las catacumbas son un testimonio de que tuvo el Cristianismo desde sus primeros instantes iglesias y altares.

Las catacumbas eran el único templo que los Cristianos podian construir, como si el arte hubiese debido para regenerarse recorrer el estadio de su infancia, cuando se ejercitó en las grutas ántes de salir á cielo descubierto. Despues que no fué necesario ocultarse en ellas, fueron veneradas como teatros de aquellas escenas devotas, en las cuales en conmemoracion de los difuntos se preparaban los fieles á seguirlos, y al morir los devotos solicitaban dormir al lado de aquellos santos para participar de su intercesion. Así, pues, fueron frecuentadas hasta el siglo XII, despues del cual solo se visitaba aquella á la cual se entra por la iglesia de San Sebastian.

Reinando Sixto V se dirigió la atencion de nuevo á estos antiguos lugares sepulcrales, y

(1) Es incomparable el que representa la batalla de Alejandro con Darío.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

el papa hizo extraer de ellos várias reliquias, cuya piedad fué regularizada por Clemente VIII y otros. Fueron en seguida los literatos á estudiarlas, y sin hablar de Pedro Malio que en el siglo XII habia hecho una sencilla enumeracion de ellas, Onofre Panvinio fué el primero que describió los ritos y las reuniones que en ellas se celebraban, y llegó á enumerar cuarenta y tres subterráneos (1). Antonio Bosio, agente de la órden de Malta, examinó con afan incansable las catacumbas por espacio de mas de treinta años, y sin escasear gastos ni fatigas, levantó sus planos, dibujó las pinturas, las esculturas, los sarcófagos, los altares y los oratorios, y los describió en la *Roma subterránea*, obra póstuma (2). Revisó y amplió aquella obra Pablo Arringhi (3), el cual extendiendo su conocimiento, excitó á otros á iguales investigaciones. Viendo el canónigo Marco Antonio Boldetti que se suscitaban dudas sobre la autenticidad de la reliquias que se extraían de ellas, publicó las *Observaciones sobre los cementerios de los santos mártires y de los antiguos Cristianos de Roma* (4), y aun cuando insiste especialmente en lo relativo al culto de las reliquias y á los decretos de la Iglesia con tal fin, presentó juntamente los dibujos de muchos objetos descubiertos en las catacumbas, é informó acerca de las que se encuentran no solo en Roma, sino en todo el mundo. Despues continuó sus investigaciones acompañado de Marangoni; pero cuando estaba á punto de publicarlas, se prendió fuego á su casa, y se consumió el fruto de tantos años, excepto la pequeña parte que Marangoni publicó (5). Por comision despues de Clemente XII, aplicó Bottari á esta investigacion su riquísima erudicion profana y sagrada (6), pero con poca diligencia y poquísimo sentimiento. Mejor examinadas han sido las catacumbas en la obra que se imprime ahora del padre Marchi (7).

De los muchos restos de arte sacados de aquellas grutas, que son para el curioso una de las maravillas de Roma y para el devoto un santuario de piedad y de esperanzas, se formó en el Vaticano un museo cristiano, ademas de los que hay esparcidos en las iglesias, especialmente en las de San Martin de los Montes, en Santa Ines, en San Juan de Letran, en Ara Cœli, en Santa María la Mayor, y santa María del Transtiber, y por los cuales puede formarse una historia del arte cristiano, de la cual solo presentarémos pocas líneas.

La mayor parte de estas obras son, como hemos dicho, anaglifos : apénas llegan á ciento los bajos relieves en toda Roma, cincuenta en el resto de Italia, y cuarenta en Francia. Pero no faltan mosáicos. Tertuliano, que confundia el arte con sus abusos, no hubiera querido ver en las catacumbas ni tampoco la efigie del Buen Pastor, tolerando á lo mas la lira, el áncora, el pez, el cordero, la nave y la vid (1). Clemente Alejandrino (2) quiere que los sellos de los Cristianos lleven la paloma, el pez y la barca con la vela. El Buen Pastor se ve en algunos (3) y San Pedro con el gallo, ó bien el candelero de los siete brazos y el *orante*, esto es, un hombre ó una mujer que están con los ojos fijos en el cielo y las manos unidas, y el cavador, en el acto de abrir el subterráneo, y á su lado con frecuencia una figura que lleva la lucerna. Sin razon atribuyeron algunos, y especialmente Agincourt, á los tiempos heróicos esculturas posteriores, porque aquellas primeras eran puramente alegóricas y jeroglíficas, reproduciendo en figuras lo que los Padres enseñaban ó escribian.

Entre aquellos símbolos la cruz era el indicio mas comun del Catolicismo, porque haciendo el Cristiano su señal va desde el cielo á la tierra y desde Oriente á Occidente. En el principio la cruz era de brazos iguales ó griega, y en el siglo III se alargó, cuando se le puso el crucificado. Otros signos eran la mano, figura del Padre Desconocido, como se llamaba la primera persona divina, el pez (4), y con mas frecuencia el cordero, para indicar la segunda; la paloma para la tercera (5), y otros símbolos que se conservan aun como transicion de la iniciacion de los cultos antiguos á la realidad y á la historia.

Emblemas usados en las catacumbas son las iniciales, A Ω, ☧, IH, que indican á Cristo (6); la paloma colocada en la rama de palmera con una estrella en el pico, ó que bebe en el cáliz; ciervos que corren sedientos á la fuente; peces en seco; Daniel en la cueva de los leones; un gallo que anuncia la mañana de la segunda vida; dos manos levantadas al cielo (ó dos manos y dos piés colocados en cruz) ó el delfin,

(1) *De ritu sepeliendi mortuos apud veteres Christianos, et de eorumdem cæmeteriis*, 1574.
(2) En fol. 1632.
(3) *Novissima Roma subterranea*, 1651-1659.
(4) En fol. 1720.
(5) *Appendix de cæmeterio ss. Thrasonis et Saturnini*, y *Acta s. Victorini*, 1740.
(6) *Roma subterranea*, 1737-1754. Las tablas son las mismas que las de Bosio.
(7) *Monumentos de las artes cristianas primitivas de la metrópoli del Cristianismo*. Roma, 1844.

(1) *De pudicitia*. No son tan faciles de explicarse aquellos símbolos. La nave aludia á la de San Pedro, el áncora á la esperanza y al uno trino; la lira al nuevo Orfeo veraz, como se llama alguna vez á Cristo; el cordero al *agnus dei*, y la vid al pasaje del Evangelio, *Yo soy la vid, vosotros las ramas.*
(2) En el *Pedagogo.*
(3) Como en MAFFEI, *Musæum veronense*, tom. I, c. LXXII,
(4) El pez se llama en griego ιχθυς, que son las iniciales Ἰησοῦς Χριστὸς Θεὸς Σὲος σωτὴρ.
(5) Que ya era sagrada la paloma para los Hebreos nos lo indica este pasaje de Tíbulo :

Alba Palæstino sancta columba Syro.

(6) El Mesías habia dicho : *Yo soy alfa y omega*, esto es, principio y fin. La otra inicial son las dos primeras letras del nombre de Cristo χριστὸς; pero ya tambien era usada por los gentiles, y se encuentra en monedas, en cabezas de númenes y en medallas antiguas de los Tolomeos, para indicar el ungido, ó el superior, ó el χριστεωρος, Júpiter, rey clemente. La última está compuesta de la *i* y de la *eta* griega, á las que posteriormente se añadió la S y se le sobrepuso la I ☧ S. Véase MUNTER, *Symbolik der alt Christ.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

símbolo de la emigracion de las almas hácia una playa hospitalaria; el áncora de la esperanza, ó una simple rama de olivo, y alguna vez el corazon, cuya figura colgaban los gentiles del cuello de sus hijos. Son desconocidos de los primeros tiempos el crucifijo y el cáliz, del cual se hizo salir posteriormente la hostia, ó se le colocó en la mano del evangelista de Pátmos con la serpiente. En esta forma y con dos antorchas á los lados fué adoptado despues por los templarios y por los caballeros de San Juan.

Ademas de las puras alegorías, hay imágenes históricas, tomadas del Testamento, ó de los gentiles ó de la sabiduría tradicional, comun á todos los pueblos. Tales serian el indicado Buen Pastor, que se encuentra en monumentos anteriores; tal el Orfeo, tomado por los nuestros como profeta de verdades reveladas; tales las Sibilas y las Musas y escenas de vendimia, que representan para el artista piadoso una vida madura, y de la cual estaban á punto de extraer el jugo espiritual.

La serpiente, signo de salud entre los Griegos, que la atribuían á Higia y al númen de la medicina, y entre los Hebreos que recordaban la que se levantó en el desierto, pasó á significar el espíritu del mal, y se figuró vencida á los piés de la cruz, y posteriormente pisada por la inmaculada María. Alguna vez se representa al espíritu maligno con el cuervo; pero en la extravagante forma de medio cuerpo humano y medio de bestia, solo fué introducido en la edad média. La fuerza irracional se encuentra alguna vez representada por el leon, que entre los Persas simbolizaba á Arimánes, y entre los Hebreos coronaba las banderas de Judá, y que despues se colocó fuera de las iglesias, con un cordero ó un niño en las fauces, si bien otras veces indicando la fuerza moral, sostiene la sede episcopal, ó el cirio pascual, ó las columnas.

La muerte, retratada por los Griegos en génios de graciosa melancolía con la cara abatida, no tenia emblemas entre los primeros Cristianos, y solo los gnósticos introdujeron la forma del esqueleto, que en un monumento se presenta en un carro tirado por dos leones con las riendas sueltas, pisando cadáveres: primer pensamiento de las famosas *danzas de los muertos*.

Son muy sencillos los epitafios: LAZARVS AMICVS NOSTER DORMIT — MARTYRI IN PACE — NEOPHITVS IIT AD DEVM — RESPECTVS QUI VIXIT ANNOS V ET MENSES VIII, DORMIT IN PACE. — ALEXANDER MORTVVS NON EST, SED VIVIT SVPER ASTRA. Los nombres de *santo*, *santísimo*, *querido*, *inocente*, *dulcísimo*, manifiestan el afecto, y mas frecuentemente el *en paz* (imitacion de los Hebreos) expresa la fe religiosa que hace ménos triste las tumbas. Frecuentemente están grabadas en ellas las parábolas del Evangelio; luego las del Apocalípsis, el libro de los siete sellos, los cuatro ángeles de los cuatro vientos, los veinticuatro ancianos, la balanza y la mujer perseguida por el dragon.

Los sarcófagos se introdujeron en las catacumbas cuando senadores y ricos dieron el nombre á la nueva religion. De ninguno puede asegurarse que es anterior al siglo IV, y acaso es el mas antiguo el de la quinta Panfili (1), de arquitectura corintia, figurando pórticos, debajo de los cuales hay quince personajes que rodean á Cristo, con toga y sentados en silla curul, de hermosa presencia, y con las cabelleras esparcidas por la cabeza, á la manera que suele aun representarse el Redentor. El primero cuya época se sabe por la inscripcion, apénas es dos años anterior á la muerte de Constantino (2).

Generalmente se ven en los sarcófagos escenas evangélicas como la adoracion de los Magos (3), y Cristo con los niños: alguna vez tambien hechos de la mitología, ó reminiscencias paganas, de manera que Jonas y Noé aparecen allí como Deucalion y Jason, y las comidas no son diferentes de los banquetes profanos. Porque el arte plástico griego prevalecia sobre las concepciones judías; y especialmente despues que la Iglesia cesó de ocultarse, aparece el contraste entre las órdenes casi paganas de la corte imperial, que tienden á materializar el culto, y el genio reorganizador y progresivo de la Iglesia, que sustituía por todas partes la historia á la alegoría. Y aquí tambien impidió la lucha la transfiguracion total, á que aspiraba el Cristianismo.

Es notable que en la edad média, principalmente en las pinturas de los vidrios, se tomasen tan á menudo los asuntos de los pseudo-evangelios y de las leyendas. Sin embargo, era nueva esta manera de tomar por asuntos, no ya la fuerza y la belleza en lo que tienen de mejor, sino un Hombre-Dios que «quiere sentir la vergüenza y el duelo en alma y las angustias de la muerte y el terror de la caída, » una vírgen madre, viejos plebeyos, mujeres llorando, expresiones todas de una religion nueva, para la cual era la vida una expiacion, y que santificaba los padecimientos y las lágrimas.

La belleza cristiana no es la que se refiere solamente á la vida sensual y material, sino la que propende á sacar al hombre de esta para elevarlo á un mundo intelectual y superior. El arte antiguo daba la perfeccion á la forma orgánica segun el sentimiento de una sociedad carnal y vigorosa; por consecuencia hablaba á los sentidos, poco al entendimiento, y aun ménos al alma: el mayor grado que alcanzó fué el aceptar la elevacion trágica. El arte cristiano se alimenta de amor y de esperanza, que dan una significacion moral á la alegría y á los padecimientos.

(1). Véase BOTTARI. tab. 33. Consúltense sobre este particular MABILLON, *Musæum italicum*; BELLORI y BARTOLI, Lucernas sepulcrales; ARINGHI, *Roma subterránea*; BOLDETTI, *Sobre los cementerios de los santos mártires*.

(2) IVN. BASS. V. C. QVI VIXIT ANNIS XLII. II IN IPSA PRÆFECTVS BRIV NEOFITVS IIT AD DEVM VIII KAL. SEP. EVSEBIO ET YPATIO COSA.

(3) Tal es el que tenemos en Nuestra Señora de San Celso, en Milan

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La circunstancia de haber corrompido frecuentemente el paganismo las cosas religiosas para servir á la belleza, alejaba á muchos Cristianos de las artes, como si el homenaje á las bellezas materiales perjudicase á las intelectuales y morales. Algunos por consiguiente pintaban la Divinidad en forma humilde y servil, forma que se manifestaba adecuada á la expresion primitiva de la Iglesia. Exhortando Clemente Alejandrino á no atribuir un valor excesivo á la belleza exterior, cita el ejemplo de Cristo, diciendo que « era feo, y sin embargo, ninguno fué mejor que él; no reveló en su persona la belleza corporal, sino la verdadera belleza del alma y del cuerpo; aquella en su caridad, y esta en la promesa de la vida eterna (1). »

¿Pero de dónde se han tomado las efigies que se nos presentan del Redentor y de su madre? Refiere la leyenda que el rey Abgar obtuvo de Cristo su retrato, el cual permaneció escondido en Edesa hasta el siglo v, y que se supone producido, así como las sábanas santas y los devotos sudarios de Roma, de España, de Jerusalen y de Turin, por el simple contacto con el cuerpo divino. Solamente que se parecen estos tan poco entre sí, que no se puede asegurar cuál sea el verdadero. Parece que debe tenerse por fábula que la mujer curada por Cristo de un flujo de sangre le erigiese una estatua, ni que María fuese retratada por el evangelista Lúcas, el cual no fué pintor, como nos lo dicen los libros santos, y solo fué convertido por San Pablo cincuenta y dos años despues de principiada la era vulgar, cuando llevó aquel el Evangelio á la Troade.

Quien recuerde ademas la abominacion con que miraban los Hebreos las imágenes, y cuánto han sufrido por no tolerar ni aun las de los emperadores romanos, se persuadirá de que no se hizo ningun retrato de Cristo vivo ni de los suyos. La efigie mas antigua de Cristo está en Roma en la bóveda de una capilla del cementerio de San Calixto. Es del tipo que se adoptó muy pronto por los artistas, es decir, cara ovalada, fisonomía á la vez grave y agradable, dulcemente melancólica, barba corta y escasa, cabellos separados en la frente cayendo sobre los hombros segun el estilo nazareno, y terminando frecuentemente en dos rizos sobre el pecho. En las imágenes antiguas se ve mas generalmente de frente, en traje de orador ateniense, como maestro del mundo, con un papiro ó un libro en la mano izquierda, y con la derecha alzada en actitud de bendecir, ó mas bien con el ademan en que se representa á los oradores en los escritos y en las miniaturas antiguas, esto es, levantados los tres primeros dedos, y los otros dos doblados. Alguna vez está unido el pulgar al anular doblado y derechos los otros, de cuya manera pretenden que se formasen las letras A y Ω.

La historia añadia á esto la edad y la expresion de aquella bondad moral que no tuvo igual, de la mansedumbre que sabía indignarse, y de la calma que sabía llorar por el amigo difunto y por la patria amenazada. Así se formaron los primeros simulacros, y por su modelo los sucesivos, de manera que todos conservaron algun parecido, aun cuando no estuviesen copiados del verdadero.

No parece que fué representado en la cruz el divino Redentor ántes del siglo III; pero repugnando al genio griego retratar aquel tormento, lo colocaba alguna vez en actitud triunfal, con la banda régia ó la mitra pontifical. Posteriormente fué pintado como el hombre de todos los dolores, y alguna vez se le representaba tambien con los piés separados, acusándose por el contrario á algunos herejes posteriores el representarlo con los piés sobrepuestos (1). Le falta la corona de espinas y la herida en el costado, porque lo pintaban moribundo, no muerto, y ya algunos tienen la inscripcion I N R I. Solamente en el siglo VII aparece el Crucificado con las escenas de la pasion, entre las Marías llorosas, y con el sol y la luna junto á su patíbulo y trono. Cubríasele tambien de un traje largo que poco á poco se fué recortando; y Gregorio de Tours dice (2) que habiéndole representado desnudo por la primera vez en el siglo VI en la catedral de Narbona, hizo el obispo que lo cubriesen.

Se introdujo la sencilla y dulce figura del Niño en el seno de su Madre vírgen cuando los herejes del siglo v impugnaron la maternidad divina; y entónces se agregó al *Ave María* la segunda parte que la saluda como Madre de Dios, como una protesta perpétua contra el error.

Los ángeles, arcángeles y serafines se representaban con rostros juveniles y religiosos, y con alas, multiplicadas ó colocadas en la cabeza, ó en los piés ó en lugar de los brazos; pero generalmente estaban cubiertos de una larga túnica, siendo objeto de dovocion así entre los Griegos como entre los Latinos, y no ejercicios de arte. Con frecuencia se encuentran en los monumentos los querubines con cuatro alas ó solamente sus cabezas, de las cuales salen cuatro manos. Alguna vez llevan los ángeles un baston, como mensajeros de Dios, pero esto se ve con mas frecuencia entre los Griegos que entre nosotros.

Lo mismo decimos de las efigies de los apóstoles. Suelen figurarse descalzos ó con ligeras sandalias. Tambien los Griegos dieron á San Pedro las llaves, aunque algunos lo niegan; pero es posterior la costumbre de representar á San Pablo con la espada. Este está colocado

(1) *Pedagogo*, L. III, c. 1.

(1) Véase respeto de las variaciones sufridas por los crucifijos una disertacion del canónigo Settala en las *Actas de la Academia romana*, t. II; y en general á Gori, *Sacr. Dipt.* t. III. Pretende aquel que solo en el siglo XIV se hizo de Cristo una figura de relieve en la cruz, miéntras que ántes solamente estaba pintado en ella. En el monasterio de Chiaravalle, junto á Milan, habia una del siglo IX ó X con el Cristo de relieve. Véase *Antich Long. Mil.* p. XXXIV. El papa Sergio al principio del siglo X mandó hacer una cruz de plata *habentem crucifixum totum de auro*. Ju Diácono el Jóven.

(2) *De glor. martyr.* c. 23.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

generalmente á la derecha del otro, hasta en los sellos de las bulas papales, lo cual no indica preeminencia, sino que no se hacía ninguna distincion del lugar á derecha ó izquierda. En breve fueron simbolizados los evangelistas en los cuatro animales sosteniendo un libro.

La aureola que ponemos alrededor de las cabezas de los santos proviene de un marco que solia ponerse detras de las personas insignes aun vivas.

Cuando la Iglesia se vió triunfante, no tuvo ya que temer lo que podia parecerle peligroso al principio; y en vez de repudiar las artes, se las apropió purificándolas como todo lo demas, comprendiendo que tienen tambien sus efectos morales é intelectuales cuando sienten su propia elevacion, y convirtiéndolas en firmes y elocuentes auxiliares para la propagacion de la fe (π).

EPÍLOGO

El elemento aristocrático é inmóvil del Oriente cesó de luchar con el elemento popular y progresivo del Occidente, y se mezclaron ambos en la unidad monárquica, no para reanimarse sucesivamente, sino por el contrario para decaer juntos bajo el maligno influjo de la fuerza. El respeto que antiguamente se tenia al Estado, le dirigió Roma al emperador; las leyes de lesa majestad protegian al monarca divinizado, como antiguamente custodiaban á los magistrados populares, y por la legalidad lógica se sustituyó al ciego amor de la patria la ciega obediencia á su déspota. La ley Julia declaraba traidor al que fundiese las estatuas de los emperadores ó *hiciera algo parecido* (1): ¡tanto campo se dió á las acusaciones mas terribles! Fueron menester un senadoconsulto para declarar que no ofendia á la majestad el que destruyese simulacros de emperadores reprobados, y rescriptos de Severo y Antonino para absolver á quien vendiese los no consagrados, ó por casualidad les tirase una piedra (2). El jurisconsulto Paulino acusa como reo de Estado á un juez que habia pronunciado una sentencia en sentido contrario á las órdenes imperiales: y habiendo jurado Faustiniano por la vida del príncipe no perdonar nunca á su esclavo, se creyó obligado á perpetuar su cólera para no incurrir en el crímen de lesa majestad (3).

Los príncipes buenos moderaban este rigor atroz; los malos se servian de él como de un instrumento de venganzas, de crueldad y de rapiña; y con la infame turba de los espías (4) esparcian entre el pueblo la peor de las corrupciones, la que no hace sospechar del afecto del hermano que come en nuestro mismo plato.

Un emperador sostenido de tal manera puede cuanto quiere, y si la casualidad del nacimiento, ó el capricho del ejército, ó la venalidad de una asamblea sientan á un monstruo en el trono del mundo, extenderá su corrupcion, tanto mas cuanto mas elevado se halla. Pero si la pequeña parte de los buenos, y la union de la secta estóica, deseosa de arrancar el imperio á los artificios de la fuerza, elevan á la suprema magistratura del Estado á príncipes de envidiables virtudes, dejarán estos una memoria digna de eterno elogio; disminuirán los males de los que estén mas inmediatos á ellos; si bien se verán obligados á secundar las innobles inclinaciones de una sociedad material, en la cual ya no encuentra lugar el espíritu; en que la costumbre de un poder desenfrenado se connaturaliza de tal manera que no deja discernir la justicia; en que enmudece la voz de la humanidad, y en que todas las clases desunidas y desalentadas se empujan sucesivamente á un abismo inevitable. El piadoso Trajano confia al arbitrio de un procónsul el atormentar y el matar ó perdonar á una infinidad de personas á quienes tiene por inocentes: y en tiempo del filósofo Marco Aurelio se presenta en el circo un leon enseñado á comer hombres con tal gracia, que el pueblo pide á gritos que el emperador le conceda la libertad (1).

Las frecuentes conspiraciones en la corte y en el ejército demuestran los defectos de aquella constitucion, en que un príncipe proclamado superior á la ley es alzado y derribado como un juguete de niños. No son aquellas revoluciones, en las cuales progresa la sociedad entre la sangre; son facciones de pocos, inútiles á la multitud, y que no producen ni franquicias ni experiencia, matando al tirano, y consolidando la tiranía.

Desde que la vida pública se redujo al gabinete del emperador, no quedaba ya que cultivar

(1) DION.

(1) *Aliudve quid simile admiserint*, Dig. I, VI, *ad leg. jul. maj.*

(2) Ib. I, IV; 4, V, 2.

(3) Pero Alejandro respondió: *Demasiado mal me conoces.* Cod. Theod., I, 2, *ad leg. jub. maj.*

(4) « Faut-il des espions dans la monarchie? Ce n'est pas la pratique ordinaire des bons princes. Quand un homme est fidèle aux lois, il a satisfait à ce qu'il doit au prince. Il faut au moins qu'il ait sa maison pour asile, et le reste de sa conduite en sûreté. L'espionnage serait peut-être tolérable s'il pouvait être exercé par d'honnêtes gens; mais l'infamie nécessaire de la personne peut faire juger de l'infamie de la chose. Un prince doit agir avec ses sujets, avec candeur, avec franchise, avec confiance. Celui qui a tant d'inquiétudes, de soupçons et de craintes, est un acteur qui est embarrassé à jouer son rôle. » MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, XII, 23.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mas que el derecho civil, y ejercer la elocuencia y la legalidad en los pequeños intereses privados. La nobleza antigua habia perecido en las proscripciones dictatoriales, en las guerras civiles y en los suplicios imperiales : la nueva, que no tenia tradiciones que custodiar, ni privilegios que conservar, se agrupaba alrededor del príncipe para ejercer una parte de su tiranía, y gozar con ansia de una presa que en breve no tendria ya delante. Extinguido todo amor hácia una patria que ya no producia ni grandeza ni dignidad, cada uno se encerraba en sí mismo, y con especulaciones privadas de una avidez mercenaria pensaba en aprovecharse de las desgracias públicas para obtener grados, placeres, poder, y como instrumento de todas estas cosas la riqueza.

La ambicion y la avaricia gobiernan, pues, al mundo en esta época, y un egoísmo avaro hace inhumanos y feroces á los hombres. El que conserva el sentimiento de lo noble y de lo justo, gime por tantos males, y viendo que son irreparables, abandona la sociedad á los malvados y á los ambiciosos, y se arma de desprecio ó se rodea de austeras virtudes, en las cuales nada hay de caritativo, ó se aturde entre las placeres, que entónces traspasaron todos los límites, ó interroga con supersticion un destino que teme y no puede evitar.

Ignorante el pueblo y oprimido, se recocija no de su libertad, sino de la destruccion de sus antiguos tiranos ; temeroso de perder lo que no posee, ávido de un porvenir que no conoce ni espera, goza cuando puede aumentar las miserias, y pedir que sean entregados los Cristianos á los leones, ó que sean arrojados al Tíber los tiranos que el dia anterior adoraba.

Así, pues, no se encuentran ni compasion para los débiles, ni sumision á los poderosos, ni amor al órden social, ni dignidad de carácter, ni veneracion hácia la Divinidad , sino una corrupcion docta , una filosofía sarcástica , una literatura de imaginacion estéril y pobre de razon, que no sabe mas que comentar las cosas antiguas y reproducir disputas inveteradas, semejante á los viejos que repiten lo pasado cuando ya no tienen el sentimiento de lo presente. El Oriente mezclaba entre los elementos de esta decrépita sociedad sus doctrinas teúrgicas, alimento intempestivo de creencias que habian ya desaparecido, de manera que lo maravilloso y lo increible llegó á ser el órden natural y la realidad.

Pero cuando mas se desesperaba de la salud, la armonía, la sabiduría, la belleza y la moralidad salen de la choza de Belen, y extienden á lo exterior un espíritu de humanidad, y en el interior una insólita pureza de creencias y costumbres. Sería imposible seguir á la humanidad en todos los pasos de su vida, sin insistir largamente acerca del Cristianismo, elemento nuevo y fundamental de la sociedad. En efecto, el Cristianismo, como revelacion calma las imaginaciones con una verdad cuya garantía es Dios ; como reparacion indica al hombre la causa de sus extravíos y el único modo de levantarse de la abyeccion , y como religion realiza la gracia, los sacramentos, el sacrificio, y á un culto sin moral sustituye uno de inmaculada piedad.

Bajo el doble aspecto de manifestacion de las verdades incomprensibles y de culto religioso, corresponden al Cristianismo dos prerogativas de la Iglesia, de orígen sobrenatural : la infalibilidad, y el poder de atar y desatar. Esta Iglesia, consorcio de los hombres con Dios, para mantener el depósito de la revelacion, tuvo que aplicar la religion á una sociedad con leyes, gobierno y ordenanzas. Pero en vez de limitarse como los gobiernos temporales, debió extenderse hasta el punto de abrazar á todo el mundo en la unidad de la especie, y dirigir la universalidad á un fin moral.

De aquí la institucion de la jerarquía, con un pontífice que tuviese primacía de honor y de jurisdiccion, con obispos extendidos por todas partes y sumisos á la cabeza, con sacerdotes que hiciesen fecunda y activa la autoridad por medio de la enseñanza, de los consuelos y de la esperanza. Excluyendo todo derecho hereditario, é imponiendo el heroísmo del celibato y la perfeccion de la vida, se garantizó el gobierno eclesiástico contra la corrupcion en que se precipitaron los temporáles, á fin de conservar pura aun en la aplicacion externa la palabra divina.

No es, sin embargo, la Iglesia un Estado en el Estado, ni el poder pastoral implica la fuerza ; sino que así como subsisten en el hombre la naturaleza y la revelacion, el elemento espiritual y el corporal, otro tanto sucede respecto de los dos poderes, independiente uno de otro en sus atribuciones, y que se reducen á la unidad, no invadiéndose alternativamente, como en sentido contrario hicieron en la edad média y en la nuestra, sino manteniéndose en armonía.

Cuando al principio no habia habido mas que comunidades y aglomeraciones, Roma habia tratado de unirlas y sistematizarlas. Consiguió el primer punto mediante la fuerza, y trató muchas veces inútilmente de conseguir lo segundo, porque carecia ella misma de unidad religiosa. El Cristianismo llegaba á terminar la obra, pero en un tiempo en que la sociedad habia principiado ya á desenvolverse; y tuvo que trabajar trece siglos para reconstruir las naciones. Pero en una tentativa nunca hecha hasta entónces, necesariamente debia vacilar para llegar al punto en que la nacion cristiana fuese la mas civilizada, sin que su unidad destruyese las nacionalidades particulares , las provincias, los municipios ; porque el poder que manda á los cuerpos nada debe influir sobre las almas (1).

(1) Si vale mas el testimonio de quien no pertenece á la sociedad en cuyo favor depone, tendrá fuerza este, apoyado tambien en sólidas razones : « El clero católico presenta el primer bosquejo de una sociedad fundada sobre la combina-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bajo el aspecto de doctrina fué el Cristianismo el punto en que vinieron á confundirse las verdades parciales y fragmentarias del mundo oriental y occidental en una verdad clara, mas pura y completa. Presenta dogmas superiores que marchan con la filosofía á un fin. Porque si quiere esta atender á las cosas necesarias, no á las contingentes, debe proponer por objeto á las acciones y á los conocimientos el perfeccionamiento del hombre moral, y el legítimo uso de sus facultades; y como el Cristianismo enseña precisamente lo que importa conocer, amar y practicar, conduce poderosamente á la civilizacion, que consiste en el recto ejercicio de las facultades racionales.

Hemos visto á las religiones ejercer siempre una gran influencia sobre la civilizacion de las naciones, y despues de haberlas conducido á cierta altura, detenerlas, y hasta impulsarlas á la decadencia. Al contrario, la civilizacion moderna fundada en el dogma católico de la igualdad de las almas, esto es, en la unidad de orígen, de redencion y de fin, ya no retrocedió. ¿En qué consiste tal diferencia? Las religiones favorecen el progreso á medida de las verdades que descubren, por lo cual el Cristianismo que no hace misterio de ninguna doctrina, no pondrá obstáculos á la ciencia, por mucho que extienda su vuelo en algun país. Facilitará por el contrario la perfeccion, porque no rechaza los progresos anteriores, eliminando solamente sus partes viciadas; aprueba y santifica el bien en cualquier parte que esté; engrandece y ennoblece la naturaleza humana y sus facultades; atribuye mérito y demérito infinito á las acciones; hace que prevalezca sobre las demas facultades la voluntad, y aumenta la importancia de la vida del hombre considerándola como expiacion y preparacion á la felicidad eterna. Con él cesan las máximas injuriosas á la Divinidad y las que injurian á la humanidad; no se cree virtud en el hombre público lo que es culpa en el particular; ya no se hará ostentacion, cuando no otra cosa, de actos crueles ó inicuos, y la usurpacion, el orgullo del mando y la gloria militar, celebradas como virtudes, no inspirarán perversas doctrinas que á su vez engendren acciones perversas.

No debiendo especular ya el hombre sobre su semejante, se dirige á usufructuar la naturaleza, con cuyo motivo se mejorarán la industria, la agricultura y las artes pacíficas.

Habíase considerado siempre la libertad entre los pueblos antiguos como un privilegio; limitado primeramente á la familia, despues á las tribus, en seguida á las ciudades, y por último á las naciones; de manera que entre ellas se reconocieron derechos y deberes, pero fuera de la asociacion no parecia injusto ningun hecho. Comprendiendo ahora virtualmente el Cristianismo el mundo entero, se extienden los derechos á todos, sin límite ni excepcion; y todos cooperan á la prosperidad social en cualqnier parte en que se encuentren.

Por su parte, la civilizacion favorece á la religion favoreciendo su estudio, removiendo lo que estorba á su cumplimiento, perfeccionando su disciplina, y haciendo que aquellos mismos que no tienen fe en ella, acepten sus máximas por medio de la educacion, de las costumbres y de las leyes.

Se equivoca sin embargo el que crea que son una misma cosa la religion y la civilizacion, y aquella fruto de esta; pues al paso que la primera se funda en la fe, la segunda estriba en el conocimiento; la civilizacion en lo relativo y accidental, y la religion en lo absoluto y necesario; aquella tiene por ley la libertad con la cual se va desarrollando, esta la autoridad con la cual conserva la propia perfeccion. Juzga, pues, mal el que presume someter el Cristianismo á una norma de progreso, como una perfeccion de las religiones anteriores, y á la cual los adelantamientos sociales sustituirán una mas completa (1). Son campo del progreso los hechos; pero la parte vital de la sociedad, colocada en el conocimiento de las ideas, no puede obtener ningun adelanto efectivo en atencion á que el ejercicio de las facultades no produce ningun elemento que no esté comprendido en la primera intuicion del pensamiento, en la idea escencial de las verdades racionales (E).

Por tanto, aunque el Cristianismo, revolucion enteramente moral, no propendiese á cambiar las relaciones y la condicion externa del hombre; aunque por el contrario declarase que no queria atacar el edificio de la sociedad, y respetase las grandes injusticias de entónces, las tiranías, la esclavitud y la guerra, desde el principio se manifestó muy provechoso para el progreso social. Porque no cambiaba la sociedad, sino la manera de apreciarla; no quitaba

cion de fuerzas pacíficas, y cuyos principios prohiben enteramente que el hombre especule sobre el hombre, bajo cualquier aspecto que se le considere. No podia ménos de ser muy imperfecta tal asociacion, en gracia de las circunstancias de que estaba rodeada; pero en un siglo acostumbrado á la barbarie manifiesta en alta voz su horror á la sangre y repite: « Demos á César lo que es de César; mi reino no es de este » mundo, » esto es: « Dejemos la tierra miéntras que todavía » está sometida á la espada. » En medio de una sociedad ordenada primeramente por la espada, donde reina una aristocracia fundada en el nacimiento, esta pacífica asociacion desprecia los privilegios de nobleza y de nacimiento, y proclama la igualdad de los hombres ante Dios, la distribucion de las penas y de las recompensas *celestes* con arreglo á las obras, y efectúa en la jerarquía *terrestre* un nuovo pocedimiento de distribuir empleos y grados, no segun el nacimiento, sino segun el mérito personal; siendo un testimonio brillante de ello los papas, quienes en la época de la plenitud de la institucion católica, fueron elegidos entre gente humilde, no siendo notables por otra cosa mas que por su mérito. Aun cuando la sociedad llamada temporal rehusase imitar á la espiritual, era dominada por el ascendiente moral y por la enseñanza de esta, de tal manera que aun en medio de los esfuerzos verificados para limitar su poder, se vieron los jefes de las naciones bajar la cabeza delante de los jefes del clero, y envanecerse con el título de hijos de la Iglesia. » *Doctrine de Saint-Simon. Exposition. Premiére année, 4e séance.*

(1) Es la doctrina de Leibnitz en su *Educacion progresiva del género humano*, sostenida despues con aparato de ciencia por los sansimonianos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los padecimientos, sino que los trasformaba en méritos. No atendiendo á reformar el pueblo por medio de los gobiernos, sino al contrario, mejoraba la parte moral y los entendimientos, civilizacion muy importante por estar íntimamente unida con la social. Donde dominaba la anarquía, la impiedad, la disolucion y el egoísmo, vésele sustituir una organizacion jerárquica, la fe, la santidad, y el amor generoso y universal. El poder, si bien limita y comprime la sociedad espiritual, experimenta su virtuoso ascendiente: meditando los jurisconsultos sobre la letra oscura de las leyes, se sienten inspirados á pesar suyo por un aura diversa; en la constitucion en que todo lo pueden el ejército y el emperador, aparece un ejemplo de las dos garantías supremas de la libertad, la eleccion y el debate; y se emancipa á los hombres de las leyes humanas arbitrarias, para someterlos á la ley racional y divina (1).

No fueron comprendidos entónces tales beneficios ni por los fuertes ni por los sabios. Irritados y admirados aquellos de encontrar quienes sostuviesen contra la voluntad imperial la independencia de las convicciones propias, se dirigieron á perseguirlos, al principio sin antipatía, sin ira, sin temor, hasta sin fanatismo, para secundar la inclinacion que tenia el pueble á los suplicios, y luego en tiempo de Diocleciano por un propósito deliberado de exterminarlos.

Hasta esta grandísima injusticia se apoyaba en la ley; pero la que autorizaba la persecucion era oscura para los mismos jurisconsultos, y podia interpretarse y suspenderse, no solo por los Césares, sino hasta por los procónsules (2); testimonio último y el mas sangriento del ningun caso que hacian los antiguos de la vida de sus semejantes.

Aquella sociedad hacía, pues, su deber, y hacía el suyo tambien la nueva: los Cristianos sufrian la pena de muerte, pero la declaraban inicua; se creían manchados aun por la vista de un suplicio, y prohibieron el sacerdocio á quien mataba ó ejercia el derecho de sangre (3), enalteciendo así el carácter del hombre no solamente cuando está envuelto en la toga senatorial ó en el manto filosófico, ó adornado con el anillo ecuestre, sino aunque sea pobre, ignorante, desnudo y aun culpado. Es hombre y basta.

Esta tácita, pero constante resistencia, reveló el vigor del Cristianismo, y Constantino tuvo el mérito de conocerlo y de aceptar voluntariamente lo que el tiempo hubiera impuesto por la fuerza á sus sucesores. Pero ántes que cesase la lucha de tres siglos de los Cristianos contra los Césares y los verdugos, habia principiado otra nueva. Cambatian en las escuelas el antiguo Oriente, el antiguo Occidente y el Cristianismo, el cual, extendiéndose sobre todos los hombres y todos los intereses, era natural que encontrase muchas é interesantes contradicciones. Los neoplatónicos quieren elevarse á Dios no mediante la fe, sino mediante la doctrina. Sectas judaizantes, sectas judáicas, sectas orientales unidas ó adversarias á las de los Hebreos; sectas cristianas amigas ó enemigas del ascetismo, dóciles ú hostiles á la teosofía asiática, principian la lucha de ingenio mas grandiosa que ha visto nunca el mundo, entre la teología antigua y la nueva, entre la mitología poética y la religion moral, entre la antigüedad que desaparece y el nuevo tiempo que se abre.

Por consecuencia, la doctrina evangélica encontró resistencia como todas las novedades: tachada primeramente de sueño y de locura, despues se confiesa su sublimidad, pero acusándola de plagio como si toda su verdad fuese deducida del Egipto, de la India y de la Academia; y en fin, se adoptaron sus pensamientos, miéntras que todavía se persistia en combatirla. ¡Pero véase qué novedad tan importante! En aquella balanza ha perdido todo su peso lo espada, y la autoridad de los Césares en el apogeo de su fuerza no entra por nada en la determinacion de la creencia: tan eficaz resonó la palabra que distinguia los derechos de la espada de los del pensamiento.

En el despecho de la contradiccion, la literatura pareció que tomaba de las tumbas una vida enteramente artificial, y con un vigor obstinado se esforzó en inventar memorias, adornar lo pasado y abrazarlo tenazmente cuando se le escapaba de las manos. Esta tardía prosperidad de las letras y de la filosofía es uno de los fenómenos mas singulares de la Historia. El arte del estilo, que en las épocas de Perícles y de Augusto elevaba grandemente á algunos hombres sobre los otros, se habia perdido; ni ofrecen los autores parciales aquella artística perfeccion que hace que cada uno trace un surco suyo propio en la cultura intelectual. Descuídase aquí la forma por el espíritu; son como batallones que, uniformes en el desarrollo general del pensamiento, proceden de acuerdo, unos para defender, y otros para combatir al mundo antiguo. Esta es la causa de que no desee uno tanto detenerse parcialmente en cada uno de ellos, como abrazarlos en conjunto, y descubrir aquel espíritu de indagacion, estimulado por cuestiones de una importancia mayor que las sencillas rivalidades de escuela; esta es la causa de que pululen grandes verdades como grandes errores, sostenidos por ingenios rejuvenecidos, arrastrados entre el torbellino del siglo y el progreso universal.

La sociedad pagana poseía todas las instituciones necesarias para el progreso de las ideas y el desarrollo de la inteligencia, al paso que la

(1) Teodosio y Valentiniano escriben: *Digna vox et majestate regnantis legibus alligatum se principem profiteri: adeo de auctoritate juris nostra pendet auctoritas. Et revera majus imperio est submittere legibus principatum.* Cód. lib. I, tit. X, IV, 4. Y un siglo despues: *Omnes legibus regantur etiam si ad divinum domum pertineant.* Ib. 10.

(2) Cartas entre Plinio y Trajano.

(3) San Ambrosio para manifestarse indigno del episcopado, asistió á un juicio capital.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

religion nueva carecia enteramente de todo esto y todo lo debia deducir de su voluntad, de las creencias, del imperio de estas sobre los ánimos, y de la necesidad que tenia de propagarse y de ocupar el mundo.

Y sin embargo, no fué mucho tiempo dudoso el éxito de la batalla, y todo anuncia que la sociedad antigua está herida en el corazon. Solamente que, así como ciertos héroes de la edad média continuaban combatiendo tres dias despues de muertos, del mismo modo se sostiene la vieja sociedad por su propio peso, y pagana en el fondo aun despues de haberse hecho cristiana exteriormente, prolonga una vida enteramente artificial, hasta que vienen los Bárbaros á abrasar las reliquias de aquel inmenso cadáver, á fin de que su putrefaccion no contamine á toda la tierra.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ACLARACIONES

AL

LIBRO SEXTO

(A) pág. 317.

QUINTA DE PLINIO.

La quinta de Plinio el Jóven, un particular, un filósofo, nos servirá de prueba del fausto voluptuoso de los nobles.

Plinio á Galo.

« Te admiras de que tanto me agrade mi quinta de Laurentino, ó si tú quieres de Laurento. Pero fácilmente cesará tu admiracion cuando estés informado de esta deliciosa morada, de la superioridad de su situacion, y de la extension de sus terrenos. Diez y siete millas dista de Roma, de modo que se puede ir á ella despues de terminar los negocios, y sin perder todo el dia. Dos caminos conducen allí, el de Laurentino y el de Ostía. Si se toma el primero, es menester dejarlo á las catorce millas; si el segundo, á las once; y ambos terminan en otro, cuyas arenas hacen el viaje bastante incómodo y largo para los carros, pero á caballo es mas dulce y breve. La perspectiva no desagrada alrededor por su variedad, porque unas veces se estrecha el camino entre espesos bosques, y otras se abre y extiende en vastos prados. Allí se disfruta el placer de ver rebaños de ovejas, vacadas y yeguadas que engordan en los pastos, y gozan el beneficio de la primavera, en cuanto esta arroja de las montañas al invierno.

La quinta es bastante cómoda, sin ser magnífica. La entrada es hermosa sin lujo, y primeramente se encuentra un pórtico redondo, que contiene un patio pequeño bastante alegre, grato refugio contra el tiempo malo, porque estando todo cerrado de vidrios y rodeado de un ancho canalon, defiende admirablemente de la lluvia y de las tempestades. Desde este pórtico se pasa á un gran patio bastante agradable, y en seguida á un bellísimo comedor, que da al mar, cuyas olas vienen á estrellarse contra la pared por poco que sople el viento Sudoeste. Todas las puertas y ventanas de esta sala son de dos hojas y de igual altura, de manera que á la derecha, á la izquierda y al frente se pueden descubrir como tres mares en uno solo. Á la parte opuesta descubre la vista el gran patio, el pórtico y el patio pequeño, y tambien segunda vez el pórtico, y despues la entrada, mas allá de la cual se ven en lontananza bosques y montañas. Al lado izquierdo del comedor hay una gran sala que no se avanza mucho en el mar, y que da paso á una pequeña, que tiene dos ventanas, para recibir por la una los primeros rayos del sol Levante, y por la otra los últimos del Poniente. Desde esta salita se ve el mar tambien, pero un poco mas léjos, y causa gran placer á la vista. El ángulo que forma el resto del comedor y la pared de la sala, parece hecho á propósito para recoger, conservar y reunir el ardor del sol. Por eso sirve de refugio á mi familia contra el rigor del invierno y en este rincon trabajan ordinariamente. Allí no se conocen otros vientos mas que los producidos por ciertas nubecillas, las cuales obstruyen la serenidad del cielo mas bien que turban la dulzura del aire que sopla.

Junto á esta hay una sala circular de tal manera situada, que los rayos del sol penetran en ella á todas las horas del dia. Se ha abierto en la pared un armario en forma de librería que he provisto cuidadosamente de los libros que no se pueden leer y releer bastante. Desde allí, por un corredorcito, que por estar artesonado de tablillas sutiles, comunica por todos lados el calor del sol, se pasa á los dormitorios. El resto de este ángulo está ocupado por esclavos y otros criados, y sin embargo, está cuidado este departamento con tal limpieza, que pueden tambien habitar en él los dueños. En la otra ala hay una sala bastante bien dispuesta, y despues se va á otro salon ó comedor que el sol y el mar parecen hacer á porfía cómodo y agradable. Desde aquí se pasa á una sala unida á una antecámara tan fresca en el verano por su elevacion, como abrigada en el invierno por estar resguardada de todos los vientos. Al lado se encuentra otra con su antecámara; desde allí se entra en la sala del baño, donde hay un depósito de agua fria: esta sala es grande y espaciosa. De las paredes opuestas salen dos pilas tan anchas y tan profundas, que si se quiere se puede nadar en ellas. Detras hay una estufa para perfumarse, y despues un camino para el baño. Desde allí se pasa á dos salas, adornadas con muebles mas graciosos que magníficos, y despues á otro baño templado, desde el cual puede uno ver el mar miéntras se baña.

No muy léjos hay un juego de pelota, situado de manera que en el verano solo entra en él el sol al ponerse, cuando ha perdido su actividad: á un lado se alza una torre, á cuyo pié hay dos gabinetes y despues otros dos encima, y finalmente un terrado donde se puede comer, desde el cual se presenta á la vista gran extension de país y de mar, y todas las ciudades de las cercanías. Al otro lado hay otra torre con sus ventanas abiertas á Levante y á Poniente Detras hay un guardaropa bastante espacioso, y despues un granero, debajo del cual hay un comedor, donde se siente de léjos el rumor del mar cuando está agitado. Esta sala da al jardin y al camino que domina todas las inmediaciones, el cual está guarnecido á sus dos lados de boj, y de romero donde aquel falta. Porque en los lugares donde el techo de la casa cubre el boj, conserva fácilmente todo su verdor; pero en los sitios descubiertos y expuestos al viento, el agua del mar lo seca, aun cuando no esté tan inmediato á la ribera. Entre el camino y el jardin hay una viña recientemente plantada, por la cual se podria caminar descalzo sin ninguna incomodidad. El

(c) Instituto Cervantes de Madrid

jardin abunda en higueras y morales, á los cuales es tan favorable el terreno como es contrario á los demas árboles. Al lado del jardin hay un comedor, desde donde se goza de esta hermosa perspectiva, la cual ciertamente no cede á la del mar que está mas léjos.

Detras de esta sala hay dos habitaciones, cuyas ventanas dan á la entrada de la casa, y un huertecillo abundante en yerbas para el servicio de la cocina. Mas allá se descubre un pórtico abovedado, el cual por su desmesurada magnitud pudiera ser tenido por obra pública. Tiene gran número de ventanas al mar, y algunas, aunque no tantas, al jardin, y otras ovaladas en la bóveda del mismo pórtico. Cuando el tiempo está tranquilo y sereno, se abren todas estas ventanas; pero si sopla el viento de alguna parte, entónces se abren las ventanas del otro lado. Enfrente de este pórtico se extiende una parte del jardin, que esparce gratísimos olores de violetas. La reberveracion del sol que envia el pórtico calienta el terreno, y al mismo tiempo lo defiende del viento Norte, y así por una parte se conserva el calor, y por otra no se pierde el frio; finalmente, este pórtico defiende tambien del viento de Mediodía, de manera que de diferentes lados ofrece un refugio contra la diversidad de los vientos. Ántes de medio dia se puede pasear á la sombra de este pórtico, y por la tarde en los sendoros y en otros sitios del jardin que están mas próximos á esta sombra; y se la ve aumentar ó disminuir segun que los dias son mas largos ó mas cortos. Ademas no se halla expuesto el pórtico al sol cuando es mas ardiente, y cuando sus rayos caen á plomo sobre la bóveda. Disfrútase allí tambien de esta otra comodidad; y es que están dispuestas sus ventanas de tal manera, que cuando es menester abrirlas, dejan siempre á los céfiros un paso libre para impedir que el aire demasiado encerrado se corrompa.

Á la extremidad del pórtico y del jardin á él unido, hay una habitacion separada, á la cual llamo mi verdadera delicia. Toda es obra mia. Hay en ella un salon formado á la manera de una estufa solar; de un lado mira á una parte del jardin, y de la otra al mar, y por ambas recibe el sol cómodamente. Su entrada corresponde á una sala inmediata y una de las dos ventanas da al pórtico. He fabricado hácia la parte del mar una estancia de buen gusto, y se puede poner en ella cómodamente una cama con dos sillas, y por medio de una vidriera ó de una cortina, abriendo la una ó corriendo la otra, se logra unirla con la otra sala ó separarla como se quiere. Los piés de la cama miran hácia el mar y la cabeza hácia las casas: por ambas partes se ven bosques. Tres diferentes ventanas presentan estas tres diferentes vistas, y todas á una vez las confunden. Desde allí se entra en un dormitorio, donde nunca penetra la voz de los esclavos, ni el murmullo del mar, ni el estrépito de las olas, ni los relámpagos de la tempestad, ni aun la misma luz, si no se abren las ventanas. La razon de esta profunda tranquilidad es que hay entre la pared de la sala y la del jardin una habitacion de hombres, la cual por su extension extingue cualquier ruido que en ella pudiera penetrar. Unida á estas salas hay una estufita, cuya ventana bastante estrecha retiene ó disipa el calor segun la necesidad. Mas léjos se encuentran una sala y una antesala, en las cuales entra el sol desde que sale, y aun despues del medio dia oblicuamente. Cuando estoy retirado allí, me figuro que estoy á cien millas de mi casa, lo cual en todo tiempo me agrada, y sobre todo en el de las Saturnales. Gozo allí silencio y calma, miéntras que toda la casa resuena con la alegría que la licencia de estas fiestas permite á los domésticos; y de esta suerte, ni mis estudios turban los placeres de mi familia, ni sus placeres mis estudios.

Lo que falta á tantas comodidades y á tantas delicias es el agua corriente: en defecto de ella tenemos pozos ó mas bien fuentes, porque son de poca profundidad. El terreno es admirable, porque en cualquier lugar que se le abra, se encuentra agua pura, clara y dulce, aunque está junto al mar. Las selvas de los contornos suministran gran cantidad de leña, y aun mas de la que se desea. Ostía provee abundantemente todas las demas cosas necesarias á la vida. La misma aldea puede satisfacer la necesidad de un hombre frugal. No hay mas que una sola quinta entre la mia y la aldea, en la cual se encuentran hasta tres baños públicos. Puedes bien imaginarte cuál sea su comodidad, ya sea que llegues inesperadamente ó que hayas resuelto detenerte poco, y que sin embargo no tengas tiempo para preparar tus propios baños. Toda la orilla está adornada de casas de campo, contiguas las unas, separadas las otras, las cuales forman por su diferente construccion el aspecto mas delicioso del mundo, y á la vez ofrecen á tus ojos mas de una ciudad. Puedes gozar igualmente de semejante vista, ya sea que camines por tierra, ó que vayas por el mar, el cual alguna vez está tranquilo, y la mayor parte de las veces agitado. Cógese en él pescado en abundancia, pero no es del mas delicado: hay allí tambien excelentes lenguados y langostas bastante buenas. Sobre todo, tenemos leche en abundancia en el Laurentino, porque se retiran allí muchos rebaños cuando el calor los arroja de los pastos, y los obliga á buscar la sombra ó el agua.

¿No te parece que tengo mucha razon para estimar tanto semejante retiro, poner en él mis delicias y encerrarme en él tan largo tiempo? Verdaderamente amas mucho la ciudad, si no te resuelves á venir á pasar conmigo algun dia en tan delicioso lugar. Pudieras venirte, y agregar á la belleza y amenidad de mi casa de campo tu presencia. Consérvate bueno. »

Parecen evidentes esta y semejantes descripciones á la primera lectura; pero en cuanto uno se dispone á fijarlas en el papel con el lápiz y el compas, se presentan mil dificultades. Acaso se han formado veinte planos diferentes para situar esta casa de campo de Plinio, el último de los cuales es obra del arquitecto frances L. P. HAUDEBOURT, *Le Laurentin, maison de campagne de Pline le Jeune, restituée d'après la description de Pline.* Paris, Carillau-Gœury, 1838, en 8°. Puede compararse con el Palacio de Escauro.

(B) pág. 318.

PETRONIO ÁRBITRO.

Petronio Árbitro, en su novela titulada *Satyricon*, describe á un tal Trimalcion, hombre de muchísimas riquezas, y tan tonto como altanero, en que pretendieron algunos reconocer á Claudio, y otros á Neron; pero nos inclinamos mas bien á ver el ideal de uno de tantos ricos de la Roma de entónces. El trozo mas notable de la obra es la cena de Trimalcion, descubierto en 1662 por Marino Statlejo, Dálmata. Damos un extracto de él, libre de las muchísimas digresiones que le interrumpen, y solo para dar á los lectores una idea de las costumbres romanas, aunque esté exagerada como sucede en las sátiras.

« ¿Y qué, no sabéis en dónde hay hoy funcion? En casa de Trimalcion, hombre magnífico, que tiene en el comedor un reloj y una trompeta (1) instruidos, á fin de advertirle todos los momentos que consume en su vida. Por consecuencia, nos vestimos con diligencia, olvidando los males pasados, y mandamos á Giton, que nos habia asistido graciosamente como un criado, que nos siga al baño.

Entretanto fuimos dando vueltas para distraernos, penetrando en los círculos de los jugadores, cuando de pronto vemos á un viejo calvo vestido con un ba-

(1) Reloj y Trompeta son dos esclavos que avisan la hora.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

landran rojizo, que estaba jugando á la pelota con algunos niños con cabellos largos (1). No fueron tanto los niños los que nos detuvieron en aquel espectáculo, aunque fuese digno de ello, como aquel abuelo que se ejercitaba en el juego de la pelota con el calzado puesto (2). No rechazaba él la pelota que habia tocado el suelo, sino que un siervo tenia un saco lleno de ellas; cuantas necesitaban los jugadores. Otras várias novedades notamos : habia dos eunucos colocados en diversos puntos del círculo, uno de los cuales tenia una cubeta de plata, y el otro contaba las pelotas, pero no las que jugando se lanzaban con las manos, sino las que caían.

Miéntras que admirábamos tal esplendidez, se llegó á nosostros Menelao y nos dijo : « Este es aquel en » cuya casa habéis de comer. ¿ No véis que así prin- » cipia la cena ? »

Aun hablada Menelao, cuando el esplendidísimo Trimalcion hizo crujir sus dedos, y á esta señal puso el eunuco una cubeta debajo del jugador, el cual descargó dentro la vejiga, pidió despues agua para las manos, y apénas se humedeció los dedos, los enjugó en la cabeza de un muchacho. Sería pesado describirlo todo. Entramos en los baños, y al momento que nos cubrió el sudor, pasamos al fresco.

Untado ya Trimalcion de pomadas, se hacía frotar, no con lienzos de lino, sino con mantas de lana finísima. Tres de aquellos mediquillos bebian vino de Falerno en su presencia, y porque porfiaban á quién habia de verter mas, les decia Trimalcion que bebiesen tambien su vino alegremente. Envuelto en seguida en una toalla de escarlata, fué colocado en la litera, á la cual precedian cuatro lacayos adornados y un carrito de manos, donde llevaban á un viejo y legañoso favorito, mas feo que su amo Trimalcion, cuya delicia era. Trasportado así y acompañado por algunos armoniosos flautistas, se aproximó á él, y como si le hablase secretamentc al oído, fué cantuseando por todo el camino. Cansados ya nosotros de maravillas íbamos detras, y juntos con Agamemnon (3), llegamos á la puerta, en cuyo pié derecho habia un cartel clavado con esta inscripcion : « *El esclavo que salga sin órden del amo, llevará cien azotes.* »

Habia en la entrada un portero vestido de verde claro, con un cinturon de color de cereza, el cual mondaba guisantes en una fuente de plata. Pendia sobre el umbral una jaula de oro, desde la cual saludaba á los concurrentes una urraca de varios colores. Aturdido de tantas cosas estuve á punto de caerme, á riesgo de romperme las piernas, por causa de un perro que á la izquierda de la entrada inmediata á la habitacion del portero estaba pintado en la pared atado á la cadena, con las palabras cubitales ó mayúsculas encima : *Guardáos del perro* (4). Hizo esto reir á mis compañeros, pero repuesto de mi susto no dejé de proseguir á lo largo de la pared. El sitio en que se venden los esclavos estaba pintado todo de cartelones juntamente con el retrato de Trimalcion, el cual cabelludo y con el caduceo en la mano, entraba en Roma, sosteniendo Minerva las riendas. Mas adelante estaba representado en actitud de aprender las cuentas, y mas allá como tesorero, habiendo representado diligentemente todas las cosas el caprichoso pintor con la inscripcion : al fin del pórtico estaba Mercurio, al cual ponia él con la barba levantada sobre un alto tribunal. Allí junto estaba la Fortuna con el cuerno de la abundancia, y las tres Parcas que hilaban copos de oro.

Observé tambien en el pórtico un peloton de lacayos, que era ejercitado por un instructor. Ademas de esto ví en un ángulo un gran armario, en cuyos cajoncillos estaban encerrados los lares de plata, una estatua de mármol de Vénus, y una caja de oro bastante grande, y en la cual decian que se guardaba la barba de Trimalcion (1).....

Satisfechos de tantas delicias íbamos á entrar en el triclinio, cuando uno de los muchados que cuidaba de este sitio gritó : « Con el pié derecho. » Temimos un tanto que alguno de nosotros introdujese el contrario; pero habiendo entrado todos con el pié derecho, un esclavo desnudo se nos postró á los piés, y principió á rogarnos que lo libertásemos del castigo, porque no era grande el delito por el cual estaba en peligro, habiéndole robado en los baños el traje del tesorero, que apénas podia valer diez sestercios....

Finalmente nos sentamos, y los sirvientes egipcios, unos derramaban agua helada en las manos, otros nos lavaron los piés, quitándonos con hábil diligencia toda suciedad de las uñas. No hacian semejante servicio callando, sino cantuseando casualmente, por lo cual se me ocurrió si toda la familia cantaba, y á este fin pedí de beber, y se me presentó diligente un muchacho, que me favoreció igualmente con una áspera cancioncilla : hacian lo mismo los demas á quienes se les pedia alguna cosa, de manera que se creía uno en un triclinio de pantomimos mas bien que de un padre de familia.

Sirvieron una entrada muy suntuosa, y cada cual se habia ya acomodado, excepto Trimalcion, al cual se conservaba el primer lugar, por nueva disposicion (2).... Su vaso era de metal de Corinto y representaba un borriquillo con una cesta, en la cual habia aceitunas blancas en un lado, y en el otro negras. El borriquillo estaba cubierto de dos escudillas, en el borde de las cuales se leía el nombre de Trimalcion y el peso de la plata. Habia tambien puentecillos unidos, sosteniendo lirones condimentados con miel y amapolas y mortadelas muy calientes, cocidas en las parrillas, debajo de las cuales habia ciruelas sirias, con granos de granada.

Gozábamos de esta delicadeza, cuando Trimalcion, conducido á son de música, y colocado en pequeñísimos cojines, excitó la risa de algun imprudente, porque le salia la cabeza pelada fuera de un manto de púrpura, y alrededor del cuello cargado con aquel traje tenia una corbata guarnecida de oro, cuyos extremos colgaban á uno y otro lado; tenia tambien en el dedo pequeño de la mano izquierda un gran anillo dorado, y en la última articulacion del dedo inmediato otro ménos grande, todo él de oro, segun me pareció, pero soldado con hierros en forma de estrellas. Y para no mostrarnos solamente estas riquezas, se descubrió el brazo derecho, adornado de brazaletes de oro unidos en un círculo de marfil lleno de laminitas brillantes. Despues de limpiarse los dientes con un alfiler de plata, nos dijo : « Amigos mios, aun no queria venir al tri- » clinio, pero para que mi ausencia no os hiciese es- » perar demasiado, he suspendido toda mi diversion. » Permitidme sin embargo que concluya uno de mis » juegos. »

Tenia detras de sí un muchacho con un tablero de damas de terebinto y con dados de cristal. Observé en medio de tanta cosa delicadísima, que en lugar de poenes blancos y negros usaba menedas de oro y de plata.

Habiéndose puesto á jugar, destruyó la fila opuesta cuando nosotros nos hallábamos aun en la entrada, y en esto trajeron una tabla con una cesta, en la cual habia una gallina de madera con las alas extendidas

(1) Esta era señal de vida muelle y libertina.

(2) Al contrario de los demas que jugaban descalzos y en jubon.

(3) El sofista de la casa.

(4) Se escribia *Cave canem* en el umbral de las casas, donde frecuentemente habia un perro figurado.

(1) Era una solemnidad entre los Romanos la primera vez que se afeitaban y consagraban la barba á Apolo, conservándola cuidadosamente.

(2) Porque el sitio de honor era el de en medio entre los tres que se echaban en el mismo lecho.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en círculo como cuando están en huevos. Presentáronse al instante dos esclavos y al estrepito de la música se pusieron á escarbar en la paja, y habiendo sacado de ella algunos huevos de pava, los distribuyeron entre los convidados Volviéndose entónces Trimalcion dijo : « Amigos, he ordenado que pusieran debajo de esta » gallina huevos de pava (1), y por Baco, que temo que » se hayan fecundado ya : probemos sin embargo si » pueden sorberse. »

Tomamos unas cucharas que no pesaban ménos de média libra, y rompimos los huevos, que estaban hechos de pasta. Yo estuve á punto de arrojar el mio, porque me habia parecido que tenia ya pollo; pero habiendo oido despues á un antiguo comensal que alguna cosa de bueno debia haber allí, continué rompiendo la cáscara, y encontré dentro de ella un papafigo cubierto con la yema del huevo rociada de pimienta.

Trimalcion habia suspendido ya su juego, y habiendo pedido várias cosas, y dado en voz alta facultad á todos de beber nuevamente el vino con la miel, hizo de pronto una señal la orquesta, y se nos arrebataron los manjares del primer servicio por los mismos músicos. En medio de este rumor cayó casualmente una escudilla de plata, y un esclavo la cogió del suelo. Advirtiólo Trimalcion, y habiendo hecho abofetear al esclavo, mandó que la volviese á arrojar. Acercóse el mayordomo, y la quitó de en medio con los demas desperdicios.

Entraron despues dos llamados Etíopes, con algunos odres pequeños, semejantes á los que sirven para regar el anfiteatro, y suministraron el vino con ellos, porque ninguno contenia agua.

Habiendo dado las gracias á Trimalcion por semejante delicadeza, dijo : « La muerte los hace iguales » á todos; » y mandó al mayordomo que señalase á cada uno una mesa, añadiendo : « Estos siervos son » demasiado numerosos, y saliéndose disminuirán el » calor. »

Se trajeron inmediatamente botellas de vino perfectamente tapadas, que tenian en la parte exterior un rótulo con este título : *Falerno de Opimio de cien años* (2).

En tanto que leíamos los rótulos, dando una palmada Trimalcion exclamó : « ¡Ay de mí! ¡ay de mí! ¿con- » que el vino vive mas que el hombrecillo? Pues » siendo así regocijémonos. El vino es la vida. Yo » aseguro que este es verdaderamente de Opimio. Ayer » no lo hice servir tan bueno, aunque los convidados » eran mas ilustres. »

Miéntras bebíamos y admirábamos tan exquisitas magnificencias, presentó un siervo una figura de plata tan bien dispuesta, que giraban hácia todas partes sus articulaciones y sus vértebras aflojándolas....

Siguióse á los aplausos que ocasionó esta figura un servicio, no tan grande en verdad como se creía. La novedad no obstante atrajo las miradas de todos. Era una vajilla redonda, y tenia alrededor las doce constelaciones separadas, sobre las cuales habia colocado el cocinero el manjar propio y conveniente de la figura. Encima del Áries las legumbres de marzo; encima del Tauro un trozo de búfalo; criadillas y riñones sobre Géminis; una corona sobre el Cáncer; un higo de África sobre el Leon; una vulva de marrana de leche sobre el Virgo; sobre la Libra una balanza que en un platillo contenia una torta, y en el otro una galleta; encima del Escorpion un pececillo de mar que llaman escorpion; sobre el Sagitario un cangrejo marino; sobre el Capricornio una langosta marina, sobre el Acuario una ánade, y sobre Píscis dos salmonetes. En medio habia ademas un montoncito de yerbas cortadas con un panal de miel encima.

El criado egipcio llevaba alrededor el pan sobre un tambor de plata, cantando con malísima voz una estúpida cancion sobre el laserpicio. Nosotros nos acomodábamos mal á aquellas trivialidades, pero Trimalcion dijo : « Cenemos, que este es el órden de la cena. »

Habiendo dicho esto llegaron algunos, que bailando un cuarteto al son de la música, cubrieron la parte superior de la vajilla, y entónces vimos por debajo, esto es, en otro servicio, una liebre adornada de alas y rodeada de tocino y manteca, de tal manera que parecia el caballo Pegaso. Observamos tambien alrededor de la vajilla cuatro estatuas pequeñas de sátiros, de cuyos vientres se derramaba un licor sazonado con pimienta sobre los pescados, á los cuales se veía nadar en el mar.

Todos lo aplaudimos, haciendo coro con los sirvientes, y asaltamos alegremente aquellas esquisitas viandas. Contento tambien Trimalcion por el buen órden exclamó : « Trincha, » y al instante se adelantó el mayordomo, y al son de la música cortó las viandas con tanta destreza, que le hubiérais creido un cochero en la liza entre el estrépito del órgano hidráulico....

Entónces se presentaron criados que pusieron en los suelos alfombras, en las cuales habia redes pintadas, y cazadores con lanzas, y un apareto completo de caza. Aun no sabíamos qué pensar de esto, cuando fuera del triclinio se alzó un gran rumor, y entraron de pronto algunos perros de Esparta, que se pusieron á correr al rededor de la mesa. Siguió á esto otra mesa, encima de la cual habia un jabalí cubierto con un gorro de suma grandeza, de cuyos dientes pendian dos cestitas tejidas de palma, una de las cuales estaba llena de dátiles de la Siria y la otra de dátiles de Tebáida. Alrededor de él habia cochinillos hechos de bizcocho como si estuviesen en leche, para significar que el jabalí era hembra, y estos tambien estaban cubiertos de guirnaldas.

Por lo demas no se presentó á cortar el jabalí aquel Trincha, que habia partido las demas viandas, sino un hombre con mucha barba, con las piernas en borceguís, y con un trajecillo de muchos colores, el cual habiendo empuñado el cuchillo de caza, le traspasó con fuerza un costado, saliendo de la herida tordos que echaron á volar. Presentáronse en seguida con las cañas los pajareros, quienes inmediatamente los cogieron miéntras volaban por la sala. Habiendo hecho despues Trimalcion que diesen uno á cada uno, añadió : « Veréis » tambien cómo este puerco salvaje se habia comido » todas las bellotas. » Entónces corrieron al instante los criados á las cestas que pendian de los dientes, y dividieron igualmente los dátiles entre los comensales. En tanto que yo permanecia casi solo en un lado, me puse á pensar sériamente por qué razon estaria cubierto el jabalí con un gorro; pero despues de haber agotado todas mis ideas, me determiné á confiar á mi intérprete lo que me excitaba mi curiosidad. Y él me dijo : « Eso te lo explicará fácilmente hasta tu siervo, » porque aquí no es un enigma sino una cosa muy » clara. Habiendo quedado este jabalí intacto en la » última cena de ayer, y habiéndole perdonado los » convidados, vuelve hoy al convite como liberto (1). » Entónces condené mi tontería, y no pregunté mas, » para no dar á entender que nunca habia cenado » con hombres finos. »

En este tiempo un hermoso muchacho rodeado de pámpanos y hiedra, que ya se llamaba Bremio, ya Lieo, ya Evio, llevó alrededor de los convidados una

(1) Macrobio se queja de que los huevos de pava real fuesen tan apreciados de los Romanos, *Saturn.* III, 15. *Ecce res non miranda solum, sed pudenda, ut ova pavonum quinis denariis veneant.*

(2) Siendo cónsul Opimio el año 632 de Roma, fué tan seca la estacion que las frutas fueron muy exquisitas, y el vino excelente.

(1) Todos saben que á los esclavos emancipados se les daba el gorro, por lo cual se hizo este el símbolo de la libertad.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

canastilla de uvas, cantando con voz sumamente aguda las poesías de su señor, á cuyo sonido habiéndose vuelto Trimalcion, le dijo : « Dionisio, eres liberto. » Entónces el muchado quitó el gorro al jabalí, y lo colocó en su cabeza, y Trimalcion añadió de nuevo : « No negaréis ahora que poseo al padre Baco. » Aplaudimos el dicho de Trimalcion, y dimos muchos besos al muchacho, que vino alrededor nuestro....

No sabíamos que á pesar de tantas magnificencias estábamos aun, como suele decirse, á la mitad del camino. En efecto, habiéndose entónces levantado las mesas al son de la música, trajeron al triclinio tres puercos blancos adornados de cintas y campanillas, de los cuales decia el maestro de ceremonias que el uno tenia dos años, el otro tres, y el tercero era ya viejo. Yo pensé que juntamente con los puercos vendrian los jugadores, para hacer alguna maravilla como se acostumbra en los círculos; pero previniendo Trimalcion todas las dudas, dijo : « ¿ Cuál de estos » querríais que en un instante se presentase en la » mesa? Así lo hacen tambien los arrendadores con los » pollos, con un faisan ó con bagatelas semejantes, pero » mis cocineros acostumbran á cocer un becerro en- » tero. » Y diciendo esto hizo llamar al cocinero, al cual mandó sin esperar nuestra eleccion, que matase el mas viejo. Despues le dijo en alta voz : « ¿ De qué » decuria eres? » Y habiéndole contestado que de la cuadragésima, le dijo : « ¿ Fuíste comprado ó naciste » en la casa? — Ni lo uno ni lo otro (respondió el » cocinero), sino que fuí legado por el testamento » de Pansa. — Cuida bien (le añadió aquel) de ser li- » gero, pues de otra manera te arrojaré á la decuria » de los lacayos. » Y estimulado así el cocinero con esta amenaza, se fué con el puerco á la cocina.

Dirigiéndose luego Trimalcion dulcemente á nosotros dijo: « Si el vino no os agrada le cambiaré; pero » debéis manifestar que os agrada. Gracias al Cielo, » yo no le compro, sino que todo lo que se refiere al » gusto nace en un campo mio, que tampoco conozco, » y que segun dicen linda con Terracina y con Ta- » rento. Ahora pienso unir la Sicilia á mis tierras, á » fin de que queriendo ir á África, no tenga que na- » vegar por otras costas mas que por las mias....

Aun no habia concluido estas palabras, cuando cubrió la mesa otra tabla cargada con aquel gran puerco. Nos admiramos de tanta celeridad, y jurábamos que ni aun un pollo se podia cocer tan rápidamente, y esto tanto mas cuanto que nos parecia mayor aquel puerco que nos lo habia parecido ántes el jabalí. Mirándolo en seguida Trimalcion atentamente dijo : « ¿ Y qué, no está destripado este puerco? No lo está, » por Dios. Llama, llama pronto al cocinero.

Presentóse el cocinero con tristeza, y habiendo dicho que se habia olvidado de destriparlo, « ¿ qué has » olvidado » gritó Trimalcion, « ¿ piensas que se trata » de no haber puesto en él la pimienta ni el comino? » Fuera la camisola. »

Sin mas tardanza fué desnudado el cocinero, que estaba muy triste en medio de dos cómites. Todos nos pusimo sentónces á rogar por él y á decir : « Esto » es una casualidad, te suplicamos que lo dejes, y si » otra vez falta, ninguno de nosotros intercederá » por él. »

Yo que soy cruelmente severo, no pude detenerme, é inclinándome al oído de Agamemnon, le digo : « Este siervo debe ser ciertamente un gran bribon. » ¿ Hay alguno que se olvide de destripar un puerco? » No lo perdonaria por Dios, aunque se tratase de un » pescado. » No lo hizo así Trimalcion, el cual dijo despues de haberse serenado su frente : « Pues bien, » pues que eres de tan mala memoria, destrípalo aquí » públicamente. » Habiendo tomado de nuevo el cocinero el mandil, empuñó el cuchillo, y con mano templorosa cortó á uno y á otro lado el vientre del puerco, y vimos salir por las heridas salchichas y morcillas.

Á este espectáculo toda la turba maquinal de siervos aplaudió, y felicitó estrepitosameute á Gayo, y el cocinero no solamente fué admitido á beber entre nosotros, sino que recibió tambien una corona de plata, y un vaso en una fuente de Corinto, y observándolo Agamemnon de cerca, dijo Trimalcion : « Yo » soy el único que tiene el verdadero metal de Co- » rinto... »

Entró despues su secretario, el cual, como si viniera á recitar los fastos de Roma, leyó lo que sigue :

« Dia 25 de julio. Nacidos en el territorio de Cúmas, » de la propiedad de Trimalcion, treinta niños varones » y cuarenta hembras : conducidos desde la era al » granero mil quinientos modios de trigo; bueyes do- » mados, quinientos. El mismo dia, fué clavado en » la cruz el esclavo Mitrídates por haber blasfemado » del genio tutelar de nuestro Gayo. El mismo dia se » repusieron en caja cien mil francos, que no se » pudieron emplear. El mismo dia se ha comunicado » á los huertos pompeyanos el fuego que principió la » noche anterior en la casa de un aldeano. »

« Espera, dijo Trimalcion; ¿ desde cuándo he com- » prado los huertos pompeyanos? »

« El año pasado, contestó el secretario; por eso no » estaban aun puestos en el libro. »

Irritóse Trimalcion y añadió : « Cualquier propie- » dad que se me compre, si dentro de seis meses no » se me advierte de ello, prohibo que se me ponga » en cuenta. »

Finalmente, entraron los bailarines, y un cierto Baron, hombre tontísimo, se presentó con una escalera, á la cual hizo subir un muchacho, á quien mandó que saltase y cantase, tanto subiendo como permaneciendo encima. Le hizo en seguida atravesar círculos de fuego, y tener con los dientes una botella. Solo Trimalcion se maravillaba, y decia que aquello era un oficio ingrato; que en las cosas humanas solo dos habia que observaba con mucho placer, los bailarines y las becadas; que los otros animales y diversiones eran necedades y simplezas. Por eso, añadió, compré comediantes, y quise despues que recitasen farsas, y ordené á mi corista que cantase en latin....

(Aquí siguen bromas groseras de Trimalcion, y despues :)

Continuaba así criticando á las filósofos, cuando se repartieron en un vaso algunos billetes, y el paje que de ello estaba encargado, leyó los lotes. Uno decía : dinero disipado inícuamente, y el agraciado se llevó un jamon con patas de cangrejo encima, una oreja, un mazapan, y una torta agujereada. Llevóse otro una cajita de codonato, un pedazo de pan ácimo, aves de rapiña, juntamente con una manzana, puerros, albérchigos, una correa y un cuchillo. Otro se llevó gorriones, un abanico, uvas pasas, miel ática, un traje de mesa y una toga, un trozo de mazapan y telas pintadas : otro consiguió un cilindro y un borceguí. Finalmente, á otro le tocaron una liebre, un lenguado, una lamprea, un raton acuático atado con una rana, y un puñado de acelgas.

Nos reimos largamente de este juego : eran seiscientos los billetes, y no me acuerdo de mas.....

Despues de otras palabras de Trimalcion, los homeristas causaron un gran ruido, porque en medio de los sirvientes, fué conducido en una grandísima fuente un becerro entero cocido, y con un casquete en la cabeza. Ayax le seguía, el cual como un furioso provisto de un trinchete, le cortó, rovolviendo sus pedazos con la punta, como un jugador de manos, ya por debajo, ya por arriba, y distribuyéndolos despues á nosotros que le admirábamos. Pero no pudimos observar largamente aquellas delicadas operaciones, porque de pronto sentimos crujir el artesonado, y estremecerse todo el triclinio. Yo me levanté asustado, temiendo que cayese del techo algun bailarin, y los demas convidados, no ménos sorprendidos, alzaron

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las cabezas esperando la novedad que habia de venir de arriba. Y abriéndose el artesonado, se vió un gran círculo, que como destacándose de una ancha cúpula fué descendiendo; colgaban á su rededor várias coronas de oro, y cajitas de alabrastro llenas de pomadas olorosas.

Miéntras se nos mandaba que tomásemos estos presentes, dirigí la vista á la mesa, en la cual ví ya repuesto un servicio de algunos bizcochos, y en medio un Priapo hecho de pasta, que tenia en su ancho seno, segun lo acostumbrado, uvas y manzanas de todas clases.

Alargamos con avidez las manos para coger aquellas frutas, y de improviso un nuevo órden de juegos aumentó nuestra alegría, porque los bizcochos y las manzanas, apénas recibieron la menor presion, esparcieron alrededor tal olor de azafran, que hasta molestaba.

Persuadidos de que una vianda tan religiosamente perfumada sería cosa sagrada, nos pusimos en pié, y auguramos felicidad á Augusto, padre de la patria. Sin embargo, habiendo arrebatado algunos aquellas frutas, aun despues de esta veneracion, nosotros tambien nos llenamos de ellas los manteles, y yo sobre todo, pareciéndome que nunca me habia regalado bastante mi Giton.

Entraron á la sazon tres jóvenes envueltos en blancas tuniquillas, dos de los cuales pusieron en la mesa los dioses lares coronados de guirnaldas, y llevando uno alrededor una copa de vino, gritaba : » Séante propicios los dioses. » Decia igualmente que uno de ellos se llamaba Cerdon, el otro Felicion, y el tercero Lucron (1). Y como llevaron alrededor el retrato de Trimalcion, al cual besaron todos, nosotros no pudimos evitarlo aun cuando con rubor.....

Un instante despues trajeron un perro de gran tamaño, al cual ordenó el portero con un puntapié que se acostase, y aquel se tendió delante de la mesa. Arrojándole entónces Trimalcion un pan blanco. « No » hay, dijo, en mi casa ninguno que me ame mas que » este. » Indignado el muchacho de que alabase á Silax tan descaradamente, puso en el suelo al perrillo, y lo provocó contra aquel. Segun la costumbre perruna atronó Silax la sala con horribles ladridos, y casi desgarró la Margarita de Creso. No paró en esto solo el ruido, porque se derribó tambien una lámpara, cuyos cristales se rompieron, y se derramó el aceite hirviendo encima de algunos de los comensales.

Para no parecer encolerizado Trimalcion por este accidente, besó al muchacho, y mandó que se le subiera en la espalda. Hízolo aquel al instante, y habiéndosele puesto á caballo, le golpeaba con la palma de las manos los hombros, y le prguntaba « cuenta, cuenta, ¿ cuántas van?.... »

Repuesto un poco Trimalcion, ordenó que se llenase un gran frasco, y que se distribuyese de beber á todos los esclavos que estaban sentados á nuestros piés, con esta condicion : « Si alguno no quiere » beber, derramadle el vino en la cabeza. » Y así tan pronto se hacía el severo como el loco.

Tras de estas familiaridades nos sirvieron salsas, cuya memoria os juro que me repugna, porque todas aquellas mantecosas gallinas estaban rodeadas de tordos, rellenos con huevos de ánade, las cuales nos rogó orgullosamente Trimalcion que comiéramos, diciendo que eran gallinas sin huesos....

Llega otro diferente huésped, que habia comido en otra parte, al cual pregunta Trimalcion : « ¿ Qué ha- » béis tenido, pues, de exquisito? »

« Lo diré si puedo, respondió el otro, porque soy de tan frágil memoria, que alguna vez olvido mi mismo nombre. Hemos tenido por primer plato un puerco, coronado con salchichas alrededor, y en el interior muy bien condimentado : habia allí acelgas, y pan moreno, el cual prefiero al pan blanco, y como fortifica, y me hace bien, no me quejo de él. El segundo plato fué una torta fria, en la cual habia esparcida una excelente miel caliente de España, así que nada he comido de la torta, y mucho ménos de la miel. En cuanto á las legumbres y á los altramuces y frutas, no comí nada mas que lo que me aconsejó Calva; servíme, no obstante, dos manzanas, que llevo aquí en esta servilleta, porque si no llevo algun regalo á mi servidorcillo, me reñiria, de lo cual suele reprenderme prudentemente mi mujer. Ademas de esto teníamos delante un trozo de osa nueva, de la cual probó imprudentemente Escintila, y estuvo á punto de vomitar las tripas; yo al contrario, comí de ella casi una libra, porque tenia gusto á jabalí. Si el oso, decia yo, se come al hombre, ¿ con cuánta mas razon se debe comer el hombre al oso? Finalmente, hemos tenido queso blando, codonato, caracoles sin concha, vientre de cabrito, hígado, huevos preparados, y rábanos, y cenabes, y copas que parecian plantas; ¡ bendito sea Palamédes que las inventó ! Hicieron girar alrededor una marmita con ostras, á las que nosotros nos avalanzamos no muy políticamente, porque habíamos despedido el jamon. »

Nunca hubiera acabado aquello á no ser porque vino la última entrada, compuesta de un pastel de tordos, de uvas y de nueces confitadas. Siguiéronse membrillos rodeados de clavillos de especia, que parecian otros tantos puercos : y todo esto hubiera sido nada, si no se nos hubiese presentado otra tan malísima vianda, que ántes de comerla hubiéramos querido morirnos de hambre. Cuando estuvo en la mesa pensamos que era un ánsar relleno, rodeado de pescados y de toda clase de aves, y notándolo Trimalcion dijo : « Todo este plato sale de un cuerpo solo. »

Como hombre inteligente, adiviné pronto lo que era, y dirigiéndome á Agamemnon, dije : « Estoy admi- » rado de que todos estos ingredientes estén acomo- » dados de tal manera que parecen hechos de arcilla. » Sé que se han visto en Roma, en tiempo de las Sa- » turnales, iguales cenas fingidas. »

Aun no habia concluido estas palabras, cuando dijo Trimalcion : « Así pueda yo aumentar mis » riquezas, ya que no mi cuerpo, como todas estas » cosas las ha hecho mi cocinero con el puerco. No » puede darse hombre mas precioso que él. Si queréis, » de un cono os hará un pez, del tocino un pichon, » del jamon una tórtola, del vientre de puerco una » gallina, por lo cual se le ha puesto por idea mia un » hermosísimo nombre, porque se llama Dédalo, y » como tiene gran fama, uno le trajo á Roma cuchillos » de Baviera. » Diciendo esto mandó que se los trajesen, los observó con admiracion, y nos permitió experimentar su punta en nuestros labios.

Al mismo tiempo entraron dos esclavos disputando entre sí por un cinturon, de aquellos á que se ataban los vasos, que ellos tenian en los hombros. Habiendo pronunciado Trimalcion su sentencia, y no habiendo querido ni el uno ni el otro someterse á ella, cada uno de ellos rompió con un palo el frasco del otro.

Engañados nosotros con la insolencia de aquellos borrachos, los mirábamos atentamente, y vimos que de aquellas vasijas rotas habian caído ostras y peines, los cuales recogió un muchacho, y los llevó alrededor de los convidados con una marmita.

El ingenioso cocinero secundó esta esplendidez, porque trajo caracoles en unas parrillas de plata, y cantó con voz trémula y horrible. Me ruboriza referir lo que siguió, porque trayendo pomadas los jóvenes, con larga cabellera (cosa nunca oida), en una cubeta de plata, untaron los piés á los acostados comensales, despues de haberles atado las piernas y los piés con

(1) Nombres los tres de buen agüero, derivados de la ganancia y de la felicidad, bagatelas á que prestaban gran atencion los grandes Romanos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

várias guirnaldas, y despues derramaron la misma pomada en los vasos de vino y en las lucernas...

Cansados finalmente, rogamos al guarda que nos pusiese fuera de la puerta, pero él respondió : « Bas- » tante te engañas si piensas salir por donde has » entrado. Ningun convidado sale nunca por la misma » puerta, se entra por una y se sale por otra. »

En esto se oyó cantar un gallo, á cuya voz, confuso Trimalcion, mandó que se derramase vino por debajo de la mesa, y que se pusiese en las lucernas, y ademas se trasladó el anillo á la mano izquierda, y dijo : « No sin razon ha hecho tal señal este trompeta, » porque es menester que haya incendio en algun » lugar, ó que alguno en la vecindad se halle á » punto de morir. Léjos de nosotros tan tristes » agüeros; y sin embargo, el que me traiga este mal » anuncio tendrá una corona de regalo. »

(C) pág. 423.

LUCIANO.

Con dificultad se encuentra el elemento cómico en la literatura antigua. El primero que lo desarrolló de una manera vigorosa fué Aristófanes, el cual opuso á la política de su tiempo, á las facciones, á las luchas de la tribuna, y á las intrigas de los hombres de Estado en la plaza pública de Aténas, su drama satírico, animado, alegórico y siempre mordaz; pero no contento con perseguir los vicios de la política, atacó la filosofía, y se hizo adversario y denunciador de Sócrates. La filosofía no se contaminó con estas agresiones, porque Sócrates murió por ella, y si se presta atencion á lo que siguió, Platon y Aristóteles se presentaron á escribirla y constituirla despues de los excesos de Aristófanes, cuyas pinturas satíricas no habian prevalecido contra el espíritu humano.

Despues de Aristófanes, depositario del elemento cómico, Platon fué el que se sirvió de él con gran maestría. No solamente dotado de una intencion excelente, sino artista, artista griego, admirablemente irónico, se arma del estilo cómico para perseguir los sofisnas de la escuela.

Nada tiene el génio romano de cómico; y pesando austero y grave sobre el mundo, carece de la habilidad ingeniosa de tomar el aspecto ridículo de las cosas. Tácito tiene una ironía profunda y concentrada, llega alguna vez al genio cómico, pero por medio de la tragedia. Juvenal, todo él indignacion, traza pinturas que podrian producir la risa, pero despues de haber hecho estremecer. En la época mucho ménos que cómica, que trascurre entre Marco Aurelio y Cómodo, un hombre oscuro se consagra á contemplar el mundo, lo juzga y lo escarnece; pero este hombre no es un Romano, ni escribe en Italia con los hábitos del pensamiento latino, sino un Griego, lleno del genio oriental.

Presúmese que vivió Luciano durante el reinado de los dos Antoninos y parte del de Cómodo. Nació en Samosata en Siria, de familia poco acomodada, por lo cual aun jóven fué colocado con un tio suyo escultor, para aprender aquella dura profesion que no adquiere la gloria sino á precio de un trabajo obstinado, y que condena á Policleto y á Miguel Ángel á un trabajo manual. Aquellas memorias trasmitidas en bronce ó en mármol á los hombres, á fin de que imiten cuanto es grande y glorioso, no hablaban á la imaginacion del jóven Luciano, ademas de que habia principiado muy mal, porque habiéndole dado para esculpir un pedazo de mármol, lo destrozó, por cuya razon, encolerizado su tio, le pegó, é irritado Luciano, se retiró á la casa paterna, no queriendo volver mas al taller.

En esto tuvo Luciano un sueño, y vió aparecérsele á un lado la escultura, y al otro la ciencia; aquella sucia con el mandil manchado por sus trabajos, y prometiendo en vano la inmortalidad al jóven á quien parece que es pagar demasiado dura una gloria incierta; la ciencia, por el contrario, haciendo graciosas proposiciones á Luciano, y anunciándole en premio de sus estudios una existencia gloriosa, el favor de los grandes, los aplausos públicos, todo, en fin, lo que puede elevar la imaginacion de un jóven y excitarlo á obras literarias. No vacila en la eleccion, y abandonando la escultura, se consagra enteramente á las letras. Era menester, sin embargo vivir, y el foro le pareció, lo mismo que á su familia, que era la carrera mas provechosa. Sostuvo muchas causas en Antioquía; pero estas discusiones de hecho, de intereses civiles, de hipotecas y de herencias, lo aburrieron, y abandonó las leyes como habia abandonado la escultura. En vez de la elocuencia forense, se consagró á la elocuencia aplicada á la filosofía y á las cuestiones que agitaban su época. Acostumbraban entónces los literatos y los pensadores á recorrer el mundo y anunciar que desarrollarian sus ideas sobre tal ó tal asunto, y que expondrian las cuestiones y los problemas que ocupaban los ánimos. Recorrian la Grecia, la Jonia y el Asia; predicaban en Aténas, en Antioquía, en Capadocia y en Siria, y reunian á su alrededor discípulos, que ganaban aplausos y frutos brillantes.

Consagrado Luciano á esta vida, visitó el Asia, la Grecia y la Italia; vió á Roma y nos dejó de sus costumbres una pintura nada lisonjera; regresó á Grecia; vivió algun tiempo en Aténas, y habiendo pasado de los cuarenta años, sintió nacer en sí él genio cómico. No es ya un sofista ordinario, ni un retórico que adorna con frases mas ó ménos felices ideas comunes y vulgares, sino un genio fuera de lo acostumbrado, que inventará, que regocijará al mundo y le presentará el espejo en que pueda reconocerse. Gran admiracion para el público romano y griego, porque el talento de Luciano es una novedad, no tanto por la misma ironía, cuanto por la extension del asunto al cual la aplica. Aristófanes se habia burlado de la plaza pública de Aténas y de los demagogos; Platon sometió á irónicas discusiones las escuelas filosóficas de Grecia; pero Luciano hará mas; se reirá de todo, y por la primera vez en el mundo antiguo, la ironía y el elemento cómico se aplicarán á la misma humanidad.

Conviene decir desde luego que la extension del genio de Luciano era capaz hasta de la gravedad; escribió de una manera firme y sólida sobre asuntos nobles; comprendió en su realidad el genio de Herodoto; simpatizó con la majestuosa gravedad de Tucídides; celebró á Demóstenes de una manera insigne, y nos dejó la mejor pintura del orador griego, de su alma trágica y de la muerte que le produjeron las persecuciones de los Macedonios. No enumeraré las obras de Luciano, sus diálogos de los dioses, los de los muertos, ni los títulos de varios opúsculos compuestos por él, prefiriendo detenerme en los asuntos de su burla.

Nada mas melancólico que la caída de los poderes; mueren en medio del desprecio comun y de los insultos; el escarnio que pudo preparar su ruina, la agrava y la acompaña siempre. En esta situacion se hallaba entónces el paganismo. Aquella religion era la forma simbólica de las ideas eternas que alimentan y sostienen á la humanidad; se habia prolongado su vida demasiado, y se encontraba ahora en su declinacion; la religion vivia en el templo; las víctimas espiraban en los altares; pero en el fondo se escarnecia á los dioses; las almas privilegiadas no les prestaban fe, si se mezclaban con la multitud que aun se agolpaba alrededor de los simulacros antiguos, era por pura conveniencia social, para dar el buen ejemplo de no despreciar la religion del imperio, que hacía causa comun con las instituciones políticas.

Pero este desprecio no habia encontrado aun su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

intérprete, su verbo, hasta que se presentó Luciano con su locuacidad satírica, porque es prolijo, y alguna vez se debilita su burla prolongándose; pero á pesar de estos defectos la incredulidad habia encontrado su poeta y su orador.

Estamos en el Olimpo, y Neptuno llama á la puerta de Júpiter :

« ¿Se puede pasar á ver á Júpiter, oh Mercurio ?

MERCURIO. No, Neptuno.

NEPTUNO. Anúnciame no obstante.

MERCURIO. Es inútil, te digo; no es oportuno el momento, y no podrias verlo ni un minuto.

NEPTUNO. ¿Está acaso con Juno ?

MERCURIO. No, está con otra persona.

NEPTUNO. ¡Ah! comprendo : tiene dentro á Ganimédes.

MERCURIO. Tampoco : no se siente bueno.

NEPTUNO. ¿No está bueno ? ¿pero desde cuándo? Me admira.

MERCURIO. Tendria vergüenza de decirte de qué clase es su enfermedad.

NEPTUNO. ¿Vergüenza conmigo que soy su tio?

MERCURIO. Pues bien, acaba de parir.

NEPTUNO. ¡Qué ! ¿te burlas de mí? ¡parir! ¿y qué? yo no sabía que fuese varon y hembra, ni su vientre nos manifestó la preñez.

MERCURIO. En efecto, no tuvo la preñez en el vientre.

NEPTUNO. Entiendo; parió de la cabeza, como cuando engendró á Minerva. Este dios tiene el cerebro terriblemente fecundo.

MERCURIO. Nada de eso : llevaba en el muslo al hijo de Semele.

NEPTUNO. Muy bien : el bueno de Júpiter pare por todos lados. ¿Pero quién es esa Semele?

MERCURIO. Una Tebana, una hija de Cadmo, con la cual tuvo Júpiter relaciones, y la fecundó...

NEPTUNO. ¿Y despues ha parido él por ella?

MERCURIO. Así es en efecto, por extraño que te parezca. Habiéndose presentado á Semele Juno, que sabes cuán celosa es, la persuadió que solicitase de Júpiter que fuese á visitarla con el rayo, los relámpagos y todo; aquel accedió á su súplica; fué con las saetas é incendió la casa. Semele pereció en el incendio; pero Júpiter me ordenó abrirle el cuerpo y llevarle el embrion aun imperfecto y que no llegaba á los siete meses. Hícelo así, y aquel se abrió el fémur, y en él depositó al niño hasta que llegase á término su desarrollo. Cumplido hoy el tercer mes lo ha dado á luz, y los dolores del parto lo han puesto enfermo.

NEPTUNO. ¿Y el niño, dónde está ?

MERCURIO. Lo he llevado á Nisa, y lo he dado á las ninfas de aquella isla para que lo crien. Le llaman Dionisio.

NEPTUNO. Por consecuencia, Júpiter es padre y madre de ese Dionisio.

MERCURIO. Así parece. Voy corriendo á llevarle agua para lavarse la herida, y hacerle lo que se acostumbra con las parturientas. (*Diálogo* IX *de los dioses.*)

Otra escena : Mercurio va á buscar al Sol :

¡Oh Sol! Júpiter te prohibe pasear tu carro por los cielos ni hoy, ni mañana, ni el otro; quiere que en este tiempo solo sea noche. Las Horas desuncirán los caballos; extingue tu fuego, y descansa algun tiempo.

SOL. Órdenes singulares por cierto, oh Mercurio, y de un género nuevo. ¿Pues qué, sospechan que haya cometido algun extravío conduciendo á mi carro, ó que haya pasado los límites prescriptos? ¿Oh Júpiter irritado, pretende hacer la noche tres veces mas larga que el dia?

MERCURIO. Nada de eso, ni esto será para siempre. Pero ahora pide Júpiter una noche mas larga que lo acostumbrado.

SOL. ¿En dónde está, pues? ¿desde dónde te ha enviado con estas órdenes?

MERCURIO. Desde Beocia, en donde está con la esposa de Anfitrion.

SOL, ¿Qué, está enamorado de ella? ¿y no le bastá una noche?

MERCURIO. No, porque de estos placeres debe nacer un dios ilustre por el gran número de trabajos, y es imposible que se despache en una noche.

SOL. Sea así, pues, y por mi parte, que lo concluyan bien. Pero no sucedian estas cosas ¡oh Mercurio! en tiempo de Saturno, porque yo solo sobrevivo desde aquel tiempo. Aquel no dormia con otras mas que con Rea; no iba desde el cielo á buscar aventuras á Tébas; el dia era dia, y la noche duraba á medida de la estacion, y no habia intrigas con los mortales. ¡Desordenarlo todo por una mujerzuela! El ocio hará á mis caballos mas impetuosos; el camino será mas fatigoso por no haberlo andado en tres dias; los hombres vivirán infelices en las tinieblas, y el solo fruto que obtendrán de los amores de Júpiter será permanecer cómodamente en una larga oscuridad, esperando que haya terminado este atleta de que me hablas. (*Diálogo* X *de los dioses.*)

Nunca habia sido mas escarnecido el Olimpo en su jefe, en el Tonante, en el Optimo Máximo. Veamos tambien una asamblea de deidades, en la cual se agitan todas las cuestiones de religion. (*Júpiter trágico.*)

JÚPITER. Ayer, ¡oh Juno! el estóico Timócles y el epicúreo Dámis, no sé por qué causa, disputaron algun tiempo sobre la Providencia, en presencia de muchas personas notables, y lo que no puedo digerir es que aseguró Dámis que no hay dioses; que no velan ni dirigen de modo alguno las acciones de los hombres. Timócles, no obstante, se consagró á defender nuestra causa como hombre cortés. Pronto acudió gente de todas partes, pero no terminó la disputa, y se separaron despues de haber convenido en examinar otro dia el resto de la cuestion. Ahora todos los ánimos están suspensos, y se quiere oir á estos filósofos para saber cuál será el vencedor, y qué cosa la verdadera. Ya ves qué peligro nos amenaza; cuán mal se hallan nuestros negocios, y á qué extremo nos reduce un hombre solo. Desde luego una de dos cosas; ó será destruido nuestro poder, y pasarémos por no ser mas que nombres vanos, ó serémos honrados siempre como ántes, si Timócles triunfa en la disputa.

Convienen por tanto en reunir en consejo á los dioses, para ser testigos del debate. Acuden los dioses, Júpiter debe presidir la asamblea y pronunciar el discurso de apertura. Dice en voz baja á Mercurio, que en aquel momento no se siente con vena, y Mercurio le responde : « De esta manera envias á paseo nuestros negocios. Tu silencio principia á ser sospechoso á la asamblea, que con motivo de esta tardanza espera oir las mayores desgracias. »

JÚPITER. ¿He de servirme para exordio de aquel verso de Homero ?

MEUCURIO. ¿Cuál ?

JÚPITER. *Oidme, vosotros, grandes dioses, y vosotras, hermosas diosas.*

MERCURIO. ¡Vaya, vaya! Bastantes veces nos has repetido este principio; pero si lo crees á propósito, deja el énfasis poético, elige alguna filípica de Demóstenes, y acomódala á tu caso con pocas variaciones. Así lo hacen hoy la mayor parte de los oradores.

JÚPITER. Dices muy bien : ese es un método expedito, de parecer elocuente, fácil y muy cómodo para quien no sabe qué decir. Principiaré, pues, poniéndome de pié. — Soy de parecer ¡oh hombres ! — es decir, ¡oh dioses! que en lugar de muchas riquezas querríais saber la razon por qué habéis sido congregados. Y en atencion á que tal es vuestro deseo, etc.

Despues de la arenga del padre de los dioses, Mercurio, que es el ujier del Olimpo, toma la palabra : « Silencio, quietos, no hagáis ruido. ¿Cuál entre los dioses á quien es permitido hablar, y de los que tienen la edad necesaria, quiere decir ahora su parecer?..,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¿Cómo? ¿ninguno se levanta? ¿Permanecéis como de estuco, afectados por la gravedad de los peligros que ahora se os han anunciado?

Momo. ¡Que la tierra y los mares los confundan á todos! Por lo que á mí hace, si me fuese dada la facultad de hablar, muchas cosas tendria que decir á Júpiter.

Júpiter. Habla, Momo, habla con confianza, porque parece que quieres decir libremente tu parecer en beneficio de la comunidad.

Momo, Oidme, ¡oh dioses! yo hablo con el corazon en la mano. Hace mucho tiempo que prestaba atencion á la crítica situacion en que hoy se encuentran nuestros asuntos. Preveía que una turba de tales sofistas, autorizados en su insolencia por nuestra conducta, se levantarian contra nosotros, y en verdad que no debemos incomodarnos con Epicuro ni con sus partidarios si los hombres piensan mal de nosotros. ¿Cómo queréis, pues, que piensen cuando ven á los virtuosos despreciados, víctimas de la pobreza, de las enfermedades y de la servidumbre; elevados al contrario los malos á la cúspide de los honores; que abundan en riquezas, y oprimen con su autoridad á los que los superan en mérito, y que en vez de ser castigados los sacrílegos, permanecen desconocidos, miéntras que se crucifica y se hace espirar á palos á quien nunca cometió una injusticia? Es muy natural que al ver tales desórdenes crean los hombres que no existís.

Neptuno tomó la palabra, y asimismo Apolo, hablando en el tono oscuro y enigmático de sus oráculos. Hércules tambien expuso su parecer: « En cuanto á mí, ¡oh padre! aun cuando no sea mas que un intruso, no vacilaré en decir mi opinion, que es esta: Cuando la asamblea esté reunida y nuestros filósofos estén en la cuestion, si lleva la ventaja Timócles, dejad que rompa las columnas del pórtico y que las precipite encima de Dámis, á fin que este maldito no nos ultraje mas.

Momo. ¡Hércules! ¡oh Hércules! ¡Cuán brutal es tu parecer! como propio de un Beocio. Por un malvado se ha de hacer que perezcan todos, y destruir ademas el pórtico con Milcíades, Maraton y Cinegiro (1)?

Principia finalmente la disputa entre Dámis y Timócles.

Timócles. ¿Por qué, oh sacrílego Dámis, dices que no hay dioses, y que su providencia no vela por los hombres?

Dámis. No, no los hay; pero dime ántes, qué razon te mueve á creer que existen.

Timócles. No, señor mio, á tí te toca responderme, ¡oh malvado!

Dámis. No, que te corresponde á ti.

Júpiter. Hasta aquí lleva ventaja el nuestro; grita mas fuerte. ¡Bravo! Timócles, cárgalo de injurias; en esto solo lo vencerás; en lo demas te hará enmudecer como un pez.

Timócles. No, por Minerva: no te responderé el primero.

Dámis. Siendo así, interrógame: vencíste haciendo este juramento; pero te ruego que á lo ménos me hables sin injurias.

Timócles. Tienes razon. Dime, pues, ¡oh detestable! ¿crees tú que los dioses ejercen una providencia?

Dámis. No.

Timócles. ¿Qué dices? ¿no está arreglado nada por su sabiduría?

Dámis. Nada.

Timócles. ¿Y ningun dios tiene cuidado de arreglar el universo?

Dámis. Ninguno.

(1) Era el Pecilo.

Timócles. ¿Acaso es arrastrado por una causa incierta?

Dámis. Sí.

Timócles. ¿Y qué? ¿lo oís, Atenienses, y se lo toleráis, y no apedreáis á este impío?

Dámis. ¿Por qué excitar al pueblo contra mí, Timócles, y por qué encolerizarte tanto en favor de tus númenes que nunca se encolerizan? Nunca me han causado mal, aun cuando me hayan oído alguna vez, si es que oyen siquiera...

Timócles. ¿Qué he de responder á discursos tan impudentes, oh Damis?

Dámis. Lo que yo deseo hace mucho tiempo oirte; qué cosa ha podido inducirte á creer en la providencia de los dioses.

Timócles. Me han persuadido de ello el órden y el movimiento del universo; el sol que siempre sigue su mismo camino; la luna sometida á revoluciones regulares; el cambio constante de las estaciones; el desarrollo de las plantas; la reproduccion de los animales tan perfectamente organizados que se nutren, se mueven, piensan, marchan, hacen de carpinteros y de zapateros; todas estas maravillas y otras cien semejantes parecen efectos de una Providencia.

Dámis. Tomas como prueba lo que está en cuestion, ¡oh Timócles! No es evidente que estas maravillas sean obra de la Providencia; no negaré que estos hechos se verifican de la manera que dices; pero nada puede inducirme á creer que sea autor de ellos la Providencia. Podria suceder que, producidos por el acaso, aun se conservasen estos seres en el mismo estado y siguiesen las mismas leyes. Tú llamas necesidad su disposicion, y te irritas contra quien no adopta tu opinion. No basta enumerar estos fenómenos y celebrarlos para probar que el universo está gobernado por la Providencia: este argumento es de mala ley, como dice el poeta cómico; preséntame otro.

Timócles. No creo que sea menester; sin embargo, te interrogaré y respóndeme. ¿No te parece Homero un poeta excelente?

Dámis. En verdad que sí.

Timócles. Pues bien, él precisamente me persuade de la realidad de la Providencia de los dioses, cuando habla de ella.

Dámis. ¡Admirable argumentador! Todos concederán que Homero es un poeta excelente, pero ni él ni otros pasarán nunca como testimonio verídico en este género de cosas, porque los poetas tienen ménos afan por decir la verdad que por halagar á sus oyentes. Por esto cantan en verso, recitan fábulas, y todas sus maneras no se dirigen mas que á deleitar. »

Continúa el diálogo, y Dámis concluye así: « Tienes razon, Timócles, y á propósito se ocurren á mi imaginacion varios usos de pueblos, que pueden servir para conocer cuán incierto es lo que se piensa acerca de los dioses. Á la verdad nada tienen de uniforme estos usos, y por el contrario, son tan diferentes como las naciones. Los Escitas, por ejemplo, ofrecen sacrificios á una cimitarra; los Tracios á Zamólxis, esclavo fugitivo de Sámos, refugiado entre ellos; los Frigios adoran á Ménes, los Etíopes al dia; los Cilenios á Fáles, los Asirios á una paloma, los Persas al fuego y los Egipcios al agua. Y digo el agua en general, pues en particular Ménfis venera un buey, Pelusia la cebolla, otras ciudades el íbis ó el cocodrilo, otras el cinocéfalo, el gato y la mona. En las aldeas algunos miran como dios al hombro derecho, miéntras que adoran el izquierdo los que están en frente: estos una média cabeza, y aquellos un plato de barro. ¿Quién no se reiria de tales extravagancias, mi virtuoso Timócles?

Momo. ¿No os lo decia yo, ¡oh númenes! que todas estas cosas serian un dia descubiertas y criticadas severamente?

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Júpiter. Es verdad, lo has dicho, y nos hiciste justas reconvenciones, por lo cual procuraré yo corregir estos abusos, si escapamos bien del peligro presente.

Timócles. Á lo ménos, oh enemigo de los dioses, ¿ de quién dirás que son obra los vaticinos y los oráculos, sino de los dioses, siendo una prueba de su Providencia?

Dámis ¡ Oh amigo! respecto de esto sería mejor callar; de otra manera te preguntaré de cuál de estos oráculos quieres hablar. ¿Quizá el que Apolo Pitico dió al rey de Lidia, ambiguo y de dos caras como un hérmes, que se parece de sus dos lados, y presenta la misma figura por donde quiera se la mire (1)? ¿Cuál de los dos imperios arruinará Creso atravesando el Alix, el suyo ó el de Ciro? Y sin embargo, el desgraciado rey habia comprado por muchos talentos el mentiroso oráculo.

Momo. ¡ Oh dioses! este modo de sutilizar los negocios es lo que yo he temido siempre mas. ¿ Dónde está nuestro citarista? que descienda y se disculpe de lo que Dámis le acusa.

Júpiter. Nos matas, ¡ oh Momo ! con tus bromas intempestivas.

Timócles. Mira lo que haces, malvado; poco falta para que con tus discursos derribes los templos de los dioses y sus altares.

Dámis. Yo no los derribo, no, Timócles; ¿ qué mal puede causarme que se llenen de perfumes y de inciensos? De buena gana vería destruidos por sus cimientos los de Diana en Tauride, en donde la casta diosa se complace con fiestas sanguinarias.

Júpiter. ¿ Conque esta desgracia es irreparable? Este insolente no perdona á ningun dios, y habla con un descaro como si estuviese sobre un miserable tonel.

Y á su vez pega al justo y al injusto.

Momo. Hablando con franqueza, verdaderamente justos no se encontrarán entre nosotros, y continuando, acaso hablará tambien de algunos de nuestros principales misterios.

Timócles. Y qué enemigo de los dioses, ¿ no oyes al mismo Júpiter tronar?

Dámis. ¿ Pues qué quieres, que no oiga el fragor del trueno, oh Timócles? Y á la verdad tú sabrás mejor que yo que es Júpiter el que truena, tú que vienes de la morada de los dioses. Por lo demas, los que han estado en Creta dicen que han visto allí un sepulcro con una columnita encima, la cual enseña á los poderosos que Júpiter no tronará mas, porque hace mucho tiempo que está muerto.

Momo. Ya me estaba yo esperando esto : temiendo me estaba que hablase de ello. Y qué, Júpiter, ¿ te pones pálido? ¿te hace crujir los dientes el miedo? Ánimo, es menester tener mas valor y despreciar á esos hombrecillos.

Júpiter. ¿Cómo despreciar? ¿pues no ves cuántos oyentes tiene, y con qué furia adoptan sus sentimientos contra nosotros? Dámis los arrastra, los encadena por los oídos.

Momo. ¿ Qué te importa? Cuando tú quieras los llevarás á todos con una cadena.

Prosiguiendo el discurso, se va Dámis despues de haber confundido á Timócles con sus razones.

Timócles. Te confiesas, pues, vencido, pues que te retiras.

Dámis. Sí, Timócles; porque á imitacion de los que se ven maltratados por sus enemigos, te refugias en los altares. Haré mas; en nombre de tu sagrada ántora quiero hacer contigo sobre estos mismos altares el pacto de no volver á disputar sobre esta materia.

Timócles. ¿Pretendes burlarte de mí, oh violador de los sepulcros? Malvado y detestable, esclavo digno del látigo, infame; sabemos bien quién era tu padre y cuánto costaba tu madre, y que mataste á tu hermano; adúltero, gloton, impúdico, detente aun un instante, y no te vayas hasta que te haya castigado bien; te romperé la cara con esta piedra, monstruo de impureza.

Este diálogo de Luciano deja mal parados á todos los miembros del Olimpo, y sin perdonar ninguna tradicion, todas las pone en ridículo. No obstante, en cuanto á negar la Providencia traspasaba Luciano su objeto, y es probable que no expresase su pensamiento, sino que quisiera presentar mas bien el contraste de la incredulidad mas absoluta con la ortodoxia del Olimpo.

Estos eran los dioses de entónces; así eran tratados; así se despreciaba la religion; pero no eran tampoco perdonados ni aun la gloria histórica, ni los resultados de la civilizacion del mundo. Encontrando Diógenes á Alejandro en el Elíseo, le dice : « Y qué, » Alejandro, ¿has muerto tú tambien come cualquiera » de nosotros? »

Alejandro. Ya lo ves, oh Diógenes; ¿qué extraño es que siendo hombre haya muerto?

Diógenes. ¿ Luego Amon mentia cuando te llamaba su hijo? No eras ni mas ni ménos que hijo de Filipo.

Alejandro. De Filipo sin duda. No hubiera muerto si hubiera sido hijo de Amon.

Diógenes. ¿Luego era una habladuría lo que se dijo de Olimpia? ¿qué un dragon habia cohabitado con ella; que lo habian visto en su tálamo; que á él se debia tu nacimiento, y que se engañaba Filipo creyéndose tu padre?

Alejandro. He oído decir esas cosas como tú; pero ahora veo que ni mi madre ni los profetas de Amon hablaban sensatamente. »

Entónces vitupera Diógenes la gloria, la existencia, todos los hechos de Alejandro, y le dice : « Y bien, ¿no sientes alguna pena pensando en Babilonia, en Bactra, en aquellos enormes elefantes, en los honores que te se tributaban, en tu gran reputacion, y en aquel magnífico triunfo, cuando vestido de púrpura, rodeada la cabeza de bandas blancas te viste conducido en un carro suntuoso? ¿Qué, insensato, lloras? ¿No te ha enseñado el sabio Aristóteles á no contar con la estabilidad de los favores de la fortuna?

Véase aquí hecha objeto de mofa toda la mision histórica de Alejandro. Esta divinidad que el mundo habia adoptado; esta prole de Júpiter, que uniéndose con la descendencia de Filipo habia idealizado á los ojos del mundo el personaje mas heróico, queda confundida con la ironía de Luciano. Alejandro responde: « ¡Ah! ese filósofo fué el mas detestable de todos mis aduladores. ¡Si tú supieses lo que hizo ese Aristóteles! ¡cuánto me pedia ; cuántas cartas me escribia; cómo abusaba de mi confianza, ya lisonejándome acerca de mi amor á las ciencias, ya alabando mi belleza, como si esta formase parte del bien supremo, aprobando todas mis acciones, y celebrando mis riquezas! Porque á fin de no avergonzarse de las muchas que habia recibido de mí, las contaba entre el número de los verdaderos bienes. Aquel era un bribon, oh Diógenes, y todo el fruto que saqué de su sabiduría fué desconsolarme de la pérdida de estos bienes, como si hubiese perdido tesoros de inestimable precio. »

Así como la gloria, fué la filosofía criticada tambien por Luciano dirigiendo contra ella muchos diálogos. En uno de ellos se ponen en almoneda los Siete (1), y se trata de vender á los filósofos al por menor. Júpiter hace las veces de perito apreciador en esta estimacion que se hace de la sabiduría en sus principales representantes. Mercurio es el que presenta uno á uno á estos hombres que deben ir á subasta, y los mas nobles (no hago mencion de aquellos cuyas exagera-

(1) Creso preguntó cuál seria su suerte en la guerra contra Ciro, y le contestó el oráculo : *Si Creso pasa el Alix caerá un gran imperio.*

(1) *Almoneda de las vidas.*

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°

(c) Instituto Cervantes de Madrid

das doctrinas podian dar pretexto al ridículo), los mas nobles defensores de la humanidad, Pitágoras, Crisipo, Sócrates y Platon, son insultados del modo mas indigno. Luciano comprendia que se habia excedido, y que no era lícito arrojar injurias al rostro de los mas ilustres representantes del pensamiento y de la sabiduría humana, por lo cual imaginó una retractacion de artista con el título de « Pescador ó los Resucitados. » Sócrates reunió á todos los filósofos, que andaban en persecucion de Luciano para vengar su injuria. Cogido Luciano intenta justificarse, y finalmente lo conducen delante de la Verdad y de la Filosofía, en cuya presencia quiere demostrar que no pretendió escarnecer á la filosofía verdadera, y solo sí á la falsa. En seguida propone un remedio infalible, una pesca; toma el sedal y el anzuelo, en el cual pone higos y oro por cebo, y así debe pescar uno despues de otro á los pretendidos sabios. Los filósofos, despues de reconocerlos, dirán si en efecto lo son, y segun el juicio pronunciado respecto de estos sofistas pescados, será absuelto Luciano ó condenado. Habla de sí Luciano bajo el nombre de Parresiádes : — « Estáos quietos miéntras yo pesco : tú, Neptuno, dios » de los pescadores, y tú, hermosa Anfitrite, enviadme » una gran pesca. O bien un salmon de admirable » tamaño, ó bien una dorada.

La Conviccion. No, es un gato marino ; mira cómo corre con el gaznate abierto hácia al anzuelo; huele el oro; se aproxima; ha mordido, y está cogido : tiremos de él.

Parresiádes. Ayúdame á sostener la caña. ¡ Bueno! ya está encima. Veamos ¿quién eres tú, hermoso pescado? ¡Hola! es un pescado perro : santos númenes, ¡ qué dientes! ¿ Cómo? te has dejado coger en el momento en que llegabas á las piedras bajo las cuales esperabas quizá poderte ocultar? Pero te expondremos á la vista de todos y te suspenderémos de las patas. Arranquémosle de la garganta el anzuelo y el cebo. ¡Vaya, vaya! No se encuentra señal del anzuelo; se ha tragado el higo y el oro.

Diógenes. Por Júpiter, es menester hacérselo devolver; lo necesitamos para coger otros.

Parresiádes. ¿ No es verdad que es una buena presa, Diógenes? qué te parece de él? ¿sabes quién es este? ¿es de los tuyos?

Diógenes. No.

Parresiádes. ¿ Cuánto crees que vale? Yo hace poco que lo he apreciado en dos óbolos.

Diógenes. Es demasiado; tal pescado no se podria comer. »

Despues Diógenes, y asimismo Platon y Crisipo repudian á los sofistas que se dejaron coger por el oro y los placeres : y de esta manera manifestaba Luciano que si se levantaba contra la falsa filosofía, honraba la buena.

En su época se experimentaba una necesidad inmensa de ocupar los ánimos de los demas con las acciones propias, y cada uno buscaba las acciones mas raras que pudiesen fijar sobre él las miradas del universo. Con este objeto imaginó un tal Peregrino anunciar que en tal dia y en tal hora, en los juegos olímpicos, se quemaria, renovando el sacrificio de Hércules. Entónces se encontraba Luciano en Aténas; presenció él mismo esta locura, y la describió en una carta á un amigo :

« El desgraciado Peregrino, ó Proteo, como queria que lo llamasen, alcanzó la misma suerte que el Proteo de Homero. El deseo de adquirir nombre le habia hecho ya tomar mil formas diferentes, y sostener el papel de una infinidad de personajes. Finalmente, este insensato amor á la gloria lo determinó á convertirse en fuego. El admirable filósofo se quemó como otro Empédocles, con la sola diferencia de que el último tuvo cuidado de que ninguno lo viese precipitarse en los torbellinos del Etna; miéntras que mi héroe, por el contrario, eligió la asamblea mas numerosa de la Grecia para hacerse admirar en presencia de una multitud de espectadores, sobre la pira que él mismo se habia erigido y á fin de tener un mundo de oyentes para los bellos discursos que dirigió á los Griegos algunos dias ántes de llevar á cabo su audaz resolucion. »

Aquí cuenta Luciano la vida de Peregrino, el cual, educado en la religion del imperio, imaginó hacerse cristiano, y por algun tiempo gozó la estimacion de los que profesaban la fe de Cristo. Luciano refiere este momento de la vida de Peregrino, y obsérvese con cuánta injusticia trata el Cristianismo.

« Por este tiempo aprendió los admirables misterios de la religion de Cristo, asociándose en Palestina con algunos de sus sacerdotes y doctores (hay un claro en el texto). ¿Qué mas? El (quizá este él se refiere á Cristo) le demostró que comparados con él no eran mas que niños. Era á la vez profeta, pontífice y jefe de sus asambleas; sostenia él solo todos los partidos; explicaba sus libros, y los componia él mismo. Los Cristianos lo consideraban como un dios; hicieron de él su legislador, y le dieron el título de profeta. Por todo esto adoran á este grande hombre que fué crucificado en Palestina, por haber introducido un nuevo culto en el mundo.

» Habiendo sido considerado Proteo como cristiano, fué puesto en prision, lo cual le procuró durante toda su vida grande autoridad y la reputacion de haber hecho milagros. Nada hubiera podido lisonjear mas su vanidad.

» Desde el momento en que se encontró encadenado, los Cristianos que consideraban su desventura como suya propia, hicieron todo lo posible por libertarlo de ella, y no conseguiéndolo, le prestaron, no obstante, toda clase de servicios, con un celo y una solicitud incansables. Algunas ciudades de Asia tambien le enviaron diputados á nombre de todas los Cristianos para consolarlo, llevarle socorros y defender su causa. No es decible la prontitud con que vuelan estos al socorro de sus sectarios que experimentan tal desventura : nada les molesta entónces. »

Sin quererlo da Luciano un testimonio de la fe, del proselitismo y de la caridad que animaba á los Cristianos; pero se deja arrastrar despues al último exceso de pasion y de injusticia.

» Creen estos desgraciados que son inmortales y y viven eternamente. Su primer legislador los persuadió de que son hermanos. Apénas cambiaron de culto, renunciaron á los dioses de las gentes para adorar á este sofista crucificado, cuyas leyes obedecen. Como reciben sus preceptos con ciega sumision, desprecian por eso todos los bienes y los creen comunes. Si entre ellos se presentase, pues, un astuto impostor, pudiera enriquecerse de pronto adulando á estos hombres sencillos y crédulos. »

Luego nos manifiesta cómo Peregrino abandonó el Cristianismo, y como los Cristianos renegaron de él tan pronto como supieron que era impostor. Finalmente, llega Peregrino á los juegos olímpicos, y declara que se quiere quemar en presencia de toda la Grecia.

« Cuando llegué á Olimpia, encontré el Opistodomo lleno de gente, entre la cual algunos aplaudian, y otros desaprobaban el intento de Proteo, pero con tanto calor que estaban á punto de llegar á las manos. Presentóse el mismo Proteo seguido de gran multitud, detras del recinto en donde se ejercitan los heraldos. Allí pronunció un largo discurso relativo á todas las acciones de su vida, á los peligros que habia corrido, y los trabajos que habia soportado por amor á la filosofía. No pude oír mas que una pequeña parte, y la multitud se habia agolpado de manera que temí me sucediese lo que á tantos otros que puede decirse fueron aplastados á mi vista. Me retiré, pues, dejando á mi sofista recitar su propia oracion fúnebre ántes de su muerte. De cuanto pude comprender, sin embargo, colegí que queria coronar una vida áurea

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con un fin áureo tambien; que despues de haber vivido como Hércules, queria morir como él, y andar confundido con los céfiros. « Quiero, añadia, prestar » un servicio con mi muerte á todos los hombres, » enseñándoles á despreciar la muerte: todos deben » prestarme los servicios de Filotéctes. » Algunos imbéciles se pusieron á llorar y á gritar : « Consérvate para los Griegos; » pero otros mas firmes le añadieron al instante: « Lleva á cabo la empresa. » Estos gritos turbaron no poco á nuestro viejo, que esperaba se opusieran á sus designios, que no lo dejarian precipitarse en las llamas, y que podria aparentar que conservaba la vida á su pesar; pero aquellas inesperadas voces: « Lleva á cabo la empresa, » lo desconcertaron enteramente, y aun cuando tenia ya el color lívido de los muertos, se puso pálido, tembló y cesó de hablar. Figúrate, mi querido Cronio, cuánto me haria esto reir. Yo no sentia ni pizca de compasion hácia un hombre mas vanidoso que cuantos jamas habian sido agitados por la manía de la gloria. Lo seguia un numeroso acompañamiento, y su vanidad pudo satisfacerse dirigiendo la vista sobre la multitud que lo miraba. El infeliz no reflexionaba que los criminales conducidos á la cruz, y que mueren á mano del verdugo, llevan un acompañamiento mas numeroso.

» Terminaron los juegos, y jamas los he visto mas hermosos. La escasez de los carruajes, ocasionada por el gran número de personas que se ausentaron, me obligó á permaner, á pesar mio. Proteo difería llevar á efecto su promesa : finalmente, anunció que á la noche inmediata daria el espectáculo esperado. Un amigo mio vino á buscarme hácia la média noche, y nos dirigimos á Arpine, donde estaba la pira. Dista este sitio de Olimpia unos veinte estadios, mas abajo del hipodromo para los que se dirigen hácia Levante. Cuando llegamos, encontramos construida la pira en una fosa de una braza de profundidad y llena de toda clase de combustibles : muchas antorchas alumbraban la escena, y cuando se hubo alzado la luna (porque debia presentarse para ser testigo de la admirable accion), se adelantó Proteo con su traje acostumbrado, rodeado de los principales cínicos, y precedido de nuestro excelente Patraso, que llevaba la antorcha y sostenia admirablemente el segundo papel en la escena. Tambien Proteo llevaba una antorcha. Al llegar á la pira, cada uno le aplicó por su parte el fuego, y la madera seca y las antorchas produjeron en el instante una gran llama.

» Aquí ¡oh Cronio! necesito toda tu atencion. Proteo depuso el morral, la maza de Hércules y el manto, y se quedó con una sucia camisa. Entónces pidió incienso, y cuando lo tuvo, lo arrojó al fuego, y volviéndose hácia el Mediodía (como si el Mediodía tuviese nada que ver con esta farsa), exclamó : « Oh genios mios maternos y paternos, recibidme afablemente. » Diciendo así, se lanzó en la hoguera y desapareció. La llama que se levantó lo envolvio todo á nuestra vista.

» Oh Cronio, paréceme verte reir otra vez de la catástrofe de esta tragicomedia. Cuando le oí invocar los manes de su madre, le perdoné esta locura; pero cuando invocó los de su padre, no contuve la risa, acordándome de las circunstancias de la muerte de este viejo.

» La multitud de cínicos rodeaba la hoguera, pero no se llegaba á ella, sino que con los ojos fijos en la llama, guardaba un profundo silencio que revelaba su dolor. Sintiéndome al fin ahogar por el humo, dije de esta suerte : « Vayámonos de aquí, insensatos de » nosotros. Buen placer tenemos viendo tostarse un » viejo que con su olor infecta el aire. ¿Esperáis que » venga un pintor para hacer un cuadro de nosotros, como el de los amigos de Sócrates en la prision? »

» Estas palabras picaron á los cínicos, los cuales me dijeron mil injurias: algunos levantaban el baston; pero yo les amenazé con arrojar al fuego al primero que se moviese, y enviarlo tras las huellas de su maestro, de manera que se callaron y permanecieron quietos. Yo me fuí reflexionando acerca de la violencia de este insensato frenesí de los hombres por la gloria, de donde proviene la inevitable manía de los que á toda costa quieren atraerse la admiracion de los demas. »

De tal manera estaban trabajados los ánimos y las imaginaciones. Peregrino convocaba á los Griegos para verlo morir en la hoguera, y reclamaba por esto hecho la gloria y la inmortalidad.

LERMINIER.

(D) pág. 478.

DECADENCIA DEL PAGANISMO.

Pocos hechos presentan los anales de los tiempos pasados dignos de tanta atencion como la caída del culto de los Griegos y de los Romanos. Aun cuando el estudio de esta gran revolucion intelectual no se recomendase por las graves reflexiones que despierta; aun cuando no ayudase á conocer la parte mas elevada del carácter de aquellos pueblos, todavía poseería cuanto es menester para cautivar la atencion, porque la historia no ofrece ninguna otra ocasion de seguir en todos sus pormenores la agonía y la muerte de una religion. La accion del tiempo y los progresos del espíritu humano destruyeron mas de un sistema religioso, sin que la historia haya conservado una memoria exacta de aquellos cambios. Así, pues, se sabe de una manera confusa que muchos cultos se desvanecieron despues de haberse debilitado gradualmente, ¿pero de qué manera se desarmaron los intereses, las pasiones y las costumbres que luchaban á su favor? ¿qué alternativas de prósperos y desgraciados acontecimientos señalaron la duracion de estas crísis intelectuales? ¿quién las promovió, quién fué su enemigo, ni quién su víctima? No se sabe; ni la historia se dignó asistir á otros funerales mas que á los del paganismo.

Otra razon nos llama junto á la tumba depositaria de las creencias de dos naciones famosas. El paganismo, destruido hace catorce siglos, reina aun sobre nuestros ánimos : sus graciosas ficciones, sus juegos, las costumbres que formó, los escritos que produjo, y los monumentos que levantó, excitan aun en nosotros una viva simpatía, y quien examina atentamente ciertos usos raros, ciertas prácticas supersticiosas, que aun subsisten en medio de nuestra sociedad cristiana, despues de dos mil años, fácilmente advierte en ellos el sello de una religion tan favorable para adornar el espíritu del hombre.

Pero si tan fácil es concebir el interes y la utilidad de una historia semejante, otro tanto lo es descubrir sus dificultades. No es posible referir los últimos instantes del paganismo sin decir de qué manera logró su afortunado adversario arrebatarle primeramente el poder, y en seguida la vida, y sin tocar muchas cuestiones delicadas, á las cuales se acerca tímidamente un escritor juicioso. Y sin embargo, el que no reprodujese fielmente la situacion de ánimo en que se encontraban los paganos, el que endulzase la amargura de sus lamentos y la dureza de sus amenazas, el que en suma no los dejase hablar con toda libertad, faltaria á los primeros deberes de un historiador.

Al principio de esta obra me consagraré á hacer que se comprenda la situacion en que he querido colocarme, y daré cuenta de los medios que he empleado para poner de acuerdo mis convicciones religiosas con las obligaciones que me están impuestas como á historiador del paganismo.

Entiéndase bien que no me acercaré al paganismo moribundo con la invectiva y con el sarcasmo en los labios; y al referir la ruina de sus templos, la caída de sus altares, y la dispersion de sus pontífices, me

(c) Instituto Cervantes de Madrid

acordaré de que durante mucho tiempo bastó á los hombres, que fundó una sociedad sin duda imperfecta, pero en la cual encontraba la virtud el medio de desarrollarse, y que, manantial perenne de lo bello, pudo civilizar cuando quiso las costumbres mas groseras.

Habiéndose desarrollado el espíritu humano bajo la inspiracion del paganismo, pasó pronto mas allá de sus límites, y desde aquella hora se hizo insuficiente aquel culto; el alumno adelantó mas que el maestro, y el politeísmo concluyó cuando hubo cumplido su mision. Entónces tomó el Cristianismo la sociedad, no en la cuna, sino en el punto en que la habia dejado el paganismo. De tal suerte, pasando el espíritu humano, por decirlo así, de una mano á otra, se dirige siempre hácia un estado de perfeccion absoluta que nunca alcanzará. Sería, pues, muy injusto desconocer ú olvidar los servicios que le prestaron sus primeros maestros, y tener solo en cuenta sus errores. Hubo un tiempo en que el paganismo luchaba obstinado contra una religion que es la forma mas bella que se ha dado á la verdad, y su funesta tenacidad puso alguna vez en peligro el porvenir del mundo. Entónces era permitido tratarlo con algo mas que enemistad : hoy que poseemos un bien que ya no puede arrebatársenos; hoy que nos encontramos seguros á la sombra del monumento glorioso, al cual no derrumbará nunca ninguna agitacion, creemos deber mantenernos extraños á las pasiones de los historiadores cuyo testimonio invocarémos, y dispensar imparcialmente la censura y el elogio á opiniones, hombres y sucesos, que se nos presentan en la lontananza de catorce siglos...

Casi todos los pueblos de la antigüedad tomaron sus religiones de la historia primitiva, divinizando á los fundadores de la ciudades, sus héroes y legisladores; las circunstancías de su vida daban orígen á mitos simbólicos, bosquejos groseros al principio, pero á los cuales revestian los sacerdotes y poetas de formas mas ó ménos felices, y siempre acomodadas al genio y á las costumbres de sus conciudadanos.

Sobresalieron los Griegos entre los demas pueblos por su inimitable facilidad en hermosear la historia de las épocas oscuras con todo lo mas seductor que ofrece la poesía. Si su mitología, que se confunde con la historia de su infancia, todavía nos seduce tanto, hoy que ciertamente no vemos en ella mas que el fruto de una imaginacion viva y brillante; ¡á cuánto influjo no debia ejercer, aunque despojada de toda sancion moral, sobre la inteligencia de aquel pueblo dotado de asombrosa disposicion para conocer lo bello y reproducir sus imágenes!

Sin embargo, calquiera que fuese la riqueza que adornára á estas tradiciones, estaban condenadas á no prosperar mas que allí donde habian nacido, pues en las demas partes encontraban los ánimos indóciles á su yugo.

El helenismo era una religion propia de ciertos pueblos y de ciertos sitios, y léjos de poder aspirar á la universalidad, perdia la mayor parte de su fuerza apartándose del suelo que le habia alimentado, pareciéndose en esto á su Anteo.

No hubiera tardado en desarrollarse este gérmen de debilidad, si la Grecia al poblar con sus colonias las costas del Mediterráneo, no hubiese cuidado de mantener relaciones con ellas. Recordábales la madre patria todos los años su orígen comun, á fin de que no intentasen olvidar los dioses fundadores, creyendose olvidadas de estos. Por otra parte estas colonias formaban Estados de mediana importancia, en cuyo seno podia mantenerse la constitucion política, aun cuando privada del apoyo de una religion verdaderamente nacional, pero si alguna de ellas adquiria un aumento bastante rápido para brillar de improviso en medio de las otras; si sus leyes, su posicion, la inclinacion guerrera de sus habitantes, y aun mas el favor de la fortuna parecian llamarla al punto mas elevado, debia sentir ciertamente desde los primeros pasos la necesidad de poseer una religion que le fuese propia, y no descuidar nada para satisfacerla.

Bajo este aspecto se nos presenta Roma apénas sucede en sus anales la verdad á la ficcion. Todavía es un problema histórico por resolver el orígen de aquella famosa ciudad; pero no se puede negar que si no presidió la civilizacion griega á su nacimiento, favoreció á lo ménos los primeros vuelos de su prosperidad. El legislador de los Romanos encontró entre los suyos un culto establecido, ¿ y cuál podia ser sino un helenismo imperfecto? Él lo modificó; procuró dirigirlo hácia el principio de la nacionalidad; instituyó ceremonias y sacerdocios desconocidos de la Grecia. simbolizó muchos hechos relativos á la historia primitiva de su pueblo; pero dominado él mismo por las ideas helénicas, respetó la esencia de la religion que veía reinar á su rededor.

Un momento de sabiduría son las instituciones de Numa, y pocas produjeron efectos tan grandiosos como ellas. Sin embargo, todo cuando se fundaba en el paganismo era tan poco sólido, que sus instituciones experimentaron una necesidad contínua de ser sostenidas, desenvueltas y reformadas por el Senado romano, cuya sublime prudencia en tales asuntos no puede ser nunca demasiado admirada por la posteridad. Prodigaba este los testimonios de respeto á las tradiciones helénicas; pero sin reconocer la supremacía religiosa de un país que conquistaban sus armas por diversion, tomó de allí leyes y creencias, ritos y simulacros, llamando á la vez en alta voz el espíritu del pueblo hácia los hogares nacionales. No satisfecho con haber deificado á Rómulo, deificó la patria misma, la patria con sus poderosas instituciones, con su gloria inmortal, y con su ilimitado porvenir, ofreciéndola bajo este aspecto á la adoracion de los pueblos, que le debian dedicar templos, altares y sacerdotes.

Sentíase vivamente impulsado el pueblo romano hácia este culto de la patria, que en realidad era el de la gloria propia, por lo cual secundó el impulso del Senado, de tal manera que en breve se confundieron en Roma en un solo sentimiento la piedad y el patriotismo. Entónces tuvo esta ciudad una religion nacional, porque ningun pueblo hubiera podido acercarse á sus altares y unir á ella sus votos en las oraciones públicas que dirigia á los dioses, á fin de obtener de ellos la consolidacion del yugo que imponia al mundo.

No me propongo escribir la historia de una religion, la cual se confunde siempre con aquella sociedad dirigida por ella; baste haber dicho que Numa estableció las primeras bases de la alianza que unió entre los Romanos la política y la religion, continuando el Senado con perseverancia y buen éxito en la realizacion de un pensamiento que contenia todo el porvenir del poderío romano. Quiero detenerme mas en los desastres del paganismo que eu sus triunfos.

La religion se habia colocado, por decirlo así, al servicio de la constitucion romana, á la cual sostenia como madre tierna, y custodiaba como vigilante centinela; pero como no contenia en su seno ningun principio vivificante de moralidad, ni era absoluto su poder, no pudo impedir la corrupcion de las costumbres, cuya consecuencia fué la de la constitucion.

El Senado, dando á los Romanos una religion puramente política se habia apartado de las tradiciones helénicas, lo cual era un cisma evidente, mal oculto por las demostraciones exteriores de respeto. Diríase que por espíritu de venganza hizo la Grecia á Roma el funesto presente de una filosofía corruptora de la religion, en tanto que el amor á las riquezas y el ansia del poder herian de muerte la organizacion política. No se habian engañado ciertamente aquellos jefes antiguos de la república, colocados por una larga experiencia á la cabeza del Senado, cuya austera vir-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tud se pronunció contra la introduccion de aquellas novedades, frutos envejecidos de una sociedad moribunda; pero resonaron inútilmente sus protestas, porque el aturdimiento acogia con trasporte todo lo que procedia de Grecia, y la juventud romana corria desatinada al encuentro del peligro, acudiendo á tomar en su propia fuente una educacion opuesta á las costumbres de los Romanos, no ménos que al espíritu de su gobierno.

La filosofía griega se proponia sin duda un noble fin, queriendo reponer al espíritu humano en el pleno goce de su libertad, grandiosa empresa, á la cual concurrieron todos sus sistemas con medios muy variados. Ahora bien, con su carácter libre hasta la audacia, ¿debia detenerse ante las ficciones casi siempre extravagantes no ménos que ingeniosas, que formaban la religion popular de la Grecia? Esta filosofía, que se lanzaba ciegamente á las abstracciones mas oscuras; que se detenia solamente en los confines del pensamiento, ¿podia exceptuar las creencias que se dirigian, por decirlo así, á la parte material del entendimiento humano? Era una tarea demasiado fácil para la filosofía destruir el débil prestigio que rodeaba al sistema religioso de los Griegos; este pueblo, privado de existencia política, convertido hacía mucho tiempo en esclavo de los Romanos, no experimentó el efecto que siempre produce en las instituciones civiles la pérdida del principio religioso; pero muy de otra manera sucedió entre los Romanos.

Apénas cayó en desprecio entre ellos el culto nacional, se conmovieron las bases de la sociedad; la patria, la sumision á su voluntad, el respeto á sus recuerdos, la veneracion hácia sus instituciones, hácia los grandes fundadores de su poder, todos estos sentimientos nobles perdieron su mas firme apoyo; quedó aniquilada la sancion de las virtudes públicas; el egoísmo, la avaricia y el espíritu de rebelion arruinaron las costumbres antiguas y con ellas la antigua constitucion del país. Entónces Roma se precipitó en las discordias civiles, y Mario, Sila, César, Pompeyo, Antonio y los Augustos llevaron á la corrupcion pública el tributo de su corrupeccion particular; porque en aquellos tiempos de miseria y de delitos, el que se jactaba de ser defensor de las instituciones antiguas estaba no ménos corrompido que aquel que las atacaba; y los mismos vicios marchaban bajo diversas banderas. Así, pues, aquellas dos aliadas tan antiguas, la religion y la constitucion, despues de haberse protegido una á otra por espacio de mucho tiempo, se encontraron un dia privadas de su recíproco apoyo, y abandonadas al choque de enemigos comunes.

El que reflexione sobre el estado de la religíon romana á la caída de la república, dirá sin vacilar que habia concluido su existencia; que ya no bastaba ningun esfuerzo humano para devolverle su perdido imperio, y que no le quedaba mas recurso que defenderse aun un poco contra una muerte inevitable. ¿Cómo hubiera podido ser de otra manera? Léjos de estar limitada la impiedad á un corto número de audaces y corrompidos, tiene por órganos y apologistas á los ciudadanos llamados por su posicion social y por su raro ingenio á la defensa de cuanto útil y honorífico habia en la sociedad. Tal delirio se ha apoderado de ellos, que proclaman el deseo de emancipar los ánimos de todo vínculo de religion, y la expresion de este voto sacrílego no excita en Roma ningun sentimiento de reprobacion. Nunca se ha visto un culto tan próximo á su total destruccion como el paganismo romano en las últimas guerras civiles de la república; y sin embargo, Roma que habia sido arrastrada por sus propios hijos al borde del abismo, no debia ser precipitada en él, y por un favor singular de la fortuna vió alzadas de nuevo las estatuas de sus númenes, y encendido otra vez el fuego de sus altares.

Poseía el imperio romano elementos de fuerza independientes de su antigua organizacion política, y no era su destino perecer porque muchas de sus instituciones hubiesen perdido su vigor. Examinando atentamente el estado de la sociedad romana al fin del siglo sétimo de la república, se ve que la única llaga peligrosa de aquella sociedad era la organizacion del poder supremo. La eleccion anual de los jefes del Estado, las mal definidas atribuciones del Senado, y la intervencion del pueblo en la formacion de las leyes, eran máximas de gobierno que debilitaban la sociedad. Todos los ciudadanos, ya fuesen de la faccion aristocrática, ya de la popolar, conocian que eran insuficientes las antiguas instituciones, y pedian en alta vez el poder absoluto. Finalmente, se consolidó este, y ningun cambio mereció ménos que este el nombre de revolucion. Fueron restablecidas todas las antiguas tradiciones de la patria, y abolidas entre las instituciones republicanas aquellas únicamente que se habian convertido en causa permanente de sediciones. Tanta eficacia tuvo el nuevo sistema absoluto, que todos los elementos sociales y la misma religion recobraron casi por encanto su primera influencia; se reanudaron los lazos que en otro tiempo habian unido la religion á la constitucion, y en testimonio de esta alianza renovada, principio del poder romano, reunió Augusto al poder imperial el sumo pontificado, y colocó en medio del Senado el altar de la Victoria.

Siguiendo la marcha de los dos primeros siglos del imperio, fué admirable la facilidad con que volvió la religion á gozar sus antiguas prerogativas. Por todas partes se presentaba poderosa y venerada, en el Sendo, en el ejército, en Roma y en las provincias; los oráculos recuperaron su voz; en los templos se agolpaba la multitud; corria alrededor de las aras la sangre de las víctimas, y el incienso subia otra vez al cielo. Dueño del espíritu de los emperadores y del de la muchedumbre, ya se abandonaba libremente la religion á su antiguo gusto por las suspersticiones, ya llamaba en su auxilio los cultos extranjeros, como si quisiese precaverse contra la vuelta de los peligros pasados; y reconociéndolos como los depositarios de un poder, al cual era deudora de una nueva existencia, les señalaba un puesto en la morada de los dioses.

Pero no fué permitido á la religion disfrutar mucho tiempo en paz el regreso de la fortuna; léjos de ella se alzaba un enemigo implacable, enemigo tambien de la sociedad romana, sus ataques manifestaron cuán inminente era un peligro que no hubiera podido prever el entendimiento humano.

Dicen que treinta y dos ó treinta y tres años despues de la muerte de Jesucristo mandó Neron incendiar á Roma, con objeto de reconstruirla mas grande y magnífica. Pero espantado de la indignacion del pueblo, acusó del delito que habia cometido á los sectarios de un culto extranjero, que se llamaban Cristianos. « Para » acallar la indignacion (dice Tácito, *Anal. XV*, 44) » supuso Neron culpados, y castigó con penas crueles » á unos que se habian hecho odiosos por sus infa» mias, y que llamaban vulgarmente Cristianos. Reci» ben este nombre de Cristo, el cual fué enviado al » suplicio en el reinado de Tiberio por el procurador » Poncio Pilato. Reprimida por un momento, reapa» recia esta funesta supersticion siempre, no solo en » Judea, cuna de tal epidemia, sino en la misma Roma, » adonde afluye y encuentra prestigio cuanto hay de » vergonzoso y atroz. Primeramente fueron aprisio» nados los que se declaraban tales, y por su confe» sion fué convencida una multitud de personas, no » de haber aplicado el fuego á la ciudad, sino de estar » animados de *odio hácia el género humano.* »

Ménos de medio siglo despues de la muerte de Cristo formaban los Cristianos en la metrópoli una multitud inmensa (*ingens multitudo*), y las doctrinas que predicaban los hicieron tan odiosos al pueblo, que Neron no vaciló en acusarlos de su propio delito. Este súbito temor de los paganos en presencia del Cristianismo, y la prontitud con que distinguen en sus palabras la señal

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de una enemistad implacable, las calumnias que desde el principio se elevaron hasta tan alto grado de violencia, todo, en fin, parece contradecir una opinion muy divulgada, á saber, que los paganos no vieron en el Cristianismo naciente mas que una modificacion del judaísmo. Muchas falsas opiniones formaron sin duda los defensores del antiguo culto respecto de una religion que aun no habia determinado claramente el círculo de sus creencias, y se llegaba hasta el punto de decir que los Cristianos formababan un *cuerpo*, cuyo jefe residia en Roma. Pero sea cualquiera la interpretacion que hayan dado los paganos á las palabras del Evangelio, es cierto que, desde los primeros momentos de su predicacion en Roma, hicieron nacer un sentimiento, puede decirse que de reprobacion general, de odio y de terror, y que la lucha se anunció como mortal desde el principio.

El Cristianismo pesentaba en sus ataques no ménos franqueza que valor, y desde luego se declaró enemigo del politeísmo y de los principios hasta entónces incontestables en que se fundaban las instituciones romanas. Fieles los Cristianos á aquella terrible palabra del Hijo de Dios : « No creáis que vine á poner » paz sobre la tierra : no vine á poner paz sino espada : » porque vine á separar al hombre contra su padre, y » á la hija contra su madre » (San Mateo, X, 34, 35), habian declarado la guerra á la antigua sociedad, la cual conmovida hasta en sus fundamentos, invocó en su defensa el impotente auxilio de la violencia.

Si el Cristiauismo se hubiese contentado con atacar las creencias, las tradiciones, ó sea la mitología del politeísmo, no hubiera hecho mas que continuar la obra de mas de un filosófo; ni el imperio hubiera experîmentado una conmocion tan viva. Pero cuando los Romanos oyeron proclamar como objeto de unas religion nueva la destruccion de las costumbres, de los usos y de las leyes; cuando vieron que se profesaba y declaraba abiertamente el desprecio á la sabiduría de los tiempos pasados; cuando conocieron que algunos pocos pretendian renovar *todas las cosas* en el mundo, entónces creyeron amenazada la sociedad no solo de una reforma religiosa, sino de una revolucion política, y juraron un odio irreconciliable á aquellos espíritus maléficos, animados de un vértigo funesto, que se habian colocado fuera de las leyes ordinarias de la humanidad por su temeridad misma(1). De estas incurables prevenciones provinieron las calumnias esparcidas por espacio de cuatro siglos contra los Cristianos, propagadas por la ignorancia, por las preocupaciones, y por el interes general, y frecuentemente acogidas por la credulidad (2).

(1) Los filósofos del siglo XVIII, y principalmente Voltaire y Bolingbroke, para disminuir el horror inspirado por las persecuciones contra los primeros Cristianos, pretendian que los emperadores solamente estaban animados de sentimientos políticos, y que defendian la sociedad amenazada por innovaciones que juzgaban muy peligrosas. Walch publicó en los *Nuevos Comentarios de la sociedad de Gotinga*, II, 3, una memoria titulada *De persecutionum christianorum romanorum causis non solùm politicis sed etiam religiosis*, con el intento de combatir la opinion de aquellos filósofos. Yo pienso con él, con una restriccion sin embargo; y es que en Occidente el odio manifestado á los Cristianos era producido por las ideas políticas y religiosas; pero las primeras preponderaban, y lo contrario sucedia en Oriente. Bajo el aspecto general, pues, debe aceptarse la opinion de Walch como la única verdadera.

(2) Los doctos alemanes, á quienes somos deudores de tantas buenas obras respecto de los primeros siglos del Cristianismo, no descuidaron este asunto. Indicaré muchas obras, en las cuales se encuentran reunidas y analizadas todas las calumnias esparcidas contra los Cristianos, y de las cuales tomamos ideas y hechos. CH. KORTHOLT, *Paganus obtrectator, sive tractatus de calumniis gentilium in veteres christianos*; Tubek, 1703. — J. J. HULDRICH, *Disquisitio de calumniis à gentilibus in primævos christianos sparsis*; unida á la disertacion indicada ya en la edicion de Zurich, 1754. — C. WORM, *De veris causis cur delectatos humanis carnibus et promiscuo concubitu christianos calumniati sint Ethnici.* — ANDR. TEUBER, *Exerc. hist. crit. de martyribus christianis odio humani generis convictis*; Bruns, 1754. — J. T. GRUNER, *De odio humani generis christianis olim a Romanis objecto*; Coburgo, 1755. — En el tomo XII de las *Exercitationes* de Rechemberg se lee una disertacion *De atheismo christianis olim a gentibus objecto*.

La obra de Gruner es en la que mas abundan ideas justas y hechos bien presentados.

Las religiones que dominaban en el imperio, aunque distintas en la forma, tenian todas el mismo orígen, el politeísmo. Esta uniformidad, contra la cual habian protestado únicamente los Hebreos sin ser oídos ni comprendidos, dispuso á los paganos á creer que nada podia existir fuera del politeísmo, cual subsistia entre ellos; y limitaban el poder de la innovacion en el terreno religioso á crear ó introducir una nueva divinidad, ó reformar un rito ó una ceremonia, y á otras modificaciones inconcluyentes. Los Cristianos se presentan aclamando, en lugar de un politeísmo desarreglado, la unidad de Dios, principio que algun filósofo antiguo habia indicado, sin que no obstante se hubiese atrevido á colocarlo entre los dogmas de la religion. En aquella ciudad, en donde la introduccion de una divinidad extranjera, aun cuando fuese amiga, despertaba vivos temores, anuncian los Cristianos el reinado de un solo Dios, inexorable, adversario de aquella multitud de númenes cuyos simulacros poblaban á Roma y al Imperio. En otro tiempo se habia presentado la religon egipcia á las puertas del Capitolio, invocando inútilmente su admision en aquel panteon de todas las supersticiones, sin pretender sobreponerse al culto nacional ni al griego, y sin embargo el Senado dudó mucho, y en su prudencia creyó que debia imponer severas y humillantes condiciones al establecimiento de aquella, no en el Capitolio, sino en la cíudad únicamente. La intolerancia religiosa era ajena al politeísmo y al carácter de los Romanos, y sin embargo su adhesion á las instituciones de la patria los tuvo alerta respecto del peligro de aceptar demasiado fácilmente ideas y prácticas religiosas, cuyo espíritu pareciese opuesto al de las creencias nacionales. (GOTT. SCHWARTZ, *De detestatione sacror. peregrin.* § 4.)

Cuando el Cristianismo se presentó en el Imperio, habia perdido mucha fuerza esta prudente desconfianza contra la religiones extranjeras; pero los ataques de los Cristianos eran tan vivos, tan poco disimulado su desprecio hácia el culto establecido, y anunciaban tan francamete el proyecto de cambiar todas las cosas del órden religioso y del político, que el antiguo odio de los Romanos resucitó mas vívo que nunca.

Pero por manifiesto que fuese este delito de lesa religion, los Romanos no hubieran reclamado el castigo de los culpados, si estos hubiesen podido conformare con los usos de la patria siquiera en los actos exteriores : así los Cristianos, á pesar de sus delirios religiosos, habrian permanecido siendo ciudadanos romanos, hijos de la madre comun, y á este título habrian podido invocar sus leyes contra todo perseguidor. Pero las creencias de los Cristianos exigian que se pusiesen en abierta oposicion con las costumbres, las leyes y las instituciones del país; aun cuando deseasen dar al César lo que era del César, no daban al César ni á la patria nada de lo que se les debia, y sus opiniones políticas excitaron contra ellos un sentimiento de aversion, cual nunca lo hubieran producido sus dogmas religiosos.

Indicarémos algunas graves circunstancias en las cuales se encontraron los Cristianos en el caso de herir opiniones y sentimientos admitidos por todo ciudano romano, y considerados por la sucesion de los siglos como tradiciones nacionales.

El emperador no solamente era sumo pontífice, jefe de los ejércitos y primer magistrado de la repú-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

blica, sino que se atraía el respeto de los Romanos como representante de la sociedad entera. En su consecuencia el delito de lesa majestad humana era mas odioso entre los Romanos que el de lesa majestad divina, y mas fácilmente eran perjuros á todos los dioses que solo al genio del emperador. El poder del Senado, la autoridad de los pontífices, los gloriosos recuerdos de la patria se personificaban en un nombre solo, en favor del cual elevaban á los dioses solemnes oraciones (*publica vota*), acompañadas de fiestas, juegos y ceremonias puramente paganas. Los Cristianos se negaban naturalmente á tomar parte en ellas; rogaban por el emperador ciertamente, pero á su manera; é interrogado San Victor por un prefecto, le respondia : « Nada he hecho contra el honor y los « intereses del emperador ni del Estado; nunca me » he negado á tomar las armas en su defensa cuando » el deber me lo imponia; sacrifico todos los dias » puntualmente (*studiose sacrifico*) por la salud de » César y de todo el Imperio, y cada dia inmolo á mi » Dios víctimas espirituales en favor de la república. » Los paganos que no comprendian lo que eran estas *víctimas espirituales*, ni que en hechos semejantes debiese separarse nadie del resto de la nacion, acusaban á los Cristianos de negar al príncipe una prueba de veneracion acostumbrada en todo el Imperio, y de rebelarse contra la autoridad soberana.

Los Romanos llamaban al emperador *Señor* (*dominus*). Sosteniendo los Cristianos que este título no pertenecia mas que á Dios, se negaban á tributarlo á los príncipes (WALCH, pág. 18).

Desde los tiempos antiguos, las leyes romanas de acuerdo con las costumbres, prohibian las reuniones secretas y nocturnas, suponiendo que no podian encaminarse á un fin inocente. Exagerando el pueblo las legítimas quejas del legislador, referia atrocidades execrables cometidas en aquellas asambleas. Perseguidos los Cristianos y acosados por todas partes como enemigos públicos, no tenian mas medio de verse, consolarse y orar en comun, que reunirse secretamente, con lo cual dieron orígen no solo á simples calumnias, sino á inculpaciones tan atroces, que causa asombro que se hayan encontrado en el Imperio hombres tan crédulos que las admitiesen y propagasen.

En su místico lenguaje hablaban los Cristianos de un reino futuro, que debia establecer el Cristo en toda la tierra despues del trascurso de mil años; anunciaban con entusiasmo el reinado de los justos y la destruccion de la impía Babilonia, y apelaban de sus miserias presentes á aquella felecidad lejana, á que debia preceder la ruina de la impiedad (*Idem*, *pág.* 20). Poco habituados los Romanos á esta manera mística de expresarse, y llenos ademas de prevenciones, veian en estos discursos una provocacion sediciosa contra su imperio universal, provocacion que, proferida en Roma y por Romanos, parecia el colmo de la temeridad.

Si se agregan á estos actos de hostilidad contra la constitucion los habituales signos de desprecio prodigados públicamente á las estatuas de los dioses, á los templos, á los pontífices y á todas las *magistraturas de la Babilonia*, se comprenderá que el Cristianismo debia presentarse á los paganos como el enemigo irreconciliable de cuanto ellos veneraban. Entónces buscaron una nueva expresion para calificar una audacia excesiva, inaudita; expresion tan flexible, que pudiera aplicarse á cualquier delito cometido por sectarios, para quienes nada habia ya sagrado, y se encontró el *odium generis humani*, cuya fórmula amenazadora sirvió de pretexto á innumerables calumnias, y despues de motivo á las persecuciones.

Por esta fórmula se debe entender, como se ha demostrado ya, no el *odio al género humano*, sino el *odio al imperio romano*, ó sea el horror á sus tradiciones y sus creencias, porque en su orgullo tomaban los Romanos su imperio por el mundo entero (GRUNER, pág. 2-32). Puede admitirse esta explicacion, y sin embargo, el aspecto bajo el cual consideraban los paganos las doctrinas cristianas, debia conducirlos naturalmente á creer que eran producidas por el odio á la raza humana.

Á las prevenciones sucedieron las calumnias, á las calumnias las persecuciones, y Neron fué el primer emperador que derramó sangre de Cristianos.

La segunda persecucion se llevó á cabo el año 95, en tiempo de Domiciano : celebrábanse las *quindecennalia*, y no habiendo querido tomar parte en ellas los Cristianos, fueron acusados de impiedad ó de lesa religion, y perseguidos cruelmente; pero poco ántes de morir Domiciano suspendió el furor de los enemigos del nombre cristiano.

Nerva hizo mas, porque llamó á los proscriptos. Era preciso todo el ascendiente de las virtudes de aquel anciano para que su humanidad fuese atendida, la cual por lo demas lo fué mas en Roma que en las provincias, porque sabemos por la historia que cuando se asoció á Trajano en el imperio, se acusaba á los Cristianos ante los magistrados provinciales, como á enemigos de los dioses y del emperador.

¿ Quién no conoce la carta en que Plinio, vacilando entre sus sentimientos de filósofo y sus deberes de procónsul, consulta á Trajano para saber si debe castigar á los Cristianos solo por llamarse Cristianos, ó perseguir solamente á los que se hagan culpados de los delitos *cohærentia nominis ?* (KORTHOLT, *Comm. in epist. Plinii et Trajani de Christ*, *primævis.* Kiel, 1674. — WALCH, página 23.) Conviene Plinio en que los Cristianos se congregan para un fin inocente, para ejercitarse en la práctica de la virtud, cantar himnos, y comer en compañía; pero habia prohibido por un edicto estas *eterias* sospechosas. Se negaban ademas los acusados á quemar incienso, á hacer libaciones á las estatuas de los dioses, y por tanto le parecian culpados, no de los delitos de que los acusaba la voz pública, sino de infringir las leyes del Estado y de ser afectos á una supersticion *prava et immodica*. Igualmente criminales parecian á los ojos de Trajano, y como supremo magistrado nada mejor pudo hacer que permitir á su procónsul perdonar á los Cristianos que se convinieran en juicio á declarar que no lo eran. Así el emperador casi pide á los enemigos de la religion del Estado que no le obliguen á ser cruel contra ellos; que no se declaren Cristianos; ofreciendo que no se averiguará la verdad de su asercion, y que se echará un velo á todas las provocaciones, al desórden de que se hubiesen hecho reos. Tímida concesion en verdad é injuriosa á los Cristianos; y sin embargo, al hacerla transigia con sus rígidos deberes, ¿ y no era violar la majestad del culto nacional manifestar piedad en el siglo II con los enemigos públicos ?

Custodio el emperador de las leyes y de las instituciones de la patria, no podia debilitar á su voluntad los medios de defensa que tenia en la mano. Cuando se cansaba de perseguir á los Cristianos, los amigos del culto antiguo sabian continuar la obra desde el punto en que aquel la habia interrumpido. En el reinado de Adriano se vió á los pontífices provinciales suscitar el fanatismo del pueblo, perseguir á los Cristianos y llevarlos á la muerte á los gritos de αἶρε τούς αθεούς! Aterrados los magistrados con los clamores que asediaban su tribunal, no se atrevian á condenar ni absolver, y abandonaban á los acusados al furor de la plebe.

Hácia este época se hicieron mas violentas y precisas las acusaciones contra los Cristianos. Hasta aquí no hemos oido resonar mas que una sola queja, que por la vaguedad de sus términos podia extenderse hasta lo infinito, pero de la cual no resultaba ningun delito determinado cuando se trataba de probar los hechos. De que los Cristianos odiasen al género humano, ¿ se debia deducir necesariamente que eran perjuros, traidores y asesinos ? Esta acusacion, análoga

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á la de lesa majestad, ¿ podia parecer á los hombres imparciales mas que un expediente para que pereciesen inocentes? Los fanáticos paganos comprendieron, pues, la necesidad de calumniarlos con mayor precision.

Los Cristianos no negaban que se reunian en secreto : nada mas fácil que calumniar estas reuniones, y persuadir al pueblo que cediendo los Cristianos á su execrable inclinacion, se aprovechaban del misterio de estas asambleas para comer carne humana y entregarse á una prostitucion infame. Las *epula thyestea* y el *promiscuus concubitus* vinieron á reforzar el *odium generis humani*, como si esta última acusacion ne hubiese hecho derramar bastante sangre. (Kortholt, lib II, .cap IX. — Huldric, cap. VIII — Gruner, *Diss.* II. 7. — Walch, pág. 19, 27.)

Pero aun no se dió por satisfecho el fanatismo de los paganos. En medio de las calamidades públicas, busca siempre el pueblo una víctima en quien vengarse de sus miserias, y los Cristianos sirvieron de hostia expiatoria. « La impiedad, se decia en los » templos y en las plazas públicas, es la única causa » de los males que afligen al imperio. Aplaquemos » la ira de los dioses derramando la sangre de los » impíos. » Excitando este pensamiento los ánimos de una plebe en que recaía la peor parte de las desgracias públicas, debia condensar sobre la cabeza de los Cristianos una nube de enemistades particulares; y así el pagano miéntras tuvo aliento repitió que los Cristianos eran la única causa de la ruina del imperio, concluyendo por persuadirse de ello él mismo.

Cuando Marco Aurelio Antonino persiguió ó dejó perseguir á los Cristianos, fueron acusados solo de atentar contra la religion del Estado, de hacerse culpados de lesa majestad, y de ser enemigos de la república; pero estas absurdas calumnias se profirieron tambien contra los mártires de Lyon y de Viena.

Entretanto prosperaba la Iglesia, y prosperaba entre los tormentos. Cada príncipe creía contribuir á la defensa de las instituciones romanas haciendo perecer á algunos de los que habian recibido el nombre de *enemigos públicos*. Miéntras Septimio Severo los abandonaba al furor del pueblo, Tertuliano se atrevió á alzar la voz y á dirigir su apología á los magistrados de África : hermosa y animosa arenga, en la cual aparece que los Cristianos, en virtud del *odium generis humani*, se hallaban fuera, no solo de la ley escrita, sino de toda ley divina ó humana. Segun el apologista, los paganos definian á un Cristiano : « Un hombre enemigo de los dioses, de los » emperadores, de las leyes, de las costumbres y » de toda la naturaleza. » (*Apol.* cap. XXI.) La historia nos ha conservado la sentencia de un procónsul contra algunos Cristianos, sencilla y fundada en un solo hecho, esto es, en que los acusados eran Cristianos (Baronio. *Anales ad ann.* 202, § 4) : « En vista de » que Esperato, Cittino... confiesan ser Cristianos, y » no quieren prestar homenaje y respeto al empera» dor, mandamos que sean decapitados. » Todos los delitos *cohærentia nominis* resultaban de la confesion de los acusados. En la definicion de Tertuliano y en la sentencia del procónsul no se hace mencion de la religion pagana. Solamente atraen sobre los discípulos de Cristo la cólera do los Romanos las leyes violadas en la sagrada persona del emperador, la majestad del imperio profanada, y la santidad de las tradiciones ultrajadas : y como habia sucedido en otro tiempo, estaban unidas la religion y la política, y unidas defendian las instituciones nacionales; pero aquí es menester confesarlo, la energía y la conviccion se hallan desigualmente distribuidas, y la mayor porcion de estos elementos de fuerza se encuentran de parte de la constitucion.

Poco hablaré de las dos persecuciones sufridas por los Cristianos en tiempo de Maximino y Decio; una suscitada por el terremoto que conmovió á la Capadocia y al Ponto, y la otra por un poeta pagano que excitó el fanatismo de varios habitantes del Asia : y como la plebe, el *cæcum vulgus*, para emplear una expresion de Tertuliano (*Apol.*, cap. XXV), era el enemigo mas encarnizado de los Cristianos, podia muy bien un poeta suscitár contra ellos una persecucion, medio que vemos practicado por los ambiciosos, que querian fundar ó extender su popularidad en las provincias. (Ib. cap. XLIX.)

En la primera mitad del siglo I no fué ménos incierta ni ménos triste la condicion de los Cristianos. El poder de los Godos amenzaba la integridad del Imperio; la peste habia despoblado muchas provincias, y se atribuyeron á los Cristianos estas calamidades. Iguales acusaciones produjeron iguales violencias, y si quisiese detenerme en esta nueva persecucion, no haria mas que repetir lo que tantas veces se ha dicho.

Tal fué entónces el furor sanguinario de los paganos, que príncipes ferozmente irritados contra los innovadores pudieron aparentar moderacion, no ordenando nuevas persecuciones sino á consecuencia de una peticion positiva de las ciudades y de los magistrados. (Walch, pág. 29.)

Es notable el reinado de Diocleciano en la historia del doloroso nacimiento del poder cristiano. Los últimos esfuerzos del error para triunfar por medio de la tiranía, imprimieron sobre la memoria de aquel príncipe un sello de vergüenza. Con un genio superior y una voluntad poderosa comprendió Diocleciano que el imperio estaba al borde del precipicio, y se creyó bastante fuerte para detenerlo. Queria afirmar las bases de aquella antigua sociedad que perecia tanto por su corrupcion como por su edad; hizo útiles reformas; aumentó la influencia de la potestad imperial; restableció la disciplina militar; introdujo el órden y la armonía en la administracion civil, y rechazó á los Bárbaros. No era esto poco; pero no atacaba el mal allí donde residia por completo. El Cristianismo era el cáncer de la antigua sociedad, y Diocleciano no tenia, como no tuvieron sus predecesores, remedio para curarlo. Por consiguiente, despues de algunas tentativas inútiles, despues de una larga persecucion, de que se le considera equivocadamente como principal autor, se aburrió del poder y abdicó, dejando á la sociedad que caminase libremente al cumplimiento de su destino. Entónces apareció Constantino.

Ántes de dar á conocer la política del emperador cristiano, ántes de indicar la parte que le corresponde en la gran obra de la destruccion del paganismo, trataré de caracterizar la situacion de los partidarios de este culto cuando Constantino subió al trono.

Hemos oído resonar de uno á otro extremo del imperio horribles acusaciones contra los Cristianos; sabemos que durante tres siglos sirvieron estas imposturas de alimento al furor popular, y de motivo para las sentencias de los tribunales; y es muy natural pensar qué calumnias tan atroces, insensatas y desprovistas de todo fundamento no expresáran los verdaderos sentimientos de los jefes de la religion pagana. Necesitaban aquellos ánimos apasionados y no ciegos algo mas que el *promiscuus concubitus* ó las *epula thyestea;* empleaban estas fórmulas de acusacion porque tenian gran poder sobre las toscas inteligencias de la plebe; pero tenian diverso orígen su antipatía y sus terrores. Abandonemos estas furibundas inculpaciones, convertidas en tan poco tiempo en artículos de fe para todo un pueblo, y dirijamos la atencion á los errores tranquilos y á los pensamientos secretos, que al principio del siglo IV y mas tarde, sirvieron de fundamento á la larga resistencia que los paganos de talento opusieron al Cristianismo (1).

(1) Las últimas persecuciones desagradaron á muchos paganos, los cuales recogieron y ocultaron á Cristianos. San Atanasio, tomo I, parte Ia pág. 372. C.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

La division en dos imperios de la inmensa monarquía fundada por los Romanos, fué aconsejada por la prudencia y por la consideracion de la poca analogía que existia entre las ideas, las costumbres y las creencias de los Asiáticos y las de los pueblos de Europa. Era tan grande esta diferencia, que aun cuando dominaba la religion pagana en virtud de los mismos principios en Oriente y en Occidente, tenia, sin embargo, un modo de existencia y un lenguaje enteramente diversos en los dos países. La idolatría ostentaba su poder tanto en Nicomedia como en Roma, y el pontífice de Nicomedia y el romano, puestos de acuerdo respecto de los ritos y los usos de su culto, no hubieran sido de una misma opinion acerca de ningun punto de la doctrina religiosa. ¿Acaso era producida tal variedad de opiniones por el espíritu de secta? No, sino por la diferencia de civilizacion, de costumbres y de carácter.

El Cristianismo, pues, no pudo encontrar la misma acogida en Oriente y Occidente. El pueblo se mostró aquí y allí igualmente cruel é igualmente implacable, porque el espíritu de la multitud es el mismo en todas partes; pero aquellos que dirigian la opinion, aquellos cuya inteligencia no era tan limitada que atribuyese una eficacia maravillosa á los suplicios, se dividieron muy pronto y consideraron al Cristianismo bajo dos puntos de vista, no opuestos, sino distintos.

Cuando el Cristianismo apareció en el imperio romano, desfallecia el antiguo espíritu helénico; la aficion á las cuestiones abstractas de filosofía y de metafísica, pasion particular de los Griegos, no encontraba ya en los antiguos sistemas mas que un alimento insípido y sin sustancia; así que todo anunciaba su extincion, cuando despertado por la promulgacion de una nueva ley religiosa de infinita extension y profundidad, salió de su aturdimiento, y recuperó su primitivo vigor. Las inteligencias formadas en las escuelas de los retóricos de Grecia y Asia, no experimentaron á la primera predicacion del Evangelio mas que un vivo sentimiento de admiracion y de curiosidad: siguió al asombro el deseo de examinar y el de conocer, de manera que los principios dogmáticos y morales del Evangelio habian llegado á ser entre los Griegos objeto de una lucha intelectual llena de viveza y de interes, cuando entre los Occidentales apénas eran distinguidos y comprendidos. Ciertamente los retóricos, los sofistas y todos sus discípulos no vieron sin profundo disgusto difundirse doctrinas contrarias á todos los sistemas de la antigua filosofía y á la multitud de creencias, que sin tener un gran mérito á sus ojos, parecian dignas de respecto por su antigüedad y por el imperio que ejercian sobre la imaginacion del pueblo; ciertamente consideraron á los Cristianos ménos como filósofos ansiosos de novedad, que como sectarios peligrosos, que conmoviendo todas las ideas recibidas, y principalmente negando autoridad á la tradicion, introducian la incertidumbre en la conciencia humana. Á sus ojos, no formaban mas que una secta bárbara y arrogante (Euseb. *Præpar. Evang.* VI, 19), á la cual era menester declarar la guerra; pero esta guerra no se extendió mas allá del dominio intelectual, fué siempre filosófica; y el Cristianismo, cuyo verdadero carácter no podia descubrirse mas que con una discusion franca, pública y libre, en vez de lamentarse de ello, invitaba á todo el que tuviera una inteligencia superior á presentarse en la arena. Una sola cosa pedia: que no se presentasen á impedir un debate, que nadie podia ya sofocar, persecuciones viles é inútiles. Allí donde era escuchado el Cristianismo, aun cuando fuese con gran prevencion, debia conseguir el triunfo, porque su arma mas poderosa era la palabra; y en efecto, se propagó rápidamente en las provincias del Asia, y penetró hasta en aquellas escuelas filosóficas que parecian baluartes alzados en defensa del error.

En Occidente fueron acogidas las doctrinas cristianas de una manera muy distinta, y los intereses y las pasiones políticas lucharon allí solos y encarnizados. Apénas el Cristianismo hizo resonar su voz en Roma, fué calificado de enemigo del género humano. Guiados los Romanos por su adhesion á las instituciones de la patria, nunca quisieron ver en los nuevos dogmas mas que un principio de revolucion social. Su carácter, sus costumbres, la naturaleza de su civilizacion no los habian dispuesto de manera alguna para el estudio profundo de los sistemas filosóficos, y hacian retroceder siempre las ideas dogmáticas y morales á los angostos límites del interes político. Ni podia suceder de otra manera en un pueblo cuya existencia toda habia consistido en agitaciones civiles ó en guerras extranjeras.

El Cristianismo encontraba delante de sí á un enemigo solo, pero este no resistia en Oriente como en Occidente, y las diversas armas empleadas obligaban á los jefes de la Iglesia á cambiar la direccion y el alcance de sus golpes. Respondiendo Orígenes á Celso y refutando San Cirilo á Juliano, no emplean el mismo lenguaje, ni usan los mismos argumentos de que se sirven Tertuliano para hacer la apología de sus hermanos ante los paganos de África, y San Ambrosio para rebatir las lamentaciones de Simaco.

Los paganos se dividian tambien en dos facciones unidas en cuanto al fin, pero distintas por los medios que ponian en práctica, y situadas ademas en tal posicion, que tenian entre sí relaciones ménos íntimas y frecuentes de lo que se cree comunmente. No tendré que hablar mas que del paganismo romano, procedente sin duda del helenismo, pero que aun desde su infancia habia procurado y conseguido darse una existencia particular y la independencia posible en la religion griega. Los pensamientos, las preocupaciones y las pasiones cuyo animado movimiento me propongo pintar, deberán ser consideradas como fruto particular del carácter de los Romanos, en el cual dominaba en el siglo IV un sentimiento saludable, y que alabaríamos sin medida, si no hubiese desarrollado contra el Cristianismo toda su energía: este sentimiento era el respeto hácia las tradiciones. Confundir este sentimiento con el hábito, con la fuerza ciega que tiraniza al hombre en el pensamiento y en la accion juntamente, sería suponer que los Romanos fueron tan poco previsores, que trasformaron en dogma político lo que solamente era debilidad individual. De otra naturaleza diferente y mas elevada es el sentimiento que indico: el respeto á los antepasados es una opinion independiente, fundada con ménos frecuencia en la conviccion de su sabiduría, que en el saludable temor de las innovaciones políticas. ¿Quién recordando la historia de los tiempos modernos, no se siente inclinado á desear que semejante respeto no hubiera cedido tan fácilmente el puesto en muchas naciones célebres á un amor inconsiderado hácia la novedad, manantial de largas é impotentes revoluciones?

La historia de la antigua Roma abunda bastante en rasgos de generosidad, de sabiduría y de alta virtud; habla á la imaginacion y al corazon tan vivamente, que se comprende con facilidad que los Romanos de los siglos III y IV hayan divinizado aquella edad gloriosa. No sintiéndose con fuerza para extender el poder de su patria, ni para aumentar la herencia de virtudes que se les habia legado, se resignaban á defenderla y á honrar las memorias de lo pasado. Pero esta resignacion estaba mezclada con lamentos, y continuamente recordaban aquellos dias en que todo se podia concebir y llevar á cabo por la gloria de Roma. — « ¡Oh! ¡cuán felices eran los tiempos de » nuestros padres! ¡Cuán favorecidos fueron nues» tros antepasados por los tiempos! » Esta era la exclamacion habitual de los paganos, y este dolor, esta tristeza, este contínuo dirigirse á lo pasado, este

(c) Instituto Cervantes de Madrid

amargo desprecio de lo presente, se comprendia en dos palabras, que servian de vínculo al partido pagano, *more majorum*: fórmula ya antigua en verdad, y que sirvió en el siglo IV para expresar la desesperacion de un partido, que se habia lisonjeado por mucho tiempo de detener la sociedad, y que en un siglo de agitacion intelectual aconsejaba creer lo que ya era viejo, y no discutir. (MINUTIUS FELIX, pág. 42.)

La gran culpa, pues, de los Cristianos consistia en atacar una opinion que á los ojos de casi todos los Romanos no podia debilitarse sin arrastrar consigo la ruina del imperio, y en propagar ideas políticas hasta entónces desconocidas, y por lo tanto consideradas peligrosas. Miéntras que los Griegos examinaban y discutian con ardor los dogmas nuevos, que se habian presentado á la actividad de su entendimiento, los graves magistrados de Roma y aquella soberbia aristocracia tan confiada en el porvenir trataban de reprimir el amor hácia la novedad, que el Cristianismo por el contrario procuraba hacer popular. El exagerado afecto á los tiempos pasados ocultaba, entre los patricios, una adhesion muy viva y natural á los privilegios, los honores y las riquezas que les daba la constitucion de la sociedad, por lo cual parece natural que se opusiesen al Cristianismo, no tanto como religion de mérito inferior al culto nacional, sino como un sistema de agresion dispuesto manifiestamente contra ellos. Daba fuerza á su resistencia todo el poderío que tiene el interes personal sobre hombres hábiles para disfrazar su habilidad, y habituados á cultivar el egoismo como virtud pública. Tales eran los jefes de los paganos en Occidente. Pero este partido, cuyas preocupaciones, cuyas pasiones y cuyo odio furibundo he procurado retratar fielmente, ¿por quién combatia? ¿Cuál era esta sociedad que con tanta exaltacion defendia? ¿Contenia un gérmen de vida, ó no era el entusiasmo que despertaba entre sus partidarios mas que el último relámpago de fuerza, semejante al que brilla alguna vez en los moribundos?

La mejor medida de la solidez de un órden social es la mayor ó menor influencia que las ideas religiosas ejercen en su seno. Ahora bien, el paganismo no era ya mas que la religion exterior y oficial del imperio romano. Sus templos, sus pontífices, sus emblemas y costumbres, los errores y los hábitos que habia creado se veían en todas partes, mas en ninguno la fe. Las creencias del paganismo no satisfacian ya la necesidad del alma, y al mismo espíritu cansaban y repugnaban sus juegos, sus fábulas y sus tradiciones, tan poderosas ántes sobre la imaginacion. Un gusto universal por las mas locas y supersticiosas prácticas, gusto insensato que pervertia las costumbres é impulsaba no ya solo á algun individuo, sino á clases enteras de la sociedad, á cometer actos torpemente ridículos, ó crímenes abominables, recordaba únicamente cuán poderosísima habia sido la religion entre los antiguos Romanos.

No existiendo ya la religion mas que de nombre; desterrado del corazon el temor de los dioses, vacilaba la moral incierta á voluntad de las pasiones personales, y un historiador pagano de aquella época, ni siquiera procuró cubrir la torpeza de las costumbres de sus contemporáneos: léase á Amiano Marcelino, y se verá si es demasiado severo el juicio que formuló respecto de los Romanos del siglo IV.

Una sociedad que carece de religion, y por consiguiente de moral, se halla sobre un abismo, y no obstante, si sus instituciones sociales descansan en bases antiguas y sólidas, aun puede prolongar algun tiempo su existencia, sosteniéndose con medios ficticios. Su vida es prestada, y todos sus instantes revelan su fragilidad; no tiene ya en sus movimientos nada que recuerde la virilidad y lu fuerza; sin embargo subsiste. Conociendo su decrepitud, sabe encontrar una chispa de energía siempre que se trata de rechazar innovaciones, que le parece serán mortales para ella.

El órden político de los Romanos era aun en el siglo IV digno de alguna admiracion. Siempre vigilante é inteligente la aristocracia, sostenia con mano segura el timon del Estado, y se esforzaba en hacer que se respetasen las leyes que ciertamente habian perdido su mas fuerte sancion, pero cuya pronta severidad se temia. El hábito, el miedo, y el afan de las recompensas mantenian en el ejército una apariencia de respeto hácia las antiguas instituciones militares, y la costumbre, aun mas que el amor á la patria, le hacía honrar aun la antigua disciplina. Su sistema de administracion uniforme y sabiamente concebido ligaba unas á otras las diversas porvincias, y reunia en un centro todas las fuerzas de este tan vasto imperio. Finalmente, el emperador, ante quien estaban todos dispuestos á temblar, no tenia necesidad, para imprimir el movimiento á esta gran máquina de guerra, sino de comprender cuán extenso era el poder que se le habia confiado. No faltaba, pues, ni energía, ni fuerza á la situacion política que sostenia la sociedad, y por mucho tiempo la hubiera sostenido aun, si una depravacion de costumbres inaudita, propagándose en el curso del siglo IV, no hubiera destrozado los últimos recursos del gobierno, y expuesto el Imperio á los Bárbaros. Porque conviene notar que la constitucion política de los Romanos se apoyaba en dos principios, á favor de los cuales puede sostenerse aun una sociedad por debilitada y vacilante que se la suponga: estos dos principios son el espíritu de familia y la veneracion hácia los antiguos.

Todos saben cuán anchas y sólidas eran las bases sobre que habia estado establecida la familia entre los antiguos Romanos: ninguna otra institucion civil da pruebas de mas elevada sabiduría. La familia habia resistido á todas las revoluciones y á todos los cambios de ideas, de costumbres ó de interes, y ni siquiera habia conseguido el Cristianismo modificarla aun al principio del siglo V; y ya veremos insinuarse las nuevas ideas en la sociedad doméstica sin poder disolverla ni privarla del carácter de su institucion. El Cristianismo se detendrá, admirado de encontrar en medio de las ruinas de la civilizacion antigua un principio capaz de hacerle frente.

Nada agregaré á lo que he dicho acerca del respeto á las tradiciones. Las sociedades, como los individuos, crecen, se detienen y declinan, y para los que llegaron al tercero y último estado de su existencia, no creo que sea tan necesaria ninguna virtud pública como el respeto hácia los tiempos pasados; y no encuentro nada que pueda llenar este vacío. Una sociedad, que, habiéndose conservado muchos siglos, abdica su pasado, me parece á un anciano que, con la mano poco segura, trata de darse la muerte.

BEUGNOT.

(E) pág. 557.

EL PROGRESO.

Me parece necesario insistir acerca de la idea de progreso y su relacion con la verdad, porque esta palabra se ve hoy ultrajada por quien la repite por las calles sin comprender su elevacion, ó por quien blasfema de ella sin conocer lo que vale. Sirva, pues, para terminar este libro la exposicion de lo que sobre esta idea piensan dos filosófos contemporáneos, Fed. Schlegel en la *Filosofía de la historia*, y Buchez en la *Introduccion de la ciencia de la historia*; el uno en sentido estrictamente católico, el otro atento á mantener en los límites ortodoxos la escuela de Saint-Simon, la cual, aun cuando digna de una absoluta reprobacion en su parte de dogmática, tiene, no obstante, un indisputable mérito por el modo grandioso con que consideró la historia. Dice así el filósofo aleman:

« Segun las diversas ideas que se han formado acerca

(c) Instituto Cervantes de Madrid

del hombre y que se han aplicado á la Historia, podemos distinguir dos escuelas diferentes, y por decirlo así, dos partidos opuestos en el dominio de esta ciencia y en la manera de entenderla y de juzgarla. Es de advertir que en esta division general no hacemos cuenta, como no debíamos hacer, de aquellos autores que, limitándose á hechos particulares, no han manifestado ninguna idea respecto del conjunto, ó de aquellos que, vacilantes en sus pensamientos, no tienen una opinion fija y consecuente. Una de estas escuelas, por tanto, mira al hombre como un animal ennoblecido por la razon, amaestrado progresivamente, y capaz de llegar hasta el genio; segun ella, toda la historia de la civilizacion no es mas que el cuadro del progreso sucesivo y gradual que verifica la humanidad en la via de este perfecionamiento indefinido. Esta opinion, que en cierto sentido y bajo el aspecto científico puede llamarse el *liberalismo* en materia de historia, acaso no fué expuesta nunca con mayor franqueza, ni tratada con método mas rigoroso que los que resplandecen en la obra de un célebre filósofo frances, el cual fascinado por esta idea, fué despues el mártir de su mismos principios (Condorcet).

En estas dos teorías acerca de la vida, cuya oposicion se debe extender á todas las relaciones de este mundo, es menester no detenerse ni considerar los dogmas particulares que simpatizan diversamente con la conciencia, con las inclinaciones internas, con la esperanza final de cada sectario, y en los cuales cada uno encuentra luces, auxilio, fuerza, ó á lo ménos consuelo, porque estas divergencias caracterizan al uno y al otro sistema mucho ménos que el único artículo de fe que concierne al hombre y lo que constituye su esencia particular. ¿ Cuál es la naturaleza de hombre? ¿ cuál es su alto destino? La respuesta á esta pregunta es el criterio fundamental, y constituye, si me es permitido expresarme así, la religion y la irreligion de la historia.

La idea de la perfectibilidad del hombre es lisonjera para la razon, y si se entiende por ella una disposicion, una facultad activa inherente á la naturaleza del hombre tomado individualmente, tiene un gran fondo de verdad, si bien en este caso no se debe olvidar que la naturaleza humana ofrece al lado mismo de esta perfectibilidad una gran tendencia á la corrupcion. Pero trasladada al campo de la historia, la perfectibilidad no encuentra un verdadero *punto de partida*, porque no es un principio esa suposicion vaga é infinita de un animal capaz de sucesivas trasformaciones cada vez mas perfectas; y en general, ni la ciencia, ni la historia, ni la vida, ni nada puede proceder de otro orígen mas que de Dios.

Tampoco ofrece esta idea un *fin* distinto, no siendo esta progresion al infinito un objeto determinado y positivo; pero entre estos dos términos, cuando voy á aplicar el principio á todo el conjunto de hechos históricos, encuentro aun dificultades bastante grandes ; los hechos no siempre se conforman con esta regla de un perfeccionamiento progresivo é ilimitado, y con frecuencia, por el contrario, parece que una ley de rotacion dirige evidentemente, no solo las vicisitudes de algunas naciones tomadas aisladamente, sino lo que es mas, los grandes períodos de los conocimientos. ¿ Cómo podria explicar la filosofía racional de la historia esta particularidad, ó siquiera tomarla en cuenta? Siempre que el hombre y su especie se apartan en una direccion excéntrica de esta línea de perfectibilidad indefinida que les está matemáticamente señalada, ó cuando ejecutan un movimiento retrógado en apariencia, como aquel que en tiempos determinados describen algunos planetas de nuestro mundo solar, entónces el historiador filósofo que parte de este principio se confunde. Este camino del universo ó esta vuelta del tiempo que se halla enteramente en desacuerdo con la regla fundamental imaginada por el historiador, no puede producir en él sino el efecto de un error histórico que desde el presente se extiende muy allá en el porvenir, al mismo tiempo que abraza lo pasado; y en su indignacion liberal ve este pasado al traves del prisma apasionado del siglo, y lo juzga con parcialidad bajo un punto de vista falso, y de un modo contrario á la verdad.

Pero si en vez de considerar al hombre tan solo como un animal perfeccionado, formado para la razon y capaz de elevarse hasta el genio, le señalamos la circunstancia de parecerse á Dios como carácter distintivo, como su esencia, naturaleza y destino, nos formarémos de la historia una idea muy diferente y le darémos un fundamento bastante diverso de aquel de que hemos hablado; porque la historia de la humanidad no puede tener entónces mas objeto ni mas fin que el restablecimiento de la imágen divina y los sucesivos progresos de este restablecimiento.

Admitida esta suposicion, reconocido una vez este orígen sublime del hombre, cada uno, sin necesidad del concurso de doctrinas religiosas y positivas, encontrará en su íntimo sentimiento, en la experiencia propia y en el espectáculo general del universo, razones suficientes para convencerse de que la semejanza con Dios fué alterada profunda y singularmente en la desfigurada conciencia del hombre y en la de todo el género humano. Así, pues, el que esté bien convencido de la verdad del principio de esta semejanza, cuyas antiguas huellas, aun cuando borradas por el tiempo, todavía se descubren en cada página de la historia mas antigua del mundo, y cuyo sello se manifiesta á la reflexion por poco que esta trate de sondear los pliegues misteriosos del corazon humano, jamas perderá la esperanza de verla un dia cumplida por grande que pueda ser y parecer esta degradacion de la imágen divina en el hombre. Finalmente, persuadido por la propia experiencia de lo vasto y difícil de esta empresa, de los muchos obstáculos que se la oponen, y de la gran facilidad con que se pueden perder aun despues de algun suceso próspero las ventajas ya obtenidas, no se confundirá ni aun allí en donde haya notado en la humanidad y en su historia una especie de estancamiento ó aun un camino en apariencia retrógrado, y con mas indulgencia, y por consiguiente con mas verdad y y exactitud, juzgará el fenómeno; y confiando á pesar de estos errores en la mano divina que visiblemente guia y desarrolla todas las cosas, no desesperará de la regeneracion futura.

Si ahora quisiéramos llamar *legítima* á esta filosofía de la historia, que tiene por base el principio de la semejanza divina, para contraponerla, en su calidad de sistema religioso en la historia del universo, á la otra opinion que procede del principio puramente racional de la perfectibilidad infinita, sería tanto mas exacta y consecuente esta denominacion, cuanto que todas las leyes y todos los derechos divinos y humanos en sus relaciones con la historia se fundan originariamente en esta suposicion de la elevada dignidad y del destino superior de nuestra naturaleza. Solamente, pues, la idea religiosa hace al hombre plena y entera justicia por el concepto en que tiene la excelencia de su ser.

Solo esta verdad puede dar á todas las demas verdades cuanto les concierne, porque es la única que nada arriesga al hacerlo por su principio, el cual por ser sencillo y verdadero, es tambien completo y aplicable á todo. Ella puede y debe reconocer que la especie humana, á pesar de su alta dignidad y celestial destino, bajo el concepto físico y en su existencia exterior, es siempre un ente de la naturaleza, y por consecuencia bajo esta relacion y en su desarrollo exterior puede estar sometida á alguna de las leyes históricas puramente naturales.

No negará tampoco esta verdad que el hombre,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

libre aun cuando no siga el principio divino, no cesa de estar dotado de razon, ni de ser apto para seguir una idea y deducir sus consecuencias, capaz de desarrollo, esencialmente perfectible y de un modo prodigioso progresivo, tanto en el bien como en el mal. Partiendo, pues, de este punto de vista elevado y divino, llegará el hombre, en cuanto le es dado, á conocer la verdad, á comprender la realidad, á hacer una ciencia de la historia, ó sea de todo lo que ha sucedido en la humanidad por la influencia divina. Añadirémos, continuando la alusion, que la opinion *legítima* en la historia no debe, como frecuentemente hace en la vida, traspasar la realidad y la verdad, ni arrojarse en el *ultracismo*, voz de moda que comprende en sí la idea de abuso y de exageracion.

Por el contrario, en la pretension, y en su cualidad de opinion religiosa debe evitar constantemente pronunciar en la historia una sentencia precipitada, decisiva é irrevocable. En efecto, así como las doctrinas de Moises, de las cuales parte para conocer su doctrina de la semejanza entre el hombre y Dios, sirven de base á la idea cristiana sobre el hombre, y por consiguiente sobre su historia; del mismo modo es evidente que siendo, entre todas las leyes emanadas de este principio fundamental del Cristianismo, el precepto del amor el mas importante para todas las relaciones exteriores, el deber que este impone no solo se refiere á la práctica y la vida, sino tambien á la ciencia, en la cual encuentra una completa aplicacion. El amor, sin embargo, no excluye una opinion firme y pronunciada, porque la vacilacion en el juicio es producida solamente por la indiferencia y por la imbecilidad, que son á la vez la tumba de la verdad y del amor.

No entiendo, sin embargo, por la imágen de Dios en el hombre un pensamiento único y repentino, un rayo de luz que pase como relámpago al traves del alma, ni una chispa del fuego arrebatada por Prometeo al cielo, ni las alas sublimes de Platon, aquellas ideas elevadas sobre el comun de los pensamientos humanos; ántes que todo esto la imágen divina, como base y principio de la esencia y de la existencia del hombre, se encuentra en la naturaleza, en las formas fundamentales, y en la estructura interior de una conciencia, en cuya triplicidad psicológica brilla y se refleja el ser divino. Cuatro diversas direcciones manifiestan el desacuerdo de la conciencia en el mundo exterior, á saber : la razon, la imaginacion, la inteligencia y la voluntad; pero la vida interior, despues del restablecimiento de la conciencia, debe ser triple, y proceder de la armonía del alma, del entendimiento y del sentimiento, como he procurado demostrar en mis *Lecciones sobre la filosofía de la vida*.

Esta trinidad espiritual de donde resulta la vida moral y superior, y que es la herencia privilegiada de la naturaleza humana, corresponde esencialmente á la triple potencia y á la triple personalidad que comprende la naturaleza divina en su unidad de sustancia; y establece, en cuanto lo permite la inmensa distancia que separa al Criador de la criatura, aquella analogía misteriosa que existe entre el hombre débil y mudable, y el espíritu infinito del Amor eterno.

La armonía privada de la conciencia y de la triple vida interna se restablece aisladamente en cada hombre de esta manera : el alma, en la cual reinaba ántes la lucha y la confusion, iluminada luego por una luz superior, recobra su unidad y vuelve á ser un conjunto integral, siguiendo con amor esta luz, primer rayo de esperanza. Confiándose á esta aurora luminosa, y despertado á la vida el espíritu, que no es ya una inteligencia fria, muerta, abstracta, puede retener con fe la palabra pura de la verdad, que no es otra cosa mas que el amor; entónces comprende esta palabra, y por ella se dirige en el mundo y en su interior, miéntras que cuando duraba la division, aislada y abstracta la inteligencia, iba errando al acaso ya en el interior, ya en el exterior, y servia de contínuo ludibrio á los pensamientos fantásticos de la imaginacion y á los sofismas de la razon, los cuales chocaban entre sí con una dialéctica perpétua. Desatado una vez por la mano poderosa del amor universal el nudo gordiano de la conciencia caída en inextricable confusion, si no viene una resistencia del interior, entónces la tercera facultad fundamental del hombre, el sentido interior, el sentido de lo divino se levanta y se mueve de nuevo. Desde aquel momento no es ya un sentimiento puramente pasivo por lo que es grande y noble, ó una voluntad débil é indecisa por el bien, sino una fuerza que da vida, ó mas bien es la accion y la misma vida.

Muy diferente de este desarrollo interior de la vida espiritual en el hombre individual es el camino progresivo y gradual, siguiendo el cual se ha formado el hombre tomado colectivamente, y cuya descripcion general constituye la que llamamos historia de la humanidad, de su desarrollo y de su educacion. En esto ya no puede ser aplicada la division segun las tres facultades fundamentales de la vida interna y de la conciencia del hombre individual á los grados recorridos por la humanidad en su desenvolvimiento. Solo á medida que vamos descubriendo en la historia un nuevo impulso divino, podemos señalar un punto en la vida de la humanidad, y calcular los grados diferentes que recorre, no obstante que por la naturaleza misma de la cosa , aun en este camino general hácia la gran restauracion, se distinguen tres fases. Así, en la creencia de que el hombre ha sido hecho á imágen de Dios, que su fin es el restablecimiento de esta imágen desfigurada, y que las tentativas y los progresos de este restablecimiento forman el contexto de la historia, la idea general que nos dirigirá en la investigacion y en la explicacion de los acontecimientos, en la primera fase y en el primer período del mundo, es el don primitivo de la *palabra* interior, don precioso que de tan diversas maneras y por medio de tantos vestigios y fragmentos de diversa naturaleza indica y manifiesta la santa tradicion y la filiacion divina de todos los pueblos. Para los tiempos medios y en la segunda fase del desarrollo humano, época en la cual, preponderantes las grandes naciones, cada una en su esfera propia, despliegan en todas direcciones la fuerza y el genio de la victoria, la idea de esta *fuerza* nos servirá de medida para apreciar los hechos individuales, y determinará nuestro juicio general; examinarémos esta misma idea de fuerza, indagarémos hasta qué punto era superior y divina la que reinó ; si fué al contrario perniciosa y hostil al principio divino, ó si de naturaleza mixta ha sido á la vez ambas cosas. En cuanto á la última fase del mundo, ó sea á los tiempos modernos, solamente en la luz superior de la verdad pura que á un tiempo alumbra á la ciencia y á la vida, encontrarémos el principio al cual es menester referir el todo, y segun el cual conviene juzgarlo todo en lo pasado; esta es igualmente la única base en que podemos fundar las predicciones ó á lo ménos los presentimientos sobre el desarrollo futuro y el porvenir histórico de la humanidad. Así, pues, los tres principios divinos que presiden á la division de la filosofía de la historia, serán la *palabra*, la *fuerza* y la *luz*.

Esta division tan sencilla y natural no es teórica é hipotética, sino que se apoya en la realidad y en la experiencia histórica. En efecto, la existencia de una primera revelacion en los tiempos primitivos, la propagacion del Cristianismo que imprime una nueva accion, y da nueva vida al mundo moral; en fin, la preeminencia de la presente civilizacion de Europa, que no solamente se extiende por las tres partes del mundo, sino que por varios conceptos se ha elevado sobre todos los períodos de lo pasado, son tres hechos positivos en la historia del universo, tres datos incontrastables que pueden conceptuarse en general

(c) Instituto Cervantes de Madrid

como los grados del camino progresivo del desarrollo humano. Solo se trata, pues, de saber cómo apreciar toda la importancia de cada uno de estos datos en particular, y de descubrir luego su recíproco enlace, buscando su explicacion en la armonía del conjunto. Efectivamente, si todos convienen con facilidad en que la faz celeste de la verdad pura, iluminando los Estados y los pueblos cristianos de Europa, se ha reflejado no solo en la ciencia, y en general en todas las partes de la cultura intelectual, si no tambien en la moral y en las relaciones sociales y políticas, todos saben no obstante y comprenden que este principio vital de la humanidad y este elemento de la historia encuentra tambien en nuestros dias obstáculos en el desarrollo interno, y tiene que luchar contra elementos contrarios. Ahora bien, la dificultad de este efecto, esta lucha intestina será y debe ser precisamente el objeto de nuestras consideraciones, luego que hayamos llegado á los últimos tiempos, á la última parte de nuestra obra. Por otra parte es tambien incontestable que en el segundo período del mundo, al cual pasamos ahora, las naciones que han adquirido cierta preponderancia se distinguen por una visible superioridad de fuerza intelectual y moral. »

Hasta aquí el filósofo aleman; descendamos ahora con el frances del campo de las ideas al de los hechos, de la inspiracion superior á la discusion libre y personal.

La idea del progreso sin retroceso posible no se ha expresado en ninguna parte positivamente, que yo sepa, ántes de Francisco Bacon : en ninguna parte ciertamente, anterior á él, se ha presentado como un objeto de estudio histórico.

Maquiavelo, cuyas obras terminan el siglo XV é inauguran el XVI, no pasó mas allá de las ideas griegas expuestas de una manera tan breve por Ocello. Segun él, todas las sociedades deben recorrer un círculo fatal. En un principio se reunen los hombres para defenderse; elígese como jefe de esta sociedad al mas fuerte y al mas grave; al cabo de poco tiempo se requieren leyes y penas para los delitos, y de ahí se deriva la justicia. Entónces se eleva como jefe al mas justo en lugar del mas fuerte. Posteriormente se convierte la soberanía de electiva en hereditaria; la conducta de los reyes irrita las pasiones; temen estos la cólera que han suscitado, y se hacen tiranos. Rebélase la multitud, y arrojando al déspota se somete á los que la condujeron al combate. Así nace la aristocracia, que haciéndose hereditaria, produce hijos que vuelven á principiar los delitos de los tiranos. Provocado el pueblo de nuevo se rebela y establece el gobierno popular, que no tarda mucho en conducir por sí mismo á la anarquía; vuélvese entónces al gobierno de uno solo y se principia de nuevo el círculo. Tal es la marcha, dice Maquiavelo, de las cosas entre lo malo y lo peor. Puede obtenerse ciertamente una sólida situacion combinando las tres especies de poder monárquico, aristocrático y popular, lo cual hizo Licurgo en Esparta; y análoga combinacion subsistia en Roma, en donde los cónsules representaban al rey, los senadores á la aristocracia y los tribunos al pueblo.

Claramente se ve por esta breve exposicion cuán exacta es la época que asignamos á la introduccion de la idea de progreso en el dominio intelectual. Es curioso tambien ver la decrepitud de este sistema, que sin embargo sostienen muchos todavía en contra del pensamiento que Bacon fué el primero en consignar. No era inútil presentar una doctrina, que posteriormente combinó Vico con las indicaciones del canciller de Inglaterra.

Las mas graves entre las cosas humanas, dice Bacon, son las revoluciones de las religiones y de las sectas : como otros tantos círculos hacen mover los ánimos y los gobiernos. (*De augmentis scientiarum* lib. II, cap. 4.) Pero la historia social y sagrada, la historia del mundo sin la de las letras (ciencias, filosofía, jurisprudencia y letras humanas) y de las artes (industriales y prácticas) es como una estatua de Polífemo sin un ojo; falta de expresion, está privada de lo que puede indicar su genio y su valor. Para hacer una historia, convendrá proceder segun estos principios : recordar las doctrinas y los sistemas que dominaron en las diversas épocas y países del mundo; referir su antigüedad, sus progresos, sus emigraciones y retrocesos; estudiar la ocasion y el orígen de las invenciones, el modo de trasmitirlas ó de enseñarlas, y las instituciones de fomento y de práctica; escribir la vida de las sectas y sus controversías; señalar los autores y sus libros principales, las escuelas con sus progresos, las academias, las sociedades, los colegios, las órdenes, y en fin todo lo que se refiere al estado de las letras. Ante todo manifiéstense con precision las causas de los acontecimientos; y en cuanto al método que ha de seguirse en este trabajo, será menester tratar de conocer en los mismos hechos los medios de dividir la narracion en épocas, y estas en series. No será el fin de tal historia satisfacer una vana curiosidad, ó manifestar á todos el valor de las letras, sino mas serio y grave, debiendo dar por resultado el conocimiento de las revoluciones del entendimiento, de manera que sea posible deducir de él la institucion del mejor régimen.

No se habla aun en esta proposicion de Bacon de un progreso sin degradacion futura, pero el ponerla en práctica hubiera demostrado que hubo en lo pasado un adelantamiento contínuo. Aparece esto manifiesto á los doctos que se dedicaron á escribir en el siglo XVI, siempre conforme á los consejos del gran filósofo, los anales especiales de las ciencias, de las letras y de las artes, á fin de que sirviesen para fundar la gran historia del mundo. Bacon decia ademas que se trabajase en la instauracion de una filosofía que nada tuviese de vana ni de abstracta, sino que mejorase la condicion de la vida humana. De los veinticinco siglos, añadia, mas allá de los cuales no hay certidumbre histórica, apénas hay cinco que hayan servido al progreso de las ciencias. Pueden contarse tres revoluciones, y tres períodos de doctrinas : una entre los Griegos, otra entre los Romanos, y la última entre nosotros. El espacio restante se halla ocupado por otros estudios ó por guerras; desierto, estéril y vasto, sin cosecha científica. Pero cuando se piensa en los accidentes, en medio de los cuales reaparecieron tres veces las letras, y se medita juntamente cuán firmes nos llegan hoy; cuando se medita en todos estos bellos monumentos de los escritores antiguos á quienes la imprenta salva para siempre del naufragio, en el poder de las civilizaciones modernas, y en esta propiedad inseparable de la duracion, en virtud de la cual cada dia crece la verdad, no podemos negarnos á la esperanza de una época superior á todo cuanto hay escrito. (*De augmentis*, lib. VIII, aph. 97.) En marcha, pues, prontos á la obra : pongamos á un lado esta costumbre de pasiones que se adhieren á los extremos opuestos de la antigüedad y de la novedad : los hijos del tiempo imitan las maneras del padre, y como él devoran á sus hijos. El anticuario ve con envidia los progresos modernos; la juventud, no contenta con superar, quisiera eliminar lo pasado. El consejo del Profeta es sin embargo verdadero. Deteneos en el camino antiguo; observad desde él cuál es el recto y bueno, y dirigíos por este. Es menester estudiar la antigüedad, pero para descubrir el mejor camino, y luego que se haya encontrado, dirigirse por él animosamente. La vejez del siglo es juventud del mundo; nuestra época será un dia antigüedad, el punto de partida de los siglos venideros. (*De augmentis*, lib. I.) Porque es menester esperar la perfeccion de las ciencias mas bien de la sucesion de los trabajos que de la habilidad de uno solo ó de la inteligencia de un puñado de personas. (*Sabiduría misteriosa de los antiguos*, Prometeo, Paris, 1641.)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No nos detendrémos mas tiempo, como hemos hecho, en los varios pasajes de Bacon : baste decir que hay otros muchos en los cuales se expresa este pensamiento de un progreso verificado como á saltos sucesivos en lo pasado, y que espera tomar en el porvenir un paso regular y constante. No es difícil hoy ver una definicion cierta del progreso en las imágenes y en los pormenores que las envuelven; pero no debia suceder así á los que leían semejantes libros hace uno ó dos siglos. Por consecuencia, casi todos los hombres que escribieron con arreglo á su direccion historias especiales, notaron, pero no reconocieron, el movimiento de que trato. Posteriormente, sin embargo, sus escritos debian hacerlo evidente á ojos mas perspicaces. Entre el pequeño número de los que mostraron la realidad de las esperanzas de Bacon, citarémos al frances Leclerc. Principió este una historia de la medicina (*Histoire de la médecine*. Paris, 1696 y 1729), en la cual se proponia descubrir el orígen de esta ciencia, mostrar sus progresos de siglo en siglo, y los cambios acaecidos en los sistemas y en los métodos á proporcion de los descubrimientos, etc. Su libro debia en suma presentar los raciocinios principales y los experimentos mas notables por cuyo medio habia llegado la medicina á la prosperidad presente. Esta obra, así como la del gran filósofo que poco ántes hemos citado, se presentaba en medio de una discusion que todavía duraba sobre el valor relativo de los antiguos y de los modernos.

Hablemos ya de un hombre, que con buen derecho podemos considerar como un hijo, un discípulo de Bacon, á saber, el Italiano Vico, aun cuando este no trate del progreso.

Segun Vico (*Principios de una ciencia nueva acerca de la naturaleza comun de las naciones*), el mundo social es obra de los hombres. En el estudio de sus revoluciones ha de buscarse cuáles son los hechos inmutables y los hechos fundamentales de que dependen sus movimientos y su existencia. Así se explicará cómo se forman y se mantienen las sociedades, y se poseerá una historia de las ideas humanas que podrá servir para siempre de base á la metafísica. Todas las instituciones sociales, todas las revoluciones giran en el círculo de tres costumbres : religiones, bodas y sepulturas. Si examinamos los hechos históricos, las tradiciones mas lejanas hablan de tres edades : de los dioses, de los héroes y de los hombres. Ahora bien, así se explican estas.

En la primera, los mas inteligentes como los mas fuertes de los hombres, errantes en las selvas, y bajo la influencia del terror que á primera vista les inspiran los fenómenos inexplicables que los rodean, ocultándose en las cavernas, adoran y temen á Dios. Descubren en los accidentes y en los rumores de la naturaleza misteriosa los gestos y la palabra del Omnipotente; los interpretan, y se gobiernan con los auspicios. Instituyen el matrimonio como vínculo santo, y así fundan la familia con las tradiciones y derechos hereditarios, bajo el gobierno de un jefe, guerrero y sacerdote á la vez. Principian las obras agrícolas, y el misterioso nudo de las sepulturas viene á unir el suelo á la familia. En breve los hombres errantes, que permanecieron débiles de inteligencia y faltos de fuerza muscular, se presentan á pedir asilo y proteccion á estos jefes engrandecidos por los auspicios y por las armas; se constituyen sus clientes, y continúan impíos, sin Dios y sin pudor, dejándose guiar como rebaño por los pastores de los pueblos. Tal es la edad divina.

Pero despues de cierto tiempo de vida patriarcal, los jefes se convierten en duros señores, y los clientes mas libres se irritan y amenazan. Entónces se unen entre sí los jefes de familia para formar una liga sólida y formidable, tanto por las armas como por una proteccion divina mayor. Estos jefes eligen entre sí un rey ó administrador temporal. Así nace la sociedad antigua, que principia siempre por una aristocracia fundada en la triple alianza de los auspicios, de los matrimonios y de las tumbas, gobernando á una turba de clientes impíos y sin pudor. Esta es la edad heróica.

Tal estado social lleva en sí los gérmenes de su destruccion. Propendiendo los clientes, los plebeyos á salir de la nada, reclaman una parte en el gobierno. Roma presenta un ejemplo de esto en las turbulencias civiles, entre las cuales pierde la aristocracia el poder, y llega á dividir el imperio con los hijos de aquellos de quienes habia sido señora : así principia la edad de los hombres. En fin, cuando la lucha cesa, y no están ligados ya los hombres por la necesidad de defender y conquistar un bien comun, se abandonan á las inspiraciones de su egoísmo; se destruyen las costumbres, y se acepta la monarquía como remedio de una depravacion que ya no sabe moderarse. Pero este poder no puede detener el torrente de las malas costumbres; no siempre es nacional, y tambien se corrompe. Entónces la sociedad se arruina. Así, pues, dice Vico, las naciones por corrupcion se dividen y destruyen por sí mismas, y de sus ruinas dispersas en los desiertos renacen y se renuevan como el fénix de la fábula. La historia, segun él, nos ofrece dos movimientos semejantes y sucesivos, de los cuales el uno es anterior á la corrupcion romana, y el otro posterior á la invasion de los Bárbaros, nos presenta una nueva sucesion de la edad divina en el gobierno de la Iglesia, y de la edad heróica en el feudalismo, hasta que llegan los tiempos de la monarquía.

Este es el sistema de Vico. Los libros de Balanche nos presentan una vasta ampliacion de su doctrina. Se ve, pues, que el Italiano, aunque alimentado con la lectura de Bacon, y habiendo estudiado al mismo tiempo á Platon, niega el progreso sucesivo, y se manifiesta fatalista, esto es, partidario de la filosofía griega, que admite solo una sucesion circular de los fenómenos sociales. Su obra, no obstante, es una tentativa vigorosa para descubrir en los hechos de lo pasado una ley unitaria explicativa. Por esto sin duda mereció ser estudiado por los Alemanes, y fué no hace mucho analizado en Francia; pero ya ántes era conocido entre nosotros (véase *Journal de Trévoux*, setiembre, 1726), y quizá pudo servirse de él Boulanger. Por esto hemos hecho aquí mencion de él, aun cuando la generalidad de su historia sea falsa.

Tambien hemos hablado de él para demostrar que la continuacion directa de las ideas del siglo XVI sobre el progreso de la especie humana, se halla en el XVII casi únicamente entre los filósofos franceses; de manera que los eruditos deben buscar en los escritores de este idioma los diversos elementos de esta idea. Alejemos así toda tentativa envidiosa que desviaria la atencion del punto en que se encuentra la mina que es menester explotar.

En efecto, nos parece evidente que en Francia, en el siglo XVIII, existió una escuela formada de poderosas inteligencias en todas materias, y unida solamente por la creencia única cuya historia trazamos aquí; escuela sin jefe, sin título é invisible á los ojos vulgares, porque no mezclaba sus ideas con el movimiento que preparaba la revolucion.

La idea de un progreso social contínuo sin temor de retroceso, resultado inevitable de la acumulacion de los trabajos de los hombres, que lo trasmiten y aumentan de siglo en siglo, formaba su base. Esta escuela no solo se manifiesta en muchos títulos y prefacios y en el sistema de coordinacion de muchas obras de aquel tiempo, sino que la veremos presentarse sucesivamente en dos escritores que declaran que este es el fin de sus mas graves estudios. Citarémos primeramente á Boulanger (1759) : la manera con que este expresa su creencia, el sistema en que se envuelve, y su edad en fin, nos inclinan á colocarle el primero en el órden de fechas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

« La parte mas útil de la historia, dice Boulanger, no es el conocimiento de las costumbres y de los hechos, sino aquella que nos muestra el espíritu que hizo establecer tales costumbres, y las causas que produjeron los acontecimientos. Ningun autor ha buscado aun la historia del género humano en el espíritu de los establecimientos que fundó en cada época. (*Antiquité dévoilée.*) Es un estudio nuevo, y que es preciso emprender; de él resultará una confianza en el porvenir, muy á propósito para curarnos de la desesperacion que se apodera de nosotros al examinar la sociedad presente. En efecto, obrando el progreso de los conocimientos sobre los poderosos y sobre la razon pública, continuará enseñándoles lo que importa al verdadero bien de la sociedad. Á este progreso solo, que de una manera invisible y victoriosa impera sobre todo lo que piensa en la naturaleza, está reservado ser el legislador de los hombres, y producir insensiblemente y sin esfuerzos nuevas luces en el mundo político, como se producen todos los dias en el mundo científico. » (*Economie politique.*)

Partiendo de estas ideas generales, propone Boulanger fundar, con el nombre de economía política, la ciencia que trata de mantener á los hombres en sociedad y hacerlos felices, y asimismo de buscar para ello los medios en la historia; y si se observa cómo procede él mismo, se comprenderá que el progreso forma el nudo entero de la actividad, cuyo drama procura desplegar.

El género humano principió la carrera de la civilizacion por la teocracia, y un estudio detenido del culto primitivo nos le presenta con el sello del terror producido por el recuerdo de la gran catástrofe física que habia dispersado á los hombres. No obstante, el estado teocrático no llegó sino poco á poco á un alto grado de esplendor. Despues del diluvio hubo primeramente familias, cuyo único vínculo era la religion, una religion austera, misteriosa, llena de sacrificios y de oraciones. Multiplicadas las familias y establecida la propiedad, fué menester un jefe, y fué Dios. Dios soberano del mundo dió leyes, y tuvo por magistrados los sacerdotes, cuya época designan todos los antiguos historiadores con el nombre de reinado de los dioses. Entónces hubo en la sociedad « unidad de principio, de objeto y de accion. » La religion era severa, el culto sencillo, sin imágenes ni templos; la agricultura, el trabajo, la industria, la poblacion y la educacion estaban sometidas á una regla sencilla y severa, siendo las leyes domésticas la única norma de la sociedad. Fueron luego construyéndose los templos; en ellos se depositó el código de las leyes, y de su seno salieron los oráculos, por cuyo medio dispuso el sacerdocio de las pasiones y de las fuerzas de los hombres. Estas instituciones, útiles al principio, se hicieron perjudiciales por su multiplicidad. De una en otra agregacion se establecieron diferentes cultos y creencias : cada ciudad creyó en sus ídolos, é hizo de ellos fetiches, de tal suerte que la pluralidad de los templos causó la pluralidad de los dioses. Las invidualidades nacionales se multiplicaron con las individualidades del culto, y el odio y la guerra dividieron las naciones. Debe considerarse el mosaísmo como una reforma sábia de la teocracia egipcia (1).

La segunda edad, es decir, segun la fábula, el reinado de los héroes ó semidioses, principia cuando los jefes de la teocracia, habiendo cesado de creer, se sirven en su egoísta interes de las leyes y del órden religioso establecido. Cansadas entónces las naciones del yugo que pesaba sobre ellas en nombre de Dios, y perdiendo, á ejemplo de sus jefes, el primitivo temor religioso, pidieron reyes para gobernarse : estos fueron los dioses terrestres. « Así, pues, la primera edad de la teocracia habia hecho idólatra á la tierra, porque en ella fué tratado Dios como un hombre; la segunda la hizo esclava, porque el hombre, héroe ó rey, fué tratado en ella como un Dios. »

La tercera edad de los hombres fué la de las repúblicas. Los excesos del despotismo hicieron que volviesen los pueblos la vista á los altares, y que de nuevo tomasen á Dios por rey : así Aténas, expulsando á los tiranos, elevó una estatua á Júpiter, tomándolo desde entónces en adelante como único soberano. Pero hubo enemistades y guerras de ciudad á ciudad; hubo dioses diferentes, y la tierra se vió llena de idolatría y de tormentos anárquicos.

La monarquía debia ser el término de estas revoluciones : ella sola representa la unidad social; ella sola puede constituir unitariamente la educacion y la moral sin imponer la servidumbre civil. Así sobrevino la monarquía. La edad média nos presenta el último esfuerzo de la teocracia, que al fin sucumbe ante los progresos del espíritu humano (*Economie politique*) : inmenso rio que cada dia crece, y que nada, sino un diluvio quizá, puede detener. Se dijo la Europa salvaje, la Europa pagana, la Europa cristiana, y habrá que decir, en fin, la Europa racional. Miremos el porvenir con esperanza, y no dudemos de la futura felicidad de la sociedad. El sabio siembra un grano que germina lentamente; él trabaja, y las razas venideras recogerán el fruto.

Por este bosquejo acerca de las investigaciones á que Boulanger consagró su breve vida, y á cuyo fin estudió la geología, las lenguas y los libros de Oriente; por esta exposicion de su sistema histórico se comprende que tendia á la monarquía representativa, tal como hoy está establecida (en Francia). La obra del abate de Saint-Pierre sobre la paz perpétua merece considerarse como una realizacion de semejante teoría. Por lo demas, las opiniones de Boulanger fueron muy discutidas, y motivaron bastantes investigaciones y disputas sobre las sociedades primitivas. Si este filósofo no fué el único promotor de tales trabajos, á lo ménos debemos creer que gran número de ellos nacieron de pensar en el problema que investigaba.

Turgot (*OEuvres*, tomo II, Paris, 1808), que fué al principio prior de la Sorbona, y por último ministro de Estado, de modo que principió su carrera con la filosofía religiosa, y la concluyó en los torbellinos de los negocios, presenta la idea del progreso con tal precision, que sin duda ninguna hubiese aventajado á Condorcet, si hubiera consagrado á cultivarla el tiempo que consumió en la administracion del país.

Principió en 1750 con un discurso en la Sorbona sobre la utilidad que el establecimiento del Cristianismo habia traído al género humano. Demuestra en él que el estrecho patriotismo de las antiguas repúblicas, el espíritu de raza, el egoísmo absoluto de las antiguas sociedades, de donde procedieron la cruedad en la victoria, la esclavitud del vencido y el absoluto dominio de la fuerza, habian desaparecido ante el principio de igualdad y de caridad proclamado por el Evangelio que habia enseñado ó los gobiernos á ser humanos; y sostuvo que el Cristianismo habia hecho progresar á los hombres.

Con mas precision habló en un segundo discurso pronunciado el mismo año y en el mismo lugar, sobre los progresos sucesivos del espíritu humano. « Los fenómenos naturales sometidos á leyes constantes, » dice, « están contenidos en un círculo de revoluciones siempre iguales : todo renace, todo perece, y en estas generaciones sucesivas, por las cuales se reproducen los vegetales y los animales, el tiempo no hace mas que renovar á cada instante la imágen de lo que perece. La sucesion de los hombres, por el contrario, ofrece de siglo en siglo un espectáculo siempre variado. Todas las edades están encadenadas por una sucesion de causas y de efectos que unen el estado presente del mundo á los que los precedieron. Los signos multiplicados del idioma y de la escritura,

(1) Los caractéres de revelacion divina en la religion de Moises bastan para dar de él una idea muy diversa.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dando á los hombres el medio de asegurar la posesion de sus ideas y de comunicarlas á los demas, forman un tesoro comun que una generacion trasmite á otra, como una herencia siempre aumentada por los descubrimientos de cada siglo; y el género humano, considerado desde su orígen, ofrece á los ojos de un filósofo un todo inmenso, que tiene, como todo individuo, su infancia y sus progresos.

» La marcha de los hombres es en todas partes la misma, pero de una celeridad sin igual, de tal mal nera que hoy todavía nos presenta la superficie del globo, en cierta manera bajo un solo golpe de vista, los monumentos, los vestigios de todos los pasos del género humano, la imágen de todos los grados por que ha pasado, y la historia de todas las edades. En ninguna parte se observa mejor este movimiento que en las revoluciones que cambian las naciones como las tempestades que agitan al mar : las desgracias inseparables de los cambios desaparecen, el bien queda, y la humanidad se perfecciona.

» Muchos errores, muchas supersticiones y monstruosos extravíos señalaron los primeros pasos de la humanidad. Pero en esta lenta progresion de opiniones y de errores en que los nuevos excluyen á los antiguos me parece ver aquellas primeras hojas, aquellos tegumentos que la naturaleza dió al gérmen naciente de las plantas, que salen primero de la tierra, se marchitan despues al nacimiento de nuevos tegumentos, hasta que al fin el todo se presenta y se corona de flores y frutos, imágen tardía de la verdad.»

Turgot busca las pruebas de estas ideas generales en una exposicion histórica, de la eual bastará presentar aquí una reflexion que nos manifiesta cuán puro se conservó este filósofo de las preocupaciones del siglo XVIII. « En el seno de la pretendida barbarie de la edad média, » dice, « se hicieron verdaderos, inmensos progresos. En un terreno tan rústico en apariencia, se desarrollaron las raíces de la abundante mies que los últimos siglos recogieron y que nosotros gozamos. »

En un bosquejo de historia universal, escrito de un solo impulso y que Turgot queria contraponer á la de Bossuet, se manifiesta aun mas preciso que en el discurso que hemos citado. Algunas partes de aquella obra han servido evidente y casi textualmente á Saint-Simon y Augusto Comte, de los cuales hablarémos ahora.

Establece Turgot por base que la historia abraza la consideracion de los progresos sucesivos del género humano, y las causas particulares que á ellos contribuyen. Principia con un discurso sobre el progreso del gobierno y de la moral, del cual tomamos las siguientes generalidades.

Busca ejemplos del estado de los primitivas asociaciones en las poblacíones salvajes existentes hoy. Los pueblos fueron en un principio cazadores, despues pastores, y en fin agrícolas. La superioridad de valor, de razon y de fuerza creó jefes ; la guerra engendró la esclavitud. El ocio de algunas clases favoreció los progresos del espíritu ; la desigualdad de las fuerzas físicas engendró la esclavitud y la prostitucion de las mujeres ; pero en medio de todos los males y de todas las malas pasiones, y hasta con su auxilio, las sociedades adelantaron, conducidas por la Providencia hácia un estado mejor. « Cuando examino, dice, la historia general de los pueblos y sus movimientos, creo ver un ejército inmenso cuyos movimientos dirige una gran inteligencia. » Á la vista de las insignias militares, al fragor de las trompetas y de los tambores se conmueven los escuadrones, hasta los caballos se llenan de un fuego que no tiene ningun objeto, cada parte cumple su cometido al traves de los obstáculos, sin conocer cuáles pueden ser los resultados. El jefe solo ve el efecto de tantos movimientos combinados ; el jefe solo ,que es Dios, conoce el fin.

En el segundo discurso trata Turgot de determinar los progresos del espíritu humano, ó en otros términos, de las teorías, de las ciencias y de las bellas artes. Véase los que mas particularmente notamos, variando solo el órden en el cual están presentadas las ideas.

Cuando se trata de encontrar la causa de un efecto, no se puede conseguir sino por via de hipótesis. La exactitud de una hipótesis no se comprueba mas que desarrollando sus consecuencias y comparándolas con los hechos. Si todos los hechos que se producen en consecuencia de las hipótesis se encuentran en la naturaleza, precisamente tales cuales debe hacerlos esperar la hipótesis, esta conformidad, que no puede ser efecto del acaso, viene á ser su prueba, del mismo modo que se conoce el sello que formó una marca viendo que todos los rasgos de esta corresponden con los del sello.

Ántes de conocer el vínculo que une los efectos físicos entre sí, nada hubo mas natural que suponer que fueron producidos por seres inteligentes invisibles y semejantes á nosotros : ¿ por qué á quién debian parecerse ? Cuanto sucedia sin que el hombre tuviese parte en ello, tuvo su dios, al cual el miedo y la esperanza hicieron que se le tributára culto, culto imaginado segun las consideraciones que se podian tener con los hombres poderosos. (Es la que llama Augusto Comte época del *método teológico* : *Cours de politique positive; Catechisme des industriels*, entrega 2ª.)

Cuando los filósofos conocieron el absurdo de estas fábulas, trataron de explicar las causas de los fenómenos por medio de expresioues abstractas, tales como *esencias*, *facultades*, expresiones que nada aclaran, y acerca de las cuales se discurria como si fuesen seres, multiplicándose las facultades para dar razon de cada efecto. (Comte llama á esta la época del *método metafísico*, nombre que le da tambien Turgot en otra parte de su obra.)

Examinando muy posteriormente la accion mécanica de unos cuerpos sobre otros, se dedujeron de esta mecánica otras hipótesis, que los matemáticos pudieron desarrollar y la experiencia comprobar. (Esto es llamado por Comte *método positivo*.) Parece evidente que estas frases de Turgot contienen la idea desarrollada del discípulo de Saint-Simon, solamente que este la aplicó á la ciencia política como á otra cualquiera, ofreciendo las matemáticas aquel método general de raciocinio. Turgot habia indicado tambien este uso, porque en el mismo discurso coloca la historia entre las ciencias físicas. Ahora veremos cómo describe la revolucion científica por la cual se salió de la época metafísica para entrar en la de las teorías mecánicas.

Bacon fué el primero que comprendió la necesidad de remontarse al exámen del orígen de las ideas pretendidas abstractas. Despues de él Galileo y Kepler establecieron con sus observaciones las verdaderas bases de la filosofía; Descártes, mas atrevido, meditó y ejecutó la revolucion. Locke caminó en su direccion al análisis de las sensaciones, y lo llevó mas adelante que aquel, siguiéndolo Berkley y Condillac, discípulos todos de Descártes.

Descártes consideró la naturaleza como hombre que extendiendo sobre ella una profunda mirada la abraza toda entera, y copia, por decirlo así, el plano desde un punto elevado. Newton la examinó mas minuciosamente, describiendo el país que el otro habia descubierto.

Se procuró inmolar la reputacion de Descártes á la de Newton, imitando á los Romanos, los cuales, cuando un emperador sucedia á otro, derribaban la cabeza del primero para sustituirle la del segundo. Pero en el templo de la gloria hay lugar para todos los hombres grandes. Entre estos dos poderosos ingenios sucede lo que siempre : un grande hombre abre nuevos caminos al espíritu humano ; por algu-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tiempo no son los hombres mas que discípulos suyos; poco á poco allanan los caminos trazados por él, reunen todas las partes de sus descubrimientos, recogen sus riquezas y sus fuerzas hasta que otro grande hombre se eleva, que desde el punto al cual habia conducido su predecesor al género humano, se lanza tan alto como se habia remontado aquel desde el punto de que habia partido.

En esta enumeracion de las ideas generales de Turgot no olvidemos lo que dice de las bellas artes. Las considera como progresivas, y contra la opinion de su época, no vacila en considerar á los modernos, á los tiempos medios singularmente, como superiores á los Griegos en este concepto. Pero si en los escritos de este filósofo se comprende la confianza absoluta en el porvenir, nada terminante se encuentra en ellos sobre la institucion de los medios de preverlo segun el estudio de los hechos pasados. No sucede así con Condorcet (1). La obra de este se halla en manos de todos; sin embargo, de tal manera es importante bajo este aspecto, que pediremos licencia al lector para poner á su vista las partes de mas interes. No olvidemos en qué condicion se encontraba Condorcet cuando consignó en el papel sus mas caros pensamientos; alcanzado por la persecucion, perseguido por el patíbulo, no pudo hacer mas que bosquejar un tanto su proyecto monumental, demostrando en algunas partes la posibilidad de llevarlo á cabo por via de un ensayo.

1º El progreso, dice, está sometido á las mismas leyes generales que se observan en el desarrollo considerado al mismo tiempo en un gran número de individuos reunidos en sociedad. Pero el resultado que á cada instante presenta, depende de aquel que ofrecian los instantes precedentes, é influye en el de los tiempos venideros.

2º Si hay una ciencia que prevea los progresos de la especie humana, los dirija y los acelere, debe ser su base primera la historia de los que ya ha verificado. (*Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain.*)

3º Si puede predecir el hombre con seguridad casi absoluta los fenómenos, cuyas leyes conoce; si aun cuando le sean desconocidos, puede, segun la experiencia de lo pasado, prever con gran posibilidad los acontecimientos del porvenir, ¿ por qué se habia de considerar como una empresa quimérica la de trazar con alguna versomilitud el cuadro de los destinos futuros de la especie humana, segun los resultados de su historia ? El único fundamento de creencia en las ciencias naturales es la idea de que las leyes generales, conocidas ó ignoradas, que determinan los fenómenos del universo, son necesarias y constantes : ¿ y por qué razon sería ménos verdadero este principio respecto del desarrollo de las facultades intelectuales y morales del hombre, que lo es respecto de otras operaciones de la naturaleza? (*Lug. cit., época décima* de los progresos futuros del espíritu humano.)

4º Nuestras esperanzas sobre el estado futuro de la especie humana pueden reducirse á estos tres puntos importantes : la destruccion de la desigualdad entre las naciones; los progresos de la igualdad en un mismo pueblo, y en fin, el perfeccionamiento real del hombre. En otras palabras : 1º ¿ Hay en el globo países á cuyos habitantes haya condenado la naturaleza á no gozar jamas de la libertad, á no ejercer jamas su razon? 2º Esta diferencia de conocimientos de medios ó de riquezas, observada hasta ahora en todos los pueblos civilizados entre las diferentes clases que componen cada uno de ellos; esta desigualdad que los primeros progresos de la sociedad han aumentado, y por decirlo así, producido; ¿ proviene de la civilizacion misma, ó de las imperfecciones actuales del arte social ? ¿ Debe debilitarse continuamente para dar lugar á la igualdad de hecho, último fin del arte social, que disminuyendo hasta los efectos de la diferencia natural de las facultades, no deje substituir mas que una *desigualdad útil al interes de todos*, porque favorecerá los progresos de la *civilizacion, de la instruccion y de la industria*, sin llevar consigo ni dependencia, ni humillacion, ni empobrecimiento? En una palabra; ¿ se aproximarán los hombres á ese estado, en el cual puedan todos, mediante el desarrollo de sus fuerzas, obtener medios seguros de atender á sus necesidades ? 3º En fin, ¿ debe mejorarse la especie humana, bien por nuevos descubrimientos en las ciencias y en las artes, y por una consecuencia necesaria en los medios de bienestar particular y de prosperidad comun ; bien por los progresos en los principios de conducta y en la moral práctica ; ó bien finalmente por el perfeccionamiento real de las facultades intelectuales, morales y físicas que del mismo modo puede ser su consecuencia, ó del de los instrumentos que aumentan la intensidad ó dirigen el empleo de estas facultades, ó tamhien del de la organizacoin natural?

5º La historia (sigue hablando Condorcet) responde afirmativamente á estas tres preguntas ; así, pues, la diferencia entre los hombres procede de tres causas principales : « La desigualdad de riquezas ; la desi- » gualdad de estado entre aquel cuyos medios de » subsistencia, asegurados por él mismo, se trasmiten » á su familia, y aquel para quien estos medios son » dependientes de la duracion de su vida, ó mas » bien de la parte de su vida en la cual es capaz » para el trabajo, » y en fin, « la desigualdad de » instruccion. » Ahora bien, estas diferencias se disminuyen continuamente. Fácil es probar que las fortunas *propenden* naturalmente á la igualdad, si las leyes civiles no establecen medios ficticios de perpetuarlas y reunirlas en una sola familia. « Actualmente » están divididos los hombres en dos clases: una que » vive segura de la renta de un fondo ó de un capital, » y otra mas numerosa y activa, que vive de su tra- » bajo en la dependencia y en la miseria. » Para que así no suceda, basta que el crédito cese de ser un privilegio de las grandes fortunas : las *loterías* sobre la vida parecen un medio poderoso de borrar la desigualdad que pesa sobre los hombres á su nacimiento, etc.

6º En el porvenir, la desigualdad natural de capacidad, en vez de perjudicar, favorecerá.

7º Entre los progresos del espíritu humano, mas importantes para la felicidad general, debemos contar la completa destruccion de las preocupaciones que han establecido entre los dos sexos una desigualdad de derechos funesta para los mismos á quienes favorece, etc.

(1) Es chocante que se haya olvidado Buchez de que Pascal habia formulado ya precisamente el progreso diciendo : « Toute la suite des hommes, pendant tant de siècles, doit être considérée comme un même homme qui subsiste toujours et qui apprend continuellement. » Era menester haber recordado tambien á Lessing, el cual ilustró abiertamente la doctrina del progreso en su poco conocido libro *De la educacion del género humano*. Ni se debia haber olvidado á Herder, el cual en sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad* sostiene el indefectible progreso de la razon. Y para tomar una sola muestra, en el lib. XV, cap. 4, § 12, dice : « Sea como quiera, la razon humana prosigue su camino al traves de todas las generaciones sin cansarse nunca; inventa teorías que no puede aplicar, y hace descubrimientos que los malvados dirigen contra ella : pero el abuso se corregirá por sí, y con el tiempo el movimiento incansable de una razon siempre creciente hará nacer el órden. Si las pasiones la combaten, ella se fortifica é ilustra con la lucha. ¿La oprimen donde estoy yo? Se refugia donde os halláis vosotros, extendiendo así su poder por toda la superficie de la tierra. Es dulce esperanza y no vana quimera creer que en otra época, donde quiera que habiten hombres, los habrá sensatos, justos y contentos, contentos no por sus solitarias é individuales impresiones, sino por la felicidad y la razon de todos. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Seríamos demasiado prolijos si quisiésemos exponer las ideas importantes y justas, esparcidas, aunque desordenadamente y entre muchas condenables, en la obra de Condorcet. Bastaba dar á conocer los gérmenes principales que se desarrollaron luego en el pensamiento de Saint-Simon : como la idea de una ciencia destinada á prever los futuros progresos de la sociedad, y fundada en la analogía de las facultades individuales y sociales; como los principios de la division de las fuerzas humanas é intelectuales, morales y físicas, cuyo estudio histórico se presenta aisladamente; como la observacion de las tendencias que se notan en la historia, y que por sí mismas se manifiestan; como la division de los resultados de la obra respecto del desarrollo de la humanidad en dos partes, que son la ciencia del desarollo mismo, y el arte social; y finalmente, como la division de la sociedad moderna en propietarios ociosos por herencia, y en trabajadores menesteros.

Miéntras el gran filósofo procuraba deducir de la idea del progreso las bases de una ciencia nueva, y de una política positiva, la certidumbre de un progreso sin interrupcion en lo pasado y sin detencion posible en el porvenir se conformaba con la produccion de una multitud de obras y de discusiones históricas especiales, de tal manera que al que conociese las obras mas importantes de entónces no le podia quedar la menor duda en este concepto. Citarémos entre estas la *Historia de las matemáticas* de Montucla, á cuya lectura no creemos que pueda resistir ninguno por rebelde que sea. Encuéntrase en ella la exposicion del movimiento humano en cuestiones de una precision y de un vigor tal, que no se pueden negar, y se ve á la humanidad progresar en el descubrimiento sucesivo de la verdad con una regularidad y un órden perfectos, elevándose por grados, segun el órden precisamente que eligieron los maestros como mejor, á fin de enseñar las matemáticas en las escuelas.

Siguieron á estos los Jacobinos, y para quien haya estudiado la vida de los principales de entre ellos, y prestado atencion á la conducta de sus discípulos, es incontestable que tenian un pensamiento político elevado, deducido de la filosofía, cuyas generalidades acabamos de exponer.

Cerrarémos la serie de los filósofos franceses que por medio de Saint-Simon desciende hasta nosotros, dando el análisis de un tratado de Kant, publicado en aleman en 1784 y en frances en 1801 (*Conservateur*. Coleccion de trozos inéditos por Francisco de Neufchateau. Paris, el año VIII, tom. II, pág. 39), y el cual por consecuencia debe contarse en el número de las obras que sirvieron de guia al espíritu frances moderno.

Kant partia de este principio : que el conjunto del universo está organizado para un fin, de tal suerte que cada parte, ademas de estar sometida á una ley y á un destino propio, constituye un medio de la tendencia universal. El hombre forma parte de este inmenso sistema de agentes, y va de acuerdo con ellos; por consecuencia, el hombre tiene su ley, su fin particular. Examinado individualmente, ha recibido y posee en el alma un ideal de la perfeccion moral que puede y debe realizar : así, pues, bueno por esencia, tiene no obstante apetitos é instintos físicos que le conducen al mal; la necesidad de triunfar de este mal y de establecer invariablemente el bien, lo impelen á la idea de una sociedad civil y moral, fundada únicamente en las leyes de la virtud, de la cual el mismo Dios sea legislador y soberano. Partiendo de aquí Kant, deduce las proposiciones siguientes :

1ª Las disposiciones naturales de una criatura son tales que **todas** deben desarrollarse enteramente y para un fin.

2ª Todas las disposiciones naturales del hombre, fundadas en el uso de su razon, deben desarrollarse enteramente, no en el individuo, sino en el espacio entero.

3ª La naturaleza quiso que todo lo que en el hombre excediese del órden mecánico de su existencia animal, lo tomase del fondo propio, y no pudiese tomar parte de ninguna propiedad ni de otra perfeccion mas que de la propiedad ó de la perfeccion que él mismo se hubiese procurado, libre de todo instinto y con su razon propia.

Aquí se nos presenta un fenómeno extraño. Parece que las generaciones mas antiguas no se han agitado sino en provecho y servicio de las que las han seguido; que no se han sometido á tantas fatigas ni trabajos sino para preparar á estas un nuevo piso desde el cual pudieran elevar cada vez mas el edificio cuyas bases trazó la naturaleza; de tal manera que los mas remotos gocen al fin la fortuna de habitar este edificio, en el cual habrán trabajado constantemente una serie tan larga de antepasados, sin saber lo que hacian, y sin que pudiesen participar de la felicidad que preparaban á los demas. Por difícil que sea esto de concebir, se deja comprender su necesidad evidentemente tan luego como se admite este sencillo raciocinio : una especie de animales está dotada de razon, y como clase de seres racionales, debe en fin llegar al desarrollo completo de sus disposiciones naturales; pero esta se compone de individuos que pasan y perecen todos; solo la especie subsiste, ella sola es inmortal.

4ª El medio de que se sirve la naturaleza para verificar el desarrollo de las disposiciones de la especie, es el *antagonismo* de los hombres en la sociedad, el cual puede llegar á ser en fin orígen de un órden legítimo.

5ª El problema mas importante para el hombre, entre aquellos á cuya solucion lo obliga la naturaleza, es ciertamente el de alcanzar el establecimiento de una sociedad civil y general, que mantenga el derecho y la libertad de cada uno.

6ª Puede considerarse la historia de la especie humana en grande como la ejecucion de un designio oculto de la naturaleza, que propende á establecer una perfecta constitucion interior, y para llegar á ella, una igual constitucion exterior de los Estados, como el solo órden de cosas en que pueden desorrollarse enteramente las disposiciones naturales de la especie humana.

7ª El ensayo filosófico de una historia universal fundada en un designio de la naturaleza, que se dirigiese á establecer entre los hombres una sociedad civil perfecta, debe considerarse no solo como posible, sino ademas como necesario para concurrir á la ejecucion de este designio.

Como se ve por estas generalidades acerca de la historia, aun cuando se encuentra en ellas un pensamiento muy extenso, segun se observa por la lectura atenta de los comentarios con que las acompañó, es Kant, sin embargo, muy inferior á Turgot, y aun mas á Condorcet, y osarémos afirmar que su escrito fué conocido de Saint-Simon, por ciertas expresiones que este usa. Pero es ahora tan ignorado, que á nosotros mismos nos ha costado dificultad conocerlo.

Así cerramos la razon del siglo XVIII. Si intentamos ahora apreciar, entre estos autores, la parte que haya representado Saint-Simon, verémos que la hizo lo que es, introduciendo en ella la idea de la caridad cristiana, y arrojándole estas palabras: *Mejoramiento de la suerte de la clase mas pobre.* Presentemos un cuadro general de las ideas de este filósofo (1), en

(1) No olvide el lector que habla un partidario : por lo demas, pocos años bastaron para reducir á su exacto valor aquellos elogios, tanto mas cuanto que se mezclaban á tales doctrinas sistemas religiosos absolutamente falsos, y reprobables teorías sociales. El señor Buchez en sus obras posteriores, y especial-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

conjunto, y sin ocuparnos en separar sus descubrimientos de los que tomó de otros. Dice Saint-Simon :

« El fin mas general de la política es el mejoramiento de la condicion social, ó lo que es lo mismo, del estado moral, intelectual y físico de la clase mas pobre.

» Actualmente padece la mayoría de los hombres, porque la revolucion, despues de haber destruido mucho, nada edificó. El pueblo quiere amar y no puede mas que odiar; quiere creer, y conviene que dude; quiere vivir de su trabajo, y es menester que se muera de ocio.

Muchas tentativas se han hecho para la reorganizacion de la sociedad europea; pero todas han sido rechazadas, porque las unas no eran mas que repeticiones de un pasado que los hombres no quieren ya, y las otras cstaban fundadas en principios ó abstracciones metafísicas, en convicciones privadas de existencia real.

» Es menester confiar á los sabios la elaboracion de la obra de reorganizacion, á fin de que no hagan entrar en ella mas que elementos positivos.

» Lo pasado no nos deja mas que un solo ejemplo útil que seguir, la division del poder en temporal y espiritual, mas allá de cuya division no hay perfeccionamiento posible.

» Los sabios deben adoptar esta idea que el siglo XVIII dejó al porvenir, á saber : que la humanidad es progresiva.

» Deben adoptar tambien esta otra idea : que todo está unido de manera que una misma ley gobierna el universo, las naciones y los hombres.

» Deben renunciar en fin á usar exclusivamente el método de que hoy se sirven. El análisis solamente es la mitad del instrumento intelectual, y la otra mitad es la síntesis. En efecto, el raciocinio se verifica pasando contínua y sucesivamente del método *à priori* al método *à posteriori*.

» Los sabios construirán una ciencia de la humanidad, una fisiología social, cuyos primeros principios serán que la especie humana es un ser colectivo que se desarrolla en la sucesion de las generaciones, segun una ley que puede averiguarse con la observacion.

« Entónces podrán conocer cuáles son las causas constantes del progreso. Verán que la causa del progreso es el trabajo, y que son indispensables igualmente tres especies de trabajo, el de los artistas, el de los doctos y el de los industriales.

» Entónces podrán prever el porvenir político de los hombres y guiar á él los pueblos.

» Para juzgar lo que es menester para tal objeto, conviene situarse en el porvenir, y considerando desde él el espacio que lo separa de los tiempos presentes, reconocer por qué esfuerzos sucesivos puede llegarse á él.

» Nuestro pasado puede caracterizarse por esto : que fué tiempo de guerra; que su civilizacion tenia por principio favorecer al hombre por medio del hombre.

» Por consecuencia, en la antigüedad el mayor número fué sucesivamente esclavo, siervo y asalariado.

» Por consiguiente, nunca fué conocida la dulce y pacífica influencia de las mujeres : las mas afortunadas eran esclavas de los maridos, y el mayor número instrumentos de placer y de corrupcion.

» Por lo tanto, parecerá muy exacto el nombre de *edad média*, como el que representa la lucha entre dos sociedades, una pacífica que procura establecerse, y á la cual sucede el porvenir, y la otra militar, que se debilita y esta destinada á morir.

» Largas y crueles fueron las revoluciones pasadas, y acompañadas de muchos desastres, porque no se habia sabido preverlas.

« Cuanto digo está comprendido en la hermosa frase de Jesucristo : *Todos los hombres son hermanos.* Como Cristiano hago sencillamente una obra de teólogo; como filósofo, una obra á la manera de Sócrates. Dios habló solamente una vez por la boca de su Hijo, y en una sola palabra suya ha comprendido *todo lo que faltaba* que hacer á la humanidad. »

Tales son las ideas generales que desarrolló Saint-Simon en muchas obras. En ninguna intenta ni anuncia la pretension de construir él mismo la ciencia que con toda su alma invocaba; pide que otro la lleve á cabo, y se ofrece como operario á cualquier maestro que quiera servirse de él para este fin. Luchó sufrió toda su vida, y pasó desconocido; pero el mal que no debia esperarse es el que se hizo en su nombre.

mente en el *Curso de filosofía*, fué el mas eficaz en separar el error de la escuela del progreso.

(π) Pág. 555 (*).

QUEROLO, Ó EL TESORO ENTERRADO.

Comedia romana del siglo III.

« Esta comedia, que se refiere evidentemente á la época de Diocleciano y Maximiano, es la única comedia romana, ademas de las que nos quedan de Plauto y de Terencio, que ha llegado hasta nosotros. No solo es, bajo este concepto, una gran curiosidad literaria, sino que en sí misma constituye un drama muy entretenido y original.

La primera edicion impresa de esta obra fué publicada por P. Daniélis en 1564; y la cuarta y última es de Klinkhamer, que se dió á la estampa en Amsterdam en 1829. De estas ediciones, la primera, tercera y cuarta existen en el Museo Británico; la segunda y la cuarta están en nuestro poder.

Hemos tenido, pues, la oportunidad de consultar todas las ediciones de esta comedia : la primera no llegó á manos de Klinkhamer; la segunda contiene todo lo mas importante de la primera, con muchas cosas que no se encuentran en las demas, incluso un largo poema de Vitális Blesénsis, escritor de la edad média, en el cual está narrada la historia en versos elegíacos, declarando el autor que hacía entónces por una segunda comedia de Plauto lo que habia hecho ántes por su *Anfitrion*.

En las tres primeras ediciones, el texto se hallaba impreso como si fuese prosa. Klinkhamer reconoció las señales del metro, y arregló toda la comedia en verso, imprimiendo el texto en prosa en las páginas de la izquierda, y el arreglo en verso en las de la derecha. El trabajo está hecho con mucha habilidad y pocas alteraciones arbitrarias.

La pieza se titula *Querolus, sive Aulularia*, Querolo, ó la comedia del *Aula*, ó de la *Olla* depositaria de un tesoro. Los personajes dramáticos, son :

El Lar Familiar.	Sicofanta.
Querolo.	Pantolabo (1).
Mandrogero.	El Árbitro.
Sardanápalo.	

La comedia de Plauto, llamada *Aulularia*, que sirve de base al Avaro de Molière, toma su nombre de un asunto semejante á este; pero no hay nada comun entre ambas comedias, si se exceptúa el tesoro enterrado, el título y la circunstancia de ser declamado el prólogo por el dios doméstico, el Lar Familiar.

(*) Aunque el autor nada dice de la obra dramática cuyo análisis se hace en este lugar, el traductor la cree digna de figurar aquí, y se lisonjea de que los lectores le dispensarán el atrevimiento de añadir una nueva *aclaracion*.

(*N. del T.*)

(1) Los manuscritos y las ediciones dicen *Pantomalo*, término bárbaro, muy propio del siglo, pero no de un escritor tan correcto y elegante como era sin duda el autor de esta comedia. Pantolabo es voz clásica; significa *Tómalo todo*, y es mas propia del carácter de que se trata que *Todo malo*, significacion de Pantomalo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

En el prólogo de Plauto, el Lar dice al auditorio que los jefes de la familia han sido todos unos miserables, que uno de ellos habia sepultado un tesoro, cuyo secreto no habia tenido el valor, ni aun al morir, de revelar á su hijo; que este hijo habia vivido y muerto pobre, sin tributarle honor á él, que era el Lar, en consecuencia de lo cual no habia querido ayudarle á descubrir aquel tesoro; que el nieto, actual *pater familias*, no valia mas que su predecesor; pero que tenia una hija muy piadosa para con la divinidad doméstica; por cuya causa habia indicado á su padre el modo de descubrir el tesoro, para que la hija pudiese tener un dote.

La comedia de Querolo no tiene ningun personaje femenino, y no parece que el héroe tenga familia. El Lar dice al auditorio que Euclio, padre de Querolo, ántes de salir al extranjero á sus negocios, habia sepultado un tesoro delante del altar doméstico; que habiendo muerto en aquel viaje, habia confiado el secreto á Mandrogero, y le habia entregado una carta para Querolo, en la que ordenaba á su hijo dividiese el tesoro con su amigo Mandrogero, como una recompensa del fiel desempeño del mensaje; que Mandrogero habia ideado un plan para apoderarse subrepticiamente de todo el tesoro; plan que él, el Lar, frustraria, procurando que el tesoro fuese á parar á manos de su verdadero dueño, á quien describe como un hombre, no malo, pero sí ingrato.

La primera escena consiste en un diálogo entre Querolo y el Lar. Querolo entra quejándose de la Fortuna, al tiempo que el Lar se presenta á él.

QUER. ¡Oh Fortuna! ¡oh ciega Fortuna! ¡Hado impio!

LAR. Salud, Querolo.

QUER. ¿Qué me quieres, amigo? nada te debo, ni poseo nada que te hayan robado.

LAR. No te enfades, espera; tengo que hablarte.

QUER. Estoy de prisa.

LAR. Aguarda, pues tal es tu deber. Yo soy aquel á quien has llamado en términos de acusacion.

QUER. Yo acusé á la Fortuna y al Hado.

LAR. Yo soy el dios doméstico, á quien tú llamas Hado y Fortuna.

QUER. Es extraño. No sé qué pensar; pero el personaje que veo ante mí parece uno de los Genios ó Misterios. Su ropaje es blanco, y le cerca una radiante aureola.

LAR. Aunque tus quejas no tienen fundamento, Querolo, me han enternecido y he venido á hacer lo que ningun Lar ha hecho ántes de mí, á explicarte la causa de tu situacion; ahora, pues, dime tus disgustos.

QUER. No bastaria el dia para contártelos.

LAR. Pues hazlo brevemente; dime los mas graves.

QUER. Respóndeme á una sola pregunta: ¿por qué ha de medrar el malo y padecer el justo?

El Lar procede á interrogar á Querolo sobre el derecho con que se incluye á sí mismo en la última clase, y despues de hacerle confesar que ha robado en los huertos siendo muchacho, que ha sido perjuro cuando amante, que ha intrigado con la mujer de su vecino cuando hombre, ademas de otros muchos pecadillos que tolera la sociedad y la justicia condena, concluye que no tiene derecho para llamarse un modelo sin igual de la virtud desgraciada.

Querolo insiste, sin embargo, en que hombres mucho peores que él gozan de mejor fortuna: le ha hecho traicion un falso amigo; su padre no le ha dejado nada sino su pobre casa y tierra; tiene un esclavo llamado Pantolabo, que no hace nada sino comer y beber con exceso; sus últimas cosechas han sido destruidas por una tempestad; tiene un mal vecino. Á todo esto responde el Lar; que muchos padres no han dejado ni aun casa ni tierra: que otros han tenido tambien muchos amigos falsos, muchos esclavos que se embriagaban, muchos malos vecinos, y que él estaba bastante bien con no tener mas que uno de cada clase. Querolo cita á un sugeto que abunda en comodidades mundanas. Pero, dice el Lar, tiene una enfermedad incurable; y tú ¿qué tal te hallas? Querolo goza de una completa salud. El Lar le pregunta si quiere cambiar de estado con aquel á quien ha aludido, siendo así que la salud es el primero de los bienes. Querolo admite que él es el mas afortunado de los dos; pero insiste aun en que si bien no cabe duda en que comparado con él se encuentra en posicion ventajosa, esta es mala relativamente á otros. Entónces el Lar le dice que escoja el estado que mas le agrade, y Querolo desea primero la gloria militar, y despues los honores cívicios; pero demostrándole el Lar las dificultades y disgustos de ambas cosas, las desecha, y se decide por una vida privada, llena de abundancia, en la cual sus riquezas le den la suficiente autoridad para dominar á sus vecinos. El Lar le dice que si desea vivir en un país donde las leyes no tengan autoridad, hará mejor en marcharse al Loira, donde todos los hombres son jueces de sí mismos, y el mas fuerte escribe sus decretos con un palo sobre los huesos y la piel del mas débil.

Klinkhamer es de opinion que este pasaje se refiere á los *Bagaudas*, que á fines del reinado de Diocleciano establecieron en aquella parte de la Galia una de las primeras combinaciones de socialismo y de la ley de Lynch, no sin ser provocados á ello por las crueldades y extorsiones de los gobernadores romanos, y que fueron sometidos con dificultad, despues de una guerra de algunos años por el emperador Maximiano. Querolo, despues de algunas reflexiones acerca de la inocencia y la felicidad de la vida de los bosques renuncia á la prometida participacion en aquella república silvestre: expresa una serie de deseos relativos á distintos estados sociales, enumerando en cada uno de ellos sus condiciones respectivas y desechándolos sucesivamente: y en seguida pasa á hablar de personas cuya posicion ocuparia con gusto.

QUER. Dame por lo ménos los cofres atestados de dinero que tiene Ticio.

LAR. Sí, con su gota.

QUER. No quiero la gota.

LAR. Pues tampoco verás los cofres con el dinero.

QUER. Dame entónces el cuerpo de bailarinas que el viejo usurero que acaba de llegar ha traido consigo.

LAR. Toma el coro completo; toma á Citéris, á Pafia y á Briséida, con el peso de los años de Nestor.

QUER. ¡Ah! ¡Ah! y ¿para qué?

LAR. Porque el viejo usurero los tiene. Los años y las bailarinas deben ir juntos.

QUER. Ne será así. Bien, dame desvergüenza.

LAR. Sé impudente, y domina el foro; pero te faltará la sabiduría.

QUER. ¿Por qué?

LAR. Los impudentes no son nunca sabios.

QUER. ¿Por qué, pues, no son los hombres felices?

LAR. Algunos lo son; pero no los que te figuras.

QUER. ¿Si te presento á uno que es rico y goza de salud, no le calificarás tampoco de dichoso?

LAR. Tú miras la salud del cuerpo y no la del alma. Esta puede hallarse enferma de envidia, esperanza ó miedo, de ambicion ó avaricia no satisfecha. La faz no muestra el corazon, ¿Qué dirás si al verle alegre en público, sabes que llora en su casa? ¿Qué dirás si no ama á su mujer, ó si la ama demasiado y se muere de celos?

Querolo deja la discusion, y entrega su destino al Lar. Este le dice que será rico, á su pesar; que no obstante sus esfuerzos para destruir su buena suerte, esta saldrá victoriosa; con otras muchas profecías ambiguas, despues de las cuales se retira dejando á Querolo maravillado. Querolo se va tambien, pronunciando ántes un soliloquio en que expresa su perplejidad.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Entra Mandrogero con Sicofanta y Sardanápalo. Mandrogero ha urdido un plan para apoderarse del tesoro sepultado, sin entregar nada á Querolo, y ha cogido á los otros dos bribones como sus instrumentos.

Mandrogero se alegra anticipadamente, prometiéndose un buen éxito; pero Sicofanta ha tenido un sueño ominoso.

SIC. He visto la noche última el tesoro de que esperamos apoderarnos.

MAND. ¿Y qué?

SIC. Ví monedas de oro; pero de una sola ojeada, al traves de ganchos, esposas y cadenas.

MAND. ¿No soñaste tambien con grillos y azotes?

SARD. ¡Oh desgraciado soñador! Me rio de ti y de las malos presagios. Tambien yo he tenido mi sueño, que era á popósito de un funeral.

MAND. ¡Los dioses te favorezcan!

SARD. Tributábamos las últimas ceremonias á no sé quién.

MAND. ¿Y bien?

SARD. Llorábamos al muerto, aunque era extranjero.

MAND. Buenas señales: regularmente sucede lo contrario de lo que se sueña. Los funerales anuncian alegría y las lágrimas risa. Tambien yo he tenido mi sueño; no sé quién me dijo que los hados únicamente me concedian á mí el hallar el oro sepultado, pero que solo me aprovecharia de aquella parte que pudiera devorar.

SIC. ¡Sorprendente sueño! ¿Qué otro uso pudiéramos hacer del dinero si no comerlo y beberlo?

Preceden á reconocer la localidad, segun las indicaciones que han recibido de Euclio: hay allí un pequeño templo, una tienda de platero y una casa alta con puertas de encina. Notan que las barras superiores están muy separadas y sin que las defiendan escarpias, lo que prueba que el que la habita no tiene nada que temer de ladrones. Mandrogero trata entónces de ver si se acuerdan exactamente de la descripcion de lo interior. Todos están unánimes sobre este punto: el pórtico á mano derecha de la entrada; tres pequeñas imágines en el *sacrarium*; un altar en medio y el oro delante del altar. Cada uno entiende perfectamente su tarea; la de Mandrogero es adivinar; la de los otros dos mentir. Mandrogero sale para hacer tiempo: sus cómplices espian la venida de Querolo, que entra muy dispuesto, por la entrevista que ha tenido con el Lar, á la credulidad en materias sobrenaturales. Se mantienen aparte como si no le viesen y hablando como si no imaginasen que son oídos. Querolo sorprende algunas palabras que le inducen á escuchar.

SARD. He conocido magos y astrólogos, pero ninguno como este. Desde que os ve os llama por vuestros nombres; os hace la relacion de vuestros padres, esclavos, familia, la historia de vuestra vida, todo lo que habéis hecho y tratáis de hacer.

QUER. (Aparte) Debe de ser un hombre digno de verse.

SARD. Apresurémonos á buscarlo.

SIC. Lo haria con mucho gusto, pero en este momento no tengo lugar.

QUER. De buena gana le buscaria yo tambien. Salud, amigos mios.

SIC. Correspondemos á tu saludo amistoso.

QUER. Vuestra conversacion ¿es reservada?

SARD. Para el comun de los hombres sí, pero no para los sabios.

QUER. Creo haber oído mencionar á un gran mago.

SARD. Cierto, uno admirablemente en exremo en el arte de la adivinacion; aunque ignoramos quién es y de dónde viene.

QUER. ¿Es tan hábil en ese arte?

SAR. Lo posee admirablemente, por lo cual os suplico, Sicofanta, que vengáis conmigo inmediatamente á visitarle.

SIC. Me esperan amigos en casa, para tratar de negocios urgentes.

Sardanápalo desvanece las objeciones de Sicofanta, y Querolo les suplica que le permitan ser de la partida, en lo cual convienen despues de muchas dificultades; Sicofanta sugiere á Sardanápalo la especie de que el astrólogo pudiera ser un impostor, y anticipándose á los escrúpulos de Querolo, conquista del todo su confianza. Miéntras ellos están discutiendo, aparece oportunamente Mandrogero, caminando á pasos lentos sumido en profunda meditacion. Le detienen y le suplican respetuosameute que les permita consultarle é iniciarse algun tanto en su sabiduría. Él contesta como quien rebosa en ella y es pródigo en dispensarla, que está dispuesto á responder á todas las preguntas que gusten hacerle.

Empiezan dirigiéndole preguntas relativas á las potestades celestes que conviene hacerse propicias; á las ofrendas qne es menester tributarles; á los instrumentos secundarios de que se valen para dar sus oráculos, que son: estrellas, prodigios celestes y terrestres, animales consagrados, harpías, gansos y cinocéfalos; enumeracion curiosa de divinidades que siempre se ejercitan en obras malévolas, á no ser que estén bajo la influencia de abundantes donativos y sacrificios, aunque no es el mismo dios el que los exige, sino su portero: en todo lo cual, al mismo tiempo que se ven ostensiblemente las supersticiones populares, cree Klinkhamer que se satiriza de una manera encubierta la corrupcion y opresion de diferentes autoridades.

Sicofanta cree esta explicacion capaz de desaminar á todo el que quisiera dirigirse á semejantes divinidades, y solicita que se le indique algun método mas sencillo para descifrar los misterios del destino.

MAND. En primer lugar, la hora en que uno nace tiene grande influencia en la buena fortuna del hombre: en segundo lugar, es menester hacerse propicios los genios que gobiernan los decretos del destino para convertir en bueno lo que al principio era malo: contando con su benévolo poder, si acaso la mala fortuna habitáre en vuestra casa, se la puede encantar, aprisionar y expulsar de ella.

QUER. Sería cosa excelente; pero para que nosotros podamos obedecerte ciegamente, ya que nos has dicho mucho de lo que sabes, dinos algo de lo que no sabes.

MAND. Sin duda no sé por un conocimiento anterior quiénes sois vosotros tres.

SARD. Es seguro.

MAND. Empezemos, pues, por ti. Tu nombre es Sardanápalo; eres pobre, y de baja extraccion.

SARD. Ciertamente.

MAND. Hijo de un pobre, adornado por burla con un nombre real.

SARD. No puedo negarlo.

MAND. Perezoso y gloton, petulante, calamidad para ti y para todos los que te conocen.

SARD. ¡Ah, Mandrogero! Yo no te he pedido que publiques mis vicios.

MAND. Me es imposible mentir. ¿Qué otra cosa tienes que preguntarme?

SARD. Harto he oído ya; si tienes algo mas que decirme, resérvalo para comunicármelo en particular.

SIC. Ahora me toca á mí, Mandrogero; dime cuál es mi fortuna, lo necesario y no mas.

MAND. Tengo que principiar por el principio. Eres Sicofanta, de noble estirpe.

SIC. Es verdad.

MAND. Un sugeto indigno.

SIC. ¡Ay!

MAND. Oprimido por injusticias, rodeado de peligros procedentes de la espada, del fuego y del agua.

SIC. Parece que has vivido conmigo.

MAND. No te queda nada de tu hacienda, pero si mucho de la de los demas (1).

(1) *Æs alienum*, deuda.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

SIC. Basta, basta. Te suplico que no me favorezcas mas; dile algo á este amigo.

MAND. Acércate: tu nombre es Querolo.

QUER. Sin duda.

MAND. ¿Qué hora es? Entre seis y siete.

QUER. No se le escapa nada: él hace le pregunta y la responde directamente como una clepsidra.

MAND. Ahora Marte es un triángulo; Saturno está vuelto hácia Vénus; Júpiter es un cuadrado; Mercurio está enojado con él; el Sol es redondo; la Luna está en creciente. He combinado tu genealogía, Querolo; te oprime la mala fortuna.

QUER. Demasiado cierto es.

MAND. Tu padre no te dejó nada, ni tus amigos te han dado nada; tienes un mal vecino y un esclavo indigno.

QUER. Así es.

MAND. Se llama Pantolabo. Tienes otro esclavo que se llama Zeta.

QUER. Ciertamente.

SIC. ¡Divino astrólogo!

MAND. ¿Describiré tu casa? Te consta que nunca he estado en ella.

QUER. Oiria con gusto la descripcion.

MAND. Al entrar se encuentra á la derecha el pórtico y á la izquierda el sacrarium.

QUER. Exactamente.

MAND. En el sacrarium hay tres estatuas: una de los dioses domésticos y dos de los Genios (1).

QUER. Has probado tu ciencia; ahora dime el remedio de mi mala fortuna.

MAND. Lo haré pronto, sin demora ni costo. ¿El sacrarium está apartado y solitario?

QUER. Si.

MAND, ¿No hay nada oculto en él?

QUER. Nada absolamente, excepto las imágines.

MAND. Debe ejecutarse allí una solemne ceremonia, de la cual estás excluido tú y todos los demas.

QUER. Así sea.

MAND. Han de intervenir en ella extranjeros.

QUER. Está bien.

MAND. ¿Pudiéramos hallar alguno? Sería conveniente que estos señores quisieran ayudarnos.

Los dos bribones, oyendo la invitacion de Querolo, ofrecen obsequiosos su asistencia; y Querolo manda á Pantolabo que vaya á buscar á su amigo y vecino el Árbitro (2). Mandrogero, que no gusta de tales testigos, insta á Querolo para que no se detenga, diciéndole que la hora es propicia, que la combinacion de las estrellas es muy favorable. Mandrogero pregunta á Querolo si tiene una caja vacía, y Querolo le replica que de cajas vacías tiene una gran provision. Mandrogero le dice que necesita una para sacar el *lustrum* (3); y en seguida se dirigen á celebrar la ceremonia.

En la escena siguiente aparece Pantolabo, y pronuncia un largo monólogo, quejándose de su amo, y haciendo una pintura del Árbitro, su amigo, en la cual le representa como amo peor que Querolo. De repente cree oir la voz de este que le llama, para saber por qué se halla allí sin trabajar; y pareciéndole muy duro no poder disponer de su tiempo, profiere una serie de maldiciones y se marcha.

En seguida vienen los tres pícaros, y Querolo con la caja.

MAND. Deja en el suelo la carga. Has hecho bastante para satisfacer á la religion, ayudando á sacar la mala fortuna de tu casa.

(1) El *genius loci* y el *genius domini*.

(2) El Árbitro era un magistrado especial, cuyo principal deber consistia en adjudicar y repartir las herencias. Querolo le envia á llamar como amigo; pero en la escena última viene á ejercer su empleo.

(3) El *lustrum* es el resíduo de la purificacion; en cuyo resíduo iba incluido el mal ó la contaminacion que se trataba de purificar.

QUER. Tu arte es poderoso. ¡Qué pesada se ha vuelto repentinamente esta caja! Ántes era ligera para una sola persona, y ahora abruma á dos.

MAND. ¿Ignoras que no hay nada mas pesado que la Mala Fortuna?

QUER. Demasiado lo sé.

MAND. Los dioses te favorecen. No hay casa que haya sido mas purificada que la tuya. Toda la mala suerte que reinaba en ella, está encerrada aquí. Nosotros vamos á llevar esta caja á la parte mas profunda del rio, donde su peso la hará sumergirse. Pero la Mala Fortuna, aun desde lo profundo puede todavía subir á incomodarte; por lo tanto tendrás cerrada la casa tres dias consecutivos con sus noches, no admitiendo en ella á nadie, ni aun á la Buena Fortuna, aunque llamase á tu puerta.

Los cómplices se encuentran ya en la tranquila posesion de su presa. Habian tenido á Querolo fuera del sacrarium, miéntras que introducian la urna en la caja; y ahora determinan dirigirse á un punto solitario de la orilla del rio, donde puedan romper la urna, y despues de sacar el tesoro, arrojar los fragmentos á lo mas profundo.

Cuando se han ido estos, entra Pantolabo con el Árbitro, el cual muestra su sorpresa al hallar la puerta cerrada. Tocan, llaman, y nadie les responde; entónces Pantolabo le conduce á una pequeña puerta trasera, ignorando cómo abrir, si tambien hallan esta cerrada.

Vuelven los cómplices acosados de un temor supersticioso. Habian desenterrado y sacado de la casa una urna fúnebre.

MAND. ¡Desgraciado de mí!

SIC. ¡Triste suerte la mia!

SARD. ¡Ay de mí! ¡el mas miserable de los hombres, desnudo y náufrago!

MAND. ¡Oh Sicofanta!

SIC. ¡Oh, Sardanápalo!

SARD. ¡Oh, gran Mandrogero, padre y señor! Infelices camaradas, vestid el traje de luto, pues esto es peor que haber perdido á un hombre. Esta es la pérdida de las pérdidas (1). ¿Qué se han hecho nuestras esperanzas de poder y de riquezas? Todo se ha convertido en cenizas.

MAND. Desahogad, pobres amigos mios, tan amargo dolor. Debemos nuestras lágrimas á esta cinérea urna. ¡Oh, engañador tesoro! ¿te he seguido al traves de mares y vientos, he hecho un próspero viaje, he estudiado la magia y las matemáticas, para que me engañasen los hombres que yacen en la sepultura? ¿Y he declarado á los demas su suerte, ignorante de la mia? Aquí está enterrado un padre. Yo que no derramé lágrimas á la muerte del mio, lloro ahora al padre de una persona extraña; y Querolo, el único á quien correspondia mostrar este dolor, no llora.

SARD. ¡Oh cruel tesoro! ¿Cuál fué la enfermedad que te privó de la vida? ¿Qué fúnebre pira te redujo á cenizas? ¿Por qué nos han desheredado á nosotros, tus presuntos herederos? ¿Adónde dirigirémos ahora nuestros pasos, cuando no tenemos ni un sestercio?

MAND. Examina de nuevo la urna; lee la inscripcion.

SARD. Yo no toco reliquias fúnebres; nada hay que me inspire tanto miedo.

SIC. Tu alma es demasiado tímida, Sardanápalo. (Lee) AQUÍ REPOSA TRIERINO, HIJO DE TRICIPITINO, DEPOSITADO Y ENTERRADO. ¡Ay de mí! Tengo el alma en la garganta. He oído decir que el olor del oro es

(1) . . . . majore domus gemitu, majore tumultu,
Planguntur nummi, quam funera. Nemo dolorem
Fingit in hoc casu, vestem deducere summam
Contentus, vexare oculus humore coacto.
Ploratur lacrimis amissa pecunia veris.

(JUVENAL, XIII, 130—134.)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

siempre suave (1); pero este huele á aromas fúnebres (2), aun por entre la masa de traidor plomo (3) que cubre las cenizas.

MAND. Un perfume tan bueno hace ver que al muerto se le han tributado grandes honras.

SIC. Si yo hubiese eschuchado el aviso de la urraca, no fuera víctima de semejante infortunio.

SARD. Ni yo, si hubiera obedecido el consejo que me dió esta mañana un perro rabon.

MAND. ¿Qué consejo?

SARD. Cuando salí de casa, se atravesó entre mis piernas y me hizo caer de espaldas.

MAND. ¿En qué te habia ofendido yo, viejo Euclio, para que te mofáras de mí en la vida y en la muerte?

SIC. ¿Qué resolvemos ahora?

MAND. Lo único que nos resta, es vengarnos en la persona del hijo de Euclio, divirtiéndonos á costa de su crédulo temor. Atencion; cuidad de que no os vea.

SARD. Él y sus servidores están en fila dentro de la casa, armados con varas y palos.

MAND. Para guadarla de la Mala Fortuna. Acércate y asústalos. Dí que tú eres la Mala Fortuna, y amenázales con que vas á entrar.

SARD. ¡Ah! ¡Querolo!

QUER. ¿Quién me llama?

SARD. ¡Pronto! déjame entra

QUER. ¿Qué se te ofrece?

SARD. Déjame ocupar mi antigua residencia.

QUER. ¡Zeta! ¡Pantolabo! Permaneced junto á la puerta. ¡Fuera de aquí la Fortuna! Vé adonde el Gran Maestro te ha llevado.

SARD. Él predijo mi retorno y aquí estoy.

QUER. Aunque fueras la Buena Fortuna, no entrarias.

MAND. Golpead la puerta, para desviar á la gente, miéntras que arrojamos por la ventana esta urna fúnebre. ¡Oh, Querelo! recibe el tesoro que el viejo Euclio te ha dejado. Sea tuya y de tus hijos para siempre semejante riqueza. Ahora todos á bordo, no sea que nuestra libertad peligre á causa de este sacrilegio.

Se marchan en efecto, pero Sardanápalo no está satisfecho hasta gozar en ver el terror de Querolo cuando reciba al traves de su ventana aquella visita de un difunto. Aplica el oído á la puerta, y queda atónito al oír gritos de alegría y sonido de oro. La urna rota ha derramado su contenido en el suelo. Él corre á buscar á sus camaradas, pensando que si permanece allí, le podrán coger como un ladron, sin tener el gusto de hallarse en su compañía.

Entra de nuevo el Lar.

LAR. La urna ha entregado su oro: ha sido fiel al que la depositó, engañando á los engañadores, y robando á los ladrones. El muerto fingido da la vida al hijo, devolviendo lo que el padre habia ocultado. Aprendan con esto los hombres que ninguno puede ganar ni perder, sino por la voluntad del Cielo. Mi mision respecto de Querolo está cumplida; pero ahora quiero hacer venir á su presencia á ese ladron de Mandrogero, para que le exponga su pretension á la mitad del tesoro, fundado en la carta del viejo Euclio; de este modo se hallará envuelto en sus redes, y cargará con el peso de su delito.

Querolo y su amigo el Árbitro entran, discutiendo acerca de las circunstancias del tesoro enterrado, de la idea prudente de Euclio, y del singular modo de ocultacion y devolucion. En seguida entra Mandrogero, y despues de algunos preliminares, presenta la carta. Querolo la lee:

« Euclio saluda á su hijo Querolo. Con el temor de depositar mi confianza en un extranjero, ó un esclavo, envio á mi fiel amigo Mandrogero, para mostrarte, sin fraude, lo que te he dejado. Hecho esto, entrégale la mitad del tesoro, en recompensa de su fe y de su trabajo. »

QUER. ¿Tú eras, en el extranjero, el amigo y compañero de mi padre?

MAND. La carta lo dice.

QUER. Muéstrame, pues, el tesoro que tenemos que dividir entre los dos.

MAND. Te lo he entregado sin tocar á él.

QUER. ¡De véras!

MAND. ¿Lo niegas?

QUER. ¿Me has entregado, á mí, un tesoro intacto? ¿Qué tesoro?

MAND. El que dejó tu padre.

QUER. ¿Dónde está, pues? El Árbitro está aquí para hacer la distribucion.

MAND. Se halla en tus manos.

QUER. ¿Á las cuales pasó desde las tuyas?

MAND. Desde las mias.

QUER. ¿Estaba, pues, en tus manos?

MAND. Sí, y pudiera haber permanecido en ellas el total; pero yo pido solo la parte que me toca.

QUER. De aquí no te moverás hasta que me lo entregues.

MAND. ¡Cómo! Si lo he entregado ya.

QUER. ¿Á quién? ¿Cuándo? ¿Cómo?

MAND. Hoy, aquí. Lo he arrojado por esa ventana.

QUER. ¿De dónde se extrajo?

MAND. Del sacrarium.

QUER. ¿Cómo salió de allí?

MAND. Por la puerta. Tú mismo lo sacaste..

QUER. Tú debias mostrármelo sin fraude. Pero todas estas palabras son ociosas, pues que el objeto no parece. ¿Dónde está ese tesoro?

MAND. Te lo he dado; lo juro por los dioses. Se hallaba en una urna que tiré por esa ventana.

QUER. ¡Excelente confesion! Aquí tienes, pues, oh Árbitro, al que arrojó en mi casa esa urna fúnebre Pantolabo, trae los fragmentos de ella. ¿Sabes leer lo qué está escrito?

MAND. Lo he leido y releido. « AQUÍ YACE TRIERINO, HIJO DE TRICIPITINO, DEPOSITADO Y ENTERRADO. »

QUER. No contento con faltar á tu deber respecto del vivo, te has burlado del muerto; has roto su sepulcro; desenterrado sus cenizas; las has llevado al camino público y robado el tesoro que estaba sepultado con ellas, y por último, has arrojado los fatales restos por la ventana, esparciéndolos en el suelo y manchando así la casa que habias robado ántes.

MAND. Adios; no insisto mas, pues veo que la Fortuna me abandona.

Querolo, sin embargo, no quiere permitirle que se marche. Le examinan y amenazan con llevarle ante el pretor; pero le dan á elegir el delito que deberán imputarle, entre el de robo y el de sacrilegio. Él trata de defenderse de ambos separadamente y desiste de su empresa desesperado, dejando á su volontad que le imputen el que mejor les agrade; ó el latrocinio, que no pudo cometer, ó el sacrilegio que no quisiera haber cometido, y concluye abandonándose á su misericordia y pidiendo tan solo que le permitan marcharse. El Árbitro intercede en su favor, como que habia sido en realidad, si bien faltando á la fe prometida, el medio por donde habia llegado la riqueza á Querolo, y este consiente en mantenerlo y recibirlo en su familia.

Sicofanta y Sardanápalo se presentan entónces y solicitan una pequeña parte en la bondad de Querolo. Ellos saben que una casa no debe admitir en su seno

(1) — Lucri bonus est odor ex re
Qualibet. (JUV. XIV, 204, 5.)
Alude á la conocida anécdota de Vespasiano. — Suet. Vesp. 23.

(2) Alude á las yerbas olorosas que era costumbre colocar sobre las cenizas y que pudieran haber sido puestas por Euclio en la urna, para aumentar el engaño.

(3) La idea del plomo ocurrió para dar probabilidad al peso aparente.

(c).Instituto Cervantes de Madrid

á tres hambrientos holgazanes; pero imploran un regalo módico. Querolo replica :

Que el vencido parásito reciba la recompensa de sus injurias.

É inmediatamente sigue una especie de epílogo, en forma de senadoconsulto, fijando una tarifa de recompensas por los vestidos desgarrados, las magulladuras, los huesos rotos y las demas clases de injurias á que están expuestos los parásitos. Este epílogo fué añadido, sin duda, para explicar las últimas palabras de Querolo.

Tres de los editores de esta comedia y muchos otros escritores han hablado de ella en los términos mas lisonjeros. Gruter y Parens muestran despreciarla; pero Cannegeiter dice : « que solo la desprecian los que » no la entienden. » Las burlas de Gruter y de Parens parecen haber sido provocadas principalmente por el manuscrito que lleva el título de *Plauti Querolus*; pero de ello no puede culparse al autor, el cual dice, que se ha propuesto imitar á Plauto.

Daniélis la llama comedia notable como resto de los tiempos antiguos, y no ménos admirable por la novedad de su argumento. »

M. S. O. (*Fraser's Magazine*. Marzo, 1852.)

FIN DE LAS ACLARACIONES AL LIBRO VI.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LIBRO VII

DESDE CONSTANTINO HASTA AUGÚSTULO

SUMARIO

Bajo Imperio. — La Germania. — Constantino y su familia. — Nueva constitucion. — Reaccion del paganismo. — Triunfo de los Católicos. — Division del imperio. — Irrupcion de los Bárbaros. — Fin del imperio de Occidente. — La Iglesia. — Literatura profana y sagrada.

CAPÍTULO PRIMERO

Germania.

Se halla, pues, dividido el mundo en tres grandes imperios : el romano, el persa y el chino. Separado este último por tanto espacio y tantos pueblos bárbaros, ejerce influencia sobre el Asia extrema, sin conocer á los otros dos, como no sea por alguna correría que hacen los Partos en su territorio, y por las mercancías con que excita el lujo y disipa el oro de Roma. Habia llegado el persa á tal poder que causaba espanto, como actualmente el poderío gigantesco de los Rusos, y se veía en él al único émulo formidable del Capitolio. El despotismo oriental que lo dominaba, impedia enumerar aquella nacion entre las civilizadas, aun cuando las artes de la paz y del lujo la distinguiesen de las bárbaras : las leyes mantenian el órden, pero sin justicia ni felicidad ; la cultura literaria lisonjeaba, pero no ilustraba ; la religion se apartaba de la idolatría en cuanto bastaba para calmar la razon, pero no en cuanto á purificar los afectos.

Mas que los cuarenta millones obedientes al rey de los reyes, debia perjudicar á Roma la libertad de los pueblos del Norte, hermanos de estos orientales, y los cuales, vírgenes aun y vigorosos, esperaban la señal de Dios para arrojarse sobre Roma y vengar al universo. Desde los principios de la sociedad civil, la estirpe que se llamó indo-germánica, se extendió en diversas direcciones por la tierra, y dirigiéndose una parte á la Persia, á la India y al Tíbet, creó ó conservó una civilizacion admirable, cuyas reliquias se interrogan hoy por los sabios en los Vedas, en los inmensos poemas del Ramayana y del Maha-barata y en el Zendavesta, así como en los templos subterráneos y las pagodas, ó en las ruinas de Chil Minar, de Nínive y de Babilonia.

Costeando los otros el mar Negro y el Caspio, se extendieron desde la Siberia hasta el Ponto Euxino, y por tres partes inundaron la Europa. Los unos, por las montañas de Tracia, por la Macedonia y la Iliria, llegaron á establecerse entre los olivos y los laureles de la Grecia, y moderando bajo la sola influencia de aquellos mitos y del aire puro su ardiente fantasía, crearon con el sentimiento armónico la imágen mas selecta de lo bello. Pero la estirpe griega, en la época que vamos refiriendo, habia cumplido su mision, y no se enorgullecia ya mas que con recuerdos, miéntras que aparecian en el teatro político la gótica y la teutónica, á las cuales creeríamos diferentes de la primera á causa del largo tiempo que estuvieron divididas, si no sobreviviese el idioma para servir de testimonio de su comun orígen. Cuando llegaron á Europa los Germanos, la encontraron ocupada por tres emigraciones anteriores : por los Iberos, por los Fineses y por los Galos. Los primeros se habian concentrado en la España, los otros hácia el Báltico, miéntras que ocupaban el centro de Europa los Galos, los cuales, vencidos acaso por los Germanos, se lanzaron hasta Italia.

Este paso de los Germanos acaeció probablemente catorce siglos ántes de Cristo, y en ocho ó nueve siglos se extendieron desde el Dniester hasta el Pruth, y por todo el país entre el Ural y los Carpacios. Dirigiéndose continuamente hácia Occidente, rechazando á los Cimbrios y rechazados ellos á su vez por los Eslavos, encontraron por barrera el imperio romano en tiempo de Augusto, de manera que se dirigieron contra los Eslavos, y habiéndolos vencido, pudieron afirmarse.

Entónces ocupaba la estirpe gótica las selvas de la Escandinavia; la teutónica ejercia en las orillas del Elba y del Rhin su natural vigor, y conservaba celosamente su independencia, fiando en su valor indomable.

Los primeros Germanos conocidos de los Romanos son los puestos avanzados que César encontró en las fronteras de la Galia ; errantes, desordenados, sin propiedad ni agricultura, ni mas afan que la destruccion. Tácito los cono-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ció en las dos orillas del Rhin, y aunque en el desórden de la emigracion reconoció en ellos caractéres de prosperidad y de belleza. Sabe ademas, que detras de estas poblaciones movibles existen otras fijas, con trabajo, propiedad, bienes hereditarios y culto público; pero sus conocimientos se detienen como los ejércitos romanos, en el Elba, y no conoce de allí mas que los nombres. Entre estos nombres, sin embargo, distingue los *Gottones*, rama de la gran nacion de los Gético-Godos, y los *Suiones*, padres de los Suecos y de los Escandinavos.

Estas dos naciones tenian tradiciones antiguas, y por su idioma nos es fácil distinguir las dos razas, encontrando el de la primera extendido en las islas y penínsulas septentrionales, desde donde trasladado por los Normandos á la Islandia, conservó allí su originalidad hasta el punto de ser llamado islandes, miéntras que en los tres reinos del Norte se alteró en varios dialectos, mas próximo al antiguo en las islas Feroe, y despues apartándose de él gradualmente en Suecia y en la Noruega, hasta que en la Dinamarca se mezcló con el teutónico en igual proporcion.

Este último debia dividirse ya antiguamente en alto y bajo. Al primero se refieren el bávaro, el borgoñon, el franco y el lombardo; el otro se dividió ademas en alto-sajon, anglo-sajon y frison, del primero de los cuales nos queda algun documento en los siglos VIII y IX en la Sajonia, en la Westfalia y en los Países Bajos; al segundo se refiere el idioma del mismo período en Inglaterra, y al tercero los otros que produjeron el siroco de la Gran Bretaña en el siglo XIII y en el siguiente.

No tienen estas divisiones sin embargo mas fuerza que la de conjeturas, en atencion á que los pertinaces estudios de los doctísimos filólogos alemanes no han producido todavía una clasificacion precisa (1). Mucho ménos supieron distinguirlos los antiguos, los cuales unas veces aplicaron el nombre genérico á un pueblo particular ó vice versa; otras creyeron que era nombre propio el de una federacion, ó el deducido de alguna circunstancia particular de lugar ó costumbres. Así por ejemplo, á una gente especial dieron el nombre de Dacios, que nosotros creemos comun á la inmensa nacion que hacía guerra á Roma desde las riberas del Eufrátes á las del Rhin (*Deutsch*), y cuyas semejanzas ya otras veces hemos apuntado (1).

Entre estos pueblos, los que se establecieron al Norte de la Europa no fueron de los Griegos ni Romanos conocidos como una nacion particular; y en un principio fueron confundidos con los Escitas, denominándose á veces tambien de este modo cuantos habitaban al Norte del Istro y del Ponto Euxino, aun despues que los Escitas, mezclándose con los Sármatas ó rechazados hácia el Nordeste de la Rusia, desparecieron de la historia. Despues, cuando imperando Augusto, tuvieron los Romanos que atender particularmente á los pueblos del Danubio, los distinguieron con el nombre de Germanos, nombre que probablemente aplicarian á alguna horda de la parte de acá del Rhin, y que despues fué comun á todo el pueblo que en el siglo primero habitaba desde el Rhin hasta los montes Carpacios y el Vístula, y desde el Báltico y el mar Germánico hasta el monte Cecio (*Kalemberg*) y el Danubio; ademas de aquellos que estaban esparcidos á la largo de este rio hasta el Euxino y establecidos en la Escandinavia.

Estas diversas poblaciones, llamadas quizá en general Dacios ó Teutones, tenian especiales denominaciones tomadas de particulares circunstancias; como los Suevos, llamados así de *schweifen*, andar errante, ó de *Swee*, *See*, el mar; los Sajones de *sitzen*, estar sentado, ó de *Sachs*, *Sahs*, espada corta; los Longobardos por sus alabardas, ó por sus largas barbas; los Francos de *Franke*, lanza (2); los Marcomanos por estar próximos á la frontera (*marca*); los Vándalos de *wand*, agua, porque quizá en en un principio habitaron junto al mar, ó junto algun rio caudaloso.

Pero aun estos mismos nombres están poco determinados, y el uso de los antiguos de atribuir á los pueblos débiles y vencidos el nombre del fuerte y vencedor, produce nueva confusion. Así Plinio llama Vindilios á todos los pueblos del Nordeste de Europa, porque entónces prevalecian en esta parte los Vándalos, al paso que muchas de aquellas tribus están puestas por César entre los Suevos, poderosos en su tiempo.

No sabemos á punto fijo si existieron realmente esas federaciones que algun autor men-

(1) TÁCITO, *De situ, moribus et populis Germaniæ.* — CÆSAR, *De bello gallico.*—PLIN., *Hist. Nat.*—POMPONIO MELA, *De situ orbis.*

ANTON, *Geschichte der Germanen.* Leip., 1793.

MAIER, *Germoniens Urverfassung*, 1798.

ROGGE, *Das Geschichtswesen Germanen.* Halle, 1820.

BARTH, *Deutschlands Urgeschichte*, 1820.

EICHHORN. *Deutsche Staats und Rechtsgeschichte.* Gotinga, 1821.

MAUERER, *Geschichte des Altermanichen Gerichtsrerfahrens.* Heidelberg, 1825.

WILHELM, *Germaniens und seine Bewohner.* Weimar, 1825, con dos mapas.

LUDEN, *Gesch. des Deutschen Volks.* Gota, 1826.

GRIMM, *Deutsche Rechtsalterthumer.* Got., 1828.

LEDEBUR, *Das Land und Volk der Bructerer.* Berlin, 1827.

PFISTER, *Gesch. der Deutschen.* Hamburgo, 1829.

PAILIPS, *Deutsche Geschichte.* Berlin, 1832.

G. KLEME, *Handbuch der Germanischer Alterthumskunde.* Dresde, 1836.

SCHLÖZER, *Historia del Norte* (en aleman).

ADELUNG, *Historia antigua de los Tewtones* (id.)

STRITTER, *Memoriæ populorum ex historiis byzantinis erutæ.*

HALLING, *Hist. de los Escitas y de los Alemanes hasta nuestros dias.* Berlin, 1838.

(1) Véase T. I, pág. 409. Que los Dacios provienen de la Persia, puede probarse por los muchos monumentos relativos á Mitra, hallados en la Transilvania y que pueden verse en HENE *Beytrage zur dacischen Geschichte.* Hermanstadt, 1836.

(2) *Framea.* Otros quieren sacar este nombre de la palabra franco en el sentido de libre, pero no parece que tuviera esta significacion entre los Teutones. Otros dicen que *Franco* viene de *feritate*, etimología apoyada en las voces *frek, frech, vrek, vrang* que en los dialectos germánicos equivalen á las de duro, aspero, feroz.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ciona, como las de los Istevones, á la cual pertenecian los Cheruscos, y que fué llamada despues de los Francos; la de los Ingevones, en que estaban comprendidos los Frisones y Caucios, y que despues se llamó de los Sajones; la de los Hermiones, que comprendia á los Suevos, los Marcomanos, y despues á los Alemanes; y la de los Germanos orientales, subdivididos en Borgoñones, Gépidos, Vándalos y Godos: federaciones, que como la de los Etruscos antiguos y la de los Suizos modernos, se formaron para resistir, y despues para atacar al poder romano.

En realidad no encontramos en ellas mas que una porcion de gentes enemigas ó aliadas segun la ley de la necesidad; y el querer seguir sus alternativas, sería como el querer notar la alteracion que cada soplo de viento produce en la ardorosa superficie del desierto.

Sin embargo, hácia el siglo segundo, parece que sobre estas diversas gentes prevalecieron algunas hasta el punto de aparecer ocho cuerpos de nacion, y fueron la de los Vándalos, Borgoñones, Longobardos, Godos, Suevos, Alemanes, Sajones y Francos.

Sajones. Los Sajones (1), que despues disputaron á Carlo Magno el imperio del Norte, pasan innominados por Tácito, y en los mapas de Tolomeo apénas si son advertidos el itsmo Címbrico y las tres isletas situadas hácia la embocudura del Elba, de donde salió aquel pueblo. Empezó por ejercitarse en el mar en pequeñas barcas chatas y ligeras (2), subiendo hasta ciento y mas millas á lo largo de los rios, trasportándolas de unos á otros. Ántes de zarpar de la playa enemiga, inmolaban con atroces tormentos la décima parte de los prisioneros elegidos por suerte. Diéronse al corso, presentáronse en el mar, y amenazaron la Galia y la Bretaña, osando arrojarse contra la corriente por el Sena y por el Rhin, y desde allí, trasportando las navecillas al Ródano, descender al Mediterráneo y por las columnas de Hércules volver á ver los hielos, alegres para ellos por ser los de su patria.

Aunque pocos en las primeras empresas, cuando el valor los señaló, y la piratería los enriqueció, encontraron para las sucesivas muchos compañeros entre los pueblos del Báltico, los cuales adoptaron su nombre, y unidos por medio de los matrimonios y con la comunidad de peligros y de jefes, hicieron tan formidable la liga de los Sajones, que de los seis condes del imperio occidental, uno de ellos estaba destinado al confin sajónico (*comes litoris saxonici per Britanniam*), con cuerpos de tropas especiales para repeler las incursiones de los piratas. Esta frontera comprendia todas las costas de la Bretaña continental, donde residia el conde, y las septentrionales y occidentales de la Galia, el Paso Armórico y el Nevicano (*Normandía*), compuesto de cinco provincias, y la segunda Bélgica.

Cuando los Francos mudaron de patria, los Sajones pasaron el Elba; habiendo entrado en la Francia primitiva por entre el Weser y el Rhin, sometieron ó incluyeron en su liga á los que quedaron; dieron á aquel país el nombre de Sajonia, y se dividieron en Ostfalios ó Sajones orientales en el Hannóver, Westfalios occidentales, y Angrianos, establecidos en medio de los demas á lo largo del Weser.

Suevos. En el Alto Danubio y el Alto Rhin, hasta las riberas del Vístula y del Báltico, estaban los Suevos, que fueron un pueblo ó confederacion particular. Inquietos y aventureros, los encontramos en diversas comarcas (1); despues se unieron en parte á los Vándalos y Alanos para invadir la Galia y la España: y los demas quedaron unidos con los Alemanes hasta el punto de hacer sinónimos su nombre y el de estos.

Entre los Suevos y los Sajones estaban los Francos, de los cuales, lo mismo que de los Godos, hablarémos despues mas largamente.

Longobardos. Los Cheruscos, debilitados por la generosa y frustrada tentativa de Arminio, dejaron que los Longobardos invadiesen el país superior al Alto Weser y hasta el Rhin, desde donde posteriormente descendieron para reinar en Italia.

Vándalos. Agitándose la guerra Marcomana, tambien los Vándalos se aproximaron al Imperio, y parece que habitaron parte de ellos en la Bohemia y parte en la Lusacia: divididos despues en dos bandas, una con el antiguo nombre se dirigió hácia Occidente, y la otra hácia Oriente con los Astingios separados de sus jefes; el grueso del pueblo permaneció en el país hasta ya entrado el siglo v (2).

Borgoñones. Los Burgundios ó Burgundiones, hermanos de los Vándalos (3), habitaron primero entre el Viadro y el Vístula, hasta que acometidos por los Gépidos en el siglo III, atravesaron la Germania y se establecieron al lado de los Alemanes, con los cuales tuvieron muchas guerras y contínuas enemistades sobre la posesion de los terrenos y de algunas salinas. Eran entre todos los Germanos los de estatura mas elevada y de costumbres ménos feroces, de suerte que la Galia padeció poco con sus irrupciones, y el imperio tuvo en ellos fieles aliados (4). Amantísimos de la libertad, vivian en distintas tribus, obedeciendo á los *hendinos* ó ancianos, á los cuales deponian cuando los malos años ó algun desastre manifestaban que habian incurrido en el desagrado de los dioses.

(1) T. Möller, Saxones: comm. historica. Berlin, 1830.

(2) Quin et Armoricus piratam Saxona tractus
Sperabat, cui pelle salum sulcare britannum
Ludus, et assuto glaucum mare finderet lembo.
Sidonio, *Paneg. Aviti*, 369.

(1) Ademas de la actual hubo otras tres Subrias: una en los contornos de Ambéres; otra hácia Sissek entre el Drave y el Save perteneciente á los Ostrogodos de Italia; fué llamado canton de los Suevos (*Schweva Gau*) aquel en que Sigiberto, rey de Austrasia, en el año 368, apostó 6,000 Suevos para oponerse á las invasiones de los Sajones en el Harz, esto es, en los países de Halberstadt, Mansfeld, Stolberg y Hohenstein.

(2) Véase Luis Machus, *Hist. des Vandales depuis leur première apparition sur la scène historique, jusqu'à la destruction de leur empire en Afrique*. Dijon, 1836.

(3) Plinio. Hist. Nat. IV, 28.

(4) Paulo Orosio, VIII, 32.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Ademas de estos se cuentan tambien los Sármatas que Herodoto, el primero que hace mencion de ellos, supone originarios de Escitas unidos con Amazonas (1). Hipócrates tambien los tiene por gente escítica, y dice que son negros, bajos, gruesos, de complexion húmeda y débil y poco fecundos (2). Mitrídates queriendo entrar en Italia por el Nordeste, por donde vinieron despues los Godos, excitó á los Sármatas á pasar el Tanais, y á derrotar á los Escitas, como lo hicieron con lento trabajo, de modo que se extendieron desde aquel rio hasta las montañas de Transilvania por una parte, y por la otra hácia la embocadura del Vístula. Á estas revoluciones alude Plinio cuando dice: « que desapareció el nombre de Escitas para dar lugar al » de Germanos y Sármatas (3). »

Sármatas.

11. á. C.

Esta horda conquistadora que dió su nombre al país, donde habia subyugado, no extinguido, las primitivas poblaciones, vagaba á caballo, y sus mujeres é hijos en carros cubiertos de pieles; enviaba delante el ganado mayor y se alimentaba de leche, carne, pasta, mijo, y á veces de la sangre de sus corceles. Á falta de hierro, cubrian las armaduras de cascos de caballo y de cuerno: inexpertos en la lucha á pié, traían consigo dos ó tres caballos para saltar al uno cuando otro estuviese cansado: ademas de lanzas y flechas arrojaban ciertos lazos corredizos con los cuales enredaban al enemigo: obligaban tambien á las mujeres á pelear y era tenida por infame la que no mataba á un enemigo. Simbolizaban al dios de la guerra en una espada y le sacrificaban hombres y caballos.

Entre las poblaciones sármatas que bajaron á Europa los mas formidables fueron los Roxolanos y los Yazigios, portentosos depredadores contra los cuales alzaron los Romanos un fuerte entre el Theis y el Danubio sin conseguir seguridad alguna.

Constitucion física.

Encrudecian el clima de la Germania propiamente dicha las grandes lagunas y las inmensas florestas de abetos de que estaba llena, haciéndola lugar mas propio para fieras que para hombres. Cecina cayó en un vasto pantano del cual no se encuentran hoy vestigios: Sidonio Apolinar nos dice que el Elba corria por un álveo pantanoso, y otro tanto debia de suceder con los demas rios caudalosos cuyas avenidas se dilataban desenfrenadas. La selva Hercinia cubria dos tercios de la Germania; la Carbonaria mitad de la Galia Belga, de las cuales apénas son reliquias la Selva Negra, el Spessart, el Harzwald y los bosques que se extendien desde la Turingia á la Bohemia. Allí se multiplicaban los alces, los búfalos y el bisonte, hoy confinados al Septentrion de la Polonia y de la Suecia. Los animales domésticos eran flacos y deformes, aunque numerosos en las extensas llanuras donde pastaban manadas de patos; el trigo, la cebada, los árboles frutales no germinaban en sus collados hermoseados hoy con viñedos.

Los hombres, de elevada estatura y robustos, de ojos azules, de cabellos rojos (1) vivian de lo que el terreno producia, carne y leche sin aderezo, bebida fermentada: cubríanse de pieles y toscos tejidos de lana y lino, con los cuales los ricos se hacian vestidos ajustados, los pobres un manto que dejaba descubierto la mayor parte del cuerpo, y las mujeres una túnica blanca adornada de cintas.

Habitaban en casas separadas construidas en aquellos puntos donde les ofrecian comodidad una fuente, una selva, los pastos; algunos en cuevas subterráneas, que todavía se encuentran, se guarecian del frio y de los enemigos: pocos tenian ciudades, ninguno las ceñía de murallas, y á veces circunvalaban su territorio de vastas soledades; costumbre que se encontró tambien entre los salvajes americanos, y cuyo objeto era inspirar terror y precaverse contra agresiones imprevistas. Por estas razones no se consolidaba entre ellos, como entre los Romanos y Griegos antiguos, un órden político fundado en el régimen municipal. El domicilio fijo estaba vedado á los Suevos; tampoco conocian algunos la propiedad estable, sino que cada año se distribuía á cada familia un terreno proporcionado á su número y dignidad, y hecha la recoleccion (2) el terreno volvia al comun (*allemende*). Vemos, pues, que era fácil trasportar las tribus adonde quiera y cuando quiera que alguna razon particular lo aconsejase. Sin embargo los Sajones, Borgoñones y otras tribus á la vida vagabunda prefirieron la agrícola y quieta. Algunos acostumbraban á renovar la tierra dejándola en barbecho por tres años, costumbre que se conservó en la Alta Germania.

Tradiciones.

Los Germanos no tienen ningun historiador propio, sino solo algunas tradiciones que han sobrevivido, y documentos posteriores en que se trasmite una parte de ellas. Los Latinos y los Griegos hablaron de ellos, primero por relaciones de viajeros, despues por las invasiones que hicieron en tiempo de Breno, luego por la conquista llevada á cabo en los dias de César, y por último, cuando se desplomaron sobre el Imperio. Diversísimas son, pues, las relaciones acerca de estos pueblos, habiéndose debido naturalmente cambiar su condicion interna con la exterior; á esto debe añadirse que los Romanos no comprendian una sociedad tan diversa de la suya ó le daban una significion distante de la verdad (3).

(1) Herodoto, IV, 110, 117.
(2) *De aqua et locis.*
(3) Véase Bayer, *Conversiones rerum scythicarum...* Mem. de la Acad. de Petersburgo.

(1) Hic ego cui recitem nisi flavis scripta Corallis
Quasque alias gentes barbarus Ister habet?
Ovid. de Ponto. IV, II, 37.
Mixta sit hæc (gens) quamvis inter Grajosque Getasque,
A male pacatis plus habet ora Getis.
Vox fera, trux vultus, verissima Martis imago,
Non coma, non ulla barba, resecta manu.
Trist. V, VII, 11.

(2) Aun hoy dura este uso en la isla de Cerdeña, y los esfuerzos del gobierno para desterrarlo encuentran obstáculos como atentados contra la libertad.

(3) De la *Germania* de Tácito hemos hablado ántes pág. 428 y siguientes.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Las leyes que recopilaron despues de haberse establecido en el suelo romano, indican la primitiva naturaleza de los Germanos; pero están alteradas por haber salido de la patria y por las nuevas relaciones que contraían con los vencidos: otras fueron recopiladas demasiado tarde por pueblos que permanecieron en el territorio (1). Las tradiciones, sobre ser vagas, se remontan á hechos antiquísimos que habian contribuido un tiempo á aquel estado de la sociedad, pero que habian dejado de efectuarse. Se equivoca, pues, el que va tomando las líneas de los unos y de los otros sin distincion, y cree formar con ellas el retrato de los Germanos en el tiempo que mas nos importa estudiarlos, esto es, aquel en que se efectuó la gran emigracion.

Religion.

Á diferencia de los Galos, los Germanos no tenian un órden sacerdotal que reuniese en un solo culto sistemático las esparcidas poblaciones, ántes bien desunidos y vagando entre diversas gentes, alteraron de tal modo su creencia, que no ha sido posible á los eruditos reducirla todavía á un ordenado conjunto. Tácito y César nos presentan sus dioses bajo el nombre de los griegos: el Edda mas fiel recogió las tradiciones nacionales; pero cuando aquella religion se habia ya extinguido (2). La mitología conforme á la índole del pueblo era enteramente guerrera. Las diferentes tribus, aunque se separaron, conservaron todas el mismo nombre para indicar á Dios (*Gott*, *Goodæ*). Este Dios único, Allfader, esto es, padre universal, fué descompuesto despues en otros muchos. En inglés y en aleman los dias de la semana conservan todavía los nombres de los dioses Thyn, Wodan, Thor y de la diosa Freya, correspondiente exactamente á los planetas visibles en este hemisferio, Marte, Mercurio, Júpiter y Vénus, y que (cosa chocante) están dispuestos en el mismo órden que estos. Á Herta, la Tierra, se ofrecian sacrificios humanos cerca de un lago de su nombre en la isla de Rugen (3), y en el cual eran arrojados vivos una vírgen y un mancebo.

Ademas de estos dioses tenia cada gente los suyos propios, y adoraba ó bien las fuerzas de la naturaleza segun la manera de los Persas, ó los héroes y el genio del país bajo el nombre de Irmensul. Si interrogamos el Edda y las tradiciones islandesas, encontrarémos puntos de contacto entre la religion escandinava y los Orientales; pero su cielo era pobre de númenes y delicias, reduciéndose á cacerías, á beber cerveza, á dioses mezquinos, vencidos por los gigantes, que se asustaban del lobo Fénris y que se veían obligados á recurrir á su enemigo Lok para librarse de asechanzas. Todos hubieran envejecido y muerto á no ser por las manzanas de Iduna, y cuando estas falten, perecerán con todo el mundo.

En un principio todo era noche y cáos, pero el Allfader creador subsistia desde la eternidad, solo en el vacío inmenso. Creó aquel la tierra de Gimungapap cubierta de hielo, y la abrasadora de Muspelhein, custodiada por Surtur, el cual vendrá un dia con la flameante espada á pelear con los dioses y á reducir á cenizas el mundo. El calor de Muspelhein penetró derritiendo los hielos del Norte, y de uno y otros nació el gigante Imer, amamantado por cuatro torrentes de leche que daba la vaca Odumbla. Una noche dió á luz Imer de su brazo izquierdo un hombre y una mujer, y de sus piés un niño, que fué el gigante Rimtursi. Odumbla, á fuerza de lamer una piedra cubierta de escarcha, sacó de ella el primer dia los cabellos, el segundo una cabeza y el tercero un hombre, Bor. Este habiéndose casado con la hija de un gigante, engendró á Odin, Vili y Ve, que unidos mataron á Imer. La sangre de este anegó á los gigantes, ménos á uno que se escapó con su mujer en una barca y fué á propagar su raza en otra parte. De la carne de Imer formaron los hijos de Bor la tierra, con su sangre los mares y los lagos, con sus huesos las montañas, con sus dientes las piedras, con su cráneo la bóveda celeste sostenida por cuatro enanos, con su cerébro las nubes, con sus cejas una empalizada para protegerlos contra los gigantes, y con las chispas de fuego extraidas de Muspelhein los astros y las estrellas.

En el país de los gigantes vivia Nor, que en-

(1) Como el *Sachsenspiegel* ó espejo de la Sajonia, compilado por los años 1215 1235 y el *Sachwabenspiegel* ó espejo de los Suevos, hecho hácia el 1263-1282.

(2) Sobre la mitología y poesía germánica pueden consultarse:

Studien von Daue *und* Creuzer, 4 tomos. — Grimm, *Sobre el origen de la poesía alemana y sobre sus relaciones con la del Norte*: en la cual cita las semejanzas mas maravillosas entre las tradiciones del Asia y de Grecia y las del Septentrion.

Muchos han sido los que se han dedicado en el Norte á publicar y esclarecer el Edda, y merecen verse: Nyerust, Danes, *Diccionario de la mitologia escandinava*. Copenhague, 1816. — P. E. Müller, *Sagabibliotek*. Berlin, 1816, y *Edda, Oder die Achtait der Asalhere*. Copenhague, 1812. — Münter, *Die Odinische religion*. Entre los Alemanes trataron esta materia ya en periódicos, ya en obras Graeter, los hermanos Grimm *Deutsche Religion*. Got. 2835. — Busching, Docen, Barth, *ie altdeutsche Religion*. Leipzig, 1835-36. — Lacamann Hacen Gotting, Gorrer, Beneke.

Mone dió una mitología del Norte mas completa y razonada, *Geschichte des Heidenthums in Nordliches Europa*. Leipzig, 1822-23. Tambien Enrique Leo *Uber Odins Verehrung in Deutschland*. Erlang, 1822; Magnusen *Veterum borealium mythologie lexicon*. Copenhague, 1828; W. Müller, *Geschichte der deutschen Religion*; Geyer, *Svea rikes Hæfder*.

(3) « Esta isla del bosque sagrado (dice un contemporáneo » nuestro) subsiste todavía, dedicia del mar Báltico, y es lla- » mada Rugen, y en ella se habla la lengua de los Germanos. » Otra estirpe y otro dios sucedió á los antiguos, pero la tra- » dicion sobrevivió; y aun se enseña al extranjero el sacro » bosque donde un tiempo se congregaban en la primavera » para celebrar la fiesta de la diosa Tierra con toda clase de » juegos, y donde el sacerdote salia en procesion en el carro » entre el festivo griterio de la multitud. El mar de Herta sub- » siste todavía con sus aguas tranquilas y profundas, puerto » circular ceñido de herbosas colinas sombreadas por espesas » selvas, todo lo cual le sobrecoge á uno con religioso temor. » Pocos son los seres animados que aquí habitan y solo el » ruido lejano de un ganado, de una gallina de agua ó de un » cuervo marino al salir de entre los juncos, interrumpe tan » solemne silencio. Á la extremidad septentrional está el arra- » bal con sus altos muros y el camino donde se veneraba la » imágen de la diosa. Este sitio está ahora lleno de juncos; » pero fragmentos de altares y de piedras del sacrificio re- » cuerdan los antiguos tiempos. Mil pasos mas allá se descubren » el mar, el promontorio de *Stubben-Cammer* y el *Königstuhl* » con sus altas columnas. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gendró á la Noche y esta al Dia. La Noche recorre el cielo en un caballo que á cada paso sacude el freno, y la espuma que despide es el rocío; el Dia va en un caballo impetuoso que con la crin ilumina la tierra. El Sol y la Luna son dos hermosos niños que Odin arrebató á su padre, y que continuamente van huyendo de dos lobos que amenazan devorarlos.

Estaba la tierra desierta cuando los dioses, que habian salido de Asgard, pasando por la ribera del mar vieron dos ramitas ondeantes, y habiéndolas cogido, formaron de ellas á Ask y á Ambla, á los cuales dió Odin el alma y la vida, Lodur la sangre, la palabra y los sentidos, Enir el espíritu y el movimiento, y fueron colocados en el Midgar.

Reuníanse los dioses en consejo debajo del Igdrasil, fresno el mayor del mundo, cuyas ramas cubren la tierra, su copa llega al cielo, sus raíces penetran en el centro de la tierra y de estas una toca en el infierno, otra en el país de los gigantes y otra en la morada de los dioses. En el país de los dioses brota la fuente de la sabiduría perteneciente á Imer, cuyas aguas no puede Odin beber sino perdiendo un ojo. Cerca de este sitio está la fuente de lo pasado, donde el celeste concilio se reune y sentencia; allí las tres normas ó parcas *Urd, Verdandi, Skuld* (pasado, presente, porvenir) hilan con sus callosos dedos el hilo de la vida de los hombres, le recogen en el huso y le cortan con las tijeras de hierro. En las ramas del fresno se posa el águila que sabe infinitas cosas; á los piés del árbol una serpiente roe sus raíces, y una ardilla corre de un animal á otro manteniendo el odio entre ellos. Junto al Igdrasil hay tambien dos hermosos cisnes, que cantarán un dia su canto de muerte, y cuatro ciervos que se dividen sus hojas.

Habitan los dioses espléndidas casas, con paredes de oro y techos de plata. Odin tiene ademas una ciudad relumbrante como el sol, en torno de la cual giran los *alfes*, lucientes espíritus alados. Fabricaron los dioses el arco íris para comunicarse con la tierra, y en medio de él pusieron un surco de fuego para impedir que los gigantes le traspasáran. Todos los dias sube y baja por él á caballo la legion divina; solo Tor se ve precisado á seguirla á pié por ser de tanto peso que ningun caballo podria sostenerlo. Entre los doce dioses mayores, el primero es Odin, señor de las batallas, creador y destructor; preside el celeste consejo en un elevado trono desde el cual vé cuanto pasa en el mundo; tiene doce nombres y usurpó el de Allfader; y atraviesa el aire en un caballo de ocho piernas. Los combatientes le consagran las almas de los que matan; pasa por entre las cohortes sin ser visto, pero su presencia se advierte por el repentino ardor que inflama á los héroes; se aleja de los vencidos y presta su lanza á los vencedores, y cuando termina la pelea, las Valkirias, altas y hermosas mujeres que asisten á los combates, llevan á su presencia las almas de los que han perecido combatiendo lealmente. Lleva este dios sobre sus hombros dos cuervos que vuelan todas las mañanas, recorren la tierra y al medio dia vuelven á decirle al oído cuanto han visto.

Acaso sin razon se confunde á Vodan con Odin, y así en la abjuracion que mas tarde hicieron los Sajones al abrazar el Cristianismo decian: *Renuncio á todas las obras y palabras diabólicas, á Tuanaer, á Vodan, al Sajon Odin y á todos sus compañeros mal nacidos* (1). En esta trinidad Odin es distinto del dios del trueno y de Vodan, y se le supone sajon; pero los doctos alemanes no han podido deducir su historia de los monumentos tradicionales. Hay quien cree que de la Suecia vino á reinar en Sajonia, donde fundó á Sigtuna, capital del nuevo reino, cuyos príncipes debian ser descendientes del fundador. Acaso vivió poco tiempo ántes de Cristo en la época en que los Romanos ni temian ni amenazaban á la Germania, ignorando por esto la revolucion que Odin llevó á cabo en aquellas selvas (2). Poeta y guerrero efectuó grandes mudanzas en las creencias de sus compatriotas, y con las armas y con los versos impuso una nueva mitología ó trasformó la antigua. Odin.

Otros con débiles argumentos le suponen originario del Asia, y que vino á Escandinavia á la cabeza de una colonia, arrojada por Mitrídates de los lugares que ántes ocupaba. Lo mas probable parece ser que el nombre de Odin se dió á diversos personajes, el último de los cuales, perteneciente á la estirpe gótica en la época en que esta comenzaba á abrazar el Cristianismo, reformó las costumbres y las creencias nacionales retirándose á la Germania. Para enseñar el desprecio á la muerte (añaden), se atravesó con una flecha y espiró; despues de su muerte fué colocado en una magnífica pira y enumerado entre los dioses cuyos misterios habia conservado.

Es probable que este reformador supiera y ejerciera las artes con que aun hoy se hacen famosos los Chamanes de la Siberia y los Angeroques de los Groenlandeses; y á esto alude el antiguo Edda cuando canta: « Sabe curar » las enfermedades, embotar la espada del ene» migo, romper las cadenas de los prisioneros:

(1) La fórmula de la abjuracion del paganismo impuesta por Carlo Magno á los Sajones puede mirarse como un monumento del antiguo lenguaje:

Forsachis tu diobolae?
Resp. Ec forsacho dioholae
End allum diobolgelde?
Resp. End ec forsacho allum diobolhelde
End allum dioboles werkum?
Resp. End ec forsacho allum dioboles werkum, end wordum; Thuanaer end Woden end saxn Ote, end allem theu unboldum the hira genotas sint.

Sigue la profesion de fé. En Pertz, II.

(2) Estrabon y Jornandes hablan de un *Cænus* ó *Decenus* que en tiempo de la dictadura de Sila se unió á Bírebisto, rey de los Getas, y adquirió tanto poder como este, dilató el dominio de los Getas en la mayor parte de la Germania; dió leyes, enseñó filosofía, moral, física, astronomía, y fué considerado como una resurreccion de Zamolxis.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» su mirada pára en el aire las flechas, y hace » que caigan sobre los demas las imprecaciones » que á él se le dirigen : apaga los incendios y » la cólera en el corazon de sus enemigos, so- » siega las tempestades, calma las olas enfure- » cidas : el poder de su mirada fascina los » espíritus malignos y vuelve la vida á un » ahorcado : derramando algunas gotas sobre » un niño le hace invulnerable; si aspira al » corazon de una jóven de blancas manos, en- » cadena á su voluntod sus pensamientos. »

Á Odin sigue Tor, dios de la fuerza y del trueno, enemigo de los monstruos y de los gigantes : lleva unos guantes de hierro que nadie mas que él podria llevar, un cinturon que redobla sus fuerzas, una maza de portentoso vigor que lanzada vuelve á su mano : va en un carro tirado por dos machos cabríos, y cuando le hace andar, se oye el trueno.

Freyr gobierna las lluvias, los vientos, el curso del sol y las grandes cosechas, por lo cual á la entrada de las estaciones ponian su estatua en un carro y la paseaban alrededor de los campos. Blande una espada de tal temple que hiende las rocas y las corazas. Llegará un dia en que suba al trono de Odin, y contemplando desde él el horizonte y el mundo sin velo, no se dejará deslumbrar por el oro, por los palacios, ni por toda la corte que bebe el hidromiel, sino por una jóven, y en tanto grado que por ella perderá completamente el reposo. Confiará su pasion á sus amigos, uno de los cuales le prometerá satisfacerlo con tal que le dé su espada; Freyr consentirá, de modo que en el último dia se presentará inerme en la pelea y será vencido.

Despues de esta triada, vienen Niord, el Neptuno germánico, que distribuye á sus favoritos los tesoros escondidos en el mar : Tyr, protector de los guerreros y de los atletas : Orga, dios del canto y de la poesía, que lleva escritos en la lengua los versos rúnicos y tiene por esposa á Iduna, la poesía viva, cuyas manzanas de oro impiden que envejezcan los dioses. Heimdall, hijo de siete mujeres, custodia el celeste puente, y su finísima vista descubre á mil millas los mas pequeños pájaros, y ve crecer la yerba de los campos y la lana de los corderos.

Balder, dios bueno y amable, principio del bien, idea de lo bello, sueña una noche que se ha de morir, y se lo cuenta á Odin, que manda ensillar su caballo y desciende al infierno á interrogar á la profetisa, la cual le revela la suerte del dios. Frigga, su madre, exige de todos los seres la promesa de que no dañarán á su hijo ; pero se olvida de un arbolillo plantado hacía poco junto al Valhalla. Lok, genio del mal, lo arranca; y un dia en que los dioses por diversion persiguen á Balder con lanza y espada, Lok pone el tronco del arbolillo en manos del ciego Hander, que riendo pega á Balder y le mata. Gimen el cielo y el universo : se le hacen espléndidos funerales en que es quemado con su familia y su caballo ; pero la Muerte al ver toda la naturaleza en llanto, se enternece y consiente en que Balder vuelva á nacer, con tal que le lloren todos los seres vivos y muertos. Odin convoca la creacion, y plantas y piedras lloran : solo una vieja aparece con una sarcástica alegría y protesta que nunca llorará : es Lok, por cuyas artes sigue muerto.

Vidar matará un dia al lobo Fénris; Valis es un poderoso arquero; Uller valiente corredor y Forsátes termina los litigios.

Á estos númenes acompañan doce diosas. Frigga es esposa de Odin : Freya, diosa del amor, se casó con Odrr, que la dejó por viajar; la diosa le buscó por todas partes lo mismo que Ísis, y le lloró con las lágrimas de oro de la fidelidad. Eyra corresponde á la griega; Higia Gefione es abogada de las vírgenes : Lorna reconcilia los amantes : Vora sabe cuanto sucede : Snorra protege á los sabios (1).

Ademas de esto añadian la idea moral del premio y del castigo en el Valhalla ó en el Nifleim. Éntrase en el Valhalla por quinientas puertas y le habitan cuatrocientos treinta y dos mil guerreros (2) que combaten, y despues servidos por las Valkirias celebran banquetes en que gustan la leche de la cabra Eidrun y cerveza pura, y comen los cuartos de un jabalí que todas las noches vuelve á aparecer entero. Odin bebe, pero no come, y arroja la comida á los lobos que le siguen. El infierno Nifleim es un lugar tenebroso en el fondo del Norte, atravesado por nueve rios : cuando Hannodr bajó á este lugar para buscar á Balder, recorrió por espacio de nueve noches valles enteramente oscuros. En este sitio están relegados los malos, pero sin tormentos. (3).

(1) Véanse los *Ensayos* de MARMIER sobre la Islandia.

(2) Cuatrocientos treinta y dos mil años de observaciones tienen los Caldeos: de cuatrocientos treinta y dos mil es el último yoga indio : cuatrocientos dos mil años corrieron entre la creacion y el diluvio, segun Beroso y Sincelo.

(3) La Volupsa canta describiendo el fin del mundo (BARTHOLIN, *Antiq. Dan.*, lib. 2, c. 14.)

Domum stare videt
Sole clariore,
Auro tectam
In *Gemli*
Ibi probi
Populi habitabun
Et per sæcula
Gaudio fruentur.

Tum prodit potens ille
Instante divino judicio
Validus e supernis
Qui omnia regit;
Hic sententiam fert
Et causas dirimit;
Sacra fata statuit,
Quæ durabunt.

Domum stare vidit
A sole remotam
In *Nastrondo*;
Fores Boream spectant;
Destillant venem gutta
Intro per fenestras;
Hæc contexta est domus
Spinis serpentinis.

Ibi vadare vidit
Rapida fluenta
Viros perjuros

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Lok, genio del mal, y que se complace en el mal, representa el antiguo dualismo; algunas veces se valen de él los dioses por su truhanería, pero Lok los engaña. Signia le parió dos hijos y la hija de un gigante tres monstruos; la serpiente Midgard, que rodea la tierra, Hela la muerte y el lobo Fénris. Los dioses ligaron á este su enemigo, y Tor apresó y encadenó á Lok mismo, con los intestinos de su primogénito, á tres rocas, en una de las cuales apoya las espaldas, en otra los muslos y en la tercera las rodillas; sobre su cabeza está suspendida una serpiente que deja caer sobre sus espaldas gotas de veneno. Pero Signgia, esposa de Lok, recibe las gotas en una copa, y cuando está llena, va á derramarla; miéntras tanto cae el veneno sobre la cara de Lok, que se revuelve con horribles contorsiones, y entónces es cuando sobrevienen los terremotos.

Vendrá un dia en que los genios del mal prevalezcan, y entónces habrá tres inviernos, y hambres y pestes y homicidios y terremotos; se desbordará el Océano, y en su superficie ondeará el Neglefar, barco hecho de uñas de muerto, sobre el cual perseguirán los gigantes á los dioses. Midgard ensoberbecerá las ondas y arrojará el veneno por el aire; Fénris abrirá sus fauces, una de las cuales tocará en la tierra, la otra en el cielo; Lok estará á la cabeza de todos y Surtur le seguirá. Asaltarán la fortaleza celeste; serán vencidos los dioses, arderá el mundo y los hombres perecerán; entónces resucitará Balder; Allfader creará una tierra nueva mas risueña y agradable; la iluminará un hijo del Sol; un hombre y una mujer que se habrán salvado de la destruccion la repoblarán, y producirá frutos sin trabajo.

Los Germanos, figurándose en su tosca imaginacion que los dioses por ser tan desmesurados gigantes se encontrarian á disgusto en los templos, no se los erigian, y creían que eran la voz de sus divinidades el horror de los bosques y de las alturas, y el estrépito de los rios.

Sacerdocio. El sacerdocio era magistratura pública. Conservaban los sacerdotes en canciones la historia y alabanzas de los héroes, con las cuales animaban las batallas; al mismo tiempo con el respeto de la religion arreglaban las asambleas, y hacian guardar el órden en los tumultuosos parlamentos armados. Creyendo que toda potestad se deriva de Dios, ni el jefe del Estado, ni el juez, ni el comun tenian poder para quitar la vida á un hombre, sino que debia interponerse la sancion de la Divinidad expresada por los sacerdotes, que ejecutaban tambien las sentencias capitales. Ellos arreglaban asimismo las composiciones en los delitos, los duelos y las transacciones; eran ministros de justicia, la cual ejercian en nombre de Dios, y custodios de la propiedad á la cual solo podia poner límites la religion. La apelacion á los dioses era el misterioso procedimiento. Atentos á conservar la paz, tenian en custodia las armas, sacándolas solo cuando se aproximaban los enemigos. Cuando Herta recorre las riberas del Báltico, cesan las guerras.

La avidez de conocer el porvenir, mas grande á medida que es menor la prudencia para conjeturarlo, los llevaba á examinar el canto y el vuelo de los pájaros, el relincho de los caballos, los remolinos y el murmullo de las aguas de los rios, y mas que todo las variaciones de la luna, divinidad suprema. Algunas veces creían sacar la verdad del éxito de los duelos, porque creyendo que la Divinidad se mezclaba en todos los actos del hombre, pensaban que con manifiesto milagro daria á conocer su voluntad y la justicia; de aquí provinieron los *juicios de Dios* generalizados en toda Europa.

Bien fuese con el objeto de dominar los ánimos por medio de la esperanza y el terror, ó bien por ese orgullo religioso que de ordinario se manifiesta entre los sacerdotes de las falsas creencias, se atribuyeron otros poderes ademas de los de la adoracion y la enseñanza, dimanados de una ciencia misteriosa que les permitia dominar los elementos. En un canto del Edda se laba un poeta de haber estado suspendido de un árbol siete dias completos, herido de golpe mortal y ofrecido á Odin; en este tiempo sus labios no probaron ni el pan ni el hidromiel; pero aprendió los poderosos encantamientos, arcano de los dioses, y adquirió sumos poderes.

« Primeramente yo sé cantos que nos consuelan
» en las disputas, en las penas y en toda clase de
» amarguras. Si los hombres me encadenan, sé
» con mis versos romper los hierros. Si quiero
» salvar mi nave combatida por las olas, im-
» pongo silencio á los vientos y sosiego el mar.
» Si veo mecerse sobre mi cabeza un cuerpo
» suspendido de la horca, hago uso de tales ca-
» ractéres que el muerto desciende y viene á
» hablar conmigo. Si en la asamblea se me
» ocurre enumerar los dioses uno á uno, puedo
» contar hasta el último los ases y los elfos. Si
» deseo el corazon de una doncella, trasformo
» su alma é induzco como me place la voluntad
» de la jóven de los blancos brazos. »

Suponian á Odin autor de la magia, que confió sus misterios á los ases y despues á los sacerdotes. De este modo la idea de una Divinidad justa y benéfica se veía ofuscada por la de un poder irracional. El pueblo empeoraba mas aun estas imágenes, tanto que llegaba hasta los sacrificios humanos y á las escenas lúbricas consagradas por el ejemplo de Freya.

Tres eran las mayores solemnidades que celebraban al año, en otoño, estío é invierno, en las cuales se inmolaban los condenados á muerte, los prisioneros de guerra y algunos caballos

Et sicarios,
Et qui alterius vellicant
Aurem conjugis;
Rodebat ibit *Nidoggus*
Mortuorum cadavera;
Laniavit lupus viros.
Nostin adhuc? aut quid rei geritur?

La última estrofa, que falta en algunos códices, la suponen algunos añadida por los Cristianos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

blancos segun el rito persa. Recogíase la sangre en vasijas, y un pontífice asperjeaba con ella á la multitud, entre quien se repartia cerveza y carne de caballo palpitante. Celebrábase cada nueve años en Escandinavia una fiesta mas solemne, en que se degollaban noventa y nueve hombres y otros tantos gallos, perros y caballos.

Á pesar de que el culto de Odin fué violentamente extirpado por Carlo Magno, quedaron de él algunas reliquias. La fiesta con que el campesino celebraba en la primavera la juventud del año, tomó otra significacion, pero se conserva en los ritos del mayo y de la Pentecostes cristiana: todavía en el dia mas largo (el de San Juan) en muchas partes se encienden en las alturas grandes fogatas, reminiscencia del homenaje que en otro tiempo se rendia á los elementos; las añosas encinas, el magnético fresno, el flexible sauce, no han perdido en la opinion vulgar el misterioso poder que la antigua supersticion les atribuía: y en la noche de San Walpurga se cree todavía oír las danzas de los espíritus como en los tiempos del Valhalla de Odin.

Condicion de las personas.

Segun el Edda, Hemdall, hijo de Odin, recorriendo el mundo engendró tres hijos, primero el Siervo (*Thræll*) negro, de callosas manos y corcobado; despues el Libre (*Karl*) de cabellos rojos, cara colorada y ojos brillantes; luego el Noble (*Jarl*) con la mirada penetrante de un dragon, mejillas bermejas, y cabellos argentados. Todos tres tuvieron á su vez descendientes esclavos, libres, ó nobles como ellos. Los hijos del noble aguzaron flechas, domaron caballos, blandieron lanzas: el último fué el rey (*Korn*) que conoce los númenes, comprende el cántico de los pájaros, sabe calmar el mal, extinguir un incendio y apaciguar los dolores (1).

Esta es la constitucion primitiva de la nacion escandinava, reproducida en las principales razas germánicas. Un Dios padre y tres castas: cosa que hemos visto en todos los pueblos antiguos. Nadie era verdadera y absolutamente libre mas que el jefe (*Chort*, *Jarl*); bajo la dependencia de este estaban todos los demas, fuesen libres (*wehrmann*) ó no, y los hijos seguian la condicion de los padres. Habia, sin embargo, diferencia entre los simplemente libres y los propietarios, pues solo estos últimos tenian voz en las asambleas. Probablemente esto indica el hecho universal de la conquista en que los vencedores forman la clase dominadora, y á los vencidos les queda parte del terreno, que cultivan para los conquistadores. Á estos pertenecian las grandes posesiones, acaso tambien el sacerdocio, y entre ellos se elejia el rey (2); los demas servian en la guerra con el título de *lites ó leutes*, gente; ó bien con el de *colonos* labraban los campos (3).

(1) « Edda Sæmundar. » Rigsmal.

(2) « Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt. » Tacito, c. 7.

(3) Estas tres clases duraron entre los Sajones hasta Carlo Magno. *Sunt inter illos qui* Ethelingi, *sunt qui* Frilingi, *sunt qui* Lazzi *eorum lingua dicuntur; latina vero lingua sunt nobiles, ignobiles atque serviles.* Nithard. *Hist. Francorum*, lib. IV.

Lazz, Liti, Lasci, es el nombre antiguo de los colonos, de donde vino *Leute*, gente. Fueron llamados tambien *Hörige* de la misma raíz de cliente χγυειν, oir, como *hören*.

(1) Hablando de los Sajones que todavía no habian salido de Alemania, dice Eginardo: « Tienen gran cuidado de su » raza y de su nobleza, y de conservar pura la estirpe propia. Por esta razon en tan gran número de gentes son » iguales el aspecto, el color de los cabellos y la altura de » los cuerpos. Su raza está dividida en cuatro clases: nobles, libres, libertos y siervos. Es ley entre ellos que ninguno salga de su condicion para contraer matrimonio: y si » alguno se casa con una superior, es reo de muerte. » Adam Bremensit, *Hist.* lib. I.

(2) « Los libres forman la parte principal y el cuerpo de la » nacion: los nobles tienen los mismos privilegios que los » libres, pero en mayor escala: y lo mismo los nobles que » el príncipe llevan el título de hombres libres. » Grimm, *Rechtsalerihümer*.

Bien fuese la nobleza patriciado religioso, ó privilegio de las familias y de los condes, parece lo cierto que era una distincion enteramente personal que no daba preeminencia en el gobierno ni en la administracion de justicia, y sí solo algunas dignidades, como sucedia en Roma á los ciudadanos de mejor derecho (*juris optimi*). Los nobles no podian contraer matrimonio con libres, ni estos con esclavos (1).

Los libres eran la verdadera base de la organizacion germánica, capaces de todos los derechos (2). Los colonos tenian casa y familia propia, cultivando el terreno á que estaban afijos para siempre, sin otra obligacion que la de pagar al señor un cánon en especie, en ganados ó en telas.

Esclavos.

Tres especies habia de siervos: esclavos propiamente dichos, prisioneros de guerra y los que perdian su libertad al juego ó por deudas: y lo mismo unos que otros eran la propiedad absoluta de su dueño, que podia venderlos, donarlos y matarlos. Los esclavos domésticos no se diferenciaban de estos mas que por la naturaleza de sus ocupaciones, dedicándose á los oficios, al servicio de su señor y á acompañarlo en la guerra. El siervo podia rescatarse con sus ahorros y entrar en el número de los libertos, sin que por esto llegase á ser verdadero hombre (*germano*) esto es, á adquirir la plenitud de los derechos civiles.

Los esclavos, libertos, mujeres, ancianos y los hombres enfermizos cultivaban los campos y las artes, quedando para los libres la guerra por ocupacion, la caza para solaz, y el saqueo como industria. Guerrera era, pues, su vida y guerreras eran sus instituciones. Cuando un mancebo era reputado por alguna proeza digna de llevar las armas, recibia una lanza y un escudo de manos de su padre ó del venerable germano en la asamblea de los hombres; y desde entónces no volvia á deponerlas; armado asistia á los banquetes, á los juicios, á las asambleas, á los sacrificios, á los juegos; por sus armas juraba como por cosa sagrada, y con sus armas y caballo era sepultado.

Todos los propietarios libres tenian la obliga-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cion, ó mas bien el derecho de militar, y en ocasion de guerra nacional eran convocados todos al *heriban* para proteger la patria. Estaban repartidos por centurias compuestas de los que estaban unidos por el vínculo del parentesco, á fin de que reunidos en la batalla desplegasen mayor valor en defender á su familia, que era testigo y encomiadora de su esfuerzo. Sus armas ofensivas eran la lanza, javelina y flechas, y la defensiva un ancho, pero frágil escudo; y abandonarlo era sobremanera deshonroso. Pocos usaban coraza, poquísimos yelmo; la cobardía y la traicion eran delitos capitales. Á diferencia de los Partos, les gustaba combatir cuerpo á cuerpo, confiando en el esfuerzo de sus personas. Alma del ejército reputaban á los infantes; los caballeros peleaban en medio de ellos. Atacaban con ímpetu y gritos feroces: y fuera de la batalla sufrian impacientes la disciplina militar. Á veces solia un jefe cualquiera juntar en banda armada á sus clientes, y todo el que preferia los peligros al reposo y al trabajo, se arriesgaba á pasar á nuevos países.

Algunos han querido comparar á los Germanes con los indígenas de América: caprichoso y absurdo paralelo de la ignorancia salvaje en que estos habian caído con la tosca, pero progresiva educacion de un pueblo que poseía tres instrumentos capitales de civilizacion: hierro con que remover el terreno y combatir á las fieras y á los enemigos, dinero que liga con los habitantes de otros países, y escritura que relaciona con lo pasado y con el porvenir.

Carácter. Por el contrario, Tácito exageró su bondad moral para ponerla en contraste con la decadencia de los Romanos, y los mismos Santos Padres los elevaron sobre estos, porque no tenian su refinada corrupcion. Aunque nos faltan los rasgos particulares, casi podemos asegurar que los Germanos se hallaban todos á un mismo nivel de civilizacion, modificada por circunstancias particulares. El carácter mas dominante de todos era el amor á la independencia y la aficion á ejercitar libremente las fuerzas. De aquí el arrojarse á los peligros con insolente audacia, el no curarse de la suerte de los vencidos, el guerrear hoy los que ayer estaban unidos; manía de libertad que, asociándose con la dependencia militar, fué la fuente del feudalismo.

Entre gente de esta clase fácilmente se concibe que no debian de ser pocas las ocasiones de guerra; y aunque los historiadores no nos lo dijeran, la grande emigracion probaria la movilidad de aquellas tribus. Tácito nos habla de los Bátavos obligados á separarse de los Catos para establecerse en las islas del Rhin; de los Bructeros desalojados por los Camavos y por los Angrivaros; de los Marcomanos que rechazaron á los Boyos y conquistaron con su valor una residencia (1); todo lo cual repugna á la idea de un pueblo que tuviese por base necesaria de su civilizacion la estabilidad de las posesiones.

Costumbres. Al cesar la guerra, caían, como todos los Bárbaros, del exceso de la fatiga en la inercia absoluta; quedaban pobres porque nada se consume mas presto que el botin, y desnudos y sucios pasaban el dia entero en el hogar, consumiendo sus presas y durmiendo, bañándose, dando banquetes y buscando las emociones violentas con tal delirio, que ponian á los dados y á una sola suerte sus fortunas, sus mujeres, sus hijos y aun á sí mismos.

En los banquetes, su mayor delicia, ponian á discusion los negocios de mayor interes, reservándose el resolverlos á la mañana siguiente cuando tuvieran la cabeza sosegada. Todo el que llegaba obtenia franca hospitalidad y daba ocasion para banquetes á los amigos y para excederse en voracidad y en juegos. Al paso que los ricos bebian fuertes bebidas en tazas hechas del cráneo de los enemigos, los opulentos llevaban el vino de las tierras del imperio, y acalorados por él, se enredaban en altercados y en violencias, olvidando las pactadas paces y resucitando antiguas venganzas.

No estaban en uso entre ellos las artes liberales, ni tenian otro metal mas que el hierro, y este no abundante ni bien labrado; no habiéndose descubierto aun las minas de Harz y de la Sajonia. Solo la avaricia romana encontró las de la Wetteravia. Preparaban la sal toscamente, vertiendo sobre las ascuas el agua salada de ciertas fuentes. Cultivaban y tejian el lino; fabricaban naves; hacian el comercio por medio de cambios, y solamente los de las fronteras usaban monedas romanas. No conocian mas pintura que algun tosco color sobre los escudos; ni su religion ofrecia asunto á la escultura, porque creían indigno de la Divinidad el modelarla con humanas formas. No nos ha quedado ninguna de las canciones con que los Bárbaros alentaban el valor de los suyos ó recordaban las empresas.

Parece poseyeron un alfabeto, aun ántes de recibirlo de los Romanos y Griegos: y en efecto, el que se dice introducido por Ulfila, sobre ser imperfecto mas de lo que cumple á una imitacion, tiene letras que por mucho que se les dé tormento, con dificultad podrán reducirse á la forma de las romanas; ademas de esto se conservan inscripciones rúnicas en países en que solo los Godos penetraron. Aunque la naturaleza misma de las canciones populares y la costumbre constante de todos los pueblos nos permiten creer que no las escribieron, otra cosa debió de suceder con las profecías atribuidas á Odin.

Acaso los Fenicios en alguna de sus excursiones llevaron aquel alfabeto en tiempos remotísimos á las costas del Báltico, mucho mas civilizadas que las del Rhin, y acaso tambien permaneció su conocimiento oculto entre los sacerdotes de Herta. ¿Quién sabe si las varillas con que dice Tácito que echaban las suertes no se disponian de modo que viniesen á represen-

(1) *Germ.* 29, 32, 42.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tar letras misteriosas? La forma de los caractéres rúnicos está en conformidad con este orígen; y aun hoy los Alemanes llaman *buchstaben* las letras del alfabeto, y *stab* significa exactamente palo; como *runa* en el gótico de Ulfila significa palabra y mas propiamente palabra misteriosa (1), así como entre los actuales Finlandeses quiere decir cantos populares.

El alfabeto rúnico tenia diez y seis letras como el jónico; pero despues le fueron añadidas otras tres. Antiguamente no se usaba mas que sobre piedras; pero las mas antiguas que poseemos no pasan del siglo VIII y las últimas del XII. Cada letra tiene un nombre significativo: así la *f* (*fe*) indica dinero; *th* (*thur*) gigante; *u* (*ur*) chispa; *o* (*os*) puerta; *r* (*reid*) cabalgar, y así las demas. Se han recogido cerca de mil quinientas piedras con caractéres rúnicos, de las cuales mil trescientas lo fueron en la Suecia, y particularmente en el Upland, y hacen memoria de hechos y mas generalmente de hombres guerreros ó navegantes que perecieron en tierra extranjera. La mas antigua que recuerda la historia la mandó esculpir en una roca de la Blekingia Araldo Hildetand, rey de Upsal, segun dice Saxo Gramático. En Islandia subsiste en Borg en el Myre Syssel el epitafio de Kartan Olafsen, convertido al Cristianismo en Noruega por el rey Olaf Tryggesen, y hecho asesinar en 1004 por una hermosa Islandesa á cuyos amores no correspondia. De las demas inscripciones pocas son las que pertenecen á la edad pagana; las mas son de los siglos X ú XI. Sabemos que posteriormente se usaban estas letras en los encantamientos y adivinaciones de los pueblos septentrionales (2) segun habia enseñado Odin, y por lo mismo se veían escritas en las armas, en los timones de los barcos, en los cuernos para beber, y tambien en las uñas, en la palma de la mano y en los brazos (3).

Mujeres. No arrastrado el hombre en Germania por fogosos instintos como en el Asia, apreciaba ménos en las mujeres la belleza que la prudencia, el valor y la castidad. Dadas en matrimonio en edad ya madura, no venian al marido como en Asia con caprichos, genio y pasiones pueriles, sino capaces de razonar la obediencia, por lo cual inspiraban afecto mas profundo y obtenian grande ascendiente sobre los hombres. Ademas de respetarlas por la igualdad de naturaleza, se veneraba en la mujer el ardor de sentimiento que la aproxima á los seres superiores; algunas eran honradas por su habilidad en adivinar; una acompañaba generalmente á los ejércitos para ordenar sus movimientos con sus oráculos, y cuando habia que recibir rehenes, preferian las mujeres nobles. En casa las ocupaban la aguja y la rueca; en la guerra seguian á los hombres animándolos; alguna vez peleaban tambien, y siempre cuidaban á los heridos. La que faltaba á la virginal honestidad, por hermosa y rica que fuese, no encontraba marido; la adúltera era severamente castigada; la poligamia estaba permitida únicamente al rey y á los grandes, pero solo como distintivo de honor. Léjos de llevar el dote al marido, era este por el contrario el que las compraba de su futuro suegro (1) con ciertos donativos, que consistian por lo general en un par de bueyes, un caballo enjaezado, escudo y lanza, que la esposa recompensaba con una armadura completa, símbolo de la comunion de bienes y fatigas.

CAPÍTULO II

Los Bárbaros invasores del Imperio.

El bosquejo precedente, aunque imperfecto por la falta de escritores nacionales y por la soberbia negligencia de los extranjeros, basta para demostrar que la gran emigracion de los pueblos se pinta sin razon como un vértigo imprevisto y general, como un súbito levantamiento de los Germanos para inundar el imperio. bien porque se aunasen en una liga de armas habiendo jurado no dejarlas hasta terminar la guerra, ó bien reforzados con una horda de Yung-nus arrojados de la China y erróneamente confundidos con los Hunos. El movimiento habia sido siempre contínuo, y estas poblaciones procedentes del Oriente (con mas verdad que el Norte matriz de las naciones) unas veces mas otras ménos, pero incesantemente, se habian ido dilatando por el Norte de Europa, rechazando ó rechazadas alternativamente, combatidas por los Boyos, por los Letones y por los Celtas. La última emigracion indo-germánica arrebató á estos los países que hoy llamamos Austria, Hungría, y Bajo Danubio, y desde aquí se extendieron hasta los Países Bajos y la izquierda del Rhin desde Espira á Estrasburgo.

Acaso fué por el impulso de los Germanos por lo que los Galos cayeron sobre los países meridionales, ya para destruir á Roma, ya para saquear la Tracia y el templo de Délfos y establecerse en la Italia Superior y en la Galacia. Despues los Teutones en tiempo de Mario pasaron los Álpes, y allí César les impidió que con Ariovisto ocupasen la Helvecia. Habiendo chocado con la onda romana que queria invadir el

(1) Opinion de Fed. Schlegel combatida por muchos eruditos alemanes, en mi juicio desventajosamente.

(2) RABANO MAURO, *De inventione linguarum*, escribe : « Literas quippe, quibus utuntur Marcomanni, quos nos » Nordmannos vocamus; à quibus originem qui theodiscam » loquuntur linguam trahunt, cum quibus carmina sua, incan- » tationesque ac divinationes significare procurant, qui adhuc » paganis ritibus involvuntur : » Ap. GOLDAST *Script. rer. alem.* t. II, p. 69 de la edicion de Senkemberg.

(3) Véase el lib. X, c. 4.

(1) No há mucho que los Sajones llamaban todavía á los esponsales *Brudkop Brautkauf*, compra de la esposa. Véase ADELUNG *Hist. ant. de los Alemanes*. La ley de los Borgoñones dice : « Si alguno devuelve la mujer sin causa para » ello, déla una suma igual á la que pagó por recibirla. » (*Tit.* 34.) Teodorico, rey de Italia, al dar su nieta en matrimonio á Hermanfrido, rey de los Turingios, le escribe : « Os » anuncianos que con vuestros mensajeros hemos recibido » por esta cosa inapreciable, segun el uso de los gentiles, el » precio que nos envia compuesto de caballos con arneses de plata, como conviene á caballos de bodas. » CASIODORO »*Var.* VI, 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

país en sentido contrario, permanecieron largo tiempo enfrenados, pero no quietos.

El Danubio vino á ser frontera septentrional del imperio, y como el Rhin, fué fortificado con una hilera de fortificaciones y una trinchera de tierra desde Ratisbona hasta la confluencia del Lahn con el Rhin, fortificaciones que impedian las correrías de los Germanos no subyugados; al mismo tiempo que los de esta parte del rio aceptaban las maneras, la industria y la opresion de los vencedores. Estos en un principio se habian propuesto someter á los Germanos como habian hecho con los Galos, quitándoles sus costumbres, su gobierno y su lengua; pero el exterminio de Varo manifestó que era imposible esta empresa, y que en vez de acometer á aquellos pueblos lanza en ristre, convenia alimentar entre ellos las discordias favoreciendo ya á unos, ya á otros. Con esto consiguieron hacerse aliados á algunos como á los Cheruscos y los Batavos, á otros tributarios como á los Frisones y los Caninefatos; y cuando no, afeminar á su jefes con los goces de la civilizacion.

Sin embargo, no por esto permanecian tranquilos en sus moradas; ya eran los Cheruscos los que se levantaban por el valor de Arminio, ó ya cedian la superioridad y el país á los Longobardos; Marobodo desalojó á los Boyos de su antigua estancia y estableció en ella nuevos pueblos, y despues Claudio Civil levantó la fortuna de los Batavos.

La tentativa de Marobodo para fundar un gobierno á la manera romana le hizo aborrecido; y si fracasó el gran pensamiento de Arminio de aunar toda la nacion germánica, conservóse por lo ménos la independencia y la originalidad. Aunque vencidos muchas veces por la táctica romana, mantuvieron los Germanos sus costumbres, su lengua y su gobierno todo cuanto pudieron; y si el orgullo romano se vanagloriaba de haber vencido paso á paso aquellos pueblos, desmentíanlo ellos levantándose mas vigorosos que nunca á descargar nuevos golpes contra la ya no inmóvil roca del Capitolio.

Trajano penetró muy adentro por el Nordeste y pudo reducir la Dacia á provincia romana, estableciendo en ella una numerosa colonia de soldados, que mezclados con los naturales, formaron el pueblo valaco, orgulloso aun hoy de su orígen romano. En tiempo de Marco Aurelio los Marcomanos se adelantaron hasta Aquilea, y desde entónces creció cada vez mas el número de los Alemanes empleados por Roma en las guerras, en las magistraturas y en las colonias.

En lo interior, las diferentes tribus cambiaron el lugar de su residencia; y cuando en el siglo III vuelven á aparecer, los Alemanes estaban situados entre los Álpes, el Mein, el Danubio y el Rhin; los Sajones á lo largo del mar del Norte desde la embocadura del Ems hasta el Eider; los Suevos donde ántes estaban los Boyos y los Nariscos; en la Germania Oriental los Godos se extendieron desde el Báltico hasta el mar Negro y el Danubio; los Alanos al Norte del Caspio donde se tocan Europa y Asia.

Estas emigraciones duraron, pues, muchos siglos: ¿y quién será capaz de determinar las muchas causas que las produjeron? Hambres, pestes, inundaciones, el deseo de mejorar de patria, guerras intestinas, oráculos, rivalidades de reyes, sed de conquistas y de sangre, impulsaban á un pueblo á combatir á otro. Á veces un jefe de banda, con un millar de sus partidarios ó con una tribu, comenzaba las correrías; y tomando nuevo ardimiento á medida que adelantaba, llevaba sus empresas mas allá de donde al principio se habia propuesto. En el país que abandonaban no quedaban para ellos ni recuerdos, pues llevaban consigo todas sus cosas, los dioses y las familias.

Despues, cuando vieron que los Romanos aflojaban la resistencia, que cedian algunas provincias, que en otras no les oponian sino una muralla, se envalentonaron mas; la dulzura de saquear países cultos y ricos los alentó; tomaron empeño en humillar á la nacion que los llamaba Bárbaros, y la inundaron todos como al romperse un dique se precipita el Pó por las campiñas que lo rodean, sin que por esto se diga que entónces comienza el curso y el movimiento.

Parece sin embargo que el impulso vino de léjos, considerando que los primeros invasores no fueron los pueblos confinantes, sino los mas apartados, los Hunos del Volga; despues los Alanos del Tanais y del Borístenes, luego los Vándalos de la Panonia; siguieron luego los Godos de la Germania Septentrional, y desde la Central los Herulos y Turingios; y por último, los Francos de las regiones meridionales y los Borgoñones de la Gran Polonia (1).

Godos. Los mas señalados entre estos pueblos son los Godos. No somos nosotros de los que les hacen derivar de la península escandinava; pero pues provenian del Asia, parece probable que estableciesen sus moradas en aquellas alturas. Las canciones y leyendas antiguas los colocan parte en las inmediaciones del Báltico, en un país llamada *Reid-Gothlaud*, probablemente entre las bocas del Vístula y del Oder; y parte en las islas *Ey-Go-thland*, que deben de ser la Escandinavia. De esta última les hace salir Jornándes, escritor godo del siglo V, ignorante y tardío testigo, pero que tenia á la mano autores precedentes (2). Allí ve ya este autor los pueblos de

(1) Autores: PLUTARCO en *Mario* y *César*. — VEL. PATÉRCULO, *Hist. rom.* — CÉSAR, *De bello gallico*. — SUETONIO, *Cæsares*. — TÁCITO, *Annales*, *Historiæ*. — DION CAS. *Hist. rom.* — AM. MARCEL, OROSIO, ZONARA, SIDONIO APOLINAR, *Panegyrica et epistolæ*. — SALVIANO, *de gub. Dei*. — JORNÁNDES, *De rebus geticis*. — PROSPER TYRO, PROSPER AQUITANUS, MARCELINO, IDASIO, CASIODORO, *Crónicas*.

(2) Geyer (*Svea Rikes Hæfder*. 96) tiene en mucho las tradiciones recogidas por Jornándes, á pesar de los errores que con ellas mezcló la erudicion del autor. Troya niega completamente que los Godos y los Gépidos pertenezcan á los pueblos germánicos. Ya ántes Pinkerton negó esta derivacion de la Escandia, la cual habiendo estado hasta el siglo IX llena de selvas, era incapaz de ser el semillero de tantos pueblos: y los supuso originarios del Asia, de modo que á su entender,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la Ostrogodia, del Vagot ó Vert-Gotia, del Suetam ó Suecos del Finnaith, que es el territorio de Finved en el Smaland, de la Raumarica y de Rañarica en la Noruega Meridional (1) : otros nombres están alterados por la escritura que no pueden reducirse á la forma moderna. La division en Ostrogodos ú orientales y Visigodos ú occidentales que provino de su diferente posicion en la península nativa, fué despues conservada por los Godos en todas sus emigraciones sucesivas (2).

Añade su tradicion que salieron de la Escandinavia en tres bajeles, uno de los cuales se quedó detras, por lo cual los que lo tripulaban recibieron el nombre de Gépidos, esto es, perezosos (3).

Son, pues, tres familias de una misma nacion : nacion guerrera, numerosa y que mejor que otra alguna germánica comprendió la monarquía hereditaria ; dependientes, no obedientes los Ostrogodos de la estirpe de Amal, y los Visigodos de la de Balt, que se gloriaban de ser de la progenie de los Ansos, sus semidioses (4).

En un principio siguieron los Godos la corriente del Vístula, despues la cadena de los Carpacios : en tiempo de los Antoninos habitaban la Prusia, desde donde moviéndose absorbieron ó rechazaron á los Herulos, Burgundios y otros, acaso de raza vándala como los Longobardos, esparcidos á lo largo del Oder y el litoral de la Pomerania y del Mecklemburgo. Deseando nuevas empresas y botin, descendieron luego por la corriente del Prypec ; atrajeron á sí á los Bastarnos, derrotaron á Yazigios y Roxolanos y bebieron en las bocas del Borístenes y del Tanais.

Ocupada la Ukrania, hubieran podido establecerse en aquellas abundosas campiñas y entre aquellos caudalosos rios, si á su naturaleza no le hubiese repugnado el reposo. Tenian delante la Dacia, donde un pueblo laborioso cultivaba feracísimos campos, se enriquecia con la industria y en cuya larga paz habia descuidado la defensa contra unos enemigos que creía mucho mas léjos.

Invadiéronla los Godos con poca dificultad y llegaron bajo las murallas de Marcianópolis, ca-
250. pital de la Mesia Segunda, la cual se rescató á subido precio. Desgraciado modo de defensa. Muy pronto volvieron en mayor número, y el emperador Decio, que acudió en persona á combatirlos, fué puesto en desórden, vió saqueado su campo, y tomada Filopópolis á sus mismos ojos, con el exterminio de cien mil ciudadanos. Reorganizado su ejército, se preparaba á cortarles la retirada, pero obligados los Godos á pelear con el valor de la desesperacion, dieron muerte al emperador mismo. Su sucesor no deseó mas que dejar libre el paso á los Bárbaros, cargados de botin y de orgullo, y les prometió un tributo anual.

¿Pero este no era el medio de animar á otros al ataque? Á cada momento nuevos enjambres de Bárbaros se arrojaban sobre las provincias limítrofes como sobre presa segura ; algunas veces eran repelidos, pero luego volvian, especialmente cuando los ejércitos estaban ocupados en las rivalidades de los emperadores. Valeriano y Galieno les resistieron con constante valor sin que por esto pudiesen impedir que algunas partidas se adelantasen saqueando hasta los límites de la Macedonia y de la Italia. De esta los arrojó Claudio, que adquirió por ello el título de *Gótico*, enriqueciéndose él y sus soldados con los despojos, ganados y mujeres que les apresaron.

Establecidos los Godos en la Ukrania, hiciéronse luego señores de la costa septentrional del Euxino, desde donde miraban codiciosos á su frente las ricas y cómodas provincias del Asia Menor, y comunicaban con la laguna Meótides por el estrecho en que estaba situada la capital del Bósforo. Este reino, que habia perdido la preponderancia que le daba su situacion, por la cual resistia á los Sármatas y protegia el mar Negro, vino todavía á ménos por sus discordias intestinas, con ocasion de las cuales invocó el auxilio de los Godos. Estos sobre ligeras barcas, chatas y sin hierros, como las que se usan en aquellas aguas, se presentaron delante de Pizio, último confin de las provincias romanas, y aunque fueron rechazados, volvieron de nuevo y destruyeron la ciudad (1). Rodeando entónces la playa oriental del Euxino, intentaron saquear el país famoso por la expedicion de los Argonáutas, y entraron en deseos de asaltar á Trebisonda, antigua colonia de los Griegos, populosa y vasta, con un puerto recien construido, y defendida por una doble muralla. Sorprendiéronla de noche, y la entregaron al saqueo y á las llamas ; con esto recorrieron libremente el Ponto, y llevaron las inmensas riquezas y los innumerables esclavos que habian hecho á su nueva residencia del Bósforo.

El buen éxito de esta empresa les alentó para otras nuevas, y con mayor fuerza de hombres y bajeles corrieron las costas occidentales del Euxino hasta el estrecho en que el Asia da frente á la Europa. La guarnicion de Calcedonia, aunque mas numerosa que los invasores (tanto se habia disminuido el número de estos

no son mas que una sola nacion Godos, Getas y Escitas. Suhm hizo una historia crítica en que trata en el primer volúmen del orígen de los pueblos, en el 2º del orígen de los pueblos del Norte, en el 3º de Odin y de la mitología escandinava, en el 4º y 5º de las emigraciones de los pueblos godos, y en los demas hasta el 10º de la historia particular de Dinamarca; y quiere demostrar que las tradiciones históricas de los Islandeses se remontan hasta el año 250 á. C., y que tienen por lo ménos tanta certeza como las referidas por Herodoto.

(1) *De rebus geticis*, 6 y siguientes.

(2) Alguno sostiene que la dedujeron de su respectiva posicion en la Dacia despues que en ella se establecieron.

(3) En el aleman de la edad media *beyten*, *gebeyten*, significa tardar.

(4) *Balt*, héroe. Los Ansos ó Asos recuerdan los Arias ó héroes de la Persia.

(1) Zosimo, I.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á pesar de su aumento anterior), les entregó sus armas y riquezas. Un traidor, que nunca faltó en las guerras de Grecia, los condujo á Nicomedia, antigua capital de los reyes de Bitinia, que fué saqueada, como tambien Nicea, Prusa, Apamea, Chio y todo el país enriquecido y enervado por la larga paz. Cizico misma, fundada sobre una isleta de la Propóntide y que habia resistido al gran Mitrídates, no se habria librado del furor de los Godos, si la extraordinaria plenitud de los rios no les hubiese detenido.

Cargados de botin, entre setiembre y mayo, época en que es peligrosa la navegacion de aquellas islas, prepararon una nueva escuadra de quinientas naves pequeñas como las que usan los piratas del país, é inundando el Bósforo Tracio, se precipitaron sobre Cizico, salieron despues por el Helesponto, vagaron por las islas del Égeo y penetrando en el Pireo, se apoderaron de la ciudad de Minerva. Desippo, reuniendo apresuradamente una turba de ciudadanos y de soldados, acometió á la escuadra que habian abandonado, y la incendió. Irritados con esto los Godos, esparcieron la desolacion por toda la Grecia, que habia olvidado los tiempos en que la union le habia dado fuerza para repeler las huestes persas : Tébas, Árgos, Corinto, Esparta, y todo el país que se extiende desde la punta oriental del Sumnio hasta el Epiro Occidental, fué entrado á hierro y á fuego; y ya se dirigian los Godos hácia la Italia, cuando el inerte Galieno saliendo de su torpe voluptuosidad y comprando una tropa de Herulos, á cuyo jefe concedió las insignias consulares, salió al encuentro de los invasores.

Las disensiones y la indisciplina del ejército romano permitieron á los Godos retirarse, y con los bajeles que les habian quedado devastaron el país en que estuvo Troya, y fueron á descansar á Tracia. En tiempo de Aureliano, saliendo de nuevo de esta parte de la Ukrania, vinieron con este emperador á batalla campal, pero indecisa, que dió por resultado una paz. Obligábanse por ella los Godos á dar dos mil caballeros á los ejércitos romanos con tal que pudieran retirarse con seguridad, dejando en rehenes á los hijos de los principales á quienes Aureliano hizo educar conforme á su sexo y condicion, casando despues á las jóvenes con sus primeros oficiales para afianzar mas la union entre los dos pueblos. El emperador por su parte retiraba las guarniciones de la Dacia, cuyos colonos reforzaron la parte meridional del Danubio, miéntras que sobre el abandonado país se dilataban Vándalos y Godos que aprendieron de los colonos que allí quedaron algunas artes de paz, mantuvieron relaciones de comercio con la otra ribera, y fueron barrera para nuevos invasores.

Hermanrico. 332-372. Poco despues, los Ostrogodos tuvieron un héroe en Hermanrico, de la estirpe de los Amalos. Envejecido en las batallas, obligó ó persuadió á las tribus independientes á que le reconociesen por soberano : los reyes visigodos se contentaron con el título de jueces suyos; y habiendo hecho Hermanrico una expedicion al Norte, redujo á la obediencia á doce naciones : subyugó á los Herulos que habitaban en las inmediaciones de la Meótides, á pesar del valor y fuerza de su infantería, y tambien á los Venedos, que mas numerosos que robustos poblaban las llanuras en que estuvo y en que volverá á levantarse la Polonia. Los Herulos del mar de Azof, los Roxolanos de la Rusia Oriental, los Estones de las remotas costas del Báltico, llamadas aun Estonia, ricos por la agricultura y el ámbar, fueron subyugados tambien por Hermanrico, que dominaba desde el Báltico al Danubio. Pero el haber nacido entre pueblos ignorantes, hizo que se perdiera la memoria de sus empresas que le asemejaron á Alejandro (1).

Así como los Godos salieron del Este, salió tambien del Noroeste de la Germania una segunda invasion. Algunos creen que la raza de los Germanos, que Tácito llama Istevones, compuesta de los Cheruscos, Sicambros, Caucios, Catos y Bructeros, tomó en aquellos tiempos el nombre de Francos. Favorece esta opinion el verlos divididos en dos pueblos : Salios y Ripuarios, y cada uno de estos en otros muchos menores : por lo cual se dice, que los Cheruscos, humillados despues de la muerte de Arminio y obligados á vivir bajo la proteccion de los Catos, se restablecieron poco á poco, recobraron las tierras próximas al Rhin, y volvieron á ocupar uno de los primeros lugares en la liga, tomando el nombre de Salios del rio Sala, ó mas bien del Issel, que es un brazo del Rhin, para distinguirse de los demas qne tomaron el nombre de Francos de lo que aun hoy se llama Franconia, entre los cuales algunos se llamaron Ripuarios por habitar en las orillas del Rhin. Francos. 244.

Esta liga comprenderia tambien á los Camavos, Tubantos, Sicambros, Bructeros, Divicinos, Amsivaros, Catos, Atuarios y á otros, gobernados quizá cada uno por un príncipe independiente, pero federado; independencia que se conservó hasta los tiempos de Clodion y Clodoveo.

Otros creen, sin embargo, que los Francos eran un pueblo distinto de los Germanos, porque se cortaban el cabello, y usaban en la guerra la francisca, hacha que en las regiones de mas allá del Báltico se ha usado hasta hace casi dos siglos; y dicen que este pueblo habitaba la Dinamarca y quizá otros países mas allá del Elba, que forman hoy los ducados de Holstein y de Luxemburgo y parte del Mecklemburgo, y que pasando despues por entre el Elba y el Weser, llegaron al Rhin y dieron su nombre á varios pueblos que sometieron y se agregaron.

En tiempo de Galieno atravesaron el Rhin é invadieron las Galias; los Pirineos no los detuvieron y penetraron en la aun no invadida España, que sembraron de ruinas hasta Tarra-

(2) Jornándes debe haber tomado de los cantos nacionales lo poco que dice de él.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gona, y despues por el mar penetraron en la Mauritania, y volvieron á sus antiguos países cargados de botin.

Los emperadores se valieron muchas veces del brazo de estos fieles aliados, hasta que Aureliano los arrojó mas allá del Rhin. Pero poco tardaron en volver á pasarlo, y aunque Probo triunfó de ellos, no mitigó su fiereza : y dieron una gran prueba de su arrojo cuando desde el Ponto Euxino, en que los habia arrinconado este emperador, se atrevieron á pasar en débiles barcos el Bósforo de Tracia y el mar Égeo, y habiendo desembarcado, á saquear muchos puntos de la Grecia y del Asia Menor, sorprendiendo á Siracusa, tomando tierra en África, atravesando desde allí por el Estrecho, y volviendo por el Océano á Germania (1). Expedicion apénas creible para el que no sepa qué arrojo da la navegacion de los piratas.

Caían con una rapidez increible sobre las costas de la Armórica y de la Bélgica, las saqueaban y se retiraban; despues, cuando Carausio se valió de ellos para usurpar la Bretaña, se hicieron mas audaces y ocuparon enteramente la isla de los Batavos. Allí fueron vencidos por Constancio Cloro, y relegados á lo largo del Rhin; pero se presentaron aun terribles á Constantino y á Crispo.

Alemanes. Otra liga ó gente principal entre los enemigos de Roma fueron los Alemanes, cuyo nombre, como el de los Francos, ha dado orígen á suponer que eran una confederacion *de toda clase de hombres* (2) formada mas tarde. El país que está al Norte del Rhin, entre la ribera oriental de este y la meridional del Mein, estaba tan poco poblado, que los Romanos no les oponian fortaleza ninguna por aquel lado desde Vindonixa á Maguncia. Andaban errantes por allí los Suevos, que á las órdenes de Ariovisto habian hecho frente á Julio César : derrotados por este, siguieron otros su bandera, y se fijaron en la Galia á la izquierda del Rhin, entre los cuales se contaban los Vangronos, los Triboquios, los Nemetos, antepasados del pueblo de Worms, Estrasburgo y Espira; otros, habiendo pasado el rio, se establecieron en su orilla derecha, extendiéndose por las tierras bañadas por el Neker, el Mein y el Lahn.

Uniéronse á ellos los Boyos rechazados por Marobodo y otros Celtas, Retios, Usipios, Rucinatos, Intuergos y Tencterios para tratar de librarse del yugo romano; y mezclándose constituyeron el gran pueblo de los Alemanes tal vez en tiempo de Marco Aurelio. Aparecieron por primera vez con este nombre en el Mein en tiempo de Caracalla (3), que hostigándolos, fundó en su país á *Aquæ Aurelianenses* (4), y tanto los distinguió, que no solo escogió de entre ellos sus guardias, sino que imitó su vestido y su blonda cabellera.

Aunque no se atreviesen á traspasar las barreras de los Romanos, molestaban continuamente sus fronteras y las ricas comarcas de la Galia; y mas tarde algunos atravesaron el Danubio, bajaron por los Álpes Retios á Italia, y se acamparon hasta bajo las murallas de Rávena, desde donde con rica presa se retiraron delante del ejército romano.

Otra vez, cerca de trescientos mil de ellos llegaron á Milan, y dícese que Galieno con poquísimos soldados los derrotó; asercion desmentida, pues vemos que el emperador buscó una defensa desposándose con la hija del rey de los Marcomanos. Miéntras Aureliano estaba ocupado con los Godos en el confin ilírico, los Alemanes tomaron de nuevo las armas, y con cuarenta mil caballos y ochenta mil infantes, invadieron la Retia; despues, habiendo crecido en número, llevaron la desolacion desde el Danubio al Pó. Sin embargo, al tiempo de retirarse el emperador les cortó el paso con tanta maestría, que pidieron entrar en pactos.

Aureliano desplegó ante sus embajadores toda la majestad romana. Todas las legiones estaban formadas y con el mayor silencio; los primeros oficiales á caballo con las insignias de sus grados rodeaban el trono, detras del cual sobre las picas se elevaban la efigie del emperador, las águilas de oro y los títulos de las legiones. El emperador, cuyo porte majestuoso inspiraba veneracion, acogió con altivez su demanda, les echó en cara su perfidia, y los intimó que se rindiesen á discrecion y esperasen su rigor.

Pero apénas fué llamado á otra parte por la necesidad, rompieron los Alemanes aquella barrera de soldados, y cayeron sobre la Italia, devastándola hasta Milan y derramándose en pandillas por los valles del Adda y del Tesino. Derrotaron cerca de Plasencia á los Romanos; pero fueron vencidos en Fano, y deshechos enteramente en Pavía, desalojaron la Italia. Esta repentina invasion de los Alemanes hizo conocer á Aureliano que era preciso circundar á Roma de murallas, pues estaba obligada á defenderse, no ya á orillas del Volga ni del Eufrátes, sino junto al Tíber.

El poderío que adquirieron los Alemanes, hizo extender su nombre á todos los Germanos que no pertenecian á la liga de los Francos; y confundiéndose por esta razon muy á menudo los Alemanes y Germanos, no se pueden distinguir las excursiones de estos y de aquellos.

Parece, sin embargo, que entónces se acercaron á ellos los Burgundiones, y ocuparon parte de la moderna Franconia, de lo cual provinieron las sangrientas guerras en que sucumbieron los Alemanes; y los demas se dirigieron hácia el Mein y el Rhin, auxiliados por Roma que queria castigar así á los Alemanes, porque no tenian respeto ninguno á los *límites* impuestos á sus correrías. Ya volverémos á hacer mencion de estos en cuanto nos lo permita la inexactitud

(1) Zosimo, I, 67.— *Panegyr. veteres*, V.

(2) *Alle mann*; pero la ortografía no se adapta á esta etimología.

(3) Agata Scolástico, *Hechos de Justiniano emp.* lib. I.

(4) Dicen que es *Baden*, pero yo creo mas bien que será *Badenweiller*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los cronistas, segun los cuales no fueron nunca un cuerpo solo, y fueron los últimos de entre los Germanos que abandonaron la vida errante y pastoril, inclinándose ménos á fijarse que á extenderse por las provincias romanas. En efecto, á últimos del siglo v, ocupaban la Suiza Alemana y las riberas del Rhin hasta donde se une al Lahn; y desde el Mosela llegaban hasta el país de los Burgundiones, y se internaban en las Galias hasta los Vósges.

Diocleciano los tuvo contenidos por haber colocado un emperador y una corte en la misma frontera de tales enemigos. Constancio hizo una incursion en el territorio de los Francos, é impidió á los Alemanes el desbordarse sobre las Galias; pero se concedió á muchas hordas de Sármatas, Carpos y Bastarnos el permiso de establecerse en las provincias que carecian de habitantes. Se halagaba con esto la vanidad romana, y se satisfacia una política de cortas miras; pero el imperio educaba en su seno la serpiente que habia de morderle.

Los Francos dieron bastante que hacer á Constantino, el cual ejercitó contra ellos las legiones que le habian de hacer señor del mundo; y en memoria de las victorias que alcanzó, instituyó los juegos fráncicos. Su hijo Crispo se hizo formidable á estos y á los Alemanes, y combatió él mismo contra los Godos, que rehechos en una larga paz se unieron á los Sármatas de la Meótides y devastaron la Iliria, hasta que fueron obligados á una retirada vergonzosa. Los persiguió tambien en su país Constantino, pasando el Danubio por el restaurado puente de Trajano; y redujo á los Godos á pedir la paz y á darle un tributo de cuarenta mil soldados.

Los vecinos que tenia el imperio en África eran ménos peligrosos, pues habiendo pasado del yugo de Cartago al de los Romanos, estaban quietos si no eran dóciles. En tiempo de Calígula fué reducida á provincia la Mauritania, y en el de Claudio se fundaron colonias en el límite del gran desierto, edificando la ciudad de Sale, tan dentro del reino de Marruécos que muy á menudo la asaltaban tropas de elefantes salvajes. Allí se volvió á levantar Cartago, que comprendia veintidos basílicas, y vió reunirse diez y nueve concilios, y que se comunicaba por ocho caminos con las ciudades marítimas del África proconsular, y con las mediterráneas de la Numidia. Desde Constantina, adornada de un arco triunfal y sede de dos concilios, salian cuatro caminos á las principales ciudades de la Numidia. Hippona, plaza fuerte, comerciante y habitada por muchos Hebreos, fué célebre por el obispo San Agustin y por el concilio en que se dieron cánones á la Iglesia de África.

Puede decirse, pues, que ocupaban los Romanos todo el territorio habitable del África Septentrional, habiendo penetrado tambien muchas veces hasta mas allá de las gargantas del Átlas. Los Bereberes, los Gétulos y los Moros, ó se precipitaban en el desierto robando, ó cultivaban los oasis, no pudiendo ser domados porque no se establecian en ningun punto. De estos sacaban los Romanos las naranjas, la púrpura de sus ropas, las fieras para los espectáculos del anfiteatro, el marfil y los esclavos de la Nigricia.

Pero cuando la opresion y los excesivos tributos disminuían la poblacion en los países sometidos á Roma, los Moros y los Gétulos del desierto ó del Átlas llevaban á pastar sus rebaños á los campos abandonados, saqueando y huyendo, y vengando como una injuria los suplicios que les hacía sufrir una autoridad que no reconocian. Creció su arrojo cuando decayó el poder romano, de modo que rechazaron la civilizacion siempre hácia la costa; y al principiar el siglo IV, algunos príncipes moros se habian establecido ya en la falda del Átlas y entre el desierto y Cartago. Podian estos arrebatar á Roma una parte de su territorio; pero aspirando á la independencia, no á las conquistas, poco tenia que temer aquella de sus amenazas.

Otros Bárbaros rodeaban el Egipto, como los Moros Nasamones en la ribera occidental del Nilo, y los Árabes en la oriental; pero la Nubia y la Abisinia no estaban sometidas á los Romanos, que muchas veces en la Tebáida no podian hacer obedecer sus mandatos á la nueva y extraña generacion de solitarios que se habia establecido allí.

Á los Nubios pertenecian al principio aquellos Blemios que tanto hemos nombrado, perpetuos enemigos y devastadores del Alto Egipto, progenitores de los modernos Bisharos y Ababdios; despues combatieron Blemios y Nubios en el país situado entre Meroe y Siene, donde de las sesenta y ocho ciudades tan famosas ántes, no quedaba mas que Napata á orillas del Nilo. Diocleciano, con objeto de contener las devastaciones de los Blemios, cedió á los Nubios siete jornadas de tierra al Norte de las cataratas del Nilo; convenio que cada año se confirmaba con sacrificios en la isla Elefantina. Los Nasamones de la Libia marítima habian sido destruidos por el mismo emperador.

Alguna vez habian tratado los Romanos de someter la gran península arábiga; pero si se jactaron de algunos triunfos, en la práctica conocieron que la naturaleza no habia hecho á aquellos pueblos para la sujecion, ni para una civilizacion estable. Se valieron, pues, de ellos para traficar con la India, y desde muy antiguo llamaron Sarracenos á los intrépidos ladrones que venian del desierto á infestar la Siria: algunas veces tomaban á sueldo la caballería, sin igual en el mundo por su incansable ardor y por la docilidad de sus caballos; pero no creían poder temer mas que correrías de aquel mismo pueblo, que poco despues debia conquistar en noventa años mas tierras que Roma en ocho siglos.

Palmira habia perdido con su libertad la opulencia que la habia hecho maravilla del Oriente.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los Partos habian conquistado la Armenia, que se extendia entónces al Oriente del Eufrátes, desde Satala hasta la cordillera de montes que costea el Caspio; y habian colocado una rama de los Arsácidas en el trono de Artaxata, poniéndose así en contacto con el Imperio. Pero cuando los volvió á someter la raza persa restablecida, recobró la Armenia su independencia, y se unió á los Romanos con los vínculos de la religion.

El imperio de los Sasánidas, con el cual habia tenido Roma en este período peligrosísimas luchas, llegaba por el Norte hasta el Oco y el Oxo, que le separaban de los Indoscitas, al Caspio y á la Albania, frontera atravesada muchas veces por las irrupciones de los Albanos; por el Occidente confinaba con la Georgia, la Armenia y las fronteras romanas; al Sudoeste con el Eufrátes que le separaba del reino arábigo de los Mondar; al Mediodía con el golfo Pérsico y el mar Eritreo, y al Oriente con los montes Parsiatos que le protegian de los Indoscitas.

CAPÍTULO III

Constantino

Vencedor de Licinio y dueño del mundo, podia ya Constantino llevar á efecto los planes que meditaba hacía tanto tiempo; y así como habia establecido en el imperio una nueva política, debia prepararle una nueva capital (1). Los emperadores, creacion del pueblo, encontraban en Roma muchísimas personas acostumbradas al mando á consecuencia del derecho que habian ejercido sobre la familia y sobre los esclavos; por lo cual conocieron la necesidad de humillarlas, y para ello de hacerse amigos del pueblo bajo. De aquí provino el exterminio de las casas senatoriales, producido mas bien por envidia de su poder y por la necesidad de restaurar el Erario con sus pingües fortunas, que por la sed de sangre. En tiempo de Galieno, de todas las antiguas familias solo existia la Calfurnia. En su reemplazo se introducia gente nueva ampliando el derecho de ciudadanía; escogíanse entre los eunucos y libertos los confidentes, y se dieron buenas leyes en favor de los esclavos, que elevados de improviso al mando se hacian orgullosos é ineptos, soberbios y avaros. De este modo quedaba destruida la antigua raza conquistadora.

Alimentábase aun Roma con su antigua grandeza; pero ¡cuánto la debia humillar el verse dominada por emperadores, extraños á sus gloriosos recuerdos, el ver despues á Diocleciano establecer en otra parte la verdadera sede del dominio, y el ver á sus señores léjos de ella por mucho tiempo y hasta por toda la vida! Miéntras estos permanecieron en Roma, gozábase el pueblo en una sombra de autoridad, que creía adquirir cuando los veía mendigar su favor con liberalidades, con juegos y con afabilidad, ó cuando bajo las ventanas del palacio ó en el teatro, con aplausos ó con silbidos aprobaba ó rechazaba un acto ó una ley.

Pero ya habian cambiado los tiempos. Diocleciano habia convertido la corte frugal de Augusto en la de un rey oriental; habia abandonado la toga con que se enmascaraba la tiranía, y habia abierto entre los súbditos y el emperador el abismo que mantiene en Asia el hábito de la servidumbre. No se cautivaba, pues, ya el ánimo de la plebe, no se respetaba al Senado, no se veneraban las costumbres patrias: solo se trataba de humillar con el fausto, de atemorizar con la fuerza.

Las provincias, acostumbradas á la servidumbre, se doblegaban fácilmente á la nueva política. Pero el Romano, adonde quiera que volviese la vista, encontraba recuerdos de otra naturaleza en el monte Aventino, en el Foro y en el Capitolio, en la sombra de los Gracos, en la mirada austera de Caton, en el puñal de Bruto. Miéntras que el emperador permanecia en Roma debia usar con la majestad del Senado y con la familiaridad del pueblo una condescendencia que discordaba de las nuevas instituciones, y repugnaba á los que estaban habituados á la docil obediencia de las legiones y de las provincias.

Ademas Constantino queria establecer la nueva política sobre una nueva religion, y Roma podia considerarse como la metrópoli del politeísmo. No que este tuviese en ella un centro, una unidad, sino porque principiando

(1) Desde aquí en adelante toma la historia un nuevo color, segun son los escritores idólatras ó cristianos. Zosimo, imitando á Polibio, pinta la decadencia del imperio como enemigo acérrimo de los Cristianos: los cinco libros que nos quedan de él llegan hasta Graciano en el año 410.

De los 31 libros de Amiano Marcelino, trece se han perdido, y los demas abrazan desde el año 354 al 378. Este historiador es prolijo, pero instructivo y de bastante imparcialidad. Han escrito sobre la historia general, ademas de los antedichos abreviadores:

Paulo Orosio, *Historiarum*, lib. VII, y Zonara, *Anales*.

Paneggyricæ orationes veterum oratorum; notis ac numismatibus illustravit et italicam interpretationem adjecit Laurentius Patarol. Venecia, 1708. Son los panegíricos dedicados á los emperadores desde Diocleciano hasta Teodosio, de donde, aunque con mucha prudencia, pueden sacarse algunas noticias ó mejor algunas ideas.

Los códigos de Teodosio y de Justiniano y sus comentadores son un gran manantial de noticias.

Eusebio en sus diez libros de la *Historia eclesiástica*, y en los cinco de la *Vida de Constantino*, y sus continuadores Sócrates, Teodoreto, Sozomenes y Evagrio, ilustran mucho la historia política, aunque parciales respecto de los emperadores cristianos. Lo mismo puede decirse de muchas vidas de santos.

Entre les modernos, ademas de las historias universales y de Gibbon, tenemos:

Le Beau, *Hist. du Bas-Empire en commençant à Constantin le Grand*, continuada por Ameilhon, y enrequecida por Saint-Martin con notas tomadas de los historiadores orientales. Paris, 1824, 20 tomos en 8º; los siete primeros se refieren á este tiempo.

Corentin Royon, *Hist. du Bas-Empire depuis Constantin jusqu'a la prise de Constantinople en* 1453. Paris, 1803, 4 tomos. Compendio muy útil.

La *Histoire de Constantin le Grand* del P. Bernardo de Varenne. Paris, 1778, y *la Vida de Constantino el Grande* del abate Fr. Gusta, Fuligno, 1786, son panegíricos mas bien que historias. Mejor es la alemana de G C. F. Manso. Breslau, 1817.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por su fundador, Roma habia acogido una serie de tradiciones gentiles, á las cuales estaban unidas sus victorias y el orgullo de sus buenos dias; y pudiera decirse que Júpiter Capitolino amenazaba desde su roca al que violase sus altares, aunque estuviese dispuesto á dividir sus honores con otro Dios nuevo ó renovado. Advenedizo de todas partes del mundo habian llevado allí sus supersticiones; era, pues, Roma como un zarzal en que no podia crecer la nueva planta.

Todo acto público, conforme al orígen sacerdotal del gobierno patricio, era consagrado por ceremonias religiosas; inaugurábanse con sacrificios las asambleas; se elevaba en el Senado la estatua de la Victoria, y las solemnidades llamaban al emperador al circo ó á los templos. Habiéndose propuesto Constantino por cálculo ó por convencimiento establecer la nueva creencia, manifestaba disgusto por las costumbres profanas sin disimulo alguno, y el pueblo y los patricios se llenaban de despecho y se escandalizaban al verle vilipendiar los mas sagrado y querido para ellos. Pero él, en vez de atemorizarse, se decidió á alejarse de aquella gente envilecida y orgullosa, y á trasladar la capital del imperio á una ciudad que no tuviese memorias que echar en cara, ritos que cumplir, ni tumbas que venerar.

Fundacion de Constantinopla.

Convenia escoger una sede tal que uniese la salubridad y belleza del clima á la comodidad para las comunicaciones, y desde donde se pudiese dirigir la vista tanto á las hordas irruptoras de los Septentrionales, como al amenazador poder de los Persas. Dicen que Augusto pensó en trasladar la sede del imperio que él habia fundado á los campos en que Troya habia dominado en un tiempo la entrada del Helesponto. Con este designio Constantino comenzó á levantar muros en la playa que desde las faldas del Ida se extiende hasta el promontorio Reteo; pero despues le pareció mas conveniente, así para el comercio como para la defensa, Bizancio. No se hubiera podido encontrar en el mundo una ciudad mejor dispuesta para ser capital de un gran imperio. Situada en los confines del Asia y de la Europa, una débil colonia griega que se habia establecido allí habia llegado á ser una república floreciente é independiente, y á enseñorearse del Mar Égeo y del Ponto Euxino. Prescindiendo de su admirable distribucion sobre siete colinas, era muy fácil defenderla por el estrecho brazo que la une al continente; hácia el mar podia interrumpir las correrías principiadas por los Godos y los Sármatas en el Euxino, y extendia dos brazos como para recibir las riquezas del Oriente y del Occidente.

La nueva ciudad que tomó su nombre de Constantino (1) ocupa un promontorio triangular, que se apoya por su base en el continente europeo, miéntras que por el frente se inclina al Asia, que dista apénas quinientos pasos, por el Mediodía la rodea la Propóntide ó mar de Mármara : el puerto llamado el Cuerno de Oro por su forma y por las riquezas que allí afluían se abre por el Septentrion; el rio Lico, renovando las aguas, le limpia del fango ; las mareas muy poco sensibles no impiden nunca la entrada á los mas guesos navíos, que en número de mil doscientos pueden guarecerse en el puerto y llegar por algunos sitios á las casas. En tiempo de las cruzadas, cerraba una cadena aquella boca, que tiene poco mas de doscientos cincuenta metros. La punta del triángulo penetra en las aguas del Bósforo, tortuoso canal que une la Propóntide con el Euxino, y que tiene una milla de ancho y diez y seis de largo. En su parte mas angosta, frente á Bizancio, se eleva la pequeña Crisópolis (*Scutari*); y despues cuando se ensancha un poco hacia la Propóntide, Calcedonia, colonia griega. Cuando se atraviesa por espacio de veinte millas la Propóntide, sobre un golfo de la cual se descubre á Nicomedia, residencia del Diocleciano, y en una península á Cizico, famosa por su comercio, se llega al Helesponto, que puede atravesar á nado en una noche un amante ó un poeta, y donde Jérjes echó un puente para que pasase el inmenso ejército que habia de perecer mas tarde. El mar, la costa, la atmósfera, todo parece hermosear á porfía aquella magnífica mansion del hombre.

Constantino, ya que no podia rodear á una ciudad nueva de la aureola divina con que otras ensalzaron su orígen, hizo correr la voz de que se le habia mandado en sueños trasformar la decrépita matrona en una jóven de florida belleza. Y despues cuando con ritos romanos trazaba el circuito de la nueva ciudad señalando el terreno con el hierro de su lanza, habiéndole uno hecho notar cuán inmensa extension le daba, respondió : *Proseguiré hasta que se detenga el que invisible camina delante de mí* (1). 329.

Para fabricar los muros, los pórticos y los acueductos destinó sesenta mil libras de oro (2); no habiá allí desórden ni deformidad como en la mayor parte de las ciudades, fabricadas al acaso y á voluntad de los particulares en el curso de los siglos, sino que un genio solo trazó el plano, y las artes de Grecia y el poder de Roma cooperaron para edificarla sobre aquel modelo. Las selvas del Ponto y los blancos mármoles del Proconeso suministraban sin cesar materiales : calles, palacios, basílicas, iglesias, todo fué trazado y edificado en propocion á la

(1) El primitivo nombre de esta aldea tracia fué *Ligos*; como colonia griega tomó el de *Bizancio*; cuando fué capital del imperio, se llamó *Nea Roma*, y por adulacion ciudad de Constantino Κωνσταντίνου πολις. Los paisanos que iban á ella de los alrededores decian en su lenguaje dórico vulgar: « Vamos ες ταν βολιν (á la ciudad), » por lo cual los soldados turcos, cuando la sitiaban, principiaron á llamarla Estumbul, nombre que quedó en aquella lengua, y que los Docios con una leve alteracion han cambiado en *Islam bul*, ciudad de la fe. En los antiguos anales rusos se la llama *Zarego od*, y los Valacos y Búlgaros *Zaregrad*, esto es, ciudad real. Los Escandinavos del siglo x la conocian bajo el nombre de *Myklagard*, la gran ciudad.

(1) Filostorgio, II, 9.

(2) Codino, *Antiq. cost.* p. 11.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

grandeza de la metrópoli. Los alrededores se adornaron con el exceso de la riqueza de la ciudad, formándose así un jardin continuado. Pero la ansiedad del emperador apresuraba los trabajos, de modo que posponia la solidez á la prontitud.

No pudiendo crear artistas para hermosearla, renovó las injusticias de la antigua Roma, trasportando allí todo lo mejor que habia en el imperio: Grecia, Asia é Italia tuvieron que cederle estatuas de númenes y de héroes, bajos relieves y obeliscos; el Apolo Pitio y el Esminteo, los fatídicos trípodes de Délfos, las musas del Helicon, la diosa Rea, arrebatada del monte Didimo en donde la habian colocado los Argonáutas, fueron á adornar el Foro, el Palacio, el Hipódromo en que se verificaban las contiendas de la carrera y de la lucha, que continuaron allí por los Bárbaros conquistadores hasta el año 1808, en que fué quemado por los jenízaros, que en el mismo sitio debian ser degollados despues á millares; principio de la reforma ó de la última ruina del imperio otomano.

Aunque Constantino no hubiese trasladado á Constantinopla todo lo bueno y precioso de Rema y de Italia, el haberla hecho sede del emperador habria atraido allí naturalmente magistrados cortesanos y la multitud de aquellos que querian vivir de liberalidades, ó vender las adulaciones, ó excederse en opulencia ó ejercer las artes del lujo. Constantino dedicó la iglesia principal á la eterna sabiduría (Santa Sofía), y se preparó su sepulcro en la de los Apóstoles; en los alrededores se elevaron muy pronto ocho baños públicos y cincuenta y tres privados, cincuenta y dos pórticos con atrios cómodos y deliciosos jardines, dos teatros y cuatro basílicas para las asambleas, catorce templos, otros tantos palacios, cuatro mil trescientas ochenta y ocho casas, sin contar las pobres habitaciones de los plebeyos (1): y en ménos de un siglo, despues de concluidos los edificios de aquel vasto recinto, se edificaron tantas casas fuera de él, que habrian sido suficientes para construir una nueva ciudad. Constantino regaló los palacios á sus favoritos con ricas posesiones en el Ponto y en el Asia.

30 de mayo. 330. No se quitó sin embargo la primacía á Roma, ántes bien el título de que mas se gloriaba Constantinopla era el de colonia primera y predilecta hija de Roma. Extendióse á sus ciudadanos el derecho itálico, el nombre de senado á su consejo público, y á su pueblo la distribucion del grano: y todos los años en el aniversario de su dedicacion, se paseaba un carro triunfal con la efigie de Constantino de madera dorada, llevando en su diestra el genio de aquella ciudad. Rodeaban el carro guardias con gran pompa y antorchas encendidas, y cuando pasaba por frente del emperador reinante, debia este alzarse para saludar al nuevo Rómulo.

Constantinopla no habia tenido, como Roma, que elevarse luchando con obstáculos y peligros, y fortaleciéndose con severas cualidades, que en algunas ocasiones pueden pasar por verdaderas virtudes. Habíase introducido en ella una multitud, corrompida con todos los vicios de Roma, henchida de vanos títulos, aduladora de los Césares y mas unida á estos despues de separada de la tierra en que estaban sus tradiciones de libertad. Favorecian en Constantinopla la depravacion, el cielo purísimo y voluptuoso, la facilidad para recibir del Asia, de la India y del Egipto cuanto fomenta el lujo y la sensualidad y el concurso de todo el mundo por tierra y por mar, depravacion que inoculándose con el genio sutil y contencioso de los Griegos, la convirtió en poco tiempo en sentina de vicios y de funestos delirios.

Al cambiar Constantino la política, la religion y la metrópoli, favoreció y dañó tantos intereses, que no debe extrañar que no haya quizá en la historia otro personaje de quien se haya dicho tanto bien y tanto mal. Era Constantino alto, de figura majestuosa y gracioso semblante; habiendo adquirido desde sus primeros años destreza y gallardía en los ejercicios de campo, no perdió el vigor de su juventud con la intemperancia y la lascivia. Aunque la educacion que recibió en medio del ejército le privó de la cultura literaria, conoció sin embargo la importancia del saber y le fomentó generosamente: y en medio de sus empresas se ocupaba continuamente en leer, escribir y meditar, ademas de dar audiencia á los embajadores, despachar las peticiones de sus súbditos, y acudir de un país á otro segun las necesidades que surgian.

En su trato era modoso é insinuante, y cultivaba con calor sus amistades: alegre algunas veces mas de lo que convenia á su dignidad, complacíase en las gracias del bufon Samaco. En la guerra, con su intrepidez animaba á los soldados, que conducia á la victoria con la habilidad de gran general. Sus victorias no pueden atribuirse solo á la fortuna, sino á su mérito y á la reputacion de sabio y moderado, debida principalmente á la comparacion con sus rivales.

Grande ánimo debe tener sin duda el que se atreve á cambiar las instituciones y la religion de un país sin atemorizarse por las preocupaciones de la educacion, por los sofismas y por los murmuraciones; grande debe ser el que resiste á las insinuaciones de un partido triunfante que anhela vengarse de una larga opresion; y Constantino respondia á los que le pedian que condenase á los gentiles ó herejes: *La religion quiere que se sufra la muerte por ella, pero no que se dé.*

En las carestías que muchas veces afligieron

(1) Estas particularidades están tomadas de la *Noticia* que se escribió cerca de un siglo despues. Roma tenia 1,780 casas grandes: Constantinopla cuenta hoy 88,185; de las cuales 18,000 fueron devoradas por las llamas en 1831. Las murallas levantadas al rededor por el cónsul Ciro Constantino por órden de Teodosio I, tenian casi la misma extension que tienen hoy; porque Calcondílas las da ciento diez estadios, Gíles trece millas italianas, y los modernos 9,800 toesas. Véase KAMMER, *Constantinopolis und der Bosphorus*. Viena, 1821.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

alguna parte del imperio, daba generosamente á los obispos aceite, vino, dinero, ropas y granos para que lo repartiesen á los necesitados, y principalmente á los huérfanos y á las viudas sin distincion de creencias. Suprimió los espías diciendo que eran una calamidad pública, y castigando en ellos la calumnia : decia que queria seguir los pasos de Marco Aurelio y de su tio Claudio, y que atendida la fragilidad de los hombres, debia cuidarse en el gobierno mas de una suave equidad que de la rígida justicia. Refiriéndole que algunos paisanos habian apedreado sus estatuas, se pasó la mano por el cuerpo y dijo : *No siento ninguna contusion.*

En uno de aquellos panegíricos que componia la vileza de los literatos y toleraba la impudencia de los Césares, predicaba un sacerdote que Constantino despues de haber dominado gloriosamente sobre los hombres subiria á reinar al lado del Hijo de Dios. El emperador le interrumpió exclamado : *Deja esas indebidas lisonjas : no necesito tus elogios, sinò tus oraciones.*

En otro de los siete panegíricos dedicados á él se lee : *Tú reanimaste la pompa de nuestros juegos con la sangre de los Francos : nos ofreciste el agradable espectáculo de innumerables prisioneros destrozados por las fieras, pues á aquellos Bárbaros espirando ofendian mas los insultos de los vencedores que los dientes de las fieras y las angustias de la muerte.* En los primeros años condescendió Constantino con los inveterados hábitos de los Romanos permitiendo estos espectáculos horrorosos; pero ¿cómo fué el retórico tan ciego de entendimiento que no comprendió la revolucion llevada á cabo?

Convendria trasladarse á su tiempo para medir con exactitud su mérito y su culpa por haber establecido su soberanía sobre las ruinas del gobierno popular, cambiando no solo el espíritu de su nacion, sino el de los Estados futuros que desde entónces principian á ser distintos de los antiguos. Sin embargo, á pesar de tanto celo por el poder supremo, dió gran autoridad á la Iglesia, cuya jurisdiccion aumentó y confirmó.

Leyes.

Cuando la sociedad estaba impregnada en el paganismo, no podia Constantino de un solo golpe promulgar leyes que aboliesen lo pasado, é hiciesen triunfar lo justo y lo bueno sobre las formas legales : sin embargo, trabajó para elevar al hombre material á hombre moral, y para abolir el arbitrario derecho civil en provecho del natural. Siguiendo las doctrinas religiosas que habia abrazado, derogó la ley que castigaba el celibato, declaró exentos á los clérigos de todo servicio público y cargo oneroso, y restringió la facultad de divorciarse, y mandó á todas las ciudades de Italia y despues á las de África, que socorriesen á los padres que no pudiesen criar á sus hijos, á fin de que no se pervirtiesen. Castigó el rapto con tal rigor, que el reo era quemado vivo y despedazado en el anfiteatro : si la robada confesaba haber consentido en el rapto, participaba del castigo ; los padres de la rea debian acusarla públicamente : los esclavos que hubiesen tenido alguna parte en él eran quemados ó se les echaba plomo derrerido en la garganta : el tiempo no prescribia el castigo contra este crímen, cuyos efectos caían tambien sobre la prole : ley en que la moralidad hacía traspasar los límites de la justicia y que por lo tanto debia modificarse.

Mejor cuidó de los intereses de los pupilos, á sugestion ciertamente de los obispos que se miraban como tutores natos de aquellos, y mandó que los menores tuviesen una hipoteca legal sobre los bienes de sus tutores, garantizándoles los bienes inmuebles. Llevado por sentimientos humanos, extendió el derecho de las madres sobre la sucesion de su hijos. Hizo renacer la buena fe, mediante el juramento que debian prestar los testigos ántes de declarar (1). Para desterrar el espíritu de contienda, enfermedad de aquel tiempo, impuso penas á los que hiciesen apelaciones temerarias (2) : extendió el uso de los codicilos, y no exigió como necesarias las palabras sacramentales de los legados. Podíase apelar á los magistrados superiores de cualquier decision : sometió tambien á los soldados á la autoridad ordinaria en las causas civiles ; en las criminales para todos los súbditos, hasta para los *clarisimos*, estableció un solo fuero : abolió las fórmulas de los contratos, resto del derecho pelásgico y fuente de embrollos y de intrigas. Dispuso que se registrasen las sentencias como para imponer á los jueces una responsabilidad moral : castigó, ó á lo ménos amenazó, á todos los magistrados prevaricadores ó negligentes ; hizo ménos dura la detencion á los sospechosos; dispuso que los encarcelados por delitos contra el fisco tuviesen un calabozo capaz y ventilado, y mitigó las penas aflictivas, quitando la tan comun de la marca en la frente y de la cruz.

Por respeto á la agricultura, prohibió á los oficiales públicos que quitasen, por deudas al fisco, los bueyes, los esclavos y los instrumentos de labor, y que usasen en la posta los animales destinados al campo ; y durante la siembra y la recoleccion dispensó á los campesinos de todo servicio personal y hasta de la obligacion de santificar las fiestas. Pero no supo quitar los obstáculos que habian convertido el comercio en un monopolio imperial; y cuán miserable era el estado en que se hallaba este, lo manifesta el que el emperador creyó hacer bastante con rebajar el interes del dinero al doce por ciento, y en las mercancías á tres fanegas en descuento de dos recibidas.

Fomentó las artes y las ciencias; mantuvo bibliotecas públicas, y sobrepuja á todo cálculo el número de iglesias que segun la tradicion fabricó, dotándolas á todas pingüemente con vasos preciosos, aromas y mármoles finos . Su-

(1) L. 3, Cod. Teod. *de fide test.*

(2) L. 16, 17, Cod. de Teod. — TROPLONG. *De l'influence du christianisme sur le droit civil* Paris, 1843.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ministrábanle medios para estas liberalidades los bienes que sus predecesores habian confiscado á los mártires, ó que quitaba á los templos profanos ó á la celabracion de los juegos en el circo y en el teatro.

Constantino en el colmo del poder y habiéndose librado de sus émulos, no disimuló sus vicios ó mas bien descuidó las mas principales virtudes; convirtió el amor de la gloria en una soberbia ambicion, y exagerando la pompa asiática introducida por Diocleciano, descendió hasta la afeminacion en el adorno de su persona y en el lujo de la corte. No bastando ya á esta ni á la nueva ciudad los tesoros acumulados, impuso nuevas contribuciones á los súbditos, abandonados á la rapacidad de los empleados, como no podia ménos de suceder en un Estado vasto y con tan complicada administracion. Valiente á la cabeza del ejército, era débil en la corte, dejándose conducir por sus ministros que gastaban su genio en frívolas particularidades. Su temperamento y educacion militar le llevaban á actos de crueldad y de avaricia de que no siempre le alejaron la reflexion y el Cristianismo (1).

Familia de Constantino.

Su numerosísima familia nos presenta un espectáculo de desgracias y crímenes. De sus tres hermanos, Anibaliano vivió sin sucesion ni partido: Julio Constanzo Patricio y Dalmacio se casaron con hijas de ricos senadores, y entre los hijos del primero hiciéronse célebres mas tarde Galo y Juliano el Apóstata; dos hijos del segundo obtuvieron el vano y honroso título de censores. Sus dos hermanas Anastasia y Eutropia se casaron con los senadores consulares Optato y Nepociano: Constanza, viuda de Licinio, protegia la infancia y la esperanza del único hijo que le habia dejado su imperial marido.

Constantino tuvo de Minervina, mujer oscura de su juventud, á Crispo; de Fausta, hija de Maximiano, tres hembras y otros tantos varones, Constantino, Constanzo y Constante. La educa-

Crispo.

cion ó instruccion de Crispo, jóven de grandes esperanzas, fué encomendada á Lactancio, elocuentísimo entre los filósofos cristianos, y pro-

317. clamado César gobernador de las Galias á los diez y siete años, ejercitó su valor conteniendo á los Germanos, sirviendo despues de grande ayuda á su padre en las guerras civiles, donde se señaló principalmente forzando el paso del Helesponto, defendido obstinadamente por el ejército de Licinio. Estas hazañas le conquistaron el cariño del pueblo, que se inclina siempre á los jóvenes que prometen aumentar la gloria de sus padres. Pero concibió celos de él Constantino y elevó á su lado Constancio, á quien dió el gobierno de las Galias con el título de César, miéntras tenia en los ocios de la corte á Crispo, que habia esperado en calidad de Augusto participar de la suprema dignidad. Cuando pierde uno la gracia de un déspota, no falta quien se complace en hacerle traicion, denigrar sus hechos, desfigurar sus intenciones, dar el peor sentido á sus palabras é interpretar sus pensamientos. Tal vez excitado por algunos de estos publicó Constantino una ley en que alentaba con pre- 324. 325.
mios y honores á que le denunciasen á cualquiera que intentase conspirar, ya recayese la acusacion sobre los magistrados mas insignes, ya sobre sus mas íntimos amigos: él en persona debia oir y juzgar á los culpables (1).

Difícil es averiguar si esta ley se hizo expresamente para el hijo sospechoso, pero lo cierto es que derramaba sobre él y dejaba que le tributasen los acostumbrados honores y felicitaciones, miéntras que sus enemigos le cavaban la sepultura. Constantino se trasladó desde Nicomedia á Roma para celebrar el vigésimo año de su imperio, y miéntras deslumbraban á la multitud espléndidas fiestas, Crispo fué detenido, juzgado por su mismo padre, y muerto en Pola; y con él el hijo de Licinio, vanamente protegido por las lágrimas de su madre.

¿Cuál era su culpa? El secreto que cubrió el 326.
proceso, condena severamente una constitucion en que puede hacerse desaperecer aun á personas principales, sin que el juez pueda interponer un pretexto, ni la historia formular una acusacion. Mas tarde se dijo que Crispo habia sido víctima de las intrigas de Fausta, madrastra suya, la cual odiándole como un obstáculo á la grandeza de su propio partido, le acusó de haber conspirado contra su castidad. Pronto descubrió el emperador la inocencia de su hijo, la aclamó y reparó el castigo en lo único que podia. Dolióse principalmente de la la muerte de Crispo Elena, que descubrió las intriguas de Fausta con un mozo de las caballerizas imperiales; por lo cual su ofendido marido la hizo ahogar en un baño: hechos asegurados por muchos, pero no bastante comprobados, aunque parece que halló en esta ocasion Constantino motivos para quitar la vida á algunos, aun amigos suyos.

Los tres hijos de Fausta, destinados al trono, fueron declarados Césares, asociándose á ellos, no se sabe por qué, sus tios Damalcio y Aniba-

Príncipes herederos.

(1) Cod. Theod., lib. IX, tit. 4.

(1) Pondremos aquí algunos juicios que difieren del nuestro, y el lector decidirá.

« Adornado de cierta habilidad para la guerra, la empleó en exterminar á sus enemigos particulares, no á los de Roma. No tuvo ninguna cualidad que le hiciese apto para el gobierno. Engañado por sus ministros y favoritos, que abusaban de su debilidad, no veía mas que por los ojos de estos. Una inquietud natural le impulsaba á obrar continuamente, pero las mas veces sin provecho. Si parecia ocupado en grandes proyectos, los habia concebido por vanidad y presuncion, y los llevaba á cabo con una política mediana. Contribuyó mas que ninguno á acelerar la ruina del Imperio. » MABLY.

« Hay en Constantino una mezcla de cualidades que parecen excluirse. Tuvo carácter de guerrero y amó la pompa y la molicie; fué humano en legislacion y bárbaro en política; perdonó algunas injurias y mandó asesinar á parientes y amigos; socorria por humanidad y permitia por debilidad que dilapidasen las provincias: unos dias fué Antonino, otros Neron. Parece que su genio se derivaba de la prosperidad, sus faltas de las pasiones, y sus leyes del Cristianismo. » THOMAS.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

liano (1). Los mas célebres filósofos, oradores y jurisperitos educaron el cuerpo y el espíritu de estos cincos príncipes, miéntras el emperador los instruía en el conocimiento de los hombres y en el gobierno. Pero si él se habia formado en la escuela de la adversidad, dañaba á estos el crecer entre las vanas seguridades y falsas adulaciones de la corte, en que el hombre aparece siempre enmascarado, y demasiado pronto consiguieron un gobierno ganado sin méritos ni fatiga.

Formóse para el jóven Constantino una corte en las Galias; otra para Constanzo en Oriente; obtuvo Constante la Italia, la Iliria Occidental y el África; Dalmacio permaneció en la frontera gótica, gobernando la Tracia, la Macedonia y la Grecia; Anibaliano gobernó desde Cesárea el Ponto, la Capadocia y la Armenia Menor; cada uno con asignacion, guardias y ministros, y con autoridad creciente á medida de sus años y experiencia; pero dependiendo siempre de Constantino, que se reservó el título de Augusto.

En los últimos catorce años se hizo acreedor Constantino al título que le dieron de *fundador de la tranquilidad pública*, la cual fué ligeramente interrumpida por el tumulto suscitado en Chipre por un tal Calocero, y por la parte que tomó el emperador en las guerras de los Sármatas y Godos.

Los Vándalos, arrojados por estos últimos, se unieron con los primeros, á los cuales impusieron un rey de la estirpe de los Astingios, establecida antiguamente á orillas del mar Septentrional. El deseo de venganza aumentaba las ocasiones de enemistades entre pueblos ya de fiera índole y ambiciosos de dominar, y várias veces los Vándalos y Godos habian combatido á orillas del Tibisco, cuando los primeros pidieron auxilio al emperador romano. Concedióse le este, deseoso de humillar el creciente
331. poderío de los otros; pero de repente Ararico, rey de los Godos, pasó el Danubio é invadió la Mesia, y el emperador encanecido en medio de las victorias vió á sus legiones humillarse delante de los Bárbaros en torpe retirada. Pero la disciplina prevaleció por último, y el enemigo fué rechazado hasta mas allá del Danubio.

332. Fué auxiliado Constantino en esta guerra por los habitantes del Quersoneso Táurico (*Crimea*), que recordaban los estragos que les causaron los Godos en el siglo anterior, y que estaban udi dos á los Romanos por su orígen griego, y por el comercio de granos y manufacturas que recibian de Asia en cambio de sal, cera y pieles. Estos esfuerzos unidos confinaron á los Godos entre las montañas donde se dice que perecieron cien mil de frio y de hambre, hasta que pidieron la paz dando en rehenes á Constantino el primogénito de Ararico. Fué entón-

(1) Primero y único príncipe romano que tuvo el nombre de *rex*; para los demas se inventó el de *nobilissimus*.

ces el emperador liberal con sus jefes, y mas con los del Quersoneso, á cuyos magistrados concedió espléndidas insignias, los eximió del tributo que pagaban sus naves en el mar Negro, y les prometió socorros de hierro, aceite y granos.

Constantino solo fué avaro con los Sármatas, como si hubiese hecho bastante con librarles de su instigador enemigo, y distrajo para los gastos de la guerra una gran parte de las recompensas con que solia gratificarlos. Enojados estos, invadieron las tierras del imperio: por lo cual Constantino se negó á auxiliarlos cuando los 331
atacó Goberico, nuevo rey de los Godos. El rey vándalo Visumar se opuso valerosamente á aquel arrojado enemigo, y murió en la batalla; pero los suyos armaron á los esclavos, gente endurecida en la caza y en la vida pastoril, y rechazaron al invasor. Hallándose despues estos esclavos con las armas en la mano y la venganza en el corazon, usurparon ó mas bien volvieron á conquistar el país en que habian nacido, é hiciéronse dueños de él tomando el nombre de Limigantes. Los Vándalos y los Sármatas entónces tuvieron que abandonar aquellas tierras, unos venciendo á los Godos, otros buscando entre los Cuados terrenos incultos mas allá de los Carpacios, y los mas pidiendo refugio al imperio que distribuyó á trescientos mil en colonias en la Panonia, la Tracia, la Macedonia y la Italia. Los Persas, que rompieron aquella larga paz, causando estragos en la Mesopotamia, fueron obligados en breve á pedir condiciones.

Así Constantino era temido por los Bárbaros vecinos y respetado por los lejanos; de tal modo que le enviaban embajadores hasta desde las riberas del Océano Oriental y las fuentes del Nilo. Diez meses despues de celebrar el trigésimo Muerte de Constantino, 27 de mayo 337.
año de su imperio, enfermó en Nicomedia, y viéndose próximo á la muerte, pidió la imposicion de las manos y el bautismo que habia diferido hasta entónces, y murió diciendo que la vida en que entraba era la única verdadera. Concluido el motivo de envidia, fué llorado generalmente, honrado con solemnísimas exequias, y colocado por la adulacion de los paganos entre los dioses, por la gratitud de los Griegos y del clero entre los apóstoles y los santos, y por la justicia de la posteridad entre los grandes monarcas, pues comprendiendo las necesidades de su tiempo, en vez de retardar, como los obstinados adoradores de lo pasado, secundó y favoreció el maduro progreso, y se puso á la cabeza de la revolucion mas grande que describe la historia.

CAPÍTULO IV

Asuntos religiosos.

Con Constantino los acontecimientos exteriores de la Iglesia toman tal importancia, que no puede comprender la historia el que al mismo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tiempo no los tenga en cuenta. En los primeros tiempos del Cristianismo, predomina el milagro; y si bien se presenta el poder del hombre en el sufrimiento, la resistencia y la victoria, es tan evidente por otro lado la mano de Dios en las interrupciones del órden de la naturaleza, que aquellos sucesos son mas para venerados que para descritos. En su mayor parte, los primeros discípulos eran sencillos é incultos, y la base sobre que querian edificar el nuevo mundo era la fe, capaz de remover las montañas.

En el primer siglo fué, pues, mas bien práctico que especulativo, mas de accion que de palabra: la doctrina, perpetuada en la tradicion viva y oral, se concentraba en pocas palabras graves y sencillas: y la fe estaba probada simple y eficazmente cuando los testigos de la vida y resurreccion de Cristo podian decir aun: *Lo hemos visto nosotros*; *ó lo ha visto el que nos lo ha contado*. La doctrina, por otra parte, reducíase á decir: *¿Queréis la paz del alma y el verdadero bien? Pues creed.* Si nacian disputas, las acallaba la voz de un discípulo: y sublime prueba de la verdad era la regeneracion del hombre interior, que se operaba por medio de virtudes desconocidas hasta entónces; la paz, la fraternidad, la igualdad, la beneficencia universal, la constancia en los martirios, y el perdon magnánimo.

Aquella fe indómita ante los terrores y los halagos, aquella virtud mas que humana debian producir su efecto, y el mundo se imbuía de un espíritu nuevo; de modo que la Iglesia, poco ántes casi sin esperanza, se extendió triunfante y se preparó á reformar la sociedad, no ya cambiando el órden político, sino mejorando á los hombres, imponiendo un nuevo sistema de creencias y de moral.

Cuando Constantino dió la paz á la Iglesia, recibió una santa alegría toda la cristiandad: del triste silencio de las catacumbas salian los sacerdotes á celebrar á la faz del mundo los ritos de la nueva alianza; los obispos á solemnizar las memorias de los mártires ó dedicaciones de iglesias erigidas á la luz del sol; los literatos á escribir panegíricos y publicar virtudes hasta entónces ocultas; todos los fieles seguros y reconociéndose entre sí á abrazarse, afirmando la fraternidad con la cena de la perpétua conmemoracion, y cantando himnos á Dios que prometia terminar las tempestades.

Constantino no quiso reducir á la desesperacion á un partido numeroso, y no temible ya, amenazándolo con eternas represalias: por lo cual, lo que no es poco laudable en un innovador, se condujo moderadamente en una lucha que no debia concluir en tratados, sino con el ttiunfo de un sistema. Al principio toleró, junto con el nuevo, el culto antiguo, naturalizado en las costumbres y sostenido por tantos intereses; despues se declaró abiertamente por los Cristianos, proscribió los juegos gladiatorios, las
321. fiestas escandalosas, el trabajar los domingos; luego cerró los templos, desterró los sacrificios, derribó los ídolos, quitó á las vestales y á los sacerdotes profanos los privilegios que concedia á los obispos y al clero, como tambien los palacios, riquezas y permisos para aceptar herencias; á los magistrados seglares les mandó ceder una parte de su propia autoridad para acrecentar la de los obispos, cuyas sentencias debian tener tanto vigor como las suyas; plantábase la cruz sobre los edificios públicos; se desplegaba el lábaro delante de los ejércitos; se erigia en el campo una capilla, servida por sacerdotes que Constantino llamaba custodios de su alma; cada legion tenia altares y ministros, y ántes de la pelea se invocaba al Dios de las victorias.

Donacion de Constantino.

Mas tarde se dijo que el emperador, limpio de la lepra y bautizado por el papa Silvestre, cedia á este y á sus sucesores la soberanía de Roma, de la Italia y de las provincias de Occidente. Este acto inventado en el siglo VIII é inscrito en las *Decretales* del falso Isidoro, parece dar remotísima antigüedad y legítimo principio á la dominacion temporal de los papas (1). Sin embargo, desde el siglo XII se impugnó su autenticidad, que despues Lorenzo Valla destruyó totalmente con razones á que fueron los primeros en asentir los defensores leales de la Santa Sede. La liberalidad de Constantino dotó ciertamente con esplandidez la iglesia de Roma (2), y un catálogo aunque imperfecto (3) enumera las rentas que de las casas, tiendas, fondas y jardines percibian las de San Pedro, San Pablo, San Juan de Letran, que ascendian á veintidos mil áureos, ademas de gran cantidad de aceite, lino, papel, aromas y otros frutos. Por otra parte los pontífices, aun despues del triunfo, siguieron un método humilde de vida, no aspirando al reino de este mundo, sino á ser un espejo constante de virtud.

Papas. 165-168.

Los primeros papas, pios y celosos obispos, despues de haber trabajado toda su vida en conservar pura la fe y animar á sus confesores, la habian sellado con su propia sangre. Á Pedro.

(1) «Aun en Roma pagana causaba ya embarazo á los Césares el pontífice romano: era este su súbdito: podian todo contra él y él nada contra ellos, sin embargo no podian mantenerse á su lado. Leíase en su frente el carácter *de un sacerdocio tan sublime que el emperador, que llevaba tambien el título de sumo pontífice, sufria en Roma con ménos paciencia que en el ejército un César que le disputase el imperio.* (Bossuet.) Una mano oculta le echaba de la *ciudad eterna* para dársela á la cabeza de la *Iglesia eterna.* Tal vez en el ánimo de Constantino se mezclaba con este disgusto un principio de fe y de respeto; pero no dudo que este sentimiento contribuyó á su determinacion de mudar la corte mas que los motivos políticos que se han supuesto. El mismo recinto no podia contener al emperador y al pontífice, y Constantino cedió al papa Roma. La conciencia infalible del género humano no lo entendió de otra manera, y de aquí la *muy verdadera fábula* de la donacion. La antigüedad, que quiso ver y tocar todo, cambió el abandono en una donacion formal viéndola escrita en pergamino y depositada en el altar de San Pedro. Los modernos apelan á *la falsedad* miéntras la inocencia misma referia de esta manera sus pensamientos. No hay, pues, cosa mas verdadera que la donacion de Constantino.» DE MAISTRE.

(2) Solo á una iglesia regaló un tabernáculo de plata que pesaba 2,025 libras, con una cruz de cinco piés de alta y peso de 120 libras; doce apóstoles de 90 libras cada uno, valuados todos juntos en millon y medio, y ademas 80,000 francos de renta en bienes.

(3) BARONIO, *Ann. eccl.* ad a. 324, nos 58, 65, 70, 71.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

crucificado el 29 de junio del año 66, sucedieron Lino de Volterra, Anacleto, Romano, y Clemente I, compañero de San Pablo y del cual nos ha quedado una epístola á los Corintios; despues Evaristo de Siria, que, como su sucesor Alejandro I, fué víctima de Adriano. Á estos sucedieron Sixto I, que introdujo el ayuno en la cuaresma, y Telesforo, á quien se atribuye el *Gloria in excelsis*, Higinio, Pio I, Aniceto, y Sotero de Fondi, de todos los cuales no sabemos de cierto ni el tiempo ni el órden de sucesion.

177. Se cree que Eleuterio envió misioneros á la Bretaña (1). El celo de Victor I de África fué templado por los prelados occidentales, á fin de que no separase de la Iglesia á los obispos de Asia por la cuestion de las Pascuas. Calixto I,
219. que sucedió á Ceferino, Romano, dicen que erigió en tiempo de Heliogábalo el famoso cementerio á lo largo de la via Apia, donde fueron sepultados ciento setenta y cuatro mil mártires y cuarenta y tres papas. Despues ocuparon la sede Urbano I, Ponciano, desterrado á Cerdeña
235-51. en tiempo de Maximino, Antero, Fabiano y Cornelio, mártires, Lucio I, Estéban I, que tuvo con-
269-75. troversias con San Cipriano, Sixto II, Ateniense, Dionisio, Griego, de cuyos escritos nos quedan algunos fragmentos, Felix I, Romano, Eutiquiano de Luca, Cayo, Dálmata, Marcelino, Romano, y
310. Marcelo I, de cuya severidad y contradicciones es prueba su epitafio que escribió San Dámaso (2). Á los pocos meses de gobernar el papa Eusebio, le sucedió Melquiádes, y despues Silvestre I bajo
314. el cual se verificó la célebre conversion de los emperadores.

Al paso que se introdujo en el imperio un nuevo órden civil, alteróse tambien el eclesiástico, lo que es muy digno de observarse (3), porque arruinado aquel, se conservó este con la estabilidad que imprime la Iglesia á todo lo que de ella sale.

Pero tan pronto como las cosas del Cielo se unen con las humanas, participan de la naturaleza pervertida de estas. Cuando la Iglesia de perseguida se trasformó en dominadora, entraron en ella multitud de paganos, no siempre por íntima conviccion, y despues de haber combatido con el raciocinio, con las pasiones, con los hábitos y con los intereses, sino muchas veces para conservar sus empleos y no perder el favor, ó por codicia de los privilegios y riquezas sacerdotales: por lo cual se corrompieron las costumbres de los Cristianos y la sociedad conservó en la nueva religion los vicios de la antigua.

(1) La tardía autoridad de Beda halla apoyo en la de Tertuliano: *Britannorum inaccesa Romanis loca, Christo vero subdita.*

(2) Veridicus rector, lapsis quia crimina flere
Prædixit miseris, fuit omnibus hostis amarus
Hinc furor, hinc odium sequitur, discordia, lites,
Seditio, cædes, solventur fœdera pacis.
Crimen ob alterius, Christum qui in pace negavit,
Finibus expulsus patriæ est feritate tiranni.
Hæc breviter Damasus voluit comperta referre,
Marcelli ut populus meritum cognoscere posset.

(3) Véase mas adelante el capítulo XVIII.

Herejías. Las herejías, que no habian sido mas que disputas de escuela, tomaron mas serio aspecto y hasta llegaron á turbar la política. Estallaron estas primero en África, donde Donato de Cásas
305. Négras acusó á Ceciliano de ocupar intrusamente el obispado de Cartago, y de haber entregado Donatistas. los libros sagrados á los magistrados en tiempo de persecuciones. Un concilio de setenta obispos le condenó, otros le defendieron, de lo cual resultó un cisma, cuyos furoros no pudo extinguir el procónsul de África. Constantino llamó á Ceciliano y á sus adversarios, para que expusieran sus razones ante el papa Melquiádes y los obispos de Galia é Italia. Reuniéronse en el palacio de Letran diez y nueve obispos con el pontífice, *su carísimo hermano*, y Donato quedó
2 de octubre. 313. confundido; no se hizo cuenta del concilio africano, porque no habia sido llamado Ceciliano á disculparse. Este, aunque declarado inocente, fué detenido, por prevision, en Brescia, y Donato en Roma, pero faltando Donato á la palabra que habia dado, vuelve á Cartago, síguele el obispo y se reanima el incendio. Invocóse de nuevo la autoridad del emperador, que mandó someter á exámen la cuestion, y cansado de oir repetir que habia sido muy poco concurrido el concilio
Agosto 314. de Roma, congregó otro nuevo en Árles. Asistieron á este treinta y tres obispos lo ménos, y los que dejaron de hacerlo enviaron sacerdotes, como hizo tambien el papa, no pudiendo « abandonar los lugares en que presiden los apóstoles, y en que glorifica contínuamente al Señor con su sangre (1). »

Ceciliano fué tambien absuelto entónces, y los Padres congregados procuraron que Constantino reprimiese con la fuerza á los disidentes y perturbadores de la Iglesia y del país. En efecto, los hizo arrestar, y despues á persuasion suya trató él mismo de conocer de la causa, decidida ya por el concilio; pero aunque instigado por los donatistas, prorogó la decision de un dia á otro y de Roma á Milan, hasta que examinó y absolvió al obispo en su consejo particular.

No se aquietaron con esta sentencia los donatistas y ocuparon la iglesia construida por el emperador en Cirta, capital de la Numidia, llamada entónces Constantina por el nombre de aquel. Este construyó otra y exhortó á los creyentes á la paciencia y á aceptar como un martirio las persecuciones. Estas disensiones interiores, que daban motivo á las burlas de los gentiles, debian causar disgusto á Constantino, que sin embargo no supo usar el rigor, y solo en lo mas fuerte de sus disensiones les prohibió reunirse. Sin embargo no aplacados, gran número de obispos se negaron á comunicar con Ceciliano, y su obstinacion les llevó del cisma á la herejía.

Una cuestion como esta, en que no se discutia ningun punto del dogma, no mereceria ocupar un lugar en la historia, si no hubiese conmovido el imperio por tanto tiempo. Pero

(1) Ep. sinodal.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

algunos de aquellos sectarios, con el nombre de Circonceliares cometieron muchos excesos en la doctrina y en las acciones, é interpretando el Evangelio segun *la letra que mata*, no segun *el espíritu que vivifica*, pretendian establecer la igualdad en la tierra, rompian tumultuosamente las cadenas de los esclavos, les daban parte en los bienes de sus amos, absolvian á los deudores y mataban á los acreedores, sin usar el hierro, porque Cristo habia prohibido á Pedro el cuchillo, sino con mazas nudosas que llamaban varas de Israel. Ejercian sus violencias y venganzas al mando de algunos que llamaban capitanes de los santos, gritando *Gloria á Dios*; y cuando los alcanzaba el rigor de la ley, se libraban de la pena con el suicidio que tenian por un martirio, provocado con frecuencia y cumplido con solemnidad. Tales fanáticos no podian reprimirse sino con mucha sangre (1).

Circonceliares.

Tambien en la Palestina irritados los Judíos vinieron á las manos con los fieles; por lo cual Constantino, queriendo apaciguarlos, declaró libre á todo Cristiano siervo de los Hebreos; prohibió á estos comprarlos de nuevo, y los amenazó con quitarles la vida y la hacienda si obligaban á un Cristiano á circuncidarse.

Cristo no escribió nada. Que los apóstoles ántes de separarse para predicar á las naciones compusieron el símbolo de la creencia universal, cual nos ha sido trasmitido con el nombre de *apostólico*, no es mas que una creencia piadosa; y no parece verdad lo que aseguran algunos modernos, que fuese esta la fórmula que acompañaba generalmente al bautismo, sencilla primero y aumentada despues sucesivamente á medida que era preciso aclarar un punto ó excluir un nuevo error (2). No habia una exposicion general y compilada del dogma: algunos Padres se separaban y contradecian en varios puntos, y la declaracion de fe consistia en la exclusion de la comunion de una Iglesia al que no pensaba como esta.

Arrianismo.

De este modo se combatieron las primeras herejías. Algunos se engañaron acerca de la naturaleza divina al sostener la unidad abstracta de su sustancia, hasta negar que esta se dividiese en tres personas, herejía que despues debia extenderse por gran parte del mundo con el mahometismo. Sabelio, admitiendo la Trinidad, retrocedia hasta la unidad judáica, diciendo (á lo que parece) que el Hijo era una forma de la unidad divina, que habia descendido á vestir la humanidad, y el Espíritu Santo la presencia permanente de la Divinidad en la Iglesia. Por lo cnal las personas de la Trinidad se reducian á diferentes operaciones del mismo poder: si crea es Padre; si se encarna es Hijo; si obra sobre las almas es Espíritu Santo: no habia, pues, para Sabelio distincion de personas. Por consiguiente el hombre no habia decaido, ni fué una necesidad la redencion, sino una nueva operacion, quizá no la última de la Divinidad. Algunos se abandonaron á la vaguedad de las ideas platónicas, semejantes á las del Cristianismo sobre el Verbo; otros por falta de prudencia ó en el calor de las disputas, pusieron demasiada diferencia entre el Padre y el Hijo, aunque fueron ortodoxos en lo demas. Unos consideraban á Cristo como Dios en union con el Padre, sin meterse á sutilizar el cómo, por lo cual aparecian tres dioses distintos; otros, como los gnósticos, le creían un hombre en quien se habia encarnado por algun tiempc una virtud celestial, una sustancia divina.

Diciendo que el Verbo es la intelligencia divina, unigénito respecto de Dios, primogénito como tipo de la criatura (1), parecia que habia expresado la Iglesia cuanto se necesitaba para poner en claro la identidad y explicar las relaciones entre el Ser Supremo, en su luz inaccesible, y el Hijo encarnado. Pero algunos herejes, mezclando las creencias de Zoroastro, de la India y de la cábala, habia supuesto una serie de emanaciones divinas, que se habian ido degradando, y que una de las ménos imperfectas habia descendido en Cristo, hombre, cuando fué bautizado, ó tambien siguiendo á Platon y Filon suponian que desde el nacimiento de Jesus, el *Lógos* ó la sabiduría de Dios se habia unido á su humanidad.

Pero la creencia tradicional, perpétua, universal y por consiguiente apostólica, era que Cristo es verdadero Hijo de Dios, Dios mismo y uno con su Padre, aunque distinta persona, revelado desde la eternidad por el Padre, y hecho hombre despues al cumplirse los tiempos. El Espíritu Santo era tambien considerado y adorado como persona divina. Esta era la creencia; pero su expresion no era aun precisa, así como sucede con los puntos no contestados, y por lo tanto no discutidos ni formulados.

Entre los que argumentaron en favor del Cristianismo con la filosofía de aquel tiempo, se distinguen Clemente de Alejandría y Orígenes. El primero no se salió del camino recto; el otro,

(1) Que un hombre pueda llegar á ser asesino por máxima y por religion, causará asombro solo á aquellos que no sepan cuán lógicas son las naciones y las personas al sacar las consecuencias extremas de un principio falso. Sin hablar de los Camisardos del Languedoc de hace un siglo, reciente y señalado ejemplo serian los Zugh (*Theugs* seductores) indios, secta muy extendida, adoradores de Devi, mujer de Siva y representantes de la energía de este. Creen que Devi se deleita en la sangre; por lo cual el homenaje mas acepto á sus ojos es la muerte de un hombre. Apénas, pues, los oráculos á su manera ordenan el asesinato, salen solos ó en gran número y pasan á cuchillo á un hombre ó á muchos. He dicho mal pasan á cuchillo, porque entre ellos es un arte el dar la muerte, despues de ciertas invocaciones y de necesarias reverencias y con la precisa forma y simetría del lazo; y tan léjos están de hallar culpa en esto, que temen ultrajar por el contrario á su diosa, si perdonasen á los que, segun sus presagios, están destinados á morir. Todo lo que han hecho los Ingleses para extirpar esta plaga no ha servido de nada para domar un entusiasmo que mira el asesinato como el ejercicio de un sacerdocio. En octubre de 1835 se habian preso mil quinientos sesenta y dos zughs, de los cuales trescientos ochenta y dos mas culpados fueron condenados á muerte, y los demas á deportacion y á presidio perpétuo.

(2) Véase mas arriba, pág. 537.

(1) *Primogenitus, ut ante omnia genitus: unigenitus, ut solus ex Deo genitus.* TERTULIANO, *Praxeam.* VIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

creador de la exegética bíblica, amplió la controversia cristiana, ensayando un sistema completo de doctrina, y dando así orígen á la filosofía teológica. No contento con destruir las objeciones particulares de Celso, rebate sus fundamentos y establece sólidamente la religion cristiana, no con razonamientos abstractos, sino con hechos, con las profecías, con los milagros y con las costumbres de los Apóstoles. En el libro *De los Principios* (1) pone las bases de una exposicion metódica revelada, y en la instruccion á sus discípulos abraza una enciclopedia entera, conduciendo todas las ciencias á su centro, que es Dios. Pero dogmático audaz y de imaginacion, queriendo salvar del insulto pagano (valiéndome de las palabras del P. Doucin) la verdad del Cristianismo, y hacerla creible á los filósofos, traspasó la verdad. Impulsado por la ambicion científica á hacer entrar los misterios mas incomprensibles en las deducciones de su idealismo, y á dar á la doctrina cristiana formas, proporciones, rigor lógico y un sistema completo, se vió obligado á formar el dogma segun las leyes de su metafísica, y para rechazar el título de nuevo politeísmo, distinguió al parecer á Jesus de Dios Padre, representando aquel como intermedio entre lo creado y lo increado; un segundo ser en la jerarquía divina que nos trasmitió los efectos de la bondad del Padre, y que trasmite á el nuestros ruegos; miéntras que el Espíritu Santo es la primera y mas excelente creacion del Hijo (2).

La costumbre de considerar filosóficamente la Divinidad se habia hecho general, y dió orígen á la herejía de Arrio, herejía nueva, mas sencilla, mas metódica, mas peligrosa y de mayores
312. consecuencias. Arrio era natural de Libia, sacerdote y rector de una de las nueve iglesias de Alejandría, donde principió á enseñar una doctrina diferente de la de unos y otros, diciendo que Cristo era la primera criatura, no emanada, sino creada por pura voluntad de Dios, ántes del tiempo y de los ángeles.

Algunos herejes habian negado á Cristo; sin embargo, el mundo pertenecia ya á Cristo. Pero ¿quién era Cristo? Arrio quiso explicarlo, y nos presenta la generacion del Verbo como la idea architípica que despues es realizada por el artista: no niega el Verbo sino la encarnacion. Los ortodoxos creen que Cristo es como el pensamiento eterno de Dios, coexistente con su actividad eterna, de la misma sustancia que Dios (ὁμοούσιος), Arrio reconoce en él la fuerza, la verdad, el porvenir, pero no quiere identificarlo con Dios. Tampoco hace de él un hombre, sino un ser distinto, de sustancia análoga (ὁμοιούσιος:) á la de Dios, una criatura típica, que Dios engendró para que sirviera de modelo á los hombres.

Propagaba Arrio estas ideas, deducidas de las precedentes, con aquellos medios que son envidiables cuando se emplean en el triunfo de la verdad. Sus adversarios, por quienes únicamente le conocemos, nos le presentan como un soberbio que decia, que Dios le habia comunicado especialmente la ciencia y la inteligencia: sin embargo, en sus hechos aparece mas bien movido por el convencimiento que por la ambicion. Erudito en todo cuanto se habia hecho ántes de él, con fina dialéctica, estilo espléndido y hasta delicado, con cierta gracia para insinuarse en el ánimo, perseverancia en el esperar, constancia no rígida, vanidad que sabe ceder y hacer las concesiones necesarias á tiempo, conservándose, sin embargo, fiel al espíritu de su doctrina, y permaneciendo en la Iglesia miéntras la arruinaba, escribia libros y poemas que difundia entre el pueblo, entraba en las casas como Sócrates, é interrogando persuadia: *¿Has tenido hijos*, preguntaba á una mujer, *ántes de parir? Pues así Dios no pudo tener un hijo ántes de engendrarlo*. Y muchos con estas triviales comparaciones quedadan convencidos de que el Padre era anterior al Hijo.

Esto era considerado vulgarmente; por lo demas considerado, científicamente, su teoría era un ensayo para explicar la Trinidad con las ideas platónicas. El dogma de que el Hijo ha sido engendrado de la misma sustancia del Padre (decia) no pudo admitirse de ninguna manera, porque sería necesario admitir una emanacion de la esencia divina, y por lo tanto la divisibilidad é instabilidad de esta. ¿Qué relacion pudo establecerse entre el cuerpo y lo incorpóreo? Tan grande es Dios que no puede experimentar la criatura su accion inmediata; ni es propio de su dignidad estar en inmediato contacto con lo finito. Dios, pues, creó el Verbo. Ser intermedio, Hijo de Dios, por medio del cual fué creado y redimido el mundo. Este Hijo es una especie de demiurgo que recibe las ideas del Padre y con ellas efectúa la creacion; no es la sustancia del Padre, ni por consiguiente Dios, sino criatura, sacada de la nada para que criase las demas criaturas; no eterno, sino preexistente al mundo. El Espíritu Santo es aun mas inferior.

Hasta entónces no pocos creian que, en la forma de la doctrina, no habia nada determinado, y que todo dependia del reflejo de una cierta modificacion del sentimiento; y que las diferencias suscitadas en la Iglesia no eran sino manifestaciones de la inteligencia cristiana. Muchos se habian convertido á ejemplo de Constantino y de la corte, ántes de vencerse á sí y al mundo, y por esta razon se apoderaba el fastidio de los ánimos, y el escaso estudio facilitaba los errores. El juicio racional estaba ademas á favor de Arrio, que oponia al misterio el buen sentido. Para la debilidad humana, y para gente incapaz de comprender las sublimes elucubraciones de lo ideal, era mas fácil representarse á Cristo en su vida y muerte como un profeta que como un Dios. Las doctrinas comunicadas de lo alto

(1) Véase mas arriba, pág. 498.

(2) Tal es la interpretacion de algunos y no solamente protestantes. Muchos católicos y especialmente Mohl defienden este pasage en el sentido ortodoxo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por su medio conservaban su valor dogmático, y la unidad de Dios estaba libre de cualquier nube de triplicidad de personas. Igualmente desaparecia toda distincion entre el poder eclesiástico y el poder temporal, pues que las instituciones exteriores de la Iglesia, como las del Estado, no procederian sino de una criatura.

Alejandro, obispo de Antioquía, conociendo el sutil veneno de tal doctrina y cómo por un abuso de elocuencia y de dialéctica adquiria prosélitos Arrio, pasó de las amonestaciones al castigo, y unido con otros obispos, degradó al sacerdote innovador y puso sobre aviso á las demas Iglesias. Sin embargo, no disminuyó Arrio sus predicaciones, atrayéndose obispos de Africa y Palestina, y como en una doctrina como la cristiana, toda cuestion se lleva al terreno de la práctica, tomó parte en la contienda el pueblo, promoviendo tumultos, y los gentiles se reian de ello y lo parodiaban en el teatro.

Informado de estas cosas Constantino por el obispo de Nicomedia, prosélito de Arrio, escribió á este y al obispo de Alejandría que todo era «una vana disputa, hija del ocio, para ejercitar el espíritu; siendo por lo demas imposible entender cosas tan arduas y sublimes; que se reconciliasen pues.» No era sin embargo una cosa tan frívola decidir si el autor del Cristianismo era Dios igual y consustancial con el autor de las cosas, ó solo semejante y conforme á él; porque si Cristo es criatura ó Dios diferente del Padre, los que le adoran, ó son idólatras ó reconocen dos dioses, yendo á parar al politeismo. Pues si Dios no obra directamente sobre el hombre, se niega la gracia; y se quita al Cristianismo aquella fe en el Hombre-Dios, único mediador divino que le abre el camino á la Divinidad, y le da medios de acercarse íntimamente á esta; y encuentra de nuevo entre él y Dios aquel abismo que le separaba en los siglos paganos. Cristo no es ya el tipo á que debe asemejarse el hombre para ser bueno, en lo cual consiste la base del Cristianismo práctico: ni el hombre puede ofender á Dios de un modo que no provenga del pecado original.

El arrianismo era, pues, una transaccion entre el gentilismo y el Evangelio, cual convenia á una sociedad envejecida; era la máscara de un deismo, que se presentaba con la reforma general de los cultos antiguos, y con las opiniones de los sincretistas mezcladas con el dogma cristiano; pero al mismo tiempo era una herejía que atacaba la esencia misma del Cristianismo. Por otra parte, para la conservacion social y para mejorar las costumbres y la condicion civil, era preciso entónces obrar; y para obrar, era preciso creer en la infalibilidad del Evangelio. El egoísmo habia destruido la sociedad romana; el sacrificio debia reconstruirla, y para sacrificarse, es preciso no dudar del fin de los propios esfuerzos. Véase por qué los ortodoxos dieron tanta importancia á una herejía que llamaba á discutir en vez de conducir á obrar. Ni era posible que la Iglesia, conservadora eterna de la verdad incorruptible, guardase silencio en una disputa que tocaba á las bases de la fe, al apoyo de la esperanza, á la fuerza de la caridad.

San Atanasio. 296-273.

Atanasio, diácono del obispo de Alejandría, hombre cuyo origen y primeros estudios no sabemos, ni mas sino que habia compuesto una obra contra los gentiles, conoció desde luego que la transaccion de los arrianos era «un pensamiento envuelto en el fango,» y sin detenerse en los hechos evangélico, se elevó á la cumbre de la verdad, diciendo que Cristo es la sabiduría del Padre, sabiduría eterna, inmutable, increada como él. Excitado seguramente por él, el obispo de Alejandría reprendió en un concilio á Arrio; pero este no se dió por vencido, y hablando y disputando y escribiendo ganaba prosélitos que pronto formaron una congregacion distinta. De aquí resultó un cisma en la Iglesia, á favor del cual se introdujo por primera vez la potestad que hasta entónces habia sido su enemiga. 321.

La antigüedad, con un culto de ninguna influencia sobre las costumbres, no hallaba diferencia entre lo eterno y lo contingente, representado aquello en la Iglesia, esto en el Estado: toda religion tomaba carácter nacional, y por lo tanto una direccion política, de modo que el Estado se confundia enteramente con las instituciones religiosas, ó á lo ménos la religion estaba íntimamente unida con la constitucion política. Los Romanos deificaron el Estado, y le pusieron sobre el altar en la persona del emperador; de modo que el Estado se convertia en la Iglesia, y por consiguiente caia en el desórden. El Cristianismo cambiaba estas relaciones: entre lo eterno y lo temporal, entre lo espiritual y lo corpóreo no admite repugnancia, ni de consiguiente tampoco entre el Estado y la Iglesia: ésta fundada directamente por Dios, aquel tambien por Dios; pero por medios secundarios.

El Cristianismo introduciéndose en todas las relaciones sociales, habia impreso en ellas su carácter de universalidad. Trató principalmente de dirigir las dos propiedades fundamentales del hombre: la actividad por la cual no quiere el hombre determinarse sino por su propio impulso; la pasividad del alma y del cuerpo por la cual sujeta los sentimientos y afectos propios á la ley positiva, prefiriendo recibir mas bien que dar el impulso. El Cristianismo unificó estas dos direcciones en la caridad, de modo que se hacian igualmente benéficas y conservadoras para el mundo, y dispuso que no oprimiese la una á la otra, sino que recíprocamente se estimulasen y refrenasen.

La Iglesia pudo mantener por bastante tiempo esta activa concordia, primero en la disciplina, en la doctrina y en su constitucion interior, y despues en las demas relaciones sociales; tanto que pareció posible unir la voluntad natural con la sujecion á la ley, el sentimiento de la independencia absoluta con el de una completa sumision á la autoridad. Estableció un órden político, semejante en parte al que regia en su

(c) Instituto Cervantes de Madrid

interior, y donde, á pesar de las imperfecciones, se hallaban unidas la libertad y la dependencia, la dominacion y la servidumbre, los privilegios y obligaciones en el dominio político, los derechos y los deberes, la independencia personal y las obligaciones legales, la autoridad y la sumision; mantenido todo en armonía entre el respeto á la costumbre y el impulso progresivo. De aquí se seguian en lo interior la libre discusion de las doctrinas, en lo exterior la independencia entre la fe y el Estado; aquella sociedad cristiana que es el órden divino y humano, Iglesia y Estado; doctrina única en dos naturalezas diferentes y unidas; dualidad unificada como ley divina, cuyo efecto sería el órden de los nuevos tiempos.

Constantino, en realidad, habia reconocido la independencia de la Iglesia; pero el imperio no podia ser extraño á sus turbulencias. La introduccion de una religion nueva habia roto la unidad política, de tal modo que los emperadores quisieron destruir á hierro y fuego estos sectarios. Pero crecieron de tal manera, que llegaron á ser el mayor número, y Constantino tuvo que favorecerlos para recomponer la unidad, aunque en sentido cristiano.

Pero apénas comenzó su obra, el Cristianismo se divide en partidos y se rompe aquella fe, de cuya unidad se habia gloriado simpre tanto en contra de la confusion de las opiniones gentílicas (1).

Constantino, que al principio habia despreciado la disputa como irresoluble, conoció cuán séria se haria por el peligro de la fe y por el calor sedicioso con que era agitada; y persuadido de que la Iglesia debia decidir por sí misma en los puntos del dogma, convocó un concilio, no ya parcial, sino ecuménico. Pues ya que se queria que entrase el mundo romano en la comunion cristiana, no bastaban decisiones parciales, sino que la Iglesia, representante de la humanidad restablecida en la unidad por la influencia divina, debia manifestarse una en un concilio universal, y en este de comun acuerdo debia aclararse y establecerse lo que se debia creer sobre el artículo esencial del Cristianismo, la naturaleza del Verbo (2).

Constantino, pues, convocó á los obispos de todo el imperio en Nicea de Bitinia, suministrándoles caballos de posta, que solo por régia concesion podian usar los particulares, y mantuvo por dos meses á trescientos diez y ocho obispos y á los sacerdotes, diáconos y acólitos que acudieron al concilio. Silvestre, papa, envió á él legados; varios legos fueron á apoyar con sus razones una ú otra causa; y tambien filósofos paganos con objeto de disputar ó de reirse de las disputas originadas en la Iglesia que habia derrocado sus creencias. Pero no excitaba la risa aquel espectácnlo nuevo y maravilloso, aquella reunion de los representantes de todas las naciones, elegidos por el voto popular, atento solo al saber y la virtud, y reunidos allí para discutir libremente sobre los intereses mas importantes de la humanidad: qué era lo que se debia creer, cómo se debia obrar. Muchos de ellos llevaban en su cuerpo las gloriosas cicatrices del martirio, sostenido por la fe que iban á defender entónces con la palabra: otros eran nombrados por sus especiales dotes de santidad, de milagros y de doctrina: entre ellos sobresalia por una parte Arrio, elocuente y dialéctico, rico en argumentos sutiles, y que aprovechaba la menor oportunidad para hacer triunfar su causa, y por otra Atanasio, por mucho tiempo el campeon mas fervoroso de la doctrina ortodoxa. Llovian sobre el emperador memoriales de uno contra otro; y él, haciéndolos reunir les dijo: « *Vosotros no debéis ser juzgados por los hombres; vosotros, á quienes Dios dió la facultad de juzgarnos á todos. Á Dios, pues, debéis someter vuestras diferencias y uniros para deliberar sobre los puntos de fe:* » y quemó estos papeles.

Primer concilio ecuménico. 325.

Despues de discusiones privadas, se abrieron las sesiones; á las cuales asistió el emperador con la majestad que requeria tal asamblea y con el respeto debido á tanta santidad (1). Comenzóse á disputar con razones y sutilezas, para evitar las cuales se adoptó una palabra platónica, declarando que el hijo es *consustancial* (ομουσιος) con el Padre; compilóse un símbolo y fueron condenados Arrio y los suyos.

9 de junio. 323.

Ademas del dogma se ocupaban tambien los concilios en reformar la disciplina. Así se habia decretado en el de Árles que los Cristianos no debian dejar las armas en tiempo en que la Iglesia gozase de paz, ni recitar en el teatro ó guiar coches en el circo; y que al trasladarse á otras provincias, no siendo magistrados llevasen cartas de su obispo que atestiguasen su fe. En los de Ancira y Neocesárea se proveyó, segun lo permitian los tiempos, á los que habian sucumbido en las persecuciones, se mandó que los sacerdotes y diáconos que por mortificacion se abstenian de la carne, la probasen ó no rehusáran las yerbas cocidas con grasa, para no dar apoyo á los que decian que consistia en esto la devocion (2); en fin, se prescribieron

Disciplina.

(1) Véanse *S. Athanasii opera. ed. Monfaucon.* Paris, 1698, 3 t. en fol.

Hermant, *Vie de S. Athanase.* Paris, 1671, 2 tomos en 4º. Este autor fué el primero que sacó de las tinieblas la historia del arrianismo.

Travasa, *Historia crítica de la vida de Arrio.* Venecia, 1716.

Maimbourg, *Hist. de l'Arianisme.* Paris, 1675.

Combefis, *Bib. Concional.*

Möhler, *Athanasius der Grosse, und die Rirche seiner Zeit, besonders in kampfe mit dem Arianismus.* Maguncia, 1827.

Klose, *Gesch. und Lehre des Eunomius.* Kiel, 1833.

(2) La historia de los concilios ha sido escrita por los padres Labbe y Hardouin. Coleti publicó en Venecia una edicion de los concilios, y el padre Dominico Marso en Luca un suplemento. Los concilios parciales de Alemania han sido publicados por el padre Hartzeim; los de Hungría por el padre Peterfi; los de España por el cardenal Aguirre, y los de Inglaterra por Wilkins.

(1) Fué á besar la cicatriz de Pafnucio, obispo de la Tebáida.

(2) A propósito de esto se cuenta de Espiridion, santo obispo de Chipre, lumbrera del concilio de Nicea y alabado por su exactitud en las tradiciones eclesiásticas, que habiendo llegado

(c) Instituto Cervantes de Madrid

penas eclesiásticas para los pecados contrarios á la pureza que la Iglesia queria mantener en los fieles.

En el concilio de Nicea se decidió tambien la cuestion de las Pascuas (1), importante bajo su aparente frivolidad, porque sellaba la separacion del Cristianismo y de los Hebreos, y la supremacía de la Iglesia de Roma; segun cuya práctica se convino en que se celebrase la Resurreccion del Señor el domingo en que cayese ó que siguiese inmediatamente al plenilunio del equinoccio de primavera. Esta deferencia á la Iglesia Romana es un hecho muy notable en la historia eclesiástica.

Fueron excluidos del clero aquellos que por un celo intemperante se castraban, como la secta de los valesianos, que vivian entre el Jordan y la Arabia; se prohibió á los que tenian las sagradas órdenes cohabitar con mujeres, aunque despues se consintió á várias Iglesias seguir su prática propia, encargando á todos sin embargo mucho rigor en las costumbres : los obispos debian ser instituidos por lo ménos por otros tres de las provincias y confirmados por el metropolitano.

Las decisiones del concilio se notificaron á todo el imperio; y Constantino escribió sobre esto cartas mas frecuentes y largas de lo que convenia á un emperador : desterró á Arrio (2), pero cuatro años despues instándole su hermana Constanza, le llamó dudando si sería víctima de alguna calumnia, y hasta escribió á Atanasio, que habia llegado á ser obispo de Alejandría, para que admitiese en su Iglesia al hereje, á lo que aquel se negó. Muy largo sería referir las calumnias, las envidias, los conciliábulos con que los arrianos quisieron perder á sus mas fuertes adversarios, y especialmente á Atanasio, á quien imputaron estupros, violencias y homicidios, por lo que fué llamado á justificarse en un concilio congregado con este intento en Tiro. Previendo el éxito, Atanasio corrió á Constantinopla, y ocultando su llegada para que no le fuese negada una audiencia, se presentó de improviso en la calle á Constantino, que aunque al principio se incomodó de esta importunidad, convencido despues por su firmeza y elocuencia, oyó la trama del concilio en contra del obispo. Los Padres le dirigen acusaciones de un género nuevo, diciendo que habia querido detener las naves que llevaban la abundancia á la capital desde Alejandría, y el emperador, aunque convencido de su inocencia, juzgó oportuno tener á Atanasio léjos de su sede, mandándole á la corte de Tréveris. Allí estuvo veintiocho meses, en los cuales adquirieron muchas ventajas sus adversarios; y Arrio, artífice consumado é infatigable para imaginar nuevos expedientes, ya declamaba contra la introduccion en el dogma de una palabra extraña á las Sagradas Escrituras, ya contra la presuncion de definir absolutamente puntos impenetrables; y en fin ya mantenia sus opiniones en nuevos concilios, ó con capciosas profesiones de fe sorprendia al emperador, que era poco téologo, hasta que este mandó al obispo de Constantinopla que le admitiese en su comunion. Pero cuando Arrio se dirigia al templo se sintió con dolores, y habiéndose retirado se le encontró anegado en su propia sangre.... Unos en esto vieron un milagro, otros un delito, otros una casualidad.

Muerte de Arrio. 336.

Con su muerte no se apagó el incendio, sino ántes bien cobró mas fuerza : los arrianos publicaron en pocos años diez y ocho símbolos, que los concilios condenaron, y sucediéndose las persecuciones, Hilario, obispo de Poitiers, las lamentaba así : « Es tan deplorable como » peligroso que haya tantos símbolos como opi- » niones de hombres, tantas doctrinas como » inclinaciones, tantos manantiales de blasfe- » mia como defectos en nosotros, porque hace- » mos símbolos por capricho y por capricho los » explicamas. Varios sínodos han rechazado, » admitido é interpretado sucesivamente la voz » *omousion;* dispútase en todas partes sobre la » parcial ó total igualdad del Padre con el Hijo, » y cada año, cada mes, aparecen fórmulas » nuevas para explicar misterios invisibles : » nos arrepentimos de lo hecho, defendemos al » que se arrepiente : condenamos lo que de- » fendíamos primero, condenamos la doctrina » de los demas en nosotros y la nuestra en los » demas : é hiriéndonos unos á otros hemos » sido causa de recíproca ruina (1). »

CAPÍTULO V

Constitucion del Bajo Imperio.

Nueva administracion.

No pasarémos á hablar de los débiles hijos de Constantino sin dar cuenta á nuestros lectores de la administracion civil y militar, iniciada por Diocleciano, mejorada por Constantino, y perfeccionada por sus sucesores. La constitucion de Roma, como en otra parte hemos dicho, fué al principio patriarcal, dirigida por los padres de las tres tribus primitivas, y teniendo por cabeza al rey, supremo juez, sacerdote y general. Los patricios tendian á limitar el poder del rey, y este á emanciparse, concediendo derechos políticos á la comunidad ple-

(1) *Ad Constantium*, lib. II, 4, 5.

á su casa un dia un viajero muy cansado, el obispo mandó á su hija que le lavára los piés y le preparára la cena; pero esta le advirtió, que hallándose en Semana Santa y estando acostumbrados á ayunar rigorosamente, no habia en casa pan ni harina. Espiridion oró, y despues le dijo que cociese carne salada de puerco, y puesto á la mesa con su huésped, comió el primero, y quitó los escrúpulos de este diciendo : « Todo es puro para el que está puro. » Sozómenes, I, 11.

(1) Véase mas arriba, pág. 510.

(2) Sócrates, en la *Historia eclésiástica*, pone una carta de Constantino, en que decreta pena de muerte al que tenga un libro de Arrio : Ως εί τις συγγράμμα από Αρείου συνταγέν φωραθεῖν κρύψας, καὶ μὴ ευθέως προσενεγκὼν πυρὶ καταναλωση, τουτω θάνατος ἔσταιή ζημία. Muy extraño sería castigar al hereje solo con destierro, y con la muerte al que leyese sus obras. Ademas de que Constantino era muy moderado; y el mismo concilio, en vez de pedir pénas para los herejes, condenó solo las creencias y al que las enseñaba, y manifestó sentimiento por el destierro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

beya, que al elevarse despues, dejó reducidos á los antiguos patricios á una clase privilegiada. Pero cuando Tarquino el Soberbio quiso reinar sin consultar al Senado, se rebelaron los patricios, y aboliendo la monarquía, constituyeron un gobicrno aristocrático. La plebe quedó sumergida en la opresion bajo aquella que se llamó restauracion de Bruto; pero en su inquieta laboriosidad quiso desde luego quitarse de encima algunas cargas, asegurarse despues algunos derechos, y tambien tener parte en la administracion de la república. Á esto se redujo aquella larga lucha entre los grandes y la plebe, en que esta obtuvo magistrados comunales (*ediles tribunos*), consiguió que tuviesen fuerza de ley las decisiones tomadas por el pueblo á pluralidad de votos (*plebiscitos*), y llegó á participar de todos los cargos del Estado, por lo cual resultó una república en que los verdaderos ciudadanos eran legalmente mas libres que lo han sido en ningun otro gobierno (1).

Pero igualado el derecho para los plebeyos y patricios, se formó una nueva nobleza, fundada en las riquezas: y los pobres, que eran los mas, se vendieron á un rico ó á un general afortunado, hasta que el despotismo demacrático instituyó el imperio, basado únicamente sobre la fuerza armada y sobre la administracion de la hacienda. El emperador no fué considerado por espacio de tres siglos como rey, sino como comandante del ejército; ni ejercia la autoridad administrativa, ni la legislativa, sino arrogándose las magistraturas con usurpaciones militares. Augusto con aquel primer paso se dirigia á la monarquía, pero solo despojando á la democracia, de lo que resultó un poder absoluto y precario, conturbado por tantas revoluciones causadas, no ya por la plebe, sino por la soldadesca.

Dirigió sus miras Diocleciano á reprimir el despotismo militar, y consolidó la verdadera soberanía: su sistema fué completado despues por sus sucesores por medio de una administracion central, en que con las ideas republicanas se anonadaban las formas antiguas, y cedian su puesto muchos títulos á otros nuevos: segunda trasformacion, en la forma mas bien que en el fondo, del poder, que completaba el sistema del absolutismo monárquico, introducido hacía ya mucho tiempo, haciéndole mas pesado y regular.

Á la antigua sencillez, cuando el Romano dirigia la palabra directamente al jefe del Estado, habia sucedido la pompa de títulos ambiciosos: el emperador al escribir á los primeros magistrados los llamaba *serenidad*, *excelencia*, *eminencia*, *gravedad*, *sublime y admirable grandeza*, *ilustre y magnífica alteza*, y el usurpar un título indebido, aunque fuese por ignorancia, era sacrilegio (1). Las nuevas dignidades estaban significadas en nuevos símbolos, con vestidos, ornamentos y cartas patentes con la efigie del emperador, un carro triunfal ó pinturas alegóricas de las provincias ó de las tropas que tenia á sus órdenes.

El Senado, *consejo eterno de la república*, *de los pueblos*, *de las naciones y del rey* (2), habia caído á los redoblados golpes de los emperadores, que se gozaban en verlo humillado en bajísimas adulaciones; y la asamblea, que parecia á Cinéas una reunion de reyes, empleaba largas sesiones en injuriar vilmente á los emperadores caídos ó en conceder viles elogios á los nuevos (3), y agotadas las fórmulas adulatorias, registrar en sus actas cuántas veces se habian repetido los vivas (4). Los primeros emperadores presentaban al Senado en *cartas*, *folletos* ú *oraciones* sus deseos, que adquirian fuerza de ley con el asentimiento de este; mas sus sucesores decretaban por sí con *edictos*, *rescriptos* y *constituciones*, que á mediados del siglo III tenian ya fuerza de ley; el Senado se limitó á extender en forma de senadoconsultos las proposiciones que le hacía el emperador en materias legales; á reconocer al nuevo Augusto, y á decretarle despues de muerto altares ú horcas (5). Diocleciano quitó al Senado toda intervencion en el imperio, en el cuidado del Erario y en el gobierno de sus provincias, dejándole solo la direccion de algunas minuciosidades. Senado.

Esto no impidió que los senadores llevasen el laticlave, ni el calzado negro con la média luna de plata, ni que tuviesen puesto distinguido

(1) Nos sirven de guia el *Código de Teodosio*, con los riquísimos comentarios de Godofredo y de Ritter (Mantua, 1718); la *Noticia de la dignidad del Oriente y del Occidente*, especie de almanaque imperial comentado por Panciroli en el *Thes. antig. rom. de* GREVIO, tom. VII, y publicado en nuestros documentos de legislacion. Véase tambien:

LYDUS, *De officiis romanii imperii.*
SALVIANUS, *De gubernatione Dei.*
GIBBON, *Decline and fall*, c. XVII.
Tabula Heracleensis, ed. MAZOCCHI. Nápoles, 1754.
NAUDET, *Des changements opérés dans toutes les parties de l'administration de l'empire romain.*
GUIZOT, *Essai sur l'hist. de France.* Paris, 1833, *Hist. de la civilisation en France.* Id., 1829.
RAYNOUAR, *Hist. du Droit municipal en France.* Id., 1836.
SAVIGNY, *Gesch. der R. Rechts in Mitteralter.* Heidelberg, 1814-1826.
WALTER, *Römische Rechtgeschichte.* Roma, 1834.
ROTH, *De re municipali Romanorum.* Stutgard, 1801.
FAURIEL, *Hist. de la Gaule méridionale.* Paris, 1836; y otros muchos modernos.

(1) « Si quis indebitum sibi locum usurpaverit, nulla ignoratione defendat sique plane sacrilegii reus qui divina præcepta neglexerit. » Ley de Graciano en el *Cod. Teod.* lib. IV, tit. 5, I, 2.

(2) CIC. *pro Sextio* 65; *pro domo sua* 28.

(3) Lampridio nos ha conservado dos páginas de imprecaciones del Senado contra Cómodo (en *Cómodo*, 18, 19); y otras no ménos bajas contra Heliogábalo (en *Al. Severo* 6, 7, 9).

(4) Vopisco nos ha trasmitido el acta de las aclamaciones de Claudio Gótico. Leidas las cartas en que él significaba su eleccion, principiaron las aclamaciones: *Claudio Augusto, consérvente para nosotros los dioses*, repetido sesenta veces; *Claudio Augusto, siempre te deseamos príncipe ó á uno como tú*, repetido cuarenta veces; *Claudio Augusto, la república te deseaba*, repetido cuarenta veces; *Claudio Augusto, hermano, padre y buen senador, verdaderamente príncipe*, ochenta veces; *Claudio Augusto, líbranos de Aureolo*, cinco veces; *de los de Palmira*, otras tantas; *de Zenobia y de Victoria*, siete veces. — Estos números pueden ser motivo de muchas reflexiones. Véase el acta de la aceptacion del Código de Teodosio en nuestros documentos de LEGISLACION.

(5) Desde César á Diocleciano se hicieron cincuenta y tres deificaciones, entre ellas las de quince mujeres, y la del torpe Antinoo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en los espectáculos: y su dignidad llegó á ser casi hereditaria, conforme al espíritu de las monarquías.

Cónsules. Los cónsules, despues de Diocleciano, no fueron ya elegidos por el pueblo ni por el Senado, sino por el príncipe (1), por su sola autoridad (2). Aun se daban como donativo á las provincias, á las ciudades, á los magistrados y al pueblo los nombres y las efigies de los cónsules en tablillas ó dípticos de márfil dorado. La toma de posesion se verificaba donde estaba el emperador: el primero de enero, vestidos de púrpura recamada de seda y oro, con ricas piedras preciosas, acompañados de los primeros oficiales de toga y espada y precedidos de los lictores, marchaban con grandes muestras de alegría al Foro, donde sentados en su tribuna de marfil, ejercian actos de jurisdiccion manumitiendo á un esclavo, y dando las fiestas acostumbradas en Roma. Estas costaban en Constantinopla cuatro mil libras de oro, y el Erario suplia el gasto cuando no podian hacerlo los magistrados. Á esto y á dar nombre al año, se reducia el oficio de los cónsules, que se congratulaban bajamente de tener un honor sin cargas (3).

Patricios. Constantino concedió el título vitalicio de patricios á algunos personajes, que apénas cedian en dignidad á los cónsules, y se llamaban padres adoptivos del emperador y de la república. Los antiguos patricios habian desaparecido en las guerras, en las proscripciones y en los castigos con que los emperadores igualaban sangrientamente á sus súbditos. Pero Constantino conociendo cuán poderoso apoyo es para el trono la aristocracia, creó una nueva que no tuviese, como la antigua, derechos ni memorias que conservar, y que sirviese al emperador, del cual procedia y sobre el cual reflejaba su propio esplendor. Se dividió esta en cuatro órdenes: los *ilustres*, los *respetables*, los *preclaros* y los *perfectísimos*; ademas los *nobilisímos*, miembros de la familia imperial. El título de preclaro se reservaba á los senadores, y á los que de estos salian á gobernar una provincia: el de respetable al que se elevaba sobre los demas por jerarquía ó empleo: ilustres se llamaban los cónsules y los patricios, los prefectos del Pretorio de Roma y de Constantinopla, los generales y siete oficiales de palacio; despues de estos estaban los perfectísimos.

(1) Dando gracias Ausonio al emperador Graciano por haberle dado el consulado, se congratula de no haber descendido á las antiguas bajezas para solicitarle del pueblo: « Consul ego, imperator auguste, munere tuo, non passus septa, neque campum, non suffragia, non puncta, non loculos: qui non prensaverim manus, nec consalutantium confusus occursu, aut sua amicis nomina non rediderim aut aliena imposuerint: qui tribus non circuivi, centurias non adulavi, jure vocatis classibus non intremui, nihil cum sequestre deposui, cum diribitore nil pepigi. Romanus populus, Martius campus, equester ordo, rostra, ovilia, senatus, curia, unus mihi omnia Gratianus. » Gratiarum actio pro consulatu.

(2) Graciano escribia á Ausonio: « Cum de consulibus, in annum creandis solus mecum volutarem... te consulem et designavi et declaravi et priorem nuncupavi. »

(3) *In consulatu honos sine labore suscipitur*. MAMERTINO, *Paneg. vet.* XI, 2.

Prefectos del Pretorio. Ya hemos visto el sucesivo incremento de los prefectos del Pretorio, que en tiempo de Severo y Diocleciano fueron primeros ministros del imperio, encargados de la administracion civil y militar; pero cuando los pretorianos, que eran su apoyo, fueron humillados y despues suprimidos, cesó la jurisdiccion y mando militar de aquellos y se convirtieron en magistrados civiles. Segun la division de Diocleciano, conservó Constantino cuatro de ellos: el prefecto del Pretorio de Oriente, que gobernada desde el Egipto al rio Fásis y desde el Hemo hasta Persia (1): el de la Iliria, que tenia á su cargo la Panonia, la Dacia, la Macedonia (2) y la Grecia; el de las Galias con Bretaña y España (3); el de Italia que ademas de la península gobernaba tambien en la Retia hasta el Danubio, en las islas del Mediterráneo y en las provincias africanas (4).

Las funciones de estos magistrados, que Amiano no duda en llamar emperadores de segundo órden, eran administrar las rentas y la justicia, dirigir la acuñacion de la moneda, los caminos, los granos, el tráfico y cuanto concierne á la prosperidad pública; explicar, extender y modificar tambien alguna vez los edictos generales; vigilar á los gobernadores de las provincias, y decidir en apelacion los negocios mas graves.

Prefectos de la ciudad. Solo Roma y Constantinopla no estaban sujetas á su administracion, dependiendo de un prefecto cada una. El de Roma, instituido al principio por Augusto para entender en el buen gobierno, se apropió muy pronto las causas que competian á los pretores: despues ocupó el puesto de los cónsules en el Senado como presidente ordinario; y por último se llevaban á él las apelaciones de cien millas al rededor. De

(1) 1. La TRACIA dividida en cinco provincias, Tracia Europea, Herminunto, Ródope, Mesia Inferior y Escitia. 2. El ASIA, cuya capital era Éfeso, dividida en Panfilia, Helesponto, Lidia, Pisidia, Licaonia, Frigia Pacatiana, Frigia Saludable, Licia, Caria, Ródas, Lésbos y las Cicladas. 3. El PONTO, capital Cesárea, y que comprendia Paflagonia, Galacia, Bitinia, Honoriádes, Capadocia Alta y Baja, el Ponto Polemoniaco, Helesponto, Armenia Superior ó Inferior, Galacia Saludable. 4. El EGIPTO, capital Alejandría, con las seis provincias de Libia Superior ó Pentapolitana, Libia Inferior, Tebáida, Egipto, Arcadia, Augustánica. 5. El ORIENTE, su capital Antioquía, con las quince provincias siguientes: Palestina Primera, Segunda y Eufratense, Síra, las dos Cilicias, Chipre, Arabia, Isauria, Siria Saludable, Osroene y Mesopotamia.

(2) Dividida en Acaya, Macedonia, Creta, Tesalia, Epiro y parte de la Macedonia Saludable.

(3) 1. Las GALIAS que comprendian diez y siete provincias: la Vienense, la Germania Primera y la Segunda, la Bélgica Primera y Segunda, los Alpes Marítimos y Apeninos, la Gran Secuana, la Aquitania Primera y Segunda, la Novempopulana, la Narbonense Primera y Segunda y la Lugdunense Primera, Segunda, Tercera y Cuarta. 2. La ESPAÑA que tenia siete provincias: Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartaginense, Tingitana y las Islas Baleares. 3. La BRETAÑA, que se dividia en cinco: Cesariense Máxima, Valencia, Bretaña Primera y Segunda y Flavia Cesariense.

(4) 1. LA ILIRIA Occidental se componia de seis provincias: Panonia Primera y Segunda, Savia, Dalmacia, Norica Mediterránea y de la Ribera: su capital era Sirmio. 2. Las cinco provincias de África eran la Cartaginense, la Bizancena, la Mauritania Sitisiense, Cesariense y Tripolitana. 3. La ITALIA, Venecia, Emilia, Liguria, Flaminia, Piceno Anonario y Suburbicario, Etruria y Umbría, Campania, Sicilia, Apulia y Calabria, Lucania y Abruzo, Alpes Cocios, Retia Primera y Segunda, Samnio, Valeria, Cerdeña y Córcega.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

él dependia la autoridad municipal, quince oficiales le ayudaban para cuidar de la seguridad, abundancia y limpieza de la ciudad, uno de los cuales cuidaba especialmente de las estatuas (1). En Constantinopla se instituyó una magistratura igual.

Diócesis. Para el gobierno civil se dividia el imperio en trece diócesis. La primera dependia del conde de Oriente, que empleaba seiscientos aparitores, esto es, secretarios, asesores y mensajeros: tan complicados eran los negocios. La segunda comprendia el Egipto bajo un prefecto augusto, que sin embargo no era ya un caballero romano, pero ejercia facultades extraordinarias segun lo requeria el país. Componian las demas diócesis el Asia, el Ponto, la Tracia, la Macedonia, la Dacia, la Panonia ó Iliria Occidental, la Italia, el África, la Galia, la España y la Bretaña, gobernadas por vicarios ó vice-prefectos.

Provincias. Subdividiéronse despues estas diócesis en ciento diez y seis provincias, tres de ellas gobernadas por procónsules, treinta y siete por consulares, cinco por corregidores, y setenta y una por presidentes (2). Todos estos, aunque de grado y atribuciones diferentes, administraban la justicia y las rentas bajo la autoridad de los prefectos, y ejecutaban cuanto queria el príncipe: imponian hasta penas capitales; pero estaba reservado al prefecto el disminuirlas, así como condenar á destierro. Teníase cuidado de que ninguno fuese natural del país que gobernaba, ni contrajese en él parentesco ó comprase esclavos ó tierras. Queríase disminuir con esto los abusos y la corrupcion; sin embargo, el mismo Constantino, y despues sus sucesores, no cesaban de quejarse de que todo se vendiera por estos ó por sus ministros.

Por un pasaje curioso de Lampridio sabemos la paga que recibian los gobernadores de las provincias: veinte libras de plata, cien monedas de oro (3,913 frs.) seis ánforas de vino, dos mulas, dos caballos, dos vestidos para los actos públicos (*forenses*), uno para casa (*doméstico*), una pila para baño, un cocinero, un mulero, y si no tenian mujer, una concubina, que se reputaba necesaria como todo lo demas (3). Cuando dejaban el empleo, restituían las mulas, los caballos, el mulero y el cocinero; y se quedaban con lo restante, si el príncipe estaba satisfecho de ellos: si no, lo restituían cuadruplicado.

En tiempo de Constantino se continuaron dando las pagas en especie, y despues que limitó á tres lustros la duracion del servicio militar, para dar una recompensa á los licenciados, introdujo una contribucion extraordinaria cada quince años; de donde se originó el ciclo de las *Indicciones* (1).

Las turbulencias pasadas y el gran número de usurpadores habian enseñado cuán peligroso era el dejar á los gobernadores de las provincias la justicia, la administracion y el mando, por lo cual separó Constantino la jurisdiccion civil de la militar. La suprema jurisdiccion sobre los ejércitos se confirió á dos maestres generales, uno para la infantería y otro para la caballería, que se aumentaron despues hasta cuatro por la division del imperio en oriental y occidental: y cada uno de ellos estaba en las fronteras mas amenazadas, en el Rhin, en el Alto y Bajo Danubio y en el Eufrátes; últimamente llegaron hasta ocho.

Á sus órdenes tenian treinta y cinco comandantes: tres en la Bretaña, seis en las Galias, uno en España, otro en Italia, cinco el en Alto Danubio, y cuatro en el Bajo, ocho en Asia, tres en Egipto y cuatro en África. Se distinguian por el cinturon de oro, tenian el título de duques, y á diez de ellos se concedia tambien el mas honroso de cómites ó compañeros: ademas del sueldo recibian con qué mantener á ciento noventa siervos y ciento cincuenta y ocho caballos. No debian estos mezclarse en la administracion civil, ni los magistrados en sus atribuciones: lo que, si debilitó el Estado, aseguró la paz interior, aboliendo el despotismo militar, único y triste resto de la democracia, é impidiendo, segun se expresa Amiano, levantar la cabeza á los guerreros.

La milicia se redujo á una especie de tributo, pues los senadores, los dignatarios, los sacerdotes gentiles y los principales decuriones fueron obligados á suministrar un cierto número de soldados ó treinta y seis sueldos de oro por hombre (2). Esta suma nos dice cuán escasos eran los voluntarios; pues aunque no podia mantenerse el ejército sino con gruesas pagas y repetidos donativos, como faltaba el patriotismo, se aborrecia tanto la milicia que muchos, para librarse de ella, se cortaban los dedos. Aunque se habia disminuido la talla para los conscriptos y se admitian tambien los esclavos, todavía con objeto de llenar las filas tuvo el emperador que conceder tierras á los veteranos, bajo la condicion feudal de que sus hijos, cuando llegasen á la edad viril, se alistasen en el ejército, perdiendo de lo contrario el honor, sus bienes y aun la vida (3). El soldado debia haber cumplido diez y ocho años, estar sano, robusto, y tener buena estatura: recibia por sueldo la

(1) Del prefecto de Roma dependian diez provincias llamadas suburbicarias: Campania. Etruria y Umbria, Piceno Suburbicario, Sicilia, Apulia, Calabria, Lucania, Abruzo, Samnio, Cerdeña y Córcega y Valeria. De otro vicario dependian la Liguria, la Emilia, la Flaminia, el Piceno Anonario y la Venecia; llamadas provincias de Italia; á las que se unieron despues la Istria, los Alpes Cocios y las dos Retias

(2) En Italia, la Emilia, la Liguria, Venecia, el Piceno, la Flaminia, la Campania y la Sicilia estaban gobernadas por un consular; por corregidores la Etruria, la Apulia, la Calabria, la Lucania y el Abruzo; y por presidentes el Samnio, la Valeria, los Alpes Cocios, las dos Retias, la Cerdeña y la Córcega.

(3) *Quod sine his esse non possent.* En Alej. Sev. XLII.

(1) Así creen algunos. Savigny (*über die römische Steuerverfassung*) cree que la indiccion era la renovacion del catastro. Pero ya se encuentra en tiempo de Diocleciano.

(2) *Con. Teod.* tít. *De tyren*: l. 2, 6, *De desertoribus*; l. 7 15, 18, *De decur.*

(3) Ibid., l. 7, *De veteranis. De filiis veteranorum.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

racion de pan, vino, tocino, carne, un dia sí y otro no, heno, paja, y alguna vez en lugar de esto una paga. Los contribuyentes debian llevar los géneros al lugar designado, adonde iba el soldado á tomarlos, recibiendo víveres para veinte dias (1). En quince ciudades de Oriente y diez y nueve de Occidente se fabricaban armas y máquinas para todas las necesidades.

Constantino situó en las fronteras capitanes y soldados, á queines concedió en propiedad las tierras fronterizas, libres de cargas é inalienables, quedando sus hijos obligados á servir como sus padres. Llamábanse estos *limítrofes,* á diferencia de los *palatinos*, que, mejor pagados y tratados, estaban de cuartel en las provincias, siendo gravosísimos á estas y relajando la disciplina militar debilitados en su muelle seguridad. Los limítrofes pelearon con ménos resolucion desde que se vieron pospuestos á los que trabajaban ménos, y no sostenidos á retaguardia por buenos guerreros.

De nada sirvieron las repetidas y severísimas amenazas para evitar que desertasen á los Bárbaros ó que favoreciesen sus correrías, y lo mismo sucedia con las órdenes que se daban para que los soldados no hiciesen supercherías, ni enviasen sus caballos á pastar á heredades de otros, ni se mezclasen en los negocios civiles (2). Tampoco se consiguió obligar á los veteranos á que se ocupasen en el tráfico, ó en las tierras incultas ó sin dueño que se les habian concedido sin tributos (3).

La legion quedó reducida desde seis mil á mil ó mil quinientos guerreros, excluyendo al parecer la caballería; con lo cual se disminuyó su fuerza, y se aumentó su movilidad, formando regimientos á la manera de los que se introdujeron en nuestros ejércitos despues del siglo XVIII. Componíase entónces el ejército romano de ciento treinta y dos legiones, y segun parece habia entre todas seiscientos cuarenta y cinco mil hombres: número muy crecido comparado con el de los ejércitos primitivos, pero escaso al lado del de nuestros tiempos, en que en el mismo espacio en plena paz hay quizá dos millones. ¡Así lo juzgan necesario para la paz!

Pero aun fué preciso recurrir á los auxiliares extranjeros, alistando Godos y Alemanes, hasta en las legiones y entre los palatinos, y elevándolos á los grados de la milicia, y de estos á los empleos civiles, y por último hasta el consulado; y como no tenian facultad alguna, fueron envileciéndose cada vez mas las magistraturas curules.

Dignidades de la corona.

Al lado del emperador habia siete *ilustres* consejeros privados y custodios de su persona, de su casa y de su tesoro. Un eunuco, gran chambelan (*præfectus sacri cubiculi*), no se separaba un momento del príncipe en sus negocios ó distracciones, prestándole los servicios mas humildes, teniendo de este modo mil ocasiones de insinuarse en su gracia y de influir en sus favores. Dependian de él los condes de la mesa y del guardaropa. El maestro de oficios ministro de Estado, dirigia los negocios públicos. y no llegaba ninguna reclamacion de un súbdito al príncipe sin pasar ántes por las cuatro oficinas (1), una de las cuales recibia los memoriales, otra las cartas, otras las demandas y otra la correspondencia particular. Estaban encargados del despacho de los expedientes ciento cuarenta y ocho secretarios, la mayor parte jurisconsultos, presididos por cuatro maestros *respetables*, uno dedicado especialmente á la leugua griega, y los demas intérpretes de los embajadores extranjeros.

Ayudaban al ministro de Estado algunos centenares de mensajeros, que favorecidos por los buenos caminos y las postas llevaban desde la capital á las mas remotas provincias los edictos, las nuevas de las victorias de los emperadores, y el nombramiento de los cónsules, y que adquirieron importancia, refiriendo cuanto observaban sobre el estado del país y sobre la conducta de los magistrados y ciudadanos. Aumentáronse despues hasta diez mil, y llegaron á ser muy gravosos al pueblo por el modo con que exigian el servicio de postas, y porque favorecian á sus amigos particulares ó perseguian (como los delatores) á sus enemigos. Reprimidos por leyes muy frecuentes, estaban favorecidos por la debilidad creciente de la corte, y de consiguiente por el temor á las rebeliones.

Administraba las rentas públicas un conde de las sagradas liberalidades, que ocupaba centenares de personas en once oficinas para dar y registrar las cuentas. Dependian de este tesorero las casas de moneda, las minas y los erarios que habia en las diversas ciudades; para lo cual tenia correspondencia con veintinueve recaudadores provinciales; dirigia el comercio exterior, y las manufacturas de lino y de lana, en las que trabajaban especialmente las esclavas para uso de la corte y del ejército. Habia veintiseis de estas manufacturas en Occidente y muchas mas en Oriente. Tesorero.

El tesoro particular del emperador estaba administrado por un ministro del fisco (*comes rerum privatarum*): constituían este tesoro el patrimonio de los reyes subyugados y de las repúblicas conquistadas, el de las familias que habian subido al trono y las confiscaciones. No poco le aumentó Constantino cuando cerró por causas de religion el riquísimo templo de Comana, cuyo gran sacerdote era príncipe de la Capadocia, y aplicó al fisco privado los terrenos sagrados en que habitaban seis mil esclavos ó ministros de la diosa, y razas de caballos preciosos que no podian destinarse mas que á la corte y á los juegos imperiales. Un conde estaba comisionado especialmente para cuidar de estas rentas: de lo demas estaban encargados emplea-

(1) GODOFREDO, lib. VII *De re milit.* Cod. Teod. t. II.
(2) Cod. Teod. *De decur*, l, 128.
(3) Id. l. VII. *De indulg.* 15.

(1) *Scrinia*, en el sentido mismo que decimos oficina.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dos inferiores, que residian en las diversas provincias.

La defensa del príncipe estaba encomendada á tres mil quinientos hombres, envejecidos la mayor parte en el Oriente, divididos en siete escuelas y mandados por dos condes de los domésticos. Estaban adornados espléndidamente, con armas de oro y de plata, y se distinguian entre ellos dos compañías de caballería é infantería, llamadas de los protectores. Hacian la guardia en las habitaciones interiores de palacio é iban á las provincias cuando era preciso dar pronta y vigorosa ejecucion á las órdenes imperiales; y el entrar en este cuerpo era la mas alta esperanza del guerrero.

Á estos empleos de la corte estaba unido el título de *ilustre*. En la república, y tambien en tiempo de los primeros emperadores, las insignias de la dignidad no acompañaban á los magistrados sino cuando ejercian sus funciones, y fuera de estas los cónsules, los pretores y el emperador no llevaban mas acompañamiento ó servidumbre que sus libertos, clientes y esclavos. Pero con las innovaciones de Diocleciano, el palacio, la mesa, el fausto y el numeroso acompañamiento establecieron una distancia inmensa entre el monarca y los súbditos. Ya ántes distinguia el título de *honrado* á los que habian desempeñado alguna dignidad en el imperio ó á los que habian obtenido del príncipe triunfos y honores. Al perderse las demas distinciones todos ambicionaron esta, y los emperadores la concedieron á todo el que prestaba algun servicio á sus personas, mérito mayor que servir al Estado.

Entretanto lujo y muchedumbre en la corte eran ambicionados por grandes señores los empleos destinados al principio solo á los esclavos, como el trinchar, servir el vino y hasta los *servicios mas bajos*, no tanto por el sueldo como por las exenciones: así por ejemplo, los honrados estaban inscritos en el Senado sin participar de sus cargas, y despues de haber servido diez ó quince años quedaban libres de todos los vínculos que los unian por nacimiento á la curia ó á cualquier otra corporacion. Concedíanse tambien algunas veces títulos por medio de *codicilos honorarios* á personas que no habian servido nunca, ni aun visto al emperador, para que gozasen las exenciones, ó á lo ménos para que usasen las insignias de su dignidad nominal.

Fácil es comprender que el principal objeto de la nueva constitucion era separar los poderes confundidos ántes. En aquella gran subdivision de provincias, ejércitos y funciones, quedaron subordinados los magistrados unos á otros y todos al emperador, alejando así el peligro de soberbios engrandecimientos y de súbitas usurpaciones.

Personas. Los súbditos libres del imperio se dividian en tres clases: habitantes de las dos metrópolis, habitantes de las ciudades provinciales, y poblacion rural.

Ciudadanos de Roma y de Constantinopla. Los primeros, aunque sujetos á los mismos impuestos, gozaban sin embargo de privelegios y recibian las distribuciones de grano que tenian obligacion de enviar las provincias al cuidado de un empleado especial (*præfectus annonæ*). Ocupaban el primer lugar entre ellos los senadores, despues los caballeros y últimamente el vulgo, que distribuido en varios gremios se ejercitaba en algunos oficios, y que tumultuoso y parcial por lo demas, tímido ó amenazador, andaba siempre huscando ocasion de saqueos y violencias.

Provinciales. Los habitantes de las ciudades provinciales estuvieron divididos hasta el siglo III en ciudadanos, socios y súbditos; pero cuando Caracalla generalizó la ciudadanía, todos fueron iguales en la sumision al emperador. No contando los esclavos, hallamos, pues, senadores, curiales ó decuriones y la plebe. Los senadores eran como un apéndice de la sombra del Senado de Constantinopla y de Roma; dignidad puramente de nombre, conferida por los emperadores á los que habian desempeñado cargos insignes, ó eran recomendados por el Senado, y que al fin se extendió á los mas poderosos. Tenian el privilegio de no poder ser juzgados mas que por un tribunal particular, de no poder ser sometidos al tormento, ni á las cargas municipales; exenciones que pagaban con una contribucion especial y con otras extraordinarias en tiempo de necesidad (1).

Los decuriones ó curiales eran los propietarios natos (*municipes*) ó advenedizos, (*incolæ*); y como debian hacer algunos gastos y dedicarse casi enteramente á los negocios públicos, determinaban las leyes municipales lo que debian poseer. En el siglo II se exigian á un curial de Como cien mil sestercios (18,373 fr.); en el año 342 Constancio dispuso que los individuos de la curia de Antioquía habian de poseer veinticinco yugadas de tierra, y en 435 Valentiniano III se contentó con que tuviesen trescientos sueldos de oro, que vienen á ser unos cuatro mil quinientos francos (2): tanto se habia envilecido aquella dignidad tan ambicionada al principio, y que solo se conseguia con grandiosas liberalidades.

Seguia despues el pueblo compuesto de los que poseían muy poco, artesanos y comerciantes, que estaban excluidos enteramente de la administracion urbana.

No hace mencion alguna la historia de la importantísima revolucion ocasionada durante el imperio, por el hecho de pasar la industria de los esclavos á los libres. Al principio los ricos tenian en su casa esclavos que fabricaban todo lo necesario para su servicio, para vender á los clientes ó á los que no tuviesen bastantes esclavos; despues encontramos ya artesanos libres

(1) Algunos escritores modernos (como RAYNOUARD, t. I, c. 17, y FAURIEL, t. 1. c. 10) creen que estos constituían en cada provincia un Senado superior á la curia; yo sin embargo no he visto mencion alguna de estos senados provinciales.

(2) PLINIO. *Epist.* I, 19. — *Cod. Theod.* XII, 3; XXXIII. — *Nov. Theod.* 38.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que trabajan para sí y para quien los pagaba, unidos en cada ciudad en corporaciones que se convirtieron en un nuevo iustrumento de tiranía y de opresion.

Campesinos. En el campo vivian los propietarios libres, los colonos y los esclavos. No haremos mas caso de estos últimos que de los animales domésticos. Los colonos eran un término medio entre los libres y los esclavos, unidos al terreno que cultivaban, de modo que se vendian y repartian con él, aunque una ley compasiva prohibia que se separasen los miembros de una misma familia (1).

En los jurisconsultos clásicos no se hace mencion algnna de los colonos; pero se los nombra con frecuencia despues de Constantino. Dispútase, pues, sobre el orígen de esta institucion intermedia que se encaminaba á la abolicion de la esclavitud. Hay quien cree que es una imitacion de las naciones germánicas; otros opinan que nació de colonias bárbaras, trasplantadas al imperio, pero probablemente trajo su orígen de la antigua forma de posesion. Los habitantes de cada canton (*pagus*), ademas de sus bienes propios, tenian derecho á una parte de los comunes (*compascua agri subsecivi*, *silvæ communales*). Vespasiano y Tito, aplicando estos bienes al fisco y Constantino al culto, redujeron á una gran parte de sus poseedores á la miseria, obligándolos á vender su patrimonio, ó á cultivarlo á título de colonos (2).

Obligados á vivir y á morir en el suelo en que nacian, eran por lo demas libres en su persona; y por esta razon los coloca el derecho romano entre los ingenuos. Contraían nupcias legítimas, pero la misma ley los llama siervos del terruño (*servus terræ*), y reconocian á un patrono contra el cual no podian entablar en juicio, excepto cuando se trataba de su propia condicioñ. Pagaban á este en dinero ó en especie un cánon imprescriptible, y el impuesto al fisco; vivian con lo demas, y ahorrando, podian comprar bienes sobre los cuales tenia, sin embargo, el supremo dominio el patrono. Era, pues, su condicion pero que la del esclavo en cuanto que no podian hacerse libres ni separarse del terruño (3), ni librarse tampoco haciéndose eclesiásticos (4) ó militares.

Creció su número con la miseria, y empeoró su condicion, desapareciendo la clase média de los labradores que constituye el nervio de los Estados modernos. El que no podia sufrir la pérdida de la libertad, se refugiaba en las ciudades en medio de nuevas miserias, y otros, oprimidos por crueles patronos ó por el mismo fisco, se declaraban en abierta rebelion, como hicieron las Bagaudas (1).

Convenia al Estado el conservar los colonos para no aumentar los terrenos abandonados; y con este objeto se eximió de tributos al que ocupase tierras incultas, ó se distribuyeron estas entre los propietarios de buenos campos, amenazándoles con privarles de estos si las descuidaban: providencias vejatorias, que no producian ningun bien, porque no atacaban la raíz del mal. Con el mismo objeto se introdujo la enfitéusis, contrato por el cual, mediante un cánon establecido, se daba á cultivar una propiedad por cierto tiempo ó perpetuamente. Al principio no se aplicó mas que á los terrenos del fisco ó de los municipios; y despues se extendió á los terrenos de los particulares cuando estos poseyeron provincias enteras.

Gobierno municipal. Ántes de César, cada municipio era una ciudad libre, una república independiente asociada á la romana, á la cual pagaba un contingente determinado; y esta en cambio la protegia; participaba de algunos empleos, y daba capacidad á los Romanos para desempeña los dentro de sus muros; por lo demas, tenia leyes propias, magistrados electivos, y administracion libre en todos los negocios interiores. Subsistia, pues, la libertad civil y comunal; solo la libertad política estaba ligada por el *fœdus*.

Pero algunas veces el municipio, por fuerza ó voluntariamente, adoptaba leyes civiles romanas, y en tal caso, se contaba entre los pueblos llamados *fundos*.

Bajo el imperio, se hizo general la condicion de los *fundos*, adoptándose en todas partes el derecho civil romano; y el derecho municipal correspondia á todos los cuerpos de ciudad que eran admitidos á los derechos de ciudadanía. De consiguiente, todas las colonias latinas se convirtieron en municipios cuando toda la Italia gozó de la ciudadanía; y habiendo caído en desuso el derecho de sufragio, la palabra municipio significó una ciudad habitada por ciudadanos romanos, cualquiera que fuese su orígen. Concedióse á las ciudades italianas la apetecida ciudadanía, pero recibiendo tambien las leyes civiles; formándose así la unidad jurídica, cuando los Italianos no pedian mas que la comunion del derecho político. Tam-

(1) Cod. Justin, X, *Communia utr. jud.*

(2) « Nonnulli quum domicilia atque agellos suos aut pervasionibus perdunt, aut fugati ab exactoribus deserunt, quia tenere non posunt, fundos majorum expetunt, atque coloni divitum fiunt. » Salviano. *De gub. Dei.*

(3) « Quæ enim differentia inter servos et adscriptitios intelligatur, cum uterque in domini sui positus sit potestate, et possit servum cum peculio manumittere, et adscriptitium cum terra dominio suo expellere? Cod. Justin. XI, 47, XXI. » — Quizá se va muy léjos interpretando este pasaje de Justiniano como si excluyera la emancipacion. En realidad no hay manumisiones de colonos; pero hay que tener en cuenta que el colono podia ó comprar ó recibir regalada la tierra á que estaba afijo; y luego quedaba libre con treinta años de ausencia. Acaso tampoco se consideraba necesaria la manumision.

(4) Justiniano los permitió ordenarse despues, con tal que siguiesen sujetos á las obligaciones del colonato. *Nov.* 123, c. 4, 17.

(1) *Bagaud* quiere decir en céltico asamblea tumultuosa. V. Roth, *über den burgerlichen Zustand Galliens zur Zeit der frankischen Eroberung.* (Munich, 1827, p. 7). Salviano dice: « Vocamus rebellos, vocamus perditos quos esse compulimus criminosos. Quibus enim aliis rebus Bagaudæ facti sunt, nisi iniquitatibus nostris, nisi improbitatibus judicum? » *De gub Dei.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bien se hicieron *fundos* las ciudades de la Galia.

Efectuóse todo esto con la *lex Julia* ó poco despues : entónces se cambió la situacion de Roma respecto de Italia, y no fué ya solo una república sostenida por otras repúblicas, sino la metrópoli de un gran imperio de que era Italia la provincia principal. Estaba, pues, convertida la república en monarquía, pero se oponia á ella la costumbre, porque el carácter del derecho público y privado de Roma era eminentemente municipal, como el de casi todas las antiguas ciudades itálicas. Los pueblos conquistadores creen siempre que asegurarán su dominacion propagando las formas de su gobierno, y así lo hizo Roma. Por lo tanto, el poder monárquico tenia bajo tutela la libertad política, y al mismo tiempo se habian apartado de la administracion de los Comunes; los Comunes á su vez protegian la soberanía, pero sin ninguna garantía contra el poder absoluto: falta de equilibrio que destruyó el imperio.

Entónces fué necesario reformar la libertad municipal en Italia para armonizarla con la política imperial y con una organizacion uniforme; esto hizo la *lex Julia municipalis* (1), conservada en parte en la Tabla de Heraclea, y mas por una inscripcion hallada en Padua, probablemente del año 709 de Roma.

En el año 711 se habia hecho un reglamento general para la administracion judicial de la Galia Cisalpina (2), cuyas formas eran mas propias del *prætea peregrinorum* que del *urbanus*. Extendióse probablemente á las demas provincias; pero la unidad de régimen no se llevó á cabo hasta muy tarde. Prosperaron entónces los municipios, y se dijeron *respublica municipii*; los libertos adquirieron consideraciones; trabajaban en obras y servicios útiles, y fueron el mas poderoso de asimilacion, creándose una nacion nueva, representada por una clase média producto de las leyes municipales. Cuando desapareció despues la clase média, murió tambien el municipio.

Parece, por las inscripciones, que existió un órden ecuestre, compuesto quizá de miembros de ciertas corporaciones. Por último, la *plebs* la componian ciudadanos, pero sin *jus honorum*.

Los decuriones de las ciudades, lo mismo que los ciudadanos privilegiados en Roma, participaban exclusivamente de la soberanía, esto es, podian dar su sufragio en una tribu y desempeñar las magistraturas. Cuando Augusto libró á los ciudadanos que vivian léjos de la incomodidad de ir á Roma á dar su voto, mandando que se recogiesen en los comicios particulares, y se enviasen desde allí á la capital, limitó este derecho á los municipios, bajo cuyo nombre se comprendieron no ya todos los ciudadanos, sino solamente los decuriones (*curiales*, *decuriones*), únicos capaces de ejercer las magistraturas (*capere numera.*) Entónces la curia (*ordo*, *curia*) con los magistrados administraba la ciudad en vez de todo el pueblo; pero en lugar de servir estos de contrapeso á aquellos, solo de la curia salian los magistrados (1). Podian estos presentar sus sucesores; pero como debian salir fiadores de la administracion del propuesto, miraban este privilegio como una carga, y las mas veces dejaban la eleccion al gobernador de la provincia.

La primera magistratura de la ciudad se componia de los dos ó cuatro magistrados (*duumviri*, *quatorviri juri dicundo*), que podian compararse á los cónsules de Roma ántes que dividiesen su autoridad con los pretores. Eran anuales, velaban por la administracion del comun, presidian el senado municipal, y para que no se echase tanto de ménos la pérdida de la indepedencia. Roma republicana les dejaba la jurisdiccion dentro de ciertos límites, fuera de los cuales pasaban las causas al pretor. De este modo sobrevivieron las constituciones anteriores á la conquista, á las cuales se conformaba la ley con que el Senado organizaba cada provincia. Estableciase en la de la Galia Cisalpina, que el magistrado podia nombrar y decidir sin límite alguno; que tendria el *imperio*, y como signo de alta dignidad el tribunal. Pero aumentándose la dignidad imperial, comprimió la autoridad de los cuerpos municipales; se tuvo por concesion graciosa lo que ántes era prerogativa y derecho, y los duumviros confundieron con los magistrados inferiores, sin tener ya imperio, ni autoridad, ni tribunal.

En muchas ciudades de Italia correspondia la jurisdiccion á un prefecto (*præfectus juri dicundo*), que iba anualmente de la métropoli; por lo demas las prefecturas no se diferenciaban de las demas ciudades, munipios ó colonias, segun su importancia; de la de Arpino fué Ciceron á hacerse cónsul en Roma.

La tercera magistratura era la del curador (*curator quinquennalis*), que reunia en sus manos las atribuciones de la censura y de la cuestura romana, vigilando los edificios públicos, el arriendo de las rentas y los bienes de la ciudades; pero cada uno tenia en sus inmediaciones un patrimonio fijo, tributos y gabelas (2).

Despues de la curia, el apoyo de los municipios eran las corporaciones, que fueron muchas y con grandes privilegios. Los principales eran los *augustales*, que tenian tambien el aspecto religioso y que decayeron cuando creció el Cristianismo. Error fué de la política imperial el separar el poder del Estado y el municipal haciendo sus intereses distintos.

(1) Véanse nuestros documentos de LEGISLACION.
(2) *Lex Galliæ Cisalpinæ*. Véase tambien en nuestros documentos.

(1) Véase SAVIGNY *Gesch. der römischen Rechts in Mitteralter*, c. II, § 8. — « Á pesar de los abundantes materiales que existen, la curia es lo mas desconocido en la historia legal del imperio » GIBBON, c. XXII.
(2) AM. MARCEL. XXV, 4. — SIMMACO *Ep.* 10. — *Cod. Theod.* libro 10. *De op. pub.*; *De locat. fund.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Queríase aniquilar la antigua aristocracia romana, y para esto se sacrificó la organizacion social á la independencia de los Comunes en todo el imperio, tanto que estos degeneraron en tiranía : el Estado que todo les concedió, todo lo pretendió de ellos, y los redujo á una fuente de ingresos, y ya no se tuvo consideracion mas que al populacho porque sus conmociones eran terribles.

Provincias.

Las formas de gobierno originales de las provincias fueron tambien uniformadas por la dominacion imperial. Introdujéronse en todas partes las curias, en poco diferentes de las de los municipios, pero habiendo gran diferencia en lo tocante á los magistrados. Los cargos públicos unos concedian dignidad (*honor*), otros no (*munus*). Las ciudades de provincia, como sucedia en las de la Galia, tenian muchos de los primeros, principalmente los que hacian relacion á los oficios religiosos, pero nunca dignidad de imperio, como correspondia á los duumviros en Italia, á excepcion de cuando por especial favor gozaban del derecho itálico. Así, cuando cayó la Galia en poder de los Romanos, estaba compuesta de poblaciones independientes con constitucion aristocrática, y acaso conservaron bajo la repúca algun lazo político ; pero durante el imperio, el uniforme sistema de los decuriones á medida que iba echando raíces, derogaba los estatutos anteriores. Entónces los nobles Galos se retiraron á sus posesiones ó fueron conservados en la curia de las ciudades, sin que ningun privilegio particular disminuyese la dependencia en que estaban de las leyes ó del gobernador de la provincia.

Cada provincia formaba un cuerpo político representado por la asemblea general, que una vez al año (1), ó mas en ocasiones extraordinarias con anuencia del prefecto del Pretorio (2), se reunia en la capital de provincia, teniendo asiento en ella los honrados, los curiales y los libres poseedores. La dieta provincial podia dar decretos y expedir legados al príncipe, aunque á ello se opusiesen el vicario, el presidente ó el prefecto del Pretorio.

Hemos hecho notar como carácter político de la antigua Italia la libre constitucion municipal, conservada bajo el despotismo imperial, continuando el pueblo como en Roma ejerciendo su poder en las asambleas, y los magistrados dando leyes y decretos. El derecho itálico que á las veces se concedia á algunos provinciales, no daba ningun privilegio al ciudadano particular, si bien daba al cuerpo de la ciudad la propiedad quiritaria del suelo, el comercio, y por consiguiente la exencion del impuesto predial y la capacidad para la emancipacion, la usucapion y la vindicacion (3).

Uno de los principales medios empleados por los sucesores de Augusto para consolidar la tiranía, fué ir quitando poco á poco sus derechos á Italia, cuna de la antigua libertad privilegiada. El último golpe le dió Cómodo al extender á todo el mundo lo que en un principio habia sido exclusivo de Roma y despues de la península. Italia habia seguido exenta de tributos hasta que Diocleciano, asociando al imperio á Maximiano, le concedió el África y la Italia, de modo que dejando esta de ser alimentada por las contribuciones de las demas provincias, tuvo que someterse á las mismas cargas que todas, de las cuales, desde entónces, no fué nunca aliviada.

Mas tarde cesaron en todas partes los duunviros ó los magistrados que á ellos correspondian, y segun el código Teodosiano (1) el primer decurion (*principalis*) debia presidir la curia y la administracion de los negocios municipales, tener este cargo durante su vida ó á lo ménos por quince años, y no siendo un magistrado, sino una dignidad particular, como el decano del colegio, no ejercia jurisdiccion.

De este modo el creciente despotismo imperial, insinuándose en todas partes, introducia las formas monárquicas aun en la republicana constitucion de las curias. Al ver la organizacion de estas, segun la cual era inscrito en el album (2) todo el que tenia capacidad para ello y ciertas posesiones, sin privilegio de nacimiento ni límite de número ; al ver que los emperadores encargaban que no se llegase al duunvirato sino por grados (3) lo mismo que al sacerdocio; que la curia misma tenia una participacion inmediata en los negocios de la ciudad ; que elegia sus magistrados convocando para ello á los habitantes; que daba decretos; que expedia directamente sin que el prefecto pudiera hacer mas que informar sobre ellos, podria creerse que estábamos en otras tantas repúblicas, enteramente democráticas, cuya oposicion impedia ó dificultaba las violencias de los lejanos dominadores.

Pero estas eran apariencias y nada mas. Todos sus actos podian ser desechados por el príncipe; el regidor de la provincia anulaba á su capricho la eleccion de sus magistrados, y cuando despues la tiranía imperial extinguió toda especie de vida pública, el órden de los decuriones cayó en el mayor envilecimiento. El sistema de contribuciones que arruinaba cuanto de bueno pudiera tener el imperio, hacía dificil-

(1) Amiano Marcel., Hist. XXVIII, 6.
(2) *Cod. Theod.* XII, 12; IV, IX, XII.
(3) Véase el libro V, cap. 2.

(1) Si los Códigos Teodosiano y Justiniano hablan tan poco de los magistrados municipales al mismo tiempo que hacen de ellos mencion á cada paso los jurisconsultos clásicos, es porque estos vivian en Italia y aquellos fueron compilados en Oriente.

(2) *Album* se llamaba el libro en que estaban anotados los senadores. El de Canusio del año 323 da XXX *patroni clarissimi viri* : II *patroni equites romani*; VII *quinquennalicii*; IV *electi inter quinquennales*; XXII *duumviralicii*; XIX *edilicii*; IX *quæstoricii*; XXI *pedani*; XXXIV *prætextati*; en todo 148.

(3) « Nemo originis suæ oblitus, et patriæ cui domicilii jure devinctus est, ad gubernacula provinciæ nitatur ascendere, priusquam decursis gradatim curiæ muneribus subvehatur; nec vero a dumviratu, vel a sacerdotio incipiat, sed servato ordine, omnium officiorum sollicitudinem sustineat. » Ley de Valentiniano en el Código Teodosiano, lib. XII, t. 4, l. 77.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lísima su exaccion. Viendo esto los emperadores, obligaron á los decuriones á cobrar los impuestos de su propia comunidad y á salir garantes de su cobro con su persona, como tambien de la administracion propia y de la de los empleados sus dependientes. Si un propietario abandonaba su campo por no poder pagar el excesivo tributo, este campo recaía en la curia, obligada á pagar sus cargas, encontrase ó no compradores. Eran, pues, los decuriones nada mas que agentes gratuitos del despotismo, y cuando se aumentaron los tributos por haberse aumentado las necesidades del imperio, este cargo se hizo insoportable.

Entretanto, al mismo tiempo que se consolidaba la autoridad imperial, se disminuía la de los municipios; y el respeto que ántes se tenia á los magistrados locales recaía en los gobernadores. Constantino y sus sucesores, eximiendo á muchos de las cargas municipales, las hicieron mas pesadas para los que quedaban obligados á ellas: y quitando á muchas ciudades su patrimonio para dárselo á las iglesias cristianas, hicieron imposible el satisfacer los gastos á que ántes subvenian pingües posesiones. Añádase á esto que los curiales que no tenian hijos solo podian disponer de una cuarta parte de sus bienes, quedando las tres restantes para la curia; no podian ausentarse del municipio sin permiso del gobernador de la provincia, y estaban ademas obligados á satisfacer un impuesto especial (*oblatio auri*). Mirábanlos los habitantes del Comun como implacables exactores, por donde se ve que estaban expuestos á las pretensiones del erario siempre en aumento, á la arrogancia de los Bárbaros que se presentaban y á la execracion de sus conciudadanos.

De aquí los subterfugios de que echaban mano los ciudadanos para sustraerse, y la ley para tenerlos encadenados á tan gravísimo honor. Marco Aurelio dispuso que fuesen tambien admitidos los espúreos (1), y Septimio Severo los Judíos y los hijos de padre esclavo y de mujer libre (2). Diéronse á la curia nuevos privilegios: los individuos de ella que caían en la miseria eran socorridos á expensas del municipio; si salian sanos y salvos despues de haber recorrido todos los cargos municipales, quedaban exentos de ellos para lo sucesivo y aun recibian el título de condes. Buscáronse tambien remedios para los artificios con que se huía del duunvirato: Trajano prohibió que se diese dinero por eximirse de él; los hijos de un decurion debian ser curiales; entraba en la curia todo el que poseía veinticinco yugadas; ninguno podia vender el terreno que le conferia tan oneroso derecho, ni podia obtener empleo de corte si ántes no habia desempeñado aquellos cargos. Si para librarse de ellos se alistaba el decurion en el ejército, la ley lo arrancaba de los estandartes; si se hacia esclavo, la ley le hacía libre para llevarlo á la curia (1); el guerrero vil, el sacerdote indigno eran condenados á hacerse decuriones. ¡Estos eran los padres de la patria! ¡estos los sostenes de la libertad municipal!

(1) *Dig.* lib. 4, 2, III.
(2) Ib. lib. II, 3; III, 4.

Defensores.

El exceso de los males causados por el envilecimiento de las curias hizo desde el año 365 que se introdujesen los síndicos (*defensores*) elegidos por toda la ciudad, para proteger á los contribuyentes contra las pretensiones de la curia y á esta contra los dignatarios del imperio (2). En las causas criminales ellos eran los que instruían el proceso y en las civiles juzgaban hasta la cantidad de trescientos sueldos: y de sus sentencias se apelaba á los gobernadores. Su importancia creció cuando exigiéndose mas de los Comunes, era preciso á estos conceder mas, y cuando oprimidos los decuriones, solo se podia esperar en la plebe. Fortalecióse por lo tanto el defensor en oposicion á los magistrados municipales y aun á los imperiales, á medida que se robustecia el poder monárquico; y extraño en un principio á la curia, acabó por ser su jefe. En Oriente se conservó la dignidad de defensor aun despues de Justiniano, en Occidente, yendo en decadencia la administracion, se insinuó el clero en las curias y el obispo tomó el cargo de defensor.

Cuestor

De los antiguos cuestores uno solo fué el que sobrevivió, pero no encargado ya del erario, sino de componer oraciones y epístolas en nombre del emperador y leerlas en el Senado. Cuando estas tomaron la fuerza y aun la forma de edictos, el cuestor fué, como el gran canciller moderno, el representante del poder legislativo, la fuente de la jurisprudencia civil. Á veces se sentaba en la suprema judicatura, en el gabinete imperial, con los prefectos del Pretorio y con el maestro de los oficios, ó resolvia las dudas de los jueces; ademas de esto cultivaba para servicio del emperador, y como modelo de estilo oficial, la jerga pomposa y bárbara que tomaba el nombre de elocuencia. Como juez delegado conocia algunas veces de causas reservadas al emperador, y otras se consultaba á los dos senados como á tribunales de justicia.

Jurisdiccion.

La juridisccion voluntaria comprendia ó los actos solemnes del antiguo derecho ú otros de forma posterior. Entre los primeros están las *vindiciæ* con todas sus aplicaciones para manumitir, adoptar y emancipar, que formaban, por decirlo así, un sistema de derecho superior re-

(1) « Curiales nervos esse reipublicæ ac viscera civitatum nullus ignorat; quorum cœlum recte appellavit antiquitas minorem senatum; huc redegit iniquitas judicum et exactorum plectenda venalitas, ut nonnulli patrias deserentes, natalium splendore neglecto, occultas latebras elegerint, et habitationem juris alieni. » Nov. lib. IV, Majar. tit. 1.

(2) « Hi potissimum constituantur defensores, quos decretis elegerint civitates. Defensores nihil sibi insolenter, nihil indebitum vindicantes, nominis sui tantum fungantur officio, nullas infligant multas, nullas exerceant quæstiones; plebem tantum vel decuriones ab omni improborum insolentia et temeritate tuecantur, ut id tantum quod esse dicuntur esse non desinant. » Cod. Theod. tit. XI, 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

servado á los magistrados del príncipe, no comunicable á los municipales ni á los defensores de las ciudades. Los de forma nueva son los introducidos en tiempo de los emperadores, cuando se empezó á formar protocolos para la menor cosa, tenidos luego por indispensables para las donaciones y los testamentos. Estos últimos debian abrirse solemnemente á presencia del gobernador de la provincia, pero por condescendencia se leían alguna vez en la curia. Segun el estatuto de Honorio, las actas debian extenderse ante un magistrado, el defensor y tres *principales* y un escribano (*exceptor*), y consistian en un diálogo entre el actor y el magistrado.

Las ciudades de Italia conservaban del derecho itálico el de que la justicia fuese administrada por los mismos ciudadanos, por lo ménos en materia civil y en primera instancia, derecho extendido á algunas ciudades de provincia; pero generalmente la jurisdiccion estaba en manos de los gobernadores. Segun la forma antigua, el magistrado instruía el proceso, determinaba el principio de derecho aplicable al caso y daba una decision condicional. Entónces un juez (*judex*) elegido de tiempo en tiempo y de condicion privada, examinaba el hecho y le ponia en relacion con el principio doctrinal presentado por el magistrado, de cuyo acuerdo salia el juicio deliberativo.

Este órden de *juicios privados* estaba en uso en Roma y en sus municipios, pero en tiempo de los emperadores los magistrados fallaban en algunos litigios sin asistencia de jueces (*extraordinariæ cognitiones*): estos desde Diocleciano fueron abolidos en algunas provincias, en otras desaparecieron, quedando por completo la jurisdiccion en manos de los gobernadores, salvo la apelacion al trono.

La cooperacion de los jueces nos explica cómo en la inmensa Roma bastaban dos pretores para resolver los litigios entre ciudadanos y extranjeros; pero una vez abolidos los primeros, ¿cómo habian de bastar por sí solos los segundos? Ya en tiempo de la república tenian los pretores á su lado jurisconsultos que los aconsejasen; los emperadores les agregaron despues un colegio (*consistorium*, *auditorium*,) que decidiese de las cuestiones de derecho, que en última apelacion se llevasen ante él.

Conformáronse á esto los gobernadores, y las causas se ventilaban como se practica en los tribunales de justicia, solo que la sentencia ó decision dependia de la voluntad del presidente. Otro tanto hicieron los magistrados municipales y los defensores de las ciudades: al juez sucedieron los decuriones, y la curia quedó convertida en tribunal judicial. Á los duques y á los condes correspondia la jurisdiccion en los casos criminales cuando el acusado fuese militar, y en los civiles cuando uno de los litigantes fuese soldado y el otro aceptase el fuero del contrario.

Así, pues, el defensor de la ciudad juzgaba de las diferencias entre campesinos y los delitos correccionales; los duumviros, ó jueces elegidos en la curia, sentenciaban en primera instancia en los negocios civiles de los ciudadanos; del defensor se apelaba á los duunviros, de estos al presidente de la provincia, de este al procónsul ó vicario, y por último, al prefecto del Pretorio. Las acciones criminales y algunas civiles competian al presidente; pero solo el prefecto del Pretorio y algunos procónsules privilegiados podian condenar á la deportacion.

Miéntras los juicios emanaron directamente del pueblo ó bien del pretor elegido por él, no debia tener lugar la apelacion al pueblo, por ser soberana aquella autoridad. Sometidos á magistrados elegidos sin concurso de esta y subordinados, era natural que tuviesen entre sí aquel encadenamiento por el cual las sentencias del uno eran revisadas por el superior y al fin hasta por el emperador.

Siendo la salud del imperio suprema ley, bastaba que uno de los delatores, esparcidos como hemos dicho en las provincias, acusase de traicion á cualquier ciudadano, para que se viese conducido entre cadenas á Milan, á Roma, á Constantinopla, y allí juzgado por vias extralegales, y principalmente empleando el tormento. Hasta entónces habia estado este en Roma reservado para los esclavos; pero los magistrados que le vieron ya en uso en las provincias, siguieron empleándolo, y no mucho tiempo despues se aplicó tambien á los ciudadanos romanos. Fueron despues pedidas y otorgadas algunas excepciones en favor de los *ilustres* y de los *honorables*, del clero y de los soldados y sus familias, de los profesores de artes liberales, de los magistrados municipales y su descendencia hasta el tercer grado, y de los impúberes: exenciones que tácitamente confirmaron en agravio de los demas aquella iniquidad. Y como los jurisconsultos establecieron que en los delitos de Estado podia traspasarse el derecho, se siguió de aquí que en las causas de especie se aplicase el tormento indistintamente á los reos, á los cómplices y á los testigos. **Tortura.**

El estudio de las leyes seguia aun favorecido como escala para las magistraturas civiles. Las ciudades notables todas tenian escuelas de derecho, pero la mas célebre fué la de Berito en Fenicia. Despues de estudiar cinco años, buscaban los jóvenes riquezas y honores, ventilando causas privadas, abundantísimas en un país corrompido, ó dedicándose á los empleos, numerosísimos tambien y en los cuales el mérito, la habilidad ó la flexibilidad podian elevar hasta alcanzar el título de *ilustre*. Este enjambre, que susurraba en los tribunales, se arrastraba en la corte ó se introducia en las casas particulares á husmear litigios y traficar con sutilezas, vino á ser una nueva plaga para el imperio, y degradó la noble jurisprudencia hasta la abyeccion de los buscones. **Leyes.**

En los dominios imperiales los ingresos públicos consistian en contribuciones directas,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Rentas. indirectas y en frutos eventuales (1). De los dominios del fisco ya hemos hablado en otro lugar (2).

El patrimonio de cada particular estaba exactamente registrado con la medida de los terrenos, y el número de los esclavos y animales bajo juramento del propietario : así el ocultar la menor cosa hubiera sido considerado como sacrilegio y ofensa á la majestad (3). Los terrenos feraces eran equiparados á los inferiores, fijando un valor adecuado por yugada : censo vicioso que habia que rehacer á cada poseedor nuevo á ménos de no dejar subsistir un injusto gravámen. Los ricos sabian sacar provecho de esto, vendiendo las tierras malas y comprando las productivas, de donde resultaban reclamaciones incesantes, visitas y reformas (4).

El príncipe determinaba cada año á su arbitrio la cantidad y cualidad de los impuestos, y si á las necesidades verdaderas ó ficticias no bastaba la *indiccion*, imponíase una superindiccion. En las ocurrencias extraordinarias esto podian hacerlo àun los prefectos del Pretorio, á los cuales estaban confiadas las rentas, teniendo bajo sus órdenes á los vicarios, á los regidores de las provincias y á los condes de las sagradas liberalidades. Los tribunos se repartian en el lugar mismo del terreno, vigilando el presidente de la provincia é interviniendo los defensores de las ciudades.

La mayor parte del tributo se pagaba en metálico, particularmente en oro; el resto en especie, segun la naturaleza del país, vendiéndose á expensas de los provinciales en los almacenes públicos, desde donde se distribuía á la corte, al ejército y á la plebe de Roma y Constantinopla.

Calcúlese cuántas personas debian estar ocupadas en llevar el registro de los patrimonios y en asignar, exigir y solicitar las cuotas que habian de pagarse; y despues en distribuir á los soldados y empleados civiles los sueldos designados á cada uno. Siempre han sido mal miradas las funciones de los hacendistas, pero entónces cuando tan arbitrariamente se desempeñaban exprimiéndose al pueblo con sobreimpuestos y antipaciones acumuladas, eran verdaderamente odiosas. Por esto mismo se encargó á los decuriones la parte que mas lo era. En un imperio vasto y absoluto, ¿cuántos no serian los abusos á que daria márgen este modo de percibir los tributos? Gran parte del código Teodosiano versa sobre la materia de los impuestos, y revela cuán grandes eran la miseria del pueblo y la avidez de los gobernantes.

Habiéndose aumentado con Domiciano el fausto del imperio, debieron aumentarse tambien los impuestos sobre el pueblo. Las inmensas proporciones dadas á la administracion, requerian inmensos gastos; mayores todavía con tener á sueldo á los Bárbaros y á veces pagarles un tributo.

La historia nos dice que la ciudad de los Eduos comprendia treinta y dos mil cabezas, ó como si dijéramos lotes tributarios; lo cual, formando una proporcion, hace subir á un millon quinientos treinta y seis mil los lotes prediales de lo que hoy es Francia. Sabemos, por otra parte, que cuando Juliano el Apóstata gobernó las Galias, halló que ascendia el tributo á veinticinco monedas de oro por cabeza (1), y lo rebajó hasta dejarlo en siete. Computando la primera suma en trescientos cincuenta y cinco francos y la segunda en noventa y nueve y cuarenta centésimos, tendremos que lo que hoy forma la Francia pagaba un impuesto directo de trescientos cuarenta y cinco millones doscientos ochenta mil francos, que en tiempo de extraordinaria prosperidad fueron reducidos á ciento cincuenta y dos millones, seiscientos setenta y ocho mil. Tanto excedian de las contribuciones de hoy. ¡ Y cuánta no era tambien entónces la exorbitancia de las indirectas, y cuánto no se ha adelantado! Ya la industria no es deshonra ni se ve embarazada por los monopolios del gobierno que entónces se extendian sobre toda manufactura.

Los senadores y optimates de las provincias pagaban el honor de su grado con una cuota, cuando eran promovidos á un nuevo cargo, y ademas un tributo especial sobre sus haberes (2).

La exaccion del censo en tiempo de Galerio ofrecia, al decir de Lactancio, la imágen de la guerra y de la cautividad : « Medir tierras, » enumerar los viñedos y los árboles, llevar » cuenta de los animales de todas clases sin » distincion de ciudadanos ni aldeanos. Cada » cual reunia sus hijos y esclavos y el palo » hacía su oficio : á fuerza de suplicios se obli- » gaba á los hijos á deponer contra sus padres, » á los esclavos contra sus señores, á las mu- » jeres contra sus maridos; si faltaban pruebas, » poníase al tormento á los padres, á los se- » ñores, á los maridos, para hacerles declarar » contra sí propios; y cuando el dolor arran- » caba de su boca alguna confesion, teníase por

(1) *Finis* en la baja latinidad queria decir pago, lo mismo que τέλος en griego y *Ziel* en aleman. De aquí que la palabra *finanza* que vino á significar el arte de procurarse dinero por medios sutiles é ingeniosos; la voz *talla* (impuesto) viene de la señal que el exactor del impuesto y el interventor hacian en un pedazo de madera para indicar la suma pagada, y que se dividia en dos mitades quedando expresa la suma en ellas.

(2) Pág. 625 y sig.

(3) « Si quis sacrilega vitem falce succiderit, aut feracium ramorum fœtus hebetaverit quo declinet fidem censuum, et mentiatur callide paupertatis ingenium, mox detectus, capitale subibit exitium, et bona ejus in fisci jura migrabunt. » Cod. Theod. XVIII, 11, I. Quizá se reformaba el censo cada quince años.

(4) Cod, Theod. I. X, 17; XXXI. *De trib. et annona*; 3, VIII, *De censit*; 2, XXXI *De indulg. debit*,

(1) Esta suma enorme pareció increible á quien como Gibbon y otros entendieron que una cabeza era una persona. Este pasaje de Amiano es terminante : « Quid profuerit (Julianus) anhelantibus extrema penuria Gallis, hinc maxime claret, quod primitus partes eas ingressus, pro capitibus singulis, tributi nomine, vicenos quinos aureos reperit flagitari; discedens vero, septenos tantum munera universa complentes XVI, 5.

(2) Nazario. *Paneg. vet.* X, 35 ; Zosimo, Hist. II, 38,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» verdadera, y ni edad, ni enfermedad servia de » excusa. Hacíase comparecer á los achacosos » y enfermos, y se fijaban los años de todos, » aumentándoselos á los mozos, quitándoselos » á los viejos; porque se pagaba un tanto por » cabeza y con dinero se compraba la libertad » de respirar... ¿ Perecian los animales ó morian » los hombres? Imponíase tributo á lo que ya » no existia, de suerte que ni vivir ni morir se » podia gratuitamente : y dichosos los mendigos » que estaban exentos de tales violencias. » Apiadándose de estos Galerio, mandó embar- » carlos con órden de que cuando estuviesen » en alta mar, fuesen arrojados al agua. ¡ Su- » blime medio de limpiar el imperio de la men- » dicidad matar á una porcion de infelices para » que bajo protexto de pobreza ninguno se exi- » miese del censo ! »

No era ménos gravosa que la capitacion la colacion lustral exigida cada cinco años de los traficantes. « El tiempo, en el cual madura este » derecho (dice Libanio al emperador), acrece el » número de los esclavos y de los padres que » venden á sus hijos, no por aprovecharse del » precio, sino para darlo á los exactores. » Y Zosimo: « Cuando al cabo de cuatro años vuelve » el tiempo de la colacion lustral, entónces son » las quejas y los llantos por toda la ciudad : » vese atormentar á golpes y de otras maneras » á quien por pobreza no puede pagar su cuota; » las madres venden á su hijos y los padres » llevan á sus hijas al lupanar para proporcio- » narse con qué satisfacer al cobrador (1). » Constantino prohibió tales torturas y sustituyó en su lugar una corta cautividad : los herederos debian pagar los débitos que á favor del fisco tuviese el difunto ó abandonar la herencia (2). Y no era esto solo; los contribuyentes estaban tambien obligados á muchas prestaciones personales, tales como cocer el pan, la cal, trasportar los géneros á los almacenes ó al ejército y servir las postas.

Contribuciones indirectas.

Pesaban mil gabelas sobre la entrada, la salida, el tránsito y el consumo de los géneros; y quizá se pagaba á la entrada de cada diócesis, porque las entradas estaban arrendadas á diversas sociedades de publicanos. ¡ Cuánta traba y cuánta incomodidad ! Era peculiar de la Italia el impuesto de consumos, de la vigésimaquinta y de la centésima parte, ó como decimos hoy del cuarto y del uno por ciento; pero en tiempo de Constantino se hizo extensivo á todo el imperio y á toda clase de mercancías (3). Marciano, jurisconsulto del siglo III, enumera como sujetas al pago veintidos especies de aromas, cuatro de piedras finas, siete de telas, cuatro de fieras, tres de colores, ademas de las pieles babilónicas y párticas, los gorros de la India, los eunucos y otras cosas (1). Pagábase ademas por todo lo que se llevaba en un viaje, para conservar los caminos; de modo que por todas partes habia guardias y cobradores, cuyas concusiones con dificultad podian ser refrenadas por el rigor amenazador de las leyes.

Los donativos espontáneos que las ciudades hacian á los vencedores ó beneméritos, consistentes por lo general en coronas de oro, fueron mirados en breve como una obligacion para con el príncipe, cuando subia al trono, se casaba, tenia hijos ó alcanzaba victorias. Los senadores daban en vez de este *oro coronario* una oferta (*oblatio auri*), que ascendia hasta mil seiscientas libras de oro (2); y todos los decuriones estaban tambien obligados á esto (3).

Empeoraban esta situacion los exactores, de cuyas tiránicas artes nos da un testimonio legal Valentiniano. « Apénas llega el exactor á la » temerosa provincia, rodeado de forjadores de » calumnias, se enorgullece con los continuos » obsequios, y busca el apoyo de las autori- » dades provinciales; á veces se trae tambien » á las escuelas, á fin de que multiplicándose el » número de las personas y de los cargos, ar- » ranque el terror cuanto le plazca á la avidez. » Empieza por sacar y desenvolver terribles » órdenes sobre diversos y númerosos decretos; » presenta borradores de oscuros repartimientos, « confusos con inexplicable oscuridad que en » los hombres ignorantes de estos enredos hacen » tanto mas efecto cuanto ménos se entienden. » Piden los recibos destruidos por el tiempo, no » conservados por la sencillez ó la confianza » del pagador; si se han perdido, toman de aquí » ocasion para robar; si se conservan, hay que » pagar para que valgan : de modo que para » aquel malvado árbitro el recibo que perece » perjudica, y el que se conserva no vale. De » aquí los innumerables lamentos, las duras » prisiones, los malos tratamientos y cuantos » tormentos puede preparar el exactor obstinado » en la crueldad. El palatino cómplice de los » hurtos exhorta; siguen despues los turbu- » lentos guardas; continúa luego la ejecucion » militar : y tanta maldad para con los conciu- » dadanos tratados como enemigos no termina » por pruebas judiciales, ni por compasion (4). »

No hay necesidad de repetir aquí lo mucho que arruinaban estos vejámenes á la agricultura, hasta el punto de que muchos abandonaban sus campos para no pagar el tributo. La industria, si bien no era ya tan mal mirada como en tiempo de los orgullosos republicanos, estaba no obstante ahogada por tiránicas tra-

(1) Libanio, *Or.* contra Flor., Zosimo, *Hist.* II, 38.
(2) *Cod. Teod.* XII. *De exact.* — XIII. *De indict.*, etc., etc.
(3) Dice esta ley del código de Justiniano : « Los provin- » ciales no pagarán por las cosas que introduzcan para uso » propio, para el fisco, para sus oficios, ó por aquello que lle- » ven para la agricultura : sujetamos á tasa todo lo que » importen fuera de los casos referidos ó por tráfico. » L, IV, t. 60, l. 5.

(1) *Dig.* XXXIX, 4, XVI.
(2) Simaco, *Ep.* X, 26.
(3) « Universi quos senatorii nominis dignitas non tuetur, ad auri coronarii præstationem vocentur... Nullus, exceptis curialibus, quos pro substantia sui aurum coronarium offerre convenit, ad oblationem hanc adtineatur. » Cod. Teod. XII, 13; II, III.
(4) *Nov. Valentin*, t. VIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bas (1). Nueve colegios ó gremios de artes subsistian desde los tiempos de Numa, mas bien por lujo que por necesidad; y aumentáronse tanto en el imperio, que Constantino enumera treinta y cinco (2). Los individuos de ellos, libres de servicios personales, estaban excluidos hasta de las legiones y buscaban proteccion eligiendo un patrono; pero despues los agregados, como que adquirian el privilegio de ejercer aquel arte, y tenian un síndico, estatutos y propiedades, remuneraban al Estado con ciertos servicios. Así en Roma los herreros debian apagar los incendios (3); los de Alejandría limpiar el lecho del Nilo (4); los de Cartago suministrar algunas materias en bruto á las fábricas imperiales (5); algunos *naviculariі* estaban obligados á trasportar por los rios las vituallas para los ejércitos (6); los *bastagarii* á portear las provisiones del fisco (7), y así los demas. Por lo tanto estaban considerados como apegados al territorio de la ciudad con sus hijos y haciendas, y los que se ausentaban eran tenidos por desertores (8). Tampoco podian eximirse de prestar los servicios á que se les obligaba, ni aun con rescripto imperial, á no ser que se hiciesen soldados ó clérigos (9). Los gremios eran responsables *in solidum* de las cuotas que se les asignaban, por lo cual cuando los emperadores no encontraban dinero en otra parte acudian á ellos. La insensata proteccion les atraía, pues, una durísima servidumbre, de la que se libraban á veces hasta haciéndose siervos del terruño (10).

Como si esto no bastase para dar el último golpe á la industria, hacíanse manufactureros los mismos emperadores, y así arruinaban las fábricas de los demas. Cuando necesitaron el dinero para apuntalar el declinante imperio, se dedicaron por economía á fabricar lo que era necesario para el servicio propio, para distribuir á los cortesanos y ministros, para los ejércitos y aun para comerciar. Este era un resto de la antigua constitucion doméstica, cuando cada padre de familia tenia en su casa siervos para todas las manufacturas que necesitaba. Alejandro Severo hacía tejer y teñir de púrpura, y la mas fina y delicada la mandaba al mercado (11); Constantino vendia vestidos, lino y pieles por cuenta del fisco (1); Constancio tenia telares de lana, seda y lino (2). Grande error de economía, al cual se siguió naturalmente que Valentiniano I prohibió á todo particular el fabricar telas de seda, tejidos de oro y otras telas (3). Graciano y Teodosio condenaron á confiscacion y muerte al que tiñese ó vendiese púrpura ó comprase seda á los Bárbaros (4), por hacer de ella monopolio el emperador, al cual debian comprar los soldados sus vestidos (5).

No me parece inútil entresacar de las leyes y de la *Noticia* las fábricas establecidas en nuestro Occidente. Tres tintorerías de púrpura habia en Italia, en Tarento, Siracusa y en Venecia; una en Salona, dos en las Galias, en Narbona y en Tolon, una en las Baleares, y diversas en África (6), donde acaso se pescaba la cochinilla que servia para teñir. Quince fábricas hacian paños en Salona, Spalato y Sirmio; en Italia, en Roma, Milan, Aquilea, Canosa y Venosa; en África, en Cartago; en la Galia, en Árles, Lion, Reims, Autun y Tréveris; una en la Bretaña; dos únicas de tejidos de lino en Rávena y en Viena en la Galia (7). Trabajaban en estas fábricas innumerables esclavos obligados para siempre ellos y sus hijos á este trabajo, para que no enseñasen á otros el arte; el que ocultaba uno de estos esclavos pagaba una multa de tres á cinco libras de oro, y al que imposibilitaba á alguno quedaba por esto solo reducido á igual condicion (8).

Treinta y cuatro armerías trabajaban en los dos imperios: en el Oriental, nueve en Asia, á saber, una en Damasco, dos en Antioquía y Nicomedia, otra en Edesa, Irenópolis, Cesárea de Copadocia y Sárdis; seis en Europa, en Marcianópolis, Adrianópolis, Tesalónica, Naisso, Ratiaria, Orreomago: en el Occidental, diez y nueve en Sirmio, Acinco en la Panonia, Carnuto, Lauriaco, Salona, Concordia, Mantua, Verona, Pavía, Cremona, Luca, Matiscona, Autun, Reims, Ambiano; dos en Tréveris, Argentorato y Soissons (9). Los armeros eran de condicion libre, pero una vez inscritos en el colegio tenian que permanecer en él por cierto número de años con sus hijos, y eran marcados en el brazo para ser reconocidos (10). En el interior se vendian armas libremente, pero estaba prohibido el llevarlas (11).

Tambien corrrespondian al fisco las minas, las salinas y los criaderos de yeso, de piedras de afilar, de mármoles y hasta las canteras, y se

(1) Véase el lib. VI, cap. 13.

(2) Fundidores de metales, herreros, trabajadores en hierro, bronce, plomo y plata; plateros, joyeros, doradores, fabricantes de vidrios y de espejos; curtidores, tintoreros de púrpura, tejedores de damasco y de otras telas; bataneros, albañiles, picapedreros, trabajadores de mármol, mosáico y marfil; arcilleros, ebanistas, carpinteros, los que adornaban los techos, carreteros, alfareros, niveladores de agua, pintores, arquitectos, tallistas, escultores, médicos y veterinarios. *Cod. Teod.* XIII, 4, II.

(3) PLINIO, *Ep.* X, 42.

(4) *Cod. Teod.* XIV, 27.

(5) Ib. XI, 1. XXIV.

(6) Ib. XIII, 5, XXXV, 9, II.

(7) Ib. X, 4, XI.

(8) *Nov. Major.* tit. I, y Cod. Teod. XIV, 7, I.

(9) Ib. VII, 20, II. — *Nov. Valentin.*, VII. — *Cod. Teod.* XIV, 1, I.

(10) Ib. XII, 19, I.

(11) LAMIRIDIO en su *Vida*, c. 39

(1) *Cod. Justin.*, X, 47, VII

(2) *Cod. Teod.* X, 20, II.

(3) Ib. X, 21, I.

(4) *Cod.* Justin. IV, 40; I, XI, 8; III, IV, 40; IV.

(5) *Cod. Teod.* v. 6 ult.

(6) *Notitia dignit.*, c. 38.

(7) Ib. c. 37.

(8) *Cod. Teod.* X, 20.

(9) *Not. dign. para el Or.*, c. 67 y sig., *par Occi.*, c. 30 y siguientes.

(10) *Cod. Teod.* X, 21, 14.

(11) *Cod. Just.* IV, 41, II.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

arrendaban á los particulares. Los trabajadores de las minas eran ó sentenciados ó esclavos con sus hijos; casi esclavos eran tambien los monederos (1). Seis casas de moneda habia en Occidente, en Sissia en la Iliria, en Aquilea, en Roma, en Lion, en Árles y en Tréveris (2).

Tantas obras confiadas á esclavos que no costaban mas que el mantenerlos, quitaban á la poblacion libre todos los medios de ganancia, ofreciendo las manufacturas á un precio á que no podian darlas los particulares.

El comercio no florecia mucho mas de lo que hemos visto en la edad precedente, y si las leyes le tuvieron en cuenta, fué con mezquinas y ambiciosas miras. Cuando se aproximaron los Bárbaros, y gustaron los placeres de la civilizacion, hubieran podido los Romanos estableciendo mercados en las fronteras recuperar en parte el oro que aquellos arrebataban ó recibian como sueldo. Pero por no alentarlos con la vista de las riquezas, se limitó el tráfico, y ademas de las armas se prohibió bajo pena de confiscacion y destierro el vender á los Bárbaros ó á sus embajadores hierro en bruto ó trabajado, piedras de afilar, enseñarles á construir naves ó proporcionarles madera para ello; del mismo modo darles vino, aceite, caviar, granos ó sal (3). El temor hizo tambien excluir cuidadosamente á los mercaderes persas ó bárbaros, ménos en algunas ciudades determinadas (4).

Esto anulaba el comercio en toda la extension de la frontera del Rhin y del Danubio: con el Oriente se mantenia por la necesidad siempre creciente de aromas y de tejidos, que cuando la guerra interceptaba las vias mas directas de la Armenia y de la Mesopotamia, llegaban á Constanopla por el mar Negro. Para la observancia de todas estas prohibiciones fueron instituidos los condes del comercio en el Egipto, en el Oriente, en la Escitia, en el Ponto, en la Mesia, en la Iliria y en otros puntos (5).

Si se considera que en Roma se habia cegado la fuente principal de su riqueza, la conquista, se comprenderá cuánto debia ir empobreciendo esta ciudad. En tiempo de los Antoninos empezó á dejarse sentir la escasez de dinero: y el primero de ellos, para acudir á las públicas necesidades, tuvo que vender los ornamentos imperiales: Marco Aurelio puso en venta por dos veces los vasos de oro y las preciosidades de la casa real. Didio Juliano falsificó la moneda, obligado quizá por la enorme suma de que se hizo deudor para comprar su breve imperio. Las monedas de oro habian sido siempre de tan buena ley que apénas se encontraba en ellas $^{1}/_{788}$ de liga, y del mismo modo siguieron, al mismo tiempo que se deterioraban las de plata. Caracalla puso en ellas la mitad de cobre; Alejandro Severo las alteró en dos tercios. Máximo hizo acuñar los metales preciosos de los templos y hasta las imágenes de los dioses y de los héroes: en tiempo de Filipo apénas quedaba mas moneda de plata que la acuñada por los Antoninos: en los de Galieno y Diocleciano solo se veían de cobre con una capa de estaño: y la insolencia de los monederos falsos llegó hasta el punto de promover una sedicion contra Aureliano (1), en la cual perecieron siete mil soldados ántes de sofocarla. Despues de este emperador vuelve á aparecer la plata, acaso porque la encontró en gran cantidad en la saqueada Palmira; pero muy pronto desapareció. Aunque Constantino en el año 325 fijó el valor de una libra de oro en ochenta y cuatro sueldos, cuarenta y dos años despues Valentiniano I le fijaba en setenta y dos, esto es, aumentado en un sétimo; y miéntras su proporcion con la plata en tiempo de Vespasiano era de un décimo, Constantino la estableció como de doce á catorce.

Esto debia encarecer el interes del dinero, nueva plaga y gran signo de desórden. Ya hemos visto con qué grandes usuras se colocaban los capitales en tiempo de la República. Sin tener en cuenta los abusos, las leyes fijaban en tiempo de Augusto el cuatro por ciento, el seis en el de Tiberio, y el doce reinando Alejandro Severo: este lo redujo de un golpe al cuatro, imprudente medida que hizo que todos guardasen el oro y que se multiplicasen en secreto las exorbitantes usuras, tanto que á Constantino le pareció que hacía lo bastante con reducirlas al doce (2). Teodosio dispuso que á los soldados romanos que estaban en los confines de la Iliria se les diesen sus raciones en dinero, y que ochenta libras de tocino salado valiesen un sueldo de oro; como ochenta de aceite y doce modios de sal. El sueldo do oro puede regularse en 14 francos 81 céntimos, de modo que una libra métrica de carne valia 57 céntimos y 1 franco 43 céntimos la mina de sal: tanto habia encarecido el dinero desde el tiempo de Diocleciano.

Ignorándose los principios que regulan la riqueza, hasta se prohibió que se sacase el oro fuera del imperio (y apénas puede creerse), se mandó que se emplease cuanta astucia fuese posible para arrebatarlo á los extranjeros (3). Por faltar el dinero se asignaban en especie los sueldos á los magistrados y guerreros (4), va-

(1) *Cod. Teod.* X, 19; IV, III, VI, VII, IX, XII, XX, X.
(2) *Notitia dign., per. Occ.* c. 36.
(3) *Cod. Teod.* IX. 40. últ.--*Cod. Just.* IV, 41; I, *Dig.* XXIX, 4, XI.
(4) *Cod. Just.* IV, 63, III.
(5) *Notitia dign.* per Or.; per Occ, c. 40.

(1) Vopisco in *Aurel.* c. 38.
(2) En tiempo de San Jerónimo estaba todavía peor. « Suele » exigirse en el campo el interes del trigo, del vino, del aceite » y de otros artículos; y por ejemplo el que da en el invierno » diez modios ha de recibir quince al tiempo de la recoleccion, » esto es, la mitad; es reputado justísimo el que se contenta » con la cuarta parte. »
(3) Cod. Justin, IV. De comm. et merc. lib. II. « Solum barbaris aurum minime præbeatur, sed etiam, si apud eos inventum fuerit, subtili auferatur ingenio. »
(4) Así fijó Valeriano la asignacion de Aureliano, tribuno de las legiones, escribiendo á Seyonio Albino, prefecto de la ciudad (*Historia Augusta*): « Sinceritas tua supradicto viro efficiet, quamdiu Romæ fuerit, panes militares mundos sexdecim, panes militares castrenses quadraginta, olei sextarium unum, et item olei secundi sextarium unum, porcellum dimi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

liéndose de los tributos que tambien en especie pagaban las provincias. Y no pudiéndose disminuir el crecido sueldo de las legiones, se introjeron auxiliares bárbaros que se contentaban con pan, tocino gordo, vino y alguna moneda.

De este modo el absurdo sistema de hacienda, como si no le bastase arruinar la industria y la agricultura, abria tambien el país á los Bárbaros, que muy luego debian dominarlo.

CAPÍTULO VI

Hijos de Constantino. — San Atanasio.

Habia Constantino dividido el reino entre tres hijos y dos sobrinos (pág. 624); pero cualquiera que fuese el pretexto y el móvil, es el caso que pueblo y soldados no quisieron mas señores que los hijos de aquel emperador, y amotinados dieron muerte á Dalmacio y á Anibaliano con cinco sobrinos mas, dos hermanos del difunto, Optato, patricio, cuñado suyo, y Ablavio, prefecto, nombrado tutor de los jóvenes príncipes; solo escaparon de la matanza Galo y Juliano, hijos de Julio. Impútase esta matanza á la ambicion de Constancio; pero en este caso ¿por qué deshacerse de sus parientes mas lejanos, dejando á sus dos hermanos con quienes habia de dividir el trono?

Dividiéronse estos, pues, el imperio: Constancio llevó el Asia, el Egipto, la Tracia y Constantinopla por capital: Constante la Italia, la Iliria Occidental y el África: Constantino las Galias, la España y la Bretaña: teniendo entónces el primero veintiun años, veinte el segundo y diez y siete el menor.

Ormuz II, hijo del Nársesvencido por Galerio (pág. 464), habiendo muerto sin sucesion, dejó á la Persia presa de la ambicion de los príncipes Sasánidas; pero los magos declararon que la reina viuda estaba en cinta y ciñeron á su vientre la régia banda. Sapor II, rey ántes de nacer, creció en el harem sin afeminarse, y apénas tuvo alguna edad arrojó á los Árabes que habian inquietado su infancia. Meditaba este rey vengar la derrota que á su padre habian hecho sufrir los Romanos, y quitar á estos las cinco provincias de esta parte del Tígris. Los gravosos impuestos, los abusos de los magistrados, la nacionalidad ofendida con la mutacion de capital y religion, habian hecho muchos descontentos en el imperio, los cuales levantaron la cabeza tan pronto como desapareció la robusta mano que los tenia oprimidos: y con sus turbulencias facilitaron á Sapor la toma de muchas fortalezas de la Mesopotamia.

Guerra en Persia. 310-380.

Constancio trató de restablecer en el ejército la disciplina relajada en los tumultos pasados; pero aunque habia aprendido el arte de la guerra con su padre, no sabía mandar, y no alcanzó ninguna señalada victoria. Toda su vida estuvo en guerra con la Persia, auxiliado en ella por tropas góticas y soldados de descubierta árabes, de los cuales tenian tambien el enemigo: nueve batallas campales se dieron, que no fueron favorables á los Romanos: en la de Singara habian ya estos tomado el campamento enemigo y hecho prisionero al hijo del rey á quien atormentaron y dieron muerte; pero los soldados contra lo dispuesto por Constancio se adelantaron tanto que Sapor, rehaciendo sus fuerzas, les derrotó causándoles grande estrago. 348.

Este rey puso dos veces sitio á Nisibe, y se vió obligado á levantarlo por la constancia de los ciudadanos; volvió otra vez con mas obstinacion á la cabeza de las fuerzas combinadas de Persia y de India: y habiendo elevado alrededor de la ciudad las aguas del Migdonio, la expugnó desde las naves, arrojó despues las aguas de golpe contra las murallas, abrió la brecha é inundó la ciudad. Los Nisibeos, indómitos por el amor á la patria y por la creencia en que estaban de que Santiago de Edesa, su obispo, les auxiliaba con milagros, rechazaron caballos y elefantes y dieron muerte á veinte mil sitiadores. Sapor tuvo que abandonar de nuevo la heróica ciudad, con tanto mayor motivo cuanto que por este tiempo talaban los Masagestas las provincias orientales de su reino, y se vió obligado á acudir desde las riberas del Tígris á las del Oxo. 350.

¡Qué momento tan oportuno era este para invadir la Persia y abatir su orgullo! Pero á Constancio se lo impidieron las discordias intestinas, y se vió obligado á conceder un armisticio. Guerra civil.

No contentos los hijos de Constantino el Grande con la porcion del imperio que les habia tocado, Constantino II pretendió que su hermano le cediese la Mauritania; y para obligarlo á ello, invadió la Italia, pero llevado de su nutural ímpetu pereció en una emboscada. Constante ocupó los dominios del vencido sin contar con Constancio; pero débil é inexperto perdió el afecto y la estimacion de los suyos: persiguió á los amigos del muerto y descontentó al pueblo con la parcialidad que mostró para con los jóvenes esclavos germanos. Muerte de Constantino II, 9 de abril. 340.

De estas circunstancias se aprovechó Magnencio, soldado bárbaro que pensó restaurar el nombre romano; y sostenido por el valor de los Jovianos y los Hercúles (1) que estaban bajo sus órdenes, y por el oro de Marcelino, conde de las sagradas liberalidades, se hizo aclamar emperador de Autun. Constante, que estaba de caza, huyó, pero apresado fué muerto, y todo el Occidente se declaró por Magnencio; pero Vetranion, antiguo general de las legiones de la Iliria, tan rudo que apénas sabía escribir, pero valiente y de leal y libre consejo, dejóse proclamar Augusto por sus soldados, y coronar por Constantina, hermana de los emperadores y viuda de Anibaliano. Tambien en Roma Flavio Popilio Muerte de Constante, 27 de febrero. 350.

dium, gallinaceos duos, porcinæ pondo triginta, babulæ pondo quadraginta, liquaminis sextarium, salis sextarium unum, herbarum olerum quantum satis est. » Y á Probo: « In salario diurno bubulæ pondo, porcinæ pondo sex, caprinæ pondo decem, gallinaceum per biduum, vini veteris diurnos sextarios decem, cum larido bubalino, salis, olerum, lignorum, quantum salis est. »

(1) Véase mas arriba, pág. 463.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Nepociano, sobrino de Constantino, ayudado de una tropa de esclavos y gladiadores, vistió la púrpura, pero á los veintiocho dias fué asesinado por los enviados de Magnencio, que ejerció su crueldad castigando á los valedores de aquel, y su avaricia destruyendo los pueblos para captarse el aprecio de los soldados.

Estos hechos alejaron del Tígris á Constancio, que volvió hácia Europa, sordo á las súplicas de los dos usurpadores, á los cuales declaró enemistad y guerra. Por medios sagaces atrajo al débil Vetranion á conferencias, el cual, viendo que todos sus oficiales, vencidos por la elocuencia ó mas bien por el oro, se pasaban á Constancio, se arrojó á sus piés y alcanzó de él que le permitiese vivir en Prusia en un oscuro y sosegado destierro. Estando en este, y habiendo sabido los muchos afanes que desvelaban á Constancio, le escribió diciendo : *Haces mal en no tomar parte tambien tú en la felicidad del retiro que me supiste proporcionar.*

Magnencio, mas osado, acaudillaba un formidable ejército compuesto de Galos, Españoles, Francos, Sajones y de la flor de la juventud de las provincias. Largo tiempo estuvieron frente á frente los dos enemigos, hasta que en Mursa (*Essek*) á orillas del Drave se dió la batalla, y Constancio, con devocion de cristiano, y valor de héroe, alcanzó la victoria, pero tan sangrienta que se contó entre las mayores desgracias del imperio. Magnencio se encerró en Aquilea, donde el invierno y la lentitud de su contrario le permitieron rehacerse; pero los Italianos se levantaban por do quiera en favor del hijo de Constantino ; de modo que el usurpador se vió obligado á huir de nuevo al otro lado de los Álpes. Constancio, negando á Magnencio toda avenencia, al mismo tiempo que perdo-
355. naba á todos los demas, apaciguó el África, la España, y por último las Galias, donde se pidió la muerte de Magnencio, que se la dió á sí mismo.

Entónces sobrevinieron las persecuciones contra los amigos y fautores de la rebelion, y los soldados, rivalizando con un juez llamado Paulo, y por sobrenombre Cadena, por su destreza en encadenar las acusaciones, extirparon todas las raíces de la rebelion, sin que Constancio mitigase su ferocidad.

Y véase cómo el imperio quedó otra vez patrimonio de uno solo que tomó el nombre de eterno y de señor del universo, al mismo tiempo que débil, incapaz para hacer el bien ó impedir el mal, se dejaba gobernar por eunucos, árbitros del nuevo imperio, así como los pretorianos lo habian sido del antiguo, y que aconsejándole en todo, elevaban á los primeros destinos á hechuras suyas, acumulaban tesoros, impedian que los lamentos llegasen al monarca, engañado por un ficticio cuadro de prosperidad y de aplausos.

Monarquía. Constancio II.

Ya hemos dicho que del exterminio de la familia imperial escaparon Galo y Juliano, el primero de doce años y el segundo de seis, que se criaban en la Jonia y en la Bitinia, y despues en la fortaleza de Macella junto á Cesárea, antiguo palacio de los reyes sacerdotes de Capadocia. En este punto eran educados por los celos del emperador léjos de los negocios, sin poder ni riquezas; pero cuando aquel se dirigió al Occidente al encuentro de los usurpadores, otorgó á Galo el título de César y la mano de Constantina, dejándole en Antioquía para que gobernase las cinco diócesis del Oriente. Galo, trasladado repentinamente de la prision al trono, no conocia la política, ni tenia ingenio ni deseos de aplicarse á ello; era violento, cruel por los padecimientos que habia sufrido, descortes, receloso; y empeorado aun por su esposa, mujer cruelísima, unas veces con sus feroces violencias, otras con insidiosos procedimientos, llenaba á Antioquía de muertes y espanto.

Llegaban estos lamentos á Constancio, el cual viendo en Galo un inútil auxiliar y un émulo peligroso, pensó exponerlo á los azares de una guerra germánica. Habiendo enviado al prefecto de Oriente Domiciano y á Mencio, cuestor del palacio, para inducirle á ella de buen grado, le irritaron por el contrario tanto que promovió un tumulto en el pueblo, y encadenados los hizo arrastrar por Antioquía, y despues arrojar al Oronte.

Constancio, no dispuesto para la guerra, disi-
354. muló miéntras desmembraba las fuerzas de Galo, y en su daño le indujo que viniese á la corte imperial que estaba en Milan. Galo atravesó el Oriente con magnífico acompañamiento, pero cuando llegó á un punto en que ya no se temió una sublevacion en su favor, fué arrestado y puesto en prision en Pola de Istria. Procesado por el eunuco Eusebio, su implacable enemigo, y habiendo confesado los delitos cometidos en su administracion y la rebelion intentada, fué condenado y muerto.

Juliano, tratado como príncipe por su hermano y entónces envuelto en su desgracia, fué llevado á Milan, donde esperó por siete meses la misma suerte que cada dia veía caer sobre los partidarios de Galo. Pero con su disimulo esquivó el peligro, y enviado á Aténas en honroso destierro, tomó el traje y las maneras de los filósofos, cuyos libros estudiaba hacía tiempo. Entretanto intercedia por él la que le habia salvado de la tormenta, Eusebia, mujer de Constancio, que en esas frecuentes ocasiones que se presentan á toda mujer, ó que preparan su ingenio, insinuaba en la gracia de su marido al jóven Juliano, cuyas modestas virtudes, decia, eran muy á propósito para alcanzar el segundo grado en el imperio. Constancio en todas partes veía conjuraciones, y las muchas víctimas que á su temor sacrificaba, léjos de aquietarlo, le hacian aun mas receloso. Por este tiempo invadieron la Galia algunos Bárbaros; los Sármatas pasaron el Danubio; los Isaurios llegaron hasta asediar á Seléucia; y el rey de Persia, terminadas las treguas, tomó otra vez las armas; por lo cual Constancio, conociéndose incapaz de re-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

sistir por sí solo la tempestad, concedió á Juliano el título de César, casándole con Elena, su hermana, y asignándole los países de la otra parte de los Álpes. Los soldados, cuya aprobacion era entónces suficiente, la dieron á este acto en Milan, golpeando el escudo con las ro-
355. dillas, llenos de esperanza en la virtud de aquel jóven que entónces cumplia veinticinco años.

El receloso emperador le dió por escrito las reglas de conducta que habia de observar y hasta los gastos de la mesa, como pudiera hacerlo con un pupilo; no le dejó hacer el donativo acostumbrado á los soldados, ni él lo hizo en su nombre, y le rodeó de siervos y de cortesanos que, so pretexto de servirle, coartaban la libertad de sus actos, de su palabra, y por decirlo así, de su pensamiento. Habiéndole confiado la custodia del Occidente, volvióse Constancio al Asia, pero ántes quiso ver á Roma, donde entró como triunfador, recibiendo los serviles homenajes de la antigua capital del mundo, que le causó grande admiracion; y aumentó los edificios que la adornaban erigiendo en el Circo el obelisco egipcio, traido del templo de Heliópolis de órden de Adriano, y que hoy campea en la plaza de San Juan de Letran.

Inmediatamente despues marchó contra los Cuados, que habian invadido las provincias ilíricas, mal guarnecidas de tropas desde la sangrienta batalla de Mursa; los dorrotó y les impuso la paz, y mostrándose generoso ganó la amistad de muchas tribus. Á los Sármatas, que segun hemos visto habian sido expulsados por los Limigantes, prometió auxiliarlos contra estos. En efecto, los acometió en el país comprendido entre el Danubio y el Tibisco, y aunque les protegian los dos rios, los pantanos y un valor á toda prueba, les obligó á pedir la paz; y dejándoles que pasáran el Danubio, les dió audiencia en una llanura situada donde hoy está Buda. Colocado en un elevado trono estaba en lo mejor de su escolástica elocuencia, cuando uno de los bárbaros arroja á lo alto una sandalia gritando *¡Marha!* que quiere decir *No os fiéis*, é inmediamente los demas se alborotan y acometen al emperador, que con gran trabajo pudo coger un caballo y huir. El valor y la disciplina vengaron este ultraje exterminando todo aquel pueblo, lo cual restituyó á los Sármatas sus antiguas moradas.

Entretanto Sapor, rey de reyes, hermano del Sol y de la Luna, envió á decir á Constancio, que aunque como sucesor de Darío Histáspes podria pretender el imperio hasta el Estrimon en Macedonia, se contentaba con que le fuesen cedidas la Armenia y la Mesopotamia. Desdiciéndose despues de su soberbia proposicion é instigado por Antonino, súbdito romano en la Siria, que habia alcanzado su gracia y confianza, pasó el Tígris con innumerables tropas. Los Romanos defendieron la Mesopotamia dejándola exhausta de víveres, de pastos y de hombres, haciendo peligrosos los vados é inundando las llanuras: sin embargo, los Persas, guiados por Antonino y por los desertores, subieron hácia las fuentes del Eufrátes y pusieron sitio á Amida. Fué admirable la constancia con que esta ciudad se defendió, y admirable el valor y el arte de los sitiados y del asedio, pero al fin sucumbió y fué inundada de sangre. Toma de Amida. 359.

Empero Sapor habia perdido en ella treinta mil veteranos, la mejor estacion y el primer ímpetu, por lo cual volvió á su capital con un triunfo de que no podia gloriarse. En la siguiente primavera se puso otra vez en campaña, 360
y tomó á Singara y Bezabde, haciendo prisioneras cinco legiones romanas que fueron enviadas como esclavas á las extremidades de la Persia.

En este intermedio Juliano arrojó de Europa á los Bárbaros. Los Francos y Alemanes habian sido invitados por el emperador á pasar el Rhin, dándoles la posesion de cuantos países pudiesen subyugar; pero cuando llegaron allí, tomaron y talaron las tierras amigas y enemigas; cuarenta y cinco ciudades, entre las cuales estaban Tóngres, Colonia, Tréveris, Worms, Espira, Estrasburgo, fueron reducidas á cenizas por un pueblo fiel á su antiguo odio contra las murallas, y que acampaba á lo largo del Rhin, el Mosela y el Mosa, atrincherándose con gruesos árboles, extendiendo sus conquistas hasta cuarenta millas al Occidente del Rhin y mucho mas allá sus devastaciones, dejando despoblados los campos, y reduciendo á los que se refugiaban en las plazas á vivir solo de aquello que se procuraban en el recinto de sus murallas. Juliano en Europa.

Á estos tenia que combatir Juliano. Educado primero en una cárcel cortés, y despues en el ocio de las declamaciones de las escuelas y sus libros, cuando se veía obligado á algun ejercicio militar, exclamaba: *¡ Platon, Platon, qué ejercicios para un filósofo !* Y cuando se afeitó la barba y dejó su manto para tomar el hábito de César, pareció una cosa extraña y risible á los cortesanos de Constancio. Pero habia adquirido Juliano en la desgracia y en los libros virtudes entónces rarísimas, moderacion, continencia, amor al trabajo y desprecio á la ostentacion. Vestia poco mejor que el soldado, dormia sobre un tapiz extendido en el suelo, y á média noche se levantaba para despachar sus asuntos ó para dedicar algunos instantes á sus doctrinas. Usaba la elocuencia que habia aprendido de los retóricos para calmar ó dirigir las tropas; y aunque muy poco versado en la jurisprudencia, aplicaba las nociones de justicia tomadas de los sofistas á desenmarañar los litigios confusos; á todo lo cual unia el arte de escoger buenos consejeros y la docilidad necesaria para fiarse de ellos.

Sufrió el rigoroso invierno de las Galias con firmeza de veterano; y habiendo llegado rodeado de peligros al campo de Reims, reanimó el valor de las legiones, que á sus órdenes se pusieron en movimiento con una confianza que casi rayaba en temeridad. Conociéronlo los Alemanes

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y las sorprendieron y derrotaron; pero pronto se rehicieron los Romanos y avanzaron hasta el Rhin en medio del horrible espectáculo de habitaciones destruidas y campos devastados. En los reiterados ataques de los Alemanes, que unian á su valor la disciplina que habian aprendido combatiendo con los Romanos ó en su contra, les asediaron hasta en sus cuarteles, y Juliano manifestó cómo con los dedos manchados aun de tinta podia manejar bien la espada.

No seguiremos paso á paso aquella larga guerra, en la cual Juliano, despues de haber arrojado á los Alemanes de las provincias del Alto Rhin, se dirigió contra los Francos, que ejercitaban su valor mas temible, no en hacer presas, sino para satisfacer su actividad natural que los arrastraba irresistiblemente á la guerra. Seiscientos de estos, que se defendieron obstinadamente en dos castillos á orillas del Mosa, tuvieron que rendirse prisioneros, y como hasta entónces habian preferido la muerte á la esclavitud, Constancio celebró con este motivo un gran triunfo y los alistó entre sus guardias domésticos, donde parecian torres entre edifi-
357. cios menores. Juliano con sus prontas marchas desunió sus facciones, y consiguió expulsarlos de las Galias despues de una memorable victoria en Estrasburgo. Tres veces pasó el Rhin y condujo las águilas latinas á devastar en guerra abierta los pueblos que los Germanos habian fabricado á imitacion de los Italianos, y cuando se aceptaron las condiciones de la paz, trajo de allí veinte mil prisioneros rescatados. Tambien en la Bretaña por medio de sus lugartenientes reprimió á los Pictos y Caledonios, que entónces por primera vez fueron llamados Escoceses (1).

Dedicóse luego á curar los males de la guerra, restauraron las ciudades de la Galia, construyendo en ellas fortalezas, con materiales suministrados por los Germanos, segun los pactos, haciendo trabajar á este fin las legiones y los auxiliares. Habiendo construido con los abetos de las Ardenas seiscientos barcos, los mandó á las islas y á las costas por grano con qué alimentar los hambrientos países del Mediterráneo; y en los ocios del invierno, deponiendo el carácter de capitan, tomaba el mas tranquilo de magistrado y juzgaba las causas que se le presentaban. Devolvió su esplendor al comercio y las manufacturas; tornó á poner en uso las antiguas fiestas; volvieron á ocupar su puesto en la curia los principales del país; construyéronse baños, acueductos y anfiteatros. *Su querido Paris* (2), donde tenia sus cuarteles de invierno, aumentaba rápidamente en importancia; y en su orgullosa y honrada sencillez, aunque manchada con la intemperancia, ofrecia al príncipe filósofo un vivo contraste con la afeminacion de la Siria.

Muy mal le secundaba Constancio, avaro con los soldados del oro que prometia con profusion á los Bárbaros, y exigiendo siempre el mismo tributo de las provincias exhaustas por la guerra: Juliano no podia hacer mas que protestar y compadecerla. Entretanto en la corte los bufones, pesada carga de todas las edades, se burlaban de aquel soldado filósofo, de sus raros modales, y de su extraño modo de vestir, comparándole á un mono, á un topo, á un libertino, y parodiándole con afectacion (1). Pero cuando sus victorias impidieron que le tomasen como objeto de burla, y cuando el título de Victorino que se le habia dado, demostró su mérito al mismo tiempo que queria disminuirle, la burla se cambió en envidia, y los cortesanos y eunucos exageraban sus empresas con objeto de que Constancio temiese en él un rival, perturbador de la tranquilidad pública. Los que se manifestaban mas adictos á Juliano, eran separados de sus empleos, entre ellos Salustio, general y prudentísimo consejero: y peor hubiera ido todo si la emperatriz Eusebia no hubiese procurado neutralizar el mal efecto de las pérfidas sugestiones de los eunucos. En las cartas coronadas de laurel que anunciaron las victorias en las provincias, atribuíase el mérito de todas ellas solo al emperador, como se acostumbra en las monarquías absolutas, y el no hacerse siquiera mencion del nombre de Juliano, debió de ser causa de disgusto para este, que no contaba entre sus virtudes la humildad.

Pareciendo ya arreglados los asuntos de las Galias y aumentándose el peligro en Oriente, halló Constancio en esto un pretexto para quitar á Juliano las tropas que le eran adictas por sus triunfos, mandando ademas que las cuatro legiones de los Celtas, Petulantes, Herulos y Bátavos, unidas á los trescientos guerreros mas valerosos de las demas, marchasen con la mayor celeridad á las fronteras de Persia. Muchísimos voluntarios se habian alistado en aquel ejército, con la condicion de no pasar mas allá de los

(1) Por Amiano Marcelino. Pero San Jerónimo en la *Ep. in Ctesifonte* nos trasmite un pasaje de Porfirio traducido por él, que dice: «Ni la Bretaña abundante en tiranos, ni las naciones » escocesas, ni los Bárbaros circunvecinos hasta el Océano, » reconocieron á Moises ni los Profetas. »

(2) Τὲν φλην Λευκεταιν. Llamamos Lutecia á la pequeña capital de los Parisienses, que ocupa una isleta rodeada de murallas y cuyos piés baña el rio. Se entra en ella por dos puentes de madera. Raras veces se alteraba el rio por las lluvias del invierno ó por la sequía del estío; y sus puras aguas son agradables á la vista y dulces al paladar; y difícilmente se hubieran podido tener otras, estando la ciudad en una isla. El invierno no es rigoroso, por el Océano de que apénas dista novecientos estadios, y que puede enviar hasta allí exhalaciones propias para templar el clima. Hay buenas viñas y tambien higos, teniendo los naturales cuidado de cubrirlas de paja y librarles de la inclemencia del aire. JULIANO, *Misopogon*.

(1) « Omnes qui plus poterant in palatio, adulandi professores jam docti, recte consulta, prospereque completa vertebant in deridiculum, talia sine modo strepentes insulse, in odium venit cum victoriis suis; capella non homo, ut hirsutum Julianum carpentes, appellantesque loquacem talpam et purpuratam simiam, et litterionem græcum; et his congruentia plurima atque vernacula principe resonantes, audire hæc taliaque gestienti, virtutes ejus obruere verbis impudentibus conabantur, ut segnem incessentes, et timidum, et umbratilem, gestaque secus verbis comitioribus exornantem. » AMIANO XVIII, 11, que fué testigo de la mayor parte de los hechos que refiere como soldado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Álpes, y la conservacion de la gloria romana no era cosa que pudiera conmover el corazon de los Bárbaros. Queriendo á Juliano tanto como aborrecian la larga y desastrosa marcha y la campaña en tierras desconocidas y con enemigos nuevos: *¿Qué nos importa*, decian, *el defender tierras lejanas y desconocidas, miéntras dejamos desguarnecida nuestra patria, en que renovarán sus devastaciones los Germanos?* Tanto se aumentó el descontento, que Juliano dudaba si obedeceria, temiendo tambien por su propia seguridad; pero viendo que no podia desobedecer sin declararse en abierta rebelion, fingió someterse tranquilamente á las órdenes del emperador, y mandó que se pusiesen en marcha parte de las tropas.

Rebelion de Juliano. 360.

Pero ocultamente difundia entre los soldados libelos que repetian y exageraban las anteriores razones, comparaban su virtud con los vicios de Constancio, y dirigian sobre este la indignacion producida por aquella órden, miéntras que alababan al César porque la suavizaba cuanto podia, suministrando carros para trasportar las mujeres é hijos de los guerreros que salian de la patria. Despues salió de Paris él mismo á su encuentro, y llamando por sus nombres á los que mas se habian distinguido, consoló á todos con estudiados elogios; dió banquetes á los oficiales, tratándoles con amistad de camarada, y manifestando deseos de premiarlos así que pudiese: *Pero*, añadia, *ahora huís de mí para tener el alto honor de servir á las órdenes del gran monarca romano*. En fin, los entusiasmó de manera que se arrojaron por el único camino que les quedaba para no abandonarle á él y á su patria, la rebelion. Aclamaron Augusto á Juliano, que supo procurar á su infidelidad la excusa de la violencia, estando encerrado el tiempo que pudo y despues por algun tiempo rogándoles y amenazándoles hasta que, fingiendo que le obligaban á morir como rebelde ó reinar, se decidió por esto último, y fué alzado sobre el paves con aplausos universales.

Juliano en sus escritos jura por Júpiter, por el Sol, por Marte, por Minerva y por todos los dioses que no tuvo parte en la conspiracion; otros aseguran que se mantuvo extraño á ella, hasta que habiéndose dormido se le apareció el genio del imperio, pidiéndole con instancia que le abriese la puerta, y reconviniéndole por su falta de valor: y que así que despertó, oró de corazon á Júpiter, que con manifiestos augurios le mandó que se resignase á la voluntad del Cielo y del ejército (1).

Créalo el que pueda. El caso es que regaló cinco monedas de oro y una libra de plata á cada uno de los soldados que le habian hecho aquella violencia; pero una vez echada la suerte debió poner en movimiento todos los resortes para sostenerse, contener los trasportes de los amigos y las insidias de los enemigos, evitar la guerra civil ó quedar en ella victorioso. En nombre suyo, pues, y del ejército, escribió á Constancio pidiéndole con respetuosa firmeza que le confirmase Augusto, dejando traslucir las razones del resentimiento militar, y prometiéndole, si le reconocia voluntariamente como señor de las provincias del otro lado de los Álpes, reverenciarlo como superior, enviarle todos los años cierto número de soldados, recibir de él el prefecto del Pretorio, y dar por concluido todo (1).

Llegaron tarde las cartas á Cesárea de Capadocia, y el emperador, lleno de despecho, las rechazó diciendo: *Si Juliano quiere volver á mi gracia, que renuncie al nombre y á la dignidad de Augusto, que ponga el ejército á disposicion de los oficiales enviados, y que se someta él mismo á mi clemencia*. El ejército á quien no dejó Juliano de leer los soberbios despachos de Constancio, le aconsejó con un grito unánime que no cediese; de modo que se preparó para la guerra, *confiando en los dioses inmortales*.

Constancio, que habia opuesto todas sus fuerzas á las victorias de los Persas, se vió obligado á pedir el auxilio de los Bárbaros para invadir las provincias de Occidente. Habian estos probado de nuevo el valor de Juliano, que aclamado jefe de las numerosas bandas vagamundas desde la derrota de Magnencio, y con el ejército bien organizado, quiso prevenir los movimientos hostiles ocupando la Iliria, en que derramó hombres y dinero. Con las rápidas marchas que asustan á los hombres resueltos y arrastran á los dudosos, mandó una columna al traves de la Retia y otra á la Iliria; y él mismo, pasando la Selva Negra con un arrojo que se libró del nombre de temeridad por su resultado, llegó á Sirmio, y aumentando su ejército en cada jornada, recibió el homenaje de la Iliria, de la Italia y de la Grecia, atravesó el monte Hemo y se acercó á Adrianópolis. Desde allí, teniendo en mucho la opinion, escribió á las ciudades para justificarse, asegurando principalmente haber obrado en todo por un impulso superior.

Constancio, apénas se lo permitió la retirada de Sapor, tomó el camino de Europa, haciendo creer que despreciaba el movimiento de su ingrato primo; pero una fiebre lenta le consumió la vida, que terminó en Mopsucrene al pié del Táuro á los cuarenta y cinco años de edad y veinticuatro de reinado. Apolo habia ya predicho á Juliano aquella muerte que evitó una guerra civil.

Muerte de Constancio II, 3 de nov. 461.

Constancio, como sucede en el entusiasmo de los partidos, fué ensalzado y vilipendiado con exceso. Manifestó veneracion á su padre y gratitud á todo el que le habia servido mucho ó poco; fabricó muchas iglesias, y enriqueció

(1) *Ep. á los Atenienses*. Y en otro lugar. « El sol, á quien » dirigí yo principalmente mis oraciones, y el supremo Júpiter » saben que léjos de desear la muerte de Constancio, hacía » votos por su conservacion. No me moví sino por obedecer » á los dioses, que me anunciaban toda clase de prosperida- » des si seguia adelante, y todas las desgracias si me dete- » nia. »

(1) Amiano dice que no añade otra condicion particular por ser tan injuriosa que no merece ser referida en la historia.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

otras; fué fiel á sus mujeres; endurecido en las fatigas militares, dormia poco y comia muy parcamente; y dió pruebas de gran valor personal, así en la incesante guerra persa como en sus muchas expediciones contra los Bárbaros de Occidente. Sin embargo, en su orgullo se atribuía el mérito de las empresas de todos sus generales, en lo que le secundaban los aduladores de que habia infestado la corte, y que eran los únicos que tenian la llave de su corazon: signo evidente de debilidad y vanidad. Consistia todo el arte de estos en perseguir y temer á los que tenian un mérito sólido, en dar gobiernos á los que pagan, y que luego se resarcian á costa de los súbditos. Esta gente envilecida irritaba su natural sospechoso, haciéndole ver en todas partes conjuraciones que castigaba con ciega y desapiadada severidad. Léjos de ganarse el cariño del pueblo, permanecia siempre elevado y aparecia en público como una estatua sin hacer ningun gesto ni movimiento que pudiese romper la fascinacion de la majestad real (1). Fundó una biblioteca en Constantinopla, y mandó erigir una estatua al retórico Temistio en premio de un panegírico; por lo demas, odiaba ó temia á los que sabian, y confundia á los filósofos con los magos, de modo que no llegaban á la jurisprudencia mas que los libertos. Los discursos puestos en boca de Constancio por los historiadores, ya sean de estos ó de aquel, manifiestan cuánto habia degenerado la elocuencia.

Leyes. De acuerdo al principio con sus hermanos, y despues solo, multiplicó las leyes: una castigaba los pecados contra la naturaleza, otra los tan frecuentes matrimonios incestuosos, y otras daban vigor á las instituciones municipales: prohibió, bajo pena de muerte, hacer sacrificios en honor de los ídolos y adorarlos, consultar á los augures, astrólogos y magos, á los cuales impuso penas severísimas, especialmente á los que turbaban los elementos, atentaban á la vida y evocaban á los muertos, prohibió tambien á los soldados y á los palatinos que asistiesen á los juegos de gladiadores (2).

Enemigo ardiente del paganismo, y lleno de veneracion hácia el clero hasta el punto de pedir en humilde actitud la bendicion de los obispos, llamarlos á su mesa, eximirlos de todo tributo y de los impuestos del comercio lo mismo que á sus hijos y á sus esclavos (3), puede muy bien acusársele de haber tenido mucha parte en las infelices disensiones de la Iglesia. Continuaban haciéndose la guerra los arrianos y los Católicos, y el partido que habia sido derrotado en Nicea buscaba en los emperadores un apoyo para su débil causa, miéntras que los ortodoxos demostraban confiar en la verdad hasta el punto de levantar su frente contra los reyes, y negarles el derecho de decidir en cosas de conciencia. Los príncipes, asustados del poder concedido por Constantino á la iglesia, se inclinaban á sostener la faccion que los invocaba, y Constancio perseguia á los obispos católicos, y especialmente á San Atanasio.

En este grande hombre, cuya palabra contribuyó al triunfo del Cristianismo aun mas que el poder de Constantino, podia decirse que estaba personificada la doctrina mas pura: tanto era el celo con que la sostenia, y tal el entusiasmo ardiente con que combatia á sus enemigos. El mérito, escala segura en tiempos de revolucion y de peligros, le elevó muy pronto al obispado de Alejandría; en cuarenta y seis años que le ocupó, nunca disminuyó su ardor en contra de una herejía armada de la sutileza escolástica y del poder imperial; y desde el destierro y desde su refugio, aunque rodeado de asechanzas, hacía temblar á sus perseguidores. De estatura no muy elevada, pero majestuosa, presentaba en su rostro la tranquilidad de su alma; y su inculta, pero robusta elocuencia, animábase con sentidas frases y se dirigia á su objeto con extremada precision. De recto y despejado entendimiento, generosos sentimientos y gran valor, no obraba inconsideradamente, sino con prudente raciocinio y noble sencillez, haciéndose reverenciar por su austeridad de costumbres, y querer por su afabilidad en el hablar. El estudio le habia instruido en las ciencias profanas y sagradas, la experiencia en los negocios, la adversidad en hallar pronto recursos cuando el caso parecia desesperado. Sufrido en las fatigas, indómito en las contrariedades de la fortuna y ante la autoridad de los poderosos; conocedor profundo de los hombres y de sus móviles, el mismo en los desiertos de la Tebáida que en las aulas de Constantinopla, pudo hacer frente á las fuerzas del mundo conjuradas contra él, y llevar en persona á casi todas las provincias del imperio las pruebas de su doctrina y de su puro fervor. **Atanasio.**

Muchos concilios se celebraron para poner fin á las disensiones, y en el de Antioquía los Padres anatematizaron de nuevo las herejías; pero cuando partieron los ortodoxos, los obispos arrianos continuaron sus sesiones, condenando á San Atanasio, que por evitar el furor y ganar tiempo, huyó. Refugiado en Roma, centro de la verdadera fe, escribió á todos sus hermanos las ofensas hechas á la Iglesia y á él, comparándose al levita de Efrain que habia enviado á las doce tribus de Israel los restos de la túnica de su ultrajada consorte. **339.**

Los arrianos, sostenidos por la fuerza, y por muchos que sometian á la fuerza el pensamiento, acrecentaban su poder en todas partes, excediéndose en abiertas violencias. En Alejandría, donde se habia elevado otro obispo en lugar del depuesto Atanasio, entraron en las iglesias profanando los vasos sagrados y las vírgenes, destrozando los libros y los ornamentos, y derramando sangre inocente. En Constantinopla, los arrianos eligen obispo á Macedonio, y los

(1) Amiano Marc. XVI.
(2) *Cod. de Teod; de maleficis, de gladiatoribus*, etc.
(3) *Cod. de Teod; de pag. Ath.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Católicos á Pablo; Constancio quiere expulsar á este; pero la plebe le defiende, viéndole arrebatado por la fuerza, rechaza á los soldados y hace una carnicería: y Constancio, apaciguado con trabajo, reduce á la mitad las ochenta mil medidas de grano que se repartian diariamente.

Pero ni los mismos arrianos convenian en su principio; sino que negando todos la consustancialidad, ponian unos entre el Padre y el Hijo la insuperable distancia que hay entre el Criador y la criatura; otros admitian que la omnipotencia del Padre habia podido comunicar á su primogénito sus infinitas perfecciones, y otros creían que eran iguales en sustancia, no en naturaleza; por lo cual nacieron interminables diferencias en la doctrina arriana, y se inventaron cien nombres, tal vez para expresar la misma cosa.

Miéntras el genio griego se ejercitaba en sutilísimas distinciones, á lo cual se prestaban muy bien su lengua y la antigua costumbre de las controversias filosóficas, los Occidentales por el contrario, con una lengua mal adecuada para las sutilezas, con su sentido práctico y con la docilidad al pontífice, no vagaban en busca de ideas igualmente repugnantes á la sumision de la fe que á las dudas del filósofo; pero por esto mismo corrian peligro de ser extraviados, y lo fueron.

Habiendo visto el papa en varios sínodos particulares que se proponian diferentes fórmulas de fe, sin ponerse de acuerdo sobre ninguna, convocó uno en Sárdis, á que acudieron los
347. obispos de treinta y cinco provincias. Atanasio se presentó en él para desvanecer las calumnias que se le imputaban; por lo cual temerosos sus adversarios, y temiendo su fuerza, se decidieron á no asistir; y así Atanasio fué absuelto, siendo rechazados los arrianos y condenadas sus creencias. Pero léjos de reconciliarse, hízose mas absoluta la division entre el Oriente y el Occidente: en aquella terminaban los salmos con *Gloria al Padre en el Hijo y en el Espíritu Santo*; y en este con *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo*; en aquel era execrado Atanasio, y en este santificado. Sin embargo, en la disputa que en medio de esta lucha se originó acerca del primado, fué un gran paso el establecer que se llevase siempre la decision á la Iglesia de Roma (1).

Los tres hijos de Constantino, apénas llegaron al poder, se hallaron envueltos en esta secta que se habia convertido en partido político. Constante escribia á su hermano Constancio: *Imitemos la tolerencia y la piedad de nuestro padre, que son la mejor herencia y el verdadero fundamento de su poder;* pero Constancio, inducido por el eunuco Eusebio, arriano, quiso interponer sus decretos, y despues de haber reconocido en Constantinopla la inocencia de Atanasio, mandó á los Padres reunidos en Concilio en Milan que le juzgasen como reo, diciendo: *Lo que yo quiero debe ser.* Los obispos de Siria 355.
hallaron muy justa esta pretension. Los que se opusieron á la violencia y al soborno (1), fueron castigados sin reserva corporalmente, ó desterrados á la Arabia, á la Tebáida ó á los valles del Táuro; pero en el destierro difundian la buena doctrina, y despertaban el horror hácia la perseguidora.

Porque el papa Liberio defendia las decisiones del concilio de Nicea y al inocente prelado, Constancio, ó mas bien sus eunucos, le persiguieron, y habiéndole apresado de noche, le llevaron á la corte de Milan, y desde allí le desterraron á Berea en la Tracia. Sin embargo, nunca desistió él de sus ideas, y cuando el emperador le mandó dinero para sus gastos, dijo: *Volvédselo á vuestro señor que tendrá gran necesidad de él, para pagar á sus soldados y comprar á sus obispos* (2).

Ejercíase la violencia en todas partes. En cumplimiento de los decretos imperiales, el que sostenia la palabra *consustancial* era expulsado de la ciudad, penado con la confiscacion de sus bienes y marcado en la frente: y desgraciados de los católicos que se resistian á comunicar con los arrianos. Diéronse á estos las iglesias y las resignaciones públicas: en Roma se combatia por la consustancialidad como en otro tiempo por los derechos del pueblo; y los soldados, *falsos apóstoles de la verdad, que no conocen mas armas que la persuasion* (ATANASIO), pretendian imponer la fe. En Alejandría, los arrianos salieron armados contra San Atanasio, persiguiéndole con grandes gritos y amenazando con el hambre y la destruccion á la ciudad, en que hicieron el mas indigno destrozo de las cosas santas: muchos murieron, y las mujeres

(1) En las obras inéditas que el cardenal Mai sacó de la Biblioteca Vaticana, se halla una confesion importante de la supremacía del obispo de Roma, hecha por un patriarca griego, anterior en medio siglo al cisma. Defendiendo este las sagradas imágenes, atacadas entónces por Constantino Copronimo, dice que el error de los iconoclástas no podia ser excusado sino por ignorancia ántes del segundo Concilio de Nicea. « Fué este reunido muy á propósito y con toda legalidad; pues que, segun las antiguas reglas divinas establecidas, ocupaban en él el primer puesto y presidia una notable parte del supremo clero occidental, esto es, de la antigua Roma; sin lo cual ningun dogma que se examine en la Iglesia, aunque esté admitido ya por decretos canónicos y por tradicion sacerdotal, se mirará como aprobado y definido absolutamente y obligatorio. Porque aquella Iglesia tiene el primado del sacerdocio y conserva esta dignidad, como trasmitida á ella por los jefes de los apóstoles. » Συγκεκροτήτο γάρ τοῦτο μάλιστα ενδικως καὶ εννομωτατα επειτερ ἤδμ, κανὰ τούς αρχήθεν τετυπωμένους θείους θεσμούς προῆγε κατ'αυτέν καί προήδρευερ, ὅσον τε τῆς ἐσπερίας λὴξεως, ἤτοι τῆς πρεοβύτερος Ρώμης, μέρος οὐκ ἄσημον, ων ἄνευ, ουδεν δόγμα κατά τῆν εκκλησίαν κινούμενον, θεσμοῖς κανονικοῖς καί ἱερατικοῖς ἔθεσι νενομισμενον ἄνωθην τήνδοκιμα αιαν ούς χοίη. ἤδέξαιτ' ἀνποτε τὴν περαίωσιν, ὡς δέλα χόντων κατα τὴν ἱερωσύνην εξάρχειν, καὶ τῶν κορυφαίωνἰξ αποστόλοις εγκε χειρισμέ νον ἀξίομα.

(1) San Hilario dice á este próposito que Constancio *non dorsa cædit, sed ventrem palpat.* Contra Const.

(2) Tambien Pio VII, despojado por Napoleon decia en su protesta del 10 de junio de 1809: Rechazamos con espíritu firme y decisivo toda asignacion que quiera darnos el emperador de los Franceses, á nos ó á los individuos del sacro colegio. Nos cubriríamos de oprobio á la faz de la Iglesia, si hiciésemos depender nuestra subsistencia de la mano del usurpador de los bienes de la misma.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

arrianas exponian á los fieles á vilísimos ultrajes. « Era de noche (así lo refiere el santo), y el pueblo velaba en la iglesia esperando la fiesta del dia siguiente, cuando de repente apareció Siriano con cinco mil soldados y armas y espadas desnudas y arcos y saetas y lanzas, que colocó alrededor de la iglesia. Yo, no creyendo justo abandonar á mi pueblo en tan grave situacion, y prefiriendo exponerme el primero al peligro, me senté en la cátedra é hice leer al diácono el salmo : *La misericordia de Dios es grande en los siglos*; dije al pueblo que respondiese y que despues cada uno se retirase á su casa. Pero habiéndose precipitado el capitan en el templo y teniendo rodeado todo el santuario los soldados para capturarme, el pueblo y el clero vinieron confundidos, suplicándome que huyese. Yo me negué á ello hasta que no los viese á todos en salvo, y levantándome y rogando al Señor, les conjuré á retirarse diciendo : *Quiero mejor correr yo el peligro que ver maltratado á ninguno de vosotros*. Muchos salieron y los demas se preparaban á seguirlos; y algunos acólitos y sacerdotes vinieron á mí y me llevaron : de modo que puedo afirmar que á pesar del asedio de los soldados, me escapé por una gracia de Dios sin que me vieran, glorificando al Señor que no habia desamparado á mi pueblo, sino que le habia puesto en seguridad ántes de librarme de las manos de los que querian cogerme. »

336. Seis años estuvo refugiado en las ruinas de ciudades que ya entónces se llamaban antiguas y en desiertos poblados por una multitud silenciosa y ferviente dedicada al servicio del mártir. Edictos, precio á su cabeza, ejércitos y espías, todo fué empleado contra el obispo (1), extendiéndose las persecuciones por todo el Egipto y la Libia con un encarnizamiento que hacía parecer humanos á los perseguidores idólatras.

Destierro de Atanasio.

Los prelados fieles eran suplantados por jóvenes díscolos y fastuosos, las cosas santas destruidas; pero cuando los perseguidores penetraban en las soledades, resignábanse los anacoretas á los malos tratamientos y al tormento ántes que descubrir el sitio en que estaba oculto el santo.

Difícil es apurar la verdad entre las opuestas relaciones de estos hechos, escritas por la pasion, que no penetran hasta el fondo de las cosas. Segun el sentir de los escritores eclesiásticos, la mayor parte de los obispos arrianos eran imbéciles, pérfidos, falsarios y asesinos. Pero ¿cuál era el motivo de una aversion tan general á San Atanasio? ¿Por qué los emperadores perseguian tan encarnizadamente á los ortodoxos y favorecian el arrianismo? Las narraciones no dan otra razon mas que el odio contra Atanasio; los concilios se pasan en disputas sobre sus sacrilegios y sus homicidios : asesinatos de personas que aparecen despues vivas y sanas : estupros de mujeres malas á quienes una palabra basta para convencerlas.

Sin embargo, del exámen de aquellos hechos aparece que los arrianos se inclinaban al órden antiguo, siendo políticos, cuerdos, humanos, sociales : al paso que los ortodoxos querian la innovacion del dogma y de la jerarquía, rechazaban la influencia del emperador en las cosas sagradas, é introducian la vida en comun, esto es, sostenian el poder absoluto de la Iglesia.

Eran, pues, estos los gérmenes de lejanos y futuros sucesos : habia por una parte la tentativa para conciliar el Cristianismo y la filosofía, y por otra el propósito de separarlo de esta : y de aquí nacia por un lado el ardiente afan de reducir á Cristo á la forma del culto de los héroes, y los grandes esfuerzos que se hacian por otro para someter ideas ya desarrolladas y arrastrarlas en la corriente de la vida. Aquello era, pues, la lucha del imperio con el sacerdocio, que se consolidó entónces en el papado, la envidia del Oriente contra el Occidente, que habia abrazado la causa de Atanasio. Los arrianos aborrecian á este, que introducia en la Iglesia nuevo rigor introduciendo la vida monástica; el emperador le miraba como un jefe enemigo que separaba el Egipto de César y tal vez la Iglesia, que enseñaba á esta sus derechos y predicaba que el imperio no pertenecia á un hombre, sino á Dios que podia privarle de él.

Habia, pues, una cosa nueva en el mundo romano, el estandarte de la Iglesia que se habia desplegado al frente del reino de la tierra. La Iglesia proclama una autoridad superior á la humana, y de la cual emana únicamente el derecho de esta : el César responde con la espada, pero los eclesiásticos esperan impertérritos el golpe. Por esto es sostenido Atanasio por el pueblo, por su representante que es el Pontífice, y por los monjes que introdujo en Oriente, donde eran desconocidos.

Miéntras vivió Constancio, San Atanasio estuvo vigilado, pero no parado. Admiraba la vida de los anacoretas que seguian el ejemplo y los preceptos de San Antonio, muerto recientemente, y de San Hilario, que vivia aun; mantenia correspondencia con sus adictos, y se aventuraba algunas veces á presentarse á ellos para animarlos en las ciudades y en los concilios; expedia ademas exhortaciones, apologías y anatemas, que eran propagadas al momento por cien manos : así aquella voz invisible resonaba poderosa en el mundo.

Admirable anciano, que uniendo á la ingenua persuasion de los primeros apóstoles su diestra política, supo cómo se dirigia y fortalecia un gran partido, conociendo que era necesario al suyo, no buscó el martirio sino el triunfo; retirábase cuando rugia la tempestad, pero para aparecer en breve, armado del vigor que le da-

(1) « Hinc jam toto orbe profugus Athanasius, nec ullus ei tutus ad latendum supererat locus. Tribuni, præfecti, comites, exercitus quoque ad pervestigandum eum moventur edictis imperialibus; præmia delatoribus proponuntur, si quis eum vivum, si id minus, caput certe Athanasii detulisset. » RUFINO, I, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ban la soledad y la persecucion. ¡Qué palabra tan poderosa, qué arte de ataque y defensa, qué constancia de voluntad debia tener para luchar toda la vida contra paganos y sectarios, obispos celosos de su gloria y emperadores ofendidos por la seguridad de su independencia : y sin mas autoridad que su palabra, salir siempre triunfante de los anatemas de los concilios, de los decretos de la corte, de las insidias de los sicarios, del tumulto de la plebe y del abandono de los amigos; guiar á los pueblos, á los obispos y á los príncipes á la verdad, y morir venerado en aquella cátedra de que habia sido expulsado cinco veces!

Entretanto los fieles, privados de pastores, con la conciencia insegura, sometidos á obispos no elegidos ni conocidos de ellos, alzaban unánimes lamentos. Cuando Constancio fué á Roma, se le presentó una nobleza de matronas con gran lujo, pidiéndole que restituyese á la sede al papa Liberio, porque ninguno entraba en las iglesias, desde que le habia sustituido Félix. Prometió el emperador concedérselo, con tal que Liberio se conviniese con la opinion de los obispos ; pero cuando se proclamó esta concesion en el Circo, el pueblo, que no habia abandonado en Roma la oposicion republicana, la acogió con desprecio, diciendo que se querian formar en la Iglesia como en el anfiteatro dos partidos, y exclamando : *Un solo Dios*, *un solo Cristo y un solo obispo*.

Los acostumbrados artificios de los prelados griegos, refinados en la corte y en las escuelas, prevalecieron en el concilio de Rímini, en que cuatrocientos obispos fueron inducidos á firmar una fórmula de fe, en que se condenaba á todo el que dijese que el Hijo de Dios era una criatura igual á las demas. Esta fórmula, bajo la apariencia de verdad, concluía diciendo que Cristo, aunque no era igual á las demas, era sin embargo criatura.

Concilio de Rímini. 359.

El papa Liberio no habia sabido resistir á tan continuada persecucion, y en un instante de debilidad, y con objeto de que le restituyeran á su sede, firmó un símbolo en sentido arriano, ó mas verdaderamente la condena de Atanasio. No hay hecho mas conocido que la falta de Liberio, ni mas citado por los que niegan la infalibilidad del papa; pero aunque se tenga por verdadero (1), nada se deduce de aquí contra aquella, no habiendo hablado desde la cátedra, ni con libre voluntad : tanto que apénas volvió á ocupar la silla, se desdijo del error en que habia incurrido privadamente (2).

(1) Niégase este hecho en una disertacion *sur le pape Libère, dans laquelle on fait voir qu'il n'est pas tombé*. Paris, 1726; y por Fr. Ant. Zachariæ, *Dissertatio de commentitio Liberii lapsu*, en el *Thes. theol.* Venecia, 1762. II, p. 580.

(2) San Atanasio fué el primero á disculparle : « Liberium post exactum in exilio biennium, inflexum minisque mortis ad subscriptionem contra Athanasium inductum fuisse. Verum illud ipsum et eorum violentiam, et Liberii in hæresim odium suum pro Athanasio suffragium, quum liberos effectus haberet, satis coarguit... Quæ enim per tormenta contra priorem ejus sententiam extorta sunt, ea jam non metuentium, sed congentium voluntates habendæ sunt. »

Entónces se pudo ya considerar como inminente la caída de la fe de Nicea; si se hubiese engañado un concilio general, las promesas de Cristo hubieran sido falsas : y San Jerónimo pudo decir que el mundo se asombró de verse todo arriano. Verdaderamente para Atanasio era caso de desesperarse : el emperador hacía ya veinte años que tenia estas creencias, de modo que no podian tacharse de nuevas : el papa se habia adherido á ellas, y no se trataba de saber por qué lo hizo, ni se retractó al momento. Pero Atanasio sale del retiro de siete años y no obra como asustado : no se precipita contra los prevaricadores, sino contra la fuerza que los extraviaba. Pronto los Padres engañados protestan contra el error, y el concilio de Alejandría restablece la doctrina católica, recibiendo al arrepentimiento á los extraviados.

En vez de hacer desaparecer tantas vanas cuestiones, las fomentaba Constancio, que miéntras reunia concilios y formulaba símbolos, no afirmando con la fe, sino turbando con la curiosidad y los sofismas la Iglesia, de que queria hacerse dueño, dejaba gobernar mal el imperio que llevaban tambien á su ruina naturales desastres. Por espacio de algunos años tembló y se abrió la tierra, enterrando ciudades enteras ó destruyéndolas, y especialmente á Durazo, Berito, Nicomedia y otras cincuenta del Ponto y de la Macedonia. Dícese que Constancio se dolió á su muerte de tres cosas : la primera de haber matado á sus parientes; la segunda de haber elevado á Juliano ; y la tercera de haber favorecido á los arrianos : sin embargo, en su última hora recibió el bautismo de un arriano. 362.

CAPÍTULO VII

Reaccion del paganismo.

Constantino, ingenio nada mas que mediano, mereció uno de los mas insignes puestos en la historia, secundando el progreso de las ideas y poniéndolas de acuerdo con los hechos. Pero ahora se nos presenta un hombre de grandes cualidades que aparece mezquino y pequeño por fatigarse en arrastrar el mundo á un pasado, de que se habia separado enteramente.

Bajo de estatura, grueso de cuello, ancho de hombros, entre los cuales ocultaba la cabeza agitada por frecuentes movimientos involuntarios , ojos vivos pero torcidos, rostro no hermoso y desfigurado por una barba erizada y puntiaguda ; pero en cambio activo de cuerpo y de ardiente espíritu, de memoria pronta y tenaz, y agudo ingenio, que se complacia en cuestiones de sutileza, de conversacion fácil y natural, mas aficionado al griego que al latin, bueno y dulce en sus obras é intrépido en los peligros; tal era Juliano (1). Librado casi por milagro de 331.

(1) Ha sido escrita la vida de Juliano por Felipe Renato de la Bletterie (Amsterdam, 1735) ; y despues con mas acierto por Tourlet (Paris, 1821), al frente de su version de las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la matanza de su familia, educado sospechosamente, tuvo por primer maestro al eunuco Mardonio, despues á Eusebio, obispo de Nicomedia, ardiente arriano, y luego en Macella, maestros de todas clases trataron de instruirle tanto en las letras como en las virtudes religiosas, juntamente con su hermano.

Segun dice él mismo, hasta la edad de veinte años fué buen creyente; sin embargo, á pesar de sus maestros no debe omitirse que en los ejercicios sofísticos que le proponian en la escuela, preferia defender la religion antigua, y Galo la cristiana; ni disimuló tanto su inclinacion á aquella que San Basilio, condiscípulo suyo en Aténas, no le predijese que habia de ser enemigo de la Iglesia. En su inexperta cabeza se asoció fácilmente la idea de Constancio, su opresor, con la de los Cristianos, para confundirlas en un odio comun: le fastidiaron los reiterados litigios sobre el arrianismo, incomprensibles para el que no comprende toda la importancia de la verdad: obligado despues á ejercicios de piedad y hasta á ser lector de una iglesia, tomó tanto odio al culto nuevo como entusiasmo tenia por el antiguo, bajo el cual el imperio se habia elevado hasta su apogeo y las letras habian producido obras inmortales. Fortalecian en él estas inclinaciones los sofistas, que dedicados á repetir la vieja palabra, no comprendian nada del nuevo espíritu, y que le lisonjeaban con la esperanza de futuras grandezas.

Repite muchas veces Juliano que desprecia la gloria, pero en todos sus actos y dichos trasciende una ostentacion filosófica. Véasele en su modo de vestir y de adornarse, querer distinguirse como un sabio, llevar sucias las manos, largas las uñas, velludo el pecho, erizado el pelo y crecida la barba, asilo de miseria (1). Refiere aun la menor accion suya, y de todas da razon diciendo que así debia hacer un filósofo. Si cuenta que alivió á las Galias oprimidas, añade: *Discípulo de Platon y de Aristóteles, ¿podia, yo proceder de otra manera?* Cuando hace ejercicios militares exclama: *¡Oh Platon! ¿Son estas ocupaciones de un filósofo?* Al subir á la brecha de Magoamolca en Persia dice: *He preparado materia al sofista de Antioquía* (2). De modo que su virtud era siempre un cálculo, un ejercicio escolástico, una ostentacion.

Á esto debe añadirse tambien la impostura. Compadeciendo al que vive en el error, respetamos las creencias religiosas; pero ¿cómo hemos de compadecer á Juliano que miéntras adula á los idólatras que esperan de él reparaciones, continúa fingiéndose Cristiano para conciliarse al emperador ó á los soldados, comulga con estos en las solemnidades de Navidad y cumple las ceremonias mas solemnes (1)? Sus númenes se aparecen ademas tan á propósito en los grandes sucesos de su vida, que mas que ilusion de hombre sincero, parecen máquina de perfidia; por ellos jura no haber sido ambicioso; á ellos imputa sus rebeliones; pasa horas y horas con arúspices y adivinos, queriendo descifrar el éxito de sus tentativas; de modo que un admirador suyo se ve obligado por la verdad á decir que era « mas bien supersticioso que legítimo observador de la religion (2). »

En cosas tan vanas estaba ocupado cuando supo la muerte de Constancio. Asistió á los funerales en Constantinopla, y hecho ya señor incontestado del imperio, pensó dar cumplimiento á las palabras que habia dado tantas veces á los fautores de la idolotría. 11 de dicbre. 361.

Léjos de haber abolido esta Constantino, se habia creido obligado á tener consideraciones con sus partidarios, y á paliar con el nombre de tolerancia la proteccion que concedia al Cristianismo. Sus hijos, con la ventaja del que viene despues, y en la edad en que se tienen muy poco en cuenta los obstáculos, se atrevieron á mas, pero no á todo. La ley del año 341 mandaba que *cesáran las supersticiones, y quedase abolida la infamia de los sacrificios* (3), pero sin imponer pena alguna, Magnencio la revocó, esperando ganar partidarios; y por último, Constancio, siendo único señor, decretó que fuese abolida enteramente la idolatría (4). Hay, sin embargo, quien duda si estos fueron solo proyectos, porque los escritores afirman que Constancio no hizo

obras de Juliano. Véanse tambien BONAMY en el tomo VII de las *Mém. de l'Acad. des inscript. et belles lettres*; D. E. HEGLWISEH, *Hist. und literatur. Aufsölze*. Kiel 1801; AUG. NEANDER. *El ejemp. Juliano y su siglo, cuadro histórico* (aleman). Leipzig, 1812; VAN HERWERDEN. *De Juliano imperatore, religionis christianæ hoste, eodem vindici*. Lováina, 1827.

(1) Esta profunda barba la dejo yo crecer... para conservar los insectos que en ella luchan entre sí como un serrallo de fieras. MISOPOGON, p. 338.

(2) Alude á Libanio, su panegirista oficial.

(1) Véanse AMIANO, XXI; ZONARA, etc. Esto se ve tambien en la carta que le dirigió su hermano Galo y que se halla entre las suyas: « La proximidad de la Jonia me ha procurado la satisfaccion de haberme desengañado pronto de un rumor que me entristecia. Decia él, que por un insensato fanatismo habia abandonado la religion de nuestros padres para abrazar una loca supersticion. ¡Qué dura noticia para un hermano, que siente el bien y el mal que se dice de tí, como si se dijese de él! Pero nuestro padre Elio (*uno de sus maestros*) me llenó de consuelo y de alegría diciéndome lo contrario, y asegurándome segun mis deseos que te ocupabas con celo en edificar iglesias, que no abandonas los sepulcros de nuestros generosos atletas, en fin, que estaba firmemente unido al culto que tributamos á Dios. No puedo mas que decirte con Homero *Continúa así* (Βαλλ'ουτως), forma la complacencia de los que te aman, continuando erigiendo tales monumentos. No olvides nunca que la piedad es superior á todo, que es la virtud por excelencia, que nos enseña á odiar la mentira y la impostura y nos hace amar la verdad de nuestra religion. Esa pluralidad de dioses no es mas que disension y un desórden. Un solo ser, con un solo ministro de su poder gobierna el universo: no tiene socios como el hijo de Saturno, ni debe como estos el imperio á la suerte; para reinar no destronó á ninguno; porque reina por su propia naturaleza; existia ántes que todo; es verdadero Dios; á él solo debemos culto y homenaje. »

(2) AMIANO, XXV, 4. Tambien Aurelio Victor le llama *cultus numinum superstitiosus*.

(3) *Cod Theod.* XVI, 10, 2.

(4) « Placuit omnibus locis atque universis urbibus claudi protinus templa, et accessu vetitis omnibus, licentium delinquendi perditis abnegari. Volumus etiam cunctos sacrificiis abstinere. Quod si quis aliquid forte hujusmodi perpetraverit gladio cultrove sternatur. » Cod Theod. XVI, 4. Es del año 353. La quinta del año 356 dice: « Pœna capitis subjugare præcipimus quos operam sacrificiis dare, vel colere simulacra constiterit. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nada contra el culto antiguo : pero pudo suceder que los magistrados cristianos se aprovechasen de los decretos contrarios á los auspicios y á los ritos secretos y adivinitarios para perseguir á los sacerdotes paganos ; porque á pesar de la aparente unidad, la ejecucion de los decretos quedaba al arbitrio de los magistrados, que dependian poco del centro. La confiscacion de las riquezas de los templos era necesaria, pero hubiera debido prepararse con lentitud : en vez de esto Constancio la abandonó á la avidez de su corrompida corte, dañando muchos intereses, miéntras no pocos enriquecian á costa del fisco y de la nueva religion. Pero á pesar de esto vemos que subsistian aun templos y sacrificios á lo ménos en Occidente, y especialmente en Roma. Aun se consultaba á la Sibila de Tívoli; y si los vientos eran contrarios á las naves que conducian el grano, arrastraba la plebe á los magistrados á Ostía para sacrificar en los altares de Cástor ; los sacerdotes salios guiaban en los escudos celestes sus locas danzas, por mas que fuesen ridiculizadas por los Cristianos ; continuaban las libaciones de sangre humana á Júpiter Lacial en el monte Albano; subsistian aun las diferentes jerarquías sacerdotales ; existia con la sancion de las leyes el voto de castidad de las vírgenes vestales, y se erigieron tambien varios templos á las divinidades heridas de muerte (1). Segun dice Lactancio, cada dia nacian nuevos númenes (2) ; pero prevalecieron sobre los demas Cibéles y Mitra.

Culto de Cibéles y Mitra.

Hemos visto cómo ardiendo la guerra púnica se introdujo en Roma el simulacro de la Madre Frigia, cuyos sacerdotes llamados Galos, guiando fanáticas danzas y cantando al son del címbalo, vagaban de tierra en tierra, llevándose detras de sí la multitud, maravillada de sus extraños vestidos, de sus ridículas devociones y de sus prodigios, en los que eran muy diestros. Torpes, libertinos, ignorantes, envidiosos y parásitos no hubieran conseguido mas que el desprecio, si no hubiesen adquirido fuerza por hallarse unidos en un todo compacto , aunque miserable, á las órdenes de un archigalo.

Ya hemos dado una idea (3) del culto que tributaban los Persas á Mitra ; las fórmulas de sus ritos demuestran una remotísima antigüedad, aunque muchas estaban alteradas por mezclas hetereogéneas. Los nuevos adoradores de Mitra exigian á menudo maceraciones, y en el que aspiraba á los primeros grados la virginidad y el celibato, abstinencias extrañas á las leyes de Zoroastro, que solo respiraban alegría y voluptuosidad ; así, pues, se derivaban estas ceremonias de otras fuentes y no del culto persa de Mitra, como no fuese del que le tributaban los Babilonios ántes de la reforma de Zoroastro. Difundióse este primero en la Armenia y en la Capadocia, despues en el Ponto hasta Cilicia y desde aquí por el resto del Asia Menor ; Plutarco dice que los piratas vencidos por Pompeyo le dieron á conocer á los Romanos, aunque se ignora en tiempo de qué potífice penetró aquel ídolo en el Capitolio. El satírico Luciano, para indicar su procedencia extranjera, le hace asistir al banquete de los dioses, vestido de blanco y adornado con la tiara, sin que sepa, sin embargo, pronunciar una palabra en griego, y sin comprender tampoco cuándo se bebe el néctar á su salud. Creció este culto en tiempo de los emperadores, y llegó hasta tener sacrificios humanos, de lo que se lamentaron várias veces las leyes. Adriano le prohibió, pero Cómodo inmoló por su propia mano un hombre en honor de Mitra.

Cuando el Cristianismo pudo alzar su voz para combatir aquel culto, nos le dió á conocer mejor, y aparecieron tales semejanzas con el de Cristo, que algunos filósofos antiguos y varios racionalistas modernos han sostenido que este se derivaba de los misterios y ritos de aquel (1). ¿Pero no es mucho mas racional creer que así como las demas regiones trataban de corregir ó suplir sus errores ó faltas , tomando algo del Cristianismo, sucediese esto tambien en el culto de Mitra ? Y con mayor facilidad en este , porque las creencias persas ofrecian mucha semejanza en el fondo y en la forma con las nuestras, admitiendo en la unidad primitiva de Dios las jerarquías angélicas, el principio del mal y hasta la leyenda de un hombre que murió y resucitó por la salvacion del mundo, leyenda en la que figuraban los accidentes del sol.

Los neófitos, escogidos la mayor parte de entre la aristocracia, pasaban por ochenta pruebas mas difíciles unas que otras, hasta que se iniciaban con una especie de bautismo, se imprimian signos en la frente y bebian harina disuelta en agua con ciertas fórmulas rituales (2). De los siete grados de estos misterios, el primero comprendia á los soldados que se coronaban diciendo : *Mitra es mi corona ;* los adeptos del segundo se llamaban Leones y Hienas; venian despues los Cuervos, los Persas , el Bromio y el Helio ; y por último, los Padres (*patres sacrorum*) , presididos algunos por jefes (*patres patrum*). El principal templo de Mitra estaba en los subterráneos del Capitolio ; y el

(1) Estos hechos han sido recogidos por BEUGNIOT, *Hist. de la destruction du paganisme en Occident.* Paris, 1835. Las consecuencias que deduce no pueden admitirse racionalmente.

(2) *Nascuntur ergo et quotidie quidem alii novi; nec enim vincuntur ab hominibus fecunditate.* Inst. I, 16.

(3) Tomo I, p. 401.

(1) Especialmente Dupuys; últimamente F. NORK, *Mitos de los antiguos Persas considerados como fuente de la doctrina y de los ritos cristianos, indicaciones particulares de los Padres de la Iglesia y de muchos eruditos modernos, expuestos sistemáticamente por primera vez,* etc. Leipzig , 1837 (aleman) en 8°.

Pueden verse tambien HONNUS. *ad Greg. Nacianc,* y escol. al mismo *carm.* p. 49, edic. Gaisford.

SAINTE-CROIX, *Rech. sur les mystères du paganisme,* or las notas de Sacy.

CREUZER, Symbolick, lib. II, c. 4.

DE HAMMER. *Los Mitriacos.* Paris, 1833.

(2) TERT. *De bapt.* V; *de præscr. hær.* V, 40.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

archilago habitaba en el Vaticano, dando oráculos. Por el equinoccio de la primavera se celebraban en la ciudad los misterios de Mitra, y con mayor solemnidad el *natalicio del sol invicto* el 25 de diciembre; por esto los Padres de la Iglesia de Occidente escogieron este dia para solemnizar la natividad de Cristo, verdadero sol, natividad que en Oriente se celebraba el 6 de enero, dia allí consagrado á Osíris (1).

Ademas de este culto nuevo, existian aun muchas formas del gentilismo nacional, muy queridas de un pueblo tan apasionado por las costumbres de sus antepasados. Un calendario del año 354, ó próximamente de este tiempo, describe las fiestas profanas que se debian celebrar dia por dia (2): un viajero del año 374 halla « en Roma siete vírgenes nobles y esclarecidas, que practicaban las ceremonias de los dioses para salvacion de la ciudad, y segun la costumbre de sus abuelos, » y añade que « los Romanos honraban á los dioses, y especialmente á Júpiter, al Sol y á Cibéles (3). »

El paganismo debia conservar algo de vida y mezclarse con las costumbres cristianas, cuando Máximo, obispo de Turin, no juzgó inútil emplear su celo en atacar á los que creían en Vénus, en Marte y en los demas dioses (4). Refutando la doctrina del destino, decia: « ¿Por qué adoráis » á vuestros númenes? ¿Por qué inmoláis en » honor de los ídolos? ¿Qué significan las ora- » ciones, inciensos, víctimas, ofrendas á los » templos, si todo está preestablecido? » Quejóse mucho de la apatía con que los magistrados hacian cumplir y los Cristianos observaban los edictos imperiales relativos al culto. Celebrábanse aun solemnemente en Turin las calendas de enero, como tiempo de alegría desenfrenada y de licencia. « Levántanse temprano, » decia, y van á casa de cada uno con rega- » los llamados aguinaldos; para saludar á » los amigos se les hace un regalo ántes de » darles los buenos dias; se besan y se pre- » sentan la mano, no para cambiar expre- » siones de amistad, sino para pagar las cor- » tesías de la avaricia. Así al mismo tiempo » abrazan y prueban á un amigo.... despues al » volver á su casa llevan ramos como si hubiesen » recibido los augurios, y se regocijan con » los dones recogidos, sin comprender que son » otros tantos pecados. »

En los alrededores de Turin existian aun los ídolos, por lo cual Máximo exhortaba continuamente á que se derribasen y á que se prohibiesen los sacrificios inmoderados ó crueles, á que no se creyese en los magos ni en aquellos que se jactaban de poder atraer del cielo la luna con sus fórmulas. ¡Con tanta obstinacion se conservaban las antiguas costumbres!

(1) JACLONSKI, *De origine festi natalis Christi.* — SAN EPIFANIO, *adv. hæres.* I, 29.
(2) GREVIO, *Thes. ant. rom.* VIII, 95.
(3) HUDSON, *Geor. minor.* III, 15.
(4) *Contra paganos*, D. MAXIMI *taurinensis episcopi opera*, Roma, 1784.

La ley toleraba la idolatría, aunque la prohibian indirectamente los decretos reiterados contra los magos y adivinos, á los cuales se habia aplicado el nombre de *enemigos del género humano* (1) dado ántes á los Cristianos, execrándoles como si estuviesen fuera de las leyes naturales y como reos de lesa majestad.

El Oriente desde muy al principio habia comprendido que se trataba de una regeneracion religiosa y moral, no de una revolucion política; pero rechazaba el Cristianismo como contrario á sus creencias tradicionales. Los filósofos, que buscaban « el conocimiento de los dioses y de la sabiduría, » debian ser naturalmente antagonistas de la nueva fe, y tanto mas cuanto que siendo partidarios de Plotino, mezclaban con la doctrina prácticas teúrgicas, siendo muy comunmente sacerdotes y estando por lo mismo interesados en la conservacion de los templos.

Los retóricos fueron llevados por el hábito escolástico y por su educacion clásica á defender y adornar ceremonias sin fe y númenes sin vida, y á hacer popular la causa moribunda, que sostenian con tanto mas empeño cuanto que, como sucede á los charlatanes, no podian comprender las razones de la doctrina triunfante.

¡Con cuánto placer debieron saber los tenaces defensores del culto antiguo que Juliano estaba dispuesto á restablecerlo! ¡Y cuánto mayor debió de ser el de los retóricos y sofistas, que aplaudian en Juliano á una hechura suya, y le veían restablecer á su modo la antigua creencia! Apénas hubo dado esta esperanza, le celebraron con fiestas secretas y sacrificios (2). Juliano, aunque disimulaba su aversion al Cristianismo, reunió en secreto á su alrededor augures y arúspices, y con ellos trataba de las cosas sagradas: hecha despues su poco filosófica revolucion, arrojó la máscara, y á medida que conquistaba un país, dejaba volver á abrir los templos y renovar los sacrificios, y él mismo como sumo sacerdote multiplicaba tanto estos, que hubo quien dijo que llegarian á faltar bueyes en el imperio.

El dictado de *apóstata* que le dieron los Cristianos, conservado por la posteridad, bastaba para denigrarle á los ojos de estos; por lo cual es necesario estar muy sobre sí para creer los muchos delitos con que llenan los tres años de su reinado. Tambien sus persecuciones son muy diferentes de las demas; pues Juliano conoció muy bien que una religion que habia pasado tranquilamente algunos años y que hasta se habia sentado en el trono, no podia ser combatida con suplicios ni con la espada desnuda. Manifestando, pues, que la toleraba, escribia á Artabio: « No quiere, por los dioses, que se dé » muerte á los Galileos, ni que se los persiga » sin motivo, pero sí que se prefieran á ellos » los adoradores de los númenes. Por su lo- » cura estuvo en muy poco que todo se per-

(1) *Cod. Theod.* IX, 16, 6.
(2) LIBANIO, *Orat.* IV, t. II, p. 175.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» diese (1); y si los dioses inmortales nos liber-
» taron, justo es que que los honremos, y que
» sean preferidos los hombres y las ciudades
» que creen en ellos. »

Desgraciadamente pudo Juliano gloriarse con verdad de haber sido mas humano con los Cristianos que su predecesor, que habia expulsado y muerto á tantos á título de herejía; él por el contrario volvió á los desterrados á su patria, los bienes á los despojados, las sedes á los obispos, ya llevasen el nombre de los donatistas, novacianos, macedonianos ó eunomianos (2). Pero todo esto fué efecto de su astuta política, sabiendo que así excitaria disensiones, que conmoviesen la Iglesia y ofreciesen ancho campo á sus burlas.

Otro pensamiento contrario á la Iglesia fué el prohibir á los Cristianos la mas noble educacion intelectual, cosa que acaso fué la que hizo merecer los elogios que le tributaron en el siglo pasado (3). Al mismo tiempo que era libre en el imperio la enseñanza de los retóricos y sofistas, prohibió á los Cristianos que enseñasen retórica y bellas letras, y pretendió con sutileza irónica manifestar que con esto no dañaba á los privilegios: « Yo no quiero obligar á nadie á que cambie de creencias: escojan entre no explicar á estos escritores que condenan su doctrina, ó si quieren explicarlos, manifiesten con los hechos que aprueban sus creencias y enseñen á los jóvenes que Homero, Hesiodo y otros acusados de error, de impiedad y de locura no son como se los representa. El que los tiene en mal concepto, y sin embargo vive de sus escritos, obra como esclavo de sórdidos intereses y es capaz de todo por un poco de dinero (4).

Perteneciéndole el nombramiento de los maestros de gramática y de retórica, y tal vez tambien el de los médicos y profesores, y estando las artes liberales pagadas por el erario, desterró de las escuelas á todos los Cristianos, para dirigir á su gusto las primeras impresiones de la juventud, que tanto influyen en el resto de la vida, y así pervertirla ú obligarla á permanecer léjos de las escuelas, y preparar á la Iglesia los errores y el fanatismo de la ignorancia.

Con el mismo objeto los cerró las puertas de todos los empleos de honor y confianza, adornando todas las aulas lo mismo que los estandartes de imágenes idólatras á que no podian tributar culto los fieles. Figúrese el lector á qué tiranía tan horrible podia dar lugar esta exclusion en manos de los subalternos.

Despues él mismo descendió á la lid y en los *Césares* y en los *Siete libros contra los Cristianos* repitió todas las absurdas y exageradas acusaciones que se habian dirigido contra estos, sazonándolas con la burla, arma terrible, por ser vulgar y porque no necesita razonamientos. Al mismo tiempo que con esto trataba de ofuscar el entendimiento, se habia propuesto hallar virtud y verdad allí donde no habia mas que vicio y locura. Renovar las creencias paganas llevándolas hácia su orígen, explicar por medio de alegorías todas las impiedades y torpezas que habia introducido en ellas la tradicion popular variando las circunstancias acumuladas por la libre imaginacion, sacar de los adulterios de Júpiter una leccion de moral, y de la castracion de Átis un símbolo del alma separada del vicio y del error, ó la revolucion del sol entre los trópicos (1), eran el objeto de Juliano, que secundaba así desde el trono la obra de la escuela de Alejandría, formando á su capricho un fantasma de idolatría, una supersticion científica, que queria inculcar, no ya en el corazon, sino en la cabeza de los hombres.

¿Pero le sería posible reformar una religion que no tenia ni principios teológicos absolutos, ni preceptos morales, ni organizacion sacerdotal? Quizá en los misterios se habia enseñado tradicionalmente algo mas puro y ménos material que la obscenidad y ridiculez con que estaban manchadas las ceremonias, las cuales excitaban la desaprobacion de todos los hombres honrados, cuanto mas de los pensadores; pero cuando algunas veces el Senado romano quiso reanimar la fe, no pudo hacerlo sino introduciendo númenes extranjeros, cuya novedad excitase la devocion. De aquí provino el culto á Ísis y Osíris, despues á Serápis de Egipto, á Mitra de la Persia y á la gran diosa de la Frigia, ídolos que fueron inculcados poco á poco en el paganismo; y en vano las decisiones del Senado se oponian á las bacanales, á las fiestas florales, á los sacrificios secretos, á esta ó la otra nueva supersticion.

Si un profundo pensador, que conociese la sociedad en que vivia, hubiera podido concebir el propósito de rejuvenecer lo pasado, se habria limitado á consolidar las instituciones romanas, sosten de la religion en que habian

(1) Διὰ γὰρ Γαλιλαίων μωρίαν, ολίγου δεῖν ἁπαντα ἄνετράτη. *Ep.* VII.

(2) Se vanagloría de ello en su *Carta* LII.

(3) Es llamado por Voltaire el *modelo de los reyes*, y por Montesquieu, *el mas digno de mandar á los hombres*.

(4) Ep. LII. Con sutileza irónica pretendió demostrar que con esto no perjudicaba los privilegios. « Yo no quiero obligar á nadie á cambiar de sentimientos, que elijan entre no explicar á esos autores, si condenan sus doctrinas, ó si quieren explicarlos, que hagan ver, con hechos, que aprueban sus sentimientos, y enseñen á la juventud que Homero, Hesiodo y demas sabios de esta clase, tachados de error, de impiedad y de locura, no son tales como se pretende representarlos. Los que los tienen en mala opinion, y sin embargo viven de sus escritos, muestrénse esclavos del sórdido interes, y capaces de todo por poco dinero. » Ep. 441. El abate de la Bletterie, gran elogiador de Juliano, dice sobre esta carta que el emperador, en vez de manifestar los verdaderos motivos, tomó el pretexto mas miserable, de modo que este trozo de elocuencia es un modelo de sinrazon... Si los profesores cristianos explicando en las escuelas á Homero, Hesiodo, etc., hubiesen canonizado su doctrina, las razones de Juliano habrian sido fundadas, pero no las hubiera aducido. Se puede estimar un libro bajo ciertos aspectos y condenarle por otros; en esto no hay falsedad. Explicar los clásicos, alabarlos como modelo de lenguaje, de elocuencia, de gusto, desenvolver sus bellezas, etc., no es proponerlos como modelos de religion y de moral. Juliano se complace en confundir estas dos cosas tan diferentes, y en esta confusion estriba el sofisma pueril que domina en todo su edicto.

(1) Véase la V. *orat.* de Juliano.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

nacido y se habian desarrollado; religion enteramente política y nada metafísica. Y si Constantino, para librarse del ascendiente de la religion pagana, habia mudado la sede del imperio á Constantinopla, el que quisiese resucitarla. debia naturalmente volver la corte á aquel centro de la idolatría.

Juliano por el contrario, sofista de escuela, ni aun se acordó de que existian en Roma un Senado y una aristocracia tenazmente adherida al culto de sus antepasados; dirigió su vista al helenismo, es decir, á unas creencias impotentes hacía ya mucho tiempo para sostener la decadencia de las costumbres, y vigorizar los sentimientos nacionales; y pensó confiar el porvenir del mundo á sofistas, adivinos, charlatanes y otras gentes por el estilo, impostoras y despreciadas.

En Homero debia encontrar Juliano lo que en el Evangelio los Cristianos; una moral caritativa, dogmas puros é ideas nuevas, buscándolas en palabras antiguas y fábulas sensuales, que le hacía rechazar el buen sentido, y que queria purificar y hermosear con las ingeniosas maneras que habian empleado los platónicos para contestar á las acusaciones de los Cristianos, comparando su moral y separando aquello que creían conveniente.

Con este electicismo religioso sin buena fe, electicismo que, como un cadáver, inyectaba en las creencias griegas sentimientos que no habian tenido nunca ó que habian desaparecido hacía ya siglos, admitia Juliano la unidad de Dios, verdad tan simple que anunciada una vez no puede ya refutarse; pero al mismo tiempo, habiéndole pronosticado el Sol en una vision en Viena sus futuras grandezas, veneró especialmente al dios Mitra, y se declaró á sí mismo gran sacerdote de aquel astro (1); se hizo representar en las medallas, ya bajo la figura de Serápis, ya bajo la de Apolo, en una hizo colocar sobre el carro á Ísis, privilegio de las divinidades de la República: dejaba que le representasen entre Marte y Mercurio, y juraba por Serápis (2). Leyendo un panegírico suyo á Cibéles, se ve que no solamente ensalza el culto antinatural que se la tributaba, sino que refiere seriamente la navegacion de aquella tosca piedra desde Pérgamo al Tíber, y los milagros que atestiguaron al pueblo y al Senado romano su divinidad, y despues levanta su voz contra la gente *ridícula*, que, aunque de ingenio agudo, no tienen la mente sana, niegan la fe á lo que creian las ciudades, y prefieren la cruz á los sagrados trofeos de los escudos sagrados de los sacerdotes, caídos indudablemente del cielo; *gente*, añade, *que con risa sadórnica podrian cambiar en impía burla los sacrosantos misterios, si mi lengua dijese mas de lo que conviene á un devoto.*

Jura que mas que el imperio del mundo le es preciosa la inteligencia alegórica de la mitología (1), en la cual le habian indicado Edesio, sucesor de Jámblico, y una serie de sofistas que con gran cuidado se trasmitieron de uno en otro el imperial discípulo, hasta que Máximo, gran maestro de la ciencia teúrgica, le inició en los ministerios de Eléusis (2), y conquistó tanto su gracia, que fué llamado á las Galias para que le santificase continuamente con sacrificios. Estos le presentaron las espantosas escenas de las iniciaciones y la horrible majestad de los ritos, celebrados en oscuras cuevas, en medio de truenos y relámpagos, donde una vez Juliano, viéndose rodeado de demonios, lleno de espanto hizo la señal de la cruz, ante la cual desaparecieron espantados ó despechados (3).

Despues que fué admitido á la ilustracion, nos asegura Libiano que los dioses y diosas descendian frecuentemente á hablar con él; y algunas veces le despertaban, rozando ligeramente sus cabellos; siempre le aconsejaban en sus dudas, y le advertian cuando le amenazaba algun peligro; y se habia acostumbrado á esto de manera que distinguia en la voz á Minerva de Júpiter y á Hércules de Apolo (4).

Merecia tantos favores con obras que no recuerdo fuesen meritorias para Homero, como el abstenerse en ciertos dias de algunas viandas que creian ménos agradables á este ó á aquel dios. Hecho emperador y sumo pontífice, impedido por los negocios públicos de unirse á sus súbditos en las prácticas devotas, construyó en su casa una capilla dedicada al Sol; llenó de estatuas y altares las habitaciones y los jardines; apénas aparecia el sol por el horizonte le saludaba con un sacrificio; le honraba con nuevas víctimas á su ocaso, y por la noche adoraba á la luna y los demas astros. Todos los dias visitaba el templo del dios del cual se hacía especial conmemoracion; ademas no desdeñando los mas bajos oficios, vestido de púrpura, y en medio de los impúdicos sacerdotes y de bailarinas, soplaba el fuego, y degollaba con su propia mano las víctimas, ó buscaba en sus palpitantes entrañas el porvenir. Con estas operaciones pretendia borrar el carácter que le habia impreso el bautismo; para lo cual tambien se sometió á un tauróbolo (5), haciendo que

(1) Τόν πατερα Μιθραν. *Obras* p. 336 y 130. — BANDURI, *Numismata imp. rom.* II, 427-440.
(2) Ομνυμι δε τόν μέγαρ Σαράπιν. *Ep.* VI.

(1) *Orac.* VII.
(2) Aprovecho esta ocasion para decir que en los misterios de Eléusis se despedian los devotos con las palabras Κοῶγ ομ παξ: los Griegos no comprendian su significado, pero en la India subsisten aun estas palabras. Sirva esta de prueba para cuanto hemos dicho acerca de haber sido tomados de la India los ritos griegos.
(3) SAN CREG. NAC. *Orat.* III.
(4) LIBANIO, *Legat. ad Julian.* p. 157. — *Or. parent.* c. 85.
(5) Así describe Prudencio uno de estos sacrificios, himno X, *in martyr. S. Romani.*

Summus sacerdos nempe sub terram scrobe
Acta, in profundum consecrandus mergitur...
Talibus superne strata texunt pulpita
Rimosa rari pegmatis compagibus;
Scindunt subinde vel terebrant aream
Crebroque lignum perforant acumine
Pateat minutis ut frequens hiatibus.
Huc lagrus ingens fronte torva et hispida
Sertis revinctus aut per armos floreis

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cayese sobre su cabeza la sangre de un toro degollado; y aun si hemos de creer á los escritores cristianos, abrió vírgenes y niños para examinar sus entrañas, cuyos cadáveres fueron encontrados despues que murió.

Escogió para vicarios de su pontificado á sacerdotes y filósofos instruidísimos en estas vanidades, amigos y confidentes de su juventud, y guardadores de las antiguas creencias. Los literatos, adivinos y magos ocupaban en la corte el lugar de los obispos expulsados, y principalmente Máximo, su maestro é iniciador. Habiéndole llamado Juliano, vino desde Sárdis y atravesó como en triunfo las ciudades de Asia: precedíale Petiodoro haciendo abrir de nuevo los templos, volver á celebrar los simulacros, ensangrentar con víctimas los altares y decidir á las conciencias que vacilaban. Cuando llegó á Constantinopla, Juliano, que estaba arengando al Senado, interrumpió el discurso y corrió á su encuentro, y abrazándole afectuosamente le introdujo en la augusta asamblea, manifestándole públicamente el mayor agradecimiento. Colocado en la corte, el maestro téurgico se afirmó elevando á criaturas suyas, y reunió mas tesoros de los que convenian á un filósofo; en lo cual le imitaron demasiado los demas, á quienes habia llamado de las celdas ó de las cátedras el emperador, que no conocia ó no queria confesar que le engañaban.

Entre los sofistas, el retórito Libanio, maestro famoso de retórica y enamorado de un culto que le ofrecia bellísimas frases, fué nombrado cuestor honorario: sus cartas y oraciones expresan la alegría de aquella multitud de pedantes al creer resucitado el helenismo, porque se habian renovado algunos ritos, juegos y teatros. « Dichoso aquel (dice algunas veces) que participó de tales fiestas, que pudo ver á Dios y su templo, que vió llevado en procesion el númen por la ciudad, que pudo gozar del espectáculo del culto de Aténas, y decir: Yo he visto el Areópago, la Acrópolis, y las Euménides calmadas despues de un largo furor. » Y tan convencido estaba este retórico de la vitalidad del helenismo, que no queria se violentase al Cristianismo, como deseaban muchos por venganza; moderacion que debemos agradecer, aunque inspirada por la idea de su debilidad (1).

Sin embargo, el entusiasmo no cegaba á Juliano de modo que no conociese que los ritos helénicos y etruscos habian perdido la direccion de las conciencias y la fe, cedido sus altares á la incredulidad y al interes. « Veo muchos, » decia, que sacrifican de mala gana, y pocos » lo hacen con buen ánimo y conocimiento (2). » Si el helenismo no hace los progresos que » debiera, ¿de quién es la culpa? De los que le » profesan. Por parte de los dioses todo es » grande, todo magnífico, y dígase esto sin » ofensa de la Nemésis divina, superior á nues- » tras esperanzas y á nuestros deseos. ¿Quién » hubiera podido prometerse un cambio tan » pronto y tan maravilloso (3)? »

Se quejaba por tanto muchas veces del descuido de los deberes religiosos. « Hácia el décimo mes (dice en el *Misopogon*), cuando se celebra la antigua solemnidad de Apolo, debia reunirse la ciudad de Antioquía en Dafne para celebrarla. Dejo el templo de Júpiter Casio, y corro allí creyendo encontrar toda la pompa de que es capaz Antioquía; imaginábame en mi fantasía víctimas, libaciones, perfumes, jóvenes espléndidamente vestidos de túnicas blancas símbolo de la pureza del corazon; pero ¡cuánto me engañaba! Llego al templo y no hallo ni un solo pan ni un grano de incienso. Maravillado, supongo que están fuera los preparativos y que esperan una señal mia como sumo pontífice; pregunto al sacerdote cuál es la ofrenda de la ciudad en aquel dia solemne, y me responde: *Ninguna: yo solo traigo de casa este pato, y hoy no tendrá mas ofrenda el dios* (4). »

Aut impeditus cornibus deducitur.
Nec non et auro frons coruscat hostiæ,
Setasque fulgor bractealis inficit.
Hic, ut statuta est immolanda bestia,
Pectus sacrata dividunt venabulo.
Eructat amplam vulnus undam sanguinis
Ferventis, inque texta pontis subditi
Fundit vaporum flumen et late æstuat.
Tum per frequentes mille rimarum vias
Illapsus imber, tabidum rorem pluit;
Defossus intus quem sacerdos excipit,
Guttas ad omnes turpe subjectans caput,
Et veste et omni putrefactus corpore.
Quin os supinat, obvias offeri genas,
Supponit aures, labra nares objicit,
Oculos et ipsos perluit liquoribus;
Nec jam palato parcit et linguam rigat,
Donec cruorem totus atrum combibat.
Postquam cadaver sanguine egesto rigens
Compage ab illa flaminis retraxerint,
Procedit inde pontifex visu horrido;
Ostentat udum verticem, barbam gravem,
Vittas madentes, atque omictus ebrios.
Hunc inquinatum talibus contagiis
Tabo recentis sordidum piaculi
Omnes salutant atque adorant eminus,
Vilis quod illum sanguis et bos mortuus
Fœdis latentem sub cavernis laverint.

(1) Entre las muchas cartas en que presenta estas ideas, la mas notable es la siguiente (1486, p. 652 de la edicion de Wolfiol): « Si alguno dice que lo hemos invadido todo, dejádselo decir y los hechos desmentirán su acusacion. Regocijémonos por la reedificacion de los templos, pero sin hacerla amarga á nuestros enemigos, para no oir repetir hoy lo que decíamos hace poco contra lo que se hacía. Los hijos de Talaso cambiaron un templo en casa, y así hicieron lo que agradaba al príncipe que reinaba entónces. Yo no los alabo, solo digo que sus acciones estaban conformes con aquellos tiempos. Los Fenicios que hoy habitan aquella casa quisieran convertirla en templo. ¿Y por qué? ¡Oh buena gente, conservad la casa y restableced el templo, pero no persigáis á los que fueron arrojados de él! Los dioses no son como los usureros despiadados, y si alguno restituye lo que es de ellos, no quieren que sea atormentado. »

(2) *Ep.* IV.

(3) *Ep.* XLIX.

(4) *Ob.* p. 361. Tambien Libiano escribe á Alejandro, prefecto: « Sé que estás lleno de devocion y que conviertes á » muchos al culto de los dioses; pero no extrañes si entre » ellos hay algunos que reprueban interiormente lo que hacen » y condenan siempre los sacrificios. Estos te obedecen en » público porque lo mandas, y se acercan á los altares; pero » en su casa, las lágrimas y la noche les aconsejan lo contra- » rio, y reniegan de los númenes. » (T. II, pág, 391.) En otro lugar (Ep. 1057, p. 501) le dice que nada significan las fiestas á que los ciudadanos son llevados llorando y por miedo. Y « tal es el carácter de los Cristianos, que si los tratas bue- » namente te darán plumas de lobo y leche de gallina, pero

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Se esforzó Juliano en reconvenir al Senado de Antioquía por esta miseria en el culto de los dioses; pero ciego de entendimiento, no comprendia la elocuencia de los hechos, y por medio de decretos imperiales y de elucubraciones filosóficas se obstinaba en imponer una religion, que es la cosa mas libre del mundo. Trató de volver el crédito á los oráculos, consultando con frecuencia á los de Délfos, Délos y Dodona; abrió de nuevo la profética fuente de Castalia en Dafne, cegada con piedras desde el tiempo de Adriano (1), y cuando se puso en movimiento contra los Persas, consultó sobre el éxito de la guerra á todos los oráculos del imperio (2). Á imitacion del Cristianismo quiso reorganizar el helenismo con ritos nuevos y una jerarquía, reuniendo en su mano los cargos supremos y formando una supersticion razonada y meditada. Queria introducir en los templos las pláticas y el catecismo, oraciones á horas determinadas, cantos de dos coros, penitencia para los pecadores, preparaciones para las iniciaciones, retiros para la meditacion y las vírgenes: y agradábanle singularmente las cartas que los obispos solian dar á los viajeros fieles, y que eran acogidas en todas partes con efusion de caridad.

Á ejemplo de las pastorales de los Cristianos, enviaba tambien cartas á las provincias, recomendando á los sacerdotes que fuesen buenos y que imitasen á los perros galileos. « Miéntras los pontífices, decia, no se toman cuidado de los pobres, esos abominables Galileos, conociendo su interes, se dedican á ejercicios de caridad, y establecen y fortifican sus perniciosos errores con estas manifestaciones de aparente bondad. De aquí provienen sus agapas, sus hospitalarios banquetes, las mesas dispuestas para los pobres, cosas tan comunes en ellos, y con las cuales principiaron y prosiguen arrastrando á los fieles al desprecio de los dioses y á la impiedad (3). »

¡Estupenda confesion!

Verdad es que algunas veces trataba de denigrar las virtudes cristianas, suponiéndolas fines malvados, como cuando queria hacer creer que el cuidado que tenian de recoger los niños nacia de una avara codicia para venderlos esclavos en países extranjeros (sofista). No conocia que como emperador hubiera debido castigarlos y no burlarse de ellos, si estaba convencido de su crímen; pero mas comunmente trataba de hacer que se imitase á aquellos á quienes vilipendiaba; prometia socorrer á los indigentes, establecer hospitales para los pobres sin distincion de patria ni creencias; lo que si se hubiese llevado á cabo, hubiera suministrado otra prueba de la influencia de la verdad aun sobre aquellos que se obstinan en cerrar los ojos á su luz.

Así tambien de los insensatos Galileos toma el tipo de los obispos cuando manda que «en su eleccion se dé especial preferencia á la virtud y la filantropía, no excluyéndolos porque sean pobres y de oscuro nacimiento; que se distingan por la pureza de sus costumbres; que rueguen á los dioses tres, ó por lo ménos dos veces al dia; que no dejen pasar un dia ni una noche sin sacrificios, ni noche alguna sin lustraciones; que en los treinta dias festivos no permanezcan en su casa ni vayan al foro, como no sea para defender inocentes, sino que estén continuamente en los templos; que habitualmente vistan con modestia, pero magníficamente en el templo; que socorran á los necesitados; que no frecuenten el teatro, ni traten con actores, cocheros ó bailarinas; que no acepten banquetes sino de personas morigeradas; que sean graves en hablar y escribir; que no lean libros malos, como los de Arquiloco é Hiponátes; que estudien la historia y no las fábulas; que prefieran entre los sistemas filosóficos aquellos que colocan á los dioses sobre todo, como hacen Platon, Aristóteles, Crísipo y Zenon, y que en estos mismos elijan aquello que conduzca á la piedad (1). »

(1) Véase la *Ep.* XLIX, y en sus obras (Leipzig, 1696 en fol. edic. de Spanheim), p. 300, 305.

A Arsacio, pontífice de Galacia.

¿Quién hubiera podido prometerse nunca un cambio tan repentino y maravilloso? ¿Pero hemos de creer que está ya concluida la obra, y no pensarémos en los medios con que ganó crédito la impiedad en el mundo, es decir, con la hospitalidad, con el cuidado de enterrar los muertos, y de tener una vida moderada en apariencia? Ellos fingen tener todas las virtudes: á nosotros corresponde practicarlas verdaderamente.

« No basta que seas intachable: así deben ser todos los sacerdotes de Galacia. Emplea la persuasion y las amenazas para obligarle á cada uno á vivir segun su estado: y exclúyelos de las funciones del sacerdocio, si ellos, sus mujeres, sus hijos y familia no son fieles al servicio de los dioses. Adviértele que un sacrificador no debe asistir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer en artes viles ó deshonrosas. Honra á los que te obedezcan y depon á los demas. Establece en cada ciudad hospitales en que se puedan practicar los deberes de la humanidad con los pobres de cualquier religion que sean. Para que tengan los fondos necesarios, he dispuesto que la Galacia dé cada año treinta mil medidas de trigo y sesenta mil cuartillos de vino, de los cuales la quinta parte quiero que se destine á los pobres que sirven á los sacerdotes, y que lo demas se distribuya entre los necesitados y los extranjeros. Es una vergüenza que no haya un Judío que viva de limosna, y que los impios Galileos, ademas de sus pobres, alimentan á los nuestros, á quienes nosotros dejamos carecer de lo necesario. Haz que los Helenos contribuyan á estos gastos, y que sus pueblos ofrezcan á los dioses las primicias de los frutos. Acostúmbralos á estas buenas obras, é infórmalos que somos nosotros los primeros que las ponemos en práctica, como dice Homero, que pone en boca de Eumeo al recibir á Ulises: « ¡Oh extranjero, yo no trataré indignamente á un huésped; todos los huéspedes y los pobres son enviados por Júpiter: mi regalo es corto, pero estimado! » (Οδυσσ. Ξ. 48.)

» si empleas los malos tratamientos, la desesperacion los pone » fuera de sí, y no es posible obligarles ni aun á los cosas » mas pequeñas. »

(1) Amiano XXII, 12.

(2) Teodoreto, III, 16. Tambien con sus mas íntimos amigos habla de estas cosas con una seriedad que podria llamarse conviccion. Á Oribaso, confidente suyo, le refiere un sueño profético. Escribe á Máximo: « Júpiter, el Sol, Minerva y todos los dioses y diosas son testigos del gran temor que tenia por tí; consulté los númenes, ó mejor dicho, los hice consultar, no sintiéndome con fuerza para ver ú oir lo que te podia haber sucedido. » Verdad es que tambien tenemos nosotros prosistas del siglo XVI y poetas del XIX que hablan del mismo modo.

(3) *Ep.* XLVIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Gran testimonio de la virtud cristiana que él queria conculcar y ver imitada. Pero entretanto el sofista cerraba los ojos á los progresos que á impulsos del Cristianismo habia hecho la equidad legal; y á pesar de ser tantas las constituciones suyas insertas en el código de Teodosio, ninguna de ellas favorece el movimiento de emancipacion del derecho natural, tan bien comprendido por sus predecesores.

Que Juliano obraba no por conviccion, sino por odio al Cristianismo, lo demuestra la proteccion que dispensó á los Hebreos. Primero les eximió del tributo especial que pagaban, quemando los registros y atribuyendo aquel impuesto á sugestiones de los Cristianos que servian á Constancio. Jesucristo habia vaticinado con palabras tan precisas la destruccion de Jerusalen, que las ruinas de esta ciudad eran miradas como una de las pruebas mas vivas de la verdad de la fe. Desmentir esta profecía hubiera sido descargar un golpe sobre aquella, y Juliano lo intentó sin hacer caso del odio que constantemente habian manifestado los Hebreos á los ídolos que pretendia restablecer, contentándose con poner entre ellos el Dios grande (μέγας Θεός). Infatuado, pues, con esta idea, exhortó á Julio, patriarca hebreo, *hermano venerabilísimo* (1), á que renovase los sacrificios; y porque esto no podia hacerse fuera de Jerusalen, mandó que en la cima del monte Moria se erigiese un templo que superase en magnificencia al que Constantino y Elena habian levantado sobre el Santo Sepulcro y á su alrededor se reuniesen los Hebreos. Alipio, amigo del emperador, no ménos ducho en hacer versos que en la administracion, fué enviado para ejecutar la obra, en la cual el entusiasmo de la patria y de la religion, los cánticos y la espada se aunaron para hacer frente á los Galileos. El pueblo judío le secundó con el ímpetu y liberalidad que nunca le faltaron tratándose de salvar ó reedificar la patria: sin embargo, la obra no pudo llevarse á cabo. Abríanse bajo Jerusalen profundas cavernas ó sean cisternas para el agua ó depósito para los granos. Estas cavidades, en los tres siglos que hacía que la ciudad santa estaba deshabitada, pudieron llenarse de gas inflamable, que en el momento en que los operarios se acercaron á ellas con antorchas, se prendió y produjo una explosion derrumbando cuanto se habia construido; lo cual fué maravilla para los Cristianos (1) y para todos cumplimiento de promesa divina y confusion de la soberbia impiedad.

En estas obras y en los sacrificios se desviaba Juliano de la moderacion que habia introducido en todo lo demas: pájaros extraños, y á veces hasta cien bueyes al dia, se sacrificaban para hacer propicias aquellas sordas divinidades: y donativos verdaderamente regios dotaban los santuarios que habian sobrevivido á la indiferencia de los gentiles y al celo de los Cristianos. Y era un placer para él cuando los soldados saciaban su apetito con las víctimas inmoladas á los dioses, y se embriagaban con el vino sagrado (2). En los dias solemnes, cuando desfilaban en revista por delante de su persona, recompensaba pródigamente al que echaba algunos granos de incienso sobre el ara. Muchos se engañaron por la sencillez de este acto; y algunos que le creyeron culpable, corrieron al palacio, y arrojando el oro recibido proclamáronse Cristianos. Enojado por ello el emperador, mandó que fuesen decapitados, y ya se disponian contentos á sufrir la muerte, disputándose entre sí el honor de ser el primero, cuando les perdonó diciendo que no queria concederles la gloria del martirio.

Esta frase que tenia á cada momento en la boca, no obstaba para que á la docta persecucion uniese la tiránica. Ordenó que los Cristianos reparasen los templos de los dioses, demolidos por su celo, y que se les restituyesen los terrenos confiscados: y en atencion á que por lo general se habian edificado sobre aquellos nuevas iglseias, fué necesario demolerlas. Pero como la religion no permitia á los Cristianos

« No suframos que esta nueva gente nos usurpe nuestra gloria, y que con la imitacion de las virtudes, cuyo original y tipo tenemos nosotros, cubran de oprobio nuestro descuido y humanidad; ó mas bien no hagamos traicion á nuestra religion, ni deshonremos el culto de los dioses. Si yo oyere que cumples con todos estos deberes, me colmarás de alegría. »

« No visites sino muy raramente á los gobernantes, conténtate con escribirlos: cuando entren en una ciudad, ningun sacerdote salga á su encuentro. Solo cuando visiten los templos deben recibirlos en el vestíbulo. Ni se hagan acompañar estos allí por soldados, pero pueda seguirlos el que quiera; porque al poner el pié en el templo todos somos iguales, y tú solo tienes derecho para mandarlos, porque así lo tienen dispuesto los dioses. El que se somete á esta ley da verdaderamente una prueba de religion: los que no quieren abandonar un momento el fausto y la grandeza, son soberbios y están llenos de loca vanidad. »

« Estoy dispuesto á socorrer á Pesinunte, con tal que hagan sacrificios propiciatorios á la madre de los dioses; si le desprecian no solo sean culpados, sino que, me encolerizo al decirlo, incurrirán en mi indignacion. *Yo no debo socorrer á los que son odiosos á los dioses bienaventurados.* (Οδυσσ K. 74.) Les harás, pues, entender que si quieren que les socorra, deben todos juntos invocar á la madre de los dioses. »

(1) *Ep.* XXV.

(1) Nosotros hemos dado la explicacion natural, pero los Santos Padres todos ven en esto un portento que es mayor por otros muchos que se le unen.

« Juliano se habia propuesto dar un mentís á aquel oráculo » de J. C. que dice: *Cielo y tierra* pasarán, pero mis palabras » no pasarán; y se vanagloriaba de reducir en breve á la nada » este dogma del Cristianismo. El hombre que lanzaba tan » insolentes amenazas, ¿dónde está ahora? ¿Dónde estará para » siempre? Muerto: no le busquéis ya entre los vivos, sino en » el infierno, donde está encadenado á eternos suplicios, miéntras que Cristo que hizo la prediccion reina en lo alto de » los cielos, sentado á la diestra de Dios, su Padre. ¿Qué se » hicieron las blasfemias del orgulloso emperador? ¿Qué fué » de su sacrílega lengua? Ya no es mas que polvo y cenizas, » pasto de los gusanos; miéntras que el oráculo de Cristo jus» tificado por el acontecimiento, por su fiel ejecucion, recibe » un esplendor semejante al de una columna del mas rico metal. » San Juan Crisóstomo *en San Babiles.* »

San Ambrosio y San Gregorio Nacianceno aseguran el hecho por el testimonio de aquellos que pudieron verlo. Amiano Marcelino, pagano y militar, dice (XXIII, 1.): « Cum itaque rei fortiter instaret Alipius, juvaretque provinciæ rector, metuendi globi flammarum prope fundamenta crebis assultibus erumpentes, fecere locum, exustis aliquot operantibus, inaccessum; hocque modo elemento destinatus repellente, cessavi incœptum. »

(2) De ello se congratula Juliano en la *Ep.* XXVIII, y se lamenta Amiano, XXII, 12.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

reedificar los templos profanos, eran tratados como deudores insolventes, encarcelados á la manera romana, y maltratados por magistrados que por su arbitraria severidad se congraciaban con el Augusto. Márcos, obispo de Aretusa, negando toda indemnizacion por los templos profanos que habia destruido, y siendo ademas pobre, fué preso y azotado; le arrancaron la barba, y desnudo y untado de miel le suspendieron en el aire en una red expuesto al sol y á los insectos. Este hombre era el mismo que habia libertado de los asesinos á Juliano siendo niño.

Trasfirió á los pontífices profanos la administracion de los bienes asignados al culto por Constantino y su hijo; confundió á los sacerdotes cristianos con el vulgo mas ínfimo; procuró despojar á los fieles de todo honor y ventajas temporales, y no disimulaba su intencion de adoptar con los obstinados una *saludable* violencia (1).

En Dafne, ciudad demasiado famosa por sus obscenas magnificencias, los Cristianos habian vuelto á bendecir el bosque de Apolo, trasladando á él los huesos del santo obispo de Antioquía, Babiles, alrededor del cual deseaban hacerse sepultar los fieles. Juliano, para purgar la profanacion que segun él habia hecho enmudecer el oráculo, mandó que se quitasen de allí aquellas reliquias; pero aquella misma noche fueron presa de las llamas el templo de Dafne y el coloso de Apolo. Los Cristianos lo tuvieron por milagro, Juliano lo creyó un delito, y pensando ménos en averiguarlo que en castigarlo (2), mandó cerrar la catedral de Antioquía, confiscar sus bienes, dar tormento á muchos eclesiásticos, y decapitar uno de ellos.

Verdad es que Juliano desaprobaba los actos de rigor de sus ministros, pero no los reprimia, y aun á veces los premiaba. En el *Misopogon*, alaba á las ciudades devotas de la Siria que á la primera señal habian destruido los sepulcros de los Galileos, reprendiéndoles suavemente por haberse apartado de la recomendada moderacion. Estos hechos que él indica y atenúa, son expuestos y acaso exagerados por los escritores eclesiásticos que refieren cómo los paganos, envalentonados por su instantáneo triunfo, hicieron una matanza en los mas fieles, cuyos cuerpos, arrastrados por las calles, fueron pinchados por el cuchillo de los cocineros y por la rueca de las mujeres; que despues se echaron á los cerdos las entrañas de las vírgenes y de los sacerdotes mezcladas con la avena, y otras muchas personas fueron inmoladas en las aras de los ídolos (3).

Juliano echaba mano del castigo cuando los tumultos eran promovidos por los Cristianos, caso frecuente por haber vuelto á aparecer muchos sectarios. Así en Edesa, habiendo insultado los secuaces de Arrio á los de Valentin, mandó que fuesen confiscados los bienes de la Iglsia, y distribuido el dinero á los soldados, y añadiendo al castigo la ironía decia: *Los Galileos deben estarme agradecidos, pues su estupenda ley promete á los padres el reino de los cielos: porque asi podrán, gracias á mí, caminar mas derechos* y *desahogados á la virtud y á la salvacion* (1). Por el contrario, cuando en Alejandría mataron los paganos al obispo Jorge de Capadocia, Juliano se limitó á hacer suaves amenazas, mezcladas con protestas de estimacion; y como para excusarlos epiloga los atentados, como él dice, con que el obispo habia provocado esta venganza, y confesado que su deber como emperador era castigar los tumultos, perdona este, sin embargo, en atencion al fundador de su ciudad y al dios Serápis (2). ¡Imparcialidad de filósofo, sinceridad de devoto!

Este Jorge, que trasformado despues en tiempo de las cruzadas tuvo tanta celebridad como patrono de la caballería, se habia propasado á cometer actos reprobados, y contradicho constantemente á San Atanasio, cuando resarció su culpa con el martirio, volvió Atanasio á su sede, regulando con prudente celo las mal paradas iglesias. Natural era que le honrase con su particular odio Juliano, el cual pasando á violar con los hechos la tolerancia proclamada de palabra, empezó á decir que el levantar el destierro á los Galileos no significaba que pudiesen ya ponerse á la cabeza de las Iglesias; y se maravilló de que un hombre tan culpado á sus ojos como San Atanasio, insultase la majestad de las leyes volviendo á su sede sin licencia imperial, teniendo valor hasta para bautizar ilustres damas griegas. Desterróle, pues, de la ciudad diciendo que lo hacía consultando el universal deseo: y cuando le desmintieron las instancias de todo el pueblo, subió de punto su enojo, confinó al santo al Egipto, y se indignó con el prefecto de este país porque suavizó sus indicaciones, sin disimular su deseo de que se extralimitase en el rigor; y anhelando que todo el veneno de los Galileos estuviese encerrado en la sola persona de Atanasio para exterminarlo de un solo golpe.

La tolerancia, pues, de Juliano, era la de todos los tiranos, clementes miéntras no hay quien se les oponga. Pero una Iglesia acostumbrada á cuarenta años de dominio podia desplegar una constancia mas firme que aquella de que ya habia hecho gala cuando se hallaba dominada y dispersa: y si bien los Cristianos habian inclinado la frente á las primeras persecuciones, obedeciendo á potestades superiores estaban obligados á soportar la peor de las injusticias, la que violenta las conciencias. Por

(1) *Ep.* XLII. Ακοντας ἰᾶσθαι, medicinar contra la voluntad.
(2) Amiano dice que un *levissimus rumor* atribuía la culpa á los Cristianos (XXII, 13); Juliano no se atreve á afirmarlo, si bien lo insinúa sagazmente en el *Misopogon*, p. 361.
(3) San Gregorio Nacianceno, violentísimo contra Juliano. Sin embargo, está de acuerdo en esto con lo que dice Sozomenes, testimonio original, y con Filostorgio.

(1) *Ep.* XLIII.
(2) *Ep.* X.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lo tanto, en algunas partes derribaron los reedificados altares y renovados templos; y se lamentaban en alta voz de la usurpacion de los bienes, trasferidos de las iglesias á los ídolos. Juliano, irritado por la resistencia, castigaba á los contumaces: y los Cristianos veneraban á las víctimas como mártires, y la presuncion de inocencia hacía mirar con no disimulada compasion aun el suplicio de aquellos que lo habian merecido por su oposicion excesiva; efecto natural y constante de los procedimientos inicuos. Temiendo que Juliano se propasase á mas, los Cristianos se preparaban á una resistencia que podia envolver al imperio en una guerra civil; pero los sucesos la impidieron (1).

CAPÍTULO VIII

Juliano y Joviano.

Aunque esta corta persecucion le atrajo el odio de los Cristianos, poseía no obstante Juliano muchas de las cualidades que son de desear en un príncipe. No cambió de costumbres cuando estuvo en el trono; era sencillo en el vestido y en sus placeres, atento á las graves obligaciones de rey; daba audiencia todos los dias á los embajadores y á los particulares, deliberando inmediatamente acerca de las peticiones que se le hacian; escribia cartas públicas y tratados filosóficos; robaba al sueño sus castas noches para emplearlas en los negocios, y hasta los juegos del circo, pasion favorita de sus predecesores, le fastidiaban, y no asistia á ellos sino cuando los ritos lo prescribian.

Con estas inclinaciones ¡qué extraño no debia parecerle el lujo de la corte bizantina! Queriendo cierto dia cortarse el pelo, se le presentó un peluquero vestido con un magnífico traje, por lo cual le dijo: *He pedido un barbero, no un arrendador de contribuciones* (*racionalem*), y supo que este ademas de un pingüe sueldo y de gajes considerables, recibia la racion de veinte esclavos y otros tantos caballos; y que «mil cocineros, no menor número de peluqueros, mayor aun de coperos, un enjambre de sirvientes para la mesa y mas eunucos que moscas hay por el verano en un rebaño» (1) llenaban los palacios, enriquecidos con el fino mármol y el oro macizo, y á cuyos deleites suministraban alimento peces y aves de apartadas comarcas.

Al mismo tiempo que en esto se gastaba mas que en mantener las legiones, la turba de los favoritos, queriendo emular el fausto regio, vendia los empleos é inventaba otros nuevos en que se ocupasen en no hacer nada los brazos robados á las artes.

El príncipe filósofo, acostumbrado á llevar un manto pobre, á dormir sobre el pavimento y á vivir en la tosca sencillez de Paris, veía todo esto con malos ojos; pero precipitado en las innovaciones, abolió los destinos de corte y el de los Curiosos que estaban esparcidos por todo el imperio, con lo cual sumió en el ocio á los opulentos y en la mendicidad á innumerables familias.

Contra los que habian abusado de la autoridad en tiempo de Constancio, creó un tribunal en Calcedonia, árbitro para pronunciar sentencias y ejecutarlas sin detencion ni demora alguna. Juntamente con Salustio, prefecto de Oriente, y con el elocuente Mamertino, formaron parte de este tribunal los cuatro generales Nevita, Agilon, Jovino y Arbecion, el último de los cuales, mejor instruido acaso que sus compañeros de las intenciones de su señor, rodeaba de gente armada al tribunal, y cuando los cargos que se hacian no bastaban para pronunciar la condena, la hacía pedir por las tumultuosas legiones. El eunuco Eusebio, Paulo, Apodemio, parecieron á todos dignos del fuego que sufrieron; pero Úrsulo, tesorero del imperio, que no tenia mas culpa que la de haber hecho beneficios á Juliano con peligro propio, y otros muchos que pade-

(1) Μαγείρους Χιλίους, κουρεὰς δὲ οὐκ ελάττου, οινόχους δε πλείους. ηυη τρατεξοποιῶν ευνούχους ὑπὲρ τὰς μυὶας παρὰ τοῖς ποὶμεσι ἐν ἔρι. LIBANIO.

(1) « Juliano con su odio ciego al Cristianismo, su espíritu claro y burlon, su fuerte voluntad que le hizo general y conquistador á pesar de su inclinacion á los estudios y al reposo filosófico, ofrece muchas semejanzas con Federico de Prusia. Estas dos almas habian sido vaciadas en el mismo molde, y acaso solo la diferencia de tiempo constituyó el contraste que se descubre en medio de sus muchas analogías. Entrambos nacieron junto al trono y tuvieron que soportar una juventud llena de pesadumbres, de peligros y amenazada por los que estaban á su lado. Juliano fué encerrado en un convento, Federico en una fortaleza: el uno tuvo que temer la crueldad de su tio Constancio, el otro la cólera de un padre implacable: ambos á dos fueron preservados por la necesidad que el trono tenia de un heredero, y ambos pasaron este tiempo de dura prueba ocupándose en la filosofía y en las letras, aplicándose con mayor ahinco á los estudios que mas prohibidos les estaban. Educado el uno por fuerza en el Cristianismo, devoraba en secreto las obras de los sofistas paganos: amenazado el otro por un padre que de buena gana hubiera quemado todos los libros, recibia furtivamente las obras de los mas atrevidos escritores del siglo XVIII: Federico en los torreones de Sapandau se animaba leyendo á Voltaire, como Juliano en la Iglesia de Antioquía estudiando al sofista Libanio. Este esfuerzo igualmente probado no hizo mas que excitar igualmente dos ingenios vivos y vigorosos, y aumentar su odio contra las opiniones que querian imponerles, y el fanatismo por las que les prohibian. Pero la filosofía de Juliano, imágen de la supersticion de su tiempo, fué austera y mística; la de Federico se señaló por la libertad y el escepticismo del suyo: Juliano tuvo costumbres puras y cabeza exaltada; Federico costumbres corrompidas y corazon duro.

» La filosofía de uno y otro, como provenia en parte de su orgullo, no les defendió de la vanidad. Juliano puesto á la cabeza de un ejército con sus maneras negligentes, su actitud pensativa, y los dedos manchados de tinta, parecia al principio un sofista fuera de su lugar; Federico, hecho rey sin haber olvidado sus lecciones de filosofía epicúrea, huyó en primera batalla. Pero pronto Juliano y Federico llegaron á ser grandes generales, se hicieron admirar por su valor, y se ganaron el corazon de los soldados.

» Aquí cesa la semejanza. El uno duró poco, murió en la mitad de su carrera á los diez y ocho meses de su reinado, miéntras Federico vivió largos años, terminó sus designios y se gozó en su gloria. Es imposible figurarse lo que hubiera intentado hacer Juliano con las armas y con las leyes; pero es de notar que estaba en oposicion con su siglo, que su filosofía era retrógrada y estéril, al paso que la de Federico, á pesar de sus errores, estaba unida al progreso social, y no excluía la libertad, aunque sin quererla. Juliano fué perseguidor aunque generoso; Federico tolerante porque era escéptico. Juliano con una victoria momentánea, y con una tentativa insensata, precipitó la ruina del culto y de las opiniones antiguas; Federico creó un poder duradero. » VILLEMAIN.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cieron la muerte, la confiscacion, el destierro, fueron compadecidos aun por aquellos á quienes primero habian tiranizado. Contra los restantes levantaban los clamores los Egipcios reclamando los donativos que se les habian hecho; y Juliano para aquietarlos les citó para cierto dia en Calcedonia, donde él en persona debia juzgar. Dirigiéronse allá en gran multitud; pero los marineros tenian órden de no pasar á ningun Egipcio, por lo cual se quedaron en la ribera asiática perdiendo tiempo, dinero y paciencia, hasta que cayeron en la burla.

Juliano se mostró compasivo con los que conspiraron contra él: sin embargo, condenó á muerte á un jóven que con un puñado de iguales suyos habia pensado trastornar el imperio. Declarándose enemigo del despotismo oriental, rehusó el título de señor; manifestó respeto á los cónsules y aun pensó en renunciar á la corona; pero una revelacon de los dioses le disuadió de su propósito.

Extendió al Senado de Constantinopla los privilegios del romano que se fingió habia pasado por mitad á Oriente; obligó al clero á ejercer las funciones municipales de que le habian dispensado sus predecesores; igualó la distribucion de los tributos; mejoró la condicion de las ciudades reanimando las curias que eran su alma (1); y fué el bienhechor de Aténas y de las ciudades del Epiro y del Peloponeso, en recuerdo de sus grandes ciudadanos (2).

Volviendo á poner en práctica funciones olvidadas por los Augustos, arengaba frecuentemente, sobre todo en el Senado, para hacer gala de la elocuencia, tan estudiada por él: se sentaba á menudo en el tribunal, ya por obligacion, ya por pasatiempo, divirtiéndose en deshacer los sofismas de los abogados, pero haciéndolo á veces con un calor y una pasion poco conveniente para los juicios, y que levantaba gran vocerío en el tribunal. Así en una ocasion, incomodado por la rusticidad de unos aldeanos, los mandó echar á cachetes y á puntapiés.

No contento con la gloria de Antonino, aspiraba tambien á la de Alejandro. Parecíale que habia alejado de Occidente todo peligro por parte de los Francos, Alemanes y Godos; pero quedaba el imperio de los Persas, siempre amenazador, y contra el cual los Romanos en trescientos años de guerra no habian podido aun conquistar establemente una provincia de la Mesopotamia ó de la Asiria.

Á Sapor I, que hizo prisionero á Valeriano, sucedió su hijo Ormuz I, llamado por los Orientales el Liberal (*al-Horri*), amigo del saber y tan instruido como lo manifiesta este dicho suyo: *Los reyes son como el fuego que á cierta distancia calienta y de cerca abrasa.* Habiéndole propuesto el gobernador de una provincia confinante con la India que comprase diamantes por cien mil monedas de oro, dijo que no queria; y como aquel le replicase que podia ganarse un ciento por ciento, añadió: *Ni ciento ni mil tientan mi codicia : si yo me hago mercader, ¿quién hará de rey? ¿y qué será de los negociantes persas si yo empleo mis tesoros en quitarles las ganancias que ellos podrian procurarse?* Persia. Hormídas I 271.

Le sucedió Varánes I, el cual dió muerte á Mánes, favorito de su padre, que con su herejía traía en tumulto al país. Este Varánes decia : *La humanidad no puede definirse, porque todas las demas virtudes están comprendidas en ella.* 273.

Asesinado en una rebelion, le sucedió otro Varánes el Injusto (*Baharam-al-Kalef*), á quien las reprensiones de los magos cambiaron de pésimo en óptimo. Tuvo guerra con el emperador Caro, y despues de diez y siete años de reinado le sucedió su hijo Nárses. Este, tan ambicioso como el fundador de aquella monarquía, quiso dilatar sus conquistas aprovechando las divisiones de los Romanos, pero Galerio, derrotado en un principio, le venció y obligó á ceder cinco provincias. Ormuz II favoreció la justicia y el comercio, fabricando para este en la Caramania una ciudad con su nombre, que con sus riquezas excitó la codicia de los Bárbaros vecinos, de suerte que sus habitantes se trasladaron á una isla próxima que es la de Ormuz, importante establecimiento de los Portugueses. 276. 294. 303.

Sucedióle Sapor II, á quien con tanto valor hemos visto hacer la guerra á los Romanos; pero cuando confiando en la índole apacible de Juliano, pidió la paz, este respondió que no pudiendo concederla en medio de los escombros y el humo de las ciudades destruidas, iria muy pronto en persona á la corte de los Sasánidas. 310.

Preparándose á poner por obra la amenaza, ocho meses despues de muerto Constancio se encontró Juliano con un formidable ejército en Antioquía, empleando el invierno en restablecer la idolatría y en afirmar la disciplina. Pero Antioquía, ciudad amiga de los placeres, aferrada sin embargo á la religion de aquel cuyo nombre habia sonado allí primeramente, despreciaba á Juliano como á hombre ordinario y le aborrecia como á apóstata. Las cortas cosechas habian producido la carestía, y como el monopolio la aumentase, Juliano acudió al grosero y peligroso expediente de tasar el grano á un precio mas bajo aun del que pudiera tener en la mayor abundancia; y para animar con el ejemplo, vendió en el mercado veintidos mil medidas de grano sacado de Hierápolis, de Calcide y del Egipto. Revendedores acaudalados se apoderaron de él al instante; Juliano, vanagloriándose de su oportuno remedio, no escuchaba ya los

(1) Πτῆς βουλὴσις χύς ψυχὴ πόλεώς εστιν. LIBANIO. *Or. parent.* c. 71.

(2) Sus méritos son reconocidos por el cristiano Prudencio. *Apoth.* 450.

Ductor fortissimus armis,
Conditor et legum celeberrimus, ore manuque
Consultor patriæ : sed non consultor habendæ
Religionis, amans trecentum millia divum,
Perfidus ille Deo, sed non ei perfidus orbi.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

clamores del pueblo, mas que nunca perjudicado; y como doscientos senadores de Antioquía le expusiesen con instancia la carestía que les aquejaba, les puso en prision. Verdad es que ántes de la noche les dió libertad; pero el ultraje estaba hecho, la oposicion se manifestaba en las reuniones y en las canciones populares, comentándose ridículamente todos los actos y palabras del emperador desde su religion hasta su barba, llamándole sacrificador y carnicero mas bien que príncipe, afectado en su porte, y que siendo pequeño de cuerpo, se esforzaba en ensanchar las espaldas y caminar majestuosamente para asemejarse á los héroes de Homero. Juliano, no pudiendo llevar con paciencia y no queriendo castigar insultos por él provocados, trató de combatir con iguales armas, y en el *Misopogon*, esto es, el *enemigo de la barba*, recorrió en tono de burla sus propios defectos para satirizar el vivir afeminado de los de Antioquía; despues abandonó la ciudad que le despreciaba, dejándola al cuidado de un malvado turbulento.

63. Al principiar la primavera se puso en marcha, y alternativamente afligido ó consolado por las respuestas buenas ó malas que le daban los oráculos ó por encontrar en auge ó en decadencia el culto de sus ídolos, llegó á Hierápolis, punto de reunion de las fuerzas. Mandaba Juliano el ejército mas florido que jamas se diririgió contra la Persia; componíanlo sesenta y cinco mil soldados escogidos entre los veteranos de las diferentes provincias, romanos ó bárbaros; ademas un cuerpo de Escitas auxiliares y muchas tribus árabes ávidas del sueldo y de botin: mil y cien naves proveían al ejército por el Eufrátes; cincuenta galeras armadas le protegian, y muchas barcas chatas que podian fácilmente unirse formando un puente. Acompañábanle oficiales persas prácticos en el terreno y en las armas enemigas, y entre ellos el principal era Hormísdas, de la sangre de los Sasánidas, que habiéndose visto obligado á pasar á la corte de Constantino, donde excitó primero compasion y luego aprecio, y habiéndose hecho Cristiano, iba á demostrar á su patria cuán peligroso es un desertor.

Juliano respondió soberbiamente á los pueblos que le ofrecieron su auxilio, que Roma socorria á sus aliados y no necesitaba socorro: y á los Sarracenos que se quejaban de haber sido defraudados de la pension que recibian de los emperadores precedentes, replicó que un príncipe guerrero tiene hierro y no oro: intempestiva soberbia que le enajenó la voluntad de muchos.

Armenia, 259-314. Á su bien concertado plan debia ofrecer eficaz apoyo la Armenia, que en el largo dominio de Tirídates II se habia hecho cristiana, y coligado con el imperio, no solo por política, sino tambien por religion. Muerto Tirídates despues de cincuenta años de reinado, su heredero Cosróes fué expulsado con los Cristianos; y dos gobernadores, auxiliados por las feroces tribus de los Albanos y por Sapor, usurparon el mando supremo, hasta que tres años despues Antíoco, empleado del palacio imperial, repuso en el trono á Cosróes, y consolidó su poder usando el perdon y el olvido. Pero Cosróes, débil de ánimo y de cuerpo, compró una seguridad indecorosa cediendo á Sapor la fértil Antropaterne ademas de pagarle un tributo anual. Mas débil aun se manifestó el tirano Arsáces. Protegido por Constancio, y adicto á la religion, y por consiguiente enemigo de Juliano, fué insultado por este, que le trató como esclavo y enemigo de los dioses, lo cual le indujo á maquinar secretamente la ruina del emperador.

Juliano, con una marcha artificiosa (1), pasó el rio Cabora, afluente del Eufrátes, por donde separa los dos imperios en Circesio. Despues, rompiendo el puente para imponerse la obligacion de vencer, animando el valor de los soldados con una arenga, y con ciento treinta monedas de plata á cada uno, y siguiendo el camino que habia llevado Ciro el Jóven en la expedicion que nos ha descrito Jenofonte, avanzó hasta el límite del desierto, y luego arrostró sus peligros. Molestábanle continuamente en su marcha el surena persa y Malek Rodosáces, emir de la tribu de Gasan, famoso ladron, los cuales interceptando los víveres, atacaban los destacamentos y la retarguardia. Al llegar á Asiria la abandonó Juliano á los horrores de la guerra, de la cual se vengaron los Asirios rompiendo los innumerables canales que cruzaban su país, y convirtiéndole en un pantano impracticable. Mucho trabajo costó á las legiones marchar por el fango; sin embargo, siguieron adelante, vencieron la resistencia de Perisabor ó Anbar, ciudad fortísima que fué reducida á cenizas, quedando solo de tanta poblacion dos mil quinientas personas: y del mismo modo destruyeron la inexpugnable Maogamalca, cuyo gobernador que se entregó á condicion de que le conservaran la vida, fué muerto bajo el pretexto de injurias dirigidas al príncipe Hormísdas, odiado como traidor á la patria.

Prendióse fuego á tres palacios reales en las inmediaciones de Ctesifonte, devastando sus magníficos jardines, y dejando á disposicion de los soldados para que cazasen el gran número de fieras que habia en los serrallos. ¿Qué tiene de extraño, pues, que los Asirios se figurasen á Juliano como un leon furibundo, que arrojaba fuego por la boca (2) cuando en realidad Juliano

(1) La describe él mismo en una carta al sofista Libanio: « Dirigí al Senado de Berea un discurso sobre la religion que » mereció los elegios de todos; y no convertí á casi ninguno, » no causando efecto sino en aquellos que ya ántes eran repu» tados por sus buenas ideas... Batne, ciudadana griega en » todo ménos en el nombre, adora á Júpiter y á Apolo por » divinidades tutelares. Á su inmediacion respiramos el olor » del incienso, que humeaba por todas partes. Yo ensalcé este » celo; pero me parece demasiado importuno, demasiado rui» doso, y poco conforme á la piedad: los actos religiosos exi» gen mas recogimiento; los que producen las víctimas y llevan » las cosas necesarias para el sacrificio, deben caminar despa » cio, y no pensar mas que en lo que hacen. Sin embargo, » pronto se remediará este abuso. »

(2) Ὑπερ τῆς Ιουλιάνου τιμορίας. LIBAN., c. 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con el ardor de un héroe sufria los duros peligros de la marcha, de los asaltos, del campamento, rechazando la voluptuosidad que le ofrecian los sorprendidos serrallos orientales (1)?

Marchando hácia Ctesifonte, acampó en las ruinas de Seléucia (2), desde donde habiendo atravesado imprevistamente el Tígris, atacó al ejército enemigo y le siguió hasta los muros de la ciudad, talando los campos. Sin embargo, en medio de los sacrificios que tributaba al dios de la guerra, le atemorizaban terribles pronósticos. La desercion de las tropas auxiliares del rey de Armenia separó á los cuerpos que debian reunírsele, por lo cual tuvo por desesperada la toma de Ctesifonte, á la cual tres ataques habian enseñado el modo de defenderse. Sapor, que no habia procedido con tanta prontitud y cuidado, no tenia aun reunidas las tropas que debian darle los diferentes sátrapas, de modo que, desesperado por tan sensible humillacion, se postraba en el suelo con los cabellos descompuestos y cubierto de ceniza, y mandó á suplicar á Hormísdas que se interpusiese para ajustar la paz; pero le rechazó Juliano, acordándose demasiado de que lo mismo habia hecho Alejandro con Darío y fiándose tambien demasiado en los vaticinios de Máximo. Un Persa llevado por el amor á su patria se encargó del peligroso oficio de engañarle, y le indujo á que fuese en busca del ejército de Sapor en las provincias interiores, prendiendo fuego á los almacenes y á la escuadra, que habia sido llevada con tantas fatigas por espacio de quinientas millas, sin reservar mas que una docena de naves para construir los puentes, y víveres para veinte dias.

Siguiendo este pérfido consejo, se adelantó Juliano, pero no encontró mas que soledad; los fértiles campos y las ricas aldeas habian sido convertidas en un desierto humeante por el amor patrio ó por las órdenes de un déspota: de dia en dia se disminuían las provisiones: falsos guias hacian mas trabajosa la marcha á aquel gran ejército; y solo despues de muchos errores se conoció la traicion del Persa, que se habia librado del castigo con la fuga. Los hombres y los dioses no sugirieron entónces ningun remedio al héroe, que soñaba no hacía mucho con la conquista de la Hircandia y de la India, y á la sazon se desesperaba al verse causa de tantos desastres públicos. Tomó, pues, la resolucion de volver hácia el Tígris, y pensando en la retirada de los diez mil, resolvió refugiarse como ellos en el país de los Carducos.

Las partidas que los habian incomodado continuamente en la marcha, se reunieron entónces formando un inmenso ejército para cortales la retirada. En gran número, ligeros en sus movimientos, y con abundantes provisiones, cercaban á los Romanos, obligados á combatir marchando, fatigados por sus pesadas armas y tan escasos de víveres, que comian los soldados lo que podian quitar á los caballos. Juliano no se distinguia en nada del último soldado, pero la supersticion que le habia impulsado á afirmar su corona, le amenazaba con arrebatársela. Una noche vió al genio del imperio, que cubriendo de luto su cabeza y el cuerno de la abundancia, se salia de la tienda imperial. Aterrorizado sale al aire libre, y allí se le aparece un metéoro desconocido, semejante al dios Marte, encolerizado contra él, porque en un arranque de cólera habia jurado no hacerle ya mas sacrificios (1). Los arúspices etruscos consultados le aconsejan que no haga la guerra, ¿pero cómo evitarla? Al dia siguiente empeñado el ataque, miéntras reanimado con el resultado del primer choque persigue á los Persas, estos á mansalva arrojan, segun su costumbre, una lluvia de dardos y venablos, uno de los cuales hirió á Juliano en el pecho.

Muerte de Juliano, 26 de junio. 363.

Llevado á su tienda conocióse que era mortal la herida: y él vuelto en sí, habló con sus amigos sobre la muerte á la manera de Sócrates, como si fuese grato en aquel momento recordar la inocencia de su vida, complacerse en morir siendo rey, no por secretas conspiraciones ni por violencia de tirano, ni por una enfermedad larga, y augurar á los Romanos que podrian ser felices con un soberano virtuoso. Él, que animaba á sus amigos para que no le llorasen, lloró cuando supo que habia muerto Anatolio; habló despues sobre la naturaleza del alma en general y de la suya, diciendo que pronto se reuniria á las estrellas de que habia emanado, y espiró á los treinta y un años y ocho meses (2).

Joviano, 27 de junio. 363.

Juliano no habia nombrado en vida un sucesor que continuase sus proyectos: y al tiempo de morir dijo que no queria indicarle por no exponer al elegido al desprecio de los soldados, si no les agradaba. No viviendo ya ninguno de la estirpe imperial, no habia quien por la sangre, por el grado ó por el mérito estuviese indicado para el trono. Siendo, sin embargo, muy necesario tener un jefe que oponer al incansable enemigo, fué aclamado Joviano, primicerio de los domésticos, que revestido de las

(1) Los panegiristas del siglo pasado, ensalzando la castidad de Juliano, y dando crédito á Mamertino que dice en el *panegírico* XI que su lecho era tan casto como el de una vestal, olvidan que la asercion contraria á Crisóstomo (*In gent.*) y de S. J. Nacianceno (*Orat.* IV) está confirmada por Amiano, el cual se burla de él por llevar detras de sí mujeres que solo sirven de obstáculo (lib. XXII). Ademas sabemos que de su mujer Elena tuvo solo un hijo, ahogado por la comadre de órden de la emperatriz Elena (AMIANO XVI): y sin embargo, Juliano en una carta escrita tres años despues de muerta Elena (363) habla de sus hijos (*Ep.* XIV); Codino en las *Antigüedades Constantinopolitanas* cita estatuas erigidas á Juliano y á sus hijos.

(2) Las operaciones de aquella guerra fueron referidas minuciosamente por Amiano con el entusiasmo de un soldado y la verdad de un testigo ocular.

(1) AMIANO, XXV, 2. Tambien Augusto negó las fiestas públicas á Neptuno despues que peligró dos veces su escuadra.

(2) No creo en la meditada disertacion que Amiano Marcelino, espectador de su muerte, pone en boca de Juliano, ni tampoco en la apasionada tradicion que dice que al caer gritó: *Venciste, oh Galileo*, y espiró en los temores del remordimiento.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

insignias de Augusto, recibió el juramento de fidelidad.

Frisaba en los treinta y dos años, y era hermoso, afable, valiente, no ambicioso y fiel Cristiano, aunque dado á los deleites. Aunque la batalla del dia anterior, desde la cual habia trascurrido solo una noche, podia considerarse como favorable á los Romanos, mandó Joviano que se ordenase la retirada hácia las provincias. Pero la noticia de la muerte de Juliano habia dado nuevo valor á los Persas, y los Romanos se vieron cercados por el Tígris, los enemigos y el hambre. Pronunciáronse, pues, palabras de paz, y el mismo Surena fué recibido en el campo; pero Joviano, en vez de proseguir la marcha miéntras estaban suspendidas las hotilidades y Sapor con gran maña diferia las negociaciones, fué consumiendo los pocos víveres que tenia, hasta que se vió reducido á aceptar condiciones tan indecorosas como imposibles de rechazar. Fueron estas que los Romanos cederian las cinco provincias que poseían mas allá del Tígris, y la generosa ciudad de Nisibe, y otras muchas fortalezas, siendo libres los habitantes de retirarse: que abandonarian para siempre al rey de Armenia y que mantendrian con los Persas una tregua de treinta años.

Pero ni aun con esto quedó segura la retirada, que tenia que hacerse en las pocas naves que se habian librado de la insensata órden de Juliano. Muchos soldados no pudiendo sufrir la lentitud del trasporte, intentaron atravesar el rio en balsas unos, otros en odres, y otros á caballo; y por estas razones y por la contínua molestia que les causaban los Árabes, perecieron tantos como en una batalla campal. Pasado el rio, hallaron nuevos peligros al atravesar las llanuras de la Mesopotamia y el inhabitable desierto de setenta millas en que no habia ni yerba ni una gota de agua: de modo que el hambre y la fatiga señalaban con cadáveres la horrible huella del ejército, hasta que halló refugio en Nisibe.

Ya los habia precedido en el imperio la noticia de la muerte de Juliano oída con impetus de dolor y de alegría. Los grandes preparativos, el valor del emperador, los augurios y la confianza en la fortuna romana tenian tan satisfecha la confianza de muchos, que aun el no tener noticias del ejército no hacía imaginar sino triunfos. Cuando se supo la verdad, los de Cárres apedrearon al desgraciado nuncio: pesaba á todos los buenos ciudadanos aquel tratado en que se estipulaba la primera cesion legal (1) que hacía el imperio y que desguarnecia las fronteras. Sobre todo fué deplorable la suerte de los habitantes de Nisibe, obligados despues de dar tantas pruebas de valor y de padecer tanto á escoger entre la servidumbre persa ó el destierro. Suplicaban al emperador que los dejase combatir aun, diciendo que despues de haber sostenido la libertad con su propia sangre, se entregarian de nuevo á Roma; pero él no consintió, alegando la santidad del juramento, y mandó que en el término de tres dias desocupasen la ciudad. Aquellos infelices, cuya desolacion es mas fácil imaginar que describir, se refugiaron en Amida, que pronto se elevó y llegó á ser capital de la Mesopotamia. Lo mismo sucedió en las demas fortalezas y en las cinco provincias.

El lábaro puesto en la bandera á la cabeza del ejército anunciaba que se habia restablecido el culto del verdadero Dios: y Joviano mandó á los prefectos que reuniesen á los fieles en las iglesias y les asegurasen su proteccion.

La idolatría, que habia renacido por obediencia ó por condescendencia para con Juliano, cayó para no volverse á levantar; cerráronse voluntariamente los templos, cesaron los sacrificios, y los filósofos se despojaron de la barba, depusieron el manto y se callaron. Libanio, elogiador de las primeras victorias de su héroe, cuando supo su fin quiso matarse, pero pronto comprendió que los dioses le reservaban el honor de pronunciar su oracion fúnebre, como lo hizo. « ¡Oh desgraciados agricultores, decia en » ella, cómo os arruinarán los mismos que de- » bian protegeros! ¡Cómo disminuye el poder » del Senado para no quedar mas que un vano » ídolo! Gemidos de los infelices oprimidos, » en vano resonaréis en el aire. Respirad, Cel- « tas; bailad, Escitas; Sauromatas, cantad al » dios Pan, porque se ha roto vuestro yugo y » ya sois libres. » Y sigue despues, sin consideracion ninguna á su sucesor, atribuyendo su muerte á los Galileos, y haciendo ver la necesidad de vengarla. « ¡Oh implacables » hados! ¡Oh dioses crueles! ¿Por qué habéis » herido con tan bárbara muerte la gloria » del mundo? ¿Cómo no os conmovieron su » ingenio, su divina elocuencia y su inefa- » ble justicia? Hubo un tiempo en que supu- » sieron los poetas que la justicia abando- » nando la tierra habia volado á los cielos: » nosotros, que tenemos hoy á la vista tal » prueba de vuestra crueldad, ¿no podrémos » creer que la justicia, habiendo abandonado » los cielos, no existe ya en ningun sitio (1)? »

Lisonjeábase de que el arrojo de ensalzar á Juliano y á los dioses le pondria en peligro; pero al contrario, Joviano respetó hasta á los pontífices de su predecesor, y tenemos el gusto de decir que los Cristianos no vengaron la soberbia y opresion pasadas sino con una alegría, que en rarísimos casos traspasó los límites de la caridad. San Gregorio Nacianceno recitó dos oraciones, que comparadas con

(1) Añádese legal para moderar la asercion de los enemigos de Joviano, especialmente Amiano y Eutropio, que dicen fué el primero que cedió un palmo de terreno al enemigo. Adriano había abandonado un país mayor que este; Aureliano las tierras conquistadas por Trajano mas allá del Danubio; Diocleciano la extensa comarca que confina con la Etiopia y el Egipto; y ya ántes Tiberio las conquistas de Druso.

(1) *Ep.* 396.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las de Libanio manifiestan que habia por una y otra parte pasiones y preocupaciones, pero que respiran una vigorosa elocuencia y consejos llenos de moderacion. « ¡Pueblos, oid mis » palabras; cuantos habitáis la tierra, escuchad » mi discurso; á todos os llamo como desde » una montaña situada en medio del mundo, » desde la cual resonase mi voz hasta las » extremidades del universo!... El que ha » muerto no es rey de los Amorreos, ni Og, » rey de Basan, débiles príncipes que oprimian la pequeña tierra de Judea; sino la tortuosa serpiente, el apóstata, aquel peregrino » ingenio, aquel azote de Israel y del mundo, » cuyo furor dejó por todas partes profundas » huellas, cuya insolente lengua osó levantarse » contra el Altísimo.... Reanimáos, cenizas del » gran Constantino; y si en la tumba conservas algun sentido, escucha, alma heróica, » mis palabras. Levantáos á mi voz todos los » que gobernásteis el imperio, fieles siervos de » Jesus. ¡Oh! ¡Cuánto se engañó el príncipe » que superó la gloria de sus antecesores (1), » cuánto se engaña en la eleccion de su sucesor! Siendo Cristiano, alimentaba sin conocerlo el mas encarnizado enemigo de Cristo, » y su ciega y engañada beneficencia se derramaba sobre el que ménos lo merecia entre todos los hombres. Así todo lo que se » llama poder, ciencia del siglo, procede á » ciégas, y cuando se aleja de la verdad va » pronto ó tarde á estrellarse contra esta. »

Aquí manifiesta cuán insensato era el designio de Juliano de destruir una religion, cuya aparente locura habia vencido á los sabios del mundo, y habia sido sellada con la sangre de tantos mártires, con tantas virtudes de solitarios, tantos milagros y tanto desprecio de los goces terrestres. Despues añade : « No conocia, con toda su perspicacia, que si las persecuciones anteriores habian producido tumultos pasajeros, el Cristianismo dominante no podia ya abatirse sino trastornando todo el imperio, suscitando espantosas revoluciones, y exponiéndole á calamidades tales que apénas se atreverian á figurárselas los enemigos mas encarnizados del nombre romano. »

Exhorta luego á los Cristianos, ya que están libres del peligro, á que manifiesten su júbilo, no con adornos corporales y magníficos vestidos, fiestas y manjares, sino con una alegría tranquila, con el consuelo interior de la pureza, con la luz de los santos pensamientos, y con el alimento espiritual; que no deseen vengarse de los gentiles, sino vencerlos en dulzura, no haciendo que padezcan lo que hicieron padecer, sino dejando el juicio á Dios y que los gritos del pueblo en las plazas y en el teatro los convenza de que están engañados (2). Acordándose despues de los herejes, dice : « ¿Por qué en esta » alegría de familia falta una porcion del re- » baño? ¡Pluguiese á Dios que todo él se » encontrase reunido! No há mucho que con » nosotros cantaban himnos puros y gratos á » Dios; confundidos en nuestras órdenes solo » éramos distintos por nuestros homenajes : » ¿pues cómo ahora de un golpe se han » alejado para cantar en otra parte separados » de nuestras reuniones? ¿Cómo la alegría » concorde y el triunfo comun no les inducen » á venir á celebrarlo con nosotros? La cari- » dad modera los lamentos que el celo podria » suscitar, y la esperanza de su vuelta al gremio » aminora la aspereza de los improperios que » pudiéramos dirigirles. Miembros dañados, » pero siempre caros, si ahora desprecian el » cuerpo de que se han segregado, acordémonos « de que ántes estuvieron unidos á él (1). »

Joviano no se separó de esta moderacion; volvió la inmunidad á las iglesias, al clero, á las viudas, á las vírgenes sagradas; prohibió que se violentase ú obligase á estas al matrimonio y volvió á llamar á los obispos; pero no por esto persiguió á los idólatras, y si bien prohibió la magia y las supersticiones, dejó libre el ejercicio del politeísmo. Alabóle por esto Temistio en un panegírico, en el cual se encuentra este importante pasaje relativo á una de las cuestiones mas arduas de política y filosofía : « Tu desvelo y amor á los hombres » se manifiesta primeramente en el cuidado que » has puesto en establecer la religion. Tú solo » has comprendido que los monarcas no pueden » obligar en todo á sus súbditos, que hay cosas » á que no alcanzan la autoridad ni la fuerza y » en que no influyen las órdenes ni las ame- » nazas. Tal es la virtud, y principalmente la » piedad para con los dioses y la religion, en » la cual para que no degenere en puras apa- » riencias, es preciso que el príncipe deje que » cada uno siga el impulso voluntario de su » alma. Si no puedes conseguir con las leyes » que uno te ame contra su corazon, mucho » ménos podrás hacerle piadoso ó religioso. El » que tiembla ante los decretos de los hombres » obedece á una pasajera necesidad, y el débil » terror que un tiempo produce, otro le borra. » Es ciertamente una culpa el no dar culto á » Dios; y nosotros nos dejamos vencer por la » fuerza, y mas inconstantes que el Euripo en » mudar de religion, nos presentamos en los » templos, al pié de los altares y en los ban- » quetes sagrados. Pero no hiciste tú así, di- » vino emperador; sino que como cabeza actual » y perpétua del imperio, declaraste libres por » las leyes las cosas religiosas y las concer- » nientes al culto de la Divinidad (2), siguiendo » en esto el ejemplo de Dios que dando á todos » los hombres una inclinacion natural hácia

(1) Alabanza muy poco conveniente á Constancio.
(2) *Orat.* III y IV.

(1) Primera orac. contra Juliano.
(2) Esta ley no se encuentra en el código Teodosiano, pero se cita aquí de una manera absoluta. Los escritores eclesiásticos tambien la pasan por alto, del mismo modo que Temistio calla aquí el restablecimiento del Cristianismo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» la religion, dejó al arbitrio de cada uno la » manera de darle culto. El que en esto em- » plea la fuerza, usurpa un derecho concedido » por Dios mismo. Las leyes de Cheaps y de » Cambíses apénas duraron tanto como ellos : » la sancion de Dios y la tuya serán eternas, » porque cada uno puede escoger libremente » el camino que le convenga para llegar á la » piedad. Ni confiscaciones, ni suplicios, ni el » fuego destruirán este derecho, porque nuestros » cuerpos están á tu arbitrio y puedes matarnos, » pero las almas saldrian fuera llevando su » conciencia libre, aunque se nos escapase de » los labios alguna confesion... Esta ley no es » de menor importancia que el tratado con los » Persas, porque si el tratado nos hace vivir » en paz con las Bárbaros, la ley desvanece » entre nosotros todo motivo de tumultos y » disensiones (1). »

Aplaudir la tolerancia es de débiles; y en efecto, parece que los gentiles nunca estuvieron dispuestos á morir por conservar la fe en sus creencias; pero estas palabras prueban que no existieron las persecuciones de que algunos acusan á Joviano. Rodeado de los obispos de las diferentes sectas, deseoso cada uno de convertirle á la suya, se declaró por los Católicos, honrando á Atanasio que ya septuagenario salió de la oscuridad para ascender á su sede, y yendo á visitar al nuevo emperador le afirmó en su creencia y le predijo largo reinado.

Pero no debia ser profeta. Á pesar de estar las tropas debilitadas por haber andado en siete meses mil quinientas millas de malísimo camino, quiso no obstante Joviano llegar pronto á Constantinopla para prevenirse contra cualquier competidor; pero no bien fué reconocido por todo el imperio, cuando una noche murió, unos dicen que de intemperancia, otros què de asfixia, y otros que por traicion, despues de un reinado de siete meses y veinte dias.

Muerte de Joriano, 17 de febrero 364.

CAPÍTULO IX

Valentiniano y Valente.

Por diez dias estuvo vacante el imperio, hasta que habiendo llegado el ejército á Nicea, y habiendo Salustio rehusado por segunda vez el mando, le confirieron los jefes á Valentiniano, natural de la Panonia, de gran destreza, valor y hermosa presencia, cualidades convenientes á un jefe electivo. Soldado desde sus primeros años, vigorizó su cuerpo con el ejercicio y la templanza; pero descuidó su espíritu, si bien era rico en natural elocuencia. Al entrar con Juliano en un templo gentil, el sacerdote que con unas hojas asperjeaba agua bendita, salpicó de ella el manto de Valentiniano, el cual abofeteó al idólatra, desgarró el manto profanado, y como el emperador le mandase sacrificar ó retirarse, no dudó en hacer esto último.

(1) Temistio. *Oral.* V.

El emperador le relegó á la Tebáida, so pretexto de otras culpas; pero muy pronto le devolvió su gracia y le empleó ventajosamente en la guerra pérsica. De vuelta de esta, sin haberlo ambicionado ni solicitado, fué elevado al imperio á los cuarenta y tres años de edad.

Conviene hacer aquí dos observaciones : la primera es que Joviano y Valentiniano fueron elegidos, no por todo el ejército, sino por los jefes, y presentados despues á la aclamacion de este; porque compuesto el ejército en su mayor parte de Bárbaros mercenarios ó de alistados forzosos, poco le importaba la persona del que obtenia el imperio; y así se abrió la puerta á la intriga en las elecciones. La segunda observacion es la perfidia que se introdujo en las estipulaciones, arrojándose la máscara de la antigua legalidad; de lo cual tuvieron la culpa en parte la índole de los Bárbaros con quienes se combatia, y en parte la depravacion política del Estado, síntoma y causa de la última decadencia.

Así como la exaltacion de Joviano al imperio no se hizo sino despues de quemar las víctimas, así la de Valentiniano se suspendió hasta que pasase el infausto dia bisestil ; y despues fué recibido con general contento. Conociendo la necesidad de que en tan vasto imperio hubiese por lo ménos dos jefes, pidió el ejército que el emperador eligiese un colega. Un valiente oficial le dijo : *Si piensas en ti, solo elige á tu hermano; si en la patria, al mas digno.* No se ofendió por esto Valentiniano, pero dió el título de Augusto á su hermano Valente, de edad de treinta y seis años, débil y tímido, falto de todo mérito, si se exceptúa el de amar á su hermano.

26 de febrero. 364.

Valente. 8 de marzo.

Dividiéronse el domínio en Naiso los dos emperadores, tocándole al menor las prefacturas de Oriente y al mayor las de la Iliria, Italia y la Galia, esto es, cuanto se extendia entre los confines de la Grecia, la muralla Caledonia y el monte Átlas, conservándose la antigua administracion y estableciéndose solo guardia doble y doble corte, una en Milan y otra en Constantinopla.

Valentiniano dirigió sus primeros cuidados á reformar la administracion, invitando á todos á que expusiesen sus quejas : de las cuales vinieron gran número contra los ministros que habian abusado de la credulidad y de la supersticion de Juliano; y Máximo y otros pagaron sus culpas con multas y tormentos.

En el discurso que dirigió al Senado de Constantinopla hizo Valente comprender la gran fortuna que es para los súbditos el tener príncipes adecuados léjos de la molicie fastuosa y de los aduladores, entre sufrimientos y temores; y que hacen mas daño á un Estado los delatores que los ataques de los Bárbaros (1). Pero aunque tenia intencion de poner en práctica sus

(1) Nos informó de ello Temistio en la oracion que le dedicaron en respuesta, intitulada : *Los hermanos amigos.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Rebelion de Procopio.

hermosas palabras, fué interrumpido por una rebelion. Procopio, tribuno ó notario de Juliano, habia sido indicado por el ejército como digno sucesor de este, y Joviano le habia alejado encargándole del trasporte de los cadáveres y del cuidado de las exequias del difunto. Con una obediencia inmediata habia hecho desaparecer toda sospecha y vivia privadamente en el campo en Capadocia, cuando los dos nuevos emperadores mandaron arrestarlo. Huyó Procopio y se refugió en el país del Bósforo, donde estuvo oculto, hasta que cansado de vivir en el temor, se decidió á pretender el trono. Entró en Constantinopla de incógnito para todos ménos para un eunuco y un senador, y dióle esperanza el descontento que excitaban en el pueblo el débil y tosco Valente y su avaro suegro Petronio, patricio que queria exigir tributos que no se cobraban desde tiempo de Aureliano. Los soldados que marchaban de las Galias contra la Persia, que amenazaba de nuevo á los Romanos, en memoria de Juliano quisieron favorecer á Procopio, que fué aclamado Augusto y llevado en medio de las armas al tribunal, al Senado y al palacio.

28 de setiembre. 365.

El pueblo de Constantinopla, que no estaba acostumbrado á las rebeliones, guardó un silencio que podia muy bien desanimar á Procopio. Aunque no tenia bastante fuerza para sostener su empresa desde el primer momento, la adulacion, la imitacion, la venganza y la novedad atrajeron á su causa á todo el pueblo; declaráronse tambien de pronto en su favor los Godos auxiliares; fueron sometidas la Bitinia, el Asia y Cizico; las tremendas legiones de los Hercúleos y de los Jovianos enviadas á combatirle se pasaron á sus banderas; el Persa Hormísdas fué nombrado procónsul, y Faustina, viuda de Constancio, poniéndose con su hija en manos del emperador, santificó su causa á los ojos de cuantos veneraban la prosapia de Constantino al lado del oscuro Panomio.

366.

Asustado Valente pensaba deponer la púrpura; pero disuadido por sus oficiales, conciliόse primero los ánimos restituyendo á Salustio la prefectura del Oriente, y sostenido despues por los veteranos, redujo muy pronto á la nada la efímera prosperidad de Procopio, que vencido en dos batallas fué vendido y decapitado.

Dió lugar esta rebelion á muchos procesos (1), y á otros la magia, contra la cual los dos hermanos que gobernaban habian publicado severas leyes. Siempre los Romanos habian temido y consultado á los magos y hechiceros, capaces de trastornar el órden de los elementos, inspirar amor ú odio, advinar el porvenir, consumir lentamente la vida, y muy hábiles ademas para suministrar venenos y remedios para abortar. La fe en los adivinos debia haberse aumentado, porque siendo electivo el imperio, nacia en muchos el deseo de ocuparlo, y por lo tanto de interrogar al porvenir sobre sus esperanzas, y porque los filósofos habian mezclado con las creencias nacionales las persas y las doctrinas teúrgicas de los neoplatónicos. En Antioquía dos adivinos habian echado suertes para saber quién sucederia en el imperio. Formaron con ramas de laurel un trípode á imitacion del de Délfos, y despues de haberle consagrado por medio de encantamientos, pusieron encima de él una cubeta compuesta de muchos metales que tenia grabadas en el borde las veinticuatro letras del alfabeto griego : aproximóse al trípode un hombre vestido y calzado de lana con la banda en la cabeza y la verbena, el cual, despues de haber hecho las invocaciones, suspendió de un hilo sutilísimo un anillo que oscilando sobre la cubeta tocó las cuatro letras T E O D.

Sabida la superticiosa señal, condenó Valente á muerte á varios Teodoros, Teodosios, Teodotos, Teódulos y otros de nombre semejante, y ademas á algunos acusados de encantamientos, entre ellos á Máximo, consejero de Juliano, y mandó arrojar á las llamas un sinnúmero de libros. Cuando empezaron las pesquisas contra estos hombres, llenáronse los tribunales de delaciones, y las prisiones de acusados, de los cuales pocos eran los absueltos, y los mas pagaban en el patíbulo un delito las mas de las veces imaginario. Multiplicáronse tanto los procesos, principalmente en Roma y en Antioquía, que los soldados que custodiaban las prisiones declararon que no eran estas bastantes para contener tanta gente.

Maximino, prefecto de los víveres en Roma, habia sabido por su padre, hábil adivino, que llegaria á obtener una gran dignidad desde la cual pasaria al patíbulo. Sin temer la segunda parte de su prediccion, trató de que saliese verdadera la primera, persiguiendo precisamente á los que como él creían en las artes mágicas; y varones clarísimos fueron condenados á muerte por su causa despues de padecer el ilegal tormento. Atendiendo á los lamentos del Senado puso fin Valentiniano á la matanza, pero Maximino alcanzó favores y la prefectura de la Galia, que disfrutó hasta que Graciano le condenó á muerte en el año 376.

Apénas subió al trono Valentiniano, dió una muestra de su firmeza, declarando á los soldados que si bien habia estado en sus manos ántes de elevarlo al poder el dejarle en su nativa oscuridad, estaba entónces en las suyas el exigirles obediencia. Debemos perdonar su presuncion que le hacía despreciar en las cosas de la

(1) Los historiadores aseguran que fueron exterminados todos los amigos de Procopio. Temistio, en el panegírico περὶ των ἠτυχηκότων, decia al emperador : Perícles pudo gloriarse ante los Atenienses de haber terminado sus enemistades; pero tú sufriste injurias tan grandes como él, y te mostrate mucho mas clemente; y conseguiste doble victoria, no solo humillando á los enemigos, sino dominando á los que combatian contigo, venciendo la cólera que habia suscitado en ellos la sedicion; tu valor domó la fuerza de los primeros, y tu dulzura calmó las pasiones de los tuyos; conocíste que un mal interno no debe curarse como una guerra exterior, etc., etc. » Tambien Labiano dice que Valente conservó á los amigos de Procopio y no mostró resentimiento alguno contra la ciudad de Constantinopla, que en los doscientos cuarenta dias de la usurpacion le habia ultrajado con libellos y decretos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

guerra los consejos de sus oficiales en gracia del valor con que supo proteger el imperio, y la ciega confianza que puso en sus ministros por su mucha ignorancia. *Matadlo*, era la ordinaria sentencia que pronunciaba en las acusaciones; y no lo hacia por propia seguridad, sino porque le habian dicho que debia ejercer la justicia; y cuanto mas condenaba, encontraba mas que le aplaudiesen. Deseaba un prefecto cambiar de mando, y el emperador dijo : *Vé, conde, y muda la cabeza á ese que quiere que se le cambie de provincia.* Un criado que soltó demasiado pronto un perro, y un artífice que construyó una hermosa coraza, aunque algun tanto falta de peso, fueron condenados á muerte; Didoro empezó un proceso contra un conde que se dirigia á la corte, y Valentiniano le hizo matar juntamente con los empleados que de oficio le habian obedecido. Irritado por los desórdenes que producian los exorbitantes impuestos, mandó que se cortase la cabeza á tres decuriones por cada ciudad de provincia. *Sírvase vuestra clemencia indicar lo que debemos de hacer donde no haya tres decuriones*, le preguntó el prefecto Florencio; y entónces revocó la terrible órden. Deleitábase en presenciar los tormentos y las ejecuciones; las personas mas crueles eran para él las mas queridas; y confirió á Maximino la prefectura de las Galias, porque habia causado grandes daños á las familias de Roma. Llamaba Inocencia y Mica Áurea á dos enormes osos que tenia siempre junto á su cuarto, á quienes cuidaba y acariciaba él mismo, les echaba malhechores para que los despedazasen, y cuando le pareció que Inocencia habia servido bastante, le devolvió la libertad de las selvas.

Con el colérico Valentiniano hacía contraste el tímido Valente, que en contínuo miedo multiplicaba los suplicios y dejaba á sus favoritos que se elevasen y enriqueciesen á mansalva. Pero cuando su diversa pasion no turbaba á estos príncipes, tomaban cuerdas disposiciones; en su vida privada tenian una modesta sencillez, sin cegarse por sus parientes, y dotaron de buenas leyes al imperio. Valentiniano prohibió que se expusiera á los niños; pagó un médico para cada barrio de Roma, con la obligacion de asistir gratuitamente á los pobres; prohibió á los abogados que recibiesen estipendio alguno, dejándoles la gloria de defender la inocencia, é impidiendo que en los pleitos se propasasen á decir injurias; dispuso que no se obligase á salir mas á la escena á los cómicos bautizados en peligro de muerte, y que no se hiciese á las hijas de las actrices seguir la profesion materna. Instituyó en la metrópoli de cada provincia escuelas para enseñar la retórica y gramática griega y latina, y sabemos que la de Constantinopla estaba compuesta de treinta y un profesores, á saber : un filósofo, dos legistas, cinco sofistas, diez gramáticos para el griego, otros tantos para el latin y tres oradores, y ademas siete anticuarios, que así se llamaban los copistas que proveían las bibliotecas de copias buenas de autores. Los estudiantes debian traer justificaciones de sus provincias nativas, inscribirse en los registros públicos, y no perder el tiempo en los teatros, convites, ni en el ocio. Estableció los defensores de las ciudades, abogados de los intereses de estas que podian hacer representaciones á los magistrados y aun hasta el trono (1).

Valente encontró insuficientes las rentas, no obstante que en el espacio de cuarenta años se habian doblado los tributos; pero pudo aligerarlos, economizando las profusas liberalidades; Valentiniano no tuvo escrúpulo ninguno en atacar á las propiedades de los mas ricos, atendiendo ménos á la justicia que á las necesidades del Estado.

Si bien fué Valentiniano celoso de su fe cuando el ser cristiano era peligroso, cuando fué emperador se manifestó tolerante con todas las religiones (2); separó de una sinagoga á una legion porque perturbaba el culto; dejó á los paganos ejercer en libertad sus ritos á excepcion de la magia y las supersticiones prohibidas por el Senado; concedió á los pontífices provinciales las mismas inmunidades que á los decuriones y los honores de condes; permitió que se renovasen los misterios eleusinos; y en los altares se vieron quemar víctimas, caminar por las calles las orgías de Baco, y hombres y mujeres vestidos de pieles de cabra destrozar perros y otras locuras de su culto.

Á fin de que el clero no degenerase con la prosperidad, dirigió Valentiniano un edicto á Dámaso, obispo de Roma, para que los eclesiásticos y monjes no frecuentasen las casas de las jóvenes y viudas; prohibió que los confesores recibiesen de sus hijas espirituales donativo, legado ó herencia alguna; y parece que despues se vedó á todas las personas del órden eclesiástico el aceptar testamentos ó legados, porque algunos abusaban de la confianza, especialmente con las mujeres, para defraudar á los parientes de su legítima herencia (3); y el lujo y la ambicion hacian que la silla pontificia fuese deseada por motivos muy distantes del celo religioso, y á veces adquirida hasta por la fuerza.

Por el contrario Valente, habiéndose hecho bautizar por Eudoxio, arriano y obispo de Constantinopla, se declaró por esta herejía y persiguió á los ortodoxos, hasta el punto de que habiéndose incendiado por accidente una nave en

(1) En el Código Teodosiano están estas leyes.

(2) « Hoc moderamine principatus inclaruit, quod inter religionum diversitates medius stetit, vel quemquam inquietavit, neque ut hoc cogeretur imperavit aut illud ; nec interdictis, minacibus subjectorum cervicem ad id quod ipse coluit inclinavit, sed intemeratas reliquit has partes ut reperit. » Esta asercion de Amiano Marcelino está confirmada por el Código Teodosiano donde Valentiniano dice : « Testes sunt leges a me in exordio imperii mei datæ quibus unicuique, quod animo imbicisset, volendi libera facultas tributa est. » Lib. IX, tit. 16, I, 9.

(3) « Pudet dicere. Sacerdotes idolorum, mimi et aurigæ et scorta hereditates capiunt; solis clericis ac monacis hac lege prohibetur. Et non prohibetur a persecutoribus, sed a principibus christianis. Nec de lege queror, sed doleo cur meruerimus hanc legem. » San Jerónimo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que viajaban ochenta eclesiásticos de Constantinopla, fué imputado este suceso al emperador. Hubiéranse renovado las persecuciones contra San Atanasio si el pueblo en masa no se hubiese levantado en su favor; pero apénas espiró este prelado cargado de años y de méritos, cuando llovieron en Egipto grandes males sobre los ortodoxos. Habiendo decretado Valente que fuesen sacados á la fuerza los muchos refugiados entre aquellos eremitas, y que escogiesen entre renunciar á todos los bienes temporales ó aceptar cargos de la vida civil, abusaron de esta órden sus ejecutores para obligar á los ermitaños mas robustos á alistarse en la milicia; y tres mil soldados enviados al desierto de Nitria, guiados por sacerdotes arrianos, derramaron la sangre de muchos de los cincuenta mil monjes que allí habia.

El puesto de campeon de la verdad que habia dejado vacante San Atanasio le ocupó Basilio, obispo de Cesárea, el cual con inflexible severidad sostuvo la verdad en presencia de Valente: y este, mas débil que convencido, no solo le conservó en su sede, sino que asistió á su misa y dotó el hospital que el santo habia fundado, principalmente para los leprosos.

Invasiones de los Bárbaros.

No le faltó á Valentiniano campo en que ejercitar su valor contra las naciones extranjeras, que casi de acuerdo invadieron el imperio. Los Austurianos devastaron el África Tripolitana, y mas que ellos la avaricia y crueldad de Romano, enviado á defenderla y que no queria ponerse en marcha hasta que no recibiese cuatro mil camellos, miéntras tanto dejaba que los enemigos devastasen á Léptis y á Oea. Tantas eran las vejaciones que ejercian los magistrados romanos, que Firmo, príncipe moro de gran partido, se rebeló y á la cabeza de un numeroso ejército recorrió la provincia africana, haciendo gran botin. El español Teodosio, padre del que despues fué emperador, le puso en tal apuro que despues de una obstinada defensa se extranguló; pero habiendo manifestado el vencedor que era preciso extirpar las raíces de aquellas sublevaciones reprimiendo los excesos de los prefectos, y principalmente de Romano, cayó en desgracia y fué castigado con la muerte.

376. El hijo de este valiente detuvo en la Bretaña las irrupciones de los Pictos, Escotos y otros pueblos septentrionales; añadió una provincia mas á las cuatro (1) de aquella isla; reprimió al usurpador Valentiniano, y al entregarlo á los magistrados no quiso que le obligasen á nombrar sus cómplices, por no verse en la precision de castigarlos.

Los Germanos, ofendidos por la escasez de donativos hechos á los embajadores mandados con las felicitaciones, se arrojaron sobre las Galias, y vinieron á batalla campal con los Romanos, matándoles á su general Severiano; pero los Bátavos, principal causa de la derrota, la repararon haciendo gran mortandad en los enemigos, que despues fueron derrotados enteramente junto á Metz por Joviano.

Valentiniano mismo penetró en el territorio de los Alemanes y el país que hoy forma el reino de Wurtemberg, los dorrotó sanguinariamente y pasó mucho tiempo junto al Rhin para animar á los soldados á la construccion de fuertes situados á lo largo del rio. Los Sajones, atravesando las inaccesibles lagunas de que estaba ceñido su territorio penetraron en el imperio; pero cogidos en medio fueron rechazados, y á pesar de la prometida seguridad, acometidos y destrozados. 365-70.

Valentiniano instigó á los Borgoñeses en contra de los Alemanes, enemistados con ellos por la posesion de unas salinas. Acercáronse los primeros en número de ochenta mil al Rhin; pero no habiendo querido moverse con ellos el emperador, se volvieron otra vez irritados, matando á los prisioneros que habian hecho. Teodosio cayó sobre los Alemanes, y apresó muchos de ellos, que fueron enviados como colonia al Po.

371. Habiendo construido Valentiniano en la Valeria puertos en el otro lado del Danubio en las tierras de Cuados, Gabinio, rey de estos, acudió en persona á pedirle que se guardase de aquella violacion del territorio de los conferados. Pero habiendo sido vilmente muerto, los Cuados, unidos con los Sármatas, devastaron la Iliria y derrotaron dos legiones romanas. Los Sármatas, vencidos por Teodosio el Jóven, pidieron la paz, y contra los Cuados se dirigió Valentiniano en persona, asoló sus tierras y les obligó á mandarle embajadores á Guntz en la Hungría implorando su piedad. Miéntras Valentiniano les hablaba con la cólera á que solia á veces abandonarse, cayó muerto, habiendo vivido cuarenta y cinco años y reinado doce. 372.

Muerte de Valentiniano I, 17 de noviembre. 375.

En Oriente tenia Valente otros Bárbaros á quienes combatir. Semejantes á los Bagaudas en las Galias y á los Limigantes en la Germania, los Isaurios en Oriente recorrian en gruesas bandas el país saqueándole, y entraron en la Panfilia y la Cilicia á hierro y fuego.

No dormia la Persia en este tiempo, ántes bien meditaba agregarse la Armenia y la Iberia que habian quedado indefensas por el tratado de Joviano. Sapor fingiéndose amigo, convidó á Arsáces, rey de la primera, á un banquete y le hizo matar cruelmente: despues dió el gobierno de aquella provincia á Cilax y Artabano. Tambien sustituyó con Aspacura á Sauromaco, rey de Iberia, puesto por los Romanos. La viuda de Arsáces acudió al emperador, que mandó restituir el trono á Para, hijo del muerto, pero sin declarar por esto la guerra á Sapor. Mas al saber que este habia invadido la Armenia, mandó un poderoso ejército, por el cual fué dividida la Armenia entre Sauromaco y Aspacura; y derrotado Sapor, tuvo que pedir nuevas treguas. Para fué convidado á comer por el genera romano, y en seguida asesinado como el rey

(1) *Britannia Prima, Secunda, Maxima Cæsariensis, Flavia Cæsariensis* y esta última *Valentia.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los Cuados por órden de Valente que temia sus artes mágicas ó su ambicion.

Para castigar á los Godos por haber favorecido al usurpador Procopio, despues de haberse preparado convenientemente contra una nacion tan temible, devastó Valente sus tierras por espacio de bastantes años, hasta que los obligó á pasar el Danubio, prometer que no atacarian mas al imperio; á ejercer solo en dos ciudades sobre aquel rio el comercio que tenian libre-
374 mente en todas, y á renunciar á los tributos anuales que recibian de los emperadores, excepto el estipulado con su rey Atanarico.

Pero no habia pasado mucho tiempo, cuando los Godos cayeron otra vez sobre el territorio romano, no ya guiados por el deseo de conquistar, sino por un impulso extranjero. Los Hu-
Invasion de los Hunos. nos, raza feroz, de que hablarémos dentro de poco, se arrojaron desde los alrededores de la laguna Meótides, sobre los Alanos, establecidos á orillas del Tanais, y los llevaron consigo en contra de los Ostrogodos, precedidos de tal espanto que eran llamados hijos del demonio. El gran Hermanrico, que habia sometido todos los pueblos que vagaban desde el Báltico al Danubio y desde el Vístula al Borístenes, se preparaba á resistirlos, cuando le dieron de puñaladas dos príncipes roxolanos para vengar á una hermana suya á quien habia mandado degollar en castigo de la rebelion de su marido. Desfallecido por las heridas dicen que se mató para no sobrevivir á su propia gloria. Entónces parte de los Ostrogodos, á las órdenes de Hunimundo, siguieron la suerte de los invasores; los demas con el rey Vitimiro opusieron resistencia, pero fueron derrotados con muerte de su rey. Safráces y Alateo, tutores del rey Viderico, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron con su gente á la otra parte del Borístenes, esperando unirse con los Visigodos y volver á recobrar lo perdido; pero estos, debilitados ya por discordias civiles, habian sido derrotados por los Hunos, y abandonaron á su valiente jefe Atanarico, que, defensor de la idolatría y de los ritos patrios, se retiró á los Carpacios.

Los demas, en número de doscientos mil guerreros, se presentaron en el Danubio, desde donde, perseguidos por sus victoriosos enemigos, enviaron á su obispo Ulfila (1) para pedir á Valente que los dejase establecerse en la Tracia, prometiéndole vivir tranquilos y aumentar los ejércitos romanos. Congratularon los aduladores al emperador porque adquiria tantos súbditos y defensores: por lo cual provistos de víveres fueron recibidos en aquel país con sus jefes Ablavivo y Fritigerno. Tambien en el año 1773 la China acogia ciento cincuenta mil familias calmucas, y en memoria de este hecho hacía grabar en mármol lo siguiente: *Nuestro gobierno es tan justo que naciones enteras atraviesan la Europa y el Ásia, recorren sesenta mil*is *para pedir que les dejemos vivir bajo nuestras leyes.*

La prudencia aconsejó á Valente una órden para que se quitasen por la fuerza los hijos á estos huéspedes peligrosos, y se enviasen á lo interior del Asia en rehenes; pero esta órden ingeniosa fué mal cumplida por la avaricia ó por la corrupcion de los inspectores, que se dejaban vencer por los ofrecimientos de esclavos ó de bestias y por la prostitucion de las mujeres y niños, ménos sensibles á los Bárbaros que separarse de lo que era para ellos tan querido. Hubiera convenido trasportar á aquel pueblo tan léjos del Danubio, que no pudiese apoyar á sus hermanos, que habian permanecido allí; pero el conde Lupicino y el duque Máximo, deseosos de ganar con venderles el grano, los dejaron establecerse en la Tracia. Allí, irritados del exorbitante precio y de la mala calidad de los víveres, principiaron á amotinarse; por lo cual mandó Lupicino que se alejasen del rio y los arrojó del país. Entónces Viterico, rey de los pocos Ostrogodos que no habian querido someterse á los Hunos, se acercó y exigió el paso del Danubio; habiéndosele negado Valente, le pasó á pesar suyo, y uniéndose á Fitigerno y Ablavivo, se dirigió hácia Marcianópolis, capital de la Baja Mesia.

Lupicino, que moraba en esta, convidó á los dos jefes á un banquete; pero habiendo impedido que les siguiesen sus tropas, principiaron estas á amotinarse, á pedir pan y á matar al que se las oponia. Lupicino en represalias hizo dar muerte á la comitiva de los dos jefes, por lo cual los Godos en el colmo del furor hubieran asaltado la ciudad si no les hubiese contenido el peligro de sus jefes. ¡Con tanta franqueza se conducia la política! Pero los Bárbaros habian aprendido ya este arte; los dos jefes persuadieron á Lupicino que los dejase presentarse á sus soldados para aquietarlos; consintió aquel embriagado, y ellos apénas se vieron libres saquearon el país y derrotaron á los imperiales.

Hacía ya algun tiempo que otra banda de Godos se habia establecido cerca de Adrianópolis, quizá alistados para la meditada expedicion contra los Persas. Al principio permanecieron tranquilos, pero habiendo recibido órden del emperador para retirarse al Helesponto y viéndose insultados por los paisanos, tomaron las armas, y unidos con Fritigerno sitiaron á Adrianópolis y devastaron la Tracia, aumentándose cada dia su número con los Romanos que huían de sus banderas ó de los exactores.

Valente, que observaba desde Antioquía los movimientos del rey persa, consternado con estas noticias, mandó ajustar la paz con la Persia á cualquier precio, y envió á los generales Profuturo y Trajano contra les Godos. El partido mas conveniente hubiera sido cerrarlos en la Tracia y reducirlos por hambre; pero en vez de hacerlo así, los atacaron cerca de Salice en

(1) Amiano dice que un sacerdote: Sozoménes dice Ulfila. Sin embargo, el célebre prelado de este nombre era obispo, no de los Visigodos, sino de los Godos que hacía algun tiempo habitaban la Mesia y que se llamaban tambien Mesiogodos. Los Visigodos no eran entónces Cristianos, de modo que el enviado sería algun prisionero.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Batalla de Salice. 377.

la Escitia Menor y tuvieron la peor parte. Aumentóse con esto el atrevimiento de los demas Bárbaros; los Alanos y los Hunos arrojaron á los Romanos de la Tracia; los Taifalos, temibles por su fuerza y sus costumbres, llegaron de otra parte; pero Frigerid, que acudió del Occidente, los derrotó cerca de Berea, y mandó muchos prisioneros á poblar los desiertos contornos de Reggio, Módena y Parma. Sin embargo, al año siguiente se desbordaron los Godos de la Tracia como un torrente sobre la Macedonia y la Tesalia; y habiendo saqueado los arrabales, tuvieron como bloqueada á Constantinopla.

Ademas Mavia, Romana, y que de sierva habia llegado á ser mujer y despues viuda de Obedino, príncipe etíope, se armó contra los Romanos, invadió la Palestina y la Fenicia, y llegó hasta los confines del Egipto. El supremo general de las legiones de Oriente se salvó á duras penas; de modo que Valente atemorizado pidió la paz, á que ella accedió con la condicion de que le entregasen un piadoso solitario llamado Moises, que nombrado obispo del Faran, difundió allí el Evangelio.

Estas derrotas, la pérdida de la Armenia, los saqueos de los Isaurios, y las devastaciones de los Godos, eran imputadas por unos al emperador, por otros al pueblo, y por otros á los generales, y tenidas por señales de la ira celeste contra los Arrianos ó contra los Católicos, segun las pasiones. Valente acudió en persona contra los Godos, y aspirando á la gloria de un triunfo, rechazó las proposiciones de Fritigerno, é hizo frente al enemigo cerca de Adrianópolis. Dióse una fiera batalla disputada con el valor antiguo; pero sucumbieron los Romanos, perdieron la flor de sus generales y al mismo emperador (1).

Muerte de Valente, 9 de agosto. 378.

Quedaba su sobrino Graciano, hijo y sucesor de Valentiniano, marido de la sobrina de Constantino. Pero á la muerte de Valentiniano, algunos, que ambicionaban gobernar el imperio bajo el nombre de un rey menor de edad, habian aclamado á un niño de cuatro años, hijo de Justina, segunda mujer del difunto, y hubiera podido ocasionarse una guerra civil, si el prudente Graciano no hubiese aceptado la eleccion, aconsejando á la emperatriz viuda que se estableciese con su hijo en Milan, miéntras él se encargaba del difícil gobierno de las Galias.

Estando allí, supo la irrupcion de los Godos en el imperio oriental, por lo cual se preparó para defender á su tio. Supiéronlo los Alemanes y pensaron invadir las Galias, de modo que Graciano tuvo que oponerles sus legiones, que en Argentaria en frente de Colmar usaron tan bien sus javelinas, que pusieron en derrota y destrozaron á los enemigos, matando á su general y arrojándolos del país.

Apresuróse entónces Graciano á socorrer á su tio, y le mandó á decir que se abstuviese de cualquier movimiento hasta su llegada; pero él no lo escuchó, y fué vencido y muerto. Envalentonáronse los Godos; pero cuando trataron de atacar á Adrianópolis, donde se habian puesto de nuevo los tesoros imperiales, fueron rechazados por el resto del ejército, por la desesperacion de los ciudadanos y por una partida de Árabes que servia al emperador: y cargados de botin, volvieron del Bósforo á los montes, inundando la indefensa region hasta los confines del mar Adriático y de la Italia.

Los jóvenes Godos esparcidos en rehenes en las ciudades del Asia, habiendo llegado ya á la edad viril y oyendo los triunfos de sus padres, podian querer secundarlos, y encender la guerra en el imperio desde el Helesponto al Eufrátes. Estando vacante el imperio, Julio, supremo general de los ejércitos, para buscar un remedio á esta tempestad, reunió el senado de Constantinopla, el cual, para justificar su atrocidad, evocó una fórmula de aquella república de que no se acordaba en ningun otro caso, y decretó: *que hiciese de modo que la república no sufriese detrimento*. Julio resolvió, pues, que en un dia determinado se reuniesen aquellos jóvenes en la capital de su respectiva provincia para recibir un donativo; pero aquel dia fueron degollados en todo el Oriente. Con esta sanguinaria vileza creía librarse el imperio de sus enemigos.

CAPÍTULO X

Teodosio.

Graciano, con sentimientos mas generosos y con sincero deseo del bien público, encontrándose señor del mundo á los diez y nueve años, tuvo la virtud suficiente para conocer que era incapaz de soportar este peso. Tenia el imperio delante un millon de Godos, ensoberbecidos con la muerte de cuarenta mil guerreros, y con las armas y caballos cogidos en una victoria tan señalada, que un capitan suyo dijo: *Estoy cansado de matanza; y me maravillo mucho de que un pueblo que huye delante de nosotros como un rebaño de ovejas, se atreva aun á disputarnos el poder y las provincias* (1). Á la espalda se agitaban los Germanos amenazando á las Galias, movíanse los Persas á un extremo del mundo y los Escoceses al otro, convencidos ya con muchas pruebas de que podia vencerse á Roma y encadenar y matar á sus emperadores.

Graciano, pues, determinó elegir un colega, no un niño á quien el acaso hubiese hecho nacer en la púrpura, sino un hombre de prendas

(1) Aquí tenemos que abandonar con gran sentimiento á Amiano Marcelino, último súbdito de Roma que escribió en latin una historia profana. Así concluye: « Hæc ut mulis quondam et græcus a principatu Cæsaris Nervæ exorsus, adusque Valentis interitum pro virium explicavi mensura numquam ut arbitror, sciens silentio ausus corrumpere vel mendacio. Scribant reliqua potioris ætate, doctrinisque florentes. Quos id si libuerit, agressuros, procudere linguas ad majores moneo stylos. » Presentia el imperio del gran Teodosio.

(1) San Juan Crisóstomo ap. TILLEMONT, *Hist. des Emp.* V, 152.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

capaces de dominar la gravedad de los sucesos. Con este objeto puso los ojos en un desterrado, en un hombre ultrajado que ne ambicionaba ni soñaba con el trono. Ya hemos nombrado mas de una vez á Teodosio, Español, que llevó las armas de Valentiniano á triunfar en el Asia y en la Bretaña, y á quien la envidia quitó los grados y despues la vida. No habia descuidado este la educacion liberal de su hijo, llamado tambien Teodosio, miéntras le enseñaba con el ejemplo la disciplina militar. Muchas ocasiones tuvo el jóven Teodosio de manifestar su valor contra los mas diversos enemigos; y habiendo llegado á ser en las acciones de guerra valiente sin par, fué enviado á gobernar la Mesia, que libró de los Sármatas. La envidia de la corte no le perdonó; y cuando fué muerto su padre, se retiró á su patria, empleando el tiempo entre los cuidados de ciudadano y la tranquila administracion de un vasto patrimonio en Cáuca, entre Segovia y Valladolid, gozándose en sus tres hijos, Arcadio, Honorio y Pulqueria (1).

379. 19 enero. Allí oyó el Cincinato de la Roma decrépita la voz de Graciano que le llamaba primero á pelear en defensa del imperio y despues á participar del trono, creyendo tanto en su virtud, que no temió que pospusiese el bien público á la venganza doméstica. Cumplia entónces treinta y tres años, y el pueblo, que admiraba su varonil belleza y su majestad dulcificada por la gracia, recordaba con placer que era de la misma patria que Trajano y Adriano, á quienes se esperaba que imitase.

Diéronse á Teodosio las provincias que habia gobernado Valente y ademas la Dacia y la Macedonia: Graciano se reservó las Galias, la España y la Bretaña; quedando obedientes en el nombre al niño Valentiniano II la Iliria Occidental (2), la Italia y el África.

El desaliento que habia infundido en los Romanos la derrota de Adrianópolis era mayor que el daño, y hacía considerar como inevitablemente perdido un imperio en que abundaban medios de reparar desastres mucho mayores. Mas para no presentar á un enemigo ensoberbecido tropas desanimadas, estableció Teodosio sus cuarteles en Tesalónica, desde donde podia observar á los Bárbaros y dirigir las operaciones de sus lugartenientes. En seguida reforzó las guarniciones, fortificó las ciudades, y restableció el órden, la disciplina y el valor con pequeños ataques dirigidos solo á demostrar que no eran invencibles los Bárbaros.

Teodosio, hombre perspicaz, habia comprendido muy bien que un pueblo entero no podia mantenerse mucho tiempo unido formando ejército; y en efecto, á la muerte de Fritigerno los enemigos se dividieron en partidas, destruyendo en el país todo lo que no podian llevarse, y preparándose su futura ruina con instantáneos triunfos. Pronto se agitó tambien entre ellos la discordia, quedando los intereses especiales de cada tribu mal subordinados al único pensamiento de la conquista. Modar, príncipe de la sangre de los Amalos, se pasó á los Romanos, y teniendo un mando importante, atacó de improviso á sus compatriotas, y despues de haber hecho en ellos gran destrozo, volvió al campamento con inmenso botin y cuatro mil carros. Entónces los restos del ejército de Fritigerno se unieron voluntariamente á Atanarico, el cual habiendo permanecido hasta entónces espectador de la lucha, salió de su refugio; pero en vez de llevar á los Godos á nuevas batallas, escuchó las proposiciones de Teodosio, que habiéndole salido al encuentro muchas millas, le condujo á Constantinopla, tratándole con amistosa magnificencia. ¡Cuánto enojo no debió causar á los elogiadores de los tiempos antiguos el ver inclinarse la majestad del imperio ánte un Bárbaro! No cesaba este de admirar á Constantinopla y decia, que verdaderamente el emperador de los Romanos era un dios terreno, y se hacía reo de muerte el que alzase la mano contra él (1).

Allí murió el rey godo, y Teodosio honrándole con esplendidísimas exequias, se ganó la voluntad de los Godos de tal manera que se alistaron en sus banderas, y siguiendo su ejemplo todos les jefes de partidas, se apresuraron á celebrar pactos particulares. Así aquellos que cuatro años ántes amenazaban el imperio, le prestaban á la sazon apoyo con sus armas.

Tambien los Ostrogodos, deseando nuevas aventuras, habian abandonado las provincias del Danubio, y despues vuelto á ellas, hasta que pensando atravesar otra vez el rio, el general romano introdujo entre ellos, por medio de traidores, gente que atacó su campo desprevenido. Salieron todos en la oscura noche en barcas formadas de un solo tronco (2), pero cuando mas oprimidas estaban estas en la playa, se encontraron con una triple fila de naves encadenadas entre sí, que detuvieron su fuga, miéntras algunas galeras impulsadas por la corriente y los remos echaban á pique aquella escuadrilla, y daban muerte al rey.

Pidieron gracia los vencidos, y Teodosio, dominando en todas partes á aquella gran nacion, la distribuyó en numerosas colonias, en Tracia, Frigia, Didia y en otros fértiles países casi desiertos, eximiéndola de los tributos y suministrándole bestias y grano. Unidos allí los Godos

(1) Es excelente la obra del P. ERASMO MÜLLER. *De genio, moribus et luxu sæculi theodosiani.* Copenhague, 1798, 2. t.
Véanse tambien TTUFFKEN. *De Theodosii magni in rem christianam meritis.* Lovaina, 1728. — FLECHIER, *Vie de Théodose,* 2 tomos en 12°.

(2) Desde entónces quedó dividida la Iliria en Oriental y Occidental; á la primera pertenecia la Macedonia, el Epiro, la Tesalia, la Acaya, Creta y las islas, la Mesia Inferior, la Dardania, la Dacia de este lado del Danubio: á la Occidental la Mesia Superior, la Suabia, las dos Panonias y las dos Noricas.

(1) JORNÁNDES, c. 28.

(2) Μονόξυλα ZOSIMO IV. CLAUDIANO *in* IV *cons. Honor.* 623.

Ausi Danubium quondam tranare Gruthungi
In lintres fregere nemus; ter mille ruebant
Per fluvium pene cuncis immanibus alni.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en pueblos, conservaron su lengua, sus costumbres y su ruda libertad, reconociendo la supremacía del emperador, pero no la jurisdiccion de las leyes y de los magistrados. No tenian rey; los jefes de las tribus y de las familias mandaban en tiempo de paz y de guerra; y á las órdenes de generales nombrados por el emperador, daban cuarenta mil auxiliares al ejército, con el nombre de federados que se distinguian por sus collares de oro, gruesa paga, y grandes privilegios.

En su nueva patria, el Cristianismo difundió entre ellos la civilizacion; se dedicaron á la agricultura, y Ulfila, natural de Capadocia y obispo suyo, acomodó el alfabeto griego á su lengua, á la cual tradujo el Evangelio, aunque difundió el arrianismo en su nacion.

Los Godos querian á Teodosio, como si lo bien que con ellos se portaba fuese por amor á su pueblo (1). Dolíanse de estos los Romanos, pero se resignaban reflexionando sobre la desolacion de la guerra, la imposibilidad de expulsar aquellas tribus, la esperanza de que se dulcificasen sus costumbres con la civilizacion y la religion, y la satisfaccion de verse defendidos por brazos extranjeros.

¡Cuántas veces fueron enagañados los pueblos en sus mas sagrados intereses con estas palabras de paz y seguridad! Fácil era á los pensadores conocer que con esto olvidaban los ciudadanos el servicio militar, presentándose desnudos á las invasiones extranjeras ó á las rebeliones domésticas. Teodosio recibió un gran auxilio de los Godos en las guerras; pero ¿qué confianza podia tenerse en gente que por interes ó ligereza desertaba entónces mismo y saqueaba las provincias amigas, y que en tiempo de paz manifestaba con su orgulloso porte el desprecio con que el hombre sin educacion mira al que es inferior á él en fuerza? Entre los mismos Godos federados, algunos, inclinados á la quietud y fidelidad, tenian por jefe á Fravita, jóven de generosos sentimientos y de blandas costumbres, miéntras el feroz Priulfo excitaba á los suyos á tomar partidos extremos, pretendiendo la omnipotencia de la espada. Convidados por Teodosio á una fiesta olvidaron entre los vasos el respeto, y pasando de las palabras á los hechos, Fravita mató á Priulfo; hubiera sido víctima de sus soldados, si no le hubiesen defendido los imperiales.

Pero dos valerosos emperadores guiaban la fortuna romana, Graciano suspendió las persecuciones de los arrianos en todo el Oriente, proclamando la tolerancia de todas las creencias cristianas (2); protegió las letras, y las cultivó él mismo hallando tiempo en medio de las guerras para cantar las hazañas de los héroes, y tocar la lira con la mano acostumbrada á manejar la espada (1). Concedió el consulado y una toga, como la que se ponian los emperadores en el triunfo, á su maestro Ausonio: y conservó perpétua amistad con San Ambrosio, obispo de Milan. Pero el fin de su reinado no correspondió á sus buenos principios. Muertos aquellos que le habian educado en el bien, le extraviaron indignos cortesanos; ya se perdia en disputas con los obispos, cuya intolerancia secundaba algunas veces, ó ya disipaba el tiempo y los tesoros en cacerías. Preferia mucho á un cuerpo de Alanos, porque eran habilísimos cazadores, y á ellos tenia encomendada su defensa, y muchas veces se presentaba á las legiones vestido y armado á la manera de los septentrionales. Disgustaba con esto á los soldados, cuyas murmuraciones no estaban reprimidas por el rigor, desconocido para Graciano, hasta que últimamente se sublevaron en la Bretaña. Máximo, favorito de Teodosio, compatriota y camarada suyo, no habiendo tenido honores que satisfaciesen su ambicion, fomentó el descontento, y habiéndose hecho aclamar emperador, dicen que pasó á las Galias con treinta mil soldados y cien mil paisanos. Valeroso, y digno del imperio si le hubiese pretendido por mejores medios, añadia cada dia nuevos defensores á su causa, abrazada tambien por los mas próximos á Graciano. Iba este huyendo de Paris á Lyon para entrar en Italia, cuando cayó en una emboscada, y fué muerto á la edad de veinticuatro años, despues de haber reinado diez y seis, contados desde que fué nombrado Augusto, y ocho desde que sucedió á su padre.

Rebelion de la Bretaña. 382?

Muerte de Graciano, 25 de agosto, 383.

Meltobaudo, rey de los Francos, y Valion, generales de Graciano, fueron los únicos condenados á muerte por el usurpador, que asociándose su hijo Flavio Victor, dominaba desde su residencia de Tréveris la España, la Galia y la Bretaña. Los muchos que habian emigrado de esta con Máximo, se establecieron en la Armórica, que entónces tomó el nombre de Bretaña (2).

Máximo envió su primer canciller á Teodosio justificándose de lo hecho, pidiéndole que le reconociera como colega suyo; y diciéndole que de lo contrario estaba dispuesto á combatir con la fuerza de los mejores países del imperio. La necesidad, y el deseo de evitar una guerra, indujeron á Teodosio á acceder: los tres emperadores fueron aclamados en todas partes, y Arcadio,

19 de enero. 385.

(1) *Amator pacis generisque Gothorum.* JORNANDES, c. 29.

(2) Seria solo en Oriente, porque en Occidente estaban proscritos los donatistas, y despues en el edicto de Milan de 3 de agosto del 379, se prohibió á todos los herejes predicar sus doctrinas.

(1) Son exageradas pero merecen referirse las alabanzas de Ausonio á este propósito:

Arma inter, Chunnosque truces, furtoque nocentes
Sauromatas, quantum cessat letenor
Indulget clariis tanium inter castra Camœnis.
Vix posuit volucres stridentia tela sagittas,
Musarum ad calamos fertur manus; otio nescit,
Et commutata meditabur arundine carmen.
Sed carmen non molle modis: bella horrida Martis
Odrysii, tressæque viraginis arma retractat.
Exulla, Æacides, celebraris vate superbo.
Rursus, romanumque tibi contingit Homerum.
Epigr. I.

(2) Á estos se destinaban, segun la layenda, las once mil vírgenes, compañeras de Santa Úrsula, que fueron muertas por los Hunos en la Colonia. Algunos niegan esta primera emigracion británica á la Armórica.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de edad de seis años, fué declarado Augusto por su padre Teodosio.

Máximo, no pudiendo limitar su ambicion á la posesion de tres reinos tan extensos, los arruinó
387. para armar muchos Bárbaros contra Italia. Bajo el nombre de auxiliares envió un ejército, que pasando los Alpes con la seguridad de la paz le aseguró la entrada en la península. Valentiniano II, ó mejor dicho Justino, que gobernaba en su nombre, huyendo desde Milan á Tesalónica, donde Teodosio los trató con las consideraciones que merece la posicion y la desgracia, y despues de haber discutido ampliamente en consejo si declararía la guerra, se resolvió á ello, instigado tambien por los atractivos de Gala, hermana de Valentiniano, á quien tomó por esposa.

Máximo, habiendo entrado triunfante en Milan, volvia á sus cuarteles en Panonia, pero le salió al paso Teodosio con un ejército aguerrido y grandísima celeridad: de modo que en-
27 de agosto. 388. cerrado en Aquilea, fué abandonado por los suyos y entregado á Teodosio, que vengó con su cabeza á Graciano. Concluida así la guerra civil, entró Teodosio triunfante en Roma. Y bien lo merecia: los Bárbaros estaban sometidos; los Persas invocaban su amistad; los súbditos le manifestaban gratitud y amor. En su vida privada era casto y moderado, aunque inclinado á
Carácter de Teodosio I. la mesa y á las mujeres; afectuoso y respetuoso para con sus padres, educó como hijos suyos á sus sobrinos: afable en la conversacion, variaba de tono segun las personas. Escogia sus amigos entre los mejores: daba los ejemplos y premios á los que los merecian, sin tener envidia del mérito ni olvidar los beneficios. Entre los cuidados de tan gran imperio, hallaba algun descanso dedicándose á la lectura, y principalmente á la historia, juzgando los hechos antiguos, estremeciéndose con la crueldad de Cinna, de Mario, de Sila, y mirando lo pasado como la escuela del porvenir.

No se dejó cegar por la prosperidad, é hizo desaparecer el gérmen de la guerra civil con la moderacion y el perdon; protegió á la anciana madre y educó á la hija de Máximo, y mandó socorros y donativos á las provincias que este habia sublevado. Si pueden tenerse por exagerados los elogios que le tributaron los creyentes por el triunfo que aseguró al Cristianismo y á las creencias ortodoxas, sus mas encarnizados enemigos no podrán negarle excelentes cualidades. Acusábanle de entregarse á un ocio voluptuoso así que cesaba la necesidad de combatir; pero hay que tener en cuenta para moderar la asercion del historiador, su enemigo, que los aturdidos placeres á que se entregaban los ricos entónces no provenian de imitacion del emperador, sino de la naturaleza de los tiempos en que la incertidumbre del dia de mañana destruía toda esperanza animosa, é impulsaba á gozar ciegamente de una vida próxima á concluir.

El valor de Teodosio rayaba algunas veces en temeridad. Zosimo, ansioso siempre de denigrar su mérito, dice que estando la Macedonia infestada por los Bárbaros, armados á instigacion de Máximo, y no pudiéndose descubrir el sitio en que estaban escondidos, Teodosio en persona se puso á buscarlos; y con cinco hombres, cada uno de los cuales tenia tres caballos para remudar, recorrió disfrazado el país, alimentándose segun podia en las cabañas. Habiendo llegado por la noche á una pobre taberna, vió á un hombre que observaba y se informaba de todo con el mayor cuidado, y concibiendo sospechas le hizo arrestar y poner en tortura, y dándose á conocer, le obligó á confesar que era un espía de los Barbaros; y con los indicios que este le dió los atacó con gran riesgo de su vida.

En un tiempo en que se arruinaba el imperio, no perdió ni un palmo de terreno, viéndose obligado, sin embargo, á agravar los impuestos, y á administrar con un rigor semejante á la tiranía, único refugio del decadente poder. Exacerbaba este rigor con ímpetus de cólera, á los cuales aun cuando le moderaba su prudente mujer Flacilla repitiendo: *Considera lo que eres y lo que fuiste*, se abandonó algunas veces hasta el punto de tener motivo para eterno arrepentimiento.

El décimo año de su reinado debia celebrarse
Tumulto de Antioquía. con solemnidad, distribuyendo á los soldados un donativo á costa de los ciudadanos. Principiaron á murmurar de esto los de Antioquía; y
389. exasperados por el rigoroso aspecto de los magistrados, pasaron á las injurias, y derribaron las estatuas del emperador y de su familia, arrastrándolas despues. Un cuerpo de arqueros contuvo el tumulto, y luego los magistrados y los amotinados enviaron al emperador por una parte relaciones de lo sucedido y por otra súplicas y excusas. ¡Figúrese el lector cuál seria la ansiedad de los ciudadanos miéntras estas comunicaciones llegaban á la capital, que distaba quinientas millas! Al fin, despues de veinticuatro dias de cruel incertidumbre recibieron una respuesta condenatoria. El emperador se habia indignado mucho por aquel ultraje, máxime habiendo hermoseado y privilegiado á Antioquía, y habiendo permanecido en ella algun tiempo: Flacilla se habia hecho querer allí especialmente visitando á los pobres y á los enfermos en sus casas y en los hospitales, curándolos por su propia mano, alimentándolos, socorriéndolos y cuidándolos. Mandó, pues, Teodosio, que Antioquía fuese despojada de todas sus prerogativas y rentas y pospuesta á Laodicea; que se cerrasen los baños, los teatros y el circo; que no se distribuyese mas grano, y que el general Elebico y Cesario, maestro de oficios, nombrasen un tribunal en el foro, citando á los nobles y principales ciudadanos, descubriendo por medio del tormento quién habia ultrajado las estatuas, y castigándolo con la confiscacion y la muerte.

El obispo Flaviano habia acudido á Constan-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tinopla á impetrar clemencia de Teodosio; y San Juan Crisóstomo entretanto presentaba á los ciudadanos lo sucedido como el castigo de sus pecados, y empleaba razones y oraciones en favor de los infelices, para consolarlos en tan terrible situacion (1). « Esta ciudad, decia, está » despoblada á causa del temor y la desventura; » la patria, la cosa mas grata al corazon del » hombre, ha llegado á ser para él lo mas amar- » go. Los ciudadanos huyen del lugar que los » ha visto nacer, con el horror con que se huye » del suplicio; aléjanse de él como de un abis- » mo; lo evitan como un incendio. Cuando el » fuego se apodera de una casa, no solo se pre- » cipitan fuera sus habitantes, sino que quedan » abandonadas tambien las casas vecinas, y se » deja todo para salvar la vida: así miéntras » la cólera del emperador se detiene sobre esta » ciudad, semejante á una rápida llama, todos » huyen, ántes que el fuego extienda mas sus » destrozos, y se tiene por una gran fortuna el » poder sobrevivir. »

San Juan Crisóstomo, disuade despues, como Escipion, á los ciudadanos que querian abandonar su patria; les describe las crueldades cometidas en el Pretorio, adonde habia ido acompañando á sus hermanos, y del exceso de los males saca argumento para censurar sus culpas, sus odios, su maledicencia, sus blasfemias, y alimentar al mismo tiempo la esperanza de que la próxima Pascua sería tiempo de reconciliacion entre el príncipe y el pueblo.

Los filósofos, en que abundaba la Antioquía, abandonaron la afligida ciudad, pero de las ermitas cercanas salieron los monjes para calmar á los ministros de la venganza imperial, y uno de ellos Macedonio, sin mas autoridad que la que le daba su virtud, detuvo en la calle á los dos comisionados y les dijo: « Por elevado que » esté el emperador, es siempre un hombre, y » por consiguiente está obligado á considerar » su naturaleza no ménos que su posicion. » Aquellos á quienes manda son, lo mismo que » él, imágenes del Dios supremo; guárdese, » pues, de provocar al Todopoderoso, destru- » yendo las imágenes vivas de la naturaleza di- » vina, para vengar una afrenta hecha á las » imágenes inanimidas de su cuerpo. Es fácil » sustituir otras estatuas á las derribadas; pero » por grande que sea su poder, de tantas vidas « como quita, no podrá devolver una sola (2). »

(1) Nos quedan veinte discursos de los que pronunció entónces Crisóstomo.

(2) Á este hecho se refieren las oracienes XIII, XX y XXII de Crisóstomo: « ¿Quién no enmudece, quién no se admira, dice, de esta sabiduría? La madre de un reo con la cabeza descubierta y enseñando sus canas, cogió por las riendas el caballo de un juez, y corriendo por medio del foro entró con él al tribunal, donde todos quedaron atónitos al ver tanta piedad y tanto valor. Y ¿cómo no admirar á los monjes? Que aquella madre muriese por su hijo, no sería una cosa maravillosa, porque es muy fuerte el vínculo de la naturaleza é invencible la fuerza de la sangre: pero estos ni engendraron, ni educaron, ni aun conocian á aquellos, sino por sus presentes desgracias, y sin embargo les amaron tanto, que si hubiesen tenido infinitas vidas las hubieran dado todas porque se salvasen. Y no se alegue que no fueron muertos ni derramaron su sangre; porque usaron con los jueces una libertad que no podia esperarse sino de los que estuviesen desesperados de su vida; y con ánimo de perderla vinieron de sus montes al foro. Si no hubiesen prevenido ántes su ánimo para cualquier castigo, no hubieran hablado en presencia de los jueces tan francamente y con tanta libertad. Permanecian todo el dia á las puertas del tribunal dispuestos á libertar de la muerte á cuantos iban á la cárcel. ¿Dónde están aquellos filósofos profanos que usan el manto y larga barba, que llevan en su mano la vara, cínicos, perversos, mas miserables que los perros que están debajo de las mesas y que todo lo hacen por la comida? Todos ellos abandonaron la ciudad; desertaron y se refugiaron en las cavernas. Pero los que muestran con sus obras una verdadera filosofía, como si nada hubiera sucedido en la ciudad, se presentaron intrépidos en medio del foro: los ciudadanos huyeron á los montes y á los desiertos; y los que habitaban los montes y los desiertos vinieron á la ciudad, manifestando con sus obras que el que vive virtuosamente no teme los tormentos. Tan sublime sobre todas las cosas es la verdadera sabiduría del alma, ya sea en la prosperidad, ya en la afliccion. Porque el verdadero sabio ni se entrega á la molicie en aquella, ni se contrista ó desanima en esta, sino que siempre tiene la misma fortaleza y virtud. ¿Y quién no se hubiera desanimado en las angustias de este tiempo? Los mas ancianos de nuestra república á pesar de las infinitas riquezas que habian acumulado, á pesar de ser confidentes del príncipe, abandonaban sus casas, buscando medios y consejos para salvarse. Rota la amistad y la familia, deseaban no conocer á ninguno de los que ántes fueron sus amigos, ni ser conocidos por otros. Pero los monjes, pobres, sin mas que un miserable manto, acostumbrados á la rústicidad y á no tratar con nadie, atravesando montes y bosques, como leones, pero animados de una idea sublime, miéntras los demas llenos de miedo temblaban, permanecian ellos solos impertérritos en medio de tan grave tempestad; y la disiparon, no despues de muchos dias, sino en un momento. Y asi como generosos atletas, cuyos adversarios huyen, no digo al abrazarlos sino solo al verlos delante y al oir su nombre, así estos monjes en un solo dia vinieron, hablaron, alejaron aquel espanto y se volvieron á sus habitaciones. ¡Tanta virtud tiene la filosofía predicada por Cristo!

Todos los anacoretas se propusieron ir juntos hasta Constantinopla á implorar la clemencia del emperador; pero los dos ministros prometieron enviar la súplica extendida por ellos, miéntras que, conmovidos, volvian á consultar la voluntad imperial. Aplacada la cólera y recordando las palabras de Flaviano, que el mayor honor que podia hacer á la religion era imitar á su fundador perdonando, les prometió Teodosio un generoso olvido. Volvieron todos á poseer los bienes que se les habian arrebatado; volvió Antioquía á ser la capital del Asia; y el emperador elogió y remuneró á los que se habian atrevido á resistir su cólera, y le habian hecho gustar las dulzuras del perdon. *Cese*, exclamaba Crisóstomo, *cese la ceguedad de los paganos, y aprendiendo nuestra filosofía en un emperador y un obispo, renuncien á sus errores y abracen una religion que produce tan eminentes virtudes*. De este modo la Iglesia, aun no bastante poderosa para elevar al pueblo á la completa inteligencia de sus derechos, moderaba el furor de los grandes recordándoles sus deberes.

Tesalónica. No libró tan bien Tesalónica. Esta ciudad, situada convenientemente en un profundo golfo, punto de escala para la Tesalia y centro del comercio de Roma, tomó su nombre de la mujer de Casandro, hermana de Alejandro Magno. Consagrada á los Cabires y á Vénus de la Terma, creció bajo el cetro de los reyes macedonios, y los emperadores romanos conociendo su impor-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tancia marítima, la hermosearon con monumentos. Neron fabricó un largo pórtico corintio, con dos filas de estatuas, célebres por estar muy bien concluidas y por ser muy impúdicas; Trajano construyó la rotonda de los Cabires á semejanza del Panteon, Marco Aurelio un arco triunfal y otro Constantino (1).

390. En tiempo de Teodosio mandaba la guarnicion el general Boterico, uno de cuyos jóvenes esclavos fué ofendido por un conductor del circo. Habiendo encarcelado Boterico al agresor, el pueblo, amotinándose, atacó á aquel jefe, y unido con algunos de los primeros oficiales le dió muerte y le arrastró por las calles. Teodosio que supo aquella rebelion en Milan, se encolerizó fuertemente, y prestando ménos atencion á los obispos que á las adulaciones del ministro Rufino, mandó que los Bárbaros descargasen su espada sobre inocentes y culpados. En nombre de Teodosio, pues, fueron invitados los ciudadanos á los juegos, pero apénas se llenó el circo (tanto podia á pesar de los recelos la pasion por las diversiones), entraron los guerreros con la espada desnuda y duró la matanza por espacio de tres horas. De siete á quince mil varía el cómputo de las víctimas de toda edad, sexo y condicion. Un comerciante extranjero daba todos sus bienes y hasta la vida por libertar la de uno de sus dos hijos, pero miéntras dudaba en esta horrible eleccion, el asesino los degolló á su vista.

Ambrosio, obispo de Milan, al saber esto, quedó atónito de horror; y para ejercer su piedad y evitar la presencia de Teodosio, se retiró al campo. Despues en una carta reconvino al emperador, exhortándole á que hiciese penitencia derramando ardientes lágrimas, y advirtiéndole que no se atreviese á acercarce al altar del Dios de la misericordia con las manos aun empapadas en sangre inocente. Teodosio abrió sus ojos á la luz con aquella reconvencion; y ya que no podia reparar las muertes, se encaminó á hacer penitencia á la basílica de Milan. Pero cuando iba á entrar en ella, se le apareció delante Ambrosio en el vestíbulo, diciéndole que ya que habia sido público el delito, debia satisfacer públicamente á la justicia divina; y no le quiso recibir hasta que Teodosio declaró que estaba dispuesto á cumplir la penitencia canónica. Así, pues, despojado de las insignias de la suprema potesdad, se presentó suplicante en medio de la iglesia confesándose culpado; con lo cual despues de ocho meses obtuvo indulgencia y volvió á la comunion: y fruto de todo esto fué un edicto en que mandaba que trascurriesen siempre treinta dias entre las sentencias y su ejecucion (2).

Mas digna de recuerdo es otra ley, gran ejemplo para los reyes, que dice así: *Si alguno olvidándose de la prudencia, se atreve á injuriar con vil é inconsiderada maledicencia nuestro nombre, haciéndose por su orgullo detractor sedicioso del tiempo presente, prohibimos que se le imponga ningun castigo ó mal tratamiento. Si la ofensa proviene de ligereza se debe despreciar, si de locura compadecer, si de perversidad perdonar* (1).

No desmintieron sus obras las palabras, porque habiéndose descubierto una conspiracion contra él en Constantinopla, y habiendo sido condenados á muerte los reos, Teodosio los perdonó á todos, y no quiso que se buscase á sus cómplices (2), añadiendo: *Así pudiese volver la vida á los muertos* (3).

Aunque sin obstáculos y casi sin quejas hubiera podido ocupar enteramente la autoridad excluyendo al niño Valentiniano, le respetó, y le volvió á colocar en el trono, añadiéndole las provincias que habia quitado á Máximo mas allá de los Álpes. Justina, que habia gobernado en nombre de su hijo y turbado la Iglesia favoreciendo á los arrianos, murió pronto, y Valentiniano entró en la verdadera fe, aumentándose así el amor y la estimacion que habia adquirido con la moderacion, la aplicacion á los negocios, las virtudes domésticas y el cuidado de la justicia. Valentiniano II 388

Habiendo sido acusado de tener mucha aficion á los juegos del circo y á las luchas de fieras, se abstuvo de ellos al momento; para desmentir la intemperancia que le atribuían, ayunaba frecuentemente; y sabiendo que en Roma una cómica seducia á muchos jóvenes, la llamó á la corte y despues la despidió sin verla, á fin de que su continencia sirviese de ejemplo. Amaba mucho á sus hermanas, pero teniendo estas un pleito con un huérfano sobre unos bienes, cometió al juez público la causa, persuadiéndolas á que desistiesen de su pretension (4). Un traidor le detuvo en su carrera.

Arbogasto, Franco valeroso, tenia el segundo grado en el ejército de Graciano; y cuando este murió, prestó su ayuda á Teodosio y le facilitó la victoria. Habiendo conquistado el aprecio del emperador, pensó valerse de los beneficios recibidos para subvertir el imperio de Occidente, y distribuyó á hechuras suyas los puestos mas importantes en el ejército y en el gobierno de

(1) Fué despues devastada por los Árabes en tiempo de Leon el Filósofo, despues por Guillermo, rey de Sicilia, y finalmente por Amurátes II; sin embargo volvió á elevarse, y hoy habitan en ella diez y seis mil Griegos, doce mil Judíos y cincuenta mil Turcos.

(2) Schöl, *Hist. de la lit. latine*, reprueba este hecho magnánimo: « Rien ne lui donnait le droit de s'ériger en juge de son souverain et de l'humilier en lui infligeant une punition publique que son siècle regardait comme flétrissante. » Para que este pasaje no sea absurdo, debe sustituirse al *rien ne, l'évangile*, y á *son siècle, notre siècle*. Prosigue diciendo que « il est impossible de ne pas y reconnaître l'arrogance d'un prêtre qui se regarde comme élevé au dessus de toute autorité civile. »

(1) « Si quis, modestiæ nescius et pudoris ignarus, improbo petulantique maledicto, nomina nostra crediderit lacessenda ac temulentia turbulentus obtrectatur temporum fuerit, eum pœnæ nolumus subjugari, neque durum aliquid nec asperum sustinere: quoniam si id ex levitate processit, contemnendum est; si ex insania, miseratione dignissimum; si ab injuria remittendum. Unde integris omnibus, ad nostram scientiam referatur, ut ex personis hominum dicta pensemus, et utrum prætermitti an exquiri debeat censeamus. » *Cod. Theod.* IX, 7, I.

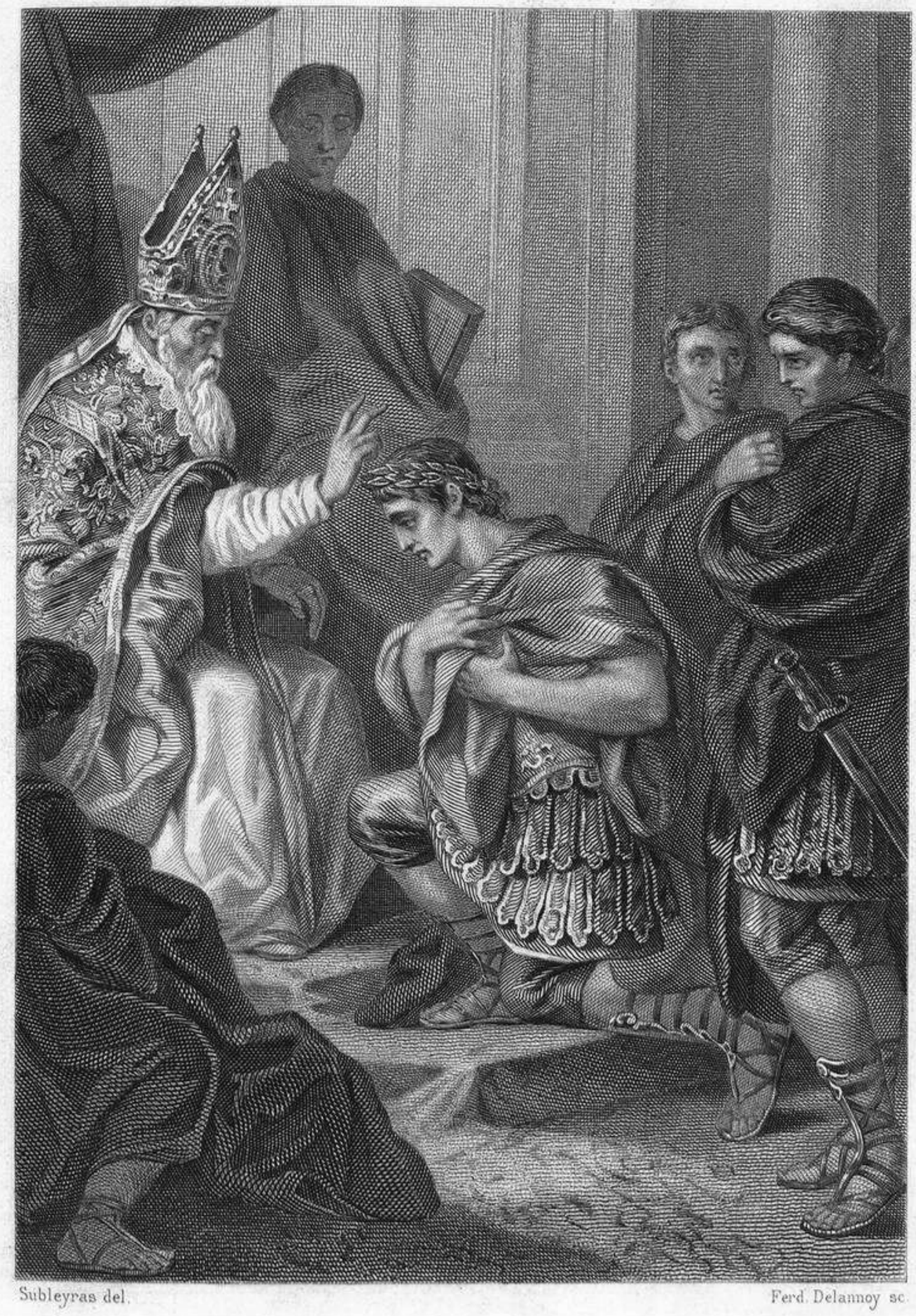
(2) Temistio, *Or.* XIX.

(3) S. J. Crisóst. *Or.* VI.

(4) S. Ambrosio, *De obitu Valent.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA BIBLIOTECA CIRCULANTE TOMO N.°



Subleyras del. Ferd. Delannoy sc.

S. AMBROSIO Y TEODOSIO I.º

Garnier frères, Editeurs. Imp. L. Charbon aîné, 34, r. Mazet-Feuille, Paris.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las Galias, de modo que Valentiniano se halló en Viena como prisionero de estos enemigos secretos. Para librarse de ellos, pidió auxilio á Teodosio, y citando á Arbogasto á su presencia, le recibió en el trono, intimándole que depusiese á los empleados, pero el Franco respondió: *Mi autoridad no depende de la sonrisa ó del enojo de un monarca;* y tiró el papel en que estaba escrita la órden. Valentiniano fué disuadido á duras penas de un acto de violencia; pero pocos dias despues le encontraron degollado en su tienda; y todos adivinaron cuál era la mano que le habia asesinado. Arbogasto lo habia dispuesto todo para que su delito tuviese próspero fin; pero no atreviéndose á ceñirse la diadema, se la dió al retórico Eugenio, su secretario privado y maestro de oficios, que gozaba fama de sabio y de prudente.

Muerte de Valentiniano, 15 mayo. 390.

Teodosio sintió muchísimo la indigna muerte de su colega y cuñado, y contemporizó con Eugenio en tanto que se preparaba para la guerra civil, y miéntras los intrépidos generales Estilicon y Timasio, habiendo organizado y disciplinado las legiones y los Bárbaros federados, marchaban contra el Occidente. Arbogasto limitó la defensa á los confines de Italia, por lo cual Teodosio ocupó la Panonia hasta el pié de los Alpes Julianos, y habiendo descendido para encontrarle á las llanuras de Aquilea, le venció. Arbogasto se dió la muerte, y á Eugenio se la dió la impaciencia de los soldados á los piés de Teodosio.

6 de setiembre 394.

San Ambrosio, que habia resistido inerme al usurpador rechazando sus dones y retirándose á Milan para no tener correspondencia con él, llevó entónces á Teodosio el homenaje de las provincias occidentales, y le suplicó que echase un velo sobre lo pasado.

Reunió, pues, Teodosio en sus manos todo el mundo romano; y sus virtudes y florida edad daban halagüeñas esperanzas, cuando cuatro meses despues de esta victoria murió. Habia divido los imperios de Oriente y Occidente entre sus dos hijos Arcadio y Honorio, y llamado al segundo para que recibiese las insignias en Milan. Se dispusieron allí espléndidos juegos, y habiendo asistido á ellos Teodosio, su salud ya muy quebrantada se conmovió tanto que murió á la noche. Último emperador que gobernó con mano firme los negocios romanos, y guió á los ejércitos al combate, dejó entre sus amigos y enemigos una gran estimacion á sus virtudes y un gran temor por la prevista debilidad de un reino dividido y en manos de jovencillos inexpertos.

Muerte de Teodosio, 17 de enero. 395.

Mucho merece Teodosio, especialmente por las leyes que publicó, y en que se ve claramente la inspiracion del entusiasmo. Prohibió solicitar los bienes de los condenados por rebelion, porque algunas veces, á fuerza de importunidades, se obtenia lo que no puede conceder un príncipe justo (1); y esto disminuyó el espionaje, porque muchos se hacian delatores para conseguir los bienes del acusado. Al principio se confiscaban los bienes de los desterrados, pero Teodosio mandó que se repartiesen entre el tesoro y el reo ó sus herederos, y que se dejase entera á los hijos la herencia de un condenado á muerte (1). Fueron prohibidos los matrimonios entre hijos de hermanos, bajo la exorbitante pena de ser quemados vivos, confiscados sus bienes y declarada espuria la prole (2); tambien se prohibió el matrimonio entre sobrinos (3) y cuñados (4), y en general entre Cristianos y Judíos. Vedóse igualmente á estos últimos comprar esclavos cristianos, y se permitió á los Cristianos sin limitacion alguna rescatar los suyos (5). Prescribió ademas Teodosio la dulzura y humanidad á los que acostumbran á tener muy poco de estas virtudes, á los carceleros mandó que los jueces visitasen con frecuencia las prisiones, que recogiesen las quejas de los presos, y examinasen cuidadosamente las acusaciones. Prohibió tambien vender, comprar ó enseñar tañedoras de instrumentos, convidarlas á banquetes ó espectáculos y tener músicos de profesion, especie de siervos contra quienes tanto declamaban los Padres, como escuela de libertinaje.

Tambien son dignas de recuerdo algunas leyes de Graciano, como la que imponia á los delatores falsos el castigo que deberia sufrir el calumniado (6). Este emperador revocó todos los privilegios concedidos á los particulares en perjuicio del cuerpo á que pertenecian (7), y no exigió obediencia á las órdenes que los tribunales ó los magistrados dijesen haber recibido de viva voz del emperador (8).

CAPÍTULO XI

Triunfo del Catolicismo. — Los Santos Padres.

Los primeros emperadores cristianos habian dejado subsistir el culto antiguo al lado del nuevo, por consideracion á muchos que les permanecian fieles, y porque no concluyen de un golpe las revoluciones destinadas á cambiar la faz del mundo. Los ritos paganos se miraban aun como nacionales, ó á lo ménos se les llamaba así; los pontífices sacrificaban en nombre del género humano; en los discursos á los emperadores se hacian no solo alusiones retóricas á las divinidades griegas, sino invocaciones y augurios; en medio de la curia Julia, donde se reunia el Senado, elevábase sobre el altar la estatua de la Victoria, quitada á los Tarentinos, y adornada por Augusto con los despojos de Egipto; y ántes de las sesiones se quemaban allí

(1) *Cod. Theod.* X, 10 XV.

(1) Ib. IX, 42, VIII.
(2) Ib. III, 12. III. Arcadio moderó este rigor, absolviendo del fuego; y despues derogó enteramente la ley. *Just.* V, 4, XIX.
(3) *Cod. Theod.* III, 12, III.
(4) Ib. III, 7, II,
(5) Ib. III, 1. X.
(6) *Cod. Theod.* IX, 1, XIV.
(7) Ib. XI, 13.
(8) Ib. 3, 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

algunos granos de incienso jurándose fidelidad al emperador (1).

Paganismo.

Que las provincias estaban fuertemente adheridas al culto de los dioses, lo prueban numerosas inscripciones, porque las religiones allí eran mas bien impresiones que creencias, ligadas á la costumbre mas bien que al raciocinio. Muchos rastros de ella encontramos en Italia, y mas aun en la Galia, donde con las religiones germanas y con las traidas de la Grecia se mezclaba el culto de los Drúidas. Ignoramos las causas y el modo con que este resucitó; pero se ha conservado el nombre del archidrúida Merlin, que á principios del siglo v llenó con sus profecías las selvas de la Bretaña continental y de la isleña, y que despues de muerto fué tenido por un ser misterioso, profeta y mago, y como tal figuró en los romances de la edad média (2). La Germania, olvidándose cada vez mas de su Odin, habia adoptado algunos númenes del Olimpo, pero el vulgo se inclinaba mas á la adoracion de las potencias naturales. Aunque sea verdad que Santiago el Mayor y el centurion Cornelio difundiesen en la Península Ibérica la nueva fe, no por esto quedó destruida la antigua, traida por los Pelasgos, y mezclada con la de los Fenicios y Cartagineses; ni fué reducida á la unidad por la fuerza romana; de modo que hallamos todavía en las inscripciones trece númenes (3), ya indígenas, ya extranjeros, con nombres cántabros. Entre los Vascos, se
396. cultivaba bastante el arte adivinatorio, y el concilio de Elvira prueba que habia un gran número de apóstatas, cuando prohibe pretender las dignidades del paganismo, asistir á sus ritos, y dar vestidos ó flores para las solemnidades, ó dinero para las efigies.

En África se adoraban aun las deidades primitivas y púnicas, á pesar de los grandes doctores que allí se habian elevado; el vulgo alimentaba feroces supersticiones, y la gente culta las respetaba, como representantes de la civilizacion, floreciente entónces en aquel país. Máximo, docto gramático de Medáura, se lamentaba con San Agustin de que se prefiriesen oscuros mártires á los antiguos dioses del mundo, á los cuales queria dar una significacion racional. « ¿Qué persona hay (escribe) tan desprovista » de razon y tan ciega que no pueda conocer » con certeza que existe un Dios Supremo, sin » principio ni fin, Padre Omnipotente de la na» turaleza? Pero las virtudes de este Dios, » difundidas en las obras de la creacion, son » invocadas por nosotros bajo diferentes nom» bres, porque ignoramos el nombre verdadero » que le conviene. »

Al lado de este filósofo religioso, haremos mencion de un devoto, probablemente sacerdote, que interrogado por el mismo San Agustin acerca de sus creencias, se las expuso con tímida veneracion, remontando hasta Orfeo y Trismegisto el orígen de su doctrina, que consistia en acercarse á Dios exaltando y purificando el alma. La piedad, la pureza, la justicia, decia, nos elevan, bajo la proteccion de los dioses secundarios, al Dios universal é inefable, cuyas virtudes son llamadas ángeles por los Cristianos. Ademas, en general, los idólatras de África, designando á los fieles con el nombre de Romanos, parecian confundir la causa de la religion con la causa nacional.

La Persia seguia alimentando el fuego sagrado, y sabemos por San Basilio (1) que se habian esparcido muchos magos por el Oriente, con costumbres particulares, viviendo separados de los demas hombres, sin libros ni doctores, aborreciendo la muerte de los animales, teniendo al fuego por Dios y á Zernova por fundador de su nacion.

No habia desaparecido tampoco el gentilismo en las provincias orientales. Pero allí era ménos poderosa la aristocracia, sosten del politeísmo, y este no estaba unido tan fuertemente como en Roma á las instituciones.

Pero el paganismo, inconexo y sin unidad de símbolo, ¿podia oponer resistencia que proviene de la conviccion? Al mismo tiempo que hay tanto fervor en las obras y escritos de los Cristianos, parecen adormecidos los paganos, y hablan como lo hubieran hecho tres siglos ántes (2), sin conocer que los númenes que cantaban con arcádica fe, y la sociedad que describian como viva, no eran ya sino cadáveres y sombras.

Paganos ilustres.

No faltaba, sin embargo, quien defendiese en las escuelas las antiguas ideas, y se declarase campeon suyo en la sociedad. Nombrarémos entre estos á Vetio Agorio Pretestato, *jefe, de la piedad pagana*, en cuya biblioteca reune Macrobio á los interlocutores de sus *Saturnales*, para ofrecerle un homenaje de respeto que casi rayaba en veneracion. Rodeábase de los ilustres restos del paganismo; y siendo procónsul de la Acaya, conservó en la Grecia el derecho de celebrar las ceremonias nocturnas del culto helénico, y entre ellas las iniciaciones eleusinas. Despues fué enviado á Valentiniano, para que suspendiese las persecuciones contra los augures; y honrado en gran manera miéntras vivió, le erigieron despues de muerto dos estatuas los emperadores, y una las Vestales (3).

Macrobio le hace defender noblemente á los

(1) V. pág. 645.
(2) Tanner. *Bibl. britann. Hibern.* p. 522.
(3) Rauveana; Bandiar ó Bandna; Barieco; Navi; Idnorio; Sutumnio; Viaco; Ipsisto; dioses Lugures; Togotir; Salambon; Neton; Nécis ó Netáces; Endovelico. Véase Masdeu, *Hist. de Esp.* tomo VIII.

(1) *Ep.* 325 *á Epifanio.*
(2) Ausonio, Claudiano, Eutropio, Aurelio Víctor, Amiano Marcelino, Avieno, Lucilio, Macrobio, Vejecio, Servio...
(3) Véase Gruter pág. 310. N. I. En una estatua que se le erigió el año 387 es llamado *pontifex Vestæ, pontifex Solis, quindecimvir, augur, tauroboliatus; neocorus, hierofonta et pater sacrorum.* Gruter, p. 1182. N. II. En un altar descubierto á fines del siglo pasado se le añaden los títulos de *curialis Herculis, sacratas Libero, et Eleusinis, neocorus, pater patrum*; Donato. *Sulp. á Muratori* t. I, p. 72. N. II. *Pater sacrorum y pater patrum* se refieren al culto de Mitra.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

esclavos contra un tal Evangelio, diciendo que estos están formados de los mismos elementos que nosotros, que reciben su espíritu del mismo principio, que viven y mueren del mismo modo, que están tambien expuestos á los vaivenes de la fortuna; que uno puede ser esclavo de cuerpo, y libérrimo de espíritu, miéntras que los libres son esclavos de las pasiones; que los hombres se distinguen por sus costumbres, no por su hábito ó condicion; y en fin, le hace explicar noblemente el modo de hacerse amar de los esclavos (1).

Simaco. Dirigióle muchas cartas amistosas Simaco, Romano, que tomó de Libanio la veneracion al paganismo y la esperanza de resucitarle. Hijo del prefecto de Roma (368), fué pontífice, cuestor, pretor (384), gobernador de la Campania y el Abruzo, procónsul en África, despues prefecto de Roma, y por último, cónsul (391). Habiéndose declarado partidario de Máximo, vencido este, se refugió en una iglesia de aquellos Cristianos á quienes habia combatido, y el papa Liberio alcanzó su perdon. Agregado á los pontífices, manifestó un celo vigoroso, lamentándose de que muchos de estos buscasen el favor de los emperadores descuidando los sagrados deberes. ¡Admirable ceguedad! En medio de tanta mutacion habla de las religiones patrias, como si nunca se hubiese puesto en duda, y escribe á Pretestato : « Cuánto me aflige que, » despues de tan multiplicados sacrificios, no » se haya aun expiado públicamente el funesto » presagio de Espoleto. Júpiter apénas se mos- » tró favorable á la cuarta muerte, y ni aun á » la undécima nos fué posible satisfacer á la » Fortuna pública. ¡Considera en qué país es- » tamos! Ahora se trata de reunir en asamblea » á nuestros colegas, y yo te informaré si se » llegase á descubrir algun remedio divino (2) » Exhorta con singular contricion á los dioses patrios á que perdonen la negligencia en las ceremonias (3); á las Vestales á que mantengan severamente la disciplina : pide el castigo de algunas que habian quebrantado el voto (4), y trabaja para conservar la importancia política del paganismo.

Este, y no otro, era el objeto de sus defensores en Occidente, donde no se hallará una escuela como la ateniense, establecida para mantener en *una cadena de oro* de iniciados la fe en las difuntas Inmortalidades, y en las doctrinas teúrgicas asociadas al neoplatonismo. Solo los maestros de las diversas escuelas de Roma, Milan, Burdeos, Tréveris, Tolosa y Narbona difundian las fábulas de los autores paganos haciendo admirar sus bellezas; y cuando uno de estos (Eugenio) por un capricho de la fortuna se sentó en el trono, dió la mano á la idolatría, volvió á alzar el altar de la Victoria, colocó la estatua de Júpiter en el paso de los Álpes Julianos (1), y pusó la imágen de Hércules en las banderas.

La existencia de estos nos prueba que el Cristianismo triunfante no ejercia las persecuciones que habian sufrido al nacer : la abierta profesion del gentilismo no privó de grandes honores á Pretestato ni á Simaco; ni Libanio y los suyos se vieron obligados á cambiar de fe ó á disimularla : Eunapio y Zosimo escribian historias contrarias al Cristianismo, y los sofistas se lamentaban tan libre como neciamente de que las tinieblas hubiesen cubierto el Capitolio.

Sin embargo, el número de Cristianos, con el favor de la tolerancia, se habia aumentado tanto que ya no tenian que guardar excesivos miramientos al partido moribundo. Ni eran ya solo de la ínfima clase, sino de los ciudadanos mas ilustres (2), adquiriendo así crédito y poder. La misma escénica persecucion de Juliano, comprimiendo por un instante la libre manifestacion de los sentimientos por medio del culto, dió al Cristianismo la elasticidad que la buena causa saca de los obstáculos; y el fácil triunfo sobre la imponente reaparicion de los ídolos griegos aumentó el poder de los obispos que, como otros tantos capitanes, no solo para extender el Cristianismo, sino para combatir el politeísmo, pedian á grandes voces que la sociedad rompiese por fin los lazos que la unian á la idolatría.

Sin embargo, la Iglesia no habia cesado de ser conturbada interiormente por los arrianos con la cuestion sobre la naturaleza del divino Hijo, y por los emperadores, favorables ó adversos segun las personas que les aconsejaban. El arrianismo tenia su principal sede en Constantinopla; allí estaba sostenido por los príncipes y patriarcas y era objeto de la garrulidad de las asambleas, como una de las novedades del dia. No es mi propósito enumerar por qué medios se difundió; pero el que considere que nuestra religion aplicando inmediatamente las discusiones dogmáticas á la práctica y á la salvacion eterna, no puede mirar como indiferentes puntos que parecerian puramente especulativos, comprenderá qué confusion debia producir el hallarse la grey de Cristo dividida entre obispos enemigos unos de otros, y que no contentos con lanzarse censuras eclesiásticas, procuraban perderse en la opinion de los fieles ó en favor de los poderosos. Estos colocaban en las sillas episcopales, no á los que mas lo merecian, sino á los que tenian sus mismas creencias : y muy á menudo el pueblo elegia otro obispo, ó dejando desiertas las iglesias se reunia en el campo : y si las autoridades querian intervenir, hallaban resistencia y se originaban de aquí violencias, destierros y muertes.

En tanto se cubrian de nueva gloria los estan-

(1) *Saturn.* I.
(2) *Ep.* 43 del libro I.
(3) *Dii patrii facite gratiam neglectorum sacrorum.* II. 7.
(4) *Ep.* IX, 118, 119.

(1) Agust. *De civ. Dei.* v. 26.
(2) Sexcentas numerare domos de sanguine prisco
Nobilium licet, ad Christi piacula versas.
Pruden. V. 567.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los Santos Padres.

dartes del Cristianismo aun militante; y los Santos Padres, que constituyen la nueva literatura, no la acostumbraban á la imitacion, ni á resucitar una sociedad que habia dejado de existir, ó un ideal que no habia existido nunca, sino que la dedicaban á lo presente, á la actualidad; de modo que la literatura representó las ideas sociales mas avanzadas, es decir, las religiosas.

Al principio los Santos Padres no hacian mas que enseñar el dogma tal como le habian recibido de los apóstoles, y no siendo contradichos porque no eran escuchados por los doctos, no tenian necesidad de combatir. Pero pronto los pensadores á pesar suyo se vieron obligados á conocer su existencia, y si no á otra cosa, á vituperarlos; y entónces principiaron los Padres á defender los dogmas contra los gentiles y los filósofos, comparándolos con las doctrinas antiguas para hacer ver cuán inferiores y ménos conformes á la razon eran estas. Y no se limitaban á la defensa, sino que probaban la verdad de la *Doctrina Cristiana* con poderosas razones, con los milagros, con las profecías, emitiendo ideas profundas y nuevas sobre la naturaleza de Dios y la del hombre. Así combatian con la lógica y la historia al paganismo y á la filosofía, y hablaban á los omnipotentes emperadores con noble y desconocida libertad.

Al principio argumentaban segun la razon y segun los clásicos, aunque se apoyaban en el Testamento; pero pronto depusieron las armas que habian tomado de los arsenales de los enemigos, y llenos de fe y de ciencia nueva penetraron en los abismos de la doctrina, sondeando sus partes vitales con explicaciones y comentarios. Con los gentiles tenian que disputar sobre la verdad del Cristianismo; pero respecto de los herejes que admitian los libros sagrados y usaban el nombre de nuestro Dios, la impugnacion debia recaer sobre las interpretaciones. Naturalmente nacian de aquí divergencias; pero de ellas salian nuevas luces y nuevos puntos de vista, cuya reunion llegó á constituir la gran síntesis cristiana.

Fácilmente caerá en el error el que no considere estas diferentes fases de la controversia, en las cuales no siendo el fin opuesto sino diverso, y siendo distinto el enemigo que habia que combatir, la exposicion y el intento eran no contradictorias, sino diferentes. El que sitia una ciudad, tira líneas, construye trincheras, levanta parapetos que despues de tomada la fortaleza se apresurará él mismo á destruir.

Lo que parece, pues, á algunos el modo mas fácil de resolver las controversias cristianas, es decir, el referirse simple y únicamente á la creencia de los primeros siglos, ofrece grandes dificultades, atento á que la Iglesia, consecuente consigo misma en la fe, desarrolló las verdades de que era depositaria, y las expuso cada vez con mayor precision. Los Santos Padres no hablaron de una infinidad de cuestiones ó las expresaron imperfectamente y aun mal, como sucede siempre con las que no se han puesto aun en discusion, y cuando no se cree necesario el rigor en las expresiones de que aun no se ha abusado.

Estos poderosos campeones combatian por las creencias ortodoxas contra el paganismo y las herejías, y desde San Atanasio á San Agustin, una serie contínua de pensadores imprimieron un movimiento prodigioso á los ánimos en el mundo romano, y á las opiniones en todos los hombres. Á ellos se debió que el Occidente estableciese un nuevo dominio con fuerzas que no eran la espada, y que la Grecia, resucitada del envilecimiento de la conquista, no contentándose ya con recuerdos, abriéndose otros caminos distintos de los de la adulacion á los poderosos y dejando de oscurecer con sutilezas la razon, se volviese hácia el pueblo, no ya para excitar sus pasiones y alimentar sus rencores, sino para enseñarle la verdad y guiarle al bien.

Atanasio, cuyas acciones conocemos ya, satisfecho con creer, no hubiera escrito si la necesidad de la Iglesia no le hubiese obligado á ello. Y en efecto, los primeros autores eclesiásticos no se dedicaban á una obra por curiosidad de saber ó como un ejercicio de lógica y retórica, ni tampoco para hacer una simple exposicion, sino para convencer, instruir y refutar. No se encuentra, pues, en los escritos de Atanasio grande elocuencia, siendo su objeto vencer, no agradar, ni una exposicion completa de la fe ó una refutacion artificiosa de las herejías, sino algun punto del dogma que enseña en relacion con la esencia del Cristianismo. En el libro que trata de los concilios de Seleucia y de Rímini pone de manifiesto la instabilidad de los arrianos, anticipando el argumento que despues empleó insignemente Bossuet en la *Historia de las variaciones*. Repite que lo mejor es creer absolutamente en la palabra de Dios, y que es una locura querer salir fuera de la razon con la razon humana. No aniquilaba la razon, pero la dejaba reducida á demostrar la coherencia de las ideas, á quitar las dificultades, y á interpretar los pasajes particulares conforme á la razon universal. Y por último, convencido de que á todo sirve de complemento la virtud, dice: *Así como el que quiere ver la luz del sol debe limpiarse los ojos, del mismo modo el que quiere comprender el sentido de los sabios de Dios debe purificar su alma* (1).

San Juan Crisóstomo. 344-407.

Pocos iguales en el celo y ninguno en la elocuencia tuvo San Juan Crisóstomo (*Pico de oro*), hijo de noble familia de Antioquía y discípulo de Libanio, el cual con una solicitud extraña á la envidia, admiraba su facundia diciendo: *Le hubiera dejado mi escuela, si no me le hubieran arrebatado los Cristianos.* Cansándole la vanidad de los retóricos y las sutilezas del Foro, se dedicó Crisóstomo á las letras y á la vida solitaria. « Cuando mi madre (dice) oyó que habia re- » suelto retirarme, me tomó de la mano, me

(1) *De Incarnat.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» llevó á su cuarto, y habiéndome hecho sen-
» tar á su lado en la cama en que me habia
» dado la vida, se echó á llorar y despues me
» dijo cosas aun mas tristes que sus lágrimas. »
Despues de haberle recordado las penas y peligros á que está expuesta una jóven viuda por la debilidad del sexo y por la edad, le dijo : « Hijo mio, el único consuelo en medio
» de estas miserias ha sido verte contínuamente,
» y contemplar en tu rostro la fiel imágen de
» mi pobre marido. Este consuelo principió desde
» la infancia, cuando apénas sabías pronunciar
» las palabras con que los niños recrean á sus
» padres. Yo no disipé tu herencia, como suele
» hacerse con la de muchos huérfanos; pero no
» perdoné nada que interesase á tu decoro, mi-
» rando en él el mio propio. No digo esto para
» reconvenirte, sino para que no me sumerjas
» en una nueva viudez. Es una gracia que te
» pido. Los jóvenes tienen la esperanza de lle-
» gar á una edad avanzada : nosotros los viejos
» no podemos esperar mas que la muerte. Es-
» pera, pues, á lo ménos hasta el dia de mi
» muerte que no puede tardar. Cuando esté ya
» enterrada y mis huesos reposen al lado de los
» de tu padre, emprende entónces largos viajes
» y pasa los mares, que nadie te lo impedirá;
» pero miéntras yo respire soporta mi presencia,
» y no te ofendas por vivir conmigo; no provo-
» ques la ira de Dios haciéndome desgraciada, á
» mí que en nada te he ofendido. »

El hijo que nos conservó en estos acentos todo el corazon de una madre, debia de ser muy capaz de comprenderlos; pero una voz mas imperiosa que la de los afectos domésticos le llamaba á las batallas del Señor. Sin embargo, renunciando á la idea de un largo viaje, se retiró á las soledades que la devocion sabía formarse junto á la ruidosa Antioquía, donde escribió en alabanza y defensa de la vida solitaria, llegando á sostener que un monje con su filosofía cristiana es superior á un príncipe opulento.

Allí llegó á sus oídos que se trataba de consagrarle sacerdote juntamente con su grande amigo Basilio, y reputándose incapaz para este cargo, pero no queriendo privar de él á Basilio, sin decirle nada se escondió; de modo que aquel, ordenado á su pesar, se quejó de que le habia burlado y engañado. En disculpa, escribió Crisóstomo su famoso *Tratado del sacerdocio*, en que remontándose de la apología personal á la importancia general del asunto, expone sus sentimientos acerca de la excelencia y de los deberes del santo ministerio (1). Miéntras por una parte la ambicion intrigaba y buscaba apoyo para con el príncipe por medio de partidarios suyos, y á veces hasta de la calumnia, otros por excesiva humildad huían del sacerdocio : Ambrosio, Basilio y Agustin, fueron elevados á este grado con repugnancia suya, hubo que amenazar con la excomunion á Gaudencio para obligarlo á tomar el obispado de Brescia; mutilábanse algunos solitarios para evitar aquel honor, y en África se conminó con penas á los clérigos que por humildad rehusáran la ordenacion.

El mismo San Juan no pudo evitar que el obispo Flaviano le ordenase. Entónces, encargándose del ministerio de la palabra, comenzó la serie de sus ilustres tareas, que produjeron los muchísimos discursos que de él tenemos, ya contra los heréticos, ya sobre moral, ya de alabanza, ya de consuelo. Predicaba los mas de los dias de la semana : por la mañana ántes de los oficios sagrados y á veces ántes del alba, para no distraer al pueblo de sus ocupaciones; y en la cuaresma por la noche. No solo los Cristianos, sino tambien los Hebreos y Gentiles corrian en tan gran número á oirlo, que se lamentaba de ello (1) y procuraba reprimir los aplausos que resonaban ya en una parte, ya en otra. Generalmente predicaba sin prepararse, abandonándose á su inspiracion.

« He usado, decia una vez, de una prolijidad
» sin medida y acaso sin ejemplo, sin poder
» moderar el ardor de mi alma, cuyo ímpetu se
» redoblaba con las palabras. Pero vuestra es
» la culpa, pues con vuestros aplausos y acla-
» maciones me habéis extraviado. Así como la
» llama de un horno no es al principio viva ni
» luminosa, pero en breve abriéndose paso por
» entre las materias que la circundan, se levan-
» ta, crece y se extiende, del mismo modo yo,
» aumentándose mi celo con la afluencia y mul-
» titud cada vez mayor de mis oyentes, he
» dejado atras todo límite, y por el placer que
» mostrábais al escucharme, me he abandonado
» á pesar mio á la riqueza del asunto (2). »

Habiéndole exhortado para que hablase contra los paganos, respondió : « No lo haré
» miéntras haya Cristianos que convertir. »
Manifestaba para con estos un amor ardiente y desinteresado, y decia : « Vosotros sois para
» mí, padre, madre, hermanos, hijos, todo; y
» no siento alegría ni dolor sino por cuanto
» á vosotros toca. Aunque no tuviese que dar
» cuenta de vuestras almas, quedaria descon-
» solado si las perdiese, como no es consuelo
» para un padre, en la pérdida de un hijo, el
» haber hecho todo lo posible para salvarlo. No
» es el objeto de mis cuidados ni de mis temo-
» res el ser un dia justificado ó culpado ante
» el tribunal formidable, sino el que vosotros
» seáis todos salvos, todos sin excepcion nin-
» guna, todos y para siempre felices. La divina
» justicia me acusa de no haber llenado mi
» ministerio segun mi obligacion, aunque la
» conciencia nada tiene de que acusarme. Si
» vosotros os salváis, ¿qué me importa el

(1) Debe leerse sin embargo con grande cautela, y confrontarse con el resto de su doctrina el libro primero, en que sostiene que con buen fin puede emplearse la astucia.

(1) Dice él mismo (Homilia LIX) que á veces tenia hasta cien mil oyentes.

(2) *Que los demonios no gobernaban el mundo.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» medio? El que se admirase de oirme hablar » así, daria á entender que ignoraba qué es lo » que significa ser padre (1). »

Á los ricos les decia: « ¿Por qué os tenéis » en tanto y creéis hacernos un favor cuando » venís á este lugar á escuchar lo que conviene » á vuestra salud? Riquezas, vestidos de seda... » ¿No sabéis que la han hilado los gusanos, » tejido los Bárbaros y que la llevan los ladro- » nes, los sacrílegos y las meretrices? Cese » tanta vanidad; considerad la bajeza de vues- » tra naturaleza, que sois polvo, cenizas y humo; » mandáis á muchos, pero vivís esclavos de » vuestras pasiones. »

A los sacerdotes recomendaba un celo activo; que no frecuentasen las mesas de los ricos; que no tuviesen en su casa hermanas agapetas, bajo pretexto de instruirlas por caridad si eran pobres, ó de dirigarlas si ricas. Aconsejaba á las vírgenes que no fundasen su castidad tan solo en evitar culpas groseras, sin renunciar por esto á la vida del mundo; á las viudas que no se contenian exhortaba á los ayunos, á que se abstuviesen de baños y de cosas superfluas, y á que se volviesen á casar ántes que vivir desocupadas, curiosas y libres. Queria que cada Cristiano tuviese en su casa un pequeño hospital, y que los cien mil Cristianos que habia en Constantinopla pusiesen junto su dinero para socorrer á los cincuenta mil pobres, verdadero expediente para que no quedase ningun pagano. Reprobaba principalmente la desenfrenada pasion de los Constantinopolitanos al circo y al teatro. Antioquía oyó de los labios del santo la condenacion del lujo que no habia depuesto con el gentilismo, de los palacios de cedro y pórfido y las costosas luchas del circo, de la corte de siervos y de eunucos que las damas llevaban detras de sí, de la presuncion de los filósofos que con manto, baston y larga barba, abyectos en demasía, pascaban los pórticos, y de la supersticion que, aunque convertidos á la verdad, les inducia aun á consultar á los augures y adivinos, llevar amuletos y tener millares de esclavos de quienes abusaban desapiadadamente á la manera antigua.

Sus represiones eran oídas con atencion, y profanamente aplaudidas como en el teatro; pero aun sin acabar la sagrada cena, se dirigia el pueblo á las carreras y diversiones.

Esta avidez por los placeres procuraba dirigirla hácia la caridad que él queria se ejerciese con todos indistintamente, como un puerto que acoge á los náufragos, cualesquiera que ellos sean; como Abrahan que hospedó á los tres peregrinos sin preguntar quiénes eran, bastando para recomendacion su desventura; y diciendo que se debia honrar en los desgraciados la naturaleza del hombre, no el mérito de sus acciones ni de su fe (2).

397. Promovido á la silla de Constantinopla, reformó las iglesias de ella dependientes, extendió tambien sus cuidados á las demas, y procuró reconciliar las disidentes.

San Gregorio Nacianceno. 328-389.

Gregorio, hijo del obispo de Nacianzo ó Diocesárea, niño apasionado, fué puesto á estudiar retórica en Cesárea y Alejandría, y despues se perfeccionó en Aténas, la cual conservaba, á lo ménos en la opinion, el primado de la elocuencia. Allí hizo conocimiento con Basilio, primogénito de diez hermanos, uno de los cuales fué Pedro, obispo de Sebaste, y el otro Gregorio, obispo de Nisa.

San Basilio. 329-379.

Desde el Ponto, donde sus abuelos habian llegado huyendo de la persecucion, fué enviado Basilio á estudiar á Cesárea, despues á Constantinopla, y luego á Aténas, donde manifestando en la flor de la juventud una compostura senil, reprobaba la impolítica ligereza de aquellos ciudadanos y los desórdenes de los escolares, que con el ardor de la edad primera, ansiosa de saber y de admirar, buscaban la verdad con inquietud, defendiéndola con fanatismo, y combatiendo por sus maestros como la Iglesia por los obispos, como la plebe por los corredores del circo. « En Aténas (refiere » San Gregorio Nacianceno), las escuelas se ase- » mejan á los ruidosos anfiteatros, en que se » ve á los espectadores apasionados por los « caballos, agitarse, levantar polvo, y mover » las manos para seguir desde su silla los movi- » mientos de los cocheros, hendir el aire con » sus gritos, extender los dedos como para de- » tener á los corceles, y aunque estén léjos, » deprimir á aquel, cambiar de escuderos y » metas y directores de la liza. ¿Y quién hace » esto? Una chusma de ociosos que no tiene de » qué vivir un solo dia. Así hacen tambien los » estudiantes de Aténas con sus maestros, y » con los émulos de estos. Cuando han adopta- » do una escuela, se apresuran á aumentar los » discípulos y el provecho del maestro con las » artes mas contrarias á la razon y á la decen- » cia, ocupan las vias, puertas y campos, y las » avenidas de la provincia; y tan pronto como » pone un jóven el pié en el Ática, está á dis- » crecion del que primero se apodera de su » persona. La escena es entre séria y ridícula; » empiezan por llevarle á casa de algun amigo » ó del sofista favorito, y allí le disparan una » porcion de argucias para humillar sus pre- » tensiones; en este ataque, despliega el recien » venido todo su talento y carácter, segun la » educacion que ha recibido. El que ignora esta » costumbre, queda admirado y ofendido; el » que va prevenido, la toma á risa por ser mu- » cho mayores las amenazas que el daño. Des- » de allí lo llevan al baño atravesando la plaza » pública, caminando de dos en dos: cuando la » comitiva llega junto aquel, alzan á un tiempo » un grito como de súbito furor, y todos se de- » tienen, y como si el baño se negase á abrirse, » empujan violentamente la puerta para asustar » al novicio, hasta que se le permite la en- » trada, y es puesto en libertad; al salir, se

(1) *Homilia III in Acta.*
(2) *Obras*, V, p. 31.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» tiene por iniciado, y toma el grado conve-
» niente entre sus discípulos (1). »

El haber Gregorio libertado de esta escena indecente á Basilio, le valió su amistad. « Nos-
» otros (prosigue el primero), conducidos á Até-
» nas, por Dios y por el deseo de saber, como dos
» rios que se reunen despues de un largo curso,
» seguíamos con igual ardor un objeto, motivo
» de grande envidia entre los hombres, cual es
» la ciencia; pero la envidia nos era descono-
» cida. Disputábamos, no el honor de alcanzar
» la preeminencia, sino el de renunciar á ella.
» Como un alma en dos cuerpos, nuestra
» ocupacion comun era la virtud y el vivir por
» la eterna esperanza, separándonos de esta
» tierra ántes de abandonarla (2). Confundidos
» entre una multitud de jóvenes dados á los
» excesos de su índole y de su edad, pasá-
» bamos unos dias tranquilos, semejantes á los
» de aquella fuente que se dice conserva dulces
» sus aguas aun en medio de las saladas on-
» das (3). Aplicábamonos con mas gusto á las
» ciencias útiles que á las agradables, porque
» esta es la fuente de la virtud ó del libertinaje
» de los jóvenes (4). Dos solas horas conocía-
» mos, la de ir á la iglesia y la de presentar-
» nos á los maestros. »

Basilio aprovechó mucho en la gramática, en la elocuencia, en la filosofía especulativa y práctica, y en la dialéctica, como asimismo en la astronomía, geometría, aritmética y medicina. « Pero el dia de la partida se aproximaba; ese
» momento en que los amigos se hablan por
» última vez, se juntan, se llaman, se abrazan
» y lloran; ¡ah, qué cosa mas cruel y amarga
» para dos amigos educados juntamente en
» Aténas, que separarse y abandonar tan grata
» ciudad (5)! »

Vuelto Basilio á su patria, vaciló en la eleccion de estado. Agradábale el retiro del desierto como á Elías y á Juan, pero no le parecia tan conveniente como el dedicarse á la divina Escritura y á las luminosas enseñanzas del Espíritu Santo. « Aquellos á quienes gusta la vida activa,
» son útiles para los demas, é inútiles para sí
» mismos; toman sobre sí mil pesares, y la
» dulzura de su reposo se ve turbada por una
» contínua agitacion. Los que se alejan com-
» pletamente de la sociedad, viven mas tran-
» quilos y libres de cuidados; su espíritu puede
» dirigirse mejor á la contemplacion; pero solo
» sirven para sí propios, y su vida es ménos
» mala que dura. Elegí, pues, una vida média,
» dándome á meditar con los unos, y á ser útil
» como los otros. »

Habiendo defendido algunas causas, acostumbrado aprendizaje para los empleos, se entregó completamente á la práctica de la filosofía cristiana; y haciéndose pobre voluntariamente, viajó para buscar á las personas que vivian en opinion de santas, principalmente á los que hacian una vida solitaria en Egipto, Siria y Mesopotamia, con el fin de apoderarse del secreto de su austeridad y resuelto á imitarlos. Macrina, su hermana, se habia ya reunido en la ciudad de Íbora en el Ponto con algunas piadosas mujeres, con quienes vivia en una perfecta igualdad de condicion, de lecho, de mesa, de pobreza, meditando acerca de las cosas celestes y cantando salmos en loor del esposo que se habian elegido. San Basilio se situó en un lugar selvático allí cercano, cuya descripcion, que nos ha dejado él mismo, agrada por la ingenuidad de un alma vírgen con que está escrita y sus reminiscencias de escuela. « Perdidas las esperanzas,
» escribe á Gregorio, ó mas bien los sueños que
» yo formaba contigo (que verdaderamente la
» esperanza es un sueño del hombre despierto),
» vine al Ponto á buscar una vida conveniente,
» y Dios me ha hecho encontrar un asilo con-
» forme á mis inclinaciones. — Aquel sitio que
» tantas veces ideábamos juntos, me ha sido
» concedido en realidad. Es una alta montaña,
» vestida de denso ramaje, regada al Norte por
» frescas y límpidas fuentes: al pié hay una
» llanura fecundada por las aguas de lo alto,
» protegida por el bosque y con árboles de toda
» especie plantados á la ventura. La isla de Ca-
» lipso sería poca cosa al lado de esta, aunque
» Homero haya alabado á aquella sobre todas.
» Divídese este sitio en dos grandes valles; y
» por un lado el rio precipitándose por una pen-
» diente, forma con su curso una barrera con-
» tínua y difícil de superar, miéntras que por
» otro cierra todo paso la falda de la montaña,
» que comunica con el valle por tortuosos ca-
» minos. Nosotros somos dueños de la única
» entrada. Mi habitacion está situada sobre la
» punta mas saliente de una elevada roca, de
» modo que ante mi vista se dilata todo el valle,
» y puedo desde su altura contemplar el curso
» del rio mas grato á mis ojos que el Estrimon
» para los de Anfípolis... ¿Qué te diré de las
» olorosas exhalaciones de la tierra y de la
» frescura que despide el rio? Otros admirarian
» la variedad de las flores, el canto de los paja-
» rillos, pero yo no tengo tiempo para fijar en
» esto mi atencion, y me es mas agradable ver
» que con la abundancia de todo me da este
» lugar el mas suave de los bienes, la tranqui-
» lidad. No solo está libre del bullicio de las
» ciudades, pero ni aun tampoco le visitan via-
» jeros, si se exceptúa algun cazador que viene
» á reunirse con nosotros; porque aquí hay
» caza, pero no osos ni lobos como en nuestras

(1) « Estaban dispuestos y resueltos á soportar todos los males, á cuyo precio corona Jesucristo á los imitadores de sus penas; pero se necesitaba una ocasion legítima. Porque es una ley del mártir no exponerse voluntariamente á la lucha por consideracion á los débiles y por piedad hácia sus perseguidores, pero no evitar el combate cuando quiera que se presente: lo primero sería temeridad, lo segundo cobardía.» San Greg. *Orac. fun. de San Basilio.*

(2) *Orac. fun.* de *San Basilio.*

(3) En el poema de su vida.

(4) Μαζημάτων δὲ οὐ τοῖς ἡδίστοις πλέον, ἢ τοῖς καλλίστοι εχαίρομεν επειδή καντεῦθεν εστιν, ἢ πρὸς αρετήν τυποῦσθαι τούς νεοὺς ἢ πρὸς κακίαν.

(5) Οὐδέν γὰρ οὕτως οὐδενι λυπηρὸν, ὡς τοῖς εκεισε συννομῖς, Αθήνων και αλλήλων τεμνεσθαι.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» montañas, sino manadas de ciervos, de cabras
» monteses, de liebres y otros animales de esta
» especie. Perdóname, pues, si me he refugiado
» en este sitio, tambien Alemeon se retiró cuando
» encontró las islas Equinades. »

En este lugar solitario introdujo la vida cenobítica, cuyas reglas se puede decir que prescribió al describirla á Gregorio, que fué á reunirse con él como otros muchos que seguian su regla y sus ejemplos de piedad.

Gregorio y Basilio fueron despues ordenados sacerdotes á su pesar cuando la Iglesia, combatida por Juliano, tenia mayor necesidad de ministros celosos, instruidos y elocuentes. Durante el dominio de este condiscípulo suyo estuvieron ocultos, por temor no tanto á las persecuciones como á la seduccion. Juliano empleó todos los medios para arrastrar á sus vanidades á César, hermano de Gregorio, que estaba en la corte, y que á instancias de su hermano la abandonó y confesó el Cristianismo delante del emperador, que no quiso segun decia honrarle con el martirio.

370. Las virtudes y el talento de Basilio hubieran permanecido desconocidos en la oscura vida monástica, si la caridad no le hubiese impulsado á aceptar el arzobispado de Cesárea. En él conservó la pobreza que ya se iba haciendo rara entre los prelados; y dedicado exclusivamente á los que padecian, inflexible en la fe, infatigable en la beneficencia, fundó para los extranjeros y necesitados un hospital, que podia llamarse ciudad; estableció talleres y escuelas y hermoseó á Cesárea, si bien él se alimentaba solo de pan y legumbres. Su caridad, que hizo que le diesen el nombre de predicador de la limosna, se extendia á todos sin distincion de creencias; pero la tolerancia no disminuía su celo. Tan débil de cuerpo como vigoroso de espíritu, hacía contínuas predicaciones y visitas pastorales. Cuando Valente dictaba medidas cada vez mas crueles con el pretexto de castigar la magia, se opuso Basilio á sus enviados, y amenazado por uno de estos, respondió : *¿ Qué puedo temer? ¿ la pérdida de las riquezas? No poseo mas que mis vestidos y algunos libros. ¿ La muerte? No quiero mas que la vida eterna. ¿El destierro? Mi patria está donde se adora á Dios.* Y respondiendo el gobernador que ninguno le habia hecho frente de aquel modo, le contestó : *Porque no habéis encontrado aun ningun obispo.* Cuando murió, Hebreos y gentiles le lloraron á la par de los fieles como padre de todos ellos : y acudió tanta gente á los funerales, que algunos quedaron ahogados.

376. Habia conferido el obispo de Sasima á Gregorio, que aunque santo era tambien hombre, y se mostró descontento de verse relegado á una pobre aldea, pudiendo ejercer su saber y su celo en un sitio mas brillante. Pero no mucho despues, muerto su padre, obtuvo el obispado de Nacianzo, y algunos meses despues fué llamado á la sede de Constantinopla por los ortodoxos, que sostenian un rudo combate con los arrianos.

Atemorizados estos por la llegada de tan poderoso campeon, que los combatia con la doctrina miéntras con su humilde pobreza hacía resaltar la fastuosa ambicion de aquellos, pusieron en juego todos los medios para impedir que los ortodoxos se reuniesen en una capilla privada; y aun penetraron en ella violentamente, llevando el insulto hasta el asesinato. Pero los fieles quitaron una á una las piedras de la profanada capilla y la reedificaron en el otro lado del Bósforo, y despues, cuando se aseguró la paz, volvieron otra vez una á una aquellas piedras á Constantinopla y reedificaron la capilla que llamaron Anastasia, esto es, la resucitada.

Edicto contra los arrianos, 28 de febrero. 380.

Por este tiempo Teodosio, atacado de una grave enfermedad, quiso que le bautizase el obispo Acolio, en cuya fe tenia seguridad, y á instigacion suya publicó el siguiente decreto : « Es nuestra voluntad que todas las naciones
» gobernadas por nuestra moderacion y clemencia profesen constantemente la religion
» que se dice enseñada por San Pedro á los Romanos, y conservada por fieles tradiciones, y
» que ahora profesan el pontífice Dámaso y
» Pedro, obispo de Alejandría, hombre de apostólica santidad. Segun la enseñanza apostólica
» y la doctrina evangélica, creemos que son una
» sola divinidad el Padre, el Hijo y el Espíritu
» Santo, un mismo poder y una santa Trinidad.
» Damos autoridad á los partidarios de esta
» doctrina para que tomen el título de *Cristianos*
» *Católicos ;* y atendiendo á que tenemos á los
» demas por insensatos, y los designamos con
» el infame nombre de herejes, prohibimos que
» sus conventículos usurpen por mas tiempo la
» venerable denominacion de Iglesias. Estos,
» ademas del castigo de la justicia divina, deben
» esperar las severas penas que nuestra autoridad, guiada por la celeste sabiduría, crea
» oportuno imponerles (1). »

Curado ya Teodosio, cuando volvió de la guerra, llamó á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, proponiéndole que confesase el símbolo niceno ó abandonase su sede. Prefirió lo segundo, y habiendo sido desterrado, se dieron á los Católicos las cien iglesias; y el mismo emperador llevó á Gregorio por las calles como en triunfo hasta Santa Sofía, y le colocó en la silla arzobispal; rodeándose sin embargo de guardias y de armas contra la numerosa faccion arriana.

Teodosio, para hacer desaparecer estas escandalosas divisiones, manifestó que queria desti-

(1) *Cod. Teod.* lib. XVI, I, II, *Cunctos populos.* Cuentan que Anfiloquio, obispo de Icone, se presentó un dia al emperador cuando estaba sentado en toda su majestad en el trono con su hijo Arcadio, nombrado entónces augusto : y despues de haber reverenciado á Teodosio con los honores debidos, saludó familiarmente á su hijo, lo mismo que un niño cualquiera. Indignado Teodosio, mandó que arrojasen al atrevido de su presencia, el cual dijo: *Del mismo modo rechazará Dios á los que venerando al Padre, niegan igual homenaje al Hijo.* Esta parábola, discretamente grosera, gustó mucho á Teodosio Sozoménes VIII, 6, Teodoreto V, 16.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tuir á los obispos y clérigos obstinados en el error; alejados los cuales sin tumulto ni sangre, se estableció en Oriente la fe ortodoxa. Para explicar y confirmar esta, se convocó en Constantinopla el segundo concilio general, que confirmó en todas sus partes el símbolo de Nicea, declarando solo mas distintamente algunos puntos, para combatir herejías posteriores (1).

Segundo concilio ecuménico. 381. mayo.

Entre los cánones de disciplina de este concilio, el mas célebre es el que da al obispo de Constantinopla el primado de honor sobre el de Roma, por haberse llevado allí la sede del Imperio; lo que de la dignidad se quiso extender á la jurisdiccion con graves escándalos y litigios; para cuya decision no bastaron las penas ni las excomuniones.

En cuanto á Gregorio, conservó en la sede la modestia, no tratándose con los grandes sino para solicitar su caridad, y cuando el ceremonial le hacía asistir á la mesa del emperador, se veía embarazado con tantas ceremonias, estando acostumbrado á maneras sencillas y francas. Profundo en las ciencias divinas y profanas, atacaba á los heterodoxos con sus propias armas, pero siempre tan leal como firme; no tenia ultrajes, ni aspereza para el error, pero tampoco condescendencia. El ser manso, á semejanza de Cristo, es la prueba mas segura de que se pelea por él (2).

Protegió tambien á su grey contra los castigos con que la amenazaron por una sedicion; y habiendo reunido al pueblo, despues que le hubo animado con la esperanza y con la promesa de que participaria de su suerte, compadeciéndole y tranquilizándole sin acusarle, se presentó con mas severidad al gobernador romano enviado para castigar al pueblo, y le dijo: « Ofrece en homenaje á Dios la bondad, el mas » grato de todos los dones á sus ojos, y que » mayor premio recibe. No te haga renunciar » nada á la piedad y la dulzura, ni las circuns- » tancias, ni el temor al emperador, ni la espe- » ranza de mayor dignidad, ni el orgullo del » poder, prepárate la benevolencia del Cielo para » cuando tengas necesidad de ella; haz por Dios » lo que Dios hará por ti. »

Sin embargo, no se libró Gregorio de la envidia, y conociendo que su eleccion podia dar orígen á disensiones, abdicó voluntariamente. Reunió, pues, á los fieles, descubrió las intrigas, la ambicion de los obispos, prontos á devolver el mal recibido, contestó á las reconvenciones de los que le echaban en cara el no tener mesa ni vestidos como los cónsules y los generales, y exclamó: « Adios, Iglesia Anastasia, que to- » maste tu nombre de la piedad; trofeo de » nuestra comun victoria; nueva Silo, en que » reposó por primera vez el arca santa, errante » cuarenta años en el desierto: adios, templo » famoso, reciente conquista nuestra, que Cristo » ahora llena de tanta multitud; aldea de Jebus, » convertida por nosotros en una Jerusalen: » adios, santa moradá, segunda en dignidad, » que abrazaste los diferentes barrios de esta » metrópoli y fuiste como su lazo de union: » adios, santos apóstoles, colonia celestial que » me serviste de modelo en los combates de la » fe: adios, cátedra pontifical, trono envidiado » y lleno de peligros, consejo de los pontífices, » adorno de la virtud y de la edad de los sacer- » dotes; y vosotros todos, ministros del Señor » en la santa mesa, que os aproximáis á Dios » cuando descienda en medio de nosotros: » adios, oh delicia de los Cristianos, coro de » Nazarenos, dulzura de las salmodias, piadosas » ancianas, castas vírgenes, modestas mujeres, » reuniones de huérfanos y de viudas, pobres » con los ojos levantados á Dios y á mí: adios, » casas hospitalarias, amigas de Cristo, que me » socorrísteis en mi enfermedad: adios vos- » otros que gustábais de mis disursos, asistente » multitud entre la cual veía yo relucir furtivos « estilos que trascribian mis palabras: adios, » cancelas de esta tribuna, forzadas tantas veces » por el número de aquellos que se precipitaban » para oir mi palabra: adios, rey de la tierra, » palacio del rey, siervos y cortesanos del rey, » fieles vosotros que creéis en vuestro Señor, » pero que la mayor parte sois infieles á Dios; » aplaudid, elevad hasta el cielo á vuestro ora- » dor; la voz que os desagradaba ha enmude- » cido..... Adios, ciudad soberana, y amiga de » Cristo, de que yo doy testimonio aunque tu » celo no sea siempre segun la ciencia; acércate » á la verdad y enmiéndate aunque tarde. Adios, » Oriente y Occidente, por los cuales he comba- » tido y por los cuales fuí oprimido.... Pero » principalmente adios, vosotros ángeles custo- » dios de esta Iglesia, que protegísteis mi pre- » sencia y protegeréis mi destierro; y tú, santa » Trinidad, gloria y pensamiento mio. Ojalá » puedan ellos conservare y tú conservarlos, y » conservar á mi pueblo de suerte que yo sepa » que cada dia aumenta en sabiduría y en » virtud. Hijos, guardadme el sagrado depósito, » y acordáos de mi lapidacion. »

Vuelto á su activo retiro, eran toda su delicia un jardin, una fuente y la sombra de algunos árboles. Ayunaba y oraba: por cama tenia una estera y un jergon, y por vestido una sencilla túnica; y ni tenia calzado, ni fuego, ni mas compañía que las bestias. Sin embargo, no por eso conseguia domar completamente la carne, aun estando en tan extremada vejez, de suerte que decia que si bien era vírgen de cuerpo, no podia creerse tal de pensamiento. De esto nos informa él mismo en versos con que recreaba la soledad, y que miraba no solo como un solaz, sino tambien como una penitencia, atendiendo á la dificultad que para hacerlo tenia, y á su propósito de presentar modelos que pudiesen ponerse en parangon con los de los paganos. Murió ya nonagenario, y nadie que comprenda

(1) El símbolo, tal como fué recopilado entónces, se dice diariamente en la misa.

(2) *Carmina*, p. 737; *Orat.* XLII, 13.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la intencion de nuestra historia, podrá echarnos en cara el que nos detengamos, en este y otros campeones de la verdad, mas de lo que solemos detenernos al hablar de los grandes y de los llamados héroes. ¿De qué mejor modo podria conocerse al hombre segun los tiempos que indagando las obras y pensamientos de estos ingenuos y generosos maestros?

San Gregorio de Nisa. 330-400.

Gregorio, obispo de Nisa, hermano de Basilio, se dedicó con ardor á mantener la unidad católica contra heréticos y cismáticos, pacificó las Iglesias de Palestina y Arabia, dirigió el segundo concilio ecuménico, y obtuvo el título de Padre de los Padres. De ingenio ménos vasto que Basilio y que Gregorio Nacianceno, amaba la soledad y las especulaciones filosóficas, y escribió acerca del destino, del alma, de la resurreccion, haciendo que su hermana Macrina le expusiese algunas dudas que acerca de la resurreccion de los cuerpos habia tenido con motivo de la muerte de San Basilio.

San Jerónimo. 331-420.

San Jerónimo es como el lazo que une á los Orientales con los Occidentales. Hijo de una familia noble de Stridon en la Panonia, educado en Roma por Donato, comentador de Terencio y por el retórico Victorino, adquirió la cultura y la corrupcion de aquella gran ciudad, hasta que cansado de tanta disolucion se convirtió al Cristianismo, concentrando en sí mismo aquel ardor poderoso que en un principio disipaba en las pasiones. Asiduo para el estudio, se formó de su propio puño una biblioteca, visitando para este fin remotos países. Estando en Oriente y habiendo oido las disputas que se agitaban, se retiró al desierto en los confines de la Siria y de la Arabia, que era una especie de Tebáida poblada de santos ermitaños : allí mortificó su cuerpo entre la oracion y el estudio del hebreo, gustando de los austeros goces de la soledad, hermoseada como él dice : « por » las flores de Cristo, apartado de la ahumada prision de la ciudad. »

Sin embargo, el retiro estudioso y penitente no ahogaba su ardiente imaginacion. « ¡Cuántas » veces en el desierto, en estas soledades abra- » sadas por el sol, creía contemplar las delicias » de Roma! Estando solo, colmada mi alma de » amargura, falto de carnes y de fuerzas, cu- » bierto con un tosco saco, con la cara tostada » como la de un Etíope, gemia y lloraba todo » el dia : y si á pesar mio me sorprendia el » sueño, caía mi cuerpo en la desnuda tierra. Sin embargo, yo que por terror del infierno » me habia condenado á esta prision habitada » por tigres y culebras, sentia trasportada mi » imaginacion entre las diversiones de las jó- » venes romanas. Enflaquecido mi rostro por los » ayunos ardia mi cuerpo en deseos, y en mis » helados miembros, en la carne muerta ántes » de tiempo, estallaba el incendio de las pa- » siones. Entónces, privado de socorro me pos- » traba á los piés de Cristo, bañándolos con mis » lágrimas, y mas de una vez pasé el dia y la » noche toda maltratando mi pecho, hasta que » Dios devolvia la paz á mi alma. Infundíame » espanto aun el retiro de mi celda, pareciéndome que era cómplice de mis pensamientos. » Irritado contra mí mismo, me internaba en el » desierto, y donde encontraba un valle mas » escondido, una roca mas escarpada, allí me » postraba en oracion. Frecuentemente (Dios me » es testigo) despues de derramar muchas » lágrimas, y de tener mis miradas fijas por » mucho tiempo en el cielo, me veía trasportado » entre los coros de los ángeles, y triunfante » exclamaba : *Nosotros nos elevamos á ti atraí- » dos por el incienso de tu plegaria.* »

Habiendo salido de aquella soledad que se avenia mal con su laboriosidad, se dirigió á Antioquía, donde mal de su grado fué ordenado de sacerdote por Paulino. 379. Despues en Constantinopla, aunque ya quincuagenario, se hizo discípulo de Gregorio Nacianceno en la exégesis sagrada, y trasladó al latin várias obras : y despues el papa Dámaso le empleó en Roma en diversos asuntos, y principalmente en obras literarias y en la revision de la Biblia latina. 381. Allí hizo amistad con várias piadosas matronas, dignas de especial mencion : Melania, nobilísima romana, que habiendo perdido á su marido y á dos hijos, dejó el tercero para pasar á Egipto á conocer á los fieles perseguidos por los arrianos, acogiéndolos cuando huían y vistiéndose de esclava para alimentarlos y consolarlos en las prisiones ; y Marcela que, tambien viuda, se habia retirado á una quinta, donde vivia con monástico rigor con Principia, su hija. Iguales virtudes resplandecian en Asela y Albina, suegra la una y madre la otra de Marcela. Señalóse por su mayor piedad y por sus generosos socorros á los pobres y enfermos Paula, de antiquísima familia (1), con sus hijas Eustoquia y Blesilla. Estas mujeres se sometian al dominio del alma violenta de Jerónimo, el cual muy de otra manera que los directores del espíritu que en otros tiempos ponian su estudio en conciliar la religion con las intrigas y el libertinaje, las dirigia á la par de Lea y de Fabiola y otras conciencias profundamente convencidas, que se lanzaban á las mas austeras virtudes, protestando con sus hechos contra la debilidad y socorriendo las miserias de un siglo infelicísimo.

Enseñó á Leta, hija de Albino, pontífice de los dioses, cómo habia de educar á una niña suya, advirtiéndola que la acostumbrára á arrojarse en los brazos de su abuelo cantando el aleluya, para que el viejo pontífice se sonriera al oir al ingenuo canto y de este modo se preparase á la conversion. « Ya es candidato de la » fe, decia, el que se ve rodeado de una turba » cristiana de hijos y de nietos. El hombre no » nace Cristiano, sino que se hace despues. El » Capitolio, cubierto ántes de oro, se cubre de

(1) Aunque San Jerónimo manifiesta su desprecio á las distinciones de nacimiento, dice no obstante que esta descendia por parte de padre de Agamemnon, por parte de madre de los Gracos, y que se casó con un descendiente de Enéas y de Julio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» polvo : las telarañas visten los templos de » Roma : la ciudad sale de sus cimientos : las » oleadas del pueblo pasan por delante de los » derrocados templos, dirigiéndose á las tumbas » de los mártires (1). » San Jerónimo conocia el porvenir que se aproximaba y los medios de acelerarlo.

Á tan formidable enemigo dirigieron toda suerte de ataques la faccion pagana y los herejes. Apasionado de la verdad, enseñaba que la salud de la Iglesia dependia de un sumo pontífice, y que si á este no se le daba un poder superior á los demas, habria en la Iglesia tantos cismas como obispos. Y anticipándose á contestar á errores modernos decia : « Permaneced » en la Iglesia fundada por los apóstoles y hasta » ahora subsistente. Si oís que se designa á » otros no con el nombre de Jesucristo, sino con » el de algun otro, sabed que no son la Iglesia » de Cristo, y el ser instituidos posteriormente » convence de que son de aquellos cuya venida » predijo el Apóstol. Y no les engaña el parecer » que se apoyan en las Escrituras, porque tam- » bien el demonio dijo cosas conformes con la » Escritura, y no basta leer esta, sino que es » preciso entenderla. No siguiendo mas que la » letra, tambien podríamos nosotros formar un » dogma nuevo, y pretender que no se recibie- » ran en la Iglesia mas que los que estuviesen » calzados y tuvieran dos túnicas (2). »

San Jerónimo, humilde en presencia de Dios, soberbio en presencia de los hombres, castiga coléricamente cuantos vicios encuentra sin perdonar á los indignos ministros de la religion, desenmascarando á algunos que llegando al diaconado y al sacerdocio para tratar con mas libertad con las mujeres, llevaban elegantes vestidos, rizados y perfumados cabellos, sortijas en los dedos, que andaban sobre las puntas de los piés, se entrometian en las casas y solicitaban donativos y legados (3). Ofendidos con esto trataron de perseguir al Santo, denigrando sus amistades espirituales, tanto que este, aunque puso en claro su inocencia, abandonó á Roma y volvió á Oriente. Siguiéronle Paula y Eustoquia y otras mujeres, con las cuales fué á Alejandría, donde la devocion no le impidió oir las lecciones del gramático Didimo : y dejando admirados á los anacoretas de Nitria, volvió á fijarse en Palestina recorriendo paso á paso los lugares para comprender mejor las Escrituras, como aquel que visitó el territorio desde la Troade hasta la Sicilia, para entender mas fácilmente el libro III de la *Enéida*.

Paula, que en todo el viaje habia recibido los honores de su posicion, se fijó en Belen, adonde acudian los Cristianos de todas partes; y allí sin destincion de grado ni riqueza, mirando como el primero al que se tenia por el último, dirigió un monasterio de mujeres, y Jerónimo otro de hombres. Este, afanoso mártir de sí mismo, trabajaba tanto que escribia hasta mil líneas al dia : y sin embargo, encontraba tiempo para explicar la Biblia á sus anacoretas, enseñar á los niños las primeras letras, y leer á hurtadillas los autores profanos, delicia de su juventud.

¡Cuánto le agradaba aquella soledad campestre y religiosa en contraste con el tumulto de Roma, en que residian la ambicion y la grandeza, el deseo de ver y de ser visto, de saludar y de ser saludado, de oir y de esparcir noticias, la ingrata necesidad de ver tanta gente, que tachaban de orgullo al que no les recibia, ó arrastraban á la disipacion al que les recibia; y donde, para devolver las visitas, era preciso ir á espléndidas puertas, y atravesar por entre una turba de criados murmuradores ! Grandes obispos, sencillos fieles y humildes mujeres recurrian á San Jerónimo; ya Esuperio, obispo de Tolosa, le escribe deplorando los males de la Galia; ya Edibia de Bayeux le dirige doce cuestiones; ya Algasia de Caorsa once sobre algunos pasajes bíblicos y acerca del modo de conducirse en ciertos casos; ya desde el fondo de la Bretaña llega en posta un sacerdote á la Palestina para darle una carta y llevar la respuesta.

Una banda de semipelagianos penetró en el retiro de San Jerónimo y puso fuego á las tranquilas celdas de los monjes y de las monjas, librándose el Santo á duras penas : y á poco murió, ya nonagenario.

Tuvo grandes disputas con Rufino, su antiguo amigo. Las doctrinas de Orígenes se habian difundido grandemente por el Oriente y mas aun su severidad ascética, abrazada por los innumerables solitarios de Egipto y de Siria. Cuando las desventuras públicas extendiendo tambien por el Occidente la austeridad monástica, fueron muchos los que desde esta parte marcharon á Oriente para admirarla y seguirla. Entre estos la Romana Melania, de quien ya hemos hecho mencion, descendiente de una de aquellas casas patricias, las cuales, habiendo perdido todo poder político, conservaban régias riquezas, se estableció en Jerusalen y acogió á cuantos en el espacio de treinta años acudieron á venerar los Santos Lugares. Con ella se habia unido en amistad espiritual Rufino, sacerdote de Aquilea, que en las conversaciones con solitarios de Nitria se habia hecho admirador de Orígenes, admiracion de que tambien participaba su amigo Jerónimo : de suerte que Jerusalen, poblada de estos fervientes é ingeniosos prosélitos, vino á ser el centro del origenismo. Sin embargo, Jerónimo echó de ver muy luego lo peligroso de las doctrinas que tanto habia alabado, y separándose de Rufino, comenzó con él una discusion en que no siempre se conservó la decencia : humana debilidad digna de ser lamentada y compadecida.

Rufino, á quien Jerónimo dirige viles injurias tomadas de Persio y Juvenal, nos es presentado muy de otro modo por los grandes

(1) *De inst. filiæ.*
(2) *Miscelánea*, p. 221 y 269.
(3) *Ep. ad. Estoch.* XXII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

hombres de entónces, aun por los mismos pontífices; y el *Comentario sobre algunos profetas menores* redunda en alabanza suya, tanto porque ateniéndose al sentido literal de la mas recta explicacion, cuanto por la laudable moderacion que manifiesta hácia Jerónimo. Queriendo demostrar que Orígenes haba sido un grande hombre y al mismo tiempo que no aprobaba sus errores, tradujo Rufino su *Peri archon* (pág. 498), pero modificando sus proposiciones hasta ponerlas de acuerdo con las decisiones canónicas. Con no poco ingenio ponia en el prefacio el asentimiento de San Jeronimo, el cual no pudiendo negar, lo tergiversó todo excusándose y desaprobando al traductor y al autor; y para demostrar los errores de este, hizo del libro una nueva traduccion conservando íntegros en ella los pasajes condenados : empresa que todos reputaron peligrosa por el escándalo que causaba.

Gravemente turbada quedó la Iglesia con esta discusion, que amenazaba convertirse en un cisma entre la occidental activa y apegada á la autoridad y la oriental devota y razonadora. Teófilo, patriarca de Alejandría, antiguo partidario de Orígenes, reprobó categóricamente las doctrinas de este, y principalmente estos nueve puntos : que el reino de Cristo debe terminar : que los demonios se salvarán : que los elegidos pueden caer : que Cristo padeció tambien por los condenados : que los cuerpos despues de la resurreccion serán otra vez mortales : que se debe rogar al Padre, no al Hijo : que al fin los cuerpos se trasformarán en espíritu : que la magia no es condenable : que la materia es un efecto del pecado.

Esta carta fué divulgada en Occidente por Jerónimo; y Melania se hizo acusadora de su amigo Rufino, el cual fué excluido de la comunion por el papa. Pero mas aun que de estos errores tratábase de la lucha entre el Cristianismo mundano del Occidente y el de los anacoretas orientales. Este último encontró un poderoso sostenedor en Juan Crisóstomo, nuevo patriarca de Constantinopla. Los dos patriarcas lucharon entre sí, como veremos, en términos que la Iglesia de San Pedro quedó dividida por algun tiempo de la de San Márcos ; y en medio de estas disensiones Roma pereció y murieron los campeones de aquella lucha. Habian nacido por entónces las cuestiones de la Tracia, que parecieron mas inmediatamente importantes á la salud de los fieles que no las del orígen de las almas, aunque los origenistas habian visto ya que semejante problema implicaba el del sistema general del universo, y podia suscitar dudas acerca de la persona del Creador y sobre la suprema misericordia, miéntras en el libre albedrío de las criaturas no se encontrase el motivo de las miserias humanas. Sobre todo esto debia la Iglesia pronunciar posteriormente su fallo, pero por entónces el gran proceso quedó suspenso.

Los trabajos mas importantes de San Jerónimo son de crítica sagrada. El papa Dámaso le dió la comision de someter á exámen la version itálica de los Evangelios, reputada por la mas fiel, pero corrompida por interpolaciones y alteraciones. El que poseía una copia del Evangelio solia añadirle al márgen las variantes que encontraba en otra, y á veces tambien sencillas tradiciones orales ó interpretaciones. Algun amanuense posterior, distinguiendo mal el texto primitivo de las adiciones, lo copió todo junto, de modo que, segun la expresion de San Jerónimo, habian resultado, no cuatro Evangelios, sino cuatro concordancias de los Evangelios.

Añádese á esto la ineptitud de algun copista y la presuncion de otros que querian corregir por su propia autoridad la version; por lo cual no poco habia perdido de su primitiva forma el sagrado código.

Dedicado á purgarle, acudió Jerónimo, ante todo á los textos griegos mas antiguos, quizá hasta los de Pánfilo y Orígenes, pero no tuvo valor para enmendar todos los pasajes que la comparacion le hacía ver que estaban corrompidos; de modo que algunas veces el comentario no corresponde á la revision. Corrigió tambien el Salterio, el libro de Job y otros que se han perdido. Trató despues de hacer una nueva version del Antiguo Testamento, no ya sobre el texto de los LXX, sino sobre el original. Muy versado en la crítica, pacientísimo en el trabajo, era mas propio que otro cualquiera para esta ocupacion; y por espacio de quince años se dedicó á ella, siguiendo tan fielmente el texto, que introdujo en la lengua muchos modismos hebráicos, valiéndose tambien de las versiones siríaca y árabe, de las griegas de Aquila, Teodocion y Simaco, y respetando principalmente la de los LXX citada por los Apóstoles.

San Jerónimo es sin duda despues de Orígenes el padre mas eminente; conociendo el griego, el latin, el hebreo, el caldeo y las costumbres orientales, pudo penetrar en el verdadero sentido literal de las Escrituras, tanto como Orígenes en el sentido espiritual y alegórico. Deben, sin embargo, considerarse las circunstancias en que escribia y sus disidencias personales; y es de sentir que no haya podido limar mas detenidamente sus comentarios (1), y que algunas veces se pague demasiado de las etimologías de los rabinos. Cuando pasa despues al sentido alegórico ó místico, no sabe detener su imaginacion; y algunas veces acumulando las diversas interpretaciones de los exegéticos, sin resolverse por ninguna, deja al lector en una incertidumbre mas dolorosa que la ignorancia.

(1) En el comentario al *Eclesiástico*, p. 774, hay un pasaje que pone en grande apuro á los que no creen antigua la confesion auricular : « Si quem serpens diabolus occulte momorderit, et nullo conscio, eum peccati veneno infecerit; si tacuerit qui percussus est et non egerit pœnitentiam, nec vulnus suum fratri et magistro voluerit confiteri; magister et frater qui linguam habent ad curandum, facile ei prodesse non poterunt. Si enim erubescat ægrotus vulnus medico confiteri, quod ignorat medicina non curat. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Movióse desde luego una viva guerra contra su traduccion; sin embargo, la adoptó la Iglesia en vez de la antigua itálica hecha sobre los LXX, y fué el fundamento de la que declaró auténtica el concilio Tridentino (1).

Su *Cánon*, ó sea el catálogo de los escritores eclesiásticos, es un modelo de biografías rápidas y elocuentes. Escribió tambien ó reunió la vida de los Padres en el desierto, con poca crítica, tradujo, y nos conservó de este modo, la *Crónica* de Eusebio, continuándola hasta su tiempo, y en ciento cuarenta y siete cartas trata de importantes cuestiones de exégesis y de moral. Estas obras están por lo comun manchadas con polémicas virulentas, impropias no solo de la caridad cristiana, sino de una persona bien educada (2). Algunas veces en las invectivas contra sus adversarios envuelve á las antorchas de la Iglesia, como á San Juan Crisóstomo á quien atacó en vida y despues de muerto, y Agustin á quien quiso desacreditar y hacer sospechoso.

Á este último trató de envolver tambien en las disputas de los origenistas; pero Agustin veía de otra manera la teología; y las cuestiones relativas solo al órden de la creacion le parecian hechos consumados y mucho ménos importantes que las del órden metafísico, intactas aun, de los misterios de la Gracia y de la redencion que nos conducen á la salvacion. Y aunque creía que los ataques contra Orígenes habian impedido al Cristianismo aceptar soluciones prematuras del problema del orígen del alma, tenia tambien por inoportuno el declararse por una opinion de una manera tan terminante que dividiese el cuerpo de Cristo. Buscaba por lo tanto la paz, y habiéndole dirigido Jerónimo uno de sus escritos polémicos contra Rufino, el obispo de Hipona trató de demostrarle con lealtad y caridad que fomentaba injustamente la discordia con suposiciones indignas de él, y concluyó con palabras que convendria gritar con todo el esfuerzo de la voz: « ¡Ah! Qué no pueda yo encontraros á » entrambos en algun sitio! Conmovido cual » estoy por el temor, por el dolor, caeria á » vuestros piés, lloraria, suplicaria y os rogaria » á cada uno y á ambos el uno por el otro y » por los demas, y principalmente por los dé- » biles por quienes murió Cristo, y que tienen » fijos los ojos en vosotros con grave peligro en » este teatro de la vida, y os conjuraria á que » no divulgáseis escritos que algun dia, cuando » estéis reconciliados, desearéis y no podréis » borrar; escritos que ahora os impiden recon- » ciliaros, y que reconciliados, temeréis leer » por no volver á la lucha (1). »

Ademas de las vanidades del mundo, agitaba otra tentacion á Jerónimo: el amor á las letras profanas, que era una de las cosas que mas fuertemente contenian á los doctos para abrazar una religion, que negaba del culto inspirador de Homero y de Virgilio. Enseñado á idolatrar la forma y despreciar la sustancia, gozábase Jerónimo en los libros que con tanto cuidado habia recogido, única riqueza reservada en su retiro: y cuando desde Platon y Marco Tulio pasaba á los profetas, le parecian rudos y toscos en aquella sublimidad de pensamiento que desdeña los atractivos artificiales. Véase por qué, en estado febril, se sintió trasportado en espíritu al tribunal del Juez Supremo, el cual le rechazó como mas ciceroniano que cristiano, vision que nos revela la lucha del genio contra la imaginacion, lucha que prolongó la agonía del paganismo, aunque destituido de toda conviccion.

Conociendo por experiencia propia que algunas lecturas secan las flores celestes bajo el lozano ramaje de importunos pensamientos, y destruyen la aficion á los estudios mas convenientes á un Cristiano, ya en tardía edad inculpaba á los que, despues de haber abandonado la sabiduría del siglo, se disgustaban de la sencillez de las Escrituras y volvian á leer los poetas (2). Sin embargo, los tuvo siempre mucha aficion, tanto que le acusaban de ello sus adversarios: y Rufino le tenia por muy culpado por gustarle demasiado la literatura profana. « Podria citar muchos religiosos, que en sus » celdas del monte Olivete copiaban para él » diálogos de Ciceron; yo mismo los tuve en » mi mano y los leí; ¡niegue si puede que vi- » niendo á visitarme desde Belen á Jerusalen » llevó consigo un diálogo de Ciceron! ¿Qué » mas? Jerónimo en el convento de Belen » componia una obra de gramática profana, y » explicaba su delicioso Virgilio y otros líricos, » cómicos é historiadores á los niños que se le » habian confiado para que los educase en el » temor de Dios (3). »

San Paulino. 353-431.

Presento aquí estas particularidades para que se comprenda la guerra que en literatura como en todo se hacian la nueva y la antigua civilizacion. Una nueva prueba de esto es la vida de Poncio Meropio Paulino de Burdeos. Recomendado por su padre, prefecto del Pretorio de las Galias, al emperador Graciano, desempeñó con este el consulado; y despues de haber obtenido las primeras dignidades en España y las Galias,

(1) Él mismo nos cuenta qué consiguió de los Nazarenos de Beroe, en Siria, la copia de un evangelio sirio-caldeo, que tradujo al latin y al griego. Decia este *segun los Hebreos ó segun San Mateo*; pero habiéndose perdido, no sabemos si será el original del de este evangelista el que se nos ha conservado en latin, ó un quinto evangelio diferente, lo que es probable, por la acusacion que Teodoro de Mopsuesta hacía á Jerónimo de haber dado un evangelio nuevo.

(2) Véase lo que escribe contra Vigilancio: « Las Galias no habian producido hasta ahora mas que sublimes virtudes, grandes capitanes, eminentes oradores; pero Vigilancio, que mas bien deberia llamarse Dormitancio, despertando en un momento, y dejando el polvo y el humo de su cocina, los quita de un solo golpe su prerogativa. Este hostalero civilizado mezcla continuamente el agua y el vino, y con la maña de su primera profesion trata de alterar la pureza de la fe católica, é introducir en la hez de la idolatría, etc. »

(1) *Ep.* 73.
(2) *Ep.* IV *ad Fabiol.* del año 401.
(3) *Obras*, t. III, p. 216.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gobernado la Campania y adquirido gran fama por su saber, se casó con una Española de riquísima familia. Lleno de disgustos, suplica que le sean quitados los dolores y el peso de la mujer y los hijos: y despues, acudiendo al llamamiento de Dios, acepta la vida de angustia y de resignacion y renuncia el mundo; hace de
390. su mujer una hermana; sufre el rigor del sacrificio; retirado en Roma recibe el bautismo; y le reclama por sacerdote el pueblo de Barcelona, á quien habia cedido parte de sus bienes.

Congratulábanse los Cristianos por tal adquisicion y por ella daban públicas gracias los obispos, al mismo tiempo que los paganos se consumian de rabia. Parientes y amigos cuando encontraban á Paulino huían de él como de un desertor, y sus clientes, libertos y esclavos consideraban rotos todos los vínculos que les ligaban á su persona. El poeta Ausonio no perdonó medio alguno para hacerle cambiar de resolucion, sin comprender entre las frivolidades literarias de entónces, cómo pueden resistir á los consejos y quejas la fuerza de la conviccion y la autoridad de la conciencia. Escribióle, pues, con objeto de atraerle otra vez al paganismo y á la literatura, y no recibiendo respuesta reiteró sus escritos, recordándole sus comunes estudios, su amistad y su respeto; pero no por eso fué escuchado, y entónces le auguró mil desventuras clásicas, invocando á las musas griegas para que restituyesen un poeta á las latinas (1). Paulino rompió el silencio á la cuarta invitacion, y aunque no invocó á las musas por él repudiadas, porque en su corazon consagrado no tenian ya cabida Apolo ni las musas, sino un Dios mas grande, le prometió sin embargo que ni el tiempo ni las circunstancias le borrarian de su memoria.

Habiendo llegado á Italia y habiéndose arraigado mas en sus creencias conferenciando con San Ambrosio, se retiró Paulino para pasar su vida en la soledad junto á Nola, donde vivió con algunas piadosas mujeres diez y seis años, fundando una especie de Tebáida en las delicias de la Campania, y construyendo una iglesia en San Félix, con pinturas sacadas del Antiguo Testamento, contemplando las cuales se olvidaban de comer los habitantes. No temia Paulino las excursiones de los Bárbaros, sumido en una paz que el mundo no podia alterar. Todos los años en el dia del natalicio de su santo predilecto componia un canto, y aunque los idólatras de la forma creen que escribia mejor cuando era pagano, Ausonio tenia sus versos por armoniosos y suaves (1), y San Augustin alaba su
403. *gemebunda piedad*. Nombrado obispo, mantuvo corespondencia con San Ambrosio. San Jerónimo y San Agustin, con el Asia, el África y la Italia, cambiando con todos ideas, consejos, aclaraciones; hablaba al pueblo con una sencillez que da á conocer al Cristianismo, salida del pueblo y para el pueblo, en el tono fácil y familiar propio de su orígen y de su esencia. Así empieza Paulino su discurso sobre la limosna: « No inútilmente, amados mios, se coloca » el pesebre ante las bestias de carga, ni está » puesto solo para vista. Es una especie de » mesa para uso de los animales sin razon, » preparada por la razon del hombre á fin de que » los cuadrúpedos puedan tomar su alimento. » Si los que pusieron el pesebre se olvidan de » echar el heno, no tardarán los animales en » ser consumidos por el hambre: si no comen, » el hambre se los comerá. Advertidos con este » ejemplo, guardémonos de descuidar la mesa » que Dios colocó en su Iglesia...»

San Hilario de Poitiers.

La Galia Narbonense, que por la época de que vamos hablando se conformaba en un todo con las maneras romanas, ofreció campo al valor de San Hilario. Mecido en buena cuna, se dedicó á los estudios y llego paso á paso á la verdad: primero despreciando los placeres de los sentidos; despues entregándose á meditar sobre la Divinidad, y desde la creencia en esta, elevándose á la de un alma inmortal y de un mediador divino. Ordenado de sacerdote y hecho despues obispo de Poitiers, sostuvo á San Atanasio; y desterrado por Constancio á Oriente, conoció en este
350. á sus grandes doctores, adquiriendo nuevo vigor su fe. Estando en Constantinopla presentó una peticion para que fuesen toleradas sus doctrinas, y para que se le permitiese sontenerlas en contra de los arrianos, y no habiendo sido escuchado, se enfureció violentamente con el emperador. « ¡Ah! si estuviésemos todavía en los » tiempos de Neron y de Decio, entónces pelea» ríamos á la descubierta contra los carniceros » verdugos, y tu pueblo, viendo la persecucion » pública, nos seguiria como á sus jefes. Ahora » luchamos con un perseguidor que se rie, » contra un enemigo que halaga, contra el an» tecristo de Constancio que no hiere sino » que acaricia, que no proscribe nuestras cabe» zas, sino que nos enriquece para corromper» nos, que no se opone á la libertad cristiana » por medio de las cárceles, sino que nos » favorece en su palacio para sujetarnos..... No » combate porque teme ser vencido; pero lison» jea para dominar; confiesa á Cristo para » negarlo; busca la unidad para impedir la paz; » comprime las herejías para que tampoco haya » Cristianos; distingue á los sacerdotes para » humillar á los obispos; fabrica iglesias para » destruir la fe... Á ti, oh Constancio, te digo » lo que Neron, lo que Decio, lo que Máximo » hubieran oído de mi boca. Tú peleas contra

(1) Impie, Pirotoo disjungere Thesea posses.
Euryatumque suo socium secernere Niso.....
Jam nomina nostra parabant
Inserere antiquis ævi melioris amicis.....
Nos studiis animisque isdem, miracula cunctis.....
Imprecor ex merito qui non tibi, iberica tellus?
Te populent Pœni, te perfidus Annibal urat.. ..
Gaudia non illuc vegetent, non dulcia vatum
Carmina, non blandæ modulatio flexa querelæ....
Hæc precor, hanc vocem, bœotia numina Musæ,
Accipite, et latiis vatem revocate Camœnis,

(1) Hæc tu quam concinne, modulate et dulciter!

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» Dios, te enfureces contra la Iglesia, persigues » á los santos, detestas á los predicadores de » Cristo, y destruyes la religion: tú eres tirano, » no de las cosas humanas, sino de las divinas, » afectas un Cristianismo oscuro, eres el nuevo » enemigo de Cristo, el precursor del antecristo, » y has empezado ya sus obras de iniquidad: » haces profesiones de fe y vives contra la fe: » introduces la confusion en lo antiguo y con- » taminas lo nuevo (1).»

Aquí se conocen los ímpetus de aquel á quien San Jerónimo llamaba, *eloquentiæ latine Rhodanus;* imágen atrevida, pero expresiva, de su vigorosa dialéctica y de su convincente y vivo razonamiento, expuesto en un estilo espléndido y redundante. Su tratado *De la Trinidad*, el mas regular y completo acerca de este misterio, fué compuesto en el destierro: como tambien el *De los Sínodos* y otros varios dirigidos al mismo emperador. Diciendo este que *no queria que se valiesen de palabras desconocidas de la Santa Escritura*, Hilario respondió: *¿Quién eres tú para mandar á los obispos y quitarles el derecho de predicar la doctrina apostólica? Esto es decir: aquí hay venenos nuevos; pero no quiero nuevos antídotos.*

Repuesto en su sede y cuando los infieles reposaban bajo el cetro valentiniano, denunció públicamente á Ausencio, obispo de Milan, que habia profesado las doctrinas de Arrio en tiempo de príncipes arrianos. Ausencio le hizo condenar entónces por el emperador como perturbador de la Iglesia; pero Hilario envió á los obispos y al pueblo una elocuente defensa. « Deploremos nuestros infelices dias; lloremos » las locuras de un tiempo en que se cree que » Dios tiene necesidad de la proteccion de los » hombres y en que se quiere defender á Cristo » con las intrigas del mundo. Oh obispos que » tal cosa creéis, respondedme con verdad: ¿de » qué apoyo humano se valieron los apóstoles » para predicar el Evangelio y convertir á las » naciones idólatras al verdadero Dios? ¿Trata- » ban de tener crédito en la corte cuando can- » taban himnos á Dios desde el fondo de las » cárceles, entre cadenas, despues del tormento? » Pablo, ofrecido en espectáculo en el circo, » ¿formaba acaso por los edictos de un príncipe » una Iglesia para Jesucristo? Defendíase con el » favor de los príncipes ó ántes por el contrario » el odio de estos hizo florecer el Evangelio. » Cuando los apóstoles se sustentaban con el » trabajo de sus manos y recorrian ciudades, » aldeas, naciones á pesar del rey y del Senado, » ¿creéis que no tenian las llaves del cielo? Án- » tes bien la virtud de Dios se manifestó entón- » ces contra la envidia de los hombres, y cuanto » mas se prohibia el Evangelio tanto mas ellos le » publicaban. Pero hoy, oh dolor, la proteccion » terrestre recomienda la fe divina: Cristo pa- » rece despojado de su virtud, miéntras se » oprime en su nombre; la Iglesia amenaza » con el destierro y las prisiones; quiere ha- » cerse creer por fuerza, cuando en otro tiempo » ella era creida á pesar de los destierros y de » las cadenas.»

No hablaré de todos los Padres de la Iglesia de Occidente, pero nombraré á Zenon, obispo de Verona (363), que purgó á su Iglesia de los restos de la idolatría y del arrianismo, y nos dejó sesenta y siete discursos, elegantes en su expresion, si no nuevos en sus ideas. Eusebio, originario de Cerdeña, obispo de Vercelli (340), fué el primero que introdujo la vida regular entre el clero de su Iglesia; y en el concilio de Milan resistió al emperador, el cual llegó hasta poner la mano en la espada contra él. Desterrado á diversos puntos, estaba en la Tebáida cuando le levantó el destierro el edicto de Juliano. Sostuvo siempre á San Atanasio; fué enviado á poner paz en la Iglesia de Antioquía, y no habiéndolo conseguido volvió á su sede, donde terminó sus dias. 363.

Tuvo por amigo á Lucifero, obispo de Cagliari, uno de los mas fervorosos impugnadores del arrianismo y de varios cismas, y que desde el destierro envió al emperador un escrito dictado con aquella violencia que le llevan hasta mandar á sus fieles que no tuviesen comunicacion de ninguna especie con los herejes (1). Iguales opiniones sostenia su amigo el diácono Hilario, que pretendia que para que los arrianos volviesen al gremio de la Iglesia, era preciso que se bautizasen de nuevo; por lo cual San Jerónimo le apellidaba el Deucalion del mundo.

El que con mayor fuerza combatió á los arrianos é idólatras en Occidente, fué Ambrosio. Nació en Tréveris, siendo hijo de un prefecto del Pretorio en tiempo de Constantino, y residia en Milan como gobernador de Liguria y de la Emilia cuando sobrevino la muerte de Ausencio, Capadocio y obispo arriano (374). Conociendo que las facciones harian muy tumultuosa la nueva eleccion, el gobernador se presentó en la asamblea para mantener el órden; pero apénas entró, cuando todos gritaron: *Sé tú nuestro obispo.* Ambrosio trató de evitar aquel honor con la fuga y con ser juez en un caso de sangre, pero apeló en vano á su entendimiento, y conociendo la voluntad de Dios en manifiestas señales, se dejó bautizar (2), y luego ordenar de sacerdote y de obispo. Entónces distribuyó su dinero á los pobres, dió á la Iglesia sus bienes raíces, dejando el usufructo á su hermana Marcelina; confió á su hermano Sátiro la administracion de su casa, y él se entregó completamente al desempeño de su santo ministerio. San Ambrosio. 340-397.

Comenzó por estudiar la Biblia y los Santos Padres, lectura nueva para él, y de la que sacó tal fruto, que la fama le aclamó el primer doctor de Occidente. No poseía el genio de un

(1) Véase VILLEMAIN, *De l'éloquence chrétienne dans le IVe siècle.*

(1) *De non conveniendo cum hæreticis.*

(2) El obispo se elegia en cualquiera condicion; y ni aun era necesario que fuese Cristiano. El concilio de Constantinopla nombró obispo de esta ciudad á Nectario, que ni aun estaba bautizado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Gregorio, de un Basilio, de un Crisóstomo; pero tenia en mayor grado la actividad práctica, de modo que fué mas sublime en sus actos que en sus escritos. Su vida, escrita por un elocuente testigo (1), se dividió como la de los demas obispos de entónces, entre los mas diversos cuidados; juzgar los negocios que le presentaban los fieles, atender á los hospitales, cuidar de los pobres, acoger á todos con afabilidad, y en medio de todo esto, meditar y componer. Ademas, como á práctico en la política, le fueron confiadas misiones importantes. Valentiniano al morir le dejó encomendados á sus hijos: disuadió á Máximo de entrar en Italia, de suerte que este se quejaba de haber sido hechizado por Ambrosio; muerto Graciano, fué á reclamar su cadáver, y con una franqueza que no siempre imitaron sus sucesores, decia á Teodosio la verdad, y le marcaba la distincion entre el sacerdocio y el imperio, de modo que el emperador decia: *No conozco mas que á Ambrosio que lleve dignamente el nombre de obispo*. Al mismo tiempo proveía de obispos á Iglesias que nunca los habian tenido, visitaba y alentaba á los demas, y á veces los reunia en concilios; interponia su validez en favor de los reos de Estado; vendia las alhajas del templo para rescatar los prisioneros hechos por los Godos; en una palabra, representaba con dignidad y amor el tribunado que los obispos habian tomado en nombre de Cristo; despues de aquella magistratura cayó en nombre de la ley; ofrecia al pueblo el apoyo de su palabra y de sus obras, invocando la justicia ó la clemencia de los príncipes, é interponia en favor de los desventurados y de los que padecian las doctrinas de la pobreza, de la igualdad, del rescate del hombre verificado con la sangre de una víctima celeste: ¡ gran mision del episcopado!

San Ambrosio poseía singularmente el arte de cautivar los ánimos y de dirigirlos. Profundo en el conocimiento del corazon humano, no se abatia por los golpes siniestros, y se aprovechaba de los prósperos. Exhortaba con tanto fervor á la virginidad, que muchos acudian á él desde remotos países para hacer este voto en sus manos, y los de Milan encerraban á sus niñas para que no se dejasen arrastrar por su persuasion. Los discursos que con este fin recitó, los reunió y envió á su hermana Marcelina, y en otro libro exhortó á las viudas á las virtudes de su estado.

Amado en Milan como padre, dos señores vinieron de la Persia solo para oirlo, y despues que estuvieron con él ocupados en cuestiones alegóricas desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche, se marcharon sin detenerse á mas. Fritigila, reina de los Marcomanos, abrazó el Cristianismo por haber oido referir las virtudes de San Ambrosio; le envió magníficos dones y le pidió sus lecciones: y conmovida aun mas por estas, vino en persona á oirle, pero ya no pudo hacer mas que venerar su sepulcro. Estando el conde Arbogasto sentado á la mesa con los principales Bárbaros, le preguntaron estos si conocia á Ambrosio, y habiéndoles dicho que era su amigo y que comia á menudo con él: *No nos admira ya*, respondieron, *que seas tan afortunabo en las batallas, porque posees la amistad de uno cuya palabra podria detener el sol* (1).

El emperador Graciano, educado por el poeta gentil Ausonio, apénas murió Valentiniano, decretó que cada cual pudiese honrar á las divinidades en las asambleas de la manera que le pareciese mas oportuna, fuera de los maniqueos los fotinianos y los eunomianos; pero muy pronto Ambrasio supo inducirle á dictar otra sentencia y persuadirle á dar el último golpe al antiguo culto. La primera señal de esto fué la órden de que el Senado de Roma quitase la estatua de la Victoria; despues dió al fisco todos los bienes con que mantenian los templos, los pontífices y los sacrificios; anuló los privilegios políticos y civiles de las vestales, y prohibió á los sacerdotes que aceptasen mas legados que los de bienes muebles (2).

Espantados los nobles romanos, los jefes del Senado y aquellos que se obstinaban en llamarse la parte mejor del género humano (3), acudieron á Graciano para que suspendiese estos decretos, y para hacerle mas fuerza, le enviaron los ropajes de sumo pontífice, que con gran cuidado se custodiaban, y que le debian recordar la larga serie de sus predecesores que con ellos se habian adornado como símbolo del poder supremo en la tierra y de los honores divinos despues de muerto. Graciano no se conmovió por aquellas demostraciones, y respondió que aquella ropa no convenia á un cristiano (4); por lo cual la religion antigua quedó sin sumo pontífice, y el sacerdocio despojado de los bienes que le hacian objeto de codicia, aun despues de privado de honores y privilegios.

No tuvo mejor éxito la embajada enviada á Valentiniano II para que restableciese el altar de la Victoria; y las súplicas de Simaco y de Libanio son el último grito del paganismo que se siente herido en el corazon (A). Simaco defendia en el gentilismo las instituciones patrias, pero estas hacia mucho tiempo que habian perecido en Oriente, y la opinion cristiana prevalecia de suerte que en realidad debió combatir de otro modo Libiano. Miéntras el retórico Antioqueno amaba la antigua creencia como mas bella que la nueva, madre de magnánimos hechos y de grandiosas ideas, y oportuna para frases elegantes y armoniosas, Simaco la miraba

(1) Paulino, su secretario.

(1) Paulino, *Vida de San Ambrosio*, núms. 25, 30, 36, etc.

(2) Simaco, lib. X, *Ep.* 54. Nos falta el texto de la ley, pero en una de Honorio del año 415 (*Cod. Teod.* XIV, 10, XX) se dice: « Conforme á los decretos del divino Graciano, mandamos que se apliquen á nuestro dominio todas las propiedades (*omnia loca*) que el error de los antiguos destinó á las cosas sagradas. »

(3) Simaco, I, 46.

(4) Zosimo, IV, 36.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

por el lado político, y confiaba salvar así la cosa pública.

Libanio predicaba su doctrina por medio de la escuela, cuyos discípulos se difundian por todas partes, y le mandaban sus discursos y ambicionaban sus votos : Simaco, al contrario, ni daba ni pedia auxilio á las provincias, y el favor que concedia al paganismo se limitaba á Roma y al Senado. Libanio, siempre retórico, no supo elevarse á la libertad general de cultos, por lo cual se limitó á una súplica, ya tímida, ya soberbia. Afirma que desde Constantino la política de los emperadores se habia dirigido siempre á perjudicar á la religion y empobrecer los templos : asercion tan verdadera como el decir que los monjes no hacian mas que deber cantar, comer como elefantes, y devastar los campos.

Se queja con justicia de que se destruyan obras maestras del arte; é insulta al emperador con una arrogancia, que tendríamos casi por heroísmo, si no creyésemos que su discurso *sobre los templos* fué compuesto tan solo como ejercicio ó como un desahogo privado.

Ambrosio opuso razones á razones, y destruyó los argumentos y las esperanzas de sus adversarios. Estos manifestaron su despecho, no solo en secretas murmuraciones, sino abiertamente (1); y tal vez no fueron ajenos á la rebelion en que Graciano perdió la vida. ¿ Pero podia igualarse la oposicion de los gentiles á la fuerza que el convencimiento de la verdad daba á los Cristianos, cuando en corto número y dispersos se resistian á órdenes mucho mas rigorosas?

Ademas, el partido defensor de lo pasado sucumbió enteramente ante el de los jóvenes que esperaban en el porvenir, cuando subió al trono Teodosio, que mereció principalmente el título de grande por haber terminado con valor y conviccion la larga lucha entre las dos religiones. Si al principio de su reinado toleró los ritos gentílicos (2), pronto con una ley general ordenó que *nadie se contaminase con sacrificios ni inmolase víctimas, ni defendiese simulacros hechos por mano de hombre* (3); prohibió tambien á los magistrados penetrar en los templos (4); y en fin, decretó resueltamente la confiscacion por cualquier acto de idolatría, y la muerte al que hiciese sacrificios (5). Se declaró sagrado el dia del Señor, prohibiéndose en él los juegos y espectáculos, y reformándose el calendario jurídico con arreglo á los cánones cristianos (6).

(1) Sozoménes, VIII, 5.

(2) Zosimio, despues de describir la tiranía de Teodosio, dice que los súbditos le suplicaban hasta en los templos que la mitigasen, ya que todavía era permitido instigarla segun τοὺς πατρίους θεσμους : IV, 19.

(3) *Cod. Teod.* XVI, 7, X.

(4) Ib. XI.

(5) *Cod. Teod.* XII.

(6) Ib. XVI, 5, II. Todos los dias son jurídicos, excepto :

Para la recoleccion.	En el verano.	30 dias.
	En el invierno.	30 dias.
Calendas de Enero.		3

Cuéntase, que habiendo ido Teodosio á Roma, propuso á una magnífica multitud de damas y senadores que salió á recibirlo, que decidieran cuál era la religion preferible, y que se decidió la abolicion de la idolotría (1). Este hecho no es verosímil ; y las leyes de Teodosio, si por un lado demuestran su anhelo por el triunfo del Cristianismo, prueban por otra parte que no habian cesado los ritos antiguos. Así es que una de ellas mandaba (381) que el que dejára el Cristianismo para abrazar la idolatría, no pudiese disponer de sus bienes en testamento (2); y otra disposicion (383) extendió esta ley á los catecúmenos (3), declaró infames á los apóstatas (4). Los concilios repitieron estas leyes, y los escritores eclesiásticos levantaban su voz contra las ceremonias gentílicas que se conservaban aun, especialmente en las fiestas, en las saturnales y en los juegos.

Sin embargo, cerráronse entónces por los magistrados muchos templos y capillas ; y no contentos con esto los monjes y los obispos, inducian á los Cristianos á demolerlos. De los desiertos del Egipto salieron los anacoretas para destruir los santuarios de las dos religiones que allí sobrevivian, colocar en ellos las reliquias de los santos, y poner bajo la custodia de los monjes los templos de Serápis y de Anúbis. Teófilo, obispo de Alejandría, consagró al culto cristiano el templo de Serápis, tenido por el mas vasto y magnífico despues del Capitolino ; y los supersticiosos Egipcios, que creían que el bien de su país dependia de la integridad de aquel, se maravillaron cuando á pesar de los ultrajes hechos al Dios, vieron al Nilo continuar sus fecundantes inundaciones. San Marcelo, obispo, á la cabeza de una turba de gladiadores destruyó el templo de Júpiter en Apamea, y aunque los gentiles se oponian á la destruccion hasta con las armas, esta continuaba guiada regularmente por los obispos.

San Martin. 336-400?

Mostróse celosísimo en esta obra Martin, obispo de Tours. Desde su patria, la Panonia, habia ido á Francia, donde fundó en Liguges, cerca de Poitiers, un monasterio, que pasó por el primero de Occidente, y dió principio á una guerra abierta contra la idolatría, convenciendo los ánimos, derribando los ídolos y los altares, interrumpiendo los sacrificios, y destruyendo con el hierro y el fuego los bosques profanos. Llamado por la voz del pueblo á la sede de Tours, aunque no queria aceptarla, y algunos le rechazaban como hombre de tosca presencia, de desarreglada cabellera y de indecorosos vestidos, no depuso por esto su sencillez monacal, y del mismo modo que insistia en desar-

Aniversario	de la fundacion de Roma.	1 dias.
	de Constantinopla.	1
Pascuas.		15
Domingos.		41
Aniversario del nacimiento del emperador. . . .		4
		123

(1) Beugnot, *Hist. de la destruction du paganisme*, VIII, 8.

(2) *Cod. Teod.* XVI, 7, 1.

(3) Ib. II.

(4) Ib. IV, V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

raigar la idolatría, se oponia al lujo que se iba introduciendo en la Iglesia, y á las violencias con que algunos pretendian ahogar las herejías en sangre.

El arrianismo habia sido muy favorecido en Occidente por Justina, madre de Valentiniano, la cual pretendiendo extender la autoridad imperial aun sobre el culto, exigió que San Ambrosio cediese á los arrianos una de las iglesias de Milan. Pareció indigna la proposicion al obispo, y la rechazó con firmeza: por lo cual, irritada Justina y llamando rebelion á la oposicion á la voluntad imperial, se propuso conseguir su intento por la fuerza. Principió por imponer á los mercaderes una contribucion de doscientas libras de oro, y por aprisionar á muchos que no querian ó no podian pagarla. Decidida luego á solemnizar públicamente á su manera la Pascua, citó á Ambrosio á su consejo; pero habiéndole seguido hasta palacio en confusion, y guiados por un afecto espontáneo, los fieles de su diócesis, los ministros imperiales tuvieron que suplicar al prelado que dispersase y calmase á la irritada multitud, prometiendo que no se violaria la religion.

¡Mentidas promesas! En la solemne tristeza de la Semana Santa, empleados de palacio fueron primero á la basílica Porciana y despues á la nueva (1), á prepararlo todo para recibir al emperador y á su madre. El pueblo volvió entónces á amotinarse, y á duras penas pudieron las guardias defender las iglesias, y un sacerdote arriano hubiera estado en gran peligro, si no hubiese recurrido al amparo del mismo Ambrosio. Este, obstinado en la resistencia, negaba que tuviese obligacion de ceder el templo, diciendo, que las cosas divinas no estaban sometidas al emperador, el cual se hallaba en la Iglesia, no sobre la Iglesia. *¿Queréis mis vestidos*, decia al príncipe, *tierras, dinero? Yo os lo daré aunque mis propiedades son de los pobres, pero las cosas de Dios no dependen del emperador. ¿Queréis encadenarme ó condenarme á muerte? Esto seria un placer para mí: no me escudaré con la multitud del pueblo, ni me abrazaré con los altares rogándoos por mi vida; me será muy dulce el caer inmolado en su defensa.* Y desde la cátedra de la verdad mostraba que era lícito resistir á la justicia, pero sin emplear para esto las armas ni la fuerza; rogaba á Dios que no permitiese se derramase sangre por su Iglesia; y habiendo congregado á los fieles en las dos basílicas, los entretenia cantando con ellos los salmos (2), ó bien predicando y repitiéndoles que *la tiranía del sacerdote es su debilidad.*

La firmeza de Ambrosio venció la obstinacion de la emperatriz, que puso en libertad á los presos y quitó las guardias; y Valentiniano, conociendo el poder del inerme Santo, decia á sus oficiales: *Si lo mandase Ambrosio, me entregariais á él con las manos atadas.*

Pero poco despues se levantó en su contra un doctor arriano, y se publicó un edicto, que permitia á estos celebrar sus asambleas, amenazando con la muerte á los Católicos que las interrumpiesen. Volvió Ambrosio á tomar sus armas, la predicacion y las antífonas; y la Iglesia estaba llena de fieles todo el dia y la noche (1); unanimidad de opinion que disuadió á los príncipes del propósito de usar de la violencia. El concilio de Aquilea, celebrado poco despues del constantinopolitano, y en que Ambrosio desempeñó el principal papel, confirmó la fe de los obispos de Occidente, que pudieron asegurar la extirpacion de aquella herejía en todo el país hasta el Océano.

Ambrosio vivió veintidos años desempeñando su laborioso ministerio, hasta que á la edad de cincuenta y siete Dios se dignó llamarle para recibir el premio.

No era el arrianismo la única herejía que conturbaba la Iglesia; y prescindiendo de algunas, hablarémos del maniqueísmo. Prosélito primero, y despues gran enemigo de esta escuela, fué Aurelio Agustin, de Tagaste en Numidia, criado entre los halagos de una juventud voluptuosa, pero ilustrada. Su madre Mónica, doliéndose de verle sumergido en los errores maniqueos y en las vanidades del mundo, rogaba á Dios por él, y le hacía reprender por personas respetables; y aunque no sirviese esto de nada, decia á los que la veían: *Es imposible que se pierda un hijo que cuesta tantas lágrimas.* San Agustin. 354-430.

El *Hortensio* de Ciceron aficionó á Agustin á la filosofía académica, sin que descuidase por esto los sistemas opuestos; ántes bien las categorías de Aristóteles le parecieron muy convenientes para establecer un sistema en que descansase la inteligencia. Rodeado aun de dudas sobre la coexistencia de un Dios bondadoso y del pecado, buscó el auxilio de la astrología, de la magia y del éxtasis con que los platónicos degenerados creían llegar á las ideas mas sublimes; y últimamente desesperado, se abandonó al escepticismo y dejó las investigaciones filosóficas por la retórica.

Haciendo falta un prefesor de esta en Milan, 384.
nombró el prefecto Símaco á Agustin. Acogido con cariño por Ambrosio, los sermones de este escuchados por docta curiosidad resucitaron en él las dudas filosóficas, y la necesidad de tranquilizarse con una verdad que estaba ya persuadido que no podria encontrarse sino en la autoridad y en la fe. Así los actractivos de lo bello lo llevaron á la verdad. Su alma, sedienta de esta y del amor ideal, no podia saciarse en sus goces; la servidumbre universal y el degradado oficio de las letras le repugnaban, al mismo tiempo que comprendia la delicia de las

(1) Hoy San Victor Grande y San Ambrosio.
(2) El cantar alternado no se habia usado hasta entónces en Occidente.

(1) Las iglesias de entónces tenian alrededor atrios, celdas, monasterios, etc.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

especulaciones sublimes y de la dominacion sobre los ánimos. Cuando la patria, la libertad y las inclinaciones elevadas á lo bello perecen, las almas vulgares se sumergen en el materialismo; pero las elevadas no hallando alimento digno en la tierra, aspiran á otro órden de cosas, que aparece tanto mas grande cuanto mas degradado está el mundo de que se apartan. Así Agustin, dedicado nuevamente á indagar las cosas supersensibles, adquiria ideas cada vez mas racionales acerca de Dios, de la naturaleza espiritual y del orígen del mal; y como los neoplatónicos decian, que el mar era una simple negacion, le pareció que convenian con el Cristianismo.

Fomentó estas inclinaciones en el retiro y en el estudio, refutó á los académicos que se habian precipitado en el escepticismo, y escribió muchos diálogos, que interrumpia para leer algunos trozos de Virgilio (1).

Miéntras estaba aun vacilante acerca de tantas cosas, un pasaje de las epístolas de San Pablo, que leyó por una casualidad, y en que se
386. condena la disolucion, le indicó que el primer camino para llegar á lo verdadero es la recta voluntad. Recibió, pues, el bautismo de manos de San Ambrosio, y para servir mejor á Dios, volvió á África, con un hijo natural y con Mónica, modelo de madres cristianas. Ántes de zarpar de Ostía decia esta á Agustin: *Ya nada me importa la vida; porque se me ha realizado la única esperanza que tenia en este mundo. Yo suspiraba por verte Católico; Dios me lo ha concedido cumplidamente: ¿qué necesidad tengo de vivir mas?* Pocos dias despues, estando á las puertas de la muerte, pidió que la sepultáran donde se hallaba; y manifestándola alguno el sentimiento de que reposase en tierra extraña, exclamó aquella piadosa mujer: *No sabe lo que se dice. No haya miedo de que al fin de los siglos no me reconoza Dios para resucitarme, cualquiera que sea el lugar en que esté. Solo os ruego que os acordéis de mi ante el altar del Señor en cualquier parte que estéis.* Y murió.

388. San Agustin en África y en Roma principió á combatir á sus antiguos sectarios, y en los dos libros *De las costumbres de la Iglesia Católica y de los maniqueos* opuso la bondad real de aquella á la aparente de estos, y demostró que los *tres signos* de los maniqueos, de la mano, de la boca y del pecho comprendian juntamente con las abstinencias muchas prácticas supersticiosas.

395. Elegido sacerdote y despues obispo de Hipona, halagaba con viva, aunque incorrecta elocuencia, la fantasía de los Africanos, que para oir sus largos razonamientos dejaban sus ritos supersticiosos. Disputaba con los adversarios en medio de una gran concurrencia, donde se anotaban las objeciones y las respuestas. Contra los donatistas no solo empleó su palabra, sino que invocó los edictos superiores, no permitiendo nunca, sin embargo, que se aplicase la pena de muerte. Pero no habia desaparecido la idolatría: ántes bien en Sufeta fueron muertos sesenta Cristianos para vengar una estatua derribada de Hércules; y Agustin moderaba el celo de los fieles en destruir los templos, los ídolos y la bosques sagrados, y respondia á las cuestiones que le proponian los principales paganos.

Al mismo tiempo que se entregaba á las especulaciones mas sublimes de la metafísica, descendia á la educacion de los niños, suavizaba la condicion de los esclavos, vendiendo hasta los vasos sagrados para darles libertad; se comunicaba por medio de cartas con las diversas sociedades cristianas de África, y exhortaba á la armonía y á la caridad. Empleaba mucho tiempo en sentenciar los litigios de los que le elegian por árbitro, diciendo que de mejor gana juzgaba á los extraños que á los conocidos, porque en el primer caso podia ganar un amigo, y en el segundo le perdia. Se negaba á entrometerse en asuntos de matrimonio, á solicitar empleos para los demas y á aceptar convites. Modesto en el vestir, en su casa y en los alimentos, usaba solo vasijas de barro ó de madera, y solo las cucharas de plata; y en la mesa tenia escritos dos versos que prohibian hablar mal de los ausentes. Vivian con él y comian en la misma mesa los clérigos, mantenidos á expensas de todos segun una regla que habia formulado. Distribuía todos los años vestidos á los pobres, y abrió un hospital para los peregrinos, acogiéndolos sin distincion, creyendo que era mejor tolerar á un malvado que negar un beneficio por exceso de prudencia.

Siguiendo su regla se multiplicaron los conventos de África; pero queria que los monjes fueran trabajadores, quejándose de aquellos que iban de provincia en provincia con tosca túnica, no estableciéndose en ningun sitio, y cambiando á cada momento de morada, llevando unos reliquias verdaderas ó falsas, y ostentando otros su hábito y su piadosa profesion para pedir y casi exigir limosnas, con que ocurrir á las necesidades de una pobreza que los enriquecia, ó para recompensar una virtud hipócrita.

Es asombroso el número de Padres que hubo en el siglo IV en que la Iglesia se convirtió, repentinamente de perseguida en dominadora. En las tímidas criptas los Cristianos no se habian cuidado de sutilezas teológicas, bastando creer y estar dispuestos á sostener la fe con su sangre; y las primeras herejías, las visiones de los gnosticos ó las supersticiones de los simoníacos fueron mas bien una negacion brutal del Cristianismo; pero cuando se vieron seguros los confesores, los fieles y los monjes, se descubrieron una infinidad de herejías, cuya mayor parte habian nacido y se habian desarrollado en la buena fe y la virtud. Fueron herejes Orígenes, Tertuliano, Eusebio de Cesárea, nombres muy ilustres en la Iglesia; propagaron la here-

(1) *Dimidium volumen Virgilii audire.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

jía los austeros discípulos de Antonio y de Saba; mártires probados con fierísimos tormentos se separaron de la Iglesia y combatieron á sus campeones, como hemos visto á Melecio combatir contra Atanasio. La causa de esto era que no estaban aun bien definidos los dogmas mas fundamentales. Á veces tambien el deseo de huir de un error hacía caer en el opuesto; Orígenes sutilizaba los cuerpos hasta espiritualizarlos, al mismo tiempo que Audio y Epifanio amenguaban la Divinidad hasta reducirla á figura humana (*antropomorfismo*); y el miedo de errar con Sabelio disuadia á muchos de aceptar la declaracion de Nicea (1).

Los emperadores acordándose de su antigua autoridad ilimitada, querian imponer sus creencias, con lo cual hacian mas dura la lucha contra el error. Quedaban en las costumbres demasiados rastros del paganismo; é irritados los Cristianos fervososos que no conocian la indulgencia, se entregaban á una austeridad inimitable, hasta el punto de mutilarse para evitar el peligro propio yl as murmuraciones de los demas.

En medio de tales tempestades se levantaron los admirables Padres de la Iglesia, prontos á combatir á amigos y enemigos, y á detener el torrente que por todas partes se precipitaba. Por las escasas comunicaciones de entónces, muchas veces no se entendian; tomaban cuerpo acusaciones extravagantes, aceptábanse definiciones inexactas, ántes que la Iglesia reunida pronunciase su fallo. ¿Qué extraño, pues, que los Padres fuesen duros y violentos en polémica? San Jerónimo vitupera con furor á sus mas ilustres contemporáneos: Crisóstomo y Epifanio se separan diciendo: *Espero que no morirás en tu silla episcopal.* — *Espero que no volverás á la tuya.* Por una parte nos causa lástima el verlos desordenados en el ataque, iracundos en la defensa, y faltos siempre de aquella regular perfeccion de estilo que no pueden provenir sino de la reposada meditacion: pero cuando los vemos en lucha con los próximos y lejanos, con los súbditos y con los emperadores, errantes de destierro en destierro, enemistados con su propio clero á causa de la disciplina que querian introducir, y con su grey por tener que combatir las supersticiones, obligados á separar los Evangelios y los libros falsos de los verdaderos, á tener correspondencia en lejanos puntos con escasísimos medios, á desenmascarar la herejía envuelta en impalpables sutilezas, y al mismo tiempo á promover la moral y su realizacion por medio de las leyes, nos sobrecoge una admiracion que la severidad no basta á disminuir. Y la Iglesia asistia á estos litigios con toda su majestad, atenta á no imponer límites á las creencias donde no fuesen necesarios, y á no reprimir la discusion miéntras se mantuviese en los límites de los dogmas sancionados; por esto refrenaba á los propios defensores, y no impulsaba á ninguno por la vía peligrosa de las teorías, persuadida de que el Esposo la conduciria á la meta verdadera.

Á quien nos acuse de habernos detenido demasiado al hablar de estos hombres, responderémos que su conocimiento revela á nuestro parecer mejor que nada la condicion de la moribunda sociedad y de la nueva, y la lucha que consigo mismos y con el mundo tenian que sostener los que no se plegaban á la abyeccion comun. Ademas, el conocimiento del hombre es nuestro principal objeto. El que admire vulgarmente mas la fuerza anormal desbordadora que la regular persistente; el que quiera guerras, encomios para los conquistadores y alabanzas para los reyes, busque otros libros.

(1) La herejía de Evagrio, Dídimo, Isidoro y otros semejantes, es *material*, no *formal*, por no haber recaído sobre ellas condena alguna de la Iglesia.

CAPÍTULO XII

Division del imperio. — Honorio.

Con Teodosio comienza la separacion absoluta entre el imperio de Oriente y el de Occidente, habiendo distribuido aquel emperador sus Estados en su testamento entre sus hijos Arcadio y Honorio; dejando al primero á Constantinopla por capital con la Tracia, el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Dacia, la Macedonia; dando al segundo Milan con la Italia, África, Galia, España, Bretaña, la Nórica, la Panonia y la Dalmacia, y dividiendo la Iliria entre los dos (1). Pero Arcadio tenia entónces apénas diez y ocho años y Honorio once, y ademas carecian ambos aun de las cualidades que se requieren en la paz y mucho mas de las necesarias en tiempos tan borrascosos. Verdad es que su padre los habia provisto de hábiles tutores, siéndolo Rufino de Arcadio y Estelicon de Honorio; pero los celos de estos y de sus sucesores profundizaron mas y mas la division no solo de Estado, sino de interes, entre los dos imperios.

Rufino, natural de Elusa en la Gascuña, que habia ido á Constantinopla para buscar pasto á su ambicion y avaricia profesando las leyes, se elevó, merced á su fácil palabra, hasta al cargo de maestro de oficios, y alcanzó completamente la confianza de Teodosio. Cuál sería su destreza en las artes del disimulo, se echa de ver en que á un mismo tiempo fué amigo de San Ambrosio y de Símaco. Aunque en realidad era el consejero de las medidas mas violentas y muy diestro en suscitar odios y escándalos, Teodosio, engañado por su fingida piedad, cuando se dirigió al Occidente, le nombró prefecto de Oriente con absolutos poderes. Entónces comenzó el indigno favorito á abusar de su autoridad, y cuando despues se vió tutor de Arcadio, hollando toda justicia y toda consideracion, no pensó mas que en enriquecerse con los despojos del mundo (2); y vendiendo proteccion, empleos y justicia, esperaba, merced á sus muchos tesoros, poder

(1) Véanse nuestros documentos de Geografía. Época VII, § 2.
(2) .....Fluctibus auri
Expleri ille calor nequit....

(c) Instituto Cervantes de Madrid

enlazar á su hija con su imperial pupilo, y perpetuarse de este modo en el poder.

Luciano, hijo del prefecto de las Galias, habia comprado á Rufino el cargo de conde de Oriente; pero no habiendo querido contribuir á una injusticia de Rufino, este le citó á juicio y con pruebas ó sin ellas le hizo condenar á una muerte ignominiosa. Murmuró el pueblo, y Rufino para aquietarlo adornó á Antioquía con el pórtico mas hermoso de la Siria. Pero en tanto que Rufino saboreaba el infernal placer de la venganza, los eunucos de palacio, dirigidos por el canciller Eutropio, propusieron á Arcadio que tomase por esposa á Eudoxia, hija de Bauton, general de los Francos que estaban al servicio de Roma. Rufino nada supo de esto, y lleno de confianza vió prepararse la fiesta nupcial y salir la comitiva de palacio; pero ¡cuál no se quedaria cuando creyendo que se dirigia á su casa, la vió dirigirse á la de Bauton, sacar á Eudoxia adornada con las galas imperiales y llevarla al tálamo de Arcadio!

27 de abril. 393.

Este, airado y receloso contra el ministro, trató, unido al canciller, de indisponerle con el emperador, y hasta le hizo acusar, no sin razon acaso, de haber aconsejado á los Bárbaros que invadiesen el imperio. En efecto, los Hunos penetraron hasta Antioquía, entregando el país á hierro y fuego: Alarico, Godo al servicio del imperio, so pretexto de estar mal recompensado, armó una multitud de sus compatriotas y devastó el país; Rufino, enviado para tratar con ellos, fué acogido con grandes muestras de respeto, lo cual aumentó las sospechas que de él se tenian. Pero al mismo tiempo acudia Estilicon á combatirlos con las armas.

Este valeroso Vándalo, tutor de Honorio, ascendido á gran maestre de la caballería y de la infantería, acompañó en todas las guerras á Teodosio, que le envió de embajador á Persia, y despues le dió su sobrina Serena, de la cual tuvo á Euquerio, María y Termancia. En veintitres años que mandó los ejércitos no vendió ni un grado; afable con los soldados no les defraudó la paga, ni elevó á su propio hijo, ni á los que no lo merecian: ambicionaba ardientemente placeres y riquezas, y no se satisfacia su ambicion con verse mas adulado que el mismo Honorio por los cortesanos y cantado continuamente por Claudiano, el mejor poeta de entónces. Al traves de estas adulaciones y de las calumnias de la historia, pagadas unas y otras, es difícil averiguar la verdad; sin embargo, todavía se descubre su valor y el uso que hizo de él en defensa de un imperio, que, constituido militarmente, debia conseguir solo por la fuerza su última restauracion.

Á la muerte de Teodosio habia pretendido Estilicon la tutela de ambos emperadores, y para mostrarse digno de ella, principió á emplear su valor contra los Bárbaros. Despues, debiendo dividirse las legiones lo mismo que el dinero y las alhajas entre los dos emperadores, propuso conducirlas él mismo á Oriente, tanto para refrenar la licencia de los soldados como para oponerse á los tumultuosos Godos. Mas que á los Godos temia Rufino al crédito que podria dar á un gran hombre un servicio distinguido, por lo cual inspiró temores á Arcadio, y le indujo á intimar á Estilicon que no siguiese adelante, si no queria ser considerado como rebelde. Estilicon, sin dudar un momento, se volvió confiando las legiones y su venganza al Godo Gaina.

Este dió muestras de querer secundar la ambicion de Rufino, el cual resuelto á atravesar por la fuerza el paso que habia abierto con gran astucia, derramaba el oro entre los soldados, esperando que le elevasen al imperio; pero cuando salió con el emperador á su encuentro á una milla de Constantinopla, las legiones le dieron muerte á los piés de Arcardio, con el encarnizamiento mayor á que puede entregarse una frenética soldadesca, llevando por las calles su cabeza y su mano en actitud de pedir limosna, para saciar, decian, á aquel hombre insaciable.

Los despojos que habia acumulado no se devolvieron á sus dueños sino al fisco, y le sucedió en el favor de Arcadio Eutropio, mas agradable para el emperador que el robusto Vándalo. Era Eutropio Armenio y de bajo nacimiento; hecho eunuco por el gran precio que tenian estos monstruos, fué vendido várias veces; despues el palafranero Tolomeo, á cuyos torpes placeres habia servido siendo jóven, le regaló ya en edad madura á su general Arinteo, que le cedió á su propia hija para peinarla, lavarla, abanicarla y otros servicios semejantes (1); y siendo despues tambien inútil á esta por su precoz vejez, le declaró libre. Astuto, hipócrita y con buenas maneras fué entónces á la corte; y desde los oficios mas bajos llegó á primer canciller, y despues á la autoridad que Rufino habia ejercido y perdido. Sucedió á este tambien en sus vicios, porque tan avariento como él mantenia un enjambre de delatores para tener de qué acusar á los ricos y engañar á Arcadio que ponia en él toda su confianza.

Eutropio.

Para dominar solo, comenzó á deshacerse de todo el que podia hacerle sombra. Abundancio,

Congestæ commutantur opes, orbisque rapinas
Accipit una domus.

Así dice Claudiano en un poema contra Rufino, en el cual no nos apoyamos sino cuando está sostenido por otras autoridades.

(1) Hinc honor Eutropio: cumque omnibus unica virtus
Esset in eunuchis, thalamos servare pudicos,
Solus adulteriis crevit; nec verbera tergo
Cessavere tamen, quoties decepta libido
Irati caluisset heri; frustraque rogantem
Jactantemque suos tot jam per lustra labores,
Dotalem genero, nutritoremque puellæ
Tradidit. Æquus rector, consulque futurus,
Pectebat dominæ crines et sæpe lavanti
Nudus in argento lympham gestabat alumnæ;
Et cum se rapido fessum projecerat æstu,
Patricius roseis pavonum ventilat alis.

CLAUD. *in Eutr.* I, 98.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

general de la infantería y la caballería, fué relegado para tener un pretexto de confiscar sus bienes; Timasio, expertísimo general, acusado de traicion, fué desterrado á los oasis de Libia; Bargo, que habia correspondido á los beneficios de este vendiéndole, fué tambien muerto, ganóse á Gaina, haciéndole general del Oriente para poder oponerle á Estilicon, al cual preparó insidias que le hiciesen perder ya el favor del
396. príncipe, ya la confianza del pueblo, ya tambien la vida; é hizo que el dócil Senado de Constantinopla le declarase enemigo público, y le mandase confiscar los bienes que poseía en Oriente.

397. Estilicon, sin hacer mas, volvió inmediatamente, y habiéndose aproximado á Grecia, y desembarcado en el Peloponeso, encerró á los Godos en un valle de la Arcadia. Estaba en su mano exterminarlos, pero miéntras se solazaba entre festines y mujeres, dejó que se escapáran por el istmo y entrasen saqueando el Epiro. Esto dicen algunos historiadores, pero su cantor afirma que Eutropio, para quitarle el triunfo, indujo á Arcadio á que hiciese la paz, y recibiese á Alarico por general de las fuerzas de Iliria (1). Temiendo despues que Estilicon sostuviese sus pretensiones con las armas, invitó Eutropio á Gildon, comandante de las tropas romanas en África, á que dejase á Honorio por Arcadio.

Africa. El África era una provincia importantísima porque alimentaba con sus granos á Italia, por lo cual el que la poseía podia quitar las subsistencias á Roma. Crispina, la amante de Neron, se acogió al África para sostener la sublevacion; Vespasiano tuvo seguro el imperio cuando tuvo el África y el Egipto. Neron se deshizo de seis señores que poseían la mitad del África, porque con esto alejaba el peligro de una sublevacion, y ponia en el dominio imperial pingües posesiones con que podia alimentar á la plebe; para administrarlas, se nombró un *præfectus fundozum patrimonialium*. De este modo se iba despojando poco á poco á los naturales.

Y poco á poco fueron tambien habituándose al yugo, hasta que pudo reducírseles á provincia; pero ni aun entónces desaparecieron los jefes indígenas: porque si bien en las costas eran Romanos los magistrados, los habitantes tenian los mismos usos y costumbres. En las dos Mauritanias el gobirrno era mixto como la poblacion, y algunos jefes establecidos en fortalezas situadas en medio de varios principados (*fundi*) pagaban tributo á los Romanos, siendo el resto independientes.

Uno de estos reyezuelos era Nabal, que poseía unas mil ochocientas millas de terreno en la costa que formaba antiguamente cinco provincias romanas. Ya hemos indicado (pág. 663) cómo en tiempo de Valentiniano las vejaciones de los generales enviados para defender el África, la pusieron en tal extremo que Firmo, de la familia de Nabal, se sublevó, pero fué vencido por el padre del emperador Teodosio.

En premio de haber favorecido á los Romanos contra su hermano, recibió Gildon, hijo tambien de Nabal, el inmenso patrimonio confiscado á este, y ademas el mando de todas las tropas de África. Por doce años administró la justicia y las rentas como tirano, miéntras el país era presa de su avaricia, de su lascivia y de la de los Moros, en los cuales tan solo confiaba (1). En los tiempos de los débiles hijos de Teodosio, se consolidó en el poder, no mostrando la dependencia en que estaba de Roma sino con pagarle el acostumbrado grano, que ella recibia sin mostrar ningun enojo.

Pero cuando llegaron al colmo los lamentos de la infeliz provincia contra el nuevo Yugurta, se renovó escénicamente la majestad del Senado romano, como en aquellos tiempos en que dirimia las contiendas de los pueblos y de los reyes; y el emperador y Estilicon sometieron á su decision las acuaciones contra Gildon, á fin de que fuese declarado enemigo de la patria. Temian los pusilánimes que el Mauritano, interceptando los granos, sumiese en el hambre á la ciudad; pero el precavido tutor los hizo llevar en abundancia de la Galia, de modo que pudo emprender la guerra con seguridad (2).

No atreviéndose, sin embargo, á abondonar la Italia amenazada de tantos enemigos, envió al África á Mascezel, hermano y enemigo de

(1) At nunc qui fœdera rumpit.
Ditatur; qui servat, eget; vastator achivæ
Gentis, et Epirum nuper populatus inultam,
Præsidet Illyrico. Jam quos obsedit, amicus
Ingreditur muros, illis responsa daturus,
Quorum conjugibus potitur, natosque peremit,
Sic hostes punire solet, hæc præmia solvunt
Excidiis.
La ira es la mejor inspiracion para Claudian.

(1) Instat terribilis vivis morientibus hæres,
Virginibus raptor, thalamis obscenus adulter.
Nulla quies: oritur, præda cessante, libido,
Divitibusque dies et nox metuenda maritis...
Crinitos inter famulos, dubemque canoram
Orbatas jubet ire nurus, nuperque peremptis
Arridere viris, Phalarim, tormentaque flammæ
Profluit et siculi mugitus ferre juvenci.
.....Mauris clarissima quæque.
Fastidita datur.

CLAUDIANO, *De b. Gildonico.*

(2) Si leemos las odas de Horacio en que los dioses prometen á Roma que permanecerá inmóvil y dará leyes á los triunfantes Médos, y despues se ve el poemita de Claudiano *De vello gildonico*, ¡qué melancólico contraste! En esto Roma de miserable aspecto acude á los piés de Júpiter « no con el acostumbrado rostro, ni como dictaba leyes á los Britanos ó sometia á sus haces los tremendos Indios, sino con débil voz, tarda de paso, abatidos los ojos, descarnadas las mejillas, consumidos los brazos de flaqueza, sosteniendo con gran trabajo el escudo sobre el débil hombro, descubriendo sus canas bajo el flojo yelmo y arrastrando la lanza enmohecida. Llega por fin al cielo, se postra á los piés del Tonante y expresa estas tristes quejas: — Si mis murallas ¡oh Júpiter! merecieron nacer con duraderos augurios, si inmóviles están los versos de la Sibila y no desprecias todavía la roca Tarpeya, yo vengo á suplicarte no que el cónsul triunfante domine el Aráxes, nuestras hachas opriman á Susa la del carcaj, ni que se establezcan nuestras águilas en las arenas del mar Rojo: esto ya me fué concedido un tiempo; ahora yo Roma te pido el alimento, solamente el alimento. Optimo padre, líbranos de la extrema hambre; ya hemos saciado tu ira, ya hemos padecido tanto que movemos á compasion á los Getas y á los Suevos, y la Partia misma se horroriza de nuestras desgracias. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Gildon, confiándole las legiones Joviana, Augustana, Hercúlea, los auxiliares Nervianos, otros que en su bandera llevaban un leon, y los que se llamaban Afortunados é Invencibles. Estos nombres eran pomposas máscaras con que se encubria la debilidad, pues apénas llegaba á cincuenta mil hombres escogidos con dificultad, el ejército destinado á subyugar un país por lo ménos doble que Francia. Mas débil sin embargo era el enemigo, y muchas tribus del África cedieron al primer choque, y el nombre de Honorio fué aclamado por todas partes; Gildon, habiendo sido cogido, se dió la muerte. Los jefes de la rebelion, denunciados y sujetos al castigo, fueron enviados para que los juzgase el Senado, deseoso de castigar á los que habian amenazado al pueblo con privarle de lo que mas queria, el alimento. Diez años despues continuaban todavía los procesos contra los cómplices de Gildon. Mascezel fué acogido en triunfo por la corte de Milan, y á poco tiempo al pasar un puente cayó del caballo y pereció, unos dicen que por obra, pero seguramente con alegría de Estilicon. De este modo terminó en África un poder patrimonial no debido á la eleccion del pueblo ni del monarca, sino puramente á la riqueza.

El orgullo de Estilicon subió de punto cuando desposó á su hija María con el emperador. Este apénas llegaba á los catorce años: pasados diez, murió su esposa pura enteramente de un marido sin fuerza y sin pasiones, el cual, en veintiocho años de reinado no salió de niño, dejando mandar á Estilicon, que acaso fomentaba su inercia y halagaba su imbecilidad.

Y no obstante, si en algun tiempo habia sido necesario un príncipe guerrero y activo, era entónces verdaderamente. Los Godos, apénas cerró los ojos Teodosio, trataron de salir de su involuntaria quietud y descargar nuevos desastres sobre el imperio. Alarico, de la familia real de los Baltos, la mas ilustre entre los Godos despues de la de los Amalos, habia sido formidable enemigo de Teodosio; despues se reconcilió con él y fué elegido general de las tropas. Muerto el emperador y viéndose mal recompensado, ocupaba de mala gana las tierras que le habian sido señaladas, é instigado acaso por Rufino devastó la Francia, la Panonia, la Macedonia, la Tesalia, entró por las mal defendidas Termópilas en la Grecia, hasta entónces vírgen de correrías, sin que los capitanes, en inteligencia quizá con Rufino, interrumpiesen la devastacion; templos y ciudades fueron destruidos; cesaron los ritos de Céres eleusina, y desde el golfo Adriático al mar Negro fueron los habitantes muertos ó sumidos en la esclavitud.

Alarico.

Alarico, mas diestro de lo que pudiera esperarse de un Bárbaro, hacía correr la voz de que era el elegido por el destino para destruir á Roma y al imperio. Lisonjeaba sus esperanzas la division de las dos cortes y el estar colocado en medio de ellas, de modo que podia aprovecharse de los errores de entrambas. Error fué y grande el que cometió Arcadio, que acabó de debilitar el imperio cediéndole la provincia saqueada por él, y lo que es peor, los cuatro grandes arsenales de la prefectura ilírica situados en Margo, Raciaria, Naisso y Tesalónica. Bien conoció su importancia Alarico, que por cuatro años los hizo trabajar únicamente en suministrar instrumentos guerreros para los suyos · con lo cual, á expensas y con el trabajo de las provincias, los Bárbaros pudieron unir á su valor natural este auxilio que tantas veces les habia faltado. Todo esto aumentaba el crédito y los partidarios de Alarico, los cuales le proclamaron rey de los Visigodos, y le pidieron que los sacase de la servidumbre y los condujese á la victoria.

Así se establecia una tercera potencia entre las dos que dividian el orbe romano, y el nuevo rey vendia sus servicios ya al Oriente, ya al Occidente, calculando con bárbara sagacidad contra quién le era mas conveniente volver sus armas. Las provincias orientales habian sido recorridas en todos sentidos por las hordas bárbaras; Constantinopla permanecia bastante fuerte; el Asia era inaccesible á un ejército de tierra, miéntras que la Italia estaba todavía intacta en aquella opulenta belleza que formó siempre su orgullo y su desventura.

Á esta, pues, se dirigió, y pasando los Álpes Julianos, empleó bastante tiempo en las defensas que se le opusieron y principalmente en Aquilea, al paso que se difundia el terror por la península, de tal modo que los ricos embarcaban todos sus haberes para la Sicilia y el África. Los paganos que quedaban atribuían estas desventuras á la cólera de los númenes abandonados, y los Cristianos á castigo por los delitos con que se habia elevado Roma, y por los cuales entónces se veía humillada; y unos y otros aumentaban el daño verdadero con los terrores de la supersticion. 402.

Á Honorio, que dormitaba en el palacio de Milan, no le dejaban sospechar las adulaciones que nadie pudiera aventurarse contra el sucesor de tantos emperadores, y divirtiéndose en dar de comer con su propia mano á una bandada de pollos, ni aun habia oído el nombre de Alarico. La tempestad le despertó sin darle el valor, y vacilando entre temores pensó huir á cualquier parte segura de la Galia. Pero Estilicon, conociendo el espanto que produciria la fuga del monarca, se opuso á este proyecto, tomó á su cargo el cuidado de allegar un ejército, y no encontrando soldados en Italia, que sin embargo era cabeza de un imperio que se extendia por Francia, España, Inglaterra, Bélgica, la costa de África y media Germania, llamó á las legiones mas lejanas, dejando desguarnecidas la muralla Caledonia y las riberas del Rhin, ó solo confiadas á Germanos; y él mismo se embarcó en el lago de Como (era entónces la mitad del invierno y la nieve lo cubria todo), llegó á la Retia, apaciguó los tumultos y formó un cuerpo

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de cuantos antiguos enemigos de Roma quisieron ser sus defensores.

Batalla de Pollenza, 403. 29 de marzo.

Honorio, rigorosamente asediado en Asti, cedia ya, cuando Estilicon y el ejército acudiendo por todas partes, cerçaron á los Godos. En el tiempo en que estos celebraban la Pascua, Estilicon asaltó su campo en Pollenza, los derrotó y con el botin enriqueció á sus soldades. Alarico, despues que hubo empleado en vano su talento y su brazo en gobernar el campo, y viendo prisioneros á su mujer, á sus nueras y á sus hijos, se retiró con la caballería, y sin perder tiempo pensó atravcsar los Apeninos, devastar la Toscana y atacar á Roma. Pero los jefes godos, infieles á un rey vecino y faltos de aquella constancia que resiste á los desastres, le amenazaron con abandonarlo: tanto que tuvo que dar oídos á las proposiciones que se le hicieron para que evacuase la Italia; restituyéndole sus parientes prisioneros, y concediéndole una pension. Pensaba sorprender á Verona en la retirada; pero habiéndolo sabido Estilicon, dispuso una emboscada de modo que, cogiéndole desprevenido, le derrotó de nuevo, y á duras penas pudo salvarse con la fuga. Sin embargo, el infatigable Alarico reunió los restos de su ejército en los montes é hizo otra vez frente al enemigo, que tuvo por una fortuna el dejarlo salir de Italia, la cual habia conocido ya por experiencia que no tenia barreras contra el capricho de los Bárbaros.

404.

Honorio celebró en Roma el triunfo en que no habia tenido parte. Esta, que en el espacio de cien años apénas veía por la tercera vez á un emperador, se recogió con los donativos que hizo á las iglesias, con el respeto no acostumbrado que mostró al Senado, y sobre todo con los juegos que le preparó en el circo; pero los sangrientos espectáculos de los gladiadores eran reprobados en alta voz por los Padres cristianos; Prudencio disuadia de ellos en hermosos versos al emperador pupilo; y Telémaco, piadoso ermitaño, bajó á la arena para impedirlos, el pueblo enfurecido le dió muerte; pero con la sangre del mártir se escribió el triunfo de la humanidad.

Miéntras la adulacion erigia á Honorio un arco en que se leía que habia destruido para siempre la nacion de los Godos, la prudencia le desmentia reparando y guarneciendo los castillos cercanos á Roma y las murallas de esta. Y no viéndose seguro ni allí ni en Milan, fué á ocultar la púrpura imperial en Rávena, defendida por la escuadra, por las lagunas y por las fortalezas.

Y razon habia para prepararse, porque todo el Norte se agitaba, y precipitaba su exceso de poblacion hácia la Italia. Ya fuese porque las victorias de Tulun, kan de Geugen, sobre los Hunos comunicasen nuevo movimiento á los Germanos, ó que estos fuesen alentados por los triunfos y el botin de sus hermanos, lo cierto es que Radagaiso, á la cabeza de una turba, segun dicen algunos de cuatro cientos mil Vándalos, Suevos y Borgoñones, se puso en movimiento desde las riberas meridionales del Báltico, y aumentando su tropa en el camino con caballería alana, con Godos aventureros, y con gente de todas las naciones, que en la confusion es imposible distinguir, se presentó en el Danubio. Estilicon, conociendo que era inútil el defender las provincias lejanas cuando el peligro amenazaba á Italia, trajo de allí todas las guarniciones, y con nuevas levas y prometiendo la libertad y dinero á los esclavos que se alistasen, apénas pudo reunir treinta ó cuarenta mil guerreros, á los que añadió muchos Bárbaros auxiliares; tan homicida habia sido la última guerra y tanto se aborrecia el servicio militar. Radagaiso, con uno de los tres cuerpos en que habia dividido aquella multitud, pasó sin ningun obstáculo la Panonia, los Álpes y el Po, y evitando el encuentro de Estilicon, que estaba acampado á orillas del Tesino, bajó de improviso de los Apeninos á saquear el país llano, destruyendo los restos de la florociente ciudad de Etruria y sitiando á Florencia.

Decíase que este Bárbaro feroz habia jurado convertir á la reina del mundo en un monton de ruinas, y hacerse propicio á sus númenes con la sangre de los senadores mas ilustres. Alegrábanse de esto los fieles á la antigua religion nacional, esperando que aquel idólatra restableceria los dioses, y que en medio de la ruina de la patria triunfaria su partido; y así, en vez de exhortar al pueblo á que se armase de valor, le incitaban á la desesperacion, exclamando: *Mirad: todo perece en tiempo de los Cristianos, ¿cómo resistir á un guerrero que sacrifica todos los dias miéntras se nos prohibe hacerlo á nosotros?* Al mismo tiempo los Cristianos con milagros y revelaciones animaban á la amenazada Florencia.

Muy cerca de esta encontró el ejército de Estilicon al Bárbaro, y con la misma habilidad con que habia vencido dos veces á Alarico, sin aventurarse á la incerdumbre de una batalla, cuya pérdida sería irreparable, rodeó al enemigo de fuertes trincheras, convirtiéndole de sitiador en sitiado, hasta que lo venció por hambre en las áridas rocas de Fiesole. Radagaiso, obligado á rendirse, fué degollado, y los suyos fueron vendidos por esclavos en tan gran número que se compraba una porcion de ellos por una moneda de oro; pero el clima y el cambio de alimento los exterminó. Estilicon favoreció la retirada de otras gruesas partidas que estaban acampadas en los Álpes; pero fueron arruinadas las provincias, aunque se salvó la Italia, á la cual se reducia entónces el inmenso imperio de Occidente.

De los otros dos cuerpos, uno guiado por Gundecaro, rey de los Borgoñones, devastó la Galia Oriental; el otro mandado por Godigisilo, rey de los Vándalos, unido á los Suevos, Alanos y las reliquias del ejército de Radagaiso, penetró tambien en las Galias; pero cuando llegó al país de los Francos, se encontró á estos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

armados á las órdenes de un rey que les habia dado Estilicon. Dada la batalla, dejaron los Vándalos en el campo veinte mil muertos y á su rey Godigisilo; pero llegando los Alanos derrotaron á los Francos y pasaron el Rhin cerca de Maguncia. Por espacio de tres años devastaron el país; y despues cuando abandonaron las tierras confinantes, las ocuparon los Borgoñones y los Alemanes, pasando á cuchillo ó llevándose esclavos á sus antiguos habitantes. Desde entónces se puede decir que cesó el dominio romano en las Galias.

406. 13 de diciembre.

Tambien las islas británicas habian sido abandonadas por las legiones. Ya hemos visto que los Escoceses, desde la Irlanda adonde se habian retirado, fueron al país que de su nombre tomó el de Escocia. Unidos con los Caledonios, raza címbrica lo mismo que ellos, cayeron sobre los Bretones, celtas originarios de la Bélgica, que antiguamente los habian expulsado de los países meridionales (1).

Bretaña.

Los auxiliares, distribuidos en débiles guarniciones, y conociendo la flaqueza del gobierno, se complacian en alzar efímeros tiranos, á quienes servia la diadema de preludio del suplicio. Eligieron primero á un tal Marco por emperador de la Bretaña y el Occidente, y despues de repente le mataron y le sustituyeron con Graciano, para hacer lo mismo con él á los cuatro meses. El nombre de Constantino conquistó el trono á otro soldado, inepto para ocuparle en la paz, pero que se sostuvo con la guerra, tratando de conquistar las provincias occidentales; con cuyo objeto desembarcó en Boulogne y llamó á sus banderas á las ciudades galas no sometidas aun por los Bárbaros. Gustoso escuchó el pueblo este llamamiento, olvidado ya del lejano Augusto, y en bastante mal estado para esperar en un cambio; y Constantino alcanzó sobre los Germanos algunas ventajas que la fama pintó exageradamente como señaladas victorias. Despues formando alianza con ellas, eligió César á su hijo Constante, tomó por capital Árles, y expulsando los restos del ejército romano, declaró á Honorio una guerra civil, en la que despues de várias vicisitudes las tropas imperiales huyeron de Viena, y compraron con dinero la vuelta á esta parte de los Álpes, límite entre los dominios de Honorio y los de Constantino, reconocido por colega.

Constantino. 407.

Tambien la Península Ibérica se sometió ó fué sojuzgada por este.

Miéntras peleaban los dos emperadores con débiles ejércitos, reaparecia amenazador Alarico. La desgracia no le habia abatido, sino instruido; y en vez de disminuirse la confianza que tenian los Bárbaros en su valor y prudencia, las partidas que hacian correrías en el país desde el Rhin al Euxino le eligieron por jefe; por lo cual Estilicon se dió por muy contento con poder adquirir su amistad, tanto para reunir con su ayuda la Iliria Oriental al imperio de Occidente, como para que tomase parte en su no abandonado designio de someter el Oriente. Alarico, pues, pasando del imperio oriental al latino, fué declarado maestre de los ejércitos en la prefectura de la Iliria; pero habiendo llegado á la frontera de Italia, y protestando amistad á Estilicon y respeto á Honorio, manifestó que marcharia contra el emperador de las Galias, si no se accedia á sus proposiciones, y no se daba á los suyos una de las provincias occidentales que habian quedado desiertas.

En medio de la reciente debilidad de Honorio y de su gobierno, habia procurado Estilicon volver alguna fuerza al Senado, é inducirlo á que tomase parte en los negocios públicos; pero no habia hallado en él mas que retóricos, instruidos únicamente en las formas de la antigua república y deseosos de darse ostentacion con palabras sonoras, como en el tiempo en que sus padres decian á Pirro: *Sal de Italia, y despues trataremos.* Entónces propuso Estilicon las peticiones del rey godo, y los senadores exclamaron que era indigno de la majestad romana el comprar á un Bárbaro una paz incierta y vergonzosa; pero el general, atendiendo á lo que recordaban los libros, si no á lo que exigia la debilidad de la corte de Rávena, impuso silencio al intempestivo patriotismo, é hizo dar á Alarico cuatro mil libras de oro para que defendiese los confines de Italia. El senador Lampadio protestó contra esto diciendo: *Esta no es una paz, sino un pacto de servidumbre*, y no se libró de las consecuencias de su franqueza, sino buscando asilo en una iglesia (1).

408

Caída de Estilicon.

Sin embargo, esta voz generosa no quedó sin eco, y el Senado persistió en negarse, haciendo así una oposicion enteramente insólita al general omnipotente. Las legiones daban apoyo á los senadores, irritadas como estaban de verse pospuestas á los Bárbaros. Al mismo Honorio se le hicieron concebir sospechas contra su tutor, á quien se acusaba no solo de quererlo tener en perpétua tutela, sino tambien de pretender reemplazarlo con su hijo Euquerio. Por tanto, dirigido Honorio por Olimpio pretendió ejercer de hecho el poder que tenia de puro nombre y causar la desgracia del ministro. Presentóse, pues, en el campo de Pavía compuesto todo de tropas romanas contrarias al Bárbaro, y á una señal hizo matar á todos los amigos de este, algunos ilustres, y saquear las casas.

Los aventureros, cuya fortuna estaba ligada á la de Estilicon, pidieron á este á una voz que les condujese á exterminar la raza de aquellos cobardes Romanos. Si los hubiese escuchado, el éxito hubiera podido justificarle; pero ó bien vaciló débilmente, ó bien prefirió generoso la

(1) Segun Claudiano, Estilicon fué el primero que llevó una legion á la Bretaña para defenderla de los Pictos, Escoceses y Caledonios:

Me quoque vicinis pereuntem gentibus, inquit (*la Bretaña*),
Munivit Stilicho, totam cum Scotus Iernem
Movit, et infesto spumavit remige Tethys.
Illius effectum curis, ne bella timerem
Scotica, nec Pictum tremerem, nec littore tuto
Prospicerem dubiis venientem Saxona velis.

(1) Zosimo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

propia ruina á la pública, de suerte que los federados le abandonaron enojados, y uno de ellos penetrando en su tienda mató á los Hunos que le hacian la guardia. Estilicon huyó acogiéndose á los altares de Rávena; pero arrancado de ellos con perfidia, le presentaron su sentencia de muerte, la cual sufrió con valor y dignidad (1).

Traidor y parricida eran las voces con que le acusaban por todas partes los mismos que el dia ántes habian incensado al ministro guerrero : y unos se apresuraban á delatar á sus amigos y otros á esconderse. Olimpo, autor de aquella trama contra su bienhechor, exageraba á Honorio el peligro de que habia escapado y les exasperaba contra la memoria del salvador del imperio, entónces enemigo público : Euquerio, su hijo, habiéndole sacado de una iglesia fué muerto : Termancia, que habia sucedido á su hermana María (2) en el frio tálamo de Honorio, fué repudiada intacta, y la firmeza con que los amigos de Estilicon sostuvieron los tormentos y la muerte dió un carácter de verdad á sus servicios y se lo quitó á sus culpas. Acusado de inteligencia con los Bárbaros, habia sido el único que supo vencerlos en los veintitres años que mandó los ejércitos : acusado de querer poner en el trono á su hijo Euquerio, le habia tenido hasta los veinte años en la humilde condicion de tribuno de los notarios; acusado de meditar la restauracion del paganismo, habia educado á su hijo en la religion cristiana, y atraídose el odio de los Gentiles por haber quemado los libros sibilinos (3), y porque su mujer habia quitado un collar á Vesta siendo aquellos los oráculos de Roma, y esta la salvaguardia de la ciudad.

CAPÍTULO XIII

Alarico y los Italianos.

Al romperse el dique se precipitó el torrente, y el mismo Honorio parecia complacerse en allanar los obstáculos si alguno quedaba, licenciando á los mas valientes solo porque eran idólatras ó arrianos, y poniendo en su lugar oficiales vilipendiados por los enemigos y odiosos al ejército. Los confederados echando de ménos á Estilicon, se contenian en la venganza solo por consideracion á las familias y á las riquezas que tenian depositadas en las ciudades fuertes de Italia, cuando de pronto ordenó Honorio que los preciosos rehenes fuesen todos degollados en un mismo dia, y que se les ocupasen sus bienes. Suelto todo freno á la ira y á la desesperacion, desertaron treinta mil federados al campo de Alarico, que se alegró al ver que la corte obraba tan en conformidad con sus designios, y la caída de Estilicon, respetado y temido, el atraso de las pagas y las instigaciones de los ofendidos le dieron atrevimiento para intimar al imperio satisfaccion ó guerra. Dejóse despues aplacar; mas los Romanos, teniendo por miedo lo que era moderacion, ni aceptaron sus pactos, ni aprestaron las armas; de suerte que Alarico, rotas las amistades y la fe, movió sus tropas, y desde las cumbres de los Álpes Julianos les mostró las delicias del clima italiano, las soberbias ciudades, los delicados frutos, los despojos de trescientas victorias acumulados en Roma y la facilidad de conquistarlos. Tomó á Aquilea, Albino, Concordia y Cremona; á cada momento nuevos aliados se incorporaban á su bandera que dió al viento frente á Rávena, á la cual atemorizó; costeó el Adriático y despues por la via Flaminia, de ciudad en ciudad y sin oposicion, se puso ante la antigua señora del mundo. Un ermitaño intentó calmar su furia, y Alarico respondió : *No puedo detenerme, Dios me impulsa hácia adelante.* Del mismo modo mil años despues Mahomed II mandaba de noche despertar á su visir, diciendo : *Yo te pido á Constantinopla, no puedo dormir sobre esta almohada, Dios quiere darme á los Romanos.*

Pero ya habia pasado aquel tiempo en que el pueblo romano se levantaba como un solo hombre contra Aníbal y contra Pirro, y en que desde el último plebeyo hasta el dictador y el cónsul corrian todos á la victoria ó á la muerte. El imperio habia perdido sus mejores provincias y las restantes estaban tan despobladas que los emperadores tuvieron que trasplantar á ellas enjambres de Bárbaros. Ya Nerva habia concedido terrenos en vez de las acostumbradas subvenciones (1); Marco Aurelio estableció en ellas muchos Marcomanos (2). Pertinax daba las tierras en posesion á quien las cultivase (3); Constantino concedió á sus veteranos el que pidiesen en recompensa las que estuviesen vacantes, cuando les acomodase; Valentiniano I que cultivasen en cualquier lugar las incultas (4); Constantino eximió de tributo á 7,000 porciones de terreno de las 25,000 que le pagaban entre los Eduos; Honorio extendió la exencion á 5,700 de las 14,703 centurias del África proconsular, y á 7,615 de las 15,075 en el África Bisacena, como desiertas (5).

Por las razones expuestas en otro lugar (6), y principalmente por las colonias militares, estaba Italia

(1) Cr. Fr. Schulze. *Fl. Estilicon, ó el Wallensteins* (aleman), 1805.

(2) En 1544 se encontró en el Vaticano su cadáver, con muchos objetos preciosos, y solo en las vestiduras tenia treinta y seis libras de oro.

(3) Causa grima el horror que Rutilio Namaciano muestra por esta enorme culpa, mayor á su parecer que la de Neron :

Omnia tartarei cessent tormenta Neronis
Consumat stygias tristior umbra faces.
Hic immortalem, mortalem percuti ille;
Hic mundi matrem perdidit, ille suam.

Itinerar. II.

(1) Dion XI, VIII, en el año 97.
(2) En el 167, Capitolino, c. 22
(3) En el 193, Herodiano, II.
(4) *Cod. Teod.* VII 2; III, XI.
(5) *Cod. Teod.* XII, 28; XIII. — Euménes, *Graliar. act.*
(6) Véase el Lib. V, cap. 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la Italia despoblada aun desde el tiempo de los primeros emperadores. Los ricos, para no envilecerse con el comercio ó la industria, invertian sus capitales en terrenos que desde el dominio de los pequeños propietarios afluyeron al de los grandes, principalmente desde que Trajano dispuso que todo el que aspirase á los honores tuviese en Italia por lo ménos las tres cuartas partes de su patrimonio. Desapareció, pues, la clase mas numerosa y vital, la de los pequeños propietarios, y á la poblacion agrícola fueron subrogados algunos esclavos. Pero aun esta infeliz raza se iba perdiendo, bien porque los emperadores no llevaban todos los prisioneros á Italia desde que habia dejado de ser mirada como capital, ó bien porque mas que robustos brazos que guiasen el arado ó manejasen el azadon se buscaban afeminados siervos que á centenares siguiesen por las calles á los señores y á las damas (1).

Las llanuras de Italia, ricas de robusta y feraz belleza, habíanse convertido en jardines y parques, y aguardaban los granos de África y de Egipto, en términos que cuando las escuadras enemigas, los tiranos ó las tempestades impedian el trasporte, padecia hambre la Italia. Dividido despues el imperio, no solo dejó la Italia de percibir los tributos del mundo, sino que tambien se vió sujeta á las contribuciones, y quedó como quedan aquellos que acostumbrados á vivir á costa de los grandes se encuentran de repente, cuando estos faltan, sin apoyo, pobres, inertes y mal habituados.

Habíanse cerrado las fuentes de la vida por los placeres excesivos ó infames, y los ricos por voluptuosidad y los pobres por necesidad aborrecian el matrimonio, de tal modo que Constantino concedió grandes privilegios á aquel que tuviese siquiera un hijo (2). La Galia Cisalpina, como mas apartada de la corrupcion, habia conservado algun vigor (3); pero cuando se establecieron otras cortes en Rávena y en Milan, el lujo llevó consigo la inmoralidad, las liberalidades el ocio, y los empleos las revueltas; y la multitud, agolpándose para vivir de donativos, huyó de las labores del campo, de la enfadosa honestidad de la familia, y de la sencilla rusticidad de las aldeas.

Muchas veces se ensañó en este país la peste, tan cruel en tiempo de Tito que morian en Roma diez mil personas al dia; volvióla á llevar de Oriente al ejército de Lucio Vero; húbola asimismo en tiempo de Cómodo, y muchas veces en el siglo siguiente. Tres guerras civiles ensangrentaron la Italia Septentrional en tiempo de los treinta tiranos; tres en tiempo de Maxencio; tres cuando los hijos de Constantino; dos á la muerte de Graciano y de Valentiniano II; y sobre esto los Bárbaros, no respetando ya la barrera de los Álpes, robaban esclavos y ganados, y lo convertian todo en un inculto desierto.

(1) Amiano Marc., XIV.
(2) Heineccio, *ad l. Papiam Poppeam.*
(3) Plinio, *Hist. nat.*

Procuraban los emperadores reanimar el país con las colonias militares ó trasportando gente á él; Aureliano distribuyó prisioneros que en el espacio comprendido entre la Etruria y los Álpes marítimos plantasen viñas que recreasen á la plebe romana (1); el viejo Valentiniano envió cerca del Po á los Alemanes hechos prisioneros en el Rhin (2); Graciano envió á Módena, Reggio y Parma á los Taifalos y Ostrogados (3); pero tambien le faltó este inadecuado remedio cuando los emperadores enviaron, no solo á Italia, sino tambien á otros puntos, los prisioneros de la Germania y de la Persia, y cuando por haber cesado las exenciones, nada convidaba á los veteranos extranjeros á establecer sus colonias de este lado de los Álpes. San Ambrosio escribia así á Faustino: « Par-
» tiendo de Bolonia dejas á la espalda á Claterna,
» Bolonia, Módena y Reggio; á la derecha
» tienes á Brescelo, al frente á Plasencia, de
» cuya antigua celebridad no queda mas que el
» nombre; á la izquierda dan compasion los
» incultos Apeninos, y contemplando las aldeas
» en otro tiempo llenas de gente, te se oprime
» el corazon al observar los cadáveres de tantas
» ciudades medio destruidas, y las muertes de
» tantas comarcas (4). »

No estaba en mejor estado el Mediodía de la Italia, aunque una ley de Honorio habia eximido del tribuno 528,042 yugadas de terreno cultivado en el país, por cuya feracidad recibió el nombre de Tierra de Labor (5). 395.

Por aquellos extensos desiertos vagaban á sus anchas partidas devastadoras. En los tiempos antiguos molestaron ya en los caminos; durante las guerras civiles renacieron de nuevo y aun peores despues; al principio del siglo III, un tal Bulla, con seiscientos bandoleros, infestó la Italia Inferior, y Septimio Severo trabajó dos años en exterminarlos (6). Tanto aumentó el mal que Valentiniano I tuvo que desarmar la Italia como á las demas provincias, mandando que nadie llevase armas sin su expresa licencia; que ninguno, á excepcion de las personas de categoría fuese á caballo por el Piceno, la Flaminia, la Apulia, la Calabria, los Abruzos, la Lucania (7) y el Samnio, ni por los alrededores de Roma; medida extrema que prueba la gravedad del mal, y que quitaba á la poblacion pacífica toda defensa contra los que violaban las leyes. Y como por lo general se formaban estas

(1) Vopisco, 48.
(2) Amiano, XVIII, 5.
(3) Id. XXXI, 9.
(4) « De Bononiensi veniens urbe, a tergo Claternam, ipsam Bononiam, Mutinam, Rhegium derelinquebas; in dextera erat Brixillum; à fronte occurrebat Placentia, veterem nobilitatem ipso adhuc nomine sonans; ad lævam Apennini inculta miseratus, et florentissimorum quondam populorum castella considerabas, atque affectu relegebas dolenti. Tot igitur semirutarum urbium cadavera, terrarumque sud eodem conspectu exposita funera... in perpetuum prostrata ac diruta. » Ad Faustinum, ep. 39.
(5) *Cod. Teod.* XI, 23, II.
(6) Dion, LXXV
(7) *Cod. Teod.* XV, 17; I, IX, 30; I, III, V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

bandas principalmente de pastores. Honorio decretó que el que enviase á sus hijos á criar entre pastores, fuese considerado como cómplice de los bandoleros (1).

Muchos salian á los caminos y á los montes obligados á ello por la avaricia tiránica de los exactores fiscales. Valentiniano III averiguó legalmente que la atencion mas exquisita no podia impedir la malignidad de estos, y que algunos, so pretexto de antiguos débitos, imponian nuevas contribuciones al país, y molestaban á sus habitantes con extorsiones, prisiones y suplicios (2).

La gente, pues, procuraba librarse de la desgracia de poseer y huía á Roma. Allegábanse allí tambien los excesos del lujo, de la miseria y de la corrupcion. Los patricios solo sabian envanecerse con la serie de sus abuelos, á cuyas austeras virtudes no podian oponer mas que el fausto, aumentado á proporcion que se disminuía su importancia social. El nombre de Senado no indicaba ya el primer cuerpo de la metrópoli de un imperio; pero opulentísimos senadores ocupaban palacios que podian llamarse barrios y aun ciudades, pues comprendian templos, plazas, hipódromos y bosques (3). Sus posesiones podian llamarse provincias, de las cuales algunas producian hasta cuatro mil libras de oro al año, y una tercera parte en géneros, esto es, cuatro millones y medio. El que no tenia mas que mil ó mil quinientas libras, apénas se reputaba digno de sentarse en el Senado, ni con lo suficiente para sostener sus gastos y ostentacion (4). Paula, la devota amiga de San Jerónimo, contaba entre sus posesiones la ciudad de Nicópolis; y los hijos de Alipio, de Simaco y de Máximo en las solemnidades obligadas del año de su pretura gastaron unos mil doscientas; otros dos mil, y otros cuatro mil libras de oro en seis ó siete dias.

Disipaban estas riquezas en vanidades; en llenar la casa de plata; en multiplicar sus efigies de bronce y mármol, cubiertas de láminas de oro; en sobrecargar de adornos los coches y el vestido de seda ó de púrpura, que abierto con arte dejaba ver túnicas suntuosas recamadas de figuras de animales ó de plantas; en llevar detras una cincuentena de esclavos y de bufones, y delante cocineros ahumados y parásitos y eunucos de todas edades, pálidos y lívidos. Aquellos Anicios, Petronios y Olibrios, cuyo patriotismo consistia en ostentar árboles genealógicos, no solo huían de ser soldados, sino que ni aun permitian que fuesen alistados sus siervos; y cuando Honorio quiso formar con estos el ejército, aturdieron la curia con sus lamentos, y ántes que permitirlo, pagaron una suma en oro (1); tanto preferian el tener magnífica familia á la comun seguridad.

Y ¿en qué empleaban su vida? en rehuir toda carga pública ó trabajo doméstico; en holgazanear todo el dia; en murmuradoras reuniones ó en los baños; en salir algunas veces con inmenso aparato para ver arrojar los siervos á los fieras, ó en navegar por el lago Lucrino hácia sus magníficas quintas con una multitud de criados, eunucos y lacayos. El que iba á su casa, encontraba en el portal el altar de la diosa Tutela, cuyo nombre da buen auspicio al que entra (2). El criado no anunciaba la visita á su amo si no se habia lavado ántes de piés á cabeza: si tardaba un esclavo en llevar el templado lavacro, sufria trescientos latigazos. Solo concedian la mano ó la rodilla á los besos de los clientes que iban aun á ofrecerles homenajes ó á recibir promesas; y nadie podia lisonjearse de ser bien acogido, si no estaba diestro en la adulacion, en la música, en el canto, en aventurar su patrimonio á una suerte de dados, y en hacer auspicios y adivinaciones (3). Estaban olvidados los libros, excepto algunos de puro pasatiempo; cerradas las librerías como sepulcros; y en su lugar, se buscaban órganos hidráulicos, liras tan grandes como carros, flautas y otros instrumentos enormes, con los cuales y con la voz de los cantores resonaban únicamente los palacios.

El que se acercaba á aquella ciudad próxima á perder el cetro de la fuerza por impugnar el del pensamiento, veía por todas partes magnificencia, servidumbre y muerte. Campos abandonados y parques voluptuosos; soledad y bandas de esclavos; quintas esplendidísimas; ciudades por arrabales, y vias eternas flanqueadas de monumentos, que desde el Clyde y desde el Eufrátes llegaban hasta el Foro, cuya historia era mas grande que la de los reinos enteros.

La muralla de Roma tenia trece millas (4), y estaba abierta por treinta y siete puertas correspondientes á otros tantos arrabales que prolongaban la ciudad hasta el mar, hasta los Sabinos y al traves del Lacio y de la Etruria. Facilitaban las comunicaciones interiores siete puentes sobre el Tíber, veintisiete vias, ocho campos, diez y siete plazas, y otras travesías ménos importantes, y diez y nueve acueductos, tan anchos algunos que se podia caminar sobre

(1) Ib. IX, 31.
(2) *Cod. Teod. Novellæ Valent.* Tít. 7.
(3) Quid loquar inclusas inter laquearia sylvas
Vernula quæ vario carmine ludit avis?
RUT. NAMAZ. *Itinerar.* III.
(4) De esto nos informa un curiosísimo fragmento de Olimpiodoro conservado por Focio.

(1) SIMMACO, lib. VIII, *Ep.* 65.
(2) « Ipsa Roma orbis domina, in singulis insulis domibusque, Tutelæ simulacrum cereis venerans ac lucereis, quam ad tuitionem ædium isto appellant nomine, ut tam intrantes quam exeuntes domos suas, insoliti semper commoveantur erroris.» S. JERÓN. *Comm. in Isai.* p. 418.
(3) AMIANO, XIV, 2. — « Plena sunt conventicula nostra hominibus, qui tempora rerum agendarum a mathematicis accipiunt. Jam vero, ne aliquid inchoetur aut ædificiorum aut hujusmodi quorumlibet operum diebus quo ægyptiacos vocant, sæpe etiam nos movere non dubitant. » S. AGUST. *Expos. epist. ad Galatas.* c. 4.
(4) Tenemos dos descripciones de ellas del tiempo de Valentiniano y Valente, ap. GRÆVIUM. *Thes ant. rom.* III; y una de mediados del siglo V en la *Notitia dignitatum utriusque imperii.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ellos á caballo, y por dentro en naves, y que llevaban á distancia de treinta ó cuarenta millas la riqueza de las aguas á mil trescientas cincuenta y dos fuentes, ademas de otras quince magníficas y artísticas, sin hablar de las cisternas particulares y de las alcubillas ó arcas de agua.

Dos capitolios, cuatrocientos veinticuatro templos, catorce bosques sagrados, tres curias para el Senado, diez y siete basílicas para los negocios públicos y para las causas privadas, veintinueve bibliotecas, ocho circos, dos anfiteatros, seis palenques para los gladiadores, cinco para los combates navales, diez y seis termas públicas, y ochocientos cincuenta y seis establecimientos de baños probaban todavía el orgullo de la reina del mundo. No debe olvidarse que el teatro de Marcelo y el de Balbo podian contener treinta mil espectadores, cuarenta mil el de Pompeyo, cuatrocientos mil el circo Máximo; y que en las termas de Diocleciano se llenaban tres mil doscientas pilas de mármol.

Estaban divididas las cuarenta y seis mil seiscientas dos casas privadas, y los mil setecientos ochenta palacios, tan elevados que los emperadores prohibieron que excediese su altura de setenta piés, en cuatrocientos veinticuatro barrios. Doscientos cincuenta y cuatro molinos y hornos, y doscientos sesenta y ocho almacenes preparaban y conservaban el alimento público: contenian la inmundicia cuatrocientas cloacas, edificios de tal solidez que podia pasar sobre ellos un carro de heno, y cuya limpieza estaba encargada á personas de primera categoria, gastándose cada vez que se limpiaban hasta mil talentos. ¿Qué debia, pues, ser el Capitolio?

Allí dentro se agitaba un pueblo, afluente de todo el mundo, y que los mas moderados hacen llegar á tres millones de personas, pero que tal vez quedó reducido á una tercera parte por las recientes desgracias, y despues que competian con Roma no solo Constantinopla, sino Cartago, Tréveris, Milan y la pantanosa Rávena. Los palacios del Foro y de la via Sacra, las basílicas, los templos, uno solo de los cuales haria célebre una provincia, ormaban contraste con los tugurios de la fangosa Suburra y el barrio de las Carenas, y con las frágiles casas suspendidas sobre el Tíber, y que á cientos se llevaban las inundaciones. Allí vivian poblaciones enteras y diversas de Capadocios, de Escitas, de Judíos, y sobre todo una mezcla de todas razas y crencias, sin condicion, patria, ni nombre.

La plebe no ganaba ya vendiendo su voto ó atestiguando lo falso: ni Clodio, ni Catilina la asalariaban para suscitar tumultos; ni los reyes extranjeros compraban su favor; ni la nombraban heredera de reinos enteros; la pompa de los triunfadores no renovaba ya anualmente las donaciones, ni importaba á los emperadores granjearse su amistad y sus aplausos. La traslacion á Constantinopla ó á Milan de tantas familias senatoriales y de la corte habia dejado sin pan á una multitud acostumbrada á vivir á costa de unas y de otras. Yacia, pues, Roma abatida como el mendigo que ha perdido en la inercia su juventud; Teodosio y Graciano se vieron obligados á reprimir la ociosa mendicidad que llenaba las calles; y de la antigua gloria no se conservaban mas que los vicios, aumentados con la afluencia de tanta gente de malas costumbres. En tiempo de Teodosio se establecieron lupanares cerca de algunos molinos, y los hombres que entraban en ellos, caian en una trampa, y eran obligados á mover la máquina, sin que afuera se supiera nada de esto (1). ¡En medio de Roma! y el delito hubiera quedado oculto, si un soldado no hubiese tenido la fortuna de escaparse.

Á pesar de todo, el pueblo antiguo, señor del mundo, no habia perdido el derecho de ser alimentado gratuitamente; y todos los dias á bajísimo precio se distribuía pan á cada ciudadano en hornos designados en los diferentes barrios; añadíase tambien, por espacio de cinco meses, el tocino que suministraban los cerdos de la Lucania, y que en tiempo de Valentiniano III ascendia á tres millones seiscientas veintiocho mil libras; se distribuían ademas tres millones de libras de aceite, tributo de África para las luces y los baños; y la vendimia de la Campania les procuraba el vino á muy bajo precio. Causaba, pues, temor cualquier sublevacion del África ó de Sicilia, de donde era necesario traer el grano, y cuando el Egipio tuvo que dar provisiones á Constantinopla, hubo necesidad de llenar los graneros de Roma con granos del Ródano, del Arari y de la Iberia (2). Sin embargo, salian de Italia gruesas sumas para proveer á tanta magnificencia en el vestir y comer, y para mármoles y maderas para las fábricas, y fieras para los espectáculos; y tambien para tomar á sueldo á los Bárbaros, ó pagarles un indecoroso tributo.

La plebe, alimentada no ya por gloria, sino por temor de que se amotinase, sin casa ni hogar, descalza y vestida de harapos, recorria orgullosa con sus nombres pomposos los circos y teatros, se bañaba en termas dignas de reyes y bebia y jugaba; si llegaba la noticia de una derrota, lanzaba gemidos desesperados de que no se acordaba al dia siguiente; si oía que se habia alcanzado una victoria, exclamaba: *Viva Augusto; tendremos pan y juegos.*

Porque el pan y los juegos eran toda su vida. Pasaba el dia entero en espectáculos cuya sangre no habia podido evitar el Cristianismo, y resistia impasible el sol y la lluvia, y ni aun la noche la hacía alejarse del circo, disputando y dividiéndose por el diferente color de los combatientes, con el mismo furor con que antiguamente se dividia entre Graco y Opimio, Clodio y Ciceron. Tres mil bailarinas y otros tantos

(1) Sócrates, V, 8.
(2) Claud. *In Eutrop.* I, 401.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

músicos tenia Roma para su diversion; y cuando en una gran escasez fueron desterrados de Roma todos los forasteros, hasta los profesores de las artes liberales (1), los bailarines y músicos quedaron exceptuados de esta medida.

Si algun destello de vida brillaba aun en aquella turba viciosa, pusilánime y arrogante, era la enemistad entre Cristianos y gentiles, que en vez de unirse para la salvacion de la patria, aquellos atribuían todos los males á la tolerancia de los Césares, con los restos de la idolatría, y estos elevaban votos al Cielo por la fortuna de los Bárbaros, de quienes esperaban ver restablecidos sus derrocados altares (B).

Sitio de Roma. 409.

Alarico, pues, se puso en marcha para atacar á esta ciudad, que no habia visto ejércitos extranjeros desde que, seiscientos veinticuatro años ántes, Anibal tremoló desde la puerta Colina el caballo de Cartago, é interrumpió toda comunicacion con el campo y por el Tíber. Los Romanos, que no habian creido nunca que un Bárbaro pudiese sitiar la gran ciudad, como lo hizo en su orígen Porsena, se entregaron entónces á la desesperacion, cosa acostumbrada en ellos, y como el vulgo en las grandes desgracias quiere siempre tener á quién echar la culpa, principió á decir que Alarico habia sido llamado por Estilicon, y que Serena tenia inteligencia con él, por lo cual, habiendo aprisionado á esta, la hizo condenar á muerte por el Senado. Así, el pueblo de Roma, feroz y unido para el delito, se manifestaba dividido y pulsilánime para la defensa.

El hambre se aumentaba mas de dia en dia, y ni la piedad de los religiosos, ni la de Leta, viuda del emperador Graciano, bastaban para ocurrir á esta necesidad; el pueblo pasó de los alimentos desagradables á los perjudiciales, y moria la gente en las calles, donde el hedor de los cadáveres producia enfermedades. Augures etruscos aseguraban que habian salvado á Narni con sus ritos, atrayendo el rayo sobre los enemigos, y otro tanto prometieron hacer en favor de Roma: Pompeyano, prefecto de la ciudad, interrogó los libros pontificales para saber qué conducta debia seguir; pero las Sibilas que en la infancia de Roma le habian anunciado que sería eterna, no tenian ya voz para predecir su muerte cuando estaba en la agonía. Habiendo declarado los arúspices que el Cielo no podia aplacarse sino con sacrificios públicos, y con subir el Senado al Capitolio, ningun senador se atrevió á asistir, y los Toscanos fueron despedidos. Habiendo faltado tambien los socorros que se esperaban de Rávena, no quedaba ya mas recurso que implorar la clemencia del rey godo.

El senador Basilio, y Juan, tribuno de los notarios, fueron diputados para invocarla; y habiendo dicho á Alarico: *¿No véis cuánta gente hay aun en Roma?* les contestó: *Mejor se siega el heno cuanto mas espeso es:* y exigió que le entregasen cuanto oro y plata habia en la ciudad, público ó de los particulares, todos los objetos de valor y todos los esclavos bárbaros. *¿Pues qué nos dejas?* preguntaron los diputados. *La vida*, les contestó Alarico.

Sin embargo, consintió en una suspension de armas, en la cual manifestando alguna humanidad, limitó la contribucion á cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, treinta mil de pimienta, cuatro mil vestidos de seda, tres mil piezas de escarlata fina, y que se diese libertad á todos los esclavos bárbaros. Para pagar este impuesto, tuvieron que acudir á todos los ciudadanos, y no llegando á reunirle, se recurrió á los adornos de los templos y se fundieron muchas estatuas, entre ellas la del Valor, llorada por los idólatras como símbolo de que habia perecido la virtud romana.

Satisfecho ya Alarico levantó el sitio; y abiertas las puertas celebróse por tres dias un mercado de víveres en los arrabales, llenando los graneros públicos y privados para el caso de nuevos desastres. Alarico mantuvo su ejército en rigorosa disciplina, para que no insultase á los vencidos, y despues dió la vuelta hácia Toscana, donde pensaba invernar. Acudieron á sus banderas cuarenta mil Bárbaros esclavos, deseosos de venganza contra sus duros señores, al mismo tiempo que su cuñado Ataulfo le llevaba un refuerzo de Godos y de Hunos; de modo que Alarico imponia terror á la Itallia á la cabeza de cien mil hombres. Pero como decia que queria la paz, fueron enviados tres senadores de Roma á la corte de Rávena para solicitar el cambio de rehenes y la conclusion de un tratado, en cuya principal base queria Alarico que se le nombrase general de los ejércitos de Occidente, con un sueldo anual en dinero y en grano, y la posesion de la Dalmacia, la Nórica y la Venecia, que le hacian dueño del Danubio y de la Italia. Olimpio, ministro de Honorio, se negó á dar oídos á estas proposiciones, y en su lugar mandó á Roma detras de los enviados un cuerpo de seis mil Dálmatas; á cuyo amenazador aspecto irritados los Bárbaros le cercaron y mataron.

Poco despues Olimpio perdió la gracia del emperador, y tuvo que desterrarse hasta que pudo recobrar la autoridad; volvió á perderla mas tarde, y despues de haberle cortado las orejas, fué azotado con varas hasta morir. No pudiendo, sin embargo, hacer nada Honorio sin uno que le dirigiese, elevó á aquel puesto á Jovio, prefecto del Pretorio; abriéronse las puertas de los empleos y de las magistraturas á los herejes y paganos; Gennerido, Bárbaro de nacion é idólatra, nombrado general de la Dalmacia, de la Panonia, de la Nórica y de la Retia, disciplinó las tropas, las animó con recompensas, dando alguna vez lo suyo para suplir la miseria de la corte: y aumentó el

(1) San Jerónimo recuerda á Filiston, Lentulo, Marullo y otros autores de comedias *biológicas* ó *etológicas* (*Adr. Ruf.* lib. II), dramas en que se presentaban las costumbres de la vida doméstica, y que por tanto serian muy dignos de conocerse.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ejército con diez mil auxiliares Hunos, bien provistos de víveres y de rebaños, y de este modo aseguró la frontera ilírica.

2º sitio de Roma. 409. Pero la corte, léjos de secundar estos esfuerzos, estaba abandonada á intrigas deshonrosas y peligrosas. Los guardas, instigados por el prefecto Jovio, se amotinaron y pidieron la cabeza de dos generales y de los dos primeros eunucos: aquellos fueron degollados y estos se refugiaron en Milan. El intrigante eunuco Eusebio y el cruel Alobico conmovieron el real palacio, hasta que enemistados recíprocamente por envidia, fué muerto el primero á palos en presencia del emperador; el otro se puso de acuerdo con Constantino, emperador de las Galias, para derribar á Honorio, y bajo pretexto de hacer la guerra á los Godos, le hizo bajar hasta el Po: pero fué descubierta la trama, y Honorio, no atreviéndose (para tan poco era) á castigar abiertamente á Alobico, dispuso una cabalgata y en medio de aquella pompa le hizo asesinar. Despues, bajándose del caballo y puesto de rodillas, dió gracias á Dios por haberle librado de un traidor. Alarico habia enviado por medio del papa Inocencio I nuevas proposiciones de paz, y Jovio principiaba á tratar de concluirla por sí, cuando Honorio, impulsado por las instigaciones de los cortesanos, le mandó que dispusiese del tesoro, pero que no prostituyese los honores militares de Roma, concediéndoselos á un Bárbaro. Esta carta, enseñada á Alarico, le irritó, y declamando contra el imbécil emperador, rompió todo acuerdo; por otra parte, la corte obligó á los primeros oficiales á jurar por la sagrada cabeza de su monarca, que nunca, ni bajo ninguna condicion se pondrian de acuerdo con el enemigo del imperio, y que le harian una guerra implacable. Tanto atrevimiento infundian los pantanos de Rávena.

Pero lo que quedaba del imperio estaba á disposicion de los Bárbaros, y Roma vió de nuevo presentarse ante su vista al irresistible Alarico. Este, moderado aun en la ira y en la prosperidad, siguió enviando obispos al emperador para que librase á la ciudad y á la Italia del último exterminio; pero siendo vana toda solicitud, ocupó el puerto de Ostía, é intimó á Roma que se rindiese á discrecion, amenazándola de lo contrario con destruir de un golpe los almacenes de que dependia su subsistencia. Á los clamores del pueblo cedió el Senado, á quien Alarico mandó que aceptase por emperador á Atalo, prefecto de la ciudad. Nombró este general de los ejércitos de Occidente á su creador, y para guardia de su persona á Ataulfo, con el título de conde de los domésticos, de modo que las dos naciones parecian protegerse mutuamente. Atalo distribuyó los empleos civiles y militares entre sus partidarios, convocó el Senado, y declaró que queria restablecer la majestad romana y extender el imperio hasta el Egipto y el Oriente, que le habian sido usurpados: estúpidas exageraciones en quien era juguete de los Bárbaros. Hasta se enviaron tropas para volver á someter el África; y Milan y el resto de Italia aceptaron con júbilo al nuevo Augusto, el cual buscó el favor del pueblo sosteniendo á los paganos y permitiéndoles que celebrasen sus reuniones; y acampado entre los Godos cerca de Rávena, recibió la proposicion de Honorio de dividirse las provincias occidentales, la que rechazó diciendo: *Si depone al instante la púrpura, le concederé un destierro pacífico en cualquier isla remota.*

La fortuna de Honorio pareció tan perdida que Jovio y Valente, su ministro y su general, se unieron á Atalo, por lo cual concibió tal temor el hijo de Teodosio, que en cada amigo y en cada siervo veía un traidor, y tenia preparadas naves para marcharse á las tierras de su sobrino. Pero las cosas mudaron de aspecto. Cuatro mil veteranos, enviados del Oriente, 410. desembarcaron en Rávena y trataron de defenderla: las escasas tropas de Atalo enviadas á África fueron derrotadas por el conde Heracliano, que con impedir la exportacion de grano, produjo el hambre en Roma y sublevó á la plebe romana; ademas, Alarico principió á sospechar de su hechura, porque algunas veces secundando al Senado, parecia desconfiar de los Godos, y otras daba oídos á Jovio, elevado al grado de patricio. Honorio, pues, cuando se hallaba en la mas triste situacion, recibió las insignas imperiales quitadas á Atalo, y enviadas por Alarico como prendas de paz.

Pero desaconsejaban la paz al emperador sus soberbios ministros, y el Godo Saro, enemigo de los Baltos, y personalmente de Ataulfo, animaba á Rávena para la defensa; y habiendo salido con unos pocos partidarios, derrotó á una partida de Godos, desafiando á Alarico. Este volvió á presentarse entónces ante los muros de Roma, deseoso de botin y de venganza; y despues de un largo sitio, entró por una traicion de los esclavos, pasando bajo los mismos arcos que siete años ántes habian sido erigidos para celebrar el total exterminio de su nacion; y la ciudad de los Augustos, despues de haber dominado por espacio de mil ciento sesenta y tres años todo el mundo, fué presa de un furor comprimido por mucho tiempo. Sin embargo, Alarico mandó que no se derramase sangre, ni se violasen las iglesias de los apóstoles Pedro y Pablo, siendo así la religion la única salvaguardia de sus perseguidores. Habiendo entrado un Godo en la habitacion de una vírgen de edad avanzada, le pidió oro: ella le condujo á un armario, y enseñándole una porcion de vasos precios le dijo: *No ocultaré lo que no puedo defender; pero debo advertiros que estas alhajas están consagradas á San Pedro, y que si las tocáis, vuestra conciencia quedará manchada de sacrilegio.* El Bárbaro no osó poner sobre ellas su mano, y dió aviso á Alarico que mandó que se volviesen intactas á la iglesia del primer apóstol: y fué un espectáculo singular el de una procesion de fieros Godos, puesta en marcha desde el Quirinal, entre una fila de sol-

409. Saqueo de Roma. 410. 24 de agosto.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dados, mezclando gritos guerreros con devotos salmos, y llevando aquellos vasos sagrados al Vaticano en medio de un triunfo que anunciaba tiempos nuevos, que nacian de en medio de las ruinas, Cristo triunfaba donde en vano estaban los ejércitos terrenos : y tantas vidas salvadas en los asilos de la religion demostraron el poder social de esta.

Fuera de allí, sin embargo, el furor de los Bárbaros cometió los desmanes que solia en ciudades tomadas por asalto; y la ira de tantos que habian sido hasta entónces esclavos, sació en la sangre su rencor por largo tiempo reprimido. El saqueo se extendió desde las mas preciosas obras artísticas hasta los muebles de los particulares : el oro y las piedras finas y las mesas de plata se confundian con los tapices y los vestidos de seda en el numeroso tren de carros que seguia al ejército godo : magníficas estatuas fueron derribadas, y preciosos vasos bárbaramente divididos por la ignorante hacha; descubriéronse los tesoros por medio de crueles tormentos; algunos palacios fueron presa de las llamas; muchas personas muertas y otras reducidas á la esclavitud, cuando no les rescataba la piedad ó la caridad religiosa. Algunas vírgenes y matronas no se libraron de la violencia sino con la muerte voluntaria (1); una hermosa dama, perseguida por un jóven godo, resistió constantemente, aunque herida por este, que conmovido al fin por aquella virtud la condujo al sagrado refugio del Vaticano, pagando á las guardias para que la entregasen intacta á su marido (2). Los Bárbaros que entraron en casa de Marcela, amiga de San Jerónimo, le pidieron los tesoros escondidos, y alegando ella su pobreza, principiaron á martirizarla : no se quejaba Marcela de los tormentos, solo les suplicaba que no le separasen de su hija Principia, por temor de verla insultada, y de tal modo habló al corazon, que fueron ambas conducidas al asilo de San Pablo (3).

Los Godos dejaron la ciudad al sexto dia, y cargados de botin bajaron por la via Apia á la Italia Meridional, saqueando y venciendo un país que ofrecia cuanto podia atraer á un conquistador, y nada de lo que podia aterrarle. Muchos Italianos se refugiaban en tierras remotas, algunos en las islas ó en África, otros en Egipto, en Constantinopla ó en Belen, socorriendo á los miserables el que habia podido salvar sus riquezas de la devastacion. Jerónimo los acogió y consoló, y compadeciendo tantas miserias, veía en ellas el cumplimiento de las profecías y la proximidad del fin del mundo con la ruina de Babilonia y de la meretriz del Apocalípsis. Las riquezas de la Iglesia se emplearon en alimentar á los pobres y en rescatar prisioneros : Proba, otra amiga de aquel santo, que habia perdido en el saqueo de la ciudad sus inmensas riquezas, desembarcó en África, y distribuyó entre los que allí se habian refugiado la renta de sus grandes posesiones en aquel país.

El campamento godo estaba lleno de ciudadanos y matronas de casas ilustres, que convertidos en esclavos y en ludibrio de la fortuna servian el vino de los ya no suyos campos á los rudos Septentrionales, los cuales sentados bajo los plátanos y los eternos laureles de las quintas de Ciceron y de Lúculo, gozaban las delicias del cielo italiano, marchando desde allí á nuevas batallas y á causar nuevos estragos.

Alarico, al llegar al estrecho, dirigió su vista á la Sicilia, que debia servirle de escala para el África, pero una tempestad que dispersó el primer embarque disgustó á los Godos de un elemento para ellos inusitado, y poco despues les hizo desistir completamente la muerte de Alarico. **Muerte de Alarico. 412.**

Para dar sepultura al héroe, fué retirado el torrente Buzentino que lame los muros de Cosenza, y despues de haber cavado en el lecho una fosa, le pusieron en ella con ricos despojos; volviendo el curso al torrente y dando muerte á los esclavos que habian trabajado en aquella obra, para que nadie supiese el sitio en que reposaba el terror de Roma (1).

Entónces recayeron los votos de los Godos en Ataulfo, cuñado del difunto. Ataulfo secundando los planes de Alarico, habia creido poder llegar un dia á cambiar la faz del mundo, y con los restos del imperio romano fundar un imperio gótico; pero habiéndole enseñado la experiencia que la fuerza destruye y no edifica, y que para formar un Estado se necesitan leyes y organizacion de que no eran capaces sus compatriotas, se propuso merecer la gratitud infundiendo nueva vida al decadente imperio (2). Suspendió, pues, los ataques, y ofreció paz y amistad á la corte imperial : y esta, á pesar de su estúpido juramento, tuvo á gran fortuna el aceptarla, y empleó á los nuevos federados en combatir á los tiranos que se habian levantado al otro lado de los Álpes. Ataulfo sacó á su nacion fuera de Italia despues de haberla recorrido y devastado por cuatro años, y en calidad de general romano ocupó á Narbona, Tolosa, Burdeos y el país que se extiende desde Marsella al Océano. Pero los Godos, lo mismo como aliados que como enemigos, destruían el país, ya con el pretexto de rebeliones, ó por la indisciplina de gente que habiendo vivido algun tiempo en el imperio, habia contraido sus vicios, y no habia tomado su civilizacion. **Ataulfo.**

Habia adquirido mucho imperio en el corazon de Ataulfo Gala Placidia, hija de Teodosio y de Gala; la cual, criada en la púrpura, se mezcló en las contiendas políticas, miéntras las abandonaban sus indolentes hermanos. Estaba en Roma cuando fué sitiada por Alarico la primera

(1) San Agustin no aprueba esta resolucion.
(2) Sozoménes. IX, 10.
(3) San Jerón., *ep.* 16, *ad. Princ.* c. 6.

(1) Jornandes. *De rebus goticis*, c. 30.
(2) Así lo dijo á un Narbonense, el cual lo refirió á San Jerónimo en una de sus peregrinaciones á la Tierra Santa, estando presente Orosio que nos se ha trasmitido. Lib. VII, 43.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vez; y por la ligereza ó crueldad asistió á la muerte de su prima Serena. Presa por los Godos, fué tratada con humanidad y consideracion, y protegida quizá por Ataulfo que principió á amarla. Cuando pidió su mano, los ministros de Honorio le aconsejaron que rechazase tan indigno parentesco; pero lo aceptó Placidia, y las bodas se estipularon ántes de que los Godos pasasen los Álpes, y fueron despues solemnemente celebradas en Narbona en casa de Eugenio, nobilísimo Galo. Vestida, pues, como emperatriz, Placidia se sentó en el espléndido trono, y á su lado, pero mas bajo, Ataulfo, vestido á la romana, que ofreció á su esposa por dote nupcial los despojos del imperio. Cincuenta mancebos hermosísimos, vestidos de seda, llevaban cada uno dos bandejas llenas, una de monedas de oro y otra de piedras preciosas, y dirigia el coro de los himnos nupciales Atalo, que habiendo perdido el trono, no desdeñaba ser cortesano de los reyes godos.

En Italia se pensó entónces en remediar los pasados males: la Campania, la Toscana, el Piceno, el Samnio, la Pulla, la Calabria, el Abruzo, la Lucania, provincias mas libres, fueron eximidas del tributo, excepto un quinto destinado á mantener las postas públicas; las tierras vacantes se concedieron á los vecinos ó á los extranjeros libres de contribucion y garantidas contra los primitivos posesores; se dieron al olvido los antiguos desórdenes, se restauró algun tanto la capital, llevando del África la abundancia, y la gente volvió en tan gran número que en solo un dia llegaron catorce mil personas (1).

¿Pero cómo lisonjearse de que esta restauracion sería duradera, amenazando tantos peligros? El conde Heracliano, faltando á la fe que habia conservado en las mas graves necesidades, sublevó el África, y ademas de interceptar á Italia los víveres, armó una escuadra (2), con la cual desembarcó en el Tíber, dirigiéndose luego sobre Roma; pero habiéndole salido al encuentro los imperiales, quedó derrotado, y huyó al África, donde fué cogido y decapitado.

Constancio. Correspondió el mérito de esta victoria á Constancio, que habia sucedido á Alobico en la direccion de Honorio. Era natural de la Iliria, y hermoso y robusto como gusta á la multitud, se hacía obedecer con suaves medios y con sentidas burlas, y tenia tal valor y capacidad que, miéntras dirigió los negocios, no solo estuvo Italia libre de invasiones, sino que se recuperaron algunas provincias.

Atacó primero las Galias. Constantino, emperador, que dominaba en la pequeña parte libre de los Bárbaros, no pensó en librarla de los Vándalos, Suevos, Alanos y otros pueblos procedentes de la otra parte del Rhin, sino en aliarse ya con unos, ya con otros á fin de sostenerse contra Honorio. Su hijo Constante sujetó fácilmente la España, tranquila entre el mar y los montes, y dejó por gobernador de ella al conde Geroncio; pero no tardó este en revelarse dando la púrpura á un tal Máximo, por lo cual estalló la guerra entre ellos. En el intermedio los Suevos, Alanos y Vándalos devastaron la Galia, é invitados luego por Geroncio y por su propia avaricia, pasaron los Pirineos, desalojando á Constante y apoderándose del país y de las florecientes ciudades de Mérida, Córdoba, Sevilla y Tarragona. Dividiéronse luego por suertes la península, tocando la Galicia á los Suevos, el Portugal y Cartagena á los Alanos, y á los Silingos, tribu vándala, la Bética, que de ellos tomó el nombre de Vandalucía (*). Sometiéronse muchos de los naturales, despues de recibir sobre los Evangelios el juramento de ser bien tratados, y la dominacion bárbara pareció suave, comparada con la sábia opresion de los magistrados romanos.

409.

Los Vándalos en España. 411.

Constantino llamó contra Geroncio á los Alemanes y Francos, pero ántes que estos llegasen, Geroncio derrotó y dió muerte á Constante, y encerró á su padre en Árles. De pronto llega de Italia Constancio, ministro de Honorio é igualmente enemigo de ambos usurpadores; los soldados desertan del servicio de Geroncio que se ve obligado á huir, y acometido en su casa con pocos esclavos y rodeado de llamas, mata á su mujer Nonigenia que se lo pide así para librarse de la brutalidad del enemigo, y despues se da á sí mismo la muerte. Máximo escapó, y poco despues fué repuesto en el trono por nuevos invasores, pero entregado luego á Honorio, este le hizo pasear por Roma y Rávena y despues le mandó dar muerte. Del mismo modo Constantino, aprisionado en Arles, no obstante haberse hecho sacerdote para conservar la vida, fué enviado á Italia y muerto. El ejército de Francos y Alemanes que venía en su socorro, temiendo que todas las fuerzas se dirigiesen contra ellos, dieron en Metz la púrpura á Jovino, que pronto se movió con un grande ejército. Constancio se retiró, pero Ataulfo, que por aquel tiempo volvia de Italia, pudo mandar á su cuñado la cabeza del tirano. Atalo, que habia vivido innoblemente en el campo godo, abandonado por Ataulfo, fué llevado á Honorio, que le expuso al escarnio de su capital, despues le hizo cortar dos dedos y le desterró á Lipari.

411.

Setiembre.

412.

De este modo Honorio, débil de cuerpo y de alma, triunfaba en cinco años de siete competidores. Pero cuando debia manifestarse agradecido á Ataulfo y cultivar su amistad, le exasperó, pretendiendo que le restituyese á Placidia, á quien solicitaba tambien Constancio, que aspi-

412

(1) Olimpiodoro, en Focio.

(2) Orosio dice que de treinta mil doscientos barcos; Marcelino de setecientos.

(*) Este es un error. Los Vándalos no pudieron dar el nombre á una provincia en que apénas estuvieron seis años. El nombre de Andalucía no aparece en ningun escrito sino tres ó cuatro siglos despues, por lo cual es lo mas probable que se lo dieran los Árabes, cuya palabra *andalos* significa Occidente.

(*N. del T.*)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

raba á su mano, como escala para el imperio. Ataulfo, por tanto, dejó de hacer causa comun con el emperador; y Constancio, asegurándose las espaldas mediante la paz con los Bárbaros, que habian llegado á la izquierda del Rhin, persiguió á los Godos. Ataulfo entónces traspuso los Pirineos y tomó á Barcelona; en esta ciudad tuvo el sentimiento de perder un hijo, y despues fué asesinado por Sigerico, hermano de aquel Saro, su grande enemigo, á quien con imprudente generosidad habia colocado á su lado.

Muerte de Ataulfo. 415.

El matador le sucedió en el mando, dió muerte á seis hijos suyos, arrancados de los brazos del obispo Sigesario, y obligó á la imperial Placidia á caminar por doce millas entre una turba de esclavas vulgares delante de su caballo. Pero despues de siete dias de reinado fué muerto á su vez, sucediéndole Walia, que, muy enemigo de los Romanos, recorrió la España hasta el mar. Allí tuvo el mismo pensamiento que Alarico, es á saber, el de pasar toda su gente al África; pero habiéndole disuadido de su propósito las tempestades y los naufragios, convino con Constancio en restituir á Placidia, pelear en favor de Honorio contra los Bárbaros de España, y en dar rehenes, recibiendo en cambio seiscientos mil modios de trigo y un país en que colocar su gente.

Walia. 416.

Walia acometió á los Silingos de la Bética, y habiéndolos exterminado, entregó su rey y su país á los Romanos; los Alanos de la Lusitania fueron puestos por él en tal aprieto que se retiraron á Galicia, donde se unieron y confundieron con los Suevos. Honorio por las victorias de este rey celebró las ceremonias del triunfo en el Capitolio, y dió á Walia la Aquitania y por capital á Tolosa; pero en aquel mismo año murio este, y tuvo por sucesor á Teodorico I, hijo tal vez de Alarico, que dió fuerza y extension al reino visigodo. 418. 419.

Por este tiempo se situaron tambien en la Galia los Burgundios y Francos. Honorio concedió á aquellos la Germania Primera, desde la cual se extendieron poco á poco por el hermoso país que aun hoy lleva el nombre de Borgoña; despues habiendo abrazado el Cristianismo, florecieron principalmente cuando su rey Gundecario pudo formar de todas las tribus un solo reino. Los Francos, habiendo combatido á los enemigos de Roma, los imitaron saqueando á mansalva á Tréveris, capital de la Galia, y poco á poco se fueron dilatando por toda la Germania Segunda. Estos feroces guerreros, establecidos en tierras de un vulgo cuyo nombre se iba perdiendo, mataron en ella su primitiva prosperidad, si bien se contentaron con el título de huéspedes, y se confesaron obligados por fe al emperador de Occidente, al cual servian sus reyes de capitanes.

La isla británica quedó desguarnecida cuando el usurpador Constantino llevó sus tropas al continente: por cuya razon los Pictos y los Caledonios acometian el país desde los montes, y por las costas lo invadian los Sajones piratas y los Hibernios. Acudieron los habitantes pidiendo á Honorio que les permitiese defenderse con sus propias fuerzas, y él respondió que hiciesen lo que conviniese á la salud de la patria. Siguieron su ejemplo los Armóricos, huéspedes de la costa de la Galia, comprendida entre el Sena y el Loira, y arrojando las guarniciones y y á los exactores, se gobernaron á su manera. Constancio, habiendo vencido á los usurpadores, pudo por algun tiempo volver á los Armóricos al yugo; pero duró poco la sujecion á causa de su inconstancia y rebeldía (1). Tampoco volvió la Bretaña al dominio de los Romanos, sino que fué gobernada por el clero, por los nobles y por las autoridades municipales. 420.

De este modo se descomponia pedazo á pedazo el coloso romano. Estaban abandonadas las cinco provincias de la isla británica: de las siete de España quedaban solo tres y esas poco seguras; de las diez y siete de la Galia, una era independiente, tres estaban ocupadas por los Visigodos, otras tantas por los Francos y sus aliados, la Germania Primera y parte de la Máxima de los Secuanos por los Alemanes y Burgundios. Para conservar lo demas se atrevió Honorio á introducir formas libres, y mandó á la Aquitania y á la Narbonense que convocasen cada año un concilio en Arles, desde el quince de agosto al trece de setiembre, compuesto del prefecto de las Galias, de los gobernadores de las siete provincias, de los magistrados y acaso tambien de los obispos de cerca de sesenta ciudades, y de indeterminado número de ciudadanos, los cuales de consuno interpretasen y comunicasen las leyes. Esta especie de representacion nacional, insólita en el imperio, hubiera bastado á regenerarlo, si hubiese sido mas oportuna y ménos engañosa; y no hay duda que participará de la admiracion que experimentó Honorio al ver que estas provincias repugnaban tan precioso privilegio, todo el que no sepa lo vanas é insultantes que son las formas de libertad bajo gobiernos arbitrarios.

Entretanto Constancio en Italia solicitaba el cumplimiento de sus votos, no de amor, sino de ambicion, pidiendo la mano de Gala Placidia, la cual por último, por mandato de Honorio, se casó con él, y obtuvo para sí y para su marido el título de Augustos. Pero cuando sus imágenes fueron llevadas á la corte de Constantinopla, el jóven Teodosio se negó á admitirlas, y era inminente la guerra cuando Constancio murió entre sus preparativos. 417. 1º de enero. 421. 2 de setiembre.

Al caer el que por once años habia amparado la debilidad de Honorio, hirvieron de nuevo las intrigas de corte; y Placidia, tan querida de su hermano, que la malignidad tenia que decir de ello, se enemistó con él por las intrigas de los

(1) Así pinta su carácter Errico, monje, en la vida de San German, lib. V:

Gens inter geminos notissima clauditur amnes
Armoricana prius veteri cognomine dicta,
Cerva, ferox, ventosa, procax, incanta, rebellis,
Inconstans, disparque sibi novitatis amore,
Prodiga verborum, sed non et prodiga facti.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

envidiosos, de tal modo que despues de discor-
423. 15 de agosto. dias y tumultos la obligó á buscar con sus hijos un asilo en la corte oriental. Poco despues murió Honorio, que en un reinado bastante largo nunca habia obrado sino á impulsos de sus allegados; para motejar su voluptuosa indolencia, decia el pueblo que habiendo oido que Roma habia sido presa de los enemigos, se desconsoló amargamente hasta que supo que se trataba de la antigua metrópoli del mundo, no de una gallina favorita suya, á quien llamaba con este nombre (1).

Una ley suya prohibia el comercio á las per-
Sus leyes. sonas de categoría, no porque fuese deshonroso, sino porque podian cometer vejámenes (2), otra permitia al que encontrase leones en sus tierras matarlos, y prohibia que se les cogiese vivos para venderlos (3); prefiriendo así el provecho del pueblo á los placeres imperiales. Mas memorable es otra tambien de él, en que se manda que todos los domingos sean los presos sacados por los jueces de las cárceles para saber si tienen alguna necesidad y que se les envíe al baño, encomendándose la ejecucion de esta ley á los obispos, por los cuales sería seguida probablemente. Otra manda á estos que tengan cuidado de que no sean maltratados los esclavos cristianos que vuelvan á sus casas (4).

En su tiempo puede decirse qus llevó el úl-
399. 13 de julio. timo golpe el paganismo. Arcadio mandó demoler los templos así en las ciudades como en el campo, y con los materiales de ellos reparar los puentes, los caminos reales, los acueductos y las murallas de las ciudades; quitó todo privilegio á los ministros de los ídolos, y vedó bajo severas penas todo culto supersticioso (5). Asimismo Honorio impuso la pena de muerte al que sacrificase á los falsos dioses, suprimió las rentas de sus templos, y destinó estos á usos públicos, castigando á los empleados que tolerasen los sacrificios, y encomendando á los obispos el impedirlos (6). Por esta razon se arruinaron muchos templos, algunos fueron consagrados al verdadero culto, como el de la diosa Celeste en Cartago, célebre por la devocion en que estuvo, y por su edificio soberbio que con sus dependencias ocupaba dos millas cuadradas.

(1) Procopio. *De bello gotico.*
(2) *Cod. Justin.* IV, 63, III.
(3) *Cod Theod.* XV, 12, I.
(4) Ib. lib. últ. *De custod. reor.* I, 9. — *Cod. Justin., De episc. aud.* I, 11.
(5) Es la ley que oficialmente reconoce el culto cristiano como único dominante: « Temporum detrahantur annonæ et rem annonariam jubent, expensis devotissimorum militum profuturæ. Simulacra, si qua etiam nunc in templis fanisque consistunt, et quæ alicubi ritus vel acceperint, vel accipiunt paganorum, suis ædibus evellantur, cum hoc repeti sciamus sæpius sanctione decreta. Ædificia ipsa templorum quæ in civitatibus, vel oppidis, vel extra oppida sunt, ad usum publicum vindicentur; aræ locis omnibus destruantur; omniaque templa possessionibus nostris, ad usus, ad commodos transferantur; domini destruere cogantur. Non licet omnino in honorem sacrilegi ritus funestioribus locis exercere convivia vel quidquam solemnitatis agitare. Episcopis quoque locorum hæc ipsa prohibendi ecclesiasticæ manus tribuimus facultatem; judices autem XX librarum auri pænæ constringimus, et pari forma officia eorum, si hæc eorum fuerunt dissimulatione neglecta. » 17 *kal dec.* 408. *Cod. Teod.* XVI, 10, XIX.
(6) *Cod. Teod.* XVI, 10; XIII, XIV, XV, XVI.

CAPÍTULO XIV

Arcadio. — Teodosio II. — Valentiniano III.

No iban mas prósperas las cosas en el imperio de Oriente. En él la monarquía, no contenida por ningun recuerdo de antiguos privilegios, obraba con mas seguridad que en las provincias occidentales; y al paso que estas comprendian países que apénas iban saliendo de la barbarie, aquel se extendia por reinos famosos por su antiguo renombre y doctrina, pero sin aprender de ellos mas que sutiles sofismas y ejemplos de intrigas, de sujecion absoluta y de descomedido lujo. Una diadema de oro sembrada de diamantes adorna la frente del sucesor de Constantino, todo vestido de seda y de púrpura recamada con dragones de oro, con brazaletes y pendientes de inmenso valor; su trono era de oro macizo; de oro tambien, á lo ménos en la apariencia, eran las lanzas, los escudos, la corazas, los arreos de los caballos que tenian los cortesanos, las guardias y los ministros que rodeaban al monarca cuando se manifestaba en público; de oro era el coche tirado por dos blanquísimas mulas, con aparejos maravillosos, cortinas de púrpura, blanca alfombra y gruesas piedras preciosas; cubiertas de polvo de oro estaban las salas, escaleras y antecámaras del palacio, donde los ricos iban á arrastrarse bajamente á los piés de algun eunuco favorito (1).

¿Pero bastaba toda esta pompa para encubrir la ineptitud del niño Arcadio? Incapaz de obrar por sí, se confiaba como Honorio á favoritos que sucesivamente conquistaban y abusaban del poder. Habiendo, como ya hemos dicho, perdido Rufino su gracia, le dirigió el eunuco Eutropio que, no contento con ejercer el poder secreto que habian ejercido sus iguales en tiempo de los príncipes anteriores, aspiró á ser magistrado y general, presentándose en el Senado como juez, al ejército con armadura, y haciendo despreciables estas dignidades para amigos y enemigos. Á él debia acudir todo el que queria honores, favor, justicia; la adulacion le erigió estatuas de mármol y de bronce cantando las virtudes civiles y militares del tercer fundador de Constantinopla. Provocaba á risa el oirle llamar padre del emperador, y á rabia el verle á pesar de ser eunuco y esclavo adornarse con el título de cónsul (2). Honorio no le quiso reconocer por

(1) Todas estas son particularidades que el padre Montfaucon entresacó de las obras de San Juan Crisóstomo. Este trabajo fué reproducido en un articulo del *Quarlely Review* del año 1846 con el titulo de *Constantinopla en el siglo* IV.
(2) Claudiano introduce á Roma para decir á Honorio:

Inter Arintiæ fastus, et nomen herile,
Servus erit:
Si nil privata movebunt,
At tu principibus, nostræ tu prospice causæ;
Regalesque averte notas.
Contagia fascibus, oro.
Defendas ignavas tuis.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tal, y declaró que las órdenes del emperador de Constantinopla no valiesen para el Occidente, aumentando así la division entre los dos imperios.

Eutropio en tanto acumulaba riquezas, traficaba con la justicia, los empleos y las provincias, y con aplicar al fisco los bienes de aquellos para quienes buscaba acusadores. Odiando á los autores de su fortuna como es costumbre de los advenedizos, desterró á Abundancio, general y cónsul; y á Timasio, que se habia señalado por su valor contra los Godos, le suscitó una acusacion de conspiracion, y le hizo marchar á África. Despues, temiendo el odio que con esto pudiera atraerse, indujo á su señor á decretar la pena de muerte para todo el que atentase á la vida de alguno de aquellos que el emperador consideraba como miembros de su cuerpo, lo cual vino á extender hasta el infinito los delitos de lesa majestad; y aplicándose tambien esta pena á los casos de ofensas privadas, dió á los dependientes imperiales osadía para oprimir á los que no podian ofrecer resistencia. ¿Qué mas? No solamente impuso esta pena á los actos, sino que extendia la amenaza hasta los pensamientos, y á los que no revelaran las malas intenciones que llegasen á descubrir, ó pidiesen el perdon de los traidores. Segun el razonamiento imperial, los hijos habrian debido ser condenados á muerte, porque probablemente imitarian á sus padres (1); pero la clemencia soberana les dejaba la vida, declarándoles sin embargo incapaces para recibir herencias ó legados, ni honores ó hacienda de ninguna especie, y casi notados de infamia hereditaria, abandonándolos á la pobreza y al desprecio, de modo que mirasen la vida como una calamidad y la muerte como un consuelo. Inícuos edictos que la tiranía introducia en los códigos Teodosiano y Justiniano, que cubriendo con el manto de augusta antigüedad recientes injusticias, sirvieron despues en la Europa moderna para comprimir los justos deseos y la libertad racional, pero que entónces no fueron mas que débiles puntales á la ruina de Eutropio.

Los Ostrogodos establecidos por Teodosio en la Frigia, deshacíanse de envidia al ver el repentino enriquecimiento de los soldados de Alarico, y Tribigildo, su jefe, ofendido de la fria acogida que le hizo la corte de Constantinopla, los rebeló y llevó á saquear el Asia Menor. Los habitantes de la Panfilia, resistiendo por sí solos á aquellos á quienes el imperio ningun obstáculo oponia, los derrotaban, pero Tribigildo, aumentando su tropa con nuevos enjambres, se presentó otra vez mas formidable, y ya la fama decia que se preparaba á pasar el Táuro y á invadir la Siria, ó tal vez á armar una escuadra en los puertos de la Jonia y devastar las costas.

Eutropio, respetando como Bárbaro á aquel que habia vilipendiado como civilizado, trató de sobornarlo con promesas y regalos, y desechados estos, convocó un consejo de guerra, y envió á defender la Tracia y el Helesponto al Godo Gaina, asesino de Rufino, y dió el mando de las fuerzas de Asia á Leon, su favorito, llamado por su robustez el Ayax. Este no unia al valor personal la pericia militar, y Tribigildo, que se hallaba reducido al extremo por los ciudadanos de la Pisidia, conocedores del país y acostumbrados á combatir partidas, les sorprendió y derrotó.

Gaina, que aborrecia hacía ya tiempo al eunuco favorito, en vez de perseguir á Tribigildo, su compatriota y pariente, trataba con él, y exageraba el peligro á la corte, hasta que se declaró impotente contra aquella masa guerrera. Se hicieron, pues, proposiciones de paz al Bárbaro que, ántes de todo, pidió la cabeza de Eutropio. Eudoxia, mujer de Arcadio, diciéndose ultrajada por el eunuco, indujo á su marido á firmar su sentencia, que aplaudieron unánimes todos los que habian sido obligados á callar por espacio de cuatro años.

Caída de Eutropio. 395.

Eutropio, abandonado de todos y próximo á ser preso, se refugió en la iglesia, asilo que no habia librado á otros muchos de sus persecuciones. San Juan Crisóstomo, entónces obispo de Constantinopla, subió al púlpito, y pronunció una admirable homilia, ante una turba numerosísima de fieles, para mostrar en el ministro la vanidad de las vanidades y la nada de las grandezas humanas, é inducir á los ofendidos á que perdonasen á aquel que orgulloso poco ántes se veía ahora abandonado, con el terror de la muerte pintado en su rostro, temblando y suplicando, acogido bajo la mesa del altar: « ¿Dónde están » ahora (decia á Eutropio) aquellos que te ser- » vian y te abrian paso en la calle? ¿aquellos » que te encomiaban? Huyeron, y renegaron de » tu amistad, y buscaron á tu costa su propia » seguridad. No así nosotros. La Iglesia á quien » hiciste la guerra se abre para acogerte; los » teatros tan queridos para ti y en que tanto di- » sipaste, y por los cuales tantas veces te eno- » jaste con nosotros, te han vendido. No digo » esto para oprimir al que está humillado, sino » para sostener á los que están en pié. »

Y para mover á compasion á los oyentes, exclamaba: « Quizá diréis que abolió este asilo. » Pero ¡cuán á su costa ha llegado á saber que » hizo mal! y ahora anula con este hecho sus » propias leyes, de modo que su desgracia es » una leccion para todos. El altar parece mas » terrible con este leon encadenado, y es imágen » del príncipe que tiene á sus piés á los Bárba- » ros subyugados..... ¿He dulcificado vuestros » ánimos? ¿He desterrado vuestra ira? ¿He des- » pertado la compasion? Así lo creo, y me lo

Nam quæ jam bella geramus
Mollibus auspiciis? quæ jam connubia prolem
Vel frugem latura seges? quid fertile terris,
Quid plenum sterili possit sub consule nasci?
Eunuchi si jura dabunt, legesque tenebunt,
Ducant pensa viri.

In Eutrop. I.

Elegantes sofismas.

(1) « Filii vero, quibus vitam imperatoriam specialiter lenita est concedimus, paterno enim deberent perire supplicio, hoc est hereditarii criminis exempla metuantur... » (*Cod. Theod.* I, IX, t. 14, *ad. leg. Cor. el. de sicariis*, lib. III; — *Cod. Justin.* I, IX, t. 8 *ad leg. Juliam majest.* I, V.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» prueban vuestro aspecto y vuestras copiosas » lágrimas. Vamos, pues, juntos á los piés del » emperador, ó roguemos al Dios de la miseri- » cordia que le conmueva, para que nos conceda » enteramente esta gracia. Ya el emperador, » oyendo que Eutropio se habia refugiado en » este sagrado lugar, vertió lágrimas y calmó á » sus cortesanos que le excitaban á darle muerte. » ¿Y le negaréis vosotros vuesta gracia?..... » ¿Cómo mereceréis entónces cualquier otra? » ¿Cómo os acercaréis á los sagrados misterios » y á pedir perdon de vuestros pecados? Supli- » quemos ántes á Dios que libre de la muerte á » este desgraciado, y que le conceda tiempo » para purgar sus delitos (C). »

La causa de la humanidad triunfó por obra de la religion, y se juró á Eutropio que se salvaria su vida; pero como reo de haber deshonrado los nombres de cónsul y de patricio, fueron derribadas sus estatuas, confiscados sus bienes y él desterrado á Chipre. No quedó satisfecha con esto Eudoxia, y habiéndole hecho llamar á Calcedonia, le sometió á un proceso, en que declarado reo de haber uncido á su coche los animales sagrados reservados solo al emperador (1), fué condenado á muerte, interpretándose que la promesa de la vida se limitaba solo á Constantinopla.

17 de enero.

Ni aun con esto se aquietó Gaina, sino que unido con Tribigildo en abierta rebelion, avanzó hasta el Helesponto y el Bósforo, y tanto atemorizó á Arcadio, que le indujo á ir á parlamentar con él en la iglesia de Santa Eufemia en Calcedonia. Allí decidieron que fuesen entregados á Gaina Aureliano y Saturnio, ministros consulares, y Juan, secretario particular del emperador, y que los Godos fuesen trasladados á Europa. Gaina, general de los ejércitos romanos, revestido de los adornos consulares, ocupó á Constantinopla con sus tropas, y distribuyó á su arbitrio premios y honores; entregó al verdugo los tres fieles adictos al emperador, y despues, cuando iba á ejecutarse el castigo, los perdonó. Tal vez le indujo á ello San Juan Crisóstomo, que fué á suplicarle, y que al volver decia al pueblo: *Yo soy el padre comun y debo pensar no solo en aquellos que se sostienen, sino tambien en los abatidos. Por esto me alejé algun tiempo de vosotros viajando, aconsejando y rogando para librar de la muerte á los principales del imperio.*

Situacion singular en que el rey abandonaba á sus favoritos á la venganza privada, y los salvaba un sacerdote.

Pero cuando Gaina pidió una iglesia en que celebrasen los suyos segun los ritos arrianos, principiaron los desórdenes, estimulados ademas por el temor de la mal disimulada codicia de los Godos. En efecto, llegaron estos hasta querer prender fuego al palacio imperial para robar sus tesoros; pero los ciudádanos sublevados mataron siete mil Godos é hicieron declarar enemigo público á Gaina, y dieron el mando del ejército á Fravita, Godo fiel. Habiéndose librado Gaina del tumulto, no pensó mas que en vengarse á cara descubierta; pero hallando obstáculos á la rapiña en las ciudades de la Tracia, y puesto con su ejército en grande apuro por la falta de víveres, se aventuró á pasar el Helesponto en balsas improvisadas. Al llegar al medio, las galeras de Fravita apostadas allí le atacaron, y desvandados los suyos, pensó Gaina con unos pocos que le fueron fieles conservar la libertad en las selvas natales. Habiendo mandado matar á los auxiliares de quienes dudaba, continuó avanzando hácia la Tracia sin obstáculo alguno; pero Uldino, rey de los Hunos, le cortó el paso, y despues de un obstinado combate le dió muerte, y envió su cabeza á Constantinopla, que entónces cobró aliento.

(1) Zosimo V. — Filostorgio XI, 6.

Entónces pudieron reanudarse las intrigas de palacio que son ya el hecho mas importante de aquellas historias; y Eudoxia fué árbitra de los consejos de su marido que no tenia voluntad propia. El voto público habia, como hemos dicho, elevado á la silla de Constantinopla á San Juan Crisóstomo, arrebatándole á Antioquía, enamorada de la virtud y la elocuencia del santo. Pero su elevacion fué desagradable para todos los que con el oro y las intrigas aspiraban á aquel puesto; la franqueza con que reprobaba los vicios, le atrajo la enemistad de los culpados, y principalmente la de los magistrados, favoritos y damas de la corte, que podian creerse aludidos personalmente en sus dramáticas pinturas de los vicios. Los sacerdotes á quienes habia prohibido tener mujeres domésticas; los monjes á quienes reprendia el vagar ociosos por Constantinopla; los obispos de su provincia, á trece de los cuales depuso, y á los demas reprendió por tener relajada disciplina, todos murmuraban del austero pastor que al lujo y á la licencia oponia una intachable santidad y un monástico rigor en sus costumbres y comidas, aplicando lo superfluo á los hospitales.

401 3 de enero.

San Juan Crisóstomo.

Teófilo, arzobispo de Antioquía, el mismo cuyo excesivo celo destruyendo el templo de Sérapis en Alejandría, habia inutilizado tantas obras maestras, y habia tenido alguna controversia personal con San Juan Crisóstomo, llevaba á mal que Constantinopla quitase á su Iglesia el segundo puesto que hasta entónces habia ocupado en el mundo cristiano. Enemigo fervoroso de los origenistas, que por el contrario se inclinaban mas á San Juan Crisóstomo, se hizo el centro de los descontentos, y á instigacion de la emperatriz, que aborrecia especialmente á San Juan porque se creía designada por él bajo el nombre de Jezabel, desembarcó en Constantinopla con una turba de marineros egipcios y con muchos obispos para sostenerse con el voto y con la fuerza en un sínodo convocado en Calcedonia. En él se presentaron contra el santo cuarenta y siete imputaciones, cuya ligereza é inverosimilitud las convirtieron en un absoluto panegírico; pero habiéndose negado á comparecer ante sus enemigos, fué

(c) Instituto Cervantes de Madrid

declarado depuesto de la silla, y el emperador le hizo prender, conducir por la ciudad, y desde
5. allí llevarle á la embocadura del Euxino.

El pueblo, atónito al principio con tan inesperado caso, y enfurecido despues, mata á los marineros y á muchos monjes, y busca á Teófilo, que á duras penas pudo librarse. Atribuyendo luego á ira del Cielo un terremoto que entónces se sintió, corre á palacio, y manifiesta tal insistencia en sus deseos que la misma Eudoxia tuvo que pedir á Arcadio que se salvase y salvase á la ciudad con la pronta llamada de San Juan. Á los dos dias volvió, pues, este con una pompa solemne y espontánea de buques empavesados, iluminados los palacios, y un pueblo entero que lo condujo en triunfo á la catedral.

« ¿Qué haré? ¿qué diré? predicaba. Bendito » sea el Señor : estas palabras que dije al par- » tir, las repito ahora que estoy de vuelta : y » en medio de mi destierro, las tenia á cada » momento en los labios. Creo que todavía os » acordaréis de las palabras de Job que repetí » en otra ocasion : *Bendito sea el nombre del* » *Señor*. Con estas palabras os dejé, y con ellas » al volver doy gracias de nuevo al Señor : » bendito sea el nombre del Señor por todos los » siglos. Los accidentes varian, pero su gloria » es la misma; yo le bendecia desterrado, y de » vuelta á la patria le bendigo. Contrarios son » los caminos, pero ambos conducen á un » mismo lugar : uno solo es el fin del verano » y del invierno; la abundancia que sigue al » cultivo del campo. Bendito sea el Señor que » permitió que me expulsasen : bendito sea el Se- » ñor á quien plugo que volviese : bendito Dios » que soltó el freno á la tempestad : bendito Dios » que sosegó la tormenta y nos volvió la calma. » Os digo estas cosas, exhortándoos á que le » bendigáis por siempre. Si sobrevienen des- » gracias, bendecidlo y desaparecerán... No nos » perjudicaron las insidias, ni nos ofendió la » envidia, ántes bien aumentó la caridad y » multiplicó los oyentes. Ántes era yo amado » de los mios; ahora seré honrado por los mis- » mos Judíos. Esperaban separarme de mis hi- » jos, y mirad cómo mas amorosos volvieron » hácia mí los extranjeros mismos. No les daré » gracias á ellos, pero glorificaré la misericor- » dia del Señor, que hizo redundar en nuestro » provecho sus inícuos atentados. Tambien los » Judíos crucificaron á Cristo, y con su muerte » se salvó el género humano : empero no dare- » mos gracias á los Hebreos, sino al que fué » crucificado. Consideren cuánto bien nos re- » sultó de la guerra que nos hicieron, y qué » alegría nos han traido sus insidias. Ántes se » llenaba la iglesia, ahora la iglesia se forma » en las plazas, y todos juntos cantando y ala- » bando al Señor, os atraéis las miradas de su » misericordia : vuestras voces penetran en los » tabernáculos del Altísimo, y todas las edades » venideras admirarán atónitas vuestras salmo- » dias. Hoy ha habido carreras de caballos, » pero pocos han asistido á ellas, y en su lugar » han venido todos á la iglesia : vuestra multi- » tud ha sido como un torrente, como un gran » rio. Vuestras voces llegan al cielo, mostrando » el amor que tenéis á vuestro padre. Vuestras » oraciones han sido una corona para mi ca- » beza...

» Grande es la tribulacion del cuerpo, pero » mucho mayor es la alegría del alma. Haga el » Señor que esta multitud se aumente cada vez » mas, y que se celebren reuniones cada vez » mas solemnes... La gloria del pastor es la » multitud de las ovejas. ¿Qué haré? ¿qué » diré? No me queda terreno que no esté cul- » tivado para sembrar. Mucho se extienden los » vástagos de las vides : ya está completa la » reunion, y por el número de los peces se » rompen mis redes. ¿Qué haré? No tengo en » qué trabajar : no tengo mas que gozar : hablo » no porque tengáis necesidad de doctrina, sino » para manifestaros mi corazon, porque ya do- » ran las espigas. Tantas ovejas, y no entró » entre ellas el lobo, y tantas espigas, y nunca » se vió la cizaña; tantas vides, y jamas se » aproximaron las zorras. ¿Dónde se han es- » condido los lobos, donde huyeron las zorras » que escaparon tras de ellos? ¡Oh maravilla » inaudita! Duerme el pastor, y las ovejas po- » nen en fuga á los hambrientos lobos, y des- » vanecen las insidias de las zorras. ¡Oh virtud » de este rebaño! ¡oh grande amor de hijos, » oh caridad de los discípulos, oh belleza de » esposa! Estando léjos su marido, se ocultó de » los adúlteros, y en este dia hizo gala de sus » riquezas, y se descubrió su hermosura. Par- » tieron confusos los ladrones, y huyeron. Dime, » ¿cómo perseguiste á los lobos? ¿cómo recha- » zaste á los ladrones? Con frecuentes oraciones, » me responde cada uno de vosotros. ¿Cómo » alejaste á los adúlteros? Suspirando por ver » al marido, y llorando su ausencia continua- » mente. No tomé armas en mi mano, ni em- » puñé la lanza, ni embracé el escudo, sino » que les manifesté mi belleza, y huyeron cons- » ternados. ¿Dónde están ahora? en confusion » á la verdad. ¿Dónde estamos nosotros? en » la alegría. ¿Cómo están ellos? decaen sus » conciencias por el pecado. ¿Y nosotros? glo- » rificamos con gran alegría al Señor. »

Pero no dormian los enemigos de Crisóstomo, ni este disimulaba en el púlpito los vicios de las mujeres, y los honores profanos que se tributaban á una estatua de plata de la emperatriz, colocada sobre una columna de pórfido delante de Santa Sofía, y con verdad ó sin ella se esparció la voz de que habia comenzado una homilía con estas palabras : *Herodías se enfurece de nuevo; Herodías baila de nuevo, y pide la cabeza de Juan*. Con esto se enfureció mucho mas la emperatriz; y habiéndose negado el prelado á volver á tomar su dignidad, miéntras no se derogase por otro sínodo la sentencia del primero, Teófilo y Eudoxia manejaron de tal suerte las cosas en el que nuevamente se ce-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lebró la destitucion. Un cuerpo de Bárbaros, apostado para impedir cualquier tumulto, é introducido á la fuerza en Santa Sofía, la víspera de la Pascua, profanó los ritos del bautismo, y arrojó al campo á los fieles. El incendio que entónces se apoderó de la catedral y del Senado fué atribuido por unos á castigo del Cielo, y por otros á la desesperacion de los vencidos. Habiendo suplicado Crisóstomo en vano que le permitiesen vivir tranquilo en Cícico ó en Nicomedia, fué desterrado á las alturas del Táuro en la Pequeña Armenia, donde pasó sus últimos tres años. La persecucion dió mas esplendor á sus virtudes y á su talento; en vez de acobardarse por el destierro, mantenia viva la fe de los creyentes, combatia las herejías y los resíduos pel paganismo, y protestaba contra la injusta persecucion que sufria, apelando de un sínodo parcial á uno general; rescataba esclavos de entre los Isaurios, socorria á los pobres, y enseñaba al que tenia necesidad de doctrina. Los obispos le mandaban subsidios de todas partes: nobles matronas iban disfrazadas á visitarle, y el que lea las cartas con que el egregio desterrado consolaba, exhortaba y dirigia á los Cristianos, comprenderá claramente cómo al arruinarse el corrompido poder de los Césares se consolidó el que abria el porvenir.

Con tanta firmeza increpó á sus perseguidores, que no pudiendo estos dominar su espíritu, amenazaron su cuerpo, y en nombre de Arcadio mandaron que fuese trasladado al desierto de Pitionto; y quizá fueron tambien efecto de órdenes superiores los insultos que sufrió en un viaje de tres meses, exponiéndole á las lluvias y al sol sin permitirle que se bañase; tanto que sucumbió en Comana en el Ponto, á los sesenta años de edad.

407. 17 de setiembre.

No tardó la miserable rehabilitacion de la justicia póstuma; y reconocida generalmente su santidad, fué llevado treinta años despues solemnemente á Constantinopla, con músicas y grandes honores: y salió á verle todo el pueblo que veneraba en él á un Santo y á uno de los escritores mas ilustres de la Iglesia.

Eudoxia no sobrevivió á su destierro, y dejó una fama siniestra de su conducta, hasta el punto de dudarse la legitimidad de uno de sus hijos (1), que en su infancia fué condecorado con los títulos de César y Agusto. Tambien Arcadio concluyó poco despues un reinado de trece años, durante el cual no habia sido mas que un juguete en ajenas manos, y aquejaron al país naturales calamidades. Dicen que á últimos de su vida, afligido por su hijo Teodosio, á quien dejó niño á la edad de cinco años, encomendó su tutela á Isdegérdes, rey de Persia, de cuya actividad debia temerlo todo, así como esperarlo todo de su magnanimidad (2).

408. Muerte de Arcadio.

Honorio hizo algunas gestiones por obtener la tutela de su sobrino, pero volvió á caer al momento en su inercia habitual; y los primeros magistrados del imperio de Oriente, como sucede siempre en los reinados de príncipes niños ó imbéciles, se apoderaron del gobierno en su provecho, y segun su capricho, hasta que prevaleció sobre los oligarcas el prefecto Antemio, valeroso capitan, hábil político, celoso Cristiano, y dispuesto á fundar la gloria del príncipe en la felicidad de los súbditos.

Ya en tiempo de Arcadio, los Isaurios habian devastado muchas provincias, vencidos siempre, pero nunca destruidos. Principiaron tambien nuevas excursiones los Moros en la Pentápolis Africana, y los Árabes en el Egipto, en la Palestina, en la Fenicia y en la Siria, robando á mansalva, dispersándose y huyendo cuando se les hacía frente. Conociendo el peligro, Antemio hizo guarnecer las fortalezas de la Iliria, rodeó á Constantinopla de nuevas murallas que tenian treinta millas de circuito, y pensó establecer en el Danubio una escuadra permanente de doscientas cincuenta naves de guerra (1). Uldino, rey de los Hunos, acampado en lo interior de la Tracia, decia, señalando al sol, que solo su curso terminaria las conquistas de su gente; pero Antemio supo tan hábilmente hacer que le abandonáran uno despues de otro sus aliados, que viéndose casi solo, tuvo que volver á pasar el Danubio, y muchos Hunos hechos prisioneros en la retirada fueron dedicados á cultivar los despoblados campos de Asia.

Pulqueria. 414

Apénas llegó Pulqueria á los diez y seis años, le cedió Antemio la administracion del imperio que gobernó cuarenta años. Como sus dos hermanas, consagró esta su virginidad á Dios, y confirmó su voto ofreciendo á la Iglesia de Constantinopla una mesa de altar de materia y trabajo maravillosos, y reduciendo su palacio á una especie de monasterio, en que no entraba ningun hombre, excepto los directores de su conciencia. Allí, en medio de rigorosos ayunos, dedicaban las hermanas el dia al bordado, y la noche á las salmodias, renunciando á las vanidades de la corte y del lujo, y dando solo pruebas de su munificencia, abriendo hospitales para los peregrinos y enfermos, haciendo largos donativos á las sociedades monásticas, y erigiendo soberbias iglesias á las reliquias cuidadosamente recogidas.

Estaba, pues, gobernada la mitad del imperio por una monja, pero esta era mas digna de aquel puesto que sus tios y hermano. Instruida en el griego y el latin, despachaba ella misma los negocios por escrito ó de palabra; prudente en deliberar, resuelta y firme en obrar, supo hacer que no turbase ninguna rebelion el reinado de Teodosio II, al cual dejaba todo el mérito de su vigorosa y al mismo tiempo suave administracion.

Confió á habilísimos maestros la instruccion

(1) Zosimo, V.

(2) Procopio, *De bello persico*, I, 2; Agatia, IV. — Me parece improbable.

(1) *Cod. Teod.* VII, 17; XV, 2; XLIX.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de su hermano en las diversas ciencias, y se reservó educarle en la inocencia de la vida y en el arte de gobernar y sostener la majestad de emperador con aquel aparato de formas exteriores que no solamente entónces se creyó necesario, y que consistia en dar un continente respetable á su persona, mantenerse sobre sí, preguntar y responder á propósito cosas de ninguna significacion, no reirse nunca, y aparentar, segun conviniese, un aspecto sereno ó austero. Pero el augusto niño creía que la pereza era la herencia del que nace en la púrpura; devoto hasta el exceso, ayunaba rigorosamente; salmodiaba como un monje alternando con las hermanas, y tenia una biblioteca de libros sagrados y de sus intérpretes. Habiendo negado una vez una gracia á un monje, le excomulgó este, y aunque el obispo le aseguró que no era válido aquel arbitrario anatema, no quiso Teodosio sentarse á la mesa con los demas, hasta que no fué hallado el monje y obligado á levantar la excomunion.

Guiado por estos sentimientos, excluyó de todo empleo civil y militar á los paganos (1); depuso á Gamaliel, que fué el último patriarca de los Hebreos (2), los cuales se gobernaron desde entónces por primados elegidos en sus reuniones provinciales; en fin, ordenó que fuesen destruidos por sus cimientos todos los templos y lugares consagrados á los dioses, erigiendo cruces en su lugar, y castigando con la muerte toda ceremonia pagana. Sin embargo, reprimió el celo indiscreto, impidiendo que se quitasen á los Hebros las sinagogas ó que se despojasen de sus adornos, que se emplease la violencia contra los paganos y Judíos miéntras permaneciesen tranquilos, prohibiendo que se le quitase nada bajo pena de devolver el cuádruplo (3).

Era ademas muy prudente, casto y compasivo; á insinuacion de Pulqueria separó al eunuco Antíoco, bastante poderoso, perdonó todo lo que se debia al fisco desde el año 358 al 407 (4): indultaba tambien á los criminales de la pena de muerte, porque decia: « Es fácil quitarle la vida á un hombre, pero solo Dios puede resucitarlo. »

Estas virtudes en un rey debieran haber ido acompañadas de actividad y de celo por la justicia. Pero Teodosio, teniendo quien cuidase por él de los negocios, no hacía nada ó se ocupaba en cosas fútiles: unas veces cazaba y mas comunmente pintaba, esculpia ó copiaba libros, por lo que mereció el nombre de calígrafo. Si le presentaban súplicas, las pasaba á otros, y si decretos, los firmaba á ojos cerrados. Queriendo corregirle de este defecto Pulqueria, le hizo firmar una carta en que le cedia como esclava á la emperatriz, y conociendo el error quedó confundido, pero no se corrigió.

Leoncio, sofista, tuvo una hija á quien educó en la religion y en las ciencias griegas, y viendo su mucho aprovechamiento, dejó al morir á sus hijos varones casi todo su patrimonio, y á ella apénas cien monedas de oro diciendo: *Con belleza y mérito semejante tendrá suerte* Atenáida (este era su nombre). Atormentada por la avaricia de sus hermanos fué á Constantinopla é invocó la proteccion de Pulqueria. Y con gran fortuna, porque Pulqueria habiéndola conocido, la creyó la mas á propósito para obtener, aunque ya de veintiocho años, el corazon y la mano de Teodosio. Celebráronse las bodas, y Atenáida en 421.
las fuentes bautismales mudó su nombre en el de Eudoxia, y cuando despues dió á luz una niña, fué proclamada Augusta. Llamó á la corte á sus ingratos hermanos y les hizo elevar al cargo de cónsules; la mudanza de condicion no la apartó de sus estudios, ántes bien compuso una paráfrasis poética del Viejo Testamento, la leyenda de San Cipriano, un panegírico de Teodosio por sus victorias sobre los Persas, y especialmente un poema de dos mil trescientos cuarenta y tres exámetros sobre la vida de Jesucristo, centon compuesto de hemistiquios de Homero (Ομηροκεοτρα). Este trabajo es caprichoso y propio de su época; pero ¡cuán familiarizada no debió de estar con el poeta meonio para encontrar prontas en su memoria las frases necesarias para escribir sobre asuntos tan diversos! ¡Cuánta paciencia y cuán inútil!

Habiendo ido en peregrinacion no ménos suntuosa que devota á la Tierra Santa, prodigó el dinero con mas profusion que lo hubiera hecho Elena (1), y adquirió muchas reliquias: en Antioquía arengó al Senado desde un magnífico trono, declarando que queria ensanchar las murallas de la ciudad y restaurar, como lo hizo, los baños públicos; por lo cual le fueron erigidas estatuas. De vuelta á Constantinopla quiso, á lo que parece, aprovecharse de la ternura de su esposo para adquirir tambien de hecho el título de Augusta: y entónces celosa Pulqueria le tendió un lazo. Cuéntase que teniendo el emperador una manzana de extraordinario tamaño, se la regaló á Eudoxia y esta á Paulino, cortesano, en cuya docta conversacion se complacia; Paulino á su vez, ignorando de dónde provenia el regalo, y pareciéndole digno de un emperador, se le ofreció á este; el cual, disimulando el desprecio y los celos, llamó á Eudoxia y la preguntó qué habia hecho de su presente; respondióle que se le habia comido, y entónces la confundió enseñándoselo, é inmediatamente privó á Paulino de la vida y á ella de su gracia. Retiróse Eudoxia á Jerusalen; pero ni aun allí pudo encontrar olvido ni reposo. Habiéndose dado encargo á Saturnino, conde de los domésticos, de hacer desaparecer á dos eclesiásticos

(1) *Cod. Teod.* XVI, 10, XXI.
(2) Ib. VI, 8, XXII.
(3) Ib. *De hæret.* — *De Judæis.* — *De christ. manc.* — *De paganis*, etc.
(4) Ib. XI, 28.

(1) Guenée calculó sus gastos en veinte mil cuatrocientas ochenta y ocho libras de oro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á quienes ella estimaba, Eudoxia le ganó por la mano haciéndole asesinar, y Teodosio en castigo la degradó vergonzosamente. Diez y seis años sobrevivió en el destierro entregada á la devocion
460. y al estudio, y á los sesenta y siete de edad murió en Jerusalen protestando que así ella como Paulino eran inocentes.

Guerra de Persia. En Persia, á Sapor II, que estuvo en guerra con Juliano, sucedieron Ardechir II (380), Sapor III (384), que se conservó amigo de Teodosio; despues Varánes III, que fué muerto en una rebelion, cedió el puesto á Isdegérdes I, uno de
99 los reyes mas ilustres de Persia. Este persiguió á los Cristianos por haber destruido en Susa el obispo á Abbas, un templo del fuego. Usurpó luego el trono Kesa, pero Varánes IV, hijo del
420. desposeido, le recuperó con el auxilio de los Árabes. Excitáronle los magos á la persecucion, y muchos tuvieron que huir á Constantinopla, donde fueron bien acogidos por el obispo Ático, y como el embajador persa los reclamase, el emperador respondió generosamente : *Tendrá que arrancarlos de mis brazos*. Aumentáronse con esto los resentimientos, vivos ya entre ambos imperios por haberse el Persa negado á restituir ciertos operarios que empleaba en la explotacion de las minas de oro, y por haber insultado á los mercaderes romanos, por todo lo cual se rompió la guerra. Teodosio confió los ejércitos al Alano Ardaburio, que pasando el Tígris taló el Adiabene, y alcanzó una victoria
3 de setiembre. completa sobre Nárses, general que le opuso el
422. rey persa (1), y le obligó á encerrarse en Nisibe.

Acudieron entónces al socorro de Persia innumerables bandas de Árabes acaudilladas por Almundar, famoso jeque, que se vanagloriaba de tomar á Antioquía, cuanto mas de vencer á los
423. expugnadores de Nisibe; pero al poco tiempo, con la ligereza que les era propia, se pusieron en fuga : los diez mil guerreros escogidos que llevaban el nombre de inmortales, fueron destrozados por los Romanos : de suerte que Varánes tuvo que abatir su soberbia, y estipulando la paz por cien años, aceptó por principal condicion que dejaria de molestar á los Cristianos. Acaso le inclinase á esto Acacio, obispo de Amida, que vendiendo los vasos de su iglesia, empleó su importe en rescatar siete mil prisioneros persas que envió al rey para hacerle ver los sentimientos que inspiraba la religion que tanto perseguia.

Como ya hemos dicho, la Armenia se habia separado de la Persia, y sus nobles rechazaban con las armas el yugo de los Sasánidas, al mismo tiempo que la religion hacía que el pueblo prefiriese los príncipes de Constantinopla. Empero los Armenios no supieron unirse nunca entre sí, ántes bien su aumentó la division entre los Orientales y los Occidentales : y estos, que usaban la lengua y escrituras griegas en los actos de la religion, obedecian á Arsáces y veneraban á Arcadio, al paso que los Orientales, mayores en número, eran dirigidos por Cosroes, vasallo de Persia.

Pero Ardechir, nieto y sucesor de Cesroes, 428.
descontentó á los señores, que lo acusaron de conspirador, ante el rey de Persia, por lo cual este le declaró solemnemente depuesto. De este modo por sus disensiones dejaron de tener reyes independientes : la causa de Arsáces, despues de quinientos sesenta años de dominacion, fué reducida á condicion subalterna, y sus Estados á provincia, con el nombre de Persarmenia. Los temores del emperador de Oriente se acallaron con la cesion de la parte que habia sido de Arsáces, y que, como sometida, fué gobernada por un conde de Armenia.

Los magos trataron entónces de abolir el Cristianismo para poner en su lugar el culto del fuego, pero cuanto mas feroz é hipócrita se obstinaba Isdegérdes en perseguir á los Cristianos, tanto mas descubiertamente practicaban estos su culto; y reunidos los obispos armenios en concilio en Artaxata, protestaron rechazando las razones de los magos, que apoyados no obstante en la fuerza, elevaron Pireos en todas partes. Entónces los obispos, asustados por el peligro en que veían la religion y la nacionalidad, llamaron á las armas á los ciudadanos, pero los príncipes no se mostraron tan resueltos como la nacion. Esta invocó el auxilio de 450.
Teodosio el Jóven, á cuya muerte Marciano renovó la alianza con la Persia, con lo cual no les quedó á los Armenios esperanza de auxilio humano. Sin embargo, combatieron como héroes y vencieron algunas veces; pero el 2 de junio del año 451 en las llanuras de Avarair se dió una batalla en que vencieron los Persas, y en cuya consecuencia se multiplicaron los mártires (1).

Ántes que se verificasen del todo estos hechos, murió Honorio. Teodosio se intituló emperador de Occidente, pero Juan, primicerio ó sea primer secretario del difunto, se habia hecho ya aclamar emperador por la Italia, la Galia y la Dalmacia, y pidió á Teodosio que le reconociese por colega. Los enviados fueron rechazados con vituperio, y el castigo del usurpador fué encomendado á Ardaburio y á su hijo Aspar. Condujo el primero la infantería por mar, miéntras que el segundo viniendo por los montes con la caballería, ocupó á Aquilea. Una tempestad dispersó la armada, y Ardaburio fué conducido á Rávena prisionero, y en esta ciudad, léjos de dejarse envilecer, se dedicó á hacerse partidarios entre la guarnicion, y cuando tuvo bien urdida la trama, dió aviso á Aspar, el cual atravesando los pantanos del Po, si no milagrosa-

(1) Refiere Sócrates (VII, 19) que la noticia de este suceso fué llevada en tres dias á Constantinopla, distante setecientas millas, por un tal Paladio, famoso andarin, del cual se decia que habia encontrado el medio de reducir el imperio romano á un pequeño Estado. Con mas razon lo decimos hoy de los ferrocarriles.

(1) El levantamiento de la Armenia cristiana contra las leyes de Zoroastro fué descrito por el Armenio Eliseo Vartaved y traducido por el abate Gregorio Garaved.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

425. mente como se ha dicho, maravillosamente á la verdad, sorprendió á Rávena, que despues de una breve resistencia le abrió las puertas. Juan fué paseado despues por menosprecio en un asno y decapitado en el circo de Aquilea, despues de haberle cortado la mano derecha.

Valentiniano II. Era entónces Teodosio señor de todo el mundo; pero por moderacion ó negligencia cedió el Occidente á su sobrino Valentiniano, hijo de Constancio y de Placidia, exceptuando solo la Iliria Occidental, devastada por los Bárbaros; y aun con objeto de establecer para siempre la division de los dos imperios, se mandó que desde entónces las leyes solo tuviesen vigor en aquel de donde emanasen.

Valentiniano III Augusto, esposo de Eudoxia, hija de Teodosio y señor de la mitad del mundo, apénas tenia seis años, y fué encomendado á la tutela materna, de modo que los dos imperios cuando mas necesidad tenian de vigor, se encontraban en manos de dos mujeres. Placidia, inferior en virtud y habilidad á sus orientales cuñadas, dirigió por espacio de veinticinco años á su hijo, quizá enervándole á propósito con una muelle educacion y con desviarle de las ocupaciones varoniles, miéntras ella no sabía gobernar el reino ni confiar su direccion á manos expertas. Sin embargo, encontró aun dos generales que sabian manejar bien la espada, Aecio y Bonifacio. El primero habia nacido en la Mesia Inferior de una Italiana casada con el Escita Gaudencio, general de la caballería, y se habia dedicado desde muy jóven á las armas conversando con los Bárbaros, ya como soldado, ya como rehen. Bonifacio se habia distinguido tambien en el gobierno y en la guerra, y habiendo conseguido libertar el África, fué nombrado gobernador de ella, y por su incorruptible justicia y su inmaculada probidad se hizo querer y respetar del ejército y del pueblo, así como por su piedad se hizo amar de los Cristianos y de San Agustin. Desconsolado por la pérdida de su mujer, se habia resuelto á hacerse monje; pero disuadido de este propósito por el mismo San Agustin, se casó con una arriana.

La union de estos dos generales hubiera podido, si no restaurar, por lo ménos sostener algun tanto el imperio, así como le arruinó su enemistad. En el pasado tumulto Bonifacio se habia conservado fiel á Valentiniano, miéntras Aecio habia ayudado al usurpador y se habia puesto al frente de sesenta mil Hunos en su defensa. Perdida su causa, Aecio fué halagado por temor; y aumentándose su favor con la emperatriz, pensó elevarse sobre las ruinas de Bonifacio. Para llevar á cabo su proyecto, aconsejó á Placidia que le destituyese del cargo de gobernador de África, dándosele á él, y al mismo tiempo le avisó secretamente que el obedecer le costaria la cabeza. Bonifacio, pues, en vez de entregar el mando, acudió á las armas, y Placidia le declaró rebelde, y se confirmó en las sospechas que la habia insinuado el pérfido ministro.

Despues que Bonifacio se declaró en abierta rebelion, no sintiéndose fuerte para rechazar con unas cuantas hordas africanas las disciplinadas legiones, pidió auxilio á Genserico, rey de los Vándalos, prometiéndole ayudarle á adquirir estables posesiones en África. 429

Aunque, despues de haberse retirado los Godos, los Romanos habian vuelto á conquistar gran parte de la España, aun conservaban los Vándalos la Galicia, desde donde bajaron á batir á aquellos en la Bética; y habiendo ocupado á Sevilla y Cartagena, se apoderaron de las naves, y con ellas invadieron las Baleares, asilo de fugitivos Españoles. La invitacion de Bonifacio vino á satisfacer los deseos de su rey Genserico, hombre de pequeña estatura, cojo de resultas de una caída del caballo; pero reflexivo, lento en el hablar, despreciador del lujo, pronto en airarse y ambicioso de poseer y de embrollar litigios (1). Habiendo derrotado completamente á los Suevos, émulos suyos en la España, trasladó á su nacion á África, en naves que le ofrecieron muy gustosos los Españoles y Bonifacio. Llevaba á sus órdenes cincuenta mil hombres, aumentados con los descontentos y con los Moros vagabundos que acudian de las tierras interiores, en que los contenia el temor de Roma. Los muchos donatistas, que condenados espiritualmente por un concilio, y corporalmente y en sus bienes por los edictos imperiales, habian huido al campo, renovando los horrores y la desesperacion de los circunceliones, se unieron al Bárbaro, enemigo de los Católicos, y fueron el instrumento mas poderoso para separar aquella provincia del imperio.

San Agustin puso en juego su autoridad de obispo y de amigo para disuadir á Bonifacio de su insensata venganza: « ¿Quién hubiera po- » dido creer que miéntras Bonifacio ocupaba » esta provincia con tan grueso ejército y tanto » poder, los Bárbaros tendrian la audacia de » adelantarse rápidamente, devastando tanto » terreno y dejando desiertos tantos lugares » habitados?... No te dejes llevar de la tentacion » de ser uno de los azotes con que Dios aflige » á los que quiere castigar, piensa que Dios » reserva penas eternas para los malvados des- » pues que los ha empleado en imponer penas » temporales. Vuélvete hácia Dios, contempla » el Cristo que hizo tanto bien y sufrió tantos » males. Los que quieren entrar en su reino » aman á sus enemigos, hacen bien á los que » los aborrecen y ruegan por sus perseguidores. » Si recibiste beneficios del imperio romano » (aunque terrestres y caducos porque no puede » dar sino lo que tiene), no vuelvas mal por » bien; si por el contrario recibiste injusticias, » no vuelvas mal por mal. No quiero saber cuál » de estas suposiciones es la verdadera, ni tam- » poco puedo juzgarlo: háblo á un cristiano y » le digo: No vuelvas mal por bien, ni mal » por mal. »

(1) JORNANDES, *De rebus goticis*, c. 33.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Entre tanto en la ausencia de Aecio los amigos de Bonifacio se interpusieron para restablecer la armonía entre ambos, y descubrieron las cartas fraudulentas de aquel. Bonifacio fué á Italia, lleno de respeto, á poner su cabeza á disposicion de Placidia; Cartago y las guarniciones romanas volvieron á entrar en su deber, pero habíase dado el golpe, y aunque Bonifacio ofreció gruesas sumas á Genserico para que desocupase el África, este las despreció y quedó en ella, no ya como auxiliar, sino como señor y devastador. Derrotado Genserico, que combatió con el valor de un arrepentido, inundó libremente los campos, defendiéndose solo Cartago, Cirta é Hipona; las siete provincias que por su fertilidad eran llamadas el granero de Roma y del género humano, fueron devastadas con indecible furor por los Bárbaros, que asesinaban sin distincion de edad ni grado; arrancaban las vides y los olivos, y si no exagera el terror, degollaban á los prisioneros ante las ciudades sitiadas para que el hedor infestase el aire.

San Agustin, ya á la edad de sesenta y seis años, testigo de aquel exterminio, daba lecciones y ejemplos de valor y caridad. Despues de pintar los males de la patria, escribe á los obispos que al aproximarse el enemigo, no abandonen sus diócesis sino con el pueblo y despues que el pueblo; que se hallen en aquel último instante del peligro, cuando la multitud se refugie en la iglesia, pidiendo unos el bautismo, otros la penitencia, y todos el consuelo y los auxilios del Cielo. Y si alguno ocultaba el egoísmo y el temor bajo la apariencia de conservarse para el resto del pueblo, le decia: « ¿A qué » suponer que en un peligro comun, bajo el » hierro enemigo, han de perecer todos los sa- » cerdotes y no los legos? ¿no es mas probable » suponer que sobreviva algun lego y tambien » algun sacordote para socorrerle? Pero si debe » disputar entre los ministros del Señor, para » saber quiénes deben huir y quiénes quedarse, » para que la Iglesia no quede privada entera- » mente de sus sacerdotes por la fuga ó por la » muerte, esta disputa debe ser decidida por la » suerte, que designará cuáles pueden huir y » cuáles deben quedarse. »

Él no abandonó á Hipona, y cuando Bonifacio se refugió en ella, los Vándalos la respetaron por consideracion al santo prelado, que siguió confortando los ánimos y los cuerpos, y animándolos á la defensa y al arrepentimiento, hasta que murió en medio de los peligros, sin ver la última ruina de la civilizacion africana.

Aquella ciudad, uno de los muchos centros del comercio y de la civilizacion de África, estaba situada sobre dos colinas pobladas de teatros, palacios, escuelas, monasterios é iglesias; en la cima de una de ellas se elevaba el palacio de los reyes de Numidia; en la mitad de la pendiente hácia Levante habia un edificio cuadrangular, erigido por San Agustin para los pobres y los enfermos, y basado sobre siete filas de anchas bóvedas, capacísimos receptáculos de agua llovediza, que en caso de necesidad podian romperse y servir de defensa. Catorce meses resistió el sitio, y Placidia, conociendo la importancia de aquella provincia, pidió auxilio al emperador de Oriente, que envió á Aspar con un poderoso ejército; pero que solo sirvió para hacer mas desastrosa la derrota que los Moros causaron á los Romanos. Bonifacio desesperado huyó de la tierra sobre que habia atraido tantos males, y al llegar á Rávena fué bien acogido por Placidia, que le nombró patricio y general de los ejércitos romanos. Aecio, que no habia perdido la confianza real por haberse descubierto su perfidia, lleno de envidia por estos honores que miraba como un ultraje á su persona, acudió con una multitud de Bárbaros; y tanto se habia perdido toda autoridad en el imperio, que atacó á Bonifacio á mano armada. Venció este, pero espiró poco despues á causa de una herida, perdonando á Aecio y aconsejando á su rica mujer que se casára con él. Aecio, satisfecho de su venganza, se retiró á la Panonia entre los Hunos, con los cuales habia mantenido contínua y quizá pérfida correspondencia, y despues, seguro del perdon, volvió, y la emperatriz besando la mano que no podia cortar, le elevó á la dignidad de patricio.

El África, devastada y agotada, quedó sin mas defensa que la de sus ciudadanos, diezmados por tantos desastres. Genserico, molestado por las pretensiones de sus sobrinos que le disputaban el mando, los hizo ahogar con su madre, y sofocó en torrentes de sangre las sucesivas conspiraciones urdidas, ya para vengarlos, ya para elevar á otros ambiciosos. En tanto los Numidas, Moros, donatistas y Católicos, en inquietas disputas, ni lograban rechazar al invasor, ni le dejaban consolidarse. Genserico, empleando alternativamente la perfidia y el valor, obligó al emperador á la paz, prometiéndole un tributo anual y darle en rehenes á su hijo Unerico; pero pronto recobró á este y atacó á Cartago que estaba desprevenida. 435. 1º de febrero

Esta ciudad, que habia salido de las ruinas en vano maldecidas por Escipion, rivalizaba en magnificencia y riqueza con Antioquía y Alejandría; y su Senado, protegiendo la libertad municipal contra el procónsul romano, se hacía respetar en toda el África. El comercio florecia cuanto puede hacerlo en una ciudad esclava; los extranjeros, que acudian en gran número, admiraban sus palacios, sus plazas, sus espléndidos templos que adornaban la via Celeste, y el mármol y el oro de la de los Banqueros; en los teatros se representaban las obras maestras de las musas latinas é imitaciones de las griegas; numerosas escuelas enseñaban elocuencia y filosofía, y la patria de Aníbal, rivalizando en saber con la de Escipion (1), obtenia el título de Musa de África, por el ardor con que sus ingenios se aplicaban á los estudios, yendo en tropel á la plaza pública para oir á aquellos retó-

(1) *Duæ tantæ urbes, latinarum literarum artifices, Roma atque Carthago.* S. AGUST.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ricos ó sofistas que acudian codiciosos de los aplausos de la eruditísima ciudad (1)

439. Genserico la ocupó, y abandonándola al principio á la avidez de sus soldados, concluyó por despojarla regularmente, haciendo que le entregasen todas las alhajas y objetos de valor: estableció en ella su estancia, y en su alrededor el grueso del ejército vándalo, dividido en ochenta escuadras de cien hombres cada una con su jefe, y demolió las fortificaciones para que no ofreciesen asilo á los ciudadanos. Ocupados los mejores terrenos de la Bizacenia, la Numidia y la Getulia, desde Trípoli á Tánger, los distribuyó entre sus soldados, reduciendo á la servidumbre á sus antiguos poseedores, ó gravando con enormes tributos las fincas cuya posesion inmediata no quiso tomar.

Ninguna invasion perjudicaba tanto á la Italia como esta, porque los senadores perdian los pingües patrimonios que allí tenian, el fisco la inmensa herencia de Gildon, y la plebe los subsidios de grano y aceite que de aquel país sacaba. Deseaba, pues, ardientemente el emperador recorbrarla, pero Genserico, tan astuto como valiente, oponia mil obstáculos á cada paso; y habiendo llegado á tener una armada, que recordaba los mejores tiempos de Cartago, se acercó á Europa, invadió la Sicilia, ocupó á Palermo, y desembarcó varias veces en las costas de la Lucania.

El Africa sufrió tambien una desolacion mas terrible que cualquier otra provincia, porque ademas de la ferocidad de los Vándalos y de las irrefrenadas correrías de los Moros, Genserico, despues que hizo la paz aparente con el imperio, continuó suscitando á este enemigos para que no interrumpiese su poco firme dominio; ademas unia á la ferocidad del Bárbaro las sutilezas del téologo, pretendiendo violentar la fe de los Católicos; por lo cual muchos tuvieron que emigrar, y esparciéndose por la Italia y por el Oriente, presentaban un espectáculo digno de compasion, y difundian el miedo á aquella gente sin piedad.

Entre estas desgracias comunes se ha conservado la memoria de algunas particulares. Celestiano, rico senador, se vió obligado, en país extranjero y con su familia y siervos, á mendigar de puerta en puerta, resignándose sin embargo á su desgracia con aquella virtud que no necesita de las riquezas ni de las prosperidades terrenas. María, hija del poderoso Eudemon, fué vendida á unos mercaderes sirios que la revendieron en Ciro. Una criada suya no se separó de su lado, conservando la obediencia y sirviéndola como en su mejor fortuna, tanto que por esta afectuosa adhesion se descubrió la alta categoría de la prisionera, y la guarnicion pagó su rescate. El obispo Teodoreto la colocó entre las diaconisas, hasta que informada de que su padre habia obtenido un honroso empleo en las provincias occidentales, fué á reunirse con él, recomendada por la caridad de obispo en obispo.

(2) *Quæ autem major laus aut certior quam Carthagine benedicere, ubi tota civitas eruditissimi estis?* APULEYO, *Florid.* IV.

CAPÍTULO XV

Los Hunos.

Tan extrañas, y al mismo tiempo tan escasas, han sido las noticias que se nos han trasmitido acerca de los Hunos, que debian excitar la curiosidad del vulgo lo mismo que la de los pensadores. Á esta y á la aficion á lo nuevo pareció satisfacer Deguignes, cuando en el siglo pasado proclamó que eran de la misma raza que los Yung-nus, pueblo nómada, que habia amenazado siempre las fronteras de la China, y que rechazado de allí, se derramó por la Europa, insultando á Roma despues de haber desafiado á Pekin (1).

Esta ingeniosa explicacion agradó á los contemporáneos; pero el conocimiento mas exacto de los libros la hizo aparecer opuesta á la parentela de lenguas y á la historia. Los Yung-nus 915.
del Norte fueron dispersados por los Chinos cerca de las fuentes del Irtisc, y sus restos se dirigieron hácia el Occidente para penetrar en la Sogdiana; pero fueron rechazados y obligados á establecerse al Norte del Cu-ché, bajo el nombre de Yue-po. Posteriormente se dirigieron hácia el Noroeste, y con el mismo nombre habitaron parte de la llanura de los Kirguicios, atravesada por los montes Uloto y Alguin-to.
Primero en armonía y despues en guerra con 948.
los Yuan-yuan, invitaron á los Goeios á que los atacasen por el Oriente, miéntras ellos lo hacian por el Occidente. Desde entónces se pierde toda memoria suya, y como los héroes que desaparecen del mundo convienen perfectamente á romances milagrosos, este silencio ayudaba para encontrarlos de pronto en Europa en tiempo de Valente. Pero, como hemos dicho, el nombre de los Yung-nus se habia cambiado ya en Yue-po; miéntras que Eratóstenes encontró una tribu de los Hunos (Οὖννοι) al Occidente del Caspio y al Norte de la Albania, doscientos años ántes de Cristo, es decir, cuando los Yue-po molestaban todavía el Norte de la China. Es, pues, imposible el confundir á los Hunos con los Mogoles, Tártaros y Turcos; al paso que muchos argumentos los hacen de la raza que ocupa hoy parte del Nordeste de Europa y del Nordeste de Asia, y que por una pequeña fraccion suya se llama Finesa, debiendo llamarse Urálica, porque se extendió al Oriente y Occidente bajando de los montes Urales.

Tambien en las crónicas contemporáneas se hace á los Hunos de la misma raza que los Ava-

(1) *Hist. des Huns.* Le contradijeron Ghebard en la *Historia de Hungria*, I, 187; y despues Klaproth y Remusat y todos los orientalistas. Sin embargo, Remusat y Saint-Martin reconocieron á los Getas y á los Ases en los Yuetis y los Osis, citados en los anales chinos como rubios. En una relacion de los reinos buddistas, encontramos hácia el año 500 los Yue-ti en guerra con los pueblos de las riberas del Indo, para disputar la taza de oro de Budda.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

res y Húngaros, y con el idioma de estos últimos se interpretan sus nombres propios, único residuo de su lengua (1). Si la falta de barba, los ojos de puerco y la nariz roma les asemejan á los Calmucos, estos caractéres se encuentran tambien en muchas naciones del Asia Septentrional, y especialmente entre los Vogulos de nuestro tiempo, raza de los Fineses Orientales. La mezcla con pueblos turcos, eslavos y alemanes mejoró su raza hasta llegar á convertirse en la hermosa generacion de los Avares y de los Húngaros.

En los primeros siglos de nuestra era habitaba este pueblo mas al Mediodía que ahora, y en tiempos anteriores se extendia hasta las playas del Euxino, confundido con otros muchos pueblos bajo la vaga dominacion de Escitas. Los diversos pueblos nómadas que invadieron la Europa viniendo desde el centro del Asia pasaron por los fértiles contornos de los Urales, y algunos que se establecieron en el camino, se fundieron con los Fineses, formando nuevas lenguas y pueblos nuevos que se quedaron en su patria adoptiva, ó impulsados por otros orientales cayeron sobre Europa.

Dionisio Periegétes, que menciona á los Hunos con su propio nombre (Οὖννοι), los coloca, como Erastótenes, en la costa occidental del Caspio, entre los Escitas, los Caspios y los Albaneses; Tolomeo los sitúa entre los Bastarnos y los Roxolanos, esto es, en las dos orillas del Borístenes, y Zonáras refiere que el año 284 fué muerto el emperador Caro en una expedicion contra los Hunos.

376. Eran, pues, conocidos mucho ántes de que cayesen sobre Europa, ocupando desde el mar Negro al Danubio, é inundando despues las provincias del imperio.

La imaginacion, asustada á la aparicion de gentes extrañas á la raza indo-germánica, y no hallando imágenes adecuadas, recurrió á las fábulas, y dijo que Filimero, rey de los Godos, habiendo hallado entre los suyos algunas *Alrunnas*, como en aquella lengua se llamaban las brujas; las arrojó á un país desierto, muy léjos de su campo.

Allí las encontraron espíritus malignos, y mezclándose con ellas engendraron á los Hunos, horribles y pequeños, que se parecian á los hombres en que hablaban (2). Amiano Marcelino los pinta de una ferocidad sin igual; apénas nacian, les surcaban el rostro con un hierro hecho ascua, para que no les saliese la barba, de modo que parecian eunucos; por lo demas, eran robustos, de vigorosos miembros, abultada cabeza y toscas espaldas, de tal modo que parecian animales erguidos sobre las patas ó las groseras caríatides que sostienen los puentes. Otros asemejan su rostro á un pedazo de carne informe, con dos agujeros por ojos; y dicen que aunque pequeños, eran vigorosos y de anchos hombros, llevaban levantada la cabeza, eran famosos jinetes y manejaban con singular destreza el arco y la flecha (1). En una cacería, á que eran muy aficionados, siguiendo á una cierva blanca atravesaron algunos la laguna Meótides, y así conocieron el país de los Escitas, y creyendo que les habia sido indicado aquel camino de este modo sobrenatural, indujeron á sus compatriotas á invadir el país descubierto. Así lo hicieron, y vencieron á los pueblos que encontraron, ó huyeron estos aterrorizados de su horrible aspecto.

Vivian como salvajes, sin saber ni aun cocer las viandas, contentándose con raíces crudas ó con carne ablandada entre la silla y el caballo. Los prisioneros de guerra cultivaban sus campos y cuidaban de los ganados; no habitaban en casas ni en cabañas, mirando todo recinto de paredes como un sepulcro, y creyéndose mal seguros debajo de un techo. Acostumbrados desde la infancia á sufrir el frio, el hambre y la sed, mudaban muy á menudo de morada, trasportando en carros tirados por bueyes toda su familia, y las mujeres que allí cosian los vestidos de sus maridos y alimentaban á sus hijos. Vestíanse de telas ó pieles de marta, no quitándoselas hasta que se caían á pedazos. Llevaban casco en la cabeza, y en los piés polainas de cuero y zapatos tan toscos que les impedian andar, por lo cual no se apeaban casi nunca, estando de dia y de noche á caballo ó sentados; comian á caballo, se reunian en consejo y bebian y dormian echándose sobre el cuello de la caballería. Caían sobre el enemigo aullando espantosamente, y si hallaban resistencia, huían en seguida, y volvian al ataque con la rapidez del relámpago, derribando lo que

(1) Las razones etimológicas tienen muy escaso valor cuando son aisladas. Bergmann (en *Nomad sche Streifereien unter den Kalmüken* Riga, 1804. t. I, p. 129) halla las raíces del nombre de *Muntsak*, padre de Átila en el mogol, de *mu*, malo, y *tzak*, tiempo. Atila es cambiado por él en *Etzel*, que significa algo de majestuoso. Del mismo modo, y con ménos sutileza, se explican por el idioma húngaro. Atila es *atzel*, acero: Muntsag, *men tseg*, fertilidad. Otros pueden deducir el nombre de Atila de la raiz *atta*, *atti*, *ætti*, que en muchas lenguas asiáticas significa juez, jefe, rey; de donde salen Atalo, rey marcomano, Atalo, de Pérgamo, Atalo, Moro, Atea, Escita, Atalarico, Eticon, etc. Otros encuentran los nombres de Bleda, Balamiro, Munzuk, en los nombres eslavos Blad ó Vlad, Bolemiro, Muzok.

(2) JORNANDES, *De reb. got.*

(1) Con esta descripcion de Jornándes se conforma la de Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, en el año 472, que canta en el Carmea II, vs. 245, 262:

Gens animis membrisque minax; ita vultibus ipsis
Infantum suus horror inest. Consurgi in arctum
Massa rotunda caput; geminis sub fronte cavernis
Visus adest, oculis absentibus; acta cerebri
In cameram vix ad refugos lux pervenit orbes;
Non tamem et clausos, nam fornice non spatioso
Magna vident spatia et majoris luminis usum
Perspicua in puteis compensat puncta profundis.
Tum ne per malas excrescat fistula duplex,
Obtundit teneras circumdata fascia nares,
Un galeis cedant. Sic propter prælia natos
Maternus deformat amor, quia tensa genarum
Non interjecto fit latior area naso.
Cætera pars est pulchra viris. Stant pectora vasta,
Insignes humeri, subcincta subtilibus alvus
Forma quidem pediti media est, procera sed extat
Si cernus equites, sic longis sæpe putantur
Si sedeant,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se les oponia. Corriendo ó huyendo, disparaban flechas con puntas de hueso, tan duras y mortíferas como las de hierro; de cerca combatian con la cimitarra en una mano y en la otra un lazo para prender al enemigo; y ninguno podia dar un golpe ántes que diese el ejemplo un caballero de familia privilegiada. Las mujeres combatian tambien algunas veces. Un siglo despues de haber llegado á Europa, no tenian aun idea del arte de escribir.

376. Las diferentes tribus de estos pueblos, guiadas por el rey Balamiro, habiendo salido de las riberas del Volga y de la Meótides, sometieron á los Acatsiros, pueblo de su raza, y con ellos atacaron á los Alanos del Tanais (1), que vencidos se unieron con los Hunos é inundaron el país de los Ostrogodos. El gran Hermanrico, rey de estos, comparado á Alejandro por sus grandes conquistas, cuando vió en su vejez caer sobre su raza esta nueva y formidable tempestad, huyó de la vergüenza dándose la muerte. Vitimiro, su sucesor, haciendo resistencia fué muerto cerca de Erac. Atanarico, jefe de los Godos Tervingios, fué tambien puesto en fuga á orillas del Dniester; por lo cual los Ostrogodos se dispersaron ó se sometieron, y los Visigodos pidieron que se les admitiese en las tierras del imperio, dejando á los Hunos el país que está al Norte del Danubio, que habian ocupado siglo y medio, y que entónces fué el centro de un nuevo Estado que debia durar setenta y siete años.

No querian establecerse allí los Hunos, y Balamiro, envalentonado con el buen éxito, devastó las provincias romanas y destruyó muchas ciudades; hasta que se calmó con la oferta de un tributo anual de diez y nueve libras de oro (20,000 fr.) Donato, que le sucedió en el
387. mando, fué asesinado, y los Romanos tuvieron que evitar con mas ricos dones las amenazas
412. de Karaton. Desde entónces se mezclaron algunas veces en las contiendas del imperio :
425. cuarenta años despues Roila los trajo á la parte de acá del Danubio á saquear la Tracia y á amenazar á Constantinopla, pero le mató un rayo y los suyos fueron destruidos por la peste.

430? Rua ó Rúgula recibia de Teodosio II el tributo anual de trescientas cincuenta libras de oro (370,000 fr.) para que permaneciese tranquilo; pero oyendo que los Amilzuros, los Itimaros, los Tonosuros y los Boiscos, limítrofes del Danubio, se habian aliado con los Romanos, envió una embajada á Teodosio, amenazándole con romper los pactos, si no se separaba de aquellos pueblos y los obligaba á volver al país de donde habian salido. Tal vez le estimuló á esto Aecio, que se habia refugiado á su lado; pero apénas hubo celebrado nuevos pactos con Valentiniano III, murió dejando el principado á sus dos sobrinos Bleda y Atila, *el azote de Dios*.

(1) Klaproth demuestra que el nombre de Alanos es sinónimo de Asses; y que son los mismos que los Oetos, que descienden de los Medos antiguos. *Recherches sur les migrations des peuples*. Paris, 1826.

433 Podria dudarse si este hombre terrible es un personaje histórico, ó un mito vago, un símbolo de destruccion inmensa, si no le nombrasen tantos, y no le hubiese visto Prisco (1). Al principio de su reinado atemoriza á Teodosio II, que compra por setecientas libras de oro anuales una paz vergonzosa, ademas de concederle libre comercio en las orillas del Danubio, y restituirle todos sus súbditos refugiados en las provincias imperiales; recibidos los cuales, y entre ellos algunos jóvenes de régia estirpe, los hizo crucificar. Humillado ya el imperio y sujeto enteramente á su voluntad, ataca á los Bárbaros de várias naciones, establecidos ó errantes en el centro de Europa. Los Gépidos, Ostrogodos, Suevos, Alanos, Cuados y Marcomanos se humillan ó son reducidos á la obediencia por Atila, que extiende su imperio desde los Francos á los Escandinavos, y el terror por todo el mundo. Una multitud de reyes le hace la corte, y setecientos mil guerreros esperan que les designe el país señalado por la venganza de Dios.

Era Atila una figura deforme, de color aceitunado, gruesa cabeza, nariz roma, pequeños ojos hundidos, poca barba, cabellos blanquecinos, cuerpo tosco, pero nervudo, y fiero continente é imponente mirada, como hombre que se siente superior á los que le rodean. Su vida era la guerra, mas sabía contenerse; rígido en exigir justicia en los demas, tenia por tal su voluntad; era sin embargo atento con los que le suplicaban, y propicio á aquellos en quienes tenia fe. No confiando solo en la fuerza, hizo esparcir aquellas supersticiones con que se alimenta la plebe. Una ternera paciendo se hirió un pié, y el pastor maravilloso buscó la causa entre la yerba, y vió salir la punta de una espada, que sacó fuera y presentó á Atila, el cual manifestó aceptarla como un don del dios de la guerra, y símbolo de la dominacion universal : *Las estrellas caen, la tierra tiembla, yo soy el martillo del mundo*, decia, *y donde pone mi caballo los piés, no vuelve á crecer la yerba*. Habiéndole llamado un ermitaño *azote de Dios*, adoptó este sobrenombre como un augurio, y demostró al mundo que le merecia.

Semejante hombre no podia sufrir un colega.

Por tanto mató á Bleda, y despues de haber vencido al mundo bárbaro, se dirigió contra el civilizado.

444. Tocó primero la suerte á la Persia. Pasó Atila las montañas y llegó á la Média; pero los descendientes de Ciro y de Arsáces recobrando el antiguo valor, le obligaron á volverse, abandonando gran parte del botin que habia cogido. Entónces el Vándalo Genserico, temiendo que la union de Teodosio y Valentiniano le quitase el África, excitó á Atila á arrojarse sobre el imperio oriental. Una banda de Hunos turbó el comercio del Danubio, y dispersó y mató á los

(1) La embajada curiosísima de Prisco está descrita en el tomo I de los *Bysantinæ historiæ scriptores*, con el título de Ἐκ τῆς ἱστόρίας Πρίσκου ῥήτορος καὶ σοφίστης; pero el principio está incompleto y confuso. Véase la Nota D.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mercaderes desprevenidos, destruyendo la fortaleza bajo pretexto de haber usurpado un tesoro el obispo de Margo, y haber dado asilo á varios súbditos de su rey que habian evadido el castigo con la fuga. La Mesia, pues, ardió en guerra, y el obispo de Margo se libró del peligro entregando su ciudad á Atila. Desde allí se esparció el torrente bárbaro por todos los castillos de la frontera ilírica, y destruyó las populosas ciudades de Sirmio, Singiduno, Ratiaria, Marcianópolis, Naisso y Sárdica, que formaban una frontera militar. Extendiéndose los Bárbaros en una línea terrible de quinientas millas, desde el Euxino al Adriático, se presentó un enviado á Valentiniano y á Teodosio diciendo: *Atila, mi señor y el vuestro, os manda que le preparéis un palacio.*

Teodosio llamó en seguida de Sicilia las tropas preparadas contra Genserico, y las que iban en contra de la Persia; pero ni él deseaba ponerse á la cabeza del numeroso ejército, ni tenian habilidad los generales, ni disciplina los soldados para hacer frente á los Bárbaros. Tres victorias señaladas abrieron el paso á Atila hasta los arrabales de Constantinopla, donde un terremoto que derribó veinte y ocho torres, hizo temer que ni aun esta ciudad sirviese de asilo bastante seguro al terror imperial. Setenta ciudades fueron devastadas; el que escapaba del hierro era reducido á la servidumbre, y justipreciado segun la fuerza de su brazo, no segun el valor en las disputas ó en la ciencia. El invicto Augusto Teodosio, desposeido de los auxilios que ofrece una vigorosa tiranía ó una libertad generosa, no halló mejor partido que invocar la piedad de Atila, el cual impuso estas condiciones: que el emperador le cediese los países próximos al Danubio, en la extension de quince jornadas; que aumentase desde setecientas á mil libras de oro el tributo anual, ademas de otras seis mil pagadas entónces mismo para los gastos de la guerra.

Esta suma, exorbitante para un imperio exhausto por el lujo, la malversacion y los preparativos de la guerra, no se pudo reunir sino imponiendo una contribucion arbitraria á los senadores, que se vieron obligados á enviar á la almoneda las joyas de sus mujeres y las alhajas hereditarias de sus palacios. El orgullo que habia sobrevivido á la grandeza llamaba sueldo á aquel tributo, y general del imperio al rey de los Hunos, que riéndose decia: *Los generales de los emperadores son siervos; los generales de Atila, emperadores.*

Teodosio se obligaba ademas á entregar todos los Hunos hechos prisioneros en la guerra, á pagar doce monedas de oro por cada esclavo romano que se escapase de los Bárbaros, y á restituir á todo el que desertase del campo de Atila. Se perdió la esperanza de aliarse con algun pueblo bárbaro desde que Teodosio hizo ver que era inepto para defenderle, y al mismo tiempo no se atrevia á llamar á sus súbditos á la guerra nacional. Que estos no habian perdido enteramente el valor, lo demostraron los de Azimunte, pequeña ciudad de la Tracia, que al acercarse los Hunos, salieron á su encuentro, los tuvieron á raya, cogiéndoles botin y prisioneros, y reforzándose con desertores. En vano mandó Teodosio que se sometiesen á sus condiciones; Atila tuvo que descender á pactos particulares con aquellos generosos ciudadanos, prometiendo canjear los fugitivos y desertores. Pero cuando se fué á verificar el canje, los Azimuntinos juraron que habian licenciado á los desertores y muerto á todos los esclavos, excepto dos. Patriótica mentira.

Atila, animado por el envilecimiento de los Romanos á nuevos ultrajes, quiso que Teodosio abandonase el título de Señor de los Países desde el Danubio hasta Naiso y la Nava en Tracia, y cuando queria premiar á alguno de los suyos, le enviaba á la corte de Constantinopla, para que insultase al emperador en su palacio, con el pretexto de pedir el cumplimiento de los tratados; pero en realidad para enriquecerse con los dones con que el débil Augusto compraba su connivencia. Entre estos embajadores se cuentan Oréstes, noble, natural de Panonia, y Edecon, jefe de la tribu de los Escirros, los cuales se hicieron despues célebres como progenitores del último emperador romano y del primer rey bárbaro de Italia. Concluida su mision, volvieron al campo de Atila con Maximino, hombre de los mas ilustres por las dignidades civiles y militares que con buen éxito habia ejercido, y en cuya compañía fué el sofista Prisco, que nos ha referido el resultado de aquella expedicion. (D). 449.

Embajada á Atila

Salieron de Constantinopla con numeroso acompañamiento de hombres y caballos, y se dirigieron hácia Sárdica, que encontraron incendiada; luego á Naiso, arsenal un tiempo floreciente y entónces monton de ruinas, en que solo algun enfermo se consumia en las derrocadas iglesias, miéntras el terreno todo estaba cubierto de huesos humanos que movian á compasion; y por último, pasaron el Danubio en barcos hechos de un solo tronco. Maximino habia tenido ya con los enviados del rey disputas por cuestiones de preeminencia; entónces se le prohibió levantar las tiendas para no eclipsar la majestad real; luego los ministros hunos pretendieronn que manifestase las instrucciones que llevaba de su rey, y habiéndose negado, supo que por traicion le habian sido reveladas al enemigo. Por fin, despues de grandes trabajos y de un largo viaje hácia el Norte, obtuvo permiso de presentarse al rey. Guias bárbaros regulaban la direccion y velocidad de su camino, y de los pueblos circunvecinos se le llevaban las provisiones, compuestas de mijo, hidromiel y *camo*, licor que sacaban de la cebada. Sorprendidos una noche por un fuerte aguacero, anduvieron perdidos en la oscuridad, hasta que á sus voces despertaron los habitantes de una aldea que pertenecia á la viuda de Bleda, la cual hizo alumbrar con

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cañas todos los alrededores, ocurrió á sus necesidades, y les proporcionó un buen número de hermosas mujeres, en cambio de lo cual recibió vasos de plata, lanas teñidas, frutas secas y pimienta de la India.

La capital de aquel vastísimo reino que no tenia ninguna ciudad, era un campamento entre el Danubio, el Teis y los Carpatios, quizá en los contornos de Yasberin, Agria y Tokai y en los campos famosos por la victoria mas señalada de los tiempos modernos (*Austerlitz*). Como ya hemos visto al tratar de los primeros conquistadores asiáticos, las movibles tiendas se habian convertido en cabañas de madera, de paja ó de barro, simétricamente colocadas y en número suficiente para toda la corte; Onegesio, ministro favorito de Atila, habia construido un baño de piedras. La extensísima morada del rey era de madera, rodeada por una empalizada de tablas lisas entrecortadas por torres; cada una de las mujeres de Atila tenia un departamento distinto, y como los celos no las excluían del trato de los hombres, Maximino pudo penetrar hasta el aposento de Cerca, reina principal, que estaba bien construido, sobre altas columnas de madera torneadas, talladas y barnizadas, y en el cual no faltaba ni regularidad en las proporciones, ni gusto en los adornos. Cerca recibió á los embajadores recostada en su blanco lecho en una elegante cámara cubierta con una alfombra, rodeada de sus servidores, miéntras sus damas en humildes posturas bordaban trajes para los vencedores del mundo. Gustábales á estos mostrar sus victorias por medio del oro y de las piedras preciosas con que adornaban sus personas y hasta sus zapatos, espadas, arreos de los caballos, y en los platos y vasos de oro y de plata cincelados con que sobrecargaban sus mesas.

Atila, por el contrario, de ostentosa sencillez en su persona, no tenia mas adornos que las armas; en la mesa se servia de copas y horteras de madera, y no comia mas que carne ó pan. Al entrar en la sala del banquete se hacía una libacion á su salud; despues se sentaban tres ó cuatro en cada una de las mesitas colocadas á ambos lados de la mesa real algun tanto mas elevada que las demas, y reservada solo para sus hijos y para algun príncipe de alta jerarquía. Á cada entrada ó plato bebia el rey tres veces á la salud de alguno de los principales, y el favorecido debia ponerse en pié y recibir y devolver el bríndis. Terminada la comida se servia el vino, y se competia en intemperancia. Entretanto dos poetas cantaban junto al lecho de Atila sus hazañas y las de sus antepasados: *Nosotros peleamos con la espada; las águilas y las aves de rapiña arrojan graznidos de gozo; las vírgenes lloraron mucho tiempo; las horas de la vida corren; cuando sea preciso morir sonreirémos.* Entraban despues los bufones que promovian grandes carcajadas en la sala, siendo solo Atila el único que se mantenia serio, pensando en la conquista del mundo, no distrayéndose sino para acariciar el rostro de Irnac, su hijo menor y mas querido.

En el campamento de Atila se aproximó á Prisco un extranjero vestido á la usanza de los Escitas ricos, que le habló en griego, le contó que habiendo perdido en las invasiones su libertad y sus bienes, habia llegado á ser esclavo de Onegesio; que despues por sus buenos servicios se habia colocado á la par de los Hunos, entre quienes habia emparentado; que se sentaba á la mesa con su señor y que le parecia una felicidad la condicion de los Bárbaros comparada con la de los Griegos, cuyos emperadores no eran capaces de defender á sus súbditos y amigos, y gravaban al pueblo con impuestos insoportables por el modo de cobrarlos; y que le parecia aun mejor, acordándose de la oscuridad de tantas leyes, del embrollo de los litigios, y de la corrupcion general.

Cuando Atila entró en su campo, salió á recibirle un gran número de mujeres, colocadas en dos filas, teniendo de la una á la otra levantados unos linos blancos á modo de palio, debajo del cual cantaba un coro de doncellas. Frente á la casa de Onegesio le esperaba la mujer de este, que tributó homenaje al héroe invitándole á probar el vino y la comida preparados; hizo Atila una señal de agradecimiento, y los esclavos levantaron entónces hasta él, que iba siempre á caballo, una bandeja de plata de la cual Atila tomó una copa, y llevándola á los labios saludó otra vez á la señora y prosiguió su camino.

No permanecia ocioso en su campo, sino que citaba muchas veces á consejo, daba audiencia á los embajadores, y administraba justicia á la puerta de su palacio.

La primera vez que Atila recibió á los embajadores romanos, estaba sentado en una silla de madera rodeado de numerosa guardia, y con aspecto amenazador les echó en cara el engaño que le habia hecho el intérprete Vigilio, diciéndole que no se encontraban mas que diez y siete desertores. En otra audiencia renovó sus soberbias reconvenciones por la falta de cumplimiento á las promesas que se le habian hecho á él y á sus favoritos; despues, mas aplacado, despidió á los embajadores, dándoles algunos esclavos por poco rescate; los nobles escitas les dieron cada cual un caballo.

Pero miéntras Maximino negociaba la paz noblemente, se fraguaba una traicion vil. Cuando Edecon estuvo en Constantinopla y manifestó su admiracion por tantas riquezas, el eunuco favorito Crisafo le dijo por medio del intérprete Vigilio: *Tú puedes alcanzar mucha parte de ellas asesinando á Atila;* no lo echó en olvido Edecon; pero bien fuese que ántes hubiese disimulado, ó bien que entónces se arrepintiese, es lo cierto que, á su vuelta al campamento, lo confesó todo al terrible Huno, el cual no por esto faltó al respeto debido á los embajadores, sino que mandó detener á Vigilio que tambien habia vuelto, y dándole á escoger

(c) Instituto Cervantes de Madrid

entre una gran bolsa de dinero ó el ver matar á su vista á su hijo, le arrancó la confesion del delito. Concedió al reo la vida mediante doscientas libras de oro, y envió á Constantinopla á Esfa y á Oróstes con la bolsa dada en precio de la traicion, los cuales dijeron al emperador : *Atila y Teodosio descienden de noble estirpe; pero Teodosio sometiéndose á tributo eclipsó su nobleza y se hizo esclavo de Atila. Es, pues, inícuo que como un siervo desleal tienda lazos á su señor.*

Otra embajada mas pomposa apaciguó á Atila, que perdonó al emperador, al eunuco y al intérprete, y cedió muchos esclavos y un vasto territorio á la derecha del Danubio, en cambio de una gruesa suma.

Muerte de Teodosio III. 450. 28 de julio.

Poco tiempo despues, de resultas de una caída del caballo, murió Teodosio á los cincuenta años de edad, despues de cuarenta y tres de reinado, deshonrado por el envilecimiento del imperio, ilustrado por el código que mandó publicar, primera recopilacion oficial de leyes romanas (1). Pulquèria entónces tomó de nombre el mando que de hecho ejercia, y cuando los eunucos favoritos no la contrariaban, y fué la primera vez que con su nombre estuvo una mujer á la cabeza del imperio romano. Concedió á la indignacion pública la cabeza de Crisafio, el último y el peor de los favoritos de Teodosio, y despues queriendo no un marido sino un colega, depositó su confianza en Marciano, senador sexagenario. Este era natural de Tracia y habia ido á Constantinopla solo con doscientas monedas de oro prestadas; entró al servicio de Aspar y de Ardaburio, se portó perfectamente en la guerra de Persia y de África, y en la escuela de las armas y de la desgracia aprendió virtudes desconocidas de los Césares mecidos en la púrpura.

Pulqueria.

Marciano.

Conocia Marciano lo importante que era conservar la paz, pero no á costa de bajezas; y así cuando Atila envió arrogantemente á pedir el tributo, respondió : *Tengo oro para los amigos y hierro para los enemigos.* Última voz romana. Atila resolvió declarar la guerra, y desde el fondo de los prados de la Panonia dudó si dirigirse hácia Oriente ó hácia Occidente y borrar del mundo á Constantinopla ó á Roma. Una serie de accidentes le hizo decidir por esta. Aecio, á la cabeza de setenta mil Hunos, habia obligado á Placidia á ponerle en un grande estado y á sacrificar los enemigos á su venganza; con esto ejercia orgulloso el poder y ostentaba gran pompa, al paso que el emperador verdadero yacia en un vil reposo en el interior de su palacio, resguardado por el valor de este capitan. Aecio, á la verdad, retardó por algunos años el último golpe del imperio; refrenó con tratados á los Vándalos, mantuvo la autoridad imperial en la Galia y en España, é hizo alianzas con los Francos y Suevos. No habia por esto interrumpido sus relaciones con los Hunos de Atila en cuyo campamento puso á educar á su hijo Carpilion; así, pues, su intercesion mantuvo la paz entre el imperio y el formidable capitan, si bien á costa de frecuentes humillaciones; y cuando quiso combatir á los Bárbaros establecidos en las Galias, tomó á sueldo tropas hunas y alanas.

(1) Véase el Lib. VIII, cap. 4.

Visigodos.

Las Galias habian recibido á los Burgundiones y Visigodos, que de huéspedes incómodos no tardaron en hacerse enemigos. En el Mediodía el reino de los Visigodos habia pasado de las manos de Walia á las de Teodorico, hijo de Alarico I, que por espacio de treinta años (382-412) habia sabido mantenerlo en paz. Asedió á Arles, ciudad importante; pero habiéndole estorbado la entrada Aecio, volvió sus armas contra España, donde los colonos aspiraban á hacerse independientes como los de la Galia Central. Renovó despues los ataques contra Narbona, miéntras los Burgundiones invadian la Bélgica; pero acudió Aecio, y derrotando á estos trasladó los restos á los montes de la Saboya, y libró á Narbona. Venció tambien á la liga armórica y envió al suplicio á Bacton, jefe de los Francos, que la favorecia. El conde Lictorio, otro insigne general de Occidente, estrechó mas de cerca á los Visigodos, llegando hasta sitiar á Tolosa, su capital. Teodorico le envió diversos obispos católicos, proponiéndole que se entregarian bajo cualquier condicion, con tal que les dejasen la vida y la libertad; pero Lictorio se mantuvo obstinado en la negativa, por lo cual Teodorico, habiendo despertado el valor de los suyos visitando como penitente las iglesias de su capital, salió, derrotó á los sitiadores é hizo prisionero al mismo Lictorio, á quien despues de haber expuesto á los insultos del público, le envió á morir á una prision. Tantas mentiras habian profetizado á Lictorio los arúspices en quienes ponia su confianza. Entónces Teodorico hubiera podido extender su reino hasta el Ródano, pero por prudencia ó moderacion aceptó la paz.

426.

436.

Los Visigodos, establecidos en un país de suaves costumbres y culto, bajo el poder de un rey que habia leido á Virgilio y estudiado jurisprudencia, se hicieron mas humanos. Casó Teodorico á sus dos hijas con los primogénitos de los reyes de los Suevos y de los Vándalos; pero á la primera le fué muerto el marido por un cuñado suyo : y Genserico, sospechando que la segunda habia intentado envenenar á su hijo, le hizo cortar las orejas y la nariz, y en este estado la devolvió á la corte paterna. Preparábase Teodorico á la venganza, con el auxilio que le ofrecieron los ministros imperiales, cuando Genserico desvió el peligro invitando á Atila á que invadiese la Galia, adonde le llamaba tambien la alianza de los Francos.

439.

Francos.

Este pueblo, que dominaba junto á los países del Bajo Rhin, era gobernado por una estirpe heriditaria de príncipes, que se distinguian de sus súbditos por la cabellera rubia ensortijada que dejaban flotar sobre la espalda. En tiempo de Teodorico se hace mencion de Marcomiro y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Suenon, sus reyes; despues, en el año 418, Faramundo reinó en la *Francia*, país de la otra parte del Rhin. Clodion, que le sucedió, tenia su residencia en Dispargo entre Lováina y Brusélas, y cogiendo de improviso la segunda Bélgica, ocupó á Turnay y Cambray. Aecio le derrotó en Elena (*Nieux Hesdin*), y miéntras se celebraba en seguridad un matrimonio, lo sorprendió, se llevó á las mujeres y los donativos. Clodion volvió á pasar el Rhin, y reanudó la alianza con los Romanos, recibiendo la Bélgica. De este modo perdia Roma aun en sus victorias. Cobrando en este país nuevo vigor, consolidó Clodion en veinte años de reinado la dominacion franca desde el Rhin hasta el Soma (1).

Muerto Clodion, se enemistaron sus dos hijos por ambicion; y Meroveo, que era el mas jóven, imploró la proteccion de Roma, y fué recibido como aliado de Valentiniano é hijo adoptivo de Aecio. Para oponérsele, se alió su hermano mayor con Atila, el cual con esto aumentó sus pretextos para invadir la Galia.

Honoria, hermana de Valentiniano, le ofreció otra sombra de derecho. Esta jóven, á la cual no apartaba del amor su pomposo título de Augusta, título que se le habia impuesto para que nadie pudiese aspirar á su mano, se entregó al canciller Eugenio, por lo cual fué enviada á expiar su error á Constantinopla en la devota compañía de las vírgenes hermanas de Teodo-
434. sio. No pudiendo sufrir ni el rigor ni las virtudes de estas, envió un eunuco á Atila para que le presentase su anillo y los derechos que ella pudiera ofrecerle como mujer. Agradó tan buena ocasion al Huno, el cual envió formalmente á pedir la mano de Honoria como su prometida, y con ella la mitad del imperio. Fuéle negada la peticion, so protexto de que las mujeres romanas no tenian derecho á la sucesion; y la princesa, conducida desde Constantinopla á Italia, fué allí de nombre desposada con un hombre oscuro, y despues encerrada en una perpétua prision.

450. No habiendo tenido éxito la peticion, Atila reunió una infinidad de pueblos germanos y de vasallos ó aliados, como Arderico, rey de los Gépidos, y Balamiro de los Ostrogodos, y con ellos salió de la Panonia. Llegando despues de una larguísima marcha al punto en que el Rhin
451. se une al Neker, y reuniéndose con el hijo mayor de Clodion, pasó en balsas el rio y esparció aquella multitud innumerable por las provincias belgas. Los Borgoñones, que ocupaban la Helvecia Occidental, quisieron detener aquel primer ímpetu; pero Atila los derrotó, y despues de haber destruido á Augusta de los Rauracos, Vindonisia y Argentuaria (2), bajó por la izquierda del Rhin hasta Maguncia, y precedido del terror, y seguido de la desolacion, tomó y saqueó á Tréveris y á Escarpiana (1), y en Metz no dejó piedra sobre piedra, degollando hasta los niños á quienes el obispo se habia apresurado á bautizar. Dios llamó á sí á San Servato, para que no viese á Tongres reducida á la última miseria. Al Norte del Loira, dos únicas ciudades quedaron libres, Tróyes y Paris; la primera por las súplicas de San Lupo, por el cual se hizo Atila acompañar hasta el Rhin en la retirada (2), para tener propicio tambien al Dios de los Cristianos; y Paris por los méritos de Genoveva de Nanterre, pastora que tranquilizó á los habitantes, y exhortó á las mujeres á reunirse en el baptisterio y á orar, prometiéndolos que se salvarian de la muerte y de la deshonora. Los hombres, no dándola fe, se amotinaron contra la adivina y la quisieron ahogar ó apedrear; pero el archidiácono de Auxerre los calmó, asegurándoles que San Ger- Sitio de Orleans 450.
man alababa grandemente á Genoveva: y el hecho fué que los Hunos no acometieron á Paris (3), y pusieron sitio á Orleans.

Llamábalos allí Sangiban, jefe de los Alanos, á quienes los Latinos habian permitido fijar su morada en los contornos de la ciudad, en la cual Atila pensaba establecer su plaza de armas, despues que sometiese las Galias. Los ciudadanos, habiendo descubierto la traicion, se mantuvieron firmes en la defensa, animados por las buenas murallas de su ciudad y por el obispo Aniano, que les aseguraba que pronto tendrian socorro. Mas las murallas habian sido ya derribadas, y los Hunos ocupaban ya los arrabales, cuando Aniano manda que suban á las torres y atalayas para observar si se aproximan los libertadores: *No*, le responden; y él dice: *Orad con fe*. Envia de nuevo, miran con atencion, pero nada se descubre, y el obispo repite: *Orad con fe*. Á la tercera vez le dicen: *Se ve á lo léjos una pequeña nube*. — *Es el socorro del Señor*, responde (4), y toda la multitud repite con fe: *Es el socorro del Señor*.

Y en efecto, eran las águilas de Roma. Aecio, sin dejarse engañar ni por las insidiosas palabras de Atila, ni por las intrigas de una faccion que en la corte italiana favorecia la paz por miedo á la guerra, convertido en héroe por voluntad, como siempre lo habia sido por su valor, habia reunido el mayor número de tropas que habia podido, creyendo aumentarlas con los socorros de los Visigodos que se le unieran en el peligro comun. Estos habian determinado esperar al enemigo en su país; pero la diestra elocuencia de Avito indujo á Teodorico por la salvacion de su reino y por el interes comun de la cristiandad, á salir á su encuentro. Reunió, pues, un gruesísimo ejército, y el anciano rey con sus dos hijos Turismundo y Teodorico guió á su valiente nacion, secundada por otras tribus, miéntras

(1) De estos nuevos reinos se vuelve á hablar en el libro siguiente.
(2) Horbnrg junto á Colmar.

(1) Charpagne entre Toul y Metz.
(2) *Gallia christ.* t. XII. — *Vita S. Lupi.* ap Surium.
(3) Bollandistas en el 3 de enero.
(4) Greg. de Tours, lib. II.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid



BATALLA DE CHALONS.

LIGA DE MUTILADOS DE GUERRA
BIBLIOTECA CIRCULANTE
TOMO N.º

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que Aecio se afanaba suplicando á los Taifalos en el Poitou, á los Sajones en Bayeux, á los Breunos en la Retia, á los Alanos en Valencia, á los Amóricos en la Bretaña, y á los Sármatas esparcidos por todas partes, para que viniesen á pelear contra estos nuevos invasores de un país en que principiaban á gustar las dulzuras de una morada fija.

Un general romano que reuniese un gran ejército, podria tener gran confianza en la superioridad que la táctica le daba sobre gente allegadiza, que no tenia mas que su valor personal. Así lo conoció Atila, y mas embarazado que auxiliado por aquella multitud desordenada que se le habia reunido, concibió dudas y temores, y consultó á los arúspices y sacerdotes, los cuales le predijeron, que quedaria vencido, pero con la muerte de su mayor enemigo. Al acercarse el formidable ejército, le-
451. vantó Atila su campo de las cercanías de Or-
Batalla de Chalons. leans, y volviendo á pasar el Sena, esperó al enemigo en los campos Cataláunicos, á orillas del Marne, muy propios para las maniobras de la caballería.

Allí, pues, estaban frente á frente todo el mundo asiático, el romano y el germánico; aquellos á quienes se escapaba la nueva Europa y los que afirmaban su dominio en ella. Combatian al lado de Roma los Visigodos, Letos, Armóricos, Galos, Breunos, Sajones, Borgoñones, Sármatas, Alanos, Francos y Ripuarios; y con Atila otros Francos y Borgoñones, Boios, Herulos, Turingios, Gépidos y Ostrogodos; hermanos contra hermanos, separados hacía mucho tiempo, y que se encontraban para matarse.

Viendo Atila dudosos á los suyos, les arengó diciendo : *¿Qué podéis temer de esa multitud indisciplinada de enemigos, de lengua y costumbres diferentes, y reunidos solo por el temor? Caed sobre los Alanos y Visigodos; rotos los huesos, el cuerpo no se mueve. Emplead vuestro acostumbrado valor. El que está destinado á vencer, no será herido por ninguna flecha; y el que debe morir, caeria aunque estuviera durmiendo en su casa. Esa miedosa multitud no resistirá siquiera vuestra mirada : yo lanzaré el primero mis flechas contra el enemigo, y mandaré matar al que se atreva á tener los manos quietas cuando yo combato.*

Con poco arte y mucho furor se dió aquella batalla, dirigiéndose el esfuerzo principal de Atila contra los Godos, á quienes miraba con razon como el mayor obstáculo á sus conquistas. Teodorico murió coronando con prodigios de valor una vida de contínuas guerras; ciento cincuenta mil cadáveres cubrieron la ribera del Marne, pero quedó la ventanja por los Romanos, última gran victoria alcanzada en nombre de los antiguos señores del mundo. Atila se retiró detras de la trinchera de sus carros, y por lá noche cantaba golpeando con las armas, como el leon que ruge amenazador en la caverna en que le han encerrado los cazadores.

Turismundo, aclamado rey por los Visigodos en el mismo campo de batalla, se preparaba á vengar á su padre; pero Aecio temió que aquella nacion aspirase á demasiadas cosas. Dicen, pues, que fué en persona á ver á Atila, antiguo amigo suyo, y le dijo : *Has exterminado solo una pequeña parte de los Godos; mañana volverán tantos que te cortarán la retirada.* Atila le dió gracias, y le regaló diez mil monedas de oro. Pasó despues Aecio á la tienda de Turismundo, y le dijo lo mismo de los Hunos, haciéndole temer tambien, que miéntras él combatia, le usurpase su hermano la corona. Turismundo le dió tambien otras tantas monedas, y preparó la retirada para acudir á sus dominios (1).

Preparóse Atila para la defensa, y amontonó las sillas y las gualdrapas de sus caballos, dispuesto á quemarse vivo, para que ninguno pudiese gloriarse de haber preso ó muerto al vencedor de tantos combates. Así esperó el ataque, hasta que el silencio del campo le dió á entender que el enemigo se habia retirado, y él tambien volvió á pasar el Rhin, y costeando el Danubio, entró en Panonia.

Á la primavera siguiente se preparó para 452.
una nueva invasion, y pidiendo aun la mano de Honoria con su patrimonio, y siendo rechazado, se puso en marcha, atravesó los Álpes, y sitió á Aquilea con las máquinas fabricadas por los desertores, y con el incalculable coste de la vida de los súbditos. Los Italianos en aquella defensa demostraron que no les faltaba el antiguo valor cuando no estaban disgutados por la docta opresion de los emperadores, ó imposibilitados de usarlo por sus recíprocas disidencias. Despues de tres meses de inútiles ataques, Atila desesperado, levantaba ya el sitio, cuando vol viéndose vió una cigüeña que se preparaba á huir con sus hijuelos de una torre en que tenia su nido. Dispuesto á sacar provecho de cualquier accidente, corre la voz de que la ciudad está para rendirse, pues que la abandonan animales tan fieles; y reanimando el abatido arrojo de los suyos, los conduce con fogosa supersticion al asalto. Se abre la brecha, y Aquilea cae arruinada para no volverse á levantar; Altino, Concordia y Padua sufren la misma suerte, y sus habitantes aterrorizados, desde el continente, buscan un asilo en las islas de la laguna alrededor de Rialto, primer fundamento de la ciudad y de la república que debia conservar el libre imperio por mas tiempo que Venecia.
Roma.

Internándose entónces Atila en el país, destruyó del mismo modo á Vicencia, Verona y Bérgamo; Pavía y Milan se libraron del fuego, cediendo todas sus riquezas y sometiéndose prontamente. En esta última ciudad, al entrar Atila en el palacio de los emperadores, vió una pintura que representaba á estos en el trono, pisando reyes bárbaros, se sonrió, é hizo pin-

(1) Idacio *op.* FREDEGAR. *Scrip. fr.* II.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tar á los Césares vertiendo sacos de oro á los piés de él.

Toda Italia, atónita y desanimada con las sucesivas noticias de repetidos desastres, yacia sin consejo, desprovista de ejército y diezmados sus habitantes. Solo Aecio se conservaba en pié; pero los aliados que los habian socorrido mas allá de los Álpes, cuando su propia salvacion estaba unida á la del imperio, veían entónces indiferentes dirigirse aquella furia sobre Italia, como el agricultor cuando la nube, que amenaza sus campos, descarga sobre los demas. El imperio oriental no hacía mas que prometer socorros; de modo que no quedaba á Aecio, mas remedio que molestar por el flanco al ejército de Atila. El mismo Valentiniano tenia muy escasa confianza en la vacilante fe de Aecio, y creyéndose poco seguro en el retiro de Rávena, habia huído á Roma; y por último, viendo tambien á esta sin socorro y con imperfectas murallas, pensaba salir de Italia.

En el universal decaimiento el papa Leon y Avieno, rico Romano de dignidad consular, tomaron el partido de ir á suplicar á Atila, é implorar la salvacion de Roma en nombre de la religion y de sus antiguos recuerdos. Encontraron al feroz Atila cerca de Peschiera, y acogidos con respeto, le suplicaron que concediera la paz, prometiéndole inmensas sumas como dote de Honoria.

Las leyendas que, como se ha visto, trataron mucho acerca de estas desgracias, recuerdan várias batallas dadas bajo los muros de Roma, tan encarnizadas que perecieron todos los soldados, excepto los comandantes; y habiéndose separado las almas de los cuerpos, continuaron peleando los cadáveres tres dias y tres noches como si estuvieran vivos (1). Otros dijeron que los Santos Pedro y Pablo bajaron del cielo á proteger la ciudad en que reposan sus cenizas y amenazando á Atila, que asustado retrocedió, milagro perpetuado en colores por Rafael y en mármol por Algardi.

Pero sin recurrir á los milagros puede creerse que el respeto á la antigua capital del mundo gentil y á la nueva del Cristianismo contuvo á los Bárbaros. Aun estaba reciente el ejemplo de Alarico, cuyos triunfos se disiparon, y perdió su vida apénas hubo violado la gran ciudad; por otra parte el ardor de los secuaces de Atila, impetuoso en los ataques, no se sostenia en las largas pruebas de un sitio; eran diezmados por las enfermedades con que tantas veces Italia castigó á sus invasores; y en fin, ¿qué atractivos podian tener los palacios para Atila, acostumbrado á tener por libertad el aire libre y como prisiones las casas? Si deseaba botin, se le ofrecian sin trabajo alguno.

Este Atila, que parece gigante porque está sobre tantas ruinas, y delante del cual temblaban todos desde el Báltico al Átlas y al Tígris, se volvió hácia su ciudad de madera, y en el camino añadió la jóven Ildegunda á aquella multitud de mujeres que le habian hecho padre de una prole innumerable; pero con la alegría ó los excesos de las bodas murió. Su cadáver fué expuesto en medio del campo entre dos largas filas de tiendas de seda; sus Hunos se cortaron los cabellos, se hirieron el rostro y le ofrecieron exequias de sangre humana, y cantaban á su alrededor con sombría fiereza: *Este es Atila, rey de los Hunos, hijo de Munzoco, señor de bravísima gente, que con inaudito poder poseyó la Escitia y la Germania, aterró ambos imperios romanos, de modo que, por no entregar toda la presa, le calmaron con súplicas y le ofrecieron un tributo anual. Dió feliz término á sus empresas, y murió, no de herida enemiga, ni por traicion de los suyos, sino en medio del placer y sin sentir dolor.* Encerrado en tres cajas, una de oro, otra de plata y otra de hierro, fué sepultado de noche con los despogos mas escogidos de los enemigos y con los cadáveres de los esclavos que habian cavado su fosa, alrededor de la cual celebraron los nobles Hunos disolutos é inmoderados convites fúnebres. Muerte de Atila 453.

Entónces se conoció cuál era el poder de aquel hombre, único capaz de contener á tantos Bárbaros de índole tan desemejante. Los muchos hijos que dejó se disputaron sus extensas posesiones; pero estas se habian escapado ya de sus manos, y las diferentes naciones se reunieron en Panonia, donde el Godo poderoso con la espada, el Gépido hábil tirador de venablos, el Suevo soldado de á pié y el Huno de á caballo, el Alano de pesada armadura y el Hérulo armado á la ligera, y muchas tribus sin jefe que habian estado hasta entónces con el azote de Dios, lucharon entre sí; treinta mil Hunos quedaron en el campo con Helac, primogénito de Atila, y sus hermanos, debilitados y discordes, sostuvieron flojamente la terrible gloria de su padre. Batalla de Netad 454.

Las hordas hunas se refugiaron hácia la laguna Meótides, donde quizá tomaron el nombre de Uturguros, con el cual invadieron la Iberia y la Armenia, y otros entre las concavidades del Cáucaso, con los Sabinos, mezclados con los Slavos, dieron orígen tal vez á los Rusos (1). Los Ostrogodos que, aunque sometidos á los Hunos, habian conservado alguna independencia y reyes propios, estaban cuando murió Atila dominados por tres hermanos amales, Valamiro, Teodosio y Videmiro, y obtuvieron la Panonia. Arderico, rey de los Gépidos, se extendió por la Alta Mesia y parte de la Dacia. Los Roguscos, que en tiempo de Tácito se habian establecido en la embocadura del Oder, donde nos recuerda este pueblo la isla de Rugen, y que no vuelven á aparecer sino en los ejércitos de Atila, muerto este se establecieron en la parte septentrional del Danubio, en lo que ocupan hoy los archiducados de Austria y la Moravia, y allí permanecieron hasta que Odoacro destruyó su reino. 448.

1) Fragmentos de Damascio en la *Bibl.* de Focio, p. 1039

(1) Levesque, *Hist. de la Russie.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPÍTULO XVI

Últimos emperadores de Occidente.

La misma noche que murió Atila, el emperador Marciano habia visto en sueños romperse el arco que le habian erigido. Y verdaderamente se habia roto; pero no por esto se curaba el imperio gangrenado. Lo enorme de los impuestos, cuyo peso hacian recaer los ricos sobre los pobres, sin que por otra parte estos tuviesen el consuelo de los donativos, hacía que los ciudadanos deseasen un cambio cualquiera, aunque fuese una irrupcion de Bárbaros. Las sospechas multiplicaban las confiscaciones y los procesos; muchos que se habian rebelado contra las leyes y la sociedad, hacian la guerra en todas partes robando en los caminos y en los campos; y llegaron á ser tan poderosos, que con el nombre de Baguadas emanciparon de la dependencia romana la Armórica y gran parte de la España. De las provincias, unas se habian perdido para el imperio y otras vacilaban. Apénas habia sido vencida ó establecida una horda de Bárbaros, presentábase otra amenazadora y poderosa. Los ejércitos se hallaban debilitados, el erario estaba exhausto, un sentimiento universal de abatimiento y de miedo oprimia los ánimos, y hacía mirar con espanto la aproximacion del siglo XII de Roma, que, segun los cómputos sacerdotales de los Etruscos, debia ser fatal para su existencia.

450. ¿Pero qué otra cosa podia esperarse, cuando los mismos emperadores, ineptos para el bien, no sabian mas que acelerar su ruina? Valentiniano III, jóven débil y que despues de la muerte de Placidia se habia dado á los desórdenes, apénas cesó de tener necesidad de Aecio, aclamado salvador del imperio, concibió contra él odio y sospechas; y á instigacion de sus eunucos le atravesó el corazon con aquella espada que no habia sabido esgrimir contra los Bárbaros. Los amigos de este patricio fueron asesinados con la misma vileza, y despues, como á todos los que sucumbian, les fueron atribuidos deseos ambiciosos, relaciones con los enemigos y tentativas de conmover el Estado. Muy pocos documentos nos quedan para esclarecer la verdad: y sus actos muestran que no sabía sufrir rival ni en la gloria ni en el poder; pero de ellos no se deduce que codiciára un puesto que ninguno le hubiera podido disputar. Careciendo de sentimientos patrióticos, no comprendia mas libertad que la de librar á sus señores del yugo extranjero, y la de deshacerse de todo el que pudiera contrarestarle en sus deseos. Combatia solo por aquel honor militar que aun hoy arrastra á millares de soldados á perder la vida y á ser héroes en favor de una causa que no han examinado, y que quizá ignoran. No faltaron hombres viles que aplaudieran al asesino imperial; pero un Romano se atrevió á decir al emperador: *Haces lo que aquel que se cortase la mano derecha con la izquierda.*

Muerte de Aecio. 454.

Empeoraba aun la condicion de los súbditos las lascivias que con el emperador ofendia á su virtuosa mujer Eudoxia y á las principales señoras. Halló resistencia en la mujer de Petronio Máximo, rico senador de la familia Anicia; y un dia habiendo ganado á este al juego, le obligó á dejarle en prenda su anillo, y con él mandó á decir á la casta mujer en nombre de su marido, que este la llamaba á las habitaciones de Eudoxia; y teniéndola así á su disposicion, satisfizo sus deseos. Máximo, encolerizado, se propuso lavar el ultraje con sangre, y dos partidarios de Aecio, imprudentemente alistados en la guardia imperial, le ofrecieron su brazo y degollaron á Valentiniano.

Muerte de Valentiniano III. 455. 16 de marzo.

No costó mucho trabajo á Máximo hacerse aclamar emperador; pero este acto fué el término de la prosperidad y de las virtudes de que habia sido ejemplo hasta entónces. La dignidad de la familia Anicia estaba sostenida en él por un buen patrimonio, y por su trato elegante y hospitalario que le atraían agradecidos clientes y sinceros amigos. Dos veces cónsul, tres prefecto del Pretorio de Italia, y en fin patricio, unia á los cuidados de estas dignidades la aficion á un honesto descanso: con la clepsidra arreglaba sus ocupaciones diarias. ¡Cuánto debia suspirar por esta tranquilidad perdida, cuando se halló despues al frente de un imperio que ni él, ni ningun hombre era capaz de restaurar! ¡Cuántas veces con el cuestor Fulgencio, amigo suyo á la conclusion de dias tempestuosos y de noches en vela, se lamentaba exclamando: *Dichoso Damócles, cuyo reinado principió y concluyó en la misma comida!*

Petronio Máximo, 27 de marzo.

Quiso afirmarse en el trono casando á su hijo con Paladia, primogénita del difunto emperador, y él mismo, cuando murió su virtuosa mujer, se casó con la viuda de Valentiniano. Violentada esta, y deseosa de vengarse y de vengar á su marido, se dirigió al terrible Genserico, que satisfecho con poder dar un pretexto á su invasion, preparó un fuerte ejército de Vándalos y Alanos, con el cual salió del África y desembarcó en la embocadura del Tíber. Máximo acostumbrado á verlo todo con inexplicable indiferencia, no pensó mas que en huir, aconsejando á los senadores que hiciesen lo mismo; pero apénas salió á la calle, fué apedreado y su cadáver arrojado al Tíber.

Tres dias despues de este tumulto, Genserico, sin desenvainar la espada, estaba á las puertas de Roma, que atrevida para el asesinato é inepta para la defensa, no sabía mas que llorar y suplicar. La religion extendió de nuevo su manto sobre la ciudad; y Leon, que la habia protegido contra Atila, salió con el clero en procesion á ver á Genserico, y con la autoridad de un nombre venerado, la santidad del ministerio y la fuerza de la elocuencia, le hizo prometer que, si no se opusiese resistencia, evitaria los estragos, el fuego y el tormento á

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los libres y prisioneros. Todo lo demas se abandonó á un saqueo de catorce dias; las riquezas que se escaparon de las manos de Alarico, fueron acumuladas en las naves, que parecian consumar la antigua venganza de Cartago sobre su rival. Del templo de Júpiter Capitolino, monumento de patriotismo y de magnificencia mas que de religion, se quitó hasta el techo de bronce dorado, respetándose, sin embargo, las estatuas de los dioses y de los héroes. En el de la Paz habia colocado Tito los ornamentos del culto judáico, la mesa de oro, el candelabro tambien de oro de los siete brazos, y todo fué robado. Ni aun se libraron las Iglesias cristianas, y el papa Leon hizo fundir seis vasos de plata de cien libras cada uno, regalados por Constantino. Nada diremos del saqueo de los palacios, robados con tanta avaricia, que á la misma Eudoxia, que habia salido al encuentro del invocado libertador, le quitaron las alhajas que llevaba puestas, y ella y sus dos hijas fueron embarcadas en las naves entre millares de esclavos escogidos por su belleza ó robustez.

Un viento favorable llevó á Cartago el botin y las personas, las cuales recibieron algun auxilio del obispo Deográcias, que vendió todas las alhajas de su iglesia para redimir algunos esclavos y aliviar la suerte de otros: trasformó dos templos en hospitales para curar las enfermedades causadas por las angustias de la travesía, y en ellos distribuyó los enfermos en camas y los proveyó de alimento y medicinas, y de noche él mismo, á pesar de su ancianidad, los velaba con aquellos consuelos que solo conoce la caridad.

Paulino, que habia sido cónsul, buen poeta y santo varon, y era entónces obispo de Nola, empleó en el mismo objeto todas las riquezas de los templos, y no quedándole ya nada, se dió en esclavitud (1) para rescatar al hijo de una viuda.

Los Bárbaros inundaban el imperio tambien por otros puntos, y las provincias sacudian el yugo de Roma. Los Francos y Alemanes llega-
Avito. ron hasta el Sena; en las costas hacian la guerra los Sajones, y los Godos aspiraban á conquistas mas duraderas. Máximo habia destinado para refrenar á estos á Avito, noble natural de Auvernia, que en su juventud se habia dedicado á las letras y al derecho, sin descuidar las armas ni la caza; sirvió á su patria en tiempo de paz y en la guerra, combatiendo al lado de Accio, lo que le mereció el ser prefecto del Pretorio de la Galia. Por su natural moderacion ó por huir de la envidia, se retiró á sus haciendas cerca de Clermont, y allí pasaba el dia con sus amigos; empleaba la mañana en jugar á la pelota ó en una biblioteca escogida de autores griegos y latinos; en la comida y en la cena le servian con la mayor sencillez manjares cocidos ó asados y vino; lo demas del dia dormia, peseaba á caballo ó tomaba baños templados (1).

En esta ociosa vida recibió cartas de Máximo en que le nombrada general de la infantería y caballería. No faltó al llamamiento de la patria; y ya fuese que inspirase temor ó confianza, los Bárbaros permanecieron tranquilos y el pueblo respiró: y no por esto se negó á ir en persona como embajador á Tolosa para entrar en negociaciones con el rey de los Visigodos, de quien dependia la tranquilidad de su país. Gobernaba aquel pueblo Teodorico II, que habia subido al trono dando muerte á su hermano Turismundo, acusado de haber querido confederarse con el imperio. Muchas veces de niño habia estado en los brazos de Avito, que le habia enseñado á comprender á Virgilio; de modo que cuando le fué aunciada la muerte de Máximo, ofreció su auxilió á Avito para conseguir la corona que 10 de julio. ambicionaba; y la asamblea anual de las siete provincias, reunida en el palacio de Ugerno cerca de Árles, le aclamó emperador. Marciano le reconoció; Roma y la Italia no pudieron rechazarle, y solo le suplicaron que estableciese su sede en la antigua capital del mundo. Fué á Roma en efecto, y el poeta Sidonio, su yerno, en un largo y enojoso panegírico en verso hacía decir á Júpiter: « Del mismo modo el Tirincio » soportó el peso de los cielos y de su madrastra, » cuando en las rocas de la Libia sustituyó á » Átlas; y la mole del mundo descansó mas se- » gura sobre los hombros de Hércules. — Oh » Roma, madre de los dioses, célebre por tan- » tos príncipes, levanta la cabeza, un príncipe » ya anciano te rejuvenecerá mas que te han » hecho envejecer emperadores niños. — Y los » dioses aplaudieron las palabras de Júpiter, » y las Parcas para este reinado hilaron en sus » rápidos husos siglos dorados. »

Viles adulaciones y falsos augurios. La virtud de Avito no supo resistir á las dulzuras de un poder en que perdida la autoridad quedaban los placeres; y se enemistó con muchos insultando á los maridos cuyas mujeres habia contaminado. No tardó en manifestarse el descontento, y el Senado, que en la debilidad de los emperadores habia ganado alguna autoridad, quiso hacer valer su derecho de elegir emperador. Pero hubieran fracasado sus esperanzas, si no le hubiese dado apoyo el conde Ricimero, uno de los primeros comandantes de los Bárbaros auxiliares de Italia, que descendia por su padre de los Suevos, y por su madre de los reyes Visigodos, que hacía grandes servicios al imperio, y habia destruido sesenta galeras vándalas en las aguas de Córcega, siendo por tanto saludado como libertador de Italia.

Animado por el triunfo, intimó á Avito que depusiese la púrpura, dejándole que buscase su

(1) Estos ejemplos no eran raros en los primeros Cristianos, porque en la *Epist.* I de San Clemente leemos: « Conocemos » muchos de los nuestros que voluntariamente se pusieron los » grillos para redimir á otros; y á muchos que se sujetaron á la » esclavitud para alimentar á los demas con el precio de su li- » bertad. »

(1) Sidonio Apolinar que escribió su panegírico

(c) Instituto Cervantes de Madrid

456. 16 de octubre. seguridad haciéndose ungir obispo de Plasencia. Pero allí tambien le persiguió la venganza del Senado que le sentenció á muerte; y miéntras huía al otro lado de los Álpes, murió ó fué muerto, recordando la tranquilidad de su patria, Auvernia.

Mayoriano, 457. 11 de agosto. El imperio estuvo vacante por algun tiempo, hasta que al fin fué conferido á Mayoriano, digno de mejores dias. Mayoriano, que tenia fama de valeroso, liberal y entendido, habia militado á las órdenes de Aecio con tanta gloria que llegó á excitar su envidia; degradado por esto, le fueron devueltos sus grados á la muerte de aquel, y Ricimero, patricio de Italia, le hizo general de la caballería y la infantería, y despues que como tal hubo rechazado á los Alemanes que se habian adelantado hasta Belinzona, le colocó en un trono de que disponia á su arbitrio, aunque, como Bárbaro, no se atrevia á ocuparle por sí mismo. Mayoriano notificó la eleccion al Senado y al ejército con estas palabras (1): « Sabed que he sido nombrado emperador por vuestra eleccion, oh Padres conscriptos, y por mandato del poderosísimo ejército (2). La Divinidad nos sea propicia para provecho vuestro y del pueblo, encaminando al bien los sucesos de nuestro reinado; porque no he llegado á la cumbre del poder por mi voluntad, sino por obsequio á la pública adhesion que me ordenaba no vivir para mí solo, y no dar con mi negativa una muestra de ingratitud á la república, para cuyo servicio he nacido. Por tanto en las calendas dedicadas á Jano he tomado felizmente las haces del consulado, á fin de que el presente año recibiendo el incremento de nuestro naciente imperio, fuese tambien señalado con nuestro nombre. Favoreced, pues, al príncipe que habéis creado, y participad con nosotros del cuidado de dirigir los negocios, para que el imperio, que á instancia vuestra me fué dado, se aumente con el auxilio de todos. Creed que la justicia será atendida en nuestro reinado, y que la virtud podrá prosperar bajo la tutela de la inocencia. Ninguno temerá el espionaje, que ya como particular hemos reprobado en los demas, y que ahora condenamos especialmente. Nadie tema la calumnia excepto su autor. Con nuestro padre y patricio Recimero, celosísimo director de los asuntos militares, procurarémos conservar, con el favor de Dios, el Estado del mundo romano, al cual por medio de los esfuerzos comunes librarémos de enemigos exteriores y de discordias domésticas. Espero que de nuestra eleccion conservaréis aquella memoria, que yo, compañero un tiempo de vuestros peligros y de vuestra vida, me prometo seguramente de vuestro amor; y por mi parte me esforzaré para que en los negocios públicos, si el Cielo lo permite, con la autoridad de príncipe y con el respeto de colega, no tengáis que cambiar el juicio que de mí habéis formado.

» *De mano divina*. Os deseamos felicidades y salud por muchos años. Conservaos buenos, padres conscriptos del santísimo órden. »

En este edicto suena por última vez el estilo constitucional de los primeros dias del imperio, desusado ya hacía tiempo. Las pocas leyes de Mayoriano respiran los sentimientos generosos y generosamente expresados del padre de un pueblo infeliz que socorre en cuanto puede sus males, y cuando no, los compadece. Disminuyó algun tanto las fortunas de los provinciales « adquiridas con las diferentes y multiplicadas exacciones de tributos y por los extraordinarios impuestos fiscales, » cancelando los antiguos créditos del fisco, y quitando la jurisdiccion de los impuestos á las comisiones extraordinarias (1), la volvió á los provinciales. Los senados menores, esto es, los cuerpos municipales, *entrañas de las ciudades y nervios de las repúblicas*, estaban tan envilecidos por la injusticia de los magistrados y por la venalidad de los exactores (2), que se huía de aquella dignidad con lejanos y oscuros destierros. Mayoriano exhortó á los decuriones á que volviesen, aliviando las cargas que les habian hecho huir, y eximiéndoles de la obligacion de salir garantes de los tributos de su distrito, les exigió solamente una cuenta exacta de lo recibido y de los deudores morosos. Restituyó el poder tutelar á los defensores de las ciudades, exhortando á que se eligiesen para este puesto personas incorruptibles, capaces y determinadas á socorrer al pobre, combatir al poderoso, é informar al emperador de los desafueros cometidos en su nombre.

Se dedicó tambien á reparar los antiguos edificios ruinosos por negligencia ó derribados para tener pronto á la mano materiales para nuevas fábricas, y dispuso que el subalterno de un magistrado que permitiese la demolicion sin necesidad, pudiera ser condenado á la pena de palos, ó á la pérdida de ambas manos. Ordenó tambien que fuesen desterrados los adúlteros y confiscados sus bienes; que si volvian á Italia, pudieran ser muertos impunemente; que ninguna mujer se consagrase á Dios ántes de los cuarenta años; que las viudas que no tuviesen esta edad se volvieran á casar, y perdiesen la mitad de sus bienes; y por último, que quedasen anulados los matrimonios desiguales. Lo que en esto hay de excesivamente minucioso, de desproporcionadamente rígido y de recuerdos paganos, puede perdonarse en gracia de la buena intencion.

Derrotado Genserico que habia desembarcado en Italia, pensaba Mayoriano en recobrar el África, pero no pudiendo restablecer el valor y 458

(1) *Novellæ Major.*, t. III, al fin del Cod. Teod.
(2) Ordo omnis, regnum dederat, plebs, curia, miles
Et collega simul.

SIDONIO, *Carm.* V, 388.

(1) Eran estas conseguidas generalmente por los favoritos que abusaban de ellas para enriquecerse con las artes mas sutiles. Conocemos una de ellas por las leyes. Habiéndose maleado la moneda, no querian recibir mas que oro con el busto de Faustina y de los Antoninos; lo que doblaba los impuestos, porque el que no le tenia, sufria graves descuentos.
(1) *Novellæ Major.*, t. IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la disciplina en las legiones, tomó á sueldo Bárbaros que acudieron de todas partes, especialmente aquellos á quienes la muerte de Atila habia dejado sin empresas que acometer. Á su cabeza pasó los Álpes en el rigor del invierno; venció á Teodorico, Visigodo, que aumentaba cada vez mas sus conquistas en la Galia y en la España, y aceptó su alianza, sujetó á los Bagaudas, miéntras que en los arsenales de Miseno y de Rávena preparaba buques, de modo que en breve reunió en Cartagena trescientas galeras de gran porte y un número proporcionado de buques pequeños. Dícese que en calidad y vestido de embajador pasó Mayoriano á Cartago para informarse por sí mismo del estado de aquel reino. Genserico recurrió á sus artes acostumbradas de dilaciones y humillaciones; pero viendo que estos manejos no tenian resultado, asoló la Mauritania, preparó su ejército, y habiendo sorprendido á la escuadra mal resguardada en Cartagena, la incendió. Mayoriano se vió entónces reducido á aceptar una tregua, en la cual preparó nuevos ejércitos, pero el descontento producido por sus reformas llegó al colmo con aquella desgracia; y el ejército, sublevado le mató en Voghera.

461. 2 de agosto.

Ricimero mandó entónces al Senado que eligiese á Libio Severo, oscuro Lucanio, del cual se deshizo cuando le estorbó, y por espacio de veinte meses gobernó sin título alguno, pero reuniendo tesoros, ejércitos y celebrando alianzas en su propio nombre. Protestaban contra su dominio Marcelino y Egidio. El primero, literato y fiel á la antigua religion, habia sido muy querido de Aecio, perseguido por Valentiniano, enviado por Mayoriano á gobernar la Sicilia y á mandar el ejército dispuesto contra los Vándalos; despues habiendo ocupado la Dalmacia, se intituló patricio del Occidente: y pirateando en el Adriático, infestaba las costas de Italia y de África. Egidio, general de la milicia en la Galia, se declaró enemigo de los asesinos de Mayoriano, y se hizo formidable con un fuerte ejército al otro lado de los Álpes; habiendo sido tambien jefe de los Francos, en los cuatro años que estos

Libio Severo, 15 de agosto. 465.

ron desterrado á Childerico. Ricimero y su emperador enviaron contra él al conde Agripino, que cediendo la Narbona á Teodorico II y á los Borgoñones algunas porciones del país, los indujo á declararse contra Egidio; pero este os derrotó cerca de Orleans y amenazó á la Italia, y Ricimero quizá no supo evitar la necesidad de someterse á Egidio sino envenenándolo.

Tambien Beorgor, rey de los Alanos, habia bajado á Italia, pero en Pérgamo sufrió una derrota tan completa, que desde entónces no hay memoria de su gente. Genserico, no abatido por su excesiva edad, salia cada primavera con una fuerte escuadra del puerto de Cartago, y si el piloto le preguntaba adónde dirigia el rumbo, respondia : *Adonde quieran los vientos, que nos llevarán al país cuyo castigo tenga decretado la Divina Justicia.* Los Vándalos infestaron entónces todo el país que baña el Mediterráneo, y mas ávidos de botin que de gloria no hacian frente á los ejércitos en el campo, ni atacaban las fortalezas; y despues de haber recorrido con sus caballos las riberas del mar, arrebatando todo lo mejor que encontraban, se volvian á sus dominios. Acompañaba á estas excursiones la crueldad mas atroz, tanto que en una sola vez fueron arrojados al mar quinientos ciudadanos de Zante.

464. 6 de febrero.

Ofrecíanle á Genserico un pretexto para estos ataques los derechos de la esposa de Hunnerico, su primogénito, hija de Eudoxia, viuda de Valentiniano, que siendo el único vástago de la casa de Teodosio, pretendia parte de la herencia imperial. El emperador de Oriente compró por dinero la tranquilidad y la restitucion de Eudoxia y Placidia. Quedaba expuesta al Vándalo solo la parte occidental, y Ricimero, careciendo de fuerzas navales, tuvo que dejar que los Italianos recurriesen á la meditacion del emperador de Constantinopla.

Envió este embajadores á Marcelino, que satisfecho de verse reconocido con este acto soberano de la Dalmacia, prometió estarse quieto. Genserico al contrario aumentaba sus pretensiones, pidiendo que Olibrio, cuñado de su hijo, fuese aclamado Augusto; pero en su lugar lo fué Antemio, uno de los particulares mas ilustres del imperio oriental.

Antemio. 467. 12 de abril.

Saliendo Antemio de Constantinopla acompañado de muchos condes y un reducido ejército, entró en Roma triunfalmente : y el Senado, el pueblo y los aliados aprobaron la eleccion. Tenia por esposa una hija de Marciano, y dió la suya al patricio Ricimero, celebrándose espléndidamente las bodas. Antemio, al salir de Constantinopla, habia cedido su casa para hacer un baño público, una iglesia y un hospital para los ancianos : sin embargo, en Roma toleró los resíduos del paganismo y á los herejes, y en el Foro Trajano renovó la antigua ceremonia de manumitir los siervos con la vindicta : *Pronto*, decia su panegirista, *á dar libertad á los antiguos esclavos y á hacer de ellos otros nuevos* (1).

El emperador de Oriente dedicó entónces todas sus fuerzas y ciento treinta mil libras de oro para purgar de Vándalos el Mediterráneo. El prefecto Heraclio con las tropas del Egipto, de la Tebáida y de la Libia, y caballos y camellos árabes, bajó á la costa de Trípoli y atacó á Cartago : el patricio Marcelino, reconciliado con el imperio, arrojó á los Vándalos de Cerdeña con sus naves acostumbradas á la piratería : Basilisco, hermano de la emperatriz de Oriente, mandaba la escuadra, compuesta de mil ciento trece navíos y mas de cien mil entre soldados y tripulacion; pero aunque se unió prosperamente con los demas, de nada le sirvió el arrojo

(1) Nam modo nos jam festa vocant, et ad Ulpia poscunt.
Te fora, donabis quos libertate Quirites.
Quorum gaudentes exceptam verbera mulæ.
Perge, pater patriæ felix, atque omine fausto
Captivos vincture novos, absolve vetustos.

SIDONIO, *Paneg.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

con que cayó sobre Cartago, y concedió á Genserico la tregua de cinco dias que le pidió. Bastaba este corto tiempo al fogoso Vándalo, que halló medio de incendiar la escuadra, de modo que los dos imperios vieron convetirse en humo una armada que los habia dejado exhaustos. Basilisco, con la mitad de las naves apénas, huyó á Constantinopla; Heraclio se retiró al desierto; Marcelino á Sicilia, donde fué asesinado; y Genserico volvió á ser déspota del mar, añadiendo la Sicilia á sus dominios.

411-36. Otras provincias perdia al mismo tiempo el imperio. En la Galia, los Borgoñones ocupaban, ademas de las Borgoñas, los países que hoy se llaman el Leonesado, el Delfinado, la Provenza hasta el Durance y parte tambien de la Suiza y la Saboya: y Gunderico fué considerado como 466. el fundador del primer reino borgoñon. Eurico, sucesor de Teodorico II y legislador de los Visigodos, atacó la España, desalojó de ella á los Romanos, é hizo tributarios á los Suevos retirados en la Galicia; en la Galia tambien, despues de haber ocupado á Arles y á Marsella, rechazó á los Romanos hasta el otro lado de los Álpes, y se hizo dueño de todo el país comprendido entre los Pirineos, el Ródano y el Loira.

Auvernia. La Auvernia, última provincia sometida por César, fué tambien la última depositaria del patriotismo romano, y opuso resistencia á Eurico, sostenida por Ecdicio, hijo del emperador Avito, el cual por su propia autoridad levantó un ejército de Borgoñones para libertar á su país, y tan valiente como caritativo, alimentaba hasta cuatro mil pobres en tiempo de carestía.

472. El poeta Sidonio, pariente suyo y obispo de Clermont, animaba con la religion el valor del capitan y sus defensores, y llevó á la ciudad sitiada las *rogativas* expiatorias, introducidas poco ántes por el obispo Mamerto de Viena, al cual escribia el poeta: « Corren voces de que » los Godos están en movimiento para invadir » el territorio romano; y nuestro país, la infe- » liz Auvernia, es siempre la puerta de sus » irrupciones. La confianza en el peligro no pro- » cede ya de nuestras murallas derruidas, de » las máquinas carcomidas, ni de las almenas » gastadas con el roce de nuestros pechos, sino » de la santa institucion de las rogativas, que » sostienen á los Auverneses contra los horrores » de las hordas que les rodean (1). » Muchas veces fueron rechazados los Bárbaros por estos generosos devotos, que Roma desconocia y dejaba sin socorro; Antemio no pudo hacer mas que inducir á Riótimo, duque de los Bretones, á que fuese en socorro de los Auverneses. Riótimo fué; pero ni aun por eso desesperaron aquellos, y ya habian arrojado hasta de Clermont á los sitiadores, cuando supieron que un nuevo Augusto trataba de cederlos á Eurico. Una elocuente carta de Sidonio (2) se opuso en vano á este vil tratado. « ¿Merecian este pago » las llamas, el hierro y la peste? ¿Y por esta » espléndida paz arrancamos las yerbas de los » campos para las troneras de las murallas? » ¡Por Dios! Avergonzáos de ese tratado, que no es » ni decoroso ni útil. Si es necesario, acepta- » mos con gusto los sitios, los combates y el » hambre; pero si nos entregáis á Eurico, que- » dará demostrada la cobardía con que habéis » aceptado los consejos de los Bárbaros. »

Ricimero, no viendo á Antemio bastante sometido á su voluntad, se retiró desde Roma á Milan, y amenazó con la guerra civil. Epifanio, obispo de Pavía, fué repetidas veces á Roma para reconciliar al emperador de nombre con el que lo era de hecho; y pudo gloriarse de un resultado feliz. Pero el Bárbaro patricio supo ocultar la envidia que le consumia, y así que hubo reunido un ejército de Borgoñones y de Suevos Orientales, se negó á obedecer al imperio griego y á su elegido; y habiendo proclamado á Olibrio, marchó contra Roma. Este senador, de la familia mas ilustre de Roma, estaba casado con Placidia, última hija de Valentiniano, por lo cual tenia pretensiones al trono, que eran apoyadas por los Vándalos. Á la invitacion de Ricimero, abandonó la vida ociosa de Constantinopla, desembarcó en Italia, y fué llevado por aquel á Roma; pero el Senado y el pueblo estaban por Antemio, y auxiliados por un ejército godo, resistieron tres meses, hasta que prevaleció Ricimero, é hizo dar muerte al emperador, su suegro, miéntras el saqueo satisfacia la avidez, único móvil del ejército. Olibrio. 472. 11 de julio.

Poco despues murió Ricimero, dejando el ejército á su sobrino Gundibaldo, príncipe de los Borgoñones. Olibrio no le sobrevivió mas que siete meses; y fué dado el imperio á Julio Nepote, sucesor de su tio Marcelino en la soberanía de la Dalmacia. Este se encaminó á Italia y animó con alguna esperanza al imperio decadente, despues de haber convertido con gran facilidad en obispo á un competidor suyo llamado Glicerio. Pero en las provincias lejanas, los Visigodos le obligaron con amenazas á que les cediera la Auvernia; y en las mas próximas, los Bárbaros confederados, sublevados á las órdenes de Oréstes, marcharon desde Roma á Rávena. Á su aproximacion huyó Julio, y abdicando un trono que es de admirar tuviese todavía aspirantes, se retiró á su principado de la Dalmacia, donde fué asesinado cinco años despues. Julio Nepote. 474. 475. 28 de agost.

Oréstes, hijo de Tatulo, es el mismo que hemos visto al lado de Atila como secretario, y de embajador en Constantinopla. Muerto su terrible protector, negó la obediencia á sus hijos y á los Visigodos, y reuniendo una porcion de los Bárbaros que seguian al Azote de Dios, especialmente Herulos, Escirros, Alanos, Turcilingos y Rugios, los puso á sueldo de Roma, con el acostumbrado nombre de federados. Los emperadores le adularon por temor y por necesidad, y le contentaron con regalos y honores, hasta nombrarle patricio y general. Infiel auxiliar,

(1) Ep. I, lib. VII.
(2) Ep. VII, lib. VIII.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

porque adquiriendo autoridad sobre su tropa, como valiente soldado que era, compatriota suyo y acostumbrado á su modo de vivir, los indujo á negar la obediencia al emperador y á aclamar por tal á su propio hijo Rómulo Augústulo.

Augústulo. 28 octubre.

Aquella chusma allegadiza, mirando al emperador como hechura suya, pretendia que se plegase á todos sus caprichos y aumentase las pagas y los donativos; y envidiando á los Bárbaros que habian conquistado ya una estancia duradera en la Galia, España ó África, le pidieron la tercera parte de las tierras de Italia. Negóse Oréstes á satisfacer esta demanda; pero encontraron quien los oyese favorablemente. Odoacro, hijo de aquel Edecon, colega de Oréstes en la embajada de Atila á Constantinopla, sin mas herencia que su valor, pensó hacerse con él un buen patrimonio en las revueltas de entónces; y lo empleó en la rapiña y en el servicio de los extranjeros. Anduvo errante algun tiempo por la Nórica; habiendo penetrado despues en la Italia, y oyendo murmurar á los federados de la negativa de Oréstes, prometió lo que pedian, si se prestaban á obedecerle. Acudieron presurosos á su bandera, y llegaron sin oposicion

476. hasta el Ada. Odoacro hizo prisionero á Oréstes en Pavía, y le condenó á muerte; despues, compadeciendo ó despreciando al imbécil Augústulo, notable solo por su juvenil belleza, le señaló una pension de seis mil monedas de oro al año. Luculiano, quinta situada en el delicioso promontorio de Miseno, construida por Mario, hermoseada por Lúculo con todas las artes de Grecia, agradable morada de los emperadores, y despues fortaleza durante las invasiones, fué el asilo del último sucesor de Augusto, y cuatro siglos despues convertida en iglesia, dedicada al culto á San Severino.

Entónces pareció superflua la dispendiosa dignidad de emperador, y bajo la dictadura del Bárbaro el senado escribió al emperador Zenon á Constantinopla, que no continuaba por mas tiempo la sucesion imperial en Italia, bastando la majestad de un solo monarca para defender el Oriente y el Occidente; que Constantinopla sería la sede del imperio universal, bastando á la república romana la tutela de Odoacro, á quien pedian á Zenon que concediese el título de patricio, y la administracion de la diócesis itálica. El emperador vaciló por algun tiempo, pero despues consintió; y en el jóven hijo de Oréstes, que por rara casualidad llevaba los nombres de Rómulo y Augusto, concluyó el imperio de Occidente, 476 años despues de Cristo, 507 despues que la batalla de Aecio estableció el dominio de uno solo, 1229 de la fundacion de Roma, 740 despues del primer desembarco en África, 550 despues del principio de la guerra con los Germanos, y 310 despues de la guerra con los Marcomanos, en que principió la gran emigracion. Roma habia sido gobernada, primero por reyes, despues por cuatrocientas ochenta y tres parejas de cónsules, y sesenta y tres emperadores.

CAPÍTULO XVII

Consideraciones sobre la caída del imperio romano.

Si el lector ha comprendido nuestra idea, no espere aquí los acostumbrados lamentos sobre la caída del poder latino. Quédense para el que obedeciendo á las reminiscencias de escuela, juzga con el patriotismo de Ciceron y de Caton. En la ruina de aquel imperio, la historia nos muestra la desaparicion de una barrera que se oponia al progreso, y por la agonía de diez siglos que sufrió el imperio de Oriente, puede colegirse cuál habria sido la situacion del occidental si hubiera subsistido.

Tampoco atribuirémos la caída del imperio solamente á las invasiones de los Bárbaros, que habiendo principiado en los tiempos de César y de Augusto, le amenazaron sin destruirle por espacio de cinco siglos, hasta que su situacion interior hizo irreparable un golpe de que fuese ocasion y nada mas la gran emigracion.

Las sociedades modernas están fundadas en el amor, y cuanto mas se civilizan, mas procuran la paz y extienden la igualdad á mayor número de hombres, y en fin á todos. Las sociedades antiguas, por el contrario, no vivian sino de odio, de guerras y rechazando de su civilizacion privilegiada á todos los demas pueblos. Á esto, si bien se mira, se reducia el patriotismo, vida de las sociedades antiguas. Algunos hombres asociados, libres entre sí, eran tiranos y enemigos de todo el que no pertenecia á su sociedad; de aquí la necesidad de estar siempre sobre las armas para defenderse ó para ofender; de aquí tambien que los legisladores civiles y religiosos se dedicasen á conservar las costumbres y las instituciones que distinguian á su pueblo de todos los demas.

Pero no podian impedir que las conquistas, las alianzas y las confederaciones dilatasen estas sociedades, aumentando el número de agregados, y disminuyendo el de enemigos. Extendiéndose así á mayor número de hombres los privilegios, progresaron la cultura y la justicia; pero se minaba la sociedad por sus cimientos; y debilitado el patriotismo por la extension que se le daba, debia prevalecer el pueblo que lo conservase en su exclusivo vigor.

La Grecia, con las conquistas de Alejandro, rompió las barreras que marcaban los límites de su ciudad, y decayó. Los Pelasgos, Etruscos y otros pueblos que habitaban las playas del Mediterráneo, llegaban á este segundo estadio, cuando Roma, patriótica y guerrera por excelencia, los atacó y sometió.

¿Qué obstáculo podia oponer el mundo á su ímpetu y al vigor de aquellos patricios? Ántes que el genio oriental de las conquistas penetrase en Europa, los pueblos de esta se hallaban casi en el mismo estado de civilizacion, entregados al cultivo del campo, divididos en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pequeñas poblaciones segun los territorios; á menudo en guerras intestinas, no de grande importancia, pero muy propias para alimentar su valor; con muchas ciudades, pero sin ninguna que dominase á las demas; y unidos solo cuando lo requerian los intereses del momento. Carecian de los refinamientos sociales, pero poseían la libertad, carácter que los distinguia de los Asiáticos. En los grandes imperios orientales se perdia ó se sacrificaba el individuo; en Europa la subdivision producia esas luchas en que el hombre desarrolla y ejercita libremente sus fuerzas.

Favorecian este estado de cosas la naturaleza, que dividió el terreno por medio de montes y rios, y las colonias que ya fuesen de emigrados, ya de ciudadanos, trasplantaban ó conquistaban pronto la libertad.

Este aspecto presentaba al principio la Grecia, con pueblos diferentes por su orígen y constitucion, pero unidos por el idioma. Una vez se asociaron estos pueblos para rechazar á los Persas, dividiéndose despues en dos estados principales, uno aristocrático y otro popular; de donde nacieron celos irreconciliables y guerras que debilitaron á entrambos. Alejandro habria podido elevar á grandísima altura á aquella nacion reunida, si se hubiese conservado fiel al patriotismo, y si su fogoso genio oriental no le hubiera llevado al Asia en vez de mantenerlo próximo á la Europa. No podia esta sufrir todavía la unidad; de modo que á la muerte de aquel gran capitan todo se descompuso; multiplicáronse los ejércitos, las alianzas y las batallas; nada se vió ya grande ni generoso, y solo quedaron los mezquinos cálculos de un equilibrio político, que creyendo consolidar la paz, sembró guerras interminables, y produjo una disolucion universal.

Aprovechóse de esto Roma, que era tambien una mescolanza de gentes diferentes, y que se veía obligada á sostenerse con la guerra entre los diversos pueblos de Italia. La plebe, esto es, la raza vencida, luego que la expulsion de los Tarquinos suspendió la gran obra de asimilacion iniciada por los reyes y consolidó la oligarquía, sufria, bajo el dominio de esta, una horrible opresion; pero ménos dócil á la tiranía que los pueblos de Asia, se agitaba y pedia pan y derechos. ¿Y cómo aquietarla? Ocupándola en incesantes guerras, de las cuales los patricios sacaban seguras ventajas, enriqueciéndose si eran vencedores, y reprimiendo si vencidos las pretensiones de aquellos á quien tiranizaban.

En la guerra, por tanto, se adquirian en Roma los grados; con la guerra se aumentaba el número de ciudadanos: para la guerra se educaban los hijos, y de guerra se trataba generalmente en las sesiones del Senado y del pueblo, de donde salian los capitanes, que ejecutaban en el campo lo que habian decidido en el consejo.

Cuando el espíritu marcial se combina de esta manera con todos los elementos políticos, y anima las asambleas deliberativas, ya no es posible que cese la guerra deseándola todos como ejercicio de su profesion, como carrera de honores, de riquezas y de poder. El ardor de estos hijos de Marte no es el de un Alejandro ó el de un Gengis-Kan, que deja á los pueblos una esperanza en la muerte del ambicioso, sino que un capitan sucede á otro, quedando siempre vivo el espíritu de este héroe inmortal.

Sometida la península por medio de las batallas, se encontró Roma frente á frente con Cartago: en la resistencia se hizo gigante, en la victoria irresistible; y en aquel mezquino juego de equilibrio puso su espada en la balanza, al paso que con su astuta política daba la mano al débil para oprimir con él al fuerte y despues subyugar á uno y á otro.

¡Ay de los vencidos! Otros pueblos civilizados conquistaban sin destruir: Darío y Jérjes dejaron traficar y gobernarse libremente á las colonias de la Propóntide y del Euxino: Alejandro favoreció la prosperidad de Persia y aumentó la de Egipto: si destruyó á Tiro, lo hizo para levantar á su lado una ciudad que eclipsó su esplendor. Los reyes del Ponto, que sometieron muchas colonias alrededor de su reino, no les arrebataron sus leyes, ántes bien buscaron riquezas favoreciendo el comercio y las hicieron instrumento de su poder. Por el contrario Roma con no interrumpida maña borró los caractéres nacionales: donde quiera que caía su espada abatía la antigua grandeza, la obra de largos siglos de industria. La opulenta Corinto, Cartago, reina de los mares, Ródas, esposa del sol, fueron inmoladas á su celosa conquistadora: perdieron su brillo las comerciales ciudades del Égeo, murieron las espléndidas de Grecia: el comercio, alma del pueblo que vive junto á los mares interiores, espiró entre los abrazos de la nacion dominadora, que le ahogaba en pequeño, fortaleciendo hasta con las leyes la opinion que tenia al comercio y al trabajo por deshonrosos: y en grande con el feroz derecho patricio que consideraba como enemigos á los pueblos neutrales, y como buena presa los bienes y las personas de los que no eran aliados.

Si Roma dejó á algunos países conquistados de Italia y de Grecia alguna sombra de libertad, sombra fué y nada mas que sombra (1), y declaró guerra á muerte á España, á Galia y á lo restante de Europa; y gran prueba de ello es el ver cómo se extendieron las colonias tanto de los que arribaron primero, como de los que buscaban en ellas un refugio á las turbulencias de la metrópoli, y que llegaron hasta alterar la lengua. Excepto aquellos pocos que en algunos países obtenian en todo ó en parte el derecho político ó civil de los Romanos ó de los Latinos, los demas quedaban expuestos á las calumnias de los jueces, á las extorsiones de los leguleyos, á la tiranía de los nobles y á las rapiñas de los

(1) « Majores nostri Capuæ magistratus, senatum communem... sustulerunt, neque aliud nisi inane nomen reliquerunt. » CICERON, *c. Rullum* 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

procónsules, que renovándose todos los años, no ponian á las vejaciones ni aun el límite de la sociedad. Salustio llama desapiadada é intolerable la dominacion romana (1). Tácito dice que las provincias se despoblaban para acallar sus quejas (2); Tito Libio, lírico é ingenuamente obcecado por la grandeza de su patria, que se enfurece sinceramente cuando cualquier pueblo se atreve á defender la vida y la libertad contra Roma, confiesa que donde hay un publicano desaparece el derecho, y no existe la libertad (3); y Mitrídates podia exclamar con justicia: *Toda el Asia espera de mí la libertad.*

Despues que el gobierno republicano hubo aniquilado de esta manera los pueblos, el gobierno imperial aniquiló tambien los individuos, no apreciando al ciudadano sino en cuanto convenia al Estado, y separando así el interes personal del interes comun. Excepto aquellos pocos que esperaban tener parte en el gobierno, todos los demas solo conocian el Estado por las opresiones y los impuestos; por lo cual las provincias en vez de aumentar la fuerza de Roma, la debilitaban mirándola como enemiga, y considerando como libertad propia la pérdida de la de su tiranía.

Roma se compensaba de lo que gastaba en las conquistas absorbiendo lo mas florido de los países sometidos. Esta admirable constitucion, que nació con ella, contrariada por algun tiempo por la república aristocrática, sostenida por los tribunos, por los Gracos, por Mario y especialmente por el poderoso genio de César, hizo que Roma llegase á ser señora del mundo por largos años; pero al fin debia destruir los fundamentos de su grandeza. En Roma republicana la patria era una religion, y su incremento el fin supremo de todas las acciones públicas y privadas. Por ella se despreciaban el oro, la vida, la piedad y la virtud; por ella no se aceptaba la paz, sino despues de la victoria, y por ella se formaron aquellos héroes que son la admiracion del que considera la grandeza independientemente de la humanidad.

Dividíase el botin de las provincias conquistadas entre los soldados, y el terreno entre los ciudadanos, que levantaban de este modo una barrera contra los enemigos; y difundiendo entre los vencidos el temor de Roma y el respeto á sus instituciones, preparaban nuevos triunfos.

Pero á medida que se dilataba la ciudad, se disminuía el amor que inspiraba; y la pena del destierro, terrible para el Romano cuando le relegaba solamente á Fidene ó á Ardea, pareció tan suave en tiempo de César, que hubo que añadirle la confiscacion de bienes.

Cuando las conquistas lejanas obligaron á prorogar los mandos, contrajeron los generales la fácil costumbre de hacer enteramente su voluntad en provincias esclavas; los ejércitos, educados en la obediencia ciega á los capitanes que los guiaban á la victoria, se convirtieron en sus manos en un instrumento para combatir á su misma patria; con ellos se hicieron sanguinarios tiranos Mario y Sila: con ellos derribó César la aristocracia, y Augusto la república.

Entónces se alteró la constitucion, no tanto porque el dictador de los nobles ó el tribuno de la plebe tomára el nombre imperial, cuanto por haber cesado las conquistas, que hasta entónces habian sido el alimento de Roma. No las pedia ya la ambicion privada, porque toda la gloria y provecho eran para el emperador; no el Senado, porque no necesitaba de victorias con que distraer ó engañar á la plebe; no la necesidad de adquirir con el duro aprendizaje de los campos de batalla las dignidades, porque se conseguian haciendo la corte al César; no los emperadores, porque preferian gozar las pomposas dulzuras de su grado al aumento de un dominio ya demasiado vasto.

Estos, para quitar todo obstáculo á su poder y enriquecer el tesoro, tuvieron que embotar el sentimiento exclusivo del amor á la patria, y extender á gran número de súbditos la ciudadanía. El gobierno de Roma era el de un municipio, en que los patricios, el pueblo, los caballeros, el Senado, los cónsules y los tribunos estaban equilibrados, de tal modo que una mano vigorosa podia dirigirles en el mejor órden civil. Pero este cesó de ser conveniente cuando en la ciudad tan extensa como el mundo no pudieron ya ponerse de acuerdo elementos tan heterogéneos. Otras nuevas Romas tomaron las formas de su madre, y de la primitiva no quedaba ya mas que una sombra; ni aun abriendo sus puertas á toda Italia y despues al mundo, pudo producirse un verdadero órden de ciudadanos, una nobleza de todo el imperio, que diese garantías de libertad al pueblo, de duracion al gobierno y de influencia á la administracion. Todo dependia del capricho de uno solo y este de los caprichos del ejército; de modo que la monarquía no fué ménos tempestuosa que la república. Tenia la apariencia de una gran unidad; pero interiormente no habia nada sólido; razas, lenguas, creencias, instituciones, deseos, todo era diferente; un pueblo era desconocido de otro; las comunicaciones estaban abiertas solo entre las capitales, es decir, entre los diferentes puntos que habitaban los ciudadanos de Roma: por lo demas solo habia una antipatía recíproca entre vencidos y vencedores, un antagonismo, que no teniendo nada de legal, desarreglaba el Estado sin moderar á los dominadores.

Si César, verdadero fundador de la autocracia, hubiera podido efectuar sus grandiosos designios, consolidar la unidad del imperio, extender á las provincias la ciudadanía, y herir de muerte á la aristocracia, aumentando el Senado y agregando á él gente siempre nueva, hubiera podido salir de todo esto un gobierno bien proporcionado, en que las diversas fuerzas

(1) Imperium ex justissimo et optimo, crudele intolerandumque factum.
(2) Ubi solitudinem faciunt, pacem appellant,
(3) Lib. XXVIII, 18

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se dirigiesen á un fin, y en el cual aquella mescolanza de Latinos, Itálicos, nuevos Latinos, munícipes, colonos provinciales, se fundiese en un gran todo para la libertad de la nacion y la civilizacion del mundo. Pero el pequeño talento y el mas pequeño corazon de Augusto no tuvo la capacidad ó la generosidad de instituir en el imperio un freno para sí mismo y para la mala voluntad de los sucesivos imperantes, de suerte que estos pudieron cuanto quisieron.

Y quisieron lo peor. Las asambleas del pueblo llegaron á ser imposibles cuando todo el mundo podia intervenir en ellas. El Senado hubiera podido interponer algun obstáculo; pero todos los emperadores, buenos ó malos, débiles ó resueltos, estuvieron acordes para diezmarlo y envilecerlo. De aquí provino la mas desenfrenada tiranía, la cual pareció mas monstruosa todavía, porque el poder ejecutivo no estaba separado como entre los modernos del legislativo, y los príncipes hacian de jueces aplicando las penas por ellos mismos decretadas. La antigua república de los patricios habia enseñado artificios y establecido leyes para deshacerse de todo el que contrariaba sus miras; y los emperadores podian valerse de ellas para la venganza propia ó la avaricia de los favoritos. Si algunos no abusaban de su autoridad limitada y de su poder legal, era por bondad: ¿pero hemos oido alguna vez echar en cara á los monstruos que sucedieron á Augusto el que se saliesen de la ley? En esta nada habia que restringiese sus caprichos; de la religion eran los pontífices sumos; la moralidad era una disputa de escuela, ineficaz contra la férrea palabra de la ley.

Con tales artes se obtiene, pero no se consolida, el reino, y cuando el poder es la única medida del derecho, la fuerza viene á ser árbitra de todo. Y así sucedió. Pero la fuerza que eleva á los monarcas, los derriba tambien. Obligados á estar sobre las armas, no ya contra enemigos exteriores sino contra los súbditos, aumentaron el poderío de los pretorianos, y estos usurparon la facultad de elegir á los emperadores y de mezclarse en los negocios del gobierno civil. Cuando Cómodo arrancó las últimas apariencias de libertad que le quedaban al pueblo y al Senado, poniendo al lado del trono al prefecto del Pretorio, se estableció el verdadero despotismo: los pretorianos ocuparon los bienes de los demas sin cuidarse de velar con las fórmulas la usurpacion; envilecieron al Senado inscribiendo en él toda clase de gente, con tal que pagase: vendieron los decretos, crearon veinticinco cónsules en un año, ¿qué mas? pusieron en almoneda el imperio, adjudicándolo al mejor postor.

Lo que los pretorianos hacian en la ciudad, los ejércitos pretendieron hacerlo fuera de ella, confiriendo el reino á aquel á quien estaban dispuestos á defender. Despues de Máximo comienza la lucha entre el Senado y el ejército por la eleccion, y como el segundo preponderaba, elegia los emperadores entre naciones diferentes. Roma, en vez de dictar leyes á los extranjeros, las recibia de ellos, y el patriotismo decaía mas y mas cada dia entre jefes extranjeros y súbditos envilecidos. Pretendiendo despues igual derecho cada ejército, hubo dobles y triples elecciones y guerras civiles, en las cuales se gastaban las armas que eran necesarias contra los Bárbaros, y se dejaban desguarnecidas las fronteras cuando mas convenia guardarlas.

En los ciento sesenta años descritos por la *Historia Augusta*, setenta personas llevaron el título de emperadores con derecho ó sin él, y donde el imperio se conferia de este modo es difícil ó mas bien imposible distinguir, como no sea por el éxito, al legítimo del usurpador. ¿Podian arreglarse á una política uniforme estos efímeros reinados? Cada recien venido añadia alguna cosa personal; cada recien venido se complacia en hacer precisamente lo contrario de su antecesor, sin que ninguno fuese guiado por un gran fin, ó tuviese tiempo para efectuarlo.

Constantino conoció la necesidad de una monarquía regular, pero sin freno; sin embargo, no tuvo bastante maña ó bastante fuerza de voluntad para poner de acuerdo los diversos elementos, y no contento con impedir la insurreccion, debilitando la guardia pretoriana, y separando el poder que dirige del que obra, dispersó por las provincias las legiones que defendia el paso de los rios, y de este modo las dejó expuestas al ímpetu de todos los peligros.

Costumbres.

Sus sucesores se abandonaron á la corrupcion de una corte al estilo asiático, y los palacios en que ampararon su amenazada majestad se convirtieron en oficinas de intrigas, de inícuos juicios, de torpes bajezas, que sucedieron á las matanzas de los primeros Césares. Viviendo entre cortesanos y eunucos, tan solo aprendian el rumor á los placeres y la felicidad de no hacer nada. No tratando de ver las cosas con sus propios ojos, ignoraban el arte de la guerra y la administracion, no oían las quejas ni sabian las necesidades de los pueblos, contentándose con la relacion de un confidente astuto, intrigante ó venal.

¿Podian ya los ciudadanos amar semejante patria? Libres del servicio militar por el temor, excluidos de las discusiones públicas por la constitucion, considerando como deshonrosa la industria, ¿qué quedaba al pueblo y á los ricos? El ocio, ó bien desfogar su turbulenta energía en los bandos del circo y en los desórdenes del lujo. La escuela estóica era seguida por los mejores, y su mayor gloria es el haber producido al sabio Nerva, al glorioso Trajano, al valiente Adriano, y al virtuoso Antonino; pero con mas frecuencia, aislando al hombre, por considerar como el colmo de la felicidad la apatía, no producia mejoras sociales, ni inspiraba mas que egoismo y arrogancia, en vez de acciones espon-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

táneas y generosas. Las doctrinas de Epicuro que el inhumano patriotismo de Fabricio habia deseado ver profesadas por los enemigos de Roma, prevalecieron, quitando á los ánimos el freno con que aun podia contenerlos el temor de los dioses; y los Romanos se lanzaron á los placeres con su vigor característico, y para proporcionárselos, se miraron como medios lícitos de ganancia la corrupcion, el perjurio, los falsos testimonios y el latrocinio descubierto.

La única vez que los Romanos manifestaron algun vigor, fué al rechazar la ley Papia Popea que reprimia el libertinaje. La aficion á los espectáculos llegaba hasta el delirio. « Cuando » saben (dice Amiano Marcelino) que vienen de » algun sitio cocheros ó caballos, se agolpan en » torno del narrador, como sus antepasados » escuchaban atónitos á los hijos de Leda, nun- » cios de la victoria. La plebe consume su vida » en el juego, en el vino, en los lupanares y en » los espectáculos : el circo Máximo es el centro » de su esperanza, su templo, su habitacion, » su parlamento. El pueblo se reune en los fo- » ros, en las encrucijadas y en las plazas; y el » que goza de mas autoridad va gritando por » las calles que no puede sostenerse la república » si en los próximos juegos tal auriga, prote- » gido suyo, no es el primero en lanzarse de » la cárcel (*) y dar vuelta á la meta. Apénas » amanece el dia de los juegos ecuestres, ántes » que el sol muestre su espléndida faz, acuden » á ellos precipitadamente, superando en velo- » cidad á los coches dispuestos para entrar en » liza; muchos pasan en vela la noche, temien- » do que sucumba su faccion favorita (1). » Hemos visto ya á los ciudadanos de Tesalónica, por acudir al teatro, olvidar todo lo que debian temer de Teodosio, y poseídos por aquel placer, dejarse degollar. San Agustin y Orosio cuentan que los Romanos que habian huído de Alarico á Cartago, estaban en los teatros todo el dia; no creían que les habia sucedido ninguna desgracia si recobraban los juegos del circo; la espada gótica no habia causado daño á Roma, si los ciudadanos podian volver á gozar de estos juegos (2), y de aquí provino la frase feliz de Salviano : *El pueblo muere y se rie* (3). ¡Qué indiferencia por los sucesos de la patria!

Salviano reconviene tambien por esta manía á los de Tréveris, que, apénas hubo cesado el azote de los Bárbaros, pidieron de los emperadores que les concediesen los juegos del circo, como suficiente compensacion por lo que habian padecido. « ¡Desgraciados! ¿dónde los celebra- » réis? ¿sobre las cenizas y los huesos de vues- » tros conciudadanos? Todos lloran, y vosotros, » alegres en medio de pecaminosos places, pro- » vocáis á Dios é irritáis su cólera con infames » supersticiones. »

(*) El sitio de donde arrancaban los caballos en las carreras del circo.

(*N. del T.*)

(1) Lib. XXVIII.
(2) S. Agust. *De civ. Dei*, I, 32. — Orosio I, C.
(3) *De Provid.*

El libro de este elocuente escritor demuestra desde el principio hasta el fin la corrupcion, ó mas bien la falta de costumbres de la antigua sociedad, y tambien cuánto habian perdido los Cristianos de su pureza primitiva. Decuriones y senadores á fuerza de herencias y de usurpaciones, sucediendo á una infinidad de familias reducidas á la servidumbre ó á la mendicidad, habian llegado á poseer provincias enteras, y considerándose como centro de un pequeño mundo, se curaban poco de lo demas. Los hijos del Moro Nabal poseían las costas africanas del Mediterráneo en una extension de treinta grados : seis ciudadanos poseían toda el África proconsular; Macrino, al ser elegido emperador, se hallaba en estado de poder satisfacer con sus rentas los gastos del Estado; y á ser cierto lo que dice Olimpiodoro, muchas familias, y no de las mas principales, disfrutaban una renta de 1,500 libras de oro, que hoy vendrian á ser unos 5 millones de francos. Si el Godo ocupaba á uno de estos opulentos sus tierras de la Tracia, quedábanle todavía otras inmensas en España; si el Borgoñon le quemaba en la Galia la cosecha, sus olivares de la Siria le seguian dando fruto. De aquí la maravillosa imprevision de unos hombres alegres al borde del sepulcro; de aquí los abusos de su arrogancia, porque ¿qué magistrado habia de exigir obediencia del poseedor de provincias enteras?

La economía y la prevision son virtudes propias de la clase média, en la cual el deseo de conservar y mejorar la condicion propia, mantiene ese progreso que forma la vida y produce las mejoras de nuestra sociedad, y da pábulo á las virtudes domésticas, al espíritu de asociacion, al sentimiento de la igualdad, base de la justicia. El que vive gozando y padeciendo con sus iguales, participando de sus intereses y pasiones, no se encierra en sí mismo como el opulento, ni como el mendigo se entrega á la desesperacion, sino que busca el provecho propio en el provecho comun, y ama á la patria porque de ella ve depender su prosperidad ó decadencia; por lo cual conservaba los recuerdos que alientan el valor y alimentan la esperanza.

Habíase perdido tan útil clase en el imperio, compuesto solo de opulentos ricos y de pobres, y entre estas dos clases el abismo. Anidábase en las grandes ciudades una mezcla de artesanos y libertos que se mantenian del escaso comercio que les dejaba ejercer el monopolio imperial, y ofreciendo alimento al lujo y á la voluptuosidad de los señores; clase pobre y vilipendiada, inquieta y revoltosa, amenazadora y tímida. No se agitaba ya esta gente, como en tiempo de los Coriolanos, por conservar sus derechos, ó por los intereses de la patria, sino solo para pedir pan y juegos; gritar que fuesen arrojados los Cristianos á las fieras, y para sostener por dinero las intrigas de eunucos y favoritos, que vendieron la gracia del monarca, se enriquecian desmesuradamente en pocos años.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

En las provincias, la nobleza imperial, á quien correspondian las elevadas magistraturas, se asemejaba á la de Roma, y difundia á lo léjos la corrupcion de la metrópoli: y la nobleza del campo, investida de los honores municipales, pretendia imitar estos modelos.

La comunidad de la ciudadanía fué acumulando en poder de un número cada vez menor las riquezas itálicas, porque en breve se despoblaron los campos y las ciudades, para ir sus habitantes á gozar y á pretender á Roma. Allí debian vivir en el ocio; y por esto en vez del grano, se daba pan, carne, ropas hechas y dinero, todo á expensas de las provincias. Las corporaciones de artesanos estaban de tal modo gravadas, que no podríamos comprender cómo se conservaron, si no supiésemos que los emperadores podian compeler á cualquiera á entrar en ellas, y que una vez allí, el que entraba no volvia á salir, y el que salia era obligado á volver y tratado como desertor. La comunidad de la ciudadanía romana no hizo mas que despoblar á Italia, llevando á Roma á todos los señores y desocupados; tampoco fué de mucho provecho á los provincianos, atento á que no producia otro mas que el tener un consejo municipal compuesto de ciudadanos que gozaban de cierta renta, y cuya principal atribucion era exigir los impuestos. Siendo todos ciudadanos romanos, creció el número de los ociosos á quienes debia mantener el tesoro, cuyas necesidades se aumentaron á medida que se disminuyeron sus rentas.

Los campesinos, parte tan importante y principal de la poblacion moderna, estaban divididos en colonos libres y en esclavos, diferenciándose mas de nombre que de hecho, y siendo en poco superiores á las bestias que les ayudaban en sus labores. Sus apartados señores, dueños de inmensas propiedades, confiaban su administracion á cualquier esclavo ó liberto favorito, que ejercia sobre los esclavos el despotismo soberbio y cruel del siervo que manda. Los amos, léjos de inspirarles patrióticos sentimientos ó de alentar su valor, les tenian desarmados y en la ignorancia para que nunca pudiesen volver contra los tiranos el brazo ó el pensamiento. El colono no tenia medio alguno legal de hacer llegar sus quejas al señor ó contra el señor; sujetos á un cánon siempre creciente contraía deudas; cuando la opresion llegaba á su colmo, huía, abandonando casa, campos y familia para ponerse al servicio de otro, con el cual sucedia inevitablemente lo mismo, y esto en el caso de que el primitivo dueño no le reclamase con los sumarios procedimientos que establecian las leyes.

Si hay alguna cosa que compense la pérdida de la libertad, seguramente que se encontraban en mejor condicion los cultivadores esclavos, á lo ménos mantenidos por el señor, afanoso por conservar aquellas máquinas animadas. Empero los trabajos y la dureza de los capataces les consumian, y no habiéndose vuelto á llenar el vacío que dejaban las victorias que habian cesado, era preciso comprarlos á los Bárbaros vencedores, ó entre aquellos que por pena eran privados de la libertad. Poco dispuestos estos á sufrir una opresion en que no habian nacido, tan solo el látigo ó las cadenas los amansaban; á la primera ocasion huían para vivir vagabundos, ó bien concertándose entre sí, daban muerte á sus dueños y se echaban á los bosques con el nombre de Bagaudas, Limigantes ú otro, viviendo allí armados al modo de los Cimarrones en las colonias americanas. Salviano se inclina á justificar estas sublevaciones, y dice,: *¿Cómo hemos de llamar rebeldes y reos á los que nosotros mismos hemos impulsado al delito?*

Estos infelices, no esperando ya en los Romanos, halagaban á los Bárbaros, aprendian su lengua, les servian de guias, insultando las miserias del pueblo, de cuyas cadenas se habian librado (1); ó bien saliendo de sus guaridas, cayendo sobre los cultivadores, aumentaban sus miserias. El propietario acometido ó amenazado, si era algun rico senador, podia invocar la fuerza pública; pero el pequeño propietario se veía expuesto inerme al ataque, por estarle prohibido por la ley el uso de armas (2). ¿Qué le quedaba, pues? Vender su campo á su opulento vecino ó dejarlo inculto: esto si el fisco no se lo embargaba en pago de las gravosas contribuciones, porque ya esta plaga de los derechos fiscales que hemos indicado, se habia empeorado con una serie de vejaciones inventadas por la refinada avaricia de los emperadores, y otra serie de servidumbres que encadenaban las personas y los bienes. Aquí habia esclavos que pertenecian á los señores; allá colonos que pertenecian al terreno; artesanos que pertenecian á la manufactura; decuriones que pertenecian al municipio con sus personas, sus bienes, sus hijos, su herencia y su amor (3). Un gobierno ignorante del arte de producir las riquezas que malgastaba, despues de cegada su única fuente, las conquistas, tuvo que empobrecer á los subditos con una tiranía que se extendia hasta las mas pequeñas particularidades. Á medida que el imperio declinaba, cesaron las utilidades eventuales que su poder llevaba á las provincias, y cada vez mas necesitado de hombres y dinero, pedia tanto mas á sus súbditos cuanto ménos atendia á su bienestar.

Pero cuando los súbditos, para quienes aquellos impuestos eran excesivos, no pagaban, los decuriones se veían obligados á pagar por ellos; si algunos propietarios abandonaban los terrenos, se imponia á los demas la obligacion de

(1) Sid. Apollin., *Ep.* V, 5. Dice de Escronato: « Exultans Gothis, insultansque Romanis, leges theodosianas calcans theodoricinasque proponens... Barbaris provincias propinans. VII, 7.

(2) Nulli prorsus, nobis insciis atque inconsultis, quorumlibet armorum movendorum copia tribuatur. » Ley de Valentiniano, *Cod. Teod.* XV, 15, I.

(3) « Filia curialis, si genitalis soli amore neglecto, in alia voluerit nubere civitate, quartam mox omnium facultatum suarum ordini conferat, a quo se alienari desiderat. » Nov. Major., t. IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

comprarlos; y si los decuriones, aborrecidos como opresores, y tiranos á su vez por estar tiranizados, huían de aquella carga, se obligaba por la fuerza á tomarla á los bastardos, á los hebreos, á los sacerdotes indignos, ó á los soldados fugitivos.

Por tanto, « el título de ciudadano romano, » en otro tiempo tan estimado y comprado á tan » gran precio, era esquivado y rechazado como » infame; » el sistema de los municipios que dió á la Italia dos momentos de grandeza, quedaba por la avidez del erario y por las extorsiones de los exactores reducido á un sistema de mas vasta é inmediata opresion. Cuando la capital fué trasladada á Constantinopla, toda la multitud que afluía á Roma, se trasladó tambien buscando el pan y los placeres, dejando á la Italia despoblada, sus campos desiertos, y á las ciudades sin patrimonio, sin jefes, y sin que valiesen ya para la propia defensa.

Y digo para la defensa propia, no para la del Estado, porque ¿ cómo podian interesarse por este cuando á él no les ligaba mas lazo que el sanguinario de los tributos? El método de exaccion de los Bárbaros, sencillo por lo arbitrario, molestaba ménos que la lenta opresion de un gobierno corrompido, en que los males de una libertad perdida sobrevivian juntamente con los horrores de una servidumbre real; y los millares de esclavos esperaban con ansia la hora de ver humillados á sus orgullosos señores, y de lanzar á su rostro las cadenas que hasta entónces habian llevado. Los campesinos, sometidos á la enorme capitacion, y sujetos á excesivos servicios corporales, ofrecian sus brazos á todo el que les prometia algun descanso, ó á lo ménos una mudanza de males; y el ciudadano se revolvia para desembarazarse de aquella inmensa red de tiranía que envolvia á todos, desde el emperador hasta el último esclavo.

En esta situacion, ¿cómo despertar el patriotismo? Y fuera de este, ¿ qué resorte quedaba para mover las antiguas sociedades?

La religion nacional habia decaido hácia los últimos tiempos de la República, y los esfuerzos de Augusto para restablecerla como elemento de órden, fueron en vano. Una religion fundada en la creencia de un solo Dios, puede, aunque se extravíe, volver á sus principios, teniendo un punto de partida fijo. La latina, careciendo de una base única y sólida, sin moralidad interior, en contradiccion con la razon y con las necesidades espirituales y de la época, no podia volver á restaurarse apénas se descompusiese el edificio. Los Antoninos intentaron purificarla, introduciendo en ella la filosofía estóica, y en efecto, salieron ilustres reyes y vigorosos magistrados; pero aquella escuela, ademas de sus defectos interiores, tenia el de que nunca podia llegar á ser popular, como debe serlo una religion.

El Cristianismo tenia en sí el verdadero remedio; las virtudes civiles y las privadas estaban refugiadas en el santuario; y el clero se encontraba por la ley romana libre de tributos y de las tan odiosas cargas curiales, y por la ley cristiana se le vedaba embrutecerse en el ocio y en el orgullo; pero los austeros monjes en el desierto, y los sacerdotes en las ciudades, léjos de amparar al mundo antiguo, invocaban el nuevo. Porque decir que una sociedad se disuelve, significa que otra se anima en su seno, cuya fermentacion descompone los elementos de la anterior para que entren en nuevas combinaciones. Así tambien el primer diente del niño se mueve y cae cuando el segundo mas robusto le empuja para hacerse camino : operacion que no se efectúa sin dolores y padecimientos de todo el cuerpo. Otro tanto se vió en el imperio, en el cual la nueva doctrina, aunque vital y santa, debia descomponer para insinuarse el órden que subsistia en la apariencia, aunque en realidad estaba destruido. La unidad, carácter ó deseo de la política romana, pereció cuando se hizo doble el interes de esta, esto es, cuanto tuvo que mirar á la patria y al Cristianismo : por lo cual no pudiendo resistir el nuevo desarrollo, se deshizo.

Al principio, los emperadores declararon la guerra á una parte cada vez mayor de súbditos, la cual se vió reducida á mirar como enemigo á un gobierno, que con desapiadados medios queria encadenar la mas libre de las cosas, la religion. Cuanto mas se les atropellaba, mas se separaban de él, y mas se unian entre sí. « Si » se vive bajo un régimen inicuo (dice Orígenes » contra Celso), y no es posible librarse de él » emigrando, resulta que aquellos que se en- » cuentran unidos por un mismo interes espiri- » tual, se agrupan para defenderlo contra las » leyes existentes. Así los Cristianos se han co- » ligado en un imperio pagano, cuya constitu- » cion es mas insensata que la de los Escitas; » pero como su union tiene por objeto la ver- » dad, aunque se oponga á las leyes, no se » opone al derecho moral ni á la razon. » Desobedecian, pues, y con esto se rebajaba la disciplina; los magistrados experimentaban la dura lucha entre la conciencia y la legalidad; en una misma poblacion y aun en una misma casa, se encontraba un ciudadano enemigo del otro, y se aflojaban todos los lazos de la sociedad y de la familia.

Prevaleció por fin la verdad, pero un gran número se mantuvo aferrado á las antiguas prácticas, y cada nueva revolucion religiosa causaba un daño seguro al Estado. Porque ya levantase el lávaro Constantino, ya Juliano restaurase los ídolos, ó ya Joviano restableciese la cruz, el imperio quedaba privado de la cabeza y del brazo de aquellos á quienes ó su conciencia no les permitia permanecer al lado de los que tenian creencias diferentes, ó que no eran consentidos por la intolerancia.

La Iglesia, tan pronto atormentada por las herejías, no pudo dedicarse únicamente á reformar las costumbres mediante las leyes civiles. El triunfo de la teología ocupó toda la atencion

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de los grandes escritores, por lo cual no debe culparse á la política de la Iglesia, porque si la moral era la consecuencia, la premisa era el dogma, y sin este la moral hubiera sucumbido en el choque con la barbarie, pues de la filosofía sola no hubiera podido salir una civilizacion duradera. Sin embargo, la moral y su práctica por medio de las leyes civiles no estaba descuidada; y esto lo manifiestan los discursos de los Santos Padres. Al mismo tiempo que los campeones asentaban sólidamente la verdad, una multitud de sacerdotes y monjes difundian la moral. Pero sus mismos lamentos revelan cuán embarazada se veía por las antiguas costumbres. Que si parece extraño que una fe, que impulsó á tan generosos esfuerzos, poco ó nada influyese en la cosa pública, debe tenerse presente, que aun en tiempo de emperadores cristianos, el gobierno se conservó gentílico; que exceptuando algunas leyes de derecho privado, la religion no dirigia los intereses públicos, y que no salió un emperador de tanto carácter ó de espíritu tan profundo, que crease un nuevo régimen en conformidad con la verdadera nocion de Dios y del hombre.

Así, pues, aunque al parecer se hubiesen reconciliado la sociedad civil y la religion, en el fondo estaban todavía apartadas y en contradiccion, como diversas que eran en su orígen y en su esencia. La nueva fe no habia descendido del cielo tan solo para el Romano, como el Paladio y los Ancilios, sino que abarcando en su justicia y su caridad á todo el género humano, sustituía el amor al estrecho patriotismo antiguo. Comprendian los Cristianos, y no tan solo los Cristianos, que para regenerar el Estado, no bastaba mudar las costumbres y el habla romana, sino que era preciso cambiar la direccion en el gobirno; siendo esta la única salvacion, no del imperio sino de la sociedad, cuando ya los Bárbaros combatian en sus filas y gobernaban, ó á veces tambien se sentaban en el trono. Léjos, pues, de llorar la ruina de una sociedad que excluía toda otra, veían en la invasion de los Godos (1) una extension de los derechos comunes, un rejuvenecimiento necesario; y en las desdichas de Roma, el justo castigo de sus sangrientas iniquidades.

No trataban, pues, de fortificar de nuevo el patriótico egoísmo y el odio contra todas las naciones, ántes bien fulminaban contra la nueva Babel las amenazas de los profetas contra la antigua; y comprendiendo que en su caída se manifestaban el triunfo de la verdad y la ley de la Providencia, parecian gozarse en los males de la ciudad terrena que venian á ser la glorificacion de la ciudad celeste. De esto sacaban su mas acerba acusacion los Gentiles, y con esto quedaban cada vez mas flojos los lazos sociales, y se introducia un espíritu de desconfianza y de persecucion.

(1) Nótese que los escritores eclesiásticos manifiestan sentimientos muy distintos para con los Hunos de Atila y los Vándalos de Genserico.

Las instituciones introducidas, y las abolidas por el Cristianismo, llevaban en pos de sí la ruina de otras : los municipios cayeron en la miseria cuando Constantino aplicó sus bienes á las Iglesias; la milicia y la magistratura no eran ya la única mira de los fuertes y de los pensadores, porque tambien les llamaba la atencion el monasterio ó la escuela; y las exenciones concedidas al clero redundaban en perjuicio del lego. Cuando arreciaba el peligro, ambos partidos, mostrándose exagerados, los unos ponian toda su confianza en los mártires y en los milagros, y los otros en los antiguos ritos : en vez de buscar las razones presentes de los males y sus remedios, los Cristianos no veían en ellos mas que el aviso ó el castigo de Dios, y los Gentiles la venganza de los númenes abandonados. Devasta Radagaiso la Italia, y se alegran los paganos, esperando que sus ruinas sepulten el culto de sus adversarios; y cuando Libiano implora del prefecto Icario socorros para remediar el hambre y la peste de Antioquía, recibe por respuesta que no merecen ménos los aborrecidos de Dios (1).

¿Qué vemos, pues, en Roma, en sus últimos tiempos? En el trono una magnificencia afeminada; usurpadores que se disputan las provincias sin saberlas defender; las cosas públicas en manos de esclavos, de extranjeros y de eunucos; cortesanos que suscitan intrigas; obispos en lucha y cisma entre sí; generales bárbaros, y soldados bárbaros en los ejércitos; decuriones obligados por la fuerza á desempeñar los gravosísimos honores municipales; magistrados que, como en un naufragio, procuran salvar algun resto de poder y de riqueza; una plebe

(1) El decaimiento personal del imperio no podia retratarse mas á lo vivo que lo que lo hace Salviano. *De gub. Dei*, V, 5, 8 : « Inter hæc vastantur pauperes, viduæ gemunt, orphani proculcantur, in tantum, ut multi eorum, et non obscuris natalibus editi, et liberaliter instituti, ad hostes fugiant, ne per ecutionis publicæ afflictione moriantur, quærentes scilicet apud Barbaros romanam humanitatem, quia apud Romanos barbaram inhumanitatem ferre non possunt. Et quamvis ab his ad quos confugiunt, discrepent ritu, discrepent lingua, ipso etiam, ut ita dicam, corporum atque induviarum barbaricarum fœtore dissentiant, malunt tamen in Barbaris pati cultum dissimilem, quam in Romanis injustitiam sævientem. Itaque passim vel ad Gothos, vel ad Bagaudas, vel ad alios ubique dominantes Barbaros migrant, et commigrasse non pœnitet. Malunt enim sub specie captivitatis vivere liberi, quam sub specie libertatis esse captivi. Itaque nomen civium romanorum, aliquando non solum magno æstimatum, sed magno emptum, nunc ultro repudiatur, ac fugitur, nec vile tantum, sed etiam abominabile pene habetur. Ecquod esse majus testimonium romanæ iniquitatis potest, quam quod plerique et honesti, et nobiles, et quibus romanus status summo et splendori esse debuit et honori, ad hoc tamen romanæ iniquitatis crudelitate compulsi sunt, ut nolint esse Romani? »

Y poco despues : « Ubi, aut in quibus sunt, nisi in Romanis tantum, hæc mala? Quorum injustitia tanta, nisi nostra? Franci enim hoc scelus nesciunt. Hunni ab his sceleribus inmunes sunt. Nihil horum est apud Vandalos, nihil horum apud Gothos. Tam longe enim est, ut hæc inter Gothos Barbari tolerent, ut ne Romani quidem, qui inter eos vivunt, ista patiantur. Itaque unum illic Romanorum omnium votum est, ne umquam eos necesse sit in jus transire Romanorum. Una et consentiens illic romanæ plebis oratio, ut liceat eis vitam, quam agunt, agere cum Barbaris. Et miramur, si non vincantur a nostris patribus Gothi, cum malint apud eos esse quam apud nos Romani. Itaque non solum transfugere ab eis ad nos fratres nostri omnino nolunt, sed, ut ad eos confugiant, nos relinquunt. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ignorante, sin costumbres, inerme, que oprimida por las desgracias, pretende siempre y espera del porvenir lo que el presente no le puede dar, y con odio no pocas veces injusto, despedaza á los que con desconsiderado entusiasmo elevó al trono; hasta que sumida en la postracion de ánimo que nace de la servidumbre y de la continuacion de los males, mira impasible cómo se deshace un órden de cosas que ni teme ni ama, y para librarse de los males duraderos que la oprimen, desea hasta los pasajeros desastres de la guerra.

Los Bárbaros.

Con gente semejante se encontraban cara á cara los Bárbaros numerosos, de espíritu guerrero, ricos en virtudes domésticas y en los vicios de la fuerza. Sus jefes, elegidos por su mérito y en la flor de su edad, contrastaban con los negligentes Augustos; sus asambleas generales, celebradas á cielo descubierto, con las intrigas de los gabinetes romanos; sus ejércitos desnudos y atrevidos, con las tropas compradas, enemigas de la disciplina. Los Germanos deseaban conquistar una patria, los Romanos no se curaban de defender la suya; animaba á los primeros una religion sanguinaria que concedia el paraíso en premio de los estragos; á los segundos una corrompida y voluptuosa que iba pereciendo, ó una nueva que no teniendo su reinado en este mundo, enseñaba á presentar una mejilla á quien habia sido herido en la otra. Los Germanos eran fuertes por la organizacion de sus tribus; los Romanos, débiles por haber muerto su patriotismo: los unos tenian un gobierno sencillo y nuevo; los otros uno de fiscales y leguleyos que como el vampiro no tenia fuerza sino para desangrar. Entre los primeros, las mujeres estimulaban el valor y las empresas; entre los segundos, les apartaban de los cargos públicos, y á veces tambien les hacian traicion, como se cuenta hicieron la mujer de Estilicon invitando á Alarico, Honoria llamando á Atila y Eudoxia á Genserico.

Roma no pudo hacer con los Germanos lo que con los demas pueblos europeos, porque cuando vino con ellos á las manos, la plebe no era arrastrada toda en pos de todos los patricios como antiguamente, sino que se movia á impulsos de unos cuantos ambiciosos ó avaros, que no combatian por la patria sino por la idea de una monarquía universal. Debieron, pues, prevalecer los Germanos, porque si el pueblo de Marte queria retardar su caída, no podia hacerlo sino renovando su elemento primitivo, la fuerza. Y esto se vió claramente, cuando estuvieron á la cabeza del imperio una serie de héroes formados entre los ejércitos, y elevados por su valor; pero una vez vestida la púrpura, ó bien deponian las armas, ó ignorantes de todo otro conocimiento, á excepcion de la guerra, empeoraban á cual mas la administracion.

Armas.

En cuanto á los ciudadanos, habiendo desaparecido el amor á la patria y la pasion por la gloria ¿qué otra cosa podia llevarlos á tomar las armas? El pueblo bajo huía de ellas y eran muchos los que por librarse se cortaban el dedo pulgar (1). En un principio el que por sus méritos habia alcanzado el mando del ejército, escogia sus oficiales; consagrado enteramente á los soldados, participaba con ellos de las fatigas, del premio, de la gloria: á ellos se confesaba deudor del consulado si por este camino lo alcanzaba, y al salir de él volvia á militar como subalterno en las legiones que habia mandado. Á la caída de la república el emperador quedó por general supremo, de modo que los comandantes no se reputaron ya mas que ejecutores de sus órdenes; él vencia con su brazo y su talento, él alcanzaba los triunfos, él tomaba su sobrenombre de los pueblos vencidos.

Nada, pues, estimulaba á emprender la peligrosa y no necesaria carrera de las armas: y mucho ménos cuando Galieno, quizá con la mira de impedir las frecuentes sediciones, prohibió á los senadores acaudillar los ejércitos. Entónces los patricios cayeron completamente en el ocio, y huyendo de Italia se iban á establecer en la Macedonia, en la Dalmacia, en la Tracia, para librarse de las dignidades y de la milicia, de mucho peso y escaso honor.

La disciplina, fuerza de Roma, relajábase en el ejército, alistado por la fuerza, con las frecuentes sediciones, para impedir ó premiar las cuales se veía el emperador obligado á consentir todas las exigencias caprichosas de los soldados. Si este queria trasladar todas las legiones á un punto apartado adonde las llamaba la necesidad, desobedecian, estando prontas á proclamar Augusto al primero que les prometiese descanso y donativos. Quejábanse del peso de las armas y depusieron primero la coraza, despues el casco: preferian la comodidad de los caballos á la firmeza de la infantería; dejaron de fortificar enteramente los campamentos, de suerte que expuestos al enemigo, sin defensa, no pudieron confiar mas que en los torpes recursos de la fuga.

Si el deseo de pasar de la clase de los oprimidos á la de los opresores, podia hacer ambicionar ó desear á algunos la condicion de soldado, en la cual pudiesen saquear las provincias, obligar á los emperadores á hacerles pingües donativos, deponerlos y elevarlos á su antojo, desde Diocleciano no fué ya esto así. Entónces una severa disciplina redujo al ejército á su verdadera condicion de máquina obediente, al mismo tiempo que la fastuosa corte concedia los grados de la milicia, no á quien los habia merecido en acciones de guerra, sino á los que habian prestado servicios al príncipe. Vióse, pues, que era mas cómodo intrigar en palacio que combatir en el campo, y necesariamente hubo que recurrir á auxiliares y extranjeros.

Auxiliares

Roma sostuvo sus primeras guerras con sus armas propias y las de los pueblos vencidos á quienes obligó, á título de tributo, á mantener cierto número de soldados de infantería y de ca-

(1) Amiano Marcel., XV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ballería, naves y marineros. Obedecian estos á jefes de su nacion; y aunque algunas veces igualaron y otras excedieron en número al ejército romano, quitábales la fuerza el estar escogidos cada uno entre pueblo diverso, separados de las legiones, y dependientcs del general supremo.

César fué el primero que tomó á sueldo á los Bárbaros; Augusto imitó y extendió este ejemplo, y para seguridad de su persona les introdujo en las guardias pretorianas. Andando el tiempo, viéronse Italia exhausta de fuerzas, y los socios reducidos á provinciales y privados del uso de las armas, de donde vino la necesidad de recurrir á los Bárbaros. Los Germanos, gente robusta y aguerrida por la constitucion de sus bandas guerreras, ponian gustosos su valor al servicio de otro, contentos con un pequeño sueldo y una escasa racion. Fueron por esto preferidos por los emperadores, á quienes parecia tambien muy ventajoso el diezmar de este modo á tan formidables enemigos.

Pero la tiranía se devora á sí misma. Con excluir de los ejércitos á los provinciales y á los ciudadanos, se separaba la fuerza del interes de emplearla; conseguíase acaso la quietud, pero se mataba el valor, y miéntras tanto se hacian mas formidables los enemigos, añadiendo la disciplina á su valor natural.

Caracalla, extendiendo la ciudadanía á todo el imperio, parece que debió despertar en los provinciales el espíritu guerrero, adormecido por la conquista; pero las contínuas revueltas disuadieron á los emperadores del propósito de hacer guerreros á los ciudadanos, y alguno se alegró de exceptuar de la milicia á los provinciales, manteniendo á sueldo á los Germanos con el precio que por ello recibia.

Estos en un principio, inferiores en número á las legiones, estuvieron fácilmente en sujecion, pero muy en breve entraron tambien en las privilegiadas filas legionarias. Despues no fueron ya bandas, sino poblaciones enteras las que estuvieron á sueldo: é inconstantes aliados rehusaban trabar el combate con sus propios hermanos; codiciosos, preferian el saqueo á la batalla: caprichosos, obligaban al general á marchar cuándo y adónde ménos convenia, y por último, volvian las armas contra sus propios jefes.

Como los escuadrones estaban formados de esta clase de tropas, tuvo tambien que confiarse el mando á los Bárbaros, que por este medio llegaron á las mas elevadas dignidades y aun al consulado. Roma sacó grandes capitanes de entre les Bárbaros; pero como no les guiaba el amor patrio, ni aquel celo, padre del verdadero valor, sino mas bien el deseo de grados ó tesoros, ó tal vez ambiciosas rivalidades, daban los consejos contrarios á los que convenian: Rufino levantó á los Vándalos y Godos para contrariar á Estilicon: este dejó escapar á los Godos para continuar siendo necesario; Aecio no exterminó á Atila para impedir los progresos de Turismundo. Así, pues, los emperadores no confiaban enteramente en aquellos héroes asalariados: los cortesanos envidiaban y aborrecian á unos hombres cuyo poder se fundaba tan solo en la espada: la vanidad latina se veía ultrajada por la superioridad de aquellos á quienes todavía llamaba Bárbaros; y Estilicon, Aecio, Romano, Egidio, cayeron bajo el puñal de pérfidos eunucos ó de cobardes émulos.

Sin embargo, en la extrema ruina del imperio, el único remedio habria sido el procurar amalgamar á los Romanos con los Godos, como habian intentado hacerlo algunos emperadores precedentes. Este pueblo, no enervado por los vicios de la civilizacion y capaz de recibir sus ventajas, como lo prueban los reinos en que se estableció, acaso hubiera renovado el arruinado imperio ó cuando ménos le hubiera defendido de nuevas invasiones. Pero se opusieron á ello por una parte la antipatía nacional, aumentada con las diferencias religiosas, y por otra una desleal política que creía sagacidad y sutileza el sembrar la discordia entre los pueblos invasores: é irritándoles con la violacion de los pactos y con torpes traiciones, desvanecia la esperanza de una avenencia honrosa.

Disgustados los Bárbaros, volvian sus armas contra aquellos á quienes ántes habian defendido: y de regreso á su patria revelaban á los suyos las riquezas y delicias de los países romanos y la facilidad de conquistarlos. Muchos soldados del Níger, proscriptos por Severo, se refugiaron entre los Partos y les enseñaron á fabricar y usar armas á la romana.

Tampoco Roma tenia entónces que combatir, como en todas las demas guerras que habia tenido fuera de Italia, contra enemigos unidos en monarquía ó en federacion, de acuerdo por lo mismo en la empresa, y los cuales destrozada la cabeza, quedasen abatidos, pudiendo Roma en la sucesiva paz recobrar las perdidas fuerzas. La Germania estaba dividida entre cien poblaciones, no unidas en la empresa por ningun lazo ó interes comun; apénas las águilas latinas habian clavado en una sus garras, cuando se presentaba otra con fuerzas íntegras y diverso método de guerra: de modo que puede decirse que durante cuatro siglos, desde Basilea hasta las bocas del Rhin y del Danubio, hubo abiertas hostilidades ó paz armada, sin que las guerras sirviesen mas que para repeler el ataque.

¿Qué valian, pues, las barreras puestas por la naturaleza ó por la mano del hombre, cuando por todas partes invadian los Bárbaros el imperio, guiados por el natural deseo de aventuras y peligros, por la codicia de botin, por la venganza, por el empuje de otros Bárbaros ó por la invitacion de algun ambicioso?

Incapaces de resistir con las armas los hijos de aquel Camilo que queria salvar á su patria con el hierro y no con el oro, apaciguaban á los enemigos con dinero, al principio cohonestado con el nombre de sueldo, despues reclamado abiertamente como tributo. ¡Miserable

(c) Instituto Cervantes de Madrid

medio de obtener la paz, con el cual el imperio quedaba exhausto y en la precision de oprimir á sus súbditos, miéntras que los enemigos se rehacian para volver mas fuertes y con nuevas pretensiones, despues de haber perdido el respeto que inspira una nacion no domable sino despues de una larga resistencia!

Si el sueldo se retardaba ó negaba, venian los Bárbaros á reclamarlo con la espada, creciendo su atrevimiento á medida que los provinciales perdian las costumbres militares. Cuando Italia fué invadida, no hubo quien tomase las armas; Estilicon ofreció dos monedas de oro á todo esclavo que se alistase, cuando en otro tiempo estos solo eran admitidos en los mas apurados peligros; y ciudades llenas de gente y amuralladas apénas resistieron un momento á unas bandas de merodeadores, ignorantes del arte de los asedios, é incapaces de perseverar en una empresa.

En este extremo, dos hechos retardaron la disolucion de la sociedad romana; la irrupcion de los Hunos y la division del imperio. La primera refrenó el ímpetu de los Germanos que se vieron obligados á retroceder para atender á la propia defensa; pero los Hunos se encaminaron á su vez hácia Italia, y ayudaron á darle el último golpe.

La division hecha por Diocleciano preparó pronto socorros contra los amenazadores vecinos, y terminó las insurrecciones de los soldados, porque los cuatro prefectos del Pretorio y los cuatro ejércitos se mantenian recíprocamente en sujecion. Pero con esto se aumentaron los gastos de las cortes, no modestas como en tiempo de Augusto, sino émulas de la vanidad persa; las diversas fuerzas dejaron de obrar de acuerdo, y la que mas padeció de resultas de esta nueva organizacion fué Italia, porque cesó de ser la cabeza y el corazon de aquel cuerpo gigantesco.

Todavía se empeoró el estado de este país, cuando Constantino trasladó al Bósforo la capital, porque Italia perdió los privilegios que hasta entónces habia gozado como tierra soberana; se vió grabado con las contribuciones comunes, cabalmente cuando dejaban de ir á ella las de todo el mundo: la emigracion de los ricos y las rapaces correrías de los Bárbaros, dejaron sin habitantes sus ciudades, sin frutos los campos, que de jardines de los grandes, como ántes eran, se convirtieron en indefenso lecho de los rios, en asilo de fieras y ladrones.

Que fué conveniente la traslacion de la capital para la duracion del imperio, lo prueban los diez siglos que sobrevivió Constantinopla; pero entre las dos metrópolis se levantó la envidia: Roma veía con despecho dividada su diadema y pasar las riquezas y alhajas á hormosear la nueva ciudad; Constantinopla se indignaba de que Roma pretendiese aun el primado: á orillas del Tíber se refugiaban las reliquias del paganismo en medio de la aristocracia; en las playas del Bósforo se vertia la sangre por las disensiones cristianas: cada una de estas ciudades parecia que se regocijaba de los peligros de su rival; y alguna vez la una dirigia contra la otra á los enemigos por rencor ó por el interes de su salvacion.

Así, á medida que crecia el peligro se disminuían los medios de remediarlo; en cada provincia que invadian los Bárbaros, cesaban las contribuciones de géneros y de hombres al imperio; y así como la sangre se retira al corazon al perderse la vida, del propio modo Roma retiró de las fronteras las guarniciones y los magistrados, abandonando las provincias á los invasores y á sí mismas. Entónces se desató el único lazo que unia los municipios á Roma; y todos se desmembraron sin un pensamiento en bien del cuerpo á que estaban ligados, no unidos.

Algun emperador pensó en reanimar el patriotismo, aventurando en aquella disolucion algun elemento de libertad: restituyóse á los súbditos el derecho de tener armas que les habia quitado el desconfiado Augusto (1): Graciano exhortó á las provincias á formar asambleas, y prohibió que los magistrados pusiesen obstáculo alguno á las disensiones sobre puntos de interes público (2). Honorio pensó en una especie de gobierno federativo que reuniese todos aquellos miembros divididos del Estado (3); pero ninguna provincia ni ciudad se aprovechó de él: tanto repugnaba toda union á los sentimientos enteramente locales de aquellas sociedades. Así, encerrándose cada cual, hombres y sociedades, dentro de sí mismo, no quedó quién defendiese el imperio, y los Bárbaros lo agitaron á su capricho como un juguete, hasta que resolvieron hacerle pedazos. Sus ruinas debian producir la moderna Europa; y meditando sobre su grandeza, se siente llevado el hombre á lo infinito, que es el secreto de las grandes é instructivas meditaciones.

CAPÍTULO XVIII

La Iglesia.

Silvestre I, que vió dada la paz á la Iglesia, ejerció veintiun años su celo en honor de Dios. Á su muerte le sucedió Marco y despues Julio I, Romano, que llamó con respetuosa diligencia á San Atanasio, y proclamó su inocencia. Liberio, vacilante entre la debilidad y el valor, resistió á Constancio, sufriendo el destierro ántes que sus-

Papas. 314. 336. 355.

(1) *De jure armorum reddito.* Constit. de Valentiniano III del año 440. « Singulos universosque nostro monemus edicto, ut roman roboris confidentia, ex animo quo debent propria defensare cum suis adversus hostes, si vis exegerit, salva disciplina publica, servataque ingenuitatis modestia, quibus potuerint armis, nostrasque provincias ac fortunas proprias, fideli conspiratione et juncto umbone tueantur.»

(2) « Sive integra diœcesis in commune consuluerit, sive singulæ inter se voluerint provinciæ convenire, nullius judicis potestate tractus utilitate eorum congruus differatur: neve provinciæ rector ac presidens victoriæ potestati, aut ipsa etiam præfectura decretum æstimet requirendum. » Del 382 *Cod. Theod.* XII, 12, IX.

(3) Ley de Honorio del año 418.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cribir á la condena de Atanasio, y se doblegó á firmar una fórmula arriana, pero los que tanto ruido hacen por su caída (1), deben recordar su generosa y espontánea vuelta á la verdad. Miéntras estuvo desterrado, el clero romano eligió en su lugar al diácono Félix, el cual á su vuelta fué depuesto.

Dámaso, natural de Roma y de padres españoles, tuvo por adversario en la eleccion á Ursicino; y ambos fueron sostenidos por poderosas facciones, que llegaron á derramar sangre con escándalo de los creyentes y befa de los paganos, que veían insinuarse la ambicion en el santuario. Ursicino, expulsado y vuelto á expulsar de Roma, fué confinado á las Galias. Dámaso tuvo por amigo y secretario á San Jerónimo; escribió cultamente prosa y verso, especialmente epitafios para los mártires, en que serian de desear mayor sentimiento y ménos artificio : introdujo los vicarios de la Santa Sede en las provincias remotas, los cuales obtenian el primer puesto entre los demas obispos, recibian los negocios que debian trasmitir á Roma, acompañándolos con su voto, y podian, en caso de necesidad, convocar á los obispos de su vicariato.

Dámaso. 366.

Habiendo vacado la sede, la volvió á pretender Ursicino, pero prevaleció Siricio, Romano. De este es la primera decretal auténtica dada á 11 de febrero del año 385 sobre la edad necesaria para ser admitido á las sagradas órdenes, y los intervalos que debia haber entre estas. Segun el decreto, á los treinta años podia uno ser subdiácono : despues, siendo reconocido idóneo, y haciendo voto de castidad, podia pasar á diácono, habiendo de permanecer en este grado cinco años ántes de obtener el sacerdocio, y otros dos para el episcopado.

384.

Anastasio, *varon insigne*, como le califica San Jerónimo, *de santa vida*, *de rica pobreza y de apostólica solicitud*, ocupó brevísimo tiempo la silla pontificia y tuvo por sucesor á Inocencio I, de Albano, defensor de San Juan Crisóstomo contra la corte oriental, y ardiente conservador de la pureza del dogma y de la disciplina. La invasion del Godo Alarico le ofreció campo para ejercer su caridad, y para interponer su pacífica mediacion en la lucha de la ferocidad y la vileza.

398-401.

Le sucedió Zósimo, Griego, viniendo así de todas las partes del mundo á la sede romana lo mas sobresaliente en virtud ó doctrina. Zósimo, engañado al principio por los errores de los pelagianos, los condenó despues solemnemente y consiguió un rescripto imperial que los desterraba de Roma.

Cuando Bonifacio, Romano, fué elegido papa, el archidiácono Eulalio que ambicionaba la tiara, sostenido por el prefecto Símaco, ocupó á San Juan de Letran y allí se hizo consagrar por unos pocos obispos y sacerdotes, pero el emperador confirmó al primero, que quedó en la sede y mantuvo sus derechos contra las pretensiones de Eulalio.

418.

Celestino I gobernó diez años, y le sucedió Sixto III, no ménos celoso en rebatir á los pelagianos y nestorianos, y acabar con el cisma que habia surgido en Oriente.

422-432.

Leon mereció el título de Magno por su talento y sus hechos. Cuando fué elegido, estaba en las Galias reconciliando á Aecio con Albino, y despues tuvo otras muchas ocasiones de intervenir en las cosas públicas. Habiendo salido al encuentro de Atila, pudo conseguir que el Azote de Dios perdonase á Roma, y de Genserico obtuvo por lo ménos que la eximiese del incendio. Leon es el primer pontífice cuyos escritos se han reunido. Escribió noventa y seis *sermones* sobre las principales fiestas, con elocuencia de sentimiento, aunque sobrecargada de excesivas antítesis. Sus ciento setenta y tres *cartas* demuestran el incansable celo con que cuidaba de la pureza de la doctrina y de la paz de la Iglesia, combatiendo sin tregua todas las herejías (1).

Leon Magno. 440.

Hilario, su sucesor, trabajó con actividad en el concilio de Éfeso ; pero no supo librarse enteramente de las multiformes insidias de los innovadores. En una carta á Leoncio, obispo de Árles, da el nombre de monorquía al primado papal. Fundó dos bibliotecas en el baptisterio de Letran, las primeras de que hay noticia establecidas por los papas.

461.

Simplicio de Tívoli, que vió derrocarse el poder romano, tuvo que hacer grandes esfuerzos para conservar la unidad de la Iglesia, pues caído el imperio occidental, Acacio, patriarca de Constantinopla, pretendia la primacía.

467.

Desde San Pedro, se hacía la eleccion del papa por un senado eclesiástico de veinticuatro diáconos y sacerdotes, elegidos por aquel, segun se dice, en vez de los apóstoles, y á imágen de los veinticuatro ancianos que rodean el trono de Dios (2). Desde el papa Silvestre, poseyendo ya bienes temporales, concurrian á la eleccion el resto del clero y el pueblo; despues, cuando la riqueza empezó á hacer ambicionable aquel puesto, intervinieron los emperadores en el nombramiento para impedir las sediciones, y luego lo confirmaron. Odoacro y su prefecto Basilio prohibieron elegir y consagrar obispo de Roma sin consultar ántes al rey ó al prefecto ya fuese por celo político ó por evitar las disensiones ; pero este decreto no se cumplió (3).

(1) Véase mas arriba, pág. 644.

(1) *Apocalipsis*, c. IV.

(2) La vida de Leon Magno, escrita por Arndt, es una de las muchas reparaciones que los protestantes han hecho estos últimos años en favor de la verdad católica.

(3) El primer papa, San Pedro, fué elegido por Cristo. Desde el segundo, San Lino, hasta San Simplicio, en 468, lo fueron por el clero y el pueblo. Desde San Félix III, en 483, hasta San Nicolás I, en 858, por los reyes conquistadores. Desde Adriano II, en 867, hasta Agapito II, en 946, por el clero y el pueblo. Desde Juan XII, en 956, hasta Silvestre antipapa, en 1102, por los tiranos de Italia y por los emperadores. Despues otra vez por el pueblo y el clero desde Gelasio II (1118) hasta Victor antipapa (1138), y desde entónces por los cardenales desde Celestino II (1143), hasta Gregorio X (1271). Desde Inocencio V (1276) hasta el dia, se eligen por el cónclave.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Entónces no era costumbre el mudar de nombre; y Platina, siguiendo á Martin Polaco, cuenta que Sergio II fué el primero que se mudó el nombre indecoroso de Osporci; pero Anastasio Bibliotecario dice que este papa se llamaba ya Sergio ántes de subir á la silla de San Pedro, Otros atribuyen la introduccion de esta costumbre á Adriano III, que se llamaba primero Agapito: otros á Juan XII, que primero se llamó Octaviano, y que con esto quiso honrar á su tio Juan XI, y otros á Sergio IV, que por respeto abandonó su primer nombre de Pedro (1). Dámaso fué el primero que se tituló *Siervo de los siervos de Dios*, título que adoptó despues Gregorio Magno y lo mismo sus sucesores.

Favoreció á la primacía del obispo de Roma, ademas de la tradicion apostólica, y la dignidad de la metrópoli, el no haber otro patriarca en Occidente. Leon Magno, receloso de San Hilario, obispo de Árles, consiguió que Valentiniano reprimiese las pretensiones que parecian contrarias á su primado; primera vez que un papa recurrió á la autoridad civil para hacer valer los derechos del pontificado.

Entre las constituciones de San Leon, merecen especial recuerdo aquellas en que reprende á los obispos que administraban el bautismo fuera de los dias solemnes de Pascua y Pentecostes, ó exigian á los penitentes una confesion pública, la cual si por parte de estos era una prueba de humildad, podia causar escándalo ó pretexto para proceder en justicia; por lo cual mandó que los pecadores se confesasen primero con Dios y despues con el sacerdote en secreto (2). Prohibió tambien que se consagrasen vírgenes ántes de los cuarenta años (3). Algunas de las personas arrebatadas por Atila en Aquilea y llevadas como esclavas mas allá de los Álpes, habian comido carnes ofrecidas á los ídolos, otras ignoraban si estaban bautizadas, y várias mujeres habian pasado á nuevas nupcias. Sobre estos casos decretó Leon que los primeros hiciesen penitencia; que fuese válido el matrimonio anterior aunque era excusable el nuevo (4); y en cuanto á los segundos, que se bautizasen para no dejarles perecer por un vano escrúpulo. No se usaba, pues, el bautismo condicional (5).

Dos cuidados principales ocupaban á los sucesores de San Pedro; extender el Evangelio y conservarle en la pureza de la tradicion, combatiendo las herejías que en gran número y poder se levantaron para representar aquella guerra entre el bien y el mal, que es el escándalo necesario del mundo, lucha en que las pasiones combaten con la fuerza y los errores con el sofisma.

Nestorio, heresiarca. 428.

Cuando Nestorio de Siria fué nombrado patriarca de Constantinopla, dijo desde el púlpito: *César, ayúdame á exterminar á los herejes, yo me obligo á exterminar contigo á los Persas, y te daré por recompensa el cielo.* Cinco dias despues sorprendió un conventículo de arrianos, los cuales ántes que rendirse prendieron fuego á la casa y murieron abrasados; y luego persiguió encarnizadamente las muchas gradaciones de la herejía. Careciendo así de caridad y de humildad, cayó él mismo en el error, preguntando si María deberia llamarse madre de Dios ó madre de un hombre (Θεοτόκος, ἢ ἀνθρωποτόκος)? En el primer caso (decia) Dios tendria madre como las deidades paganas, y mentiria San Pablo, cuando dice que la divinidad de Cristo no tiene padre, ni madre, ni genealogía. La Vírgen, pues, no parió un Dios; la criatura no produjo al Creador, sino un cuerpo humano, instrumento de la Divinidad. El Verbo y Jesus de Nazaret son dos personas distintas, pero una está unida á la otra, mas que el vestido al hombre y el templo á la Divinidad. La Encarnacion no es mas que una estancia del Verbo-Dios en el hombre. Caiga anatema sobre el que diga que el Verbo despues de unido al hombre es un solo hijo de Dios por naturaleza, ó que el hombre hijo de María es el unigénito del Padre.

Si la víctima ofrecida para salvar al género humano era hombre, se perdia el principio de la redencion y con él el Cristianismo, pues era preciso renunciar al tipo divino de Cristo, y se iba á parar á la encarnacion bramínica ó á la revelacion profética.

Esta inútil y peligrosa distincion entre la naturaleza humana y la divina fué, pues, reprobada como contraria á la creencia universal; pero estando Nestorio en la gracia del emperador, ninguno se atrevia á profesar la doctrina contraria, hasta que Eusebio, abogado, principió á reconvenirle diciendo, que el Verbo Eterno habia nacido verdaderamente segun la carne. Llamóse desvergüenza é indiscrecion esta asercion de un lego, y le fué impuesto silencio, por lo cual el error seguia dilatando sus raíces, hasta que Cirilo, obispo de Alejandría, predicó que Cristo era verdaderamente el Verbo; que de otra manera no se deberia adorarle, ni sería el que resucita los muertos, y que por esto debia llamarse María madre de Dios, como se llaman madres de los hombres las nuestras, aunque no contribuyan á la formacion del alma. Nació de aquí una nueva disputa, no ménos acalorada que la arriana, y agitada como esta con intrigas, sugestiones, favores de las cortes, tumultos del pueblo, é inquietud de los monjes, y se tomaron como nombres de partido los de *teótocos* y *antropótocos*, y el de *cristótocos*, adoptado

(1) Pallavicini, *Historia del concilio de Trento*, p. II, lib. XIII, c. 11; Ferraris, *Bibl. ad vocem Papa*. Pero esta mutacion de nombre no es obligatoria; y aun en el siglo XVI, Adriano VI y Marcelo II conservaron su nombre de bautismo. Tambien es moderno el uso de las tres coronas en la tiara, porque Suggero hablando de Inocencio III dice: « Le ponen » en la cabeza un adorno frigio imperial, á manera de yelmo, » adornado con un círculo de oro. » Bonifacio VIII le puso dos y despues tres Urbano V.

(2) *Ep.* 136.

(3) *Lib. pontific.*

(4) *Ep.* 129.

(5) *Ep.* 158.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

como un medio de evitar la precisa significacion de los dos primeros.

Teodoreto, obispo de Ciro, en la Siria Eufratense, que habia convertido millares de personas á la verdadera fe, y combatido vigorosamente á Nestorio, no supo evitar los sutiles lazos de aquella herejía, en que cayeron Alejandro de Hierápolis, espejo de virtud hasta entónces, y bastantes otros obispos insignes. El papa Celestino se declaró por Cirilo, y un concilio en Alejandría anatematizó á los sectarios de Nestorio; despues Teodosio convocó un ecuménico en Éfeso; y como Nestorio, encerrado en su casa, no obedeciese á los tres llamamientos que le hicieron, fué depuesto: debatida la cuestion sin él, se declaró la union hipostática de las dos naturalezas en una sola persona.

Tercer concilio ecuménico. 431.

Presentáronse entónces protestas por todas partes; muchos obispos de Oriente perdieron la sede ántes que aceptar la decision; el emperador, que ántes habia sido partidario de Nestorio, defendió el concilio, y persiguiendo á aquel hasta en el monasterio en que vivia hacía cuatro años, le envió desterrado á los Oasis. Pero su herejía ganaba terreno con una rapidez mayor que la de Árrio, á la que superó tambien en duracion. Los nestorianos, vencidos en el imperio, buscaron el triunfo ó la libertad en pueblos nuevos, haciéndose así instrumentos de civilizacion. La floreciente escuela de Edesa, de donde salian los sacerdotes de la Asiria y de la Persia, hízose nestoriana y fué proscrita. Barsuma, que habia salido de ella, cuando fué elegido obispo instituyó en Nísibe una famosa, desde donde se difundieron los nestorianos por la Siria y la Mesopotamia. En Persia, á despecho de los magos, acogidos con preferencia como médicos, embajadores y ministros, conservando el celibato, y educando á los huérfanos: introdujeron nuestras artes, vulgarizaron los libros cristianos é hicieron lengua de los doctos la siríaca, que fué la primera de las orientales que escribió las vocales. Barsuma persuadió á Firuz, rey de Persia (1), á que expulsase á los cristianos griegos, y concediese á sus sectarios la sede patriarcal de Seléucia, que aun tienen hoy. El Preste Juan (2), fábula de la edad média, extendió su autoridad sobre la Arabia, la India y hasta la China, donde tuvieron los nestorianos un momento de triunfo (3).

Habiéndose extendido el imperio de Mahomat, conservaron los nestorianos los primeros puestos, y hasta fueron vireyes de algunas provincias conquistadas. Y cuando los califas establecieron una sede en Bagdad, ellos dirigieron sus consejos, trasladaron al árabe las obras griegas, y á sugestion suya Al-Mamun invitó á entrar en aquella academia á médicos, astrónomos, filósofos y matemáticos. Con los sucesores de Gengiskan llevaron su doctrina hasta el Mogol y entre los Tártaros: en Samarcanda pusieron un metropolitano, y obispos en Casgar y otros puntos. Del obispo *Católico* de Babilonia dependian veinticinco metropolitanos, que cada seis años debian prestarle homenaje. Tal vez era uno de estos aquel Tomas de que procedieron los Cristianos de la India, que se establecieron en las costas del Malabar y en las islas de Sucotra y Ceilan, cultivando la palma, negociando en pimienta, y que no dependian del obispo de Roma sino del Católico nestoriano. Hoy sobreviven aun estos sectarios en Oriente, mezclados con los jacobitas bajo la direccion de dos patriarcas, uno residente en Karemid de Mesopotamia, y otro en Persia: hay otros repartidos en el Indostan; y muchos volvieron posteriormente al seno de la Iglesia, conservando sin embargo la comunion bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes.

Culto de María.

Aquella herejía y el concilio que la condenó son memorables tambien por la extension que dieron al culto de María. Cuando los herejes querian derribarla de su celeste trono, la piedad multiplicó los signos de veneracion; y aquel culto piadoso y consolador, que presentando el tipo de los sentimientos mas dulces de la naturaleza, el pudor de una vírgen y el amor de una madre, la resignacion de una mujer afligida y el triunfo de la mártir, la pureza misma y la abogada de los pecadores, parecia adaptarse á las miserias de la vida, á las debilidades del hombre, dándole una intercesora al lado del Justo en la madre del hombre, la madre de los dolores, contribuyó no poco á desarraigar los restos del paganismo; y entónces se consagraron muchos templos á María en la necesidad que todos experimentaban de manifestarle su devocion (1).

Donatistas.

La Grecia era mas fecunda en herejías, ya por índole suya, ya porque tuviese ménos respeto á los obispos de Roma, jueces de la fe y libres de las trabas que la proximidad del emperador ponia á los patriarcas de Oriente. En África los donatistas dieron mucho que hacer al celo de San Agustin, algunos disputando ú ocupando las iglesias, y otros renovando los destrozos que tan infaustamente famosos habian hecho á los circonceliones. El emperador Honorio los privó de los privelegios obtenidos en los tumultos pasados, y prohibió so pena de muerte que se reuniesen. Los obispos preferian su conversion al uso de esta excesiva pena: y San Agustin propuso una conferencia en Cartago en que se discutiesen sus doctrinas, dándose salvoconducto á los que acudiesen y destituyéndose á las contumaces. Doscientos setenta obispos do-

410.

(1) Assemani, *Bibl. orient.* t. IV.
(2) *Pres-Tadsciani*, sacerdote del mundo.
(3) Véase el libro IX.

(1) Bastará que citemos un ejemplo. La Sicilia, que hasta entónces se habia manifestado tenazmente apegada al culto antiguo, á pesar de los esfuerzos de San Hilarion, destinó en poco tiempo ocho de sus templos mas hermosos al culto de María, á saber: el de Minerva en Siracusa; los de Vénus y Saturno en Mesina; el de Vénus Ericina en el monte Erix, fabricado segun la tradicion por Enéas; el de Faláris en Agrigento; el de Vulcano junto al Etna; el panteon y santuario de Céres en Catania, y el sepulcro de Stesicoro.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

411. 16 mayo. natistas y doscientos ochenta y siete católicos se reunieron en aquella ocasion, y estos últimos declararon que si eran vencidos renunciarian sus sedes, y si vencian dejarian en las suyas á los donatistas ó serian sus colegas. Triunfaron los Católicos, y los donatistas, privados de apoyo, no tardaron en desaparecer.

El gnosticismo habia asestado sus golpes contra el Padre, disputando sobre el ente primero y necesario; los arrianos se habian dirigido contra el Hijo; los nestorianos contra su Madre: el orígen del mundo y del hombre, la naturaleza de Dios y de su Verbo, eran las cuestiones que habian ocupado hasta entónces á los teólogos y que la Iglesia habia difundido. Quedaba por examinar la naturaleza misma del hombre; por qué padece tanto siendo Dios tan bueno; por qué la venida de Cristo no habia hecho desaparecer enteramente el mal del mundo; hasta qué punto pueden los sacramentos auxiliar al hombre y evitar el pecado; cómo se concilia la presencia divina con la libertad hamana, y cómo la gracia no limita la actividad moral del hombre.

Pelagio. Morgan, Breton, conocido con el nombre de Pelagio (1), que fué á Roma, siendo papa Dámaso, consiguió fama de virtud y caridad, y se granjeó la amistad de Paulino de Nola y de San Agustin. Pero despues erró sobre uno de los problemas mas importantes de todo tiempo y lugar, de toda religion ó filosofía.

En el acto de obrar, el hombre se siente libre de hacer ó no una cosa, ó de ejecutarla de este ó de otro modo; pero ve tambien que la accion presente se deriva de la anterior, de tal modo que parece una consecuencia necesaria de aquella. Esto no significa que el hombre esté ligado por la fatalidad, sino que no obra de una manera insensata, y que nunca ejerce tan bien la libertad, como cuando se conforma con la ley moral. Cuando se desvía de esta, lo advierte y dice: *Hubiera podido hacer otra cosa, queriendo*. Para dirigir, pues, la voluntad, necesita un auxilio externo, y le busca en el ejemplo, en los consuelos en la amistad, en la aprobacion, en Dios. Pero ademas de la influencia que sobre la deliberacion del hombre ejercen las cosas externas é independientes de él, hay una accion interior, sentida de todos, pero por ninguno explicada.

¡Cuántas cuestiones nacen de estos hechos segun que se niegan, ó se mide inexactamente su importancia relativa, ó se explican de diferente manera! Al Cristianismo que en la ciencia no quita los ojos de la moral, debian presentarse estos problemas necesariamente; y como se unian con otros sobre el orígen del mal, resueltos ya por la Iglesia, hacíase mas complicada la solucion.

Los maniqueos con la fatalidad aniquilaban el libre albedrío; Pelagio, por sostenerlo, debilitaba la eficacia de la voluntad divina, es decir, de la gracia, como si las fuerzas naturales bastasen para el cumplimiento de la ley. Decia que el hombre habia sido creado mortal, y que el pecado no habia cambiado su naturaleza; que los niños nacian en el mismo estado que Adan, y los hombres eran libres como este lo era en el paraíso, por lo cual todos podian eximirse de pecado y observar la ley, aunque no llegar á la perfeccion. Añadia que solo en la voluntad libre de no pecar consistia la gracia divina, la cual nos era concedida tambien por Dios para poder cumplir mas fácilmente lo que se nos manda; pero que el libre albedrío consistia en el equilibrio entre el bien y mal, en la completa libertad de hacer este ó aquel.

Envolvia Pelagio esta doctrina en palabras vagas; pero Celestio, de Campania, discípulo suyo, la presentó en toda su desnudez, negando principalmente el pecado original. Algunos obispos le defendieron, y otros reunidos en Cartago le excomulgaron. El papa Zósimo, engañado por una artificiosa profesion de fe del heresiarca, reprobó como precipitada la condena de los Padres africanos, y volvió al seno de la Iglesia á Pelagio; pero conociendo despues su imprudencia, rechazó aquella doctrina, y el emperador Honorio castigó con el destierro á sus secuaces. 413-18.

El adversario mas poderoso de Pelagio fué San Agustin, cuya doctrina, si la despojamos de opiniones particulares ó de excesos contenciosos, se reduce á que con el pecado original perdió el hombre la gracia santificante, y quedó sujeto á la muerte é inclinado al mal; de modo que el libre albedrío no queda aniquilado sino debilitado, y por lo tanto es necesaria la gracia para restablecer el equilibrio. Sin embargo, el hombre no es arrastrado irresistiblemente al pecado, ni llevado invenciblemente al bien por la gracia; pero el poder de hacer bien no le recibe sino mediante la gracia santificante adquirida con la sangre de Jesucristo. Esta gracia interior debe prevenir la voluntad y elevarla sobre sus fuerzas naturales; nosotros no la merecemos de ningun modo, pero nos es dada gratuitamente: sin ella el hombre no puede hacer ninguna obra meritoria; y aun con ella no puede quedar enteramente libre de algun pecado venial.

Ante este vigoroso adversario y la condena de cuatro papas y mas de veinte concilios, sucumbió la herejía pelagiana en su grosera forma, demasiado repugnante, á los sentimientos cristianos. Pero esta cuestion de suprema importancia filosófica, política y religiosa se prolongó bajo diversas apariencias por toda la edad média; fué luego resucitada por los protestantes; despues ha agitado interiormente á la Iglesia hasta estos últimos tiempos bajo las banderas de Molina y de Jansenio; y ahora llevada de la teología á la ciencia, revive en aquellos filósofos que exaltan fuera de lo natural la individualidad y la energía del alma humana, y que, siguiendo el genio práctico, positivo y ra-

(1) Quizá traduccion griega de *Armórico, marítimo*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cional de la edad moderna, elevan la libertad del hombre hasta excluir la influencia de Dios en sus acciones y hacer inútil la oracion. Esta cuestion se encuentra bajo otro aspecto en los publicistas que indagan si hay una filosofía de la historia; y así como en la teología busca la salud individual, del mismo modo en la ciencia se dirige á la utilidad social; pero siempre trata de averiguar hasta qué punto se combina la Providencia con las acciones del hombre.

Semi-pelagianos.

Casiano, monje lerinense, creyendo que Pelagio no habia apreciado bien los hechos relativos á la libertad humana y á las relaciones que la unen con el poder divino, y reconociendo que es insuficiente la voluntad humana y necesario un auxilio externo, negó la accion inmediata y especial de Dios sobre el alma para verificar la santificacion progresiva, accion gratuita á que el hombre no tiene derecho; y afirmó que todo lo pueden las fuerzas naturales del hombre y la perfeccion que proviene de la libre voluntad; y que no está prefijado el número de los predestinados; porque los méritos de Cristo abrieron para todos indistintamente un tesoro de gracia, en que cada uno, mediante su deseo natural de procurarse la salvacion, puede tomar lo que quiera y cuando quiera.

Este semi-pelagianismo, refutado tambien por Próspero y Agustin, adquirió vigor combatiendo á otros, los cuales, atribuyéndolo todo á la Gracia, opinaban que Dios habia decretado irrevocablemente la suerte eterna de cada una. San Agustin, deteniéndose ántes de llegar á las consecuencias extremas de su sistema, habia huído de esta doctrina que destruía el libre albedrío: y la Iglesia, conformándose con él, conservó el justo medio entre los que atribuyen todo á ta actividad humana, y los que la aniquilan en el poder de Dios; no siendo cierto que Dios lo haga todo por el hombre, ni que el hombre lo pueda todo sin Dios.

Los apolinaristas habian confundido las dos naturalezas de Cristo mutilando la humana; y Nestorio, combatiéndolos, habia dado orígen á la herejía contraria que separaba la naturaleza humana de la divina; pero en oposicion á los nestorianos se levantaron los eutiquianos á sostener que en la Encarnacion se formó una sola naturaleza. De este modo muchas veces una herejía dió orígen á otra diametralmente opuesta; y la Iglesia tuvo que combatirlas manteniéndose entre los extremos, en el punto que tenian de verdaderas las doctrinas contrarias.

Eutiquianos.

Eutiquio, abad de un monasterio cerca de Constantinopla, sostuvo contra Nestorio que la divinidad y la humanidad del Verbo, despues de la Encarnacion, formaban una sola naturaleza divina, bajo la apariencia de un cuerpo humano (*monofisis*). Así destruían tambien el misterio de la Encarnacion, porque si Cristo no era verdadero hombre, no podia ser mediador nuestro y modelo de todas las virtudes. Un concilio de Constantinopla le condenó
448. y degradó; pero los admiradores de sus virtudes consiguieron de Teodosio que se revisasen las actas de aquel sínodo en un concilio general en que no tuviesen voz los obispos que le habian sentenciado primeramente, considerándoles como acusadores. En vano se opuso Leon Magno; ciento treinta y cinco prelados se reunieron en Éfeso protegidos por el enuco Crisafio, y presididos por Dioscuro, patriarca de Alejandría;
449. y habiendo hecho el octogenario Eutiquio una profesion de fe que estos declararon católica, le levantaron la excomunion; y los que se opusieron fueron obligados á ello por la fuerza.

Dividióse, pues, la Iglesia, hasta que Pulqueria pensó en restablecer su unidad, haciendo anular el *latrocinio de Éfeso*, que así fué llamado, condenar á Eutiquio, y convocar un concilio ecuménico en Santa Eufemia de Calcedonia. Asistieron á él Marciano, emperador, y trescientos sesenta obispos, que dieron contra el nuevo error la definicion de la fe conforme á la doctrina de los Padres y de los concilios precedentes. El violento Dioscuro fué depuesto, y se incluyó entre los libros canónicos la carta de Leon Magno al patriarca Flaviano sobre la Encarnacion.

Cuarto concilio ecuménico. 451.

Aquel concilio dió al patriarca de Constantinopla los mismos honores que al obispo de Roma, y el derecho de confirmar á los metropolitanos en las provincias del Ponto, de la Tracia y del Asia. Cuando se decidió esto, los legados del papa habian ya marchado, y la decision fué admitida en el supuesto de que los derechos del obispo de Roma fuesen privilegios concedidos en gracia de la residencia imperial. Pero protestando el papa, fué reformado por el concilio este decreto.

Los monofistas se difundieron por el Oriente, y trató de reunirlos el monje Jacobo Baradeo; que murió despues siendo obispo de Éfeso el año 578. Viajaba este monje en camellos por la Arabia y la Mesopotamia, predicando la doctrina de una sola naturaleza; por lo cual tomaron de él su nombre los jacobitas. Los Egipcios tampoco aceptaron el concilio de Calcedonia, rechazando con las creencias católicas la lengua y las costumbres griegas; pero cuando hubieran podido quizá restablecer su independencia, limitaron sus deseos al cambio de jefe espiritual y se sometieron á un patriarca copto, al cual obedecian los Nubios y Abisinios. Tambien los Armenios admitieron aquel error inducidos por Juliano de Halicarnaso, sometiéndose á un Católico residente en Ekmiasin, y á obispos sostenidos con un leve impuesto por los fieles.

Sobrevivieron estas tres ramas del error en los países sometidos al Coran, y ademas entre los que se habian refugiado en el Líbano, que tomaron el nombre de maronitas de Juan Maron, y le conservaron aun despues de haber vuelto al gremio de la Iglesia romana.

El emperador Zenon trató de poner en paz á los Católicos y eutiquianos, publicando un *edicto de union* (ἑνωτικόν) conforme en todo con el concilio de Nicea; solo que no hacía mencion

(c) Instituto Cervantes de Madrid

alguna del sínodo de Calcedonia, y exponia la fórmula de fe con tal arte, que engañó á los ortodoxos y disidentes. Conoció el lazo el papa Félix y lo esquivó; y la Iglesia siguió creyendo que Cristo era una sola persona con dos naturalezas distintas.

Monotelitas. Continuando, sin embargo, las disensiones, Atanasio, patriarca de los eutiquianos, prometió al emperador Heraclio volver con los suyos á la unidad, con tal que los Católicos reconociesen en Cristo una sola voluntad y una sola actividad. Calmáronse con esta explicacion los patriarcas de Constantinopla, Alejandría y Antioquía, y el mismo papa Honorio; pero Sofronio,
634. patriarca de Jerusalen, manifestó que era falsa esta doctrina y la hizo condenar por un concilio. Heraclio pretendió entónces cortar la dificultad con una exposicion (ἔκθησις), que prohibia indagar si habia en Cristo dos acciones de la voluntad ó una sola, reconociendo en él solo una voluntad. El papa Juan VI reprobó la ectésis de Heraclio como errónea é incompetente; Constante II publicó el *Tipo*, que derogaba el edicto de Heraclio é imponia silencio á los dos partidos; pero el papa Martin hizo condenar en un concilio los dos edictos; y en fin, el sínodo general de Constantinopla (680) pronunció anatema contra los monotelitas.

649. No se dirigian contra el error tan solo las armas de la persuacion y las decisiones de los concilios, sino que Teodosio I amenazó con severísimos edictos á los herejes, cualquiera que fuese su nombre, sus ministros, asambleas y personas; condenó á los obispos y sacerdotes heréticos á perder sus privilegios y emolumentos, y al destierro si persistian en los ritos y en la falsa doctrina; multó en diez libras de oro á los que confiriesen órdenes á los herejes ó las recibieran de ellos; prohibió sus conciliábulos públicos y secretos en la ciudad y en el campo, y mandó confiscar los edificios que sirviesen para este objeto. Así, continuando, fueron los herejes tachados de infamia, excluidos de los empleos honoríficos y lucrativos, y algunos hasta de hacer ó aceptar testamentos; y aun se condenó á muerte á los maniqueos y cuartodecianos, si bien se asegura que no se aplicó esta pena en vida de Teodosio.

Máximo fué el primer emperador cristiano
384. que derramó sangre de herejes. Por sentencia del prefecto del Pretorio fueron torturados y sufrieron la pena de muerte Prisciliano, obispo de Ávila, dos sacerdotes, dos diáconos, el poeta Latroniano y Eucrosia, matrona de Burdeos; otros salieron desterrados.

Á estos priscilianitas, que agitaban las provincias españolas, se les atribuían, por una contradicion muy comun, los vicios mas groseros y antinaturales, y al mismo tiempo un rigor de disciplina tal que llegaban hasta reprobar el matrimonio y todo alimento animal, y á macerar la carne con ayunos, vigilias é incesantes oraciones. En cuanto al dogma, seguian á Manes.

La muerte de Prisciliano fué altamente desaprobada por San Ambrosio de Milan y San Martin de Tours, tan celosos defensores de la verdad, como enemigos de las persecuciones. No debe callarse en la historia de los progresos humanos que entónces por la vez primera se difundió un santo horror á la efusion de sangre, no solo en guerras ambiciosas y por inicuas sentencias, sino tambien por las penas que siendo irreparables no debian ser aplicadas por el hombre, falible por naturaleza. Y no es que con esto se quisiera negar la facultad represiva, sin la cual no puede sostenerse una sociedad; ántes por el contrario, habiendo dudado algunos si despues de recibido el bautismo podrian ser jueces en materia criminal ó presentar instancias en que se pidiese la pena de muerte, el papa Inocencio, de acuerdo con Ambrosio, respondió que teniendo la potestad pública la espada para castigar las culpas, segun está establecido por Dios, podian los Cristianos implorarla y ejercerla (1). Sin embargo, parecia que desdecia del carácter de mansedumbre del sacerdote hasta el asistir á las sentencias capitales; y San Ambrosio para huir de la carga del episcopado que se le habia ofrecido, presenció el tormento de un acusado, á fin de que se le juzgase indigno de la sede episcopal. Este mismo, cuando Teodosio venció á Eugenio, aunque en justa guerra, le aconsejó que se abstuviese por algun tiempo de la Eucaristía por respeto á la sangre derramada (2); y aunque no se la negaba á los jueces despues de haber condenado á alguno á pena capital, aprobaba que por algun tiempo no se llegaron á la sagrada mesa (3). Ideas son estas que algun dia (yo así lo espero) tendrán el vigor de hechos, y es satisfactorio notar aquí de qué fuente manaron.

Pena de muerte.

Por tanto, la conducta de los obispos que habian tomado parte en la condena de Priscilia-
no debia ser desaprobada por los demas, y principalmente la de Itacio que habia asistido á los tormentos y al suplicio. Cuando en África fueron presos algunos donatistas que habian derramado sangre de Cristianos, se apresuró Agustin á escribir al tribuno Marcelino que no les condenase á muerte, añadiendo que no debian vengarse los padecimientos de los siervos de Dios segun la ley del talion con suplicios semejantes, sino que se debia impedir á los reos que hiciesen mal en lo sucesivo, restableciendo en sus ánimos la calma de la recta conciencia, y dirigiendo su maléfica energía hácia útiles trabajos. «Tambien esta dice es una condena: pero ¿quién » no verá beneficio mas bien que suplicio en no » dejar campo á la audacia del delito y sí al » remedio del padecimiento? Juez cristiano, » cumple con el deber de tierno padre; en tu » indignacion contra el delito, acuérdate de que » eres hombre, y al castigar los atentados de los » reos, no te dejes llevar de la pasion de la » venganza. »

(1) *Decret. Innocentii*, c. 3.
(2) Rufino, II, 34. — Sócrates, V, 26.
(3) San Ambrosio, Ep. 25 y 26.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Cuando Honorio publicó una ley contra los donatistas y Judíos (1), San Agustin escribió al procónsul que, si se les condenaba á muerte, se quitaria á los eclesiásticos la facultad de acusarlos, pues que estaban prontos á perder la vida ántes que poner en peligro la de los demas. Y añadió. « Por grande que sea el mal que se » quiera impedir y el bien que se quiera hacer, » es mas inconveniente que útil obligar á los » hombres por la fuerza, en vez de convencerlos » con la enseñanza (2). »

En una larga carta suya dirigida á Macedonio, vicario de África (3), aparece la solicitud de los obispos por librar de la muerte á los culpados. « No es (dice) que nosotros aprobemos el pecado, » sino que aborreciendo la culpa, compadecemos » al hombre: y como la correccion no se alcan- » za sino en esta vida, nuestra caridad hácia el » género humano nos induce á interceder por » los delincuentes, á fin de que al suplicio de » esta vida no se siga el que nunca tendria fin. » Amamos á los malos y rogamos por ellos, por- » que Dios lo manda; pero sin participar de » sus culpas, ántes bien para conducirlos á la » penitencia. Si Dios es paciente con quien tarda » en convertirse, ¿cuánto mas no lo debemos » ser nosotros con quien promete enmendarse, » por incierto que nos parezca el cumplimiento » de sus promesas? »

Y en otra parte: « ¿Quién puede saber lo que » un dia pensarán estos que hoy están extravia- » dos? ¿Quién sabe cuánto contribuyen al per- » feccionamiento de los buenos las culpas de » los malos? No puede formarse un juicio del » hombre sino al fin de su vida, cuando ya no » puede mudar de opinion, ni aprovechar á la » verdad con la comparacion de su error. Seme- » jante juicio solo los ángeles pueden formarlo; » los hombres no. Sigue, pues, siendo bueno y » sufre á los malos. Tolera, que acaso tú tam- » bien tienes necesidad de tolerancia. Si siem- » pre fuiste bueno, sé misericordioso, y si er- » raste, no lo olvides. El centeno debe estar » con el buen grano; las cabras con las ovejas, » hasta que venga la cosecha. Tolera al hereje » declarado, tolera al pagano, tolera al Judío, » tolera al mal Cristiano oculto. »

Sin embargo, muchas veces se olvida de estas máximas benignas, aprobando los decretos de los emperadores y el rigor empleado para convertir á los donatistas (4).

Conversiones.

Las desavenencias interiores eran compensadas por los triunfos que la Iglesia alcanzaba en lo exterior. El obispo Marata, enviado como embajador á Persia por Teodosio el Jóven, explicó el Cristianismo al rey Isdegérdes y á su corte, de suerte que se permitió á los Cristianos edificar iglesias en todo este imperio. No podian llevarlo con paciencia los magos, beneméritos por haber ayudado á levantar la bandera nacional; por lo cual en union con los Judíos empleaban razones y artificios para enemistar al rey con los Cristianos. En esto los favoreció demasiado el indiscreto celo del obispo Abdas, que derribó un templo del fuego. Isdegérdes le llamó y le mandó reedificarlo; y habiéndose negado á ello, le condenó á muerte é hizo derribar todas las iglesias. Entónces comenzó una persecucion, que continuaron despues Varánes IV, su sucesor, y el hijo de este, y en la cual se renovaron los horrores y la constancia de los primeros mártires.

Despues, cuando los Romanos devastaron la provincia del Adiabene, siete mil Persas fueron llevados prisioneros á Amida y reducidos á la última miseria. Pero el obispo Acasio, reuniendo al clero en nombre de Dios, que *quiere la misericordia mas que el sacrificio*, aconsejó que se vendiesen todas las alhajas de la Iglesia para mantener á aquellos infelices; y cuando terminó la guerra, les proveyó de dinero para que volviesen á su patria. Esta caridad atrajo la admiracion de Varánes V, que á la sazon reinaba; por lo cual suspendió la persecucion y concedió muchos favores á los Cristianos.

Á la Armenia llegó muy pronto el Cristianismo; y el bellísimo idioma de aquel país, para escribir algunas traducciones del Testamento, adoptó un alfabeto debido á Misrob, maestro de Moises de Koren, que escribió la historia de aquella nacion (1).

La Georgia sometió el vigor de sus hombres y la belleza de sus mujeres á la humilde pureza de la cruz; pero sin que perdiesen por esto sus hábitos feroces y desordenados, en virtud de los cuales el padre vendia á sus hijos, el rey á sus súbditos, el sacerdote á sus fieles.

Del mismo modo habia penetrado el Cristianismo en la Iberia, en Etiopia, en la India, en la Abisinia (2); y antiquísimos escritos cristianos nos hablan de Simon de Cirene, é historias admirables y piadosas inauguran por todas partes las predicaciones y la conversion.

Un sueño, un augurio, la relacion de un milagro, el ejemplo de un sacerdote ó de un héroe, los atractivos de una piadosa consorte, la vista de una pintura, el éxito feliz de una súplica ó de un voto elevado al Dios de los cristianos, hacía, con ayuda de la Gracia, cambiar de fe á los conquistadores septentrionales. Las virtudes austeras de los monjes que podrán no ser creí-

(1) *Cod. Teod.* XLIV, *de hær.*
(2) *Ep.* 100.
(3) *Ep.* 153.
(4) « Quis nostrum, quis vestrum non laudat leges ab imperatoribus datas adversus sacrificia paganorum? Et certe longe ibi pœna severior constituta est, illius quippe impietatis supplicium capitale est. » Ep. XCIII, 10. En otra parte sostiene que es mejor que algunos sean atormentados en este mundo, que no ardan todos en el infierno; de lo cual se arrepintió despues.

(1) Whiston, *Vorrede zu Mosis Chorenensis historia armenica*, 1736.
Schroeder, *Thes. ling. armenicæ.*
(2) De las relaciones de los emperadores orientales con la Abisinia, es un singular monumento una inscripcion encontrada hace poco por Salt en Asso, en la Abisinia, puesta por Aizana, rey de los Asamitas y de los Homeritas, entre el año 329 y el 356 en conmemoracion de la victoria ganada por su hermano Sayazana sobre los rebeldes Bongaitas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

das por los siglos cultos, pero de las cuales no podrán reirse, eran oportunísimas para alentar y arrebatar la varonil fantasía de los Bárbaros, á quienes admiraban tambien la solemnidad del culto, el valor y la caridad de los obispos y de los sacerdotes, la influencia de una religion que podia imponer tales sacrificios.

433. Los Borgoñones, acosados por los Hunos y desconfiando de todo humano socorro, admitieron de comun acuerdo la fe cristiana; tres mil fueron bautizados en un dia por un obispo galo; y creyeron ver los efectos de esta accion en la derrota que causaron á Octar, tio de Atila (1). No consta en qué tiempo penetró el Cristianismo entre los Vándalos, Suevos y Longobardos. Á la otra parte del Rhin y del Danubio no se enviaron misioneros ántes del siglo v. Algunos prisioneros cogidos en el Asia Menor llegaron á convertir á varios de sus señores y á establecer entre ellos una iglesia grosera y ambulante, la cual envió al concilio de Nicea al rudo obispo Teófilo. De uno de estos prisioneros descendia Ulfila, que, criado entre los Godos, pudo adaptar á su capacidad los dogmas generales de la
376? fe y de la moral revelada. Patricio, que fué llevado á Irlanda como esclavo á los diez y seis años, aprendió la lengua y las costumbres de
372-460? este país; conducido despues á la Galia por los corsarios, entró en el convento de Marmontier; y ordenado de sacerdote en Italia, y por último de obispo, fué enviado á convertir la Irlanda por el papa Celestino.

Tampoco faltó entre los Bárbaros el bautismo de sangre. Miéntras que entre los Godos abrazaba Fritigerno el Cristianismo que le habia predicado Ulfila, Atanarico le rechazó soberbiamente, y sacando el sagrado carro de Hermensul, le llevó en procesion por las calles; y todo el que negaba homenaje al ídolo de sus padres, era inmediatamente entregado á las llamas con su familia y tiendas.

Desgraciadamente fueron arrianos los primeros predicadores de los Bárbaros; de modo que debieron de maravillarse estos cuando habiendo admitido de buena fe aquella que creían verdad celestial, oyeron decir que estaban en el camino de la perdicion (2). De aquí nació una excision entre ellos mismos, y por sugestion de los arrianos, Genserico y mas aun su hijo Unerico, derramaron sangre de católicos; ni cesaron las disensiones en África ni España, hasta que los Árabes vinieron á aprovecharse de ellas para sujetar al Coran á aquellos que no habian sabido vivir tranquilos en el Evangelio.

Lo que los Árabes hicieron en Asia, acaso lo hubieran hecho los Septentrionales en Europa, si no hubiera sido por la oposicion que encontraron en los ministros del Cristianismo, los cuales, unidos entre sí por la santidad y por una inmutable dependencia, amenazaron con el infierno á unos hombres que no temian nada en el mundo, y los obligaron primero á practicar la exterioridad del culto, desde donde pasaron despues á conocer el fondo de la religion. Con esto se verificó un cambio notable en la condicion moral y política de los Bárbaros. Aprendieron el uso de las letras, como necesario en una religion de preceptos escritos; y estudiando las verdades divinas, adquirieron conocimientos acerca de la historia, de la naturaleza y de la sociedad. Ulfila dió á sus Godos un alfabeto para trasladar á su lengua la Sagrada Escritura (1); y estas traducciones facilitaron las conversiones, y aficionaron al clero á buscar la liturgia y los escritos de los Santos Padres en las lenguas griega y latina, trasmitiendo así viva la antorcha de las bellas letras. Viendo despues que se hallaban unidos en comunion de creencias y en fraternidad espiritual con todos los Cristianos, aprendieron á observar los tratados de alianza, á ser ménos crueles en las guerras y á respetar las instituciones del imperio que destruían.

Paganismo. No obstante, las huellas del paganismo subsistieron por largo tiempo aun en los países convertidos. No hablo de la Italia ni de Roma, en donde lo hemos visto invocado en socorro de la ciudad amenazada por Alarico, y donde mucho tiempo despues Gregorio Magno tuvo que condenar los ídolos y árboles profanos que todavía existian en Terracina (2), y el celo de los papas hubo de emplearse en extirpar las ceremonias gentílicas.

En Cerdeña (3), en Córcega, y en otras islas, se conservaban estas ceremonias entre los rústicos. Los concilios de Letran, de Árles y de Nántes reprobaron el culto de los árboles y de las fuentes consagradas á los demonios é idolatradas por el vulgo. En la tercera provincia Lugdunense el culto druídico se prolongó hasta fines del siglo IV, en que los jefes de la nacion

(1) Sozoménes, *Hist. eccles.* VII, 30. — Sigeberto, *Chroicon ad* 435.

(2) Salviano parece excusarlos : « Hæretici sunt, sed non scientes; veritas apud nos est, sed illi apud se esse præsumunt. Errant ergo, sed bono animo errant. Qualiter pro hoc ipso falsæ opinionis errore in die judicii puniendi sint, nullus potest scire nisi Judex. » *De guber. Dei*, V.

(1) El fragmento mas importante de la version de Ulfila, es de ciento ochenta y ocho hojas en 4º, escrito en letras mayúsculas de oro y de plata en pergamino purpúreo, y por esto se llama *Codex argenteus*. Gregorio de Tours dice : que cuando Childeberto tomó á Narbona el año 631, encontró veintitres libros de Evangelios en una caja de oro, guarnecida de piedras finas. De esta copia precisamente se supone que formó aquel fragmento, el cual perteneció á la abadía de Werden en Westfalia, de donde fué llevado á Praga durante la guerra de los Treinta Años. En la toma de esta ciudad lo encontró el conde de Königsmark, y lo envió á Cristina, reina de Suecia, y siete años despues Isaac Vossio lo llevó consigo á Holanda, desde Stocolmo, no se sabe con qué derecho. Magno Gabriel, conde de la Guardia, lo compró, y haciéndolo encuadernar en plata maciza, lo regaló en 1669 á la universidad de Upsal. Permaneció inédito hasta el año 1825 en que Zahn lo publicó. En la Biblioteca de Vollenbütiel se encuentra otro fragmento que contiene la epístola á los Romanos. El cardenal Maj descubrió algunos restos mas en la biblioteca Ambrosiana de Milan en 1817; y acerca de ellos hizo preciosas investigaciones el conde Octavio Castiglioni.

(2) Gregorii. *Epist. ad episc. Terrac.*

(3) *Accidit quia ipsos rusticos quos habet ecclesia tua, nunc usque in infidelitate remanere, negligentia fraternitatis vestræ permisit.* Greg., *Ep.* ad Januarium episc. calar.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

decretaron en asamblea que cesase. Sin embargo, en el siglo siguiente tomó su defensa el archidrúida Merlin, cuyas profecías fueron veneradas en las dos Bretañas, y despues celebradas en los romances caballerescos. Childeberto, á mediados del siglo VI, tuvo que dar un decreto contra las prácticas del gentilismo en el reino de Paris (1) : en el año 589 se mandó en el tercer concilio de Toledo á los sacerdotes, jueces y señores, que buscasen á los paganos y los reprimiesen severamente, porque este sacrilegio estaba muy difundido por España y la Galia Narbonense (2). Por mas tiempo todavía duraron las prácticas idólatras en los valles de los Álpes y en las selvas germánicas, de tal suerte que, al fin del siglo VIII, fueron necesarios todo el celo de los nuevos apóstoles y las victorias de Carlo Magno para extirparlas.

Monjes.

En una sociedad gangrenada por el ocio, por la corrupcion y por las desgracias, eran muchos los que abrazaban la vida monástica para apartarse de un mundo que no ocupaba su actividad, que repugnaba á su razon, y acumulaba los padecimientos. Este fervor en servir á Dios por Dios, era consiguiente á vocaciones no impulsadas por cálculos ó miras domésticas (3) como las que despues poblaron los monasterios de hombres aburridos y adocenados. San Jerónimo, que sin embargo por su religioso entusiasmo y viva imaginacion tanto tenia de oriental, describe reprendiéndoles juiciosamente los excesos de los monjes asiáticos : « Los hay que, por la » humedad de las celdas, los desmedidos ayu» nos, la pesadumbre de la soledad, y el exceso » de lectura..... caen en la hipocondría y mas » que de nuestras amonestaciones tienen ne» cesidad de la ciencia de Hipócrates..... Yo he » visto personas de ambos sexos, cuyo cerebro » se habia alterado por la excesiva abstinencia, » principalmente los que habitaban en celdas » húmedas y frias, hasta el punto de no saber » qué hacer, ni cómo estar, ni qué cosa decir ó » callar (4). » Pero tan pronto como la paz dejó que se aflojase este celo, se introdujeron humanas pasiones entre ellos, y los monjes, despues de haber renunciado al mundo para consagrarse á Dios, volvian otra vez al mundo, intrigando y perturbando la sociedad ; por lo cual los emperadores tuvieron que prohibir á los anacoretas la entrada en las ciudades.

El mismo San Jerónimo clama en algunos pasajes contra su ambicion : « He visto hombres » que habiendo renunciado al siglo tan solo de » nombre, no han cambiado en realidad su an» tiguo género de vida. Sus riquezas, léjos de » disminuirse, se aumentan; tienen igual cohorte » de esclavos, igual pompa de convidados ; co» men en pobres platos de barro, y entre en» jambres de esclavos, se hacen llamar solita» rios (1)..... Huye del mismo modo de aquellos » que veas cargados de cadenas con barba de » macho cabrío, manto negro y piés descalzos á » pesar del frio : entran en las casas de los » nobles, engañan á pobres mujercillas llenas » de pecados, fingen tristeza, y entregados en » la apariencia á largos ayunos, se resarcen por » la noche comiendo á escondidas (2). »

En otro lugar dice : « Me sonrojo al decirlo. » Desde el interior de nuestras celdas condena» mos el mundo ; envueltos en el saco, y cu» biertos de ceniza, juzgamos á los obispos. » ¿Por qué este orgullo de rey bajo la túnica » de un penitente?.,. La soberbia se insinúa fá» cilmente en la soledad, el que ayuna un poco » y no ve nadie, ya se cree una gran cosa ; olvida » lo que es, de dónde viene, adónde va, y su » corazon y su lengua vagan por todas partes. » Contra la voluntad del Apóstol juzga á los » siervos ajenos, lleva la mano adonde le in» vita la gula ; duerme cuanto quiere ; se consi» dera superior á todos ; vive con mas frecuencia » en la ciudad que en su celda, y aunque se hace » el modesto entre sus hermanos, en las plazas » públicas choca con todos los pasajeros. »

Estas palabras del mas fervoroso de los Santos Padres nos indican, que en Occidente no estuvieron mirados los monjes con tal devocion que se cubriesen sus extravíos ó se imitasen ciegamente sus ejemplos. Ya fuese por los muchos restos del paganismo, ya porque los caractéres positivos están ménos dispuestos á la exaltacion ascética, los monjes fueron mal mirados en Occidente; y sin hablar de las groseras injurias contadas contra ellos por Rutilio Namaciano, en Africa, y especialmente en Cartago, cuando se presentaba uno de aquellos hombres pálidos y rasurados, el pueblo le seguia llenándole de injurias y maldiciones (3). Habiendo muerto en Roma Blesila, devota jóven, y diciéndose que era del mundo ayunar, gritaba el pueblo : *¿Y cuándo arrojaréis de la ciudad esa detestable raza de monjes? ¿por qué no los apedreamos? ¿por qué no los echamos al rio* (4)?

Por tanto, aun cuando en Occidente se introdujo tambien la vida monástica, y se imitó al Oriente, al cual los antiguos iban á buscar una ciencia orgullosa y oculta todavía, no se procuraba tanto el aislamiento, la contemplacion, el apartamiendo de la sociedad cuanto el vivir orando en comun, y el gozar de la conversacion devota; no tanto la maceracion del cuerpo y el silencio como la discusion, el estudio, la actividad.

Algunos creen que San Atanasio fué el pri-

(1) BOUQUET, t. IV, *Childer. const. de abolendis reliquiis idolatr.*

(2) *Quoniam per omnem Hispaniam sive Galliam (Narbonensem), idolatriæ sacrilegium inolevit. Delect. Concil.* t. II, p. 402.

(3) Véase mas arriba, pág. 506; y en la nota E las alabanzas que San Juan Crisóstomo da á la vida monástica.

(4) *Ad. Rust. ep.* 95. *Ad. Demetr. ep.* 97.

(1) *Ad. Rust. ep.* 95.
(2) *Ad. Eustochium, ep.* 18.
(3) SALVIANO, *De gub. Dei*, VIII, 4.
(4) S. JERÓN., *ad Paulam, ep.* 22.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mero que introdujo en Roma los cenobitas hácia el año 390; pero Milan, Verona, Aquilea, pretenden haber tenido los primeros monasterios, San Agustin los encontró ya en Milan (1), y Martin de Tours residió algun tiempo en uno de ellos (2). Este prelado, despues de su regreso á la Galia, fundó la comunidad de Ligugé junto á Poitiers, y allí el convento de Marmoutier (*Majus monasteriun*), y disciplinó á los muchos ermitaños esparecidos en las grutas y entre las ruinas de los templos, á orillas del Vienne y del Loira, mil de los cuales se reunieron para hacerle las exequias. Casiano, testigo del rigor de los monjes de Oriente, despues de la muerte
409. de Crisóstomo, se retiró á la Provenza, fundó dos monasterios en Marsella, y se dice que tuvo en su regla hasta cinco mil entre hombres y vírgenes, cuya vida describió á instancia de Cástor, obispo de Apt. Pero en la Galia, el monasterio mas famoso fué el de Lerin (3), fundado hácia el año 420 por San Honorato, adonde las iglesias iban á porfía á buscar sus pastores, y de donde sin hablar de los demas salieron Salviano y San Patricio (F).

En el siglo v empezaron los monjes á tomar parte en las funciones clericales, y se hicieron ordenar de sacerdotes, sin que por esto mudasen de estado. Este cambio encontró algun obstáculo en el concilio de Calcedonia (4), y Leon Magno se opuso abiertamente á él (5), pero en breve comprendieron los obispos las muchas ventajas que podrian sacarse de esta fervorosa milicia; por lo cual le fué abierto el santuario, y posteriormente el concilio de Nicea dió á los abades el derecho de conferir las órdenes menores en sus propios conventos.

Canónigos. Al mismo tiempo que los monjes se aproximaban á los clérigos, los clérigos de muchas iglesias episcopales, á imitacion de los monjes, se unieron bajo una regla uniforme con el nombre de *canónigos*. Fundaron esta institucion San Eusebio de Vercelli y San Agustin : y despues Crodegango, obispo de Metz, escribió las
450. reglas para su vida comun, que se aceptaron por la mayor parte de los cabildos.

Monjas. Desde los primeros tiempos de la Iglesia se conocieron las diaconisas, esposas de los diáconos, ó mujeres de edad encargadas de vigilar en las iglesias la puerta por donde entraban las personas de su sexo al sitio que les estaba destinado. Tenian tambien á su cargo el desnudar á las bautizadas, asistir á las enfermas, cuidar de las muertas, y perfeccionar á las bautizadas (6); pero no pertenecian á la jerarquía eclesiástica, no habiéndoles sido impuestas las manos (1). No obstante, ya en el siglo IV vivian en comun muchas vírgenes en casas particulares, é introduciéndose esta costumbre en Occidente, San Honorato instituyó en San Ciro, sobre el Haveane junto á Marsella, la primera comunidad de mujeres en la Galia; San Cesáreo, obispo, escribió una regla para las monjas (2); y Leon Magno prohibió. que tomasen el velo ántes de los cuarenta años de edad, que hubiesen templado sus pasiones y madurado su razon.

(1) *Conf.* IV, 6.
(2) SEV. SULPICIO. *Vita s. Martini*, IV : *Medionali sibi monasterium statuit.* Y Paulino Petricordio, dice, I :

. . .Constructa statuit requiescere cella
Heic ubi gaudentem nemoris vel palmitis umbris,
Italiam pingit pulcherrima Mediolanus.

(3) « Les monastères de Lerins et de Saint-Victor, alors le refuge des hardiesses de la pensée. GUIZOT, *Civil. en France*, lect. V.
(4) *Cánon* III, 4.
(5) *Ep.* CXIX, 1, 6.
(6) SAN IGNACIO, *ep.* 12.

CAPÍTULO XIX

Disciplina y Ritos.

Arreglada la jerarquía é introducida en la vida civil, no era posible que la Iglesia conservase la pobreza apostólica; pero con esta perdió mucho de la primitiva fervorosa pureza y tambien de la independencia. Al principio el clero no vivia mas que de las ofrendas hechas en el altar, dividiéndolas con los pobres; y solo despues de Constantino las iglesias y las comunidades religiosas pudieron tener jurídicamente propiedades inmuebles y aceptar legados. El mismo Constantino dotó con pingües asignaciones la basílica de los Santos Apóstoles; á otras muchas se dieron los bienes que habian servido ántes para el culto pagano, y á otras se adjudicaron terrenos comunales : de modo que no hubo una catedral que no poseyese. Así como antiguamente no se hacía testamento sin dejar algun legado al emperador, del mismo modo los Cristianos querian dejar todos á la Iglesia un testimonio de su piedad : esto era tambien una protesta contra la antigua creencia de que todas las cosas pertenecian al Estado, miéntras los Cristianos consideraban como único dueño de todo á Dios.

No siempre fué prudente la piedad de los particulares, desheredando algunos hasta á sus parientes necesitados para asegurarse los sufragios de las iglesias (3); tanto que Valentiniano I prohibió al clero que recibiese legados de mujeres; y despues le quitó la facultad de heredar á los sacerdotes y monjes; por lo cual decia San Jerónimo que no se dolia de esta medida sino de que el clero la mereciese. Los Padres clamaron á porfía contra los abusos, y especialmente San Juan Crisóstomo; y San Agustin rehusó muchas donaciones hechas á su Iglesia.

Los emperadores prohibieron á los sacerdotes

(1) *Conc. Niceno.* cán. 19.
(2) BOLLANDO en el 12 de enero.
(3) En esto concuerdan un acérrimo pagano y un cristiano devoto. Zósimo VIII, 11 y 12, llama á los monges « homines parum reipublicæ utiles, qui, dum omnia se cum pauperibus communicare dicunt, plerosque ad paupertatem redigunt. » Prudencio canta:

Successor exhæres gemit,
Sanctis egens parentibus;
Hæc occuluntur abditis
Ecclesiarum in anaulis,
Et summa pietas creditur
Nudare dulces liberos.

Peri Stephanon.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que dispusiesen en testamento de los bienes adquiridos, porque podian, llevados por un sentimiento carnal, dejar á sus parientes ó distraer á otros objetos los bienes recibidos para el servicio de la Iglesia, y verse obligada la piedad á hacer nuevas dotaciones. ¿ Y qué se siguió de esto? Que los bienes de los eclesiásticos se aumentaron desmesuradamente, adquiriendo siempre sin enajenar nunca; así que pudo muy bien decir el prefecto Pretestato : *Hacedme obispo de Roma y me hago Cristiano.*

Verdad es que aquellos tesoros eran un fondo de socorro para los pobres, para erigir iglesias, aumentar el esplendor del culto y sostener á los párrocos en pobres y remotas regiones. Ademas las elecciones de los sacerdotes y de los obispos se hicieron mas independientes de los legos, cuando ya no fué menester vivir de sus limosnas.

Así se disminuyó la intervencion de los legos en las cosas eclesiásticas, y se fué olvidando la costumbre de pedirles permiso para ordenar un sacerdote, aunque siempre se publicaban los nombres para que se opusiera el que supiese algun impedimento. Habiendo declarado el concilio de Nicea que para que fuese legal la eleccion de un obispo eran necesarios el consentimiento y la presencia de los demas de la provincia, la pluralidad de estos vino á hacer inútiles los nombramientos de las asambleas; y el pueblo, conociendo que no le quedaba mas que la apariencia, abandonó la intervencion que en estas cosas habia tenido (1).

No fué siempre regular la eleccion de los obispos. Ya hemos visto cómo fué elegido Pauliniano (2); en la asamblea reunida en Milan, para dar un sucesor á Ausencio, se presentó el gobernador con el objeto de mantener el órden y fué aclamado obispo. En Chalons, á la muerte del obispo Paulo, se suscitaron facciones para elegir al sucesor, y entónces los dos obispos Paciente de Leon y Eufronio de Autun cogieron á un tal Juan, clérigo de fama no muy grande pero inmaculada, y le consagraron casi por sorpresa (3). Y los habitantes de Boúrges encomendaron la eleccion á Sidonio Apolinar.

Clero.

Al principio los sacerdotes y los obispos no se diferenciaban en el vestir de los seglares, tanto que San Ambrosio, obispo, algunas veces era tenido por su hermano Sátiro, seglar (4). El vestido talar y el manteo que los sacerdotes usan todavía hoy, eran el traje de los filósofos y de los que no gastaban lujo : el único distintivo fué el cortarse el pelo, dejándose solo los Latinos una corona, y los Griegos un mechon en figura de cruz (1). Para la celebracion de los ritos sagrados tenian reservados hábitos propios (2), es decir, la casulla ó planeta, manteo redondo, cerrado todo, ménos hácia la cabeza.

Despues los eclesiásticos tomaron hábito diferente, esto es, mas adornado que el comun, y Carlo Magno el año 793 mandó á los condes que tratasen como legos á los clérigos que hallasen vestidos de seglares. No fué de rigor, sin embargo, el color negro hasta despues del siglo XIII (3). Los sacerdotes fueron tambien ex-

(1) Pero no de un golpe : y aun en el siglo VI encontramos todavía algunos pueblos que tenian parte en la eleccion; y Justiniano mandó que los principales de la ciudad fuesen consultados en esto. *Nov.* CXXXVIII, 2.

(2) Pág. 509.

(3) Carta de Sidonio Apolinar, IV, 25.

(4) *In obitu Satyri oratio*, número 38. El papa Celestino, *ep.* 2, dice, que ni aun los obispos tenian un traje particular. Véase mas arriba pág. 511.

(1) El IV concilio cartagines mandó que ningun clérigo se dejase crecer el pelo ni se afeitase la barba; pero fué muy poco observado este cánon. Dicen que la tonsura se deriva de los Nazarenos, que en señal de particular devocion se quemaban parte de los cabellos : *concil. de Aquisgr.* en tiempo de Ludov. Pio c. 1; ISIDORO de Sevilla, lib. 1. *De off. eccl.* c. 4, y en el capítulo XVIII de los *Hechos de los Apóstoles*, se hace mencion de Priscila y Aquila que por voto se habian cortado el cabello (*). Pero ademas de que los Nazarenos solian al contrario llevar el pelo crecido como Sanson, no es probable que en tiempos de persecucion se quisiese usar un distintivo tan á la vista.

(2) *Religio divina alterum habitum habet in ministerio, alterum in usu vitaque communi.* S. JERON, *in Ezech*, c. 44. Landolfo el mayor (*Hist. de Milan*, lib. II, 55) hablando del arzobispo Heriberto, dice que en su tiempo ninguno se atrevía á entrar en el coro sin la toga blanca (¿el alba?) ni sin haberse cubierto la cabeza con el capuz de la muceta, esto es, con la sobrevesta roja que entónces tenian los eclesiásticos. La muceta, manto que caía sobre la espalda, ó prendido al pecho, se llevaba por los Romanos primero como vestido militar, y fué adoptada despues tambien por los ciudadanos para guardarse del frio y de la lluvia, con cuyo objeto tenia un capuz ó capucha. Sobre los vestidos sacerdotales, véase *Annales Archéolog.* 1844, p. 61; 1845, p. 125.

(3) El concilio de Maguncia en 813 manda á un sacerdote que no coma nunca en público sino con la estola al cuello. Landolfo (*loc cit.*) cuenta tambien que en tiempo de Heriberto, ningun clérigo se atrevía á usar modas seglares en la muceta, en los vestidos ni en el calzado. El color negro no era muy usado por el clero de Normandía; y Giulini en el año 1203 pone el testamento de un sacerdote que lega en herencia á varios individuos sus hábitos, de los cuales ninguno es negro, excepto el birrete. Sabemos sin embargo que los sacerdotes milaneses cuando oficiaban, llevaban capa negra, y roja los canónigos ordinarios. En 1211 se prohibió al clero por un sínodo milanes presentarse en público sin la capa ó sin el alba ú otro vestido redondo y cerrado; fueron tambien prohibidos los zapatos con lazos, las mangas, las moscas (adornos que bajaban desde el cuello al pecho), las guarniciones en la túnica y las capas con mangas; mandóse tambien que los ordenados llevasen vestidos redondos no abiertos, no vestidos amarillos ni verdes (¿y las de otro color?) ni pieles de gineta (**). Por el mismo pasaje sabemos que los clérigos recibian la tonsura en aquella iglesia ó altar cuyo título tenian. Tambien se prohiben á los monjes los banquetes, los dados, los juegos de azar, la caza, los perros, el tráfico, la usura, el tener compadres y comadres, el ir á los baños, el llevar birretes ú otra cosa en la cabeza á no ser la cogulla. Un concilio provincial del siglo siguiente prohibió los hábitos rayados ó listados con cintas y botones de plata ó metal, y las capuchas de legos. El concilio

(*) No fueron Priscila y Aquila, segun dice el autor, las que se cortaron el cabello por voto, sino San Pablo : « Paulus verò cùm adhuc sustinuisset dies multos, fratribus vale faciens, navigavit in Syriam (et cum eo Priscilla et Aquila) QUI sibi TOTONDERAT in Chenchris caput, HABEBAT enim votum. » *Hechos de los Apóst.* c. 18, v. 18). El relativo *qui* no hace nunca relacion á lo que está dentro del paréntesis, y los verbos *totonderat* y *habebat* en singular indican que fué San Pablo el que hizo el voto y se cortó el cabello.

En el cap. 24, v. 24, tambien se hace mencion de esto, aconsejando los ancianos á San Pablo que se santifique con otros cinco, pagándoles para que se rasuren la cabeza. — « Sanctifica te cum illis; et impende in illis ut radant capita. »

En cuanto á los Nazarenos, segun el cap. VI, v. 5, 9, 18, se dejaban crecer el cabello por voto hasta el dia de la consagracion, en que se le cortaban, y le ofrecian al Señor quemándolo.

(*N. del T.*)

(**) En el Blason se llaman *Veros*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cluidos de ciertas profesiones, despues de todos los cargos escolares, y luego obligados al celibato, ley antigua, que adquirió mas vigor con el tiempo, y se adoptó casi universalmente. El concilio de Calcedonia (451), prohibió que uno solo poseyese diversos beneficios, usando aquí una palabra que se introdujo posteriormente.

Á principios del siglo v gloríabase Roma de poseer veinticuatro iglesias y sesenta y seis sacerdotes: ¡tan escaso era el clero! por lo cual no es de extrañar el gran cuidado que se tenia de que nadie se ordenase fuera de su diócesis, y de que ningun sacerdote abandonase la suya ni viajase sin licencia del ordinario. (*Litteræ dimissoriæ.*) El referido concilio de Calcedonia declaró sacrílego al que se saliese de la sagrada milicia despues del voto, á cuya pena Justiniano añadió la de confiscacion de bienes en favor de la Iglesia abandonada.

Parroquias.

Habiendo cesado los coro-epíscopos, se nombró un sacerdote perteneciente al clero episcopal para que cuidase de los habitantes del campo; uníanse várias aldeas bajo una Iglesia llamada *titulo*, los miembros se llamaban plebe (λαὸς) y plebanos los curas (*curiones*), á quienes los obispos dejaban las oblaciones de cada iglesia, cuidando de que no aumentasen esta contribucion ni distrajesen su importe (1). No habia en la ciudad mas que una sola iglesia para decir misa, y cuando la afluencia de gente era muy extremada, se celebraban dos: hubiera sido considerado cismático el clérigo que hubiese formado una reunion de fieles separada del obispo. Roma, Alejandría y quizá alguna otra gran ciudad tenian muchas parroquias, pero los sacerdotes de estas no consagraban, y solo administraban la Eucaristía consagrada por el obispo. Cuando en las ciudades episcopales se tuvieron que fundar parroquias, las iglesias quedaron divididas en catedrales y parroquiales. Los plebanos no excomulgaban ni absolvian, era privilegio de los obispos el consagrar el pan y el vino; pero la incomodidad que causaba el tener que mandar á todas las parroquias el pan y el vino consagrado, hizo que se extendiera esta facultad á los plebanos, que por último administraron tambien otros sacramentos, excepto el órden, el bautismo y la absolucion en algunos casos. La cura de almas extendió su potestad á todos los intereses espirituales de la Iglesia; y siendo su institucion de derecho divino, los curas no podian ser privados de su cargo sino por sentencia judicial.

El nombre de arcipreste se halla por primera vez en San Jerónimo; y por lo comun era el mas anciano quien desempeñaba este cargo y ejercia las funciones de vicario general. Los archidiáconos eran el brazo derecho del obispo, administraban los bienes de la Iglesia, distribuían las limosnas, y presentaban á los ordenandos. El defensor en la Iglesia griega, sacerdote ó lego, debia defender á los eclesiásticos en los tribunales civiles. La Iglesia latina en el siglo IV tenia diáconos, subdiáconos, acólitos, lectores, exorcistas y ostiarios; la griega hipodiáconos, lectores, cantores, exorcistas, ostiarios, hermenáuticos y sepultureros. (Véase la página 505.)

Jurisdiccion eclesiástica.

Arreglada de este modo la jerarquía, se prescribieron los deberes y honores anejos á cada dignidad y la jurisdiccion correspondiente. Los papas, derivando su autoridad de Dios, eran inviolables; sin embargo, algunos concilios quisieron censurarles como podian hacerlo con los patriarcas los concilios ecuménicos, y los nacionales y provinciales con los obispos. Los Padres reunidos en Cartago pidieron al papa Celestino I que no recibiese en la comunion á los obispos que ellos habian separado, diciendo que el concilio de Nicea habia remitido al fallo de los concilios provinciales las causas de los obispos y sacerdotes.

Obispos.

Segun parece, al principio no habia diferencia entre los obispos, ni dependian mas que de la sede romana. Pero habiendo las persecuciones demostrado la necesidad de estrechar los vínculos de la sociedad externa, se agregaron las comunidades del campo á las de las ciudades, y se formaron las diócesis. Los coro-epíscopos ú obispos del campo desaparecieron, habiendo mandado el concilio de Laodicea (366) que no se diesen sucesores á los que muriesen, y que los existentes dependiesen de los diocesanos. De este modo se concentraba en estos la autoridad; pero en compensacion el concilio de Antioquía (341) y el de Sárdes (347) les impusieron la obligacion de residir en su diócesis, sin poder ausentarse de ella por mas de tres semanas. Debian ademas visitar la diócesis, en lo cual se unia el interes de las almas al material, porque visitando las iglesias del campo, recogian las oblaciones depositadas durante el año. Comparándose despues el obispado á un matrimonio, se le aplicó la ley del divorcio, prohibiéndose la traslacion de una Iglesia á otra, cuando no lo exigiese el bien universal (1); recurso de que se echó mano á fin de quitar las disensiones y la ambicion de obtener mejores puestos.

Para aumentar la fuerza con la union, los obispos de las diferentes iglesias se unian al de

provincial milanes del año 1250 manda que los prelados lleven sobre la sotana un vestido cerrado, y no capas con mangas cuando estén fuera de la cátedra; y que no tengan frenos, ni sillas, ni espuelas, ni otra cosa dorada, plateada, azulada, ni clámides como los seglares, con pieles, ni tabardos abiertos ni cerrados, ménos cuando tengan que cabalgar. Últimamente se les prohibió que usasen paños verdes, mangas rojas, zapatos cosidos, cuellos abotonados, aunque se les dejó el uso de capas negras ó de otros colores oscuros. — GIULINI (*ad annum*). — ¡Qué fácil es mandar y prohibir!

(1) Los antiguos llamaban párroco al que proveía de sal y leña á los legados de los Romanos en las provincias, de παρέχω *præbeo*.

Proxima Campano ponti quæ villula, tectum
Præbui, et parochi, quæ ebent, ligna salemque.
HORAC... *Sat.* v. 1.

Quizá fueron llamados párrocos los Cristianos destinados por los obispos á suministrar á la plebe lo necesario

(1) La traslacion voluntaria prohibida se llamaba *metabásis*, la permitida *metátesis*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la ciudad mas ilustre por sus mártires ó por fundaciones apostólicas, el cual se intitulaba metropolitano ó arzobispo (1), y se distinguia con el palio, que era una estola estrecha, que caía sobre el pecho y la espalda. No les excedia en autoridad espiritual, pero convocaba á concilio á los obispos de la provincia, que por esto se llamaban sufragáneos; les consagraba ántes que empezasen á ejercer sus funciones, revisaba sus decisiones y vigilaba por la conservacion de la fe y de la disciplina en toda la provincia (2). Obedecian al metropolitano de Roma los obispos de las diez provincias suburbicarias; al de Alejandría los obispos de Libia y de Egipto; al de Antioquía los de Oriente; y al de Éfeso los del Asia Menor : y el esplendor de la ciudad en que tenian su sede se reflejaba sobre estos prelados.

Cuando moria un obispo, el metropolitano designaba un sacerdote para administrar la diócesis en sede vacante, el cual fijaba un dia en que se reuniesen los otros obispos. En presencia de estos el clero proponia, y la asamblea de los decuriones y del pueblo elegia el sucesor; pues la Iglesia conservó las elecciones populares al mismo tiempo que se perdian en todo el mundo. El nombramiento, sin embargo, no era legal hasta que lo aprobaban los sufragáneos de la provincia, y lo confirmaba el metropolitano. La autoridad temporal no se mezcló en las elecciones sino posteriormente y en las ciudades en que residia el príncipe.

El obispo, por lo general, era elegido entre los legos ó sacerdotes, bautizados y educados en la misma Iglesia, de modo que conociese á sus ovejas y estas á él. No debia haber tenido mas de una mujer; y debia gozar fama de honrado, de modelo de padre de familia, y de hombre sin mancha aun entre los paganos. No se miraba para nada la condicion, sino la necesidad particular; procurando todos elegir un varon docto y elocuente para las ciudades, sencillo y afable para el campo, y hasta guerrero para las diócesis que tenian necesidad de defensa, de edad ya madura por lo general, y algunas veces probado con el martirio. El cuarto concilio de Cartago determinó las cualidades necesarias para ser obispo. Este debia ser por naturaleza prudente, dócil y de blandas costumbres; casto de vida, sobrio y atento á sus negocios; humilde, afable, misericordioso, instruido en letras y en la ley de Dios, práctico en el sentido de las Escrituras, ducho en los dogmas eclesiásticos, y principalmente en explicar la fe con palabras claras y sencillas (1).

Muchos se eximian de esta carga diciendo que eran indignos; se ocultaban en los desiertos para evitar su nombramiento, y hasta morian de temor. Géres, pequeña ciudad de Egipto, á siete millas de Pelusio, nombró obispo á Nilammon, que vivia en una celdilla cuya puerta habia tapiado. Resistíase este á todas las súplicas, y habiendo ido en persona á instarle Teófilo, obispo de Alejandría, le respondió : *Mañana, padre mio, haré lo que queráis.* Volvió al dia siguiente, y Nilammon le respondió desde el fondo de su gruta : *Oremos primero.* Estuvieron orando todo el dia, y por la noche llaman á la ermita y no responde : quitan las piedras y le encuentran muerto.

El principal cuidado de los obispos era destruir las reliquias del paganismo, y conservar la fe libre de las herejías; pero la condicion de aquellos miserables tiempos les obligó á tomar sobre sí el peso de que huían las debilitadas autoridades temporales. El obispo entónces llegó á serlo todo : bautizaba, confesaba, imponia penitencias públicas y privadas, fulminaba y levantaba la excomunion; visitaba enfermos; hacía sufragios por los muertos; rescataba prisioneros; alimentaba pobres, viudas y huérfanos; fundaba hospicios y hospitales; administraba los bienes de su clero; hacía de árbitro y de juez de paz; publicaba tratados de moral, de disciplina y de teología; sostenia controversias con los herejes y filósofos; estudiaba las ciencias y la historia; respondia á las consultas de otros obispos, de Iglesias, de monjes y de particulares; asistia á los concilios; recibia embajadas; iba á calmar á los Bárbaros ó á los usurpadores; reunia por último en sus manos el poder filosófico, político y religioso.

No pudiendo Constantino cambiar el antiguo órden de cosas por medio de las leyes, acudió tambien al medio de la persuasion, aumentando la autoridad de los obispos como tutores de los débiles y árbitros de las diferencias; y así principió la jurisdiccion eclesiástica. La veneracion al clero daba á este una influencia natural sobre el pueblo, de modo que los obispos empleaban todo el dia en decidir disputas; y hasta los paganos recurrian á sus decisiones. Las sentencias de los obispos, libres de las fórmulas jurídicas, restablecian el derecho sobre las bases de la razon y la equidad, teniendo mas en cuenta la buena fe que la estricta palabra, mas los preceptos religiosos y morales que los civiles, y extinguiendo el espíritu contencioso con la caridad y la verdad. El obispo, como patrono de los débiles, se interponia entre el señor y el esclavo, entre el padre y el hijo, corrigiendo

(1) El cánon 9 del concilio de Antioquía del año 264 dice : « Per singulas regiones convenit episcopos nosse, metropoli- » tanum episcopum sollicitudinem totius provinciæ gerere. »

(2) La edicion árabe del concilio Niceno, en el cánon 29, nos ha conservado esta noticia importante de la jerarquía, á lo ménos en Oriente. « Consideret patriarcha quæ archiepiscopi et episcopi ejus in provinciis suis faciant; et si quid reperiat secus quam oporteat factum, mutet et disponat ut sibi videbitur, siquidem ipse est pater omnium. Et quamvis est archiepiscopus in episcopos tamquam frater major qui curam habet fratrum suorum, et ei debent obedientiam quia præest, et tamen patriarcha loco patris, sub cujus dominatu ac potestate sunt filii ejus. »

(1) « Qui episcopus ordinandus est, antea examinetur si natura, si prudens, si docibilis, si moribus temperatus, si vita castus, si sobrius, si semper suis negotiis cavens, si humilis, si affabilis, si misericors, si litteratus, si in lege Domini instructus, si in Scripturarum sensibus cautus, si in dogmatibus ecclesiasticis exercitatus, et ante omnia, si fidei documenta verbis simplicibus asserat. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

las iniquidades legales (1). Estando los gobiernos municipales abandonados por los decuriones, los tomaban los obispos y los sacerdotes, como que se hallaban donde era necesario vigilar, dirigir y confortar.

La autoridad temporal que tenian no era, pues, una usurpacion; no la habian pedido, no fueron destinados á ella : se presentó la necesidad, y se hallaron prontos á hacerle frente, porque la preponderancia moral les daba el legítimo uso del poder, porque el Cristianismo les daba, no solo el derecho de hacer todo lo que convenia al hombre, sino tambien los medios de llevarlo á cabo.

Ya hemos admirado á los Santos Ambrosio, Juan Crisóstomo, y Agustin. Tambien Teodorico, despues de haber sido rechazado de Narbona, envió á San Oriente, obispo de Auch, á pedir la paz. Germano, obispo de Auxerre, marchó á Árles para tratar de aliviar las desgracias públicas. Hilario de Lerin, á pesar de ser obispo de Árles, continuaba haciendo vida de pobre, caminaba descalzo, en la ciudad recibia por la mañana á todo el que se le presentaba; y el resto del dia trabajaba con sus propias manos en hacer cíngulos al mismo tiempo que dictaba, leía, oía ó hablaba : fabricaba iglesias con mármoles que quitaba de los anfiteatros, vendia los vasos sagrados si era necesario para socorrer á los pobres y redimir cautivos; los dias de ayuno predicaba hasta cuatro horas seguidas, escuchaba la confesion de los penitentes, y evitaba ó reparaba los males de la viciosa administracion. Viendo entrar una vez en la iglesia con sus oficiales al prefecto, que habia sido reconvenido por él várias veces, se dirigió á él en el sermon diciendo que no era digno de escuchar la divina palabra, despues de haber despreciado sus consejos.

Fuero eclesiástico.

Los obispos, como censores naturales, debian conservar la pureza de las costumbres y corregir á los que se extraviasen, segun una jurisprudencia canónica que no hacía distincion de personas. Bajo el despotismo conservaron el importante privilegio de ser juzgados por sus iguales, y ellos juzgaban á los eclesiásticos, que evitaban de este modo el escándalo de un proceso público. Una ley positiva ordenó á los magistrados que ejecutasen las decisiones de los obispos (1); pero en algunas Iglesias era permitido á los sacerdotes apelar al concilio provincial (2).

En cuanto á lo temporal, los Cristianos al principio habian intentado emanciparse de los tribunales ordinarios, temiendo la parcialidad de jueces enemigos de su fe, y huyendo de las fórmulas paganas que acompañaban á los juicios. Como una sociedad de hermanos, sometian sus diferencias á los obispos y á los ancianos, de lo que resultó una jurisdiccion voluntaria y al arbitrio, que Constantino apoyó con sus decretos. Convertidos al Cristianismo los dominadores, no habia razon alguna para alejar del fuero seglar á los Cristianos litigantes; solo la Iglesia no le admitió para sus ministros (3), á quienes concedió Constantino un fuero distinto en los negocios civiles; privilegio que extendió Justiniano á los procesos con los legos, salva la apelacion á los tribunales ordinarios. La jurisdiccion de los obispos era arbitraria ó coercitiva : los emperadores manifestaron que la entendieron en el primer sentido (4); y Justi-

(1) San Juan Crisóstomo, en su admirable oracion *Sobre la dignidad del sacerdocio*, expone todas las cargas que correspondian á un sacerdote, y especialmente á un obispo. Hablando de esto, dice : « La parte relativa al juzgar está llena de infinitas molestias y gran trabajo, y de tales dificultades que ni aun los jueces seglares pueden soportarlas. Porque es muy difícil conocer lo justo, y conocido no violarlo. No solamente hay en esto trabajo y dificultad, sino que hay tambien no poco peligro, pues algunos de los mas débiles metidos en litigios, porque no tengan quien los patrocinase, han naufragado en la fe. Muchos que han sufrido una injuria, odian á los que no les ayudan, igualmente que aquellos de quien la han recibido; ni quieren tener en cuenta el desórden de las cosas, ni la dificultad de los tiempos, ni los límites de la potestad sacerdotal, ni nada semejante; son jueces incapaces de perdon, ni comprenden mas defensa que el que les libren de los males que los oprimen; y el que no puede librarlos, aunque presente mil razones, no evitará el ser condenado por ellos. Y ya que he hecho mencion del patrocinio, no te ocultaré otro motivo de acusacion. Si el obispo no visita las casas todos los dias mas que los que frecuentan la plaza, en seguida le cercan disgustos indecibles. No solo quieren ser visitados los que están enfermos, sino los sanos; y no son inducidos á esto por motivos de religion, sino, la mayor parte, porque pretenden este honor. Y si sucede que el obispo, por cualquier necesidad urgente en provecho comun de la Iglesia, ve con mas frecuencia á alguno de los mas ricos y poderosos, en seguida se le reputa rastrero y adulador.

¿Y qué diré de los patrocinios y de las visitas? Solamente por saludarle se le suscitan tan gran número de quejas, que el obispo agobiado muchas veces se abate de tristeza. Tiene que dar cuenta ademas hasta de sus miradas; porque el vulgo examina sutilmente sus acciones mas sencillas, considera el tono de su voz, el aspecto de su rostro, y la cantidad de la risa. Y alguno dice : Ha puesto buena cara á fulano, y le ha saludado con aire contento y en alta voz; y á mí me ha saludado muy bajo y solo por cortesía. Y si estando muchos sentados y el obispo hablando no dirige alrededor y por todas partes sus miradas, dicen los demas que esto es un ultraje. ¿Quién, pues, que no tenga un espíritu muy grande, podrá resistir á tantos acusadores, ó no ser acusado en ninguna cosa ó culpado por librarse de la acusacion? Porque es preciso no tener acusadores; y si esto es imposible, conviene purgarse de sus acusaciones. Pero si esto no es fácil, y si hay algunos que gozan en culpar, solo por decir mal y sin otro motivo, no hay mas remedio que mantenerse fuerte generosamente contra la miseria de sus quejas.

(1) *Cod. Teod.* XI, 45, IV.

(2) El tercer concilio de Cartago, cánon 9 : « Ut clerici publica judicia non appellent... cum privatorum Christianorum causas Apostolus ad Ecclesiam deferri, atque ibi determinari præcipiat. *En el año 425 Teodosio II y Valentiano III hicieron esta ley* : « Clericos episcopali audientiæ reservamus... fas enim non est ut divini muneris ministri temporalium potestatum subdantur arbitrio. » Justiniano dió fuerza de ley á los cánones ecclesiásticos. *Nov.* 141.

(3) Concilio de Vaison el 442.

(4) Véanse los edictos de Honorio, Valentiniano III y Justiniano, de los años 398, 408 y 541. En el *Cod. Justin.* lib I., tit. 4. *De episcopali audientia*, l, XXVI. « Acerca de los negocios anuales de la ciudad, ya se trate de las rentas ordinarias ó de los fondos que provengan de sus bienes, de donaciones particulares, de legados ó de cualquier otro orígen, ya se trate de las obras públicas ó de almacenes de víveres, de acueductos ó de la conservacion de baños ó puertos, ó de construccion de murallas ó de torres, reparaciones de puentes, caminos, ó procesos en que la ciudad tenga parte por interes público ó privado, ordenamos lo que sigue : El piisimo obispo, y tres personas elegidas entre los primeros ciudadanos, se reunirán y examinarán cada año las obras hechas; cuidarán de que los que las dirigen ó hayan dirigido, tomen sus medidas exactamente, den cuenta de ellas, y demuestren haber cumplido satisfactoria-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

niano sometió la sentencia del obispo á la aprobacion del juez público; pero en Occidente, habiéndose hundido toda otra organizacion con la irrupcion de los Bárbaros, se extendió hasta el exceso la jurisdiccion episcopal.

Al tribunal eclesiástico correspondian en tres casos las causas de los legos : primero, cuando las partes se sometian á su arbitrio; y el láudo era válido, por constitucion de Constantino. Segundo, como sociedad particular podian censurar las costumbres de sus miembros, con lo cual adquirió la Iglesia jurisdiccion correccional, sobre los que se llamaban delitos secretos, y quedaron sujetos á ella el sortilegio, el maleficio, la blasfemia y el perjurio. En tercer lugar, se llevaban á los tribunales de los obispos las causas llamadas eclesiásticas, especialmente las de matrimonio y testamento. El primero se consideraba no solo como un contrato civil, sino como acto religioso y sacramento, y era natural que el clero conociese de las controversias y los casos de adulterio, concubinato, fornicacion, rapto y otros semejantes.

En cuanto á los testamentos, no sabemos por qué eran de competencia eclesiástica, á no ser que fuese porque entónces se depositaban en las Iglesias como ántes en manos de las Vestales.

Asilos. Las Iglesias del Dios vivo sustituyeron á los templos y á los bosques sagrados idólatras, en el derecho que tenian de proteger á los delincuentes. El emperador Leon mandó que no se sacase de ellas á ninguno, ni se molestase á los obispos por los deudores allí refugiados; pero disponiendo tambien que se notificase á estos la sentencia, para que nombrasen un procurador, y si no lo hacian, que se procediese contra ellos segun la razon, embargando y vendiendo sus bienes, muebles é inmeubles; que se sacase al que se escondiera en el recinto de la iglesia ó en casa de un clérigo; que los esclavos, con cuanto hubiesen llevado, se entregasen á su señor; pero jurando este no imponerles castigos que pasasen los límites de la humanidad.

Intervencion imperial. Luego que se introdujo la Iglesia en la sociedad, se vió obligada á pedir auxilio al gobierno para ejecutar sus órdenes, cuando aun no tenia reglas, instituciones ni costumbres para gobernar por sí. Abolido el politeísmo, entró la Iglesia en el Estado, y se halló envuelta en los lazos de este. Los emperadores que hasta Graciano conservaron el título de pontífice máximo, reunieron como tales en sus manos muchos derechos, ejercidos ántes por las Iglesias como sociedades no autorizadas. Así, pues, la Iglesia, aunque enteramente independiente en lo interior, aparecia como subordinada en el exterior. El emperador intervenia en todo, y para todo se pedia su consentimiento : dirigia con la autoridad y con las recomendaciones á los obispos, los confirmaba, convocaba los concilios, asistia á ellos : decidia hasta de las materias que se trataban, y hacía ejecutar los decretos; lo cual prueba que el gobierno continuaba siendo pagano aun despues de convertidos los príncipes. Sin embargo, en el fondo aquel consentimiento y esta confirmacion no hacian mas que demostrar la fuerza que habia adquirido la Iglesia, sus conquistas mas que su dependencia; la sancion de los emperadores á los decretos de los concilios solo miraba á su contenido, pues ya los cánones, como inspirados por el Espíritu Santo, eran válidos hasta para los Cristianos no sometidos al imperio. Y cuando quisieron los Césares publicar reglamentos eclesiásticos y decisiones en materia de fe, como fueron el *Henoticon* de *Zenon* y el *Tipo* de Constante II, la Iglesia protestó.

Despues, á medida que el poder temporal caía en la impotencia, crecia y se afirmaba el eclesiástico : y si la Iglesia oriental no olvidó nunca las fórmulas de sumision á los Césares, ni aspiró á la soberanía, la occidental abandonó los hábitos de servidumbre con separarse del imperio, y permaneciendo sola en pié en medio de la ruina comun, y teniendo ella sola probabilidades de duracion en la decadencia sucesiva de todas las demas instituciones, sustituyó á las viejas ideas paganas la ciencia y la caridad, redobló sus esfuerzos para luchar con la barbarie y fomentar los fuertes sentimientos de los pueblos nuevos.

En esta conquista de poder no hacía mas que demostrarse el fenómeno que se advierte en toda asociacion grande ó pequeña, la superioridad del mas capaz. La sociedad romana que en el egoísmo, en su larga decrepitud, en las contradicciones de las ideas con la doctrina, se arruinaba por todas partes, ¿no debia ser vencida por una sociedad robusta en juventud, firme en sus convicciones y que ejercia su accion sobre toda la vida? Por otra parte, ¿un pueblo bárbaro sin gobierno, sin leyes, sin costumbres, ni cultura, ni creencias, no debia someterse á un poder constituido, superior á la fuerza de sus armas, que aconsejaba la civilizacion, y que prometia premios y castigos eternos?

Variedad de la disciplina. Los concilios mantenian la unidad de creencia entre la variedad de usos, de naciones, de idioma; y miéntras custodiaban intacto el dogma, arreglaban la disciplina segun los tiempos y lugares.

mente su cometido en la administracion de los monumentos públicos, ó de las sumas destinadas á los víveres y baños, ó de todo lo que se gasta para la conservacion de los caminos y acueductos ó en cualquier otra cosa. »

Ib. Ley XXX. « Con respecto á la tutela de los pupilos de primera y segunda edad, y de todos aquellos á quienes la ley da curadores, si su fortuna no se extiende mas allá de quinientos *áureos*, mandamos que no se espere el nombramiento del presidente de la provincia, lo que ocasionaria graves gastos, mucho mas si este no vive en la misma ciudad en que conviene nombrar el curador. En este caso el nombramiento de tutores ó curadores se hará por el magistrado de la ciudad... de acuerdo con el pío simo obispo y con otras personas que tengan cargos públicos, si hay en la ciudad mas de una. »

Ib. lib. I, tit. 55. *De defensoribus*, I, VIII. « Queremos que los abogados de la ciudad, bien instruídos en los santos misterios de la fe ortodoxa, sean elegidos é instituidos por los venerables obispos, por el clero, por los notables, por los propietarios y por los curiales. En cuanto á la trasmision del oficio, proveerá el glorioso poder del prefecto del Pretorio, de modo que con las cartas de admision de su magnificencia puedan aquellos adquirir seguridad y vigor. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bautismo.

Los primeros fieles eran bautizados en los rios, como lo hacía el Precursor, despues se erigieron baptisterios cerca del agua, al lado de las Iglesias parroquiales, algunas veces unidos á aquellos por medio de pórticos, como se ve en Aquilea (1). Uno solo bastaba para cada diócesis. En las ruinas de la casa de Prisca en Roma, en que se cree habitó San Pedro, hay un chapitel hueco, donde dice la tradicion que bautizaba con agua que llegaba allí y que estaba primero consagrada: añaden tambien que el santo administraba aquel sacramento en una catacumba de la via Salara, y en la que fué despues sepultado cerca de un sitio que se llama *Fons sancti Petri*. Constantino, al lado de la iglesia construida en su palacio de Letran, erigió el suntuoso baptisterio que se conserva aun, compuesto de várias órdenes de magníficas columnas de pórfido ó de mármol, y trozos de edificios antiguos, sin unidad en el estilo ni en las proporciones; en medio se abre una pila á la que se baja por algunos escalones, de planta octógona como el edificio, al cual precede un pórtico para los neófitos que esperan. Se cree que fuese el lavacro particular del emperador: ha sido restaurado várias veces y se reserva para los bautísmos solemnes administrados por el papa. Á este uso se destinaron tambien en Roma las termas públicas de Novato, hermano de las santas Práxedes y Pudenciana: el baño del senador Pudente, su padre, y el de Santa Cecilia, incluido ahora en la hermosa iglesia consagrada á esta.

Su forma era generalmente octógona y algunas veces cuadrada, redonda ó en forma de cruz, con galerías en lo alto y una capilla con la imágen del Bautista ó de San Pedro bautizando al centurion Cornelio ú otra semejante. Exactamente en el medio estaba la pila á la cual se bajaba comunmente por siete escalones que indicaban los siete dones del Espíritu Santo, y se conducia hasta allí el agua de las piscinas, por lo que el vulgo creía que se llenaban milagrosamente. Leon III reedificó el baptisterio de San Andres, octogonal, con la fuente circundada de columnas de pórfido: de en medio de la cual salia otra con un cordero de plata que arrojabá agua. En algunos habia un vaso aislado, colocado sobre leones, columnas ó los símbolos de los evangelistas. Dentro habia una grada donde se sentaban ó arrodillaban los candidatos para recibir el bautismo, los cuales estaban desnudos en lo que permite la decencia, como se acostumbró hasta el año 1140 (2). Para las mujeres habia diaconisas y baptisterios distintos.

Como esta ceremonia se hacía solo en Pascua y en Pentecostes, debian ser muy capaces los baptisterios; en el de Santa Sofía de Constantinopla se reunió un concilio; algunos han creido que el de San Juan en Florencia fué templo de Marte, pero la discordancia de sus diferentes partes hace creer que fué construido en tiempos del Bajo Imperio. En la edad média se construyeron otros de la misma forma que los primeros, entre los cuales se distinguen el de Pisa, de figura circular; el de San Juan de Parma, de ocho lados por fuera y diez y seis por dentro, principiado el año 1196 por Benedicto Antelmain, y concluido hácia el año 1260; el dodecágono de Canosa; el de San Juan de la Fuente en Verona, octógono lo mismo que los de Cremona, Volterra, Pistoya y Florencia.

El catecúmeno tenia que someterse á grandes pruebas. Despues de haberse mudado el nombre, de haber observado la continencia conyugal, el ayuno cuadragesimal y otras abstinencias, era exorcizado, y examinado siete veces sobre la fe; despues se descalzaba, hacía su profesion, explicaba el símbolo (1), cantaba el Padre nuestro, y era declarado apto. El domingo de Ramos y el juéves santo le lavaban los piés, y el sábado el obispo en ayunas y vestido de blanco le bautizaba públicamente. El neófito, despues de haberse lavado en un baño comun, abjuraba de sus errores, y volviéndose hácia el Occidente renunciaba á lo que muere con los pecados, y volviéndose luego hácia el Oriente prometia seguir al sol de justicia (2).

Ungíasele despues el pecho y los hombros, profesaba su creencia, y entraba luego en el agua. Entónces los ministros con vestiduras blancas le sumergian tres veces la cabeza, y el obispo le echaba encima el agua con la fórmula ritual y despues le besaba; otro sacerdote le ungia la cabeza con el óleo sagrado (3): le ponia el velo blanco, y á veces le coronaba de flores, mirto ó palma, y despues le lavaba los piés, que algunos neófitos llevaban desnudos durante ocho dias (4). El neófito recibia despues del obispo una vela, tomaba el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y los niños solamente la sangre: despues bebia leche, vino y miel, y le daban diez silícuas (5). Recitábase el principio del Evangelio de San Juan y el notario registraba el nombre del neófito. Á todo esto asiastian los padrinos que garantizaban la fe y la conducta del neófito, que se ven ya en el

(1) Ciampini, *De sacris ædificiis a Constantino Magno constructis.* — Martinelli, *Roma ex ethnica sacra*, 1668. — Severiano, *Mem. sag. de las igl. de Roma.* — Allegranza, *De la fuente bautismal de Chiavenna.* Venecia, 1765.

(2) Casal, *De vet. christ. rit*, p. 43.

(1) *Reddere symbolum* era la fórmula, quizá porque entónces restituía el catecúmeno la tablilla en que habia aprendido el *Credo* y que no se queria que cayese en manos profanas

(2) « In mysteriis primum renunciamus ei qui in Occidente est, nobisque moritur cum peccatis; et sic versi ad Orientem, pactum facimus cum Sole justitiæ, et ei servituros nos esse promittimus. » S. Jerón. *Comm. in Amos* c. 6.

(3) Esta uncion no se usaba en todas partes, y fué desconocida de la Iglesia oriental.

(4) En el siglo XII el arzobispo de Milan se vestia para esta ceremonia de una manera extraña, ciñéndose una toalla, un cíngulo á modo de cinturon, y atando las sandalias detras del talon de suerte que figurasen las espuelas; manifestándose así como pontífice y como rey; en este traje bautizaba.

(5) Unos creen que eran monedas, otros algarrobas, otros otras cosas: Maffei opina que eran figuras de monedas en cera. Acaso fuesen *Agnus Dei*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

siglo III, y que á veces eran muchos para uno solo y otras uno solo para muchos. Las vírgenes tenian en la fuente bautismal á los huérfanos adoptados por ellas. El bautizado se apartaba durante ocho dias de las diversiones y de las conversaciones, asistia á la misa, al sermon, á la comunion, y llevaban una banda en la frente para proteger el crisma (1) : cuando pasaba este tiempo, se quitaba la túnica blanca, volvia á ponerse calzado y recibia la bendicion.

Al renacimiento espiritual seguia la comunicacion del Espíritu Santo por medio del óleo santo, que se conferia imponiendo el obispo las manos, y ungiendo con el óleo consagrado. En caso de necesidad podia tambien confirmar el simple sacerdote.

Eucaristía. El pan cotidiano de la oracion dominical se entendia por el eucarístico, el cual por esta razon se tomaba todos los dias, ó á lo ménos cuantas veces se celebrada el sacrificio. Habiéndose enfriado el celo de los fieles, se condenó al que estuviese tres domingos seguidos sin comulgar, y despues en el siglo IV se les obligó á hacerlo tres veces al año cuando ménos, á saber : por Pascua Florida, por la de Pentecostes y de la Natividad. Hasta el siglo IV se conservó la Eucaristía bajo las dos especies de pan y de vino, en copones ó en vasos, que en forma de paloma estaban suspendidos sobre los altares.

Á los catecúmenos se les daba pan bendito en lugar de la Eucaristía, y lo mismo se hacía con el que era indigno de esta (2). Llámanse *eulogias* á ciertos panes benditos, distribuidos por devocion en las iglesias despues del sacrificio, y ofrecidos en el altar por los fieles, y de los cuales se hacian las hostias para consagrar, pues parece que estas eran de pan comun (3). De estas oblaciones quedaron vestigios en algunas Iglesias como en la milanesa, en que en la metropolitana, hombres y mujeres llamados ancianos, ofrecen en la misa mayor tres hostias y seis onzas de vino para consagrar : en Francia tambien, en Suiza y en otros puntos en las misas solemnes se distribuye el pan bendito.

La sagrada hostia se recibia en el hueco de la mano derecha, sostenida por la izquierda (4); las mujeres debian cubrirla con un paño de lino (5). Despues de haber tragado el pedacito de hostia, se sorbia con una cañita del líquido contenido en el cáliz que presentaba el diácono, ó bien se mojaba en él el pan ; uso que se conservó en la Iglesia milanesa por todo el siglo XVI (1). No hay necesidad de decir lo capaces que debian ser los cálices y en proporcion los corporales y las patenas. Teodosio regaló á Cesáreo, obispo de Árles, una patena de plata, de 60 libras de peso. En Jerusalen y otros puntos se quemaban los restos de la comunion ; en Constantinopla, en las Galias y en otras partes se daban á los niños, los cuales tambien recibian inmediatamente despues del bautismo algunas gotas de vino consagrado. Estaba permitido llevarse á casa la Eucaristía para los dias en que no se consagraba ; esto lo hacian principalmente los ermitaños, ó cuando sobrevenia una persecucion. La costumbre de comulgar en ayunas, que se introdujo por respeto, la hizo obligatoria el concilio de Cartago del año 397, á excepcion del juéves santo, en que se celebraba la comunion por la noche en conmemoracion de la cena (2). El concilio tercero de Cartago nos da á conocer un uso ó un abuso singular al prohibir que se diese la Eucaristía á los muertos : sin embargo, no se creía indecente el ponerles la hostia sobre el pecho al darles sepultura.

Ya hemos hablado (pág. 506) de la penitencia; pero en esta época se perdió la confesion pública, quedando solo la privada y multiplicándose las indulgencias.

Matrimonio. La Iglesia, ejerciendo su derecho sobre el matrimonio, estableció acerca de él algunas leyes, y dejó de ser mirado como un simple contrato de intereses ó de goces. Desde entónces la libertad de la mujer fué protegida en la eleccion de esposo (3), y tanto mas cuanto que en la honrada virginidad tenian un recurso contra la violencia. Desde los primeros tiempos se exigia la profesion de matrimonio ; esto es, que los esposos declarasen al obispo su intencion de contraer bodas, ceremonia que sustituyó á las esponsalicias de derecho civil, y sin la cual se consideraba ilegítima la union (4) : los emperadores hicieron obligatorio este contrato. Se daba generalmente la bendicion, que solo en el siglo VIII ó IX fué reputada necesaria, por la autoridad para hacer válido el matrimonio ; en el derecho canónico no se miró nunca como in-

(1) Esta costumbre dura todavía en muchos puntos de la Germania.

(2) En el museo Trivulzio en Milan, hay un sacramentario de los siglos XII ó XIII en que se hace mencion de la bendicion del pan para aquellos *qui indigni sunt Eucharistia*. En él hay tambien una de las referidas palomas y otra en San Nazario grande.

(3) Acaso dirás : « Mi pan es pan comun. Verdad es que » ántes de las palabras sacramentales es pan ; pero hecha la » consagracion se convierte el pan en carne de Cristo. » S. AMBROSIO, ó quien sea el autor del libro *De Sacramentis*. IV, 4.

(4) San Cirilo Jerosolimitano, en el *Catech. mystag.* V. escribe : « Al aproximarte no irás con la palma de la mano » abierta ni con los dedos extendidos, sino sosteniendo con » la mano izquierda la derecha, la cual ha de recibir al Se- » ñor, y haciendo concha con la mano toma el cuerpo de » Christo diciendo : *Amen.* »

(5) Llamado *dominical*. En el concilio de Auxerre del año 528, cán. 42, se establece : « Unaquæque mulier, quando communicat dominicale suum habeat ; » *y en el cánon* 36 : « Non licet mulieri nuda manu sua Eucharistiam sumere. »

(1) Hay en la biblioteca Ambrosiana de Milan un sacramentario escrito despues del año 1460, en el cual en la fórmula para dar de comulgar á los enfermos, se dice así : *Corpus Domini nostri Jesu Christi, sanguine suo tinctum, conservet animam tuam in vitam æternam.*

(2) Cán. VIII. Véase CHARDON, *Historia de los Sacramentos*. Verona, 1754 ; MARTENE, *De antiquis Ecclesiæ ritibus*.

(3) San Agustin quiere que la madre tenga el mayor derecho para casar á la hija miéntras esta no fuere mayor : « Puellæ fortassis... apparebit et mater, cujus voluntatem in id tradenda filia omnibus, ut arbitror, natura proponit ; nisi eadem puella in ea ætate fuerit, ut jure licentiori sibi ipsa eligat quod velit. » *Ep.* 233 *ad Bonaventum*.

(4) « Penes nos occultæ conjunctiones, id est non prius apud Ecclesiam professæ, mæchiam et fornicationem judicari periclitantur. » TERTUL., *De prudentia*, cap. IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

dispensable: el Concilio de Trento la prescribió; pero no como artículo de fe. «La Iglesia (dice Tertuliano) prepara el matrimonio, y extiende el contrato; la oblacion de las oraciones le confirma, la bendicion le sella, y Dios le ratifica. Dos fieles llevan el mismo yugo; no son mas que una sola carne, un solo espíritu; ruegan juntos y juntos ayunan, juntos van á la iglesia, se acercan al Santísimo Sacramento, y lo mismo en las desgracias y en la paz (1).

El derecho civil designaba ya impedimentos para el matrimonio, unos que le impedian absolutamente bajo pena de nulidad, y otros que podian quitarse pagando ciertas cantidades. La Iglesia aumentó estos impedimentos, queriendo purificar todas las relaciones civiles y someterlas á reglas espirituales: y llamó *impedientes* á los segundos, y *públicos* ó *dirimentes* á los otros (2). Debiendo vivir los Cristianos unidos con vínculos de caridad y en union de creencias y de prácticas, fué preciso proteger las costumbres con mayores impedimentos, y propagar á remotas familias aquellos vínculos de benevolencia que existen ya entre los parientes (3): por esto no podian casarse los primeros, y eran impedimentos el adulterio y el rapto. Así como en el derecho romano era un obstáculo la adopcion, tambien en la Iglesia lo fué el parentesco espiritual; por lo cual en el concilio de Trullano (692) se prohibió el matrimonio entre los padrinos y los padres del ahijado.

Los Santos Padres miraron siempre como peligrosos los matrimonios mixtos; el concilio Trullano declaró nulos los que se celebrasen con infieles; comprendiendo bajo este nombre las leyes civiles solo á los Hebreos (4), porque los paganos iban desapareciendo; posteriormente se prohibió el matrimonio con los herejes.

La Iglesia se separó enteramente del derecho civil en cuanto á los divorcios y las segundas nupcias. Ya hemos visto á qué abusos conducia la ley del divorcio á las personas inconstantes, de modo que Constantino restringió el permiso solo á tres casos; pero despues Constancio tuvo que doblegarse al imperio de la costumbre, disminuyendo las restricciones que abolió Honorio despues casi enteramente. Los emperadores siguientes dudaron; pero siempre permitieron los casamientos de mutuo consentimiento (*ex bona gratia*); y aunque Justiniano los prohibió tambien, excepto en el caso en que uno de los cónyuges se dedicase á Dios, las reclamaciones contínuas contra las insidias que se tendian los consortes uno á otro, indujeron á Justino á quitar aquella prohibicion (1). La Iglesia recordando que Cristo habia reprobado el divorcio, excepto cuando hubiese adulterio, no lo permitió jamas en el sentido civil, y si los cónyuges se separaban, no podian contraer otras nupcias (2).

Considerábanse como vergonzozos los matrimonios entre viudos, tanto que los emperadores los prohibieron algunas veces, desviándose del fin general del derecho romano, inclinado á favorecer el aumento de poblacion; pero los Catacios que reprobaban las segundas nupcias, fueron condenados en el Concilio de Nicea, y los Santos Padres manifestaron los primeros la necesidad de asegurar en estos casos la suerte de los hijos (3). Derogóse la ley Papia Pappea contra el celibato, desde que este fué considerado como una perfeccion de la virtud. Si en algunos concilios se tolera el concubinato, conviene recordar que por las antiguas distinciones no eran considerados como legales los matrimonios, sino entre ciertas clases, fuera de las cuales la mujer era mirada como una concubina: la Iglesia, ajena á estas distinciones, tenia por justos todos los matrimonios contraidos segun sus reglas.

El sacramentario mas antiguo se atribuye á San Gelasio; pero las ceremonias estaban ordenadas en parte por sus predecesores. Simplicio estableció sacerdotes hebdomadarios en San Pedro, San Pablo y San Lorenzo, para que administrasen los sacramentos á todas las horas del dia.

Las persecuciones y las falsas interpretaciones habian obligado á ocultar algunas partes de la doctrina y de los ritos, especialmente del misterio de la Trinidad, el de la Encarnacion y las palabras de las consagraciones. Los predicadores y los apologistas las usaban siempre de un modo solo inteligible á los iniciados: la fórmula de la confesion de fe y aun la oracion dominical no se enseñaban á los catecúmenos hasta inmediatamente ántes del bautismo; y se censuraba á los herejes porque violaban el misterio. Pero fué preciso exponerlo todo patentemente para combatir primero á los gentiles y despues á los arrianos; y cesó el misterio cuando desapareció el paganismo, y todos los Cristianos fueron bautizados en la infancia. Misterio.

San Epifanio, en la *Exposicion de la fe* (Αγκο-

(1) *Ad usor.* Hace un extenso comentario sobre este texto Gondefroy, en la ley 3 del Cod. Teod. *De nuptiis.*

(2) « Impedimentum temporis clausi; impedimentum ecclesiasticum; impedimentum voti. Impedimentum disparitaticultus, criminis, consanguinitatis; cognationis civilis legitimæ, cognationis spiritualis. » Véase Mov. *Das Eherecht des Christen bis zur zeit Karls. d. Crossen.* Ratisbona, 1833.

(3) San Agustin insiste sobre este punto: « Habita est enim ratio rectissima caritatis, ut homines quibus esse honesta atque utilis concordia, diversarum necessitudinum vinculis necterentur;... sic numerosius se caritas porrigit... non in paucitate coaretatum, sed latius atque numerosius propinquitatibus crebis vinculum sociale diffundere » De civ. Dei XV. 16.

(4) Una ley de Valentiniano, Teodosio y Arcadio del año 388 manda que: « Ninguna mujer cristiana reciba en matrimonio á un hebreo, ni pueda una hebrea casarse con un cristiano, bajo pena de adulterio. » *Cod. Teod.* XIX, 7, V.

(1) *Nov.* CXL.

(2) « Repudium, quod permissum alicuando, jam prohibei... Solus enim separabit qui et conjunxit... In totum enim, sive per nuptias, sive vulgo, alterius viri admissio adulterium pronuntietur. » *De monogamia.*

(3) S. Ambrosio, Hexameron, I, VI, c. 4, § 22: « Natura hoc bestiis infundit, ut catulos proprios ament, et fœtus suos diligant. Nesciunt illa odia novercalia, nec, mutato concubitu, parentes a sobole depravantur, neque noverum præferre filios posterioris codulæ. Nesciunt caritatis differentiam. » — Véase cod. Teod. *De sec. nuptiis*; y Potier, *Pand.* t. II, p. 89.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ρατον), describe así los sentimientos de la Iglesia en su tiempo : « La virginidad es guardada y honrada por muchos, y por consiguiente el celíbato, la continencia y la viudez, y tambien el matrimonio, y en particular el casarse una sola vez, aunque no está prohibido el volverse á casar. El sacerdocio es la fuente de todos estos bienes; pues solo se ordena á los célibes ó viudos, ó á los que se abstienen de la mujer; siguen los lectores, elegidos entre los célibes ó casados, las diaconistas vírgenes ó continentes para conferir el bautismo á las mujeres ú ocuparse en servicios semejantes, los exorcistas, los intérpretes para traducir de diversas lenguas las lecturas y sermones, los *copiados* ó sepultureros, los porteros y otros sirvientes.

« Las asambleas prescritas por los apóstoles se celebran los miércoles, y los viérnes y el domingo. Los miércoles y viérnes se ayuna en todas partes hasta la hora de nona en memoria de la Pasion de Cristo por nosotros y en satisfaccion de nuestros pecados; solo en los cincuenta dias pascuales está prohibido ayunar ó ponerse de rodillas; y las asambleas se celebran por la mañana y no á la hora nona. En la Epifanía no se ayuna tampoco aunque caiga en el dia prescripto; los ascéticos ayunan todo el año, excepto los domingos y en tiempo pascual. El domingo es dia de alegría para toda la Iglesia que se reune por la mañana. Los cuarenta dias ántes de la Pascua se pasan en contínuo ayuno, ménos las fiestas : y en los siete que preceden á aquella solemnidad, no se toma mas que pan, sal y agua por la noche (ξεροφαγία), y algunos no toman nada; se vela, celebrándose todos los dias asambleas; en algunos puntos se ofrece el sacrificio el juéves santo, y en otros solo la noche del domingo. El bautismo y los demas sacramentos secretos se celebran segun las tradiciones del Evangelio y de los apóstoles.

» Se hace conmemoracion de los muertos nombrándolos, y haciéndoles sufragios con oraciones y el sacrificio. Por la mañana se ora asiduamente cantando láudes, y por la tarde salmos. Algunos monjes habitan en las ciudades, otros fuera, y usan devociones particulares, como llevar el pelo largo, abstenerse de toda carne, de huevos y lacticinios, dormir en el suelo, andar descalzos, y vestir cilicios; pero todo en secreto, porque hace mal el que ostenta el sayo ó las cadenas. Comunmente se abstienen de los baños; han inventado medios de cansar el ocio y ganar su sustento, y los mas se ejercitan en salmodiar, en leer y orar.

» Tienen por gran mérito la hospitalidad, la limosna y otras obras de misericordia usadas con todos : evitan el comunicarse con los herejes, la fornificacion, el adulterio, la idolatría, el homicidio, la magia, el envenenamiento, la astrología, los augurios y los sortilegios, lo mismo que los teatros, las carreras de caballos, las luchas de fieras, los espectáculos músicos, la maledicencia, las querellas, las injusticias, la avaricia y la usura. Los que se cuidan de los negocios del mundo son pospuestos á los demas; y no reciben ofrendas, sino de los que obran segun justicia.

Los Padres de la Iglesia trabajaron mucho para suprimir el antiguo rito de quemar los cadáveres en una pira (1), no pareciéndoles justo aniquilar con el fuego los restos de los Cristianos, y destruir los cuerpos destinados á una segunda vida. En los primeros siglos se celebraba un ágape ó banquete fúnebre en la casa del difunto, convidando á los parientes, á los amigos y á los pobres, que despues de la comida rogaban por el finado (2). Pero este modo de hacer bien por los muertos degeneró en escándalo y orgía (3), y hasta se llegaron á celebrar en los funerales juegos profanos; de modo que muchas constituciones sinodales los prohibieron como residuos del gentilismo (4). Funerales.

San Juan Crisóstomo reprende á los suyos por su exagerado llanto, sus feroces gestos, el cortarse el pelo, lacerarse las mejillas y desnudar los brazos en los funerales, no desaprobando el llorar á los muertos, sino el exceso (5). Del mismo modo condena el uso de las plañideras asalariadas para llorar sobre los cadáveres, ya mencionadas por los antiguos Latinos (6) y aun por Homero y Jeremías (7). Con el nombre de *cantatrices* ó *contatrices* se emplearon despues en Italia, y unas sentadas, otras de rodillas y otras de pié al lado del féretro, suelto el cabello, y golpeándose principiaban un canto de alabanzas generales con alguna especial del muerto, interrumpiéndose con amargos lamentos á que hacian coro todos los de la casa.

Los *plañidores* fueron tambien prohibidos muchas veces (8), pero como los hombres son tan apegados á sus costumbres, aun vemos hoy en los campos de Novara, en Valtellina, en la Lunigia los parientes del muerto convidar á sus amigos á un banquete fúnebre, y en Córcega y en el Friul dar gritos dolorosos por el muerto. Entre los Italianos albaneses de San Demetrio se lleva el difunto descubierto á la iglesia, gritando y arañándose el rostro, concluyendo con alabanzas y un banquete : en Cerdeña se le coloca en medio de la sala con el rostro descubierto y los piés hácia la puerta, y los parientes, y mas comunmente las plañideras,

(1) Véase principalmente Tertuliano.
(2) Magri, *Vocab. adu.. Agape.*
(3) « Bibere in honorem sanctorum, vel animæ defunctæ. »
(4) En el XXIV de la *Iliada* dice :

Nueve dias al llanto
Dedicarémos en las casas : luego
La pira encendemos, preparando
Por la ciudad el célebre banquete.

Los Romanos en estos banquetes comian especialmente guisantes, legumbre que en Italia suele comerse tambien actualmente el dia de la Conmemoracion de los difuntos.

(5) *Hamil.* I. *in Joan.*
(6)

Mercede quæ
Conducte flent alieno in funere præficæ
Multo et capillos scindunt et clamant magis.

Lucilio, *Sat.*

(7) C. 9. Baruffaldi ha escrito un tratado de *præficis.*
(8) Especialmente por San Cárlos, *Acta eccl. mediol.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al entrar aparentan ignorar la muerte; informados de ella prorumpen en desconsoladores lamentos, y una de ellas principia á encomiar al difunto, exclamando á cada momento : ¡ Ay, ay (1) ! En Irlanda la viuda acostumbra todavía á improvisar el *coronach*, de que se burlan los Ingleses que dicen en un proberbio *to veep irish*, y que es una cancion sobre la virtud del muerto, interrumpida en cada estrofa por un coro de lamentos de mujeres, y culpan al difunto por haberse muerto, teniendo una buena mujer, una vaca de mucha leche, hermosos hijos y abundancia de patatas (2).

Estaba prohibido por las Doce Tablas enterrar á los muertos dentro del recinto de la ciudad (3), y aun los primeros Cristianos se hacian enterrar fuera (4), pero en tumbas distintas. Dada la paz á la Iglesia, los sepulcros conocidos con el fausto nombre de dormitorios (cementerios) se construyeron cerca y aun dentro de la ciudad, como lo demuestran las tumbas de los emperadores Constantino y Honorio. Evitábase, sin embargo, enterrar en las iglesias, al principio por no destruir los pavimentos que por lo general eran de mosáico, despues por evitar el hedor, y por último, porque estando consagrada la iglesia al Dios de la vida, no parecia conveniente depositar en ellos los trofeos de la muerte. *No me dejéis enterrar en la casa de Dios ó bajo el altar, encargaba San Efren, porque no corresponde á un gusano estar en el santuario del Señor.* Algunos sin embargo solicitaban colocar su cuerpo cerca de los mártires, como San Ambrosio colocó á su hermano Sátiro al lado de San Victor.

Las tumbas que usaban los primeros Cristianos eran sencillas (5) : sobre las cenizas de los mártires se erigia una capilla : los cuerpos de los cónsules se encerraban en urnas de marmol, los demas en urnas de tierra ó bien de grandes tejas. Donde habia grutas naturales ó artificiales se ponian en ellas los cadáveres, boca arriba, en nichos abiertos en ambas paredes. Habia tambien sepulturas particulares, bisomos, trisomos, etc., es decir, para dos, tres ó mas cuerpos. Los niños menores de cuarenta dias se ponian en sepulcros separados. Generalmente se llenaban de aromas los cadáveres, lo que producia aquel suave olor que leemos despiden las tumbas abiertas, interpretado por algunos como indicio de santidad.

Inscripciones ingenuas y algunas veces toscas indican la dignidad y estado del difunto, su edad y el año corriente segun los cónsules y la indiccion ; fórmulas de paz y de esperanza las distingue de las inscripciones gentílicas. Los caractéres romanos están en ellas desfigurados, desiguales, apretados, rotos y mezclados con letras griegas ; los adornos eran sencillos, consistiendo por lo general en palmas (augurio de paz, sin razon tenido por algunos como prueba del martirio), en guirnaldas de cipres, de pino, de mirto, de vid de olivo, en el monograma ☧, ó en palomas llevando un ramo.

Los ritos funerarios variaban segun los lugares. Es antiquísimo el uso de las luces alrededor del féretro, y de los cantos fúnebres (1) ; pero el concilio de Elvira (2) prohibió encender luces en los cementerios, á fin de que los cuerpos que descansan allí en paz no sean turbados. El sínodo de Calcedonia (451) acusó á Dioscoro de no haber incensado el cadáver de la piadosa Peristoria (3) ; y aunque Tertuliano reprobó el derramar flores sobre los difuntos, vemos usado muchas veces este hermoso símbolo de la belleza y fragilidad de la vida (4).

Ritos.

De las extensas obras que hablan sobre los ritos y sus modificaciones, tomarémos solo aquellas cosas mas importantes ó curiosas. Desde los tiempos de los apóstoles encontramos el ayuno en los miércoles y viérnes de cada semana; despues no se guardó mas que el sábado (5), y posteriormente, á fines del siglo X, se mandó la abstinencia de carne en los miércoles, y ayunar el sábado (6). Tambien desde el primer siglo se

(1) Las Sabinas en las montañas de los Abruzos tienen estos cantos ; hemos oído á una de ellas despues de haber enterrado al marido, improvisar en dialecto del país, diciendo :

Si bien recuerdas, dentro de este valle,
Cuando empezamos á querernos bien,
Respóndeme sí ó no, tú me dijiste,
Yo te volví la espalda, y me marché.
Entiende ahora, mi adorado dueño,
Que en mi interior te comenzaba á amar :
Vuelve mañana, ven á consolarme,
Que la respuesta te la quiero dar.

(2) Logan, II, 383. *The scottich Gaël or Celtic manners, as preserved among the Higlanders*, 1831.

(3) *Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito.* Habia para esto una razon política, que la tumba daba la propiedad de un lugar ; y la ciudad no podia ser de ninguna particular.

(4) Samuel, *De sep.* tr. I, contr. 1, concl. I.

(5) Véase mas arriba pág. 551.

(1) S. Basilio, *Orat. in. Jul. de fun. Constant.*

(2) Del año 305, cán. 34.

(3) Babonio, ad. an.., núm. 34.

(4) San Ambrosio dice en la oracion fúnebre de Valentiniano : *No esparciré flores sobre tu túmulo, pero difundiré su espíritu, con el olor de Cristo.* Y San Jerónimo á Pamaquino en la muerte de su mujer : « Los demas maridos esparcen sobre la tumba de su consorte violetas y rosas, lirios y flores purpúreas. »

(5) Santa Mónica, madre de San Agustin, cuando fué á Milan se escandalizó de que no se ayunase el sábado ; pero San Ambrosio le dijo que debia conformarse con la costumbre del país para no llamar la atencion. Él y San Agustin dicen que en Milan ningun sábado, excepto el santo, era dia de ayuno.

(6) El concilio Ausano del año 990. *Laici omnes feria IV à carne abstineant, et IV feria jejunent, si ita possunt perficere, aut pauperibus eleemosynas tribuant.* Martene, t. IV, *Anecd.* — Gregorio VII recomendó tambien que se impusiese la abstinencia de carne en el cán. 7 del conc. romano de 1078. Inocencio III, interrogado por el obispo de Braga acerca de los que por debilidad no pueden abstenerse de carne el sábado, respondió que se observase la costumbre del país. En muchas provincias de España, principalmente en Castilla, Galicia y Mallorca, desde tiempo inmemorial fueron permitidas las entrañas y las extremidades de los animales, y en algunas diócesis de Francia todas las carnes en los sábados desde la Natividad á la Purificacion : y en todos, en los reinos de Castilla, Leon y las Indias. V. Ferraris, *ad. v. Sabbatun.* En la bula de Gregorio VIII, 1187, en que llama á la tercera cruzada, se lee : « Porque en todo el mundo sin excepcion se abandona la carne » el viérnes y sábado, nosotros y nuestros hermanos nos » abstendremos de ella tambien el mártes, si no nos dispensa » de ello una enfermedad, fiesta ú otra razon valedera.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

usaron luces en la celebracion de los ritos y en los exorcismos. En el siglo II hallamos ya el agua bendita y la señal de la cruz; ya se lleva el viático á los enfermos, se celebran sufragios por los muertos y tres misas en el natalicio. En el III, ya se bendicen los cementerios. En el IV, se manda santificar las fiestas con ritos prescritos, absteniéndose de todo trabajo, aun del rural. Entónces habiéndose dado la paz á la Iglesia, se comenzó á solemnizar el aniversario de los sucesos que excitaban recuerdos mas santos; erigióse la cruz sobre los edificios, y ondeó en los estandartes.

Cuando la Iglesia del Dios vivo no estaba segura sino en el olvido, ciertamente podemos creer que no se convocaria á los fieles con el sonido de la campana. Algunos dicen que se usaba en su lugar de carracas, y podria ser un indicio de ello el verlas usadas aun entre nosotros en la Semana Santa, en la cual se han conservado los ritos mas antiguos; pero ni aun estas pudieron usarse hasta despues de haber obtenido la paz; al principio se avisarian de casa en casa, con la rapidez y los medios que se suelen emplear en las sociedades secretas.

Baronio, Francisco Bernardino, y los autores del *Ritual* de Beauvais del año 1637, aseguran que en tiempo de Constantino se principiaron á usar las campanas; pero no les apoya ningun contemporáneo. Algunos atribuyen á San Paulino de Nola, no la invencion, sino la introduccion de este instrumento; otros al papa Sabiniano, sucesor de Gregorio Magno, el año 604; pero no hay autoridad alguna que lo demuestre (1).

Las procesiones que antiguamente se dirigian á suplicar á la indignada Minerva ó á prestar homenaje en Eléusis á la creadora del trigo, honraron despues al Dios que aflige y perdona. Las *rogaciones* introducidas por San Mamerco, obispo de Viena en Francia en el siglo V (1), fueron adoptadas generalmente en el IX. Algunos creen, que San Lázaro, arzobispo de Milan, fué el autor de las *letanías* mayores, quizá en ocasion en que les amenazaba Atila: y ciertamente las oraciones que en ellas se rezan, indican un peligro inminente, aunque pueden tambien aludir á los Húngaros que les amenazaban el año 90, cuando probablemente obtuvieron la organizacion actual. En aquellos tres dias, era obligatorio el ayuno, y los fieles se echaban ceniza en la cabeza; en los tiempos de ignorancia mezclaban con esto ceremonias profanas, como colgar flores en las casas y las iglesias, con imágenes mezcladas de viandas y legumbres, huevos, panes, vasos de agua, de vino, de aceite y de leche; las mujeres exponian en los balcones figuras de paño, creyendo con esto conseguir que saliesen bien los partos y la edu cacion de los niños (2).

En el concilio de Nicea (325), se agregó la segunda parte al *Gloria Patri*; y la segunda del *Ave Maria* se añadió despues de la condena de Nestorio, como contínua protesta en honor de la Madre de Dios (3).

(1) Los ornamentos del gran sacerdote de los Judíos tenian campanillas, quince siglos ántes de Cristo, Pauto menciona las campanillas:

Numquam ædepol temere tinnit tintinnabulum:
Nisi quis illud tractat aut movet, mutum est, tacet.

Sabemos por Plutarco (*Sympos.* IV, quæst. 5) que llamaban campanas al mercado de peces; y á este propósito habia ya contado ántes Estrabon un cuento, aplicable á algun moderno. Dice, pues (*Geogr.* XIV.), que en Jaso de Caria daba muestras de su habilidad un arpista, cuando sonó la campanilla del mercado de los peces, y todos le abandonaron á excepcion de un viejo sordo; y á este dió las gracias el arpista alabando su excelente gusto en música. El viejo no le comprendió, pero viendo marcharse á los demas, preguntó al artista si habia sonado la campana, y respondiéndole que sí, se fué con ellos.

Segun Plinio, habia campanas suspendidas en el mausoleo de Porsena, que se oian de muy léjos cuando soplaba el viento: *In summo orbis æneus est et petasus unus, ex quo pendent excepta catenis tintinnabula, quæ vento agitata longe sonitus referunt. Hist. nat.* XXXVI, 13. En Roma habia campanas para indicar la hora del baño. *Redde pilam, sonant æs thermarum,* MARCIAL *Epigr.* XVI, 165): segun Luciano (*De la diosa Sira*), usaban campanas los sacerdotes de Cibéles: Augusto hizo colocar campanillas alrededor de la cúpula del templo de Júpiter Capitolino (SUET. en *Oct. Aug.*): y Porfirio dice que algunos filósofos de la India se reunian para orar y comer á son de campana. (*De abstin. animal.*, lib. IV.)

Conocíanse, pues, las campanas ántes que Rufo Justo Avieno las llamase *notæ* en el siglo IV, y otros *campanæ* en el VIII. Este nombre proviene quizá de las fundiciones que hubiera en la Campania, célebre por su excelente bronce; opinion mas creible que la de Francisco Bernardino de Ferrara que dice se deriva de un tal Campo, hábil fundidor. Gregorio de Tours, que murió en 596, habla de las campanas, diciendo de Gregorio, obispo de Langres: *Commoto signo, sanctus Dei, sicut reliqui, ad officium dominicum consurgebat*; y de Nicetas, arzobispo de Lyon: *Quod presbyter audiens jussit signum ad vigilias commoveri.* (*De vitis PP.* c. 7 y 8) y en la *Historia de Francia* (lib. III, c. 15). *Dum per plaicam præterirent, signum ad matutinas motum est.*

Concuerdan los críticos en creer que *signum* indica la campana, en cuyo sentido se encuentra ya ántes en las reglas de San Cesáreo de Árles, de San Benito y de San Aureliano. San Benito en su regla dispone que la señal con la campana se dé por el abad ó por un monje vigilante. Una capitular de Carlo Magno de 789 dice que *cloccæ non sunt baptizandæ*; y Baronio asegura que Juan XIII, ántes de colocar una gran campana en San Juan de Letran, la bendijo con las ceremonias acostumbradas, y la llamó Juan.

Esto solo en cuanto al Occidente. En Oriente no las usaron ántes del siglo VIII, segun aparece del libro de los milagros de San Atanasio que murió en 627; por el concilio II de Nicea del año 787 (art. 4) dice que cuando el cuerpo de este se acercaba á Cesárea, salieron los habitantes á recibirlo en procesion con cruces, despues de haberse reunido en la iglesia al *tocar los sagrados maderos*. Anastasio Bibliotecario, traduciendo aquel concilio al latin, advierte que *Orientales ligna pro campanis percutiunt.*

El dux Orso Participacio, en el año 865, envió las primeras campanas al emperador Miguel para Santa Sofía: enviáronse despues otras, pero no se hicieron comunes. Asegúrase que en Oriente no las usaban mas que los maronitas y los calogerios del monte Átos: empleando en su lugar carracas ó maderos que se golpeaban en cualquier altura. Cuando los Turcos se apoderaron de Constantinopla, fundieron las campanas para cañones, y no se pudo tenerlas en el imperio musulman sino por un raro privilegio; porque temian los Turcos que sirviesen para conmover al pueblo tocando á rebato. Con este fin en mismo Cárlos V cuando sometió á Gante, hizo hendir la campana llamada Orlando, porque servia para reunir á los amotinados; y así rota la dejó que sonase para recordar á los ciudadanos el castigo que habian sufrido.

(1) Baronio (N. al *Martirol.* 25 abril) las cree mas antiguas y reducidas por Mamerco á una forma estable.

(2) MURATORI, *Antiq. it.* dis. 41.; *Antich. long. milanesses* d. XXV.

(3) GRANCOLAS en el *Brev. rom.* c. 25, dice que no se encuentra el *Sancta Maria*, etc, ántes del año 1508; y cree que solo los hermanos Menores añadian despues *Nunc et in hora mortis nostræ*, que se halla por primera vez es un breviario de estos monjes del 1515. Pero no puede creerse tan moderna, por usarse tambien esta oracion en las Iglesias orientales.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Los lugares destinados á las reuniones de los primeros Cristianos se llamaban *títulos*, y en ellos se suspendia una imágen, un ramo ó cualquier otra enseña. En Roma habia siete, confiados á siete diáconos cardenales, esto es, fundamentales, de donde provienen los títulos, que hoy se confieren aun á los cardenales de la Iglesia romana. Este nombre de *cardenales*, comun á muchas, y quizá á todas las iglesias bautismales, se restringió despues solo á los electores del pontífice, para quienes se reservó la púrpura desde el año 1242, y el título de eminencia desde 1630.

Los altares eran una mesa sencilla cuadrilátera, ó algunas veces redonda, cubierta de un mantel, sin candeleros ni cruz: un cancel separaba de lo restante de la iglesia el sagrario, donde no entraba nadie, ni aun los emperadores, sino para las oblaciones. Cuando celebraba el sacerdote, estaba vuelto hácia la plebe, como se acostumbra aun hoy en algunas basílicas de Roma; y cuando se cambió esta costumbre, debia volverse cuando la fórmula se dirigiese al pueblo, ó para bendecirle, ó en algunos ritos como el armenio para enseñarle el pan sagrado.

Misa. En los primeros tiempos decia la misa el obispo, acompañado de los sacerdotes y los diáconos de este modo. Principiaba con el saludo *El Señor sea con vosotros*; seguian despues las lecciones de la antigua Escritura en Oriente y de las Epístolas en Occidente; cantábase despues un Salmo, seguia el Evangelio y la Homilia del obispo. Entónces se hacía salir de la iglesia á los catecúmenos y á los penitentes, cubríase el altar con el mantel, y el obispo y los sacerdotes colocados alrededor se lavaban las manos, y los fieles se daban el ósculo de paz en Oriente y en la Galia, lo que en Italia y en África se hacía ántes de la comunion. Los asistentes presentaban las oblaciones; y se presentaba al obispo el pan y el cáliz, rogábase por él, por el clero, por las personas reinantes, por la paz, por los vivos y los muertos, y se hacía conmemoracion de los mártires y de los bienhechores de la Iglesia. Despues del prefacio, se consagraba la hostia con las palabras sacramentales, y seguian la accion de gracias y las invocaciones. Partida la hostia, se rezaba la oracion dominical, y despues el obispo bendecia al pueblo. Alzábase el velo que cubria los santos misterios, comulgaba el obispo y despues el diácono distribuía la Eucaristía, miéntras el obispo decia: *Este es el cuerpo del Señor*. Dábanse luego las gracias á Dios, y el obispo saludaba al pueblo diciendo: *La paz sea con vosotros*, y los fieles respondian: *Y con tu espíritu*. Miéntras duraba el incruento sacrificio, dos diáconos en los extremos del altar, con abanicos de plumas de pavo real, ahuyentaban los insectos; costumbre que se conserva en la misa papal.

Hasta en los primeros tiempos se hace mencion de la misa privada, celebrada por el obispo ó solo por el sacerdote, sin la comunion de los legos. Los sacramentarios mas antiguos contienen misas particulares para los santos, con lecciones de las actas de su martirio; y Tertuliano hace mencion de las de los fieles difuntos.

El papa Bonifacio habia dispuesto que los cálices y patenas fuesen de madera, pero el concilio de Tribur (1) conoció que si esto estaba bien cuando los sacerdotes eran de oro, entónces que eran de madera, convenia que los vasos sagrados fuesen de metal precioso. Ya en tiempo de San Ambrosio tenia la Iglesia ornamentos de gran valor, coronas pendientes sobre los altares, lámparas, incensarios, cubiertas de códigos, dípticos que eran unas tablitas en que se escribian los nombres de los bienhechores de la Iglesia para hacer conmemoracion de su nombre en la misa. En casos de necesidad, se vendian estas preciosidades para socorrer á los pobres, redimir esclavos y ensanchar los cementerios (2).

El pueblo asistia á la misa de rodillas ó inclinado hácia la tierra (3); y la accion sagrada creían que principiaba despues del Evangelio cuando se deseaba á todos la paz (4). Dicen que el papa Símaco introdujo el *Gloria in excelsis* para los domingos y fiestas de los mártires. En la Iglesia romana no se recitaba el *Credo* en la misa, é inmediatamente despues del Evangelio predicaba el papa ó el obispo: San Cesáreo hasta hacía cerrar las puertas para que no salieran los que habian participado del Evangelio, y les decia: *¿Adónde vais? El dia del juicio no os será permitido escucharme*. En los primeros tiempos no se escribia el cánon por respeto al misterio, pero se trasmitia por tradicion oral para que no fuese nunca profanado. Ántes de la consagracion parece se cubrian las cosas secretas, echando un velo al altar, como lo practica la Iglesia griega, ó cubriéndole con el pabellon que hay encima de él (5). En tiempo de Inocencio III mandó en Colonia el legado Guido Paré que al alzar se tocase la campanilla y se arrodillase el pueblo; y que cuando se llevase el viático, el monaguillo fuese delante tocando. Al tiempo de la comunion se daban el ósculo de paz miéntras estuvieron los hombres separados de las mujeres; despues, en su lugar, se dió á besar una cruz y una reliquia. Por órden del papa Sergio, se recitó el *Agnus Dei* al partir el sagrado pan.

El concilio de Auxerre del año 538 decretó que no se pudiese celebrar mas de una misa al dia en un mismo altar; el de Compostela del año 1056 dispuso que obispos y sacerdotes di-

(1) Cerca de Maguncia: año 895, cán. 18.
(2) S. Ambrosio, *De off. eccl.* II, 28.
(3) *Id. In. ps.* 118, oct. 20.
(4) Beroldo dice que en el siglo XII un diácono del altar intimaba ántes del Evangelio el *Parcite fabulis*, y dos custodios añadian *Silentium habete*. Esto se practica todavía en la Iglesia metropolitana de Milan en el oficio pontifical. ¿Indicará que los fieles tenian la costumbre de hablar en este lugar? Mur. *Ant. ital.* dis. LVII, p. 872.
(5) « No todos ven los altos misterios, pues estos se ocul- » tan por los levitas, á fin de quitarlos de la vista de aquellos » que no está bien que los vean. » San Ambrosio, *De off. eccl.* I, 10.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

jesen misa todos los dias, cuando no estuviesen impedidos (1), y se pretende que solo el concilio Romano de 1603 prohibió que dijesen mas de una al dia, obra que ántes se tenia por meritoria.

Las pilas para el agua bendita que se ponen á la entrada de las iglesias están tambien tomadas de los ritos paganos; el cepillo para las limosnas se introdujo en tiempo de las cruzadas. Preferíase el aceite para el alumbrado, reservándose la cera para las procesiones, y sirviéndose de unos candeleros de muchos brazos llamados árboles, adornados con mucho gusto (2).

Los que se quejan del excesivo número de dias festivos que introdujo la Iglesia, deben tener en cuenta que en estos dias se llevaba al pié de los altares una multitud ignorante, y se procuraba descanso á los esclavos condenados á trabajar sin tregua y sin provecho; y debe admirarse la prevision con que esta madre amorosa dirigia todas las cosas para bien de los afligidos (3).

Solemnidades. La serie de las solemnidades eclesiásticas comienza por el Adviento, preparacion á la Natividad de Jesucristo. Esta solemnidad, posterior á la de la Pascua de Pentecostes y de la Ascension, parece que se fijó en Roma en el mismo dia en que los paganos celebraban la vuelta del sol: en ella se hacian regalos y donativos, sin olvidar á los pobres (4). El principio del año se celebraba por los gentiles, disfrazándose los hombres de mujeres y vice versa, y á veces tambien de bestias, y pasando el dia en cantos, bailes, espectáculos y comilonas, por lo cual se llamaba la fiesta de los locos (5). Costó gran trabajo desterrar esta costumbre, que subsistió principalmente en Roma hasta el siglo VIII á pesar de haber sido reprobada por los concilios, y haberla sustituido con los recuerdos de la juventud de Cristo.

Como entre nosotros la Natividad, la fiesta principal para los Griegos era la Epifanía, instituida por lo ménos desde el siglo IV en memoria del bautismo de Cristo, y del milagro de Caná. Despues se introdujo tambien en Occidente para celebrar la manifestacion á los gentiles, por lo cual se hacian procesiones para celebrar la venida de los Magos, que la tradicion vulgar supuso reyes, dándoles á cada uno patria, nombre y color (1). En este dia se proclamaba y despues se suspendia de un cirio la *tabla pascual*, efeméride de las fiestas movibles; y aun hoy dia se anuncia en las catedrales en esta fiesta el dia que se celebrará la Pascua.

La Candelaria de principios de febrero sustituyó á las luperales de Evandro ó á una fiesta en honor de Céres, en que con antorchas encendidas se iba en busca de la robada Proserpina; ó bien á los sacrificios ambarbales en honor de los dioses del infierno; su introduccion se atribuyó á San Gelasio I, y Justiniano la impuso por ley en 542. Quizá sea tambien resto de los ritos gentílicos el Carnaval, á cuyos desórdenes se opuso continuamente la Iglesia. En Oriente se hizo por primera vez mencion de la Anunciacion en el concilio Trullano del año 692.

Los únicos ayunos obligatorios para los primeros Cristianos eran los que precedian á la Pascua (2) en memoria de la pasion de Jesucristo, creyéndose que habian sido prescritos por aquellas palabras del Evangelio: *Mas vendrán dias en que les será quitado el esposo y entónces ayunarán* (3). Habia otros de pura devocion, como hemos dicho, de la cuarta y sexta feria, esto es, el miércoles y viérnes de cada semana: algunos eran ordenados por los obispos en las necesidades de la Iglesia, ó cada fiel los elegia por devocion particular. El ayuno de la cuaresma no se quebrantaba mas que al declinar el dia (4), los demas á la hora de nona. Las cuatro témporas, ayuno que se practicaba al principio de las cuatro estaciones, fueron establecidas en la Iglesia romana hácia la mitad del siglo V, quizá en lugar del ayuno voluntario de cada semana: este uso se extendió tambien al Oriente.

Ayunos. Como el ayuno de la cuaresma no tenia lugar los sábados ni los domingos, es probable que comenzase en el dia que despues se llamó de sexagésima, y aun en Oriente de septuagésima. En este tiempo de penitencia estaban vedadas las bodas, cubiertos de luto los altares, y durante la cuaresma no se probaba la carne: algunos usaban la xerofagia, esto es, carnes secas, absteniéndose de manjares vinosos y suculentos; otros tomaban pan y agua, y los mas legumbres (5).

(1) LABRE, t. IX, f. 1087.

(2) Uno hay todavía en la catedral de Milan.

(3) « En la obra de Herodoto se quejan los sacerdotes » egipcios de la tiranía de Cheap, que para fabricar su pirá» mide disminuyó los dias festivos. »

(4) Posteriormente en Milan en las fiestas de San Ambrosio y de San Estéban, el arzobispo bendecia doce medidas de vino que despues distribuían entre los pobres. Por la Natividad iban los sacerdotes y diáconos á la curia con capa pluvial, y allí los recibia el arzobispo diciendo: *Puer natus est nobis, et filius datus est nobis*, y todos respondian: *Deo gratias*, añadiendo despues el beso de las manos y de la boca. Despues de tomar asiento el arzobispo, regalaba al vizconde una férula y un par de guantes, y otro par al ostiario, y ademas un cirio á los que debian servir aquel dia en la mesa el primer plato: BEROLDO, *M. S. de la bibliot. de la catedral.*

(5) « Hé aquí que se aproximan las calendas y sale toda la pompa de los demonios; sale toda la oficina de los ídolos, y con antiguos sacrilegios se consagra el año nuevo. Figuran en esta fiesta Saturno, Júpiter, Hércules; expónese á Diana, se lleva en procesion á Vulcano.... disfrazándose los hombres de animales, los varones en mujeres; quebrantan la honestidad, pierden el juicio, se rien de la pública censura... Para teñir la cara á estos dioses, no hay carbon que baste; y para llenar de horrores su vestido, se buscan por todas partes pellicas, pieles y estiércol... Los Cristianos los admiten en sus casas, los Cristianos los reciben en sus casas. » *Frag. ined. de San Agustin.*

(1) El arzobispo de Milan iba en solemnísima procesion hasta San Eustorgio, donde se creía que reposaban los cuerpos de los Magos en un arca que todavía se conserva, y de donde se dice se sacaron en tiempo de Barbaroja para llevarlos á Colonia. La procesion representaba á lo vivo la comitiva de los tres reyes con la pompa á que era tan aficionada la edad média.

(2) *Const. Apost.* V. c. 18.

(3) S. MATEO, IX, 15. — S. MÁRCOS, II, 20.

(4) S. AMBROSIO, *In ps.* 118, Nº 46.

(5) TERTUL. y ORÍGENES, *Homil.* X, *in Levit.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Bastante tiempo despues se permitió comer de vigilia ó de pescado, y hasta el pasado siglo no se consintió comer carne. Durante este tiempo se exorcizaba en Milan frecuentemente á los catecúmenos con sal, ó se les instruía en el catecismo; si eran niños, solo á un simulacro de esta; y por un silicio bendito se pasaba una gran piedra con el monógrama de Cristo (1). En Alberstadt en la Baja Sajonia, todos los años andaba por toda la iglesia sin descanso y con los piés desnudos un ciudadano haciendo penitencia en nombre de todos; cuando llegaba el juéves santo era absuelto y con él toda la ciudad.

El uso de no decir misa los viérnes de cuaresma que para la Iglesia griega fué confirmado por el concilio de Laodicea (2), y que se conserva en el rito ambrosiano, es muy antiguo. El domingo de Pasion se hacía la tradicion del símbolo á las personas competentes; pero en los tiempos de San Ambrosio todavía no se bendecian los ramos de olivo, fiesta que se introdujo poco despues y que se celebraba en Milan con caprichosas ceremonias. Al abrirse la iglesia subia el arzobispo en un rico palafren, y guiado por un soldado de la familia de Ro, iba á cantar misa á la basílica Ambrosiana, cuyo abad le salia á recibir hasta el carrobio, presentándole un *palmorerio* y una trucha. Decia la tradicion que San Ambrosio habia sanado á un leproso y que este mal se habia perpetuado en la familia de aquel; por lo cual el lúnes *in autentica* venian tres leprosos de esta familia, y el arzobispo despues de haberlos bendecido, asperjado con agua lustral é incensado, les conducia al baño junto á la puerta Tesinesa, donde un sacerdote les lavaba y peinaba la cabeza; cuando concluía esta operacion eran vestidos con ropas nuevas; el arzobispo (3) les lavaba el pié derecho, lo enjugaba, y besaba y se daba con él tres golpes en la cabeza. Culto dado á la desgracia, muy conforme con las inspiraciones cristianas y con las ingenuas costumbres de la edad média.

El juéves santo era desde muy antiguo el dia destinado á reconciliar á los penitentes, á quienes el obispo, despues de amonestados, introducia en la iglesia con el báculo pastoral, dándoles el ósculo de reconciliacion. Consagrábanse los óleos, cantábase una misa y comulgaba el pueblo; el obispo lavaba los piés á los sacerdotes, y el Sacramento se ponia escondido en la sacristía, cesando por aquellos dias los himnos y los misterios. El sábado, ó mejor dicho la noche ántes de la Pascua, se conferian á los catecúmenos el Bautismo, la Confirmacion y la Eucaristía.

(1) Llamábase *chrismon* y uno de ellos hay todavía detrás del coro de la catedral de Milan con esta figura A P ☧ Ω

(2) Del año 563, cán. 46.

(3) Sin embargo, el título de arzobispo no se encuentra dado al metropolitano de Milan ántes del año 777, en que en un pergamino del monasterio de San Ambrosio se lee: *Domnus Thomas, archiepiscopus mediolanensis.*

Pascua.

Cuando la solemnidad de la Pascua invitaba á la *alleluya* á los fieles todos, hasta los solitarios en sus yermos aflojaban la penitencia; San Pacomio sazonaba las yerbas con aceite; San Benito permitia un alimento mejor; San Antonio se echaba sobre los hombros una túnica de hojas de palma que le habia dejado un antecesor suyo. Entre las gentes se solia bendecir un cordero cocido, para hacer con él la primera comida despues del ayuno de la cuaresma; y muchas veces habia danzas en las iglesias ó en los cementerios. La bendicion del cirio pascual se remonta á los tiempos del papa Zósimo, y en este cirio se escribian la cifra de la epacta y de la indiccion y el año despues de la Encarnacion. De este cirio se tomaban algunas porciones, que se distribuían al pueblo en la domínica *in albis*, para colocarlas en las casas y en los campos, como devocion y como preservativo contra las desgracias; de aquí vinieron despues los *agnus Dei*. Los bautizados, que toda la semana de Pascua (*in albis*) habian llevado vestiduras blancas, las dejaban al domingo siguiente, y se mezclaban con los demas fieles.

Los cincuenta dias siguientes eran de alegría y fiesta y misa cotidiana; estaba prohibido el dar espectáculos (1), el ayunar ó arrodillarse (2); asistíase en ellos con mas frecuencia á la iglesia, y se aflojaba el rigor de la disciplina eclesiástica (3). El domingo ántes de la Ascension bendecia el papa una rosa y la enviaba como regalo á los príncipes y grandes. La Ascension es una de las fiestas mas antiguas. La Pentecostes fué puesta en lugar de la hebráica de las Semanas y de las Primicias.

La fiesta del *Corpus Domini* no fué aprobada hasta Urbano IV en 1264, el cual la vió nacer en Lieja con ocasion de las revelaciones hechas á Juliana, monja hospitalaria. Santo Tomas compuso el hermoso oficio del Sacramento; pero este, ántes del concilio Vienense de 1311, no se llevaba por las calles sino cubierto. Desde entónces se introdujeron las bendiciones y la exposicion del Santísimo, y despues las cuarenta horas instituidas por el padre José de Ferno (4), capuchino milanes, que murió en 1564.

La fiesta de la Trinidad, celebrada en algunas iglesias, fué generalizada por Juan XXII, la de la Trasfiguracion por Calisto III en 6 de agosto, en memoria de haberse salvado Belgrado en 1456, así como la del Rosario por la batalla de Lepanto. Inocencio IV ordenó en el concilio de Lyon la octava de la Natividad para hacer propicio á Dios en la séptima cruzada; é Inocencio XI instituyó el del nombre de María por la victoria con que los Polacos salvaron á Viena y á Europa de los Otomanos.

La dedicacion de la Iglesia, que en el Milanesado se celebra el 2 de octubre, se cree insti-

(1) *Cod. Teod.* XV, 5, v.
(2) TERTUL. *De corona mil.* Nº 3.
(3) ALBASPINA. *In can. 43, concilii Illiber.*
(4) THIERS. *De l'exposition du S. Sacrement.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tuida por San Eusebio, con motivo de los daños causados por los Godos (1) á los templos; en las demas se festeja el dia en que fué consagrada la Iglesia Madre. Para la consagracion de los templos y de los altares se conservaron los ritos anteriores; los templos y altares cristianos, como los de Jehová, de Júpiter y de Brama, se ungieron de aceite, y el obispo, seguido del clero, iba una y otra vez alrededor de la basílica asperjando con agua lustral, ungía la piedra sagrada, y señalaba en las paredes con tinta roja cruces griegas, á la manera que las puertas de los Hebreos fueron señaladas con la mística sangre del cordero, cuando el ángel iba á exterminar á los primogénitos del Egipto.

La Inmaculada Concepcion se hizo fiesta general por disposicion del concilio de Basilea como voto por la peste negra que entónces asolaba la Europa. Los Griegos celebran no la Asuncion de María, sino su muerte ἐχο ἱμμοις τῆς παυαλίας, y muchísimas son las Iglesias que le están dedicadas, principalmente en los monasterios.

La Conmemoracion de los difuntos fué introducida por San Odilon, abad de Cluni, hácia el año 1050 : la de Todos los Santos por Bonifacio IV, cuando á principios del siglo VII obtuvo el panteon del emperador Fócas, que dedicó á María y á todos los mártires. El aniversario de los Santos se fijó con hermoso símbolo en el dia de su muerte, como aquel en que habia renacido para la vida verdadera : solo se celebraba el natalicio de San Juan Bautista ya en tiempo de San Agustin. Desde un principio cada Iglesia celebraba á sus propios mártires, y únicamente San Estéban era celebrado en todas. Constantino mandó que los dias de los mártires fuesen sagrados como los domingos.

En el siglo III se encuentran rastros seguros de la invocacion de María y de los Santos como intercesores, y Orígenes habla de ángeles venerados del mismo modo. En un principio se llamaba santos á todos los Cristianos, y despues á los obispos; pero luego la especial devocion dió este título solo á los mas piadosos y benéficos. Para evitar errores y desórdenes, se dispuso que no se elevase á nadie al honor de los altares, sino despues de un expediente con trámites regulares; el primero canonizado de este modo fué San Ulderico, obispo de Augsburgo, que lo fué por Juan XVI en 993, diez años despues de muerto. Alejandro III reservó despues para la silla suprema la canonizacion, cuando enumeró entre los santos á Eduardo de Inglaterra.

Canonizaciones.

Á las fiestas mas solemnes, como Pascua, Pentecostes, Natividad, Epifanía, precedian vigilias, en las cuales se pasaba toda la noche en cánticos y oraciones; y fueron abolidas porque eran ocasion de escándalos. Desde el tiempo de los apóstoles algunas horas del dia estaban destinadas especialmente á la oracion; y las constituciones apostólicas exhortan á rezar seis veces al dia.

El cantar los salmos era ya la delicia de los primeros Cristianos, pero segun, dice San Isidoro (1), se cantaba con pequeña flexion, como si se hablase con armonía, como si se cantase. San Ambrosio hizo cantar tambien en Italia himnos y salmos alternativamente á la oriental; y él y Gregorio Magno aplicaron á este canto diversa letra. La antífona, esto es, *contra voz* ó canto alternado, era quizá un versículo repetido por el pueblo á cada pausa del coro, como hoy se hace con el *Venite exultemus* y con algunos himnos, como el *Stabat Mater*. El oficio se dividia en tres partes : una al alba, otra por la tarde, que se prolongaba hasta la noche, y otra á la hora de tercia; pero quizá estaba ya dividido en Oriente en siete partes, tal como fué introducido entre nosotros hácia el siglo VIII, limitándose solo al clero, no ya á todo el pueblo.

No tengo necesidad de decir que la liturgia variaba de iglesia á iglesia; y el lector habrá conocido que me atengo con preferencia á la de Milan, tanto porque por ser la de mi patria me es mas conocida, cuanto porque esta ha conservado mayores vestigios de la antigüedad. No creo que San Ambrosio introdujese en ella un rito nuevo, sino que se conservó el antiguo, á pesar de las tentativas de los diversos papas y de otra mas resuelta que hizo Carlo Magno. Segun aquel rito, se diria que cada iglesia tenia un solo altar (2), y que no se celebraba en él hasta haberlo consagrado con reliquias de mártires (3). En tiempo de este Santo aparecen en Milan una sola iglesia, ó á lo ménos dos.

Costumbres.

Revisando las obras de los Santos Padres, pueden sacarse muchas particularidades acerca de las costumbres de aquel tiempo. El Cristianismo se habia dirigido á lo mejor, pero no mudado en el fondo las costumbres que habian nacido con aquella sociedad. Subsistia la esclavitud doméstica; algunos tenian en casa hasta dos ó tres mil siervos; y una mujer rica, cuando se irritaba con alguna de sus esclavas, la hacía todavía uncir á su litera, ó azotar á su vista (4). Las mujeres, aunque elevadas á su dignidad natural, habian cambiado poco de condicion : en la iglesia estaban separadas de los hombres, y una jóven honesta no salia al caer el dia. Algunas conservaban el lujo de las antiguas, é iban á la iglesia en coche dorado, tirado por cuatro mulas, con gran séquito de eunucos y de esclavos, vestidas con túnicas de oro y seda,

(1) La procesion hasta el siglo XII acostumbraba á venir á la iglesia, á golpear la puerta que estaba cerrada, y cuando se abria, se hacía correr á escape al clérigo que habia abierto hasta que se escondia detras del altar. *Antich. long. mil.*

(1) *De off. Ecclesiæ*, I, 5.

(2) Sin embargo, tenemos una descripcion de la diócesis de Milan, hecha por el humilde Buonvicino de Riva, donde aparecen en cincuenta y seis parroquias mil setecientas ochenta iglesias con dos mil doscientos setenta altares.

(3) S. AMBROSIO, *Exhor. ad. virg.*; *Ep.* 20 *ad Marcellinam.*

(4) S JUAN CRISÓST. *Op.* t. XI, p. 112.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cubiertas de diamantes, adornando sus orejas con joyas que hubieran bastado para la subsistancia de mil pobres; y asociando la devocion al lujo, bordaban sobre sus vestidos las escenas del Evangelio (1). Otras, por el contrario, preferian los tranquilos goces del casto amor; no obstante, en medio de la austeridad conservaban vestigios de galantería, componiendo los pliegues del sayo y revelando las gracias que ocultaba. Los abusos que nacian de este estado de perfeccion propio de muy pocos, daban con frecuencia ocasion á las reprensiones de los predicadores, que aunque alabando la virginidad, recomendaban, sin embargo, el matrimonio y principalmente en la edad juvenil.

En las grandes ciudades, como Antioquía y Constantinopla, eran los niños cuidadosamente educados. Á los cinco años se les enviaba á la escuela pública para leer y delinear caractéres sobre cera; luego los gramáticos les enseñaban á conocer á Homero y á los demas poetas griegos, y pasaban por último á los maestros de elocuencia, que, generalmente, por pedantesca devocion profesaban la creencia antigua. Concluidos los estudios, por lo general recibian el bautismo; é iniciados en la fe en la edad mas fervorosa, algunos se retiraban á los desiertos, otros se aplicaban al estudio del derecho civil, escala de las dignidades; y pocos emprendian la carrera de las armas, que habia caído en descrédito por la afeminacian de los tiempos y por las exhortaciones de los predicadores (2).

Supersticiones. Habian sobrevivido algunas supersticiones paganas, venerándose bosques y grutas sagrados (3), consultándose augures y encantadores (4), y llevándose amuletos, principalmente con la imágen de Alejandro, cuya gloria habia llegado á ser una religion (5). Algunos, mezclando estas supersticiones con el Cristianismo, llevaban encima hojas del Evangelio, y las suspendian del cuello de los niños; y cuando nacia alguno, encendian muchas lámparas con nombres diferentes cada una, y el de aquella que duraba mas tiempo era el nombre que llevaba el recien nacido (6) (*). Los enfermos se hacian ungir con el aceite de las lámparas de los santos lugares (7), y se esperaba la curacion haciéndose imponer las manos por algun piadoso solitario. Teniéndose tambien por cierta la opinion de que el alma del que moria de muerte violenta se libraba del demonio, algunos llegaban al exceso de dar muerte á sus hijos.

Las leyes de Teodosio II y los concilios demuestran que la creencia en la magia habia sebrevivido. Constantino prohibió los encantamientos contra la salud ó la castidad de los hombres; pero permitió los que tendieran á sanarlos ó librar á las mieses de la piedra (1). Constancio condenó á muerte al que con sortilegios alterase los elementos, la vida del hombre ó evocase á los difuntos (2).

Tambien era profana la pasion á los juegos de que ya hemos hablado: en Constantinopla eran muy apreciadas las comedias, acompañadas de danzas y cánticos, en los cuales aparecian, con grande escándalo, hasta doncellas con la cara descubierta.

¿Qué tiene de extraño, pues, que en tiempos de ignorancia penetrasen en los ritos de la Iglesia tradiciones poco fundadas ó prácticas supersticiosas? Sabido es el celo con que los pontífices, principalmente desde el concilio de Trento, trabajaron para purgar los breviarios y misales (3) de lecciones ó creencias absurdas. Los tiempos las introducian, y la Iglesia, tutora fiel de la pureza y de la verdad, las borrará.

(1) Asterio. *Homil. in divitem et Lazarum.*
(2) S. Juan Crisóst., *Op.* I, 84.
(3) Id. I, 727.
(4) El mismo Constantino decretó en el año 321: « Si quid de palatio nostro aut ceteris operibus publicis degustatum fulgure esse constiterit, retento more veteris observantiæ, quid portendat ab aruspicibus requiratur, et diligentissime scriptura collecta, ad nostram scientiam referatur. Ceteris etiam usurpandæ hujus consuetudinis licentia tribuenda, dummodo sacrificiis domesticis abstineant, quæ specialiter prohibita sunt. » Cod. Teod. X, I, 10, I.
(5) S. J. Crisóst, *Op.* I, 682; II, 243.
(6) Id. X, 107.
(*) Don Jáime el Conquistador cuenta en su crónica, que el llamarse con tal nombre fué debido á que su madre encendió doce velas poniendo á cada una el nombre de un apóstol, y por durar mas la de Santiago, le puso Jáime, que es equivalente á aquel. (*N. del T.*)
(7) Id. XII, 573.

(1) « Eorum est scientia punienda et severissimis merito legibus vindicanda, qui magicis adcincti artibus, aut contra hominum moliti salutem, aut pudicos ad libidinem deflexisse animos detegentur. Nullis vero criminationibus implicanda sunt remedia humanis quæsita corporibus, aut in agrestibus locis ne maturis vendemiis metuerentur imbres, aut ruentis grandinis lapidatione quaterentur, innocenter adhibita suffragia, quibus non cujusque solus aut æstimatio læderetur, sed quorum proficerent actus, ne divina munera et labores hominum sternerentur. » En el 321. *Cod. Teod.* IX, 14, III.
(2) « Multi magicis artibus ausi elementa turbare, vitas insontium labefactare non dubitant, et manibus accitis, audent ventilare, ut quisque suos conficiat malis artibus inimicos. Hos, quoniam naturæ peregrini sunt, feratis pestis absumat. Del 357, lb. IV.
(3) En un misal milanes del año 1488 se pone la misa contra la muerte repentina, compuesta (así se dice en él) en el consistorio de cardenales por el papa Clemente, que concedió 240 dias de indulgencia á quien asistiese á ella; y oyéndola cinco veces con un cirio encendido se quedaba garantido de la muerte repentina, como (continúa el códice) se habia experimentado en Aviñon y sus contornos. En el mismo libro, el 4 de febrero, se pone la misa de santa Verónica, de quien se refiere que siendo anciana y no pudiendo ya seguir á Jesucristo, le enjugó el rostro y quedó en el sudario impresa la imágen de aquel. Esta mujer fué por algunas partes con su admirable velo; y extendiéndole sobre Volusiano encogido y corcobado, le enderezó, convirtió á Tiberio á la fe limpiándole de la lepra, y por último, con el sudario entró en el paraiso. En un prefacio del misal del año 1475 se canta: « ¡Oh, cuán glorioso es este dia en el cual espera Júdas recibir descanso por una hora! » En él tambien hay una misa por un difunto « de cujus anima dubitatur ut, si plenam veniam anima ipsius obtineri non potest, saltem vel inter ipsa tormenta quæ forsitan patitur, refrigerium de abundantia miserationum tuarum sentiat. Venecia, Giunti, 1563. En España habia la particular costumbre de que el que odiaba á otro hacía decir por él una misma de difuntos, como si anticipando las exequias se acelerase la muerte: la prohibió el concilio XVII Toledano, cán. 3, año 694. En Pavía se siguió por mucho tiempo celebrando con rito doble la conmemoracion de Boccio, mártir en 23 de octubre. En otros países se introdujeron en las letanías, Hércules, Jason y otros bienhechores de los pueblos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPÍTULO XX

Literatura profana

Cultura general.

Las ciudades libres de los Bárbaros cultivaban todavía las bellas letras. En tiempo de Justiniano se explicaban en Aténas públicamente las obras de Aristóteles ó Platon, en tanto que gramáticos y retóricos vendian en esta ciudad sus lecciones de elocuencia y filosofía, y allí iba á perfeccionarse todo el que aspiraba al dictado de hombre culto. La juventud viva y bulliciosa se dividia en bandos, cada cual defendiendo á sus respectivos maestros, sosteniéndolos en sus luchas y en sus triunfos; y los santos Basilio y Gregorio se educaron allí juntamente con Juliano el Apóstata. Berito florecia por sus escuelas de jurisprudencia; Edesa por las de gramática, retórica, filosofía y medicina, adonde acudian los jóvenes de las provincias orientales por la facilidad que les daba para sus estudios el uso que allí se hacía de las lenguas griega y siríaca. Antioquía, ciudad del lujo y de la disipacion, extremada en la voluptuosidad y en la austeridad, hormigueaba de anacoretas en sus contornos, miéntras en su interior bullian ingeniosos holgazanes que motejaban con sus burlas á filósofos y reyes. Allí todas las sectas disputaban sin combatir: Libanio componia tranquilamente el elogio del apóstata y se lisonjeaba con el restablecimento de la idolatría; y San Juan Crisóstomo tenia que hacer poner toldos para librar del sol á la multitud, que encantada escuchaba su fogosa palabra, anunciadora de mas sinceras esperanzas.

Ménos tolerante Alejandría, mezcla rarísima de estudio y de agitacion, veía á sus activos habitantes tomar parte en las contiendas de los ascetas; y á los Judíos, Católicos, donatistas y adoradores de Serápis, buscarse con dardos, espadas y hachas, é invocar ó rechazar la persecucion de los poderosos. Teodosio, ordenando la destruccion del templo de Serápis, hizo que se perdiera la famosa biblioteca.

Constantinopla, centro de la religion y del dominio oriental, daba acogida á los mas ilustres ingenios, como á todas las sectas, las cuales ambicionando un apoyo para sus vacilantes creencias, iban á solicitar el favor de la corte con artificios no siempre laudables. Constantino protegió las letras, eximió de cargas á los médicos gramáticos, profesores de bellas artes y doctores de las leyes, juntamente con sus mujeres, hijos y sus casas, y les aseguró los sueldos (1); leyes que fueron renovadas despues por sus sucesores. Estableció en su ciudad una escuela que se asemejaba á nuestras universidades, la cual ocupaba un edificio octágono, en que quince profesores ecuménicos, esto es, universales, estaban dirigidos por un gran maestro, el cual conservaba tambien los archivos eclesiásticos y la biblioteca que estaba unida á ellos. Juliano aumentó esta biblioteca con la suya; luego Valente agregó á ella siete anticuarios, para que copiasen las obras: de suerte que en ciento cincuenta años se aumentó hasta ciento veinte mil volúmenes. En tiempo de Basilio se quemó un ala del octágono, consumiéndose muchos libros, entre ellos los cuarenta cantos de Homero escritos con letras de oro en el intestino de una culebra de ciento veinte piés de larga, y últimamente fué entregada toda la biblioteca á las llamas por el fanatismo iconoclasta de Leon Isáurico.

Los profesores del octágono que gozaban de grande reputacion, eran á menudo consultados por los emperadores; pero, como en todas las universidades, los miembros de esta tendian á conservar lo pasado y á rechazar lo nuevo; é introducian libros en los cuales pretendian se tuviese una fe ciega.

Roma cristiana, en un siglo tan fecundo, no produjo siquiera un grande escritor, atendiendo mas que á otra cosa á afirmar su dominio, decidir las controversias entre rivales y dar acogida á la verdad, perseguida en otras partes. San Agustin fué llamado á África para enseñar elocuencia en esta ciudad; para hacer el panegírico de Teodosio, se llamó á un retórico de las Galias, y Macrobio vino tambien del Egipto. La traslacion de la capital á Constantinopla habia difundido por el Oriente la lengua latina, de tal modo que el mejor poeta de entónces, Claudiano, procedia de Egipto, de Antioquía el mejor historiador, Amiano Marcelino; y de Siria Iquerio, educado en Grecia, y reputado por el mejor retórico. Habiendo gran carestía de víveres, se mandó salir de Roma á los forasteros; y los pocos literatos que allí habia fueron expulsados para conservar tres mil bailarinas, otras tantas cantatrices y sus maestros y coros y turba de secuaces.

No faltaban sin embargo escuelas, y San Jerónimo se ejercitaba en ellas cuando niño en declamar; y en fingidos litigios se adiestraba para los verdaderos; yendo despues á los tribunales se oía á elocuentes oradores disputar uno contra otro hasta llenarse de injurias y morderse (1). Valentiniano dictó providencias respecto de aquellos que venian á estudiar á Roma; debian traer de su patria certificaciones; y cuando llegaban, decir dónde vivian y qué estudios emprendian; no debian andar en malas compañías ni en espectáculos; de lo contrario eran echados á palos (2).

(1) *Cod. Justin.* X, 52, VI.

(1) *Comm. in ep. ad. Galat.* c. 2.

(2) « Quicumque od urbem di-cendi cupiditate veniunt, primitus ad magistrum census provincialium judicum, á quibus copia est danda veniundi, ejusmodi litteras proferant, ut oppida nominum et natales et merita expressa teneantur. Deinde ut primo statim profiteantur introitu, quibus potissimum studiis operam navare proponant. Tertio, ut hospitia eorum sollicite censualium norit officium, quo curet impertiant curam, quam se adseruerint expetisse. Idem immineant censuales, ut singuli eorum tales se in conventibus præbeant, quales esse debent, qui turpem inhonestamque famam et consociationes (quas proximas putamus esse criminibus) as-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

No habia amansado el Cristianismo la natural ferocidad de los Africanos; sus pertinaces disensiones llegaban hasta la efusion de sangre; las herejías hasta el latrocinio y el suicidio, y la devocion desordenada se abandonaba á la embriaguez durante el sacrificio y en los altares. En Cartago particularmente se hacía gala de varonil vigor en el vicio, y una turba de afeminados en trajes de mujeres pedia por las calles el precio de la contaminacion.

La Galia habia crecido en civilacion; Marsella, Árles, Narbona, Viena, Tolosa, Burdeos y Clermont tenian escuelas de filosofía y de jurisprudencia, pero principalmente de gramática y retórica, de donde iban á Roma sofistas ingeniosos y declamadores en prosa y verso, espías en el siglo precedente, y en este panegiristas.

376. La ley de Graciano que estableció escuelas en las primeras ciudades de la Galia no habla mas que de maestros de retórica y de gramática, aunque distinguiendo los de gramática latina y los de griega (*attica*). Que era mayor el número de los profesores de retórica, lo prueba el estarles asignadas raciones en vez de sueldo (1); pero los de gramática no enseñaban meramente los elementos de la lengua, sino todas las ciencias filológicas (2); sin que nadie pensase en las que mas contribuyen á formar al hombre y al ciudadano. Los profesores iban de ciudad en ciudad al olor de los mejores sueldos, y traficando en versos, panegíricos, cumplimientos y cuestiones, no se cuidaban del imperio que caía ni del Cristianismo que se levantaba.

Las escuelas eran semillero de mal gusto, enseñándose en ellas á suplir los pensamientos con un énfasis cada vez mas exagerado y con figuras acumuladas para la perfeccion del estilo. Otra doctrina aprendian los que se dedicaban á la ciencia de Dios y á las cuestiones morales y teológicas; sin embargo, como reflexiona Fauriel (1), es singular el contraste que forman, en la literatura galo-romana del siglo V, el fondo y las formas, las ideas y el estilo: aquellas graves é interesantes como expresion de los hombres y del tiempo á que pertenecen; éste, afectado y rebuscado, como si el autor al dedicar su fantasía á la investigacion de ingeniosas combinaciones de palabras y de frases, temíase á cada paso no encontrarlas bastante nuevas, picantes, forzadas y falsas. Si se ve obligado á usar la palabra propia, inmediatamente procura realzarla, darle los visos de nueva con un giro de la frase, que llame tanto la atencion como excite maravilla.

Si se compara el estilo hinchado y las antítesis y otros adornos afectados de Séneca y Lucano con el de muchos escritores españoles modernos, se inclina uno á creer que algo indígena llevaron aquellos desde su país á Roma, donde despues tanto ellos como los Africanos y Galos usando una lengua que no era la suya, debieron casi por fuerza caer en la exageracion y en la pedantería.

Lengua latina. Hemos dicho que no era la suya, porque aunque se repita que el latin habia llegado á ser universal, no es esto decir que verdaderamente se hablase por el vulgo. Las escuelas, las magistraturas, los contratos y los libros no usaban tal vez otra lengua; pero el pueblo conservaba la antigua, así como en Francia se puede llamar lengua universal la de Paris, sin que obste para que se hablen el provenzal, el alsaciano y el breton. Aun donde se hablaba el latin, debian mezclarse con esta lengua elementos extraños, atendida la extension del territorio en que dominaba. Mas diré: en Italia, aun en el mismo Lacio, la lengua hablada era diferente de la escrita, y quizá el romano rústico no se asemejaba al latin de Ciceron, mas que se asemeja á los dialectos italianos actuales la lengua en que escribimos. Pero de esto hablamos en otra parte (2).

Deteriorándose la cultura, y aumentándose la mescolanza, volvió á prevalecer el elemento popular: lo que era imitacion y arte, fué reemplazado por lo espontáneo é inculto; y los Romanos mismos tuvieron despues gran trabajo para conservar la aristocrática pureza de la expresion. No debemos dejar de notar sin embargo, que miéntras la lengua aparecia tan tosca en escritores como Macrobio ó Apuleyo, porque separaban el lenguaje práctico del literario, el buen sentido y la gravedad de los legistas sostenian todavía la varonil sencillez del latin contra el lujo corruptor de los retóricos; y pasó mucho tiempo ántes de que se llegase á las

timent fugiendas, neve spetacula frequentius adeant, aut adpetant vulgo intempestiva convivia. Quin etiam tribuimus potestatem, ut si quis de his non ita in urbe se gesserit, quemadmodum liberalium dignitas poscat, publice verberibus adfectus, stalimque navigio superpositus, abjiciatur urbe, domumque redeat. His sane qui sedulam operam profesionibus navant, usque ad vigesimum ætatis suæ annum Romæ licet commorari. Post id vero tempus, qui neglexit sponte remeare, sollicitudine præfecturæ etiam impurius ad patriam revertatur. Verum ne hæc perfunctorie fortasse culentur, præcelsa sinceritas tua officium censuate commoneat, ut per singulos menses, qui, vel unde veniant, quive sint, pro ratione temporis ad Africam vel ad cæteras provincias remittendi brevibus comprehendat, his dumtaxat exceptis, qui corporatorum suntoneribus adjuncti. Similes aut em breves etiam ad scrinia mansuetudinis nostræ annis singulis dirigantur; quo, meritis singulorum, institutionibusque compertis, utrum quæque nobis sint necessaria judicemus. Dat. III, Id. Mart. Triv Valentiniano et Valente III, A Coss. »

(1) Á los primeros, 21 raciones diarias, á los demas solo la mitad. El uso de fijar los sueldos por raciones diarias, era general, y el fisco las tomaba otra vez á un precio determinado. El precio de que hemos hablado, era para las escuales municipales; en las imperiales de Tréveris los retóricos tenian 30 raciones, 20 un gramático y 12 un griego.

(2) Esto lo prueban los versos de Ausonio en honor de un grámatico de Burdeos:

Quod jus pontificum, quæ fœdera, stemma quod olim
Ante Numam fuerat sacrificiis Curibis,
Quod Castor cunctis de regibus ambiguis, quod
Conjugis et libris ediderat Rhodophe;
Quod jus pontificum, veterum quæ scita quiritum,
Quæ consulta patrunt, quid Draco, quidve Solon
Sanxerit, et Locris dederat quæ jure Zalencus,
Sub Jove quæ Minos, quid Themis, ante Jovem,
Nota tibi.

De Profess. c. 22.

(1) *Hist. de la Gaule méridionale sous la domination des conquérants Germains*. Paris, 1837, t. 1, p. 419.

(2) Véase el libro VIII, c. 20.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

afectadas y revesadas decisiones del código Teodosiano.

La Biblia rejuveneció la literatura. Aquella sencillez de exposicion enseñó una poesía mas franca, y á tratar los puntos mas elevados sin las abstracciones metafísicas, en que caen los Orientales y hasta los Griegos cuando la mente dirige la contemplacion sobre sí misma. La Biblia habla siempre por medio de símbolos é imágenes, como si la fantasía hubiese tomado este camino cuando la religion le prohibia la representacion pictórica. En este libro se aprendió á expresar las ideas por imágenes vivas; y por él comenzaron las invenciones simbólicas con que se enriqueció la edad média. Muchas razones, y no literarias, impidieron los frutos de estas invenciones; pero en cambio, miéntras por la trasfusion de la lengua cristiana se trastornaba el latin clásico, nació de aquí uno nuevo que fué despues la lengua comun de los filósofos, y duró hasta que volvió á levantarse el latin ciceroniano.

Entre los retóricos y gramáticos, abundantes como de costumbre en épocas de decadencia, haremos mencion de Servio, que al comentar á Virgilio se valió de muchas tradiciones, despues perdidas; de Ático Tiron Delfidio, que tuvo en la Galia fama como poeta, abogado y maestro;
364. de Donato, preceptor de San Jerónimo en Roma, que escribió acerca de Terencio ciertos comentarios, de los cuales acaso son un inexacto compendio los que hoy poseemos; trató tambien del barbarismo, del solecismo, de las figuras y de los tropos, ademas de los rudimentos de la gramática, que fueron un modelo para los posteriores (1). Otro Donato escribió la vida de Virgilio, que fué quizá una introduccion á un comentario sobre las Bucólicas, que se ha perdido, y escollos cuyo objeto era manifestar las bellezas de la Enéida.

Monio Marcelo de Tívoli, contemporáneo de Constancio, trató *De la propiedad de las palabras* latinas; obra pedantesca, que nos trasmitió, sin embargo, muchos pasajes antiguos. Sexto Pomponio Festo compendió una obra de Valerio Flaco, contemporáneo de Augusto, sobre la significacion de las palabras: trabajo compendiado á su vez por Pablo Diácono en tiempo de Carlo Magno, del cual solo se ha conservado una parte. De Sosipatro Carisio nos quedan cinco libros de observaciones gramaticales, y otros de Diomédes. Son posteriores á estos Fabio Furio, Planciádes y Fulgencio, al parecer Africano, que dejó una interpretacion de voces antiguas, tres libros de *mitología* y uno titulado: *De la continencia virgiliana*, esto es, de las cosas contenidas en Virgilio; título que ya manifiesta la bárbara insulsez de este pedante, que se comprende á duras penas, y que comprendido se desprecia (2).

(1) « Ars sive editio prima de litteris, syllabisque, pedibus et tonis. — Editio secunda, de octo partibus orationibus. » Lo que nos queda es un compendio.

(2) Hizo una elegante edicion de él Agustin Van Stevern en Leiden, en 1742; y para modelo véase el primer período: « Quam vis inefficax petat studium res, quæ earet effectu ut ubi emolumentum dees, negotii causas cesset inquiri, hoc videlicet pacto, quia nostri temporis ærumnosa miseria non dicenci petos studium, sed vivendi fleat ergastulum, nec famæ adsistendum poeticæ, sed fami sit consulendum domesticæ...»

(1) « Quadriga sive exempla elocutionum ex Virgilio, Salustio, Terentio, Cicerone, per literas digesta. » Quedó inédito.

(2) παν todo, y αγορά union De este género son la Parenética de Isócrates y su panegírico, en que á lo ménos fué afortunado en la eleccion del asunto.

(3) Claudio Mamertino pronunció uno en Tréveris el 20 de abril de 292, aniversario de la fundacion de Roma, en alabanza de Maximiano Hercúleo, y un genetliaco celebrando el dia de su natalicio. Eumenio, natural y profesor de Autun, y compañero de Cloro, como secretario en sus expediciones militares, nos dejó cuatro, uno con ocasion de abrirse las escuelas de elocuencia de Autun, otro pronunciado en Tréveris en elogio de Cloro, y el tercero y cuarto delante de Constantino. Nazario, profesor de Burdeos, escribió uno para el natalicio de los Césares Crispo y Constantino; Claudio Mamertino Menor otro para dar gracias á Juliano que le habia nombrado cónsul; Latino Pacato Drepano, Aquitanio, para celebrar con Teodosio la victoria sobre Máximo, citado por los contemporáneos con elogios, no desmentidos por lo que conocemos; Coripo á Justino el Jóven, en verso; Magno Félix Eunodio, diácono y despues obispo, elogió al rey Teodorico. No conocemos los nombres de los demas.

(4) O linguam miro verborum fonte fluentem,
Romani decus eloquii, cui cedat et ipse

El último retórico antiguo, Arusiano Messo, escribió un catálogo por órden alfabético de frases y locuciones usadas por los clásicos (1).

Elocuencia latina.

Desde el hinchado Plinio hasta Constantino, apénas se halla uno que aspire al título de orador, que era la ambicion del Romano. Calpurnio Falco en tiempo de los Antoninos, del mismo modo que hizo Marco Séneca con los retóricos antiguos, reunió unas *declamaciones de los diez retóricos menores* sobre asuntos imaginarios con poco arte, ménos elegancia y ninguna espontaneidad.

Panegiristas.

Llamaban los griegos *Panygiris* á ciertas reuniones, en las cuales se invitaba á oir (ακροάσεις) disertaciones sobre cualquier asunto (2); y como los oradores, por seguir la moda de adular, se proponian comunmente el elogio de un dios, de un héroe, de una ciudad, la voz panegírico vino á significar lo mismo que encomio. Parece que fué desconocido de los Romanos republicanos, y se divulgó cuando desaparecieron las demas ocasiones de ostentar la elocuencia. El primero de que se hace memoria es el de Plinio; y si por acaso desagradó á los sucesores de Trajano esta vileza de los elogios en su presencia, renació al introducirse el fausto oriental. Nos quedan doce de ellos, desgraciadas imitaciones de no felices modelos; y son acciones de gracias y adulaciones recitadas á los Augustos en nombre de las provincias por los mas elocuentes. Por una casualidad todos los que nos han sido conservados en latin están escritos por los Galos (3); tienden á la hinchazon, y hacen consistir el arte en decir extensa y adornadamente lo que podria decirse con brevedad y sencillez.

Símaco parece que se propuso como modelo en la vida y escritos á Plinio Cecilio; en sus dias pareció un portento, y fué ensalzado á porfía por Macrobio, Amiano y Libanio; aun Prudencio al refutarle le hace superior á Ciceron (4); y dice

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que ninguno con mas elocuencia que él se alegra, truena y se hincha con el aura de las palabras. Algunos trozos suyos que han llegado á nuestros dias (1), demuestran en el alabadísimo orador los desastres sufridos por la elocuencia, no solo comparado con Ciceron sino hasta con Fronton; estima á los antiguos, pero frenético por el esplendor poético, se pierde en metáforas licenciosas y en juegos de ingenio, mas ambicioso del aplauso que correcto admirador de la belleza. Nada diremos sobre sus nauseabundas adulaciones (2). Su hijo recogió en diez libros sin órden cronológico sus cartas, que no son inútiles á la historia; y el que las compare con las de Ciceron, y despues con las de Plinio, conocerá la creciente degradacion de la sencillez republicana en las fórmulas serviles. Ya hemos visto (3) cuánto trabajó en favor del paganismo.

370. Mario Victorino, Africano, mereció una estatua en el Foro Trajano por su elocuencia; y fué exceptuado por Juliano Apóstata de la prohibicion que impuso á los Cristianos de enseñar las bellas letras; pero ni esto ni los encomios de San Agustin y San Jerónimo hacen que sus obras dejen de aparecer oscuras é incultas, ademas de su pobreza de doctrina cuando entra en materias de fe.

Lengua griega. La lengua griega, aunque dividida en varios dialectos, formaba sin embargo una sola; así cuando el rey de Persia proponia á los Atenienses que se uniesen con él en contra de los demas Helenos, respondieron que sería una vergüenza para ellos separarse de los que tenian los mismos dioses, templos y sacrificios, y hablaban la misma lengua (4). Entre los dialectos (que deben distinguirse bien de los que consideramos nosotros como tales) prevalecia en la escritura el ático, por los grandes escritores que le usaron y por la poderosa cultura de los Atenienses. Pero los que quisieron usarle sin ser su lengua natal, cayeron en frecuentes impropiedades; por lo cual perdió su pureza con la introduccion de modernos extravíos. La dominacion macedónica habia difundido el griego entre pueblos apartados y diversos, y le habia llevado á florecer en ciudades en que no se hablaba, como Pérgamo y Alejandría; de modo que se alteró tanto como se extendió. Entónces tambien escritores profundos aceptaron modismos y voces introducidas modernamente en el uso, sobre todo los que trataban de deleitar á la multitud, como Heliodoro, Jenofonte de Éfeso y Cariton. Cuando se trasladó la corte á Constantinopla, se introdujeron en la lengua griega muchas palabras puramente latinas (1); y otras muchas se introdujeron tambien á consecuencia de las nuevas disputas reanimadas por la escuela alejandrina y el Cristianismo. Los predicadores de este, dirigiéndose á la multitud mas que á los literatos, tuvieron que acercarse al lenguaje del vulgo; por lo que San Pablo decia que escribia en estilo vulgar, y en el Evangelio resaltan voces desusadas por los mejores escritores (2) y frases de aire extranjero. Tampoco se cuidaron los Santos Padres de conservar la pureza ática; de lo cual se excusa San Basilio diciendo que hablaba muy á menudo con Moises, Elías y otros profetas, los cuales le hablaban con verdadero sentimiento, pero con palabras descuidadas. Sin embargo, debe ser colocado entre los mejores, especialmente comparándole con los escritos de los monjes, que vivian solitarios en los desiertos de la Libia, ó en la Siria y la Tracia.

Principió, pues, entónces la decadencia de a lengua mas hermosa que han hablado los Occidentales, y que por mas tiempo se habia conservado floreciente; lengua tan musical en la melodía, tan abundante en inflexiones, tan delicada en la gradacion de los verbos, tan lógica y clara en la sintaxis y tan rica en la composicion de las palabras. Debilitada, pero no desnaturalizada, fué trasformándose en el griego moderno, miéntras se conservó la parte mas pura en los himnos y en las salmodias al traves de tantos contratiempos, para poder cantar los fastos de la nacion regenerada.

En tiempo de los primeros emperadores bizantinos fué usada dignamente por algunos escritores profanos. Poseemos várias disertaciones de Ulpiano de Antioquía en Siria, contemporáneo de Constantino. Imerio de Prúsias compuso mas de setenta y cinco discursos, é iba predi-

Tullius : has fundit dives facundia gemmas.
Os dignum, æterno tinctum quod flugeat auro
Si mallet laudare Deum.

PRUDENCIO *in Symm.* lib. I.

(1) *Symmachi orationum partes... curante* ANGEL MAL. Roma 1823.

(2) Dice á Valentiniano cuando asoció á Valente al imperio, « Si qua inter cognatas cælitum potestates hujusmodi esset æquatio : paribus cum sole luminibus globus sororis arderet; nec radiis fratris obnoxia, precarium raperet luna fulgorem, iisdem curriculis utrumque sidus emergeret, pari exortu diem germana renovaret per easdem cæli lineas laberetur; nec menstruo p'gra discursu aut in senescendo varias mutaret effigies, aut in renascendo parvas pateretur ætates. Ecce formam beneficii tui astra nesciunt æmulari; illis nihil est in mundana luce consimile, vobis totum est in orbe commune. »

Con motivo del puente construido sobre el Rhin por el mismo emperador : « Eat nunc carminis auctor inlustris, et pro clade popularium Xantum fingat iratum : armatas cadaveribus undas scriptor decorus educat. Nescivit flumina posse frenari. Tautumne valuit rivus iliacus, ut in auxilium Vulcani flamma peteretur? Profundus didicit, quid parvus evaserit? Defensio ipsa cælestium tuo operi non meretur æquari. Fluvium incendisse vindicta est, calcasse victoria. »

(3) Véase mas arriba pág. 672.

(4) HERODOTO, I.

(1) En una moneda de los Efesios con el busto de Máximo César, se lee ΒΩΤΑ por *vota*; Plutarco dice que Ciceron nació ἡμέρα τρίτῃ τῶν νεων καλανδων. Tenemos una obra de Constantino Porfirogénito sobre las ceremonias de la corte de Constantinopla, en que se encuentran las aclamaciones que se usaban en el banquete imperial, introducidas, á no dudarlo, en los principios del imperio. Cuando el emperador ocupa su puesto, cinco Βακαλες (*vocales*, cantores) dicen : *Conservet Deus imperium vestrum*; despues añade el quinto : *Bona tua semper*; el cuarto : *Victor sis semper*; el tercero : *Multos annos victorem te faciat Deus*; el segundo : *Victor semper eris*; el primero : *Deus præstet*, etc. Estos cumplimientos están en letra griega. V. *De cærem. aule Byz.*, I, 75. Tambien hallamos οφφικιαλες του παλατιου : ιρεμ βαλβαποπιλιμ φορε (*rem salvam pupilli fore*) ατματα, por tropas σαλβα por vigilia; y asi otros muchos.

(2) Γυρος, οψωνειον, κραβατος, αποκεφαλιθειτ, ευχαριοτετν, etc., etc.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cándolos por las ciudades de Grecia, recogiendo aplausos y las gracias del emperador Juliano; pero están escritos en estilo enfático, sobrecargados de erudicion, y desnudos de interes y de energía. Juliano hizo la misma excepcion que con Victorino á favor de Procresio, antecesor de Imerio en la cátedra de Aténas; pero aquel no quiso separar su suerte de la de sus colegas; y si hemos de creer á Eunapio, Roma le levantó una estatua con esta inscripcion pomposa y bárbara: *Regina rerum Roma regi eloquentiæ.*

Temistio. 325. Temistio de la Paflagonia, llamado el Buen Hablista (*Eufrades*), era muy querido de Constancio que le hizo levantar una estatua de bronce, y no fué ménos estimado por Juliano (1) y sus sucesores; obtuvo los primeros honores, y aunque no era Cristiano, educó á Arcadio, fué amigo de Gregorio Nacianceno, y tuvo por discípulos á Libanio y Agustin. En lugar de aceptar un estipendio de los oyentes, socorria á los mas necesitados. Explicó un sistema de filosofía deducido de Pitágoras, Aristóteles y Platon, y adquirió sobre los escritos de estos un estilo claro, dulce, elegante, rico en pensamientos y en energía. En treinta y tres panegíricos que escribió para siete emperadores sucesivos, no fué un trivial adulador y supo mezclar alabanza con útiles verdades; superó á los demas en estudio, conocimientos y arte, y ayuda con buenas noticias á la historia. Parece muy extravagante á nuestras costumbres su entusiasta oracion sobre la belleza de Graciano (2).

Libanio. 314 90? Libanio, que nació en el año 314 en Antioquía del Oronte, corrigió con buenos maestros los estudios que habia hecho con los malos, y en Constantinopla explicó sofística, con tanto aplauso que sus émulos envidiosos le acusaron de magia y de toda clase de desórdenes. Fué desterrado por esto, y abrió su escuela en Nicomedia, en Nicea y en Aténas: llamósele despues á Constantinopla, y tanto se indignó de las intrigas de sus enemigos, que les volvió la espalda y se encerró en Antioquía, lamentándose de ver sucumbir al helenismo en el gusto y en la religion. Los maestros cristianos habian hecho prometer á Juliano que no volveria á oir á Libanio; por lo cual aquel, ávido de lo prohibido, leyó sus escritos, y tal pasion tomó por ellos que los escogió como modelos. Apasionóse mas aun de Libanio por el afecto que tenia á la religion y á las costumbres antiguas; así es que cuando subió al trono, quiso manifestarle por sí mismo us gratitud, y mas cuando no le vió acudir al palacio con la turba de filosofantes. Cuando estuvo en Antioquía, le visitó Libanio, pero sin demostrar demasiada solicitud, y no se volvió á presentar sino cuando fué invitado formalmente, con lo que dió mayor mérito á los panegíricos que dirigió al filósofo guerrero, al cual se conservó fiel aun despues de muerto.

Usó con mucha propiedad el lenguaje y el estilo hasta hacerle rebuscado; pero no se elevó á una elocuencia verdadera de graves y serios pensamientos, que tuvieran influencia en el corazon y manifestasen una inteligencia convencida y un sentimiento entusiasta. Los *proginasmos* son ejemplos de ejercicios retóricos, que podrian convenir á aquellos maestros modernos de elocuencia, á quienes agrada el trabajar poco y enseñar á los jóvenes á pensar con la cabeza de otro (1). El *discurso sobre los propios casos* (λογος περὶ εαυτοῦ τύχης) es una autobiografía insípida, en la cual se da noticia de otras muchas obras suyas. Á mas de cuarenta suben sus disertaciones sobre asuntos de capricho; y mas de dos mil son las cartas dirigidas á quinientas personas, entre las cuales se cuentan emperadores, generales, gobernadores, literatos, obispos, santos tales como Basilio y el Crisóstomo. Su discurso *á la juventud sobre el tapiz* manifiesta hasta dónde llegaba la insolencia de los escolares de Antioquía; los cuales habian dispuesto en tierra un tapiz para que su maestro tropezase y cayese. En otros discursos nos revela muchos abusos de su tiempo, así como la arbitrariedad con que los prefectos de Antioquía detenian á los campesinos que iban á llevar víveres á la ciudad, y obligaban á ellos y á sus caballerías á trabajar en las obras públicas; las prisiones hechas por capricho y con malos tratamientos; el mal proceder de algunos del campo que, para librarse de las vejaciones de los militares, se ponian bajo la tutela de los oficiales, y despues abusaban de ella para negar á sus señores la renta y el censo (2). En una carta

(1) « La fama ha traído á nuestros oídos el nombre de Temistio; y hemos creido conforme con nuestra dignidad imperial y la vuestra recompensar su virtud de un modo correspondiente á su mérito, agregándole á la asamblea de los nobles padres; de esta manera la una será honrada por el otro; porque el Senado verá en esta disposicion, no solo un efecto de mi benevolencia hácia Temistio, sino tambien un testimonio de la estimacion que tengo á un cuerpo digno de poseer tal filósofo. De modo que la recompensa del uno honrará al otro, y la gloria de este se reflejará sobre cada uno de los que estén admitidos á tomar parte en ella; pues si los medios de distinguirse son varios, conquistando fama unos con la riqueza y con los bienes, otros con servicios al Estado y otros tambien con la elocuencia; en una palabra, si mas de un sendero conduce á la gloria, verdad es tambien que todos son torcidos ó falsos, quedando uno solo seguro y sólido, que es el de la virtud. Por lo cual, siempre que se trate de asociar alguno á vuestra órden, examinad ántes de todo si sigue este sendero, y preferido á todo otro mérito el de la rectitud de ánimo y el de corazon virtuoso; porque estas dos cualidades son el principal objeto de la filosofía. La erudicion de Tesmitio bastaría para juzgarle digno de los mayores honores, aun cuando la encerrase dentro de sí mismo y la gozase en silencio; porque la virtud merece elogios, aunque no se manifieste con discursos, y no se digne mostrarse á los ojos vulgares. No está, sin embargo, en este caso la persona de que os hablo; no ha escogido un género de filosofía que no se comunique á los demas; ántes el contrario, léjos de querer poseer solo un bien que ha conquistado con su trabajo, emprende otros mayores para participarlos al prójimo haciéndose el intérprete (προφήτης) de los sabios antiguos, y el hierofante de los misterios impenetrables de la filosofía; y no deja extinguirse ni perecer de vejez las antiguas doctrinas, sino que se esfuerza en rejuvenecerlas y darles nueva fuerza, dando á todos los hombres el ejemplo para que vivan segun dicta la razon, y para que encaminen á la ciencia. »

(2) Ερωτικὸν, ἡ περὶ καλλους βασιλικὸν.

(1) Libanio *sophistæ præludia oratoria, declamationes et dissertationes; edidit Morelli.* Paris, 1607-1627. 2 t. en fol.
Epistolas ed. Wolfius. Amst., 1738.
Oratio pro templis ap *Reiske*, t. II. Altemáurgo, 1793, en 8º.

(2) Περὶ τῶν προστασιῶν — περὶ τῶν γεοργῶν —

(c) Instituto Cervantes de Madrid

se disculpa de haber interrumpido sus lecturas por haber enfermado de la lengua (1); en otra se queja del furor con que los monjes derribaban los templos (2).

Juliano. Cuéntase entre las composiciones mas bellas y originales de la literatura la fábula de Juliano, intitulada *Los Césares* (G). Durante la libertad de las fiestas saturnales, Rómulo convida á un banquete á los dioses, entre los cuales fué elevado, y los emperadores que reinaron sobre el pueblo fundado por él, se sientan los primeros en sus escelsos tronos; á los demas les está preparado el suyo bajo la luna. Tan pronto como aparecen, la inexorable Némesis precipita en el Tártaro á los tiranos, y los demas son sutilmente juzgados y sentenciados por Sileno. Al concluir el banquete, hace Júpiter promulgar por medio de Mercurio el premio de una corona celeste al mas digno entre los convidados. Entónces se presentan al concurso Juliano César, Augusto, Trajano, Marco Aurelio y Constantino, y para completar la compañía, tambien se presenta Alejandro de Macedonía. Cada cual expone pomposamente sus propias hazañas, á excepcion de Marco Aurelio que calla modestamente. Entónces los jueces, escrutadores de los ánimos, indagan las secretas intenciones y hacen confesar á los competidores que en sus acciones fueron guiados por la gloria, el poder ó el placer; Constantino es tratado con envidioso desprecio, miéntras que Marco se lleva la palma, porque fué filósofo en el trono y se propuso imitar á la Divinidad.

La idea no era nueva, pues ya Luciano habia llamado á los muertos á juicio, ya burlesco, ya severo; pero aumenta su importancia la majestad de los personajes que intervienen y la de su autor, que juzgando á sus predecesores podia apreciar con exactitud su posicion cuando no le extraviase el espíritu de partido; y que al pronunciar su condenacion ó aprobacion proferia la suya propia (3).

Quizá tuvo Libanio alguna parte en el *Misopogon* de Juliano, é indudablemente la tuvo Máximo á quien sometia todos sus escritos. En un trabajo de circunstancias y de estilo fácil, alternativamente agudo y trivial, ingenioso é insípido; y como en las sátiras, á vuelta de algunas verdades se dicen muchas falsedades. Irritado con los de Antioquía, finge volver contra sí mismo su mal humor, exagera sus defectos, y representando como malas sus buenas cualidades, las pone en contraste con los vicios de Antioquía que supone virtudes (1). Juliano,

περὶ τῶν αλλαρείων — πρός τὸν βασιλέα περὶ τῶν δεσπώτῶν.

(1) Περὶ τῶν φαρμακῶν.

(2) Περὶ των ιερων.

(3) « Je ne crois pas que, dans aucun ouvrage aussi court, on trouve à la fois tant de caractères et de mœurs, tant de finesse et de solidité, tant d'instruction, sans que l'auteur prenne jamais le ton dogmatique; tant de sel et d'enjoûment, sans qu'il cesse jamais d'instruire. En un mot, il me semble que les Césars devroient ou déprécier, ou du moins embarrasser ceux qui ont voué une estime exclusive aux productions de l'ancienne Grèce. LA BLETTERIE, *Hist. de l'emp. Jovien, preface.* »

(1) « Ninguna ley impide alabarse ó vituperarse á sí mismo. Si desease decir bien de mí, la verdad me obligaria al silencio, pero queriendo decir mal, no temo agotar tan presto la materia.

» Empiezo por mi cara. No tenia nada de regular ni de linda; y yo por capricho y nada mas, y para castigarla de no ser mas hermosa, la he hecho monstruosa con esta larga barba, selva donde se anidan animales molestos que yo dejo vagar impunemente. Ella me obliga á comer y á beber con suma circunspeccion, porque á la verdad la ensuciaria si no tuviese mucho ciudado. La fortuna es que yo no me cuido de dar ni de recibir besos.

» Decís vosotros que es buena para hacer cuerdas; empleadla en eso, lo consiento; pero es dura y temo que no conseguiréis arrancarla sin ofender vuestras delicadas manecitas. ¿ Creéis enfadarme con vuestras burlas ? ¿ no véis que yo las arrostro ? Bien poco me costaria hacer caer bajo la navaja esta barba espesa y puntiaguda, y dar á mis mejillas un aspecto fresco, las gracias infantiles que caen bien á las mujeres que las hacen amables. En cuanto á vosotros, aun con los cabellos blancos pretendéis pareceros á vuestras hijas; por refinamiento de delicadeza, ó mejor dicho, por sencillez conserváis en vuestra cara una juventud eterna y no por la barba sino por las facciones se conoce que sois hombres.

» Como si no bastase el dejar enmarañarse mi barba, mis cabellos desordenados no dan que hacer á los barberos : rara vez me corto los uñas y llevo los dedos ennegrecidos de tinta. ¿ Queréis saber mis secretos ? Tengo el pecho velludo y erizado como el del rey de los animales. Nunca he buscado el socorro del arte para seguir el uso, y tuve siempre la maldad ó la pequeñez de conservar cuanto me dió la naturaleza. Si tuviese un solo grano, no haria de él un misterio : pero no tengo ninguno, ni aun de esos que merecen vuestra indulgencia.

» He dicho bastante del cuerpo, vamos ahora al espíritu. La vida que llevo es tan rara como mi persona. Mi poco gusto me aleja del teatro, y soy tan insensible á lo bello que cierro á los cómicos la puerta del palacio, de modo que solo entran en él el primer dia del año : y entónces los tengo en tan poco, que bien se vé que el admitirlos no es mas que una ceremonia. El tributo que la tiranía de la costumbre exige de mí, lo pago con la repugnancia con que el colono lleva á su duro señor sin añadir nada la renta que le debe...

» Pero sabed una cosa mas importante. No hay deudor que tenga tanto odio al tribunal como yo al hipódromo. Por esta razon me véis en él tan pocas veces : no concurro mas que á las fiestas solemnes; muy diferente en esto de mi primo, de mi tio, de mi hermano, léjos de pasar el dia entero en los juegos, no tengo paciencia mas que para ver seis carreras asisto sin interes, con enfado y sin mas gusto que el de venirme pronto.

» En cuanto á mi vida interior, paso la noche en un lecho bastante duro, dividiendola entre graves ocupaciones y un sueño ligero é interrumpido. Una comida tan frugal que parece dieta, me hace de humor malo y me da un no sé qué de inconciliable con las gracias de una ciudad ahogada en las delicias. Caros amigos, no me acuséis por esta manera de vivir, pues yo no he pretendido ofenderos con el contraste; y perdonadme la ridícula preocupacion de que fuí esclavo desde la infancia, y que consiste en hacer la guerra á mis sentidos para tenerlos dentro de los límites de la mas estrecha templanza. Por esto no está sujeto mi estómago á los males de exceso; y desde que fuí elevado á la dignidad de César, una vez sola me he visto obligado á purgarlo, y entónces fué por otra cosa que por intemperancia...

» Cuando estaba en Paris, alcanzaban indulgencia mis maneras entre una gente grosera como los Galos. ¿ Pero qué injusticia es la mia al pretender que no enfaden á una ciudad floreciente como la vuestra, llena de gente, de riqueza, de ocio, centro de bailarines y de flautistas; una ciudad en que hay mas cómicos que ciudadanos y que está habituada á tratar á sus príncipes con desprecio ?... Estas nobles inclinaciones que os siguen por todas partes, brillan singularmente en el teatro y en las reuniones públicas; allí el pueblo grita y aplaude estrepitosamente; allí los magistrados se eternizan con sus profusiones, con las cuales adquieren mayor celebridad que la que alcanzó el legislador de Aténas por su coloquio con el rey de Lidia. Allí no se ven mas que belleza, gracias, estaturas gigantescas y barbas recien cortadas : como entre los Fenicios, el jóven y el viejo se aunan en el amor al lujo y en los placeres.

» Y qué, Juliano ¿ eres tan para poco que crees que nos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de punzante ingenio, á veces degenera en causticidad indecorosa; y al paso que pretende manifestarse filósofo, el despecho y la ira le hacen faltarse á sí mismo á cada momento, hasta que olvidando el papel que representa, deja la ironía y prorumpe en improperios directos contra los de Antioquía, entre los cuales, segun él dice, habia mas histriones que ciudadanos; que se negaban por amor á la libertad á obedecer á las leyes, magistrados y númenes; que iban á los templos por complacerle, pero sin modestia ni silencio; y para darles en rostro, habla de los Atenienses tan devotos de los ídolos, y tan comedidos con los forasteros (1).

hemos de acomodar á tu grosería, á tu rusticidad, á tus caprichos? ¡Oh inconsiderado, oh avidísimo de ser odiado! Φιλαπεχθημονεσταζε. ¿Qué has hecho de los conocimientos tan decantados por tus viles aduladores? Esa alma, único objeto de tu atencion y de tus cuidados, esa alma que tratas de hermosear y adornar contínuamente de sabiduría, ¿cómo se ha prestado á tales extravagancias? Te lo decimos claro, no sabemos lo que es la sabiduría; oímos su nombre, pero no tenemos de ella ninguna idea. Y si para ser sabio es preciso imitarle y tener por indispensable la sumision á los dioses y á las leyes, no sobreponerse á los iguales, tomar la defensa del pobre contra el rico opresor, arrostrar por la justicia, como tú lo has hecho frecuentamente, las enemistades, la cólera, las injurias; dominarse á sí mismo, ahogar los resentimientos, dirigir el corazon, es cosa extraña por cierto esa sabiduría. Si es menester renunciar tambien á los placeres que no deshonran al que se abandona á ellos; si la sabiduría no puede asociarse con el frecuentar los teatros; si en el secreto de las casas no se reconcilia nunca con los que la ultrajan en público, entónces no hay salvacion para tí, y á nosotros nos quieres arrastrar al precipicio. La misma palabra subordinacion nos causa horror, pues no queremos depender de Dios ni de la ley: ¡viva la libertad!

» ¡Qué truanería iguala á la tuya, que no sufres que te llamen señor, que declaras que no lo eres, que te encolerizas por un título autorizado por el uso, creyéndole demasiado fastuoso, y al mismo tiempo pretendes que obedezcamos á tu poder y á las leyes! Toma mejor el nombre de señor y de amo, y déjanos de hecho la independencia. No, no; tirano de hecho, tienes las apariencias y la máscara de la bondad. ¿Qué barbarie es esa de impedir á los ricos abusar de su crédito en los tribunales, y prohibir á los pobres el oficio de delator? »

(1) « ¿Hay alguna ocasion de que no se aproveche tu cólera brutal para mortificarnos? Vas á los templos con frecuencia, y el pueblo para complacerte, acude en tropel aquel á que vas á ir; y por la misma razon concurren tambien muchos magistrados. Espléndida acogida, aplausos, aclamaciones como en el teatro, nada se perdona para contentarte. ¿Qué mas queréis? ¿Por qué negar á nuestro celo las alabanzas que tiene derecho á esperar? Pero no, tú pretendes saber mas que el oráculo de Delfos, y pagas nuestros cuidados con improperios, censuras nuestros gritos, y nos echas en cara la pretendida indecencia de nuestras aclamaciones y nos dices:

« Rara vez venís al templo por Dios mismo; y cuando acu-
» dís por mí á él, el tumulto y la irreverencia reinan en el
» lugar sagrado. La gente sábia y virtuosa debe en el reco-
» gimiento hacer votos para atraer las bendiciones celestes,
» y acordarse de Homero que prescribe este silencio religioso.
» Si estos clamores no fuesen reprensibles ¿habria repren-
» dido Ulises los trasportes de Uriclea? Á nosotros que so-
» mos viles mortales nos colocáis en lugar de los dioses, y
» nos prodigáis un incienso que arrebatáis á sus altares. Los
» dioses mismos, si no me engaño, no tienen necesidad de
» nuestras adulaciones: solo piden de nosotros un culto pru-
» dente y moderado, y modestas oraciones. »

« Sufre, pues, oh Juliano, que te odien, que te muerdan en secreto, y te insulten en público: aguanta las injurias, pues que no te agradan los encomios: podria perdonártese que no te acomodases á su género de vida, pero ¿y lo demas? Casi nunca divides el lecho con nadie: eres un salvaje que nada puede domesticar: tu corazon inaccesible á la voluptuosidad, resiste á sus mayores atractivos... Te piden como primera diversion las metamórfosis de ti mismo; te suplican que pueblos los teatros de bailarines y bailarinas, de actrices desvergonzadas, de mancebos émulos de la belleza femenil, de hombres afeminados y de mas molicie que mujeres; pídente reuniones y fiestas, pero no de las consagradas á los dioses, ni de esas en que se requieren prudencia y sabiduría; de estas demasiadas celebras, y ya están todos para siempre hartos y fastidiados de ellas. »

Así continuando desciende á muchas particularidades, relativas principalmente al Cristianismo; despues termina con invectivas arrojando completamente la máscara mímica que hasta entónces habia conservado.

(1) Véase *Juliani imp. opera quæ supersunt omnia, ed. Spanheim.* Leipzig, 1696, en fól. *Juliani quæ feruntur epistolæ, ed. Heyler.* Maguncia, 1828, en 8º.

Atento á combatir la religion con toda clase de armas, é hinchado mas que ninguno con la vanidad de autor, creyó que convenia oponer al Cristianismo una completa refutacion, ninguno podia hacerla mejor que él. Por esta razon compuso la obra *Contra los Cristianos y su creencia*, de tal peso que, segun la opinion de Libanio, llevaba la palma á Porfirio (1). Una buena parte de esta obra nos fué conservada por Cirilo de Alejandría al refutarla; y á lo que parece reunió Juliano en ella cuanto hasta entónces se habia dicho contra el Cristianismo, principalmente por Celso, añadiendo ademas los pensamientos de Máximo, Prisco y otros amigos suyos, y dando á toda la obra autoridad con el nombre imperial. Su auto era « ma-
» nifestar á todos los hombres las razones que
» le habian persuadido de que la secta galilea
» era invencion humana, que no tenia nada de
» divina y que habia sido compuesta maligna-
» mente para abusar de la parte crédula y pue-
» ril del alma, dando por verdades algunas
» fábulas prodigiosas. » Desafía desde el principio á sus adversarios á que se atengan á las reglas de un juicio ordenado, no recriminando ántes de haber refutado; porque sabía la ventajosa posicion que tenian los Cristianos cuando sujetaban á exámen el helenismo, y que la fuerza de la verdad conquista en el conjunto, no en las pruebas particulares. Imputa despues á los Cristianos el haberse puesto en un camino enteramente peculiar suyo, tomando de los Hebreos el ningun cuidado de los númenes, de los Griegos el desprecio á la circuncision y otras ceremonias mosáicas, y el ofrecer víctimas cruentas; desciende en seguida á censurar muchos de su ritos, acusaciones de que los apologistas tomaron muchas demostraciones de la antigüedad de los dogmas y de las costumbres, que algunos presentan como nuevas.

Juliano, versado en el arte de los sofistas, sabía que el vulgo de los doctos se deja vencer por las citas tomadas del libro que se refuta, lo cual al mismo tiempo que manifiesta candor en el combatiente, descarga sobre el combatido la mayor de las pruebas, la confesion propia. Si despues las citas son fieles, si el separarlas del contexto de la obra no las altera ó tuerce, si es arbitraria la interpretacion que se les ha dado, cosas son de que no se cuidan los lectores ordinarios, es decir, los mas. Y en estos confiaban tanto Juliano como sus imitadores y panegiristas del siglo pasado, los cuales conocieron

(c) Instituto Cervantes de Madrid

igualmente cuán al vivo hiere el ridículo, y por esta razon combatieron con él las cosas mas santas, complaciendo de este modo al numeroso vulgo (1).

Apénas apareció la obra de Juliano, la refutó Apolinar de Laodicea, con argumentos sacados de la razon sin recurrir á las sagradas letras. Juliano vió este trabajo y escribió : *Leí, comprendí, desprecié* : á lo cual respondió un obispo : *Leiste, no comprendiste; si hubieses comprendido, no hubieras despreciado* (2). Cincuenta años despues le combatieron mas directamente Filipo de Sida, San Cirilo y Teodoreto, de los cuales aparece lo mucho que el sofista imperial habia desnaturalizado los hechos, fraccionado los dogmas, impugnado las mas esplendentes verdades.

Las cartas de Juliano no son espontáneas, pero revela su filosofía un buen ingenio, que á veces se pierde en extrañas puerilidades. Al enviar á Serapion cien higos secos de Damasco, emplea la mitad de una larguísima carta en alabar este fruto con los lugares comunes de la retórica y con un cúmulo de autoridades ; la otra mitad la gasta en las excelencias del número ciento por sus propiedades aritméticas y por su poética predileccion ; cien brazos tenia Briareo, cien cabezas Tifeo, cien ciudades Creta, cien puertas Tébas, y de ciento eran las hecatombes, las centurias, los centuriones, los centumviros, y así sucesivamente. Algunas de sus cartas son rescriptos imperiales ; otras bajas adulaciones á los literatos, á los cuales prodiga incienso y protestas de sumision, que serian excesivas en un estudiantillo. La abyecta adulacion que usó en los panegíricos á Constancio y á Eusebia, apénas puede excusarse por su situacion y por la necesidad en que entónces se hallaba de disimular. Su discurso sobre el *Sol invicto* es un elogio del *Lógos* de Platon ; en el que versa sobre la madre de los dioses, puso Juliano en tortura su ingenio para explicar alegóricamente el torpe culto de Cibéles; y sus discursos contra Heraclio y otros cínicos son diatrivas. Cuando separaron de su lado á Salustio en las Galias, Juliano trató de consolarse con muchas razones, pero el afecto que las dicta queda sofocado entre un cúmulo de alusiones y citas (3).

(1) Entre los artificios empleados en el siglo pasado contra la religion, se le ocurrió al marques de Argens reconstruir el trabajo de Juliano, imprimiéndolo con el título de *Defensa del paganismo, hecha por el emperador Juliano*, en griego y en frances, Berlin, 1768. Le refutaron victoriosamente Jorge Fed. Meier en el *Beurtheilung der Betrachtungen des Herrn marquis von Argens über des Kaiser Julian.* Halle, 1764, y Guillermo Chrichton, *Betrachtungen über des Kaiser Julian Abfall von der Christlichen Religion und Vertheidigung des Heidethums.* Halle, 1765.

(2) Este juego de palabras es intraducible : ἀνίγνων, ἔγνων, κατέγνων ; la respuesta fué : ανεγνως αλλ' οὐκ ἔγνως, εἰ γαρ εγνος, οὐκ ἂν κατέγνως.

(3) « Gusta ver á un hombre admirado en su córte y en su campo escribir y pensar en su gabinete, y hablar como filósofo á los pueblos que sabe gobernar como rey. Juliano reunió estos dos méritos; pero debe tenerse en cuenta que esto no era tan raro entre los antiguos como entre nosotros. Muchos emperadores cultivaron las letras en Roma; César fué émulo de Ciceron en la tribuna, y quiso serlo de Sófocles en el teatro. Augusto, excelente escritor en prosa, compuso tambien tragedias y poemas. Calígula pretendió la gloria de elocuente. Claudio escribia con correccion, y compuso la historia de su tiempo. La imaginacion ardiente é impetuosa de Neron se dedicó tantó á la poesía como á la música. Adriano, poeta, pintor, arquitecto é historiador, pasó por el primer orador de su siglo. Marco Aurelio, filósofo como Epitecto, fué como él escritor. Septimio Severo, orador en las dos lenguas, escribió las memorias de su reinado. Alejandro Severo cantó las virtudes que moraban en su corazon, y celebró en versos á los emperadores mas humanos que le habian precedido en el trono. Los dos Gordianos fueron magistrados, guerreros, literatos, y uno de ellos ántes de reinar publicó un poema en treinta cantos en honor de Marco Aurelio y de Antonino. Balbino, elegido por el Senado y muerto por las tropas, tuvo éxito en la poesía y en la elocuencia. Galieno, valiente y voluptuoso, célebre por sus victorias y por sus argucias, sabía escribir bien, y hacía versos llenos de delicadeza y gusto. Tácito, señor del mundo, se alababa de descender del historiador, y no pasaba noche en que no leyese ó compusiese. Á Numeriano le fué erigida una estatua como orador, y solo uno en el imperio le disputaba la palma de la poesía. Constantino, uniendo los usos de la antigua Roma á los de la Iglesia, y los derechos del trono á los del altar, fué á un mismo tiempo emperador y orador sagrado; compuso y recitó muchos sermones, y nos queda su *Discurso á la asamblea de los santos*, hecho y pronunciado en Bizancio en la Pascua por el sucesor de César y de Augusto. Por donde se ve, que ántes que Juliano habian tomado puesto entre los escritores de Roma diez y seis emperadores. » THOMAS.

Pero el ingenioso Juliano, él hábil y erudito Temistio, el abundante y pomposo Libiano, el violento é iracundo Eunapio y otros de esta escuela eran gente de lo pasado; el porvenir estaba en otras manos.

CAPÍTULO XXI

Literatura cristiana.

Diversas vias abrian los Padres de la Iglesia, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento, y creando una literatura de carácter original, cuando la antigua perdia el suyo.

No se habia pensado hasta entónces en reunir á un pueblo en una iglesia para exponerle lo que debia creer y cómo adorar y obrar; el conocimiento de las cosas sagradas, siendo como todo lo demas privilegio de pocos, nunca habia sido comunicado al vulgo. Ademas, ¿qué se hubiera podido predicar en el templo, cuando los doctores mismos no estaban de acuerdo ni en los dogmas ni en la moral ? La elocuencia antigua se limitaba á los intereses particulares de un ciudadano ó de una ciudad; á lo mas disputaba algun filósofo con sus discípulos, pero sobre doctrinas especiales, privadas de carácter público y universal.

Desde que Cristo dijo : *Id y predicad á todos*, la verdad universalmente aceptada debia ser expuesta á la congregacion de los fieles, y explicarse en ella lo que conviene á la salud de todos. Desde la mas tierna edad tomaba el sacerdote al niño y con el catecismo le insinuaba las verdades mas sublimes, en virtud de las cuales aun la niña podia responder á lo que ignoraban Aristóteles y Platon. La instruccion duraba tanto como la vida, confirmando á los creyentes, convirtiendo á los extraviados, ó persuadiendo á los incrédulos. En un principio

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la predicacion estaba reforzada por la evidencia del milagro; y el Espíritu Santo que hablaba por boca de los apóstoles no tenia necesidad de la sabiduría humana para persuadir (1); pero cuando la religion se extendió y mezcló con la sociedad, se armó con las armas con que el error la combatia, y la elocuencia se trasladó de la tribuna de las arengas al púlpito, desde la política á la moral, desde los intereses del mundo á los del cielo.

Como arte, tomó vuelo tan pronto como pudo publicarse libremente desde el púlpito la palabra divina; y la Iglesia, saliendo triunfante, quiso adornarse con la elocuencia como se adornaba con pompa y aparato, y suplia con el arte la primitiva fe que se habia entibiado. Su primer campo fueron las luchas con los arrianos; hízose luego gigante por obra de oradores que al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazon, no solo sobrepujan en mucho á sus contemporáneos, sino que se ponen al nivel de cuanto la antigüedad tiene por mas insigne. Los Padres orientales principalmente hacen plegarse la lengua y el arte griego á las inspiraciones sagradas y á expresar las novedades de la fe, sin alterar la índole que el idioma tenia cuando tronaba ó lisonjeaba con Demóstenes y Sócrates, como una melodía antigua á que se aplicasen nuevas palabras. Requeríase esta cultura para atraer á la gente instruida y á los muchos acostumbrados á los ejercicios retóricos, y conociéndolo Juliano, intentó embotar esta arma excluyendo á los Cristianos de la enseñanza. Protestaron estos á una voz contra tan inicuo edicto, y fueron aun mas celosos en su estudio como sucede con las cosas vedadas; de modo que San Gregorio Nacianceno decia á los paganos: *Os dejo todo el resto de las riquezas, nacimiento, gloria, autoridad, bienes que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia, y no me desanimarán para buscarla los trabajos y los viajes por tierra y mar* (2).

Desgracia es que la persecucion de sus enemigos no haya dejado sobrevivir ninguno de los discursos de Atanasio presentados en su tempestuosa vida, y con los cuales conmovió al mundo cristiano. En sus obras de controversia (3), que versan mas sobre el dogma que sobre la moral, desprecia los adornos y las formas de la retórica y de la filosofía griega, prosiguiendo su argumentacion sin tocar nunca una cuerda patética, dejando ver solo conviccion de inteligencia y fuerza de voluntad.

San Gregorio y San Basilio.

San Gregorio Nacianceno y San Basilio se adornan por el contrario con todo arte, no ya como San Antonio atentos solo á cortar de golpe los miembros dañados, sino á conciliarlos con el amor; no tanto disputan sobre la precision del dogma, como tratan de mejorar las costumbres; avivando la exhortacion con la elocuencia de una lengua muy castigada y con un entusiasmo persuasivo. El pueblo griego, abandonando los talleres en que ganaban el pan cotidiano, acudia curioso y ávido á la instruccion que el arte de Aténas escondia bajo una popular y persuasiva sencillez (1); y como la causa de la humanidad, patrocinada por estos hombres, es mas universal y vigorosa que no la causa de una república, son para nosotros mas inteligibles sus oraciones que las de los oradores antiguos; y despues de tantos siglos no pintan todavía á lo vivo la lucha interior, la incertidumbre, las esperanzas que acompañan al hombre en este breve camino desde la cuna á la tumba.

San Basilio (2) ponia ánte los ojos del pueblo de Cesárea la pompa de la creacion para que le sirviese de escala para elevarse al Creador; y por mañana y tarde exponia el órden de las estaciones, los movimientos alternados del mar, los diversos instintos de los animales, sus emigraciones regulares, y todo cuanto puede causar mas admiracion en la naturaleza humana (3). « Si alguna vez en una noche serena, fijando » los atentos ojos en la belleza inefable de los » astros has pensado en el Creador del universo, » y te has preguntado quién sembró de tales » flores el firmamento; si durante el dia has » estudiado alguna vez los portentos de la luz, » elevándote por las cosas visibles, serás un » oyente bien preparado y podrás tomar tu » puesto en este anfiteatro magnífico. Venid, que » así como se lleva por la mano á los que no » conocen una ciudad, del mismo modo quiero » yo conduciros como á extranjeros por entre » las maravillas de esta gran ciudad del » mundo. »

Aquí describe y explica la naturaleza con física frecuentemente equivocada, pero con inteligente imaginacion, levantando contínuamente los ánimos hácia el Creador, y haciendo brotar reflexiones morales de este gran libro de la naturaleza, donde todo es símbolo para el que sabe interrogarlo. « ¿Puedo yo (exclama) cono- » cer la belleza con que aparece á los ojos del » autor? Si el Océano es hermoso y digno de » alabanzas en presencia de Dios, cuánto mas » bello no es el movimiento de esta cristiana » asamblea en que las voces de los hombres, » de los niños, de las mujeres confusas y re- » sonantes, como las olas que se quiebran en la » ribera, elevan nuestras oraciones nasta el » trono de Dios? »

Sus homilías están tambien llenas de uncion evangélica, y sobre todo de caridad; y fué llamado el predicador de la limosna, porque consideraba á esta como un medio de reparar la

(1) *I. Corinth.* II, 4.
(2) Contra Juliano.
(3) El padre Mabillon hizo una edicion en 3 tomos en 8º en 1698.

(1) Villemain tiene una disertacion muy buena sobre la *Eloquence chrétienne dans le* IVe *siècle*, y de ella nos servimos nosotros.
(2) *Sancti Basilii, Cæsareæ Capadociæ archiepiscopi, opera, cura et studio Jul. Garnier.* Paris, 1721-30, 3 tomos en folio, hace poco reimpresos en 6 tomos en 8º.
(3) *Exameron.*

(c) Instituto Cervantes de Madrid

desigualdad de los haberes, principalmente en unos tiempos en que un padre se veía obligado alguna vez, como el santo mismo nos los pinta, á vender un hijo para comprar pan á los demas; espectáculos que exaltaban á San Basilio hasta hacerle declarar que todas las riquezas eran robo é injusticia. La brevedad de la vida está pintada por este santo con los colores de la Biblia, tan distintos de los Simónides y Estesicoro; y por medio de contínuas imágenes la hace, por decirlo así, palpable. « Como aquellos » que se duermen en la nave son empujados » hácia el puerto, y sin saberlo se aproximan » al fin de su viaje, del mismo modo en la ra- » pidez de nuestra vida fugitiva somos arras- » trados con un movimiento insensible, pero » incesante, hácia el último término. Tú duer- » mes y el tiempo pasa : velas, meditas, y la » vida se va. Somos correos obligados á em- » prender un viaje; pasas por delante de todo, » todo lo dejas atras; víste en el camino árbo- » les, prados, aguas, todo lo que puede atraer » las miradas; te llamó la atencion un mo- » mento y seguiste adelante, caístes sobre pie- » dras y precipicios, entre bestias feroces, » reptiles venenosos y otros azotes; despues de » haber sufrido algun tanto, tambien lo dejaste » á la espalda. Tal es la vida; no duran ni sus » placeres ni sus trabajos. »

Sobre este mismo asunto meditaba tambien su amigo Gregorio Nacianceno (1), inferior en genio á Basilio, aunque mas espléndido y gracioso de imaginacion. Á fin de tener libros que sustituir á los poetas profanos cuando el Apóstata los prohibió á los Cristianos, escribió versos inferiores en arte á los clásicos, pero nuevos por su sentimiento y su verdad. Indagando en ellos el enigma de nuestra existencia, canta: « ¿Qué fuí? ¿qué soy? ¿qué seré? lo ignoro. » Pregunto á los sabios, y ninguno me sabe res- » ponder. Envuelto en tinieblas divago aquí y » allá sin alcanzar nada, ni aun el sueño de lo » que deseo, pues estamos decaídos y extravia- » dos miéntras la nube de los sentidos nos » ofusca, y parece mas sabio el que está mas » engañado por la mentira de su corazon. ¿Qué » soy? Lo que fuí desapareció; ¿ahora soy otro » hombre? ¿Qué seré mañana, si en efecto he » de ser? nada duradero. Paso y me precipito » como la corriente de un rio. Dime qué te pa- » rezco, y mírame bien ántes que me disuelva. » No se vuelven á surcar las mismas olas : » el hombre á quien se ha visto una vez no » vuelve mas á ser visto. ¿Alma mia, qué eres? » ¿de dónde vienes? ¿quién te ha puesto para » mover un cadáver? ¿quién te ha impuesto las » cadenas de esta vida? Tú que eres hálito, » ¿cómo te has mezclado con la materia? Tú que » eres espíritu, ¿cómo te has unido á la carne? » Si naciste á la vida juntamente con el cuerpo, » ¡qué union tan funesta para mí! Soy imágen » de Dios, y soy fruto de un vergonzoso placer; » la corrupcion me ha producido; hoy soy hom- » bre; mañana seré polvo; estas son las últimas » esperanzas. Pero si tú eres algo divino, dímelo, » alma mia; si, como pienso, eres un hálito, » una partícula de Dios, rechaza la suciedad del » pecado y te creeré. »

En seguida, recobrándose de su funesto dudar, exclama : « Hoy las tinieblas, luego la verdad, y » entónces, ya sea que contemple á Dios, ya que » arda en las llamas, conoceré todas las cosas... » Cuando el alma hubo dicho esto, se apaciguó » mi dolor, y al caer la tarde volví de la selva á » mi morada, ya riendo de la locura de los hom- » bres, ya sosteniendo nuevas batallas con mi » agitado espíritu. »

« ¡Ah! (exclama en otro lugar) ¿Por qué no » tengo las alas de la golondrina y de la paloma? » Cuán rápidamente huiria yo entónces del co- » mercio de los hombres é iria á vivir en una » soledad entre las fieras, mas fieles que ellos. » Allí mis dias correrian sin pesadumbre ni » hastío, y valiéndome de la razon que me hace » superior á las bestias, para conocer á la Divi- » nidad y elevarme hasta el cielo, gustaria las » dulzuras de una vida tranquila juntamente con » la contemplacion. Allí, hablando como desde » una altura, diria á los habitantes de la tierra : » Hombres condenados á morir, seres de un mo- » mento, vosotros que viviendo solo para ser » pasto de la tumba, os atropelláis tras vanas » ilusiones, ¿hasta cuándo, errantes de la inteli- » gencia, soñaréis en pleno dia? ¿Hasta cuándo » arrastraréis por este mundo la cadena de vues- » tros extravíos?... ¡Débiles mortales! dentro de » poco no seréis mas que cenizas. Una suerte » comun os espera, pobres y ricos, súbditos y » reyes, todos rodeados de las mismas tinieblas » caen en el mismo lugar : los grandes de la » tierra no se diferenciarán mas que en estar » enterrados en suntuosos mausoleos, y en dejar » nombres y títulos grabados en mármol y en » bronce. »

La elocuencia de este Santo se alimentaba con esta poesía meditabunda é ideal en que resplandece sin embargo la imaginacion, y en que el aticismo se une con el fuego oriental, la delicadeza de un lenguaje purísimo con los arrebatos desordenados de la fantasía, la austeridad del apóstol con el refinamiento del retórico. Si llora sobre los sepulcros, parece á Jeremías : si invectiva á Juliano, se cree oir á Isaías; y su noble elocuencia se regula por modos y pensamientos finos y delicados, felizmente mezclados con ideas que conmueven.

Á los ojos de los Santos Padres el hombre no aparecia grande por sus empleos y dignidades, sino por sus méritos; por cuya causa, dejando á los adoradores de lo pasado los panegíricos de los monarcas y de los héroes, empleaban su elocuencia en alabar á los hombres de sencillas é

(2) *Gregorii Nazianceni opera græce et latine*, edicion del ab. de Billy. Paris, 1609-1611. Otra edicion mejor emprendió un benedictino; pero fué interrumpida por su muerte, y volvió á continuarse hace poco en París sobre el texto preparado por el mismo, reimprimiéndose el primer tomo que ya se habia publicado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ignoradas virtudes, y presentados ya por la muerte á aquel juicio ante el cual calla toda reflexion humana. El esplendor que la elocuencia profana saca de la exposicion de empresas famosas y del contraste entre la grandeza y la nada, se compensa en ellos por la conmocion que producen las virtudes benévolas, empleadas en servicio de los hombres. Gregorio, al hacer la oracion fúnebre de su hermano Cesáreo, no teniendo que alabar en él ninguna accion pública, se fija en sus cualidades morales y manifiesta cómo las perfeccionó con la educacion. Presentósele ocasion de practicarlas, contra la fascinacion mas peligrosa de todas, la amistad de los grandes. « Juliano, habiéndose perdido á sí mismo » con abjurar de Jesucristo, comenzaba á atormentar á los demas, no como los anteriores » adversarios de la fe, manifestándose desapiadado á cara descubierta, sino encubriendo » cortesmente su persecucion como primer artificio para quitarnos la gloria del martirio, » hacía condenar como malhechores á los que » padecian por ser Cristianos; aparentaba tambien emplear la persuasion en lugar de la » violencia, amenazando mas con la vergüenza » que con el peligro al que no se doblegaba á » la impiedad. Despues de haber ganado á muchos con el halago de las riquezas, á otros con » las promesas, á todos con la seduccion de sus » discursos y con la autoridad del ejemplo, acometió por último á Cesáreo; insensato, que » creyó fácil presa á mi hermano, al hijo de » tales padres. » Despues de escribir los ataques que se habian dado á su virtud, añade : « ¿ Te» místeis quizá que Cesáreo descendiese á una » cosa indigna de su valor? tranquilizáos : la » victoria es de Cristo que ha vencido al mundo. » En efecto, Juliano, cansado de perseguirle, habia exclamado : *¡ Feliz padre! ¡ desgraciados hijos!*

La tumba no solo inspira al Cristiano melancolía y llanto, sino que le da tambien un aviso santo y saludable : « ¿ Cuánto, oh venerables » ancianos (prosigue Gregorio dirigiéndose á sus » progenitores), cuánto tendrémos todavía que » esperar ántes de reunirnos con Dios? ¿ cuántas » pruebas nos quedarán que sufrir? Si toda la » vida es brevísima en comparacion de la eter» nidad de Dios, mucho mas fugaces todavía son » estos restos de vida, este último soplo que em» pieza á extinguirse. ¿ En cuánto tiempo se nos » habrá anticipado Cesáreo? ¿ cuánto tendrémos » todavía que llorar su pérdida? ¿ no corremos » nosotros hácia la misma morada? ¿ no estamos » para entrar bajo la misma losa? ¿ no serémos » tambien dentro de poco una misma ceniza? » ¿ qué nos valdrá este retraso de pocos dias? » Algunos males mas que ver, que padecer, y » quizá que causar, para pagar despues á la naturaleza la deuda comun é inevitable. Seguir á » unos, preceder á otros, llorar á aquellos, ser » llorado por estos á recibir de nuestros sucesores el tributo de lágrimas que nosotros paga» mos á los que nos han precedido. Tal es la vida » de los mortales; tal es la escena de mundo : » salimos de la nada para vivir, vivos tornamos » á la nada. ¿ Qué somos? Un sueño fugaz, una » fantasma que no puede palparse, el vuelo de » un pájaro que pasa, el bajel que huye por el » mar sin dejar rastro; polvo, vapor, rocío de la » mañana; flor que hoy se entreabre, y al dia » siguiente se marchita. »

Desde esta nada se eleva el pensamiento religioso á toda la grandeza del hombre, y el orador aplicándose á sí una verdad general de fe, exclama : « Entónces veré á Cesáreo : no ya » desterrado, no repulsado, no objeto de lágrimas » y de compasion, sino triunfante, glorioso, co» ronado, como muchas veces, oh dulcísimo her» mano, te me apareciste en sueños, bien fuese » realidad ó ilusion de mis deseos. Hoy, en ce» sando el lamento, me examinaré para ver si » llevo en mí sin saberlo algun gran motivo de » dolor. Hijos de los hombres, ya es tiempo que » os dirija la palabra, ¿ hasta cuándo seréis du» ros de corazon y ciegos de entendimiento? No » sabrémos nunca conocer y despreciar lo que se » presenta á nuestros ojos, para fijarnos en las » grandezas visibles á los de la inteligencia. Y si » por necesidad tenemos que apesadumbrarnos, » ¿ no es mejor que nos lamentemos de que se » prolongue nuestro destierro, y de encontrarnos » detenidos demasiado tiempo en estas tumbas » vivas que llevamos con nosotros? Este es mi » dolor, este es el cuidado que de dia y de no» che me aqueja y no me deja respirar en paz. »

Al leer esta oracion de San Gregorio se comprende la verdad de este ingenioso pensamiento suyo : « El consuelo que un hombre ofrece llo» rando sus propios males es poderosísimo para » los que lloran; y el que mejor sabe consolar á » los afligidos, es el que padece como ellos. »

Tambien encomió á su hermana Gorgonia, pues decia que si era impiedad el quitar á los parientes sus bienes, lo mismo y aun peor era privarlos de las alabanzas que no negamos á los extraños. Una mujer piadosa, que habia vivido en santa austeridad, que habia muerto dulcemente (1) ofreció tambien el sentimiento de Gregorio cuadros tan patéticos, que sentimos disgusto, cuando pareciéndole débil el asunto, trata de apoyarlo con el arte. Con mas seguro vuelo se levantó en el elegio de su padre, obispo de Nacianzo, elogio en el cual al dolor de hijo juntó el afecto de amigo. En el exordio se vuelve hácia San Basilio que estaba presente, y le dice : « Hombre de Dios, siervo fiel y docto dispensa» dor de los divinos misterios, ¿ adónde llegas? » ¿ qué quieres aquí? ¿ qué bien nos traes? » ¿ vienes á buscar al pastor ó á ver el rebaño? » Si viniste por nosotros ¡ ah! apénas nos en» cuentras vivos, y heridos por la muerte en la » parte mas cara de nosotros mismos. » Despues, volviéndose á su madre, le dice : « La muerte y la » vida, aunque parecen opuestas, se comunican

(1) « Á su alrededor mudas lágrimas, dolor inconsolable pero silencioso; creyendo todos que hubiera sido cargo de conciencia honrar con gemidos la partida tranquila de la cristiana, cuya muerte parecia una devota solemnidad. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» entre sí, y la una ocupa el lugar de la otra. » No sé si está bien que se llame muerte á la » esperanza que nos libra de los males presen- » tes para conducirnos á una vida celestial : » muerte verdadera es solo el pecado... Oh ma- » dre, te falta quien cuide de tu vejez. Pero » ¿ dónde está el Isaac que mi padre dejó para » suplirlo todo ?»

En el elogio de San Basilio recuerda con complacencia su comun educacion, sus cuidados comunes : severas reflexiones sobre la familia, sobre sí mismo, que eran desconocidas de todo el arte antiguo, no solo del que entónces adulaba á los emperadores, fuesen Trajano ó Valente, Constantino ó Juliano. No por esto se debe proponer á San Gregorio como modelo de elocuencia sagrada, pues se rodea demasiado de artificios retóricos sin que estos le lleven á fundir la moralidad con los hechos, á huir de las digresiones y de la prolijidad ; á excluir lo relumbrante que tiene el aspecto de novedad, no la esencia. Pero el calor y la grandeza que su diccion toma de ideas superiores, aunque se complace en el estilo templado, la riqueza de imágenes, de símiles, de expresiones metafóricas, su talento para escribir, le ponen á la cabeza de los Santos Padres contemporáneos sin exceptuar á San Juan Crisóstomo.

Cuéntanse ciento cincuenta y ocho poemas entre las obras de San Gregorio, muchos epígramas, y la mezquina tragedia *Cristo padeciendo*, ademas de doscientas cuarenta y dos cartas, algunas de ellas doctrinales, y familiares la mayor parte. Preguntándole un amigo si las epístolas debian ser largas ó cortas, le respondió que su medida era la oportunidad. « ¿ Á qué escribir » largo si hay poco que decir ? ¿ por qué encer- » rarse en pocas líneas cuando hay muchas co- » sas que comunicar?... La concision que en una » carta exijo es la que permite la claridad, sin » embrollarse en un laberinto de estériles pala- » bras que no demuestra otra cosa mas que la » manía de hablar. La primera cualidad de este » género es el agradar lo mismo á los ignoran- » tes que á los doctos : á los primeros con un » lenguaje que no sea superior á las inteligen- » cias inferiores ; á los segundos en un estilo » no vulgar, pero que se deje entender sin es- » fuerzo. Despues de esta cualidad, la mayor es » la de saber hacerse agradable, cosa que no » debe esperarse ni de un argumento árido y » falto de importancia, ni de una elocucion » desaliñada, buena solo para inspirar aversion » y enfado, y que no se presta á las sentencias, » á las alusiones, á lo que sazona y levanta el » discurso ; sobre todo en estos escritos debe » haber naturalidad. Las aves trataron un dia » de elegirse un rey ; cada cual alababa su pro- » pio mérito : y el águila fué elegida juzgán- » dose la mejor, porque no lo pretendia. »

De San Basilio tenemos tambien cuatrocientas cartas, modelo de discusion epistolar. En el tratado dirigido á los jóvenes *Sobre el modo de leer con fruto las obras de los gentiles*, recomienda su estudio, primero porque se encuentran en ellos ejemplos de virtud, segundo porque todo lo útil y verdadero que tienen lo tomaron de las Sagradas Escrituras ; opinion que entónces era vulgar. Pudiera haber añadido que en el estudio de estos autores se perfecciona el gusto y se ejercitan el entendimiento y la crítica. Débese, pues, á San Basilio el haber detenido con este opúsculo la destruccion de los libros profanos, efecto de un celo mal entendido.

Gregorio de Nisa.

Su hermano Gregorio de Nisa, que siendo, maestro de retórica se dedicó al estado eclesiástico y al estudio de la teología, no abandonó por eso su aficion á la filosofía pagana, dividiendo el tiempo entre Platon y el Evangelio, explicando los dogmas por el raciocinio y con el método alegórico oriental, pero sin caer en el error. Escribió la oracion fúnebre de San Gregorio Nacianceno, en estilo mediano y casi enteramente teológico, sin dar con las imágenes y el sentimiento vida á las pinturas, dejándose arrastrar por el misticismo á la aridez del método, en vez de presentar su oracion con un colorido oriental, y de elevarse al espectáculo del creciente Cristianismo.

Sinesio. 350-410.

Sinesio de Cirene, discípulo de Hipatia, fué elegido á los diez y nueve años por sus compatriotas para presentar á Arcadio una corona de oro que habian decretado ofrecerle, y le dirigió un discurso sobre el arte de gobernar (περ Βασιλειας), alabado por su noble y prudente franqueza. Cuando Claudiano ensalza las hazañas y virtudes del inactivo é imbécil Honorio, gusta oir á Sinesio dirigir á Arcadio verdades dignas de la antigua firmeza, descubrir la decadencia de la disciplina militar cuando los ciudadanos y súbditos compraban la exencion de los ejércitos, miéntras que Escitas desertores subian á las primeras dignidades, y la juventud extranjera, despreciando el freno de la ley, aspiraba á usurpar las riquezas, no á imitar las artes de un pueblo á quien desdeñaba y aborrecia. Sinesio exhorta al emperador á reanimar con el ejemplo el valor de sus súbditos ; á desterrar el lujo de la córte y del campo ; á sustituir al ejército de los Bárbaros, que venden su alma, un ejército interesado en defender los bienes y las leyes ; á obligar á salir á los artífices de sus talleres, y á los filósofos de las escuelas, cuando el peligro sea inminente ; á despertar á la ciudad del perezoso sueño, y armar á los cultivadores en defensa de sus campos ; y á combatir poniéndose á la cabeza de ellos contra una gente desprovista de toda virtud, sin deponer las armas hasta haberla reducido á la condicion de ilotas.

Habiéndose hecho despues cristiano, continuó Sinesio estudiando á Platon, tratando de conciliarlo con el Evangelio, y tal vez dando á aquel la preferencia. Esto lo hacía ir á parar á opiniones metafísicas ménos justas ; creía en la inmortalidad de las almas, pero no en la eternidad de las penas ; tenia ideas puras sobre la esencia divina ; pero consideraba como frívolas las cuestiones sobre los dogmas. Por apego á sus opi-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

niones, ó por no separarse de una esposa muy querida, rehusó por mucho tiempo el obispado de Tolemáida en la Cirenáica, y escribia á su hermano: « Divido el tiempo entre el placer y » el estudio; cuando estudio, principalmente » si es sobre cosas del cielo, me recojo dentro » de mí mismo; en las diversiones soy el mejor » compañero. Pero un obispo debe ser hombre » de Dios, separarse de todos los placeres, tiene » sobre sí mil miradas que observan todos sus » actos, y necesita ocuparse exclusivamente en » cosas celestiales, no solo para sí, sino para los » demas, siendo el doctor de la ley y debiendo » hablar como ella. » Y añadia: « Tengo una » mujer que he recibido de Dios y de la sagrada » mano de Teófilo, y declaro, que no quiero se- » pararme de ella, ni tener que aproximarme á » ella á escondidas como un adúltero; ántes por » el contrario, deseo tener de ella muchos y » virtuosos hijos. »

Tan importante pareció conquistar á Sinesio, que á pesar de todo, fué ungido obispo. Y á la verdad, manifestó comprender bien la dignidad de su grado y la distincion entre el poder eclesiástico y el temporal. « Antiguamente (escribia) » unas mismas personas eran jueces y sacerdo- » tes; pero practicándose así del todo humana- » mente la obra divina, separó Dios estas dos » existencias, quedando la una religiosa y la otra » enteramente política. ¿Por qué reunir lo que » Dios separó, y á qué introducir en los negocios, » no el órden sino el desórden? Nada mas fu- » nesto. ¿Necesitáis proteccion? Id al depositario » de las leyes. ¿Os hacen falta cosas de Dios? » Id al sacerdote de la ciudad. La contemplacion » es el único deber del sacerdote digno de este » nombre (1). »

Cuando Andrónico introdujo suplicios y torturas inusitados en aquella colonia griega, empleó Sinesio súplicas y consejos para mitigarlo; y viendo que de nada servian, le excluyó de la Iglesia de Tolemáida, exhortando á las demas de Oriente á que hiciesen lo mismo. No creía que usurpaba los derechos seculares protegiendo á su grey; pero cuando aquel gobernador perdió su dignidad, Sinesio le protegió contra el pueblo irritado.

El imperio, que no sabía refrenar á sus magistrados, mucho ménos podia contener á los Bárbaros. Hordas enteras, en las cuales iban armadas hasta las mujeres, se precipitaron sobre la Cirenáica devastándolo todo, sin perdonar mas que á los niños para reparar la pérdida de su gente. El obispo lloraba en medio de la tempestad que destruía la civilizacion griega y la cristiana: y mezclando ingenuamente los recuerdos devotos con los profanos decia: « ¡ Oh » Cirene, cuyas tablas hacen ascender mi raza » hasta los Heraclidas! ¡ Antiguas tumbas de los » Dorios, donde no podré alcanzar un sitio! ¡ Des- » graciada Tolemáida, de quien seré el último » obispo! La congoja me impide decir mas: so- » brecógeme enteramente el temor de verme obli- » gado quizá á abandonar el santuario. Es pre- » ciso embarcarse, huir; pero cuando me llamen » para la marcha, suplicaré que me esperen; » ántes iré al templo de Dios, andaré alrededor » del altar, bañaré con mis lágrimas el pavi- » mento, y no me separaré de él sin haber be- » sado el umbral y la sagrada mesa. ¡ Cuántas » veces invocaré á Dios! ¡ cuántas estrecharé las » puertas del santuario! ¡ Pero la necesidad es » indómita y omnipotente! ¡ Cuántas veces to- » davía me pondré de pié sobre las murallas y » defenderé el paso á nuestras torres! Estoy » abatido por las vigilias, por la fatiga de dis- » poner de noche los centinelas para custodiar á » muchas noches espiando el curso de los astros, » los que me guardan. Yo que he pasado en vela, » me veo ahora debilitado por velar para defen- » dernos de las correrías de los enemigos. Apé- » nas me he dormido algunos instantes medidos » por la clepsidra, se interrumpe mi reposo por » la voz de alarma; y si cierro los ójos, ¡ en qué » tristes sueños me sumergen los pensamientos » del dia! Los veo derrotados, aprisionados, he- » ridos, cargados de cadenas, vendidos como » esclavos.... Mas yo permaneceré en mi puesto » en la iglesia, colocaré ante mí los vasos sa- » grados, abrazaré las columnas que sostienen » la santa mesa, allí permaneceré miéntras ten- » ga vida; allí caeré muerto. Yo soy ministro de » Dios, y si acaso es necesario que le haga el » sacrificio de mi vida, Dios dirigirá una mirada » sobre el altar regado con la sangre del pontí- » fice. »

Animados los ciudadanos de Cirene por sus palabras y su ejemplo, defendieron la ciudad y rechazaron á los Barbaros que la asediaban; los cuales habiéndose esparcido por el resto de la provincia, la despoblaron para siempre. Quizá el obispo pereció tambien bajo la espada enemiga ó por el dolor.

Sinesio, orador y poeta, escribe con elegancia, tocando á veces en lo sublime, y sabe adornar las materias mas abstractas, ya con poesías, ya con rasgos de historia y mitología. Dirigió á su futuro hijo un discurso sobre *su vida literaria*, en que expone, que para llegar á ser no sofista, sino filósofo, habia estudiado en Dion Crisóstomo, y cultivado á imitacion de este el arte poética juntamente con la oratoria. Al discurso de aquel elocuente escritor en alabanza de los cabellos, opuso Sinesio *el elogio de la calvicie*, trabajo lleno de brio y de alusiones agudas, mezcladas con observaciones morales. En el *Egipcio*, ó sea *De la Providencia*, retrata la condicion del imperio romano bajo la alegoría el Osíris y Tifon; aspirando á demostrar, que las calamidades públicas no dan razon para dirigir quejas contra la Providencia. Otros tratados suyos nos lo manifiestan como feliz imitador de Platon en el modo de ocultar con felices expresiones los pensamientos sublimes. Sus ciento cincuenta y cuatro cartas, amistosas ó de negocios, son tan agradables cuanto instructivas; en

(1) Synesii *opera*, p. 103.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ellas ya ofrece el testimonio de su respeto á la bienaventurada señora Hipatia (δέσποινα μακάρια), su madre, hermana, maestra y gran bienhechora; ya refiere á su hermano su travesía á Constantinopla; y siempre obtiene el fruto mas precioso que puede dar de sí un escrito, el amor de los lectores.

Tambien compuso diez himnos yámbicos, en los cuales interpoló con las verdades evangélicas sueños platónicos, hermoseándolo todo con platónicas imágenes, y elevándose á un idealismo meditabundo, que no obstante llega pronto á hacerse monótono. « ¡ Feliz el que esquivando los » voraces gritos de la materia, y alejándose de » aquí abajo, se levanta con rápido paso hácia » Dios! ¡Feliz el que libre de las penas de la tierra, » lanzándose por los caminos del espíritu sondea » los divinos abismos! Cuesta gran esfuerzo ele- » var el alma sobre el ala de los celestes deseos; » pero sosten este esfuerzo con el ardor que te » conduce á las cosas de la inteligencia; y el » Padre celestial te se manifestará mas de cerca, » tendiéndote la mano. Un rayo precursor bri- » llará en el camino, y te abrirá el horizonte « ideal, fuente de la belleza. Valor, alma mia; » tú beberás en las fuentes eternas; sube con » la oracion al Creador, y no tardarás en dejar » la tierra. En breve, mezclándote con el Padre » celestial, serás Dios en Dios. »

Efren. 520-377. Efren, de Edesa ó de Nisibe en la Mesopotamia, fué un portento de amor en medio de los litigios á que hasta los santos mismos se abandonan. Su vida corrió separada del mundo; por esto no le nombramos entre los Santos Padres, de los cuales apénas conoció el nombre, hasta que habiéndole sido revelada la gloria de San Basilio, fué á visitarlo y á causar su admiracion. Ignorante completamente del griego, sin educacion, abrazó la vida monástica, y fué el panegirista de ella desde que observó sus portentos en Egipto. Fué tan pobre, que nunca tuvo cama, baston, ni alforjas; velaba, ayunaba, y sobre todo derramaba muchas lágrimas; lleno de verdadera humanidad, tan solo se alababa de una cosa, de no haber dicho nunca mal de ninguno, y de no haber tenido una disputa con nadie; reprendíase el haberse inclinado demasiado á la misericordia, por lo cual esperaba perdon.

Exhortando á los monjes en las *Parenésis*, da casi una regla á los trabajos y á las oraciones de estos; en los *Discursos sobre los Santos Padres que murieron en paz*, presenta con rasgos de amor y de imaginacion la vida de los pastores solitarios de la Mesopotamia. En la *Confesion* nos describe su vida, ó mejor dicho, la manera con que pasó desde la duda á la certidumbre católica. La uncion y la sencillez son las dotes características de su estilo; el cual es rico en imágenes, tomadas en su mayor parte de la vida campestre, limpio de los adornos retóricos, demasiado comunes en los Padres griegos, y en el cual se muestra conocedor profundo de las Santas Escrituras, que cita oportunamente(1). Habiendo compuesto los gnósticos, y especialmente Bardesánes y Armónico, himnos que eran cantados por muchos como inocentes, aunque estaban llenos de errores, Efren hizo otros en número de cincuenta y dos sobre el mismo aire y de recto sentido, algunos de los cuales se cantan todavía por los maronitas y por los Cristianos de la Mesopotamia. Cantó á María con acentos que no los empleó mas fervientes San Bernardo. Obras ricas en poesía son sus cánticos de muerte (*Necrosima*), destinados principalmente á los funerales de los monjes en que alaba sus virtudes, los propone como modelos y envidia su suerte, porque « ya no escuchan los gemidos sino la palabra de Dios, y reciben el galardon del dolor, la prenda de una grande esperanza; no han muerto, sino que reposan en Cristo. »

El pensamiento de una vida nueva es un consuelo de los dolores y de la pérdida de esta vida fugaz, sentimiento que basta para distinguir el dolor cristiano del gentílico como se distingue la desesperacion de la sonrisa de la confianza. En la muerte de un niño canta Efren: « ¡ Cuán acerbo es el dolor de una madre que » pierde á un niño! ¡ Cuán dura es la separa- » cion de una madre de su hijo! Tú, Señor, que » amparas á los desterrados en tu casa paterna, » tú tendrás cuidado de los huérfanos. El dia en » que un hijo muere, abre una profunda llaga en » el alma de sus padres, á quienes quita y quie- » bra el báculo de su vejez: oh Señor, ampáre- » les tu caridad. La muerte arrebató á una ma- » dre su único hijo; y con esto la cortó el brazo » derecho, la quebrantó todos sus miembros: » ¡ oh Dios mio! devuelve á esta madre su anti- » guo vigor. La muerte separó á la madre de » su primogénito; esta madre quedó aislada y » acongojada: ¡ oh Dios mio! contempla su » abandono, consuela su dolor. La muerte arre- » bató al niño del seno de su madre; y la po- » bre madre inconsolable, llora su ausencia: ¡ oh » Dios mio! que vuelva á ver á su hijo en el » cielo. ¡ Niños afortunados, vosotros gozáis de la » bienaventuranza de los santos! ¡ Infelices an- » cianos á quienes la muerte dejó entre las mise- » rias de esta vida! Toda una familia, presa de

(1) *Sancti patris nostri Ephrem syri opera omnia quæ extant græce, syriace et latine, ad manuscriptos codices vaticanos aliosque castigata*. Roma, 1737, 6 tomos en fol., bajo la direccion de Gerardo Vollio.

Véanse algunos de sus pensamientos tomados de su sermon ascético á imitacion de los *Proverbios*: Poda la palma y se hará mas alta. Del mismo modo el alma, libre de los cuidados del siglo, se eleva hácia el cielo. — El que conserva en el pecho la memoria de las injurias alimenta en él una serpiente. El que las soporta cierra al leon en la caverna. — Como un arpa multicorde en manos de un músico diestro, así está toda la carne en manos de Jesucristo, nuestro Salvador. — La ira y la envidia bajo el velo de piedad son agua amarga en vaso de oro: dulce se hará en contacto con el árbol de vida. — La Iglesia no está hecha de columnas sino de hombres. — El escollo que está en medio del mar no puede impedir que le embistan las olas, pero resiste su impulso. Del mismo modo no podemos suprimir nuestra fantasía, pero sí resistirla — No es virtud el ser insensible al desprecio, sino verlo y desdeñarlo. — La tranquilidad de ánimo, unida al temor de Dios, es un carro de fuego que nos eleva al cielo. ¡ Oh tranquilidad, perfeccion del monje! ¡oh tranquilidad, escala del cielo! V. *Correspondent.* noviembre 1814.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» la desolacion, invoca ¡ oh Dios mio ! tus con-
» suelos. »

Eusebio de Cesárea. 270-338.

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, publicó los sermones en que exponia á los neófitos (*Catequésis*) la sustancia del dogma de la moral y de la disciplina (1); y que son una gran prueba para demostrar la inmutabilidad de la creencia católica. Para lo mismo sirven las instrucciones de Gaudencio, obispo de Brescia, en las cuales brillan á cada paso rasgos de elocuencia.

Discípulo de Pánfilo, mártir en tiempo de Galerio, fué Eusebio de Cesárea, á quien por esta razon se le dió el sobrenombre de Panfili. Educado en Palestina, fué tambien encarcelado, y se sospechó que recobró la libertad sacrificando á los dioses. Tambien favoreció á Arrio, hasta que este fué convencido de herejía y condenado. Ávido explorador de todas las teorías, trabajó para conciliar las gentílicas con las cristianas, por lo cual en sus libros mezcla las doctrinas de Cristo con las de Pitágoras y Platon. Ademas de la vida de su maestro, compuso cinco libros en defensa de Orígenes, y controversias teológicas, principalmente contra Marcelo de Antioquía, en que deja descubrir algunas dudas sobre la naturaleza del Verbo.

Su obra mas importante es la *Preparacion evangélica*, en la cual reunió pasajes de mas de cuatrocientos autores, en gran parte perdidos, que sirvieron de introduccion filosófica á la ciencia del Evangelio, demostrando contra Hebreos y Griegos, que este no fué adoptado con torcida fe y temeraria credulidad, sino con sumo juicio, porque era superior en mucho á todos los sistemas gentílicos. Emplea los seis primeros libros en demostrar la vanidad de estos sistemas, y en los otros nueve expone los motivos que indujeron á los Cristianos á preferir la teología de los Hebreos. Examina la cosmogonía de los Fenicios segun Sanconiaton, la de los Egipcios segun Maneton, la de los Griegos segun la exponen Diodoro de Sicilia, Evemero y Clemente de Alejandría; y sostiene que la doctrina de Platon es en poco superior á la vulgar, y que las interpretaciones alegóricas de la mitología fueron tambien desechadas por los Romanos, pues que la creencia comun la tomaba en el sentido material. Tampoco sirven en su concepto las explicaciones que se dieron de ella, valiéndose de la historia natural ; pues el culto y los sacrificios de los gentiles se dirigian á los demonios arrojados de la tierra por Jerucristo; y añade que es un error creer en el destino ó en el poder que las estrellas ejercen sobre los actos humanos. Vencidos sus adversarios, entra á examinar la naturaleza del sistema hebráico, y principalmente las fuentes de este, y opina que si los filósofos griegos, y especialmente Platon, tuvieron algo de bueno, lo tomaron de las sagradas letras, y que vacilan en lo demas en vanas hipótesis y en perpétuas contradicciones.

(1) *Sancti Cyrilli, archiep. hierosol., opera ed. Ant. A. J. Toultée.* Paris 1620, en folio.

Despues de probar la verdad de la doctrina hebráica que fué preparacion, continuaba en la *Demostracion evangélica*, probando por qué razon habian descartado los Cristianos de la excelente doctrina de los Judíos algunos modos de vivir, convenientes tan solo para un pueblo particular, obligando á sacrificar en un solo templo, pero que eran imposibles en una religion que abraza la universalidad de las gentes.

Para hacer que se tuviese fe en los libros históricos del Antiguo Testamento, compuso la *Crónica* ó Historia Universal (παντοδαπὴς ἱστορία) en dos libros : en el primero (χρονογραφία) refiere los acontecimientos principales de todos los pueblos é imperios, desde la creacion del mundo hasta el año 325 de Jesucristo, dedicando una seccion para cada pueblo, valiéndose de extractos de muchos autores hoy perdidos; el segundo libro (χρονικὸς κάνων) se compone de tablas sincrónicas en las cuales de diez en diez años pone los nombres de los monarcas y los principales acontecimientos desde la vocacion de Abraham. Esta obra ha sido encontrada en nuestros dias (1) ; y aunque el provecho que de ella se ha sacado no ha igualado á las esperanzas que se tenian, no obstante, si bien añadió poco, sirvió para confirmar los conocimientos que poseíamos por otra parte.

En la vida ó panegírico de Constantino llevó Eusebio la adulacion hasta suponerle en comunicacion inmediata con la Divinidad, y hasta animarle á declarar al mundo lo que sabía por sus visiones ; sin embargo, tomando á veces la gravedad episcopal, le insinúa las verdades evangélicas, y mezcla con las alabanzas útiles y severas lecciones.

Escribió tambien la primera historia eclesiástica desde el orígen del Cristianismo hasta el concilio de Nicea ; ó mejor dicho una coleccion de memorias contemporáneas unidas y ordenadas con método y discernimiento, y expuestas con franqueza y sencillez : sin ellas estaríamos en la oscuridad en cuanto hace relacion á los primeros siglos de la Iglesia. No era tanto su objeto hacer de este un libro edificante para los fieles, cuanto una exposicion que poder presentar á los gentiles para sacarlos de sus erróneos sistemas y de las preocupaciones de la educacion, poniendo para este fin en un buen término al Cristianismo sin atacar de frente la antigua creencia y excluyendo las discusiones hostiles. No hace mencion del arrianismo, y quizá terminó expresamente su historia en el año anterior á aquel en que fué condenada esta herejía, para evitar de este modo el tener que descubrir su inclinacion á ella. Conoció Eusebio que la historia debia tomar un nuevo aspecto. « Miéntras los demas, dice, refieren las victo-
» rias y los triunfos de los primeros capitanes
» y las varoniles hazañas de héroes ensangren-
» tados por defender su patria, sus hijos y sus

(1) En Constantinopla en una version armenia, publicada en Milan por Mai y Zorab en 1818 ; y despues mejor por Aucher en Venecia, 1828.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» bienes, nosotros que escribimos la historia » de una vida divina, no tenemos que exponer » mas que guerras sagradas, emprendidas en » favor de la paz del alma y de la conciencia, » de la verdad mas bien que de la patria, de la » piedad mas bien que de las personas queridas; » y en los perpetuos monumentos de las letras » debemos hacer consignar la heróica constan- » cia de los atletas cristianos, la invicta ro- » bustez de sus almas, los trofeos erigidos por » ellos contra los demonios, sus victorias, mu- » das bajo el aspecto mortal, y las coronas » de perenne memoria que les fueron conce- » didas (1). »

San Nilo el Mayor comprendió para uso de los Cristianos el *Manual* de Epicteto, y ademas compuso capítulos parenéticos y muchas cartas, en las cuales expone la moral de una manera que atrae y deleita.

Crisóstomo.

En San Juan Crisóstomo, imágen viva de la Iglesia Oriental, como San Agustin lo fué de la Occidental, se reunen natural claridad en la elocucion, majestad en las ideas, sentimientos patéticos, fuerza de raciocinio, riqueza y atrevimiento de imágenes, y toda la ciencia de su siglo. Gran conocedor de todas las maneras y giros elegantes de la lengua griega, sabía todos los modos con que puede ser dispuesta y variada la palabra, pinta con el brio del drama la fealdad del vicio, ó excita las pasiones en favor de la verdad, aunque oculta diestramente la ventaja que saca del uso magistral que hace de la retórica y de la filosofía.

En Antioquía, cuando todavía no se habia entregado á los trabajos eclesiásticos, castigó sus largos tratados, principalmente el del *Sacerdocio*, en el cual no se apaga el sentimiento por lo fuerte del razonamiento. Defendió en tres libros la *vida monástica* contra los Cristianos que se burlaban de los monjes, y se alababan, ya de haber golpeado á uno, ya de haber violentado á otro, ya de haber hecho burla de un tercero, ó instigado al juez contra él, ó héchole sumir en la prision. Á los ojos de San Juan Crisóstomo, el desprecio de las riquezas, de la gloria, del poder temporal, hacen al monje libre, poderoso, y digno de ser honrado sobre los demas hombres.

Desde la edad de treinta y ocho años en adelante en que fué ordenado sacerdote, escribió homilías, que atraían á escucharlo á los que estaban léjos y hacian prorumpir á los que le oían en clamorosos aplausos. El que lee á este escritor solamente á trozos no puede comprender el vigor de sus escritos, porque su belleza está en el conjunto, en el calor que le anima desde el principio hasta el fin, en el movimiento vivo de aquella redundancia asiática, sobrepuesta á una moral siempre pura y generosa; está en la magia de un estilo que viste los pensamientos con las expresiones mas propias, claras para instruir, pintorescas para describir, robustas para exhortar, patéticas para conmover ó consolar. Á una gente que hacía poco habia salido del paganismo, inclinada á dar cuerpo á todo, debia agradar extraordinariamente aquel predomonio de la imaginacion, de la cual se sirve para mover los afectos mas profundos del corazon humano; siendo inimitable en el arte de conmover é interesar, sacando instruccion de las cosas mas estériles, y revistiendo y coloreando fantásticamente las ideas sutiles, sin perder nunca la ocasion de excitar á la devocion ó á la ternura.

Sin embargo, este contínuo brillo no es bastante variado, y aquella abundancia asiática es mas conveniente para el discurso pronunciado que para la lectura. Por estar ocupado en el cuidado de las almas ajenas, falta la lima á las obras que San Juan compuso en Constantinopla; pero el destierro, la desgracia y los contrastes le restituyeron el vigor y la dulzura, que en sus cartas aparece como en sus mas gloriosos dias.

No divide sus dicursos en diversos puntos, uso introducido despues por los escolásticos. Conocedor profundo de la Biblia, se atiene á ella estrictamente, sin buscar místicas significaciones ocultas, sino con la interpretacion literal precisa y clara, terminando siempre con la aplicacion moral. Muchísimo escudriñó el corazon del hombre para descubrir en él los vicios, que manifiesta con insistencia y pinta con severidad, aprovechando las ocasiones mas oportunas para obtener la enmienda. El sentimiento de las bellezas naturales que nos agrada en San Basilio, se encuentra en San Juan Crisóstomo, unido á una severa moral. « La noche no ha sido » hecha para emplearla toda en el sueño. Artí- » fices, carreteros, mercaderes, mirad cómo la » misma Iglesia se levanta á média noche, y » levantáos tambien vosotros y contemplad » aquel hermoso órden de estrellas, aquel pro- » fundo silencio, aquella grande quietud. El al- » ma en esta hora se siente mas pura, mas li- » gera, mas elevada: las tinieblas y el silencio » despiertan la compuncion; los hombres que » yacen todos en sus lechos como en sus sepul- » cros, presentan la imágen del fin del mun- » do.... Oh hombres, oh mujeres, doblad la » rodilla, suspirad profundamente, orad: quien » tenga hijos que los despierte y de noche haced » iglesia vuestro cuarto; si por su delicadeza » no pueden resistir la vela, recen una ó dos » oraciones, y despues volvedlos á acostar para » que se acostumbren á levantarse (1). »

Con San Juan Crisóstomo espira la elocuencia griega. Treinta y seis años despues de su muerte, Proclo recitó su elogio, pobre monumento de una decadencia que no tuvo ya remedio, no

(1) Proemio al libro V.

(1) Τοῦ ἐν ἁγίοις πατρὸς ἡμῶν Ιοάννου τοῦ Χρυσοστόμου κ. τ. λ. τα εὑρισκόμενα παντα. *Sancti patris nostri Joannis Chrisostomi... opera omnia, cura et studio B. de Montfaucon.* Paris, 1718. 13 tomos en fol. reimpresos esmeradamente hace poco en París en 13 tomos en 8º. Véase *Hom.* 26 *in Act. Apost.* 5, 1.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

volviendo á resonar una palabra elocuente en aquella lengua todavía bellísima, y en un país libre de aquellos Bárbaros á quienes algunos tienen por única causa de la ruina del saber en Occidente.

Ni se me oponga al elogio que hago de los Santos Padres la comparacion entre sus obras y las de Demóstenes y Ciceron. Los primeros carecen de la severa y sobria pureza de estilo que jamas deja de agradar en los clásicos; sin un método preciso y no sabiendo ser sobrios en las particularidades, hacen frecuentes digresiones y abusan de la erudicion que pretendiendo instruir hastia. En ellos se dejan conocer con demasiada frecuencia los hábitos retóricos, y cosa rara, esto se ve en sus cartas familiares mas que en sus obras oratorias (1). Pero los grandes escritores antiguos nacieron en las circunstancias mas propias para fomentar el genio: y sobre aquellos que en el siglo XVII emularon en Francia la elocuencia de los Santos Padres, se reflejaba una civilizacion, pulimentada por las artes y por la vida urbana y por la magnificencia de una corte que unia el refinamiento al explendor. En el siglo IV por el contrario los oradores cristianos surgen en medio de la decadencia universal, entre invasiones extranjeras é iracundas disputas, grosera afeminacion y cobarde envilecimiento; donde ineptos monarcas son gobernados por mujeres y eunucos; donde todo se inclina ante los tiránicos mandatos ó ante la perezosa indiferencia.

Pero si se quiere por un momento no detenerse solo en las formas (resabio de escuela), sino penetrar en el fondo, se advertirá lo que los distingue de los oradores antiguos; la conviccion ardiente, activa, que da vida á todos sus escritos, que hace tan eficaz y tan verdadero su lenguaje, que á todo da interes porque todo es verdadero: calcúlese la distancia que média entre composiciones correctísimas pero no alimentadas mas que de odio ó adulacion, y la robustez de aquellas en que se tratan los intereres mas vivos, mas grandiosos del hombre y de la humanidad. Entónces nos admirará encontrarlos tan superiores á sus contemporáneos, y ver cómo ingenios tan diversos, diferentes en tiempo y lugar, concuerdan en las doctrinas y en sostener siempre la causa mas noble y generosa.

Padres latinos.

La cultura latina habia durado mucho ménos que la helénica, y miéntras la antigua se agotaba, la nueva no habia arrojado todavía los renuevos de halagüeñas promesas. Hasta Tertuliano de Cartago ningun escritor se dió á conocer entre los latinos en los primeros dias del Cristianismo: á los que florecieron despues les falta la hermosa armonía del genio griego y la graciosa elocucion que los helenos conservaron casi enteramente pura; pero tienen mas uncion, y por decirlo así, mas actualidad, y sin agradar tanto penetran mas. En Italia, y mucho ménos en España, en las Galias, en el África, no estaban tan arraigadas las tradiciones literarias como en Grecia, por lo cual, aunque ménos culto, fué mas original el desenvolvimiento de los nuestros: decaía la lengua; pero renacia el estilo, y lo que les falta en pureza y correccion, lo suplen con el vigor de sentimiento, la riqueza de imágenes, la elevacion de miras, y principalmente la novedad del fondo, mérito notabilísimo en una literatura que desde la cuna no habia hecho mas que traducir y restaurar.

Jerónimo.

San Jerónimo fué arrastrado, así en la vida como en los escritos, por el exceso de su fantasía, de suerte que al lado de admirables bellezas encontramos en sus escritos errores y puerilidades; la gravedad teológica es ofendida por burlas bajas ó violentos improperios; su expresion siempre enérgica, de contínuo natural, se debilita por las citas inoportunas que le ofrecia su riquísima erudicion, por frias y triviales reflexiones, y por no saberse detener á tiempo. ¿Pero cómo habia de ser correcto si á veces escribia en un dia mil líneas (1), y en una noche compuso el tratado contra Vigilancio? En cambio aclara áridas cuestiones con su fuerza imaginativa, y hacen agradable su lectura los hermosos rasgos de elocuencia y de rigorosa dialéctica con que las adorna.

Se lamenta de que « descuidando la sencillez y pureza de las palabras evangélicas, se hace ostentacion como si se hablase en un ateneo ó ante un gran auditorio; el discurso adornado con falsedad retórica procede en público como una cortesana, ménos para instruir á los pueblos que para mendigar su favor y excitar los sentidos de los oyentes. Los que buscan la elocuencia y las declamaciones acudan á Ciceron, á Polemon, á Quintiliano: la Iglesia de Cristo no sale de la academia ó del liceo, sino de una plebe vil, y la locura de Dios ha superado á la sabiduría de los hombres. ¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos conocen á Platon? Apénas algun viejo ocioso. Pero de nuestros aldeanos, de nuestros predicadores habla todo el mundo. Con lenguaje sencillo conviene, pues, explicar sus sencillas palabras (2). » Ya hemos dicho cuán poco supo San Jerónimo observar despues estas precauciones.

Pronunció tambien muchas oraciones fúnebres (*epitaphia*), y especialmente la de Nepociano, sacerdote de Albino, en que no se separa del arte pagano, prodigando alabanzas hasta á la belleza del difunto. Pero algunas veces se abandona al efecto, pintando sus últimas horas: « Tiraba atras la ropa, braceaba, veía lo que no » veían los demas, se alzaba como para salir á » recibir, ó saludar á alguno que llegaba; en » este momento recordó nuestra amistad, la » dulzura de nuestros estudios; y tomando la » mano de su tio, le dijo: *Esta túnica de que* » *me servia en el ministerio de Cristo, enviala*

(1) Por ej. las cartas de San Juan Crisóstomo á Olimpias.

(1) Prefacio al segundo comentario *in Ephes.*
(2) *Comment. in epist. ad. Galat.* Præfat. lib. IV.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» *á mi querido Jerónimo; padre mio por edad,*
» *y hermano por la profesion y el cariño que*
» *me debes como sobrino tuyo, trasmítele á*
» *este que te amaba como yo.* »

Elevándose despues desde el mas particular á los males comunes, se congratula de que Nepociano haya sido libertado de tantos padecimientos. Y entónces describe la desgracia de los emperadores de aquella época, las caídas de los grandes y ministros, y la sangre que hacía veinte años inundaba los campos desde Constantinopla hasta los Álpes Julianos. « ¡ Cuántas matro-
» nas y vírgenes de Dios, cuántos cuerpos nobles
» y puros abandonados á esas fieras ! ¡ obispos
» prisioneros, sacerdotes muertos, iglesias des-
» truidas, caballos profanando los altares de
» Cristo, reliquias de mártires insepultas, y por
» todas partes lamentos y gemidos y multipli-
» cadas imágenes de la muerte. El mundo ro-
» mano sucumbe, y nuestra altiva cerviz no se
» dobla aun. ¡ Feliz Nepociano que no ve estas
» cosas ! Desgraciados nosotros que sufrimos
» tantos estragos, ó vemos sufrir á nuestros
» hermanos. Hace tiempo que sabemos que Dios
» está ofendido y no le aplacamos : por nues-
» tros pecados son poderosos los Bárbaros, por
» nuestros vicios es derrotado el ejército ro-
» mano. » Y pone de manifiesto como desde una altura al género humano que se afana y perece. « Volvamos á nosotros mismos. ¿ No sa-
» bes que fuiste niño, adolescente, jóven,
» adulto y viejo ? Todos los dias morimos, y sin
» embargo nos creemos inmortales..... El único
» bien es estar unidos entre nosotros por
» Cristo..... La caridad vive siempre en el cora-
» zon; por ella, aunque está ausente, tenemos
» presente á Nepociano, y á pesar del vasto es-
» pacio que nos separa, nos abraza con una y
» otra mano dándonos prendas de su amistad.
» Pongamos de acuerdo nuestros ánimos, estre-
» chemos nuestro afecto, é imitemos para con-
» solarnos de la muerte de un hijo la fuerza de
» ánimo del Santo obispo Cromacio á la muerte
» de un hermano. Celébrenlo nuestras páginas,
» figure su nombre en nuestras cartas, abrace-
» mos con la memoria á aquel á quien no pode-
» mos abrazar con el cuerpo, y no cesemos de
» hablar de él ya que con él no podemos. »

Ambrosio.

Basta leer á San Ambrosio para convencerse de lo mucho que conocia los clásicos, porque sus discursos están llenos de giros y pensamientos tomados de los mas célebres; y mucho debia dominar el mal gusto, cuando á pesar de esto escribe en un estilo incorrecto y caprichoso, sin franqueza en la expresion y con vanas sutilezas y juego de pensamientos, cuando no está animado por el sentimiento del deber ó del peligro (1).

Acaso el mejor de sus discursos es el que compuso con motivo de la muerte de su hermano Sátiro, lleno de los afectos domésticos que tanto admiramos en los Padres griegos. « De
» nada me sirve haber recogido tus últimos sus-
» piros apoyando mi boca en tus apagados la-
» bios. Yo esperaba hacer pasar tu muerte á mi
» pecho ó comunicarte mi vida. Palabras crueles
» ó dulces, tristes abrazos entre los cuales sentí
» quedarse helado y rígido su cuerpo, y exhalar
» el último suspiro. Le apretaba entre mis bra-
» zos con fuerza; pero ya habia perdido al que
» aun abrazaba. El soplo de la muerte que en
» mí penetró fué para mí un soplo de vida.
» Quiera el Cielo á lo ménos que esto purifique
» mi corozon y dé á mi alma tu inocencia y tu
» dulzura. »

Desde los afectos domésticos sabe elevarse á contemplar los males públicos, como en este bellísimo exordio. « Hemos llevado, carísimos
» hermanos, al ara del sacrificio la víctima que
» nos fué pedida, víctima pura y acepta á Dios,
» Sátiro, mi hermano y mi apoyo. Yo no habia
» olvidado que era mortal, ni me dejé ilusionar
» por una vana esperanza; pero la gracia sobre-
» pujó á la esperanza, y en vez de quejarme á
» Dios debo darle gracias, porque siempre de-
» searé que en caso de que amenazáre alguna
» calamidad á la Iglesia ó á mí, descargue la
» tempestad sobre mí ó sobre mi familia. Gra-
» cias al Señor porque en la universal destruc-
» cion producida por los Bárbaros que llevan la
» guerra á todas partes, haya podido yo satis-
» facer á la afliccion comun con mis disgustos
» particulares, y haya sido herido yo solo cuando
» temia por todos. Sí, hermano, tú que fuiste
» tan venturoso en lo que hace agradable la
» vida, no lo fuiste ménos por la oportunidad
» de tu muerte. No nos fuiste arrebatado á nos-
» otros, sino á los desastres; no has perdido la
» vida, sino que te has librado de las amenazas
» de la calamidad suspendida sobre nuestra ca-
» beza. Amando tanto á todos los tuyos, ¡cuánto
» hubieras llorado al saber que Italia se ve ata-
» cada á sus mismas puertas por un enemigo !
» ¡ Cuál hubiera sido tu afliccion al pensar que
» todas nuestras esperanzas de salvacion están
» en el baluarte de los Álpes, y que algunos
» troncos de árboles son la única barrera que
» defiende el pudor ! ¡ Cuánto se hubiera con-
» tristado tu alma al ver que nos separa tan
» corta distancia del enemigo, de un enemigo
» feroz y brutal que no respeta ni la vida ni el
» pudor ! »

No dice nada tan bello ni en los consuelos por la muerte de Valentiniano, ni en el panegírico de Teodosio. En la mas extensa y curiosa de sus obras, *De officiis ministrorum*, tratando de los deberes de los eclesiásticos, hace una reseña de los de todos los hombres, y resuelve várias cuestiones de filosofía práctica. En el *Exameron*, al explicar los seis dias de la creacion, se vale mucho de Orígenes. Sus elogios á la virginidad producian tal efecto, que los padres y los casados se lamentaban de que dedicasen tantas mujeres su castidad á Dios. Escribió tambien varios himnos de

(1) *D. Ambrosii opera ex editione romana.* París, 1642, 5 t. en folio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

noble y patética sencillez, algunos de los cuales se cantan aun (1), tratando de presentar un contraveneno á los cantos profanos que usaba el pueblo. Recordaba con santa complacencia la melodía de hombres y mujeres, de vírgenes y niños semejante al estruendo de las olas (2); la cual conmovia tambien á San Agustin hasta hacerle derramar lágrimas (3).

Mamerto. 454. Claudiano Mamerto, hermano de un obispo de Viena, y colocado entre los mejores ingenios de su tiempo por Sidonio Apolinar, escribió tres libros (*De statu animarum*) con mucha sagacidad y dialéctica, para demostrar la espiritualidad de las almas.

Vicente de Lerin. 450. San Vicente de Lerin publicó el año 434 el *Commonitorium* ó aviso contra las herejías condenadas, tres años ántes, en el concilio de Éfeso, y exhortaciones para creer *lo que por todos, siempre, y en todas partes fué profesado y creido.*

Conviene citar sus ideas sobre la conformidad del progreso con la estabilidad de la Iglesia : « ¿No habrá pregreso en la Iglesia de Cristo? se pregunta á sí mismo. Lo hay ciertamente y mucho; no hay ninguno tan enemigo de Dios que quiera impedirlo; pero debe ser un pogreso verdadero de la fe y no un cambio. El progreso consiste en engrandecerse una cosa en sí misma; el cambio es pasar de un estado á otro. Así, pues, conviene que la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de cada uno y de todos se aumenten con los años y con los siglos, pero en un mismo género, esto es, en el mismo dogma, en el mismo sentido, en el mismo pensamiento. Tambien se desarrollan los cuerpos, pero siempre quedan los mismos, y el viejo es aquel mismo que fué niño. La recta y legítima ley del progreso consiste en que el número de los años descubra en los seres que se perfeccionan las partes y las formas que el Creador les designó distintamente. Pero si la figura humana se cambia en otra de diverso género, si se añade ó quita algun miembro, fuerza es que el cuerpo perezca, ó se haga monstruoso, ó á lo ménos se debilite. Tambien conviene que el dogma cristiano siga esta ley del progreso, esto es, que se consolide y dilate con el tiempo, y que se manifieste completo y entero en la proporcion de sus partes como en todos sus mienbros; pero no admitáis ningun cambio á costa de su propiedad, ninguna variacion en sus definiciones (4). »

San Agustin. El mas universal entre los Padres latinos fué San Agustin. De ingenio sublime, y que hubiera brillado mucho mas si la época le hubiese favorecido, todo lo supo y á todo se doblegó su dócil entendimiento; fué metafísico, historiador, conocedor de las costumbres y de las artes, sutil dialéctico, orador grave y majestuoso; escribió de música y de los puntos teológicos mas difíciles; describió la decadencia del imperio y los fenómenos del pensamiento; supo animar las disputas escolásticas con la elocuencia; asoció la imáginacion á la teología, aunque se vió obligado la mayor parte de las veces á emplear su sagacidad en místicas sutilezas (1). Su elocuencia tiene á veces algo de bárbaro y de afectado, pero comunmente es nueva y sencilla, siempre viva y concisa; y las ideas evidentes de aquella imaginacion, ardiente como el clima patrio, y la extraordinaria emocion con que las expresaba, obraban muy eficazmente sobre la fantasía africana. Si tiene poco arte y es desigual y áspero su estilo, y no se eleva tanto como los Padres orientales, en cambio tiene mas de evangélico, dirigiéndose con frecuencia al corazon : si pretende demostrar aun las verdades que no admiten demostracion, y cree que las pruebas se aclaran y refuerzan repitiéndolas, tambien por otra parte llevó á la cátedra la viva ternura de ánimo que respiran sus *Confesiones*, y que no le abandona ni aun en las áridas disputas de teología.

Desde Cartago fué de profesor de elocuencia á Roma, « no por mayor provecho ó aumento de » honores, sino porque (dice él mismo) oí que » aquí se estudiaba con mas quietud, y estaba » contenida la juventud de modo que no en» trase desprevenida y temerariamente con un » maestro á que no está acostumbrada; y nin» guno es admitido en una escuela si no lo con» siente el maestro. En Cartago por el contra» rio reina una libertad desfrenada entre los » escolares, que entran sin temor alguno en » las escuelas, y alteran el órden y el método » prefijado para la enseñanza (2) ; » y así prosigue describiendo la indisciplina de Cartago. Pero ni en Roma estaban las cosas arregladas, y algunas veces, todos los discípulos de comun acuerdo se pasaban á otro preceptor, para defraudar al primero del estipendio que le debian.

Sus *Confesiones*, libro destinado y dedicado exclusivamente á las almas de los que vuelven al buen camino, no á los que nunca se han alejado de él, son un modelo, mal imitado por ciertos tratados modernos de cínico orgullo. Nada mas sencillo que acusarse de pecador en general, estando seguros de que no nos han de coger por la palabra : algunas veces confiesa uno tambien culpas enormes, no para ser despreciado, sino para hacer admirar el cambio del cual no hay mas prueba que la propia confesion, ó para que resulte un contraste favo-

(1) « Deus, creator omnium. — Jam surgit hora tertia. — Nunc sancte novis Spiritus; » y algunos dicen que el *Te Deum*, pero otros creen que fué compuesto en el siglo VI por un fraile llamado Sisebuto, que vivió, á lo que parece, en Montes-Camo. V. QUESNEL, *observ. ed breviarium chori monasterii M. Casini* en el *Pœnitentiale* de Teodoro, edicion de Jacobo Petit. Parte I, p. 328.

(2) *Exameron*, III, 5.

(3) *Confess.* IX, 7.

(4) *Commonit.* c. 23.

(1) *D. Augustini, Hipponensis episcopi, opera, per theologos lovanienses edita*, 1577, 12 t. en folio, reimpresos hace poco en Paris sobre la edicion de los Benedictinos, en 8º.

(2) *Confess.* V, 8.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rable entre la culpa y el ingenio y la belleza de las obras. Agustin, en vez de esto, hace á Dios una exposicion ingenua de las luchas que sostuvo al pasar de la vida mala á la buena, del error á la verdad. Miéntras la filosofía moderna, sin avergonzarse de un vínculo no bendito, envia sus frutos al hospital, Agustin, cristiano, se avergüenza de la culpa, pero educa y coloca á sus hijos comprendiendo que una violacion del deber no justifica otra nueva, y que no deben llevar los demas la pena de nuestra propia falta. Alma llena de ambicion y de amor, en el juvenil extravío se embriaga, no se satisface con los placeres, se fastidia de la celebridad, corre sedienta hácia la felicidad y lo verdadero; y en la violenta soledad del corazon combate consigo misma, y supera las barrerras que oponen una falsa sabiduría, una larga costumbre, los incentivos de la juventud y la concupiscencia. San Agustin nos lo demuestra con la verdad del que lo ha pasado, y con la fuerza del que por arrepentimiento hace mayor la culpa; de modo que el hombre se ve á sí mismo en el espejo que lo presenta, se consuela al ver la fuerza que da una voluntad decidida, y resuelve los problemas de la exigencia interior por medio de la contínua aspiracion hácia Dios, que es su única explicacion. La profunda naturalidad de este escrito es una cosa nueva en la antigüedad, como lo fué la severa reflexion y la tristeza sin desesperacion que el Cristianismo hacía nacer en el hombre.

Los *Soliloquios* son razonamientos consigo mismo para *conocer al Dios y al alma;* en lo que emplea una dialéctica sutil y una sensibilidad fanática. ¡Cuánta inquietud en aquella alma sedienta de verdad! « En mi primera juventud me retraía de la indagacion de la ver» dad cierta timidez infantil que tenia algo de supersticiosa. Pero habiéndome hinchado el » corazon la misma edad, me arrojé á otro » exceso : oí hablar de hombres, los cuales » aseguraban que, sin recurrir á la autoridad » imperiosa, libertarian del error á cualquiera » que entrase en su disciplina, y le mostraron » la verdad sin velo. Yo era entónces todo » fuego, todo imprudencia como es la juven» tud; amante de la verdad, pero con aquella » especie de orgullo que se contrae en la es» cuela cuando se oye disputar sobre todas la » materias á hombres tenidos por doctos : por » lo cual yo tampoco pedia mas que entrar » en liza, despreciando como fábula todo lo » que se elevaba mas allá de mi inteligencia y » de mis sentidos. ¡Cuán ciego era! Buscaba » en el camino del orgullo lo que no se en» cuentra mas que en el de la humildad (1). » Permanecí nueve años con los maniqueos... » No podia disimularme á mí mismo, sin em» bargo que estos eran mas ricos en argumen» tos con que combatir la doctrina de la Iglesia, » que en pruebas para establecer la suya (1). »

Cuando llegó á tranquilizar su alma en la autoridad, cambatió los errores de los demas y controvertió los puntos mas espinosos de la filosofía. Refutando á los académicos, y disputando con los origenistas, se le presentaba la cuestion de lo finito y de lo infinito, esto es, la creacion; con los maniqueos tuvo que tratar del orígen del mal, con los pelagianos de las sutiles relaciones entre lo necesario y lo contingente; y esclareció las que hay entre la fe y la ciencia en otras obras, encaminadas á demostrar que el elemento humano del raciocinio debe apoyarse en el elemento divino de la fe. Por último, en la *Ciudad de Dios* aborda la cuestion política, sosteniendo que todo acontecimiento en la tierra cumple los designios de la Providencia, la cual sin coartar el libre albedrío, hace converger las voluntades finitas al objeto de la sabiduría infinita.

San Agustin fué el primero que en Occidente redujo á forma sistemática la doctrina evangélica, de modo que puede considerarse como el padre del dogmatismo latino. No ideó un nuevo sistema filosófico; pero de su mucho estudio y de su vasto y flexible entendimiento se valió para encontrar afinidades, que no habian sido observadas ántes entre el Cristianismo y las doctrinas de Alejandría; y combatiendo los errores de estas con la autoridad de aquel, fundir el neoplatonismo con los objetos de la revelacion, haciendo ver que era indispensable á la ciencia y á la razon humana el apoyo de la fe divina. Dios, ente necesario perfectísimo, es viviente, pues que la vida es mejor que la inercia; es la vida misma, porque la vida es mejor que el ser viviente; es el principio de la inteligencia é inmutable en su sabiduría. Creó libremente el mundo, pero le conocia ántes que existiese. Es la verdad eterna, la eterna ley de toda justicia; es el supremo bien del mundo espiritual, al cual el hombre tiende á reunirse por medio de la religion. Llamó á todos los hombres á la felicidad por el camino de la virtud, á cuyo camino deben acercarse con la razon y con la voluntad, la cual puede usar á su arbitrio de la libertad, aproximándose á Dios ó alejándose de él. Dado que la divina inteligencia encierra en sí las ideas eternas é inmutables, no solo como actos del pensamiento, sino como tipos de las criaturas, resulta que las ideas son independientes de las cosas. Todo lo que existe es bueno, y hasta la misma muerte, porque es consecuencia de la existencia. El mal no debe buscarse en la sustancia, sino en las falsas analogías que se establecen entre los seres. El universo, esencialmente perfecto, debe comprender todo género de cosas, y por consiguiente tambien criaturas inferiores y corruptibles.

Esto contestaba á los maniqueos. Los pelagianos le sometieron la cuestion de la Gracia, en la

(1) *Serm.* LI, c. 5, n. 2.

(1) *De utili credendi*, cap. I, n. 2.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cual les combatió como filósofo, demostrando que su ciencia era pobre é imperfecta; como reformador práctico, haciéndoles ver que debilitaban el medio mas eficaz del gobierno de la Iglesia; y como lógico, patentizando que sus ideas no se adaptaban á las consecuencias deducidas de las ideas fundamentales de la fe. Y sostuvo que el hombre, despues del pecado original, cesó de ser impecable, y que la gracia para obrar bien no puede venirle sino de Dios, que la concede á quien y en el grado que quiere (1). Despues se esforzó en conciliar la libertad humana con la predestinacion divina, el mal con la Providencia; discusiones que confundieron no poco á los teólogos, los cuales pretendieron encontrar apoyo en San Agustin para máximas que la Iglesia condena ó apénas tolera.

Al principio de su vida filosófica siguió las defectuosas doctrinas de los académicos; pero conociendo las dificultades que presentaban en los problemas fundamentales, buscó su solucion en las excesivas hipótesis de los platónicos, y adoptó las ideas innatas en la extension que estos les daban, hasta que llegó á la verdad, creyendo que la naturaleza humana es esencialmente racional, por lo cual busca, halla y reconoce la verdad (2).

Y es dado á cada uno, segun San Agustin, consultar esta verdad en sí mismo, y si alguno no la encuentra, suya es la culpa (3). Si todos no la comprenden, consiste en que asemejan las cosas verdaderas á las falsas, y en que las pasiones nos inclinan á escoger estas en vez de aquellas. Insiste, pues, en que en el hombre interior habita la verdad (4), lo cual quizá se expresaba con las célebres palabras: *conócete á tí mismo*; y cree tambien que la fuente de las ideas mas sublimes es la observacion de los hechos internos; doctrina muy superior al empirismo vulgar, que adoptó Locke, queriendo deducirlo todo de la observacion externa.

Que la voluntad tiene la culpa del error, lo mismo en las ideas del vulgo que en las de los doctos, lo demuestra San Agustin por la existencia de la idolatría. Los hombres prefirieron las obras al artífice; y no teniendo fuerza suficiente para buscar á este, se detuvieron en aquellas. De esta preferencia pasaron *á querer servir* á las criaturas. Los doctos, *queriendo* una libertad desenfrenada, caen en la incredulidad; errores de que pueden salir *si creen lo que aun no son capaces de comprender* (1).

En San Agustin se encuentra ya el argumento de Descártes, que de los actos de nuestro pensamiento podemos deducir nuestra existencia (2); pero la proposicion *yo existo* que en Descártes carece de apoyo porque supone una mayor, es aceptada por el Santo solo como un principio admitido por los académicos á quienes refuta, y no como una verdad primitiva. Tambien prueba (3) que cada hombre, por testimonio de su propia conciencia, sabe que vive, siente y piensa; lo cual equivale á conocer el alma propia, que es el sugeto que vive, siente y piensa.

Hállanse tambien en San Agustin algunas opiniones que se suponen proclamadas por primera vez por filósofos posteriores; otras cuyo olvido condujo al error, y otras que dieron un pretexto para sostener sus errores á cuantos heresiarcas se levantaron desde Pelagio hasta Jansenio. En contra de doctrinas que malamente se querian renovar hoy, distingue claramente el sentido del juzgar, y en este acto coloca la mente (4), y demuestra que si solo tuviésemos los sentidos, no podríamos emplear los signos, faltándonos el medio de distinguirlos de la cosa significada (5).

Su tratado *De las cosas invisibles* refuta á aquellos que rechazan el Cristianismo, porque impone creencias que no caen bajo el dominio de los sentidos, y demuestra que si no se tiene fe en las cosas que no pueden ver los ojos, falta todo fundamento á la sociedad civil; si bien despues dice que nuestras creencias se apoyan tambien en pruebas sensibles, como el cumplimiento de las profecías, y principalmente el gran cambio que obró en el mundo el Crucificado.

Hizo tambien una guerra activa á la astrología, tan difundida entónces, y demostró qué diversa suerte corren algunas veces dos gemelos que han nacido en la misma conjuncion de los astros; y cuán absurdo es admitir una determinacion previa del destino y modificarla despues, escogiendo posiciones favorables de los planetas para principiar una empresa.

Pareciéndole poco rectas ó poco claras algunas de las opiniones que habia omitido, pensó corregirlas ó aclararlas en su vejez con las *Retracciones*, repasando noventa y tres obras suyas que forman doscientos cincuenta y dos vo-

(1) Marheinecke, *Diálogos sobre la doctrina de San Agustin acerca de la libertad y la Gracia* (aleman). Berlin, 1821. — J. F. Wigger. *Ensayo de una exposicion histórica de las doctrinas de Agustin y Pelagio.* Ibid.

(2) Ya hemos hablado del falso razonamiento de Platon que decia: *El saber es un recuerdo*, y lo demostraba con el ejemplo de un niño, que preguntando con destreza, responde sobre cosas que no le han sido enseñadas. Platon concluía: *Tiene, pues, en sí las ideas, y hasta desarrollárselas;* y nosotros concluímos de aquí: *Es, pues, racional.* San Agustin, que habia hecho el primer razonamiento, se retracta, *porque podria decirse que el niño preguntado respondia porque es un ser inteligente.* Retract. I, 8.

(3) « Ubique, veritas, præsides omnibus consulentibus te, simulque respondes omnibus etiam diversa consulentibus. Liquide tu respondes, sed non liquide omnes audiunt. Omnes unde volunt consulunt, sed non semper quod volunt audiunt. Optimus minister tuus est qui non magis intuetur hoc à te audire quod ipse voluerit, sed potius hoc velle quod à te audierit. » *Confess.* X, 20.

(4) *De vera relig.* 39.

(1) Idem 38.

(2) Pienso, luego existo. « Prius abs te quæro, ut de manifestissimis copiamus exordium, utrum tu ipse sis. An tu forte ne hac interrogatione fallaris, cum utique, si non esses, falli omnino non posses? *De lib. arb.* II, 3.

(3) *De Trinitate*, X.

(4) *Quæstiones*, IX.

(5) La mente « servat aliquid quod libere de specie imaginum (*de las cosas corpóreas*) judice, et hoc est magis mens, id est rationalis intelligentia, quæ servatur ut judicet. » *De Trin.* IX, 5.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

lúmenes. Su biógrafo Posidio, enumerando tambien sus homilías y sus cartas, cuenta mil y treinta obras suyas, y sin embargo no cree que las haya citado todas. Poniendo á un lado las que son repeticiones ó combaten errores aislados, nos quedan unas doce que ocupan un lugar entre lo mas importante que produjo la Iglesia Occidental.

En cuanto á la política, al dicho de San Pablo : *No hay potestad que no haya sido establecida por Dios*, añadia San Agustin: *ú ordenada ó permitida.* Las primeras luces del Cristianismo no fueron suficientes para desengañar á la generalidad de la máxima, indudable entónces. que daba al soberano el derecho de vida ó muerte; tanto que San Agustin dice, que el soldado que no hiere cuando el príncipe legítimo se lo manda, es reo, como el que mata sin órden alguna (1); no llegando aun á la clara idea de un nuevo derecho público que estableceria la conveniente separacion entre dos cosas distintas, la fuerza y el derecho de juzgar la terrible necesidad de la guerra encuentra disculpa en San Agustin, cuando se hace para rechazar una injuria, para vengar una injusticia hecha á los súbditos, ó para oponerse á ambiciosos vecinos; pero añade, que pueden hacerla injusta lo malo de la causa, la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo , la crueldad de la venganza, la turbacion de la paz, la ambicion de conquistas, y el permitir violencias que pudieran impedirse (2).

En su respuesta á Marcelino, habia tratado tambien de cómo se armoniza la religion con la política, lo cual parecia imposible á los paganos, atendidos los preceptos de volver bien por mal, y de presentar la mejilla izquierda al que hiriese la derecha ; preceptos que, en su entender, prohibia recuperar los bienes quitados por un enemigo, ó rechazar á los Bárbaros que devastaban el imperio. San Agustin responde, que nada es mas propio para conservar la concordia que la clemencia y el perdon de las injurias; pues mas fácilmente se mantiene el órden entre las personas á quienes se corrige con la paciencia y la dulzura, que entre aquellas que han sido sometidas á viva fuerza. El precepto que nos dice, que presentemos la otra mejilla, no debe entenderse, segun San Agustin, al pié de la letra, hasta el punto de practicarlo materialmente, sino en cuanto á la disposicion del corazon. Ni prohibe tampoco castigar á los malvados para mejorarles aun á pesar suyo, ó sujetarlos con la guerra; la cual, dice, que no solo no está prohibida en el Evangelio, sino que en él se prescriben los deberes de los soldados (3). Cumplan estos con ellos, añade ; sean como quiere el Cristianismo los pueblos y los magistrados, los señores y los esclavos, los reyes, jueces y arrendatarios, los maridos y sus mujeres, los padres y los hijos, y véase despues si el Estado pierde ó gana con esto. El imputar á los príncipes cristianos la decadencia de la república, es una locura, porque, por testimonio de los mismos gentiles, sabemos que hacía mucho tiempo la tenian destruida los vicios públicos y privados (4).

Cuando Roma fué tomada por Alarico, elevóse en todo el mundo cristiano una voz, diciendo que se habia vengado con esto la sangre de tantos mártires; y en muchos discursos del mismo San Agustin se trasluce una especie de alegría por esta gran justicia. Pero los defensores del antiguo culto interpretaban aquel desastre como un castigo de los dioses abandonados, é imputaban á los Cristianos la ruina del imperio.

Contra estos escribió San Agustin una obra histórica y filosófica, titulada la *Ciudad de Dios*, curioso monumento de genio y de erudicion, en que se propone demostrar, que en el paganismo se habian trastornado las ideas de virtud y de gloria, y busca en él la verdadera causa de la ruina, poniendo una enfrente de otra las dos civilizaciones que se combatian, pronunciando la sentencia de muerte de una con una conviccion desconocida hasta entónces en la historia, y cantando el triunfo de la otra que viene peregrinando desde Abel entre las persecuciones del mundo y los auxilios de Dios.

Principió esta obra el año 411, y la publicó en veintidos libros sucesivos hasta el 427. Los diez primeros se dirigen á refutar á los paganos. Cinco de ellos arguyen contra los que creían que era necesario el culto de los dioses á la prosperidad temporal de este mundo, y presentan los ejemplos del saqueo de Troya en que fué degollado Príamo en el altar de los dioses, y el templo de Juno destinado para colocar los despojos y encerrar á los prisioneros ; de la caída del imperio de Nino y del hundimiento del de los Griegos cuando nadie atentaba contra el culto de los dioses. Los cinco libros siguientes refutan á los que creian que debia servirse á los dioses para obtener la felicidad en la otra vida. Los doce últimos demuestran el orígen de las dos ciudades, es decir, la Iglesia y la sociedad del siglo, sus progresos y su diferente fin. Dos ciudades hay, dice, una de los hombres, que tiene por cabeza á Cain ; la otra de Dios, incorruptible y pura, cuyo primer ciudadano fué Abel. « La primera está fundada en el amor » de sí mismo, llevado hasta el desprecio de » Dios ; la segunda, en el amor de Dios llevado » hasta el desprecio de sí mismo ; la una se glo- » rifica en sí ; la otra en el Señor; la una busca » la gloria de los hombres; la otra no quiere » mas gloria que el testimonio de la conciencia; » la una camina soberbia y erguida ; la otra dice » á Dios : *Tú eres mi gloria* ; en la una son arras- » trados los príncipes por la pasion de enseño- » rearse de sus súbditos ; en la otra, los prínci-

(1) *De civ. Dei*, I, 20. Véase De Maistre, *Du pape*, IV, 4.
(2) Refut. de Fausto Maniqueo.
(3) S. Lúcas III, 14.

(1) *Ep.* 142

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» pes y los súbditos se ayudan mutuamente; » aquellos gobernando bien, y estos obede- » ciendo. »

El que no se asuste de aquellas contínuas antítesis y de aquel estilo de oropel, el que no se canse de las particularidades á que desciende al determinar el fin de las ciudades, queriendo aplicarles palabra por palabra el Apocalípsis, sin que falten nunca ni imaginacion para usar el lenguaje misterioso, ni alta inteligencia para discernir si conviene ó no traducir una idea en imágenes, admirará en este poema la elevacion con que ántes que ningun otro supo abrazar San Agustin con una mirada á la humanidad entera. Desde la edad mas remota, en el órden maravilloso del mundo físico, descubrió el hombre un designio sublime de la Providencia, y entendió el lenguaje *con que los cielos narran la gloria de Dios*; pero ninguno aun entre los filósofos mas ilustres habia llegado á ver hasta entonces oculto bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana un designio inmutable y necesario de la Providencia, que se cumple gradualmente á pesar de los obstáculos de la ignorancia y de las pasiones. Si los filósofos creían en general en la Providencia y en los premios y castigos que reserva para el bien y para el mal tanto á los individuos como á las naciones, no pensaban que el hilo de los acontecimientos que se suceden en la tierra, fuese á parar á la mano de Dios, estableciéndose así la unidad en tanta variedad.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? Las naciones marchaban cada uña por su camino, como enteramente distintas unas de otras: el capricho del hombre, la fuerza, las victorias y las derrotas decidian de la fortuna de las naciones. Solo el Cristiano podia anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, y que la extension de su reino es el fin á que están dirigidas las cosas humanas, aun en lo que parece oponerse á él. Las persecuciones habian ofrecido una prueba incontrastable aunque dolorosa de lo que decimos; y los Padres de la Iglesia proclamaron, que la propagacion del Evangelio era el fin á que dirigia la Providencia las cosas del mundo. Bajo este punto de vista, observa San Agustin los acontecimientos, dando orígen á lo que modernamente se ha llamado filosofía de la historia. Descendiendo de estas sublimes consideraciones á la práctica, aconseja á los miembros de la ciudad divina que se conserven sumisos y quietos miéntras estén confundidos con los de la ciudad terrestre; que rueguen por estos, y así gozarán la paz temporal que es un bien comun á los buenos y á los malos.

Habiéndose propuesto en esta obra responder al paganismo político del Occidente, se extendió mas de lo que habia pensado, y en vez de una simple refutacion, puede decirse que dió al mundo una exposicion completa de la *doctrina cristiana*. Le indujo á tratar el primer asunto Paulo Orosio, Español, el cual en su melancólica obra (1) procuró demostrar, que desde el principio habian afligido sin tregua gravísimas desgracias al género humano; que la historia era una repeticion contínua del pecado de Adan, una serie de rebeliones contra Dios y de castigos consiguientes, de modo que no tenian nada de extraordinario los de entónces, aunque fuesen tan terribles; de donde dedujo, que la vida era un camino de expiacion, por medio de la cual el hombre, al traves de una dura preparacion, se dirige á la verdadera felicidad, la cual tambien puede gustar en la tierra el que aprenda en la religion á sobrellevar como se debe los trabajos. Esta obra fué de las mas conocidas en la edad média, y de las primeras que se imprimieron y tradujeron. P. Orosio. 420.

Cuando fué ocupada el África por los Vándalos, ya no solo los gentiles acusaban al Cristianismo de los desastres del imperio, sino que los mismos Cristianos se quejaban de no recoger mas que desventuras de la virtud y los padecimientos; Salviano, *el elocuente sacerdote de Marsella*, escribió *Del gobierno de Dios;* y haciendo ver cuán falsamente se juzgaba muchas veces del bien y del mal, buscó en la historia la manifestacion de la justicia divina, y demostró, que no habia razon para lamentarse, pues que tan general era la corrupcion dentro y fuera de la Iglesia. Despues, con ricas descripciones y rasgos patéticos, estableció la comparacion entre los Bárbaros y los vencidos, y descubrió en los devastadores del imperio virtudes desconocidas ú olvidadas en este, deduciendo, que no era extraño que prevaleciesen. Así inició una doctrina predicada en nuestros dias, á saber: que en la lucha de dos causas, prepondera siempre lo mejor; y demostró, que habia comprendido lo que no comprendió ninguno de sus contemporáneos, que la caída del imperio daria orígen á una nueva civilizacion, basada en el Cristianismo (2). Salviano. 390-484.

¡Tanta vida, tanta armonía, tanto movimiento en la sociedad religiosa, miéntras la sociedad política yacia inerte y desordenada! Entre los literatos gentiles hallamos frios gramáticos, retóricos charlatanes, cronistas ignorantes, poetas epitalámicos y de idilios, en fin, cuanto puede unirse con la servidumbre y la depresion moral: entre los Cristianos vemos filósofos, políticos y oradores que agitan las cuestiones mas elevadas. Y escribian lo mismo que obraban, es decir, los obispos, filósofos y políticos al mismo tiempo, dedicados á meditar y á obrar,

(1) El extraño título de *Ormesta mundi* creemos que proceda del error de un copista que halló escrito *Pauli Or. mæsta mundi*. Orosio fué á Palestina el año 415 con San Jerónimo, y despues introdujo la discordia entre este, Pelagio y Juan de Jerusalen en la famosa cuestion de los origenistas y en la de la Gracia.

(2) En el congreso de los sabios franceses en Marsella el otoño del año 1846, leemos una disertacion sobre este Padre de la Iglesia, considerándole como testimonio de la decadencia del imperio, y de la manera con que miraban los Cristianos esta renovacion dal mundo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á convencer y á gobernar. Por esto se resienten muchas veces sus escritos de la precipitacion, pues estaban compuestos para determinadas ocasiones y para resolver las cuestiones á medida que se originaban, y que se agitaban con aquella libertad que falta enteramente en la cortesana literatura de los paganos; porque al presentarse una duda sobre un punto aun no bien aclarado, publicábanse discursos por todas partes, hasta que se pronunciaba la decision y era proclamada dogma.

Atentos solo á las cosas, cayeron en muchos defectos de forma, debidos en parte á su propia naturaleza, en parte á los estudios que estaban en decadencia ó al desprecio del arte. San Juan Crisóstomo cae algunas veces en una débil redundancia. Agustin y Ambrosio descubren en sus antítesis los hábitos retóricos, énfasis en vez de calor, sutileza en vez de profundidad; en Cipriano observamos los ampulosos períodos meridionales; la deslabazada facilidad de Lactancio forma contraste con las duras metáforas y el estilo de hierro de Tertuliano. Pero ¿con cuántas bellezas no compensan estos defectos? Atanasio, sagaz en la invencion y fuerte en la exposicion de argumentos; Basilio, que escribió con noble elegancia, enérgica precision y puro aticismo; Gregorio, que une la sublimidad con la exactitud; Juan Crisóstomo, cuya riqueza de estilo no perjudica á lo patético; Cipriano, de magnánima vehemencia no muy desemejante de la de Demóstenes; Jerónimo, lleno de fuerza, de imaginacion, sostenida por una erudicion variadísima; Ambrosio, ameno naturalmente, siempre noble y lleno de uncion; Agustin, sublime y popular, que une lo mejor de todos y sabe usar de ello alternativamente en una carrera de tan diversas disputas.

CAPÍTULO XXII

Poetas.

Los poetas redujeron á oficio la adulacion; y unidos en gremios como las demas artes, dejábanse conducir por sus jefes al palacio de los grandes para celebrar ya los onomásticos, ya los matrimonios, ya las alabanzas. De aquí provino una nube de versos, inspirados por el hambre y el servilismo, cuyos desgraciados autores se pierden en el olvido con muchos de sus secuaces. Dedicábanse otros á asuntos didascálicos, por lo general materiales, como la caza, la pesca y otros semejantes, ó bien á poesías descriptivas, en las cuales la elegancia oculta la angustia del espíritu, y una crítica mezquina, vaga, é ininteligible (1) se pierden en estudiar las semejanzas de las palabras y el ritmo, prefiriendo siempre el oído á la inteligencia, las imágenes al pensamiento, el sentido al alma.

Poetas griegos, n. 410.

Nadie lee los poemas astrológicos mas que los aficionados á rarezas. Nonno de Panópolis en Egipto escribió cuarenta y ocho libros de *Donisiacos*, que su primer editor Falckemburgo (1569) comparaba, y César Escalígero anteponia á Homero; y en efecto, son uno de los ejercicios que entónces se acostumbraba á hacer sobre asuntos que diesen facilidad para manifestar erudicion y declamar, y en el cual reunió y conservó las infinitas tradiciones que habia respecto á Baco. Sus fábulas son variadísimas, y algunas veces bellas las imágenes y verdaderos los sentimientos; pero su estilo, pasando de improviso de lo trivial á lo enfático, no da señal de gusto. Nonno quitó al exámetro la gravedad antigua, quizá para hacerlo mas rotundo y elegante. Un poema suyo cristiano nos hace creer que se convirtió á la verdad.

Merece recordarse por sus extrañas aventuras Ciro, de la misma patria que Nonno, prefecto de Constantinopla el año 439, despues del Pretorio, y por último cónsul; tanto favor le procuró su ingenio poético cerca de Teodosio el Jóven y Eudoxia, aunque le acusaban de adicto al paganismo. En los cuatro años que gobernó á Constantinopla, la hermoseó y rodeó de nuevas murallas; de modo que en el circo, estando presente el emperador gritó al pueblo: *Constantino fundó la ciudad y Ciro la ha renovado.* El aplauso puso de mal humor á Teodosio que le quitó los bienes, y hubiera hecho otra cosa peor, si no se hubiese hecho sacerdote y despues obispo de Cotico en Frigia.

Parece tambien de esta época el gramático Museo, que en su *Hero y Leandro* se asemeja á los antiguos por su sencillez, y el arte de exponer, propio de los trágicos, superándolos en el colorido afectuoso con que oculta el amor sensual.

Poco despues debió vivir Quinto Esmirneo, llamado el Calabres, porque el cardenal Besarion encontró su obra en un convento cerca de Otranto. Titúlase esta *Paralipómenos* de Homero, habiendo querido el poeta continuar la Iliada desde el punto en que la dejó aquel, hasta la toma de Troya. Carece esta obra de unidad y de interes, y amontona los accidentes, en los cuales se entromete la Divinidad sin la fe que caracteriza á los antiguos, ni la razonada parsimonia de los modernos: las batallas no conservan nada de la prodigiosa variedad de Homero; sin embargo, le imita como hombre que le estudió profundamente, y no solo con la

(1) « Literas plenas nectaris; florum margaritarum... Argutus artifex erat, faciebat siquidem versus oppido exactos, tam pedum mira quam figurarum varietate; hendecasyllabos lubricos et enodes; hexametros crepantes et cothurnatos; elegos vero nunc echoicos, nunc recurrentes, nunc per anadiplosim fine principiisque connexos. » ¡Adivínese lo que quiere decir este crítico! Otro alaba á un autor porque « commaticus est, copiosus, dulcis, elatus. » Otro escribe: « At vero in libris tuis jam illud quale est, quod et teneritudinem quandam continuata maturitas admittit; interseritque tempestivam censura dulcedinem, ut lectoris intensionem per eventilanta disciplinarum philosophiæ membra lassata repente voluptuosis excessibus, quasi quibusdam pelagi sui portibus, foveat. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

paciencia de gramático; es rica la diccion, los adornos variados y en lo general admirablemente propios. Por estas cualidades pareció tan superior á sus contemporáneos, que alguno dudó si solo habia amplificado la pequeña Iliada de Lesches, ó reunido trozos de varios poetas cíclicos.

Se cuenta tambien entre los poemas homéricos el *Rapto de Elena*, atribuído á Coluto de Licópolis, autor de los *Calidoniacos*, en seis cantos. Trifiodoro, tambien Egipcio, cantó la *Maratoniaca* y la *Hipodamia;* y despues la *Odisea Lipogramática*, en la cual omite en cada canto una letra del alfabeto, y en todas la *s*. El tiempo hizo justicia á este juego pueril; pero nos dejó otro poemita, ó mejor dicho el análisis de un poema sobre la *Destruccion de Troya*, cuyo mejor pasaje es aquel en que Elena, advertida por Vénus de las insidias griegas, se dirige al templo donde está el caballo, y llamando en voz baja á los héroes que estaban ocultos en aquel, les recuerda sus mujeres y los hace llorar : Anticla iba ya á responder al reclamo, cuando Ulíses se apresura á ahogarle.

De las mejores composiciones de aquel tiempo son seis himnos órficos de Proclo, encaminados á demostrar cómo el gentilismo, puro y filosófico en sus principios, se habia extraviado despues por las opiniones vulgares. Tenemos tambien de él una *Crestomathia gramática*, sacada de los gramáticos antiguos, con preciosas noticias tanto de los autores como de los diferentes géneros de poesía, que es lástima se hayan perdido en gran parte. Distingue en la poesía el género histórico y el imitativo, comprendiendo en el primero la epopeya, la elegía, la sátira, y las composiciones líricas; y en el segundo el drama.

Bajo el nombre de Gregorio Nacianceno hay una tragedia sobre la pasion de Cristo, y es centon de Eurípides, es decir, una combinacion de hemistiquios de aquel poeta, usados con diversa significacion. Estos difíciles pasatiempos se hicieron entónces de moda; Eudoxia, en dos mil trescientos cuarenta y tres exámetros, cantó á Jesucristo con frases de Homero, y Falconia Proba con frases de Virgilio, del correctísimo Virgilio, á quien dió Ausonio una obscena significacion. Tambien en latin se hicieron versos como se habian hecho en otro tiempo en griego, figurando varios objetos anagramáticos ó anacíclicos y sotádicos; es decir, versos en que las letras ó palabras leidas al contrario producian tambien el verso y una significacion; ú ofíticos, en que el pentámetro concluía con las palabras con que principiaba el exámetro. Publilio Octaviano Porfirio, desterrado por Constantino, obtuvo el perdon ofreciéndole una serie de composiciones, de las cuales unas figuraban un altar, otras una flauta, y otras un órgano : en una el primer verso era todo de bisílabos, el segundo de trisílabos, el tercero de cuatrisílabos; en otra se sucedian las palabras de una, dos, tres, cuatro, cinco sílabas; en otros la primera parte del exámetro se reproducia en la segunda del pentámetro; en otros los versos podian leerse de derecha á izquierda sin que se alterase el metro, y en uno de veinte versos todas las primeras letras juntas decian : *Fortissimus imperator*, las décimacuartas *Clementissimus rector*, y las finales *Constantinus invictus* (1).

Poemas difíciles.

No se dejó sin cultivar la novela; la mejor de todas es la *Historia de Teagénes y Cariclea* (Αἰθοπικὰ), compuesta en diez libros hácia el año 390 por Heliodoro de Emesa en Fenicia, que despues fué obispo. El bello argumento, la feliz distribucion, los acontecimientos nuevos y verosímiles, los episodios bien introducidos, los caractéres y costumbres bien sostenidos y el desenlace natural la distinguen de los precedentes, y excitaron la emulacion, no solo de los Griegos posteriores, sino tambien de los modernos en tiempo del renacimiento. Era una cosa nueva este amor casto; pero en vano se han querido buscar en semejante obra noticias de una época y de un pueblo, careciendo de fondo como los cuadros griegos, y fundándose mas comumente en accidentes maravillosos que en el desarrollo progresivo de una pasion.

Novelas.

Aquíles Tacio, Alejandrino, que á mediados del siglo v escribió en ocho libros las *Aventuras de Leucipa y Clitofonte*, es inferior al anterior en los caractéres y en el nudo, no ménos que en la correcta imaginacion. Cariton de Afrodisio describió los amores de *Queréas y de Caliroe*; Eustacio, Egipcio, el *Isménico*, despreciable obscenidad, y Aristeneto de Nicea *Cartas amorosas* de alambicada frialdad.

Aumentarémos este catálogo de novelistas hablando aquí del sofista Longo, y de sus *Amores de Dafne y Cloé*, obra sin mérito en la composicion, pero llena de graciosímas particularidades, como un idilio prolongado. Al traves de la naturalidad de su estilo se descubre el arte que empleó para alcanzarla; arte que algunas veces se presenta demasiado manifiesto en las antítesis y pomposas figuras. Le hacen insigne, mas que la pueril cuestion que en nuestros dias conmovió tan profundamente el mundo literario, una magnífica traduccion de Aníbal Caro, y el haber inspirado el *Pablo y Virginia*

El mejor poeta de aquella época fué á Roma desde Alejandría; ya de edad madura, adoptó la lengua latina despues de haberse ejercitado en la griega, y la manejó con un vigor desconocido hacía mucho tiempo. Hablamos de Claudiano, que desde el año 395 al 404 escribió sobre varios asuntos, unos históricos y otros de inspiracion. Á los primeros pertenecen las dos epopeyas del *Rapto de Proserpina*, en tres cantos, que ha llegado hasta nosotros sin mas falta que la de algunos versos al fin, y de la *Gigantomaquia*, apénas principiada. Los personajes son divinidades : de modo que falta el interes que no puede producir sino la pintura

Claudiano. 365 408

(1) Véase t. I, pág. 739.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

de hombres y de las pasiones que sentimos. Para elevarse al nivel de la grandeza sobrehumana, Claudiano se hincha desmesuradamente, y produce siempre las palabras, imágenes y descripciones en un tono tan sublimado, que cansa por su monotonía (1). No fué mas feliz en los asuntos contemporáneos, á cuya descripcion se vió condenado ó se condenó á sí mismo. Roma, la idea que ocupa á los escritores del buen siglo, cede en sus obras delante de un hombre, de Estilicon, ensalzado á diestro y siniestro por su protegido. Hasta entónces no se habian escrito, ó se habian escrito muy pocos panegíricos en verso (2), aunque todo el que era nombrado para una dignidad estaba obligado á pronunciarlos en prosa en presencia de los emperadores, que debian así aprender á despreciar los hombres y á creer lícita toda extralimitacion. Pero entónces aspiraron los poetas á las ganancias que producian, y escribieron panegíricos por el mismo estilo, solo adornándolos con algunas imágenes mas. No distinguiremos de estos las invectivas, acostumbrandose entónces lo mismo que ahora á maldecir de unos para incensar á otros,

Claudiano, pues, cantaba en todas las ocasiones, ya en favor de su bárbaro Mecénas, ya contra Rufino y Eutropio, adversarios de este; y hallando escasa la verdad, pasaba á las exageraciones, á las cuales le inclinaba su ingenio. Supo muy bien engrandecer las cosas pequeñas, y hermosear las mezquinas; aunque de poca imaginacion, encuentra felicísimos modos de decir (3); y es admirable artífice de una armonia, cual no se habia oído en dos siglos, ni se debia oir despues (4); si bien no supo dar aquel pequeño paso por cuyo medio los escritores sublimes consiguen elevar la mente y conmover el corazon. El ímpetu que en él á veces parece inspiracion, da mas poesía á las invectivas que á todas sus demas obras.

Despues de haber entrado de lleno en el asunto decae, como sucede á los improvisadores y á los que no ayudan al talento con el estudio. La prudencia no le aparta del uso de imágenes superabundantes ó impropias; como caballos que gozan de antemano la presa que cogerán al dia siguiente (1), ó venas que vierten oro (2), ó mares que escupen piedras preciosas sobre la playa (3).

Si los poetas latinos conservaron hasta lo último el privilegio de componer buenos versos y frases graciosas, en cambio se alimentaron demasiado de reminiscencias en lugar de sentimiento; y eran cada vez mas frios cuanto mas se separaban de la fe del pueblo. Amenazaba Alarico, amenazaba Atila, y ellos soñaban aun con la Roma de Fabricio y de Caton; cantaban á Júpiter y la guerra en la ciudad de los papas; y hablaban á Estilicon un lenguaje propio de Mario.

En Claudiano admira verdaderamente la fe que manifiesta en sus númenes; los númenes derribados no tanto por los decretos imperiales, cuanto por las predicaciones, el desprecio y la virtud de los Cristianos. Pero ¿puede elevar su vuelo el genio poético sino asociándose á las grandes impresiones del pueblo para quien canta? Si se encadena á ideas sin fuerza, vida ni porvenir, se condenará por sí mismo á volver á ser niño. Véase á Claudiano: como si nada hubiese pasado, tiene dispuestos númenes y augurios para todas las ocasiones, para ensalzar hasta el cielo al católico emperador Teodosio, para celebrar el nacimento de Honorio y vaticinar la fecundidad de sus esposas intactas, no ménos que para defender y publicar las victorias de Estilicon.

En otro tiempo pudo algun literato solo de arte distinguirse con las formas siempre bellas de la mitología: estudio y forma, nada mas; pero entónces estaban frente á frente dos enemigos, y el cantar á Cristo ó á Júpiter significa-

(1) CLAUDII CLAUDIANI *opera omnia*; *recensuit Artaud*. Paris, 1824, 3 t. en 8° en la colec. de Lemaire.

(2) Entre estos quieren algunos poner el de Tíbulo á Mesala, y el de Pison, atribuido á Saleyo Basso.

(3) . . . . . Nec te jucunda forte fefellit
Luxuries, prædulce malum, quæ dedita semper
Corporis arbitriis, hebetat caligine sensus.
De laud Stilic. II.
. . . . . Fingendaque sensibus addis
Verba, quibus magni geminatur gratia doni.
Quoties incanduit ore
Confessus secreta rubor, nomenque beatum
Injussæ scripsere manus!
Et reliquum nitido detersit pollice somnum;
Utque erat interjecta comas, turbata capillos,
Mollibus assurgit stratis.

Este pensamiento me parece mas feliz que el de Parini. De la primavera dice:

Mitior alternum zephyri jam bruma temporem
Senserat, et primi laxabant gramina flores.
En Eutrop. II.

De Eutropio, cónsul eunuco, dice que:

Titulum effeminat anni.

Y en otra parte:

Et pax, à fonte profecta,
Cum Rheni crescebat aquis.

(4) El simil del caballo, favorito de todos los poetas desde Job hasta nuestros dias, se encuentra tambien en Claudiano, y es como sigue. (*De nuptiis Mariæ.*)

Nobilis haud aliter sinopis, quem primus amoris
Sollicitavit odor, tumidus, quatiensque decoras
Curvata cervice jubas, pharsalia rura
Pervolat, et notos hinnitu flagitat amnes,
Naribus accensis; mulcet fœcunda magistros
Spes gregis, et pulchro gaudent armenta marito.

En el mismo epitalamio describe los amores de las plantas:

Vivunt in Venerem frondes, omnisque vicissim
Felix arbor amat: nutant ad mutua palmæ
Fœdera, populeo suspirat populus ictu,
Et platani platanis, alnoque assibilat alnus.

Aquí describe la habitacion de Vénus:

Hic habitat nullo constricta Licentia nodo,
Et flecti faciles Iræ, vinoque madentes
Excubiæ, Lacrymequæ rudes, et gratus amantum
Pallor, et in primis titubans Audacia furtis,
Jucundique Metus, et non secura Voluptas,
Et lasciva volant levibus Perjuria pennis.
Hos inter petulans alta cervice Juventus
Excludit senium luco.

No sé de ningun pasaje de Ovidio que pueda compararse con este, que recuerda á Tíbulo.

(1) Crastina venturæ spectantes gaudia prædæ.
De raptu Proserp.

(2) Oblatum sacris natalibus aurum
Vulgo vena vomit.
De laud Serenæ.

(3) Oceanus vicino litore gemnas
Exspuit.
Ib.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ba declararse por uno en contra del otro. Claudiano prefirió ponerse al lado de los que pretendian impedir la luz, cerrando los ojos(1); y quizá con declararse cantor oficial del paganismo, mereció que el Senado hiciese que los *Doctísimos* emperadores le diesen el título de preclaro, le nombrasen tribuno notario, y le erigiesen una estatua en el Foro Trajano (2). Pero la posteridad no podia estimar un ingenio que se gastó en el empeño de hacer reverdecer lo que estaba ya irremediablemente seco.

Premiáronse sus adulaciones con la mano de una rica heredera africana, pero la ruina de Estilicon arrastró tambien al poeta. Orgulloso con la proteccion de aquel y quizá inspirado por él, escribió un epígrama contra dos prefectos del Pretorio; Mario adormecido para hacer bien, y Adriano vigilante para hacer mal (3). Pero este último no durmió tampoco cuando llegó la ocasion de acusarle de los elogios tributados á Estilicon. Huyó Claudiano, y desde su retiro dirigió una carta al ofendido prefecto, deplorando débilmente su imprudencia, y excitándole á ser clemente con ejemplos de hombres, númenes y fieras (4).

F. Merobáudes.

Flavio Merobáudes, poeta cuya exiestencia se nos ha revelado hace poco por los palimsestos (5), habia militado en España, reinando Plácido Valentiniano, y mereció tambien una estatua é inscripciones en el Foro Trajano. En el poema que escribió en elogio del vencedor de Atila, despues de describir la gloriosa paz que le debia el imperio, descansando Marte y su carro (6), hace que la discordia, envidiando aquella felicidad, incite á Belona á turbarla (7); y despues que todo estuvo desordenado, presenta á los Romanos fiados en Aecio que es el único capaz de salvarlos. Argumento á la manera antigua, como si estuviesen honrados y consagrados los altares de Vesta y el terror de Júpiter.

Namaciano.

Mas entusiasmado aun por el paganismo se manifiesta Rutilio Claudio Namaciano de Tolosa, que fué prefecto de Roma (1), y algunos años despues, yendo á visitar sus posesiones en la Galia, describió su viaje en dos libros, en que ataca á la religion judáica, no atreviéndose á atacar directamente á la cristiana (2), y á la vida de los monjes que vió en gran número en las islas de Gorgona y Capraia (3).

Rufo Festo Avieno, dos veces procónsul en tiempo de Teodosio, puso en versos latinos los *Fenómenos* y los *Pronósticos* de Arato, y la descripcion del mundo (*Metaphrasis periegeseos*) de Dionisio de Alejandría, en mil trescientos noventa y cuatro versos; y pensaba poner en ambos hasta las historias de Tito Livio, empresa digna de aquel tiempo (4). Supónese que es suyo un compendio de la Iliada: escrito con mas gracia y ménos aridez que solian estar los argumentos que anteponian los gramáticos á los poemas antiguos. Bajo el título de *Ora marítima* escribió setecientos tres versos, que probablemente serian el primer canto de una descripcion de las costas de Cádiz al mar Negro. Las cuarenta y dos fábulas á imitacion de Esopo, que se le atribuyen, parecen que son de un tal Flavio Avieno, de época incierta y de un mérito inferior á Fedro.

Ausonio. 309-9[illegible]

Cuando Desio Magno Ausonio, hijo de un famoso médico (5) nació en Burdeos, el horóscopo

(1) Tiene un epígrama en que, burlándose, pide á un tal Jacobo por todos los santos cristianos que no le censure. Principia así:

Per cineres Pauli, per cani limina Petri,
Ne laceres versus, dux Jacobe, meos.

(2) En el siglo XV fué desenterrado el pedestal con una inscripcion de no segura autenticidad, que dice: C. CLAVDIANO V. C. TRIBVNO ET NOTARIO, INTER CETERAS *vigentes* ARTES QVE GLORIOSISSIMO POETARVM, LICET AD MEMORIAM SEMPITERNAM CARMINA AB EODEM SCRIPTA SVFFICIANT, ADTAMEN TESTIMONII GRATIA OB IVDICII SVI FIDEM DD. NN. ARCADIVS ET HONORIVS FELICISSIMI AC DOCTISSIMI IMPERATORES, SENATV PETENTE, STATVAM IN FORO DIVI TRAIANI ERIGI COLLOCARIQVE IVSSERVNT. Ενι Βιργιοῖ νὸον καὶ μούσαν Ομήρον Κλαυδιονόν Ρώμη καὶ Βασιλεις ἔθεσαν.

Escaligero (*Poetices* lib. V, *qui et Hipercriticus*) llama á Claudiano *maximus poeta, solo argumento ignobiliore oppressus, addit de ingenio quantum deest materiæ. Felix in eo cator, cultus non invisus, temperatum judicium, dictio candida, numeri non affectati, acute dicta multa sine ambitione.*

(3) Mallius indulget somno noctesque diesque;
Insomnis Pharius sacra profana rapit.
Omnibus hoc, italæ gentes, exposcite votis,
Mallius ut vigilet, dormiat ut Pharius.

Le llama *Pharius* por ser natural de Alejandría.

(4) *Ep.* 1.

(5) *Fl. Merobaudis carminum orationumque reliquiæ ex membr. Sangallensibus, ed. a. Niebuhrio.* Saint-Gall, 1823.

(6) Ipse pater avos; Latii fatalis orioo,
Festa ducis socii trucibus non impedit armis,
Tela dei currusque silent.

(7) Quis miseros, germana, tibi sopor obruit artus
Pace sub inmensa? quoniam tua pectora...
Mersit iniqua quies, inopes tua classica...
Indue mortales habitus, tege casside vultus:
Urge truces in bella globos, scythicasque pharetras,
. . . . . .
Romanos populare deos, et nullus in aris
Vestæ exoratæ, fotus strue palleat ignis...
Majorum mores et pectora prisca fugabo
Funditus...
Spernantur fortes, nec sit reverentia justis
Attica neglecto pereat facundia Phebo...
Omniaque hæc sine mente Jovis, sine onmine summo.

(1) Si non displicui, regerem cum juro quirini,
Si colui sanctos, consuluique patres;
Nam quod nulla meum strinxerunt crimina ferrum,
Non sit præfecti gloria, sed populi.
V. 157.

(2) Radix stultitiæ, cui frigida sabbata cordi,
Sed cor frigidius religione sua est...
Atque utinam nunquam Judæ subacta fuisset
Pompeii bellis imperioque Titi!
Latis excisæ pestii contagia serpunt,
Victoresque suos natio victa premit.

(3) Munera fortunæ metuunt, dum damna verentur,
Quisquam sponte miser ne miser esse queat?
Quænam perversi rabiec tam stulta cerebri,
Dum mala formides, nec bona posse pati?
. . . . . .
Perditus hic vivo funere civis erit...
Impulsus furiis, homines divosque reliquit,
Et turpem latebram credulus exul amat.
Infelix putat illuvie cœlestia pasci;
Seque premit læses sævior ipse deis.

(4) Si ha de entenderse así á Servio en el X, 272, 388 de la Enéida.

(5) Ausonio hace decir á su padre:

Judicium de me studui præstare bonorum,
Ipse mihi nunquam, judice me, placui...
Felicem scivi non qui quod vellet haberet,
Sed qui per fatum non data non cuperet...
Non occursator, non garrulus, obbia cernens,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

le predijo grandes honores. Por lo tanto fué educado por sus padres con el mayor cuidado; estudió retórica en Tolosa, y en su patria se dedicó á la jurisprudencia, y despues enseñó gramática y retórica hasta la edad de treinta años, en que Valentiniano I le llamó para que enseñase á su hijo Graciano. Esto le abrió el camino al título de conde y á las primeras dignidades del Estado, hasta que fué prefecto del Pretorio de Italia y de África, y cónsul. Graciano, que no habia podido presenciar su inauguracion, quiso asistir cuando depuso los haces, en cuya ocasion recitó la accion de gracias que conocemos (1). El alumno imperial le respondió: *Pago una deuda, y pagándola quedo todavía deudor*: palabras que valen mas que toda la estudiada arenga del cónsul poeta. Cuando murió Graciano quiso retirarse de los honores; pero no pudo hacerlo hasta despues de la derrota de Máximo, y retirándose cerca de Burdeos, compuso la mayor parte de las obras que de él nos quedan y murió el año 394.

Escribió tres prefacios; pero no sabemos qué obras, y ciento cincuenta epígramas á imitacion de Marcial; al cual cede en sátira, no en obscenidades. En los *Parentales* expone los fastos de su familia: y en otra serie de composiciones ensalza á los profesores de su patria: tiene ademas treinta y ocho epitafios de asuntos de invencion, versos á los doce Césares, y la descripcion de las diez y siete primeras ciudades del imperio (2). En dos composiciones introduce á los siete sábios para dictar sus máximas, y ademas nos quedan veinticuatro epístolas á sus amigos que son poesías mezcladas con prosa.

Canta en versos de varios ritmos la *Efeméride* ó el modo de pasar el dia. Tomando la palabra Idilio en su primer significado de pequeño cuadro, escribió veinte: uno de ellos para la Pascua, que á ser suyo, mostraria que fué cristiano, al paso que por el décimotercero parece uno de los paganos mas obscenos, y se compone de hemistiquios de Virgilio, dirigidos á describir un dia de bodas.

Tanto se estimaban sus obras que Teodosio se las pidió por medio de una carta, y los emperadores á porfía le honraron á él y á su casa con títulos y dignidades. Sin embargo, si en la versificacion conserva aquella belleza que no perdieron nunca los latinos, manifiesta muy poco gusto, y señales marcadas de decadencia. No atreviéndose á usar la palabra propia, vaga en circunloquios artificiosos; las letras son las negras hijas de Cadmo; el papel la blanca hija del Nilo; y á la caña con que escribe le da el nombre de nudos de Gnido. En el *Grifo* enumera todas las cosas que son triples: las Gracias, las Parcas, las fauces del Cancerbero, el tridente de Neptuno, las Góngonas, Dios y un trino. Así mezcla muchas veces lo sagrado con lo profano; y si era cristiano, queria ser gentil por el arte. Se complace tambien en vencer dificultades, tales como terminar los versos con el monosílabo con que principia el siguiente; en suma, una frivolidad perpétua en medio de peligros inminentes, semejante á la de los autores italianos del siglo XVI que hablaban de amores y de caballería miéntras perecian la nacion y la independencia de su patria.

Valvis et velo condita non adii.
Famam quæ posset lacerare bonorum,
Non finxi et veram si scierim, tacui...
Nonaginta annos, baculo sine, corpore toto
Exegi, cunctis integer officiis.
Parentalia.

(1) Véase mas arriba, pág. 667.

(2) Roma, Constantinopla, Cartago, Antioquía, Alejandría, Tréveris, Milan, Capua, Aquilea, Árles, Mérida, Aténas, Catania, Siracusa, Tolosa, Narbona y Burdeos.

Partiendo del mismo punto fué á parar á otro muy diferente su amigo Paulino como hemos visto. Tambien San Severino, amigo de este, convertido al Cristianismo, dejó un poema bucólico (*De morte boum*) sobre una de las muchas epizootias que al concluir el siglo IV se añadieron á las demas desventuras. El pastor Buculo refiere á Egon, tambien pastor, que ha perdido su rebaño; y preguntado Titiro cómo conservaba el suyo, responde que haciéndole en la frente la señal de la cruz; con lo cual halla una ocasion de convencerlos á que adoren con él á Cristo: vestido antiguo de ideas nuevas.

Aurelio Prudencio Clemente, natural de Calahorra en España, fué prefecto de dos ciudades, y despues obtuvo un grado militar que le aproximó á la persona del emperador (1). Á los treinta y siete años se dedicó enteramente á la vida contemplativa; escribió algunos versos didácticos y otros sobre las verdades religiosas; y fué el primero que trató con extension y elocuencia de los misterios cristianos. El *Apoteósis* es un poema contra los patripasianos, sabelinos y otros herejes: contra los marcionistas y maniqueos escribió la *Amartigencia* ó del orígen del pecado, y dos libros contra Símaco, campeon de la idolatría. Tal vez equivocadamente se le atribuye el manual bíblico (*Enchiridium utriusque Testamenti*), compendio de la Historia sagrada en cuarenta y nueve cuartetos. Prudencio. 348.

Sus poesías líricas forman dos colecciones: una (*liber* καθημερινον) contiene doce himnos para várias horas y fiestas; la otra (*de coronis*) catorce en honor de los mártires.

El himno de San Hipólito, con perdon sea dicho de los preceptores, no cede á la metamórfosis de Ovidio; pero tambien en los demas hay pasajes graciosos y patéticos, y á veces uncion cristiana; y demuestra que conoce lo mejor de los antiguos, aunque incurre en solecismos y quebranta las reglas del metro (2).

(1) Bis legum moderator,
Frenos nobilium reximus urbium,
Jus civile bonis reddidimus, terruimus reos.
Tandem militiæ gradu
Evectum pietas principis extulit.
Adsumtum propius stare jubens ordine proximo.
Pref. al Liber Cathemerinon.

(2) Exhorta á Honorio á que prohiba los juegos sangrientos, y reconviene especialmente á las Vestales porque asistian á los juegos de los gladiadores.

Inde à consessum cavæ dudor almus et expers
Sanguinis it pietas, hominum visura cruentos

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Prós-pero. 403-63.

San Próspero de Aquitania, notario de Leon Magno, dejó algunos poemas, ciento seis epígramas, ó mejor diré pensamientos morales sacados de San Agustin; una composicion *De los Ingratos* (περι ἀ χαρίστων), comprendiendo bajo este nombre á los semipelagianos, que pretendian que el hombre solo con sus fuerzas podia llegar á la perfeccion. Los jansenistas resucitaron en el siglo pasado este poema, como conveniente para sostener las ideas que entónces agitaban acerca de la Gracia.

Sidonio Apolinar. 430-88.

Sidonio Apolinar, ilustre Liones, escribió á los veinticinco años el panegírico de su suegro el emperador Avito, y fué recompensado con una estatua en el Foro Trajano, honor reservado en aquellos tiempos, no al que llevaba á cabo una empresa, sino al que la encomiaba. La adhesion á Avito no le perjudicó para con sus sucesores; y haciendo otro panegírico á Mayoriano, se disculpó con los ejemplos demasiado frecuentes de tales bajezas. Sucedió á Mayoriano Avieno, y ni aun con este fué parco de alabanzas. Retiróse despues á la Auvernia, y habitaba en el valle de Cambon cerca de un lago, no muy léjos del Mont-Dore, en una *cabaña* como él la llama, sin mármoles ni adornos; sin embargo, tenia allí salas de baños, de perfumes y de refresco, de donde la piedad cristiana habia borrado las pinturas obscenas; un triple pórtico conducia á una piscina, en que seis mascarones de leon echaban el agua de los manantiales del monte. Al salir de ella se encontraba la sala de las matronas, cerca de la cual estaba la bodega y el cuarto de tejer. Desde un pórtico sostenido por columnas redondas, se gozaba la vista del lago: una larga galería cerca del vestíbulo servia para que esperasen los clientes y respirasen el aire las nodrizas; miéntras que en el invierno se encendia un gran fuego en la sala inmediata. Para la estacion rigorosa habia un salon, construido á propósito sobre un terrado, desde donde se descubria una vista muy superior á las de la Campania (1).

Allí vivia con tres hijos y con su excelente mujer, siendo visitado por todo lo mejor que tenia la floreciente Galia, y escribiendo versos sobre todos los accidentes pequeños de su vida como Ausonio y Estasio; y ni el sacerdocio le hizo perder su espíritu profano, ni los peligros de su patria alteraron la igualdad de su carácter.

Puede, pues, buscarse con él la pintura del mundo romano en las Galias, y de los conquistadores que se sucedian, y ante los cuales sostuvo várias veces el decoro de su nacion. Con el carácter provincial que algunos toman por patriotismo lo encomian todo; y cree que sus criados y amigos son mas grandes que todos los antiguos y modernos; sin embargo, en medio de tanto incienso, siente el corrompido aliento de la literatura moribunda, deplora el barbarismo que se introduce, y anima á los pocos que conservan todavía la pureza de la lengua.

Yendo un dia de Lyon á la Auvernia, vió á unos sepultureros que cavaban en el terreno en que estaba sepultado su abuelo, y los hizo prender al momento y morir en los tormentos. Así trataba la aristocracia romana á los villanos. Nombrado obispo de Clermont, tuvo ocasion de demostrar su amor propio y su caridad en las desventuras que sobrevinieron; y conociendo á fondo los sucesos que ocurrieron entónces, pensó escribir su historia; pero faltó colorido á su cuadro. Tenemos veinticuatro composiciones suyas, entre ellas tres panegíricos y algunos epitalamios que no carecen de estro ni de imaginacion; pero el hábito de escuela le hizo incurrir en sutilezas y metáforas exageradas, que parecian divinas á los depravados Romanos y á los ignorantes invasores. 472.

Inclúyase tambien entre los poetas á Lactancio por su poema del *Fénix*; pero las dos composiciones que se le atribuyen sobre la Pascua y sobre la Pasion de Cristo, parece que son de Venancio Fortunato, poeta del siglo VI. Juvencio, sacerdote español, puso en verso la Biblia (*Veteris et Novi Testamenti collatio*), y los milagros de Cristo (*Pascual*), siguiendo fielmente el sagrado texto.

Comodiano escribió un poema contra los paganos, en que las iniciales de cada artículo forman el título de la obra; pero es aun mas digno de observacion que en los exámetros no se cuida de la cantidad de las sílabas, sino solo de su número (2); tránsito á la versificacion mo-

Congressus, mortesque, et vulnera vendita pastu
Spectatura sacris oculis. Sedet illa verendis
Vittarum insignis phaleris, fruiturque lanistis.
O tenerum mitemque animum! Consurgit adictus;
Et quoties victor ferrum jugulo inserit, illa
Delicias ait esse suas, pectusque jacentis
Virgo modesta jubet converso pollice rumpi:
Ne lateat pars ulla animæ vitalibus imis,
Altius impresso dum palpitat ense secator
.....Podii meliore in parte sedentes
Spectant, æratam faciem quam crebra tridenti
Impacto quatiant hastilia, saucius et quam
Vulneribus patulis partem porfundat arenæ
Cum fugit, et quanto vestigia sanguine signet!
Quod genus ut sceleris jam nesciat aurea Roma
Te precor, ausonii dux augustissime regni,
Et tam triste sacrum jubeas, ut catæra, tolli.
Perspice, nonne vocat meriti locus iste paterni,
Quem tibi supplendum Deus et genitoris amica
Servavit pietas? Solus ne præmia tantæ
Virtutis caperet, parten tibi, nate, reservo;
Dixil et integrum decus intactumque reliquit.
Accipe dilatum tua, dua, in tempa famam,
Quodque patri superest, sucesor laudis habeto.
Ille urbem vetuit laurorum sanguine tingi:
Tu mortes miserorum hominum prohibeto litari.
Nullus in urbe cadat cujus sit pœna voluptas,
Nec sua virginitas oblectet cœdibus ora.
Jam solis contenta feris immanis arena,
Nalla cruentatis homicidia ludat in armis.
Sit devota Deo, sit tanto principe digna,
Et virtute potens, et criminis inscia Roma,
Quemque ducem bellis sequitur, pietate sequatur.

(1) Ep. II, V, XVIII.

(2) Præfatio nostra viam erranti demostra,
Respectumque bonum, cùm venerit sæculi meta,
Æternum fieri; quod discredunt inscia corda.
Ego similiter erravi tempore multo,
Fana prosecuendo, parentibus insciis ipsis.
Abstuli me tandem inde, leyendo de lege.
Testificor Dominum, doleo proh! civica turba
Inscia quod perdit, pergens deos quærere vanos.
Ob ea perdoctus ignaros instruo verum.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

derna, y que prueba que la pronunciacion se habia perdido, aunque vivia aun la lengua latina. Tambien es prueba de esto la introduccion de la rima, en que incurrian alguna vez aun los clásicos, y que se usaba por sistema tanto en verso (1) como en prosa (2). Pero si la prosa acercándose al habla vulgar, alterada por la mezcla de tantas voces y frases bárbaras, manifestaba esta corrupcion, en cambio el poeta no inspirado ni espontáneo, pero estudioso y erudito, encontraba en sus modelos la pureza primitiva y meditada; por lo cual los que en prosa escribian inculta y bárbaramente, como Sidonio y Marciano Capella, en verso no parecen ya los mismos.

Poetas cristianos.

Algunos poetas cristianos no hicieron mas que imitar á los clásicos en descripciones, narraciones, didascálicas ó panegíricos; tan antiguos en la forma como en las imágenes y en el estilo, con la diferencia de que sustituían á todo esto la Sagrada Escritura, vidas de Santos, y virtudes cristianas, ingerto inconveniente en un tronco nuevo; de él se valieron tambien alguna vez los poetas posteriores para representar poéticamente el Cristianismo, pero no consiguieron hacer nada verdaderamente grande y original.

Otros, fiándose de sus sentimientos personales, abrian un nuevo campo, aventurándose en la poesía lírica, la cual nunca ó casi nunca habia expresado entre los Latinos las inspiraciones internas, gobernándose mas bien por la imitacion. Cuando apareció el Cristianismo, religion enteramente interna, con sublimes modelos en los profetas y en los salmos, y que expresaba la alegría y la tristeza universal con cánticos repetidos en coro, nació una poesía original, espontánea y toda entusiasmo.

Cuando se dió la paz á la Iglesia, y fué ordenado el canto por los cuidados de Dámaso, de Ambrosio y de Gregorio, esta nueva poesía lírica extendió sus alas cada vez á mayor altura. Algunos himnos, que aun se cantan en la Iglesia, figuran al lado de las odas mas bellas de los clásicos, no por la elegante pureza de la lengua, sino por la profundidad del sentimiento y por su vigor poético (1). Destinadas las composiciones líricas no á deleitar á unos pocos, sino á ejercer influencia sobre todos, no á ser leidas en la mesa, sino cantadas en la Iglesia, tuvieron que alejarse de las formas profanas, ser mas libres en el lenguaje y en el metro, y emanciparse de las severas reglas de la prosodia y del ritmo, de modo que el acento prevaleciese enteramente á la cantidad, y se formase la versificacion moderna. El uso determinaba la eleccion del metro, prefiriéndose estrofas de cuatro versos, y ambos por lo general de cuatro piés, muy propios para los sencillos cánticos del coro.

Tambien en la poesía descriptiva, cuando no está sobrecargada de inútiles y extrañas particularidades, como se advierte en algunos panegíricos de Santos, se encuentra la solemne gravedad y la noble energía de la poesía latina, y ademas un sentimiento profundo que domina al lector; sentimiento igualmente distante de lo empalagoso que de lo hinchado, y sin aquellas pinturas hechas únicamente por pintar, á que eran demasiado aficionados los poetas gentiles de aquel tiempo.

Si los Griegos manifiestan riqueza de ideas, atrevida imaginacion y la gracia, dulzura y abundancia propias de su bellísima lengua, los Latinos son mas sencillos, mas majestuosos, mas íntimamente creyentes, por decirlo así, como debian serlo en cánticos destinados á sostener el valor en medio de penosas luchas, primero contra las obstinadas persecuciones, y despues contra las desventuras acumuladas sobre el Occidente.

Es tan inusitado el proponer por modelos á los que suelen llamarse bárbaros escritores cristianos, que nos vemos obligados á apoyarnos en autoridades ajenas (2) para aconsejar, ya que no sustituyan en las escuelas á los clásicos inmorales con frecuencia, y siempre vanos, á lo ménos que no se desprecien los piadosos cánticos y las eficaces exhortaciones de la fe, de la esperanza y de la resignacion.

(1) Un poema de San Agustin, ó de un contemporáneo suyo contra los donastistas de África, está escrito en troqueos rimados:

Abundantia peccatorum solet fratres conturbare;
Propter hoc Dominus noster voluit nos præmonere;
Comparans regnum cœlorum reticulo misso in mare,
Congreganti multos pisces omne genus hinc et inde,
Quos cum traxissent ad litus, tunc cæperunt separare,
Bonos in vasa miserunt, reliquos malos in mare.

(2) San Agustin (*De tempore*): « Et magis ex ipsa (*vita*) corrumpitur quàm sanetur; magis occiditur quàm vivificetur. (*Serm.* 138 *De verbis Dom.*): Ecce venitur et ad passionem, ecce venitur et ad sanguinis effusionem, venitur et ad corporis incensionem. (*De civ. Dei XVI*, 6): Tanquam lex æterna in illa eorum curia superna (XVII, 12): Infidelitas gentium cùm Dei populum exsultabat atque insultabat esse captivum, quid aliud quàm Christi commutationem sed scientibus nesciens exprobrabat?... Illius enim spei confirmatio verbi hujus (*fiat*) iteratio. (IX, 1): Partim erudito otio, partim necessario negotio (2): Uno (*vitæ genere*) in contemplatione vel inquisitione veritatis otioso, altero in gerendis rebus humanis negotioso... Crucifixerunt salvatorem suum, et fecerunt damnatorem suum. »

(1) Tales serian el himno de San Ambrosio.

Deus creator omnium,

y el de Prudencio á los Inocentes:

Salvete, flores martyrum,
Quos lucis ipso in limine
Christi insecutor sustulit,
Ceu turbo nascentes rosas.

Los otros mas antiguos que canta la Iglesia, son el *Gloria in excelsis* de San Hilario, el *Jam mæsta quiesce querela* de Prudencio, y dos de Sedulio.

(2) Aldo Manucio, el Anciano, en el prefacio á la coleccion « Poetæ christiani veteres: Statui christianos poetas cura nostra impressos publicare, ut loco fabularum et librorum gentilium, infirma puerorum ætas illius imbueretur, ut vera proveris, et pro falsis falsa cognoceret, atque ita adolescentuli, non in pravos et infideles, quales hodie plurimi, sed improbos atque orthodoxos viros evaderent, quia adeo à teneris assuescere multum est. » Luis Vives, célebre humanista del siglo XVI: « Legendi et poetæ nostræ pietatis, Prudentius, Prosper, Paulinus, Sedulius, Juvencus et Arator; qui quum habeant res altissimas et humano ingenio salutare, non omnino sunt in rebus rudes et contemnendi. Multa habent, quibus elegantia et venustate carminis certent cum antiquis nonnulla, quibus etiam eos vincant. » Del mismo modo se expresan J. Fabricio, Gaspar Barph, Leyser y Daum.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CAPÍTULO XXIII

Ciencias.

Filosofía. La filosofía neoplatónica, que se habia corrompido con la mezcla de las ciencias cabalísticas y de la teurgia, esperó llegar á su apogeo cuando Juliano la favoreció, pero con este cayeron sus esperanzas. Su escuela, que continuaba en Aténas, era una academia de lujo entre otras de utilidad, que se conservaba como un resto antiguo entre instituciones mas modernas, desde que las musas habian abandonado la patria de Sófocles. La tradicion, fuente de los conocimientos de los cabalistas, habia sido tambien adoptada por los neoplatónicos, imaginando una cadena (σειρα ἑμετικη) de maestros, que se habian ido trasmitiendo sucesivamente las secretas doctrinas de los primeros sabios. (1) Interrumpida por Constantino como contraria al Cristianismo, fué reanudada por un tal Plutarco, llamado el Grande por la maestría con que habia refundido las opiniones de Plotino, Porfirio y Jámblico.

Este Plutarco inició en sus secretos á Jerio, su hijo, á Arquías, su yerno, y principalmente á Asclepigena, su hija, que vino á ser la depositaria
412-85. del secreto teúrgico. De esta, de Siriano, sucesor de Plutarco en Aténas, y del famoso Olimpiodoro en Alejandría, aprendió Proclo, que iniciado en todas las sectas, llevó á su perfeccion el neoplatismo. Con él parece que murió aquella escuela.

En la cátedra ateniense le sucedió Mariano de Palestina, que escribió la vida de su maestro, manifestando que este habia alcanzado el colmo de la felicidad, porque con las cuatro virtudes cardinales que constituyen la sabiduría, á saber: justicia, fortaleza, prudencia y templanza, habia reunido en su persona las virtudes físicas de la salud, bondad de sentidos, fuerza y belleza.

Habia explicado Proclo ántes de la edad permitida los misterios de la ciencia á Egías; pero este los tuvo en tan poco, que fué infiel á la escuela. Estaba, pues, á punto de romperse la Cadena de oro, cuando fué puesto en la cátedra Isidoro de Gaza, íntimamente persuadido de la santidad de Proclo y del orígen celestial de la ciencia teúrgica. Sin embargo, el ingenio y la erudicion de Isidoro no igualaban al celo que poseía; y parte por conocer sus escasas fuerzas, parte por inclinacion, y ya porque viese que de dia en dia se disminuía el crédito de aquella escuela, se retiró á Egipto, donde el misticismo tenia mas secuaces.

Tambien hablaron desde su cátedra Zenodoto, y despues Damascio, el cual habia estudiado cuanto entónces se sabía de las ciencias, y tenia bastante juicio para evitar los peores delirios de los suyos. Pero fué el último anillo de la cadena hermética; porque Justiniano, miran-

(1) Véase mas arriba, pág. 528.

do esta escuela como foco de doctrinas contra- 529.
rias al Cristianismo y á la sociedad, la cerró. Damascio se refugió en Alejandría, y los demas filósofos cerca de Cosroes Nuschirvan, rey de Persia; pero no encontrando allí las prodigalidades que se les habian prometido, volvieron á su patria y se dispersaron. Con ellos cayó en el olvido no solo su escuela, sino tambien Platon, hasta que fué establecido en Italia por los Griegos, que huían de las cimitarras otomanas.

Habian tributado culto sin delirio á Platon, Calcidio que comentó su *Timeo*; Salustiano, autor de un opúsculo *De los Dioses y del mundo*, y que aunque gentil disuadió á Juliano de que persiguiese á los Galileos; Cesáreo, hermano de Gregorio Nacianceno, autor de ciento noventa y cinco preguntas y respuestas teológicas y filosóficas, relativas á varios pasajes de la Biblia, y Nemesio de Emesa, que escribió sobre la naturaleza del hombre una de las obras mas acreditadas de aquel tiempo, manifestando su gran estudio de todos los filósofos, de cuyas doctrinas se valió para aclarar el dogma, y defenderle con mas pureza de estilo que sus contemporáneos.

Sin embargo, perdíase la aficion á la filosofía antigua, de tal manera que San Jerónimo decia: « ¿Quién lee ya á Aristóteles? ¿Cuántos cono- » cen á Platon y á los escritores que han tratado » de él? Solo algunos viejos retirados que los » leen en un rincon, miéntras que los apóstoles, » gente oscura, nuestros pescadores de hombres, » son conocidos y citados en todo el universo.»

Historia. En tiempos de tanta importancia, por la muerte de una civilizacion y el nacimiento de otra, ninguno se elevó á pintar fielmente á los pueblos invasores y el carácter de los emperadores y de los hombres ilustres sin adulacion ó rencor. Segun que el escritor es gentil ó cristiano, juzga á los demas á su modo, y eleva hasta el cielo ó deprime los mismos hechos en diversas personas, segun que causaron bienes ó males al partido que sostenia. Y ¿cómo mirar con los ojos cerrados los acontecimientos, y referir con órden y verdad tantos desastres en aquella molicie de la inteligencia y decaimiento de los amigos? ¿Qué fe se habia de tener en el dia de mañana, cuando se veía caer á pedazos el antiguo edificio social, y no se preveía cuál sería el nuevo? Los Bárbaros, en su perpétuo é irracional movimiento, solo presentaban la agitacion del cáos ó el impulso del accidente ciego é inexorable: maldecir sus victorias, era peligroso cuando ya estaban encima, era cobardía el celebrarlas; lo mejor era callarse ó aturdirse en los placeres de los sentidos.

A. Victor. 369. Sexto Aurelio Victor escribió un descarnado compendio de los acontecimientos romanos desde Augusto hasta las victorias de Juliano en las Galias, y algunas vidas de Romanos ilustres y tambien de extranjeros, como de Antíoco de Siria, Mitrídates, Aníbal; vidas que se han atribuido unas veces á Cornelio Nepote, otras á Plinio, á Suetonio y á otros. De Verrio Flaco,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Anciátes, Gneo Egnacio Verino, Fabio Pictor, Licinio Macro, Varron, César y Tuberon, y de los anales de los Pontífices sacó el *Orígen del pueblo romano*, del cual nos queda hasta el primer año de la ciudad; á no ser un trabajo de un gramático posterior, como introduccion á las demas obras de Aurelio. Juliano le mandó erigir una estatua de bronce, honor envilecido por ser tan comun, y le dió el gobierno de la segunda Panonia, y despues Teodosio la prefectura de Roma.

Eutropio 364. Eutropio, que hizo la campaña de Persia con Juliano, escribió por órden de Valente un *Breviario* de la historia romana en diez libros, desde su orígen hasta Joviano, con fácil, sencillo y correcto estilo, y amor á la verdad, aunque no siempre tiene el arte para separarla de lo falso.

370. Sexto Rufo escribió tambien por órden de Valentiniano un *Breviario de las victorias y provincias del pueblo romano*, especie de estadística, que concluye con un opúsculo en que describe los monumentos y edificios de Roma.

Se han perdido los escritos de Proságoras de Aténas, gentil aunque encomiador de Constantino, y los de Eunapio, médico de Sárdis, detractor de este, así como Olimpiodoro de Tébas, que lo continuó desde el año 407 al 425, y Prisco de Panio, que refirió las guerras de Atila, y la *Historia omnímoda* desde Jesucristo hasta el año 430, dedicada por Flavio Lucio Destro á San Jerónimo, el cual en cambio le dedicó el catálogo de los escritores eclesiásticos. Enapio escribió tambien las vidas de los filósofos y sofistas; pero ignorando lo filosofía, solo nos dió noticias muy escasas para conocer el neoplatonismo. Aun ménos profundo es el cuadro de hombres ilustres en las ciencias de Esiquio de Mileto.

Así como Polibio habia tratado los acontecimientos que elevaron á Roma á la grandeza, Zósimo trató de los que la impulsaron á la de- Zósimo. cadencia. Partiendo de Augusto recorre rápidamente en el primer libro los tres primeros siglos del imperio, deteniéndose en el cuarto en los tres libros siguientes. Hasta aquí, sin embargo, no hace mas que compilar y extractar con juiciosa eleccion, conservando, á lo ménos en lo general, la claridad, dote principal de los compendios. En el quinto libro se hace verdaderamente historiador, refiriendo la decadencia del imperio en los tiempos de Honorio, Arcadio y Teodosio el Jóven. Descuida malamente la cronología, aunque por lo demas sabe elegir y encadenar bien los acontecimientos, remontarse á sus causas y descubrir sus consecuencias, con gran conocimiento de los hombres y de los impulsos que mueven tanto á estos como á los gobiernos. Quizá al fin de su obra, que nos falta, epilogaba las razones que pone diseminadas por toda ella y por las cuales se arruinó el imperio, creyendo que la principal fué la caída de la idolatría; por esta razon se ensaña cruelmente con los emperadores cristianos, sirviendo para corregir la excesiva devocion de los cristianos eclesiásticos

Mas importante y con mucho es Amiano Marcelino (1). Nació en Antioquía, de una buena familia, militó en la Mesopotamia y en la Galia desde el año 340 al 359; á los cuarenta años se retiró de la profesion militar, y fué á pasar el resto de su vida á Roma, donde, á pesar de ser Griego, escribió en latin los sucesos contemporáneos que habia visto, con las cualidades y defectos de un soldado narrador, sin gran finura, pero con sensatez y amor á la verdad cuando no lo extravía su apego á la antigua religion y á Juliano. Sin embargo de ser bastante instruido, no se propone por modelo un autor cualquiera, ni piensa hacer de la historia un ejercicio retórico, ántes por el contrario, conoce que la sencillez es el mayor mérito del historiador, y á esta cualidad sacrifica todos los adornos del estilo. Amiano Marcelino. 320-90.

Comprendió en los treinta y un libros de su narracion, desde el reinado de Nerva, en que termina Tácito su obra, hasta la muerte de Valente; pero no nos quedan mas que los últimos diez y ocho (352-378), los mas importantes á decir verdad, por no haber mas historiador que él. Incurre Amiano en groseras digresiones, á la manera de los cronistas, sobre los cometas y otros accidentes naturales; y al mismo tiempo pasa por alto circunstancias de tanto bulto, que nos hacen sospechar que se haya perdido alguna parte de su obra. Sabe manifestar de qué modo se encadenan los hechos y delinear los caractéres; dándonos preciosas noticias acerca de las costumbres y países que habia observado, y principalmente de la Germania, donde habia vivido muchos años. No es muy devoto del Cristianismo, pero no habla mal de él; y desaprueba igualmente las místicas locuras de Juliano, la intolerancia de Constancio, y las infracciones de la primitiva disciplina que cometian algunos obispos.

Despues de este último historiador profano no aparecen mas que cronistas y compiladores. Julio Esuperancio dejó un opúsculo sobre las guerras civiles de Mario, Lépido y Sertorio, que quizá fuese un compendio de Salustio. Próspero Aquitano escribió una crónica en dos partes, la primera sacada de la de Eusebio, y comprende desde la creacion hasta el año 379 de Jesucristo; la segunda desde la muerte de Valente hasta la toma de Roma por Genserico en 455. Desde los tiempos de aquel emperador hasta el año 467 escribió una crónica Idacio, obispo de Galicia, y tambien los fastos consoladores desde el año 465 de Roma al 468 de Jesucristo. Tratando solo de continuar á San Jerónimo, no hace mas que copiar de los mejores autores hasta el tercer año del imperio de Valentiniano, y despues refiere como testigo y como parte de los hechos, por haber sido muchas veces, como los demas obispos, diputado en aquellas vicisitudes para tratar asuntos po-

(1) AMMIANI MARCELLINII *Rerum gestarum libri qui supersunt, ed. Ernesti.* Leipzig, 1773, en 8°.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

líticos. Su obra esparce no poca luz acerca de los hechos de los Godos y Suevos, y sin ella la historia de España por este tiempo estaria en la oscuridad; Idacio se atiene á la cronología, cosa rara entre los antiguos, disponiendo los hechos por olimpíadas y por los años de cada imperante.

La *Noticia de las dignidades civiles y militares del Oriente y del Occidente* es importantísima para conocer la condicion política y civil del imperio, no ménos que para el estudio del derecho. Puede decirse que esta obra es una especie de almanaque de Estado en que se hace mencion de todos los empleos de ambos imperios, y fué compilada, á lo que parece, entre el año 445 y el 453, despues que los Hunos ocuparon la diócesis de Iliria, y ántes que destruyesen á Concordia y á Aquilea (1).

Habiendo cesado la importancia de los historiadores profanos, creció la de los historiadores eclesiásticos. Ya hemos hablado del primero y mayor de estos, Eusebio de Cesárea (2), cuya obra fué vertida al latin por Rutino, sacerdote de Aquilea, poniendo y quitando, y alargándola hasta Teodosio el Grande. Filostorgio de Capadocia, versado en la filosofía y en la astronomía, escribió tambien una historia eclesiástica desde el nacimiento del arrianismo hácia el cual se inclinaba, hasta el año 425, compendio ampuloso, pero útil. Las historias de Filipo de Sida y de Esiquio de Jerusalen han perecido. Gelasio el Jóven refirió tambien las vicisitudes de la Iglesia desde el concilio de Nicea hasta la muerte de Constantino.

Sócrates, el escolástico, poco versado en las materias teológicas, siguió en un principio los mismos pasos que Rufino; y conociendo luego que eran falsos, acudió á fuentes mas puras, y de ellas sacó una obra juiciosa y escrita con sencillez. Esta fué refundida por Hermías Sozoménes, tambien abogado en Constantinopla, que juzgó con ménos discernimiento, expuso con mas elegancia, y añadió algunas cosas de escaso interes, relativas principalmente á los anacoretas, de los cuales se dice admirador. Llega desde el año 322 al 439, desde donde la continúa Evagrio de Epifanía, todavía mas devoto, hasta el siglo VI.

De mérito, así como de importancia menor, son Juan de Egea, Zacarías, retórico, Teodoro, lector, Leoncio de Bizancio, algun tanto posteriores á la edad que describimos.

Teodoreto. 387-458.

Teodoreto de Antioquía, orador, intérprete, controversista, obispo de Ciro, condenado por herético (449), admitido otra vez en la Iglesia, escribió una historia eclesiástica que comprendia desde el año 325 hasta la muerte de Teodoro de Mopsuesta (en 429). Escritor erudito, es mas extenso y evita los errores en que por pequeñez de miras habian caído sus predecesores. Á propuesta de Esporacio, comisario imperial en el concilio de Calcedonia, expuso todas las herejías en cinco libros: en el primero pone la de aquellos que admiten mas de un Dios y dan al Hijo una naturaleza humana de sola apariencia; en el segundo la de aquellos que impugnan la divinidad de Jesucristo; en el tercero seis herejías várias; en el cuarto las últimas desde Arrio hasta los nestorianos y pelagianos, y el quinto es una sucinta exposicion de la fe. Escribió ademas los milagros y la piedad de treinta eremitas (Φιλόθεος ἱστορία), como hizo tambien Paladio de Galacia en la historia llamada Lausiaca, porque fué dedicada á Lauso.

Sulpicio Severo. 363-410?

Sulpicio Severo de la Aquitania, convertido por San Martin, abandonó los triunfos del foro y la gloria literaria para escribir la vida de su conversor, y en dos libros las vicisitudes de la religion desde el orígen del mundo hasta el año 400 de Cristo. Aunque no nos diga nada de nuevo, y repugne y oscurezca á su buen juicio la piadosa credulidad, agrada la pureza de su diccion y su tranquila sobriedad, por lo cual se le llamó el Salustio Cristiano.

Epifanio. 310-403.

Á la historia de las herejías se refiere la *Etiqueta médica* (πανάριον) de San Epifanio de Palestina, obispo de Salamina, el cual enumera ochenta herejías y el modo de extirparlas. Veinte son anteriores á Cristo, y se distinguen en cinco categorías: la barbárica, que duró hasta Noé; la escítica, que continuó hasta la fabricacion de la torre de Babel; la helénica, esto es, la culta idolatría; la samarítica, subdividida en las herejías de los esenios, sebuenos, gortenios y dositeos; por último, la judáica, que comprende los saduceos, escribas, fariseos, hemerobaptistas, nazarenos, osenianos y herodianos. Las sesenta herejías posteriores á Cristo no las combate Epifanio triunfalmente; y aunque de vastísima lectura, y atento á reunir cuanto encontraba esparcido por otras muchas obras, no sabe sin embargo ordenar las pruebas metódicamente, siendo poco exacto y á veces erróneo en sus juicios. Él mismo hizo la *recapitulacion* (ἀνακεφαλαίωσις) de su trabajo: y ademas una obra de escasa importancia sobre *pesas y medidas*.

Fué gloriosa para la Armenia esta edad, señalada con el nombre de su grande historiador Moises de Koren. Su contemporáneo fué David Armenio, que floreció hácia el año 490, y que quizá fué condiscípulo de Proclo en las escuelas griegas, adonde Sahag y Mesroh, regeneradores de la Armenia, le habian mandado con algunos otros para aprender las doctrinas con que tanto honraron á su patria. En los *Fundamentos de filosafía* refuta el pirronismo: debe ser colocado entre los mejores neoplátticos, y es muy importante para la historia como testimonio de la ciencia difundida entónces por la Armenia.

Geografía.

La geografía, hermana de la historia, no progresó. En el siglo III las paredes de la escuela de Autun estaban tapizadas de cartas geográfi-

(1) Le incluimos en nuestros documentos de legislacion.
(2) Véase mas arriba, pág. 779.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

cas (1), así como en lo antiguo, en el templo de Tello estaba pintado un mapa de Italia (2), y otro de todo el mundo en un pórtico de Roma (3). Frontino nos habla de cartas topográficas (4); Vegecio de otras mayores que servian para los capitanes (5). Juliano Ticiano, á principios del siglo III, hizo una descripcion de las provincias del imperio, obra que se ha perdido. En el año décimoquinto de su reinado, mandó Teodosio (probablemente el Jóven) medir la longitud y latitud de las provincias del imperio (6); sobre cuyo trabajo se hizo un mapa del orbe romano, mas exacto que el que hizo Agripa. Con la irrupcion de los Bárbaros cayó en el olvido, en el cual permaneció hasta que Conrado Celte, en el siglo XV, encontró en una biblioteca de Alemania una carta de los caminos romanos, sobre doce hojas de pergamino, de veintiun pié y tres pulgadas alemanas de longitud, y un pié de altura. Le adquirió Conrado Peutinger, patricio de Augsburgo, ciudad entónces muy floreciente, tanto por su comercio como por sus estudios; de la biblioteca de este pasó á la imperial de Viena, conservando el nombre de *Tabla peutingeriana*. Sometida á exámen, Meerman negó que fuese la que Teodosio (7) mandó levantar, y dijo que no podia ser anterior á los tiempos de Carlo Magno, probándolo por su escritura, que es del género llamado lombardo, y por los edificios y adornos naturales que en ella hay, que son de los que se llaman góticos; á lo cual se agregaban las faltas de ortografía y la absoluta ignorancia de física, hasta el punto de darse en esta carta á la tierra una longitud veinte veces mayor que la latitud, y de no señalarse á los caminos una longitud proporcionada. Manner la suponia una mala copia del mapa antiguo, hecha en el siglo XIII; y los argumentos de uno y otro autor se contrapesan de modo que nos privan de hacer un uso histórico de este mapa.

Tabla peutingeriana.

Mas dignos de fe son los *Itinerarios* del emperador Antonino, especie de libro de posta, que indica solo las distancias de una ciudad á otra. Teníamos dos de estos itinerarios, uno por mar y otro por tierra; y á pesar de su título, es lo cierto que fueron compilados posteriormente á Constantino, si bien sobre apuntaciones muy anteriores, que fueron sucesivamente aumentándose, segun se establecian nuevos puntos de parada. Atribúyese por algunos su última ordenacion á Etico Ister, cristiano del siglo IV, de quien tenemos tambien una *cosmografía*, pobre, pero interesante en la general escasez de materiales geográficos.

En el mismo siglo marcó un Bordeles el itinerario desde su patria á Jerusalen, y desde Heráclea á Roma y á Milan. Godofredo publicó una descripcion anónima del mundo, cuya mejor parte es la que trata de la oriental, y que ofrece algunas noticias acerca de los Persas. Vibio Sequestre, tambien de aquel tiempo, dejó una *Nomenclatura de los rios, fuentes, lagos, bosques, estanques, montes y pueblos mencionados por los poetas*, memorable solo porque Boccaccio, sin nombrarla, la hizo fundamento de un trabajo de igual género.

Los filólogos y recopiladores, cuya semilla encontramos en la edad precedente, nos conservaron noticias acerca de la historia y de las demas ciencias. Aurelio Teodosio Macrobio, que nació en Oriente, y vivió en tiempo de Teodosio el Jóven, introduce en sus saturnales personas de importancia, que en las fiestas de Saturno tratan de antigüedades. Cuán extensa y vaga sea la trama de esta obra, nos lo dicen los títulos de algunos capítulos. « De cómo todos » los dioses fueron en un principio símbolos » del sol.—Argucias de Ciceron, de Augusto, » de Julia y de otros.—Pormenores sobre el lujo » romano.—Por qué la vergüenza saca los colo- » res al rostro.—Por qué cuando se dan vuel- » tas sobrevienen vértigos.—Por qué las muje- » res tienen la voz mas dulce que los hombres. » —Por qué los cuerpos parecen mayores den- » tro del agua. » Acerca de estas materias, toma las noticias y las doctrinas de los autores, con sus propias palabras, de donde proviene una desaliñada variedad de estilo; y confiesa que maneja el latin con trabajo, de lo cual da no pocas pruebas en las escasas veces que habla por su propia boca. Por este medio nos ha conservado algunos fragmentos de mucha importancia, ademas del *Sueño de Escipcion* que comentó para uso de su hijo, no sin práctica en la astronomía, aunque con algunos errores.

Recopiladores. Macrobio.

Marciano Mineo Félix Capella de Medáuro en África á mediados del siglo V escribió en Roma un *Satyricon* en nueve libros, confusa mescolanza, parte en verso y parte en prosa. Los dos primeros son un matrimonio alegórico de la filosofía con Mercurio; los demas hablan respectivamente de las ciencias en que entónces se dividian los estudios, á saber: gramática, dialéctica, retórica, geometría, astrología, aritmética, música y poesía; tratando de todas, pero ligeramente. Esta obra sirvió de texto en las escuelas de la edad média.

(1) EUMÉNES, *Orat. pro restaur. scholis*, c. 19.
(2) VARRON, *De re rust.* I, 2.
(3) PLINIO, *Hist. Nat.* III, 3,
(4) *Script. rei milit.* p. 28.
(5) *De re milit.* III, 6.
(6) Asi lo asegura Sedulio:

Hoc opus egregium, quo mundi summa tenetur,
Æquora quo, montes, fluvii, portus freta et urbes
Signantur, cunctis ut sit cognoscere promptum
Quidquid ubique latet; clemens genus, inclyta proles:
Ac persecta, totus quem vix noster capit orbis,
Teodosius princeps venerando jussit ab ore
Confici, ter quines aperit cum fascibus annum.
Supplices hec famuli, dum scribit, pingit et alter.
Mensi bus exiguis, veterum monumenta secuti,
In melius reparamus opus, culpanique priorem
Tallimus, ac totum breviter comprendimus orbem;
Sed tamen hoc tua nos docuit sapientia, princeps.

(7) « Commentarius in epigramma anonymi vel potias Sedulii presbyteri, de tabula orbis terrarum, jussu Theodossi juvi. imp. facta, in quo cum de ilius, tum de peutingerianæ origine, ætate ac natura ex professo agitur. » Está en el tomo II de la Antología de Burman; por lo cual muchos lo ignoraron, y entre ellos Mannert.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Á esta clase de compendios pertenece el *Liber memorialis* de Lucio Ampelio, que en cincuenta capítulos da pobres noticias sobre el mundo, los elementos, la tierra y la historia: obra tan inútil como provechoso es el tratado de los metros, compuesto por Flavio Mallio Teodoro, cónsul en 339. Censorino escribió *Indigitamenta* sobre las divinidades que tienen poder sobre la vida del hombre; y su tratado cronológico, astronómico, aritmético y físico *De die natali* es una mina de conocimientos exactos (1).

Colocamos tambien aquí, aunque es de época incierta, á Juan de Estobi en Macedonia, á quien podemos suponer pagano, porque entre tantos autores de quienes habló, no cita ninguno ó solo un autor cristiano. Para uso de su hijo Septimio habia recogido lo mejor de cuantos libros habia leido, con lo que hizo una *Antología de extractos, sentencias y preceptos*, obra preciosísima, si bien ha llegado hasta nosotros mutilada y desordenada. Cada capítulo de estas églogas tiene un título particular, bajo el cual se disponen los pasajes primero de los poetas, despues de los historiadores, de los oradores, de los filósofos y de los médicos, sin mas lazo entre sí que el que les presenta el asunto. Son mas de quinientos los escritores á quienes extracta de este modo, y la mayor parte se han perdido; y principalmente nos conservó versos de los cómicos antiguos.

Vindanio Anatolino dió algunas reglas buenas de agricultura, mezcladas con supersticiones gentílicas. El último escritor latino de agricultura, Paladio Rutilio Tauro Emiliano, en catorce libros nos presenta extractos de los antiguos, especialmente de Columela, aunque es mas exacto que este al hablar de los árboles frutales y de los huertos: el último libro está escrito en versos elegíacos. Inocencio es autor de un *Arte de medir las tierras*.

Diofonte de Alejandría, contemporáneo acaso de Juliano, escribió una aritmética en trece libros, de seis de los cuales tenemos un compendio. Ademas de ponernos de manifiesto cuál era la condicion de las ciencias exactas en el siglo IV, nos agrada esta obra por los métodos iluminosos con los cuales resuelve los problemas analíticos, ingeniosamente dispuestos. En ella pueden buscarse todavía las primeras tentativas de la ciencia que despues se llamó álgebra en honor del árabe Geber, á quien se atribuye su invencion.

En el año 378, Pablo de Alejandría expuso en una introduccion á la astrología los elementos de esta vana ciencia. Julio Firmico Materno, Siciliano, no hace mas que acumular en ocho libros de matemáticas sueños astrológicos y artificios para sacar el horóscopo.

Las *Colecciones matemáticas* de Pappo de Alejandría son extractos de muchas obras, y prueban sus muchos conocimientos. Su contemporáneo Teon, profesor en Alejandría, comentó á Euclídes y á Tolomeo; y fué mas famoso por su hermosa hija Hipatia. Aprendió esta con su padre las matemáticas, y habiéndose perfeccionado en Aténas, fué invitada para que enseñase filosofía en Alejandría. Era partidaria de los eléctricos, apoyándose, sin embargo, en las ciencias exactas, é introduciendo sus demostraciones en las especulativas, con lo cual les dió un método mas riguroso que nunca. El obispo Sinesio, su discípulo, la respetó siempre; Oréstes, prefecto de Egipto, la amaba y la admiraba, y por sus consejos se gobernaba en la enemistad que entónces surgió con San Cirilo, fogoso arzobispo. Díjose que Oréstes por aficion á Hipatia, dada al paganismo, perjudicó á los Cristianos; por lo cual algunos imprudentes enemistaron al pueblo con ella, de tal modo que un dia al dirigirse á la escuela, la sacó de su carro, y despues de haberla despojado y maltratado, la dió muerte, y arrojó sus miembros al fuego. Hipatia. 370-415.

Los Romanos tenian mas la guerra por arte que por ciencia; el mismo César, á pesar de ser tan gran guerrero, no es de grande utilidad á los que estudian la estrategia. Despues de él los ejércitos cambiaron de ciencia y de forma, y es preciso recurrir á nuevos autores. El platónico Onesandro, á quien ya hemos mencionado en la época precedente al compilar los preceptos esparcidos en los autores anteriores, es mas bien filósofo y moral; por lo cual podemos estudiar en él la parte moral, y la observacion del corazon humano aplicada á la guerra. El duque de Sajonia le alababa, y el emperador griego Leon el Filósofo, al copiarlo sin citarlo, le alabó tambien. Coray en 1822 hizo en Paris una edicion de su Στρατηγικός λογος dedicándola á los Griegos, que entónces combatian por la libertad. El generoso anciano, á quien deben su nacion vivos consuelos y el mundo literario ediciones excelentes, decia en su prólogo: *No conozco mas que una guerra necesaria y justa, la que se hace por la libertad. La libertad no tiene mas que un arma,*

(1) Los títulos de sus capítulos prueban su importancia: « 1 præfatio; 2 cur genio, et quomodo sacrificetur; 3 genius quid sit, et unde dicatur; 4 variæ opiniones veterum philosophorum de generatione; 5 de semini hominis, et quibus è partibus exeat; 6 quid primum in infante formetur, et quomodo alatur in utero, etc.; 7 de temporibus quibus partus solent esse ad nascendum maturi, deque numero septenario; 8 rationes Chaldœorum de tempore partus; item de zodiaco et de conspectibus; 9 opinio Pythagore de conformatione partûs; 10 de musica ejusque regulis; 11 ratio Pythagoræ de conformatione partûs confirmata; 12 de laudibus musicæ ejusque virtute; item de spatio cœli, terræque ambitu, siderumque distantia; 13 distinctiones ætatum hominis secundùm opiniones multorum, deque annis climatericis; 14 de diversorum hominum clarorum tempore mortis; 15 de tempore et de ævo; 16 seculum quid sit ex diversorum definitione; 17 Romanorum sæculum quale sit; 18 de ludorum sæcularium institutione eorumque celebratione usque ad imp. Septimium et M. Aurelium Antoninum; 19 de anno magno secundùm diversorum opiniones, item de diversiis aliis annis, de olympiadibus, de lustris et agonibus capitolinis; 20 de annis vertentibus diversarum nationum; 21 de annio vertente Romanorum, deque illius varia correctione, de mensibus et diebus intercalariis, de diebus singulorum mensium, de annis julianis; 22 de historico temporis intervallo, deque adelo et mystica, de annis Augustorum et ægyptiacis; 23 de mensibus naturalibus et civilibus, et nominum rationibus; 24 de diebus et varia horariis; 25 de dierum romanorum diversis partibus, deque eorum propriis nominibus. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á la cual no hay nada que se resista, el desprecio de la muerte (1).

Higinio escribió de la castramentacion, y sin embargo no es hombre de guerra. El tratado de Arriano de la *Táctica de los Griegos* es una de las obras mas importantes del arte bélico, como tambien su *Historia de Alejandr. y de la espedicion contra los Alanos*. Cuando en tiempo de Alejandro Severo se volvió á dar la preferencia al arte griego, Eliano escribió tambien de la *Táctica de los Griegos* con mas extension, pero no con mas riquezas que Arriano, pues que sus adiciones son ó formaciones y memorias inútiles é impracticables, ó teorías sin sentido, porque ignoraba el arte de las armas.

Ya hemos indicado como curiosas y nada mas las *Estratagemas* de Polieno, Frontino, aunque mejor en la eleccion y en la disposicion del asunto, estuvo muy léjos de proponerse presentar un sistema científico de la guerra: sin embargo conociéndola, juzgó los hechos con buen sentido, se eleva de las observaciones particulares á las generales, clasifica los ardides, que á veces son absurdos, y que sin relacion á ningun tiempo ó nacion no presenta la fisonomía de ninguna época. Juliano Africano, en los *Cestos*, da noticias militares, inútiles en cuanto se refieren á tiempos anteriores á los suyos, buenas en cuanto á su época, á ser cierto que tuvo parte en los proyectos y en el armamento de Alejandro Severo contra los Persas.

El primero que trató dogmáticamente de la ciencia militar fué Flavio Vegecio Renato, que dedicó á Valentiniano II un *Epitome institutionum rei militaris*, sacado de varios autores que entónces existian, acerca de la estrategia por tierra y por mar y de los decretos de Augusto, Trajano y Adriano, « para que los instructores de los jóvenes soldados con el ejemplo y la imitacion de las antiguas virtudes pudiesen restaurar el honor de la milicia romana débil y decaida. »

Adriano, conociendo que la antigua legion se acomodaba mal con el nuevo género de guerra, recurrió al expediente trivial de escoger los mas valientes y disciplinados, y formar con ellos una cohorte de mil hombres, como si lo que no es bueno, pudiera hacer tal con fraccionarlo. Probablemente se colocaria esta á la cabeza de la legion, y detras de ella las otras nueve cohortes, dispuestas en tres líneas; lo cual facilitaba el modo de formar el batallon cuadrado (*cuadrutum agmen*) de grande uso en las guerras de aquel tiempo contra la caballería, alma de los ejércitos de los Partos y de los Árabes (1). Pero Vegecio se lamenta ya de que la legion no subsistiese sino en el nombre: y en efecto, ya hemos visto que se reclutaba con trabajo, que tenian que concedérsele cuarteles deliciosos, aligerársele las armas, y por último, reforzarla con extranjeros; sin embargo, dice Vegecio que se dejaban matar no como hombres, sino como brutos, ántes que llevar armas de buena defensa.

Julio Africano, despues de deplorar la negligencia de los soldados de su tiempo en las armas defensivas, continúa: «Si se pensase en proteger á los guerreros con corazas y yelmos á la griega, si se les diesen largas lanzas, si se ejercitasen en asestar con mas tino el venablo y á combatir cada uno por sí mismo, y cuando ocurriese arrojarse sobre el enemigo, corriesen con toda su fuerza hasta estar á tiro de dardo, podria asegurarse que los Bárbaros no resistirian.»

Tales fueron precisamente las modificaciones

(1) La importancia de la obra de Onesandro puede conocerse por el índice de ella que presentamos: « De la eleccion del general; definicion del prefecto general; del consejo general; de los motivos de la guerra (el autor demuestra que la justicia de los motivos por los cuales se emprende una guerra, contribuye á asegurar su buen éxito, porque anima á las tropas); de las exploraciones del ejército ántes de entrar en campaña; de la marcha del ejército; de la marcha de las tropas á la deshilada; del atrincheramiento; del frecuente levantar las tiendas; del ejercicio de las tropas (en este capítulo se habla ademas de las vituallas, de los espias, de las centinelas nocturnas, del levantar las tiendas, de los encuentros, de los desertores, del reconocimiento del campo enemigo, del secreto y de la inspeccion de las entrañas de las víctimas ántes del combate); de la persecucion del enemigo y de las escuchas; del tiempo de las comidas; de la firmeza en las derrotas; en qué ocasion debe hacer sentir el general el temor á los enemigos en su ejército, y envalentonar á los soldados con la vista de los prisioneros; de los diversos órdenes de batalla en la disposicion de la caballeria; de la disposicion de las tropas ligeras en un terreno de difícil acceso; de las distancias de las filas en la retirada de las tropas ligeras; de qué manera debe acometerse al enemigo, cuando faltan tropas ligeras y este las tiene en abundancia; que no conviene extender en una gran línea la falange, á fin de que el enemigo no la acometa; que se deben tener de reserva tropas escogidas para sostener á los combatientes que estén cansados y que mas padezcan; y conviene ademas tener dispuestas emboscadas; que es útil que enmedio del combate anuncie el general á sus soldados buenas noticias, aun cuando fueren falsas; que se deben colocar en las filas á los amigos junto á los amigos y aquellos que se conocen; que el general debe dar la señal del combate y de cualquiera otra evolucion militar, no por sí mismo, sino por medio de sus lugartenientes ú oficiales generales; que deben añadirse á la palabra señales militares; que los soldados no deben abandonar las filas, ya esté firme el ejército en su lugar, ya se retire; que debe poner atencion el general á que su ejército marche en batalla en buen órden; que ántes de la batalla debe el general formar su plan en correspondencia con el del enemigo, y señalar su puesto á todos los oficiales generales; que conviene tomar posiciones de difícil acceso si los enemigos son mas fuertes en caballería; que el general no debe hacer nada para buscar el peligro, y que no debe combatir en persona en la batalla; de las recompensas; del saqueo; de los prisioneros de guerra; de la sepultura de los que quedaren muertos en la batalla y de la manera con que conviene reparar las derrotas; de las precauciones que deben tomarse durante la paz; de las maneras de tratar á las ciudades vencidas, y de portarse con los traidores; de las sorpresas de noche, y que para estar seguro del éxito no es necesario que el general conozca el curso de los astros; del modo de tomar una ciudad de dia; de los asedios y de las emboscadas ante las puertas de una ciudad sitiada. — Al fin de la obra se tratan los siguientes asuntos: el temor es un falso adivino; el general debe animar á los soldados con el ejemplo; de las máquinas guerreras para el asalto de una ciudad; cómo se puede continuar un asalto con esfuerzos redoblados; del reposo del general; los puntos que los sitiados suelen mirar como inaccesibes suelen servir muchas veces á los sitiadores; del oficio de las trompetas en un asalto; de lo que el general debe hacer cuando tome al asalto una plaza; cuando se quiera tomar una ciudad por hambre, deben enviarse á ella todos los prisioneros de débil complexion; por último, de lo que debe hacer el general despues de la victoria.

(1) Urbicio, enseñando al emperador Anastasio cómo debia defender á la infantería de la caballería, dice: que á cada ángulo del cuadro se pongan caballos que lleven máquinas que él llama *cañones*, y eran unos maderos puestos sobre un eje y provisto de hierro agudo que se incaban en tierra. En una palabra, caballos de frisa.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que se adoptaron en tiempo de Alejandro Severo, el cual con soldados armados de esta manera formó una gran falange de seis legiones, mas numerosa aun que lo habia sido la griega.

Pero ya sobreponia la astucia á la fuerza, y Julio mismo emplea una buena parte de su obra tratando de los modos de matar al enemigo sin combatir, y son envenenar las aguas, los alimentos y hasta el aire; espantar los caballos y preparar al enemigo las asechanzas que la primitiva virtud romana habia aborrecido. Sugiere despues medios para arrastrar con intrepidez, ya el ataque de los enemigos, ya el hierro del cirujano; para este objeto es afortunado el que encuentra una piedra en el estómago de un gallo y la lleve consigo á los combates; como tambien aconseja que se tenga propicio al dios Pan, inspirador del terror pánico, y poderosísimo para dar y quitar el valor.

Habiéndose cambiado la constitucion política, y ascendiéndose á las dignidades militares en fuerza de servicios á príncipes de fausto asiático, se menoscabó la aficion á la milicia, y tuvieron que llenarse las legiones de Bárbaros, y suministrarlas, ó mejor dicho atestarlas de máquinas. Estas eran grandes cabrestantes, uno de las cuales despedia dardos por una ballesta montada con la palanca, y otro piedras ó balas de plomo y de hierro; con separarse una pelota pequeña que las detenia (1). Cuando se empezaron á tener máquinas por cada legion, los campamentos en las fronteras parecian fortalezas; despues se dispuso que fuesen con todo el ejército, y en tiempo de Vegecio «cada centuria estaba pro» vista de una balista colocada sobre carros de » ruedas tirados por mulas, y servida cada una » por una seccion de once soldados» Cada legion contaba, pues, cincuenta y cinco de estas máquinas pequeñas, y diez grandes por cohorte; con esto debieron hacerse ménos expeditas las evoluciones y las marchas.

Vegecio.

Vegecio (*De re militari*) expone su doctrina con método sencillo y adecuado, que él mismo tomó de Jenofonte; pone por fundamento de su obra que el arte vale mas que la naturaleza, y que por el ejercicio y las instituciones habian alcanzado los Romanos una superioridad que la naturaleza no les habia dado: «No vencian en » número á los Galos, en agilidad á los Espa» ñoles, en fuerza á los Germanos, en ardides á » los Africanos, en riqueza á los Asiáticos, en » ciencia á los Griegos; pero sabian mejor que » todos escoger buenos soldados, enseñarles el » arte de la guerra por principios, robustecerlos » con ejercicios diarios; sabian prever cuanto » puede hacer falta en las diversas clases de » combates, de marchas, de campamentos; sa» bian castigar á los cobardes y premiar á los » valientes. Estas partes en la ciencia militar » aumentan el valor; ninguno teme practicar lo » que ha aprendido bien; por cuya razon un » puñado de hombres diestros y disciplinados » supera á un ejército mas numeroso, pero de » menor disciplina y ejercicio, que se ve expuesto » á las derrotas mas desastrosas.» La perfeccion del arte, segun Vegecio, consiste en escoger bien los soldados, adiestrarlos, formarlos, animarlos, ofrecerles recompensas, estimularlos y hacerles temer el castigo; dándoles sobre todo saludable alimento que conserve y aumente las fuerzas físicas. Despues enumera várias particularidades de los diversos ejercicios en la centuria, en la cohorte, en la escuadra y en el individuo.

En el libro II se eleva á la organizacion superior de los ejércitos, y á la manera con que se ligaba á su bandera al soldado que ya no era voluntario. Aquí se ve que se les hacía jurar por Dios, por Cristo, por el Espíritu Santo y por la majestad del emperador, que harian de buena gana cuanto les fuese mandado por este, y no discutir, é inmolar su vida por el imperio. Tambien en el ejército se habia introducido la interminable jerarquía que con títulos honoríficos afirmaba la servidumbre, y debia hacer al soldado litigioso é inquieto para ascender de uno á otro de aquellos grados, que no pocas veces se distinguian solo en el nombre.

En el libro III trata Vegecio del modo de formar los ejércitos y de conservarlos sanos y con buenos ánimos, de las cualidades del capitan, del mantenimiento de la disciplina, y de las diversas señales; ademas de las disposiciones segun el terreno, el paso de los rios y los fenómenos naturales. En el IV habla de las fortificaciones; en el V de la marina, puntos que han cambiado tanto hoy que no tienen interes las reglas antiguas.

La cohorte en su tiempo era diferente de la de Adriano, componiéndose de dos líneas: la primera de una fila de soldados pesados, y de otra de arqueros cubiertos de hierro, con lanzas y jabalinas; seguian dos filas de vélites ó soldados á la ligera; despues una fila de máquinas de asaetear, entre los cuales iban los ballesteros y honderos y reclutas que no sabian manejar las armas; y juntamente los *addictos*, destinados á proteger por la espalda las máquinas. Detras de todos estaban los triarios formando la reserva.

Siete órdenes de batalla reconoce Vegecio. En el 1° el ejército conserva la primitiva simetría y está paralelo al enemigo; disposicion sin arte ni cálculo, posible cuando se quiera atacar todos los puntos de la línea opuesta. De este modo de acometerse dos ejércitos en toda la longitud de la línea debe seguirse gran mortandad, si uno de ellos mas numeroso ó mas valiente no envuelve al otro por todas partes, terminando de repente la lucha. Pero aun cuando uno se crea superior, evita este órden de batalla, que obliga á hacer una marcha general de frente, siempre dificilísima aun en país llano.

(1) Napoleon tuvo la curiosidad de hacer la prueba de estas máquinas en Paris, y vió que su efecto era mas mezquino de lo que habia podido figurarse... sin embargo, el padre Daniel en la *Histoire de la milice française* habia sostenido que eran superiores á la artillería.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

El 2º es colocar á la derecha las mejores tropas y acometer con ellas, teniendo la izquierda momentáneamente fuera de tiro.

El 3º hacer lo mismo con la izquierda; ataque mas débil porque esta queda mas descubierta, atendido el uso de los escudos.

En el 4º atacan las dos alas vivamente y al mismo tiempo que las del enemigo, y el centro permanece detras, lo cual forma unas tenazas.

El 5º no difiere del precedente mas que en la manera de disponer las tropas ligeras, de modo que cubran el centro miéntras las alas atacan.

El 6º, al cual recurrieron los grandes generales cuando no tenian confianza en el valor ni en el número de las tropas, consiste en atacar con la derecha la izquierda del enemigo, miéntras lo restante del ejército se dispone en forma de asador ó sea de una Z.

El 7º es el saber aprovechar una posicion, desde la cual se pueda resistir á tropas mas valientes y numerosas.

Ya conocerá el lector lo mal determinadas que están estas distinciones.

La parte mejor de Vegecio son los consejos y las máximas generales que contienen principios seguros, que todavía no han perdido su utilidad. Véanse algunos:

« Cuanto mas se haya ejercitado y disciplinado al guerrero en los cuarteles, ménos peligro se correrá en el campo.

» No se dispongan nunca en batalla ordenada tropas cuyo valor no se haya experimentado en escaramuzas.

» Procúrese reducir al enemigo por hambre, por medio de sorpresas, mas que con batallas, porque en estas el éxito pende de la fortuna.

» Quítense al enemigo el mayor número de hombres que se pueda, y recíbanse bien todos los que se vengan á vuestro campo: porque ganaréis mas con tener los hombres con vosotros que con matarlos.

» Despues de una batalla fortifíquense los puestos ántes de dispersar el ejército.

» El mejor plan es el que está oculto para el enemigo.

» Aprovechar la ocasion es un arte en la guerra mas útil que el valor.

» El ejército adquiere fuerza en el ejercicio, y la pierde en la inaccion.

» No llevéis á vuestros soldados á una batalla ordenada, si no puede prometerse la victoria.

» El que juzga rectamente de sus propias fuerzas y de las contrarias, rara vez sucumbe.

» El valor prevalece sobre el número : una posicion ventajosa prevalece algunas veces sobre el valor.

» Maniobras siempre nuevas hacen temible á un general : una conducta demasiado uniforme lo hace despreciable.

» El que deja que se dispersen los suyos persiguiendo á los fugitivos, quiere perder la victoria.

» Segun que seáis fuertes en caballería ó infantería buscad un terreno favorable á esta ó á aquella arma; y el impulso mayor parta de aquella en que tengáis mas confianza.

» Deliberad con muchos lo que conviene hacer en general : decidid con muy pocos ó solo lo que debéis hacer en cada caso particular.

» Los grandes generales nunca dan batallas sino en una ocasion favorable ó por necesidad.

» Mas ciencia se necesita para reducir al enemigo por hambre que por el hierro.»

Tiene tambien otra obra *De rebus bellicis*, dedicada á Teodosio II, que contiene muchas noticias relativas á la hacienda.

Medicina.

Apénas puede llamarse ciencia la medicina de entónces, perdida en una multitud de encantamientos, fórmulas órficas y pitagóricas y figuras cabalísticas. Sexto Plácito Papiriense, que escribió un indigesto libro de recetas de medicamentos animales, y aun de las partes mas asquerosas, enseña á curar las cuartanas llevando encima un corazon de liebre, á prevenir los cólicos comiendo un perro cocido apénas acabe de nacer, ó sentándose cuando ataquen en una silla diciendo : *Per te diacholon, diacholon, diacholon*. Añade, que el que coma tres violetas está libre de enfermedad todo el año ; y que para curar la fiebre aguda, hay que cortar un pedazo de la puerta por donde haya pasado un loco, diciendo : *Tolle te ut ille N febribus liberetur*.

Marcelo de Sida en Panfilia dejó un poema en exámetros sobre la licantropia, y otros sobre los medicamentos sacados de los peces. Sereno Sammónico padre é hijo escribieron tambien de la medicina en verso. Vindiciano, conde de los archiatros de Valentiniano I, adquirió gran renombre, pero no nos queda de él mas que una carta con que encabeza la obra de Marcelo Empírico de Burdeos, médico de Teodosio. Este reunió las recetas *físicas y filatéricas* para que sus hijos pudiesen ejercer con ellas la caridad; pero tan buena intencion no compensa lo absurdo de la obra (1). Prescribe los dias en que han de prepararse las medicinas, las oraciones que deben decirse al principio del año y al primer canto de las golondrinas, y cómo debe usarse el *rhamnus spina Christi*, de milagrosas pro-

(1) Al que le éntre en el ojo un cuerpo extraño, debe tocarle diciendo tres veces : *Telune resonco bregan gresso*, escupiendo cada vez que se repite, ó bien : *In mondercomarcos axatison*. Para el orzuelo en el ojo derecho, debe tocarse este con tres dedos de la mano izquierda, escupiendo, y diciendo tres veces : *Nec mula parit, nec lapis lanam ferl, nec huic morbo caput crescat, aut si creverit tabescat*. Para el panadizo se debe tocar tres veces la pared, diciendo : *Pu, pu, pu : numquam ego te videam; per parietem repere*. Para el cólico dígase tres veces : *Stolpus a cœlo cedidit; hunc morbum pastores invenerunt, sine manibus collegerunt, sine igne coxerunt, sine dentibus comederunt*, ó bien se deben gravar en una lámina de oro con estos caractéres :

α * M Θ R J A
α * M Θ R J A
α * M Θ R J A

(c) Instituto Cervantes de Madrid

piedades, porque fué instrumento de la pasion del Redentor.

Oríbase, médico de Juliano y consejero de sus supersticiones, hizo á instigacion de este extractos de obras antiguas; pero lo poco que de él nos queda no añade nada á cuanto se sabía. Por lo demas, discurre con acierto sobre los ejercicios del cuerpo, comunes entre los antiguos, y sobre la educacion física que debe darse á los niños; recomendando, lo que nunca se repetirá demasiado, que se vigorice el cuerpo ántes de cultivar el espíritu, y que se deje á este en reposo hasta los siete años, entregándole entónces á los maestros, pero sin enseñarle gramática ni geometría hasta los catorce; despues se debe no dejarle en reposo para que no se despierte precoz en él el estímulo del amor.

Tenemos tambien de aquel tiempo una introduccion á la anatomía, modelada, pero no calcada sobre Aristóteles. En un escrito de Nemesio, obispo de Emesa, sobre la naturaleza del hombre, se pretende hallar indicada la circulacion de la sangre, donde quizá no habla mas que de la union general entre las arterias, las venas y los nervios (1).

Celio Aureliano de Sicca en Numidia, que vivió en el siglo III, escribió un libro sobre los males crónicos, y otro sobre las enfermedades agudas, sacados de los autores griegos; de tosco estilo, pero preciosos porque nos dan á conocer la medicina metódica, y por el mucho cuidado con que tratan el diagnóstico.

En tiempo de Teodosio II, Teodoro Prisciano escribió en latin y en griego un *Emporiston* de las enfermedades fáciles de curar, el *Logicus* sobre los indicios de los males crónicos y agudos; el *Ginecion* sobre las enfermedades de las mujeres, y un *Physicorum liber*, experimentos de física.

Un tal Vegecio trató de la veterinaria (*mulomedicina*), y Gargilio Marcial sobre los males de los bueyes, discurriendo sobre toda la economía rústica. Con el título de *Medicina pliniana* hay un libro, que sin razon se atribuye á C. Plinio Valeriano.

Despues de Constantino hubo archiatros palatinos, honrados con frecuencia con el título de condes del primer órden, y desde el siglo V equiparados con los duques ó vicarios. Valentiniano II mandó que cada uno de los catorce barrios de Roma tuviesen un médico, elegido entre otros siete.

(1) Véase el pasaje de que Almeloveen (*Invenia nova antigua*. Amsterdam, 1684), hace gran uso contra Harwey: Διαστελλομένη μὲν ἡ ἀρτνηρία ἐν τῶν παρακειμένων φλέβεν ἕλκει τῇ βὶα τὸ λεπτὸν αἷμα, ὅ περ αναθ υμιώμενον τροφὴ γίνεται τῶ ζωτικῶ πνέυματ. συστελλομένη δὲ τό αιθαλῶντοσες τό ἐν αὐτῇ κενοῖ διά καντος τοῦ σώματος καὶ τῶν ἀδήλων τὸρων.

CAPÍTULO XXIV

Bellas artes.

Ya hemos hablado largamente en otra parte sobre el orígen de la arquitectura (1); y hemos visto que lo mismo que las demas artes de utilidad positiva y de lujo, se amoldó á la naturaleza de los lugares, al clima y á los materiales. De los subterráneos de la India y de las pesadas construcciones de Egipto, pasó á Grecia á imitar las encinas de Dodana, y adornar las primeras casas fabricadas con estas; pero miéntras la arquitectura anterior pereció ó dejó de producir, la griega renació en sus propias cenizas, conservada con clásica fidelidad, ó trasformada con nuevas modificaciones.

Aunque se hallen vestigios de la bóveda en los edificios de la India y en Egipto en algun antiquísimo monumento helénico, la usaron muy poco los Griegos en los mejores tiempos. Esto impedia dar á los edificios una extension mayor de la que permitian los techos rasos de piedra, como ellos los hacian; ademas, no usando vidrios en las ventanas, no podian introducir en las habitaciones la luz sin lluvia ó aire. Por esta razon eran estrechos los templos; solo estaban iluminados por intersticios que se dejaban en el friso, y por la gran puerta ó por lámparas; de modo que no ponian gran cuidado en adornar su interior; acumulando en cambio toda la magnificencia en el exterior, circundándolos con uno ó dos órdenes de columnas, que ademas de adornar, servian para cubrir á la multitud, que no era admitida en el sagrario.

El mercado y el teatro, en que entraban todos los ciudadanos, tenian que ser muy capaces, por lo cual se dejaban descubiertos, lo que no era un inconveniente en atencion á la belleza del cielo, y á la costumbre de pasar la vida al aire libre. La constitucion democrática de aquel pueblo impedia que ninguno se distinguiese por habitaciones suntuosas (2); de modo que la ambicion y el amor al arte recaían enteramente sobre las construcciones públicas.

De aquí proviene la magnificencia de los edificios que poblaban la Grecia, y que, con tanta variedad en las particularidades, conservaron siempre el carácter original, llamados por unos pureza, y por otros debilidad. Considerábanse como parte principal las columnas, bastante cortas y sólidas para sostener las masas, y tan distantes entre sí como permitia la longitud de una viga ó de una imposta de mármol. Esto im-

(1) Lib. III, cap. 20. Véase tambien STIEGLICK, *Hist. de la arquitectura de los antiguos.*

J. G. LE GRAND, *Hist. générale de l'architecture, comparaison des monuments de tous les âges chez les différens peuples et théorie de cet art puisée dans les exemples, comme dans les grands effets ou productions de la nature.*

TH. HOPE; *Historia de la arquitectura.*

(2) Demóstenes acusa públicamente á Mídias porque su casa es mas elevada que las demas de Eléusis,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

pedia aventurarse á formas mas vastas, y así faltó la variedad inagotable que resulta de la curva del arco y de la bóveda.

Roma en sus principios tomó de los artistas nacionales la bóveda, que tiene mucho uso en las ciudades pelásgicas, y se empleó en los maravillosos acueductos y en las cloacas, que bastan para demostrar que la ciudad de los Tarquinos llevaba ya mucho tiempo de existencia.

No tenia esta tanta riqueza de mármoles como la Grecia, por lo cual construyendo con ladrillo, era mas conveniente la bóveda: y el arco llegó á ser el distintivo de la arquitectura romana: progreso importante, porque con este pueden unirse pilastras y paredes, mucho mas distantes de lo que permite un arquitrave de madera ó de piedra; y cubrir vastísimos espacios con techos tan sólidos como fáciles de construir. En todos los puntos en que fabricaron los Romanos se encuentran arcos; ya en el fondo de una plaza cuadrada ó alrededor de una circular, trazaron hemiciclos cubiertos de cúpulas abiertas por medio, ó las construyeron enteras con arcos concéntricos, ó á varios arcos pequeños circunscribieron uno mayor, ó los cruzaron en diferentes direcciones; y aun cuando al estilo griego sostuvieron los pórticos con columnas, formando el arco de una á otra, lo cubrieron con un arquitrave fingido. La curva debia ser en todo caso un semicírculo exactamente.

Esto basta para distinguir la arquitectura romana de la griega, y si bien tomó de esta algunas partes, las convirtió de esenciales que eran en ornamentales. La inflexible recta del arquitrave se avenia mal con el arco tirado desde una pilastra á la otra, ni la angulosidad del techo con lo convexo de la cúpula; los tríglifos y dentellones perdian su significado si dentro no tenian las vigas, cuya salida ó remate figuraban; pero los Romanos que en nada fueron inventores, no encontraron ningun modo original de adornar convenientemente la archivolta.

Aunque de Grecia vinieron la mayor parte de los artistas á Roma despues de sometida la Etruria, y aunque la imitacion griega aparece ya en el sepulcro de Escipion Barbato del año 456 de Roma, en que el tríglifo dórico está coronado de dentellones jónicos, todavía aquellos arquitectos tuvieron que acomodarse al gusto romano; y si introducian algo del griego, quedaba como pegadizo; y de aquí nacia un género bastardo que agradaba al gusto de un pueblo, que muy léjos de tener el sentimiento de lo bello, dote de los Griegos, se contentaba con acumular sin pretender reducir á unidad. Cuando la victoria le proveía de obras insignes de arte, de columnas y de frisos, mandaban á los arquitectos que las acomodasen á los edificios, fuese ó no posible combinar estas partes antiguas en el pensamiento original. La columna, parte primaria de la arquitectura griega, no quedó en Roma mas que como un ornamento destinado á interrumpir el muro continuado que debia sostener el peso perpendicular y juntamente la presion oblicua da la bóveda. Pudo, pues, elevarse sobre un pedestal, incómodo para los transeuntes, y que á veces, como en los arcos de triunfo, se elevaba hasta una gran altura entre el entablamento y la base, disminuyendo en figura como en importancia. En vez de servir de apoyo al arquitrave, sostenia lo que ya sostenia la pared, de modo que parecia mas bien que sobresalia para dar mas solidez, y quedaba á la vista ménos determinada la figura del capitel. Aun en el Panteon la columna está en lo interior de un arco independiente de ella y de la cornisa, de modo que solo sostiene á esta, y esta nada; demostracion clara en su intimidad.

El fronton, que entre los Griegos era contínuo, presentando la línea recta y el pináculo formado por los extremos del techo, cambia de objeto en la arquitectura romana, y aparece algunas veces debajo de la cornisa ó sobre una puerta, una ventana ó un nicho; así en Balbek está en lo interior de un pórtico. Tambien algunas veces en lugar de un fronton grande se ponian muchos pequeños, truncados, redondos ó debajo de otros mas grandes, como en el castel dell'Aqua en Roma, en el templo de Diana en Nímes, en el del Sol en Balbek, y en el palacio de Diocleciano en Salona.

Estas y otras variedades introdujeron los Romanos en los desórdenes; y como el dórico era demasiado severo para modificarse, le usaron raras veces, y dieron este nombre á un órden que carecia de sus rasgos mas característicos: en el jónico desapareció la diferencia entre el frente y los lados de la voluta, en que consistia principalmente la belleza de su capitel; el corintio se trasformó en el compuesto; el óvalo fué truncado por la parte superior, y los dentellones cortados por la parte inferior; y se mezclaron los órdenes como en el teatro de Marcelo, en que la cornisa jónica se apoya en una columna dórica. Vitrubio se queja de que miéntras los Griegos no se separaban nunca de lo posible y del pensamiento original de la cabaña de madera, los Romanos no quisiesen atenerse á estas pequeñas conveniencias, poniendo en las cornisas inclinadas de sus frontones los dentellones bajo los modillones, y todo ello de capricho.

Tales defectos se advertian en los mejores tiempos, si puede llamarse defecto el apartarse de reglas arbitrarias; pero es preciso confesar que la arquitectura romana con la curva de sus arcos dió mucha variedad á la cabeza de las líneas rectas, de las superficies planas y de las formas angulosas de Grecia. Presto, sin embargo, se inclinó á lo peor: y el arco que Tiberio erigió á su antecesor es ya desproporcionadamente largo, sostenido por pilastras de muro, con dos colomnas delgadas, entre las cuales se extendia un fronton mal impostado; el de Trajano en Ancona peca por el defecto contrario, estrechado entre los pilares; ademas de que sus altísimos basamentos se sobrecargaron de inútiles molduras. Aun da idea de peor sentimiento del arte

(c) Instituto Cervantes de Madrid

la puerta de los Bórsari en Verona, edificada probablemente en tiempo de Alejandro Severo, con las columnas de estrías torcidas, y redondos y triangulares alternativamente los frontones que coronaban los nichos. En el palacio de Spalatro el arco nace de la columna sin cornisa; y si pudiera mirarse como un progreso esta supresion de un miembro inútil, es por otra parte defectuoso el colocar la columna sobre modillones en vez de pedestales; y una fila sobre otra sin una línea continuada que indique un entablamento interior; y cornisas que, en vez de pasar horizontalmente de una á otra columna, se encorvan con el friso alrededor de un inmenso arco. Añádese á todo esto los adornos, prodigados sin medida, significacion ni efecto, como se ve tambien en Palmira donde la multitud de columnas y de frisos degenera en superfluidad y confusion. Tanto mas cuanto que la escultura decayó muy rápidamente, de modo que los gigantescos modillones de mármol que adornan el magnífico templo de la Paz, no aventajan á las obras de los siglos bárbaros; y en tiempo de Constantino habia tal escasez de artistas, que tuvieron que derribarse las fábricas antiguas para dar esculturas á las nuevas, y especialmente á Constantinopla, sobre todo cuando aquel emperador pensaba como Julio II que los edificios debian surgir ya hechos, no construirse. El arco de triunfo elevado en memoria de sus batallas es considerado en su conjunto mas majestuoso que el de Séptimo Severo; pero los adornos fueron tomados del arco y del foro de Trajano, y se asociaron mal con los contornos que produce la gracia. Carecen de este completamente las imágenes del Salvador y de los doce apóstoles de plata que hizo colocar en San Juan de Letran, y otras estatuas de su época que existen en el Capitolio, lo mismo que las medallas y monedas. Mandó quitar la cabeza á una estatua de Apolo para reemplazarla con la suya, que fué posteriormente derribada por un rayo en 1100. El arco que se le levantó en Tesalónica es mas grandioso que el de Roma, y está mas cargado de bajos relieves por todas partes.

La columna erigida á Teodosio el Grande es muy inferior á las de Trajano y Antonio, segun podemos colegir de los dibujos de Bellini. El pedestal del obelisco egipcio colocado en el hipódromo de Constantinopla, donde está representado con sus hijos, rodeado de su corte, y en el acto de asistir á los juegos públicos, es una gran prueba de decadencia. Por aquel tiempo se fundieron las puertas de bronce de San Pablo, destruidas hace poco, con figuras y arabescos contorneados de plata; pero su riqueza no basta á disimular la decadencia del arte.

Si la ley que exime á los pintores y á sus familias de los alojamientos militares (1) muestra la solicitud de Constantino, hay otros que atestiguan cuánto se iba perdiendo el culto de lo bello entre el pueblo, pues que fué preciso prohibir que se demoliesen los mausoleos, los arcos y las columnas por mero capricho ó por necesidad de edificar (1); y hasta hubo que instituir un magistrado para defender á viva fuerza los monumentos públicos (2).

Arte cristiano.

El arte cristiano, al salir de las catacumbas donde habia hecho sus primeros ensayos, pudo fabricar templos y hermosearlos con ornamentos é imágenes. Constantino regaló al papa Silvestre el palacio de Letran para que residiese en él y celebrase las ceremonias del culto; y el pontífice mandó fabricar un baptisterio octágono, consagrado á San Juan Bautista, que dió nombre á la vecina iglesia, la cual ha experimentado despues grandes variaciones; pero todavia el papa toma allí posesion de la ciudad y del mundo (*urbis et orbis princeps*). Destruido luego el circo de Neron, Constantino elevó en él una igiesia al Príncipe de los apóstoles, como tambien la de San Pablo, fuera de murallas, y las de San Lorenzo y Santa Ines. Esta última, edificada en un valle sembrado de catacumbas, entre las vias Salaria y Nomentana, fué convertida posteriormente en capilla fúnebre, donde se depositó á Constanza, hija del emperador, en un magnífico sarcófago del pórtico, adornado de alegorías báquicas. Iguales símbolos aparecen en el mosáico del baptisterio redondo que está junto á la iglesia; no porque al principio estuviese consagrado al dios del vino, sino porque los pámpanos y las vendimias eran símbolos cristianos.

De órden del mismo emperador ó de su madre fué edificada una iglesia en el monte de las Olivas, otra en Betlen y otra en el Santo Sepulcro, probablemente por arquitectos que habian visto á San Pablo de Roma; de suerte que la imaginacion no se abandonó á los delirios de los Orientales. Constantino construyó algunas en la nueva capital de su imperio, como Santa Sofía, los Santos Apóstoles, Santa Dinamia, Santa Irene, y si creemos á Gregorio de Tours, levantó una magnífica en Auvernia. La rapidez que exigia en las fábricas, fué cuasa de que todas se desmoronasen á poco, á excepcion quizá tan solo de las iglesias de San Juan y Santa Constanza.

La iglesia dedicada en Roma á Santa Prisca, en el mismo sitio donde se elevaba el palacio de esta, que habia sido bautizada por San Pedro, y era considerada como la primera mártir, tiene alguna semejanza con las catacumbas, pues en ella se encuentran un sepulcro, un altar y una capilla. La de San Clemente, anterior á Teodosio, es uno de los restos mas antiguos de aquella arquitectura; conserva la forma ritual en toda su pureza, y está rodeada de un atrio de columnas con un pronao; dentro tiene tres naves; la del medio con treinta y cuatro piés de

(1) *De excusatione artificum.*

(1) *Cod. Justin.* XIII y siguientes *De sepul. viol.* — *Cod. Theod.* IX, 17; XVI, 49.

(2) *Centurio nientium rerum.* AMM. MARCEL L. XVI, 6.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

elevacion, la de la derecha con trece, y la de la izquierda con diez y ocho (anomalía no rara); conduce á la tribuna una ancha escalera, debajo de la cual se halla la confesion con las reliquias: San Silvestre, San Hermes y San Martin de los Montes en Roma fueron tambien construidos sobre oratorios subterráneos.

Gala Placidia, hija de Teodosio, quiso que la iglesia de San Nazario y San Celso, en Rávena, imitase á los hipogeos, y mandó preparar sepulcros para ella, para su hermano Honorio, para su esposo Constancio y para su hijo Valentiniano III.

Uno de los primeros templos paganos trasformado en iglesia fué San Urbano, fuera de la puerta Capena, mas arriba de la fuente de Egeria, todo de ladrillo, con un pórtico de cuatro hermosas columnas. Á Leon el Grande se atribuye el de San Pedro Advíncula; pero no sabemos de dónde tomó aquellas columnas de órden dórico, mucho mas elevadas que las de Presto y que llegan con el capitel á casi ocho veces su diámetro.

El emperador Constantino y sus primeros sucesores no destruyeron los templos paganos, ni mudaron su destino; y solo despues de haber asegurado Teodosio el triunfo del Cristianismo, fué necesario levantar templos en todas partes, pues que habia tantos fieles como ciudadanos. Sin embargo, los templos de los dioses eran pequeños, segun hemos dicho en otro lugar, no estando destinados para contener la mutitud, sino únicamente para el cumplimiento de las ceremonias, y su número se habia aumentado en Roma por la afluencia de adoradores de tantas divinidades, si bien no habian llegado á ser mas espaciosos.

Mal podian, pues, convertirse en iglesias cristianas, donde el pueblo entero se congregaba á fin de tomar parte en la oracion y sacrificio, ó para oir las verdades de la fe y de los preceptos de la moral. Ya se necesitaba de mas anchas naves, de suerte que se creyó conveniente dedicar las basílicas al nuevo culto.

Basílicas.

El lector recordará que estas eran unos recintos cubiertos, donde se reunian los mercaderes para tratar de sus negocios, los oradores para discutir y los jueces para dictar sus sentencias; Plinio contaba diez y ocho en Roma (1). Al paso que los templos en su mayor parte se hallaban rodeados exteriormente de columnatas, parece que las basílicas no presentaban sino paredes desnudas en forma cuadrilonga, y estaban divididas en tres naves por dos hileras de columnas que iban á parar á un semicírculo, elevado sobre algunas gradas, y cubierto con un hemiciclo á modo de nicho, que se llama en griego *absis*, y en latin *tribunal*, de donde proviene cabalmente el nombre de nuestros tribunales, pues que allí tenia asiento el magistrado, al que rodeaban los jueces, ocupando el frente los abogados. En los gabinetes contiguos estaban los escribanos ú otros funcionarios que resolvian ó conciliaban las diferencias suscitadas entre comerciantes: algunos tenian balcones ó tribunas para comodidad de los espectadores.

Nada podia convenir mejor á las reuniones de los Cristianos, tanto por la capacidad como por la distribucion, colocándose el altar en medio del tribunal, en la cátedra del magistrado el obispo, en torno de este el clero, y en los demas del edificio los fieles, segun el órden siguiente: los hombres al Mediodía, las mujeres al Norte, los catecúmenos en medio, y en las tribunas las viudas y las vírgenes devotas. Dícese que la primera basílica dedicada al culto cristiano fué en Roma la Porcia, llamada así á causa de L. Porcio, cónsul el año 564 de la fundacion de Roma; y hay quien pretende que sirvió de modelo á las iglesias, que tomaron de ella hasta el nombre.

Miéntras que el Papa Liberio, en union de un senador romano, formaba el proyecto de Santa María la Mayor en Roma, cayó nieve á la mitad del mes de agosto, y un ángel trazó sobre ella el plano del edificio. Esta leyenda prueba que se atribuía á la figura de los templos un orígen superior al capricho del artista. En efecto, todo parece haber sido ritual en las construccionos cristianas, como antiguamente el templo hebreo; y las primeras iglesias se formaron por el modelo de este, leyéndose en las Constituciones apostólicas, obra del siglo IV, que San Pedro quiso que las iglesias se pareciesen á una nave, con dos pastoforias ó sacristías á la extremidad, en medio de las cuales se sentaban el obispo y los sacerdotes, permaneciendo en pié los diáconos vestidos ligeramente, á modo de marineros dispuestos á bogar; cuidando de que los legos estuviesen colocados en buen órden, las mujeres separadas de los hombres, y que escuchasen en silencio las lecturas y la explicacion del obispo, que representaba al piloto. En el lado por donde entraban los hombres habia porteros, y en el destinado á las mujeres, sacerdotisas.

Cuando los Cristianos tenian la eleccion del sitio, construían las iglesias en las alturas, dos veces mas largas que anchas, con la cabecera hácia el Oriente, y los piés á Occidente, símbolo del progreso católico, que alejándose de la inmovilidad oriental, se encaminaba al libre desarrollo; pero ningun rito les obligaba á fabricarlas de esta manera.

Primeramente se encontraban el atrio ó paraíso, pórtico de columnas (1), tan ancho como la iglesia, y que, cuando se abandonaron las catacumbas, se convirtió en el lugar de reposo de los muertos, colocados allí con la cabeza vuelta hácia Levante, esperando la resurreccion. Los ricos podian obtener sepulcros separados en

(1) *Hist. nat.* VI, 33.

(1) Aun se ve en Roma, en San Lorenzo, en San Jorge de Velabro, en Santa María de Transtivera, y algo modificado en San Juan de Letran, Santa María la Mayor, etc.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

aquel mismo sitio, pero los obispos eran sepultados en las naves. La familia imperial lo era bajo el umbral sagrado; por lo que decia San Juan Crisóstomo, que los reyes se habian trasformado en porteros de los pescadores. Á veces el atrio formaba un patio cuadrado como el, que se ve delante del templo del Sol en Balbek y en la capilla de Ísis en Pompeya, y como existe en muchas iglesias cristianas (1).

El templo pagano carecia de ventanas lo mismo que las casas, y recibia la luz por las puertas ó por una abertura en el techo ó por medio de lámparas; tanto que el grupo mas notable de la antigüedad fué hallado en un aposento de los baños de Tito, adornado de mármoles preciosos, pero donde no entraba la luz del dia. En los templos cristianos se construyeron ventanas redondas y abovedadas, que trasmitian una luz, templada por vidrios que representaban al pueblo historias del Antiguo ó del Nuevo Testamento.

En lo exterior no se veían columnas, ni molduras, ni soportal alguno, á excepcion del techo, sino paredes desnudas, cuya sencillez y armonía daban al edificio cierto aire de majestad.

La iglesia estaba dividida en tres zonas: en la primera (*narthex*, *ferula*, *pronáos*) inmediata á la puerta, tomaban asiento los penitentes no excomulgados, y los catecúmenos que oían el Evangelio sin poder asistir al sacrificio. La segunda (*nave*, *naos*) recibia á los iniciados, y estaba separada de la primera por un muro trasversal de tres puertas; la de la derecha servia para los hombres, la de la izquierda para las mujeres, y la del centro para las procesiones.

En la nave del centro, mas elevada ó mas baja, destinada á las ceremonias religiosas, se colocaban los levitas y los tres coros cantantes alrededor de los tres ambones, uno de los cuales servia para la orquesta, otro para la epístola, y el tercero para el Evangelio. La lectura de este, así como la de los cantos de los obispos, era privilegio de los diáconos. Delante de los ambones, frecuentemente de piedra, octágonos ó cuadrados (2), con mosáicos y esculturas, estaba la columna del cirio pascual.

La silla del obispo, detras del altar, ocupaba el centro del abside, que se llamaba presbiterio, y cuya bóveda era dorada. Al lado se hallaban los pastóforos. Esta cátedra estaba tres gradas mas alta que los asientos de los sacerdotes mayores; de modo que el obispo podia dominar con la vista por encima del altar á la multitud allí congregada. Á la extremidad de las naves menores se hallaban el *senatorium* y el *matroneum* para los patricios y las damas.

La tercera zona era el sagrario (*cella*, *hierathion*), separado del resto del templo por un arco taiunfal. Subíase á él por tres escalones, sobre los cuales caía el velo pintado, y no era permitido penetrar allí mas que el sacerdote. Debajo estaba la confesion, cripta de los huesos de los mártires, en la que se apoyaba el altar único, consagrado al Dios tambien único. Encima estaba suspendida la paloma de la Eucaristía, y alrededor se veían lámparas de diferentes figuras, adheridas al baldaquino en forma de triángulo griego, sustentado por cuatro columnas y llamado sagrario.

En la forma general se introducian muchas variedades particulares. Nos queda la descripcion de la iglesia de Tiro, derribada como todas las demas en tiempo de Diocleciano, y que los habitantes de aquella ciudad quisieron reedificar despues del reinado de Constantino, en el mismo lugar donde tuvo asiento, aunque mas espaciosa y adornada. Hallábase rodeado el edificio de un muro, y se entraba en él por una galería abierta hácia el Oriente, tan elevada que parecia invitar á los fieles desde léjos. En seguida se llegaba á un gran patio cuadrado, que tenia á cada lado atrios de columnas, donde los catecúmenos estaban cerrados por celosías que permitian circular el aire. Los fieles podian purificarse en las fuentes que brotaban en medio del patio, despues del cual se encontraba el pronáos con tres puertas hácia el sol saliente. La del centro, de mas elevacion y anchura, con impostas de bronce unidas por planchas de hierro y cinceladas, daba entrada á la nave mayor, acompañada de otras dos mas bajas, que recibian la luz de ventanas guarnecidas con un enverjado de madera artísticamente esculpido. La basílica estaba sostenida por columnas mas elevadas que las del perístilo, y adornada ademas con preciosas obras: el pavimento era de mármol y la techumbre de cedro: una balaustrada separaba á los fieles del santuario (1).

Como se empleaban columnas arrancadas de diversos edificios, y por consiguiente desiguales, en vez de acortar las demasiado largas, ó de levantar por medio de un pedestal las cortas, se desterró el arquitrave y se echaron de una á otra arcos que partian inmediatamente de su cima; método conocido ya acaso, si bien desde entónces fué de uso general.

Á la basílica de San Pablo, fuera de murallas (2), se llevaron veinticuatro columnas de mármol violado que pertenecian á la Mole de Adriano, cuyos elegantísimos capiteles contrastaban con la rudeza de las otras diez y seis columnas, añadidas quizá cuando la ensancharon Teodosio y Arcadio. Aquellas columnas dividian la basílica en cinco naves, que con otra trasversal en la parte superior formaban una especie de cruz; ofreciendo las cuatro hileras una perspectiva mucho mas grandiosa y magnífica

(1) San Clemente, los Cuatro santos coronados, San Lorenzo, en Roma; San Apolinar y San Juan de la Sagra in Classi en Rávena; la catedral de Parenzo en Istria; San Ambrosio de Milan... Esta última, San Cenon de Verona y Santa María Torcello son las iglesias de la Italia Superior que conservan mas analogía con la antigua basílica.

(2) Para el de San Ambrosio de Milan sirvieron dos arcas funerarias, sobrepuestas la una á la otra.

(1) Eusebio, *Hist.* X, 3.

(2) Fué consumida por las llamas el 21 de julio de 1832.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que los perístilos exteriores de los antiguos (1). Aquí los arcos partian de las columnas, en oposicion al estilo mas puro. En Santa Constanza las columnas eran gemelas, no en el sentido de la circunferencia, sino segun el radio de la rotunda; como las que se ven en una iglesia cerca de Nocera de los Paganos, en otra cerca de Bonn, cuya construccion se atribuye á Santa Elena, y en muchas posteriores.

Despues se multiplicaron las iglesias en Roma (2), y sería fácil seguir paso á paso á la arquitectura en su decadencia y en su renacimiento, porque no hubo siglo por desventurado que fuera, en cuyo curso no edificára por lo ménos una la magnificencia ó la piedad de los pontífices.

Tambien fueron construyéndose en las demas ciudades á medida que el Cristianismo se establecia en ellas, y tanto en el trazado como en la elevacion y en los ornamentos conservaron la forma ritual. Cuando luego el culto no se limitó á honrar á un solo mártir, creció el número de los altares, y se alteró la sencillez del dibujo con la interrupcion de las bellas líneas; mucho mas al introducirse la pompa profana de los mausoleos.

(1) J. Ciampini *Synopsis de sacris ædificiis à Constantino constructis*. Roma, 1691.

(2) Calcúlese que se construyeron en Roma:

en el siglo II	Iglesias.	2
III	»	9
IV	»	17
V	»	8
VI	»	12
VII	»	5
VIII	»	11
IX	»	7
X	»	1
XI	»	7
XII	»	8
XIII	»	16
XIV	»	8
XV	»	30
XVI	»	93
XVII	»	62
XVIII	»	7
Total.		303

EPÍLOGO

Enseñados desde la infancia á admirar á la gigante Roma en una majestuosa literatura llena de su grandeza y en historias idólatras de ella, donde, asiéndolas del derecho, se exageran á la posteridad sus virtudes, se justifican sus culpas, y se emiten ideas falsas é inhumanas de la libertad, de la gloria, del derecho de conquista, conducidos luego á meditar sobre aquella legislacion, que asombraba todavía despues de tantos progresos en la ciencia de la jurisprudencia y en la práctica del foro; rodeados todos de los admirables restos de aquella civilizacion, y en especial los Italianos, que consideramos como gloria patria la magnificencia y los triunfos de aquellos á quienes acostumbramos llamar nuestros antepasados, no es extraño que nos cueste trabajo desprendernos de juicios aceptados sin discusion y convertidos en sentimientos; y que experimentemos repugnancia hácia las personas que nos arrancan tales ilusiones, y que reemplazan las hermosas frases con los hechos en toda su desnudez, el esplendor con la justicia, la gloria con la humanidad.

Sin embargo, ¿cómo nosotros, llenos de fe y esperanza en los progresos qne hace el género humano, aprendiendo y mejorándose siempre, seríamos capaces de negar el inmenso influjo que Roma ejerció en los adelantamientos de nuestra especie? Al fraccionamiento de los comunes sustituyó la idea de nacion, á los hombres un pueblo, pueblo rey; derribó mil barreras que separaban á las poblaciones; aproximó civilizaciones muy diversas, á fin de que se sirvieran mutuamente, y preparó el tiempo en que debia sucederle una dinastía de naciones, reinando, no ya por la fuerza, sino por la inteligencia.

Las sibilas no habian predicho la necesidad de este cambio, que tampoco columbraron los filósofos ni los estadistas; léjos de eso, se irritaban con los Cristianos que la predicaban, y Roma moria persuadida de su inmortalidad, á impulso de la fuerza, ella que por la fuerza habia vivido.

Moria dejando á las edades futuras un legado inmenso. En todas las comarcas de Europa adonde pudo llegar, fundó ciudades que se convirtieron en focos de civilizacion, y que fijaron primeramente en el terreno la oleada de los Bárbaros, encontrándose despues con los obispos y los comunes en aptitud de resistir á la tiranía feudal (1).

Su literatura quedó con objeto de estudio al lado de la literatura nacional, y sirvió para formar la educacion de los nuevos pueblos europeos que experimentaron todos su influjo, aun aquellos que ménos quisieron confesarlo. El Homero de la edad média se hacía guiar por Virgilio en su maravilloso viaje.

Su idioma sobrevivió, ofreciendo, conservado por la Iglesia, el ejemplo de una lengua universal, no como una quimera filosófica, sino como un hecho; ó engendrando, modificado por los dialectos primitivos, las lenguas modernas, mas lógicas aunque ménos majestuosas, mas claras si ménos poéticas.

Sus leyes servian de modelo, siendo mantenidas al principio y modificadas en la Iglesia, é

(1) Véase cuán distinta fué la marcha de las cosas en Polonia y en Escocia, donde no hubo ciudades romanas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

introduciéndose luego en las escuelas y en la sociedad seglar para dar norma á los actos, á las transacciones, á los contratos, suministrando grandiosos modelos de órden y de equidad, aun cuando encadenasen á veces el pensamiento.

Habiendo encontrado al mundo europeo dividido en municipios sin unidad, Roma los sofocó, agregándolos á ella, pero al mismo tiempo los organizó: y cuando llegó á disolverse, aquellas instituciones quedaron reducidas, es cierto, á una simple administracion; pero mezcladas á los elementos septentrionales y vivificadas por las inmunidades eclesiásticas, produjeron los concejos de la edad média, y la época mas gloriosa de la Italia.

La idea de un poder central, capaz de moverlo todo, fué dejada tambien en herencia por Roma, parte en la administracion aun subsistente, parte en los recuerdos; y los pueblos bárbaros aspiraron á imitar á la que admiraban, sin poder igualar nunca, debiéndose á ella el renacimiento de un imperio cristiano en tiempo de Carlo Magno, y el que legistas populares opusiesen á las jurisdicciones feudales sin freno la preponderancia de un supremo poder.

¡Cuántas lecciones proporciona el acrecentamiento, la grandeza y la decadencia de Roma á aquellos que consideran al hombre y admiran su poder, ménos en el abuso ilimitado de la fuerza que en las lentas conquistas del derecho! La hemos seguido paso á paso, procurando desembarazarnos de las opiniones concebidas de antemano, simpatizando con los oprimidos, con los vencidos, con el pueblo. ¿Es, pues, extraño que nuestros juicios sean diferentes de los que forman los admiradores de la violencia, del triunfo y de los héroes? ¿Debe sorprender el que la Via Sacra y el Capitolio nos hayan ocupado ménos que la Suburra y las catacumbas? ¿que nuestra admiracion respecto de la Roma de César no haya sido tan grande como nuestra insistencia en observar su agonía? ¿Hay espectáculo mas instructivo que el de una sociedad moribunda, y el de otra naciente? ¿Y cuándo ha ofrecido la historia ocasion mas oportuna de considerarlo?

Nos hemos detenido largamente en meditar acerca de la lucha entre el mundo oriental, el cristiano y el germánico; en ver al Cristianismo, al helenismo, á la filosofía y á la barbarie disputándose la posesion del mundo. El helenismo, herido en el corazon, trató en vano de regenerarse, adoptando lo mejor que hallaba en su enemigo; tronco carcomido que no atraía ya los rocíos del cielo, y que semejante al upas cubria la tierra con una sombra mortífera que destruía todo sentimiento de amor y generosidad, ¿cómo habian de recibir el ingerto del olivo destinado á vivificar el mundo? Cuando cesó de matar, se armó de argumentos en las escuelas, se adornó con símbolos en los templos, invocó obstinadamente en su ayuda las preocupaciones de la aristocracia ó los hábitos del vulgo; pero, apénas le faltó el apoyo de la legalidad, espiró en las catacumbas donde el Cristianismo se habia engrandecido (1).

Sabiendo este que la resistencia es un delito cuando cesa de ser un deber, para no provocar á los tiranos, habia derramado primeramente su sangre en silencio y con el perdon en los labios; pero tan pronto como adquirió robustez y lozanía en los tormentos y en los varoniles deleites de la abstinencia y de la soledad, levantó la voz en medio del estruendo de las armas; de creencia personal é interior, se trasformó en institucion con su gobierno, sus rentas, su representacion, sus asambleas, de suerte que pudo ya desprenderse de las trabas de la sociedad civil.

Esta permaneció pagana en el fondo; en las instituciones, en las leyes, en las costumbres, tal como nació y logró desarrollarse; por lo que el imperio, aun reconociendo el Evangelio, marchó en un órden diferente del suyo. No se proponia su derrumbamiento el Cristianismo, pues propendia á mejorar los hombres para que se hiciese mejor la sociedad; y no á corregir á aquellos por medio de esta, como lo habian practicado hasta entónces los sabios. De consiguiente no hizo cesar de golpe la guerra, la esclavitud, la obediencia pasiva. ¿Qué fuerzas poseía para esto? No determinó las relaciones de conciencia entre reyes y pueblos, en atencion á que aun no habia naciones cristianas, sino solamente individuos. Todavía se hallaba el gobierno en manos de emperadores, que eran jefes de los ejércitos y del Estado, pontífices y dioses, con un Senado dispuesto á aprobarle todo, y un ejército pronto á lanzarse á todas las empresas. Pero la Iglesia declaró que hasta los emperadores dependen de un Dios que los encumbra y los derroca á su albedrío: la rigidez de la ley romana hubo de plegarse á las leyes cristianas, esto es, á la moralidad y á la justicia. Los Césares no eran lanzados del trono sino del altar y de la sede pontificia; y junto á la sociedad que debia perecer, se levantó como modelo otra nueva enteramente distinta, fundada en la igualdad de los hombres, con una jerarquía electiva, sin nobleza ni privilegios hereditarios, en la que los honores, la consideracion y el poder se hallaban apoyados en la única base legítima, el mérito.

Á pesar de todo, no se la podia denominar sociedad cristiana, miéntras que los depositarios de la nueva doctrina no lográran apoderarse del hombre en la cuna, apartarle de las ideas del antiguo órden de cosas, trasformadas en costumbres, é infiltrar en su alma las del nuevo, con los preceptos recibidos en el regazo materno. Esto no se podia conseguir, en tanto

(1) Repitámoslo; en esta historia consideramos al Cristianismo como una inmensa fuerza civilizadora. La santidad de sus dogmas es demostracion que corresponde á otras ciencias: la historia limita á mirarlo como religion de libertad y de progreso; y no cree insistir nunca bastante en encarecer el inmenso cambio que ha traido al mundo.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

que permaneciese en pié la ciudad romana; la cual, constituida por la fuerza, solo por la fuerza podia ser derribada.

Si es un gobierno libre, no aquel en que el hombre está exento de toda norma, sino aquel en que el yugo de la fuerza se ha convertido en regla moral, la sumision ciega en creencia nacional, y el suplicio en expiacion, deberemos decir, que el derecho canónico en su integridad conducia mejor á la emancipacion que las leyes romanas. Los Cristianos resistian, porque temian mas á Dios que al hombre; los individuos y las naciones sabian que si eran perseguidos en un lugar, podian buscar en otro un abrigo á sus conciencias. Miéntras que los Romanos decian, que *lo que agradaba al príncipe tenia fuerza de ley* (1), y Aristóteles *que valia mas á una ciudad ser gobernada por un hombre que por buenas leyes* (2), los maestros del Cristianismo enseñaron, que convenia desear en todos los países instituciones tales que no fuese posible al jefe tiranizar á los súbditos (3); y San Agustin porclamaba, que los gobiernos habian sido instituidos por el pueblo y para el pueblo. « Los reyes y los señores (dice) no to-
» maron este nombre de reinar y señorear, sino
» de regir; así, pues, reinado se deriva de rey,
» y rey de regular. El fausto de los príncipes
» debe considerarse, no como atributo del que
» rige, sino como orgullo del que domina.....
» Dios, que ha hecho al hombre racional á su
» imágen, quiso que dominase á las criaturas
» irracionales y no al hombre. Por eso los pri-
» meros justos fueron pastores de rebaños, mas
» bien que reyes de hombres; queriendo Dios
» darnos á conocer de este modo lo que era
» conforme al órden de las criaturas y á las
» consecuencias de los pecados (4). » No he encontrado estas ideas de libertad en las obras de los sabios antiguos; ni tampoco una potestad clara contra la pena de muerte (5). Agustin pidió al tribuno Marcelino el perdon de algunos sectarios, proponiendo en lugar de la muerte una prision donde se les hiciese abandonar la actividad maléfica, y dedicarse al trabajo útil, y á pasar de la locura del delito á la razon y al arrepentimiento.

Vése aquí bosquejado el sistema penitenciario, gloria ó esperanza de nuestro siglo de humanidad: en las asambleas parroquiales, diocesanas, ecuménicas, aparece el gobierno representativo, celebrado como la mas alta concepcion de la filosofía política, y término del progreso social: en la comunidad de los fieles, se encuentran la libertad y la igualdad; y la monarquía electiva en la Iglesia, cuyos jefes, aunque escogidos entre el pueblo, obtienen una obediencia completa. Hasta los que han parecido sueños de espíritus benévolos ó de utopistas, á saber, la lengua comun y la paz universal por medio de congresos, fueron realizados en lo posible en la sociedad cristiana, con el uso de la lengua latina y los concilios.

En estos, prelados inermes osaban contradecir á los emperadores; y miéntras que los senadores competian en cobardía, ellos oponian á los decretos la voz de la conciencia. El concilio de Nicea es el primer ejemplo dado al mundo de una asociacion de todos los pueblos conocidos, diferentes por las leyes, por los usos, por la civilizacion, unidos en una misma fe; y sin embargo, independientes, enviando diputados populares á discutir cómo se debe creer, adorar, obrar. Allí fueron reconocidos muchos derechos; se proclamó un símbolo de unidad universal, que coronó las mas sublimes doctrinas de los tiempos antiguos; tanto, que desde aquella asamblea, la civilizacion del entendimiento humano siguió un nuevo rumbo.

Desterrada la libertad de todas partes por el funesto influjo del egoismo, se refugió en el santuario, protegida por la fe de Aquel por quien reinan los reyes. Á primera vista parece despótico el gobierno de la Iglesia, que impone lo que se debe creer, extiende su imperio sobre la conciencia y proscribe la herejía; pero su infalibilidad procede de un principio superior al hombre y capaz de satisfacer la razon: obra en todas las cosas públicamente por medio de cortos concilios, discusiones, hasta el punto de que cada determinacion es tomada despues de una deliberacion en comun. Las mismas herejías prueban cuánta actividad reinaba en aquel cuerpo, en que la autoridad parecia deber sofocarla. *Jamas sufriré la servidumbre del espíritu*, decia un obispo (1); *me parece, que se rebaja demasiado el que está obligado á ocultar su pensamiento.*

El Cristianismo habia sentado como base de toda doctrina lo que hay de mas general en las creencias y en la razon humana. De consiguiente solo restaba que trabajase en los entendimientos á fin de elevar la ciencia sobre tan inconcuso fundamento, resultando de aquí la regeneracion completa del saber y el inmenso progreso, que es fruto de la armonía. Desgraciadamente la opinion individual ocupó en breve el puesto de la fe universal; y entre problemas imposibles de resolver, se consumieron el tiempo y las fuerzas, para construir sistemas inciertos en cuanto al derecho, y efímeros por lo que atañe al hecho; el carácter de la universalidad se extravió en reformas parciales, y las especulaciones no fueron ya un engrandecimiento del órden de la fe bien asegurada, sino un retroceso á teorías particulares, á escuelas exclusivas, á hipótesis gratuitas.

Á pesar de que las condiciones de la sociedad de entónces y los infortunios que sobrevinieron retardaron los frutos que debian recogerse, quizá no existia una sola mejora de los tiempos

(1) *Quod principi placuit, legis habet vigorem.*
(2) ARISTÓTELES, *Polit.* III.
(3) SANTO TOMAS, *De regim. principum.*
(4) *De civ. Dei*, XII, 2; XV, 1.
(5) Véase ántes pág. 744.

(1) SIDONIO, *Ep.* VIII, 18.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

mas civilizados que no se encuentre, á lo menos en gérmen, en los libros de los Santos Padres. Habiendo sucedido á los apóstoles y á los mártires, para sostener con la sabiduría y con la palabra las nuevas creencias, que habian nacido con el pueblo, desarrollándose tambien entre el pueblo, rompieron el perpétuo círculo de la imitacion, en que habia estado como encantada la literatura profana, y formaron el siglo de oro de la literatura cristiana; pudiendo nosotros estudiar en sus escritos muchas particularidades de la historia de los pueblos, los progresos lentos, si bien incesantes, de la revolucion mas vasta, y los obstáculos que le opuso la ciencia, apoyada en las antiguas prácticas, hasta que fué llamada á sustentar con doble energía las nuevas.

Ya ántes de Augusto, las producciones del espíritu y de las artes no se proponian sino excitar los apetitos personales, al paso que las enseñanzas de la Iglesia fomentaban en los fieles una pasion completamente social. Al leer los autores profanos, parece como si escribiesen en países distantes de todo tumulto, dentro de la Roma triunfal y llena de confianza en sus divinidades : tal era la puerilidad con que cantaban al borde del sepulcro, incensando por reminiscencia á las inmortalidades ya difuntas.

Con razon despreciaron los Padres de la Iglesia el arte, reducido á condicion tan mísera; ellos que, tronando desde lo alto del púlpito, discutiendo en el concilio, ó cantando en la soledad, eran siempre los hombres de la realidad y de su tiempo, y sentian y revelaban los padecimientos de una sociedad moribunda; ellos, héroes de la caridad y de la oposicion, cuando en los demas no se veía sino baja lisonja, ó resignacion afeminada ó dolorosa paciencia.

Despues de luchar en los cuatro primeros siglos contra el paganismo, proclamando la libertad de creer y de adorar, y la libertad de la conciencia independiente del César, estaba completo el triunfo, y se necesitaba echar los cimientos del nuevo edificio, consolidar la disciplina, depurar y esclarecer las creencias.

Preciso fué dar nuevos combates. Á cada paso surgian herejías, ora contra la fe, ora contra la moral, ora contra la disciplina; porque Cristo no habia dicho que impelerian su barca vientos favorables, sino que ninguna tempestad la haria zozobrar. Actualmente han perdido su significacion aquellas herejías, y sin embargo subsisten como los esqueletos de animales antediluvianos, que dan testimonio de violentas revoluciones. Ademas, todo el que renuncie á lo que mas se opone á la profundidad, esto es, el desden y la burla, reconocerá que cada una de aquellas opiniones ejerció un influjo eficaz en el curso de las cosas y en las ideas que comunican impulso á la humanidad.

Los Padres, al refutarlas, se valen á veces de razones tan generales, que con ellas se puede contestar con las innovaciones que abundan en todos tiempos. Así Tertuliano, en sus *Prescripciones*, quiere probar, que las herejías no conducen al verdadero Cristianismo, porque cada una es nueva en comparacion de la verdad existente desde el principio; porque los herejes, abandonados á su propio juicio, carecen de regla y de objeto en las disputas que empeñan con la Iglesia; porque sus opiniones se contradicen entre sí, y cada una pretende poseer la verdad (1). Si alguna vez el espíritu de disputa arrastró realmente ya á discusiones frívolas, ya á frases amargas, y acumuló dificultades en el sendero que la fe debia desembarazar para marchar una y segura, compadezcamos estos extravíos de la razon humana que, conociendo haber recuperado la libertad, abusaba de ella, como el niño á quien le quitan las mantillas.

Mas instructivo y consolador es contemplar aquellos sacerdotes que, sin interes ni esperanzas terrestres, se derramaban por todo el mundo, y enlazaban á los pueblos con la Iglesia por medio de la caridad : palabras que el pueblo comprendia, sintiendo en ellas una verdad mas que humana; palabras que hacian amar á la religion que la habia inspirado.

Algunos se refugiaron en la soledad, necesidad de las almas disgustadas de la corrupcion, ó destrozadas por las tempestades. No les acusemos de la ociosidad y de la indolencia, ántes de considerar cómo el hombre debe empezar la enmienda por sí mismo; y qué influjo ejerció en las imaginaciones bárbaras aquel entusiasmo de penitencia, superior á cuanto tiene de frágil la voluntad humana, y sin hacer memoria de que en aquella severa escuela se prepararon los Jerónimos, los Crisóstomos, los Atanasios á resistir á las seducciones del error y á las amenazas del poder.

Por ellos se difundió con el Cristianismo un conocimiento mas exacto de los deberes de familia, de ciudadano, de hombre; por ellos cayó la supersticion, y fueron depositados nuevos gérmenes en el seno de la civilizacion antigua, á fin de que no pereciese todo en el naufragio. Por ellos la Iglesia se afirmó en el órden social como autoridad pública, como república moral; fundió las virtudes lángidas que quedaban á los Romanos corrompidos, con las incultas y enérgicas que poseían los Bárbaros; aplicó remedio á los vicios de los primeros, y proporcionó educacion á la grosería de los segundos; abarcó en su universalidad al mundo, como en un vínculo de beneficencia, de humanidad, de tolerancia y de caridad protectora; opuso á los misterios de la carne y á la sabiduría de los sentidos un espiritualismo sublime; á las rapiñas sanguinarias de los invasores el dogma de la fraternidad universal; conservó el depósito de las letras y la tradicion de las artes; vigorizó con sus severos mandatos la flaqueza de los entendimientos; reanudó las comunicaciones entre las provincias divididas y disputadas; distantes de una

(1) Estos son los mismos argumentos que empleaba Nicole contra los protestantes en las *Preocupaciones legítimas*.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

rigidez exclusiva, aunque inmutable en el dogma, se adoptó al carácter de las diferentes naciones; y las discusiones, los herejías, los ritos tomaron distinta forma entre los Sirios y los Griegos, entre los Africanos y los Latinos, miéntras que por todas partes se hacía sentir la lucha del convencimiento, la elevacion del entusiasmo, la santificacion de la caridad.

El siglo mas importante en la historia eclesiástica es verdaderamente el que consideramos: en él los oprimidos se convirtieron de repente en dominadores. Si hemos hablado de la Iglesia mas que de lo restante, es porque á ella se retiraba la vida á proporcion que huía del cuerpo social del imperio; y cuando todos rehusaban los empleos civiles como una insoportable carga, los sacerdotes se sometian á desempeñarlos, quedando solo en pié en medio de las ruinas, como los arquitectos de un nuevo edificio. Sabiendo que su reino no era de este mundo, y que la caridad les obligaba á ser útiles y á salvar, en cualquier parte, acudian allí donde se padecia, se colocaban entre el tirano y los oprimidos, entre el invasor y las poblaciones avasalladas. Á los reyes predicaban el comun orígen y la preferencia debida á los pobres; al pueblo inculcaban la sumision razonada. Se ofrecian á los gobernantes como consejeros, y como tutores á las sociedades que habian vuelto á caer en la infamia. Un obispo galo hacinó el trigo en los graneros; y cuando fué devastado el país, los abrió. Martin, Remigio, Ambrosio, Paulino fueron los héroes de aquella edad.

Sin ellos, ¿qué hubiera sido del mundo, invadido por hordas que se empujaban unas á otras ingnorando de dónde venian, adónde iban, si bien sintiendo un impulso superior que las llevaba hácia el Capitolio? Demasiado dolorosas fueron las violencias de la invasion; pero causaron ménos daño que la débil agonía; y semejantes á las inundaciones del Nilo, dejaron un cieno fecundador; despedazaron las instituciones que se oponian al progreso, y constituyeron nuestra sociedad, fundada no en la fuerza y la exclusion, sino en la razon y en el amor.

Esta es ya una diferencia capital entre los tiempos de que hemos hablado, y áquellos á que nos aproximamos. En los primeros, las sociedades estaban dominadas por un principio único: en la India y en el Egipto regía la teocracia, la autoridad paterna en la China, la monarquía en Persia, la libertad en Grecia, el Estado en Roma. De aquí el aspecto robusto que aparecia en los hombres y en los hechos; de aquí tambien los excesos, empujando á veces la república á abusar de la libertad, y la monarquía de la servidumbre : todas las cosas se impregnaban del mismo carácter, y la literatura y las artes eran la expresion de un estado único en la sociedad.

Al reves entre los modernos, las ideas y los sentimientos luchan entre sí y se limitan recíprocamente. Colócase la aristocracia al lado del gobierno de uno solo ó del consejo, y todos son tenidos á raya por una potestad eclesiástica, que no permite deducir las últimas é implicables consecuencias ni aun de principios mal establecidos. De consiguiente allí la unidad de fundamento produjo la tiranía; aquí la franquicia nació de la variedad. Allí la educacion, única y dominante, imprimia sentimientos y opiniones uniformes para toda la vida, miéntras que, entre nosotros, la que se recibe en las escuelas con los vestidos de antiguos recuerdos, es corregida por las lecciones que da la sociedad. Allí el uso, el ejercicio, el progreso de la civilizacion estaban confiados al gobierno, esto es, á los privilegiados, no en cuanto obraban individualmente, sino en cuanto concurrian juntos á la accion pública: por el contrario, entre los modernos la civilizacion es de interes público; pero queda enteramente abandonada á la actividad libre y privada de cada ciudadano, miéntras que los gobernantes atienden al desempeño de los negocios públicos, á conservar la sociedad y á remover los obstáculos que se oponen á su marcha. La autoridad, que era el único vínculo entre los antiguos, está reemplazada entre los modernos por el vínculo de las costumbres: existia allí mas independencia política, pero para un corto número de privilegiados; entre nosotros hay mas independencia personal, y para todos; pues los antiguos consideraban á los ciudadanos, nosotros al hombre.

Y es hombre todo el que posee un alma racional. La division establecida desde los primeros tiempos entre los hombres, quedó abolida por la igualdad religiosa; y para llegar de esta á la igualdad civil, no hay mas que deducir las consecuencias. Ántes los vencidos lo perdian todo, porque perdian sus dioses; ahora el Cristianismo, dando un solo Dios á todos, fundó un nuevo derecho de gentes. Si la Iglesia no proclama en alta voz el derecho del esclavo á la libertad, proclama el deber que tiene el hombre de ser bueno, y por consiguiente de no ensañarse con el siervo, de no abusar del cuerpo de este, de no matarle ni azotarle, y sí de amarle como á sí mismo. Aun para los que se mostraron mas humanos en la antigüedad como un César, un Germánico, consistia el heroísmo en degollar cuelmente á todo el que era enemigo; pero apénas se hizo Constantino cristiano, prometió dinero por cada enemigo que le presentáran vivo. Ya en lo interior no habia que atender á la ventura de un corto número de hombres, con la opresion de millares sin derechos y sin nombre: ya no será sacrificada la poblacion de los campos para ventaja de las ciudades; la tarea de los siglos futuros tendrá por objeto extender á todos la seguridad, la educacion, la dignidad moral. No bien llegaba á gastarse en las edades anteriores el principio único en que descansaba la sociedad, tenian que caer necesariamente de un modo mas ó ménos rápido. Así pereció la Persia cuando los sátrapas se declararon independientes; la Grecia, cuando el predominio macedónico sobrepuso los reyes á las

(c) Instituto Cervantes de Madrid

repúblicas; así Roma cuando sus victorias la indujeron á hacer iguales los derechos entre las naciones vencidas y sus ciudadanos, hallándose fundada originalmente en la diferencia y en la exclusion. En los siglos modernos, si un elemento sucumbe, ocupa otro su puesto. Se trasforman las naciones, mas no perecen; completan sus revoluciones políticas, morales, económicas, sin desaparecer de la haz de la tierra; hasta cuando son encadenadas por la fuerza brutal, no las abandona la esperanza; y en vez de entregarse á imponentes quejas, alimentan una confianza activa en la restauracion y el progreso.

FIN DEL LIBRO SÉTIMO.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ACLARACIONES

AL

LIBRO SÉTIMO

(A) pág. 686.

SÚPLICA DE LOS ROMANOS EN FAVOR DEL PAGANISMO.

El prefecto Símaco habla á Teodosio y á Valentiniano II :

« Ilustrísimos emperadores :

Cuando vuestro numerosísimo Senado vió dominado el vicio por las leyes, y que la gloria de los últimos años habia recibido de buenos príncipes nuevo lustre siguiendo el impulso de un siglo tan afortunado y dando libre expansion al dolor comprimido durante tanto tiempo, me confió por segunda vez el encargo de hacerme intérprete de sus quejas. Hace poco que los perversos (1) consiguieron que nos fuese negada la audiencia del divino príncipe, sabiendo que se nos administraria justicia. Mi mision es doble : en clase de prefecto vuestro, defiendo los intereses públicos ; en clase de enviado, vengo á sostener el voto de los ciudadanos. No debe esto causaros maravilla, porque desde hace mucho tiempo han cesado de creer vuestros súbditos que el apoyo de los cortesanos pueda servirles para salir airosos en sus cuestiones. El amor, el respeto, la adhesion de los pueblos valen mucho mas que el poder. ¿Quién querría tolerar luchas privadas en el seno de la república? Con razon castiga el Senado á todo el que se atreve á anteponer su autoridad á la gloria del príncipe, nosotros buscamos solícitos vuestra clemencia; pero ¿se nos podrá culpar de que defendamos las instituciones de nuestros abuelos, los derechos, y el porvenir de la patria, con el mismo color que defendemos la gloria de nuestro siglo, que será mucho mayor, si no permits nada que se oponga á los usos de nuestros padres?

Nosotros reclamamos la observancia de la religion que por tan largo espacio ha servido de sosten á la república. Dos príncipes siguieron á un tiempo las dos religiones y los dos partidos ; el que vino despues honró los ritos nacionales (2) ; su sucesor no hizo nada contra ellos. Si ya no sirve de buen ejemplo la religion de los antiguos príncipes, sirve la prudencia de los últimos.

¿Quién habrá tan inclinado á los Bárbaros que no pida el restablecimiento del altar de la Victoria ? Indiferentes respecto de la futuro, desoimos los pronósticos de la desventura; pero ya que no atendamos á la Divinidad, respetemos á lo ménos su nombre. Vuestra eternidad debe mucho á la Victoria; y le deberá mas todavía. Solo el que no ha probado sus favores ha sido capaz de mirar con desden su poder ; pero no le despreciará nuestro patriotismo, pues los repetidos triunfos os enseñan á apreciarlo. Todos los hombres han tributado siempre adoracion y respeto á esta divinidad, por lo mismo que importa mucho tenerla propicia. Si no se quiere respetar de modo alguno á la Victoria, déjese á lo ménos á la curia su ornamento. Permitid, os lo suplico, que podamos trasmitir á nuestros hijos la religion que recibimos de nuestros padres, cuando éramos jóvenes. Es una cosa grande venerar los usos antiguos. Felizmente duró poco lo que hizo el divino Constancio ; guardáos de imitar lo que fué anulado, despues de un brevísimo trascurso de tiempo. Nuestros esfuerzos se dirigen á que sean eternas nuestra gloria y vuestra divinidad, á fin de que el siglo futuro no halle nada que corregir en cuanto hayáis hecho. ¿Á quién pondremos por testigo del juramento de obedecer vuestras leyes y de cumplir con lo que nos ordenéis ? ¿Qué temor religioso retendrá al hombre perverso á quien nada le cuesta quebrantar su fe ? Dios está en todas partes, y al perjuro no le queda ningun abrigo; pero para evitar el deleite, es necesaria la religion.

Este altar es depositario de la concordia pública ; él recibe la fe de los ciudadanos ; y nuestras decisiones no han tenido nunca tanta autoridad como cuando todo el cuerpo ha jurado ante él. Los perjuros serán castigados por los ilustres príncipes, cuya inviolabilidad descansa en un juramento público ; pero entretanto se pretende abrirle un asilo sacrílego. — Lo mismo, dícese, practicó el divino Constantino. — En todo lo demas imitemos la conducta de este príncipe, el cual no obrára así, si otros ántes que él no hubiesen abandonado el recto camino. Las faltas cometidas por los predecesores deben servir de escuela á los que les suceden, y la reprobacion de un ejemplo anterior enseña á seguir una senda mas acertada. El destino permitió que un predecesor de vuestra clemencia no pudiese evitar el ser injusto en materias aun nuevas ; pero semejante excusa no nos valdria á nosotros, si imitásemos un ejemplo reprobado por nuestras conciencias. Busque, pues, vuestra eternidad en la vida de aquel príncipe otros ejemplos mas dignos de seguirse ; él no despojó á las vírgenes sagradas de ningun privilegio; concedió el sacerdocio á los nobles ; no negó á los Romanos el dinero necesario para celebrar sus ceremonias religiosas; visitó todos los puntos de la ciudad eterna, acompañándole el Senado, en extremo complacido con esto; examinó atentamente los templos; leyó los nombres de los dioses escritos en los frontispicios ; quiso saber el orígen de aquellos edificios ; alabó la piedad de sus

(1) Alude á San Ambrosio, que habia persuadido á Graciano á que no recibiese una diputacion anterior á esta.

(2) Habla del emperador Juliano. El partido pagano consideraba, pues, á Constantino y á Constancio, no como príncipes que dejasen libres las conciencias, sino como soberanos irresolutos é indiferentes respecto de ambas religiones.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

fundadores; y aunque de distinta religion, los conservó el imperio, dejando á cada cual sus ritos y costumbres.

El espíritu divino dió á cada ciudad dioses custodios; y así como todo hombre al nacer recibe su alma, todo pueblo cuenta sus genios tutelares. Esto precisamente era útil; y la utilidad liga los dioses al hombre. Pues que la causa primera está velada de tinieblas, ¿de qué otra cosa podrá deducirse el conocimiento de los dioses sino de la tradicion y de los anales históricos? Si la autoridad de la religion se funda en el trascurso de largos años, conservemos la fe de tantos siglos, sigamos el ejemplo de nuestros padres, que tan ventajosamente siguieron el que les legaron los suyos.

Paréceme ver á Roma ante vosotros y oirla dirigiros estas palabras: « Excelentísimos príncipes, padres de la patria, respetad mi senectud, de que soy deudora á una religion sábia; respetadla para que me sea dado continuar profesando mi culto, y no tendréis que arrepentiros de ello. Dejadme vivir segun mis deseos, pues que soy libre. Este culto ha sometido el mundo á mis leyes; estos misterios han rechazado à Aníbal de mis muros, á los Sennones del Capitolio. ¿Y qué? ¿Mudaré en mis viejos años lo que me ha salvado hasta aquí? ¿me pondré á examinar ahora lo que conviene establecer. La reforma de la ancianidad es tardía é insultante. »

Pedimos paz para los dioses de la patria, para los dioses indígenas. Deben considerarse comunes á toda la sociedad las cosas que todos honran y respetan. Todos recibimos la luz de los mismos astros, á todos nos rodea el mismo cielo, á todos el mismo mundo. ¿Qué importa la senda que cada uno siga para acercarse á la verdad? No se llega por un solo camino á la solucion de este gran misterio. Ocúpense los ociosos en discutir sobre tales cosas; nosotros no tratamos ahora de promover disputas, nos ceñimos á suplicaros.

¿Qué beneficios reportó vuestro sagrado tesoro de la revocacion de los privilegios de las vírgenes vestales? Lo que concedieron príncipes nada pródigos, es negado actualmente por emperadores en extremo generosos. Solo el honor añade algun precio á este estipendio de la castidad; á la manera que las vendas sagradas son el ornamento de la cabeza de los sacerdotes, así tambien la exencion de los cargos públicos es el distintivo del sacerdocio. Ellas no piden otra cosa que esa vana palabra de inmunidad, pues que su pobreza las preserva de todo daño, y los mismos que las despojan son los primeros en pagarles el tributo de sus alabanzas. La inocencia que se consagra á la salvacion pública es mucho mas digna de respeto, cuando no recibe ninguna recompensa. Purificad vuestro tesoro de esa ligera ganancia, y haced que se enriquezca, no con los despojos de los sacerdotes, sino con los del enemigo. ¿Qué ventaja puede nunca justificar una injusticia? La desgracia de aquellos á quienes se quiere despojar de sus antiguos privilegios es tanto mayor cuanto que en vuestras almas no halla entrada la avaricia. Bajo emperadores que respetan lo ajeno y resisten á la codicia, nuestros enemigos aspiran mas á insultarnos que á empobrecernos. El fisco se ha apoderado de lo que otros legaron al morir á las vírgenes y á los sacerdotes. Os suplico, ¡oh ministros de la equidad! que restituyáis á la religion de vuestra ciudad su herencia. Los ciudadanos dictan sin temor sus testamentos, porque saben que en el reinado de unos príncipes generosos se respetan sus últimas disposiciones; sea preciosa y sagrada para vosotros esta dicha de que disfruta el género humano. Los ciudadanos, al tiempo de morir, se asustan con cuanto sucede actualmente; y todos preguntaban si la religion de los Romanos no está ya bajo la salvaguardia de los derechos del pueblo, ¿Qué nombre se dará á esta expoliacion no autorizada por las leyes ni por los comentarios? Los libertos obtienen la posesion de los legados hechos en su favor; no se niegan á los esclavos las justas ventajas que les resultan de los testamentos; ¿y solo ha de excluirse del derecho hereditario á las nobles vírgenes y á los ministros de los ritos sagrados? ¿Qué sirve, pues, consagrar á la salvacion pública un cuerpo sin mancha, asegurar la eternidad del imperio con los favores del Cielo, ceñir de virtudes amigas vuestras armas y vuestras águilas, hacer votos eficaces por todos los ciudadanos, cuando ni aun se tiene el permiso de gozar del derecho comun? ¿No sería preferible la esclavitud? Esta conducta irroga grandes daños á la república, pues que la ingratitud nunca dió buen fruto.

Ni creáis que defiendo ahora tan solo los intereses de la religion: todos los males de la humanidad provienen de excesos de esta clase. Las leyes de nuestros abuelos honraban á las vírgenes vestales y á los sacerdotes, concediéndoles un módico estipendio y privilegios fundados en justicia de que disfrutaron, hasta que vinieron viles tesoros que suprimeron los alimentos destinados á la sagrada castidad para darlos á miserables conductores de literas; entónces sobrevino una repentina escasez, y una reducida cosecha burló las esperanzas de las provincias. No debemos echar la culpa de esto á la tierra, ni quejarnos de los astros; el grano no ha sido destruido por las cáries, ni la cizaña ha ahogado la mies; el sacrilegio es quien ha esterilizado el suelo (1). El hambre mató á los que habian negado á la religion lo que le era debido. Cíteseme otro ejemplo de una calamidad igual á esta, y convendré en que todo lo que hemos sufrido ha de atribuirse á las vicisitudes de los tiempos. Hasta los vientos se desencadenaron para agravar la esterilidad. Los hombres tuvieron que buscar su alimento en los árboles de los bosques, y el hambre reunió de nuevo á los aldeanos en derredor de la encina de Dodona ¿Ha sucedido algo que se parezca á esto en tiempo de nuestros abuelos, cuando se miraba como un honor público el alimentar á los ministros de la religion? ¿Se vió jamas á los hombres sacudir las encinas ni cavar la tierra para extraer las raíces de las yerbas, destinadas á servir de sustento, cuando la cosecha era comun al pueblo y á las vírgenes sagradas? ¿Dejó nunca de ser suficiente la fecundidad ordinaria de las provincias para reparar un engaño accidental? El bienestar de los sacerdotes aseguraba el producto de las tierras, porque lo que se les suministraba, léjos de ser una sustraccion, era un preservativo. En efecto, ¿quién dudaria de que se daba con objeto de asegurar la abundancia universal, lo que hoy reclamamos para hacer que cese la miseria pública?

Tal vez dirá alguno que el Estado no debe estipendiar una religion que le es extraña. Los buenos príncipes no creerán ciertamente que las cosas del público concedidas á una clase particular de indivi-

(1) *Sacrilegio annus exaruit.* Desde mucho tiempo ántes los paganos tenian costumbre de achacar á los Cristianos todas las calamidades públicas. « Si el Tíber sale de madre (dice Tertu» liano, *Apolog.* c. 40), si el Nilo inunda los terrenos, si el cielo » se cubre de nubes, si hay terremotos, miserias muertes... » al momento se grita: *¡Los Cristianos á los leones!* » siguiendo la costumbre de su partido, tambien Símaco culpa á los Cristianos del hambre que se padeció en el año 384. Los Cristianos, á su vez, emplearon contra sus enemigos un arma poderosa y capaz de conmover al pueblo. « ¿Sufrirémos, ex» clamaba Teodosio II (*Novell. de Judæis, hæreticis...*) que el » Cielo, en su cólera, altere el órden de las estaciones? La » horrible perfidia de los paganos ha roto el equilibrio de la » naturaleza. ¿Por qué la naturaleza no ostenta ya su her» mosura? ¿Por qué el verano no corresponde con abundantes » mieses á las fatigas del agricultor? ¿Por qué la aspereza » del invierno ha privado de su fecundidad á la tierra, espar» ciendo en ella sus inevitables rigores, sino porque la natu» raleza ha cambiado sus leyes para castigar á los impíos? » Sozómenes (IV. 2.) acusa al emperador Juliano de haber sido causa de terremotos, ruinas de edificios, pestes, sequías y hambres. Artes de todas las épocas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

duos puedan pertenecer al fisco. La república se compone de todos los ciudadanos, y cada individuo se aprovecha de lo que de ella emana. Vuestro poder se extiende á todo; pero dejad á cada cual lo que es suyo, y mas que la licencia pueda en vosotros la justicia. Consultad, pues, vuestra munificencia, y decid si esta no se resiste á considerar como públicas las cosas que habéis trasladado á otros. Los bienes que fueron concedidos á la gloria de Roma, cesaron de pertenecer á los donatarios; y todo lo que al principio era un beneficio, se convirtió con el tiempo en un débito. Hay personas que tratan de esparcir vanos temores en vuestra mente divina, diciéndoos, que si no favorecéis la codicia de los raptores, os hacéis cómplices de los donatarios. Sea vuestra clemencia propicia á los misterios tutelares de toda religion, y en especial á aquellos que en otro tiempo fueron protegidos por vuestros abuelos, que aun en el dia os defienden, y que nosotros respetamos.

Pedimos la religion que conservó al imperio en manos de vuestro divino padre, y dió á aquel feliz príncipe los herederos de su sangre. De su subblime mansion celeste ve correr el divino anciano las lágrimas de los sacerdotes, y cree contemplar su desprecio en la violacion de los usos conservados por él libremente. No imitéis el ejemplo de nuestro divino hermano: olvidad un acto que de seguro él ignoraba habria de desagradar al Senado. Así aparecerá que la legacion fué rechazada solo por el temor de que se pusiese en la necesidad de celebrar un juicio público. El respeto á los tiempos pasados exige que no vaciléis en revocar una ley indigna de un príncipe. »

Á esta súplica respondió San Ambrosio con dos discursos, tan inferiores al precedente en cuanto al arte y la elocuencia como superiores por la fuerza de la verdad. Se funda en la libertad de conciencia, conviniendo en que los gentiles puedan gozar del derecho comun, pero no pretender favores en que les permita sacrificar á sus dioses, pues la conciencia debe ser libre, mas no obligar á los demas á prestarle un homenaje que repugnan. Demuestra que la colocacion del altar de la Victoria en el Senado alejaria de allí á todos los Cristianos. Pasa despues á echar por tierra las antiguas tradiciones. « ¿Á qué hablarme de ejem» plos? Odio las tradiciones de Neron: los Romanos » experimentaron desgracias aun cuando tenian el » altar de la Victoria; y su grandeza se fundó por la » fuerza de las legiones, no por el poder de la reli» gion. » Aunque la causa de Ambrosio prevaleció entónces, conviene decir que la relacion de Símaco no cayó en olvido, pues que al cabo de veinte años creyó Prudencio deber escribir una nueva refutacion de ella.

(B) pág. 700.

CUADRO DE LA SOCIEDAD PAGANA EN LA ÉPOCA EN QUE ROMA FUÉ TOMADA POR LOS GODOS.

El reino de Teodosio fué para los paganos un tiempo de prueba, y en aquellos diez y seis años la fortuna no les favoreció una sola vez. Bajo Honorio se vieron abrumados por los mas crueles engaños, y les salieron mal todas sus tentativas: severas lecciones de la Providencia, de que no supieron aprovecharse. Las derrotas no conseguian mas que irritarlos; y si variaban de modo de obrar, segun las circunstancias, siempre sus doctrinas y su lenguaje permanecian inmutables. Ciertamente no argüian ya contra los Cristianos echándoles en rostro las *epulæ thyesteæ* ni el *promiscuus concubitus*; pero su eterno *odium generis humani* era todavía en el reinado de Honorio el arsenal donde iban á proveerse de armas para combatir al Cristianismo. No creo que la historia ofrezca el ejemplo de un sistema religioso, filosófico, ó político que haya permanecido mas inaccesible á toda modificacion, mas firme en su apática inmovilidad, que el politeísmo romano desde que apareció la religion de Cristo.

Voy ahora á trazar el cuadro de la sociedad pagana en el momento en que Roma sucumbió, no porque me prometa presentar la pintura de costumbres ó de pensamientos nuevos, y mostrar caractéres diferentes de los que ya conocemos, pero sí para probar mejor lo que he dicho acerca de la estabilidad del paganismo, y que la sociedad pagana, aun al mirarse en brazos de la muerte, no abandonaba sin embargo ninguna de sus doctrinas, ó mas bien de sus errores. Descríbese, no los varios accidentes, sino las causas secretas de esta última resistencia que se prolongó demasiado.

Casi un siglo habia pasado desde que los Cristianos habian adquirido el poder, y con todo no podemos considerarlos aun como dueños de la sociedad. Los principios de su religion, publicados en Asia y Europa con admirable elocuencia, no consiguieron modificar costumbres que se obstinaban en llevar el yugo de la mentira; los Padres de la Iglesia predicaban á los fieles la práctica de las virtudes evangélicas, la caridad, el respeto á los poderosos, y no por eso las insurrecciones ni los asesinatos eran ménos frecuentes; en el curso de cincuenta años se vió perecer á cuatro emperadores cristianos de muerte violenta. No puede, de consiguiente, decirse que la historia política del siglo VI se diferenciase de la del III: una nueva religion se habia establecido; pero el aspecto general de la sociedad continuaba sin experimentar mutacion alguna, y la revolucion religiosa no se verificó sino en la superficie. Si los paganos hubiesen sido en menor número, y no alimentáran la esperanza de ver un dia renacer su culto, esta persistencia en conservar las antiguas costumbres habria tenido alguna importancia, y aun hubiera podido considerarse como natural en un pueblo que variaba entónces de religion, y creer que el tiempo y la influencia del nuevo culto triunfarian fácilmente de ella; pero no era tal la situacion de los paganos.

Poderosos en cuanto al número, animados de preocupaciones incurables, de inveterados odios, y firmemente convencidos de que la dominacion del Cristianismo descansaba en una base frágil, debieron por necesidad cuidarse poco de las leyes contrarias á su religion, y proseguir la guerra contra las doctrinas cristianas, valiéndose de la autoridad de las costumbres públicas. El paganismo se nos presenta, pues, bajo un nuevo aspecto: no armaba ya legiones que lo defendiesen; no hacía resonar ya sus lamentos en el recinto del Senado y del Capitolio: parecia que hasta habia olvidado su antigua grandeza y sus recientes injurias; aparentemente resignado con su triste fortuna, empleaba amenazas, calumnias, y cierto género de persecucion respeto de las conciencias de los que lo habian abandonado, á fin de describir en torno de sus partidarios un círculo que no se atreviesen á pasar. La escuela teúrgica, que despues de haber sido expulsada de Alejandría, se iba reformando poco á poco en Aténas, hacía al Cristianismo una guerra mas noble y leal, oponiendo ideas á otras ideas, dogmas á otros dogmas, y sostenia una lucha intelectual, llena de grandeza. Por el contrario, el paganismo romano con sus preocupaciones y sus intereses políticos estaba condenado, desde que habia perdido el poder, á hacer al Cristianismo una guerra pequeña y mezquina: á mostrarle aquella resistencia de costumbres que se hace sentir en todas partes, y que en ninguna puede ser alcanzada. Con esta guerra de oposicion tan indigna de su genio, tuvieron que luchar dos hombres célebres, que á modo de esplendentes lumbreras iluminaron al mismo tiempo la ruina del antiguo culto y la del imperio de Occidente; aludo á San Jerónimo y

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á San Agustin, á quienes la Providencia parece haber querido colocar al lado del Cristianismo en el momento en que la invasion de los Bárbaros iba á exponerlo á una crísis, peligrosa en la apariencia, que debia, no obstante, asegurar su triunfo para siempre.

Agustin, obispo de una pequeña ciudad de África, dirigia por sí solo la Iglesia ortodoxa, y nunca la autoridad del genio habia sido aceptada con un asentimiento mas unánime. Desde el fondo de su claustro de Bethlem, dirigia Jerónimo su atencion á aflojar los vínculos que estrechaban como en una haz los miembros del patriciado, ciegamente adicto á los ritos antiguos : y para lograr su objeto, empleaba el poder que su imaginacion viva y brillante le daba sobre las mas nobles y virtuosas damas romanas. El paganismo, aunque ménos débil quizá respecto del pensamiento que lo que lo habia sido en el siglo precedente, no oponia ningun antagonista á estos ilustres representantes del ingenio cristiano, y parecia confesarse inferior ; pero el ingenio no es la única arma de los partidos, y el paganismo poseía otras, no ménos formidables entre sus manos : *Videamus quemadmodum castra cœli et inferni dimicent, arma Christi et diaboli decertent.* (Ambrosio, v. 499.)

Desde el principio de la lucha religiosa que he tratado de describir, los partidarios del culto antiguo se habian sobrepuesto con mucho á sus adversarios, por hallarse unidos. Se presentaban siempre al combate como una falange cerrada, movida por un solo pensamiento, miéntras que los Cristianos cansaban al imperio con sus interminables disensiones. Es cierto que Constantino habia dicho : *Se ve reinar entre ellos un perfecto acuerdo, una tierna caridad* (*Discursos*, c. 23); pero no creo que ningun otro haya visto este conmovedor espectáculo de la union de los fieles. Esta superioridad de los paganos, la única que tuvieron respecto de sus enemigos, provenia ménos de su sabiduría que de la naturaleza de los intereses por que lidiaban. Cuanto mas se aproximaba el éxito de la lucha, mas crecian la union de los gentiles y el desacuerdo do los Cristianos, tanto que en el siglo v San Agustin se resignaba, no sin dolor, á mostrar á los fieles la conducta de los paganos en este punto, como ejemplo digno de imitacion.

« Tienen (dice IX, 338) muchos dioses, todos fal-
» sos, y no uno solo uno y verdadero ; sin embargo,
» permanecen unidos, miéntras que nosotros no sa-
» bemos estar acordes. Hay mas : los gentiles veneran
» una multitud de divinidades, no solo falsas, sino
» enemigas declaradas las unas de las otras : Hércules
» y Juno se aborrecieron ; habian sido mortales ....
» los paganos elevaron templos á ambos, honraron
» al uno y á la otra; acuden á Juno, acuden á Hér-
» cules, y viven en paz bajo dioses que se detestan.
» Marte y Vulcano se odian, y este último tiene razon,
» pues es un desgraciado á quien aflige el adulterio
» de su mujer ; sin embargo, no prohibe á sus ado-
» radores que entren en el templo de Marte, y los
» gentiles veneran á los dos. Si imitáran á sus dio-
» ses, se detestarian, cuando por el contrario pasan
» en paz del templo de Marte al de Vulcano. Sé que
» es una cosa indigna ; pero no temen, á pesar de
» todo, que el marido se enoje cuando se le vaya á
» encontrar, despues de separarse del seductor Marte;
» tienen un corazon, y saben que los muros de los
» templos no pueden ser removidos, ¡Oh hermano
» mio, vuelve á la unidad ! Nosotros honramos á un
» solo Dios, y jamas hemos visto reinar la discordia
» entre el Padre y el Hijo. »

San Jerónimo, despues de describir los males causados por los Hunos, añade (t. IV, p. 631) : « En
» aquella época reinaba entre nosotros la desunion,
» y la guerra doméstica ocasionaba aun mayores de-
» sastres que la extranjera. »

Agustin y Jerónimo se refieren solo á los herejiarcas que turbaban entónces la paz de la Iglesia, pero la union no reinaba tampoco entre los ortodoxos, y el desacuerdo provenia de gravísimas causas. Se ha advertido con razon que la constitucion de la Iglesia, despues de haber sido democrática desde el tiempo de los apóstoles hasta Constantino, se convirtió en aristocrática (Plank, t. I, p. 68); cambio que facilitó el establecimiento del Cristianismo en Eúropa, y consolidó su poder en Asia; pero que no pudo verificarse sin ofender los hábitos y los intereses de aquellos fieles que, no perteneciendo al clero, se vieron reducidos á una completa nulidad. Las riquezas del clero y su espíritu dominador constituyeron el tema ordinario de quejas y vituperios ; los paganos que formaban aquella *virorum catena gentilium* de que habla San Ambrosio (t. V, p. 113), estimulaban la envidia de los simples fieles contra los obispos y los sacerdotes, como asimismo el espíritu de herejía, y exaltaban las malas pasiones de los Cristianos descontentos (1). Tambien se afilaron otras armas contra los que daban á la Iglesia el rarísimo ejemplo de una fe invariable y de una carencia total de ambicion.

La *perversa nobleza*, como la llama San Agustin, (t X, pág. 309), ligaba con fuertes vínculos á los altares de los falsos dioses á todo el que pertenecia á ella por su nacimiento, por sus intereses, ó por su ingenio ; vínculos que no se habian aflojado aun al fin del siglo vi; y la historia de aquella época no ofrece un extraño ejemplo de la tiranía ejercida por los paganos en las personas de los patricios que se atrevian á concebir el culpable pensamiento de separarse del siglo : es el siguiente.

Roma contaba entre sus senadores mas ilustres á Poncio Meropio Paulino, respetado no ménos por su virtud y su ingenio que por su nacimiento y sus riquezas. Era hijo del prefecto del Pretorio de los Galos, y habia sido educado por el poeta Ausonio, que le recomendó al emperador Graciano ; fué cónsul sustituto en 378 ; y ya habia gobernado la Campania, y desempeñado cargos importantes en la Italia, en España y en las Galias, cuando algunas conversaciones que tuvo con San Ambrosio y con otros obispos, y no sabemos qué pesares le disgustaron de su empleo y le hicieron formar la firme resolucion de abandonar el paganismo : con tal objeto salió de Roma, y á poco tiempo recibió el bautismo, probablemente en 389.

¡ Imagínese la alegría que causaria semejante conquista á los Cristianos ! Los obispos se felicitaban y daban gracias á Dios ; San Ambrosio escribió á un obispo amigo suyo, diciéndole que admirase el valor con que un hombre, que *en cuanto al brillo de su estirpe no tenia superior*, confesaba á Jesucristo (*Ep.* 30, t. V, p. 259) : San Agustin escribió á Paulino, significándole que todos los Cristianos desde aquel punto eran sus hermanos, y querian verle y hablarle para admirarle mejor (*Ep.* 32, t. II, p. 47) : y dirigiéndose á Licencio, le dijo : « Vé á la Campania
» (Paulino habitaba en Nola), aprende á conocer á
» aquel Santo siervo de Dios, á Paulino, que con un
» corazon tanto mas generoso cuanto mas humilde es,
» despreció todas las grandezas del siglo, para llevar,
» como lo lleva, el yugo de Cristo. » (Ib. pág. 56.) San Jerónimo, San Martin, Sulpicio Severo, en una palabra, todos los principales jefes del Cristianismo demostraron su alegría y admiracion.

(1) Temistio, que miraba todas las religiones como igualmente buenas, dedicó á Valente un libro destinado á tranquilizar á los Cristianos respecto de las consecuencias de su desunion, mostrando que entre los paganos existia una desunion mucho mayor. (Sozoménes, VI, 36) Sin duda aquel filósofo queria hablar únicamente de la conformidad de creencias, la cual en efecto ni existia ni podia existir entre los gentiles. Yo aludo tan solo á la concordia en el uso de los medios de accion contra el Cristianismo; y todo concurre á probar que esta no cesó nunca entre los defensores del antiguo culto.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Miéntras que los Cristianos no disimulaban el gozo que les habia causado semejante conversion, los paganos expresaban su despecho con no ménos publicidad. Empezaron poniendo en duda la desercion de Paulino, como imposible de creerse. « ¿Es de suponer, » decian (AMBR. t. V, p. 259), que un hombre de tal » familia, de tal estirpe, de tal carácter, dotado de » tanta elocuencia, haya abondonado el Senado, des- » viando la sucesion de una noble casa? » Luego, cuando no pudo quedarles duda alguna, prorumpieron en invectivas contra Paulino, calificando su accion de *indignum facinus*. Ambrosio habia previsto el furor que la conversion de su amigo excitaria entre los paganos. *¿Qué dirán cuando lo sepan?*

Paulino se acarreó el odio de sus parientes y amigos, adictos á los intereses de la antigua religion; la *procax et maledica lingua gentilium* (JERÓN. IV, 2, p. 622) se empleó en su descrédito; todos se alejaron de su lado; sus clientes, sus libertos, hasta sus esclavos consideraron roto todo vínculo con él. Así, porque un senador, ilustre por tantos títulos, se habia conformado con el voto de los emperadores, con las leyes de la república y con el impulso de su conciencia, se encontraba de repente aislado en medio de aquella sociedad romana, donde los nudos de familia y de clase ligaban á los ciudadanos en relaciones tan estrechas y tan difíciles de romperse. Ochenta años despues de la conversion de Constantino, la de un senador era capaz todavía de disgutar á tal extremo á los paganos y de dar gran golpe en una ciudad como Roma.

Sin embargo, las injurias y amarguras no tenian influencia en el ánimo de Paulino, quien se sentia llamado por Dios para cooperar á la grande obra cuya ejecucion estaba encargada á hombres escogidos; y decia con San Agustin (t. II, p. 305) : « Si es her- » moso y grande escribir uno sus dignidades en el » libro de la historia, ¿cuánto mas glorioso y bello » no es señalarse por la pureza de su alma y de su » corazon? » A pesar de todo, no pudo permanecer insensible á los repetidos ataques de sus primitivos amigos, y se quejó de ellos con aquella resignacion, llena de dulzura, que se encuentra únicamente en las almas que no saben odiar.

« ¿Dónde están mis mas próximos parientes? ¿dónde » mis antiguos amigos? ¿dónde aquellas personas » con quienes he vivido en otro tiempo? Desaparecí » de delante de ellos, soy un desconocido para mis » hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre. » Mis amigos y los que estaban á mi lado se alejaron, » y ya al verme no se detienen; son á manera de un » rápido rio, de una oleada que pasa impetuosa : » parece que me he convertido á sus ojos en un objeto » de confusion, y que se avergüenzan de acercarse á » á mí (p. 181). » Su mismo hermano se habia abandonado, y las gentes mundanas *ladraban* contra él, profiriendo palabras profanas é insensatas, y tachando de locura su piedad.

Los vituperios que mas le llegaron al corazon, fueron los de su maestro y amigo; los de aquel célebre poeta que habia dirigido sus pasos en el estudio de las letras y en la carrera de los honores, los de Ausonio. Apénas este supo el designio de Paulino, le escribió induciéndole á dejar la España, donde se habia retirado, y á volver á Roma, *sedes dignitatis senatoriæ*; ni acertaba á creer que su amigo sepultára en una insignificante ciudad de provincia su ingenio y su gloria, y se negase á continur con él aquella frivola correspondencia que habia constituido su delicia algun dia. (Ep. 23, 24, 25, p. 675, 698.) Tales eran los principales entre los paganos : no comprendian tampoco la agitacion de espíritu y de corazon que atormentaba entónces al mundo; y ereían tan poco en la fuerza de la conviccion y en la autoridad de la conciencia, que esperaban volver á llevar ante los altares de la mentira, valiéndose de exhortaciones importantes y de débiles insultos, á los que los habian abandonado, como si los justos se prestasen al culto de la verdad por capricho ó por negligencia.

Ausonio probó todos los caminos que creyó le conducirian al corazon de Paulino : los recuerdos de una época dichosa, el amor de las letras, por tanto tiempo comun á ambos; nada olvidó; últimamente empleó con él un tono de autoridad :

> Ego sum tuus alter, et ille
> Præceptor primus, primus largitor honorum,
> Primus in Æonidum qui te collega duxi.

Á todo lo cual respondia Paulino (p. 259) : « Quiero » dejar el mundo y mis riquezas por miedo de que » el amor ó los cuidados de esta vida me impidan » prepararme para el tremendo juicio de Jesucristo. » No me importa pasar por un espíriru débil en el » dictámen de aquellos que siguen una conducta dis- » tinta, con tal que la mia sea juzgada por la Sabi- » duría suprema. »

El paganismo conoció que no tenia poder alguno en el alma de Paulino, y desistió de sus inútiles tentativas.

El senador Pammaquio Graco, que pretendia descender de los varones ilustres de este nombre, y Cayo Póstumo Dardano, prefecto que fué de las Galias y á quien San Jerónimo califica de *christianorum nobilissimus*, *nobilium christianissimus* (t. II, p. 606), forman juntamente con Paulino las cuatro deserciones mas célebres que sufrió entónces el paganismo. Las particularidades de su conversion nos son desconocidas, y ni aun sabemos si tuvieron que luchar, como el obispo de Nola, con el resentimiento del partido pagano. Graco, para merecer el bautismo, se puso al frente de algunos Cristianos, llenos de fervor, y marchó á saquear el antro de Mirra; lo que le hizo famoso en la nueva religion, como lo habia sido en la antigua por su nobleza.

Mucho despues de su conversion, cuando sus virludes le habian colocado en los puestos mas altos, tuvo Paulino que sostener y consolar á un néofito, calumniado porque habia renunciado á los ídolos. Llamábase Apra, y era un sugeto rico, sabio y elocuente, estimado por su prudencia y erudicion, amigo de Paulino, desde que se hallaba en el mundo; y que excitado despues por los consejos de este, recibió el bautismo en 400.

Paulino le escribió en los términos siguientes (t. VI, p. 214) : « Me felicito de tu perseverancia y de que » hayas desechado la sabiduría que Dios reprueba, y » preferido vivir con los modestos discípulos de Cristo, » á vivir con los sabios del mundo. Ellos te odian, lo » que no sucederia si no fueses verdadero discípulo » de Cristo, pues el mundo odia solo al que le es » extraño ó al que es su enemigo. ¡Feliz infelicidad la » de desagradar en union de Cristo! Temamos el » amor de aquellos á quienes no es posible agradar » con él. Mi muy venerado hermano, no sin razon te » glorificas y dices que estás contento; ya puedes » creerte verdaderamente cristiano, pues que los que » te amaban te aborrecen, y los que te temian te des- » precian »

Apra hizo grandes progresos en la fe, llegó á ser obispo de Tullo, y hoy dia ocupa un lugar entre los santos.

Conocemos ya las armas empleadas por el paganismo con los desertores de su causa, y se necesitaba gran fuerza de carácter y un absoluto desprecio de todos los intereses del mundo para atreverse á arrostrar este nuevo género de persecucion, ejercido por el antiguo culto hasta en el secreto asilo de la familia. Solo el plebeyo, que ni siquiera podia aspirar á los honores de la calumnia; entraba sin ruido en la sociedad cristiana.

No puede asegurarse que la generosidad de San

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Paulino tuviese muchos imitadores, pues si bien un número muy pequeño de patricios abandonaron sus dignidades y riquezas para adoptar el Cristianismo, muchos otros, uncidos á la coyunda del error por la esperanza de obtener el favor de la aristocracia, continuaron haciendo la guerra á una religion, debilitada ya por sus propias disensiones. Cuán grande fuese la influencia que ejercieron las costumbres antiguas en el espíritu de poderosos personajes, se ve en Licencio, tierno váslago de la aristocracia pagana, que despues de haber seguido durante algun tiempo la senda abierta por la nueva religion, volvió al seno del paganismo.

Era hijo de Romaniano, principal personaje de la ciudad de Tagaste en África, el cual, habiendo entrado en la comnion cristiana, vagó largo tiempo en los errores del donatismo. Confió la educacion de su hijo á San Agustin, quien le profesó un amor de padre, complaciéndose en ver en él á un futuro propagador de la fe. Licencio acompañó á Agustin á Milan, y le encontrámos en el número de los jóvenes, amantes de las letras y de la filosofía, que se reunian en *Cassiciaco* (Casago, en Brianza, ó á orillas del Varesoto) para discutir, bajo la direccion del maestro, las cuestiones mas arduas é interesantes; luego volvió á África, y adoptó el lenguaje y la conducta de Cristiano. (WERNSDORF, t. III, p. 410.)

De repente las ideas de Licencio experimentaron un trastorno emanado de la causa mas fútil, de un sueño que le anunciaba que llegaria á ser cónsul y pontífice pagano. No fué menester mas para que se perdieran todos los frutos de la educacion en que habia mostrado tanto esmero el genio mas eminente de aquel siglo : Licencio abandonó á Agustin, corrió á Roma, donde, segun el sueño, le aguardaba tan alta gloria, y en breve sintió el peso de las cadenas que el paganismo imponia á sus fieles.

Quiso justificarse á los ojos de San Agustin, y trató de excusarse de su ausencia, alegando no sé qué proyecto de matrimonio. (AGUST., t. II, p. 55.) Agustin, que no esperaba tal justificacion, al recibirla no pudo contener su enojo; intimó á su discípulo que volviese sin demora (p. 56), y dió encargo á Paulino de que hiciese con él una postrer tentiva, poniendo gran confianza en las palabras de una persona que habia sacrificado al Cristianismo mayores dignidades que las que el sueño habia prometido á Licencio. Paulino dirigió al ambicioso jóven una exhortacion en hermosos versos.

Alude en otro lugar á este malhadado sueño, fuente de tantos errores (p. 51) : « Oh hijo mio, recebirás la » corona de gracia, y serás entónces cónsul y pontí» fice, no por efecto de las fantasmas de un sueño, » sino de la verdad. Entónces Cristo, revelando su » divino poder, hará desaparecer las falsas imágenes, » y tú, oh Licencio, serás en realidad cónsul y pontí» fice, si sigues las lecciones apostólicas de Agustin. »

Licencio no prefirió el pontificado prometido por Paulino al que habia anunciado el sueño, y todo induce á creer que desde que entró nuevamente en la sociedad pagana, no volvió á salir de ella.

Solo la ambicion le habia movido á marchar otra vez por la senda del engaño : ningun pensamiento grave luchó en su espíritu con la eficacia de los divinos preceptos del Cristianismo : el interes personal, excitado por una quimera, bastó para devolver á las filas de los paganos al discípulo predilecto de San Agustin. Es justo decir que no todos los amigos de los falsos dioses obedecian á tan mezquinas ideas.

Frecuentemente se presentaban personas sábias y tranquilas en la apariencia á sostener discusiones con los jefes de la nueva religion, que aunque no eran nuevas, ofrecian interes por hallarse revestidas de alguna gravedad, y porque en el siglo IV los paganos se habian obstinado en no entrar en sérias controversías.

El análisis de una de estas discusiones nos dará á conocer el carácter de las ideas paganas en la época en que los Godos se apoderaron de Roma; y veremos si se habia verificado en el espíritu de los gentiles algun notable cambio, desde que Simaco compiló su famosa *Profesion de fe.*

La familia Volusiana era una de las mas ilustres de Roma, y dió al Estado en el siglo IV muchos prefectos de la ciudad ó del pretorio, procónsules, vicarios, etc, : no necesitamos decir que apoyaba vigorosamente el culto antiguo. (TILLEMONT, *Mem. ecl.* t. XIV, p. 234.)

Uno de sus individuos fué enviado, cuando jóven, de proconsul á África, miéntras que San Agustin era obispo de Hipona, lo que sucedió precisamente en 412. Concibió Agustin la esperanza de ganar para la Iglesia al heredero del poder de los Volusianos, y creía lograrlo, porque la madre de Volusiano era cristiana, y dirigia votos al Cielo por la conversion de su hijo. Este se hallaba muy instruido en las doctrinas neoplatónicas, enseñadas con tanta fama, no ya en Alejandría, sino en Aténas; veneraba á Apolonio de Tiana y á Apuleyo, como seres mas humanos; era, en suma, discípulo de los filósofos eclécticos de la época. Fecundaba las lecciones de Agustin el tribuno notario Marcelino; el jefe de la Iglesia de Occidente dirigió dos cartas á Volusiano que residia en Cartago, estimulándole á empezar con él una discusion : *Scribe ut rescribam.* Volusiano, en la respuesta, manifestó mayor veneracion á San Agustin, apellidándole *venerable padre, hombre de probidad y de justicia, personaje digno de toda gloria;* y sometió á su sabiduría algunas dudas sobre la Encarnacion de Jesucristo, que San Agustin se apresuró á disipar. Volusiano no abrió por esto su corazon, y evitó cuidadosamente discutir con San Agustin acerca de las verdaderas causas que se oponian en su espíritu al triunfo de las nuevas ideas : pues amaba demasiado sus ilusiones para aventurarlas en una polémica, de la cual no esperaba salir victorioso. Pero con el tribuno se franqueó mas; las discusiones fueron entre ellos frecuentes, y Marcelino escribió á San Agustin (t. II, p. 7) : « En cuanto me lo consienten » mis escasos medios y la pobreza de mi entendi» miento, tengo una disputa cada dia con Volusiano, » y alentado por su madre, voy á menudo á su casa » bajo pretexto de visitarle. » Concluidas aquellas conferencias, Marcelino reunió las tres cuestiones principales que fueron objeto de la disputa, y las envió á San Agustin. Eran estas :

1ª Ninguna cosa debe cambiarse ántes de haber probado que es mala : ó bien, lo que fué hecho una vez con razon, no debe mudarse de ningun modo.

2ª La predicacion y las doctrinas de Cristo, autor del precepto que ordena que un mal no debe pagarse con otro mal, no convienen á las costumbres de la república.

3ª En el reinado de algunos emperadores cristianos se irrogaron muchos males al imperio.

Volusiano, segun se ve, abria por fin su corazon : no repugnaba á su conciencia la fe en los milagros ni en la Encarnacion de Jesucristo; asustaban, sí, su secreto pensamiento los cambios que el Cristianismo habia introducido en la sociedad romana. Como Simaco, como toda la aristocracia, se alejaba de las nuevas doctrinas por razones políticas; no impugnaba la pureza de la moral del Cristianismo, ni la sublimidad de sus dogmas; pero entre estas ventajas y la salvacion de la constitucion, no podia permanecer dudosa la eleccion de un Volusiano.

Es fácil de notar la analogía que existe entre estas proposiciones y la relacion de Simaco; las ideas son idénticas, y apénas se encuentra alguna diferencia en la manera de expresarlas; por lo cual no creo haberme engañado al asegurar que aquella profesion de fe circuló por todo el imperio, y se convirtió en el símbolo fijo de las ciencias paganas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

« Lo que fué hecho una vez con razon (dice Volu- » siano) no debe mudarse. » Este príncipio de inmovilidad se encontraba en el fondo del corazon de todos los partidarios del paganismo : conocemos ya el *more mayorum*, que tantas veces ha resonado á nuestros oídos, y hemos visto á los paganos decir repetidamente á sus enemigos : *Corrumpitis disciplinam, moresque generis humani pervertitis*. Pero al principio del sigo v, cuando la última hora del imperio romano iba á sonar, cuando los antiguos elementos sociales, confundidos con los nuevos, no formaban ya sino una reunion heterogénea ¿no era correr tras el fantasma mas extravagante, soñar con la inmovilidad de las costumbres, de las opiniones, de las instituciones patrias?

Al manifestar Volusiano su creencia de que la doctrina de Cristo no convenia á las costumbres de la república, pudo pensarse que con tocar el nudo de la dificultad queria probar á cortarlo; pero todos los paganos en general, y los de Occidente en particular, tenian acerca del Cristianismo las falsas ideas divulgadas hacía cuatrocientos años (Bernmeister, *De erroribus historicorum gentilium in rebus sacris recensendis*. Swobaci, 1688) : no veían en esta religion sino un sistema filosófico, confuso, extravagante, inexplicable, á propósito cuando mas para satisfacer la codicia de algunos espíritus enfermos (*Confusa esse apud nos omnia philosophi gentilium judicant*. Gaudencio, p. 18); y los esfuerzos de Volusiano daban por resultado una miserable objecion contra lo que la moral cristiana tiene de mas noble y sublime. La resignacion en los males, la humilad, el perdon de las injurias, son virtudes que el patricio no se hallaba en estado de comprender, ni hubiera sido posible, en efecto, introducirlas en la política del imperio romano. « ¿ Y qué? » decia Volusiano « ¿habrémos de dejar- » nos coger por el enemigo? ¿No podrémos llevar el » azote de la guerra á un pueblo que devaste las » provincias romanas? » La imposibilidad de elevarse á la consideracion de una moral universal, y el hábito contraido por los paganos de no mirar las creencias cristianas en su inmediata relacion con el estado político del imperio, se ven aquí palpables.

Respecto de les males que experimentó la patria en el reinado de varios príncipes cristianos, nada añadiré á cuanto he dicho, sino que este alegato se habia convertido en un argumento poderoso y habitual (*generalis conquestio*) en boca de los paganos, que sabian saçar partido de las desgracias de la época, y de ciertas proposiciones evidentemente dirigidas á subvertir la constitucion romana, que muchos jefes de la Iglesia proclamaban aun en aquel tiempo (1).

(1) Así San Paulino trataba de alejar á los Cristianos del servicio militar y hasta del matrimonio; escribió á un oficial, para decidirle á que dejase las armas, *qui militat gladio, mortis minister est* (Bibliot Max. VI, 234, 235); y como si hablára aun en tiempo de un emperador idólatra y en época de persecucion, repetia aquel dicho de los primeros Cristianos : *Deus verus, Dominus imperator æternus*. Fué todavía mas léjos; pues queriendo inducir á su amigo á separarse del siglo, hizo una sátira amarga del matrimonio y de las obligaciones naturales que produce. «En el mismo grado que nos son caras las afecciones terrestres (dice p. 235), nos cansan y atormentan. Cuando uno está casado, quiere tener hijos; si los tiene, teme perderlos; si no los tiene, se queja de la esterilidad. El que se entrega á los afectos de la carne, vive en contínua agitacion; ama las cosas que halagan su deseo, pero temiendo perderlas, ó deseando desembarazarse de las que le molestan, en ambos casos es desgraciado. Infeliz de aquel que se ve arrebatar una buena esposa; mas infeliz aquel á quien tocó una mala : entre estos dos peligros, es lo mejor no exponerse á ninguno. Otro tanto sucede respecto de los hijos; jamas los padres están contentos con ellos : los que los tienen excelentes, temen perderlos; los que los tienen de perversa índole, preferirian que no les hubiesen nacido. » Concluye de aquí : *Disrumpe omnia vinculatua*.

Los paganos no se descuidaban en hacer resaltar semejantes exhortaciones, empleándolas en apoyo de sus injurias contra el Cristianismo, y gritando que esta religion propendia á romper hasta los vínculos de familia, y que era incompatible con toda clase de sociedades. San Agustin, que conocia perfectamente el partido que los enemigos de la religion podrian sacar de muchos de sus principios, peligrosos tan solo si se exageraban, trató de demostrar que el Evangelio no prohibia ni llevar las armas, ni desempeñar cargos públicos, sino que aspiraba á formar magistrados íntegros y soldados que se contentasen con su paga: decia (t. II, p. 10) : « Á los que pretenden » probar que la doctrina de Cristo es contraria á la república, » les pido que nos den un ejército compuesto de soldados, » tales como los exige esa doctrina; que nos den magistrados » provinciales, maridos, esposas, padres, hijos, amos, esclavos, » reyes, jueces, deudores, exactores, tales como la ley de » Cristo quiere que sean. ¿Quién se atreverá á decir, pues, » que esta es enemiga de la república? ¿Quién, por el contrario, » dudará reconocer que la salud del Estado se hallaria mas » segura si se oyesen nuestras exhortaciones? » Este era el verdadero espíritu del Cristianismo; pero no todos los doctores cristianos los comprendian tambien como San Agustin, y la divergencia de opiniones alentaba á los gentiles.

Las objeciones de Volusiano, fuertes á sus ojos y á los de sus amigos, revelan sin embargo la flaqueza de las doctrinas paganas; y el mismo embarazo de aquel patricio, unido á su empeño en evitar la controversia, prueban lo difícil que era defender la situacion de los paganos. ¿De dónde, sino de su poca confianza en los dogmas del antiguo culto, provenia aquella obstinacion en llevar siempre la disputa á un terreno en que de hecho no podia establecerse? Se desarrollaba ante ellos un admirable sistema de moral, y los dogmas del mas puro espiritualismo; y replicaban con argumentos sacados de una política mezquina, del interes del momento, ó de ideas tradicionales, cuyo valor mismo prohibian estimar; exclamaban que se cometia un atentado contra la constitucion romana, que se formaba causa comun con los Godos y los Vándalos; y eran ciegos hasta el punto de no advertir las grandes concesiones que hacian al Cristianismo en todas las cuestiones relativas al dogma : admitíase ya sin dificultad la existencia de un solo Dios, del cual eran meros ministros todas sus demas divinidades (Orosio, t. VI, 1) : Jesucristo habia dejado de ser en su concepto un impostor, un mago, y le llamaban *excellentisimus sapientium* (id, t. III, 18); concedian mucho en materias en que no hubieran debido conceder nada, y se lanzaban á un terreno al cual los acompañaba el Cristianismo por lástima.

Se ha dicho que esta inclinacion, por otra parte débil, de las opiniones paganas á acercarse á las ideas religiosas del Cristianismo, las habia hecho ménos extravagantes y perniciosas (Mosheim, *De studio ethnic*. § IX, p. 354); pero á mi entender, este movimiento involuntario del error hácia la verdad es una prueba del progreso del Cristianismo, á la par que de la poca habilidad de los jefes del antiguo culto en defender sus principales intereses; y el hallar en ello un gérmen de mejoramiento religioso, equivale, en mi sentir, á descubrir una causa que careció de efecto.

Pero ni un grado mayor de capacidad, habilidad ó astucia hubieran bastado para salvar el error de los antiguos. Los paganos del imperio de Oriente, y en particular los filósofos alejandrinos, que hacian al Cristianismo una guerra puramente dogmática, le ponian estorbos y entibiaban, es cierto, pero no le detenian en su camino. En las controversias con los jefes de la Iglesia, empleaban mas pasion y violencia que sus hermanos de Occidente; discutian hasta sobre la esencia de la nueva religion, y no buscaban su defensa en los intereses políticos del imperio, rechazaban el Cristianismo, porque esta religion les parecia falsa y mala, y en todos conceptos inferior al culto helénico; por lo cual su actitud en tan memorable lucha era mas franca y natural que la de los paganos de Occidente; el éxito no fué por eso mas feliz.

Me parece ahora oportuno comparar la discusion

(c) Instituto Cervantes de Madrid

entre San Agustin y Volusiano con otra acaecida en Siria por el mismo tiempo entre dos Griegos, uno cristiano y otro gentil, para que se pueda juzgar bajo qué diferentes puntos de vista se consideraban al politeísmo los adversarios de la fe Cristiana.

Los bolandistas insertaron en su vasta coleccion la vida de un tal Alejandro, abad de Constantinopla, fundador de los conventos de los monjes Acemetas (15 de En., t. I, p. 1019), si bien la Iglesia no ha inscrito á este personaje entre sus santos. (TILLEMONT, *Mem. eccl.* t. XII, p. 491.) Alejandro, despues de haber pasado muchos años en lo soledad, se dedicó á predicar el Evangelio. La única circunstancia que conocemos de su predicacion es la conversion de un gobernador, llamado Rábula, y de los paganos de la ciudad en que residia : ciudad cuyo nombre ignoramos, pero que sabemos se hallaba situada en la Mesopotomia, á cuatro jornadas del Eufrátes (1).

Habiendo Alejandro derribado y quemado un templo de los ídolos, Rábula, encendido en ira le reprendió aquel acto de violencia del modo siguiente (BOLLAND, p. 1022) :

« Derribaste el templo de nuestros dioses y señores. No solo quieres seducir al pueblo sino tambien á todos nosotros, haciéndonos iguales á ti, sacrílegos y despreciadores de los dioses. Declarad, pues, la verdad : ¿qué esperanza os sostiene, ¡ oh Cristianos ! para que llevando tan léjos vuestro atrevimiento, mostréis despreciar hasta la vida ?

ALEJANDRO. » No despreciamos la vida, como pretendes, sino que, esperando alcanzar la vida eterna, aprendemos á separarnos de esta, porque nos ha sido dicho : El que pierda su vida en este mundo, la hallará en el otro.

RÁBULA. » ¿Qué esperáis, pues ? ¿adónde iréis al dejar este mundo ?

ALEJANDRO. » Nosotros probamos con nuestras obras al que quiere conocer la verdad el poder de tales palabras, y no acudimos, como los gentiles, á fábulas y á vanos discursos.

RÁBULA. » En cuanto á mí, estoy dispuesto á refutar todas esas locuras, con las cuales, ademas de introducir el desórden entre nosotros, quieres cubrir de desprecio á nuestros dioses.

ALEJANDRO. » Y yo te haré conocer el poder de mi Dios y los misterios de la fe cristiana. »

Entónces Alejandro abrió los libros sagrados, y empezó con el pagano una polémica que duró sin interrupcion un dia y una noche. Todo anunciaba que acabaria, saliendo triunfante la verdad, cuando al hablar del milagro de Elías, que hizo bajar el fuego del cielo á la tierra, Rábula exclamó :

« Todo eso es una burla, y vuestras creencias un tejido de fábulas. Voy á darte un consejo de hermano : ven á celebrar con nosotros la fiesta de hoy, y sacrifica á los dioses ; son generosos, y no te negarán el perdon y la impunidad por lo que hayas cometido contra ellos, pues que tu culpa procede de ignorancia.

ALEJANDRO. » Si los dioses existian en tiempo de Elías, ¿por qué no oyeron las súplicas de los falsos profetas, é hicieron descender el fuego sobre sus altares ? Elías, siervo de Dios, estaba solo; sin embargo, en virtud de una fuerza divina, dió á todos la muerte; y habiendo pedido á Dios que dejase de llover para castigar de este modo la obstinacion de los hombres, trascurrieron tres años y seis meses sin caer una gota de agua, hasta que el Señor, compadecido de la viuda, mitigó la severidad de su siervo, y le excitó á la indulgencia, á fin de que cumpliera su juramento y le dirigiese súplicas en favor de los hombres.

RÁBULA. » Si eso es verdad, si tu Dios es cual le describes, si escucha los ruegos de sus siervos, pídele que haga bajar ahora llamas del cielo ; y si tal sucede, declararé que no hay mas Dios que el de los Cristianos : si no, diré, que cuanto contienen vuestros libros es falso, pues que tú tambien te apellidas siervo de Dios. »

El autor de la *Vida de Alejandro* continúa refiriendo el milagro que decidió la conversion de Rábula,

La enorme diferencia entre este y Volusiano salta demasiado á la vista. El patricio romano no podia ser convertido sino abandonando sus preocupaciones de nacimiento, los intereses de clase, y todas sus opiniones políticas : abandono posible, como se ve en el ejemplo de San Paulino ; pero ¿ cuántos sentimientos secretos y enérgicos no debian oponerse á su realizacion ? ¿ qué podian responder los doctores cristianos á preguntas tomadas de las doctrinas políticas del imperio romano y del interes personal ? ¿ cómo sostener que una religion nueva no cambiaria los costumbres y las leyes de un Estado hiriendo por necesidad multitud de ideas, pasiones é intereses ?

Los paganos que consentian, siguiendo el ejemplo de Rábula, en abrir los libros santos, y discutir sobre las doctrinas contenidas en ellos, quedaban pronto ilustrados y convencidos : se despertaban, por decirlo así, odios que habian profesado á las nuevas creencias, maravillándose de haber podido dormir tanto tiempo en brazos del error (1).

Obsérvese ademas que las conversiones obtenidas en Oriente, proviniendo en general de un exámen atento y de una discusion profunda, eran mas duraderas que las que se verificaban en Occidente, y que nacian con frecuencia de un cambio repentino é inconsiderado de opinion ; por lo cual ó duraban poco, ó se prolongaban con daño del Cristianismo.

Hemos visto malograrse las tentativas de San Agustin respecto le Volusiano; triunfó la vanidad del siglo. Mas provecho sacabá de la aristocracia San Jerónimo, en quien la prudencia iba unida á los impulsos de un alma llena de ardor. No aspiraba á alcanzar victorias prontas y ruidosas; el ganar á la causa de la verdad una sola persona en alguna ilustre familia, le parecia una conquista importante, por lo cual esperaba lugar y tiempo oportuno para que la obra fuese mas completa, y ningun doctor de su época comprendió mejor que él el poder de las costumbres romanas, ni supo atacarlas con mas habilidad.

Trazó el cuadro lisonjero de una familia patricia, que despues de abrazar el Cristianismo conservaba todo su respeto hácia el anciano padre, el cual habia continuado siendo pontífice de los falsos dioses : la paz que reinaba en aquella santa casa, la dulzura del anciano, sonriéndose al oir los cantos cristianos que resonaban á su alrededor, están representados con admirable sencillez. El pontífice se llamaba Albino, y su mujer y todos sus hijos habian entrado en el gremio de la nueva religion. De los últimos solo conocemos á Leta, á quien San Jerónimo apellidaba su *religiosísima hija en Jesucristo*, y que se casó con Tosozio, hijo de Santa Paula, de la cual solo tuvo una hija, llamada tambien Paula, cuyo nacimiento atribuyó á un voto que hizo. Habiendo muerto su esposo, uno de los miembros de la aristocracia que mas se habia distinguido por su oposicion á las innovaciones, quedó dueña absoluta de su hija y re-

(1) TILLEMONT, p. 493, emite algunas dudas sobre la autenticidad de la controversia que indicamos. Advertiré que el relato nos fué conservado por San Marcelo, discípulo de Alejandro, y su segundo sucesor como jefe de los Acemetas ; pero aunque no fuese exacto en todas sus particularidades, representa al ménos la opinion de aquella época, y en especial la de San Marcelo, lo que basta á nuestro propósito.

(1) Entre las sentencias que extrajo San Próspero de Aquitania de las obras de San Agustin, se encuentra la siguiente, notable por su singular exactitud : « Sic sunt qui colunt idola, quomodo qui in somniis vident vana. Si autem evigilet anima ipsorum, intelligit a quo facta sit, et non colit quod ipsa fecit. » Pág. 573.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

solvió consagrarla á Dios ; pero ántes consultó á San Jerónimo. Este le respondió, escribiéndole la célebre carta *De institutione filiæ*, cuyo exordio muestra cuán circunspecto era en sus tentativas, cuán moderado en sus esperanzas, y cuán prudente en la eleccion de los medios. « El apóstol Pablo (dice) diri- » giéndose á los Corintios, y á fin de sujetar á la » santa disciplina una Iglesia todavía ruda, entre » otras recomendaciones, les hizo la siguiente : — Si » un marido es infiel á su mujer, y consiente esta » vivir en su compañía, no conviene que le aban- » done. En efecto, la mujer fiel santifica al marido » infiel, y la mujer infiel es santificada por el ma- » rido fiel ; sin esto, vuestros hijos serian impuros, » y así están purificados. — Si alguno teme que se » relaje la disciplina con esta indulgencia del maestro, » que considere la casa de tu padre, de ese hombre » tan ilustre y docto, el cual, sin embargo, camina » aun en medio de las tinieblas, y comprenderá que » el consejo del Apóstol ayuda á compensar con la » dulzura de las frutas lo amargo de las raíces, y » hace que destile de las débiles ramas un delicioso » bálsamo. Tú naciste de un matrimonio mixto; de ti » y de mi querido Tesozio nació Paula : ¿quién » hubiera creído que la nieta del pontífice Albino » naceria á consecuencia del voto hecho á un már- » tir, y que su abuelo se sonreiria un dia oyéndola » tartamudear la *aleluya* de Cristo? ¿Quién hubiera » creído que aquel anciano engendraria á la vírgen » de Dios? Nuestras esperanzas son grandes y » afortunadas. Una familia santa y fiel santifica » á un hombre infiel. Es candidato de la fe aquel » que está ceñido por una corona cristiana de hi- » jos y de nietos. En cuanto á mí, creo que si Jú- » piter tuviese una familia de esta clase, acabaría » por creer en Jesucristo. Vos levantaréis los hom- » bros, os sonreiréis al leer mi carta y me llamaréis » vano é insensato, lo mismo hacía vuestro esposo » ántes de creer. No nace uno cristiano, sino que » llega á serlo. El Capitolio camina á su destruccion, » cubierto de oro y de polvo : las arañas urden su » tela en todos los templos de honra ; la ciudad sale » de sus cimientos ; olas de pueblo pasan por de- » lante de los derrocados templos de Roma, para » dirigirse á los sepulcros de los mártires : si la » prudencia no os conduce á la fe, que á lo ménos la » vergüenza os obligue á hacerlo. Leta, religiosísima » hija mia en Jesucristo, te hablo en estos términos, » para que no desesperes de la salud de tu padre : » una conversion jamas es tardía. »

Continúa luego trazando un plan de educacion para la jóven Paula, sin olvidarse de recomendar á la madre que « cuando vea á su abuelo se arroje á sus » brazos, se cuelgue de su cuello, y cante á pesar de él la *aleluya*. » ¡Qué delicadeza hay en esta conspiracion urdida en el seno de la familia contra la conciencia del viejo sacerdote pagano! ¿No valia mas permitir estos matrimonios mixtos que debian acabar por ser provechosos al Cristianismo, que no reprobarlos coma hacian San Ambrosio cuando exclamaba : *Cave, Cristiane, Gentili aut Judæo filiam tuam tradere* ? (T. I, p. 235.)

Se comprende por la correspondencia de San Jerónimo, que durante su residencia en Roma estaba en relacion con una multitud de damas de la aristocracia. Las virtudes, dulzura y gracias de su ingenio le constituían enemigo demasiado formidable para que los jefes del paganismo no empleasen en contra suya la acostumbrada arma de la calumnia. Colmándole de disgustos, quisieron obligarle á salir de Roma, y en esta ocasion excedieron á cuanto habian hecho ántes con Paulino. San Jerónimo fué disfamado públicamente (1) tachándole de mago, mentiroso, disoluto (*lubricus*); hasta le atribuyeron la infamia de un delito, del cual nunca habia dado motivo con su conducta para que se le creyese culpable, y que envolvia tambien á Santa Paula, suegra de Leta, sin que la austera vida de una matrona de su clase bastase á justificarle. La inculpacion produjo tanto ruido que el asunto se llevó ante los magistrados : el acusador se desdijo ; pero los que se complacian en el escándalo, no aceptaron la disculpa, y San Jerónimo tuvo al fin que dejar á Roma.

Sin embargo, la victoria de los paganos fué incompleta, podian obligar á San Jerónimo á abandonar el alcázar de su religion; pero no reducirle al silencio. Desde el fondo del Oriente, adonde se habia retirado, renovó con una correspondencia asidua los vínculos que le unian á sus dos hijas en Cristo, y ayudado por ellas, introdujo el gérmen de la destruccion en el seno de aquella aristocracia tan orgullosa con su poder, y tan apegada á sus errores (1).

Á principios del siglo v, la propagacion del Cristianismo en las clases elevadas de la sociedad hallaba aun muchos obstáculos ; pero á lo ménos los poderosos que habian abandonado el error, permanecian fieles á la nueva creencia, y no escandalizaban á la sociedad con apostasías. Las familias senatorias que habian abrazado el Cristianismo, daban en Roma el ejemplo, demasiado raro ciertamente, de la piedad y de todas las virtudes cristianas; no sucedia lo mismo con el vulgo y clase média. Las costumbres se habian maleado extraordinariamente en los cincuenta años del siglo iv, hasta el punto de que la eleccion de una religion era considerada entre el pueblo como el acto mas insignificante. Por ver en ello una utilidad por curiosidad ó por moda adoptaban el nuevo culto, y despues á la primera ocasion volvian á su anterior creencia. Esto, á la verdad, no era indiferencia, pues la indiferencia aconseja al hombre permanecer en la religion en que ha nacido, era un completo ateísmo, una repugnante depravacion, un patente desprecio de lo que existe de mas sagrado. ¡Cuántas veces la Iglesia, que luchaba, aunque en vano, contra el progreso del mal, tuvo que lamentar las conquistas demasiado fáciles que hacian en las clases inferiores de la sociedad! Personas ignorantes hasta un grado vergonzoso, sin honor, sin visos de piedad, accesibles únicamente al mas sórdido interes, iban á contaminar en su presencia la reunion de los fieles ; eran los que los Padres de la Iglesia designaban con el nombre de *mali christiani*, *ficti christiani*..... y contra los que su elocuencia tronaba frecuentemente. Los herejes, los cizañeros, los sediciosos, aumentaban su número con esta clase de gentes, que parecia haber entrado en el gremio de la Iglesia solo para fatigarla con su espíritu turbulento, ó que no consentian en permamanecer fieles á la verdadera fe sino bajo la condicion de introducir en el culto cristiano multitud de supersticiones, cuyo influjo se dejó sentir largo tiempo; y la menor señal del pagano bastaba para atraer de nuevo á su seno á estos siervos de todos los partidos.

Abundaban entónces individuos cuyo arte consistia en pasar de una religion á otra, tantas veces como creyesen reportar de ello alguna utilidad. El orígen de esta incomprensible corrupcion en el seno de una religion que aun no se habia desarrollado del todo, se remontaba á una época anterior á la que nos ocupa. En vano los concilios y los emperadores hicieron esfuerzos por extirpar las apostasías que las muchas herejías y los vicios de aquel tiempo habian colocado entre las acciones legítimas. (V. Amtor, *De apostasia liber singularis*. Coburgo, 1833. Sufken, p. 74, 76.)

(1) « Non mirum ergo, decia (II, 506), si contra me parvulum homunculum immundæ sues grunniant. »

(1) Habia aun muchas patricias idólatras. « Sunt aliquæ delicatæ matronæ, dice San Agustin, X, 300, quæ dedignantur se inclinare usque ad vestigia sanctorum in hoc mundo peregrinantium, »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Teodosio fué el primero que estableció en 381 (*Cod. Theod.* lib. XVI, tít. 7, ley 1) una pena contra los apóstatas, privándoles del derecho de testar. En 383 (l, 2) modificó la precedente ley con respecto á los catecúmenos que apostatasen; pero quedaban siempre todos los apóstatas *absque jure romano*. Valentiniano II siguió el ejemplo de su colega en 383 (t. 3), y aplicó las indicadas disposiciones á los Cristianos que se hacian hebreos ó maniqueos, por lo que se ve que la apostasía variaba en su eleccion. Una ley del año 391 (l, 5) nos enseña que la nobleza seguía el torrente : lo que fué causa de que Valentiniano decretase que todo noble que apostatára, perderia su condicion, de suerte que ni siquiera sería contado *in vulgi ignobilis parte*. En 396 (l, 6) Arcadio privó de nuevo del derecho de testar á los Cristianos *qui se idolorum supertitione impia maculaverint*. No se puede, pues, acusar al gobierno de poca actividad, pero es preciso demostrar cuán poca fuerza tenian las leyes en un tiempo como el de que hablamos.

Un dia San Agustin presentó á la reunion de los fieles de Hipona un hombre que debia ser célebre entre los renegados : habiendo nacido gentil se habia convertido al Cristianismo; y luego disgustado del nuevo culto, volvió á adorar á los ídolos, y ganaba bastante como astrólogo : pedia entónces que se le permitiese entrar de nuevo en la Iglesia, esto es, cambiar por la tercera vez de religion. Agustin, esperando interesar á su auditorio en favor de semejante hombre, habló en los siguientes términos (t. VIII, p. 257) :

« Este antiguo Cristiano, este antiguo fiel, temiendo el poder de Dios, vuelve al seno de la penitencia. Miéntras era fiel, arrastrado por el enemigo, se dedicó á la astrología; habiendo sido seducido, sedujo á su vez; estando engañado, engañó; profirió muchas mentiras contra Dios, que permite á los hombres practicar el bien y abstenerse del mal; decia que no es la voluntad quien hace á los adúlteros, sino Vénus; que Marte hace los homicidas, que Dios no inspira la justicia, sino Júpiter; y otros muchos sacrilegios de esta clase. ¡Cuánto dinero arrancó á los falsos Cristianos! ¡cuántos de estos compraron de él la vergüenza! Ahora si le prestamos fe, detesta el error, llora la pérdida de muchas almas, y sintiéndose entre las garras del demonio, torna arrepentido á Dios. Creamos, oh hermanos mios, que el temor produjo semejante cambio. ¿Diremos que quizá no conviene alegrarse tanto de la conversion de este astrólogo, en otro tiempo pagano, porque despues de convertido podria pedir las órdenes? pero es un penitente, oh hermanos mios, que no pide sino misericordia. Yo le recomiendo á vuestros ojos y á vuestro corazon. Que le amen las corazones, que los ojos le observen : examinadle bien, y donde quiera que le encontréis, mostralde á aquellos hermanos vuestros que no están presentes. Esta es tambien una obra de misericordia, pues debemos temer que su alma seductora cambie y vuelva á emprender el ataque. Estad prevenidos, sabed lo que dice, adónde va, á fin de que vuestro testimonio nos confirme en la creencia de que se halla verdaderamente convertido. Estaba á punto de perecer, y se ha salvado. Lleva consigo los libros que le abrasaron para quemarlos, y quiere refrescarse con las llamas que los consumirán. No debéis ignorar, oh hermanos mios, que llamó á la puerta de la Iglesia ántes de la Pascua; pero por ser sospechoso de mentira y estafa á causa de su oficio, se le hizo esperar, hasta que al fin se decidió recibirle inmediatamente, por el temor de dejarle expuesto á nuevas tentaciones. Rogad á Cristo por él. »

Tambien Sócrates (III, c. 2) habla de un sofista de Constantinopla llamado Escébolo, que con admirable facilidad se acomodaba á los diversos cambios de fortuna del Cristianismo. En vida de Constancio, afectó un vivo ardor hácia las nuevas creencias; cuando Juliano ocupó el trono, recobró su antigua adhesion á los dioses; á la muerte de este, pensó que le aprovecharia el dar una gran publicidad á su conversion, por lo cual se echaba á la puerta de las iglesias, gritando á los fieles, *Holladme como sal insípida*. Añade Sócrates : *Escébolo continuó siendo lo que siempre, esto es, ligero é inconstante*. San Agustin hubiera podido decir sin duda otro tanto de su astrológo, Ahora bien¿ no sorprende el ver á la apostasía aun pederosa, cuando ya nadie que tuviese sano el entendimiento debia esperar el restablecimiento del antiguo culto? La aparicion de Juliano hubo de trastornar muchos espíritus, agitar muchas conciencias, y dar al triunfo del Cristianismo el carácter de un hecho transitorio; pero abandonar la Iglesia al fin del siglo IV y volver á la adoracion de los ídolos, no podia ménos de mover á compasion : comprendo, pues, por qué San Agustin convino en excitar á los fieles en favor de un miserable, manchado ya con tres apostasías; deseaba hacerle perder el nombre de pagano, convencido de que el que consentia en no sacrificar mas á los falsos dioses debia pertenecer al fin á la verdadera religion. Un néofito podia, á causa de la fermentacion de las pasiones gentílicas, permanecer mas ó ménos tiempo en el umbral de la Iglesia, pero debia tarde ó temprano atravesarlo. Los jefes de la Iglesia miraron siempre como presuncion favorable, que un ciudadano consintiese en no volver á ser llamado pagano; primera victoria que les inducia á esperar una conversion sincera; y recomendaban á los Cristianos no aplicar el peligroso nombre de *paganos* á sus hermanos que se descarriasen, contendándose con apellidarlos *pecadores* (Optat., l. III, p. 526) : en una palabra, se empeñaban en hacerles olvidar el paganismo, con cuyo objeto hasta prohibian pronunciar su nombre.

El antiguo culto, no satisfecho con impedir el desarrollo del Cristianismo dirigiéndole ataques sordos y desleales, viciaba ademas la disciplina de la Iglesia, ejerciendo en las costumbres de los convertidos mas bien una verdadera tirania que un resto natural de influencia. Debe causar sorpresa la facilidad con que introdujo en el santuario del verdadero Dios su espíritu supersticioso, su moral relajada y el placer del desórden. ¡ Cuán poco se parecia la Iglesia, sesenta años despues de la muerte de Constantino, á lo que habia de ser y que fué despues! En sus últimos años San Jerónimo formó el proyecto de escribir una historia eclesiástica para mostrar, que bajo los príncipes cristianos la Iglesia habia ido siempre á ménos, *divitiis major, virtutibus minor* (IV, 2 p. § 91); sentencia severa, sin duda, y que la conciencia de Jerónimo debió pronunciar con sentimiento, por cuya verdad está probada por todos los documentos históricos de aquella época. Muchas veces este ilustre campeon del Cristianismo, mas inclinado al entusiasmo que al desaliento, perdia todo su vigor al observar la deplorable situacion de la Iglesia, y declaraba que no se sentia ya con fuerza para escribir (*ibid.*, 600). Los historiadores han representado bastante y con vivos colores el desmedido lujo de los obispos de aquella época, la codicia, la ignorancia y la mala conducta del clero (Planck, t. I, p. 509, 5. — Bingham, t. VIII, p. 176, 5.); de consiguiente me ceñiré á alegir en tan triste cuadro lo que se refiere á la historia del paganismo.

Todos los usos del arte de la adivinacion siguieron gozando de gran aplauso entre los Cristianos, cuando hacía ya tiempo que los mejores pensadores entre los gentiles no mostraban tocante á ello sino un respeto convencional ó el desprecio (1). Juraban por los dioses falsos, celebraban la quinta feria en honor de Júpiter, tomaban parte en los juegos, en las fiestas, en los banquetes religiosos de los paganos; casi nada de la antigua majestad habian conservado las cere-

(1) San Agustin, en el libro IV de las *Confesiones*, c. 3, dice que le apartó del estudio de la astrología judiciaria un médico pagano, el cual le hizo ver que era falsa y ridícula.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

monias del Cristianismo; no era raro oír himnos paganos en las solemnidades cristianas, y los fieles, á la manera de los gentiles, bailaban delante de las basílicas. No reinaba mas decoro en lo interior de las Iglesias donde se reunian para tratar de negocios ó para pasearse; y era tal el ruido y las risotadas, que no se podia oír la lectura de los libros santos; los fieles disputaban, reñian; á veces interrumpian al que celebraba los oficios, le instaban para que concluyese, y le obligaban á cantar segun el gusto de ellos. San Agustin tenia, pues, razon para calificar el influjo tan poderoso del antiguo culto como una persecucion del demonio, mas oculta y sagaz que la que habia causado tantos padecimientos á la primitiva Iglesia.

Todos estos hechos se hallan atestiguados por el obispo de Hipona (II, p. 268, X, p. 367), y por el de Milan (V. 46), de suerte que no cabe poner en duda su certeza; pero como se les creeria quizá una corrupcion particular á la Iglesia de África y á la de Milan, aduciré nuevos testimonios en prueba de que la funesta accion de las costumbres paganas se dejaba sentir en todas las provincias.

San Gaudencio, obispo de Brescia, contemporáneo del de Hipona, siguiendo el ejemplo de su antecesor San Filastro, combatió enérgicamente la idolatría en su diócesis. Véase á continuacion el extracto de un sermon suyo (III, p. 57) :

« Oh vosotros, neófitos, llamados al banquete de esta pascua mística y saludable, cuidad bien de conservar vuestras almas puras de los alimentos contaminados por la supersticion pagana. No basta que el verdadero Cristiano rechace léjos de sí el pasto emponzoñado de los demonios; es preciso ademas que evite todos los actos abominables de los gentiles, todos los fraudes de los idólatras, como se evita el veneno vomitado por la serpiente infernal. La idolatría se compone de encantos, lazos, presagios, augurios, sortilegios de todas las vanas observancias, como tambien de fiestas llamadas *parentali*, por cuyo medio sabe reanimar el error. En efecto, los hombres, cediendo á la gula, empezaron por comer los manjares que habian servido á los muertos, y despues no temieron celebrar en su honor sacrificios sacrílegos : pues es difícil creer que cumplan un deber respecto de sus difuntos los que con mano trémula, á causa de su embriaguez, levantan la copa ante los sepulcros y dicen con voz clara : *El espíritu tiene sed*. Os suplico que os abstengáis de tales cosas, para que Dios irritado no abandone al furor del infierno á sus despreciadores y enemigos, que se negaron á sobrellevar sus yugos. »

¿Tiene algo de admirable que semejantes cristianos dejasen subsistir y honrar en sus dominios á los ídolos, altares y templos del paganismo? (*Ibid.* p. 159.)

San Agustin, á quien no me canso de citar, porque reprodujo mejor que ningun otro doctor de su época el verdadero pensamiento cristiano, mostraba gran dolor al ver reinar á su alrededor un culto informe, que no era ni el paganismo, ni el Cristianismo. « Alguno, dice (X, 367), que entraba en la Iglesia cristiana, salia de ella pagano. » Sin embargo, léjos de desesperar, escribia á la vírgen Felicia (II, 320) : « No te conmuevas demasiado á la vista de tales escándalos : fueron predichos, á fin de que cuando sucedieran, recordásemos que habian sido anunciados, y no nos asustasen. » Los paganos á quienes no se habia profetizado semejante corrupcion, se alegraban considerando su progreso, y no querian creer que durase un culto que habia llegado tan pronto á su decadencia : repetian en su ilusion aquel célebre dicho : « Los Cristianos tendrán una existencia breve : perecerán y y tomarán los ídolos (VIII, 313). » ¿No es portentoso ver á esta religion vendida, ciega, socavada por todos lados, conservar aun en la mente una idea de porvenir, y exclamar : *Reddet quod erat antea?* (*Ibid.*)

Tal era la sociedad romana. Este edificio vacilante, que el Cristianismo no podia sostener, habia agotado en un siglo la poca fuerza que le quedaba, presentándose indefenso á una multitud de enemigos para quienes era un obstáculo demasiado débil. Los ciudadanos encargados de su custodia no confiaban ya en si mismos : circulaban por todas partes tristes rumores y pronósticos siniestros, por todas partes se mostraban señales evidentes de una próxima catástrofe. Un mismo objeto de terror habia reunido á los paganos y á los Cristianos, porque estos últimos no sabian que el golpe que amenazaba, aseguraria de una manera irrevocable el triunfo de su fe.

Los Romanos creían que la ruina de Roma sería la señal de la del mundo : pensamiento que Lactancio habia expresado con estilo profético en el siglo anterior : « ¿Quién dudará, dice (*Instit divin.* l. VII, p. 25), » que cuando la capital del mundo perezca, como » debe suceder segun las predicciones de las Sibilas, » ¿habrán de sucumbir todas las cosas de la tierra? » En efecto, esta ciudad aun hoy lo sostiene todo. » Roguemos, supliquemos al Señor del cielo, si es que » sus decretos pueden ser suspendidos, á fin de que » el tirano abominable que debe cometer este espan- » toso delito, y extinguir la luz, cuya falta producirá » la ruina del mundo, no alegre su objeto ántes de lo » que pensamos. »

Lactancio se engañaba en mirar la ruina de Roma como preludio de la del mundo; en él predominaba el carácter romano sobre el espíritu del Cristianismo; á no ser así, hubiera reconocido sin fatigarse mucho que esta gran catástrofe debia destruir únicamente la sociedad romana, llamada por los Padres, con una patriótica hipérbole, el « género humano, » exageracion demostrada por acontecimientos harto desgraciados. Pero este error de Lactancio basta para que se comprenda cuán grande autoridad ejercia aun en los entendimientos el nombre sonoro de *Roma*, sinónimo un tiempo de *fuerza* y de *virtud*. Por tanto, ¡con qué dolor recibieron las naciones la noticia de un suceso que les parecia imposible ó que á lo ménos creían se retardaria hasta el momento en que el mundo debilitado cayese bajo el peso de su ancianidad (1)! Hasta los habitantes del Oriente miraban á Constantinopla como hija de Roma, y abjurando toda rivalidad, daban á esta el título de κεφαλεῖον. (LIBANIO, *Ep.* 448, p. 226.) Herido en la cabeza, el imperio debia venir á tierra y perecer; tal era el pensamiento que existia en la mente de todos. Véase lo que aconteció :

« Trato de pintar (dice San Jerónimo, IV, 2, p. 674, » 661, III, p. 832), no las desgracias de los infelices, » sino la fragilidad de las cosas humanas. Horrorízase » el alma al recordar los desastres de nuestra época. » Hace mas de veinte años que nuestra sangre corre » desde Constantinopla hasta los Álpes Julianos. La » Escitia, la Tracia, la Macedonia, la Dardania, la » Dacia, la Tesalónica, la Acaya, el Epiro, la Dalma- » cia, las Panonias son saqueadas y devastadas por » el Godo, el Sármata, el Cuado, el Alano, los Hunos » y los Vándalos. ¡Cuántas matronas y vírgenes, » cuántos cuerpos nobles y puros han sido el ludibrio » de esas bestias feroces! Hemos visto á los obispos » cargados de cadenas, á los sacerdotes y clérigos » degollados, á las iglesias derribadas ó convertidas » en cuadras; por todas partes duelo y gemidos, é

(1) El vago presentimiento de una desventura inminente preocupaba al principio del siglo v á todos los hombres pensadores. Discordes sobre tantos puntos, los jefes de las dos religiones se unian para reconocer, aun ántes de la invasion, que un peligro amenazaba á la república; y los Cristianos necesitaban de toda su confianza en el porvenir para no ceder á los terrores del momento. Claudiano hacía decir á un personaje de su poema *De bello getico*, vs. 371 :

Romanum reparate decus, molemque labentis
Imperii fulcite humeris.

San Agustin, hablando de los fieles, decia, t. II, pág. 6 : « Mundo declinante in extrema, æternam civitatis cœlestis felicitatem expectant. »

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» imágenes de muerte. El mundo romano se der-
» rumba, y sin embargo no decae nuestro ánimo. »

Á tan gran desolacion, de la cual no se libraba ninguna provincia, ninguna ciudad, ningun habitante de aquel vasto imperio, dió la señal la ruina de la ciudad sagrada : destruida esta noble barrera, ante la cual Alarico, movido de piedad, se habia retirado tantas veces, el torrente no podia ya detener su curso : todo debia ser sumergido.

Tillemon titula uno de sus capítulos « Triunfo de Jesucristo en el saqueo de Roma. » (T. V, p. 593.) No sé sí una religion puede hallar ocasion de triunfar en tan espantoso desastre. Veo iglesias profanadas y despojadas, vírgenes cristianas expuestas al furor del soldado, la espada de los Godos sepultándose indistintamente en el corazon de todo el que se le opone, y me esfuerzo en vano por encontrar en el desastre de Roma otro triunfo que el de la barbarie. Este acontecimiento debia ciertamente redundar en provecho del Cristianismo, pero despues de muchos años de infortunios, durante los cuales los Cristianos tenian que derramar, no ménos que sus adversarios, lágrimas de sangre.

Á la verdad, San Agustin (*De civ. Dei*, lib. I, c. 1), y Orosio (lib. VII, c. 39,) citan un hecho que parece favorecer la extraña idea de un triunfo del Cristianismo en la toma de Roma; dicen que Alarico, dando rienda suelta al furor de sus soldados, habia mandado, no obstante, perdonar á los que se refugiasen en las iglesias de San Pedro y San Pablo. Los paganos acudieron en gran número á estos asilos; pero San Agustin reconoce que fueron preferidos, tanto porque eran espaciosos y capaces, cuanto porque eran sagrados. Sin duda el vencedor, que no queria despoblar á Roma, abriria un asilo donde los fugitivos fuesen acogidos sin distincion de sectas; ¿pero cómo ver en este freno puesto al furor de los Bárbaros un triunfo del Cristianismo? El saqueo de Roma causó tantos desastres á los Cristianos como á los gentiles, con la sola diferencia de que á la religion de los primeros no le resultó ningun mal, miéntras que fué tal para la de los segundos, pues la aristocracia, herida en el corazon, se dispersó, y con ella se desvanecieron todas esperanzas futuras del culto antiguo. Sé que en el saqueo fueron respetadas las personas de los senadores, habiendo muerto uno solo, por equivocacion (*Ib.* lib. II, c. 19); pero no basta observar las violencias particulares, pues el efecto de estas altera poco los principios de una institucion; conviene fijar las miradas en un punto mas elevado.

Paso ahora á demostrar que la toma de Roma privó á los patricios de todo influjo religioso, despojándolos de la considerable parte de poder que disfrutaban, y de las riquezas que los siglos habian acumulado en sus manos.

La aristocracia hablaba aun autorizadamente á los Romanos degenerados del siglo v, porque era á modo de un centinela vigilante é intrépido que cuidaba de la gloria ó de los intereses de Roma; decía y creía que miéntras dependiese de ella la suerte del imperio romano, serian inútiles los golpes con que la fortuna y el tiempo tratasen de destruir las instituciones patrias. Esta conviccion se habia esparcido entre muchos Cristianos, y estaba arraigada en el espíritu de los paganos, como un dogma político. Cuando los Godos conquistando la Italia, y otros Bárbaros el resto del imperio de Occidente, la hicieron desaparecer con la toma de Roma, aureola de gloria que brillaba hacía doce siglos en torno del patriciado, la realidad se mostró á los ojos de los Romanos, que solo vieron debilidad, vanidad y orgullo, donde creían que residia aun el genio y la fuerza. Cuanto mas reflexionaban en las desgracias públicas, mas motivos encontraban para echarlas en rostro á los patricios; no pudiendo hablar ya de la eternidad de Roma, ni de las instituciones nacionales, ya no se atrevian á fijar la vista en aquella estatua de la Victoria, cuyos trozos estaban cubiertos por las cenizas de la ciudad. Su mision parecia cumplida y se resignaron con su suerte, semejantes á los pontífices paganos, que solo abandonaban los templos cuando veían hechos pedazos los ídolos.

Ciertamente la aristocracia debia la mayor parte de su influjo al respeto que los Romanos profesaban á las antiguas instituciones, pero no conviene olvidar la superioridad que la educacion y la costumbre del mando daban á sus individuos. Si los Bárbaros hubiesen atravesado la Italia para no volver á ella mas, semejantes á un torrente devastador, es probable que los emperadores hubiesen creído aun necesario el conferir los primeros cargos del imperio á los antiguos nobles; pero las cosas marcharon de un modo muy diverso : los Bárbaros habian fijado su residencia en Occidente; Roma debia ser tomada y vuelta á tomar repetidas veces, y el desórden debia agitar largos años á la desventurada Italia; no se presentó ya ocasion de acudir á los conocimientos ó al celo de los patricios, ó se presentó tan rara vez, que no es posible deducir de ellos ninguna consecuencia general.

Ni era la Italia el único país que doblaba su frente bajo el yugo de los extranjeros : la Galia, la España y el África eran igualmente asoladas. Los ricos dominios que la aristocracia tenia en estas regiones no enviaban ya á Roma con qué alimentar el lujo y el crédito de los patricios; hasta las grandes riquezas moviliarias de los nobles fueron destruidas en el saqueo de Roma y de Italia; de suerte que viéndose reducidos á lo muy preciso, prefirieron expatriarse á permanecer expuestos á la violencia de los Bárbaros, y á los insultos de aquellos que poco ántes miraban con envidia su fortuna y su poder.

El Oriente vió, pues, afluir á su seno multitud de fugitivos, y los Cristianos no permanecieron impasibles ante el espectáculo de tantas desventuras. San Jerónimo escribia lo que sigue á Eustoquio (t. III, p. 746) :
« ¿Quién hubiera dicho que Roma, despues de ha-
» berse elevado á tan grande altura con sus victorias,
» pereceria, y que habiendo sido la madre de sus pue-
» blos, se convertiria en un sepulcro; que las costas
» de Oriente, del Egipto, del África, posesiones hace
» poco de la dominadora Roma, se cubririan de
» esclavos, y que cada dia la santa Bethen recibiria
» dentro de sus muros multitud de personas, nobles
» un tiempo, y reducidas ahora á mendigar? Nosotros
» no podemos socorrerlos, pero los compadecemos y
» juntamos nuestras lágrimas con las suyas, »

El África parecia tender los brazos á estos desventurados. Allí se acogieron los que lograron salvar del saqueo de los Bárbaros parte de sus riquezas; pero Heracliano, gobernador de aquella provincia, trató de saciar su avaricia, expeculando con el infortunio de sus compatriotas, y hacía despojar á los fugitivos y vender á mercaderes de la Siria las nobles doncellas. La ilustre Falonia Proba, la mas rica y considerada señora de Roma, entregó á aquel avaro todo lo que le quedaba para salvar el honor de sus dos hijas Juliana y Demetriada (Jerón. L, 955, 989.)

No todos los prófugos sobrellevaban su desgracia con dignidad; por el contrario los mas sorprendian á los extranjeros con su negligencia : los que llegaron primero á Cartago corrieron ántes de nada al teatro, y tomando parte en los bandos en que estaban divididos los espectadores, ocasionaron en la ciudad el mayor desórden que se habia visto allí jamas. (*Agust. De civ. Dei*, I, 32, 35.) « Sus corazones, tan orgullosos y crueles en otro tiempo, no se han ablandado, dice San Jerónimo (t. III, p. 942); venden sus ropas, y aunque reducidos á la esclavitud, quieren poseer oro. »

Tan grande habia sido la caída de aquella aristocracia, que hemos visto asociada al mas poderoso de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los gobiernos. Arrojada de sus hogares, despojada de sus bienes, de la gloria, del honor, viéndose obligada á mendigar el sustento ó á entrar en la servidumbre, ni siquiera le fué concedido perecer en los lugares que habian presenciado su antiguo esplendor; y tuvo que ir, humilde y suplicante, á cavar su tumba en provincias lejanas, donde sus antepasados no se habian presentado sino como triunfadores. Pocos ejemplos ofrece la historia de un cambio de fortuna tan grande y repentino.

Al verificarse estos desgraciados acontecimientos, los paganos, exasperados por el infortunio, lanzaron contra los jefes del Cristianismo una censura, que á haber parecido justa, hubiera debido suscitar contra ellos la reprobacion universal; y fué la de haberse alegrado de una catástrofe que habia cubierto de horror al imperio romano. Esta terrible acusacion vale la pena de ser discutida, por descansar en un hecho que, aunque no verdadero, no era sin embargo del todo verosímil.

Los Cristianos no disimularon nunca su aversion á Roma, considerándola como sentida de todas las supersticiones; hemos visto á Orosio sentir que no hubiese perecido en la invasion de Radagaiso; nos bastará añadir ahora que los Cristianos colocaban en la misma línea á un habitante de Roma y á un Bárbaro. (Agust. II, 262.) Cuando la ciudad eterna fué contaminada, y sus mas ilustres ciudadanos se dispersaron, los oradores cristianos hallaron en el espectáculo de tantas desgracias un texto fecundo de las mas altas consideraciones morales y religiosas. Deseosos, no tanto de compadecerse de los dolores individuales, como de sondar la profundidad de los decretos del Omnipotente, no vacilaron en decir que la ruina de Roma era un memorable ejemplo que enseñaba á los hombres á no fundar el poder y la felicidad en las vanidades del siglo, que un soplo del Eterno destruye (Id. IX, 330) : hasta compararon la suerte de Roma con la de Sodoma y de Babilonia; de Babilonia, madre de los actos impúdicos y abominables de la tierra (*Act. Apost.* XVIII, 6); decian : *Urbs Roma Babyloniæ suis sceleribus comparata* (*Biblioth. Patrum*, VII, 482); y segun ellos, Dios habia usado con Roma mayor indulgencia que con las otras dos ciudades (1); en fin, preguntaban si entre los habitantes de Roma habia uno tan desgraciado y digno de compasion como Job.

Esta manera elevada y enteramente religiosa de considerar los hechos, estas alusiones á las palabras de los libros sagrados, este desprecio de las miserias humanas, se adaptaban perfectamente á los Cristianos, pero á los paganos parecia solo un testimonio evidente de la indiferencia de los jefes de la Iglesia ante una desgracia de que no habia habido ejemplo.

Agustin fué acusado con violencia de aliado de los Bárbaros ó inexorable fanático; sin embargo, no lo merecia, pues habia sentido las desventuras de Roma tanto como convenia á un Cristiano. Obligado á disculparse, decia (t. X, pág. 45) : « Léjos de mí el pen» samiento de insultar las miserias de Roma; Dios lo » remueva de mi corazon y de mi afligida conciencia. » ¿No contábamos en ella muchos hermanos, y no los » contamos aun? ¿Qué otra cosa he hecho sino acu» sar de mentira á los que pretenden que nuestro » Cristo ha causado la ruina de Roma, y que divini» dades de piedra y de madera la hubieran salvado? »

Mas difícil hubiera sido á Pablo Orosio disculparse, pues despues de comparar el incendio de Roma al de Sodoma, añade (t. VII, p. 38), que Dios condujo al obispo Inocencio I á Rávena en tiempo del sitio de Roma, como habia hecho salir de Sodoma á Lot, á fin de que no viese el exterminio de un pueblo pecador; y en otro lugar (Ib. p. 37) : « La ingrata Roma » sabe ya que la misericordia desviada del juicio de » Dios, se dirigia, no á perdonar sino á castigar la » audacia de la idolatría. »

Jerónimo lloró con lágrimas ardientes los desastres de la patria. Habiendo creido en la sociedad romana, y convencido de que era posible regenerarla aun, sintió vivamente el golpe moral que la habia herido, y en el primer instante no pensó sino en elevar al cielo el llanto que vertia. « Terminados los diez y ocho » libros de mis comentarios á Isaías, escribe á Eusta» quio (III, 698) deseaba comentar á Ezequiel, como » lo habia prometido á tu santa madre Paula y á tí, » para dar, segun se dice, la última mano á mi obra » sobre los Profetas; pero de repente recibí la noticia » de la muerte de mi querido Pamaquio, de la de » Malenia, de la toma de Roma y de la pérdida de » muchos de nuestros hermanos y hermanas. Quedé » oprimido bajo el peso del dolor y no pude pensar » de dia y noche sino en la salud de los demas : me » creía encerrado en la prision de los santos, y para » hablar esperaba noticias mas seguras. Suspendido » entre la esperanza y la desesperacion, me siento » desgarrar por los dolores ajenos, desde que la » brillante antorcha del género humano se ha extin» guido, desde que la cabeza del imperio romano ha » sido cortada, y que en una sola ciudad ha sucum» bido todo el mundo. » No fué este el único testimonio de piedad que dió Jerónimo á la ciudad desventurada, que él honraba con los mas pomposos títulos, miéntras que sus hermanos la comparaban á Sodoma (1).

Á la toma de Roma siguió la de la única constitucion política que podia aun prestar socorro al culto antiguo. *No hay país*, dice San Jerónimo (IV, p. 799), *en que no existan desterrados romanos*. La aristocracia habia muerto de hecho : algunos nombres ilustres se ven aparecer aun de tiempo en tiempo en los fastos públicos, junto á los nombres de los extranjeros; pero las ideas, las creencias, los intereses que unian entre sí á los varios individuos de esta clase, se fueron perdiendo en las nuevas costumbres (2). La antigua alianza formada entre la religion y la constitucion se rompió con la muerte de uno de los aliados; la del otro no tardará en realizarse.

Beugnot, *Histoire de la destruction du paganisme en Occident*. Paris, 1835.

(1) *Nullus de Sodomis*, etc. T. IX, 330. Posteriormente las ideas cristianas cambiaron, y se trató de reconstruir la gloria de Roma con elementos cristianos.

(C) pág. 707.

ORACION DE JUAN CRISÓSTOMO EN FAVOR DE EUTROPIO.

El eunuco Eutropio, envalentonado con la autoridad que le concedió el emperador Arcadio, habia ofendido á los grandes, vendido la justicia, quitado á las Iglesias el derecho de asilo, hasta que, atrayéndose el odio público, cayó en desgracia; y como le persiguiesen para darle muerte, se refugió en el templo, abrazándose pálido y trémulo á los altares. Juan Crisóstomo convocó al pueblo, y convirtiendo la ira de este en piedad, mostró en aquel de quien querian vengarse un ejemplo de las vanidades de la humana dicha :

« Nunca como ahora ha sido tan oportuno exclamar : *¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!*

(1) *Urbis inclyta et romani imperii caput uno hausta est incendio*, IV, 2, p. 799. Despues de referir á Demetriada los males de Roma, concluye con estas palabras : *Hæret vox, et singulus intercipiunt verba dictantis. Capitur urbs quæ totum cepit orbem!* lib. 783.

(2) Muchos años despues de la toma de Roma, decia Salviano : « Nomen civium Romanorum, aliquando non solum magno æstimatum, sed magno emptum, nunc ultro repudiatur ac fugitur, nec vile tantum, sed etiam abominabile habetur. » (*De gub. Dei*, lib. V, § 5, p. 105.)

(c) Instituto Cervantes de Madrid

¿Dónde está el ínclito esplendor del consulado? ¿dónde los haces ilustres? ¿dónde los aplausos, las danzas, los fastuosos banquetes? ¿dónde las coronas y las tapicerías? ¿dónde el estrépito de la ciudad, las aclamaciones del circo y las lisonjas de los espectadores? Todo desapareció : una ráfaga derribó las hojas y dejó desnudo el árbol, conmovido hasta en las raíces; y fué tal la fuerza con que le embistió el viento, que habiendo quebrantado todo su vigor, amenazó arrancar tambien sus raíces. ¿Dónde están ahora aquellos falsos enemigos? ¿dónde las borracheras y las cenas? ¿dónde aquel enjambre de parásitos? ¿dónde los vinos bebidos durante dias enteros, y las diversas artes de los cocineros, y esos aduladores del poder, acostumbrados á decir y obrar segun el gusto de otro? Todo fué noche y sueño, que se desvaneció al despuntar el dia. Eran flores de primavera, y cayeron marchitas al concluir la estacion; eran humo, y se disiparon; eran telarañas, y fueron hechas pedazos. Repitamos, pues, las palabras verdaderas del Espíritu Santo : *¡Vanidad de vanidades, y todo vanidad!* Esta sentencia deberia hallarse grabada en las paredes, en los vestidos, en el foro, en las casas, en los caminos, en las puertas, en los atrios, y principalmente en las conciencias de todos, sin apartarse nunca del espíritu.

¿Acaso no te estaba repitiendo de contínuo que las riquezas son transitorias? Pero no queríais escucharme. ¿No te decia que son un siervo ingrato? Pero no lo creáis. La experiencia vino á demostrate claramente, que las riquezas no solo son fugitivas é ingratas, sino tambien mortíferas, pues que difundieron por ti el temblor y el espanto. Por ventura, ¿no te decia, aunque me riñeses incesantemente porque no te disfrazaba la verdad, que yo era mas amigo tuyo que los aduladores, y que al reprenderte, mostraba hácia ti mayor interes que los que te obedecian? ¿Acaso no añadia que *son mas leales las heridas del que ama que los simulados besos del que odia?* (*Prov.*, XXVIII, 6.) Si hubieses tolerado mis heridas, sus besos no te causáran esta ruina; pues aquellas llevan consigo la salud, y estos comunican una enfermedad incurable. Los que en la plaza hacian retirar al pueblo para abrirte calle, huyeron, renegaron de tu amistad, y ahora buscan la seguridad en tu peligro. No somos así nosotros, no te abandonamos entónces, aunque te éramos insoportables; al presente, que te ves caído, te protegemos y ansiamos tu salvacion. La Iglesia, que trataste de una manera hostil, te acoge en su seno y te abre los brazos; miéntras que los teatros, que te deben su magnificencia, en medio de los cuales te convertiste en enemigo nuestro, te hicieron traicion y te arruinaron. ¿No te preguntábamos sin cesar, por qué te portabas de aquel modo? ¿No te repetíamos que persiguiendo á la Iglesia, caminabas por tu propio impulso al precipicio? Pero no hacias caso de nuestras amonestaciones. Ahora, la circense multitud, con quien prodigaste tus riquezas, aguza el hierro que dirige contra tu corazon : miéntras que la Iglesia, agitada por tu importuno furor, busca espontáneamente el modo cómo ha de librarte de tan horrible infortunio.

No digo todo esto para insultar al que se mira caído, sino para fortalecer á los que están en pié; no con objeto de volver á abrir las llagas del herido, sino á fin de conservar la salud á los que no han recibido ningun golpe; no porque desee sumergir al que lucha con las olas, sino porque quiero enseñar á los que navegan con vientos favorables, para que no se dejen abismar por las olas. Si hoy sonrie todo á sus esperanzas, que consideren las humanas vicisitudes, y mediten en el ejemplo que tienen ante los ojos. El que miráis, no desconfió de las prosperidades mundanas, y ahora conoce su error por una tristísima experiencia : y ¿cual es la causa? no haber creido en la sabiduría de los consejos de personas extrañas ó de individuos de su familia que aspiraban á apartarle de su ruina. Vosotros, á lo ménos, quien quiera que seáis, que con tener seguridad fiáis en vuestras riquezas, aprovechad esta leccion y aprended á conocerlos mejor. Nada existe en la naturaleza mas frágil y perecedero que ellas; y toda idea que podáis formar de su instabilidad, será siempre inferior á lo que realmente es. Humo vano, yerba del campo, sueño de un enfermo, flor de un momento; estas y otras comparaciones aun mas humillantes que la nada no alcanzan todavía á expresar lo deleznables que son las riquezas; porque la nada no deja tras de sí ningun temor, al paso que las riquezas abren abismos de calamidades. Tenéis el ejemplo delante. ¿Habéis visto algun mortal elevado á mayor altura? Ninguno en todo el universo le igualaba en riquezas, en dignidades, en honores, recibia cuantos homenajes son prescritos por el miedo y el respeto. Miradle ahora reducido al último extremo, miradle cautivo, inferior al mas miserable de los esclavos, al mas abyecto suplicante, al mendigo cuya mano se extiende para pedir la limosna del transeunte. Sobre su cabeza, ante sus ojos están siempre suspendidos y desenvainados los aceros; á cada instante espera el último suplicio, y mide en su pensamiento el camino que conduce al cadalso. Á los placeres que le proporcionaba su antigua opulencia, han sucedido los verdugos; y el recuerdo del tiempo en que fué dichoso, no puede distraerle ni un instante de la idea de sus desventuras. ¡Infeliz! ni siquiera goza del beneficio de la luz que Dios prodiga á todos, pues la profunda afliccion cubre sus ojos y le envuelve en una densa noche; y encadenado por el miedo al pié de nuestros altares, gime como si estuviese encerrado en una espantosa prision.

Pero ¿dónde hallaré palabras capaces de pintar el horror de la situacion y la cruel agonía que le aqueja? ¿Y á qué esforzarme en hacerlo, cuando todos presenciamos su inmenso infortunio? Le habéis visto ayer, cuando llegaron los que venian de órden del emperador á arrancarle de este santuario, donde habia buscado un asilo; su semblante, pálido como la muerte, indicaba el espanto que se habia apoderado de él y que hoy todavía le domina todo; su cuerpo se agitaba con un estremecimiento mortal, y ni uno solo de sus miembros dejaba de sentirse convulso; su voz interrumpida por los sollozos, su lengua balbuciente, todos sus sentidos entorpecidos por el terror, presentaban el espectáculo de un hombre moribundo, de un cadáver. No le dirijo ninguna reprension, ni quiero agravar su miseria ultrajándole, siendo así que esta no da lugar ya á otro sentimiento que al de la compasion; al de la compasion que para él imploro. Cuanto mas grande es su desgracia, mas debe aplacar nuestra ira, calmar la cólera del emperador, y mover á piedad á esos duros corazones que poco hace nos han censurado, porque no le negábamos el asilo que venía á invocar. ¿Qué hay en esto que os deba irritar, amigos mios?

¡Cómo! respondéis : ¿acogeremos en la Iglesia á un hombre que la hizo una guerra implacable?

Y ¿no debemos glorificar mas bien al Señor, que ha triunfado de su enemigo, hasta el punto de reducirle á no hallar salvacion sino en el poder y la clemencia de la Iglesia? Sí, en su poder, pues ha caído en ese abismo de miserias por haber sido su enemigo; en su clemencia, pues la Iglesia se complace hoy en cubrir con su egida á su mas cruel perseguidor, en abrigarle bajo sus alas, en protegerle contra la violencia, y en abrirle su materno seno en lugar de vengarse de sus injusticias. ¿Puede, acaso, darse victoria mas espléndida ni triunfo mas luminoso? ¿La Iglesia podia por ventura confundir mejor á los Judíos y á los gentiles, y ofrecer un testimonio mas insigne de su dulzura que el de perdonar á su enemigo, postrado á sus piés, acogerle en su des-

(c) Instituto Cervantes de Madrid

gracia, cuando todos le abandonan y todo se conjura para oprimirle, extender sobre él el manto de la caridad mas afectuosa, é interponerse para defenderle, entre el irritado monarca y el furor del pueblo, sediento de su sangre? ¿No es este el mas magnífico ornamento de nuestros sagrados altares?

¡Y qué! me diréis: un hombre manchado con tantos delitos, un ladron público, un reo de tantas exacciones, ¿será introducido en el Santo de los Santos? ¿Los abrazos de semejante hombre habrán de considerarse como una conquista, como un triunfo para la Iglesia?

Calma, hermanos mios: os habéis olvidado de que una pública pecadora se echó á los piés de Jesucristo y los tuvo abrazados, y que léjos de censurar por ello á nuestro Divino Salvador, encontrámos en esto un nuevo motivo para admirar y reconocer su bondad. Ningun temor debia inspirar á la pureza divina el que se le aproximase una mujer impura; y esta misma mujer, manchada con tantas impurezas, fué santificada por su comunicacion con el Dios de que emana toda pureza. Cuidad de que ese celo aparente no sea mas bien efecto de un oculto deseo de venganza, acordáos de que sois discípulos de aquel Dios que decia á su Padre cuando estaba clavado en la cruz; *Padre mio, perdónalos porque no saben lo que hacen.* (San Lúcas, XXIII, 34.)

Me objetaréis que él cerró para sí este asilo con las leyes que ha promulgado contra todos los asilos.

Pensad que muy bien puede hoy conocer el justo valor de esas leyes sancionadas por él mismo, y que él ha sido el primero en abrogar En este momento, sirviendo de espectáculo á toda la tierra, á pesar de permanecer mudo y silencioso, os grita: « No me imitéis, si deseáis alejar de vosotros una desgracia como la que ahora me abruma. » ¡Qué elocuente leccion se recibe á la vista de tamaña calamidad! ¡qué luz viva resplandece en el seno de aquellos altares! ¡qué tremendos y majestuosos se presentan desde que tienen encadenado al leon! Así, lo que hace aparecer á nuestros ojos venerable la imágen del monarca, no es el verle representado en el trono con el traje de púrpura y la diadema real, sino el contemplar á los Bárbaros postrados á sus piés, llevando las manos atadas á la espalda, y la frente triste é inclinada al suelo.

Vosotros mismos con vuestra solicitud en agolparos alrededor de estos altares, confirmáis mejor que todos los raciocinios cuáles son los derechos de nuestro santuario. Ni aun la solemnidad de la Pascua hubiera reunido mayor número de personas; pues el golpe que le ha herido y casi aniquilado, resuena con mas estrépito que el sonido de la trompeta que nos llama á este templo. Hombres, mujeres, y hasta las vírgenes mas retiradas del mundo, todos han abandonado la plaza pública y las casas, para acudir á esta iglesia y contemplar tan memorable ejemplo de la debilidad humana confundida, de la fragilidad de las cosas terrestres sin velo alguno, de esa prosperidad, ayer tan luminosa, que podia deslumbrar los ojos de todos con un falso resplandor, y hoy sin máscara, devuelta por la desventura á su natural deformidad, y al mas deplorable envilecimiento. ¡Qué leccion para los ricos, testigos de tan extraña revolucion! Al ver precipitada de la cima de la opulencia á una persona que poco ántes hacía temblar á todo el mundo con un solo movimiento de su cabeza, al mirarlo ahora humillado, trémulo, envilecido mas que los mas tímidos animales, atado, encadenado á esa columna por el temor que ha embotado sus sentidos, y que, deponiendo todo su orgullo, medita seriamente en la nada de las cosas humanas; al contemplar, repito, semejante espectáculo, reconocerán la verdad de las palabras del Profeta: « La carne se parece á la yerba, y toda su » gloria es como la flor de los campos, se seca la » la yerba y cae la flor siempre que el soplo de Dios » la hiere. » (I. XL, 6, 7.) Y en otro lugar: « Los dias » del hombre se desvanecen como el humo, y él se mar- » chita como la yerba. » (Salmo. I, 4.) Hasta el pobre encontrará aquí una saludable leccion, pues que fortalecido por este testimonio de las humanas vicisitudes, cesará de quejarse de su condicion, y agradecerá á la escasez que le haya presentado un puerto tranquilo, un asilo seguro, una ciudadela incontrastable contra les golpes de la fortuna; añadiré que si se le dejáre la eleccion, se resignaria á su presente estado ántes que poseer por un solo momento todos los bienes de este mundo, para devolverlos despues en medio de tan horrible catástrofe. Todos, pues, así los ricos como los pobres, tanto los grandes como los pequeños, no ménos los hombres libres que los esclavos, tienen en este ejemplo de qué aprovecharse. No hay uno solo que no pueda hallar en él un saludable remedio para las distintas enfermedades que le abrumen.

¿Habré logrado conmover vuestros corazones y aplacar vuestra ira? La indignacion de que estábais animados ¿habrá dado lugar á mas humanos sentimientos? Sí, me atrevo á esperarlo: la piedad ha penetrado en vuestros pechos; la reconozco en esas lágrimas que veo correr de vuestros ojos y bañar vuestras mejillas; y pues que os habéis mostrado compasivos y generosos, hagamos juntos una obra de misericordia, vamos á postrarnos á los piés de Dios, para que se digne doblegar el corazon del monarca y enternecerle, á fin de que conceda su perdon. Desde el dia en que el infeliz que véis buscó un refugio en este templo, se ha verificado un gran cambio. Los soldados se habian reunido tumultuosamente en el palacio imperial, y pedian con grandes voces la cabeza del culpable, el emperador, noticioso del punto que habia elegido por asilo, les manifestó con enérgicas palabras que no debian atender tanto á las culpas que pudieran reprendérsele, como al poco bien que hubiese hecho: en vano les decia que sus buenas acciones eran acreedoras á alguna indulgencia, y que siendo sus culpas efecto de la debilidad humana, podian merecer perdon; pues ellos no daban oído á ninguna advertencia, y contestaban que era preciso vengar la causa de la majestad imperial. Los gritos crecian, agitábanse las espadas, se pedia obstinadamente la sangre de la víctima, todo se hallaba ya dispuesto para verterla; y únicamente invocando en su favor y con lágrimas el derecho sagrado del asilo que el reo habia venido á buscar al pié de nuestros altares, logró el emperador llegar por último á calmarlos.

No nos queda, pues, sino imitar la generosa conducta del emperador; cuando él, aunque ultrajado, perdona y olvida las injurias que se le han inferido, ¿habrá excusa para nosotros, si no habiendo sido atacados directamente, alimentásemos un implacable resentimiento? ¿Acaso vendríais con el corazon irritado á tomar parte en nuestros sagrados misterios, y con los mismos labios de que brotan aun las imprecaciones, pediríais á Dios *que os perdone vuestras deudas como vosotros las perdonáis á vuestros deudores?* (Mat. VI, 12.) Concedo que este hombre sea culpable de grandes crímenes, que haya cometido excesos de violencia contra vosotros; pero ahora es tiempo de clemencia y no de rigor, de bondad y no de justicia, de compasion y de misericordia, no de juicio ni de condena; es tiempo de perdonar y no de manifestarse inexorables. Dejemos, pues, los pensamientos de venganza, triunfemos de nosotros mismos; mas aun, supliquemos al Dios de las misericordias que perdone al culpable, que aparte de su cabeza el peligro que le amenaza, y que le conserve la existencia para darle tiempo de arrepentirse. Imploremos todos la clemencia del emperador por respeto á la Iglesia y á los altares; roguémosle que otorgue á la sagrada mesa la vida de un solo hombre. Si consigo esto de

(c) Instituto Cervantes de Madrid

vosotros, el monarca mismo os lo agradecerá, y Dios no aguardará siquiera su consentimiento para adherirse á ello y daros el galardon; pues tanto como aborrece los corazones crueles y desapiadados, otro tanto ama y favorece á los que son dulces y misericordiosos : *Quiero*, dice él mismo, *la misericordia y no el sacrificio*. (Oséas, VI, 6.) En cada página de sus Escrituras exige la misericordia, presentándonosla como un remedio de nuestros pecados. Por ella atraerémos á nosotros los favores del Cielo, obtendrémos el perdon de nuestras culpas, honrarémos á la Iglesia, merecerémos la clemencia del emperador y los aplausos de todo el pueblo; por ella conquistarémos á nuestra ciudad tal fama de dulzura y moderacion que su gloria se extenderá á los últimos confines del universo. Corramos, pues, á los piés del emperador, roguémosle, supliquémosle, salvemos á ese infeliz prisionero que nos tiende sus manos, que se ha encomendado á nuestra guarda; para que tambien nosotros alcancemos despues los bienes futuros por la gracia y bondad de nuestro Señor Jesucristo : cuya gloria y reino dure por todos los siglos de los siglos. *Amen.* »

(D) pág. 717.

EMBAJADA DE TEODOSIO EL JÓVEN Á ATILA EN 449.

Se halla en el tomo I de los *Byzantinæ historiæ scriptores*, con el título de Ex τῆς ἱστορίας Πρίσκου ῥήτορος καὶ σοφιστὴς ; pero al principio aparece desordenada é incompleta. Hemos procurado introducir en ella mejor órden y significacion, quitando algunos pasajes del mismo Prisco, que preceden, como habia hecho tambien Guizot, y añadiendo luego el fin, omitido por este.

« El Escita Edecon que se habia señalado mucho en la guerra, fué de embajador otra vez en compañía de Oréstes, el cual era Romano y habitaba en la Peonía, país situado á orillas del Sava, que á consecuencia de un convenio celebrado con Aecio, general de los Romanos de Occidente, obedecia al Bárbaro. Edecon, admitido en el palacio, puso en manos del emperador las cartas en que Atila se quejaba de que no le fuesen entregados los desertores, amenazándole con emprender de nuevo la guerra si no le eran restituidos, y si los Romanos no desistian de cultivar las tierras que él habia agregado á sus dominios por la fuerza de las armas. Estas tierras se extendian á orillas del Istro, desde la Peonia hasta Nava de Tracia, en un espacio de quince jornadas de viaje. Queria ademas que no se tuviese el mercado en las riberas del Istro, como ántes, sino en la ciudad de Naiso, tomada y destruida por él, la cual distaba del Istro el camino que puede andar en cinco dias un hombre descargado y ligero, y constituía la frontera entre el Estado de los Escitas y el de los Romanos. Pedia tambien que para discutir los puntos dudosos se le enviasen embajadores elegidos, no entre individuos de nacimiento y clase vulgar, sino entre los varones consulares mas ilustres, á los cuales saldria á recibir hasta Sárdica.

Despues de leer estas cartas se retiró Edecon de la presencia del emperador, y en compañía de Vigilio, que habia asistido á la audiencia para interpretar lo que Atila habia querido decir á aquel por escrito, recorrió los aposentos del palacio y se presentó á Crisafio, satélite del emperador, con quien gozaba de gran favor y autoridad. El Bárbaro admiró la magnificencia del palacio real ; luego Vigilio, cuando Edecon entabló conversacion con Crisafio, dijo sirviendo de intérprete, que aquel admiraba las habitaciones imperiales y consideraba felices á los Romanos por poseer tantas riquezas. Crisafio respondió á Edecon, que de él dependia llegar á ser dueño de habitaciones como aquellas, con el techo resplandeciente de oro y de riquezas hasta la saciedad, si abandonando la Escitia se iba á vivir entre los Romanos. Pero Edecon replicó que á un siervo de otro Señor no le era lícito obrar así sin su consentimiento. El eunuco le preguntó si tenia intimidad con Atila y qué poder disfrutaba entre los Escitas; y él le contestó que su familiaridad con Atila era grande, y que en union de algunos otros de los principales Escitas le estaba confiada su custodia, pues cada uno de ellos en dias determinados hacian centinela alternativamente en derredor de Atila. Entónces el eunuco añadió, que si pudiese hablar con seguridad, le hubiera proporcionado bienes inmensos ; pero que para tratar de esto se requeria tiempo y lugar ; y que lo haria, si despues de la cena volvia á encontrarle sin Oréstes ni los demas compañeros de la embajada.

El Bárbaro ofreció volver, y en efecto volvió, despues que hubo comido. Entónces, por medio del intérprete Vigilio, estrechándose ántes las manos y jurando el eunuco que hablaria de cosas que no producirian ningun daño, y sí ventaja y provecho á Edecon, y este que no revelaria nada de lo que el otro le dijese, aun cuando no quisiese ponerlo por obra, expuso el eunuco á Edecon, que si al estar de vuelta en la Escitia quitaba la vida á Atila y se unia á los Romanos, disfrutaria una existencia feliz en el seno de las riquezas. Edecon aceptó la propuesta del eunuco ; pero añadió, que para dar cima á tal proyecto necesitaba dinero, no mucho en verdad, pero á lo ménos unas cincuenta libras de oro que distribuir á los soldados que tenia bajo sus órdenes, á fin de que le ayudasen á ejecutarlo del modo mas conveniente. El eunuco queria entregárselos en seguida ; pero el Bárbaro le dijo, que sería útil que ántes fuese á dar cuenta del resultado de la embajada y á saber la respuesta de Atila sobre los prisioneros ; que le acompañase Vigilio para concertar con él los medios de llevar á cabo el plan y de hacer llegar á sus manos el dinero en la ocasion oportuna, porque Atila, apénas él estuviese de vuelta, le preguntaria, como á los demas, quién les habia hecho regalos, y cuánto dinero les habian dado los Romanos ; y no podria tener oculto esto, en servicio de sus colegas y compañeros.

Pareció al eunuco que el Bárbaro discurria bien, y fué de su misma opinion. Por tanto separándose de él marchó á descubrirlo todo al emperador, el cual, haciendo venir á Marcial, maestro de los oficios, estimó necesario comunicarle el contrato estipulado con el Bárbaro, como un derecho de su empleo ; pues el maestro de los oficios tomaba parte en todos los consejos del emperador y de él dependian los correos, los intérpretes y los soldados que custodiaban el palacio. Habiendo consultado despues entre ellos sobre el asunto, el emperador y Marcial resolvieron enviar de embajador cerca de Atila, juntamente con Vigilio, á Maximino...

Vigilio, que hacía de intérprete, debia ejecutar todo lo que Edecon juzgase á propósito : Maximino, que no sabía nada de cuanto se habia tratado en el consejo entre el emperador y Marcial, debia llevar á Atila las cartas imperiales, habiendo el emperador escrito respecto de los embajadores, que Vigilio iba en calidad de intérprete, y Maximino de embajador, el cual excedia á Vigilio en dignidad, era de familia ilustre y prestaba al imperio graves y útiles servicios; añadia que no convenia que Atila, contradiciendo los tratados, invadiese el país de los Romanos, que ántes le habia enviado ya muchos desertores, y ahora le restituía diez y siete mas, que eran los últimos que quedaban en sus Estados. Todo esto lo decian las cartas ; ademas, habia ordenado á Maximino dijese de viva voz á Atila que no exigiera que le enviase embajadores de clase mas elevada ; pues sus predecesores habian acostumbrado enviar con tal encargo á los reyes de la Escitia al primero de los soldados que

(c) Instituto Cervantes de Madrid

les ocurria ú otro cualquier mensajero. Por lo demas, para decidir aquellas cosas en que habia duda, le parecia bien que Atila enviase á Onegesio á su corte. ¿Cómo habia de poder Atila recibir á un personaje consular en Sárdica, que no era sino un monton de ruinas?

Cuando Maximino, vencido por las súplicas del emperador, se encargó de la embajada, me persuadió á que le acompañase. Nos pusimos, pues, en camino, juntamente con los Bárbaros, y llegamos á Sárdica, que dista de Constantinopla el camino de trece dias para un hombre diligente. Luego que llegamos, quisimos convidar á comer con nosotros á Edecon y á los demas Bárbaros: y mandando matar los bueyes y las ovejas que se nos suministraron por los habitantes del país, nos sentamos á la mesa. Durante el banquete los Bárbaros empezaron á alabar y á exaltar á Atila, y nosotros al emperador. Vigilio dijo á esto, que no convenia comparar á Dios con el hombre, llamando á Atila hombre y á Teodosio dios. Los Hunos lo tomaron á mal, y poco á poco la ira, exasperándolos estalló, y nosotros nos esforzábamos en dirigir el discurso á otras materias, aplacando su enojo con dulces palabras. Cuando nos levantámos de la mesa, trató Maximino de atraerse el afecto de Edecon y de Oréstes por medio de regalos, ofreciéndoles vestidos de seda y piedras preciosas de la India. Luego Oréstes, aguardando á que partiese Edecon, dijo á Maximino, que le parecia un sugeto verdaderamente sabio y prudente aquel que, procediendo de un modo distinto del de los demas, no habia hecho nada que pudiese ofender á los reyes. Añadió que algunos desentendiéndose de él, habian convidado á cenar á Edecon, y le habian colmado de regalos. Ignorantes nosotros de todo esto y no compendiendo adónde se dirigian las palabras de Oréstes, le pregutamos cómo y en qué habia sido ménos obsequiado que Edecon; pero él sin dar respuesta partió.

Al siguiente dia, yendo de camino, encontramos casualmente á Vigilio, y le contamos lo que habia dicho Oréstes, á lo que contestó que Oréstes no debia ofenderse de no haber sido obsequiado como Edecon, pues era un mero siervo y amanuense de Atila, miéntras que Edecon, guerrero ilustre y Huno de nacion, le excedia con mucho en dignidad. En seguida se volvió á Edecon y le habló en su lengua, diciéndonos á poco, fuese verdad ó no, que le habia repetido lo que nosotros le habiamos manifestado; pero Edecon se enfureció tanto contra nosotros con lo que él le dijo, que nos costó trabajo apaciguarle.

Cuando llegamos á Naiso, que habia sido destruida y arrasada por los enemigos, solo encontramos en ella unos cuantos enfermos que se habian refugiado entre las ruinas de los templos. Caminando por un sitio desierto, algo separado del rio, porque las orillas estaban todas llenas de los huesos de los que habian muerto en el combate, llegamos á casa de Aginteo, que mandaba las tropas en la Iliria y residia cerca de Naiso. Llevábamos una órden del emperador para él, mandándole que nos entregase cinco desertores, los cuales completaba el número de diez y siete, segun se habia escrito á Atila. Habiéndonos presentado á él, y exgiéndole la entrega de los cinco Hunos desertores, la verificó en efecto, aunque no sin confortarlos con buenas palabras. Al amanecer nos pusimos en marcha desde los montes de Naiso hácia el Istro; y despues de muchas vueltas y revueltas, nos encontramos en una aldea, reinando todavía alguna oscuridad, y allí miéntras nos habíamos propuesto ir hácia Occidente, apareció el sol y sus rayos nos hirieron en el rostro. No conociendo el punto que ocupábamos, nos pusimos á gritar que el sol que veíamos enfrente de nosotros andaba en sentido inverso de su curso acostumbrado, é indicaba un trastorno en el órden de las cosas; pero á causa de la desigualdad del terreno, el camino en aquella parte está vuelto al Oriente. Desde aquel sitio escabroso y de difícil acceso, bajamos á otro que era llano y pantanoso, donde los barqueros bárbaros, en barquichuelos hechos de un solo pedazo y ahuecados en los troncos de los árboles, nos trasladaron al otro lado del rio (1). Aquellos barquichuelos estaban allí preparados, no para llevarnos á nosotros sino á una multitud de Bárbaros, que encontramos en el camino, como si Atila tratase de invadir el país de los Romanos, á modo del que va á una partida de caza. Tales eran los preparativos de Atila para hostilizar á los Romanos, y la razon que daba era que no se le restituían los desertores.

Habiendo pasado el Istro y recorrido en compañía de los Bárbaros un espacio de cerca de quince estadios, tuvimos que detenernos en una llanura (2) miéntras que Edecon advirtió á Atila de nuestra llegada, quedando con nosotros los que debian servirnos de guias. Á la tarde, miéntras cenábamos, oímos un estrépito de caballos que se dirigian á nosotros, é inmediatamente aparecieron dos Escitas, los cuales nos intimaron que nos presentásemos á Atila. Sin embargo, nosotros les suplicamos que se apeasen y nos acompañasen á cenar; y poniéndonos en camino al dia siguiente, fuimos detras de ellos. Aquel mismo dia, cerca de la hora octava, llegamos juntos á la tienda de Atila (3), que estaba rodeada de otras muchas; queriendo nosotros colocar la nuestra en una altura, los Bárbaros nos lo impidieron, porque la de Atila estaba en el próximo valle, y así las plantamos en donde se nos indicó.

Dentro de poco llegaron Edecon, Oréstes, Scotta y otros de los príncipales Escitas, para preguntarnos el motivo de aquella embajada. Nosotros nos miramos mútuamente maravillados de tan inútil pregunta; pero ellos persistieron en exigir de nosotros una respuesta. Contestamos entónces que el emperador nos habia mandado exponer nuestra embajada á Atila, y no á los demas. Ofendido Scotta al oir estas palabras, dijo que nos interrogaba de órden de su señor. « Ademas, » añadió, son harto conocidas vuestra astucia y per» fidia para el trato de los negocios. » Nosotros protestamos, diciendo que nunca se habia impuesto á los embajadores la ley de declarar y hacer pública su comision ántes de ser admitidos á la presencia de aquel á quien iba dirigida; que esto no lo ignoraban los Escitas, quienes muchas veces habian enviado embajadores al emperador; y que debian observarse respecto de nosotros las leyes que regian para todos, pues de lo contrario equivaldria á violar los derechos de embajador. Entónces ellos se encaminaron donde estaba Atila, y volviendo en breve sin Edecon, nos manifestaron claramente el objeto de nuestra embajada, ordenándonos que partiésemos cuanto ántes si no teníamos otra cosa que exponerle. Oido esto, permanecimos dudosos y asombrados, pues no acertábamos á comprender cómo habian sido descubiertos y conocidos los designios del emperador, que creíamos ignoraban hasta los dioses. Así, nos pareció lo mejor no manifestar ninguno de nuestros encargos ántes de que nos fuese concedido presentarnos á Atila, y contestamos: « Sean las que los Escitas aca» ban de publicar, ú otras, las cosas de que hemos

(1) Probablemente pasaron el Danubio por junto á la pequeña ciudad de *Aquæ*, que hallándose situada entre una cadena de montañas y el rio, tiene en los alrededores lagunas y pantanos; ó tal vez por la desembocadura de la Marca en el Danubio.

(2) ¿La llanura del banato de Temesvar? En tal caso las tiendas de Atila estaban colocadas probablemente entre el Témis y el Danubio.

(3) Suponiendo tres millas de camino por hora, estas tiendas debian hallarse á veintisiete millas del Danubio; é inclina á creer que no se hallaban á mayor distancia, tanto el gran número de barcas preparadas con objeto de trasladar las tropas, como la multitud de Bárbaros que encontraron los viajeros.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» venido á tratar en esta embajada, solo tienen rela-» cion con el jefe y de él dependen; estamos, pues, « resueltos á no hablar de ellas, bajo ningun concepto, » con otros que con él. » Al oir nuestra resolucion, nos mandaron partir inmediatamente.

Miéntras estábamos ocupados en disponer nuestra marcha, vino Vigilio á reprendernos por la respuesta dada á los Escitas : diciendo que hubiera sido preferible mentir á volvernos de aquella suerte. « Pues, » añadió, si yo hubiese hablado con Atila, me hubiera » sido fácil disuadirle de hacer la guerra á los » Romanos, en atencion á los grandes servicios que » le tengo prestados de antemano, especialmente en » la embajada á Anatolio : Edecon es del mismo dic-» támen. »

Fuesen sinceras ó simuladas sus palabras, sin duda se dirigian á hallar medio, so pretexto de la embajada, de llevar á cabo las asechanzas urdidas contra Atila, y á hacerse traer el oro que Edecon habia dicho al eunuco (1) necesitaba para repartir con tal objeto entre sus mas fieles amigos. Pero Vigilio ignoraba la traicion de que acababa de ser objeto ; pues sea que Edecon hubiese pactado simultáneamente con el eunuco, sea que hubiera temido que Oréstes relatase á Atila lo que se habia hablado durante la cena de Sárdica, y le acusase de haber tenido, sin estar él presente, conversaciones con el emperador y el eunuco, era lo cierto que habia manifestado á Atila la conjuracion tramada, y todo el oro que habian convenido en mandar á este efecto, é igualmente le habia participado las comisiones que traíamos.

Obligados por la necesidad, hicimos disponer las cabalgaduras, y ya nos íbamos á poner en camino por la noche, cuando se presentaron algunos Bárbaros á decirnos de órden de Atila que aguardásemos, pues la noche no era á propósito para viajar ; y otros Bárbaros llegaron solícitos al mismo punto de donde debíamos partir, trayéndonos por mandato de Atila un buey y peces del rio (2). En seguida cenamos y nos acostamos. Al amanecer teníamos alguna esperanza de que Atila, deponiendo el enojo, nos diese una respuesta mas benigna ; pero nos envió de nuevo á los mismos hombres con la intimacion de que nos marchásemos si no llevábamos otra comision para él que la que todos conocian ya. Sin responder palabra, nos dispusimos á partir, si bien Vigilio se esforzaba en persuadirnos á que respondiésemos que teníamos otras cosas que comunicar á Atila, las cuales le importaba mucho saber. Despues, viendo á Maximino bastante afligido con el resultado del negocio, tomé conmigo á Rusticio, que conocia perfectamente la lengua de los Bárbaros, y que nos habia acompañado á la Escitia, no como uno de la embajada, sino para tratar de los negocios particulares con Constancio, sugeto de orígen italiano, que habia sido enviado á Aecio, general de los Romanos occidentales, á Atila para que le sirviese de secretario. Me presenté con él á Scotta, pues Onegesio se hallaba ausente, y hablándole por conducto de Rusticio, que desempeñaba el papel de intérprete, le dije que obtendria grandes y preciosos regalos de Maximino, si nos proporcionaba un medio seguro de hablar con Atila; que Maximino habia venido á tratar de asuntos que producirian grandes ventajas, no solo á los Romanos, sino tambien á los Hunos ; que aquella embajada sería particularmente útil y honrosa para el mismo Onegesio, pues que el emperador pedia que le fuese enviado á Onegesio á fin de decidir los puntos dudosos entre ambas naciones, despues de lo cual volveria colmado de dones ; que en atencion á hallarse ausente Onegesio, convenia que su hermano trabajase con no menor empeño en negocio de tanta importancia ; añadia que Atila tenia depositada en él una gran confianza ; pero que no debiendo prestarse mucha fe á lo que se oye decir, dependia de él convencernos con hechos del influjo que ejercia en el ánimo de aquel. Despues de oir mis palabras, respondió : « No lo dudéis, tengo tanto « poder y favor en el ánimo de Atila como mi her-« mano, sea que necesite hablar ú obrar. » Y montando á caballo se dirigió apresuradamente á la tienda del rey.

Habiendo vuelto adonde estaba Maximino, el cual se lamentaba con Vigilio del mal éxito de la embajada, sin saber qué determinar, le referí el discurso que habia dirigido á Scotta, y lo que este me habia contestado, y le insté para que preparase los regalos que debian ofrecerse á Scotta, y lo que convendria decir á Atila en la conferencia. Levantáronse los dos, pues los habia encontrado sentados sobre la yerba, elogiaron mi conducta y mandaron detener á los que se habian puesto en marcha con las cabalgaduras. En seguida concertaron entre sí las palabras de que habian de servirse al hablar á Atila, y cómo habian de presentarle los regalos que Maximino le llevaba de parte del emperador.

Miéntras estábamos ocupados en estas cosas y pensamientos, llegó Scotta á llamarnos en nombre de Atila. Nos dirigimos, pues, á su tienda, que estaba rodeada de una multitud de Bárbaros, encargados de su custodia. Cuando nos fué permitido entrar, hallamos á Atila ocupando un alto asiento de madera. Nos detuvimos á una corta distancia del trono, en seguida se adelantó Maximino, y saludando al Bárbaro, le entregó las cartas del emperador, diciéndole que este le deseaba salud y prosperidad, á él y á todos sus vasallos. El Bárbaro contestó : « Suceda á los Roma-« nos lo que para mí desean ; » y repentinamente se dirigió á Vigilio, llamándolo bestia imprudente, y preguntándole cómo se habia atrevido á comparecer ante él, sabiendo lo que se habia convenido en el tratado de paz entre él y Anatolio, y que ningun embajador hubiera debido dirigirse á su corte, sin que se le hubiesen restituido ántes todos los prisioneros que se hallaban entre los Romanos. Como Vigilio le contestase que no quedaba ningun desertor escita entre los Romanos, Atila, aun mas exasperado, lanzó contra él grandes improperios é injurias, y exhalando un fuerte aullido, dijo que le hubiera crucificado y abandonado á la voracidad de los buitres, si no detuviese y aplacase los impulsos de su ira el respeto debido al carácter de embajador; pues tal castigo merecia por la imprudencia y temeridad de sus palabras, en atencion á que aun quedaban entre los Romanos muchos desertores, cuyos nombres escritos en un pliego mandó leer á los escribanos. Concluida esta lectura, ordenó Atila á Vigilio que marchase inmediatamente en compañía de Esfa, para intimar á los Romanos la restitucion de todos los desertores que estaban en su poder, desde el tiempo de Cappilion, hijo de Aecio, general de los Romanos de Occidente, el cual habia quedado en rehenes á su lado. Dijo que no sufriria que sus siervos llevasen los armas contra él : y que tampoco estos podrian prestar socorro ó ayuda á los que les hubiesen confiado la custodia de su país; pues ¿qué ciudadela ó ciudad en todo el ámbito del imperio de los Romanos se salvaria ó permaneceria ilesa, decidiendo él derribarla ó destruirla? Que despues de exponer su comision, volviesen inmediatamente á decirle si el emperador consentia en restituir los desertores ó en romper por esto las hostilidades. De consiguiente, ordenó que Maximino aguardase hasta que él respondiese á lo que el emperador le habia escrito, y pidió los regalos. Cuando se

(1) En la narracion se ha dicho que eunuco equivalia á ministro.

(2) Las carpas del Danubio eran un manjar delicado y de lujo en la mesa de los Bárbaros. Casiodoro dice : « Privati est habere quod locus continet : in principali convivio hoc decet exquiri quod visum debeat admirari. Destinet carpam Danubius, a Reno veniat ancorago. » Variar. lib. XII, epist. 4.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

los hubimos entregado, nos retiramos á nuestra tienda, donde nos entretuvimos largamente en discurrir sobre cuanto se habia dicho y hecho.

Sorprendido Vigilio de que Atila, el cual le habia parecido benigno y cortés siempre que se habia presentado ante él con embajadores, le hubiese abrumado de acerbas injurias en la presente ocasion, dijo que recelaba que algunos de los Bárbaros que habian comido con nosotros en Sárdica, habian irritado contra él el animo de Atila, refiriéndole que Vigilio habia llamado al emperador dios y á Atila hombre. Maximino encontró mis palabras bastante verosímiles, pues nada sabía de la conjuracion tramada contra el Bárbaro; pero Vigilio estaba sumido en una grande incertidumbre, y no podia, segun á mí me pareció, adivinar el motivo que habia inducido á Atila á dirigirle tan amargas frases, resistiéndosele sospechar, como despues nos dijo, que se hubiese descubierto á Atila lo que se habia hablado en el banquete, ni la conjuracion urdida para privarle de la existencia; pues de toda la multitud que rodeaba á Atila, no habia, á excepcion de Edecon, quien se atreviese á dirigirle la palabra, por el miedo que habia invadido todos los ánimos, y creía que Edecon estaba mas interesado que nadie en callar, tanto por el juramento prestado, como por la gravedad del asunto; de otro modo se exponia á ser castigado con la muerte en caso de resultar culpable de haber entrado en una secreta conjuracion contra Atila. Miéntras discutíamos acerca de esto, llegó Edecon, y llamando aparte á Vigilio, fingió que queria realmente y de buena fe tratar acerca de las asechanzas que tenian premeditadas, y le mandó que trajese el oro que debia repartirse á los que ayudasen á la ejecucion del proyecto; en seguida se marchó. Yo estaba curioso por saber de Vigilio qué era lo que habia hablado con Edecon; pero persistió en engañarme, siendo tambien él víctima del engaño, y me ocultó la verdadera causa de aquella secreta conversacion, diciéndome que Edecon le habia participado que Atila se habia irritado contra él á causa de los desertores, y que por lo mismo era preciso, ó restituir todos estos, ó que se enviasen en clase de embajadores á Atila personajes de los mas notables por su dignidad y riqueza. Estábamos hablando aun de esto, cuando llegaron mensajeros del rey con órden de que ni Vigilio ni nosotros pudiésemos comprar ningun prisionero romano, ningun esclavo bárbaro, caballos ú otro objeto cualquiera, fuera de las cosas necesarias para el sustento, hasta que no se hubiesen terminado las controversias entre los Romanos y los Hunos. El Bárbaro obraba así premeditadamente y con astucia, para coger con mas facilidad en culpa á Vigilio, el cual no podia dar ningun pretexto plausible de la gran cantidad de oro que debia hacer venir. Á nosotros nos mandó que aguardásemos á Onegesio, quien contestaria á nuestra embajada, y recibiria los dones que le habia enviado el emperador; pues entónces casualmente Onegesio habia ido al país de los Acaziros, juntamente con el hijo mayor del rey. Era aquel un pueblo escita, sometido al poder de Atila.

Habiendo partido Vigilio con Esfa, al parecer para pedir los desertores, pero en realidad para traer el oro premetido á Edecon, nos detuvimos un solo dia en aquellos lugares, y al siguiente, en compañía de Atila, avanzamos mas hácia el Norte. No habíamos caminado largo trecho con los Bárbaros, cuando tomamos otra senda, segun nos fué indicado por los Escitas que tenian á su cargo cuidar de los extranjeros.

Entretanto Atila se detuvo en una aldea, donde quiso casarse, á pesar de que tenia ya muchas mujeres, con su hija Esca (1), cosa permitida por las leyes de Escitia (1). Desde allí continuamos avanzando por una llanura muy extensa, y encontramos al paso multitud de rios navegables, de los cuales los mas grandes, despues del Istro, son llamados Drecon, Tiga y Tafisa. Pasamos los mayores en barquichuelos hechos de un solo trozo, de que se sirven los habitantes de las costas para su uso cotidiano, y los demas en balsas que los Bárbaros tienen siempre prontas, trasportándolas en carros para atravesar los lugares pantanosos. De las aldeas nos traían víveres, *cenero* en vez de trigo, y *medo* en vez de vino, como los llaman los habitantes. Los que nos acompañaban y servian nos daban cenero (mijo) y nos hacian para beber una tisana de cebada que los Bárbaros denominan *cam*.

Habiendo recorrido un gran trozo de camino, al oscurecer plantamos las tiendas cerca de un pantano, al cual acudia la gente de los alrededores, pues su agua era potable. De repente estalló una violenta tempestad, acompañada de truenos, relámpagos y lluvia, y el viento soplando con furia, no solo derribó nuestra tienda, sino que trasportó todos nuestros utensilios al próximo pantano. Aterrados por la borrasca y por lo que nos habia sucedido, abandonamos el sitio y dispersos todos acá y allá, cada uno tomó el camino que se le presentó primero á la vista, en medio de las tinieblas y de la lluvia que caía á torrentes. Habiendo logrado por último, siguiendo diversos caminos, refugiarnos en las cabañas de la aldea vecina, despues que nos vimos todos reunidos de nuevo, nos pusimos con grandes gritos á buscar los objetos perdidos. Al oir tal estrépito los Escitas, saliendo fuera de sus chozas, y encendiendo en vez de antorchas las cañas de que se servian para hacer fuego, nos preguntaron qué queríamos y por qué gritábamos tanto. Los Barbaros que nos acompañaban respondieron, que habiendo sido sorprendidos por la tormenta, nos habiamos extraviado; y aquellos, entónces, nos invitaron generosamente á entrar en sus habitaciones, y con cañas secas nos encendieron un buen fuego.

La señora de la aldea, en otro tiempo esposa de Bleda, nos envió manjares y hermosas mujeres con que divertirnos; lo que acostumbran hacer los Escitas por via de obsequio. Dimos gracias á las mujeres por los manjares que nos trajeron; absteniéndonos de ellas, nos acostamos en las cabañas. Al amenacer, dedicamos todo nuestro cuidado á buscar los utensilios que habíamos perdido, y los encontramos, parte en el mismo sitio donde nos habíamos detenido el dia ántes, parte en la orilla del pantano y parte dentro de este; teniendo que detenernos todo el dia en aquella aldea para hacerlos secar, pues la tormenta habia cesado y brillaba el sol en toda su claridad. Despues de cuidar tambien las caballerías de carga y de tiro, nos dirigimos á saludar á la reina, mostrándole nues-

(1) Aunque Prisco no lo dice, todo induce á creer que se dirigian hácia Occidente; y en general su marcha fué siempre hácia el Noroeste.

(1) Este pasaje ha sido objeto de grandes dispustas. Las palabras de Prisco son estas: ἦ γαμεῖν θυγατέρα Εσκαμ ἐβούλετο, que significan *donde quiera casarse con la hija Esca*. Prisco no dice que fuese *suya* ἑαυτοῦ; por lo cual algunos eruditos entendieron que se trataba de *la hija Esca*, como si dijera: θυγατέρα τοῦ Εσκὰμ: observando fundadamente que los Griegos usaban casi siempre indeclinables los nombres propios de los Bárbaros, conociéndolos mal. Añaden que si Atila se hubiese casado con su hija, Prisco no hubiera dejado de insistir en la singularidad de tal matrimonio. El deseo de alejar de Atila la mancha de un incesto, hizo que creyesen cierta aquella conjetura, que podrá no carecer de fundamento; sin embargo, las palabras *cosa permitida por las leyes de Escitia*, se refieren tanto á la pluralidad de las mujeres como al hecho de haberse casado Atila con su hija; y no faltan testimonios históricos que destruyen toda duda acerca del uso comun á muchos pueblos bárbaros de contraer enlace los padres con sus hijas: San Jerónimo dice claramente: « Persæ, Medi, Inde et Æthiopes, regna non modica et romanos regno patria, cum matribu, et aviis, cum filiabus et nepotibus copulantur. » (Lib. II, *adv. Jovin.*) ¿Por qué los Hunos no podian hacer lo mismo?

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tro agradecimiento con ofrecerle tazas de plata, pieles rojas, pimienta de la India, dátiles y otras frutas secas, no queriendo parecer ménos que los Bárbaros, los cuales nos habian tratado tan generosamente; y deseándoles los mayores bienes y felicidades, partimos sin demora.

Despues de seis dias de viaje, los Escitas que guiaban á los extranjeros nos hicieron detener en una aldea, con objeto de continuar luego detras de Atila, que estaba para partir de allí. En la aldea nos encontramos con los embajadores enviados á Atila por los Romanos Occidentales, á cuya cabeza venian Rómulo, adornado con la dignidad de conde; Primuto, gobernador de la Nórica, y Romano, capitan de los soldados. En compañía de estos se encontraba Constancio, enviado por Aecio á Atila para que le sirviese de secretario, y Tátulo, padre de aquel Oréstes que estaba con Edecon; ambos habian venido no como individuos de la embajada, sino por amistad y para sus negocios particulares; pues Constancio, miéntras estaba en Italia, habia contraido con aquellos grande amistad, y Tátulo obraba movido por el afecto de pariente, porque su hijo Oréstes se habia casado con la hija de Rómulo, de la ciudad de Petovio en la Nórica. Los embajadores traían la mision de aplacar á Atila, el cual exigia que le fuese entregado Silvano, custodio de la plata de la mesa romana, porque habia recibido tazas de este metal de manos de un tal Constancio, oriundo de las Galias Occidentales, que habia ido, como el otro, á servir de secretario á Atila y á Bleda.

Este Constancio, miéntras que los Escitas sitiaban el castillo de Sirmio en la Peonía, habia recibido del obispo de la ciudad unos vasos de oro, con encargo de sacar de ellos el precio necesario á fin de rescatarle, si hubiese caido vivo en manos de los enemigos, juntamente con la ciudad; ó en caso de perecer él, para que rescatase á cuantos ciudadanos pudiese de los que quedasen reducidos á la esclavitud. Pero Constancio, despues de la destruccion de la ciudad, cuidándose poco del éxito del sitio, y habiendo ido á Roma á algun negocio suyo, dió las vasos á Silvano, recibiendo de este su valor, bajo la condicion de poder recobrarlos, si dentro de un plazo fijo le devolvia el dinero con los intereses; si no le verificaba así, Silvano se quedaria con los vasos, y usaria de ellos á su placer, como de un vestido de su pertenencia. Atila y Bleda habian castigado con el suplicio de la cruz á Constancio por sospechas de traicion, y despues, cuando fué denunciado á Atila el hecho de los vasos de oro, exigió que le fuese entregado Silvano, como ladron de una cosa que habia llegado á ser suya. Por tanto, Aecio y el emperador de los Romanos de Occidente habian enviado embajadores para decir á Atila, que Silvano, acreedor de Constancio, habia retenido en su poder los vasos de oro, como prenda del dinero desembolsado, pero que no los habia robado; y que los hubiera inmediatamente cedido por otro tanto dinero á los primeros sacerdotes que se dirigieron á él con tal objeto, pues no era lícito á los hombres servirse para su uso de los vasos consagrados á Dios. Que si estas razones y el respeto á la Divinidad no bastaban para disuadir á Atila de reclamar la entrega de Silvano, este le pagaria el valor de las tazas; pues en verdad, no era posible entregarle á un hombre que no habia cometido ningun delito. Para esto habian venido en clase de embajadores aquellos Romaños, que seguian ahora á los Bárbaros, con objeto de obtener de ellos una respuesta y retirarse.

Debiendo nosotros seguir el mismo camino que Atila, y habiéndonos detenido por poco tiempo hasta que nos precediese, fuimos detras de él, á corta distancia, con el resto de la multitud, atrevesamos algunos rios, y llegamos á una villa bastante grande. Aquí estaba la habitacion de Atila, considerada como la mas elevada y hermosa de cuantas habia en todo el ámbito de su imperio, hecha de tablas acepilladas y lisas, ceñidas en derredor por una empalizada de madera, no en clase de defensa, sino como adorno. Próxima á la habitacion del rey estaba la de Onegesio, cercada tambien por una empalizada de madera, aunque no de tanta elevacion, ni guarnecida de torres, como la de Atila. Á bastante distancia del recinto de la casa estaba el baño que Onegesio, el primero de los Escitas, despues de Atila, en riquezas y poder, habia hecho construir con piedras, trasladadas de la Peonía, porque en aquella parte de la Escitia no se encuentran piedras ni maderas, y se sirven de las que llevan de otros puntos. Construyó este baño un prisionero hecho en Sirmio, el cual esperaba en premio de su obra la libertad, pero le sucedió lo que ménos se figuraba, que fué caer en una esclavitud aun mas dura; pues Onegesio le hizo bañero, encargándole de servirle á él y á toda su familia cuando se lavaban.

Al llegar á esta villa, salieron á recibir á Atila muchas jóvenes que caminaban en hilera, debajo de lienzos blancos y sutiles, bastante largos, y de una y otra parte sostenidas por las manos de las matronas: habia multitud de filas, compuesta cada una de seis ó mas jóvenes, que en el tránsito cantaban odas y canciones escíticas. Estábamos ya cerca de la casa de Onegesio, cuando salió de ella su mujer, seguida por una muchedumbre de esclavas con manjares y vino; que así es como acostumbran los Escitas obsequiar á los principales personajes. Aquella, despues de saludar á Atila, le suplicó que comiese de los manjares que habia traido en señal de respeto y buena voluntad hácia él; y Atila, para complacer á la esposa de su amigo, comió, estando á caballo, miéntras que los Bárbaros que le acompañaban tenian levantada sobre sus cabezas la mesa, que era de plata. Acercando despues á los labios la taza que habian traido, se retiró á su palacio, que era la mas hermosa habitacion de todas, y se hallaba situada en una altura. Nosotros nos quedamos en casa de Onegesio, como este, que habia vuelto ya con el hijo de Atila, lo habia mandado. Acogidos allí por su mujer, acompañada (de los mas ilustres entre sus parientes), nos pusimos á cenar; pero Onegesio no pudo disfrutar con nosotros de la alegría del banquete, pues habiendo llegado en aquel instante, fué á dar cuenta á Atila de su mision y á anunciarle la desgracia acaecida á su hijo, el cual se habia dislocado la mano derecha. Despues de cenar, dejando la casa de Onegesio, colocamos nuestras tiendas junto á la de Atila, á fin de que Maximino estuviese poco distante del rey, pues debia presentarse á él, y hablar con sus consejeros. Allí pasamos la noche.

Al aclarar el dia, Maximino me envió á casa de Onegesio, para ofrecerle los dones, tanto de él como del emperador, y rogarle que fijase dónde y cuándo queria tener con él una conferencia. Me dirigí, pues, á la habitacion de Onegesio, juntamente con los siervos que llevaban los regalos, y encontrando cerrada la puerta, aguardé hasta que se abriese y saliera alguno para anunciarle mi llegada. Miéntras que esperaba, paseándome alrededor de la casa, se acercó á mí uno á quien no conocia, pero que me pareció un soldado escita, el cual me saludó en griego; diciendo χαῖρε. Me sorprendí al oir á un Escita hablar en griego; pues los Escitas, encerrados dentro de sus fronteras, cultivan y hablan un idioma bárbaro, el de los Hunos y los Godos, y el latin aquellos pocos que tienen un trato mas frecuente con los Romanos á causa del comercio; pero ninguno habla el griego, á excepcion de los prisioneros refugiados en la Tracia ó en la Iliria marítima; y todo el que fija en estos últimos la vista un momento, puede reconocerlos por sus vestidos despedazados y la escualidez de su rostro, que es el de unas personas reducidas al mas infeliz estado. Este, por el contrario, parecia ser un Escita con bastantes comodidades, pues llevaba vestidos ricos y elegantes,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y tenia su cabeza rapada en derredor. Despues de devolverle el saludo, le pregunté quién era, de dónde habia venido á aquel país bárbaro, y por qué habia escogido el vivir como un Escita. « ¿ Tienes muchos deseos de saberlo ? » me contestó. « Me ha inducido á preguntártelo, repliqué, el haberte oido hablar en griego. » Entónces, sonriéndose me dijo que era oriundo de Grecia, y que habia ido á Viminacio, ciudad de los Misios, á orillas del Istro, para ejercer el comercio; que allí habia vivido largo tiempo y se habia casado con una mujer rica; pero que habiendo sido tomada la ciudad, se vió despojado de sus riquezas, y en el reparto del botin tocó en suerte á Onegesio; pues era costumbre de los Escitas separar á los prisioneros mas ricos y dividirlos luego entre los principales jefes, despues de Atila. Al poco tiempo habiendo peleado con gran valor contra los Romanos, y sometido á su señor la nacion de los Acaziros, adquirió, juntamente con la libertad, segun la ley de los Escitas, la propiedad de todo lo que habia cogido en la guerra. En seguida se casó con una dama escita, de la cual tuvo hijos, y abrazó aquella vida, preferible con mucho á la que llevaba ántes, siendo admitido á la mesa de Onegesio; porque entre los Escitas, fuera de las fatigas de la guerra, se vivia tranquilamente y sin afanes; allí cada cual disfrutaba de los bienes que la fortuna le habia concedido, sin que los otros le molestasen en lo mas mínimo; miéntras que entre los Romanos todos estaban expuestos sin cesar á ser hechos prisioneros de guerra, y tenian que fiar á otros la esperanza de su conservacion; pues los tiranos no les permitian el uso de las armas para defenderse y rechazar la fuerza; aquellos mismos, á quienes era permitido tal uso, sufrian un gran daño á causa de la cobardía de los jefes, que estaban desprovistos absolutamente de valor guerrero. Añadió que los malas de la paz entre los Romanos eran mucho peores que los de la guerra; considerando tales los gravámenes de los tributos y los perjuicios ocasionados por las malas leyes, que no eran iguales para todos, pues si un rico ó un poderoso las violaba, no pagaba la pena de su iniquidad; pero si las violaba una persona pobre y poco astuta, que no supiese disfrazar bien sus acciones, no evitaba el castigo señalado por las leyes, dado caso que no muriese ántes de ser expedida la sentencia, acortándole la vida las dilaciones de los litigios y el dolor de ver consumida en ellos su hacienda. Lo mas detestable y digno de execracion era que no se podia alcanzar lo que la misma ley otorgaba, sino por dinero y merced : el que se quejaba de haber sido injuriado, tenia que depositar, ántes de presentar su querella al tribunal, el dinero del juez y de sus ministros.

Á estas palabras contesté demostrándole cuán sabios y prudentes habian sido los fundadores de la república romana; los cuales habian dado no buenas, sino excelentes instituciones y leyes, que debian preferirse aun á las de los Escitas. Despues de haberme dejado hablar largamente, dijo prorumpiendo en llanto: « Buenas son las leyes de los Romanos, excelentes » las instituciones de la república; pero los magistra- » dos, que no se parecen ya á los antiguos, ni son, » como ellos, honrados y sabios, las están corrom- » piendo y arruinando con su perversa conducta. »

Miéntras que así discurríamos, uno de los siervos de Onegesio abrió la puerta de la casa, y yo me adelanté y le pregunté si su amo estaba desocupado, pues tenia que hablarle de parte de Maximino, embajador de los Romanos : á lo que me contestó que le hablaria, si aguardaba un breve instante, porque iba á salir en aquellos momentos. En efecto, viéndole venir á poco, me acerqué á él y le dije : « El embaja- » dor de los Romanos te desea salud, y yo te traigo » sus regalos, como tambien el oro que ha enviado » para ti el emperador. » Y en tanto que le preguntaba dónde y cuándo queria conceder una conferencia á Maximino, mandó á los esclavos de que estaba rodeado que recibiesen los dones, y volviéndose luego á mí, me dijo que fuese á anunciar al embajador que dentro de poco iria á verle. Volví, pues, á la habitacion de Maximino, y le avisé que Onegesio iba á venir. En efecto, sin hacerse esperar, entró en nuestra tienda, y dirigiéndose á Maximino, le dijo que agradecia al emperador y á él sus regalos; en seguida le preguntó qué queria, y para qué le habia pedido aquella conferencia. Entónces Maximino contestó, que era llegado el tiempo de que adquiriese una gloria mayor que ningun otro hombre, lo cual sucederia, si yendo á la corte del emperador, arreglaba con su prudencia las disputas entre los Romanos y los Hunos, y establecia entre ambos pueblos una paz duradera; con lo que ademas de proporcionar grandes ventajas á ambas naciones, causaria un inmenso bien á su casa, pues tanto respecto de él como de sus hijos se consideraria eternamente obligado, no solo el emperador, sino toda la familia imperial. Onegesio le preguntó en qué podia servir al emperador, y á qué discordias debia poner término, y Maximino le respondió, que se dignase examinar los asuntos presentes é ir en persona á dar las gracias al emperador, y que despues de estudiar con esmero las causas de las disensiones, pronunciase su dictámen acerca de los puntos en cuestion, segun las condiciones de los tratados. Onegesio dijo que hacía mucho tiempo que habia manifestado al emperador y á sus consejeros cuál era el parecer de Atila respecto de todas estas cosas; y añadió, que se engañaban los Romanos si creían acaso que él podia ser inducido por sus súplicas á vender á su señor, y á olvidarse de la educacion recibida y de las mujeres é hijos que tenia entre los Escitas, ó á no preferir la esclavitud al lado de Atila á las riquezas en Roma. Que permaneciendo en su casa les sería mas útil, pues podria aplacar el ánimo iracundo de su señor, é inspirarle mas suaves designios, si alguna vez, á consecuencia de lo acaecido, tratase de adoptar un partido violento contra los Romanos; al paso que yendo á su corte, no conseguiria sino exponerse á sospechas y acusaciones, si hacía por casualidad algo que no pareciese conforme con el parecer de Atila.

Dicho esto, temiendo que yo le hablase de lo que precisamente deseábamos saber de él (pues no estaba bien que Maximino, en su calidad de embajador, entrase en materia inmediatamente), partió. Al dia siguiente me dirigí al recinto interior de la casa de Atila, para ofrecer dones á su mujer llamada Cerca. Esta tenia tres hijos, el mayor de los cuales estaba ya en posesion del reino de los Acaziros y de los demas pueblos que habitan la Escitia, á orillas del Ponto. Dentro de aquel recinto habia muchos edificios, hechos parte de tablas entalladas y unidas con elegancia, parte de vigas lisas, bien cuadradas y acepilladas, con listeles interpuestos, trabajados á torno, y enlazados por medio de arcos, que empezando desde la superficie de la tierra, se elevaban poco á poco y en disminucion con cierta proporcion y medida. Allí habitaba la esposa de Atila, é introducido á su presencia por los Bárbaros que habia alrededor de las puertas, la encontré recostada en un muelle lecho. El pavimento estaba cubierto de tapetes; la cercaban multitud de siervos, y las esclavas sentadas en el suelo enfrente de ella se entretenian en pintar de varios colores pedazos de telas, que los Bárbaros sobreponen á sus vestidos como adorno. Despues de saludar á Cerca y de presentarle los regalos, salí de allí sin detenerme; y miéntras esperaba á que Onegesio dejase el palacio, pues se habia dirigido á él desde su casa, visité toda la habitacion de Atila.

Miéntras estábamos mirándola, lo cual no nos lo impedian las guardias y los Bárbaros del séquito conociéndome, ví acudir hácia la puerta por donde él salia una gran multitud en desórden y gritando; en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

seguida salió de la casa Atila, con rostro grave, atrayendo á sí de todos lados los ojos de la multitud; venía acompañado de Onegesio y fué á sentarse en el tribunal. Allí se le presentaron cuantos tenian algun pleito y esperaron su sentencia. Volviendo luego á su habitacion, dió audiencia á los embajadores que le habian enviado los pueblos bárbaros; y miéntras yo estaba aguardando aun á Onegesio, vinieron á hablarme Rómulo, Promoto y Romano, que eran los embajadores enviados de Italia á Atila para el asunto de los vasos de oro, y con ellos Rusticio, que pertenecia al séquito de Constancio y Constanciolo, del país de los Peonios, que obedecia entónces á Atila, los cuales me preguntaron si estábamos despedidos. Precisamente para saber eso, respondí, espero en este sitio á Onegesio. Despues, á mi vez, les pregunté si habian obtenido una respuesta favorable en el negocio que era objeto de su embajada. « No; » contestaron, « no hemos logrado » disuadirle; y nos amenaza con la guerra, si no se le » entrega á Silvano ó los vasos. »

Sorprendiéndonos el orgullo y la obstinacion del Bárbaro, Rómulo, que habia desempeñado muchas honrosas embajadas, y tenia gran experiencia de los cosas, dijo que la próspera fortuna que le habia colocado en tan elevado puesto, exaltaba su espíritu, ensoberbeciéndole el poder que habia adquirido, tanto que ni daba oídos á palabras justas, ni consideraba justo sino aquello que era de su agrado. Ninguno de cuantos habian reinado en la Escitia ó en otro punto habia ejecutado tan grandes cosas en tan poco tiempo; pues él se habia apoderado de toda la Escitia, extendiendo su imperio hasta las islas del Océano, y obligando ademas á los Romanos á que le pagasen un tributo. No contento con esto, habia dirigido su ánimo á cosas mayores, pensando en dilatar las fronteras de su reino y hacer la guerra á los Persas. Habiendo preguntado uno de nosotros, por qué camino de la Escitia se podia ir á Persia, contestó Rómulo que los Medos no estaban separados de los Escitas por una grande extension de territorio, y que los Hunos no ignoraban el camino; pues una vez que su país se sintió abrumado por la miseria, y los Romanos, ocupados en otras guerras, los habian dejado tranquilos, ellos, lanzándose por aquel sendero penetraron hasta Bazich y Curzich, ciudades de los Medos. Hacía poco que algunos de sus jefes de sangre real, que habian ido á aquella expedicion al frente de innumerables turbas de hombres, habiéndose dirigido á los Romanos pidiéndoles su alianza, contaron que despues de recorrer una grande extension de país desierto, habian atravesado un pantano, que Rómulo tomaba por la laguna Meótis, y al cabo de otros quince dias de viaje, despues de pasar ciertos montes, habian bajado á la Média. Miéntras que andaban reuniendo allí botin y devastando las campiñas, sobrevino un ejército persa tan numeroso, que cuando lanzaba los dardos oscurecia el aire. Aterrados con el peligro retrocedieron y repasaron los montes, no llevando consigo sino una pequeña parte del botin, pues los Medos les habian quitado el resto. Para evitar el encuentro de los enemigos, cambiaron de sendero, y atravesando sitios sembrados de piedras marinas ardientes (1), llegaron á su país, despues de muchos dias de viaje; pero los Escitas habian aprendido á conocer de este modo que la Média estaba separada de ellos un breve intervalo. Por tanto, si se suscitase en Atila el deseo de atacar á los Medos, poco trabajo y esfuerzo le costaria el conseguirlo; ni tenia que atravesar grande espacio de terreno para atacar á los Medos, á los Partos y á los Persas, obligándoles á pagarle un tributo; pues mandaba tropas tan numerosas, que ningun pueblo podia resistirle. Ademas debemos desear que lleve sus armas contra los Persas, para alejar de nosotros el peligro de la guerra. « Pero, » debemos temer tambien, » añadio Constanciolo, « que » despues de vencer á los Persas, no siendo ya amigo » nuestro, nos insulte como señor. Ahora le damos en » tributo el oro por la dignidad á que le hemos ele- » vado; mas cuando haya sometido á los Medos, » Partos y Persas, no usará de ninguna consideracion « con los Romanos, que confinan por esta parte con » su imperio, y reputándonos siervos arrogantes, nos » obligará á obedecer sus órdenes gravosas é intole- » rables. »

(1) El betun que abunda en las orillas del mar de Azof y del mar Negro.

Constanciolo aludia con estas palabras á la dignidad de capitan de los ejércitos romanos, con que el emperador habia honrado á Atila, concediéndole ademas un estipendio unido al cargo. Queria indicar, por tanto, que Atila, no contento con aquel título, ni con otro alguno que agradase á los Romanos conferirle, traspasaria los límites de esta dignidad que creían ser solo honorífica, y usando la fuerza, los obligaria á llamarle rey en vez de capitan, pues siempre que se irritaba, solia apellidar siervos suyos á los jefes de los ejércitos, que sin embargo igualaban en honor y dignidad, no solo á Atila, sino hasta á los mismos emperadores. Habia acrecentado no poco su poder el descubrimiento de la espada de Marte, venerada en un tiempo por los Escitas como santa, y dedicada al dios que preside las guerras, la cual, despues de estar perdida durante muchos siglos, acababa de ser desenterrada por un buey al tiempo de arar.

En tanto que cada uno trataba de decir su opinion respecto de estas cosas, salia Onegesio, y nos acercamos á él, afanosos por preguntarle sobre los negocios que nos habian sido cometidos; pero él, despues de haber hablado durante un breve tiempo con algunos Bárbaros, me mandó preguntar á Maximino qué personajes consulares enviarian los Romanos en clase de embajadores á Atila. Cuando al entrar de nuevo en la tienda referí á Maximino las palabras de Onegesio, deliberamos acerca de la respuesta que debia dársele, y en seguida volví á ver á Onegesio, y le dije que los Romanos deseaban con extremo que él fuese á su país para decidir las controversias con Atila, y que si esta esperanza no se realizaba, enviaria de embajador al que creyese mas conveniente.

Entónces Onegesio mandó llamar precipitadamente á Maximino, y apénas llegó le introdujo á la presencia de Atila. Á su vuelta, despues de breves palabras, nos dijo que el Bárbaro queria le fuesen enviados por el emperador en clase de embajadores ó Nomio ó Anatolio ó Snador; y que no siendo estos, no admitiria á ninguno otro. Habiendo Maximino observado al oir esto, que no convenia hacer concebir sospechas al emperador con respecto á los embajadores que debia enviarle indicándoselos, Atila dijo : « Si rehusan, » que se preparen á decidir las disputas con las armas. »

Cuando estuvimos de vuelta en nuestra tienda, vino á encontrarnos el padre de Oréstes, y nos dijo : « Atila » os convida á los dos á comer, lo que se verificará á la hora nona. » Acudimos á la invitacion á la hora que se nos habia fijado, y juntamente con los embajadores de los Romanos Occidentales, nos detuvimos en el umbral del cenáculo delante de Atila. Allí los coperos, segun el uso del país, nos presentaron la copa para hacer los augurios ántes de ponernos á la mesa. Hechos estos, y despues de acercar la copa á los labios, entramos y ocupamos los bancos donde teníamos que permanecer durante la cena.

Los bancos se hallaban dispuestos de una y otra parte junto á las paredes; Atila ocupaba el centro de un lecho, enfrente del cual habia otro, y detras de este una escalinata que conducia á la cama de dormir, la cual estaba cubierta de blancos lienzos y tapetes que ofrecian mucha variedad por sus adornos y hermosura, semejante á los lechos que los Romanos y los Griegos suelen preparar á los recien casados. Se dispuso que los convidados que pertenecian

(c) Instituto Cervantes de Madrid

al órden superior se sentasen á la derecha de Atila, y los del inferior á la izquierda; nosotros pertenecíamos á estos últimos, y con nosotros, pero en el primer puesto, estaba Berich, guerrero ilustre entre los Escitas. Onegesio ocupaba la derecha del rey, y en frente de él estaban dos hijos de Atila, el mayor sentado en el mismo lecho que su padre; pero no á su lado, sino mucho mas abajo, y por respeto al autor de sus dias, ambos tenian los ojos inclinados al suelo. Hallándose sentados todos en este órden, el copero de Atila entró y les sirvió una copa de vino. Habiéndola tomado saludó al primero en graduacion; y este, honrado con el saludo, se puso al momento de pié, no siéndole permitido sentarse sino despues quo Atila, bebiendo poco á poco ó de una vez, hubiese devuelto la copa. Por el contrario, era costumbre que Atila permaneciese sentado, miéntras que los demas convidados, tomando las copas y acercándolas á los labios, le tributaban honor con sus bríndis. Habia un copero para cada convidado, y en cuanto salió el de Atila, entraron otros por su órden. Cuando se hubo sentado el segundo, los restantes convidados brindaron tambien á su vez: y por último, Atila dirigiéndose á nosotros, nos invitó á brindar, segun el uso de los Tracios. Concluida esta ceremonia de buena crianza se marcharon los coperos.

Al lado de la mesa de Atila estaban dispuestas las otras para tres ó cuatro, y aun para mas convidados, cada uno de los cuales podia, sin alterar el órden de los asientos, tomar de los platos con el cuchillo lo que gustase. Se adelantó hácia el medio el primer siervo de Atila, llevando en la mano un gran plato lleno de carne; despues de este trajeron el pan y las viandas los esclavos de los demas; pero para el resto de los Bárbaros y para nosotros se sirvieron manjares de todas clases, y guisos en platos de plata, al paso que á Atila no le llevaron sino carne, en un tajadero de madera: las copas de los convidados eran de plata y oro, y de madera la de Atila. En todo mostraba la misma sencillez: su vestido se distinguia del de los demas solo en no tener adornos ni colores. Su espada, los lazos de su calzado y las riendas de su caballo, no eran, como las de los otros Escitas, estimables por la elegancia y los adornos de oro y piedras preciosas.

Terminados los manjares del primer servicio, nos levantamos de nuestros asientos, y ninguno volvió á su puesto sin haber primero todos, en el mismo órden que ántes, vaciado las copas á la salud de Atila. Despues de tributarle este honor, nos sentamos nuevamente, y pronto se trajeron los segundos manjares, que eran diferentes de los anteriores: cuando todos hubieron comido bastante, se pusieron otra vez de pié, brindaron á la salud de Atila y se sentaron.

Al anochecer se quitaron las mesas, entraron dos Escitas, y colocándose en frente de Atila, cantaron versos compuestos por ellos, en que celebraban las victorias y virtudes guerreras de su caudillo. Todos los convidados tenian fijos en ellos sus ojos, complaciéndose unos en los versos, otros en las guerras que se recordaban; y aquellos que á causa de su edad no eran ya á propósito para el manejo de las armas, se sentian conmovidos hasta derramar lágrimas, estando obligados á sofocar dentro de sí el amor y el deseo de los combates. Concluidos los cantos, entró un Escita loco, el cual diciendo simplezas y extravagancias que carecian de sentido y de órden, hacía reir á todos. Vino por último el moro Zercon, á quien Edecon habia persuadido á presentarse á Atila, prometiéndole emplear todo su influjo para hacer que recobrase á su mujer. La habia cogido en el país de los Bárbaros, donde gozaba el favor de Bleda, dejándola luego en la Escitia, cuando Atila le envió en clase de regalo á Aecio; pero habia perdido la esperanza de volver á poseerla, porque Atila se habia irritado de que hubiese vuelto á su país. Aprovechando, pues, la ocasion de aquella fiesta, entró, y su aspecto, juntamente con el vestido y el lenguaje, que era una mezcla de latin, de huno y de godo, excitó tales risas en toda la reunion, que ninguno se podia contener (1). Solo Atila, incapaz de alterarse, se conservó siempre con el rostro inmóvil, y no se le vió hacer ni decir cosa alguna que manifestase haberse excitado en él la alegría ó el deseo de reirse; únicamente cuando fué introducido el menor de sus hijos, llamado Irnach, le miró con cierta satisfaccion y le acarició. Sorprendióme de que Atila se cuidase tan poco de sus otros hijos y mostrase tanto amor á este: un Bárbaro que estaba sentado junto á mí y hablaba latin, exigiéndome la promesa de no revelar nada de lo que me contáre, me dijo que los adivinos habian anunciado á Atila que toda su raza pereceria, á excepcion de aquel niño, que la haria revivir.

Prolongándose el banquete despues de muy entrada la noche, y no queriendo detenernos mas tiempo en beber, partimos todos juntos; y á la mañana siguiente nos dirigimos á casa de Onegesio, suplicándole que obtuviese el permiso de marcharnos, pues ya era tiempo perdido el permanecer allí mas. Él nos contestó que esa misma era la intencion de Atila, el cual habia resuelto despacharnos. Por tanto, despues de deliberar con los principales jefes, acerca de las determinaciones tomadas por Atila, extendió las cartas que debia mandar al emperador; en cuyo acto intervinieron los secretarios encargados de la correspondencia, entre los cuales se hallaba Rusticio, natural de la Mesia Superior, que habiendo sido hecho prisionero, y mostrándose hábil en la escritura, fué encargado de tal comision por el Bárbaro.

Terminado el consejo, suplicamos con grandes instancias á Onegesio que devolviese la libertad á la mujer y los hijos de Sila que habian caido prisioneros, juntamente con su madre, en la toma de la ciudad de Raziaria; y él no se mostró muy opuesto á ello; pero pidió por su rescate una suma de dinero bastante grande. Nosotros le rogamos encarecidamente, diciéndole que le moviese á piedad la actual situacion de los prisioneros, comparada con la que habian disfrutado; por último, despues de ponerse de acuerdo con Atila, convino en dar libertad á la madre por quinientos dineros de oro, y envió á los hijos de regalo al emperador.

Entretanto, tambien Recca (2), esposa de Atila, que tenia á su cargo el cuidado de las cosas domésticas, nos convidó á cenar. Cuando llegamos á su presencia, la encontramos rodeada de un gran número de jefes escitas, y pudimos ser testigos de su mucha cortesía y agrado; pues nos acogió con palabras bastante corteses y afables, y nos dió un banquete en realidad magnífico. Poniéndose en pié todos los convidados, segun la política usada en Escitia, nos presentó una copa llena de vino, que tomó de nuevo, despues de haber abrazado y besado á aquel á quien la habia ofrecido. Terminada la cena, nos volvimos á nuestra tienda y nos acostamos.

Al dia siguiente nos convidó Atila otra vez á cenar. Acudimos á su invitacion, hubo el mismo órden y las mismas ceremonias que en el anterior banquete, y tambien nosotros nos entregamos á la alegría; pero en esta ocasion no ocupaba el lecho de su padre el hijo mayor de Atila, sino su tio paterno Oebarso,

(1) Tenemos ya en la corte de Atila á un *arlequin*. Tal es precisamente su orígen: el color de los esclavos negros, lo raro de sus semblantes y modales, movieron á los Bárbaros á buscarlos como bufones; y para mayor seguridad, el moro Zercon, que pide su mujer á Atila, se parece exactamente á Arlequin buscando la Colombina.

(2) Los eruditos han disputado á fin de averiguar si esta Recca es la misma mujer de Atila, que Prisco llama Cerca.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

á quien el rey profesaba el respeto de su padre.

Durante la comida nos entretuvo Atila con corteteses palabras, y previno á Maximino dijese al emperador, que tuviese á bien dar por esposa á Constancio, el secretario que le habia enviado Aecto, la dama que le habia prometido; pues Constancio se habia presentado en union de los embajadores de de Atila á Teodosio, ofreciéndole emplear todos sus esfuerzos en afianzar una paz duradera entre los Romanos y los Hunos, si le concedia por mujer una dama rica. El emperador habia convenido en ello, prometiéndole la hija de Saturnillo, persona ilustre por sus bienes de fortuna y su nobleza, pero Atenaide ó Eudoxia (se llamaba de las dos maneras), mató á Saturnilo, y Zenon, varon consular, impidió al emperador cumplir su promesa, pues miéntras velaba con un gran número de Isaurios en defensa de Constantinopla, amenazada por los enemigos, y mandaba los ejércitos de Oriente, sacó á la doncella del sitio en que se la tenia custodiada, y la casó con Rufo, uno de sus amigos. Ahora Constancio rogaba al Bárbaro que no sufriese la afrenta que se le habia inferido, sino que hiciesen que le diesen por mujer, ó la dama que le habian arrebatado, ú otra que le llevase un rico dote. Esta fué la causa de que el Bárbaro, durante la cena, mandase á Maximino decir á Teodosio, que la esperanza de Constancio no debia quedar defraudada, y que no convenia á la dignidad del emperador aparecer como persona sin palabra. Ademas, Atila daba esta órden á Maximino, porque Constancio le habia ofrecido una gruesa cantidad de dinero, si por su medio llegaba á obtener en matrimonio una rica doncella romana. Cuando sobrevino la noche, nos retiramos del banquete.

Tres dias despues se nos despachó, habiéndonos sido presentados ántes los dones. Atila envió tambien con nosotros, en clase de embajador, á Berich, uno de los jefes escitas, señor de muchas aldeas, y que en el banquete habia estado en el mismo lado que nosotros, aunque en un puesto superior. Berich, ademas, habia desempeñado otra vez el cargo de embajador en Constantinopla.

Á la vuelta, estando cerca de una aldea, fué cogido un Escita enviado por los Romanos á explorar, y Atila le condenó al suplicio de la cruz. El dia siguiente, miéntras atravesábamos otras aldeas, vimos arrastar, con las manos atadas á la espalda, á dos individuos, reducidos á la esclavitud en la guerra, y que habian asesinado á aquellos á quienes los destinos militares habian hecho dueños de su vida y de su muerte. Se les condenó á la última pena, la cual se llevó á cabo apretándoles la cabeza entre dos trozos de madera.

Berich, en tanto que caminábamos por el territorio de la Escitia, permaneció á nuestro lado, mostrándose complaciente y amigo; pero desde que pasamos el Istro, apoyándose en algunos frívolos pretextos que le dieron los esclavos, nos trató como enemigos, y su primera exigencia fué reclamar un caballo que habia regalado á Maximino; pues habiendo mandado Atila á todos los jefes escitas de que se componia su séquito, que honrasen á Maximino con algun don, todos á porfía, entre ellos Berich, le ofrecieron un caballo. Sin embargo, queriendo Maximino mostrarse discreto y desinteresado, aceptó solo unos cuantos, rehusando los demas. Berich volvió, pues, á tomar su caballo, y no quiso continuar en nuestra compañía; de este modo aquel vínculo de hospitalidad, contraido en el pais de los Bárbaros, quedó roto al salvar sus fronteras. Desde allí nos dirigimos á Filipópolis, y en seguida á Adrianópolis, donde despues de un breve reposo, preguntamos á Berich por qué habia estado tanto tiempo sin hablarnos, cuando nosotros no le habíamos dado ningun motivo de enojo; y aplacado con nuestras palabras, consintió en acompañarnos á cenar, partiendo todos juntos de Adrianópolis.

En el camino encontramos á Vigilio que volvia á Escitia; y despues de informarle del modo como Atila habia contestado á la embajada, continuamos nuestro viaje. Cuando estuvimos en Constantinopla, creiamos que Berich hubiese depuesto ya su cólera, pero su natural feroz y vengativo no habia podido ser dominado por nuestras atenciones. Acusó á Maximino de haber dicho que los generales Areomindo y Aspar no gozaban de ningun crédito con el emperador, y que sabía el caso que debia hacerse de las empresas de los Bárbaros, ahora que conocia ya su ligereza é inconstancia.

Vigilio, á su vuelta á Escitia, halló casualmente á Atila en el mismo punto donde le habia dejado; pero los Bárbaros, que le aguardaban prevenidos, le cercaron al momento, le prendieron, y apoderándose del dinero que llevaba para Edecon, le condujeron á la presencia de Atila. Este le preguntó con qué objeto habia traido tanto oro: « Con el de proveer, » contestó, á las necesidades de los que me acom- » pañan, de suerte que no careciésemos de las co- » sas precisas, ni nos faltasen caballos, ni las demas » bestias de carga y de tiro, muchas de las cuales » hemos perdido en un viaje tan largo y desastroso; » ademas, para el rescate de los prisioneros; pues un » gran número de Romanos me han suplicado que » redima de la esclavitud á sus parientes. » A esto repuso Atila: « Tus engaños y rodeos, oh perverso » animal, no te salvarán en adelante, ni hallarás ya » medio de evitar el suplicio que mereces. La suma » es mucho mayor de la que podian exigirte las » necesidades de todos, la compra de caballos ú otras » bestias de tiro y la redencion de los prisioneros, » cosa que ademas prohibí al mismo Maximino y á los » que le acompañaban. » Dicho esto, mandó degollar al hijo de Vigilio que habia ido entónces por la primera vez al país de los Bárbaros, si su padre no revelaba para qué y con qué motivo habia llevado todo aquel oro. Cuando Vigilio vió que estaba amenazada la vida de su hijo, prorumpió en llanto, suplicando que se dirigiesen contra él el hierro y la ira, no contra el que nada tenia culpa; é inmediatamente manifestó todas las tramas secretas urdidas entre él, Edecon, el eunuco y el emperador para matar á Atila. En seguida, adoptando de nuevo el tono suplicante, rogó á este que le diese la muerte, pero que perdonase á su hijo, inocente é ignorante de tales manejos.

Atila, viendo que Vigilio no habia ocultado nada de lo que habia manifestado Edecon, le mandó encerrar en una prision, amenazándole que no saldria de allí, sin que su hijo, á quien se dejaria ir libre, pagase otras cien libras de oro por su libertad. Vigilio, pues, fué preso, y su hijo volvió á pisar el territorio de los Romanos. Atila envió á Constantinopla á Oréstes y á Esfa, para pedir que le fuese entregado Crisafio; pero estando los ánimos de todos muy inclinados en favor de este, se creyó prudente mandar á Anatolio y á Nomio como embajadores á la córte de Atila: el primero era prefecto de los tribunales reales y habia propuesto las condiciones de la paz celebrada con el Bárbaro; Nomio desempeñaba el cargo de maestro, y habia sido elevado á la clase de patricio, lo mismo que Anatolio, pasando ántes ambos por todos los grados de los honores. Juntamente con Anatolio fué enviado Nomio, no solo por el honor del cargo, sino tambien porque era amigo de Crisafio y gozaba de favor y crédito con el Bárbaro: así pues, deseando arreglar el asunto, habia pensado que se debia acumular dinero al efecto. Eran enviados ambos para apaciguar á Atila, é inducirle á observar las condiciones de la paz, diciéndole ademas, que el emperador daria en matrimonio á Constancio una jóven no inferior

(c) Instituto Cervantes de Madrid

en nobleza y riqueza á la hija de Saturnillo, pues esta, no agradándole tal casamiento, se habia casado con otro, segun la ley, la cual no permitia á los Romanos casar á una doncella contra su voluntad. El eunuco, á fin de aplacar la ira del Bárbaro, le envió por su parte una gran cantidad de oro.

Anatolio y Nomio, despues de pasar el Istro, se adelantaron hasta el rio que denominan Drencon, y Atila, en consideracion á la dignidad de tales personajes, para que no tuviesen que sufrir las molestias de un camino largo, fué á encontrarlos allí. Al principio los acogió con grande altivez é insolencia; pero amansado por la cantidad de los donativos y las dulces palabras de los embajadores, juró conservar la paz segun las condiciones estipuladas; respetar el territorio allende el Istro, como perteneciente de derecho á los Romanos, y no causar en adelante ninguna molestia al emperador sobre la entrega de los desertores, con tal que los Romanos se abstuviesen de darles asilo. Puso tambien en libertad á Vigilio, habiendo recibido por su rescate cien libras de oro, que le habia llevado su hijo, el cual acompañó á los embajadores á Escitia; en seguida entregó á Nomio y Anatolio muchos prisioneros, sin exigir nada por su libertad, y finalmente los despidió, regalándoles caballos y pieles de fieras, con que acostumbran adornase los reyes de los Escitas. Hizo que los acompañase Constancio, á fin que el emperador le cumpliese lo que le habia ofrecido. Cuando los embajadores llegaron á Constantinopla y refirieron el convenio que habian celebrado con Atila, se dió en matrimonio á Constancio la viuda de Armocio, hija de Plinta, que habia sido capitan de los ejércitos y cónsul. Tal fué el arreglo que tuvieron las disidencias con Atila. »

(E) pág. 747.

ALABANZAS DE LA VIDA MONÁSTICA.

Juan Crisóstomo exalta en muchos lugares de sus obras la dulzura y dignidad de la vida monástica; pero principalmente en las homilías 68, 69, 70, 71, 72 y en los tres libros *Contra los vituperadores de la vida monástica*. Trasladarémos aquí algunos trozos.

« Trasportáos con el pensamiento al Egipto, y veréis un nuevo paraiso, mas risueño que los mas amenos huertos, innumerables multitudes de ángeles, con formas humanas, y pueblos enteros de mártires y de vírgenes, la tiranía del demonio destruida y el reino de Jesucristo floreciendo en todas partes. Veréis aquella tierra, antigua cuna de las artes, de la ciencia y de la filosofía, tan orgullosa por haber difundido supersticiones en todo el mundo, gloriarse ahora de ser la fiel discípula de unos pobres pescadores, renunciar á toda la ciencia de los falsos sabios, para no conocer sino la predicada por un publicano, por un fabricante de tiendas, y colocar toda su gloria en la cruz de Jesucristo, que se ve desplegada triunfalmente ante las miradas de todos.

No admiraréis únicamente en el seno de las ciudades tan portentosa revolucion; id al desierto y aun allí se ofrecerán á vuestros ojos maravillosos espectáculos. Aquella vasta region no es al presente sino un campo inmenso, en el cual, bajo la bandera de Jesucristo, se practican todas las virtudes cristianas y se lleva una vida del todo celestial. Allí el sexo mas delicado rivaliza en perfeccion con los solitarios mas fervorosos. Una santa falange de piadosas amazonas, no armadas de escudo y lanza, como en otro tiempo las repúblicas griegas, está incesantemente preparada para rechazar los ataques de un enemigo que á nadie da treguas, que no perdona sexo ni edad; tampoco es raro ver allí á las mujeres, superiores en valor á los hombres mas fuertes, alcanzar contra el enemigo comun las mas brillantes victorias. Hay ménos estrellas en el firmamento que solitarios en el Egipto. Comparad el antiguo Egipto, tan apartado de Dios, tan groseramente sumergido en las supersticiones mas extravagantes con el Egipto de hoy; y postráos á los piés de Jesucristo para reconocer su poder. Allí no se cultiva otra filosofía que la que trata de las cosas de la verdadera religion; ni se habla de las divinidades adoradas por los antepasados, sino para deplorar los errores de este, y detestar la falsa ciencia de los pretendidos filósofos que por tanto tiempo les hicieron seguir una senda extraviada. En todas partes se rinde homenaje á la verdadera sabiduria que nuestros pescadores de la Judea llevaron allí: en el Egipto se vive segun la fe que se profesa, y las costumbres son tan inocentes y arregladas como pura la creencia. No se contentan con haber renunciado á todas las cosas de la tierra por haberse crucificado en el mundo; ni se entregan solamente á una ociosa contemplacion, sino que ejercitan su cuerpo en trabajos penosos, cuyo producto, distribuido por las manos de la caridad, sirve para alimentar á los pobres. El tiempo se distribuye del modo siguiente: por la noche se vela y se cantan himnos al Señor, y el dia se dedica á la oracion y á los trabajos manuales, como lo hacía el grande apóstol.

¡ Si hubiéseis visto con vuestros ojos el cuadro cuya imágen os hemos bosquejado débilmente! Pero distraidos sin cesar por las diversiones mundanas, os desdeñáis de presenciar un espectáculo que nosotros solo podemos delinear. Aprended á lo ménos á conocerlo por alguna descripcion. Al despuntar el dia, aun ántes de los albores, se levantan, anticipándose al astro de la luz, y con la cabeza sana y libre de todo estorbo extraño, empiezan cada una de sus jornadas cantando himnos sagrados para celebrar al Soberano Autor del universo, y tributarle los homenajes de su reconocimiento por todos los favores generales y particulares que prodiga á los hombres. Mas afortunados que el mismo Adan en el paraiso terrestre, no comparables sino á los ángeles, cantan con ellos: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.* (Luc. II, 14.) No ostentan ropas de seda tejidas por la molicie y la vanidad. Si los viéseis, los tomaríais por otros tantos ángeles de la tierra; por Elías, Eliseo, Juan Bautista, los Apóstoles: van vestidos como ellos, quien con pieles de cabra, quien con pieles de camellos, quien con trajes aun mas groseros y consumidos por el tiempo. Despues de los cánticos sagrados, con la frente inclinada invocando al Señor, pidiéndole, no los favores que imploran los hombres del siglo, no las riquezas de la tierra, que no les inspiran mas que desprecio, sino las verdaderas, con las que aparecerán sin ningun temor ante el formidable tribunal del Soberano Juez de los vivos y los muertos, al que suplicando que ninguno de ellos tenga que oir la fulminante sentencia: *No os conozco* (Mat. XXV, 12), y que todos puedan atravesar, con la conciencia pura y en medio de la práctica de las buenas obras, el mar tempestuoso de esta vida. El que los preside y á quien miran como á un padre, dirige sus santos ejercicios, que se repiten diariamente; y terminada la oracion, cada cual se dedica al trabajo, y el producto que reportan se reparte entre los indigentes.

Cuando se retiran del sitio donde acostumbran reunirse, cada uno se entretiene privadamente ó con Isaías, ó con un apóstol, ó con cualquier otro libro de las Sagradas Escrituras, y medita, ya sobre la naturaleza divina, ya sobre las maravillas de la creacion, ya sobre las cosas que están sujetas á los sentidos, ó que se sustraen de la accion de estos, sobr la fragilidad de la vida, las esperanzas del porvenir y los bienes futuros. Se sacian con este alimento espiritual, sustancia mucho mas corroborante para las almas que la carne de los animales para los cuerpos, mas dulce que la miel; miel admirable, mucho mas

(c) Instituto Cervantes de Madrid

exquisita que aquella con que se alimentaba San Juan Bautista en el desierto. Semejantes á las abejas, volando y posándose en los libros sagrados para elaborar los mas preciosos tesoros, no ya con el jugo de las flores y los recíos de la tierra, sino con las vivas impresiones que la gracia del Espíritu Santo se complace en derramar en sus almas, como en otros tantos vasos preparados para recibirlas, ellos los cambian y trasforman en propia y vital sustancia.

Habitan en celdas que, si es preciso, se abandonan con la misma facilidad con que han sido construidas. Unidas entre sí en un vasto recinto, tienen á lo léjos el aspecto de un campo guerrero que se extiende en la llanura, y en el cual las tiendas desplegadas, las puntas de las lanzas fijas en tierra, las banderas colgadas de las lanzas y agitadas por el viento, los escudos que reflejan los rayos del sol, la multitud confusa de los jinetes y de los infantes cubiertos con armaduras de hierro; en la parte superior el pabellon del general, que se eleva á modo de un palacio edificado apresuradamente; alrededor tropas y guerreros que van y vienen, que comen y se ejercitan en fracciones militares al son de bélicos iustrumentos, presentan un espectáculo curiosísimo, pero que no alcanza, ni con mucho, á igualar al que ahora os ofrecemos. Mirad las tiendas de los soldados de Jesucristo: allí vuestros ojos no serán heridos por el esplendor de las lanzas y de las espadas, ni verán los ricos paños con que se adornan las de los generales y emperadores, sino que quedaréis atónitos, como si contempláseis nuevos cielos extendidos sobre una nueva tierra. No, las celdas de nuestros solitarios no ceden en perfeccion al mismo cielo, pues que los ángeles y el Rey de los ángeles vienen á visitarlas. En otro tiempo visitaban á Abrahan en el seno de su familia, porque conocian la solicitud con que acogia á los recien llegados: ¿cuánto mayor será, pues, su complacencia en no formar sino una sola sociedad, un solo corazon con hombres provistos de una virtud mucho mas perfecta, y que enteramente desembarazados de sus cuerpos, se elevan en la carne misma mas allá de la carne?

Su mesa, exenta de todo lujo, es pura y frugal. No se ve allí, como en nuestras ciudades, correr la sangre de los animales degollados, ni palpitar sus despedazados miembros. Allí no se conocen esos negros torbellinos de humo que salen de nuestros techos, ni los fétidos vapores que lastiman el olfato, ni los importunos clamores de nuestros mercados públicos, ni ninguno de los refinamientos inventados por la intemperancia. Todos los manjares y todas las bebidas consisten en un pan ganado con un santo trabajo, y en el agua de la vecina fuente. Si quieren alguna vez dar una comida mas espléndida, todas las viandas se reducen á algunas frutas cogidas en los árboles del desierto; y estos modestísimos banquetes tienen para ellos mas delicias que para los demas las mesas de los reyes. Ningun temor, sospecha ninguna, turba su tranquila soledad. ¿Á qué poderosos han de inspirar recelos? Allí no hay dama alguna que con sus quejas los irrite, ni tampoco niños que los aflijan. No se sabe qué cosa es la risa desmedida, ni qué cosa son las alabanzas de los viles parásitos. La paz reina en torno de aquellas mesas, á las que concurren seres enteramente espirituales. No hay allí mas asientos que los herbosos céspedes; y al mirarlos creeríais ver renovado cada dia el milagroso banquete que Jesucristo dió á todo un pueblo en el desierto. Algunos entre ellos no conocen otra comida que aquel escaso alimento, tomado al aire libre, fuera de sus celdas, sin otro techo que el cielo, ni otra luz que la de la luna, antorcha inextinguible á que no es preciso dar pábulo; puede decirse propiamente que para ellos se eleva y difunde su claridad el astro de la noche. ¡Cuántos ángeles celebran esta pura é inocente vida!

Durante la noche, su sueño siempre pacífico no es turbado ni por desgradables recuerdos, ni por la sospecha. Durante el dia sus discursos no versan sobre cuestiones ociosas y estériles, sino sobre los objetos mas graves y los bienes mas apetitosos. Las penosas agitaciones que aquejan por lo comun á los hombres, son para ellos lo que para un espíritu ocupado los movimientos de las hormigas en sus agujeros subterráneos: y semejantes á estos animalillos, no hacen ningun daño, al paso que nosotros tomanos por modelo á los animales foroces. Nuestros solitarios buscan en el cielo sus imágenes, y nosotros las andamos buscando entre los animales dotados de mas razon.

Si un grande de la tierra va á visitarlos, entónces se hace sentir principalmente la nada de todo lo que el mundo presenta como mas magnífico. Un sencillo anacoreta, acostumbrado á remover la tierra, ignorante de todas las cosas del siglo, está sentado sobre un monton de césped, al lado de un general envanecido con su poder y con el mando de un grande ejército. De la boca del solitario no salen viles adulaciones, sino saludables consejos y sublimes discursos, que no lisonjean el orgullo, pero que aprovechan al que los escucha, á lo ménos el tiempo que permanece en aquel santo consorcio. El poderoso sale de allí exaltado por los grandes pensamientos expuestos á sus oídos, pero ¡ay! pronto entra de nuevo en la bajeza de sus ideas mundanas. Para aquellos piadosos solitarios los nombres de los grandes, los nombres de los príncipes de la tierra no son sino palabras vacías de sentido; se rien de su fausto y de su magnificencia, como nosotros nos reímos de los niños que hacen el papel de reyes en sus infantiles juegos.

Algunas horas pasadas en medio de aquellas santas habitaciones os colmarian de delicias. Al despuntar el dia, aun ántes de que salga el sol, ninguno está sepultado ya en el sueño, como sucede en nuestras casas, en las que nos parecemos mas á los muertos que á los vivos. Sacuden con facilidad el sueño, y no bien han abierto los ojos, se diria que están despiertos hace tiempo: el momento de despertarse es tranquilo como el sueño de la noche anterior. Allí no se duerme sino para restaurar la naturaleza, ni se vela sino para vivir en compañía de los ángeles y celebrar con ellos las obras del Señor. Este piadoso ejercicio es interrumpido solamente para ocuparse en los trabajos manuales ó en la copia de libros. Se reunen á fin de recitar en comun las oraciones de tercia, sexta, nona y las vísperas, pues dividen el dia en cuatro partes. El alimento de los unos consiste en un poco de pan mezclado con sal: otros añaden únicamente un poco de aceite, y los enfermos se permiten el uso de las yerbas y de legumbres. El dia concluye como ha principiado, esto es, con el canto de los himnos.

No conocen ni el oro, ni la plata, ni los vestidos preciosos; carecen de muebles, de modo que no pueden temer á los ladrones, los cuales no encontrarian allí con qué saciar su codicia; pues los anacoretas no poseen otros bienes que el alma y el cuerpo. La primera, esto es, el alma, no vive, segun dice San Pablo, sino para Jesucristo; y si el otro, esto es, el cuerpo, les es arrebatado, su pérdida, en vez de entristecerles, les alegra, considerándole un beneficio, porque todos sus deseos se reducen á verse libres de los vínculos corporales. Mueren como los demas hombres, pues que son tan mortales como ellos; pero la muerte para los anacoretas mas es una pompa y un triunfo que una ceremonia fúnebre. Por eso no dicen de uno: « Fulano ha muerto, » sino: « Ha llegado á su perfeccion; » y todos acompañan sus despojos mortales con una serenidad, con una alegría que demuestra la envidia quo le tienen porque ha llegado ya al término de la lucha. Raras veces en las enfermedades recurren al médico: frecuentemente la fe y la suspension momentánea de las austeridades, basta para sanar á los que se sientan malos; y cuando acuden á la medicina, prueban por la paciencia con que se someten al mal

(c) Instituto Cervantes de Madrid

y al remedio lo que son y qué fondo de virtud han adquirido.

Las palabras *tuyo* y *mio*, diferencia que producen el desórden y la discordia en todas las cosas del mundo, están desterradas de aquel venturoso país. Todo allí es comun, la mesa, la habitacion, los vestidos; y lo que vale mas aun, reina entre todos un solo é idéntico espíritu: todos tienen iguales títulos de nobleza y obedecen á la propia ley disfrutando de igual libertad, poseen las mismas riquezas, las únicas que merecen este nombre; todos aspiran á la herencia de la gloria celeste, única que merece el nombre de gloria. Los bienes de que gozan no son como los del mundo, imaginarios, sino reales. Todo tienen un mismo placer, una misma alegría, iguales deseos y espezanzas; todas las cosas están reguladas y pesadas entre ellos con una misma regla y balanza sin desigual de ninguna especie. Reina allí un órden supremo, una moderacion perfecta, una decencia general, un cuidado admirable de todo lo que puede mantener la concordia, y un contínuo motivo de alegría que nada es capaz de alterar. »

(F) pág. 748.

GENEALOGÍA DE LAS ÓRDENES MONÁSTICAS.

Aunque los monjes difieren mucho en los nombres, en las reglas y en el vestido, pueden reducirse á cuatro familias principales.

I. La Regla de San Basilio, instituida por este en 359, siendo papa Félix II y emperador Juliano el Apóstata. Fué la órden mas antigua, que reformó el estado monástico eligiendo lo que habia de mejor en las reglas de los ermitaños Antonio, Hilarion, Pacomio y Macario. Se extendió tambien mucho en Italia, ademas de comprender á casi todos los monjes griegos y orientales; y fué la mas célebre en los primeros siglos.

Militaron en ella ademas los *Armenios*, los cuales trasladados despues á Italia, conservaron las ceremonias griegas, hasta que se creyó mas conveniente agregarlos á los Agustinos y á los Dominicos. Un gran número de estos Armenios habitaban en el Monte Negro, y habiéndolos lanzado de allí los Turcos, se dirigieron á Génova, donde su principal monasterio fué el de San Bartolomé, lo que motivó quizá que se les llamase *Bartolomitas*.

Tambien los Carmelitas siguieron al principio esta regla.

II. La Regla de San Agustin, instituida por este hácia el año 390, siendo papa Siricio y emperador Graciano, comprendia dos órdenes, los *Eremitas* y los *Canónigos regulares*, subdivididos en muchas ramas. Á los *Canónigos lateranenses* se les cree oriundos de los primeros discípulos, y fueron colocados en San Juan de Letran por el papa Leon hácia el año 450. San Frigidiano, canónigo lateranense, creado obispo de Lucania por el papa Gelasio, empezó allí otra rama hácia el año 556, titulada *Congregacion de San Fridigiano de los canónigos lateranenses*. En 1115, Pedro de los Honestos, sacerdote de Ravena, por amor á una vida mas austera, edificó cerca de aquella ciudad á Santa María del Puerto, con un monasterio, donde empezó la congregacion de los *Portuenses*. En 1083, Adan, clérigo de Mortara, constituyó la iglesia y el monasterio de Santa Cruz, y fundó los *Canónigos regulares mortarenses*. La de los *Canónigos regulares de San Jacobo de Cela Volana* principió el año de 1000 en las diócesis de Comacchio.

En 1140 los *Canónigos regulares de Santa María de Grescenzago* fueron fundados por Oton de los Morbios, y florecieron despues en el pontificado de Urbano III, Milanes. En 1200 algunos escolares de Bolonia instituyeron la congregacion de los *Canónigos regulares seculares*. *Los Canónigos regulares mantuanos de San Márcos* tuvieron orígen en 1194, el cual debieron á Alberto Espínola, piadoso sacerdote. Los de *San Cleto*, se pretende que se remontan hasta el papa Cleto, sucesor de Lino. Los del *Espíritu Santo en Sajonia* fueron fundados en Roma por Inocencio III, el año de 1197, para cuidar de un hospital de expósitos.

El órden de los *Eremitas* no se sabe si principió por San Agustin ó por Guillermo, duque de Aquitania, ó por Juan Bono, natural de Mantua, ó por otros. Los *Juanbonitas* tomaron su nombre de este Juan Bono, que los estableció cerca de Cesena, poco ántes del pontificado de Inocencio III: los del *beato Pedro de Pisa* fueron instituidos por Pedro Gambacurta, junto á Cesena y Monbelo en 1380.

En la misma categoría están los *Trinitarios*, para la redencion de los prisioneros, fundados en 1198 por San Juan de Mata y San Félix de Valois: los *Dominicos ó Predicadores* por Santo Domingo en 1206; los *Siervos de María* en 1216 por siete nobles florentinos; los *Siervos de María reformados* por Felipe Benicio hácia el año 1285, ocupando la sede apostólica Martino IV; los *Jesuatos de San Jerónimo* por Juan Colombino de Siena hácia el año 1674. *Los Hermanos Alexianos* eran legos, que sepultaban á los muertos, desde 1309. La congregacion de los *Clérigos hospitalarios* fué instituida en Siena en 1300 por Agustin Novello, primeramente canciller del rey Manfredo, y despues secretario de Bonifacio VIII.

Pertenecen tambien á esta regla muchas órdenes militares, como los caballeros del Santo Sepulcro, los de Malta y los Teutónicos.

III. La Recla de San Benito fué instituida hácia el año 500, en el pontificado del papa Símaco. En 520 fundó San Benito la Congregacion de los *Especuenses, ó Casinenses, ó Benedictinos*, así llamados á causa de la cueva de Subiaco y de Monte Casino. Proceden de esta la congregacion *Siciliana* establecida en 536 por San Plácido, abad, con los primeros discípulos de San Benito; los *Camaldulenses* por San Romualdo, patricio de Rávena en 967, de los cuales se originaron los ermitaños de *Monte Corona* y de *San Miguel de Murano*, los de *Monte Carilo* en el Apenino Urbinato, fundados por Landulfo, Benedictino, en 1008: las *Damianitas*, así llamadas á causa del monasterio de San Damian en Asis; la congregacion de *Vallumbrosa* por San Juan Gualberto cerca de Florencia, en 1012; y las monjas del mismo valle; la congregacion *Cavense*, á que dió el nombre el monasterio construido en la Cava Metalicana, á siete millas de Salerno, en 1050 por San Alferio, abad; la congregacion del *Monte Virgen*, por San Cuillermo de Vercelli en 1124, llamado tambien del *Monte Virgiliano*, donde Virgilio tenia un huerto amenísimo, y donde se construyó posteriormente un monasterio con la iglesia bajo el título de la B. Vírgen de Epoli, hermoseado por Balduino, y que fué el único en el reino de Nápoles. El mismo en 1124 instituyó los *Guillermitas*. La congregacion de los *Florenses*, llamada así á causa de San Juan de Flor, su primera residencia fué instituida cerca de Cosenza en 1196 por el beato Joaquin, monje cistercense. Los *Humillados*, fundados en Milan, en 1196. La de *San Nicolas de Arena*, cerca de Catania, establecida en 1300. Los *Celestinos*, denominados así por Pedro Morone en 1274. Los *Olivetanos*, del Monte Olivete, cerca de Siena, fundados por tres nobles de esta ciudad, á saber, Bernardo Tolomeo, profesor de filosofía, Ambrosio Picolomini y Patricio de los Patricios, en 1319.

Pertenecen ademas á esta regla las órdenes militares de los Templarios de Calatrava y otras.

IV. La regla de San Francisco, llamada de los *Hermanos Menores*, fué instituida en 1208. Bajo ella militan todos los Menores *Franciscos*, *Observantes*,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Descalzos, *Reformados*, dependientes de un solo general; y los *Conventuales*, los de *La órden Tercera* y *Capuchinos*.

Tienen reglas propias : los *Cartujos*, establecidos en la Cartuja de Grenoble por Bruno, ciudadano de Colonia, en 1084; la congregacion de *San Jerónimo de Lobo de Olmeto*, bajo una regla tomada de los escritos de San Jerónimo, y que empezó en el pontificado de Martin V; los *Carmelitas*, que empezaron en 1160 en tiempo de Alejandro III, en el Monte Carmelo, debieron su regla á Alberto, patriarca de Jerusalen, la cual fué confirmada por Honorio III, en 1226.

Véase principalmente á Lucii Ferraris *Biblioth.*, en la voz de *Religiones regulares*.

En cuanto á los institutos y hábitos monásticos, pueden consultarse :

Bonnani, *Catálogo de las órdenes religiosas*.

Heliot, *Histoire des ordres religieux*.

Codex regularum, Lucæ Holstenii. Augsburgo, 1754, y Henrion, *Histoire des ordres religieux*. Bruselas, 1839.

(G) pág. 770.

LOS CÉSARES DEL EMPERADOR JULIANO.

Juliano. Ahora que á causa de las Saturnales el dios nos permite ocuparnos en bagatelas, y no tengo á mano nada jocoso y agradable, será preciso que me ponga á pensar entre mí un poco de tiempo, la manera, amigo mio, de no aparecer ridículo á tus ojos con sandeces.

El Amigo. ¡Oh César! ¿ quién es tan torpe y desmemoriado que crea que para distraerse agradablemente sirve haber pensado sobre ello? Siempre he juzgado que estar de chanza no es otra cosa que proporcionar descanso al aspíritu y dar tregua á los cuidados.

Juliano. Has dicho bien; pero el caso mio es distinto : pues no sé zaherir á nadie sin razon, ni chancearme, ni servirme de las ocurrencias de otro, ni, en fin, decir cosas capaces de hacer reir verdaderamente. Con todo, pues que es necesario someterse á la ley, ¿ quieres que por via de burla te refiera cierta anécdota digna de ser oida?

El Amigo. Convenido, te escucharé con mucho gusto, como que no ha sido nunca mi costumbre el despreciar las anécdotas chistosas. En esta parte estoy plenamente de acuerdo con tu amigo, ó mejor dicho, con nuestro amigo Platon, que trató muchas cosas graves en forma de novela. ¿Pero qué anécdota es esa que me ofreces?

Juliano. No es una de las que inventó Esopo, sino que la has de recibir de Mercurio, que es propiamente de quien yo la hube. Si lo que contiene es ficcion ó verdad, ó una mezcla de ambas cosas, podrás inferirlo por el tenor del relato.

El Amigo. Has hecho, como los poetas y los retóricos, un bello preámbulo. Principia ahora tu anécdota.

Juliano. Y tú, préstame atencion.

I. — *Quirino convida á los dioses y á los Césares.*

Has de saber, pues, que queriendo Rómulo celebrar en el cielo las Saturnales, convidó á todos los dioses, y juntamente con ellos á los Césares. Habian sido dispuestos para los primeros los lechos en la suprema region del cielo.

Brillante Olimpo, albergue de los dioses.

Sabes como es fama que, despues de Hércules, subió á aquella altura Quirino; con cuyo nombre, si ha de darse fe á las respuestas divinas, se pretende calmente designar á Rómulo. Allí, pues, se preparó el banquete para los dioses : y bajo el cielo de la luna, en la mas elevada region del aire, fué colocada la mesa de los Césares, en cuyo lugar los sostenia tanto la ligereza de sus cuerpos como el giro rápido de aquel astro. Ahora bien, para aquellos dioses, que eran los primeros en categoría y mayores que los demas, se dispusieron cuatro lechos, de una magnificencia incomparable. Saturno tuvo uno de ébano : habiéndose comunicado á su color negro y sombrío una luz en extremo resplandeciente y casi divina, de modo que nadie podia fijar en él los ojos, por deslumbrar con su extraordinario brillo, como acontece al sol. El lecho de Júpiter excedia en su nitidez á la plata y en su pureza al oro; Mercurio no supo explicarme con exactitud si era de electro, ó de otra materia que se extrae de las minas. Ocupaban tronos de oro, y á uno y otro lado la madre y la hija, Juno cerca de Júpiter y Rea junto á Saturno. Mercurio me decia hasta dónde llegaba la hermosura de aquellos dioses, contentándose con sobreponerla á todas las cosas, y añadió que debia concebirse con la imaginacion, pero no repetirse por via de cuento ó de otra manera; y que no habia orador, sea cual fuese su excelencia, que alcanzase á exponer la admirable pompa que restablecia en torno de aquellas divinidades. Á los demas dioses se habian preparado los asientos, segun el grado de cada uno, sin que se suscitase entre ellos disputa por precedencia ú otro motivo; pues, como dijo Homero, creo que por inspiracion de la musas, cada cual tiene alli su puesto eterno é invariable.

Á la llegada del padre, todos se levantaron, no alterándose por ello el órden de los sitios; pues ninguno, guiado de una mala ambicion, trató de ocupar el de otro, sino que todos conservaron los que les pertenecian. Se sentaron en círculo, y Sileno, mostrándose prendado de Baco, que era hermoso y de pocos años, y revelaba en su semblante las facciones de Júpiter, su padre, se acercó á él, como quien le habia criado é instruido : y este dios, inclinado por su índole á complacerse en las burlas y en las risas, autor conocido de toda alegría y de las bellas maneras, se divertia, ya con otras cosas, ya con zumbas y chistes sobre diferentes asuntos.

II. — *Julio César.*

Dispuesto el banquete de los Césares, entró ántes que ninguno Julio César, pronto por ambicion á disputar el reino al mismo Júpiter. En cuanto le vió Sileno, dijo : « Ten cuidado ¡oh Júpiter! no sea » que ese intente arrebatarte el imperio : ¡tal es su » codicia de mando! Y ya ves cuán insignemente » grande es su cuerpo, y cuán magnífica su presen- » cia : en la cabeza, sino en otra cosa, es parecidí- » simo á mi (1). »

III. — *Octaviano Augusto.*

Miéntras se chanceaba de este modo Sileno, sin que le dispensasen mucha atencion los dioses, entró Octaviano, cambiando de colores, como el camaleon, con rostro ya pálido, ya encendido, despues oscuro tenebroso y sombrío, y de nuevo vuelto á la gentileza de Vénus y á la gracia mas exquisita. Este pretendia rivalizar en el fulgor de sus ojos con el resplandeciente sol, y que ninguno de cuantos le saliesen al encuentro osase mirarle al semblante. « ¡Oh! ¡Oh! » dijo entónces Sileno : ¡ved cómo ese animalito toma » todas las formas! ¿ qué desastres vienes á traernos? » — Deja esas chanzas, le dijo Apolo : yo le pondré » bajo la disciplina de Zenon (2) : y de este modo le

(1) César no tenia pelo en la parte delantera de la cabeza.

(2) Quizá porque Octavio tuvo por preceptor á Atenedoro, filósofo estóico, y Zenon fué jefe de los estóicos.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» enviaré tan purgado que te parecerá oro puro. É » inmediamente añadió : Ea, levántate, Zenon, y » encárgate de ese alumno mio. » Zenon obedeció, y diciéndole algunas sentencias, como suelen hacerlo los que van susurrando los encantamientos de Zamolxi (1), pronto le trasformó en un hombre de seso y de templanza.

IV. — *Tiberio.*

El tercero que entró fué Tiberio, de aspecto taciturno y severo, tanto que parecia prometer una absoluta prudencia y cierta virtud militar. Y cuando se dirigia á ocupar su asiento, se le vieron en la espalda multitud de cicatrices; quiero decir, señales, huellas, impresiones de golpes y manchas, efectos de la intemperancia y crudeza de los humores, iguales á las marcas que dejan las escrófulas y los bubones curados por medio del fuego (2). Sileno le dijo : « ¡ Oh, huésped ! » ¡ cuán diferente estás de lo que ántes eras ! Apénas » hubo dicho esto, pareció Sileno tomar un acento » mas grave que de costumbre : de suerte que Baco » le preguntó : ¡ Padre mio ! ¿ por qué te has puesto » serio ? Y él : Me ha conmovido mucho ese anciano » con la lujuria de un sátiro; tanto que me he olvi- » dado de mí mismo, y he citado ademas algo entre- » sacado de las musas homéricas. » — Por él te arrancará las orejas, añadió Baco; pues se dice que castigó hasta un gramático (3). « — Vaya, pues, » respondió Sileno, á llorar en la soledad de una » isla (y queria designar á Capri) y á cruzar la » cara á algun miserable pescador (4).

V. — *Calígula.*

En medio de estas burlas entró Cayo, atroz animalazo, de quien apartaron los ojos todos los dioses. Inmediatamente Némesis le entregó á las crueles furias vengadoras; que le arrastraron al Tártaro. Así, pues, Sileno no pudo decir palabra acerca de este.

VI. — *Claudio.*

Al entrar luego Claudio, Sileno empezó á cantar el pasaje de *Los Colleros* de Aristófanes (5), en que habla Demóstenes. En seguida para zaherir á Claudio se volvió á Quirino, y le dijo : « No está bien que » hayas introducido en el convite á este nieto tuyo » sin sus caros libertos, Narciso y Pálas. Llámalos » y con ellos, si te agrada, á su mujer Mesalina; » pues sin los tres, estoy por decir que ha muerto » el oficio de satélite de esta tragedia. »

VII. — *Neron.*

Hablaba aun Sileno, cuando llegó Neron con la cítara en la mano y el laurel en la cabeza. Dirigiéndose entónces Sileno á Apolo, le dijo : « Este se » presenta como tú. — Y yo, respondió Apolo, le » arrancaré ahora mismo la corona; porque no me » ha imitado en todo, y en lo que lo intentó, no lo » hizo como convenia. » Despojóle en efecto de la corona y el Cocito se lo llevó en su corriente.

VIII. — *Vindes, Galba, Oton, Vitelio.*

Algunos de diversa estirpe vinieron despues, á saber : Víndes, Galba, Oton y Vitelio. Sileno preguntó entónces : « ¿ De dónde, oh dioses, ha salido este » populacho de emperadores ? ¡ Ved que nos ahoga » el humo ! Estos animales no perdonaron ni siquiera » vuestros templos (1). »

IX. — *Vespasiano, Tito, Domiciano.*

Entretanto Júpiter, mirando á su hermano Serápis, le mostró á Vespasiano y le dijo : « Envia pronto » fuera de Egipto á este avaro para que no te apague » las lámparas. En cuanto á su hijo mayor, que cons- » tituya su placer la Vénus de todo el pueblo; y en » cuanto al mas jóven, semejante á la bestia feroz de » Sicilia, échale la cadena al cuello. »

X. — *Nerva.*

Despues de estos se presentó un anciano de hermosa presencia (pues tambien en la vejez brilla con frecuencia la hermosura) : justísimo es dar á cada uno su derecho, y de trato fácil. Sileno se inclinó ante él, sin añadir una palabra. Con tal motivo le preguntó Mercurio : « ¿ Y qué dices de este ? — Digo, respondió » Sileno, que en el caso presente ¡ oh dioses ! merece » acusacion vuestra injusticia, porque dejásteis reinar » á aquel animal, sediento de sangre, quince años, » y apénas uno habéis concedido á este anciano : — » No se me reprenda, dijo Júpiter; pues á este seguirán muchos excelentes. »

XI. — *Trajano.*

Y de repente apareció Trajano, llevando en sus hombros los despojos de los Getas y los Partos : viéndole Sileno, dijo en voz baja, como si al mismo tiempo quisiera ocultarse y ser oido : « Tiempo es ahora de que » Júpiter, supremo morador de las cosas, vea cómo » guarda á Ganímedes. »

XII. — *Adriano.*

Despues de Trajano se presentó uno de espesa barba (2) y de aspecto severo. Resolvia muchas ideas en su mente, y pensaba consigo mismo hasta en la música; en seguida, alzando de trecho en trecho al cielo los ojos, meditaba con grande estudio algunas cosas secretas, que el vulgo no debe saber. Sileno, habiéndole mirado, exclamó : « Decidme, ¿ qué opinion tenéis » de este sofista ? ¿ Anda quizá buscando de esa suerte » á Antinoo ? Dígale alguno que ese jóven no está » aquí, y al mismo tiempo libre de su delirio á ese » hombre lleno de vanidad (3). »

(1) Filósofo, de nacion geta ó de Tracia. Dícese que fué primero esclavo, luego liberto de Pitágoras y su discípulo, y por último, legislador de los Getas. Miéntras vivió, se le creyó una especie de mago, y á su muerte fué venerado como un dios. Mas adelante se verá su doctrina.

(2) En un hombre tan cruel y sanguinario, tan entregado á todo género de excesos, como fué Tiberio, no es maravilla que se viesen pústulas, sarna semejante á la lepra, y otras enfermedades que notaron Tácito y Suetonio. Plinio dice que se desarrolló en Roma una enfermedad en tiempo de Tiberio que atacó á este ántes que á nadie; se llamaba *colum*, y sobre ella dió un edicto. Juliano, siguiendo la filosofía de los paganos, traslada quizá con el pensamiento al alma de aquel perverso emperador las señales de los vicios que tuvo durante su vida.

(3) Ningun otro autor habla de esta particularidad. Suetonio menciona, sin embargo, al gramático Seléuco, á quien Tiberio hizo morir.

(4) Suetonio y Tácito refieren que habiéndole presentado en Capri un pescador un hermosísimo pez, le hizo cruzar con él la cara, por haberse introducido en la isla trepando por los escollos; y habiéndosele escapado en medio del dolor decir que su fortuna habia sido no presentarle tambien una gran langosta, mandó que con esta se le despedazase la boca.

(5) El pasaje á que se alude moteja á un tartamudo, queriendo tachar de ese defecto á Claudio; y como Aristófanes añade unas cuantas palabras respecto de la miserable suerte de los siervos que se hallaban cerca de aquel tartamudo, Juliano, aplicando por medio de Sileno á Claudio los versos, trata de significar la historia de los Romanos bajo aquel príncipe.

(1) Esto parece aludir especialmente á Vitelio, cuyo ejército, habiendo entrado en Roma, causó, ademas de otros males, incendios gravísimos, en particular al Capitolio, donde habia algunos templos.

(2) Adriano fué el primer emperador que llevó barba, para cubrir alguna mancha ó cicitriz que tenia en el rostro.

(3) Alude al insensato proyecto de hacer mujer á Antinoo,

(c) Instituto Cervantes de Madrid

XIII. — *Antonino Pio.*

Entró á continuacion un personaje, moderado, no en los placeres de Vénus (1) sino en el gobierno de los ciudadanos. —« ¡Hola! exclamó Sileno al verle ¡cuánta » diligencia en minuciosidades! Creo que este an- » ciano es uno de los que cortan en dos un grano de » comino (*). »

XIV. — *Marco Aurelio, Vero y Cómodo.*

Despues, viendo entrar Sileno á dos hermanos, á saber, Marco Antonio y Lucio Vero, arrugó la frente, no teniendo tacha que ponerles, ni por via de juego, ni por via de sátira, especialmente respecto de Marco. Por lo mismo anduvo buscándole algunas culpas relativas á la conducta que observó con su hijo y su mujer; pues á ella la lloró demasiado á pesar de no haber sido buena esposa (2); y dejó marchar al precipicio el imperio con su hijo, cuando tenia un yerno excelente (3), que hubiera mantenido en buen estado la república, y arreglado á aquel perverso jóven mejor que él. Aunque Sileno habia examinado diligentemente todas estas cosas, se calló por respeto á la gran virtud de Marco; y no juzgando á su hijo ni siquiera digno de ser ridiculizado, le dejó pasar, sin censurarle porque le vió postrado en tierra, no pudiendo dirigirse á su sitio, ni seguir á los demas héroes.

XV. — *Pertinax.*

Se acercó en seguida Pertinax, y en medio del banquete se quejó de sus asesinos. Némesis, mostrándose lastimada de su suerte, le dijo : « Cesa; pues los au- » tores ó cómplices de la trama, no recogerán el fruto » de su maldad; aunque tú tambien, ¡oh Pertinax! » cometíste injusticia, tomando parte, á lo ménos con » tus consejos, en la conjuracion que puso fin á la vida » del hijo de Marco. »

XVI. — *Severo, Geta, Caracalla.*

Siguió despues Severo, juez en extremo cruel y violento. « De este, dijo Sileno, no hablaré, porque me da » miedo un hombre tan crudo é inexorable. » Estando para entrar con él sus hijos, Mínos desde léjos los hizo detener; y cuando los distinguió bien uno de otro, dejó entrar al primero (4), y envió al segundo á los tormentos infernales.

XVII. — *Macrino, Heliogábalo.*

Detras de ellos venía Macrino, sanguinario y fugitivo, al que seguia el perverso jóven natural de Emesa; y ambos fueron arrojados léjos de la sagrada mansion del cielo.

XVIII. — *Alejandro Severo.*

Alejandro, natural de Siria, sentado entre los últimos, lloraba su mísero destino. Sileno, burlándose de él, le dijo : « ¡Hombre necio y nulo! elevado á tan » grande imperio, no fuistes señor de tus cosas, sino » confiaste toda tu riqueza á tu madre; no compren- » diendo, desventurado, cuánto mejor hubiera sido » emplearla en beneficio de los amigos que formar » con ella un inútil tesoro. — Pero yo, añadió Néme- » sis, castigaré á todos los que fueron autores de esto. » Y sin mas palabra fué despedido aquel rapazuelo.

XIX. — *Valeriano, Galieno.*

Entró en seguida Galieno, en union de su padre. Este arrastraba aun las cadenas de su servidumbre : el otro, muellemente cubierto con una túnica, se adelantaba, á guisa de mujer. Sileno motejó al padre, diciendo :

> «¿Quién es aquel que con penacho blanco
> Rige y precede las escuadras? »

y á Galieno en los términos siguientes :

> «.....Envuelto en áurea vesta,
> Como muelle doncella se adelanta (1). »

Júpiter ordenó que se retirasen ambos del banquete.

XX. *Claudio II.*

Detras de estos apareció Claudio. Los dioses fijaron en él los ojos, admirando su elevada alma; y se alegraron de que su posteridad tuviese el imperio; pues parecia justo que los nietos de tan grande hombre, amantísimo de la patria, reinasen largo tiempo (2).

XXI. — *Aureliano.*

Vino luego Aureliano, el cual apareció como si se hubiese escapado de las manos de los que le habian retenido junto á Mínos, donde se le suscitó una querella por haber causado injustos estragos; y como defendia bastante mal su causa, se le sentenció en clase de reo; pero el Sol (3), númen y señor mio, que ya otras veces le habia prestado su socorro, tambien en esta ocasion le ayudó no poco, gritando en presencia de los dioses, que Aureliano habia pagado ya la pena que merecia; y preguntó si acaso se habia olvidado aquel oráculo de Délfos.

Quien sufre al mal que hizo, su alma lava (4).

XXII. — *Probo.*

Á este siguió Probo, que en ménos de siete años recobró sesenta ciudades y otros muchos lugares, conduciéndose con bastante prudencia; y sin embargo fué tratado inicua y despiadadamente. Pero su recto modo de proceder alcanzó de los dioses, ademas de los otros premios, el de que sus asesinos sufriesen la pena debida á su crímen. No obstante, Sileno queria echarle algo en rostro; si bien los demas le ordenaron que callase. « Pero dejad á lo ménos, dijo, que los » que hayan de vivir despues de él, aprendan en su » ejemplo. ¿Ignorabas, acaso, ¡oh Probo! que los » médicos, cuando quieren dar á sus enfermos medi- » camentos amargos, se los destemplan en una emul- » sion de agua? Tú, sin embargo, te mantuviste siem- » pre áspero y cruel; no queriendo ceder ni en nada » á nadie, y aunque por esto te tocó á la verdad una » suerte injusta, era la que naturalmente debia tocarte; » pues no gobernarás con feliz éxito ni caballos, ni » bueyes, ni mulos, ni hombres, si no concedes algo á » sus pasiones; exactamente como acostumbran obrar

por medio de una operacion que costó la vida á aquel desgraciado jóven.

(1) Quiere Juliano recordar aquí el amor que Antonino profesó á su mujer Faustina, llamada la dama mas famosa por su liviandad.

(*) Juliano, para manifestar la avaricia de Antonino Pio, dijo que era capaz de dividir en dos un grano de comino, para no gastarlo de una vez. (*N. del T.*)

(2) Faustina, llamada Menor.

(3) Pompeyano.

(4) Geta, asesinado por Caracalla.

(1) Eurípides, *Fenicias*.

(2) De este emperador nacieron los Constantinos.

(3) Juliano hace intervenir aquí al Sol por la consideracion de que la madre de Aurelio fué su sacerdotisa, y porque el mismo Aureliano habia edificado á aquel astro un magnífico templo, y en Emesa hizo sacrificios al Sol para conquistar á Palmira, á la cual tenia puesto sitio.

(4) Se dice que este oráculo fué aplicado por Séneca á Claudio.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» los médicos, quienes permiten algunas cosas ligeras » á sus enfermos con objeto de que luego no rehusen » complacerles en las graves. — Pero ¿ qué espectá- » culo nos estás dando, padre mio ? dijo Baco. ¿ Te » has vuelto de improviso filósofo ? Ántes bien tam- » bien tú lo eres, hijo mio, repuso Sileno, ¿ por ven- » tura no te enseñé la filosofía? ¿No sabes que Sócrates » fué semejante á mí en el rostro y la figura (1), aquel » Sócrates que alcanzó la palma entre los sabios del » siglo, si no crees vano el oráculo de Délfos ? Dé- » jame, pues, que urda, no solamente cosas de puro » chiste, sino tambien algunas sérias.»

XXIII. — *Caro, Carino, Numeriano.*

Hablaban aun, cuando Caro, tratando de entrar en compañía de sus hijos, fué rechazado por Némesis.

XXIV. — *Diocleciano, Maximiano Hercúleo, Galerio Maximiano, Constancio Cloro.*

Adelantóse á la sazon con dignidad y en buen órden Diocleciano, trayendo consigo á los Maximianos y á mi abuelo Constancio. Todos se tenian de la mano, pero no caminaban del mismo modo ; pues los demas formaban alrededor de él una especie de coro ; y habiendo querido algunos precederle, á modo de satélites (2), él lo prohibió, no queriendo abrogarse ningun poder sobre los demas. En seguida, luego que se sintió cansado, les cedió el peso que llevaba y continuó libre y expedito. Admiraron los dioses este unánime consentimiento y les concedieron sentarse ántes de otros muchos. Sileno, aunque sabía la intemperancia de Maximiano, no quiso herirle; si bien le impidió acercarse á la mesa de los emperadores. Y como no se contentó con ser inclinado á los placeres voluptuosos, sino que le agitó el deseo de novedades, y fué infiel y no guardó completa consonancia con el tetracordo (3), Némesis le expulsó, sin saberse adónde dirigió sus pasos ; pues yo me olvidé de preguntarlo á Mercurio.

XXV. — *Maximino, Maxencio, Licinio.*

Á este unánime tetracordo sucedió cierto sistema notable por su violencia, su aspereza y su disonancia (4); entre los individuos que lo compusieron, Némesis excluyó á dos del número de los dioses, tanto que no los dejó acercarse ni aun al vestíbulo, y Mínos expulsó á Licinio, no bien hubo tocado el umbral ; pues iba meditando muchas y extrañas cosas.

(1) El chiste de Sileno no consiste solo en suponer que ha enseñado la filosofía á Baco, sino en comparar, en prueba de su filosofía, el feo rostro de Sócrates al suyo. En Platon, Alcibíades compara á Sócrates con Sileno y Marsias. Es curioso que un Aleman (Herman Vlich von Lingen) haya reunido todos los pasajes y monumentos que suministra la antigüedad para comprobar la fealdad de Sócrates; y que otro Aleman (Heumann) haya disputado largamente sosteniendo que Sócrates tenia una figura muy hermosa.

(2) En el coro de las tragedias antiguas, el que hacía de jefe se colocaba en el centro, y los demas le rodeaban, teniéndose de la mano de tres en tres.

(3) Se entiende por tetracordo una concordancia fiel y conveniente de cuatro sonidos bien arreglados entre sí ; un cuarteto. Por lo demas, á nadie se esconde que esta es una metáfora que indica el acuerdo que Diocleciano supo hacer mantener constantemente en la administracion del imperio entre todas estas personas.

(4) Compusieron este segundo cuarteto Constantino, Maxencio y Licinio. Juliano lo llama sistema, porque los antiguos, al hablar de música, suponian dos especies de sistemas tetracordos, los unos consonantes y los otros disonantes. En la narracion hemos indicado las causas de la ira de Juliano contra Constantino,

XXVI. — *Constantino el Grande, Constantino el Jóven, Constante, Constancio, Maxencio.*

Pero entró Constantino, y largo tiempo permaneció sentado : detras de él entraron tambien sus hijos ; á Maxencio se le cerraron las puertas, por no haber dado cima á nada que indicase un hombre de importancia, aunque pareciese haber hecho muchas cosas convenientes á una persona de valía ; pero los dioses, viendo que sus empresas no procedian de buena índole, le dejaron ir derramando lágrimas.

XXVII. —*Alejandro Magno.*

Estaba dipuesta ya la cena, en la que nada faltó, pues los dioses lo tienen todo en abundancia. Mercurio quiso que los héroes fuesen comparados entre sí, y Júpiter no se opuso á ello. Quirino pidió que se admitiese á alguno de su estirpe á aquel honor ; pero Hércules le salió al encuentro, diciendo : « No, jamas permitiré semejante cosa; pues ¿ qué razon ha habido para que no concurriese tambien á esta cena mi Alejandro (1)? En tal virtud, ¡ oh sumo Jove! te suplico, que si determinas introducir aquí á alguno, llames asimismo á Alejandro ; pues ya que se desea abrir un palenque en que se exploren la virtud de cada uno, no hemos de sufrir que se le excluya á él, que es superior á todos. » Parecióle á Júpiter que el hijo de Alemena tenia razon, y de consiguiente entró Alejandro, á cuya llegada, ni César ni ninguno otro se levantó; y él entretanto, habiendo hallado el asiento que dejó vacío Caracalla, expulsado anteriormente por la muerte dada á su hermano, se sentó. Entónces Sileno, zahiriendo á Quirino, le dijo : « ¡ Cuida de que todos estos nietos tuyos, no se queden en virtud y fortaleza inferiores á este solo Griego ! — ¡ Oh ! respondió Quirino, á fe de Júpiter, te aseguro, que tengo á algunos de los mios por no inferiores á este. Es cierto que mis descendientes le profesaron tanta admiracion que solo á él llaman entre todos los Bárbaros, y consideran grande ; pero creen, sin embargo, que todos los de su nacion cedan á él, ya sea por amor a su patria, ya porque tal sea la verdad. La experiencia nos hará ver el fundamento que esto tiene. » Diciendo así, Quirino se puso encendido, apareciendo manifiestamente turbado por el temor de que sus nietos fuesen pospuestos á Alejandro.

XXVIII. — *Algunos de los Césares son llamados a la prueba.*

Entretanto Júpiter preguntó á los dioses, si todos aquellos Césares debian sujetarse á la prueba uno despues de otro, ó hacer como se acostumbra en los gimnasios, donde si alguno supera al que ha sido vencedor repetidas veces, aunque solo venza á este, se le mira como si hubiese vencido á los que no concurrieron á la prueba con él, pero que fueron vencidos por aquel á quien él superó. Este modo de establecer la prueba pareció á todos el mejor.

Así, pues, Mercurio citó en alta voz á César, despues á Augusto y en seguida á Trajano, fundándose en que en ellos habia mas virtud militar; despues de imponer silencio, el rey Saturno mirando á Júpiter, dijo que se sorprendia de que para aquella prueba se hubiese llamado entre los emperadores á los que eran esclarecidos por su gloria militar, y á ninguno de los que habian sido filósofos; « siendo así, prosiguió, que no los amo ménos que á los otros : llamad, pues,

(1) ¿Por qué dice Hércules *su* Alejandro? No se sabe de positivo si es porque Alejandro descendia de él, pues en las historias de los tiempos remotos se supone que Hércules dejó hijos en todas partes; ó porque le miraba con grande afecto, á causa de su singular valor y de sus hazañas.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

tambien á Marco. » Este, oyéndose citar, acudió inmediatamente, grave y severo en sus actos; los demasiados cuidados le habian contraido los ojos y las facciones; y sin embargo, una soberana belleza resplandecia en él, al mismo tiempo que se mostraba tan ajado en el rostro y tan poco ataviado en la persona; pues tenia la barba larga y un vestido de inferior calidad, que llevaba con la modestia del filósofo. No obstante, su cuerpo, á causa del parco alimento, aparecia fúlgido y diáfano, semejante, creo, á una purísima luz. Habiendo entrado en la sagrada mansion, dijo : « ¡ Oh Baco ! ¡ oh rey Saturno ! ¡ oh padre Júpiter ! ¿ os parece que pueda haber entre los dioses alguna cosa imperfecta ? » Y como respondiesen que no, añadió : « Entónces llamemos tambien á algun César voluptuoso. — No, no, dijo Júpiter; jamas pondrá aquí el pié quien no siga nuestro culto, y no crea en nosotros. — Que permanezca, pues, en el vestíbulo, dijo Baco, y allí se trate su causa. Pero, si así os place, cítese, no á un verdadero cobarde, sino á uno que se haya debilitado en los placeres y las delicias. — Venga en hora buena. » Y se adelantó hasta el vestíbulo Constantino.

XXIX — *Júpiter establece las formas de la prueba.*

Hecho esto, se habló del modo de verificarse la prueba. Mercurio era de opinion que cada uno defendiese su causa, y que los dioses votasen en seguida; pero Apolo pensaba de una manera distinta, por la razon de que en el tribunal de los dioses se deben buscar y examinar las cosas verdaderas y no las probables, á propósito solamente para persuadir. Queriendo Júpiter complacer á ambos proponentes, y que durase la asamblea, dijo : « No hay dificultad en permitir que todos hablen, pondremos en la clepsidra de cada uno cierta cantidad de agua, y despues les interrogarémos individualmente é investigarémos su índole : » Entónces Sileno, chanceándose, dijo : « Pero guárdate, ¡ oh Neptuno ! de que Trajano y Alejandro crean esa agua néctar, y se la traguen toda, sin dejar tiempo de hablar á los demas. » Neptuno le respondió : « Esos fueron ménos aficionados á mi agua que á tu licor; y así, mas tienes que temer por tus toneles, que yo por mis fuentes. » Sintiendo Sileno la punzada de tan mordaz respuesta, enmudeció y se procedió al juicio.

XXX. — *Declaracion de Mercurio.*

Entretanto Mercurio hizo la siguiente declaracion :

« De altos premios el Árbitro ahora quiere
Que á la prueba se pase. El tiempo urge;
No hay que perder momentos. Al heraldo
Oid, ¡oh reyes los que habéis un dia,
Con el consejo ó con la fuerza, á muchos
Pueblos y reinos sometido á vuestra
Suprema voluntad. Descended todos
Á la palestra; los que de la dicha
Solo apoyo creísteis el ser sabios;
Los que estimásteis de la gloria el colmo,
Poder lanzar con poderosa diestra
Al adversario en un profundo abismo
De horribles males, y grandes bienes :
Dejar contento al que de vos fiára;
Los que buscado habéis en los festines,
En los muelles vestidos, en las nupcias;
En los adornos de preciosas piedras,
De los sentidos en el goce, toda
Vuestra felicidad. Júpiter sumo
Dará despues al vencedor la palma,

XXXI. — *Se saca á la suerte el órden en que cada uno ha de hablar.*

Al terminar Mercurio estas palabras, se echaron suertes, y César, que siempre aspiró á ocupar el primer lugar en todo, tuvo tambien esta ocasion favorable á sus votos la fortuna. Semejante dicha le puso orgulloso é insolente, tanto que faltó poco para que Alejandro se retirase; lo que hubiera hecho á no detenerle y animarle el grande Hércules. La suerte le concedió el uso de la palabra, despues de César, y del mismo modo señaló á los demas su correspondiente turno.

XXXII. — *Arenga de César.*

César empezó diciendo : « Me cupo, ¡ oh Júpiter ! » ¡ oh dioses que os halláis presentes ! la dicha de » nacer, despues de muchos esclarecidos varones, en » una ciudad, superior á todas en poder, y tan grande » que las demas consideraron como una magnífica » fortuna el ocupar un sitio próximo á ella. En efecto, » ¿ qué otra ciudad, contando al tiempo de formarse » solo tres mil hombres, extendió por la fuerza de las » armas, en ménos de seiscientos años su imperio » hasta los últimos confines del mundo ? ¿ Cuál hubo » en las antiguas generaciones que produjese tantos « hombres aventajados por su virtud y su fortaleza, » y tantos administradores de la república ? ¿ Cuál » que venerase con tanta piedad los dioses ? Ahora » bien, habiendo nacido ya en tal y tan gran ciudad, » dejé atras en la gloria de las empresas á todos mis » contemporáneos y á mis antecesores. No creo que » haya entre mis conciudadanos uno que quiera disputar en esa parte conmigo. En cuanto á ese Alejandro si á tanto se atreve, que diga, ¿ qué ilustre » hazaña de las suyas quiere comparar con las mias ? » ¿ Será quizá su expedicion contra los Persas ? » ¡ Cómo si no hubiese visto el sinúmero de trofeos » que he ganado á Pompeyo ! ¿ Y cuál de los dos fué » mas hábil general de los ejércitos, Darío ó Pompeyo ? ¿ Quién de los dos mandó mas valerosos » guerreros ? Las gentes mas belicosas que obedecieron en otro tiempo á Darío, eran consideradas en el » ejército de Pompeyo como otros tantos Carios (1) y » miserables; y los Europeos que seguian á este, eran » los que muchas veces habian derrotado á los Asiáticos, y de los mas valientes : quiero decir, los Italianos, los Ilirios y los Celtas. Y pues he nombrado á los Celtas, preguntaré : ¿ hay álguien por » ventura que comparé lo que hizo Pompeyo contra » los Getas, á lo que yo hice subyugando á los Celtas ? » Él pasó el Ictro uno sola vez; yo dos el Rhin; y » las empresas á que dí cima en la Germania son tales » que ninguno puede igualarlas. Me opuse á Ariovisto, » y fuí el primero de los Romanos que navegó por el » mar exterior; aquella hazaña es grande; esta por » el atrevimiento aparece maravillosa; mucho mas si » se tiene presente que puse el pié en tierra ántes que » nadie. Omito hablar de los Helvecios y los Iberos, » y no recuerdo ninguna de las cosas llevadas á cabo » por mí en la Galia, aunque allí conquisté mas de » trescientas ciudades y vencí mas de dos millones de » hombres. Grandes empresas son todas estas; pero » mas alto valor reveló la que tuve que acometer, provocado á medirme con mis conciudadanos. He domado á los mismos Romanos, indómitos é invencibles. Ahora, pues, si se quiere apelar en la decision » de este juicio á la multitud de las batallas, yo he » combatido tres veces mas de lo que dicen los panegiristas de Alejandro que este combatió. Si se trata » de enumerar las ciudades conquistadas, yo tomé y » sometí la mayor porte de las de Asia y Europa. » Alejandro se contentó con mirar el Egipto, y pasó » adelante; yo subyugué el Egipto estando á la mesa. » ¿ Se desea mas ? ¿ Se necesita aducir tambien las » pruebas de la moderacion de ambos, observada despues de la victoria ? Yo perdoné hasta mis enemigos, » de los cuales recibí luego tal recompensa, que la

(1) Los pueblos de la Caria tenian fama de cobardes.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» misma diosa vengadora de los crímenes, se encargó » de castigarlos; pero Alejandro no solo se exacerbó » con sus adversarios, sino que ni aun perdonó á los » que le profesaron amistad. ¿Y osarás disputarme la » primacía, ó mas bien te declararás inmediatamente » vencido como los otros? Á fe que me pones en el » caso de no callar tus crueldades con los Tebanos, y » mi generosa conducta con los Helvecios. Tú que- » maste las ciudades de los primeros, yo restauré las » que habian sido incediadas por tus moradores. ¿Y » qué hazaña es mayor? ¿haber vencido á diez mil » Griegos miserables, ó haber resistido la fuerza y el » ímpetu de cincuenta mil hombres? Mucho pudiera » decir aun de Alejandro; pero el tiempo y el lugar » me faltan, y no vine aquí bastante preparado al » efecto. Así, necsario será que me dispenséis, y » que deduciendo justas consecuencias, tanto de las » cosas que llevo expuestas como de las que he ca- » llado, me adjudiquéis la supremacía. »

XXXIII. — *Arenga de Alejandro.*

César iba á añadir algo; pero Alejandro, ya impaciente de la tardanza, no pudo contenerse mas; y sintiéndose vivamente excitado, dijo con gran fuerza :

« Júpiter sumo, númenes supremos, ¿cómo he de » seguir sufriendo en silencio la audacia de este hom- » bre? Vosotros mismos le habéis oido alabarse sin » intermision y cubrirme de improperios. La justicia » exigia quizá que se abstuviese de lo uno y de lo » otro; pues si ambas cosas son molestas, es ademas » insufrible que censure mis empresas, cuando formó » empeño de imitarlas. Ha sido tan grande su descaro, » que ha llegado hasta vituperar malignamente el mo- » delo mismo de su conducta. Á lo ménos, ¡oh César! » debieras haber recordado aquellas lágrimas que se » deslizaron de tus ojos, al oir hablar de los monu- » mentos que aun existen y atestiguan mis altos he- » chos. Pompeyo, segun creo, es el que te ensoberbe- » ció : aquel Pompeyo que la adulacion de sus con- » ciudadanos echó á perder, y que jamas supo portarse » como un verdadero hombre; pues solo el alma vil » de los que á la sazon eran cónsules, pudo exaltar » el triunfo alcanzado por él en África, cosa en sí de » poca importancia. Por lo demas, fueron otros los » que pusieron término á la guerra servil; guerra em- » prendida, no contra hombres, sino contra miserables » esclavos; quiero decir, Craso y Lucio; pues Pompeyo » se limitó á apropiarse la gloria adquirida por estos. » Si se habla de las guerras contra los Armenios y los » pueblos vecinos, Lúculo fué quien los sujetó, con- » tentándose Pompeyo con triunfar. Sus conciudadanos » por adularle le apellidaron Grande; pero ¿á cuál de » los que vivieron ántes que él en su ciudad superó? » ¿Con cuál de sus hazañas pudo igualar á Mario ó á » los dos Escipiones, ó á Furio Camilo, á quien véis » ocupando por sus ilustres hechos un sitio junto á Ró- » mulo, como restaurador de su casi arruinada ciudad? » Ellos no siguieron la costumbre de esos magistrados, » que ponen sus nombres á los edificios fundados y » ejecutados por otros á expensas del público, solo » porque despues hicieron blanquear un poco las pa- » redes. No; estos no aplicaron sus nombres á las » obras de otro, sino que proporcionaron con las suyas » á sus nombres altísima gloria. No debe, pues, sor- » prender tanto el que hayas vencido á tu Pompeyo » que se rascaba la cabeza con un dedo, y que se pa- » recia mas á un astuto zorro que á un valeroso leon; » y á quien te fué fácil vencer desde que le abandonó » la fortuna, que hasta entónces le habia sostenido, y » con cuyo antiguo apoyo no contaba ya. Que no de- » biste la victoria á ninguna virtud propiamente tuya, » es evidente, siendo cosa sabida que te dejaste redu- » cir á una extremada escasez de provisiones, lo cual » es un error de monta en un jefe; y que fuiste ven- » cido en una batalla campal. Si Pompeyo fué luego » tan necio é insentato, que no supo dirigir bien á los » suyos, ni contemporizar con los acontecimientos; » y si dió la batalla, sin saber aprovecharse de las » ventajas que tenia, es seguro que cayó por culpa » suya, y no por la fuerza de tu valor ni de tus con- » sejos. Los Persas, al contrario, habian dispuesto » con diligencia y prevision todo lo que se necesitaba » para la guerra, y si cayeron, fué por nuestro valor. » Añadiré, que como no es ejecutando muchas cosas, » sino ejecutándolas con justicia, como conviene mos- » trarse valientes y dignos del imperio, yo empuñé » las armas para vengar en los Persas las injurias » que habian hecho á los Griegos; y ántes las habia » empuñado contra los Griegos, no para destruir- » los, sino para reprimir entre ellos á los que me » impedian pasar al Asia, y castigar á los Persas. Tú, » al contrario, hiciste la guerra á los Germanos y » Galos, para armarles luego tú mismo contra tu pa- » tria. ¿Cuál de estas dos cosas, te ruego me digas, » es peor y mas torpe? y ya que recordaste, como » por burla, que yo habia vencido á diez mil Grie- » gos, á pesar de que sé que sois originario del país » de los Griegos, y que estos habitaron la mayor parte » de la Italia, no contaré este argumento en el número » de los importantes; pues es notorio que entre esos » mismos Griegos hubo una pequeña y despreciada » nacion, los Etolios, que os juzgásteis dichoso en » tener por aliados y amigos, y á los cuáles luego, no » sé por qué hicistéis la guerra y no sin grave dificul- » tad y peligro los obligásteis á someterse á vuestro » imperio. Quiero decir con esto, que si en la decrepi- » tud de la Grecia (que tal nombre merece con razon » aquella época) tuvísteis, casi diré, apénas fuerzas » bastantes para subyugar una pequeña nacion poco » conocida, ¿qué hubiera sido si hubiéseis tenido que » empeñar la lid con toda la generacion de los Grie- » gos, cuando éstos se hallaban en la plenitud de su » vigor, y hubieran tomado las armas unánimes con- » tra vosotros? No creo que hayáis olvidado el me- » droso temblor que os causó Pirro cuando se dirigió » á vuestro país. Pues que calificas de cosa insignifi- » cante haber vencido á los Persas y osas reirte de » aquella empresa, dime, ¿por qué no os pertenece » aun aquella tira de tierra que linda con el Tígris, y » permanece bajo el dominio de los Partos, al cabo » de mas de trescientos años que han trascurrido desde » mi guerra? ¿Quieres que te diga la razon de ello? » Los dardos de los Partos os mantuvieron distante » de allí; y del valor de aquel pueblo te informará » Antonio, que hizo sus primeras campañas á tus ór- » denes. Yo por el contrario, subyugué en ménos de « diez años á los Partos y á los Indios. ¿Y te sientes » tan confiado al desafiarme á mí, que desde la pri- » mera edad llevé los guerreros al combate, y que » ejecuté tales hazañas, que su memoria, aunque » no haya sido celebrada dignamente por los escrito- » res, será, sin embargo, á par de mi eterna? He te- » nido el destino de Hércules, mi señor y mi rey, » venerado por mí siempre y que he tratado de igua- » lar; pues miéntras competia hasta casi nivelarme » con Aquíles, autor de mi estirpe, elevé mi alma á » Hércules y seguí sus huellas tanto como puede un » hombre seguir de cerca á un dios. Esto, sempiternos » dioses, era lo que tenia qué decir contra César; » aunque mejor hubiera sido despreciarle. Si alguno » de mis hechos fué atroz, no hirió á hombres ino- » centes, sino á personas que mas de una vez y no en » un solo caso me habian ofendido, ó que mal y ne- » ciamente habian buscado el tiempo y la ocasion. » Ademas de que los excesos que cometí con estos » últimos, me han hecho experimentar ese arrepenti- » miento inspirado por los dioses, que devuelve la » sabiduría, y restituye su primera integridad á los » que pecaron. En cuanto á aquellos á quienes la am- » bicion ó la malevolencia arrastró á hacerme la guerra

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» ó injuriarme, vengándome de ellos, no creo haber » cometido una injusticia. »

XXXIV. — *Arenga de Augusto.*

Habia concluido Alejandro su discurso, lleno de ardor guerrero; y ya el sirviente de Neptuno daba á Augusto la clepsidra, con una escasa cantidad de agua, tanto porque era corto el tiempo que quedaba, cuanto porque recordaba la irreverencia que habia usado una vez con este dios. Augusto lo advirtió, y como hombre dotado de sutil ingenio, omitió hablar de las obras de los demas, y pronunció la siguiente arenga :

« Yo, Júpiter sumo, dioses excelsos, desisto de ha- » blar de las acciones ajenas, y lo haré solo de las » mias. Siendo jóven, me encargué de la tutela de mi » ciudad, como Alejandro, cuya grandeza de alma ten- » go por excelente ; en seguida, rivalizando con César, » padre mio, puse feliz término á las guerras germá- » nicas. Arrastrado despues á la guerra civil, y » verificada la jornada naval de Aecio, sometí al » Egipto ; vencí cerca de Filípos á Bruto y Casio, y » destruyendo á Sexto, hijo de Pompeyo, no miré » aquella empresa sino como un apéndice á la guerra. » Por lo demas, fuí tan dócil en escuchar á los maes- » tros de sabiduría, que léjos de incomodarme con sus » palabras, oí sin alterarme los discursos en extremo » libres de Atenodoro, pues le respetaba plenamente » como pedagogo, y añadiré, como padre. Tambien » conté á Ario en el número de mis íntimos amigos ; » y para decirlo en breves palabras creo no haber pe- » cado jamas contra la filosofía. Viendo luego que los » asuntos de Roma estaban amenazados de frecuentes » trastornos para las guerras civiles, los ordené de » modo que en lo porvenir la ciudad pudiese estar » tan segura cual si fuese de hierro ; y como no me » agitaba la desmedida codicia del mando, no me ocur- » rió nunca añadir á su imperio todas las naciones de » la tierra; sino fijé dos límites prescritos por la misma » naturaleza : el Istro y el Eufrátes. En seguida, ha- » biendo sometido á los Escitas de Francia, y conce- » diéndome vosotros largos años de reinado, empleé » mis ocios, no en buscar nuevos combates, sino en » hacer leyes y en restaurar todo llo que el ímpetu » de la guerra habia roto y destruido; con cuya » conducta confieso que me pareció proveer al bien de » la república, de modo, si me es lícito hablar libre- » mente, que no cederia en nada á ninguno de mis » antepasados, y sí superaria á todos aquellos á quie- » nes los dioses habian cometido ántes la direccion de » tal imperio. En efecto, algunos consumieron su vida » en empresas militares, y pudiendo gozar de la paz, » pasaron de una á otra guerra, como los hombres » amigos de pleitos pasan de uno á otro litigio. Otros, » miéntras eran llamados á las armas, sirviendo á la » lujuria y á la gula, prefirieron los placeres inmun- » dos, no diré al buen nombre, que se trasmite á los » descendientes, sino aun á la salud. Considerando » estas cosas, no creeria ser justo commigo mismo si » me contentase con la última porcion de gloria. Sin » embargo, oh dioses, juzgaré bien hecho lo que os » agrade determinar de mi persona. »

XXXV. — *Arenga de Trajano, y alabanzas á los dioses.*

En seguida se concedió lo palabra á Trajano ; pero este, aunque orador fecundo, por pureza hizo escribir la mayor parte de las veces á Sura lo que le ocurria decir; por lo cual murmurando mas bien que hablando, indicó á los dioses los trofeos que habia alcanzado contra los Getas y los Partos ; y culpó á su vejez de haber podido concluir la guerra contra estos últimos. Sileno le dijo entónces : « Pero tú, hombre estultísimo, tuviste el imperio durante veinte años, y » Alejandro, á quien ves aquí, no le tuvo mas que doce. » ¿ Cómo, pues, disimulando la culpa de perezoso, que » pesa sobre ti, te atreves á acusar las angustias de la » época ? » Herido por estas mordaces palabras, como no le faltaba el arte de decir, si no que solamente el exceso de la bebida le habia quitado la fuerza y el ingenio, dijo :

« Yo, oh Júpiter, y demas divinidades que estáis » presentes, habiéndome encargado del imperio en un » tiempo en que las fuerzas se hallaban entorpecidas » y todas sus partes maleadas y disueltas por las lar- » gas tiranías interiores y por las incursiones de los » Getas, fuí el único que osé oponerme á las naciones » establecidas mas allá del Istro : yo extirpé aquella » que, entre todas las que han existido, tenia hombres » mas belicosos, no solo á causa de su robustez cor- » poral, sino tambien por las máximas que Zamolxi, » allí sumamente venerado, ha esculpido en sus en- » tendimientos ; pues no creen morir, sino trasladarse » simplemente á otro punto ; y por lo mismo se ha- » llan mas dispuestos á la muerte, que á emprender » un viaje. La expedicion contra los Getas fué termi- » nada por mí en el plazo de cinco años Ademas, » nadie ignora que de todos los emperadores que me » precedieron, fuí el mas clemente para con los ciu- » dadanos; mérito que ni César, aquí presente, ni otro » alguno osará disputarme. Tampoco se me puede » echar en cara el que haya pensado tarde en empu- » ñar las armas contra los Partos; pues no habién- » dome ofendido, creí que no debia hacerles la guerra. » Desde que me ofendieron, me puse en marcha ; y ni » la vejez me impidió colocarme al frente del ejército, » aunque las leyes me eximiesen de la milicia. Ha- » biéndome portado de este modo, ¿ no seré digno de » que se me prefiera á los demas en la adjudicacion » de los honores, pues que los súbditos me han encon- » trado clemente y los enemigos formidable, y que » ademas he sido adorador reverente de la filosofia, » divina prole vuestra ? »

Dichas estas palabras, se adjudicó la palma de la elocuencia á Trajano, hecho que probó cuán grata es esta virtud á los dioses.

XXXVI. — *Arenga de Marco Aurelio.*

Luego que Marco tomó la palabra, Sileno dijo á Baco eu voz baja : « Oigamos atentamente á este es- » tóico ¡ Quién sabe cuántas paradojas y qué extrañas » opiniones va á verter ! » Entre tanto él, dirigiendo los ojos á Júpiter y á los demas dioses, habló como sigue : « ¡ Oh Júpiter, oh dioses ! No necesito de pala- » bras ni de disputas. Si mis hechos os fuesen des » conocidos, deberíais oirlos de mis labios ; pero como » los sabéis, y nada puede ocultárseos, me concede- » réis el premio que en vuestro concepto haya mere- » cido. » Así como en todo era un hombre admirable, en esta ocasion especialmente se le consideró dotado de verdadera sabiduría, como el que conocia

Cuándo callar y cuándo hablar es bueno.

Arenga de Constantino.

Despues de él se le concedió la palabra á Constantino : el cual, al principio, se dirigió á la prueba lleno de esperanza; pero en cuanto consideró los grandes hechos de los demas, se convenció pronto de la pequeñez de los suyos ; pues si es lícito decir la verdad, mató á dos tiranos, uno débil y afeminado, y el otro herido cruelmente por la mala fortuna y ademas despojado de sus fuerzas por la mano de la vejez, ambos odiosos á los dioses y á los hombres. Pero en cuanto á lo que habia hecho contra los Bárbaros, era cosa digna de risa ; pues les habia concedido estipendios, que se podian reputar como un tributo, y puede añadirse que gustó mucho de vivir muellemente. Á la sazon se hallaba léjos de los dioses, en el límite de la luna : enamorado de esta y teniendo los ojos fijos en

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ella, se cuidaba poco de la victoria; pero como era preciso hablar, lo hizo en los términos siguientes :

« Ved las cosas en cuya virtud supero á todos los » presentes. Soy mas que Alejandro porque hice la » guerra á los Romanos, á los Germanos, á los Esci- » tas, y no á los Bárbaros de Asia; soy mas que César » y Octavio, porque empuñé las armas, no por dis- » cordias intestinas contra ciudadanos probos, sino » contra tiranos impurísimos y pésimos; estas haza- » ñas, llevadas á cabo felizmente, me hicieron con » justa razon mas ilustre que á Trajano Habiendo » recobrado con las armas el país que él habia con- » quistado anteriormente, pudiera considerárseme en » semejante obra igual á él, si no fuese mas noble recu- » perar lo perdido que buscar lo que no se poseyó » jamas. Respecto de Marco, pues que no ha dicho » nada en su defensa, es evidente que se queda atras » de todos nosotros. »

Sileno salió á este tiempo diciendo : « ¡ Cómo ! ¿ pre- » tendes, Constantino, presentarnos á los huertecillos » de Adon como una cosa de grande importancia ? — « ? Y qué son, preguntó Constantino, esos que llamáis » huertecillos de Adon ? » — « Los que las mujeres, » contestó Sileno, hacen y dedican á la hermosura de » Vénus, poniendo en vasijas tierra ligera, de donde » brotan pequeñas plantas que despues de haber flo- » recido por breve tiempo, concluyen marchitándose. » Al oir estas palabras sintió Constantino encendérsele el rostro, conociendo que sus empresas eran por el estilo.

XXXVII. — *Respuesta de Alejandro, y diálogo entre él y Sileno.*

Entretanto como todos habian cesado ya de hablar, los unos parecian querer aguardar á que los dioses decretasen los primeros honores, miéntras que los otros pensaban que cada uno de los Césares debia declarar cuanto sentia, no estimándose justo que se decidiese la victoria tan solo en atencion á los hechos, pues en estos la Fortuna podia prender para sí la principal parte. Esta diosa se hallaba presente, y los acusaba á todos con grandes gritos, exceptuando únicamente á Augusto, porque, segun decia, habia hecho siempre mucho caso de sus dones. Los dioses creyeron entónces que debian cometer el negocio á Mercurio; y ántes de todo le mandaron preguntar á Alejandro, qué cosa habia juzgado preferible á las demas, y con qué miras y esperanza habia ejecutado y sostenido todo lo que ejecutó y sostuvo. El respondió que su propósito habia sido someter todo el mundo. Entónces Mercurio le preguntó : « ¿ Y aseguras verdaderamente que aspiraste á eso ? » — « Sí, verdaderamente, contestó Alejandro, » y Sileno, con una mordaz carcajada, añadió : « pero entretanto te dominaron mas de una vez » nuestras hijas. » Queria decir las vides, tildando á Alejandro de hombre entregado á la embriaguez y amante del vino. Á lo que respondió Alejandro, lleno aun de las sutilezas de los peripatéticos : « No obré así, proponiéndome vencer objetos inanimados, con los » cuales no tenia ninguna lucha que empeñar; pero sí » para vencer toda generacion de hombres y de ani- » males feroces. » Sileno, mostrándose maravillado, exclamó con tono burlon : « ¡ Oh ! ¿ qué astutos son los » dialectos? Pero, dime ¿ te colocarás tú entre las co- » sas inanimadas, ó entre las animadas y vivientes ? » Alejandro repuso, como indignado : « Habla bien; » teniendo entendido que la elevacion de mi alma es » tal que creo poder llegar á ser dios; y hasta que » ya lo soy. — Pero, replicó Sileno, muchas veces » fuiste inferior á tí mismo, como cuando sometiste el » alma á la cólera, á la tristeza, ó á otro afecto por » el estilo. — Considera, volvió á decir Alejandro, que » el hacerse mayor ó menor de sí propio, se dice » equívocamente de una misma persona; y yo al con- » rario, hablo de lo que fuí respecto de los demas. » — ¡ Oh ! dijo Sileno, ¡ qué dialéctica posees, y con » qué caudal de doctrina combates mis discursos ! Pero » cuando en las Indias fuiste herido, y poco ménos » que moribundo eras trasportado fuera de la ciudad, » miéntras que Peuceste estaba para cogerte en medio, » díme, habias sido vencido entónces por el autor de » tu herida, ó seguias siendo el vencedor. — Segura- » mente, respondió, que no fué él solo quien venció, » sino tambien la ciudad. — No, tú, no, querido, aña- » dió Sileno; pues entónces yacias, como el Héctor » de Homero, privado de fuerzas y de alma, en tanto » que los otros combatian y vencian. — Pero, á mis » órdenes, dijo Alejandro. Y Sileno : ¿ Cómo á tus » órdenes, siendo así que estabas entónces medio » muerto ? En seguida se puso á cantar estos versos de » Eurípides : »

« Mala costumbre nuestra Grecia adopta :
Alza trofeos de enemigas armas (1). »

Pero, dirigiéndose Baco á Sileno, le dijo : « Cesa de » hablar de ese modo, oh padre, no sea que ese te » trate como á Ciito. » Á estas palabras Alejandro se » abochornó, se le arrasaron los ojos y no volvió á » desplegar los labios. Tal fué el fin de aquel diálogo.

XXXVIII. — *Pregunta de Mercurio á César, y diálogo entre Sileno y él.*

En seguida Mercurio preguntó á César : « Y tú, César, » ¿ qué te propusiste en toda tu vida ? — Ser, con- » testó, el primero entre mis conciudadanos, no per- » manecer en el segundo lugar respecto de nadie. — » — Pero tus palabras son algo oscuras, dijo Mer- » curio. ¿ Entendias esa preeminencia en los estudios » de la sabiduría, en el arte de hablar, en las vir- » tudes militares, ó finalmente en el gobierno de la » república ? — Hubiera querido ir delante de todos » en todo; pero, como tanto no era posible, procuré » ser el más poderoso entre mis conciudadanos. — » ¡ Cómo ! añadió Sileno : ¿ conseguiste un gran poder » sobre ellos ? — Ciertamente, respondió César : pues » que los tuve sujetos á mi imperio. — Es verdad, pro- » siguió Sileno : alcanzaste el imperio, pero no la be- » nevolencia de tus conciudadanos; aunque, semejante » al actor cuando se presenta en el teatro, fingiste » grande humanidad, y te mostraste con todos servil- » mente obsequioso. — ¿ Y no te parece que el pueblo » me amaba, pues que quiso perseguir á Bruto y á » Casio ¿ — Es verdad, contestó Sileno; pero no lo » hacía porque te hubiese asesinado, pues sabes que » no fueron proclamados cónsules por unanimidad (2), » sino porque esperaba dinero; pues apénas se tuvo » noticia de tu testamento, todos vieron en él que » lograrian una recompensa no mediana mostrán- » dose irritados contra ellos. »

XXXIX. — *Pregunta de Mercurio á Augusto, y diálogo entre él y Sileno.*

Apénas hubo acabado de hablar, cuando Mercurio » excitó de nuevo á Augusto, diciéndole : « ¿ Y tú nos » dirás qué es lo que te ha parecido mas hermoso » entre todas las cosas ? Á lo que contestó : ¿ Á mí ? » reinar bien. Explícanos, dijo Sileno, que entiendes » por eso de reinar bien; en atencion á que el hom- » bre mas perverso hubiera dicho lo mismo. Dionisio

(1) El personaje que pronuncia estos versos en la *Andrómaca* de Eurípides, trata de zaherir á Menelao, y sigue diciendo que en aquellos trofeos se celebraban solo los nombres de los capitanes, olvidándose á los soldados, que era á quienes se debia la victoria, á los únicos que quizá habian vencido y destruido á los enemigos.

(2) Casio y Bruto no fueron cónsules, ni ántes ni despues de la muerte de César; ni las comisiones públicas que desempeñaron les fueron dadas por el pueblo, sino por el Senado.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» reinaba bien, si se cree en sus palabras ; y tambien « Agatócles, aun peor que él. Y Augusto prosiguió » entónces : Debéis recordar que, cuando me despedí » de mi sobrino, os supliqué que le concedieséis la » confianza de César, el valor de Pompeyo y mi » fortuna. — Y entretanto, repuso Sileno, este cons- » tructor de peleles quiso llenarnos de simulacros de » dioses tutelares. Y Augusto le preguntó : ¿Con qué » fundamento me das ese burlesco nombre? — ¡Oh! » respondió Sileno : ¿no es cierto que como otros fa- » bricaron ninfas, tú fabricaste dioses? Y en prueba, » aquí tienes uno que es obra de tus manos, en la » persona de César. No osando Octavio por vergüenza levantar los ojos, se calló (1). »

Pregunta de Mercurio á Trajano; Baco reprime á Sileno, y zahiere á Trajano y á los Césares precedentes.

En seguida Mercurio mirando á Trajano, dijo. « ¿Y » tú, qué te propusiste en tus acciones y empresas? » — Aspiré, contestó, á lo que aspiró Alejandro, pero » con mas moderacion. — Ántes bien, principió á de- » cirle Sileno, te dejaste á fe mia vencer por pasiones » mas innobles. Á él le dominó casi siempre la cólera, » á ti la mas inmunda y torpe sensualidad. — Véte » en enhoramala, Sileno mio, dijo Baco; pues te bur- » las de todos y no permites á ninguno que responda » cumplidamente. Aunque en cuanto á estos, quizá » no haya estado mal el motejarlos; mira ahora » cómo te harás para reprender á Marco; pues me » parece, valiéndome de la frase de Simónides, per- » fectamente cuadrado, y superior á toda cen- » sura. »

Pregunta de Mercurio á Marco Aurelio, y justificacion de este de las acusaciones de Sileno.

Entónces Mercurio, volviéndose á Marco, le dijo : « ¿Y tú, oh Vero, cuál juzgaste el mas hermoso ob- » jeto de la vida? » Y él respondió con afabilidad y modestia : « *Imitar á los dioses* : » respuesta que los dioses calificaron inmediatamente como propia de un entendimiento no degenerado, y á él como digno de cualquier premio. Mercurio no quiso preguntarle nada mas, previendo que Marco le contestaria en el mismo tono; y lo propio pensaron los demas dioses. Sileno fué el único que dijo : « En cuanto á mí, así » me ame Baco, no sufriré á este sofista. Responde, » pues : ¿Por qué comias y bebias, no como nos- » otros, ambrosía y néctar, sino pan y vino? — Y no » pensé tener que imitar á los dioses en las comidas » y bebidas; nutrí mi cuerpo reflexionando, quizá » engañado, que aun vuestros cuerpos necesitan del » alimento de los perfumes. Sobre todo no en estas » cosas, sino en las que pertenecen al alma, juzgué » que convenia á los hombres imitar á los dioses. » Sileno enmudeció unos instantes sintiendo el golpe que le habia asestado el hábil atleta, luego repuso : « No has respondido mal; pero explícanos en qué » pensaste, que debias imitar á los dioses. — En ver » de no necesitar sino de pocas cosas, contestó Marco, y » de hacer bien á cuantas personas pudiese. Y Sileno: » ¿De nada, pues, tuviste necesidad? De nada; solo » mi cuerpo la tuvo de algunas cosas pequeñísimas. » Encontrando muy sábia esta respuesta de Marco, Sileno titubeó. Despues tocó algunos incidentes relativos á la mujer y al hijo de Marco, considerando que este no se habia conducido rectamente al colocar en el número de las heroinas á aquella, y confiar el imperio al segundo. « Pero yo, respondió Marco, aun en eso » imité á los dioses, pues respecto de mi esposa se- » guia lo que dice Homero :

El hombre sabio y bueno ama á su esposa,
Cuando le es dado amar.....

« Y en cuanto á mi hijo, tenia presente una sentencia » de Júpiter, el cual reprendiendo á Marte, dice : « Hace tiempo que hubieras sido herido por el rayo. » si siendo hijo mio no te amase. » Á lo que debe » añadir, que jamas creí que mi hijo hubiese de ser tan » perverso ; pues si su juventud, pronta siempre á » doblegarse á uno y otro lado, le inclinó á lo peor, es » indudable que yo no entregué el imperio á un hom- » bre que estuviese pervertido ya, sino que quiso la » suerte que llegase á estarlo despues de verse en po- » sesion de él. Así, en la acusacion que me has diri- » gido relativamente á mi mujer, tengo á mi favor el » ejemplo de Aquíles y el de Júpiter en haber sido » blando de corazon con mi hijo : ni procedí en esto » contra la costumbre, pues es sabido que las leyes » conceden á los hijos el derecho de concesion; lo cual » es un grande estímulo para todos. Ademas de que » yo no fuí el primero en honrar de la manera que » lo hice á mi esposa; habiendo obrado, por el con- » trario, como otros muchos de mis predecesores; y » no cabe duda en que, si debe considerarse poco » sabio al autor de tales cosas, sería injusto negar á » personas unidísimas á nosotros un servicio que por » lo comun prestan otros. Pero no advertia que me » alargaba demasiado hablando de este modo á quien » nada ignora; perdonad, por lo tanto, oh Júpiter, oh » dioses todos, el exceso de mi ardor. »

Pregunta de Mercurio á Constantino, y chiste de Sileno á este.

Terminado el discurso, preguntó Mercurio á Constantino : « ¿Y tú me dirás qué fué lo que conside- » raste mas hermoso? » Y él respondió : « Tener ri- » queza, dar mucho, y poder satisfacer los deseos » propios y de los amigos. » Al oir estas palabras, prorumpió Sileno en una destemplada risa, y dijo : « ¡Cómo! ¿no eres tú el que deseando ser ávido » banquero, concluiste luego por vivir como cocinero » y camarero? Ya lo indicaba tu peluca y tu rostro; » y ahora lo comprueba la respuesta que has dado. » De este modo le zahirió Sileno.

Juicio de los dioses.

Entretanto los dioses votaron en secreto, y Marco obtuvo muchos sufragios. Despues Júpiter hablando unos momentos aparte con su padre, ordenó á Mercurio que publicase el juicio, y Mercurio dijo : « Oh, « vosotros, todos los que habéis concurrido á la » prueba, sabed que nuestras leyes y decretos están » hechos de modo que se alegre el que salga vence- » dor, y que no tenga de qué quejarse el voncido. Id, » pues, donde mejor os agrade, y virtud en lo futuro » bajo la tutela de los dioses, eligiendo cada cual uno » que le sirva de guia y protector.

Éxito del juicio.

Al oir el edicto, Alejandro corrió á encontrar á Hércules, Octavio á Apolo, Marco se acercó á Júpiter y á Saturno; César, despues de andar vagando incierto acá y allá, fué llamado por Marte y Vénus, como si tuviesen lástima de él. Trajano se dirigió presuroso á Alejandro, con intencion de sentarse á su lado; pero Constantino, no hallando entre los dioses ningun ejemplo de la vida que habia llevado, vió próxima casualmente á la diosa Molicie y se volvió junto á ella. La diosa, despues de acogerle dulcemente en su seno y abrazarle, le adornó con recamados velos; acicalándole el rostro le condujo adonde estaba la Lujuria, á cuyo lado encontró á su hijo, el cual decia á cuantos se acercaban : « Todos los corrup-

(3) Es sabido que Augusto dió el primer ejemplo de la apoteósis, declarando divino á César.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

» tores de mujeres, todos los asesinos, todos los » que han cometido alguna maldad execrable, vengan » acá sin temor; que en cuanto se laven con esta » agua quedarán purificados; y si se contaminaren de » nuevo con los mismos crímenes, yo haré que gol- » peándose el pecho y la cabeza se les perdone (1). » Constantino se alegró mucho de haber encontrado aquella diosa, y se alejó de la presencia de los dioses, llevando consigo á sus hijos; pero los dioses, vengadores de su impiedad, le castigaron á él y á sus hijos: y le tomaron cuenta de la sangre de sus parientes, hasta que Júpiter, por consideracion á Claudio y á Constancio, les otorgó algun descanso en sus males.

(1) Aunque Juliano no nombre al hijo de Constantino, en cuya boca pone la impía votacion, alude á Constancio. El otro Constancio, que nombra en seguida, es Cloro, padre de Constantino.

Conclusion.

Por último Mercurio, volviéndose hácia mí, me dijo. « Te concedí que conocieses al padre Mitra. Sigue sus » preceptos, y condúcete de manera que te sirva de » refugio y de puerto seguro en toda tu vida; y cuando » llegue para ti el momento de la partida, confortado » por una buena esperanza, haz que este Dios te sea » propicio y que como tal te guie en el camino. »

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y DE LAS ACLARACIONES AL LIBRO SÉTIMO.

INSTITUTO DE BACHILLERATO - BIBLIOTECA "CERVANTES" -

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ÁFRICA ANTIGUA

Escalas.
Myriámetros.
Leguas de Francia
Millas Romanas.
Esquenos Egipcios.
Estadios Olímpicos.

GALLIA
HISPANIA
ITALIA
GRÆCIA
THRACIA
PONTUS EUXINUS
ASIA MINOR
SYRIA
PERSIA
ARABIA
ARABIA DESERTA
ARABIA FELIX
ATLANTICUM MARE
MARE MEDITERRANEUM
MARE INTERNUM
MARE ERYTHRÆUM
SINUS PERSICUS
Adriaticum Mare
Tyrrhenum Mare
Ægæum Mare
Mare Rubrum
Fretum Herculeum
Sicilia
Sardinia
Corsica
Baleares Is.
Carthago Nova
Carthago
Syracusa
Athenæ
Ephesus
Tarsus
Antiochia
Cyprus
Damascus
Palmyra
Babylon
Persepolis
Thapsus
Utica
Hippo Regius
Cirta
Adrumetum
Leptis Magna
Sabrata
Oea
Cydamus
Nasamones
Augila
Ammon
Memphis
Heliopolis
Petra
Thumata
Gerra
Alana
Madian
Oasis Parva
Oasis Magna
Thebæ
Diospolis
Syene
Meroe
Nagrana
Arca
Mariaba
Ararena
Macoraba
Moriaba
Avalites Sinus
Salatæ
Myrrhifera Regio
Thuris Regio
Rhapta
Rhaptum Pr.
Lixitæ
Salathi
Daradæ
Leucæthiopes
Pharusii
Perorsi
Melano Gætulia
Gamphasantes
Garama
Garamantes
Phazania
Cyrenaica
Marmarica
Adrymachidæ
Libya
Libya Deserta sive Desertum Magnum
Libya Interior
Æthiopia Interior
Nigritæ
Nigritæ Palus
Nuba Palus
Libya Palus
Gira Met
Thamondocana
Thabudis
Cinnamomifera Regio
Barbaria sive Azania
Agisymba
Linea Æquinoctialis
Tropicus
Æstivus
Atlas Major Mts
Atlas Minor Mts
Caphas Mons
Basditæ Mts
Lunæ Mons
Nigris F.
Nilus F.
Gir F.
Fretum Gaditanum
Sinus Arabicus
Sinus Barbaricus
Mare Rubrum
Mare Erythræum

IMP. CAILLET, CALLE JACOB, 48, PARIS.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

Longitud del Meridiano de Lutecia.

Imperio Romano en tiempo de CONSTANTINO y de TRAJANO

Escalas.

Miriámetros.

10 20 30 40 50 60

Jeguas Francesas.

25 50 100 150

Millas Romanas.

75 150 300 450

Estadios Olímpicos.

600 1200 2400 3600

IMP. CAILLET, CALLE JACOB, 48, PARIS.

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO SEGUNDO

PÁG.

LIBRO V.

GUERRAS CIVILES.

CAP. I. La España. — Pérgamo. . . . 1
II. Constitucion y economía de Roma. 5
III. Leyes Agrarias. — Los Gracos. . 19
IV. Los esclavos. — Guerras serviles. 26
V. Guerras exteriores. — Mario. — Los Cimbros. 32
VI. Guerra social. — Sila. 37
VII. La Bitinia, la Armenia, la Georgia, el Ponto. — Guerra civil. . . 41
VIII. Dictadura de Sila. 48
IX. Sertorio. Segunda y tercera guerra mitridática 51
X. Los gladiadores. — Los piratas. — Creta. 58
XI. Pompeyo. —Los Caballeros.— Vérres, Caton, Craso y César. . 62
XII. Condicion de Italia. — Catilina. . 68
XIII. Primer triunvirato. — César en las Galias. 73
XIV. Roma durante el primer triunvirato. 85
XV. Los Partos. 89
XVI. Segunda guerra civil. 92
XVII. Egipto. — Dictadura de César. . 98
XVIII. Retrato de Roma á la muerte de César. 106
XIX. Asesinos y vengadores de César. . 120
XX. Guerras civiles hasta el imperio. 128
XXI. Augusto. 139
XXII. Guerras de Augusto. 148
XXIII. Muerte de Augusto. 155
XXIV. Elocuencia y filosofía romana. . 159
XXV. Eruditos é historiadores. . . . 173
XXVI. Poesía romana. 180
XXVII. Ciencias. — Bellas artes. . . . 195
XVIII. India. — Siglo de Vikramaditia . 200
XXIX. Literatura india. — Dramática. . 202
Epílogo. 209

ACLARACIONES AL LIBRO V.

(A) Valor de las monedas y de los granos. . 215
B) Costumbres de los Galos. 217
(C) Carácter de Pompeyo. 231
(D) De qué manera pasaba el tiempo un particular en la vida comun. 235
E) Estadística de la poblacion libre de Italia en tiempo de la república romana. . . 247
(F) Gobierno de Augusto. 258
(G) Monumentum ancyranum. 268
(H) Ciceron filósofo. 270
(I) Idea de la historia, segun Diodoro de Sicilia. 271
(L) Virgilio y las Sibilas 273

PÁG.

LIBRO VI.

DESDE CRISTO Á CONSTANTINO.

CAP. I. Revista del mundo. 278
II. Tiberio. 287
III. Calígula. — Claudio 295
IV. Neron. 302
V. Costumbres. 310
VI. Cristo. 319
VII. Principios del Cristianismo. . . 329
VIII. Galba. — Oton. — Vitelio. . . 334
IX. Vespasiano. — Fin de los Judíos. 339
X. Los Flavios. 347
XI. Nerva y Trajano. 352
XII. Adriano. 355
XIII. Los Antoninos. 360
XIV. El imperio en la época de los Antoninos. 368
XV. Riqueza. — Comercio. 379
XVI. Filósofos morales. 387
XVII. Ciencias. 392
XVIII. Literatura latina. 400
XIX. Literatura griega 420
XX. Historiadores. 428
XXI. Desde Cómodo á Severo. . . . 437
XXII. Desde Caracalla hasta Alejandro. — Restauracion del imperio persa. 445
XXIII. Desde Maximino á Claudio II. . 452
XXIV. Desde Claudio II á Diocleciano. . 458
XXV. Emperadores colegas. 463
XXVI. Edad heróica del Cristianismo. . 469
XXVII. Persecuciones. 480
XXVIII. Apologías y controversias . . . 490
XXIX. Paz y constitucion de la Iglesia. 500
XXX. Sincretismo religioso. 512
XXXI. Filosofía ecléctica. 525
XXXII. Filosofía cristiana. 530
XXXIII. Literatura eclesiástica. 535
XXXIV. Bellas artes. 546
Epílogo. 555

ACLARACIONES AL LIBRO VI.

(A) Quinta de Plinio. 560
(B) Petronio Árbitro. 561
(C) Luciano. 566
(D) Decadencia del paganismo. 571
(E) El progreso. 578
(π) Querolo ó el tesoro enterrado. 587

LIBRO VII.

DESDE CONSTANTINO HASTA AUGÚSTULO.

CAP. I. Germania. 593
II. Los Bárbaros, invasores del Imperio. 603
III. Constantino. 609
IV. Asuntos religiosos. 614

(c) Instituto Cervantes de Madrid

		Pág.
Cap.	V. Constitucion del Bajo Imperio.	621
	VI. Hijos de Constantino. — San Atanasio.	636
	VII. Reaccion del paganismo.	644
	VIII. Juliano y Joviano.	654
	IX. Valentiniano y Valente.	660
	X. Teodosio.	665
	XI. Triunfo del Catolicismo. — Los Santos Padres.	671
	XII. Division del Imperio. — Honorio.	690
	XIII. Alarico y los Italianos.	696
	XIV. Arcadio. — Teodosio II. — Valentiniano III.	705
	XV. Los Hunos.	714
	XVI. Últimos emperadores de Occidente.	723
	XVII. Consideraciones sobre la caída del imperio romano.	728
	XVIII. La Iglesia.	738
	XIX. Disciplina y ritos	748
	XX. Literatura profana.	765
	XXI. Literatura cristiana.	772
	XXII. Poetas.	788
	XXIII. Ciencias.	795
	XXIV. Bellas artes	803
	Epílogo.	808

ACLARACIONES AL LIBRO VII.

(A)	Súplica de los Romanos en favor del paganismo.	814
(B)	Cuadro de la sociedad pagana en la época en que Roma fué tomada por los Godos.	816
(C)	Oracion de Juan Crisóstomo en favor de Eutropio.	826
(D)	Embajada de Teodosio el Jóven á Atila en 449.	829
(E)	Alabanzas de la vida monástica.	838
(F)	Genealogía de las órdenes monásticas.	840
(G)	Los Césares del emperador Juliano.	841

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

Clichy. — Imprenta de Paul Dupont, calle de Bac d'Asnières, 1

(c) Instituto Cervantes de Madrid

(c) Instituto Cervantes de Madrid

CÉSAR CANTÚ

HISTORIA UNIVERSAL

2

(c) Instituto Cervantes de Madrid